This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

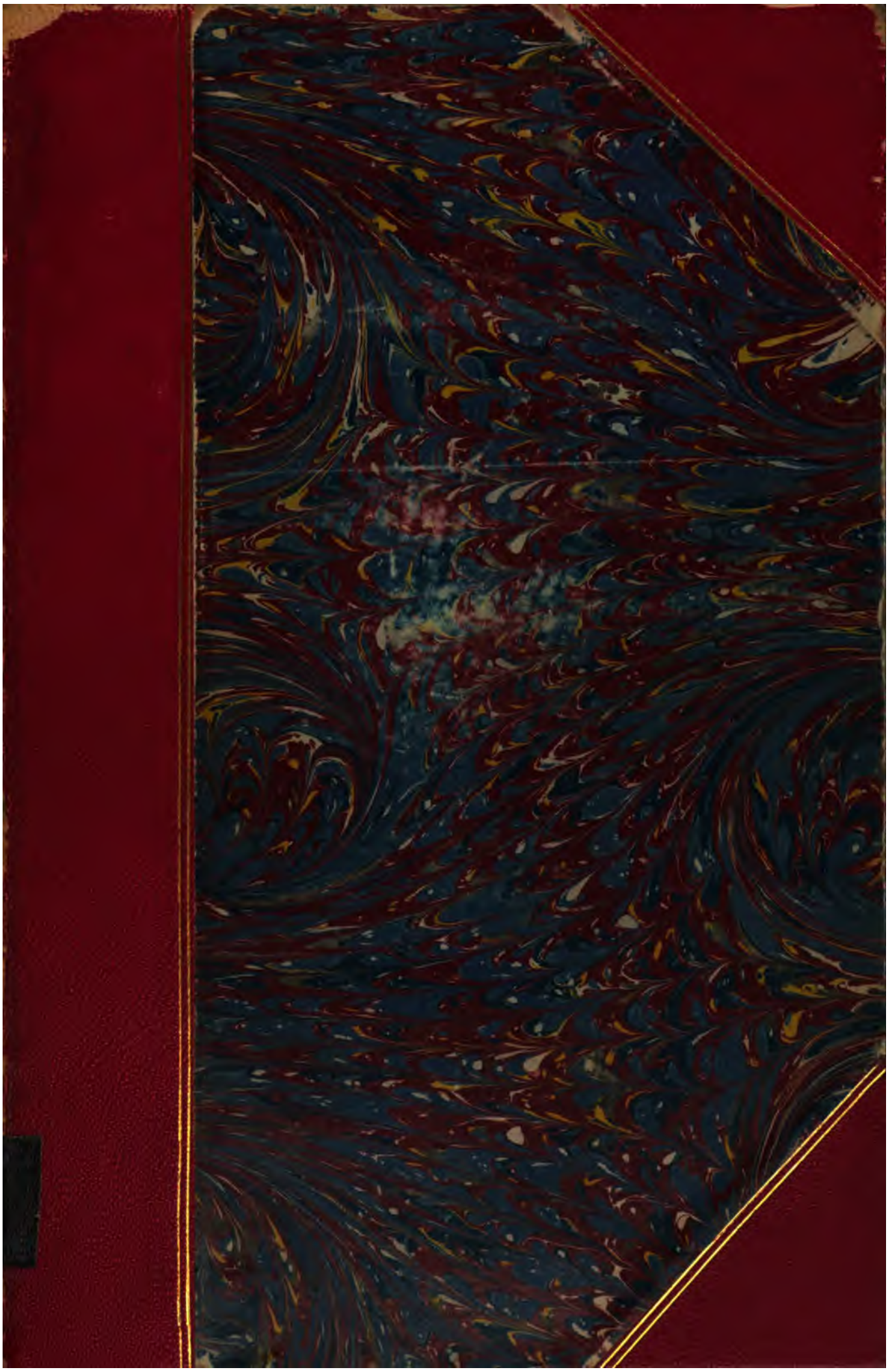
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

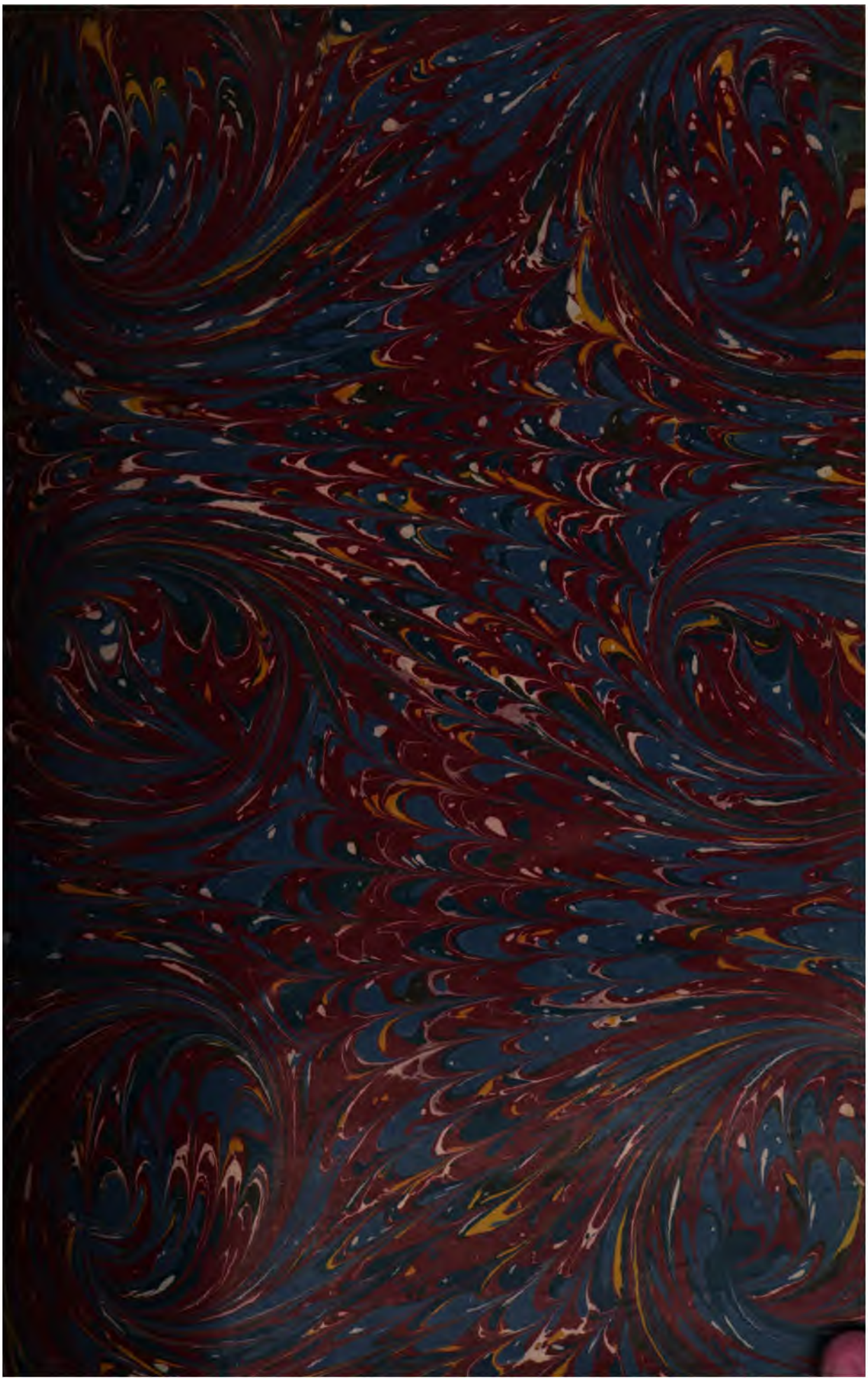
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



HH. 9. 16.
166

Span. Ser. I/17



BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

XVII

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POEMAS EPICOS.

COLECCION DISPUESTA Y REVISADA, CON NOTAS BIOGRAFICAS Y UNA ADVERTENCIA PRELIMINAR,

POR DON CAYETANO ROSELL.

TOMO PRIMERO.

MADRID,
M. RIVADENEYRA—IMPRESOR—EDITOR,
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1866

LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
28 JAN. 1929
OF OXFORD

ADVERTENCIA.

Antes de dedicar á nuestros lectores algunas observaciones, que hemos creido oportunas (1), sobre las cualidades de las obras que contiene el presente volúmen y sobre la materialidad de su publicacion, quizá no estará de más prevenir la objecion que, sin pecar de sobrado rígidos, pudieran hacernos muchos respecto al título de *Poemas Epicos* que lleva la anterior portada. Igual reparo precavió el señor don Manuel José Quintana al publicar la coleccion de su *Musa Epica;* y de su respetable autoridad nos servimos, no solo para convencernos de que no es vano escrúpulo tal recelo, sino principalmente, y con cierta especie de seguridad, para escudarnos con la fuerza de sus razones.

Poema verdaderamente épico, ninguno existe en nuestra literatura : es una verdad innegable, demostrada por todos los críticos, y por lo mismo no necesita de nuevas pruebas. Qué causas hayan podido dar lugar á este fenómeno, ni están bien averiguadas todavía, ni es fácil averiguarlas : unos alegan por única razon (y á ser verdad, no habriamos menester otra) la magnitud de la empresa y la escasa fuerza de nuestros ingenios; otros el nativo temperamento de los españoles, dados más bien á los arrebatos de la fantasía que á la profundidad y formal cultivo del entendimiento; quién atribuye esta falta á la preponderancia que siempre han ejercido entre nosotros los escritos dramáticos; quién á la índole que desde un principio caracterizó á nuestra literatura; y quién, por último, á la influencia tambien del clima, como si las

(1) La historia del verdadero poema heróico entre nosotros es brevísima, pues propiamente hablando, no comenzó á cultivarse este género hasta la fecha que lleva la *Araucana*. La lectura y estudio de los épicos italianos, como la de los líricos, inspiró á algunos de nuestros principales poetas, y despues á sus imitadores, el deseo de rivalizar con ellos; pero entrado el siglo XVII, calmó casi del todo esta efervescencia. Sin embargo, la multitud de ensayos que se hicieron en tan corto período puede dar lugar á muchas é importantes consideraciones; y algunas esperamos que nos sugiera la redaccion del catálogo que prometemos más adelante.

plantas que en Italia, por ejemplo, produjeron tan lozanos frutos hubieran debido perecer aquí por falta de estimacion ó por ingratitud del suelo.

Permítasenos, aunque la digresion parezca mal traida ó al ménos anticipada, emitir la opinion que nos merecen semejantes aseveraciones. No hay ley tan general que pueda aplicarse á todos los tiempos ni á todos los individuos, ni de la existencia de un defecto debe deducirse jamas la necesidad del defecto mismo. El fatalismo, axioma de la antigüedad, yace proscrito de las sociedades modernas, y no sabemos cómo se concede asenso á los críticos que se valen de él como de una antorcha con que iluminan las tinieblas de su inteligencia. ¿A qué generalizar un principio cuya causa puede muy bien hallarse en circunstancias fortuitas y meramente individuales? De nuestros célebres poetas del siglo XVI, algunos demostraron reunir suficientes dotes para la epopeya : si sus obras no son perfectas, cúlpese, no á su organizacion, no al influjo de un destino inexorable, sino á causas ignoradas en los unos, y en otros tan manifiestas que ellos mismos las reconocen y las declaran. En época como la que dejamos mencionada, tan fecunda en acaecimientos, tan rica en hechos magnánimos y hasta maravillosos, poética en sus menores accidentes, entusiasta en sus creencias, época de universal predominio, culta como la que más, y perfecta en todas las formas que constituyen el lenguaje, ¿qué elementos nos faltaban para rivalizar con las demas naciones? Ninguno; y en el caso á que nos referimos, quizá el más insignificante : la independencia material en tal autor que se dedicó á escritos de diversa índole, el retraimiento en este, el estímulo en aquel, en otro la madurez de los años, y en todos, prescindiendo de la aptitud con que ya contaban, el detenimiento ó la constancia para llevar á cabo tan loable empresa.

Pero, volviendo á la idea para nosotros importante, la verdad es que entre los centenares de poemas escritos en España desde el último tercio del siglo XVI con pretensiones, no con título, de épicos, ninguno es rigorosamente digno de semejante calificacion. — Entónces, se nos dirá, ¿á qué aplicarla á los que ahora se reimprimen? — Hemos creido que, aunque inexacta, ninguna cuadraba mejor á nuestro propósito, dado que cualquiera otra adoleceria de inconvenientes, ó por ser demasiado vaga, ó por concretar demasiado la misma calificacion, como sucederia por una parte llamando á esta coleccion *de poemas castellanos*, y por otra si nos sirviésemos del nombre de *heróicos*, que algunos preferirian. Heróico denominó VALBUENA su *Bernardo;* pero ¿podrémos calificar así la *Cristiada* del PADRE HOJEDA? Hemos pues adoptado el título más genérico, más usual, y más inteligible por consiguiente.

En cuanto al órden de sucesion en que estos poemas van impresos, confesamos no haber seguido más que el instintivo de interes y de veriedad. Del cronológico hemos prescindido, porque dando cuenta, al principio de cada obra, del tiempo en que floreció su autor y del año de las ediciones primitivas, no creemos necesario consignar más palpablemente la época de su advenimiento al mundo literario ni la serie de su prioridad recíproca; que por lo demas, con dejar la *Araucana* en el lugar que ocupa, colocar en seguida el *Monserrate*, la *Cristiada* y la *Mosquea*, y concluir con el *Bernardo*, hubiéramos observado con todo rigor el método cronológico.

Encabezamos pues nuestra coleccion con la famosa obra de ERCILLA, y sin designio de darle preferencia sobre las demas, no sentimos verla figurar en el primer término

de este grandioso cuadro. Inspira el autor de la *Araucana*, como Cervántes, como Lope y como tantos otros ingenios de aquella dichosa época (pues hasta como hombres suelen ser nuestros autores clásicos dignos de estimacion y respeto), inspira, decimos, el autor de la *Araucana* cierta simpatía y cariño, que no puede provenir más que del carácter de ingenuidad y nobleza que le adornaba en vida, y que trasladó íntegro á su obra. Uno de los mayores defectos que en este poema se censuran, á saber, el realce que respecto á los españoles se da á las figuras de los bárbaros araucanos, prueba la candorosa honradez y la sensibilidad poética de Ercilla. Los españoles, feroces como todo conquistador á quien impacienta la resistencia, repugnaban con su crueldad al alma jóven, noble, valiente y generosa de Ercilla, que, siendo español tambien, hubiera querido ver limpios de toda mancha á sus compatriotas; al paso que los araucanos, víctimas al fin de una suerte inmerecida, defendian su religion y su libertad, y esta aspiracion los engrandecia á los ojos del poeta, que en una mano llevaba la espada para defenderse de ellos, y en otra la lira para celebrar, tal vez exagerándolas, sus hazañas. La razon del arte, implacable como la de estado, condenará al poeta por esta falta; pero Ercilla hallará siempre entre las almas sensibles apasionados admiradores.

No nos empeñarémos en sincerar igualmente á este escritor de otros vicios que en él se advierten: la desigualdad de estilo, el desaliño en que á veces incurria, la incoherencia y dislocacion de los episodios, la prolijidad en los pormenores, y lo que es peor, la mala eleccion de asunto, que estéril en sí y pequeño, no consentia siempre á su imaginacion remontarse hasta donde debiera. Pero si tratamos de compensar estos desaciertos con igual número de perfecciones, ¡cuánto no excede su mérito á la idea que de aquellos nos formemos! La pureza de la diccion, la propiedad de la frase, el interes y verdad de las pinturas, la animacion de las descripciones, la variedad y expresion de los caractéres, especialmente en los de los indios, la oportunidad y calor de los razonamientos, ¿no son cualidades suficientes á perpetuar la memoria de un poeta y la duracion de sus producciones? Por eso vive la de Ercilla repetida en multitud de ediciones, y leida y citada con general aplauso. Escribióla entre el desasosiego de los campamentos y el estruendo y riesgo de las batallas. No conocia entónces sino los modelos de la antigüedad; y cuando á su regreso á España vió la *Jerusalen* del Taso y trató de amoldar á aquella pauta sus inspiraciones, no consiguió más que debilitarlas: el estudio del poeta italiano, que ántes le hubiera aprovechado sobremanera, y acaso influido mucho en la perfeccion de su obra, concebida esta y en gran parte realizada, solo sirvió para extraviarle.

Jóven era tambien don Bernardo de Valbuena, despues obispo de Puerto-Rico, cuando en su primera edad, «con los brios de la juventud, como dice él mismo, y con la leche de la retórica», acometió á escribir su *Bernardo* ó *Victoria de Roncesvalles*, poema en que compiten la inexperiencia con el talento, la humildad con la magnificencia, los dones más ricos de la naturaleza con los yerros de la más desenvuelta precocidad ó del gusto más depravado. Acertó Valbuena con un asunto altamente épico, y supo darle principio y conclusion felices, aunque en el transcurso de la accion alteró enormemente sus proporciones. Creó muchos y bellos caractéres, y sostuvo algunos con singular acierto; inventó lances interesantes y episodios oportunos; pintó

cuadros admirables, dilatados paises y regiones, escenas de la naturaleza, ejércitos, batallas, fiestas y desafíos; trazó la historia de diferentes épocas, de varias monarquías, y hasta de algunas familias particulares; escribió como maestro; versificó como gran poeta; manejó la lira como armonista inimitable; pero no hay belleza de estas á que no opusiese el defecto más contrario, siendo otras veces en el estilo amanerado, en la versificacion prosáico, lánguido y duro en las armonías, ridículo en las descripciones, pesado é insulso en las pinturas, y en los episodios y caractéres débil, inconsecuente y desordenado. VALBUENA; para decirlo de una vez, es una paradoja personificada (1): ejemplo vivo de lo insuficientes, y aun nocivas, que suelen ser las dotes naturales sin el auxilio del arte; demostracion palpable de que raras veces caminan juntos el talento que concibe y crea, y el juicio que discierne y da forma y disposicion á lo creado. VALBUENA contaba en muy alto grado con los recursos de la naturaleza; tenia ademas á la vista modelos excelentes á quienes trató de imitar: Virgilio, Ovidio, Lucano mismo, entre los escritores de la antigüedad; Boyardo, y Ariosto más que otro alguno, entre los modernos; pero, falto aun del precioso don del criterio, dió á luz, no una produccion defectuosa hasta cierto punto, sino el monstruoso engendro del pintor de Horacio.

No teman, sin embargo, nuestros lectores desalentar en el largo espacio de cuarenta mil versos que comprende este poema: á cada paso encontrarán bellezas donde recrear su vista, alicientes que les hagan olvidar el fastidio de tal ó cual pasaje, y sin sentirlo, proseguir embebecidos en su lectura; que este es el privilegio de los talentos superiores. Y á los que desearen ver únicamente lo bueno de esta obra inmensa, entresacándolo de la confusa hojarasca que lo oscurece, les dirémos ante todo que el sistema de esta publicacion no es dar extractos, sino obras completas en cuanto sea posible; y ademas que tanto aprovecha á los doctos é inteligentes (pues nuestra BIBLIOTECA no es para curiosos y principiantes) lo perfecto por lo que enseña, como lo

(1) Si se quiere un juicio más profundo y cabal de este escritor, léase la introduccion que á su *Musa Epica* antepuso el señor Quintana, en que, despues de enumerar las altas prendas y grandes defectos de este poeta, se expresa en los siguientes términos:

«El *Bernardo*, considerándole solo como prueba de fuerzas poéticas en un jóven que acaba de salir de las »aulas, no solo es una obra estimable, sino en cierto modo maravillosa... Los primores, las bellezas están mez»cladas en él con los borrones y el desaliño, á la manera que aun en la mina más preciosa el oro está ligado con »las tierras y escorias que le deslustran y le afean. Pero no hay duda que hay oro en gran cantidad y de elevados »quilates; y el libro no por ser tan defectuoso deja de ser un riquísimo minero de invenciones de fantasía admi»rables, de diccion poética y de versificacion... Dañó, sin duda, á su perfeccion la extension misma del poema: »¿cómo es posible escribir cinco mil octavas con concierto y buen gusto? Sintamos que el autor, entregado des»pues de componerle á las atenciones y estudios de teólogo y prelado, no pudiese ponerse de propósito á limpiarle »de los defectos esenciales de composicion que hay en él, más graves aun que los de ejecucion. En el juicioso »prólogo que le puso delante, cuando le dió á luz, da á entender bien claro cuáles eran las justas proporciones y la »distribucion que debia darse á la fábula que habia construido... No lo hizo así, y su gloria pierde en ello, suce»diéndole lo que á tantos otros escritores, de quienes se ha dicho que veian el punto de perfeccion á que debian »tocar, y por debilidad ó por negligencia no acertaban á llegar á él.»

En medio de todo esto, VALBUENA, si no el primero, es uno de nuestros mejores poetas épicos, y cuando acierta no hay nadie que se le iguale; de cuya opinion debe participar el mismo señor Quintana cuando dice poco ántes de lo que de su introduccion dejamos entresacado:

«Para la poesía descriptiva tenia talentos no muy inferiores á los de aquel gran poeta (Ariosto), y superiores, sin disputa, á los de cualquiera otro de nuestros escritores.»

defectuoso por lo que corrige. Hecha esta salvedad involuntaria, digamos algo de la *Cristiada*.

Esta obra, rarísima en España y generalmente conocida solo por los bien elegidos extractos que de ella se hacen en la *Musa Epica*, considerada en conjunto, es muy notable por su regularidad; desmenuzada en partes, se resiente de falta de entonacion y brio. Su lenguaje, sencillo y castizo por lo comun, decae á veces hasta confundirse con la prosa; y no porque su autor desconociese la manera de ennoblecer la diccion y construir el verso, sino porque debió creer que el asunto, elevado y noble de suyo, no necesitaba de mucho esfuerzo para sostenerse dignamente; pero, fuera de esta falta de colorido, de la debilidad de algunos caractéres, y del desleimiento de ciertas ideas y situaciones, poco asidero ofrece la *Cristiada* á la censura más rigorosa. Respirando siempre un aroma bíblico, sencilla en el fondo como en las formas, llena de pensamientos sublimes sin altisonancia, de afectos tiernos y delicados, y escrita generalmente en versos fáciles, flúidos y sonoros, es el correctivo más á propósito que puede oponerse á la frenética verbosidad y á la exuberancia enciclopédica del *Bernardo*. Abrese el poema con la última cena del Salvador, y termina con su crucifixion y muerte, sin que rompan la unidad de tan severa accion episodios extraños ni embarazosos; ántes bien aparece esta realzada y esclarecida con algunas digresiones propias, y sobre todo, muy oportunas. La *Cristiada*, en fin (y esto baste para encarecer su mérito), que si tuvo algun modelo, fué el poema latino de Jerónimo Vida sobre el mismo asunto, y este para mejorarlo, sostiene muchas veces la comparacion con el *Paraiso* de Milton, cuando pinta la mansion de los espíritus infernales y los conciliábulos de Satanas, y no cede en ciertos rasgos de invencion á la *Mesiada* de Klopstock, aunque esta la aventaje mucho en virtud poética. Así, la personificacion que Herrera hace de la oracion del Verbo nos parece más espiritual, más bella que en Klopstock el mensaje del arcángel Gabriel, encargado por el Redentor de hacer presentes al Eterno las angustias de su corazon. Pero el autor aleman debió conocer el hermoso pensamiento de la *Cristiada*, y lo imitó despues más estrictamente en la personificacion que, muerto el Dios Hombre, hace de su incomparable gloria (1).

Hemos insertado en seguida el *Monserrate*, del capitan Cristóbal de Virués, escritor de alguna reputacion y hombre instruido, aunque de escasas facultades en este género; de cuya obra dirémos solo que se recomienda por la nitidez de su locucion, por la propiedad de su estilo y por otras buenas prendas que la caracterizan; pero la reputamos de segundo órden y de un argumento sobrado tenue para la robustez de la trompa épica (2).

Verdad es que un ingenio perspicaz sabe siempre sacar partido del argumento más

(1) El juicio que el señor Quintana forma de este poema conviene con el nuestro. El señor don Antonio Gil de Zárate, en su *Manual de Literatura*, dice: «Merece harta más fortuna que la que le ha cabido, y que tendrá »sin duda luego que haciéndose de él una nueva edicion por algun amante de las letras españolas, vuelva á apa»recer íntegro en el orbe literario.» No sabemos por qué un crítico de tan buen juicio como el señor don Manuel »Silvela incluye la *Cristiada*, en sus *Obras póstumas*, entre las producciones de «menor monta.»

(2) Vacilamos en un principio entre este poema; el *San José*, de Valdivielso; la *Austriada*, de Rufo; la *Conquista de la Bética*, de Juan de la Cueva; la *Invencion de la Cruz*, de Zárate, y algun otro; pero dimos la preferencia al *Monserrate*, porque no desmereciendo á los restantes y habiendo de entrar tarde ó temprano en nuestra coleccion, nos convenia darle cabida en este volúmen en atencion á sus proporciones.

despreciable; y la prueba es la *Mosquea*, de VILLAVICIOSA, que este tituló Poética inventiva, y despues se ha considerado por unos como un verdadero poema, y por otros como el mejor que se ha escrito en castellano. No llevarémos nosotros á tal extremo nuestros encomios, porque reprobamos toda parodia, por lo ménos como un entretenimiento inútil, por no decir como una profanacion del arte; mas la *Mosquea* es produccion de tal especie, que llega uno á prescindir de la de los personajes que toman parte en su accion, y á interesarse por ellos cual si fuesen los héroes del más grave poema. Aquellos viles insectos sienten, discurren, obran como los semidioses de la *Ilíada* ó de la *Eneida;* tienen sus caractéres no muy variados, pero sí determinados; visten lucientes yelmos y duras cotas; manejan cortantes espadas y pesadas lanzas; y el poeta cuida muy bien de sostener la ilusion á veces, ornando con todas las galas de la diccion y de la armonía la inagotable narracion de sus aventuras. Da enfado el considerar que se empleasen en semejante tarea tan felices disposiciones, y que el autor que se enamoró de la *Batracomiomaquia* (Dios sabe con qué fundamento atribuida al dudoso Homero) no pretendiese rivalizar con los primeros épicos en un asunto de los muchos que se hallan en nuestra historia dignos de perpetuarse.

De todas suertes tenemos en la *Mosquea* una obra que, aunque ridícula en su esencia, en sus formas es apreciabilísima; y en este concepto debia formar parte de la BIBLIOTECA; sin embargo, no es bien que eximamos á VILLAVICIOSA de la justicia con que hemos tratado á sus predecesores, tanto más, cuanto que en escritores de su mérito los yerros son doblemente imperdonables. Este autor, que tan fácilmente sabía enriquecer la idea más mezquina y hermosear hasta el objeto más repugnante, usa alguna vez que otra de pensamientos groseros y de expresiones nauseabundas; divaga tambien en accesorios inútiles; entorpece la narracion por alargarla demasiado; renuncia sin necesidad al atractivo de la alegoría; afecta, por presumir de culto, oscuridad en las frases, y otras veces, por parecer natural, descuida la locucion y hasta el arte de la rima. Si se propuso por modelo la *Mosquea* del supuesto Merlin Coccayo, no es extraño incurriese en algunas de estas distracciones. Así y todo, merece un lugar muy distinguido en el catálogo de los clásicos españoles, porque sobre otras muchas, tiene la cualidad, rara por cierto en nuestros escritores, de ser enérgico en la pintura de caractéres.

Tales son, en nuestro sentir, los poemas que comprende este primer volúmen; y aunque tememos que no parezca acertada su eleccion á todos, y que no habrá ninguno de los conocidos y postergados que no merezca á muchos de nuestros lectores la preferencia sobre cualquiera de los presentes, esperamos dejarlos satisfechos cuando se publique el tomo segundo de *Epicos*. Respecto á la *Jerusalen* de Lope, cuya omision en este sería ciertamente vituperable, nos apresuramos á anunciar que formará parte de la coleccion de obras completas del fénix de los ingenios. Por lo demas, como en estas materias el gusto es tan descontentadizo y vario, y dudamos mucho de la bondad del nuestro, debemos declarar que no hemos seguido á ciegas nuestra opinion, sino procedido acordes con el dictámen y aprobacion de personas entendidas y autorizadas.

Hubiéramos deseado alguna vez aclarar con notas los pasajes oscuros, sobre todo en el *Bernardo,* cuyas dos impresiones están muy léjos de ser perfectas; mas en pri-

mer lugar, hemos desconfiado de nuestro juicio, y creido, en segundo, que nuestros lectores, como ya indicamos anteriormente, están dotados de suficiente criterio para no necesitar de guia. Por el pronto les sería más útil un catálogo completo, en lo posible, de los poemas que existen publicados y de algunos inéditos que se conocen; pero este trabajo, que no es para improvisado, acompañará, Dios mediante, por via de apéndice al mencionado segundo tomo.

Hemos procurado que la correccion del presente en nada desdiga de los anteriores de la Biblioteca, reconociendo y compulsando las diferentes ediciones de estos poemas, no aventurando enmienda alguna sin el convencimiento de que recaia sobre un yerro de imprenta, y en el caso de alguna variante, prefiriendo los textos primitivos ó los más correctos y autorizados; que en este particular no hay escrúpulo que parezca nimio, y á falta de verdaderos originales, merecen los tenidos por tales el mayor respeto. En punto á la ortografía, como cada época y cada libro tienen la suya y todas son arbitrarias é inconsecuentes, hemos uniformado en cierto modo la de todos los poemas, sometiéndola al sistema de la Academia, única autoridad en la materia, excepto en aquellos casos en que la eufonía ó el carácter del escritor exigian que se infringiese.

Reunidos ya en un cuerpo nuestros principales escritores en este género, creemos facilitar su estudio y haber correspondido al utilísimo designio de esta importante publicacion. El repertorio de los Epicos españoles inspirará tal vez á doctos críticos y literatos entendidos el deseo de ocuparse en cuestiones hasta el dia poco dilucidadas: las diferentes escuelas en que se dividen los autores clásicos; la parte que cupo á cada cual en el perfeccionamiento ó decadencia de nuestras letras; la comparacion entre ellos y los escritores extranjeros; el mostrar cuándo fuéron originales, quién y de quiénes imitadores, y otros muchos asuntos que redundarán en provecho de la juventud, en bien de la literatura y en servicio y gloria de nuestra patria.

LA ARAUCANA,

POR DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA (1),

CABALLERO DEL ORDEN DE SANTIAGO, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE LA MAJESTAD DEL EMPERADOR.

AL REY NUESTRO SEÑOR.

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas á vuestra Majestad, esta, como necesitada, acude al amparo que ha menester. Suplico á vuestra Majestad sea servido de pasar los

(1) Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, caballero no menos ilustre en nobleza que en fortaleza de ánimo y en superioridad de entendimiento, nació, segun unos, en Madrid, ó como aseguran otros, quizá sin mas fundamento que la procedencia de su familia, en la villa de Bermeo, cabeza del señorío de Vizcaya, el dia 7 de agosto de 1533. Fué su padre Fortun ó Fortunio García de Ercilla, caballero de la orden de Santiago y célebre jurisconsulto de aquella época; y su abuelo Martin Ruiz de Ercilla, señor de la torre de este nombre, persona tambien muy distinguida; por madre tuvo á doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla hasta la muerte de su marido, y guarda-damas, durante su estado de viudez, de la emperatriz doña Isabel. Fueron, en fin, señores tan autorizados en la corte los Ercillas, que un hermano de nuestro don Alonso, llamado don Juan, que desempeñaba la abadía de Hormedes, sirvió de limosnero mayor á la reina doña Ana de Austria, y de maestro al príncipe don Fernando.

Era aquel todavía niño cuando, como á la sazon se acostumbraba, entró en palacio de paje ó menino del príncipe don Felipe, hijo de Carlos V; y á la edad de catorce años le acompañó en el viaje que hizo á los estados de Flandes para tomar posesion del ducado de Brabante, hasta el año 1551, en que regresaron á España. Esta peregrinacion debió aficionar á don Alonso á la vida de viajero; y no es extraño que concibiese un vivo deseo de visitar los paises mas remotos el que á la edad de veinte y un años habia recorrido diferentes veces las provincias de España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Bohemia, Moravia, Silesia, Austria, Hungría, Estiria y Carintia. Esto por una parte, y por otra el espíritu caballeresco, y hasta el temerario arrojo de su carácter, le inspiraban cierta predileccion á la vida aventurera: vicio de que aun se resentian en general las costumbres de aquellos tiempos.

Asistia pues en Inglaterra á don Felipe el año 1554, cuando llegó á Londres la noticia de la rebelion de los araucanos. Hallábase en la misma corte, procedente del Perú, Jerónimo de Alderete, y el rey le nombró capitán y adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. No hubo menester otro estímulo don Alonso: empuñó por primera vez la espada, y partió con Alderete en direccion á Chile; pero, habiendo muerto este en Taboga, cerca de Panamá, el joven Ercilla siguió su viaje, llegando con felicidad á Lima. El cargo del difunto Alderete se dió á don Garcia, hijo de don Andres Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y virey del Perú: con él y con los españoles que hacian la guerra á los araucanos se incorporó don Alonso; y lo que en otro hubiera sido desesperada y funesta resolucion, en nuestro esforzado joven fué ocasion de lucimiento y origen de perpetua gloria.

Héroe y cantor á un tiempo, celebraba por la noche las proezas que realizaba durante el dia: con la espada en la mano y la pluma en el seno satisfacia á la vez el entusiasmo del guerrero y el del poeta; mientras combatia pensaba, y mientras escribia cobraba fuerzas para la lid del dia siguiente; endurecia sus miembros en aquellas regiones agrestes con la fatiga de las batallas, y en alas de la poesía remontaba su imaginacion á las esferas del pensamiento: union pocas veces vista, y menos en tanto grado, de la robustez y vigor del cuerpo con el brio y elevacion de la inteligencia.

Dió don Alonso pruebas de su gran valor en siete batallas campales y en varios combates y encuentros de menos importancia, arriesgando á cada instante la vida, y sufriendo todo género de trabajos y privaciones; acompañó á su general don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra del valle de Chiloe, pasando al efecto el estrecho de Magallanes; y arrostrando cuantas dificultades se le ponian delante, atravesó dos veces en piraguas, seguido de diez soldados, el peligroso desaguadero del archipiélago de Ancudbox: metióse tierra adentro, y para memoria de su heróica intrepidez, grabó con la punta de un cuchillo en la corteza del árbol mas robusto que pudo hallar, una octava alusiva á este hecho, que insertó después en su poema, como otras muchas que se hallan en él, referentes á pormenores de su vida, los cuales, sin esta precaucion, serían para nosotros absolutamente desconocidos.

Algun tiempo después parece que, á consecuencia de una reyerta que tuvo con un don Juan de Pineda, en que ambos remitieron sus razones á las espadas, fué Ercilla condenado por don García á perder la cabeza en público cadalso; mas al fin se revocó la sentencia cuando estaba para ejecutarse, conmutándola primero en prision y después en un penoso destierro. Trasladóse don Alonso al Callao de Lima, donde, sabedor de las atrocidades que cometia en Venezuela Lope de Aguirre, resolvió ir en su busca y tratarle como enemigo; mas al llegar á Panamá, supo que le habia desbaratado en Tocuyo Diego García de Paredes, y que, de resultas de su derrota, habia sido decapitado.

Por entonces, ácia el año 1561, enfermó gravemente don Alonso: salváronle su juventud y vigor de espíritu, y regresó á España cuando solo contaba veinte y nueve años, trayendo escrita la parte primera de su *Araucana;* mas á poco tiempo hizo otro viaje por Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia. Contrajo matrimonio, segun se presume, en Madrid el año 1570. Su esposa se llamó doña María Bazan, hija que fué de Gil Sanchez Bazan y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodulfo fuéron sus padrinos, aunque otros observan que la madrina debió serlo doña Ana de Austria, pues doña Isabel falleció en 1568. De este matrimonio no resultaron hijos; pero tuvo Ercilla algunos naturales, entre los cuales debe principalmente mencionarse á doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó muy ventajosamente con don Fadrique de Portugal, hijo de los condes de Faro y Mira, señor de las baronías de Orani, y caballerizo mayor de la misma emperatriz.

Créese con bastante fundamento que los postreros años de su vida los pasó don Alonso retirado en Madrid: ya con ánimo de consagrarse á la contemplacion de las cosas divinas, arrepentido de haber hecho tanto caso de las huma-

ojos por ella; que con merced tan grande, demás de dejarla vuestra Majestad ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la católica persona de vuestra Majestad.

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

PROLOGO.

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero, considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos que en lo mas dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirian quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba. No por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada, y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú,

nas; ya para desahogarse á sus solas en quejas contra la fortuna, porque, después de haber prodigado su sangre en defensa de la patria, y servido lealmente a sus reyes en la corte, esta le trataba con un desdén, que aun á despecho de su natural modestia parece que alguna vez él mismo calificó de injusto. Su resentimiento contra don García, que le indujo á guardar un silencio completo respecto á este personaje, y á construir un poema sin héroe conocido, pudo ser muy bien la causa de aquel desprecio: ello es indudable que entre el poeta y el magnate mediaron rencores, de que provino la enemistad con que uno á otro se miraron siempre.

No se sabe fijamente el año en que murió ERCILLA, pero se presume que vivia todavía en 1596: sus restos se conservan en el convento de carmelitas descalzas de Ocaña. El descuido con que España ha mirado siempre sus glorias, especialmente las literarias, es causa de que no conozcamos particularidades de la vida de muchos de sus ingenios; lo cual, lejos de ser una vana curiosidad, es muchas veces un dato muy importante para la crítica de sus obras. *La Araucana* misma perderia alguna parte de su mérito, si no supiésemos de qué manera la escribió su autor, entre el bullicio y rebato de los campamentos, y la distraccion y fatiga de una guerra tan enconada como incesante.

Dícese que ERCILLA habia empezado tambien un poema en loor del heróico marqués de Santa Cruz, don Alvaro de Bazan; y si la especie es cierta, ó le sorprendió la muerte antes de terminarlo, ó pereció el original en términos que nadie tuvo noticia de su existencia.

De *La Araucana* se han hecho multitud de ediciones, algunas esmeradas y correctas. Parece que la primera parte se publicó por el año 1569; la primera y segunda en 1578, y la tercera en 1589. La mas antigua que nosotros hemos visto es la publicacion de las partes primera y segunda, hecha en 1578 en Madrid por Pierres Cosin, y la de las tres partes reunidas, de la misma casa, una y otra en 4.°

Las demas ediciones que hemos podido adquirir y tener presentes son estas:

Segunda parte. — Zaragoza: en casa de Juan Soler, 1578.
Primera y segunda. — Madrid: Madrigal, 1589, dos volúmenes, 12.°
Primera, segunda y tercera. — Madrid: Madrigal, 1589, dos volúmenes, 8.°
Primera, segunda y tercera. — Barcelona: Sebastián de Cormellas, 1592.

El ejemplar que hemos visto, propio del señor don Pascual Gayangos, dice, enmendado de mano, 1642. La portada citada es la general del tomo; pero las partes segunda y tercera tienen otra que dice: Barcelona, casa de la viuda de Hubert Gotart, 1590. Al fin de la tercera parte se ve la fecha de 1591; de lo que se deduce que la primera portada del tomo debió ser posterior á la impresion de este; y la prueba es que, al concluir el elogio que escribió del poema el licenciado Mosquera de Figueroa, se lee: año 1585. No podemos decir qué fundamento tenga la enmienda de mano del ejemplar citado, repetida alguna vez mas adelante, y con trazas de antigüedad.

Primera, segunda y tercera.—Madrid: Castro, 1597, 8.°
Primera, segunda y tercera.—Madrid: Juan de la Cuesta, 1610, 8.°
Segunda y tercera. —Madrid: imprenta del Reino, 1632, 8.°
Segunda y tercera. Con la cuarta y quinta parte de Santisteban y Osorio.— Madrid: Martinez Abad, 1733, folio.
Segunda y tercera. — Madrid: Martinez Abad, 1758, folio. Esta edicion es sospechosa. En nuestro concepto es la misma de 1733.
Segunda y tercera.—Madrid: Sancha, 1778, dos volúmenes, 8.°
Segunda y tercera.—Madrid: Repullés, 1803, dos volúmenes, 8.°
Segunda y tercera.—Barcelona: Piferrer, 1827, dos volúmenes, 8.°
Segunda y tercera.—Madrid: Burgos, 1828, dos volúmenes, 16.°
Segunda y tercera.—Barcelona: Sauri, 1845, dos volúmenes, 8.°

Existen tambien ediciones de Perpiñán, de Lion, de Paris, Amberes y otros puntos, y hemos visto citadas algunas otras de España; mas, como la utilidad de hacerse con todas ellas no compensa el trabajo que sería menester emplear para conseguirlas, nos contentamos con el catálogo que dejamos hecho, el cual da bastante idea de la estimacion en que se ha tenido siempre la interesante obra de ERCILLA.

Tuvo este, segun queda indicado, un continuador, don Diego Santisteban y Osorio, que añadió dos partes á las tres de *La Araucana*. Imprimiéronse en Salamanca, en casa de Juan y Andrés Renaut, año 1597, y se unieron á la obra antigua en algunas ediciones; pero se suprimieron después en las sucesivas, y en nuestro sentir acertadamente, porque los cantos de Osorio no merecen figurar al lado de su modelo.

Réstanos advertir que la primera edicion de las tres partes de *La Araucana*, y la que se hizo después en Antuerpia por Andrés Bacxii, en 1597, no salieron tan completas como las posteriores. La razon es, porque ERCILLA añadió en el canto XXXII seis octavas, desde el verso que dice: *Cuento una vida casta, una fe pura*, página 119, hasta la octava que concluye así: *Y para decir bien siempre es buen tiempo*. Además agregó dos cantos nuevos, el XXXV y XXXVI, y concluyó el XXXVII, con el que en la primera edicion era XXXV. Esta misma advertencia hizo don Miguel de Burgos al frente de la tercera parte de su edicion; y para que fuese mas comprensible, marcó con signos particulares las páginas en que se hallan dichas innovaciones.

que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello; y así, el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual, porque fuese mas cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabian seis versos; que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías mas extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que, no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente, por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellas remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

LA ARAUCANA.

CANTO PRIMERO.

El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, términos loables
Que mas los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplicoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada
Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada á su medida;
No desprecieis el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo
Para que quien lo viere en mas lo tenga;
Y si esto no bastare á no tacharlo,
A lo menos confuso se detenga,
Pensando que pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
¡Que crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin orden, lleno de arte;
Así, de tantas cosas animado,
La pluma entregaré al furor de Marte:
Dad orejas, señor, á lo que digo,
Que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada,
En la region antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamas regida,
Ni á estranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del leste á oeste de angostura
Cien millas por lo mas ancho tomado:
Bajo del polo antártico en altura
De veinte y siete grados prolongado,
Hasta do el mar Océano y chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden
Pasando de sus términos juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden,
Y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, señor, fué el primer hombre
Que abriendo este camino le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida,
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,
Y báñala del oeste la marina;
A la banda del leste va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra
Por uso y ejercicio mas se afina;
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está á treinta y seis grados el estado
Que tanta sangre ajena y propia cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
Lo mas deste gran término tenia,
Con tanta fama, crédito y conceto,
Que del un polo al otro se estendia;
Y puso al español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseido,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido:
Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido;
Otros caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
Servicio personal de sus vasallos,
Y en cualquiera ocasion cuando conviene
Puede por fuerza al débito apremiallos;
Pero así obligacion el señor tiene
En las cosas de guerra dotrinallos
Con tal uso, cuidado y disciplina,
Que son maestros después desta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo
Habilidad y fuerza provechosa,
Es que un trecho seguido han de ir corriendo
Por una áspera cuesta pedregosa;
Y al puesto y fin del curso revolviendo,
Le dan al vencedor alguna cosa;
Vienen á ser tan sueltos y alentados,
Que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
Los apremian por fuerza y los incitan,
Y en el bélico estudio y duro oficio
Entrando en mas edad los ejercitan:
Si alguno de flaqueza da un indicio,
Del uso militar lo inhabilitan,
Y el que sale en las armas señalado
Conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad ni por herencia,
Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo y la escelencia,
Esta hace los hombres preferidos,
Esta ilustra, habilita, perficiona,
Y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
No son a otro servicio constreñidos,
Del trabajo y labranza reservados,
Y de la gente baja mantenidos;
Pero son por las leyes obligados
De estar á punto de armas proveidos,
Y á saber diestramente gobernallas
En las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
Son picas, alabardas y lanzones,
Con otras puntas largas enastadas
De la facion y forma de punzones:
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sarjentas, flechas y bastones,
Lazos de fuertes mimbres y bejucos,
Tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora,
Que el continuo ejercicio y el cuidado
Enseña y aprovecha cada hora;
Y otras segun los tiempos inventado,
Que es la necesidad grande inventora,
Y el trabajo solícito en las cosas
Maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
Arma comun á todos los soldados,
Y otros á la manera de sayetes,
Que son aunque modernos mas usados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diversas hechuras encajados,
Hechos de piel curtida y duro cuero,
Que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender, y en ella ejercitarse,
Y es aquella á que mas naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar, y no empacharse
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
Escuadrones distintos muy enteros,
Cada hila de mas de cien soldados,
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden desmandados
Bajo la proteccion de los piqueros,
Que van hombro con hombro como digo
Hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
Por fuerza viene á ser desbaratado,
Tan presto á socorrerle otro se mete,
Que casi no da tiempo á ser notado;
Si aquel se desbarata, otro arremete,
Y estando ya el primero reformado,
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse,
Si viene á suceder desbaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de estremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: si hay valiente algun cristiano,
Salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores;
Las armas matizadas á porfía
Con varias y finísimas colores,
De poblados penachos adornados,
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,
O si ocupar un término pretenden,
O por algun aprieto y grande estrecho;
De do mas á su salvo se defienden,
Y salen de rebato á caso hecho,
Recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
Que su forma y hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,
Que á los de fuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados
Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
Hacer dentro del fuerte otro apartado,
Puestos de trecho en trecho unos troncones
En los cuales el muro iba fijado,
Con cuatro levantados torreones
A caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por defuera,
Cuál es largo, cuál ancho, cuál estrecho,
Y así van sin faltar desta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso,
Que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, yerba y flores,
Porque puedan picar mas sin recelo;
Allí los indiscretos corredores,
Teniendo solo por remedio el cielo,
Se sumen dentro y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada;
Y así á cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores,

Haciéndoles saber cómo se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse;
Pues á todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse;
Segun el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse;
Lo cual visto que á todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los caciques del senado,
Propóneles el caso nuevamente,
El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente;
Y resueltos en uno y decretado,
Si alguno de opinion es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando:
Si viene á averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse:
Tres dias se han de haber ratificado
En la difinicion sin retratarse;
Y el franco y libre término pasado
Es de ley imposible revocarse,
Y así como á forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido:
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado,

Do una fresca y altísima alameda
Por orden y artificio tienen puesta
En torno de la plaza y ancha rueda,
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida á descanso, y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta,
Allí se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado,
Que como á poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta,
Y á todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito;
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque mas les insista el apetito:
Caso grave y negocio no se halla
Do no sea convocado este maldito;
Llámanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia á que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran á los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.

Algunos destos son predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia:
Estos son los que ponen en errores
Al liviano comun con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura
Como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas solo aquel vivir les aprovecha
De ser por sabios hombres reputados;
Pero la espada, lanza, el arco y flecha,
Tienen por mejor ciencia otros soldados,
Diciendo que el agüero alegre ó triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima desta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aquí se encierra,
Son hombres que de súbito se airan,
De condicion feroces, impacientes,
Amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos:
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni estranjera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada,
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada,
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre, de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado
En todas las antárticas regiones,
Fué un señor en estremo aficionado
A ver y conquistar nuevas naciones,
Y por la gran noticia del estado
A Chile despachó sus orejones;
Mas la parlera fama desta gente
La sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
Los despoblados ásperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicosos
Por fuerza á servidumbre los trujeron,
A do leyes y edictos trabajosos
Con dura mano armada introdujeron,
Haciéndoles con fueros disolutos
Pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
El campo con ejército pujante,
En demanda del reino deseado
Movieron sus escuadras adelante:
No hubieron muchas millas caminado,
Cuando entendieron que era semejante
El valor á la fama que alcanzada
Tenia el pueblo araucano por la espada.

Los promaucaes de Maule que supieron
El vano intento de los Ingas vanos,
Al paso y duro encuentro les salieron,
No menos en buen orden que lozanos;
Y las cosas de suerte sucedieron,
Que llegando estas gentes á las manos
Murieron infinitos orejones,
Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios promaucaes es una gente,
Que está cien millas antes del estado,
Brava, soberbia, próspera y valiente,
Que bien los españoles la han probado;
Pero con cuanto digo, es diferente
De la fiera nacion, que cotejado
El valor de las armas y escelencia,
Es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
Que en la provincia indómita se encierra,
Y cuán poco á los brazos ganarian
Llevada al cabo la empezada guerra;
Visto el errado intento que traian
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron á los pueblos que dejaron
Donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado
Que en otras mil conquistas se habia visto,
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
A Chile caminó determinado
De estender y ensanchar la fe de Cristo;
Pero en llegando al fin deste camino
Dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta vitoria
Con justa y gran razon le fué otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo
Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
Ayudado de industria que tenia,
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y gruesa compañía:
Y con designio y ánimo valiente
Toma de Chile la derecha via,
Resuelto en acabar desta salida
La demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho;
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, á despecho
De cuantos estorbarle procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligrosos
En tiempos y lugares diferentes,
Que estuvieron los fines muy dudosos;
Pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
Asediados seis años sostuvieron,
Y de incultas raices desabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron,
Do a las bárbaras armas oprimidas
A la española devocion trujeron
Por ánimo constante y raras pruebas,
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando
Con esfuerzo y espada rigurosa,
Los promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, cauquenes, gente belicosa;
Y el Maule y raudo Itata atravesando
Llegó al Andalïen, do la famosa
Ciudad fundó de muros levantada,
Felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
Donde á punto llegó de ser perdido;
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
Que todas las demás le habia acorrido:
Otros dello darán mas larga cuenta,
Que les está este cargo cometido:
Allí fué preso el bárbaro Aïnavillo,
Honor de los pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío
El cual divide á Penco del estado,
Que del Nibequetén copioso rio
Y de otros viene al mar acompañado:
De donde con presteza y nuevo brio,
En orden buena y escuadron formado,
Pasó de Andalicán la áspera sierra,
Pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto,
Pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
Y así pienso pasar por todo presto
Huyendo de importunos la costumbre:
Digo con tal intento y presupuesto,
Que antes que los de Arauco á servidumbre
Viniesen, fueron tantas las batallas,
Que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres que por milagro y caso estraño
De la region celeste eran venidos:
Y del súbito estruendo y grave daño
De los tiros de pólvora sentidos,
Como á inmortales dioses los temian,
Que con ardientes rayos combatian.

Los españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los mas supersticiosos
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos y dudosos,
Viendo de su opresion claras señales,
Debajo de hermandad y fe jurada
Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente,
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente,
Viendo á Arauco sujeta, se entregaron;
Y reduciendo á su opinion gran gente,
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
La Imperial, Villarica y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,
La fama y posesiones que adquirian
Los trujo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian;
Sin pasarles jamás por la memoria,
Que en siete piés de tierra al fin habian
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia
A costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano
En mal y estimacion iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
Por ver con qué rigor se tomaria,
En dos soldados nuestros, que á tormento
Mataron sin razon y causa un dia:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto crecióles la osadía;
No aguardando á mas tiempo, abiertamente
Comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor, desvergonzado,
Con nueva libertad rompe la rienda
Del homenaje hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo espresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
A la engañosa alteza desta vida,
Que fortuna los ha siempre ayudado,
Y dádoles la mano á la subida;
Para después de haberlos levantado
Derribarlos con mísera caída,
Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
Que el contento es principio de tristeza,
No miran en la súbita mudanza
Del consumidor tiempo y su presteza;
Mas con altiva y vana confianza
Quieren que en su fortuna haya firmeza,
La cual de su aspereza no olvidada
Revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva;
Y mucho mas que da siempre les quita,
No perdonando cosa vieja y nueva:
De crédito y de honor los necesita;
Que en el fin de la vida está la prueba,
Por el cual han de ser todos juzgados,
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda
Antes dejará el sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
Ejemplo dello aquí puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor y gloria,
Con todo el bien que puede desearse,
A llevar adelante la vitoria;
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y orden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es contento:
De tal manera en él se descuidaba,
Cierta señal de triste acaecimiento,
Que en una hora perdió el honor y estado,
Que en mil años de afán habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse,
Que para en breve tiempo concluirlo,
Y dar el modo y orden de vengarse,
Se junten á consulta á difinirlo;
Do venga la sentencia á pronunciarse
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo que tardaba
Para el decreto y áspero castigo
Con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos bárbaros ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres,
Que dellas darán fe los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido:
Este fué de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido;
Tiene tres mil vasallos el guerrero
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
No fué el postrero que dejó su tierra,
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de contino.

Paicabí se juntó aquel mismo dia,
Tres mil diestros soldados señorea;
No lejos Lemolemo dél venia,
Que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopía
Se dan priesa á llegar, porque se vea
Que quieren ser en todo los primeros:
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicúra,
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice, que ser sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo,
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
Seis mil súbditos este administraba;
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporcion y altura de gigante.

Peteguelén, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó segun parece,
Como Venecia pueblo libertado
Que en todo aquel gobierno mas florece
Tomando el nombre dél la señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupolicán el fuerte no venia,
Que toda Pilmaiquén le obedecia.

Tomé y Andalicán también vinieron,
Que eran del araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron
Mostrando en verse juntos gran contento:
Después de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encenderse entre todos gran ruido:
La razon uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasion do habia nacido,
Vino sobre cuál era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia
Que el cargo del mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor, que lo merece:
«Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
Añade el jactancioso, á quien quisiere;
Y á aquel que esta razon contradijere...»

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
«A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza.»
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: «Yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare.»

De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: «Tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este baston poseo.» —
«Ninguno, dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualárseme el deseo;
Pues es mas el temor que pasaria,
Que la gloria que el hecho le daria.»

Cayocupi furioso y arrogante
La maza esgrime haciéndose á lo largo,
Diciendo: «Yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo;
Hacéos los pretensores adelante,
Veremos de cuál dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,
Que mas que todos juntos le merezco.» —

«Alto, sus, que yo acepto el desafío,
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mio,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, á cuatro, á seis en la estacada;
Y si todos cuestion quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.»

Purén que estaba aparte, habiendo oido
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio dellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande:
«¿Quién á imaginar es atrevido,
Que donde está Purén mas otro mande?»
La grita y el furor se multiplica,
Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
En medio destos bárbaros de presto,
Y con dificultad los departieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron,
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique mas anciano,
A razonar así tomó la mano.

«Caciques, del estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida;
Porque segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.

»¿Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿Qué furor es el vuestro, ó araucanos,
Que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra nuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan á golpe á los cristianos,
¿Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado,
Que para redimir nos ha quedado.

»No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, antes me esfuerza;
Mas temo que esta vuesta valentía
Por mal gobierno el buen camino tuerza:
Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis vuestra patria con su fuerza,
Cortad pues, si ha de ser desa manera,
Esta vieja garganta la primera.

»Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada,
Que la temprana muerte la asegura;
Pero á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza,
El cielo os igualó en el nacimiento,
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento;
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento,
Que este gracioso don no agradecido
Nos ha al presente término traido.

»En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse;
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien mas un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el mas fuerte.»

Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
Que parece sin término notada;
Y es, que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo, electo del senado,
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fué por nuestra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traido,
No me atrevo á decir lo que pesaba,
Era un macizo líbano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabi le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba,
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto
Lo deja á las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, joven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego,
Duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio dia,
Y el esforzado Ongolino mas de medio,
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traia,
El cual jamás en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el líbano trabaja,
A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja;
Tucapelo catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruido:

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponia:
Corre lijero aquí y allí mostrando
Que poco aquella carga le impedia;
Era de sol á sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando Caupolicán á aquel asiento,
Sin gente, á la lijera había llegado:
Tenía un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y lijero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se había escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
Que causó esta venida entre la gente,
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decía
Que es el Caupolicano mas valiente.
Apuestas en favor y contra había,
Otros sin apostar dudosamente
Acia el oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores,
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolicán viene á la prueba.

Con un desdén y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á Lincoya se le muda
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia;
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfía;
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por eso flaqueza en él había;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titon ya parecía,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecía,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado;
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la estraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisfero;

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocán en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme
Mostrando que aun mas ánimo tenia.
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decia:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito difinido
Con las mas ceremonias que supieron,
Por sumo capitán fué recibido,
Y á su gobernacion se sometieron:
Creció en reputacion; fué tan temido
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
Y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
Y están en duda muchos hoy en dia,
Pareciéndoles que esto que he contado
Es alguna ficcion ó fantasía,
Pues en razon no cabe, que un senado
De tan gran disciplina y policía
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
Del sabio Colocolo, que miraba
La dañosa discordia y diferencia,
Y el gran peligro en que su patria andaba:
Conociendo el valor y suficiencia
Deste Caupolicán que ausente estaba,
Varon en cuerpo y fuerzas estremado,
De rara industria y ánimo dotado;

Así propuso astuta y sabiamente
Para que la eleccion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupolicano se estremase;
Y en esta dilacion, secretamente
Dándole aviso, á la eleccion llegase,
Trayendo así el negocio por rodeo
A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa;
Y el nuevo capitán, ya con cuidado
De dar principio á alguna grande cosa,
Manda á Palta, sarjento, que callado
De la gente mas presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y á su cargo apartado los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
De mas esfuerzo y menos conocidos;
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quien fuesen mandados y regidos:
Hombres diestros, usados en afrenta,
A cualquiera peligro apercibidos;
El uno se llamaba Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe en torno y cierra,
Guarnecidos de pláticos soldados
Usados al trabajo de la guerra:
Caballos, bastimento, artillería,
Que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada,
Y el araucano ejército contento,
Mostrando no tener al mundo en nada,
Que con discurso vano y movimiento
Queria llevarlo todo á pura espada;
Pero Caupolicán mas cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo mas vecino;
Otros, que con formados escuadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones,
Caupolican en nada desto vino;
Antes al pabellon se retiraba,
Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo facilmente
Les da industria y manera disfrazada
Con espresa instruccion, que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada;
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Después de haberlos bien amonestado
Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
La entrada á los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente española, estatuida
A la defensa della y ejercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y así los cautos bárbaros soldados
De feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y orden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Astas fornidas de ferradas puntas;
Y así contra el castillo descuidado
Del encubierto engaño caminaban,
Y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encogidos;
Pero dentro las cargas desatando,
Arrebatan las armas atrevidos
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,
Viendo la airada muerte tan vecina,
Corren presto á las armas alterados
De la estraña cautela repentina;
Y á vencer ó morir determinados,
Cuál con celada, cuál con coracina,
Salen á resistir la furia insana
De la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte;
Allí muestra su fuerza el sanguinoso
Y mas que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada
Por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro:
Ya la española gente á la india lleva
A dar de las espaldas en el muro;
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos,
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros araucanos
Por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento:
Casi defensa en ellos no hallaban,
Pierden la plaza y cobran escarmiento,
Al fin de tal manera los trataron
Que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguán y Talcaguano
Salian, cuando con paso apresurado
Asomó el escuadron Caupolicano,
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el esperado efecto vano
Y el puente del castillo levantado,
Pone cerco sobre él con juramento
De no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que habia
Demasiado temor en nuestra gente,
Mas de temeridad que de osadía
Cala sin miedo y sin ayuda el puente;
Y puesto en medio dél, alto decia:
«Salga adelante, salga el mas valiente;
Uno por uno á treinta desafio,
Y á mil no negaré este cuerpo mio.»

No tan presto las fieras acudieron
Al bramar de la res desamparada,
Que de lejos sin orden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los araucanos cuando oyeron
Del valiente español la voz osada,
Partiendo mas de ciento presurosos
Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta;
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
La espada revolviendo á todos lados;
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los mas amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los españoles bien armados
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do mas pueden dañarse:
Cual los Ciclopes suelen martillando
En las vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan

Andaba la victoria así igualmente,
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplia;
Pero el soberbio bárbaro impaciente,
Viendo que un nuestro á ciento resistia,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo;
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada,
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la escura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quieto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra escura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazon en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun siempre amigo de ruido,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado:
El cual si fuera un poco diligente,
Hallara en pié el castillo arruinado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia;
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido;
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazon embebecido:
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle después la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y límite sabemos:
El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenia:
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
Que al doliente en salud consejos damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡Qué bien la dura guerra platicamos!
¡Qué bien damos consejos y razones
Lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
¡Qué bien de allí las cosas encaminan
Y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
Visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
Metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor del mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba;
Pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto,
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto,
Al cabo en caminar se resolvian
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino
Las amigas cabezas conocieron,
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: «¡Oh compañeros, do se encierra
Todo esfuerzo, valor y entendimiento!
Ya veis la desvergüenza de la tierra,
Que en nuestro daño da bandera al viento;
Veis quebrada la fe, rota la guerra;
Los pactos van del todo en rompimiento;
Siento la áspera trompa en el oido,
Y veo un fuego diabólico encendido.

»Bien conoceis la fuerza del estado
Con tanto daño nuestro autorizada:
Mirad lo que fortuna os ha ayudado
Guiando con su mano vuestra espada;
El trabajo y la sangre que ha costado,
Que della está la tierra alimentada;
Y pues tenemos tiempo y aparejo,
Será bueno tomar nuevo consejo.

»Quién estos son tendreis en la memoria,
Pues hay tanta razon de conocellos,
Que si dellos no hubiésemos vitoria,
Y en campo no pudiésemos vencellos,
Será tal su arrogancia y vanagloria,
Que el mundo no podrá después con ellos:
Dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
Que á nuestro honor y causa satisfaga.»

La poca edad y menos esperiencia
De los mozos livianos que allí habia
Descubrió con la usada inadvertencia
A tal tiempo su necia valentía,
Diciendo: «¡Oh capitán! danos licencia,
Que solos diez sin otra compañía
El bando asolaremos araucano,
Y haremos el camino y paso llano.

»Lo que jamás hicimos en estrecho
No es bien por nuestro honor que lo hagamos;
Pues es cierto que cuanto hemos hecho
Volviendo atrás un paso lo manchamos:
Mostremos al peligro osado pecho,
Que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varon acreditado!
¡Cuánto la verde plática sentiste!
No solias tú temer como soldado,
Mas de buen capitán ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sabio la entendiste;
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus piés, en voz alta, arrodillado
Le dice: «¡Oh capitán! mira qué digo
Que no pases el término vedado:
Veinte mil conjurados, yo testigo,
En Tucapel te esperan, protestado
De pasar sin temor la muerte honrosa
Antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbacion dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso,
Discurre un miedo helado por la gente,
La triste muerte en medio se les puso;
Pero el gobernador osadamente,
Que también hasta allí estuvo confuso,
Les dice: «caballeros, ¿qué dudamos?
¿Sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin mas les persuadir rompe la via,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía;
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel, bien lejos parecia
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: «¡Oh constante
Española nacion de confianza!
Por tierra está el castillo tan pujante,
Que en él solo estribaba mi esperanza;
El pérfido enemigo veis delante,
Ya os amenaza la contraria lanza;
En esto mas no tengo que avisaros,
Pues solo el pelear puede salvaros.»

Estaba, como digo, así hablando,
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandeando,
Gritando: «engañadores y ladrones,
La tierra dejareis hoy con la vida,
Pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadron menos copioso
Y mas vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso
Sin que Valdivia mas le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Asalta el escuadron de Mareande.

La piquería del bárbaro calada
A los pocos soldados atendia;
Pero al tiempo del golpe levantada
Abriendo un gran portillo se desvia:
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadron los recogia,
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento cuando siente
El escuadron de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface;

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadron del homicida,
Y en un espacio breve consumido
Sin escapar cristiano con la vida.
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada
Tendia el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado mandá á su sarjento
Que escogiendo la gente mas gránada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja:
Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte, el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados.
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados.
En esto, la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte,
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende,
Volver un paso atrás ninguno quiere,
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital espíritu tenian,
Por el sangriento campo iban rodando
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte,
Siempre el acometer es mas furioso,
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte,
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan estraña,
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña;
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: «Vitoria, España, España,
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de paje le servia,
Acariciado dél y favorido
En su servicio á la sazon venia:
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á mas andar se retraia,
Comienza á grandes voces á animarla
Y con tales razones á incitarla:

« ¡Oh ciega gente del temor guiada!
¿A dó volveis los temerosos pechos?
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy jamás violada
Vuestras leyes, los fueros y derechos:
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.

»Manchais la clara estirpe y descendencia,
Y enjeris en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpetuo, ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento, y el fogoso
Latir de los caballos, las ijadas
Llenas de sangre y de sudor bañadas.

»No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos:
Huid el grave yugo y servidumbre,
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?

»Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia
Vuestra sujeta patria libertando;
Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
Que os está el hado próspero llamando;
A lo menos fijad el pié lijero,
Vereis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia su señor blandia,
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetia;
Y entre el hierro español así se lanza,
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo en el caliente estío,
Para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
Salió el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fué rompida
Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta, luego afierra
Del suelo una pesada y dura maza;
Mata, hiere, destronca y echa á tierra
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra,
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano
Que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leido,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase á la contraria del vencido?
¿Y que solo valor y no otra cosa
De un bárbaro muchacho haya podido
Arrebatar por fuerza á los cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas,
Dieron muestra de sí tan señalada;
Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada:
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿qué hicieron
Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿Qué empresa ó qué batalla acometieron
Que á lo menos en duda no estuviese?
¿A qué riesgo y peligro se pusieron
Que la sed del reinar no los moviese,
Y de intereses grandes insistidos
Que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos,
Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
De fama y vanagloria codiciosos
Que no saben sufrir un golpe fuerte,
Mostrándose constantes y animosos
Hasta que ven ya declinar su suerte,
Faltándoles valor y esfuerzo á una,
Roto el crédito frágil de fortuna.

Este, el decreto y la fatal sentencia
En contra de su patria declarada,
Turbó y redujo á nueva diferencia,
Y al fin bastó á que fuese revocada:
Hizo á fortuna y hados resistencia,
Forzó su voluntad determinada,
Y contrastó el furor del vitorioso
Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
Y el desigual combate mas revuelto,
Cuando Caupolicano reportado
A las amigas voces habia vuelto:
También habian sus gentes reparado
Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
A lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Animos, de repente inadvertidos,
O cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados;

Así los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo,
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Painaguala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho,
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca mas fué conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido;
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano
Haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
Parte acudió del araucano bando
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuése el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurria;
Sube el alto rumor á las estrellas
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoroso,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro;
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol no menos diestro,
Y en aquella sazon Purén, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida
Por do la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villaroel, ya enflaquecido
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada;
También Juan de las Peñas mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado,
Es el un escuadron inumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable,
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados,
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados
El sangriento destrozo acrecentaban,
Derramando mas sangre, y esforzados
En la muerte también acompañaban
A la española gente no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuándo de aqueste y cuándo de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte;
Los otros aunque ven su fin tan cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo
Con el ya declarado fin presente:
Fuése el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que àcaso allí venia,
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: «Pues pelear es escusado
Procuremos vivir por otra via.»
Pica en esto al caballo á toda prisa
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalís, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos,
Y salen en su alcance los lijeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y piés livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho les alcanzan,
Que un paso cenagoso los detiene;
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
Por valiente el postrero no se tiene;
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia, como mísero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido,
A quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: «Por dar crédito á un rendido
¿Quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando á Valdivia en el celebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando,
Y el diestro carnicero ejercitado
El grave y duro mazo levantado,
Recio al cogote cóncavo desciende
Y muerto estremeciéndose le tiende;

Así el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño
Ayudándose de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caida
Estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolicán dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fué del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado;
Que no escapó cristiano desta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
Que como las estrellas se mostraron
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
A mas andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubria
El orbe y redondez del ancho suelo,
Cuando la vencedora compañía,
Arrimadas las armas sin recelo,
Danzas en anchos cercos ordenaban
Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
Por todo el araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mujeres
Partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
Y alegres sus cantares repetian,
Un sitio de altos árboles cercaban
Que una espaciosa plaza contenian,
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de españoles cuerpos dividian:
Los troncos de su rama despojados
Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
Cercado de una amena y gran floresta,
En memoria y honor del vencimiento
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino así aumentó el atrevimiento,
Que España en gran peligro estaba puesta;
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar, doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
A dar en las ciudades descuidadas,
Que tomadas de salto y de repente
Serian con solo el miedo arruinadas,
Y la patria en su honor restituida
No dejando cristiano con la vida.

Y dando orden bastante y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña,
Con gran poder y ejército de hecho
Querian pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho
Por fuerza de armas, puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las iberas
Tierras de las naciones estranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento y quiere desviarlo,
Que como diestro y sabio otro pretende
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo espera y la sazon atiende
Que estén mejor dispuestos á tratarlo;
La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo
La dulce libertad tan estimada,
Ni que sea nuestra patria yo defiendo
En el sublime trono restaurada;
Mas hase de atender á que pudiendo
Ganar, no se aventure perder nada;
Y así, con este celo y fin procuro
No poner en peligro lo seguro.

»Tomad con discrecion los pareceres
Que van á la razon mas arrimados,
Pues cobrar vuestros hijos y mujeres
Está en ir los principios acertados:
Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
A punto están de ser recuperados;
Que el tiempo, que es el padre del consejo,
En las manos nos pone el aparejo.

»A Valdivia y los suyos habeis muerto
Y una importante plaza destruido,
Venir á la venganza será cierto
Luego que en las ciudades sea sabido;
Demos al enemigo el paso abierto:
Esto asegura mas nuestro partido;
Vengan, vengan con furia á rienda suelta,
Que difícil será después la vuelta.

»La vitoria tenemos en las manos,
Y pasos en la tierra mil seguros
De ciénagas, lagunas y pantanos,
Espesos montes, ásperos y duros:
Mejor pelean aquí los araucanos,
Españoles mejor dentro en sus muros:
Cualquier hombre en su casa acometido
Es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

»Esto os vengo á decir, porque se entienda
Cuánto con mas seguro acertaremos,
Para poder tomar la justa enmienda,
Que en sitios escogidos esperemos:
Donde no habrá en el mundo quien defienda
La razon y derecho que tenemos;
Cuando temor tuviesen de buscarnos
A sus casas iremos á alojarnos.»

Con atencion de todos escuchada
Fué la oracion que el general hacia,
Siendo de los mas dellos aprobada,
Por ver que á su remedio convenia;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolicán al joven se volvia
Por quien fué la vitoria, ya perdida,
Con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor le tenia asido
Con la siniestra de la diestra mano,
Diciéndole: «Oh varon, que has estendido
El claro nombre y límite araucano!
Por tí ha sido el estado redimido,
Tú le sacaste del poder tirano,
A tí solo se debe esta vitoria
Digna de premio y de inmortal memoria.

»Ya, señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto
(Que así el valiente mozo era llamado),
Yo por remuneralle en algo desto
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
Le hago capitán y mi teniente.

»Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obras sois testigos,
En el sitio que mas le pareciere
Se ponga á recibir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere,
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparé la entrada de Elicura,
Aguardando la misma coyuntura.»

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el general le daba;
Aprobólo el comun aficionado,
Si á alguno le pesó no lo mostraba;
Y por el orden y uso acostumbrado
El gran Caupolicán le trasquilaba,
Dejandole el copete en trenza largo,
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche en torno de los fuegos:
Habia precios y joyas señaladas,
Que nunca los troyanos ni los griegos,
Cuando los juegos mas continuaron,
Tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolicán estando en esto
Un bárbaro turbado, sin aliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciéndole: «Señor, socorre presto;
Tu campo es roto y cierto el perdimiento;
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la mas della y destrozada.

»Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros,
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y lijeros;
Por estos solos son desbaratados
Dos escuadrones tuyos de piqueros,
Y visto el gran estrago al improviso,
Partí corriendo á darte dello aviso.

Caupolicán con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Al cabo era imposible que escapase;
Y con la diligencia acostumbrada
Mandó al nuevo teniente que guiase
Con la mas presta gente por la via
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro, en lo aceptar no perezoso,
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta prisa, codicioso
De ganar opinion entre la gente;
Mas de Marte el estruendo sonoroso
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece,
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
Por ella son mil males atajados;
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
Cuando de un daño otro mayor se espera,
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
Traiga el hierro en la mano la justicia,
Sino segun la gravedad del caso
Y la importancia y fin de la malicia;
Pues vemos claro en el presente paso,
Que al cabo corrompida de avaricia
Dió á la maldad lugar que se arraigase,
Y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento·
Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

No faltará materia y coyuntura
Para mostrar la pluma aquí curiosa;
Mas no quiero meterme en tal hondura,
Que es cosa no importante y peligrosa:
El tiempo lo dirá y no mi escritura,
Que quizá la tendrán por sospechosa:
Solo diré que es opinion de sabios,
Que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
Dejaré de tratar de sinrazones,
Que es trabajar en vano derramando
Al viento en el desierto las razones:
De los nuestros diré que peleando
Estaban con los fieros escuadrones
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
Mucha atencion y autorizada pluma,
Y así digo que aquel que le leyere
En que fué de los grandes se resuma:
Diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda será una breve suma,
Y los nombres también de los soldados
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda,
Morán, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona y otro queda
Con el cual es el número acabado:
Don Leonardo Manrique es el postrero,
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
A verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo Imperial partido habian
Sin saber que Valdivia fuese muerto;
Por la alta cuesta de Purén subian,
Y en el mas alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,
Señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada
Y que de gentes hacen llamamiento;
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudó el temor el firme intento:
La fresca y nueva aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del sol se retraian
Cuando el licúreo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados
Esperando á los nuestros, si viniesen,
Por cogerlos sin orden descuidados,
Antes que del peligro se advirtiesen;
De un bosque á mano hecho rodeados
Para que mas cubiertos estuviesen,
Hasta que inadvertidos del engaño
Pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
Por un repecho al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros estaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nuestros con el bosque aun no igualaban
Cuando los indios súbito sonando
Bárbaras trompas, roncos tamborinos,
Los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría
Cuando mas sin pensar la liebre echada
De súbito por medio de la via
Salta de entre los piés alborotada,
Cuanto causó la muestra y vocería
Del vecino escuadron de la emboscada
A nuestros españoles, que al instante
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los españoles no pararon
Hasta de parte á parte atravesalla:
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven por dar fin á la batalla
Con mas valor y esfuerzo que esperanza,
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
El paso les cercaron y huida,
Viéndose así de bárbaros cercados
Piensan abrir por ellos la salida:
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una escuadra dellos fué rompida,
Volvieron á sus puestos recogidos,
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte
Las cerradas escuadras tropellando;
Mas viéndose cercanos á la muerte,
Prosiguen su derrota, enderezando
Al desolado sitio y casa fuerte,
A diestro y á siniestro derribando,
Que los indios entre ellos van mezclados
Hiriéndolos también por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
Por la pequeña falda de una sierra,
La causa y la razon desta angostura
Es un lago que el valle abajo cierra:
Para los nuestros esto fué ventura,
Pues siguen su jornada haciendo guerra,
Que solo un español que atrás venia
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
Mata, al calar de un aspero collado
Ven un indio salir á toda priesa
El vestido y el rostro demudado;
El cual en el camino se atraviesa,
Y del seno sacó un papel cerrado,
Que Juan Gomez de Almagro el propio dia
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso
Que dellos adelante habia partido,
De Valdivia el suceso lastimoso
Les dijo y lo demás acontecido,
Y que el castillo el bárbaro furioso
Le habia por los cimientos destruido:
Viendo el remedio y presupuesto vano
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,
Aunque por esta senda y paso abierto,
Del este, norte, oeste está abrigado,
Y el sur le hiere casi en descubierto;
Por do seguido va el camino usado
De los lijeros bárbaros cubierto
En espaciosa hila prolongada
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo
En el llano asimismo repararon,
Y la gente esparcida recogiendo
Dos gruesos escuadrones reformaron:
Los catorce españoles conociendo
Que era mejor romper, se aparejaron;
Mueven los escuadrones concertados
Por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos
Alto estruendo, alaridos desdeñosos,
Salen los fieros bárbaros sangrientos
Contra los españoles valerosos,
Que convertir esperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgullosos:
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece
Que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
Que yo no digo aquí cuál dellos era,
Dijo viendo tan poca gente al lado:
«¡Oh si nuestro escuadron de ciento fuera!
Pero Gonzalo Hernandez animado
Vuelto al cielo responde: ¡«A Dios pluguiera
Fuéramos solos doce y dos faltaran,
Que doce de la fama nos llamaran!»

Los caballos en esto apercibiendo
Firmes y recogidos en las sillas
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas;
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando
En alto ya desnudas las espadas;
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enastadas,
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos,
Y que bajen los brazos mas pesados;
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
Imitar al de Córdoba famoso,
Iba por el ejército rompiendo
No menos diestro y fuerte que animoso;
Peñalosa y Vergara, conociendo
Que vencer ó morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas

El valiente soldado de Escalona
La rigurosa espada ejercitando,
Aventura y señala su persona,
Mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los suyos con gran priesa y mayor ira
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdoba se llama,
Mozo de grande esfuerzo y valentia,
Tanta sangre araucana allí derrama,
Que hizo cien viudas aquel dia:
Por una que venganza al cielo clama
Saltan todas las otras de alegría;
Que al fin son las mujeres variables,
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gomez de Almagro y Maldonado
Siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
El Herrero como hombre acostumbrado
Y diestro en golpear, mata y atierra:
Pues Nereda también que era maestro
Hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos
Las rabiosas espadas así cortan,
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte,
Que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan;
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando
Anima con hervor los escuadrones,
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones:
Cortés un golpe suyo reparando
La cabeza inclinó entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto,
Suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,
Acá y allá el caballo le traia;
Pero tornando luego en su sentido
Vergonzoso las riendas recogia:
Vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
Y al punto que miró le conocia,
Que al mayor araucano que allí andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza
Que mostraba animando allí su gente,
Y en la facilidad y lijereza
Con que esgrime la maza diestramente:
Como el suelto lebrel por la maleza
Se arroja al jabalí fiero y valiente,
Así asalta Cortés al araucano,
La adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le birió por un costado
No le valiendo el coselete duro;
Mas de aquella manera le ha mudado
Que mudara un peñasco ó fuerte muro:
Pasa recio el caballo espoleado,
Y Cortés de Lincoya ya seguro
Por medio de la espesa escuadra hiende,
Y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatia
Con el joven Guacon, soldado fuerte;
Pero presto la lid se decidia,
Que poco se mostró neutral la suerte;
De un golpe Almagro al bárbaro hería,
Por donde una ancha puerta abrió a la muerte;
Sale della de sangre roja un rio,
Y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Airado Castañeda en la batalla,
Mata, tropella, daña, hiere, ofende;
Acaso á Narpo á la derecha halla,
Y allí la rigurosa espada tiende:
No le valió el jubon de fina malla,
Ni un peto de dos cueros le defiende
Que la furiosa punta no calase,
Y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,
Crece el hervor, coraje y la revuelta,
Y el rio de la corriente sangre crece
Bárbara y española toda envuelta:
Del grueso aliento el aire se escurece,
Alguna infernal furia andaba suelta,
Que por llevar á tantos en un dia
Diabólico furor les infundia.

Tanto el teson entre ellos ha durado,
Que espanta cómo alzar pueden los brazos;
Estaban por el uno y otro lado
De amontonados cuerpos los ribazos:
El sol habia en su curso declinado
Cuando ya sin vigor hechos pedazos
De manera igualmente enflaquecian,
Que moverse adelante no podian.

Como el aliento y fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos,
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con pasos perezosos
Cubiertos de un humor y espeso aliento,
Y esparcen con los piés la arena al viento:

Los dos puestos así se retiraron
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamás las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente á frente careados;
Ambos á un mismo tiempo repararon,
A un punto hicieron alto, y desviados
Los unos de los otros tanto estaban
Que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando
En el sitio y contrario alojamiento,
Cubiertos de agua y sangre ijadeando,
Que no pueden hartarse del aliento,
Los fatigados miembros regalando,
El pecho y boca abierta al fresco viento
Que con templados soplos respiraba
Mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas,
A falta de las manos, se ofendian
Diciéndose palabras afrentosas,
La muerte con rigor se prometian;
Y á vueltas desto flechas peligrosas
Los enemigos arcos despedian;
Que aunque el aliento y fuerzas les faltaba
El rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cuál brazo descansado
Una flecha con ímpetu saliendo,
A manera de rayo arrebatado,
El aire con rumor iba rompiendo:
Tocó en soslayo á Córdoba en un lado,
Y la furiosa punta no prendiendo,
Torció á Morán el curso, y encarnada
Por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Morán con mano cruda y fuerte
Sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
Le apercibe y esfuerza condolido:
Pero Moran gritó: «No estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido,
Que solo así herido soy bastante
A vencer cuantos veis que están delante.»

Pica el caballo temerariamente,
Que galopear no puede de cansado,
Contra todo aquel número de gente
Que en escuadron estaba reformado;
Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado,
Que ya Lincoya al paso le salia,
Y al puesto aunque por fuerza lo volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
Sobre la cumbre de una verde loma,
Tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
Leon viendo la presa placer toma,
Y mira acá y allá feroz rugiendo
El vedijoso cuello sacudiendo:

Lautaro así veloz por un repecho
Bajaba enderezando á los de España,
Pensando él solo dar fin á aquel hecho
Si no le desamparan la campaña:
Delante de su gente va gran trecho,
Digna es de celebrarse tal hazaña,
Solos catorce esperan, hechos piezas,
Rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;
Apiñados los nuestros los esperan
No de ver tanta gente temerosos,
Porque aun morir con mas honor quisieran.
Los fieros enemigos orgullosos
En alta voz gritaban: «mueran, mueran;»
Y el lincoyano ejército animado
También acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descansados araucanos,
Que fieros amenazan tierra y cielo:
Vienen con tardos piés á prestas manos;
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena,
Bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida;
Aunque en atribuirla hay desconcierto:
Unos dicen que Angol fué el homicida,
Otros que Leocoton, y esto es mas cierto;
Cualquier dellos que fué, de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto,
Con un trozo de pica atravesado,
Donde fué del tropel despedazado.

También el de Manrique volteando
A los piés de Lautaro muerto vino:
Rompen los otros doce enderezando
Por las espesas armas al camino;
Pero Ongolmo los piés apresurando
De un golpe derribó fuera de tino
A Nereda, que en guerras era esperto,
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego García,
De una llaga mortal abierto el pecho,
De otro golpe Escalona se tendia,
Que Tucapel le acierta por derecho:
Los demás españoles en la via
(Considere quien ya se vió en estrecho)
Con cuánta priesa baten las ijadas
De los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra
A todos con audacia los asalta,
Y en viendo que estos dos baten la tierra,
Gallardo por encima dellos salta:
Topa á Almagro, y con él lijero cierra
En los piés levantado y la maza alta,
Que sobre él derribándola venia
Con toda la pujanza que tenia.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
O que el sumo Señor quiso librallo,
Que el tiro á la cabeza señalaba,
Y á dar vino en las ancas del caballo;
Con tanta fuerza el golpe le cargaba
Que Almagro mas no pudo meneallo,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
Viendo el caballo cojo se derriba,
Ora fué su ventura y diestro hado,
Ora siniestro del que tras él iba,
El cual era el valiente Maldonado
Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba,
Que el golpe segundaba Tucapelo,
Y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho
Lado al bárbaro encuentra de pasada,
Y cuanto cinco pasos, ó mas trecho,
Lo lleva acia adelante por la estrada:
Brama el bárbaro ardiendo de despecho,
Víbora no se vió mas enconada,
Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia,
Que contra Juan de Almagro dado habia,
Y la furiosa maza é impaciencia
Al triste Maldonado revolvia:
Cala un golpe con toda su potencia,
Mas el presto caballo se desvía;
Tucapel de furioso el tiro yerra,
Y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte;
Que al punto llega el bravo Lemolemo
Con un largo baston ñudoso y fuerte
A manera de corvo y grueso remo;
Y un golpe le señala de tal suerte,
Que no le erró el ferrado y duro estremo,
Ni celada prestó de estofa llena,
Que los sesos saltaron por la arena.

En esto, una gran nube tenebrosa
El aire y cielo súbito turbando,
Con una escuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fué ocupando:
Salta Aquilon con furia procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo
Al duro asalto y fiera batería,
Va con los tardos golpes previniendo
La presta y animosa compañía,
Pero el punto y señal última oyendo
Suena la horrenda y áspera armonía;
Así el negro nublado turbulento
Lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto
La furiosa tormenta se esforzaba,
Agua, piedras y rayos todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba:
El araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba;
Crece la tempestad horrenda tanto
Que á los mas esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
Hizo que al punto el cielo se cerrase,
Y la tiniebla de la noche escura
Gran rato en su favor se anticipase:
Turbado se metió en una espesura
Hasta tanto que el ímpetu pasase
De aquella gente bárbara furiosa,
De la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
Y que él podia salir mas encubierto,
El bosque deja y toma su camino,
Que el temor se le muestra bien abierto:
Cayendo y levantando al cabo vino
De sangre, lodo y de sudor cubierto,
Junto donde los nuestros esperaban
Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados
Y uno de los caballos relinchando
El español con pasos sosegados
Al alegre rumor se fué acercando:
Llegó donde los seis medrentados
Con baja voz estaban dél tratando,
Y en aquella sazon se les presenta
Dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido,
Que entre ellos ya por muerto se tenia,
Y cada uno de lástima movido
A morir en su ayuda se ofrecia;
Mas él, como animoso y entendido,
Viendo que aprovechar no le podia,
Dice: «de mí, señores, nadie cure,
La vida el que pudiere la asegure.»

Esto no dijo bien, cuando esforzado
Por el bosque tomó una senda incierta
Y aquella mas usada deja á un lado
De gente y pueblos bárbaros cubierta:
Otro trance mayor le está guardado;
Pero pues hay de Chile historia cierta,
Allí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo
De Chile y del Pirú en latin la historia,
Con tanta erudicion, que será justo
Que dure eternamente su memoria;
Y la vida de Carlos quinto augusto,
Y en verso los encomios y la gloria
De varones ilustres en milicia,
Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
La desgracia de Almagro, lo mostraban;
Pero ayudalle en ella no pudiendo
A la Imperial ciudad enderezaban;
La tempestad furiosa iba creciendo,
Relámpagos y truenos no cesaban
Hasta que salió el sol, y el claro dia
La plaza de Purén les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
Le habia Juan Gomez antes sustentado
Hallándose una noche de repente
De multitud de bárbaros cercado:
Repelidos al fin gallardamente,
Fué por su industria el cerco levantado:
No escribo esta batalla, aunque famosa,
Por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
Fueron con tierna muestra recibidos
De los caros amigos, admirados
De verlos á tal término traidos,
Míseros, afligidos, demudados,
Flacos, roncos, deshechos, consumidos,
Corriendo sangre y lodo, sin celadas,
Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
Las armas defendiendo su partido,
Que nunca en este tiempo descansaron
Haciendo lo que habeis, señor, oido:
Un rato en el castillo reposaron
Del cual la noche atrás habian salido,
No con poco temor de los de casa,
Y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
Gran turbacion les puso á todos cuando
El caso de Valdivia desastrado
Les fueron por sus términos narrando:
Y así, viendo el castillo mal parado,
De consejo comun considerando
La pujanza que el bárbaro traia,
Le dejaron desierto el mismo dia.

Acia Gautén tomaron la jornada
Llevando á Almagro acaso de camino,
Que por venir la noche tan cerrada
Libre salió del campo lautarino:
La fuerza fué por tierra derribada,
Que luego el enemigo pueblo vino
Talando municiones y comidas
Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
Acia donde su ejército venia,
Retumbando en los montes cavernosos
El alegre rumor y vocería;
Y por aquellos prados espaciosos
Con la vitoria y gozo de aquel dia
Tales cantos y juegos inventaban,
Que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra
Les habla y los recibe alegremente,
Y asiendo blandamente de la diestra
Al valiente Lautaro, su teniente,
Una escuadra le entrega de maestra,
Escogida, gallarda y buena gente,
En armas y trabajo ejercitada
Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
Que mucho su proceso me detiene,
Forzoso á tratar dél volveré presto,
Que llegar hasta Penco me conviene;
Pues hace tanto á nuestro presupuesto
Decir cómo á la guerra se previene
Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, lijera embajadora
De tristes nuevas y de grandes males,
A Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando su voz ruines señales:
Cuando llegan los indios á deshora,
Los dos que ya conté que en los jarales
Viendo á Valdivia roto, se escondieron,
Y estos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mujeres, niños concurriendo
Se forma un triste y general lamento:
El cielo con aguda voz rompiendo
Hinchen de tristes lástimas el viento;
Nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos:
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
De la edad mas robusta juntamente
Daban de su dolor demostraciones,
Pero con otro modo diferente:
Suenan las armas, suenan municiones,
Suena el nuevo aparato de la gente,
Y la ronca trompeta del dios Marte
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en astas enjerian:
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogian,
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagrán, varon tenido
Por sabio en la milicia y suficiente,
Con suma diligencia prevenido:
De Pedro de Valdivia fué teniente,
Después de su persona obedecido,
Sentido del suceso y caso fuerte
Brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos maridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos,
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lagrimosos ojos y gemidos
Echadas de rodillas por el suelo
Les ponen los hijuelos por delante;
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados,
Que vistosos de lejos parecian:
Las mujeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernos los seguian,
Y echándoles de allí mil bendiciones
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
Que del pueblo saliera á acompañallos,
Y en busca del ejército araucano
Pican á toda priesa los caballos:
Dejan á la siniestra á Mareguano,
Y á la diestra de Talca los vasallos,
Hijo de Talcaguano, que su tierra
La ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando
Pisan de Andalicán la enjuta arena,
Y el espacioso llano atravesando
Suben las lomas, y rumor no suena;
Y al pié del cerco andálico llegando,
Sin entender lo que Lautaro ordena,
Solo el miedo de entrar por el estado
Les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho
De la banda del norte está á la entrada,
Por un monte asperísimo y derecho
La cumbre hasta los cielos levantada:
Está tras este un llano poco trecho,
Y luego otra menor cuesta tajada,
Que divide el distrito andalicano
Del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo su ejército tendido
En lo mas alto della y descubierto:
Viendo que á pié en lo llano es mal partido
Seguir á los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro deja exento
Pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
Quiero aquí figurarle por entero:
La subida no es mala del camino,
Mas todo lo demás despeñadero;
Tiene al poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pié de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta
Se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado,
Sin defensa ni estorbo, como digo:
Pasando el primer monte habia llegado
Al pié deste segundo el bando amigo;
Pero aquí Villagrán confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso
El pié en el Rubicon fijó á la entrada
Pensando allí de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada,
Al fin soltó las riendas animoso,
Diciendo: «Sús, la suerte ya es echada;»
Así nuestro español rompió el camino,
Dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
Cuando luego tras él osadamente,
Por el fragoso monte levantado,
Alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro, sin moverse, arrinconado,
Franca les da la entrada llanamente;
Diez mil hombres gobierna, gente usada
En el duro ejercicio de la espada.

Tenía su campo en torno de la cuesta,
Y mandado que nadie se moviese
Un paso á comenzar la dura fiesta
Hasta que el son de arremeter se oyese,
Con una irremisible pena puesta
Para aquel que del término saliese;
Que estaban así quedos y callados,
Cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente deseando
Ejercitar la vencedora diestra,
Se va á los enemigos acercando
Por la banda del barbaro siniestra:
Lautaro, al puesto término llegando,
Presenta la batalla en bella muestra
Con gran rumor de bárbaras trompetas,
Atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
Dar fin al largo canto en este paso,
Porque el deseo del otro mueva el gusto,
Y porque de cantar me siento laso:
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto
Pareciéndoos que voy tan paso á paso,
Que aun de gentes agravio una gran suma
Atento á no llevar prolija pluma.

CANTO V.

Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
Nos dilata el castigo merecido,
Hasta ver sin enmienda la insolencia
Y el corazon rebelde endurecido;
Y es tanta la dañosa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo de castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta
Nuestra gente española á las espadas,
Que en el fin de Valdivia no escarmienta,
Ni mira haber seguido sus pisadas:
Presto la vereis dar estrecha cuenta
De las culpas presentes y pasadas;
Que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
Se muestra con su gente en la campaña.

Villagrán con la suya á punto puesto
En el estrecho llano se detiene,
Plantando seis cañones en buen puesto
Ordena aquí y allí lo que conviene:
Estuvo sin moverse un rato en esto,
Por ver el orden que Lautaro tiene,
Que ocupaba su gente tanto trecho,
Que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
Pero sabe ora Dios sus intenciones:
Viendo toda la cuesta rodeada
De gente en concertados escuadrones,
La sangre del temor ya resfriada
Con presteza acudió á los corazones;
Los miembros del calor desamparados
Fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando
Porque la trompa del partir no suena,
Tanto el trance y batalla deseando,
Que cualquiera tardanza les da pena;
De la otra parte el araucano bando
Sujeto á lo que su caudillo ordena
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
Cuando el competidor ve ya cercano
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hiere la tierra de una y otra mano;
Así el bárbaro ejército obediente
Viendo tan cerca el campo castellano
Gime por ver el juego comenzado;
Mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse,
Pero ya Villagrán consideraba
Que era dalle mas ánimo el tardarse:
Tres bandas de jinetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que á la seña sin mas amonestallos
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con lijeros piés batiendo
Salen con gran tropel y movimiento,
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo estraño sentimiento:
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el espreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian,
El paso acia adelante no movian.

Con el concierto y orden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una cuadrilla
Revolviendo la adarga al pecho puesta;
Así los nuestros firmes en la silla
Llegan hasta el remate de la cuesta,
Y vuelven casi en cerco á retirarse
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
Y desta suerte muchas vueltas prueban;
Pero todas las veces una carga
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
A algunos vale allí la buena adarga,
Las celadas y grevas bien aprueban,
Que no pueden venir al corto hierro
Por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
Y cercada de gente la montaña,
Algunos que pretenden señalarse
Salen con su licencia á la campaña:
Quieren uno por uno ejercitarse
De la pica y baston con los de España,
O dos á dos, ó tres á tres soldados
A la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
Vienen con muestra airosa y contoneo,
Mas bizarros que bravos alemanes
Haciendo aquí y allí gentil paseo;
Como los diestros y ágiles galanes
En público ejercicio del torneo,
Así llegan gallardos á juntarse,
Y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
Sale á probar la fuerza y el destino,
Tentando el lado diestro y el siniestro
Buscando lo mejor con sabio tino;
Cuál acomete, vanle, y hurta presto
Hallando para entrar franco el camino,
Cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
Que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan
Ni paran en el aire y gentileza,
Que el golpe sea mortal solo procuran,
Y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:
Con ánimo arrojado se aventuran
Llevados de la cólera y braveza;
Esta á veces los golpes hace vanos,
Y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
El mozo Curiomán se señalaba,
Que con gallarda muestra y atrevida
Larga carrera sin temor tomaba;
Y blandiendo una lanza muy fornida,
En medio de la furia la arrojaba,
Que nunca de ballesta al torno armada
Jara con tal presteza fué enviada.

Habia siete españoles ya herido,
Mas nadie se atraviesa á la venganza;
Que era el valiente bárbaro temido
Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
En esto Villagrán algo corrido
Viéndole despedir la octava lanza,
Dijo con voz airada: «¿No hay alguno
Que castigue este bárbaro importuno?»

Diciendo esto miraba á Diego Cano,
El cual de osado crédito tenia,
Que una asta gruesa en la derecha mano
Su Rabicàn preciado apercibia;
Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
Con fuerza estrema el brazo sacudia,
En la silla los muslos enclavados
Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
Sale el presto caballo desenvuelto
Acia el gallardo bárbaro atrevido,
Que en esto las espaldas habia vuelto;
Pero el fuerte español embebecido
En que no se le fuese, el freno suelto,
Bate al caballo apriesa los talones
Hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento
Con las espesas picas derribadas,
Ni el presuroso y recio movimiento
De mazas y de bárbaras espadas
Pudieron resistir al duro intento
Del airado español, que las pisadas
Del lijero araucano iba siguiendo,
La espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho,
Con grande esfuerzo y valerosa mano
Rompe por ellos, y la lanza el pecho
De aquel que dilató su muerte en vano;
Y glorioso del bravo y alto hecho
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron jinete
Al araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y vase luego al borde retirando:
Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando;
Que en aquella sazon ninguna espada
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
A toda furia y priesa disparaba,
Y así en el escuadron indio batia,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubria,
El aire cerca y lejos retumbaba,
Parece con estruendo abrirse el suelo,
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel ñublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y habia gran parte della destrozado,
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta,
Y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros vitoriosos,
A quien fortuna llama á tales hechos!
Ya es tiempo que los brazos valerosos
Nuestras causas aprueben y derechos:
Sus, sus, calad las lanzas animosos,
Rompan los hierros los contrarios pechos,
Y por ellos abrid roja corriente
Sin respetar á amigo ni á pariente.

»A las piezas guiad; que si ganadas
Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
Célebres quedarán vuestras espadas,
Y eterna al mundo dellas la memoria:
El campo segurá vuestras pisadas
Siendo vos los autores desta gloria.»
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota;
El mas medroso quiere ser primero
Al probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego;
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego:
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda
Y de tiros la tierra y sol cubrian;
Pluma no basta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venian:
De voces, fuego, humo y polvareda
No se entienden allí ni conocian;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas,
Lo que allí se vió mas para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y así vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
Con tal ímpetu y furia acometida,
Otros por dar remate á su porfía,
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo español cincuenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja
Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte
De Carlos quinto, máximo, glorioso;
Mas que á pesar del contrapuesto Marte
Vaya siempre adelante vitorioso:
El cual terrible y fiero á cada parte,
Envuelto en ira y polvo sanguinoso
Daba nuevo vigor á las espadas
De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza,
Segun es el herir apresurado,
Con aquel mismo esfuerzo y entereza
Que si entonces lo hubieran comenzado:
Las muertes, el rigor y la crüeza
Esto no puede ser significado,
Que la espesa y menuda yerba verde
En sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene,
Que no pierde una mínima su puesto,
De todo lo importante se previene;
Aquí va, y allí acude, y vuelve presto:
Hace de capitán lo que conviene
Con usada esperiencia, y fuera desto
Como osado soldado y buen guerrero
Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
Que en los cristianos hace gran matanza,
Lleva el caballo, y él llevado de ira
Requiere en la derecha bien la lanza:
En los estribos firme al pecho tira;
Mas la codicia y sobra de pujanza
Desatentó la presurosa mano,
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
Por la canalla bárbara enemiga,
Revuelve á Torbo el español airado
Y en bajo el brazo la jineta abriga,
Pásale un fuerte peto tresdoblado
Y el jubon de algodon, y en la barriga
Le abrió una gran herida, por do al punto
Vertió de sangre un lago y la alma junto,

Saca entera la lanza, y derribando
El brazo atrás con ira la arrojaba;
Vuela la furiosa asta rechinando
Del ímpetu y pujanza que llevaba,
Y á Corpillán que estaba descansando
Por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
Y al suelo penetró sin dañar nada,
Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagrán, la espada fuera,
Por medio de la hueste va á gran priesa,
Haciendo con rigor ancha carrera
Adonde va la turba mas espesa;
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
En todos los peligros se atraviesa,
Habiendo él solo muerto por su mano
A Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
Daban de su valor notoria muestra,
Y el viejo y gran jinete Maldonado
Voltea el caballo allí con mano diestra,
Ejercitando con valor usado
La espada que en herir era maestra,
Aunque la débil fuerza envejecida
Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano, á dos manos, sin escudo,
No deja lanza enhiesta ni armadura,
Que todo por rigor de filo agudo
Hecho pedazos viene á la llanura:
Pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
Se revuelve con tal desenvoltura,
Cual Cesio entre las armas de Pompeo,
O en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reinoso,
De ponzoñosa rabia estimulado,
Con la espada sangrienta va furioso
Hiriendo por el uno y otro lado;
Mata de un golpe á Palta, y riguroso
La punta enderezó contra el costado
Del fuerte Ron, y así acertó la vena
Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda,
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda,
Ni el espeso herir un punto afloja,
Haciendo los cristianos tales cosas,
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados pues al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin aflojar los nuestros siempre usaron,
No se vió en español jamás flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron;
Mas viéndose á tal hora en estrecheza,
Que pasaban de cinco que empezaron,
Comienzan á dudar ya la batalla,
Perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte
Cuando ellos en la fuerza iban menguando,
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando;
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando:
No del todo, señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sabias razones los esfuerza,
Como de capitán escarmentado,
Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
De aquello que á su honor es obligado,
No os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
De todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y vereis luego
La deshonra y afrenta manifiesta;
Mirad que el miedo infame, torpe y ciego
Mas que el hierro enemigo aquí os molesta:
No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
Que en este solo punto teneis puesta
Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
Y es cosa que después no tiene enmienda.

»¿A dó volveis sin orden y sin tiento,
Que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
Seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
La muerte y deshonor en ser vencidos:
Mirad esto, y vereis huyendo cierta
Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y estraño miedo
En que el peligro puesto los habia:
«¿Dónde que dar mejor que aquí yo puedo?»
Diciendo Villagrán, con osadía
Temeraria arremete á tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no estar al rigor de ser juzgado,
Teme mas que la muerte alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado;
No quiere andar á todos dando cuenta
Si volver las espaldas fué forzado,
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trajeron aturdido;
Cuál procura prendello, cuál matallo;
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen á voces: «desarmallo:»
Acude allí la gente y el ruido;
Mas quien saber el fin desto quisiere
Al otro canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte,
Que le traigan á estado vergonzoso··
Como ahora á Villagrán, que con su muerte,
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa atajar el áspero camino,
Adonde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando
En confuso monton se retrujeron,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
A su buen capitán en tierra vieron:
Solos trece la vida despreciando
Los rostros y las riendas revolvieron,
Rasgando á los caballos los ijares
Se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
El pequeño escuadron lijero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo
Que casi puso en condicion la guerra·
Rompen hasta do el mísero caudillo
De golpes aturdido estaba en tierra,
Sin ayuda y favor desamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
En esta empresa y suerte señalada;
Y estaban como lobos carniceros
Sobre la mansa oveja desmandada,
Cuando discordes con aullidos fieros
Forman música en voz desentonada;
Y en esto los mastines del egido
Llegan con gran presteza á aquel ruido;

Así los enemigos apiñados
En medio al triste Villagrán tenian,
Que por darle la muerte embarazados
Los unos á los otros se impedian;
Mas los trece españoles esforzados
Rompiendo á la sazon sobrevenian,
De roja y fresca sangre ya cubiertos
De aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos
Adonde á Villagrán ven se arrojaban,
Y los agudos hierros atrevidos
De nuevo en sangre nueva remojaban:
Desamparan el cerco los heridos,
Acá y allá medrosos se apartaban,
Algunos sustentaban con mas suerte
Su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia
Desocupando el campo escarmentados,
Otra junta mayor luego nacia,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagrán aun no volvia;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolvieron,
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
Y á bien librar salió tan mal parado,
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenia el cuerpo molido y magullado;
Pero del sueño súbito despierto,
Viendo trece españoles á su lado,
Olvidando el peligro en que aun estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
Sin escarmiento ni temor hendia,
Llevando en su defensa al bando amigo
Que destrozando bárbaros venia:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en dia,
Y durará en Arauco muchos años
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
De un valiente altibajo á fil derecho,
No le valió de acero la celada,
Que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
Y al dispuesto Guamán dejó mal trecho,
Haciendo ya el temor tan ancha senda
Que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
Donde los otros de su bando estaban,
Que turbados, sin orden, temerosos
De ver su muerte ya remolinaban:
No bastaron ni fueron poderosos
Villagrán y los otros que llegaban
A estorbar el camino comenzado,
Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo el araucano,
Del todo de vencer desconfiados,
Y los caballos sin aliento en vano
De importunas espuelas fatigados,
A grandes voces dicen: «á lo llano,
No estemos desta suerte arrinconados»;
Y con nuevo temor y desatino
Toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,
Cuando á lugar estrecho es reducida,
De diestros cazadores rodeada
Y de importunos tiros perseguida,
Que viéndose ofendida y apretada
Una rompe el camino y la huida,
Siguiendo las demás á la primera;
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
Corren á la bajada de la cuesta,
Sin orden ni atencion apresurados,
Como si al palio fueran sobre apuesta:
Aunque algunos valientes ocupados
Con firme rostro y con espada presta,
Combatiendo animosos no miraban
Cómo así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
De remedio tan flaco y vergonzoso;
Antes en su batalla se mantienen
Trayendo el fin á término dudoso:
Y con heroicos ánimos detienen
De los indios el ímpetu furioso,
Y la disposicion del duro hado,
En daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
Contrastando al destino, que parece
Que el valor araucano disminuyen,
Y el suyo con difícil prueba crece;
Mas viendo á los amigos cómo huyen,
Que á mas correr la gente desparece,
Hubieron de seguir la misma via,
Que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
Que será á la sazon mas conveniente;
Pues me suena en la oreja el triste llanto
Del pueblo amigo y género inocente:
No siento el ser vencidos tanto, cuanto
Ver pasar las espadas crudamente
Por vírgenes, mujeres, servidores,
Que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza
Y gente de servicio iban camino,
Que el miedo les prestaba lijereza,
Y mas de la que á algunos les convino;
Pues con la turbacion y gran torpeza
Muchos perdieron de la cuesta el tino,
Ruedan unos los lomos quebrantados,
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
Los arroyos de sangre el llano riegan,
Rompiendo el aire el llanto y alaridos
Que en son desentonado al cielo llegan;
Y las lástimas tristes y gemidos,
Puestas las manos altas con que ruegan,
Y piden de la vida gracia en vano
Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando
Con mano presta y piés en la corrida,
Hiriendo sin respeto y derribando
La inútil gente, mísera, impedida,
Que á la amiga nacion iba invocando
La ayuda en vano á la amistad debida,
Poniéndole delante con razones
La deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
Si alguno á defenderlos revolvia,
Viendo cuánto los otros se alargaban,
Alargarse también le convenia:
Ni á los que por amigos se trataban,
Ni á las que por amigas se debia,
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros, sin parar en nada,
Por la carrera de su sangre roja
Dan siempre nueva furia á su jornada,
Y á los caballos priesa y rienda floja;
Que ni la voz de virgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoja:
La pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,
Miden con sueltos piés el verde llano;
Pero algunos de lástima movidos,
Viendo el fiero espectáculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos
Vuelven contra el ejército araucano,
Que corre por el campo derramado,
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven,
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven
Que á mas de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aun no vuelven,
Que quieren que el partido sea mas claro,
Y no poner la vida en aventura,
Cuanto lejos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
De un lado y otro andaba igual trabada,
Pecho con pecho vienen á juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada:
Pueden los españoles sustentarse;
Que la gente araucana derramada
El alcance sin orden proseguia.
Haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas
Por los chirridos la prision entienden,
Las batidoras alas recogidas
A darle ayuda en círculo descienden:
El bárbaro escuadron desta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y aire polvoroso,
Deja el alcance, y de tropel concurre
Al son de las espadas sonoroso:
Cada araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor mas provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos
Cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece el son de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega;
Pero con grande esfuerzo combatiendo,
Ninguno la persona á ciento niega;
Ni allí se vió español que se notase
Que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Caen por tierra y echan por el suelo,
Dan y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar y aventajado
Suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El ímpetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna;
Mas contrastar á tantos no pudiendo
Sin socorro, favor ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fué forzoso
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
Que van los delanteros como el viento;
Usar de aquel remedio les convino,
Y no del temerario atrevimiento:
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos y de aliento,
Y de sangre también, que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por piés los alcanzaban,
Y en los rendidos dueños derribado
La fuerza de los brazos ensayaban:
Otros de los peones empachados,
Digo de los cristianos que á pié andaban,
Gasi moverse al trote no podian,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas ó acciones aferradas,
Y en vano lastimosos representan
Estrechas amistades olvidadas:
De sí los de á caballo los ausentan,
Si no pueden á ruego, á cuchilladas,
Como á los mas odiados enemigos,
Que no era á la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
Armas, grita y clamor triste se oia
De la gente española, y de servicio
Que á manos de los indios perecia:
No se vió tan sangriento sacrificio,
Ni tan estraña y cruda anatomía,
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
De los lomos al vientre atravesados,
Por medio de la frente otros hendidos,
Otros mueren con honra degollados;
Otros que piden medios y partidos,
De los cascos los ojos arrancados,
Los fuerzan á correr por peligrosos
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
El debido respeto no guardaban:
Antes con mas rigor por las espadas
Sin escuchar sus ruegos las pasaban;
No tienen miramiento á las preñadas,
Mas los golpes al vientre encaminaban;
Y aconteció salir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede
Y paga el perezoso y negligente,
Que á ninguno mas vida se concede
De cuanto puede andar lijeramente;
Y al que torpe es forzoso que se quede
Que no es en la carrera diligente,
Que la muerte que airada atrás venia,
En afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
Muchos á la alta cumbre han arribado,
Adonde una albarrada hallaron hecha,
Y el paso con maderos ocupado:
No tiene aquel camino otra desecha,
Que el cerro casi en torno era tajado,
Del un lado le bate la marina,
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos tronces mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho,
Con arte unos en otros enjeridos,
Que cerraban la senda y paso estrecho:
Dentro estaban los indios prevenidos,
Las armas sobre el muro y antepecho,
Que segun orgullosos se mostraban,
Al cielo no á la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza,
A pasar ó morir determinados,
Poniendo en Dios la firme confianza,
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza,
Corriendo un golpe dellos á romperla,
Y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,
Que todo su trabajo no importaba,
Ni al peligro hallaba la salida
Hasta que el viejo Villagrán llegaba:
Que vista la escusada arremetida
Cuán poco en el remedio aprovechaba,
Sin temor de morir ni muestra alguna,
Dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derivado
De la española raza, poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
Castaño de color, presto, animoso,
Veloz en la carrera y alentado,
De grande fuerza y de ímpetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
Bate el presto español recio la ijada,
Que sale con furioso movimiento,
Y encuentra con los pechos la albarrada:
No hace en el romper mas sentimiento
Que si fuera en carrera acostumbrada,
Abriendo tal camino, que pasaron
Todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
El paso, pero al cabo no pudieron;
Que por mas que las armas esgrimian,
Los fuertes españoles los rompieron:
Unos acia la mano diestra guian,
Otros tan buen camino no supieron,
Tomando á la siniestra un mal sendero
Que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano, acia el poniente,
Estaban dos caminos mal usados,
Estos debian de ser antiguamente
Por do al agua bajaban los venados:
Digo en tiempos pasados, que al presente
Por mil partes estaban derrumbados,
Y el remate tajado con un salto
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de natura no sabida,
O por gran sequedad de aquella tierra,
O algun diluvio grande y avenida
Fué causa de tajarse aquella sierra:
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya sin tino
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,
Y el tercero al segundo recio envía:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre
Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Así la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,
De verle con presteza el fin procura,
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar también á alguno le conviene,
Que mas de lo posible se apresura:
A caballo y á pié, y aun de cabeza
Llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caido,
Otros desocuparlos fué forzado,
Que por flojos la silla habian perdido:
Cuál lijero cabalga, y cuál turbado
Del temor de la muerte ya impedido
Atinar al estribo no podia,
Y el caballo y sazon se le huia.

No aguardaban por estos; mas corriendo
Juegan á mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán á dos tirones:
Votos, promesas entre sí haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y aun otros reservados solo al papa,
Si Dios deste peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas,
Quiérenlos aguijar; mas es en vano,
Aunque recio les abren las ijadas:
El hermano no escucha al caro hermano,
Las lástimas allí son escusadas,
Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso,
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso
Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja;
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
Despacio el mas lijero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los afligia;
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A do el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvía
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadía
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos aguijando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
También los araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados,
A seis leguas de alcance los dejaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la estrema ribera de Biobio
Adonde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino;
Y los demás con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada
A la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarian
Del trabajo y heridas maltratados;
Algunos casi rostros no traian,
Otros los traen de golpes levantados:
Del infierno parece que salian,
No hablan, ni responden elevados,
A todos con los ojos rodeaban,
Y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto
Licencia de decir lo que pasaba,
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,
Súbito en triste tono levantaba
Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre mas solemnizaba,
Y al son discorde y áspera armonía
La casa mas vecina respondia.

Quién llora el muerto padre, quién marido,
Quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos,
Mujeres, como locas sin sentido,
Ansiosas tuercen las hermosas manos:
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidente vanos,
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados
Los muertos que murieron peleando,
Y aquellos infelices despeñados:
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados
Piden á Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al son de dolorosos instrumentos;
Mas el dia venido se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos,
Diciendo que á gran furia se acercaban
Los araucanos bárbaros, sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,
Sobre el pueblo español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando,
Torpes y rudas lenguas desatada,
Las cosas de Lautaro acrecentando,
Los enemigos ánimos menguaba;
Que ya cada español casi temblando,
Dando fuerza á la fama, levantaba
Al mas flaco araucano hasta el cielo,
Derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse
Y la triste ciudad desamparalla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Contra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban á formarse,
La voz comun aprueba el despoblalla;
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
Del temor y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas,
Dicen que la ciudad no se defienda;
Las haciendas y rentas adquiridas
Al liberal temor cogen la rienda;
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido,
El temeroso vulgo aun no lo entiende;
Mas tiende oreja atenta á aquel ruido,
Visto el público trato, mas no atiende,
Que súbito, alterado y removido
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quién aguija á la silla procurando
Cincharla en al caballo mas lijero:
Las encerradas vírgenes llorando
Por las calles sin manto ni escudero,
Atónitas de acá y de allá, perdidas,
A las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
De las queridas madres apartadas,
Balando van perdidas presurosas
Haciendo en poco espacio mil paradas,
Ponen atenta oreja á todas cosas,
Corren aquí y allí desatinadas:
Así las tiernas vírgenes llorando
A voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
El llanto, la afliccion y el alarido;
Tal vez ¡ay! que de súbito enmudece,
Reduciendo el sentir solo al oido;
Cualquier sombra Lautaro les parece,
Su rigurosa voz cualquier ruido:
Alzan la grita y corren, no sabiendo
Mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
Los suspiros, clamores y lamento,
Haciéndolos mayores cualquier cosa
Que trae de nuevo el miedo por el viento:
Desampara la turba temerosa
Sus casas, posesion y heredamiento,
Sedas, tapices, camas, recamados,
Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas, requiriendo
Que no sea la ciudad desamparada,
Responde el principal: «yo no lo entiendo
Ni de mi voluntad soy parte en nada»;
Pero el temor un viejo posponiendo
Les dice: «Gente vil, acobardada,
Deshonra del honor y ser de España,
¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?»

No fué esta correccion de algun provecho;
Ni otras cosas que el viejo les decia;
Muestran todos hacerse á su despecho,
Y van al que mas corre ya la via:
Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta en el dia
Que cese la memoria por la pluma,
Y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencia de Nidos, una dama
Noble, discreta, valerosa, osada,
Es aquella que alcanza tanta fama
En tiempo que á los hombres es negada:
Estando enferma y flaca en una cama,
Siente el grande alboroto; y esforzada,
Asiendo de una espada y un escudo,
Salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos
A las casas y tierras que dejaban,
Oyendo de gallinas mil graznidos,
Los gatos con voz hórrida maullaban,
Perros daban tristísimos aullidos;
Progne con la turbada Filomena
Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencia,
Que dello daba indicio y muestra clara,
Con la espada desnuda lo impedia,
Y en medio de la cuesta y dellos para,
El rostro á la ciudad vuelto decia:
«¡Oh valiente nacion, á quien tan cara
Cuesta la tierra y opinion ganada
Por el rigor y filo de la espada!

»Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza
Que contra los que así temeis mostrastes?
¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza
De la inmortalidad á que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
Y el natural valor de que os preciastes?
¿Adónde vais, cuitados de vosotros,
Que no viene ninguno tras nosotros?

»¡Oh cuántas veces fuistes imputados
De impacientes, altivos, temerarios,
En los casos dudosos arrojados,
Sin atender á medios necesarios;
Y os vimos en el yugo traer domados
Tan gran número y copia de adversarios,
Y emprender y acabar empresas tales
Que distes á entender ser inmortales!

»Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,
Por vos de sus cimientos levantado,
Mirad los campos fértiles, viciosos,
Que os tienen su tributo aparejado;
Las ricas minas y los caudalosos
Rios de arenas de oro, y el ganado
Que ya de cerro en cerro anda perdido
Buscando á su pastor desconocido.

»Hasta los animales, que carecen
De vuestro racional entendimiento,
Usando de razon, se condolecen
Y muestran doloroso sentimiento:
Los duros corazones se enternecen
No usados á sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

»Dejais quietud, hacienda y vida honrosa
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir á casa ajena embarazosa
A do tendremos mísera acogida:
¿Qué cosa puede haber mas afrentosa,
Que ser huésped toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
Les conviene, ó la muerte acelerada.

»Volved, no vais así desa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos,
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos:
Haré yo esta palabra verdadera,
Y vosotros sereis dello testigos:
Volved, volved, gritaba...» pero en vano,
Que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo del propósito dañado,
Y está alegando en vano mil razones,
Que el hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones:
Así al temor la gente ya entregada
No sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
Por las sienes la Jáculo serpiente
Sin perder de su vuelo lijereza,
Llevándole la vida juntamente,
Como la odiosa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente;
Pues apenas entró por un oido
Cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática del todo,
Llevados de su antojo caminaban;
Mujeres sin chapines por el lodo
A gran priesa las faldas arrastraban:
Fueron doce jornadas deste modo,
Y á Mapochó al fin dellas arribaban.
Lautaro que se siente descansado
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dejamos volveremos,
Que fué donde dejó el alcance estraño;
En muy poco papel resumiremos
Un gran proceso y término tamaño,
Que fuera necesario larga historia
Para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
Me detendré lo menos que pudiere,
Y las cosas menudas de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere;
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
Volviendo al hijo de Pillán gozoso,
Que atrás un largo trecho habia quedado
Mas por autoridad que de medroso,
Al general despachan un soldado,
Alojándose el campo en el gracioso
Valle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La estancia y heredad en aquel valle,
Halló un indio cristiano por la via;
Pero no se preciando de matalle,
Prisionero á su casa le traia,
Y comienza en tal modo á razonalle:
«La vida, ¡oh miserable! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

»Pues que ya que á la guerra tú venias
Gozando del honor de los guerreros,
¿Por qué con las mujeres te escondias
Viendo á hierro morir tus compañeros?
Mujer debes de ser, pues que temias
Tanto de alguna espada los aceros:
Y así quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase
Que á la mujer honesta es permitido,
Y la posada y cena concertase
En tanto que del sueño convencido
Los fatigados miembros recrease;
Y habiéndose á su cama recogido,
Al mundo el sol dos vueltas habia dado,
Y no habia el araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto,
Hasta que el claro sol dió luz al mundo
A la vuelta tercera, que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto;
El diligente siervo respondia,
Que después de guisada estaba fria.

Diciéndole también como habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demás que se habia hecho,
Y que el comer estaba aparejado
Si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: «no me espanto
De haber sin despertar dormido tanto;

»Que el cuidoso Lautaro apercebido
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en escuadrones ha tenido
Con tanta disciplina castigada,
Que aun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de la vuelta certidumbre.

»Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,
Y aquel que decansando se dormia
En medio de dos picas le colgaba:
Quien cortaba una espiga, allí moria,
Demás de la racion que se le daba;
Con órdenes estrechas y precetos
Nos tuvo, como digo, así sujetos.

»Desta suerte estuvimos los soldados
Mas de catorce noches aguardando,
Las picas altas, á ellas arrimados,
Vuestra tarda venida deseando:
Del sueño y del cansancio quebrantados,
Pasando gran trabajo, hasta cuando
Supimos que llegábades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.»

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido;
El mozo dice: ayer, antes del dia,
Salió de aquí con súbito ruido;
Afirmarte la causa no sabria,
Aunque por claras muestras he entendido
Que la ciudad de Penco torreada
Era del español desamparada.

Así era la verdad, que caminado
Habian los escuadrones vencedores
Acia el pueblo español desamparado
De los inadvertidos moradores:
La codicia del robo y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores;
Siete leguas del valle á Penco habia,
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas, ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y falto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente,
Cuando cual negra banda de estorninos
Que se abate al monton del blanco trigo,
Baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que deciende
Con alto estruendo y con veloz corrida;
El menos codicioso allí pretende
La casa mas copiosa y bastecida:
Vienen de gran tropel acia las puertas
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones,
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los cajones,
Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pabellones,
Y cuanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
Entró por el troyano alojamiento,
Sembrando frigia sangre y vivo fuego,
Talando hasta en el último cimiento;
Cuanto de ira, venganza y furor ciego,
El bárbaro del robo no contento
Arruina, destruye, desperdicia,
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera y quién la baja,
Quién á la ropa y quién al cofre aguija,
Quién abre, quién desquicia y desencaja,
Quién no deja fardel, ni baratija,
Quién contiende, quién riñe, quién baraja,
Quién alega y se mete á la partija:
Por las torres, desvanes y tejados
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
Priesa y solicitud cuando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que á los hombres jamás lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con que las tiernas flores melifican,
Se puede comparar ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura,
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presa le figura:
Haciendo codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y deja la segura,
Y llegando el sol puesto á la posada
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,
Que poca cuenta y amistad habia,
Si no se pone en salvo a buen recado,
Que allí el mayor ladron mas adquiria:
Cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
Va que del propio hermano no se fia:
Mas parte á ningun hombre se concede
De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No se impiden, estorban, ni detienen,
Dan las vacías el paso a las cargadas:
Así los araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
Que presto pone fuego al aposento,
No aguarda que los otros salgan fuera
Ni tiene al edificio miramiento:
La codiciosa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo mísero se abrasa,
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
Los cielos amenaza el son horrendo,
De negro humo espeso y viva llama
La infelice ciudad se va cubriendo:
Treme la tierra en torno, el fuego brama
De subir á su esfera presumiendo,
Caen de rica labor maderamientos
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adonde mas riquezas y tesoro,
Segun fama, en sus términos se encierra.
¡Oh, cuantos viviran en triste lloro
Que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
Para quien se vió en próspera riqueza.

A quién diez, y á quién veinte, y á quién treinta
Mil ducados por año les rentara,
El mas pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno dellos abajara:
La parte de Valdivia era sin cuenta
Si la ciudad en paz se sustentara,
Que en torno la cercaban ricas venas,
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
A los de la ciudad desamparada,
Sacar tanto oro en cantidad podian,
Que á tenerse viniera casi en nada:
Esto que digo y la opinion perdian
Por aflojar el brazo de la espada,
Ganados, heredades, ricas casas,
Que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
No cabe el gozo dentro de sus pechos,
Viendo que el fuego horrible no perdona
Hermosas cuadras ni labrados techos:
En tanta multitud no hay tal persona
Que en verlos no se duela así deshechos;
Antes suspiran, gimen y se ofenden,
Porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,
Pues tanto en abrasarlos se tardaba,
Y maldicen al tracio proceloso
Porque la flaca llama no esforzaba:
Al caer de las casas sonoroso
Un terrible alarido resonaba,
Que junto con el humo y las centellas
Subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
Que las mas altas nubes encendia,
Tracio con movimiento arrebatado
Sacudiendo los árboles venia,
Y Vulcano, al rumor sucio y tiznado,
Con los herreros fuelles acudia
Que ayudaron su parte al presto fuego;
Y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto
De ver en la gran Roma poderosa
Prendido el fuego ya por cada canto,
Vista sola á tal hombre deleitosa:
Ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
Gusta la gente bárbara dañosa
De ver cómo la llama se estendia,
Y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oir, dura y terrible,
Los estallidos y fornace estruendo,
El negro humo, espeso é insufrible,
Cual nube en aire así se va imprimiendo:
No hay cosa reservada al fuego horrible,
Todo en sí lo convierte, resumiendo
Los ricos edificios levantados
En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
De aquella fiera gente vengativa,
Aun no parando en esto el mal intento,
Ni planta en pié, ni cosa dejan viva:
El incendio acabado como cuento,
Un mensajero con gran priesa arriba
Del hijo de Leocán, y su embajada
Será en el otro canto declarada.

CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamás puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido,
Que dello sin hablar da larga cuenta;
Y en el mayor contento desabrido
Se le pone delante y representa
La dura y grave afrenta con un miedo,
Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentaran
Y en la justa demanda fenecieran;
De mil desabrimientos no gustaran,
Ni al terrero del vulgo se pusieran,
Del vulgo, que jamás dice lo bueno,
Ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes;
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,
Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
A que fué del Señor justo castigo,
Visto de su soberbia el gran esceso,
Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquel que fué su súbdito y opreso,
Los eche de su tierra y posesiones,
Y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
Estaba á la sazon; pero gran parte
De barba blanca y arrugada frente,
Inútil en la dura y bélica arte,
Y poca de la edad mas suficiente
A resistir el gran rigor de Marte
Y á la parcial fortuna, que se muestra
En todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino
Viendo que su opinion tanto crecia,
Y la fortuna próspera el camino
En nuestro daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
Cielo y arruinar su monarquía,
Haciendo aquellos bárbaros bizarros
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado
Y de la fiera llama consumido,
Dije cómo á gran priesa habia llegado
Un indio mensajero conocido,
Que por Caupolicán era enviado;
Y habiendo de su parte encarecido
La gran batalla, digna de memoria,
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo también sin alargar razones
Que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
Y en el valle de Arauco se metiese,
Donde el senado y junta de varones
Tratasen lo que mas le conviniese;
Pues en el fértil valle hay aparejo
Para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
Levanta el campo, sin parar camina,
Deja gran tierra atrás, y en poco rato
Al monte andalicano se avecina;
Y por llegar de súbito rebato,
El camino torció por la marina,
Ganoso de burlar al bando amigo
Tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del dia
Dió sobre las escuadras de repente
Con una baraunda y vocería,
Que puso en arma y alteró la gente;
Mas vuelto el alboroto en alegría,
Conocida la burla claramente,
Los unos y los otros sin firmarse
Sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolicán, alegre, humano y grave,
Los recibe, abrazando al buen Lautaro,
Y con regalo y plática suave
Le da prendas y honor de hermano caro:
La gente que de gozo en sí no cabe
Por la ribera de un arroyo claro
En juntas y corrillos derramada,
Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron después desto
Antes que el gran senado fuese junto,
Tratando en su jornada y presupuesto
Desde el principio al fin sin faltar punto;
Pero al término justo y plazo puesto
Llegó la demás gente, y todo á punto
Los principales hombres de la tierra
Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
Con que Valdivia ante él fué presentado:
Era de verde y púrpura tejido
Con rica plata y oro recamado,
Un peto fuerte en buena guerra habido
De fina pasta y temple relevado,
La celada de claro y limpio acero,
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
A la española usanza se vestian,
La gente del comun y los soldados
Se visten del despojo que traian:
Calzas, jubones, cueros desgarrados
En gran estima y precio se tenian:
Por inútil y bajo se juzgaba
El que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron
El venir á la junta así vestidos,
Y en el consejo, como digo, entraron
Ciento y treinta caciques escogidos;
Por su costumbre antigua se sentaron
Segun que por la espada eran tenidos;
Estando en gran silencio el pueblo ufano,
Así soltó la voz Caupolicano:

«Bien entendido tengo yo, varones,
Para que nuestra fama se acreciente,
Que no es menester fuerza de razones,
Mas solo el apuntarlo brevemente:
Que segun vuestros fuertes corazones
Entrar la España pienso fácilmente,
Y al gran emperador invicto Carlo
Al dominio araucano sujetarlo.

»Los españoles vemos que ya entienden
El peso de las mazas barreadas,
Pues ni en campo ni en muro nos atienden;
Sabemos cómo cortan sus espadas,
Y cuán poco las mallas los defienden
Del corte de las hachas aceradas;
Si sus picas son largas y fornidas,
Con las vuestras han sido ya medidas.

»De vuestro intento asegurarme quiero,
Pues estoy del valor tan satisfecho,
Que gruesos muros de templado acero
Allanareis poniéndoles el pecho:
Con esta confianza el delantero
Seguiré vuestro bando, y el derecho
Que teneis de ganar la fuerte España,
Y conquistar del mundo la campaña.

»La deidad desta gente entenderemos,
Y si del alto cielo cristalino
Desciende, como dicen, abriremos
A puro hierro anchísimo camino:
Su género y linaje asolaremos,
Que no bastará ejército divino,
Ni divino poder, esfuerzo y arte
Si todos nos hacemos á una parte.

»En fin, fuertes guerreros, como digo,
No puede mi intencion mas declararse:
Aquel que me quisiere por amigo,
A tiempo está que puede señalarse;
Téngame desde aquí por enemigo
El que quisiere á paces arrimarse.»
Aquí dió fin, y su intencion propuesta,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento
Apenas al espíritu halló via,
Mientras duró el soberbio parlamento
Que el gran Caupolicano les hacia:
Hubo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesía;
A Lautaro tocaba; y escusado,
Lincoya así responde levantado:

«Señor, yo no me he visto tan gozoso
Después que en este triste mundo vivo,
Como en ver manifiesto el valeroso
Animo dese invicto pecho altivo;
Y así por pensamiento tan glorioso
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo;
Que no quiero ser rey del cielo y tierra,
Si hubiese de acabarse aquí la guerra.

»Y en testimonio desto yo te juro
De te seguir y acompañar de hecho,
Ni por áspero caso adverso y duro
A la patria volver jamás el pecho:
Desto puedes, señor, estar seguro,
Y todo faltará y será deshecho
Antes que la palabra acreditada
De un hombre como yo por prenda dada.»

Así dijo; y tras él, aunque rogado,
El buen Peteguelén, curaca anciano,
De condicion muy áspera enojado,
Pero afable en la paz, facil y humano,
Viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
Señor de aquel hermoso y fértil llano,
Con espaciosa voz y grave gesto
Propuso en sus razones sabias esto:
« Fuerte varon y capitán perfeto,
No dejaré de ser el delantero
A probar la fineza deste peto,
Y si mi hacha rompe el fino acero;
Mas como quien lo entiende te prometo
Que falta por hacer mucho primero
Que salgan españoles desta tierra,
Cuanto mas ir á España á mover guerra.

»Bien será que, señor, nos contentemos
Con lo que nos dejaron los pasados,
Y á nuestros enemigos desterremos
Que están en lo mas dello apoderados;
Después por el suceso entenderemos
Mejor el disponer de nuestros hados:
Esto á mí me parece, y quien quisiere
Proponga otra razon, si mejor fuere.»

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
Y sin respeto así la voz levanta
Con un tono soberbio y atrevido,
Diciendo: «A mí la España no me espanta
Y no quiero por hombre ser tenido,
Si solo no arruino á los cristianos,
Ahora sean divinos, ahora humanos.

» Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
No será para mí bastante guerra,
Que pienso, si me esperan, confundirlos
En el profundo centro de la tierra;
Y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
Que es la que deste mundo los destierra:
Por eso no nos ponga nadie miedo,
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

»Y por mí diestro brazo os aseguro,
Si la maza dos años me sustenta,
A despecho del cielo, á hierro puro,
De dar desto descargo y buena cuenta,
Y no dejar de España enhiesto muro,
Y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
Que después que allanare el ancho suelo,
A guerra incitaré al supremo cielo.

» Que no son hados, es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos;
Pensar que haya fortuna es gran simpleza;
La fortuna es la fuerza de los brazos:
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abajo hecha pedazos,
Que Tucapel en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.»

Peteguelén la vieja sangre fria
Se le encendió de rabia, y levantado
Le dice: «¡Oh arrogante! la osadía
Sin discrecion jamás fué de esforzado.»
Pero Caupolicán, que conocia
Del viejo ha tiempo el ánimo arrojado,
Con discrecion le ataja las razones
Haciendo proponer á otros varones.

Purén se ofrece allí, y Angol se ofrece
No con menor braveza y desatiento;
Ongolmo no quedó segun parece
De mostrar su soberbio pensamiento:
Del uno en otro multiplica y crece
El número en el mismo ofrecimiento;
Colocolo, que atento estaba á todo,
Sacó la voz diciendo deste modo!

»La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡Oh hijos! y nosotros los ancianos
No somos en el mundo provechosos
Mas de para decir consejos sanos;
Que no nos ciegan humos vaporosos
Del juvenil hervor y años lozanos:
Y así como mas libres entendemos
Lo que siendo mancebos no podemos.

»Vosotros, capitanes esforzados,
De sola una vitoria envanecidos,
Estais de tal manera levantados,
Que os parecen ya pocos los nacidos:
Templad, templad los pechos alterados
Y esos vanos esfuerzos mal regidos;
No hagais de españoles tal desprecio,
Que no venden sus vidas á mal precio.

»Si dos veces por dicha los vencistes,
Mirad cuando primero aquí vinieron
Que resistir su fuerza no pudistes,
Pues mas de cinco veces os vencieron:
En el licureo campo ya lo vistes
Lo que solos catorce allí hicieron;
No será poco hecho y buen partido
Cobrar la tierra y crédito perdido.

»Debemos procurar con seso y arte
Redemir nuestra patria y libertarnos,
Dando á vuestras bravezas menos parte,
Pues mas pueden dañar que aprovecharnos,
¡Oh hijo de Leocán! quiero avisarte,
Si quieres como sabio gobernarnos,
Que temples esta furia, y con maduro
Seso pongas remedio en lo futuro.

»El consejo mas sano y conveniente
Es que el campo, en tres bandas repartido,
A un tiempo, aunque por parte diferente,
Dé sobre el Cautén pueblo aborrecido:
Bien que esté en su defensa buena gente,
Es poca; y este asiento, destruido
Valdivia, de allanar fácil seria,
Pues no alcanza arcabuz ni artillería.

» Solo á mí Santiago me da pena;
Pero modo á su tiempo buscaremos
Para poderla entrar, y la Serena
Fácilmente después la allanaremos;
Aunque sujeto á lo que el hado ordena
Es el mejor camino que tenemos.»
Acabando con esto el sabio viejo,
A muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro curaca hechicero
De la vejez decrépita impedido
(Puchecalco se llama el agorero,
Por sabio en los pronósticos tenido),
Con profundo suspiro, íntimo y fiero
Comienza así á decir entristecido:
« Al negro Eponamon doy por testigo
De lo que siempre he dicho y ahora digo.

» Por un término breve se os concede
La libertad, y habeis lo mas gozado;
Mudarse esta sentencia ya no puede,
Que está por las estrellas ordenado,
Y que fortuna en vuestro daño ruede;
Mirad que os llama ya el preciso hado
A dura sujecion y trances fuertes;
Repárense á lo menos tantas muertes.

» El aire de señales anda lleno,
Y las noturnas aves van turbando
Con sordo vuelo el claro dia sereno,
Mil prodigios funestos anunciando;
Las plantas con sobrado humor terreno
Se van sin producir fruto secando;
Las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
Cien mil agüeros tristes lo confirman.

»Mirolo todo, y todo contemplado
No sé en qué pueda yo esperar consuelo,
Que de su espada el Orion armado
Con gran ruina ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al ocaso retirado,
Solo Marte sangriento posee el cielo,
Que denotando la futura guerra
Enciende un fuego bélico en la tierra.

»Ya la furiosa muerte irreparable
Viene á nosotros con airada diestra,
Y la amiga fortuna favorable
Con diferente rostro se nos muestra;
Y Eponamon horrendo y espantable
Envuelto en la caliente sangre nuestra,
La corva garra tiende el cerro yerto
Llevándonos al no sabido puerto.»

Tucapel que de rabia reventando
Estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
Que dice: «Yo veré si adivinando
De mi maza este necio se defiende.»
Diciendo esto, y la maza levantando,
La derriba sobre él, y así lo tiende
Que jamás midió curso de planeta,
Ni fué mas adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,
Segun la muestra, que movido estuvo
De dar tras el Senado religioso,
Y no sé la razon que lo detuvo:
Caupolicán, atónito y rabioso,
Trasportada la mente un rato estuvo:
Mas vuelto en sí con voz horrible y fiera
Gritaba: «capitanes, muera, muera.»

No le dió tanto gusto á aquella gente
Lo que Caupolicano le decia,
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:
Era alto el tribunal, pero él valiente
Los hace saltar dél tan á porfía
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los que en esta historia señalados,
Que jamás de su asiento se mudaron
De donde los miraban sosegados;
Que de ver uno solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados,
Aunque los que saltaron de tan alto
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un lijero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos grita en desigual batalla;
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro,
Hiriendo con estraña lijereza
Delante, atrás, á diestro y á siniestro:
Con mas desenvoltura y mas presteza,
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro
El fiero Tucapel, en la pelea
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta;
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estropea y gasta;
Tiros llueven sobre él arrojadizos
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurría,
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Soberbios quebrantó en solo aquel dia;
Y cual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcia;
No discierne al pariente del estraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara araucana
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana:
Era cierto admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana,
Desmembrando la gente sin poderse
De su maza y presteza defenderse.

Caupolicán del caso no pensado
En tal furor y cólera se enciende,
Que estaba de bajar determinado,
Aunque su gravedad se lo defiende;
Pero Lautaro alegre y admirado
Miraba cómo solo así contiende
Un hombre contra tanto barbarismo,
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general con el debido
Respeto y ojos bajos en el suelo,
Le dice: «Una merced, señor, te pido,
Si algo merece mi intencion y celo,
Y es, que el gran desacato cometido
Perdones francamente á Tucapelo;
Pues ha mostrado en campo claramente
Valer él mas que toda aquella gente.»

Perplejo el general estaba en duda;
Pero mirando al fin quien lo pedia,
Luego el ejecutivo intento muda,
Y con el rostro alegre respondia:
«El ha tenido en vos bastante ayuda,
Por la cual le perdono»; y mas decia
Que fuese á las escuadras, y mandase
Que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
El rico cuerno á retirar tocaba,
Al son del cual se recogió la gente,
Que recogerse á nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente
Que satisfecho á su sabor no estaba;
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dijo aquesto:

«¿Cómo, buen capitán, has estorbado
El tomar desta vil canalla enmienda,
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?»
Lautaro le responde: «Es escusado
Quien viniere contigo á la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aquí la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningun daño y mal te sobrevenga.»
Tucapel le responde: «Yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga;
Mi maza es la que á mí me da el seguro,
Lo demás como quiera vaya y venga,
Que el miedo es de los niños y mujeres:
Sús, alto, vamos luego á do quisieres.»

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteracion por lo pasado:
El sagaz general disimulando
Con graciosa apariencia le ha tratado,
Y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo, añudó el hilo:

»Invicto capitán, yo he estado atento
A lo que estos varones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas,
Será poco perder por tí mil vidas.

»Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren á restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va también su parte;
Y por el vicio grande de la guerra,
No puedo yo dejar de aconsejarte,
Aunque todo el consejo en tí se encierra,
Aquello que mejor me pareciere
Y mas bien al bien público viniere.

»Es mi voto que debes atenerte
Al consejo con término discreto
Del sabio Colocolo, que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:
Así que, gran señor, sin detenerte
Cumple que esto se ponga por efeto,
Antes que los cristianos se aperciban,
Porque mas flacamente nos reciban.

»Y pues que Mapochó solo es temido,
Después que lo demás esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo á palmo la he medido,
Con españoles siempre he militado,
Entiendo sus astucias é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

»Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo:
Aquí lo digo estando tú presente
Y estos sabios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.»

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron:
Después do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
Después contra los pueblos del Mesías,
La alborozada gente en orden puesta,
Marcha Caupolicán con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos santos,
Y estar la ley cristiana autorizada;
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente:
Y así los que creyeren por fe pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que después de ya visible
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un estraño caso milagroso
Que fué todo un ejército testigo;
Aunque yo soy en esto escrupuloso
Por lo que dello arriba, señor, digo,
No dejaré en efeto de contarlo,
Pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia,
Que porque la ley sacra se estendiese,
Nuestro Dios los milagros permitia,
Y que el natural orden se escediese:
Presumir se podrá por esta via,
Que para que á la fe se redujese
La bárbara costumbre y ciega gente,
Usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército araucano
De la Imperial tres leguas se alojaba
En un dispuesto asiento y campo llano,
Y que Caupolicán determinaba
Entrar el pueblo con armada mano;
También cómo el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
De armas, de municion y vitúalla;
Bien que la gente della era escogida,
Pero muy poca para dar batalla:
Fuera por los cimientos destruida;
Cualquier fuerza bastara á arruinalla,
Y persona de dentro no escapara,
Si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse,
Que ya la trompa á caminar tocaba,
Súbito comenzó el aire á turbarse,
Y de prodigios tristes se espesaba:
Nubes con nubes vienen á cerrarse,
Turbulento rumor se levantaba,
Que con airados ímpetus violentos
Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
Las intrincadas nubes despedian,
Rayos, truenos, relámpagos apriesa
Rompen los cielos y la tierra abrian:
Hacen los vientos áspera represa
Que en su entera violencia competian;
Cuanto topa arrebata el torbellino,
Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
No hay corazon, no hay ánimo así entero,
Que en tanta confusion, furia y tormenta
No temblase, aunque mas fuese de acero:
En esto Eponamon se les presenta
En forma de dragon horrible y fiero,
Con enroscada cola envuelto en fuego,
Y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles que aprisa caminasen
Sobre el pueblo español amedrentado,
Que por cualquiera banda que llegasen
Con gran facilidad seria tomado,
Y que al cuchillo y fuego le entregasen
Sin dejar hombre á vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,
En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
Fueron sus movimientos aplacando,
Y los desenfrenados cuatro vientos
Se van á sus cavernas retirando;
Las nubes se retraen á sus asientos,
El cielo y claro sol desocupando:
Solo el miedo en el pecho mas osado
No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
Vistió el húmido campo de alegría,
Cuando con claro y presuroso vuelo,
En una nube una mujer venia
Cubierta de un hermoso y limpio velo,
Con tanto resplandor, que al mediodía
La claridad del sol delante della
Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
A todos confortó con su venida;
Venia de un viejo cano acompañada
Al parecer de grave y santa vida:
Con una blanda voz y delicada
Les dice: «¿Dónde andais, gente perdida?
Volved, volved el paso á vuestra tierra,
No vais á la Imperial á mover guerra.

»Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
Y darles sobre vos mando y potencia,
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos,
Así le habeis negado la obediencia:
Mirad no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.»
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquísimo cubierta
Siguen con vista fija y codiciosa,
Casi sin alentar, la boca abierta:
Ya que despareció, fué estraña cosa,
Que como quien atónito despierta
Los unos á los otros se miraban,
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
Sin esperar mandato ni otro ruego,
Como si solo aquel fuera su intento
El camino de Arauco toman luego:
Van sin orden lijeros como el viento,
Paréceles que de un sensible fuego
Por detrás las espaldas se encendian,
Y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, señor, de muchos informado,
Porque con mas autoridad se cuente;
A veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
Hará cuatro años cierta y justamente,
Que el caso milagroso aquí contado
Aconteció, un ejército presente,
El año de quinientos y cincuenta
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
Segun que de los bárbaros se sabe,
Y no de fingimientos adornada,
Que es cosa que en materia tal no cabe:
Tienen ellos por cosa averiguada,
Que no es en prueba deste poco grave,
Que por esta vision hubo en dos años
Hambre, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores
Faltó la agua y vertientes de la sierra,
Talando el sol en tierna edad las flores
Ayudado del fuego de la guerra:
Como creció la seca y las calores,
Por falta de humedad la árida tierra
Rompió banco y alzóse con los frutos,
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
En el distrito y término araucano,
Y fué que carne humana se comiese
¡Inorme introducion! ¡Caso inhumano!
Y en parricidio error se convirtiese
El hermano en sustancia del hermano:
Tal madre hubo que al hijo muy querido
Al vientre le volvió do había salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
Al valle de Purén, paterno suelo,
Las armas por entonces arrimando,
Dieron lugar al tempestuoso cielo:
Es este tiempo, en estas partes, cuando
El encogido invierno con su hielo
Del todo apoderándose en la tierra,
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dejan el campo y buscan los poblados;
Cesa el fiero ejercicio comunmente;
La tierra cubren húmidos nublados:
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente,
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas,
Ya de la nueva yerba coronadas:

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa, parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo:
Hace temblar la tierra á cada parte
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo,
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los gubrenos,
Toman las armas, dejan el reposo,
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso:
De los hierros renuevan los acesos,
Templan la cuerda al arco vigoroso,
El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro freno de las sienes tientan.

La gente andaba ya desta manera
Con el son de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deseado bélico ejercicio:
Juntáronse á la usada borrachera,
Orden antigua y detestable vicio,
La mas ilustre gente y señalada
A dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
Del bien y aumentacion de aquel estado,
Cuando cuatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,
Haciéndoles saber cómo ya andaban
En el sitio de Penco arruinado
Cantidad de españoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando,

Diciéndoles: «Venimos, ¡oh guerreros!
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante á prometeros,
Si desterrais de nuevo á los cristianos,
Que pagarán con sumas de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

»Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Les dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos:
No fué por opresion, no fué violencia,
Pues, aunque desdichados, entendemos
Cuán breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y límite á la suerte.

»Mas porque estando Arauco tan vecino
Y fija en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda:
Ya que lo estrague el áspero destino,
Tiempo para morir después nos queda,
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

»Y pues os es patente y manifiesta
La embajada y gran priesa que traemos,
En ella ora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperaremos:
Brevedad os pedimos, que con esta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La soberbia española y confianza,
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento
Que les dió á los caciques la embajada:
De todos desde allí en el pensamiento
Antes que se acabase fué acetada;
Pero tuvieren freno y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocán, que consultado
Así responde en nombre del senado:

«Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oido.
¿Y es verdad que hay cristianos tan osados
Que quieren con nosotros mas ruido?
Sús, sús, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin á la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

»Bien os podeis volver luego con esto,
Que sin duda en efeto lo pondremos,
Y sobre los cristianos lo mas presto
Que se pueda dar orden llegaremos:
Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sabio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.»

Muy alegres los cuatro se partieron
Por llevar tal respuesta, y caminando
En breve á sus señores se volvieron,
Que estaban por momentos aguardando
Y visto el buen despacho que trujeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con discrecion las vejaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio mas barato
Del araucano ejército depende;
Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Debajo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido,
Así yo tras el bando afortunado
He llevado camino tan seguido;
Y si aquí la ocasion no me avisara
Jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,
Y de sus ciudadanos el camino,
Púselos en el fin de la jornada
Do forzoso dejarlos me convino;
Pues volviendo á la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino,
Estuvieron el tiempo en Santiago
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí, se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los mas votos acordaron
Reedificar á Penco nuevamente:
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente;
Afirmar la ocasion desto no puedo,
Si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hermoso habian llegado
Y un sitio que en mitad del pueblo habia
Le tenian de tapion fortificado,
Que en recogido cuadro le ceñia:
De dos fuertes bastiones abrigado,
Que cada uno dos frentes descubria,
Y á cada frente asiste una bombarda
Que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
Muestra la paz malvada aseguraba,
Esperando la ayuda prometida
Que á cencerros tapados caminaba;
Pero no fué secreta esta partida,
Pues entre los cristianos se trataba
Que el valiente Lautaro habia pasado
Las lomas con ejército formado.

Suénase que Purén allí venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que en orgullo y bizarría
No le igualaba bárbaro araucano;
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
Fueron para esta guerra apercebidos,
Con otros dos mil pláticos soldados
En el copioso ejército escogidos:
Venian de fuertes petos arreados,
Gruesas picas de hierros muy fornidos,
Ferradas mazas, hachas aceradas,
Armas arrojadizas y enastadas.

Desta manera el escuadron camina
En la callada noche y sombra escura,
Debajo del gobierno y disciplina
Del cuidoso Lautaro, que procura
Llegar cuando la estrella matutina
Alegra el mustio campo y la verdura,
Antes que por aviso y doble trato
De su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles, de un amigo
Bárbaro que con ellos contrataba,
Saben cómo el ejército enemigo
Con riguroso intento se acercaba:
Pues avisado desto, como digo,
Y de cuanto en secreto se trataba,
Al trance se aparejan y batalla
Requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España
El noble montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagaz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discrecion dotado,
El cual con orden y presteza estraña
Del presente peligro recatado,
Sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados,
En su lugar cada uno dellos puesto,
Manda á nueve guerreros mas cursados
Que salgan á correr la tierra presto;
Y en la cerrada noche confiados
Llegan al campo bárbaro; y en esto
Del callado escuadron fueron sentidos,
Levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
El súbito alboroto de la guerra,
Las sonorosas trompas y atambores
Hacen gemir y estremecer la tierra:
En esto los astutos corredores
Atravesando una pequeña sierra
Toman la vuelta por mas corta via,
Dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la fuerza lo flaco fortifica,
Y en lo mas necesario allí reparte
Gente del arcabuz y de la pica;
Proveido recaudo en toda parte,
A recebir al araucano pica
Con la lijera escuadra de á caballo,
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro horizonte se mostraba,
Y el sol por el dorado y fresco oriente
De rojo ya las nubes colorabа:
A tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido fuerte se alejaba
En busca de la escuadra lautarina,
Que á mas andar también se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
De aquel su muro lejos alongado,
Cuando al calar de un monte descubrian
El araucano ejército ordenado:
Allí las limpias armas relucian
Mas que el claro cristal del sol tocado,
Cubiertas de altas plumas las celadas,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento, cuando
Sienten los araucanos el ruido,
Que las diestras en alto levantando
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando,
Con grande orgullo y paso mas tendido
Se vienen acercando á los de España,
Sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos
Con el horrible son de armada mano,
Calan el monte á fin de acometerlos,
Teniendo por mejor el sitio llano:
Bajas las lanzas vienen á romperlos,
Pero la osada muestra salió en vano,
Que los bárbaros ya disciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pié y con rostro firme acia delante,
Que no solo el encuentro repararon,
Pero á desbaratarlos fué bastante:
Los nuestros sin romper se retiraron,
Y ellos gloriosos con furor pujante,
Por dar remate al venturoso lance
Siguen con piés lijeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
Los nuestros resistiendo y peleando
Hasta el estrecho paso de una puente,
Que allí Lautaro al cuerno aliento dando,
El araucano ejército obediente
Se va al son conocido reparando:
Del fuerte tanto trecho esto sería
Cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro con intento
De esperar al caliente mediodía,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria:
Reforma su escuadron haciendo asiento
A vista de los nuestros, que á porfía
Se habian al sitio fuerte recogido,
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
No declinando á parte un solo punto,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto,
El astuto Lautaro levantaba
Su campo en escuadron cerrado y junto
Con grande estruendo y paso concertado
Acia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
Síguele atrás la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, ñudosa y gruesa lanza
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandia
Que juntar los estremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos:
De arcabuces delante una hilera
Otra de picas luego, y los caballos
A los lados; y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscallos;
Llegados donde ya podian herirse
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venian;
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrian;
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedian;
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con rauda corriente sonorosa,
Que resistiendo al tiempo de mezclarse,
Aquella mas violenta y poderosa
A la menos pujante sin pararse
Volveria contra el curso es cierta cosa:
Así á nuestro escuadron forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento:
Entran sin orden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados
Recogerse en la fuerza no quisieron,
Que eran de corazones congojados
Y de verse en estrecho rehuyeron.
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton se dividieron;
Pero los de mas ser con mano osada
Procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse;
La carrera mas larga otros tomaron
Que acordaron con tiempo guarecerse;
Otros á la marina se llegaron,
Metiéndose en un barco sin poderse
Sufrir, las corvas áncoras alzaron:
Satisfaciendo al miedo y bajo intento,
Las velas con presteza dan al viento.

Quién en llegar es algo perezoso,
Viendo levar el áncora á la nave;
No duda en arrojarse al mar furioso
Teniendo aquel morir por menos grave;
Quien antes no nadaba de medroso,
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad pues el temor á que ha llegado,
Que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraidos
Como buenos guerreros se defienden;
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos,
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
En la fuerza el primero entrado habia,
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia;
Lincoya iba hiriendo y derribando;
Mas ¿quién podrá decir la bravería
De Tucapel, que el cielo acometiera
Si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puente,
Antes con desenvuelto y diestro salto
Libre el foso salvó lijeramente,
Y estaba en un momento en lo mas alto;
No le pudo seguir por allí gente,
Él solo de aquel lado dió el asalto:
Mas como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
Cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
La ejercitada dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo:
No vale malla fina ni coraza,
Y las celadas fuertes no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quién hunde el pescuezo por los pechos,
A quién rompe los lomos y costados:
Cual si fueran de blanda cera hechos,
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,
Que habia muerto á Torquin mozo animoso,
La maza alta, y la vista en él clavada
Rompe por el tropel de armas furioso:
No sé cuál fué la espada señalada,
Ni aquel brazo pujante y provechoso
Que el mástil cercenó del araucano,
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Mas cuando el brazo y golpe descargaba
Que los dedos y maza faltar siente,
Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente
Como el indio, que lleno de postema
Del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,
Y en ellas la persona mas levanta,
El brazo cuanto puede atrás derriba,
Y el trozo impele con violencia tanta,
Que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro, con esto no vengado,
Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra aun no medrosa airado
A Ortiz arrebató la aguda espada,
Alzándole la cota por un lado
Le atravesó de la una á la otra ijada,
Y la alma del corpóreo alojamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y del golpe primero otro derrueca,
Que también en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra,
Así aquel Tucapel con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
Le llevaba furioso discurriendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de astas deshaciendo;
Acaso al padre Lobo un golpe tira
Que contra cuatro estaba combatiendo,
El cual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton no menos fuerte
Con el valor que el cielo le concede
Hiere, aturde, derriba y da la muerte
Que nadie en fuerza y ánimo le escede;
No sé cómo á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y así reduce mucho á breve suma.

También Angol soberbio y esforzado
Su corvo y gran cuchillo en torno esgrime;
Hiere al joven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
Pero en esta sazon Juan de Alvarado
La furia de una punta le reprime
Que al tiempo que el furioso alfanje alzaba,
Por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada
Lánzándose por parte descubierta,
Derecho al corazon hizo la entrada
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:
La cara antes del joven colorada
Se vió de amarillez mustia cubierta;
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
Que airado á todas partes discurria,
Llegó al tiempo que Angol por diestra mano
Al riguroso hierro se rendia:
Era su íntimo amigo y primo hermano,
De estrecho trato antiguo y compañía:
«Pues fué siempre en la vida igual la suerte
Quiero, dijo, también que sea en la muerte.»

Y contra el matador con repentina
Rabia, que el pecho y venas le abrasaba,
Un macizo y fornido tronco empina,
Y con fuerza sobre él lo derribaba;
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado que el ojo alerto estaba,
Saca presto el caballo apercebido,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguán de un lado,
Lepomande y Purén en compañía
Habian así á los nuestros apretado,
Que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo,
De su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba:
Ya la española destrozada gente
Al camino de Itata enderezaba,
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
Iban los españoles la huida,
Siempre mas el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida:
Sigue el alcance, y valos aquejando
La bárbara canalla embravecida
Envuelta en una espesa polvareda,
Matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
Los anima y esfuerza, y no aprovecha,
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha:
Cuál encamina al monte, y cuál procura
De Mapochó la senda mas derecha,
Y cuál y cuál constante todavía
Animoso con Atropos porfía.

Estos, henrosa muerte deseando,
Despreciaban la vida deshonrada,
Aquel forzoso punto dilatando
Con raro esfuerzo y valerosa espada:
Presto quedó la plaza sin un bando,
De almas vacía y de cuerpos ocupada,
Que animosos los pocos que quedaban
A las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos,
Otros de parte á parte atravesados,
Otros que de su sangre están cubiertos
Se rinden á la muerte desangrados;
Al fin todos quedaron allí muertos
Del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que aguijan los caballos,
Que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda
Aspera, peligrosa y desusada
Bate al caballo y dale suelta rienda,
Que el miedo es grande y grande la jornada;
El bárbaro escuadron con grita horrenda
Por sierra, monte, llano y por cañada
Las espaldas los iba calentando
Hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado,
Que á la mira imparcial habia asistido
Hasta ver el derecho declarado:
En esto alzando un súbito alarido
Con el orgullo á vencedores dado,
Baja las armas hasta allí neutrales
En daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
De la española gente que corria,
Con furia y lijereza mas que el viento,
Sin hacerse uno á otro compañía:
La mucha turbacion y desatiento
Que á los nuestros el miedo les ponia,
Los lleva sin caminos, esparcidos
Por sierras, valles, montes, por egidos.

Los que tienen caballos mas lijeros
¡Oh cuán de corazon son envidiados!
¡Qué poco se conocen compañeros
De largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros
Ni de bienes allí representados:
Tanto el miedo ocupado los habia,
Que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereses despreciando
Se muestran allí poco codiciosos,
Tras las ricas celadas arrojando
Petos de fina plata embarazosos;
Y así de las promesas no curando
Jugaban los talones presurosos:
Solo las alas de Icaro quisieran,
Aunque pasando el mar se derritieran.

Juan y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apresuraban,
Animando la gente desmayada,
Mas no por esto el paso moderaban:
Abren por la carrera embarazada,
Que lijeros caballos gobernaban,
Y aunque con viva espuela los batian
Alargarse de un indio no podian.

Delante largo trecho de la gente
A los tres les da casa y atormenta
Un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
Este solo los sigue osadamente,
Y á voces con palabras los afrenta,
Y los aprieta y corre á campo raso,
Sin poderles ganar un solo paso.

«¡Jo, jo! les va gritando: ¡espera, espera!»
Que mas en castellano no sabia;
Pero en su natural lengua primera
Atrevidas injurias les decia:
Tres leguas los corrió desta manera,
Que jamás de las colas se partia
Por mucho que aguijasen los rocinos,
Llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada
Que no hay quien su faccion y forma diga:
Era una gruesa haya mal labrada
De la grandeza y peso de una viga,
De metal la cabeza barreada,
Y esgrímela el garzon sin mas fatiga,
Que el presto esgrimidor suelto liviano
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que casi derrengados los dejaba:
Así cada caballo escarmentado
Sin espuelas el curso apresuraba,
Que jamás fué baqueta en la corrida
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
Del seguro monton y amigo bando,
No por esto la dura empresa deja,
Antes mas los persigue y va afrentado;
Con prestos piés y maza los aqueja,
La nacion española profazando
En lenguaje araucano, que entendian
Los tres que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los cristianos
Dando sobre él con súbita presteza,
A todos tres les da llenas las manos
Con su diabólica arma y lijereza:
Entre tanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
Y volviendo los tres á su carrera,
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
Afloja el curso y animoso brio,
Antes cual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el puelche en desafío,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta,
Y á diez millas de alcance por do un rio
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia;
Solo el contumaz Rengo porfiando
Desistir de la empresa no queria,
Aunque no ve persona de su bando:
Los tres lasos cristianos á porfía
Iban el ancho vado atravesando,
Cuando Rengo cargó de una pesada
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado
Rodea el brazo dos veces, despidiendo
El tosco y gran guijarro así arrojado,
Que el monte retumbó del sordo estruendo:
Las ninfas por lo mas sesgo del vado
Las cristalinas aguas revolviendo
Sus doradas cabezas levantaron,
Y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
Ni afloja de la empresa que pretende,
Antes con silbos, grita y piedra espesa,
La agua á mas de la cinta, los ofende,
Y dándoles en esto mucha priesa
El beber los caballos les defiende,
Diciendo: «¡Sús, salid, salid afuera,
Que yo os mantendré campo en la ribera.»

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
De la soberbia tema ya impaciente,
Dice á los dos: «¡Oh caso vergonzoso,
Que á tres nos siga un indio solamente,
Y triunfe de nosotros vitorioso!
No es bien que de españoles tal se cuente:
Volvamos, y de aquí jamás pasemos
Si primero morir no le hacemos.»

Así dijo, y las riendas revolviendo
Segunda vez el vado atravesaban,
De morir ó matarle proponiendo
Los cansados caballos aguijaban:
En esto el araucano conociendo
Lo cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto,
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por arena
Los tres á toda furia le siguieron,
Aunque en balde tomaron esta pena,
Que el indio mas corrió que ellos corrieron:
Faltos no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron,
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
Revolviendo á los tres con osadía,
Y á falta de la maza acostumbrada
A menudo la honda sacudia:
De allí con mofa, silbos y pedrada
Sin poderle ofender los ofendia,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y mas que ellos el bárbaro lijero.

Visto Alvarado serle así escusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dejando libre al bárbaro esforzado,
Que bien de mala gana se quedaba,
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino enderezaba
Triste en ver que fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
De seguir el alcance grande rato:
Iban los españoles sin camino
Como ovejas que van fuera del hato;
De no seguirlos mas me determino,
Que por lo que adelante dellos trato,
Dejarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
Dichosa á la sazon y afortunada,
Y como se acostumbra desviarme
De la parte vencida y desdichada;
Por donde tantos van quiero guiarme
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡Cuán usado es huir los abatidos,
Y seguir los soberbios levantados
De la instable fortuna favoridos
Para solo después ser derribados!
Al cabo estos favores reducidos
A su valor son bienes emprestados,
Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así estranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna,
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres á quien la rueca es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron
Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos descendieron
El mujeril temor de sí lanzando,
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
También en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas:
Antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvia,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podia.
Si las mujeres van desta manera,
¿La bárbara canalla cuál iria?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir también mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras;
Que la mujer crüel esto de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron,
Ya de los enemigos saqueado:
Que cuando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos sin orden y gobierno andaban,
A sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huia,
Y quién tras el que huye va corriendo;
Quién finge que está muerto y se tendia,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente así se entretenia
El trabajo importuno despidiendo,
Hasta que el sol rayaba los collados,
Que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
Con gran priesa á abrazarse estrechamente;
Pero algunos por mas que se esforzaban
La envidia les hacia arrugar la frente:
Francos los vencedores se mostraban
Repartiendo la presa entre la gente;
Que aun en el pecho vil contra natura
Puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
Quiso Caupolicán que se hiciese,
Donde del araucano ayuntamiento
La gente militar sola asistiese;
Y con alegre muestra y gran contento,
Sin que la popular se entremetiese,
En juegos, pruebas, danzas y alegrías
Gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y ejercicios acabados,
Para el valle de Arauco caminaron,
Do á las usadas fiestas los soldados
De toda la provincia convocaron:
Fueron bastantes plazos señalados,
Joyas de gran valor se pregonaron
De los que en ellas fuesen vencedores,
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
Mas que los diligentes mensajeros,
En un término breve apercibiendo
Naturales, vecinos y estranjeros;
Gran multitud de gente concurriendo
Creció el número tanto de guerreros,
Que ocupaban las tiendas forasteras,
Los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituia
Las importunas sombras desterrando,
Cuando la bulliciosa compañía
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
El orden de los precios, y el primero
Era un lustroso alfanje guarnecido
Por mano artificiosa de platero;
Este premio fué allí constituido
Para aquel que con brazo mas entero
Tirase una fornida y gruesa lanza,
Sobrando á los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada,
Esmaltadas en él varias labores,
Fué la preciada joya señalada
Para aquel que entre diestros luchadores
En la difícil prueba se estremase,
Y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrel animoso remendado,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado,
Era el precio de aquel que en la carrera
De todas armas y presteza armado,
Arribase mas presto á la bandera
Que una gran milla lejos tremolaba,
Y el trecho señalado limitaba.

Y de nervios un arco hecho por arte
Con su dorada aljaba, que pendia
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de ataujía;
Este se señaló y se puso aparte
Para aquel que con flecha á puntería
Ganando por destreza el precio rico,
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano
Tascando el freno estaba de cabestro,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston mas como diestro:
Por juez se señaló á Caupolicano,
De todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa cuando
El joven Orompello, ya en el puesto
Airosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
Y en la valiente diestra blandeando
Una maciza lanza: luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,
Las lanzas por los fieles igualadas
A un tiempo las derechas sacudiendo
Fueron con seis gemidos arrojadas:
Salen las astas con rumor crujiendo
De aquella fuerza é ímpetu llevadas;
Rompen el aire, suben hasta el cielo,
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la asta primera,
Que falta de vigor á tierra vino:
Tras ella la de Guambo, y la tercera
De Lepomande, y cuarta la de Crino;
La Quinta de Mareande, y la postrera,
Haciendo por mas fuerza mas camino,
La de Orompello fué, mozo pujante,
Pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron
De los que por mas fuertes se estimaban;
Y aunque con fuerza estrema procuraron
Sobrepujar el tiro, no llegaban:
Otros tras estos, y otros seis probaron;
Mas todos con vergüenza atrás quedaban,
Y por no detenerme en este cuento,
Digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucoton, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia añojado,
Dijo en voz alta: «De perder no dudo;
Mas porque todos ya me habeis mirado,
Quiero ver deste brazo lo que puede,
Y á dó llegar mi estrella me concede.»

Esto dicho, la lanza requerida
En ponerse en el puesto poco tarda,
Y dando una lijera arremetida
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombarda,
O cual furioso trueno, que corriendo
Por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera,
Rompiendo el hierro por el duro suelo
Tiembla por largo espacio la asta fuera;
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á piés median,
Y examinan el peso de la lanza;
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza;
Otros van por el precio; otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza:
De Leucoton el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,
Y aquel rumor colérico baraja
Diciendo: «Aun no he perdido, ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja.»
Caupolicán la vara en esto tiende,
Y á tiempo un encendido fuego ataja,
Que Tucapel al primo habia acudido,
Y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolicán que estaba por juez puesto,
Mostrándose imparcial discretamente,
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente;
Y así no se altercando mas sobre esto,
Conforme á la postura justamente
A Leucoton por mas aventajado
Le fué ceñido el corvo alfanje al lado.

Acabada con esto la porfia,
Y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvía
Del caso algo corrido y vergonzoso;
Mas como sabio mozo lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por do con Leucoton y causa nueva
Venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido
Que desde su niñez fué muy brioso,
Manso, tratable, fácil, corregido,
Y en ocasion metido valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linaje generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
El campo do la prueba se hacia,
El diestro Cayeguán, mozo esforzado,
A mantener la lucha se metia:
No pasó mucho, cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y lijereza,
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
Los dos gallardos barbaros se mueven:
Ya los viérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben;
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse:
Ciñense piés con piés, y entretejidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguán mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traia
A los piés enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual, lanzando fuera los vestidos,
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos formidos:
Mírale la confusa turba atenta,
Que de cuatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafio,
Y al vencedor contrario apercibiendo
Le va á buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguán saliendo
En medio de aquel campo á su albedrío,
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fué su pujanza descubierta,
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguán la boca abierta
Sin dejarle alentar le retraia,
Y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
En el aire gran pieza lo suspende;
Cayeguán sin color desalentado
Abre los brazos y las piernas tiende:
Viéndolo así rendido el esforzado
Rengo, que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
Y á su tienda en los hombros le llevaron;
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron;
Pero cesando en esto aquel ruido,
A sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
De recios miembros y feroz semblante,
Diestro en la lucha y en las armas diestro,
Lijero y esforzado aunque arrogante;
Y con todas las partes que aquí muestro,
Era Rengo mas suelto y mas pujante,
Usado en los robustos ejercicios,
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia,
Fíase mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto, con estraña lijereza,
Cuando menos cuidado en Talco habia,
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra así le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

Desta manera Rengo á Talco afierra,
Y antes que á la defensa se prevenga
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrienga:
Viéndolo pues así lo desafierra,
Y á su puesto esperando que otro venga
Vuelve, dejando el campo con tal hecho
De su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
Que á contrastar al barbaro se atreva;
Y así porque la noche ya venia,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente dia
Alegrase los campos con luz nueva:
Sonando luego varios instrumentos,
Hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro dia, saliendo de su tienda,
El hijo de Leocán acompañado,
Al cercado lugar de la contienda
Con altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama mas se estienda,
Dando una vuelta en torno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisase,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que viéndole el lugar vacío ocupase;
Pero ya Leucoton, mirando en esto
Que porque su valor mas se notase
Hasta ver el mas fuerte habia esperado,
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucoton la persona recogiendo
A recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venia
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al parangon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
Unas veces aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan en torno y miran cautelosos,
Y á todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pecho con pecho
Van las últimas fuerzas apurando;
Ya se afirman, y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan en torno volteando;
Ya los izquierdos, ya los piés derechos
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte
A poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forcejan, gimen, ijadean,
Que los miembros se van entorpeciendo:
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin era de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y recio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban;
Ellos siempre con mas encendimiento,
Sacando nuevas fuerzas, procuraban
Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio;
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo acia el un lado
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Est aba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente;
Desto el cansado Rengo no avisado
Metió el pié dentro, y desgraciadamente
Cual cae de la segur herido el pino
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni el águila que al robo cala de alto
Sube en el aire con tan recio vuelo,
Como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo
Se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la tierra madre recogido
Cobraba fuerza y ánimo doblado,
Así el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena habia tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al estremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
El público lugar considerando,
Que abrasado de fuego y rabia ardiente
Se le fueron las fuerzas aumentando,
Y furioso, colérico, impaciente
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste; y el suceso
Oireis en el siguiente canto espreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
A dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza:
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento;
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Qe aun afirmar los piés no lo dejaba.

Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolicán traia la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo difinido,
Ni la plaza de gente despejada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
«Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.»

Que bramando entre sí se deshacia
Esperando aquel tiempo deseado,
Viendo que Leucoton ya mantenia,
Del tiro de la lanza no olvidado:
Con gran desenvoltura y gallardía
Salta el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza, como digo,
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
Creció, porque parando el pueblo en ello,
Conoce por allí cuán descontento
Del fuerte Leucoton está Orompello:
Témese que vendrán á rompimiento;
Mas nadie se atraviesa á defendello,
Antes la plaza libre los dejaron,
Y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
La mas parte á Orompello se inclinaba;
Mira los bellos miembros, y el airoso
Cuerpo que á la sazon se desnudaba:
La gracia, el pelo crespo, y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Y á Leucoton á fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas destos dos por la aparencia,
Viendo del uno el talle y los valientes
Niervos, edad perfeta y esperiencia;
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y gata adolecencia,
Aunque á tal opinion contradecia
La muestra de Orompello y osadía.

Que puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando,
Y cual halcon que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que de ver la tardanza imaginaba
Que habian impedimentos de ofrecerse:
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfacerse,
Derecho á Leucoton sale animoso,
Que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza mano á mano
Salen á se probar los dos valientes:
Como cuando el lebrel, y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,
Yertos los cerros, y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravecidos:

De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta ni padrino,
De coraje y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino;
Y en un instante iguales, aferrados
Con estremada fuerza y diestro tino,
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándose á los piés lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja, y vuelve á todos lados
Viéranlos sin mudarse á veces tales,
Que parecen en tierra estar clavados;
Donde ponen los pies, dejan señales,
Cavan el duro suelo, y apretados
Juntándose rodillas con rodillas
Hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
Usaba, que en tal tiempo usar podia,
Viendo el duro teson y fuerza estraña
Que en su recio adversario conocia:
Revuélvense los dos por la campaña,
Sin conocerse en nadie mejoría;
Pero tanto de acá y de allá anduvieron
Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fué tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera
Que se puede decir que el mas atento;
A mover la pestaña, no lo viera:
Ventaja ni señal de vencimiento
Juzgarse por entonces no pudiera,
Que Leucoton arrodilló en el llano,
Y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando:
De entrambas partes gentes acudieron,
La porfía y rumor multiplicando,
Quién daba al uno el precio, honor y gloria,
Quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
A la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba, en el momento
Salta en la plaza, la ferrada en mano,
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: «El precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende.

»La joya es de Orompello, y quien bastant:
Se halla á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafío:»
Leocoton con un término arrogante
Dice: «Yo amansaré tu loco brio,
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.»

«Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya,» dijo Orompello;
Responde Leucoton fiero y airado,
«Contigo y con tu primo quiero habello:»
Caupolicán en esto era llegado,
Que del supremo asiento, viendo aquello,
Habia bajado á la sazon confuso,
Y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello conociendo
Que el gran Caupolicán allí venia,
Las enconosas voces reprimiendo,
Cada cual por su parte se desvia;
Mas Tucapel la maza revolviendo,
Que otro acuerdo y concierto no queria,
Lleno de ira diabólica no calla
Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
Del hijo de Leocán, ni de otra gente,
Diciendo que á Orompello la celada
Le den por vencedor y mas valiente:
Después, que en plaza franca y estacada
Con Leucoton le dejen libremente,
Donde aquella disputa se dicida,
Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,
Lleno de rabia y de furor movido,
Le dice: «Haré que guardes el respeto,
Que á mi persona y cargo le es debido.»
Tucapel le responde: «Yo prometo
Que por temor no baje del partido,
Y aquel que en lo que digo no viniere
Haga á su voluntad lo que pudiere.

»Guardaréte respeto, si derecho
En lo que justo pido me guardares,
Y mientras que con recto y sano pecho
La causa sin pasion desto mirares;
Mas si contra razon solo de hecho,
Torciendo la justicia lo llevares,
Por tí, y tu cargo, y todo el mundo junto
No perderé de mi derecho un punto.»

Caupolicán perdida la paciencia
Se mueve á Tucapel determinado;
Mas Colocolo, viejo de esperiencia,
Que con temor le andaba siempre al lado,
Le hizo una acatada resistencia,
Diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado
De tí y tu autoridad, y salud nuestra,
Que lo pongas en solo alzar la diestra?

»Mira, señor, que todo se aventura,
Mira que están los mas ya diferentes;
De Tucapel conoces la locura,
Y la fuerza que tiene de parientes;
Lo que enmendar se puede con cordura,
No lo enmiendes con sangre de inocentes:
Dale á Orompello el contenido precio,
Y otro al competidor de igual aprecio.

»Si por rigor y término sangriento
Quieres poner en riesgo lo que queda,
Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda,
Queda tu fuerza mas disminuïda,
Y al fin tu autoridad menos temida.

»Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el límite araucano han estendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido:
Si agora han sido aquí desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido,
En trances peligrosos derramando
La sangre propia y del contrario bando.»

Imprimieron así en Caupolicano
Las razones y celo de aquel viejo,
Que frenando el furor dijo: «En tu mano
Lo dejo todo, y tomo ese consejo.»
Con tal resolucion, el sabio anciano
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuéles pues reduciendo de manera
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio de Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traida,
Al ufano Orompello le fué puesta;
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida,
Todos conformes en alegre fiesta
Á las copiosas mesas se sentaron,
Donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del dia
Les quedaba, las mesas levantadas,
Se pasó en regocijo y alegría,
Tejiendo en corros danzas siempre usadas,
Donde un número grande intervenia
De mozos y mujeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones,
Atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra
Y con la negra sombra el mundo abraza,
Los principales hombres de la tierra
Se juntaron en una antigua plaza
A tratar de las cosas de la guerra,
Y en el discurso dellas dar la traza,
Diciendo que el subsidio padecido
Habia de ser con sangre redemido,

Salieron con que al hijo de Pillano
Se cometiese el cargo deseado,
Y el número de gente por su mano
Fuese absolutamente señalado:
Tal era la opinion del araucano,
Y tal crédito y fama habia alcanzado,
Que si asolar el cielo prometiera,
Crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente joven mas granada
Fueron por él quinientos escogidos,
Mozos gallardos de la vida airada,
Por mas bravos que platicos tenidos:
Y hubo de otros por ir esta jornada
Tantos ruegos, protestos y partidos,
Que escusa no bastó ni impedimento
A no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
Amigos de inquietud, facinerosos,
En el duro trabajo ejercitados,
Perversos, disolutos, sediciosos,
A cualquiera maldad determinados,
De presas y ganancias codiciosos,
Homicidas, sangrientos, temerarios,
Ladrones, bandoleros y cosarios.

Con esta buena gente caminaba
Hasta Maule de paz atravesando,
Y las tierras después por do pasaba
Las iba á fuego y sangre sujetando:
Todo sin resistir se le allanaba,
Poniéndose debajo de su mando;
Los caciques le ofrecen francamente
Servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen,
Talan comidas, casas y heredades,
Que los indios de miedo al pueblo huyen:
Estupros, adulterios y maldades.
Por violencia sin término concluyen,
No reservando edad, estado y tierra,
Que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenian
De venir con los nuestros á la prueba,
Los indios comarcanos que huian
Llevan á la ciudad la triste nueva:
Rumores y alborotos se movian,
El bélico bullicio se renueva,
Aunque algunos que el caso contemplaban
A tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada;
Y mas contra ciudad tan eminente,
Y lejos de su tierra y apartada;
Pero los que de Penco habian salido
Tienen por mas el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino,
Estos son de los jóvenes briosos,
Otros que era imprudencia y desatino
Por los pasos y sitios peligrosos:
A todo con presteza se previno,
Que de grandes reparos ingeniosos
El pueblo fortalecen, y en un punto
Despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente,
Con comision, si lance le saliese,
A su honor y defensa conveniente,
Que al bárbaro escuadron acometiese,
Volviendo á rienda suelta dos soldados
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
Abrevio con decir que se partieron,
Y al cuarto dia con animo esforzado
Sobre el campo enemigo amanecieron:
Trabóse el juego, y no duró trabado,
Que los bárbaros luego los rompieron,
Y todos con cuidado y piés lijeros
Revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos,
Vuelven con testimonio asaz bastante
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante:
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
Y en medio de los campos desmandado,
A manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia
Adonde con sus bárbaros se acoge,
Y que infinita gente le acudia,
De la cual la mas diestra y fuerte escoge;
También que bastimentos cada dia
Y cantidad de municion recoge,
Afirmando por cierto fuera desto
Que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,
Teniendo allí el venir por desvario,
A tan clara señal crédito daba,
Helándole la sangre un miedo frio;
Quién de pura congoja trasudaba,
Que de Lautaro ya conoce el brio;
Quién con ardiente y animoso pecho
Bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagrán enfermado acaso habia,
No puede á la sazon seguir la guerra;
Mas con ruegos y dádivas movia
La gente mas gallarda de la tierra;
Y por caudillo en su lugar ponia
Un caro primo suyo, en quien se encierra
Todo lo que conviene á buen soldado:
Pedro de Villagrán era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
En demanda del bárbaro Lautaro,
Y el cargo que tan loco desatino
Como es venir allí le cueste caro:
Dióse tal prisa á andar, que presto vino
A la corva ribera del rio claro,
Que vuelve atrás en círculo gran trecho,
Después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto
De donde estaba el bárbaro alojado,
En el lugar mejor y mas dispuesto,
Y allí por ver la noche ha reparado:
Estaba á cualquier trance y rumor presto,
De guardia y centinelas rodeado,
Cuando sin entender la cosa cierta,
Gritaban: «arma, arma, alerta, alerta.»

Esto fué que Lautaro habia sabido
Cómo allí nuestra gente era llegada,
Que después de la haber reconocido
Por su misma persona y numerada,
Volvióse sin de nadie ser sentido,
Y mostrando estimarlo todo en nada,
Hizo de los caballos que tenia
Soltar el de mas furia y lozanía,

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,
No deben de saber que soy Lautaro
De quien han recibido tanto daño,
Daño que no tendrá jamás reparo;
Mas porque no me tengan por estraño,
Y el ser yo aquí venido sea mas claro,
Sabiendo con quien vienen á la prueba,
Quiero que este rocin lleve la nueva.»

Diez caballos, señor, habia ganado
En la refriega y última revuelta,
El mejor ensillado y enfrenado,
Porque diese el aviso cierto, suelta:
Siendo el feroz caballo amenazado
Acia el campo español toma la vuelta
Al rastro y al olor de los caballos,
Y esta fué la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
Que dió mas fuerza al arma y mayor fuego;
La gente recatada se levanta
Con sobresalto y gran desasosiego;
El escándalo tanto no fué cuanta
Era después la burla, risa y juego
De ver que un animal de tal manera
En arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,
Que, con ánimo y firme presupuesto
De vencer ó morir de buena gana,
Salen del sitio y alojado puesto
Contra la gente bárbara araucana,
Que no menos estaba acodiciada
Del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia,
Que quien fuera del muro un paso diese
Como por crimen grave y rebeldía,
Sin otra informacion luego muriese.
Así el temor frenando á la osadía,
Por mas que la ocasion la comoviese,
Las riendas no rompió de la obediencia,
Ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto
No dejando salir soldado fuera;
Quiere que su partido sea mas cierto
Encerrando á los nuestros, de manera,
Que no les aproveche en campo abierto
De ligeros caballos la carrera,
Mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
Y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo
La plaza, al tiempo del herir volviesen
Las espaldas los bárbaros huyendo,
Porque dentro los nuestros se metiesen,
Y algunos por defuera revolviendo,
Antes que los cristianos se advirtiesen
Ocuparles las puertas del cercado,
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
A la gente española que venia,
Y en viéndola asomar la saludaban,
Alzando una terrible vocería:
Soberbios desde allí la amenazaban
Con audacia, desprecio y bizarría;
Quién la fornida pica blandeando,
Quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
Cuando aquellos que cerca los desean
Con silbos y rumor de los tablados
Seguros del peligro los torean,
Y en su daño los hierros amolados,
Sin miedo amenazándolos blandean:
Así la gente bárbara araucana
Del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles siempre con semblante
De parecerles poca aquella caza,
Paso á pase caminan adelante
Pensando de allanar la fuerte plaza,
En alta voz diciendo: «No es bastante
El muro, ni la pica y dura maza
A estorbaros la muerte merecida
Por la gran desvergüenza cometida.»

Llegados de la fuerza poco trecho,
Reconocida bien por cada parte,
Pónenle el rostro, y sin torcer derecho
Asaltan el fosado baluarte:
Por acabado tienen aquel hecho;
De los bárbaros huye la mas parte;
Ganan las puertas francas con gran gloria
Cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento,
Si los primeros indios aguardaran
Tanto espacio y sazon cuanto un momento,
Que las puertas los últimos tomaran;
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento
Ni poderse abstener, luego reparan,
Haciendo la señal que no debian,
Hicieron revolver los que huian.

Como corre el caballo cuando ha olido
Las yeguas que atrás quedan y querencia,
Que allí el intento inclina y el sentido,
Gime y relincha con celosa ausencia,
Afloja el curso, atrás tiende el oido
Alerto á si el señor le da licencia,
Que á dar la vuelta aun no le ha señalado
Cuando sobre los piés ha volteado:

De aquel modo los bárbaros huyendo
Con muestra de temor, aunque fingida,
Firman el paso presuroso, oyendo
La alegre y cierta seña conocida;
Y en contra de los nuestros esgrimiendo
La cruda espada al parecer rendida,
Vuelven con una furia tan terrible
Que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las graves olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario coro repentino;
Que las arenas del profundo asiento
Las saca arriba en turbio remolino,
Y las hinchadas olas revolviendo
Al tempestuoso coro van siguiendo:

De la misma manera á nuestra gente,
Que el alcance sin término seguia,
La súbita mudanza de repente
Le turbó la vitoria y alegría;
Que sin se reparar violentamente
Por el mismo camino revolvia,
Resistiendo con ánimo esforzado
El número de gente aventajado.

Mas como un cuadaloso rio de fama,
La presa y palizada desatando,
Por inculto camino se derrama
Los arraigados troncos arrancando,
Cuando con desfrenado curso brama
Cuanto topa delante arrebatando,
Y los duros peñascos enterrados
Por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante
Los indios á los nuestros arrancaron,
Y sin pararles cosa por delante
En furiosa corriente los llevaron,
Hasta que con veloz furor pujante
De la cerrada plaza los lanzaron:
Que el miedo de perder allí la vida
Les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos
Los sueltos españoles que á la entrada,
En una polvorosa nube envueltos
Salen del cerco estrecho y palizada:
Entre ellos van los bárbaros revueltos
Una gente con otra amontonada,
Que sin perder un punto se herian
De manos y de piés como podian.

No el alzado antepecho y agujeros
Que fuera dél en torno habia cavados,
Ni la fagina y suma de maderos
Con los fuertes bejucos amarrados,
Detuvieron el curso á los lijeros
Caballos, de los hierros hostigados,
Que como si volaran por el viento,
Salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo
Libre la plaza á los contrarios dejan,
Que la fortuna próspera siguiendo
Con prestos piés y manos los aquejan;
Pero los nuestros el morir temiendo,
Siempre alargan el paso, y mas se alejan,
Deteniendo á las veces flojamente
La gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
A toda furia por la seca arena,
Solo Lautaro no los ha seguido,
Lleno de enojo y de rabiosa pena:
Viendo el poco sustento del mal regido
Campo, tan recio el rico cuerno suena
Que los mas delanteros lo sintieron
Y al son sin mas correr se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
Que mirarle á la cara nadie osaba,
Y al pabellon él solo retirado
Un nuevo edicto publicar mandaba:
Que guerrero ninguno fuese osado
Salir un paso fuera de la cava,
Aunque los españoles revolviesen
Y mil veces el fuerte acometiesen.

Después llamando á junta á los soldados
Aunque ardiendo en furor, templadamente
Les dice: «Amigos, vamos engañados,
Si con tan poco número de gente
Pensamos allanar los levantados
Muros de una ciudad así eminente;
La industria tiene aquí mas fuerza y parte,
Que la temeridad del fiero Marte.

»Esta los fieros ánimos reprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza,
Las cervices indómitas oprime,
Y las hace domésticas por fuerza;
Esta el honor y pérdidas redime,
Y la sazon á usar della nos fuerza;
Que la industria solícita y fortuna
Tienen conformidad y andan á una.

»Cumple partir de aquí muestras haciendo
Que solo de temor nos retiramos,
Y asegurar los españoles viendo
Cómo el honor y campo les dejamos;
Que después á su tiempo revolviendo
Haremos lo que así dificultamos,
Teniendo ellos el llano, y por guarida
Vecina la ciudad fortalecida.»

El hijo de Pillán esto decia,
Cuando asomaba el bando castellano
Que con esfuerzo nuevo y osadía
Quiere probar segunda vez la mano:
Fué tanto el alboroto y alegría
De los bárbaros, viendo por el llano
Aparecer los nuestros, que al momento
Gritan y baten palmas de contento.

En esto, los cristianos acercando
Poco á poco se van á la batalla;
Y al justo tiempo del partir llegando
Dejan irse á la bárbara canalla,
Que uno la maza en alto, otro bajando
La pica, el cuerpo exento en la muralla
Con animoso esfuerzo se mostraban,
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas
Y comienzan allí el combate duro,
De escudos las cabezas bien cubiertas
Se llegan otros al guardado muro,
Otros buscan por partes descubiertas
La subida y el paso mas seguro:
Hinche el bando español la cava honda,
Y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
Cubierto de fortísimos escudos,
La lluvia de los tiros resistia
Y los botes de lanzas muy agudos:
Era tanta la grita y armonía,
Y el espeso batir de golpes crudos,
Que Maule el raudo curso refrenaba
Confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas, y frente y por los lados,
El muro se combate y se defiende;
Allí corren con priesa amontonados
Adonde mas peligro haber se entiende;
Allí con prestos golpes esforzados
A su enemigo cada cual ofende
Con furia tan terrible y fuerza dura,
Que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros acia atrás se retrujeron
De los tiros y golpes impelidos
Tres veces, y otras tantas revolvieron
De vergonzosa cólera movidos:
Gran pieza á la fortuna resistieron,
Mas ya todos andaban mal heridos,
Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
Y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte
Que va en aumento el daño y la crueza;
Hallan los españoles siempre el fuerte
Mas fuerte y en los golpes mas dureza;
Sin temor acometen de la muerte,
Pero poco aprovecha esta braveza:
Que el que menos herido y flaco andaba
Por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
De ver lo que los nuestros han sufrido
De espesos golpes, flecha y piedra tanta
Que sin cesar sobre ellos ha llovido,
Y cuán determinados y con cuánta
Furia tres veces han acometido:
Desto los enemigos impacientes
Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
Antes que va en furioso crecimiento
Cuando la congelada piedra espesa
Hiere los techos y se esfuerza el viento:
Así los duros bárbaros apriesa,
Movidos de vergüenza y corrimiento,
Con lanzas, dardos, piedras arrojadas
Baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo
Sufrir el gran trabajo incomportable,
Se van forzosamente retrayendo
Del vano intento y plaza inespugnable,
Y el destrozado campo recogiendo:
Vista su suerte y hado miserable,
Por el mesmo camino que vinieron,
Aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
Vinieron á tener su alojamiento,
Segura de enemigos la campaña,
Que ninguno salió en su seguimiento.
Decir prometo la cautela estraña
De Lautaro después, que ahora me siento
Flaco, cansado, ronco, y entre tanto
Esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaes, por las cuales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

Virtud difícil y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien claro prueba
Cuánto es sano, seguro y provechoso,
Y el poco fruto y mucho mal que lleva
El vicio inútil del hablar dañoso:
Ejemplo los de Libico homicidas
Y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos y pasados
Crüeldades, ruinas, desventuras,
Infamias, punciones de pecados,
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados:
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.

De los vicios el menos de provecho,
Y por donde mas daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciende,
Al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
La causa á sus soldados encubria
De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia;
Y el retirado campo castellano
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada,
Toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo
Que fuese para algun sagaz intento,
El cual por conjeturas comprehendo
Ser de gran importancia y fundamento:
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
A los nuestros que así del fuerte asiento
Se alejan, á tres leguas otro dia
Hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los españoles estuvieron
Haciendo de los bravos, aguardando;
Pero jamás los bárbaros vinieron,
Ni gente pareció del otro bando.
Al fin dos de los nuestros se atrevieron
A ver el fuerte, y cerca dél llegando,
Oyeron una voz alta del muro
Diciéndoles: «Llegaos que os doy seguro.»

Al uno por su nombre lo llamaba
Con el cierto seguro prometido,
El cual dejando al otro, se llegaba
Por conocer quién era el atrevido:
Llegado el español junto á la cava,
El de la voz fué luego conocido,
Que era el gallardo hijo de Pillano,
Tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
Con sobrevista de oro guarnecida,
En una gruesa pica recostado
Por el ferrado regaton asida;
El ancho y duro hierro colorado,
Y de sangre la media asta teñida,
Puesta de limpio acero una celada,
Abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
Hablarle y entenderle claramente,
El bizarro Lautaro le decia:
«Marcos, de tí me espanto estrañamente
Y de esa tu inorante compañía,
Que sin razon y seso ciegamente
Penseis así de mi opinion mudarme,
Y ser bastantes todos á enojarme.

»¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,
Que así quereis tiranizar la tierra?
¿No veis que todo agora está en mi mano,
El bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿No veis que el nombre y crédito araucano
Los levantados ánimos atierra,
Que solo el sonal mundo pone miedo,
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?

»En los pueblos no fuistes poderosos
De defender las propias posesiones,
Que es cosa que aun los pájaros medrosos
Hacen rostro en su nido á los leones;
¿Y en los desiertos campos pedregosos
Pensais de sustentar los pabellones
En tiempo que estais mas amedrentados,
Y mas vuestros contrarios animados?

»Es á mi parecer loca osadía
Querer contra nosotros sustentaros;
Pues ni por arte, maña, ni otra via
Podeis en nuestro daño aprovecharos.
Si lo quereis llevar por valentía,
Baste el presente estrago á escarmentaros,
Que fresca sangre aun vierten las heridas,
Y della aquí las yerbas veo teñidas.

»Pues dejar yo jamás de perseguiros,
Segun que lo juré, será escusado;
Hasta dentro en España he de seguiros,
Que así lo he prometido al gran senado;
Mas si quereis en tiempo reduciros
Haciendo lo que aquí os será mandado,
Saldré de la promesa y juramento,
Y vosotros saldreis de perdimiento.

»Treinta mujeres vírgenes apuestas
Por tal concierto habeis de dar cada año,
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
De quince años á veinte sin engaño:
Han de ser españolas, y tras estas
Treinta capas de verde y fino paño,
Y otras treinta de púrpura tejidas,
Con fino hilo de oro guarnecidas.

»También doce caballos poderosos,
Nuevos y ricamente enjaezados,
Domésticos, lijeros y furiosos,
Debajo de la rienda concertados,
Y seis diestros lebreles animosos
En la caza me habeis de dar cebados:
Este solo tributo estorbaria
Lo que estorbar el mundo no podria.»

Atento el castellano le escuchaba
Estando de la plática gustoso;
Mas cuando á estas razones allegaba,
No pudo aquí tener ya mas reposo;
Así impaciente al bárbaro atajaba,
Diciéndole: «No estés tan orgulloso,
Que las parias que pides, ó Lautaro,
Te costarán, si esperas, presto caro.

»En pago de tu loco atrevimiento,
Te darán españoles por tributo
Cruda muerte con áspero tormento,
Y Arauco cubrirán de eterno luto.»
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;
Sobre ello, Marcos, mas yo no disputo,
Las armas, no la lengua, han de tratarlo,
Y la fuerza y valor determinarlo.

»Libre puedes decir lo que quisieres,
Como aquel que seguro le está dado,
Que tú después harás lo que pudieres,
Y yo podré hacer lo que he jurado:
Tratemos de otras cosas de placeres,
Quede para su tiempo comenzado,
Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
Una lucida escuadra de á caballo.

»Que para que no andeis tan al seguro,
Acuerdo de tener también caballos,
Y de imponer mis súbditos procuro
A saberlos tratar, y gobernallos.»
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
A seis dispuestos mozos sus vasallos
Mandó que en seis caballos cabalgasen,
Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas
Salieron á caballo seis chilcanos,
Pintadas y anchas dargas embrazadas,
Gruesas lanzas terciadas en las manos,
Vestidas fuertes cotas, y tocadas
Las cabezas al modo de africanos,
Mantos por las caderas derribados,
Los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra por delante
Del atento español dos vueltas dieron,
Pero ni de su puesto y buen semblante
Punto que se notase le movieron;
Antes con muestra y ánimo arrogante,
En alta voz, que todos lo entendieron
(Que el muro estaba ya lleno de gente),
Habló así con Lautaro libremente:

«En vano, ó capitán, cierto trabaja
Quien pretende con fieros espantarme:
No estimo lo que ves en una paja,
Ni alardes pueden punto amedrentarme;
Y por mostrar si temo la ventaja,
Yo solo con los seis quiero probarme,
Do verás que á seis mil seré bastante:
Vengan luego á la prueba aquí delante.»

Lautaro respondió: «Marcos, si mueres
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,
El mínimo que dellos escogieres
A pié vendrá contigo en desafío,
Del modo y la manera que quisieres:
Elige armas y campo á tu albedrío,
Ora con ellas, ora desarmados,
A puños, coces, uñas y á bocados.»

El español le dijo: «Yo te digo
Que mi honor en tal caso no consiente
Darles uno por uno su castigo,
Porque jamás se diga entre la gente
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
En campo osase entrar singularmente:
Por tanto, si no quieres lo que pido,
No quiero yo acetar otro partido.»

No vinieron en esto á concertarse;
Después por otras cosas discurrieron;
Pero llegado el tiempo de apartarse
Del bárbaro, los dos se despidieron:
Vueltos á su camino, oyen llamarse,
Y á la voz conocida revolvieron,
Que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
Diciendo: «Una razon se me olvidaba.

»Tengo mi gente triste y afligida,
Con gran necesidad de bastimento,
Que me falta del todo la comida
Por orden mala y poco regimiento:
Pues la teneis de sobra recogida,
Haced un liberal repartimiento,
Proveyéndonos della, que á mi cuenta
Mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

»Que en el ínclito estado es uso antiguo,
Y entre buenos soldados ley guardada,
Alimentar la fuerza al enemigo
Para solo oprimirle por la espada:
Estad, Marcos, atento á lo que digo,
Y entended que será cosa loada,
Que digan que las fuerzas sojuzgastes,
Que para mayor triunfo alimentastes.

»Que se llame vitoria, yo lo dudo
Cuando el contrario á tal estremo viene,
Que en aquello que nunca el valor pudo
La hambre miserable poder tiene;
Y al fuerte brazo indómito y membrudo
Lo debilita, doma y lo detiene,
Y así por bajo modo y estrecheza,
Viene á parecer fuerte la flaqueza.»

Era, señor, su intento que pensase
Ser la necesidad (fingida) cierta,
Para que nuestra gente se animase
De industria abriendo aquella falsa puerta;
Y con esto inducirla á que esperase,
Teniendo así su astucia mas cubierta,
Hasta que el fin llegase deseado
Del cauteloso engaño fabricado.

Marcos de las palabras conmovido
Le dice: «Yo prometo de intentallo
Por solo esas razones que has movido,
Y hacer todo el poder en procurallo.»
Habiéndose con esto despedido,
Revolviendo las riendas al caballo,
El y su compañero caminaron
Hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
Cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,
Sospechoso, confuso y admirado
De ver que bastimentos le pedia:
Era sagaz, celoso, y recatado;
Revolviendo la presta fantasía
Los secretos designios comprehende,
Y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,
Cuando el mundo se muestra mas escuro
Sin tocar trompa, del peligro instruto,
Toma el camino á la ciudad seguro,
Maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
Que quiero antes decir el modo estraño
De la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
Cuando luego los bárbaros supieron
La súbita partida y retirada,
Que no con poca muestra lo sintieron;
Viendo claro que al fin de la jornada,
Por un espacio breve no pudieron
Hacer en los cristianos tal matanza
Que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
Que es en un bajo y recogido llano,
De acequias copiosísimas se baña
Por zanjas con industria hechas á mano:
Rotas al nacimiento, la campaña
Se hace en breve un lago y gran pantano;
La tierra es honda, floja, anegadiza,
Hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
En agua aquellos campos empapados,
Moverse los caballos no pudieran
En pegajosos lodos atascados:
Adonde si aguardaran los cogieran,
Como en liga á los pájaros cebados,
Que ya Lautaro con despacho presto
Habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
La fuerza desampara el mismo dia,
Y el camino de Arauco mas derecho
Marcha con su escuadron de infantería:
Revuelve y traza en el cuidoso pecho
Diversas cosas, y en ninguna habia
El consuelo y disculpa que buscaba,
Y entre sí razonando suspiraba,

Diciendo: «¿Qué color puede bastarme
Para ser desta culpa reservado?
¿No pretendí yo mucho de encargarme
De cosa que me deja bien cargado?
¿De quién sino de mí puedo quejarme,
Pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
De conquistar del uno al otro polo?

»Mientras que yo con tan lucida gente
Ver el muro español aun no he podido,
La luna ya tres veces frente á frente
Ha visto nuestro campo mal regido,
Y el carro de Faeton resplandeciente
Del Escorpio al Acuario ha discurrido,
Y al fin damos la vuelta mal tratados
Con pérdida de mas de cien soldados.

» Si con morir tuviese confianza
Que una vergüenza tal se colorase,
Haria á mi inútil brazo que esta lanza
El débil corazon me atravesase;
Pero daria de mí mayor venganza
Y gloria al enemigo, si pensase
Que temí mas su brazo poderoso
Que el flaco mio, cobarde y temeroso.

»Yo juro al infernal poder eterno,
Si la muerte en un año no me atierra,
De echar de Chile el español gobierno
Y de sangre empapar toda la tierra:
Ni mudanza, calor, ni crudo invierno
Podrán romper el hilo de la guerra,
Y dentro del profundo reino escuro
No se verá español de mi seguro.»

Hizo también solene juramento
De no volver jamás al nido caro,
Ni del agua, del sol, sereno y viento
Ponerse á la defensa ni al reparo;
Ni de tratar en cosas de contento
Hasta que el mundo entienda de Lautaro,
Que cosa no emprendió dificultosa
Sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
La cuerda del dolor, que á veces tanto
Con grave y dura afrenta le apretaba,
Que de perder el seso estuvo á canto;
Así el feroz Lautaro caminaba;
Y al fin de tres jornadas, entre tanto
Que el esperado tiempo se avecina,
Se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
Baja de un monte Itata caudaloso,
Atravesando aquel umbroso asiento
Con sesgo curso, grave y espacioso:
Los árboles provocan á contento,
El viento sopla allí mas amoroso
Burlando con las tiernas florecillas
Rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleitosa y fértil tierra,
Abundante, capaz y suficiente
Para poder sufrir gente de guerra:
Tiene cerca á la banda del oriente
La grande cordillera y alta sierra,
De donde el raudo Itata apresurado
Baja á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de españoles; pero habia
La prometida fe ya quebrantado,
Viendo que la fortuna parecia
Declarada de parte del estado;
El cual veinte y dos leguas contenia:
Este era su distrito señalado;
Pero tan grande crédito alcanzaba,
Que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
Este los puso humildes por el suelo;
Este los bajos, tristes y medrosos
Hace que se levanten contra el cielo;
Y los estraños pueblos poderosos
De miedo deste viven con recelo:
Los remotos vecinos y estranjeros
Se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del estado deseando
Estaba al tardo tiempo en esta vega,
Tardo para quien gusto está esperando,
Que al que no espera bien, bien presto llega;
Pero el tiempo y sazon apresurando,
A sus valientes bárbaros congrega;
Y antes que se metiesen en la via,
Estas breves razones les decia:

« Amigos, si entendiese que el deseo
De combatir sin otro miramiento,
Y la fogosa gana que en vos veo
Fuese de la vitoria el fundamento;
Hágoos saber de mí, que cierto creo
Estar en vuestra mano el vencimiento,
Y un paso atrás volver no me hiciera,
Si el mundo sobre mí todo viniera.

» Mas no es solo con ánimo adquirida
Una cosa difícil y pesada:
¿Qué aprovecha el esfuerzo sin medida,
Si tenemos la fuerza limitada?
Mas esta, aunque con límite, regida
Por industrioso ingenio y gobernada,
De duras y de muy dificultosas
Hace llanas y fáciles las cosas.

»¿Cuántos vemos el crédito perdido
En afrentoso y mísero destierro,
Por solo haber sin término ofrecido
El pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
Por loco, temerario y torpe yerro:
Valor es ser al orden obediente,
Y locura sin orden ser valiente.

»Como en este negocio y gran jornada
Con tanto esfuerzo así nos destruimos,
Fué porque no miramos jamás nada,
Sino al ciego apetito á quien seguimos:
Que á no perder por furia anticipada
El tiempo y coyuntura que tuvimos,
No quedara español, ni cosa alguna
A la disposicion de la fortuna.

»Si al entrar de la fuerza reportados
Allí algun sufrimiento se tuviera,
Fueran vuestros esfuerzos celebrados,
Pues ningun enemigo se nos fuera;
En la ciudad estaban descuidados:
Con la gente que andaba por defuera
Hiciéramos un hecho y una suerte,
Que no la consumieran tiempo y muerte.

» Pero quiero poneros advertencia,
Que habeis por la razon de gobernaros,
Haciendo al movimiento resistencia
Hasta que la sazon venga á llamaros;
Y no salirme un punto de obediencia,
Ni á lo que os mandare adelantaros:
Que en el inobediente y atrevido
Haré ejemplar castigo nunca oido.

»Y pues volvemos ya donde se muestra
Nuestro poco valor, por mal regidos,
En fe que habeis de ser (alzo la diestra)
En el primer honor restituidos,
O el campo regará la sangre nuestra,
Y habemos de quedar en él tendidos
Por pasto de las brutas bestias fieras,
Y de las sucias aves carniceras.»

Con esto fué la plática acabada,
Y la trompeta á levantar tocando,
Dieron nuevo principio á su jornada
Con la usada presteza caminando.
Yendo así, al descubrir de una ensenada
Por Martaquino á la derecha entrando,
Un bárbaro encontraron por la via
Que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
Que en Mapochó se sabe su venida,
Ora les dió la nueva della el viento,
Ora de espías solícitas sabida;
También que de copioso bastimento
Estaba la ciudad ya prevenida
Con defensas, reparos, provisiones,
Pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
Muda el primer intento que traia,
Viendo ser temerario presupuesto
Seguirle con tan poca compañia:
Piensa juntar mas gentes, y de presto
Un fuerte asiento que en el valle habia,
Con ingenio y cuidado diligente
Comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,
Y ser dispuesto el sitio y reparado,
Fué en breve aquel lugar fortalecido,
De foso y fuerte muro rodeado:
Gente á la fama desto habia acudido
Codiciosa del robo deseado.
Forzoso me es pasar de aquí corriendo,
Que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
Que á toda furia el hijo de Pillano,
Guiando un escuadron de gente esperta,
Viene sobre ella con armada mano:
El súbito temor puso en alerta
Y confusion al pueblo castellano;
Mas la sangre que el miedo helado habia
De un ardiente coraje se encendia.

A las armas acuden los briosos,
Y aquellos que los años agravaban
Con industrias y avisos provechosos
La tierra y partes flacas reparaban:
Tras estos treinta mozos animosos,
Y un astuto caudillo se aprestaban,
Que con algunos bárbaros amigos
Fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrán á la sazon no residia
En el pueblo español alborotado,
Que para la Imperial partido habia
Por camino de Arauco desviado;
Mas ya con nueva gente revolvia,
Y junto de do el bárbaro cercado
De gruesos troncos y fagina estaba,
Sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,
Y él la nueva jornada comenzaba,
Al calar de una loma en el camino
Un comarcano bárbaro encontraba;
El cual le dió la nueva del vecino
Campo, y razon de cuanto en él pasaba,
Que todo bien el mozo lo sabia,
Como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español del indio cuanto
El bárbaro enemigo determina,
Y cómo allega gentes entre tanto
Que el oportuno tiempo se avecina:
No puso á los cautenes esto espanto;
Y mas cuando supieron que vecina
Venia también la gente nuestra armada,
Que dellos aun no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta, si podria
Ganar al Araucano la albarrada:
Sonriéndose el indio respondia
Ser cosa de intentar bien escusada,
Por el reparo y sitio que tenia,
Y estar por las espaldas abrigada
De una tajada peñascosa sierra
Que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagrán: «Yo determino
Por esa relacion tuya guiarme,
Y abrir por la montaña alta el camino,
Que quiero á cualquier cosa aventurarme;
Y si donde está el campo lautarino
En una noche puedes tú llevarme,
Del trabajo serás gratificado,
Y al fuego, si me mientes, entregado.»

Sin temor dice el bárbaro: «Yo juro
En menos de una noche de llevarte
Por difícil camino, aunque seguro;
Desta palabra puedes confiarte:
De Lautaro después no te aseguro,
Ni tu gente y amigos serán parte
A que si vais allá, no os coja á todos,
Y os dé civiles muertes de mil modos.»

No le movió el temor que le ponia
A Villagrán el bárbaro guerrero,
Que visto cuán sin miedo se ofrecia,
Le pareció de trato verdadero;
Y á la gente del pueblo que venia
Despacha un diligente mensajero,
Para que con la priesa conveniente
Con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos se dejaron
Ir por do quiso el bárbaro guialios,
Y en la cerrada noche no cesaron
De afligir con espuelas los caballos.
Después se contará lo que pasaron,
Que cumple por agora aquí dejallos
Por decir la venida en esta tierra
De quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido,
Yo no estuve, señor, presente á ello,
Y así de sospechoso no he querido
De parciales intérpretes sabello:
De ambas las mismas partes lo he aprendido,
Y pongo justamente solo aquello
En que todos concuerdan y confieren,
Y en lo que en general menos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
Vemos que hay tanta sangre derramada,
Prosiguiendo adelante, yo me obligo
Que irá la historia mas autorizada:
Podré ya discurrir como testigo
Que fuí presente á toda la jornada,
Sin cegarme pasion, de la cual huyo,
Ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis piés sido medida,
Golpe ni cuchillada no se ha dado
Que no diga de quién es la herida:
De las pocas que dí estoy disculpado,
Pues tanto por mirar embebecida
Truje la mente en esto y ocupada,
Que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
Con mi pobre talento y torpe pluma,
Fué que tanto valor no pereciese,
Ni el tiempo injustamente lo consuma;
Que el mostrarme yo sabio me moviese,
Ninguno que lo fuere lo presuma:
Que cierto bien entiendo mi pobreza,
Y de las flacas sienes la estrecheza.

De mi poco caudal bastante indicio
Y testimonio aquí patente queda:
Va la verdad desnuda de artificio
Para que mas segura pasar pueda;
Pero si fuera desto lleva vicio,
Pido que por merced se me conceda,
Se mire en esta parte el buen intento,
Que es solo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
Y la pluma á escribir tanto se atreve,
Que de crédito estoy necesitado,
Pues tan poco á mis años se le debe:
Espero que será, señor, mirado
El celo justo y causa que me mueve,
Y esto y la voluntad se tome en cuenta
Para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato:
Que para mi discurso es importante
Lo que forzado aquí del Pirú trato,
Aunque de su comarca es bien distante:
Y para que se entienda mas barato
Y con facilidad lo de adelante,
Si Lautaro me deja, diré en breve
La gente que en su daño ahora se mueve.

El marqués de Cañete era llegado
A la ciudad insigne de los Reyes,
De Carlos quinto máximo enviado
A la guarda y reparo de sus leyes:
Este fué por sus partes señalado
Para virey, de donde dos vireyes
Por los rebeldes brazos atrevidos
Habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones
Y maldades por uso introducidas;
El ánimo dispuesto á alteraciones
En leal apariencia entretejidas;
Los agravios, insultos y traiciones
Con tanta desvergüenza cometidas;
Viendo que aun el tirano no hedía,
Que aunque muerto de fresco se bullía:

Entró como sagaz y receloso,
No mostrando el cuchillo y duro hierro,
Que fuera en aquel tiempo peligroso,
Y dar con hierro en un notable yerro;
Mostrándose benigno y amoroso,
Trayéndoles la mano por el cerro
Hasta tomar el paso á la malicia
Y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
Para limpiar del todo las maldades,
Quitando las justicias, las ponia
De su mano por todas las ciudades:
Estas eran personas, que entendia
Haber en ellas justas calidades,
De Dios, del rey, del mundo temerosas,
En semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba
Con son de un general repartimiento,
Y el mas culpado mas premio esperaba
Fundado en el pasado regimiento:
El marqués entre tanto se informaba
Llevando deste error diverso intento,
Que no solo dió pena á los culpados,
Mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando con el tiempo ya pensaron
Que estaban sus insultos encubiertos,
En público pregon se renovaron
Y fueron con castigo descubiertos:
Que casi en los mas pueblos que pecaron
Amanecieron en un tiempo muertos
Aquellos que con mas poder y mano
Habian seguido el bando del tirano.

No condeno, señor, los que mudaron,
Pues fueron perdonados y admitidos
Cuando á vuestro servicio en sazon fueron
Y en importante tiempo reducidos;
Quedando los errores que tuvieron
Á vuestra gran clemencia remitidos:
De vos solo, señor, es el juzgarlos,
Y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
Que siempre en casos de honra lo rehuso:
Solo digo el terror y estraño miedo
Que en la gente soberbia el marqués puso
Con el castigo á la sazon acedo,
Dejando el reino atónito y confuso,
Del temerario hecho tan dudoso,
Que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
Del Pirú le destierra en penitencia,
Que es entre ellos la afrenta mas sentida,
Y que mas examina la paciencia;
El justo, de ejemplar y llana vida,
Temeroso escudriña la conciencia,
Viendo el rigor de la justicia airada
Que ya desenvainado habia la espada.

Y algunos capitanes y soldados
Que con lustre sirvieron en la guerra,
Y esperaban de ser gratificados
Conforme á los humores de la tierra,
Recelando tenerlos agraviados,
Del reino en son de presos los destierra,
Remitiendo las pagas á la mano
De rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente;
La causa del destierro no sabiendo,
No entiende si es injusta ó justamente:
Solo sabe callar y estar tremiendo.
Teme la furia y el rigor presente,
Y á inquirir la razon no se atreviendo,
Tiende á cualquier rumor atento oido;
Mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio y confusion andaba;
Atónita la gente discurria;
Nadie la oculta causa preguntaba,
Que aun preguntar error le parecia;
Por saber uno á otro se miraba,
Y el mas sabio los hombros encogia,
Temiendo el golpe del furor presente
Movido al parecer por acidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
Que pocos con razon le van delante;
Asaz en estos tiempos celebrado,
Y á los ánimos sueltos importante:
Por él quedó el Pirú atemorizado,
Temerario, rebelde y arrogante,
Y á la justicia el paso mas seguro
Con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Pirú con un bocado
Que no le romperá jamás la rienda,
Haciendo al ambicioso y alterado
Contentarse con sola su hacienda;
Y el bullicio y deseo desordenado
Le redujo á quietud y nueva enmienda:
Que poco lo mal puesto permanece,
Como por la esperiencia al fin parece.

Quien antes no esperaba estar contento
Con veinte ó treinta mil pesos de renta,
Enfrena de tal suerte el pensamiento
Que solo con la vida se contenta:
Después hizo el marqués repartimiento
Entre los beneméritos de cuenta,
Para esforzar los ánimos caidos
Y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así, y acaecimientos,
Como vemos que tantos van errados,
Que sobre arena y frágiles cimientos
Fabrican edificios levantados:
Bien se muestran sus flacos fundamentos,
Pues por tierra tan presto derribados
Con afrentoso nombre y voz los vemos,
Huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error, oh necio desconcierto
Del torpe que con ánimo ignorante
No mira en el peligro y paso incierto
Las pisadas de aquel que va delante,
Teniendo á costa ajena ejemplo cierto,
Que el brazo del amigo mas constante
Ha de esparcir su sangre en su disculpa,
Lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
Sobre traidores hombros sostenido:
Que el viento que se mueva de repente
Le aflige, altera y turba aquel ruido.
¡Pues qué, cuando la voz del rey se siente!
No hay son tan duro y áspero al oido,
Que tiene solo el nombre fuerza tanta
Que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
¡Con cuántos sinsabores va mezclado
Aquel recelo, aquel desabrimiento,
Aquel triste vivir tan recatado!
Traga el duro morir cada momento;
Témese del que está mas confiado:
Que la vida antes libre y amparada
Está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
Se somete al mas mínimo soldado,
Poniendo en contentarle diligencia
Con gran miedo y solícito cuidado;
Y aquellos mas amigos en presencia
Las lanzas le enderezan al costado,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
Cualquier secreto piensa que es negarle;
Si el brazo mueve alguno y lo levanta,
Piensa el triste que fué para matarle;
La soga arrastra, el lazo á la garganta;
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto, y que ninguno permanece,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece,
Bandos, casas, linajes estragados
Con nombre que los mancha y escurece:
Baste la obligacion con que nacemos,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguia;
Pero aunque vaya ciego discurriendo
Por caminos mas ásperos sin guia,
Del encendido Marte el son horrendo
Me hará que atine á la derecha via.
Y así seguro desto y confiado
Me atrevo á reposar, que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagrán guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado,
Dellos sabe salir sin ensuciarse
Y libre de poder ser imputado:
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado;
Aunque el peligro afina lo perfeto,
Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasía
En cosas que seguro nos promete,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete;
Después en el peligro desvaría,
Y no acierta á salir de á do se mete:
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Pirú, que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle,
Para solo mostrar después de alzado
La traidora lealtad en derribarle;
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza, y después viene á matarle
La espada infiel de la maldad autora,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
En hábito leal, aunque engañoso,
Pensando de subir mas escalones
Por un áspero atajo y tropezoso:
Al cabo las malvadas intenciones
Vienen á fin tan malo y afrentoso
Como vereis, si bien mirais la guerra
Civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos pues del todo los ñublados
Por el audaz marqués y su prudencia,
Curando con rigor los alterados,
Como quien entendió bien la dolencia,
En nombre de su rey á otros tocados
De aquel olor descubre la clemencia,
Que hasta allí del rigor cubierta estaba,
Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
En el Pirú jamás acontecido,
Ni el ejemplar castigo riguroso
Que amansó el fiero pueblo, embravecido,
Fué en tal tiempo bastante y poderoso
De ensordecer el bárbaro ruido,
Y la voz araucana y clara fama
Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
Del daño y perdicion de nuestra gente,
Por las vitorias grandes y jornadas
Del araucano bárbaro potente:
Pidiendo las ciudades apretadas
Presuroso socorro y suficiente,
Haciendo relacion de cómo estaban,
Y de todas las cosas que pasaban.

Jerónimo Alderete, adelantado,
A quien era el gobierno cometido,
Hombre en estas provincias señalado,
Y en gran figura y crédito tenido;
Donde como animoso y buen soldado
Habia grandes trabajos padecido;
No pongo su proceso en esta historia,
Que dél la general hará memoria:

Presente no se halla á tanta guerra,
Y á tales desventuras y contrastes;
Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
Cuando la Fe de nuevo allí plantastes,
Allí le distes cargo desta tierra,
De allí con gran favor le despachastes;
Pero cortóle el áspero destino
El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
Y mas el sentimiento acrecentaba
Ver el gobierno y tierra tan perdida,
Que cada uno por sí se gobernaba:
Andaba la discordia ya encendida;
La ambicion del mandar se desmandaba:
Al fin es imposible que acaezca,
Que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
A pedir el socorro necesario,
Viendo á su adelantado fallecido
Y todo á su propósito contrario,
Con un semblante triste y afligido,
De parecer de todos voluntario,
Piden á don Hurtado que se vea,
Y de remedio presto los provea.

Diciendo: «Varon claro y escelente
Nuestra necesidad te es manifiesta,
Y la fuerza del bárbaro potente
Que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
El mas fuerte remedio es llevar gente;
Esta ya puedes ver cuán cara cuesta:
De parte de tu rey te requerimos,
Nos concedas aquí lo que pedimos.

»A tu hijo, ó marqués, te demandamos,
En quien tanta virtud y gracia cabe,
Porque con su persona confiamos
Que nuestra desventura y mal se acabe:
De sus partes, señor, nos contentamos,
Pues que por natural cosa se sabe,
Y aun acá en el comun es habla vieja,
Que nunca del leon nació la oveja.

»Y pues hay tanta falta de guerreros,
Haciendo esta jornada don García,
Se moverá el comun y caballeros
Alegres de llevar tan buena guia:
Y lo que no podrán muchos dineros,
Podrá el amor y buena compañía,
O la vergüenza y miedo de enojarte,
O su propio interés en agradarte.»

El marqués de Cañete, respondiendo
A la justa demanda alegremente,
Vino en ello de grado, conociendo
Ser cosa necesaria y conveniente;
Y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,
Al punto derramó en toda la gente
Gran gana de pasar á aquella tierra,
A ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece;
Así gran gente en número se mueve,
Y aquel que no lo hace, le parece
Que falta, y no responde á lo que debe:
Hasta en cansados viejos reverdece
El ardor juvenil, y se remueve
El flaco humor y sangre casi helada
Con el alegre son desta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos!
Las armas prevenid y corazones,
Y el usado valor de vuestras manos
Temido en las antárticas regiones;
Que gran copla de jóvenes lozanos
Descoge en vuestro daño sus pendones,
Pensando entrar por toda vuestra tierra
Haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros botos y mohosos
De los que las paredes hermosean,
Ni brazos del torpe ocio perezosos,
Que con gran pesadumbre se rodean,
Ni los ánimos hechos á reposos,
Que cualquiera mudanza en que se vean
Los altera, los turba y entorpece,
Y el desusado son los desvanece:

Mas hierros templadísimos y agudos
En sangre de tiranos afilados,
Fuertes brazos, robustos y membrudos
En dar golpes de muerte ejercitados;
Animos libres de temor desnudos,
En los peligros siempre habituados,
Que el son horrendo que á otros atormenta
Los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna
Os puede derribar de vuestro estado;
Mas tiéneme dudoso sola una,
Que nadie della ha sido reservado:
Esta es la usada vuelta de fortuna
Que siempre alegre rostro os ha mostrado,
Y es inconstante, falsa y variable,
En el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura,
Haciendo de su espada ufana muestra,
Querríale preguntar, ¿si por ventura
Corta por mas lugares que la vuestra?
Si la fuerza del brazo le asegura
Del poder vuestro y vencedora diestra,
Verá, si mira bien en lo pasado,
El campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
En bélico furor el pueblo veo,
Y al mas triste español apercibido
De armas, rico aparato y buen deseo.
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido.
Si las obras igualan al arreo,
Y no templa el camino esta braveza,
¡Ay de tu presuncion y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
Gentes para hallarse en esta guerra;
De Loja, Piura, de Jaen salieron,
De Trujillo, de Guánuco y su tierra;
De Guamanga, Arequipa, concurrieron
Gran copia, y de los pueblos de la sierra,
La Paz, Cuzco y los Charcas bien armados
Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
Del estruendo, tumultos y rumores,
Que suenan por el aire alborotado
De pífanos, trompetas y atambores
Contra el rebelde pueblo libertado,
Amenazando ya sus defensores
Con gruesa y reforzada artillería,
Que dentro del estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban;
Sobrevistas y galas, invenciones
Nuevas y costosísimas sacaban;
Estandartes, enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban;
Vieran sastres y obreros ocupados
En hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
El grande estruendo y trápala crecia,
Y los prestos martillos de herreros
Formaban dura y áspera armonía;
El rumor de solícitos armeros
Todo el ancho contorno ensordecía;
Los celosos caballos de lozanos
Relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
Con el nuevo bullicio de la guerra;
Mas ya de lo importante aparejada,
Un caudillo salió luego por tierra:
Llevando copia della encomendada,
Atravesó á Atacama y la alta sierra,
Con la desierta costa y despoblados
De osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado,
Y reliquias del campo que quedaban,
Para romper el mar alborotado
Otra cosa que tiempo no aguardaban;
Mas viendo el cielo ya desocupado
Y que las bravas olas aplacaban,
Con ordenada muestra y rico alarde
Salieron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos también, que en el servicio
Vuestro empecé y acabaré la vida,
Que estando en Inglaterra en el oficio
Que aun la espada no me era permitida,
Llegó allí la maldad en deservicio
Vuestro por los de Arauco cometida,
Y la gran desvergüenza de la gente
A la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía
Del nuevo capitán y adelantado,
Caminé desde Londres hasta el dia
Que le dejé en Taboga sepultado;
De donde con trabajos y porfía
De la fortuna y vientos arrojado
Llegué á tiempo que pude juntamente
Salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida
No menos que nosotros necesarios,
Gente templada, mansa y recogida,
De frailes, provisores, comisarios,
Teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, dominicos, mercenarios,
Para evitar insultos de la guerra,
Usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
Sale de Lima una lucida banda,
Y en el puerto tendidas por las flores
Estaban mesas llenas de vianda
Con vino de odoríferos sabores,
Donde luego por una y otra banda
Sobre la verde yerba reclinados
Gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos
Fuimos á la marina conducidos,
A do de verdes ramos y ornamentos
Estaban los bateles prevenidos;
Y al son de varios y altos instrumentos,
De los caros amigos despedidos,
En los lijeros barcos nos metemos,
Dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban,
Dejando con penosa envidia aquellos
Que en la arenosa playa se quedaban,
Sin apartar los ojos jamás dellos:
Sobre diez galeones arribaban
Los prestos barcos, y saltando en ellos,
Tiempo los marineros no perdieron,
Que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
Estaban las diez naves adornadas.
Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
Comienzan á moverse sosegadas:
Suenan cañones, sacres, falconetes;
Y al doblar de la isleta embarazadas,
Del austro cargan á babor la escota,
Tomando al sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
La blanca espuma en torno levantaban,
Y á la furia del austro resistiendo
Por fuerza á su pesar tierra ganaban;
Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, á lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
Con Chinca de otro bordo emparejando;
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando;
Y al esforzado noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

Que haya en Pirú, no es caso soberano,
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano,
Los montes el lluvioso invierno cierra;
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van mas crecientes
En el verano abajo las vertientes.

De los vientos el austro es el que manda,
Que deshace los húmidos nublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Pirú ninguno puede,
Ni por natural orden se concede.

Pues las naves del austro combatidas
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impelidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas, guarnecidas
De planchas de metal; pero mirando
Al español del bárbaro vecino,
Habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagrán, el cual por tierra
También en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura:
Mas, porque todo venga á ser mas claro
Quiero tratar un poco de Lautaro,

Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazon fortalecido:
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
De alertas centinelas ocupada:
Otra ni rastro alguno no le habia,
Por ser casi la tierra despoblada.
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
A quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella noche sola el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo;
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: «Amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponia
Con muestra ferocísima delante;
Y con violenta mano me oprimia
La fuerza y corazon, sin ser bastante
De poderme valer, y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.»

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «¡Ay, que he soñado también cuando
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

»Trabaje por mostrárseme terrible
Y del tálamo alegre derribarme,
Que si revuelve y hace lo posible,
De ti no es poderosa de apartarme;
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme:
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.»

El hijo de Pillán con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia;
De lágrimas bañando el blanco pecho,
En nuevo amor ardiendo, respondia:
«No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegría,
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.

»Siento el veros así imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso.
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos,
Y no á todo el poder de los humanos.

»¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdia,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometia?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía:
Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar espada, á hacer la guerra.

»Cuanto mas que teniéndoos á mi lado
No tengo que temer, ni daño espero,
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no es lo puede dar lo verdadero:
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero;
En mas peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido.»

Ella, menos segura y mas llorosa,
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca así le conjuraba:
«Si aquella voluntad pura, amorosa,
Que libre os di cuando mas libre estaba,
Y della el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor y dulce amigo:

»Por ella os juro, y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes,
Y por la fe, si no la llevó el viento,
Que allí con tantas lágrimas me distes,
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es, que os vistais las armas prestamente,
Y al muro asista en orden vuestra gente.»

El bárbaro responde: «Harto claro
Mi poca estimacion por vos se muestra:
¿En tan flaca opinion está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redencion del pueblo caro
Ha dado ya de sí bastante muestra?
Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto.»

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha,
Dice Guacolda, estoy, mas no segura:
Ser vuestro brazo fuerte ¿qué aprovecha,
Si es mas fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo me asegura
Que la espada que hará el apartamiento
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

»Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caida,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida,
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida,
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertia
Que mueve á compasion el contemplalla,
Y así el tierno Lautaro no podia
Dejar en tal sazon de acompañalla;
Pero ya la turbada pluma mia,
Que en las cosas de amor nueva se halla,
Confusa, tarda y con temor se mueve,
Y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; de al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
Que á ofender las mujeres ya se atreva,
Pues vemos que es pasion averiguada
La que á bajeza tal y error las lleva;
Si una bárbara moza no obligada
Hace de puro amor tan alta proeza,
Con razones y lágrimas caldas
De las vivas entrañas atrevidas?

Que ni la confianza ni el seguro
De su amigo le daba algun consuelo,
Ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
Le basta asegurar de su recelo;
Que el gran temor nacido de amor puro
Todo lo allana y pone por el suelo;
Solo halla el reparo de su suerte
En el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban,
Y dando dello allí demostraciones
Mas el dulce veneno alimentaban.
Los soldados en torno los tizones,
Ya de parlar cansados reposaban,
Teniendo centinelas, como digo,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagrán con silencio y paso presto
Habia el áspero monte atravesado,
No sin grave trabajo, que sin esto
Hacer mucha labor es escusado:
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
Viendo que el cielo estaba aun estrellado
Paró, esperando el claro y nuevo dia
Que ya por el oriente descubria.

De ninguno fué visto ni sentido:
La causa era la noche ser escura,
Y haber las centinelas desmentido,
Por parte descuidada por segura;
Caballo no relincha ni hay ruido,
Que está ya de su parte la ventura:
Esta hace las bestias avisadas,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire escuro
Con la esperada luz se adelgazaban,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo dia de lejos saludaban;
Y pensando tener campo seguro
También á descansar se retiraban,
Quedando mudo el fuerte, y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la escura tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el ocidente retrayendo:
Cuando la mustia elicie se mejora
El rostro al rojo oriente revolviendo,
Mirando tras las sombras ir la estrella,
Y al rubio Ápolo délfico tras ella.

El español que ve tiempo oportuno
Se acerca poco á poco mas al fuerte,
Sin estorbo de bárbaro ninguno,
Que sordos los tenia su triste suerte;
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexorable muerte:
Cierta señal que cerca della estamos,
Cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, pues viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido, horrendo y alto;
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al fuerte van á dar de sobresalto,
Al fuerte mas de sueño bastecido
Que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamás pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura;
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa:

Así medio dormidos y despiertos
Saltan los araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos
Baten toldos y ranchos levantados;
Por verse de coranas descubiertos,
No dejan de mostrar pechos airados,
Mas con presteza y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebata, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;
Quién aguija al baston de ajeno dueño,
Quién por salir mas presto va sin nada,
Pensando averiguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba,
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:
Ella razon no admite y mas se ofende,
Que aquello mayor pena le causaba;
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta lijereza
El mísero avariento enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruido;
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera:
Como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
Con un desnudo estoque, y él desnudo
Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo:
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,
Cómo llevas tu fin por punto crudo,
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe le arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Que con estrema fuerza y prestas manos
Gran número de tiros despidieron.
Del toldo el hijo de Pillán salia,
Y una flecha á buscarle que venia.

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, y tan derecho
Que pasa el corazon mas bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho:
De tal tiro quedó ufana la muerte
Viende de un solo golpe tan gran hecho,
Y usurpando la gloria al homicida
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que el bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena;
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma del mortal cuerpo desatada
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
Que nadie los impide ni embaraza,
Y así por veinte lados la mas parte,
Pisaba de la fuerza ya la plaza;
Los bárbaros con ánimo y sin arte,
Sin celada ni escudo, y sin coraza,
Comienzan la batalla peligrosa,
Cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios estranjeros
Que con Lautaro estaban recogidos
El súbito rumor, salen lijeros,
Del miedo y sobresalto apercebidos;
Mas sintiendo los golpes carniceros,
El ánimo turbado y los sentidos,
Las atentas orejas acechaban
Adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido
Sienten del cazador, y atentamente
Altos los cuellos tienden el oido
Acia la parte que el rumor se siente
Y el balar de la gama conocido,
Que apedazan los perros y la gente,
Con furioso tropel toman la via
Que mas de aquel peligro se desvia:

La baja y vil canalla, acostumbrada
A rendirse al temor de aquella suerte,
Por ciega senda, inculta y desusada
Rompe el camino y desampara el fuerte
Acá y allá corriendo derramada;
Y era tan grande el miedo de la muerte,
Que al mas valiente y bravo se le antoja
Ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
Hacerlos con peligros de su bando,
Poniendo osado pecho por escudo
Están la antigua riña averiguando:
La desnuda cabeza del agudo
Cuchillo no se ve estar rehusando,
Ni rehusa la espada la siniestra
Ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillán, no desmayado
Porque su espada y mano vino á tierra,
Antes en ira súbita abrasado;
Contra la parte del contrario cierra,
Y habiendo ya la espada recobrado,
La diestra, que aun bullendo el puño aferra,
Lejos con gran desdén y furia lanza,
Ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida
Viéndose atravesado por la ijada,
Y la cabeza de un revés hendida,
Ni por pasalle el pecho una lanzada:
Que de espumosa sangre á la salida
Vino la media lanza acompañada,
Dejando aquel lugar della vacío,
Aunque lleno de rabia y nuevo brio.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
Y con furia mayor la gobernaba;
Bien se puede llamar de triste suerte
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
Con la rabia postrera de la muerte
Una vez el ferrado leño alzaba;
Mas faltóle la vida en aquel punto
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
Le quebrantó el furor con que venia,
Un valiente español á tierra vino
Del peso y movimiento que traia;
Mas luego puesto en pié con desatino
Acia el lugar del dañador volvia,
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra
Pensando que era vivo con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
De dar la muerte al muerto deseoso,
Recio por uno y por el otro lado
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
Hasta tanto que ya desalentado
Se firma recatado y sospechoso,
Y vió á aquel que aferrado así tenia
Vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
Tinta de sangre, y con Picol se junta;
Haciendo atrás la rigurosa mano
El pecho le barrena de una punta:
Turbado de la muerte el araucano
Cayó en tierra la cara ya difunta,
Bascoso revolviéndose en el lodo
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
Dió con el suelto Talco en tierra muerto;
Pero fué mal herido por un lado
Del gallardo Guacoldo en descubierto:
Estuvo el español algo atronado;
Mas del atronamiento ya dispierto,
Corriendo al fuerte bárbaro derecho
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagrán con la sangrienta
Espada por los bárbaros rompiendo
Mata, hiere, tropella y atormenta,
A tiempo á todas partes revolviendo:
Un golpe á Nico en la cabeza asienta,
El cual los turbios ojos revolviendo
A tierra vino muerto, y de otro á Polo
Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,
Topando la desnuda carne blanda
Ayudadas de un ímpetu lijero,
Dan con piernas y brazos á la banda:
No rehusa el segundo ser primero,
Antes todos siguiendo una demanda,
Como olas que creciendo van, crecian,
Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra
Que aun no daban lugar á las espadas;
Apenas los mortales van á tierra
Cuando estaban sus plazas ocupadas:
Unos por cima de otros se dan guerra,
Enhiestas las personas y empinadas,
Y de modo á las veces se apretaban
Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
Que los mas de los golpes son mortales,
Y los que no lo son así se imprimen
Que dejan para siempre las señales:
Todos al descargar los brazos gimen;
Mas salen los efetos desiguales,
Que los unos topaban duro acero,
Los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
Con los corvos cuchillos carniceros,
Y cual de fuerte hierro los planchones
Baten en dura yunque los herreros:
Así en la diferencia de los sones
Que forman con sus golpes los guerreros,
Quién la carne y los huesos quebrantando,
Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagrán firme en la silla
Contra Guarcondo á toda furia parte,
Y la lanza le echó por la tetilla
Con una braza de asta á la otra parte:
El bárbaro, la cara ya amarilla,
Se arrima desmayado al balüarte;
Dando en el suelo súbita caida
El alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo
El cuerpo vió caer descolorido,
Cuajósele la sangre, y hecho un hielo
Del súbito dolor perdió el sentido;
Mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
Blasfemando el soberbio y descreido;
Y el ñudoso baston alzando en alto,
A Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
Hirió al caballo en medio de la frente;
Empínase el caballo, el cuello enhiesta,
Al freno y á la espuela inobediente;
Y entre los brazos la cabeza puesta
Sacude el lomo y piernas impaciente:
Rendido Villagrán al duro hado,
Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caido,
Cuando la presta maza decendia
Con una estraña fuerza y un ruido
Que rayo ó terremoto parecia:
Del golpe el español quedó adormido,
Y el bárbaro con otro revolvia,
Bajando á la cabeza de manera
Que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
Del caso desastrado del hermano,
Antes con nueva rabia y mas despecho
Hiere de tal manera á Diego Cano,
Que la barba inclinada sobre el pecho
Se le cayó la rienda de la mano,
Y sin ningun sentido casi frio
El caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido
Esgrime en torno la ferrada maza:
A cuál déja contrecho, á cuál tullido,
Cuál el pescuezo del caballo abraza;
Quién se tiende en las ancas aturdido,
Quién forzado el arzon desembaraza:
Que todo á su pujanza y furia insana
Se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando
La sangre, de la cual cubierto andaba;
Pero no desfallece, antes bramando
Con mas fuerza y rigor los golpes daba:
Lijero corre acá y allá saltando;
Arneses y celadas abollaba;
Hunde las altas crestas, rompe sesos,
Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
De espadas, lanzas, grita y vocería,
Al cual confusamente no sabiendo
La causa mucha gente allí acudia;
Y era un gallardo mozo que, esgrimiendo
Un fornido cuchillo discurria
Por medio de las bárbaras espadas,
Haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
De una furia diabólica movido,
El rostro fiero, sucio y polvoroso,
Lleno de sangre y de sudor teñido:
Como el potente Marte sanguinoso,
Cuando de furor bélico encendido
Bate el ferrado escudo de Vulcano,
Blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
El pesado cuchillo rodeaba,
Y á Cron, como si fuera junco tierno,
En dos partes de un golpe lo tajaba;
Tras este al diestro Pon envia al infierno,
Y tras de Pon á Lauco despachaba;
No hallando defensa en armadura,
Descuartiza, desmiembra y desfigura

Llamábase este Andrea, que en grandeza
Y proporcion de cuerpo era gigante,
De estirpe humilde, y su naturaleza
Era arriba de Génova al levante;
Pues con aquella fuerza y lijereza,
A los robustos miembros semejante,
El gran cuchillo esgrime de tal suerte
Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
Le divide en dos trozos en la arena,
Y de otro al desdichado Quilacura
Limpio el derecho muslo le cercena;
Pues de golpes así desta hechura
La gran plaza de muertos deja llena:
Que su espada á ninguno allí perdona,
Y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
La cabeza de un tajo, y luego tiende
La espada acia Maulén, señor de Itata,
Y de alto á bajo de un revés le hiende:
Lanzas, hachas y mazas desbarata,
Que todo el pueblo bárbaro le ofende,
Llevando muchos tiros enclavados
En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida
Cuando le van monteros dando caza,
Que con rabia, sintiéndose herida,
Los ñudosos venablos despedaza,
Y furiosa, impaciente, embravecida,
La senda y callejon desembaraza,
Que los heridos perros lastimados
Le dan ancho lugar escarmentados:

De la misma manera el fiero Andrea
Cercado de los bárbaros venia;
Pero de tal manera se rodea
Que gran camino con la espada abria;
Crece el hervor, la grita y la pelea
Tanto que la mas gente allí acudia:
Hé aquí á Rengo también ensangrentado,
Que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
De gozques importunos, que en llegando
A verse con los cerros erizados
Se van el uno al otro regañando:
Así los dos guerreros señalados,
Las inhumanas armas levantando,
Se vienen á herir; pero el combate
Quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
Que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
La que de amor no tiene el fundamento:
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
Rompe la dura y áspera corteza,
Produce ingenio y gusto verdadero,
Y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibéro,
Amor los trujo á tanta delgadeza,
Que la lengua mas rica y mas copiosa,
Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamentos
Con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,
Que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento,
Esto me hace á mí añudar el hilo
Que ya con el temor cortado habia,
Pensando remediar esta osadía.

Quiselo aquí dejar, considerado
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado
Y haber de tratar siempre de una cosa:
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonorosa,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mí discrecion dado me fuera
Salir al campo y escoger las flores,
Quizá el cansado gusto removiera
La usada variedad de los sabores;
Pues como otros han hecho, yo pudiera
Entretejer mis fábulas y amores;
Mas ya que tan adentro estoy metido,
Habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
Donde la guerra andaba mas trabada,
Que vienen á juntarse mano á mano,
La espada alta y la maza levantada.
De malla está cubierto el italiano,
El indio la persona desarmada;
Y así como mas suelto y mas lijero
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo italiano, como vido
La maza y el rigor con que bajaba,
Alzó el escudo en alto, y recogido
Debajo dél el golpe reparaba:
Por medio el fuerte escudo fué rompido,
Y en medio la cabeza le cargaba,
Que batiendo los dientes vió en el suelo
Las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia
Sobre el valiente bárbaro el lombardo,
Pensando que dos piezas le haria
Segun era del ánimo gallardo;
Pero Rengo que punto no perdia,
Como una onza lijera y suelto pardo,
Un pronto salto dió á la diestra mano,
De suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
La poderosa maza de manera
Que á acertarle de lleno, no al Andrea,
Pero un duro peñasco deshiciera;
Igual andaba entre ellos la pelea,
Aunque temo yo á Rengo á la primera
Vez que el cuchillo baje, si le halla,
Que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
Desnudo de armas y de esfuerzo armado,
Entra, sale y revuelve como el viento,
Que en maña y lijereza era estremado:
Hace siempre su golpe, y al momento
Le halla el enemigo así apartado,
Que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
Alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
El furioso italiano embravecido,
Viendo cómo desnudo un araucano,
Y él armado, le tiene en tal partido:
La izquierda junta á la derecha mano,
Y apretando la espada de corrido
Al bárbaro arremete altos los brazos,
Pensando dividirlo en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio
Baja la maza firme lo esperaba:
Mas el cuerpo hurtó con un desvío,
Al tiempo que el cuchillo derribaba;
Así que el brazo y golpe dió en vacío,
Y de la fuerza inmensa que llevaba
El gran cuchillo sustentar no pudo,
Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
Cerrando el presto bárbaro de hecho,
Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
Que le imprime las mallas en el pecho:
No por esto el lombardo se embaraza;
Mas piensa dél así haber mas derecho,
Y con brazos durísimos lo afierra,
Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo,
Quiso el nuestro hacer del araucano;
Mas no salió fortuna á su deseo,
Y así el deseado efeto salió en vano:
Que el esforzado Rengo de un rodeo
Le lleva largo trecho por el llano,
Sobre los cuerpos muertos tropezando,
Siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea, de empacho ardiendo en rabia
Sintiéndose de un hombre así apurado,
Firme en el suelo con los piés estriba
Cobrando esfuerzo del honor sacado;
Y de manera sobre Rengo arriba,
Que de tierra lo lleva levantado,
Qué era de fuerza grande y de gran prueba
Bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes,
Sobre pruebas de fuerza porfiando,
Trabar él una cuerda con los dientes,
Asiendo cuatro della y estribando
Todos á un tiempo á partes diferentes,
A su pesar llevarlos arrastrando;
Y de solos los dientes se valia,
Que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena
La mayor bota ó pipa que hallaba,
Capaz de veinte arrobas de agua llena,
De tierra un codo y mas la levantaba;
Y suspendida sin verter serena,
La sed por largo espacio mitigaba,
Bajándola después al suelo llano,
Como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
Rios en esta tierra caudalosos,
Ir la corriente el ímpetu esforzando
A desbravar en riscos peñascosos
Arrebatando el barco, no bastando
La fuerza de los remos presurosos;
Y él cubierto de malla como estaba
Luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo
Al furioso raudal el duro pecho,
Los piés y fuertes brazos sacudiendo
Rompia por la canal casi derecho:
Remolcando la barca, y resistiendo
El ímpetu del agua del estrecho,
La sacaba á la orilla en salvamento,
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba,
Que no fué de su fuerza menor prueba;
Pero Rengo, que en ira se abrasaba
Viendo que sin firmarse alto lo lleva,
Hizo por fuerza pié, y sobre él tornaba
Sacando la vergüenza fuerza nueva;
Pero al cabo los dos se desasieron,
Y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
Como si descansaran todo el dia;
Ora presto por bajo, ora por alto
Sin miedo el uno al otro acometia:
Rengo, que de armadura estaba falto,
Con tal destreza y maña se regia,
Que sostiene en un peso aquella guerra,
No perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
Al valiente cristiano por un lado,
Que toda la persona le atormenta,
Segun que fué de fuerza muy cargado:
Otro redobla y otro, y á mi cuenta,
Al cuarto que bajaba mas pesado,
El astuto italiano se desvía,
Y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
Abriéndole en el lado una herida;
Mas fué tal su ventura y diestra suerte
Que no le privó el golpe de la vida:
El bárbaro en ponzoña se convierte,
Y con braveza fuera de medida,
Con el fiero enemigo fué en un punto
Descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo
Alzó por recoger el golpe estraño;
Pero del todo resistir no pudo,
Aunque se reparó parte del daño:
Batióle la cabeza el golpe crudo,
Y cual si el morrion fuera de estaño,
Y no de fuerte pasta bien templado,
Así de aquella vez quedó abollado.

Dos ó tres pasos dió desvanecido
Del golpe el italiano vacilando,
Perdida la memoria y el sentido,
Y anduvo por caer titubeando:
La sangre por el uno y otro oido
Le reventó en gran flujo, como cuando
Revienta de abundancia alguna fuente;
Y en pié se tuvo bien dificilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
Lleno de sangre y puesto en tal estado,
Mas furioso que nunca, ardiendo en ira
De verse así de un bárbaro tratado,
El brazo con el pié diestro retira
Para tomar mas fuerza, y el pesado
Cuchillo derribó con tal ruido,
Que revocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
Y el ímpetu y furor con que venia,
Cruzando la alta maza osadamente
Al reparo debajo se metia:
No fué la asta defensa suficiente
Por mas barras de acero que tenia,
Que á tierra vino della una gran pieza
Y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,
Por do una roja fuente manó luego,
Y anduvo por caer Rengo dudoso,
Atónito y de sangre casi ciego:
El italiano allí no perezoso,
Viendo que no era tiempo de sosiego,
Baja otra vez el gran cuchillo agudo,
Con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
Hiere al turbado Rengo el italiano,
Y hubiérale de arriba abajo abierto,
Si no torciera al descargar la mano:
El golpe fué de llano, y como muerto
Vino al suelo tendido el araucano;
Y el cuchillo del golpe atormentado
Por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido
Del poderoso golpe y la caida,
Viendo al valiente Rengo así tendido
Pensó que era pasado desta vida,
Y de amistad y deudo conmovido,
La espada de su propio amo homicida
Que en Peneo Tucapel ganado habia,
En venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
No reparando en él la cruda espada,
Que rompiendo la malla por el lado
Le penetró hasta el hueso la estocada;
Vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
Fué tan presto con él por resistirle,
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra,
Donde en satisfacion de la herida
Alzándole bien alto de la tierra
De espaldas le tendió con gran caida;
Y por dar presto fin á aquella guerra,
La espada le quitó y luego la vida,
Metiéndose tras esto por la parte
Que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton ve mas estrecho:
¡Triste de aquel que allí con él se junta!
Uno parte al través, otro al derecho,
Otro al sesgo, otro ensarta de una punta,
Otros que tiende, aun no bien satisfecho
A coces los quebranta y descoyunta:
Brazos, cabezas por el aire avienta,
Sin términos, sin número ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
En medio del furor se desenvuelve;
Pasa el pecho á Talcuén de una estocada,
Y sobre Titaguán furioso vuelve;
Abrióle la cabeza desarmada;
Mas el rabioso bárbaro revuelve,
Y antes que la alma diese, le da un tajo
Que se tuvo el arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
Y á Longoval derriba tras el muerto.
Pues Juan Gomez también por aquel lado
De fresca sangre bárbara cubierto
Habia de un golpe á Colca derribado,
Y á Galvo el desarmado vientre abierto:
El bárbaro mortal, la color vuelta,
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagrán no estaba ocioso:
Que á Zinga y á Pillolco habia tendido:
Y andaba revolviéndose animoso
Entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoroso,
Los varios apellidos, y el ruido
A las aves confusas y turbadas
Hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende,
La gente por juntarse se apiñaba;
Que ya ninguno mas lugar pretende
Del que para morir en pié bastaba.
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende;
Y era el estrecho tal y priesa brava,
Que sin caer los muertos, de apretados
Quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desdén, denuedo,
La priesa de los golpes y dureza,
Figurarla del todo aquí no puedo,
Ni la pluma llevar con tal presteza:
De la muerte ninguno tiene miedo;
Antes si vuelve el rostro, mas tristeza
Mostraban, porque claro conocian
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas, aunque de vivir desconfiaban,
Perdida de vencer ya la esperanza,
El punto de la muerte dilataban
Por morir con alguna mas venganza;
Y no por esto el paso retiraban,
Ni el pecho, rehusaban de la lanza,
Si por mover un paso, como digo,
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
Vienen sin detenerse á tierra muertos,
Unos de mil heridas desangrados,
De la cabeza al pecho otros cubiertos;
Otros por las espaldas y costados,
Los bravos corazones descubiertos:
Así dentro en los pechos palpitaban
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando,
Al odioso enemigo arremetia;
Quién por veinte heridas resollando
Las cubiertas entrañas descubria;
Allí se vió la vida estar dudando
Por qué puerta de súbito saldria:
Al fin salia por todas, y á un momento
Faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte
De los bárbaros muertos no rendidos;
Villagrán que miraba esto de aparte,
Viendo los que quedaban tan heridos
Les envió con dos indios de su parte
A decir que se entreguen por vencidos,
Sometiéndose al yugo y obediencia,
Y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron
Las espadas y el paso en el momento,
Y los dos mensajeros propusieron
El pacto, condicion y ofrecimiento;
Pero los araucanos cuando oyeron
Aquel partido infame, el corrimiento
Fué tanto y su coraje, que respuesta
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman:
¡Morir, morir! no dicen otra cosa;
Morir quieren, y así la muerte llaman
Gritando: ¡Afuera vida vergonzosa!
Esta fué su respuesta, y esto claman,
Y á dar fin á la guerra sanguinosa
Se disponen con ánimo y braveza,
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban
Algunos de rodillas combatiendo,
Que las tullidas piernas les faltaban
Sostenerse sobre ellas no pudiendo,
Y aun así las espadas rodeaban;
Otros que ya en el suelo retorciendo
Se andaban, por dañar lo que podian,
A los contrarios piés se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
Con la furiosa muerte porfiando,
En el lodo y sangraza derribados,
Que rabiosos se andaban revolcando:
De la suerte que vemos los pescados
Cuando se va algun lago desaguando,
Que entre dos elementos se estremecen,
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
Por mas sed que de sangre ellos mostraran,
Della vieran aquí el derramamiento,
Yo tengo para mí que se hartaran;
Pues con mayor rigor á su contento
En viva sangre humana se bañaran,
Que en campo Marcio Sila carnicero,
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
Aquellos que rendir no se quisieron,
Que ya al fin de la vida conducidos
A la forzosa muerte se rindieron.
Los lasos españoles mal heridos
De la cercada plaza se salieron,
De armas y cuerpos bárbaros tan llena,
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,
Ni brazo que mover pudiese espada:
Solo Mallén, que el punto de la muerte
Le dió de vivir gana acelerada;
Y rendido al temor y baja suerte,
Viéndose de una fiera cuchillada
En el siniestro brazo mal herido,
Detrás de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oia
Que en torno retumbaba todo el llano,
Que, como dije, ya la muerte habia
Puesto silencio con airada mano,
Dejó aquel paredon, y á ver salia
Si hallaba por allí algun araucano
A quien se encomendar que le salvase,
Y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,
Y en sus amigos tal carnicería,
Que aunque la muerte los desfiguraba,
La envidia conocidos los hacia:
Con ira vergonzosa presentaba
La espada al corazon, y así decia:
«¿Cómo yo solo quedo por testigo
De la muerte y valor de tanto amigo?

»Cobarde corazon, por cierto indino
De algun golpe de espada valerosa,
Pues fué por eleccion y no destino
Perder una sazon tan venturosa:
Tú me apartaste ¡oh flaco! del camino
De un eterno vivir, y á vergonzosa
Muerte he venido ya con mengua tuya,
Por mas que la mi diestra lo rehuya.

»Si á mi sangre con esta del estado
Mezclarse aquí le fuere concedido,
Viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
Aunque de brazo débil ofendido,
Quizá seré en el número contado
De los que así su patria han defendido;
Mas ¡ay triste de mí! que en la herida
Será mi flaca mano conocida.

»¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
Qué enmienda puedo dar de parte mia,
Que yo satisfacer pueda á la ofensa
Hecha á mi honor y patria y compañía?
Yo turbo el claro honor y fama inmensa
De tantos, pues podrán decir que habia
Entre ellos quien de miedo bajamente
Del enemigo apenas vió la frente.

»¿Por qué al temor doy fuerzas, dilatando
Con prolijas razones mi jornada?
Arrepentirme ¿qué aprovecha, cuando
Ya el arrepentimiento vale nada?»
Aquí cerró la voz, y no dudando
Entrega el cuello á la homicida espada:
Corriendo con presteza el crudo filo
Sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado
Y descansen un poco las espadas,
Entre tanto que vuelvo al comenzado
Camino de las naves derramadas:
Que contra el recio noto porfiando,
De Neptuno las olas levantadas
Prohejando por fuerza iban rompiendo,
Del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
De Sangallá, do nunca habita gente,
Y las otras ignotas se dejaron
A la diestra de parte del poniente,
A Chaule á la siniestra, y arribaron
En Arica, y después dificilmente
Vimos á Capiapó, valle primero
Del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo,
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados;
Y así la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
Al revés de la Europa, porque es cuando
El sol del equinocio se desvia,
Y al Capricornio mas se va acercando:
Pues desde allí las naves que á porfía
Corren al mar, y al austro contrastando
De bóreas ayudadas luego fueron,
Y en el puerto coquímbico surgieron.

Apenas en la deseada arena
Salidos de las naos el pié firmamos,
Cuando el prolijo mar, peligro y pena
De tan largos caminos olvidamos;
Y á la nueva ciudad de la Serena,
Que es dos leguas del puerto, caminamos
En lozanos caballos guarnecidos,
Al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
A todos nos hicieron y hospedaje,
Estimando con grato cumplimiento
El socorro y larguísimo viaje;
Y de dulce refresco y bastimento
Al punto se aprestó el matalotaje,
Con que se reparó la hambrienta armada
Del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban,
Que por áspera tierra y despoblados
Rompiendo con esfuerzo caminaban
De hambres y trabajos fatigados;
Pero á cualquier fortuna contrastaban,
Y desde poco á la ciudad llegados
Un mes en mucho vicio reposaron,
Hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual sin esperar la flota,
Reparados del áspero camino
Toman de su demanda la derrota,
Llevando á la derecha el mar vecino:
Pasan la fértil Ligua, y á Quillota
La dejaron á un lado, que convino
Entrar en Mapochó, que es do pasaron
Las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Gémini salia
Trayendo nuevo tiempo á los mortales,
Y del solsticio por cenit heria
Las puertas y region setentrionales:
Cuando es mayor la sombra al mediodía
Por este apartamiento en las australes,
Y los vientos en mas libre ejercicio
Soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados
Vientos, que entonces con mayor licencia
Andan en esta parte derramados,
Mostrando mas entera su violencia,
A las usadas naves retirados,
Con un alegre alarde y apariencia
Las aferradas áncoras alzamos,
Y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
El viento largo, fresco y favorable,
Desocupado el cielo, y muy sereno
Con muestra y parecer de ser durable:
Seis dias fuimos así; pero al seteno
Fortuna que en el bien jamás fué estable,
Turbó el cielo de nubes, mudó el viento
Revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
Con presurosos soplos esforzados,
Y súbito en el mar tranquilo y llano
Se alzaron grandes montes y collados:
Los españoles, que el furor insano
Vieron del agua y viento, atribulados
Tomaran por partido estar en tierra,
Aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta
Que era la capitana de la armada,
Que arrojada de la áspera tormenta
Andaba sin gobierno derramada.
Pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
Estará tan en sí, que falte en nada?
Que el general temor apoderado
No me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto:
¡Larga la triza en banda, larga, larga!
¡Larga presto, ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas;
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos, y las priesas
Hacen un son tan triste y armonía,
Que parece que el mundo perecia.

¡Amaina, amaina! gritan marineros,
¡Amaina la mayor, lza trinquete!
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
Y á la triza un gran número arremete:
Los otros de tropel corren lijeros
A la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruïdo
Embistió el galeon por un costado
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte
A vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte, como
La gran ballena el cuerpo sacudiendo,
Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el ímpetu venciendo;
Descubre y saca el espacioso lomo
En anchos cercos la agua revolviendo:
Así debajo el mar salió el navío
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso bóreas mas crecido
La mar hasta los cielos levantaba,
Y aunque era un mangle el mástil muy fornido,
Sobre la proa la alta gavia estaba;
La gente con gran fuerza y alarido
En amainar la vela porfiaba,
Que en forma de arco al mástil oprimia,
Y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano,
Iba al valiente bóreas recogiendo
Queriendo él encerrarle por su mano;
Y abriendo la caverna, no advirtiendo
Al céfiro que estaba mas cercano,
Rotas ya las cadenas á la puerta,
Salió bramando al mar, vléndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando,
Cuantas nubes halló por el camino,
Se arroja al levantado mar, cerrando
Mas la noche con negro torbellino;
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la via siguiendo, las airaba,
Y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
Y un turbion de granizo sacudieron
Por un lado á la nao, y así perdia,
Que al mar las altas gavias descendieron:
Fué la furia tan presta, que aun no habia
Amainado la gente, cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta,
Ya sobre sierras de agua levantada,
Ya debajo del mar toda cubierta:
Vino en esto de viento una grupada
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
Rompiendo del trinquete la una escota
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
Pensando haber del todo zozobrado;
Miran al gran piloto atentamente
Que no sabe mandar de atribulado;
Unos dicen: ¡zaborda!, otros: ¡detente!
¡Cierra el timon en banda! y cuál turbado
Buscaba escotillon, tabla ó madero,
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
Uno dice: ¡á la mar! otro: ¡arribemos!
Otro da grita: ¡amaina! otro replica:
¡A orza, no amainar, que nos perdemos!
Otro dice: ¡herramientas; pica, pica!
¡Mástiles y obras muertas derribemos!
Atónita de acá y de allá la gente
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
Del turbulento céfiro estiradas,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas:
Que la escura tiniebla penetraban,
Y ser razon de nubes intrincadas;
Y así en las peñas ásperas batian
Que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento, y por vecina
La brava costa de arrecifes llena,
Que del grande reflujo en la marina
Hervia el agua mezclada con la arena:
Rota la escota, larga la bolina,
Suelto el trinquete, sin calar la entena,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el furioso viento arrebatada.

CANTO XVI (1).

En este canto se acaba la tormenta; contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion y isla de Talcaguano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Petegueléu y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
El son confuso y mísero lamento
Con eficacia, y fuerza, que interrompa
El celeste y terrestre movimiento:
La fama con sonora y clara trompa
Dando mas furia á mi cansado aliento,
Derrame en todo el orbe de la tierra
Las armas, el furor y nueva guerra.

(1) *Por este canto* XVI *empieza la segunda parte de la* Araucana, *así como en el* XXX *da principio la tercera: division que no hemos conservado, por no tener mas significacion que el haberse dado á luz con posterioridad á la primera. De ello dió cuenta don* ALONSO DE ERCILLA *en el siguiente prólogo al lector.*

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la *Araucana* no muestra el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad; pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad, y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así temeroso desto quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el rey nuestro señor dió á sus obras, con el asalto y entrada de San Quintin, por habernos dado otro aquel mismo dia los araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los araucanos, pues ha mas de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenian por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrenos secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo mas principal por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo, que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

Dadme, ó sacro señor, favor, que creo
Que es lo que mas aquí puede ayudarme,
Pues en tan gran peligro ya no veo
Sino vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar viéndoos atento
Aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo,
La socorred en este grande aprieto,
Que si decirse es lícito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto:
Aunque el soberbio mar contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo,
Mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados y porfía
Del contrapuesto mar y viento airado,
Que procuran así impedir la via,
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte habia de ver vencida.

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos
Iban del todo ya desordenados:
Indómitos, airados y violentos,
Removidos, revueltos y mezclados
En su antigua discordia y fuerza entera,
Como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando,
Iba casi de un lado sumergida
Las poderosas olas contrastando;
Mas ya al furioso viento y mar rendida,
Sin poder resistir se va acercando
A los yertos peñascos levantados,
De las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente
Las voces y las lástimas crecian,
Que llevadas del céfiro inclemente
Lejos las rocas cóncavas herian:
Pilotos, marineros y la gente,
Como locos sin orden discurrian:
Unos dicen: ¡alarga! y otros: ¡iza!
Quien por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide:
Quién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdon de sus errores pide:
Quién hace voto espreso, quién promesa,
Quién de la ausente madre se despide,
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecia venir al suelo,
Y el levantado mar tempestüoso
Con soberbia hinchazon subir al cielo.
¿Qué es esto, eterno Padre poderoso?
¿Tanto importa anegar un navichuelo,
Que el mar, el viento y cielo de tal modo
Pongan su fuerza estrema y poder todo?

No la barca de Amicias asaltada
Fué del viento y del mar con tal porfía,
Que aunque de leños frágiles armada
El peso y ser del mundo sostenia;
Ni la nave de Ulises, ni la armada
Que de Troya escapó el último dia,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte
Al temor se entregaban importuno:
Que la espantosa imagen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno;
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados,
Corriendo acá y allá desatinados.

Cuando un golpe de mar incontrastable
Bramando en un turbion de viento envuelto
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaivén á la pasada
El un diente de la áncora amarrada;

Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento y la arrebata,
Y acá y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe y desbarata.
Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata,
Hizo que en el bauprés dichosamente
El áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento,
Gobernó el galeon rumbo derecho,
Y á despecho del mar y recio viento,
Botando á orza el timon salió al levecho.
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir dificilmente á un punto
El estremo de pena y gozo junto.

Luego pues que la súbita alegría
Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fria
Que habia los miembros ya desamparado,
La esforzada y contrita compañía,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oracion devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acometen con ruido
En vano, aunque se esfuerza, porfiando:
Que la fortuna de Felipe asido
Ajorro ya le lleva remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla escura
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al este la Herradura,
Y al sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la araucana tierra deseada,
Viendo el morro de Peneo descubierto,
Arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le baten furiosos de aquel lado:
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Do las cansadas naves, como digo,
Hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra,
En gruesa amarra y áncora afirmada
Que con tenace diente aferró tierra:
Apenas la alta vela fué amainada,
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos estendió, tocando en los oidos,
Los ánimos y nervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta y belicosa,
La cual viendo una nave solamente,
Venida allí por suerte venturosa,
Gritando: «Guerra, guerra», alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa
Con gran rebato y priesa repentina
Corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadron se representa;
Y nosotros con ánimo dispuesto
A cualquiera peligro y grande afrenta
Arremetimos á las armas presto:
Que el trabajo pasado y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brío
Corrimos al batel, de la manera
Que si lejos de tierra en un bajío
Encallada la nave ya estuviera;
Y por los anchos lados el navío
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente,
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algun caso prodigioso,
O estraño agüero y triste anunciamiento,
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y rapto movimiento,
Ora el andar el mundo, y es mas cierto,
Fuera de todo término y concierto:

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pié los españoles en el suelo,
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel ñudoso velo,
Y en forma de lagarto discurriendo
Se vió hender una cometa el cielo:
El mar bramó, y la tierra resentida,
Del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruina y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes y señales
Que su destrozo y pérdida anunciaban,
Y á perpetua opresion amenazaban.

Desto medrosos aguardar no osaron,
Que soltando las armas ya rendidas
Del cerrado escuadron se derramaron,
Procurando salvar las tristes vidas:
El patrio nido al fin desampararon,
Y con mujeres, hijos y comidas
Por secretos caminos y senderos
Se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
Las casas yermas, chozas y moradas,
Iban en todas partes descubriendo
Las rústicas viandas levantadas:
Y con gran diligencia preveniendo
Los caminos, las sendas y paradas,
Por cavernas y espesos matorrales
Buscaban los ausentes naturales.

Donde en breve sazon fueron hallados
Algunos pobres indios escondidos,
Otros en pueblezuelos salteados
Que aun no estaban del miedo apercebidos;
Mas con buen tratamiento asegurados,
Dándoles jotas, llautos y vestidos,
Y palabras de amor los aquietaban,
Y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
Y causa principal de la jornada
Era la religion y salvamento
De la rebelde gente bautizada,
Que en desprecio del santo sacramento,
La recibida ley y fe jurada
Habian pérfidamente quebrantado,
Y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
A la cristiana ley que antes tenian,
Y á la fe quebrantada reducirse,
Que al grande Carlos quinto dado habian,
En todas las mas cosas convenirse
A su provecho y cómodo podrian,
Haciéndoles con prendas, firme y cierto,
Cualquier partido lícito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
Al uso militar y á la vivienda
Sacamos en las partes competentes,
Que no hay quien nos lo impida, ni defienda:
Donde todos á un tiempo diligentes,
Cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
Quién fuego enciende, y en el casco usado
Tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
Cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
Dejando antes de tiempo presurosa
Envuelto el mundo en tenebroso velo:
No quedó pabellon, tienda ni cosa
Que el viento allí no la abatiese al suelo,
Pareciendo con nuevo movimiento
Desencasar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado dia
Las nubes desterró, y dejó sereno
El cielo, revistiendo de alegría
El aire escuro y húmido terreno:
Luego la trabajada compañía
Conociendo el instable tiempo bueno,
Procura reparar con diligencia
Del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
Albergues de los indios ausentados,
Otros con tablas, ramas y carrizos
Al nuevo alojamiento van cargados;
Y sobre troncos de árboles rollizos
En las hondas arenas afirmados,
Gran número de ranchos levantamos,
Y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
De la necesidad misma instruidos,
Por techos y apartados rinconcillos
Tejer y fabricar los pobres nidos,
Que de pajas, de plumas y ramillos
Van y vienen los picos impedidos:
Así en el yermo y descubierto asiento
Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, señor, nos alojamos
En el húmido sitio pantanoso,
Y con industria y arte reparamos
La furia del invierno riguroso,
Las necesarias armas aprestamos,
Soltando con estrépito espantoso
La gruesa y reforzada artillería,
Que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones
El grande estruendo y novedad sintieron;
Pacos, vicuñas, tigres y leones
Acá y allá medrosos discurrieron;
Los delfines, nereidas y tritones
En sus hondas cavernas se escondieron,
Deteniendo confusos sus corrientes
Los presurosos ríos y las fuentes.

Sintióse en el estado la estampida,
Y algunos tan atónitos quedaron,
Que la dura cerviz nunca oprimida
Sobre los yertos pechos inclinaron:
Así avisados ya de la venida
Los instrumentos bélicos tocaron,
Descogiendo por todas las riberas
Sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
Los deciseis caciques araucanos,
Y algunos capitanes señalados
De los interesados comarcanos,
Todos en general deliberados
De venir con nosotros á las manos,
Sobre el lugar, el tiempo y aparejo
Entraron los caciques en consejo.

Rengo también con ellos, que admitido
Fué al consejo de guerra por valiente,
Que, si ya os acordais, quedó aturdido
En Mataquito entre la muerta gente;
Pero volvió después en su sentido,
Y al cabo se escapó dichosamente,
Que, aunque falto de sangre, tuvo suerte
Contra la furia de la airada muerte.

Caupolicán en medio dellos puesto
A todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando;
Con sesgo pecho y con sereno gesto
La voz en tono grave levantando,
Rompió el mudo silencio, y echó fuera
El intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido,
Segun vemos las muestras y señales,
Aquel felice tiempo prometido
En que habemos de hacernos inmortales;
Que la fortuna próspera ha traido
De las últimas partes orientales
Tantas gentes en una compañía
Para que las venzais en solo un dia.

»Y á costa y precio de su sangre y vidas
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas,
Que por remotos reinos estendidas
Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo dellas
Cuantos viven debajo las estrellas.

»Y pues que con tan loco pensamiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que dando cuerda á su esperanza
Les dé fuerza y consejo la tardanza.

»Así en resolucion me determino,
Si, señores, también os pareciere,
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere,
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere:
Que las rabiosas armas en las manos
Los han de dar por justos ó tiranos.»

A la plática fin con esto puso;
Y el buen Peteguelén, viejo severo,
Por mas antiguo su razon propuso
Como soldado y sabio consejero,
Diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
De derramar mi sangre yo el primero,
Que aunque por mi vejez parezca helada
En el pecho me hierve alborotada.

»Pero sola una cosa me detiene
Haciéndome dudar el rompimiento,
Y es la cierta noticia que se tiene
Que es mucha gente y mucho el regimiento:
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento,
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.

»Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido,
Del mar y altos peñascos rodeado,
Por todas partes libre y defendido,
Será de mas provecho y acertado
Que á su plática y trato deis oido,
Y que no se les niegue y contradiga,
Pues que solo el oir á nadie obliga.

»Que no podrá dañar, y en el comedio
Podreis apercibir y juntar gente,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente,
En las cosas difíciles dar medio,
Proveer á cualquiera inconveniente,
Atajar y romper los pasos llanos,
Y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir mas, que ardiendo en ira
El bravo Tucapel, con voz furiosa,
Diciendo le atajó: «Quien tanto mira
Jamás emprenderá jornada honrosa;
Y si todo el estado se retira
Por parecerle que esta es peligrosa,
Yo solo tomaré sin compañía
Las armas, causa y cargo á cuenta mia.

»¿Por ventura teneis desconfianza
De vuestras propias fuerzas tan probadas?
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza,
Y rodear los brazos las espadas,
Dais causa que se note en vos mudanza,
Y que vuestras vitorias mancilladas
Queden con bajo y mísero partido,
Y nuestro honor y crédito ofendido.

»Pues entended que mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el senado,
Diga Peteguelén lo que quisiere,
Que esto ha de ser por armas sentenciado.
Y quien otro camino pretendiere
Primero le abrirá por mi costado;
Que esta ferrada maza, y no oraciones
Les ha de dar las causas y razones.

»Si los que así os preciais de bien hablados
El ánimo os bastare y el denuedo
De combatir sobre esto en campo armados,
Os probaré mas claro lo que puedo;
Mas quereisos mostrar tan concertados,
Que llamando prudencia á lo que es miedo,
Por no poner en riesgo vuestra vida
A todo con parlar dareis salida.»

Peteguelén responde: «Pues no halla
Nunca en tí la razon acogimiento,
Yo solo viejo quiero la batalla
Y castigar tu loco atrevimiento;
De piel curtida armados ó de malla,
Con lanza, espada ó maza, á tu contento,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo mas largas manos que razones.»

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo,
Lanzando por los ojos fuego vivo,
No se dignando de mirar al suelo?
Dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
Ya es digno del furor de Tucapelo;
Mas por mi honor y por tu edad querria
Que metieses contigo compañía.»

El viejo respondió: «Jamás de ajenas
Fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
Ni de sangre aun están vacias mis venas,
Ni siento el brazo así debilitado,
Que no te piense dar las manos llenas;»
Mas Rengo su sobrino levantado
Se atravesó diciendo: «El desafío
Acepto yo, si quieres, por mi tio.»

«Quiérolo, pido y soy dello contento,
Gritaba Tucapel, y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento
Dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo.»
También enmendaré tu atrevimiento,
Responde el fiero Rengo, y mas te digo,
Que en poco tu amenaza y campo estimo
Después que haya acabado el de tu primo.»

Tucapelo le dijo: «Castigarte
Pienso de tal manera yo primero,
Que le cabrá á Orompello poca parte,
Que á bien librar serás mi prisionero:
Afuera, afuera, sús, haceos aparte,
Que dilatar el término no quiero,
Pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
Sino que luego aquí lo averigüemos.»

Rengo y Peteguelén le respondieran
A un tiempo con las armas y razones,
Si en medio á la sazon no se pusieran
Muchos caciques nobles y varones,
Pidiendo que suspendan y difieran
Aquellas amenazas y cuestiones,
Hasta que la fortuna declarada
Diese próspero fin á la jornada.

Caupolicán estaba ya impaciente
De ver que Tucapelo cada dia
En guerra, en paz, con término insolente
Sin causa ni atencion los revolvia;
Mas hubo de llevarlo blandamente,
Que el tiempo y la sazon lo requería;
Y así con gravedad y manso ruego
La furia mitigó y apagó el fuego.

Quedando entre ellos puesto y acetado
Que luego que la guerra concluyesen,
El viejo y Tucapel en estacado
Francos de solo á solo combatiesen;
Después, que Tucapel y Rengo armado
Ansimismo su causa difiniesen.
El rumor aplacado, Colocolo
Los comenzó á decir hablando solo:

«Generosos caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y esperiencia
Los futuros sucesos rastreamos,
Vemos que nuestras fuerzas y potencia
En solo destrûirnos las gastamos,
Y el tirano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado.

»Y lo que da señal clara que sea
Cierta vuestra caida y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubea,
Y comienza á turbarse nuestro cielo:
Cuando un gran edificio se ladea
No está muy lejos de venir al suelo;
La máquina que en falso asiento estriba
Su misma pesadumbre la derriba.

»Así que ya, si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios,
Temo y con gran razon de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios;
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y bajos ejercicios,
Quebrantándose al fin vuestra protervia
Fundada en una vana y gran soberbia.

»Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas:
Rotas nuestras escuadras y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras;
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes estranjeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.

»Mirad que así por ciega inadvertencia
La patria muere y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia
Cuando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasion y detestable
Que no sufre el consejo saludable.

»¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedazamos
Esta union invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?

»¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el araucano estado
Venga á ser por sus manos destruido,
Y en su virtud y fuerzas ahogado
Quede con nombre infame sometido
A las estrañas leyes y gobierno
En dura servidumbre y yugo eterno?

»Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda prisa á despeñaros;
Refrenad esa furia y movimiento,
Que es la que puede en esto mas dañaros:
Sufrís al enemigo en vuestro asiento
Que quiere como á brutos conquistaros,
¿Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes?

» Que es cierto falta de ánimo, y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propria espada,
Por no esperar con ánimo constante
Los duros golpes de fortuna airada,
A los cuales resiste el pecho fuerte
Que no quiere acabarlo con la muerte.

» Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra,
Que á veces por ser tanto lo condeno,
Y de vuestras hazañas no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno:
Cese, cese el furor y civil guerra,
por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.

»Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y celo que me mueve,
Para que diferais vuestras porfias
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline,
Y la causa comun se determine.

»Y pues de vuestra discrecion espero
Que os pondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones mas no quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene.
Dejadas pues á parte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene,
Y pone freno y límite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo.

»Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio,
Y nuestra pretension y paso impide
Sin tener de pasaje algun remedio;
Y pues el enemigo se comide
A tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos
No nos podrá dañar el escucharlos.

»Pues por este camino tomaremos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que cuando no sea lícita podremos
Venir de todo en todo á rompimiento.
También en este término haremos
De armas y municion preparamento:
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

»Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras esteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas,
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

»Quizá por este término sacalla
Podremos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz aseguralla
Trayéndola por mañas á la muerte;
Y sin rumor, ni muestra, ni batalla
Abramos la carrera de tal suerte
Que venga á tiera firme, confiada
En el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sabio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes;
Pero Purén, Lincoya, y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
Al joven Millalauco generoso,
Hombre de gran lenguaje y esperiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso:
Que con fingida muestra y apariencia
De algun partido honesto y medio honroso
Nuestro intento y designios penetrase,
Y el sitio, gente y número notase.

El cual por los caciques instruido
Segun el tiempo en lo que mas convino,
En una larga góndola metido
Sin mas se detener tomó el camino,
Y de los prestos remos impelido
En breve á nuestro alojamiento vino,
Adonde sin estorbo libremente
Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian también con fresco viento
Tres naves de las nuestras arribado
Llenas de armas, de gente y bastimento
Con que fué nuestro campo reforzado:
Era tanto el rumor y movimiento
Del bélico aparato, que admirado
El cauteloso Millalauco estuvo,
Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando
Por medio del bullicio atravesaba,
Los judiciosos ojos rodeando
Las armas, gente y ánimos notaba;
Y el negocio entre sí considerando
El deseado fin dificultaba,
Viendo cubierto el mar, llena la tierra
De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García,
Hallándome con otros yo presente,
Con una moderada cortesía
Nos saludó á su modo alegremente,
Levantando la voz; pero la mia,
Que fatigada de cantar se siente,
No puede ya llevar un tono tanto,
Y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oidos
A enemigos ni amigos sospechosos,
Que tanto os dejan mas apercibidos
Cuanto vos los teneis por cautelosos;
Escuchados serán mas entendidos
Ora sean verdaderos ó engañosos:
Que siempre por señales y razones
Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
Con su máscara falsa y trato estraño,
Os despiertan, avisan, encaminan,
Y encubriendo descubren el engaño:
Veis el blanco y el fin adonde atinan,
El pro y el contra, el interés y el daño:
No hay plática tan doble y cautelosa
Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
Que no se le penetre algun conceto:
Que las lenguas al fin hacen su oficio
Y mas si el que oye sabe ser discreto.
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
Ni el callar descubrió jamás secreto:
No hay cosa mas difícil bien mirado
Que conocer un necio si es callado.

Y es importante punto y necesario
Tener el capitán conocimiento
Del arte y condicion del adversario,
De la intencion, designio y fundamento;
Si es cuerdo y reportado ó temerario,
De pesado ó lijero movimiento,
Remiso ó diligente, incauto, astuto,
Vario, indeterminable ó resoluto.

Así vemos que el bárbaro senado
Por saber la intencion del enemigo
Al cauto Millalauco habia enviado
Debajo de figura y voz de amigo,
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortés, como atrás digo,
El rostro á todas partes revolviendo
Alzó recio la voz así diciendo:

«Dichoso capitán y compañía,
A quien por bien de paz soy enviado
Del araucano estado y señoría,
Con voz y autoridad del gran senado:
No penseis que el temor y cobardía
Jamás nos haya á término llegado
De usar, necesitados de remedio,
De algun partido infame y torpe medio.

»Pues notorio os será lo que se estiende
El nombre grande y crédito araucano,
Que los estraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano;
Y también de vosotros ya se entiende
Que movidos de celo y fin cristiano
Con gran moderacion y disciplina
Venis á derramar vuestra dotrina.

»Siendo pues esto así como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinion y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publica:
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los caciques aceptada.

»Que el ínclito senado habiendo oido
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sabio acuerdo y parecer movido,
Por legítimas causas y razones,
Quiere aceptar la paz, quiere partido
De lícitas y honestas condiciones,
Para que no padezca tanta gente
Del pueblo simple y género inocente.

»Que si la fe inviolable y juramento
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y lícito partido,
Sin que los nuestros súbditos y estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados:

»A Carlos sin defensa y resistencia
Por amigo y señor le admitiremos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofreceremos;
Mas si quereis llevarlo por violencia,
Antes los propios hijos comeremos,
Y vereis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

»Pero por trato llano sin recelo
Podreis por vuestro rey alzar bandera,
Que el estado las armas por el suelo
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera
Quedando para siempre lo pasado
En perpetuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo
A su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
A nuestra voluntad y á su malicia;
Y el bárbaro poder disminuyendo
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que habia flaqueza
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don García,
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió que agredecia
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfaria
Su buena voluntad con tratamiento
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por mas confirmacion algunos dones,
Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones,
Insignias y vestidos competentes
A nobles capitanes y varones,
Siendo de Millalauco recibido
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y apariencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia
A la barca volvió que habia dejado;
Y con la acostumbrada diligencia
Al tramontar del sol llegó al estado
Do recibido fué con alegría
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasion presente
Los caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente
A sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí mas de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del implacable invierno resistimos;
Mas pasado este tiempo, deseosos
De saber su intencion, nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercibidos,
Hombres trabajadores y valientes
Entre los mas robustos escogidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos:
Yo con ellos tambien, que vez ninguna
Dejé de dar un tiento á la fortuna.

Para que en un pequeño cerro exento,
Sobre la mar vecina relevado,
Levantasen un muro de cimiento,
De fondo y ancho foso rodeado,
Donde pudiese estar sin detrimento
Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teniamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra entenderian
La intencion de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenian
Con falso rostro y amistad doblada:
De do si se moviesen les darian
Algun asalto y súbita rociada,
Que quebrantando el ánimo y denuedo
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
Pensar que los soberbios araucanos
Quisiesen de concordia algun camino
Viéndose con las armas en las manos;
Pero con la presteza que convino,
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenia,
Antes que la alba fuese desterrando
Las nocturnas estrellas, parecia
La cumbre del estado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales;
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures y destrales
Cortan maderos gruesos y troncones,
Y fijados en tierra con tapiales
Y trabazon de leños y fajinas
Levantan los travesas y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente
En la labor de la ciudad famosa
Solicita, oficiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa;
Ni César levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó el ejército esparcido
Del enemigo yerno inadvertido:

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada
Con ocho gruesas piezas de campaña;
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe, rey de España,
Tomando posesion de aquel estado
Con lo demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido
De tanto atrevimiento y osadía,
Entre la gente plática tenido
Mas por temeridad que valentía,
Que en el soberbio estado así temido
Los ciento y treinta en poco mas de un dia
Pudiésemos salir con una cosa
Tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
La cual luego segura al fuerte vino,
Que el alto sitio y pólvora temida
Hizo fácil y llano aquel camino;
Por las anchas cortinas repartidas
Segun y por el orden que convino,
Nos pusimos allí todos á una
Debajo del amparo de fortuna.

La pregonera fama, ya volando
Por el distrito y término araucano,
Iba de lengua en lengua acrecentando
El abreviado ejército cristiano,
La gente popular amedrentando
Con un hueco rumor y estruendo vano
Que lo incierto á las veces certifica,
Y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oidos
De nuestros enemigos conjurados,
No mirando á los tratos y partidos
Por una parte y otra asegurados;
Con súbita presteza apercibidos
De municiones, armas y soldados,
Sin aguardar á mas trataron luego
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano,
Dos millas poco mas del fuerte asiento,
El esforzado mozo Gracolano,
De gran disposicion y atrevimiento,
Dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicanò!
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
Prometo que mañana en el asalto
Arbolaré mi enseña en lo mas alto.

»Y porque á tí, señor, y á todos quiero
Haceros de mis obras satisfechos,
Con esta usada lanza me profiero
De abrir lugar por los contrarios pechos;
Y que será mi brazo el que primero
Barahuste las armas y pertrechos,
Aunque mas dificulten la subida,
Y todo el universo me lo impida.»

Así dijo; y los bárbaros en esto,
Porque ya las estrellas se mostraban,
Al fuerte en escuadron con paso presto
Cubiertos de la noche se acercaban,
Y en una gran barraca, oculto puesto,
Al pié de la montaña reparaban,
Aguardando en silencio aquella hora
Que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
Reposar un momento no podia,
O ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
Que de escribir entonces yo tenia:
Así imaginativo y desvelado
Revolviendo la inquieta fantasía,
Quise de algunas cosas desta historia
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche escura,
En medio del reposo de la gente,
Queriendo proseguir con mi escritura
Me sobrevino un súbito accidente:
Cortóme un hielo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fué imposible
Del accidente súbito impedido;
Que el agudo dolor y mal sensible,
Me privó del esfuerzo y del sentido;
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituido,
Del tormento quedé de tal manera
Cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
Desfogando las ansias aflojaron,
Mis descaidos ojos agravados
Del gran quebrantamiento se cerraron:
Así los lasos miembros relajados
Al agradable sueño se entregaron,
Quedando por entonces el sentido
En la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
Dejado el quebrantado cuerpo habia,
Cuando oyendo un estruendo sonoroso
Que estremecer la tierra parecia,
Con gesto altivo y término furioso
Delante una mujer se me ponia,
Que luego vi en su talle y gran persona
Ser la robusta y áspera Belona:

Vestida de los piés á la cintura,
De la cintura á la cabeza armada
De una escamosa y lúcida armadura;
Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
Blandiendo en la derecha la asta dura,
De las horribles furias rodeada,
El rostro airado, la color teñida,
Toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
El ánimo levanta y confianza,
Reconociendo el tiempo venturoso
Que te ofrece tu dicha y buena andanza;
Huye del ocio torpe y perezoso,
Ensancha el corazon y la esperanza,
Y aspira á mas de aquello que pretendes,
Que el cielo te es propicio si lo entiendes

»Que viéndote á escribir aficionado
Como se muestra bien por el indicio,
Pues nunca te han la pluma destemplado
Las fieras armas y áspero ejercicio,
Tu trabajo tan fiel considerado,
Solo movida de mi mismo oficio
Te quiero yo llevar en una parte
Donde podrás sin límite ensancharte.

»En campo fértil, lleno de mil flores,
En el cual hallarás materia llena
De guerras mas famosas y mayores,
Donde podrás alimentar la vena;
Y si quieres de damas y de amores
En verso celebrar la dulce pena,
Tendrás mayor sujeto y hermosura,
Que en la pasada edad y en la futura.

»Sígueme,» dijo al fin; y yo admirado,
Viéndola revolver por donde vino,
Con paso largo y corazon osado
Comencé de seguir aquel camino,
Dejando del siniestro y diestro lado
Dos montes, que el Atlante y Apenino
Con gran parte no son de tal grandeza,
Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
El deleitoso asiento atravesaban,
Y los templados vientos respirando
La verde yerba y flores alegraban.
Pues los pintados pájaros volando
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Vi gran copia de ninfas muy hermosas
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas,
Otras suavemente y acordadas
Cantaban dulces letras amorosas,
Con citaras y liras en las manos,
Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
A todo pasatiempo y ejercicio:
Quién sigue ya de aquel, ya deste lado
De la casta Diana el duro oficio;
Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre, y con el vicio
Gamuzas, capreolas y corcillas
Retozan con la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando
De la llanura al monte atravesaba;
Quién el cerdoso puerco fatigando
Los osados lebreles ayudaba;
Quién con templados pájaros volando
Las altaneras aves remontaba:
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y exento,
Sobre todas las tierras empinado;
Y sin saber yo cómo, en un momento,
De la fiera Belona arrebatado,
En la mas alta cumbre dél me puso,
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado céfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba,
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podria
Un liviano neblí subir á vuelo,
Y así no sin temor me parecia
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubria
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos
Hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome pues Belona allí subido
Me dijo: «El poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido,
Hace que detenerme mas no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvareda
En el confin de Flandes y de Francia
Sobre una plaza fuerte de importancia.

»Después que Carlos quinto hubo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto príncipe hollado
Las árticas y antárticas regiones,
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y asegura su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa ocasion y coyuntura.

»Y movido de pio y santo celo
Que del gobierno público tenia,
Pareciéndole poco lo del suelo
Segun lo que en el pecho concebia,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenia
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
Del victorioso padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera
Que siempre de sus obras habia dado,
Por el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntado,
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo y arrogancia.

Aquella es San Quintin que ves delante.
Que en vano contraviene á su ruina,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe dina:
Hállase dentro della el almirante,
Debajo cuyo mando y disciplina
Está gran gente plática de guerra
A la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
El enemigo campo se reparte,
Cáceres con su tercio á mano diestra,
Donde está de Felipe el estandarte,
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el conde de Mega, y de la parte
Del Burgo Julian con tres naciones
Españoles, tudescos y valones.

»Llegamos pues á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,
Y sin escalas por el roto muro
Entrar los de Felipe á pura espada;
Verás el fiero asalto y trance duro,
Y al fin la fuerte Francia aportillada:
Que al riguroso hado incontrastable
No hay defensa ni plaza inespugnable.

»Conviéneme partir de aquí al momento
A meterme entre aquellos escuadrones,
Y remover con nuevo encendimiento
Los unos y los otros corazones:
Tú desde aquí podrás mirar atento
Las diferentes armas y naciones,
Y escribir de una y otra la fortuna,
Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
Por el aire en tropel se deslizaron,
Y en un instante sin torcer la via
(Cual presto rayo) á San Quintin bajaron:
Donde atizando el fuego ya que ardia
Con la amiga discordia se juntaron,
Que andaba entre las huestes y compañas
Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,
Por la señal postrera ya movido,
En un turbion espeso y polvoroso
Corre al batido muro defendido..
¿Quién fuera de lenguaje tan copioso
Que pudiera esplicar lo que aquí vido?
Mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
Haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
Reducir el valor vuestro y grandeza
A término pequeño y breve suma,
Y á tan humilde estilo tanta alteza?
Que aunque por campo próspero la pluma
Corra con fértil vena y lijereza,
Tanto el sujeto y la materia arguye,
Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
Que me será juzgado á desatino,
Pues llegado á razon yo mismo veo
Que salgo de los términos á tino:
Mas de serviros siempre el gran deseo,
Que siempre me ha tirado á este camino,
Quizá aldelgazará mi pluma ruda
Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
Esta mi presuncion y atrevimiento,
Es el que agora pido, y el que puede
Enriquecer mi pobre entendimiento:
Que si por vos, señor, se me concede
Lo que á nadie negais, soltaré al viento
Con ánimo la ronca voz medrosa,
Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado
Por la justa razon con que lo pido,
Espero que, señor, seré escuchado,
Que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atrás, que arremetido
Habia el furioso campo por tres vias
A las aportilladas baterías.

Y en la veloz corrida contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
Lo va todo rompiendo y tropellando
Con animoso pecho y manos prestas,
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes mas dispuestas:
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa
Armas y defensivos instrumentos,
Resisten la llegada impetüosa
Y los contrarios ánimos sangrientos;
Mas la gente española mas furiosa
Cuanto topaba mas impedimento,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo mas difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta y embarazos,
Muertes estrañas, golpes y heridas
De poderosos y gallardos brazos;
Cabezas hasta el cuello y mas hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos:
Que no bastaban petos ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se espugnaba y defendia
Con esfuerzo y valor por todos lados;
Era cosa de ver la herrería
De las armas y arneses golpeados;
La espantosa y horrenda artillería,
Las bombas y artificios arrojados
De pólvora, alquitrán, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban:
La fiera rabia y gran teson no cesa,
Hieren, matan, derriban; y así andaban
Los unos y los otros tan revueltos
En horror, fuego, sangre y humo envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza;
Otros de miedo por vivir ofenden
Poniéndoles esfuerzo la esperanza;
Otros que ya la vida no pretenden
Procuran de su muerte la venganza,
Y que cayan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida,
Que si halla reparo y resistencia
Hierve y crece allí la agua detenida,
Al fin con mayor ímpetu y potencia
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebata:

De tal manera la francesa gente
Sin bastar resistencia y fuerza alguna
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna:
Que ya sin poder mas forzadamente
A la furia rendida, por la una
Parte que estaba Cáceres, dió entrada
A su enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
El golpe de la gente resistia,
No fué ni pudo al cabo ser bastante
A la pujanza y furia que venia:
Quedó en prision con otros, y adelante
La victoriosa y fiera compañía,
Dejando eterna lástima y memoria.
Iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazon por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser ya la francesa gente parte
A puro hierro la española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte
Que los franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra
De rota á mas andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada
Le estaba la defensa de aquel lado;
Hé aquí también por la tercera entrada
Que Julian Romero habia asaltado:
La suspensa fortuna declarada,
Abriendo paso al detenido hado;
La mano á don Felipe dió de modo,
Que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
Los ánimos del pueblo enflaquecido,
Rompiendo el aire espeso y alto cielo
Un general lamento y alarido:
Las armas arrojadas por el suelo,
Escogiendo el vivir ya por partido,
Acordaron con mísera huida
Perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron
Su gran temor y poco impedimento;
Los brazos altos y armas suspendieron
Por no manchar con sangre el vencimiento;
Y sin hacer mas golpe arremetieron,
Vuelto en codicia aquel furor sangriento,
Al esperado saco de la tierra,
Premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando
Quebranta los cerrojos reforzados,
Quién por picas y gúmenas trepando
Entra por las ventanas y tejados;
Acá y allá rompiendo y desquiciando
Sin reservar lugares reservados,
Las casas de alto abajo escudriñaban,
Y á tiento sin parar corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente
Cuando en un barrio ó vecindad se enciende
Que con rebato súbito la gente
Corre con priesa y al remedio atiende;
Y por todas las partes francamente
Quién entra, sale, sube; quién deciende,
Sacando uno arrastrando, otro cargado
El mueble de las llamas escapado:

Así la fiera gente victoriosa
Con prestas manos y con piés lijeros
De la golosa presa codiciosa
Abre puertas, ventanas y agujeros,
Sacando diligente y presurosa
Cofres, tapices, camas y rimeros,
Y lo de mas y menos importancia
Sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,
Que los distantes cielos penetraban,
De viudas y huérfanas doncellas
La insaciable codicia moderaban;
Antes rompiendo sin piedad por ellas
A lo mas defendido se arrojaban,
Creyendo que mayor ganancia había
Donde mas resistencia se hacía.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
Por las calles sin guarda á la ventura,
Los bellos rostros con rigor batiendo
Lamentando su hado y suerte dura;
Y las míseras monjas, que rompiendo
Sus estatutos, límite y clausura,
De aquel temor atónito llevadas
Van acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe antes que entrasen
Había mandado á todas las naciones,
Que con grande cuidado reservasen
Las mujeres y casas de oraciones;
Y amigos y conformes evitasen
Pendencias peligrosas y cuestiones,
Que del saco y la presa á cada una
Diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas
Llevadas del temor sin tiento andaban,
Por orden de Felipe recogidas
En seguro lugar las retiraban;
Donde de fieles guardas defendidas
Del bélico furor las amparaban,
Que aunque fueron sus casas saqueadas
Las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados obedientes
Al cristiano y espreso mandamiento.
Se mostraban en esto continentes
Frenando aun el primero movimiento.
La revuelta y la mezcla de las gentes,
La mucha confusion y poco tiento
Hizo que el daño en la ciudad creciese,
Y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada,
Arrojando espesísimas centellas,
Del fresco viento céfiro ayudada
Procuraba subir á las estrellas:
La miserable gente afortunada
Con dolorosas voces y querellas,
Fijos los tiernos ojos en el cielo,
Desmayando esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
En vano por el aire resonaban,
Y los tristes franceses temerosos
En las contrarias armas se arrojaban,
Eligiendo por fuerza vergonzosos
El modo de morir que rehusaban,
Antes que como flacos encerrados
Ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
Habia las fieras armas embotado,
Que con remedio presto y diligencia
Todo el furor y fuego fué apagado:
Al fin sin mas defensa y resistencia
Dentro de San Quintin quedó alojado,
Con la llave de Francia ya en la mano,
Hasta Paris abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
Al hemisferio antártico encendido,
Cuando yo, que alegrísimo miraba
Todo lo que en mi canto habeis oido,
Vi cerca una mujer que me hablaba,
Mas blanco que la nieve su vestido,
Grave, muy venerable en el aspeto,
Persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere
Por cierta y verdadera profecía
Dificultosa alguna pareciere,
Créeme, que no es ficcion ni fantasía;
Mas lo que el Padre eterno ordena y quiere
Allá en su escelso trono y hierarquía,
Al cual está sujeto lo mas fuerte,
El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

»Desta guerra y rigores encendidos
Entre la España y Francia así arraigados
Resultarán conciertos y partidos
Por una parte y otra procurados:
En los cuales serán restituïdos
Al duque de Saboya sus estados,
Con otros muchos medios provechosos
En bien de Francia y á la España honrosos.

»Y para que mas quede asegurada
La paz con hermandad y firme asiento
Con la prenda de Henrico mas amada
Contraerá don Felipe casamiento;
Pero la cruda muerte acelerada
Temprano deshará este ayuntamiento,
Que el alto cielo así lo determina,
Y el decreto fatal y orden divina.

»En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y proprio rey jurado.

»Por insolencias viejas y pecados
Vendrá el reino á ser casi destruido,
Y Carlos de sus pérfidos soldados
A término dudoso reducido;
Serán con desacato derribados
Los santuarios templos, y ofendido
El mismo sumo Dios y sacramento,
Sobrando á la maldad su sufrimiento.

»Mas vuestro rey con presta providencia
Previniendo al futuro daño luego,
Atajará en España esta dolencia
Con rigor necesario á puro fuego:
Curada la perversa pestilencia,
Las armas enemigas del sosiego
Con furia moverá contra el oriente
Enviando al Peñon su armada y gente.

»Aunque no pueda de la vez primera
Conseguir el efecto deseado,
Volverá la segunda de manera
Que el áspero Peñon será espugnado;
Y dejando segura la carrera
Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é invernada
Retirará la victoriosa armada.

»Vendrán á España á la sazon de Hungría
Dos príncipes de alteza soberana,
Hijos de César Máximo y María,
De Carlos hija y de Felipe hermana,
Que acrecentando el gozo y alegría
Harán aquella corte y era ufana:
El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

»Y de sus altas obras prometiendo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza;
En quienes se verá resplandeciendo
Un escelso valor y la crianza
Del baron Dietristán, persona dina
De dar á tales príncipes dotrina.

»Luego en el año próximo siguiente,
Toda la cristiandad amenazando,
La gruesa armada del infiel potente
Irá contra el poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente
Que temblarán las costas, y arribando
A la isla de Malta dará fondo,
Que boja veinte leguas en redondo.

»Donde el grande maestre y caballeros
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros capitanes forasteros
Ofrecerán las vidas al remedio,
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas
Que se podrán tener por milagrosas.

»Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el fuerte de San Telmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto,
El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto;
Porque en el puerto la turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.

»Allí se verán hechos señalados,
Difíciles empresas peligrosas,
Animos temerarios arrojados
Cuando las esperanzas mas dudosas:
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas,
Casos grandes, sucesos infinitos
Dignos de ser para en eterno escritos.

»Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
Y la fuerza al trabajo se rindiere,
El muro esté ya raso, el foso llano,
Y la esperanza al suelo se viniere;
Cuando el sangriento bárbaro inhumano
El cuchillo sobre ellos esgrimiere,
Será entonces de todos conocido
Lo que puede Felipe y es temido.

»Pues con sola una parte de su armada,
Y número pequeño de soldados,
De su fortuna y crédito guiada
Rebatirá los otomanos hados,
Y la afligida Malta restaurada,
Serán los enemigos retirados,
Las fatigadas velas dando al viento
Con pérdida increíble y escarmiento.

»Luego el año después, con poderoso
Ejército en persona Solimano
Por tierra moverá contra el famoso
César augusto, emperador romano,
Y por la gran Panonia presuroso,
Dejando á la derecha al trasilvano,
Y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
Bajará á los confines de Croacia.

»A Siguet, plaza fuerte y recogida
Cuatro semanas la tendrá asediada,
Y al cabo, sin poder ser socorrida,
Del fiero Solimán será ocupada:
Mas la empresa difícil y la vida
Acabará en un tiempo, que la airada
Muerte arribando el limitado curso,
Pondrá término y punto á su discurso.

»Por otra parte en Flandes los estados,
Desasidos de Dios en estos días,
Turbarán el sosiego inficionados
De perversos errores y herejías;
Y contra el rey Felipe conspirados
Tentarán de maldad diversas vias,
Trayendo á estado y condicion las cosas
Que durarán gran término dudosas.

»También con pretension de libertarse
En el próspero reino de Granada,
Los moriscos vendrán á levantarse
Y á negar la obediencia al rey jurada:
La cual alteracion por no estimarse,
Ni ser á los principios remediada,
Será de grandes daños y costosa
De sangre ilustre y gente valerosa.

»Irá á esta guerra un mozo, que escondido
Anda en humildes paños y figura,
Que su imperial linaje esclarecido
Difíciles empresas le asegura,
A quien tienen los hados prometido
Una famosa y súbita ventura:
Este es hijo de Carlos, que aun se cría,
Y encubierto estará por algun dia.

»Andará, como digo, disfrazado
Hasta que el padre al tiempo de la muerte
Le dejará por hijo declarado,
Subiéndole en un punto á tanta suerte;
Será de todos con razon amado,
Franco, esforzado, valeroso y fuerte:
Es su nombre don Juan, y en esta parte
No puedo mas decir ni revelarte.

»Baste que á los moriscos alterados
En su primera edad hará la guerra,
Y los presidios rotos y ocupados
Los vendrá á retirar dentro en la sierra;
Adonde los tendrá tan apretados
Que al fin reducirá la alzada tierra,
Trasplantando en provincias diferentes
Las raices malvadas y simientes.

»Esta guerra acabada, de Alemaña
De damas y gran gente acompañada
La infanta Ana vendrá, reina de España,
Con el rey don Felipe desposada:
Donde con pompa y majestad estraña
Será la insigne boda celebrada
En la antigua Segovia, un tiempo silla
De los famosos reyes de Castilla.

»Serán pues los dos príncipes llamados
Del padre emperador, que ya aquel dia
Querrá dar nuevo asiento en sus estados,
Y hacer rey á Rodolfo de la Hungría:
Así que, para Jénova embarcados
Arribarán, pasando á Lombardía
Por la ribera del Danubio amena
A su ciudad famosa de Viena.

»Cuando ya la revuelta y turbaciones
De los tiempos den muestra de acabarse
Y el bélico furor y alteraciones
Parezcan declinar y sosegarse;
Entonces en las bárbaras regiones
Comenzarán de nuevo á levantarse
Las armas de los turcos inhumanos
Contra los poderosos venecianos.

»Y sacando una armada poderosa
De todas sus provincias allegada,
En la vecina Cipro, isla famosa,
Descargará la furia represada;
Y con espada cruda y rigurosa
Será la tierra dellos ocupada,
Entrando á Famagusta ya batida
Sobre palabra falsa y fementida.

»Quedarán pues tan arrogantes desto,
Que la armada de gente reforzando
Con soberbio designio y presupuesto
Irán la via de Italia navegando,
Despreciando del mundo todo el resto,
Y aun el poder del cielo despreciando:
Tanto será su orgullo y fiera muestra
Nacido del pecado y culpa vuestra.

»Mas el alto Señor, que otro dispone,
Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
Que cuando faltan méritos compone
Con su sangre y pasion la deuda ajena,
Y por solo un gemir luego repone
La punicion y merecida pena,
Quebrantará con golpe riguroso
La soberbia del bárbaro ambicioso.

»Que dolléndose ya de la fatiga
Del pueblo pecador, pero cristiano,
Contra la gente pérfida enemiga
Esgrimirá la poderosa mano:
Así de inspiracion habrá una liga,
Donde el papa y senado veneciano
Juntarán su poder, su fuerza y gente
Con la del rey católico potente.

»Será en gracia de todos elegido
General de la liga el floreciente
Mozo, que en su niñez desconocido
Anda en hábito humilde entre la gente:
Pero no me es á mí ya concedido
Revelar lo futuro abiertamente:
Basta que lo verás, pues te asegura
Mas larga vida el hado que ventura.

»Mas si quieres saber desta jornada
El futuro suceso nunca oido,
Y la cosa mas grande señalada
Que jamás en historia se ha leido,
Cuando acaso pasares la cañada
Por donde corre Rauco mas ceñido,
Verás al pié de un libano en la orilla
Una mansa y doméstica corcilla.

»Conviénete seguirla con cuidado
Hasta salir en una gran llanura,
Al cabo de la cual verás á un lado
Una fragosa entrada y selva escura;
Y tras la corza tímida emboscado
Hallarás en mitad de la espesura
Debajo de una tosca y hueca peña
Una oculta morada muy pequeña.

»Allí por ser lugar inhabitable
Sin rastro de persona ni sendero,
Vive un anciano viejo venerable,
Que famoso soldado fué primero,
De quien sabrás dó habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
El cual te informará de muchas cosas
Que están aun por venir, maravillosas.

»No quiero decir mas en lo tocante
A las cosas futuras, pues parece
Que habrá materia y campo asaz bastante
En lo que de presente se te ofrece,
Para llevar tus obras adelante,
Pues la grande ocasion te favorece:
Que á mí solo hasta aquí me es concedido
El poderte decir lo que has oido.

»Mas si el furor de Marte y la braveza
Te tuvieren la pluma destemplada,
Y quisieres mezclar con su aspereza
Otra materia blanda y regalada;
Vuelve los ojos, mira la belleza
De las damas de España, que admirada
Estoy, segun el bien que allí se encierra,
Cómo no abrasa amor toda la tierra.

»Mas tente, que me importa á mí, primero
Que de los ojos fáciles te fies,
Prevenir al peligro venidero
Para que dél con tiempo te desvíes,
Y no aguardes al término postrero,
Ni en tu fuerza y mi ayuda te confíes:
Que aunque quiera después contraponerme,
Tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡Oh condicion humana! que al instante
Que me privó que el rostro no volviese,
Solo aquel impedirme fué bastante
A que el pronto apetito se encendiese:
Y así sin esperar mas que adelante
En el sano consejo procediese,
Volví los ojos luego, y de improviso
Vi, si decirse puede, un paraíso:

En un asiento fértil y sabroso
De alegres plantas y árboles cercado,
Do el cielo se mostraba mas hermoso
Y el suelo de mil flores variado,
Cerca de un claro arroyo sonoroso
Que atravesaba el fresco y verde prado,
Vi junta toda cuanta hermosura
Supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
Que en la dichosa España florecian:
El claro sol, la luna y las estrellas
En su respeto escuras parecian;
Y sobre sus cabezas todas ellas
Olorosas guirnaldas sostenian
De mil varias maneras rodeadas
De rubias trenzas, finidos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
Gran copia de galanes estimados,
Al regalado y blando amor rendidos,
Corriendo tras sus fines y cuidados:
Unos en esperanza sostenidos,
Otros en sus riquezas confiados,
Todos gozando alegres y contentos
De sus lozanos y altos pensamientos.

En esto con presteza y furia estraña
Arrebatado por el aire vano
La alta cumbre dejé de la montaña,
Bajando al deleitoso y fértil llano,
Donde si la memoria no me engaña
Vi la mi guia á la derecha mano,
Algo medrosa, y con turbado gesto
De haberme en tanto riesgo y trance puesto.

Que luego que los piés puse en el suelo,
Los codiciosos ojos ya cebando,
Libres del torpe y del grosero velo
Que la vista hasta allí me iba ocupando,
Un amoroso fuego y blando hielo
Se me fué por las venas regalando,
Y el brio rebelde y pecho endurecido
Quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
En obras y canciones amorosas,
Y mudar el estilo, y no curarme
De las ásperas guerras sanguinosas,
Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas una
Que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino y mi ventura:
Yo que saber su nombre deseaba,
Rendido y entregado á su hermosura,
Vi á sus piés una letra que decia:
Del tronco de Bazan doña María.

Y por saber mas della, revolviendo
El rostro y voz á la prudente guia,
Súbito el alboroto y fiero estruendo
De las bárbaras armas y armonía
Me despertó del dulce sueño, oyendo:
«¡Arma! arma! ¡presto, presto!» y parecia
Romper el alto cielo los acentos
De las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
A las vecinas armas corrí presto,
Poniéndome en un punto apercibido
En mi lugar y señalado puesto:
Cuando con ferocísimo alarido
Por la áspera ladera del recuesto
Apareció gran numero de gente,
Y la rosada aurora en el oriente.

Luego también por una y otra parte
Con no menores voces y denuedo
Tanta gente asomó, que al fiero Marte
Con su temeridad pusiera miedo.
Mas para proceder parte por parte
Segun estoy cansado ya no puedo:
En el siguiente y nuevo canto pienso
De declararlo todo por estenso.

CANTO XIX.

Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
A concetos de amor y obras de amores;
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto,
Que á mil desocupados escritores
Que en ello trabajasen noche y dia,
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mi pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo;
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante;
Que el ejército bárbaro la aqueja
Cercando en torno el fuerte en un instante
Con terrible amenaza y alarido,
Como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto
Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, el fiero asalto,
Dada la seña, todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
La larga pica arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando
Atravesó de un salto el ancho foso;
Y por la misma pica gateando,
Arriba sobre el muro victorioso
A pesar de las armas contrapuestas
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera embistió tan impaciente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente,
Como el gallardo bárbaro atrevido
Que temeraria y venturosamente
Rompiendo al parecer lo mas seguro,
Sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia,
A bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza él solo pretendia:
Los tiros, golpes, botes y estocadas
Con gran destreza y maña rebatia,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo,
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y poco miedo
De morir mas adentro procuraba,
Y en el vano propósito y denuedo
Herido ya en mil partes porfiaba,
Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso, que rabiando
Adonde mas le hieren arremete;
Y el peligro y la vida despreciando
Lo mas dudoso y áspero acomete,
Desbaratando en torno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna menos esperanza,
A los brazos cerró con un soldado
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio, que volando
La tímida paloma por el cielo
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,
Que retorciendo el cuerpo y revolando
Como redondo ovillo vino al suelo:
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente
Cayó el mísero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente
Que el número cerró ya rematado;
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado
Quedó arrimada al foso, de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el joven Pinol, que prometido
Habia de acompañarle en el asalto,
Y con él hasta el foso arremetido,
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató tomando por remedio
Poner con piés lijeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza
Contra el hado preciso y dura suerte,
Ni bastan prestos piés ni lijereza
A escapar de las manos de la muerte;
Que al que piensa huir con mas presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al lijero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
A un tiempo por dos partes le tendieron:
No dió la alma tan presto, que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabase,
Y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando
Al foso con gran ímpetu llegaron;
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud, que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira,
Que así nuestro español era llamado,
De lejos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolán le habia ganado:
Con loable vergüenza ardiendo en ira
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia

Con un osado joven que delante
Venia la tierra y cielo despreciando,
De proporcion y miembros de gigante,
Una asta de dos costas blandeando,
Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando
Ora de un lado y de otro, ora derecho
Quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte
Que el gallardo español desatinado
Se vió casi en las manos de la muerte;
Pero como animoso y reportado
Haciendo recio pié se tuvo fuerte
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salió vano.

Que el indio con destreza y gran soltura
Saltó lijero atrás cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra;
Mas el pronto español, que entrar procura
Dándole lado, de la pica afierra,
Y aguijando por ella á su despecho
Cerró presto con él pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traia,
Cinco veces ó seis por el costado
Del bravo corazon tentó la via:
El bárbaro mortal ya desangrado
Por todas la furiosa alma rendia,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio
Ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español, que vió tendido
A su enemigo y la victoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido
Retrayéndose ufano acia la puerta:
Donde por los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recibido alegremente
Con grande aplauso y grita de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
La plaza los contrarios espugnaban,
Que á vencer ó morir determinados
Por los fuegos y tiros se lanzaban:
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde mas la cierta puntería
El encubierto blanco descubria.

Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos:
Otros que mas presumen de lijeros
Hacen pruebas y saltos peligrosos;
Y los que les tocaba ser postreros
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caidos
El foso se cegó y allanó presto,
Por do los enemigos atrevidos
Arremetieron, el temor pospuesto,
Llegando por las partes mas guardadas
A medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar habia seguro,
Ni parte, por mas áspera que fuese,
Donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Los derriban abajo y desbaratan;
Mas poco los demás escarmentados
La difícil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caidos.

Unos así tras otros procediendo
Ganosos de honra y de temor desnudos,
Siempre la priesa y multitud creciendo,
Crece la furia de los golpes crudos:
Los defendidos términos rompiendo
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punto y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo, Tucapel furioso
Apareció gallardo en la muralla,
Esgrimiendo un baston fuerte y nudoso,
Todo cubierto de luciente malla.
Como el leon de Libia vedijoso
Que abriendo de la tímida canalla
El tejido escuadron, con furia horrenda
Desembaraza la impedida senda,

Así el furioso bárbaro arrogante
Discurre por el muro, derribando
Cuanto allí se le opone y ve delante,
Su misma gente y armas tropellando:
Quisiera tener lengua y voz bastante
Para poder en suma ir relatando
El singular esfuerzo y valentía,
Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas ni pertrechos
Bastan puestas en contra á resistirle,
Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
Pueden acometiéndole impedirle:
Que montones de gente y armas hechos
Rompe y derriba sin poder sufrirle,
Y aun no contento desto, osadamente
Se arroja dentro en medio de la gente;

Y al peligro las fuerzas añadiendo
La poderosa maza rodeaba,
Unos desbaratando, otros rompiendo
Siempre mas tierra y opinion ganaba:
Al fin los duros golpes resistiendo,
Por las armas y gente atravesaba,
Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También acia la banda del poniente
Habia Peteguelén arremetido,
Y á despecho y pesar de nuestra gent
En lo mas alto del bastion subido:
Que el valeroso corazon ardiente
Le habia por las entrañas esparcido
Un belicoso ardor, como si fuera
En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró; que á poca pieza
Le arrebató una bala desmandada
De los dispuestos hombros la cabeza,
Rematando su próspera jornada;
Tras esta disparó luego otra pieza
Acia la misma parte encaminada,
Llevando á Guampicol que le seguia,
Y á Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado,
Viendo el rumor y priesa repentina,
Cuál salta luego arriba desarmado,
Cuál con rodela, cuál con coracina;
Quién se arroja al batel, y quién a nado
Piensa arribar mas presto á la marina,
Llamando cada cual á quien debia
Y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo con gran pena
El molesto y prolijo mar cortaron,
Y en la ribera y deseada arena
Casi todos á un tiempo pié tomaron;
Donde con disciplina y orden buena
Un cerrado escuadron luego formaron,
Marchando á socorrer á los amigos
Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés cuando
Por la parte de abajo con ruido
Les sale un escuadron en contra, dando
Una furiosa carga y alarido:
Venia el primero el paso apresurando
El suelto Feniston, mozo atrevido
Que de los otros quiso adelantarse
Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con orden y osadia
Siguiendo su derrota y firme intento,
A la enemiga opuesta arremetia,
Que aun de esperar no tuvo sufrimiento
Y á recibir á Feniston salia
Con paso no menor y atrevimiento
El diestro Julian de Valenzuela,
La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto
El presto Feniston anticipado,
Dando un lijero y no pensado salto
Con el cual descargó un baston pesado;
Mas Valenzuela, la rodela en alto,
A dos manos el golpe ha reparado,
Dejándole atronado de manera
Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado joven una pieza
Fué rodando de manos aturdido;
Mas luego aunque atronado se endereza;
Y volviendo del todo en su sentido
Pudo al través hurtándose de un salto
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traia,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que él tenia,
Metiendo con presteza el pié y el brazo,
El pecho con la espada le cosia,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por dónde;
Mas el joven, tentando otro camino,
Arrancada la daga le responde,
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole estender ya casi helados
Los piés y fuertes brazos afudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria
A lo mas necesario y peligroso:
Era el estruendo tal, que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla,
Siempre con rabia y priesa hervorosa,
Andaba muy reñida la batalla,
Y la victoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y allá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia,
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caia:
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andia y Espinosa,
Y don Simon Pereira, lusitano,
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Basco Juarez también por otra parte,
Carrillo, y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,
Subidos sobre el alto balüarte
Herian en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo-frio,
Don Martin de Guzmán y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrío,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera,
Contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro a rostro en paso concertado,
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado,
También del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurria
Haciendo en todas partes riza estraña;
Tropella á Bustamante y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy lijero,
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente,
Y es derecho comun y ley espresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo misero se tiene:
Promesas que os ensanchan la esperanza,
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo y llega al desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir, cuán trabajada
Me tiene la memoria, y con cuidado
La palabra que di bien escusada
De acabar este libro comenzado:
Que la seca materia, desgustada,
Tan desierta y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crueldades,
Que al mismo Marte ya pondrán hastío
Agotando un caudal mayor que el mio?

Mas á mí me es forzoso ser paciente,
Pues de mi voluntad quise obligarme,
Y así os pido, señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:
Que el atrevido bárbaro valiente
Aun no me da lugar de disculparme,
Tal es la furia y priesa con que viene,
Que apresurar la mano me conviene.

El cual, como encerrada bestia fiera,
Ora de aquella, y ora desta parte,
Abre sangrienta y áspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo,
Segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho,
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte, en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Habia de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazon alas tuviera
Mas seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera
Que parece que en ellas se sostuvo:
Hizo prueba de sí fuerte y lijera,
Que el salto aunque mortal en poco tuvo,
Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una onza lijera ó suelto pardo.

Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
Infinidad de tiros le arrojaron,
Que aunque no le alcanzara el pensamiento
Antes que fuese abajo le alcanzaron:
Fué tanto el descargar, que en un momento
En mas de diez lugares le llagaron;
Pero no de manera que cayese,
Ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
Del propósito y salto arrepentido,
Abrasado en rabioso y vivo fuego,
Terrible y mas que nunca embravecido,
Quisiera revolver de nuevo al juego,
Y vengarse del daño recibido;
Mas era imaginarlo desatino,
Que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la difícil via
Y de fortuna el crédito tentaba,
Que fácil lo imposible le hacia
El coraje y furor que le incitaba:
Por un lado y por otro discurria,
Todo de acá y de allá lo rodeaba,
Como el hambriento lobo encarnizado
Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
Y de tiros sobre él la lluvia espesa,
Retirándose á un lado vió en el llano
La trabada batalla y fiera priesa;
Y como el levantado balcon lozano
Que yendo alta la garza, se atraviesa
El cobarde milano, y desde el cielo
Cala á la presa con furioso vuelo:

Así el gallardo Tucapel, dejado
El temerario intento infructüoso,
Revuelve á la otra banda encaminado
Al reñido combate sanguinoso:
En esto el bando infiel desconfiado
De mucha gente y sangre perdidoso
Se retiró, siguiendo las banderas
Que iban marchando ya por las laderas

No por eso torció de su demanda
Un solo paso el bárbaro valiente,
Antes recio embistió por una banda,
Tropellando de golpe mucha gente;
Y dándoles terrible escurribanda
Pasó de un cabo á otro francamente,
Hiriendo y derribando de manera
Que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,
Quién se duele, quién gime, quién se queja,
Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
Quién haciéndole plaza dél se aleja,
Y en el largo escuadron de armas tejido
Un gran portillo y ancha calle deja,
Con el furor que el fiero rayo apriesa
Rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendo
De parte á parte el escuadron cristiano
Arriba á los amigos, que siguiendo
Iban la retirada á paso llano,
Con el concierto y orden procediendo
Que vemos ir las grullas el verano,
Cuando de su tendida y negra banda
Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
Que á espaldas vueltas iban ya marchando,
De nuestro fuerte en gran tropel salimos
En la campaña un escuadron formando,
Y á paso moderado los seguimos
De la victoria enteramente usando;
Pero dimos la vuelta apresurada
Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró pues el reñido asalto tanto,
Que el sol en lo mas alto levantado
Distaba del poniente en punto cuanto
Estaba del oriente desviado:
Nosotros ya seguros, entre tanto
Que remataba el curso acostumbrado
Dando lugar á las nocturnas horas
Del personal trabajo aliviadoras;

El ciego foso al rededor limpiamos
Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares mas flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche, á mas andar cubriendo
La tierra, que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo,
Segun y en el lugar que le tocaba,
La guardia y centinelas repartiendo,
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba:
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al fuerte,

Donde con el trabajo de aquel dia,
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistia
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento: tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrísimo y mohoso
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida
Era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con yerbas nos servia,
Por la falta de sal, la agua salada;
La regalada cama en que dormia
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,
Vi que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando:
Que nuestros arcabuces aquel dia
Habian hecho gran riza y batería.

No mucho después desto, yo que estaba
Con ojo alerto y con atento oido,
Sentí de rato en rato que sonaba
Acia los cuerpos muertos un ruido,
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y escura
Que divisar lo cierto no podia;
Y así por ver el fin desta aventura,
Aunque mas por cumplir lo que debia,
Me vine agazapado en la verdura
Acia la parte que el rumor se oia,
Donde vi entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: «Señor, señor, merced te pido
Que soy mujer, y nunca te he ofendido.

»Si mi dolor y desventura estraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos lícitos pasaren,
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada,
Viuda, mísera, triste y desdichada?

»Ruégote pues, señor, si por ventura,
O desventura como fué la mia,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun dia,
Me dejes dar á un muerto sepultura,
Que yace entre esta muerta compañía:
Mira que aquel que niega lo que es justo
Lo malo aprueba ya, y se hace injusto.

»No quieras impedir obra tan pia
Que aun en bárbara guerra se concede,
Que es especie y señal de tiranía
Usar de todo aquello que se puede;
Deja buscar su cuerpo á esta alma mia;
Después furioso con rigor procede:
Que ya el dolor me ha puesto en tal estremo
Que mas la vida que la muerte temo.

»Que no sé mal que ya dañarme pueda;
No hay bien mayor que no le haber tenido;
Acábese y fenezca lo que queda,
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo crüel no me conceda
Morir mi cuerpo con el suyo unido,
No estorbara por mas que me persiga,
Que mi afligido espíritu le siga.»

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase;
Mas yo que en duda y confusion estaba
Aun teniendo temor que me engañase,
Del verdadero indicio no fiaba
Hasta que un poco mas me asegurase,
Sospechando que fuese alguna espía
Que á saber cómo estábamos venía.

Bien que estuve dudoso; pero luego
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Vi que verdad en todo me decía;
Y que el pérfido amor, ingrato y ciego,
En busca del marido la traia,
El cual en la primera arremetida
Queriendo señalarse dió la vida.

Movido pues á compasion de vella
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido me volví con ella
A mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogué que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contase,
Y desfogando la ansia descansase.

Ella dijo: «¡Ay de mí, que es imposible
Tener jamás descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible,
Y mas que todo sufrimiento fuerte!
Mas aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte,
Quizá que mi dolor, segun es grave,
Podrá ser que esforzándole me acabe.

»Yo soy Tegualda, hija desdichada
Del cacique Brancol, desventurado,
De muchos por hermosa en vano amada
Libre un tiempo de amor y de cuidado;
Pero muy presto la fortuna airada
De ver mi libertad y alegre estado
Turbó de tal manera mi alegría,
Que al fin muero del mal que no temía.

»De muchos fuí pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo cual mi buen padre descontento,
Que yo aceptase alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me escusaba,
Que era pensar mudarme desvarío,
Y martillar sin fruto en hierro frio.

»No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores aflojaron:
Antes con nuevas pruebas y recuestas
En su vana demanda mas instaron,
Y con danzas, con juegos y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastando maña ni artificio
A sacar mi propósito de quicio.

»Muy presto pues llegó el postrero dia
Desta mi libertad y señorío:
¡Oh si lo fuera de la vida mia!
Pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junto al pueblo habia
Donde el claro Gualebo, manso rio,
Después que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itata entrega:

»Allí, para castigo de mi engaño,
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
Y como habia de ser para mi daño
Fácilmente conmigo lo acabaron:
Luego por orden y artificio estraño
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camino,
Y que el sol de tocarme no era dino.

»Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento:
El agua clara en torno murmuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruido
Que alegraban la vista y el oido.

»Apenas pues en él me habia sentado
Cuando un alto y solemne bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada cual á su puesto retirado,
La acostumbrada lucha comenzaron
Con un silencio tal que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

»Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores,
No estaba en cuáles eran los vencidos,
Ni cuáles habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

»Yo que en cosa de aquellas no paraba,
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras contemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

»Cuando un gran alboroto y vocería
(Cosa muy cierta en semejante juego)
Se levantó entre aquella compañía,
Que me sacó de seso y de sosiego;
Yo queriendo entender lo que sería,
Al mas cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada.

»El cual dijo: «Señora, ¿no has mirado
Cómo el robusto joven Mareguano
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano?
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente,

»Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado;
Y el facil y liviano pueblo desto
Como de novedad maravillado
Ha levantado aquel confuso estruendo
La fuerza del mancebo encareciendo.

»Y también Mareguano, que procura
De volver á luchar, el cual alega
Que fué siniestro acaso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del espreso cartel se lo deniega,
Aunque el joven con ánimo valiente
Da voces, que es contento y lo consiente.

»Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento;
Mas que de su propósito se quiten,
Si entrambos de comun consentimiento
Pareciendo primero en tu presencia
No alcanzaren de tí franca licencia.»

»En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia,
Que como junto á mí llegó, cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baja cortesía
Dijo: «Señora, una merced te pido
Sin haberla mis obras merecido.

»Que si soy estranjero y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural te ofrezco
De vivir y morir en tu servicio:
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio,
Quiero si dello fueres tú servida
Luchar con Mareguano otra caida.

»Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
Hasta dejarle en todo satisfecho,
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho;
Que siendo en tu presencia, cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho:
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin límite, absoluto.»

»Esto dicho con baja reverencia
La respuesta mirándome esperaba;
Mas yo, que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba,
Y así le respondí: «Si yo algo puedo
Libre y graciosamente lo concedo.»

»Luego con un gallardo continente
Ambos juntos de mí se despidieron,
Y con grande alborozo de la gente
En la cerrada plaza los metieron:
Adonde los padrinos igualmente
El sol ya bajo y campo les partieron,
Y dejándolos solos en el puesto
El uno para el otro movió presto.

»Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo en torno y volteando,
Ora yendo al través, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora bajando,
Ora en sí recogidos pecho á pecho;
Tan estrechos gimiendo se tenian,
Que recibir aliento aun no podian.

»Volvian á forcejar con un ruido,
Que era de ver y oirlos cosa estraña;
Pero el mozo estranjero ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzó de tierra al otro, y de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña
Con tal golpe, que al triste Maureguano
No le quedó sentido y hueso sano.

»Luego, de mucha gente acompañado,
A mi asiento los jueces le trujeron;
El cual ante mis piés arrodillado
Que yo le diese el precio me dijeron:
No sé si fué su estrella, ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.

»Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y accidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí mas reportada,
Al vencedor en todo dignamente
Que estaba allí inclinado ya en mi falda
Le puse en la cabeza la guirnalda.

»Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos,
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oidos:
Al fin se fué llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos;
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.

Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brío,
A la cual sometida se entregaba
La razon, libertad y el albedrío:
Yo que cuando acordé ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
Alcé los ojos tímidos cebados
Que la vergüenza allí tenia abajados.

»Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa
Cebando mas la llaga y el veneno;
Que solo allí mirarle y no otra cosa
Para mi mal hallaba que era bueno;
Así que adonde quiera que pasaba
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

»Vile que á la sazon se apercibia
Para correr el palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y mas tenía
El término del curso señalado;
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.

»Mas de cuarenta mozos en el puesto
A pretender el precio parecieron,
Donde en la raya el pié cada cual puesto
Prontos y apercibidos atendieron;
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad, que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas.

»Pero Crepino, el joven estranjero,
Que así de nombre proprio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero,
Que al presuroso viento atrás dejaba:
El rojo palio al fin tocó el primero
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.

»Y con solemne triunfo rodeando
La llena y ancha plaza le llevaron;
Pero después á mi lugar tornando,
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto
Le di mi libertad y anillo junto.

»Él me dijo: «Señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la aficion con que se ofrece:
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.»

»Yo por usar de toda cortesía,
Que es lo que á las mujeres perficiona,
Le dije, que el anillo recibia
Y mas la voluntad de la persona:
En esto toda aquella compañía,
Hecha en torno de mí espesa corona,
Del ya agradable asiento me bajaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.

»No con pequeña fuerza y resistencia,
Por dar satisfaccion de mí á la gente,
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre y señor, mañosamente
Le di á entender por señas y rodeo
Querer cumplir su ruego y mi deseo,

»Diciendo: que pues él me persuadia
Que tomase parientes y marido
Al parecer segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido,
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte y linaje conocido,
Junto con ser discreto, honesto, afable,
De condicion y término loable.

»Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Besándome en la frente dijo: «En esto
Y en todo me remito á tu albedrío;
Pues de tu discrecion y intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio;
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.»

»Ya que con voluntad y mandamiento
A mi honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo,
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo,
Hoy hace justo un mes. ¡Oh suerte dura!
¡Qué cerca está del bien la desventura!

»Ayer me vi contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo,
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte
Todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

»Este es pues el proceso, esta es la historia
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida;
Y pues que por tu causa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

»Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Haznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podia:
Solo pedia la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia también la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado;
Y espantado también de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el sur y sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuánto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegualda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó, en tanto
Que el esperado ya vecino dia
Quitase de la noche el negro manto.
Entre tanto también razon seria,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baja voz en alta y sonorosa;
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtuosas:
Pues mirándolo bien, solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia, y las condena
A duro freno y vergonzosa pena.

¡Cuántas y cuántas vemos que han subido
A la difícil cumbre de la fama,
Judit, Camila, la fenisa Dido,
A quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama;
Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia!

Bien puede ser entre estas colocad
La hermosa Tegualda, pues parece
En la rara hazaña señalada
Cuánto por el piadoso amor merece:
Así sobre sus obras levantada
Entre las mas famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
A la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues como dije recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida,
Segun lo que esperaba en su ventura;
Pero la aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme en el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento:
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula llorando,
Los brazos estendidos, me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando:
Al fin entre los muertos que allí habia
Hallamos el sangriento cuerpo helado
De una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada;
Y junta con la suya en abundante
Flujo de vivas lágrimas bañadas,
La boca le besaba y la herida
Por ver si le podia infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! decia, ¿qué hago
Entre tanto dolor y desventura?
¿Cómo al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
¿Por qué ya pusilánime de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega,
Que aun el morir forzoso se me niega?»

Así furiosa por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello,
Y no pudiendo mas, no perdonaba
Al afligido rostro ni al cabello,
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello:
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentílico intento y desvarío,
Los prestos yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasía,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra
Encaminada en la derecha via,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos,
El foso y roto muro reparando:
De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y orden aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.

También tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos
Con mil caballos y dos mil flecheros;
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales, y las ciénagas y esteros
Llevándoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
Llegó un indio á gran priesa á nuestro fuerte,
Diciendo: ¡Oh temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte,
Que la potencia indómita araucana
Viene sobre vosotros de tal suerte,
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar donde podais salvaros.

El mismo aviso trajo al mediodía
Un amigo cacique de la sierra,
Afirmando por cierto que venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones,
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el menos animoso osadamente
El lugar de mas riesgo procuraba;
Y con presteza y orden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando con muestra apercibida
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos también por indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados,
Al postrer cuarto de la noche muda:
Así que, cuando mas desconfiados
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen orden nuestra gente.

¡Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte,
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte,
Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos!

Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos,
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos;
Tiendas labradas, toldos, pabellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida desta gente
Que el ejército bárbaro vecino
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudase de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sabiamente
Al consejo de muchos contravino,
Discurriendo por términos y modos
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia;
Pero al fin por entonces difirieron
La ejecucion de la áspera sentencia,
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener mas cierta inteligencia
Del español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ocio y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente
Ganosa de honra y de valor movida,
Murmurando el reposo impertinente,
Pide que se acelere la partida
Y el dia de todos tanto deseado,
Que fué de aquel en cinco señalado.

Venido el aplazado alegre dia,
Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la Imperial gran compañía
De caballeros y de gente armada;
Que en aquella ocasion partido habia
Por tierra, aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje bastecida
De municiones, armas y comida.

Ya pues en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual orden repartidos
Los lugares, cuarteles y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolicán también por otra parte,
Con no menor cuidado y providencia,
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficiencia:
Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y esperiencia;
Y todo puesto á punto quiso un dia
Ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que pasó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado,
Delante de su escuadra gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen orden y manera
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros
Gran número de tiros esparciendo;
Venia Rengo tras él con sus maceros
En paso igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano
Con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestido en lugar de arnés traia
La piel de un fiero tigre que matara
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara.
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban
De pieles de animales rodeados.
Luego los talcamávidas pasaban,
Que son mas aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo descendiente,
Rigiendo los que habitan las riberas
Del gran Nibequetén, que su corriente
No deja á la pasada fuente y rio
Que todos no los traiga al Biobio.

Pasó luego la muestra Mareande
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo;
Iba con él su primo Lepomande
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa rodeados
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo,
Arrastrando una pica poderosa,
Delante de su escuadra por estremo
Lucida entre las otras y vistosa;
Un poco atrás del cual iba Gualemo
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de su madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando
Bañándose en la mar algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué dél súbitamente arrebatada;
Y el marido á las voces aguijando
De la cara mujer del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella
Al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado
A la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino monstruo sobreaguado
(Que también el amor ya le cegaba)
Dió recio en seco al tiempo que el reflujo
De las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo
Contra el mozo animoso se volvia;
El cual, sazon y punto no perdiendo,
A las cercanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente,
De fuerza y lijereza acompañada,
Al monstruo devoraz heria en la frente
Con una porra de metal herrada:
Al cabo el indio valerosamente
Dió felice remate á la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que mas de treinta piés tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
Digno de le poner en escritura,
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y facil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó, y á Quilacura,
Que es un valle estendido y muy poblado
De gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como un tierno junco le blandea,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los puelches, gentes banderizas,
Cuyas armas son puntas enastadas
De una gran braza largas y rollizas;
Y los trulos también que usan espadas,
De fe mudable y casas movedizas,
Hombres de poco efeto, alharaquientos
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalicán con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finísima vestida
Vibrando la fornida y gruesa lanza;
Y Orompello, de edad aun no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de jóvenes dispuestos
De grande presuncion y gallardia;
Seguian los llaucos de almagrados gestos,
Robusta y esforzada compañia,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del ínclito Ainavillo.

Seguia después Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo;
Tras él venia Purén también guiando
Con no menor donaire y contoneo
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada,
Con desdeñoso término delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada;
El mozo Peicaví luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
A quien habia en el cargo sucedido,
Todo de negro el blanco arnés cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncos atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista,
Primero en todo, Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo:
Grande en el cuerpo y áspero en la vista,
Con un huello lozano y paso tardo,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolicán, con la otra parte
Y resto del ejército araucano,
Mas encendido que el airado Marte,
Iba con un baston corto en la mano:
Bajo de cuya sombra y estandarte
Venia el valiente Curgo y Mareguano
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguán, Lambecho y Guampicolo.

Seguian luego detrás sus plimaiquenes,
Tuncos, renoguelones y peucones,
Los itatas, mauleses y cauquenes
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, puelches y cautenes
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos, comarcanos y estranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada,
Tiembla en torno la tierra y se estremece
Dé tantos piés batida y golpeada;
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvareda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante
Segun que dije arriba, don García
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañía,
Con un alegre término y semblante
Que dichoso suceso prometia,
Moviendo los dispuestos corazones
Los empezó á decir estas razones:

«Valientes caballeros, á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el austral polo
Pasando la solar tórrida zona,
Y los distantes trópicos, que Apolo,
Por mas que cerca el cielo y le corona,
Jamás en ningun tiempo pasar puede,
Ni el soberano Autor se lo concede:

»Ya que con tanto afán habeis seguido
Hasta aquí las católicas banderas,
Y al español dominio sometido
Inumerables gentes estranjeras;
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras:
Que vencido esto poco, vereis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

»Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado,
Poco ó ninguna cosa habemos hecho,
Ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
Que la causa indecisa, igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
A todas vuestras glorias y fortuna,
Pues las puede ganar con sola una.

»Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es, que en estas batallas y revueltas,
Aunque os haya ofendido el enemigo,
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas:
Antes le defended como al amigo,
Si volviéndose á vos las armas sueltas
Rehuyere el morir en la batalla,
Pues es mas dar la vida que quitalla.

»Poned á todo en la razon la mira
Porque las armas siempre habeis tomado,
Que pasando los términos la ira
Pierde fuerza el derecho ya violado;
Pues cuando la razon no frena y tira
El ímpetu y furor demasiado,
El rigor escesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.

»No sé, ni tengo mas acerca desto
Que decir, ni advertiros con razones,
Que en detener ya tanto soy molesto
La furia desos vuestros corazones:
Sús, sús, pues, derribad y allanad presto
Las palizadas, tiendas, pabellones,
Y vámonos de aquí todos á una
Adonde ya nos llama la fortuna.»

Súbito las escuadras presurosas
Con grande alarde y con gallardo brio
Marchan á las riberas arenosas
Del ancho y caudaloso Biobio;
Y en esquifadas barcas espaciosas
Atravesaron luego el ancho rio,
Entrando con ejército formado
Por el distrito y término vedado.

Mas segun el trabajo se me ofrece
Que tengo de pasar forzosamente,
Reposar algun tanto me parece
Para cobrar aliento suficiente;
Que la cansada voz me desfallece,
Y siento ya acabárseme el torrente;
Mas yo me esforzaré, si puedo tanto,
Que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.

Pérfido amor, tirano, ¿qué provecho
Piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,
Que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
Labrarme poco á poco un vivo fuego,
Y desde allí con movimiento blando
Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga
El duro estilo del sangriento Marte,
Que así de tal manera me fatiga
Tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga,
Que porque nadie quiere celebrarte,
Al último rincon vas á buscarme,
Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran hajeza,
Habiendo tantos célebres varones,
Venir á mendigar á mi pobreza
Tan falta de concetos y razones;
Y en medio de las armas y aspereza,
Sumido en mil forzosas ocasiones
Me cargas por un sueño quizá vano
Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
Del enemigo barbaro vecino
No da lugar á que otra cosa atienda,
Que me tiene tomado ya el camino,
Donde siento fragnada una contienda,
Que el mas fértil ingenio y peregrino
En tal revolucion embarazado
No le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo pues hacer, si ya metido
Dentro del campo y ocasion me veo,
Sino al cabo cumplir lo prometido
Aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
Por la mas corta senda sin rodeo
Pienso seguir el comenzado oficio
Desnudo de ornamento y artificio;

Vuelto á la historia, digo que marchaba
Nuestro ordenado campo de manera,
Que gran espacio en breve se alejaba
Del talcaguano término y ribera;
Mas cuando el alto sol ya declinaba,
Cerca de un agua al pié de una ladera
En cómodo lugar y llano asiento
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados,
¡Arma, arma, enfrena, enfrena, aina, aina!
Luego de acá y de allá los derramados,
Siguiendo la ordenanza y disciplina
Corren á sus banderas y pendones
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
Al remate del cual está una sierra
Cerca del alto monte andalicano,
Vieron de allí calar gente de guerra
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: ¡espera, espera! ¡tente, tente!
Veremos quién hoy es aquí el valiente!

Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron;
Pero los fieros bárbaros de hecho
Sin punto reparar los embistieron,
Haciéndoles tomar luego la vuelta,
Sin orden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en parte recogidos
Haciendo cuerpo y rostro revolvian,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian;
Pero con mayor furia compelidos
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
Siempre con mayor furia y crecimiento,
En una espesa polvareda envueltos
Iban en el alcance y seguimiento;
Los nuestros á calcaño y frenos sueltos
A la sazon con mas temor que tiento
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban
Con voces, cuerpos, brazos y talones,
Los bárbaros por piés los alcanzaban
Haciéndoles bajar de los arzones:
Al fin necesitados peleaban,
Cual los heridos osos y leones
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo,
Y en ancho y presuroso remolino
Todo lo coge, lleva y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento:

Con tal facilidad arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia
Iban los españoles fatigados
Sin poderse poner en resistencia:
Algunos del honor avergonzados
Vuelven haciendo rostro y apariencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando
Siguiendo el hado y próspera fortuna,
El rabioso furor ejecutando
En los rendidos sin clemencia alguna,
Por el tendido valle resonando
La trulla y grita bárbara importuna,
Que arrebatada del fijero viento
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente
Con gran presteza y no menor ruido
Juan Remon arribó con mucha gente,
Que el aviso primero habia tenido;
Y en furioso tropel gallardamente,
Alzando un ferocísimo alarido,
Embistió la enemiga gente airada
En la victoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
De duras puntas al romper hallaron,
Que con estrago de una y otra parte
Hecho un hermoso choque repararon:
Unos pasados van de parte á parte,
Otros muy lejos del arzon volaron,
Otros heridos, otros estropeados,
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ó pluma mia,
Las memorables cosas señaladas,
Y los crudos efectos deste dia
De valerosas lanzas y de espadas:
Que aunque ingenio mayor no bastaria
A poderlas llevar continuadas,
Es justo se celebre alguna parte
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
El primero escuadron iba guiando,
Con muestra airada y con feroz semblante
El firme y largo paso apresurando,
Cala la gruesa pica en un instante,
Y el cuento entre la tierra y pié afirmando,
Recibe en el cruel hierro fornido
El cuerpo de Hernán Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado
Hizo el agudo hierro gran herida,
Pasando el escaupil doble, estofado,
Y una cota de malla muy tejida:
El ancho y duro hierro ensangrentado
Abrió por las espaldas la salida,
Quedando el cuerpo ya descolorido
Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
Salió al valiente Osorio, que corriendo
Venia con mayor ánimo que tino
Los herrados talones sacudiendo,
Mostrando el cuerpo al tiempo que convino,
Le dió lado, y la maza revolviendo
Con tanta fuerza le cargó la mano,
Que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venia,
De otro golpe también le puso en tierra,
El cual con gran esfuerzo y valentia
La adarga embraza y de la espada aferra,
Y contra la enemiga compañía
Se puso él solo á mantener la guerra,
Haciendo rostro y pié con tal denuedo
Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
La fuerza contra tantos no bastaba,
Que ya la espesa turba alharaquienta
En confuso monton le rodeaba;
Pero en esta sazon mas de cincuenta
Caballos que Reinoso gobernaba,
Que de refresco á tiempo habian llegado,
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron
De gruesas astas un tejido muro,
El cerrado escuadron aportillaron,
Probando mas de diez el suelo duro;
Y al esforzado Cáceres cobraron,
Que cercado de gente mal seguro
Con ánimo feroz se sustentaba,
Y matando, la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés y Aranda,
Sin mirar el peligro y riesgo estraño,
Sustentan todo el peso de su banda:
También hacen efecto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ullos,
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa

Pero muy presto la araucana gente,
En la española sangre ya cebada,
Los hizo revolver forzosamente,
Y seguir la carrera comenzada;
Tras estos otra escuadra de repente
En ellos se estrelló desatinada;
Mas sin ganar un paso de camino
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
Luego con nueva pérdida y mas priesa
La primera derrota proseguian;
Y en una polvorosa nube espesa
Envueltos unos y otros ya venian,
Cuando fué nuestro campo descubierto
En orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí mas reportados,
El suelto paso y furia detuvieron;
Y al punto recogidos y ordenados,
La campaña al través se retrujeron
Al pié de un cerro á la derecha mano
Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos
Un gran tropel á pié de gente armada,
Que con presteza al arribar les dimos
Espesa carga y súbita rociada;
Y al cieno retirados nos metimos
Tras ellos por venir espada á espada,
Probando allí las fuerzas y el denuedo
Con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron
Así de firme á firme y frente á frente,
Ni mano á mano dando recibieron
Golpes sin descansar á manteniente,
Como el un bando y otro que vinieron
A estar así en el cieno estrechamente,
Que echar atrás un paso no podian;
Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién el húmido cieno á la cintura
Con dos y tres á veces peleaba;
Quién por mostrar mayor desenvoltura
Queriéndose mover, mas se atascaba;
Quién probando las fuerzas y ventura
Al vecino enemigo se aferraba,
Mordiéndole y cegándole con lodo,
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
Andaba igual, y en duda la fortuna,
Sin muestra ni señal de declararse
Mínima de ventaja en parte alguna:
Ya parecian aquellos mejorarse,
Ya ganaban aquestos la laguna;
Y la sangre de todos derramada
Tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
Le habia llevado ciego tanto trecho,
Luego que nuestro campo vió á la mira,
Y que á dar en la muerte iba derecho,
Al vecino pantano se retira,
Y el fiero rostro y animoso pecho
Contra todo el ejército volvia,
Y en voz amenazándole decia:

«Venid, venid á mí, gente plebeya,
En mí sea vuestra saña convertida,
Que soy quien os persigue, y quien desea
Mas vuestra muerte que su propia vida;
No quiero ya descanso hasta que vea
La nacion española destruida,
Y en esa vuestra carne y sangre odiosa
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando
En medio del pantano se presenta,
Y la sangrienta maza floreando
La gente de poco ánimo amedrenta:
No fué bien conocido en la voz, cuando
Haciendo de sus fieros poca cuenta,
Algunos españoles mas cercanos
Agulijamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan, yanacona, que una pieza
De los otros osado se adelanta,
Le machuca de un golpe la cabeza,
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,
Y contra el jóven Zúñiga endereza
El tercero con saña y furia tanta,
Que como clavo en húmido terreno
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados,
Turbando el aire claro á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados,
El lodo á la cintura, osadamente
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido,
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata:

El bárbaro esforzado de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,
Estaba solo en medio del pantano
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros que de una y otra mano
Cubriendo el sol sin número salian,
Y como tempestad sobre él llovian.

Ya el esparcido ejército obediente
Que el porfiado alcance habia seguido,
Descubriendo en el llano á nuestra gente
Se habia tirado atrás y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido
A causa que la ciénaga era honda,
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande priesa en orden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba,
Por un inculto paso y encubierto
Qu la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados y él salvarse,

Diciéndoles: «Amigos, no gastemos
La fuerza en tiempo y acto infructüoso;
La sangre que nos queda conservemos
Para venderla en precio mas costoso;
Conviene que de aquí nos retiremos
Antes que en este sitio cenagoso
Del enemigo puestos en aprieto
Perdamos la opinion y él el respeto.»

Luego la voz de Rengo obedecida
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y mas tejida
Al son del atambor se retrujeron:
Era áspero el lugar y la salida,
Y así seguir los nuestros no pudieron,
Quedando algunos dellos tan sumidos,
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo;
Rengo bruto, sangriento y enlodado
Los lleva en retaguardia recogiendo,
Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y la alta frente.

Nuestro campo por orden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traido
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco también saltó apartada
Sin torcer ceja ni arrugar la frente,
Y con desdén y menosprecio dello
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: «Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra:
Que no temo la muerte, ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien sus espadas.

»Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aquí pues moriré á vuestro despecho,
Que si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero;
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera,
Que ve la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos añudados
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batia:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pié puesto dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar á mi pesar la vida,
Aunque por modo vil se me conceda,
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

«Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mí tendreis con odio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo,
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entendereis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento
Partió de allí lijero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin vos y sin aliento.

CANTO XXIII.

Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; pintase la cueva del hechicero Fitton, y las cosas que en ella habia.

Jamás debe, señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que después nos abrasemos;
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos,
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que mientras que la incierta vida dura
Nunca hay cosa que dure en un estado:
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infeliz acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es orden y costumbre
Por donde ha de pasar el mas dichoso,
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
Y así por no ser largo y enojoso
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual, aunque herido y desangrado,
Tanto el coraje y rabia lo inducia,
Que llegó á Andalicán donde alojado
Caupolicán su ejército tenia:
Era el tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.

Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente;
Cuál por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente;
Cuál un concierto lícito aprobaba;
Cuál era deste voto diferente:
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia
Galvarino arribó apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia
Le fué graciosamente concedida;
Donde con la debida reverencia
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella:

«Si soliades vengar, sacros varones,
Las ajenas injurias tan de veras,
Y en las estrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿Cómo agora en las proprias posesiones
Unas bastardas gentes estranjeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el vengaros?

»Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por mas afrenta
Me envian lleno de injurias al senado,
Para que dellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dejar cacique alguno
Sin desmembrarlos todos uno á uno.

»Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros abuelos,
Y el araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos:
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.

»¿Qué provincia hubo ya que no temiese
De vuestra voz en todo el mundo oida,
Ni nacion que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida?
Arribando á la cumbre, porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caida,
Y al término llegase el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio.

»Pues unos estranjeros enemigos,
Con título y con nombre de clemencia,
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reducir á su obediencia;
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad ni estado.

»Volved, volved en vos, no deis oido
A sus embustes, tratos y marañas,
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas:
Que la ocasion que aquí los ha traido
Por mares y por tierras tan estrañas,
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas desta tierra.

»Y es un color, es apariencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el estender la religion cristiana,
Siendo el puro interés su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demás es fingimiento;
Pues los vemos que son mas que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.

»Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte,
A dura adversidad corazon duro,
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita aun lo imposible.»

No pudo decir mas de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza aun no podia:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dejando aun á los mas endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida
Que pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida
En siéndole la sangre restañada;
Y la virtud con tiempo socorrida
Fué de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera,
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones
Y el odio que á los nuestros concibieron,
Que los mas entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron
Así las diferentes opiniones
A un fin y parecer se redujeron,
Quedando para siempre allí escluido
Quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
De venir á las armas braveaban,
Y con muestras y afectos hervorosos
El espacioso tiempo apresuraban;
Pero los mas maduros y espaciosos
Aquella ardiente cólera templaban
Y el término de algunos indiscreto,
No reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato pues tratando
De dar no una batalla sino ciento,
Dei orden, la manera, dónde y cuándo
Con varios pareceres y un intento:
Que me voy poco á poco descuidando
De nuestro alborotado alojamiento,
Donde estuvimos todos recogidos
Con buena guardia y bien apercibidos.

Mas cuando el esperado sol salia,
La gente de caballo en orden puesta
Marchó, quedando atrás la infantería,
Y del campo después toda la resta
Con tal velocidad, que á mediodía
Subimos la temida y agria cuesta
De blancos huesos de cristianos llena,
Que despertó el cuidado y nos dió pena.

Al araucano valle pues bajamos,
Que el mar le bate al lado del poniente,
Donde en llano lugar nos alojamos
De comidas y pastos suficiente;
Y luego con promesas enviamos
De aquella vecindad alguna gente
A requerir la tierra comarcana
Con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen
Y pasasen después algunos dias,
Ni por astucia y maña no supiesen
De su resolucion nuestras espías,
Fué acordado que algunos se partiesen
Por los vecinos pueblos y alquerías
Al salir tardo de la escasa luna
A tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercibido sordamente,
En medio del silencio y noche escura
Dí sobre algunos pueblos de repente
Por un gran arcabuco y espesura;
Donde la miserable y triste gente
Vivia por su pobreza en paz segura:
Que el rumor y alboroto de la guerra
Aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo pues á dar al Chaillacano,
Que es donde nuestro campo se alojaba,
Vi en una loma al rematar de un llano
Por una angosta senda que cruzaba
Un indio laso, flaco y tan anciano,
Que apenas en los piés se sustentaba;
Corvo, espacioso, débil, descarnado,
Cual de raices de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardía,
Llegué por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél si algo sabia;
Mas no sale con tanta lijereza
Sintiendo los lebreles por la vía
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atencion y advertimiento,
Arrimando las piernas al caballo
A mas correr salí en su seguimiento,
Pensando aunque volaba de alcanzallo;
Mas el viejo dejando atrás el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
Perdiéndole de vista en un instante
Sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco mas estrecho,
Que le ciñen dos cerros los costados;
Y mirando á lo bajo y mas derecho,
En una selva de árboles copados,
Vi una mansa corcilla junto al rio
Gustando de las yerbas y rocío.

Ocurrió luego á la memoria mia,
Que la razon en sueños me dijera,
Cómo habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera;
Y así yo, con grandísima alegría,
Comencé de bajar por la ladera
Paso á paso siguiendo el un camino
Hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa
Labrando á mi caballo los costados,
Mas tomando otra senda que atraviesa
Se entró por unos ásperos collados:
Al cabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Adonde se lanzó por una senda,
Y yo también tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino
Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá, fuera de tino,
De una espesura en otra andaba á tiento:
Vista pues mi torpeza y desatino
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera,
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca murmuraba;
Y al vecino rumor encaminado,
Al pié de un roble que á la orilla estaba,
Ví una pequeña y mísera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla.

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traido
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamás ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscarte el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel estraño y agradable viejo,
Mas alegre que nunca fuí en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo,
Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo,
Para saber la cueva do habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
Con un suspiro y tierno sentimiento
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento;
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una pedregosa y fresca fuente,
Do comenzó á decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fuí soldado,
En cargo antecesor de Colocolo;
Y antes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.

»Mas como en esta vida el bien no dura,
Y todo está sujeto á desvarío,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpetuo el honor mío:
Que por estraño caso y suerte dura
Perdí con Ainavillo en desafío
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.

»Viéndome pues con vida y deshonrado,
Que mil veces quisiera antes ser muerto,
De cobrar el honor desesperado
Me vine como ves á este desierto,
Donde mas de veinte años he morado
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de tí, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

»Así que tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento;
Y pues que la fortuna te ha traido
A mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que aunque intratable y áspero, es mi tio,
Hermano de Guarcolo, padre mio.

»Al pié de una espesísima montaña,
Pocas veces de humano pié pisada,
Hace su habitacion y vida estraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

»Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales;
Y en el escuro reino del espanto
Apremia á los callados infernales,
A que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente y lo futuro.

»En la furia del sol y luz serena
De nocturnas tinieblas cubre el suelo,
Y sin fuerza de vientos llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los ríos enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorridas
Por sus fuertes palabras compelidas.

»Las yerbas en su agosto reverdecen,
Y entiende la virtud de cada una;
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y orden de la luna;
Tiembla la firme tierra y se estremece
A su voz eficaz, sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

»Los otros poderosos elementos
A las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos:
Al fin por su saber y encantamento
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes
Los destinos y hados de las gentes.

»No sé pues cómo pueda encarecerte
El poder deste mágico adivino:
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede un su sobrino;
Mas para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazon desocupada
Que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda
A paso apresurado caminamos
Por una estrecha y intrincada senda.
La cual seguida un trecho nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada
De espesas ramas y árboles cubierta,
Vimos un callejon y angosta entrada,
Y mas adentro una pequeña puerta,
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta,
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos
No sin algun temor de parte mia,
Cuando á una grande bóveda salimos
Do una perpetua luz en medio ardia,
Y cada banda en torno della vimos
Poyos puestos por orden, en que había
Multitud de redomas sobrescritas
De ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos;
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso quersidros cuando es viejo.

También en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del cencris, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una harpia,
La hiel de la biforme Anfisibena,
Y la cola del áspide revuelta,
Que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura,
Carne de niña por nacer sacada
No por donde la llama la natura,
Y la espina también descoyuntada
De la sierpe cerastes, y la dura
Lengua de la emorrois, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
La superflua natura ha producido,
Escupidos de sierpes venenosos,
Las dos alas del yaculo temido,
Y de la seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre ó animal della mordido,
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso trasparente
El corazon del grifo atravesado,
Y ceniza del fénix que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado;
El unto de la scitala serpiente,
Y el pescado equineis, que en mar airado
Al curso de las naves contraviene,
Y á pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones,
Y mortíferas sierpes enconadas,
Alacranes y colas de dragones,
Y las piedras del águila preñadas;
Buches de los hambrientos tiburones,
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo que con atencion mirando andaba
La copiosa botica embebecido,
Por una puerta que á un rincon estaba
Vi salir un anciano consumido,
Que sobre un corvo junco se arrimaba;
El cual luego de mí fué conocido
Ser el que habia corrido por la cuesta
Que apenas le alcanzara una ballesta;

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
El que siendo tan mozo has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Do sin mi voluntad nadie ha llegado;
Mas porque sé que algun honrado intento
Tan lejos á buscarme te ha obligado,
Quiero por esta vez hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico y tratable,
Se detuvo mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo queria;
Mas viéndome callar le respondia,

Diciendo: «¡Oh gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley á tí sujetos!
Tú, que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos,
Y el orden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras;

»Y por mágica ciencia y saber puro
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reino escuro
Meter la claridad y luz del cielo,
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal, que con recelo
Tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta:

»Sabrás que á este mancebo le ha traido
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que en las indias regiones estendido
Hasta el ártico polo se derrama;
El cual por mil peligros ha rompido
Tras su deseo corriendo que le llama
A celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra.

»Que estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia,
Súbito fué en un sueño arrebatado
Viendo cuanto en la Europa sucedia;
Donde le fué asimismo revelado,
Que en tu escondida cueva entenderia
Estraños casos dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese mas su historia;

»Y que noticias le darias de cosas
Ya pasadas, presentes y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,
Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras:
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.»

Holgó el mago de oir cuán estendida
Por aquella region su fama andaba,
Y vuelta á mí la cara envejecida
Todo de arriba abajo me miraba;
Al fin con voz pujante y espedida,
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuesta me dió desta manera:

«Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es menos alargar á uno la vida
Contra los estatutos de los hados:
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.»

Diciendo así, con paso tardo y lento
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica estraña y ornamento
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarlo pueda,
Ni habrá imaginacion á que no esceda.

Tenia el suelo por orden ladrillado
De cristalinas losas trasparentes,
Que el color contrapuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes;
El cielo alto, diáfano, estrellado
De inumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La varia luz que dellas revocaba.

Sobre colunas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto en torno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas,
Que un sordo bien pensara que hablaban;
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se via el estremo y escelencia
De armas, letras, virtud y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en cuadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia;
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por sí se sostenia,
Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo y techo
La gran riqueza y varias esculturas,
El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando
Comenzó de enseñarme así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los mas desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados;
Y algunos que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados
Los ha puesto su próspera fortuna
En el mas alto cuerno de la luna.

»Y esta bola que ves y compostura
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su dificilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado:
Mas no habrá en larga edad cosa futura,
Ni oculto disponer de inmóvil hado,
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.

»Mas pues tus apariencias generosas
Son de escribir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dejaré de aclararte algunas cosas
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante.

»Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es mas que en otra parte frecuentada:
Solo te falta una naval batalla
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar tan bien como de tierra.

»La cual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendremos por dudosa,
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa;
Y el gran Mediterráneo, mar seguro
Quedará por la gente victoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

»Por tanto á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrísono conjuro,
Que si atento con ánimo estuvieres
Verás aquí presente lo futuro;
Todo punto por punto lo que vieres
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás como digo ser de vista
Testigo y verdadero coronista.»

Yo con mayor codicia por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado
Tan grande como el nuestro, y tan patente:
Como en redondo espejo relevado
Llegando junto el rostro claramente,
Vemos dentro un anchísimo palacio
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubría
El turbado y revuelto mar ausonio,
Donde se definió la gran porfía
Entre César Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecía
Por la banda de Lepanto y Favonio
Junto á las Curchulares acia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del papa, de Felipe y venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles turcos y cristianos,
Que en orden de batalla aparejadas
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
Verás una naval batalla estraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España;
Y luego con airado y fiero gesto
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo: «Orco amarillo, Cancerbero,
O gran Pluton, rector del bajo infierno,
O cansado Caron, viejo barquero,
Y vos, laguna Estigia y lago Averno,
O Demogorgon, tú, que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito y Flegetonte;

Y vos, furias, que así con crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las inferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas;
Y vosotras, gorgóneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas:
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,
Nos muestra lo que pido aquí visible.
¡Hola! ¿A quién digo? ¿Qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta,
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.

No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando
Las cuerdas y anchas velas se estiraron,
Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco á moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demás causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Vi que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia;
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia
Verlos en su vigor y años lozanos
Y otros floridos jóvenes ya canos.

Luego pues los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devocion y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sones
Acercándose siempre caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban;
Las ordenadas bandas y escuadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida y voz pujante:
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante:
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.

CANTO XXIV.

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochali.

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las ausonias olas definida:
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abrióme, ó sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguaje conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir estensa y claramente
Deste naval conflito y rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios é instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?

Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, trasilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Númidas, sarracenos, africanos,
Jenizaros, sanjacos, capitanes,
Chauces, rehelerbeyes y bajanes.

Vi allí también de la nacion de España
La flor de juventud y gallardía,
La nobleza de Italia y de Alemaña
Una audaz y bizarra compañía:
Todos ornados de riqueza estraña,
Con animosa muestra y lozanía,
Y en las popas, carceses y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas pues venian
En tal manera y orden navegando,
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando:
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurria,
Donde venía un mancebo levantado
De gallarda presencia y bizarría:
Un riquísimo y fuerte peto armado
Con tanta autoridad, que parecia
En su disposicion, figura y arte
Hijo de la fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,
Aficionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,
El aire, el ademán y compostura;
En la fuerte celada, en la testera
Vi escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro el campo en sangre tinto:
Don Juan, hijo del César Carlos quinto.

El cual acá y allá siempre corria
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venia
El viejo secretario Juan de Soto;
De quien el mago anciano me decia
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y esperiencia,
De mucha espedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazon los exhortaba
A la batalla y trance peligroso
Con ánimo y valor, que aseguraba
Por cierta la victoria y fin dudoso;
Y su gran corazon facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un belicoso ardor y fuego ardiente;

Diciendo: «O valerosa compañía,
Muralla de la Iglesia inespugnable:
Llegada es la ocasion, este es el dia,
Que dejais vuestro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfía,
Y la invencible fuerza y fe inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos.

»Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desa armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida:
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su rey y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sino en trayendo al enemigo á muerte.

»Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende:
Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende;
Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Mas del poco de mar que en medio veo.

»Vamos pues á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama;
Del hado el curso próspero sigamos
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoroso estruendo de la guerra
Por todos los confines de la tierra.

»Mirad por ese mar alegremente
Cuánta gloria os está ya aparejada:
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros piés sea derrocada,
Y someta hoy aquí todo el oriente
A nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes príncipes y reyes
Los podemos quitar y poner leyes.

»Hoy con su perdicion establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano:
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor mahometano.
¿Qué peligro, ó varones, temeremos
Militando debajo de tal mano?
Y ¿quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?

»Solo os ruego, que en Cristo confiando,
Que á la muerte de cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por él mostrando
Que llamarse su milite merece;
Con propósito firme protestando
De vencer ó morir: que si parece
La victoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es menos buena.

»Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la victoria asegurada;
Así que, ya del cielo prometido
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.»

Súbito allí los pechos mas helados
De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos los diestros brazos levantados
La victoria ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven pues loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando
Atravesó por medio de la armada,
De blanca espuma el rastro levantando:
Cual luciente cometa arrebatada,
Cuando veloz rompiendo el aire espeso
Le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto
En orden las galeras y la gente,
A la suya real se acostó presto,
Donde fué saludado alegremente;
Y señalando á cada cual su puesto
Con el concierto y modo conveniente,
Zafa la artillería, y alistada
Iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar Mediterrano
Hará perpetua y célebre memoria;
Y Agustin Barbarigo, veneciano,
Proveedor de la armada senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra
Con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Carlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino;
La del papa y Venecia á los costados
Así continuaban su camino:
Cargando con igual compás y estremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos por las fronteras
Que á manera de luna iban cerradas;
Seguian luego detrás treinta galeras,
Al general socorro señaladas,
Donde el marqués de Santa Cruz venia
Con una valerosa compañía.

Por el orden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento
Ganándole la mar se aventajaba;
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y escelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro,
Va Siroco virey de Alejandría
Con Memetbey, cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazon regia;
Ochalí renegado iba al siniestro
Con Carabey su hijo en compañía,
Y en medio en la batalla bien cerrada
Allí, gran general de aquella armada.

El cual reconociendo el duro hado,
Y de su perdicion la hora postrera,
Como prudente capitán y osado
De la alta popa en la real galera,
Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo,
Hizo esta breve plática diciendo:

«No será menester, soldados, creo,
Moveros ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestran bien las fieras intenciones:
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

»Que jamás la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta;
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta:
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado
Que de vuestro valor siempre habeis dado.

»No os altere la muestra y el ruido
Con que se acerca la enemiga armada:
Que sabed que ese ejército movido,
Y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un dia
Del mundo al Gran Señor la monarquía.

»Que esas gentes sin orden que allí vienen,
En el valor y número inferiores,
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos posesores
Las provincias y reinos del poniente,
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

»Que ese su capitán envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido,
Sin curso, disciplina ni esperiencia;
Y así presuntüoso y atrevido
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae á toda esa gente condenada
A la furia y rigor de vuestra espada.

»No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la victoria deste dia:
Que lo mas desa armada temerosa
Es de la veneciana señoría:
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada mas al regalo y pulicia,
Y á las blandas delicias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.

»Y esotra turbamulta congregada
Es pueblo suez, bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quien conformidad jamás se halla:
Gente que nunca supo qué es espada,
Que antes que se comience la batalla
Y el espantoso son de artillería,
La romperá su misma vocería.

»Mas vosotros, varones invencibles,
Entre las armas ásperas criados,
Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habrá ya tan terribles,
Ni contrarios ejércitos ligados,
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?

»Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con mas creciente
Teñido en roja sangre el color cano:
Abrid pues y romped por esa gente;
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»

Así el bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heróica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba;
Pero en lo hondo del secreto pecho
Siempre el negocio mas dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolucion del adversario.

Y mas cuando un jenízaro forzado
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Después de haberse bien certificado
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
Y el socorro que atrás viene siguiendo,
Si mi vista de aquí no desatina,
Es de la armada y gente ponentina.»

Sintió el bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba;
Pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte
El secreto dolor disimulaba;
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte
Segun orden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron:
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusion hacia
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego parecia,
No solo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida,
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero de no menor furia llevadas
Al socorro sobre ellas acudieron,
De la derecha y de la izquierda mano,
La general del papa y veneciano.

Do con segunda autoridad venia
Por general del sumo quinto Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio:
Tras la cual al socorro arremetia
Por el camino y paso mas vacío
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana Ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa:
La confusion y revolver furioso
Y del humo la negra nube espesa
La codiciosa vista me impedia,
Y así á muchos allí desconocia.

Mons de Leñi con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino
Gallarda y singular prueba hacia
De su valor, virtud y valentía.

Luego con igual ímpetu y denuedo
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pié quedo
Pueden con las espadas golpearse;
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente, deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban:
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban;
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego,
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego:
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte, ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caia en el mar de su furor llevado;
Quién con bestial desinio temerario
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba,
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total ruina,
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol los claros rayos recogiendo
Con faz turbada, de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondia,
Por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
Sobre el rodante carro presuroso
De Tesifon y Aleto acompañado
Discurre el fiero Marte sanguinoso:
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién faltándole tiros luego aferra
Del pedazo del remo ó de la entena;
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena:
No hay cosa de metal, de leño y tierra,
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batallolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen;
Y ardiendo en la agua fria peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles su propria sangre resolviendo
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles tablas y gúmenas asiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados;
Cuáles hacer mas daño no pudiendo,
A los menos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando
Contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y son horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitrán, y resina, y pez ardiendo;
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Así que, con la gana de escaparse
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando
Su opinion aun muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian;
Y en las huidoras olas estribando
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
Del contino batir apresurado;
El mar de todas partes rebatido
Hierve y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado, y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
El ínclito don Juan resplandecia,
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envía,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro mas lo necesita;
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce, y solicita
A la diestra, siniestra, á popa, á proa
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Priego, don Fernando,
Diligente, solícito y cuidoso,
Acude á todas partes remediando
Lo de menos remedio y mas dudoso:
Así pues del cristiano y turco bando
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando, como digo,
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,
Que el fin y dia postrero parecia;
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria:
Crece la rabia, el disparar no cesa
De la presta y continua batería,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
Al socorro comun apercibido,
Visto el trabado juego cuál andaba,
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo se arrojaba,
En medio de la priesa y gran ruido.
Embistiendo con ímpetu furioso
Todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo pues de enemigos rodeada
La galera real con gran porfía,
Y que otra de refresco bien armada
A embestirla con ímpetu venia,
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defensa se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Después rabioso sin parar corriendo,
Por la áspera batalla discurria;
Entra, sale y revuelve socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistia.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este dia
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado é impaciente
La espaciosa fortuna apresuraba,
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre ajena y propria andaba.
Allí Bajá no menos diligente
Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles contino á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la real cristiana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
A puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia estraña,
Gritando: ¡Cierra, cierra, España, España!

Los turcos, viendo entrada su galera,
Del temor y peligro compelidos,
Revuelven sobre sí, de tal manera
Que fueron los cristianos rebatidos;
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes españoles ofendidos,
Venciendo el nuevo golpe de la gente,
Los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pié con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza:
Carga socorro de uno y otro bando,
Fatigales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos
Que á la batida proa recurrian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros se impedian;
Pero de medicinas proveidos,
Luego de nuevo á combatir volvian,
Las enemigas fuerzas reprimiendo
Que iban al parecer convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba mas que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino,
Mas que de vista de ánimo dotado,
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
Demás de la pesada y gran caída,
Que resistir no pudo el peso fuerte
Ni la rodela á prueba guarnecida:
Al fin el joven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
En contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana;
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballería cristiana,
La multitud pagana contrastando,
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Arjel, cosario esperto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto
Que del todo no estaba bien cerrado,
Antes que se pusiesen en concierto,
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel ímpetu y motivo;
Pero al cabo, señor, sobrepujando
A las fuerzas el número escesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De bautizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta que miraron
Con tal rigor su capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada;
Y batiendo los remos se lanzaron
Con nueva rabia y priesa acelerada
Sobre la multitud de los paganos
Verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados,
Y la sed de venganza de manera,
Que embistiendo á los turcos por los lados
Entran haciendo riza carnicera;
Así que, victoriosos y vengados
Recobraron su honor y la galera,
Hallando solos vivos los primeros
Al general y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza,
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambicion la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero contrastando
La turca fuerza y bárbara fiereza,
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto
También Portau bajá la combatia,
La cual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenia:
Era el valor de los cristianos tanto
Que la ventaja desigual suplia,
No solo sustentando igual la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra.

Que don Juan, de la sangre de Cardona,
Ejercitando allí su viejo oficio,
Ofrece á los peligros la persona
Dando de su valor notable indicio;
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
El sabio Barbarigo combatia,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenia:
Ora oprime la turca confianza,
Ora á la misma muerte rebatia,
Haciendo suspender la flecha airada
Que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
Contrastaba la furia sarracina,
No pudo contrastar el duro hado,
O por mejor decir, orden divina:
Que ya el último término llegado,
De una furiosa flecha repentina
Fué herido en el ojo en descubierto,
Donde á poco de rato cayó muerto.

Aunque fué grande el daño y sentimiento
De ver tal capitán así caido,
No por eso turbó el osado intento
Del veneciano pueblo embravecido:
Antes con mas furor y encendimiento,
A la venganza lícita movido,
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno diestro,
Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
Se mostraba muy plático maestro.
También Hector Espínola pelea
Con uno y otro á diestro y á siniestro,
Señalándose en medio de la furia
La esperta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoría,
Ni haberse la victoria declarado:
Cuando el bravo don Juan, que en saña ardia
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruido
Por el valor de la cristiana espada
El furor mahomético oprimido,
Y la turca real del todo entrada:
Do el estandarte bárbaro abatido
La cruz del Redentor fué enarbolada
Con un triunfo solene y grande gloria,
Cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
Por los míseros turcos ya turbados
Les fué los brazos luego entorpeciendo,
Dejándolos sin fuerzas desmayados;
Y las espadas y ánimos rindiendo,
A su fortuna mísera entregados,
Dieron la entrada franca, como cuento,
Al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del derecho
De la victoria sanguinosa usando,
Con furia inexorable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas, rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochalí viendo su gente
Por la cristiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego y agua ya rendida,
La derrota tomó por el poniente
Siguiéndole con mísera huida
Las bárbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo
Del traidor renegado el bajo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga dándole caza en seguimiento.
Iban tras ellos al través saliendo
El de Bazán y el de Oria á sotavento
Con una escuadra de galeras junta,
Procurando ganarles una punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
La senda y ancho mar segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa
En tierra con gran ímpetu embestia;
Y cual se ve tal vez saltar langosta
En multitud confusa, así á porfía
Salta la gente al mar embravecido
Huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
El gran reflujo de las olas hiende;
Cuál sin mirar al fondo y largo trecho,
No sabiendo nadar, allí lo aprende;
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre al caro hijo atiende:
Que el miedo, de respetos enemigo,
Jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que del temor mismo forzados
En la arenosa playa pié tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
A mas correr huyendo se escaparon.
Deshechos pues del todo y destrozados
Los miserables bárbaros quedaron,
Habiendo fuerza á fuerza y mano á mano
Rendido el nombre de Austria al otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
El próspero suceso prometido,
Cuando en el globo el mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
Y cesó de repente el gran ruido,
Quedando en gran quietud la mar segura
Cubierta de una niebla y sombra escura.

Luego Fiton con plática sabrosa
Me llevó por la sala paseando,
Y sin dejar figura cada cosa
Me fué parte por parte declarando.
Mas teniendo temor que os sea enojosa
La relacion prolija, iré dejando
Todo aquello aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré que con muy gran contento
Del mago y Guaticolo despedido,
Aunque tarde llegué á mi alojamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo pues la pluma á nuestro cuento,
Que en larga digresion me he divertido,
Digo que allí estuvimos dos semanas
Con falsas armas y esperanzas vanas.

Pero en resolucion nunca supimos
De nuestros enemigos cautelosos,
Ni su designio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo suspensos y dudosos:
Lo cual considerado nos partimos
Desmintiendo los pasos peligrosos,
En su demanda entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba
De cultivadas lomas rodeado,
Y en la mas llana que á la entrada estaba,
Por ser lugar y sitio acomodado
La gente se alojó por escuadrones,
Las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado,
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro araucano bien armado,
Buscando el pabellon de don García;
Y á su presencia el bárbaro llegado,
Sin muestra ni señal de cortesía,
Le comenzó á decir... Pero entre tanto
Será bien rematar mi largo canto.

CANTO XXV.

Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase también el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada,
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada,
Alcance lo que así difícilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
A los que el arte militar hallaron,
Ni mas celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron:
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El orden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién los mostró á formar los escuadrones,
Representar en orden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla?
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor desta gente y ejercicio.

Y sobre todo, debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado
Por dádiva, amenaza ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la esperiencia;
Pues por mañas jamás ni por espías
Dellos tuvimos nueva en tantos dias.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron
Con gran constancia y firmes continentes:
Tanto que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el capitán aposentado.
Y á su presencia el bárbaro llegando
Con tono sin respeto levantado,
Habiéndose juntado mucha gente,
Soltó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitán cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traido
Que el gran Caupolicano deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo á solo la batalla.

»Que siendo de personas informado,
Que eres mancebo noble floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitán y cabeza desta gente;
Dándote por ventaja de su grado
La eleccion de las armas francamente,
Sin escepcion de condicion alguna,
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

»Y así por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá á presentar en este llano:
Do con firmeza de ambas partes llana
En medio de los campos mano á mano,
Si quieres combatir sobre este hecho
Remitirá á las armas el derecho.

»Con pacto y condicion que si vencieres
Someterá la tierra á tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia;
Y cuando tú por él vencido fueres
Libre te dejará en tu preeminencia,
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino solo el honor de la vitoria.

»Mira que solo en que esta voz se estienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano,
Persona por persona y mano á mano.

»Esto es á lo que vengo; y así pido
Te resuelvas en breve á tu albedrío,
Si quieres por el término ofrecido
Rehusar ó acetar el desafío;
Que aunque el peligro es grande y conocido,
De tu altiveza y ánimo confío,
Que al fin satisfarás con osadía
A tu estimado honor y al que me envía.»

Don García le responde: «Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que al plazo puesto y señalado asiento
Podrá á su voluntad venir seguro.»
El indio que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo: «Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente.»

Con esto sin pasar mas adelante
Las espaldas volvió y tomó la via,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia.
Algunos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espía,
Que iba á reconocer con este intento
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida pues la noche, los soldados
En orden de batalla nos pusimos,
Y á las derechas picas arrimados
Contando las estrellas estuvimos,
Del sueño y graves armas fatigados;
Aunque crédito entero nunca dimos
Al indio, por pensar que solo vino
A tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á solo una:

Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado
En tres distintas partes dividido
El ejército bárbaro ordenado,
Cada escuadron de gente muy fornido,
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual orden como cuento
Cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegase anticipada
Se arroja por una áspera ladera,
Y al escuadron siniestro encaminada
Le acomete furiosa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoso
No resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolicán que gobernando
Iba aquel escuadron algo adelante,
El paso hasta su gente retirando
Hizo calar las picas á un instante,
Donde los piés y brazos afirmando
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro estraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos sin alas con lijero vuelo
Desocupan atónitos las sillas;
Otros vueltas las plantas acia el cielo
Imprimen en la tierra las costillas;
Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar mas recio las rodillas,
Aunque mas se mostraron esforzados
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,
Que todos sin errar fueron derechos:
Cuáles de banda á banda atravesaron,
Cuáles atropellaron con los pechos.
Todos en un instante se mezclaron
Viniendo á las espadas mas estrechos
Con tal priesa y rumor, que parecia
La espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, destroza, mata y echa á tierra:
Hallándose muy junto á Berzocano,
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tal puñada
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,
Que fué por su desdicha el mas vecino:
Abre, destroza, rompe y desbarata,
Haciendo llano el áspero camino;
Y al yanacona Tambo así arrebata,
Que como halcon al pollo ó palomino,
Sin poderle valer los mas cercanos,
Le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza
Se acometen furiosos descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando
A su pesar usaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.

Mas cada cual de presto se endereza,
Comenzando un combate fiero, crudo
Ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo.
Así pues anduvieron una pieza,
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortés y Juan Jufré con riesgo estraño
Sustentan todo el peso de su banda.
También hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo, peleando,
Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo
Resisten al furor del indio bando
Con Diego Cano, Perez y Ronquillo.
Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo
Derriban á sus piés gallardamente,
Aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de enmedio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda,
Acelerando el tiempo y la corrida
Acude á socorrer la furia horrenda;
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale á recibir á toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro,
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos;
Lanzas, gorguces y armas enastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos:
Vienen en un momento á las espadas,
Y aun otros mas coléricos á brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado,
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
Y de un revés y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
Y dió á Juan de Inaranna tal herida,
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tira una punta, y á Pieol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida;
Pero en esta sazon inadvertido
De mas de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole en torno como fiera
En confuso monton le fatigaba;
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con castigo y escarmiento
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
Cuánto el trabajo y el peligro crece,
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad se ofrece;
Lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece:
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y mas copioso
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso aunque ordenado presuroso,
Por la tendida loma iba subiendo;
Y en el dispuesto llano y espacioso
Nuestro escuadron del todo descubriendo,
Se detuvo algun tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra pues venia
El mozo Galvarino sarjenteando,
Que sus troncados brazos descubria
Las llagas aun sangrientas amostrando:
De un canto al otro apriesa discurria
El daño general representando,
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones,

Diciendo: «O valentísimos soldados,
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano:
Estad de la victoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habeis vencido tantas veces.

»Y esta postrer batalla fenecida
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos escesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos.

»Que si en esta batalla sois vencidos
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos
Inhábiles del uso de la guerra:
Pues con las brutas bestias siempre unidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios mas serviles
Y bajos ejercicios mujeriles.

»Tened, varones, siempre en la memoria,
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpetuamente esta vitoria
Todas vuestras hazañas asegura;
Considerad, soldados, pues la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que, como digo,
Un tan breve trabajo trae consigo.

»Que aquel que se mostrare buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere:
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere.
También piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere:
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por jüez el enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadron apenas obediente
Podia sufrir el orden y tardanza:
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolucion y confianza
Derribando las picas bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.

En el exento y pedregoso llano,
Que mas de un tiro de arco se estendia,
Nuestro escuadron á un tiempo mano a mano
Asimismo al encuentro le salia:
Donde con muestra y término inhumano
Y el gran furor que cada cual traia
Se embisten los airados escuadrones,
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajas por los aires discurrieron;
Las estendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron;
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia estraña,
Todos en un teson igual poniendo
La estrema industria, la pujanza y maña.
Sube a los cielos el furioso estruendo,
Retumba en torno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

Hierve el coraje, crece la contienda,
Y el batir sin cesar siempre mas fuerte;
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso á la furiosa muerte,
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea,
El ronco tono y brazo levantado
Discurre todo el campo y lo rodea
Acá y alla por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea pues, asimismo procurando
Fenecer la cuestion, le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando
La dicha de los dos los desviaba:
Que el italiano mozo peleando
En el otro escuadron distante andaba
Haciendo por su estraña fuerza cosas,
Que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza
La dura punta, y á Pinol barrena,
Y sin brazo á Teguán una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena;
Lleva de un golpe á Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo a Pon cercena;
Hiende á Narpo hasta el pecho, y a Brancolo
Como grulla le deja en un pié solo.

Veis pues aquí Orompello, el cual haciendo
Venia por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo
Vió cubierta de muertos la ancha tierra;
Y al jinovés gallardo conociendo
Como cebado tigre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto,
Sobre las puntas de los piés enhiesto.

Fué de la maza el jinovés cogido
En el alto creston de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodon colchada:
Estuvo el italiano adormecido,
Vomita sangre, la color mudada,
Y vió dando de manos por el suelo
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego
Con mas furor y menos bien guiado,
Que á no ser á soslayo, el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado;
El jinovés desatinado y ciego
Fué un poco de través; mas recobrado,
Se puso en pié con priesa no pensada
Levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la estrema rabia y fuerza rara
Sobre el joven la cala de manera,
Que si el ferrado leño no cruzara
De arriba á bajo en dos le dividiera:
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrara tan honda la herida,
Que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano pues sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela;
Y al punto sin perder tiempo lo embrazá,
Y como aquel que daño no recela,
Con solo el trozo de baston cortado
Aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
Saltó con lijereza y diestro brio
Hurtando el cuerpo así, que el italiano
Con la espada azotó el aire vacío;
Quiso hacello otra vez, mas salió en vano
Que entrando recio al punto del desvío
Fué el jinovés tan presto, que no pudo
Sino cubrirse con su roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor á la celada
Que defender no pudo la cabeza;
Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo jinovés, que al fiero Marte
Pensara desmembrar, recio le asia;
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro joven escedia:
Revuélvense por una y otra parte,
El uno al pié del otro rebatia,
Intrincando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitan prudente
Con igual disciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillán y don Pedro de Navarra,
Avalos, Viezma, Caceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra
Dando muerte defienden bien su vida.
El fator Vega y contador Segarra
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos y Ribera.

Pasáranlo pues mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si don Felipe, don Simon y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañía
Con valeroso esfuerzo combatiendo
No fueran los contrarios reprimiendo.

También acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivel y Altamirano,
Villaroel, Morán, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion, sino la mano,
Que no puede escribir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazon un gran ruido
En el otro escuadron de mediodía,
Y era que el fiero Rengo embravecido,
Llevado de su esfuerzo y valentía
Se hacia por la batalla así metido
Que volver á los suyos no podia,
Y de menuda gente rodeado
Andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera,
Muchos en daño ajeno escarmentando;
Pero la turba acá y allá lijera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palas y armas enastadas,
Como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto
Sin valerles defensa ni armadura;
A quien acierta el golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura,
Y el de menos efecto y mas incierto
Quebranta brazo, pierna ó coyuntura:
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible;
Y por mas que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que aun apenas así se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla
Sin dejarle alentar le fatigaba;
Cuando de la otra parte, por la orilla
De la alta loma, Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza
Por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama, la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada,
Y en esto de repente al otro lado
La cerviz yerta y frente levantada
Asoma otro famoso de Jarama,
Que deshace la junta y la derrama:

Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatia
En medio del monton, que sin receio
Poco á poco cerrándole venia;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grita le traia,
Viéndole así tratar sin poner duda
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grita enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo
Que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: «Aunque enemigo
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte:
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á su tiempo el desafio.»

Rengo le respondió: «Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy como piensas tan cansado.»
En esto mas lijero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pié, y á nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: «Seria bajeza,
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazon aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida.»

No se dijeron mas, y por la via
Los dos competidores araucanos
Haciéndose amistad y compañía
Iban, como si fueran dos hermanos:
Guardaba el uno al otro y defendia,
Y así con diligencia y prestas manos
Abriendo el escuadron gallardamente
Llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa
Con tal furia y rigor, que no se halla
Persona sin herida ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa
Por fuerza arrebatados de los vientos
Hieren los dulces y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando
Y de golpes la furia apresurada
Como ventosa y negra nube, cuando
Del vulturno ó del céfiro arrojada
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos y tejados
Son con priesa terrible golpeados:

Pues de aquella manera y mas furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas
Los sanguinosos cuerpos desangraban:
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban;
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado,
A pura fuerza el escuadron cristiano,
Del contrario teson sobrepujado,
Comenzó poco á poco á perder tierra
Acia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora,
Y el ímpetu del bárbaro violento,
Que por el araucano en voz sonora
Se cantó la victoria y vencimiento.
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
En contra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada.

Que el último escuadron donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza
Metido en el contrario peleaba,
Haciendo fiero estrago y gran matanza;
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza;
Ni yo basto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

CANTO XXVI.

Da noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Piton.

Nadie puede llamarse venturoso
Hasta ver de la vida el fin incierto,
Ni está libre del mar tempestuoso
Quien surto no se ve dentro del puerto;
Venir un bien tras otro es muy dudoso,
Y un mal tras otro mal es siempre cierto:
Jamás próspero tiempo fué durable,
Ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
Y nos muestra bien claro aquí la historia
Cuán poco les duró á los araucanos
El nuevo gozo y engañosa gloria;
Pues llevando de rota á los cristianos,
Y habiendo ya cantado la victoria,
De los contrarios hados rebatidos
Quedaron vencedores los vencidos.

Que, como os dije, el escuadron postrero
Adonde por testigo yo venia,
Ganando tierra siempre mas entero
Al bárbaro enemigo retraia,
Que aunque el fuerte Lincoya el delantero
A la adversa fortuna resistia,
No pudo resistir últimamente
El ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada,
Que en medio de dos lomas se hacia,
La bárbara canalla, quebrantada
La dañosa soberbia y osadía,
Ya del torpe temor señoreada
Esforzadas espaldas revolvia,
Huyendo de la muerte el rostro airado,
Que clara á todos ya se habia mostrado.

Siguen los nuestros la victoria apriesa,
Que aun no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y selva espesa
Inquieren lo secreto y escondido;
El gran estrago y mortandad no cesa;
Suena el destrozo y áspero ruido,
Tirando á tiento golpes y estocadas
Por la espesura y matas intrincadas.

Jamás de los monteros en ojeo
Fué caza tan buscada y perseguida,
Cuando con ancho círculo y rodeo
Es á término estrecho reducida,
Que con impacientísimo deseo
Atajados los pasos y huida
Arrojan en las fieras montesinas
Lanzas, dardos, venablos, jabalinas:

Como los nuestros hasta allí cristianos,
Que los términos lícitos pasando
Con crueles armas y actos inhumanos,
Iban la gran victoria deslustrando:
Que ni el rendirse, puestas ya las manos,
La obediencia y servicio protestando,
Bastaba á aquella gente desalmada
A reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
Aunque usada al destrozo de la guerra,
Huye del grande estrago que este dia
Hubo en los defensores de su tierra:
La sangre que en arroyos ya corria
Por las abiertas grietas de la tierra,
Las lastimas, las voces y gemidos
De los míseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano que miraron
Su mayor escuadron desbaratado,
Perdiendo todo el ánimo dejaron
La tierra y el honor que habian ganado:
Así la trompa á retirar tocaron,
Y con paso, aunque largo, concertado,
Altas y campeando las banderas,
Se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
La braveza de Rengo sin medida,
Pues que desbaratada ya su gente,
Y puesta en rota y mísera huida,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida
Dando mas furia á la ferrada maza
Solo sustenta la ganada plaza.

Y allí, como invencible y valeroso,
Solo estuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infructuoso,
Y gente ya ninguna de su bando,
Con paso tardo, grave y espacioso
Volviendo el rostro atrás de cuando en cuando
Tomó á la mano diestra una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda.

Donde ya de la gente destrozada
Habia el temor algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada,
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y muestra confiada
En escuadron formado y recogido
Vuelven el rostro y pechos esforzados
A la corriente de los duros hados.

Yo que de aquella parte discurriendo
A vueltas del rumor también andaba,
La grita y nuevo estrépito sintiendo
Que en el vecino bosque resonaba,
Apresuré los pasos acudiendo
Acia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad que todo es nada»;
Mas ellos el peligro ponderando
Dificultaban la dudosa entrada;
Yo pues á la sazon á pié arribando
Donde estaba la gente recatada,
Juan Remon que me vió luego de frente
Quiso obligarme allí públicamente,

Diciendo: «¡Oh don Alonso! Quien procura
Ganar estimacion y aventajarse,
Este es el tiempo y esta es coyuntura
En que puede con honra señalarse:
No impida vuestra suerte esta espesura
Donde quieren los indios entregarse,
Que al que abriere la entrada defendida
Le será la victoria atribuida.»

Oyendo pues mi nombre conocido,
Y que todos volvieron á mirarme,
Del honor y vergüenza compelido
No pudiendo del trance ya escusarme,
Por lo espeso del bosque y mas temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias, Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon y Coronado.

Los cuales de vivir desesperados
Los obstinados indios embistieron,
Que en una espesa muela bien cerrados
Las españolas armas atendieron;
En esto ya al rumor por todos lados
De nuestra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia presurosa
Una guerra sangrienta y peligrosa.

Renuévase el destrozo, reduciendo
A término dudoso el vencimiento,
El menos animoso acometiendo.
El mas difícultoso impedimento.
¿Cuál será aquel que pudiera ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deste y de aquel otro la herida,
Y quién á cuál allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los airados pechos;
Por los muslos y cuerpo otros cercenan,
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan estrechos,
Que vinieron algunos de impacientes
A los brazos, a puños y á los dientes.

Pero la muerte allí difinidora
De la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora
Remató la contienda y gran jornada:
Que la gente araucana en poca de hora,
En aquel sitio estrecho destrozada,
Quiso rendir al hierro antes la vida
Que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demás con pasos ordenados
Como ya dije atrás se retiraron:
De manera que ya nuestros soldados
Recogiendo el despojo que hallaron
Y un número copioso de prisiones,
Volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
Doce los mas dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituidos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando
De la cruda sentencia, condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido;
Mas él luego los brazos levantando
Que debajo del peto habia escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aun no sanos.

Era pues Galvarino este que cuento,
De quien el canto atrás os dió noticia,
Que porque fuese ejemplo y escarmiento
Le cortaron las manos por justicia:
El cual con el usado atrevimiento,
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte
Habló mirando á todos desta suerte:

«¡Oh gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria deste dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mia:
Que aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, mas no vencidos
Ni los ánimos libres oprimidos.

»No penseis que la muerte rehusamos,
Que en ella estriba ya nuestra esperanza;
Que si la odiosa vida dilatamos
Es por hacer mayor nuestra venganza:
Que cuando el justo fin no consigamos,
Tenemos en la espada confianza
Que os quitará en nosotros convertida
La gloria de poder darnos la vida.

»Sús, pues ya ¿qué esperais, ó qué os detiene
De no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda satisfago;
Pero si algun disgusto y pena tiene
Este importante y deseado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz solicitaba
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba;
Y en el gentil propósito obstinado,
Diciéndonos injurias, procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo que estaba á par dél considerando
El propósito firme y osadía,
Me opuse contra algunos, procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia;
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenia,
Forzado me aparté, y él fué llevado
A ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solenidad y desatino
Fué el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel dia
Un modo de matar jamás usado:
Que á cada indio de aquella compañía
Un bastante cordel le fué entregado,
Diciéndole que el árbol eligiese
Donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pláticos guerreros
Del cierto asalto la señal tocando
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando,
Cuanto aquellos caciques, que lijeros
Por los mas grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno dellos, algo arrepentido
De su lijera priesa y diligencia,
A nuestra devocion ya reducido,
Vuelto pidió para hablar licencia;
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y apariencia
Los ánimos cristianos comoviendo,
Habló contritamente así diciendo:

«Valerosa nacion, invicta gente,
Donde el estremo de virtud se encierra:
Sabed que soy cacique y descendiente
Del tronco mas antiguo desta tierra;
No tengo padre, hermano ni pariente,
Que todos son ya muertos en la guerra,
Y pues se acaba en mí la descendencia,
Os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir, si Galvarino
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino
La doméstica voz no le atajara,
Diciendo: «Pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Por qué á tan gran bajeza así te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?

»Dime, infame traidor, de fe mudable,
¿Tienes por mas partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable,
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado aunque adverso tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte,
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio.»

Apenas la razon habia acabado,
Cuando el noble cacique arrepentido
Al cuello el corredizo lazo echado
Quedó de una alta rama suspendido.
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado,
Aun á la misma muerte no rendido;
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dejando el infelice alojamiento
Todo de cuerpos bárbaros sembrado,
Llegamos sin desmán ni impedimento
A la bajada y sitio desdichado,
Do Valdivia fundó la casa fuerte.
Y le dieron después infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el sitio de la casa circundaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con menos daño y mas seguro estaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo estorbar se salteaba,
Haciendo siempre instancia y diligencia
De traerla sin sangre á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviso se tenia
Que andaba gente bárbara de guerra,
Dejando un trecho atrás la compañía
Cerca de un bosque espeso y alta sierra
Sentí cerca una voz envejecida
Diciendo: «¿Dónde vais, que no hay salida?»

Volví el rostro y las riendas acia el lado
Donde la estraña voz habia salido,
Y vi á Fiton el mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido,
Sobre el herrado junco recostado;
Que como fué de mí reconocido,
Del caballo salté lijeramente
Saludándole alegre y cortesmente.

Él me dijo: «Por cierto bien pudiera
Tomar de vos legítima venganza,
Y en esa vuestra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
Pero aunque mas razon y causa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero ni será justo dañaros,
Antes en lo que es lícito ayudaros.

»Que es orden de los cielos que padezca
Esta indómita gente su castigo,
Y antes que contra Dios se ensoberbezca
Le abaje la soberbia el enemigo;
Y aunque vuestra ventura agora crezca
No durará gran tiempo, porque os digo
Que como á los demás el duro hado
Os tiene su descuento aparejado.

»Si la fortuna así á pedir de boca
Os abre el paso próspero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Al cabo sacareis desta jornada.
Y porque á mí decir mas no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que también desta banda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.

Yo de le ver así maravillado,
Y mas de la siniestra profecía,
Mi caballo en un líbano arrendado
Le quise hacer un rato compañía;
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guia,
Hendimos la espesura y breña estraña
Hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido
Donde no habia resquicio ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura;
Y luego con horrísono ruido
Se abrió una estrecha puerta y boca escura
Por do tras él entré erizado el pelo
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Do estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista;
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago al punto
Y en un jardin entramos espacioso,
Do se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:
Hoja no discrepaba de otra un punto,
Haciendo cuadro ó círculo hermoso
En medio un claro estanque, do las fuentes
Murmurando enviaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores
Cuando mas rica primavera envia,
Ni tantas variedades de colores,
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidara,
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamara
Haciéndome señal con la cabeza:
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mismo á señalarme,
El mundo me mostró como si fuera
En su forma real y verdadera.

Pero para decir por orden cuanto
Vi dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo canto,
Y tener la memoria recogida:
Así, señor, os ruego que entre tanto
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejo en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII.

Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase también cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto mas breve y menos afectada;
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa y nos enfada:
Que el manjar mas sabroso y sazonado
Os deja cuando es mucho empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo,
Y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido:
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, señor, le pareciere
Que me voy en el curso deteniendo,
El estraño camino considere,
Y que mas que una posta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere;
Y así á nuestro propósito volviendo
Os dije com el indio mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las mas menudas sabandijas.

El mágico me dijo: «Pues en este
Lugar nadie nos turba ni embaraza,
Sin que un mínimo punto oculto reste,
Verás del universo la gran traza,
Lo que hay del norte al sur, del este al oeste,
Y cuanto ciñe el mar y el aire abraza:
Rios, montes, lagunas, mares, tierras
Famosas por natura y por las guerras.

»Mira al principio de Asia á Calcedonia
Junto al Bósforo enfrente de la Tracia,
A Lidia, Caria, Licia y Licaonia,
A Panfilia, Bitinia y á Galacia;
Y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
La llana Capadocia y la Farnacia,
Y la corriente de Eufrates famoso,
Que entra en el mar de Persia caudaloso.

»Mira la Siria: ves allí la indina
Tierra de promision de Dios privada,
Y á Nazarén dichosa en Palestina,
Do á María Gabriel dió la embajada:
Ves las sacras reliquias y ruina
De la ciudad por Tito desolada,
Do el Autor de la vida escarnecido
A vergonzosa muerte fué traido.

»Mira el tendido mar Mediterráneo,
Que la Europa del Africa separa,
Y el mar Bermejo en punta á la otra mano
Que abrió Moisén sus aguas con la vara:
Mira el golfo de Ormuz y mar persiano,
Y aunque á partes la tierra no está clara,
Verás acia la banda descubierta
Las dos Arabias feliz y desierta.

»Mira á Persia y Carmania, que confina
Con Susiana al lado del poniente,
Donde el forjado acero se fulmina
De pasta y temple fino y escelente;
Drangiana y Gedrosia que camina
Hasta el mar de India y ferias del oriente,
Y adelante siguiendo aquella via
Verás la calurosa Aracosia.

»Dentro y fuera del Gange mira tanta
Tierra de India al levante prolongada:
Ves el Catay y su ciudad de Canta,
Que sobre el indo mar está fundada;
La China y el Maluco, y toda cuanta
Mar se estiende del este, y la apartada
Trapobana, famosa antiguamente,
Término y fin postrero del oriente.

»Ves la Hircania, Tartaria y los albanos
Acia la Trapisonda dilatados,
Y otros reinos pequeños comarcanos
Tributarios de Persia y aliados;
Los iberos que llaman gorgianos,
Y los pobres circasos derramados,
Que su lunada tierra en parte angosta
Toma del mar mayor toda la costa.

»Ves el revuelto Cirro caudaloso,
Que la Iberia y Albania así rodea,
Y el alto monte Cáucaso fragoso,
Que su cumbre gran tierra señorea:
Mira el reino de Colcos tan famoso
Por la isla nombrada de Medea,
Adonde el trabajado Jason vino
En busca del dorado vellocino.

»Mira la grande Armenia memorable
Por su ciudad de Tauris señalada,
Y al sur la religiosa y venerable
Soltonia sin respeto arruinada
Por la tártara furia irreparable
Del grande Taborlán, que de pasada
Cuanto encontró lo puso por el suelo
Cual ira ó rayo súbito del cielo.

»Mira á Tigris y Eufrates, que poniendo
Punto á Mesopotamia en compañía,
Hasta el golfo de Persia van corriendo
Dejando á un lado á Egipto y á Suria:
Ves la Partia y la Media que torciendo
Su corva costa abraza al mediodía
El Caspio mar, por otro nombre Hircano,
Que en forma oval se estiende al subsolano.

»Mira la Asiria y su ciudad famosa
Donde la confusion de lenguas vino,
Que sus muros, labor maravillosa,
Hizo Semíramis, madre de Nino:
Donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
Cortándole en su próspera corrida
El hilo de los hados y la vida.

»Mira en Africa al sur los estendidos
Reinos del Prestejuán, donde parece,
Que entre los mas insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece:
Tres frutos da en el año repartidos,
Y tres veces se agosta y reverdece;
Tiene en veinte y dos grados su postura
Al antártico polo por la altura.

»Ves á Gogia y sus montes levantados
Que á todos sobrepujan en grandeza,
Canos siempre de nieve los collados,
Y abajo peñascales y aspereza,
Que forman un gran muelle, rodeados
De breñales espesos y maleza,
Morada de osos, puercos y leones,
Tigres, panteras, grifos y dragones.

»Destos peñascos ásperos pendientes,
Llamados hoy el monte de la Luna,
Nacen del Nilo las famosas fuentes,
Y dellos rios sin nombre y fama alguna:
Que aunque tuercen y partan sus corrientes
Se vienen á juntar á una laguna
Tan grande, que sus senos y laderas
Baten de tres provincias las riberas.

»A Gogia y Beguemedros al oriente,
Y á Dambaya al poniente, del cual lado
Hay islas donde habita varia gente,
Y todo el ancho círculo es poblado:
De aquí el famoso Nilo mansamente
Nace, y después mas grande y esforzado
Parte á Gogia de Amara, y va tendido
Sin ser de las riberas restringido,

»Hasta un angosto paso peñascoso
Que lo va los costados estrechando,
De donde con estrépito furioso
Se va en las cataratas embocando:
Después mas ancho, grave y espacioso
Llega á Meroe, gran isla, costeando,
Que contiene tres reinos eminentes
En leyes y costumbres diferentes.

»Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
Y el palacio real de Dultibea,
Las torres, los jardines y heredades,
Que su espacioso círculo rodea:
Las pirámides mira y vanidades
De los ciegos antiguos, que aunque sea
Señal de sus riquezas la hechura,
Fué mas que el edificio la locura.

»Mira los despoblados arenosos
De la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos
Donde habita la bruta y negra gente:
Mira los trogloditas belicosos,
Y los que baña Gambra en su corriente,
Mandingos, monicongos, y los feos
Zapes, biafras, jélofos, guineos.

»Ves de la costa de Africa el gran trecho,
Los puertos señalados y lugares
De las bocas del Nilo hasta el estrecho
Por do se comunican los dos mares;
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Trípol, Túnez, y junto si mirares
Verás aun las reliquias y el estrago
De la ciudad famosa de Cartago.

»Mira á Sicilia fértil y abundosa,
A Cerdeña y á Córcega de frente,
Y en la costa de Italia la viciosa
Tierra que va corriendo acia el poniente:
Mira la ilustre Nápoles famosa,
Y á Roma que gran tiempo antiguamente
Se vió del universo apoderada,
Y de cada nacion después hollada.

»Mira en Toscana á Sena y á Florencia,
Y dejando la costa al mediodía
A Bolonia, Ferrara, y la eminencia
De la isleña ciudad y señoría;
Padua, Mantua, Cremona y á Plasencia,
Milán, la tierra y parque de Pavía,
Adonde en una rota de importancia
Carlos prendió á Francisco, rey de Francia.

»Mira Alejandría, y por Liguria entrando
A la soberbia Jénova y Saona,
Y el Piamonte y Saboya atravesando
A Leon, á Tolosa y á Bayona;
Y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Potiers, Orliens, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Holanda
Ingalaterra, Escocia, Ibernia, Irlanda;

»A Dinamarca, Dacia y á Noruega
Acia el mar de Dantisco y costa helada,
Y á Suecia que al confin de Gocia llega,
Que está en torno del mar fortificada,
De donde á Gelandia se navega;
Y mira allá á Grolandia desviada
Del solar curso y á la zodiaca via,
Do hay seis meses de noche y seis de dia.

»Mira al norte á Moscovia, que es tenida
Por última region de lo poblado,
Que rematan su término y medida
Las Rifeas montañas por un lado,
Y de las fuentes del Tanaïs tendida
Llega al monte hiperbóreo y mar helado,
Confina con Sarmacia y Tartaria,
Y corre por el austro hasta Rusia.

»Mira á Livonia, Prusia, Litüania,
Samogacia, Podolia y á Suria,
A Polonia, Silesia y á Germania,
A Moravia, Bohemia, Austria y Hungria,
A Croacia, Moldavia, Trasilvania,
Valaquia, Vulgaria, Esclavonia,
A Macedonia, Grecia, la Morea,
A Candia, Chipre, Rodas y Judea.

»Mira al poniente á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que procede y se estiende la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto:
Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla,
Solar antes fundado que la villa.

»Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona,
Y bajando al poniente á la siniestra
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
A Leon y á Galicia de la diestra:
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coïmbra y Salamanca que se muestra,
Felice en todas ciencias, do solia
Enseñarse también nigromancia.

»Mira á Valladolid, que en llama ardiente
Se irá como la fénix renovando,
Y á Medina del Campo casi enfrente,
Que las ferias la van mas ilustrando:
Mira á Segovia y su famosa puente,
Y el Bosque, y la Fonfrida atravesando
Al Pardo y Aranjuez, donde natura
Vertió todas sus flores y verdura.

»Mira aquel sitio inculto y montuoso
Al pié del alto puerto algo apartado,
Que aunque le ves desierto y pedregoso
Ha de venir en breve á ser poblado:
Allí el rey don Felipe victorioso
Habiendo al franco en San Quintin domado,
En testimonio de su buen deseo
Levantará un católico trofeo.

»Será un famoso templo incomparable
De suntüosa fábrica y grandeza,
La máquina del cual hará notable
Su religioso celo y gran riqueza:
Será edificio eterno y memorable
De inmensa majestad y gran belleza,
Obra al fin de un tal rey, tan gran cristiano,
Y de tan larga y poderosa mano.

»Mira luego á Madrid, que buena suerte
Le tiene el alto cielo aparejada,
Y á Toledo fundada en sitio fuerte,
Sobre el dorado Tajo levantada:
Mira adelante á Córdoba, y la muerte
Que airada amenazando está á Granada,
Esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
Principales cabezas y gargantas.

»Mira á Sevilla, ves la realeza
De templos, edificios y moradas,
El concurso de gente y la grandeza
Del trato de las Indias apartadas:
Que de oro, plata, perlas y riqueza
Dos flotas en un año entran cargadas,
Y salen otras dos de mercancía,
Con gente, municion y artillería.

»Mira á Cádiz, donde Hércules famoso,
Sobre sus hados prósperos corriendo,
Fijó las dos colunas victorioso
NIHIL ULTRA en el mármol escribiendo:
Mas Fernando Católico glorioso,
Los mojonados términos rompiendo,
Del ancho y nuevo mundo abrió la via
Porque en un mundo solo no cabia.

»Mira por el Océano bajando
Entre el húmido noto y el poniente
Las islas de Canaria, reparando
En aquella del Hierro especialmente;
Que falta de agua la natura obrando
Las aves, animales y la gente
Beben la que de un árbol se distila
En una bien labrada y ancha pila.

»Mira á la banda diestra las Terceras
Que están de portugueses ocupadas,
Y corriendo al sudueste las primeras
Islas que descubrió Colon, pobladas
De gentes nunca vistas estranjeras,
Entre las cuales son mas señaladas
Los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba y Jamaïca.

»Ves de Bahama la canal angosta,
Y siguiendo al poniente la Florida,
La tierra inútil y lucida costa
Hasta la Nueva-España proseguida,
Donde Cortés con no pequeña costa
Y gran trabajo y riesgo de la vida,
Sin término ensanchó por su persona
Los límites de España y su corona.

»Mira á Jalisco y Mechoacán famosa
Por la raíz medicinal que tiene,
Y á Méjico abundante y populosa,
Que el indio nombre antiguo aun hoy retiene:
Ves al sur la poblada y montüosa
Tierra, que en punta á prolongar se viene,
Que los dos anchos mares por los lados
Le van adelgazando los costados.

»A Panamá y al Nombre-de-Dios mira,
Que sus estrechos términos defienden
A dos contrarios mares que con ira
Romper la tierra y anegar pretenden:
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se estienden
De Santa Marta y cabo de la Vela
Hasta el lago y ciudad de Venezuela.

»A Bogotá y Cartama, que confina
Con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayán, Pasto y Quito, que vecina
Está á la equinocial linea templada:
Mira allá á Puerto-Viejo, do la mina
De ricas esmeraldas fue hallada,
Y las tierras que corren por la via
Del euro, de volturno y mediodía.

»Ves Guayaquil, que abunda de madera
Por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Payta y su puerto, que es primera
Escala donde surgen los navíos;
Piúra, Loja, la Zarza y Cordillera
De do nacen y bajan tantos rios,
Que riegan bien dos mil millas de suelo,
Donde jamás cayó lluvia del cielo.

»Mira los grandes montes y altas sierras,
Bajo la zona tórrida nevadas,
Los Mojos, Bracamoros, y las tierras
De incultos chachopoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
Fueron famosas siempre y señaladas,
Y la ciudad insigne de los Reyes,
Silla de las audiencias y vireyes.

»Y á Guanuco, Guamanga y el templado
Terreno de Arequipa, y los mojones
Del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
Asiento de los ingas y orejones:
Mira el solsticio y trópico pasado
Del austral Capricornio, las regiones
De varias gentes bárbaras estrañas,
Los rios, lagunas, valles y montañas.

»Mira allá á Chuquiabo que metido
Está a un lado la tierra al sur marcada,
Y adelante el riquísimo y crecido
Cerro de Potosí, que de cendrada
Plata de ley y de valor subido
Tiene la tierra envuelta y amasada,
Pues de un quintal de tierra de la mina
Las dos arrobas son de plata fina.

»Ves la villa de Plata la postrera,
Por el levante á la siniestra mano,
Y atravesando la alta Cordillera
Calchaquí, Pilcomayo y Tucomano:
Los iuries, los diagnitas y ribera
De los comechingones, y el gran llano
Y fructífero término remoto
Hasta la fortaleza de Gaboto.

» Ves volviendo á la costa los collados
Que corren por la banda de Atacama,
Y la diestra costa y despoblados
Do no hay ave, animal, yerba ni rama:
Ves los copayapos, indios granados,
Que de grandes flecheros tienen fama,
Coquimbo, Mapochó, Cauquén y el rio
De Maule, y el de Itata y Biobio.

»Ves la ciudad de Penco, y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial, y acia el levante
La Villa-Rica, y el volcán fogoso;
Valdivia, Osorno, el Lago, y adelante
Las islas y archipiélago famoso,
Y siguiendo la costa el sur derecho
Chiloé, Coronados y el estrecho,

»Por donde Magallanes con su gente
Al mar del sur salió desembocando,
Y tomando la vuelta del poniente
Al Maluco guió noruesteando:
Ves las islas de Acaca y Zabú enfrente,
Y á Matan dó murió al fin peleando;
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore y Mate.

»Ves las manchas de tierras tan cubiertas
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de estranjeros piés jamás pisadas:
Las cuales estarán siempre encubiertas
Y de aquellos celajes ocupadas
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque mas sus secretos se engrandezcan.

»Y como ves en forma verdadera
De la tierra la gran circunferencia,
Pudieras entender, si tiempo hubiera,
De los celestes cuerpos la escelencia,
La máquina y concierto de la esfera,
La virtud de los astros y influencia,
Varias revoluciones, movimientos,
Los cursos naturales y violentos.

»Mas aunque quiera yo de parte mia
Dejarte mas contento y satisfecho,
Ha mucho rato que declina el dia,
Y tienes hasta el sitio largo trecho.»
Así haciéndome el mago compañía
Me trujo hasta ponerme en el derecho
Camino, do encontré luego mi gente,
Que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto, cuando
Entraban á la guardia los amigos,
Donde gastamos tiempo procurando
Reducir á la paz los enemigos:
Unas veces por bien acariciando,
Otras por amenazas y castigos,
Haciendo sin parar corredurías
Por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto,
Ni las promesas, medios y partidos,
Que en su protervo intento y presupuesto
Estaban siempre mas endurecidos:
Vista pues la importancia de aquel puesto
Por estar en la tierra mas metidos,
Con maduro consejo fué acordado
Sustentar el lugar fortificado.

Y proveyendo al esperado daño
De algunos bastimentos que faltaban,
Que aunque era fértil y abundante el año,
Los campos en cogollo y herza estaban:
Don Miguel de Velasco y Avendaño
Con los que mas á punto se hallaban,
Haciéndoles yo escolta y compañía,
Tomamos de Cautén la recta via.

Aunque con riesgo sin contraste alguno
Los peligrosos términos pasamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
A la Imperial ciudad salvos llegamos,
Donde á los moradores de uno a uno
Con palabras de amor los obligamos,
No solo a dar graciosa la comida,
Pero á ofrecer también hacienda y vida.

Así que alegres, sin rumor de guerra,
Con pan, frutas, semillas y ganados,
Dimos presto la vuelta por la tierra
De pacíficos indios y alterados;
Y al descubrir de la purena sierra
Hallamos una escolta de soldados,
Digo de nuestra gente que venia
A asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente
Habia en el mar los rayos zabullido,
Dando la noche alivio á nuestra gente
Del cansancio y trabajo padecido;
Pero al romper del alba alertamente
Se comenzó á marchar con gran ruido,
El cargado bagaje y el ganado
De todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
Por medio de una espesa y gran quebrada,
Cuando vi de través salir corriendo
Una mujer al parecer turbada:
Yo tras ella los prestos piés batiendo
Luego de mi caballo fué alcanzada;
El que saber el fin desto desea
Atentamente el otro canto lea.

CANTO XXVIII.

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retíranse alegres; aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir mas recatado,
Que siempre es peligrosa la caida
Del que está del peligro descuidado;
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga;
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga,
Roguemos que no venga, y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere.

Que yo de acuchillado en esto siento
Que es de temer en parte la ventura:
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura;
Y porque viene bien á nuestro cuento,
A la barbara oid, que en la espesura
Alcancé como dije, que en su traje
Mostraba ser persona de linaje.

Era muchacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos estremados,
Nariz perfecta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando mas su hermosura
Un natural donaire y apostura.

Yo queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con mas seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza,
La aseguré del miedo que traia,
La cual dando un suspiro, que á terneza
Al mas rebelde corazon moviera,
Comenzó su razon de tal manera:

«No sé si ya me queje desdichada,
O agradezca a los hados ya mi suerte,
Que me abren puerta y que me dan entrada
Para que pueda recibir la muerte;
Pero si ya la historia desastrada
Quieres saber y mi dolor tan fuerte,
Que aun le agravia mi poco sentimiento,
Te ruego que al proceso estés atento.

»Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
Hija del buen cacique Quilacura,
De la sangre de Friso esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura,
Respetada de muchos y servida
Por mi linaje y vana hermosura;
Mas ¡ay de mí! ¡cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera!

»En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponia:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecia,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

»Mas presto el invidioso amor tirano
Turbador del sosiego, adredemente
Trujo a mi tierra y casa a Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente,
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho mas amigo que pariente,
A quien la voluntad tenia rendida
No habiendo entre los dos cosa partida.

»Mi padre, como amigo aficionado,
Que yo le regalase me mandaba,
Y así yo con llaneza y gran cuidado
Por hacerle placer lo procuraba;
Mas él luego el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

»O fué el trato que tuvo allí conmigo,
O por mejor decir mi desventura,
Que esta seria mas cierto, como digo,
Que no la mal juzgada hermosura:
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dar á su cuidado algun remedio.

»Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia;
Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
Lo que el mísero entonces padecia,
Que á término he llegado al pié del palo,
Que aun no puedo decir mal de lo malo.

»Hallábale mil veces suspirando,
En mí los engañados ojos puestos,
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos:
Yo la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos
(Que es lo que mas refrena la osadía)
Sus erradas quimeras deshacia.

»Estando sola en mi aposento un dia
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponia,
Con grande turbacion y desatiento,
Diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mia!
Ya no basta razon ni sufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda,
Que á la del fuerte amor resistir pueda

»Tú, señora, sabrás, que el dia primero
De mi felice y próspera venida
Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida;
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida;
Porque siéndolo tú, no siento cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.»

»Viéndole al parecer determinado
A cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salí dél sin mostrar algun recato,
Diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
Incestúoso, desleal, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada
Y ley de parentesco conservada!»

»Iba estas y otras cosas yo diciendo,
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba:
Que en cerrado tropel arremetiendo
Nuestra alta casa en torno rodeaba,
Saltando Fresolano en mi presencia
A la debida y justa resistencia,

»Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida,
Inhumana y crüel con los humanos!
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
No dejes qué hacer á los cristianos:
Vuelve, veras que acabo aquí la vida,
Pues no puedo a las tuyas, á sus manos:
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
A lo menos será la mas piadosa.»

»Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atravesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó ya la color y voz turbada,
Diciendo: «¡Glaura, Glaura, últimamente
Recibe allá mi espíritu cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado.»

»Llegó mi padre en esto al gran ruido,
Solo armado de esfuerzo y confianza;
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido,
Y vista mi fortuna y mal andanza
Por el postigo de una falsa puerta
Salí á mi parecer mas que ellos muerta.

»Acá y allá turbada al fin por una
Montaña comenzé luego á emboscarme
Dejándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme:
Así que, ya sin tino y senda alguna
Procuraba cuitada de alejarme,
Que con el gran temor me parecia
Que yendo á mas correr no me movia.

»Mas como suele acontecer contino,
Que huyendo él peligro y mal presente
Se suele ir á parar en un camino
Que nos coge y anega la creciente:
Así á mí desdichada, pues me avino,
Que por salvar la vida impertinente,
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

»Iba pues siempre mísera corriendo
Por espinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, acá y allá volviendo
A cada paso los atentos ojos;
Cuando por unos árboles saliendo
Vi dos negros cargados de despojos,
Que luego en el instante que me vieron
A la mísera presa arremetieron.

»Fuí dellos prestamente despojada
De todo cuanto allí venia vestida,
Aunque yo triste no estimaba en nada
El perder los vestidos y la vida:
Pero el honor y castidad preciada
Estuvo á punto ya de ser perdida;
Mas mis voces y quejas fueron tantas,
Que á lástima y piedad movia las plantas

»Usó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á Cariolán á mis clamores,
Que, visto el acto inorme y la insolencia
De aquellos enemigos violadores,
Corrió con provechosa diligencia
Diciendo: ¡Perros, bárbaros, traidores!
Dejad, dejad al punto la doncella,
Si no, la vida dejareis con ella.

»Fueron sobre él los dos incontinente,
Mas él flechando el arco que traia,
Al mas adelantado y diligente
La flecha hasta las plumas le escondia:
Hizose atrás dos pasos diestramente,
Y al otro la segunda flecha envia
Con brújula tan cierta y diestro tino,
Que al bruto corazon halló el camino.

»Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioso y emperrado;
Mas Cariolán valiente y prevenido,
En la arte de la lucha ejercitado,
Aunque el negro era grande y muy fornido
De su destreza y fuerzas ayudado,
Alzándole de brazos acia el cielo
Le trabucó de espaldas en el suelo.

»Y sacando una daga acicalada,
Queriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la ijada
Tres veces la metió y sacó sangrienta:
Huyó por allí la alma acelerada,
Y libre Cariolán de aquella afrenta
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.

»Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo así el oficio,
Que medrosa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar al fin murmuraciones
Y no mostrarme ingrata al beneficio
En tal sazon y tiempo recibido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.

»Y temiendo que gente acudiria,
Por el espeso monte nos metimos,
Donde sin rastro ni señal de via
Un gran rato perdidos anduvimos;
Pero, señor, al declinar del dia
A la ribera de Lauquén salimos,
Por do venia una escuadra de cristianos
Con diez indios atrás presas las manos.

»Descubriéronnos súbito en saliendo,
Que en todo al fin nos perseguia la suerte,
Sobre nosotros de tropel corriendo,
Aguarda, aguarda, ten, gritando fuerte;
Pero mi nuevo esposo allí temiendo
Mucho mas mi deshonra que su muerte,
Me rogó que en el bosque me escondiese
Mientras que él con morir los detuviese.

»Luego el temor, á trastornar bastante
Una flaca mujer inadvertida,
Me persuadió poniéndome delante
La honrada muerte y la estimada vida:
Así cobarde, tímida, inconstante
A los primeros ímpetus rendida
Me entré viéndolos cerca á toda priesa
Por lo mas agrio de la senda espesa.

»Y en lo hueco de un tronco que tejido
De zarzas y maleza en torno estaba,
Me escondí sin aliento ni sentido,
Que aun apenas de miedo resollaba:
De donde escuché luego un gran ruido
Que el bosque cerca y lejos atronaba,
De espadas, lanzas y tropel de gente
Como que combatian fuertemente.

»Fué poco á poco al parecer cesando
Aquel rumor y grita que se oia,
Cuando la obligacion ya calentando
La sangre que el temor helado habia,
Revolví sobre mí, considerando
La maldad y traicion que cometia
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

»Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
Que en él quedara viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dejé desatinada;
Mas cuando no vi rastro, ni manera
De le poder hallar, sola y cuitada,
Podrás ver qué sentí, pues era cierto
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

»Solté ya sin temor la voz en vano:
Llamando al sordo cielo injusto y crudo,
Preguntaba: ¿Dó está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudo;
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salia corriendo, que el dolor agudo
En mis estrañas siempre mas furioso
No me daba momento de reposo.

»No te quiero cansar ni lastimarme
En decirte las bascas que sentia;
No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
Frenética y furiosa discurria:
Muchas veces propuse de matarme;
Mas por torpeza y gran maldad tenia
Que aquel dolor en mí tan poco obrase
Que á quitarme la vida no bastase.

»En tanta pena y confusion envuelta
De contrarios y dudas combatida,
Al cabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Acia el campo español he dado vuelta
De noche, y desde lejos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

»Y teniendo noticia que esta gente
Era la vuelta de Cautén pasada,
También que habia de ser forzosamente
Por este paso estrecho la tornada,
Quise venir en traje diferente,
Pensando que entre tantos disfrazada
Alguna nueva ó rastro hallaria
Deste que la fortuna me desvía.

»¿Qué remedio me queda ya cautiva,
Sujeta al mando y voluntad ajena?
Que para que mayor pena reciba
Aun la muerte no viene porque es buena;
Pero aunque el cielo cruel quiera que viva,
Al fin me ha de acabar ya tanta pena,
Bien que el estado en que me toma es fuerte;
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella joven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada
Que estaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una súbita algarada
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo indios así, que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un yanacona mio
Ganado no habia un mes en buena guerra,
Diciéndome: «Señor, échate al rio,
Que yo te salvaré, que sé la tierra:
Que pensar resistir es desvario
A la gente que cala de la sierra;
Bien puedes, ó señor, de mí fiarte,
Que me verás morir por escaparte.»

Yo que al mancebo el rostro revolvia
A agradecer la oferta y buen deseo,
Vi á Glaura que sin tiento arremetia
Diciendo: «¡Oh justo Dios! ¿Qué es lo que veo?
¿Eres mi dulce esposo? ¡ay vida mia!
En mis brazos te tengo y no lo creo.
¿Qué es esto? ¿estoy soñando, ó estoy despierta?
¡Ay, que tan grande bien no es cosa cierta!

Yo atónito de tal acaecimiento,
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el mísero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento
Por ser revuelto el tiempo y limitado
Dije: «Amigos, adios, y lo que puedo
Que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo que salió lijero;
Pero aunque mas los indios me den priesa
Quiero, señor, que aquí sepais primero,
Cómo á la entrada de la selva espesa
Cariolán vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Después de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados;
Mas ya que á nuestro asiento me volvia
Con diez prisiones bárbaros atados,
A la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente
Pensando que alas le prestase el miedo,
Pero con gran desprecio y alta frente,
Apercibiendo el arco estuvo quedo;
Llegando pues á tiro diestramente
Hirió á Francisco Osorio y a Acevedo,
Arrancando una daga desenvuelto,
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanto el arte
Del temerario bárbaro araucano,
Que no fué el gran tropel de gente parte
A que dejase un solo paso el llano:
Que saltando de aquella y desta parte
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del manto y daga rebatidos.

Yo que ver tal batalla no quisiera,
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo: «Afuera,
Caballeros, afuera, haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera,
Antes merece ser remunerado;
Y darle así la muerte ya seria
No esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron, conociendo
Cuán mal el acto infame les estaba;
Solo el indio no cesa, pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba:
Al fin la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesía le obligaba,
Revuelto á mí me dijo: «Qué te importa
Que sea mi vida larga, ó que sea corta?»

»Pero de mí será reconocida
La obra pia y voluntad humana:
Pia por la intencion, pero entendida
Se puede decir impia y inhumana:
Que á quien ha de vivir mísera vida
No le puede estar mal muerte temprana;
Así que en no matarme como digo
Crüel misericordia usas conmigo.

»Mas porque no me digan que ya niego
Haber de ti la vida recibido,
Me pongo en tu poder y así me entrego
A mi fortuna misera rendido.»
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
De las armas y voces resonaban;
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá socorro demandaban:
Era la senda estrecha, y no pudiendo
Ir atrás ni adelante, reparaban,
Que el bagaje la chusma, y el ganado
Tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Purén derecho
Acia la entrada y paso del estado,
Después ya en forma oblica largo trecho
De dos ásperos cerros apretado;
Y vienen á ceñirle en tanto estrecho,
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aun mas angosta aquella via
Un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
Revueltos unos y otros voceando,
Andaban en confuso remolino
La tempestad de tiros reparando:
No basta de la pasta el temple fino,
Grevas, petos, celadas abollando,
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
Sin poder en las sillas sostenerse;
Otros cual rana ó sapo aporreados
No pueden, aunque quieren, removerse;
Otros á gatas, otros derrengados
Arrastrando procuran acogerse
A algun reparo ó hueco de la senda,
Que de aquel torbellino los defienda.

Que en este paso estrecho el enemigo,
La gente y municion en orden puesta,
Tenia á nuestros soldados como digo
De ventaja las piedras y la cuesta;
Donde puedo afirmar como testigo,
Que era la lluvia tan espesa y presta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
De espesas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruinar el suelo
De rayos, piedra y tempestad cargado;
Las aves mata en medio de su vuelo;
La gente, bestias, fieras y ganado
Buscan corriendo acá y allá perdidas
Los reparos, defensas y guaridas:

Así los españoles, constreñidos
De aquel granizo y tempestad furiosa,
Buscan por todas partes mal heridos
Algun árbol ó peña cavernosa,
Do reparados algo y defendidos,
Con la virtud antigua generosa
Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza
A la victoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada
Las apuntadas miras asestando,
Les comienzan á dar una rociada,
Muchos en poco tiempo derribando:
Ya por la áspera cuesta desrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando
Con un furor terrible y tan estraño,
Que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entre tanto
Que en esta estrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto,
Donde mayores voces resonaban,
Se habian los indios desmandado tanto,
Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
Haciendo grande riza y sacrificio
En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
Sube lijeramente á la alta cumbre;
Quién de pataca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre:
Del alto y bajo, de uno y otro lado
Al saco acude allí la muchedumbre,
Cual banda de palomas al verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurria,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion habia:
Y así, rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué do estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados;

Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida,
Que ganada la cumbre de la sierra
La victoria era nuestra conocida;
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.

Luego, resueltos á morir de hecho,
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos lanzamos al repecho,
Cada cual solevado alto en la silla;
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada,
De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento
No pudiendo moverse, ijadeaban:
Donde sin dilacion ni impedimento
Al lado que los indios mas cargaban,
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras que os prometo,
Que aunque llevó de golpe mucha gente
Hizo el súbito miedo mas efeto:
Y así remolinando torpemente,
Les pareció, segun el grande aprieto,
Moverse en contra dellos cielo y tierra
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que deseosos de áspera venganza
El daño y miedo en ellos aumentaron:
Tanto, que ya perdida la esperanza
A retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos piés en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
Cargado de fardel ó saco guia;
Cuál por lo mas espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia;
Cuál con hambre y codicia deshonesta
Por solo llevar mas se detenia,
Costando á mas de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La victoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines y atambores:
Al rumor de las cuales caminando
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al real todos heridos,
Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso consolados
Con el sabroso robo del suceso;
Y adonde estaba el general llegados,
Que sabido el desorden y el esceso
Que rindió la victoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
Del destrozado campo el remanente,
A consultar las cosas del estado
Llamó á la principal y digna gente:
Donde después de haber allí tratado
De lo mas importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX.

Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente.

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
El amor de la patria, pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
A que todo por él lo pospongamos!
Cualquier peligro y muerte facilita:
Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
Cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
Y como á mas parienta la acorremos

Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas,
Que por la cara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas;
Y su gloriosa fama han estendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Cassio, Filon, Cosdro ateniense,
Régulo, Agesilao y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
Esta araucana gente, que con tanta
Muestra de su valor y ánimo ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta,
Y en el firme propósito parece
Que ni rigor del hado, y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triste ni abatido,
Mas con valor grandísimo y constancia,
Estaban, como atrás habeis oido,
En consejo de guerra, haciendo instancia
En darnos otro asalto; mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano:

«Conviene, ó gran senado religioso,
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos:
Las casas, ropa y mueble infructuoso,
Que al descanso nos llaman abrasemos,
Que habiendo de morir todo nos sobra,
Y todo con vencer después se cobra.

»Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene:
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aun su lugar no tiene;
Ni es razon que soldado alguno atienda
A mas de aquello que á vencer conviene,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

»Así que, en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso, como digo,
Piense que no hay mas honra, hacienda y vida
De aquella que quitare al enemigo:
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto,
Sino solo matar ó quedar muerto.»

Oido allí por los caciques esto,
Muchos suspensos sin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado gesto
Enarcando las cejas se miraron;
Pero rompiendo aquel silencio puesto,
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en su favor tantas razones
Que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese,
Aprueba á voces la demanda, instando
En que por obra luego se pusiese;
Siguió este parecer Purén, jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio ni concierto, á fuerza pura
Su patria en libertad y paz segura.

Lincoya y Caniomangue pues no fueron
En jurar el decreto perezosos:
Que aun mas de lo posible prometieron,
Segun eran gallardos y animosos;
También Rengo y Gualemo se ofrecieron,
Y los demás caciques orgullosos
Talcaguán, Lemolemo y Orompello,
Hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos pues en esto, y decretado
Segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
Con gran sosiego y con atento oido,
Despues del alboroto sosegado,
Y aquel arduo negocio difinido,
Puesto en pié, levantó la voz ardiente,
Que jamás hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero
En lo que el general propone vengo,
Por parecerme justo, y así quiero
Que se abrase y asuele cuanto tengo:
En lo demás al brazo me refiero,
Que si un mes en su fuerza le sostengo,
Pienso escoger después á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

»Y si algun miserable no concede
Lo que tan justamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar orden escluïdo:
Que ya por nuestra parte no se puede
Venir á ningun medio ni partido,
Sin dejar de perder; pues la contienda
Es sobre nuestra libertad y hacienda.

»Así que, yo también determinado
De seguir vuestros votos y opiniones,
Aunque parece en tiempo tan turbado,
Que muevo nuevas causas y cuestiones,
Del natural honor estimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dejar por ningun arte
De echar del todo un gran negocio aparte.

»Ya tendreis en memoria el desafío
Que Rengo y yo tenemos aplazado,
Asimismo el que tuve con su tio,
Que quiso mas morir desesperado:
Viendo el gran deshonor y agravio mio,
Y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
Quiero sin esperar á mas rodeo
Cumplir la obligacion y mi deseo.

»Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues se trata
Que conmigo ha de entrar en estacado,
Y así vanaglorioso lo dilata;
Mas yo de tanta dilacion cansado,
Pues que cada ocasion lo desbarata,
Pido que nuestro campo se fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca.

»Pues ya Peteguelén, viejo imprudente
Con apariencia de ánimo engañosa
A morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte mas piadosa;
Y así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor y no otra cosa,
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

»También Rengo de industria cauteloso
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le escuse cumplir lo prometido;
Y debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Cuando el airado Rengo, echando fuego,
Sin guardar atencion, se hizo adelante
Diciendo: «La batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego:
Las armas lo dirán y no razones,
Que son de jactanciosos baladrones.»

Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolicán, que á tiempo se previno,
Con presta diligencia en medio puesto,
La voz no le atajara y el camino;
Y con severa muestra y grave gesto
Reprehendiendo el loco desatino,
Por rematar entre ellos la porfía
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfías:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién granjerías;
Algunos que ganar no deseaban
Las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un exento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatiesen mano á mano,
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañía
Comenzó á rodear el estacado:
Era tal el aprieto que no habia
Arbol, pared, ventana ni tejado
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso,
Apenas del oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruïdo;
Por otra pues no menos orgulloso
Al mismo tiempo aparecer se vido
Al fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos, dobles, relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Hasta el empeine de los piés armados;
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfanje guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de torneo,
Por las cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodeo:
Después que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes,
Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el son de la trompeta en esto,
Que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendian,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian;
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos, de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos, de manera
Que aunque fueron pasados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera
No llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado,
Suspensos los sentidos y la mente;
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efecto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le despertó del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso,
Mas del honor que del dolor sentido:
Así, fuera de término rabioso
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso estremo descargó en vacío:
Fué el golpe aunque furioso tolerable,
Quitándole la fuerza el desvarío,
Que á cogerle de lleno yo creyera,
Que con él el combate feneciera.

Mas aunque fué al soslayo, el araucano
Se fué un poco al través desvaneciendo,
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo;
Pero viendo el peligro no liviano,
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas y reparos,
Tanto, que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La mas reñida y singular batalla
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso,
Que el mas templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso:
El aire cerca y lejos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y batería,
Que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo
Batiéndole de suerte la celada,
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada;
Pero en sí vuelto blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada
Hirió tan presto á Rengo al desviarse,
Que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto
Cargando á Rengo tanto la cabeza,
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza;
Mas del peligro y del dolor despierto
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó lejos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra
Poniendo mano á la fornida espada:
En esto Tucapel otra vez cierra,
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo, hurtando el cuerpo á la una mano,
Hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
Aunque era duro, en él quedó enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado;
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera,
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira:
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira
Acrecentada por la nueva ofensa,
Furioso de revés un golpe tira
Con la estrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro, que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo cual arrojando el roto escudo
Valerse de los brazos le convino:
Tucapel, que robusto era y membrudo,
Al mismo tiempo le salió al camino,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De mas agilidad y fortaleza:
Llegados á las presas, cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza,
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando
Andaban con furioso movimiento,
Tanto los duros brazos añudando
Que apenas recibir pueden aliento;
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza, como digo,
De poner en el suelo al enemigo.

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso,
Los rostros y los ojos encendidos,
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado:
Rengo, con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho;
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho y rematar la guerra,
Rengo que era diestrísimo y valiente
Hizo con fuerza pié cobrando tierra;
Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos,
Mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela:
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaragüel de ñudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con gran deseo.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles.

Cualquiera desafío es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho;
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó para que así la corrigiese,
Que los términos justos no escediese.

Y el profeta nos da por documento,
Que en ocasion y á tiempo nos airemos;
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos:
Pues, dejados llevar del movimiento
El ser y la razon de hombres perdemos,
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea
Impetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,
Parece como parte conveniente
Ser en el hombre natural la ira,
En cuanto á la razon fuere obediente;
Y en la causa comun puesta la mira,
Puede con tal campion el combatiente
Usar della en el tiempo necesario,
Como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,
O por jatancia vana ó alabanza,
O por mostrar la fuerza y valentía,
O por rencor, por odio, ó por venganza,
Si es por declaracion de la porfía
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que peleando
Por solo presuncion y orgullo vano
Como fieras se están despedazando,
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca de ella,
Cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates aunque usados,
Por corrupcion del tiempo introducidos,
Son de todas las leyes condenados
Y en razon militar no permitidos,
Salvo en algunos casos reservados,
Que serán á su tiempo referidos:
Materia á los soldados importante,
Segun que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto á Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo y reprehendo
De haberlo tanto tiempo así dejado;
Pero á la historia y narracion volviendo
Me oistes ya gritar á Rengo airado
Que bajaba sobre él la fiera espada
Por el gallardo brazo gobernada.

El cual viéndose junto, y que no pudo
Huir del grave golpe la caida,
Alzó con ambas manos el escudo,
La persona debajo recogida:
No se detuvo en él el filo agudo,
Ni bastó la celada aunque fornida,
Que todo lo cortó, y llegó á la frente,
Abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
Y en pié dificilmente se detuvo,
Que del recio dolor desvanecido
Fuera de acuerdo vacilando anduvo:
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo;
De manera cerró con Tucapelo,
Que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto,
Que por poco le hubiera trabucado,
Que de la gran pujanza que habia puesto
Anduvo de los piés desbaratado;
Pero volviendo á recobrarse presto
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echó los fuertes y ñudosos brazos,
Pensando deshacerle en mil pedazos.

Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende, sacude y le rodea;
Mas Rengo la persona recogida
La suya á tiempo y la destreza emplea:
No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo, á tiempo el pié trocado,
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar, que ambos de lado
Sin poderlo escusar, á su despecho
Dieron á un tiempo en tierra, de manera
Como si un muro ó torreon cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego
No pudiendo del hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así fieros, sangrientos y furiosos,
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,
Y los roncos aceros presurosos
Del apretado pecho resonaban;
Mas no por esto un punto vigorosos
En la rabia y el ímpetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando
Los dos campiones de valor iguales,
En la creciente furia declinando
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando
Sin poderse vencer, quedaron tales,
Que ya en parte ninguna se movian,
Y mas muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor y aliento,
Los pechos garleando levantados,
Llenos de polvo y de sudor sangriento,
Los brazos y los piés enclavijados,
Sin muestra ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazon tenia,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoría;
Y aunque esto es hoy de muchos disputado
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco acento y corazon latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo
Como jüez de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo
Apriesa en la estacada plaza entraba:
El cual sin detenerse un punto viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
A doce los mas ínclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto
De la nobleza y gente mas preciada,
Fué con honra solene y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazon restituïda.

Pasado el punto y término temido,
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del casco Tucapel sentido
No dejaba curarse braveando;
Pero el prudente general sufrido
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo,
Que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado
Que en todo lo restante de la vida
No se tratase mas de lo pasado;
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar ni reservado
Pudiesen combatir ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos ni en razones.

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,
Y en los casos y trances peligrosos
Se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Contenidos así los dos famosos,
Porque mas los conciertos se afirmasen,
Comieron y bebieron juntamente
Con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera
En su conformidad y ayuntamiento,
Que me importa volver á la ribera
Del rio, que muda nombre en cada asiento
Pues ha mucho que falto y ando fuera
De nuestro molestado alojamiento,
Para decir el punto en que se halla
Después del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos
Con mas pérdida y daño que ganancia,
Al fuerte á mas andar nos recogimos,
Que estaba del lugar larga distancia;
Y aunque poco después, señor, tuvimos
Otros muchos rencuentros de importancia
No sin costa de sangre y gran trabajo,
Iré por no cansaros al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla
Sangrienta de ambas partes y reñida,
Que aunque por no ser largo aquí se calla,
Será de otro escritor encarecida;
Vista de municion y vitüalla
La plaza por dos meses bastecida,
Pareció por entonces provechoso
Dejar por capitán allí á Reinoso.

Que las demás ciudades trabajadas
De las pasadas guerras nos llamaban,
Y las leyes sin fuerza arrinconadas,
Aunque mudas, de lejos voceaban:
Las cosas de su asiento desquiciadas,
Todos sin gobernar se gobernaban,
Estando de perderse el reino á canto
Por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,
Fértil de todas cosas y abundante,
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazon muy importante,
Quedó primero la ciudad trazada,
De la cual hablaremos adelante,
Que aunque de buen principio y fundamento
Mudó después el nombre y el asiento.

Dejando pues en guarda de la tierra
Los mas diestros y platicos soldados,
En orden de batalla y son de guerra
Rompimos por los términos vedados;
Y atravesando de Purén la sierra
De la hambre y las armas fatigados,
A la Imperial llegamos salvamente,
Donde hospedada fué toda la gente.

Puso el gobernador luego en llegando
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados tiempos corrompidas;
Y el esceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demás por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos satisfecho
Del sueño y hambre mísera transida,
Cuando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra en torno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo así nuestra fuerza dividida,
Ayuntaban la suya con motivo
De no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego pues hasta treinta apercibidos
De los que mas en orden nos hallamos,
Por la espesura de Tirú metidos
La barrancosa tierra atravesamos:
Y los tomados pasos desmentidos,
No con pocos rebatos arribamos
Sin parar ni dormir noche ni dia
Al presidio español y compañía.

Donde ya nuestra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra rebelada,
Que por estraño caso acontecido
De la junta y designio fué avisada;
Y habiendo alegremente agradecido
El socorro y ayuda no pensada,
Nos dió del caso relacion entera,
El cual pasa, señor, desta manera.

El araucano ejército entendiendo
Que su próspera suerte declinaba,
Y que Caupolicán iba perdiendo
La gran figura en que primero estaba:
En secretos concilios discurriendo,
Del capitan ya odioso murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento,
Que el mas libre y osado no temiese
Y del menor edicto y mandamiento
Cuanto una sola mínima escediese:
Que era tanto el castigo y escarmiento
Que no se vió jamás quien se atreviese
A reprobar el orden por él dado,
Segun era tenido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente
El revolver del hado incontrastable,
Y la poca obediencia de su gente
Viéndole ya en estado miserable;
Que la buena fortuna fácilmente
Lleva siempre tras sí la fe mudable,
Y un mal suceso y otro cada dia
La mas ardiente devocion resfria:

Quiso dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él se declarase,
Y no dejar remedio y cosa alguna
Que para su descargo no intentase:
Entre muchas al fin resuelto en una
Antes que su intencion comunicase,
Con la presteza y orden que convino
De municiones y armas se previno.

No dando pues lugar con la tardanza
A que el miedo el peligro examinase,
Y algun suceso y súbita mudanza
Los ánimos del todo resfriase,
Con animosa muestra y confianza
Mandó que de la gente se aprestase
Al tiempo y hora del silencio mudo,
El mas copioso ejército que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
En la cual resolvió que convenia
Dar el asalto al fuerte, por el lado
De la posta de Ongolmo al mediodía:
Que de cierto espion era avisado
Cómo la gente que en defensa habia,
Demas de estar segura y descuidada,
Era poca, bisoña y desarmada.

Que el capitán ausente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atras determinado,
Hasta dejar la tierra reducida;
Y en las nuevas conquistas ocupado
Sin poder ser la plaza socorrida,
En breve por asalto fácilmente
Podian entrarla y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
Y tal la autoridad de su presencia,
Que se llevó los votos y opiniones
En gran conformidad sin diferencia,
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de seguir, hasta morir de veras,
En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resoluto
Habló con Pran, soldado artificioso,
Simple en la muestra, en el aspecto bruto,
Pero agudo, sutil y cauteloso,
Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
Falso, disimulado, malicioso,
Lenguaz, ladino, prático, discreto,
Cauto, pronto, solícito y secreto.

El cual, en puridad bien instruído
En lo que el arduo caso requería,
De pobre ropa y parecer vestido,
Del presidio español tomó la via;
Y fingiendo ser indio foragido
Se entró por la cristiana ranchería
Entre los indios mozos de servicio,
Dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento
Sin mostrar atencion lo que pasaba
Y con disimulado advertimiento
Los ocultos designios penetraba:
Tal vez entrando en el guardado asiento
En la figura rústica notaba
La gente, armas, el orden, sitio y traza,
Lo mas fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
A las personas menos recatadas
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas;
Y aquí y allí los ánimos tentando,
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
Por donde el trato fuese mas cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance vino
A dar consigo en peligroso puerto:
Que engañado de un bárbaro ladino
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los yanaconas permitida.

Y con dobles y equívocas razones
Que Pran á su propósito traia,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el araucano estado padecia:
Los insultos, agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza y tiranía,
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oido,
Y el tiempo y la ocasion aparejada,
De la engañosa muestra persuadido
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
Le encubierta intencion desta manera,

Diciéndole: «Si sientes ¡oh soldado!
La pérdida de Arauco lamentable,
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvacion de tanta gente.

»Que el gran Caupolicano, que en la tierra
Nunca ha sufrido igual, ni competencia,
Y en paz ociosa y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
Tu industria grande y grande suficiencia,
Fiar en ocasion tan oportuna
El estado comun de tu fortuna.

»Y que á tí como á causa se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una cosa quiere que sea suya,
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sujeto
Para tan grande y importante efeto.

»Pués á tí libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse;
Y así en figura humilde revestido,
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello y seas el todo.

»Haciéndote saber cómo querria,
Si no es de algun oculto inconveniente,
Dar el asalto al fuerte al mediodía
Con furia grande y número de gente;
Por haberle avisado cierta espía
Que en aquella sazon seguramente
Descansan en sus lechos los soldados
De la molesta noche trabajados.

»Y sin recato la ferrada puerta,
No siendo á nadie entonces reservada,
Franca de par en par siempre está abierta,
Y la gente durmiendo descuidada:
La cual de salto fácilmente muerta
Y la plaza después desmantelada,
En la region antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

»Así que, de tu ayuda confiado,
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra escura:
Adonde de su ejército apartado
Debajo de palabra y fe segura
Quiere comunicar solo contigo
Lo que sumariamente aquí te digo.

»Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
Gozar desta ventura prometida,
Demás del grande honor que consiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á tí deberás lo que tuvieres,
Y á tí te deberán todos la vida,
Siendo siempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recibido.

»Mira pues lo que desto te parece;
Conoce el tiempo y la ocasion dichosa;
No seas ingrato al cielo que te ofrece
Por solo que la acetes tan gran cosa;
Da la mano á tu patria, que perece
En dura servidumbre vergonzosa,
Y pide aquello que pedir se puede,
Que todo desde aquí se te concede.»

Dió fin con esto á su razon atento
Al semblante del indio sosegado,
Que sin alteracion y movimiento
Hasta acabar la plática habia estado:
El cual con rostro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
A las ofertas y razon propuesta
Dió sin mas detenerse esta respuesta:

«¡Quién pudiera aquí dar bastante indicio
De mi intrínseco gozo y alegría,
De ver que esta en mi mano el beneficio
De la cara y amada patria mia!
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
Ni el gobierno del mundo y monarquía
Podrán tanto conmigo en este hecho,
Cuanto el comun y general provecho.

»Que sufrir no se puede la insolencia
Desta ambiciosa gente desfrenada,
Ni el disoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene usurpada:
Por lo cual la divina Providencia
Tiene ya la sentencia declarada,
Y el ejemplar castigo merecido
Al araucano brazo cometido.

»Vuelve á Caupolicán, y de mi parte
Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
Que cuanto en esto quieras alargarte,
Te sacaré yo á salvo de la oferta;
Y mañana sin duda, por la parte
De la inculta marina mas desierta,
Seré con él, do trataremos largo
Desto que desde aquí tomo á mi cargo.

»Por la sospecha que nacer podria,
Será bien que los dos nos apartemos,
Y deshecha por hoy la compañía
Adonde nos aguardan arribemos:
Que mañana despacio al mediodía
Con mayor libertad nos hablaremos,
Y de mí quedarás mas satisfecho:
Adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.

Así luego partieron el camino,
Llevándole diverso y diferente,
Que el uno al araucano campo vino,
Y el otro adonde estaba nuestra gente:
El cual con gozo y animo malino
Hablando al capitan secretamente
Le dijo punto a punto todo cuanto
Oirá quien escuchare el otro canto.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado; habla con Caupolicán cautelosamente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada,
Que mas ofende la bondad divina,
Es la traicion sobre amistad forjada,
Que al cielo, tierra y al infierno indina:
Que aunque el señor de la traicion se agrada,
Quiere mal al traidor, y le abomina;
Tal es este nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el alevoso
En estado seguro permanece;
De nadie amado, á todo el mundo odioso,
Que el mismo interesado le aborrece:
Amigo en todo tiempo sospechoso,
Aunque trate verdad no lo parece,
Y al cabo no se escapa del castigo
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debajo de seguro al enemigo,
¿Qué será aquel que al enemigo vende
La libertad y sangre del amigo,
Y que él con rostro de leal pretende
Ser traidor á su patria como digo,
Poniéndole con odio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverso, insolente, del malvado,
Pero no del traidor nunca ofendido,
Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido:
No hay contra el desleal seguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba
Al amigo engañado y satisfecho,
El cual con la gran priesa que llevaba
En poco espacio atravesó gran trecho;
Y puesto ante Reinoso, el cual estaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándose el traidor de su malicia,
Della y de la traicion le dió noticia,

Diciéndole: «Sabrás que usando el hado
Hoy de piadoso término contigo,
Las cosas de manera ha rodeado
Que puedo serte provechoso amigo:
Pues en mi voluntad libre ha dejado
La muerte ó salvacion de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andresillo
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

»Mas negando la deuda y fe debida
A mi tierra y nacion por tu respeto,
Quiero, señor, sacrificar la vida
Por escapar la tuya deste aprieto;
Y en contra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áspero decreto,
Desviando gran número de espadas
Que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto
Con Pran le sucedió y habeis oido,
Que si me acuerdo en el pasado canto
Lo tengo largamente referido:
Quedó Reinoso atónito de espanto,
Y con ánimo y rostro agradecido
Los lazos amorosos le echó al cuello
Dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio
Con que del trato doble usado habia,
Exageró el famoso y gran servicio
Que á todo el reino y cristiandad hacia,
Diciendo, que tan grande beneficio
Siempre en nuestra memoria duraria,
Y con honroso premio de presente
Seria remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro dia
Sin que noticia dello á nadie diese,
En el tiempo y lugar que puesto habia
Con el vecino capitán se viese,
Que de la vista y habla entenderia
Lo que mas al negocio conviniese,
Trayéndole por mañas y rodeo
Al esperado fin de su deseo.

Hizolo pues así; pero antes desto,
A la salida de un espeso valle,
Halló al amigo en centinela puesto
Esperándole ya para guialle,
Donde Caupolicán con ledo gesto
Saliendo algunos pasos á encontralle,
Adelantado un trecho de su gente
Le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: «¡Oh capitán! hoy por el cielo
En esta dignidad constituido,
A quien la redencion del patrio suelo
Justa y méritamente ha cometido:
Bien sé que solo con honrado celo,
De virtud propria y de valor movido,
Aspiras arribar do ningun hombre
Tendrá puesto adelante mas su nombre.

»Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y designio valeroso,
De tu fortuna próspera guiado,
Que promete suceso venturoso,
Estoy resuelto, estoy determinado
Que con golpe de gente numeroso
Demos, siendo tú solo nuestra guia,
Sobre el fuerte español á mediodia.

»Para lo cual ha sido mi venida
Sorda y secretamente en esta parte,
Donde siendo tu boca la medida
Quiero del justo premio asegurarte:
Y ver si á ti esta empresa cometida
Quieres della y nosotros encargarte,
Dando como cabeza y dueño en todo
El orden, la instruccion, la traza y modo.

»Que demás de las honras, te aseguro
De parte del senado un señorío,
Y por el fuerte Eponamon te juro
Que esto será escogido á tu albedrío;
En tus manos me pongo y aventuro,
Y á tu buen parecer remito el mio,
Para que des el orden que convenga,
Y el esperado bien no se detenga.

»Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta
Que me prometen próspera jornada,
En una parte oculta y encubierta
Tengo cerca de aqui mi gente armada;
Y antes que sea de algunos descubierta,
Y la plaza enemiga preparada,
Que es el peligro solo que esto tiene,
Apresurar la ejecucion conviene.

»Resuélvete, ó varon, y determina
Como de ti se espera brevemente,
Que detrás deste monte á la marina
Está el copioso ejército obediente;
Y porque puedas ver la disciplina,
Los ánimos, las armas y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con esperanza y ánimo gallardo.»

El traidor pertinaz que atento estaba
A cuanto el general le prometia,
No la oferta, ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia;
Bien que algun tanto tímido dudaba
Viendo de aquel varon la valentia,
El ser gallardo y el feroz semblante,
La proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Con un drago escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada;
En la derecha su bastor ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato
Podia salir con el malvado hecho,
Teniendo en su traicion y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,
Con alegre semblante y rostro grato,
Aunque con doble y engañoso pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano,
Tal respuesta volvió a Caupolicano:

«¡Oh gran Apó! No pienses que movido
Por honra, por riqueza ó por estado
A tus piés y obediencia soy venido
A servirte y morir determinado:
Que todo lo que aquí me has ofrecido,
Y lo que puede mas ser deseado
No me provoca tanto, ni me instiga,
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

»Gracias al cielo doy, pues mi esperanza
En tu prudencia y gravedad fundada,
La siento ya con próspera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada;
Y porque no nos dañe la tardanza,
Será bien que apresures la jornada,
Siguiendo la fortuna que se muestra
Declarada en favor de parte nuestra.

»Que nuestros enemigos sin recelo,
A las armas de noche acostumbrados,
Cuando va el sol en la mitad del cielo
Descansan en sus toldos desarmados;
Y desnudos y echados por el suelo
En vino y dulce sueño sepultados
Pasan la ardiente siesta en gran reposo,
Hasta que el sol declina caluroso.

»Y si estás, como dices, prevenido,
Y la gente vecina en ordenanza,
Que goces luego la ocasion te pido,
No dejando pasar esta bonanza;
Que el tiempo es malo de cobrar perdido
Mayormente si daña la tardanza,
Y pues no te detiene cosa alguna,
No detengas tus hados y fortuna.

»Que á darte la victoria yo me obligo
No por el galardon que dello espero,
Que la virtud la paga trae consigo,
Y ella misma es el premio verdadero;
Basta lo que en servirte yo consigo,
Y así graciosamente me prefiero
De ponerte sin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano.

»Mañana disfrazado al tiempo cuando
Vaya el sol en mitad de su jornada
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
Estaré su venida deseada;
Y en el presidio y franca plaza entrando,
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado sueño,
Sin prevencion y al parecer sin dueño.

»Esta noche callada y quietamente
Desviada á la izquierda del camino,
Venga á ponerse en escuadron la gente,
Una milla del fuerte y mas vecino;
Y cuando asome el sol por el oriente
Echada en recogido remolino,
Bajas las armas por la luz del dia,
Aguarde allí el aviso y orden mia.

»Quiero ver, pues que dello eres servido,
Por ir del todo alegre y satisfecho,
Tu dichoso escuadron constituido
Para tan alto y señalado hecho:
Por quien Arauco ya restituido
En sus primeras fuerzas y derecho,
Echada la española tiranía
Estendera su nombre y monarquía.»

Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por seguro,
Diciéndole razones que moviera
No un corazon movible, pero un muro;
Y en señal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro,
Y un grueso mazo de chaquira prima,
Cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado
Al pié de un alto cerro montuoso,
Vió el araucano ejército emboscado
De brava gente y número copioso.
Quedó el traidor de verlo algo turbado,
Y en la falsa y mudable fe dudoso:
Que en el ánimo vario y movedizo
Hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada,
Dándole espuelas y animo bastante,
La duda atropelló representada,
Llevando el mal propósito adelante;
Y así encubriendo la intencion dañada
Con mentirosas muestras y semblante
Loó el traidor encarecidamente
El sitio, el orden, armas y la gente.

Y después de inquirir y haber notado
Lo que notar entonces convenia,
Visto el grande aparato, y tanteado
La gente armada y cantidad que habia,
Advertido de todo y enterado
Llegó al presidio al rematar del dia,
Adonde le esperaba ya Reinoso
De su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento
De su jornada relacion copiosa,
Dándole mayor ánimo y aliento
Nuestra llegada á tiempo provechosa;
Que si estuvisteis á mi canto atento,
Por la montaña y costa montüosa
Al socorro llegué aquel mismo dia
Con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo
Las armas é instrumentos militares,
El foso, muro y plaza requiriendo,
Señalando á la gente sus lugares:
Hasta que fué la aurora descubriendo
Con turbia luz los hondos valladares,
Dando triste señal del dia esperado
Por tanta sangre y muerte señalado.

Jamás se vió en los términos australes
Salir el sol tan tardo á su jornada,
Rehusando de dar á los mortales
La claridad y luz acostumbrada;
Al fin salió cercado de señales,
Y la luna delante dél menguada,
Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo,
Por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
Por una y otra parte ocultamente,
Con iguales designios y esperanza
Aunque con hado y suerte diferente:
Veis aquí á Pran, que solo y á la usanza
De los mitayos indios diligente,
Cargado con un haz de blanco trigo
Viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba
Mirando á los caminos ocupado,
Pareciéndole ya que se pasaba
El tiempo del concierto aun no llegado:
Tanto ya la maldad le aceleraba
De una furia maligna espoleado:
Que siempre en lo que mucho se desea
No hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
Que la gente en dos tercios dividida,
Habia el múrado sitio descubierto
Sin ser de nadie vista ni sentida;
Y con paso callado y gran concierto
Doméstica, ordenada y recogida,
Los pechos y las armas arrastrando
Venia derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente
Dió Andresillo señal de su alegría,
Diciendo, que sin duda nuestra gente
Ya segun su costumbre dormiria;
Luego disimulada y quietamente
Sin mas se detener, de compañía
Entraron en el fuerte preparado
El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
Todos los oficiales y soldados,
Sobre sus lechos sin dormir dormidos
Con aviso y cuidado descuidados:
Los arneses acá desguarnecidos,
Los caballos allá desensillados,
Todo de industria al parecer revuelto,
En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego,
Y poca guardia que en el fuerte habia,
Alegre dello tanto, cuanto ciego
En no ver la sospecha que traia,
Sin detenerse un solo punto luego
Por una corta senda que él sabia,
Haciendo de sus piés y aliento prueba
Fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto,
Cuando Andresillo en tono levantado
Dijo: «¡Oh fuertes soldados, en quien puesto
Está el fin de la guerra deseado!
Tomad las vencedoras armas presto,
Y romped el silencio ya escusado,
Saliendo á toda priesa, porque os digo
Que á las puertas teneis al enemigo.»

Marinero jamás tan diligente
De entre la vedijosa bernia salta,
Cuando los gritos del piloto siente,
Y la borrasca súbita le asalta,
Como nosotros que lijeramente
Oyendo de Andresillo la voz alta,
De los toldos con ímpetu salimos,
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,
Quién encaja la gola y la celada,
Quién ensilla el caballo, y quién salta
Con arcabuz, con lanza ó con espada;
Fué en un punto la gruesa artillería
A las abiertas puertas asestada,
Llenos de tiros mil de mil maneras
Los traveses, cortinas y troneras.

Puesta en orden la plaza, y encargando
Segun el puesto á cada cual su oficio,
El silencio importante encomendando
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel presidio tan callando
Que la gente estramuros de servicio,
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
Que todo en igual sueño reposaba.

No fué Pran en el curso negligente;
Pues apenas estábamos armados,
Cuando los enemigos de repente
Se descubrieron cerca por dos lados:
Venian tan escondida y sordamente,
Bajas las armas y ellos inclinados,
Que entraran, si la vista ya no fuera
Mas presta que el oido y mas lijera.

Como el cursado cazador, que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo bajo viene
Entre la yerba y matas escondido;
Ya apresura el andar, ya le detiene,
Mueve y asienta el paso sin ruido
Hasta ponerse cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento
Los encubiertos indios parecieron,
Y sobre nuestro fuerte en un momento
A treinta y menos pasos se pusieron:
De do sin son de trompa ni instrumento
En callado tropel arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas
Con mas cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
Este sangriento y crudo asalto cuente,
Y la lástima justa y odio justo,
Que ambas cosas concurren juntamente;
El ánimo ahora humano, ahora robusto
Me suspende y me tiene diferente:
Que si al piadoso celo satisfago,
Condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,
Dentro della y del fuerte estoy metido;
Si en este punto y término lo dejo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido;
Así dudoso el ánimo y perplejo
Destos juntos contrarios combatido,
Lo dejo al otro canto reservado,
Que de consejo estoy necesitado.

CANTO XXXII.

Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa,
De todos dignamente celebrada,
Es la clemencia ilustre y generosa,
Jamás en bajo pecho aposentada:
Por ella Roma fué tan poderosa,
Y mas gentes venció que por la espada,
Domó y puso debajo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y escelencia:
Sino en saber usar de la vitoria
Ilustrándola mas con la clemencia.
El vencedor es digno de memoria;
Que en la ira se hace resistencia,
Y es mayor la victoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencer tan glorioso
Del capitán crüel, inexorable:
Que cuanto fuere menos sanguinoso,
Tanto será mayor y mas loable;
Y el correr del cuchillo riguroso
Mientras dura la furia es disculpable:
Mas pasado después á sangre fria
Es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,
Si mi juicio y parecer no yerra,
La que de todo en todo ha destruïdo
El esperado fruto desta tierra:
Pues con modo inhumano han escedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquistas
Crüeldades inormes nunca vistas.

Y aunque esta en mi opinion dellas es una,
La voz comun en contra me convence,
Que al fin en ley de mundo y de fortuna
Todo le es justo y lícito al que vence.
Mas dejada esta plática importuna
Me parece ya tiempo que comience
El crudo estrago y escesivo modo
En parte justo y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,
En medio del furor y arremetida,
Y la callada y encubierta muerte
De mil géneros de armas prevenida;
Llevado pues del hado y dura suerte
Con presto paso y con fatal corrida
Emboca por la puerta y falsa entrada
El gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno! ¡qué fracaso estraño,
Qué riza, qué destrozo y batería
Hubo en la triste gente, que al engaño
Ciega pensando de engañar venía!
¿Quién podrá referir el grave daño,
La espantosa y tremenda artillería,
El ñublado de tiros turbulento
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y muchos barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,
Lloviendo lejos trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
Cuando con grande estrépito revienta,
Que la furia del fuego repentina
Las torres vuela y maquinas avienta:
Con mas estruendo y con mayor ruina
La fuerza de la pólvora violenta
Voló y hizo pedazos en un punto
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna
Despedazó el ejército araucano,
No habiendo un solo tiro, ni arma alguna
Que errase el golpe ni cayese en vano;
Nunca se vió morir tantos á una,
Y así aunque yo apresure mas la mano,
No puedo proseguir, que me divierte
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados,
Cuando por verse fuera en campo raso
Los caballos á un tiempo espoleados
Rompen la entrada y ocupado paso,
Y en los segundos indios, que ovillados
Estaban como atónitos del caso
Hacen riza y mayor carnicería
Que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando
Abre sangrienta y ancha la salida,
Quién á diestro y siniestro golpeando
Priva aquestos y aquellos de la vida;
No hay ánimo ni brazo allí tan blando
Que no cale y ahonde la herida,
Ni espada de tan grueso y boto filo
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,
Y figurar las formas de los muertos,
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos,
Otros, que era gran lástima mirallos,
Las entrañas y sesos descubiertos:
Vieran otros deshechos y hechos piezas,
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
El miserable y lastimoso duelo,
El rumor de las armas y alaridos
Hinchen el aire y cóncavo del cielo;
Luchando con la muerte los caidos
Se tuercen y revuelcan por el suelo,
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto
Al embaucado Pran, que estaba fuera,
Visto el destrozo cierto, y falso cuanto
El traidor de Andresillo le dijera,
La pena y sentimiento pudo tanto,
Que aunque escaparse el mísero pudiera,
En medio de las armas desarmado
A morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos,
A los cuales llegó solo el estruendo,
Volviendo las espaldas presurosos
Muestran las plantas de los piés huyendo;
Los nuestros del alcance deseosos
En carrera veloz los van siguiendo,
Hiriendo y derribando en los postreros
Los menos diligentes y lijeros.

Pero algunos valientes, que estimaban
La ganada opinion mas que la vida,
Volviendo el pecho y armas refrenaban
El ímpetu de muchos y corrida;
Y aunque con grande esfuerzo peleaban
Era presto la guerra difinida:
Que la furiosa muerte allí su espada
Traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando
Se forman por mil partes los nublados,
Que van unos creciendo, otros menguando,
Otros luego de nuevo levantados;
Mas el norueste frígido soplando
Los impele y arroja amontonados,
Hasta buscar del ábrego el reparo
Dejando el cielo raso y aire claro:

Así la gente atónita y turbada
En partes dividida se esparcia,
Y á las veces juntándose esforzada
Haciendo cuerpo y rostro revolvia;
Pero de la violencia arrebatada
Dejó el campo y banderas aquel dia,
Quedando de los rotos escuadrones
Gran número de muertos y prisiones.

Deshechos pues del todo y destruidos,
Y acabado el alcance y seguimiento,
Los presos y despojos repartidos,
Volvimos al dejado alojamiento:
Donde trece caciques elegidos,
Para ejemplar castigo y escarmiento,
A la boca de un grueso tiro atados
Fueron dándole fuego justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos
Si en el monton y número de gente
Algunos de los indios valerosos
Fueron muertos allí confusamente;
Pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
Iban delante en la primera hilera
Abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, señor, que no venia
Capitán ni cacique señalado,
Visto que el general usado habia
De fraude y trato entre ellos reprobado,
Diciendo ser vileza y cobardía
Tomar al enemigo descuidado,
Y victoria sin gloria y alabanza
La que por bajo término se alcanza.

Así que, una arrogancia generosa
Los escapó del trance y muerte cruda,
Que ninguno por ruego ni otra cosa
Quiso en ello venir ni dar ayuda,
Teniendo por hazaña vergonzosa
Vencer gente sin armas y desnuda:
Que el peligro en la guerra es el que honra,
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolicán desta jornada
Roto, deshecho y falto de pujanza,
Que fué mucha la sangre derramada,
Y poca de su parte la venganza:
El cual, viendo la turba amedrentada
Y el ardor resfriado y la esperanza,
Deshizo el campo entonces conveniente,
Dando licencia á la cansada gente.

Quisose entretener mientras pasaba
De los contrarios hados la corrida,
Conociendo de sí que peleaba
Con cansada fortuna envejecida;
Así la gente en partes derramaba
Con orden que estuviese apercibida
En cualquiera ocasion y movimiento,
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,
Gente de confianza y valentía,
Ora en el monte inculto, ora en poblado
Desmintiendo los rastros parecia,
Y en lugares ocultos alojado
Jamas gran tiempo en uno residia,
Usando de su bárbara insolencia
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
Andabamos haciendo mil jornadas,
No dejando lugar circunvecino
Que no diésemos salto y trasnochadas;
Y en los mas apartados del camino
Hallábamos las casas ocupadas
De gente foragida de la tierra,
Que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo que de grado volveria
A sus yermas estancias y heredades,
Pero que el general los compelia
Usando de inhumanas crüeldades;
Y si en esto remedio se ponia,
Llanas estaban ya las voluntades
Para dejar las armas los soldados
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
Se puso en inquirir toda la tierra,
No quedando lugar inhabitado,
Monte, valle, ribera, llano y sierra
Donde no fuese el bárbaro buscado;
Mas por bien, ni por mal, por paz, ni guerra,
Aunque todo con todos lo probamos,
Jamás señal ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,
Ni caricia, interés ni ofrecimiento
Jamás á corromper bastó á ninguno;
Andabamos atónitos y á tiento
Segun la variedad de cada uno,
De dia, de noche, acá y allá perdidos,
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un dia
Por caminos y pasos desusados,
Llevando por escolta y compañía
Una escuadra de plátices soldados,
Dimos en una oculta ranchería
De domésticos indios ausentados,
Que por ser grande el bosque y la distancia
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
En la cabeza una mujer herida,
Moza que de quince años no pasaba,
De noble traje y parecer vestida;
Y en la color quebrada se mostraba
La falta de la sangre, que esparcida
Por la delgada y blanca vestidura
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasion la habia traido
A lugar tan estraño y apartado,
Cómo y por qué razon la habian herido,
Y de inhumana crüeldad usado:
Ella con rostro y ánimo caido,
Y el tono del hablar debilitado,
Me dijo: «Es cosa cierta y prometida
La muerte triste tras la alegre vida.

»Porque entiendas el dejo y desvarío
Que el humano contento trae consigo
Aun no es cumplido un mes que el padre mio
Usando de privado amor conmigo
Me dió esposo elegido á mi albedrío,
Esposo y juntamente grande amigo,
Tal y de tantas partes, que yo creo
Que en él hallará término el deseo.

»Pero su esfuerzo raro y valentía,
Que della por estremo era dotado,
Le trujo á la temprana muerte el dia
Que fué nuestro escuadron despedazado:
Donde cerca de mí que le seguía
Un tiro le pasó por el costado,
Que fuera menos crudo y mas derecho
Si abriera antes el paso por mi pecho.

»Cayó muerto quedando yo con vida,
Vida mas enojosa que la muerte;
Mas viéndome un soldado así afligida,
En parte condolido de mi suerte,
Me dió por acabarme esta herida
Con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte
Que mi espíritu suelto le siguiese,
Y un bien tras tanto mal me sucediese.

»Dió conmigo en el suelo fácilmente,
Aunque no me privó de mi sentido,
Pasando el golpe y furia de la gente
En confuso tropel con gran ruido;
Pero luego un cacique mi pariente,
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,
En brazos me sacó del gran tumulto,
Trayéndome á este bosque y sitio oculto.

»Donde espero morir cada momento;
Mas ya como esperado bien se tarda,
Que es costumbre ordinaria del contento
No acabar de llegar á quien le aguarda,
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,
Conmigo el cielo término no guarda,
Ni la llamada muerte á tiempo viene,
Que mi deseo la impide y la detiene.

»La vida así me cansa y aborrece,
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
Que cada hora que vivo me parece
Que cometo maldad, pues no le sigo;
Y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
Usa tú de piedad, señor, conmigo,
Acabando hoy aquí lo que el soldado
Dejó por flojo brazo comenzado.»

Así la triste joven luego luego
Demandaba la muerte, de manera
Que algun simple de lástima á su ruego
Con bárbara piedad condescendiera;
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
Labró en mi inculto pecho, viendo que era
Mas crüel el amor que la herida,
Corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algun tanto consolado,
Y traido á que viese claramente
Que era el morir remedio condenado
Y para el muerto esposo impertinente:
Con el zumo de yerbas aplicado,
Medicina ordinaria desta gente,
Le apreté la herida lastimosa,
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando pues un prático ladino
Para que poco á poco la llevase,
Y en los tomados pasos y camino
Del peligro al pasar la asegurase,
Partir á mi jornada me convino;
Mas primero que della me apartase
Supe que se llamaba Lauca, y que era
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando
Sin hallar otra cosa de importancia,
Iba con los soldados platicando
De la fe de las indias y constancia,
De muchas aunque bárbaras loando
El firme amor y gran perseverancia,
Pues no guardó la casta Elisa Dido
La fe con mas rigor á su marido.

Mas un soldado joven, que venia
Escuchando la plática movida,
Diciendo, me atajó, que no tenia
A Dido por tan casta y recogida;
Pues en la *Eneida* de Maron veria,
Que del amor libidino encendida,
Siguiendo el torpe fin de su deseo
Rompió la fe y promesa á su Siqueo.

Visto pues el agravio tan notable
Y la objecion siniestra del soldado,
Por el gran testimonio incompensable
A la casta fenisa levantado,
Pareciéndome cosa razonable
Mostrarle que en aquello andaba errado
Él y todos los mas que me escuchaban,
Que en la misma opinion también estaban:

Les dije, que queriendo el Mantüano
Hermosear su Eneas floreciente,
Porque César Augusto Octaviano
Se preciaba de ser su descendiente,
Con Dido usó de término inhumano
Infamándola injusta y falsamente,
Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme,
Que así Virgilio á Dido disfamase,
Haciendo instancia todos en pedirme
Que su vida y discurso les contase;
Yo pensando también con divertirme
Que la cuerda al trabajo algo aflojase,
Los quise complacer, y también quiero
Daros aquí razon de mí primero.

Cuento una vida casta, una fe pura,
De la fama y voz pública ofendida,
En esta no pensada coyuntura
Por raro ejemplo y ocasion traida;
Y una falsa opinion que tanto dura
No se puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
Cosa que sea de gusto, ni contento,
Sin dejar de picar siempre el caballo,
Ni del tiempo perder solo un momento,
No pudiendo eximirme, ni escusallo
Por ser historia y agradable el cuento,
Quiero gastar en él, si no os enfada,
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,
Tan seco, tan estéril y desierto,
Y el estrecho camino que he seguido
A puros brazos del trabajo abierto,
A término me tienen reducido,
Que busco anchura y campo descubierto,
Donde con libertad sin fatigarme
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tienen sordo y atronado
El rumor de las armas inquïeto,
Siempre en un mismo ser continuado,
Sin mudar son ni variar sujeto:
Por esparcir el ánimo cansado,
Y ser el tiempo cómodo y quïeto,
Hago esta digresion, que acaso vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente
Que destruye una honra es bien oida,
Y á la reina de Tiro injustamente
Infama y culpa su inculpable vida:
La verdad que es la ley de toda gente,
Por quien es en su honor restituïda,
¿Por qué no debe ser siendo cantada
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
Demás de ser cual veis importunado,
Es el honor de la constante Dido
Inadvertidamente condenado;
Preste pues atencion y grato oido
Quien á oir la verdad es inclinado,
Que el mal ofende aun dicho en pasatiempo
Y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fué fundada,
Setenta años contados comunmente,
Por Dido, ilustre reina venerada
Por diosa un tiempo de la tiria gente:
Del rey Belo su padre fué casada
Con el sumo pontífice asistente
Del gran templo de Alcides, el cual era
Después del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siqueo ya nombrado
A quien Dido guardó la fe inviolable,
Varon sabio en sus ritos y abastado
De bienes y tesoro inestimable;
Mas lo que para alivio habia llegado,
Fué causa de su muerte miserable:
Que en fin lo que cudicia mucha gente
Ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon y el otro Dido,
A quien en los consejos postrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo cual aunque duró los dias primeros,
De cudicia el hermano corrompido
Por haber los tesoros del cuñado,
Le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la mujer su muerte tanto,
Que no bastando á resistir la pena,
Soltó con doloroso y fiero llanto
De lágrimas un flujo y ancha vena,
Y cubriendo de triste y negro manto
Los bellos miembros y la faz serena,
Con pompa funeral ceremoniosa
Dió al cuerpo sepultura suntüosa.

Y aunque del casto amor notable indicio
Fué el soberbio sepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la reina y sentimiento:
Que siempre con devoto sacrificio
Y continuos sollozos y lamento,
Llamando al sordo espíritu hacia
A las frias cenizas compañía,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
En este solitario apartamiento?
¡Ay, que de tibia fe y amor procede
No acabar de matarme el sentimiento!
El mal no es grande que sufrir se puede,
Y corto al que no basta sufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor mas que ella fuerte.»

Aunque el odio y rencor disimulaba
Contra el pérfido hermano poderoso,
Venganza al cielo sin cesar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioso;
Y cuando sola á ratos se hallaba,
Desfogando aquel ímpetu bascoso
Soltaba con un bajo son gimiendo
La reprimida rabia y voz, diciendo:

«Traidor, dime, ¿qué caso irremediable
Debajo de hermandad y ley fingida
A maldad te movió tan detestable
Contra tu misma sangre cometida?
Si fué sed de riquezas insaciable
Quitárasle el tesoro y no la vida,
Templando tu impiedad y furia insana
El amor y respeto de tu hermana.

»Si no miraste, ingrato, al beneficio
Que dél como cuñado recibias,
Miraras al nefario sacrificio,
Que del hermano de tu madre hacias,
Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fué accidente,
Que nunca nadie es malo de repente.

»Si de tu enorme intento y desatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áspero camino
El tesoro alcanzaras pretendido;
Mas el mal, cuando viene por destino,
No puede ser á tiempo prevenido.
¡Ay! ¿Qué aprovecha el lamentarme ahora
Que siempre es tarde ya cuando se llora?

»¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste
Dejarte arrebatar de tu deseo,
Tan ciego de codicia, que no viste
Que matabas á Dido con Siqueo?
Materia de maldad al mundo diste
Con un hecho atrocísimo y tan feo,
Que durará en los siglos por memoria
De tu traicion la abominable historia.

»¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que siendo tú traidor, siendo tirano,
Perverso, atroz, sacrílego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida,
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

»Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
Te irrito á que me sigas, pues que huyo,
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendes queda tuyo;
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,
Mancho la fama y mi opinion destruyo,
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona lijera y fácilmente.

»¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte,
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último mi suerte
Porque padezca mas me le detiene?
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene,
Que no es pena el morir á los cuitados,
Sino fin de las penas y cuidados.

»Mas ya que el ser tú rey, y recatado,
La venganza legítima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con muestra doble y hermandad fingida;
Y cuando pienses verte apoderado,
Quedarás con mi súbita partida
Sin hermana, tesoro y sin derecho,
Y con la infamia del enorme hecho.»

Así la triste reina dolorosa,
Sobre el rico sepulcro lamentando,
Pasaba vida triste y soledosa
La venganza y el tiempo deseando;
Pero de alguna fuerza recelosa,
De su prudencia y discrecion usando,
Doméstica, amorosa y blandamente
Al hermano escribió, que estaba ausente:

Haciéndole entender, que ya cansada
Del llanto y soledad que padecia
En aquellos palacios y morada
Do tuvo un tiempo alegre compañía,
De la triste memoria lastimada,
Dando algun vado á su dolor, queria
Irse con él, poniendo fin al lloro,
Con todas sus riquezas y tesoro.

Para lo cual secreta y prestamente
Una fornida flota le enviase,
Donde con todo su tesoro y gente
En arribando al puerto se embarcase;
Porque con el seguro conveniente
El mar que estaba en medio atravesase,
Que era solo el temido impedimento
De su esperado y último contento.

Llegada pues la nueva al ambicioso
Rey, de aquello que tanto deseaba,
Viendo que al fin y puerto venturoso
Sus cosas la fortuna encaminaba;
Alegre mas que nunca y codicioso,
Luego una gruesa flota despachaba
De naves y galeras, bastecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
Con presta y no pensada diligencia,
Do la gente del rey desembarcada
Fué luego á dar á Dido la obediencia:
Que mostrando placer de su llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo, la cuidosa Dido
A su gente mandó que se aprestase,
Y con alarde y público ruido
Los empachados muebles embarcase:
Haciendo que de noche y escondido
En su nave el tesoro se cargase
Con tan grande secreto, que ninguno
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,
Llenas de gruesa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas,
Con dobles planchas de metal herradas:
Estas fueron en público traidas;
Donde á vista de todos embarcadas
Daban muestra que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa con tierno sentimiento
Del lastimado pueblo se embarcaba,
Dando presto la vela al manso viento,
Que favorable en popa respiraba:
La nave con sereno movimiento
El llano y sosegado mar cortaba,
Comenzando á seguir toda la flota
De la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
Corrió con viento próspero la armada,
Mas ya que el mar las costas encubria,
Y del todo se vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañía
Al borde de su nave congregada
Hizo en torno allegar la demás gente,
Que á la vista también fuese presente:

Diciéndoles con pecho valeroso,
Que su designio y pretension no era
Ir al injusto hermano cauteloso,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoso,
Debajo de hermandad y fe sincera,
Movido de sacrílego deseo
Habia dado la muerte á su Siqueo.

Por donde ella también, no asegurada
De sus secretos fraudes y traiciones,
Queria dejar la cara patria amada,
Su reino, su morada y posesiones;
Y al mar dudoso y vientos entregada
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con seguro viviria
Lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habian sido
La causa de su daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo serian quizá del seguimiento,
Todas consigo las habia traido
Con voluntad y resoluto intento
De echarlas en el mar do pereciesen,
Porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
Los cofres del arena barreados,
Y con alarde y auto manifiesto
En el profundo mar fueron lanzados.
Los ministros del rey con triste gesto,
Atónitos, confusos y turbados
Se miraban, teniendo por estraña
De la animosa reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del rey mozo conociendo
Que el perdido tesoro aumentaria,
Suspensos y medrosos no sabiendo
Qué razon ó descargo bastaria
A que el airado rey no los culpase,
Y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reina viese
Camino y coyuntura aparejada,
Por do á su devocion se redujese
La gente del hermano amedrentada;
Antes que el tiempo y la tardanza diese
Lugar á alguna novedad pensada,
Haciendo sosegar toda la gente
Les dijo prosiguiendo lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mio
Habeis visto á los ojos ya la prueba,
Y cómo la fortuna á su albedrío
Errando por el ancho mar me lleva,
Podeis volver, si ya no es desvarío,
A dar al rey la desabrida nueva
Del tesoro anegado, y mi huida
A tierra y á region no conocida.

»Pero ya conoceis por esperiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.

»Y pues es de temer la tiranía,
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del claro reino y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañía
No se verá de mi desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Así que pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
A quereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

»Las muertes figurad y crüeldades,
Que en vosotros habrán de ejecutarse;
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron;
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguirla hasta el fin en su viaje,
Dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recibida
Como allí su designio declarase,
Llevó del ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo.

Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será segun me siento
Dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII.

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta; cuenta cómo fundó á Cartago, y la causa por qué se mató; también se contiene en este canto la prision de Caupolicán.

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivía
En la ley de hermandad asegurado;
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtüosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente;
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente.
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando
Corrió la costa de Africa arenosa;
Y siempre tierra á tierra navegando
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada
Por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo
De fructíferas plantas adornado,
Y el aire claro y el sereno cielo
Clemente al parecer y muy templado,
Perdido del hermano ya el recelo
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento
Haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria.
Los moradores viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la reina en el precio convenidos
Hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que desollado
Hizo estirar el cuero en su presencia;
Y en tiras sutilísimas cortado
Tanto trecho tomó, que á la prudencia
De la reina sagaz y aviso estraño
Le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasía
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que traía
Los ocultos tesoros escapados;
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque cuando el hermano lo supiese,
Faltando la ocasion no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos
Al orden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente reina electos
Cónsules, magistrados y oficiales;
Y traidos maestros arquitectos,
Juntos los necesarios materiales,
Dió principio la reina valerosa
A la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por orden fabricada
Mostrándose los hados mas propicios,
En breve ennoblecida é ilustrada
De suntuosos y altos edificios;
Y la nueva república ordenada,
Leyes instituyó creando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y paz y orden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que el pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento,
Y los términos cortos dilataba;
Así que, el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocaba,
Viniendo á avecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia
La invencion del papel, después hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel carta llamada,
Del cual nombre aun usamos hoy en dia:
Así aquella ciudad, edificada,
En el lugar por una piel medido
De carta la llamó Cartago Dido.

Hizose en poco tiempo tan famosa,
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia;
Mostrando aquella reina valerosa
En gobernar el pueblo tal prudencia,
Que muchos otros príncipes y reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,
Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al parangon con ella;
Así que, por milagro de natura
Como cosa no vista iban á vella,
Que no sé en las idólatras del suelo
A quién mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron;
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron;
Pero todas perfectas tantas cosas
Como en Dido en ninguna se juntaron:
Fué rica, fué hermosa, fué castísima,
Sabia, sagaz, constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas, rey musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término africano;
El cual con juvenil furia, movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
A la reina despacha embajadores
De su consejo y reino los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento
Como de tan gran rey despreciadora
Sobre ella con ejército vendria,
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embajada en el senado,
Que no quiso la reina estar presente,
Les fué á los senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente:
Causóles turbacion, considerando
El casto voto y vida continente
Que la constante reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio difícil adelante:
Así que, ante la reina parecieron
Con triste rostro y tímido semblante,
Bajos los ojos, la color turbada,
Mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: «Sabrás que habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
Por la parlera fama encarecido,
Y desta tu ciudad el crecimiento,
De una loable pretension movido,
Pide que sin algun detenimiento
Veinte de tu consejo mas instrutos
Vayan á reformar sus estatutos.

»Y siendo de sufrir áspera cosa,
Impropria á nuestra edad y profesiones
Dejar la patria cara y paz sabrosa
Por ir á incultas tierras y naciones,
A corregir de gente sediciosa
Las costumbres y viejas condiciones,
Todos tus consejeros lo rehusan,
Y con causas legítimas se escusan.

»Viendo que el caro y último sosiego
Sin esperanza de volver perdemos,
Y no condescendiendo al impio ruego
En gran peligro la ciudad ponemos;
Pues con grueso poder y armada luego
Al indignado joven rey tendremos,
Para asolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo insigne y celebrada fama.

»Esto es en suma lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nuestra cansada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados;
Pues no es razon, si por razon se mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dejemos nuestras casas y manida
En el último tercio de la vida.

»Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la cansada postrimera
Gocemos del descanso que ganamos,
Y á nuestra abandonada cabecera
Al tiempo incierto del morir tengamos
Quien nos cierre los ojos con ternura,
Y dé á nuestras cenizas sepultura.

»Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el mauritano rey protesta;
De modo que la paz y amor conserves,
Y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa
A la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentia en el ánimo otra cosa,
A todos los trató y miró de guisa
Tan agradable, blanda y amorosa,
Que si en verdad la relacion pasara
De sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros, que á los hados
Jamás os vi rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros esforzados
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruïnada?

»Es á todos comun, á todos llano
Que debe como miembro y parte unida
Poner por su ciudad el ciudadano
No solo su descanso, mas la vida;
Y por razon y por derecho humano
De justa deuda natural debida,
A posponer el hombre está obligado
Por el sosiego público el privado.

»Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que bastará ofrecer la vida mia,
Que presto el judicioso mundo viera
Cuán voluntariamente la ofrecia;
Y pues habeis pasado la carrera
Por tan estrecha y trabajosa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»

Visto los senadores cómo Dido,
Por el camino de razon llevada,
En el armado lazo habia caido
En sus mismas palabras enredada,
Cambiando en rostro alegre el afligido,
Las manos altas y la voz alzada,
Le dicen todos juntos: «Como estamos,
Tus urgentes razones aprobamos.

»Justamente, señora, sentenciaste
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto;
Y porque tiempo en esto no se gaste,
Es bien que te aclaremos el secreto,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

»Sabrás, reina, que Yarbas no te envía
Por tus ancianos viejos impedidos,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene su reino y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañía,
Ofreciéndote en dote mil partidos
Con útiles y honrosas condiciones,
Y un infinito número de dones.

»Advierte, que si acaso no acetares
El santo conjugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento,
Harás que el hierro y llamas militares
Asuelen á Cartago de cimiento:
Así que, en tu eleccion y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida.

»Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga,
Con mas razon y fuerza mas urgente
Como cabeza á ti la ley te obliga;
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.

»Cuando á seguir estés determinada
El casto infructuoso presupuesto,
Mira á tus piés esta ciudad postrada,
Y al inocente cuello el lazo puesto,
Que por tí renunció la patria amada
Debajo de promesa y de protesto,
Que al descanso y quietud que pretendias
El sosiego comun antepondrias.»

Sintió la reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta,
Que por mas que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta;
Mas con su discrecion y grande aviso,
Suspendiendo algun tanto la respuesta,
Soltó la voz serena y sosegada
Que la gran turbacion tenia trabada,

Diciéndoles: «Amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera
Antes que Yarbas mas nos necesite;
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os parezca á todos que es honesto.

»Que es mostrar liviandad, y demás deso
Falto á la obligacion y fe que debo,
Si del intento casto y voto espreso
A la primera persuasion me muevo,
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo:
Así que, combatida de contrarios,
Son el tiempo y consejo necesarios.

»Tres meses pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfacion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto:
Que el libertado vulgo maldiciente
Aun quiere calumniar lo que es honesto,
Y como instituidores de las leyes
Tienen mas ojos sobre sí los reyes.

»Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega,
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega;
Tomar pues menos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega,
Y no conviene á Dido dar disculpa,
Que es indicio de error y arguye culpa.»

Cerróse aquí la reina, y fué forzado
Hacer con los de Yarbas nuevo asiento,
Que aguardasen el tiempo señalado
Para determinar el casamiento:
Los cuales, por el ruego del senado
Y el gracioso hospedaje y tratamiento
Quedaron en Cartago aquellos dias
Con grandes regocijos y alegrías.

Y aunque el senado en la demanda instaba
Por el provecho y general sosiego,
La reina la respuesta dilataba
Dando gratos oidos a su ruego;
Y entre tanto en secreto aparejaba
Lo que tenia pensado desde luego,
Que era acabar la vida miserable
Primero que mudar la fe inmudable.

Llegado aquel funesto último dia,
El pueblo en la ancha plaza congregado,
Ricamente la reina se vestia
Subiendo en un exento y alto estrado,
Al pié del cual una hoguera habia
Para la inola y sacrificio usado,
De donde á los atentos circunstantes
Les dijo las palabras semejantes:

«O fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo mostrastes,
Que por seguir mis hados y camino
Vuestras casas y patria renunciastes:
Hoy la fortuna y áspero destino
Por el último fin de sus contrastes
Me fuerzan á dejar á costa mia
Vuestra clara y amable compañía.

»Si apartarme de amigos tan leales
Hace esta mi partida dolorosa,
Los consultados dioses celestiales
No disponen ni pueden otra cosa;
Y así por desviar los grandes males
Que tienen á Cartago temerosa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la causa de por medio.

»Que pues del cielo el áspero decreto
De poder tener bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
A quebrantar la fe me necesita,
Quiero cortar á Yarbas el sujeto
Del engañado amor que así le incita,
Dando á mi vida fin, pues deste modo
Faltando la ocasion cesará todo.

»Esto será con darme yo la muerte;
Y aunque os parezca este remedio estraño,
Es mas fácil, mas breve y menos fuerte,
Y en fin particular y poco el daño:
Pues sin peligro vuestro desta suerte
Saldrá el errado Yarbas de su engaño,
Y yo conservaré con mas pureza
Del casto y viudo lecho la limpieza.

»Hoy por el precio de una corta vida
La vejacion redimo de Cartago,
Dejando ejemplo y ley establecida
Que os obligue á hacer lo que yo hago;
Y con mi limpia sangre aquí esparcida
Al cielo y á la tierra satisfago;
Pues muero por mi pueblo, y guardo entera
Con inviolable amor la fe primera.

»No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y solemniza:
Que una breve fatiga y muerte honrada
Asegura la vida y la eterniza.
Que si el cuchillo de la parca airada
Al que quiere morir le atemoriza,
No os debe de pesar si Dido muere,
Pues vive el que se mata cuando quiere.

»Adios, adios, amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido satisfecho...»
Y no les dijo mas con el deseo
Que tenia de acabar el fiero hecho.
Así, llamando el nombre de Siqueo,
Se abrió con un puñal el casto pecho,
Dejándose caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caso señalado
Un suntuoso templo le fundaron,
Donde con sacrificio y culto usado
Mientras las cosas prósperas duraron
De aquella su ciudad ennoblecida
Por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,
Muerta la memorable reina Dido,
Por cien sabios ancianos senadores
De allí adelante el pueblo fué regido;
Y creciendo el concurso y moradores
Vino á ser poderoso, y tan temido,
Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
Le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
De la famosa Dido disfamada,
Que Virgilio Maron sin miramiento
Falseó su historia y castidad preciada,
Por dar á sus ficciones ornamento;
Pues vemos que esta reina importunada
Pudiéndose casar y no quemarse,
Antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando
El estraño suceso peregrino,
Cuando al fuerte llegamos acabando
La historia juntamente y el camino;
Y en él aquella noche reposando,
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido
Fué de una escolta nuestra prisionero,
Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de piés lijero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: «Yo me resuelvo y me prefiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande general Caupolicano.

»En un áspero bosque y espesura,
Nueve millas de Ongolmo desviado,
Está en un sitio fuerte por natura,
De ciénagas y fosos rodeado:
Donde por ser la tierra tan segura
Anda de solos diez acompañado,
Hasta que nuestra próspera creciente
Aplaque el gran furor de su corriente.

»Por una estrecha y desusada via,
Sin que pueda haber dello sentimiento,
Seré en la noche escura yo la guia,
Llevando vuestra gente en salvamento,
Y antes que se descubra el claro dia
Dareis en el oculto alojamiento,
Donde cumplir del todo yo me obligo,
Pena de la cabeza, lo que digo.»

Fué la razon del mozo bien oida,
Viéndole en su promesa tan constante;
Y así luego una escuadra prevenida
De gente esperta y número bastante,
Para toda sospecha apercibida,
Llevando al indio amigo por delante
Salió á la prima noche en gran secreto
Con paso largo y caminar quieto.

Por una senda angosta é intrincada
Subiendo grandes cuestas y bajando,
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando.
Mas la escura tiniebla adelgazada
Por la vecina aurora reparando,
Junto á un arroyo y pedregosa fuente
Volvió el indio diciendo á nuestra gente:

«Yo no paso adelante, ni es posible
Seguir este camino comenzado,
Que el hecho es grande y el temor terrible
Que me detiene el paso acobardado,
Imaginando aquel aspecto horrible
Del gran Caupolicán contra mí airado,
Cuando venga á saber que solo he sido
El soldado traidor que le ha vendido.

»Por este arroyo arriba, que es la guia
Aunque sin rastro alguno ni vereda,
Dareis presto en el sitio y ranchería,
Que está en medio de un bosque y arboleda;
Y antes que aclare ya el vecino dia,
Os dad priesa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

»Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dejándoos como os dejo en este puesto,
Adonde salvamente os he traido
Poniéndome á peligro manifiesto;
Y pues al punto justo habeis venido,
Os conviene dar priesa y llegar presto:
Que es irrecuparable y peligrosa
La pérdida del tiempo en cualquier cosa.

»Y si sienten rumor desta venida,
El sitio es ocupado y peñascoso,
Fácil y sin peligro la huida
Por un derrumbadero montuoso.
Mirad que os daña ya la detenida;
Seguid hoy vuestro hado venturoso,
Que menos de una legua de camino
Teneis al enemigo ya vecino.»

No por caricia, oferta, ni promesa
Quiso el indio mover el pié adelante,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
A sacarle del tema fué bastante;
Y viendo el tiempo corto, y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino
La relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío;
La plaza en derredor fortificada
Con un despeñadero sobre el rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela, en esto, descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente;
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente,
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado,
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida;
Y alzándole á dos manos empinado
Por dalle mayor fuerza á la caida,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada.

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo penetrando
Los músculos y carne descubierta;
En esto el paso el indio retirando
Visto el remedio y la defensa incierta,
Amonestó á los suyos que se diesen
Y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas requiriendo
Que entrasen en la estancia, asegurados
Que eran pobres soldados, que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados;
Y así con priesa y turbacion, temiendo
Ser de los foragidos salteados,
A la ocupada puerta habia salido
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que rendidas las armas se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atras las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al capitán disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado.

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linaje,
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personaje.
Gastóse algun espacio y tiempo en esto
Tomando de los otros mas lenguaje,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba,
Que no fuese deshecha y saqueada,
Cuando de un toldo que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arroja una mujer huyendo apriesa
Por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intrincado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande estremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta no entendiendo
Que era presa y mujer tan importante.
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste palla descubriendo
Al marido que preso iba adelante,
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra;
Antes de furia y viva rabia llena
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: «La robusta mano ajena,
Que así ligó tu afeminada diestra,
Mas clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

»¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones mas estrañas?
¿Eres tú el capitán que prometias
De conquistar en breve las Españas,
Y someter al ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio?

»¡Ay de mí, cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia, mujer del gran Caupolicano;
Y agora miserable y desdichada
Todo en un punto me ha salido en vano,
Viéndote prisionero en un desierto
Pudiendo haber honradamente muerto!

¿Qué son aquellas pruebas peligrosas
Que así costaron tanta sangre y vidas,
Las empresas difíciles, dudosas,
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas
Desos atados brazos adquiridas?
Todo al fin ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto.

»Dime: ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa?
Miraras esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa,
Que yo apenas la nueva me viniera
Cuando muriendo alegre te siguiera.

»Toma, toma tu hijo, que era el nudo
Con que el lícito amor me habia ligado:
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado;
Cria, críale tú, que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado:
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.»

Diciendo esto colérica y rabiosa,
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante;
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante
A que la madre ya crüel volviese
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron
A dar la vuelta y á seguir la via,
Por la cual á gran priesa caminaron
Recobrando al pasar la fida guia,
Que atada al tronco por temor dejaron;
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza abanderada
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hizose con los indios diligencia
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupolicán, que su apariencia
Daba claros indicios que lo fuese;
Pero ni ausente dél, ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era mas que un incógnito soldado
De baja estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos, después mas animados
Cuando en particular los apartaban,
De su cercana muerte asegurados,
El sospechado engaño declaraban;
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retrataban,
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podia,
Dejando aquel remedio infructuoso,
Quiso tentar el último que habia;
Y así llamando al capitán Reinoso,
Que luego vino á ver lo que queria,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguno sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitán y gran guerrero,
Que en el término américo-indiano
Tuvo en las armas el lugar primero;
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cual reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente:
Que venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:

«Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caida hubiera sido
Debajo de hombre y capitán indino,
No tuviera el brazo así desfallecido,
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y misera jornada.

»Mas juzgándote digno, y de quien puedo
Recibir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mi pretendes te concedo
Luego que á mí me fuere concedida;
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida,
Y en mí por esperiencia he ya probado,
Cuán mal le está el vivir á un desdichado.

»Yo soy Caupolicán, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

»Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Purén desmantelado;
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen á tus piés á que te pida
Por un muy breve término la vida.

»Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona mas es mas clemente;
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente;
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.

»No pienses que aunque muera aquí á tus manos
Ha de faltar cabeza en el estado:
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error seria
Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

»Mira que á muchos vences en vencerte;
Frena el ímpetu y cólera dañosa:
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar, venganza es generosa.
La paz comun destruyes con mi muerte:
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

»Aspira á mas y á mayor gloria atiende;
No quieras en poca agua así anegarte:
Que lo que la fortuna así pretende
Solo es que quieras della aprovecharte.
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

»Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, ó capitán, satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y mas en este tiempo, que la mia
La paz universal perturbaria.

Y pues por la esperiencia claro has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto;
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere:
Que yo sé que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;
Y el plazo puesto y término pasado
Podré también morir, si no cumpliere.
Escoge lo que mas te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.»

No dijo el indio mas, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia:
Que por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando aunque vencido y preso en todo
Cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo he escrito,
Con mas rigor y priesa que advertencia,
Luego á empalar y asaetearle vivo
Fué condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término escesivo
Causó en su gran semblante diferencia:
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano.
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiracion de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice dia,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitia
En la fe verdadera le informaron;
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba:

Desta manera pues llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegose él mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mia
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demas habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

«¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que á un hombre como yo, tan señalado,
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir el mas culpado:
Que al fin todo se paga con la vida,
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza, y no castigo.

»¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá, que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»

Esto dicho, y alzando el pié derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por mas que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
A que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y despacio le tiraban;
Y aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna crüel, que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia
Forzando el curso le traia derecho;
Y en breve sin dejar parte vacía
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al mas crüel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, señor, no estuve yo presente:
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente;
Que si yo á la sazon allí estuviera
La cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle:
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle.
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle,
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa,
Causando alteracion y movimiento;
Luego la turba incrédula y dudosa,
Con nueva turbacion y desatiento,
Corre con priesa y corazon incierto
A ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:
Crédito allí á la vista no se daba
Si ya no le tocaban con la mano,
Y aun tocado, después les parecia
Que era cosa de sueño ó fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente,
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó ni acobardó la gente:
Antes de aquella injuria provocada,
A la cruel satisfaccion aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobrio recibido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y baston ya pretendido,
Antes que sosegase la tardanza
El ánimo del pueblo removido,
Daban calor y fuerzas á la guerra
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén y Cayopil y Mareande,
En un espacio largo no podria,
Y fuera menester libro mas grande:
Que cada cual con hervoroso afecto
Pretende allí y aspira á ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo
Les hizo mensajeros diligentes,
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron;
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
Solos, á la lijera, sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que con industria y artificio
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado
Al término llegó constituido,
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien ó por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el odio antiguo y competencia,
Variar los designios y opiniones
Sin manera ó señal de conveniencia,
Fundando cada cual su desvario
En la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados como digo en el consejo
Los caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo,
Segun su antigua preeminencia armados,
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazon postrera,
Adelantó la voz desta manera.....

Pero si no os cansais, señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero,
Y volver el designio á nuestro polo:
Que aunque á deciros mucho me prefiero,
El sujeto que tomo basta solo
A levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querria,
Para que mas á tiempo esto refiera,
Alcanzar si pudiese á don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino habia
Reformado los pueblos de manera,
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcán vecino,
Fragua, segun afirman, de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino;
De allí volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero,
Término de Valdivia y fin postrero;

Donde también llegué: que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las mas ciudades convocadas,
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así el tumulto bélico creciendo
En sordo son confuso rimbombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba.

Que arrebatado del lijero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oido:
Los cuales con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que rasgando el cielo
Baja tronando envuelto en llama ardiente,
Ni terremoto cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas,
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando á los caciques de las vidas,
Quién que á las nobles dueñas deshonraban,
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades
Sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto
Con cada cosa que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa:
Solo el salvarse les parece incierto,
Y esto los atribula y atormenta:
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razon hallase entrada,
El atónito pueblo reportado,
Su total perdicion considerada,
Se junta á consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
Persona de valor y entendimiento,
En la araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestion y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado,
Se redujo á doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusion que habia,
Pues sin oir trompeta ni ver gente
Le espantaba su misma vocería,
En un lugar capaz y conveniente,
Junta toda la noble compañía,
Sosegado el rumor y alteraciones
Les comenzó a decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos;
Pues el temor que á todos nos fatiga,
Nos apremia y constriñe á que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.

»¿A qué fosado muro ó antepecho,
A qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
Os podreis retirar en este estrecho,
Que baste sola un hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge esta furia repentina
Sin armas, capitán, ni disciplina.

»Que estos barbudos crueles y terribles
Del bien universal usurpadores,
Son fuertes, poderosos, invencibles,
Y en todas sus empresas vencedores:
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De solo el pensamiento gobernados.

»Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no teneis de fuerza ó muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza
Y prevenir con tiempo el mal futuro:
Que mostrando doméstica llaneza
Les podeis prometer paso seguro
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño á nadie obliga.

»Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones y ganado
Al último rincon de la montaña;
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan á entender que esta campaña
Es estéril, es seca y mal templada
De gente pobre y mísera habitada.

»Porque estos insaciables avarientos,
Viendo la tierra pobre y poca presa,
Sin duda mudarán los pensamientos
Dejando por inútil esta empresa;
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará deste distrito apriesa,
Guiados por la breña y gran recuesto,
De do quizá no volverán tan presto.

»Teneis de Ancud el paso y estrecheza
Cerrado de peñascos y jarales,
Por do quiso impedir naturaleza
El trato á los vecinos naturales;
Cuya espesura grande y aspereza
Aun no pueden romper los animales,
Y las aves alíjeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

»Llevados por aquí, sin duda creo
Que viendo el alto monte peligroso
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso;
Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable.

»Y aunque la libertad y vida mia
Sé que corre peligro en el viaje,
Con rústica y desnuda compañía
Salir quiero á encontrarlos al pasaje,
Y fingiendo ignorancia y alegría,
Vestido de grosero y pobre traje,
Ofrecerles he en don una miseria,
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

»Quizá viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra y mísero tributo,
El linaje de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.»

No acabó su razon el indio cuando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer á voces aprobando
Sin mostrarse ninguno diferente;
Y así la ejecucion apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
Al último confin habia venido,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituido;
Y puesto el pié en la raya señalada
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.

CANTO XXXV.

Entran los españoles en demanda de la nueva tierra; sáleles al paso Tuncanabal, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana
Que este no la inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay orden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el nudo y vínculo mas fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo sin descansar tantos soldados,
Y por vias estériles, remotas,
Del interés incitador llevados,
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado
Con práctica y lucida compañía
Al término de Chile señalado,
De do nadie jamás pasado habia;
Y en medio de la raya el pié afirmado
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales:

«Nacion, á cuyos pechos invencibles
No pudieron poner impedimentos
Peligros y trabajos insufribles,
Ni airados mares ni contrarios vientos,
Ni otros mil contrapuestos imposibles,
Ni la fuerza de estrellas, ni elementos,
Que rompiendo por todo habeis llegado
Al término del orbe limitado:

»Veis otro nuevo mundo, que encubierto
Los cielos hasta agora le han tenido,
El difícil camino y paso abierto
A solo vuestros brazos concedido:
Veis de tanto trabajo el premio cierto,
Y cuanto os ha fortuna prometido,
Que siendo de tan grande empresa autores
Habeis de ser sin límite señores.

»Y la parlera fama discurriendo
Hasta el estremo y término postrero,
Las antiguas hazañas refiriendo
Pondrá esta vuestra en el lugar primero;
Pues en dos largos mundos no cabiendo
Venís á conquistar otro tercero,
Donde podrán mejor sin estrecharse
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

»Y pues es la sazon tan oportuna
Y poco necesarias las razones,
No quiero detener vuestra fortuna
Ni gastar mas el tiempo en oraciones:
Sús, tomad posesion todos á una
Desas nuevas provincias y regiones,
Donde os tienen los hados á la entrada
Tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego pues de tropel toda la gente,
A la plática apenas detenida,
Pisó la nueva tierra libremente
Jamás del estranjero pié batida;
Y con orden y paso diligente,
Por una angosta senda mal seguida,
En larga retahila y ordenada
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
De solo el tino por el sol guiados,
Abriendo pasos y cerradas vias
Rematadas en riscos despeñados:
Las mentirosas fugitivas guias
Nos llevaron por partes engañados,
Que parecia imposible al mas gigante
Poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
Contra su curso el sol acia el poniente,
Al mundo cuatro vueltas habia dado
Calentando del pez la húmida frente,
Cuando al bajar de un áspero collado
Vimos salir diez indios de repente
Por entre un arcabuco y breña espesa,
Desnudos en monton trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
Cubiertos de un espeso y largo vello,
Pañetes cortos de cordel ceñidos,
Altos de pecho y de fornido cuello,
La color y los ojos encendidos,
Las uñas sin cortar, largo el cabello,
Brutos campestres, rústicos salvajes,
De fieras cataduras y visajes.

Venia un robusto viejo el delantero,
Al cual el medio cuerpo le cubria
Un roto manto de sayal grosero,
Que mísera pobreza prometia:
Este pues, como dije alla primero,
Era Tunconabal, que pretendia
Mudar nuestros designios y opiniones
Con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando
Ser gente de montaña fugitiva;
Mas ellos nuestros pasos atajando
Venian á mas andar la cuesta arriba,
Y al pié de una alta peña reparando
Por do un quebrado arroyo se derriba
Todos nos aguardaron sin recelo,
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces, y en estraña
Lengua de nuestro intérprete entendida,
Dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña
Por falso engaño y relacion traida,
Do la serpiente y áspera alimaña
Apenas sustentar pueden la vida,
Y donde el hijo bárbaro nacido
Es de incultas raices mantenido!

»¿Qué informacion siniestra, qué noticia
Incita así vuestro ánimo invencible?
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia
Os ha facilitado lo imposible?
Frenad, aunque loable, esa codicia;
Que la empresa es difícil y terrible,
Y vais sin duda todos engañados
A miserable muerte condenados.

»Que cuando no encontreis gente de guerra
Que os ponga en el pasaje impedimento,
Hallareis una sierra y otra sierra,
Y una espesura y otra, y otras ciento,
Tanto que la aspereza de la tierra
Por la falta de yerba y nutrimento,
Y contagion del aire, no consiente
En su esterilidad cosa viviente.

»Y aunque me veis en bruto transformado
A la silvestre vida reducido,
Sabed, que ya en un tiempo fuí soldado,
Y que también las armas he vestido:
Así que por la ley que he profesado
Viendo que va este ejército perdido,
La lástima me mueve á aconsejaros
Que sin pasar de aquí querais tornaros.

»Que estas yermas campañas y espesuras.
Hasta el frígido sur continuadas
Han de ser el remate y sepulturas
De todas vuestras prósperas jornadas,
Mirad destos salvajes las figuras
De quien son como fieras habitadas,
Y el fruto que nos dan escasamente,
Del cual os traigo un mísero presente.»

En esto de un fardel de ovas marinas
A la manera de una red tejidas
Sacó diversas frutas montesinas,
Duras, verdes, agrestes, desabridas,
Carne seca de fieras salvajinas,
Y otras silvestres rústicas comidas,
Langosta al sol curada, y lagartijas
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la estrañeza
De aquella gente bárbara notable,
La gran selvatiquez y rustiqueza,
El fiero aspecto y término intratable,
La espesura de montes y aspereza,
Y el fruto de aquel suelo miserable:
Tierra yerma, desierta y despoblada,
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí si prosiguiendo
La tierra era adelente montuosa:
Respondiónos el viejo sonriyendo,
Ser mas áspera, dura y mas fragosa,
Y que así la montaña iba creciendo,
Que era imposible y temeraria cosa
Romper tanta maleza y espesura
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
Que era de proseguir siempre adelante,
Y que el fingido aviso malicioso
A volvernos atrás no era bastante,
Con un afecto tierno y amoroso
Mostrando en lo esterior triste semblante
Puesto un rato á pensar afirmó cierto
Haber cerca otro paso mas abierto.

Que por la banda diestra del poniente,
Dejando el monte del siniestro lado,
Habia un rastro cursado antiguamente,
Por la nacida yerba ya borrado,
Por do podia pasar salva la gente,
Aunque era el trecho largo y despoblado,
Para lo cual él mismo nos daria
Una prática lengua y fida guia.

Fué de nosotros esto bien oido,
Que alguna gente estaba ya dudosa,
Y el donoso presente recibido,
También la recompensa fué donosa:
Un manto de algodon rojo teñido,
Y una poblada cola de raposa,
Quince cuentas de vidrio de colores
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva del viejo agradecida,
Por ser joyas entre ellos estimadas
Y la guia solícita venida
Con todas las mas cosas aprestadas
Pusimos en efecto la partida
Siguiéndonos los indios dos jornadas,
Dando vuelta después por otra senda
Dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando
Gran riqueza, ganado y poblaciones
Los ánimos estrechos ensanchando
Con falsas y engañosas relaciones,
Diciendo: cuando Febo volteando
Seis veces alumbrare estas regiones,
Os prometo so pena de la vida
Henchir del apetito la medida.

No sabré encarecer nuestra altiveza,
Los ánimos briosos y lozanos,
La esperanza de bienes y riqueza,
Las vanas trazas y discursos vanos:
El cerro, el monte, el risco y la aspereza
Eran caminos fáciles y llanos,
Y el peligro y trabajo exorbitante
No osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,
Fabricando en los llanos pensamientos
Máquinas levantadas y quimeras:
Así ufanos, alegres y contentos
Pasamos tres jornadas las primeras;
Pero á la cuarta al tramontar del dia
Se nos huyó la temerosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta,
Los ánimos turbó mas esforzados,
Viendo la falsa trama descubierta,
Y los trabajos ásperos doblados;
Mas aunque sin camino y en desierta
Tierra, del gran peligro amenazados,
Y la hambre y fatiga todo junto
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo
Siempre mas arcabucos y breñales,
La cerrada espesura y paso abriendo
Con hachas, con machetes y destrales:
Otros con pico y azadon rompiendo
Las peñas y arraigados matorrales,
Do el caballo hostigado y receloso
Afirmase seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos
Quiso impedir el paso la natura,
Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen el altura,
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y espesura
Como en este camino defendido
De zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado
La escasa y turbia luz nos encubria,
De espesas nubes lóbregas cerrado,
Volviendo en tenebrosa noche el dia;
Y de granizo y tempestad cargado
Con tal furor el paso defendia,
Que era mayor del cielo ya la guerra
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
En las hondas malezas sepultados;
Otros ¡ayuda! ayuda! voceaban
En húmidos pantanos atascados;
Otros iban trepando, otros rodaban,
Los piés, manos y rostros desollados,
Oyendo aquí y allí voces en vano
Sin poderse ayudar, ni dar la mano.

Era lástima oir los alaridos,
Ver los impedimentos y embarazos,
Los caballos sin ánimo caidos,
Destroncados los piés, rotos los brazos:
Nuestros sencillos débiles vestidos
Quedaban por las zarzas á pedazos,
Descalzos y desnudos, solo armados,
En sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,
Faltando ya el refresco y bastimento,
La aquejadora hambre miserable
Las cuerdas apretaba del tormento;
Y el bien dudoso, y daño indubitable
Desmayaba la fuerza y el aliento,
Cortando un dejativo sudor frio
De los cansados miembros todo el brio.

Pero luego también considerando
La gloria que el trabajo aseguraba,
El corazon los miembros reforzando
Cualquier dificultad menospreciaba;
Y los fuertes opuestos contrastando
Todo lo por venir facilitaba:
Que el valor mas se muestra y se parece
Cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues nuestro ejército rompiendo,
De solo la esperanza alimentado,
Pasaba á puros brazos descubriendo
El encubierto cielo deseado:
Ibanse ya las breñas destejiendo,
Y el bosque de los árboles cerrado
Desviando sus ramas intrincadas
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta
La entrada de la luz desocupando,
El yerto risco y empinada cuesta
Iban sus altas cumbres allanando;
La espesa y congelada niebla opuesta,
El grueso vapor húmido exhalando
Así se adelgazaba y esparcia,
Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
Abriendo á hierro el impedido paso,
Que en todo aquel discurso no tuvimos
Do poder reclinar el cuerpo laso:
Al fin una mañana descubrimos
De Ancud el espacioso y fértil raso,
Y al pié del monte y áspera ladera
Un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado
De inumerables islas deleitosas,
Cruzando por el uno y otro lado
Góndolas y piraguas presurosas:
Marinero jamás desesperado
En medio de las olas fluctuosas
Con tanto gozo vió el vecino puerto
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados,
Llenos de nuevo gozo y de ternura
Dimos gracias á Dios, que así escapados
Nos vimos del peligro y desventura;
Y de tantas fatigas olvidados,
Siguiendo el buen suceso y la ventura
Con esperanza y ánimo lozano
Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
El cojo, el manco, el débil, el tullido,
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,
El desmayado, el flaco, el deshambrido
Quedó sano, gallardo y alentado,
De nuevo esfuerzo y de valor vestido,
Pareciéndole poco todo el suelo,
Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo á la bajada
De la ribera, en partes montüosa,
Hallamos la frutilla coronada,
Que produce la murta virtüosa;
Y aunque agreste, montés, no sazonada,
Fué á tan buena sazon y tan sabrosa,
Que el celeste maná y ollas de Egito
No movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas enviadas
Por plaga á veces del linaje humano,
Que en las espigas fértiles, granadas,
Con un sordo rozar no dejan grano;
Así pues, en cuadrillas derramadas
Suelta la gente por el ancho llano
Dejaba los murtales mas copados
De fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian,
De la hambre aquejados importuna;
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una:
Quién huye al repartir la compañía
Buscando en lo escondido parte alguna
Donde comer la rama desgajada
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas cuando
Salen al campo del corral cerrado,
Aquí y allí solícitas buscando
El trigo de la troj desperdiciado,
Que con los piés y picos escarbando
Halla alguna el regojo sepultado,
Y alzándose con él puesta en huida
Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebata buena parte
Deste y de aquel aquí y allí seguido,
Huyendo se retira luego en parte
Donde pueda comer mas escondido:
Ninguno si algo alcanza lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ser partido,
Ni allí la caridad, aunque la habia,
Estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera
Gustando aquella rústica comida,
Llegó una corba góndola lijera
De doce largos remos impelida,
Que zabordando recio en la ribera
La chusma diestra y gente apercibida,
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,
Y la causa de haber así arribado,
No puedo aquí decíroslo al presente,
Que estoy del gran camino quebrantado:
Así para sazon mas conveniente
Será bien que lo deje en este estado,
Porque pueda entre tanto repararme,
Y os dé menos fastidio el escucharme.

CANTO XXXVI.

Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábula la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas
El que menos las cuenta es mas prudente;
Y aunque es bien que se callen las dudosas
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte
De todas nuestras tierras escluida:
Que la falsa cautela, engaño y arte
Aun nunca habian hallado aquí acogida....
Pero dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
A la barca de chusma y gente llena,
Que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
Con hasta quince en número venia,
Crespo de pelo negro, y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia;
El cual con grave término, modesto,
Junto á nuestra esparcida compañía
Nos saludó cortés y alegremente,
Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

«Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos
De sus cerradas y ásperas entrañas:
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan estrañas
A nuestros pobres y últimos rincones
Libres de confusion y alteraciones?

Si vuestra pretension y pensamiento
Es de buscar region mas espaciosa,
Y en la prosecucion de vuestro intento
Teneis necesidad de alguna cosa,
Toda comodidad y aviamiento,
Con mano larga y voluntad graciosa,
Hallareis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,
Tierra donde moreis aquí os daremos:
Si os place y os agrada mas la sierra,
Allá seguramente os llevaremos;
Si quereis amistad, si quereis guerra
Todo con ley igual os lo ofrecemos,
Escoged lo mejor, que á eleccion mia
La paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje
Del gallardo mancebo floreciente,
El espedido término y lenguaje
Con que así nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedaje,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
De manto y floja túnica vestida.

La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atrás la punta y derribada,
A las ceñidas sienes ajustado,
De fina lana de vellon rizada,
Y el rizo de colores variado,
Que lozano y vistoso parecia
Señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,
Y voluntad graciosa que mostraba,
Ofreciendo también la nuestra cierta,
Que á su provecho y bien se enderezaba
Pero al fin nuestra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,
Le pedimos refresco y vitüalla
Debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente,
Vista la gran necesidad que habia,
Mandó á su prevenida y pronta gente
Sacar cuanto en la góndola traia,
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañía,
Sin de nadie aceptar solo un cabello,
Ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,
Y también esforzada la esperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera
Segun nuestra costumbre en ordenanza;
Y andada una gran legua en la primera
Tierra, que pareció cómoda estanza,
Cerca del agua en reparado asiento
Hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado
Ni puestas en lugar las demás cosas,
Cuando de aquella parte y deste lado
Hendiendo por las aguas espumosas,
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas presurosas,
Refrescando la gente desvalida
Sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia
De la sencilla gente destas tierras
Daban bien á entender que la cudicia
Aun no habia penetrado aquellas sierras,
Ni la maldad, el robo y la injusticia,
Alimento ordinario de las guerras,
Entrada en esta parte habian hallado,
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo
Les dimos lugar ancho y ancha entrada;
Y la antigua costumbre corrompiendo
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la cudicia su estandarte
Con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente
La nueva por las islas estendida
Llegaron dos caciques juntamente
A dar el parabién de la venida
Con un largo y espléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lauuda oveja y dos vicuñas
Cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así desconocidos,
Blancos, rubios, espesos y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos;
Miraban los caballos alentados
En medio de la furia corregidos,
Y mas los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho
Por los grados la tierra demarcando;
Pero cuanto ganábamos de trecho
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos caciques al camino
A vernos como á cosa milagrosa,
Pero ninguno tan escaso vino
Que no trujese en don alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nacar fino,
Quién la piel del carnero vedijosa,
Quién el arco y carcax, quién la vocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo que fuí siempre amigo é inclinado
A inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traido,
De alguna gente moza acompañado,
En una presta góndola metido,
Pasé á la principal isla cercana
Al parecer de tierra y gente llana.

Vi los indios y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres;
Noté dellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y ejercicio que tenian,
Y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fuí torno á torno rodeando
Cercado de domésticas barquillas,
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viaje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba
Hallamos por remate y fin postrero,
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesía
El paso por allí nos impedia.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
En el ánimo y rostro de la gente,
Viendo nuestro camino así atajado
Por el ancho raudal de la creciente:
Que los caballos de cabestro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angosta piragua era bastante
A comportar un peso semejante.

Y volver piés atrás visto el terrible
Trabajo intolerable y escesivo,
Tenian segun razon por imposible
Poder llegar en salvo un hombre vivo:
Quedar allí era cosa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proseguir el comenzado curso
Contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía
Un joven indio, al parecer ladino,
Alegre se ofreció que nos daria
Para volver otro mejor camino:
Fué escesiva en algunos la alegría,
Y así dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rígido invierno á los australes
Comenzaba a enviar claras señales.

Mas yo que mis designios verdaderos
Eran de ver el fin desta jornada,
Con hasta diez amigos compañeros,
Gente gallarda, brava y arriscada,
Reforzando una barca de remeros,
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar hechos pedazos
A puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
Sin lengua y sin noticia, á la ventura,
Aspera al caminar y pedregosa,
A trechos ocupada de espesura;
Mas visto que la empresa era dudosa,
Y que pasar de allí seria locura,
Dimos la vuelta luego á la piragua,
Volviendo á atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito
Que era poner el pié mas adelante,
Fingiendo que marcaba aquel distrito,
Cosa al descubridor siempre importante,
Corrí una media milla, do un escrito
Quise dejar para señal bastante;
Y en el tronco que vi de mas grandeza
Escribí con cuchillo en la corteza:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado
Con solos diez pasó el desaguadero,
El año de cincuenta y ocho entrado,
Sobre mil y quinientos por hebrero,
A las dos de la tarde el postrer dia,
Volviendo á la dejada compañía.

Llegando pues al campo, que aguardando
Para partir nuestra venida estaba,
Que el riguroso invierno comenzando
La desierta campaña amenazaba;
El indio amigo práctico guiando
La gente alegre el paso apresuraba,
Pareciendo el camino, aunque cerrado,
Fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
Que siempre en su opinion estuvo fijo,
Y por una encubierta selva espesa
Nos sacó de la tierra como dijo.
Voy pasando por esto á toda priesa,
Huyendo cuanto puedo el ser prolijo,
Que aunque lo fueron mucho los trabajos
Es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto pues en el pueblo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una justa y desafío,
Donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exagerado
La voz y fama pública le canta,
Que fué solo poner mano á la espada
Nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso,
Fué forzosa ocasion de mi destierro,
Teniéndome después gran tiempo preso
Por remendar con este el primer yerro;
Mas aunque así agraviado, no por eso
Armado de paciencia y duro hierro
Faltó en alguna accion y correría,
Sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
Ordinarios rebatos y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligrosas,
Asaltos y batallas aplazadas,
Raras estratagemas engañosas,
Astucias y cautelas nunca usadas,
Que aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas después del asalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo temida,
Donde fué destrozada tanta malla,
Y tanta sangre bárbara vertida,
Fortificado el sitio y la muralla
Aceleré mi súbita partida:
Que el agravio mas fresco cada dia
Me estimulaba siempre y me roia.

Y en un grueso barcon, bajel de trato,
Que velas altas de partida estaba,
Salí de aquella tierra y reino ingrato,
Que tanto afán y sangre me costaba;
Y sin contraste alguno ni rebato
Con el austro que en popa nos soplaba,
Costa á costa y á veces engolfado
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
Por el gran Marañon hizo la gente,
Donde Lope de Aguirre en la jornada
Mas que Neron y Herodes inclemente
Pasó tantos amigos por la espada,
Y á la querida hija juntamente,
No por otra razon y causa alguna
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas habia
De camino por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la via
A mas larga carrera acostumbrado,
Y á Panamá llegué, do el mismo dia
La nueva por el aire habia llegado
Del desbarate y muerte del tirano,
Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en tierra firme detenido
Por una enfermedad larga y estraña;
Mas luego que me vi convalecido,
Tocando en las Terceras vine á España:
Donde no mucho tiempo detenido
Corrí la Francia, Italia y Alemaña,
A Silesia y Moravia hasta Posonia,
Ciudad sobre el Danubio de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
Y otras y otras por ásperos caminos,
Traté y comuniqué varias naciones
Viendo cosas y casos peregrinos,
Diferentes y estrañas condiciones,
Animales terrestres y marinos,
Tierras jamás del cielo rociadas,
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy á priesa
Del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
Y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa
Si no teneis el gusto ya estragado;
Mas yo procuraré deciros cosas
Que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
De aquellos capitanes señalados,
Que en la parte que dije disputada
Estaban diferentes y encontrados;
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y como al fin quedaron conformados,
Los asaltos, encuentros y batallas,
Que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
La trabajada mente y los sentidos,
Por las regiones últimas buscando
Guerras de ignotos indios escondidos;
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oidos
Un áspero rumor y son de guerra,
Y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada
Envuelta entre sus armas victoriosas,
Y la inquïeta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas;
En la Italia y Germania desvïada
Siento tocar las cajas sonorosas,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,
Y el estrépito bélico y ruïdo,
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, señor, favorecido;
Mas ya que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos, espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura
Que con grata atencion será escuchada.
Y entre tanto, señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquïeto
Hasta que saque fuerzas del sujeto.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del reino lusitano,
A las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo cristiano
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
A los parientes pechos arrojadas.

La guerra fué del cielo derivada,
Y en el linaje humano trasferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida.
Por la guerra la paz es conservada
Y la insolencia humana reprimida,
Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda y le corrige.

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina.
La guerra es de derecho de las gentes,
Y el orden militar y disciplina
Conserva la república y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviare,
O cuando por venganza ó furor ciego,
O fin particular se comenzare;
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbare:
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.

Que así como tenemos profesada
Una hermandad en Dios y ayuntamiento,
Tanto del mismo Cristo encomendada
En el último eterno testamento,
No puede ser de alguno desatada
Esta paz general y ligamiento,
Si no es por causa pública ó querella,
Y autoridad del rey, defensor della.

Entonces, como un ángel sin pecado,
Puesta en la causa universal la mira,
Puede tomar las armas el soldado,
Y en su enemigo ejecutar la ira;
Y cuando algun respeto ó fin privado
Le templa el brazo, encoge y le retira,
Demás de que en peligro pone el hecho
Peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida
Puede la airada vencedora gente
Herir, prender, matar en la rendida,
Y hacer al libre esclavo y obediente;
Que el que es señor y dueño de la vida
Lo es ya de la persona, y justamente
Hará lo que quisiere del vencido,
Que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones,
Por la causa comun, sin cargo alguno,
En batallas formadas y escuadrones
Puede usar de las armas cada uno:
Por las mismas legítimas razones
Es lícito el combate de uno á uno,
A pié, á caballo, armado, desarmado,
Ora sea en campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,
La autoridad del príncipe interpuesta,
Bajo de cuya mano y señorío
La ordenada república está puesta;
Mas si por caso propio ó albedrío
Se denuncia el combate y se protesta,
O sea provocador ó provocado
Es ilícito, injusto y condenado.

Y los cristianos príncipes no deben
Favorecer jamás, ni dar licencia
A condenadas armas, que se mueven
Por odio, por venganza ó competencia;
Ni decidan las causas, ni se prueben
Remitiendo á las fuerzas la sentencia,
Pues por razon oculta á veces veo
Que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso
Justa y derechamente se condena,
Pues vemos el incierto fin dudoso,
Segun la suma Providencia ordena:
Que el suceso ora triste, ora dichoso,
No es quien hace la causa mala ó buena,
Ni jamas la justicia en cosa alguna
Está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo también, que obligacion no tiene
De inquirir el soldado diligente
Si es lícita la guerra y si conviene,
O si se mueve injusta ó justamente:
Que solo al rey que por razon le viene
La obediencia y servicio de su gente,
Como gobernador de la república
Le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende
El peso de la guerra y grave carga,
Y cuanto daño y mal della depende
Todo sobre sus hombros solo carga,
Debe mucho mirar lo que pretende,
Y antes que dé al furor la rienda larga
Justificar sus armas prevenidas,
No por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
Que de precisa obligacion forzado
En favor de las leyes justamente
Las permitidas armas ha tomado:
No fundando el derecho en ser potente,
Ni de codicia de reinar llevado;
Pues se estiende su cetro y monarquía
Hasta adonde remata el sol su via.

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
Que á los sanos corrompe é inficiona,
Llamado del derecho y la justicia
Contra el rebelde reino va en persona;
Y á despecho y pesar de la malicia
Que le niega y le impide la corona,
Quiere abrir y allanar con mano armada
A la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido,
Sus fuerzas y poder disimulando
Detiene el brazo en alto suspendido,
El remedio de sangre dilatando;
Y con prudencia y ánimo sufrido
Su espada y pretension justificando,
Quebrantará después con aspereza
Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
La soberbia cerviz de los traidores,
Despedazando la pujante armada
De los galos piratas valedores;
Y con rigor y furia disculpada,
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Felipe Estrozí su caudillo,
Serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga:
Que si el delito es grave y la insolencia,
Clemente es y piadoso el que castiga.
Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor se siga:
Crüel es quien perdona á todos todo,
Como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente
Si conviene el rigor y es importante:
Que el que ataja y castiga el mal presente
Huye de ser crüel para adelante.
Quien la maldad no evita, la consiente,
Y se puede llamar participante,
Y el que á los malos públicos perdona
La república estraga é inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
La clemencia, virtud inestimable:
Que el perdonar, victoria es gloriosa,
Y en el mas poderoso mas loable;
Pero la paz comun tan provechosa
No puede sin justicia ser durable,
Que el premio y el castigo á tiempo usados
Sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el esceso y mal que hubiere
Se puede remediar, ni se castiga:
Que el tiempo á veces y ocasion requiere
Que todo no se apure ni se siga.
Príncipe que saberlo todo quiere,
Sepa que á perdonar mucho se obliga:
Que es medicina fuerte y rigurosa
Descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos
Aplaca el odio y ánimo indignado,
Engendra devocion, produce amigos,
Y atrae el amor del pueblo aficionado:
Que el continuo rigor en los castigos
Hace al príncipe odioso y desamado.
Oficio es propio y propio de los reyes
Embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara
Disimular los males ya pasados,
Si dello ánimo el malo no tomara
Para nuevos insultos y pecados:
El miedo del castigo es cosa clara
Que reprime los ánimos dañados,
Y el ver al malhechor puesto en el palo
Corrige la maldad y enmienda al malo.

Mas también el castigo no se haga
Como el indocto y crudo cirujano,
Que siendo leve el mal, poca la llaga,
Mete los filos mucho por lo sano,
Y con el enconoso hierro estraga
Lo que sanara sin tocar la mano:
Que no es buena la cura y esperiencia,
Si es mas recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar: que algun curioso
Dirá que aquí y allí me contradigo.
Virtud es castigar cuando es forzoso
Y necesario el público castigo;
Virtud es perdonar el poderoso
La ofensa del ingrato y enemigo,
Cuando es particular, ó que se entienda
Que puede sin castigo haber enmienda.

Volme de punto en punto divirtiendo,
Y el tiempo es corto y la materia larga;
En lugar de aliviarme, recibiendo
En mis cansados hombros mucha carga:
Así de aquí adelante, resumiendo
Lo que menos importa y mas me carga,
Quiero volver á Portugal la pluma,
Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, ó lusitanos, que engañados
Contraponeis el ostinado pecho,
Y con armas y brazos condenados
Quereis violar las leyes y el derecho?
Qué, ¿no mueve esos ánimos dañados
La paz comun y público provecho,
El deudo, religion, naturaleza,
El poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido
Haciendas, libertades y exenciones,
No á término forzoso reducido,
Mas con formado campo y escuadrones,
Y casi murmurado ha detenido
Las armas convenciéndoos con razones,
Cual padre que reduce por clemencia
Al hijo inobediente á la obediencia.

¡Qué ciega pretension, qué embaucamiento
Qué pasion pertinaz desatinada
Saca así la razon tan de su asiento,
Y tiene vuestra mente trastornada,
Que una unida nacion por sacramento,
Y con la cruz de Cristo señalada,
Envuelta en crueles armas homicidas
Dé en sus proprias entrañas las heridas!

¡Y unas mismas divisas y banderas
Salgan de alojamientos diferentes,
Trayendo mil naciones estranjeras,
Que derraman la sangre de inocentes,
Y introducen errores y maneras
De pegajosos vicios insolentes,
Dejando con su peste derramada
La católica España inficionada!

A vos, eterno Padre soberano,
El favor necesario y gracia pido,
Y os suplico querais mover mi mano,
Pues en vos y por vos todo es movido,
Para que al portugués y al castellano
Dé justamente lo que le es debido,
Sin que me tuerza y saque de lo justo
Particular respeto ni otro gusto.

Y pues vos conoceis los corazones
Y el justo celo con que el mio se mueve,
Y en los buenos propósitos y acciones
El principio teneis, y el fin se os debe,
Dadme espíritu igual, dadme razones
Con que informe mi pluma, que se atreve
A emprender temeraria y arrojada
Con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebastián, rey lusitano,
Con ardor juvenil y movimiento
Romper el ancho término africano
Y oprimir el pagano atrevimiento,
Prometiéndole entrada y paso llano
Su altivo y levantado pensamiento,
Allegó de aquel reino brevemente
La riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el rey don Felipe, que al sobrino
Vió moverse á la empresa tan lijero,
Al errado designio contravino
Con consejo de padre verdadero;
Y pensando apartarle del camino
Que iba á dar á tan gran despeñadero,
Hizo que en Guadalupe se juntasen,
Para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
Ni el ruego y persuasion del grave tio,
Ni una gran multitud de inconvenientes
Que pudieran volver atrás un rio,
Ni el poner la cerviz de tantas gentes
Bajo de un solo golpe al albedrío
De la inconstante y variable diosa,
De revolver el mundo deseosa:

Que el orgulloso mozo, prometiendo
Lo que el justo temor dificultaba,
Los prudentes discursos rebatiendo,
Todos los contrapuestos tropellaba;
Y tras la libre voluntad corriendo
Su muerte y perdicion apresuraba:
Que no basta consejo ni advertencia
Contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable,
Aunque tenga la voz mas espedida,
Y aquel sangriento fin tan miserable
De la jornada y gente mal regida,
La ruina de un reino irreparable,
La fama antigua en solo un dia perdida,
Todo por voluntad de un mozo ardiente,
Movido sin razon por accidente?

Otro refiera el aciago dia
Que á los mas tristes en miseria escede:
Que aunque sangrienta está la pluma mia,
Correr por tantas lástimas no puede.
Quiero seguir la comenzada via
Si el alto cielo aliento me concede:
Que ya de aquesta parte también siento
Armarse un gran ñublado turbulento.

Después que el mozo rey voluntarioso
Al africano ejército asaltando,
En el ciego tumulto polvoroso
Murió en monton confuso peleando,
Y la fortuna de un vaivén furioso
Derrocó cuatro reyes, ahogando
La fama y opinion de tanta gente,
Revolviendo las armas del Poniente,

Fué luego en Portugal por rey jurado
Don Enrique, el hermano del abuelo,
Cardenal y presbítero ordenado,
Persona religiosa y de gran celo,
De años y enfermedades agravado,
Mas que para este mundo para el cielo,
Ofreciéndole el reino la fortuna
Con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe, en lo íntimo sintiendo
Del reino y muerto rey la desventura,
Y del enfermo don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal segura,
Como sobrino y sucesor queriendo
Aclarar su derecho en coyuntura,
Que por la trasversal propincua via
A los reyes y títulos tenia:

Con celosa y loable providencia
Hizo juntar doctísimos varones,
De grande cristiandad y suficiencia,
Desnudos de interese y pretensiones,
Que conforme á derecho y a conciencia,
No por torcidas vias y razones,
Mirasen en el grado que él estaba,
Si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,
Duquesa de Berganza pretendia
Por hija del infante don Duarte,
Que de derecho el reino le venia;
Y también don Antonio de otra parte
A la corona y cetro se oponia;
Mas aunque del comun favorecido,
Era por no legítimo escluido.

Y que hecho el examen cada uno
A tan arduo negocio conveniente,
Sin miramiento ni respeto alguno
Diesen sus pareceres libremente;
Porque en tiempo quieto y oportuno,
Prevenido al mayor inconveniente,
Si el reino á la razon no se allanase
Sus armas y poder justificase.

Todos los cuales, claramente viendo
Que el trasversal por ley y fuero llano
No representa al padre, sucediendo
El legítimo deudo mas cercano,
El varon á la hembra prefiriendo,
Y al de menos edad el mas anciano,
Yendo la sucesion y precedencia
Por derecho de sangre y no de herencia;

Don Antonio escluido y apartado
Por ley humana y por razon divina,
Y el derecho igualmente examinado
De don Felipe y doña Catalina,
Descendientes del tronco en igual grado,
Él sobrino de Enrique, ella sobrina,
Él varon, ella hembra, él rey temido,
Mayor de edad, y de mayor nacido:

Atento al fuero, á la costumbre, al hecho
Y otras muchas razones que juntaron
Con recto, justo, igual y sano pecho,
Sin discrepar, conformes declararon
Ser don Felipe sucesor derecho,
Y el reino por la ley le adjudicaron
Con tierras, mares, títulos y estados
Bajo de la corona conquistados.

Vista pues don Felipe la justicia,
Por tan bastantes hombres declarada,
Sospechoso del odio y la malicia
De la plebeya gente libertada,
Y la intrínseca y vieja inimicicia
En los pechos de muchos arraigada,
Quiso tentar en estas novedades
El ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso celo deseando
El bien del reino y público sosiego,
En la mente perpleja iba trazando
Cómo echar agua al encendido fuego,
Por todos los caminos procurando
Aquietar el comun desasosiego,
Que ya con libertad sin corregirse
Comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
Don Cristóbal de Mora, en quien habia
Tantas y tales partes conocido,
Cuales el gran negocio requeria:
De ilustre sangre en Portugal nacido,
De quien como vasallo el rey podria
Con ánimo seguro y esperanza
Hacer también la misma confianza,

Y enterarse del celo y sano intento,
Tantas veces por él representado,
Entendiendo la fuerza y fundamento
De su causa y derecho declarado,
No traido por término violento,
Ni deseo de reinar desordenado,
Mas por rigor de la justicia pura,
Por ley, razon, por fuero y por natura:

Así que, esto por él reconocido,
Como de rey tan justo se esperaba,
Mírase el gran peligro en que metido
El patrio reino y cristiandad estaba,
Y tuviese por bien, fuese servido
De sosegar la alteracion que andaba,
Declarándole en forma conveniente
Por sucesor derecho y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaria
El tumulto y escándalos estraños,
Y su declaracion atajaria
Grandes insultos y esperados daños;
Haciendo que en la forma que solia
Para después de sus felices años
El reino le jurase segun fuero
Por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristóbal la embajada,
Y de Felipe la intencion propuesta,
Tibiamente de Enrique fué escuchada,
Dando una ambigua y frívola respuesta:
Que por mas que le fué representada
La justicia del rey tan manifiesta,
Procuraba con causas escusarse
Sin querella aclarar ni declararse.

Visto pues dilatar el cumplimiento
De negocio tan arduo é importante,
Por donde el popular atrevimiento
Iba cobrando fuerzas adelante,
Don Felipe envió con nuevo asiento,
Largo poder y comision bastante
Para sacar resolucion alguna,
A don Pedro Giron, duque de Osuna.

Y al docto Guardiola juntamente
Porque con mas instancia y diligencia,
Vista de la tardanza el daño urgente
Contra la paz comun y convenencia,
Diesen claro á entender cuán conveniente
Era en tan gran discordia y diferencia,
Que el rey se declarase por decreto;
Cortando á mil designios el sujeto,

Y porque cosa alguna no quedase
Por hacer, y tentar todos los vados,
Y la ciega pasion no perturbase
El sosiego y quietud de los estados,
Antes que el odio antiguo reventase,
Dos eminentes hombres señalados
De los que en su real consejo habia
Ultimamente á don Enrique envía.

Uno, Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
En rectitud, estudio y disciplina
Era de grande prueba y esperiencia,
De claro juicio y singular dotrina;
El otro, de no menos suficiencia,
Famoso en letras, el doctor Molina,
Ambos varones raros, escogidos,
En gran figura y opinion tenidos:

Para que Enrique dellos informado,
Y de todas las dudas satisfecho,
A las cortes que ya se habian juntado
Informasen también de su derecho,
Y al pueblo contumaz y apasionado,
Puesto delante el general provecho,
Fueros y libertades prometiesen
Con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente
Ser esto lo que á todos convenia,
Pues por la espresa ley derechamente
El reino á su sobrino le venia,
Con larga dilacion impertinente
El negocio suspenso entretenia,
A fin que aquellos súbditos y estados
Fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
El término y respuesta diferido,
Llegó aquel de la muerte presuroso
Del autor de la vida estatuïdo:
Por donde al sucesor le fué forzoso
Viendo al rebelde pueblo endurecido,
Juntar contra sus fines y malicia
Las armas y el poder con la justicia.

Habiendo antes con todos procurado
Muchos medios de paz por él movidos,
Provocando al temoso y porfiado
Con dádivas, promesas y partidos;
Mas el poblacho terco y obstinado,
No estimando los bienes ofrecidos,
La enemistad del todo descubierta
Al derecho y razon cerró la puerta.

¿Quién pudiera deciros tantas cosas
Como aquí se me van representando,
Tanto rumor de trompas sonorosas,
Tanto estandarte al viento tremolando,
Las prevenidas armas sanguinosas
Del portugués y castellano bando,
El aparato y máquinas de guerra,
Las batallas de mar y las de tierra?

Viéranse entre las armas y fiereza
Materias de derecho y de justicia,
Ejemplos de clemencia y de grandeza,
Proterva y contumaz inimicicia,
Liberal y magnánima largueza,
Que los sacos hinchó de la codicia,
Y otros matices vivos y colores
Que fáciles harán los escritores.

Canten de hoy mas los que tuvieren vena
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Felipe les dá materia llena,
Y un campo abierto, fértil y espacioso:
Que la ocasion dichosa y suerte buena
Vale mas que el trabajo infructüoso,
Trabajo infructüoso como el mio,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Acia el helado norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda ignoto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones
Golfos inavegables navegando,
Estendiendo, señor, vuestra corona
Hasta casi la austral frígida zona!

¿Qué jornadas también por mar y tierra
Habeis hecho que deje de seguiros,
A Italia, Augusta, á Flandes, á Inglaterra
Cuando el reino por rey vino á pediros?
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Pirú me llevó por mas serviros,
Do con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado
Y el reino á la obediencia reducido,
Pasé al remoto Arauco, que alterado
Habia del cuello el yugo sacudido;
Y con prolija guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser mios
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores y los frios,
La falta irremediable de vestidos,
Los montes que pasé, los grandes rios,
Los yermos despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances y fortunas,
Que aun son para contadas importunas.

Ni digo cómo al fin por accidente
Del mozo capitán acelerado
Fuí sacado á la plaza injustamente
A ser públicamente degollado;
Ni la larga prision impertinente
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,
Está para serviros hoy mas viva,
Desmaya la esperanza quebrantada
Viéndome proejar siempre agua arriba;
Y al cabo de tan larga y gran jornada,
Hallo que mi cansado barco arriba
De la fortuna adversa contrastado
Lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha via
La carrera difícil he corrido;
Y aunque mas inste la desdicha mia,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten no en tenerlas,
Sino en solo arribar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma:
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande inumerable suma
De vuestros hechos y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
No puede andar muy lejos ya mi nave
Y el tímido y dudoso paradero
El mas sabio piloto no le sabe:
Considerando el corto plazo quiero,
Acabar de vivir, antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y distraida.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,
Y reducirme á lo postrero aguarde,
Sé bien que en todo tiempo y toda parte
Para volverse á Dios jamás es tarde:
Que nunca su clemencia usó de arte;
Y así el gran pecador no se acobarde,
Pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo, que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida mas florido,
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido:
Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error, de aquí adelante
Será razon que llore y que no cante.

FIN DE LA ARAUCANA DE DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

EXPLICACION

DE VARIOS VOCABLOS POCO CONOCIDOS QUE SE HALLAN EN LA ARAUCANA; CON NOTICIA DE ALGUNOS LUGARES INTERESANTES.

Angol. Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre *Los Confines de Angol.*

Apó. Señor ó capitán absoluto de los otros.

Arauco (*El estado de*) Es una provincia pequeña, de veinte leguas de largo y siete de ancho, poco mas ó menos, la cual ha sido la mas belicosa de todas las Indias, y por esto es llamado el *estado indómito.* Llámanse los indios de él *araucanos*, tomando el nombre de la provincia.

Arcabuco. Espesura grande de árboles altos y boscaje.

Bohio. Es una casa pajiza, grande, de sola una pieza, sin alto.

Cacique. Quiere decir señor de vasallos que tiene gente á su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos. Declárase esto porque los que mueren en la guerra se oirán después nombrar en otra batalla: entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

Caupolicán. Fué hijo de *Leocán*, y *Lautaro* hijo de *Pillán.* Declaro esto porque, como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres me aprovecho de los de sus padres.

Cautén. Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla *La Imperial* porque cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas, hechas de palo, á manera de timbre de armas; que, cierto, es extraña cosa y de notar, pues jamas en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Coquimbo. Es el primer valle de Chile, donde pobló el capitán Valdivia un pueblo que le llamó *La Serena*, por ser él natural de La Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

Chaquiras. Son unas cuentas muy menudas, á manera de aljófar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda, es mas preciada: labran y adornan con ellas sus llautos, y las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera de bicos, ó ciertas puntillas de oro que se ponian en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubrian la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda.

Chile. Es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias: nómbrase *Chile* por un valle principal llamado así; fué sujeto al Inga, rey del Perú, de donde le traian cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia de este valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamáron *Chile* á toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.

Eponamon. Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

Jota. Véase *ojota.*

Llauto. Es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira, con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

Mapochó. Es un hermoso valle donde los españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo *Mapochó.*

Mita. Es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

Mitayo. Es el indio que la lleva ó trae.

Ojota, y por contraccion *Jota.* Especie de calzado que usaban las indias, el cual era á modo de los alpargates de España. Dábalas el novio á la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.

Paco. Especie de carnero que se cria en Indias, algo mayor que el comun. Son muy lanudos, y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros ó pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conduccion de las mercaderías y géneros que se llevan de una parte á otra. Los pacos á veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.

Pallá. Es lo que llamamos nosotros señora; pero entre ellos no alcanza este nombre sino á la noble de linaje y señora de muchos vasallos y hacienda.

Penco. Es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron *La Concepcion.*

Puelches. Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y lijeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

Valdivia. Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un rio arriba, tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos era Valdivia capitán general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.

Vicuña. Cabra montés que se cria en Indias: no tiene cuernos, y es mas alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finísima y nunca pierde el color.

Villa-rica. Es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño, cerca de dos volcanes que lanzan á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

Yanaconas. Son indios mozos amigos, que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especialmente cuando los españoles dejan los caballos y pelean á pié; porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente

EL BERNARDO

ó

VICTORIA DE RONCESVALLES,

DEL DOCTOR DON BERNARDO DE VALBUENA (1).

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON FRANCISCO FERNANDEZ DE CASTRO,

CONDE DE LÉMOS Y ANDRADE, MARQUES DE SARRIA, DUQUE DE TAURISANO, ETC.

Este poema heróico del famoso *Bernardo del Carpio*, en que se describe la esclarecida descendencia de la excelentísima casa de Castro, há mas de catorce años que se le dedicó su autor en esa corte al gran Mecénas de todas las buenas letras y habilidades de España, el excelentísimo don Pedro Fernandez de Castro, que está en el cielo, hermano de vuestra excelencia; y despues que la suya, con la agradable benignidad de su nobilísima condicion, no se desdeñó de honrar la obra pasando los ojos por ella, debajo de la aprobacion de su clarísimo ingenio se ganó privilegio para imprimirla, lo cual hasta ahora no se ha hecho, por las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados ajenos. Ahora su autor, que puede decir que ha salido de nuevo al mundo, de las soledades de Jamaica, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio á quien se debian los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa. Suplica á vuestra excelencia, como á dignísimo sucesor, no solo de la nobilísima casa y estado, sino de las demas heróicas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de ánimo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gocen, debajo de la proteccion y amparo de un tan gran príncipe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentísima persona guarde nuestro Señor felicísimos años, etc.

El doctor don Bernardo de Valbuena.

(1) Muy pocas son las noticias que hasta ahora han podido adquirirse de la vida de este célebre poeta. Es, sí, indudable que el doctor don Bernardo de Valbuena (*), hijo de don Gregorio de Villanueva y doña Luisa de Valbuena, ambos descendientes de familias nobles y muy distinguidas en Valdepeñas, donde habian desempeñado varios cargos de república, nació en la citada villa, perteneciente á la provincia de la Mancha, el dia 22 de noviembre de 1568; pero ignoramos qué circunstancia le hizo adoptar el apellido de su madre. Tenia aun pocos años, y, ó porque algun deudo suyo quisiera encargarse de su educacion, ó por otra causa asimismo desconocida, pasó á Nueva-España á proseguir sus estudios, y entró con efecto en uno de los colegios de Méjico, donde dió pruebas de su mucho ingenio y aplicacion, pues no solo obtuvo el premio de tres certámenes poéticos en que tomó parte, sino que hizo progresos en la facultad de teologia, á que se dedicaba, y recibió el grado de bachiller. Efectuóse uno de dichos certámenes con motivo de la festividad del Córpus, y presenciaron la adjudicacion del premio el arzobispo don Pedro Moya y seis obispos que accidentalmente se hallaban en Méjico celebrando un concilio, que fué el tercero mejicano, en el año 1585. Regresó á España no se sabe cuándo, aunque algunos aseguran que en 1608, y recibió en Sigüenza el grado de doctor, é inmediatamente, sin duda, el nombramiento de abad mayor de la isla de Jamaica, dado que parece contaba á la sazon unos treinta y nueve años de edad. No era todavía anciano, y esto prueba el alto concepto de que gozaba, cuando en 1620 fué electo obispo de Puerto-Rico. La Academia Española, refiriéndose á documentos sacados del archivo de Indias, de Sevilla, dice que asistió al concilio provincial de Santo Domingo en 1622 y 23, constando tambien que visitó su diócesis y celebró sínodo. De su vida nada mas hemos averiguado: su muerte fué en aquella isla el 11 de octubre de 1627, y por consiguiente á la edad de cincuenta y nueve años. Dióse sepultura á su cuerpo en la capilla de San Bernardo, que él mismo habia fundado en la catedral.

Dejó impresas estas obras: *La Grandeza mejicana*, Méjico, 1604. — *El Siglo de Oro*, Madrid, 1608; de cuyas dos ediciones hizo una la Academia, en la imprenta de Ibarra, el año 1821; y *El Bernardo ó La victoria de Roncesvalles*, dado á luz por primera vez en Madrid, en 1624, en un tomo en 4.°; y despues por don Antonio Sancha, en 1807, en tres tomos en 8.°

La Cosmografía universal, *El divino Cristiados ó Cristiada*, *La alteza de Laura* y *El arte nuevo de Poesía*, que tambien se le atribuyen, no se sabe si llegaron á imprimirse; lo probable es que no, y que cayesen originales en manos de los holandeses cuando, invadiendo aquella isla y saqueando el palacio episcopal, se apoderaron de la biblioteca de Valbuena.

(*) *Balbuena* se ha escrito y se escribe generalmente; pero, autorizados con el ejemplo de la Academia Española, que en su edicion de *El Siglo de Oro* y *La Grandeza mejicana* hizo esta correccion, hemos creido acertada la sustitucion de la *B* por la *V* en la primera sílaba; tanto mas, cuanto que así no infringimos, como lo ha hecho el uso comun, la ley de la etimología.

PRÓLOGO.

Aunque sacar ahora á luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toca á mi oficio y dignidad, y á la profesion de púlpito y estudios de teología, porque el tiempo, dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala y bizarría, en otro suele heredar diferentes nombres; con todo eso, lo que en una ocasion fué virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio; y así, este poema, demas de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brio de aquella edad, que tiene por gala semejantes acometimientos y partos de imaginacion, todo él es sugeto heróico y grave, lleno de honestidad, modestia y pureza de lenguaje, y cual de necesidad se requeria para celebrar el real orígen y descendencia de la excelentísima casa de Castro, una de las mas calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee estos libros sin mas advertencia que á sola la armonía de los consonantes ó al superficial deleite de la fábula, no habia que hacer este discurso; ni ménos para los doctos, que, versados en letras humanas, saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir; todavía quise servirles el plato con salsa, á los unos, que procuren seguir los preceptos de su arte, y á los otros, que si quisieren salir de su ordinario paso y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por dónde. Y así, digo que, deseando yo en los principios de mis estudios y por alivio dellos, poner en ejecucion y práctica las reglas de humanidad que en la poética y retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un poema heróico las grandezas y antigüedades de mi patria en el sugeto de alguno de sus famosos héroes, cuyas admirables hazañas, asombrando con majestad el mundo, tambien con la de su fama pregonan el descuido de su nacion; me puse á buscar un asunto que, levantando con su espíritu el mio en la grandeza de sus partes, se llegase tanto á la perfeccion del arte, que, siguiendo yo el que desta facultad Aristóteles nos dejó en sus obras, esta mia saliese, si no con toda perfeccion, con los ménos descuidos posibles.

Este fué el fundamento de acometer en aquella primera edad, con los brios de la juventud y la leche de la retórica, á escribir este libro, que pudiera haber salido á dar cuenta de sí muchos años há, pues de diez que se le concedieron de privilegio, son ya pasados mas de los seis, y poco ménos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar; que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno, y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido que no, por haber trocado el tiempo, el estado y profesion de las cosas, era justo se perdiesen aquellos primeros trabajos que para algo podrian ser buenos, supuesto que el dejarlos perder y olvidar para siempre no era de provecho para nada; con que me convino ajustar á su voluntad la mia, y dar, por la misma regla, cuenta de las que fuí siguiendo en el discurso desta obra.

Y sea la primera, que por cuanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el filósofo que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleite vestido de mas verisimilitud y hermosura, trabajé en hallar una que, sirviendo de fundamento á mi poema, en sí misma fuese breve, admirable y de varon famoso, y tan llena de rastros de grandeza en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar della la hiciese agradable y deleitosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo; admirable por la pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra; de príncipe heróico, descendiente de la real sangre de los godos, y por el consiguiente de la mayor nobleza de la tierra.

Y porque la accion en estas obras ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la mas famosa, escogí la mas célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el rey don Alonso el Casto, su tio, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo-Magno, que venía á dar sobre Astúrias, venciendo por su persona y las de sus españoles los tan celebrados paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte á Roldan, el principal de todos, en que se remata la accion y el libro; porque, siendo aquella muerte la del hombre mas famoso que por aquellos siglos habia, pasar adelante en sus victorias fuera descrecer en la grandeza y majestad dellas.

Algunos del número primero, á quien en estos discursos respondo, me habrán ya en diversas ocasiones hecho cargo que esta victoria de Roncesvalles y muerte de los Doce Pares en ella, se tiene comunmente por incierta y fabulosa, segun la apurada diligencia de los mas graves historiadores de España, que, con ser en favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera; con que parece que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura de todo punto falso, pues los encantamentos de Orlando,

las bravezas de Reinaldos, las traiciones de Galalon, las mágicas figuras y cercos de Malgesí, y las demas caballerías de los Doce Pares, con su tan celebrado cronista y arzobispo Turpin, más tienen de fabuloso que verdadero, no solo en las historias graves, mas aun en el juicio y estimacion de un moderado discurso.

Digo pues á toda esta objecion, que lo que yo aquí escribo es un poema heróico, el cual, segun doctrina de Aristóteles, ha de ser imitacion de accion humana en alguna persona grave, donde en la palabra *imitacion* se excluye la historia verdadera, que no es sugeto de poesía, que ha de ser toda pura imitacion y parto feliz de la imaginativa. Donde de paso se verá cuán inadvertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en verso hallan que es el no haberse desviado un punto de la verdad: como quiera que cuanto mas desta tuvieren, tanto ellos tendrán ménos de poetas, pues dice el mismo filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso sería poesía, ni dejaria de ser historia como ántes; que es la razon por que tampoco Lucano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso. Porque la poesía ha de ser imitacion de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esa ya no sería imitacion, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfeccion que puede alcanzar la imaginacion del que las finge; que es lo que hace unos poetas mejores que otros; y así, para mi obra no hace al caso que las tradiciones que en ella sigo sean ciertas ó fabulosas; que cuanto ménos tuvieren de historia y mas de invencion verisímil, tanto mas se habrá llegado á la perfeccion que le deseo.

La accion y fundamento del poema es este: el artificio de su ampliacion es imitando las personas mas graves de la *Iliada* de Homero, porque la del rey Casto es la de Agamenon; la de Bernardo la de Aquiles, al cual la diosa Tétis dió á criar al centauro Quiron, como la hada Alcina dió á Bernardo el sabio Oróntes; Ferraguto es Ayax Telamon; Galalon, Ulíses; Morgante, Diomedes; Roldan, Héctor; y así de los demas.

Y porque á la majestad heróica, conforme á nuestra religion, hacen falta para lo verosímil las deidades y semideos con que los antiguos hacian tan admirables y pomposos sus poemas, el Boyardo y los que le han seguido inventaron en su lugar las hadas y encantamentos de los magos, que, siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleite y alegoría mas vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado, por tratar de las mismas hazañas y de los mismos héroes que la comun tradicion nos da muertos á manos de nuestro Bernardo y de sus españoles; y así, este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea y la clave que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros que de los príncipes de aquel siglo con tanta admiracion ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narracion de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que, sin comenzarla por el principio, quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes; porque, así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales y otras artificiales, así tambien hay dos modos de contar y hacer relacion de esas mismas cosas, uno natural, que es el histórico, y otro artificial, que es el poético; y así como sería defecto en el discurso natural no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo sería en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador; y así, conviene que la narracion poética no comience del principio de la accion que ha de seguir, sino del medio, para que así, al contarla toda, se comience, se prosiga y acabe artificiosamente, y traya con eso en su discurso aquel deleite que el artificio con su novedad, y la novedad con su admiracion suelen causar, tanto mayor cuanto mas ingenioso es, y mas sutiles y ménos violentas invenciones descubre.

Sirve tambien este modo, de contar las cosas con artificio, de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolijidad se cansa; el cual, comenzando su lectura por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio, al encontrarlo, se halla tan cerca del fin, que no le es molesto acabar lo que resta; y esta es la razon porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Leda, esto es, del conocimiento de Bernardo, ni de su educacion y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dejar por eso de contar su nacimiento y orígen, sus hazañas y descendencia, y cuanto dél y de sus sucesores han escrito los historiadores mas graves de nuestra nacion hasta ochocientos años despues de su muerte, con lo mas florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, rios y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal geografía del mundo, sembrada artificiosamente por él, y las costumbres mas notables de sus naciones y aquellas que, por haber dejado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes, mas dignas juzgué de ser celebradas.

Y no solo este artificio se guardó en lo principal de la accion, mas aun en sus episodios ó digresiones no hay fábula que, ántes de mostrar su fin, no ponga al lector en las manos los principios de otra de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado, y el deleite mas empe-

ñado en lo por venir : artificio, á mi parecer, poderoso á llevar entretenido hasta el fin, con el natural apetito de saber, al gusto mas tibio y helado que en él entrare.

Para todo lo cual, y para mejor tejer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en él lo ménos que fuese posible, con que tambien se pudo añadir á la fábula mas deleite ; siéndole por esta via permitido el extenderse á cosas mas admirables, sin perder la verisimilitud; porque, si la persona del poeta contara los monstruos de Creta ó el origen de la ciudad de Granada, careciera lo uno y lo otro de aparencia de verdad ; mas referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el autor no fuera de lo verisímil ; porque, si no lo es que Gravinia se convirtiese en árbol, y Estordian en gusano de seda, eslo, y muy posible, que aquellos cuentos por entónces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinion que los oían ; que si de la imitacion poética la porcion mayor de su fin es el deleite, en ningun modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro por todos los caminos posibles.

Mas, porque este con perfeccion no se consigue ménos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto como con la compasion y el miedo en los sucesos ajenos, que miéntras mas lastimosos y tristes, mas poderosos son á mover los presentes ; hice lo posible porque este poema, en sus partes y en su todo, fuese una apurada tragedia, y que así, lo principal de su deleite le naciese de la compasion de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truecos de reinos y caidas de príncipes como por él van sembrados ; con que no solo se deleita el gusto, se mueve el ánimo y sus pasiones, mas aun con su encubierta moralidad y alegoría le deja instruido en las virtudes y saboreado en ellas, dibujándole entre el deleite de la fábula y sus colores retóricos, en la persona de Bernardo, que es la épica, un príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heróicas virtudes, de magnanimidad y fortaleza ; en la del Casto Alfonso, un rey prudente y católico ; en la de Cárlo-Magno, un victorioso y potente monarca mal aconsejado ; la atrevida libertad de un lisonjero, en Galalon ; un mancebo disoluto y libre, en Ferraguto ; un prolijo hablador, en Galirtos ; en Angélica, una distraida cortesana, á quien ya el tiempo va marchitando los claveles de su rostro y las flores de su juventud ; en Garilo, un astuto ladron ; y en Arleta, una sagaz ramera y una hechicera supersticiosa ; la gran fuerza del favor, en la fuente de la hada Iberia ; en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un alquimista ; la disoluta vida de un tirano, en Bramante ; y las desatinadas blasfemias de un soberbio, en las de su hermano Morgante ; y en lo principal de la accion, lo poco que hay que fiar en favores de fortuna y prosperidades de tiempo.

Mas, porque tocar toda la moralidad fuera dilatar demasiado este discurso, remito al lector que la quisiere al fin de cada libro, y de aquí, al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, si no de la apurada observacion del arte, á lo ménos de un cuidadoso é infatigable deseo de acertar con la vena del deleite, para dar con ella en la de su gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoros, y el tener pocas, flojos y humildes, y dos asonantes juntos disminuyen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales humillan mucho el estilo y le descaecen, se ha huido todo lo posible destas dos cosas, procurando llenar los versos de manera que, en cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el ménos lleno tiene cuatro, y de ahí para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones y diez y ocho sílabas, como el último de la octava 138 del libro IX, que dice :

Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

EL BERNARDO.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña y de don Teudonio, el cual da cuenta al Conde de su linaje y antigua privanza con el rey Casto, y cómo el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo-Magno envió con don Gaiferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana.

Cuéntame, oh Musa, tú, el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra,
Cuando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra:
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra!
¡Tanto la envidia obró, tanto la saña
De defender su invicta tierra España,

Allí donde de un grave desafío
El trágico suceso lastimoso,
A los piés de un leonés, el cuerpo frio
Del frances arrojó mas orgulloso!
Tú, de esta fuente caudaloso rio,
De su real sucesion fruto precioso,
Por quien la fama ya promete á Castro
Láminas de oro y bultos de alabastro:

Miéntras que de Austria el sucesor divino,
Por honra á su diadema soberana,
A su diestra el asiento mas vecino,
Cual mereces, en dártele se ufana;
Y el nuevo mundo, de gozarte indino,
En voz te adora y en librea humana,
Y tu sangre, heredada de mil reyes,
Honor le envia, y moderadas leyes;

Muestra aquí tu valor; que si allanares
Del Parnaso á mi voz las agrias cuestas,
Las alas que en mis hombros levantares,
Te dejaré en tu heróico templo puestas.
Esténse Apolo y Baco en sus altares,
Este dando furor, y aquel respuestas;
Que tú, que en majestad al mundo sobras,
Con tus grandezas honrarás mis obras.

Donde en el mar Cantábrico se acaba
La rica Europa, y en su golfo helado
Las fértiles arenas ciñe y lava
Al inculto español nunca domado;
Un pequeño rincon solo quedaba,
Que al bárbaro furor habia sobrado,
Y en él el Casto Alfonso recogido,
De estrecho y breve termino ceñido.

Aquí se conservaba antiguamente,
Como en el duro pedernal guardada,
La santa luz de una centella ardiente,
Jamas del infernal hielo apagada:
Aquella ilustre y belicosa gente,
De la fortuna hija regalada,
Corona universal, cetro fecundo,
De honor á España, y de gobierno al mundo.

Y bien que entónces del furor de Marte
Viese arruinado su florido asiento,
Y del morisco bárbaro estandarte,
De sombras lleno y de pavor el viento;
El que mas tuvo en sus despojos parte,
Ménos seguro vió su vencimiento;
Que no trueca su tierra á gente extraña,
Ménos que á sangre, la invencible España.

No se vió en Cólcos el vellon divino,
Bañando el aire con vislumbres de oro,
Entre mas enemigos, cuando vino
La flor de Grecia á entrar en su tesoro;
Ni las manzanas del metal mas fino,
Que Atlante cria y beneficia el moro,
De mas Hércules fuéron asaltadas,
Ni con mas sed ni mas calor buscadas,

Que el agradable reino y fértil tierra
Que el Bétis riega, fué de gente extraña;
Que es hambre de oro la sangrienta guerra,
Hija cruel de la ambicion y saña:
Y los tesoros que en su seno encierra
Siempre inquietaron á la rica España,
Desangrando sus venas por mil modos,
Griegos, romanos, árabes y godos.

A todos dió la bárbara codicia
De sus metales loco atrevimiento
De violar con hidrópica avaricia
Los sacros bosques de su alegre asiento;
Hasta que al fin, de Arabia la malicia,
Con soberbia crueldad y horrible intento,
Más de sangre sedienta que de imperio,
Volvió el suyo en estrecho cautiverio.

Y aunque desde aquel dia lastimoso
Que sobre el desgraciado Guadalete,
Cayendo el nombre ilustre y cetro honroso,
Donde en el mar de Cádiz se entremete,
De azares hizo el hado su reposo,
Y que de su grandeza se interprete
El agorero rio, en quien hundido
Su invencible valor, quedó en olvido;

La paz y majestad que ántes gozaba,
Vuelta guerra y comun desasosiego,
Cuanto en sus anchos términos sonaba
Era de un feroz Marte el voraz fuego;
La altiva frente desdeñosa y brava,
De ardiente rabia llena y furor ciego,
Viendo sembrado en su español distrito
Del mauro pueblo el número infinito;

Y bien que á un triste asalto y ronco estruendo
Vió siempre su primer sosiego asido,
Despues que entre peñascos revolviendo
Sobre el honor y crédito perdido,
Salió del cuello altivo sacudiendo
El yugo infame á que le habia rendido,
Sin gozar tiempo, término ni tierra,
De asaltos libre, y de ambicion de guerra:

Mas en la que al presente está alterada,
A toda antigua competencia excede,
Sin que desde la cumbre mas nevada
Del Alpe helado al firme Atlante, quede
Pueblo, gente ó nacion tan olvidada,
Que en ella con su riesgo no se enrede;
Que este fué el ademan en que fortuna
Quiso de mil tragedias hacer una.

Ni cuando sobre aquella cueva altiva,
Alcázar real de la perdida España,
Del valiente Alcaman la furia esquiva
Cubrió de gente y tiendas la campaña;
Y á no le reservar persona viva,
Espigada de lanzas la montaña,
Un nuevo rey acometió escondido,
Que con mil hombres le dejó vencido:

Ni cuando á sus magnánimas conquistas
El católico Alfonso abrió la mano,
Y con mas lanzas que Trinacria aristas
Pasó á Galicia ejército asturiano;
Y en varios lances y en copiosas listas
Gran número añadió al pueblo cristiano
De victoriosos triunfos, cuya gloria
Eterna da á los siglos su memoria;

Ni otro alboroto, brega, ni ruïdo,
De los que en aquel tiempo peligroso
El grave reino vieron consumido,
De asaltos lleno, y falto de reposo:
Ni con mayor estruendo y alarido
Sonó el arnes de Marte belicoso,
Que hoy sobre la cerviz y altiva frente
De la francesa y española gente.

Las causas de tan nuevas disensiones
¿Qué furia las sacó sobre la tierra?
¿Cuál dios de tan parientes escuadrones
La ira trazó desta enconada guerra?
¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones,
O del furor que la ambicion encierra?
¿O las cosas violentas cuesta arriba
Su misma pesadumbre las derriba?

¿Por dónde abriré senda a los portentos
Que estos siglos sembraron por el mundo?
¿En cuáles casos, sobre cuáles cuentos
Mi estéril verso volveré fecundo?
Desta antigua preñez de pensamientos,
¿Cuál el primero haré, cuál el segundo?
¿Qué brazo, qué valor, qué brio, qué saña,
El discurso guiará desta hazaña?

Por los campos, sepulcros olvidados
Se han visto temerosamente abiertos,
Y los enjutos cuerpos descarnados,
De triste amarillez salir cubiertos:
Los ojos sin mover embelesados,
La voz sin fuerza, los cabellos yertos,
Pregonando desdichas no pensadas,
Con los vivos trocaron sus moradas.

El mar sus peces espantó bramando,
Y la tierra tembló de su bramido,
A quien mil monstruos fuéron afeando
De vista y talle nunca conocido:
Donde tal madre se asombró mirando
El hijo que ella misma habia parido,
Y muchos sin nacer, en no aprendidas
Palabras dieron voces escondidas.

Y donde el nuevo horror en sangre fria
Los alientos volvia mas briosos,
Donde con mas violencia prometia
Tristes tragedias á los lastimosos,
Era sobre los ánimos que via
De lo mejor del orbe victoriosos;
Que siempre los favores de fortuna
Crecen para menguar como la luna.

Reinaba en las regiones de Occidente
Carlo-Magno, un gran príncipe famoso,
Príncipe á quien las águilas de Oriente
Su estandarte volvieron mas pomposo:
Obedecido de invencible gente,
Y sobre mil ciudades poderoso,
A cuyo nombre ilustre y lirios de oro
Reverenció el cristiano, y tembló el moro.

Los altos muros de trofeos cargados,
Fama á sus victoriosos escuadrones,
Los altares y templos coronados
De conquistadas armas y pendones,
Despojos de enemigos destrozados
De indómitas y bárbaras naciones,
Que las mas peregrinas y extranjeras
Llenas vieron de espanto sus banderas.

¿Quién á los altibajos de la vida
Punto dará y compas tan acertado,
Que cortando del tiempo á su medida
El círculo feliz saque cuadrado?
Ninguno hasta el fin de la partida
Se sueñe á sus contentos ajustado;
Que en suerte humana todo es movimiento:
Ni mal que dure, ni placer de asiento.

Triunfante el victorioso Carlo-Mano
Con los favores de la instable rueda,
Persuadido vivia que en su mano
El punto estaba de tenerla queda:
Frágiles trazas del juicio humano,
Que quien mas fia en él, sin él se queda;
Que cierto es en la noche mas serena
El descrecer la luna en siendo llena.

Despues de haber el mundo amenazado
La fama con la voz de sus victorias;
Despues de dar su nombre celebrado,
Con letras de oro escrito en mil memorias;
Despues de haberle á su sabor colmado
Fortuna el vano plato de sus glorias,
Y que cebado en ellas su contento,
Ménos temia del contrario viento;

Para reseña y fin de sus mudanzas,
Y freno de ambiciosos corazones,
En su fama y pomposas esperanzas
Hoy la flaqueza muestra de sus dones;
Y pues á las mas firmes confianzas
Las desvanecen flacas ocasiones,
Del bien ó el mal que el tiempo nos envia,
Será mas cierto el juez el postrer dia.

Tenian sus belicosos paladines
Lleno el mundo y la fama de proezas,
Que en lisonjera lengua á varios fines
Nuevas ensanchas daba á sus grandezas,
Sonando en lo mejor de sus clarines
De Orlando las victorias y bravezas,
Los muertos reyes, los gigantes fieros
De su invencible brazo prisioneros.

Del bravo Almonte y nuevo rey troyano,
Y el altivo Agricon la sangre ardiente
Que halló su espada y derramó su mano
Sobre las yerbas, aun se está caliente;
Y de Cimosco el instrumento vano,
Ya sin rayos ni luz resplandeciente,
Por orla al vencimiento y triste caso
Del soberbio Agramante y rey Gradaso.

Mas como no hay valor, siendo extremado,
Sin carcoma de pechos envidiosos,
El mundo deste antiguo error llevado,
Lleno estaba de quejas y quejosos,
De tan largas venturas enfadado;
Que no hay sin agraviados victoriosos,
Ni hombre tan ajustado y tan querido,
Que de alguno no sea aborrecido.

Las Hadas, que á las cosas varïables
De nuestro inferior mundo dan gobierno,
Y en cavernas y grutas espantables,
Vecinas viven del silencio eterno,
Y del antojo humano los mudables
Gustos al suyo revalidan tierno,
Y en sus varios asientos desiguales,
Los bienes acrecientan y los males:

Estas, de los franceses paladines
En general estaban agraviadas,
Destruidos sus palacios y jardines,
Y su halago y caricias despreciadas:
Alcina sus tritones y delfines,
Focas, ballena y redes delicadas,
Deshechas ya, y en libertad Rugero
Del torpe lazo en que se vió primero;

Despreciada Morgana y su riqueza;
Febosilla, su fama destruida;
Falerina, su astucia y sutileza;
Olofana, sus galas y comida;
Filteorana, su amor y su belleza;
Y la soberbia máquina caida
De Limaturia, Bruna y Aquilina,
Y el juvenil ardor de Dragontina.

Ninguna en el fatal colegio habia
Sin queja de franceses, ninguna al cielo
Sin lágrimas miró desde aquel dia
Que la furia de Francia pisó el suelo,
Sino fué Logistilla, que seguia
Desta parcialidad el mejor celo,
Y sobre todas la afeitada Alcina
Es la que á su venganza mas se inclina.

Esta en un lago oscuro, de horror lleno,
Su jardin y su casa destruida,
Consumiéndose estaba en el veneno
De la afrentosa injuria recibida:
Bien que su fértil isla y bosque ameno
Cobrar pudieran la beldad perdida,
Y ella su alcázar con mayor tesoro
De cristal reformar, y lazos de oro.

Mas, ardiendo en deseos de venganza,
A solo este deleite y gusto aspira;
Que es mujer agraviada con mudanza,
Metida en un celoso infierno de ira:
Conoce que le ofende la tardanza,
Y que si la ocasion se le retira,
Su agravio pasará; que el tiempo leve
Las penas traga, y los agravios bebe.

Y como con la cólera quemada
Se alumbra y sutiliza el pensamiento,
De uno en otro discurso dió la Hada
En la traza mejor para su intento.
De aquella rica y peligrosa espada
Que Falerina obró en su encantamento,
En conjunciones de menguante luna,
Y temples de mudanzas de fortuna,

Se acuerda, y revolviendo sobre el caso
Los libros de su ciencia peregrina,
Sin dejar del oriente al turbio ocaso
Planeta, signo, aspecto y luz divina
Que no consulte, siga y mida el paso,
Llegó á saber que el hado determina
Adquiera aquella espada vigor nuevo
En la templada sangre de un mancebo.

Faltóle un punto cuando fué forjada
En las observaciones de su estrella,
Y esta falta, con sangre reparada,
Sus vivos filos volverán sin mella,
Invencible, y su artífice vengada
La dejará, y á Alcina sin querella,
Si la bañare en una oculta guerra
La mas heróica sangre de la tierra.

De un mago aspecto el abreviado punto
A decirle llegó que el mar Tirreno
Ya sobre sus cristales tiene, junto
A un galeon de amor y de armas lleno,
Un jóven español, que puesto á punto
Se via entrar por su entoldado seno,
A que la autoridad de un rey severo
Blason y armas le dé de caballero.

Es de suyo el contento bullicioso,
Y Alcina, que le ha puesto en la venganza,
Al orgullo de su ánimo brioso
Cada hora le es un siglo de tardanza.
Una carroza de cristal lustroso,
Que una piedra preciosa á otra se alcanza,
De oro las ruedas, de marfil los tiros,
Los clavos de diamantes y zafiros,

Para ir a los jardines de Morgana
Hace aprestar, y en forma contrahecha
De varia plumería y pompa ufana,
Al yugo dos soberbios grifos echa,
Que en invencible vuelo por la vana
Region del aire, una alba hermosa hecha,
La llevan, y ella derramando amores,
Llueven hechos aljófar por las flores.

En silla de oro y rica pedrería,
En el triunfante carro recostada,
Con mayor luz que la que saca el dia
La mañana de mayo mas pintada,
De perlas, de rubís y argentería
Por el cabello vuela una lazada,
Que haciendo el rostro un sol, sirve de llama
Que en bellos arreboles se derrama.

De blanca tela de oro con plumajes,
De diamantes y aljófares menudos
Vestida, y por las puntas y follajes
Erres de perlas y cuajados nudos;
Entre doradas nubes y celajes,
Volando pasa por los aires mudos
Al lago blanco que Morgana habita
Entre el frio Geta y el helado Escita.

Tomó la Hada toda esta belleza
Del primer arrebol de la mañana;
Que del mago pincel la sutileza
Lo sano enferma, y lo doliente sana;
Lo feo agracia, al muerto da viveza,
La encogida vejez vuelve lozana,
Y al fin hacen y fingen sus unturas
Alegres teces, nuevas hermosuras.

Hoy la suya amasó de un rojo cielo
El vengativo gusto de la Hada,
Y á la enemiga Francia torció el vuelo,
Por ver cuál nuevo ardor la da ocupada:
Miró, y gozando triunfos sin recelo,
La vió de pompa y fiestas coronada,
Tan llena de victorias, que en su adorno
Un despojado mundo goza en torno.

Si bien de la jornada y pretensiones
En que Saturno agüera su caida,
Nuevo rumor halló y alteraciones,
En armas toda y en furor metida;
Contrapuestos sus llenos escuadrones
A una tasada gente, así rendida
Al violento rigor del duro hado,
Que apénas tierra en que morir le ha dado.

Contempla la soberbia y aparato
Del belicoso ejército, y las fiestas
Que á vueltas de la guerra y su rebato
En públicos carteles vuelan puestas;
Y en esto divertida un breve rato,
Pasa el Reno, sus aguas y florestas,
Y Holanda, un tiempo dura é inclemente,
Mira ya de agradable y culta gente.

Deja el fuerte Cales á la siniestra,
Y los peñascos ánglicos nevados,
La Quersoneso cimbrica á la diestra,
Y con el mar que le escarba los costados;
Y Zelandia amenísima le muestra
En los golfos de Esquenia sus pescados,
Donde, volando el carro cristalino,
A la Noruega tuerce su camino.

En el Gótico mar mira al oriente
De Colmar los alcázares famosos,
Ahora patria, y otro tiempo fuente
Y origen, de los godos belicosos;
Y siguiendo la costa del poniente,
De la Suecia goza los preciosos
Metales, que revientan por los riscos,
Y las fieras que amparan sus lentiscos.

Pasa á Fimarquia, y sobre el cristalino
Y endurecido mar que la costea,
Conoce en el peñasco Subentino
El peligroso golfo que la ondea;
Y dando á las espaldas el contino
Fuego que en la encubierta Tileumea
A las alturas de Biarmia sube,
Allí se baja de su hueca nube.

Estampa de las ruedas las molduras
En la vega de Elsingue placentera,
Gozando de las nuevas hermosuras
Que en sus flores sembró la primavera;
Y por entre arboledas y frescuras
Del lago blanco llega á la ribera,
En cuyas playas el mayor espacio
Ocupa de Morgana el gran palacio.

Fuéron en este lago antiguamente
De Galatea los baños celebrados,
De cuyo pecho y cuerpo trasparente
La tibia leche y el cristal mezclados
Le dan nombre y color, y la corriente
De Varciga á la mar nuevos pescados,
Que de sus revoltosos y anchos senos
Por secretos caminos le hace ménos.

Humillando jazmines y azucenas,
Rosas y lirios que el placer retoza,
De blanco aljófar y de olores llenas
Las ruedas van de la imperial carroza;
Y la playa, el cristal y ondas serenas
La Hada mira, y con la vista goza
De un florido tapiz y alfombra rica
De cuanto abril y mayo multiplica.

Del inmortal laurel en la guirnalda
Que en torno ciñe el lago, considera
Bruñida plata y cercos de esmeralda,
Que un resplandor en otro reverbera;
Y en las floridas rosas de su falda,
De pedrería una estrellada esfera
De no menor beldad que la que en vuelo
Trastorna por sus bóvedas el cielo.

Dentro del fértil lago, hácia la parte
Que le apunta la luz de la mañana,
Ó por natural curso ó fuerza de arte,
Está una fresca isleta y tierra llana;
De cien torres ceñido un baluarte,
Donde resurte, vuelto espuma cana,
El cristal tierno, que en hermosos léjos
Sirve á sus playas y árboles de espejos.

Aquí, sobre cimientos de alabastro
Y mármoles preciosos, se levanta,
Hecha de un cerco en conjuncion de un astro,
De un real palacio la soberbia planta,
Sin que de cimbrias ni canteras rastro
Quedase al mundo de grandeza tanta;
Que Morgana lo hizo en sola un hora,
Al romper blando de la tierna aurora.

En doce altivas torres dividido,
Donde el diestro primor de un nuevo Apéles
Mil lazos relevó de oro bruñido
Al vuelo de sus altos chapiteles;
El jaspeado muro compartido
En dorados balcones y rejeles,
Y el claro ventanaje en mil maneras
De alegre luz y claras vidrieras.

Las altísimas bóvedas cargadas
Del peso real de un bárbaro tesoro,
De bruñido alabastro las portadas,
Los firmes quicios de metal sonoro,
Sobre que se revuelven ajustadas
Las puertas de marfil y clavos de oro;
Que es esta hada la que al mundo vano
Las riquezas reparte de su mano.

Crece un fresco jardin sobre la playa,
A sus resacas y frescor dispuesto,
Del quebrado cristal florida raya,
Y del deleite humano alegre puesto;
Donde Pomona de su verde saya
El regalo mayor dejó traspuesto,
Sembrando por sus yerbas y sus flores
La humana industria todos sus primores.

De un lustroso cristal muro almenado
La corva playa ciñe del poniente,
De dorados balcones rodeado,
Al precioso jardin pomposa frente;
Donde del rico mayo el matizado
Artificio, en la cerca trasparente,
De rayos de oro forma, y de vislumbres,
Hermosos visos y encendidas lumbres.

Que al jugar por los árboles el viento,
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,
Del claro golfo en el mudable asiento,
Del real jardin la altísima guirnalda;
A la vista hace del que mira atento,
De verde, azul, de rosicler y gualda,
Bellos reflejos, claros resplandores,
De un mezclado color de mil colores.

Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,
Del claro alinde por el terso poro,
Alegres fingen de lustrosas gomas
Jardines de esmeralda y bosques de oro;
Y en bellos tumbos de preñadas lomas,
La matizada cera abre tesoro
A unos alegres avisos, que en reflejos
La vista engañan con fingidos léjos.

Y así la Hada, por la selva amena
Miéntras volando pasa su carroza,
De aljófar y oro la campaña llena,
Sus flores mira y sus olores goza:
Ve el palacio, el jardin y la serena
Playa, donde el verano se remoza,
Que en aquel punto al despuntar el dia
Luces sembraba y rosas producia.

Ya de las torres un clarin bastardo
La salva hacia á la amorosa Alcina,
Que en vista alegre y ánimo gallardo
Doblando iba la playa cristalina,
Cuando en hábito humilde y paso tardo,
Entre dos mirtos y una parda encina,
Un bulto vió... Mas yo, que un mundo entero
Confuso miro, darlo en órden quiero.

La pluma vuelvo á la intricada masa
De historias que en aliento y son divino,
Como de un nuevo abril flores sin tasa,
Por este asunto brotan peregrino:
Despues diré de la encantada casa
La traza, el modo y fin deste camino;
Que de la historia aquí la grave suma,
Tras su vuelo arrebata el de mi pluma.

Y el triste y ronco son de las cadenas
De un conde por envidia aprisionado,
Aunque al Rey sordas, porque son ajenas,
Ya mi música y voz han destemplado:
Y sus canas, de honor y llanto llenas,
Piden que deje el cuento comenzado,
Por ver de sus delitos el proceso;
Que es obra santa consolar un preso.

Tuvo el rey Casto una gallarda hermana,
Y hubo en Saldaña un conde valeroso,
Ella Vénus en gala cortesana,
El en braveza un Marte belicoso,
Y ambos de la nobleza castellana
La fuente de caudal mas abundoso,
En quien mostraron su poder á una
Los tiempos, el amor y la fortuna.

El tiempo les dió en gracia y gentileza
Colmada á sus deseos la medida,
Y del pródigo amor la ancha largueza
Todo el vivo placer con que convida:
Solo de la fortuna la tibieza
Su gloria dejó en llanto convertida,
Con que sus gustos, vueltos en dolores,
Tuvieron mas de amargo que de amores.

Duró el tiempo feliz de los amantes
Lo que el sagaz recato en su cuidado;
Que en el amor los gustos importantes
Son hurtos de contento reservado:
Al fin, con ocasiones semejantes,
Del cielo llegó el tiempo señalado
Que á Bernardo, con próspero ascendiente,
La vida habia de dar y luz presente.

Y luego que en los signos mas dichosos
Que en sus esferas vió el cielo sereno,
Y á gozar de los siglos venturosos
Salió encogido del materno seno,
Incitado de pechos envidiosos
El Rey, quitando á la templanza el freno,
De su hermana y el conde de Saldaña,
A pesar se vengó de toda España.

Y en justa pena al descortés delito
De haberse tras su antojo desposado,
Y en la ciega pasion del apetito
Su real palacio y opinion manchado,
Con dura ley y riguroso edito
Oculto el niño, el Conde aprisionado,
A su hermana hizo monja, con que pudo
Torcer del firme matrimonio el nudo.

Sobre tres quintos lustros daba el cuarto
De su curso infeliz la mayor parte,
Que de gustos, ayuno y penas harto,
La honra y la fama de Saldaña y Marte,
En el mas solo y encubierto cuarto
En que un torreado alcázar se reparte,
Vivia en su cadena y prision fuerte,
Si es la vida en prision vida y no muerte.

Guardaba el mundo tan oculto al Conde,
Que ya los vivos le tenian por muerto,
Y si está preso, nadie sabe dónde;
Que el Rey por mas seguro lo ha encubierto;
Y siempre á un desdichado corresponde
Olvido general, favor incierto;
Que la fortuna, al trastornar su esfera,
Ninguna gloria antigua deja entera.

De un ofendido rey el rigor grave
Ponerle pudo en cárcel tan estrecha,
Que ni del dia ni la noche sabe,
Ni cuál favor le daña ó le aprovecha:
Del trato mas hidalgo y mas suave
Con mas recelo vive y mas sospecha;
Que es grave riesgo y de áspero castigo
Un ofendido rey por enemigo.

Así en larga cadena aherrojado,
El preso Conde sin vivir vivía,
Cuando un hombre de nuevo aprisionado
Su tristeza aumentó y su compañía:
De aspecto afable, rostro autorizado,
De discrecion un centro y cortesía;
Que son las partes que con fiesta doble
El lustre muestran de la sangre noble.

Ceñido en torno de un doblado muro,
En la Mota de Luna un cuarto habia,
Que un ciego caracol por mas seguro
A sus lóbregos senos descendia:
Secreta estancia, calabozo oscuro,
Donde jamas llegó la luz del dia,
Y tal, que al delincuente mas amigo
De cárcel le servia y de castigo.

A esta bajó Teudonio por mas fuerte;
Que así el honrado preso se llamaba;
Y al afligido Conde allí la muerte,
Por sobrarle la vida, le faltaba:
Llegó el huésped, y tuvo á feliz suerte,
Aunque en la ciega sepultura entraba,
Ver otro muerto allí; que todavía
Consuela en la afliccion la compañía.

Diéronse en cortés trueco afablemente
El pésame y la bienvenida á una,
Doliéndose cada uno del presente
Daño que al otro ha hecho la fortuna:
El Conde, como aquel que ha estado ausente
Del cielo, el claro sol y errante luna,
Tantos años cerrado en el profundo,
Podíase ya contar por de otro mundo.

Y deseando saber qué nuevo estado
Las cosas alcanzaban de la tierra,
Quién gobernaba el reino, á cuál cuidado
La dulce paz está, y á cuál la guerra;
Dejando su valor disimulado;
Que quien luego lo dice todo, yerra;
Así con un fingido regocijo,
Afable, vuelto a don Teudonio, dijo:

«Señor, aunque en mis culpas he aprendido
Que jamas el castigo faltó en ellas,
Sé tambien que no siempre un afligido
Padece y sufre agravios por tenellas;
Que el tiempo, muchas veces compelido
Del contrario rigor de las estrellas,
Trocarse vemos, y enviar al suelo,
En vez de alegre sol, borrasca y hielo.

»Y ahora vuestra presencia resplandece
Aun entre estas tinieblas, de tal modo,
Que en su compuesta gravedad parece
Retrato singular del valor godo.
Yo, señor, soy un hombre en quien fenece
De mi principio y fin el nombre todo:
No tengo mas valor ni mas estado
Que ser dichoso ayer, y hoy desdichado.

»No os quiero ya informar de mi derecho;
Que en la cárcel no hay preso con delito;
Todos estan sin culpa, y sin provecho
Es dorar á la culpa el sobrescrito:
Solo os ruego, señor, si á un noble pecho
Amor con sola ceremonia y rito
Puede obligar, conozca ahora el vuestro
Que le deseo servir en mas que muestro.

»Y en recambio me déis, de vuestras cosas
La parte que sin riesgo os pareciere,
Seguro que en las tristes ó dichosas
Mi gusto os seguirá como pudiere:
Mas si estas son demandas peligrosas
Que ni el lugar ni el tiempo las requiere,
Contadme en trueco, porque así se ahorren,
En el mundo ¿qué mundo y tiempos corren?

»¿Qué cetro le gobierna y rige ahora?
Qué guerras hay de nuevo? Qué dictados?
¿Si es ciega todavía la señora
Que da y reparte reinos emprestados?
¿Quién se señala en armas? Quién adora
La fama? Quién celebra sus cuidados?
¿Qué ritos, qué premáticas, qué leyes,
O qué lisonjas privan con los reyes?»

Así el Conde; y Teudonio, así admirado
De la prudencia y gravedad del preso,
En tanto que habló estuvo colgado
De su dulce discurso y raro seso;
De aquel discreto preguntar pagado,
De las preguntas y su grave peso,
La entereza del ánimo, y el modo
Tan de pecho real y heróico en todo.

Y en sus penas suspenso y divertido,
Sin conocer al olvidado Conde,
Teudonio, más de honrado y comedido
Que gustoso de hablar, así responde:
«Si los agravios con que me ha traido
Fortuna aquí, lugar me dan por donde
Aliviar tu cadena y mis prisiones,
Gran campo han descubierto tus razones.

»La tierra está sembrada de portentos,
De grandezas hasta ahora nunca vistas,
Famosos hombres, de altos pensamientos,
Armas, guerras, furor, pleitos, conquistas:
Fieros jayanes, bárbaros intentos,
Altivos reyes, que en copiosas listas
El mundo sacan al soberbio alarde
De un desman nuevo en que hoy se enciende y arde.

»En gran riesgo está España de perderse,
Preñada de costosos enemigos,
Lijero el Rey, y fácil de creerse,
Y sin lealtad y fe los mas amigos:
Harto desto en mis causas puede verse,
Y servir mis agravios de testigos,
Pues mis nuevas cadenas y prisiones
Son de eterna lealtad los galardones.

»Es Teudonio mi nombre, y mi famoso
Linaje en todo el orbe conocido,
Del feliz Recaredo en rio copioso
Por sucesion legítima traido
Hasta don Pedro, duque valeroso
De la Cantabria, padre esclarecido
Del católico Alfonso y del valiente
Fruela, de corazon y de alma ardiente.

»Fué sucesor de Alfonso otro Fruela,
Y el generoso infante Vimarano,
Por quien del Rey su hermano la cautela
Cruel le hizo y fratricida hermano:
Deste un hijo quedó en su infiel tutela,
A quien en recompensa dió el tirano,
Del muerto padre y de su injusta saña,
En título el condado de Saldaña.

»Del Fruela Primero, hijos famosos
Aurelio fué, Teudonio y don Bermudo,
Soldado el uno, y reyes poderosos
Los dos; que es cuanto el tiempo darles pudo:
Teudonio otros dos hijos belicosos
Dió al mundo, y de los dos el mas membrudo,
Por animoso, intrépido y osado,
El conde don Osorio fué llamado.

»Deste nació mi padre, y por el suyo,
Como he dicho, me llaman don Teudonio,
Y esta es la sangre que amo y la que huyo,
Y este de mi linaje el testimonio:
Ni la fortuna me faltó, sin cuyo
Favor en el estado y patrimonio
Ser la nobleza suele grave carga,
En honras corta, y en congojas larga.

»Estado tuve y tengo suficiente,
Por mí y por mis mayores levantado;
De reyes, como el Rey, soy descendiente,
Y tan leal con él como agraviado:
Un tiempo me trató por su pariente,
Con favor y caricias de privado;
Mas siempre las privanzas de los reyes,
Como viven sin ley, mueren sin leyes.

»Cuando de Nugariz la furia esquiva
Con ochenta mil moros de pelea
Entró en Astúrias, y á su voz altiva
Tembló cuanto en sus términos rodea;
Yo, que de mis primeros años iba
Dando al mundo el ensaye y la tarea,
Por el gusto del Rey toda la tierra
General me aclamó de aquella guerra.

»Nuestro pequeño campo en el de Lutos
Al morisco dejó desbaratado,
Que las infames parias y tributos
Pedia soberbio y de ánimo arriscado;
Y pasando con libres piés enjutos
Sobre el roto escuadron empantanado,
De Miño crucé y Duero ambas riberas,
Y asombré á Portugal con mis banderas.

»Largo es contarte desta gran jornada
Los sucesos y lances por menudo:
Públicos fuéron, y ella tan nombrada,
Que al mundo hacer temblar su fama pudo:
No quedó filo de enemiga espada,
Ni resistencia de contrario escudo
De Oviedo hasta Lisboa, que no fuese
De la opinion y ley que yo le diese.

»Y aunque para las fuerzas de la guerra
En campo la persona real venía,
El baston general de mar y tierra
A cuenta anduvo siempre de la mia:
Tomé á Lisboa, y cuanto dentro encierra
Di franco á mi española infantería,
Con que la volví rica y vi triunfante;
Mas por faltarle yo no fué adelante.

»En este tiempo en la hermosa Berta,
De Carlo, rey frances, querida hermana,
Santo himeneo el montañes concierta,
En solemne aparato y pompa ufana;
Y en la rica ciudad, ahora desierta,
Que á Ulises ya fué un tiempo cortesana,
Del grave asiento á las futuras bodas
Las condiciones se firmaron todas.

»Despachóse á mi cargo la embajada
Por gusto real, ó pretension ajena
De quien por dicha el ver la mia colmada,
Era para la suya estorbo y pena:
O fuese que ocasion tan señalada
Con solo mi valor quedaba llena,
Yo al fin con el asiento y real presente
Partí, dejando al Rey por mi teniente.

»De parte del ejército asturiano,
De sargento mayor hacia el oficio
Basilio de Manuces, un villano
Catalan falso, hecho de artificio,
A quien pudo el dinero dar la mano
Y subirle, del reino en perjüicio,
A la plaza que ocupa y no merece;
Mas donde él manda, todo le obedece.

»Era bisnieto del traidor Manuces
Que con Tarif capituló concierto
De dar á sus escuadras andaluces
Rendida la ciudad y su rey muerto:
Este, pues, que por caños y arcaduces
Tan limpios vino al mundo y salió enjerto,
Hijo de una africana esclava lora,
Con mezcla catalana y sangre mora;

»Luego que el campo y gente victoriosa
Sin mí quedó en dos bandos dividida,
Y su hambrienta codicia y la ambiciosa
Sed de mandar no se halló oprimida,
Con maña astuta y traza cavilosa,
La mas granada gente reducida
A su opinion en riesgo no pequeño,
De la guerra y la paz se alzó por dueño.

»Fuése en secreta astucia apoderando
De las fuerzas del Reino, y porque habia
Leales cabezas del contrario bando,
Cuya ambicion las suyas reprimia,
Por dar mas nervio al usurpado bando,
Y entrada á su insolente tiranía,
Dos parientes del conde de Saldaña
Nuevos cómplices hizo en su maraña.

»Estaba el Conde preso injustamente,
Y aun lo está todavía si no es muerto,
Sin que criado, amigo ni pariente
De su prision alcance el lugar cierto:
La culpa á tanta pena insuficiente,
El rigor grande, el perdonarle incierto,
Agraviada de España la nobleza,
Y el obstinado Rey en su dureza.

»Esto en su arbitrio fué ocasion bastante,
Y el fingirse falaz protector della,
De hacer malquisto al Rey, y su arrogante
Animo con mas fuerte y firme estrella:
Creció en hinchado aplauso en lo restante;
Y al fin, por esta senda sin perdella,
Un sin principio pudo, mal nacido,
Privar del reino al Rey inadvertido.

»Libróse en nueva astucia y presta huida
De las traidoras armas del tirano
Que para asegurar la infame vida,
Contra su rey tomaba ya en la mano:
El nuevo asombro de la real caida
A la corte llegó de Carlo-Mano
Conmigo, en que se vió ser mi persona
La leal cabeza de su real corona.

»La triste nueva el mundo alborotado
Dejó, y de mi embajada el grave asiento
Sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,
Frustrado vino y sin sazon su intento:
Hallóse el Reino y Rey necesitado,
El imperio temiendo un fin violento,
De alarbes lleno y bárbaros jayanes,
Y ausentes sus invictos capitanes.

»Bien que en medio el aprieto en que Agramante
A Francia tuvo en la ocasion presente,
Su ínclito emperador campo bastante
Al Rey envió de su francesa gente;
Y por ausencia del señor de Anglante,
A quien vió á la sazon el rubio Oriente
De amores preso de su reina bella,
A Gaiferos nombró general della.

»Con valiente escuadron de pechos briosos,
De Carlo-Magno el generoso yerno,
De Paris los alcázares famosos
Soberbio deja y vuelve á mirar tierno,
Llevando de su esposa los hermosos
Ojos por norte y luz de su gobierno;
Que el niño amor por las recientes bodas
Quiso á una gloria aventurarlas todas.

»No se atrevió á quedar la bella Infanta
En las mudables manos de la ausencia;
Que es amor con la soga á la garganta,
Y hacer sin fruto y premio penitencia:
Es niño amor, cualquier cosa le espanta,
Y en gustos dilatados no hay paciencia:
Tierno Gaiferos, Melisendra bella,
La guerra larga, no quiso ir sin ella.

»Dejó del rio Siene los cristales,
Y la costa Aquitania al diestro lado,
De Orliens los muros, y altos pantanales
De Bourges, y el rio Eure medio helado;
Y tocando en Limoges, sus breñales
Pasa, y llega á Garona, en que, alojado
Sobre una fértil vega, hizo alarde
De su aparato bélico una tarde.

»De doce veces mil fué la reseña,
Gente en cursadas guerras escogida,
Bien que á la que fortuna es zahareña,
No importa mas despierta que dormida.
Una mañana, cuando el alba enseña
De aljófar su guirnalda guarnecida,
De aquel aljófar que al romper la aurora
Su luz primera, el cielo en flores dora;

»El rey de Argel, el fiero Rodamonte,
Con una escuadra de enemiga gente
Saliendo de una selva, entrando á un monte,
Dió sobre el nuevo campo de repente;
Y apénas con la luz del horizonte
La desvelada centinela siente
La mora tropa, cuando al arma grita,
Y ella al son de un clarin se precipita.

»Hallónos descuidados el asalto,
Y el sagaz enemigo en ordenanza;
La grita, el algazara y sobresalto
Fué la primera y la mayor matanza:
Quién corre á las trincheas, quién de un salto
Caballo cobra sin espada y lanza,
Va sin saber adónde, y, de esa suerte,
Por guarecer la vida, da en la muerte.

»Uno busca las armas, que dormido
Ya le solian servir de cabecera;
Otro por yelmo de su arnes lucido
Del caballo se encaja la testera;
Quién arrogante, quién despavorido,
Quién con alma cobarde, quién con fiera,
Quién con espada, quién con solo escudo,
Y quién, de rabia armado, va desnudo.

»El astuto enemigo, que el desórden
Vió del dormido campo, el suyo aguija,
Y ántes que de oro los penachos borden
Los rayos del que al mundo regocija,
Nuestro alboroto atropellando en órden,
Codiciosos del saco y la partija,
Con trápala, alarido y alboroto
Quedó al primer asalto el frances roto.

»Rodamonte de Sarza, que en la tierra
De la muerte fué el dardo mas agudo,
Y al cielo de la paz no movió guerra,
Solo porque subir allá no pudo,
Una luciente cimitarra aferra,
Y échando á las espaldas el escudo,
Entró por el ejército normando,
Aquí y allí rompiendo y destrozando.

»El rostro al uno, al otro la cabeza,
A otro llevó los piés, á otro los brazos,
Hecho dos dejó á otro de una pieza,
Y á otro de tres golpes seis pedazos:
Hiende, mata, rebana, descabeza,
Y sin defensa, estorbos y embarazos,
De aquí, de allí, de aquesta ó de otra suerte,
No alcanza golpe que no sepa á muerte.

»Parecia en el herir vivo trasunto
De Briareo en su batalla brava,
Cuando á un tiempo con todo el cielo junto,
Con cien brazos y espadas peleaba,
Desbaratando y rebatiendo á un punto
Su alfanje á Marte, á Hércules su clava,
A Pálas su gorgon, su flecha á Apolo,
Y el rayo ardiente al rey del alto polo.

»Gaiferos, que á la bella Melisenda
Abrazado, en sosiego y paz dormia,
Al alboroto despertó y contienda
De la desbaratada infantería:
Salta del lecho y sale de su tienda
Con sola espada, al tiempo que venía
El africano bárbaro arrogante
Con mil vencidos pechos por delante.

»—Deten, canalla vil desordenada,—
Dice el frances, y de un escudo afierra,
Y con él, con su cólera y su espada,
Con Rodamonte y su soberbia cierra:
Y apuntando á la gola una estocada,
Aunque por su desgracia el golpe yerra,
Tal fué su furia y su llegar tan presto,
Que le llevó seis pasos descompuesto.

»Valióle al yerno del frances caudillo
Coger al rey de Argel de sobresalto;
Que á tener mas lugar de prevenillo,
Su muerte fuera el descompuesto asalto:
Yo solo, que lo vi, puedo decillo,
Que fuí á ayudarle en verle de armas falto,
Al tiempo que, el jayan de rabia loco,
Le era para vengarse el mundo poco.

»Lanzando humo y fuego la visera,
Y los dientes quebrando de coraje,
Sobre el frances la cimitarra fiera
Hace á dos manos que furiosa baje:
Fué su reparo el ir á la lijera,
Y un salto, que por medio no le raje;
Que á esperarle fiado en el acero,
Dos Gaiferos hiciera del primero.

»Al desviarse dél bajó la espada,
Y á un duro risco en inmortal empeño
La mitad della se quedó clavada,
Y bramando de cólera su dueño,
Por junto al firme puño destroncada;
Y viendo el golpe en vano, aquel pequeño
Trozo que de su alfanje halló consigo,
Furioso envió á buscar á su enemigo.

»El bravo Alcin y el bello Atenedoro,
Ambos competidores y galanes,
Que por la dama que gozó Medoro
Otro tiempo pasaron mil afanes;
A la sazon que el descompuesto moro
De la espada arrojó los gavilanes,
En favor iban del frances Gaiferos,
Matando el uno, el otro haciendo fieros.

»Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,
A Atenedoro dió, que era el postrero;
Que no está todo el riesgo en ir delante,
Ni el peligro mayor en ser primero:
La celada le abrió, que á ser diamante
Lo mismo fuera entónces que de acero,
Poniéndole los sesos por el suelo,
Y á Alcin eternas treguas en su celo.

»Gaiferos, que vió el golpe y la herida,
Y que le libró de ambos su destreza,
No huye el riesgo; que salvar la vida
Padeciendo la honra no es grandeza:
Y aunque está la ventaja conocida,
Y armado de los piés á la cabeza
El moro, y él sin armas todavía,
En mas que el hierro está la valentía.

»Por la cimera le alcanzó un mandoble,
Que de plumas dejó sembrado el suelo,
Y forzó al fiero rey que humille y doble
El cuello altivo á su orgulloso celo:
Que honra herida en sentimiento noble,
No hay cosa que acometa con recelo:
Tras él le da una punta y otra punta,
Por quien tal vez la roja sangre apunta.

»El moro, que se halla sin espada
Y de un hombre sin armas ofendido,
En rabia ardiendo con la vista airada,
Parece, al cielo vuelto, áspid herido;
Y de la peña que dejó cortada,
Un duro risco en alto suspendido
Contra el frances arroja, y arrojara
El monte Tauro que á sus piés hallara.

»Bien así el ciego Polifemo bruto,
En descompuesta cólera encendido,
Sintiendo irse por agua el griego astuto,
En su humilde vellon entretejido,
De la puerta del sótano con luto
El gran peñasco asió, y tiró al rüido
Del libre preso ya, y el peso grave
Hiciera en medio el mar hundir la nave.

»No fué de riesgo el espantoso tiro,
Aunque se llevó á Fabio por delante;
Fabio infeliz, que natural de Epiro,
En Francia subió á noble, de farsante;
Y dando el alma el último suspiro,
Confesó que la culpa de arrogante
Mudar le hizo de oficio y pasatiempo,
Y en la guerra morir ántes de tiempo.

»Mas no dejó su muerte sin venganza
El frances capitan, que al homicida
A dos manos por medio el cuerpo alcanza
De un reves diestro una mortal herida,
Dada en tal ocasion, con tal pujanza,
Que á no estar la escarcela guarnecida
Con redobladas láminas de acero,
Mucho ántes le matara que Rugero.

»Fué encenderle la cólera al gigante,
Que saliendo de sí de rabias lleno,
Un duro roble asió que vió delante,
Cual seca caña de liviano heno;
Y dél ya hecho un bárbaro montante,
Lleva á dos manos sin templanza y freno
A descompuestos golpes el medroso
Campo huyendo de su herir furioso.

»Las calientes entrañas escondidas
Ya por el valle aquel deja sembradas;
Los destrozos, crueldades y heridas
Sin cuento fuéron para ser contadas:
Diferencias de muertes nunca oidas,
Antes puestas por obra que inventadas:
Aquí destroza y hunde, acullá mata,
Y un campo entero asombra y desbarata.

»Así tal vez del Alpe se desgaja
Peñasco altivo en ímpetu furioso,
Que á buscar en el centro humilde baja,
A pesar de los árboles, reposo;
Y si la encina, el fresno ó roble ataja
A su caida el vuelo presuroso,
Hasta arrojarse en el profundo valle,
Por cuanto encuentra rompe y hace calle.

»Tal el jayan en su tropel violento
El roto campo con furor derrama:
No causa mas horror el raudo viento
Cuando en las olas del Egeo brama,
Y á escapar solo el marinero atento,
A Santelmo en devotos gritos llama,
Que del moro el destrozo, y el gemido
Del campo humilde á su furor rendido.

»Y miéntras el soberbio rey de Sarza
Tales blasones labra á costa nuestra,
Bravo en ver que el frances huya y se esparza,
Medroso de los golpes de su diestra;
El valiente Alancredo de Galarza
Del montañes valor su parte muestra,
Defendiendo la bella Melisenda
De mil moros que acuden á su tienda.

»Era el jóven feliz de ánimo vivo,
Briosa portacion y fuerza brava,
Galan, diestro, cortés, bizarro, altivo,
Que el rojo bozo apénas le apuntaba;
De una bella mujer recien cautivo,
Que á la francesa infanta acompañaba,
Y la formó de intento su ventura
Mas que el sol bella y mas que el mármol dura.

»Dióle el gusto y el alma por despojos
A las primeras vistas de su gala,
Y ella por una gloria mil enojos;
Que amor es peso que jamas se iguala:
Bien que tal vez con halagüeños ojos
Le acaricia al descuido y le regala;
Que no hay mujer tan dura y desabrida,
Que del todo aborrezca si es querida.

»Tocóle aquella noche ser de guarda
A la real tienda, cielo de su gloria,
Adonde en sueño envuelta la gallarda
Rosia, dél ni de sí tiene memoria;
Mas el que ama de véras nunca aguarda
A si es ó no su voluntad notoria;
Que en cuanto hace, habla, piensa, siente,
Siempre se da el amante por presente.

»Fué, por ser visto el montañes gallardo,
Más puesto á lo galan que á lo seguro,
Bizarra calza de amarillo y pardo,
Grabado peto ardiendo en oro puro;
Plumas en el sombrero, y por resguardo
De una acerada cofia el temple duro,
Relumbrante rodela, espada y daga,
Y un gran valor que á todo satisfaga.

»De verde y plata el fino arnes grabado,
De aljófar y oro los bordados tiros,
Una banda de perlas y encarnado,
Y un collar de diamantes y zafiros;
Un barco entre dos aguas engolfado,
Que las altera un ciego con suspiros,
En la rodela; y este mote abierto:
«Donde está el bien dudoso, el mal es cierto.»

»No se vió en los cristales de Zefiso
Ni trastornó las flores del Parnaso
En mas lozano talle su Narciso,
Siguiendo á un presto corzo en campo raso;
Ni con mas gracia, mas primor ni aviso
Notó Beocia su gallardo paso,
Cuando fué de sus selvas el tesoro
Con arco de marfil y flechas de oro,

»Que el brioso Alancredo con su gente
A hacer la ronda fué y guarda á su dama,
Donde los arreboles del oriente
Le saludaron con su nueva llama,
Y el mauritano campo de repente,
Con la ocasion de un gran renombre y fama,
Dándole amor aliento, el honor brio,
Y su espada de sangre mora un rio.

»El rubio orion, que con su alfanje de oro
El mundo alumbra, parecia á la puerta
De la real tienda, cuando el cauto moro
La asaltó en sueño sepultada y muerta:
Y él, de su nuevo amor viendo el tesoro
Al riesgo puesto de una suerte incierta,
Y que aun los bravos huyen, sale ciego
De honra y amor, de dos haciendo un fuego.

»—Tenéos, dice, cobardes: ¿dónde os lleva
El deseo infame de vivir sin honra,
Que ántes de hacer de los contrarios prueba,
De su temor haceis vuestra deshonra?
Tened, parad, volved, haced que os deba
Mi espada el verla un rato cómo os honra,
Y deste orgullo os da, que ahora os espanta,
A costa suya una venganza santa.

»Si tanto miedo os pone el de la muerte,
¿En cuál parte del mundo no se halla?
¿Dónde ó cómo podrá la humana suerte
Dejar, por mas que huya, de alcanzalla?
¿Adónde al flaco campo huis del fuerte,
Cobarde, vil y mísera canalla?
¿A qué castillo, á qué ciudad, qué muros,
Si con trincheas aquí no estáis seguros?—

»Dijo, y en tanto que él con sus razones
Y los sangrientos filos de su espada
Venció algunos honrados corazones
Y mató alguna gente desmandada,
Una escuadra de alarbes nasamones,
Gente en las sirtes líbicas criada,
La tienda real entró, prendiendo en ella
A Melisendra ilustre y Rosia bella.

»El montañes, que mira su esperanza
Mudada en posesion de un torpe moro,
Y que en cualquiera punto de tardanza
A mortal riesgo queda su tesoro,
Furioso en medio el escuadron se lanza
A rescatar con sangre y no con oro
La vida de su alma; que es amante,
Y está á verle morir su amor delante.

»Hiere de tajo, de reves y punta,
Y á voces, golpes, gritos y heridas,
De amor la furia á la de Marte junta,
Rinde, espanta, acobarda y quita vidas;
Y al que la suya vió llevar difunta,
Con manos sin temor descomedidas,
Los ojos con que osó verla agraviada,
Ambos se los cosió de una estocada.

»A otro el brazo cortó, dejando asida
La mano al velo de oro y halagüeño
Por donde la prendió medio dormida,
Y le quitó la libertad y el sueño;
Y ya en ella y su honor restituida,
—Toma, dice, señora, este pequeño
Servicio del que, indigno de tal palma,
No se atreve tambien á darte el alma.—

»Ella en alegres ojos y alma ardiente,
Con un tierno suspiro vergonzoso
El riesgo le pagó y favor presente;
Que á mas que esto un mirar es poderoso:
A la sazon que un bárbaro inclemente
Al frances lecho perturbó el reposo,
Por saquear la bella Melisenda,
Y el rico mueble á su asaltada tienda.

»Pone punto al amor, y á la honra acude
Suya en un trance tal y de la Infanta,
Y sin que el jayan fiero el paso mude,
La cabeza le deja sin garganta,
Haciendo en esto que la Reina dude
Si el bulto muerto mas que el vivo espanta
El lecho, ántes de gusto, ya cubierto
De roja sangre, y un contrario muerto.

»Los demas que en la tienda, al robo atentos,
Por interes sin honra habian entrado,
Asombrados de golpes tan violentos,
Por la vida renuncian lo robado,
Y al victorioso amante entre lamentos
De francesas beldades rodeado,
Que asidas todas dél, pensó cada una
Guarecer en la suya su fortuna.

»La tienda reforzó cual mejor pudo,
Y al paso se hizo una invencible roca,
Donde un ciego monton de pueblo rudo
Confuso arremetió con furia loca:
Por capitan un zahará membrudo,
Nacido del rio Cénega en la boca,
Que al filo de una corva cimitarra
A un hombre dentro de su arnes desgarra.

»Acertóle uno al montañes valiente,
Y no bastando á todo la rodela,
Parte, aunque poca, le alcanzó en la frente,
Que le sirvió á su cólera de espuela:
Tras él la chusma de la negra gente,
En confuso escuadron y estrecha muela,
Por todas partes le acomete y pica,
Y en sangre ajena y propia le salpica.

»Uno le arroja un dardo, otro una flecha,
Otro el venablo que á sus piés enclava,
Este con él se afirma, aquel le flecha,
Este hiere de alfanje, aquel de clava:
Parecia nube y tempestad deshecha
Que instrumentos de guerra granizaba,
Cruzando por el aire hechos cometas,
Chuzos, lanzas, gorguces y saetas.

»Y él como áspera roca á todos vientos,
En medio el turbulento mar sentada,
Que de los alterados elementos
Es por mil partes juntas contrastada,
La mar carcome y bate los cimientos,
De rayos, aires y ondas asaltada,
Y ella, firme en sus ásperos bajíos,
De léjos pone espanto á los navíos;

»Andaba por mil partes mal herido,
Aunque de todas á su honor vengado;
Que no hay en su esgrimir golpe perdido,
Ni en su reportacion tiempo olvidado;
Mas ya, de tanto bárbaro ofendido,
Y de ayuda y socorro desahuciado,
La rodela arrojó, y asió la espada
Que ha de dejar su cólera vengada:

»Y al feroz capitan en brio lozano,
Al pasar, de dos brazos quitó el uno,
A otro dejó en un pié y sin una mano,
Y á otro cortadas ambas sin ninguno:
A este hiere de corte, á aquel de llano,
Y á este y el otro ensarta de uno en uno;
Hiende, parte, rebana, descabeza,
Y cuando al parecer acaba, empieza.

»La bella Rosia, que en sangriento dia
Su caro español ve pisar la tierra,
Y la pena del riesgo en que le via
Al rostro saca lo que el pecho encierra:
Deseosa de tenerle compañía,
Y con vista de paz templar su guerra,
Sin ocasion salió; que la sacaba
Cloto, y el filo ya á su estambre daba.

»Eran escarches de oro sus cabellos,
De un cielo de marfil ricas techumbres,
Que en tiernas rosas y jazmines bellos
De su garganta dan doradas lumbres
Los ojos de azabache, y dentro dellos
De placenteras niñas dos vislumbres
Que al sol retozan, que en coral hacia
La rica concha de quien nace el dia.

»Salió á ver el ejército enemigo,
Y así le dice á su español brioso:
—Tu brazo el cielo esfuerce, oh caro amigo,
Y de riesgo te saque tan dudoso:
Animo, amor, que moriré contigo,
¡Oh nuncio triste, agüero prodigioso,
Fortuna cruel, que á la primera suerte
Quieres que sea el favor azar de muerte!—

»Aun mas queria decir, cuando de lleno
La voz le atajó un dardo que venia
Deseoso de llegar al blanco seno,
Donde su cielo la beldad tenia:
Cayó cual tierna flor en valle ameno,
Al tiempo que su amante revolvia
A darle el alma y vida por despojos,
Y cobraria él de nuevo de sus ojos.

»¡Oh tragedias de amor, glorias de viento,
Las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!
¡Vienen en sombra sombras de contento,
Tesoros de engañadas confianzas!
¡Con qué facilidad mudan asiento
Las mas bien asentadas esperanzas!
—¡Oh mi gloria, acabada ya y perdida!—
Dijo Alancredo al golpe de su vida.

»Quiso ir á recibir entre sus brazos
El desmayado cuerpo de su dama,
Y los primeros y últimos abrazos
Con que sin tiempo le convida y llama;
—Mas, no merezco, dice, tales lazos,
Ni que de mí en el mundo quede fama,
Si ántes no le quitare, con la vida,
La gloria de tu muerte al homicida.—

»Así dijo, y cual Hércules furioso
Con el incauto don de Deyanira,
Rompe, quiebra, destroza, y presuroso
Los altares trastorna ardiendo en ira,
Hasta llegar al mensajero odioso
Que el presente le dió, y temblando mira,
Y en él, á su furor ciego entregado,
A no poder ya mas muere vengado;

»Así de Rosia el sin ventura amante
Furioso entró en el escuadron tejido,
Rompiendo cuanto encuentra por delante,
Hasta el cobarde moro mal nacido,
Que con medroso y tímido semblante,
Del tiro y daño hecho arrepentido,
Las espaldas volvió; mas no se fuera,
Aunque por padre á Dédalo tuviera.

»Por el crespo cabello, áspero y duro,
Bramando le ase, y dél rastrando tira,
Y haciendo que le dén paso seguro,
Seguro va, á pesar de quien le mira,
Adonde yace entre un confuso muro
De armas un rostro bello, en quien espira
Del mundo la beldad, de honor lo justo,
De amor lo fino y de su amante el gusto.

«Llega, y haciendo campo con la espada,
El delincuente preso le presenta,
Y así le dice con la voz turbada:
—Remate triste de mi alegre cuenta,
Suspende por un rato la jornada,
En tanto que esta víctima sangrienta
En tu altar sacrífico, y yo tras esto
A seguirte y morir por tí me apresto;

»Que no es bien que la pena de perderte
Pueda ménos en mí que un enemigo,
Y que la aprehension del bien de verte
No me lleve tras tí á verme contigo:
Mi corta vida se acabó en tu muerte,
Y así es muy fácil de acabar conmigo:
Sigo tus pasos; que á quien vive en pena,
La muerte mas penosa le despena.

»Ya la vida me sobra, y el süave
Deleite del morir siento en el pecho,
Gloria y gusto que no se alcanza y sabe
Sino es al punto deste paso estrecho;
Que el cielo á este secreto echó la llave
Porque el mundo quedase de provecho;
Que á saberse lo dulce de la muerte,
Fuera el largo vivir adversa suerte.—

»Así dijo, y al moro que fué causa
De la triste tragedia, clavó al punto
La daga al corazon, con que hizo pausa
Su miedo y se extendió el cuerpo difunto;
Y tomando en sus brazos quien le causa
Tormento, vida y muerte todo junto,
Los ya turbados ojos un instante,
Para mayor dolor, puso en su amante.

»Y con la débil voz enflaquecida,
Como aceptando el sacrificio hecho:
—¡Ay, dice, honesto amor, prenda querida,
Cuán tarde conocí tu honrado pecho!
¡Ingrata, que te vine á dar la vida
A tiempo que ya no era de provecho,
Siendo, para morir con pena eterna,
Dura en la vida, y en la muerte tierna!

»Mas si un alma es de estima, en quien mudanza
No habrá ya para siempre, en ella viva...—
Fué á decir « tu memoria », y no le alcanza
La última parte que quedaba viva :
Cayó muerta, y con ella la esperanza
Del triste amante, que con ansia esquiva,
Del presente dolor y la perdida
Sangre, tambien allí quedó sin vida.

»En tanto el frances campo á la potencia
Del fiero rey de Argel cayó delante,
Sin caudillo que hiciese resistencia
Al furor de su ejército arrogante;
Que á unos el miedo, á otros la imprudencia,
Para darlos rendidos fué bastante,
El moro con soberbia vanagloria
Del despojo gozando y la victoria.

»Yo en tanta confusion, del ya vencido
Campo frances las sobras derramadas
Cual pude recogí, aunque mal herido,
En escuadron y mangas concertadas :
Gente bisoña, pueblo mal regido;
Que los de pundonor y armas honradas,
Por varios trances, en diversos modos,
Sin dar un paso atras murieron todos.

»Cuatro mil desta gente alborotada,
Al ronco son del repentino asalto,
A defender su honor mal enseñada,
En mi real estandarte hicieron alto :
Melisendra á Sansueña fué llevada,
Su esposo, de armas y de sangre falto,
Quedó donde un soldado fugitivo
Por muerto entre los muertos le halló vivo.

»Con estas sobras de vencida gente
Al socorro pasé del rey ingrato,
Que en Sámos, en custodia suficiente,
Sin majestad vivia ni aparato,
Cual ya otra vez huyendo la insolente
Tiranía, se libró de Mauregato;
Que de aquel santo claustro la guarida
Dos veces le dió el reino y dos la vida.

»Rehice allí sus fuerzas con la mia,
Y el bastante presidio reforzado,
La vuelta de Leon tomé otro dia,
Injusta corte del tirano alzado,
Por si abria puerta ó encontraba guia
De reduccion al pueblo rebelado,
Y con deseos tambien de ver mi esposa,
Del cielo de mis gustos alba hermosa.

»Filarco, un noble caballero godo,
Caudillo fiel de aquellas dos banderas
Que en Mondoñedo contra un campo todo
De unas hojas se armaron de higueras,
A cuya sombra se peleó de modo
Que cobraron cien bellas prisioneras,
Y á España dieron libre del pedido,
Y á Figueroa blasones y apellido :

»Deste fue hija Arlinda, por quien vivo
Alegre al rayo de sus ojos bellos,
Desde el dia que amor blando y esquivo
Para mi bien labró su alcázar dellos :
Vilos en mi niñez, fuí su cautivo,
Y todo el cielo de mi gloria el vellos,
Hasta que en dia feliz y hora dichosa,
Rey de mis gustos fuí, y ella mi esposa.

»Trazóse el nudo de mi honrado intento
Para la vuelta y fin de la jornada
Del viaje de Lutos, y este asiento
La ocasion suspendió de mi embajada.
Llevado pues de mi amoroso aliento,
Y la real pretension justificada,
Por si en los tratos descubriese modo
Que al Rey pueda importar y al Reino todo;

»Llegué á la corte en hábito encubierto,
El riesgo huyendo del tirano brio,
Solo al infiel Garilo descubierto,
Un hombre hecho de solo el favor mio :
Sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,
Con mas mudanzas que el raudal de un rio,
Y con un medio tan de azares lleno,
Ventura fué salir suceso bueno.

»Peligro es levantar á honras mayores
Sin gran virtud humildes nacimientos,
Solia decir este ayo de traidores,
En favor de sus falsos pensamientos,
Que los niños se engañan con amores,
Y los hombres con falsos juramentos;
Y que en su mejor ley el mundo quiere
Que aquel mas tenga del que mas pudiere.

»Entré escondido, y en su humilde techo
Con fingido recato recibido,
Lo mas guardado le mostré del pecho,
Y el fin honrado tras que habia venido;
Y habiéndole del alma alcaide hecho,
Dél y la oscura noche guarecido,
A mi Arlinda fuí á ver, yendo conmigo
El alevoso en hábito de amigo.

»Hallé la ilustre casa alborotada,
Y mas se alborotó con mi venida,
Por nueva desventura no pensada,
De loca ocasion bárbara nacida :
El sin lealtad tirano, en mano armada,
Insolente furor y alma atrevida,
Enamorado de mi esposa bella,
Casarse á su pesar queria con ella.

»Habia intentado el caso por mil modos,
Ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,
Y habiéndole salido en vano todos,
A las armas se fué y dejó las trazas;
Y un escuadron de cien bastardos godos,
De aleve sangre y de mestizas razas,
Envió, que por fuerza ó ruegos rinda
Del padre el gusto y de su hija Arlinda.

»Vime de un nuevo enjambre de cuidados
Cercada la confusa fantasía,
Los puertos todos del favor tomados,
Y la salud sin esperanza y guia;
Mas el aprieto y casos ponderados,
El breve tiempo, la venida mia,
La fuerza del tirano, el mando injusto,
Y el peligro comun de honor y gusto :

»Todo alumbró el confuso entendimiento,
Y una quimera fabricó no vista;
Que puede mucho un noble pensamiento,
Y es la necesidad grande tracista :
O fué desesperado arrojamiento,
O sentencia que el cielo dió en revista
Contra el tirano infiel, cuya insolencia
En nada halla y tiene resistencia.

»Yo fuí de parecer que libremente
Al Rey se entregue mi querida esposa,
Corriendo un velo de alegría aparente
Al triste ceño y cara vergonzosa,
Pues pretenderla resistir sin gente,
Volver la afrenta fuera mas vistosa,
Y donde la insolencia y fuerza daña,
A veces suele aprovechar la maña.

»Fué ya opinion del ofendido viejo,
De Hércules Libio ilustre descendiente,
Que donde no alcanzare el gran pellejo
Del fuerte leon, se añada el de serpiente;
Que las fuerzas se ayudan del consejo,
Y el animoso aprenda á ser prudente;
Que donde á ganar nada se aventura,
Perderse no es valor sino locura.

»Esto dispuse, y no perder su lado;
Que es el riesgo de honor grave herida,
Y en hábito de dueña disfrazado,
Para la muerte encaminé mi vida,
De un secreto puñal el brazo armado,
Que de uno de los dos fuese homicida,
Del tirano, ó si acaso errase el hecho,
Se entrase de temor dentro en mi pecho.

»Convino el grave acuerdo efectuarse
A la priesa mayor que el tiempo daba,
Sin ver el daño que era no guardarse
Del traidor que allí en vez de amigo estaba :
¡Oh, cómo debe un cuerdo recatarse
Si al mejor tiempo la lealtad se acaba!
Y la sin premio envidia muchas veces
Para matar con una hace dos veces.

»Arlinda con la guarda del tirano
Y con la mia dejó su honrada casa,
Y al palacio guió, en que el Rey en vano
Contando el tiempo los minutos pasa,
Trazando el gusto de entregarse en vano
En la alta posesion de un bien sin tasa;
Que un gran deseo sueña montes de oro,
Que suelen ser, al despertar, de lloro.

»El sin lealtad Garilo, de otra parte,
Sin mayor premio que mostrarse ingrato,
A riesgo de ambos trata de dar parte
Al falso Rey, de mi encubierto trato;
Y á toda priesa y diligencia parte
A decir con el suyo mi recato,
En el de un memorial que contenía
Tras su infame traicion la lealtad mia.

»Ya la cuadra real se habia cerrado,
Y el Rey, con las cortinas en su lecho,
Al lado suyo Arlinda, yo á su lado,
Bañando ambos en lágrimas el pecho,
Y él con el tierno suyo enamorado,
Procurando ablandarla sin provecho,
Cuando sonó en la guarda de improviso
Que al Rey le traen un importante aviso.

»Garilo al rey gallego es quien le envía,
Y á quien la honra y vida importa el caso...»
Así su dulce historia proseguia
El noble godo, cuando el sabio Eraso,
Su nuevo alcaide, sienten que venía,
Y él por oirlos entretuvo el paso,
Y Teudonio el aviso de Garilo,
Y yo tambien, pues se ha quebrado el hilo.

Que el rumor de la guerra es ya de modo
Que el aire en ciega confusion envuelve,
Y en la francesa furia y valor godo
Rayos Marte del rojo alfanje vuelve:
Trae revuelto Morgana el mundo todo;
Sola ella es quien su cólera revuelve;
Y la ira mujeril cuando se ensaña,
Entre las iras es la de mas saña.

Y aunque en el lago blanco retirada,
Vergonzosa quedó aquel triste dia
Que Orlando pudo con la nueva espada
El jardin destrozar en que vivía,
Ni dél ni de su injuria está olvidada;
Que en tristes ansias la alimenta y cría
Dentro el alma, buscando de contino
Para vengar su deshonor camino.

El grave ultraje á su guedeja de oro,
Con libre y atrevida mano hecho,
Y en la encantada sala del tesoro,
Ya el precioso carbunco sin provecho,
Los reyes libres, y olvidado el moro,
Ardiente fragua á su lascivo pecho,
Trocado todo en gustos de venganza,
Que son los que en mujer no hacen mudanza;

La ciega noche atenta contemplando
Del pardo cielo aspectos y señales,
Fué en puntos de efemérides sacando
De los pasados los futuros males:
Saturno al sol en diámetro mirando,
Marte con un cuadrado aspecto, iguales
Desde Cancro á Saturno, y al sol mira,
El aire altera, el mundo enciende en ira.

Y en estos astronómicos secretos
La mudanza de un reino vió escondida,
Y en sus soberbias gentes mil efetos,
A su salud contrarios y á su vida:
Cerró el libro, y con cercos mas perfetos
A un apremiado espíritu homicida
La cuenta pide, y que la dé si sabe
Adónde el cielo agüera un mal tan grave.

A la honda boca de una oscura cueva
Desceñida la halló el siguiente dia,
Y en medio sus conjuros la luz nueva
El alma la asombró que la seguia:
Huyó á su centro; y ella con la nueva
De deseada venganza y alegría
La vuelta daba, cuando dió con ella
La bella Alcina en su carroza bella.

Son del mago colegío estas dos hadas
Las que mas se conforman en los gustos,
Y así ahora, de su antiguo amor llevadas,
Al cuello hacen los lazos mas robustos;
Y en la carroza de marfil sentadas,
Olvidados de Francia los disgustos,
En tierno labio y pláticas sabrosas
Cuenta se dan y piden de sus cosas.

Llegan al real palacio de Morgana
Cuando ya el sol de lleno le embestía,
Y entre el rocío del campo y la mañana
En lumbres de oro y de cristal se ardía;
Donde el diestro pincel con mano ufana
Bellos dibujos á la vista envía,
Sonando el pueblo dentro, ántes dormido,
De las puertas de bronce al gran ruido.

Cercada de sirvientes la carroza,
De bellas ninfas y bizarros pajes,
Que en fresca juventud y sangre moza
Salarios gozan de la hada y gajes,
Pasa la altiva puerta, en quien retoza
La vista por bellísimos follajes,
De ricas piedras bárbaro tesoro,
En finos jaspes con perfiles de oro.

Entran al primer patio en forma ovada,
De altas colunas de alabastro hecho,
Donde en arcos de bóveda sentada
La cimbria sube, y vuela el antepecho:
De allí, en dos nuevos cuerpos levantada,
La máquina se encumbra al postrer techo,
Que en varias acroterias se remata,
De enlazados estucos de oro y plata.

Aquí al gran peso de un cristal de roca,
Al frio rigor del polo congelado,
Una clara inmortal fuente provoca
A sed el apetito mas templado:
Cien faunos lanzan agua por la boca
En armonía y són diferenciado,
Y en otras tantas urnas cien hermosas
Ninfas las ondas cogen deleitosas.

Estas sufren en peso otra ancha taza,
Sobre quien una y otra y otra crece,
De tantos caños y tan varia traza,
Que el sutil artificio desvanece;
Y así en nuevos primores los engaza
Los unos por los otros; que parece
Que es toda junta en su primor distinto,
De agua y cristal un bello laberinto.

El patio, á toda cuenta y primor hecho
De encajes bellos de bruñidas losas,
Y por los corredores, trecho á trecho,
De valiente pincel prendas vistosas:
De plata los balaustres y antepecho,
De jaspes escaleras anchurosas,
Cuyas pomposas puertas y ventanas
Dan de ébano y marfil sombras galanas.

De relevado estuco y artesones
Las bóvedas bellísimas, con cuantas
Prendas de ingrato amor, trasformaciones
De bellas ninfas y torcidas plantas,
Dan la parlera Grecia en sus ficciones,
Y en sus verdades las historias santas;
Cuyo diestro pincel abre en la vista
De gusto al alma un nuevo coronista.

De cuadros de primor ricos encajes
Coronan la imperial tapicería,
Con faunos, fuentes, riscos y follajes,
Dianas, Vénus, cazas, montería:
Una Flora entre rosas y celajes,
Un muerto Adónis, una Prócris fria;
Aquí un Faeton cayendo, acullá un Midas,
En oro las arenas convertidas.

Pasaron las dos hadas á sentarse
En persianos tapetes de brocado,
En una sala, que á dejar mirarse
Su techo de oro y pedrería grabado,
Pudiera de pobreza avergonzarse
Neron con su palacio celebrado,
Aunque fué el desconcierto sin segundo
Que el oro embebió en sí de todo el mundo.

Exhalando perfumes y vapores
De aromas finas, pebeteros de oro,
Con lo mejor de Arabia y sus olores
Fiesta á la diosa hacen del tesoro;
Y de citaras, liras y cantores,
Vihuelas y arpas un tropel sonoro,
En conforme y suavísima armonía,
Le añaden gala á la en que nace el dia.

En gozar della y ver la hermosura
Del fértil campo en bellos miradores,
De la aurora pasaron la frescura,
Y del sol los primeros resplandores,
Miéntras el maestresala, que procura
Las mesas adornar y aparadores,
Con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
De rica y nueva majestad los carga.

En la sala de Apolo la real fiesta
Por mas ostentacion hizo aquel dia,
Dicha así de una imágen suya puesta
En un rico Parnaso que allí habia,
Con soberbios collados y floresta
De árboles de oro y varia pedrería,
Aves de alegres plumas y colores,
Y ricas perlas en lugar de flores.

Viase Dafne en medio, convertida
En un fresco laurel; viase á su lado
El dios de amor, la venda desceñida,
Riendo el triunfo, al arco recostado;
Llorando Apolo, Dafne arrepentida,
El mundo triste y el cruel vengado,
Y entre las arboledas de Peneo
Tañendo á veces y cantando Orfeo.

Es de la altiva sala la techumbre
Un repartido cielo en mil estrellas,
Que del sol de un carbunco enciende lumbre
La plateada luna á un tiempo y ellas;
A quien sigue la excelsa pesadumbre
De clavos de cristal y ruedas bellas,
Con su cerco vital, cuyo tesoro
La esfera parte en varios climas de oro;

Los apartados polos, donde el hielo
El blanco nácar da á las ondas frias,
Las templadas regiones y aquel suelo
Donde tú, Apolo, soplo ardiente envias;
El horizonte abrasador del cielo,
Término de las noches y los dias,
Profunda sima y anchurosa cava
Adonde el mundo sin morir se acaba;

El abrasado igual meridiano,
De luz sembrado y puntas de oro fino,
Cuya dorada y no torcida mano
Fiel lumbre al mundo llueve de contino;
Los trópicos de invierno y de verano,
Del sol cerrada cárcel y camino,
Uno de nieve y tempestad cubierto,
Y en siempre nuevas flores otro abierto;

La línea de Igualdad, cuyas vertientes
Los montes miran sin ninguna altura,
Que unas tiznadas y desnudas gentes
Cultivan en eterna calentura;
Los Coluros que ciñen ambas frentes
A los dos nortes, y con luz segura
El estrellado cerco que los guia
Adonde vive sin morirse el dia.

Hay un camino de oro que divide
Del círculo vital la anchura ardiente,
Por quien el rubio sol que el cielo mide
Ya con luto se ha visto entre la gente;
Y la encantada luna, que preside
Al flojo sueño en su mayor creciente,
Se vió alegre salir con sus estrellas,
Y faltarle la luz en medio dellas.

Relumbra aquí el dorado vellocino
Que un tiempo á Cólcos hizo ser famosa,
Y el Toro que con cuernos de oro fino
Nadando el mar pasó una ninfa hermosa;
Dos niños, uno humano, otro divino,
El Cancro y su figura portentosa,
El Leon con la cerviz de oro estrellada,
Y la Virgen, de espigas coronada;

El peso ajustador de nuestras horas,
El Escorpion de su veneno armado,
El que con arco y flechas voladoras
De tierna nieve deja el campo helado;
El frio Capricornio, que en sonoras
Borrascas da el sereno mar turbado,
El copero que á Júpiter infama
Con los dos peces de argentada escama:

Las frias nietas del nevado Atlante,
El dorado Orion armado y fiero,
Que al triste y solitario caminante
De guia á veces sirve y compañero;
El carro de oro en ruedas de diamante,
Las dos Osas, las guardas y el lucero,
Y el fijo norte que á sus piés relumbra,
Que es quien las horas de la noche alumbra.

O sea pincel sutil ó mago aliento,
Fuerza de ingenio, yerbas ó conjuro,
No hay en el cielo esfera, movimiento,
Signo, estrella, planeta ni conjuro,
Aspecto, casa, conjuncion, aumento,
Oriente claro, ni poniente oscuro,
Que por esta ancha sala y su discurso,
No haga en su natural período curso.

El año, la semana, el mes y el dia,
Creciendo en su volar y descreciendo,
La clara luz á la tiniebla fria
Con bellos rayos de oro hace ir huyendo:
De la flor tierna que el verano envia,
Dulce fruto el otoño está vertiendo,
Por sustento al invierno y al estío,
Este rico en calor, el otro en frio.

Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
Que es del mundo la máquina abreviada,
La alegre escuadra de aves que retoza,
Toda la vuelve en suavidad bañada:
Canta, gorjea, despierta y alboroza,
A Orfeo ayudando si á Morgana agrada;
Mas si ella con su gusto no lo entabla,
Todo ello es oro muerto que no habla.

Sirve esta alegre pieza de intervalo
Y antecámara de otra mas secreta,
Donde su estudio tiene y su regalo
De libros en quietud y paz perfeta:
Yo en su dulce memoria me regalo;
Que á un pacífico gusto y vida quieta
En sabia juventud nada la iguala,
Y mas con tal estudio y con tal sala.

Aquí las reales mesas coronadas
De costosas bajillas de oro fino,
Con preciosos manjares ocupadas,
Vestidas dió aquel dia el blanco lino;
Donde en comida espléndida á las Hadas
Las tazas colman de espumante vino,
Y en graves salvas sirven y aparato
La real ostentacion de cada plato.

ALEGORÍA.

De tal manera se puso el blanco y último fin desta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en esta por principal intento; y así en ninguna parte va tan oscura, que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando debajo de la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la virtud: de modo que si aquí por evitar prolijidad no se descubre toda la alegoría, podrá con este estilo sacarla quien con atencion la leyere.

En las prosperidades de Francia, tan vecinas á su caida, se descubre la poca estabilidad de los bienes temporales, y cómo entónces tiene el prudente mas que temer, cuando en mayor grandeza se halla; porque ni á la virtud le faltó émula, ni á la envidia modos para dañar.

Las Hadas significan los efectos y pasiones del ánimo sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte alguno dellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la riqueza; Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró la espada para matar á Orlando, las astucias de la guerra,

á cuyas manos suelen morir los mas invencibles capitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del rey Casto, y luego puesto por el mismo en prision, se muestra lo poco que hay que fiar en favores de príncipes, que tan dispuestos están á pasarse de un extremo á otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestran cuán juntos y engazados andan en los amores los gustos y los disgustos; y en la de Manuces en medio de los suyos, el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramente quiere vender á su amigo, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importancia á hombre de quien no se tenga entera satisfaccion.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice que el apetito de la sensualidad y el de las riquezas son las dos pasiones que mas unidas están en el deseo humano, y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico tener dominio.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados; y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando y los demas paladines, refiere el orígen de los godos en España, de cuyo linaje él desciende. Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase la casa de la Fama, y la que hay de la venida del frances. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del desengaño; y la ninfa, en un lienzo de su labor, en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España.

Templó en tanto Gadir su laud dorado,
Y todo en furor bélico encendido,
Por el aire sutil dejó sembrado
Del suave acento un resonar medido,
De tan varia armonía acompañado,
Que el alma cautivó por el oído,
Al dulce son que en los sentidos dejan
Los golpes de las cuerdas que se quejan.

Y dando á los bemoles compañía
La dulce voz de su divino canto,
La beldad comenzó á cantar, que el dia
Al mundo saca en su rosado manto:
Las flores que derrama la alegría
En que á la noche trueca el ciego manto,
Y en invisible y blando movimiento
De negras sombras barre y limpia el viento.

Hurta á la luna el oro de su esfera,
Y á las estrellas su argentado brio;
Entolda de jazmines su litera,
Respira el aire blando aljófar frio;
Sale el dorado sol, la mar se altera,
Tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
Y de su barro al caluroso aliento,
El bajo suelo humea y arde el viento.

Y ya despues que toda esta hermosura
Al bello rostro acomodó de Alcina,
Y el lisonjero labio su dulzura
Envuelta dió en destreza peregrina;
La antigüedad del largo tiempo oscura
Veloz cantó, y la priesa en que camina
El orígen del mundo, y cuando el cielo
Feliz principio halló á su inmortal velo.

Cantó de las mudanzas de fortuna
En su inconstante esfera el punto breve:
Cantó al sol sus eclipses, y á la luna
La luz que con dorados cuernos bebe:
Cantó el fatal colegio, y de una en una
Las Hadas celebró su canto leve,
Tocando á vueltas no menuda parte
De heróicos hechos del sangriento Marte.

Y acabada la música y comida
En pomposa grandeza y aparato,
La una majestad á la otra unida,
A gozar fuéron del jardin un rato;
En cuya alfombra fértil y florida
Vivo de la beldad dormia el retrato,
Al templar con los árboles y el viento
El tierno ruiseñor su alegre acento.

Habia por él diversos cenadores
Sobre estanques y arroyos cristalinos,
De estatuas adornados y primores,
Y de diestro pincel cuadros divinos:
Allí burlas y juegos de pastores,
Personajes de risa y desatinos;
Aquí brutescos, acullá grimazos,
Y de olmos y de parras mil abrazos.

Despues que con jazmines y claveles,
Azules lirios y encarnadas rosas,
Lo mas vistoso hurtando á sus vergeles,
Sus cabezas volvieron mas vistosas,
Al márgen de un arroyo entre laureles,
Sobre alcatifas pérsicas preciosas,
A sombras frescas de una vid lozana,
Así Alcina habló, y oyó Morgana:

«Si ya deseas saber, oh Reina hermosa,
De mi nueva venida el fundamento,
Qué causa hacerme pudo venturosa,
A hurtarle á tu vida este contento;
Negocios graves, ocasion forzosa,
A salir me obligaron de mi asiento,
Aunque el gusto de verte lo hiciera,
Del muerto mundo cuando allá estuviera.

»Mas hoy este regalo y mi venida
A tu servicio queden y á mi cuenta;
Que tú en venirte á ver serás servida,
Y yo en verte, cual ves, rica y contenta:
Un agravio comun nunca se olvida,
Ni á un noble la memoria de su afrenta,
Ni á un amigo, si lo es en lo que digo,
La injuria que le hicieron á su amigo.

»Despues que tu jardin fué destrozado
Por la mano de aquel frances furioso
Que ganó á Balisarda, y ha ganado
Contra nuestra nacion nombre famoso,
Nunca de mi memoria se ha borrado
De la afrenta el ultraje vergonzoso
En que su espada nos dejó y quedámos
Las que de sangre tuya nos preciamos.

»Y aunque ninguna goza en tu linaje
Derecha accion á la fatal bebida,
De cuyo vaso y su inmortal brebaje
El brio desciende á nuestra larga vida,
Que recibido no haya algun ultraje
Desta nacion francesa mal nacida,
Todas, sin hacer caso de los suyos,
Como á mas principal lloran los tuyos.

»A tí contenta sola, á tí vengada,
Desea en esta ocasion la mas briosa,
Y yo mas, como mas interesada
Y en yerros contra tí ménos piadosa;
Que como rica debes ser honrada;
Y en solo este cuidado cuidadosa,
Ninguna diligencia he perdonado:
Oye lo que con ellas he alcanzado.

»Donde el mar Jonio al Ténaro le baña
Los verdes jaspes de su fértil vena,
Y en bosque espeso y hórrida montaña
Sobre las nubes se encarama y suena,
De entrada oscura y abertura extraña
De negro hollin, herrumbre y lamas llena,
Una espantosa cueva se descubre,
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.

»Por esta se camina al ciego mundo,
Y Alcides á esta luz sacó el Cerbero,
Cuando de las deidades del profundo
Victorioso salió, arrogante y fiero:
Aquí la muerte tiene otro segundo
Caron, que asista y sirva de portero,
A cuyo aliento y cálido bochorno
El vivo huye, el muerto tiembla en torno.

»En cierto aspecto de menguante luna
La oscura cueva está en segura entrada,
Hasta donde en los libros de fortuna
La humana cuenta se nos da ajustada:
Por tu ocasion aquí en hora oportuna,
De fantasmas bajé y horror cercada,
A consultar tu caso y ser testigo
De lo que allí hallé y aquí te digo.

»Despues que por torcidos escalones,
Vacíos de claridad, bajé á los senos
De la tierra y sus negros artesones,
De hollin tiznados y de sombras llenos,
Antes del triste término y mojones
Del reino de Pluton vi unos serenos
Campos, y allí un castillo á quien el dia
De la suya una luz dudosa envia.

»En la jurisdiccion de los mortales
Este alcázar está, y quien dentro vive;
De aquí el hado los bienes y los males
A la tierra despacha y apercibe;
Aquí con altibajos desiguales
Fortunas labra y su valor describe;
Y aquí es, al fin, la casa de moneda
De cuanta el tiempo por el mundo rueda.

»Aquí Demogorgon está sentado
En su banco fatal, cuyo decreto
De las supremas causas es guardado
Por inviolable y celestial preceto:
Las parcas y su estambre delicado,
A cuyo huso el mundo está sujeto,
La fea muerte y el vivir lucido,
Y el negro lago del oscuro olvido.

»Aquí se labra el siglo venidero
Y las humanas inviolables leyes,
Que ni el tiempo las muda lisonjero,
Ni las quebrantan príncipes ni reyes:
Cuelga el último dia del primero,
Y en torpe yunta de alquilados bueyes
Ara la vida el mundo, y nadie advierte
Que es el vivir dar surcos á la muerte.

»Aquí en negro dosel, sin luz, sentadas
Tres diosas hilan las humanas vidas,
Al curso las madejas devanadas
De nueve ruedas de cristal lucidas,
Donde, en el huso apénas marañadas,
Las blandas hebras crecen mal torcidas,
Cuando, de todas tres la mas lijera,
Por lo hilado corre la tijera.

»Copos de suertes y colores varias,
Unos blancos sin tez, otros lustrosos,
Unos á quien los reyes pagan parias,
Y otros que pechan á los mas astrosos:
Cuáles de tornasol hebras voltarias,
Cuáles de rica luz hilos preciosos,
Cuáles de alquimia y cuáles de oro fino,
Y en cada cual su hebra y su camino.

»El siglo venidero, la mudanza
De reyes, reinos, casas y dictados,
Lo que el distrito de fortuna alcanza,
Lo que al decreto toca de los hados:
Cuanto se pesa con mortal balanza;
Los que vendrán, presentes y pasados;
Cuanto es, cuanto ha de ser y cuanto ha sido,
Aquí se hila, corta y da tejido.

»De los tiempos la masa vi abreviada
Manar al mundo y revolver sus cosas,
La vida de congojas asaltada,
La muerte de sus bascas temerosas:
La fortuna dichosa y desdichada,
Con sus dos caras, ambas engañosas,
Volando en sus favores y desdenes
Los males engazados con los bienes.

»Y entre estos mundos, al que ya nacia
Humilde vi la victoriosa Francia,
Que un mancebo y su espada le tenia
Por el suelo sembrada su arrogancia:
Miréla, y admirada en lo que via,
Aquella conocí ser la inconstancia
Del bien humano; que los mas cumplidos
Forzados vienen y se van corridos.

»No me admiré de ver que tanta alteza
En tragedia tan triste se trocase;
Que es cierto que en mortal naturaleza
Todo tiene su fin y ha de acabarse:
La rueda me admiró con su presteza
Que apénas deja de la vista hallarse:
Allí, ¡oh fortuna! quien de tí se fia
Verá cuán firme tiene su alegría.

»La espada Balisarda vi presente,
Que un victorioso jóven á tu instancia
En la sangre bañaba de un valiente
Que asombró el mundo y dió valor á Francia,
De oro con estas letras en la frente:
«Bernardo, honor de España, aunque en distancia
Brevísima su fama así encogida,
Que apénas al nacer fué conocida.»

»Cual la dudosa luna amortiguada
En los principios del helado invierno,
Entre negros celajes ofuscada,
Falto muestra de luz el rostro tierno;
Y ántes de ver el alba deseada,
El oro pierde de uno y otro cuerno,
Haciendo el tibio resplandor difuso,
De mil colores un color confuso:

»De tal manera entre una niebla oscura
De Bernardo la fama se quedaba,
Y sin lumbre, sin luz ni hermosura,
Confusamente aquí y allí volaba:
Cortas las alas, pobre de ventura,
Y aunque el confuso espíritu alentaba,
Faltábale la pluma, y no podia
La oscuridad huir que la ofendia.

»No porque su grandeza no subiese
Adonde hasta hoy nadie ha llegado;
Mas un astro infeliz quiso que fuese
Corta de voz y de valor sobrado:
Faltó quien á sus alas añadiese
Una pluma de estilo moderado;
Y así en lenguajes bárbaros metida,
Arrinconada quedará y perdida.

»Hasta que el tiempo, que ofuscarla pudo,
Hermosa y clara al cielo la levante,
Y de su oscuro y encantado nudo
Un nuevo verso y voz la desencante.
Esto por las molduras de su escudo
Grabado vi, y con letras de diamante:
«A otro de su nombre está guardado
El romper con la pluma este nublado.»

»Mas si gustas saber con fundamento
Quién este valeroso jóven sea,
Qué sangre puso en él tan firme aliento,
Qué obligacion honrada le espolea,
Sabrás, hermana, aunque es prolijo el cuento,
Que en su real nacimiento dió una idea
De su furor la quinta esfera al suelo,
Y otra de afable amor el tercer cielo.

»En esta rica Escandinavia hermosa,
A quien la antigüedad llamó otro mundo,
Y desde aquí con vuelta deleitosa,
Casi en torno la ciñe el mar profundo,
Madre ilustre de gente belicosa,
De fértil suelo y de vigor fecundo,
Donde este rico lago halló asiento,
Que hoy da á tu alcázar real firme cimiento,

»Tres soberbias provincias y regiones
Pisan su invicto suelo; y la postrera,
Cuyo distrito y bárbaros mojones
Del mar Germano tocan la ribera,
Oficina de indómitas naciones
De inculta vida fué y de gente fiera,
Donde los getas fuéron y los dacos,
Y el primer godo aró bosques opacos;

»De aquí salieron por diversas vias,
De antigua gente en gruesos escuadrones,
Valientes hombres; que las tierras frias
Pueblos producen de altos corazones;
Buscando en que habitar partes vacías,
Por venirles ya estrechos sus rincones,
Los vándalos, los cimbrios, los suevos
Y los alanos, mas que todos nuevos.

»Pues entre estas naciones que su tierra
Dejaron por estrecha, aunque abundosa,
Y á revolver el mundo y darle guerra
En figura salieron temerosa,
Los godos fuéron gente en quien se encierra
Nobleza humana en sangre belicosa,
Y que de los monarcas mas potentes
Siempre temidos fuéron por valientes.

»Tras la alta insignia de un leon bermejo,
Que en azules banderas tremolaba,
Y de tres capitanes de un consejo,
Animo altivo y arrogancia brava,
A ser salieron de grandeza espejo
Al mundo en la region donde él se acaba,
Del cielo á su nobleza prometida,
Y al feliz brio de su valor debida.

»No salieron con pechos ambiciosos
A solo hacer alarde de valientes;
Mas con la paz pidiendo, aunque briosos,
En que habitar lugares suficientes:
No guerra, campos piden anchurosos,
Del gran derecho usando de las gentes;
Que el pueblo que en su tierra no cabia,
Que se llegue permite á la vacía.

»Negó el Imperio la demanda justa,
Y la inquietud parió desasosiego;
Que es hacer guerra justa de la injusta,
Negar lo justo de un humilde ruego;
Y dando á la razon fuerza robusta,
Su despreciado campo á sangre y fuego
De Italia destruyó una larga parte,
Y en el rio Tiber la ciudad de Marte.

»Y á tal colmo subió el de su potencia,
Que hacia y deshacia emperadores,
Hasta que en útil premio y convenencia
A su rey y futuros sucesores
Honorio dió en legítima tenencia
La España, á quien los bárbaros furores
De los suevos, vándalos y alanos
Al imperio usurparon de las manos.

»Fué el trato, que al rey godo le quedase
Lo que entre el Pirineo y mar se encierra,
Y que del yugo vándalo sacase
A su corona la usurpada tierra;
Con que su invicto campo reservase
A Italia y Roma de su injusta guerra,
Dando por precio al español estado
Cuanto en el lacio suelo habian ganado.

»Ora sea ó no justificado el hecho
Con que se habian en él introducido,
Su cetro tenia ya el primer derecho
De ocupacion, por armas adquirido;
Y así al ceñido imperio útil provecho
La ley fué del contrato establecido,
Y por aquí legítima y no extraña
La entrada de los godos en España.

»Murió Alarico, hecho el trato en todo,
Si bien no pudo verlo efectuado:
Sucedióle Ataulfo, el primer godo
Que en España metió campo formado:
Ganó hasta Barcelona, y allí, el modo
De su gobierno próspero asentado,
Por mano le mató de Ernulfo fiero
Quien las suyas por rey besó primero.

»Siguióle el desgraciado Sigerico
En el reino tambien como en la muerte,
Con mas vana codicia de ser rico
Que en campo armado belicoso y fuerte:
Dióle el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,
Con que se ahogó en él la buena suerte,
Matándole en la paz, por mas casera,
La espada que en la guerra no lo hiciera.

»Tras este el reino dieron á Walia,
Porque la siga y haga sin partido;
Salió en armada flota á Berberia,
Que el aire la venció y volvió corrido;
Y con él la arrogante valentía
Del gótico poder nunca vencido,
Para hacer firme pié en el reino instable,
La ántes odiosa paz halló agradable.

»Sucedió á su real pecho el animoso
De Teodoredo, á quien los adivinos
Triste muerte anunciaron, y él, furioso,
A buscarla salió por mil caminos
Contra el soberbio Atila victorioso,
De Tolosa en los campos convecinos,
Donde en sangriento innumerable estrago
El Rey bebió entre el vulgo el comun trago.

»Bien que su belicoso Turismundo,
Del muerto padre en la áspera venganza,
Contra el azote del vencido mundo,
De firme acero armó su invicta lanza;
Fuera al primer azote ella el segundo,
Si envidia no enfrenara su pujanza,
Cuando al bárbaro rayo de la guerra
Las fuerzas le templó y quitó la tierra.

»Tuvo por sucesores dos hermanos:
El sin piedad incauto Teodorico,
Que á un humilde rey vándalo en sus manos
Matar le hizo, y á él su hermano Eurico,
Fratricida cruel, pero de humanos
Respetos, noble, afable, ilustre y rico,
Que á su reino dió ley, y á su corona
La orla de Zaragoza y de Pamplona.

»Compeliendo á bramar al cielo en vano,
En un toro de alambre á Burdeneo,
Alarico entró al reino, y por su mano
La ambicion lo usurpó de Clodoveo:
A este le sucedió un bastardo hermano,
Y á este el valor que de Amalo y Balteo
Las nobles sangres puso en un supuesto,
Y en él un nombre de los dos compuesto.

»Matáronle en Narbona, y entró luego
Téudis, en cuyo tiempo el real de Francia
En España sembró sangriento fuego
Con mayor daño suyo que ganancia:
Matóle un brazo loco en furor ciego;
Sucedió de Teudisclo la arrogancia,
Y á este de Egica la arriana suerte,
Y á ambos tras torpe vida infame muerte.

»Atanagildo entró determinado
De echar de España la romana gente;
Siguióle Liuva, y por acompañado
El cruel Leovigildo, rey prudente,
Aunque soberbio y sin piedad airado,
En grandeza y tesoros eminente,
De Recaredo padre, y de su hermano
El mártir Emergildo sevillano.

»Fué el singular y noble Recaredo
Del cetro y silla real sucesor dino,
De Francia vencedor, de Roma miedo,
Y de la fe restaurador divino;
De amada majestad, brioso denuedo,
De tan feliz estrella y noble sino,
Que del real valor que le acompaña
Eterna sucesion gozará España.

»Sucedióle de Liuva el reino breve,
De esperanzas en flor sembrado en vano,
Que Viterico con espada aleve
Segarlas pudo al cetro toledano,
Dejándolo él con muerte ménos leve
A Gundemiro, el que en fervor cristiano
Los templos hizo con piedad sagrados,
Inviolables defensas de culpados.

»Tras este el elocuente Sisebuto
Por dos veces triunfó de los romanos,
Y á los hebreos con público estatuto
Dejar les mandó el Reino, ó ser cristianos:
Entró al suyo de lágrimas y luto,
Niño de tierna edad y años lozanos,
Su hijo Recaredo, y murió luego;
Que aun no lloró á su padre con sosiego.

»Heredóle Suintila, y fué el primero
Que el reino hizo de España monarquía,
Y tras él Sisenando copió el fuero
De la jurispañola policía;
Chintila entró en resplandeciente acero,
Más que por sucesion por tiranía;
Y Tulga al mundo dió en veloz corrida
Solos deseos de gozar su vida.

»Alzóse con el reino Chindasunto,
Y sucedióle su hijo valeroso
El católico y noble Recisunto,
De ánimo insigne y corazon piadoso;
Tras quien á Wamba hizo el pueblo junto
En concorde eleccion rey poderoso,
Y él, dando temporal por infinito,
La púrpura trocó en sayal benito.

»Dió en sucesion el reino no estimado
Al conde Ervigio, rey ahora intruso
En la real silla, donde no forzado
A Egica su famoso yerno puso;
Por quien Vitiza entró en adverso hado,
De cuyo infeliz tiempo el torpe abuso
A oscurecer llegó y deslucir todos
Los graves hechos de los reyes godos.

»Fué ayo de perniciosas libertades,
Y el que estragó de la compuesta España
En las nobles virtudes sus beldades:
¡Tanto un mal rey con su insolencia daña!
Desnudó de sus muros las ciudades,
A las armas quitó el acero y saña,
Y al mal regido Reino dió permiso
Del sensual deleite en cuanto quiso.

»Privólo dél Rodrigo en campo armado;
Que su robusto pecho y brazo fuerte,
En sensuales deleites estragado,
Su grandeza perdió y ganó su muerte:
Un antiguo palacio dió encantado
En su alcázar réal la infeliz suerte,
A cuyo firme umbral el bronce duro
Mil siglos tuvo en su quietud seguro.

»Nadie en la antigüedad fué así atrevido,
Que el acero rompiese á sus candados,
Medroso que el furor allí escondido
Sus desastres tenia encarcelados:
Deste rey solo al pecho distraido,
La infiel codicia le vendió pintados
Los bárbaros que á España en triste dia
Un encantado bulto prometia.

»Turbóse el Rey al infeliz agüero,
Aunque el lascivo amor mas le turbaba
Con una dama y su desden severo,
Niña, lozana, altiva, hermosa y brava:
Por ganalla perdió su reino entero;
El fué el último godo, ella la Cava;
Su padre Julian, por él España
Bárbara presa de una gente extraña.

»En las selvas cayó del rio Leteo
Del sin ventura Rey el cetro y mando;
Quedó perdida España, harto el deseo
En sus destrozos el morisco bando;
Mas ¡qué no puede un vicio torpe y feo,
Y el descuido de un rey lascivo y blando!
Todo al fin lo abrasó y tragó en su rabia
La torpe secta que nació en Arabia.

»Hiciera punto aquí el linaje godo,
Su altivo reino y el valor de España,
En miserable riesgo puesto todo,
Al tirano furor de gente extraña;
Si un nuevo rey, por milagroso modo,
Del áspero solar de una montaña,
No levantara el cielo ya cansado
Del fiero azote y del rigor pasado.

»Fué este feliz restaurador Pelayo,
Del despojado rey noble sobrino,
En quien conservó el cielo vivo un rayo
Del gótico valor, brio peregrino;
Y el triste reino en su mortal desmayo
Nuevo aliento cobró, nuevo camino
A la rica esperanza, ántes sin vida,
De recobrar la libertad perdida.

»Pelayo al Reino dió un brazo animoso
Por sucesor de su ánimo valiente,
A quien la breve vida quitó un oso;
Y el católico Alfonso entró prudente
A gobernar el cetro valeroso
Por digno rey de la española gente,
Y en linaje, valor, brio y denuedo,
Inclito sucesor de Recaredo.

»Deste fué hijo el áspero Fruela,
Que, en corazon cruel y ánimo impuro,
Un hermano mató, sin mas cautela
Que deseos de gozar reino seguro:
Fué de su religion fiel centinela,
De su sagrada fe inviolable muro;
Y al estragado clero, en casto celo,
La limpia honestidad volvió del cielo.

»Fué alegre prenda de una hija hermosa
Del que en Guiena fué duque contrario
Al potente Martel, que en la alevosa
Francia á rey le subió el tiempo voltario;
Abuelo del que ahora reina y osa
Con sus duques nombrarse tu adversario,
De cuya sangre real, así enemiga
De Carlo-Magno y su francesa liga,

»El Casto rey nació, que ahora enfrena
Con riendas de oro la invencible España,
Y su hermana menor Doña Jimena,
Que al mundo dió del conde de Saldaña
La invicta espada de victorias llena,
Cuyas grandezas en prudente saña
Harán los hados, sin que el curso muden,
Que ahora espanten y despues se duden.

»Este es el gran Bernardo, á quien el cielo,
Por benignos favores de su estrella,
A su brazo rendido dará el suelo
Que guia de flor de lis la empresa bella:
Hará vengado á su ofendido abuelo,
Satisfará tu agravio y mi querella,
Y á un golpe, que la fama le atribuya
De Francia la honra y la opinion por suya.

»Es al presente un jóven valeroso,
De real disposicion, feroz denuedo,
Noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
De pecho altivo y corazon sin miedo;
En paz afable, en guerras desdeñoso,
De España, al fin; que es cuanto decir puedo;
Que un ánimo español de sangre noble,
En cuantas goza el mundo es fiesta doble.

»En la corte nació del rey su tio,
De adonde el sabio Oróntes, deudo nuestro,
Pequeño le robó, y por gusto mio
Ayo le ha sido fiel, guarda y maestro:
Salió cual se esperaba de su brio,
En todas armas valeroso y diestro;
Cuya temprana espada y brazo fuerte
Su rey libró de una alevosa muerte.

»No se crió en regalos ni en blanduras,
Ni el ocio padre fué de heróicos pechos;
Que del deleite humilde las dulzuras
Solo son de almas pobres ricos lechos:
Desde que á las primeras luces puras
Abrió los tiernos ojos, los vió hechos
A soledades y asperezas solas,
Y á oir del sordo mar las roncas olas.

»En el crespo Archipiélago copioso
De ásperas islas, un preñado monte,
De la jovial Creta al golfo ondoso,
Su cabeza descubre á mi horizonte;
Y entre el Samo y el Mergo pantanoso,
Y entre el principio de Asia y Negroponte,
Hecha deja una isleta y costa brava,
Que Icaria en otro tiempo se llamaba;

»En cuyos solitarios arenales,
Del atrevido Icaro la pluma,
Aun eternas conserva las señales,
Sin que el mudable tiempo las consuma;
Y su nombre en las ondas inmortales,
De herviente cubierto y blanca espuma,
Sobre el sepulcro temeroso suena,
Puesto al rigor de su mudable arena.

»El sabio aquí por la esperanza mia
A su cargo tomó la ilustre empresa,
Y en noble crianza y sabia policía,
Salva guardó la destruccion francesa,
Probando en aventuras que fingia
De su niñez la inclinacion traviesa,
Y tras ella sus años juveniles
Al grave pundonor de hechos gentiles.

»Vestíle anoche un rico arnes de acero,
Y armóle hoy caballero un rey persiano,
Guardando á mis lecciones el agüero
De un observado aspecto soberano;
Con que ya su valor veo tan entero,
Que golpe no dará en vacío humano,
Y á darte nuevas desta buena suerte,
Las alas me prestó el deseo de verte.

»Ya pues, diosa feliz, en lo restante
Por ti mi jóven se gobierne y rija,
Y contra el brazo y el furor de Anglante
Armas iguales tu saber le ellja;
Que aunque es á todo su valor bastante,
Con prevencion prudente el bien se fija,
Acudiendo á esta empresa, por ser tuya,
Yo de mi parte, Oróntes de la suya.

»Está de tu favor necesitado
El católico reino de Castilla
Contra el frances orgullo, que, agraviado,
Por fuerza quiere la española silla;
Y al valiente doncel recien armado
La soberbia del mundo se le humilla:
Solo tu amparo pide; que en la tierra
De la paz es el nervio y de la guerra.

»Si el frances enemigo se apodera
De España, queda muerto el valor godo;
Todo el mundo rendido á su bandera;
Que el cielo ha dado á España el mundo todo:
Suyo ha de ser en esta edad postrera,
Y de Francia será, si por tal modo,
Por fuerza ahora ó cautelosa maña,
Su brio introduce en el valor de España.

»Tu agravio queda sin venganza justa,
Y para siempre nuestro honor manchado,
Si el ímpetu frances á la robusta
Fuerza de España queda incorporado:
La nueva causa desta guerra injusta
Que entre estas dos naciones se ha trabado,
De aquí tomó corriente: advierte el modo
Que señora te dé una vez de todo.

»Hijo díje que fué del rey Fruela
El que lo es hoy de Astúrias y Galicia;
Mas quedó niño, y con su infiel tutela
De Aurelio usurpó el reino la malicia:
Sucedió del rey Silo la cautela,
Y á este, de Mauregato la avaricia;
Que por gozar de infame cetro de oro,
Bellas parias pagó en tributo al moro.

»Sucedió Don Bermudo á Mauregato,
De pecho real y de ánimo prudente,
Que al Casto primo dió del reino ingrato,
Como ántes era suyo, el cetro y gente:
Este es hoy de virtud vivo retrato,
En la guerra y la paz sabio y valiente,
Invicto vencedor, feroz guerrero,
Casto en la vida, en el juzgar severo.

»Mas viéndose de larga edad ceñido,
Y de ilustres deseos rico el pecho,
En el estrecho término encogido
De un combatido muro y pueblo estrecho;
Sin forzoso heredero conocido,
Con quien dejar su reino satisfecho,
Vió tambien que, aunque sobre fortaleza,
Es confusion un mundo sin cabeza.

»Y destos graves pensamientos llena
La heróica fantasía, el Rey, severo
Entre el cargo y descargo de la pena
De ver su invicto leon sin heredero,
De sus trazas tomó la ménos buena,
Sin fiarla de prudente consejero:
¡Notable error! Y en ya resuelta instancia
Ceder quiere su cetro en el de Francia.

»Movíale ver el brazo victorioso
Del nuevo Augusto César de Occidente,
Y el español distrito belicoso
Así ocupado de enemiga gente:
Quería dejar un capitan famoso
A su invencible ejército decente,
Que con su autoridad al pecho frio
Pusiese, á ser posible, mayor brio.

»Que á él su prolija edad mas le convida
Al ocio blando, que á la dura guerra,
Y del mauro la gente mal hacida
De aumentar trata la usurpada tierra;
Mas la rica esperanza concebida
Del noble fin que el real cuidado encierra,
Ya el tiempo con suceso no esperado
En ambiciosa guerra la ha trocado.

»Que el reino, al no decente ofrecimiento
Del Católico rey al rey de Francia,
De su imprudente arbitrio descontento,
Su valor ofendido y su arrogancia,
Que revoque pidió el dañoso intento
Con la segunda la primera instancia,
O la obediencia le alzarán debida,
Y harán no poco en le dejar con vida.

»Esto á anular bastó el concierto hecho
Con público estatuto y embajada,
Y agraviado el frances, quiere de hecho
La injusta sucesion con mano armada;
Y que la fuerza, á falta de derecho,
Le dé el reino, y sobre esto es la jornada:
De Francia la soberbia y de Castilla,
Desta fuente bebieron su rencilla.

»Vencidos ya Agramante y Desiderio,
Aquel rey africano, este lombardo,
Con el feroz poder del nuevo imperio
Sobre España el frances baja gallardo;
Y ella no tiene en todo su hemisferio
Otro valor igual al de Bernardo;
Mas basta este; que un brazo valeroso,
Un campo, un reino, un mundo hace dichoso.

»Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta
Del rico enjerto y de la invicta rama
Que ha de dar sombra al mundo, á Francia afrenta,
Y á su España de honor lustrosa llama:
Haz ahora tú, hermana, que yo sienta
Que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
Y que eres diosa del tesoro humano,
Que la guerra y la paz tiene en la mano.»

Al dulce hablar de la afeitada Alcina,
Morgana en gran deleite estuvo atenta;
Que es la lisonja dulce golosina
Que al necio rico en ambicion sustenta:
Y ufana con el nombre de divina,
Así arrogante respondió y contenta,
Sin mirar que la Hada en cuanto emprende
Solo á su gusto y no al ajeno atiende.

«Siempre creí que en tu cuidado puesto,
Vivia seguro el de mi honra y vida;
Que mas promete tu nobleza que esto,
Y en mas que esto te estoy agradecida:
El cielo á mi venganza está dispuesto;
Que pues la veo de tí favorecida,
Ya no la dudo ni recelo en nada:
Tú quedarás contenta, y yo vengada.

»Por varios modos pretendí vengarme,
Y todos ellos me han salido en vano;
Ya del fiel Galalon quise ayudarme,
Ya de la injusta muerte de Troyano:
De Agramante el valor pudo alentarme,
El tártaro furor y el africano,
De Mandricardo y Rodamonte fiero,
Mas á aquel mató Orlando, á estos Rugero.

»En graves pensamientos ocupada
El placer me halló de tu venida,
Ya en mis perplejas dudas enterada
Del frances riesgo en su fatal caida,
Aunque ignorando la dichosa espada
De tal hazaña digna y tal herida:
Ahora que tu saber me la ha mostrado,
Oye lo que al presente me da el hado.

»Ya sabes que son mios de derecho
Los tesoros del mar y de la tierra,
Y que á mi cetro y gusto paga pecho
Cuanto en los senos de los dos se encierra;
Pues donde del mar Jónio el bravo estrecho
De Acroceranio bate la alta sierra,
Cierta joya en el mundo celebrada
Dias há que á un grave fin tengo guardada.

»Aquellas armas que del griego Aquiles
A Ulises se entregaron por sentencia,
De ricas perlas llenas y perfiles,
En quien Vulcano echó toda su ciencia,
Donde en realces de mágicos buriles
Grabada está una oculta descendencia
De héroes ilustres que vendrán al mundo,
Del primer poseedor y del segundo;

»Del crespo mar una áspera tormenta
Allí hasta hoy las dió depositadas,
Sin que el furioso Telamon consienta
Que le sean de mortal mano tocadas:
Vive en su muerto corazon la afrenta
De haberle sido sin razon quitadas,
Y en virtud deste pensamiento altivo,
Muerto para guardarlas, se está vivo.

»Si ya este nuevo espíritu valiente
El fin supiere hallar desta aventura,
Yo mi favor le prestaré decente,
Y él me hará de su valor segura.»
Así Morgana al márgen de una fuente
Al blando viento hurtaba la frescura,
Y yo al sabor de su parlar atento,
Tambien bebí de su discurso el viento:

Cuando el tiple marcial que el clarin vierte,
Y el ronco son de trompas y atambores
Con que el mundo camina hácia la muerte,
Su plática deshizo entre las flores:
Cesó el sepulcro en que la Hada advierte
Que el arnes vive, lleno de primores,
Del griego capitan á cuya mano
Héctor murió y tembló el muro troyano.

Que el quinto cielo ya en sangrienta rueda,
Por la tierra marcial furor derrama,
Y en invisible aliento da el que pueda
Crecer á soplos de ambicion la llama:
Del rey frances los triunfos, con que queda
En majestad vencido el de la fama,
El requemado enojo, los desvíos,
Y del leonés los indomables brios.

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
Un soberbio castillo está labrado,
Que, aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento
El mundo, ni los cielos se la han dado,
Pues á solo él y su muralla fuerte
No ha podido escalar ni entrar la muerte.

En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertas, sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Ajenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña, suene,
Que de rumor las bóvedas no llene.

Fama, monstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcázar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela,
Favores pregonando y disfavores
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas y de lenguas,
De unos contando loores, de otros menguas.

Vuelan sus claraboyas por la cumbre
De la enarcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El aire baña y da hermosura al suelo:
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.

Los firmes quicios de las altas puertas
Sin guardadoras llaves ni candados,
A todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre
Al deseo de saber crece la hambre.

A estos, sin que el reciente rastro borre,
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que en sus patios corre,
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mudados en otra los publica,
Que, volviendo á encontrarlos sus autores,
Nuevos los juzgan y los dan mayores.

El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime:
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida;
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida:
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sugeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.

Así á los cielos ruego le suceda
Al vuelo heróico de mi corta pluma;
Que si hoy humilde y por el suelo queda,
Mañana suba á ser de honor la espuma;
Y en lo alto ya de la voluble rueda,
El tiempo ni la halle ni consuma;
Mas con su altiva voz tan hueca suene,
Que el mundo espante y sus regiones llene.

De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas colunas, graves mausoleos,
Anchos doriscos, sacros illones,
Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estatuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante ó mas segura;

En todas cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades:
No hay real corona ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades
Contra sus fuerzas: todo lo aportilla;
En todo imprime y causa novedades:
Los reinos muda, sus linderos trueca,
Y hoy, donde ayer fué mar, ya es tierra seca.

¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro oscuro de ásperos alanos?
¿Qué terrones rompió la inculta saña
De almonidas y antiguos turdetanos?
¿Quién los epalos fuéron, cuya maña
Al Bétis dió los muros sevillanos?
Los zacintos, los celtas, los ancones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?

Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias:
La romana y la griega monarquía
De Virgilio y de Homero, plumas varias,
Murieron, y ellos viven todavía:
Si á sus versos los reinos dieron parias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Ródas sus colosos.

Estos deseos, sabrosa medicina
Contra la muerte son de honrados pechos;
Que el alma eterna de nacion divina
Eternizar tambien desea sus hechos.
¿Quién á un famoso nombre no se inclina?
Quién la honra no antepone á otros provechos?
Quién tan inútil y de humilde suelo,
Que de una inmortal voz no ame el señuelo?

Pues este altivo monstruo en pasos blando,
De pechos nobles pasto apetecido,
Hoy por un ciego mundo hace volando,
Con mayor voz que nunca, mas rüido:
La nueva infausta guerra pregonando,
El valor del frances nunca vencido,
El aprieto de España y de sus cosas,
Unas alegres y otras lastimosas.

Y entre las que el clarin con mayor vuelo
Del vulgo humilde al real dosel levanta,
Es de Francia el ejército, que el suelo
Con sombra cubre y con braveza espanta:
Por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo
Ni otra voz suena ni otra gloria canta;
Que siempre el vario monstruo se recrea
Con los que la fortuna lisonjea.

Tambien la invicta España en contra viene
Del comun enemigo á la potencia
Con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene
En religion y leyes diferencia:
El que de arar la tierra se mantiene,
Los que en mandarla alcanzan eminencia,
Al que en alcázar real ó humilde choza
La nueva guerra asesta ó la paz goza;

Los que á Duero cultivan sus jazmines,
Y al rio Miño las riberas rojas,
Y de Ebro los principios y los fines,
De nieblas frias y corrientes flojas:
Los que del Tajo habitan los confines,
Y pisan de sus álamos las hojas,
Y el que sin fruto en Guadiana pesca
O al Bétis ciñe la ribera fresca.

Marsilio en prevenirse fué el primero
Contra el comun pavor que asombra á España,
Y al rey Casto ofreciendo un campo entero,
El de su gente infiel puso en campaña:
Mandando á Ferragut que al mauro fiero
Por gente pase natural y extraña,
Y á la de Cataluña, por Valencia,
De Africa anude y junte la potencia.

Fué Ferragut un bárbaro brioso
De fornida estatura de gigante,
Miembros doblados, ánimo orgulloso,
Colérico en sus gustos y arrogante;
En fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
Velloso rostro y áspero semblante,
Y en el llegar con su opinion al cabo,
Entre los valerosos el mas bravo;

A insignes triunfos de armas inclinado,
Y á desvolver del mundo las regiones,
Y dejar fama en él, que es un cuidado
Que no cabe en estrechos corazones:
Todo hasta el marcial pecho era encantado,
Y este, lleno de honradas pretensiones,
A sembrar sale belicosa saña
De Zaragoza á lo mejor de España.

Del Ebro claro á la corriente fria
Alterando llegó en rumor la tierra,
Con rayos de orgullosa valentía;
Que es la paz de su espíritu la guerra;
Y del florido salto que hacia
La preñada cuchilla de una sierra,
Como en grillos de plata, vió ceñido
Del humilde collado el tumbo erguido.

Así enfrenada la corriente brava,
De arboledas vestido y de frescura,
Que el sosegado curso que llevaba
A la vista engañara mas segura,
El bosque en sus cristales se miraba,
Y dando y recibiendo hermosura
De Flora, á vueltas via el brazo tierno
Rosas sembrando del florido cuerno.

La fresca vid al álamo sombrío
Sus ramos dulcemente encadenaba,
Y á costa del humor del manso rio
De una inmortal frescura le adornaba,
Donde al ardiente sol el blando frio
Con pardas frescas sombras convidaba,
Y á contemplar en su cristal profundo
Otro bosque, otro cielo y otro mundo.

En este alegre soto entretenido
Sus flores Ferragut pisa contento,
Y del lugar y del calor movido,
Un nuevo busca y apacible asiento:
Este halla fresco, el otro mas florido,
Aquí hay mas verde juncia, allí mas viento,
Hasta que de uno en otro remolino,
De un raudal espumoso al salto vino.

Al sordo murmurar que se despeña
El hondo valle suena comarcano,
Y de una peña dando en otra peña,
De aljófar lleno salta al verde llano:
Aquí una cueva está que, aunque pequeña,
Hecha parece por divina mano,
En cuyo húmedo seno y hueco frio
Las deidades habitan de aquel rio.

Donde en tiernos cuidados ocupadas,
En grutas de cristal y ondas ceñidas,
Las ninfas sobre telas delicadas
Sus amores dibujan y sus vidas:
Las rubias hebras de oro marañadas,
Entre la blanda lana retorcidas,
A vueltas muestran de sus lazos bellos
Mil lances de primor dellas y dellos.

Aquí entre olores que tributa el prado,
Al ronco estruendo del cristal rompido,
El moro, en graves trazas ocupado,
Sin saber cómo, se quedó dormido:
Débil Morfeo en paso sosegado
El sentir le robó sin ser sentido,
Al blando entrar de una quietud suave,
Que al sueño abrió, y al alma echó la llave.

Y apénas de la vista en las ventanas
El sentido comun fijó dos sellos,
Y de las cosas las figuras vanas
Hechas aire sutil voló por ellos;
Cuando con luces no del todo vanas
El sueño le mostró, en retratos bellos,
Un alarde á quien dan rayos adustos
Los malogrados fines de sus gustos.

Sueña que se halla en los alegres dias
Que á Doralice festejó en Granada,
Cuando á un breve favor largas porfías
La puerta le dejaron mas cerrada:
Las armas y pomposas gallardías
En la amorosa empresa celebrada
De Angélica, y la bella Guadalara,
Del Brabonel amante prenda cara.

Prosigue amor en su pesado sueño,
Y hácele en Babilonia enamorado
De Bagdelia, y que en Persia alzó por dueño
A la hada Argiran de su cuidado:
Que á la dueña del lago en dulce empeño
Tambien sin premio le entregó el cuidado,
Y de Marfisa fué atrevido amante,
Y oculto de la bella Bradamante;

Que á Flordelis y á Flordespina quiso
En diferentes partes, y en ninguna,
O sea por cuidadoso, ó por remiso,
Favorable le vino suerte alguna,
O sea estrella cruel, hado preciso,
Azotes ó regalos de fortuna,
O la aspereza de su rostro y talle;
Que era oille temor, miedo miralle.

Nadie le codició por tierno amante,
Ni él en saberlo ser halló ventura,
Con que el parlero sueño fué bastante
A despeñarlo en una cueva oscura,
Donde en lloroso vió y mortal semblante
La bella granadina hermosura,
Que á la arrogancia de su pecho fiero
Su primer gusto fué y su amor primero.

Parécele que en triste cárcel puesta,
Donde halagüeñas lágrimas vertia,
Con medroso ademan y habla modesta
Breve socorro á su afliccion pedia:
Quiso darle las obras por respuesta,
Y del pesado sueño la agonía
Su quietud le hurtó, y en medio el prado
Un sátiro á una ninfa vió abrazado.

Ahora fuese que al sabroso frio
A recrearse sin temor saliese,
Y á gozar de algun álamo sombrío
Su labor y la siesta le moviese;
O que en la cueva del cercano rio
En cuidosas lazadas le prendiese;
O que ahumado encanto le fingia
Lo que durmiendo oyó, y despierto via:

En mil lazos el sátiro encadena
El delicado cuerpo trasparente,
Y la boca, de amarga espuma llena,
Ya el dulce aliento de la ninfa siente
Que á desdeñosos golpes le refrena;
Y en teson duro y forcejar valiente,
El torpe nudo huye y feo semblante
Del atrevido deshonesto amante.

Procura libertar el tierno cuello
Del peligroso nudo de sus brazos,
Y el sátiro importuno el bulto bello
Mas encadena en amorosos lazos:
El cendal rompe, troza los cabellos,
Y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
Y todo en vano; que, aunque no rendida,
Está de la ocasion del gusto asida.

Cual parda sierpe que, de nudos llena,
El águila real lleva á su nido,
Las alas con sus roscas encadena,
Y en ellas cuerpo y piés le tiene asido;
O escura yedra que, en maraña amena,
El tronco á un olmo deja entretejido;
O el blanco risco que la jibia tiñe;
O el pulpo en negros lazos teje y ciñe:

Tal el lascivo sátiro envolvia
La bella ninfa en su prision forzada:
El moro, que entendió la demasía
Del torpe amor y el tiempo ocasionada,
Del fresco lecho salta en que dormia,
Y al vano amante la desnuda espada
Al ciego corazon le guió de suerte,
Que echó fuera el amor y entró la muerte.

Cayó descoyuntado al mortal hielo
El corvo fauno, y una alegre fuente
Las nuevas flores del pintado suelo
En su cristal bañó resplandeciente:
O fuese influjo de observado cielo,
O de májica fuerza cerco ardiente,
Al desangrado amante entre la yedra
El mundo recibió mudado en piedra.

Y un celoso cristal por la herida,
De desengaños lleno, corrió al rio,
Tal, que si al gusto á verse en él convida,
Tal vez le vuelve en tristes sombras frio;
Que al pecho no dió amor duda escondida,
Que clara no la dé el licor sombrío,
Los celos, las sospechas, los antojos,
Descifrados su luz pone en los ojos.

El hijo de Lanfusa fué el primero
Que el alinde probó de la onda pura,
Y ya por culpa ajena ó rostro fiero,
Del suyo le asombró ver la figura:
O sea sospecha ó caso verdadero,
El lo sabe, y amor, que le asegura
Que de su arco los ménos agraviados
Salen, cuando no heridos, asombrados.

Ni importa en nobles gustos ser amado;
Que en alegre verano y pasto tierno
Al corderillo que hay mas regalado
A vueltas crece de la lana el cuerno:
El caso de Anteon, ¿á cuál honrado
En el alma no imprime miedo eterno?
Pues no hay Diana tan fiel, si se le antoja,
Que en ciervo no convierta á quien la enoja.

Para humillar de su altivez la rueda,
En gustos locamente confiados,
Labrada esta parlera fuente queda
De un libre desengaño de cuidados,
Donde el Narciso de favores pueda
En el agua escribir los mas fundados,
Y gozar, en sus márgenes y orillas,
De los hurtos de amor las maravillas.

Del feo bulto del fauno heredó el nombre,
Y de su pecho y cuernos agua fria,
Y su fama en el mundo tal renombre,
Que de divino oráculo servia:
¡Ciega locura aventurar el hombre
Sin ganancia el caudal de su alegría!
¡Vana curiosidad, locos antojos,
Donde es mejor no ver que tener ojos!

Bien que al cristal de su parlero seno,
Hermosos campos y pinturas bellas,
Un tierno niño amor, de gustos lleno,
Sobre un cielo de flores por estrellas;
Mil bellas ninfas por un bosque ameno;
Vénus, que alegre se regala entre ellas,
Y al compas de los sátiros que espantan
Bailan las unas y las otras cantan;

Cuanto el antojo del que al agua llega
Por gusto pide, halla retratado:
Montañas de oro la codicia ciega
De Midas, si aun le dura ese cuidado;
Cazas Adónis en su fértil vega,
Desengaños de amor quien no es amado,
El nuevo amante pensamientos tiernos,
El galan galas, el celoso infiernos;

Los caballeros guerras y aventuras,
Los sabios mil secretos naturales,
La vista melancólicas pinturas,
Los placenteros ojos otros tales;
El labrador sus mieses mal seguras,
El pescador sus cañas y sedales,
La dama bella amor, galas la fea,
Y cada cual, al fin, lo que desea.

En campo abierto el agua trasparente
Un tiempo al mundo dió sus maravillas;
Mas el ciego concurso de la gente
Que á ver llegó sus márgenes y orillas,
Con disgustos turbada la corriente,
Rojas volvió sus flores amarillas,
Hasta que en defendida niebla oscura
La ninfa le encantó la hermosura.

Fué esta aparente máquina de cosas
Sombrios cercos de la hada Alcina,
Que á hacer las de Bernardo mas pomposas
Su nuevo estudio y su saber camina;
Y de España las sangres belicosas,
A que su natural gusto la inclina,
Entre estas sombras quiere y su aparato
Al mundo dar un singular retrato.

A este fin levantó en sus huecos senos
De un rico alcázar la belleza extraña,
Cuyas cornisas y artesones llenos
De lazos de oro tan sutil maraña,
De marciales sucesos mas ó ménos
Que en venideros siglos tendrá España,
Crecientes olas que en lenguajes mudos
Los campos honrarán de mil escudos.

Hasta aquel siglo de oro y rey prudente,
Que, como ántes, la vuelva monarquía,
Y el lleno goce en él de su creciente,
Y sin menguante corra su alegría:
Esto en muros de vidrio trasparente
Y en cristalinos tumbos de agua fria
La ninfa dibujó, y en niebla oscura
Encantó hasta su tiempo su hermosura.

Al primer riesgo de la sabia fuente
El lascivo animal perdió la vida:
La ya vengada ninfa, en la corriente
Del claro rio sin temor metida,
Viéndose con castigo suficiente,
En su ofendido honor restituida,
A su libertador vuelve lozana,
Y á darle el premio del favor se humana.

Los espumosos tumbos refrenando,
De entre ellos levantó el gallardo cuello,
Con las nuevas vislumbres deslumbrando
Al que se atreve con su riesgo á vello;
Y en lazada sutil de un cendal blando,
En crespos lazos reformó el cabello;
Que, á no ser de mas precio su tesoro,
El dia comprara dél sus rayos de oro.

Halló el moro caida entre las flores
De un sirgo azul la tela delicada,
De matices cubierta y de primores,
Milagros de la aguja de la Hada;
Donde en preciosas sedas y colores
Una historia sutil vió dibujada,
Parte labrada ya, parte en amago,
De punto natural ó aspecto mago.

Nunca de Pálas la sutil aguja,
Cuando Aragne intentó su competencia,
A los heróicos dioses que dibuja,
Igual perfeccion puso ni igual ciencia;
Ni el divino cendal que sobrepuja
Toda invencion de humana suficiencia,
Sembrar pudiera en el atento moro
Igual deleite ni mayor tesoro.

No entendió las figuras, aunque pudo
Su gallardo ademan entretenello,
Y atento á verlas por un rato, mudo
El gusto le dejó del cendal bello.
La sabia ninfa, que del torpe nudo
Del ya muerto animal vió libre el cuello,
Y al caballero en entender atento
De su labor el escondido cuento,

Por conveniente paga que al servicio
En algo iguale de su espada hecho,
Y el premio al recibido beneficio
La majestad descubra de su pecho,
Quiso al moro dejar; que es noble oficio,
En su presente gusto sátisfecho,
Con breve relacion de cuánto incluso
En el ricó cendal su aguja puso.

Huyóse de las aguas el rüido;
Y por hacerse espejo á su belleza,
El rio, en nuevo estanque convertido,
Inmudable volvió su lijereza;
Y ella en palabras de inmortal sonido
Así, al invicto moro vuelta, empieza:
«Bien que sea tu valor en cuanto haga
De su antigua virtud la mayor paga,

»Tal vez á un fiel servicio le ennoblece
Que digno dél quien le recibe sea,
Y el gusto y gloria de la hazaña crece
Cuanto es mayor la parte en que se emplea;
Pues porque el tuyo en lo que en sí merece
Su colmo goce y su creciente vea,
Contarte quiero á quién por modo honrado
Con tu invencible espada has obligado.

»Conocerás de paso los varones
Que en mi heróica labor voy dibujando;
Que sombras de proféticas visiones
No se pueden gozar solo mirando;
Y yo, que el gusto miro en las acciones,
Ya los deseos del tuyo estoy juzgando.
Oye pues; te diré, moro valiente,
Lo que deseas saber y hay en mi fuente.

»Una soy de las ninfas deste rio,
De su juncia nacida en las riberas;
Ya en otro tiempo el ejercicio mio
Fué por los montes fatigar las fieras:
Ninguna selva ni lugar sombrio
Sin los despojos de mi caza vieras:
En armar redes y acechar paradas
Las mas diestras no fuéron tan nombradas.

»Sin lanudos sabuesos ni lebreles
Al jabalí rendí y al oso fiero,
Y si hay fieras mas fieras y crueles,
Esas trataba de amansar primero:
De rosas coronada y de laureles,
Más tuve, sin querer, de un prisionero;
Que de lo que yo entónces me preciaba
Era de un arco, un dardo y una aljaba.

»Y no me estraga el áspero ejercicio
La atezada beldad de mi figura;
Que si estimarla en poco no fué vicio,
Nunca mas la estimé de lo que dura:
El terso espejo, cuyo amargo oficio
Es siempre preparar nueva hermosura,
Nunca la mia templó, ni en clara fuente
Por nuevo adorno contemplé mi frente.

»Ya Febo estas montañas abrasaba,
En iguales balanzas puesto el dia,
Cuando yo sus collados trastornaba
Rastrando un ciervo que flechado había:
El cansancio el calor me acrecentaba,
Y una fresca alameda que nacia
De las orillas de este hondo rio,
Señas hacia temblando á un viento frio.

»Tejiendo en frescas hojas y altas ramas
De sombrios sauces y ásperos laureles
Tupidas cuevas y floridas camas
De azules lirios, carmesíes claveles,
De atada yedra y revoltosas gramas,
Vistosos lazos, rejas y canceles,
Donde el blanco jazmin hacia ventana
Al tierno grumo de la vid lozana;

»La murta, madreselva y arrayanes,
Los almeces cercaban y algarrobos,
Y ellos con sus brutescos ademanes,
De hojosas ramas resonantes globos,
Por donde las calandrias y faisanes
Cruzando, daban silbos y corcovos,
Y el sol por su tupida celosía
Su luz queria engazar y no podia:

»Bebiendo al fresco viento el soplo blando,
Al frio llegué de la ribera amena,
Por donde se iba, sin mover, pasando
En brazos de cristal la onda serena,
Cuyo profundo seno va volcando
Los granos de oro en la menuda arena:
Meto el pié dentro, y como siento el frio,
Desnuda me arrojé en el manso rio.

»A veces con la una y otra mano
Si asir procuro de las ondas frias,
Ellas, haciendo mi trabajo vano,
De mí se huyen por diversas vias:
Vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
Y entre el huir del agua y mis porfías,
Sentí por ellas nuevos remolinos,
Y vi temblar los árboles vecinos.

»El dios deste lugar, sagrado rio,
De verdes cañas y ovas coronado,
El rostro y barba llenos de rocío,
Lloviendo arroyos de sudor helado,
En una mano un álamo sombrio,
Y en una urna de vidrio reclinado,
Del lugar con el mio mas vecino
Salió rompiendo el muro cristalino.

»Al descubrir el dios quedé turbada,
Y á huir medrosa comencé desnuda,
Y él viéndome sin ropa, despojada
De mi arco de oro y de su flecha aguda,
Ardiendo sintió el alma ántes helada,
Y de su nueva pretension no duda;
Que al gran señuelo que el amor le hacia,
Ningun estorbo en él serlo podia.

»Yo huyo dél cual tímida paloma
Del presto gavilan que le da caza,
Y él el seguirme tan por suyo toma
Como á paloma el gavilan de raza:
Saliendo deste valle, á aquella loma
Subia; y como nada me embaraza,
En lugar de correr creo que volaba,
Y siempre á mis espaldas le llevaba.

»En esto veo su sombra de improviso
Que el sol ya por mis hombros la subia,
Si no era de algun álamo ó aliso,
Y por suya el temor me la vendia;
Mas no era el presto dios nada remiso,
Ni sus piés solos cabe mí sentia;
Que ya casi en mis pasos tropezaba,
Y su aliento el cabello me volaba.

»Pasmóme el corazon un miedo helado,
Y allí, sin poder mas, me vi rendida;
Que al desenvuelto amante el premio amado
Metiendo espuelas via en la corrida:
Los ojos volví al cielo, y el cuidado
Le entregué de mi honra y de mi vida,
Y á la casta Diana en tal estrecho
Esta breve oracion dije en mi pecho:

»—Divina diosa, si por mí ofrecidas
Víctimas fuéron humos de tus aras,
Y sus puras entrañas encendidas
Llamas, en nombre tuyo, dieron claras;
Si aljaba y flechas traje á tí debidas,
Y tu selva aprobó sus diestras varas,
Deste fiero enemigo y su torpeza
Defiende, oh casta diosa, mi limpieza.—

»A este fresco lugar en que ahora estamos,
Diciendo estas palabras descendia,
Cuando Diana de entre aquellos ramos
Salió esparciendo en mí una niebla fria:
Las dos en medio della nos salvámos;
Y el fugitivo dios, que ya ponia
En mí sus brazos, aunque quedó ciego,
Por mil partes cercó la nube luego.

»Yo, viendo tan solícito enemigo,
Aunque de la triforme luz guardada,
Y en su inviolable amparo y casto abrigo
Segura estaba de dañarme nada,
La beldad ciega que vivia conmigo,
Inquieta me traia y alterada,
Cual tímida cordera que presente
El lobo en torno del aprisco siente.

»Cuando medrosa entre un sudor helado
Me vi ir toda abrasando y consumiendo,
Que á modo de rocío delicado
De sus senos la nube fué lloviendo:
Los huesos ya en cristal se habian trocado,
Y como hielos se iban derritiendo,
Corriendo entre las yerbas; y el amante,
Que el agua conoció, mudó el semblante.

»Dejó la grave majestad pesada,
Y en ver mis nuevas ondas atrevido,
—La empresa mia, dijo, es acabada;—
Y en sus aguas tras mí se ha convertido:
Yo, viendo pretension tan porfiada,
Rendíme; y al tomarle por marido
Vi que á mudar el celestial decreto
Ningun humano curso hace efeto.

»Entre estos riscos mi morada tengo
De cristal duro y blancos pedernales,
Y aquí con otras ninfas me entretengo
En dibujar empresas inmortales:
Del dios Jano por recta línea vengo,
Y saben las antorchas celestiales
Que es Iberia mi nombre, y mi estandarte
La mejor sombra del sangriento Marte.

»Fué Túbal, nieto del famoso Jano,
De quien segunda vez renació el mundo,
Y á poblar esta tierra de su mano,
De Armenia vino sobre el mar profundo:
Deste nació el segundo rey hispano,
Llamado Ibero, y yo deste segundo:
Este es mi antiguo origen: deste Ibero
Nombre tomé, y le dí á este mundo entero.

»Soy pues la que hoy en grave pompa y vuelo
Sus cosas guia, y soy la que su fama
Con pio derramará y heróico celo
Por cuanto el rojo sol su luz derrama:
De entre las ondas de mi claro hielo
El cielo ha de sacar la inmortal llama
Que dará vida y ley á un mismo paso
Desde la rubia aurora al turbio ocaso.

»Quisiérate mostrar, pero no quiero,
Los preciosos tesoros de mi cueva,
Las grandezas que al siglo venidero
Por todo el orbe su corriente lleva;
Los triunfos y el camino verdadero
Que al mundo sacará una gente nueva,
A reducir debajo de su lanza
Cuanto rodea el sol y el mar alcanza.

»Los apartados reinos, y las gentes
Por los senos del mundo derramadas,
El fin del mar, las playas diferentes,
Y aquellas islas del calor tostadas
Que al valor de mis claros descendientes
Por las estrellas viven reservadas,
Aunque no caben todas en la tierra,
Lo ménos cuanto en que mi pecho encierra.

»Mas no es posible alcance tantas cosas
El presto huir de un tiempo tan escaso,
Ni tú, en horas tan breves, mis famosas
Grandezas puedas ver sino es de paso:
A otro brazo las lumbres poderosas
La victoria pasaron deste caso,
Y á tí lugar famoso al márgen suyo,
En honra al real valor del brazo tuyo.

»Mas por bastante paga al beneficio
De haber en mi favor tu espada honrado,
Ya que el precioso hado te es propicio,
Y tanto tu nobleza me ha obligado:
Del mundo por venir, un breve indicio
Quiero que en mi labor veas abreviado,
En nueve hermosos rayos, cuya llama
Con los nueve compite de la fama.

»Este lienzo entre lazos de oro fino
Al mundo guarda vivos sus retratos,
Cuya estampa y dibujo peregrino
Labrando me entretiene alegres ratos.»
Dijo, y desde el remanso cristalino
La tela desdobló, que dió baratos
A sus ojos mil rayos de contento;
Y ella así prosiguió su alegre cuento:

«Estos que de mi aguja retratados
Dan gloria á las edades venideras,
Son nueve capitanes celebrados,
Tras de quien vienen todas mis banderas:
Los triunfos á sus hechos reservados
Celebrados quedaran si los vieras;
Que yo ahora no he de darles mas renombres
De que aquí los conozcas por sus nombres.

»Este que ves entre moriscas lides
Con seis azules roeles señalado,
Antiguas armas del gentil Persides,
En tiempo del rey Artus celebrado,
Es el godo aleman Nuño Belchides;
Y este escuadron que en sombras abreviado
Aun se está en los principios de mi aguja,
Y su luz la del cielo sobrepuja,

»El fruto es de su tronco, que al cercano
Mundo que ha de venir promete el cielo,
Y yo en su nombre al reino castellano
Príncipes dignos de su invicto suelo;
Y á Castro y Lémos, colmo soberano
Desta creciente, cuando en feliz vuelo
Nazca un Apolo por patron y guia
De una famosa historia suya y mia.

»El que tras él no quiere atras quedarse,
Y su opinion tan adelante lleva,
Que á todo el ancho mundo hará estimarse
Si á hacer llegare de su espada prueba,
Pues aquí no pudieron dibujarse,
Celebre sus hazañas con voz nueva,
Y al conde Hernan Gonzalez sin segundo,
No solo España, pero todo el mundo.

»De la real sangre que sucede y mana
A Sandoval desta sagrada fuente,
Lerma gozará duques, y hará ufana
A España un soberano descendiente,
De cuya sabia y fiel prudencia humana,
El grave sucesor de un rey prudente
Hará el mejor gobierno que en Castilla
Haya tenido la española silla.

»Este de blancas plumas señalado,
Que el campo de morisca sangre baña,
Si el frigio Héctor no ha resucitado,
Famoso Cid será y honor de España:
Temblará Mauritania en verle armado,
Y en el frio ataud (¡grandeza extraña!),
Hecho á vencer con su ademan altivo,
Tan bien vencerá muerto como vivo.

»Mira tras este al que por propio nombre
El de Gran Capitan será debido,
Y si el retrato te parece de hombre,
Es porque en mortal lienzo está tejido:
Su fama, sus hazañas, su renombre,
No en colunas de mármol esculpido
Al mundo dejará para memoria;
Mas toda Italia cantará su gloria.

»Este á quien favorece la fortuna
Al parecer con tan alegre cara,
Si los hados le sacan de la cuna,
Marques será famoso de Pescara:
Victoria eterna en inmortal coluna
Digna promete á su grandeza rara,
Y él al honor de España un gran tesoro
En el rey preso de los lirios de oro.

»Aquel por tantos mares venturosos
En pequeños bajeles engolfado,
Es Hernando Cortés, que en mil colosos
Su nombre ser merece eternizado:
Descubrirán sus ojos venturosos,
Y rendirá su esfuerzo afortunado
Otro mundo, otro cielo y otro polo;
Que es poco para él un mundo solo.

»Este que tiene el venerable cuello
De un bello tuson de oro enriquecido,
Y colgado del peso dél y dello
Del suelo lo mejor y mas florido,
Si acaso el mundo mereciere vello,
Como él ser su monarca ha merecido,
Duque de Alba será, y honor de España
En Portugal, en Flándes y Alemaña.

»El que sobre este carro cristalino
El mar gobierna en venturoso freno,
Si al mundo hallare su valor camino
Para dejarlo de victorias lleno,
De Santacruz será marques divino;
Y si la parca en su enlutado seno
Antes de tiempo su valor encierra,
Temblar hará el furor de la anglia tierra.

»Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apénas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo dia
Que en su rëal presencia amanecia;

»Yo digo de aquel príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Despues que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú y el de Lepanto;
Y desde allí con triunfo victorioso
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
De Cárlos Quinto, emperador del mundo.

»¡Oh estrellas, cómo fuistes envidiosas
A la gloria de España! Oh duro hado!
Si al golpe de sus suertes valerosas
No les faltara tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se hiela el fiero escita,
Adonde el abrasado mauro habita.

»Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores
Deste mi soberano descendiente;
Y vosotros, divinos resplandores,
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela
Que sobre su cabeza en torno vuela.

»Destos nueve bellísimos luceros,
En oro ahora y rosicler grabados,
Sin otra inmensa copia de guerreros,
Entre sombras y luces escorzados,
A los siglos prometen venideros
Honra á los vivos, gloria á los pasados.
No sé si diga, en tan veloz corrida,
Otro que aquí de intento se me olvida.

»Vive en el mundo, y es el adversario
Mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
Por quien un nombre heróico el tiempo vario
Para siempre dará á tus obras vivo:
Dejara el alabar á tu contrario;
Mas véotele mirar con rostro esquivo,
Y es de tan grandes llenos la figura,
Que aun asombra su luz puesta en pintura.

»Es pues el valeroso brio dispuesto
Que allí campea entre plumajes de oro,
Y en tierna edad y en ademan compuesto
Al frances rinde y doma al pueblo moro,
El invicto Bernardo, en quien he puesto
De mi esperanza el sin igual tesoro,
Cuya braveza ha de librar la mia
De un yugo de ambiciosa tiranía.

»Ya en nuevo arnes grabado representa
Un invencible Marte al turbio Egeo,
Donde al rigor de una áspera tormenta,
De un casto amor le alcanzará el deseo;
Y con el rey de Persia en lid sangrienta
Ya esta noche le vi, y ahora veo
Que fué el segundo trance y el primero
De que triunfó con voz de caballero.

»Otro tuvo en defensa de su tio
En los famosos bosques de Miduerna,
Donde de mora sangre un rojo rio
Su dura espada abrió y su mano tierna:
Allí, sin otras armas que su brío,
Su rey libró, y ganó una fama eterna;
Mas son ensayes; que en las véras puesto,
Su espada rendirá de un mundo el resto.

»Matará en Benavente y en Zamora
Al soberbio Alcaman y al rey Oreste,
Que con la suya la pujanza mora
Hará que ni le valga ni le preste:
Dejo el campo de Orcejo; dejo ahora
El riesgo del rey Casto, y muerto en este
El antiguo Don Bueso, que á Castilla
Humillar quiso á la Aquitania silla.

»Dejo trances de honor, dejo victorias
Que mil clarines volverán sonoros,
Y de quien de memorias en memorias
La fama hará el mayor de sus tesoros:
Las tierras que en pomposas vanaglorias
Dará á su rey y quitará á los moros,
Dejo, y dejo tambien el triunfo manco
De Barbaste, Sobrarbe y Monteblanco.

»Ni de la conquistada Barcelona
Digo ya el merecido principado,
Ni el tributar Italia á su persona
En escaño rëal cetro dorado:
Ni al ponerle al imperio la corona
A un golpe de su espada en tal estado,
Que por bien que la fama ande ceñida,
Siempre á sus piés se le dará rendida;

»Que esto es lo ménos de su brazo fuerte,
Y de los bravos que hoy pisan el mundo,
A los mas por su mano ha de dar muerte,
Y harto el primero hará en quedar segundo:
Ni pienses que es el nuevo encarecerte
De sutil invencion parto fecundo,
Que ya algun dia tú has de ser testigo
De lo mas y lo ménos que aquí digo.

»Lugar precioso en esta rica tela
Queda á otros nobles hijos de la fama,
En cuya heróica historia me desvela
La industria de mi mano y de su fama;
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
Es la que á eterno nombre y voz los llama.
Ahora, en tanto que ellos nos suceden,
Oye lo que los hados te conceden:

«Si en esta clara fuente siete veces
Al rayo de la luna te lavares,
Y á los difuntos dioses tus jüeces
Con nocturnos inciensos aplacares,
Y una sagrada víctima le ofreces
Al dios conservador de estos lugares,
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
Harán que al mundo eternamente vivas;

»Y tu edad y tu siglo se renueve
Como los campos con las frescas flores,
Sin que tu vista eterna noche pruebe,
Ni tus sentidos sientan sus temores,
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
Y por abril nacieren los amores,
Y el cielo coronaren las estrellas,
Y los años volaren en pos dellas.

»Mas si por no observar las impresiones
De los celestes astros lo dejares,
Y destas ceremonias y oraciones
Indigno el limpio y grave arnes juzgares,
De las otras forzosas ocasiones
Este rocío temple los azares,
Y en tu ántes duro trato vuelva el mio
Gusto agradable lo que fué desvío.

»Perderás las congojas del profundo
Sueño que te inquietó la fantasía,
Pues gozar de inmortal vida en el mundo
El cielo te lo da por otra vía,
Si merecieres el lugar segundo
En los contextos de una historia mia
Que ha de durar mas siglos en la tierra,
Que ondas derrama el mar y arena encierra.»

Dijo, y de en medio del sagrado rio
Con la mano arrojó licor bastante,
Con que al valiente moro creció el brio,
Y lo áspero lavó al feroz semblante:
Volviendo lo argentado del rocío
El ántes rostro bárbaro, elegante,
Desnudo del primer capote y ceño
Que de horrible le hacía zahareño,

De una apacible gravedad compuesto,
Hasta en los ojos de la envidia amable,
Así en gallarda proporcion dispuesto,
Que aun el áspero gusto volvió afable;
Que mas se da con la ventura que esto,
Como sin ella es todo abominable.
El agrado, la gala y la hermosura
No son mas que un rocío de ventura.

ALEGORÍA.

Por la cueva del Hado se entiende la Providencia divina, á quien todas las cosas están sujetas.

En la relacion de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y cómo ni el cetro y corona de las majestades de la tierra, ni por altos ni por grandes, se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el Sátiro, cuán poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasion, y cómo para librarse della conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el sér, le perficionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y cómo á veces hasta de lo por venir le da noticia, como la Hada á Ferragut.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Ferraguto, envidioso de las alabanzas de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso doncel que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el Conde. Trátase de las fiestas de Francia y del consejo de guerra del César, donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orónates robó á Bernardo.

Queria el moro por tan ricos dones
Mostrarse agradecido y obligado,
Cuando, sin aguardar á otras razones,
La Hada se volvió en cristal helado;
Y él, vestido de nuevas perfecciones,
El camino siguió de su cuidado,
De gusto lleno y desabrida pena,
Con el bien propio y con la fama ajena.

Del Ebro inculto por la fértil grama
De sus mismas acciones va admirado,
Fria de envidia el alma con la fama
Que al gallardo leonés promete el hado:
Celos le hielan, el honor le inflama,
Y en él y en su experiencia confiado,
—¡Será posible, dice, que en el mundo
Hay quien me haje á mí al lugar segundo!

Primero en ciega confusion hundido
Todo lo dejará este brazo fiero,
Los que ahora viven, los que ya han vivido,
Cuanto me espera á mí, cuanto yo espero:
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido
En todos trances el lugar primero:
Este defenderé con dura guerra
A cuanto surca el mar y ara la tierra.

No volveré á los ojos de mi gente
Sin quitar á mi honor este embarazo,
Y ver si dese montañes valiente,
Lo que no hizo el mundo hará su brazo.
A buscarle quiero ir al mar de Oriente,
Y quitarle la vida en su regazo,
Antes que toque en tierra y haya brio
En ella que compita con el mio.—

Así dijo: fantástico y brioso
Su caballo guió para Valencia;
Que es el honor herido en pecho honroso
Viva inquietud, agravio sin paciencia.
Dos dias anduvo sin hallar reposo
Tras el fin de su vana competencia,
Discurriendo por ella, y sin camino,
De un desatino en otro desatino.

Mas ya al tercero, cuando el sol sembraba
Del dorado cenit rayos mayores,
Y el pastor caluroso se amparaba
Al fresco de los sauces entre flores,
Por el nuevo camino que llevaba,
En lijeros caballos voladores,
Huyendo vió venir una doncella,
Y un caballero en los alcances della.

Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,
Y él con solo el intento de alcanzalla,
Con la cobarde espada alta y desnuda,
Por herilla, prendella, ó por matalla:
Sacó el moro feroz la suya aguda,
De quien los bravos tiemblan en miralla...
Cuando Teudonio en la prision de Luna
Así en cuentas está con su fortuna,

Llegó el alcaide entreteniendo el paso
Con sagaz atencion á lo que habia:
Acogiéronle bien, viólos de paso;
Que solo á requerirlos descendia:
Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,
Su corta fe, su escasa cortesía,
Y mordiendo los labios al ultraje,
Entre un suspiro reprimió el coraje.

Y vuelto al Conde, dijo: «Al fin, cual digo,
De la cuadra rëal llegó á la puerta
El aviso traidor del falso amigo,
Cuando ni pudo entrar ni la halló abierta:
Yo, viendo el riesgo y fin del enemigo,
Y mi importante traza descubierta,
El rebozo troqué en que satisfaga
Mi muerto honor la prevenida daga.

»Y ántes que el frio temor, en las entrañas
Entera entró y se la escondí dos veces;
Con que el sensual amor y sus marañas
Huyó corrido entre sangrientas heces:
¡Oh cómo el tiempo da vueltas extrañas!
Oh cómo humilla locas altiveces!
Matóle al fin del muerto honor la traza,
Y una ventana le colgó á la plaza.

»Yo allí aclamando —¡libertad! victoria!
Leon por el rey Casto!— Con que á un punto
De los contrarios no quedó memoria;
Que á mi voz viva y á su rey difunto
Libres dejaron la usurpada gloria,
Las armas y el rendido alcázar junto,
Hecho ya en roja sangre un negro charco
Con mi espada y las gentes de Filarco.

»Sacudió el yugo infame del tirano
El reino fiel del oprimido cuello,
Haciendo en estos trances de mi mano
Que el despojado rey volviese á sello:
Prendí, tracé, compuse, y todo en vano,
Pues al fin se olvidó tan presto dello:
Vino á hacer Cortes luego, y á ser vino
En mis alegres bodas el padrino.

»Mostró correspondientes los favores
A la importante fe de mis servicios,
Siendo en todo mis votos los mejores,
Y mis sanos consejos mas propicios;
Hasta que el malsinar de hombres traidores
Esta privanza leal sacó de quicios,
Trocándose los vientos favorables;
Que hombres, aunque sean reyes, son mudables.

»Mahamut, arrez de Mérida, fué un moro
De falso pecho y de ánimo atrevido,
Que, ardiendo en ambicion, rompió el decoro
Al rey Hissen de Córdoba debido;
Y con su gente y bárbaro tesoro,
Ya el africano yugo sacudido,
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,
Y al amparo se vino del rey Casto.

»A este, por órden y consejo mio,
En fiel guarda le puso á las fronteras
Que el Miño riega, y crece el Duero frio
Por hondos saltos y ásperas laderas;
Y allí en dos lustros por su ardiente brio
Al mundo espanto dieron sus banderas,
Y el reforzado puesto en que vivia
Asaltos á los moros cada dia.

»Era temida hasta en su misma gente
La aspereza del bárbaro inhumano,
Enemigo feroz, brazo inclemente
Al pueblo infiel y ejército africano.
Un hermano no ménos que él valiente
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano
Un dia, por sedicioso y homicida,
El rey Casto prendió y quitó la vida.

»Encendió al moro el presumido agravio
En deseos de vengar su hermano muerto:
Era mudable, trascendido y sabio,
De sangre castellana y mora engerto;
Y como de traidor tenia el resabio,
Y de astuto el falaz pecho encubierto,
Encerró en él con pundonor discreto,
De la traicion que urdia el gran secreto.

»Y por mostrar que del perdido hermano
La odiosa muerte ya tenia olvidada,
Al Casto rey envió á pedir humano
Importante favor á una jornada;
Y á mí, por de mas nombre y mas cercano
A la persona real, dió encomendada
La suya, y de su causa me hizo agente
Con mil lisonjas y un falaz presente.

»Dióse el despacho, á diligencia mia,
En despediente afable y grato modo,
Y en la conquista y tierras que pedia,
Sin nada reservar se le dió todo;
Mas no el traidor Alcaide pretendia
Favor, sino venganza del rey godo,
Enviando, con el nombre de embajada,
Doblada gente y prevencion doblada.

»Del trono real á descansar bajaba
Al valle de Miduerna comarcano
Tal vez el Casto rey, donde gozaba
De ver correr un oso de verano;
Y el montañes Filarco le hospedaba
Con espléndida mesa y franca mano
En un real bosque que en hinchada loma
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

»En esta insigne casa de contento
De alcaide el fiel Garilo nos servia,
Puesto en olvido el alevoso intento
Con que, á tener mas tiempo, me vendia;
Aunque él á la traicion trocando el viento,
La doró con decir que pretendia
Con aquella ocasion verse á mi lado,
Para morir allí ó salir honrado.

»Es fácil de engañar un noble pecho,
Y en un traidor jamas faltan engaños.
Este, pues, que parece que fué hecho
Para sacar á luz los mas extraños,
Era en Miduerna alcaide, á mi despecho,
Por el gusto de Arliada, habia dos años,
Cuando de Mahamut la torpe gente
A Leon llegó con su falsa pretenda.

»Y ahora por grave suma de tesoro,
O la esperanza de otra mas cumplida
En él, porque escondió el escuadron moro,
Del Casto rey deseando la venida,
Donde la fuerza los guardó del oro,
Sin ser de nadie su traicion sentida,
Hasta que el señalado tiempo vino,
Y un notable suceso en el camino.

»El Casto Alfonso al real jardin derecho
A espaciar se guió, cuando en un llano
Que el monte da á la humilde selva hecho,
Un doncel pareció y un hombre anciano:
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
De rostro enjuto, talle cortesano,
Palabras pocas y modestia mucha,
Dos grandes bienes al que ve y escucha.

»Del doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brio natural llegado el arte,
Era en humano traje ángel divino:
Hijo hermoso de Vénus y de Marte
En su aire le juzgaras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si, como yo, te hablara su hermosura.

»Niño que el tierno bozo le apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos y de vista brava,
Suave en el mirar y zahareño:
Temor el verlo y alegría causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,
La cifra hacia del deleite y gusto.

»En un bravo fantástico caballo
De la color y lustre del armiño,
Que Genil vió nacer, Bétis criallo,
Y de su juncia aun no perdió el cariño;
Sin poder con el freno sosegallo,
Lozano el potro, y el ginete niño,
Y así, trocando manos y visajes,
Heria el jaez, temblaban los plumajes.

»De azul, tela de plata y encarnado,
Rico jubon, coleto y calza al uso,
El bohemio en armiños aforrado,
Que el regalo y la gala juntos puso,
Con broches de diamantes recamado
Y perlas en labor y órden confuso,
Y en el sombrero, en plumas y en alirones,
Engastes de rubís hechos florones.

»La calza de obra y ricas entretelas,
Lanzando rayos con vislumbres de oro,
De puntas de diamantes dos espuelas,
Y de rubís por ellas un tesoro;
El blando freno, estribos y charnelas
Con pardos nieles de artificio moro;
La guarnicion de la gallarda espada
De esmeraldas y perlas amasada.

»Varios entalles de oro en cada hebilla,
Sonando del pretal las guarniciones,
De verde brocatel la corva silla,
Y del mismo matiz riendas y acciones;
Gripado lo embutido de platilla,
Y en nuevos trebolillos y florones,
Con asientos de perlas y rubazos,
Floridos brichos y escarchados lazos.

»Así tal vez entre celajes pardos
Suele, bullendo en luz resplandeciente,
Con bellas alas de oro y pasos tardos,
El lucero alegrar al rojo oriente;
Y entre peñascos de ámbares gallardos
Dorar las nuevas rosas de su frente,
Recamando de aljófares y grana
El tierno dia, el mundo y la mañana.

»Tal el doncel llegó, tal el mirallo
Deleite puso y gusto en los presentes:
El Rey por le hablar paró el caballo,
Hecho un tejido muro de sus gentes;
Cuando el sabio gentil que á presentallo
Al Casto rey venía, estas prudentes
Palabras sembró al aire, y fué escuchado
Del circunstante pueblo descuidado:

»—Aunque jamas en mí, rey poderoso,
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
Por si fuí en algun lance sospechoso
Y tu gusto agravié por complacerte,
El brazo deste jóven valeroso
De mi culpa podrá satisfacerte,
Cuando su espada ampare, no vencida,
De varios riesgos tu importante vida.

»Tienes con él mas parte que conmigo,
Con ser yo por mil partes todo tuyo;
No tardarás en conocerme amigo,
Y en suficiente prueba el valor suyo;
Que el furor de un doméstico enemigo
Te aguarda en este parque, para cuyo
Remedio todo lo posible he hecho
En reducirle á tiempo de provecho.—

»Dijo, y el Casto responder queria
Del grave anciano al noble ofrecimiento,
Cuando el jayan Fracaso, que venía
Por traidor capitan de falso intento,
Viendo que el Rey el paso suspendia,
Feroz salió en su loco atrevimiento,
Temiendo, en verle así, por cosa cierta
Ser su oculta traicion ya descubierta.

»Con cien valientes moros, del castillo,
—Muera el ingrato Rey,— salió gritando:
Suspendimonos todos en oillo,
Al Casto en frágil escuadron cercando,
Por donde á todo riesgo abrió portillo
Del furor ciego el enemigo bando,
Dejando su confusa arremetida
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

»El doncel de la selva, compelido
De un brioso ardor y el gusto de mostrallo,
Niño lozano y de ánimo atrevido,
La espada sacó á un tiempo y el caballo;
Y cual si temeroso ciervo herido
Le espoleara el deseo de alcanzallo,
Salió contra la bárbara emboscada,
Sacando, mas que el sol, rayos su espada.

»Era Fracaso un moro berberisco
De grueso cuerpo y ánimo doblado,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista torpe, en lengua libertado;
Cuba de alegre vino; que el morisco
Que en esto se desmanda es consumado,
Y á la sazon sobre un frison polaco
Hecho venía, recien comido, un Baco.

»Lleno el celebro de arrogancia y vino,
Cual fantástica torre iba el primero,
Cuando el diestro doncel salió al camino,
Vestido uno de seda, otro de acero.
Hizole al moro errar su desatino,
Y acertarle el contrario un reves fiero
Que dejó por el suelo su braveza,
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

»Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
Cual si vivo buscara á nuestra gente,
Donde al miedo primero de mirallo,
La nueva admiracion creció presente;
Acudió á toda rienda por vengallo
De su morisma el escuadron valiente,
Que en confuso alarido sin reparo
Por el nuestro rompió de claro en claro.

»Eran los diestros moros escogidos,
Armas, lanzas, caballos, caballeros
Al alevoso asalto apercebidos
Y á cualquier trance de ánimos enteros:
Los nuestros solo á caza prevenidos,
Aljubas de color, petos lijeros,
Propios para huir desa manera
O de la muerte ahora ó de una fiera.

»Quedaron los mas bravos por el suelo,
Sembrados los no tales por el llano;
Que ni del Rey ni de su honor el celo
Freno dar pudo á su temor liviano:
Encontróse Dorasto con Tranquelo,
Aquel moro valiente, este cristiano,
Y vinieron al prado sin sentido,
El moro muerto y el cristiano herido.

»Volvióse á levantar, cobró sangriento
Su fiel caballo y el contrario escudo,
Y con él, con su espada y con su aliento
Del Rey lo fué mientras durarle pudo:
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
Vestido de lealtad, de armas desnudo,
La defensa que pude y que debia,
Sin dar un paso atras hice aquel dia.

»Mas ¡quién dirá entre tantas las proezas
Que el doncel bello en este tiempo hacia!
¡Los peligrosos golpes, las destrezas
Con que unos daba y otros rebatía!
Cortando piernas, brazos y cabezas,
A este ayudaba, al otro defendia,
Aquí se ampara y acullá ejecuta,
Y á todo acude con presteza astuta.

»A Mosquito llevó una espalda entera
Mollita de Coimbra, renegado,
Que por ser brava su mujer y fiera,
A ser moro se fué desesperado,
Donde encontró una vieja hechicera;
Que fué siempre en casarse desdichado,
Y dichoso en el golpe que hoy le deja
Libre de una celosa y de una vieja.

»El diestro brazo le arrancó del codo
A Fulco, gran maestro de un montante,
Con que le arrebató su saber todo,
Y de muy sabio le dejó ignorante;
Y al tahur Alcin le dio un reves de modo
Que ambas las manos le quitó delante,
Y él, hecho á perder manos en el juego,
Quedó del golpe con algun sosiego.

»A Zegrildos pasó de parte á parte,
Valiente capitan de Peñaranda,
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,
Y á Berberuz el de la roja banda:
Hiere, rompe, destroza, hiende y parte,
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,
Hecho en la gallardía y la persona
Un formidable hijo de Belona.

»Cual rayo ardiente que en revuelta llama
De tres puntas los rústicos haberes
Del campo asuela, y la copada rama
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,
Humeando deja, el hueco monte brama,
Gime el cielo al caer, la rubia Céres
Arde en secas aristas, y en su daño
La madura esperanza esconde al año,

»Ni era menor el daño que hacia
El escuadron contrario en nuestra gente;
Que uno muere, otro cae, otro huia,
Otro queda hecho piezas por valiente.
El soberbio Abdelmon, que pretendia
Ser de Mahoma oscuro descendiente,
Y en su ciego Alcoran tener cauciones
Para mudar decretos y opiniones,

»Traia un diestro herir tan presuroso,
Que era el asombro del sangriento llano:
Derribó á Peñalver, mató á Fragoso,
Uno bravo leonés, otro asturiano;
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso
Que con lenguaje libre y cuerpo enano
Solia satirizar, por su deporte,
Los descuidos del Rey y de su corte.

»Mas dañóle aquel dia uno que él tuvo,
No ser en huir como en hablar prolijo;
Que hacer entónces á Abdelmon le pluvo
Nuevo donaire del que tantos dijo;
Y en verle así pequeño se detuvo,
Y al brazo se le ató por regocijo,
Hecho de espada que ántes era, escudo,
Dado á su tahalí en el suyo un nudo.

»Pudo la alegre burla estarle á cuento,
Que á sombras del juglar nadie le heria,
Cuando una flecha por el libre viento
A poner tregua en su placer venía:
Dió en la visera, y acertando á tiento,
Los sesos le cosió en la fantasía,
Quedando muerto y el enano vivo,
Por dueño ya del que ántes fué cautivo.

»El Casto rey entre escabrosas breñas
A su gente formó frágil reparo,
Y con mañosa industria á sus pequeñas
Fuerzas trazó defensa y puso amparo:
Bien que contra las armas extremeñas
El vencer fuera incierto, el morir claro,
Si el doncel de la selva le faltara
O su presta venida se tardara.

»Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
Resplandeciendo en láminas de acero,
Uno en los abrasados Garamantes
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero,
De gruesos cuerpos y ánimos bastantes
A rendir el furor de un campo entero;
Y para en él llevar nuestro rey preso,
Un fuerte carro de acerado peso.

»El mauro Dragonel, que iba delante
Armadas de un alfanje ambas las manos,
Con presto herir y con feroz semblante,
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:
Mató á Feinigue, músico y danzante,
Al duro Orbelio y á Franconio hermano,
Que en ciego pleito andaban por su herencia,
Y el gigante igualó la diferencia.

»Aun todavía con ellos combatiendo,
Muerto el uno del todo, el otro herido,
El gallardo doncel pasó corriendo
Del gran cómbate por lo mas tejido;
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
Detener el caballo desabrido,
En el jayan chocó, y á todo vuelo
Como una gruesa torre vino al suelo.

»Quedó sin la una pierna en la caida,
Y encima della y dél muerto el caballo:
Causó la no pensada arremetida
El dar en el gigante y derriballo,
Ver el confuso campo de vencida,
Preso el anciano rey, y por librallo
A toda furia arremetió, y al paso
Le ofreció el cielo el venturoso caso.

»De la escogida escuadra, á quien cumplia
En Lugo al Casto rey dar preso y vivo,
A pesar de quien mas lo defendia,
En su carro Zairan le entró cautivo;
Y con la rica presa que hecho habia,
A larga rienda y paso fugitivo,
Sin aguardar al fin de la revuelta,
Cumplida su intencion daba la vuelta.

»¿Quién del real jóven contará el denuedo
Al diestro entrar del peligroso alcance,
El derribar á Dragonel, y el miedo
Que á todos puso este segundo lance?
Yo lo vi y lo toqué, y apenas puedo
Creer que hombre mortal tal brazo alcance:
Corriendo su caballo á todo vuelo,
Una lanza al pasar cogió del suelo.

»Y puesta sin perder tiempo en la cuja,
La enristró contra el fiero Calimargo,
Que un áspero alcornoque sobrepuja
En bestial proporcion de duro y largo;
Y cual menudo aljófar, limpia aguja
Taladra, cruza y pasa sin embargo,
Así el tierno doncel ó el feroz Marte
Al gran jayan pasó de parte á parte.

»Rindió la brutal vida al golpe houroso:
¡Caso extraño! Pues oye lo restante:
Gabadul, que volvió el rostro espantoso,
Y muerto de un encuentro vió al gigante,
Bramando contra el cielo, asió furioso
Su alfanje, y al doncel, que halló delante,
Quiso, sin creer que fuese el homicida,
Que su muerte pagase con la vida.

»Mas sacóle el caballo así lijero,
Que dieron golpe y cólera en vacío,
Bien que en un hombro abrió el furioso acero
De un pequeño rasguño un rojo rio,
Con que el jóven que huyó volvió mas fiero,
Y viendo del contrario el desvarío,
Le ayudó de una punta, y puso en punto
De ir, aunque vivo, a dar sobre el difunto.

»Enlazó con los brazos su caballo
El jayan, de la firme punta herido;
Perdió el sentido, mas volvió á cobrallo,
En nuevo espanto y cólera encendido;
Y alta la espada hácia el doncel, por dallo
En dos partes de un golpe dividido,
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,
Y turbado, perdió golpe y concierto.

»Y el doncel á un reves la mano airada
Con tal donaire revolvió y tal fuerza,
Que, aunque de tierno brazo y nueva espada,
El golpe le obligó se agobie y tuerza;
Y abierta una espantosa cuchillada
Al hombro diestro, cuanto mas se esfuerza
A la venganza y en sus rabias muerde,
Mas tibio aliento y roja sangre pierde.

»Que al diestro reportarse del contrario,
Y hacer con cauta lijereza herida,
Sin tiento andaba, en movimiento vario
La fuerza, y no la cólera, perdida;
Y en golpes ciego, en iras temerario,
A dos manos la firme espada asida,
Uno se afirma á dar, y, á darle entero,
Hiciera dos un Cáucaso de acero.

»No pudo huir el jóven valeroso
El riesgo todo, y cuando mas no pudo,
El golpe entró á coger con brio airoso
En la sangrienta espada y el escudo,
Donde al grabado acero un cerco hermoso,
Y de diamantes al plumero un nudo,
A tierra derribó, y abrió en la frente
De roja sangre una vistosa fuente.

»Valió al doncel que por el blando viento
Del corvo alfanje un tercio dió en vacío,
Que, á no hallarse tan junto un fin violento,
Sin tiempo hiciera malograr su brio;
Y entre armiños y plata el rio sangriento
De rubís pareció, y de nieve un rio,
Creciendo con los nuevos arreboles
Brio en su brazo, y en su espada soles.

»Y así al salir rompió con tal violencia,
Que el corvo escudo y el brazal siniestro
Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,
Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:
Dejó el jayan la espada, y sin prudencia
Quiso asir con la mano al jóven diestro,
Que de un dulce reves á todo vuelo
Dos dedos de los cinco le echó al suelo.

»Tal vez así en aquel florido puesto
Cerdoso jabalí se vió acosado
De un sabueso irlandes, que en contra puesto,
Ladrando le entretiene desarmado,
Hasta que del venablo el golpe diestro
Ya por el yerto lomo soterrado,
Furioso cierra, y quiere desa suerte
Morir matando á quien le dió la muerte.

»No de otra suerte el bárbaro gigante
Morir desea matando á su enemigo,
Rabioso en ver que á su ánimo arrogante
Un desarmado niño sea el castigo;
Y él, con la diestra punta por delante,
Por entre malla y malla abrió un postigo
Al ronco pecho, que arrojó con brio
De requemada sangre un negro rio.

»Venía en el servicio del rey Casto,
Altravicio, un fantástico mancebo
De aguda presuncion, de ingenio vasto,
De antiguas vidas un archivo nuevo:
Momo de habilidades, cuyo pasto
Fué siempre decir mal, y dese cebo
Sacó por menor paga y mayor mengua
Dos riendas en la cara, y no en la lengua.

»Autor de extraordinarias opiniones,
Vano hablador, baraja de porfías,
Tan lleno de razon y de razones,
Que venciera con ellas un Golías:
Adulador, quimera de invenciones;
Y por dar en privado aquellos dias,
Y fingirse algo allí donde era nada,
Al Rey acompañaba en la jornada.

»Este cobarde, que huyó el primero,
Viendo el temido riesgo reparado,
A hacer volvia del gallardo y fiero
Con limpia espada y ánimo hurtado,
Al tiempo que el gigante iba lijero
A abrazarse al doncel, y él, recatado,
Le barrenó de una estocada el pecho,
Y dándole lugar, pasó derecho.

»Fué á dar con el bascoso desatiento
En el vano Altravicio, que venía;
Cayó sobre él, y como leon hambriento
A rabiosos bocados le comía;
Y él, que en su boca nunca tuvo tiento,
Muriendo en otra, conoció aquel dia
Que es justo el cielo en que permita y quiera
Que allí cada uno con sus armas muera.

»Ya el preso rey en su carroza estaba
De la sangrienta lid un largo trecho,
Con diez soldados, cuya vista brava
Cobarde hacia al mas valiente pecho:
Síguenle algunos; pero el que llegaba
No era al segundo golpe de provecho,
Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
Gallardo á su pesar, pasó adelante.

Mató un caballo, y manca la carroza,
El curso refrenó, y un diestro moro,
Alcambisto, nacido en Zaragoza,
Alcaide en Portugal, casado en Toro,
De anciano parecer y sangre moza,
Armado en blanco con plumajes de oro,
A encontrallo salió, y pudo encontrallo
Si no cayera su andaluz caballo.

»Pasó furioso el moro: el doncel, visto
Su riesgo, revolvió mas concertado,
Dando al segundo encuentro de Alcambisto
Del roto escudo un cerco destrozado,
Por donde el hierro de la lanza listo
Pasó el acero y parte del costado,
Quedando sin escudo y sin sentido,
Y el buen caballo en un cuadril herido.

»Grande fué el golpe y grande su castigo,
Y la pena tan bien ejecutada,
Que, con ser él autor, yo fiel testigo,
Pienso que es su verdad verdad soñada,
Pues hecho dos de solo un enemigo,
Con tal velocidad corrió la espada,
Que, rebanando acero, carne y hueso,
Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.

»El del doncel cayó ya sin aliento,
De la fuerza que puso en la herida,
Al dar el desigual golpe violento
En la feliz segunda arremetida:
Saltó el jóven; pisó el prado sangriento,
De adonde con veloz arremetida
A la carroza fué, á quien, por parallos,
Las piernas cortó á tres de seis caballos.

»Púdolo hacer sin riesgo; que los nuestros,
Ya conociendo la victoria, ufanos,
Que del tierno doncel los golpes diestros
Con tanta admiracion les dió en las manos,
En el herir y en el huir maestros,
Rodearon los rendidos africanos,
Que allí pagaron la traicion urdida,
O con la honra huyendo ó con la vida.

»El herido doncel tras un caballo
De los que al rojo campo andaban sueltos
Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
En la morisca lid nos dejó envueltos:
Ninguno le siguió ni fué á buscallo,
Hasta que ya de la victoria vueltos,
De alegre gusto y de despojos llenos,
Su singular valor echámos ménos.

»El Rey, que vió su libertad y vida
Deberla toda á aquella heróica espada,
Y la honra y majestad ántes perdida
Con sus famosos golpes restaurada,
No viendo el dueño, y viendo su partida
Tan sin sazon ni tiempo acelerada,
Y que ni el sabio que ántes le traia
Ni él por el campo y bosque parecia,

»A notorio milagro le tuvimos
De nuestro gran Patron; que de aquel modo
Ya muchas veces batallar le vimos,
Y á su espada rendirse un campo todo:
Otros que eran los ángeles creimos
Que ántes la cruz labraron al rey godo;
Porque de las hazañas la braveza
Sobraba á toda humana fortaleza.

»Diez moros, tres fantásticos gigantes,
Y otros tantos valientes caballeros,
Los mas dellos caudillos importantes,
De pechos bravos y ánimos guerreros,
De otras tantas heridas penetrantes,
Altivos golpes y altibajos fieros,
Rendidos; libre el Rey; y todo hecho
De un tierno brazo y desarmado pecho.

»¡Quién pudiera creer que fuera humano
Brazo tan tierno y pecho tan altivo,
Tras la codicia de buscarle en vano,
Sin le poder hallar muerto ni vivo!
Hasta que por las nuevas de un villano
El Rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
De sus heridas, y el gallardo lustre
De su linaje real y sangre ilustre.

»Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,
Y es cansarte añadir nuevas historias
Que ni son de tu gusto ni mi intento,
Y las mas para ti poco notorias:
Y así, digo, señor, que el fundamento
Fué de mi daño, frágiles memorias
De mis servicios, y sin culpa mia,
La traidora emboscada de aquel dia.

»Que, como del florido parque el daño
Nació en que iba á hospedarse el Rey seguro,
De Filarco y de mí temió el engaño,
Y sospechas cobró del fuerte muro:
Mandó arrasarlo, y con rigor extraño
De estéril sal cubrir el campo duro,
Y derribar por él torres y almenas,
De mas lealtad que de desastres llenas.

»Huyó el traidor alcaide, con que puso
Escrupuloso al Rey de nuestro trato,
Y á prendernos de hecho se dispuso,
Por ser tan justiciero como ingrato;
Que olvidar los servicios es el uso
Que en la corte se vende mas barato,
Y el que ni muda ley ni guarda leyes,
Desde el menor lacayo hasta los reyes.

»Esta es la historia y curso de mi vida,
Y la traicion que aquí me trajo preso,
Con otras circunstancias añadida
De ménos importancia y de mas peso;
Mas, porque no sea en todo desabrida
Ni dura mi prision, ahora tu seso,
Señor, la temple, y si te viene á cuento,
Me di quién eres, para no ir á tiento.

»Que si por la presencia he de juzgarte,
Templanza, autoridad, talle y figura,
Bastantes causas dan de respetarte
Tu mucha gravedad y compostura;
Y aquesta misma estimacion es parte
De hacer la mia en tu valor segura,
Y que desee saber con fundamento
Qué aire alteró de tu fortuna el viento.»

Así Teudonio dijo: el de Saldaña,
Con pecho y corazon sobresaltado,
Como que en una historia tan extraña
Algun caso le toque no pensado,
Oyendo del doncel de la montaña,
Niño de tierna edad y ánimo osado,
De sangre real, la suya alborotada,
Así con voz le respondió turbada:

«Señor, si desde luego no he traido
A tus piés con humilde reverencia
Aquel respeto á tu valor debido,
Y el que pide y se debe á tu presencia,
Esta dura cadena lo ha impedido,
Y el no fiarme aquí de la experiencia
Para creer que á un príncipe tan alto
Fortuna obligue á dar tan bajo salto.

»Mas ya que el tiempo por consuelo mio
Quiso igualarte á mí en tu desventura,
Y que de mi fortuna el desvario
Con otro mayor cure su locura,
En mi intencion y tu valor confio
Que alcanzaré perdon y honra segura
De quien la puede dar al mundo todo,
O preso ó libre, de cualquiera modo.

»Perdona si dilato y no te digo
Todo el secreto y casos de mi vida;
Que la honra que me hizo igual contigo
No la quiero tan presto ver perdida,
Hasta pedirte ahora como amigo,
Y no como inferior, dejes cumplida
Tu historia, y me declares si has sabido
Quién fué el doncel tan bien encarecido.

»De dónde vino á se volver tan presto
Un tierno niño y un jayan tan fuerte;
Que lo deseo saber para tras esto
En todo sin estorbo obedecerte:
Perdóname, señor, serte molesto;
Que el ver tan llena mi felice suerte
De tu afabilidad y gracia, ha sido
Quien me ha vuelto enfadoso de atrevido.»

Don Sancho así, con pecho alborotado,
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
Humilde al gran Teudonio y reportado,
El nombre pide del doncel valiente;
Cuando, del dulce estilo acariciado,
Termino cortesano y elocuente
Del preso ignoto, en gravedad compuesta
Esto dió á su pregunta por respuesta.

«En triunfo triste y suspension callada
El destrozado Rey daba la vuelta,
Del riesgo aun la persona alborotada,
Y en deseos de venganza el alma envuelta,
Cuando, al sordo bajar de una cañada,
De los cristales de Ezla en flores vuelta,
Dellas cubierto, el rústico Silvano
Salia de su vecina selva al llano;

»Y ante el brioso alazan que el Rey traia
Postrado con medroso encogimiento,
—Señor, dijo, á la humilde choza mia,
Que á los piés tiene deste monte asiento,
A la hora vino ayer que se fué el dia
La alegre vista de un doncel sangriento
Con un viejo sagaz que era su guia,
Y a tu real mano este papel envia.

»Por enjugar la sangre á las heridas
Del amado doncel paró un instante,
Y en bálsamos de yerbas conocidas
Mitigado el dolor, pasó adelante.—
Del Casto rey las nuevas recibidas
En gusto general, ver lo restante
En el papel mandó, y el que servia
De secretario dijo que decia:

»—Al Casto Alfonso, el mago Oróntes griego,
Salud, y muerte al bando sarracino,
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego,
Estorbo de tu gusto y mi camino:
El mismo esta partida ordena, y ruego
Al curso eterno del volar divino,
Por tales puntos sus estrellas guie,
Que a tu honra bienes sin cesar envie.

»El tierno brazo que con nueva espada
Hoy hizo estreno della en tu servicio,
Y de bárbara sangre barnizada,
Dió de la suya real bastante indicio,
No ha vuelto su partida acelerada
Antojo nuevo de inconstante vicio;
Mas celestial impulso que le llama
Por este curso al colmo de su fama.

»Conviene á la salud y al noble aumento
De su importante nombre esta partida:
A tiempo volverá que mas contento
Que pena ahora cause en su venida;
Que yo, que solo á tu servicio atento
Mi tiempo gasto y trazo el de su vida,
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,
Y ahora en riesgo á él si no hace ausencia.

»Esta causa nos lleva, esta nos pudo
A tus montes volver de los de Oriente,
Despues que en turbio cielo y dia sañudo
Niño en Miduerna le robé á tu gente:
Dos llenos lustros en silencio mudo
De España, por mas bien, ha estado ausente,
Probando en el honor de hechos preclaros
La noble vida de sus miembros caros.

»No en deservicio tuyo el robo ilustre,
Mas en favor de su importante vida,
El hado le trazó, y porque deslustre
Su espada el golpe de la mas temida:
Al fin, del reino el bien, de España el lustre
Es sangre de la tuya producida,
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
Tan llorado este tiempo por perdido.

»De Francia no te altere el rompimiento,
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias;
Que es nube hinchada de ambicioso viento,
Que en daño suyo ha de llover desgracias;
Y de tu gran sobrino el firme aliento
Asi sus brios y sus fuerzas lacias
De un golpe dejará, que sea testigo,
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo.—

»Esta en suma es la carta: oye quién sea
El sobrino del Rey, y por qué via.
Junto de Oviedo en una alegre aldea,
Donde la corte un tiempo residia,
En gallardo ademan y real librea
Una Infanta bellísima vivia,
Niña de tierna edad y alma lozana,
Y del rey Casto Alfonso única hermana.

»Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
Unió con ella un conde de Saldaña,
De la gótica sangre descendiente,
Y de la nata del valor de España,
Privado ilustre, y de su rey pariente;
Mas en una desdicha todo daña;
Y así no valió al Conde en cosa alguna
Amor, privanza, sangre ni fortuna.

»Tomó en agravio el Rey lo que pudiera
A feliz suerte de su hermosa hermana,
Si el real respeto con rigor no fuera
Contrario en esto á la razon humana:
Quiso que el Conde en larga prision muera,
Y en clausura la Infanta soberana,
Nacido della ya el doncel gallardo,
Que, de su abuelo, se llamó Bernardo.

»Crióle el Casto rey con nombre de hijo,
Tiernos gustos de amor y fe paterna,
Hasta que en la ocasion de un regocijo
El sabio Oróntes le robó en Miduerna:
La causa ni la sé ni nos la dijo,
Ni de dónde nació amistad tan tierna
Con el doncel y con el rey gallego,
Siendo el uno español y el otro griego.

»El Casto, con la alegre nueva ufano
Del doncel ya llorado por perdido,
Viéndole vivo, y por su altiva mano
A su primer grandeza reducido,
Ni al moro teme ni al poder cristiano,
De la experiencia y la esperanza asido;
Antes para la guerra venidera
Solo que vuelva su sobrino espera.

»Y si no son lisonjas de la fama,
O el tiempo sin sazon corta la espiga,
No hay lengua en cuanto España se derrama
Que otras grandezas que las suyas diga:
Uno Marte español, otro le llama
Alcides nuevo; y todo en voz amiga
Celebra, ora de vista, ora de oidas,
Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.

»La guerra que con Francia está aplazada,
Del mundo sin por qué mortal ruina,
Es toda de ambicion ocasionada
Y de imprudente traza repentina.....
Mas ¿qué accidente ó causa no pensada
A tal congoja y lágrimas te inclina?
Qué desgracia ó pasion puesta en olvido
Mi cuento á la memoria te ha traido?

»Si es por hallarte sin por qué enterrado
A tal sazon en sótanos estrechos;
Que, cual yo pienso, el ocio desalmado
Carcoma es interior de honrados pechos;
El reino está y el Rey tan apurado
De hidalgos que lo sean en sus hechos,
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
Mas aun las de la muerte, si pudiera.

»Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,
Y de cualquiera causa que proceda;
Qué podré hacer por ti me advierte en tanto
Que este altibajo de fortuna rueda;
Que tu valor en mí ha podido tanto,
Que nada el mio te negará que pueda,
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
El desear yo tanto tu alegría.»

Dijo, y el preso conde á sus razones:
«O invicto don Teudonio, ¡cuán al vivo
Tus palabras descubren los blasones
De la real sangre por quien muero y vivo!
No tiene ni ha tenido el Rey prisiones,
Cárcel crüel ni calabozo esquivo
Que puedan agraviar y hacer ultraje
A quien no fuere de tu real linaje;

»Y así, lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor, á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre rëal la mia extraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me vi algun tiempo vivo.»

«¡Oh cielo santo! don Teudonio dijo,
¡Posible es que veo viva la persona
Así agraviada del valiente hijo
Del conde de Saldaña y Barcelona!
¡Oh humano engaño! Oh corto regocijo!....»
Mas ya á mi voz el llanto desentona;
Que venturas halladas en cadenas
Solo para lloradas salen buenas.

Otra vez cantaré de los varones
El muerto gusto de su alegre vista,
Sus mal afortunadas pretensiones;
Que una desgracia no hay quien la resista;
Y ahora entre los franceses escuadrones
Sus fuerzas toda la fortuna alista,
Y en sonando de Marte el ronco acero,
Ningun atento gusto queda entero.

Cargada de favores de fortuna,
Altiva estaba la indomable Francia,
Su fama por el cuerno de la luna,
Y sobre el mismo rumbo la arrogancia,
Sin triste azar, sin disonancia alguna,
Sin guerra ni enemigo de importancia,
Y solo contra España declarado
El orgulloso brio de su estado.

De galas llena y bélico aparato,
Su imperial ambiciosa corte crece,
Y en pompa ilustre da vivo retrato
De cuanto en gusto humano se apetece;
A quien de la fortuna el rostro ingrato
Ahora agradable sus favores crece,
Y al viento hinchado de su luna llena
La hueca trompa de la fama suena.

Por la real sucesion al reino hispano
Alarde hizo el placer desta riqueza,
Y en laurel victorioso el pueblo ufano
Ceñida al César dió la gran cabeza;
Mas de un signo infeliz el curso vano
Templó al publico estruendo la grandeza,
Y en su contrario aspecto pudo tanto,
Que el comun regocijo volvió en llanto.

Ya en astas de oro deslumbrando el viento
Sus victoriosos estandartes planta,
Cuyo altivo y revuelto movimiento,
Si á unos causa placer, á otros espanta:
Ya entre su alegre tremolante aliento
Sus triunfos cuenta, sus victorias canta,
Y en públicos carteles de alegría
Fiestas aplaza y les señala dia.

Dar en pomposo alarde los trofeos
Que el tiempo dió á sus ínclitos varones,
La no vista creciente de deseos,
Las conquistadas bárbaras naciones,
Será gastar el tiempo con rodeos,
Y por cortar la letra hacer borrones;
Que es querer cifrar mucho en breve suma
Cargar de tinta sin sazon la pluma.

Otra musa los cante, si tuviere
Con mas obligacion ménos cuidados;
Que la mia en su tasada pluma quiere
Casos forzosos, y esos limitados,
Pues de los cortos bienes que escribiere,
Hasta los dejos quedan olvidados,
Y al gusto humano no hay dolor mas grave
Que el bien pasado, en quien sentirlo sabe.

Solo unas fiestas pediré á la fama,
Que así ensancharon con su trompa el vuelo,
Que no en mas partes de su luz derrama
Rayos al mundo el dios que nació en Delo:
Si el tronco se conoce por la rama,
Esta en que se enramó y se enredó el suelo
Se llame, en cuanto ronda y ve la luna,
Rama del mayor tronco de fortuna.

Por suyo en Perpiñan tenian el dia
Que se diesen los muros de Girona,
Girona, á quien el César pretendia
Por orla nueva á su imperial corona;
Mas ya entibiado el punto á la alegria
Con el desprecio de la real persona,
Que España no estimó por ser cabeza
Pequeña á su magnánima grandeza,

La vuelta de Paris tomó, dejando
Al grave Orlando el peso de la guerra,
Donde en su parlamento platicando
La sucesion de la asturiana sierra,
Que en derecho le funden pide el mando
Y accion que tiene á la española tierra,
Si hay alguna, ó quien sombra della saque,
Pues basta á la ambicion cualquier achaque.

¡Cuán raras veces la verdad desnuda
Hasta el rëal dosel va sin sospecha
De adulacion, que la trasforma y muda,
Y entre oropel la da lisonjas hecha!
Guísanla porque suele amargar cruda,
Y tales salsas el engaño le echa,
Que con el amor propio la hace al justo
Maná que cuadra y viene á cualquier gusto.

Como al triunfante hijo de Pipino,
Que en verle al español cetro inclinado,
No hubo voto ni voz de paladino
De contraria opinion en el Senado:
Todos firman y afirman que en divino
Y en humano derecho está fundado
Que entre y suceda en el distrito hispano
O rey frances ó emperador romano.

Como rey, tiene ya el primer derecho
De la renunciacion que el Casto hizo,
Y como emperador, es el derecho
Sucesor, y el que hoy reina advenedizo:
Esto Turpin, un gran Licurgo hecho,
Dió por su parecer, y le rehizo
Don Reynel con el suyo, don Grimaldo,
El conde don Galban, y el rey Geraldo.

Y bien que cada cual por su camino,
Y á diferente pretension guiado,
De derecho dan nombre al desatino
De una ciega ambicion ocasionado:
Solo el anciano Malgesí, adivino,
En los agüeros de Merlin fundado,
En pié se levantó, y en voz severa
A su príncipe habló desta manera:

«Es el ser singular tan peligroso
En resueltas materias de importancia,
Que aun acertando queda un hombre odioso
Y en manchadas sospechas de arrogancia:
Pues ¿qué será si el caso está dudoso,
Y en la opinion contraria la ganancia,
Y el parecer opuesto y descuidado
Del gusto que ha de ser aconsejado?

»Servirá solo de quedar corrido
Quien á todo este riesgo se arrojare;
Mas no por esto un pecho bien nacido
Es bien que en miedos y sospechas pare:
Yo, señor, desta junta he conocido
Que quien el gusto tuyo reforzare
Con su opinion, será, decirlo quiero,
El mejor capitan y consejero.

»Por eso no hay en todo el parlamento
Voto por escribir ni firma en blanco;
Que ha descubierto ya en tu real intento
Para sus tiros la lisonja el blanco:
Y así en lo que ahora por servirte intento
Temo que ha de salir la suerte en blanco;
Que te veo ya resuelto por mil modos,
Y es mucho ir uno solo contra todos.

»Pero la fe me obliga, y la obediencia
Que como á mi señor y rey te debo,
A pedir, no que mudes la sentencia;
Que esto es ya mucho á un parecer tan nuevo;
Mas que se mida con mayor prudencia
Lo que quizá á decirte no me atrevo,
Medroso que mis dichos verdaderos
No les llamen, mudado el nombre, agüeros.

»Vanamente se funda quien te dice
Que á Francia incumbe España por derecho,
Si la antigüedad sabia contradice
Con su razon á la opinion y al hecho:
Por bien que con lisonjas autorice
Tu gusto en esto, mas que tu provecho,
Verá, si ver quisiere, libre á España
De ajeno cetro y dependencia extraña.

»Si atiendes al antiguo origen suyo,
Fundada fué por el primer hermano
De Noé bisnieto; si al derecho tuyo
De rey frances ó emperador romano,
Antes que el franco Merobeyo, cuyo
Cetro ha venido á tu prudente mano,
Ataulfo fuéron y Alarico reyes
Que á Italia, España y Francia dieron leyes.

»Y si tu pueblo no se precia en vano
De ser de un hijo de Héctor descendiente,
Y él de Priamo, y ambos del troyano
Dárdano, de Atlante ítalo pariente,
Siendo el décimoquinto rey hispano,
De España es el origen de tu gente,
Y ella, de quien nació en nuestro hemisferio
La antigua Troya y el romano imperio.

»Esta es la antigüedad: cuanto al derecho
Que en la renunciacion has adquirido,
Si pudo darte alguno el rey de hecho,
Ya de hecho tambien lo ha suspendido:
Ni tengas por ofensa lo que ha hecho,
Pues tu grandeza en nada ha descrecido;
Que no está en muchos reinos ni en tenellos,
Sino en un pecho real y digno de ellos.

»Cuanto mas, que si el rico y fértil suelo
De España puede con sus venas de oro
Dar codicia, tambien dará recelo
Ver que leones guarden su tesoro:
Trueca, señor, la empresa, trueca el celo,
Y el riesgo del cristiano al pueblo moro:
Sientan Valencia y Aragon tu saña;
Que esto es ganar, y no perder, á España.

»Sabe que del gran mundo en los secretos
Por donde el cielo sus discursos guia,
El Hacedor del tiempo, en sus efetos,
A España ofrece eterna monarquía;
Y en inviolables pactos y decretos,
A sus reyes y real genealogía,
Lo que hay desde la aurora hasta donde
El sol alumbra cuando aquí se esconde.

»Yo así al cielo lo oí, y así de un sabio
Está en firmes figuras definido,
Y en justa pena á un ambicioso agravio,
Un dragon de oro ante sus piés rendido:
Hable á su antojo el lisonjero labio;
Yo solo digo y sé lo que he leido,
Y que va ya en los fines de su cuenta
El riesgo, la venganza y el afrenta.»

Así dijo; y del grave parlamento
No quedó quien en ánimo y semblante
No aprobase con nuevo encogimiento
De su razon la fuerza por bastante,
De la eficacia el vivo sentimiento,
De la resolucion el brio importante;
Que la clara verdad se trae consigo,
Sin respeto de amigo ni enemigo.

Era de insigne crédito la ciencia
Del sabio por los cursos de Aqueronte,
Y el lustre de la noble descendencia
De ambas sangres Mongrana y Claramonte,
Quien le hizo el oráculo y prudencia
Que al gobierno imperial mas pese y monte,
Por ser príncipe y sabio; que en efeto
Es bueno un gran señor para discreto.

Ya reducido á plática ordinaria,
Un sordo hablar corrió por el Senado,
Quién dando esta razon, quién la contraria,
Conforme á su intencion ó su cuidado:
El César, de opinion perpleja y varia,
Ni del todo resuelto ni mudado,
Entre un discurso y otro divertido,
De la ambicion y la razon herido;

Cuando del falso bando de Pontiero,
El traidor Galalon, ardiendo en ira,
Con rostro grave y con desden severo
Así al César habló, y á solo él mira:
«Si lo que con palabras decir quiero,
Con la luz lo dijera que me inspira,
Vieras, señor, ser aire, sin cansarte,
Los montes con que piensan espantarte;

»Pero si la razon ha de ir vestida
Como á la guerra armado el caballero,
Yo que no oí retórica en mi vida,
Ni me armé de papel, sino de acero,
Quizá no acertaré á dar la medida;
Que soy soldado al fin, no palabrero;
Mas si aquí fuere corto, en la jornada
Mas que sus lenguas cortará mi espada.

»Y tú, invicto señor, César augusto,
A quien en triunfal carro de leones,
Ya con brazo enfrenar veo robusto
Las españolas bárbaras naciones,
Manda callar los magos; que no es justo
Que agüeren tu valor supersticiones,
Ni como á niño con asombros vanos
Quieran atar tus victoriosas manos.

»Si Malgesí con loco fingimiento
Así no admite en el saber segundo,
Que él solo vió de Adan el testamento,
En los agudos reyes manda el mundo,
Lo que en sus vueltas guia el firmamento,
Lo que las gentes trazan del profundo,
Lo que es, lo que ha de ser y lo que ha sido,
¿Cómo un lazo no vió en un bosque asido?

»Cuando en venganza pública colgado
De un pié le tuvo el risco de Miduerna,
Dándole el infernal cuaderno amado
Afrenta humana en penas de la eterna:
Si allí su ciencia le dejó burlado
En causa leve y ocasion tan tierna,
¿Por qué se finge de saber profundo
En la revolucion de todo un mundo?

»Los ciegos ojos á la luz presente
Soñando quieren ver lo venidero,
Y con vano temor á un rey prudente
Hacer lo que no harán brazos de acero:
Si la española á la francesa gente
Origen dió, y su cuento es verdadero,
El reino es nuestro, á tierra propia vamos,
Los godos nos la usurpan, ¿qué esperamos?

»Mas no es justo se admitan sus razones
En discurso gentil ni ánimos puros,
Ni en grave junta de ínclitos varones
Mágicos hablen, lóbregos y oscuros:
Allá en ciegos desvanes y rincones
Sus cercos formen, recen sus conjuros,
Y solo suenen los reales techos
Nobles palabras de hidalgos pechos.

»Si el Casto rey te dió su cetro y silla,
Y á instancia ya del reino te la niega,
Tu valor tiene en poco el de Castilla,
Pues á no te estimar por su rey llega:
¿Cómo dice la mágica cartilla
Del que á ti te predica, y él reniega,
Que en esto no te ofende ni lastima,
Si un reino tu grandeza desestima?

»Es ignorancia de quien solo sabe
Descalzo andar entre papeles y untos:
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave,
Que á medir llegue del honor los puntos,
Y que el tuyo y el nuestro menoscabe,
Pudiendo él solo mas que todos juntos,
Y siendo en su decir el vano adorno
Mancha á tu fama, á tu opinion soborno?

»Al fin, señor, el parecer mas sano
Destos invictos príncipes y mio,
A tu grandeza y nombre soberano
Y á la reputacion del frances brio,
Es que, á pesar del mundo, por tu mano
Conquistes el gallego señorío;
Y pues la tierra á tu derecho toca,
Tuya será; que aun para tuya es poca.»

Dijo; y mirando con desden severo
Al frances sabio reventando enojos,
Rióse, haciendo escarnio altivo y fiero;
Y él centellando fuego por los ojos,
Al libre hablar del magances parlero,
Fundado del rey Carlo en los antojos,
La mano quiso, ya en la espada puesta,
Darle en ella librada la respuesta.

Alteróse el confuso parlamento;
Y en nuevas opiniones dividido,
Con riesgo de un notable atrevimiento,
El hablar castigara desmedido,
Si el grave César, desde su alto asiento,
Para apagar el fuego ya encendido,
No mandara salir, aunque agraviado,
Al sabio y á los suyos del Senado.

Tenia facundia el magances astuto,
Y gracia en persuadir cuanto queria,
O fuese de la yerba molí el fruto,
Que Alcina de su huerto le dió un dia,
O porque con lisonjas el mas bruto
Dar gusto sabe, y Galalon sabia
Disimular las suyas de manera
Que un Argos vuelto en lince no las viera.

Y entónces fué su hablar general gusto,
Por el que á todos daba la jornada,
Y porque al cielo, en su castigo justo,
El mismo delincuente da la espada:
Faltó del parlamento el brio robusto
Del grave hijo de Amon, siendo agraviada
La autoridad del sabio no admitido,
Maganza victoriosa, y él corrido.

Pero ántes de salir de la gran sala,
Así al Senado dijo, un áspid vuelto:
«Aunque ninguna recompensa iguala
Mi agravio, ver al rey frances resuelto
En el consejo, y la intencion mas mala
Que el mundo vió para quedar revuelto,
Me lastima; que siempre un noble pecho
Mas mira el bien comun que su provecho.

»Mas, si ya es la desgracia irremediable,
Y el veneno hasta el alma ha penetrado;
Si el mundo y su grandeza deleznable
Límite tiene y curso señalado;
Si contra el hado y suerte inevitable
No hay fuerza real ni imperio reservado,
Caiga la frances pompa, caiga hambrienta
De humana sangre, y vénguese mi afrenta.

»Que yo os anuncio, y pongo por testigos
Desta verdad cuantas el mundo encierra,
Que de todos los príncipes amigos
Que á ver llegaren la española tierra,
Cuando quieran contar los enemigos
Los que vivos salieron de su guerra,
Les sobrarán, si mi saber no es vano,
Dos dedos de los cinco de la mano.»

Dijo; y dejando al grave parlamento
Parte confuso y parte acobardado,
Con inviolable y firme juramento
De no volver, se va, hasta ser vengado;
Y al deseado Reináldos por el viento
A pedir fué donde le habia encantado
Una hada en los reinos del oriente,
Justa venganza al desbonor presente.

El Rey, con los demás que en su consejo
A la revuelta del mueven el labio,
Unos de incauto y de caduco viejo,
Y otros nombre le dan de noble y sabio;
Hasta que al fin, con altercar perplejo
De varios pareceres, en agravio
Del mal aconsejado Carlo augusto,
Los mas discordes quedan de su gusto.

Y ya desta imprudente opinion todos,
En la del falso Galalon fundada,
Que cruel pretende por diversos modos
La imperial majestad ver acabada,
Contra el estrecho reino de los godos
Sangrienta guerra queda declarada,
Y que á las flores del abril siguiente
Campo se forme, y se lévante gente.

Que el galan Durandarte á Desiderio
Su gente haga bajar de Lombardía,
Y Galalon las fuerzas del imperio
En Bretaña reforme y Picardía;
Que á Roldan se dé aviso, y á Silverio,
Marques de Fox y duque de Pavía,
Que, concluido el cerco de Girona,
Por Perpiñan descienda hácia Narbona.

Que, dejando presidio suficiente
Al real de Barcelona y Cataluña,
Con lo sobrado marchen de la gente
Por Cominges derechos á Gascuña,
Donde en todo el florido abril siguiente
Del campo el resto llegue, y con la uña
Del águila imperial haciendo garra,
Por Roncesvalles se entren en Navarra.

Y que entre tanto las famosas fiestas
Que en Perpiñan se dieron aplazadas,
En Paris se prosigan, y en compuestas
Barreras y soberbias palizadas
Los estandartes y banderas puestas,
Levanten gente y dén armas grabadas,
Sin que haya cosa en cuanto el reino encierra
Que no sea asombro y gallardía de guerra.

Esto salió por último decreto
Del frances parlamento y grave junta;
Mas, miéntras al ponerlo por efeto
La gente y el ejército se junta,
Y en medido escuadron se ve en perfeto
Las lanzas cuento á cuento y punta á punta,
Con grato gusto quiero del oyente
Un oculto secreto hacer patente.

Praxitel, sabio y noble estatuario
Primero de Corinto, recogia
El oro, el bronce duro, el jaspe vario
Del Tínaro, y de Ormuz la pedrería,
El rojo azofar, el luciente pario,
El verde mármol que la Etolia cría,
Abriendo, despues dello, sus buriles,
Vueltos divinos, láminas sutiles.

¡Oh cuánto ha menester quien lo que escribe
Vestirlo piensa de inmortal memoria,
Y en cuerda alma y cuidado fiel concibe
El parto heróico de una grave historia!
¡Qué fácil al principio se recibe
La empresa! Qué dudosa es la victoria!
Qué de caudal, estudio y advertencia
Pide en rigor cualquiera menudencia!

Sabroso estilo, espíritu templado,
Heróica voz, lenguaje casto y puro,
Ni plebeyo en lo humilde, ni pesado
En lo soberbio, ni en lo grave duro;
Ni altivo, ni arrogante, ni afectado,
Ni largo, estéril, ni por breve oscuro;
Ni que en regla y compas jamas se aparte,
Freno á la lengua, y al ingenio el arte.

Buena eleccion para la traza y modo,
Y para el disponer perseverancia,
Y una firme paciencia, sobre todo,
Contra un censor hinchado de arrogancia,
Que da, en soberbia presuncion, del codo
A la mayor dulzura y elegancia,
Y no hay espejo de cristal de roca
Que no empañe el aliento de su boca.

¿Quién se libró del riesgo de una falta?
Quién se dió á todos gustos por cumplido?
¿A qué regla ó compas no sobra ó falta
En lo mas ajustado y mas medido?
No hace el brazo mortal raya mas alta;
Nadie puede dar mas que ha recibido:
A alcanzar con mi pluma adonde quiero,
Fuera Homero el segundo, yo el primero.

Mas contra el ciego error de una quimera
Cien Midas hay si un sátiro no falta;
Y así, anudando la razon primera
Del cuidoso desvelo en no hacer falta,
El que en estilo grave y voz severa
Antigua historia escribe heróica y alta
(Porque contra mi crédito no lleve
Don Teudonio esta falta por ir breve),

Si algun cuidado á su discurso atento
Saber deseare en este heróico paso,
Con mas adelgazado fundamento,
Del robo ilustre el importante caso
Que á Oróntes trajo por el blando viento,
Del oriente á los reinos del ocaso;
Quién le dió nuevas de Bernardo, y cómo
Con un hecho salió de tanto tomo;

Quién le obligó á encargarse del infante;
Qué gusto, qué interes por esta via
La voluntad del sabio nigromante
A tan nueva lealtad y amor movia:
Todo fué de un gran fin causa bastante:
Dírelo si á la heróica musa mia
Del oyente otorgare la paciencia,
Para una breve digresion, licencia.

Y que por esta sola vez rompiendo
La brevísima accion y corto asunto,
Que á toda priesa y brevedad siguiendo
Desde el primero voy al postrer punto,
Pueda volver atras, donde, cogiendo
El agua en su principio todo junto,
Con clara brevedad se entienda y vea
Cuanto aquí falta y el lector desea.

Yo al punto volveré de mi victoria
A nueva diligencia y paso largo;
Que es breve el tiempo y grande la memoria
Que para darla al mundo esta á mi cargo.
Pues luego que de amor la dulce gloria
Al Conde y á su esposa en llanto amargo
El Casto rey volvió, y en noche oscura
Uno puso en prision, y otro en clausura,

A Bernardo crió en mantillas de oro,
Con nombre de hijo y con igual cuidado,
Guardando á su real sangre el decoro,
Y á la alta estrella de su invicto hado;
Cuya luz dijo que del pueblo moro
Verdugo cruel sería en campo armado,
Y los agudos filos de su espada
Muro invencible de su patria amada.

Entre los que en sagaz destreza vana
De los astros midieron la influencia,
Y del natural hado y suerte humana
El sutil peso hallaron en su ciencia,
Fué Alcina por el gusto de Morgana,
Y Oróntes en su mágica experiencia,
Por el gusto de Alcina, en cuyo gusto
Se dice que alcanzó mas de lo justo.

Era Oróntes un viejo descarnado,
De vivos ojos y mirar compuesto,
Cetrino en la color, alto, delgado,
Cuidadoso, sagaz, grave, modesto,
Calvo, corva nariz, rostro afilado,
Blanca la barba, en el vestido honesto,
Y que en su aspecto, gravedad y talle,
Velle ponia aficion, y gusto hablalle.

De conjurados cercos y abusiones
Más que Zoroástes y Merlin sabia;
Ocultos pactos, firmes convenciones
Con todo el reino de Pluton tenia:
Con un breve carácter diez legiones
De apremiados espíritus traia,
Mas sujetos al yugo de sus leyes
Que al de un recio gañan dos tardos bueyes.

Lo que Merlin no supo, que es la tasa
Con que crece la mar y vuela el viento;
Dónde el firme pilar halló la basa
Sobre que el mundo estriba y hace asiento;
Quién al tiempo pasado alquiló casa,
Ó en qué camina tanto el pensamiento;
Este sabio lo supo, y mayor fuera
Si solo conocerse á sí supiera.

A este entregó la cuidadosa Alcina
Al tierno niño conde de Saldaña,
Su noble crianza, su sagaz doctrina
Al santo rito y cristiandad de España;
Y que de un riesgo y muerte repentina
Libre le saque su cautela y maña;
Que envidia á un gran valor siempre hizo guerra,
Y el del infante es único en la tierra.

Dióle para esto un libro de Morgana,
Que es de magos el cerco mas seguro,
Y su aspecto Pluton, á quien se allana
La ciega potestad del reino oscuro;
Que al rico todos dan en pompa vana
Lisonjera obediencia hasta aquel punto
Que el de la muerte abraza, donde el yerno
De Céres vive y muere en fuego eterno.

Quedó, con la virtud del nuevo encanto,
Oróntes superior á los mas diestros,
Sirviendo de aprendices en su encanto
Los que ántes le servian de maestros:
Esto pudo el cuaderno, y puede tanto
En casos venturosos ó siniestros,
Que trocó los del niño, y le trocara
Al cielo el curso, si él volar dejara.

Temian los sabios de la altiva Francia,
Por ver su invicto rey en tanta alteza,
Del inconstante tiempo la inconstancia,
Y de sus bienes la infeliz firmeza;
Y los franceses magos con instancia
Procuraban saber desta grandeza
Cuándo se habia de cansar fortuna,
Y hacer menguante la creciente luna.

Entre estos Malgesí fué el mas famoso
Sutil encantador, fiel estrellero,
En ahumados cercos prodigioso,
Y en fantásticas sombras agorero;
En las negras cavernas poderoso,
Que con ladrar asombra el Cancerbero,
Donde ni alma ni sombra su horno ardiente
Recuece, que á su voz no esté obediente.

Era, segun Turpin, por línea recta
Quinto nieto del rey de Tuberlanda,
Padre que fué de Nemia la discreta,
Dueña del lago que reinó en Irlanda;
Que en negra tumba y bóveda secreta
Vivo metió á Merlin, y en cama blanda
Le encantó, donde en bosques resonantes
Brama en la gruta y árboles de Armántes.

Desta los libros heredó y la ciencia,
Por gusto, profesion, parte y pariente,
Y de estudio ayudado y diligencia,
En los mágicos cursos fué eminente;
Donde vió con profética evidencia
El fin cercano á la francesa gente,
Y del niño español la rica espada
De su mas noble sangre matizada.

Ligó en dos nuevos cercos poderosos
Su filo y brazo tierno, ¡cosa extraña!
Que sus lirios se vieron victoriosos,
Francia en las nubes, y á sus piés España:
«Estos, dijo, no son lances dudosos,
Si el fingido Asmodeo no me engaña,
Y hace alterar con su mudanza y truecos
Las vanas sombras destos bultos huecos.

»Este es el negro humo que compuso
La falsa secta que nació en Arabia;
El que soñó el alquimia, y el que puso
En los amores la celosa rabia;
El que al mundo sacó y vendió el abuso
Que con lisonjas de oropel enlabia;
El que inventó privanzas y favores,
Y en la corte el barniz de aduladores.

»Mas vuélvanse las cosas alteradas
Al primer vuelo y al lugar debido;
Corran por curso natural guiadas;
No con hado violento y detenido.»
Dijo; y apénas de las dos lazadas
Se vió el mágico nudo dividido,
Cuando el mundo tembló, y cayó por tierra
La flor de Francia en la gascona sierra.

Asombró al sabio de la rica espada
El riguroso golpe, asombró el vuelo
Del brazo altivo, y ver su patria honrada,
Las águilas y lirios por el suelo:
Quitar quiere al doncel la vida amada,
Y contra el curso del volar del cielo,
Detener el feliz que por su mano
Dispensa á España el brazo soberano.

Esto en un cerco Malgesí trazaba,
En ciego antojo y ánimo obstinado,
Cuando el niño Bernardo atento andaba
En ver volar un sacre remontado:
Oróntes, que tambien tras él volaba
Sobre la alta cerviz de un grifo alado,
De las nubes llover se dejó al suelo,
En blando curso é invisible vuelo.

Y al gallardo doncel por quien venia,
En sus brazos tomó, y lijero vuela;
Y no en la silla, porque no sabria
Templar el niño el freno con la espuela:
Huyó con él: quedó el frances sin guia,
Burlada su engañosa centinela;
Que es calva la ocasion, y el punto della
Que consiste en gozalla, es no perdella.

Ya del monte lda en una alegre plaza
Otra vez hizo una águila divina
De un bello niño semejante caza,
De igual beldad y gracia peregrina:
Si aquel le sirvió á Júpiter la taza
De néctar en su esfera cristalina,
A este el cielo á servir le lleva, y llama
Honra á sus gentes, y á sus siglos fama.

Fué hecho el hurto en cercos tan seguros,
Oculto apremio é invisible paso,
Que á Malgesí y sus mágicos conjuros
Encubierto quedó y nubloso el caso:
Sus ciegos caractéres halló oscuros,
Su traza sin sazon, su tiempo escaso,
Y su apremiada sombra vigilante,
De virtud superior, vuelta ignorante.

Así, al volver sin tiempo la cabeza
El músico de Tracia, en la salida
Del Ténaro sin luz, cuya maleza
Se ve entre verdes pórfidos nacida,
Vuelta vió en aire vano su riqueza,
Dos veces muerta su costosa vida;
Que él por temprano, y Malgesí por tarde,
No hay quien el punto de ventura guarde.

Esta fué la ocasion que al sabio griego
Ayo le dió del español Bernardo;
A este fin le robó, y este fué el ruego
De Alcina, este en su vida el fiel resguardo;
Mas lo que Malgesí, en sus rumbos ciego,
Ganó con fria venida y paso tardo,
¿Quién lo sabrá decir? ¿Con cúyo aliento
Seguir podré el alcance á tan gran cuento?

Mas conviene, señor, contarlo todo,
Por digna prenda del valor de España,
En quien el santo celo al cetro godo
Un reino prometió de gente extraña:
Allí por nuevo y soberano modo,
De Leon sonaron en la real montaña
La vez primera, en aparato ufano,
Los mundos que hoy gobierna vuestra mano.

Allí, con ciento y veinte lustros ántes
Que el sol viese de España las banderas
Voltear los abrasados garamantes
Y asombrar de Etiopía las riberas,
Como en sombras se vieron sus triunfantes
Carros romper las tiernas vidrïeras
Del cristalino reino que, por muerte
De Saturno, á Neptuno cupo en suerte;

Y que habia de ser suyo este ancho mundo
Donde el dia muere, de volar cansado,
Con el rico tesoro en su profundo,
De rubio oro y de perlas amasado:
Esto en este paréntesis segundo
Es fuerza no dejarlo destroncado;
Que las grandes imágenes en torno,
Para sus llenos, piden grande adorno.

De aquí tambien cortó á las velas paño
De un feliz curso el nuevo atrevimiento,
Con que el mago frances, en vuelo extraño,
De su encantado barco surcó el viento.
Grandes cosas al fin de aqueste engaño
Toman en este grave asunto asiento;
Y así, es fuerza seguirle por historia
De España digna y de inmortal memoria.

ALEGORÍA.

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso que las ajenas alabanzas tiene por baldon y menosprecio propio.

En el socorro del rey Casto se ve cómo el cielo nunca desampara á los suyos; ni las traiciones, como por la mayor parte se efectúan á ciegas y atropelladamente, alcanzan á tener buen suceso.

En el conocimiento de don Teudonio y el conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningun bien hay que sea de gusto.

En el consejo de guerra del César se ve cuán poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo ambicioso.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Deja Oróntes, por su ciencia, á Malgesí colgado de un árbol, donde, cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

No bien el sabio Oróntes, satisfecho
Del robo ilustre, en negro hollin tiznado,
De la órden superior un humo estrecho
Contra el mago frances dejó emboscado,
Que en su incauta venida sin provecho
Al pasar le dejó de un pié colgado,
Como negra corneja que el anzuelo
Las alas le ase y le detiene el vuelo.

Era la horrible sombra el rey que á cargo
los necios tiene y sus descuidos doma,
Con quien ya fuera el álamo mas largo,
A su pié puesto, el punto de una coma:
Este, al pasar, le echó pesado embargo,
Y en lo alto lo dejó de una ancha loma,
A una encantada cerda dada un nudo
Tal, que apénas romperle el tiempo pudo.

Este fué el ciego lazo en que caido
Le vió España y el conde de Pontiero,
Con el que aquí y allí quedó corrido,
Y en ambas partes sin su honor entero;
No habiéndole ayudado ni valido
Aquí la ciencia, ni acuilá el acero;
Que hay sabios que no saben ni son buenos
Sino es para agüerar males ajenos.

Perdió turbado el mágico cuaderno,
Y quedó preso sin recurso alguno;
Que de mil que sacó del hondo infierno,
A la necesidad no halló ninguno,
Excepto Trashurgin, que el lago averno
Duende no vomitó mas importuno,
Que, por cansado hablador sin jugo,
Hasta al infierno sirve de verdugo.

Este acudió, mas no á prestarle ayuda
Con negra esfera y mágico astrolabio;
Mas por si la obstinada alma desnuda
Prender pudiese al ignorante sabio:
Este pues, cuya lengua tartamuda
Al mundo ofende y cansa en torpe labio,
Al mago libro arremetió lijero;
Que es propio un hablador para embustero.

Y con él, en figura horrible puesto,
Formando rayas y fingiendo cruces,
Un sombrío escuadron sacó molesto
Del centro oscuro á las odiosas luces,
A librar al frances mago dispuesto,
Con corvos cuernos y ásperos testuces;
Mas el furor del templo aqueronita
La fuerza á todos y el vigor les quita.

No fué en la clara Ródas mas gigante
De pardo bronce su inmortal coloso,
Mas negra tez, mas hórrido semblante,
Ni en talle y proporcion mas espantoso;
Ni en bulto mas oscuro vió delante
De sí la noche al mundo tenebroso,
Cuando al cerrar de su enlutado manto,
Es cuanto por sus sombras vuela, espanto;

Que el gran torreon de la fantasma oscura
Que al frances mago en su prision asombra,
De cuyo aspecto la infeliz figura
Un mundo viste de enlutada sombra;
Y así en triste silencio, mal segura
La negra escuadra que en sus versos nombra,
El burlon Trashurgin á su ventaja
La soberbia cerviz humilde abaja.

El viejo Satanas, que es de tres cuernos,
De discordias amigo y de rencillas,
Cuya rabia revuelve los infiernos,
Y de Aqueronte asombra las orillas,
Viendo allí de sus fuegos sempiternos
Tanta centella y sombras amarillas,
Sembrando guerras, con ladrar prolijo,
Vuelto al soberbio Belcebú, le dijo:

«Príncipe ilustre, á quien del reino oscuro
La parte mas indómita obedece,
Y de la triste noche el negro muro,
Bañado en sangre por tus manos, crece;
Contra quien no hay valor ni arnes seguro,
Si el tuyo de una vez se ensoberbece;
A cuyo ceño triste en raudo vuelo
Suele el mundo temblar, y tembló el cielo:

»Aquí, por pactos que en sus reinos tiene,
El frances Malgesí nos ha juntado;
A darle ayuda nuestro infierno viene,
De sus voces y cercos apremiado:
Sola tu invicta mano nos detiene,
Y el inviolable lazo fabricado
Por tu saber, contra quien ya no es justo
Se oponga nueva presuncion y gusto.

»Mas si conforme al cerco fué en tu mano
Prender, y el desatarle no está en ella,
No es bien que tanto infierno agravie en vano
La odiosa luz de esa enemiga estrella;
Mas quede en pena al reino castellano
Humosa estampa de su ardiente huella,
Y sepa el mundo que por estas cuadras
Juntas Belcebú tuvo sus escuadras.

»Bien sabes que la espada rigurosa
Que nos echó de encima las estrellas,
Quizá por parecerle peligrosa
Nuestra vecina cólera cabe ellas,
No ha mucho que esta tierra belicosa
Que ahora con tus negras plantas huellas,
La entregó á nuestra furia, y al castigo
De un poderoso bárbaro enemigo.

»Cansada ya de los dislates vanos
En que por tantos años ciega anduvo
Entre soberbios dueños, cuyas manos
Con sus doradas masas entretuvo,
Ya en católicos reyes, ya en paganos,
De una en otra fortuna se detuvo,
Hasta que llegó el fuego de Vitiza
A hacer su antigua honestidad ceniza.

»Este, al ardor de mis centellas hecho,
Aun mas fuego sacó que yo emprendia,
A un tiempo unidas en su torpe pecho
Juntas ambas malicias, suya y mia:
No fuéron mis discordias de provecho,
Ni ardiera la ambiciosa tiranía,
A no añadir veneno en mis marañas
El sensual calor de sus entrañas.

»Con este permitió libre soltura
Al seglar pueblo y religioso estado,
Hasta negar, envuelto en su locura,
Del Vicario de Cristo el principado;
Y sin dejar muralla en pié segura,
Firme torre ni alcázar almenado,
Las armas derritió; el morrion de guerra,
En corva reja vuelto, abrió la tierra.

»Iba ciego aprestándose al castigo
Que el cielo á sus delitos prometia,
Yo trazando ocasiones, y él conmigo
Dando alientos al fuego que encendia;
Hasta que el reino le entregué á Rodrigo,
Y él al ciego furor de Berbería,
A quien, por cruel verdugo á su malicia,
Conmigo envió la celestial justicia.

»Ya entónces tuve por seguro y fijo
Para siempre mi reino en esta tierra,
En quien de Jove el belicoso hijo
De su fuego el mayor calor encierra:
De aquí pensé con un rodeo prolijo
Al ancho mundo hacer injusta guerra,
Y ser de la morisca gente, solo,
El feroz Marte y el prudente Apolo.

»Mas no sé quién, ni cómo, me ha trocado
El feliz curso á mi primer gobierno,
Y aquel muerto valor resucitado,
Vuelto en firme diamante el pecho tierno:
Salió, como de burla, en campo armado,
De una alta gruta, cóncavo de infierno,
Un capitan que á la primer jornada
Ni yo le tuve, ni el contrario, en nada.

»Mas, como de una mínima centella
Creciendo el fuego, una ciudad se abrasa,
Y el aire, que ántes pudo deshacella,
Feroz la vuela ya de casa en casa;
Así desta vencida gente, el vella
Con nuevo brio, el sobresalto pasa,
Y llega á punto de engendrar temores
Que los pequeños riesgos sean mayores.

»Mas si tú ahora, príncipe del mundo,
Esta legion y tu poder me prestas,
Fácil cosa será al golpe segundo
Quitar su grave carga de mis cuestas:
Daré con toda España en el profundo;
¿Quién me lo estorbará, si tú le asestas
Un escuadron que pudo sin recelo
Plantar banderas y armas contra el cielo?

»Quedarnos ha segura esta cosecha,
Y yo con la española monarquía
Tal, que al infierno harán la puerta estrecha
Los que á tenerte bajen compañía.»
Así el soberbio espíritu, deshecha
La lengua en rabia, á Belcebú decia,
Solicitando el escuadron liviano
Para arruinar el reino castellano,

Cuando la negra estatua acaronita,
Mandando sosegar el alboroto,
Así, con torpe labio y voz maldita,
Volvió á asombrar los árboles del soto:
«Yo, antiguo defensor de la mezquita
Que en Meca goza y tiene el primer voto;
Que su Alcoran forjé de un desatino
Que soñó el imprudente Calcabino;

»No tengo mi furor tan olvidado,
Ni el odio interno á esta enemiga gente,
De las que en el bautismo se han lavado,
La mas firme, católica y prudente,
Que si pudiera habérmela tragado,
No haya en mi boca hambre suficiente;
Mas, ¿quién podrá contra aquel brazo eterno
Que es de su mundo universal gobierno?

»Alzad los ojos á esa clara nube
Que en torno ciñe vuestras negras sienes,
Y de España veréis adónde sube
El aumentado colmo de sus bienes;
Y aquel sangriento azote, en quien ya tuve
De su deseado fin firmes rehenes,
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre
De su valor ha descubierto el lustre.»

Dijo; y de los ministros inferiores
Cada uno, alzando la infernal cabeza,
En luz divina y rubios resplandores,
Un bulto vieron de inmortal belleza;
Un mancebo gentil, cuyos colores
La nieve y rosas vencen en fineza,
Y el rico manto, en varia pedrería,
Rayos le presta al sol y lumbre al dia.

Con dos pomposas alas, cuyo vuelo
Al aire da los rojos arreboles
Que el nácar de la luz pinta en el cielo
Cuando hace al dia bellos tornasoles;
Por gala armado, mas que por recelo,
De una celada azul y peto góles,
Que, en rubís esta, y este en esmeraldas,
Arden y alumbran por las nubes pardas;

El yelmo en varias plumas enrizado,
Al cuello un tahalí de piezas de oro,
De un entero zodíaco grabado,
Desde el templado Géminis al Toro;
Y por el peto y manto de brocado
Todo sembrado el celestial tesoro
De imágenes, de signos y planetas,
En luz distintas y en virtud perfetas;

Un venablo en la mano, cuyas lumbres
Al enemigo asombran que las mira,
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres
Temor y espanto á los contrarios tira:
Así del cielo por las huecas cumbres,
Cuando el vellon de Cólcos se retira,
El bello dios que tuvo cuna en Delo,
El mundo alegra, y regocija el cielo.

Y el encogido invierno entre celajes
Lloroso huye, y baja la cabeza
Al alegre verano, que en ropajes
Llovidos viste el mundo de riqueza:
Tal deja los nocturnos personajes
De envidia deslumbrados, la belleza
Del príncipe de España, á cuya mano
Dió su defensa el brazo soberano.

Bajan los rostros de temor rendidos,
Suspensos los furiosos ademanes,
De aceda envidia y de dolor corridos,
Mas que primero dentro en sus afanes:
Tales, que á no tenerlos oprimidos,
Huyeran del infierno á los desvanes,
Como la noche huye de la aurora
Cuando el aljófar cuaja que ántes llora.

Mas el divino príncipe de España,
Con agradable y natural braveza,
«Estad, canalla, dijo; estad, cizaña
Del mundo; alzad, á oirme, la cabeza;
Y sepa cuanto de Aqueronte baña
El negro lago y hórrida maleza,
Y el ronco can asombra con ladridos,
Y de las furias siente los gemidos;

»Que todo junto ese infernal espanto,
Que al mundo el centro y el reposo quita,
Desde el negro dosel de Radamanto
Al frágil leño en que Caron habita,
Con cuanto de la muerte el triste llanto
En niebla cubre y sombras precipita,
Que contra España aquí vomite y eche,
Haré yo que ni baste ni aproveche.

»Es verdad que aquel Padre soberano
Que sobre el cielo tiene silla eterna,
Y del mundo las riendas en la mano,
Cuanto hay en él con su saber gobierna,
Este reino entregó al furor tirano
De la mahometana rabia interna,
Que con natural odio y pecho osado
Tanta cristiana sangre ha derramado;

»Mas no fué todo causa de venganza,
Aunque eran mas que arenas sus delitos;
Que en la pia y justísima balanza
Diez buenos pesan mas que mil precitos:
Otros secretos fines, que no alcanza
El criado saber en sus distritos,
Dieron fuerza al azote y desconsuelo
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.

»¿Qué venas de oro el fértil Duero cría,
Qué fino jaspe el témple de Granada,
Qué turquesas Zamora, qué Almería,
En finísimas ágatas sentada,
Qué vario resplandor de pedrería
Levantó el rayo de la luz dorada
En su playa oriental, cuando la embiste
La alegre aurora tras la noche triste,

»Que más la altive, ilustre y ennoblezca,
Y mas grados le dé de gloria y fama,
Que esta calamidad, por mas que crezca,
Y que el humo la empañe de su llama,
Dándole noble sangre, que enriquezca
El cielo que la coge y la derrama?
Que de tan rica y fértil sementera
Menor cosecha y fruto no se espera.

»¿Qué reino, qué ciudad goza en España,
Del fértil suelo que su marca encierra,
Que no le deba á la morisca saña
Algun precioso mártir de su tierra?
Qué nacion hay en ella tan extraña,
A quien le falte gloria en esta guerra?
Dejo aparte las palmas que su mano
Victoriosa quitó al furor romano.

»Y ahora, ¡á quién no admira aquella fuente
De ilustre sangre y de saber divino,
Que ayer, corriendo en Córdoba caliente,
Encima dió del Bétis cristalino!
Y el que ántes llevó turbia la corriente
Con la ceniza y fuego peregrino
De Isac y sus secuaces, ya con luto,
Sangriento lleva al mar rico tributo.

»Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto
De vuestro ahumado reino tenebroso,
Que despues que pobló el alcázar santo
De escuadra insigne y campo victorioso,
Y en los hijos de Artemia pudo tanto,
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,
Y su patricio suelo volvió rico
Con la sangre de Paulo y Ludovico:

»Despues que entre suavísimas prisiones
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,
Y tras su voz con limpias persuasiones
Corrió al rojo martirio Leocrecia;
Rodeado de lumbrosos escuadrones,
Su triunfo guió por donde vuela el dia:
¿Qué pérdida venir le pudo á España,
Que á la ganancia iguale desta hazaña?

»Mirad de ese encumbrado Pirineo
La florida vertiente, mas preciosa
Por la sangre que en ella correr veo
De Alodia santa y de su hermana hermosa,
Que por las ricas pastas que al deseo
Humano hartaron, cuando en voz famosa,
Arrojando tesoros del profundo,
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.

»¿Cómo la masa cándida, bendita,
Gloria del cielo y honra de Cardeña,
Gozara España, si la sed maldita
De humana sangre fuera mas pequeña;
Y los brazos y piés que troncha y quita
Al sufrido Rogelio, con que enseña
A pisar mundos, y alcanzar sin manos,
Por golpes muertos, bienes soberanos?

»Al mártir Gundesindo, toledano,
Y el hijo del rey moro que hoy le rige,
Que para serlo, la paterna mano
El cielo ahora en su favor le elige:
A Sisinando, noble lusitano,
Y el gallardo Fandila, que corrige
El juvenil furor, y hace sagrada
Del real Guadix la tierra y de Granada.

»Y de Getulia ardiente la honra antigua,
Que lo fué de Alcalá en su nacimiento,
Y con su sangre en Córdoba averigua
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;
Con otro inmenso pueblo que atestigua
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,
La fe que dejó al hombre encomendada
El rey que saqueó vuestra morada.

»¿Con qué comprara España tal tesoro,
Aunque para hallarlo desvolviera
Los firmes montes tras sus venas de oro,
De la codicia la hambre mas artera?
Ni penseis, hijos del eterno lloro,
Que el gran Rector de la estrellada esfera
Tiene entregada para siempre á España
Al grave yugo de esa gente extraña.

»Que ya de hoy mas, sin que en menguante vea
El primer punto de su nuevo aumento,
Ni corvo alfanje poderoso sea
A usurparte otro paso de su asiento,
Mi español reino irá, como desea,
En próspero y dichoso crecimiento,
Hasta aquel siglo de oro y feliz dia
Que, como ántes, la vuelva monarquía.

»Ni solo el mundo que ahora ondea y baña
De sus dos mares el mudable hielo,
Y esta encumbrada y áspera montaña
Que con los francos parte clima y suelo,
Le ha dado el cielo á mi invencible España;
Que no en balde le ha dado España al cielo
Tantas cabezas, por su amor perdidas;
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.

»Antes á su católico monarca
Un nuevo mundo ha dado, y nueva gente
Donde corra su ley, y ponga marca
Desde el alba á las sombras del poniente;
Y una ignota nacion, que ahora embarca
El feo Caron sobre su lago ardiente,
Despierte con su luz á nueva vida,
Del mortal sueño en que la veo dormida.»

Dijo; y batiendo las lijeras alas,
Que el aire dejan de vislumbres lleno,
Haciendo alarde de su brio y galas,
Y un arco de oro en su volar sereno,
Gallardo vuelve á las soberbias salas
Del estrellado alcázar, donde en freno
De oro gobierna las crecientes olas
De las varias fortunas españolas.

Así sobre los vientos se levanta,
Tras la serenidad de un pardo dia,
La iris roja y azul, que siembra y planta
Por el cielo colores de alegría;
Y en lirios de oro su vislumbre santa
El aire encrespa, y en sus sombras cria
Los bellos arreboles en que sube
A lo alto desde el hueco de su nube.

Quedaron los espíritus inmundos
De envidia y confusion desalentados,
Y los rabiosos pechos en profundos
Dolores y congojas anegados:
Arruinara su cólera mil mundos,
A no hallarse impedidos y apremiados
Del ángel superior; mas sobre el mago
Vuelan á hacer el impedido estrago.

Y bramando en tristísimos aullidos,
En torbellino y lóbrega manada,
Ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,
Mas le afligen y aprietan la lazada:
Así en las ramas donde están sus nidos,
La banda de estorninos alterada,
Cruza, vuela y revuela por el viento,
Trocando ramos y mudando asiento.

Creció el fiero combate de manera,
Que, entre las negras sombras alteradas,
Si el frances de su fe no se valiera,
Alma dejara y vida rematadas;
Mas de entre el humo de la gente fiera,
Hecha una cruz, las manos levantadas,
«Jesus, dijo, socorre un siervo triste,
Por quien para morir en cruz, naciste.»

Y apénas de aquel nombre soberano,
A quien el cielo y el infierno adora,
El dulce acento resonó en el llano,
Bien que en compas de lengua pecadora,
Cuando, toda deshecha en humo vano
La infernal junta, se apagó á deshora,
Quedando limpio el aire, claro el cielo,
Y de mil monstruos escombrado el suelo.

Malgesí aquella noche y otro dia,
Que de su lazo le duró el tormento
De rezar no dejó, si bien no habia
Caudal de qué en su oscuro pensamiento:
Solo un breve renglon de oracion pía
Que escrito vió á las puertas de un convento,
Ese sabia, y ese en dulce vuelo,
Llevado de la fe, se oyó en el cielo.

De emendar prometió la incauta vida
Y el pacto oscuro con Pluton guardado;
Mas siempre fué difícil la salida
Del mal que ya en el cuerpo está arraigado:
Al que mas llora la salud perdida,
Deja la enfermedad ménos reglado;
Que es la costumbre un enemigo fuerte,
Y mudar condicion, á par de muerte.

Puesto de un pié en sus mágicas prisiones,
Dos dias en ciego humo vivió á oscuras,
De su ciencia burlado, y las razones
Que primero adoraba por seguras;
Donde de noche en hórridas visiones,
De dia en bultos, sombras y figuras,
Con fingido temor daban castigo
Al vano presumir del falso amigo.

Hasta que de los bosques comarcanos
Rústica tropa de villanos vino,
Que, al lazo haciendo cruces con las manos,
El nudo desataron peregrino;
Con que libre se halló de miedos vanos,
El mal regido mágico adivino
En el deseado robo del infante,
En años niño, y en valor gigante.

Esta es la oculta traza, la cautela
Es esta, y este el generoso intento
Que a hacer á España cuidadosa vela,
De Grecia trajo á Oróntes por el viento.
Mas sobre el mar una pequeña vela
Así volar entre sus olas siento,
Que amainar ó perderse le conviene,
Y á mi ver dónde va el que en ella viene.

El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar y sordo viento
Los rincones buscó mas peregrinos,
Fijo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convecinos;
El viento en calma, y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.

Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera;
Engólfase hoy, engólfase otro dia,
Y halla la mar mas blanda y ménos fiera:
Pierde el primer temor que le tenia,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera:
Ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la hirviente espuma aljofarada;

Que el gusto, en sus presentes pretensiones,
Atropellando pasa inconvenientes;
Descubre otras riberas y regiones,
Otro cielo y estrellas diferentes,
Otras costumbres, leyes y naciones,
Otra habla, otro trato y otras gentes;
Y llega al fin del mundo y playas solas,
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.

Tal mi pequeño esquife va rompiendo
El peligroso golfo en que me hallo,
Unas veces en calma, otras corriendo,
Y apénas del temor puedo apartallo,
Por nuevo mundo y cielo discurriendo;
Y pues ya el detenello es anegallo,
Nobles deidades que guiais mi intento,
Socorred mi barquilla con buen viento.

Y tú, gloria y honor, cetro segundo
Destas ricas antárticas regiones,
Que, cerradas de inmenso mar profundo,
Ven otro cielo, estrellas y oriones,
Vuelve los ojos á su nuevo mundo;
Oye mi voz, atiende á sus razones;
Serás mi Apolo, y en la lira suya
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.

Darle has honra y favor en escuchallo,
Y en brio lozano con su nuevo aliento,
El barco tras quien va, podrá alcanzallo
Con mas facilida del pensamiento;
Que conforme á la altura en que me hallo,
Si aquí me falta de tu soplo el viento,
En calma quedaré y en golfo incierto,
Sin esperanzas del amado puerto.

Por el mar ancho, en desenvuelto vuelo,
Un barquillo sin alas discurría,
Y ahora ¡oh lustre del iberio suelo,
Sucesor digno del que en él venía!
Luego que al mundo el sin igual modelo
De tu raro valor, con el que cria
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
Principio ilustre á tu memoria eterna,

Venciendo el campo aleve con su espada,
Su tio en libertad por ella puesto,
Sin darse á conocer, dejó asombrada
La corte, al Rey, y del contrario el resto;
Y con la bella oculta retirada
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
Con las nuevas del nuevo coronista,
Nuevos deseos de gozar su vista.

Despues que el griego mago á sus heridas
Con frescas yerbas dió salud bastante,
Por montañas y sendas conocidas
A las playas guiaron de levante,
Por breñas y quebradas escondidas
Entreteniendo al generoso infante,
A fin que en la distancia del camino
El curso hiciese de un contrario sino.

Los floridos collados que Ezla riega
Dejan atras, y la Sublancia loma,
Donde el gran Trismegistro en fértil vega
La ciudad hizo que deshizo Roma;
Y allí, de un cerro, que á las nubes llega:
«¿Ves, hijo, dijo Oróntes, donde asoma,
Tras de aquel risco y áspera montaña,
Tu antiguo patrimonio de Saldaña?

»Allí el que te dió el sér su estado tuvo,
Y en todo este ancho mundo tus mayores,
Y á tí mas fama en él que en ellos hubo,
Te espera en tus divinos sucesores.»
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
Lloran, hechos cristal, por sus mejillas,
Dos riscos en las torres de Mantillas.

Templando el sol con los alientos frios
De las nevadas cumbres de Iduveda,
Pasan por bosques y árboles sombrios,
Entre Bribiesca y Búrgos, la Fresneda;
Pisan de Rioja los alegres rios,
Los collados de Nicla y Valvaneda,
De Orbion las altas sierras y peñones,
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.

Aquí miran el lago monstrüoso
Que á Duero da las aguas y arrogancia,
Y de adonde, con ímpetu furioso,
Baja á buscar los muros de Numancia;
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso
Bosque de Tarazona á igual distancia,
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.

Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano
Vadean humilde por canal estrecha;
Dejan á Jaca á la siniestra mano,
Y á Huesca en Aragon á la derecha;
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano,
Que al pedregoso Aiton sus aguas pecha,
Y el campo de Girona ven seguros,
Y allí el de Francia en torno de sus muros.

Era pública voz que la persona
Del César al ejército asistia,
Y de sus paladines la corona
Con la suya llevaba y componia;
Y Bernardo en el campo de Girona
Que le arme caballero pretendia;
Mas, desabrido ya de la inconstancia
Del Casto, el Rey tomó la posta á Francia.

Triste al doncel la no esperada nueva
Dejó, viendo alargar su deseo santo
De dar al moro de su brazo prueba,
Y al mundo nuevo con su espada espanto;
Y este cuidado tan sin él le lleva,
Y en su disgusto divertido tanto,
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
Al tomar de una senda erró el camino.

De su ayo astuto y su encubierta gente
Perdido se halló en un bosque espeso,
El sol, ya en las montañas del poniente,
De las tinieblas trastornando el peso:
Dió en caminar sin luz confusamente,
Y por derecha senda ó curso avieso
Llegó al mar de Colibre cuando el dia
En el de la Coruña se escondia.

Era en la sorda playa la resaca
El son con que la noche iba creciendo,
Y á cada tumbo por la selva opaca
Las fieras con bramidos respondiendo:
El viento que ni crece ni se aplaca,
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
El con su gusto y sus deseos en guerra,
Suspenso, solo y sin saber la tierra.

Dejó la silla y el caballo suelto
Pacer sin rienda en el florido llano,
Receloso que su ayo allí le ha vuelto
Para del César le apartar en vano;
Y en este antojo el suyo fué resuelto
De no tomar las armas de otra mano,
Ni heróica hazaña acometer que importe,
Hasta ser uno de su casa y corte.

Mas luego que el descuido entre las flores,
Robando el alma, le dejó dormido,
Una voz tierna, hecha de temores,
Pidiéndole favor, llegó á su oido;
O fuese el viento, ó sueños burladores,
O el sabio que se huyó lo haya fingido
Porque en principios no del todo humanos
El lo diese á sus hechos soberanos.

Parécele haber visto una doncella
De un su enemigo sin por qué afligida,
Y que era el enemigo tal, que en ella
El gusto tiene puesto de su vida:
Que el querella causaba su querella,
Y el ser amada la hace desabrida;
Y sin mas ocasion que esta agonia,
Breve socorro á su afliccion pedia.

Salió alterado y puso con presteza
Furiosa mano á su atrevida espada,
Buscando en vano la mortal belleza,
Que de su favor vió necesitada:
Sacude el sueño, y culpa su pereza,
Y con el alma inquieta y voz turbada,
Por no la haber con tiempo socorrido,
Así despierto habló á quien vió dormido:

«¿Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga?
Muéstreme mi ventura, ó tú, el camino
En que tu intento y gusto se consiga,
Y el mio de tanto bien no salga indino.»
Dijo; y por ver en vano se fatiga
Por dónde fué lo que en el sueño vino;
Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,
Que es falta cree de luz, ó sobras della.

A su lado halló unas armas bellas,
De flores de oro y pedrería sembradas,
Blancas y salpicadas con estrellas,
De un verde azul y rosicler grabadas:
Como pudo mejor, se armo con ellas,
Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
En belicoso fuego se encendia,
Deseando ver lo que durmiendo via.

Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
Volando vió cruzar el hueco viento,
Por rayo de un rumor, que de repente
Sacar pareció al mundo de su asiento:
La cercana deidad Bernardo siente,
Y adórala en su oculto pensamiento,
Con los pasos siguiendo y con la vista
Del rayo ardiente la dorada lista.

Llegó á la playa, y de la mar salada
Los piés mojó en la combatida arena,
Pasando, entre el silencio, sosegada
La noche, de quietud y sueños llena:
Sin viento el golfo, en calma sosegada,
Como en estanque claro agua serena,
Y el cielo, noche y vidas abreviando,
Sobre ejes de oro sin parar volando.

Un pequeño batel en la arenosa
Playa, sin ver con qué, vió detenido,
Y embarcándose en él; extraña cosa!
Volando se engolfó en el mar tendido:
De entre las manos no tan presurosa
Sale dejando el ave el caro nido,
Ni el arponcillo de oro mas lijero
De su arco despidió el mejor flechero.

Cual ave ó flecha por el blando viento,
Sin dejar rastro el agua va cortando,
En varias cosas puesto el pensamiento
Y cómo en todas acertar trazando:
De unas en otras su alto pensamiento,
Va, cual su esquife, por el mar volando;
Mas siga ahora su gusto, huya su pena;
Que de lo que él propone el cielo ordena.

El carro de oro sobre el hombro diestro
Del mauritano Atlante volteaba,
Y en el del sol el carretero diestro
A los caidos antípodas bajaba,
Y de su vela al marinero nuestro
Rendir el primer cuarto convidaba,
Cuando el esquife á un galeon armado,
Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.

El quieto mar en calma le tenia
Pegadas á los árboles las velas,
La gente aun su bullicio mantenia,
Y el primer cuarto sus recientes velas:
El bullicioso esquife que venia,
Al temor puso y alboroto espuelas
Tales, que el que llegaba mas atento,
Temia, por uno que miraba, ciento.

Llegó al real bordo el encantado barco,
Y en deseos de mostrarse los primeros,
Alperso el Rojo, y Galbarin el Zarco,
Dentro saltaron con braveza y fieros;
Uno diestro en espada, el otro en arco,
Y ambos de los persianos caballeros
De mas denuedo y opinion mas sabia,
Aquel nacido en Persia, este en Arabia.

El altivo español, con la templanza
Que á disfrazar bastó su desden fiero,
Brioso y comedido, á la pujanza
Salió del uno y otro caballero;
Y á qué deseado puerto la esperanza
Al pesado galeon lleva lijero,
Humilde preguntó; y al cómo y dónde,
Así de dos el uno le responde:

«A la gran Siria la derrota lleva,
Si Eolo nos ayuda con su aliento,
Que encerrados los aires en su cueva,
Con prolijo calmar nos da tormento,
Y andar haciendo de los vientos prueba,
Es propiamente andarse tras el viento:
Orimandro, famoso rey de Oriente,
Navega aquí con su invencible gente.»

Bernardo entónces: «Lo que á mí me toca
Sabrás, dijo; que soy un navegante
Que no he hallado con fatiga poca
De mi viaje el fin que veo delante:
Mi nombre el caballero de la Roca,
Poco famoso y ménos importante:
Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,
Si se deja hablar de un caballero.»

«Mi rey, respondió Alperso, dar no excusa
En todo tiempo á todos grata audiencia,
Ni el verdadero príncipe rehusa,
Ni en calidades hace diferencia.»
Entró Bernardo por la nao confusa,
Y á los dos que le dieron la licencia,
El contrahecho barco á lo profundo
Libre arrojó de aquel mudable mundo.

Pasó gallardo, la visera alzada,
Sin ser de nadie en nada defendido,
La cámara de popa vió labrada
De precioso marfil y oro bruñido,
De persianos tapices entoldada,
Y allí á una bella dama un rey rendido,
De aspecto bravo, bien que ya no lo era;
Que le habia vuelto amor, de acero, en cera.

La reina del Catay, la luz mas pura,
Que fué de Europa y Asia fuego ardiente,
La que entregó á Medoro la ventura,
Y á ella los reinos del rosado oriente;
La angélica beldad, la hermosura
Que á nadie dejó libre, el rey potente,
Hecha su alma un altar de amor injusto,
Por ídolo traia de su gusto.

Y en contemplar su hermosura atento,
Mas que hombre estatua muerta parecia,
Insaciable en hartar el pensamiento
Del sabroso veneno que bebia:
Cuanto mas bebe, queda mas sediento;
Que es el amor mortal hidropesía,
Y el gusto que se veda en quien padece,
El que solo se estima y apetece.

Con blandos ruegos la sazon buscaba
De hallar ménos altiva su aspereza;
Mas ni ese ni otro medio aprovechaba;
Que donde falta amor todo es dureza:
Cuando él á su desden más se humillaba,
Más ella hermoseaba su fiereza;
Que es la mujer de suyo áspera roca,
Si amor de cerca ó léjos no la toca.

«Gloria de esta alma tuya, le decia
En su dolor, y en ella trasformado,
Si por haber aquesta vida mia
Al gusto de tu altar sacrificado,
Con ese llanto anegas mi alegría,
Y el adorarte pagas con enfado,
¿Qué mas grave tormento se me diera,
Si contra ti otra culpa cometiera?

»Bien sabes que fué el término de verte
Feliz principio de rendirte el alma;
Ni te es del todo oculto que en quererte,
Al mio ningun amor llevó la palma:
Si solo el dulce bien de obedecerte
Mis gustos tienen por el tuyo en calma,
Anatomía suficiente han hecho
Tus bellos ojos en mi humilde pecho.

»No con mayor lealtad el cristal puro,
Ni sosegada fuente en valle ameno,
Detras mostró del trasparente muro
A los ojos su limpio y casto seno;
Ni en torreado alcázar mas seguro
Príncipe fué de sobresalto ajeno,
Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,
Gozando un casto amor dobles despojos.

»Si con temor te sirvo y reverencia,
Y adoro y temo tanta hermosura;
Si entre mi sufrimiento y tu violencia
Cada hora el oro de mi fe se apura;
Y si es justo vivir en tu presencia,
Siendo mi cielo en cárcel tan oscura,
Aborrecido y lleno de firmeza,
Hable por mí, responda tu belleza.

»Bien sabes que tu ira la he temido
Cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,
Cual violencia de príncipe ofendido,
Cual pequeño batel al mar airado,
Cual vulgo en nuevos bandos dividido,
Cual avariento golpe desusado,
Cual tirano crüel gente alterada,
Cual sagaz capitan gente emboscada.

»Y que entre estos temores te he servido
Cual siervo al interes aficionado,
Cual pretensor en corte entretenido,
Cual a jüez dudoso hombre culpado,
Cual paje nuevamente recibido,
Cual por conjuro espíritu apremiado;
Y por comparacion mas ajustada,
Cual nuevo amante á dama disgustada.

»Y tú por esto me has aborrecido
Cual á cruel enemigo declarado,
Cual labrador á un avariento ejido,
Cual noble pecho á un corazon hinchado,
Cual á competidor favorecido,
Cual ánimo ambicioso hombre privado,
Cual prolija visita alma enfadada,
Y á libres ojos dama recatada.

»Entre estas muertes vivo, y desta suerte
Tu aspereza me está martirizando;
Mi esperanza, en los brazos de la muerte,
Ya, entre vive y no vive, agonizando,
Muriendo por los gustos de quererte;
Que es en leyes de amor vivir reinando;
Mas ahora, viva ó muera, muerto ó vivo,
Jamas morirá en mí la fe en que vivo.

»Ponme al sol que la seca arena abrasa,
O donde él muere envuelto en tierna nieve;
Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
O al que nieve, granizo y rigor llueve;
Por donde el dia con su carro pasa,
O la callada noche el suyo mueve;
Que en luz, tinieblas, en calor y en frio
Dejaré, por ser tuyo, de ser mío.»

Dijo; y cual si de blanco mármol fuera,
Quedó sin habla, sin color, sin vida;
Solo dió el llanto muestra verdadera
De estar al triste cuerpo el alma asida:
¡Duro paso de amor, que enterneciera
Del Caspio mar la roca mas ceñida!
Y en Angélica obró su sentimiento
Lo que en acero duro el blando viento.

Cual parda encina en años arraigada,
De un desabrido ciervo acometida,
Que miéntras mas de aquí y de allí asaltada,
Mas á su firme centro se halla asida;
O cual peña en revuelto mar sentada,
De una y otra y otra ola combatida,
Que el aire y agua lavan las estrellas,
Y firmes quedan en sus montes ellas;

Tal á los dulces ruegos y blanduras
Del persa rey Angelica quedaba,
Rotas de la razon las ligaduras
Con que las suyas convencer trazaba,
Volviéndose á las voces mal seguras
Del deleitoso son que la encantaba,
En muda lengua y en semblante duro,
Sierpe enroscada al mágico conjuro.

Bernardo con razon quedó admirado
De dos tan diferentes voluntades,
De aquel amor y desamor, causado
De sus mismas contrarias cualidades:
De Orimandro el valor considerado,
De su pena y valor las propiedades,
A compasion y lástima obligaba,
Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.

Mas aquel firme y generoso aliento,
Y aquella fuerza del autor divino,
Que por el ciego mar y sordo viento
El alto fin guió de aquel camino,
Era á todo su bien impedimento;
Y la violencia del contrario sino,
Que en no admitido gusto determina
Que muera el Rey por la gallarda china.

Llegó el doncel el rostro descubierto,
Y el persa, en verlo entrar, salió alterado;
Que ante su ingrata dama, el pecho abierto,
Dándole estaba el alma, arrodillado:
La que dormido vió, halló despierto;
Y viendo el tierno gusto violentado,
En que allí está, contra el presente agravio,
, á Orimandro vuelto, movió el labio:

«Por tales cursos el del cielo guia
El vario fin de las humanas cosas,
Que á veces gloria del dolor se cria,
Y de un contrario azar suertes dichosas;
Y en la fruta que al gusto parecia
Sazonada, en lisonjas mentirosas
Suele estar la ponzoña entremetida,
Y tras la flor la víbora escondida.

»Y así, famoso Rey, si al justo cielo,
Que aquí por varios trances me ha traido,
Con mi venida diere algun recelo
Al gusto en que te hallo entretenido,
El discurrir de su piadoso vuelo
A nuestro bien va siempre dirigido;
Y aquel que de su mano y trazas viene,
Es el que mas á quien lo da conviene.

»Si del incierto fin de mi venida
De propósito hubiese de informarte,
Seria, tomar tan léjos la corrida,
Con desabridos cuentos enfadarte;
Mas la causa entre muchas preferida,
Que en tanto riesgo me obligó á buscarte,
Es pedir de tu mano el verdadero
Honor, título y voz de caballero.

»Soy un mancebo, como ves, dispuesto
A recibir, señor, lo que te pido;
Noble en linaje, y la probanza desto
El valor que á este punto me ha traido;
Que en pecho hidalgo corazon compuesto,
Ya por su propia sangre es bien nacido:
Yo siento ahora en mí que soy cual digo,
Y cada uno es de sí el mejor testigo.

»Lo demas, si tú gustas, por ahora,
Para tiempo y sazon mas larga quede;
Que descubrir de un hombre, en sola un hora,
El pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
Esto, señor, por la que el tuyo adora,
Pues nada pido injusto, me concede:
Despues sabrás de la venida mia,
Quién soy, á lo que vengo, y quién me envia.»

Dijo; y el Rey, con esto satisfecho,
Quedó, si no seguro, reportado;
Bien que el medroso amor el noble pecho
No le dejó, aunque libre, asegurado;
Que lo mas imposible da por hecho,
Porque el amante viva recatado;
Y en las leyes de amor, quien no temiere,
Burla si dice que de véras quiere.

Y así le respondió: «De tu venida
La causa podrás darnos que quisieres,
Y á los largos discursos de tu vida
O añadir gustos ó acortar placeres;
Que una imaginacion tan divertida
En nada dudará que le dijeres:
Baste por tí que el título pedido
Ya en desearlo le hayas merecido.

»Y si al honroso peso estás dispuesto,
Que en la voz del heróico nombre carga,
Y en esos delicados hombros puesto,
Pesado yugo no es, ni grave carga;
Si no reparas en lo más que es esto,
Ménos el riesgo de la muerte amarga
Tu brio enfrenará: yo te concedo,
Si no cuanto me pides, lo que puedo.»

Dijo; y en silla de marfil labrada,
Por mayor aparato, fué á sentarse;
Antiguo rito y ceremonia usada,
En que actos tales suelen celebrarse:
Bernardo, desciñéndose la espada,
Fué á la oriental princesa á presentarse;
Y á los piés puesto del soberbio estrado,
Así le dijo, ante ella arrodillado:

«Retrato vivo del valor humano,
Si no eres sombra ó lumbre del divino,
Reseña y toque del pincel y mano
Que á tan gran perfeccion abrió camino;
O seas toda del coro soberano
Angel de luz, ó bulto peregrino
De la masa mortal, en lo que quiero
Séame tu alta beldad dichoso agüero.

»Esta espada, señora, que te juro
Que en servirte estará siempre ocupada,
De esa tu tierna mano ó marfil puro
Para nuevas victorias me sea dada;
Que este favor me guardará seguro,
Y á ella de ajenas fuerzas inviolada,
Mostrando que al caudal humano excedes,
Si esto es lo ménos de lo más que puedes.»

La suspensa beldad, de divertida,
Apénas dió al doncel grata respuesta;
Que en sus disgustos y afliccion metida,
Estaba en tristes sentimientos puesta;
Que aun de cuidado ajeno es ofendida
La mujer que de véras es honesta,
Y su fama y honor tan delicado,
Que á un soplo ó queda muerto ó destemplado.

Calló, y fué su callar templada muerte,
De discrecion tan lleno y de cordura,
Que al discurso mas vivo y elocuente
En proporcion venciera y en dulzura;
Y en grave pundonor la altiva frente,
De arrogancia mas llena y hermosura
Que de flores la aurora aljofarada,
Al gallardo doncel ciñó la espada.

El persa rey, en nuevo triunfo aparte,
De una trompa marcial al ronco estruendo,
Espuelas calzó de oro al novel Marte,
Ya todo en belicoso fuego ardiendo;
Y de perlas un bárbaro estandarte
Con las persianas armas descogiendo,
Así, en semblante y ánimo severo,
La fe juró debida á caballero:

«Por estas invencibles armas juro,
Y los secretos desta noche muda
Que envuelta va pasando en aire oscuro,
De espantos llena y de color desnuda;
Por ese claro y estrellado muro
Que nuestras vidas con sus vueltas muda,
Y el resplandor de sus lumbreras bellas,
Y la deidad que asiste en él y en ellas;

»Que la inviolable fe de caballero
Que al nombre heróico debo que hoy recibo,
Segura y salva á todo un mundo entero,
El tiempo guardaré que fuere vivo:
Ni por mi punto perderá el severo
Marte el grave rigor del suyo altivo,
En cuanto en sus sagradas leyes manda
El feroz rey que gobernó en Irlanda.

»Daré favor á quien pidiere el mio,
Y á quien no le pidiere, si está opreso;
Y en libre campo y justo desafio,
Ni hacer consentiré ni haré exceso.»
Dijo; y dejando con gallardo brio
Del bárbaro estandarte el grave peso,
Así, en nuevo ademan, al persa fiero,
Que atento le escuchó, le habló severo:

«Invicto Rey, si al celebrado pacto
En tus heróicas manos se le debe
Asiento firme, y que en respeto intacto
Siempre delante el de su intento lleve;
Si ya no en sola ceremonia el acto
Presente ha de acabar su curso breve,
Mas la justa promesa á tí debida
El suyo es bien que iguale al de mi vida;

»La misma fe á tu real valor jurada,
Sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,
Si tú, con voluntad mas concertada,
No granjeas ese cielo ó su retrato;
Y su hermosura, al parecer forzada,
En su libre la das y honroso trato,
Donde podrás por término debido
Granjear, pues lo mereces, ser querido.

»El manjar de sabor mas sazonado,
A quien le falta gusto, es desabrido,
Y adonde no hay amor, todo es enfado,
Y el mas alto valor aborrecido:
El mundo por tu brazo conquistado
Podrá ser, y no un pecho endurecido,
Y más de una mujer que, importunada,
Lo mismo que ántes le agradó, le enfada.

»Las de mas tiernas almas, mas briosas,
Por no humillar de su arrogancia el viento,
De los gustos que están mas deseosas
Fingen mas sacudido el pensamiento:
El descuido las vuelve cuidadosas;
El cuidado es especie de tormento;
Los que ménos procuran sus favores,
Son los que entre ellas gozan los mayores.

»Quieren sin igualdad ser tan señoras,
Que nada fuera de su gusto valga,
Y que él señale, cual reloj, las horas
Al curso de la vida mas hidalga:
Si esto es, cual ves, el gusto que tú adoras,
¿Cómo harás que ajustado al tuyo salga,
Si en él con nuevas leyes forzar quieres
La antigua libertad de las mujeres?

»Vuelve, señor, pues á tu honor conviene,
El que hasta aquí á esta dama has usurpado;
Busca otras reglas; que el amor las tiene
Mejores que estas para ser hallado:
La humildad no disgusta y entretiene;
Que amor no cabe en corazon hinchado:
Servir y porfiar todo lo alcanza,
Cuando ambas cosas se hacen con templanza.

»Y esto no yo, mas la razon lo pide,
Y la obligacion nueva en que me hallo:
Con ambas cosas tu apetito mide,
Porque ninguna en tí pueda estorballo;
Que lo que sin sazon su efecto impide,
Yo estoy resuelto ya de atropellallo,
Y que esta vez nos dé la incierta suerte,
O á ella la libertad, ó á mí la muerte.»

Cual suele destrozado peregrino,
Del largo mar y tierras enfadado,
De léjos viendo el fin de su camino,
La amada patria y puerto deseado,
De un no esperado viento repentino
Hallarse en nuevos riesgos arrojado,
Cuando, ya libre, consagrar quería
Su roto barco al dios que fué su guia;

Tal el persiano rey oyendo estaba
Cuanto el doncel del mar decirle quiso;
Que, de iras lleno, su furor llegaba
En desesperacion á ser remiso;
Y ya por esto, ó porque su alma brava
Mostrar pudiese en trance tal su aviso,
En grave aspecto á la demanda puesta
Dió este breve discurso por respuesta:

«Aunque en vuestras razones se conoce
La mucha que es seguir su dulce acento,
Ni el tiempo quiere, ni mi honor, que goce
El de un tan acertado pensamiento;
Que el bien mezclado al mal se desconoce;
Y así, aunque en mi confuso pecho siento
El bien y el mal, y lo mejor apruebo,
Aquello solo sigo que repruebo.

»Que la invencible fuerza de los hados,
Cuando ha de echar un alma por el suelo,
Si los sentidos deja desatados
A los sanos consejos que da el cielo,
Tráelos al libre gusto tan trocados,
Que, en vez de alivio, sirve de recelo,
Y aquel que á la razon va mas medido,
Es della con mas dudas admitido.

»Y así los vuestros, aunque en la apariencia
De su valor descubren la importancia,
Conmigo hacen tan mala conveniencia,
Que toda su armonía es disonancia;
Y el cielo, en esta nueva diferencia,
Concluir de un golpe quiere mi arrogancia,
Trayéndome para ello á tal estado,
Que sea, sin pedirlo, aconsejado.

»Si la vida, la honra y el contento
En mí se han de acabar todo en un dia,
Y á la fortuna, amor y mi tormento
Tanto estorbo les es la vida mia,
Nada me podrá ser impedimento
Que no muera vengando mi alegría;
Y consuelo es, al fin, de desdichados,
A no poder ya mas, morir vengados.

»Y vos, valiente y nuevo caballero,
Si á vuestros piés quedare sin la vida,
Cuando sepais la causa por que muero,
La juzgaréis por bien ó mal perdida;
Que, por lo que padezco y lo que quiero,
Tengo por experiencia conocida
Que en materia de gusto y pretendello,
Estorba al alcanzallo el merecello.»

Dijo; y cual bravo toro que admitido
Ve en su lugar quien le ha desafiado,
En rabia ardiendo, en celos encendido,
Corva la frente, el pecho levantado,
Escarbando la tierra al fresco ejido,
A un golpe piensa de quedar vengado,
Y la contienda y celos acabada,
Libre y señor de su vaquilla amada;

Bien así el rey de Persia en rabia ardia,
Y á la incierta venganza se aprestaba;
Con los medrosos celos no podia
La cólera enfrenar que ardiendo estaba:
El yelmo de oro, que á la noche fria
Un nuevo sol de pedrería formaba,
Se enlazó, y la ancha plaza del navío,
Palenque dió al dudoso desafío.

Era en forzosos trances el persiano
En golpes diestro, en ánimo orgulloso,
En gusto y paz discreto y cortesano,
En guerra y armas fiero y peligroso:
Ahora, con su ardiente amor lozano,
En nada halla á su quietud reposo,
Ni al novel tierno, en su español denuedo,
Un mundo de contrarios pondrá miedo.

Los brazos altos, y altas las espadas,
De un bélico furor dejan llevarse,
Y las valientes fuerzas abreviadas,
De un golpe quieren por igual vengarse;
Que es flaqueza en defensas excusadas,
Buscando tiempos sin sazon, cansarse,
Y no abreviar, pudiendo, la victoria,
Hacer el pecho indigno de su gloria.

Crece el furor, y ponen las espadas
Lumbres al aire, y á la mar plumeros,
Y al cortar cercos de oro en las celadas,
Las rodillas por tierra sus guerreros,
Cuyas robustas fuerzas alentadas,
Así se aumentan á los golpes fieros,
Que en cada cual parece que revive
Nueva fuerza y vigor del que recibe.

La altiva causa de la lid sangrienta
Suspensa mira el riguroso estrago,
De cuyos golpes la aspera tormenta
La mar pretende hacer de sangre un lago;
Y ni del todo triste, ni contenta,
Tiene cualquier favor por acïago;
Que de su ocasionada hermosura
Ninguna guarda juzga por segura.

Teme que venza el Rey, y no querria
Ver salir su contrario victorioso:
Desea, cuando Bernardo le heria,
Ser escudo del golpe peligroso;
Y si en el persa siente mejoria,
Eso tambien la saca de reposo;
Que, entre antojos contrarios puesta en duda,
A cualquier viento, al fin mujer, se muda.

Ni se hallaban los dos ménos revueltos
En golpes vivos, y en las lenguas mudos,
Cual dos leones de Numidia sueltos,
De rabia llenos y piedad desnudos:
En roja sangre sus arneses vueltos,
Y en mal formados cuartos los escudos,
Y la indómita saña tan entera,
Que ella parece acero, y ellos cera.

A la argentada luz de Cintia bella,
Son en el diestro herir retrato vivo,
Uno del Orion armada estrella,
Otro del rojo serpentario esquivo:
De la vara fatal del dios que en ella
Trae dos dragones de oro fugitivo;
Que en contino anhelar los pechos llenos,
De ira derraman sin cesar venenos.

Dos largas horas la victoria en duda
Suspensa tuvo la neutral batalla,
Y á cada golpe la opinion se muda,
Ya en este, ya en el otro, de alcanzalla;
Y sembrado el combes de la menuda
Blanca hebilla y de enlazada malla,
Entre la roja sangre que corria
Un escarchado rosicler fingia.

Mas, ya cansado el persa de reparos,
De fieros golpes y de sangre lleno,
Del roto escudo los grabados aros
Del ciego aire arrojó al cristal sereno:
Rompió al caer del mar los tumbos claros
Y desatando al sufrimiento el freno,
A dos manos tomó la firme espada
Que ha de dejar su cólera vengada.

Con ella, y con la furia que alcanzaba,
Que á las parejas con su amor corria,
Al español buscó, que le esperaba
Debajo el medio escudo que tenia:
Si lo halla esta vez, con ella acaba
De sus rabiosos celos la porfía;
Que donde quiera que su golpe acierte,
Si hallare vida meterá la muerte.

Mas el diestro novel, que vió el mandoble
Bajar cortando en dulce silbo el viento,
Del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
Dando lugar á su furor violento;
Y él un pequeño rasgo al peto doble
Abrió del hombro á la escarcela, á tiento
Tal, que, entre su grabado y pedrería,
La eclíptica del cielo parecia.

Y él, al volver en sí del golpe fiero,
Con tal violencia le arrimó una punta,
Que, no bastando del templado acero
Contra su fuerza la defensa junta,
Por un costado entró, donde, lijero,
Un nuevo rio de roja sangre apunta,
Y ayudando otra, y de un reves el vuelo,
El grave rey de Persia vino al suelo.

Mas no tan presto al jugador valiente
El hueco globo salta á la ancha mano
Desde la firme losa, que en ardiente
Vuelo le escupe por el aire vano,
Como el persa feroz la altiva frente,
Del suelo que hirió levantó ufano,
Y en no vencido aliento, con voltario
Luchar se anuda y ciñe á su contrario.

Las firmes garras codicioso emplea
En anudar al gran pilar de España,
Que con igual codicia le rodea,
Y el cuerpo, hombros y piernas le maraña:
Nuevo, aunque humilde, modo de pelea,
Donde las fuerzas prueban y la maña,
Entre un estrecho revolver de brazos,
A hacer las honras ó el honor pedazos.

De las heridas las sangrientas fuentes
Al mar tributan con calientes rios,
Y su falta en los firmes combatientes
Las fuerzas mengua, pero no los brios:
Danse en abrazo cruel nudos valientes,
De sangre propia llenos y vacíos,
Y aquí y allí, en teson revuelto y vario,
El ménos brioso lleva á su contrario.

Del bizarro español tengo recelo,
Que es arrogante y bravo su enemigo,
Y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,
Nadie le ha hecho injuria sin castigo:
Si, falto de virtud, no viene al suelo,
Tambien desta verdad será él testigo,
Que ya feroz dos veces ha intentado
A esconderle una daga en el costado.

Mas el leonés brioso, á quien agrada
Ver su alegre victoria ántes del dia,
Libre de sí le sacudió, y la espada,
A buscarle tras él, furiosa envia:
Y hecha dos la riquísima celada,
Dió fin el ciego amante en su porfía,
La de su ingrata dama ántes cumplida,
Que ella de su crueldad arrepentida.

Triste y sin gusto el castellano pecho
En la caida quedó del rey persiano,
Temiendo haber su indigna muerte hecho
Cruel principio al de su heróica mano;
Y él en su sangre y su furor deshecho,
Si á todos dió dolor, no al inhumano
Corazon de su dama, que quisiera
Que porque mas penara no muriera.

La feroz gente del vencido amante,
Que su rey vió en tan triste estado puesto,
A vengarlo ó morir salió arrogante,
Con armas dobles y con paso presto:
Cercan al vencedor, que en brio bastante
A toda aquella injusta furia opuesto,
Ningun golpe recibe, que el mas fuerte
Su herida no le pague con la muerte.

Cual leon de Libia ó jabalí cerdoso,
De mastines sin dueño rodeado,
Que entra, acomete y sale victorioso
Del tímido escuadron desordenado,
Y á uno, á dos y á tres deja, brioso,
De sus blancos colmillos hostigado,
Y el mas lozano y de mayor guedeja,
Que ántes mas le seguia, mas se aleja;

Tal del leon montañes en sangre envuelto
Las nuevas garras dan espanto y grima
Al pueblo infiel, que en paso desenvuelto
Medroso huye su espantosa esgrima:
Y él, libre ya del vulgo inútil, vuelto
Al desangrado rey, que aun vive, anima
A volver del desmayo, y dar aliento,
Si ha quedado por donde, al pensamiento.

Como el que en tristes sueños se hundia
Al ciego buche de una sierpe brava,
Si entre sus negras garras le halla el dia,
Despierto ve lo mismo que soñaba;
Tal el persiano amante en sí volvia,
Y tal, en sangre envuelto, contemplaba
La oscura imágen de la muerte fiera,
A cuyo autor habló desta manera:

«Justa venganza de mi injusta vida,
Para esto de los dioses enviado,
Déjala ya de un golpe concluida,
Abrevia tu victoria y mi cuidado;
Que es cruel compasion, piedad fingida,
Dejar con vida un cuerpo desdichado,
Y el que mas de oro á su placer se viste,
Es á una alma sin él sepulcro triste.

»Ya he visto por mi mal lo que amor puede
En un pecho á quien falta la ventura,
Cuánto á un breve placer la pena excede,
Y el mas fundado bien cuán poco dura:
Si esto así al mas dichoso le sucede,
Dame de un golpe suerte mas segura;
Que es dar la vida á quien la muerte agrada,
Género de crueldad disimulada.

»Mas si este bien con los demas me vedá
La estrella que á este paso me ha traido,
Este ahora á lo ménos me conceda
Por premio á lo que en vano la he seguido:
Que esta tasada vida que me queda
Se pierda donde el resto se ha perdido,
A los piés de una ingrata, con que vea
Cada uno de los dos lo que desea.

»Ella mi alegre muerte, y yo su amada
Cara, en verme morir grata y contenta;
Veré tambien si estar desenojada
Su hermosura y gracias acrecienta.»
Dijo; y la real cabeza reclinada,
Que Bernardo en sus brazos le sustenta,
En diversos remedios que le aplica,
Así el de la esperanza fortifica:

No se ahogue en tu mal la confianza
Que los tiempos trocar podrán su suerte;
De los vivos es propia la esperanza,
Que llega hasta las puertas de la muerte:
Vive: que si fortuna y su mudanza
Han podido á tal término traerte,
El pardo cielo de celajes lleno,
De turbio, suele amanecer sereno.»

Así le anima, si en tan triste estado
Palabras son materia de consuelo;
Y habiéndole la sangre restañado,
Curar le hace y levantar del suelo,
Y de la bella dama al rico estrado
Llevarlo, como á trono de su cielo;
Mas ella le dejó, y se salió fuera;
Que es darle vida el esperar que muera.

Quedó el persiano, viendo la aspereza,
Ni de nuevo sentido ni admirado:
Que habia ya hecho en él naturaleza
Ser con desdenes y rigor tratado:
Bernardo la crueldad con la belleza
Amasada juzgó en un mismo grado
Sobre el tirano pecho, que en el mundo
Ni en desden tuvo ni en beldad segundo.

Iban pasando entre el silencio mudo
La oscura noche y sus calladas horas,
El aire negro de color desnudo,
Lloviendo en sueños sombras burladoras,
Que en dulce lazo y encantado nudo
Las penas atan, en su herir traidoras,
Y el sosegado mar, riendo en calma,
De la tormenta en que se anega el alma:

Cuando el cielo en sus ejes trastornando
La húmeda noche con sonoro estruendo,
Las circunstantes sombras fué aclarando
De una fogosa nube el bulto horrendo:
En sesgo vuelo por el aire blando,
Con prestas alas de oro descendiendo
Sobre el suspenso mundo, á quien traia
Antes del alba el no esperado dia.

Y ella, en ardientes cercos repartida,
A ronco son de un espantoso trueno,
La luz dejó, de que venia tejida,
El aire de dorados rayos lleno;
Y una nueva deidad, de luz vestida,
Feroz salió de su abrasado seno
Con tanta majestad, que en el navío
Al pecho mas brioso quitó el brio.

Un carro ardiente de metal sonoro,
Cuyo pesado yugo en sus prisiones
Hace humillar con las coyundas de oro
La enroscada cerviz de dos dragones,
Volar se vió, y ardiendo entre el tesoro
De sus grabadas ruedas y florones
Un tierno corazon, y allí esculpido,
De fuego azul: «Venganza de Cupido.»

Al tiempo que estas sombras temerosas,
Nocturnos monstruos de celajes hechos,
Las fuerzas refrenaron mas briosas
Con luz medrosa á los presentes pechos,
La grita comenzó y voces llorosas
De Angélica, que en lazos de oro estrechos
Por superior violencia el bulto preso,
Al grave carro dió liviano peso.

Y luego que, huyendo en sombra vana,
Las fantasmas volaron por el viento,
Y el rojo oriente y lúcida mañana
De luz al mundo dió dorado aliento,
Todos por justa dan de la inhumana
Reina la grave pena y el tormento,
Y bien que el cielo así lo ordene y mande,
Porque á ingratos ningun castigo es grande.

Mágicos cercos de la hada Alcina
Al encantado carro dieron vuelo,
Y allí, apremiado de la ingrata china
En silla ardiente el corazon de hielo,
O sea al persiano rey dar medicina,
O de la Hada cuidadoso celo
De su leonés, y el riesgo que corria
En la angélica dulce compañía;

Que era en trato y beldad tan poderosa,
Y así eficaz en un sabroso engaño,
Que nadie la vió afable ó desdeñosa,
Que libre se escapase de su daño:
Despues diré de la carroza hermosa
Y su celestial robo el curso extraño;
Que es largo aquí tan dilatado cuento,
Y corto á ingratitud cualquier tormento.

El persa rey, á quien la Hada en vano
Para sanarlo le quitó la vida,
Quedó cual sin sus flores el verano,
La esperanza tambien en flor perdida;
Sin alma, que en el carro soberano
A la belleza fué del robo asida,
Y él, en el ciego caso no pensado,
Cual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcia,
Y al riguroso cielo levantadas,
«Si allá á algun dios, con lágrimas decia,
La cuenta toca de almas desdichadas,
De las injustas penas de la mia,
¿Cómo, estrellas, volais tan descuidadas?
Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
¿Cuándo con una acabarás mil muertes?

»Lijero tiempo, que, cual libre flecha,
Del mundo haces correr el curso blando,
Veloces dias de medida estrecha,
Ruedas que el bien y el mal vais devanando;
Y tú, mi gloria, que á su corte hecha,
Por el aire deshecha vas volando,
¿Cuándo daréis la vuelta á mis enojos,
Y volverán á ver su luz mis ojos?

»Mas ya que el ofendido cielo ha sido
Quien, en venganza de mi loco intento,
La robada beldad habrá traido
La vez segunda al triste altar sangriento,
Y de la infeliz Creta el encendido
Fuego abrasará á vueltas mi contento,
Dando al cuchillo, sin poder valella,
El blanco cuello de mi imágen bella;

»Si á peso del dolor se da el contento,
Si al peso de los bienes dan los males,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales,
Conózcase por esto mi tormento,
Que soy quien perdió bienes celestiales,
Y granjeó por un regalo tierno
De vida celestial, muerte de infierno.»

Dijo; y en la experiencia de su daño
Concluyó que era falto de ventura,
Basa en que estriba el laberinto extraño
Del intricado error de su locura;
Mas del amor el deleitoso engaño
Con nuevas esperanzas le asegura;
Que, aunque dudosa y larga medicina,
Las postas son en que el deseo camina.

Y el gallardo español con el recelo
De que tan noble rey sin culpa muera,
Así le dice, y da, por mas consuelo,
De su venida relacion entera:
«Si por la cuenta y cómputos del cielo
La nuestra viene á ser mas verdadera,
No hay por qué un golpe tanto nos lastime,
Ni adverso azar que un alma desanime.

»De tus gustos no temas; que si el viento
No con fantasmas me engañó aparentes,
Y en sueño vano y loco fingimiento
El tiempo á conocer me dió á tus gentes;
Del grave riesgo de ese altar sangriento,
Y el cuchillo que así en el alma sientes,
Libre tu dama la conserva el cielo,
O en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

»La noche ya en el denegrido oriente
Sus cortinas de luto desdoblaba,
Y el torpe nudo á la cansada gente
Los lazos del cuidado desataba,
Y en ocio los sentidos blandamente
Con dulce delirar encadenaba,
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado
En su nudo tambien quedó ligado.

»Y no tan presto por la sombra vana
El alma á su quietud voló sabrosa,
Cuando la bella imágen soberana
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
Y en grave presuncion y en pompa ufana,
Mas que en el tierno oriente el alba hermosa,
A mí se vino, y con semblante amigo,
—Vén á librar mi honor de su enemigo,—

»Dijo; y dando la vuelta con sereno
Rostro, vestida de una luz rosada,
De olor dejó divino el aire lleno,
Y el resplandor mi vista deslumbrada;
Y ella subida al estrellado seno,
De una vislumbre celestial bañada,
Mi atenta vista, tras su presto vuelo,
Aquella estrella mas contó en el cielo.

»Estas armas despierto vi á mi lado,
Y el pequeño batel en que venía,
Donde, sin ver por quién, me hallé embarcado
Tras el deseo de ver lo que ántes vía;
Y el barco, por sí mismo gobernado,
Ave que iba volando parecia,
Hasta el bordo rëal deste navío,
Donde, en entrando en él, vi hundirse el mio.

»Pues si del mundo el superior gobierno
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,
Y á librar de tu fuerza el bulto tierno
El fin guió de mi viaje extraño,
La oculta traza del saber eterno,
Ni por el suyo fué ni por tu daño;
Que para haberle de quitar la vida,
Superflua hubiera sido mi venida.»

Dijo; y por el oriente el alba helada
Falta salia de luz y de alegría;
La mar, aunque sin viento, alborotada,
Con sordas olas el galeon batia,
En huecos tumbos de cristal preñada;
Y cuando á veces sin pensar venía
Un tardo viento que en las velas daba,
Mayor tristeza y soledad causaba.

El deseado sol, turbio, encogido,
A sembrar comenzó lumbre al oriente,
Entre negros celajes escondido
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente;
Y el ronco son de un áspero gemido
Suena en la nao y su afligida gente;
Que donde al gusto huye la alegría,
Así amanece el sol y nace el dia.

ALEGORÍA.

En la prision de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasion; y el quedar colgado de un árbol, al tormento de los espíritus, el remordimiento que queda de haber perdido por descuido la ocasion, y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios que tratan de destruir á España muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdicion, y con qué gusto y facilidad la harian, si el freno de la Potencia divina no los detuviese, significada por el Angel Custodio de España, que descubre cuán cortas fuerzas son las del infierno para ofender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente que, sin reparar en inconvenientes, de véras se pone á seguir las inspiraciones del cielo, él tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve cómo el vicio todo lo lastima y afea. Y Angélica, robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adónde, y jamas tiene hora de reposo.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferragús libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia; libra tambien á Anchali, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucef, tio de Galiana, y por relacion se enamora della; y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura y la de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el consejo de guerra del rey Carlo.

En tanto el frances campo de Girona,
Rendida la ciudad, salia marchando
Por las ásperas sierras de Narbona
A gozar de Gascuña el aire blando;
Y ya el real asentado en Carcasona,
Por su deleite el valeroso Orlando
A correr las fronteras de la tierra
En voz salió y en hábito de guerra.

Con él el duque Naymo de Pavia,
Don Silverio de Fox, Dardin Dardeña
Sanson, duque y marques de Picardía,
Alberto, rey pretense de Sansueña,
Con otra ilustre y grave compañía,
La honra del campo y flor de su reseña,
Que al castillo caminan no distante,
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.

Era vulgar rumor que entre las breñas
Del hinchado Pomier suben en vuelo
Del roto muro las gastadas señas
A dar escalas con su frente al cielo,
Donde del mago anciano no pequeñas
Grandezas gosa el enriscado suelo,
Y á ver las de su ejército triunfante
En tropa alegre va el señor de Anglante.

En placenteras fábulas sabrosas
De sucesos de campo y montería,
Olvidados de aquellas peligrosas
Vueltas que al mejor tiempo el tiempo envía,
Al dar fin á las cumbres deleitosas
Con que un monte de flores se vestia,
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,
Del viaje suspendieron el estruendo.

Otro que tras los pasos perezosos
Y huellas de un cargado dromedario
Por entre árboles va en pasos medrosos,
Con sus regates revoltoso y vario,
Viendo de los franceses belicosos
El escuadron á su intencion contrario,
Con astucia sagaz y maña aguda
A pedirles llegó fingida ayuda.

Es desta ocasion bella el nuevo caso
Florido ramo de mi heróica historia,
Por grave azar que el amagado paso
Suspender pudo de su gran victoria:
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso
De gente esta ocasion; esta su gloria
A España suspendió; por tantos meses
Su venida alargaron los franceses.

Tantos la rica sala del tesoro
Detenidos los dió cercos dorados,
Y entre la sed y la virtud del oro
En dulce suspension embelesados:
La ardiente lumbre del metal sonoro,
Con su vislumbre mágica, trocados
Los dió en mudas estatuas, hasta tanto
Que un muerto bulto destruyó su encanto.

Y hasta ver libres los cautivos pechos
De la avarienta sala, el campo junto,
La famosa jornada y sus pertrechos
Por un zodiaco entero hicieron punto:
La oculta causa de tan altos hechos,
Delgada raiz deste ahora nuevo asunto,
De aquí se ocasionó; esta humilde fuente
Largo curso añadió al de su corriente.

Garilo, ya que el infeliz suceso
De la oscura traicion del bosque opaco
Contra su lealtad dió largo proceso,
Y culpas al descuido de Filarco,
El Rey ya libre, y el contrario preso,
Por el rio Ezla se salvó en un barco,
A pesar de quien quiso en aquel caso,
Por vengar su traicion, tomarle el paso.

Salvóse al fin; y á guarecer la vida,
En sus trazas juzgó por mas seguro
Hacer á Mahamut de su huida
Forzosa causa, y de su amparo el muro;
Contando el que á su gente mal regida
Del rio Parque dió en el cerco oscuro;
Pero nueva tan triste no podia
Ser con ningun afeite de alegría.

Recibió el moro con semblante acedo
La mala relacion y al que fué á dalla;
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo
Da al falso corazon triste batalla:
Quedó atajado; mas con nuevo enredo
Dorar quiso la culpa ó remendalla,
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio,
Si puede, á su ofendido rey propicio.

Descubrió en los del bando sarracino
Animos llenos de encubierta saña;
Que siempre entre traidores el mas fino
Amor nace sembrado de cizaña:
Creyó por ese paso abrir camino
A una nueva traicion, cuya maraña
Al andaluz dejase sin la vida,
Y á él su leal opinion restituida.

Comenzó aleve el infeliz contrato
Metiendo incauta prenda en el que urdia;
Mas faltó discrecion, faltó el recato
Que el grave caso y su ocasion pedia;
Y descubierto el encubierto trato,
Garilo huyó, huyó su compañía,
Pagando todos la traicion urdida,
O con culpable ausencia ó con la vida.

El falso entablador del traidor juego,
Con los que guarecer del riesgo pudo,
De la noche huyó por lo mas ciego,
Al dulce amparo del silencio mudo:
Llegan á Ribadeo, y pasan luego
En hombros de cristal su cerro agudo,
Y en su pequeño golfo al franco suelo
Remos y velas dan entre agua y cielo.

A vista de Bayona y su ancha playa
Libres pasaron sin tocar en ella,
Y de Belne la costa y corva raya,
Que con sus espumosas olas mella;
El Curiano monte, que atalaya
Del frio Garona la ribera bella,
Pasando á Bordeaux con agua viva,
Y hasta cerca de Argen el rio arriba.

De allí hácia Lenguadoc la tierra adentro
La quietud saltearon del camino,
Hasta un antiguo bosque que al encuentro
De Pomier y Tarascon les vino;
En cuyo verde y escondido centro
Las ruinas hay de un muro peregrino,
Que un tiempo fué ya célebre morada,
Jardin de un rey y casa de una hada.

Despues que en Salabres la hada Morgana
Al rey Artus, su hermano, vió perdido,
Y el destrozado campo en la inhumana
Victoria entre un sangriento rio ceñido,
Por el hondo Garona en pompa ufana
Aquí al vencido rey trajo escondido,
Donde al mundo quedase, con su ayuda,
La fama de su vida y muerte en duda.

Allí encantado ó sin encanto muerto,
Si vive ó si no vive está encantado,
Sin que la causa de quedar desierto
El castillo hasta ahora se haya hallado;
Si ya del desamparo no es lo cierto
De la hada rica el natural enfado
Contra Orlando, por quien del suelo france
Su real jardin mudó al del lago blanco.

Y porque al viento el arruinado muro
Con sombras tiñe de apariencias vanas,
Del bosque horrible y del castillo oscuro
Las gentes todas huyen comarcanas:
Aquí Garilo y su escuadron, seguro
De asombros, se amparó, y por las cercanas
Aldeas y caminos plata y cobre
Al rico quita, y la esclavina al pobre.

No léjos de aquel bosque hay un castillo,
Guarida de otras gentes de su trato,
Que al catalan hicieron su caudillo,
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato:
De estos eran los seis que entre el tomillo
Y árboles de Pomier sacó el rebato,
Huyendo por sus ásperos confines
De los ya descubiertos paladines.

Y el que tras el cargado dromedario
Con revoltosas vueltas discurria,
El astuto Garilo, del voltario
Escuadron falsa y cautelosa guia,
Que por aquel desierto solitario,
En cuidadosa y encubierta espía,
Los dos muertos siguió, y en la ancha senda
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.

Huyeron los demas; y él con sosiego,
Intrépido al frances escuadron vino,
A quien, de deslumbrado, volvió ciego
De su astucia un engaño repentino,
Con humilde pidiendo y sagaz ruego
En el riesgo le amparen del camino,
De aquella escuadra, cuyo brazo fuerte,
Por robar sus amigos, les dió muerte.

Creyeron todos que el valiente pecho
Del feliz español se habia librado,
A propias fuerzas, del dudoso estrecho
Con que de los que huyeron fué asaltado;
Y que el verlos venir dejó deshecho
El peligroso asalto comenzado,
Temiendo los franceses valedores
Los seis mal concertados salteadores.

Y él, no contento del sutil engaño
Con que el riesgo salvó de su delito,
Y á cuenta puso del ajeno daño
Del castigo á su culpa ancho distrito,
Un nuevo enredo de artificio extraño
Así por los presentes dejó escrito
En dulce delirar; que al mas agudo
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.

Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,
Si á todos no los roba y desbalija,
Y aquel fiero escuadron contrario á España
De armas su astucia y de altivez no alija;
Y así, despues que en cautelosa maña
Licencia para hablar pidió prolija,
Desta suerte empezó, y con este enredo
El gusto les ganó, y les perdió el miedo:

«Ya que el rigor de la enemiga estrella
Que tras si lleva el curso de mi vida,
Y haciendo de desgracias prueba en ella,
La trae de un riesgo en otro divertida,
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella
A sus mortales golpes no vencida,
Y á la espéranza aun en tan largos casos
Lugar le queda donde dar mas pasos,

»No es justo que reserve prueba alguna,
Ni humana diligencia que no intente,
Si punto no hay de tan menguante luna
Que algun dia no halle su creciente:
Sabré cuál puede ser en la fortuna
De los suyos el don mas excelente,
O si es acaso de imposibles hecha,
Como el rigor desta cadena estrecha.

»Del rey Hércules libio, que en España
De tres cuellos sacó un tirano aliento,
Y de tres cuerpos la cabeza extraña
Al rojo suelo dió un golpe sangriento,
Mi linaje desciende...» Así en maraña
Fingida entrada abrió á un prolijo cuento
El sutil catalan; pero yo al brio
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.

A toda rienda, por un verde llano,
De un caballero dije que huia
Un bulto en la belleza soberano,
Y en rostro un rayo del pintor del dia,
Cuando á su amparo levantó la mano
El bravo aragones, y al que venia
Ya ejecutando el golpe, el suyo al vuelo
Le echó arrogancia y vida por el suelo.

Volvió la dama, y viendo sin cabeza
El furor que la suya amenazaba,
Del suceso admirada y la braveza
Que, muerta, aun no menor espanto daba,
«¡Oh invicto brazo, dijo, oh fortaleza
Heróica! El cielo guarde alma tan brava
Contra injustos agravios, en quien fio
Ver por tal mano reparado el mio.

»Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,
En un dudoso riesgo mi alegría,
Antes que sean mis desdichas parte
A dar la muerte al que es la vida mia.
No léjos deste bosque, por la parte
Que este florido monte se desvia
A darle paso á un rio, que yo pienso
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,

»Una soberbia puente ambos costados
Con dos torres altísimas le cierra,
Y estas, llenas de bárbaros soldados,
El comercio han quitado de la tierra:
Aquí á los que de paz van, descuidados,
Prenden sin fe, y á los que van de guerra
Con ardides la hacen tan villanos,
Que ninguno se escapa de sus manos.

»Allí el bien, que me deja aquí perdida,
Preso ó sin alma está, que es lo mas cierto:
Acude pues, señor, á dar la vida
O sepultura honrada á un hombre muerto:
De paso te diré de mi venida
Y de mis desventuras lo encubierto,
Quién soy, con quién y adónde hacia jornada;
Que quien como yo está no encubre nada.»

Dijo; y el moro hácia la parte guia
Que ántes salió huyendo la doncella,
Quién fuese preguntando, y por qué huia,
Y el feroz caballero iba tras ella;
Cómo con tal denuedo la seguia,
Si era para matalla ó por prendella;
A quien la dama, en desmayado aliento,
Así empezó de su tragedia el cuento:

«Del valiente Dedran, que un tiempo quiso
Ser absoluto emperador de España,
Y lo fuera si á su ánimo y aviso
No se mostrara la fortuna extraña,
Nieta soy, y heredera del preciso
Hado que á él engañó y á mí me engaña,
A pesar que del tiempo el movimiento
A una alma puede dar bienes de asiento.

»Hija de Doriscan y una cristiana
Noble, de los tributos de Galicia,
En Córdoba nací, y con pompa vana
Nájera me crió por su patricia;
Donde, en destierro honrado y suerte ufana,
Del rey Albucasar dió la avaricia
A mi agraviado padre esa frontera,
Donde, él viviendo, su grandeza muera.

»Aliatan dió despues el reino de Oca
A Zumail, un ambicioso viejo
Que, en hambre de oro y en prudencia poca,
Cuanto halla tomará, si no es consejo:
Este, embriagado de avaricia loca,
En los montes prendió de Castrovejo
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.

»La culpa era dejar la ley paterna,
Con que el Rey su avaricia disfrazaba,
Y el ciego ardor de la codicia interna
Con que el infame corazon cebaba:
Nunilo la mayor, y la mas tierna
La honesta y bella Alodia se llamaba;
Cristianas, aunque ricas, y él tirano,
De alma avarienta y corazon villano.

»Vendia el rigor por celo de su seta
Y de impedir la religion cristiana,
Aunque era en lo interior hambre indiscreta
Del patrimonio de una y otra hermana;
Y por hacer la causa mas secreta
Y la injusta prision ménos liviana
Con impedir del dulce trato el uso,
En diferentes cárceles las puso.

»La niña Alodia compañía dichosa
Fué en depósito honesto de la mia,
De las beldades dos la mas preciosa,
Pecho inculpable, rostro de alegría:
Era, en prudencia y alma, generosa,
Y tan afable trato, que solia
Dejarme con él llena el alma ufana
De un ardiente aficion de ser cristiana.

»Si tal vez la aceché por verla sola,
En ferviente atencion orar la via,
Y que de alegre luz divina una ola
De cuando en cuando el rostro le embestia;
Y en soberanos lustres la arrebola
El rosicler de gloria que salia
De un Dios que puesto en cruz traia consigo
Por inviolable esposo y dulce amigo.

»No es de mi edad juzgar cuál sea mas justa,
La ley cristiana ó la del pueblo moro,
Y en casos de opinion cualquiera gusta
Vestir la suya de un parlar sonoro;
Mas, ahora sea justa ó sea injusta,
Yo en la árabe nací y en esa adoro;
Y aunque su Alcoran creo, creo y juro
Que si Mahoma es dios, es dios oscuro.

»No hace milagros, como habemos visto
Que en favor de su ley y quien la sigue
El nombre hacen y la cruz de Cristo,
Cuando en mas sangre el mundo los persigue:
Ni hallo yo en la mia aquel bienquisto
Modo de proceder que se consigue
De la cristiana, cuando sus sugetos
A sus reglas se ajustan y precetos.

»Hace hombres concertados y compuestos,
Mansos, sufridos, blandos, conversables,
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,
Gratos, humanos, dóciles, afables,
Del todo humildes, sin cautela, honestos,
Medidos, comedidos, y así estables
Y puestos en razon, cuenta y justicia,
Que no halla qué tacharles la malicia.

»Nuestro Alcoran, si, como dicen, vino
Del cielo, escrito fué por otra mano;
No es tan llano y tan claro su camino,
Ni tan fundado en el discurso humano:
Tiene de cruel su parte y de sanguino,
Y no poco de bárbaro y tirano,
Pues con la espada y con las armas quiere
Que aquel sea en él mejor, que mas pudiere.»

Rióse el feroz moro á las razones
Con que la dama su Alcoran condena;
Que, como hombre sin ley, ni cree opiniones,
Ni que hay para unos gloria y otros pena:
Tiene nuestros milagros por ficciones,
Su secta ni por mala ni por buena,
Solo por dios á su animo invencible,
Y por de burla á todo lo invisible.

No le replicó nada: ella, siguiendo
Por su camino y su discurso, dijo:
«Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo
El avariento rey tenia por hijo,
Con quien nació en el mundo y fué creciendo
Un arrogante espíritu prolijo:
Que siempre, ó por la cara ó las costumbres,
Del padre saca el hijo las vislumbres.

»Este fué todo estampa de su padre,
Fantástico, avariento y disoluto,
Sin que noble amistad le asiente y cuadre,
Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,
De parto incierto y fementida madre,
Y al fin, de tales árboles tal fruto,
Llamado Harpalí ó sucia arpia,
Que todo lo manchaba y confundia.

»Este, de la honestísima doncella
Alodia y de su rostro soberano
Un torpe y necio amor concibió en vella;
Con loca presuncion y ánimo insano,
Creyó que era tan fácil como bella;
Y él, por soberbio hijo de un tirano,
Bueno para querido, y fué simpleza;
Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.

»No dió por sus ofertas y servicios
Escarnios ni desdenes la cristiana,
Ni de oracion mudó ni de ejercicios,
Ni se le mostró tierna ni tirana,
Ni el ver los reyes a su amor propicios
Altiva la hizo, ni volvió lozana,
Ni triste el riesgo y verse en casa ajena;
Que nada, en quien no hay culpa, causa pena.

»A los principios, en su afable trato,
Todo Harpalí creyó que estaba hecho,
Y que el ser rey le prometia barato
Aquel, como otros gustos habia hecho;
Mas cuando llegó á ver con mas recato
La entereza y valor del casto pecho
De una tierna beldad, que en ser constante
No era niña y mujer, sino gigante,

»Quedó asombrado; y al negarle el gusto,
Con el desden creció la llaga fiera,
Y viendo á mayor fuerza mas robusto
El pecho que ántes parecia de cera,
Nueva sentencia dió en el suyo injusto,
Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera;
Mas buscar al amor por esa pinta,
Es blanquear el ébano con tinta.

»No está mas firme á los combates fieros
Del cierzo helado la montaña de Oca,
Cuando peñascos y arboles enteros
Su soplo vuela y su rigor apoca,
Ni en sus cumbres y cerros altaneros
Antigua encina ó carcomida roca,
Que así entera se libre y se defienda
De un torbellino y su áspera contienda,

»Como la casta niña á las blanduras
Y amenazas del bárbaro enemigo,
Sin que de hierro las prisiones duras
Ni del tierno regalo el trato amigo
Hiciese mella en las entrañas puras,
Ni en ellas otro amor hallase abrigo
Que el de su honestidad y del precioso
Retrato vivo de su muerto esposo.

»Viendo el tirano Harpalí vencido
Su pensamiento y trazas de una niña,
Y que, en deseos y ansias consumido,
Ni un soplo de esperanza se le aliña,
Ya, de amante en tirano convertido,
Robarla quiere, y que esto la constriña,
Con gusto acedo ó voluntad sabrosa,
A serle ó torpe amiga ó dulce esposa.

»Por un muro almenado, que ceñia
De un florido jardin el fértil suelo
Y parte de una cuadra en que dormia
Yo con la hermosa Alodia sin recelo,
A Harpalí le pareció se abria
Paso á sus gustos, puertas á su cielo,
Y que era facil por allí la entrada,
Para haberla á sus manos descuidada.

»Ya el sacrílego amante, confiado
De saquear el cielo, entretenia
Su torpe gusto en ver del sol dorado
El carro de oro en que camina el dia;
Y en aguardar su ausencia desvelado,
Las horas cuenta, y de la noche fria
El manto pide por agüero y luto
De su fin triste ó pensamiento bruto.

»Llegó la noche oscura, aunque serena,
De broches de oro y pedreria sembrada,
Y al medio curso de tormentas llena,
De agua, rayos y truenos asombrada:
Braman los vientos, la arboleda suena
Con ruido, mas que de aire, alborotada;
Creció la oscuridad, y el negro velo
De la sombra escondió en su luto el cielo.

»De ásperos vientos la baraja oscura
Con sordos ecos de furor bramaba,
Y del cercano monte la espesura
Roncos gemidos por las peñas daba:
Del frio polo sin luz la ciega altura
En temerosos truenos resonaba;
Que el cielo, al parecer, se defendia
Del moro que robarlo pretendia.

»Despertóme el rumor, corrí medrosa
A ver mi amiga y á valerme della:
Halléla en oracion, la cuadra hermosa
Llena de luz, y un ángel bello en ella:
Una luciente espada en la briosa
Armada mano en son de defendella,
Con un grabado peto, en que el tesoro
De ricas piedras daba precio al oro.

»De argentados coturnos ambas plantas
Ceñidas, y la suelta vestidura
Al estrellado cielo en luces santas
Vencia, y á la nieve en la blancura:
Pomposas alas con vislumbres tantas,
Que ante ellas la del sol quedara oscura;
Diciéndole en acento soberano:
—Ya, vírgen, estás libre del tirano.—

»Cerróme los sentidos el espanto,
Indignos de gozar la luz del cielo,
Con la presencia y el lenguaje santo
Del ángel, de su espada y de su vuelo:
Quedéme desmayada hasta tanto
Que el nuevo dia despertó en el suelo,
Y yo de mis temores y fatiga
En el dulce regazo de mi amiga.

»Alegre en verla, de placer lloraba;
Que al ángel que ántes vi, se parecia;
Y aunque en grave respeto la trataba,
Amorosas caricias le decia:
Ella, que por ventura cierta estaba
Que aquel habia de ser el postrer dia
De gozarnos en tierno regocijo,
Así, mezclando lágrimas, me dijo:

»—Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte
Que cual reina me cumplas la promesa
De ser cristiana, y nunca arrepentirte
De profesar lo que mi ley profesa:
Yo iré presto delante á prevenirte
En el cielo corona de princesa;
Que en premio del amor que me has tenido,
Así me lo ha mi esposo concedido.

»A grandes golpes de dolor se labra
El cetro y la diadema para el cielo;
No ha de ser solo, amiga, de palabra
El darle á Dios lo que le debe el suelo:
Sus puertas ese tierno pecho le abra,
Porque la halle al alma su consuelo,
Y sin hacer de otros contentos caso,
Por todos hasta allá pase de paso.

»Bien sé que los espantos de la muerte
En varios riesgos te traerán metida;
Que tal es siempre y fué la humana suerte,
Servir acibar al que á miel convida:
Y como si el morir fuese mas fuerte
Que el padecer viviendo en esta vida,
Quiere en adversa ó próspera fortuna
Mascar mil muertes mas que tragar una.

»Tú serás desto ejemplo, amada Argina;
Que gran discurso por pasar te queda;
Mas todo en ti á dichoso fin camina,
Y así el cielo lo ordena que suceda:
Lo que ahora el amor que á ti me inclina
Con mas ansia me pide, es que yo pueda
Llevar de tí esta prenda y fe dichosa,
Que has de ser de mi amado esposo esposa.

»Y que pues nuestras almas ya son una,
Es bien que tambien tengan solo un dueño,
Un bautismo, una fe, una ley, y á una
Ambas á un Dios la démos en empeño;
Que cuanto alumbra el sol y ve la luna,
Sin este solo bien es sombra y sueño,
Y yo en tenerte amor eterno y puro,
Eternos bienes para tí procuro.—

»Así mi amada Alodia me pedia
La fe que allí le di y he mal cumplido,
Cuando del pueblo que en furor se ardia
En mi casa cundiendo fué el ruido:
Llanto, alboroto, estruendo y vocería
En confuso era y bárbaro gemido:
Sobresaltéme yo, y con regocijo
Ella se sonrió, y llorando dijo:

»—Aquí, ó querida Argina, la corona
De un reino eterno ofrecen á tu hermana:
Este confuso grito la pregona;
Vamos por ella en pompa soberana:
Tendrás tuya en la corte una persona
Que prive con el Rey y te haga ufana,
Y en cuanto le pidieres por mil modos,
Bienes sin fin te los alcance todos.—

»No entendí su razon: quedé atajada
Viendo crecer el sonoroso estruendo,
Y que la casa en armas ocupada
Se iba en ciego alboroto confundiendo:
Cuando de la ocasion certificada,
Pasmada me dejó el suceso horrendo,
Extraño caso, puesto por testigo
De un ofendido cielo en su castigo.

»De un moral arrimado al fuerte muro,
Adorno y sombra del florido huerto,
Con que Harpalí bajar pensó seguro
Al malogrado fin de su concierto,
Colgado le dejó en el aire oscuro
Un ángel á los ojos descubierto
De los que iban con él, y el mas osado
Huyó, despues que le lloró ahorcado.

»Era la única prenda del tirano
Corta y frágil coluna á su esperanza;
Cayó por tierra, y su soberbia mano
Al mundo asolar quiso en su venganza:
Tuvo sospecha de Alistan, mi hermano,
Que en contiendas de amor y de privanza
Traian pasion por ciertas moras bellas;
Que donde hay celos todas son querellas.

»Ménos que esta ocasion fué necesaria,
Con la desgracia del dolor presente,
A la ciega arrogancia temeraria
Del ofendido bárbaro insolente:
Era en todo mi casa real contraria
A la suya de humilde suelo y gente:
Esto solo bastó; que un bien nacido
Siempre es, del que no es tal, aborrecido.

»Mi anciano padre al defender su casa
Por el furor tiránico fué muerto,
Y tras él vueltas en ceniza y brasa
Sus altas torres y el lugar desierto:
Mi hermano, viendo la crueldad que pasa,
Por senda oculta se salvó encubierto;
Yo quedé presa, Alodia sentenciada
A ser por su limpieza degollada.

»Trajeron á la carcel á Nunilo,
Y al verse y despedirse ambas hermanas,
Gruesas perlas regaron hilo á hilo,
De un celestial jardin rosas tempranas:
La mayor, con honesto y grave estilo,
Dulce afecto y palabras cortesanas,
Miéntras el cruel verdugo se apercibe,
Esto en el alma de su Alodia escribe:

»—Ya la dichosa suerte concedida
De aquel Rey soberano por quien mueres,
A eterna palma y triunfo te convida;
Reina serás si esta corona adquieres:
Mira, tierno regalo de mi vida,
Que solo hagas lo que hacer me vieres;
Que aunque primero por tu ejemplo muera,
No llegaras al premio la postrera.

»¿Quién no conoce de la humana suerte,
Que al fin, por bien que de morir rehuya,
Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte
Que los regates y el huir concluya?
Si ningun vivo se libró de muerte,
Loco es quien piensa rescatar la suya;
Y mas si, por la carga desabrida
De un vivir breve, pierde inmortal vida.—

»Así dijo; y el rostro soberano
Revestido de gloria, parecia
Que, ya desnudo de aquel lazo humano,
Nueva deidad y luz en él vivia:
Las madejas del oro, que el liviano
Aire en el cuello de marfil bullia,
Por la cabeza se enlazó gallarda,
Y el fiero golpe del alfanje aguarda.

»Llevó su filo á cércen la cabeza;
Cayó el hermoso cuerpo destroncado,
Que su hermana compone y adereza
Con rostro alegre y pecho reportado;
Y con igual sosiego y entereza
Que si fuera á un banquete regalado,
Sin que la muerte ni su error la esquive,
Para el segundo golpe se apercibe.

»Habíasele á su hermana descubierto
El blanco pié con la mortal congoja,
No quedando compuestas ni en concierto
Las limpias faldas por la sangre roja:
La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto
Quiere guardar honesto, alegre afloja
Una colonia azul, en que trenzaba
El mas fino oro que el Hidáspes lava.

»Con ella recogió sus vestiduras,
Y á su compuesta honestidad previno,
Sirviéndole las tiernas ligaduras
De fuertes grillos á su amor divino;
Y con palabras que las piedras duras
Blandas volvian, el rostro cristalino
Al cielo vuelto, miéntras prevenia
El tierno cuello al golpe, así decia:

»—Alma dichosa, que, del casto velo
Ya libre y suelta, del amor llevada
En triunfal carro, hasta el empíreo cielo
De victoriosas palmas vas cercada:
Suspende entre esos globos de oro el vuelo,
¡Oh de mis tiernos años prenda amada!
Que si un golpe nos dió diverso mundo,
Un cielo juntas nos dará el segundo.

»Y el hierro, que las dos dividir pudo,
Podrá con mejor título juntarnos
Cortando el mortal hilo, mas no el nudo
Con que el divino amor supo enlazarnos;
Y á tí, precioso alfanje, cuyo agudo
Corte en la eterna, para no apartarnos,
Juntas nos ha de dar diadema santa,
Aquí humilde te espera mi garganta.—

»Dijo; y al punto de rodillas puesta
Sobre el difunto cuerpo de su hermana,
Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta
Al sacrificio y víctima temprana,
El filo agudo de la espada presta
Segó el cuello, y el alma soberana,
En un resplandeciente y claro vuelo,
A vista de mil ojos subió al cielo.

»Quedaron en la tierra desangrados
Los cuerpos, de un precioso olor divino
Y nueva luz de gloria acompañados,
Que de la suya descubrió el camino;
De corruptible daño preservados,
A pesar del tirano desatino
Que por mil modos ya pretendió en vano
El honor usurparles soberano.

»Mas, miéntras con malicia infiel pretende
Destruirles su opinion, manchar su fama,
Con mayor gloria y resplandor se extiende
La misma luz que su crueldad infama,
Y en la cristiana devocion se enciende
Mayor aliento y fervorosa llama;
Que siempre la verdad tiene su fuerza,
Por mas que envidia con pasion la tuerza.

»Yo en la cárcel quedé esperando el dia
En que otro golpe hiciese en mí el tirano;
Mas faltóle esta culpa por la mia;
Que fuera tras de aquel el mio liviano:
Un moro cordobes al Rey servia,
Mancebo ilustre, de Daraja hermano,
Esposa de Harpalí, y sobrina mia,
Aunque él deudo ninguno no tenia.

»Este con nombre y pretension de esposo
En noble trato y voz me regalaba,
Y yo, por su valor y ánimo honroso,
De amor honesto y sin doblez le amaba;
Este sintió que el pecho riguroso
Algo del rey tirano se ablandaba;
Que el tiempo con mudanzas y ocasiones
Los toros doma y vence los leones.

»Dió en escuchar mi causa con blandura,
Y de la cárcel me llevó á palacio,
De un torpe amor ardiendo en llama oscura,
De su imprudente pecho el gusto lacio:
Ya en libertad me vi ménos segura,
Y mi muerte venir menos despacio,
Si mi amado Auchalí no me acudiera,
O el casto cuerpo ó su opinion muriera.

»Mas, viendo el riesgo y la prision remisa,
Trazó conmigo de sacarme della,
Con firme pacto y condicion precisa
De ser su esposa y de seguir su huella:
Aceptéle el partido, y con divisa
Trocada, por huir mejor con ella,
Por fuera de camino nos librámos,
Hasta que á Soria y Agreda llegámos.

»Seguíamos para Córdoba el camino,
Del amor de la patria acariciados;
Mas de la tierra nueva el poco tino
En varios riesgos nos dejó entrampados,
Y al pasar este arroyo cristalino,
De una escuadra de gente infiel cercados,
Que á nuestro gran descuido de repente
El muro vomitó de una ancha puente,

»Allí á mi dulce esposo entre el malvado
Escuadron le vi dar mil golpes fieros;
De allí escapé del brazo acelerado
Que ya vió en mi garganta sus aceros:
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!
Antes que muera, ¡oh flor de caballeros!
Acudí á socorrer el mas honesto
Pecho que el mundo en tal estrecho ha puesto.»

Así la hermosa Argina, el grave cuento
Siguiendo de su vida, vió á su esposo,
Roto el escudo, el fino arnes sangriento,
Y en el herir el brazo perezoso:
Haciendo el brio de su honrado aliento
El término fatal mas presuroso,
Que el morir sin socorro era sin duda;
Mas donde el cielo acude todo ayuda.

El tratar con los buenos puede tanto,
Que al malo suele convertir en bueno,
Y la conversacion de un pecho santo
Sacar triaca de lo que es veneno:
Neron con su crueldad nos pone espanto,
Animo un César, de clemencias lleno,
Enéas piedad, maldad Sardanápalo;
Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.

Las tiernas niñas, que el empíreo cielo
Gloriosas pisan con doradas plantas,
Y ya desnudas del humano velo,
De tuson de oro ciñen las gargantas,
Vueltos los ojos al ingrato suelo,
De quien triunfaron con victorias santas,
Viendo entre tantos riesgos y fatiga
Por un vano temor su amada amiga,

Con santa intercesion hecha á su esposo
De las cosas trocaron gusto y fuero,
Que tras el apetito deleitoso
Iban en riesgo á un gran despeñadero:
Esto la trajo al paso peligroso,
Esto tambien le descubrió el guerrero
Que en favor de Auchalí partió arrogante
Por dar favor al uno y otro amante.

El cordobes en peligrosa guerra
Y en gallardo ademan se combatia
Con la vil tropa de la infausta tierra,
Que, junta, sin por qué le acometia;
Y el vivo aliento que su pecho encierra
Así el honor herido le encendia,
Que en la desigualdad que se hallaba
En mas que defenderse trabajaba.

Bien que, á faltar la venturosa suerte
Del brazo heróico que á valerle vino,
A hacer le compeliera el pecho fuerte
El término forzoso mas vecino;
Y vencedor, la vencedora muerte
A todos por igual diera un camino;
Que el alentado ardor que en él se via,
La honra, mas no la vida, guarecia.

De diez valientes moros asaltado,
Los seis peleando, los demas sin vida,
Roto el arnes, el cuerpo destrozado,
La sangre, y no la estimacion, perdida,
Llegó el aragones, y el brazo alzado,
«Afuera, dijo, gente mal nacida;
Que los que intentan tales desafueros
No son hijos de padres caballeros.»

Tres de los que en favor de su contrario
Entrar le vieron con tan vivo aliento,
En confuso tropel y encuentro vario
Por tres partes contra él rompen el viento;
Y del encuentro el golpe temerario
De tres lanzas las dos rompe violento,
Una en el firme escudo, otra en la frente,
Saliendo la tercera impertinente.

Cual parda encina de trofeos cargada,
Al blando soplo de un delgado viento
Las hojas tiemblan, y ella en encrespada
Pompa se eriza al fresco movimiento,
Así el moro quedó, si bien su espada,
De tres al uno, en un reves violento,
Un brazo le dejó y un hombro ménos,
Y de nuevo aire los pulmones llenos.

Los dos que sobran, vuelven, y al caido
Furiosos quieren dar justa venganza,
Y en desiguales golpes y rüido,
Uno al escudo y otro al yelmo alcanza:
Parece, del arnes que trae vestido,
Que es Ferragut el yunque sin mudanza,
Y ellos los que, al batir de sus bisarmas,
Sobre él le forjan á porfía las armas.

Así el uno y el otro le golpea,
Y él, quedo, sin mudarse, un lance aguarda;
Y como, aunque le hieren, ni voltea
Su espada, ni á las suyas se resguarda,
Da ocasion que cualquiera dellos crea
Que está herido de muerte ó que acobarda,
Hasta que, al golpe de un reves extraño,
Con el castigo vino el desengaño.

Del dulce filo al rebanar lijero,
A Glauro le llevó brazo y cabeza,
Glauro sin gravedad moro embustero,
Que las canas se tiñe y adereza;
Y no parando allí el sabroso acero,
Dos hizo á Galigante de una pieza,
Que seis mujeres enterró en Porcuna,
Sin llorar ni enlutarse por ninguna.

Y sin hacer de aquellas muertes caso,
Al puesto de Auchalí corre lijero,
Cuando un grueso jayan le atajó el paso,
Armado sin primor de hojas de acero:
Bajaba de la puente al campo raso,
Al brutal gusto del combate fiero,
Y viendo los tres golpes del pagano,
El quiso hacer el cuarto de su mano.

Sin recelar su espada ni ser vista
Del encantado hijo de Lanfusa,
Por cima la dorada sobrevista
La vista el golpe le dejó confusa:
Cayó en el suelo sin aliento y vista;
Ningun libre sentido alcanza ni usa;
Que un traidor, cuando acierta á ser valiente,
Un mundo entero matará de gente.

Bajó sobre él el sin lealtad gigante,
Y en ver que vivo está le llevó preso:
Cayó Auchalí rendido en este instante,
Y su Argina tambien cayó sin seso:
Llegó á prenderla el falso Garamante,
Y desmayada levantóla en peso,
Llevando las brutales manos llenas,
Cual oso montaraz con dos colmenas.

Ya á la entrada llegaba de la puente,
Cuando volvió en su acuerdo Ferraguto,
Y hallándose al calor de tanta gente
Al brazo asido de un gigante bruto,
Herido del honor, cual rayo ardiente
La bárbara prision dejó sin fruto,
Y el rigor nuevo de sus golpes varios,
Ciego alboroto y miedo en los contrarios.

Trocó el jayan la dama por la espada,
Para segunda vez cobrar su preso,
Y aunque le ve la frente desarmada,
No juzga acometerle por exceso;
Ni él, al sentirse herir, estimó en nada
De la traidora mano el grave peso,
Ni el ver que de sus bárbaros soldados
Doce contra uno le arman los costados.

Antes así en su escuadra se revuelve
Cual entre aristas ciego torbellino;
A este hiere, á aquel da, y al otro vuelve
En concierto mayor su desatino:
A uno el pecho y entrañas le desvuelve
El dulce corte del acero fino·
A este del roto arnes lleva un pedazo,
Y á aquel deja en tres piés con solo un brazo.

Dió un reparo al jayan, que á dar venía
Sobre él con nueva y desigual bisarma
Que en cien puntas de acero relucia,
Y á un golpe un hombre de metal desarma:
Hízole errar la furia que traia,
Y al vacío herir, en dos quebrada el arma:
Quedóle solo el destroncado trozo
De Palia muerto, y Ferragut de gozo.

No perdió tiempo; que al volver la frente,
La calva diosa asió de la ventura,
Y el acerado alfanje, al vuelo ardiente,
Un reves le alcanzó por la cintura,
Por donde el hierro entro, y salió una fuente
De requemado humor y sangre oscura;
Y de otro á cercen le llevó una pierna,
Cual blanca y corva hoz mimbrera tierna.

Así toro andaluz desjarretado
Suele al prado venir dando bramidos,
Y en el sangriento suelo destroncado,
La selva asombra, y braman los ejidos:
Del cobarde escuadron desordenado
Los muertos quedan, huyen los heridos,
Cual de buitre gloton hambrientos cuervos,
Y de perro irlandes tímidos ciervos.

Miró buscando el victorioso moro
Con vista atenta la agraviada Argina,
Y vióla, cruel, juntando aljófar y oro
Al rosicler de una sangrienta mina,
Con las hebras limpiando y el tesoro
De su cabeza la mortal, que inclina
En su regazo, desmayada y muda,
Puesto el si vive ó si no vive en duda.

Llegó el moro cuando ella, enternecida,
A su esposo el primer acento daba;
Que en un suspiro dió señal de vida
El que ántes pareció que muerto estaba:
«¡Ay, dice, dulce amor! ¡Prenda querida!
Si aquella casta fe que me obligaba
A seguir vuestro noble gusto es cierto
Que en este cuerpo vivo aun no se ha muerto,

»Vuelve, noble Auchalí, esos graves ojos
A estos que ya por ellos son dos ríos:
Serenarán sus luces mis enojos,
Y en gloria volverán los males mios;
Mas si estos son de amor vanos antojos,
Y entre estas sierras y árboles sombrios
Mi bien se ha de acabar y la alegria
Que apénas en mi alma amanecia,

»Aquí una sola fiera en sus entrañas
A los dos juntos dé sepulcro vivo:
¡Oh Alodia santa, luz de las montañas,
Por cuyas firmes esperanzas vivo!
Si á los que en gloria están no son extrañas
Las graves ansias y el dolor esquivo
De los que en vida amaron, destas mias,
¿Cómo, señora, tanto te desvias?

»Socorre ahora, ó regalada esposa
Del que reina te pudo hacer divina,
Desde esa celestial patria dichosa
El dolor desta tu afligida Argina,
Que la palabra que te dió piadosa
Te cumplirá, si de cumplirla es dina;
Mas ¡ay de mí! que el no la haber cumplido
A este presente riesgo me ha traido.»

Dijo; y el belicoso Ferraguto
Con templadas palabras la consuela;
Que, aunque de alma sangrienta, no es tan bruto
Que de un grave dolor no se conduela;
Mas, viendo que llorar el mal sin fruto
Ni lo hace sano ni que ménos duela,
Para poner en tantos llantos tasa,
De las palabras á las obras pasa.

Y con la libertad del jayan muerto,
Entre las verdes yerbas desangrado,
El cerrado castillo quedó abierto,
De la gente servil desamparado;
Y de un lóbrego sótano encubierto,
Cárcel de un grave pueblo aprisionado,
Haciendo libre la mortal cadena,
Cien almas de una vez sacó de pena.

Y dando ya la puerta y su rastrillo
Segura puerta y paso, volvió á Argina,
Que, á su esposo abrazada, el amarillo
Rostro entre su sangriento pecho inclina:
Lleva á curar sus llagas al castillo,
Si hay para tantas juntas medicina;
Que aplicarle remedios es el cierto,
Al ménos vivo, miéntras no está muerto.

Estaba de abastadas provisiones
El sin lealtad castillo apercebido;
Que de las comarcanas poblaciones
Feroz robaba el pueblo mal nacido;
Y de los que oprimia en sus prisiones
El mal ganado mueble recogido,
Caballos, armas, joyas, plata y oro,
Que á sus dueños volvió con gusto el moro.

Hallóse entre estos presos un cristiano
Que el Soricano Alpidio se decia,
De noble sangre y pecho castellano,
Preso á traicion del falso Arcandro un dia;
Y como caballero y cortesano,
Que así entónces lo usaban, conocia
Preciosas yerbas, cuyos jugos tales
Bálsamos podian ser de todos males.

Este tomó la sangre, y las heridas
De Auchalí reparó lo mas que pudo,
Bien que en grandeza y número medidas,
Con desconfianzas lo volvieron mudo;
Mas, las dos voluntades conocidas
Por el discreto cirujano agudo,
De los amantes dos, que, aunque paganos,
Suspiros daban de deseos cristianos,

Ya el victorioso Ferragut partido,
Y de los mas honrados prisioneros
El diferente pueblo reducido
A varios fines y diversos fueros,
Habiendo el tiempo y la ocasion medido,
Así á los dos amantes verdaderos
Con caricias habló; y un dulce trato
Cuanto pretende haber compra barato:

«No es menester, señores, preveniros
De acreditar en vuestro amor mi pecho,
Pues mas que en mi razon podré deciros,
Por mí os dirá lo que por vos he hecho;
Que aunque es todo escasezas en serviros,
En lo que hasta ahora he sido de provecho
No he faltado, y amor por obra enseña
Que esa no está en ser grande ni pequeña.

»El puesto ahora seguro, es peligroso;
Que Bramante, cuyo es, querrá cobrallo,
Y aun vengarse del brazo poderoso
Que con su espada pudo sujetallo:
Yo estoy de vuestro bien tan deseoso,
Que si el mio importare aventurallo,
Por él tendré á mayor ganancia hacello,
Que todo un mundo que me aparte dello.

»No léjos de aquí está una antigua ermita,
Que yo un dia hallé saliendo á caza,
Donde en santa quietud un hombre habita,
De sangre noble y cortesana traza:
Miéntras que el brio perdido resucita
El santo cielo, y la ventura engaza
De nuevo vuestras cosas, ya podrémos
Del riesgo allí escapar que aquí tenemos.

»Que yo, como español hidalgo, os juro
Que debajo mi amparo y casto abrigo,
Miéntras viviere, hallaréis seguro
En todos trances vuestro honor conmigo;
Y por mi ley cristiana y fe aseguro
A vuestro gusto en todo obras de amigo,
Sin que ninguna el mio intente y haga,
Que á los dos no contente y satisfaga.»

Esto Alpidio les dijo, y con bastantes
Razones trocó así sus tiernos pechos,
Que ya, mudando ley los dos amantes,
A la ermita con él se van derechos;
Donde, aunque de los golpes penetrantes
Murió Auchalí despues que fuéron hechos
Ambos cristianos, á la viuda Argina
A una ciudad llevó circunvecina.

Y allí en santa clausura un nuevo esposo
Ganó de inmortal gloria su deseo,
Trocándose en el cielo poderoso
Para el bien de su alma este rodeo.
¡Tanto el trato de un bueno es provechoso,
Tanto se medra en un honrado empleo,
Que á tantos bienes siguen otros tantos,
Y tanto con su Dios pueden los santos!

Mas Ferragut, despues que dejó puesta
La puente en libertad y á sus cautivos,
Cuando el alba de aljófares compuesta
Los ántes muertos campos vuelve vivos,
Y las horas en torno haciendo fiesta,
Con mudanzas y pasos fugitivos
El negro luto vuelven nácar fino,
El reposo dejó, y tomó el camino.

Era el tiempo en que el año se remoza,
Y la tierra, preñada de bellezas,
Sus flores pare y sus olores goza,
Y alegra ambas á dos naturalezas:
Cuando en los prados el placer retoza,
Y Vénus llena al mundo de riquezas,
Comienza el ruiseñor quejas de amores,
Y enguirnaldan sus bueyes los pastores.

Por una selva que el humor del rio
De rosas llena y de árboles tenia,
Y las aves sin dueño con el frio
Sus ramas de suavísima armonía,
Bravo el moro bajaba; y de un sombrío
Bosque, que el rumbo de la sierra hacia,
A caballo salir vió un hombre anciano,
Tras él dos perros, y un neblí en la mano.

Paróse á ver al moro el caballero,
De su apostura y gallardía pagado,
Y viendo en su ademan ser forastero,
Y el limpio arnes de golpes señalado,
Sospechando el suceso verdadero,
Con grave estilo y con semblante honrado
Cortés le saludó, y con voz prudente
Nuevas pidió de su enemiga puente.

Y sabiendo que ya el gigante es muerto,
Y del traidor castillo libre el paso,
El pecho por los ojos descubierto,
Alegre el viejo al no esperado caso,
«Ay, señor, dijo, si el suceso es cierto,
Y vuestro el golpe de valor no escaso,
Dalde su entero punto á la milicia,
Y á una gran sinrazon haced justicia.

»Yo, señor, de Galaf, rey de Toledo,
Soy tio; de Alhamud, su padre, hermano;
Es mi nombre Yucef, y decir puedo
Que á toda España gobernó esta mano;
Y el tiempo, que jamas supo estar quedo,
De uno en otro vaiven fué tan liviano,
Que me ha traido á lo que veis ahora;
Que quien mas vive mas desgracias llora.

»Treinta cumplidos lustros he vivido;
De ciento y cincuenta años son mis canas,
Y mi alfanje el primero y mas temido
Que pasó de las sirtes africanas;
Del escuadron de Muza fui elegido
Sucesor; las fronteras toledanas
Mias fuéron un tiempo, y yo en su tierra
Rey de la paz y dueño de la guerra.

»Cansó el mudable tiempo á la fortuna,
Y á mí tambien los mandos y el gobierno,
Cuya carga sabrosa é importuna
En hombros puse de Alfatan, mi yerno;
Y de una vida quieta, á quien ningona
Iguala, codicioso el pensamiento,
De la pesada autoridad cansado,
Troqué el público bien por el privado.

»Dejo el cetro real, y aquí me vengo,
Donde un castillo, en puesto suficiente
De alegre recreacion y gusto, tengo
Al salto del cristal desta corriente:
Allí en ociosa vida me entretengo,
Y en quietud vivo de mi pueblo y gente,
Con libros, con pinturas y con caza,
Lo que un regalo al otro no embaraza.

»Era tambien del patrimonio mio
Deste castillo la torreada puente,
Que el paso hacia seguro, y por el rio
Se cobraba un portazgo suficiente:
Hasta que ya el soberbio desvario
Del rey Bramante la usurpó á mi gente;
Bramante, que tambien con alma avara
De Toledo usurpó á Guadalajara.

»Alzaron el comercio de la tierra
De sus fieros soldados las crueldades,
Siendo el origen de la nueva guerra
Del jayan bruto torpes libertades:
Há dos veces seis lunas que se encierra
De un yermo en las incultas soledades,
Ofendiendo, por celos insolentes,
Con su torpe vivir el de las gentes.

»Hija del rey Galafre es Galiana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana,
Para asombro bajó y honor del suelo:
El ámbar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljófares de hielo
El mundo argenta y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbres de su cara.

»Y aunque es del alba el rostro, y la cabeza
Del sol entero que tras ella nace,
Y los ojos dos rayos de belleza
Con que su luz temer y amar se hace,
Mayor que la hermosura es la grandeza,
Y la honestidad más, con que deshace
O entibia el fuego que primero espira,
Con los rayos que dije, en quien la mira.

»Pues desta gran beldad que asombra el mundo,
Y por Vénus mortal Toledo adora,
Bramante, que en soberbia es el segundo
Lucifer que hoy entre los hombres mora,
Dió de su pecho cruel al centro inmundo
La bella estampa de su muerte autora,
Y á su arrogancia pensamiento altivo
De no dejar el suyo en hombre vivo.

»Y llena el alma ya desta locura,
Varios modos buscó de conseguilla,
Dando en las justas pompa á su hermosura,
Y á todo el mundo asombro y maravilla:
Hasta camino abrió y senda segura
Desde Toledo á su usurpada villa;
Que, como á intento fuera de camino,
Iba y venía por él su desatino.

»En este tiempo un moro valeroso,
De agradable presencia y alma moza,
Llamado Brabonel, sobrino brioso
Del rey que ahora gobierna á Zaragoza,
A Toledo llegó, y vió el rostro hermoso
Que el rico Tajo en sus riberas goza,
Y entrando en competencia con Bramante,
Perdió el antiguo por el nuevo amante.

»Es Brabonel galan, es cortesano,
Un fénix en primor y en gallardía,
Bravo en las guerras, en la paz humano,
De afable trato, lleno de hidalguía:
Bramante, un feroz bárbaro inhumano,
Sin término, lealtad ni cortesía:
No fué mucho llevalle allí del alma,
Como del cuerpo, la triunfante palma.

»Salió el jayan corrido en varios trances
Que entró con su contrario en competencia,
Dándole siempre el disfavor alcances
Del ofendido gusto á la impaciencia;
Hasta que al fin, por excusar los lances
Del desden, hizo de Toledo ausencia,
Como toro vencido, que al mas fiero
La vaca deja que seguia primero.

»A este castillo que á tu cuenta dejas,
Como á frontera á recogerse vino,
Donde, de agravio lleno y tristes quejas,
Su reino dejó el nuestro y el vecino,
Corriendo en riesgo y condicion parejas
Las leyes del cristiano y sarracino,
Sin respeto de fe, reino ni reyes;
Que quien vive sin ley no guarda leyes.

»Harto ya de afligir nuestra comarca,
Huyó á nuevo presidio y nueva tierra,
Dejando en esta su señal y marca,
Y en ambas, con crueldad, discordia y guerra;
Mas si es que ya la inexorable parca
En su vientre el rigor tirano encierra,
Restituye á su antiguo castellano
El vencido castillo de tu mano.»

Así el anciano moro persuadia
Su causa al de Aragon feroz caudillo,
Y en su alma amor y celos encendia
De Galiana el valor, con solo oillo,
Cuando huyendo vieron que venia
Un caballero; y otro, por herillo,
De la fuerza que puso en alcanzallo,
Al hacer golpe destroncó el caballo.

Salió lijero dél cual raudo viento;
Mas, viendo que es á pié seguirle en vano,
Al bosque se volvió, mudando intento,
Su bayo muerto ya en el fresco llano:
Ferragut le siguió, y el ya contento
Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,
Niño es siempre el deseo hecho de antojos,
Y niñas las que miran en los ojos.

En medio el bosque, al pié de un sauce umbroso,
Un caballero vieron recien muerto,
Y el que á pié se volvió, tras un hermoso
Caballo de armas y sudor cubierto,
Queriale asir del freno, y él, brioso,
Huyendo hacia su trabajo incierto,
Cuando corriendo vieron que venía
Una doncella que favor pedia.

«Socorre, dice, ó Bahamel, la pena
De tu esposa y traicion de un falso amigo;
Que Arcalí, el alma deste acibar llena,
La lleva en su poder, yo soy testigo,
Y entre tanto que tú por la honra ajena
La tuya en guarda das á un enemigo,
Te la robó en la fuente cristalina,
De quien saliste á dar favor á Alpina.»

Quedó, con las heridas y el espanto
De las amargas nuevas, sin sentido
El triste caballero, en tierno llanto
De lágrimas y sangre convertido;
Y en Ferragut su pena pudo tanto,
Que, habiéndole el derecho concedido
De su venganza, se partió a hacella
Por donde habia venido la doncella.

Ella á guiarle no fué: quedó curando
Las llagas de su herido caballero;
Y él, su presta venganza deseando,
Por no perder sazon partió lijero:
De su perdida tierra al Rey dejando
Para la restaurar derecho entero,
Con que él, contento ya, sin mas seguillo,
A poner volvió cobro en su castillo.

Aquel dia y el siguiente anduvo el moro
Por la confusa selva sin camino,
Y cuando el sol entre celajes de oro
A templar comenzó su ardor divino,
Al doblar de una sierra oyó el sonoro
Murmurar de un arroyo cristalino,
Y á la ribera dél, entre las flores,
La choza vió de un hato de pastores.

Nunca soberbio alcázar fabricado
En colunas de mármoles preciosos,
Con ventanaje y torres almenado,
Léjos puso en su vista mas hermosos,
Que la humilde cabaña y su ahumado
Techo, y de los mastines perezosos
El frio ladrar; que al hambre y sus enojos
La boca le hace el juego, y no los ojos.

¡Cuán moderados requisitos pide
En su rigor la condicion humana,
Y en qué de partes la ambicion divide
Lo que al adorno incumbe y pompa vana!
Su cuerpo el moro entre las flores mide,
Y á la despensa rústica aldeana
Humilde pide moderada cena;
Que no hay mal pan cuando la hambre es buena.

Reformó de los rústicos manjares
Con el vientre tambien el apetito;
Que los pavos y tortas singulares
Las sobras siempre son de un gusto ahito;
Y viendo por los ásperos vallares
Subir balando el recental cabrito
A las maternas ubres, que, cargadas
De gruesa leche, buscan sus majadas,

Lo poco que quedaba de la tarde
De nuevo lo gastó tras su demanda;
Y al tiempo que mas hiere y ménos arde
El sol que sobre el mar de Cádiz anda,
Desde una sierra vió en vistoso alarde,
Con varias flores de una y otra banda,
Hacer, por entre un risco y dos alisos,
A una coluna de cristal mil visos.

Volvió la rienda el cuidadoso moro
A la luz de los vivos resplandores,
Y al pié del risco, sobre arenas de oro,
Una fuente bullir vió entre las flores,
Que de una en otra, en murmurar sonoro,
Al prado daba, en su llorar, favores,
Y con su claro estanque, al bajo monte,
De cercos de cristal bello horizonte.

Una cueva en su tumbo socavada
El yerto lomo de aquel cerro abria,
En lo mas firme dél incorporada,
Que de albergue á la fuente le servia;
Le verde yedra y flores entoldada,
Que un taray con sus sombras defendia;
Y su virtud secreta convidaba
A no pasar de allí el que allí llegaba.

Entre el verde taray y los alisos
Un padron de cristal con sus reflejos,
Al caer del tibio sol, daba los visos
Que al moro hicieron señas desde léjos;
Y allí, entre las molduras de sus frisos,
Con letras y carácteres bermejos:
«Esta es la cueva y fuente del contento,
»Donde al vivo se sueña el pensamiento.»

Dejó la silla el moro, quitó el freno,
Y del prado bajó dueño á su caballo,
Entretenido por el bosque ameno
En el deleite y gusto de mirallo:
El yerto monte, de mosquetas lleno,
De verde yedra el revoltoso tallo,
Que por ásperos riscos y grimazos
Con mil vástagos da tiernos abrazos.

Y por gozarle la belleza entera
Al florido verjel fué sin trabajo,
Subiendo el monte humilde de manera
Que siempre el pié mas firme era el mas bajo:
Llegó á la verde cumbre, y por defuera
Del pendiente peñasco vió en un gajo
Escrito: «Esta es la cueva de Jorguines,
»Hada del sueño, fuentes y jardines.»

Miró en el fondo de la clara fuente,
Y vió nadar por ella peces de oro,
Y del mismo metal resplandeciente
La arena y guijas: admiróse el moro,
Y escondiendo la mano en la corriente,
Asió y probó á sacar de su tesoro
Lucientes piedras, que eran acá fuera
Pardas guijas y arena verdadera.

Con su oculta virtud el agua hacia
En sus cristales tan vistosos léjos,
Que oro, aljófar menudo y pedrería
Su arena y peces parecian de léjos;
Limpia, serena, trasparente y fria,
Al gusto dulce y de sabrosos dejos:
Templó el calor el moro con su hielo,
Y recostóse en el florido suelo.

Ya en esto el carro de la luz, volcando
El oro y rosicler del horizonte,
Sus argentadas crústulas bañando
De ámbar, bajaba á la raiz del monte,
Las blancas playas del Japon buscando,
Que en las de España aguardan se trasmonte,
Para hacer del barniz de aquella esfera
El nácar de su aurora y luz primera.

Saliendo al cielo oscuro, trecho á trecho,
Bellas centellas, Ferraguto hizo
Del prado alfombra y de las flores lecho,
Perdido entre las yerbas y el carrizo;
Donde, contando al estrellado techo
Los diamantes del carro movedizo,
Las penas, los cuidados y á su dueño
Sin sentir se llevó un sabroso sueño.

Y luego que el silencio á los sentidos
En dulce olvido puso sepultados,
Y á la interior potencia reducidos,
En otro nuevo mundo embelesados,
Entre jazmines y árboles floridos,
Sobre un soberbio risco fabricados,
Unos palacios vió, ó soñó que via,
Labrados del pincel que asombra el dia.

Los muros de alabastro, y las molduras
En negro y fino pórfiro cortadas,
De enlazados follajes y figuras,
En ventanaje y bóvedas sembradas:
Cien torres de cristal, cuyas alturas,
Con chapiteles de oro coronadas,
Las nubes buscan, y al subir sobre ellas
Vencen en luz y asombran las estrellas.

Eran las puertas de ébano bruñido,
Que un embutido de marfil esmalta,
Las bisagras de acero, y de fornido
Bronce el engace y nudo que las ata;
Con sierpes de oro el firme umbral ceñido,
Aldabones en máscaras de plata,
Lumbreras, claraboyas y balcones
Con rejas de mezcladas invenciones.

En nueve hermosos patios repartido
De la soberbia casa el rico asiento,
De altas colunas dóricas ceñido,
De fino jaspe en cada patio ciento;
De forma ovada, en perfeccion subido,
El cuerpo y arquitrabes por el viento,
En cuatro partes que al crecer descrecen,
Y entre las nubes vuelan y fenecen.

Las puertas adornadas de festones,
De istriadas colunas y de lazos,
Frisos, triglifos, ménsulas, cartones,
Acroterias, metopas y cimazos;
De oro y estuco piñas y artesones,
Frontispicios y bellos lagrimazos,
Y en las bóvedas y altos lacunarios
Varios florones y mosáicos varios.

De follajes vestidas y colores
Las antorchadas cimbrias y arquitrabes,
Las altas salas y anchos corredores
De historias llenas y sucesos graves,
Feroces guerras, bárbaros amores,
Al hecho fieros y al pincel suaves;
De alabastro los muros, y sobre ellos
De rica estofa mil tapices bellos.

Resplandeciendo con bajillas de oro
Las ricas mesas de precioso alerce,
A quien el grave peso del tesoro,
Por mayor majestad, agobia y tuerce;
Resonando en los techos un sonoro
Rüido, que parece que se esfuerce
De rato en rato, y que á su sueño breve
El gusto roba el de un amigo aleve.

El moro, que, aun dormido, se congoja
Por ver quién el rüido y golpes causa,
Y entrando en una sala, se le antoja
Que una voz tierna en resonante pausa
Dulce favor le pide, y que al que enoja
De su deleite á la amorosa causa
La vida quita, y con rabioso ceño
Tras los gustos prosigue de su dueño.

Entró á una cuadra, y vió en un rico estrado,
Sobre alcatifas de oro y pedrería,
La beldad misma que ántes, desvelado,
Amor le dibujó en la fantasía:
Un rostro de la luz del sol cortado,
Y en un dosel que su sitial cubría,
Con letras de esmeraldas y topacios:
«Esta es Galiana, y estos sus palacios.»

Dejó del rico adorno la grandeza,
De nuevo ardiendo su ánimo brioso;
Que amor en sueños crece la belleza,
Y el mas frio corazon vuelve amoroso;
Y á veces pinta con mayor destreza,
Entre el mudo silencio y el reposo,
La beldad en el alma, que sería
No tan bella quizá vista de dia.

Estando entre el deleite y los deseos
De la nueva ambicion de sus antojos,
Dando el rendido pecho por trofeos
Del halagüeño trato de sus ojos,
La cuadra llena de unos bultos feos,
Llevarle pareció en ricos despojos
La gloria que gozaba, y que quería
Defenderla del riesgo, y no podia.

Parécele que llevan la hermosura
Que en su pecho el amor pintó robada,
Y que á él no es posible, aunque procura,
Con brio en su favor sacar la espada;
Y al congojoso ardor desta apretura
El alma sin aliento alborotada,
Furiosa rompió el sueño, y de repente
Al márgen se halló de la ancha fuente.

Y como absorto en las figuras vanas
Que en vuelo huyen por la ebúrnea puerta,
Aun gozando sus luces soberanas,
La vista ni dormida ni despierta,
En el bosque sintió quejas humanas,
Y de un triste gemido la voz muerta;
Y en duda si es el doloroso acento
La verdad del soñado pensamiento,

Furioso deja la sonora fuente,
Y en abrigado escudo y firme espada
Al ciego bosque entró, por donde siente
Rastro de la afligida voz cansada...
Despues diré el suceso, que un prudente
Rey, el alma de penas rodeada,
Siento, para contarlas, que me llama
El á mí, yo á mi pluma, ella á la fama.

El bravo Alfonso el Casto, rey gallego,
Católico en la fe, en las armas fuerte,
Sabio en la paz, cuidoso en el sosiego,
Y en las guerras intrépido á la muerte,
Viendo abrasarse en belicoso fuego
La invicta España, con prudencia advierte,
En un largo discurso entretenido,
Los males que han de la ambicion nacido.

Con Toledo está Córdoba alterada,
Valencia contra Córdoba y Toledo,
Pamplona contra Huesca, y con Granada
Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo;
Mérida en armas, Badajoz alzada,
Lisboa desierta, Portugal con miedo,
Lugo sobre el rio Miño, hecho un pantano
Con la reciente sangre de un tirano.

No se habia descuidado el rey brioso
Del áspero castigo merecido
Del traidor Mahamud, que en poderoso
Ejército y valor nunca vencido,
Sobre el rio de Galicia caudaloso
Lo fué á buscar, halló y dejó vencido,
Pasándole, en su campo y su castillo,
Cien mil aleves cuellos á cuchillo.

Murió peleando el moro caviloso,
A quien cortó Adelgastro la cabeza,
Adelgastro, un feliz brazo brioso,
Del rey Favila hijo y su braveza;
El que en Obona, sitio peñascoso,
De un real convento alzó la alta grandeza,
Y en el costoso cerco de Girona
Dos jayanes mató por su persona.

Este, la infiel cabeza desangrada,
Que en Mérida lo fué, sacó en la mano;
Con que dichosamente rematada
La guerra, y victorioso el rey cristiano,
A Leon volvió, dejando reformada
La tierra, y supo allí que el frances Mano,
Con soberbia ambicion y alma imprudente,
Contra las suyas levantaba gente.

Pudiera el rey leonés entrarse, á vueltas
De las civiles guerras de los moros,
Y á costa de sus bárbaras revueltas,
Ciudades adquirir, ganar tesoros,
Si las doradas lises, contra el vueltas,
No le fueran estorbo, y los sonoros
Clarines del ejército que marcha,
A su encendido fuego helada escarcha.

Mas, viéndose impedido, y obligado
A la defensa y guarda de su tierra,
El victorioso campo que ha sobrado
De Mahamud en la sangrienta guerra,
Que marche manda, y suba reforzado
Por Aviles, Fontible y la alta sierra
De Espinosa y Pomar, sin que en tal caso
Ebro le tuerza y le detenga el paso.

Y entre Santagadea y la Victoria,
A Pamplona se acerquen por Tafalla,
Y allí, hasta ser de Francia mas notoria
La venida, hagan muestra de esperalla;
Y á la rica ciudad, que por memoria
Pompeyo puso almenas y muralla,
Trabajen de abrasar; que es de importancia
Que no esté á devocion del rey de Francia.

Y á don Fortun Garces, rey de Navarra,
Favor se pida y paso afortunado,
Cuyo denuedo y corva cimitarra
Vencer sabe al frances en campo armado;
Y el breton, por temor de su bizarra
Gente, le da tributo acostumbrado,
Comprando á sus robustos roncaleses
La paz de un año en tres grasientas reses.

Al rey Marsilio, ya que no le pida,
Por su reputacion, favor España,
Como la que en la guerra mas temida
Jamas la quiso de otra gente extraña,
La paz á peso de oro concedida
A Aragon, por Galicia y la montaña
Se confirme de nuevo, y harto digo
Que España otorgue paz á su enemigo.

Así el rey Casto, en su sitial sentado
Entre sus ricos hombres, discurria,
En el gobierno y trazas desvelado
De lo que al reino y su salud cumplia,
Cuando para hablar en el Senado
Licencia pidió un jóven, que traia
Del muro de Sansueña y de su gente
Grave embajada para el rey prudente.

Fuéron de aquellos siglos fama honrosa
Los torreados muros de Sansueña,
Ciudad insigne, en gente populosa,
Lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña:
El tiempo con su fuerza poderosa
Sus grandezas volvió una inculta breña,
Haciendo que esta suba y la otra ruede;
Que esto, y mas que esto, con sus vueltas puede.

Dícese que el famoso Ballugante,
Del primer Biarabí segundo hermano,
Con franceses despojos, de triunfante
Gente fundó el pueblo de su mano:
En muros y edificios elegante,
En sitio fuerte, en mármoles galano,
Famosa corte un tiempo, y del vecino
Pueblo competidores de contino.

Fué cárcel de la bella Melisenda,
En prision noble, su almenado muro,
Donde Gaiferos por inculta senda
Con las armas de Orlando entró seguro
A librar su cautiva, amada prenda,
Como la suya Orfeo al reino oscuro;
Mas si este la perdió por imprudente,
La suya dió al frances el ser valiente.

Ganóla el Casto Alfonso al rey Tidoro,
Y á su reino la puso por frontera,
De armas ceñida contra el pueblo moro,
Que en sangrientos rebatos persevera:
Tenian sus torres chapiteles de oro,
Y el firme muro, que de jaspes era,
Por mas emulacion contra Pamplona,
De almenado alabastro la corona.

De cien torres altísimas cargado,
Da su alcázar rëal espanto al rio,
A quien un soto de álamos cercado
De bosque sirve y de jardin sombrío:
Aquí Bastan, alcaide celebrado
Un tiempo de Zamora, con su brio
Sus fronteras enfrena, y aquel dia
Su mensajero al Casto Alfonso envia.

Diósele grata audiencia: entró, y besando
La mano al Rey, y habiendo conseguido
De hablar licencia el generoso Ovando,
Uno entre mil valientes escogido
Para este grave caso, levantando
La voz, dijo: «Señor esclarecido,
Sansueña y su virey, de tu alegría
Con mi persona el parabien te envia.

»Goces felices años la victoria
Que á Miño espanto dió, y la nueva guerra
A tus piés reales traya en triunfo y gloria
Cuanta honra el mundo en su ambicion encierra:
Y en trofeos dignos de inmortal memoria
La tuya asombre con su voz la tierra,
Y por ley de tu mano y estatuto
Parias te dén sus reyes, y tributo.

»Celebrando en real pompa la grandeza
De tu victoria, célebre jornada
Da á Sansueña Bastan, noble cabeza
De juventud florida coronada:
Entre alegres bohordos la braveza
De Zumail la vió sobresaltada,
Que á echar por tierra su almenada cerca
Con cien mil combatientes se le acerca.

»Por socorrer á Mahamud en Lugo,
De Nájera este ejército salía,
Que para echar de sí el infame yugo
De Córdoba y Hesen juntado había;
Y el hado, que ya fué cruel verdugo
En la muerte infeliz de Harpalía,
Hijo de Zumail, le trajo un moro
A su corte, llamado Cardiloro;

»Hijo del rey que en Ayamonte tiene
Cetro sobre el tendido Guadiana,
Y nieto del que digo, á quien conviene
El reino por su madre Balhamana:
Pues este moro que á heredarle viene,
De ambicion lleno y de arrogancia vana,
Hecho dueño del campo, su real seña
Y el camino volvió para Sansueña.

»Llególe dentro en Nájera el aviso
De tu ilustre famoso vencimiento,
Con que de rabia hundir el mundo quiso
En cruel venganza y bárbaro escarmiento;
Y culpando á su pecho de remiso,
La jornada mudó, y trocó el intento:
Dejó la Rioja, y por camino llano
A Ebro el curso hurtó á la diestra mano.

»No huye de sus aguas perezosas;
Que en Sansueña ha jurado de bebellas
De Arga, y que á sus murallas espaciosas
Hombre no ha de dejar ni almena en ellas;
Y no son todas befas jactanciosas;
Que la cruel experiencia vuela entre ellas,
Y el bárbaro feroz, por donde pasa,
Todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.

»Trae voz de dar seguro y libre paso
Al frances, que ya marcha por su tierra,
Y á pesar nuestro, con sus armas raso
El fragoso camino de la sierra:
Este es, señor, de mi venida el caso,
Y aviso que te traigo desta guerra,
Deste nuevo enemigo á tu corona,
Unido á la de Francia y de Pamplona.

»Por Viana á Sansueña va derecho
Con grande orgullo y con mayor pujanza,
Y puesta tu ciudad en este estrecho,
Solo en tu real valor halla esperanza;
Que, aunque de Viriato el fuerte pecho
Volviese al mundo á gobernar su lanza,
En el presente riesgo, sin tu amparo,
Nuestro sabio temor haria mas claro.»

Dijo; y envuelta el Rey en mil cuidados
La casta alma y prudente fantasía,
Los unos de los otros atajados,
Ni en este asienta ni en aquel se fia:
No halla cuáles son los acertados,
Cuáles seguir ó desechar debria;
Que al discurrir de su alto pensamiento
Todo se altera y mueve en un momento.

Como tal vez con rayos tembladores,
En nocturna quietud, luna argentada,
De un jardin bello hiere entre las flores
Remansos sin color de agua espejada,
Reverberan los vivos resplandores
En la cercana bóveda dorada,
Y bullen sus vislumbres sin provecho
Los varios lazos del dorado techo:

Así el prudente Alfonso la inquieta
Fantasía baraja en varios modos,
Y al peso del gobierno, con discreta
Prevencion los tantea y mide todos:
Dan y toman el caso en su secreta
Consulta el Rey y sus valientes godos,
Buscando á tantos golpes de fortuna
Salida honrada, si ha quedado alguna.

Así, señor, en vuestro real consejo,
Presidiendo á sus graves senadores,
De sabia majestad sois limpio espejo,
Y al mundo repartís honra y favores:
Homero en letras, Néstor en consejo,
Freno al mayor, amparo á los menores;
Y así tambien os miro y considero
Armado de prudencia en vez de acero.

Allí, despues de varias opiniones,
Del consejo de guerra fué acordado
Que á toda diligencia las legiones
Del victorioso campo reforzado,
Con don Tibalte rompan los mojones
Del navarro distrito, y alojado
Sobre Sansueña pare, y entre tanto
Su corte pase á Búrgos el rey santo.

ALEGORÍA.

Garilo, que, huyendo de unos amigos en otros, con ningunos se asegura, significa la inquietud que consigo trae el vicio y quien le sigue, y cómo una mala conciencia á sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto, en la historia y sucesos de su vida, lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa ménos que serlo por su intercesion.

Ferraguto, enamorado por relacion de la hermosura de Galiana, muestra que un hombre distraido, con cualquiera causa, por liviana que sea, se ocasiona á sus sensualidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los reyes moros de España, se descubre el gran daño que viene á un reino de tener muchas cabezas, y lo que la ambicion sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos para ello los ánimos de los príncipes.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cuál sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo, desde el navío persiano, una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle; halla en ella á Gundemaro, un noble español, que, despues de curar al Rey sus heridas, hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios.

Así en su sala real, de sabios llena,
El santo rey, en cetro y silla de oro,
Los graves casos de la guerra ordena,
Y al frances pone espanto, y miedo al moro,
Cuando en las sierras de Narbona suena
Del astuto Garilo el falaz lloro,
Con que engañado, á quien le escucha lleva
Al ciego enredo de su historia nueva.

Era Garilo de ánimo doblado,
En sutiles astucias atrevido,
Vario, cauto, mudable, recatado,
De enjuto réstro y corazon fingido,
De color verdinegro, retostado,
De erizado cabello, retorcido,
Los alterados ojos, aunque vivos,
Atraidorados al mirar, y esquivos.

De Mauregato el rey bastardo hijo,
En Girona nació de una aldeana,
En traicion siempre el pensamiento fijo,
Resabios de la leche catalana;
O el triste agüero que el furor predijo
De la paterna sangre mauritana,
Que ahora, en pomposo estilo y voz valiente,
Así engañando va la franca gente:

«Segun de mis mayores he aprendido,
Aquella sangre real hierve en mi seno
Que al triforme Gerion de cuello erguido
Doblado yugo puso y firme freno;
Y aunque en humildes paños encogido,
De reyes el linaje tengo lleno;
Que es el mayor valor que á una persona
Las obras le quilata y perficiona.

»Del caudaloso Tarno en la ribera
Un aldea humilde goza su frescura,
Adonde en busca de la luz primera
Dejé el antiguo seno en noche oscura:
Aquí tambien nació, que no debiera,
Por principio á mi ciega desventura,
La aldeana mas bella y mas lozana
Que jamas se vistió ropa aldeana.

»Si en humano retrato su belleza
Posible fuera ó lícito sacalla,
De rosas coronada la cabeza,
Gloria de la beldad fuera el miralla;
Mas sube á tal quilate esa fineza,
Que, á querer la arrogancia dibujalla,
A lo ménos perfecto no llegara,
Aunque el pincel de la aficion pintara.

»Nacimos juntos, y al igual nacia
Amor en nuestros tiernos corazones,
Que al blando trato y la igualdad crecia
De agradables placeres y pasiones:
Penas tambien entre el contento habia;
Que el amor donde faltan sinrazones
El tierno gusto con su dulce estraga,
Y aquello que apetece le empalaga.

»Son lo fino de amor los sinsabores
De un no sé qué de cierta niñería,
Y las mezcladas penas con favores
El dulce riego que lo aumenta y cria:
Ni en el campo el verano es todo flores,
Ni en amor todo gusto y alegría;
Antes, mezclados gustos y disgustos,
Del suyo son los verdaderos gustos.

»Entre esta variedad de sentimientos,
Ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
Grandes cosas pasé, en que mis contentos
Creciendo á veces fueron y menguando:
Amor, á mis felices pensamientos
Ahora contradiciendo, ora ayudando,
Si la fortuna en algo me terciara,
Su triunfo estaba y mi victoria clara.

»Mas fué á mi blanda fe tan rigurosa,
Y á mis tiernos propósitos tan fuerte,
Que cuando la hallé mas amorosa,
Jamas sin un azar me salió suerte;
Y á quien con vista mira desdeñosa,
El tesoro en carbones le convierte;
Que cuantas glorias su inconstancia vende,
Son, si falta sazon, bienes de duende.

»Ya la ocasion, ya el tiempo me faltaba,
Ya el un estorbo al otro sucedia,
Ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
Ya la luz, ya la noche me ofendia:
O no tenia cuidado ó me sobraba,
O ya me desvelaba ó me dormia;
Que donde no hay ventura todo es muerte,
Por bien que acuda al paladar la suerte.

»Eran mis inconstancias de manera
Que nada me acertaba á dar concierto,
Ni ser en el amor de blanda cera,
Ni al frio desden mostrar el pecho abierto;
Que el sabor y regalo que pudiera
Resucitar sin fe un amante muerto,
En mí era enfados de tibieza seca;
Que una desgracia hasta los gustos trueca.

»Y como el fino amor no es otra cosa
Que un reloj de artificio concertado,
O de pulso sutil y mano airosa
Un instrumento músico templado,
Que de su consonancia numerosa
Lo fino está en un punto delicado,
Cuya armonía, mientras mas perfeta,
Con mayor disonancia se inquieta;

»Así cualquiera humilde niñería
Con tal facilidad nos alteraba,
Que á un blando soplo de aire parecia
Que el mundo con borrascas se anegaba:
Andábamos sin luz en medio el dia,
Ciegos tras el que ciego nos guiaba;
Gozando, entre temores indiscretos,
De un inconstante amor varios efetos.

»Del viejo Tarnó en la ribera amena
Con cierta selva antigua está guardada
Una rústica cueva, en que se suena
Tener la primer agua su morada:
De verde orin y antiguas lamas llena,
Vi una pendiente peña socavada,
Adonde en fértil urna cristalina
El claro y fugitivo dios se inclina.

»De selva antigua, y húmeda alameda,
En confusa espesura rodeada,
En rama y hoja el bosque así se enreda,
Que el sol no halla á su frescura entrada;
Donde, vestido de amorosa seda,
De ovas la verde frente coronada,
De las ninfas en medio el casto coro,
El rio enjuga sus cabellos de oro.

»Yo aquí en la regalada compañía
De mi amorosa Gila entretenido,
De los bienes gocé en que amor tejia
Los graves males donde me ha traido:
Y aquí la noche de un siguiente dia
Venir los dos dejámos con olvido,
Para de mil fatigas y dolores
Coger el fruto y flor entre las flores.

»Fué concierto sin órden desastrado,
De amor y mocedad hecha de antojos:
Tiempo mas largo, dia mas pesado
Ni el mundo tuvo ni le abrió en mis ojos;
Ni de Faeton corrió mas abrasado
El cielo lleno de carbuncos rojos,
Que tú, Apolo, tuviste el alma mia
El largo curso de aquel corto dia.

»Ni del nuevo laurel aborrecida
Con tantas véras fué tu hermosura,
Ni de Tisbe y de Piramo tenida
Tu luz y tu beldad por mas oscura,
Ni de nadie tu ausencia pretendida
Con tanto gusto fué y con tal locura,
Ni á nadie con negar tus rayos diste
Noche mas ciega, confusion mas triste.

»Tuvo mi Gila á Silvio por hermano,
Y yo á Tarciso por mi caro amigo,
Tarciso, que, por fácil y liviano,
Le era entónces contrario y enemigo;
Y de mi amor y mi concierto vano
Solo este por mi gusto fué testigo,
Para traerme la fortuna al puesto
De la última miseria en que me ha puesto.

»Aquella noche, junto á la posada
Donde el tesoro de mi bien vivia,
Al tiempo de la seña concertada
El fiel Tarciso por me hablar venía,
Cuando de su enemigo en la celada
Cayó, que armado por su mal le había,
Y con ir descuidado, obró de suerte
Que al oculto agresor le dió la muerte.

»El desangrado Silvio en tierra muerto
A la sazon cayó que yo llegaba
Al desdichado fin de mi concierto,
Y la justicia al matador buscaba:
Como pasar me vieron encubierto,
Y que sin ocasion me recataba,
Con la sospecha de ántes concebida
En los livianos pasos de mi vida,

»A la cárcel, de allí, y de allí á la muerte,
Sin mas culpa y razon, fui condenado;
Feliz engaño, venturosa suerte,
Si el verdugo lo hubiera ejecutado;
Mas la oculta verdad, diamante fuerte,
Que es encubierto sol entre nublado,
Cuando en mi bien pensé que anochecia,
Dió con su nueva luz principio al dia.

»Tarciso, de piadoso amor movido,
Intrépido al rigor de la sentencia,
A la cárcel se fué, y allí rendido,
Su culpa descubrió por mi inocencia:
¡Oh hazaña leal de pecho no fingido,
Digna de mas que humana reverencia,
Modelo de amistad, no de la tierra,
Donde tan poca fe y lealtad se encierra!

»Yo sin culpa quedé, y él condenado,
Y por mi libertad puesto en tormento
El viejo Alfeo, padre regalado
Del dueño de mi honesto pensamiento:
El libre vulgo, y su rigor notado,
Y el honor de su hija por el viento,
Juntarnos pretendió, y con solo un nudo
Atar todas las lenguas, y no pudo.

»Yo, que tan adelante mi ventura
Vi, cuando el tierno amor no me obligara,
De Gila la nobleza y la hermosura
Por grillos y cadenas me bastara:
Tuve ya mi bonanza por segura,
Mi buena suerte por notoria y clara;
Mas ni en fortuna sale bien sin cuenta,
Ni en el amor bonanza sin tormenta.

»Por mí Tarciso á muerte condenado,
Yo por su causa en gloria tan cumplida,
Fuera de ingrata villanía notado
No rescatar su muerte con mi vida:
De la cárcel, resuelto y arrojado,
Franquearle quise y pude la salida;
Al fin libre salió por traza mia,
Y yo de todo el bien que ántes tenia.

»Alfeo desde allí por sospechoso
En la muerte me tuvo de su hijo,
Y en Gila el dulce título de esposo
En un punto se dijo y se desdijo:
Acabóseme en esto el ser dichoso;
Sucedió nuevo llanto al regocijo,
Y en las alegres bodas, por lo dicho,
Silencio se nos puso y entredicho.

»Entre males y bienes navegando
Algunos dias fuí desta manera,
Mi Gila y la fortuna variando
Ya mis quejas de mármol, ya de cera,
Hasta que de una vez fué derribando
La máscara falaz y lisonjera,
Poniéndome por fin de su mudanza
Donde ni llega el bien ni su esperanza.

»Contra Tarciso el agraviado Alfeo
Modos para vengarse procuraba;
Si faltaba la edad á su deseo,
La ira y el coraje no faltaba.
Ved de fortuna el áspero rodeo
Por dónde el de mis cosas gobernaba:
Cierta dama á mi amigo entretenia,
Que Gila sospechaba que era mia;

»Y en aquel tiempo que la noche oscura
A los delitos da paso seguro,
De su amor á gozar la hermosura
Tarciso entraba por un roto muro,
Adonde algunas yo, en sazon segura,
Acudí á verle entre el silencio oscuro;
Y Alfeo, tras su venganza, las mas dellas
Contaba al cielo todas sus estrellas.

»Era un anciano labrador sin gusto,
Temoso, pertinaz, cauto y callado,
De hombros metido y de ánimo robusto,
De espesa barba y pelo ensortijado,
Cejas y labios gruesos, rostro adusto,
De juicio malicioso y porfiado,
Estrechas sienes y discurso duro,
Y en nunca perdonar villano puro.

»Pues como, entre otras noches, la postrera
A Tarciso acechase su enemigo,
Y yo al salir, en ronco acento, — muera
El traidor, — dijo; y ciego entró conmigo:
Sin sospechar ni conocer quién era,
El justísimo cielo me es testigo
Que, ántes de tener culpa, el pecho abierto,
Ante mis piés cayó, de un golpe muerto.

»Al caer conocí mi desventura
Y el contrario rigor del duro hado:
Salvéme, á vueltas de la noche oscura,
Del ciego pueblo contra mí alterado:
Ni disculpa bastó ni fué segura
Al corazon de Gila alborotado,
Más de rabiosos celos desabrida,
Que de ver á su padre sin la vida.

»Convino, por huir la infame muerte,
De dulce vida hacer amarga ausencia:
¡Ingrata Gila! pues por complacerte
Todo mi bien dejé ante tu presencia:
Si para despedirme y para verte
Me volviste, cruel, á dar licencia,
¿Por qué no me la diste?... Mas sí dieras
Para quedar, señora, si pudieras,

»Pues, siendo ya forzosa mi partida,
La palabra me diste que bastaba
Para anudar la trabajosa vida,
Que incierta en mí y dudosa se mostraba:
La triste hora llegó á la despedida,
Y que no vuelva, dijo me mandaba,
Sin le llevar el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.

»Y aunque grandes regiones he corrido,
Rastro de lo que busco no he hallado,
Ni quien á mi pregunta dé sentido,
Ni el punto alcance á ver de mi cuidado:
Lo que dar no se puede me ha pedido,
Porque en buscarlo muera desterrado;
Que no puede tener otra salida
Demanda al parecer tan no entendida.

»De una desgracia en otra, y de una en una,
Hasta morir por todas discurriendo,
Pidiendo sin juicio á la fortuna
Lo que ni ella entiende ni yo entiendo:
Ella no da felicidad alguna,
Y yo felicidad suya pretendo;
Y buscar bien perfecto de su mano,
Es pedir sangre noble al que es villano.

»Nuevo camino por el mundo abierto
En nuevas gentes tengo; que he cursado
Las escuelas de Aténas y el desierto
Egipto de hombres sabios habitado,
Sin á mi enigma hallar sentido cierto;
Y á no haber sus oráculos callado,
A la parlera Grecia fuera, á solo
Consultarle sus trípodes á Apolo.

»Ya al rostro incierto deste fin sin guia,
De la misma fortuna el rigor grave,
Sobre el estrecho mar de Africa un dia
Al sordo viento destorció la llave;
Cuyo soplo mostró que su porfia
Haciendo iba la mia mas suave,
Pues al cruzar por un mordaz bajío,
A mí solo salvó, y rompió el navío:

»Donde de hambre y sed me consumiera
Si con sola la muerte se vengara,
Y para darme mil no previniera
De un corsario sin ley la fusta avara;
Que no así presto en su voraz galera
De un remo me dió el cómitre la vara,
Cuando de mi tasado bien airada,
Con cien muertes quedó desagraviada.

»Quizá le enfada que ande por el mundo
Los puntos quilatando de sus bienes,
Cuál el primer lugar, cuál el segundo
En sus favores goce y sus desdenes,
Pues ni en la tierra ni en el mar profundo
Treguas conmigo quiere ni rehenes,
Enviándome, en la suerte mas contenta,
Riesgo en la tierra, y en la mar tormenta.

»Abre sus velas el corsario al viento,
La playa de menudas olas llena:
Acentos de placer y de contento
Es cuanto en las cercanas playas suena;
Mas la inconstante, cuyo fundamento,
Fabricado en las ondas, es de arena,
No tardó en tomar cuenta á esta alegría
Mas que en venir la noche y irse el dia.

»Vimos del sol la lámpara encendida
En el agua salada amortiguarse,
Y la noche, tambien de agua nacida,
Entre negros celajes levantarse:
La mar, alborotada y desabrida,
Con huecos tumbos de olas encresparse,
Viniendo siempre de Eolo en aumento
El frio soplo y destemplado aliento.

»Al fin, cuando apuntaba en el oriente
El nuevo dia de color de grana,
Sembrada en el salado mar la gente,
El sol la vió de su primer ventana;
Y de una roca el bergantin pendiente,
La blanca costa con la espuma cana
Amenazando está, y allí fortuna
Sus victorias contando de una en una.

»De la cercana playa en el arena,
Cual de antigua ballena vomitados,
Entre temor, entre alegría y pena
Algunos nos hallámos arrojados;
Y la ribera de despojos llena,
Volvímos á robar bienes robados,
Que á los pobres y ricos de contento
El estado trocó al trocarse el viento.

»El corsario murió, y los mas preciados
De su aleve inconstante compañía,
Y de la chusma cual y cual, llevados
Del gusto, fuéron tras su incierta guía:
Conmigo solos dos pechos honrados,
Que á un remo una cadena nos ceñía,
Se avinieron; y este alto dromedario
De lo mejor cargámos del corsario.

»Y aquellos seis aleves salteadores
Hoy á mis compañeros dieron muerte;
Y estos son, que he contado, los favores
Mas ricos y granados de mi suerte:
Visto habeis de mi mal los borradores;
Ved si alguno en vosotros hay que acierte,
Para mi bien, el don mas soberano
Que la fortuna ofrece de su mano.

»De tres años fué el plazo señalado
Para en su rastro desvolver el mundo,
Y de los dos el uno es ya pasado,
Y mas de las tres partes del segundo.»
Dijo; y cual si quedara enagenado
De un grave pasmo y éxtasis profundo,
Hizo cierto ademan que, aunque fingido,
Dejó al de mas dureza enternecido.

Su traza y la elocuencia de su cuento,
De todos con blandura exagerada,
Cada cual desvelaba el pensamiento
En la pregunta rústica intricada:
¿Qué bien tiene fortuna de momento?
Qué gloria que no sea barnizada?
Qué soberano don Gila entendiese
Que el vario monstruo de importancia diese?

«Las riquezas serán, dijo un grosero,
Que es el don mas perfecto y deseado;
Que á quien vive en el mundo sin dinero,
El mas supremo bien es bien soñado:
Al rico el mas mordaz es lisonjero,
Y el pobre mas dichoso desdichado;
Si no, mostradme un rico con disgusto,
O algun pobre que en serlo halle su gusto.»

No pasó el catalan por ese engaño;
Que mil ricos halló sin alegría:
No se corta el contento de ese paño,
Ni solo el oro los placeres cría:
Midas nos servirá de desengaño,
Que un mundo en rubias masas convertía,
Y de hambre se acabara si los vanos
Tesoros no lavara de las manos.

Cuanto mas que el deseo de riqueza
Al compas que ella crece va creciendo,
Y el ver tan inconstante su firmeza
El alma va y el gusto carcomiendo:
La ayuna amarillez de la pobreza
Se está cuanto mas léjos mas temiendo;
Que al fin son bienes muertos, y no hay duda
Que los gobierne un monstruo que se muda.

Ricardo dijo: «En bienes de fortuna
En toda estimacion el mas cumplido,
Que acompañando sale de la cuna
Un hombre hasta las ondas del olvido,
Sin que le borre adversidad alguna,
Es sangre ilustre y parto bien nacido,
Don, aunque de fortuna, tan cuadrado,
Que quitar no le puede una vez dado.»

Alguno dió con la opinion presente
La duda por resuelta y acabada;
Mas, visto el caso con madura frente,
Felicidad salió poco fundada:
Mil reyes al nacer vió el sol de oriente,
Que al ponerse vió en muerte desastrada;
Y otros volar al cuerno de la luna,
De oscuros paños y de humilde cuna.

Silverio altivo, en ambicion fundado,
«El don, dijo, que Gila te ha pedido,
Del sacro imperio es el mandar hinchado,
Del ánimo mortal tan pretendido:
Si violar el derecho está vedado,
Por causa de imperar se ha permitido:
No hay carga tan pesada y mal tan grave,
Que no se vuelva con mandar suave.

»Y bien que en estos reinos de fortuna
No se puede alcanzar bien sin mudanza,
No hay en todo el creciente de la luna
Un punto, ó dure ó no, de mas privanza:
Si á la enigma desdice en cosa alguna,
Es no caber tal don en tu esperanza,
Ni en Gila, si ya no es que desa suerte
De si te echase para nunca verte.»

Garilo respondió: «Cuanto se encierra
Del dulce mando en el pesado oficio,
Es en traje de paz sabrosa guerra,
Y con voz de virtud honrado vicio;
Que á los que hace dioses de la tierra
Su quietud les ofrece en sacrificio,
Y no es mas la grandeza del imperio
Que honrosa sujecion y cautiverio.

»Y á lo que dices, que en mi corto pecho
Pensamiento no cabe y don tan grave,
Quiero que sepas que en lo mas estrecho
Este ancho mundo y otro mundo cabe;
Y no es esta ambicion de mas provecho
De lo que la fortuna ordena y sabe,
Pues con trocar ó destrocar la mano
Cabe mas que eso en el valor humano.»

De la aguda respuesta en lo arrogante
Mostró el sabio español su ánimo altivo;
Que no hay en su nacion pecho importante
Que un pensamiento igual no tenga vivo:
El mas humilde en sangre al mas distante
De su humildad tal vez en rostro esquivo
Desprecia, y á pesar del parto inmundo,
Hijo se hace del sol, que es sin segundo.

Desta manera en pláticas sabrosas
Dulces porfías levantan y cuestiones,
Los unos de unas, y otros de otras cosas,
Sus discursos fundando y sus razones,
Hasta poner las penas amorosas,
Fortuna, entre la cuenta de tus dones,
Como si á amor ser ciego no bastara,
Sin que un ciego furor le gobernara.

Quien á tal opinion dió fundamento
No es posible que fuese enamorado,
O si lo fué, lo fué de cumplimiento,
Por algun caso de interes forzado,
Pues el fruto de un claro entendimiento,
Y la eleccion de un gusto regalado,
Hizo de la fortuna don escaso,
Que no da bien ni mal si no es acaso.

Orlando, ya despues que en largos cursos
Sobre el don altercaron de Garilo,
Conformándose que eran los recursos
De su viaje buscar la fuente al Nilo,
Cuando salian ya á nuevos discursos,
El al presente así le anudó el hilo:
«Todos han dicho, dijo, y yo podria,
Si entre tanta opinion cabe la mia.

»Y tú, villano, si á los varios casos
Que en sumario discurso has referido,
Y de tu vida á los mudables pasos
Con atencion hubieras advertido,
Mas claro los favores mas escasos
A tus enigmas dieran el sentido,
Y el oráculo allí vieras mas cierto
Entre tus mismas cosas descubierto.

»Y si la fama que á tu Gila has dado
Pintando su beldad, no es ingeniosa,
En el don que ha pedido se ha mostrado
No ménos avisada que hermosa:
Buscar lo que te falta te ha mandado;
Mira tú si te falta alguna cosa,
Y esa misma le lleva; que sin falta
Ninguno busca lo que no le falta.

»A burlar de tu enigma delicada
Parece mi respuesta dirigida.
¿Qué voluntad habrá tan ajustada,
Que no le falte ó sobre la medida?
Qué suerte tan perfecta y acabada
Saldrá sin un azar en esta vida,
Donde, cuando más rico estés de bienes,
Hallarás que te faltan más que tienes?

»Pues si todo su bien por este modo
La fortuna lo da al mas bien librado,
A quien le tiene ya dado del codo,
¿Con qué podrá dejarlo remediado?
Si no decimos que en faltarle todo
Le sobre todo el bien á un desdichado,
Y en no tener felicidad alguna
Tenga ganado el juego á la fortuna.

»Mas si se ha de entender de alguna suerte,
Y tu demanda tiene algun sentido,
Ya que en vida falaz sujeta á muerte,
Ni entre bienes de tierra hay bien cumplido,
El mas rico, mas dulce y de mas suerte,
De todo mortal gusto apetecido,
Es el que falta en tí, y á veces falta
Al que en fortuna echó raya mas alta.

»Y aunque buscar sin él feliz contento,
Buscar en ciega noche el sol seria,
Suele tener tan flaco fundamento
Cual le tiene la causa que le envia;
Y el bien que al irse hereda el sentimiento,
Es no haber visto el rostro á la alegría
Mas que para martirio á la memoria,
Quedándole del bien sola la historia.

»Pues, aunque esté conforme á su hechura,
Es, como los demas, de poco asiento,
Por aquel breve tiempo que nos dura
En nada halla estorbo nuestro intento:
Todo con su presencia lo asegura;
Enfrena el mar y desenfrena el viento,
Y de tanta deidad es su cadena,
Que á veces la fortuna misma enfrena.

»Cuanto sujeto á tiempo y á mudanza
Se ve en el claro espejo de la luna,
Cuanto cabe en deseos y esperanza,
Esta es en dispensarlo sola una:
Es la medida, el peso y la balanza
Y fuente de los bienes de fortuna,
Y aun suele subir tanto su creciente,
Que es la fortuna arroyo de su fuente.

»Es su nombre Ventura, y su ejercicio
Colmar de bienes al deseo humano,
Levantarnos las cosas de su quicio
Hasta darles renombre soberano:
Dorar con nombre de virtud el vicio;
Y en solo andar colgado de su mano,
No darás tropezon ni desatino
Que no te haga adelantar camino.

»La sangre, las riquezas, el imperio
Y todos los demas bienes colmados
Son infamia, pobreza y vituperio,
Si no vienen con esta acompañados:
Libertad sin ventura es cautiverio;
Los cautivos con ella libertados,
Y es tal, que pudo y puede entre mortales
Sacar males de bien, y bien de males.

»Sola esta, en el discurso de tu historia,
Si bien lo consideras, te ha faltado;
Esta en infierno convirtió tu gloria,
Y de una muerte en otra te ha arrojado:
Esta pues busca y halla, y de la escoria
Te volverá el crisol oro acendrado,
Y sin mover el pié ni alzar la mano,
Harás jornada y llegarás temprano.

Al fin del bien humano es los extremos,
Y aunque en esto no hay duda, todavía
Contar quiero una historia, en que verémos
Con su extraña verdad clara la mia:
Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se visten de la luz del dia...»
Así Orlando empezó; mas yo á Bernardo
Mi pluma guio, y tuerzo el vuelo tardo;

Que ya le veo en el galeon persiano,
Vencido el Rey, y Angélica robada,
Triste, aunque victorioso; que es villano
Quien del ajeno mal no siente nada:
Curó al Rey las heridas de su mano;
Apaciguó la gente alborotada,
No siendo ménos blando que robusto
El que antes fué verdugo de su gusto.

Y no sabiendo para cuál derrota
Las velas amurar al tardo viento
Que en crespas olas con tibieza brota
Del cristalino y húmedo elemento,
Desde la gavia, al sur no muy remota
Una isla vieron de agradable asiento,
Que llena desde léjos se figura
De agradables florestas y frescura.

Parece alegre sitio acomodado
A curar al rey persa sus heridas,
Y que el vencido pueblo destrozado
Las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
Y ver si halla tambien puerto poblado
Donde, de aquellas playas no sabidas,
Isleño natural ó gente extraña
Navío le flete en que volverse á España.

La errada proa el práctico piloto
Al punto á sus cercanas playas vuelve,
Y de comun consentimiento y voto
La blanca costa en que surgir desvuelve:
Salta la chusma, crece el alboroto,
Suena el rüido, y el clamor revuelve,
Quebrado en ecos por las altas rocas
Que azotan los delfines y las focas.

Salió á reconocer Glauro la tierra,
Gran piloto y cosmógrafo persiano,
A quien Planco obligó á seguir la guerra,
Por haber muerto á Periarcon, su hermano:
Este subió á la cumbre de una sierra,
De adonde descubrió un florido llano,
Y en la mar, en la punta de un bajío,
Destrozos de una barca y de un navío.

A la orilla de un rio, entre las flores,
Sobre un pequeño monte, vió enredada
Una humilde chozuela de pastores,
Antigua, al parecer, y despoblada;
Desiertos los demas alrededores,
Y al esconce del cerro una ensenada
Playa figura y abrigado puerto,
Entre una selva y un peñasco abierto.

De la áncora mordaz el corvo diente
Firme agarró por el arena blanda:
Saltó Bernardo en tierra, y diligente
Al Rey llevar mandó de la otra banda;
Y un rico pabellon resplandeciente
Por el mucho oro y perlas, plantar manda
Sobre arrimos de plata y argollones,
En que repose, y curen sus pasiones.

Y en tanto que se planta y adereza,
Con corvo arco pasó tras un venado
Del bosque inculto la áspera maleza,
A la vecina cumbre de un collado,
Donde una humilde choza alzar cabeza
Vió alegre, y aunque sola, halló á un lado
Unas armas y escudo, y recien hecho
De yerba y flores un pintado lecho.

Púsose á atalayar desde la puerta
A un lado y otro, cuando junto al rio
Un hombre vió venir por la encubierta
Que al sol hacia el páramo sombrío,
Flaco, mustio, sin tez, la color muerta,
Aunque gallardo en el semblante y brio;
Que hácia Bernardo, en viéndolo, se vino,
Y él á encontrarlo le salió al camino.

Saludáronse afable y cortesmente,
Y humilde el español, pidió al isleño,
Si lo sabe, le diga de la gente
De aquella isla florida, y de su dueño:
Si es desierta ó poblada; si al presente
Sabe en ella lugar, grande ó pequeño,
Donde curar un caballero herido,
Que allí fortuna le arrojó perdido.

«Señor, dijo el isleño, esta ancha tierra
Toda es de suelo y clima desdichada:
Un mar profundo y áspero la encierra,
Desierta en lo demas y despoblada;
Y si algo habita aquí en discordia y guerra,
Es, á mi parecer, gente encantada
Que en fantasmas y bultos inhumanos
De noche cruza por los aires vanos.

»Poco há que la fortuna desdeñosa
Su arena hizo estampas de mi huella,
Con un viento y borrasca peligrosa
Que armó en el aire mi contraria estrella,
Quedando yo en su playa pedregosa
Vivo, para morir despacio en ella;
Que á quien, como ahora á mí, se muestra brava,
Por no acabar sus males no le acaba.

»Otro mancebo se salió conmigo;
Los demas sorbió el mar por sus riberas,
Y este sin culpa, mas que ser mi amigo,
Ya por los montes es manjar de fieras;
Que solo basto yo para testigo
De su inconstancia, y los que mas de véras
En su rueda midieron altibajos,
Ni se vieron tan altos ni tan bajos.

»Es de mi vida larga la tragedia,
Y tal, que amarga aun el contar la historia;
Que miéntras un dolor no se remedia,
Siempre es pesada y triste su memoria:
Vamos á ver tu herido; que en la media
Ladera deste monte, si en mi gloria
Mi seso no quedó tambien deshecho,
Una yerba he notado de provecho.

»Y aun, segun de tus armas las señales,
No á ti te dañará el precioso pisto:
Remediará siquiera ajenos males
Quien ya los suyos sin remedio ha visto.»
Dijo; y Bernardo con palabras reales
Las gracias rinde; y él en paso listo
A toda diligencia va, y revuelve
Mil yerbas, y una entre ellas coge, y vuelve.

Llegaron á la playa, y en su lecho
Al rey de Persia hallaron desangrado;
Que en la mudanza y ejercicio hecho
Se habian las rojas llagas reventado:
Mostró el médico allí su hidalgo pecho,
Y de la yerba el bálsamo preciado,
Mitigando el dolor de las heridas,
Que las dejó, á dos curas, guarecidas.

A los demas heridos, de su mano
Curó en término hidalgo y modo afable,
No obstante que traia el rey persiano
Consigo á Eleno, médico notable,
De manos cruel, y corazon villano,
Y demas de ser áspero y mudable,
Mas erres tuvo al grado y mas errores
Que Roma y sus primeros fundadores.

Pero el favor, que donde quiera manda,
Mandó que sabio y acertado sea;
Que la salud, si el mal se le desmanda,
Dios la da sin que el médico lo vea:
Ni el fuego aprieta ni el aceite ablanda
Si él no da la virtud; ni nadie crea
Que la purga le mate ó le dé vida
Si no es la eterna ordenacion cumplida.

Esto es del vulgo, y del que hizo á Eleno,
Por favor, protomédico persiano;
Que nadie ignora que contra el veneno
La triaca halló el saber humano;
Y una yerba el isleño entre aquel heno,
Con cuyo jugo y su prudente mano,
Por naturales términos regidos,
Al Rey sanó y á los demas heridos.

Agradó tanto al valeroso godo
Del esculapio nuevo la cordura,
El trato afable, el cortesano modo
De sales lleno y grave compostura,
Que, deseoso de saber del todo
De su vida el suceso y la ventura
Que en dolor vivo y esperanza muerta
Le echó en parte tan áspera y desierta,

Un dia, al delgado viento de la playa,
Sobre una roca en que la mar batia,
Y al resurtir en una corva raya,
La blanca espuma aljófares bullia,
Sirviendo á sus cristales de atalaya,
Y haciendo dellos mas alegre el dia,
Puestos los dos entre el peñasco fijo,
Así al isleño el español le dijo:

«Las muchas partes que el valor descubre
En las noblezas de tu heróico pecho,
Y la sabia prudencia que en él cubre
El dolor fiero en que le traes deshecho,
Cuanto con tu recato mas se encubre,
Tantas mayores cosas dél sospecho,
Y hallo en sus señales y costumbres
De un hidalgo español claras vislumbres.

»Sácame desta duda, y pueda ahora
Contigo algo el amor que en mí has hallado;
Dime de la fortuna burladora
Las varias vueltas con que aquí te ha echado:
Cuéntame, en fin, tu vida y su mejora,
Si alguna en esperanza te ha quedado,
Y cree, si aquesto mucho te parece,
Que ya lo que te estimo lo merece.

»Y mas te juro, en fe de caballero,
Que jamas por mi culpa te arrepientas
De haberme hecho este gusto, con que quiero
Que solo el tuyo en mis intentos sientas;
Y si en los tuyos puede un verdadero
Amigo aprovecharte, me consientas
Que ocupe yo el lugar del que te falta,
Pues no la hay en mi amor ni en fe tan alta.»

Dijo; y el noble isleño entre no poca
Confusion se halló corto y atado,
Oyendo al caballero de la Roca,
Que así el bravo español era llamado.
Es fuerza obedecer por lo que toca
Dar gusto al que es de todos adorado;
Mas halla sus discursos tan extraños,
Que no los contará en un siglo de años.

Admirase tambien que en su pregunta
Le llamase español por alabanza;
Que en tan tierno sugeto se halle junta,
Con tan grande braveza, tal templanza:
Al fin, aunque ni entiende ni barrunta
Que sea quien es, conoce en su crianza
Que es digno de que en todo le obedezca,
Y que él lo mismo que le ofrece, ofrezca.

Y así le respondió: «Pues que no puedo
A tan nueva merced dar recompensa,
Ni á las obligaciones en que quedo
Pagar sin le hacer notoria ofensa,
Con referirte el espantoso enredo
Y aquella nube de peligros densa
Que aquí me despeñó en eterno luto,
Te habrá pagado mi alma su tributo.

»Es España mi patria, y en España
El reino de Leon, y allí Abiados,
Un castillo en que al pié de una montaña
El rey Froila nos dejó, heredados
De los ínclitos condes de Saldaña,
De aquellos cuatro tengo dos costados;
Los otros, por mi padre don Ramiro,
Son de la sangre real de Gundemiro.

»Es mi nombre Gundémaro, y yo todo
De la nobleza montañes nacido,
Criado en el palacio del rey godo,
Y de su corte y dél favorecido,
Hasta que el tiempo por extraño modo,
De mi enemiga estrella compelido,
Mudó el curso feliz, y ya impedida
Su corriente, trocó la de mi vida.

»Ya por tres veces la inconstante lumbre
Que desde el primer cielo el mar revuelve,
Sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
En plata el oro de sus cuernos vuelve;
Y otras tantas, faeton de su vislumbre,
Le bañó el hueco rostro que desvuelve
De las tinieblas los ocultos casos,
Y en los hurtos de amor medrosos pasos:

»Despues que, ausente á la asturiana corte,
Al curso voy de mi contrario sino,
Ciego en la tierra, y en la mar sin norte,
Y aquí y allí sin rumbo ni camino;
Fuera de estilo, y de hallarle corte
De mi vida al confuso desatino,
De una desgracia en otra, y de una en una
Exprimentando azares de fortuna.

»Por la ambicion francesa el rey de Astúrias,
Que es mi rey, está en grave estrecho puesto,
Contra cuyas montañas las tres furias
Han conmovido de la tierra el resto;
Y á mí tambien del tiempo las injurias
Traido me han á este escondido puesto
Por la misma ocasion; que un desdichado
Hasta el ajeno mal halla á su lado.

»Despachó embajadores el rey Casto
A los circunvecinos reyes moros
Por favor de dineros; que al gran gasto
De la guerra son cortos sus tesoros:
¿Mas para qué sin fruto el tiempo gasto
En cuentos largos de rodeos sonoros,
Si al ancho curso de la pena mia
Cualquiera tiempo es corto, y breve el dia?

»Fué destas embajadas mia la una
Al toledano rey y al de Granada,
Y ocasionada dellas mi fortuna,
La suya comenzó con mi jornada:
Llegué á Toledo, y mi creciente luna,
Allí de dicha y de favor colmada,
A menguar comenzó por el camino
Que luego hice al reino granadino.

»Supe que al Rey en una alegre caza
Robó su Dolarico un jayan fiero,
Y que á una fuerte inexpugnable plaza
La llevaba con solo un escudero:
Juzgué el poner en socorrerla traza
Precisa obligacion de caballero,
Y hacer al Rey y al reino mas propicio
Con la nueva ocasion de tal servicio.

»Dejé mi gente, y tras la justa empresa
Por la espesura entré de una montaña;
Perdíme por tomar una atraviesa,
Con la ignorancia de la tierra extraña;
Y de una selva en otra, y desta en esa,
Cruzando á tiento el monte y la campaña,
Sin camino, sin senda ni sin guia
A Málaga llegué perdido un dia;

»Donde, de una galera de corsarios
Que echó á la costa un áspero levante,
Y del furor del tiempo y sus contrarios
No quedó dellos vivo hombre importante,
Entre otras presas y despojos varios
Que dió y quitó la mar, como inconstante,
Fué una cautiva hermosa á maravilla,
Que cual perla oriental salió á la orilla.

»Y sin ser su riqueza conocida
De la codicia bárbara insaciable,
En almoneda pública traida,
Se puso en precio el suyo inestimable;
Y en pujas y pregones distraida,
La beldad se vendió mas agradable
Que en cuanto alumbra el sol y el mar encierra
El cielo puso á vistas de la tierra.

»Una honesta y bellísima doncella,
De luces llena y varios resplandores,
Rodeada al cuerpo un almalafa bella
De un rico zarzahan de mil colores;
Su cara un cielo de beldad, y en ella
Mas gracias que hay en el verano flores;
El cabello que al ébano excedia
Mas blanco el cuello de marfil volvia.

»Unos rasgados ojos, que en mi alma
Dos ventanas rasgaron á su gloria,
Con dos arcos de amor al triunfo y palma
Con que le dió en la mano la victoria:
Su bella frente aquesta playa encalma
El viento que la bulle mi memoria,
Y los labios y dientes de su boca
El coral y las perlas desta roca.

»Al cuello humilde una cadena floja,
Los vergonzosos ojos en el suelo,
Las dos mejillas que, con perlas moja,
De la color del rosicler del cielo:
De dolor traspasada y de congoja,
Y yo de compasion y de recelo,
Lo que allí obró en mi alma su fatiga
La piedad dejo que por mí lo diga.

»En pregones todo esto se vendia
Al tiempo que llegaba yo á la feria,
Y el corazon, que sin temor venia
A dar conmigo en la última miseria:
Quedé ciego en la luz que muerta via;
Juntóse á mi dolor nueva materia
Con verme pobre; que en cualquiera paso
Hace, ser rico un hombre, mucho al caso.

»Via venderse todo mi tesoro,
Yo sin caudal ni crédito en la plaza,
Y que el dinero de un plebeyo moro
A eterna servidumbre le amenaza:
Vendí mis armas y unas piezas de oro,
Que hicieron de mi amor alarde y plaza,
Y con dos mil cequies, por esta via,
Dí libertad á quien quitó la mia.

»—Bella cautiva, me llegué y le dije;
Noble prision de honrados corazones,
Si á quien nació para prender le aflige
Verse sujeta á bárbaras prisiones,
Y ese gallardo corazon que rige
Del gusto el reino y del amor los dones,
Está en su libertad, yo sin ninguna;
Que así trueca sus suertes la fortuna.

»Si mi pobreza dí por tu tesoro,
Tambien por tu rescate un reino diera:
Solo me queda esta cadena de oro
Para enlazar tan bella prisionera.—
Así dije; y quitando la del moro
Puse la mia, y ella por de fuera
El bello rostro del color mas fino
Que abre en la rosa el aire matutino.

»Fuése tras mí, despues de asegurada
Que solo con lo hecho pretendia
Ponerla en noble libertad honrada,
Salva de toda fuerza y demasía;
Y de mi trato y término obligada,
Que es lo que amor hidalgo engendra y cria,
Y satisfecha ya por mil maneras
Que no trataba engaños, sino véras;

»Despues de haber con nuevo juramento
En mí su honestidad asegurado,
Y al recato y las trazas de su intento
El secreto y prudencia encomendado:
—Sabe, leonés, me dijo, estáme atento,
Que á mas que esto quien eres me ha obligado
Yo soy, para morir en tu obediencia,
La triste Arlaja, infanta de Valencia,

»De Zulema sobrina, hija de Abdalla,
Cuyo es el reino cordobes de hecho,
Que el soberbio Aliatan usurpa y halla
Que viene á su ambicion corto y estrecho:
Mató á mi tio en una cruel batalla,
Y á mi padre quitó todo el derecho,
Y hoy, apretado del poder tirano,
Solo gobierna el pueblo valenciano.

»Deste soy hija, y de Algaycel hermana,
Un valiente y gallardo sarracino,
Del cetro y la corona valenciana
Y el reino cordobes sucesor dino;
En cuya compañía una mañana,
Saliendo á caza al bosque mas vecino
Del castellano Júcar en la boca,
Con que al sucrense golfo besa y toca,

»Fuése toda la gente repartida
Tras varias cazas por el bosque espeso,
Y yo tras una cierva entretenida
Que levantó el ladrido de un sabueso:
Gran rato anduve, sin sentir, perdida,
Cuando la suerte de mi hado avieso
A la playa del mar me sacó sola,
Cual perdido bajel entre ola y ola.

»Fuí á dar, sin ver por dónde, en la celada
De una enemiga fusta de cristianos
Que, de unas cañas dulces amparada,
Cruzaba del rio Júcar los pantanos;
Donde, de su violencia arrebatada,
Con el suceso y con la presa ufanos,
Temerosos quizá del enemigo,
Libres se hicieron á la mar conmigo.

»Yo, por asegurar que su violencia
Algo en agravio de mí honor no trate,
Quién era dije á todos en presencia,
Prometiendo á cada uno gran rescate:
Miráronme con nueva reverencia,
Y dando en ello trazas, un debate
Así se ocasionó entre dos villanos,
Que de lenguas vinieron á las manos.

»Fué creciendo el enojo de manera,
Sobre quién mi persona guardaria,
Que espada no quedó ni vida entera
De cuantas ántes el saetin traia:
Vino la noche tenebrosa y fiera,
Creció la mar y el viento, y cuando abria
La luna su ventana en el oriente
Dió otro barco en el nuestro de repente.

»Saltaron dentro algunos, y admirados
De la espantosa mortandad sangrienta,
Ya en su primer temor asegurados,
De solos mis despojos hacen cuenta;
Cuando el viento mas grueso en mas hinchados
Tumbos la mar parió ciega tormenta,
Dividiendo el rigor del turbio charco
Los presos bordos de uno y otro barco.

»El mio aquella noche y otro dia
Con el viento y la mar fué porfiando,
La costa huyendo que de léjos via
De espuma y arrecifes blanqueando;
Pero ya al tiempo que la luz salia
Entre pardos celajes, trastornando
Arbol, velas y entenas, dió el navío
Deste muelle en la punta de un bajío.

»De seis que dentro echó el furor en vano,
Los tres huyeron del perdido leño;
Los otros degolló el vulgo liviano
Que por esclava á tí me dió en empeño;
Y aunque al principio el trato fué villano,
En darme, hicieron, tan honrado dueño,
Que adore de fortuna el desatino,
Pues no tuvo tal bien otro camino.

»Ahora querria, señor, si á tí te agrada,
Que ántes que aquí de nadie sea sentida,
Ó por mar ó por tierra disfrazada
A mi patria me vuelvas conocida;
Que yo te doy palabra, en fe de honrada,
Que aunque me vea reina obedecida,
En ménos tenga el cetro y mas le huya
Que el título y blason de esclava tuya.—

»Así mi bella valenciana dijo;
Y yo, de nuevo puesto en mil cuidados,
De alegre sobresalto y regocijo
En verlos, sin pensar, bien empleados,
Hacer el viaje por la mar elijo,
Y en un lijero bergantin fletados
A cuenta y riesgo de un anciano moro
Y cien cequíes de una cadena de oro.

»Al tiempo que en las puertas del oriente,
De azucenas y rosas coronada,
La aurora rompe el velo transparente
Que la luz de oro en sí tiene guardada,
El barco, á vela y remo diligente,
La punta dobla de trofeos sembrada
Que á la torre de Vélez hurta el viento,
Y á ella la mar su carcomido asiento.

»Y con el fresco soplo de un lebeche
Que embistió en popa la latina vela,
La corva playa de la mar en leche
Lijero pasa, y engolfado vuela;
Y sin que el viento el lleno lienzo estreche,
A Almuñécar descubre, cruza y cuela
Por su abrigado puerto puesto enfrente,
Seguro de los vientos del poniente.

»A Salobreña y á Motril dejámos
Hirviendo su arenal en blanca espuma,
Y tras el sol y el dia nos entrámos
Por Castilferro, y ántes que consuma
Su soplo el aire, al alba despertámos
Encima las Roquetas, y allí en suma
Dimos á nuestro curso cristalino
Tres veces treinta millas de camino.

»Echóse el aire al levantarse el dia,
Por mostrarnos despacio la frescura
De los bellos jardines de Almería,
Y de sus palmas la rayada altura;
De Nicia la preciosa pedrería,
Que, como el cielo con la noche oscura,
Por su playa y collados centellea,
Y al sol convida que en su luz se vea.

»Calmó ya aquí de todo punto el viento
Entre el Algaida y sus floridos ramos,
Y por gozar del agradable asiento,
Una caleta de la mar buscámos:
Acabó aquí su curso mi contento
Y el viaje que conformes comenzámos;
Aquí perdí mi bien, de aquí mi hado
La tragedia empezo que aun no ha acabado.

»Hambroz, un fiero bárbaro arrogante
Que degolló á Toledo su nobleza,
Y en favor de Aliatan puso en levante
La tierra en riesgo, el reino en estrecheza,
Desde la fortaleza de Alicante
Con fustas espantaba y con braveza
El mar de España, y la desdicha mia
Surto en Algaida le halló aquel dia.

»Fué á dar nuestro bajel en la encubierta
Donde entre flores retirado estaba,
Y allí apénas su armada descubierta,
Huyendo el barco como entró tornaba;
Mas no salta tan viva ni despierta
Víbora altiva ni serpiente brava
Tras el gazapo que en las yerbas siente,
Como á la nuestra se arrojó su gente.

»Cercaron el batel: fuénos forzoso
Hacer para mas daño resistencia;
Mas contra un enemigo poderoso
El escudo mejor es de paciencia:
Yo sin armas, el trance peligroso,
El pensar defendernos imprudencia:
Al fin quedó nuestro poder rendido,
Presa de nuevo Arlaja, y yo herido.

»Conocióla el corsario, y como amigo
Y vasallo, en caricia cortesana,
Humilde y grave la llevo consigo
A un bello y rico estrado de oro y grana;
Que si era hija de Abdalla, su enemigo,
Tambien de su rey era prima hermana;
Y aunque los reyes sigan sus rencores,
Siempre son los demas sus inferiores.

»Admiróse de verla en tal estado;
Supo el suceso, y luego determina
En lijero batel de oro entoldado
Enviarla en pompa á su grandeza dina:
Yo sin provecho herido en un costado,
Privado del vivir por medicina,
Quedé con el corsario, el gusto en calma,
Y por sanar el cuerpo muerta el alma.

»No quiso Hambroz, por causa de la herida,
Que en compañía de la Infanta fuese,
Como si fuera remediar la vida
Hacer que ausente de mi bien muriese:
Dióle su fe que, en siendo guarecida
La llaga y que en mejor salud me viese,
Con aparato y real munificencia
A su servicio me enviará á Valencia.

»Con esto me quedé, y la bella Arlaja
Pasó ántes de embarcarse por mi lecho,
Donde con tiernos ojos y voz baja,
—Adios, dijo, tesoro de mi pecho;
Mira por tu salud;— y aquí le ataja
La lengua un nudo de congojas hecho;
Y el corsario tambien, que á verme vino,
Y á embarcar á la Infanta de camino,

»Fuése, y quedé con la esperanza á solas,
Luchando entre temores y sospechas,
Engolfada en memorias, cuyas olas
En un ausente son tristes endechas:
Colgado el gusto y la salud de solas
Las dos palabras últimas, deshechas
En bálsamo de amor, que la herida
Sanó al cuerpo, y al alma dió la vida.

»De Algaida hizo el moro por la costa
Al descuido importantes correrías,
Hasta que al puerto y su canal angosta
De Carìdemo, que robó esos dias,
Sus desdichas llegaron por la posta,
Y á dar triste remate en sus porfías
La armada. Berberuz, otro corsario
Que en Córdoba es de Hambroz bando contrario,

»Seguia la parte y opinion de Abdalla
En aquella reñida diferencia:
Encontró la ocasion yendo a buscalla,
Y puso en no perdella diligencia:
No venia el fiero Hambroz á dar batalla,
Sino solo á meter gente en Valencia;
Que los cristianos se decia por cierto
Que con su armada estaban de concierto,

»Y que un rico convento que tenia
La iglesia del gran mártir san Vicente,
Darles el muro libre pretendia,
Y meter dentro en la ciudad su gente:
Hizo reseña allí, y aunque la via
En número inferior, no en ser valiente,
Ni humilló el brio ni perdió el decoro;
Que es hidalgo y de Córdoba, aunque moro.

»Pelearon con crueldad ambos corsarios
Sin sentirse al principio mejoría;
Que en trances de armas y sucesos varios
Neutral fortuna su timon regía;
Hasta que ya en favor de sus contrarios
A Hambroz fué descreciendo con el dia,
Siendo aquel el postrero de su gloria,
Y de Valencia el triunfo y la victoria.

»Murió como valiente el africano,
Y los suyos con él sin quedar uno,
Yo preso, y tal me vi, que por mi mano
Quise dar fin á mal tan importuno:
Venia con el corsario valenciano
El príncipe de Fez, con quien ninguno
En gallardo, discreto y animoso,
Si á competir llegó, fué victorioso.

»Este, no sé por cuál rigor de estrella,
En la batalla se encontró conmigo,
Y mudable, en lugar de fenecella,
De contrario cruel se volvió amigo:
Dióme fortuna su amistad, y en ella
Por un breve favor largo castigo;
Que nunca sabe dar á un desdichado
El bien cabal ni el mal sin ir doblado.

»Así de Abenragel la amistad vino
A ser nueva ocasion de desventura,
Y tanto dió en quererme el sarracino,
Que ya era, mas que voluntad, locura:
En fiesta, en burla, en véras, de contino,
A cualquier hora, tiempo y coyuntura
Habia de estar conmigo; y si no estaba,
En nada gusto ni contento hallaba.

»Ya Berberuz su victoriosa armada,
Al dulce son de la sonora trompa
Con que la fama suena sobornada,
Su nombre invicto en grave aplauso y pompa,
Por la mar, de sus golpes asombrada,
Manda que el espolon sangriento rompa
La vuelta de Valencia, donde vea
En su triunfo el estruendo que desea.

»Cobré la vida cuando supe cierto
El fin de la batalla y la derrota,
Y que iba ya en el Grao á tomar puerto
Al son de mil clarines nuestra flota:
Llegámos; y de léjos descubierto
El real palacio, mi alma se alborota
Con un muerto placer, tibia alegría,
Que sus nuevas desdichas le advertia.

»Y aunque sin gusto el corazon, y en duda
Por el frio recelo que en él mora,
Así en lenguaje muerto y habla muda
Sus torres salva y su muralla adora:
—¡Oh alcázar bello, cielo en quien se muda
El vario curso de mi bien cada hora,
Centro al deseo, blanco de sus tiros,
Esfera donde vuelan mis suspiros!

»¡En tí está la belleza en quien mis ojos
Sus gustos empeñaron y alegría,
Y el triunfo donde amor por sus despojos
La libertad colgó del alma mia!
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,
Sálveos el cielo, y con la luz del dia
En feliz vuelo vuestros techos de oro
De gloria bañe, como á mí de lloro!

»Así de veloz tiempo el curso humano
Con agradables vueltas solicite
A vuestras flores inmortal verano,
Que á no morir jamas las resucite;
Y desta playa el cristalino llano
Con ricas perlas y coral visite
Vuestros umbrales de oro, y á pié enjuto
De lo mejor del mundo os dé tributo.

»Que á mis gustos presteis dulce acogida,
Y á un extranjero fiel noble hospedaje;
Que, siendo tesoreros de mi vida,
Grave traicion será hacerme ultraje;
Y á esa hermosa cautiva, á quien rendida
Mi alma está en humilde vasallaje,
Le deis nuevas de mí, digais que vivo
En fe de ser de su beldad cautivo.—

»Así decia yo en mi pensamiento
Miéntras el real bajel iba á dar fondo;
Y el piloto sagaz, al rumbo atento,
La áncora corva y el boyal redondo
Apresta, y con la sonda mide á tiento
El lugar mas seguro y ménos hondo
Donde surgir, y la demas canalla
Salta en la arena en el lugar que halla.

»Llevóme el noble Abenragel consigo,
Donde ántes enviado el alma habia,
A ver al Rey y hablalle por amigo,
Y la ocasion buscar de mi alegría:
Fué, como suele, el tiempo mi enemigo,
Pues ni por esta ni por otra via,
En muchos dias que en su corte estuve,
Ni órden de hablalla ni de vella tuve.

»Mi amigo, á quien quizá en igual cuidado
O poco ménos mi desdicha puso,
Y de la bella infanta enamorado,
El no poderla ver triste y confuso,
Un dia, por me dejar mas obligado,
A contarme sus males se dispuso,
¡Extraño caso! que una misma suerte
Me restauró la vida y dió la muerte.

»Contóme en suma el todo de su vida
Sin pensar que tuviese parte en ella,
Que un año habia la traia perdida,
Desvelado en servir la infanta bella;
Y aunque era siempre aceda y desabrida,
Al fin dejaba que pudiese vella;
—Mas ahora, dice, está tan retirada,
Que de sí misma y quien la ve se enfada.

»Despues que por descuido de su hermano
En Júcar la prendió un corsario un dia,
Y rescatada fué por un cristiano
Que Hambroz quitó la vida en Almería,
Nunca el alegre rostro soberano
El lustre ha dado en ella que solia:
Con sus doncellas retirada vive;
Que un muerto gusto en nada le recibe.

»Deseo, pues ya como solia no puedo
Del dulce bien gozar que ausente adoro,
Con la invencion de algun sutil enredo
De mis males contarle el gran tesoro;
Que lo que amor no pudo, quizá el miedo
Causar podrá del importuno lloro;
Trocando en algo aquel altivo pecho,
De blanda nieve y pedernales hecho.—

»Así el de Fez envuelto en su cuidado,
Y fuera de los mios me contaba
De su mal lo presente y lo pasado,
Y contra mí de mí se aconsejaba:
Habia un sarao y música trazado;
Y viendo que la Infanta se excusaba,
Trocó en darle una música el ornato
De su real grandeza y aparato.

»La plata de los cuernos de Diana,
Ya envuelta en las cenizas del poniente,
Con los retintes de color de grana
Tibia volvia su luz resplandeciente;
Y entre el mudo silencio y sombra vana
Sembraba el sueño olvidos en la gente,
Y de la Via-láctea el tesoro
El aire oscuro de centellas de oro;

»Cuando de Abenragel el aparato
Salir la noche vió de su posada,
En unas andas negras su retrato
Con blanca gente en torno amortajada,
Verdes las hachas; que de rato en rato
Tristes gemidos daban; y sembrada
De cometas la noche, parecia
Primer retrato del postrero dia.

»Al ronco y triste son de unas cadenas
Que del ataud colgaban enlutado,
Entre las verdes luces, donde apénas
Humo sus esperanzas se han tornado,
Dos carrozas salieron, ambas llenas
De bellísimas moras, que en trabado
Coro sonaban varios instrumentos
De suave son y cónsonos acentos.

»Arpas, vihuelas, órganos, rieles,
Clarines, chirimías y trompetas,
Flautas, dulzainas, cítaras, rabeles,
Sonajas, cornamusas y cornetas,
Y otras varias pandorgas y tropeles
De consonancias y armonías perfetas,
Que en música suave y acordada
Todo una gloria parecia trabada.

»Y en un soberbio trono de brocado,
Sobre carro triunfal que en oro ardia,
De ocho unicornios de Africa llevado,
Con mayor luz que en el que sale el dia,
De Arlaja el bulto al natural sacado,
De beldad lleno y majestad venía,
Con mil Cupidos que en alegre vuelo
Cometas dan, por flechas de oro, al cielo.

»De antiguos dioses, en cadena de oro
Presos, por mas grandeza acompañada,
A sus piés nueve musas, y el sonoro
Plectro de Apolo y cítara dorada:
Yo esta figura hice en traje moro
Por darme á conocer en la jornada,
Y en esta pompa y majestad, despacio
Llegó el carro al terreno de palacio;

»Donde un fúnebre mauseolo hecho
De artificiales fuegos puesto á punto,
Al entregarle el enlutado lecho
Humo se volvió y sombra todo junto;
Y ya el rüido y su temor deshecho
Con las tristes memorias del difunto,
La ántes funesta llama, al regocijo
De música parió un alegre hijo.

»Hubo mucho de todo: al fin entre esta
Folla de corte en hábito de Apolo,
Con ademan de entretener la fiesta
Una cancion canté en una arpa solo,
Por tal estilo y término compuesta,
Que en voz del abrasado mauseolo
Mis endechas lloré, canté mi vida,
Y acusé una palabra mal cumplida.

»No perdió punto Arlaja en la encubierta
Cifra que al disimulo se cantaba;
Que aunque no en los balcones descubierta,
Entre sus damas disfrazada estaba:
Puso fin á la fiesta el ver abierta
La ventana del alba que apuntaba,
Que para gozar della ántes del dia
Salió en aquel mas presto que solia.

»En él al noble príncipe africano
La Infanta envió á decir que en todo habia
Estimado el regalo cortesano;
Y que sin tantos gastos gustaria
Oir sola la voz, la letra, y mano
De la arpa pasada, y la hallaria
Para esto en los balcones de su huerta
Aquella noche, sola y encubierta.

»Dejó ufano al de Fez la nueva gloria
Del presente favor mal entendido,
A mí lleno de gusto y vanagloria
Hallar lo que temia haber perdido;
Mas, ¡oh humana tragedia, en quien notoria
La inconstancia descubre el mas cumplido
De tus inciertos bienes! ¡Cuán á tiento
Camina el hombre y va tras su contento!

»Llegada la ocasion y hora pedida
Por tantos gustos, aunque á varios fines,
Solos los dos, la arpa prevenida,
A hacer fuimos la ronda á los jardines,
Donde la bella Arlaja entretenida
Nueva belleza daba á los jazmines
De un balcon apartado, que caia
Al muro altivo que el vergel ceñia.

»La sabia Ardelia, una gallarda mora
Amiga suya, en compañía con ella:
Esta en viéndonos dijo: — Mi señora
La Infanta me mandó venir por ella
A deciros, señor, que por ahora
No es posible hablaros, ni vos vella.
Por cierto inconveniente y caso justo
Que el paso le ha estorbado deste gusto.

»Dice que, aunque hallarse en vuestra fiesta
Su enfado lo estorbó, os está obligada,
Y así lo reconoce, y yo con esta
Razon he hecho y dicho mi embajada.—
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta
La gloria que ya dió por alcanzada,
Bien conoció que amor con la ventura
Pocas veces se encuentra, y ménos dura.

»Respondióle con modo cortesano
Hasta en su mismo agravio agradecido,
Mas que sentia haber traido en vano
Quien á solo servirla habia venido,
Que era aquel caballero castellano,
Que, á no ser tan discreto, hubiera sido
Tan grave falta causa de tenella,
O en su amistad, ó en las firmezas della.»

Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo
Dando disculpas y admitiendo cargos,
De mi supo quién era, cuando el hilo
De las quejas quebró y de los descargos
De la siempre dudosa parca el filo,
Y haciendo breve suma en cuentos largos,
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte
Abenragel en triste azar de muerte.»

ALEGORÍA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas donde al ejecutar no tercia la ventura; y cómo la prudencia humana, sin el favor divino, entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo cual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundémaro.

LIBRO SEPTIMO.

ARGUMENTO.

Prosigue Gundémaro su historia, y acábase en un extraño encantamiento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda, donde le sucede una extraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Blarabí, rey de Pamplona.

«¡Oh varios cursos de la vida humana
(Gundémaro siguió), fines inciertos,
Pesadas penas de alegría liviana,
Dolores vivos de placeres muertos,
Alquimias y oropel en que devana
Engaño el gusto, el tiempo desconciertos,
Dulce esperanza, desvario eterno,
Que, prometiendo gloria, dais infierno!

»Corre tras sus manzanas Atalanta,
Y solo el oro y no el engaño advierte;
Febo tras Dafne hállala hecha planta,
Anteon beldad que en ciervo le convierte:
Vuela á poner Eurídice la planta
Sobre una flor, encuentra con su muerte;
Vuelve su amante á verla, y su contento
A un volver de cabeza es todo viento.

»Tal es la suerte humana y su firmeza,
Y así anda el hombre tras su antojo á tiento;
Encandilale el gusto la belleza;
Corre tras él placer, halla el tormento:
Midas en su oro, hambres y pobreza,
Faeton en su altivez, abatimiento,
A Abenragel y á mí por una senda
Dieron, buscando paz, muerte y contienda.

»Al tiempo que por término encubierto
A excusas suyas me iba declarando,
Y afable Ardelia, por un modo incierto
En su amor y favores obligando:
A Alfajardos, un moro sin concierto,
Que el palacio rëal venia rondando,
A quien Abenragel quitado habia
Los gustos de una mora en Berbería,

»Hízole el noble Gambedul privado
De Abdalla y capitan de infantería,
Hasta que, á mas fortuna levantado,
A serlo de la guarda subió un dia:
Este, de un furor loco arrebatado,
Fantástico del cargo que regía;
Que son las dignidades en efeto
Toque de los quilates del sugeto;

»Soberbio en las pujanzas de su oficio,
Con furia arremetió desordenada,
Y haciendo del celoso al real servicio,
Al príncipe pasó de una estocada:
Cayó el jóven mortal; creció el bullicio
De la canalla vil alborotada,
Que á las voces del moro alharaquiento
En confuso tropel llegó sin tiento.

»Mas no salió tan á su salvo el caso,
Que ántes que ser pudiese socorrido,
De mil heridas desangrado y laso,
Sin vida ante mis piés quedó tendido,
Sin que la furia popular un paso
Perder me hiciese del recien caido
Y muerto Abenragel, bien que pudiera
Con la noche salvarme si quisiera.

»Pero creció la gente y alboroto,
Y medrosa la Infanta de mi muerte,
Que me rindiese manda, y por su voto
Las armas entregué, y troqué la suerte:
Díme preso al alcaide Polinoto,
Que del alcazar real en lo mas fuerte
De un cuarto, á un redoblado muro incluso,
Entre cadenas lóbregas me puso.

»Fué de la torre en el lugar mas bajo,
Que mas negro aire y ménos luz tenia,
Y por una escalera con trabajo
Para doblarse en él se descendia:
Aquí solo quedé, y el que me trajo
Por la Infanta y Ardelia, el mismo dia
A decirme volvió que, por valerme,
Juntas vendrian aquella noche á verme.

»Llegó de la hora el tiempo deseado,
Y habiendo despeñado al carcelero,
Bajar adonde estaba aprisionado
Vi á media noche el alba y el lucero:
Trocóse en cielo el sótano ahumado,
Mi mal en bien, mi pena en gusto entero,
Mis tormentos en gloria, y las prisiones
En cadenas de dulces eslabones.

»Sacáronme del limbo dos deidades
Que en la belleza parecian del cielo;
Mas la fortuna, cuyas variedades
Mis cosas llevan, sin cansarse, en vuelo,
Mi bien trocó en tan tristes novedades,
Que, de no rematarlas, me recelo
Que quiere un monstruo hacer en mí que pueda
Ser centro de las vueltas de su rueda.

»El príncipe Algaycel, que en la belleza
De Ardelia ardia, y su desden le helaba,
Y entre celos, temores y aspereza
Muerto vivia, y sin dormir soñaba;
Cuando de la escalada fortaleza
Yo al cuarto de la Infanta atravesaba
Con ella de la mano, á él le traia,
O su amor ciego, ó la desdicha mia.

»Iba á velar el sueño de su dama,
O á despertar su muerte y mi tormento;
Que ni fortuna duerme, ni quien ama,
Ni á un desdichado importa andar con tiento,
Pues hasta los desvelos de otra cama
A perturbarle vienen su contento:
El príncipe llegó; turbóle el caso,
De amor y honor herido á un mismo paso.

»Era valiente y poco reportado,
Y como tal arremetió furioso
Con su alfanje y un manto de brocado
Por reparo á mi estoque peligroso:
Yo, que venía bastantemente armado,
De semejantes casos receloso...
Quien por contrarios ha de abrir camino,
Con hierro es fuerza le abra de contino.

»Era cierto el perder honor y vida,
O quitarlo sin culpa al enemigo:
¡Lance extraño, desgracia nunca oida,
Ni usada en tal rigor sino conmigo!
Al fin él de sí mismo fué homicida:
El cielo es juez, mi corazon testigo
Que, si otra puerta en riesgo tal se abriera,
Mil vidas por salvar la suya diera.

»Mas la opinion de Arlaja y la honra mia
Al valiente Algaycel dieron la muerte:
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guia,
Suerte imposible que el tahur la acierte!
Trocóse el fin, trocóse la alegría,
Y las cosas trocáronse de suerte,
Que ya no tuvo Arlaja por seguro
Sin mí quedarse en el paterno muro.

»A cuidado de Orbelio, un falso amigo
De Ardelia, prevenido un barco estaba
En la playa del mar para conmigo
De Barcelona hallar la costa brava:
No se atrevió la Infanta á ser testigo
Del triste dia que al Rey se le acercaba,
Ni quedar sola la otra mora bella,
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.

»Y así, por donde yo saliera solo
A no haber la desgracia sucedido,
Los tres salímos, cuando encima el polo
Bootes su media vuelta habia cumplido:
Y ántes que el oro del pretal de Apolo
El aire diese de ámbares teñido,
A la playa llegámos, y sin tiento
Las velas dimos y esperanza al viento.

»A Orbelio le contaron el suceso,
Caso en todas maneras excusado;
Que en cualquier trance, próspero ó avieso,
Nunca el secreto pierde por guardado.
Andaba el mar al embarcarnos grueso,
El Grao gentil de un céfiro picado,
Que en furioso levante se volvia
De rato en rato al acercarse el dia.

»Descubriónos la luz léjos de tierra,
En una tempestad furiosa envueltos;
Que fortuna cruel, por darnos guerra,
Traia los aires con la mar revueltos;
Hasta que en los peñascos de una sierra,
En blanca espuma y salitrales vueltos,
En Denia el viento que en sus cuevas suena,
Ya el barco roto nos echó en la arena.

»Aquí murió del todo la esperanza,
Siendo en humanas trazas imposible
Librarse de la muerte quien no alcanza
Con ánimo inmortal cuerpo invisible;
Que al Rey, ¿quién le estorbara la venganza,
O le ocultara en caso tan horrible,
Por breve senda ó por rodeo prolijo,
Al que su hija robó, y mató á su hijo?

»Mas al abrigo que al cercano monte
De una enroscada vuelta el cuerno hacia,
Hurtando la mitad á su horizonte,
En casa humilde un pescador vivia:
Aquí, cuando ya el carro de Faetonte
En el mar contrapuesto se hundia,
De las olas y vientos arrojados,
De alegre albergue fuímos amparados.

»Era del pobre Amílcar la cabaña,
Que, siendo mercader, dió en cortesano,
Y con soberbia y ambicion que engaña,
Cuanto en logros juntó, despendió en vano;
Y ya gastado y viejo, á esta montaña
Entre redes le echó el tiempo tirano,
Adonde en comedido vasallaje
A nuestro barco dió nuevo hospedaje.

»Descansando aquel dia y el siguiente
En la choza estuvimos recogidos,
Sin saber de Valencia ni su gente
Nada de los sucesos referidos;
Que el proceloso viento mas se siente
Por montes que por valles escondidos,
Y las nuevas de corte y sus consejas
Cuando á los pobres llegan ya son viejas.

»Volviéndose iba el golfo mas tratable,
Y Amílcar, con mis dones obligado,
Pasaje libre y compañía afable
Me habia hasta Barcelona asegurado,
Cuando de la fortuna el variable
Timon de nuevo el mar dejó alterado,
Y en las presentes cosas tal mudanza,
Que no nos quedó un soplo de esperanza.

»Tenia el pescador (¡extraño caso!)
Por hija una bellísima doncella,
Zoraida dicha, de valor no escaso,
Que en su casa nació ó se crió en ella:
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso
Miró, y á amarla le inclinó su estrella
Con tan ardiente amor, que fué bastante
De leal volverlo en desleal amante.

»Temió quizá el tormento de la ausencia,
Viendo acercarse ya nuestra partida,
O que los alborotos de Valencia
La hacienda le costasen, la honra y vida:
Al fin, en alevosa convenencia
Al huésped ántes fiel dejó vendida
Su honra y todo mi bien, sin que se excluya
La vida mia y la que lo era suya.

»Fuéron á dar los dos traidoramente
Aviso á Denia del suceso extraño;
Mas la bella Zoraida, diligente,
Los tratos entendió, sospechó el daño;
Y por salvar la Infanta, de su gente
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,
Miéntras que en la fria noche ya vecina
El falso Orbello á su traicion camina,

»Basteciendo conforme á la estrechura
Del tiempo un barco que pescando andaba,
Dentro nos puso, y ella, mas segura
Que el fijo norte que el timon guiaba,
A vela y remo por el agua oscura,
Que crespas luces temerosas daba
Al herir de los remos é ir bogando,
Lijera en alta mar nos fué engolfando.

»Cobró tan gran amor Zoraida bella
A la Infanta, y de Orbelio tal espanto,
Que, por miedo de velle y de no vella,
A su casa dejó en amargo llanto:
Temió del vario amante la doncella
No hiciese en sus amores otro tanto;
Que en vano se lamenta y llora el daño
Quien pudo y no escarmienta en el extraño.

»Tambien, si ya esto no es sospecha mia,
A un gallardo leonés Zoraida amaba,
Que, disfrazado por su amor, servia
En el humilde oficio que ella usaba:
Este es el que al principio te decia
Que al vientre ayuno alguna fiera brava
Vivo aquí trasladó, dicho Floriano,
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.

»La noche toda navegando fuimos
A vela y remo, y cuando el alba abria
En el oriente de oro los racimos
De que se cuaja y se enguirnalda el dia,
A Ibiza quedar por popa vimos,
Y á Formentera dando el rumbo y guia,
A Mallorca pasámos por de fuera,
Entre el cabo de Palmas y Cabrera.

»Y dentro al Baleárico metidos,
Fortuna, con sus vueltas ordinarias,
De nuevo comenzó roncos bramidos
De olas, vaivenes y mudanzas varias:
Los vientos, de las nubes rebatidos,
Resuenan por las bóvedas contrarias
Del turbio cielo y sus helados polos,
Solo inmudable á nuestros ruegos solos.

»Fuímos sin rumbo cierto algunos dias
De un furioso poniente contrastados,
De un bordo y otro por diversas vias,
Las velas rotas y árboles quebrados,
Hasta que en medio de las ondas frias
Crecer un dia vimos los collados,
Que, por la cuenta y cómputo marino,
Son en Sicilia el cabo de Paquino.

»Aquí, ya en salvo puestos, aferrámos
Entre el rojo coral el corvo diente,
Y en tierra Floriano y yo saltámos,
Buscando en ella algun poblado y gente;
Y tanto el ciego bosque penetrámos,
Que, andando un dia perdidos, al siguiente,
Cuando á la playa por el rio volvímos,
Ni el barco surto ni su rastro vimos.

»No léjos un batel bogando andaba
Junto á la costa al desbravar del rio,
Y un pobre viejo dentro, que pasaba
La vida en él, pescando á su albedrio:
Este solo parece que esperaba
A darnos tristes nuevas del navío,
Y así se fué en cumpliendo con su oficio,
Por dejarnos el barco y ejercicio.

»Contónos este al fin (¡oh casos varios!
¡Fortuna incierta! ¡Laberinto extraño!),
Que de un navío cretense de corsarios
El nuestro presa fué y triunfo lozano.
—En Creta hay sacrificios ordinarios
Donde al altar de un ídolo inhumano
Degüellan cada mes una doncella,
De las que en corso prenden la mas bella.

»Por aplacar la fuerza de Mercurio,
Patron de los isleños mercaderes,
De Júpiter y Maya hijo espurio,
Autor de embustes, nuevas y placeres,
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio
Busca para su altar bellas mujeres
El cretense falaz, de engaños lleno,
Tal, que para ser malo solo es bueno.

»Ciertos piratas destos dieron saco
A Furno aquí, y á Módica adelante,
Y el bajel vuestro, en resistencia flaco,
Para alijar el suyo fué importante;
Mas tres beldades que en su seno opaco
Hallaron, la menor será bastante
Para aplacar su dios, y que allí acabe
La injusta pena de rigor tan grave.

»Que en venganza á la muerte de una dama,
Que lo era del que rige el caduceo,
Si ya no fué algun íncubo que en fama
Del falso dios trazó ese devaneo,
De una peste cruel la ardiente llama
Así el reino ha abrasado al rey Tifeo;
Que todo en él camina á un fin violento,
Muerta la reina, el hado aun no contento.

»Y es entre el rudo vulgo opinion cierta
Que hasta ser en su altar sacrificada
Otra beldad mayor que fué la muerta,
Ni él contento estará, ni ella vengada.—
Así el barquero dijo. ¡Oh suerte incierta,
Ni buena en duda, ni mejor hallada!
Considera, señor, cuáles quedámos
Los que á este paso sin pensar llegámos.

»Saltó el viejo en la playa, y mas lijero
Que del presto lebrel huye el venado,
Por el bosque se entró, y mi compañero
En el barco que vió en la orilla atado:
Yo entré tras él con prodigioso agüero,
De una nube de fuego rodeado;
Que si en tierra se pierde la ventura,
Buscarla por la mar será locura.

»A bogar comenzámos con los remos
Cada uno por su parte, y de la orilla
Apénas se escondieron los extremos,
Y del cerro de Espaca la cuchilla,
Cuando el navío cretense volar vemos,
Llevando á jorro el nuestro de trailla;
Y como si ya todo fuera hecho,
El dolor nos templó y alegró el pecho.

»Duró aquella esperanza y su alegría
Lo que la luz duró de aquella tarde;
Que ella, el gusto, mi bien, la luz y el dia
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde
Pecho muriendo vive todavía,
Y en fuego eterno de memorias se arde;
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,
En medio el hielo de mis muertes, vivo.

»Creció con las tinieblas un levante
Que á oscuras anudó los demas vientos,
En ciega lucha y confusion bastante
A trastornar del mundo los cimientos:
Barrió la negra noche el dia restante,
Y en sordos silbos y ásperos acentos
Las enlutadas focas y delfines
Nos agoraron desastrados fines.

»No sé cuál dios el gobernalle tuvo
A un barquillo tan vil en tal tormenta,
Que, de mil veces que anegado estuvo,
Libre salió del riesgo y de su afrenta;
Pero si algun milagro en estos hubo,
Ya mi ventura lo escribió á su cuenta;
Que no se da el vivir á un desdichado
Para mas bien que darle el mal doblado.

»Al fin si es bien, señor, el no cansarte
Con tan prolijos cuentos, cuando el alba
Su luz mostró llorosa, en esta parte
Donde tu nao surgió y está ahora salva,
Por trofeo de Vénus y de Marte,
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,
Los dos tristes navíos que seguímos
Hechos pedazos por las rocas vimos.

»Y sin que nadie se escapase dellos,
Mi gloria aquí murió, y aquí me trajo
La fortuna y amor, por los cabellos,
Del bien mayor al escalon mas bajo:
Quise ir para anegarme en medio dellos,
Y mi desdicha huir por el atajo,
Mas no lo consintió; que su porfía
Es que yo viva, y muera mi alegría.

»De mar un grueso tumbo echó el barquillo
Por cima destas rocas en la tierra,
A pesar de mi amor, que por seguillo
Me hace con mi fe la mayor guerra:
Mi amigo Florian, sin prevenillo,
El dia siguiente entró por esa sierra,
De una lijera caza ocasionado,
Que era su muerte, y parecia venado.

»Un mes há ya que vivo en este yermo
Solo, sin esperanza ni alegría,
Que ni de dia ni de noche duermo,
Ni sé cuándo es de noche ni de dia:
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
La vista absorta, el desear sin guia,
Asombrado de noche con legiones
De espantosas figuras y visiones.

»De Arlaja por los aires veo la sombra
Las mas noches pasar triste y callada,
Otras con débil voz me llama y nombra,
De rosas y jazmines coronada:
Tambien con gritos Florian me asombra,
Y Ardelia, en tiernas lágrimas bañada,
Pide que me consuele, y si amanece,
Todo en la luz se apaga y desvanece.

»O es por aquí el infierno, ó mi tormento
Produce y cria sombras tan penosas,
De quien, si el cielo me ha librado, siento
Que es por estas reliquias poderosas,
Contra quien no aprovecha encantamento
Ni engaños de fantasmas mentirosas,
Que son las que en fe santa me han librado
De tantos riesgos como te he contado.»

Así el leonés Gundémaro la historia
De sus prolijos males abreviaba,
Y el carro en que Faeton perdió su gloria
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba.
Cuando, en soberbio triunfo y vanagloria,
En carroza de nácar que volaba,
Al puerto ven llegar una doncella,
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.

Vénus sobre su concha parecia,
De perlas y esmeraldas coronada,
Que nuevamente de la mar salia,
De su antigua belleza acompañada;
Mas apénas el carro en que venia
Vió la arena de aljófar escarchada,
Cuando la luz trocó de su tesoro
En blanca cierva con los cuernos de oro.

Y sentada sobre ella la hermosura
Que ántes sobre sus nácares volaba,
Con lijereza igual por la espesura
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba;
Cuando los dos que en la enriscada altura,
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
A ver el fin de tan mudables puntos
La espantosa beldad siguieron juntos.

Gundémaro al entrar en la montaña
Ni la corcilla vió, ni á quien seguia;
Bernardo entre sus breñas una extraña
Maravilla halló de mil que habia...
Mas ya de Ferraguto la maraña
Que el ciego amor en sueños le fingia,
Ardiendo el pecho en amorosa llama,
Mi nueva voz á sus grandezas llama.

Es del amor sutil la flecha altiva,
Rayo sin esplendor, fuego encubierto,
Cuyo blando calor con fuerza esquiva
Bronces derrite al corazon mas yerto:
A David prende, á Salomon derriba,
Y deja al gran Sanson á sus piés muerto,
Amarrando á los remos de su banco
Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.

De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,
De un no sé qué, de un aire y niñería,
De un afable mirar, de un volver de ojo,
Al alma nace, y sin sentir se cria:
Dale vida el placer, fuerza el enojo,
Y si de véras es, nada le enfria;
Que contra el arco suyo y de la muerte
Ni basta habilidad ni alcázar fuerte.

Pues este aliento y fuerza poderosa
Que en todo anda sembrado y repartido,
Con la luz de una imágen amorosa,
Durmiendo, á Ferragut dejó vencido:
El pecho ardiendo, el alma deseosa
De ver despierto lo que vió dormido,
Cuando el ruido sonó confuso y ciego
Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.

Entró á buscarlo por la selva el moro
Al mismo tiempo que la luz salia
Sembrando al aire los corales y oro
Que el nuevo sol por su horizonte cria;
Y dudando si aquello era el sonoro
Estruendo de armas que soñando oia,
A tiento tras la voz anduvo tanto,
Que la causa encontró del triste llanto.

Dos caballeros vió y una doncella,
Todos tres muertos, y otra que lloraba
Sus desastradas muertes, con aquella
Triste y penosa voz que ántes sonaba:
Miróla el moro, conocióla en vella,
Que era la que el dia ántes le llevaba
A Bahamel la nueva dolorosa
Del robo que Auchali hizo en su esposa.

Al mismo Bahamel halló caido,
Muerto encima su espada; y viendo un paso
Tan lastimoso, el moro, enternecido,
Detuvo el suyo sobre el campo raso;
Y dándole por modo comedido
Consuelo á la que llora el triste caso,
Pídele cuente y diga, si lo sabe,
Quién fué la causa de rigor tan grave;

«Que si por la demanda en que me puse
Sucedió, dice, tanto desconcierto,
Sin que el mundo halle brazo que lo excuse,
O el mio le vengará, ó quedaré muerto.»
Asi el moro le pide no rehuse
Darle cuenta del caso: ella, cubierto
De llanto el rostro, y de color difunta,
Llorando satisfizo á su pregunta.

»Andaba suelto y despuntando el heno,
Un lozano caballo en medio el prado,
Con la silla de plata, y de oro el freno,
Y bordada mochila de brocado,
De la color de un blanco armiño, y lleno
De un enjambre de moscas salpicado,
En los piés remendado, y en la frente
Ojos fogosos, anhelar valiente;

»Nervoso el pecho, abiertas las narices,
Corta la clin, pequeña la cabeza,
Lo cola recogida y las cervices,
Señales de gallarda lijereza;
De extrañas pintas, manchas y matices,
Despedazando el freno su braveza,
Y dando á sospechar, en el sosiego,
Que está entre abrojos ó pisando fuego.

»No fué su igual el Cilaro famoso
Que de Pólux domó el doblado hierro,
Ni del viejo Saturno en mas brioso
Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro,
Cuando el cuello arrugado y espantoso
Con nueva y gruesa clin erizó el cerro,
Y con relinchos de su pecho indinos
Del monte Pélion asombró los pinos.

»Este caballo, la doncella dijo,
Toda en congoja y lágrimas bañada,
A quien el cielo con rigor maldijo,
Y una beldad le dió tan codiciada,
Triste remate fué del regocijo
Desta gente que ves despedazada,
Mas bello y desgraciado que el Seyano,
Ni el que por tierra echó al valor troyano.

»Oye el extraño discurrir del hado
(Si es verdad lo que dél me contó Alpina):
Verás el mundo todo eslabonado
Colgar de sola una virtud divina:
Si hay signo bien ó mal afortunado,
O todo á tiento y sin saber camina,
Aquí lo entenderás, y en este paso
Verás lo que hace la ventura al caso.

»En Tracia, de la casta que allí tuvo
Otro tiempo Diomédes el tirano,
Este potro nació, y Clariónte le hubo,
Rey del valle de Ródope inhumano:
En sangrientos pesebres le mantuvo,
Y hecho y enfrenado de su mano,
Tan gallardo salió, que de alentado
Diez leguas corre, y pára atropellado.

»Al rey Clariónte le quitó Ricarte
El dia que le mató junto á Mantible,
Y á el Norman Bartolache, y Radagarte,
Cuando á traicion le hirieron en Fontible:
Y aunque quiso cobrarle Durandarte
Del magances caudillo, fué imposible,
Hasta que el gran Reinaldos, en persona,
Vida y caballo le quitó en Girona.

»Presentado de allí le dió á Rugero
Por mano de Hipalca, su doncella,
Y el dia que lo estrenó con triste agüero,
Yendo de Mompeller para Marsella,
Junto á Arles, puesto el conde de Pontiero
Con su gente en celada, cayó en ella,
Donde murió á traicion alanceado,
De un infiel pueblo magances cercado.

»Quedara oculta esta alevosa muerte
Si Espinabel, pagado del caballo,
No se le hiciera codiciar la suerte,
Que la habia de vengar con arrastrallo:
Púsole el traidor piernas; corrió el fuerte
Desenfrenado potro hasta arrojallo
En medio de la plaza de Marsella
A ojos de Bradamante y su doncella.

»Allí en presencia suya hecho pedazos
Al magances dejó el caballo fiero,
Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,
Y no en su silla, cual pensó, á Rugero:
Notorios vió los cavilosos lazos
Del fementido bando de Pontiero:
Alteróse la bella Bradamante,
Y el sobresalto le abortó un infante.

»Y al quinto dia, con la nueva cierta
De la muerte infeliz del paladino,
La ántes dudosa amante quedó muerta,
Y cumplido el temor del adivino;
Y por tantas desgracias descubierta
La traicion de Maganza, un rio sanguino
Labró Morgana, y de la gente impía
Cien falsos condes degolló en un dia.

»Dióse el caballo destos desatinos
De aquella vez al príncipe Carloto,
Que él lo prestó despues á Valdovinos,
Cuando de Mantua le mató en el soto;
Y al fin, por varios trances y caminos,
Con desgracia, rüido y alboroto,
Las muertes de ambos dieron el agüero
Del infeliz Clarion por verdadero.

»Quedó al César el bárbaro caballo
Por prenda á la imperial caballeriza,
Y él al rey de Pamplona, su vasallo,
Con la mochila se le envía pajiza;
Y ardiendo en oro, el gusto de mirallo
La vista alegra, y su color matiza
Con la bordada pedrería, que en larga
Rueda es al rico jaez preciosa carga.

»Encontró al mensajero Ballugante;
Y sabiendo de dónde y adónde iba,
Vida y presente le quitó arrogante,
Con alma fiera y presuncion altiva.
Envióselo á Marsilio: él con semblante
Real el don recibió, que es lo que aviva
Los fuegos del amor, y quien preserva
De muerte el gusto, y vivo le conserva.

»Y al mismo fin mandó á la bella Alpina
Que á Galafre le dé, rey de Toledo,
A quien en una fuente cristalina
De una espada cruel lo quitó el miedo:
Pidió favor la mora peregrina
Al triste Bahamel, y él, con denuedo
De ánimo valeroso y noble pecho,
Vengarle prometió el agravio hecho.

»Habia venido con su nueva esposa
Aquel dia ántes por el bosque á caza,
Y el verde márgen de una fuente hermosa
De estrado entónces les servia y taza:
De allí salió á la empresa peligrosa
Contra los que de infame estirpe y raza
A la dama quitaron el caballo,
Y él á los dos la vida por cobrallo.

»Dejó Bahamel en la agradable fuente
Por guarda de su esposa un falso moro,
Ni honrado ni hidalgo ni valiente,
Aucali dicho, hijo de Alcandoro,
Que, de truhan de Ulí, subió á teniente
De alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro;
Mas dió en ser rico, y convirtióse en godo;
Que el dinero lo da y lo puede todo.

»Este por fuerza se llevó robada
Esa triste hermosura recien muerta,
Y yo, cual tú me viste, alborotada,
Del caso corrí á dar la nueva cierta:
Anoche Bahamel á esta cañada
En su rastro llegó, y aquí despierta
El alma en el dolor, y él, de rendido,
Sobre la yerba se quedó dormido.

»Y luego que el sentir quedó sin dueño,
Soñó que en fresco estrado y verde cama,
No léjos de la suya, en no pequeño
Gusto dormia con otro la que él ama:
Confuso despertó; contóme el sueño.
Y á tiento vino donde halló su dama
Durmiendo en estas flores, y dormida,
De celos ciego, le quitó la vida.

»Creyó celoso que Auchalí sería
El que alegre dormia en su regazo,
Y viendo que despierto revolvía
En su defensa el atrevido brazo,
Con el ciego cuidado que venía
Feroz le ciñe en desdichado abrazo,
Dándole, de un puñal atravesado,
Por cama el heno y por sepulcro el prado.

»Fué sobre él por cortarle la cabeza,
Y halló á sus piés su desdichado hermano,
El sin ventura Abenamil: ¡Oh fuerza
De fortuna cruel, hado inhumano!
Volvió el herido en sí, vió su braveza
Muerta, y viéndose muerto por la mano
De quien mas le queria, entendió claro
Que á los golpes del cielo no hay reparo.

Contónos que, viniendo de Toledo,
No léjos vió de allí llevar robada
La bella dama, entre congoja y miedo,
De triste llanto y lágrimas bañada;
Y que, aunque á defenderla con denuedo
La mano puso á su alevosa espada,
El infame Auchalí, de una herida,
Libre se la quitó, y dejó sin vida.

»Apénas pudo dar razon del caso,
Cuando la lengua le atajó la muerte,
Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso
Reció se estremeció, y se mostró fuerte;
Y Bahamel, que así en el postrer paso
Su casta esposa y á su hermano advierte,
Por furor loco y torpe desconcierto,
Mas que ellos, el dolor le dejó muerto.

»Y haciendo en un brevísimo discurso
De sus azares y dolores suma,
Sin rastro de esperanza ni recurso
Que la ocasion de su dolor consuma,
Muerta ya la razon con el concurso
Y avenida de males, halló en suma
Que, de infinitos que hay de varios modos,
En un breve morir se ahorran todos.

»Y sin que mi presencia fuese parte
A reprimir su furia acelerada,
Rabioso se pasó de parte á parte
El débil corazon con esa espada;
Y esta es, al fin, señor, por no cansarte,
Su tragedia y la historia desdichada
Del caballo Clarion, que á maravilla
Nadie sin caer subió en su ingrata silla.

»Dame ahora favor, dame tu ayuda
Para salir de trance tan confuso,
A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda
En este estrecho en que el rigor me puso.»
Así la dama dijo: el moro en duda
Un breve rato se quedó difuso
En pensamientos y discursos varios,
De gusto todos y placer contrarios.

Pero viendo el caballo, que pacia
Mal por tenerse todavía el freno,
Que aunque era de oro, el oro le impedia
El oro de las bestias, que es el heno,
Agradado del talle y gallardía,
Probarle quiere, y si es de azares lleno:
Para no reparar en ese agüero
Basta ser español y caballero.

Mas el caballo, hecho á ver dislates,
Las riendas huye á quien el oro agrava,
Y vuelto aquí y allí en varios regates,
Lozano la aleñada clin embrava,
Hasta que ya á los últimos remates,
Donde un arroyo en sus cristales lava
Los postreros jazmines de aquel prado,
Se entró en el bosque y le dejó burlado.

Saltó el moro con él, y con el salto
El brioso animal se alteró un poco,
Con que en paso mas libre á lo mas alto
Del monte fué subiendo poco á poco:
Creció el antojo con hallarse falto
De aquello que primero tuvo en poco,
Y ya con mas codicia y mayor paso
Sigue lo que al principio siguió acaso.

Treinta millas le fué al alcance extraño,
De una breña saltando en otra breña;
Que el gallardo caballo, de lozano,
Ahora le aguarda, y luego le desdeña:
Así á las veces, de un querer liviano
Y de una fácil ocasion pequeña,
Se empeña un gusto hasta morir por ella,
Y abrasa á todo un monte una centella.

Ya el sol, con quien el moro parecia
Que apostaba á correr hácia el poniente,
Su sombra, que ántes alcanzar queria,
Atras le ataba perezosamente,
Cuando al pié de una cumbre que subia,
Su caballo vió al márgen de una fuente,
A quien del prado la florida falda
Rica taza le sirve de esmeralda.

Vió que llegó á beber, y que un villano,
Poniendo bien la silla, saltó en ella,
Y en las fornidas ancas el serrano
Semblante de una rústica doncella:
Dióles el moro voces, pero en vano;
Que sin responder él, ni escuchar ella,
Libres se van, y en trueco del caballo,
El enfado le dejan de buscallo.

Baja lijero, y de coraje brama
Al poco caso que hace el que le lleva,
Pues al ronco gritar con que le llama,
Ya en término cortés, ya en furia nueva,
Ni pára ni responde; ántes su dama,
A quien con rostro humilde ablandar prueba
A que le escuche á modo de rogalla,
Sonriéndose dél, camina y calla.

Temió no sea la referida Alpina,
Que el real caballo al rey Galafre lleva,
Y que él caya en tal caso si la indina,
O haga en la estorbar lo que no deba;
Mas no tampóco quiere que en indina
Descortesía alguno se le atreva,
Ni en burlas le desdeñe por tal modo;
Que es no sentir disimularlo todo.

Y así, viendo que nadie le responde,
Delante puesto, ya fiero inhumano,
Las riendas de oro quiso asir, por donde
Las lleva mal parejas el villano;
Mas él, sin responder, le corresponde
Con una vara en la atrevida mano,
Tal, que por los artejos desarmados
Pensó, al herir, dejárselos quebrados.

Huyó la mano el moro atormentada,
Y un fiero grito dió que asombró el valle,
Y sin paciencia ya, de una puñada
Vida y caballo se arrojó á quitalle:
Erró el golpe la cólera sobrada;
Volvió á quererle asir, y volvió á dalle,
Y del dolor y rabia faltó poco
Para quedar entre el coraje loco.

Medio pino tomó para matallo
Y hacerle con iguales armas guerra;
Mas, de dos coces el feroz caballo
A él y á su soberbia echó por tierra:
Cayó tambien cabe él, al derriballo,
La doncella, y huyendo por la sierra
Se entró el bravo animal con el villano;
Que el duro freno le llamaba en vano.

Templó al moro el dolor de su caida
Ver que tambien cayese la doncella;
Que mas quisiera hallarse sin la vida,
Que causa justa en sí de quejas della:
Acudió á levantarla por cumplida
Satisfaccion que le ha pesado, y ella,
No haciendo caso dél, callada queda,
Sentada está, sin que movella pueda.

No le responde á nada que le diga,
Fiera, inmudable, como un mármol dura,
Ni el moro sabe qué consejo siga,
Ni cómo entienda el fin desta locura:
Al fin se fué y dejóla en su fatiga,
Y ella, viéndose libre, se apresura
Tras el lijero curso del caballo
Y el que iba encima dél, por alcanzallo.

Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
Y al mar de Atlante lo último del dia,
Por sus gonces, sus puntos y mudanzas
El sol se entraba y Hécate salia;
Cuando perdido el tiempo y esperanzas
El moro, que el caballo ántes seguia,
Solo se halló, confuso y atajado
A la orilla de un rio, en medio un prado.

Y enfadado de ver el nuevo enredo
Con que á pié se quedó, pasó adelante
Así altivo y feroz, que daban miedo
Su fiero ceño y áspero semblante;
Cuando la furia le templó y denuedo
De una tienda el primor así elegante,
Que al rayo de una luz que dentro habia
Tambien el oro del brocado ardia.

Entre frondosos árboles plantada
Estaba, al murmurar del manso rio,
Sitio oportuno y parte acomodada
Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
Llegó cortés á demandar posada,
Y halló el albergue y pabellon vacio,
Con rico estrado y prevenida cama,
Y al rayo de una luz sola una dama.

De poca edad y mucha hermosura,
Niña de alegre gusto parecia,
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia:
De gentil cuerpo y agradable hechura,
El rostro del color que nace el dia,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.

Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas dello,
Y el pensamiento atar al mas delgado:
Dos arcos de un dorado y sutil vello,
De cien flechas y más cada uno armado,
Que van volando, y dan en las entrañas
Al mover de las cejas y pestañas.

Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano son sus dos mejillas,
Sus dulces labios de coral rieles,
Con que rie el placer por sus orillas:
De aljofarados dientes dos caireles,
Y en cada uno un millon de maravillas;
Verdes los ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco dos estrellas.

De un mirar regalado y halagüeño
Que acaricia, ocasiona, y necesita
A dar el alma libre en dulce empeño
Al precio de beldad tan exquisita:
Con el donaire de un capote y ceño,
Que mas á un muerto gusto resucita;
Ni así el ámbar y música provoca,
Como el aliento y habla de su boca.

Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
De rosas hechas y apretada leche,
De un real valle de amor menudas lomas,
Que al ensancharse le hacen que se estreche:
No hay Panchaya con todas sus aromas
Que olor mas fino que sus pechos eche,
Ni Vénus de marfil ni de oro indiano
Con dedos mas bien hechos que su mano.

De tela de oro azul manteo bordado
De armiños, rica turca de escarlata,
De alcatifas de Persia el grave estrado,
Con bufete de nácares y plata;
Donde, en follajes de cristal grabado,
De un ardiente blandon la luz retrata
Un agradable cielo en la figura
De aquella nunca vista hermosura.

La rosada mejilla en la una mano,
Mostrando el brazo, y la otra descubierta
Como al descuido, en ademan profano;
La rica holanda en gallas de oro abierta,
Dando por mas deleite al gusto humano
La belleza que guardan encubierta
De la aguja las redes peligrosas
En el pecho de tierna nieve y rosas.

No habia en el pabellon mas que una lumbre,
Ni mas que aquella hermosura sola,
Que cual fino diamante su vislumbre
Todo con bellos rayos le arrebola:
Es de la tienda real la altiva cumbre
Una encantada y cristalina bola,
Por donde las estrellas y la luna
Sus cursos hacen sin mudanza alguna.

Toda de oro bordada y pedrería
Por de dentro parece y por defuera,
De árboles, cazas, flores, montería,
Una agradable y fresca primavera:
En perlas el jazmin se contrahacia,
Cuya hoja de esmeraldas finas era,
Los florones de escarches amarillos,
Gripados de argentados trebolillos.

Dejó asombrado al moro la belleza
De la suntuosa tienda y de su dueño,
Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
El bosque oculto y el lugar pequeño;
Y sobre todo la real grandeza
Y aquel mirar alegre y zahareño
De la beldad mayor que el mundo supo,
Que allí entre las demas grandezas cupo.

Tambien la nueva soledad le admira,
Sin gente de respeto ni servicio,
Con una sola luz que alumbra y mira
Todo el mudable y único edificio,
Y que, suspensa y sin querer, suspira,
De algun mal interior notorio indicio:
Todo esto contempló desde la puerta,
Sin que la dama, al parecer, lo advierta.

Mas, ya determinado por su gusto
El secreto á saber de esta aventura,
Con rostro humilde y corazon robusto
El rico umbral pasó, y en voz segura:
«Guarde, señora, dijo, el cielo justo
La gloria de tan rara hermosura,
Haciendo mas suave y menos larga
De los cuidados la pesada carga.»

Alzó los ojos con que dar pudiera
A los ya muertos de sus lumbres, vida,
A ser las leyes de la muerte fiera
Como las del amor mas homicida;
Y por mejor probar su fuerza entera,
En fingido alboroto desabrida,
Con vista afable y lengua zahareña,
Le atrae á un mismo tiempo y le desdeña.

Al fin, despues de varios cumplimientos,
Lugar le concedió en el rico estrado,
Pidiéndole la causa y los intentos
De haber en tiempo tal allí arribado:
Contóselos el moro en breves cuentos,
La empresa del caballo desgraciado,
Y cómo ya era próspero y dichoso,
Pues á lugar le guió tan venturoso.

Rió en grandes donaires la doncella
La no entendida burla del villano,
Y por sacarle con sosiego della,
«Señor, le dijo, en este verde llano
Aquella cristalina fuente bella
Está encantada por la sabia mano
De la hechicera Arleta, que un engaño
En ella puso de artificio extraño.

»Está tuvo amistad con cierto moro,
Gran capitan de Zaragoza y Baza,
A quien, sin guardar término y decoro,
Una mora usurpó de humilde raza:
Es rica, y donde quiera manda el oro,
Y él, con mayor codicia que no traza,
Dejó la dama pobre por la rica;
Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.

»Tiene un castillo cerca de esa fuente,
Y en él el falso amante entretenido,
De adonde salen cuando el dia al oriente
Los dos al monte por el verde ejido:
A este fin la celosa diligente
Del agua emponzoñó el cristal lucido,
Porque saliendo á caza, sea quien fuere,
Sus disgustos le pague si bebiere.

»Quita el sentir la fuerza del veneno
Por largo rato, miéntras con bastantes
Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
De lo que le solia enfadar ántes:
Pudo ser que bebiesen deste cieno
Aquellos dos villanos caminantes,
Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
La referida burla sucediese.

»Yo, señor, estoy sola; que mi gente
Toda se fué á un castillo de mi hermana,
Cerca de aquí á la parte de poniente,
Para volver con ella á la mañana:
Quedóse una doncella y un sirviente
A hacerme compañía, y hoy con vana
Curiosidad se entraron por la selva,
Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva.

»Mas ya entiendo sin duda, por las señas,
Que son los que cogieron tu caballo,
Y sin jüicio van por esas breñas,
Y yo en el riesgo en que me ves me hallo,
Triste, sola, y metida entre estas peñas;
Mas, ya que tú veniste á remediallo,
Podrás darme tu amparo y ser mi abrigo,
Si no te causa miedo estar conmigo.»

Dijo esto por tal modo la doncella,
Y así en suaves ojos halagüeños,
Que sin sentido el moro quedó en vella,
Entre deleite y gustos no pequeños;
Hasta que al fin, ocasionado della,
De sus halagos y fingidos ceños,
Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,
Tierno le dijo su amoroso fuego.

Ella ni le acaricia ni desecha,
Ni contenta se muestra ni enfadada;
Que todo á veces en donaire lo echa,
Y á veces todo, al parecer, le agrada:
Va haciendo la cadena mas estrecha,
Y el moro, ya con alma enamorada,
Del todo se le rinde y aficiona,
Y por ojos y boca lo pregona.

Calla, y con no rehusar le da licencia
Que entre sus blancas manos se regale,
Y en trato afable y grata diligencia,
A convidarle con los gustos sale:
De un rico cofre saca á su presencia
Preciosos dulces, donde el moro iguale
Su gusto en todo, porque en todo vea
Que ya de véras dársele desea.

El ya rendido amante no consiente
Semejantes excesos de tal mano,
Mas que á él con alma y corazon ardiente
Mostrar le deje huésped cortesano:
Crecen los fuegos; y él, que arderse siente
En el de amor, no cabe de lozano,
Adorando entre sí el primer trabajo
Que á tan dichoso punto y fin le trajo.

«No es el caballo, dice, desgraciado,
Como por burla me contó la dama,
Pues á tanta ventura me ha guiado
De collado en collado y rama en rama:
Siempre del mal ó el bien exagerado
Son menores los hechos que la fama:
Cuando tenga mil tachas mi caballo,
Este bien solo me hará adorallo.»

Así en pláticas dulces y sabrosas
Cenando están los dos de oro en un plato,
Dando ella de sus manos amorosas
Presas de amor al moro cada rato,
Ya preguntando diferentes cosas,
Ya con libre decir, ya con recato;
Que le importa saber si tiene dueño,
Si es de gusto comun ó zahareño.

El moro á todo, en cortesano estilo,
Ya en véras le responde, ya en donaire,
Y miéntras del parlar siguen el hilo,
Si acaso da en la vela un soplo de aire
Que, humillando la luz, muestra el pabilo,
Todo se turba y desvanece en aire;
Que sin la llama el pabellon no luce,
Antes cual débil sombra se trasluce.

Parécense los árboles y el cielo,
Y aun se apaga en la dama la belleza;
Mas luego que la luz cobra su vuelo,
Todo se vuelve á su primer riqueza:
Cree, viendo esto el moro, sin recelo
Que es desvanecimiento de cabeza;
Que el mucho caminar y el comer poco
Le trae el sentido divertido y loco.

Y metido ya en véras con la dama,
Libremente le dice su deseo:
Ella, con vano escudo de su fama,
El gusto le entretiene por rodeo:
«Ser verdad que adoreis esta que os ama,
Yo en esto, dice, lo conozco, y veo
Que, pudiendo salir sin demasía,
Con vuestra voluntad pedis la mia.

»Mas yo de todo en todo seré vuestra
Si me jurais lo que pediros quiero,
Por ese noble pecho y mano diestra,
Y la fe que debeis á caballero:
Que nuevas culpas ni ocasion siniestra
De vos me apartarán, sin que primero
Me déis satisfaccion de una doncella
Que usurpado me ha un gusto por mas bella.

»Hame tiranizado un caro amigo,
Que era otro tiempo el alma de mi gusto,
Y en fe que dió de se casar conmigo,
De mí le dí mas parte que era justo;
Y aunque por vos, señor, en lo que digo
Tratar cosas pasadas sea disgusto,
Es fuerza que me deis esta palabra,
Y así mi voluntad su puerta os abra.

»Que cuanto á desear esto me mueve
Ya no es gusto de amor, sino venganza.»
El moro, que en su rostro entre oro y nieve
Ardiendo en fuego siente su esperanza,
No solo una palabra y don tan leve
Le otorga, jura y da, mas si en balanza
De un mundo entero el contrapeso hiciera,
Y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

Y ya con la licencia que le ha dado
Quiso en mas libre trato entrar con ella,
Hacer campo de amor el rico estrado,
Y allí suya del todo la doncella;
Cuando, con el burlar desordenado,
El sujetarla, y defendérsele ella,
La vela se cayó, y sin lumbre alguna,
Lo que encubria la luz mostró la luna.

Sobre una cama de pajizo heno
Abrazado se halló á una flaca vieja,
El turbio rostro de verrugas lleno,
De solo un ojo y con ninguna ceja;
La hundida boca, cavernoso seno,
Con los podridos dientes mal pareja,
Dando al vecino olfato grueso aliento
De algun recien abierto monumento.

Duro el cabello, entre aplomado y cano,
Peor que el de Tesifone y Megera,
La encorvada nariz, que al gusto humano
En flaco iguala, de color de cera:
De nudosa raiz el cuerpo enano,
Con mas años que el tiempo, y toda entera
Tal, que al valiente moro y su denuedo,
Lo que el mundo no pudo, puso miedo.

Así el hambriento pobre peregrino,
En seca paja de un rastrojo echado,
Rico se sueña al fin de su camino,
En cuadras de oro y camas de brocado;
Y en medio el gusto un viento repentino
El sueño vuela, y hállase abrazado
A su estéril bordon, y hambre ayuna
Al frio rayo de la blanca luna.

Con secos nervios y con duros brazos
Así al moro ciñó, que no podia
Del cuello huir los escabrosos lazos,
Por mas que la apartaba y deshacia:
Quiso de rabia hacérselos pedazos,
A no ser en los suyos villanía.
Y ella, mas firme que la yedra al olmo,
Llegar su antojo quiere y gustó á colmo.

¿Quién ha visto en un águila enroscada
Víbora azul, ó pardo cocodrilo
A una palma enredarse levantada
De las crecientes del vadoso Nilo?
¿O á Mercurio en su vara celebrada
De dos serpientes el nudoso hilo?
Tal parecian los dos, y en tal hechura,
El en la rabia, y ella en la figura.

«No es razon, dice, ni camino justo
Que, poniéndome yo en vuestra tutela,
Por solo ser en fuerzas mas robusto,
Esta me hagais sin que mi honor os duela.»
Pensó quizá el envejecido gusto
Que aun todavía ardia la candela,
Y así llevaba el frio melindre al cabo
Con el amante ya rabioso y bravo.

Mas, viendo que de véras la desecha,
La sacude de sí, huye y aparta,
Que sin luz su invencion quedó deshecha,
Medrosa que la deje, y que se parta,
Las duras garras por el cuello le echa,
Y de su aliento y tósigo le harta,
Pidiendo á vueltas á la amada presa
La fe debida á su primer promesa.

«No soy tan fea, le dice, cual parezco;
Que ya fuí quando moza celebrada,
Y aun hoy pena por mí quien no apetezco,
Y me trae con sus lágrimas cansada:
Si estos enfados y desden merezco
Por daros yo tan franca mi posada,
No os envié yo á llamar; vos me buscastes,
Y con falsas promesas me engañastes.

»Cumplidlas, falso, pues, ó á todo el mundo
Por cruel os mostraré y por alevoso,
Sin que de mí os huyais, aunque al profundo
Rincon bajeis del centro cavernoso:
El galan que por vos hice segundo
Quiero me deis para que sea mi esposo,
Y me vengueis de quien me le ha quitado,
Y os honreis hasta entonces con mi lado.»

Bastante prueba dió de su nobleza
En esto el reportado sarracino,
Pues, templando á su enojo la braveza,
De hacer se abstuvo un nuevo desatino:
Solo arrojando la infernal fiereza
Que asido le tenia, «ese canino
Rostro, dijo, será quien te ha usurpado,
Si ya alguno te amó, el haberte amado.

»Dél será bien vengarte con hacelle
Un Euclides de rayas y figuras,
Sin que puedas ya mas entretenelle
En vanas aparentes hermosuras.»
Así dijo; y porque iba á detenelle
Con nuevos embelecos y posturas,
De sí la desvió con tanto brio,
Que, yéndole á abrazar, abrazó al rio.

Cual encogida y débil hojarasca
Que de árbol seco arranca el raudo viento,
Y volando la lleva su borrasca
Trocando puntas y mudando asiento:
Tal la hechicera fué con mortal basca
De uno y otro traspié rodando á tiento,
Hasta dar en el agua, en que se hundiera
Si ya de carne, y no de pluma, fuera.

Fuése el moro feroz desesperado
Viendo el deleite vuelto en amargura,
Y del caballo mal afortunado,
Aunque de noche clara la ventura;
Mas no mucho se fué, cuando á su lado
De Arleta vió la hórrida figura,
Que para mas enfado del que tiene,
A pedirle la fe y palabra viene.

Pensó rendir el alma de coraje
Volviendo el moro altivo el rostro á vella,
Y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
Con la espada alta arremetió tras ella:
Huyó la vieja haciéndole un visaje
Que le asombró miralla, y por cogella,
En unos mimbres tropezó sin tino,
Y el feroz rostro le abrazó un espino.

No hay sierpe á quien la azada del villano
Haya en dos medias partes dividido,
Que así fiera vomite por el llano
El humo del veneno recocido,
Como el aragones moro inhumano,
Viéndose en tantos modos perseguido
De aquella que matalla es caso indino,
Y sufrir sus locuras desatino.

Y así, por apartarla de sus ojos,
A correr comenzó por la espesura,
Y ella, para seguille y dalle enojos,
Con las alas del viento se apresura:
«Traidor, hasta que cumpla mis antojos,
Le dice, y la palabra y fe perjura
Que me diste, en desierto y en poblado,
Ó viva ó muerta me traerás al lado.»

Así corriendo por la selva espesa
Dos largas millas fuéron sin cansarse,
Que ni él dejó el huir á toda priesa,
Ni ella el decir injurias y acercarse;
Hasta que un hondo rio que atraviesa
El paso les tomó, y forzó á pararse,
Y el moro, revolviendo de repente,
Viva cogió á la vieja impertinente.

Y á un árbol de los muchos de su orilla,
Harto ya de sufrir, la dejó atada,
Y en huida veloz, para no oilla,
Apresuró hasta el dia su jornada.
Salia ya el alba en su argentada silla,
De rosas y azucenas coronada,
Cuando el moro salió del bosque al llano,
El ancho rio á la derecha mano;

Y á la otra parte en un ancon que hacia
La corva ala de un cerro puesto enfrente,
Entre arenas y aljófares bullia
El cristal puro de una limpia fuente.
Junto á ella puesto un pabellon se vía,
Y en torno dél durmiendo armada gente,
Dos apretadas barcas en el rio,
Y una espía en un álamo sombrío.

Llegó el furioso moro á preguntalle,
Qué atalaya de allí, ó á quién espera,
Cúya es la tienda y gente de aquel valle,
Y si querrán pasarle á su ribera:
Agradóle del moro el garbo y talle,
Y este el primero fué, y la vez primera,
Que de un hidalgo se pagó un villano,
Y un navarro alaves de un castellano.

Y así le respondió: «En la hermosa tienda
Tiene el rey de Pamplona alojamiento;»
Mas luego, arrepentido de que entienda
Que le quiso dar gusto, mudó intento;
Y haciendo al yerro sin razon emienda,
El receloso Ferraguto, atento
Al encubrir y descubrir razones,
Barcas, espía, tienda y prevenciones,

Bien entendió que el caso era de cuenta,
Pues el rey Biarabí por su persona,
A riesgo suyo y de su honor, le intenta
Tan léjos de los muros de Pamplona:
Tiene con él enemistad sangrienta,
Por feudatario á la imperial corona,
Y que es traicion recela, porque sabe
Que en un navarro moro todo cabe.

Por esto quiere el caso por entero,
Y á la espía le ruega que se abaje
A llevar de un extraño caballero,
Si es posible, á su rey cierto mensaje:
Tanto decirle al fin supo el guerrero
De ruegos y promesas, que el viaje
Aceptó, y arrojándose en el prado,
El moro le prendió, y quedó burlado.

Y haciéndole que calle aunque no quiera,
Con él se retiró en una espesura,
Donde del caso la verdad entera
Le pide, ó que abra allí su sepultura:
Así lobo feroz, tierna cordera
Que por su boca asió, á su cueva oscura
Lleva, sin que ya pueda libre y horra
A su pastor pedir que le socorra.

«Señor, por el profeta en quien adoro,
Temblando respondió, y por este paso
En que me ha puesto la codicia de oro,
Que no sé el fundamento y luz del caso;
Que de un plebeyo y no castizo moro
Nunca para altas cosas se hizo caso:
Solo podré contarte lo que he oido,
Ora sea cuento cierto, ora fingido.

»El sagaz Biarabí, rey de Pamplona
Debajo de traer cierta embajada
De parte del rey Cárlos en persona,
Gente metió en Toledo disfrazada:
A Rangorio, caudillo de Girona,
Del gigante Arganzon la firme espada,
Y á Zaldiran, señor de la montaña,
De un ojo solo y de estatura extraña.

»Este, de cepa y de linaje oscuro,
Aunque él se hace de su rey pariente,
Es el que á cargo tiene dar seguro
Del rio este ancho vado con su gente;
Y de un herrado carro el firme muro
En que salvar la presa diligente,
Que se entiende será una bella mora,
Hija del que en Toledo reina ahora.

»Son varios los incrédulos rumores
Que deste robo cuentan en secreto:
Unos dicen que el César por amores
Así al Rey lo mandó, que es su sujeto;
Y un caballo tambien de los mejores
Del mundo le envió para el efeto,
De cuya lijereza se valiese,
Y el hecho sin temor acometiese.

»Y que Rangorio á la jornada vino
Para mayor seguridad del caso;
Mas ni eso lleva al parecer camino,
Ni es de creer que en semejante paso
Un monarca tan sabio, un rey tan dino
De serlo del oriente hasta el ocaso,
Cuando dél tiembla el mundo, por livianas
Causas de amor se burle de sus canas.

»Otros Rangorio, padre de Oliveros,
Fingen el nuevo autor deste cuidado;
Mas yo en secreto oí á dos caballeros
Hacer á Biarabí solo el culpado,
Que acometido de enemigos fieros
Su reino, y de leones rodeado,
Olvidada su edad, anda perdido,
En amorosas burlas divertido.

»Al fin, séase cual fuere el fundamento,
El caso cierto es ya que Galiana,
La dama de mayor merecimiento
Que hoy se conoce, mora ni cristiana,
Si no hay algun notable impedimento,
Aquí presa estará de hoy á mañana:
Esto es cuanto del caso decir puedo,
Y lo que aquí esperamos de Toledo.»

Así el moro decia, compelido
De los miedos del hijo de Lanfusa,
Cuando en el bosque oyeron el rüido
De una algazara y trápala confusa:
Saltó el aragones apercebido,
La espía se le huyó, y por la difusa
Campaña mil tragedias, con espanto,
Materia dieron de venganza y llanto.

Mostróse claro el alevoso intento
Del robo ilustre que hacer procura
El Rey, de la ciudad á quien dió asiento
El que perdió en Farsalia la ventura;
Y Ferragut, celoso hasta del viento
Que en el rio suena y brama en la espesura,
No aguardó á saber mas; dejó la espía,
Y á buscar acudió el rumor que oía.

Vió venir tras un hombre desarmado,
Con limpias armas, dos por darle muerte,
Y sin poderle socorrer, clavado
Al suelo le dejó un venablo fuerte:
Volviéronse con paso apresurado,
Y el moro leal, que la traicion advierte,
Con alma y pecho audaz y piés lijeros
Siguiendo fué los falsos caballeros.

Y no léjos de allí, al entrar de un valle,
Otro vió alancear como el primero,
Sin que á ninguno socorrer ni dalle
Favor pudiese su ánimo ni acero;
Cuando por una estrecha y verde calle
De la selva salir vió un caballero
Con aljaba de monte de brocado,
Y un cruel trozo de lanza atravesado.

Fué cayendo á los piés de Ferraguto,
Desangrado y mortal, creyendo fuese
Del enemigo bando ánimo bruto,
Que lo que otro empezó acabar quisiese;
Y ya pagando el general tributo,
Cómo ántes de morir reconociese
Que el moro era neutral, y no enemigo,
Así le dijo en tono y voz de amigo:

«¡Oh invencible valor, cualquier que seas,
Que en ademan gallardo y real persona
De mí muestras dolerte, y que deseas
Vengar mi muerte! Acórreme, y perdona
El no poder guiarte donde veas
De Toledo agraviada la corona
Del rey mas falso y gente mas traidora
Que en Meca cree y su Alcoran adora.

»Danos favor, gran Cid, si á tu presencia
El valor de esa espada corresponde,
Y al mundo le ha quedado resistencia
Con que hacerla, y términos por donde;
Socorre la beldad y la excelencia
Mayor que en toda su grandeza esconde,
A una ofendida infanta y á un honrado
Rey, de otro infame rey sin fe agraviado.

»Con ademan de una fingida caza
Y alancear una feroz leona,
A este soto sacó la industria y traza
Del falso Biarabí, rey de Pamplona,
La bella Galïana, y á una plaza
Encubierta guiando su persona,
Nos trajo á la mitad desta floresta,
Donde tenia una emboscada puesta.

»Allí, con cruel ánimo y denuedo,
Un tejido escuadron de gente muda
Salió á robar la infanta de Toledo,
Y á dar al Rey en su traicion ayuda:
Hizo su oficio el repentino miedo
Sobre la que halló de armas desnuda:
Unos huyeron, y los mas honrados
Han muerto, cual yo ahora, alanceados.»

Así, ya con la muerte y sus congojas,
El toledano á Ferragut decia,
Cuando por la espesura de las hojas
Uno, huyendo de otros tres, salia,
De azules sobrevistas y armas rojas,
De sierpes llenas, de oro y plumería;
Y el que huia, una marlota gualda,
En un hombro herido y una espalda.

Salió á hacer reparo el moro altivo
Contra los tres cebados en matalle,
Y al mas lijero, de un reves esquivo,
De medio arriba le dejó sin talle:
Al otro, medio muerto y medio vivo,
Por su entero sepulcro le dió el valle,
Y al tercero con él tal escarmiento,
Que, siendo plomo, se volvió de viento.

Saltó el aragones sobre un caballo,
Siguiendo al que huye de su aguda espada,
No tanto por herillo ni alcanzallo,
Cuanto por ir á dar en la emboscada:
Al fin supo el temor tan bien guiallo,
Que en una plaza de árboles cercada,
En desigual batalla vió metidos
Catorce armados contra diez heridos;

Y en donde preso un sol con diez estrellas,
Eclipsada la luz de su hermosura,
Hecha un vistoso cielo dél y dellas
De aquel sangriento prado la frescura;
La bella Galïana y sus doncellas,
Llorando su presente desventura,
A cuenta y guarda de un feroz gigante,
Temblando están de su brutal semblante.

Así en turbios y rígidos celajes,
Entre los cuernos del templado toro,
Humedeciendo al aire sus plumajes,
De las Pleyadas el medroso coro,
Llorosos hace y lóbregos visajes
De tierno aljófar y arreboles de oro,
Viendo de Orion armado el brazo fiero,
Y de su alfanje el relumbrante acero.

Puso el gallardo hijo de Lanfusa
Los ojos en la bella Galïana,
Que, aunque llorosa y en su mal confusa,
Su hermosura descubre soberana:
Aquella hermosura y luz que infusa
Del libre sueño vió en la sombra vana,
Cuando el amor con ella le hizo presa,
Y en su alma la dejó y su gusto impresa.

Halló despierto á quien mostró dormido,
El dia pasado, el agua de una fuente,
Y ser deste alboroto aquel rüido
Que hacia soñando una espantosa gente;
Cuando, en rabiosa cólera encendido,
Y en nuevos gustos del placer presente,
Tan fiero, que mirallo atemoriza,
Haciendo entró por los contrarios riza.

Sobre el gran yelmo de templado acero
Una enroscada y bella sierpe de oro,
Por alas los penachos del plumero,
Y por veneno y silbos los del moro,
Encontró á Grabelindos el primero,
Una de las tres llaves del tesoro
Del reino de Pamplona, y de sus rentas
Le remató en su alcance el de las cuentas.

Alfajardo y Cegrides, dos hermanos,
El uno amante nuevo, el otro esposo
De dos moras de rostros soberanos,
Que ausentes lloran su tardar penoso;
Al uno la cabeza y las dos manos,
Que levantaba á hacer un golpe honroso,
Y al otro de una punta atravesado,
Por comun sepultura les dió el prado.

Creció del ciego ruido el alboroto
Con el nuevo socorro del pagano,
Volviendo los que andaban por el soto
Dando la caza al pueblo toledano;
Y al fiero Arlange, que, el alfanje boto
De herir, y en sangre envuelto el brazo y r
Tornaba de mil muertes victorioso,
Un altibajo le alcanzó espantoso.

Y dándole primero á Gorgio muerte,
Un músico del Rey, que á dar venia
Solaz, y no á reñir, porque á su suerte
Las pretensiones no arregló aquel dia,
Contra Arlange un reves volvió tan fuerte,
Que todas las victorias que traia
Por el suelo le echó, y en larga pieza
Del cuello la fantástica cabeza.

Y dando á las espaldas el escudo,
Con la espada á dos manos fué haciendo
Mortal estrago, y por el pueblo rudo
Crecer el alboroto y el estruendo:
El feroz Biarabí, que ya no pudo
Mas el rigor sufrir del brazo horrendo,
Ni los furiosos golpes que en su gente
Da y ejecuta la feroz serpiente,

Con una lanza como gruesa entena
Contra él por medio del furor se lanza,
Y en el soberbio pecho, que resuena
En negro aliento soplos de venganza,
El encuentro acertó, y de estruendo llena
La selva, y de los trozos de su lanza,
Bramando vuelven por los robles secos
Del sordo monte los quebrados ecos.

Perdió el gallardo moro los estribos,
Abrazándose al cuello del caballo,
Al tiempo que diez golpes vengativos,
De ira llenos, bajaban á buscallo:
Fué despertar en su furor mas vivos
Los brios de vengarse, y provocallo
A un increible y espantoso estrago,
Y á dar al Rey de su traicion el pago.

Así en los duros yunques de Vulcano,
En las cavernas del Tinacrio monte,
Si el rayo se desliza de la mano
Al negro Esterpe ó al horrible Bronte,
Rompe en fiera estampida por el vano
Contorno de su lóbrego horizonte,
Llevando el ronco estruendo en un instante
Fráguas, obras y obreros por delante.

Con semejante furia y con violencia
Igual, volviendo en sí el feroz guerrero,
A Lurco mata, alcaide de Plasencia,
A Gripol, á Alberindos y Bambiero;
Y sin hacer caudal ni diferencia
Del humilde villano al caballero,
A Cepola, escudero de Algaberte,
Y á su amo, de dos golpes dió una muerte.

Y vuelto al Rey, que con feroz denuedo
Alta la espada por le herir volvia,
A recebille el golpe estuvo quedo,
Y de la muerte se escapó Argalia,
Que ya la iba tragando con el miedo
Del jayan bravo que sobre él venia:
Dió el golpe encima de la sierpe de oro,
Haciendo que lo sea en rabia el moro.

Y en respuesta le dió tras de una punta
Que le encarnó, aunque poco, en el costado,
Un lijero mandoble, en que fué junta
La colérica rabia al justo enfado:
Llevóle medio escudo, y con difunta
Color el Rey cayó desacordado,
En la cabeza, el hombro y pecho herido,
O muerto, al verde prado, ó sin sentido.

Y revolviendo la furiosa espada
Al vulgo, que á vengarle se apercibe,
A este de intento, al otro de pasada,
En todos su rigor y enojo escribe:
Con que de la otra gente amedrentada
La esperanza y el ánimo recibe;
Y con tan buen caudillo en su presencia,
Más que ántes hacen firme resistencia.

El valiente Arganzon, que en guarda puesto
De las doncellas y la Infanta estaba,
Viendo caido al Rey, huyendo el resto
De solo un brazo y su arrogancia brava,
Bramando al cielo, sale de su puesto,
En la ancha mano su acerada clava,
Con que una horrible pasta, á un golpe fiero,
Las armas piensa hacer y el caballero.

Era Arganzon del reino de Pamplona
Alférez real, de corazon valiente,
Nacido, segun unos en la Sona,
Y segun otros en la Nubia ardiente,
De corpulenta y bárbara persona,
Armado de unas conchas de serpiente,
De muchas fuerzas y ninguna maña,
A quien su rey pasó de Arjel á España.

Fundó en Navarra sobre una alta breña
Un castillo gentil, que el gran Teobaldo
A Guevara ganó, y mudó su seña,
Las bandas y panelas de Grimaldo,
Dando á su ilustre casa no pequeña
Majestad desta peña el fiel respaldo,
Ganada á fuerza del soberbio Argante,
Pariente y sucesor deste gigante.

Este pues, viendo el espantoso estrago
Que la aragones furia hace en su gente,
Al Rey caido en un sangriento lago,
Y á sus golpes medroso el mas valiente,
Dando órden que Bramul con tierno halago
La Infanta lleve en órden suficiente
A las barcas, y allí en el albedrío
De Zaldiran la entregue, y pase el rio,

Con pecho osado y ánimo brioso,
Alta la espada y su furor mas alto,
A dar fué en Ferraguto un peligroso
Golpe, ayudado de un lijero salto:
Erróle con la cólera, y furioso,
De rabias lleno y sufrimiento falto,
La bisarma arrojó, y sacó la espada
En mora sangre sin lealtad manchada.

Mas ántes que ejecute el golpe fiero,
Uno tal le prestó el sagaz pagano,
Que el medio escudo, aunque de fino acero,
Le llevó al suelo, y parte de la mano:
Dió un bramido el jayan, y el caballero
Otro segundo le asentó de llano
Encima el duro yelmo, que sin tino,
Al verde suelo, del caballo vino.

Creyó que habia acabado la jornada
De aquel golpe espantoso la violencia,
Y así, esgrimiendo la lustrosa espada,
Sin hallar en reparos resistencia,
De tajo, de reves y de estocada,
Hiere, destroza, mata, y diferencia,
Con horribles señales y heridas,
Cuerpos, armas, personas, muerte y vidas.

De las medrosas sobras que han quedado
Al destrozado campo de Pamplona,
Ya sin caudillo en son desordenado
Huye á salvar cada uno su persona;
Y el vencedor gallardo, que el cuidado
Mayor que el suyo alienta y aficiona
El de la bella Infanta, ya trataba
De seguir á Bramul que la llevaba;

Cuando Arganzon, volviendo en su sentido,
Furioso contra el cielo se levanta,
Que en verse de mortal valor rendido
Los muertos pisa y á quien vive espanta;
Y el corvo alfanje en alto suspendido,
Un golpe al moro dió con fuerza tanta
Sobre el dorado yelmo á todo vuelo,
Qué dió con él de espaldas en el suelo.

Bajóse por cortarle la cabeza,
Cuando el brioso aragones gallardo,
Con nuevo aliento y nueva fortaleza,
Mas lijero saltó que un presto pardo,
Huyendo con mañosa lijereza
El golpe altivo del jayan bastardo,
Aunque en el hombro le alcanzó siniestro
El filo agudo del alfanje diestro.

Cortóle de la malla el fino lazo,
Y gracias al encanto de Lanfusa,
Que tambien le llevara entero el brazo
Si no hallara en su virtud excusa;
Mas el que solo siente el embarazo
De no seguir la Infanta, no rehusa
Sus golpes, ni hace dél ni dellos cuenta;
Que en uno piensa de cobrar cincuenta.

Y así, despues que de uno y otro lado
Del acerado arnes la fina malla
El soberbio jayan cortó alterado
En descompuesta y bárbara batalla,
Ferragut le acertó un descaminado
Golpe del yelmo en la dorada talla,
Tal, que él, y la cabeza y pecho abierto,
Espantable cayó en el suelo muerto,

Con ruido igual al que en los valles hace
De las sierras de Cuenca y de Segura
El pino altivo que en sus hombros nace,
Y en los suyos la mar vuelve segura;
Que si el hierro le tronca y le deshace,
Suena al caer y tiembla la espesura,
Las hojas en los árboles vecinos,
Y el pez en sus remansos cristalinos.

No quedó al golpe horrible altiva espada
De cuantas ántes contra sí tenia,
Que no huyese, viendo destroncada
La mayor fuerza con que el Rey venía:
La gente ántes vencida y desarmada,
Contra Bramul, que á se escapar huia
Con la Infanta, sin armas y sin tino,
Peleando le estorbaba su camino.

Hasta que, libre ya de la refriega
En que quedaba el moro diligente,
Lloviendo sangre de su espada, llega
A dar socorro y ánimo á la gente:
No fué de dura esta segunda brega;
Que un desmayo entibió el furor ardiente
De los navarros moros, viendo cierto
Ser Arganzon vencido, y su rey muerto.

Huyeron por el bosque divertidos
A los ocultos valles de la sierra,
Quedándose entrampados y perdidos
Los mas, por la ignorancia de la tierra:
El bravo aragones, que vió rendidos
Los principales nervios de la guerra,
Envainando su espada y su braveza,
Así la empresa de su gusto empieza.

Llegándose á la infanta, que admirada
Está de las bravezas de su mano,
De sus medrosas damas rodeada,
En tono humilde y modo cortesano,
«¡Oh beldad, dijo, en quien se ve cifrada
La entera gloria del tesoro humano,
Que en las centellas desos ojos vuela,
Y ardiendo el alma sus antojos hiela!

»Si este humilde servicio entrar en cuenta
Puede con el que el mundo os pecha y paga,
Y en noble gusto un tal deseo se cuenta
De cualquier deuda por bastante paga,
Sin hacer de otro bien caudal ni cuenta,
Así mi presuncion deste se paga,
Que en fe se atreve de tan buena suerte
A ofrecerse por vuestro hasta la muerte.

»Soy, si la fama deste brazo y mano
Volar tan alto con mi nombre pudo,
El hijo de Lanfusa y de Ulíano,
De Huesca rey y de Aragon escudo,
Del gran soldan de Babilonia hermano;
Y soy el que, sin armas y desnudo,
Maté á Argalía en Francia, peleando,
Y las suyas quité al valiente Orlando.

»Y así la fama de esa luz preciosa,
Que ya clara en mis ojos reverbera,
Fué en mi libre cuidado poderosa
Y á sus rayos mi alma tan de cera,
Que por virtud y fuerza milagrosa
Viva se imprimió en ella de manera,
Que, sin mas experiencias mi memoria,
Hecha quedó un retrato de su gloria.

»Y la ventura que al principio quiso
Darme de tal tesoro alegre nueva,
Siendo mi guia, hizo de improviso
Que por mas bien este favor le deba,
Trayéndome á tan nuevo paraíso
Por dulce alivio y por bastante prueba;
Que si es grande la voz de esa belleza,
Es la fama menor que su grandeza.

»Luego que amaneció en mi pensamiento
La justa estimacion desta noticia,
Sin hacer caso de otro humilde intento,
De ser vuestro me dió noble codicia;
Cobrando mi rendido pecho aliento
Para con él vengar vuestra injusticia,
Y gozar juntamente el bien que inspira
Ese divino rostro en quien le mira.

»Y así se debe todo á la grandeza
Que el cielo puso en vos, y á mí la gloria
De saber adorar tanta belleza,
Y gozar sin cesar desta victoria:
Todo junto pretende en vuestra alteza
Deste servicio y voluntad memoria,
Con que en mí crezca el ánimo en serviros,
Y en tanto bien amor temple sus tiros.»

Dijo; y la alegre gente cortesana
Que á la espada sobró del enemigo,
En torno de la bella toledana
Cobraba aliento ya y seguro abrigo;
Y ella, con la victoria mas lozana,
En rostro afable y en semblante amigo,
Al gran libertador que atento via,
La dulce boca á responder abria;

Cuando vieron salir de la espesura
Un brioso y desenvuelto caballero,
Sobre un caballo de gallarda hechura
Todo cubierto de oro, y él de acero;
Con una dama tal, que su figura
Admiró los presentes... Mas primero
Que mi pluma á este cuento se entremeta,
Volverla quiero á la olvidada Arleta;

Que no es razon que porque el tiempo haga
Su oficio en ella, como en todo suele,
Ya que uno al irse con rigor le paga,
No venga otro tras él y la consuele;
Que si con su volar todo se estraga,
Tambien es justo que en sus penas vuele,
Y se acabe el dolor como el contento,
Y nada tenga en su inconstancia asiento.

Del encantado moro el justo enfado
Atada habia dejado á la hechicera,
Al duro tronco de un cipres copado,
Del fugitivo Tajo en la ribera,
Donde, cuando apuntaba el sol dorado
Tras la estrella del alba placentera,
Una villana vió medio desnuda,
Con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.

Dióle voces la maga, y la doncella
Con ellas de repente alborotada,
Medrosa á los principios quedó en vella,
De su fealdad y jestos asombrada,
Hasta que al fin, compadecida della,
Llegó á darle favor; y desatada,
Ella en pago le pide, como amiga,
Para ayudarla el fin de su fatiga.

«Señora, dijo, aunque contarla quiera,
Ni sé decir ni entiendo el cómo ha sido;
Ayer desde mi aldea á esta ribera
A cazar vine con mi padre un nido;
Y no sé adónde ni por qué manera
Me puso en un caballo, y él subido
En la silla tambien, donde queria
Furioso nos llevaba y nos traia.

»Metiónos por la lóbrega espesura
Deste bosque sin luz, y andando á tiento
De un riesgo en otro, sin hallar segura
Senda ni guia á nuestro ciego intento,
La noche fuimos toda á la ventura
O sin ella, hasta ya que al pardo viento
El lucero aclaró, y con su tesoro
De blanca plata hizo el carro de oro.

»Entónces en el soto de improviso
Una fiera saltó, y alborotado
El brioso animal, hurtarle quiso
La vuelta, dándola él desordenado:
Dió conmigo en el tronco de un aliso,
Y en su huir, á mi padre desdichado
Colgado le llevó de un corvo estribo,
Haciéndole quizá pedazos, vivo.

»Yo, por estos ribazos y estas peñas,
Con el ansia de darle algun socorro,
Cual me ves, destrozada de sus breñas,
Sin saber dónde á socorrelle corro.»
Dijo; y entre unas vástagas pequeñas
De álamos, que hacen en el prado un corro,
Los bufidos oyeron del caballo,
Acudiendo las dos por atajallo.

Halláronle entrampado en los grimazos
Que un ciego bosque de álamos hacia,
Hecho el villano entre sus piés pedazos,
De un estribo colgado todavía:
Dió la doncella en él tristes abrazos
De sobresalto llena y de agonía:
Arleta asió del freno por la rienda,
Tomando el paso de una estrecha senda.

Conoció en el caballo y el suceso
Ser el que iba buscando Ferraguto,
Aquel moro feroz que en su alma impreso
El brio dejó de un pensamiento bruto;
Y sin dar mas consuelo en el avieso
Caso de la doncella ni en su luto,
Sola se la dejó y se fué contenta;
Que del ajeno mal ¿quién hace cuenta?

Va con ella doméstico el caballo,
Y ella, agradada de su vista y talle,
A Brabonel pretende presentallo,
Y con esta ocasion nueva obligalle;
Y si él, cual debe, no le estima, dallo
En premio á quien prometa de vengalle
Del afrentoso agravio que le hizo
Aquella noche el moro advenedizo.

ALEGORÍA.

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan á ciegas y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas, bien ó mal afortunadas, que aunque no llegan á forzar la libertad del albedrío, no hay duda que en las cosas infe-

riores es gran fuerza la del hado, que, segun la opinion de algunos, referida por Santo Tomás, es la disposicion del signo en que cada uno es concebido, al cual, aunque le es superior el libre albedrío, en muchas cosas se deja vencer de su violencia, y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza á prevenir; y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarion: que la fuerza de las estrellas predomina en los brutos y en la parte sensitiva, y no en el albedrío humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta se muestra cuán cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento; la vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso, y cuán otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferragut, peleando con las gentes de Biarabí en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende; y en Biarabí, destruido y frustrado de su intento, cómo un traidor pocas veces se escapa de morir á manos de su traicion.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Describese quién fué Arleta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le vengue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Cardiloro á reconocerlos; ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, compañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Cardiloro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo.

Fué Arleta (es bien, señor, que sepais esto
Para mas luz de su famosa historia)
Una maga falaz, cuyo compuesto
Rostro aun conserva Tajo en su memoria,
Y en una carcomida gruta puesto,
Su primera beldad hace notoria;
Y del furor de su ánimo insolente
Esto por tradicion cuenta la gente.

En su florida edad de agrado y gusto,
Aunque altiva en su trato y deshonesta,
Con que en celosas rabias y disgusto
Siempre á Toledo trajo en bandos puesta;
Amiga de Yucef, moro robusto
Que á toda España gobernó, y con esta
Mano en su pretension, no hubo interese
Que no intentase y con que no saliese.

Mas el tiempo, que todo lo consume,
Dió y tomó, como en otras, en sus cosas;
Dióle males que cuente, años que sume,
En ferias de las perlas y las rosas;
Quedándose tan vana, que presume
Que aun pueden ser al gusto apetitosas
Las fruncidas arrugas y las sañas
De los húmedos ojos sin pestañas.

Tirando de la edad cuanto mas pudo,
La ponzoña del tiempo y del afeite
El turbio rostro le dejó sañudo,
De unciones lleno, destilando aceite;
Y el débil cuerpo, ya de raices nudo
Con las vivas memorias del deleite,
Mártir de nuevas aguas y lejías,
Que en reumas trueca el curso de los dias.

Perdió con ellas los manchados dientes,
De un ojo el sol, y la una y otra ceja;
Que estos son los tusones excelentes
Que el torpe vicio á quien le sigue deja:
Al fin, hecha de humor horribles fuentes,
Por todas partes consumida y vieja,
Dió en procurar con infernales medios
A su antigua pasion nuevos remedios.

Tenia en el Tajo, entre una oscura breña,
Una encubierta gruta en que vivia,
Y una fuente llamada de la Dueña,
Que de ara á sus conjuros le servia:
Quizá fué donde ahora es Fontidueña,
Y su nombre heredó desta arpía;
Que hay fama que en su pueblo aun persevera
Nobleza desta antigua hechicera.

Tenia la fuente siempre emponzoñada,
Y enturbiando sus aguas el sentido,
Dejaban la memoria embelesada,
Y el gusto al suyo, sin querer, rendido;
Con que en torpe deleite ocasionada,
Deseo no tuvo sin le ver cumplido,
Sino el de Ferragut, cuya locura
Las luces apagó de su hermosura.

Esta pues con las riendas del lozano
Caballo Clarion va su camino,
Trazando en sí de darlo de su mano
Al que ya hizo de sus gustos dino:
Al feroz Brabonel zaragozano,
O á quien le busque y mate al sarracino
Pretensor bravo del gallardo potro;
Que al uno adora, y aborrece al otro.

Gozó de Brabonel algunos dias
En vario engaño y ciegos embelecos,
Hasta que al fin, por encubiertas vias,
De su cueva huyó á los montes secos,
Sin valer ya con él magas porfias,
Ni de su halago los fingidos ecos;
Y presa de su amor entónces iba
Con la memoria y la aficion mas viva,

Cuando al bajar de una pequeña loma
Vió un caballero de unas armas goles,
Que, bañada la espada en sangre, asoma
Cual sol de abril en rojos arreboles,
Y que el camino hácia la selva toma
Tras dos gallardos moros españoles
Que el caballo le han muerto, por dejalle,
Sin que seguirlos pueda, á pié en el valle.

Alcanzó al uno de un reves lijero,
Que lo fué mucho mas que su caballo,
Yendo al suelo caballo y caballero,
Sin que trate el que huye de ayudallo;
Y acertando el segundo golpe fiero,
Le abrió del hombro al pecho, y pudo dallo
Tan á gusto y sabor, que el que huia
Con solo alfanje y sin arnes venia.

Al otro le valió su lijereza;
Y el victorioso caballero armado,
Volviendo á todas partes la cabeza,
A Arleta vió bajar por el collado,
El caballo del diestro, que en belleza
Excede á cuantos Bétis ha criado,
Con el rico jaez que, al huello ufano
Sonando el oro, le hace mas lozano.

Era este caballero el gran Rangorio,
Padre que es de Olivéros y de Baldo,
El que en Mopsa mató en su consistorio
Alevemente al conde don Grimaldo;
Aquel conde nobleza de Sertorio,
De Montesinos padre y de Teobaldo,
Que á España huyeron, y de su renombre
A la Peña de Francia dieron nombre.

Este por Carlo-Magno era en Girona
Gran duque, y á esta empresa toledana
Con el falso rey vino de Pamplona
Por ver de Brabonel la espada ufana;
Con quien probó aquel dia su persona
Dentro en la inculta selva comarcana,
Miéntras que el Rey, como hambriento lobo,
De una tierna cordera hacia su robo.

Y estando en lo mejor de la batalla,
A ellos vieron venir tres caballeros,
Publicando el peligro en que se halla
En el bosque la Infanta y sus monteros:
El moro Brabonel, por ayudalla,
En fe le pide de ínclitos guerreros
En aquel punto dejen el combate,
Y al dia siguiente alarguen su remate.

No lo otorgó el frances; que era su intento
Que Biarabí saliese con la empresa,
Cuando los tres con ciego atrevimiento,
Viendo á traicion llevar su infanta presa,
A un tiempo juntos, su furor violento
A dar sobre él bajaron con tal priesa,
Que, sin que Brabonel pueda estorballo,
Mataron, si no á él, á su caballo.

Y no admitiendo el de Aragon la suerte
Que á su victoria el tiempo le ofrecia,
Las riendas vuelve, y de su pecho fuerte
El brio, á dar favor á su alegría:
Rangorio, de los tres, dió á los dos muerte,
El tercero huyó á servir de guia
A Brabonel, cuando el preñado monte
Al valle parió á Arleta y á Clarionte.

Salió á ver el retrato en que tenemos
Juntos el de hermosura y de fiereza,
Caballo y dama, donde visto habemos
De las obras del tiempo la firmeza:
Ambos de los azares los extremos,
Uno en torpe fealdad, otro en belleza:
Ahora Rangorio, en ambos entrampado,
¿Cómo se librará de desgraciado?

Preguntóle á quién lleva aquel caballo,
Y respondió á sabor la astuta vieja
Que es suyo, y que lo lleva para dallo
En premio á quien la vengue de una queja:
Ofrécese el frances á procurallo,
Y ella á su gusto y voluntad lo deja,
Con tal que hasta vengarla en cualquier via
Segura le haga y noble compañía.

Refiriróle que, habiendo regalado
De casa y cena á un falso caballero,
La habia sin culpa suya deshonrado,
Y mostrado á sus blandos ruegos fiero:
«No sé, dijo el frances, lo que ha pasado;
Yo haré lo prometido verdadero;
Lo demas tú lo sabes: solo digo
Que tenia hambre quien cenó contigo.»

Miróle de mal gusto la ramera,
Y á no haber dado ya el caballo, es cierto
Que por solo aquel moto no le diera,
Aunque le diera á Ferraguto muerto;
Mas, viendo que enojarse entónces fuera
Perderlo todo, prosiguió el concierto,
Como astuta y sagaz, por mil maneras,
Echando en burlas las pesadas véras.

Y él, con ella á las ancas, por la selva
A buscar fué la gente de Pamplona,
Antes que el fiero Brabonel revuelva
De Toledo á amparar la real corona;
Mas, por presto que á dar alcance vuelva
Al amado escuadron y á la persona
Del encantado y diestro Ferraguto,
Su primer fiesta habrá trocado en luto.

Y como en los azares que traia
El frances cabe todo, vió temprana
Su cierta destruicion en la alegría
En que la gente estaba toledana;
Que este es el gran guerrero que salia
Del monte, y suspendió de Galiana
La respuesta, y de Arleta el desenfado,
La que mas que los muertos manchó el prado.

Fué general la turbacion siguiente,
Galiana en conocer por el escudo
De tres coronas al frances valiente,
Y él, en ver tal destrozo, quedó mudo:
Arleta, hallando á Ferragut presente,
Tenerse de temor en pié no pudo,
Cayendo del caballo sin aliento
A los piés de su altivo pensamiento.

El moro, mas que nadie alborotado,
Viendo el caballo tras que ayer corria,
Y de otra parte el bulto embalsamado
Que cual muerta fantasma le seguia,
De uno rabioso, y de otro alborotado,
Romper por todo su furor queria...
Mas del acometido rompimiento
Otra vez se dirá el furor violento.

Que ya Tibalte á vista de los muros
Y levantadas torres de Sansueña
A trinchear y hacer fosos seguros
Del gran Leon encamina la alta seña;
Y en distintas escuadras por sus duros
Collados va en bellísima reseña,
Tal, que la antigua majestad de España
El aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
Fué de Brunilda, hermana del rey Silo,
En quien de un parto tuvo, peligroso,
Dos hijos, y mil lágrimas á hilo,
Muriendo para dar fruto precioso,
Con mas gracias que flores riega el Nilo,
En una bella niña y un infante
Como la luz que al dia va delante.

Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
O cruel le mató sin culpa alguna;
Mas de la niña el cielo hizo un enjerto,
En su rostro, del sol y de la luna:
Tomó en sus ojos la hermosura puerto,
Desde donde ella y el amor á una
Los dulces tiros hacen, cuya guerra
En un cielo de paz vuelven la tierra.

Fué su nombre Florinda, y ella un mayo
De flores, cuyo pecho y alma altiva
De un fuerte amor el poderoso rayo
Al primer golpe la dejó cautiva;
Y hoy de una larga ausencia el frio desmayo
Apénas la esperanza tenia viva,
Cuando en sus vueltas la fortuna incierta
Viva, con una, la volvió de muerta.

Del conde don Tibalte un noble hermano,
Que Argildos de Velasco se decia,
Por su teniente en el réal cristiano
Puesto en favor de la ciudad venia;
Altivo, jóven, de ánimo lozano,
Pecho fuerte y robusta gallardía,
Que en la corte de Oviedo con bastante
Favor fué desta dama tierno amante.

Vino el valiente godo á la jornada,
Solicitado de amoroso ruego,
A ver su gloria con la vista amada,
Cuyas ausencias le han tenido ciego;
Y porque el rayo de su ardiente espada
Allí importa que ayude á sembrar fuego,
Al fin, entre el furor que el alma encierra,
En busca de su paz vino á la guerra.

De finos jaspes con relieves de oro
En lo mas alto de una torre habia
Un bello mirador, que el campo moro
Y de Arga la ancha vega descubria:
Aquí, á las voces de un clarin sonoro,
Que descubrió la hermosa infantería,
En rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.

Cercada de bellísimas doncellas,
Y de esperanzas y deseos cercada,
Por ver la entrada de los campos ellas,
Y ella por ver de su amador la entrada,
Con rica cinta de esmeraldas bellas,
Y un delfin que las traga por lazada,
En agüero feliz que está en bonanza,
Ceñida ya del fin de su esperanza.

Puesto á su lado el venerable Altero,
Que, plático en la guerra, les dijese
Bandera por bandera el campo entero,
Y quién su capitan y escuadra fuese:
Fué la gente llegando; él con severo
Aunque alegre semblante, en que se viese
De su cordura y discrecion el modo,
Así fué señalando el campo todo:

«El que á su cuenta trae el estandarte
Réal, y el aire enciende con su acero,
Debajo cuyas grevas viene un Marte,
Más que el que en Tracia riñe altivo y fiero,
Aunque de godo tiene una gran parte,
De la antigua montaña es el primero,
Tibalte de Velasco, y desta gente
Digno caudillo y general prudente.

»Bello Centauro, en medio los barbechos
Pinos de Osa, parece en brio y talle,
Cuando con dos espaldas y dos pechos
La espesa selva asombra y rompe el valle:
Tiemblan á sus piés anchos los barbechos;
Las fieras y ganados le hacen calle;
Y él, dejando tras sí la alta montaña,
Las fuentes turba, y hunde la campaña.

»Del antiguo Idubeda, que ya puso
Nombre á esta inculta sierra, es descendiente,
Y la gallarda escuadra que en difuso
Monton le cerca, de su casa y gente,
Diestra en la alegre caza y en el uso
De herir de léjos con venablo ardiente,
Cuyas flechas y dalles enastados
Por los aires alcanzan los venados.

»El que sigue tras dél con su bandera,
Es el valiente jóven Coribanto,
De Teucra sangre casta verdadera:
El siguiente es el noble Radamanto,
Que una hidalga escuadra rige entera
Del valle de Solórzano, y el manto
De hoces de verde plata y lirios de oro
Siembra en su nueva gala un real tesoro.

»Claverindo es aquel, y las legiones
Que de la fértil Rioja el valle opaco
Con rejas rompen, y los ricos dones
De Céres gozan y del libre Baco:
Aquel es Aldiger, cuyos florones
Del limpio arnes y del bruñido jaco
Los rayos dan que ahora con sus brios
Vuestros ojos deslumbran y los mios.

»Su gente, siempre á guerras inclinada,
Y puesta al enemigo por frontera,
Con corvo arado y con luciente espada
A un tiempo abre del surco la carrera:
La que tras ella en ala concertada
De un dragon de oro sigue la bandera,
Es de las quiebras desta insigne sierra
Escogida la flor de cuanto encierra.

»Del valle de Bastan los mas valientes
Aquellos son de los escaques de oro,
Hechos á defender por sus vertientes
De sus famosas minas el tesoro:
Aquel es Berlicana: los siguientes
Son Peralta y Cerdan, que al pueblo moro
Han ganado en diversas ocasiones
De sus graves escudos los blasones.

»De dos mil es su bella escuadra junta,
Gente insigne, lijera y belicosa,
Arrogante, feroz, y que se apunta
En cólera y furor por cualquier cosa:
No sabe en general herir de punta,
Ni de léjos la flecha peligrosa
Despide adonde haga golpe vario;
Mas pecho á pecho rinde a su contrario.

»Monsalve es quien la guia, por ausencia
Del príncipe Teobaldo de Guevara,
Cuya grave persona y real presencia
Su ilustre sangre muestra al mundo, clara:
Nacido donde de Arga la violencia
En roscas de cristal rompe y declara,
Entre un preñado monte y su eminente
Risco, el vistoso origen de su fuente.

»Es el que la argentada luna vuela
En campo azul, el lusitano Argante,
Famoso cazador, y que en la escuela
De Cupido gran tiempo fué cursante:
Diez años la bellísima Clarela,
Que ahora es ya su esposa, fué su amante,
Y tantos en su ardiente sangre moza
La esperanza vivió del bien que goza.

»De ochocientos caballos le acompaña
La bella escuadra que en Setúbar hizo,
A quien freno ni espuela, industria ó maña,
Lijereza les da ni brio postizo:
Es fama que al frescor de su campaña,
Del mar vecino el viento movedizo,
En sus fecundas yeguas dió la cria
Que despues con su padre competia.

»Desto se precian, y de haberles hecho,
El rey Túbal, primeros deste mundo,
Dando principios á su pueblo estrecho
(Si es como dicen) sobre el mar profundo:
Con ellos van los que el dorado techo
Guardan de Bamba y su jardin fecundo,
En Hircana, y aquellos que en Mondego
Las sombras gozan de su fértil riego.

»Las armas destos son lijeros dardos,
Dorados yelmos y argentadas mallas,
Con que veloces cruzan, y gallardos,
Cual mejor gustan, tejen sus batallas:
Los que ya allí de sus plumeros pardos
La alegre sombra da en nuestras murallas,
Son ochocientos asturianos fuertes,
Diestros á hacer en sus contrarios muertes.

»Dos tantos trae el escuadron siguiente,
Todos de lo mejor de la montaña,
Y ambos á cargo y cuenta del valiente
Romi que allí su luz la vista extraña:
Este del rey Hesperio es descendiente,
Que antiguamente gobernó en España,
Y aquel lucero de oro en medio un cielo
Armas son y memoria de su abuelo.

»Fué Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,
Y de Romi, su nieta, el suyo Roma
(Si es de la fama verdadero el cuento);
Que este del sacro Tíber la ancha loma
Hizo gemir, y abrió el primer cimiento
Del muro, á quien despues los dos hermanos
Con la sangre bañaron de sus manos.

»Allí viene Fabricio ¡oh adverso hado!
Sin su querido hijo cual solia,
De su alma vida, abrigo de su lado,
Y bella lanza, si en Leon la habia:
Con la hermosa Gaviria desposado,
Por festejar sus bodas salió un dia
A caza, y el correr de un oso fiero
Hizo un segundo Adónis del primero.

»De Bardulia mil fuertes moradores
Siguen el tremolar de su bandera,
Hombres duros, incultos, sufridores
De los trabajos y la hambre fiera:
Menosprecian las penas; son mejores
Cuanto mas el rigor les persevera;
Cantan en los tormentos, y las furias
Al verdugo acrecientan con injurias.

»Son, de su natural, duros y atroces;
Que su tierra de hierro y pedernales,
Hecha una dura pasta, los feroces
Animos cria á su cosecha iguales:
A la ira prestos, al herir veloces,
Y al aceptar pendencias liberales,
La madre mas piadosa al hijo amado
De acero arma y le ocasiona armado.

»Está toda Cantabria á la influencia
Del fiero norte y su importuno hielo,
Hiriéndola de lleno la inclemencia
De aquel cuartel de riguroso cielo;
Con sola esta pequeña diferencia,
Que en las figuras de su tardo vuelo,
Los dragones, los osos, las serpientes
Son allá arriba estrellas, y acá gentes.

»Pues ya con el clarin de aquesta guerra
Sus belicosos pechos alentados,
No quedó valle en su fragosa sierra
Que, cual Tébas, no espigue hombres armados.
Los que en desentrañar la dura tierra,
O en las ardientes masas ocupados,
El metal labran que, de luz vestido,
En las hornazas hierve con rüido;

»Los que del Deva gozan los cristales
Que le entrega el helado Pirineo,
Y á los que en sus salados minerales
De blanca sal les dan sabroso empleo;
Los que del mundo habitan los puntales,
Sobre las nubes puestos por trofeo,
Y en la peña Udalacha y en Ambroto
Sombrío gozan y agradable soto.

»Es este el fresco valle de Arrazola,
Con quien se aunan por diversas vias
Los que por las riberas del Urrola
El rûmor sordo asombra de herrerías,
Cuando en ardientes llamas arrebola
Del pardo hierro las escorias frias;
El que al valle de Aytona y de Zumaya
De mimbres ciñe la florida raya.

»Briganto es el que allí con plumas varias,
Cual rojo leon, fantástico campea;
Y Arnesto el que se sigue, de contrarias
Opiniones y modos de pelea:
Aquel quita á las armas ordinarias
El entero espaldar, donde se vea
Que, yendo en las espaldas sin abrigo,
Jamas las ha de dar al enemigo.

»Mas Arnesto de solo acero viste
Las espaldas, y el resto desarmado;
A su contrario mas seguro embiste
Que si de dobles petos fuera armado:
En prevenirse con recato insiste
Al que puede venir descaminado;
Que el enemigo que delante halla
Harto hace en defenderse en la batalla.

»Tras estos dos, que un solo arnes bastante
Defensa y armas da en cualquiera guerra,
Con las suyas le sigue lo restante
Del rio Lezo y su abundante tierra:
El valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
Que el rio Vidaso rompe, cuando llega
A ver de Uranzua la espaciosa vega.

»Quinientos firmes hombres de armas lleva
Cada uno destos dos, á quien se junta
La gente que del rio Arajes prueba
Romper los hielos con pesada yunta;
La de Arracilo antigua, y la mas nueva
Del Irnio monte y su nevada punta;
Gentes todas indómitas, feroces,
De diestras manos y de piés veloces.

»Tienen por triunfo de su brazo fuerte
No perdonar la vida al enemigo;
Mas vencer ó morir de cualquier suerte
Sin otro que su escudo por abrigo:
Juzgan por sola venturosa muerte
La que en la guerra queda por testigo
De su bravezа, y sin valor ni fama
Quien, tras largo vivir, murió en la cama.

»El de aquella dorada cruz por seña
Es nieto del famoso Ballugante,
Fundador de los muros de Sansueña
Y sucesor del mauritano Atlante:
Vino á la luz que nuestra ley enseña
Por oracion del santo monje Arbante,
Que la alta peña de Udalacha habita,
Y el mundo rige allí desde su ermita.

»Con él vienen los pueblos que de Soria
En vida agreste labran las montañas,
Y la sierra Menistra, cuya anoria
Derrama el rio Jalon de sus entrañas:
Los que del Caco antiguo la memoria
Entre los surcos guardan y espadañas
Del frio Moncayo, en cuya cumbre ufano
Su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.

»Fué este el primero que en la fragua ardiente
De las masas de hierro formó espadas,
Y el que el yelmo inventó resplandeciente,
Y anudó al jaco mallas enlazadas:
Del tercio de Ibarbuen era esta gente;
Mas hoy guia sus escuadras reforzadas
De Atlante el sucesor, que en trance honrado
Vida á su dueño le quitó y cuidado.

»Mas ¡qué diré de tí, ó Alces valiente,
Sino que tú eras solo poderoso,
Con tu gran corazon y el dê tu gente,
A volver desta guerra victorioso!
Tras tí los que del Dueña en la corriente
De beber gozan su cristal sabroso,
Y los que de Gijon los fuertes muros,
Obra romana, aun guardan hoy seguros.

»Los marítimos pueblos de su costa,
Y los que de Pelayo el estandarte
En escuadra vió humilde, y á la angosta
La voz seguir de un no temido Marte;
Y á los que el paso estrecha y ensangosta
Del valle Riar la venturosa parte,
Que sus cenizas guarda en fama eterna
De Cobadonga en la feliz caverna.

»Entre ellos van los mismos que al rio Deva
Ven ir, volcando yelmos acerados,
De sesenta mil moros que con nueva
Muerte los dejó el cielo allí enterrados:
Huesos y armas al mar trastorna y lleva;
Los labradores calzan sus arados
Con los arneses que de la alta sierra
El rio que la carcome desentierra.

»Fanio es aquel que en rayos de diamantes
Y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
Gran capitan de Orense, y sus trinfantes
Pueblos aquellos de aquel polvo oscuro;
Estos con sus cuchillas relumbrantes,
Hechos un escuadron, tejen un muro
Mas fuerte que de mármoles cuadrados,
A los que dentro dél se hallan guardados.

»Allí segura encierran su bandera,
Y aun su reino pudieran todo junto,
Si en tan estrecho término cupiera,
Sin dél perder ni de su honor un punto:
Con los que al rojo Miño su ribera
Cultivan, y un fantástico trasunto
De Marte hechos, sus montañas yermas
Labran y gozan las romanas termas.

»Van los que de su rio la ancha fuente
Ven, y al de Lugo fecundar la sierra,
Y el noble pueblo á quien de Baco ardiente
El néctar baña la abundante tierra:
Hierven las cubas, su licor caliente
Hace al mundo sabrosa y dulce guerra,
Y ellos, de anchas cortezas de alcornoque,
Rodelas usan y acerado estoque.

»Pintadas de serpientes y leones,
Bandas, castillos, águilas, estrellas,
Sin poner por trofeos ni blasones
Los bellos rostros de sus ninfas bellas:
Tienen por sacrilegio en sus cuestiones
Que, yendo allí sus damas, dén en ellas,
Y caso á su arrogante pecho injusto
Que aun las sombras ofendan de su gusto.

»Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
Que miden pié con pié el desnudo estoque,
Porque del hierro ajeno el golpe vario
En daño de su autor sus armas toque;
Que así la espada afierra del contrario,
De su frágil rodela el alcornoque,
Que se queda con él, y desarmado
Es fácil de matar cualquier soldado.

»Larsio es aquel de aquella luna nueva,
Gran hombre de á caballo en ambas sillas;
Sertorio el otro, que de gentes lleva
De Fontible y las torres de Mantillas:
Allí va Sacrisildo haciendo prueba
Del real valor que de ambas las Castillas
Heredó de sus padres, y á su lado
Montalvo el Rojo resplandece armado.

»Los que en la sierra Orbion las moradas
Gozan de los antiguos Pelendones
Vienen tras él, y todas las cañadas
Que de su lago asombran las visiones:
Gentes á ver fantasmas enseñadas,
Que otra cosa no son que los varones,
Ya vueltos vanas sombras, que en Numancia
Contra Roma mostraron su constancia.

»Es fama que estas gentes, ya cansadas
De la prolija hambre y cerco duro,
Sus mismas armas contra sí asestadas,
Fuego sembraron en su intacto muro;
Y de sus firmes venas desangradas,
Rojas manchas de Duero al cristal puro
Que despeñado va de tierra en tierra,
Huyendo el mar de su espantosa sierra.

»De Berlanga, Gormaz, Osma y Arlanda,
De Tordesillas, de Zamora y Toro,
Es la gente feliz que aquella banda
De negro luto sigue en campo de oro:
Aquel es del gran conde de Miranda
El estandarte real, este es Montoro,
Capitan de Simáncas, y el siguiente
De Calahorra la invencible gente.

»Estos, los cuales matan en su tierra,
Armados poner suelen por los muros,
Y con muertas fantasmas hacer guerra,
Y sus flacos adarbes mas seguros;
Y cuando el año se les alza y cierra,
Y el pan les falta y los bizcochos duros,
Ni eso les rinde ni les hace daño;
Que como tengan guerra no hay mal año.

»Que armados salen de hambre, y la comida
Al enemigo quitan mas valiente;
Y cuando no hallan mas, quitan la vida,
Y los cuerpos traen muertos á su gente;
Y no es carne para ellos desabrida;
Que la ira con la hambre es suficiente
Para que, si en sus trojes falta el trigo,
Se coman con sabor al enemigo.

»Este es el grave Firmio, cuyo pecho,
Del antiguo Diomédes descendiente,
Un fénix trae por timbre de oro hecho
En llamas de un balaj resplandeciente;
Empresa de Vergidio, que al estrecho
Vierzo un tiempo dió nombre, y con su gente,
En rubias masas de metal sonoro,
A sus altas medulas sangró el oro.

»Allí de Carracedo el negro lago
La gente da á este guerra que él recibe,
Suelta y feroz, que, en su encubierto pago,
De pescar sierpes por las aguas vive:
No sabe qué es tener tiempo aciago,
Ni de la muerte horror: solo concibe
Deleite el alma cuando en dura brega
A echar las garras al contrario llega.

»No usan blancos venablos, ni su flecha
La cuerda escupe en arcos desiguales,
Mas duros robles de áspera cosecha,
Empedrados de vivos pedernales;
Porque mas les probó que en guerra estrecha
Ver del contrario rostro las señales;
Y ellos en medio del sangriento estrago
Sierpes parecen de su oscuro lago.»

Así el leonés decia; y la hermosa
Florinda, «Dime, dijo, oh sabio Altero,
De aquellos dos hermanos la pomposa
Librea que allí descubre el limpio acero:
De un talle son, de un cuerpo, y una airosa
Alma pienso les da el aliento entero,
Segun en sus acciones se remedan;
Que ambos van, ambos pasan, ó ambos quedan.»

Rió Altero; y «no sois, señora, dijo,
Vos sola quien cayó en esa sospecha;
Que ya en muchos se dijo y se desdijo
La misma conjetura por vos hecha;
Y ellos no hermanos son, mas padre é hijo,
Y si mas firme puede y mas estrecha
Ser la fe y la amistad, mas firme y bella
La dió á los dos su venturosa estrella.

»Leonardo es el padre, que en Valencia
De una hija del Rey hubo á Lisardo
En una cueva, donde la violencia,
Huyendo, le llevó de un suelto pardo:
Hallóla allí, y no hallando resistencia
En su gusto, no fué en cumplirlo tardo,
Niño, y niña tambien la mora bella,
Que salió madre donde entró doncella.

»Parió á Lisardo, y en mantillas de oro
A su padre le envió en grave presente,
Gastando él en criarle un gran tesoro,
Nada á su real grandeza diferente;
Y hoy en el rostro, el talle y el decoro,
Lo mismo cree que vos toda la gente,
Y ellos, con gusto del sabroso engaño,
Siempre se visten de un arnes y un paño.

»Mas el que allí con plumas amarillas
El oro aviva del grabado escudo,
Si bien la débil vista percibillas
Entre el contento y sobresalto pudo,
Mi nieto Alcindo, diestro en ambas sillas,
Fuerte en la brida, en la gineta agudo,
En el brio me parece, en que sin tasa
Honra da á mi vejez, lustre á su casa.

»Ya conozco de su águila la aguda
Vista, y las plumas de oro con que vuela,
¡Oh jóven bello, á quien mi lengua muda
Siempre en contar tus hechos se desvela!
Déte el cielo feliz próspera ayuda,
Cortando tarde la preciosa tela
En que tu heróica juventud recama
Honra á tu patria, y á su nombre fama.

»Tenga en tu diestra la fornida lanza
Mas firme encuentro, y golpe mas cumplido
Que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
Donde á mis flacos piés le vi tendido:
Apénas me dió en tí nueva esperanza
El cielo, apénas tú de un mes nacido
Eras, cuando se halló viuda tu madre,
Yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

»Del bárbaro Argalin la inútil clava,
Miéntras él con Chaquin y el fuerte Ardante
A una su espada y su ánimo probaba
Con diez vencidos moros por delante,
Bajó á traicion: ¡oh cielo, á quien tocaba
Vida y brazo guardar tan importante!
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
Golpe tan grave, confusion tan triste?

»Cayó muerto á mis piés: ¡oh hado inhumano!
Que aun lugar no me dió el dolor que siento
A cerrarle los ojos con mi mano,
Ni á mi boca pasar su último aliento;
Mas al cruel homicida no con vano
Furor el mio pasé; que así sediento
De su sangre la mia satisfice,
Que honor, vida y victoria le deshice.

»Vengué tu muerte al fin (¡pluguiera al cielo
La suerte, oh hijo amado, se trocara,
Y con mi inútil carga el rojo suelo
La tuya alegre y nueva rescatara!)...»
Así, en perlas bañando el blanco pelo
Que venerable adorno da á su cara,
Altero, entre el dolor y la alegría,
Del vivo y muerto hijo proseguia.

Movió así el grave llanto el noble pecho
De las tiernas doncellas, que ninguna
Dejó de acompañarle: él, satisfecho
De aquella compasion de su fortuna,
Enjugando los ojos sin provecho,
«¡De cuántos, dijo, ay Dios, sin culpa alguna
Mi vista ver su gallardía no supo,
Miéntras sin fruto en lágrimas me ocupo!

»¡De cuántos sin razon no he dado cuenta,
Dignos de que la haga el mundo dellos!
¡Cuántos de aquella nube polvorienta
La sombra cubre y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos: la sangrienta
Luna y los dos luceros son aquellos
Que, á vista de los muros de Tafalla,
Quitó á Almanzor en singular batalla.

»Deste os quisiera haber mostrado el brio,
Y el tuyo, oh generoso Calimarte,
Que á su lado andas siempre con sombrío
Penacho, hecho un fantástico dios Marte:
Mas de tí, oh nuevo alférez, de quien fio
Que á la sombra he de ver de tu estandarte
Triunfar á Oviedo, y las francesas sañas
Rendidas al valor de tus hazañas;

»¿Que diré de tí, digo, oh Virbio fuerte,
De Portugal caudillo y de Galicia;
Qué diré de tu brazo, de tu suerte,
De tu experiencia y brio en la milicia,
Del intrépido ardor contra la muerte,
Y del inmortal nombre la codicia
Con que, en batallas veinte y seis campales,
A los pechos sacaste las señales?

»Ninguna á las espaldas recibiste,
Que, como á ellas siempre echaste el miedo
Por no mostrarlo en tí, jamas las diste
Al contrario, ni aun yo alcanzarlas puedo;
Mas ya, señora, desta insignia triste
Que aquí subiendo va, mira el denuedo,
Y aquellas negras plumas que en su vuelo
La fama espanta al mundo y toca al cielo.

»Ovento es el que dentro en la enlutada
Insignia llora al padre recien muerto,
De insigne lanza y de temida espada,
Y pulso en el justar mas firme y cierto;
Hijo invencible del famoso Estrada,
Grave mago y astrólogo encubierto,
Que supo cuantas en figuras bellas,
Por su Via-lactea, cierne el cielo estrellas.

»Supo de los secretos de los dias
La gran revolucion, supo en el fuego
Adivinar por diferentes vías
Del mundo por venir el curso ciego;
Y aunque esto, oh noble astrólogo, sabías,
Nunca supiste del contrario Orbego
Huir el traidor golpe, que invisible
A tu pecho metió la muerte horrible.

»Lleva este, de las torres de Coruña
Y campos de Tresmiera, mil soldados
Del leon rapante tras la garra y uña,
De pieles de osos y alcornoque armados:
Este es Ricarte, del valor de Orduña;
Aquellos dos de azul y blanco armados,
Dos hermanos: Arnalte es este, el fiero,
Caudillo de la casa de Bibero.

»Aquel es Cléofonte, aquel Doraco,
Insigne este en el arco, el otro en maza;
Y el de aquel fino y relumbrante jaco,
Oton, señor del parque de Peraza:
El que al volar de aquel plumero opaco
Los rayos de oro de su yelmo abraza,
Es el ilustre Alpidio, insigne hermano
Del que ahora rige el pueblo zamorano.

»Trae de Astorga á su cargo las banderas,
Astorga, á quien de Astirios las campañas
Nombre y cimientos dieron, y sus fieras
Armas el asturiano á las montañas:
Cuarenta son, de á cinco, las hileras
Que de Sanabria el lago, entre espadañas,
Al son armó de su clarin, y el rio
Tera les añadió arrogancia y brio.

»Casi otros tantos de argentada malla
La ribera vistió del claro Orbego,
Cuyos collados la áspera batalla
De los suevos cubrió de sangre y fuego,
Cuando de esta nacion, por acaballa,
Hizo el rey Teodorico horrible entrego
Al gótico furor, y de sus gentes
El ancho rio bebió sangrientas fuentes.

»Usan estos por armas largas hondas
De blanco lino y sedas de colores,
Que, al despedir su tiro, con redondas
Vueltas hacen vistosos resplandores:
Llueven de piedras turbulentas ondas,
Despiden desde léjos sus furores,
Y de sus estallidos por los huecos
Montes retumban los sonoros ecos.

»El que el guion de aquellos lobos pardos,
Cual veis, lleva tras sí, es Grabelio el fuerte,
Y los que le acompañan, los gallardos
Pueblos que al Nervio rio dió la suerte:
Estos en prestas flechas y anchos dardos
Al contrario escuadron envian la muerte
Volando, como escuadras de aves juntas,
Que el aire rompen por diversas puntas.

»Allí va el pueblo que la corva raya
Del fresco monte de Bilbao cultiva,
Y para grandes flotas por su playa
Los gruesos robles y álamos derriba:
El de Bermeo, cabeza de Vizcaya,
Y el que de los Pelasgos se deriva,
Y á sus consultas públicas aplica
Su grave sombra el árbol de Garnica.

»Mas mirad ya el que al resto de la gente
Tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
Que debajo de sí su altiva frente
Los campos mira, y á quien mira espanta:
De seis cercos de acero es el valiente
Escudo con que da vislumbre tanta,
El limpio arnes grabado de oro fino,
Y en vez de lanza un desmochado pino.

»Este es el bello Argildos, que en la tierra
Ni hay beldad ni braveza que le iguale;
En quien con aparato real se encierra
Cuanto luce en amor y en honra vale:
Despues del general de aquesta guerra,
La que mas en valor campea y sale
Es su persona, y la que en grita y pompa
Mas de la fama suena en la ancha trompa.

»Aun no del rubio bozo el blanco vello
La limpia tez del rostro le ha escarchado,
Y en cuatro campos el altivo cuello
De otros tantos jayanes ha cortado:
Trae por empresa en campo verde un sello
De una flor, y por letra «Es mi cuidado»;
Y aunque el sagaz intento oculto guarde,
El fuego muestra que en sus venas arde.»

Así el prudente Altero en voz severa
A la bella Florinda describia
Del campo real, bandera por bandera,
El alarde pomposo en que venía;
Y ella, colgada de la voz postrera,
Con nuevos alborozos de alegría,
Al bello jóven, por su triunfo y palma,
Desde allí por los ojos le dió el alma.

Y no hallando de amor el fuego ardiente
Lugar de dilatar su gran contento,
A dar órden en ver su amado ausente
Dentro se retiró de su aposento:
En nada halla quien ama inconveniente;
Todo lo allana un amoroso intento:
A esto se entró, y á reposar á solas
De sus deseos las crecientes olas.

En tanto en el ejército pagano
Que al amparo del muro de Pamplona,
Con tremolantes lunas, y en lozano
Contorno le ciñó feroz corona,
El asiento escogia de su mano
En que alojar su campo y su persona
El bravo Cardiloro, que aquel dia
El real baston de general regía.

Fantástico y soberbio porque un moro
Mágico y lisonjero le adivina
Que, ahora sea de gusto, ahora de oro,
Allí le espera una abundante mina,
De adonde ha de robar, de un gran tesoro,
La joya en su valor mas peregrina,
Con que, avariento y vano, ya se sueña
Señor de todo el oro de Sansueña.

Por un oculto soto que hace el rio
Solo se entró á buscar, con pecho ardiente,
Para un asalto el puesto mas vacío
De pertrechadas fuerzas y de gente;
Cuando al fresco de un álamo sombrío
Un barco de oro vió, y en él presente
Una beldad, que al moro descuidado
Suspenso en verla le dejó y turbado.

Metida en un profundo pensamiento
Con el recelo y gusto, parecia
Que entre olas de pesar y de contento
El cuidado en el alma iba y venía:
Ya el rostro entristecido y soñoliento,
Ya con nuevo alboroto y alegría,
Que, á quien con atencion lo considera,
Cuanto hay dentro en el alma sale fuera.

Así en alto blandon tierna candela,
Dispuesta á todos vientos, da y recibe
Sombras y claridad, se abrasa y hiela,
Y una vez se amortigua, otra revive;
Y la eclipsada luna, puesta en vela
Del nocturno silencio, así concibe,
Al trasponerle el sol sus resplandores,
Un mudable color de mil colores.

Estuvo el moro á contemplar un rato
En nuevas avenidas y concursos
De miedo, de osadía y de recato,
Buscando á su dolor varios recursos;
Donde la alteracion de rato en rato
Mas claros le mostraba los discursos
De la suspensa dama, en quien sin duda
Amor vió ser el que la altera y muda.

Cobró desta sospecha atrevimiento
Para llegar con ánimo á hablalle;
Que cualquiera liviano pensamiento
Baja la estimacion y humilla el talle;
Y al tiempo que salió á probar intento,
Ella se entró sin velle ni miralle,
Quedando deslumbrado, y el altivo
Gusto entre su esperanza muerto y vivo.

Y como si la vida le llevara
El aire de aquel bulto de alabastro,
Sin fuerzas queda y sin vigor se pára,
Cual mago absorto al contemplar de un astro:
Sin brio el pecho y sin color la cara,
Solo muriendo por sacar de rastro
Quién sea la luz que allí le dejó en calma,
Y con vista de paz le venció el alma.

Venian en guarda de su real persona
Serpilo y Celedon, moros valientes,
Nacido uno en Sansueña, otro en Pamplona,
Pláticos en su tierra y en sus gentes:
Estos de un mirto espeso en la corona
Ocultos mandó estar, porque, presentes
Con la suya, no estorben la salida
Del bien que ya es el todo de su vida.

Y él, vuelto á su lugar como primero,
Sin los ojos mover de la ventana,
Si á salir vuelve mira del lucero
La segunda vislumbre soberana;
Mas, viendo al dia en su escalon postrero,
«A gozar de la noche es cosa llana
Salir estrellas, dice; mas la mia,
Si es sol, ¿cómo la espero ántes del dia?

»¿Qué mucho que el mancebo salamino,
Que vivo el sol dejó, le halle ahorcado
Del firme acero de un balcon divino,
Que cielo un tiempo fué de su cuidado,
Si al fin le vió su dama? Mas yo, indino
De semejante bien, aunque he colgado
Cuerpo, alma y pensamientos de tus rejas,
Ni me quieres mirar, ni verte dejas.

»Mas tiéndase esta noche á eternos años,
Que tantos seré yo de tu esperanza,
Sin dar un paso atras en los extraños
Por donde amor me arroja y abalanza:
O sea este el tesoro, ó sean los daños
Que fortuna me agüera, y su mudanza,
No sé nada de mí, ni quién me ha puesto
En un deseo de morir tan presto.»

Dijo; y no mas atento el engolfado
Piloto en medio de la noche oscura,
El instrumento puesto y el cuidado
De dar mas cierto el punto de su altura,
La vista tiene fija en el nublado
Que del norte escondió la hermosura,
Ni está en mas suspension, alta la ceja,
Que el moro en la ventana y en su reja.

Y no en vano del todo, pues ya cuando
Del horizonte pardo el aire puro
Fué entre el mudo silencio desdoblando
De la vecina noche el manto oscuro,
Entre esperanza y miedo vacilando
Volver al balcon vió, en pecho seguro,
La beldad misma, que ántes tan acaso
El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastan la prenda bella,
Que allí á esperar salia un tierno amante,
Que ya á la luz de la primera estrella
Prometió amor ponérselo delante;
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
Las mudanzas hacian del semblante;
Que, en mil cuidados puesta entre ola y ola,
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.

Desearon enlazar su honrado gusto
En nudo santo y en contrato honesto,
Volviendo el ciego antojo estado justo,
Y el apetito libre en regla puesto;
Mas, no saliendo todas siempre á gusto
Las graves diferencias que hubo en esto,
El vano pundonor de los tratantes
Nuevas lágrimas fué en los dos amantes;

Hasta que, puestos ya en romper por todo,
Libres quieren gozar de su derecho;
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo
En una y otra llama ardiendo el pecho;
Y á concertar la traza y dar el modo,
Para esa noche está el concierto hecho,
Y ella á esperar allí su caro amigo
Salió, y acertó el moro á ser testigo.

Es la esperanza una tormenta fija
Puesta entre los cuidados y el contento,
Que, cuando mas se acerca, mas prolija
Su dilacion le vende al pensamiento;
Por cuyo fin la enamorada hija
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento
Al cansado esperar, que en tales casos
Suele donde no hay uno dar mil pasos,

Tomó una arpa, á cuya melodía
Las ansias y el ardor de su deseo
Admirados quedaron, como un dia
El feo Pluton á la del tracio Orfeo;
Que ni le era inferior en su armonía
La bella dama, ni en sus males veo
Otro infierno mayor, si en curso iguales,
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.

Nunca en el alto Péloro, cubierto
De blancos huesos, voz mas regalada
Parténope entonó, cuando en su puerto
Sonó del griego Ulises la jornada,
Ni con mas riesgo el caminante incierto
Del peligroso canto y voz se agrada,
Que dió Florinda cuando lengua y mano
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Gorgon la cabeza
En insensible mármol convertia
Los ojos que miraban su fiereza,
Aunque no al ciego que su voz oia;
Mas de la dama el canto y la belleza
Así ambos los sentidos suspendia,
Que, oida y vista en agradable calma,
Piedra volvia el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento
Y la celestial voz de la doncella,
Cuando, á su canto y su regalo atento,
Pasos oyó de recatada huella:
Detuvo sosegado hasta el aliento
Por ver el fin de la aventura bella,
Y vió un armado jóven que llegaba,
De vista al parecer gallarda y brava.

Vióle que estuvo un rato desde afuera,
Por gozar de la música, escuchando
Quejas de la esperanza lisonjera
Que siempre va los gustos dilatando,
Haciendo enternecer la voz entera
Un dulce suspirar de cuando en cuando,
Que el deleite aumentaba y la alegría,
Si ya no en quien cantaba, en quien oia.

Hasta que al fin, llegando donde pudo
Con ménos voz hablar, y mas recato,
«¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo
La suya toda muestra en un retrato!
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
¡Sirena, á cuya música el ingrato
Mal que en mi pecho vive y daña tanto,
La virtud ha encantado de tu canto!

»¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
Y esta próspera entrada me conceda
Por el premio mayor de mi ventura,
Que ya gozarla sin recelos pueda;
Que si este alegre agüero no asegura
Mi gloria de una vez, ya no me queda
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!»

Dijo; y la voz del nadador de Abido
Nunca en las rocas y peñascos huecos
De la torre de Sexto, entre el ruido
De sus olas, formó mas dulces ecos;
Ni fué en mayor deleite recibido
Sobre sus playas y arenales secos,
Que un dia abrieron puerta á su ventura,
Y otro á sus huesos fama y sepultura,

Que el noble godo y venturoso amante
Fué de su tierna dama acariciado,
En dulce afecto de ánimo constante,
Y corazon sin tasa enamorado:
Al fin, despues que en relacion bastante
De sus cosas contaron el estado,
La alegría de verle y la impaciencia
De las sospechas y del mal de ausencia,

El bien y el mal, las penas, los contentos,
Los varios altibajos de su vida,
Hasta de los soñados pensamientos,
Si alguna tienen, la razon fingida,
Dejando en dulces pláticas y cuentos
De la noche gran parte consumida,
Y á la siguiente remitido el modo
De hacerse de una vez dueños de todo;

Son de acuerdo comun que aquella parte
Donde ahora están tratando su ventura,
Para escalar el foso y baluarte
Escala traya el montañes segura;
Y añadiendo el horror del ciego Marte
Al negro manto de la noche oscura,
Una arma falsa toquen, que en Sansueña
Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada
Como á nueva cautiva, en la contienda,
Ni del vulgo ofendida ni notada,
Salva la ponga en su encubierta tienda,
Donde, de honor y riesgo asegurada,
Es fácil que su padre condescienda
Con las pedidas bodas y razones
Que han estorbado vanas presunciones.

Con esto, ya que se acercaba el dia
Y el tierno despedirse á los amantes,
Toda vuelta esperanzas su alegria,
En igual soledad se hallaron que ántes;
Y el moro oculto, que escuchado habia
El fin de los conciertos importantes,
De celos impaciente, ardiendo en ira,
Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y celoso hacer pedazos
Al español caudillo, y bien pudiera
Dejarle muerto en los traidores lazos
Antes que el golpe ni su alfanje viéra,
Si no le parecieran embarazos
A otras mejores trazas, en que espera,
Al hacer su venganza mas cumplida,
Dejarle sin honor y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,
Conforme al encubierto trato hecho,
Ganar al uno el juego por la mano,
Y en el otro los gustos de su pecho;
Y á la jornada en que ahora viene ufano
Segura entrada en aquel paso estrecho,
Y hacer á su victoria puerta llana,
Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,
Por donde vino se volvia á su gente,
Lozano en las sospechas que el tesoro
Era aquel de su próspero ascendiente:
Daba ya al frio polo en cercos de oro
Casi entera su vuelta la serpiente,
Y el perezoso carretero helado
Al sol tenia su yugo trastornado,

Cuando el enamorado sarracino
A vista del ejército cristiano
Al suyo iba pasando, en el divino
Bulto ocupado el discurrir liviano;
Y el gallardo Serpilo, que el vecino
Campo advierte en quietud y sueño vano,
Y de las ya dormidas centinelas
Los muertos fuegos y acabadas velas,

Vuelto á su capitan, «Mira, oh valiente
Cardiloro, le dice, que, olvidados
Tus contrarios del brio de tu gente,
En sueño están y en vino sepultados:
¿No es posible, señor, que no te afrente
Enemigos tener tan descuidados?
Mas quien, estando tú en el campo, duerme,
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.

»Si el justo cielo con silencio ayuda,
Y á mi espada le da el valor que espero,
Al sordo amparo desta noche muda
Darte mil enemigos ménos quiero:
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda
Mi espada, haré mi dicho verdadero,
A tí y mi amado Celedon tu tienda,
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;

»Que á mí no sé cuál dios el pecho ardiente
A tan heróica empresa me levanta,
Y al muerto real desta dormida gente
Ahora me arroja con violencia tanta:
Tú, amado Celedon, si este potente
Brazo es la muerte de mi empresa santa,
Al muerto cuerpo, ya en el campo frio,
Serás, en darle sepultura, pio.»

Dijo; y saltando la primer barrera,
Desnudo, al campo, de temor se arroja:
Pasmóse Celedon la vez primera;
El sobresalto le atajó y congoja:
Del arriscado amigo considera
El fiel denuedo que á morir le antoja,
Impedido el seguirle, y obligado
A no dejar del General el lado.

Mas, viendo su peligro manifiesto,
«Espera,» dijo; y vuelto á Cardiloro
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,
«¡Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro!
Si algun dia te tocó de amor honesto
Tu noble pecho dulce flecha de oro,
Si sabes qué es amar á un caro amigo,
Oye, ¡oh invicto señor! lo que te digo.

»El que allí ahora en temeraria muerte
Un campo asalta de enemigos lleno,
Desta alma es la mitad, desta alma, advierte,
Es por fe y amistad cielo sereno:
Juntos nacimos; la dichosa suerte
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,
Un gusto, unos placeres, una vida,
Que ahora teme amor verla partida.

»Por la beldad que adoras (si de alguna
Noticia el soberano amor te ha dado),
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
Por tu vecino reino, por tu estado,
Por cuanto está debajo de la luna,
O sobre ella te da gusto ó cuidado,
Permitas que á los que hizo uno la suerte
En vida, no los haga dos la muerte.

»Mas que con tu licencia ahora pueda
Escolta y muro hacer á un caro amigo;
Que el breve espacio que á tu real nos queda
Seguro está y sin riesgo de enemigo.»
No dijo mas; que el tiempo se lo veda;
Y el moro, de tan fiel lealtad testigo,
El amor nota y la braveza advierte
Del tierno corazon y el pecho fuerte.

Y, «acude, ¡oh alma gentil! dijo el severo
Cardiloro, á tu gusto, acude y anda,
Y déos la alta victoria que yo espero
El cielo que esos nobles pechos manda;
Con tal que de los dos sea yo el tercero,
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,
Si, como es de mi oficio el concedella,
Permitido me fuera entrar en ella».

Así dijo; y siguiendo su camino
Celedon, á su amigo llega, y dice:
«¿Por dicha, ¡oh invicto Cid! ya por indino
De tu lado me tienes? ¿Ya desdice
En mi pecho la fe de quien contino
Tantos alardes en su abono hice?
¿Así pagas mi amor? Así me obliga
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?

»Yo, por ventura, yendo en el abrigo
De tu gallarda espada, ¿no sabria
Sus golpes imitar, y un enemigo
Darte siquiera ménos con la mia?
Y si esto no, á lo ménos por testigo
Presentarme podrá tu valentía,
Aunque sea tal, que no le importe nada
Otro abono mayor que el de su espada.

»Mas ya por demas tratas de excusarte:
Ruede como quisiere la fortuna,
Que, como de tu lado no me aparte,
De las suyas no temo vuelta alguna.»
«¡Oh de mi pecho fiel la mejor parte,
Serpilo respondió, con quien ninguna
Desgracia temo ya! que con tal lado
Poco es acometer un campo armado.

»No creas, oh noble aliento de mi pecho,
Que quiebra de mi amor ni de tu brío
Tu espada me quitaba y mi provecho,
De quien ya el todo de mi empresa fio;
Mas dejar solo un gran resguardo hecho
En tu heróico valor al riesgo mio;
Y si moria, morir con esperanza
De pio entierro y de cruel venganza.

»A este fin te dejaba, oh caro amigo,
Y por tu anciana y tierna madre ausente,
De su larga vejez único abrigo,
Y de tu nueva esposa gusto ardiente;
Mas, ya que tu valor viene conmigo,
Y en mi alma el brio que me das se siente,
No dilatemos mas el hecho altivo,
Ni hombre nos quede de importancia vivo.

»Ven tras mí, y con atenta vista advierte
Por donde ahora el honor tras sí nos guia:
En esto está acertar ó errar la suerte,
Ser descuidada ó cuidadosa espía:
El sueño es viva imágen de la muerte,
O ser muerte caliente ó muerte fria,
Dormir en nudo oscuro y paz interna,
O noche temporal ó noche eterna.

»Mira cuán cerca están nuestros contrarios
De pasar un extremo en otro extremo,
Y del cielo y sus altos lacunarios
La nueva luz que sola adoro y temo:
¿De qué estamos perplejos? De qué varios?
Fuego es de honor en el que me ardo y quemo:
A ellos, gran capitan; que es excusado
Quererle suspender su curso al hado.»

Dijo, y sacando la luciente espada,
Por entre los nevados fuegos vuela,
Y á Isarco y Zaldiban, que en camarada
Hecho habian hasta entónces centinela
En torno de su hoguera amortiguada,
Ya con el vino y la pasada vela,
Confiados en tener campo seguro,
Blanda cama les daba el suelo duro.

Allí entre el fuego y la ceniza fria
Segó al uno y al otro la garganta,
Dichosos á velar hasta que el dia
Vestido vieran de su lumbre santa:
Uno era cazador, y otro seguia
De la caza de amor la red que espanta;
Mas del feroz Serpilo el brazo airado
A aquel quitó el afan, y á este el cuidado.

Mató tras esto en la segunda posta
Cuatro dormidas centinelas juntas;
Mató al vano Alfager, al noble Acosta
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:
Y por la raya de una senda angosta
Al pabellon fué á dar, donde trasuntas,
¡Oh sutil Targa! en bronces, lo que Apéles
Con sus conchas no hará ni sus pinceles.

Abriendo en sutil lámina de acero
De Píramo y de Tisbe los amores,
Aquel dia le halló el sueño postrero
Y del cruel Serpilo los furores:
Pasóle el corazon de un golpe fiero,
Y saltando la sangre, dió colores
Al relieve infeliz que en triste suerte
Ocasion fué y agüero de su muerte.

Cabe él puesto en un éxtasis profundo,
No dormido, mas ciego en su cuidado,
Al alquimista vió sutil Raimundo
Sobre su antiguo escudo recostado,
Midiendo del napelo y del segundo
Elixir la sustancia, el punto, el grado,
Y de quintas esencias fabulosas
Una imposible máquina de cosas.

Habia gastado en experiencias vanas
De su hacienda la flor y de sus dias,
Y trocando el cabello negro en canas,
Aun no se habian trocado sus porfias;
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas
Esperanzas volvió, de ardientes, frias,
Librándole ocasion tan oportuna
De otros mayores golpes de fortuna.

Y entrando por el campo soñoliento,
Horrible estrago hace el moro fuerte,
Dando su espada y su furor violento
Mil diferencias de una sola muerte:
A este barrena el pecho, á aquel á tiento
Degüella, y pasa al fin la adversa suerte,
Del modo que halla al grande y al pequeño,
Del sueño temporal á eterno sueño.

Este en su corvo escudo recostado,
El otro sobre el yelmo adormecido,
Uno encima la blanda yerba echado,
Y otro en las grevas de su arnes tendido;
Cuál con nuevo dolor desatinado
La boca abre á dar voces, y embebido
Por ella el hierro de la presta daga,
La voz se vuelve atras, y el morir traga.

Coello, un portugues de ánimo ardiente,
Hidalgo tierno en sangre y en amores,
Poeta, amante, músico y valiente,
Cuatro heróicos y célebres furores,
Con el retrato de su dama ausente,
A quien habia cantado mil primores,
Como el sueño le halló en su fantasía,
Las manos en la cítara, dormia.

Torcido el rostro hácia el retrato bello,
En señal de caricias á su dama,
Dormido al gusto y al placer de vello
En las corazas de su arnes por cama,
Segó el alfanje el desmayado cuello;
Estremecióse el cuerpo, el pecho brama,
Y al palpitar las manos con instancia,
En las cuerdas formaron consonancia.

Marcio y Catino, grandes bebedores,
Que parte de la noche han ocupado
Con la taza y los dados, en vapores
Del dulce mosto el sueño habian brindado:
Los enjutos barriles por las flores,
Cada uno sobre el suyo recostado,
Dormian en torno de la mesa y fuego,
Adonde el vino los dejó y el juego.

Debia de soñar Marcio que brindaba,
Y abriendo la ancha boca, bebió entero
El sangriento cuchillo que llegaba
De degollar al torpe compañero:
Triste el alma salió en ver que dejaba
Posada tan alegre, cuando el fiero
Golpe por quien la suya dió Catino,
En vez de roja sangre vertia vino.

Mató tras este á Marco y á Sarrento,
Escuderos de Marcio; mató á Soria,
Que entre sus dos caballos soñoliento,
Para ir no tuvo á su cuartel memoria:
Pasó el celebro á Furnio, que de viento
Mil torres exhaló, y de vanagloria;
Y al truhan Galba, que despierto y quedo
Entre los frascos se escondió, de miedo.

De allí entró donde el docto Algeo dormia
A la luz de una vela, en que su pluma,
De un grave poema heróico que escribia,
De versos habia hecho una gran suma:
Un rico arco grabado de ataujía
A su lado, y un libro adonde suma
Del triforme Gerion de ambas Españas
El reino antiguo y célebres hazañas.

El arco que allí tiene fué el que Alcides
Al templo del Lucero dió en despojos,
Donde colgado le halló Almonides,
Cuando á vengar de un conde los enojos
Pasó con Muza á España, cuyas lides
Los rios volvieron y los campos rojos:
Él lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,
Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.

Cuando en sangrienta lid los albaneses
A Abdalla despojaron sobre Duero,
El docto Argeo, entre otros dos arneses,
El rico arco ganó al gigante fiero;
Y en sus pomposos versos los reveses
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero
Sueño le halló pintando, cuando el hilo
Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,
Y al sabio poeta que admirando estaba
Las musas con su espíritu, entre rojos
Suspiros lanzar hizo el alma brava:
Quiso de su victoria por despojos
Llevarse el arco y la dorada aljaba,
Y por matar á Egil y al Turnio Mesa,
Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Cansado de herir, soberbio mira
Las varias muertes y el estrago hecho,
Y ni por eso se alza ni se tira,
Ni atras da un paso del dudoso estrecho;
Antes entre el sangriento horror suspira,
Hirviendo en ira el arrogante pecho,
Y las armas ya botas, y él sin fuerza,
A nuevos daños su crueldad le esfuerza:

Cual tigre hircana en el aprisco mudo,
Harta de degollar grueso ganado,
La tierra en roja sangre, y el membrudo
Lomo de nuevas manchas salpicado,
Carleando cesa un rato, y en menudo
Anhelar cobra aliento el pecho airado,
Y miéntras del destrozo se retira,
Cuanto el hambre menguó crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,
Menor estrago y mortandad hacia;
Que del plebeyo pueblo una gran parte,
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:
Mató á Gilberto, que en decir con arte
Y herir de punta su primor tenia,
A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,
Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los rios de sangre, y por la tierra
Las perlas arrebolan de la aurora,
Y él en su oculta y alevosa guerra
Con ella misma á mas herir se azora:
Entra donde á medir Ulloa se encierra
Del precioso hado el ascendiente y hora,
Ulloa digo, un astrólogo ignorante
Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrologado
Gustoso que su estrella le asegura
Tras prolija vejez sepulcro honrado;
Mas mintió su astronómica figura;
Que el bello Celedon con su dorado
Puñal le dió temprana sepultura,
Y abriéndole el celebro con dos puntas,
Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepodamo, á Tirsas y á Falerno,
Al rubio Telga y á Lisardo el fuerte,
Y al bello Demorato, jóven tierno,
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
Y á tí, oh siempre feliz viejo Salerno,
Que, antiguo pretensor sin hacer suerte,
Cansado en corte de esperanzas nuevas,
Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y si no entero
El premio, dióte el pago, de su mano,
De haber dejado el hábito primero
En que á Dios consagraste el pecho humano;
Y viendo entre los rayos del acero
El tierno rosicler del dia cercano,
«Ya, dice, oh gran Serpilo, hace el alba
Al dia, y á esta dormida gente salva.

»Ya basta el venturoso estrago hecho
Y victorias que el cielo nos ha dado:
La honra toda es tuya; sea el provecho
Mio en que no violentes mas el hado:
Este luciente yelmo, que del lecho
Quité á un muerto enemigo, he reservado
Para que sus pomposas plumas sean
Alas en que volar tus glorias vean.

»Solo este para tí codicié en cuanto
Oro y plata encontré del enemigo:
Toma, oh Serpilo, y vamos; que ya el manto
Estrellado que ha sido fiel testigo
De tu braveza, entre el nocturno espanto
Sus broches de oro esconde: toma, amigo,
Y por este encubierto valle huyamos,
Antes que lo hecho con la luz perdamos.»

Dijo; y Serpilo, «Oh gloria, le responde,
De tus mayores, y honra de la mia,
Yo tambien otro bien codicié, donde
Uno entre libros sin temor dormia:
Un arco bello, cuya aljaba esconde
Cien flechas entre nácar y ataujía,
Que luego que le vi, el robusto oficio
De tu caza le dí por ejercicio.

»Y con el gusto de quitar la vida
A otros que estaban en la misma tienda,
El alma, en tantas muertes repartida,
De traerte se olvidó la rica prenda;
Mas tuya es y ha de ser; aquí escondida
Tu persona se esté, y aquí me atienda;
Que junto aquel hogar que allí blanquea
La prenda está que darte amor desea.»

Dijo; y sin ser á detenerlo parte
Los ruegos del amigo, que adivina
Sus malogrados fines, dél se parte,
Y por el infeliz arco camina:
O fuese nuevo ardor del duro Marte,
O Apolo que vengar la alma divina
De su poeta quisiese, ó que ya el hado
Al fin habia de su virtud llegado;

El breve tiempo que duró esperalle
En el puesto, sobre él dió de repente
Argildos, que á correr salia el valle
Con una escuadra de lucida gente:
Dióle al amor la noche, y quiso dalle
A Marte el alba, y en ginete ardiente
Recorriendo las postas de las velas,
Venia por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon que al corto abrigo
De una encina trataba de esconderse,
Donde, esperando á su imprudente amigo,
Amor pudo obligarle á detenerse:
Cércale el español bando enemigo,
De quien él por huir y defenderse,
Gallardos golpes con su alfanje hace,
Su vida ampara y su honra satisface.

Trebonio fué el primero que atrevido
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
Del victorioso moro, y aturdido
A sus piés le arrojó un golpe valiente;
Mas ¿qué te vale, oh mísero, el cumplido
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
Si al tejido escuadron que se abalanza
Ni el firme escudo ni el alfanje alcanza?

Ya el gallardo mancebo en sangre tinto,
Con las varias heridas teñia el suelo,
Cuando el vano Serpilo en el distinto
Rumor las señas vió de su recelo;
Que victorioso entachonado cinto
La rica aljaba de arrogante vuelo
Le bajaba á los hombros, y en la mano
El arco duro hacia gemir ufano.

Suspendió el paso y el medroso pecho,
No de su riesgo, mas del caro amigo,
Atenta y triste centinela hecho,
Puesto al tronco de un árbol por abrigo:
Conoce á Celedon y el sin provecho
Brio, de sola su bondad testigo,
Con que en confusa brega se revuelve,
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traía,
Encorvando sobre una el arco duro,
Al confuso escuadron diestro la envia
Desde el hueco troncon del roble oscuro:
Acertó á Breño, y el reciente dia
Que iba naciendo por el aire puro
De los ojos le esconde, y en las sienes
Clavada, le hace dar ciegos vaivenes.

Vuélvense todos á la oculta parte
Que la homicida flecha trajo el vuelo,
Buscando á tiento el encubierto Marte,
Cuando otra por el mismo paralelo
De la tirante y firme cuerda parte,
Y al medroso Blodon, que con recelo
Gritaba «¿quién tiró?» la punta aguda
Su voz clavó, y dejó su lengua muda.

Argildos, que de afuera entretenido
En ver pelear el fuerte moro estaba,
De su gallardo aliento conmovido,
Guarecerle la vida deseaba;
Mas por los nuevos tiros ofendido,
El alma vuelta de piadosa en brava,
«Matadle, dice, y vénguese en su pecho
El grave daño por su causa hecho.»

Y un frio venablo que en la mano tiene,
Con tal destreza al firme pecho arroja,
Que ni el grabado escudo le detiene,
Ni de su peto la acerada hoja:
Cual destroncado toro á tierra viene
Con la parda asta ya en su sangre roja,
Su amigo, que caido le vió en tierra,
Furioso salta á descubierta guerra.

«Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño:
Tenéos; que nada os debe ese inocente:
Yo el autor fuí del riesgo y mal tamaño,
Y del sangriento estrago en vuestra gente;
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,
Yo soy quien os hacia la guerra, ausente;
El nada os debe, el cielo me es testigo,
Sino es el ser de un desdichado amigo.»

Dijo; y lanzando el arco por el suelo,
Furioso su sangriento alfanje saca,
Y con desesperado brio el celo
Venga de su amistad, y su ira aplaca;
Y á Salmino y Parolo, que á su vuelo
Delante halló por resistencia flaca,
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,
Libre el paso le dieron de embarazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo
A pesar de mil puntas llega, y mira
El peligroso golpe, el enemigo
Dardo, y del firme heróico brazo la ira;
Y viendo así morir su caro amigo,
De rabia brama y de dolor suspira;
Y el desangrado moro en habla breve
A que se salve así le alienta y mueve:

«Huye, amigo, de aquí, huye lijero,
Miéntras muriendo yo, salvo tu vida;
Dame este dulce bien por el postrero,
Y no hallaré la muerte desabrida;
Y cuando haya ocasion, ó por dinero
O por sangre en mejor sazon vertida,
A mi afligida madre el cuerpo lleva,
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva.»

Dijo; mas ni el dolor ni los contrarios
Lugar le dan de responder al moro;
Que de heridas y golpes temerarios
Sobre él descarga un martillar sonoro:
Parece, al recibir los tiros varios,
En coso estrecho jarretado toro,
Y en el herir y acometer gallardo,
En escombrada plaza suelto pardo.

A este hiere, á aquel da, y al otro acierta
En revuelto y confuso torbellino:
Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,
Luchador diestro aquel, y este adivino;
Y ya el amigo y la esperanza muerta,
Aunque á su real pudiera abrir camino
Y salvarse, no quiso; mas el lado
Muerto guardar que vivo habia guardado.

Hasta que, á golpes y dolor deshecho
El noble corazon del moro fuerte,
Pasado de un cruel venablo el pecho
Mas fiel que amor tocó ni hirió la muerte,
Ya sin aliento ni armas de provecho,
Cerrando el curso de la humana suerte,
Y haciendo al mundo de su fe testigo,
Sin vida dió á los piés del muerto amigo.

¡Oh heróico ejemplo de amistad divina,
Aunque en bárbaros pechos descubierta!
Si de mis nuevos versos la adivina
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,
Jamas el tiempo que inmortal camina
Del ciego olvido te verá cubierta,
Antes de siglos y años vencedora
Tu fama irá, como tu sangre ahora!

En tanto el nuevo amante Cardiloro,
Impaciente en sus gustos y alterado,
Del ya vecino sol los rayos de oro
Presentes mira y aborrece airado;
Que de tinieblas hecho su tesoro,
Cuanto con la luz ve le causa enfado,
Y entre esperanzas un deseo fuerte
Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,
Como prudente y recatado amante,
De suficiente escala y de escondido
Recato, y armas y ánimo bastante,
Con un cristiano paje, el mas querido,
De fe mas sana y pecho mas constante,
Dos breves horas ántes del concierto
De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto
Con que él hiciese el robo mas seguro;
Que el torpe miedo y ciego sobresalto
La vista turban mas que el aire oscuro:
Comenzóse la grita; él, puesta en alto
La escala, abierto de Sansueña el muro,
Vió la ventana donde amor le envia,
Puerta á su gloria, y sol ántes del dia.

La bella amante, súbito engañada
Con las dulces memorias de su esposo,
Del son de Marte y del amor turbada,
Del pajecillo y de su hablar medroso,
La alta escala bajó, y fué disfrazada,
Haciendo el traje moro mas airoso,
Si las tinieblas consintieran vello,
Del gallardo ademan el bulto bello.

Con solo un cofrecillo en que traia
Lo mas precioso de sus joyas puesto;
Y viendo que el rumor de armas crecia,
Con paso apresurado y descompuesto,
Dando á entender el moro que huia
No el miedo de la gente, sino el puesto,
Comenzó á desviarse por el llano
Del muro hácia el ejército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto
Para no ser de nadie conocido,
Y el paje astuto con sagaz concierto
A cualquier lance impuesto y prevenido;
Y poco á poco por el campo abierto,
En son de huir la gente y el ruido,
Llevar queria la dama á una espesura,
Donde estuviese del tropel segura,

Cuando el moro infeliz que iba delante
Haciendo franco el paso con la espada,
Ciego dió en una escuadra, á la importante
Defensa de aquel paso diputada;
Y sin volver el nombre el vano amante,
De veinte su persona rodeada,
Por mil partes le hieren, y por una
A la muerte abrió puerta su fortuna.

Entre el izquierdo brazo y la loriga
Una encubierta punta desmandada
Tan dulcemente entró, que sin fatiga
Del cuerpo cortó al alma la lazada:
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga
Del capitan cristiano desmayada,
Con el engaño de tener por cierto
Que no era el moro, mas su esposo, el muerto.

Fué á tiempo el darle muerte á Cardiloro;
Que el montañes llegaba alborotado,
Por ver del repentino asalto moro
El que él iba á hacer anticipado;
Y oyendo de las armas el sonoro
Rüido ir en aumento recatado,
Con una oculta escuadra de Guzmanes
Venía á requerir sus capitanes.

Venía tambien á hacer secreta guarda
Al balcon de oro, de su gloria puerta.
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda
Dama á su lado desmayada y muerta:
No conoció su luz, ni á verla aguarda
De la amorosa suspension despierta,
Mas en su amor el alma divertida,
La que buscando va deja perdida.

Creyó que fuese alguna dama mora
Del que á desgracia han muerto en la contienda,
Y ella, y el paje que cabe ella llora,
Presos manda llevarlos á su tienda;
Y tras el bien que deja y el que adora
Con su escuadra tomó una estrecha senda
Que á la torre va á dar, donde su gente
Ya culpándole está de negligente.

Va buscando la gloria que ya tuvo
Caida ante sus piés sin conocella,
Cuando la culpa de perderla estuvo
En no llegarse, como pudo, á vella;
Mas ¿quién lo advierte todo, ó en quién hubo
Tan sabia prevencion, que pueda en ella
Medir las ocasiones, y en ninguna
Perder lance á las vueltas de fortuna?

No hay descuido en amor que no se pague,
O sea el cobrar remiso ó sea contado,
Ni estado tan feliz que no lo estrague
El desman de un suceso no pensado;
Que si da la fortuna ántes que amague,
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?
Fué á dar con el balcon el godo tierno,
Y en vez de alegre gloria, halló el infierno.

Vió escalado su muro, y puesto fuego
Ya por allí el balcon resplandeciente,
Y que en tropel confuso y furor ciego
Por él entraba la morisca gente,
Y un soberbio jayan de nacion griego,
Señor de Negroponto, puesto en frente,
Que da favor y fuego á los de arriba,
Y á voces el combate y cerco aviva.

Reverberan las llamas en las hojas
Del arnes limpio de bruñido acero,
Y el aire oscuro con vislumbres rojas
Al jayan vuelve mas horrible y fiero:
Crece el rumor, el fuego y las congojas
En el dorado alcázar, y él entero
Con su furor el gran teson sustenta,
Y á todos golpes da y armas presenta;

Cual tal vez cabe un risco cavernoso
De negra escama pálido serpiente,
Que en renovadas conchas poderoso
Muestra la cresta azul resplandeciente,
Y si del fuego que hizo el perezoso
Gañan junto á su cueva el calor siente,
Saltando á él sin que temor le ocupe,
Tres lenguas silba y la ponzoña escupe.

Quedó el amante de la dama bella,
Que en salvo puesta, sin pensar, tenia,
Viendo la escala, y que el jayan sobre ella
La torre con su gente entrado habia,
Suspensa el alma, alborotado en vella,
Y en vario discurrir la fantasía,
Dándole vuelta, á su pesar, la suerte
En tormento el placer, la vida en muerte.

Así tal vez villano entretenido
En acechar de una perdiz medrosa
Para hallarla de noche el caro nido,
Si al extender la mano codiciosa
Al escorpion tocó que la ha comido,
Atras rehuye, y con la temerosa
Luz de sus vivos ojos ve el engaño
Del riesgo suyo y del ajeno daño;

Tal de Velasco la nobleza antigua
Suspensa se quedó viendo el gigante,
Como nocturna y lóbrega estantigua
Entre el humo y el fuego resonante,
Y del confuso vulgo y gente ambigua
El tropel ciego y el furor bastante
A tomar la ciudad, mas en un punto
El miedo y suspension se acabó junto.

Y como el que en los brazos de Morfeo
Se sueña de un leon fiero asaltado,
Que despierto en el bosque Dodoneo
Le ve sobre algun risco encaramado;
Hallando ser verdad el devaneo
Del sueño, sale á él alborotado,
Trocada en riesgo la aplacable caza,
Y con la fiera y su furor se abraza;

De tal manera Argildos, viendo el paso
A que sus cosas trajo la ventura,
Furioso hácia el gigante Radagaso
Sale, amparado de la noche oscura;
Y ántes que el feroz moro sienta el caso,
Un reves le alcanzó por la cintura,
Que le hizo dar de manos, y le hiciera
Dos si el filo al cortar no se torciera.

Saltó el gigante cual dragon herido
Del duro césped que arrojó el villano,
Y al tierno amante, en fuego convertido
Del mismo en que arde el torreon cristiano,
La respuesta volvió con tal rüido,
Que, acertando en el yelmo, sonó el llano,
Como si por socorro, en ver que se arda
La torre, disparara una lombarda.

El español, que dos deidades juntas,
Honra y amor, le hierven en el pecho,
Una tras otra hiere de dos puntas
Al que su gloria puso en tal estrecho;
Que del fornido acero por las juntas,
Lago de roja sangre dieron hecho
El antes verde prado, cuyas flores
Muertes respiran, y solian amores.

Al recibir el moro la una herida,
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,
Que, aunque sin daño y riesgo de la vida,
De acero y carne le llevó un pedazo;
Y dando y recibiendo una avenida
Y tempestad de golpes, hizo el plazo
De su vida mas breve un altibajo,
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.

Mas como si la fuerza se pasara
Del destroncado brazo al brazo vivo,
Así con nueva fuerza da y repara
Golpes á su contrario el griego altivo:
En esto el fuego con su rubia cara,
Para hacer el combate mas esquivo,
Apoderado del dorado techo,
Con su costoso daño hacia provecho.

Y la española escuadra que venía
Por guarda del hermano de Tibalte,
Y en ciega tropa arremetido habia,
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,
Mezclada entre los bárbaros subia
Por la alta escala, haciendo que no falte
Quien con la sangre mora no pequeña
Parte apague del fuego de Sansueña.

Del son confuso el resonar valiente,
Y de la llama el rechinar sonoro,
Asombró el pueblo, que tenia su gente
Segura por allí del campo moro:
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente
La ancha techumbre de artesones de oro,
Y de gruesas colunas jaspes varios
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.

Hizo el fuego las señas con sus llamas,
Y acudió á aquella parte el furor todo,
Los unos á perder vidas y famas,
Y otros á hallarlas por el mismo modo:
Al fin, del ciego bosque entre las ramas
Del asturiano campo y pueblo moro
Lo mejor se juntó, y duró el rebato
De la confusa noche el mayor rato.

Murieron muchos de una y otra parte
En la confusa bárbara refriega,
A unos dando el rendido baluarte
Muerte comun y sepultura ciega;
A otros la espada del sangriento Marte
Los vendimia en agraz, y en flor los siega
Por varios trances; que el morir es cosa
De todas la mas cierta y mas dudosa.

ALEGORÍA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad; en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y cómo no hay campo seguro para la muerte; y en la de Cardiloro y sus vanas pretensiones, cuán inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

LIBRO NONO.

ARGUMENTO.

Argildos, creyendo que Florinda es muerta ó robada, se quiere matar de pena; y ella, sospechando ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo, siguiendo una cierva, encuentra á Angélica en las uñas de un dragon; síguela por las oscuridades de una cueva, y hállase enredado en un extraño encantamento, donde Proteo le descubre quién son sus padres. Arleta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rongorio, á quien mata y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por frances y acometido de la gente que de Toledo venía en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo; oyen en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

Argildos ya, despues que á Radagaso
Con gallardo esgrimir quitó la vida,
Y á Arganda, un moro capitan, de paso
Cabeza y pecho abrió de una herida,
En compañía del prudente Eraso,
Que una escuadra á sus piés tenia rendida
De alarbes berberiscos, que en España
La gente fué de mas coraje y saña,

Ganando el paso de la escala y muro
A costa de su sangre y de la ajena,
El amante subió libre y seguro
A ver su gloria y á hallar su pena;
Que entre el negro carbon del humo oscuro,
A vueltas de otros tristes llantos, suena
Que Florinda murió, ó es cosa cierta
Que está cautiva y presa, si no es muerta.

Créese que, consumida de la llama,
Entre carbones de oro es ya ceniza,
Y que de su valor sola la fama
Viva ha dejado la sangrienta riza;
Porque el oculto cuarto de la dama
Puerta fué del asalto, y la postiza
Escala su balcon, y el mauro fiero
En ella ejecutó el furor primero.

Llegó la fama, ya verificada
Con bastantes indicios, al amante,
Que, de dolor el alma traspasada,
Quedó á una muerta estatua semejante:
Como el preso sin culpa que, ya dada
En su causa sentencia, ve delante
El verdugo que á darle muerte viene,
Cuando por libre en su opinion se tiene.

Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
De un golpe echarlo desde el muro al suelo;
Que ni para la espada ni el escudo
Fuerza dejó ni brio el mortal hielo:
Dado de pena en la garganta un nudo,
Caido el corazon, y el desconsuelo
Mayor, que tal desgracia se atribuya
O á poco amor ó á negligencia suya.

Quiso darse la muerte con su espada
O dejarse matar de un enemigo,
Si no fuera en su honor ó en su pasada
Culpa un breve morir corto castigo;
Mas esto y la esperanza amortiguada,
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,
Por donde entró una furia de tal modo,
Que pensó hundirlo en su venganza todo.

Tocaba á recoger el campo moro,
Viendo engrosado mas que convenia
El asalto que el mozo Cardiloro
Sin justa causa comenzado habia,
Cuando el valiente Argildos el sonoro
Rumor de los clarines revolvia
A hacer cruel venganza y escarmiento
De la triste ocasion de su tormento.

Y aunque cubierto del nocturno luto
Y de tinieblas lóbregas revuelto,
Al rayo de su espada el campo bruto
En un confuso infierno quedó vuelto:
Cogiendo en negra sangre horrible fruto
Del rabioso dolor en que va envuelto;
Dando golpes á ciegas, que de dia
Tendrá bien que contar la pluma mia.

En tanto la afligida hermosa dama,
Ya persuadida que es su esposo el muerto,
Con los perdidos lustres de su fama
En el trazado fin de su concierto,
El pecho ardiendo en amorosa llama,
Su amor llora perdido y descubierto,
Sin sombra ni apariencia de disculpa
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.

Al ciego amparo de un rincon oscuro
De la tienda, que fuera cielo claro
A saber cúya era y cuán seguro
Allí tenian sus males el reparo,
Con llanto amargo que un peñasco duro
Tierno hiciera en su triste desamparo,
Así, de sus dos manos hecho un nudo,
Quejas al cielo da en lenguaje mudo:

«¡Oh cielo, que ya tienes el tesoro
Cuya memoria un pecho enriquecia,
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro,
Para nunca haber fin la pena mia!
Si del sol que perdí y perdido adoro
Ya en tu horizonte amaneció su dia,
Y mi alma, que es sin él noche profunda,
Jamas espera ver su luz segunda,

»¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,
Para solo llorar desgracias hecho,
Quedar penando el cuerpo permitiste,
Que es sin su vida de ningun provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
Mas dulce al alma el nudo y mas estrecho,
¿Dónde se fuéron á volver estrellas,
Llevándose mi bien volando en ellas?

»¡Ay tierno esposo, nombre regalado,
A quien yo por mi mano dí la muerte!
¡Cruel piedad, concierto desdichado,
Debajo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna, adverso hado,
Menguada hora de infelice suerte,
Que tantos juntos abracé conmigo
Para solo quitarme un dulce amigo!

»¡Alma dichosa que, en amor ardiendo,
Sobre tu mismo fuego te levantas,
Y ya campos de gloria van midiendo
De tus piés santos las divinas plantas!
Miéntras del tercer globo estás cogiendo,
Entre sus rosas y azucenas santas,
Los castos pensamientos en que tuve
La fe sembrada que en tu ley mantuve,

»Vuelve los ojos; mira el sacrificio
Que ahora á tu deidad hacer espero;
Que vivir fuera yo de tu servicio
Ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero:
El alma en ir tras tí hace su oficio,
Y yo el mio en morir, pues por tí muero:
Acoge ahora esta piadosa ofrenda
Que el dolor sana y el honor remienda.

» Y el cielo justo, pues que lo es, ordene
Que, en honra de un amor y fe tan pura,
Lo que apartados al morir nos tiene,
Muertos nos junte en una sepultura. »
Dijo; y toda turbada en ver que viene
La infeliz hora de la muerte oscura,
Resuelta ya en tomarla en cualquier via
Antes que asome con su lumbre el dia,

Con varias trazas considera el modo
Mas fácil de matarse y mas honesto,
Antes que haga por el campo todo
La fama el primer yerro manifiesto:
Al fin, con pecho real y ánimo godo,
Entera en su memoria halló puesto
El camino mejor, mas breve y llano,
En tomar un veneno de su mano.

Acuérdase que en guarda y fiel recato
Le dió su anciano padre un pomo de oro
De mortal confeccion, con que un ingrato
Indio, por órden de un esclavo moro,
Matarle quiso, y descubierto el trato,
Los quemó vivos; y el mortal tesoro
Ella, por mas guardado y mas recluso,
Entre sus joyas, sin pensar, le puso;

Y que en el rico cofre que allí viene
Su desgracia le puso ó su ventura,
Y así, vuelta ya alegre en ver que tiene
Tan vecina la muerte y tan segura,
Ni perpleja ni en duda se detiene:
Tómale, y al buscar la cerradura
Halla ménos la llave, que al rüido
Allá se le olvidó, ó se le ha perdido.

Vuelve cuitada á su primer congoja;
Y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
Que el acero, sin ver cómo, se afloja,
Y abierto, á su primer contento vuelve:
Todo quiere que muera, ó se le antoja;
Las joyas saca á tiento y las desvuelve;
Hasta que á hallar al fin entre ellas viene
La que la muerte en fiel custodia tiene.

Mas, como oscuro está, ni acierta á abrilla,
Ni su artificio sabe, ni lo entiende,
Y así llorando dice: « ¡Oh gran mancilla,
Que tan cara la muerte se me vende,
Que ni buscalla basta, ni seguilla!
¡De mí se esconde sola y se defiende!
¡Que es posible que ordene el cielo justo
Que aun no alcance el morir porque es mi gusto!

» ¡Oh, cómo tiene el corazon humano
Vislumbres ciertas de saber divino!
¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano
Que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mí sin me tocar la mano,
El no me hablar palabra en el camino,
Todo era igual congoja y agonía
Que á ambos un triste fin nos prometia! »

Esto entre sí decia, revolviendo
La muerte aquí y allí, cuando en las manos
Cierto licor sintió, ¡oh suceso horrendo!
Que, sin mas consultar temores vanos,
Cierta ya que el veneno iba saliendo,
Llegó la boca y labios soberanos
Para beber por ellos lo que cupo
Al corazon mas fiel que el mundo supo.

Y apénas el licor pasó la boca,
Cuando quedó la dama sin sentido,
Tal, que mirarla á lástima provoca
Y deja al mas cruel enternecido:
O muerta, ó si no muerta, con tan poca
Esperanza de vida, que, perdido
Ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
Desde ese punto se contó por muerta.

Ya en esto, del color de la azucena,
De aljófar lleno el manto de brocado,
Cercada el alba de una luz serena,
De oriente entraba en el balcon dorado;
Cuando de sobresaltos y de pena
El noble Argildos vuelve acompañado,
Con rostro triste y paso perezoso,
Ni vencido, ni alegre victorioso.

Como tal vez sobre los bosques de Ida
Soberbio toro vuelve á su manada,
Sin traer consigo al pasto la querida
Novilla que á traicion le fué robada;
Que, el paso lento, la cerviz caida,
La piel en sangre y en sudor bañada,
Al cielo á cada paso vuelto, brama,
De amor se queja, y su becerra llama;

Así el valiente godo se retira,
Vuelto ya el campo á su primer concierto,
De congojas cercado, ardiendo en ira,
De triste luto el corazon cubierto,
De sombras lleno cuanto en torno mira,
Al dolor vivo, á la esperanza muerto;
Y á su real tienda llega, cuando el dia
A ver lo que el asalto obró salia.

Halló á la puerta en hábito de moro
Al cautivo Roselio envuelto en llanto,
El paje con quien hizo Cardiloro
El enredo que a todos costó tanto:
Miróle Argildos, y en la nieve y oro
De su rostro y cabello, cuerpo y manto,
Vió al natural á su Florinda bella,
Y fué admirado á arrodillarse ante ella.

Creyó que, como estaba concertado,
En hábito morisco habia salido,
En el de paje el de mujer trocado,
Por mas lijero y ménos conocido;
Mas cuando de mas cerca vió burlado
Su antojo, y ser de véras ha entendido
Hombre en el habla, y diferente el trato
De aquella de quien es vivo retrato;

Volvió otra vez á su dolor primero,
Aunque con nueva admiracion y espanto
En ver aquel gallardo prisionero
Que á su Florinda se parezca tanto:
Dióle razon del caso un escudero
Diciéndole: « Señor, anoche, en tanto
Que el asalto duró, el capitan Bueso
Trajo una mora y á este moro preso.

» La mora, en tristes lágrimas metida,
Allá dentro, y el moro en este prado,
Llorando están la libertad perdida
Y la nueva afliccion del triste estado. »
Dijo; y Argildos, la alma divertida,
La vista, el sentimiento y el cuidado
En su primer dolor, apénas siente
La breve cuenta de su leal sirviente.

Y de congoja y sobresaltos lleno,
Ni á esto ni á aquello atiende ni repara,
Entrándose en la tienda cuando el freno
Del sol asoma con su lumbre clara,
Dándole luz bastante el dia sereno
Para ver la belleza al mundo rara;
Que la ventura ya quiere que vea,
Sin saber cómo ni por dónde sea.

Como tal vez el labrador, cansado
De buscar el novillo que ha perdido,
En quien todo el caudal tiene empleado
De las pobres cosechas de su ejido,
Entra, bajando el monte descuidado,
A una cueva sin luz, y allí escondido
Acaso le halla entre las ollas de oro
De un antiguo y riquísimo tesoro;

Así el tierno amador, con los temores
Que su imaginacion triste le ofrece,
Sin pensar encontró los resplandores
Del tesoro mayor que le enriquece:
De su bella Florinda vió las flores
Con que de nuevo ya su amor florece,
A un rincon de la tienda desmayada,
Toda de joyas y beldad cercada.

Dánae quizá, cuando entre lluvias de oro
Bajó á su lecho celestial riqueza,
Tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
Mas en su rostro no otra igual belleza:
« ¡Oh soberano cielo, en quien adoro!
(Dijo el godo, aun no libre de tristeza.)
¿Anda fortuna haciendo devaneos
Entre su ciego antojo y mis deseos?

»¿No es este el bello sol que mi alma alumbra?
¿Este no es su retrato verdadero?
¿Es sueño, ó sombra ó luz que me deslumbra,
Ó la fingida imágen por quien muero?
¿O es la imaginacion con que acostumbra
Pintar la gloria amor que sigo y quiero,
Para volverme, con deseos, loco
Del mismo gusto y bien que veo y toco?

»¿Háse quebrado en dos el limpio espejo
En quien solia mirarse la hermosura,
Que tan por un nivel, tan por parejo
Se muestra en dos mitades su figura?»
Así dijo; y con ánimo perplejo
En el secreto de la enigma oscura
Llegó á la bella dama, y á un pequeño
Moverla le rompió el sabroso sueño.

Despertó sin sentido alborotada,
De sudor y de lágrimas cubierta,
Y en ver su tierno amante mas turbada,
Sospecha todavía que está muerta;
Hasta que, vuelta en sí y desengañada,
No que en vana fantasma y sombra incierta
Su esposo está, mas en alegre vida,
En nueva admiracion quedó metida.

Así en la escena trágica aparece,
Al desatarse el nudo y la maraña
En que su alegre ó triste accion fenece,
La antes oculta novedad extraña
Con que la pena ó la alegría crece,
Que las pasiones mueve y las engaña,
Poniendo los sucesos diferentes
Admiracion y espanto en los presentes.

Ya tuvo sabios la opinion humana,
Que por ver los dislates de la vida,
Los ciegos desvaríos y la vana
Locura en sus propósitos metida,
Creyeron que esta fábrica mundana
Del santo cielo estaba desasida,
Sin ley ni dependencia, en su gobierno,
De libre brazo ni saber eterno.

Mas que el divino artífice que solo
El globo hizo y máquina presente,
La luna variable, fijo el polo,
A Bootes frio y al Leon caliente,
Como el dia le dió á la luz de Apolo,
Y la noche al reposo de la gente,
Así tambien, sin diferencia alguna,
Los hombres á las vueltas de fortuna.

De aquí daban nacidos los errores,
La variedad de vidas y de muertes,
La mudanza de estados y favores,
Las infelices y felices suertes;
Ser reyes unos, otros labradores,
En pobres chozas ó en castillos fuertes;
Y aquel andar á tiento los mortales,
En medio de los bienes y los males.

Todo esto hacian alhajas de fortuna,
Que es del reloj divino órden entera,
Sin quien no mueve el mar ola ninguna,
Ni una arena hay de mas en su ribera:
Esta el cielo y la tierra tiene en una
Lazada y dependencia verdadera,
Ordenando las cosas de tal modo,
Que cada cual sea parte de este todo.

Mas hay en esto modos naturales
Con que sus cursos corren nuestras vidas;
Que ni es todo milagros celestiales,
Ni todo caso y suertes no entendidas;
Que muchos de los bienes y los males
Nacen de cosas bien ó mal regidas,
Y el albedrío hizo de su mano
Piadoso á César, y á Neron tirano.

Bien que hay casos tambien donde no puede
La prudencia estorbarlos ni el aviso;
Que el mundo hace que su vuelta ruede
Por donde él quiere, y no el prudente quiso;
Y Ulises, por mas curso que le quede
De experiencia y saber, no hará el preciso
Golpe vano, que el hado le predijo;
Que al fin morirá á manos de su hijo.

Aquí entra ya la buena ó mala suerte,
Donde no alcanza el albedrío humano,
Que al uno hace errar, y á otro que acierte
Por donde no pensó ni fué en su mano:
Esta dió á Cardiloro ayer la muerte,
Huyendo della por camino llano,
Y la vida guardó á Florinda bella,
Cuando ella mas trataba de perdella.

¡Extraño caso! en la bujeta de oro
Que el veneno mortífero traia,
La contrayerba del mortal tesoro
Por sí en licor suavísimo tenia;
Que tal fué siempre en esto el uso moro,
Dar el remedio donde el mal venia,
Y á la dama tambien su buena suerte
Hallar la vida por buscar la muerte.

De un frio áspid de Libia soñoliento
La mortal confeccion era amasada,
Y el mitridato por el mismo intento
Durmiendo la dejaba reparada:
Trocó á las cosas la ventura el viento,
Y la afligida dama alborotada
Bebió, por beber muerte en la bebida,
Un dulce sueño que le dió la vida.

Estando en esto todos divertidos,
Roselio abrió la puerta al desengaño,
Y de los desconciertos referidos
El discurso contó y suceso extraño:
Los dos tiernos amantes advertidos
Del bien presente y del pasado engaño,
Al cielo alaban, que por tales pasos
Piadoso rige los humanos casos.

Publicóse la nueva venturosa,
Y el amante sagaz, viendo trocada
En ocasion honesta la amorosa
Que ántes viniera á ser grave y pesada,
Al triste Alcaide, padre de su diosa,
Que por muerta la tiene ó por robada,
Aviso envía, y da nueva cumplida
Ya de su libertad y de su vida.

Vino el anciano capitan gozoso
Al real en grave pompa y aparato,
Resuelto de no ser al valeroso
Godo á tan nuevo beneficio ingrato:
Si él gana hija, que ella gane esposo,
Y el premio todos de un honroso trato,
Trocándose por casos semejantes
En paz la guerra de los dos amantes.

Estos milagros hace la ventura
Cuando se muestra un poco aficionada;
Yerros dora, descuidos asegura,
La muerte en dulce sueño da trocada,
El cautiverio en libertad segura,
La guerra y pena en gloria y paz sagrada,
Y así á las cosas trueca el sobrescrito,
Que á veces saca premios del delito.

Fué el valeroso Alcaide recebido
En real aplauso y majestad decente
De la gallarda dama y su querido
Amante, y la demas guerrera gente;
Donde, luego que vió al recien venido
Preso en nada á Florinda diferente,
«¡Santo Dios! dijo, ¿qué ventura es esta
En tan notable maravilla puesta?

»¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
En jóven tan gallardo y tan apuesto?
¿Es de claro linaje ó sangre oscura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto?
¿O es el que yo perdí en una espesura,
Cuando, en amargo llanto y luto puesto,
La traicion me dejó de un moro ingrato,
Robándome este rostro ó su retrato?

»Decidnos, bello moro ó fiel cristiano,
Vuestra tierra, nacion, ley y nobleza,
A quien el alto cielo dió la mano
Tan abundante en gracia y gentileza.»
Así el Alcaide dijo; y el lozano
Doncel, con nuevas prendas de belleza,
De empacho y sobresalto de quién era,
Turbado respondió desta manera:

« Señor, de mis parientes y linaje
Mas noticia no tengo ni experiencia,
Que haberme desde niño visto paje
De Abdalla, rey tirano de Valencia,
De adonde hasta aquí hice un viaje
Por un rodeo lleno de violencia;
Que así, señor, pasó...» Y así quería
Decir lo poco que de sí sabía;

Cuando en confusa trápala y rüido
Por la real tienda entraba un moro bravo,
De un vulgo y furia popular asido,
Y un valiente caudillo de otro cabo:
Hanle entre los cautivos conocido
Por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo
Del Alcaide, y aquel que ahora dijo
Que en una caza le robó á su hijo.

Fué de la arma pasada el desconcierto
De tanto riesgo en el real pagano,
Que, hallando lo mejor del campo muerto,
El viejo Zumail, moro liviano,
Desesperado huyó, huyó encubierto,
Y el resto se dejó al furor cristiano,
Entre cuyos despojos y tesoro
Raulin prendió al antiguo esclavo moro.

Prendióle, y todo lleno de cuidado
A que del tierno padre en la presencia
El rico hurto descubra, aprisionado
Le trajo en tanta guarda y diligencia:
Quedó de nuevo el campo alborotado...
Mas miéntras se sosiega y dan audiencia
Al nuevo preso, de Bernardo quiero
La luz seguir de su invencible acero.

Ya despues que con trágico lamento
Fin dió á su historia el español gallardo,
Y deslumbrado en su beldad, á tiento
Se entró tras una corza el gran Bernardo
Por la incógnita selva, en el aliento
Y lijereza que un dispuesto pardo
Cuando en la Libia la hambre le persigue,
Y un lobo por las breñas de Atlas sigue.

De las ásperas quiebras de la sierra
Corrido un no pequeño trecho había,
Cuando abrirse de léjos vió la tierra
Que en tumbo hinchado sobre el mar caia,
Y al negro abismo que su vientre encierra
Arrojarse la luz tras quien venía:
Admiróle el suceso, y fué con nueva
Curiosidad á entrarse por la cueva,

Cuando en el verde suelo vió caida
La hermosura de Angélica, y sobre ella
Una enroscada sierpe que atrevida
En sus artejos quiere deshacella:
Aquella beldad misma que su vida
En aire oscuro vió, cual clara estrella,
La noche que á Orimandro en su presencia
Su luz arrebató maga violencia.

Admiróse el mancebo; y condolido
De la ingrata belleza, aquella espada
Que ella por mas favor le habia ceñido,
A volver por sus causas obligada,
Bravo sacó, y con ánimo atrevido
Corre á librar la dama desmayada,
Que el dragon en la boca se la lleva
Por las entrañas de la oscura cueva.

Entró tras él el animoso infante
Al sordo estruendo de la sierpe horrible,
Sintiendo detenerse, por delante,
De un fuerte y singular brazo invencible;
Hasta que, en fuerza y ánimo constante
Vencido de la máquina terrible,
El importuno estorbo en son horrendo
Fué por el negro sótano cayendo.

Piensa que haya bajado hasta el profundo,
Siguen las vueltas y traspiés que ha dado,
Cuando de nuevo se halló en el mundo
Con dos gigantes sobre un fresco prado,
Que el uno ha muerto el animal inmundo,
Y el otro, por el oro ensortijado
Del hermoso cabello, á toda priesa
La angélica beldad se lléva presa.

«Deten, negra fantasma,» el jóven grita;
Y tras él sale a remediar el caso,
Cuando el otro jayan le ataja y quita
Con firme maza el importante paso;
Tal, que si el primer golpe no le evita
Un salto atras, en aquel campo raso,
Contra el valor de los eternos astros,
De su muerte quedaran tristes rastros.

Iba sin mas defensa el caballero
Que de su limpia espada la destreza,
Con que al jayan de corpulento acero
Sus golpes perder hizo y su braveza,
Acertándole algunos el guerrero,
A pesar de su altura, en la cabeza,
Por donde, en vez de sangre, salen toscas
Bandas de avispas y de negras moscas.

¡Horrible caso! Por el negro viento
El importuno y mal nacido enjambre
Sobre el bravo español vuela sin tiento,
A hartar en él las rabias de su hambre:
Siéndole su inquietud mayor tormento
Que el encantado bulto y tez de alambre
Que la cruel maza encima dél revuelve
Y en alados gusanos se resuelve.

Como entre los tomillos y el romero
Del fértil monte Hibla causa pena
El belicoso enjambre al oso fiero
Que sin tiempo desfonda la colmena,
Dando el liviano corcho el golpe entero
De dulce ambrósia de enemigos llena,
Y haciendo la defensa de su vida
Sabrosa la victoria y desabrida;

Así el menudo ejército que vuela
Sobre el rostro y los ojos de Bernardo,
Le inquieta, le congoja y le desvela,
Sin valerle defensa ni resguardo:
Ni le aprovecha maña ni cautela,
Ni importa ser lijero ni ser tardo;
Que lo ha con enemigos inconstantes,
Que se atreven á reyes y á gigantes.

Mas de nuevo le asombra un nuevo caso
En esta extraña y desigual conquista,
Que en picando la avispa, el bulto escaso
Volvía en rojo rubí ó blanca amatista;
Y donde quiera que fijaba el paso
Rastro quedaba en relumbrante lista
De las preciosas piedras, que ya en vuelo
Moscas vinieron hechas por el cielo.

Así en su trono real Mídas sentado,
Y convirtiendo cuanto toca en oro,
Si acaso vino un escuadron al lado,
Que en torno vuela con parlar sonoro,
Lo que le llega en oro cae mudado,
Con que el espanto crece y el tesoro;
Y si la tierra pisa, deja en ella
Resplandecientes rastros de su huella.

De pedrería cubierto el valle ameno
Ya la braveza del leonés tenia,
Y el fingido jayan de avispas lleno
Con solos ademanes combatia;
Cuando, quitando al sufrimiento el freno,
A pesar de la maza que esgrimia,
Un golpe le acertó por la cintura,
Que cortó en dos la bárbara figura.

La mitad se quedó en el verde prado,
De bronce hecha imágen verdadera
Del invicto español, que retratado
En ella goza su hermosura entera:
La otra mitad en vuelo levantado
Subir se vió por la estrellada esfera,
De lenguas llena y de dorada llama,
Con la trompa y las alas de la fama.

Cobró el invicto montañes sosiego,
Vencido aquel fantástico enemigo,
Y á dar alcance y guerra corre luego
Al que se lleva á Angélica consigo:
Vióla entrar por la llama de un gran fuego,
Y sin buscar mas puerta ni postigo,
Tras él se entró; que á quien honor pretende,
Ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

Así el fuego se cuenta que en su esfera
Es con su tibia luz tan perezoso,
Que aun no llega á esponjar la blanda cera,
Ni á ser mas que un vapor claro y lustroso:
Pasó libre la luz que reverbera,
Y hallóse en un sepulcro tenebroso,
Que en una oscura tumba parecia
Al débil rayo de un farol que ardia.

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
Negra fantasma ó sombra descarnada:
Quedó pasmado y el cabello yerto,
Suspenso el paso y la color mudada;
Hasta que, reportado: ¡Oh tú, encubierto
Cadáver! dijo, dime en voz prestada,
Si no la tienes propia, por cuál cueva
Un jayan bruto, preso un ángel lleva.»

Juzgó que en las honrosas pretensiones
Del ir tras la virtud, es caso indino
Pensar que aun á los muertos las razones
Falten para mostrar senda y camino;
Ni que puedan fingidas ilusiones
Torcer el curso del saber divino,
Que á cada vida tiene y cada hado
El punto fijo y centro señalado.

Esto á pedir con libertad le obliga
El carcomido bulto luz bastante
Del huido jayan, y él con amiga
Caricia le adestró con ir delante,
Pidiéndole por señas que le siga
Por un hundido sótano distante;
Que secas las arterias y pulmones,
Aire le falta en que formar razones.

Fuéron bajando un caracol difuso,
Al rayo de la lámpara de fuera,
Que en aire negro y cóncavo confuso
Con luz dudosa y tibia reverbera;
Hasta que de los piés las plantas puso
De un negro rio profundo en la ribera,
Que, con ronco furor, de peña en peña
Por sus hondas cavernas se despeña.

Un pequeño batel puesto á la orilla
Está entre cañas y ovas zabordando,
Donde aquella mortal sombra amarilla
Se entró, al ilustre jóven convidando:
Notable y nunca oida maravilla,
Que, obedeciéndole él, y ella bogando
Por los despeñaderos de aquel rio,
Mas recio va que el agua á su navío.

Cercado de figuras temerosas
Que á la luz se descubren que levanta
El oro de las sierpes escamosas,
Que con su horrible centellear espanta;
Y sobre negras ondas espumosas
El frágil leño al centro se adelanta,
Donde la luna sus mudanzas mide,
La noche reina y el horror preside.

Así en el requemado Flegetonte
La barca de la muerte y su barquero
Temple á las almas muda y horizonte,
De un claro mundo, á un espantoso y fiero;
Y Alcides, cuando entró por Aqueronte
A enlazar las gargantas del Cerbero;
Así en el débil leño, á todo vuelo,
Los límites, feroz, pasó del suelo.

Sintió en el sosegado movimiento
Del temeroso viento denegrido,
Haber ya hecho la barquilla asiento
O en agua mansa ó puerto conocido:
Buscó el piloto por el barco á tiento,
Y viendo que se le ha desvanecido,
Causóle horror; que en golfo tan esquivo
Aun hace un muerto compañía de vivo.

Hiere á una parte y á otra con la espada,
Y en el fondo del agua con los remos,
Y ni halla de aquí ni de allí nada,
Ni al rio corriente ni al remanso extremos:
Solo de horribles sierpes ve cuajada
La negra espuma, como ver solemos,
Con el presto relámpago que embiste,
Los pardos bultos de la noche triste.

Así el menudo centellar qué sale
De las sierpes al agua, y los dragones,
Solo con sus vislumbres tristes vale
Para aumentar del miedo las pasiones,
Haciendo que un temor á otro se iguale
Las negras sombras y húmidas visiones,
Con el espanto del lugar horrible,
Bastante prueba á un ánimo invencible.

El valeroso jóven, que se halla
Ni bien en este ni en el otro mundo,
Sin guia, senda ni luz, ni en qué buscalla
En el hervíente lago y golfo inmundo;
Que ni su barca sabe gobernalla,
Ni cómo vadear el rio profundo;
De un bordo en otro en vano se fatiga
Buscando el puerto ó la ribera amiga.

«Sin duda, dice, el cielo me ha traido,
Por alguna soberbia culpa mia,
Donde en eterna noche confundido,
Con el miedo ande siempre en compañía;
Mas si en esta caverna y lago hundido
Mi nombre ha de quedar, y aquí me guía
El mal dispuesto influjo de mi estrella,
A morir sin por qué tan mozo en ella,

»Deme un famoso brazo con quien pueda
Quedar, como quien soy, de un golpe honrado;
Que no es gran cosa hacer la fatal rueda
Que un hombre, si es mortal, muera ahogado;
Y si algun tiempo por vivir me queda,
Tampoco es bien pasarlo aquí encerrado:
De cualquier suerte, quiero ver si puedo
Destas cuevas romper el ciego enredo.»

Dijo; y con ambos remos, presuroso,
Boga á buscar el fin de la laguna;
Y sin tomar aliento ni reposo,
Se cansa en vano sin mudanza alguna:
Parécele que vuela mas furioso
Su barco que la esfera de la luna,
Y no se mueve mas ni da mas paso
Que en Tesalia las cumbres del Parnaso.

Veinte millas hubiera navegado
Con el recio bogar, si se moviera,
Cuando el remo arrojó desalentado,
Sin esperanza ya de hallar ribera,
Volviendo al cielo todo su cuidado,
Y pidiendo, si es fuerza que allí muera,
No hereden cuerpo y alma unas serpientes,
Pues nacieron de padres diferentes.

Pide tambien en su secreto pecho
Favor á la purísima María,
Y á su santo Custodio, que el estrecho
Camino le abra, y vuelva á ser su guia;
Y viendo que es cansarse sin provecho
Gastar las fuerzas mas en tal porfía,
Se está quedo esperando á ver la suerte
Que el tiempo echa en su vida ó en su muerte.

Y miéntras, sepultado en el profundo
Entre horribles figuras, se lamenta,
Tambien la superior parte del mundo
Al cielo oscuro sus estrellas cuenta:
Cubierto el primer suelo y el segundo
Del negro manto que el temor aumenta,
Guardando las tinieblas sin figura
Sus privilegios á la noche oscura.

Y así en silencio y suspension callada
Todo permaneció hasta el nuevo dia,
Que un rayo entró de luz amortiguada,
Por donde un muro, sin pensar, se abria;
Y en una hermosa sala matizada
De oro precioso y varia pedrería,
Sobre una rica cama de brocado
Con sus congojas se halló embarcado.

Vió que eran los dragones y serpientes
Que ántes le perturbaban con vislumbres,
De oro y preciosas piedras transparentes,
Que á la cuadra enlazaban las techumbres:
Las espumas, aljófares pendientes
De un rico pabellon alegres lumbres,
Y la barquilla en que iba tan estrecho,
La blanda pluma de un dorado lecho,

Tuvo por sueño todo lo pasado,
Sus temores riendo y su recelo,
Y saltando del lecho apresurado,
Corrió alegre á gozar del claro cielo:
Abrió una puerta de marfil grabado,
Por donde entró la luz, y halló que el suelo
Era todo de un vidrio transparente,
Como el cerúleo mar resplandeciente;

En que de los tesoros de la sala
Caian unos vivísimos reflejos,
Que en vista y proporcion no les iguala
La industria de los cóncavos espejos,
Siendo serpientes de oro hechas por gala,
Los que dragones parecian de léjos,
Fingiendo las vislumbres de un topacio
El contrahecho asombro en el palacio.

Mas ya, saliendo por la ebúrnea puerta
Tras el sabroso fin del dulce engaño,
Un nuevo mundo vió, á quien da cubierta
Un cielo de agua sin lesion ni daño:
Admiróse de ver que, al aire abierta,
El ancho mar, por artificio extraño,
Bellísima una bóveda levante,
A la de un claro cielo semejante;

Y que los rayos del dorado Febo,
Que por las cumbres vuelan celestiales,
Con nuevo dia en aquel mundo nuevo
Luz á su nácar den y á sus corales;
Y en claros visos con sutil relievo
Del mundo así relumbran los cristales,
Que con vislumbres de oro y resplandores
Iris hagan bullir de mil colores.

Entre las aguas los lijeros peces,
Con sesgo movimiento y curso blando,
Por varias partes y en diversas veces,
Las crespas ondas ir se ven cortando;
Y al rubio sol sus escamadas teces,
Como cuerpos opacos relumbrando,
Su luz en globos lúcidos se cuaja,
Y en contrarios aspectos se baraja.

Así el vulgo sospecha que en el cielo
El sol camina y vuelan las estrellas,
No asidas, mas cada una en suelto vuelo,
O mas bellas en luz, ó menos bellas,
Dando, en confuso y suelto enjambre, al suelo,
Del oro de su lustre las centellas,
Con un eterno curso sin trabajo,
Cual es de un grave cuerpo el irse abajo.

Admiróse de ver la hermosura
Que en claros y argentados arreboles
Por el agua entremete la luz pura,
Tejiendo en ella varios tornasoles;
Y del lustroso nácar la blancura
Que en conchas y revueltos caracoles
Las aguas crian, y con tez de plata
Sus suelos cubren de beldad barata.

Dase en aquellos campos espaciosos
El rocío en aljófares cuajado,
De balajes, jacintos y lustrosos
Carbuncos y amatistas retocado:
De espejado cristal riscos lustrosos,
Arboles rojos de coral preciado,
De zafiros, crisólitos, topacios
Los montes llenos, muros y palacios.

Ricas florestas, huertos y jardines,
Con parras de oro y pámpanos de plata,
Rubíes por uvas, perlas por jazmines,
De aljófar argentada cada mata:
Dorados pávos, bellos francolines
De azules plumas, nieve y escarlata,
Que por las esmeraldas y cristales
Vuelan y dan vislumbres celestiales.

Así en triángulos da el cristal cuajado,
Al encrespar los aires con plumajes,
De oro, nácar, azul, verde y morado,
Pomposas sombras, lúcidos follajes;
De que el bravo español mas admirado
Que de los ántes lóbregos visajes
Del contrahecho barco y de su dueño,
Piensa que es todo engaño ó todo sueño.

Y entrando por los campos, no distante
De la ancha puerta, un prado deleitoso,
De tiernas flores lleno, el radiante
Asiento muestra de un castillo hermoso,
De arquitectura y fábrica elegante,
Aunque de vidrio frágil y lustroso,
Cuyas resplandecientes torres bellas
Con sus follajes tocan las estrellas.

Las ricas galerías y ventanas,
Antepechos y lúcidos balcones,
De hermosas ninfas con libreas galanas
Dan á la vista raras perfecciones:
De lirios, alelís, rosas tempranas,
Triunfales arcos, frisos y festones,
Y en las ricas cabezas, de oro llenas,
Coronas de claveles y azucenas.

Es de la juventud y la hermosura
Tierno albergue el alcázar delicado,
Donde la alma, salud y su frescura,
La alegre sangre y el vivir templado,
Vida, á su parecer, gozan segura,
Si bien de frágil vidrio el real tejado;
Y por vecina una importuna vieja,
Que hora, de gusto, el suyo no les deja.

Puesto en frontera deste gran palacio,
Sobre una parda carcomida roca,
Otro, distante dél no largo espacio,
Las nubes con sus rotas cimbrias toca:
En campo estéril, agostado y lacio,
De oscuros senos y de vista poca,
Lumbreras cortas, patios mal seguros,
Antiguas torres y arruinados muros.

Habitan dentro horribles sabandijas,
Necias mujeres de ánimas voltarias,
Flacas, feas, fantásticas, prolijas,
Frias, falsas, caducas, herbolarias;
De arrugas llenas, callos y de rijas,
Enfermedades y apostemas varias,
Por caudillo una vieja así enfadada,
Que á nadie placer da ni gusto en nada.

Toda menor que de la mano al codo,
De enfermedades y de horror cubierta,
Corto el cano cabello, el cuerpo todo
De flacos pliegues lleno y color muerta,
De raices hecha, y hecha de tal modo,
Que corza no hay tan viva ni despierta,
Aguila real, neblí que se abalance,
A quien no dé su lijereza alcance.

Es la triste vejez de edad cansada
Lijera posta en alcanzar mortales,
Y las brujas, de que anda acompañada,
Ciega baraja y confusion de males:
Melancolía, flaqueza y la pesada
Enfermedad de puntos desiguales,
Tejiendo, á vueltas dellas, mil engaños
Las edades, ladronas de los años.

Todo este infausto campo de enemigos,
Sin dormir noche ni excusarse dia,
Por las ventanas da y por los postigos
Al vidrioso alcázar batería,
Dejando á sus victorias por testigos
La mustia tez y muerta gallardía
Que á cada hora lastiman, y con vanos
Escudos se defienden de sus manos.

Dejó admirado al español caudillo
La nueva guerra y desigual batalla,
Viendo pelear con flores del castillo,
Y hacer dellas defensas y muralla;
Y el contrario escuadron, que á resistillo
Peto no basta ni acerada malla,
En diestros tiros y con maña astuta
Irreparables golpes le ejecuta.

Vió á Angélica la bella á una ventana,
Por quien tan largo afan tomado habia,
Y que una hada envejecida y cana
Ya por cogerla á su balcon subia:
No aguardó mas; salió en alma lozana
A defender la que á librar venia,
Cuando, en ciego tropel y alto alarido,
Del sin ley escuadron fué acometido.

Rodeado de fantásticas quimeras,
Horribles gestos, lóbregos visajes,
De aqui y de allí le dan de mil maneras
Pesados golpes, bárbaros ultrajes:
No los negros moscones, ni las fieras
Llamas, ni los nocturnos personajes
Por donde allí llegó, ni todo junto
En tal riesgo le puso, ni en tal punto.

Ni fué con mayor ímpetu asaltado,
En venganza del muerto Polidoro,
De Hecuba y sus mugeres el malvado
Y fiero rey de Tracia, hambriento de oro;
Ni Orfeo, al pié del Ródope sentado,
Selvas plantando su cantar sonoro,
Herido en mas confuso desatino
De la bacanal turba hirviendo en vino;

Que el tierno jóven, del enjambre esquivo
Que al frágil vidrio con furor contrasta,
Y las bellezas de su muro altivo
Con sordas invisibles limas gasta:
Mas, porque herir su pecho fugitivo
Indigna hazaña sale á su real casta,
Y es bajeza manchar en tan vil gente
El limpio acero de su espada ardiente,

Con el trozo de un remo carcomido,
Que en el húmedo suelo se halló á mano,
Tras el escuadron dió descomedido,
Haciéndole la fuerza ser villano;
Y aquí un monstruo espantado y otro herido,
Todos medrosos huyen por el llano:
Sola la vieja que al balcon subia,
En alcanzar á Angélica porfia.

Cual pardo huron ó astuta comadreja
A cazar sube un pájaro en su nido,
Que al hueco abrigo de una corva teja
Seguro se juzgaba y escondido;
Tal la arrugada y carcomida vieja,
Pegada al muro sin hacer rüido,
Poco á poco se acerca á la hermosura,
Contra quien no hubo libertad segura.

Cuando el gallardo jóven, que volvia
De los vencidos monstruos victorioso,
El bulto asió de la mordaz arpia
Que trepando iba el muro peligroso;
Y arrojandolo al suelo, ya queria
Ponerle el pié como á raton medroso,
Cuando ella humilde, á su furor rendida,
Así merced le pide de la vida:

«¡Oh invicta gloria del valor de España!
No ofendas las grandezas de tu mano
Mostrando ahora sin razon tu saña
En dar injusta muerte á un vil gusano:
Sabe que no saldrás desta montaña
Si yo el camino no te diere llano:
Oye; que no hay tan mustio y seco heno,
Que para algun efecto no sea bueno.

»Proteo es cierto espíritu marino
Que las llaves del mar inmenso tiene;
El que abre y cierra el paso y da camino
A cuanto de sus aguas se mantiene;
Alcaide de este alcázar cristalino,
Y el que atalaya cuanto al mundo viene,
Y en él alcanza á ver lo que desea,
Antes que salga á luz y ántes que sea.

»Este en lo hondo de una gruta oscura
Que el ciego seno ocupa desta cueva,
Luz, si lo vences, te dará segura,
Y de cuanto deseas saber nueva;
Mas es de tal ingenio y tal hechura,
Y tal rodeo en sus discursos lleva,
Que si ya no es venciéndole primero,
Dél no sabrás suceso verdadero.

»Con cadenas de perlas has de atalle;
Que será lo demas cansarte en vano.»
Dijo, y cuando mas puesto en escuchalle
Sin sospechas estaba el asturiano,
De entre los piés salió, cruzando el valle
Cual nocturno murciélago, el enano
Bulto de la encubierta hechicera,
O sea Alcina ó la vejez parlera.

Sospechas hay que fué la misma hada
La que en su natural figura quiso,
Sin fiarla de otros medios, recatada,
Al doncel dar de España el nuevo aviso:
Otros que la vejez torpe y cansada,
Que es de suyo habladora de improviso,
Con el vano temor se fué de boca,
Y por piés luego á su arruinada roca.

El jóven, que al principio no hizo caso
Del sabio aviso de la astuta vieja,
Viendo cerrado del castillo el paso,
Las puertas ó con llaves ó con reja,
Y junto al muro, en medio el campo raso,
De una cueva la boca mal pareja,
Y en un padron sobre ella, por trofeo,
«Morada del mudable dios Proteo;»

Habiendo leido en el romano Homero
La historia deste monstruo variable,
Bien que la tuvo por ficcion primero,
Ahora le pareció cosa probable;
Y entrando sin mas láminas de acero
Que de su espada el brio irreparable,
Un jayan viejo vió en un risco echado,
De larga barba y rostro descarnado,

Y de aljófar menudo una cadena
Caida ante sus piés: quizá seria
Con la que el brazo de Aristeo se suena
Que apretado le tuvo y preso un dia,
O con la que él se deja atar sin pena,
Cuando alguno le vence su porfia;
Al fin él, por las señas y el trofeo
Del jayan, conoció que era Proteo.

Y deseando saber de su camino,
De su patria y linaje lo mas cierto,
De quien su ayo, por modo peregrino,
En sombras siempre le habló encubierto;
Sobre él lijero entró, y el adivino,
Que vió violado su sagrado puerto
De humanas plantas, arrogante y fiero,
Asombrar quiso al español guerrero.

Y en un pardo dragon haciendo roscas,
Y echando por la boca y ojos fuego,
Se fué mudando entre las peñas toscas
Que ántes servian de cama á su sosiego;
Mas el valor, que á las horribles moscas
Volvió en preciosas joyas, cerró luego
Con el marino monstruo nigromante
Con nuevas fuerzas y ánimo bastante.

Y por las alas, cresta y las escamas
Le anuda y ciñe los fornidos brazos,
Sin temor de los silbos y las llamas
Con que asombros le finge y embarazos;
Cuando crecer de un árbol vió las ramas
Por entre sus fortísimos abrazos,
Y las escamas de oro vió en figura
De un grueso tronco y su corteza dura.

Sonrióse el mancebo valeroso,
Y «ahora mas firme, dijo, estás conmigo»,
Cuando en horrible fuego sonoroso
A arderse comenzó el vano quejigo:
Quiso ya allí soltarlo, receloso
De quemarse abrazado á su enemigo,
Y reportóle ver que es llama santa,
Que solo con fingir quemar espanta.

El humo es quien le ciega y da congoja,
Por ser la gruta lóbrega y pequeña,
Hasta que, vuelto en aire, se le antoja
Que está abrazado al gajo de una peña,
Y que entre el fuego de la llama roja
Humo se volvió el árbol con su leña,
Y el sabio se le ha ido de la mano,
Quedándose él á un risco asido en vano.

Queríale ya dejar, desconfiado
De sujetar un trasgo tan mudable,
Cuando en lo alto de un risco vió asomado
Su calvo rostro y barba venerable:
A solo Atlante he visto así pintado,
Hecho de un monte el cuerpo inexpugnable,
Al tiempo que de peñas y maleza
Lo amasaba la górgona cabeza.

Bernardo se admiró; y con la cadena
Que al pié de aquel peñasco halló asida,
Probó en torno á ceñille, y de agua llena,
En rio quedó la peña convertida:
Anegarle pensó, y salir de pena
El mago con la súbita avenida;
Mas el firme español ni abrió los brazos,
Ni le aflojó los cristalinos lazos.

Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas;
¿A quién no se le trueca entre las manos?
A unos se huye, á otros da esperanzas,
Y á todos reglas y consejos sanos;
Oráculo y reloj de adivinanzas,
Teatro universal de los humanos,
Presa del sabio, pérdida del necio,
Y del mundo la joya de mas precio.

Ya en dragon vuelto, muerde de su cola,
Ya en su fuego consume las edades,
Ya con sus avenidas de ola en ola
Piedra toque se vuelve de verdades:
Ya tizna con su humo, ya arrebola
Con nuevo rosicler nuevas beldades,
Y al fin, en tantas cosas se convierte,
Que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

Todo lo vence y muda, y si algo puede
Al natural vencer de su inconstancia,
Fijar su rueda, ó que, por mas que ruede,
No le lleve á vida su importancia,
Es no perder ninguno; con que excede
El sabio al que, vestido de ignorancia,
Con cualquiera ocasion y miedos vanos
Se le desliza y huye de las manos.

Mas al que en no dejarlo persevera
Altísimos secretos le descubre,
Y de la edad pasada y venidera
Cuanto el olvido y su silencio encubre;
Y en triunfo ilustre y honra verdadera
Su fama de inmortales lauros cubre,
Como al sabio español constante avino
Con el mudable espíritu marino.

Quedó en tan obstinada fortaleza
Apurado el teson de su porfía,
Que, vuelto á su primer naturaleza,
De bascas reventaba y de agonía;
Cuando, lleno el semblante de fiereza,
Hecho del siglo por venir espía,
«¿Qué buscas, dijo, oh invicta fortaleza,
En la sorda quietud de esta aspereza?

»Ocho siglos há ya que condenado
A perpetuo silencio me ha tenido
En esta horrible gruta el Hijo amado
De Dios que vió Belen recien nacido:
¿Quién perturba de nuevo mi cuidado?
Quién á tan bajos mundos me ha traido?
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
Con tan estrechas é importunas lides?»

«Bien sabes tú, le respondió Bernardo,
¡Oh autor de las edades, rico archivo
Del mundo y sus historias! el gallardo
Deseo que me trajo á verte vivo:
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
De mi viaje importa, y al motivo
Que vencerte me hizo, aquesto quiero
De tí, en lenguaje y cuento verdadero.»

Dijo; y el sabio desabrido viejo,
De un divino furor arrebatado,
Con turbado capote y sobrecejo,
Torciendo el cuerpo al uno y otro lado,
En ronco son y aliento mal parejo,
El duro pecho abrió al rigor del hado,
Y con rabiosa basca y desatino
Dió así á las cosas por venir, camino:

«Quebrante el cielo ¡oh España! tu grandeza,
A quien el mundo todo veo rendido,
Y á mí, contra mi orgullo y fortaleza,
A las presentes ansias compelido;
Y tú, imágen mortal de su braveza,
Cuyo brazo á este punto me ha traido,
No esperes ver de mí, sino es forzado,
Bien ni favor que te prometa el hado.

»Sobrino eres del rey que ahora gobierna
El reino de Leon y el asturiano,
El mismo que libraste tú en Miduerna
De la alevosa espada de un tirano;
Hijo de hermana suya, y por paterna
Línea de un sucesor de Vimarano,
Conde en Saldaña, y porque tú naciste
Puesto en dura prision y cárcel triste.

»Tu ilustre madre, en religion sagrada,
El rigor tiene de tu casto tio,
De que te dará cuenta mas fundada
Un noble preso al desbravar de un rio:
Librarle has de la muerte, y con doblada
Razon harás por ambos desafío;
Mas no esperes en tiempos ni ocasiones
Tus tristes padres libres de prisiones.

»Bien podrá el cielo darte con exceso
Triunfos contra el frances y el pueblo moro,
Y al tuyo su valor vencido y preso
En Duero, Benavente, Orbejo y Toro,
Y que en Orcejo rindas á don Bueso,
Y todo un infiel campo en Valdemoro,
Y hagas otros lances semejantes
En moros, paladines y gigantes.

»Y que tan noble sangre, con fecundo
Curso y ricos favores de tu estrella,
Gobierne á España y lo mejor del mundo,
Naciendo reyes y monarcas della;
Que seas en tus empresas sin segundo,
Amor de una honestísima doncella,
Y sucedan de tí, por mas extremos,
Mil príncipes á Castro, Sarria y Lémos.

»Y que el difunto bulto que encontraste
El sepulcro guardando de su cueva,
En ricas armas tu persona engaste,
De tu invicto valor bastante prueba;
Que del frágil alcázar que libraste
De la vil gente que tras sí lo lleva,
Los presos saques victorioso y grave,
Y yo te dé para ello puerta y llave.

»Que en el furor de Francia, que ya viene
De Leon á usurpar el reino y tierra,
El cielo trace y tu ventura ordene
Por tuyo solo el triunfo de la guerra;
Que tu invencible espada y brazo llene
De franca sangre la gascona sierra,
Y que, de lo demas que dé esta gloria,
Tu fama trace una inmortal historia.

»Todo ese colmo junto podrá el cielo
Darte, como lo tiene decretado,
Y hacerte, miéntras vivas en el suelo,
Invencible, querido y respetado;
Mas no hará, por no trocarle el vuelo
Al gran decreto del divino hado,
Que libre goces de prision tu padre,
Ni halagos tiernos de amorosa madre.»

Dijo; y de un ronco trueno y son quebrada
La bóveda de vidrio que tenia,
Del hondo mar la máquina cargada,
Que el contrahecho cielo componia,
A un tiempo en sordo estruendo despeñada,
La voz clara ahogó que ántes se oia
Con el futuro hado entre las gentes
Que en las torres vivian transparentes.

A quien dejó la súbita caida
Del cielo de cristal y sus estrellas
Sin sentimiento, ya que no sin vida,
Entre riscos, coral y conchas bellas;
En tanto que el raudal de la avenida
Sus gruesas olas derramó, y con ellas
Bañó otra vez los nácares profundos,
Y el uno se tragó de los dos mundos.

Mas ya despues que el espantoso estruendo
Que dejó á todos fuera de sentido,
En su rumor cesó, y el sol volviendo,
La clara luz cobró que habia perdido;
Libre Bernardo vió que iba saliendo
De un real jardin á un mirador florido,
Por una sala que en dorada altura
Las nubes vence, y rinde su hermosura.

Admiróle el bellísimo edificio,
Todo de lazos de oro artesonado,
Sin que viese ántes dél sombra ni indicio,
Ni por dónde ni cómo allí ha llegado;
Y ya del todo vuelto en su jüicio,
De nuevo se espantó, viéndose armado
De unas tan ricas armas, que parece
Que el dia por sus vislumbres amanece.

Cuajadas de preciosa pedrería,
Peto, celada, grevas, brazo y mano,
De oro un leon por cresta, á quien hacia
Sombra un plumero por el aire ufano,
Y en el grabado acero descubria
La obra de los buriles de Vulcano,
En las nieladas sombras, por concetos,
De historias por venir varios secretos.

En el lumbroso escudo relumbraba
La fama, vuelta muda, de parlera,
Las alas cortas y la lengua atada,
Su trompeta quebrada, y ella entera,
De una confusa niebla rodeada,
Con esta letra de oro por defuera:
«Tiempo vendrá que estos nublados rompa
»Nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.»

Admirado de tantas novedades,
Dudoso en entender sus mismas cosas,
Los ojos vuelve á ver las variedades
Que el jardin muestra de árboles y rosas;
Cuando venir á él vió dos beldades,
Mas que el lucero y la mañana hermosas,
Que en trato afable y noble cumplimiento
Grato le dan y dulce acogimiento.

Y el gallardo mancebo cortesano,
Con igual compostura y reverencia,
«El cielo, dijo, haga de su mano
Próspero agüero tan gentil presencia;
Y sepa, diosas, yo si el sexo humano
Al punto alcanza de tan alta ciencia,
Qué deidad rige, qué saber profundo
En torno trae este encantado mundo;

»Qué majestad encierra este palacio
En la de sus soberbios edificios;
A cúyo cárgo está en tan breve espacio
Tanta máquina y suma de artificios.»
Dijo; y la rubia Arbelia, que un topacio
En lustre, resplandor, viso y bullicios
Es su cabeza, y ella un cielo en todo,
Así respuesta dió al valiente godo:

«Prueba al invicto ardor de tu persona
Las maravillas son de nuestra tierra,
Y sus vencidos monstruos la corona
Del inmortal valor que en tí se encierra;
La fama quien aprecia y galardona
Los justos riesgos de la paz y guerra;
Y ese tu brazo, al fin, quien solo pudo
De esas armas vestirse y de ese escudo.

»La diestra lima del autor del fuego,
Cual ves, las hizo para el fuerte Aquiles;
Y dél las heredó un astuto griego
Por viva lengua y pláticas sutiles:
Perdiólas Telamon; y el que hizo ciego
A Polifemo, entre otras cosas viles
Al mar las arrojó, como el prudente
Que el oro arroja por salvar la gente.

»Llegaron al sepulcro sobre aguadas
Que por ellas se abrió, y el Jonio altivo
Quizá las estimó por mas guardadas
En Ayax muerto, que en Ulises vivo:
Allí las tuvo hasta hoy depositadas
La horrible sombra de su bulto esquivo,
Para que tú heredases sus perfiles,
Y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.

»Hoy se cumplió el decreto de los hados,
Y á darle el lleno á este lugar viniste,
Donde por senda y pasos nunca usados
Ya con victoria y con tu honor saliste:
Estos bellos alcázares dorados,
Y este jardin que un mayo eterno viste,
Son de la hada Alcina, en cuya mano
Todo el deleite está del gusto humano.

»Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
Y á que de mí lo sepas me ha enviado,
Rogándote que bajes á su honesto
Jardin, á ser de nuevo acariciado
De los que libertaste del compuesto
Castillo de sutil cristal labrado,
Y de Orimandro, á quien tambien Alcina
Ya á sus males ha dado medicina.

»Gundemaro y su esposa, que perdida
Tantos dias lloró, viven contentos,
Donde lo estarán mas con tu venida,
Por colmo á sus alegres pensamientos.»
Dijo; y del gran leonés obedecida,
A ver fué los floridos aposentos...
Al tiempo que en los campos de Toledo
Batalla hacian la rabia, la ira y miedo.

Medrosa Arleta, bravo Ferraguto,
Feroz Rangorio, triste Galiana,
Por donde el Tajo al mar lleva el tributo,
Y abre una vega de álamos lozana,
Llenos dejé los ánimos de luto,
Rangorio en ver los muertos, la lozana
Infanta en verle á él, Arleta al moro,
Y él el caballo y su mochila de oro.

Y en esta suspension, la que primero
Del silencio la voz sacó parlera,
De alevoso acusando al caballero,
Fué la atrevida y lóbrega hechicera,
Que, briosa y temblando ante el severo
Semblante y hermosura verdadera
De la gallarda infanta de Toledo,
Así le dijo entre esperanza y miedo:

«Soberbia majestad, cuya belleza
Aun la envidia á negarla no se atreve,
Pues casi iguala con la igual grandeza
Que ya un tiempo gocé lijero y breve:
Si á las que en hermosura y gentileza
Hermanas tuyas somos se nos debe
Favor, válgame ahora en tal presencia,
Ya que no mi justicia, tu clemencia.

»Bien sabes, reina hermosa, que fué mio
Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,
Y que más tu favor que mi desvío,
Sin culpa de los dos, me le ha quitado:
No quiero entrar contigo en desafío
En sí ó no me le tienes usurpado;
Mas porque seas de véras su señora,
Tuyo es, yo te le doy; gózalo ahora.

»Con tal que deste falso caballero
La afrenta quede de mi honor vengada,
Y á una promesa cumplimiento entero
A cuenta dé de mi beldad gozada:
De darme un preso ó ser mi prisionero
El alma prometió, en mi fe abrasada;
Mas un nuevo placer siempre se estraga,
Y en inconstantes gustos empalaga.

»Cumplirme pues conviene el juramento,
¡Oh falso! ó darte he al mundo por perjuro;
Que no es bastante excusa que á tu intento
El gusto te saliese aguado ó puro:
¿A quién sucede todo á su contento?
¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,
Que en invariable estado permanezca,
Y cual luna mortal no mengüe ó crezca?

»El mundo es un teatro, en que fortuna
Sus varios entremeses representa
De inconstantes figuras, y ninguna
Sale que con la suya esté contenta:
Desde las tiernas fajas de la cuna,
Al estrecho ataud, todo es tormenta;
Ya sopla un aire, ya vuelve otro viento
Los pasados placeres en tormento.

»Bien fuera que á los varios personajes
Que á su tragicomedia el tiempo envia,
Tu solo antojo diera el rostro y trajes
Con que el teatro alegran cada dia:
¿Tu gusto, por ventura, en sus ropajes
Hallar sin mezcla quiere la alegría?
¿O yo sola en el mundo soy la fea?
¿Yo sola soy? ¿No hay otra que lo sea?

»Muchas Arletas hay : corre la venda,
Y veráslas á oscuras, si se apaga
El nácar y la púrpura que emienda
La nueva tez que la vejez se traga :
Muere su luz, renace la contienda
Del vario tiempo, que les pecha y paga
Plata por oro, lirios por corales,
Y ébano por las perlas y cristales.

»¡ Cuántas al vuelo del sutil copete
Te mostrarian las blancas sienes calvas!
Cuántas sin el barniz que se entremete
Ni tan rubias serian ni tan albas!
Cuántas la luz fingida de un sainete
De infinitos defectos hace salvas!
Y ¡cuántas bajarian de su cielo,
Si el corcho les faltase, á ser del suelo!

»Alguna dió tu antojo por perfeta,
Que ha menester tambien vela encantada :
No es en esta desgracia sola Arleta;
Dime una tú á quien no le falte nada :
La beldad ni está aquí ni allí sujeta:
Mas solo al gusto de quien es gozada,
Y él no es mas que un engaño que le vende
Por gloria á cada cual lo que pretende.

»Este gusta de hacer un avariento
Tan á su estrecho estómago medido,
Que si ya atesorar pudiese el viento,
Tendria el respirar por prohibido;
Otro en pródigos gastos tan sin tiento,
Hasta el amigo deja destruido;
Uno se finge hipócrita ajustado,
Y otro saca por gala el desenfado.

»Quién en sus graves causas se congoja,
Y las vanas ajenas solicita;
Quién se mete en cintura, quién se afloja,
Quién se pone las cejas, quién las quita :
Quién con loco furor, si se le antoja,
Vivos entierra, y muertos resucita;
Quién los humos murmura de otra casa,
No viendo el fuego que la suya abrasa.

»Uno compra los dientes en la tienda,
Al otro se los quitan por perjuro;
Uno se vuelve lince, otro se venda
Por no ver á lo claro ni á lo oscuro :
Cada uno tras su antojo y por su senda
Sueña que va el camino mas seguro,
Y sin ver, cual debria, sus dislates,
Murmura los ajenos disparates.

»Yo hermosa nací, y en ser hermosa
Y tenerme por tal á nadie ofendo :
Cual soy me viste, no soy otra cosa :
Esto es lo que hay en mí, y esto te vendo :
Al gusto que en tí ardia fuí sabrosa :
Si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,
Ni yo eché el agua, ni es razon se ordene
Que otro por lo que tú pecaste pene.

»Y tú tambien, oh singular princesa,
Justicia es que me ampares deste ingrato,
Y que me cumpla mandes la promesa,
Y torne de su amor al primer trato ;
O miéntras no saliere con la empresa
De darme á Brabonel, guarde el contrato
De estar conmigo, como en fe segura,
Al gozar, prometió, mi hermosura.

»Que yo haré cuanto en mi mano fuere
Por no dar á su amor competidores;
Que es al amante que de véras quiere
El bien de mayor gusto en los amores :
Ni celos sentirá, si no los diere,
Ni de altivo desden los disfavores
Que las nuevas beldades traen consigo,
Sin reserva de amigo ni enemigo. »

Así á la toledana hermosura
Justicia la arrogante maga pide,
Y del moro feroz la fe perjura
En culpa agrava y con razones mide;
Cuya demanda y lóbrega figura
La justa risa con espanto impide;
Y Ferragut, corrido y de ira ciego,
Bramando, lanza por los ojos fuego.

Y vuelto al arrogante caballero
Que en forma de sangriento desafío
De Arleta hace la parte altivo y fiero,
Así le dijo : «Ese caballo mio
Que traes, ladron, hurtado, cobrar quiero
De tí; y quitado ya el caballo y brio,
No por tu persuasion, mas por mi gusto,
Daré á la maga el don que pide injusto.

»Digo que le daré derecho en todo
De Brabonel, sin que haya quien lo impida,
Aunque el frances orgullo y valor godo
Con la espada le ayuden mas temida.»
Arrestóse el jayan en este modo,
Porque parezca la ocasion nacida
De cólera y no celos, y ambos juntos
A una cerraron, sin mirar mas puntos.

Arrojaron de golpe los caballos
A ejecutar las bárbaras heridas,
Cuyos limpios aceros, al tentallos,
Sonoras dieron y altas estampidas;
Y los furiosos brios, en proballos,
Quitar pudieran otras tantas vidas,
A no hallar en el fino temple excusa
Del acero y los hados de Lanfusa.

Llevó el cristiano al moro medio escudo
De un reves, y él salió en un brazo herido
De una punta que halló su filo agudo
Puerta en un brazalete desmentido :
Cuando el caballo á Ferragut no pudo
El teson sustentar que habia tenido,
Siéndole fuerza dél saltar á tierra,
Y á pié acabar la comenzada guerra.

Siguiólo en el intento el paladino,
Que no quiso gozar de esa ventaja :
La Infanta, viendo el caso repentino,
Y á los dos dentro en su mortal baraja,
Por lo oculto del bosque convecino
A la imperial ciudad medrosa ataja
Con su bello escuadron, que en cada hoja
Algun nuevo enemigo se le antoja.

Así blanca paloma que ya presa
En las de un gavilan sin culpa ha sido,
Si acaso de las aves la princesa
Contra él se arroja del caliente nido,
Medrosa suelta la encogida presa
Al forzoso combate constreñido,
Y ella á esconderse temerosa huye,
Miéntras el uno al otro se destruye.

Solo Arleta quedó de ojos impuros
A ser de la cruel guerra infiel testigo,
Que, hecha á ver muertos y á rezar conjuros,
De ver despedazar gusta á su amigo;
Y los dos bravos con redobles duros,
Para hacerle en sí mismos el castigo,
De mil modos se hieren, y en mil modos
Para una muerte los intentan todos.

Diestro Rangorio, al reparar la herida
De un presto revolver de Ferraguto,
Tras una limpia punta no abatida
Con tal fuerza se entró el frances astuto,
Que seis pasos fué el moro de vencida,
Midiendo el campo no de sangre enjuto,
Y otra le hizo en los sangrientos llanos
Donde tenia los piés poner las manos.

Mas no tan presto súbita pelota
En blancas losas salta rebatida,
Cuando el gallardo jugador la bota
Y por las nubes nos la da escondida,
Como él saltó, con la paciencia rota
De ver su espada y furia resistida
De un solo brazo, y que le tenga puesto
El nombre en condicion, y en riesgo el resto.

Y así ya con mas tiento en su batalla,
Alerto al firme herir de su adversario,
Y al deseo de vengarse y acaballa,
Feroces golpes da impaciente y vario :
Acertóle uno en la dorada talla
Del firme peto, que un vaiven contrario
Le hizo dar, y pensar le hubiese hecho
Dos partes el arnes, y cuatro el pecho.

Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta
Por el fornido acero abrió al costado,
Que el lazo de la malla descubierta
De un fino rosicler dió arrebolado;
Y no fué sangre sola y color muerta
La que salió del pecho desarmado,
Que un furor corrió á vueltas, que un entero
Muro rompiera de templado acero.

Mas la atencion del presto sarracino,
Que la furia venir vió desmandada
Del herido aleman, y el desatino
De los ardientes rayos de su espada,
Con él cerró, y saliéndole al camino,
Su destreza y su cólera igualada,
Bien pensó hacerlo á su sabor pedazos
En duros nudos de sus firmes brazos.

No ejecutó el cristiano la herida
Por falta de lugar, mas pecho á pecho,
La lid sangrienta á lucha reducida,
Al moro puso en peligroso estrecho;
Y una furia con otra rebatida,
Vaivenes fuéron dando largo trecho,
En un duro teson y ardiente saña,
Ya las fuerzas probando, ya la maña.

Y viendo que es cansarse en la porfía,
Su ciega lucha y anhelar profundo
Bravos dejan, y en nueva gallardía
El asalto primero hacen segundo:
Ya las dos partes de las tres del dia
Que con golpes el moro asombró el mundo,
Pasado habian, y desta lid postrera
Corria sobre dos horas la tercera;

Cuando el arnes y el gusto destrocado
Al herido y soberbio paladino,
Un golpe le alcanzó al yelmo grabado
De redoblado acero y temple fino;
Y cual si fuera tierno vidrio helado,
Por tres partes quebrado al suelo vino,
Y el frances sin sentido y sin memoria,
Dejando á España el cuerpo y la victoria.

Creyó el moro feroz que estaba muerto,
Y quisole quitar solo el escudo,
Cuando del rayo del honor despierto,
Volverse á su primera opinion pudo;
Y en desigual combate, ya cubierto
De sangre el rostro, y en el alma un nudo
En verse en tal extremo, y al pagano
Sin herida ó rasguño de su mano,

Un golpe tal le dió por la cabeza,
Que con sol le mostró estrellado el cielo,
Y segundándole otro su braveza,
En riesgo estuvo de venir al suelo;
Cuando en desordenada fortaleza
Bravo cerró con él, y á todo vuelo,
El uno con el otro marañado,
Ambos vinieron al sangriento prado.

Así tal vez en la Marsilia arena
Dos libias sierpes, vomitando llamas,
Entre el horrible aliento que resuena
Del negro pecho y ásperas escamas,
En espantosos nudos dejan llena
De veneno la tierra, y si las ramas
Su efecto no hacen de la oculta ruda,
Una con otra en roscas mil se anuda.

En igual brega y nudo semejante
La verde yerba trillan los guerreros,
Probando el paladin en el gigante
De una afilada daga los aceros;
Mas viendo que ella es cera, y él diamante,
De su muerte vió claros los agüeros;
Y el moro, en el herir del brazo frio,
Irle faltando á su contrario el brio.

Quitóle de la mano el limpio acero,
Que ya con fuerzas débiles regía,
Y por entre el brazal, de un golpe fiero,
A dar al débil corazon le envia,
Donde dos veces ya lo escondió entero,
Y á los ojos con él la luz del dia,
Vengando sus aleves desatinos,
Y al padre de Teobaldo y Montesinos.

Extendióse el mortal cuerpo difunto:
El moro limpia su sangrienta espada,
Y para proseguir se pone á punto
De su dama la empresa comenzada:
Tomó el escudo al muerto, y viendo junto
De sí la sin lealtad maga turbada,
Que el caballo infeliz de la contienda
Manso le ofrece, y se le trae de rienda,

En él subió de un salto, y ella en otro
De los que andaban sueltos por el prado,
Topando acaso un mal domado potro
De sobrepaso y freno desbocado;
Y por la posta el uno tras del otro
Del bosque entraron por lo mas cerrado,
Siguiendo, entre una planta y otra planta,
El fusco rastro de la bella Infanta.

Las cinco partes de las seis del cielo
Ya el sol pasado el horizonte habia,
Y el primer orbe, con su raudo vuelo,
Al otro mundo trastornaba el dia;
Cuando al doblar de un monte el fértil suelo,
Que el rico Tajo de alelís vestia,
En cuidadoso paso diligente
Venir un escuadron vieron de gente.

En son de guerra y militar concierto,
Y en órden puesto el real pendon, seguia
Por capitan un árabe, que alerto
Al ver de Ferragut la gallardía,
Y el blason del escudo descubierto,
El mismo que ántes el frances traia,
Cómplice en la traicion ya le pregona
Del vencido tirano de Pamplona.

Con él se afronta, y de una gruesa entena
Que por lanza traia el hierro agudo,
En el templado y firme acero suena
Del sospechoso y redoblado escudo;
Y el alma del jayan, de rabias llena,
La ardiente espada saca, y donde pudo
Un golpe le alcanzó, que á ser de lleno,
Hecho dos le enviara al blando heno.

Habia con sus cien lenguas por Toledo
Ya publicado la parlera fama
Del traidor rey el cauteloso enredo,
Y el robo injusto de la bella dama;
Y el ofendido padre, con denuedo,
A la venganza que su honor le llama
Salido habia tambien, acompañado
De la mayor potencia de su estado.

Y en diversas escuadras repartidos,
Unos siguen el rastro, otros los pasos
De la floresta atajan, prevenidos
De armas y esfuerzo á semejantes casos:
Destos eran doscientos escogidos
A cuenta de Anfrangol, los que en los rasos
Campos del Tajo, por aquel camino,
Encontró á su pesar el sarracino.

Que engañado en la insignia del escudo
El brioso capitan, quiso, lozano,
De su fornida lanza el hierro agudo
Probar en los aceros del pagano,
Que en verse así tratar de un hombre mudo,
La roja espada en su arrogante mano
Tal relámpago dió y golpe tan fiero,
Que hiciera, á encarnar bien, dos del primero.

Mas volvió el toledano así furioso
Con la suya en la mano, que al guerrero,
Antes que de otro golpe peligroso
El temple afrente de su limpio acero,
Sobre el grabado arnes un tajo airoso
Con tanto brio le alcanzó, que entero
El brazal rebanó, y lo mismo hiciera
Al brazo, si de acero el brazo fuera.

Mas ya enfadoso el de Aragon, rompiendo
Del reportado sufrimiento el punto,
Así el lumbroso alfanje revolviendo,
Que al aire es de un sutil rayo el trasunto,
Sobre el moro bajó con tal estruendo,
Que escudo, brazo y yelmo, todo junto
Hizo pedazos, y partió derecho
Cabeza, barba, cuello, hombros y pecho.

Resonó al golpe con acento horrible
El bosque opaco y la ribera de oro,
Pareciendo á los ojos imposible
De humano brazo así partido un moro;
Y en la asombrada escuadra, que el terrible
Triste suceso vió en gritar sonoro,
Contra la espada cruel, para venganza
De su muerto Anfrangol, no quedó lanza.

No dió gusto la furia sarracina
Esta vez al jayan, aunque desea
Mas que el dulce vivir guerra contina
En que su espada hacer grandezas vea;
Porque há dos dias que sin comer camina,
Y dellos uno entero que pelea,
Y aunque encantado y de ánimo brioso,
Es hombre al fin, y ha menester reposo.

Mas viendo el cruel intento de venganza
Que trae sobre él la furia de Toledo,
Como entre flores de un jardin se lanza
A resistir su trápala y denuedo,
Con tales golpes, que á quien uno alcanza,
Ni ha menester segundo, ni yo puedo
Contarlos todos, ni decir los ciertos,
Ni aun la suma hacer de tantos muertos.

Quitó á Celin el brazo del escudo,
Y á Focion, que, en constancia nunca oida,
Ni reir ni llorar supo, envió sañudo
A mudar condicion en la otra vida:
Al astrólogo Arbildos, que no pudo
Levantarle figura á esta salida
Por la priesa del caso repentino,
De un golpe dejó hecho un tercer sino.

Mató á Gelon, á Rufo y á Tidoro,
Este noble, y los otros dos tratantes,
Y á los dos, padre é hijo, Elin y Eloro,
Nacidos en los duros Garamantes:
El gallardo mancebo Casiodoro,
Que de su nueva esposa aquel dia ántes
Gozó el gusto primero, al otro mundo
Desde allí le envió sin el segundo.

Y cual si algun peñasco firme fuera,
Inexpugnable está á sus adversarios,
Roto el arnes y la braveza entera
Al dar y recibir golpes contrarios:
Un nuevo rayo de la quinta esfera
Es de su espada en los efectos varios,
Pues ni del campo pierde ni del brio,
Hecho el contrario ya de sangre un rio.

Martorio era un plebeyo ciudadano,
Que de humildes principios pretendia,
Por sus logros, hacerse mas temprano
Contrahecho señor, que convenía:
Habia comprado al pueblo toledano
El oficio de alférez, y aquel dia,
Tomando posesion de su contento,
El imperial pendon volaba al viento.

Iba en el medio de la escuadra amiga
Haciendo de sí y dél pomposa rueda,
Ocasionando su ambicion que diga
Cada uno de ambas cosas cuanto pueda;
Y mirando la cólera enemiga
Del brazo altivo que pasar les veda,
Asombrado de guerra tan de véras,
Buscaba de huir nuevas maneras.

Al corpulento vientre en que estribaba
La real bandera, y por se hacer visible
En lo abultado y grueso, reventaba,
Con furor asestó la espada horrible;
Volvió espantado de su vista brava,
Y por huir del golpe, si es posible,
En un pantano trabucó, cayendo
La hidrópica fantasma y bulto horrendo.

Ferragut, que á hacer golpe espantoso
Iba en todo aquel monstruo corpulento,
Sin poder mas, el animal brioso
Sobre él cayó, y allí sobre ellos ciento:
Al morisco ahogó el charco lodoso,
Y el de Aragon, aunque de invicto aliento,
Cargando en él del campo todo el peso,
Quedó, por culpa del caballo, preso:

Al tiempo que el infante de Toledo,
En favor de su padre y de su hermana,
Con noble escuadra y con gentil denuedo
Por la selva llegaba comarcana
Al revuelto escuadron lleno de miedo,
En la ocasion, al parecer liviana,
De un solo caballero que ha podido
Dejarlo roto, ya que no vencido.

Era el príncipe ilustre toledano
De noble inclinacion y ánimo justo,
Cortés, prudente, sabio, afable, humano,
De real presencia y apacible gusto;
A quien su padre infiel, por fiel cristiano
La vida le quitó en decreto injusto,
Trocando, mártir ya el infante tierno,
El reino temporal por el eterno.

Enamoróse de la ley cristiana
Por la dulce armonía y dependencia
Que della tiene la razon humana,
En discreta y política prudencia
Trocando por diadema soberana
Reino mortal, y dándole en herencia
Honra á Toledo, ejemplos á Zamora,
Y á Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.

Este, llegando á ver el imprudente
Alboroto del campo mal regido,
Que por prender un capitan valiente
De veinte estaba sin concierto asido;
Y que ni el golpe y peso de la gente
Preso le da, ni su valor rendido,
Teniendo á golpes su escuadron deshecho,
El valor conoció al heróico pecho.

Y juzgando que un brazo valeroso
Sin causa hacer no sabe demasía,
Apartar manda el vulgo bullicioso,
Que aun preso el moro su furor tenia;
Y en grave rostro y término amoroso,
El bullicio aplacando que crecia,
Libre le pide, en fe de caballero,
En sus manos se dé por prisionero.

Que él vida y honra le hará segura,
Tanto como su espada y su braveza,
Y así, en ley de quien es, lo afirma y jura,
Con que templó el gigante su fiereza;
Llegando á conocer quien se asegura
Por la noticia y voz de su nobleza,
Que de un heróico príncipe la fama
Por nobles y plebeyos se derrama.

Súpose luego el peligroso engaño
Con que el moro español fué acometido
Por Anfrangol, que abrió la puerta al daño
Que todos por su culpa han recibido;
Y aunque la herida del mandoble extraño
Que al agresor partió, le ha enternecido,
La razon misma le hace que atribuya
Por justo el daño, pues la culpa es suya.

Ya en esto algunos que al furor sangriento
De la traicion pasada habian sobrado,
Y la sembrada fama por el viento
De lengua en lengua han hasta allí llegado,
Celebrando al autor del vencimiento,
De todos conocido y admirado,
Por aquel espantoso brazo fiero
Que por contrario le tenian primero;.

Uno la muerte dada por su mano
Al brutal Arganzon relata y cuenta,
Otro el golpe feliz que al rey pagano
El orgullo quitó, y sanó la afrenta:
Este de Arleta pinta el bulto enano,
Y de Rangorio aquella lid sangrienta,
Y juntos todos el comun provecho
Del golpe heróico por su espada hecho.

Y cómo en libertad la infanta puesta,
Y el enemigo campo destrozado,
Libre y salva tomó por la floresta
El camino mas breve y mas guardado:
Con que trocada ya la guerra en fiesta,
Porque en el horizonte arrebolado
Con el postrero resplandor queria
Dar á la noche su lugar el dia,

Alojándose el resto de la gente
Por la vecina selva, el noble Infante,
Con guarda y compañía suficiente,
Y el moro aragones, fuéron delante
Al castillo del paso de una puente
A pasar de la noche lo restante,
Y tomar por allí camino breve
Que otro dia á Toledo en paz los lleve.

Tratando de las bárbaras ficciones
Con que el navarro rey trazó el engaño,
Y las nunca pensadas ocasiones
Que suyo hicieron el ajeno daño:
En gusto iban hablando los varones,
Cuando el bosque sonó en rumor extraño
De armas templadas, que á sus golpes fieros
De los arneses gimen los aceros.

Entraron con recato apercibidos,
Por saber cúya fuese la batalla;
Que entre los pardos árboles metidos,
Tras cada mata piensan encontralla:
Suenan las armas, crecen los rüidos,
Y nadie lo que todos oyen halla,
Cerrándose la noche mas oscura
Con el sombrío horror de la espesura.

Un largo trecho por el valle umbroso
Entre ciega espesura van errando,
Creciendo del rüido belicoso
La grita aquí y allí de cuando en cuando:
Ferraguto, con pecho mas brioso
O con mayor desgracia, exprimentando
La del brioso caballo en que venia,
El camino perdió y la compañía.

Y engañado del son en que resuena
Del ciego bosque el monte comarcano,
De una alta cumbre de asperezas llena
Un fuego descubrió en el verde llano:
Volvió allá el freno, y por la selva amena,
Siempre el confuso ruido mas cercano,
Al fuego caminó, que parecia
Que tambien como el sol se le escondia.

ALEGORÍA.

En los sucesos de Florinda y su esposo se muestra l cuidado que Dios tiene de los inocentes, y cómo ninguna desgracia llega á quien él de su mano quiere guarar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas l aciertan.

Angélica en las uñas del dragon, y arrojarse Bernardo á quitarla dellas, significa el imperio humano, y ómo el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio, se arroja á las dificultades, de donde, como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de sí en el mundo, que es lo que significa el jayan vuelto en estatua de bronce, y una fama ulando por el aire, y los resplandecientes rastros que virtud deja de sí, á quien las envidias y emulaciones ntes hermosean que dañan, como se ve en el encantamento del jayan de alambre, y sus avispas. En el del iedo fingido se ve que la verdadera fortaleza vuelve l viento los temores humanos, que parecen algo y n nada.

Los alcázares de vidrio en el suelo de la mar, significan que el calor y la humedad son los autores de la rmosura y de la juventud, y cuán frágiles defensas n las suyas, hechas de rosas, contra los golpes del tiempo, figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud, y que en ninguna figura permanece; y al que no le pierde, descubre secretos dignos de ande consideracion.

En Arleta, que acusa á Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se reva á hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, rque cuando ménos se recele se hallará con la verienza en el rostro, y su delito descubierto y á vista de s ojos que mas lo pensó encubrir.

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO.

Ferragut, perdido por unas selvas, halla un castillo, donde le sucedió un sabroso encantamento: quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pié á una fortaleza, donde da muerte al jayan Bramante, y libra á Doralice y al rey su padre, y á Galirtos, los cuales hacen compañía á la Infanta hasta Granada. Y Galirtos, por entretenimiento del camino, cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite.

Ya en el rigor de un delicado gusto,
A un temeroso escrúpulo aplicado,
Se ha puesto en opinion si es caso justo
El de un moro llevar tan dilatado;
Y celebrando su ánimo robusto,
Pasar por otros golpes, olvidado
De no menor asombro y gallardía,
Que honrar pudieran la esperanza mia.

De un Roldan, de un Astolfo, de un Gaiferos
Graves sucesos, casos peregrinos,
Y del feroz Reinaldos y Oliveros,
Famosos hechos, de silencio indinos:
Encantamentos varios, golpes fieros
De bravos héroes y altos sarracinos,
Que por su fama fuéron de aquel mundo
Dignos de mas lugar que del segundo.

Mas no basto yo á todo, ni es mi intento
Los hechos celebrar de gente extraña,
Sino es en cuanto heróico fundamento
A esta victoria y célebre hazaña,
Que por principio y fin de mi alto cuento
El valor muestra de la invicta España,
Y le ha de hacer de un golpe en esta guerra
Suya toda la fama de la tierra.

Que ¿quién hay que, teniendo hombres famosos
En su nacion, celebre los ajenos,
Y tratando de hechos valerosos,
Los más olvide por contar los ménos?
O ¿cuál clima dió al mundo mas briosos
Pechos, de mas fervor y alteza llenos,
Que nuestra España da en parto fecundo,
Fin y principio del valor del mundo?

¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,
Canto tan numeroso y voz tan grave,
Que pueda hacer á sus hazañas suma,
Y este mi intento comenzado acabe?
¿Quién hay que á su valor llegar presuma?
Sus invencibles héroes, ¿quién los sabe?
O ¿quién no sabe la excelencia suya,
Sin que yo la encarezca ó disminuya?

¿Qué ingenio hay tan estéril, que no tenga
Entrada en ella á una famosa historia,
O ya á contar sus nobles hechos venga,
O á hacer de sus ejércitos memoria?
¿O bien con sus riquezas se entretenga,
O su alta majestad haga notoria,
Con que parece que la puso el cielo
Por cabeza de Europa y fin del suelo?

Todo en ella es prodigios de un perfeto
Y singular valor que la acompaña:
¿Quién pues, teniendo aquí tan gran sugeto,
A mendigarle irá de gente extraña?
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afeto
Mostrar pretendo en que el amor me engaña,
Y hace creer que puedo en lo que intento
Hijo tuyo hacer mi pensamiento.

Ni suene aquí el ingrato que procura
A su patria usurpar lo que le debe,
Y con torpe ignorancia y lengua oscura
Contraria espada á celebrar se atreve:
Yo vuelvo á Ferragut, pues su ventura
Hoy le hizo español, y que yo lleve
La presuncion de serlo en la memoria,
Para anudar con gusto el de su historia.

Buscando el llano va por la espesura
Al ronco son de espadas que resuena
Por la alta sierra, á quien la noche oscura
De riscos finge y de malezas llena;
Y al claro fuego, en senda mal segura,
Al pié fué á dar de la floresta amena,
Que entre sus verdes árboles y flores
Majada era de un hato de pastores.

Aquí, de hambre y sueño fatigado,
Bastante cena halló y humilde cama,
Que en la florida yerba recostado,
Fué el cielo cobertor, pluma la grama;
Donde en silencio se quedó olvidado,
Hasta que del cenit la ardiente llama
Al mundo el sol llovió de ardor vestida,
Que el sueño le rompió y le ató la vida.

El toledano príncipe y su gente,
Sin otro riesgo mas ni mayor daño,
Cada cual por camino diferente
Se dividieron con un mismo engaño:
Despues diré la causa; que al presente,
Despierto el moro, busca el potro extraño,
Que, en regates paciendo por la selva,
Le hace que á desandar lo andado vuelva.

Llevóle por cogello entretenido
De rama en rama por el bosque ameno
A una estrecha quebrada, en que metido
Ponerse consintió el dorado freno:
Saltó en la silla el moro, y divertido,
Ni en azares repara, ni ve lleno
De desgracias el potro, cuya estrella
Agüera cuanto halla y cuanto huella.

Anduvo el dia por la inculta selva,
Ignorante y perdido en su camino;
Ni sabe si prosiga ó si se vuelva
De aquel su comenzado desatino:
Camina y anda; y miéntras mas se enselva,
Ménos guia le queda y ménos tino,
Y ménos gusto en ver cuán mal segura
Hácia los suyos sale la ventura.

Como el gañan que la alquilada yunta
Con que el seco rastrojo desvolvia,
Perdida le dejó la corva punta
Que entre los surcos mas que el sol lucia,
Falto de aliento, la color difunta,
De cerro en cerro busca todo el dia;
Tal el descaminado Ferraguto,
Trastornando quebradas, va sin fruto.

El sol entre las nubes del poniente,
Aunque con tibios rayos, dilataba
La misma sombra que calladamente
De su errado camino le avisaba;
Cuando, yendo á emendarlo, vió presente,
Donde un collado á un monte se humillaba,
De un castillo la torre al cielo junta,
Las nubes taladrando con su punta.

Vuelve la rienda y para allá camina,
Deseoso de saber dónde se halla,
Y en tanto que anda mas, ménos atina,
Sin camino, sin senda, ni encontralla:
Pica el caballo y corre á su mohina,
Que la piensa hüir yendo á alcanzalla,
Juzgando de la torre, si la mira,
Que él se está quedo ó que ella se retira.

Perdió tras este afan lo que del dia
Hurtar le pudo al enriscado monte,
Hasta que el soplo de la noche fria
Todo el oro barrió del horizonte:
Que sin trillada senda ni otra guia,
Los pasos le pusieron de Clarionte
A las grabadas puertas del castillo,
Llamando en duda si querrán abrillo.

Cuando al hueco balcon de una ventana
Su fiero aspecto descubrió un gigante,
La barba y cara denegrida y cana,
Al coloso de Ródas semejante;
Y en ronca voz, aunque con habla humana,
Alegre haciendo el áspero semblante,
La causa pide á su venida incierta,
Y por favor le manda abrir la puerta.

Entró el moro arrogante, aunque con miedo
De algun fingido trato peligroso;
Que del gigante y su primer denuedo
Cualquier término honrado es sospechoso:
Cuando en los anchos patios bello enredo
De damas se mostró en tropel hermoso,
Que á recibirlo salen y á librallo
De sus pesadas armas y caballo.

Admirado de ver la hermosura,
Y del castillo las pinturas varias,
Que á pesar lucen de la noche oscura
A cuenta de mil claras luminarias,
Puesto el cuidado en la primer figura
Que á la ventana vió, cosas contrarias
Al sentido parecen verdadero
Lo que ahora mira, y lo que vió primero.

Así al que de repente abre los ojos
A ver el techo de oro artesonado,
Si ántes le habian del sueño los antojos
En lóbrega mazmorra aprisionado,
Alegre mira en aire los enojos
Del triste miedo y cárcel que ha soñado,
Y en la cuadra y sus galas deleitosas
El diferente estado de las cosas.

Súbenle en varias lumbres á una sala
De oro labrada toda y pedrería,
Y á una cuadra, de allí, que por mas gala
De brocado entoldada parecia:
A lo alto de sus bóvedas no iguala
Del cielo la preciosa argentería,
Cuando en las frias noches del invierno
Mas lleno está de luces y mas tierno.

En medio de la cuadra ardiendo habia
En leones de oro un lecho de brocado,
De nácar un bufete de ataujía,
De olores finos y de luz cargado:
La vista el moro aquí y allí volvia,
De la gustosa variedad llevado,
Y por un breve rato deste modo
No miró nada por mirarlo todo.

No fué de Cleopatra la jitana
El capitan romano mas servido,
Ni en mas ostentacion y pompa ufana
De Faro en su alta torre recibido,
Ni en la cuadra del cielo soberana,
Donde Juno acaricia á su marido,
Entran á le servir diosas mas bellas,
Ni en sus techumbres lucen mas estrellas.

Sentóse en una silla de oro, puesto
Sobre su arnes un manto de escarlata,
Bordada en él la historia de un apuesto
Pastor que con cien ojos se recata
Del fingido Mercurio, que, dispuesto
Ya de cerrarlos de una vez, remata
Su vida con su voz; que un doble trato
Suele engañar á un Argos en recato.

Llegó una hermosa dama que traia
En fina porcelana real conserva,
Que aunque de azúcar hecha, parecia
Con cuernos de oro alborotada cierva,
Que en almíbar nadando, pretendia
De la flecha hüir la mortal yerba
Que en el cuerpo llevaba soterrada,
Yendo así la verdad mas disfrazada.

«Señor, dijo la dama, aquel gigante
Que hospedaros mandó y es noble dueño
Desta casa, y que á todos con semblante
Alegre albergue da dulce y risueño,
Miéntras viene á serviros con bastante
Gusto de hacerlo así, como en empeño
Del suyo, os ruega refresqueis la boca
Con este dulce que á beber provoca.»

El moro, al noble trato agradecido,
En corteses palabras le responde,
Comiendo del regalo, que en olvido
Sus males puso sin saber por dónde:
Sirviéndole tras ello un encendido
Y suavísimo vino, en quien se esconde
Tanta virtud, que en todas ocasiones
Del alma olvida y borra las pasiones.

Compuesto era quizá el alegre mosto
Del néctar que en el cielo se vendimia,
Que del mundo inferior todo su agosto
No llega aquí, ni alcanza su vendimia;
No hay bien cumplido en él, todo es angosto;
Finge contentos de oro, y son de alquimia;
Si este le dura al moro, no hay recelo
De que el dulce brebaje sea del cielo.

Sintióse descansado de la pena
Que el yerro le ha causado del camino,
Y en un dulce reposo el alma llena
De los vapores del alegre vino;
Cuando un sordo rumor de gente suena,
Y en aparato y resplandor divino
Cien ninfas van entrando por las salas,
De hermosos rostros y costosas galas.

En grave aplauso al desigual gigante
Haciendo vienen majestad y estado,
A quien del rico manto rozagante
Diez dellas traen la falda de brocado:
El cortesano moro con semblante
Alegre á recibille fué, admirado
De su extraña fealdad, y la belleza
Que en torno ciñe y cerca su fiereza.

Tomó en frente del moro rica silla,
Y hablando en varias cosas, le parece
El pomposo jayan sombra sencilla
Que cada rato en su estatura crece:
La barba y cara cana y amarilla;
Mirar su oscura altura desvanece,
Que de la rica cuadra, desde el suelo,
Tocar parece con la frente al cielo.

Así del viejo Atlante el bulto horrendo,
A vista de la górgona fiereza,
En hinchazon hidrópica creciendo,
En la luna fué á dar con la cabeza;
Donde por el gran peso retorciendo
De la agobiada espalda la grandeza,
No hay signo en el zodïaco ni estrella
Que no se pare á descansar sobre ella.

Es nuevo el caso, y como tal le admira,
Y mas que todo la espantosa junta
De las dispuestas damas, en quien mira
Medrosos rostros de color difunta:
Ora sea que en las luces se retira
El bello lustre del matiz que apunta
Al rosicler de la atezada cara,
Cuando alumbra del sol la antorcha clara;

O que la oscura noche con sus olas
Los vivos resplandores les empaña,
O que del blando afeite en ellas solas
El ordinario deslumbrar engaña:
Al fin, entre sus garbos y sus golas
La vista un no sé qué de horror extraña
Entre aquella beldad, que, aunque escogida,
Rastros descubre de beldad fingida.

Suspenso estaba en este asombro el moro,
Cuando la horrible máquina que sube
A herir con su alta frente el techo de oro,
Deshecha huyó como aparente nube,
Saliendo della un celestial tesoro
A Diana semejante, cuando sube,
Caido el velo ya que la encubria,
A media noche contrahaciendo el dia.

En la pomposa silla del gigante,
De su sombra nació una imágen bella,
Tanto á su pensamiento semejante,
Que viva pareció Galiana en ella;
Y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,
Vida le era el oilla, y gloria el vella,
Cuando al gusto del vella y del oilla
Se le añadió otra nueva maravilla.

Las tiernas damas que en diversas pintas
Al alma por la vista abrian antojos,
Cual cometas en luz de oro distintas
Se huyen y van de los atentos ojos,
Formando al aire unas doradas cintas
De sutiles vislumbres y arcos rojos,
Como á las nubes vuela en sus centellas
Nocturno incendio á deshacerse en ellas.

Así un bañado rostro en el ardiente
Licor que ya fué alegre, mostró ardiendo,
En tibio fuego y luz resplandeciente:
La sutil llama va el humor bebiendo;
Acaba de enjugarlo, y de repente,
Sin negro humo ni sonoro estruendo,
En aire ya resuelta, se derrama
Del blando incendio la dorada llama.

Así aquella aparente hermosura,
Que en humanas figuras se partia,
Medallas de oro hecha la mas pura,
Rayos de fuego sin quemar fingia;
Cuya dorada luz, ya en sombra oscura
Desvanecida, al aire se volvia,
Cual relámpago ardiente, cuyo fuego
Deja al que mira, al deshacerse, ciego.

Quedóse solo el hijo de Lanfusa
Con la aparente imágen de su gusto,
Ciega la vista, la atencion confusa,
Y en fuego ardiendo el corazon robusto,
Buscando á tanta novedad excusa,
Y al nuevo engaño el fundamento justo,
Y cómo, de aquel bien en que se sueña,
Parte pueda alcanzar grande ó pequeña.

Parécele que viene, ó se le antoja,
La bella toledana en su contento,
Que aunque enojarse finge, no se enoja,
Ni tiene á libertad su atrevimiento:
Cuando en nueva se vió y mortal congoja,
Sobresaltado el ciego pensamiento
Con nuevo antojo, que es la astuta Arleta
La que en lazos de amor sabroso aprieta.

Fué el miedo tal, que despertó asombrado,
Y en un valle se halló al pasar de un rio,
Entre matas de adelfa recostado,
Al cielo abierto y al sereno frio:
Tuvo por vano sueño lo pasado,
Y si algo no lo fué, fué el desvarío;
Que aun despierto y con luz, medroso sueña
De la maga sagaz de Fontidueña.

Sube á caballo, y desdeñoso pasa
Por medio el rio profundo, cuando el dia
Alegre á coger sale de su casa
Las mismas perlas que en las flores cria:
Baja del monte á la campaña rasa,
Y del bosque salió por otra via
Una lijera cierva que llevaba
Las alas de un arpon, con que volaba.

Parecióle, mirada de repente,
La que de azúcar vió de oro en un plato,
Cuando á la luz de la delgada gente
Cenar soñó y tener de gusto un rato:
Creyó aquello por sueño, y lo presente
Por la verdad de lo que vió en retrato;
Y así, «sin duda esta corcilla brava
Es, dijo, la que yo alcanzar soñaba.»

Siguela con sus perros una diosa
Que de la luz del sol pareció hija,
Sobre una blanca hacánea vistosa
Que el viento la espolea y regocija:
Conoció el moro á la princesa hermosa
Que amor le ha puesto en la memoria fija,
La misma que, al sabor del blando sueño,
Aquella noche le aceptó por dueño.

Arrímale las piernas al caballo,
Que, de brioso, no conoce espuela,
Por correr tras su gusto y por gozallo
En el gallardo brio con que vuela:
Doce leguas corrió sin reportallo,
Siempre llevando á vista la cautela
De la corcilla y dama que engañosas
Así los cursos truecan de sus cosas.

Hasta que, al despeñarse á una quebrada,
Lijero se arrojó de los arzones,
Pasando la feroz desenfrenada
Bestia en ciegos traspiés y tropezones:
Volvióse el moro á pié, y de la cañada
Al subir los estériles terrones,
La cierva volvió á ver y a quien la sigue,
Falsa beldad que su quietud persigue.

En corvas uñas de un leon brioso
Despedazada vió su blanca cierva:
Corrió á quitarle el cebo apetitoso,
Cuando del prado en la florida yerba
Ella garza se hizo, el leon furioso
Presto neblí, que en diestra ala conserva
La primera intencion, y á todo vuelo
Dándole fué regates hasta el cielo.

La Infanta, que siguió por todo el dia
La cierva, que ya es garza en medio el prado,
Un revuelto peñasco parecia,
En que ella y su caballo se han trocado:
Dejó asombrado al moro lo que via,
Y en duda si durmiendo ó si encantado,
Así lijero se le trueca y miente
Lo mismo que en las manos toca y siente.

Toda la confusion desta maraña
En un mágico cerco fingió Arleta
Desde que metió al moro en la montaña
Del sordo ruido de armas inquieta,
Hasta las sombras en que aquí le engaña,
Por apartar de su alma á la discreta
Galiana, y desterrarle de Toledo;
Que tiene celos dél, y della miedo.

Y por lograr su gusto en el extraño
Y mágico aparato, ya hay quien diga
Que en el fingido alcázar ciego un año
En su poder le tuvo, y fué su amiga;
Mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño
Tanto podia durar, ni la enemiga
Maga mas le tuviera que aquel dia,
Ni mas firmeza en su inconstancia habia.

Algunos otros por allí perdido
Por cobrar se entretuvo á Clariónte,
Y no pudiendo haberlo, desabrido,
Por la aspereza se emboscó de un monte;
Y de una aldea en otra entretenido,
Un dia, cuando el sol de su horizonte
Tenia la cumbre y el cenit del cielo,
Rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo,

Por las ásperas sierras de Segura,
Entre altísimos pinos caminaba,
No léjos de una ciega gruta oscura
Que el claro Bétis con cristales lava:
A una tajada peña cuya altura
Silla á las nubes en sus hombros daba,
La ventura, que ya otra vez le guia,
Cansado y sin pensar le sacó un dia.

Está un castillo en esta oculta peña,
De un muro inexpugnable rodeado,
Entre el respaldo de una espesa breña,
Por mayor fortaleza incorporado:
El rio, que en duros riscos se despeña,
Por el uno le cerca y otro lado,
Con una angosta senda y puerta estrecha,
De dos peñascos sin industria hecha.

El despeñarse del profundo rio,
Y el romper por los árboles el viento,
Y de las aves con el blando frio
El dulce son y sonoroso acento,
Templarle hizo á Ferraguto el brio;
Y cansado de andar sin gusto, á tiento
Su quietud desear; que es caso feo
No tenerla siquiera en el deseo.

No hay cumplido contento en suerte alguna;
¿Quién hay que con la suya esté contento?
Envidia el labrador la real fortuna,
Y el rey al labrador su humilde asiento,
El viejo al que gorgean en la cuna,
El mozo lo que al viejo le es tormento,
El soldado la paz que al monje encierra,
Y el monje piensa hallar paz en la guerra.

Al que labró el castillo esto bastaba;
Mas al moro, del mundo es poco el resto;
Que no cabe en el puño la mar brava,
Ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto:
Esto el valiente capitan pensaba,
En una suspension sabrosa puesto,
Cuando al silencio del atento oido
De armas deshizo un bárbaro alarido.

Del raudo Bétis el cristal huyendo,
Que en duros riscos abre ancho portillo,
Del ronco acero el temeroso estruendo
Al que escucha no da lugar de oillo;
Mas, ya en deseos de sangre el moro ardiendo,
Brioso sube al áspero castillo...
Despues dirá sus golpes; que ahora al fiero
Dueño del firme muro decir quiero.

Desta alta fuerza hablaba peñascosa
El antiguo Yucef, cuando decia
Que de Bramante el alma desdeñosa,
Loca de celos, conquistado habia
De aquí á la tierra hacia guerra odiosa,
De aquí salia á robar, y aquí volvia,
De insufribles desdenes retirado,
Sin otra ley que la de un gusto airado.

Aquí de los enfados rebatido
De la adorada infanta de Toledo,
A vengar disfavores reducido
En loco antojo y bárbaro denuedo,
La tierra tiene y reino destruido
De su escabrosa condicion el miedo,
Corriendo un mismo riesgo en el camino
El Rey y el remendado peregrino.

Cuarenta damas de las mas hermosas,
Que su crueldad halló, tenia robadas,
O en asaltos y guerras peligrosas,
O con traidoras fraudes conquistadas:
Estas le habian de asistir forzosas,
De ricas telas de oro aderezadas,
A un cruel servicio y débito ordinario,
O con forzado gusto ó voluntario.

Y por su antigüedad se iban llegando
A su lado, á su mesa y á su cama,
Y no bien se acababa el dia, cuando
Puesta quedaba en libertad la dama,
Y otra de nuevo en su lugar entrando,
Para así alimentar la brutal llama;
Y en este estilo, por la injuria de una,
No perdonar la fama de ninguna.

Con las doncellas esta ley guardaba,
Bárbara condicion, soberbio intento,
Con que, á su torpe parecer, vengaba
Su injuriado arrogante pensamiento:
De los que en cruel altar sacrificaba
A un ídolo de humana sangre hambriento,
Poblaba de reliquias las almenas,
De sangre y tristes luminarias llenas.

Cada mañana hizo un sacrificio,
Y cada tarde deslustró una dama,
Sin dar segunda vista al torpe vicio,
Ni proseguir dos noches una cama:
La caza era de dia su ejercicio,
Y no de fieras; mas, segun es fama,
Por las selvas, caminos y poblados,
Caminantes cazaba descuidados.

Tenian la tierra despoblada y sola
Sus asaltos y presas ordinarias,
La mauritana gente y la española
Puesta al rigor de sus traiciones varias;
Que por vengarse de una dama sola,
Todas quiso que fuesen sus contrarias;
Y en este intento el sin lealtad tirano
Al moro hacia igual con el cristiano.

Injusta presuncion, necio cuidado,
Perder el propio por el gusto ajeno,
Y pretender sin fe un amor forzado,
Vacío de glorias, y de enfados lleno;
Mas ya el aragones moro, llevado
Del ruido de armas por el monte ameno,
Llegando fué á la temerosa roca,
Que con las puntas en las nubes toca.

Por donde vió la senda mas trillada
Hasta encontrar subió la estrecha puerta,
Entre dos firmes peñas asentada,
De fuertes planchas de metal cubierta:
Halló que por de dentro está cerrada;
El aguardar que le abran, cosa incierta;
Y el ruido que en sus bóvedas sentia,
Cuanto mas se acercaba mas crecia.

Por pardos riscos y quebradas peñas;
Como pudo se fué acercando al muro,
Buscando, entre las rocas y las breñas,
Para poder subir lugar seguro:
Cuando al profundo rio dos pequeñas
Ventanas hechas vió en un mármol duro,
Y en triste suspension á la una dellas,
En forma de mujeres, dos estrellas.

De las dos conoció que era la una
La bella Doralice granadina,
Que como en cerco de oro blanca luna,
Su beldad resplandece peregrina,
Dando en llorosos ojos de una en una
Mil perlas sobre el agua cristalina,
Con que el Bétis soberbio al primer grano
A enriquecer los mares corre ufano.

«Nunca creí que tierra tan fragosa
Guardara, dijo el moro, tal riqueza:
¿Acaso en esta roca venturosa
Vive escondida al mundo la belleza?»
Entónces de las dos la mas hermosa,
Con nuevo llanto alzando la cabeza,
«No vive, dijo, en cárcel tan oscura
Sino la misma muerte y desventura.

»Huye, triste de tí, huye lijero
La infame tierra y el lugar odioso,
Si no te amarga el mundo venidero,
Y, como á mí, el vivir te es enfadoso;
Que aquí no habita sino un monstruo fiero,
Y con él los que el cielo riguroso,
Por el castigo de sus culpas, echa
A morir en cadena tan estrecha.»

«Señora, dijo el moro, á los decretos
Del justo cielo no hay defensa alguna:
El toque y prueba de ánimos perfetos
Son las contrarias vueltas de fortuna;
Mas si deste castillo los secretos
Sabeis, y sus entradas, mostradme una;
Que ver vuestro dolor me ha persuadido
Poder serviros, y el favor que os pido.»

«El muro, dijo Doralice, es hecho,
Cual veis, de argamasada piedra viva:
No os pongais, caballero, en tanto estrecho;
Buscad otra ocasion ménos esquiva:
El entrar por ahora es sin provecho,
Y mucho el riesgo que la entrada os priva;
Si ya con vos vinieran otros ciento,
Aun fuera temerario arrojamiento.»

«En poca deuda os soy, respondió el moro,
Pues mi honra os debe ménos que mi vida:
Dejadme entrar; que el cielo, en quien adoro,
Si me quiere guardar, no hay quien lo impida.
Si esos suspiros, si ese triste lloro
No son, cual pienso, en vos cosa fingida,
A trueco de enjugar ojos tan bellos,
Pequeño riesgo es el morir por ellos.»

«Ya eso, le respondió la dama bella,
A mas me obliga que á os negar la entrada,
Si, lo que el cielo no permita, en ella
Vuestra temprana muerte está guardada;
Mas si con tanto gusto os vais tras ella,
Deshaced esta reja con la espada,
Y tendrémos, al fin, quien en tal pena
A arrastrar nos ayude esta cadena.»

Así la mora dijo valerosa,
No creyendo que el fuerte sarracino
Con la espada rompiera la espantosa
Reja y del duro acero el temple fino;
Mas, cual de cera azul pasta amorosa,
Toda del primer golpe al agua vino;
Y Doralice, viendo el hecho altivo,
Temió que fuese Rodamonte vivo.

Entró á un jardin vestido de frescura,
Donde con otras vió la dama bella,
Que en triste llanto envueltas y hermosura,
A su pesar se entretenian con ella:
Contáronle el rigor de su clausura,
El desgraciado curso de su estrella,
Las leyes del castillo en que se halla,
Y por sospechas la cruel batalla

De allí pasó, entre andenes retocados
De rosicleres, donde en golpes fieros,
De treinta alarbes brazos rodeados,
Se combatian dos bravos caballeros,
Los almetes y escudos destrozados,
Los brios y los ánimos enteros,
De ardiente sangre y de furor cubiertos,
Y el estrecho palenque de hombres muertos.

Mirábalos Bramante ardiendo en ira,
Que no quiere humillar su brazo fuerte,
Y por no herirlos, de dolor suspira,
Y ellos por no poderle dar la muerte:
Ferragut, que el notorio agravio mira,
Por la canalla vil se entró de suerte,
Que de su ira los rayos mas pequeños
Verdades fuéron, y parecen sueños.

Del primer golpe derribó un guerrero,
Y del segundo al que tras dél venia;
Del tercero tambien cayó el tercero,
Que al cuarto y quinto les sirvió de guia;
El sexto hizo igual con el primero,
Y el sétimo á buscar al sexto envia,
Y al fin de las primeras diez heridas
A sus piés derribó otras tantas vidas.

Y no el jayan con esto satisfecho,
Llama lanzando por los ojos viva,
A uno rabioso rompe y rasga el pecho,
Otro hiere, otro mata, otro derriba,
Otro menudas piezas deja hecho,
Y un golpe á dos y á tres de vista priva,
A este barrena, á esotro descabeza,
Y al otro lo desmiembra pieza á pieza.

Cual rayo en nube ardiente congelado,
Ya rebatido del contrario hielo,
De roncos truenos y furor cercado,
Rompiendo sale con su furia el cielo;
Si de la roja mies fértil sembrado
Tierno se ofrece á su violento vuelo,
Las cañas arden, huyen los pastores,
Y el mundo tiembla al ver sus resplandores.

Nadie juzgara que de brazo humano
Pudieran proceder golpes tan fuertes,
Ni que una limitada y mortal mano
Diese en tan breve espacio tantas muertes;
Y tú tambien, oh bárbaro inhumano,
Que tu presente destruicion advierte,
De tu arrogante pecho el primer brio
Tibio siente el calor, y el fuego frio.

El bravo aragones, aun no cansado
Del cruel destrozo que á sus piés tenia,
Tras las flacas reliquias que han sobrado,
Cual lobo entre corderos, discurria;
Hasta donde el gigante retirado,
Contemplando el estrago que hacia,
Tal despecho y dolor en su alma siente,
Que se deleita en ver morir su gente.

Cual de la ardiente Libia leon herido
Del dardo cruel que el Nasamon le tira,
En fuego de venganzas encendido,
La cola hiere y con su herir se ira,
Y al puesto y al lugar mas defendido
Con atrevidos pasos se retira,
Y sustentando allí la inútil plaza,
Las lanzas quiebra y flechas despedaza;

Así el jayan, de su furor llevado,
Al encuentro salió al moro valiente,
Y ha de vengar en él, determinado,
El sangriento destrozo de su gente;
Y un corvo alfanje en alto levantado,
Del yelmo altivo el gran dragon luciente,
Que iba entre plumas con pomposo vuelo,
Todo del primer tajo vino al suelo.

Dos pasos volvió atras, desacordado,
Dando traspiés del golpe recibido,
Que á no ser cuerpo y armas encantado,
Le diera en dos mitades dividido;
Mas no tan bravo el escorpion pisado,
Ni con tanta presteza deja el nido,
Como el moro acudió á vengar su injuria,
Más del honor herido, que otra furia.

Y sobre el acerado y ancho escudo
Al descortés jayan dió tal respuesta,
Que, á pesar de su fino temple, pudo
Del yelmo hallar la relevada cresta;
Y á no torcer la espada el filo agudo,
La vida en riesgo le dejara puesta;
Que así entró rebanando, cual si fuera
Por un delgado estaño ó blanda cera.

Mas no quitó al gigante belicoso
Nada de su opinion el golpe fiero;
Que ántes volvió al combate peligroso
Con mayor arrogancia que primero;
Y un mandoble acertó tan poderoso
Del limpio escudo en el grabado acero,
Que en el suelo quedó el mayor pedazo,
Y en la fama la envidia de tal brazo.

Y dando y recibiendo desta suerte
Mortales golpes de uno y otro lado,
De los dos el mas flaco y ménos fuerte
A su enemigo tiene acobardado:
Cada cual quiere rescatar su muerte,
O con ella alcanzar crédito honrado;
Y este ha de ser, segun que la honra ordena,
Comprar la vida con la muerte ajena.

Bramante su ardiente ira desenvuelve,
Y los pesados golpes dobla y carga,
Ya desta parte, ya de la otra, vuelve,
Y aquí la tempestad y allí descarga;
Mas su contrario en uno se resuelve
De averiguar por sí brega tan larga,
Y con reportacion templando el brio,
En mil no acierta á dar uno en vacío.

El suelo de armas y de horror cubierto,
Y ellos por todas partes desarmados,
Dando y sufriendo golpes sin concierto,
De sangre están y de sudor bañados:
Un tajo Ferragut en descubierto
En uno le alcanzó de dos costados,
Cuyo rigor y desigual destreza
Ir dando de ojos le hizo larga pieza.

Y á no ser de tan fino temple hecho
El rico arnes, con sola esta herida
El agraviado reino satisfecho
Quedara, y el gigante sin la vida;
Pero faltóle entrar con pié derecho,
Y así salió la espada rebatida,
Aunque, á pesar del sobrepeto grueso,
El penetrante golpe llegó al hueso.

Nunca sierpe se vió tan espantosa
Como á este tiempo el desleal Bramante,
Ni ánimo de arrogancia tan briosa,
Que no dude ponérsele delante;
Y él, cual la mar bramando tenebrosa,
Alterada de un áspero levante,
Con ambas manos el alfanje afierra
Para dar de una vez fin á la guerra.

Hizo ademan el moro de esperalle
A la menguante sombra de su escudo,
Y él con tanto furor bajó á buscalle,
Que mal ejecutar su golpe pudo;
Mas el diestro español, al desvialle
La espada, así encarnó su filo agudo,
Que entre el reparo y el salir del tajo,
Una pieza le echó del hombro abajo.

Segundóle al pasar otra herida,
Y otra y otra dobló mas peligrosa,
Y entre una y otra malla desmentida
Una punta halló puerta sabrosa:
Pudiera por allí salir la vida,
A encarnar más la espada venturosa;
Y contentóse con dejar caliente
De roja sangre una copiosa fuente.

No pareció á Braman caso seguro
Brioso esperar á tanta gallardía,
Ni de sus planchas ni su temple duro,
Ni de su fuerza ni su maña fia:
Parécele ya estrecho el ancho muro
Que ántes un mundo entero no temia,
Y nada sano el combatir lijero,
Si es, cual parece, su contrario acero.

Mas, ya en rabiosa cólera encendido,
Los golpes redoblando sin concierto,
A no ser encantado el combatido,
De cualquiera quedara dellos muerto:
Está fuera el gigante de sentido,
Que un monte hubiera con su espada abierto;
Y halla á su contrario mas constante
Que á un tierno vidrio un muro de diamante.

No sabe por qué via aprovecharse
De enemigo tan fuerte y poderoso,
Ni cómo con su cólera vengarse,
Pues vengarse ó morir le es ya forzoso:
Al fin, como no puede reportarse,
Ni su espada hacer un lance honroso,
Resuélvese en cogerle entre los brazos
Y allí hacerle á su placer pedazos.

Con nudos mil le ciñe y le recoge,
Y de su maña y fuerza se aprovecha,
Ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,
Ya en la lucha se empina, ya se estrecha;
Ya de los hombros con furor le coge,
Y aquí y allí le vuelve y le desecha;
Bien que así Ferragut su fuerza alienta,
Que en igual peso el gran teson sustenta.

Largo rato anduvieron forcejando
Con pertinaz porfía y fuerza extraña,
Perdiendo tierra á veces y ganando,
Ya las fuerzas probando, ya la maña:
Las vueltas de fortuna exprimentando,
Que al vanamente confiado engaña,
Y al loco con favores desvanece,
Y al atrevido ensalza y favorece.

De la prolija lucha ya enfadado,
Hizo pié el de Aragon en un recuesto,
Y de un vaiven sin maña y tiempo dado
Su enemigo de sí echó descompuesto;
Y él, de su misma furia arrebatado,
Sin pensar, se halló en el suelo puesto,
Y Bramante en sus pasos tropezando,
Largo trecho tras dél fué trabucando.

Mas sin mostrar ni sombra de recelo
Que pudiese agraviar su fortaleza,
Bramando al aire y escupiendo al cielo,
De nuevo la cruel batalla empieza;
Y la espada esgrimiendo en raudo vuelo
A dos manos, de encima la cabeza
Con tal furor desciende y tal rüido,
Que dejó á su contrario sin sentido.

Y otro y otro segunda, y otros ciento
Así apriesa, que un yunque de diamante
No resistiera el fuerte movimiento
Del desabrido hermano de Morgante;
Y el de Ulid, con enfado y corrimiento
De verse así tratar, bravo, arrogante,
Contra el firme enemigo que le enoja
El roto escudo y la paciencia arroja.

Tembló el córcega infiel al grito fiero
Que el de Aragon bramó, determinado
De dar á sus porfías el postrero
Y último golpe á lo que habia empezado:
No se vió rostro ni semblante entero,
Ni corazon de véras reportado;
Que del general miedo el pasmo frio
Al rostro hurtó el color, y al pecho el brio.

Y él, con la gallardía acostumbrada
Y firme pulso que su brazo encierra,
La peligrosa relumbrante espada
Con ambas manos, afrentado, afierra;
Y á dejar en su filo averiguada
Su clara fama y la dudosa guerra,
Sobre el ya temeroso rey Bramante
Bajó, el aire cortando resonante.

No en ademan mas vivo y mas gallardo
Júpiter sobre Encélado levanta
La altiva diestra, cuyo ardiente dardo
A todo el mundo, y no al gigante, espanta,
Cuando el Etna, encendido á su resguardo,
Desde la cumbre tiembla hasta la planta;
Que ya de Doralice el nuevo amante
La espada alzó contra el sensual gigante.

Y en tan lleno furor bajó derecho
El filo agudo por el aire blando,
Que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho,
Las entrañas y el vientre palpitando,
Dos partes el gran corzo quedó hecho;
Y en medroso silencio resonando
Por las doradas bóvedas, corriendo
Un rato el eco fué del golpe horrendo.

Así rayo veloz al viejo encino
Que ántes servia de sombra á todo un llano,
Al suelo arroja en trueno repentino,
Y el eco asorda al valle comarcano;
Vuelve medroso, huyendo del camino,
El que á su abrigo va á ampararse en vano;
Tiembla el pastor, el segador se admira,
Y el dueño del rastrojo calla y mira.

Tales los circunstantes admirados
Dejó el no visto golpe poderoso,
De asombro los contrarios retirados,
Y de miedo encogido el mas brioso:
Los dos que Ferragut halló cercados
En trance sin su ayuda peligroso,
Ya libres, en pomposa vanagloria
El parabien le dan de tal victoria.

El grave Estordian, rey granadino,
Era dellos el uno, otro el anciano
Galirtos, rey de Alora, su vecino,
De edad madura y corazon lozano,
Que en seguimiento al robo peregrino
Que Braman hizo á un bosque comarcano
En Doralice, por librar su daño,
Al riesgo entraron del castillo extraño.

Mas ya, dejando libre la guarida,
Antes de tantos prisioneros llena,
La tierra, en su quietud restituida,
Libre se vió de sobresalto y pena;
Y la argentaria sierra ántes temida,
Rota ya del tirano la cadena,
Se llamó con el nombre que hoy le dura
Desta seguridad Sierra-Segura.

Cada uno desde allí tomó el camino
Que mas á su propósito hacia,
Este á su patria, el otro á su destino,
Conforme el fin ó el gusto que le guia:
El amante de Arleta al granadino
Hasta su reino hizo compañía,
Y Galirtos tambien lleno de antojos
Tras Doralice y sus alegres ojos.

Fué rey de aquellos siglos celebrado
Galirtos por vejez y alma altanera,
Alegre el rostro, el cuerpo avellanado,
Los ojos vivos, la faccion severa:
Ya los dientes la edad le habia robado,
Y no la libre lengua palabrera,
Porque en sus amorosas ocasiones,
Lo que en gusto faltare, dé en razones.

Habia gozado ya de la influencia
Suave de los seis planetas de oro,
Y en la helada decrépita cadencia
La marchita vejez del cauto moro:
En el periodo andaba y la presencia
Del frio Saturno, en quien está el tesoro
De gravedad, de peso y de jüicio,
Que en otros es virtud, y en él es vicio.

Era de universal gusto notado,
De antojadizo amor sin fundamento,
Libre por rey, por hablador cansado,
Y por amante la region del viento:
¿Qué torpe mudo no será cansado,
O qué largo hablador dará contento?
¿O á quién no cansa, si al extremo toca,
O el hablar mucho ó nunca abrir la boca?

Pues deste rey, ya amante temerario,
A Doralice sigue el gusto entero,
Y por el mismo trac de ordinario
Un enano sutil por escudero,
En gesto feo, en el vestido vario,
En la habla un millon, en bulto un cero,
En orgullo jayan, y el cuerpo todo
Como de la encogida mano al codo.

Tratando en risa su persona apuesta
El Cid aragones y el granadino,
Al sombrío cruzar de una floresta
El enfado engañaban del camino;
Que ménos ocasion y causa que esta
Lo suele hacer, y el bulto peregrino
Del pequeñuelo enano, en lo restante,
Para ocupar el tiempo fué gigante.

Que su dueño, que hablara sin cansarse
Mas que una ciega Babilonia entera,
Ahora el nuevo placer le hace extremarse;
Que la alegría de suyo es gran parlera:
Por mostrar su elocuencia y señalarse,
Volviendo por su enano, una quimera
Ingeniosa inventó, y con regocijo,
Corriendo el freno á su caballo, dijo:

«No es este humilde enano el mas cenceño
Ni el menor que en su género ha nacido,
Que ya conozco yo otro mas pequeño,
De menor cuerpo y mas entremetido,
Aunque de fuerzas tales, que á su dueño
Tras sí por los cabellos lleva asido,
Con ser tan chico, breve é imperfeto,
Que este fuera gigante en su respeto.

»Y pues es engañar los pensamientos
Alivio del espíritu cansado,
Y divertirse en agradables cuentos
El camino hacer ménos pesado,
Yo, si ahora á escucharme estáis atentos,
En un discurso quiero moderado
Contar la heróica historia deste enano
Que los gigantes vence por su mano.

»Veréis en su discurso la inconstancia
Del tiempo, y las mudanzas de la vida,
Donde en un punto suele la arrogancia
Mayor verse agotada ó divertida:
¿Quién tuvo hasta su fin perseverancia?
¿En quién una ocasion recien nacida
No supo despertar nuevos antojos,
Y hacer pechera el alma de los ojos?

»De la inconstancia humana harto nos cuenta
El desmembrado cuerpo de Bramante,
Que ayer á su insaciable alma sedienta
Un mundo sensual no era bastante;
Mas cuando el cielo viene á tomar cuenta
A una obstinada vida semejante,
Suele, abreviando plazos, en un punto
Dar el castigo y la amenaza junto.

»Quien presume de sí, quien se gloría
De ánimo invicto y pecho generoso,
Si su pasion no vence, ¿en qué se fia,
Aunque de un mundo salga victorioso,
Aunque de la hiperbórea gente fria
Hasta el ardiente mauro polvoroso
Se oya su voz, y tomen della leyes
Los caspios cetros y los indios reyes?

»Tener espada, brazo y fortaleza
Para enfrenar los duros Garamantes,
Dejándose vencer de su torpeza,
Ni es valor ni sus fuerzas importantes;
Mas, ¡oh monstruo sin ley, cuya braveza
Los reyes doma, y vence á los gigantes!
¿Quién sale de tí libre, amor tirano,
Goloso azar del apetito humano?

»Quién puso tu república en la tierra
Con ley tan inviolable y rey tan bruto,
Que ni en la paz se halle ni en la guerra
Hidalgo que lo sea á tu tributo?
¿Qué fuerza es esta, amor, que en tí se encierra?
¿Quién te hizo en poder tan absoluto?
¿Cuál es tu orígen, cuál tu fuerza, y cuáles
Los lazos con que enredas los mortales?

»¿Eres deidad, amor, ó eres quimera
Recibida del vulgo en sus engaños?
¿Es tu fama fingida, ó verdadera,
Néstor del tiempo, niño de mil años?
Un grave cuento de su edad primera
En la mia aprendí con los extraños
Sucesos que hay en él, en quien consiste
El todo de quién eres y quién fuiste.

»En medio un claro mar que al alba bella
Del dia le abre la primer ventana,
Debajo de la mas feliz estrella
Que vida al mundo y resplandores mana,
Una isla tiene asiento, y dentro della
Cuanto bien cabe en la codicia humana,
Tan florida y tan llena de tesoro,
Que es, puesto á su riqueza, pobre el oro.

»Libre de pecho, de tributo exenta,
De hidalgos linajes habitada,
Donde en vida pacífica y contenta
Segura un alma vive y descansada;
De gusto aquí el mas pobre se sustenta;
Ni cárcel hay, ni impedimento en nada;
Su nombre es luz de un sol resplandeciente,
Tierra de libertad, de libre gente.

»Desta parte del mundo no ha salido
Ni hecho triste ausencia el siglo de oro;
Todo como al principio está florido,
Sin turbios aires ni importuno lloro:
Aquí solo el contento se ha escondido,
Y el erario del bien y su tesoro;
Cuanto se libra aquí todo es bonanza,
Sin recelos ni sombra de esperanza.

»Por frescos prados de un abril eterno,
Todo vestido de inmortal verano,
Mil libres almas con acento tierno
Canciones siembran por el aire vano;
Y ajenas de enojoso y turbio invierno,
Frescas guirnaldas tejen de su mano,
Con que del todo libres y gozosas
Salen, sino es del tiempo, victoriosas.

»Solia esta alegre tierra deleitosa
Ser rica poblacion, reino potente,
Que, como de regalos abundosa,
Ya fué buscada de infinita gente;
Mas, despues que con mano poderosa
Amor, que es enemigo diligente,
A surgir acertó en su primer puerto,
La dejó hecha un páramo desierto.

»En él corren su costa de ordinario
Crueles piratas, varios salteadores,
Que en triste sujecion y yugo vario
Encadenan sus libres moradores:
La ambicion es aquí feroz corsario;
Los intereses grandes robadores;
La hambrienta codicia en mil derrotas
Ha hecho á nuevas Indias grandes flotas.

»Estas son y otras vanas pretensiones
Las que este noble reino han desflorado;
Quien á mí me sacó de sus rincones,
De amor fué un rico pensamiento honrado:
Con dos ojos me puso mil prisiones;
Ellos me han desta tierra desterrado;
Por vos sin libertad, mis ojos, vivo;
Que yo libre nací, aunque soy cautivo.»

Esto, á su alegre cuento fabuloso
Vuelto, añadió á la bella Doralice,
Con un grave recato cauteloso,
Porque á nadie su amor escandalice;
Mas todos ven del viejo rey celoso
A quien el mote y la lisonja dice,
Y riendo á su loco pensamiento,
El rie tambien á bulto y sigue el cuento.

«Esta tierra inmortal, ó mortal cielo,
De una libre señora era regida,
Que, aunque sin experiencia, á todo el suelo
Su gusto y parecer daba medida:
Es ley, es arancel, corte y modelo
De los pasos y afectos de la vida,
Que ahora sea justo, ahora injusto,
Nada se hace fuera de su gusto.

»O sea hecho de gana, ó sea forzado,
O sea por interes ó por contento,
Si ella no lo decreta, es excusado
Que la obra llegue á colmo y cumplimiento:
Es tan señora en todo lo criado,
Que aun enfrena y corrige el pensamiento,
Con ser el ave que, entre las del suelo,
Mas suelto tiene y desenvuelto vuelo.

»Su nombre es Voluntad, niña hermosa,
Y de su natural bien inclinada,
Aunque el ser moza, tierna y poderosa,
Dejarla suele á veces engañada;
Estimando su vista codiciosa
Por oro lo que es píldora dorada,
Y por regalo, vida; y por deleite,
La fea muerte entre un fingido afeite.

»El Amor con la flecha de la fama
Desta gallarda niña fué herido,
Y como es fuego, con su misma llama
Fácil de un nuevo amor quedó encendido:
Ya suspira, ya llora, ya se inflama;
Lo que hace sentir, ha ya sentido;
Alguno quizá dijo, vuelto al cielo:
—Mueras, traidor, cual muero sin consuelo.

»Padece, llora, experimenta y gusta
De tu llanto y dolor, muerte y tormento;
Que es justo premio de venganza justa
Un tal castigo para un tal intento:
Si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
Sea el verdugo amor de tu contento;
Porque entre ese dolor, rabia y discordia
Aprendas á tener misericordia.—

»Así el niño padece, y con su fuego,
Sin poderlo apagar, queda apagado;
Desea su quietud, y teme luego
El hallarse con ella y sin cuidado:
Si se anuda la venda, queda ciego;
Si descubre los ojos, deslumbrado:
Busca remedio, y luego no le quiere,
Y por lo mismo que aborrece, muere.

»Ya recostado entre tempranas flores,
Y allí redes y lazos disfrazando,
Ya entre doradas nubes sus amores,
Por mayor inquietud suya, mirando;
Nuevas maneras de alcanzar favores
Para su nuevo menester trazando,
Y en todas sin provecho desvelado;
Que aun ignora la dama su cuidado.

»No halla senda á su mal, no halla camino
Para salir de dudas y opiniones;
Que siempre es el amor, si es amor fino,
Largo en el padecer, corto en razones:
Al fin tentar ventura le convino,
O morir anegado en sus pasiones:
Un paje tiene Amor, grande instrumento
De aclarar cosas, dicho Atrevimiento.

»Es hablador, agudo y desenvuelto,
Propio para llevar y traer mensajes,
De encogidos temores libre y suelto,
Aun con los mas compuestos personajes:
Sin empacho, colérico, resuelto,
Claro, sin encubiertas ni celajes,
Y tal cual menester lo habia Cupido,
Para aclarar sus dudas escogido.

»A este le descubrió su pensamiento,
Y él á los libres ojos de su dama,
Que, como libre, hizo el sentimiento
Y escudo de la excusa de su fama:
Quedó corrido el paje sin su intento,
Y su dueño mas dentro de su llama:
Crece su mal y agrava su querella,
Más que el dolor, no ver la causa della.

»Que á un rico alcázar de inmortal diamante,
De la Prudencia y la Razon labrado,
Por medrosas sospechas de su amante,
La libre Voluntad se ha retirado:
Conociendo el Amor no ser bastante
A tanta fuerza un niño desarmado,
Destruir quiere la enemiga tierra
Comprando alegre paz con triste guerra.

»Quiere juntar ejército famoso,
Descubriendo con esto su potencia;
Y vencedor, en pecho generoso
Usar con los rendidos de clemencia:
De ociosos pensamientos, un ocioso
Escuadron traza, flaco en resistencia,
Y en dar asaltos y armas tan cursado,
Que trae al enemigo desvelado.

»Este quiere formar; que á la victoria
Con él hallar no piensa impedimento:
Deja la libre tierra de su gloria,
Y va sin ella sobre el blando viento,
En amistad de sola la memoria,
Verdugo cruel de un triste pensamiento,
Haciendo mil potajes al sentido,
Amargo el mas sabroso, y desabrido.

»Tiene el Amor una famosa amiga,
Dicha Solicitud ó Diligencia,
Grande negociadora en su fatiga,
Y un águila en cualquiera competencia:
De torpe ociosidad cauta enemiga,
De gran ventura y mucha suficiencia;
Esta quiere el Amor, por diligente,
Le junte ocioso ejército de gente.

»Sale á buscarla con tendido vuelo;
Vuelve y revuelve en esto mil regiones;
Puesta en solicitar cosas del cielo,
Creyó hallarla en varias religiones,
Que, sin curar de pretension del suelo,
Escogeria honradas pretensiones;
Pero desengañóle la experiencia,
Que el Olvido halló por diligencia.

»—No voy bien por aquí, dijo Cupido.
¿Quién ha el confuso mundo hechizado?
¿Con qué engaño el descuido se ha escondido
En el lugar del principal cuidado?
Si en causa tal, si en bien tan escogido,
Rastro de diligencia no he hallado,
¿Dónde la encontraré? ¿Con qué artificio
A la virtud se la ha usurpado el vicio?—

»Dijo; y dando la vuelta, sus pisadas
Sobre la arena estéril halló impresas;
Conocióla, y en ellas ir guiadas
A livianas y frágiles empresas;
Y siguiendo su rastro, marañadas
Las halló en pretensiones tan aviesas,
Que sospechoso dijo y admirado:
—O yo por aquí voy, ó el mundo, errado.—

»Llegó en esto á su reino, y en su casa
Nueva le dieron della sus amantes,
Y de allí, con el rastro fresco, pasa
A ver los cortesanos negociantes;
Donde su imágen vió sembrando brasa
De ambicion en materias disonantes,
De avariento interes, de honra y de amores,
Y nuevos oficiales de señores.

»Con vanas cortesanas reverencias
En nuevos pretensores convertida,
Tan largos de esperanzas y conciencias,
Que no los ceñirá una eterna vida:
Aquí el Amor halló dos diferencias
De edades, una larga, otra ceñida,
Saliendo entre los cargos y descargos
La vida corta, y los negocios largos.

»Aquí la Diligencia, embarazada
En casas de livianos pensamientos,
Su pretension y pena declarada,
—Cumplirás, dijo Amor, nuestros intentos:
Recoge entre esa gente mas granada
Sus livianos y ociosos pensamientos;
Que estos son, dando yo la batería,
Mi mayor municion y artillería.—

»Dijo; y en vano vuelo, á ver las dámas
De la Solicitud, pasó á palacio,
Donde, encendiendo impertinentes llamas,
Ocioso y libre se quedó despacio:
Durmióse Amor aquí entre verdes ramas
De un trébol siempre en flor, marchito y lacio,
Y al despertar al aire de una toca,
Quedóse entre los ojos y la boca.

»No fué la Diligencia perezosa
En juntar grueso ejército á Cupido;
Que tambien hay en corte gente ociosa
Que alcanza y goza de lo mas florido:
El señor, el galan, la dama hermosa,
El paje, el caballero entretenido,
Todo es ociosidad; solo desea
El rey quietud, y tiempo el que pleitea.

»No tiene tasa, número ni cuenta
La ociosa gente y pensamientos vanos
Que en la corte juntó para su intento
La Diligencia de los piés livianos:
Ni cercan tantos átomos el viento,
Ni á todo el mar de arena tantos granos,
Como la torpe Ociosidad pesada
Vanos soldados trajo á esta jornada.

»Ocupada en jugar con un ventalle,
Y ver quién pasa, vuelve, cruza ó mora,
Bostezando á la puerta de la calle
La Diligencia halló á su contendora:
Digo á la Ociosidad, floja de talle,
De ajenas vidas gran trasechadora,
Y allí con ella, que á su lado asiste,
La Hambre ayuna y la Pobreza triste.

»Y no fué poco que á la Diligencia
Ociosidad obedeciese en algo;
Porque suele huir de su presencia,
Cual presta liebre del hambriento galgo;
Mas el Amor, á cuya omnipotencia
No hay reino libre ni solar hidalgo,
Juntó estos dos extremos; que ya vemos
Que siempre anda el Amor por los extremos.

»Y en una nueva flota de ocasiones
Embarcada la gente, llegó un dia
A vista del castillo y los balcones
Donde la honesta Voluntad vivia;
Y abreviando de tiempo y dilaciones,
A jugar comenzó la artillería,
Con tal carga de vanos pensamientos,
Que el alcázar tembló por los cimientos.

»La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,
Puso en la primer torre su bandera,
De la Imaginacion, dama ingeniosa,
Y de sus armas frágiles frontera:
Era esta estancia, mas que fuerte, hermosa,
Por de dentro pintada y por de fuera
De fábulas, que el verlas enamora;
Que es la imaginacion grande pintora.

»Rendida esta primera fortaleza,
Mas recia comenzó la batería,
Hasta entrar el alcázar de Firmeza,
En que la libre Voluntad vivia:
Allí la Ociosidad con su torpeza
Inficionó cuanto en la torre habia;
Y de la reina un consejero honesto
En tinieblas dejó y prisiones puesto.

»Y alcanzada con esto la victoria,
La libre Voluntad quedó rendida,
Y el Amor al despojo de su gloria
En triunfo vino y majestad debida:
En carro de alegría transitoria,
Una *S* en cada rueda retorcida,
Que todas dan un amador perfeto,
Solo, sabio, solícito, secreto.

»Era el triunfante carro de unos léjos
Por tan nuevo artificio dibujados,
Que miéntras que se miran mas de léjos,
Mas perfectos se gozan y acabados:
De cerca son rasguños mal parejos,
Como al descuido y sin concierto dados,
Y ya vueltos de espaldas, son de suerte,
Que no es mas fea de mirar la muerte.

»Y no tiraban la carroza hermosa
Tigres, águilas, fieras ni dragones;
Mas, con una igualdad maravillosa,
Cuatro ninfas de raras perfecciones,
Que era cualquiera dellas poderosa
Tras el carro á llevar mil corazones:
La Gracia, Discrecion y Gentileza,
Y la Hermosura, frágil de cabeza.

»La Gracia, de mil visos, parecia
Hecha de un no sé qué tan agradable,
Que, sin saber decir á qué sabia,
A todos gustos era deleitable:
Hacia tan a compas cuanto hacia,
Con tanta sal y rostro tan afable,
Que encendia el corazon en vivo fuego
De unas centellas que se acaban luego.

»La Discrecion, en todas ocasiones
Dama noble, compuesta y corregida,
En gusto, en trato, en obras, en razones,
Es un compas de amor, regla y medida,
Sin melindre, dobles ni afectaciones,
Clara, afable y con nadie desabrida;
Solo le hallo yo un inconveniente,
Que es huir demasiado de la gente.

»Las otras, Hermosura y Gentileza,
En los talles iguales y en la vida,
Si la edad no estragara su belleza,
No viera el mundo cosa mas florida:
Dellas toma el Amor su fortaleza,
Con que á la de Sanson deja vencida;
Y á ellas el solo tiempo las empece,
Que en aire las consume y desvanece.

»Destas cuatro hermosísimas doncellas
El carro del Amor fué arrebatado
Hasta el alcázar, donde todas ellas
Presa la libre voluntad le han dado;
Y como el sol en medio sus estrellas,
El trono de placeres rodeado,
Triunfante saca Amor su invicta lanza
Coronada de flores de esperanza.

»Pero llevóle la guirnalda el viento,
Que en su casa no hay bien que sea fundado,
Y supo que con nuevo encantamento
El Interes habia tiranizado
De un golpe el frágil reino del Contento;
Y allí en un auto público sacado,
Por afrenta mayor, su estatua al vivo,
Para venderlo al mundo por cautivo.

»Fuéle forzoso al rey de los amores
Ir en persona á castigar la afrenta
Y el daño que en sus fieles servidores
Del Interes causó la gula hambrienta;
Y á su dama, cercada de dolores,
Dejó sin alma, sola y descontenta,
Con la memoria y la esperanza ardiendo,
Una labrando, y otra entreteniendo.

»Tiene una dama Amor por enemiga,
Ciega invisible y que jamas parece,
Que enluta el corazon, cansa y fatiga,
Y todo con su sombra lo oscurece:
Unos Ausencia quieren que se diga,
Otros Infierno, donde Amor padece;
Mas yo la llamo, en pena de sufrilla,
De los sueños de Amor la pesadilla.

»Esta, luego que Amor dejó su casa,
La Reina puso en ásperas cadenas,
Donde le daban el placer por tasa,
Y el tormento y dolor á manos llenas:
Comidas frias y de mano escasa,
Gustos pasados, y presentes penas,
Desabridos potajes de memoria;
Que siempre amarga la pasada gloria.

»De esto, y de la frialdad de la posada,
El gusto le estragó cierta tibieza,
De un frio y calentura acompañada,
Y dolores de estómago y cabeza:
Causaba el frio la comida helada,
Aceda, sin sabor ni fortaleza;
Y una tibia esperanza que acudia,
La calentura á ratos le encendia.

»El Tiempo, que es un médico famoso,
Bálsamo universal de pesadumbres,
Viendo el mal de la Reina peligroso,
De la Ausencia causado y sus costumbres,
Y que ningun emplasto provechoso
Sus yerbas pueden dar ni sus legumbres,
Que el gusto encienda y resucite el brio,
Porque son frias, y su mal es frio;

»Determinó buscar por otra via
Remedios que le dar, si alguno alcanza,
Y casi de hallarlos desconfia,
Viendo estar ya sin pulsos la Esperanza;
Hasta que supo al fin donde vivia
Una inquieta mujer dicha Mudanza,
Encantadora, bruja y herbolaria,
Y en todos tiempos y horas gran voltaria.

»No fué Circe tan mágica hechicera
Cuando en fieras los hombres convertia,
Ni en la mar tan mudable y tan lijera
La blanca espuma que en las peñas cria;
Ni así tan presto el camaleon se altera,
Ni las sombras se mudan en un dia
Mas veces, ni la luna, el agua, el viento,
Ni el tiempo, que es un puro movimiento.

»Este espíritu vario, si es decente
Dar á quien no sosiega donde viva,
Su casa tendrá hecha en la corriente
De algun raudal sobre la espuma altiva,
O allá en las Amazonas, que es la gente
De su trato y su sér ménos esquiva;
Que al fin ella es mujer y ellas mujeres,
Y amigas todas de mudar placeres.

»Allí el Tiempo la halló, que otro ninguno,
Segun es de mudable, la alcanzara;
Y habiendo consultado el importuno
Mal de la ausente Reina ilustre y clara,
El remedio que vió mas oportuno
Fué darla una pocion, ¡bebida rara!
Que para otro tal caso habia traido
La noche ántes del rio del Olvido.

»Con esto se acabó el encantamento,
Y la Reina cobró salud cumplida,
Nuevos ojos el ciego Entendimiento,
Y la Razon nueva alma y nueva vida:
Y todos de comun consentimiento
Vuelta para la patria dan querida
De alegre libertad, por un florido
Prado en que siempre duerme el flojo Olvido.

»Iba delante la Razon guiando,
Y rogándole el diestro consejero
Que no volviese el rostro atras mirando,
Porque es volver el rostro mal agüero:
Así al músico Orfeo avino cuando
Segunda vez perdió su amor primero:
De mirar se han seguido mil enojos,
Y á ningun ciego han hecho mal los ojos.

»Mas si es la Voluntad siempre enemiga
De obedecer ajenos pareceres,
La Privacion de suyo da fatiga,
Y mayor en antojos de mujeres;
Y así la Reina, porque no se diga
Que mira y sigue mas que sus placeres,
Volvió los ojos, sin tener paciencia
Ni sujetarse á leyes de Obediencia.

»Volviólos, y cubierto vió de flores
A sus espaldas un vistoso prado,
Y en ventanaje de oro y miradores
Un alcázar real sobre él labrado:
Un cierto no sé qué de sus amores
El aire pareció que le habia dado,
Y que entre aquellas yerbas florecia
De sus pasados gustos la alegría.

»Agradóle del campo la frescura,
Y antojósele en él pasar la siesta,
Porque es la Voluntad, de su hechura,
De antojos toda, sin razon compuesta:
Dió nueva rienda á su primer locura,
Guió al castillo, y con alegre fiesta
Fué recibida de una dueña honrada,
Gran sabidora de la edad pasada.

»Su nombre era Memoria, y sus oficios
Representar comedias é invenciones,
Pintar agravios y borrar servicios
En las mas aprobadas condiciones:
Hacer de hiel el gusto son sus vicios,
Con refrescar pasadas ocasiones,
Sabroso el mal, y amargos los contentos;
Que en la Memoria truécanse los vientos.

»Cinco famosas puertas señaladas
Tiene el castillo en torno á sus almenas,
De historias y de fábulas pintadas,
De varios cuentos y entremeses llenas:
Las faltas propias limpias y doradas,
Feas y abominables las ajenas;
De estas en bronce y mármol infinitas,
Y aquellas en liviano polvo escritas.

»La Reina halló la historia dibujada
De sus placeres en la primer puerta;
Y la Razon allí quedó encantada,
Y ella, del sueño en que dormia, despierta;
Donde la antigua herida solapada
Corriendo se vió sangre descubierta,
Vuelta ya, de diamante, blanda cera;
Que es la Memoria grande hechicera.

»Y con la dulce fruta de ocasiones,
Que la huéspeda ofrece á manos llenas,
Volverse determina á sus prisiones,
Que son de Amor sabrosas las cadenas:
Camina tras sus nuevas pretensiones
Por unos montes fértiles de penas,
Que son de soledad tierra baldía,
Con sola la Memoria en compañía.

»De una confusa niebla rodeada,
Que se vuelve diluvios en los ojos,
La estéril tierra seca y agostada,
De espinas llena y de ásperos abrojos:
Vil cizaña, entre el dulce amor sembrada,
De recelos, sospechas y de antojos,
Y otras incultas yerbas venenosas,
Que son ortigas, y parecen rosas.

»Cayendo en cada yerba y tropezando
Iba la Voluntad descaminada,
De quién poder tomar lengua buscando
Por la fragosa tierra despoblada;
Cuando se fué de léjos divisando
En el aire una casa fabricada
Entre celajes y neblinas frias,
De ventanaje llena y celosías.

»Esta una roca de peñascos era,
Donde un bravo y feroz gigante asiste,
Que en usar malos términos se esmera,
Y en ser sin ocasion verdugo insiste:
De acedo trato y condicion severa,
De flaco rostro, atraidorado y triste,
Rabia es su nombre, y Celos su apellido,
Que por cualquiera es harto conocido.

»De lince y basilisco son sus ojos,
Con que él mismo se aflige y desbarata;
Cuanto mira y no mira es con antojos,
Y con miedo y sospechas cuanto trata:
El verle es muerte, el no mirar enojos,
La duda aflige, la verdad le mata;
Venganza es su comida, y sin venganza
Cosa que bien le sepa no la alcanza.

»Luego que vió el gigante á las doncellas,
Sin escuchar preguntas ni razones,
Como era su costumbre, dió con ellas
En unas estrechísimas prisiones,
Sin que suspiros, llantos ni querellas
Aflojados les dén los eslabones
Del ciego error que el ánimo inquieta,
Y el corazon, la vida y alma aprieta.

»En un negro y oscuro calabozo
Prision puso á las damas el gigante,
A cuya puerta está enterrado el gozo,
Y la esperanza dél mas adelante:
Allí en la Reina hizo tal destrozo,
Que á faltarle el socorro de su amante,
En cárcel triste y en prision muriera,
O en duro pedernal se convirtiera.

»Mas supo Amor las nuevas de su dama,
No me acuerdo ya bien cómo ó por dónde;
Quizá el paje de amores fué la Fama,
Que á veces mas que preguntais responde;
O por ventura su amorosa llama;
Que á quien bien ama nada se le esconde:
No tengo, al fin, el cómo en la memoria,
Que há mucho que no cuento ya esta historia.

»Y con lima sutil de desengaño,
A mil golpes forjada de ocasiones,
Ya de la cárcel restaurado el daño,
De su dama deshizo las prisiones;
Y el mismo que fué causa del engaño
Tambien triaca fué de sus pasiones;
Y en un carro acerado de firmeza
Salió de la celosa fortaleza.

»Y aunque por entre espinas y entre abrojos,
Que son las flores del celoso prado,
La Reina, ya con mas alegres ojos,
Animo y corazon mas sosegado,
Triunfando de sospechas y de antojos,
En compañía de su niño alado,
A los paraísos vino del Contento,
Donde el perfecto amor tiene su asiento.

»Aquí destos finísimos amantes,
Tras discurso tan largo de pasiones,
Como un vidrio nació de dos diamantes
Un tierno niño hermoso de facciones;
Y aunque sus padres eran ya gigantes
En cuerpo, en amistad y en condiciones,
El salió enano en todo, y tan cenceño,
Que no hay pigmeo en el mundo mas pequeño.

»Es el hijo el Deleite, que en ser chico
Y costar caro sigue los extremos,
Dulce, sabroso, apetitoso y rico,
Y que huye y se esconde á vela y remos:
Desta ocasion nació, y os certifico
Que á nadie cuesta ménos; solo vemos
Que á mí suele vendérseme barato
Cuando con gusto me oyen si hablo un rato.»

ALEGORÍA.

La natural obligacion que el hombre tiene á su patria se pinta en la introduccion del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del jayan, muestra lo mucho que importa la buena opinion de la persona para no tener el trato por sospechoso; y el hallarse restituido á su ser venturoso por faltarle el caballo Clarion, significa que el hombre distraido en sus vicios, si despues se reforma con la virtud, vuelve á hacer obras dignas de alabanza, cual fué matar al tirano Bramante, y poner en libertad la tierra y los que en ella estaban opresos; pero si vuelve á dejarse llevar de su sensualidad, olvidado de la razon, como le sucede en Africa con Angélica, viene á morir en su obstinacion, y quedar perdido para siempre cuanto honor y fama habia ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonía y trabazon de las potencias interiores, y los afectos de la parte sensitiva, y lo mucho que el deleite cuesta, y lo poco que dura.

LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO.

Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento; y habiéndola perdido de vista, hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando, con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

En tanto, ya despues que alegre Alcina,
Por frescas huertas y dorados techos,
Con su aparato y ciencia peregrina
De sus héroes ganó los nobles pechos,
A embarcarse con gusto á la marina
Venian, de ricos dones satisfechos,
Gundemaro, Bernardo y Floridano,
Las damas de los dos y el rey persiano.

Querianse hacer al mar, cuando á gran priesa
Correr á un barco vieron diez corsarios,
Que habian de tres damas hecho presa
En la isla con sus robos ordinarios:
Entre ellas del Catay la real princesa
Conoció el persa rey, y los contrarios,
Huyendo de sus manos los primeros,
Golfos del ancho mar cortan lijeros.

Desamparan huyendo la ancha playa
Con dos ninfas, y Angélica con ellas,
Y el libre esquife, de cristal la raya
De riscos llena, huye, y conchas bellas:
De nuevo el brio al persa rey desmaya,
Y de nuevo se anima á socorrellas,
Viendo que su fortuna burladora
Con varios riesgos sigue el bien que adora.

A cada cual el fin de su ventura
Alcina en su jardin dió por su mano;
Sola en todas la Angélica hermosura
Oculta siempre estuvo al rey persiano:
Jamas la alcanzó á ver; siempre en clausura
La hada ocultó el rostro soberano,
Hasta aquella ocasion del dia postrero,
Por mas dolor ó por mejor agüero.

Si á Vénus parió el mar, como se suena,
La mar es propio reino de amadores;
Que todo amante siembra en el arena,
Y sin número son los sembradores;
Y ella en sus senos de agua y ondas llena,
Y el amor de fatigas y dolores,
Hondos piélagos son, donde se anega
El que en tiempo mas próspero navega.

Algunos creen que la celosa Alcina
A Angélica persigue con cuidado,
Y que culpas ajenas, pena índina,
Llueven sobre su nuevo enamorado;
Mas, bien sea esto, ó sea su malina
Estrella que le lleva violentado,
Él la vió á tiempo que su vista bella
Mas dolor le causó que gusto el vella.

Y entrando en su galeon á toda priesa,
Al gran Bernardo pide que se quede;
Que no ir á socorrer á la Princesa
Ni con su obligacion ni gusto puede:
«El tuyo se haga, dijo, mas en esa
Causa no veo ninguna que me vede
Seguir yo y reforzar tu brazo fuerte
O en feliz vida ó en honrada muerte.

»Donde fueres iré á buscar tu gusto:
De los demas se quede el que quisiere;
Que un valor semejante es caso injusto
No seguirlo hasta el fin, sea cual fuere.»
Dijo; y todos dijeron que era justo
Lo que dijo, y que quieren lo que quiere;
Con que, embarcados de comun intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.

Llevaron todo el dia á remo y vela
El bergantin á vista de la proa;
Y cuando al sol la tibia tarde hiela,
La luz sobre las playas de Lisboa,
Con la misma codicia con que vuela
El presto acometer de una canoa,
De traves les salió, y en su presencia
Con la suya venció su diligencia.

Barloáronse los barcos con denuedo
Y brio de pelear, y al rey persiano,
Que, viendo este suceso, perdió el miedo
Que ántes tenia de seguirla en vano,
Mostró el cielo, teniendo el viento quedo,
Cuán corta marca es la del brazo humano,
Y que el poder del Rey, sea cual se fuere,
No alcanza, aunque lo estiren, donde quiere.

Calmó el viento, y quedó el galeon en calma,
Y los barquillos dos en mortal guerra:
El rey de Persia á rescatar su alma
A pesar quiere de la mar y tierra
Pasar á nado; que si el viento calma,
No calma el fuego que su pecho encierra:
No fué poco enfrenar su desatino,
Segun el punto á que su furia vino.

Pero llegó la noche, y con su luto
El un barco y el otro se ha escondido,
Y al campo, á quien las aguas dan tributo,
En lágrimas dió el suyo el rey perdido;
Que, aunque salió del sol el sustituto,
Su rayo de oro, en plata convertido,
Ni ese, ni el alba, ni el siguiente dia
Al persa dieron luz de su alegría.

Bernardo, á su valor aficionado,
Divertir sus congojas procuraba,
De cuál le trajo amor á cuál estado;
Dónde á Angélica vió, le preguntaba:
Si se embarcó forzado, ó de su grado;
De qué ocasion su desamor manaba:
A quien el Rey con voz enflaquecida,
«Oye, dijo, el proceso de mi vida:

»Entre la Susiana, al oriente,
Y la áspera Carmania montuosa,
Y entre el Pérsico mar, y puesta enfrente
La helada Media, una provincia hermosa,
Persia llamada, en belicosa gente,
De la Asia es la mas rica y mas famosa,
Cabeza de mil reinos y mil reyes,
Que todos de las suyas toman leyes.

»De aquí solo á mi brazo la obediencia
Los dioses concedieron inmortales,
Y á mi cetro, mi voz y mi potencia,
Cien coronas y cetros orientales:
Mis mayores aquí por excelencia
Con riendas de oro dan leyes iguales;
De aquí Ciro fué rey, de aquí Artabano,
Jérjes, Sapor, Cabades el humano.

»Este hizo á las pérsicas mujeres
Que fuesen del comun (notable edito);
A quien sucedió en reinos y en haberes
Cósroes, su hijo, de ánimo inaudito;
Tal, que hechos de sangre sus placeres,
Barniz dió della al pérsico distrito:
Deste procedió Hormisda, Artildo deste,
Gran rey de la Cardusia, gente agreste.

»De los Axianos pueblos á Tartaria
Subió Artildo, y de aquí mi padre vino,
El invicto Agrican, cuya contraria
Luz de planeta y enemigo sino
Quitó á traicion la vida; y la voltaria
Fortuna, con el mismo desatino,
A los piés puso de un frances bastardo
La sangre de mi hermano Mandricardo.

»Mas yo daré á las suyas con la mia
Nuevo color, y al campo nuevo esmalte,
O las veré vengadas, si el que cria
En mí este brio no hace que me falte:
Este es el fin que en mis cuidados guía,
Y causa que mi horror se sobresalte,
Las veces que oye del sin luz poniente
Contar las armas y nombrar la gente.

»Son varios los agravios con que el pecho
La francesa nacion me enciende y arde,
Y los que un jóven paladin ha hecho
De nuevo á un mi vasallo, el rey Aliarde,
Que del honor de su dorado techo,
Haciendo de su espada y fuerza alarde,
A su bella Gautina, prenda amada
De su helada vejez, sacó robada.

»Y al rico camarin de su tesoro,
Por desprecio, á la cola del caballo
Rastrando le llevó un Mahoma de oro,
Que no queda valor con que apreciallo,
Sin que del pueblo arábigo ni el moro
Parte fuesen las armas á estorballo.
Dejo otros insolentes desafueros
De Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.

»Que todos en mi alma ardiendo veo
En gustos de venganza, á todos juntos
En esto la haré, y este trofeo
A los vivos daré y á los difuntos:
Todos en mi memoria á mi deseo
Con sangre escriben del honor los puntos,
Sangre de hermano y padre, cuya fama
A ir tras la suya me provoca y llama.

»Absoluto señor, rey conocido,
Por su muerte, quedé al persiano estado,
De mis vasallos con amor servido,
Hasta de la fortuna respetado:
Viéndome mozo y de poder cumplido,
Y no de ánimo corto y apretado,
Llamado del furor y sangre ardiente,
Salí á buscar los mundos del poniente.

»Y dejando en mis reinos el concierto
Que á mi sosiego y suyo convenia,
Para embarcarme al deseado puerto,
De mis gentes cercado salí un dia;
Y al dar las velas al viaje incierto,
Todo viento por próspero tenia;
Que, como á fin dudoso caminaba,
Cualquier derrota ó viento me bastaba.

»Si el deseo de venganza me movia
A desvolver el mundo y sus regiones,
La fama que por él iba y venía,
De hazañas llena de ínclitos varones,
Más me alentaba á procurar la mia
Por provincias de incógnitas naciones;
Porque es corto y mas corto cuanto encierra
Deseo que no sale de una tierra.

»Los agüeros por Tárgico notados,
A quien nunca engañó vuelo ninguno,
Y dos valientes toros degollados,
Negro á la tempestad, blanco á Neptuno,
El vientre y los pulmones consultados,
Desplego el lienzo al céfiro oportuno;
Zarpan las anclas, y la nao lijera
Mi patria deja, el puerto y la ribera.

»Y entre estas no ajustadas pretensiones,
El gusto en varias cosas divertido,
Desterrado á buscar nuevas regiones,
Volando me entro por el mar tendido,
Variando por diversas ocasiones
Hasta el punto que el tiempo me ha traido
A este lugar incierto, adonde el hado
El bien que me quitó tenga guardado.

»Con un templado norte, viento en popa,
Salgo del seno Pérsico volando,
Y deseoso de ver la rica Europa,
Voy la olorosa Arabia costeando:
Por entre las Cenobias y Saropa
La cuadrada Dioscórida buscando,
Dejo en el golfo Indico á Colídos,
En las nubes sus bosques escondidos.

»A Melinde dejé á la diestra mano,
Y las dos Agatocles al oriente;
Descubro á Tílos, de inmortal verano,
En palmares y olivas excelente;
La infeliz Meca y su profeta vano,
Y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente,
Y otras mil islas ya por popa dejo,
Y á la punta me voy del mar Bermejo.

»Desde allí hasta el gran Cairo fuí por tierra,
Y bajé por el Nilo á Alejandría;
Que las grandezas que el Egipto encierra
No me pudieron atajar la mia;
Y haciéndome el deseo mayor guerra,
Que un mundo extraño y nuevo me pedia,
En el Mediterráneo mar me arrojo,
Por firme norte el rumbo de mi antojo.

»Que siempre en las regiones apartadas
Grandezas se prometen espantosas,
Aunque, despues de bien examinadas,
Iguales sean con las otras cosas:
Dejé las maravillas celebradas
Del Cairo y sus pirámides famosas,
Y deseoso entré en el mar profundo
De atravesar los límites del mundo.

»Llenas las velas de apacible viento
Apénas por el mar salí volando,
El marinero con la vista atento,
De la alta gavia el puerto contemplando,
Y el vidrioso y húmedo elemento
Con la liviana espuma blanqueando,
Cuando el sabio piloto con voz gruesa,
—Amaina, amaina, grita, amaina apriesa.—

»Un viento agudo entre una niebla envuelto,
Que exhalacion del agua parecia,
A soplar comenzó poco mas suelto
Que su primera vista prometia;
Y el mar, con esta alteracion revuelto,
Mayor disgusto que temor ponia:
Cubren las nubes de un oscuro velo
El claro dia y el sereno cielo.

»Crece la tempestad, crece el tormento,
Y el rechinar de cuerdas y alaridos;
Carga la ciega noche, carga el viento,
Cargan truenos y rayos encendidos;
Ya la alta gavia toca el vano asiento
De las nubes, ya en agua sumergidos,
En ciega confusion y horrible prueba
Aquí y allí el revuelto mar los lleva.

»Aquella noche, un dia y otro dia,
Y sin ese otros diez fuimos corriendo,
Sin ninguna ó con poca mejoría,
A la fortuna la cerviz rindiendo;
Mas cuando el ya olvidado sol vestia
De oro el mar, y de quietud su estruendo,
A su alegre bonanza en nuestros pechos
Gozosos sacrificios dimos hechos.

»En medio este ancho piélago sentada
Creta es, por el gran Júpiter, famosa,
Con cien nobles ciudades ilustrada,
De fértil suelo y gente belicosa:
Aquí á arrojarme vino la pasada
Tormenta en otra en todo mas furiosa,
Pues aquella fué cierta profecía
Desta, en que ya se anega el alma mia.

»Hace la isla un escondido seno
De seis tajadas peñas abrigado,
Con sus pendientes gajos y un ameno
Bosque en floridos cercos coronado,
Donde en llana quietud el mar sereno
Libre del libre viento está guardado:
Aquí el barco surgió, y aquí mi gente
En su arena aferrar vió el corvo diente.

»Dan fondo, amainan velas, y un lijero
Batel luego á la mar parió el navío,
Con que el pequeño pueblo forastero
Alegre se arrojó al bosque sombrío:
Sube al cielo el acento placentero,
La playa suena, el encogido brio
Cobra vigor; la deseada arena
Sale de varias invenciones llena.

»Tárgico en el sacar primero ha sido
Del duro pedernal centellas de oro,
En cuyo agüero por ventura asido,
El fuego horrible vió en que ardiendo lloro:
Este y aquel de pedernal nacido;
Que igual al pedernal es la que adoro:
Si aquel fué temporal, y el mio eterno,
Uno es fuego mortal, y otro de infierno.

»En la yesca arrebata una dudosa
Centella, y vuelta allí dorada brasa,
Entre la seca leña una amorosa
Llama cundiendo va, al principio escasa:
Lléganle un árbol y otro, y poderosa,
Un roble, un pino y una encina abrasa;
Lo que ántes la ahogara y consumiera,
Brio le pone y fuerza mas entera.

»Sacan el duro pan, á quien moboso
Dejó el húmedo mar y tiempo airado,
Y el rojo y lento trigo en el fogoso
Cerco vuelven enjuto y retostado:
Hácenlo al gusto ménos trabajoso
Entre la dura piedra quebrantado:
Desabrida vianda, mesa odiosa,
Para sola la hambre apetitosa.

»Tienden un toro en la ribera amena,
Y en nuevo son y alegre atrevimiento
Las entrañas desnudan, y resuena
El arrancar los huesos de su asiento:
Da la sangre color rojo á la arena,
Y á ellos con la esperanza nuevo aliento;
Siembran las brasas de pedazos crudos,
Cercadas de asadores no desnudos.

»Cobran las fuerzas y el vigor perdido,
Sobre la blanda yerba recostados;
Olvidan el rumor y cesa el ruido,
Entre el reposo y vino sepultados:
Yo á esta sazon, de un limpio arnes vestido,
Con solo mi descuido y mis cuidados
Por la selva me entré; que no debiera,
Pues se quedaba mi ventura fuera.

»De una espesura en otra discurriendo,
No mucho anduve, que sentí rüido,
Y hácia la parte que venía volviendo,
De mil fieras sembrado vi el ejido:
Juntas y todas de un temor huyendo,
Entre liebres tambien el leon temido;
Que entónces hizo allí el comun castigo
Con el tierno cordero al lobo amigo.

»¿Has visto antiguos bosques encendidos
En roja llama á quien esfuerza el viento,
Que del fuego el estruendo y estallidos
Las fieras saca de su verde asiento,
Y á las que halla en sus amados nidos
Les da en ellos eterno alojamiento,
Y huyen del peligro, amontonados,
Lobos, corderos, osos y venados?

»Pues no de otra manera su manada
Por el espeso bosque discurria,
Y la selva no ménos alterada
Que con cercano fuego parecia:
Yo, la vista, y no el alma, sosegada,
Mirando adonde el daño procedia,
Un fiero monstruo vi, una sierpe horrenda,
Que al monte abria, quebrando pinos, senda.

»El medio brutal cuerpo tenia enjerto
Con alas de serpiente venenosa,
De la cintura arriba el talle abierto,
En feroz proporcion sombra espantosa:
De espesas cerdas ásperas cubierto,
Con rostro indigno de doncella hermosa,
Uñas y brazos de dragon tenia:
Quimera dirás que es ó invencion mia.

»No fué antojo, señor, ni falsa idea,
Bien que, á no haberlo visto, lo dudara,
Y ser hija la horrible sombra fea
De algun confuso sueño imaginara:
Sobre el mas alto pino señorea
Su fiero cuerpo y su hermosura rara,
Juntando en dos extremos su figura,
Igual con la fealdad la hermosura.

»Cual entre secas agostadas cañas
De roja mies en pérsico sembrado
Rompiendo va sus frágiles marañas
Un receloso ciervo, el cuello alzado,
Al tierno bramo con que amor le engaña,
Que no hay estorbo á pecho enamorado,
Y por lo mas cerrado y mas espeso
Mejor camino y rastro deja impreso;

»Así por la confusa selva espesa
El monstruo iba rompiendo los jarales,
Y cual turbio raudal, rota la presa,
Peñascos lleva, encinas y animales;
Y en la senda que al bosque deja impresa,
Matas, robles y fresnos hace iguales;
Ni le es del pino mas la enhiesta viga,
Que al segador la caña de la espiga.

»Si causó alteracion con su venida,
Tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado:
Alto el cabello, la color perdida,
El miedo me llevó el sentir robado;
La voz á la garganta quedó asida,
La sangre muerta entre un sudor helado:
Si otra vista la vida no me diera,
Allí, de aquel primer temor, muriera.

»Traia, ¡oh cielo santo! he de decillo,
Entre sus corvas uñas aferrada
Una divina imágen, un cuchillo,
Que de su muerte la dejó vengada:
¡El alma en su viril tiembla en oillo!
Traia á la beldad misma robada,
Un bulto de marfil, una figura,
Que es del pintor retrato su pintura.

»¡Mi vida muerta en sus crueles manos,
Mi muerte en ellas desmayada y viva!
¡Puesta sobre sus hombros inhumanos
La firme basa en quien mi bien restriba!
¡Presa la que con lazos soberanos,
Para no rescatar, almas cautiva!
¡Mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guía,
La fiera entre sus brazos la traia!

»Si has visto sobre un risco montüoso
La bella cazadora de Diana,
O sobre roca en mar tempestüoso
Arrojada una vírgen soberana,
O en seco roble duro y espinoso
Enredada la verde vid lozana,
Que, aunque allí su florido abril imita,
Sobre el desnudo tronco se marchita;

»Pues la imágen así de mi alegría
En los brazos del monstruo se enredaba:
Hermoso y blanco cisne parecia,
Que de algun seco tronco preso estaba;
O cual de Grecia á Persia pasó un dia,
Huyendo el que á salvarlo lo llevaba
De algun Zéuxis, un ángel bello alado,
A sus piés un dragon de oro enroscado.

»Aquí el amor me dió el primer asalto;
Aquí me cautivé de una cautiva;
Aquí mi gloria, vuelta en sobresalto,
Una muerta beldad la dejó viva;
Aquí me dió fortuna el bien mas alto,
Si lo es amar una beldad esquiva:
De entre las manos de aquel monstruo fiero
A mi pecho salió el arpon primero.

»Al principio entendí que era Diana
O alguna diosa de aquel bosque umbroso,
Que, así robada, una fantasma vana
Por caso la llevaba milagroso:
En gualdas vuelta la color de grana,
Marchitó al rostro su clavel hermoso,
Cual tierna y fresca rosa dividida
Del verde tronco que le daba vida.

»O con gritos hiriendo las estrellas,
O con desmayos muerta se quedaba:
Con sus medrosos llantos y querellas
Hasta la misma fiera se ablandaba:
Yo, que nací para morir por ellas,
Y á solo esto mi estrella me guiaba,
En un punto cobré el color perdido,
Del nuevo fuego del amor nacido.

»Pico el caballo, á quien el duro freno
Apartarlo del miedo no podia,
Que aquí y allí por entre el bosque ameno
Huyendo me llevaba y me traia:
La fiera, que me vió, en el verde seno
De un crespo pino puso á mi alegría,
Y á mí se vino, cuyo brazo fuerte
Sombra me pareció del de la muerte.

»Con la facilidad que es arrancada
De tierna mata una encarnada rosa,
Que la dama, con mano descuidada,
En su cabeza vuelve mas hermosa,
Y della nuevamente coronada,
Su descuido prosigue victoriosa,
Sin mas estorbo que bajar la mano
Y cortar el capullo mas galano;

»Así el contrahecho monstruo me arrebata,
Y por fuerza me arranca de la silla,
Y entre sus manos ásperas me trata
Cual de tierno alelí rosa amarilla;
Y ni me arroja, hiere ni maltrata,
Antes se me avasalla y se me humilla:
Dame asiento en el hombro y su cabeza
Por engañosa y frágil fortaleza.

»Creyó que bastaria aquel engaño
Para que, en su belleza divertido,
Del suyo me olvidase con mi daño,
Y me dejase aquel vencer vencido:
No sé quién me libró del lazo extraño,
Ya en su falsa beldad entretenido,
Que, vuelto sobre mí, la daga afierro
Para con sangre desteñir mi yerro.

»Por una y otra parte intento en vano
De dar rojo barniz al limpio acero,
Y es todo el fruto atormentar la mano;
Que el diamante es mas blando que su cuero:
Hasta el áspero vello queda sano,
Y no se altera ni huye el monstruo fiero;
Antes, cuanto mas trato de su muerte,
En regalos los golpes me convierte.

»En la cabeza, entre guedejas de oro,
Que coronadas de arrayan traia,
¡Milagro extraño! su mayor tesoro
En el engaño de una flor tenia:
Si un poco con la mano la desdoro,
Cebado en la beldad que en ella via,
Aun no bien la he tocado, y asombrada,
Por tierra cae la fiera desmayada.

»Vuélvese á levantar torpe y marchita,
Y en el hombro me arroja cual primero;
Vuelvo á tocarla, muere y resucita;
Mejor me trata cuanto mas la hiero:
¡Extraño combatir, guerra exquisita
De un bulto así fantástico, hechicero!
Por hija de la tierra la tenia,
Que al caer, nuevas fuerzas le investia.

»Mas, despues que me dijo la experiencia
Que era la flor la fuente de su brio,
Y que en una atrevida diligencia
El mas fértil rosal queda vacío,
Hallando de fingida resistencia
El muro principal de su desvío,
Cierro la mano, y al furor violento
Flor, guirnalda y rigor deshizo el viento.

»Cayó la fiera por el verde suelo,
Vuelta, de ágil y diestra, perezosa,
Y ya descoyuntada en mortal hielo,
Fria se halló en la tierra polvorosa:
Yo, volviendo los ojos junto al cielo,
Vi sobre un árbol mi gallarda diosa:
—Si tal fruta, señora, dan los pinos,
Con razon son los dioses sus vecinos.—

»Así le dije; y por el tronco arriba
Donde mi gloria estaba fuí subiendo;
Bajo cargado de la fruta altiva,
Mis hombros carga celestial sintiendo:
No los de Atlante (si es verdad que estriba
El cielo en ellos), ni Hércules, viviendo,
Sustentar pudo carga mas preciosa;
Que si él cargó su cielo, yo mi diosa.

»Toca con sus hermosos piés el prado,
Y valos engastando en nuevas flores,
Su pecho, no del todo asegurado,
Entre varios recelos y temores,
Teme á la fiera, á mí y al despoblado,
Señal que no sentia mis dolores,
Pues no hay corte mas bien acompañada
Que los desiertos con la prenda amada.

»Mi caballo busqué, que, temeroso,
Por la selva se entró tascando el freno,
Y poniendo á las ancas mi reposo,
Sin él me fuí, de sobresaltos lleno,
Por donde el monstruo vino, receloso
De no perderme por el bosque ameno:
Vano temor á quien su gloria nueva,
Vencido el riesgo, con victoria lleva.

»Mil regalos le dije y mil ternuras
Que el amor me enseñaba y mi cuidado;
Unas disimulaba por oscuras,
Y otras pasaba en risa y desenfado:
Contóme sus pasadas desventuras,
Los presentes desdenes de su hado,
Quién fuese, dónde y cómo la cogiera
El contrahecho monstruo y sierpe fiera.

»Dijome que era reina del Oriente,
Princesa del Catay, por quien el mundo
Mas sangre derramó y perdió mas gente
Que agua y arenas tiene el mar profundo:
Que se casó en los reinos del poniente,
Niña, con Ganimedes el Segundo,
Y que, por bello, tiene algun recelo
Que lo ha robado, como al otro, el cielo.

»Contóme que las justas pretensiones
De hallarle la traian distraida,
Y que de unas en otras ocasiones
Cautiva y sola á Creta fué traida,
Y allí, con imprudentes abusiones,
Por diosa de las flores recibida,
Donde, en honras y fiestas semejantes,
La fiera la robó dos horas ántes.

»Con estos cuentos, con la luz del dia,
A un tiempo nos faltó bosque y camino,
Y fuénos fuerza, por faltarnos guia,
La oscuridad pasar que allí nos vino:
Yo, sin dormir, velando á mi alegría,
Y el bulto contemplando peregrino,
Y ella tambien sobre el florido suelo,
De amor el uno, el otro de recelo.

»Restituyendo al mundo las colores
Que la ausencia del sol llevó robadas,
La aurora entre argentados resplandores
Sale, siguiendo á Apolo sus pisadas:
Las lozanas libreas de las flores
De varia pedrería y luz sembradas,
Brotando todo, al declararse el dia,
Gusto, regalo, gozo y alegría.

»Yo, sin dormir, que amor me desvelaba
Y el sueño me quitaba y el reposo,
Donde mi vida desmayada estaba
En un liviano sueño cuidadoso
Con silencio llegué; mas no tan brava
El áspid deja el lecho perezoso,
Como las flores ella de su asiento,
Temerosa de algun atrevimiento.

»Mas, ya de su recelo asegurada,
A proseguir volvimos el camino
Por el rastro y la senda mal trillada
Que de la horrenda sierpe el bulto vino;
Y no mucho despues, de gente armada
Un formado escuadron vimos vecino,
Que á buscar á su diosa y mi alegría,
Por el camino que ibamos, venía.

»Llegan á ver la que en el vientre horrendo
Hallar creyeron de la oscura fiera,
Y no les asegura estarla viendo,
Que aun la experiencia dudan verdadera:
Piensan que sea su sombra que, volviendo
Del cielo, aun en sus campos persevera,
Y el Rey, que entre sus ojos se abrasaba,
Viva la via, y muerta la lloraba.

»Era Tifeo en el cretense suelo,
Aunque extranjero, rey obedecido,
A quien castigos del piadoso cielo
Traen en varias desgracias afligido;
Y entónces, por templar de su hado el vuelo,
Daba en seguir la escuela de Cupido;
Que es fuego el niño amor, y suele, puesto
Sobre la seca leña, arder mas presto.

»Llevaron, para ser sacrificada,
A Creta en un cruel altar sangriento
La Angélica beldad, en quien trocada
Mi vida, mi alma y mi memoria siento:
Vióla Tifeo en su vejez helada,
Y encendióle su vista el pensamiento;
Que el alma siempre es moza, y con antojos
Las niñas se remozan de los ojos.

»Impidió el rey cretense el sacrificio,
Haciéndolo él del alma ya rendida;
Mas, como ni uno ni otro fué propicio,
La voluntad sobró de comedida:
Si amor no da quilates al servicio
Ninguna intencion buena es admitida;
Y sean desta verdad estampa viva
Dos reyes á los piés de una cautiva.

»Libró el cretense de la muerte odiosa
Mi dulce vida, y en sus reinos hizo
Tuviese propio altar y fuese diosa;
Que esto y mas puede un amoroso hechizo:
Hasta que aquella horrible fiera hermosa
Su ciego error é idolatría deshizo,
Trayéndola en sus uñas como cebo
Para hacerme á mi idólatra nuevo.

»Habia dos años que aquel reino triste
Sobresaltado estaba é inquieto;
Que al hado que á su gusto ordena y viste
La mortal vida todo está sujeto:
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,
Fiero verdugo del fatal decreto,
Que tu trato y rigor exprimentado,
A tí por mas cruel eligió el hado.

»¿Querrás saber adónde hallaron fuente
Los males que han á Creta perseguido?
¿Qué furor los crió, qué rabia ardiente?
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
Oye el extraño caso, advierte y siente;
Suceso es raro, mas verdad ha sido:
Ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo:
Hízolo el cielo, que hacerlo pudo.

»De Alencastro, gran duque de Colonia,
Unico hijo y único deseo,
De la española sangre y la apolonia
Es, segun dice el mundo, el rey Tifeo,
Cuyo cristiano rito y ceremonia
De su patria llevaba al pueblo hebreo,
Cuando amor al viaje peregrino
Los pasos atajó y cortó el camino.

»Y la cretense ilustre monarquía,
Que hoy en soberbio cetro de oro enfrena,
Toda por suya se la dió en un dia,
Aunque de ley cristiana y patria ajena:
De la infanta Calipso, que regía
Su reino entónces, vió la luz serena;
Y tanto en sus cuidados pudo el vella,
Que su patria olvidó y su Dios por ella.

»Gozó su amor, y en nudo y lazo honesto,
De duque de Colonia, en rey de Creta
El estado mudó, y mudó con esto
En mas sabrosa ley su ley discreta;
Pues este noble rey, grave y modesto,
Y de Calipso la beldad perfeta,
Que hoy desde su gran reino al de la China
La fama nos la vende por divina,

»Una hija tuvieron, que en grandeza
Y beldad diosa humana parecia,
Dulcia llamada, cuya gentileza
Cuentan que á las mas grandes excedia:
De un año era la niña, y en belleza
Con todas las tres Gracias competia,
Cuando su madre quiso hacer propicios
Los dioses con devotos sacrificios.

»Un real jardin en el palacio habia,
De un bosque espeso antiguo coronado,
Que de regalo y muro le servia,
A los caseros dioses dedicado:
Era cierto rumor que en él vivia
De las ninfas el coro consagrado,
Adonde en vivas plantas escondidas,
Estrechas gozan y delgadas vidas.

»En medio del jardin, al cielo abierto
Un inviolable y sacro altar estaba,
Que lo alto de un espeso laurel yerto
Con su confusa sombra le amparaba:
De los Penates aposento cierto,
Donde ordinario incienso humeaba,
Aquí la Reina, con horrible espanto,
El altar vió temblar y el laurel santo.

»O fuese de los signos causa oculta,
O del hado justísimo decreto,
O en la divina celestial consulta
Tuviese lo interior algun defeto,
Nuevo prodigio del temblar resulta
Que el sacrificio se quedó imperfeto;
Los muertos animales, consultados,
Sucesos dieron sin pensar turbados.

»De rosas y jazmines coronada
El huerto tiene una preciosa fuente
Del tiempo sin artífice labrada,
Que al bosque fertiliza su corriente:
La fiesta no del todo celebrada,
Con el fuego el altar resplandeciente,
Calipso, con mil flores en la falda,
Aquí llegó á tejer una guirnalda.

»Y una ama honesta que á la Infanta hermosa
En el pecho abrigada entretenia,
Y con templada leche sustanciosa
Su dulce y tierna carga mantenia,
Junto al estanque una encarnada rosa,
Gravinia, que así el ama se decia,
A la niña cortó, y el dulce oficio.
De sus desgracias fué el primer indicio.

»Cuento notorio fué sabido en Creta,
La primer rosa apenas fué cortada,
Y en rojas gotas dió y sangre perfeta
La tierra en torno el ramo salpicada:
Tembló Gravinia, y la deidad secreta
Adora que en la planta está encerrada,
Cuando al vecino bosque fué corriendo
Nuevo temblor y movimiento horrendo.

»Temerosa Gravinia, atras volviera,
Los prodigios huyendo pavorosos,
Si en el sangriento prado no se asiera,
Arraigándose en él sus piés hermosos:
Procura con dolor sacarlos fuera,
Y ellos, vueltos en lazos revoltosos,
Desnudos ya de su primer figura,
Corriendo se entran por la tierra oscura.

»Entre una bruta y áspera corteza
Escondiendo se fué el semblante airoso,
Y su antigua hermosura y gentileza
Del duro tronco huyó en bulto espantoso:
Las manos da, furiosa, á la cabeza
Contra el tesoro del cabello hermoso,
Y de otro sér vestidos ella y ellos,
Verdes hojas arranca por cabellos.

»La tierna niña endurecer se siente
El blando pecho á que colgada estaba,
Y falto de sustancia, la caliente
Leche ya poco á poco le faltaba;
Del duro tronco la áspera creciente
Hasta el delgado estómago ocupaba:
Gravinia, allí la Reina te ayudara
Si con las fuerzas que perdió se hallara.

»Lo que pudo guardó, y á toda priesa
Cogió del árbol la primer manzana;
Y huyendo el nuevo asombro, á la Princesa
Pecho le dió y posada mas humana:
Corrió el cretense pueblo á ver la empresa
De la violenta furia soberana:
Glauro, ya sin mujer, presente estaba
Y los calientes ramos abrazaba.

»Toda dentro del árbol se escondia
La arraigada beldad, cuya belleza,
En ásperas crecientes, deshacia
Por el tronco la rústica corteza:
Ya de los labios el coral se huia;
Tiemblan los hombros, sienten la dureza,
Caen por las hojas lágrimas, y en ellas
Mil perlas son entre esmeraldas bellas.

»En tanto que la voz halló camino,
Y el nuevo sér no entró por la garganta,
Así dicen que dijo tu destino,
Hermosa niña, aquella nueva planta;
Que el órden celestial, brazo divino,
Es quien las cosas de su ser levanta:
—Si alguna fe se da á los desdichados,
Oye, Dulcia, tu suerte; oye tus hados.

»Por las deidades soberanas juro,
Que almas son ya destas calladas plantas,
Que estoy sin culpa del castigo duro
Con que ora, ¡oh hado adverso! aquí me plantas
Y si es falso mi ánimo ó perjuro,
La aguda hacha arroje al fuego cuantas
Ramas me diere el tiempo, y sin frescura
Mis troncos cayan por la tierra dura.

»Y á ti tambien sin culpa, desdichada,
Corta suerte tu estrella te ha ofrecido;
Tierna niña, tu vida está engastada
En aquel tronco en fuego consumido:
Creta con él vendrá á ser abrasada;
Así en el cielo queda establecido:
Miéntras puedo sentir su tierno brazo,
Consentid que me dé el último abrazo.

»Y si piedad en vuestros pechos queda,
De estos mis nuevos ramos la frescura,
Del agudo cuchillo, haced que pueda
Vivir sin daño de los dos segura;
Y á la raíz que este jardin enreda
El fresco humor le dé inmortal verdura,
Sin que jamas rigor de brazo airado
Mi cuerpo deje y tronco deshojado.

»Ya la voz, ya la vista se me acaba;
Siento en los ramos irme dividiendo,
Y frio el calor que espíritu me daba,
Entre el macizo tronco consumiendo. —
Dijo; y el bello rostro que quedaba
Se fué, viéndolo todos, deshaciendo;
Helóse la garganta delicada;
La palabra quedó en la lengua helada.

»Dejó el sér y la habla todo junto
Gravinia, en árbol nuevo convertida;
Y al mas brioso, de temor difunto,
La color, el aliento y voz perdida:
La Reina al rojo altar, sin perder punto,
A guarecer en el tizon la vida
De su hadada y tierna infanta pasa,
Donde, ya ardiendo, estaba vuelto en brasa.

»Del fuego le sacó, y en agua muerto
Cobraste, oh Dulcia, nueva hermosura,
Y en un lugar seguro y encubierto
Tu vida con su muerte se asegura:
Divino ramo, pero extraño engerto,
Poner en seco tronco la ventura,
De humor y no de lágrimas enjuto,
Señal que ni promete flor ni fruto.

»Creció la infanta, y su tizon hadado
En oro incorruptible se guardaba;
A su cruel madre fué en custodia dado,
Y no á quien mas su guarda le importaba:
A ti se habia de dar, Dulcia, tu hado,
Pues á ti sola el bien ó el mal tocaba:
Si nadie quiere ser de sí homicida,
¿Quién guardará mejor que tú tu vida?

»Calipso otra parió tras esta diosa,
Como tras de la aurora nace el dia,
Segunda en tiempo, pero en ser hermosa
A todas competencias excedia:
Otra Diana ó Vénus amorosa,
Dulcia ausente, Crisalba parecia:
Si la beldad segunda no naciera,
Dulcia fuera en su mundo la primera.

»Esto digo, señor, por relaciones
De los que oí contar el caso en Creta,
Sin disminuir ni acrecentar razones,
Ni á las suyas buscar causa secreta;
Mas no porque en humanas perfecciones
Piense que alguna iguale en ser perfeta,
Ni juntas todas, á la real princesa
Que amor me puso en la memoria impresa.

»Fué Crisalba de todos preferida
Por suerte, condicion, gracia y cordura,
Del reino y de sus padres escogida;
Que mas que esto se da con la ventura:
Dulcia, graciosa y nada desabrida,
Y en belleza un milagro de hermosura,
Faltóle dicha, y fuéron en su pecho
Los tesoros del tiempo sin provecho.

»Iguales sin igual, la soberana
Suerte cayó en Crisalba mas cumplida;
Siguió Dulcia la alegre caza ufana,
Cuyo ejercicio le quitó la vida:
Ceñida al talle y rito de Diana,
La púrpura igualmente recogida,
Y descubierto aquello que podia
Fuego ardiente volver la nieve fria.

»De la rodilla abajo descubierto,
Cual clavel sobre nieve desbojado,
El pecho de alabastro y grana abierto,
Y el un brazo y el otro arremangado:
El dorado cabello sin concierto,
Como al descuido con un nudo atado;
Un arco corvo y una aguda flecha,
Este en la izquierda, y esta en la derecha.

»Colgada de los hombros rica aljaba,
Donde sonando van las flechas de oro,
Hasta la turbia envidia enamoraba,
Que de léjos contempla su tesoro:
Así la corte en general la alaba,
Y así el palacio real, por su decoro,
Un divino pincel le dió en un rato
Desta muerta beldad vivo un retrato.

»Allí en el ademan se ve pintada,
Que al presto corzo ó jabalí seguia
En tan viva destreza, que engañada
La vista deja llena de alegría:
Cabe ella una alta haya coronada
Con despojos de varia montería,
De osos las presas, de leon los nervos,
Y cuernos duros de lijeros ciervos.

»De allí aprendí á decirte la manera
Con que siguió esta infanta su ejercicio;
Dichosa ocupacion si su hado fuera
Tanto como el amor le fué propicio;
Mas cuando el bien decir se queda fuera,
No hay suerte sin azar, beldad sin vicio;
Que subir sin ventura en esta vida
No es mas que andar trazando la caida.

»Cuentan que el dios Mercurio por el viento
A negocios del cielo abria camino,
Cuando la bella infanta en firme aliento
Un leon flechaba sobre un pardo encino:
Siente trocado su primer intento,
Vuelto amante mortal, de hombre divino:
Tuerce la via derecha, deja el cielo,
Y ofrece todo su cuidado al suelo.

»Y no se esconde á la mortal Diana,
Tan confiado va en su gentileza;
Que sabe cierto que á la vista humana
Dulce y tierna prision es la belleza;
Y bien que su hermosura es soberana,
El cuidado le da mayor fineza;
Que para la beldad es el cuidado
Lo que la fuente para el verde prado.

»El cabello compone, ajusta el manto,
Las alas y el dorado caduceo,
Que tanto alumbran y relumbran tanto,
Que Apolo queda en su presencia feo:
Causó á la virgen su belleza espanto,
Y el dios cumplió con ella su deseo:
Si ántes le era la caza deleitosa,
Ya le es muerte dejar la selva umbrosa.

»No escondieron los montes su delito
Por mas que acrecentó á la caza el uso,
Siendo el crecido talle el sobrescrito
De lo que allí encubierto el tiempo puso:
El mustio rostro, en su color marchito,
El de su incauta madre trae confuso;
Siente, arrogante, con dolor la afrenta,
Y mas del vulgo siente que la sienta.

»Y como la honra en nobles corazones
A toda otra importancia es preferida,
Y el sentir que anda puesta en opiniones,
Peor que muerte en una honrada vida,
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
Beber la muerte en sola una bebida,
Y —muera, dijo, quien su honor deshonra,
Pues es muerte civil vida sin honra. —

»Saca el ramo fatal de oro vestido,
Que era de su valor la mayor seña,
Y del engaste ya dél guarnecido
Entre frágil le pone y seca leña,
Y al enemigo fuego lo ha ofrecido;
Que otra venganza tiene por pequeña:
Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.

»Ya lo saca una vez, y otra lo arroja;
Ya el fuego apaga, ya lo resucita;
Con lágrimas el seco tizon moja;
Ya en la brasa lo pone, y ya lo quita:
La honra y el amor en una hoja
La muerte tienen y la vida escrita;
Si lo que el uno quiere el otro niega,
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?

»Ya el miedo del delito que intentaba
El rostro mancha de color de cera;
Ya el encendido enojo le alteraba,
Y le robaba la color primera;
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba;
Ya se mostraba madre verdadera:
Cual inconstante nao en mar airada,
De un viento y otro aquí y allí llevada.

»Muere el amor porque la honra viva;
Sale la injusta muerte victoriosa:
Bárbaro pecho, cruel, de madre esquiva,
Si tanto estimas una fama honrosa,
Mira, arrogante furia vengativa,
Que no es honra matar así una diosa,
Ni la hace menor, sino mas ancha,
Quemar el paño por sacar la mancha.

»En la mano el fatal tronco tenia,
En su cruel intento ya quemado:
—Si de este el fuego ha de nacer, decia,
Que el triste reino dejará abrasado,
Perezca aquí tu vida con la mia
Antes que el daño llegue á ser doblado;
Que los raros principios portentosos
No prometieron fines mas dichosos.

»Es mas que el vidrio la honra delicada
Al limpio adorno de una real doncella,
De huirse fácil, de guardar pesada,
Muerte el seguilla, y muerte el no tenella:
Con mentira y verdad queda manchada;
La obra imprime y la palabra en ella;
Y aunque la mancha en la verdad se lava,
La señal queda que jamas se acaba.

»Pues yo ¿qué aguardo si en el vulgo siento
La tuya, incauta Dulcia, andar perdida
De lengua en lengua por el mudo viento,
A quien tú has dado lengua tan cumplida?
Si es ménos que tu culpa este tormento,
Todas deudas se pagan con la vida:
Si joya en ti de mas valor hallara,
En esa el yerro de tu honor vengara.

»Que el vulgo, pregonero de maldades,
En veneno convierte cuanto toca;
Ni mira ni perdona calidades,
Ni que la culpa sea mucha ó poca;
Mas juntando mentiras con verdades,
La infamia crece y el honor apoca,
Y para dar al blanco adonde tira,
La verdad hace igual con la mentira.

»Fenezca pues tu vida y mi contento,
Aunque eres digna de mayor castigo:
¿Dónde me lleva este furor violento?
Más que el amor es el honor mi amigo:
¿Soy madre, ó soy verdugo, ó instrumento
De alguna furia que sus pasos sigo?
¿Qué es del materno amor y el pecho tierno
Que un dia tu cielo fué y es hoy tu infierno?

»¿Tan presto un solo enojo me ha robado
Mil penas y dolores que me cuestas?
¿De dulce madre el nombre regalado
De tan liviano peso es en mis cuestas?
Vive; que si el amor es el culpado,
No han de pagar tus lágrimas sus fiestas.—
Mi hija fué á decir, mi Dulcia dijo,
Y aun deste *mi* amoroso se desdijo.

»—¿Que digo? ¿Estoy en mí? Estoy trocada?
¿Creta será á una adúltera ofrecida?
¡Oh si fuera tu vida desdichada
En la primera brasa consumida!
Estuviera tu muerte ya olvidada,
Sin señal en mi pecho la herida,
Atajada tu culpa y mi pecado,
Y el presente dolor fuera pasado.

»Recibe el justo precio á sus hazañas,
Y el castigo menor, que lo mereces,
Y abrase este cruel fuego mis entrañas,
Pues que naciste allí, y aquí feneces:
Dos vidas que me debes tan extrañas
Quiero cobrar de ti no de dos veces:
Con una muerte quedaré contenta,
Pagada de dos vidas y una afrenta.

»La primera te di cuando en mi pecho
El sér que ahora tienes recibiste,
Y la segunda, que este daño ha hecho,
Cuando librada en este ramo fuiste:
Todo queda en tu muerte satisfecho:
Muere, que al fin para morir naciste,
Y no irás sola; que este mismo fuego
Tras ti me llevará á buscarte luego.—

»Dijo; y temblando el brazo desmayado,
El rostro vuelto, que su error no viese,
El funesto tizon al fuego ha dado,
Que un gemido mortal se oyó que diese:
De la invencible llama rodeado,
Como por todas partes se encendiese,
Dulcia ignorante y de su mal ausente,
Con un nuevo calor arder se siente.

»Las entrañas el fuego le consume
Sin causa y de repente procedido,
Y aunque con su valor y brio presume
Vencerlo, queda su valor vencido.
Ya la enemiga parca se resume
En dejar el estambre dividido;
Cae en el triste lecho desmayada,
Cual tierna fruta sin sazon cortada.

»Crisalba entre sus brazos soberanos
El desmayado cuerpo sostenia;
Apriétale las suyas con sus manos,
Como quien darle su salud queria:
No juzga sus dolores por livianos,
Mas tampoco creyó que se moria:
Dulcia, perdida la color de rosa,
Así le habla y tiembla temerosa:

»—Llamarme con delgadas voces siento
Del seno oscuro de la tierra helada;
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas, de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento:
Cielos, ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

»Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte:
¿Qué mayor muerte quieres que dejarte?
Si me era paraíso y gloria el verte,
¿Qué gozaré dejando de gozarte?
Si el morir siento ménos que perderte,
No es porque quedas, mas por no llevarte
Donde me llaman: ¡ay, Crisalba mia,
Que es temeroso trance esta agonía!

»Sola á ti he dado cuenta de mi vida,
Sola á ti he descubierto mis amores,
Como á la secretaria mas querida
Que el cielo pudo darme en sus favores:
Si eres desta alma la mitad partida,
Si te obliga el amor á mis dolores,
Esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido
Por alivio del paso á que he venido:

»Que si acaso aquel dios, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegare aquí, despues que la victoria
Mia esté por la muerte declarada,
Le cuentes con dolor mi amarga historia,
Y por fin de la muerte desdichada
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte
Mas me mató su ausencia que mi muerte.

»Que si con estos ojos ver pudiera
Su beldad cual está en mi fantasía,
Pequeño brazo el de la muerte fuera
Para dejarme sin la vida mia;
Y si por ser mortal al fin muriera,
Muriera no tan falta de alegría,
Sirviéndome su boca de aposento
A este mi último espíritu y aliento.

»Y si es de véras dios, y no ha fingido
El encendido amor que me ha mostrado,
Hiciera al fin con su valor cumplido
Este paso y dolor ménos pesado:
Siento la muerte porque no he vivido,
Y en edad peligrosa me ha hallado,
Cuando al mundo mi vida parecia
Alegre flor al despertar del dia.

»Siento que esta semilla soberana
Que ahora viva en mis entrañas siento,
Antes de ver la luz, muerte temprana
Compre á cuenta de darle yo el sustento;
Y que la parca cruel en la hebra vana,
Antes de urdirla, dé el golpe violento,
Y en el breve morir solo le cuadre
Ser hija y heredera de tal madre.

»Siento que ya la vida se me acaba,
Y que el alma comienza á desasirse,
Y el fresco aliento que vigor me daba
Dentro del pecho en fuego convertirse.—
Así la bella Dulcia se acababa,
Cual se ve tierna antorcha consumirse,
Y Crisalba, mas muerta que su hermana,
Así le aplica una esperanza vana:

»—Vive, mi Dulcia, de temor segura;
Que no será tu mal tan poderoso,
Aunque se junte á él mi desventura,
Que de tal vida salga victorioso:
No se desdore así tu hermosura;
Que el carmesí de ese clavel hermoso
No le verá la muerte, aunque atrevida,
Por no cobrar en verlo nueva vida.

»Si el cielo me da un nudo, como puede,
Yo ligaré tu alma con la mia,
Y haré que entre las dos así se enrede,
Que sigan ambas una misma via;
Ni la mia vaya ni la tuya quede
Ausente de su dulce compañía,
Antes, iguales en ventura y suerte,
Pasen por una vida y una muerte.

»Gozarnos hemos tiempo sin medida;
No estés de lo contrario recelosa;
Y allá la muerte tras la edad cumplida,
En su lugar será pieza forzosa:
Vendrá ménos aceda y desabrida;
Que al fin es la vejez carga penosa,
Y en un mismo sepulcro venturoso
Un lecho gozarémos y un reposo.—

»Así Crisalba á Dulcia consolaba,
Y así Dulcia se estaba consumiendo,
Y aquella poca vida que faltaba
Por el aire sutil se fué huyendo:
Huyó el aliento que el vivir le daba,
Como marchita y débil flor cayendo,
La brasa consumida y acabada,
Entre blanca ceniza amortiguada.

»Si cien lenguas distintas y acordadas
El cielo á esta sazon me concediera,
Y en ellas las palabras mas limadas
Que hay en la clara discrecion pusiera,
Fueran de aliento corto y limitadas,
Si encarecer con ellas pretendiera
El dolor, sentimiento, angustia y llanto
Que en Crisalba causó el mortal espanto.

»¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
Con quien ni vale gracia ni hermosura,
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena
En su misma grandeza se asegura!
No hay tiempo claro ni alba tan serena,
A quien no siga invierno y noche oscura,
Ni alegre sangre en juveniles años
Libre de riesgo y máquinas de engaños.

»Ahora el cabello enlace y la garganta
Con las perlas del mar que Arabia cria,
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta
Riqueza el monte Imabo á Persia envia;
Ahora de la beldad que al mundo espanta
Las flores goce, y donde muere el dia
Suene su voz, y corra desde oriente
Libre de lengua en lengua y gente en gente;

»Todo ello es sombra, fábula y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que corre y vuela de uno en otro daño
Hasta donde la muerte está escondida,
Cortando á todos de vestir de un paño,
Sin hacer diferencia en la medida;
Que son el pobre, el rico, el flaco y fuerte
Iguales á las puertas de la muerte.

»No del Tígris las ondas espumosas
Que en furiosos raudales van pasando,
Ni de Vénus las aves amorosas
En sesgo vuelo por el aire blando,
En curso igualan las humanas cosas
Que los tiempos tras sí llevan volando;
La pena sola y el dolor mas breve
Parece, adonde está, que no se mueve....»

Así iba el rey de Persia lamentando
Su larga historia, corta de ventura,
Al tiempo que tambien el conde Orlando,
Del valle de Pomier por la espesura,
A Garilo y los suyos declarando
La artificiosa enigma ántes oscura,
Con el discurso deste dulce cuento
La verdad confirmó de su argumento.

«Todas las cosas que en el mundo vemos,
Cuantas se alegran con la luz del dia,
Aunque de sus lenguajes carecemos,
Su habla tienen, trato y compañía:
Si sus conversaciones no entendemos,
Ni sus voces se sienten cual la mia,
Es por tener los hombres impedidos
A coloquios tan graves los oidos.

»¿Quién publica á las próvidas abejas
Sus sabios aranceles y ordenanzas?
Y ¿á quién el ruiseñor envia sus quejas
Si siente al cazador las asechanzas?
¿Quién á las grullas dice y las cornejas
De los tiempos del mundo las mudanzas?
Y al prado que florece mas temprano,
¿Quién le avisa que viene ya el verano?

»¿Quién sino estos lenguajes, que, escondidos,
No de todas orejas son hallados,
Mas de sus sordas voces los rüidos
Los raros hombres á quien dan cuidados?
Tan absortos los traen, tan divertidos,
Y en tan nuevas historias ocupados,
Que es fuerza en esto confundirse todos
En varios casos por diversos modos.

»Créese que del ruido que las cosas
Unas con otras hacen murmurando,
De su armonía y voces deleitosas
Las suspensiones dan de cuando en cuando;
Que en su canto y palabras poderosas
Así el seso se va desengazando,
Que el de mas grave precio se alborota,
Y el saber de mayor caudal se agota.

»Desto á veces se engendra la locura
Y las respuestas sin concierto dadas,
Sin traza al parecer, sin coyuntura,
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:
Los árboles, los campos, su frescura,
Las fuentes y las cuevas mas calladas,
A quien llega á sentir por este modo
Todo le habla, y él responde á todo.

»Y el no entender ni oir este lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Criador en feudo y vasallaje
Eternos cantos de loor publica,
La ocasion cuentan que es cierto brebaje
Que el engaño, en naciendo, nos aplica,
De groseras raices de la tierra,
Que el seso embota y el sentido cierra.

»Mas aquel que, por suerte venturosa
Y favorable rayo de su estrella,
La voz desta armonía milagrosa
Libre de imperfeccion llega á entendella,
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
Que á todas horas ocupado en ella,
A solo su feliz deleite vive,
Y de otra cosa en nada le recibe.

»No es invencion ni fábula compuesta;
Que ya por mí este caso ha sucedido,
Llegando sin pensar á una floresta,
Junto á una cueva en un lugar florido:
Al pié de un roble, por pasar la siesta,
Al son del agua me quedé dormido,
Y una serpiente, en tanto que dormia,
Los oidos y el rostro me lamia.

»Desligóme el sentido de manera,
Que cuando desperté quedé admirado,
Porque en formando tono y voz entera,
Hablar oí las flores del collado:
Y un árbol, por historia verdadera,
Me contó que en la cueva de aquel prado
Medoro hizo á Angélica la bella,
Seis dias ántes, dueña, de doncella.

»Sobresaltéme, y escuchando atento,
El bosque sospeché que era encantado,
Y por albricias del amargo cuento,
Furioso, todo lo dejé asolado:
Partíme con un nuevo descontento,
Oyendo hablar las selvas, el ganado,
Los árboles, los rios y las fuentes,
Las piedras, los collados y las gentes.

»Esta fué la ocasion que ya algun dia
De mí el mundo creyó que loco estaba,
Porque, aunque preguntaba y respondia,
Ni el por qué vian, ni con quién hablaba;
Hasta que Astolfo, por la extraña via
De un licor peregrino que él usaba,
Me cerró, como de ántes, los oidos,
Y volvió á su concierto los sentidos.

»Pues en el tiempo que escuchando anduve
Encubiertas historias no entendidas,
Increibles son las fábulas que tuve,
Sin querer aprenderlas, aprendidas;
Y entre otros, cierto dia me detuve
En oir de unas tragedias nunca oidas
Lo que ahora quiero que por prueba quede
De lo que vale la ventura y puede.

»Y no se entienda que es cuento inventado,
De mi persona y gravedad indino;
Que, aunque de humilde cuerpo, va fundado
En caudal y discurso peregrino:
No está todo el valor en lo abultado;
Menudo es el aljófar, y si es fino
No pierde por menudo en buen consejo
Lo que por limpio gana y por parejo.

»Junto á los arruinados paredones
De la antigua Cartago llegué un dia,
Y cansado de oir lamentaciones
Que cada piedra contra el tiempo hacia,
Juzgando por las mias sus pasiones,
A la sombra de un álamo, que abria
Pomposa rueda con sus ramos huecos,
De un ruiseñor me puse á oir los ecos.

»Venía su nueva libertad cantando,
Que de una jaula de oro al libre cielo,
Burlada la prision, el aire blando
En lijero cortó y delgado vuelo;
Y las vecinas selvas convidando
De su arpado canto al gran señuelo,
Asi, cercado de aves y de espanto,
Oyendo todas, prosiguió su canto.

»—¡Oh dulce libertad! dichosa prenda,
A ningun bien humano comparada,
Sin quien del mundo la dorada rienda
Es, por mas bien que dé, carga pesada;
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,
Jardines, ni comida regalada,
Música, cantos, aparatos, galas,
Ricas vajillas y entoldadas salas;

»Ni los demas deleites que al sentido
El rëal cetro y su lisonja ofrece,
Todo, sin libertad, es bien fingido,
Falsa alquimia sin ley, que oro parece:
Ya en rica jaula y en jardin florido,
A quien lo mejor de Africa obedece,
Vi yo mi albergue hecho, y mi arpada
Lengua de graves reyes escuchada.

»Defendido de archeros que por horas
La guarda hacen de mi altiva casa,
De sabroso manjar y aves cantoras
La mesa puesta, y los saraos sin tasa;
Estanques de cristal, fuentes sonoras,
Y lo que á todo junto excede y pasa,
Perdido el riesgo, el miedo y la sospecha.
De sutil red y de invisible flecha.

»Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!
Contigo ni se iguala ni te llega:
Por tu riesgo troqué mi paz sabrosa,
Y el real jardin por esta estéril vega:
Sola, entre sus deleites, una cosa
A mi gusto tu nuevo estado niega,
Que es privarme de ver la llena luna
De aquel soberbio monstruo de fortuna.

»Yo digo del feliz Rustaquio, hijo
Del bárbaro Abdelmon, humilde ollero,
Que hoy, en su afortunada estrella fijo,
De la ancha Libia vuela el cetro entero:
Solo deste en mi libre regocijo
Me falta el bien de ser su prisionero;
Que de un hombre dichoso aun las cadenas
De bienes suelen ser y gustos llenas.

»Cuando en el trato humano considero
La altiva majestad, la real grandeza
Con que un hombre avasalla un mundo entero,
Y se hace dél, á su pesar, cabeza:
La ciencia de un filósofo, el severo
Rostro de un senador, la fortaleza
De un soldado, el nivel de un arquitecto,
Y el compas de un artífice perfecto:

»La luz del sol, del mundo la alegría,
Las perlas de la mar, los granos de oro
Que en sus entrañas para el hombre cria,
Fuentes de gusto, venas de tesoro,
Mármoles, jaspes, bronces, pedrería,
Que por curiosidad, pompa y decoro
Da á sus teatros y ciudades bellas,
Y el suntuoso primor dellos y dellas:

»La religion, el trato, las maneras
De fiestas y comidas regaladas,
Prados, jardines, cazas, montes, fieras,
Músicas y pinturas delicadas:
La luz, el aire, el cielo, sus esferas,
Para el servicio humano fabricadas,
Las flores, frutas, fuentes, mares, rios,
Sus bosques, selvas y árboles sombríos;

»Y otros varios deleites de que goza
El hombre en esta vida á su contento,
Cuando la juvenil sangre retoza,
O se madura ya el entendimiento:
La salud, el linaje, la edad moza,
Que es del placer el verdadero asiento,
Y el gusto del saber; que de la cepa
Humana no hay sabor que tanto sepa:

»Cuando todo esto considero y miro,
Criado el hombre y hecho á su regalo,
Lo juzgo por feliz, y no me admiro
Que perder tanto bien tenga por malo:
Que tire del vivir, que es dulce tiro,
Y sin precio un brevísimo intervalo
De vida, en que gozar de lo presente;
Que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.

»Mas cuando vuelvo á ver la humana suerte
Sujeta al tiempo y á miseria tanta;
Que cual frágil cañuela es el mas fuerte
Cedro que el monte Líbano levanta:
Cuando vecino al polvo y á la muerte
Está el dosel que mas se le adelanta,
Los miedos, sobresaltos, sinsabores,
Vejez, enfermedades y dolores;

»Y sobre todo el curso irreparable
Con que en los breves dias se consume
El bien mayor, el gusto mas durable,
Del que en su estado y fuerzas mas presume;
Hallo al hombre tan pobre, tan instable,
Que toda su grandeza se resume
En ciega vanidad, locos vaivenes
De propios males y de inciertos bienes.

»Todo es sombra, y no mas; mas donde en todo
Es digna de llamar la humana suerte,
Es en ver cuán á tiento y de qué modo
Anda el hombre en la vida y en la muerte:
Aquí le dan la mano, allí del codo,
Aquí le hacen errar, allí que acierte:
¡Oh laberinto humano! ¡cuán á ciegas
Los gustos das, ó los contentos niegas!

»De la jurisdiccion de la fortuna
Estos turbios celajes forjó el hado,
Sin que haya vista tan de lince alguna,
Que el fondo alcance á ver de su nublado:
Sola ella en dispensar su antojo es una,
Y Rustaquio Abdelmon su mas privado,
En cuyo bien jamas supo estar queda,
Hasta darle la cumbre de su rueda.

»Por todas las edades que en el mundo
Mi estrecha alma gozó vital aliento,
De fortuna favor tan sin segundo
Mi vista vió, ni en su memoria siento;
Y la larga experiencia en que me fundo
No es de un año ni dos, de diez ni ciento;
Millares de ellos son, y años perfetos
Los que el mundo ha cursado y sus secretos.

»Dejo ahora el contar cómo criadas
Las almas ya, por áspero castigo
De sus primeras culpas son ligadas
En frágil nudo al cuerpo, su enemigo;
Y cómo de uno en otro barajadas,
Siempre mudando van casa y abrigo,
Y en nueva forma y vida diferente
Eternas vueltas dan eternamente.

»Hoy suelen habitar un cuerpo humano,
Y mañana hallarse en el de un bruto:
Yo fuí primero un capitan troyano,
Despues Armodio, un noble disoluto;
Una vez fuí gigante, otra fuí enano,
Otra Lisander, un mordaz astuto;
Y dentro de Pitágoras el mudo
Al mundo hice un filósofo sañudo.

»Despues fuí rey, despues un elefante;
Tras esto la ramera Aspasia, y luego
Atenedoro, un fiel representante,
Y Epídices, cobarde orador griego:
Fuí Terpandro, gran músico y danzante
Que á la arpa añadió una cuerda, y ciego,
Olvidé los primores que sabía;
Camello fuí otra vez, gallo otro dia.

»Médico de opinion y mal poeta
En Periandro nací, y el seso lleno
De quimeras, seguí tras la imperfeta
Senda sin encontrar un verso bueno:
Fuí Epicuro gloton, fuí la indiscreta
Filomena, fuí el asno de Sileno,
Fuí Focion, hablador de dichos vanos;
Y fuí Ademedes, jugador de manos.

»Fuí Eráclito el risueño, fuí el mendigo
Parresias, fuí Diomédes el tirano,
Y entre estos varios mundos, al abrigo
De un árbol de oro fuí pavon lozano,
Puesto de la fortuna por testigo
A los ciegos discursos de su mano,
Donde, de un barajado mundo á tiento,
Los disgustos reparte y el contento.

»En medio lo poblado de la tierra
Un altísimo monte se levanta,
Que un yerto cerro y escabrosa sierra
Hasta las cumbres es desde su planta:
Su altura aquí en pomposos ramos cierra
De un árbol celestial la insigne planta,
De esmeraldas sus hojas, de oro el tronco,
Lustroso de una parte, y de otra bronco.

»Lleva por fruta y flor honras y afrentas,
Una y otra fortuna indiferente,
Y ella en sus ramos, puesta con violentas
Manos, la coge y da confusamente:
Al pié del árbol van olas hambrientas,
Sin tiento, de confusa y ciega gente
Que, por los riscos sin cesar trepando,
Unos cayendo van, y otros volando.

»En piñas de oro cae la fruta altiva,
Y coge cada cual la mas galana;
Y bien, si todas de oro caen de arriba,
Una podrida sale, y otra vana;
Unas llenas de muerte, otras de esquiva
Afrenta, y otras de honra soberana:
Este lisonjas halla, el otro honores,
Y á otro un áspid le pica entre las flores.

»De gusto aquel y de tesoros llena
Su piña coge, y al cerrar la mano,
En lugar del contento halla pena,
Y las riquezas vueltas aire vano:
Por uno, al fin, que acierta con la buena,
La suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!
Que la fortuna, puesta sobre todos,
De un error rie los diversos modos.

»Yo aquí imitando su pomposa rueda
En la que de mis plumas componia,
Lozano pavon vuelto á la vereda
Del curso humano, fuí gran tiempo espía;
Y aunque vi allí grandezas de que pueda
Hacer alarde aquí la lengua mia,
Ni en esta edad hallé, ni en otra alguna,
Como la de Abdelmon igual fortuna.

»Muchos hay que de humildes fundamentos
Se alzaron á supremas dignidades;
Príncipes hubo cuyos nacimientos
Apénas los conocen las edades;
Pero fuéron al fin sus crecimientos
Hijos de sus altivas voluntades,
Saliéndole á ayudar en el camino,
Por esta ó la otra parte, á su destino.

»Mas Rustaquio Abdelmon, que hoy rige al mundo,
Todo es parto feliz de la fortuna;
Ella el paso primero, ella el segundo
Dió y los demas en su creciente luna;
Ni él la solicitó, ni su fecundo
Reino le debe diligencia alguna;
Que cuanta majestad goza en su altura
Todo es hinchado golpe de ventura.—

»Esto cantaba el ruiseñor al vuelo
De las aves, que oyéndole se espantan,
Que con arpadas lenguas siempre al cielo
Misterios á este semejantes cantan;
Y no sin causa; que en el mauro suelo
Así en las cosas de Abdelmon discantan,
Que de cuantos adoran en la luna
Por monstruo le confiesan de fortuna.

»Rústico hijo de un humilde ollero,
En Africa le halló su estrella un dia
Que formar el dibujo verdadero
De un hombre venturoso pretendia:
Fué de su dicha el escalon primero
Un real carbunco en quien el sol hacia
Nuevo retrato suyo, y entre peñas
El á los ojos con vislumbres señas.

»Huyendo una enroscada sierpe que arde
En sus escamas de oro el campo raso,
Que el triplicado silbo al pié cobarde
A tiempo le hizo huir medroso el paso,
Donde la rica piedra haciendo alarde
Está de su beldad, tropezó acaso,
Y al caer sin tiento en el estéril llano,
Fortuna misma se la dió en la mano.

»Y él, sin hacer de su valor estima,
Tibia la lleva y desganadamente,
Cuando á Vanicio vió, que era la prima
En presuncion de su aldeana gente:
Vióle la piedra, y vió cómo no estima
Su resplandor el bárbaro insipiente;
Que en ignorantes manos la mas fina
Perla se vuelve humilde cornerina.

»Y él, conociendo el sin igual tesoro
Que en su estrecha materia se incluia,
En cuya estimacion es pobre el oro
Y humilde la mas noble pedrería,
Guardándole á su dicha aquel decoro
Que á tan nuevo favor se le debia,
De todo su caudal se necesita
Por comprar la preciosa margarita.

»Compróla, y dió por ella su pobreza,
Y con ella quedó próspero y rico:
No sabe en qué emplear tanta riqueza;
Que el mundo todo á su grandeza es chico:
Ya del sayal le enfada la bajeza;
En brocado trocar quiere el pellico;
Sobre su estéril paja está acostado,
Y allí se sueña en tálamo dorado.

»Despierta, y confiado en su tesoro,
De pajes se rodea y de criados,
Ricas vajillas, reposteros de oro,
Del pincel de su antojo fabricados:
—El dia, dice, y la ventura adoro
Que tales siglos me tenian guardados
Para ser en la tierra sin segundo,
Pues nací pobre, y mando ahora el mundo.

»Bien en este carbunco hay dos millones:
Un grave estado compraré del uno,
Ricas preseas del otro, altivos dones,
De aparato cual otro fué ninguno;
Y aun tales podrán ser las ocasiones,
Y el tiempo en mi favor tan oportuno,
Que llegue á ser emperador potente
Desde el tostado egipcio al mauro ardiente.

»Al humilde Rustaquio, que es el hombre
Que para mí halló esta gran riqueza,
Cuando de ver mi majestad se asombre,
Daré altivo la mano á su pobreza,
O ilustre celo con honrado nombre
De criado, si alcanzare á tanta alteza;
Y no es paga excesiva al beneficio
Admitirlo desde hoy en mi servicio.

»Mia esta rica piedra de derecho
Era, como tambien ahora es mia;
Que el ollero Abdelmon en mi barbecho
Se la halló, porque tras mí venía:
Yo no tengo, como él, ánimo estrecho;
Que desde que nací ser rey queria;
Y la feliz estrella, en cuanto ofrece,
A los brios que inclina favorece.

»¡Que nube al viso humano tan oscura
Es la fortuna, el hado y su destino!
¡Por qué rodeos camina la ventura
Cuando quiere saliros al camino!
Pobre Rustaquio vió entre la verdura
Este tesoro que á mis manos vino;
Quien entónces le viera juzgaria
Por suya la ventura, y era mia.—

»Así Vanicio, en bárbaros discursos,
Quimeras fabricaba por los vientos,
Midiendo el cielo á palmos, y á sus cursos
Dando y quitando ley y movimientos:
Tan vario, que á ser de oro los concursos
Y avenidas de vanos pensamientos
Que á su ambicion venian, ni la hartaran
Ni sus torpes locuras concertaran.

»¡Qué de Vanicios en humildes lechos
La luz contempla de la aurora fria,
Que un mar de locas pretensiones hechos,
Todas las cumplen esperando el dia;
Y en quimeras y monstruos contrahechos
Desvelan la inconstante fantasía,
No viendo que las cuentas sin dineros,
En saliendo la luz, son todas ceros!

»Abdelmon, de otra parte, en el cuidado
De cien rubios cequíes con que Vanicio
Compró el precioso globo, desvelado,
De su aldea se finge un gran patricio;
Mas la fortuna, á cuenta de su hado,
Codiciosa de dar al mundo indicio
De sus milagros, dió muestra segura
Que no consiste en trazas la ventura.

»Tenia Abdelmon por lisonjero amigo
A Almohadi, cierto árabe embustero,
De sus secretos singular testigo,
Y de su alma desnuda dueño entero:
Este en traje de paz fiero enemigo,
Deseoso de hacer presa en el dinero,
A las rüinas de un antiguo muro
Se le hizo enterrar por mas seguro.

»Y aquella noche el cauteloso moro,
De hambrienta codicia el pecho lleno,
A robar del sincero amigo el oro
Por las tinieblas fué de un bosque ameno:
Cuando, á tiento buscando el fiel tesoro,
De un frio áspid halló el mortal veneno,
Que, trocándole el curso de la suerte,
Por rubio oro le dió pálida muerte.

»Entre tanto á Abdelmon en triste sueño
Morfeo le pinta de su amigo el caso:
Despierta, y va á buscar de su pequeño
Tesoro el breve globo y bulto escaso;
Y viendo el pago que el mortal beleño
Al falso moro dió, suspendió el paso,
De la muerte medroso y la serpiente
Que aun en torno del muerto cuerpo siente.

»Mas libre con la nueva luz del dia,
Su pequeño tesoro toma, y parte
Del ardiente calor de Berbería
Hácia la mas oculta y ciega parte;
Porque en la muerte que presente vía
Teme que alguno sin razon le encarte;
Y no le aprovechó; que el oro hallado,
Que á otros suele salvar, le hizo culpado.

»Por la codicia de los rubios tejos
Seis cuadrillas salieron á buscalle,
Y una dellas bajar le vió de léjos
De una alta sierra á un encubierto valle,
Y que entre unos manglares mal parejos
Tropa alarbe le espera por roballe,
Donde vida y dineros le quitara,
Si la que á prenderle iba no llegara.

»Ya las rendidas manos en un lazo
Presas le halló la escuadra diligente,
Que á toda priesa el áspero ribazo
Saltó, y dió en los alarbes de repente;
Y ellos, en firme y en gallardo brazo,
Preso y vidas defienden juntamente,
Y al brio de sus rústicos contrarios
Varias heridas dan y golpes varios.

»Ya en porfiada batalla y cruda guerra
Los unos en los otros marañados,
Pedazos hechos, la sangrienta sierra
Caer los vió en sus faldas destrozados;
Y de ocho, dos valientes de la tierra
De Abdelmon, en mil partes lastimados,
Vivos solos quedaron, y el cautivo,
A costa de sus muertas vidas, vivo.

»Parecióles estorbo y demasía
Volver preso de allí el cautivo mozo,
O porque su temor se lo impedia,
O la codicia ó bárbaro destrozo:
Despojáronle al fin lo que traia,
Y de la selva en un profundo pozo,
Que su delito deje mas cubierto,
Lo despeñaron, y quedó por muerto.

»Dióse por tal Rustaquio desde luego,
Y trazó la fortuna su caida
Por mejor levantarle, y así el ciego
Pozo no le quitó, mas le dió vida;
Que, como quien despierta del sosiego
De un dulce sueño, el alma divertida,
A mirar comenzó por el profundo
Si vía los reinos ya del otro mundo.

»Y no del hondo infierno llama horrible
En ciego humo y rechinar sonoro
A un tibio rayo vió de luz visible,
Mas rubias masas de centellas de oro:
Volvió del todo en sí (¡caso increible!),
Y en medio se halló de un gran tesoro
Que allí la ciega antigüedad ó el hado
A su ventura le tenia guardado.

»Salia por cien torcidos escalones
La bóveda sin luz, de oro preñada,
A unos desbaratados paredones,
Fábrica en otros siglos celebrada:
Sacó el moro feliz, de los montones
De joyas, una entre otras señalada,
Un rico alfanje, cuya pedrería
Una ciudad su estimacion valia.

»Quiso en Túnez venderle á ménos precio;
Que la hambre no come perlas ni oro,
Y el espanto de joya de tal precio
A voces dió por salteador al moro:
Llévanle preso al Rey, que, con desprecio
De su ánimo rëal, quiere el tesoro,
Y por él en la torre de palacio
Cárcel le dieron y prision de espacio.

»Budebuz, rey famoso de Marruecos,
Por lo infeliz de una batalla brava,
De la alta torre en los desvanes huecos
Despojado del reino y preso estaba,
A cuyo oido los preñados ecos
Del gran tesoro que Abdelmon negaba
Llegaban, y deseó por experiencia
Ver del moro el aseo y la presencia.

»Fué cosa fácil darle gusto en eso,
Por serles cárcel una misma torre:
Hizo graves preguntas el rey preso
Al mancebo en la fama que dél corre,
Y halla que en todas tiene fondo y peso,
Y una estrella feliz que le socorre
Y casi le arrebata en raudo vuelo
A levantar su nombre y fama al cielo.

»De otra parte Abdelmon, estando cierto
Ser de Marruecos rey el que allí estaba,
O fuese virtud propia, ó encubierto
Rayo de luz que su ánimo guiaba,
Al real valor, aun no del todo muerto,
Del feroz rey y su persona brava,
El preso moro se inclinó de suerte,
Que servirle ofreció hasta la muerte.

»Era prudente el Rey, y en los sucesos
Notó del moro una feliz ventura,
Y enderezar con ella sus aviesos,
Más que furor, le pareció cordura:
Quiso el rigor templar de sus excesos
Con arrimarse á senda mas segura,
Y miéntras su fortuna no serena,
Valerse en sus azares de la ajena.

»Descubrióle su pecho, y él, gozoso,
En firme confianza se prefiere
De dar la mano al Rey; que un venturoso
Con cuanto intenta sale y cuanto quiere:
Contentóse el de Túnez, codicioso,
Con su alfanje feliz, sea cúyo fuere,
Dando á su dueño libertad, y en ella
Cumplidos los furores de su estrella.

»Al Rey despues en su prision esquiva,
Con sutil artificio, por su mano
Seguro le escaló la torre altiva,
Y libre le sacó del rey tirano;
Y en su escondida cueva, entre la viva
Luz del tesoro, le escondió ufano,
Cuya inmensa riqueza despues pudo
De armas y gente armar al rey desnudo.

»Hizo su general el despojado
Al fiel Rustaquio, y él con su ventura
El reino recobró, y le dió el estado
Con mayor cetro y silla mas segura:
Que no se contentó de ver ganado
Lo que halló perdido; mas en dura
Sujecion puso yugo y quitó leyes
Del africano suelo á treinta reyes.

»El suyo, agradecido á sus servicios,
Ya con paterno amor y fe sincera
En dulce premio le ofreció propicios
Los brazos de Aja, su única heredera,
Pagando con los mismos beneficios
Que obligado se halló, y desta manera,
De humildes padres, le hizo el alto cielo
Gran Miramamolin del libio suelo.

»A Vanicio, en sus trazas y su cuenta,
Diverso fin le dió la incierta suerte,
Que entre la paz y la codicia hambrienta
Le dieron, por robar la joya, muerte;
Y sus vajillas, pajes y su renta
Con él la tierra en polvo los convierte:
¡Tan incierta es como esto y tan oscura
En los humanos casos la ventura!»

ALEGORÍA.

En Angélica, perseguida de Vénus y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irle faltando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que tambien en los ojos que la vian fuese faltando el deleite que ántes causaba, ó porque el honor, significado por Angélica, es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad; y así, á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenía, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra, se quedan en calma.

El tizon hadado de Dulcia, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generacion, es á saber: calor, humedad y espíritu; y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y cómo todas son pregoneras de su Providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra cómo de los bienes humanos el mas precioso es la libertad; y en los sucesos de Rustaquio Abdelmon, de qué pequeños principios nacen las majestades del mundo, y cuán poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

LIBRO DUODECIMO.

ARGUMENTO.

Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual, refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el orígen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando
Su opinion fué y su cuento peregrino,
Concluyendo en lo uno y otro cuando
El dia en su luz y el sol en su camino;
Y el astuto Garilo, que en el blando
Discurso á su jornada robó el tino,
De un intricado bosque en la espesura
Se los dejó, y halló la noche oscura.

La catalana astucia, el bosque ciego,
La oscura noche y el faltarles guia,
A otorgar les forzó el dañoso ruego
De la traidora cautelosa espía;
Y un caido alcázar que del tiempo el fuego
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,
En sus rotos desvanes sin abrigo,
El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuése la noche entre quietud y sueño
Y sabrosos olvidos de cuidados,
Y al levantarse el dia con risueño
Semblante y ojos garzos y dorados,
El castillo hallaron sin su dueño,
Y los que en él estaban despojados
De arneses unos, y otros de vestidos,
Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre
Por descubrir lo que en el campo habia,
Cuando, á la lonja que á la puerta corre,
Guardarla un hombre armado parecia:
El Conde altivo, que su arnes recorre
Y el brioso Brilladoro, en quien venia,
Más del desprecio que del robo hecho,
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Cual espumoso rio que, deshecha
La presa que enfrenado le tenia,
Furioso rompe, y por la puerta estrecha
Lo mismo saca que ántes le impedia,
Y no de sus riberas se aprovecha,
Antes furioso dellas se desvia,
Y de verse oprimir mas enojado,
Lleva entre los pesebres el ganado;

Bien así la ira del frances caudillo,
Viéndose despreciado de un villano,
No una almena le tira ni un ladrillo;
Mas, furioso, con una y otra mano
La alta torre trastorna del castillo,
Que á estremecer bajó su estruendo el llano,
Donde, si Brilladoro no huyera,
Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados
Del ademan con que á vengar sus quejas
Muros envia, torres y tejados,
Los hombros encogieron y las cejas;
Y el torreon, con sus mármoles labrados,
Con las molduras todavía parejas,
Así se via entre árboles plantado,
Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo, que estar vivo cree apénas,
Al pié temblando del frances trofeo,
Y que tras él se vienen las almenas,
Como tras de la música de Orfeo,
La sangre y brio se le heló en las venas;
Y arrepentido de su mal deseo,
Hierro al caballo mete en los costados;
Que el miedo hace ginetes extremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno,
Y aun allí alguna almena le hallaba,
Que, como rayo á quien le falta el trueno,
Tras él venía volando y le alcanzaba;
Hasta que en un espeso bosque ameno,
Donde su oculta gente le esperaba,
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro
Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demas franceses despojados
La burla mas ó ménos celebrada,
Dellos furiosos, dellos reportados,
De unos reida, y de otros suspirada:
Por entre antiguos mármoles quebrados
De la arruinada torre desmochada
Que el Conde abrió, y una encubierta escala,
La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia,
A cuya puerta estaban dos candados,
La arquitrabe y molduras de ataujía,
Aunque ya de matices deslustrados:
Las puertas de marfil y pedrería,
Los pilares de pórfido labrados,
Y en el témpano, encima el frontispicio,
De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del estigio lago,
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,
Muriendo por tomar dellas un trago,
Y por no le tomar tambien muriendo;
Que deste injusto vicio es justo pago
Vivir deseando lo que está temiendo,
Y tener las riquezas, sin gozallas,
Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras,
No hubo frances que no alargase el paso,
Por si hallara, detras de sus pinturas,
Los tesoros de Midas y de Craso,
O algunas armas, ropa y vestiduras
Para remedio del presente caso:
Llegan, y á dos vaivenes dan, sin duelo,
Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en monton confuso entrando
Por la sala, temblar se vió el castillo:
No iba con ellos el prudente Orlando,
Aunque bastó el rumor á divertillo,
Donde en el muro estaba fulminando
Con duras rocas al gascon caudillo,
Y la sala quedó cual de repente
Los techos borda el sol del rojo oriente.

De blanco mármol con relieves de oro,
O era labrado ó serlo parecia,
Y entre mosáicos lazos por decoro
Un oriente de varia pedrería:
De acuñados escudos gran tesoro,
Montones hecho, por el suelo habia:
Si en la hidrópica sed del oro hubiera
Fin y tasa, esta sala se le diera.

Alguno en su pajiza cama echado,
A quien necesidad quitó la cena,
Rico durmiendo, y pobre desvelado,
Su choza vió de igual tesoro llena;
Y de quien la noche ántes fué olvidado,
Solo que sueña poco le da pena,
Llenando grandes sacos de oro ardiente,
Que en sombra volverá la luz siguiente.

Bien así á la francesa gente avino
El bello camarin de la riqueza,
Donde apénas dió lumbre el metal fino,
Cuando á todos rindió su fortaleza;
Y llevados en ciego desatino
De la hambrienta codicia sin pereza,
Todos, en dando un paso en el tesoro,
Vueltos quedaron en estatuas de oro.

Llegó á la sala el Conde en el instante
Que ya perdian el sér los delanteros,
Y él, sin osar mover el pié adelante,
La codicia perdió de los dineros;
Y á ellos en lo insensible semejante,
Sin sentido quedó y sin compañeros,
Tan absorto en la máquina que via,
Que otra estatua como ellos parecia.

No sabe si ellos ó él está encantado;
Porque si ellos lo están, él lo parece:
Maldice y culpa su contrario hado,
Que tanto sus intentos aborrece;
Mas el suceso bien considerado,
«El pago, dice, tiene que merece
Su locura; que gentes avarientas
Hechas estatuas de oro están contentas.

»¡Oh cómo el interes del oro estraga
Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!
Un hombre entero su ambicion se traga,
Y en los respetos los mejor nacidos:
Así su vino turba, así embriaga,
Que, cual Circe, los deja convertidos
En fieros brutos de ánimos atroces,
O sorda estatua al cielo y á sus voces.

»Entre la negra lama y turbia horrura
Del Aqueronte lago, está en tormento
Un espíritu triste en noche oscura,
Seco de hambre, y de calor sediento:
Con el agua á la boca, que procura
Entrarse dentro dél, y él sin aliento,
Temiendo descrecer el rio un trago,
En pena eterna está en su eterno amago.

»No en vano, por blason desta su ciega
Dorada sepultura, el mármol tierno
Da retratado, al que á su puerta llega,
Este antiguo vecino del infierno.
¡Oh avaro inútil, que, en confusa brega
De ayuna hambre y de temor eterno,
Pasas la vida y gozas de sus bienes,
Como los que te faltan, los que tienes;

»La noche toda sin dormir, velando
Los sin fruto acuñados sacos de oro,
A quien tocar de miedo estás temblando,
Porque no hable su metal sonoro!
¿Qué importa estar, oh idólatra, mirando
Que tus cofres de acero en su tesoro
De Libia guarden las riquezas juntas,
Y aren tus campos fértiles cien yuntas?

»¿Qué importa que la cueva de Arimaspes
El oro con que al mundo desafía
En tu casa trastorne, y el Hidaspes
Cuantas drogas por él la Misia envia?
¿De la fria Scitia los vetados jaspes,
O el metal rojo que en su arena cria
El Ebro, el Indo, el Gánges, el Pactolo,
Y mas que todos cuatro el Tajo solo?

»¿Qué importa que del rojo mar la espuma,
En perlas vuelta, te la dén sus playas,
Y del rico Quinsay una gran suma
Por ambos mares á tus puertas trayas?
Qué importa que en los ceros de tu pluma
Se encierre el Tibar, y por tuyas hayas
Cuantas masas derriten y dan, llenas
De espanto, los respaldos de sus venas?

»¿Si al fin, temblando en medio tu tesoro,
Al rostro enfermo de la hambre ayuna
Triste te rindes, y en cuitado lloro
De imprudente condenas la fortuna,
Que te dió á tiento tantas cargas de oro,
Mas sin fruto, cual blanco de la luna,
Pues estar en tus cofres es lo mismo
Que el no haberlas sacado del abismo?»

Dijo; y mil trazas prueba, por si alguna
Divertirlos podrá de aquel tormento;
Mas no le acude á su intencion ninguna;
Que el oro es poderoso encantamento;
Y viendo tan trocada su fortuna,
«¡Oh cielos, dice, que en mi daño siento
No haber cosa en los hombres ménos cierta
Que el dia mas vecino á nuestra puerta!

»Disteme la victoria de Girona,
Y esta noble y burlada compañía,
Con quien, dejando el campo en Carcasona,
Ayer solo á buscar placer venía:
Hallo menospreciada mi persona,
Robado, triste, á pié, solo, sin guia,
Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,
Y al parecer mis compañeros muertos.

»Mas, si es órden del brazo soberano
Que el mar enfrena y las estrellas rige,
Él es el dueño; corra de su mano;
A su cuenta está todo: ¿quién me aflige?»
Así decia el senador romano,
Y así de su imprudencia se corrige,
Buscando modos para ver si puede
Hacer que allí su compañía no quede.

Mas si asir con un lazo procuraba
La estatua que mas cerca parecia,
Apénas el cordel dentro llegaba,
Cuando una sierpe de oro se volvia;
Y del pedazo que de fuera estaba
Su encanto la troncaba y dividia,
Y en metiendo una vara por la puerta,
La mitad de oro parecia enjerta.

Así de Etna en los hornos encendidos,
Donde su bronce el ciclope derrite,
Los robles caen en brasas convertidos,
Que con el oro su color compite;
Y de los ramos de otro sér vestidos
Hace que el tronco se desgaje y quite,
Y que lo que ántes era haya ó pino
El lustre herede del metal mas fino.

Cansado el Conde de trazar al viento
Cosas que todas le salian en vano,
El castillo dejó y su encantamento,
Y á pié se entró por un florido llano,
Por compañía solo su tormento;
Cuando de lo alto de un collado enano
Un humo descubrió y paredes viejas,
Cabaña humilde de un pastor de ovejas.

Habia llevado de su error la pena
Tres dias sin comer, desalentado,
Perdido el tino por la selva amena,
Y mas que en ella dentro, en su cuidado,
Sin gusto, el alma de congojas llena;
Cuando arribó, confuso y destrozado,
Ayuno, sin espíritu ni aliento,
Del rústico pastor al fresco asiento.

Al rebaño llegó, que unos ribazos
Subia en las verdes faldas de un barbecho,
Y un merino carnero entre los brazos,
A la estrecha cabaña fué derecho,
Y á medio asar se le comió á pedazos,
No del todo en su hambre satisfecho;
Antes temió el pastor, por lo que via,
Que tras él los demas se comeria.

Dióle al deseo de reposar el prado
Florido lecho, un césped almohada,
Y á un flojo cuerpo del calor cansado
Las flores son alfombra regalada,
Y el sueño y el descanso deseado
Vianda sin mas salsas sazonada;
Que aquel cansancio que en los miembros anda,
Del suelo duro hace cama blanda.

Al fresco silbo del templado viento,
Que entre álamos y alisos bulle ufano,
El sueño le borró del pensamiento
La antigua pena con sabrosa mano...
Cuando en Sansueña el noble alcaide, atento
A conocer el preso moro anciano,
«Este es, con nuevo sobresalto dijo,
El robador de mi perdido hijo.»

Y como en triste llanto se disuelve
Sin dar respuesta, en confusion metido,
Con la medrosa vista le revuelve,
Y del doncel le preguntó perdido;
A qué fin le hurtó, cómo le vuelve,
Y adónde hasta ahora le ha tenido:
A quien con miedo, sobresalto y lloro
Así le respondió, temblando, el moro:

«Mi muerte veo, señor, y no tu hijo:
Yo le robé en un ciego bosque umbroso,
Acaso sin pensar; pero bien dijo
Quien la ocasion llamó ladron forzoso:
No previne caverna ni escondrijo,
Ni flacas postas en que huir medroso;
La suerte me llevó por los cabellos,
Sin procurar sus lances ni entendellos.

»Saliendo tú en Miduerna á caza un dia
Con el rey Casto, y él con su sobrino,
Con él tu hijo, y yo en su compañía,
Una nublosa tempestad que vino
La caza nos deshizo y la alegría,
Y á los dos nos llevó fuera de tino
Por entre incultos montes y vallados,
Dos dias, sin ver por dónde, derrotados.

»Hallé al tercero un hato de pastores,
Y allí, tomando lengua, vi que estaba
Diez leguas de Miduerna y de sus flores;
Que, pensando acercarme, me alejaba:
¿Quién halló esclavo fiel á sus señores?
¿A quién la servidumbre no le agrava?
¿Quién no quiere ser libre? Quién procura
Quitar de sí, para otro, la ventura?

»Pidióle á la ocasion luego el deseo
Mi libertad á costa de la ajena,
Y al fin, por no hacer largo rodeo,
Pues ya mi historia para nada es buena,
Huyendo, desde aquí empecé á ser reo,
Y desde aquí mi culpa me condena,
Si el apetito natural es culpa,
O en mi delito puede haber disculpa.

»A Valencia, de aquí, me fuí derecho,
Y á tu hijo llevé en mi compañía;
Que le hizo mas daño que provecho
La desleal aficion que en él tenia;
Y viendo el no pensado yerro hecho
Con quien igual satisfaccion no habia,
Al rey Abdalla se le di por paje,
Con la cuenta y razon de su linaje.

»Él le crió en su corte y su palacio;
Yo desde allí á vivir vine á Toledo:
No sé de aqueste tiempo en el espacio
Qué sea dél; solo esto decir puedo.»
Y con triste semblante y rostro lacio
Esperando la muerte, estuvo quedo,
Sin mirar á Roselio, de turbado,
Ni conocerle, por estar mudado.

Pero su padre, á quien la sangre ardiente
Ya la verdad del caso le decia,
Llorando de placer, en su alma siente
Lo que decirle nadie no sabia;
Y con gusto abrazando tiernamente
Al que por muerto en su opinion tenia,
Cuenta le pide ya con regocijo
De sus desgracias, y el mancebo dijo:

«Los trabajos, señor, en la memoria
Tienen otro sabor que en los sentidos;
Que la pena acabada es toda gloria,
Y los pesares buenos para oidos;
Y así, los casos de mi nueva historia
Volverán el deleite, referidos,
Que otro tiempo quitaron: oye atento
El extraño suceso de mi cuento.

»Desde que á las ventanas de la vida
De la razon llegó la luz primera,
Comenzando á aclarar con su venida
De la niñez dormida la ceguera,
Al primer escalon de mi subida
Me conocí cautivo de manera,
Que quiso la ventura que perdiese
Antes la libertad, que la tuviese.

»Bien que un tibio recuerdo me quedaba,
No de mi patria, padres ni parientes,
Sino de un no sé qué que me avisaba
Haber venido allí de extrañas gentes;
Mas luego con el gusto se olvidaba,
Solo atento á gozar de los presentes
De la corte de Abdalla, en quien tenía
Padre, patria, regalo y compañía.

»Tiene Abdalla el gobierno de Valencia
Con dominio tiránico usurpado,
Aunque por propia sangre y descendencia
Le quieren otros dar el principado,
Y que sea el cordobes reino su herencia,
Y el intruso tirano rebelado
Aliatan, que hoy le goza y pone leyes,
Guerreando en razon desto ambos los reyes.

»Son grandes las cautelas y los tratos
Que Aliatan y los suyos han movido
Contra Abdalla, y no ménos los recatos
Con que desto en Valencia se ha vivido:
En cierto cuartel suyo, por contratos
De gabela y servicio mal pedido,
Y otros tributos graves y tiranos,
Vivian como en prision ciertos cristianos.

»Allí del segoviano San Vicente,
A quien Daciano dió por mortal vida
Corona eterna, en un lugar decente
Tenian cuerpo y parroquia conocida,
Donde acudia de la cristiana gente
La mas noble, devota y corregida,
A un convento debajo del auxilio,
Reglas y vocacion del gran Basilio.

»Era Mauril prior deste convento,
En sangre ilustre y en costumbres santo,
Cordobes en honrado nacimiento,
Y en nobles pundonores otro tanto;
De Aliatan primo, en cuyo fundamento
El Rey quiso intentar, con todo cuanto
Calor le fué posible, un trato doble
De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.

»Está el convento al valenciano muro
En un fuerte lugar incorporado,
Para cualquier traicion paso seguro
Si los de dentro venden el cuidado:
Este intentó Aliatan comprar, seguro
Que Mauril, por pariente ó por privado,
Gustaria de venderle, y desa suerte
Daria á Valencia saco y al Rey muerte.

»Mas, si eran mármol las demas almenas,
Aquellas halló el Rey que eran diamante,
De mas lealtad que de argamasa llenas,
Y el monje cordobes en ser constante:
Esto en gran riesgo se trataba apénas
Con el secreto y término importante,
Y Hambroz corria la costa con su armada,
Por si se hallase á la traicion entrada.

»Mas Berberuz, un moro su adversario,
Que de Valencia la opinion seguia,
Venció y quitó la vida á este corsario,
Encima el puerto Caridemo, un dia;
Y ahora alguno del bando del contrario
Descubriese el intento que traia
Hambroz, y la secreta inteligencia
Con que pensaba echar gente en Valencia;

»O que por otra via y otro modo
El peligroso trato se entendiese,
Su inocencia mostró el cristiano godo
Cuando no fué posible le valiese;
Que nunca en el descargo se cree todo,
Por mas que la verdad se ajuste y pese;
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,
O mucha ó poca, presupone culpa.

»Quedó el Rey con sospechas y recato
De Mauril, que no pudo descargarse
De no haber descubierto á tiempo el trato
Que en la misma traicion podia vengarse:
Fué creciendo, tras esto, cada rato
La fama que Aliatan viene á juntarse
Con los cristianos, y otros que en Valencia
Por contrato le han dado la obediencia.

»Y aunque nuevas de vano fundamento,
Pudieron con el suyo dar cuidado,
Y ocasion á un tirano mandamiento
Contra el opreso pueblo baptizado:
Que dentro de diez dias mude asiento
En la ley ó en el reino y que pasado
El término, se prenda por esclavo
Quien no llevare el bando real al cabo.

»Fué grande el repentino sobresalto
Que en la rica ciudad causó este edito;
Porque irse era perderse, y quedar falto
En la ley de su Dios, mayor delito:
Si alguno se iba, en popular asalto
En él daban los moros, y por rito
De su Alcoran y secta mal nacida,
La hacienda le quitaban y la vida.

»Como hambrientos sabuesos, que al que llega
Humilde á demandar limosna al rico,
Su importuno y confuso aullar le niega
De la mesa alcanzar un vil zatico;
Y si, huyendo su enfadosa brega
Y aquel rabioso arremangar de hocico,
Da la vuelta, arremeten denodados
A dar con rabia en el sayal bocados;

»Así á los valencianos los moriscos
Con sus denuestos tratan y baldones,
Y ellos por quiebras huyen y por riscos
De su misma hacienda y posesiones;
Que cual hambrientos lobos que en apriscos
Los corderos destrozan y vellones,
En hacienda y persona la ira aceda
Muestran en el que va y en el que queda.

»El santo abad Mauril, contra quien junta
Toda esta nube y tempestad llovia,
Viendo que á sola su persona apunta
Y á su humilde y devota compañía,
Haciendo della una medrosa junta,
Propuso el riesgo en que su estado via,
El rigor del tirano, su inclemencia,
Y la morisca bárbara insolencia.

»Y viendo urgente y sin reparo el daño
Que el cielo les envia por recuerdo,
Del sueño de su culpa y desengaño
Mundano sale de comun acuerdo
Que huir del propio para el reino extraño
Es en tal ocasion de ánimo cuerdo,
Y discreta ganancia echar perdida
La capa al toro por salvar la vida.

»Y que cuando otro bien ni causa tenga
Esto, mas que librar al gran Vicente
De un segundo Daciano, y que no venga
Su cuerpo á manos de la maura gente,
Que en hacer dél escarnio se entretenga,
Es sano acuerdo y causa suficiente
El ponerlo por obra, dando todos
Para este intento los mejores modos.

»Al fin salen de acuerdo de embarcarse
Con la santa reliquia al dia siguiente,
Y del nocturno luto aprovecharse
Con traza oculta y paso diligente:
Ya el sueño comenzaba á descolgarse
Con su quietud hácia la humana gente,
De las estrellas, que de en medio el cielo
Rayos llovian de silencio al suelo;

»Cuando los santos monjes, ocupados
En huir del reino y la ciudad tirana,
A dos barcos que estaban aprestados
Llevan su mueble y prenda soberana:
Yo el alma y los sentidos sepultados
En un pesado sueño y sombra vana,
Sobre la blanda pluma de mi lecho
Retrato estaba de la muerte hecho.

»Allí en trágico, horrible y triste sueño
La confusa ciudad soñaba arderse,
Y todo el real alcázar con su dueño,
Sin culpa mia, sobre mí romperse;
Cuando á este punto vi en rostro risueño
Un santo bulto cabe mí ponerse,
Así hermoso y de alegre luz vestido,
Que solo le pudiera ver dormido.

»Como el que con los ojos de repente
Dió en las medallas del dorado techo,
Que con la húmeda luz resplandeciente
De la luna está una ascua de oro hecho,
Si ántes le iba á tragar una serpiente,
Queda, viéndose libre, satisfecho;
Así yo me hallé, y así me avino
Llegando á mí aquel bulto peregrino.

»Conocí luego el rostro soberano
De mi abogado mártir San Vicente,
Que muchas veces ántes no con vano
Cuidado en su sepulcro vi presente;
Y asiéndome la mia con su mano,
—Huye, hijo, me dijo, diligente,
La odiosa tierra y servidumbre triste
Si ya te deseas ver donde naciste.—

»Sobresaltóme el sueño, y temeroso,
De angustia lleno y de sudor, despierto,
Y en mi sentido vuelto, un doloroso
Suspiro me dejó el cabello yerto:
Salté del blando lecho receloso,
Y en el bulto encontré de un hombre muerto,
Que entre un gemido y otro, en aquel punto
Alma rendia y aliento todo junto.

»Llegué en turbado y temeroso paso
A conocer el bulto, y vi tendido
En un sangriento lago (¡ extraño caso!)
Del rey Abdalla al príncipe querido:
El gallardo Algaicel al cielo raso,
De una estocada el corazon partido,
El alma me pasmó; el cabello yerto,
Por un rato á sus piés me quedé muerto.

»Mas, vuelto sobre mí con mas recato,
El peligro miré en que estaba puesto,
Muerto á mis piés del príncipe un retrato,
Y del alcázar en quietud el resto:
Yo solo á ser del alevoso trato,
Sin culpa alguna, el agresor dispuesto,
¿Quién me salvará el riesgo de la vida
Si doy el muerto, y no al que fué homicida?

Comencé á discurrir por cuál camino
Entrar pudo ó salir el delincuente,
Cuando, á tiento y sin ver dónde camino,
Del real jardin me hallé cabe una fuente;
Y entre la turbacion y el desatino,
De un postigo la puerta vi patente,
Por donde vi que del suceso extraño
El sin piedad autor metió el engaño.

»Y á mejor confirmar la incierta duda
A la vecina playa salí atento,
Buscando el rastro entre la sombra muda,
Cuando oí de cerca apresurado aliento:
Este es, dije, el traidor; y con desnuda
Espada y no advertido arrojamiento
Al bulto me llegué, y en voz valiente,
—¿Quién sois? le pregunté; tenéos, ¿qué gente?—

»Hallé un coro de monjes que llevaba
Un ataud al vecino mar cargado,
Y Mauril, que rezando los guiaba
En tono grave y paso moderado:
Yo, viendo que de mí se recataba,
En mi primer sospecha confirmado,
Tan cargado me vi de desconcierto,
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.

»Conocióme el abad Maurilo, fuese
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,
Mi venida en espíritu supiese;
Que á un amigo de Dios todo le es llano;
Y humilde,—oh mi Roselio, dijo, cese
El brio sin causa de tan noble mano;
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,
Es quien al reino ha dado este castigo.—

»Fué causa el monje de mayor espanto
Con su vista y palabras no entendidas,
Hasta que entre el sonoro humilde canto,
—No es salvar todo, dijo, humanas vidas;
Que las reliquias deste mártir santo,
Aunque en esta urna estrecha recogidas,
A salvar nos obligan su tesoro,
Del cielo digno, y no de un pueblo moro.—

»Así dijo; y á mi alma la memoria
Lo que ántes entre sueños visto habia,
Y del sagrado mártir la notoria
Merced que á cuenta de quien es me hacia,
Sacándome del riesgo con victoria,
Riesgo mortal que á dar en mí venía,
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado
De mí le dí, y con él me hallé embarcado.

»Cien cristianos, sin niños ni mujeres,
Dentro hallámos ya de dos navíos,
Que con su pobre mueble y sus haberes
Huian del reino infiel los desvaríos;
Y ántes que con dorados rosicleres
El alba tiña sus plumajes frios,
De un fresco viento en vuelo arrebatados,
El espumoso mar nos vió engolfados.

»Mas apénas la luz del nuevo dia
El oriente sembró de rayos de oro,
Y la enemiga tierra que huia
La vista nos quitó del pueblo moro;
Cuando una oscura nube densa y fria,
De aire impelida con rumor sonoro,
En medio nos cogió, trayendo llenos
De ciega tempestad los turbios senos.

»Tres dias fuímos sin luz confusamente,
O tres noches en una, si hubo en ella,
O pudo haber entre la humana gente,
Dia sin sol y noche sin estrella;
Y al cuarto, cuando el alba en el oriente
Su nueva tez mostró rosada y bella,
De léjos vimos las alegres cumbres
Del puerto de Marbella y sus alumbres.

»Del crespo mar el áspero camino,
Tan breve hecho en temporal tan vario,
Del cielo pareció favor divino,
A quien nunca sopló viento contrario:
Ambos leños á un tumbo cristalino,
Como asidos de engace voluntario,
A una surcan la mar sin riesgo, llena
De ocultas rocas y mudable arena.

»Y aunque era sin quietud ciega tormenta
De viento y agua en que ibamos metidos,
En otra iban mayor y de mas cuenta
Mi memoria turbada y mis sentidos:
De mi vida los riesgos, la violenta
Desdicha de Algaycel, los no entendidos
Fines de mi viaje, y dónde el viento
A dar iria á nuestro curso asiento.

»Fué por entónces el suceso incierto
Del malogrado príncipe, ni ahora
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,
Siendo su hermana de su muerte autora;
Y habiéndose la tierra descubierto,
Y un sol alegre tras la cuarta aurora;
Al encubierto abrigo de una sierra
A hacer llegámos agua y tomar tierra.

»Donde, con gusto de recelos lleno,
Y alegría mezclada en temor vano,
Aquel dia nos dejó el tiempo sereno
En el favor de un pescador cristiano,
Cuyas nudosas redes de aquel seno
Polilla solian ser, y en trato humano
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo
Las pobres sobras que tenia nos trajo.

»Era el intento, aunque en prolija vuelta,
Buscar la humilde costa de Galicia,
Donde en tierra desnuda de revuelta
Libres huir la alárabe codicia,
Gozando en vida de ambiciones suelta
Los dejos de la bárbara milicia;
Que sin los sobresaltos de la guerra
Nadie el bien sabe que la paz encierra.

»Ayudados del viento y las corrientes,
El dia nos vió en la boca del Estrecho,
Donde de los peñascos eminentes
Del monte Avila y Calpe vimos hecho
El término del mundo y de las gentes,
Y aquel inmenso golfo sin provecho
A la frecuentacion del trato humano,
En que oscuro se extiende el Oceano.

»Entrámos viento en popa por la puerta
Con que el un mundo al otro comunica
De sus golfos las aguas, y cubierta
De blanca espuma da su arena rica;
Y del seguro puerto y playa abierta
De Algecira y Tarifa huye y pica
Nuestra medrosa flota, y miéntras pasa,
Las ruinas de Carteya mide y tasa.

»Los rotos muros que de jaspes pardos
Ya fuéron, y hoy del tiempo son carcoma,
Donde hizo el Imperio á los bastardos
Hijos de España una bastarda Roma;
Dejando á mano izquierda los gallardos
Jardines y arboledas de quien toma
Nombre Afrodisia, vimos, al remate
Del dia, á Trafalgar sobre Barbate.

»Y allí en la cumbre de una aguda sierra
Los destrozos y mármoles gastados
Del antiguo sepulcro, que, hechos tierra,
Guarda del Gerion miembros doblados;
Y al vecino Conil, que, haciendo guerra
Con gente y atambor á los pescados,
Revuelve mas atunes en su gracia,
Que Proteo focas en el mar de Tracia.

»Ya de la antigua Cádiz las almenas
A los rayos del sol daban ventanas,
Y á nuestros ojos de oro y lumbre llenas,
Noticia de las playas comarcanas;
Cuando el viento empezó á calmar, que apénas
Sus costas vimos con la espuma canas,
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.

»Al dia siguiente nos halló el lucero
Del gran templo mirando las ruinas,
Que ya hubo consagrado en lo postrero
Del Bétis á sus luces cristalinas:
De aquí, con infeliz y mal agüero,
Llena de gentes vimos peregrinas
La Jábega, que en trato humilde y bajo,
Ni la fortuna estima ni el trabajo.

»Y un viento allí se levantó tan vivo,
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,
Donde, de flores lleno el cuerno altivo,
Guadiana pasa carcomiendo un monte,
A ver del hondo Océano el motivo
Con que á España da muros y horizonte,
Y el cristal de sus ondas traga y cierra
El paso al mundo, el término á la tierra.

»Aquí ya un viento sur dejó revuelto
En remolinos de agua el mar hinchado,
Y un rebotado vendaval, mas suelto
Que el tiempo prometia y el cuidado,
Tormenta se volvió, y el cielo, envuelto
En el vellon de un lóbrego nublado,
A romper comenzó de entre sus senos
Roncos bramidos de confusos truenos.

»Fué creciendo la noche y la tormenta
Tanto del primer viento y del segundo,
Que parecia que la mar hambrienta
De aquella vez tragarse queria el mundo:
Rompe el árbol, la jarcia y racamenta,
La quilla y el timon en lo profundo
De un peñasco, y el barco todo abierto,
El mas vivo en la fe se dió por muerto.

»Mas bien se vió que el mártir Santo al cielo
De sus fieles devotos mostrar quiso
Que para obedecer á los del cielo
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso,
Pues cuando todo ya el caudal del suelo
Sin remedio se hallaba, de improviso
El Santo nos libró, y solo el Santo
Pudiera en tal tormenta y tal quebranto.

»Hechos pedazos árboles, entenas,
Velas, timones, jarcias y navíos,
En blancas playas de arboledas llenas,
De arrecifes cercadas y bajíos,
Encallados sin riesgo en sus arenas,
Entre dos claros y agradables rios,
Que mas amena hacen su frescura,
Dejándonos, se fué la noche oscura.

»En medio la famosa corva punta
Que para fin de Europa puso el cielo
Al sacro promontorio, en quien barrunta
El mundo que da fin y punto el suelo:
Allí donde las mares hacen junta
De sus cristales, y se mezcla el hielo
De Tile con los líbios arenales,
Y al poniente las conchas orientales:

»Libres aquí del riesgo ya pasado,
Con notoria evidencia conocimos
Que el Santo este lugar nos habia dado
Por suyo, y de su nombre le pusimos;
Y si ántes se llamó Cabo Sagrado,
En esperanzas de lo que á él trajimos,
Ya pues le goza, por la edad siguiente
Cabo se llamará de San Vicente.

»Saltámos en la alegre playa, y luego
De agradables bullicios se vió llena;
Quién buscando agua, quién sacando fuego,
Quién trazando el almuerzo, quién la cena;
Quién sube el monte arriba, y con sosiego
Del bosque mira la espesura amena;
Quién la leña acarrea, y quién estaca
Lugar en lo mejor á su barraca.

»El prudente Mauril del ya deshecho
Bajel mandó sacar el cuerpo santo,
Rodeando en procesion un largo trecho
De la ribera con piadoso llanto;
Y puesto en tierra el venerable pecho:
—Oh padre, dijo, cuyo eterno manto
Abriga, cubre, y da pasto fecundo
A cuanto hay de tu cielo á nuestro mundo;

»Tú que te has hecho cargo del sustento
De las vidas, del aire y de la tierra,
Y sin que siembren das mantenimiento
A cuantos peces este golfo encierra:
Tú, Señor, cuyo oculto y santo intento
Al pié nos trajo desta inculta sierra
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,
Que aquí, á mas no poder, te obedecemos;

»Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,
Admitiendo en sus culpas su descargo;
De nuevo á tu poder le restituyo;
Todo es tuyo, Señor; quede á tu cargo:
Y vos, gran mártir de Valencia, en cuyo
Amparo hicimos un rodeo tan largo,
Sednos propicio y dadnos pueblo estable,
De aire benigno y tierra saludable.—

»Dijo; y habiendo todos repetido
En lo interior del alma el mismo ruego,
Y adorando el Patron recien venido,
A su oficio volvió cada uno luego;
Cuando al santo Mauril ha parecido
Humo en un risco, que es señal de fuego,
Y una cruz en la cumbre de una peña,
Que de las señas es la mejor seña.

»Y acompañando algunos sus pisadas,
Hácia el farol nos fuímos de la vida,
Por entre breñas de ásperas quebradas
Buscando al cerro la mejor subida:
Era todo de peñas encrespadas,
La altiva frente y falda guarnecida
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,
Seca retama y frágiles escobos.

»Doblando al yerto monte la aspereza,
Su alta cumbre escalámos con trabajo,
Por donde, alzando al cielo la cabeza,
La invicta España humilde ve debajo;
Y sobre el hombro de mayor grandeza
Otro peñol levanta y otro gajo,
Que, de torres cercado y gruesas puntas,
Un rico y bello alcázar forman juntas.

»La cruz en una dellas era hecha
De un altísimo pino desmochado,
De su nativo asiento en la derecha
Peña sin mas primor incorporado;
Naciéndose ella cruz de su cosecha
Con solo haberla de hojas desnudado,
Y pareciendo abajo tan pequeña,
Que apénas forma una visible seña.

»Enfrente della y de un estrecho llano
Que al ancho mar de mirador servia,
Una humilde caverna hecha á mano
O cavada del tiempo parecia:
De quien vimos salir un hombre anciano,
Que la barba y cabello le cubria,
Del color de la nieve, todo el pecho,
Alto, fornido en proporcion, derecho.

»De aspecto grave, venerable en todo,
Del tiempo y su aspereza consumido,
Aunque en su traza, compostura y modo
Bien daba á conocer lo que habia sido:
Un vivo resplandor del valor godo,
No de otro mendigado ni fingido,
Que por sí mismo hizo desde luego
Respetásemos todos su sosiego.

»Así el anciano Enoc ó el santo Elías,
Tras tantos siglos en igual sugeto
Se mostrarán al mundo (si los dias
Alcanzan por allá á hacer su efeto),
Y en robusta vejez por las sombrías
Frescas ramadas del jardin secreto,
Adonde ahora están depositados,
De años irán y autoridad cargados.

»Y él, con semblante real y pecho dino
De lo que estaba en él disimulado,
Al sabio abad Mauril humilde vino,
Diciendo en rostro alegre: —Oh padre amado,
¡Por cuán torcido y áspero camino
El cielo á este destierro os ha arrojado
Para consuelo á un ánimo afligido,
Y remedio del alma de un perdido!

»Cien años hizo ayer que en esta tierra
Con esperanza entré deste buen dia,
Regando con mis lágrimas la tierra
Ajena ahora, y otro tiempo mia;
Donde conmigo en ordinaria guerra,
Cansada lucha y desigual porfía
Siempre he vivido, pero ya se llega
El fin dichoso de tan larga brega.

»El santo mártir que hoy con su tesoro
Viene á hacer rico el pobre albergue mio,
Que libre me sacó del campo moro
Para en este llorar mi desvario;
A quien pensé labrar altares de oro
Y templos de alabastro y mármol pio,
Dias há que me dió desta venida
La esperanza por alma de mi vida.

»Y ya que levantar en su memoria
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,
Ni en duros bronces entallar la historia
De su martirio en Córdoba y Toledo,
No le ha faltado á mi ánimo la gloria
De cumplir este voto, aunque con miedo
Que hombre que á su Criador ofendió tanto
Pueda agradar con su ejercicio á un santo.

»Con él tengo y mis lágrimas ya hecha
Una humilde capilla de mi mano,
Que aunque sea á huésped tal posada estrecha,
La trazó amor, obrero soberano:
Esta es que veis, y si esta no aprovecha,
Será altar este monte, España el plano
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo
La bóveda en que dé la fama el vuelo.—

»Dijo; y con reverencia y con espanto
Atentos todos su discurso oímos,
Y desde luego en opinion de santo
En su vista y palabras le tuvimos;
Y él guiando á la ermita, por el canto
De una tajada peña descendimos
Algunos pasos á un pequeño llano
Del cielo hecho, por grandeza, á mano.

»De veinte piés, en proporcion cuadrado,
Dentro de un risco un patio se hacia,
De un bastante pretil acompañado
Por la parte de oriente y mediodía,
Y por todas las otras abrigado
De un peñasco que al cielo se subia,
Y hácia el frio norte una caverna hecha,
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.

»Parece que el Autor del mundo quiso,
Cuando labró aquel risco de su mano,
Un mirador hacer del paraíso
En lo escondido de su breve llano;
Y en medio dél un templo de su aviso,
Cuyo altar y sagrario soberano
La estrecha cueva fuese, y su capilla
De los siglos la octava maravilla.

»La parte superior, que á la inclemencia
Del riguroso tiempo está rendida,
La humana industria, en sabia diligencia,
De enjutas palmas la tenia vestida;
Y del grave ermitaño la prudencia
Así la estrecha cuadra repartida,
Que era humilde oratorio, y contra el viento
Albergue sano y cómodo aposento.

»La limpia gruta que de altar servia,
Con tapices de palmas entoldada,
Que el sabio anciano con primor tejia
Para vestirse á sí y á su morada:
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fué prestada,
Y así al mejor se le acabó, mas esta
Eterna quedará en su templo puesta.

»Del sangriento calvario el gran trofeo,
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo,
Y pia reverencia al lugar era,
Y á los presentes general deseo
De conocer la majestad severa
Del dueño; mas ninguno hay tan osado
Que á decirle se atreva su cuidado.

»Mas, viendo del altísimo antepecho
El mundo que á los ojos descubría,
Muda estatua el mas sabio quedó hecho,
Absorto contemplando en lo que vía:
Del mar profundo un largo y ancho trecho,
Que mudables espejos parecia,
Y entre sus crespas olas, de aire llenas,
Los delfines cruzando y las ballenas.

»El risco altivo en un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que de aquel desigual despeñadero
Con espantoso estruendo al mar se arroja;
Y de una peña en otra, á lo postrero
Del monte hirviendo da su espuma floja,
Haciendo ántes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas y lentiscos.

»Por otra parte el monte, cuyos pinos
Parece que se esconden en el cielo,
Y entre tajadas peñas los espinos
De rocas cubren y boscaje el suelo:
Trepa la yedra, suben remolinos
De flores y de yerba por señuelo
Al presto gamo que por ellas salta,
Y de verlas temblar se sobresalta.

»Silban por entre almeces y algarrobos
Las mirlas, las calandrias y gilgueros;
Retozan por la grama y dan corcovos
Las liebres y gazapos placenteros:
Huyen los ciervos, rumian los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde, y por sus quiebras
Enroscadas asoman las culebras.

»Todo esto al son del bosque y del ruido
Del rio que por los riscos se despeña,
De las aves el canto no aprendido
Y del monte la verde y crespa greña:
Desde aquel alto y abreviado nido
Que labró el cielo en medio de una peña,
Se ven, sin otras nuevas maravillas,
Resacas de la mar y sus orillas.

»El contemplar la rústica hermosura
Los sentidos tenia embelesados,
Y entre aquellos asombros la figura
Del dueño de sus yermos olvidados:
Cuando él, en tono lleno de dulzura,
Así al nuevo concurso de cuidados
Que advirtió en nuestros ánimos atentos,
En su boca formó graves acentos.

»— ¡De cuán enano cuerpo y cuán menudas
Son las humanas fábricas, medidas
A las grandezas que entre peñas rudas
Suelen en un desierto estar perdidas!
¡Qué humildes las mas altas, qué desnudas
De majestad y luz las mas vestidas!
Qué primor mendigado y qué pobreza
Las de mas precio y de mayor grandeza!

»Los artesones de oro sustentados
En dóricas colunas, y á par dellos
Ricos jaspes y pórfidos vetados
De azules venas y de lazos bellos:
A dos dias de vistos y tratados,
Si al principio admiraron, cansa el vellos;
Enfadan los tapices, y el aseo
Del mas pintado alcázar queda feo.

»Son tibios los colores y pinceles
Que el mundo mas celebra y solemniza,
Puestos con las alfombras y doseles
Con que mayo unos riscos entapiza:
El fino rosicler de sus claveles,
Lo azul del lirio, la color pajiza
De un ya maduro trigo, y aquel fresco
Que con su aliento bulle en lo grutesco;

»Aquel confuso amontonar de cosas,
Arrojadas acaso y diferentes,
Aquí yedra, allí espinas, allá rosas,
Riscos, flores, peñascos, rios y fuentes,
Y unos léjos que vuelven mas vistosas
Las mismas cosas que se ven presentes,
Un pedazo de playa, una montaña
Que al cielo sube y á la vista engaña.

»Y donde, sobre todo, de su dueño
El gran tesoro y el caudal se infiere,
Es que al grande, al mediano y al pequeño
Todo se da de balde á quien lo quiere:
No hay puerta, no hay cancel, desvio ni ceño,
Sea la hora, el lugar y el dia que fuere;
Que siempre para el gusto y el provecho
Puesto se está el tapiz, y el toldo hecho.

»Ora cruzando vayan los desiertos
De algun inculto bosque, ó engolfado
En medio de los mares encubiertos,
Al frio Scita y al Burney tostado;
O en el del Sur sobre peñascos yertos
El romper goce del cristal helado,
Cuyos tumbos la playa y el arena
De blanco nácar da y mariscos llena;

»O bien se baje donde en vuelo ardiente
La línea equinoccial, midiendo el dia,
Con alas de oro encima de su frente
La suya enarca llena de alegria;
Que allí entre aquellos páramos sin gente
(Si el mundo aun tiene allí tierra baldía)
Sus solitarios y ásperos espacios
De los reyes humillan los palacios.

»Que aun contemplando aquí el humor fecundo
Que sus anchos desiertos fertiliza,
Con ignorante miedo de que el mundo
Allí el rojo calor le haga ceniza;
O que su ignoto piélago profundo
Las crespas olas con que el tumbo eriza
Entre las rocas quiebre y se consuma,
Trocada su altivez en blanca espuma;

»O imaginando estrellas nunca vistas
De Europa, ó sus peñascos, no tocados
De humanas plantas, entre varias listas
De preciosos metales, engastados
En pastas de diamantes y amatistas,
Siempre llenos he visto mis cuidados
Del deleite que causan peregrino
Estos rasguños del pincel divino.

»Un siglo entero, que de nuevo un mundo
Hacerle suele, y trastornar la vida
Del mas robusto pecho y mas fecundo
Calor que en miembros de jayan se anida,
Para gozar este balcon profundo
Pequeña ha sido y corta su corrida:
¿Qué mucho ahora os suspenda el alma entera,
Siendo esta en que le veis la vez primera?

»Mas démos ya el asiento en lo importante;
Que el tiempo huye del mundo por la posta;
Y si es digna de gloria semejante
Esta humilde capilla y cueva angosta,
Con himno santo, en procesion triunfante,
Subamos el Patron desta ancha costa
A este alcázar del cielo, que hasta ahora
La cárcel fué de una alma pecadora.

»Y si teneis quizá, como yo siento,
Deseos de saber quién soy y he sido,
Por qué culpas el cielo este aposento
Me dió, y en él los años que he vivido,
En dando al mártir en su ermita asiento,
Lo sabréis: vos ahora, esclarecido
Y sabio abad Mauril, sedme propicio
En que yo haga al Santo este servicio.—

»Dijo; y todos con ánimo dispuesto
De dar cumplido de su gusto el modo,
A la ancha playa del peñol enhiesto
Siguiendo fuimos al humilde godo,
Que, á los piés del invicto mártir puesto,
En lágrimas de amor deshecho todo,
Tierno los besa, y con su fe cumplida
Hacer lo mismo á todos nos convida.

»Suplió la devocion y el placer mudo
De aparato al triunfo soberano,
Y al encumbrado altar, ya no desnudo,
El gran mártir subimos segoviano;
Y bien que el pueblo, en procesion menudo,
En pecho grande fué y amor cristiano,
Donde en solemnidad, música y canto
La misa aquel dia dijo el Abad santo.

»Y el humilde ermitaño, prevenido,
Al disfrazado Dios en pan de vida
Con santa confesion, y en encendido
Fuego de amor, y pena no fingida
De sus pasadas culpas, con rendido
Animo y lengua en llanto derretida,
Antes del sacro pan, en el pajizo
Templo esta general confesion hizo:

—Pues ya el Rector del cielo soberano,
Que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,
Al término presente de su mano
Para mas gloria suya me ha traido,
Sea el mundo testigo, sea escribano
La fama ya otra vez, como lo ha sido
De mis excesos, y al pasado cargo
Junte, si alguno tiene, este descargo.

»Y pues ofendí al cielo, y puse al mundo
En riesgo, y al infierno dejé abierta,
Para que á cuenta mia su profundo
Vientre de almas engorde, una ancha puerta;
Pues fuí el primero, sin tener segundo
Ni haberle de tener, que vió desierta
A España de valor, y sus regiones
Asombradas de bárbaras naciones;

»Oyan los cielos, ángeles y santos,
Testigos y jueces de mi vida,
La tierra, el aire y mar, con todos cuantos
En ellos tienen parte conocida;
Oya el infierno en medio de sus llantos,
Y la caterva y plebe denegrida
De almas y negros bultos que en eterno
Dolor rodea y ciñe el lago Averno;

»Y todo, finalmente, el circuito
De la universal máquina criada,
Y sobre todo, el español distrito,
Como parte mas lesa y agraviada;
Oyan todos, pues todos mi delito
Saben, desde el cenit y zona helada
Que ciñe á mi primer nacion la frente,
Hasta del Garamante el suelo ardiente;

»Como yo, el desdichado rey Rodrigo,
Por propias culpas mias declarado
Para verdugo al celestial castigo
Que á la infeliz España ordenó el hado;
De rey que debia ser, vuelto enemigo,
De Vitiza siguiendo el desenfado
Y vicios que sembró, que yo debiera
Escardar, si el que al reino debia, fuera:

»Sepan que yo fuí solo el instrumento,
Y mi culpa la puerta á tantos males;
Que aunque en el soberano entendimiento
De quien sus leyes toman los mortales,
Para otro oculto y no sabido intento
En tablas estuviesen inmortales
Con roja sangre escritos, y sus nombres
Inmudables al brazo de los hombres,

»Yo solo aceleré con mis delitos
La divina justicia; yo, imprudente,
Graves excesos cometí infinitos,
Y airado hice al Rey omnipotente:
Todos contra mí solo están escritos;
Yo solo fuí de España el fuego ardiente;
Que al descuido de un rey, un reino viene
Al triste estado que ahora España tiene.

»Y aunque todos son carga en mi memoria,
Y yo asombro por todos del infierno
(Si el que con su pasion compró mi gloria
No me da libre de su fuego eterno),
El que al discurso de tan triste historia
Siempre mi corazon halló mas tierno,
En mis ojos mas lágrimas, mas tiros
En mi alma, y en mi boca mas suspiros,

»Fué de Ataulfo el afeado gesto
Que por leal sacó, y por obediente
De la enemiga Atanagilda en esto,
Como en pasarse en Africa insolente:
Grave delito fué haber descompuesto
Al rey Vitiza, y siendo mi pariente,
Con el favor romano y mis antojos,
Privádole del reino y de los ojos.

»Grave delito fué el voraz deseo
De entrar en mi usurpada monarquía,
Y de la torpe vida el vicio feo
Que en mi ofendido reino permitia,
Y el desnudar del belicoso arreo
La invicta España, en quien su paz tenia,
Como que yo de intento al triste caso,
Del feroz mauro diera llano el paso.

»Y entre todas mis culpas, la famosa
Y que mas se descubre y mas campea
A los ojos del vulgo, la afrentosa
Fuerza y estupro de una falsa idea,
Que á un ciego antojo pareció hermosa,
Y á la triste memoria amarga y fea,
Hija de un traidor conde que en ser malo,
Aun yo, el mayor de todos, no le igualo.

»Y si fué culpa dar á la pureza
De mi gótica sangre la africana,
Y dejar Zara ley, reino y riqueza,
Más por ser mia que por ser cristiana,
Y la curiosa y bárbara flereza
De abrir la antigua cueva toledana,
Donde el hado de España estaba oculto
En las espaldas de un mudable bulto;

»Y otras ocultas culpas y defetos
Que al libro de mi vida harán cargo
En públicos sumarios, ó en secretos,
Tras un discurso y un vivir tan largo;
Aunque todos cien años imperfetos
Me cuestan de dolor y llanto amargo,
Siempre que á Ataulfo en la memoria miro,
Con nueva pena y confusion suspiro.

»Tanto á un leal criado se le debe,
Y cual este en lealtad nadie le tuvo;
Ni si él viviera, del vasallo aleve
La traicion el efeto hubiera que hubo:
Murió como español, mas murió en breve;
Que el cielo que en la vida le mantuvo,
Miéntras quiso que el reino mio fuese,
Por quitármele hizo que muriese.

»Murió; y no hallando en la agostada España
Brazo á quien dar del campo el cetro honroso,
El salir yo con él á la campaña
En riesgo general me fué forzoso:
¡Encuentro duro de fortuna extraña,
Que sobre el rio Leteo dió espantoso
Vaiven conmigo, y á sus piés con todo
El nombre y pundonor del valor godo!

»Ocho veces la lámpara febea
Salió alumbrando el mundo, y ocho veces
La negra sombra de la noche fea
De la luna alteró las blancas teces;
Y tantos dias la mortal pelea,
El sol y las estrellas por jüeces,
En España duró, sin durar ella
Mas en su libertad que en fenecella.

»De allí ya viendo que el rigor del cielo
Era, y no otro, el azote del castigo,
Sin esperanza del favor del suelo,
El campo dejé y reino al enemigo;
Y aquí, de angustia lleno y desconsuelo,
Si conmigo venía, dí conmigo,
De un rústico vestido disfrazado,
Que compré por la púrpura y brocado.

»Cien cursos ha revuelto el gran planeta
Que por doce escalones de oro mide
El cerco de la vida, y de imperfeta
Vuelta los demas circulos divide,
Despues que entré á la soledad secreta
Que en este inculto páramo reside,
Siempre pidiendo, aunque con lengua muda,
A mis culpas perdon y al cielo ayuda.

»Y es tan piadoso el Padre soberano,
Que, sin mirar del pródigo perdido
La grave ofensa y término villano
Con que á mas no poder se ha reducido,
Con favores de padre, y padre humano,
Regalado y en palmas me ha traido,
Hecho otro Benjamin, hasta este punto
Que el premio espero de su sangre junto.

»Dióme este rio néctar, y el sustento
Estos almeces, palmas y algarrobos,
Esta secreta cueva el aposento,
El suelo cama, y colchas sus escobos,
Despertando al cuidado soñoliento
De noche los aullidos de los lobos,
Para enviar con dulce desconsuelo,
Por mis maitines, lágrimas al cielo.

«Desta suerte he corrido el curso entero
De un siglo en vida dulce y sosegada,
Llena de paz y de ánimo sincero,
Bien que de algunos miedos asaltada;
Mas, fuera de aquel gusto verdadero
De verla en Dios y por su amor gastada,
Aun en lo natural así regala,
Que la de mas deleite no la iguala.

»En santa ociosidad vagando á veces
Por los secretos ángulos del cielo,
O á sus cóncavos nudos y combeces
Atento contemplando el curso y vuelo,
O á las palmas pidiendo y á las nueces
Sustento y sombras, al florido suelo
Verdes tapices, cantos á las aves,
Aliento al aire, al mar bramidos graves;

»En esta ocupacion y este ejercicio
La vida he preparado y la conciencia,
Para dar cuenta della en el juicio
De aquel en quien espero hallar clemencia;
Y ahora mas, pues me vino á ser propicio
En tal trance el gran santo de Valencia:
Vosotros deste bien nobles autores,
No me negueis con él vuestros favores.

»Ayudadme á la fin de la jornada
Los que el cielo hacer testigos quiso
De mi vida presente y la pasada,
Y séale al mundo general aviso
Que el rey Rodrigo, si dejó manchada
Por incauto, su fama, y por remiso,
Ya con cien años de continuo llanto,
Si sus manchas lavó, no saldrán tanto.

»Toda esta magna conjuncion que junta
Favorece á los árabes furores,
Y en Sagitario y su primera punta
Harán los dos planetas superiores,
El fin y el punto de mi muerte apunta:
Hasta ella sola llegan los mayores
Términos del periodo de mi vida,
Si ántes no abrevia el cielo la partida.—

» Así dijo; y postrándose en el suelo,
En lágrimas el pecho consumido
De humilde contricion, al Rey del cielo
En la hostia santa recibió escondido;
Con tanto gusto y general consuelo,
Que en un profundo rapto suspendido,
Y levantando de la tierra un codo,
Dió el alma á su Criador el postrer godo.

» Quedó ya, con dos santos, la capilla
Hecha del cielo un singular retrato,
Y todos de tan nueva maravilla
Llenos de admiracion y de rebato,
Viendo al rey godo que perdió á Castilla
Morir tan sin grandeza ni aparato,
Cuando en el mundo se tenia por cierto
Que en él habia cien años ántes muerto.

» Hízose humilde entierro al rey potente,
Conforme el tiempo y ocasion pedia,
En un sepulcro que, por mas decente,
Dentro labrámos de la peña fria;
Donde Mauril, que en todo era eminente,
Un epitafio puso que decia:
—Aquí yace Rodrigo en este suelo:
Despues que perdió á España, ganó el cielo.—

» Y en lo mejor del apacible llano,
Y mas acomodado con la ermita,
Fundámos un humilde pueblo, ufano
De tener prenda en sí tan exquisita,
Contentos del asiento y temple sano,
Libre de la inquietud, tropel y grita
Del morisco furor y la insolencia
Del bárbaro gobierno de Valencia.

» Y ya contentos con la humilde suerte
Que allí nos arrojó al rincon del mundo,
En vida quieta una agradable muerte
Prometia á todos su calor fecundo;
Cuando la ciega diosa, que lo advierte,
Contraria nuestra en el desden segundo,
Cruel quiso acabar de dar sin duelo
Con todo el edificio por el suelo.

» Tuvo el rey de Ayamonte, Cardiléro,
Padre del que me trajo á mí á la guerra,
Por hija á Glaura del cabello de oro,
Y la beldad mayor que vió la tierra:
Si el cielo al mundo trasladó el tesoro,
Alguna vez, que en su pintura encierra,
En esta mora fué, y sin faltar punto
Allí con su pincel lo puso junto.

» Nacieron Cardiloro y esta hermosa
Medalla de beldad y de desdicha
Juntos, debajo alguna peligrosa
Combusta radiacion sin luz ni dicha:
Solo Saturno en casa venturosa,
Vénus del todo muerta y entredicha,
Y los demas planetas por los signos
Ménos proporcionados y benignos.

» Era Zafira de los dos infantes
Tia y supersticiosa hechicera,
Que, por agüeros, rayas y semblantes,
La ventura alcanzaba venidera:
Esta, entre varias cosas disonantes,
Una vino á sacar por verdadera,
Que serian ambos muertos, por engaños
De amor, en lo mas tierno de sus años.

» A Cardiloro ayer costó la vida
El cauteloso robo de mi hermana;
Pues de la suya oid la nunca oida
Desgracia, y sin sazon muerte temprana:
Veréis que no hay lazada desasida
De nudo y de pendencia soberana,
Ni á poder trastornar la órden del cielo
Las fuerzas llegan ni el saber del suelo.

» Cuando Hércules abrió por el estrecho
De Gibraltar la puerta á los dos mares,
No quedó luego todo el golfo hecho,
Ni hundidos de una vez tantos lugares;
Que algunos altibajos, trecho á trecho,
Hechos quedaron islas y lunares
De aquella su canal angosta y brava,
Donde no asentó el golpe de la clava.

» Destas las islas Verdes fuéron unas,
Que Afrodisias llamó la edad pasada,
Y en floridos verjeles á ningunas
Iguales cercos dió la mar salada:
Aquí, entre estanques, flores y lagunas,
Sobre una peña de cristal cuajada,
De la maga Zafira en largo espacio
La fábrica ocupó del real palacio.

» Aquí se retiró la astuta mora
Con la hermosa Glaura, su sobrina,
Glaura, infeliz y desdichada autora
De una triste tragedia repentina:
Crióse oculta allí, como la aurora
Entre aljófares, rosas y neblina,
Que cuando sale á despertar el dia,
Cuantos la miran viste de alegría.

» Así sucedió á Glaura, que, escondida
En la isla Verde, nadie supo della,
Hasta que, ya la maga consumida,
El Rey la trajo, y á su corte en ella
Todo el deleite y gustos de la vida,
Pues nadie la miró, que en solo vella,
De sus alegres ojos al bullicio
El alma no ofreciese en sacrificio.

» Cuando su luz por todo el horizonte
Hacia de la propia y gente extraña
Rica la humilde corte de Ayamonte,
Y famosa en las de Africa y España,
Un fiero nieto del antiguo Almonte,
A quien Roldan mató en una montaña
Por incapaz de amor y hombre furioso,
Llamado Boacel el desdeñoso;

» Este allá en Tremecen, por Agolante,
El principado de Aregol tenía,
Cuando de Glaura oyó el nombre triunfante,
Que la fama en su corte lo extendia;
Y en tal punto le oyó, que fué bastante
A quitarle el sosiego en que vivia,
Y antojado, sacarle de su tierra
A buscar la que ausente le hace guerra.

» En loco aplauso, en aparato y galas,
Tras su amorosa empresa salió el moro,
Y dando al viento de un navío las alas,
A la corte arribó de Cardiloro,
Donde por nuevas no del todo malas
Supo que Glaura del cabello de oro,
De la corte y su tráfago enfadada,
En el Algarbe estaba retirada,

» En una casa de placer, tratando
Con sus damas de caza y montería,
Sin saberse de cierto el tiempo cuando
A la ciudad, del campo, volveria:
Boacel, que en su aficion se está abrasando,
En sus deseos mas dentro cada dia,
A un ciego antojo que razon no escucha
Cualquier pequeña dilacion es mucha.

» Y así, con nombre de ir tambien á caza
Y conocer del reino las fronteras,
Con gran trópel de gentes de su raza,
Berberiscas, indómitas y fieras,
De Ayamonte salió buscando traza,
De descubrir á Glaura sus quimeras:
Llegó á la casa de placer, y hallóla,
Por daño nuestro, el impaciente sola.

» Que un dia ántes la Infanta habia salido
Por el áspero Algarbe á montería,
Y el insufrible moro, desabrido
De tanto azar como en su antojo via,
Haciendo del gallardo y atrevido,
Cercar el monte quiso, y ver si habia
Modo para que su ánimo robusto,
Pues que todo es cazar, cazase gusto.

» Salió, y el desvariar de la fortuna,
Que el mundo guisa del sabor del hado,
Huyendo el pantanal de una laguna,
Con él dió en nuestro pueblo descuidado,
De humildes chozas sin defensa alguna,
En triste sitio y puesto desgraciado;
Que á los que da en seguir la desventura,
Aun donde ya no hay mundo los apura.

»Sobresaltóse el moro de repente
Viendo la humilde poblacion, y viendo
Ser allí nueva y de cristianos gente;
Furioso, en ella dió un asalto horrendo,
Destrozando la misera inocente
Que, del peligro valenciano huyendo
Por tantos mares y rodeo tan largo,
Allí á buscar llegó su fin amargo.

»No dejó el mauritano furor, ciego,
Rastro de nuestro pueblo ni memoria;
Que de casas y gente á sangre y fuego
Las luminarias hizo á su victoria:
Algunos reservó, no humilde ruego,
Mas pomposa ambicion y vanagloria
De dar blason á su sangrienta traza,
Y a Glaura los despojos de su caza.

»A mí, ó fuese que el hábito de moro
Con que salí de la prision de Abdalla
Me hiciese parecerlo, y por decoro
Dél me diesen la vida en la batalla;
O que el autor del cielo, en quien adoro,
Quiso para traerme aquí guardalla,
Yo, al fin, con otros dos salí del fiero
Imprudente Boacel por prisionero.

»El resto, como en caza de inhumanas
Fieras, por entre peñas y agujeros
A las manos murieron africanas
De aquellos implacables lobos fieros;
Sin que al humilde ruego ni á las canas
De Mauril ni sus santos compañeros,
Que de rodillas les pedian rendidos
Las vidas, diesen ni piedad ni oidos.

»El alarido y grita que volaba
Del vulgo al cielo, á quien favor pedia,
Aunque en quebrados ecos, donde estaba
Glaura llegó y su hermosa compañía;
Y la que á ver medrosa se acercaba
De adónde el triste lamentar salia,
Viendo la mortandad, á rienda suelta
Huyendo, de temor daba la vuelta.

»Mas el furioso nieto de Agolante,
Que conoció las cazadoras bellas,
Con la victoria y el amor triunfante,
Alegre por el bosque entró tras ellas;
Y en lo mas fresco dél, poco distante
Del asolado pueblo, halló entre ellas
El bello brio de Glaura, que en el mundo
Por aquel tiempo no tenia segundo.

»Quedó el moro de nuevo sin sentido;
Y acariciado de la bella dama,
Por bien pagado dió lo que ha servido
Hasta aquel punto á cuenta de su fama;
Y ya en su mismo amor desvanecido,
En su alma adora la sabrosa llama
Que allí le trajo, y el dichoso sino
Que de gozar tal bien le hizo dino.

»Contóle bravo el arrogante hecho,
Presentándole todas las cautivas,
Que dijo haber guardado por cohecho
De su gusto, y no de otro intento, vivas:
Y que á mí, de mi talle satisfecho,
Solo queria por paje; y con altivas
Palabras, lleno de su vano antojo,
Dió á los suyos el resto del despojo.

»Puso la mora en mí los ojos bellos:
No sé si todo fue sospecha mia,
O gran descuido suyo, yo vi en ellos
Que nada mi presencia la ofendia;
Y en la inquietud de huillos y volvellos,
Ya la de su alma y corazon leia
Entre algun quebrado ay, de aliento entero,
De su nuevo cuidado pregonero.

»Preguntóme mil cosas con cautela,
Hijas del gusto de hablar conmigo,
Mi edad, mi patria, sangre y parentela,
Y quién me hizo de aquel pueblo amigo:
Cosas sueltas sin causa, en que revela
Amor á veces mas de lo que digo,
Gustando de todo ello el ignorante,
Barbaro, inadvertido y ciego amante.

»Pasóse en esto el resto de la tarde;
Y venida la noche, el moro hizo
Con sus vajillas de oro rico alarde
Y banquete á su gusto antojadizo;
Y como el fuego, que en las venas arde,
Del amor con la gula se rehizo,
Consumió la humedad, y huyó el sueño
De las vivas congojas de su dueño.

»Y no hallando parte de reposo
En la pluma y quietud del blando lecho,
De su tienda salió el moro vicioso
A ver la de su dama sin provecho;
Al tiempo que ella en un disfraz hermoso
Con igual inquietud salia en el pecho,
Quizá á buscar su antojo y devaneo;
Que esto y mas que esto cabe en un deseo.

»No se pudo saber de la salida
A tal hora de Glaura cosa cierta,
Ni adónde en tal disfraz desconocida
Iba de noche y sin por qué encubierta:
Si ya no fué que, sin pensar metida
En nuevo ardor de pretension incierta,
Tras el devanear del pensamiento
Salia, sin saber dónde iba, á tiento.

»Descubrió el moro el bulto denegrido
De la amada beldad, sin conocella;
Y viendo que al hablalla y al ruido
Atras volvió la temerosa huella,
Sospechando traicion, un prevenido
Venablo le arrojó, que dió con ella
En el suelo, clavado el blanco pecho,
Que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

»—¡Ay de mí, dijo, desdichada y muerta
En lo mejor del gusto y de mis años!—
Acudió el homicida á ver la incierta
Causa de desvaríos tan extraños,
Y vió la luz de sus deseos cubierta
De sangriento arrebol, y los engaños
De su imaginacion deshechos todos
Por tan contrarios y no vistos modos.

»Quedó pasmado, la color difunta,
Y todos juntos en desgracia tanta,
Corren á ver la miserable junta
Que en torno se hace de su triste infanta;
Y ella, clavada en la acerada punta,
Tan bella está, que aunque mortal, espanta,
Rodeada de sus damas, cuyo llanto
Es á la noche horror y al bosque espanto.

»Llegué tambien yo á vueltas; que la suerte
Me llevó con los otros á ayudalla;
Y viéndome llegar, trabóme fuerte
De la mano, y al tiempo de apretalla,
—¡Ay causa, dijo, de mi triste muerte!
Si la vida perdí yendo á buscalla,
No pierda...— Y no acabó; que en esto el filo
De la parca cortó al estambre el hilo.

»Quedámos todos muertos viendo muerta
La bella Infanta; mas Boacel, furioso,
Que en su muerte sintió la suya cierta,
Ya con semblante horrible y pavoroso
La aguda punta, de arrebol cubierta,
Que caliente sacó del pecho hermoso
Que á tal trance le trajo y á tal punto,
En el suyo escondió, y cayó difunto.

»Doblóse el llanto, el alboroto y grita
Tal con la nueva muerte, que un retrato
De infierno el bosque fuera si infinita
Su pena fuera, y no de un breve rato:
Fuése la noche, y vióse en sangre escrita
La celestial venganza al desacato
Hecho al Patron de aquel dichoso suelo;
Que así á los de su corte venga el cielo.

»Quisieron dar los moros sepultura,
Del sacro monte en un florido cerro,
A los dos cuerpos juntos: fué locura,
Y el segundo añadir al primer yerro;
Que la amistad de un malo no es segura
Aun en la fria huesa y mudo entierro;
Al contrario del bueno, que convida,
Como Eliseo, al muerto con la vida.

»Y como á defender á los superbos
Hijos de confusion el desacato
De dar del torpe amor á los dos siervos
Sepulcro ilustre en fúnebre aparato,
Un sombrío escuadron de negros cuervos
A dar bajó sobre ellos cruel rebato,
De cuyos picos y ásperos artejos
El de mas compasion huyó mas léjos.

»Y ellos, como verdugos enviados
Para aquel fin del celestial gobierno,
Los cuerpos, cuyas almas y cuidados
Son lóbregos tizones del infierno,
En espantoso vuelo arrebatados,
A un pardo risco por castigo eterno
De sus delitos, y el furor tirano
Del sin fe ni piedad rey Agolano,

»Los llevaron, y allí sobre ellos puestos
Entre el carrizo y huecas espadañas,
Con gritos atronando descompuestos
La postrera quietud de las Españas,
Puerta á los fuegos dieron deshonestos,
De que ya fuéron hornos sus entrañas,
Entrando con los picos dentro dellas
Hasta mostrar su hollin á las estrellas.

»Así en el yerto risco peñascoso
Del inclemente Cáucaso se extiende
A roer el pecho al escultor curioso
El buitre horrible que sobre él desciende;
Y el escuadron de arpías asqueroso
Así en Arcadia al ciego rey ofende,
Arremetiendo con las corvas presas
A asir el pan y trastornar las mesas.

»No están sobre el cadáver recien muerto
Mas importunas moscas asentadas,
Cuando del asqueroso horror cubierto,
El tibio humor le enjugan á picadas;
Ni cuando el campo de Ilion desierto
Dejaron las argólicas espadas,
De muertos lleno y de sangrienta espuma,
De cuervos vió ni buitres mayor suma.

»Dieron las corvas uñas á los ojos
Y espanto á los que allí quedaron vivos,
Que fueran, á no huir, nuevos despojos
De sus presas y artejos vengativos,
Pues si algunos con bárbaros antojos
De armas se visten y ánimos altivos
Para librar su rey de aquel tormento,
Vencidos vuelven de su vano intento.

»Y no solo á ellos, mas la corte entera
Del Rey, que allá en Zalema fué prolija,
Y en triste luto y lóbrega litera
Llevar el cuerpo quiso de su hija;
El negro enjambre y gente vocinglera
Con importunos vuelos los cobija,
Haciendo que, de ver su horror, medroso
Huyendo vuelva el pecho mas brioso.

»Dejáronlos allí al tormento horrible
Y á libre voluntad de los soldados
A guardar el alcázar invencible
Del mártir de Segovia acostumbrados,
Desde el sangriento golpe del terrible
Daciano, que sus miembros arrojados
En la playa dejó, y negó á Valencia
Para enterrarle en su arenal licencia.

»Allí el ave de Apolo hizo la vela
Sobre el sagrado cuerpo, y allí estuvo
En cuidosa y perpetua centinela,
Y campo á todos con su fe mantuvo;
Y ahora tambien en su defensa vuela
Sobre su sacro monte, y al que tuvo
Animo de ofenderle, se presume
Que en eterno tormento le consume.

»Yo desde allí en poder de Cardiloro
Quedé por suyo, y él en noble trato
Sirviéndose de mí no como moro,
Aquí me trajo, donde en el rebato
De anoche quedó muerto; y el sonoro
Discurso de mi vida y su retrato
Es este, y este el áspero rodeo
Al bien que ahora sin pensar poseo.»

ALEGORIA.

Orlando, que saliendo á caza, queda tras el gusto su novela perdido, y engañado por Garilo, significa q muchas veces el entendimiento, por divertirse en c riosidades sin provecho, queda perdido y llevado de error en otro hasta perecer. Y en el encantamento sus amigos convertidos en estatuas de oro, cómo la a ricia es un vicio tan torpe, que vuelve á los hombres tatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En historia de Roselio se ve lo mucho que importa el ter devocion con los santos, y cómo el desacato que se hace y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja cielo de castigarlo; y en el rey Rodrigo, los soberan efectos de la penitencia.

LIBRO DECIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Describese el gran aparato de las fiestas de Francia, la ferocid de Morgante, rey de Córcega, y las bravezas que hizo con nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue O mandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sol una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangel la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, pierde en una gran tormenta, de donde él se escapa nada sobre una entena.

Así Roselio en su sabrosa historia
Los que oyéndole están entretenia,
En el sentido haciendo y la memoria
Una mezcla de pena y de alegría;
Del santo Rey la conocida gloria,
El trágico furor de Berberia,
Del uno y otro amante el desatino,
Y el justo premio de sus culpas dino.

En tanto con las fiestas aplazadas
El frances hinche de alegría la tierra,
Desde el frio golfo y gentes apartadas
Que el encubierto mar Gótico encierra,
Hasta donde sus ondas abreviadas
Del Calpe rompen la encumbrada sierra,
Alborotando su clarin bastardo
La ardiente sangre al pecho mas gallardo.

La Gran Bretaña al templo de la fama
Dió en otro tiempo bellos resplandores,
Cuando al guerrero dios la blanda llama
Del dulce amor templaba los furores:
No habia jayan feroz sin tierna dama,
Casados con las armas los amores,
Lleno aquel rico mundo de altos hechos
De ilustres brazos y de heróicos pechos.

De héroes famosos llena la presencia
Del siglo que hoy asombra su memoria,
Del antiguo Merlin la grave ciencia,
De Artus la mesa, de Amadis la gloria,
Del rey Perion la ilustre descendencia,
Del triunfo del honor famosa historia,
Viviendo, aunque en dos cuerpos, con un alma
El tierno mirto y la triunfante palma.

Por las selvas de Ardenia á sus venturas,
En pomposa beldad y altiva frente,
Pasar solian tiernas hermosuras,
Tascando en oro el palafren ardiente:
Encerradas aun hoy no están seguras;
Que á un rayo de metal resplandeciente
Viene en la cuadra de mayor recelo
Danae rendida, y su recato al suelo.

Aun no el ciego interes con su codicia
La fe tenia, cual hoy, tiranizada,
Ni habia entónces parido la avaricia
Los monstruos que hoy la tienen afeada,
Ni del picante momo la malicia
La casa daba del honor manchada:
Todo era gentileza y gallardía
Cuanto en el mundo y en su gente habia.

El siglo de oro pudo ser llamado
De aquella edad el tiempo venturoso,
Cuando del mayor rey la honra y estado
En ser valiente estaba y generoso:
Mas no; que el siglo nuestro es el dorado,
Y el mundo hoy en sus cosas mas precioso,
Donde el oro ha llegado á tanto lustre,
Que es oscura sin él la sangre ilustre.

El rey Cárlos tambien gozó gran fama,
Insigne corte y bravos caballeros;
Mas como les faltó de amor la llama,
No pudieron llegar á los primeros;
Que los que el vulgo paladines llama,
Y yo príncipes de ánimos guerreros,
Son hombres encantados, que su hechura
De humana tiene sola la figura.

Orlando, el principal capitan dellos,
Era, segun la fama, hombre encantado,
Velloso el cuerpo y ásperos los vellos,
De hombros metido, de color tostado,
Turbios los ojos, duros los cabellos,
Gruesa la barba, el pelo ensortijado,
De miembros mas fornidos que elegantes,
Y de fuerza mayor que dos gigantes.

Reinaldos fue tambien un hombre esquivo,
De ánimo y corazon determinado,
Ambicioso, sagaz, astuto, altivo,
Colérico, atrevido y recatado:
Pocas veces de amor se vió cautivo,
Ni supo á tiempo amar ni ser amado;
Flordelis fué testigo, y lo es, con ella,
El tierno amor de Angélica la bella.

Los demas belicosos paladines
De altivez fuéron y soberbia llenos,
Conquistando á la fama sus clarines.
Su tierra al mundo, y á la mar sus senos:
Tibios al dulce amor, de cortos fines;
Que para amores nunca fuéron buenos
Hombres duros, incultos y feroces,
De fieros pechos y ánimos atroces.

Si el gallardo Ruger fué tierno amante,
No era en nacion frances, era africano;
Si supo amar la bella Bradamante,
Una temprana flor no hace verano:
Esta, sin otras, dió causa bastante
De las hadas al claustro soberano
Que, alegre acariciando al pueblo moro,
Contrario fuese de los lirios de oro.

Así tambien el ordinario oficio
Que en la corte de Francia se sabia,
Era de armas el áspero ejercicio
Que su nacion colérica pedia;
Y entre el cansado Marte y su bullicio
Apénas rayo del amor salia;
Que mejor siempre las francesas flores
En armas aprobaron que en amores.

Y en justas ahora de placer metidos,
Su tierra miran de alegría poblada,
Los circunstantes reinos conmovidos,
Con grandezas la fama sobornada:
De la imperial ciudad por los ejidos
La milicia del mundo está sembrada;
Que á varios fines, por diversos modos,
A la voz de la fiesta acuden todos.

Lleno el pais de pláticos soldados,
Ricos penachos por los yelmos puestos,
Sobre recios frisones, de encrespados
Plumeros de oro y chapería compuestos;
Almas fogosas, pechos arriscados,
Por cualquier aire á se arriesgar dispuestos;
Que la francesa cólera, el mas grave,
Aunque la quiere reportar, no sabe.

Quién, de una bella infanta al diestro lado,
Lleva en su nuevo amor gusto cumplido;
Quién en el bosque oculto el bulto amado
Llorando halló el agravio recibido;
Quién á cobrar el ya perdido estado
Su brazo ofrece y su favor cumplido,
Y contra el gran poder, fuerza bastante,
De oscuro mago ó descortés gigante.

Unos en negro luto, andas doradas
Llevan, entre el bordado terciopelo,
Un muerto rey de tierras apartadas,
Que pidiendo venganza viene al cielo;
Que siempre acude á fiestas tan nombradas,
Buscando fama, lo mejor del suelo,
Donde se desagravian ofendidos,
Y se suelen cobrar reinos perdidos.

Otros de armas y yelmos encantados
Nacen, viven y mueren en cuestiones;
Otros de tierna cera, hombres cansados,
De duro cuerpo y blandos corazones;
De dia por los desiertos abrasados,
De noche por estériles terrones;
Que la guerra y amor piden de fuero,
Para sufrir su vida, hombres de acero.

Cuál con la bella imágen de su dama
Resplandeciendo lleva el ancho escudo,
Cuál un pardo dragon en roja llama
Despedazando un corazon desnudo,
Cuál parlero clarin de altiva fama
Vuelto, por falta de una pluma, mudo;
Que la lanza mayor por sí no alcanza,
Sin quien ayude al cuento de la lanza.

Las selvas, los desiertos, los caminos,
De desafíos llenos y revueltas,
Combates, bregas, riñas, desatinos,
Dulces pasiones en locura envueltas:
Unos lanzas buscando, otros padrinos,
Otros justas de galas, y otros, vueltas
Las espaldas á todos sus cuidados,
Van en el de su amor embelesados.

Está en medio de Francia París puesta,
Ciudad insigne, corte populosa,
De edificios bellísimos compuesta,
En letras y armas clara y poderosa;
Y ahora en la voz de la aplazada fiesta
En placenteras galas tan vistosa,
Que no hay rincon en ella que no sea
Deste insigne aparato su librea.

Las torres, los balcones, las ventanas
Ardiendo en luminarias inmortales,
Cuya luz á las máscaras livianas
Alegre vista da y sombras iguales:
Llama el clarin, responden las campanas,
Al atambor sonoros atabales,
Y alegres chirimías y cornetas
Al tropellado son de las trompetas.

Vanse por todas partes ensayando
Hombres de armas, bridones y ginetes,
De relámpagos de oro el aire blando
Cubriendo los grabados coseletes:
Entre el bruñido acero tremolando
Plumas, bandas, banderas, gallardetes,
Ricos despojos del vencido moro,
De perlas llenos y de cifras de oro.

Las calles y las plazas tan cubiertas
A todas horas van de gente armada,
Que el ronco estruendo y súbitas reyertas
Ni oir consiente ni entenderse nada;
De la insigne ciudad las francas puertas
Dando seguro paso y libre entrada
A varia gente en ciegos escuadrones,
Sin mirar leyes ni aceptar naciones.

Aquí tablados hacen y estacadas,
Allí palenques, acullá barreras,
Altos andamios, firmes palizadas
De varias trazas fuertes y maneras:
Quién limpia el corvo escudo, quién grabadas
Armas, sillas, penachos y testeras,
Quién en jaeces de oro y paramentos
Labra á su amor costosos pensamientos.

Quién da de tembladora argentería
A su plumero varios resplandores,
Quién graba un limpio arnes, quién desafía
Y vence la iris bella en sus colores,
Quién la antigua bisarma que servía
De inviolable blason á sus mayores,
Descuelga ya de mármoles extraños,
Donde la guardó el tiempo largos años.

Es el concurso grande, y la agonía
Varia, varios los pechos valerosos;
Que en noble empresa es honra la porfía,
Y señores del mundo los briosos:
Llegan mil aventuras cada dia,
Sucesos de armas, lances amorosos,
Justas y desafios de gigantes,
Pruebas de amor y casos semejantes.

Al venidero mes, que abre las flores,
La fiesta principal está aplazada;
Que entre las rosas brotan los amores,
Y fiestas sin amor no valen nada:
Si algun azar no entibia estos furores,
Gala el mundo no vió mas señalada:
La fama lo dirá... Que un jayan fiero
Ahora á mi pluma lleva el vuelo entero.

Está del mar Ligústico cercada
Córcega, dicha Cirno antiguamente,
Aspera, peñascosa, mal sentada,
De mal clima, mal suelo y mala gente:
Del gran jayan Morgante gobernada,
Que en una roca sobre el mar pendiente
Su inexpugnable alcázar se levanta,
Con que á la isla enfrena, al mundo espanta.

Del pardo Bronte, que en la estrecha altura
De Meliguna un tiempo tuvo fragua,
Por recta línea y sucesion no oscura
Así la suya el tiempo antiguo fragua:
A Scila en su primera hermosura
El cicople gozó dentro en el agua
De su madre Anfititre, y della tuvo
Al fuerte Auson y al inclemente Onubo.

Mató Onubo á su hermano, y de un pequeño
Niño que de Dorisca dejó al mundo,
Llamado Lipar, el humilde isleño
De Lipara heredó nombre segundo:
Deste nació Ligusto, que en empeño
Tambien dejó su nombre al mar profundo,
Naciendo Cirno dél, y de este Almonte,
De Onubo abuelo y del segundo Bronte.

De Bronte fué Dorisco descendiente,
Y Fulborando padre de Morgante,
Que heredó el reino y la soberbia gente
De Córcega, y fué hermano de Bramante,
Que, huyendo dél por de ánimo inclemente,
A Toledo pasó, y fué vano amante
De Galiana, y este, en este modo,
Es del rey corzo el real linaje todo.

Hácia la áspera costa al mar profundo
Hoy levanta un peñasco la cabeza,
Que en otro tiempo anduvo por el mundo
Hecho hombre y de mortal naturaleza:
Quién de su primer sér sacó el segundo,
Y sus miembros vistió de tal dureza,
Yo lo diré despues; que ahora quiero
Al bravo corzo retratar primero.

Era un marino risco en estatura,
Cuerpo abultado, músculos fornidos,
Anchas espaldas, gruesa la cintura,
Larga y corva nariz, ojos torcidos,
Verdinegro en color, basto en hechura,
Barba y cabellos crespos y tupidos,
Y de tan firmes fuerzas, que pudiera
Mudar un monte si mudable fuera.

Una ancha cimitarra que jugaba
De blancos filos, un quintal tenia,
Con que del primer golpe destrozaba
Entero un hombre, y dos y tres partia;
Y á este respecto lo demas llevaba
Del reforzado arnes que se vestia,
Asaltando arrogante un campo entero,
Ora armado de seda, ora de acero.

Trazando un dia en su ánimo orgulloso
Cómo en Francia esgrimir podria su maza,
Y en sus fiestas hacer su brazo airoso
El general espanto de la plaza;
A sus piés puesto un mensajero odioso,
Con triste nueva humilde los abraza,
Y el golpe le encarece furibundo
Con que el cruel Bramante huyó del mundo.

Dejóle el nuevo caso embelesado,
En el cómo y el cuándo cuidadoso;
Mas vuelto en sí de aquel primer cuidado,
Impaciente se muestra y desdeñoso;
Y de un cruel furor arrebatado,
Cuanto delante está rompe furioso:
Todo lo hace igual; nada perdona,
Gente, vestidos, armas ni persona.

Cual sierpe antigua en siesta calurosa,
Hácia el terron que le arrojó el villano
Se alza, silba, y revuelve la escamosa
Concha, sembrando muertes por el llano;
Y á la garganta y lengua ponzoñosa
Del mortífero pecho saca en vano
La sed prolija que sufrió en su cueva,
Y oculta allí para matar la lleva;

Así del torpe desabrido pecho
Del bruto rey de Córcega revienta
En rabioso furor, veneno hecho,
En que el confuso corazon alienta;
Y al que la nueva trajo sin provecho,
En debidas albricias de su afrenta,
Las que le dió dén siempre al que se ceba
En ser correo de una mala nueva.

Del débil pié le coge, ¡extraño aliento!
Y á dos veces que el brazo da la vuelta,
En triste ruido por el sordo viento
Va, cual de rústica honda piedra suelta:
Bajó buscando el húmedo elemento,
Y el agua blanda, en crespa espuma vuelta,
Recibió el cuerpo en peña convertido,
Ya por el aire enjuto endurecido.

Que, cual de estrecho frio detenida
Nube, en el hueco viento congelada,
En blanca nieve baja endurecida,
Y en menudos vellones apretada,
O cuando á duros globos reducida,
En aljófares gruesos cae llorada;
Sin sangre el cuerpo así, del miedo helado,
En duro pedernal cayó trocado.

Y allí la humana forma consumida,
Quedó en medio la mar vuelto roquedo;
Que quien por mucho andar perdió la vida,
Justo es que para siempre se esté quedo:
Así este cuento ó fábula fingida
El vulgo canta en Córcega, sin miedo
Que lo tengan por tal, siendo lo cierto
Que fué el correo sobre aquel risco muerto.

Que descendiendo por el aire blando,
A quien la ira del cruel gigante
Sin alas hizo penetrar volando,
Nombre al risco le dió, bulto y semblante;
Y él, todavía en su furor bramando,
Con ánimo impaciente y arrogante,
Sin que respeto ni temor le ocupe,
Torpes blasfemias contra el cielo escupe.

Más por alegre ornato ó por decoro,
Que por la religion ni su cuidado,
De los Penates el casero coro
De su cuadra un altar tenia dorado;
Y aunque en precio y valor era un tesoro,
De la avenida del furor llevado,
La rabia estrenó en ellos de manera,
Que ninguna deidad le quedó entera.

De Júpiter un nuevo Icaro hizo,
Que al turbulento mar bajó volando;
A Vénus y á su hijo antojadizo
Dos Leandros que á Sesto iban nadando;
A Marte entre las manos le deshizo,
Y mejor lo hiciera peleando;
A Vulcano arrojó con tal enojo,
Que de ambos piés, al caer, le dejó cojo.

No hicieron tanto estrago los gigantes
Del monte Pélion en su antigua guerra,
Licaon, y otros monstruos semejantes
Que contra el cielo levantó la tierra,
Como en sus simulacros elegantes
La ira que el pecho de Morgante encierra,
Que en una hora rompió más dioses viles,
Que en mil años criaron los gentiles.

Y de impaciencias lleno y de despecho,
Una horrible venganza determina
Contra la afrenta y el agravio hecho
Del gran Bronte á la real sangre divina;
Y en este fuego ardiendo el turbio pecho,
A pié y sin armas para el mar camina
A destruir el mundo por España,
Y es poco el mundo en que vengar su saña.

Solo, sin lanza, espada ni escudero,
Ni mas que el ciego ardor que le seguia,
Al turbio mar en un batel lijero
Furioso se arrojó, y furioso envia
El barco sin timon ni marinero
Por el confuso piélago, sin guia,
En señal que con ánimo iracundo
Esta vez acomète á todo el mundo.

Mas ya el soberbio mar, tambien hinchado,
Se fué en verse pisar embraveciendo,
Y el jayan, de sus olas afrentado,
Que haya otra mayor furia está temiendo;
Y así en su enojo cruel precipitado,
Lanzarse quiere por el golfo horrendo,
Y á pesar de los vientos y su guerra,
Salir del ciego mar á hundir la tierra.

Mas viendo el sordo piélago que hervia
En perjüicio de su loco intento,
Rabioso contra el cielo se volvia,
Contra la fe, contra la mar y el viento:
A sus cobardes dioses desafia;
Al mar escupe; el destemplado aliento
Del aire á grandes voces embravece,
Con que su rabia y la tormenta crece.

Rompió ya de una vez Neptuno el freno,
Y á las turbias estrellas se levanta,
Corrido en ver que de su ondoso seno
La furia al mundo, y no á un gigante, espanta;
Y el frio soplo, de tormentas lleno,
Las velas hiere con braveza tanta,
Que es su hinchada soberbia semejante
Al ciego error del bárbaro Morgante.

Seis dias anduvo sin ningun sentido
Tras varias experiencias de fortuna,
Ya entre las crespas olas sumergido,
Ya por la humilde arena, ya en la luna;
Hasta que el turbio mar, mas corregido,
Del viento no mostró señal alguna,
Poniéndole á él entre bajeles varios
De una enemiga flota de corsarios.

Corria á barlovento de un navío
Que á esperar su intencion paró sin miedo,
Y el corzo, viendo el aparente brio,
Tambien por ver el fin se estuvo quedo;
Cuando vió que en confuso desvario,
Al barloarse con igual denuedo,
Como enjambre de abejas importuno,
Innumerables leños cercan uno.

Morgante, que entendió la demasía
Del duro asalto al combatir primero,
Ardiendo en los deseos que traia
De abrasar con su llama el mundo entero,
Contra toda la flota que venía
En su barquillo arremetió lijero;
Que sin armas, á coces y á bocados,
Todos pensó dejarlos anegados.

La gruesa entena del primer navío
Furioso toma cual delgada caña,
Y con mandobles della y de su brio,
Destrozo hace y mortandad extraña:
Cunde la rabia, crece el desvario,
El furor ciego, la indomable saña,
Y de cualquiera de sus golpes fieros
Deshace y hunde los navíos enteros.

Unos sin vida, otros sin figuras,
Muertos deja unos, y otros atronados;
Otros los huesos, carne y coyunturas
Molidos, hechos masa y aplastados:
Arboles, gavias, jarcia, obencaduras,
Grumetes, marineros y soldados,
Como granizo, sin dolor ni pena
Derriba, y caen á palos con la entena.

Así en la antigua Arcadia encina dura
Que á veces varear suele el villano,
De gajos y bellota no madura
A recios golpes cuaja el fértil llano;
Y fruta, ramas, hojas y verdura,
Todo lo iguala su pesada mano,
Y si la hambre crece y la mohina,
Desmocha y quiebra á palos media encina.

Echó un navío á fondo en dos pedazos,
Y á otros cuatro rompió jarcias y entenas;
A cuál sin piernas deja, á cuál sin brazos,
Y á cuál las manos de los sesos llenas:
Atropellando estorbos y embarazos,
La capitana asió por las cadenas;
Y hubiera, al saltar dentro por un lado,
Si él no la enderezara, zozobrado.

De humilde vulgo y torpes marineros
Sin defensa mayor la halló cargada,
Y de su entena á dos redobles fieros
Toda en el primer círculo escombrada:
Unos al agua, y otros, mas lijeros,
Volando van por cima de la armada
A buscar su caudillo, que se halla
Del abordado barco en la batalla.

Con un gran capitan, que en él traia
El supremo lugar por su braveza,
Y en su ancho escudo un rojo leon, que hacia
Blason á su invencible fortaleza;
Y él, con la diestra espada que esgrimia
Por muestras de su brio y su destreza,
A sus sangrientos piés tenia rendidas
De los mas bravos las mejores vidas.

Al tiempo que el jayan subió al navío,
En su contrario el franco caballero
Echó de un golpe dos con mortal frio,
Y ahogó el orgullo en el que entró primero;
Y á este y aquel y al otro quita el brio,
Manchando en roja sangre el limpio acero
En varios modos; que es su brazo fuerte
Diestro en dar mil figuras á una muerte.

Cayó un mortal desmayo en el rüido
Que en torno hacia la confusa armada,
Viendo su incauto general caido,
Y su esperanza sin sazon cortada;
Lo mejor de sus fuerzas destrüido
Del filo agudo de una sola espada,
Y del crüel jayan la fuerza altiva,
Que ahora de nuevo en su favor arriba.

Y él, heredando del contrario muerto
El corvo alfanje y el valiente escudo,
Por entre la canalla sin concierto
Sembrando muertes va su filo agudo:
Cuál hasta las entrañas cae abierto,
Cuál sin piés acabar de huir no pudo,
Cuál sin brazos se halla, cuál se queja
Con solo un brazo, un hombro y una oreja.

Aquel, ántes ocioso, ya ocupado
En volver las entrañas á sus senos,
Mira otro que cabe él se halla admirado
De verse la mitad del cuerpo ménos:
Uno su diestro brazo destroncado
Busca, y viendo sobre él tantos ajenos,
Miéntras le encuentra la segunda herida,
El otro le arrebata con la vida.

El rudo Telamon cuando en venganza
De su agravio asolaba el campo griego,
Y en furiosa locura su pujanza,
Ni admitia excusa ni escuchaba ruego;
Ni hizo mas riza ni mayor matanza,
Ni se vió con su cólera mas ciego,
Creyendo, al golpe de su ira necia,
Ser los testuces príncipes de Grecia,

Que en igual ó mayor carnicería
De Córcega se via el rey brioso,
Tal, que a todos los ojos parecia
Entre manso ganado leon furioso;
Y cuanto mas la mortandad crecia,
Más el combate crece peligroso;
Que por mil partes los navíos corsarios
Gente llovian infiel en los contrarios.

Seis medios signos el herir primero
Durado á costa del corsario babia,
Cuando de léjos un navío velero
A dar sobre ellos vieron que venía:
Ninguno lo juzgó por buen agüero...
Lo mas del caso se verá otro dia;
Que de Bernardo aquí la heróica fama
Mi humilde musa á nuevas voces llama.

Con él dejé á Orimandro en su ejercicio,
Pintando en su afliccion dulces dolores;
Que este es de un triste el ordinario oficio,
Y el amor grande escuela de pintores:
Dejéle de escuchar, porque es indicio
De no acabar jamas tratar de amores;
Mas ya aquí me conviene oirle un poco,
Pues no es él solo deste tema el loco.

Volvian á la gran Creta navegando
Lo que en contrario tiempo han descaido,
De un bordo y otro el crespo mar surcando,
Con el jaloque el tramontana asido;
Y el rey de Persia, su dolor contando,
Así á Bernardo lleva entretenido:
«La fatal brasa, en aire consumida,
Sin resplandor quedó, Dulcia sin vida.

»Desta muerte infeliz el golpe extraño
Los males dió que á Creta han perseguido;
Desta crueldad nacieron; deste daño
El reino está en desgracias consumido:
Alzáronse las nubes con el año;
Dejó su fuego el aire corrompido,
Y el fértil campo, ya agostado y seco,
De sus tributos hizo estéril trueco.

»Sembró Mercurio horrible pestilencia
De fieras sierpes y aires venenosos,
Que la Reina mataron sin clemencia,
Y fuéron ménos que ella rigurosos,
Cumpliéndose del hado la sentencia,
Que á Creta dió, en agüeros espantosos,
De su llama infeliz una centella,
A fin que su quietud se abrase en ella.

»Está el ignoto laberinto hecho
Por la mano de Dédalo ingeniosa,
De la rica ciudad un breve trecho,
Al ciego amparo de una selva umbrosa,
Donde un real monstruo de doblado pecho
Posada tuvo y cárcel engañosa;
Y al fin, la luz de un hilo delicado
Hacerlo pudo claro de intrincado.

»De aquí espantosos nacen todavía
Disformes bultos, sombras infernales;
Este el fuego encendió que en Creta ardia,
Y parió en ella los presentes males:
Sobre este oscuro laberinto un dia
Un rico templo de arcos inmortales
Se vió nacido, ardiendo su tesoro
En las basas de cien colunas de oro.

»De una arqueada bóveda era hecho,
Tan alta, que en la vista se perdia,
Y con las piedras su dorado techo
Un estrellado cielo componia,
Con cien ventanas que de trecho á trecho
De luces la llenaban y alegría,
Abiertos en molduras y perfiles
Balcones de oro, rejas y pretiles.

»En medio la alta fábrica preciosa,
De un enlutado pórfido labrada,
Una sombría tumba está pomposa,
Sobre diez ninfas de cristal sentada;
Y otra enlutada bóveda vistosa,
De mosáicos follajes antorchada,
Así en arcos levanta su tesoro,
Que humilde hace en su respeto al oro.

»En hombros destas ninfas se sustenta
La enlutada y funesta pesadumbre,
Y con sus diestras manos se alimenta
Al templo una inmortal y eterna lumbre;
Y así al mundo sus luces acrecienta
Con la que al oro enciende en su techumbre,
Que hizo, bajando al mar, que se dijese
Que el dia en Creta á no morir naciese.

»Del real sepulcro en las doradas barras
Con que su arqueada bóveda crecia,
De un dragon de oro en las azules garras
Una guirnalda daba lumbre al dia:
Brillando toda está luces bizarras
De flores de tan rica pedreria;
Que igualar su tesoro á los de Craso
Es comparar la mar á un chico vaso.

»Por hojas esmeraldas, y por flores
Rubís ardientes, perlas cristalinas,
Rubios topacios, iris de colores,
Blancos jacintos, amatistas finas,
Camafeos cubiertos de primores,
Y entre las agoreras amandinas,
Con esta letra un real carbunco frio:
—Por la venganza tuya y honor mio.—

»En el hueco sepulcro otro letrero
La muerte entre diamantes descubria,
Y aunque amasado de oro el rostro fiero,
Con el verso mataba que decia:
—En cada luna una doncella espero
Que aquí degüelle la venganza mia,
Hasta que ponga otra mayor belleza
Esta hermosa guirnalda en su cabeza.—

»Turbado del prodigio de la muerte,
A ver el nuevo templo el pueblo vino,
Confuso del rigor con que le advierte
Su destruicion el celestial destino:
Ley sin piedad, cruel y adversa suerte
La juzgara el tirano mas sanguino:
Librarse quieren todos del tormento,
Mas no poner ninguno el instrumento.

»Del consejo del Rey salió acordado
Que se ejecute lo que el cielo ordena,
Y el sacrificio, cual lo pide el hado,
Se ofrezca cada mes la luna llena,
Hasta que en sangre laven su pecado,
Y con la culpa quede igual la pena;
Y á este fin se procure por la tierra
La beldad que mayor caudal encierra.

»De los reinos de amor las mas hermosas
A grande expensa y gastos son buscadas;
Y para las exequias dolorosas
En pronósticos tristes alistadas:
Aquí solas las feas son dichosas,
Y todas las hermosas desdichadas:
Si ser en algo venturosa quiere,
Váyase á Creta la que fea fuere.

»Sus gentes en las islas comarcanas
Ni oro han dejado ni doncella hermosa,
Escogiendo en las flores mas tempranas
Para su triste altar la mejor rosa:
Al fin, entre estas víctimas humanas
Un dia cautivaron á mi diosa,
Y el Rey, viendo la luz por quien yo vivo,
De una cautiva se sintió cautivo.

»Pervirtió el nuevo amor los sacrificios,
Y la que iba á ser víctima sagrada,
En lugar de los dioses mas propicios,
Por diosa instituyó fuese adorada;
Mas ya el cielo, cansado de sus vicios,
Al nuevo altar de la beldad amada
Dió por verdugo la disforme fiera,
Que la vengara si por mí no fuera.

»De allí, cual dije, liberté la vida
De quien la mia en pago me ha quitado,
Y en triunfo ilustre á la ciudad traida,
Nuevo decreto el real consejo ha dado:
Que á las primeras suertes sea admitida,
Y sujeta al rigor del duro hado,
Sin que mando de rey ni otra potencia
En algo altere esta última sentencia.

»De doce de la urna aborrecible
La última fué á salir mi amada diosa,
Con que el cielo mostró en señal visible
Ser la ménos decente y mas hermosa:
Ya once altares corrian sangre horrible
De infeliz hermosura: ¡extraña cosa!
Que mas la hambre y mortandad crecia
Cuando algun sacrificio se hacia.

»Un año en Creta me dejó encantado
En vano amor, y mil me entretuviera
Con un cabello sin quebrarse atado;
Que es la esperanza dulce hechicera;
Despues que le quité en el fértil prado
Mi bella diosa á la serpiente fiera,
Porque me diese la enemiga suerte,
Con el fin de su vida, el de mi muerte.

»Ya el enlutado dia se acercaba
Que al mundo habia de echar en noche oscura,
Y el sol que á él y á mí nos alumbraba
En la indigna y temprana sepultura:
Ya el verdugo el cuchillo aparejaba,
Y la luna sin luz y sin figura,
Su variable curso apresurando,
Iba creciendo, y mi placer menguando.

»Y aunque incierta su muerte, la sospecha
Bastó á turbar el gusto de mi vida;
Que un desdichado siempre da por hecha
Contra sí la desgracia mas temida:
La cadena arrastrando mas estrecha
Que en la prision de amor fué conocida,
De un mal en otro, procurando en vano
Un favor breve de su ingrata mano.

»Trazando de un dolor varios intentos,
En uno me resuelvo y determino,
Que es no poner en duda mis contentos,
Ni fiar mas suerte á mi contrario sino;
Mas romper del altar fueros sangrientos,
Y dél robar el sacrificio indino:
Pensé acertar, y tiene amor mandado
Que no acierte á servir quien no es amado.

»Puse en el puerto á punto este navío,
Mi gente por el bosque entretejida,
Y á pesar del cretense señorío,
De la muerte otra vez libré á mi vida,
Sin darle cuenta del intento mio,
Medroso que de altiva y desabrida,
Fuera el altar del sacrificio injusto
De mas gusto en el suyo que mi gusto.

»Allí robé la que mi alma triste
Donde quiera que está tiene robada,
Y aquí la traje, y como tú la viste
Siempre sin ocasion la vi enfadada;
Que el dulce premio en que el amor consiste
Es suerte, y fué la mia desgraciada:
No pida otra ocasion el que quisiere,
Si aborrecido de quien ama fuere.

»Si bien yo fuese donde nace el dia
De nueva lumbre y resplandor vestido,
El poderoso sol flaco sería
Contra las sombras deste ingrato olvido;
Que desta ausencia la tiniebla fria
En que me tiene el desamor metido,
Ni donde sale el sol ni donde acaba,
La luz podrá hallar que le alumbraba.»

Dijo; y al curso de su amor dudoso
Cogió la rienda, y aflojóla al llanto,
Y sintiendo, no en gusto desdeñoso,
El leonés su dolor, hizo otro tanto;
Que es de cruel pecho, á un caso doloroso
Tener el corazon de duro canto:
El Rey su llaga aprieta en lo secreto;
Que, aunque estaba afligido, era discreto.

Con pecho heróico el grato mal reprime
Del ardiente furor de su agonía;
Aquella diosa en su memoria imprime
Que tantos sacrificios le debia;
Y porque el corazon no desanime,
Finge esperanza donde no la habia:
«Quizá, dice, el dolor del mal que siento
Será algun dia especie de contento.

»Cual pecho avaro en allegar tesoro
Con deleite el trabajo facilita,
Que la hambrienta codicia y sed del oro
A insufribles tormentos necesita;
Tal esta dulce muerte, en quien adoro,
Mi vida alegra, mi alma resucita
Con el nuevo placer y el gusto nuevo
Que en morir por tan noble causa llevo.»

Así el rey persa al gran Bernardo hablaba,
Y entre esperanzas y temor moria;
Que este con sobresaltos le ahogaba
Lo que aquella adulando le ofrecia:
Con nuevo miedo amor su pecho agrava,
Y la confusa guerra en que venia
Es no saber si la beldad robada
Segunda vez á Creta fué llevada.

Que aquel divino brazo riguroso
Que la robó con superior violencia,
Será en ambas desgracias poderoso
A ejecutar del hado la sentencia:
Todo tiene su fin, triste ó dichoso;
Darse debe á los dioses la obediencia:
No es su poder, como el del hombre, estrecho;
Mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

Bernardo, afable, aquel dolor consuela:
«Todo, le dice, está en su sabia mano,
Ni el pié se mueve ni la pluma vuela
Sin licencia y acuerdo soberano:
Es fuerza que el dolor lastime y duela,
Que es duro golpe en corazon humano;
Mas la cordura en todas ocasiones
Los gustos mide y templa las pasiones.

»Y esta funda mortal que al alma viste
Es lumbre de esmaltada vidriera,
Que si es dorada, azul, alegre ó triste,
Tal luz dentro en la sala reverbera;
Y bien que el punto del valor consiste
En grave pecho de igualdad entera;
Mas cuerpo humano de contrarios hecho
No puede al alma dar mas firme pecho.»

Así el noble leonés, y así el persiano,
Uno sus cosas cuenta, otro las guia,
Y en blanda paz mitiga el pecho humano,
Cual suele la agradable compañía;
Cuando del feo Triton el reino cano
Crespo se revolvió, y se escondió el dia;
Braman los vientos, crece la tormenta,
Perdido el norte, el cómputo y su cuenta.

Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo,
Que alegre llueves dulce amor fecundo,
Y tu resplandor quinto, cuyo vuelo
El ocio quita y flojedad del mundo,
Que ambos templados envieis al suelo,
A mi pluma un feliz saber profundo,
Con que cante en espíritu doblado
Un tierno amor y un fiero Marte airado.

Un ejercicio y otro son vapores
Que al seso suben con la sangre nueva,
Y á la imaginacion hechos furores
Su mismo brio y su inquietud los lleva:
¿Qué almas hay en la tierra sin amores?
Qué gloria que al amor no se le deba?
Oiga el mundo mi voz; que hace mi pluma
Hoy de Marte y de Amor una gran suma.

Seis veces tras la lámpara febea
Con la suya Diana alumbró el mundo,
Y siempre el viento en áspera pelea
Feroz luchaba con el mar profundo;
Cuando entre hinchados tumbos de marea,
Impedido el primero del segundo,
Fué la persiana vela descubriendo
De un conflicto naval el ronco estruendo.

Y allí un gigante que en favor de un barco
Contra todo un ejército pelea,
Volviendo de azul rojo el hondo charco
Un baupres espantable que voltea;
Y con mas vidas á sus piés que el arco
Derribar suele de la muerte fea,
Al combatido leño saltó, cuando
Los dos á ver su furia iban llegando.

Pusiéronse á mirar; mas ya informados
De la alevosa desigual batalla,
En favor del jayan, entre quebrados
Bajeles pasan por la vil canalla;
Cuando lloroso grito en los costados
De una galera fácil de abordalla
Se oyó de presos, cuya voz aguda
A Dios pedian venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro leonés en la aferrada
Fusta, buscando á quien favor pedia,
Y allí, esgrimiendo su atrevida espada,
Rayo entre flacas mieses parecia:
Uno hiende, otro parte, otro, tajada
La cabeza por medio, al agua envia;
A cual hiere de punta, á cual de tajo,
Y á cual arroja al mar del bordo abajo.

Con tanta gallardía volteaba
La diestra espada el jóven valeroso,
Que ya el de mas denuedo se apartaba,
De sus mortales golpes temeroso:
Así en el turbio Egeo la mar brava,
Soplando hielo el aquilon nubloso,
Escombra de sus piélagos hinchados
Navíos y navegantes destrozados.

Bajó donde la triste voz salia,
Sin temor del primer impedimento;
Que quien vivo quedó más pretendia
Que su propia venganza, su contento:
Bajó, y vió que en prision estrecha habia,
De cerradas cadenas de tormento,
Una bizarra escuadra de doncellas
De tierna edad y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios
Cautivas para ser sacrificadas,
De islas diversas y de pueblos varios,
O bien por fuerza ó por traicion robadas:
Bernardo, ya rendidos los contrarios,
Y las duras cadenas quebrantadas,
Cercado salió de ángeles gozoso,
Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas
De bello rostro y gracia soberana,
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas
Ménos perfecta su altivez lozana:
Como la luna humilla las estrellas,
O á los nortes la luz de la mañana,
El así, desarmada la cabeza,
Con la beldad rendia y la braveza.

El cabello, que al oro oscurecia,
En un nudo de perlas enlazado,
El claro rostro como el nuevo dia
Cuando sale de aljófares bañado;
Y aunque armado un dios Marte parecia,
Todavía su semblante delicado
Mostraba, entre caricias y desvíos,
De dama, mas que de varon, los brios.

Los negros ojos con belleza armados
De unas largas pestañas retorcidas,
Como el coral los labios delicados,
Los dientes perlas de rubíes ceñidas,
Las megillas dos soles deslumbrados,
De un claro y fino rosicler teñidas,
Y la serena frente tersa y pura,
Cielo donde se adora la hermosura.

Bellos arcos las cejas, que á galanos
Golpes la muerte enarca y amor tira,
Y las flechas sus ojos soberanos,
Con que enamora y mata á quien los mira;
El cuello altivo y las torneadas manos,
De quien la rara perfeccion se admira,
Si aquel sustenta una techumbre de oro,
Estas de amor reparten el tesoro.

Traia descubierto el rostro bello,
Y todo lo demas del cuerpo armado,
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Descuido hecho para dar cuidado:
Nadie lo vió que entre el placer de vello
No quedase en sus hebras marañado,
Y no á pocos tambien costó la vida
La red de mano del amor tejida.

Quedó Bernardo, viendo su hermosura,
Si no del todo preso, ya emplazado;
Que á su grave y honesta compostura
Cierto heróico valor sintió mezclado;
Y en el brio, el donaire y la figura,
De Angélica un vivísimo traslado;
Solo que esta beldad le parecia
Mas tierna y de mas lustre y gallardía.

No se engañaba el español con ella,
Ni en lo que toca á su beldad se engaña;
Que en el oriente de la reina bella
Del gran Catay nació en una montaña:
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella
Padre feliz de la belleza extraña,
Ella es hija de Angélica, y por ella
La llaman Arcangélica la bella.

Corre por las regiones del oriente
Ser de Marte feroz hija esta dama,
Que en una alegre caza el dios valiente
De Medoro ocupó la blanda cama:
O sea cuento vulgar, ó sea aparente,
Engaño mago, ó lisonjera fama,
La voz corre, y los rastros desta historia
Así el tiempo los guarda en la memoria.

De un antiguo edificio en las ruinas
La rica China, al pié de Palavedra,
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,
Ya de grama cubiertas, ya de yedra;
Y en sus cimientos de turquesas finas
Tres bultos en tres árulas de piedra,
Y entre el témpano escrito y la cornija:
«Marte, la Reina, y su invencible hija.»

Es tradicion antigua y que concuerda
Con la razon del tiempo en sus historias,
Que una reina, hermosa mas que cuerda,
Cuyas son destas torres las memorias,
Y guardan que la suya no se pierda,
Por su mano alcanzó ilustres victorias
De príncipes y reyes del poniente;
Que por hija de un dios fué tan valiente:

Entre cuyos relieves peregrinos
Parte de su beldad se goza impresa,
Que aun las llamas del tiempo en los divinos
Bultos no han hecho, como suelen, presa:
De Angélica la bella y de los finos
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa
Que esta infanta nació, bien que del todo,
Si el tiempo ajusta, no se alcanza el modo.

¿Quién la medalla de beldad mas fina
Que el tierno sol miró, dió á Marte ardiente?
O ¿quién con nombre y opinion divina
La forma se vistió del dios valiente?
Si fué del aire y su region vecina
Algun incubo espíritu potente,
El contrahecho cuerpo cristalino
Como á la madre de Merlin le avino:

Si fué embuste de mago, ó poderoso
Aspecto de feroz planeta altivo,
O en observado punto venturoso
Traza del ermitaño fugitivo,
Que de los labios de coral goloso,
Para hurtarles el desden esquivo,
Marte se hiciese, y á su pecho frio
Algun Reinaldos diese fuerza y brio:

Del todo la verdad está encubierta;
Solo se sabe que esta alegre hija
De la célebre Angélica, cubierta
De hierros iba allí en prision prolija,
Mas bella que la aurora descubierta
Cuando al mundo su aljófar regocija,
Y á quien ahora la mira mas hermosa
Que entre el rocío de abril temprana rosa.

Bien que toda esta gracia y hermosura
Para mayor martirio le fué dada;
Que Vénus, por le ser madrastra, jura
Que en amor ha de hacerla desgraciada;
Y la beldad, faltándole ventura,
No es mas que para lástimas criada,
Y pocas gozan de ambas en sus puntos;
Que tantos bienes nunca acuden juntos.

Traia lumbroso arnes y armas grabadas
Con rosas blancas y plumajes de oro,
De varia luz y pedrería sembradas,
De grueso aljófar oriental tesoro:
Con roja sangre á golpes salpicadas,
De braveza y beldad nuevo decoro,
Desarmadas las manos y cabeza
Por extremos de gala y fortaleza.

Sintió el tierno leonés su alma asaltada
De un ciego y no entendido pensamiento,
Juzgando por de dama delicada
Del gallardo donaire el movimiento,
Su alegre mover de ojos, su rosada
Color, su blando y dulce acogimiento,
Si bien en brio parece de otra parte,
No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda Princesa, que ha salido
Con las demas en libertad amada,
Y el contrario poder halla rendido
A la altiva opinion de aquella espada,
El nuevo estrago mira repartido
Por la enemiga gente destrozada,
Los bravos golpes, las heridas fuertes,
Y de un solo vencer las varias muertes.

Uno hasta el resonante pecho abierto,
Otro en dos medias partes dividido,
Aquel á golpes desmembrado y muerto,
Y este sin brazos y sin piés tendido:
El corazon tiene otro descubierto,
Otro de un tajo hasta los piés partido,
Este en sus brazos tropezó huyendo,
Y aquel se fué á pedazos consumiendo.

Con razon admirada del destrozo
Del Catay la princesa delicada,
De envidia lleno el corazon y gozo,
La invicta mira y valerosa espada;
Y en nuevo sobresalto y alborozo
Desea ver la visera levantada
Al encubierto autor de tal proeza,
Por ver, como su esfuerzo, su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada
Que al abordado barco combatia,
A ponerse obligaba otra celada,
Mas que á quitarse la que ya tenia;
Cuando la nao de Persia acelerada
Por medio de las otras se metia,
Hasta llegar donde pelea el gigante,
Y el Rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo, que le vió, procura en vano
Su barco enderezar á darle ayuda;
Mas en un punto un áspero solano,
De nuevo el grueso mar altera y muda:
El aquilon y el ábrego liviano
El dia segunda vez vuelven en duda,
Y un descompuesto huracan de tierra
A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,
Y de las crespas olas arrojados,
Iguales vencedores y vencidos,
Por el revuelto mar se ven sembrados:
Todo es confusos golpes y bramidos
De los duros peñascos azotados,
Y de la destrozada plebe el llanto,
Que de la confusion crece el espanto.

Solo en la tempestad, que va cargando,
La de Morgante y su rigor no cesa;
Que mas que el turbio vendaval bramando,
Cual hinchado raudal, rota la presa,
Rompiendo, deshaciendo y desmembrando
A diestro y á siniestro vuelve apriesa,
Lanzando al agua, por los aires vanos,
Piernas, brazos, cabezas, piés y manos.

A uno parte por medio, á otro le alcanza
Un reves que le vuela del navío,
A otro que con denuedo se abalanza
Le deja de un ardiente golpe frio:
A este, al otro y aquel hiere, y se lanza
Entre todos con tal destreza y brio,
Que sin que el ser lijero á nadie preste,
Aquí y allí revuelve, á aquel y aqueste.

Raudal tal vez así en veloz molino
Furioso suele al levantar la presa,
Del espumoso tumbo el remolino
La ancha rueda mover en igual priesa;
Y el tierno pez que al curso cristalino
Del rio por su desgracia se atraviesa,
Hecho piezas le arroja, y ni se pára,
Ni en lo que hace su furor repara,

No piensa dejar vivo hombre en el mundo;
Que amigos y enemigos hace iguales;
Y ya que su cruel brazo iracundo
Haya igualado á todos los mortales,
Bajar con sus bravezas al profundo,
Y hacer guerra á las gentes infernales,
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,
Y ser él la soberbia del infierno.

El sabio Malgesí, que allí venía,
Viendo al corzo jayan alborotado,
Que en su favor primero combatia,
Y enemigo comun se ha declarado,
Sacó un secreto libro que traia
De rayas y carácteres tiznado,
Y del navío en el pañol oscuro
Sus nuevos cercos comenzó y conjuro.

Lo que en el caso obró su encantamento,
Quien le encaminó allí y á qué venía,
Cómo tanto al navío creció el viento,
Que ya en los aires navegó algun dia,
Dónde fué á dar con su volar violento,
Quién las bolinas y el timon regia,
Qué gentes iban dentro, y de qué modo;
En mejor ocasion lo diré todo.

Que ahora, en golfo y tormenta tan deshecha,
No es bien dejar al gran Bernardo solo,
Que, libres ya de la cadena estrecha,
Sacado habia á gozar la luz de Apolo
Mil bellas diosas; pero ¡qué aprovecha,
Si el cielo se turbó de polo á polo,
Y el mundo, envuelto en una niebla fria,
La esperanza perdió de ver el dia!

Ciérrase el aire de una nube oscura,
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
Suena de voces, llanto y desventura
Un triste son y doloroso acento:
Unos toman la triza, otros la amura,
Los mas fuera de sí, y todos á tiento;
Cuál va á la escota, cuál al chafaldete,
Cuál busca la mesana y va al trinquete.

Las tristes damas, fuera de prisiones,
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,
De nuevo comenzaron sus pasiones,
Y de nuevo cada una se lamenta:
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,
Llantos, gritos sin número ni cuenta,
Confusas voces, quejas y gemidos
Rompen el aire y hieren los oidos.

En ciegos y confusos torbellinos
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,
Del crespo Egeo los turbios remolinos
Ya por sus playas el cretense halla,
Y el Jonio sus embates cristalinos
Por los riscos Adriáticos encalla,
Llevando el viento, en otro igual espacio,
Las olas de las sirtes al Carpacio.

No se vió confusion tan temerosa,
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas;
Del norte, con borrasca impetuosa,
Mil sierras de agua vienen levantadas;
Y del austro la fuerza poderosa
Otras embiste en ellas mas hinchadas,
Dejando el barco en medio sin hundirse,
Y el mar en duda á cuál furor rendirse.

Los rayos por los aires escupidos
En las olas causaban nuevos truenos,
En la nao nuevos gritos y alaridos,
En la mar nuevos montes de agua llenos;
Que hasta las altas nubes impelidos,
Sin llover cogian agua de sus senos,
Y aun el barco tal vez encima dellas
A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento
El combatido golfo que hervia,
Que á defender cada uno el firme asiento
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
El austro al aquilon hiere violento,
El de levante al que se traga el dia,
Y cada cual por sí la mar profunda
Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega
Al combatido barco hacia provecho;
Que si un golpe al traves de mar le anega,
Otro le ayuda á navegar derecho;
Y tan á plomo el viento y mar le llega
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
Cuando en una ola zozobrando viene,
Otra, al contrario, llega y le detiene.

Bien una milla fué metiendo un lado,
A punto ya de zozobrar del todo,
Las velas rotas y el timon quebrado,
Y el bordo dentro de la mar un codo;
Y otro golpe tras él desordenado
Lo enderezó por admirable modo,
Y le sacó de entre las olas como
Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Así un furor con otro se empalaga,
Y así sin órden va entre un mar violento,
Que tantas temerosas muertes traga,
Cuantas olas sobre él encrespa el viento:
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga
De las torcidas conchas el asiento,
Ya metiendo de ló, rota la rienda,
Cada cual á su santo se encomienda.

Quebrados ambos ejes parecia
Venirse abajo la estrellada esfera
Y que cuanto hay criado se volvia
Al ciego caos y confusion primera:
Así el diluvio universal sería
Cuando la mar voló tan altanera,
Que se tragó sus playas y arenales,
Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo, en otra mas grave tormenta
Metido el corazon, siente anegarse,
Y con los ojos y la vista atenta
El alma, sin saber de quién, robarse:
Calla en mirar que el fuego se acrecienta,
Y á trueco de mirar quiere abrasarse,
No viendo mas que si estuviera en calma,
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma

Hermosa vista tiene el mar cubierto
De blanca espuma, en olas encrespado;
Hermoso es un gran golfo descubierto,
Y mas hermoso cuanto mas airado:
Mas es á quien lo mira ya del puerto,
Y á su contrario desde allí engolfado;
Que si hay tormenta deleitosa y bella,
Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando
La poca luz que sobre el mundo habia,
Y el frio viento y tempestad cargando,
La nao con nuevo miedo acometia;
Y el montañes, á todos animando,
Otro armado Santelmo parecia,
Que aquí y allí, sin descansar un punto,
Provee, anima y acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta
Su desenvuelto brio y gracia mira,
Y que al ciego rigor de la tormenta
Cada una en solo su valor respira,
Que es su teson quien el del mar sustenta,
Y al descompuesto viento enfrena la ira,
Con halagüeño rostro se le llega,
Y así le dice, y que descanse ruega:

«Bravo entre los nacidos, si es posible
Que de un revuelto mundo el peso junto
Hacer no puede á tu ánimo invencible
Que de su real valor descrezca un punto;
Si humillar tu fortuna es imposible,
Y de un dios de la mar hecho un trasunto,
Quieres tener en peso nuestras vidas,
Que mil veces sin tí fueran perdidas;

»Descansa ahora, y con tu alegre vista
Regala nuestros ojos un momento;
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
Tambien no nos usurpe este contento:
Alza un rato, señor, la sobrevista;
Que estas damas, y yo en su pensamiento,
Deseamos conocer no por oidas
A quien debemos la salud y vidas.

»No hay enemigo aquí que con recelo
Te pueda hacer que vivas cuidadoso;
Que aun la inclemencia del airado cielo
Basta á enfrenar tu brazo venturoso;
Y así destos azares el consuelo,
Que á nuestros sobresaltos da reposo,
Es tener de nosotros cada una
Colgada su esperanza en tu fortuna.»

Dijo; y las blandas últimas razones
Con voz fuéron tan dulce y amorosa,
Que mostró ser en su ademan y acciones,
No caballero, sino dama hermosa;
Y Bernardo, mas dentro en sus prisiones,
«Contra la fuerza, dijo, poderosa
De amor, si es enemigo verdadero,
Poca defensa son armas de acero.»

Quitóse el yelmo; y aunque el pardo dia
Por oscuros celajes iba huyendo,
Su rostro así sombró nueva alegría,
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:
Su aire, de la española gallardia,
En los presentes ojos imprimiendo
Cierto gusto y placer; que siempre agrada
Cualquiera nueva perfeccion mirada.

Suele entre parda nube de aire oscuro
De oro estar una llama amortiguada,
Que á deshora rompiendo el frágil muro,
Toda la vuelve en claridad bañada,
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro
La ociosa vista deja deslumbrada;
Tal se halló la hija de Medoro
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva
El virginal temor puso en el suelo,
El rostro de color de grana viva,
Cual con celajes de oro el claro cielo;
Tan bella entre turbada y pensativa,
Que arder hiciera un corazon de hielo,
Dando en la gravedad de su semblante
Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces
Como al descuido pone, calla y mira;
Aquí y allí los vuelve, y las combeces
Del barco mide, y sin querer suspira;
Y viendo sus soberbias altiveces
Rendidas sin pensar, cruel se aira;
Que amor es blando fuego, y donde prende,
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.

Cual simple pajarillo que, en la fuente
De una falsa hermosura convidado,
Su presto vuelo entre la liga siente,
Sin ver cómo, impedido y atajado;
Y miéntras ménos su prision consiente,
Mas revuelto se halla y mas ligado,
Hasta que al fin se deja, de vencido,
En el lazo quedar que le ha prendido:

Tal la princesa del Catay hermosa,
Sin conocer de quién, se halla vencida,
Y como de una fuerza poderosa
El alma á un dulce sinsabor rendida;
Y el leonés, con su vista deleitosa,
No tiene el alma con menor herida;
Que á cada encuentro de ojos por su palma
El corazon le ofrece y rinde el alma.

«¿Si son verdades, dice, ó son antojos,
Bellos ojos, mostraros tan amigos?
Si es con cuidado darme los despojos,
De que los mios son fieles testigos?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
Caber pueda celada de enemigos;
Que ojos alegres, de cualquiera suerte,
Son señales de vida y no de muerte.»

Esto en su corazon Bernardo siente,
Y en los libres espíritus del alma
Cierta oculta virtud que en fuerza ardiente
Rendir le hace á su altivez la palma;
Y la nueva beldad que ve presente,
Miéntras le tiene su recelo en calma,
Sin saber cómo, en un divino modo
En sí lo rinde y lo transforma todo.

Mas á este tiempo, en la tormenta horrible,
Que de un revuelto infierno era el trasunto,
A un tiempo el ciego viento y mar terrible
El flaco barco acometieron junto;
Cuando el leonés con ánimo invencible
El diestro gobernalle asió en tal punto,
Que salir le hizo en admirable modo
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.

A nadie le dejó color entero
En rostro y pecho la ocasion presente;
Que no hay tan esforzado caballero,
Que asirse á fuerzas con la mar intente;
Pero con todo, el español guerrero
Un punto no humilló su brío valiente,
Como si fuera sin zozobra alguna
El rey del mar ó el dios de la fortuna.

La bella hija de Angélica, llevada
De otra no menor fuerza poderosa,
En dulces pensamientos ocupada,
Ni en la tormenta ni en su mal reposa:
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
Del grave peso de la flecha ansiosa,
Miéntras no puede mas, toda rendida,
Por los ojos descubre la herida.

Cuando en el austro un negro torbellino
La triste nao acometió de lado,
Con que el árbol mayor al agua vino
Por la firme carlinga destroncado:
Rompió el vaiven dos curvas de camino,
De una amura el baupres quedó colgado,
Rota la triza, y fuera de su engaste
El cuadernal, roldanas y el guindaste.

De nuevo aquí el peligro hizo doblado
El miedo, el ansia y voces afligidas;
Que ya el barco en rigor se vió anegado
Por dos tablas de un golpe desmentidas:
Nadie saldrá, si no es delfin, á nado;
Las damas, en sirenas convertidas,
Lloran la miserable humana suerte;
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.

Así tal vez en la nevada altura
Del helado Apenino hiere el viento,
Los montes gimen, brama la espesura,
Y á los Alpes asorda el ronco acento;
Y si la encina en su vejez madura
A fuerzas quiere conservar su asiento,
Nunca la tempestad ni el viento pasa
Hasta dejarla por el suelo rasa.

Un barco en esto, al grueso bordo atado
Del suyo, el gran leonés vió que venía,
Nueva esperanza al pecho alborotado,
Que mas fuerzas mostraba que sentia,
Pues del confuso viento y su cuidado
Nada en su alma sin tormenta habia,
Siendo el riesgo mayor en el que ahora
El recelo le pinta á su señora.

Mas no tan presto en la montaña de Ida
De Júpiter el águila lijera,
Tras de la amada presa conocida,
De la encubierta nube salió fuera,
Y á la tierna beldad troyana asida,
Con su robo á buscar volvió su esfera,
Como el brio español el barco puso
Del bordo al agua, y en el agua al uso.

Y sobre un firme cabo reforzada
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
De las damas la escuadra alborotada
Del bajel ocupó el humilde asiento;
Y ayudando la hija regalada
De Angélica al autor de su contento,
En un punto dejaron el navío
De hermosura y de lágrimas vacío.

Solo faltaba el nuevo caballero
Y de la bella china una doncella
Por saltar dentro, cuando el viento fiero,
Al cruel rigor de una enemiga estrella,
Rompiendo el cabo, le apartó lijero;
Que Vénus sigue á su entenada bella,
Y tiene por de burlas la tormenta
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.

Así tal vez por la caverna oscura
Del sacro monte Ténaro, sin vida,
De Euridice la sombra mal segura
A los ojos se fué desvanecida
Del amante de Tracia sin ventura,
Que á detenerla, con su amor asida,
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
La ocasion sola de llorarla en vano.

Tal el barquillo, lleno de hermosura,
De luceros, de estrellas y de soles,
Por el espanto de la noche oscura,
Sin ver dónde, escondió sus arreboles.
No hay persona en la mar ni hora segura,
Todo en ella es mudanza y tornasoles,
Que es reino de una dama, que sin duda
De solo ser mudable no se muda.

Lo que allí sucedió al bajel hermoso
Parte despues será de un nuevo aliento;
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso
Pecho que aró la mar ni rompió el viento;
Y á su arruinado barco perezoso,
Sin gobernalle ya y sin movimiento,
Cada golpe de mar que le da entero,
De la fortuna parecia el postrero.

Es el mudable Jonio un mar violento,
De tempestades lleno y de bajíos,
De yertos arrecifes, donde el viento
Rompe y hace pedazos los navíos:
Sus islas pobres y de mal asiento,
Asperas, escabrosas, de aires fríos,
Donde Itaca fué un tiempo celebrada
Por del prudente Ulíses patria amada.

Entre ella y el seno Ambrico famoso,
Que ahora son los golfos de Lepanto,
Donde el hijo de Cárlos poderoso
Al espanto del mundo puso espanto,
Al roto barco del leonés brioso
La luz le amaneció del cielo santo,
La mar algo tratable, el recio viento
No tan desconcertado ni violento.

Parecia que fortuna, ya cansada
De luchar con los aires, se rindiese,
Y vencida, á la fusta no domada
La palma y vencimiento concediese:
La tierra ya de léjos saludada,
Que el alto Epiro se entendió que fuese,
Por donde el vasto Jonio se atraviesa
Y el firme pié al Acroceraunio besa.

Mirando estaba el español valiente
De Alciono los jardines celebrados,
Y Léucada engolfada al mar de oriente,
Siendo ántes tierra firme sus collados;
Y el promontorio Fálaro eminente,
Que en uno de sus riscos encrespados
(Si debe ser la antigüedad creida)
La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra
Los altos montes de Cefalonia,
Donde el reino Teleboe se le muestra,
Que por sus costas de robar vivia;
Y la ondosa canal, á la siniestra,
Que abrió, á pesar de Italia, estrecha vía
Para pasar sus olas enrizadas,
De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo dia
Perdido se halló, aunque no anegado,
Ya sin fuerzas la gente que tenia,
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:
Olfa, que así la dama se decia
De la princesa del Quinsay dorado,
Perdida su señora de improviso,
Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera
Si el nuevo amante no la reportara,
Y en discreto decir la pena fiera
Que el alma le oprimió no le ablandara;
Donde á vueltas tambien le ruega quiera
Decirle algo de aquella beldad rara
Que á ambos dejó en confuso desconsuelo,
Quién sea, de qué nacion, qué tierra ó cielo.

Olfa, que en las grandezas del mancebo
Ser algun disfrazado dios creia,
«Marte invencible, dijo, á quien ya debo
Mil vidas, oye...» Y proseguir queria,
Cuando con nueva voz y espanto nuevo
El roto barco en dos ven que se abria,
Que ya ehcallado en una firme peña,
La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajio,
Y hacerse á un golpe dos (¡ extraña cosa!)
Fué todo á un tiempo, y con un norte frio
Bramar la mar de nuevo temerosa:
De todos, solo el castellano brio
Quedó entero en su fuerza poderosa;
Que los demas, con solo el temor ciego;
Por muertos se contaron desde luego.

Fuése hundiendo el barco destrozado
En ancho y espumoso remolino,
Donde bien su valor mostró abreviado
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino;
Que, de su arnes lumbroso despojado,
Sobre la gruesa rosca de un gran pino
La bella china puso desmayada,
Ya en sus mismos temores anegada.

Y dando con sus armas á la entena
Rico peso, tambien por no dejallas
Donde el antiguo griego en nueva pena
Por culpa suya trate de guardallas,
Entre la crespa mar de espumas llena,
De sus olas rompiendo las batallas,
La playa busca, cuando al turbio viento
Fortuna al parecer da nuevo aliento.

ALEGORÍA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos y cuán inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que le salen al camino. Morgante es figura de la ira, que, sin guardar término ni razon, desenfrenadamente corre á su venganza; y los monstruos de Creta lo son de la desórden de un reino donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza, figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al traves consigo y quedar perdido.

—

LIBRO DECIMOCUARTO.

ARGUMENTO.

Sale Bernardo, arrojado de la tormenta, á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte; tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia y el engaño.

Cual bello cisne sobre el crespo vado
De Meandro, sin que en él se le consuma
Del blanco pecho el tumbo levantado,
Cercos engarza de liviana espuma,
Y en remolinos de cristal cuajado
Humedeciendo va la hueca pluma,
Hasta que al fin entre la juncia verde,
Al suave son de su cantar, se pierde:

Así luchando el español guerrero
Por las saladas ondas discurria,
Diestro piloto hecho y marinero
A la pesada entena en que venia,
Dando consuelo al llanto lastimero
De Olfa, que en hermosura parecia
Bella sirena, si de cuando en cuando
En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton ó el rey Neptuno,
O la mudable imágen de Proteo,
El crespo mar sospecha; que ninguno
Que sea mortal alcanza igual trofeo:
Y así por dios del mar, de uno en uno,
Cuantos los campos cruzan de Nereo
Le rindieron debido vasallaje
Y anunciaron el próspero viaje.

Hasta que la fortuna, ya afrentada
De verse de un mortal brazo vencida,
En el tumbo espumoso disfrazada
De la ola de un lebeche embravecida,
A Olfa, su amparador y la aferrada
Entena echó á la costa encanecida,
Por donde de Beocia en corva raya
El rio Cefiso rompe la ancha playa.

Por medio la region focense corre,
Naciendo en las alturas del Parnaso,
Cefiso, en cuya orilla está una torre
Rota y gastada ya del tiempo escaso:
Templo antiguo de Témis, que socorre
Con su saber el mundo á cada paso,
O ya dando hombres nuevos, ó medido
A la razon el gusto del sentido.

Aquí, ya libre del rigor pasado,
Bernardo afirmó el pié en la seca arena,
Molido el cuerpo, el brio quebrantado,
Y Olfa con él de espanto y temor llena;
Y el riesgo, en verse libres, olvidado,
Sola la nueva ausencia les da pena
De aquella celestial belleza rara,
En cuya vista nada les faltara.

Y aun no del todo el enlutado cielo,
Desnudo y libre del rigor pasado,
En nueva sombra y tempestad el suelo
De agua tenia y vientos anegado,
Cuando en un tibio y mudo desconsuelo
Al antiguo edificio derribado
Que á la ancha boca está del turbio rio,
A buscar van abrigo contra el frio.

Así en los mismos pardos arenales,
De otra mayor tormenta y desconcierto
Echados, cuando el suelo á los mortales
De agua se vió y de confusion cubierto,
Deucalion y Pirra en los umbrales
Fuéron del sacro templo á tomar puerto,
Pidiendo á Témis, pues lo sabe todo,
De la restauracion del mundo el modo.

Mostróse el turbio dia presuroso,
Mas que otras veces lo es, breve y pequeño,
Por entre el aire lóbrego y nubloso
Vanas fantasmas destilando el sueño,
Cuyo silencio hizo del reposo
Del mundo á la quietud sabroso dueño,
Y al amante español y á su doncella
Huir con tristes pensamientos della.

Vino la noche, cuya niebla oscura
Espantos á una parte y á otra lleva,
Y el frio cierzo, cernido en nieve pura,
En altos pinos sus bravezas prueba:
Suenan los aires, brama la espesura,
Crece el rigor, y el viento se renueva,
Llenos el norte, helados ambos senos,
De ardientes rayos y de roncos truenos.

Cuando, sin otra prevencion de cena,
Buscando amparo á la region nublosa,
Y abrigo al viento que en los bosques suena,
Una caverna vieron tenebrosa,
La oscura boca de malezas llena,
Que en su enlutada tumba sospechosa,
Desde un rincon del carcomido muro,
Lugar da mas secreto que seguro.

Fuéronse con escrúpulo bajando
Al escalon primero de la gruta,
Solo donde poder dormir buscando
Un pequeño compas de tierra enjuta,
Y como en parte extraña, recelando
Agudo silbo de serpiente bruta,
Enroscado dragon, ó cama fiera
De rojo tigre ó súbita pantera.

Hizo el leonés del sótano á la entrada
Escrutinio en las ramas y maleza,
Probando con la punta de la espada
Del ciego seno su áspera estrecheza;
Y hallando parte enjuta y abrigada,
De yerba y secas cañas adereza
A la medrosa dama un breve lecho,
Alivio á los cuidados de su pecho.

Y á par della sentado, le suplica,
Si le ha quedado aliento, le dé cuenta
De la ausente beldad que el alma rica
De esperanzas en gloria le sustenta:
Por qué ó cómo al marcial furor se aplica;
Quién la trajo á tal riesgo y tal tormenta;
Cuál sea su patria, cuál su nombre y fama.
Dijo; y así le respondió la dama:

«Regalo celestial, fruto fecundo
De dulce amor y suertes de fortuna
La beldad dieron que única en el mundo
Adoró el sol y respetó la luna:
Bella princesa, resplandor segundo
Del reino que á la luz sirve de cuna;
De Medoro y de Angélica la bella
Parto feliz en venturosa estrella.

»Marte, lloviendo belicosa lumbre,
Subia á la sazon con mayor brio,
Por sus dorados gonces, á la cumbre
Del austral Capricornio húmedo y frio;
Y del carro acerado la vislumbre
En su mayor pujanza y señorío,
Sobre el grado penúltimo subido,
Hasta los veinte y ocho habia corrido.

»Vénus con la blandura acostumbrada
Le iba templando en parte la aspereza,
De los demas planetas rodeada,
Cada cual en su punto y fortaleza:
Solo Saturno, cuya frente airada
Tristes anuncios daba á su belleza,
En veinte grados puso su tesoro
Del enemigo vellocino de oro.

»Esta admirable conjuncion de sinos
A la gran China dió esta real princesa,
Arcangélica dicha, que en divinos
Rayos de luz en tu alma vive impresa.
Junto al Quinsay, en muros peregrinos,
Por un bosque bellísimo atraviesa
El castillo de Mangi, de quien viene
Al reino el nombre y el honor que tiene.

»De doce millas su torreado muro
De fino jaspe, en proporcion cuadrado,
Con mil torres altísimas seguro,
Donde está un grueso ejército alojado:
En cada esquina de alabastro duro
Un altísimo alcázar levantado,
Cuyas torres y almenas por decoro
Sustentan ricos chapiteles de oro.

»La altiva frente que al oriente mira
Rica puerta abre de bruñida plata,
Que al sol sirve de espejo en que se mira,
Y con sus rayos otro sol retrata:
Esta al Rey solo se abre, y se retira
Dándole paso: él solo pisa y trata
Sus umbrales; y en otros mas escasos
El vulgo estampa sus humildes pasos.

»En medio el ancho muro, que cubierto
Todo está de arboledas y jardines,
De fuentes y de estanques, por concierto
Puestos entre arrayanes y jazmines,
Se ven por juncias y agua en vuelo incierto
Briosos cruzar los bellos francolines,
Y dar los cisnes música á las flores,
Y al alba fresca tiernos ruiseñores.

»Saltan los corzos, y la liebre corre
Por entre murta, sándalo y verbena,
Libre de que le siga ni le borre
Otro paso los suyos en la arena:
Una á otra se sigue y se socorre
Con fiesta y grita de retozos llena,
Gozando de sus juegos y primores
La luz de los altivos miradores.

»En medio el real jardin, sobre un collado
De cinamomos y canelas lleno,
A quien las rosas y azahar nevado
Con ménos costa vuelven mas ameno,
Está de verdes mármoles labrado
El imperial alcázar, cuyo seno,
En ricas salas de oro y pedrería,
Eterno guarda y sin morirse el dia.

»Yo no sé bien si la caverna ó gruta
Del peñascoso Ténaro deshizo
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa
Con lo que este vistoso alcázar hizo;
O de los Bactrianos, en la inculta
Scitia, el pueblo inconstante y movedizo
Tiene alguna cantera de esmeraldas
Mayor que el monte Acámaso, en sus faldas;

»O las minas de Copto, que en Egito
A Tébas dan sus mármoles preciosos,
Dieron á la India el bello circuito
Que dió á este real jardin léjos vistosos;
Todo él cercado en torno de infinito
Aparato de estatuas y colosos,
Bultos, monstruos, figuras y medallas,
Y otras varias grandezas y antiguallas.

»Por cien torres en torno se dilata,
Con chapiteles de oro por cabellos,
Y mil balcones de luciente plata,
Que, heridos del sol, deslumbra el vellos:
Lo de dentro suspende y arrebata
Con dibujos bellísimos, y en ellos
Llenas las salas, patios, corredores,
De guerras, cazas, fábulas y amores.

»Aquí el gran chino por su gusto tiene,
Cuando la corte deja, su morada;
Aquí á aliviar la grave carga viene
Del cetro de oro y majestad pesada;
Aquí en alegres cazas se entretiene,
Y goza quieta vida regalada;
Y aquí tambien, entre frescura tanta,
Del Quinsay se crió la bella infanta.

»Ya quince vueltas el autor del dia
En las balanzas de oro habia ajustado
La clara luz con la tiniebla fria,
Y otras tantas el mundo renovado,
Vistiéndole de flores y alegría,
Despues que el quinto círculo dorado
Del cielo hizo en Angélica la bella
El divino retrato dél y della.

»Y estando la una y otra retirada
Deste real bosque en la agradable vida,
Una en correr las liebres ocupada,
Y otra en rendir las fieras divertida,
En el Canfú surgió una gruesa armada;
Y el ruido y temor de su venida
Subió al jardin por la corriente arriba
De un rio que al bajo mar Quinsay derriba.

»Zambri, soberbio rey de la Moscana,
Nieto del desdeñoso Radamanto,
A quien Roldan mató, y con su temprana
Muerte heredó su nieto imperio y llanto;
El en que comenzó su edad lozana
Venia en ella á vengar, trayendo cuanto
Poder su reino alcanza, y cuanto encierra
En aparato y máquinas de guerra.

»Queria arrogante, á cuenta de su empresa
Y la vertida sangre de su abuelo,
Por su mujer ganar á la Princesa,
Y de la China el ancho y fértil suelo,
Llegando sobre el parque con tal priesa,
Que ántes que se tuviese de él recelo,
Habia allanado ya su fortaleza,
Y preso de las dos la una belleza.

»A Angélica prendió y sus damas todas,
Creyendo que iba la Princesa en ellas,
Con que ya dentro en sus felices bodas
Más que Atlante consigo lleva estrellas;
Y sin temer las tristes tornabodas
Con que la instable diosa hace mellas
En los mas firmes gustos, con su gente
Al mar se hizo, la vuelta del poniente.

»La gallarda Arcangélica, acosada
Del riesgo atroz y asalto repentino,
De su mismo valor estimulada,
Un arnes se vistió de acero fino;
Y no con flaca y femenil espada
La alta defensa de su honor previno;
Mas cual bella amazona se arrebata,
Y con belleza y armas rinde y mata.

»Sola su lanza, sin la humilde gente
Que de encuentro llevó, quitó la vida
Al jayan Madagáscar, que en oriente
El brazo fué y la espada mas temida;
Al rey de Gozurat, que la eminente
Luz de los polos tiene por medida
De horizonte; al de Albasia y al de Tibar,
Y al negro y grueso monstruo de Zancibar.

»Siguió el alcance y bella retirada
Del incauto Zambrí, libre y dispuesta
De no volver á ver, sino es vengada,
De Mangi los verjeles y floresta;
Y en un navío que rindió embarcada
Entre la flota, que con grita y fiesta
Del victorioso triunfo alza la vela,
Ciega se embarca y tras su agravio vuela.

»Como del Caspio mar en la ancha playa
Hircana tigre, de coraje llena,
Antes que el cazador por piés se vaya,
Los suyos ella estampa en el arena,
Y por el rastro que dejó se ensaya
A vengar el agravio de su pena,
Y á bocados cuanto hay mata y destruye,
Y á seguir vuelve al cazador que huye;

»Así del blando chino la Princesa
Al seguimiento y presto alcance vino
Del que á su dulce madre lleva presa,
Furiosa destrozando en el camino
Por cuanto al de sus golpes se atraviesa,
Y de morir en ellos se hace dino,
Hasta abordar la rica capitana
Del bárbaro Zambrí, rey de Moscana.

»Y allí, á pesar de la enemiga gente
Que en el naval ejército venía,
La suya dentro echó, y cual rayo ardiente
Por las contrarias armas discurría.
Mató al rey vano; y la arrogante frente
Donde forjó imprudente fantasía
De ser su esposo, en un gallardo tajo
Del confuso celebro la echó abajo.

»Y en tanto, en gente y armas abundante
La voz llegó del general socorro
Con fuerza tal, que al campo Radamante
Fusta no quedó entera ni hombre horro,
Ni chino barco que con brio triunfante
Urca vencida no llevase á jorro,
Debiéndose al valor de la Princesa
La honra mayor de la importante empresa.

»Mas, cuando ella en rendir la capitana
Y dar muerte á su rey se detenía,
El príncipe de Ormuz, que al de Moscana
De general por tierra y mar servía,
Ardiendo en torpe ardor su alma liviana
Por la Angélica reina que traía
Presa á su cargo, con el nuevo espanto
Del muerto sucesor de Radamanto.

»En presta zabra con medrosa priesa,
A vueltas del sangriento herir confuso,
La reina del Catay, de nuevo presa,
Con lo mas rico del despojo puso;
Y cual presto alcotan que ha hecho presa,
Volando huye por el mar difuso:
Ciego, trocando honor, navíos y gente
Por un robado amor, huye al poniente.

»La Princesa, que al triunfo y alegría
Del vencimiento halló lo mas precioso
Que allí en tan nuevo oficio la traía,
Robado del ladron de Ormuz medroso,
Hundir el mundo con furor quería;
Y de ira ciega, en el bando riguroso,
Sin dejar ni una fusta reservada,
Abrasar manda la enemiga armada.

»Ciento y diez velas que al rigor de Marte
Parecieron sobrar, sin sacar dellas
De enemigos despojos mayor parte
Que las cautivas damas y doncellas,
Barloadas todas, de Vulcano el arte,
En resonantes globos y centellas,
De sus grasientos senos subió en vuelo
Los roncos gritos y la llama al cielo.

»Yo aquella pienso fué la vez primera
Que el ancho mar temieron se abrasara,
Que sus golfos el fuego consumiera,
Y en ceniza su arena se trocara;
Y ardiendo la enemiga armada entera,
La ciega noche oscura volvió clara,
Para que así mejor viese la fama
Sobre un golfo de mar otro de llama.

»Hecha por la Princesa á su victoria
Esta espantosa y triste luminaria,
En que no quedó rastro ni memoria
De la potencia y presuncion contraria,
Tras el corsario de su honor y gloria,
Que su alma lleva en huida temeraria,
En un navío se arrojó velero,
Más de valor armada que de acero.

»Trájome sola á mí en su compañía
Para el servicio suyo, y dando al viento
Las velas tras el bárbaro que huía,
Vencimos en correr al pensamiento:
Pasámos por el Pilbo y la Zangía,
De isla en isla tomando guía y tiento,
Cruzando en vuelo al cristalino campo
Entre el Japon y el cabo de Liampo.

»Dejámos ambos Liquios á la izquierda,
Y á la diestra la costa de Chincheo,
Dando al camino y la congoja cuerda
Hasta la alta Camboja y el Burneo:
A Gilolo de léjos se me acuerda
Que vimos, y en bellísimo rodeo
Las Malucas vistiendo con sus flores
Los aires de aromáticos olores.

»La bella y rica Quersoneso de oro,
Con su ciudad y reino de Malaca,
En seguimiento del cobarde moro,
De árboles nos mostró su costa opaca;
Y entre la Taprobana y el tesoro
Que por sus costas baña la resaca,
La vuelta dimos sin alguna altura
A la punta y combes de Cincapura.

»De allí el rumbo siguiendo del piloto,
Que á la inquieta Princesa, mal contenta
Del mar presente y círculo remoto
Que haciendo va en su viaje, daba cuenta,
A un descompuesto viento el árbol roto,
Corrímos la ancha costa alharaquienta
De Samatra, ciñendo nuestra frente
De la alta equinoccial el cerco ardiente.

»Y á la luz del Canopo, que allí claro
Como un limpio carbunco se les muestra,
El peñasco de Cídara al reparo
De un abrigo quedó, y á la siniestra
El cabo de Naguácar, puerto raro,
Donde aquel dia surgió la barca nuestra,
Y halló, entre los que habitan por sus peñas,
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.

»Seis dias ántes salió del mismo puerto,
Y nosotros aquel que en él entrámos,
De Mengala cruzando el golfo abierto
Hasta que á la isla de Ceilan llegámos;
Y el promontorio Cori, descubierto
Por Trabáncor, hasta Cochin pasámos,
Y allí, hácia Calicut un bajel vimos,
Que, en lo alto, ser de Persia conocimos.

»Fuímosle aquella tarde dando caza
Con la siguiente noche, y cuando el dia
El triste luto al mundo desenlaza,
Que por la muerta luz puesto se habia,
Ya en sus señales claro y en su traza
Ser vimos el de Ormuz, en quien venía
La Angélica beldad sin culpa presa,
Y en su demanda la oriental princesa

»Con nuevo regocijo y alboroto
Embestimos con él, y al abordallo,
Solo seis caballeros y el piloto
Con las armas vinieron á estorballo:
Quedó rendido y por la jarcia roto
Del encuentro primero, y al entrallo,
Encima vieron del combes, cubierto
De tela de oro, negro un hombre muerto.

»Supimos que de Ormuz el rey Blancarte,
Tras quien se hacia la infeliz jornada,
Era el muerto, y que Angélica su parte
Hizo en dejarse en su prision vengada:
Sobre el cabo de Cori el baluarte
De una florida selva da, abrigada
De los vientos de oriente, una bahía,
Donde el rey fugitivo llegó un dia.

»Quiso, cansado de la mar, bajarse
Al márgen de una fuente cristalina
Entre blancos jazmines, que á emboscarse
Por su espesura el mismo olor inclina,
O por entretenerse ó por holgarse
Con la robada diosa de la China,
De quien habia en sus deseos venido,
De una esperanza en otra entretenido.

»Suspenso el dia, que pasó volando
En esperar sus reyes á la orilla,
De Ormuz se vió el navío, hasta cuando
Al mar de Goa el claro sol se humilla,
Que, por la temerosa selva entrando,
La fria imágen vieron amarilla
De su imprudente rey, que, en el desierto
Huyéndose, su amor le dejó muerto.

»Créese que en favor de su regazo
Con dulce paz le degolló dormido:
¡Torpe locura! ¡Peligroso lazo!
Fiarse de mujer quien la ha ofendido:
Entraron por la selva un gran pedazo;
Mas cególes el rastro y el sentido
La oscura noche y tierra no sabida,
Y la pena de ver su rey sin vida.

»Así el sordo navío, en llanto amargo,
Degollado mostraba su rey muerto,
Con quien al rico Ormuz, por su descargo,
De luto iba y de lágrimas cubierto;
Y al pasar de Trabáncor el mar largo,
Haciendo escala en su vecino puerto,
De la vengada reina tuvo nueva
Que de sus playas le salvó una cueva.

»Y en un navío para el llano Egito,
Dando las velas á un terral liviano,
Ya libre se embarcó de su delito,
Si alguno fué matar un rey tirano:
Así con triste y lastimoso grito
Razon de sí nos dió el navío persiano,
A quien la real Princesa libremente
Con su rey muerto le dejó y su gente.

»No le entregó á la tragadora llama,
Como á la flota hizo su enemiga;
Mas reservarlo quiso para fama
Que la venganza de su agravio diga;
Y tras quien le dió el sér, cual tierna gama,
Al real piloto manda que prosiga
Su derrota, y en bello circuito
Las Arabias costee, y vuelva á Egito.

»En la punta de Aden una tormenta
De no menor rigor que la pasada
La nao despedazó en furia violenta
Sobre una roca en agua sepultada;
Y sin que el intratable mar consienta
Por su crespo cristal hacer jornada,
En seis siguientes lunas que así estuvo,
Como en cerrada cárcel nos detuvo.

»Hasta que de la punta del mar Rojo
A dar fuimos por tierra á Alejandría
Por entre rotos mármoles, despojo
Del tiempo en que el gran Cairo florecia:
Con nuevo rastro siempre y nuevo antojo
De la que reina donde nace el dia,
Que de allí, en busca de su amado ausente,
El rumbo habia tomado del poniente.

»Há muchos años que el gentil Medoro,
Ausente de los ojos de su dama,
La dulce risa vuelta triste lloro,
Y desierta dejó su alegre cama:
La causa ni la alcanzo ni la ignoro;
O sea cierto rumor ó incierta fama,
Yo la diré despues; que ahora digo
Que á buscar fué de allí á su caro amigo.

»Diéronle nuevas dél en Tolomita,
Donde se entiende que llegó primero,
Con que el muerto deseo resucita
(Si es mortal el amor que es verdadero):
A la madre tambien la hija imita,
Y en busca de ambos un navío lijero
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente
Los graves reinos busca del poniente.

»Arrojónos, en calmas y en tormentas,
De isla en isla rodando y puerto en puerto,
Al mar Carpacio, que es de olas violentas
Un importuno y ciego desconcierto;
Y en el Egeo, tras él playas, sedientas
De Creta vimos, y en el golfo abierto
De Corfú su arenal, por donde un dia
El viento nos echó en Cefalonia.

»Allí por lances y peligros varios
La mar nos despeñó, y allí perdimos
Nuestro bajel, y en otro de corsarios
Que en el puerto hallámos nos metimos.
Andaban en sus robos ordinarios,
De la hervíente costa á los arrimos,
Cien piratas á cuenta de un gigante,
Gran capitan de Creta y rey de Jante.

»Era uno destos el navío que digo,
Contra quien dos de la cercana tierra,
Por peligroso y bárbaro enemigo,
En trance entraron de sangrienta guerra,
Donde de la Princesa el brazo amigo
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,
Siendo los aires de su ardiente espada
Nueva tormenta á la enemiga armada.

»Retirólos á golpes insufribles
La bella sucesora de Medoro,
Proezas haciendo y golpes increibles
En favor del navío de Arcandoro;
Mas hacer bien á bárbaros movibles
Es sembrar por la mar arenas de oro;
Y este, en las sirtes de Africa nacido,
Habia á mudarse en ellas aprendido.

»Vió á la Princesa, hallóse enamorado,
Y en torpe modo y con grosero estilo,
No del todo el combate sosegado,
Corriendo aun sangre de su espada el filo,
Llevando de ignorancia en su cuidado,
Más que en sus siete bocas agua el Nilo,
A recuestarla se atrevió, en el brio
De hallarse humilde dueño de un navío.

»Pasó en donaire el loco atrevimiento
De su beldad la gravedad severa,
Y fué mucho en tan nuevo sentimiento
Guardarse en su sereno rostro entera;
Mas, dando al gusto bárbaro otro viento,
El alma y la intencion mudó primera;
Y el mismo dia que se mostró su amante,
Y ella á darle la vida fué bastante,

»Hallándola dormida, de repente
En la prision estrecha en que venia
Con las fuerzas la puso de su gente.
Y cual me hallaste á mí en su compañía;
Y esto, en compendios, hasta el dia presente
La historia es suya y la desdicha mia,
Y de Angélica hija y de Medoro
La que ausente suspiras y yo adoro.

»Pondráte admiracion que de dos pechos
Tan blandos y amorosos por su parte,
Solo á tiernas batallas de amor hechos,
Sin nombre ni opinion en las de Marte,
Naciese el brazo invicto que, á despechos
Del mundo, así campea su estandarte
En los valientes dél, que con su sombra
Lo mas florido de su rueda asombra.

»Sabrás, oh invicto aliento de la fama,
Que el generoso Artildo, insigne en ciencia,
Padre que fué del mio, y yo la rama
Mas asida á su tronco y descendencia,
Cuando mas niña esta invencible dama,
O á mí á solas ó á ella en mi presencia,
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,
Que ahora las veo, y ántes las dudaba.

»Decia tambien que su animoso pecho,
Donde aun á la materia vence el arte,
No era todo de humana masa hecho;
Que tenia de divino una gran parte;
Que de los dioses uno, en nudo estrecho
De amor paterno, á su ánimo reparte
Su natural furor, y el caso todo
Pasó, segun Artildo, en este modo:

»Dicen que Marte, en condicion severo,
Ya en otro tiempo fué de amor vencido,
Sin que las armas de templado acero
Defenderle pudiesen de Cupido;
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,
Que el cielo lo confiesa, y él, rendido
En las sutiles redes de su lecho,
Da por probado el adulterio hecho.

»Vulcano, en ciegos nudos de oro atados,
A su esposa y á él los halló un dia,
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados
Del lazo en que su hijo los tenia:
Bajó los graves dioses convidados
A la gran presa que cazado habia:
Dios hubo que tuviera á dicha buena
Trocar su libertad por tal cadena.

»El sol lo descubrió; cosa notoria
Fué por el mundo su amoroso cuento:
Mas envidiosos hubo de su gloria,
Que dudosos habrá de lo que cuento:
Olvidóse la afrenta en su memoria,
Aunque no la ocasion de su contento,
Trocando el freno del primer recato
En desenvuelto y descubierto trato.

»Sobre la playa y secos arenales
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,
Y á pesar de las ondas inmortales,
Siria levanta al cielo su cabeza;
Hecha de rica pasta de metales,
La antigua Chipre está, cuya belleza
Aumenta el monte Acámaso, y sus faldas
Llenas de ricas minas de esmeraldas.

»Aquí sobre su concha cristalina
Vénus del mar salió la vez primera,
De la espumosa lluvia y sangre fina
Que sudó al mundo la estrellada esfera:
Aquí tiene su altar y su cortina,
Y en él su habitacion mas verdadera;
Y al fin, aquí, como á su propio imperio,
Se retiró despues del adulterio.

»Un dia que el dios sangriento á recrearse
Al claustro vino de su alegre dama
(Si á la fama algun crédito ha de darse;
Que estos son propios cuentos de la fama),
Cupido comenzó á vanagloriarse
De los varios efectos de su llama:
—¿Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado
Deste arco duro y de su arpon dorado?

»Júpiter quiero que me sea testigo,
Pues Marte con mi madre está ocupado;
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,
Hable el laurel si me dejó vengado;
Mercurio y Baco, mi mayor amigo,
El frio Neptuno y Radamanto airado
Dirán si desde el cielo al bajo infierno
Hay pecho libre deste brazo tierno.

»No sé qué medio ninfa ó medio estrella,
Ocupada en seguir el monte y caza,
Se alaba de que está de mi centella
Su alma libre, y sin rendir su plaza:
Mujer lozana, cazadora y bella,
Y sin sentir el lazo con que enlaza,
Es burla; que en la red mas olvidada
La que piensa cazar queda cazada.

»De los dioses ninguno se ha librado;
Los hombres mal pudieran defenderse;
Al rústico pastor tras el ganado
¿Quién no gusta de verlo entretenerse,
Proponer en ausencia su cuidado,
Y en presencia temblando retraerse?
Una vez arrogante, otra se humilla
Al brio de su lozana pastorcilla.

»Son varios los efectos y pasiones
Que en corazones causo descuidados,
Conforme a las diversas ocasiones
En que los hallo y tengo encadenados:
Quien quisiere salir de mis prisiones
Y romper sus fortísimos candados,
Rompa ocasiones, atará deseos;
Que los demas atajos son rodeos.

»Gusto de ver llorar uno, en ausencia,
La fuerza que le hace su cuidado;
Otro en celos, perdida la paciencia,
Por lo que él en su cama ha fabricado;
A otro en medio los gustos de presencia
Un antojo le doy, que es ya olvidado,
Con que, viendo lo mismo que via ántes,
A los enanos juzga por gigantes.

»En estos entremeses divertido,
Mi ociosa paso y descuidada vida,
De esperanzas y engaños mantenido,
Y sobornado de alegría fingida:
Tráeme en sus ojos ahora entretenido
Una reina adorada y perseguida,
Que en el mundo es escándalo y centella,
Y en el Catay Angélica la bella.

»Es tanta su beldad, tanta su fama,
Que quisiera, por verla, no ser ciego,
Aunque fuera la yesca de mi llama,
Con tal que se encendiera de su fuego:
No vi su rostro, mas urdí la trama
Que á mil sirvió de muerte, á mi de juego;
Y su real brio, á quien faltó segundo,
De tropezon universal al mundo.

»¿Qué valor hubo en él digno de cuenta
Que no escandalizase su hermosura?
¿Qué riesgo, que bonanza, qué tormenta,
Qué empresa, qué batalla, qué aventura,
Qué pecho libre, qué alma tan exenta,
Que presa no pusiese en cárcel dura?
Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,
Que si los suyos vió no esté cautivo?

»De reyes y de príncipes servida,
¿Qué cetro le negó su vasallaje?
Uno el juicio pierde, otro la vida,
Otro el reino, otro el nombre, otro el linaje;
Hasta que vió á Medoro, y dél rendida,
Trocó un mundo de reyes por un paje:
Si la agravié, será disculpa mía
Que, ciego, no miré lo que escogia.—

»Así braveando está el niño arrogante
Miéntras que á tiento un arco nuevo encuerda,
Gustando Vénus y su altivo amante
Del blasonar y dél poner la cuerda:
Marte, oyendo la fama resonante
De la oriental belleza, con la izquierda
Dicen que, sin vér cómo, fué herido,
A excuso de su madre, de Cupido.

»Dióle en el alma ociosa con destreza;
Que es el amor sutil en demasía:
Ya el tesoro de Vénus es pobreza,
El sol tinieblas, y la noche dia:
Trueca inmortal por la mortal belleza,
Y una diosa á una dama preferia;
Pero no hay que admirarse destos juegos;
Que en casa del amor todos son ciegos.

»Las duras armas de bruñido acero
En el templo de amor deja colgadas,
Y tierno amante, de soldado fiero,
A su enteado pide alas prestadas;
Que, aunque es un pensamiento en ser lijero,
Antojos nuevos son glorias pesadas;
Que, aunque en sus hombros Icaros los lleven,
Parece en el volar que no se mueven.

»Del frio Geta en el helado clima
Ocioso deja el carro en sangre tinto,
Y en la guerrera Tracia airado arrima
Del corvo alfanje el tachonado cinto;
De su cruel rayo la espantosa grima
Que al mundo baja en resplandor distinto,
La frente limpia con que el aire empece,
Y en sangrientas vislumbres resplandece.

»Deja el grabado arnes, cuya acerada
Máquina su abrasado cielo oprime,
Y la nublosa clava reforzada,
Que el polo con su grave peso gime;
Del corvo escudo y la tajante espada
Las turbias luces que espantosa esgrime,
Con que la Libia enciende, abrasa á España,
Y al sol los claros rayos de oro empaña.

»Deja al fin el potente dios terrible
Del acero el estruendo resonante;
Deja el ceño espantoso y vista horrible,
A una sombra fantasma semejante;
Volviendo blando amor, si esto es posible,
Aquel su fiero y áspero semblante;
Mas ¿qué digo un semblante solo fiero?
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.

»Sale volando, y de un alegre viento
Una nube formó resplandeciente,
Parecida á su nuevo pensamiento
En lo hermoso, vano y transparente;
Y en buscar la ocasion de su contento,
Presto, ansioso, colérico, impaciente,
A un cabo y otro busca por la tierra
La que ha de poner paces en su guerra.

»Los ojos tiende por el bajo suelo
De diversas naciones ocupado;
A Europa mira y su benigno cielo,
Su rico asiento, su vivir templado;
La fértil Libia, que con seco vuelo
Sus blancas costas lleva al diestro lado
Con las sirtes sin tez, á quien da cama
El mar, que en medio dellas se derrama.

»Deja á la izquierda el norte y sus alturas
De un inmortal invierno acompañadas,
Y a sus verdes espaldas las llanuras
Del Ponto y sus arenas escarchadas;
Del frio Tánais las costas mal seguras,
De bárbaras naciones cultivadas,
Y del vecino Cólcos el tesoro,
Si aun dura entero el vellocino de oro.

»Mira el boreal Zarambe peñascoso,
Cercado de arrecifes inhumanos,
La antigua Troya y su Ilion famoso,
Sepulcro ya de griegos y troyanos;
El Sigeo, peñasco peligroso,
El Proponto, los Bósforos cercanos,
Con los que guardan las reteas almenas,
De mil tragedias dolorosas llenas.

»A Zaistro y sus aguas espejadas,
Que al son de blancos cisnes las despeña
Meandro de riberas marañadas,
Que de seguir un curso se desdeña;
Y del rio Pactolo las doradas
Ondas, con que en rüido alegre enseña
Que no hay bien ni favor más sin provecho
Que la riqueza en avariento pecho.

»Del monte Ida la cumbre levantada,
Y el bosque donde Páris dió el jüicio
Sobre la competencia celebrada
Que al mundo su furor sacó de quicio:
Aquí Marte con alma enamorada
Dicen que dijo:—Tengo por indicio
Que á Vénus se dió allí el premio de hermosa,
Porque ántes no nació mi nueva diosa.—

»De allí mira el gran templo de Cibéles,
Su inútil gusto y vana hipocresía,
Sus sacerdotes bárbaros, infieles,
De triste complexion y sangre fria;
Los Zalibes incultos y crueles,
Ricos del oro que su asiento cria,
Y el rio Halis y su curso avieso,
Famoso por el hado del rey Creso.

»Mira tambien al Iris caudaloso
Cómo su cristalino curso espacia,
Y el bravo Termodonte sonoroso,
Fines de Capadocia y de Farnacia;
El altísimo Latmo peñascoso,
Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,
Que la luna bajó á guardalle el sueño
Y á gozar los amores de su dueño.

»Sobre la costa del Carpacio mira
La alta Cilicia con su monte Tmolo,
Donde el dios Pan tocó su ronca lira
En competencia del dorado Apolo;
Y el Tauro, que su cumbre en torno gira,
Y de la nieve de un collado, solo
Cidno por sus vertientes se dilata
Con limpias ondas de bruñida plata.

»Del Caspio mar las playas espumosas
Mira, y sus arrecifes espantables,
Cercados de naciones belicosas,
Gentes bárbaras, fieras, intratables;
Las hiperbóreas cumbres monstrüosas
De vertientes y campos saludables,
Y á los que dan sus selvas acogida
En sabrosa quietud y larga vida.

»Mira entre los Cerámicos y Hipicios
Las libres amazonas sin varones,
Gente traida al mundo por indicios,
Más que por verdaderas relaciones:
Los que habitan del Cáucaso los quicios
Y cultivan sus fértiles terrones,
Al pié del risco altísimo y nevado
A que está el sabio Prometeo ligado.

»Los Scitas sin república formada,
Sus ásperos desiertos conservando,
A quien de Bátros la corriente helada
Va con prolija vuelta rodeando;
Mira al austro en altura mas templada
Irse las dos Armenias dilatando,
Y sobre sus collados espaciosos
A Nifates y Tigris caudalosos.

»Mira cual nacen de unas mismas fuentes
El Eufrátes y Aráxes sonoroso,
Que por despeñaderos diferentes
El mar buscan en curso impetüoso;
Este al Hircano lleva sus crecientes,
Y aquel al seno Pérsico famoso,
Haciendo rica y fértil, de pasada,
La gran Mesopotamia celebrada.

»Cansado de mirar tantas regiones,
Sin ver en ellas la que va buscando,
Los ojos vuelve, y mira los rincones
Del celestial incendio humeando;
Las negras etiópicas naciones,
Y el mar sobre sus costas reventando,
Y el Nilo, si por dicha tiene fuente,
Entónces al dios Marte fué patente.

»Por Egipto y Arabia entremetida
Vió del mar Rojo la delgada punta,
Que, aunque de playas ásperas ceñida,
Casi al Mediterráneo mar se junta;
Y allí, de blancos nácares tejida,
La rica Tilos, donde amor barrunta
Que fuéron los primeros minerales
De las preciosas perlas orientales.

»Mira la carcomida sepultura
Del rey Eritrio sobre Ogiris puesta,
Y de la Siria la áspera llanura,
Toda á la sombra de su nube opuesta;
De Palestina adora la ventura
Que á todo el mundo la hizo manifiesta,
Por haber muerto en ella un Dios, que ahora
Vivo y glorioso el Cristianismo adora.

»De Jope mira el muro envejecido
Que nació al mundo en su primer verano,
Y de Sodoma el campo convertido
En lago infame, y á la diestra mano
El noble rio Jordan, fresco y florido,
Y de Samaria el pedregoso llano,
Los fértiles palmares de Idumea
Y la encumbrada y alta Galilea.

»Mira hácia el sur las Návatras regiones,
Y en ellas las Arabias incluidas,
La Petrea y sus estériles mojones,
Y el Sinaí, de selvas escogidas,
Donde fuéron por Dios las peticiones
De un profeta escuchadas y admitidas,
Y con estilo y nota verdadera
Al mundo se escribió la ley primera.

»De la desierta Arabia los mudables
Collados mira y su abrasada arena;
La Feliz y sus campos saludables,
De rica mirra y cinamomos llena;
De Pancaya las selvas admirables,
Que al mundo sudan, en copiosa vena,
El incienso y el bálsamo oloroso,
Del saludable cielo don precioso.

»Mira en sus arboledas deleitosas
La fénix de dorada plumería,
Que en solo aquellas selvas venturosas
Y sus montañas se sustenta y cria;
Allí entre frescas yerbas olorosas
Vive sin otro amor ni compañía,
Y cuando la vejez tras sí la lleva
El fuego la consume y la renueva.

»Prosigue, y mira en su lijero vuelo,
Entre el Tígris y Eufrátes abreviada,
La fértil tierra que parió en el suelo
La confusion de lenguas marañada;
La torre que pensó escalar el cielo,
Su ciudad de jardines coronada,
Y Ninive, en un tiempo tan temida,
Ya por los duros scitas destruida.

»Los belicosos caspios, cuyas flechas
Las caspias puertas guardan poderosas,
Por un milagro de natura hechas,
Entrada á mil naciones monstrüosas;
Los que de Media labran las estrechas
Yugadas y sus playas arenosas,
Y los que hácia el persiano señorío
A Parcoato beben el rocío.

»Los caducios, que en riscos escondidos,
Estrechos labran y avarientos llanos,
Y los de Gorgiana mas tendidos,
De trato y condicion ménos humanos;
De Hércules los altares encendidos,
Que aun humean incienso de sus manos,
Y de Persia las fértiles llanadas,
Todas de ásperas cumbres rodeadas.

»La Partia con su gente aborrecible,
Del furor de los godos desterrada,
Sin lealtad y sin fe, cruel, movible,
A guerra y sediciones inclinada;
Y los que de la Hircania la invencible
Tierra, de inculta, hacen cultivada,
Y en medio sus altísimos pinares
Lijeros tígres cazan á millares.

»Las dos Carmanias, ambas montüosas,
Mira, y la belicosa Cedrosía,
Los collados y selvas espantosas
De la estéril y helada Aracosía;
De Arbitos las vertientes caudalosas,
Y las aguas que al Indo claro envía,
Y los paraponisos belicosos,
En todo, y no en olivas, abundosos.

»Deja ya atras del Indo las riberas,
Y el monte Imavo á la derecha mano,
Y sobre las sardónicas laderas
Cual rayo va cortando el aire vano;
Descubre el Gange entre naciones fieras,
Que, con dorada arena y curso llano
Rompiendo los collados orientales,
Del mar busca los secos arenales.

»Mira el gran muro y raya que divide
Del scita inculto el regalado China,
Y dentro della el reino en que preside
La luz que sus deseos encamina;
Los campos, bosques y los montes mide,
Y con cuidado y prevencion divina
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta
Hasta las ramas de las selvas cuenta.

»Descubre entre arboledas y espesuras
Ciudades, pueblos, torres almenadas,
De huertas, de jardines, de frescuras
Bastecidas, compuestas y adornadas;
Con chapiteles de oro las alturas
De las suntuosas puertas coronadas,
Y las murallas que la vista goza
De alegre pasta azul, de fina loza.

»El oro mira que en las ricas venas
De la avarienta tierra está perdido,
Minas de pedrería y plata llenas,
Tesoro á ojos mortales escondido:
—¡Tierras dichosas, fértiles y amenas
(Dijo Marte en su vista divertido),
Hoy me ha bajado amor del quinto cielo
A verme pobre en vuestro rico suelo!—

»Mira el alcázar y el palacio ufano
Que la belleza Angélica encubria,
Y ante la puerta real un fresco llano,
Donde, en concurso y tropa de alegría,
La ilustre gente y pueblo cortesano
Con gallardas libreas discurria,
De campo y montería los ropajes,
Con varios y fantásticos plumajes.

»Los perros con sus saltos placenteros
De alegría llenan el florido llano,
Los sacres y falcones altaneros
Ya, de placer, se arrojan de la mano:
Los caballos feroces, bravos, fieros
Los frenos muerden con braveza en vano,
Nevando el campo con la blanca espuma,
Que entre las manos hacen se consuma.

»Mil géneros de perros enseñados
Todos á un fin, pero de mil maneras,
Cuáles tras los prestísimos venados,
Diestros en abreviarles las carreras,
Cuáles lijeros, cuáles mas pesados,
Cuáles para aves, cuáles para fieras,
Con galgos, con sabuesos, con ventores,
Prestos jinetes, diestros corredores.

»Destos diversos ejercicios llena
De lo alto mira Marte la ancha plaza;
Conoce que la causa de su pena,
Sin acordarse della, sale á caza;
Y dice, contemplando la cadena
En que el tirano amor su gloria enlaza:
—¡Hermosa cazadora de Cupido,
Ya un dios entre tus redes ha caido!—

»Asoma en esto á la grabada puerta,
Vistiendo el verde campo de alegría,
De perlas, oro y pedrería cubierta,
Cuanta belleza el mundo conocia:
Dejó una nueva gloria descubierta
Suave el viento y apacible el dia,
Reconociendo á hermosura tanta
Vasallaje del sol la lumbre santa.

»De tela de oro en rozagante vuelo
Pendia la grave falda de brocado,
Con cuanta pedrería al rico suelo
De oriente da y tributa el sol dorado;
En luces de diamantes dando el cielo
De su beldad al mundo retratado,
Donde, en cualquier desden que andando hacia,
Arderse en rubías llamas parecia.

»De la color del dia sus cabellos,
Del alba y de su luz las cejas bellas,
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,
Que al alma que las mira, en rayos bellos,
Del pedernal de amor envian centellas;
Los labios de un rubí, la boca enana
De un limpio aljófar engastado en grana.

»Cual suele en el rosado y fresco oriente,
Dando principios de oro al nuevo dia,
La clara aurora con serena frente
Barrer del mundo la tiniebla fria,
A la cansada soñolienta gente
Perlas lloviendo, rosas y alegría;
Tal la Reina salió, y del mismo modo
Su vista lo vistió de placer todo.

»Quedó Marte confuso, y su cuidado
Entre esperanza y miedo divertido,
De tanta hermosura deslumbrado,
Y de su misma pretension corrido;
El dia sereno, el viento sosegado,
De una templada nube el sol vestido,
Dicen que el dios, de celos, lo hacia
Porque no viese Apolo lo que él via.

»Sobre fogosa y blanca hacanea,
De vistosos lunares remendada,
Pequeña, recogida, y que pasea
Debajo el blando freno concertada,
Con toda la beldad que por librea
De la suya dió el cielo retratada,
Angélica salió, y salió tras ella
El dia, que cobra su hermosura en vella.

»Aquel dichoso y regalado moro,
Hijo de amor, nacido en Tolomita,
Que en ojos negros y en cabello de oro
Un tierno humano serafin imita:
El rey chino, el bellísimo Medoro,
Cuya acabada perfeccion limita
Que el poder natural pase adelante
A estampa mas perfecta y elegante:

»Este en traje galan y hábito suelto,
De azul y plata á lo español vestido,
En oro, perlas y en olor envuelto,
El triunfo del amor sacó cumplido,
Sobre un frison gallardo y desenvuelto,
Despedazando el freno desabrido,
De cuerpo, talle y condicion perfeto,
Feroz, bravo, brioso é inquieto.

»Un rico manto por los hombros puesto
De la mas fina púrpura de Tiro,
A quien mezclados dan soberbio peso
Las perlas, el diamante y el zafiro,
Con una ancha cenefa de oro grueso,
Que alegre muestra en rozagante giro
El gran cerco de estrellas, por quien guia
La luz que arrastra tras su carro el dia.

»Cual águila réal que de lo alto
La deseada caza considera,
Con gozo, con temor, con sobresalto
Revuela, sube, baja, vuelve, espera,
Y codiciosa de acertar el salto,
Cercando va la descuidada fiera,
Aguardando sazon y coyuntura
De mas descuido y parte mas segura;

»Tal el soberbio Marte iba volando
Entre torreadas nubes escondido,
Al sol los rayos de oro deslumbrando,
De otros mas poderosos encendido,
Nuevas trazas y modos fabricando
De ver su gusto y su deseo cumplido:
Llegan al monte entre una y otra traza,
Y dan principio á la famosa caza.

»Libres de las pigüelas, mil azores
A arrojarse comienzan de la mano,
Los diestros agudísimos ventores
A henchir de la escondida caza el llano,
Con que los prestos galgos corredores
No hacen entre mil un lance en vano:
Sigue este, alcanza aquel, el otro incita;
Crece la caza, el alboroto y grita.

»Entre el tropel, rüido y barahunda,
De ciervos una tímida manada
Hizo que el campo alegre se confunda
Tras el lance y la presa deseada,
Que todo en voces de placer lo hunda
La trápala de gente alborotada,
Y por el bosque y selva á campo abierto
Se siembre, corra y vuele sin concierto.

»Siguen aquello que se les antoja
Con grita, voces, con furor y estruendo;
Uno vuelve, otro pica, otro se arroja,
Otros—aparta, aparta—, van diciendo;
—Ataja, ataja,—aqueste; el otro—afloja,
Barausta, rompe, salta, vuelve huyendo,
Sal, cruza, dale, ten, alarga y pica—:
La grita y confusion se multiplica,

»Uno cae, otro huye, otro revuelve
Perdido, sin ver cómo, en la espesura;
Otro siguiendo un ciervo va, y se vuelve
Confuso y anegado en la espesura:
Este se apea cansado, aquel desvuelve;
Tras un tigre la selva mal segura;
Gamos, liebres, leones y venados
Heridos, presos, muertos y atajados.

»Medoro, ó fuese fuerza ó fuese acaso,
Salió contra un lijero ciervo herido,
Que aquel dios liberal, ó el tiempo escaso,
Le ofreció por llevarle divertido:
Queda Angélica sola y llano el paso
A cuanto el nuevo Marte ha pretendido;
Nuevo, porque era nuevo enamorado,
Y el amante no es mas que su cuidado.

»Alteróse la tarde al grueso aliento
Que exhaló Marte de su nube oscura;
Brama el confuso bosque, brama el viento,
De hojas desentoldando la espesura:
Rásgase el enlutado firmamento,
En humo y fuego vuelta su hermosura;
Agua, tormenta, rayos y granizo
La alegre caza y su placer deshizo.

»Tráenles los cielos, ya de luto envueltos,
La noche sin sazon en medio el dia,
Y ellos, en agua y confusion revueltos,
Cada cual sigue por su incierta via:
Volaban los caballos desenvueltos,
Pero mas la tormenta que traia
La oscura nube en sus hinchados senos,
De ardientes rayos y confusos truenos.

»Gusta Marte de verlos anegados,
Su alegre fiesta en aire convertida:
Tales son los contentos mas fundados;
Todo tiene su fin en esta vida.
La dama por quien son estos nublados
En una cueva se quedó escondida:
Segura estoy que Marte sepa adónde;
Que á los ojos de Dios nada se esconde.

»Entre un horrible y espantoso trueno,
De ardientes rayos y de luz vestido,
De gozo, espanto y de contento lleno,
Marte bajó en Medoro convertido;
Y al tocar su furor el valle ameno,
Tembló el gran mundo, de su pié oprimido;
Pero la majestad en esto cesa,
Que ella y amor no comen á una mesa.

»De aquel ayuntamiento milagroso
Esta beldad nació gallarda y brava
(Si no es del todo vano y fabuloso
Lo que mi sabio abuelo nos contaba):
Perdióse en esta caza el rey hermoso;
O sea que el dios que la honra le quitaba,
Con ella le quitó tambien la vida,
Entre medrosos celos consumida,

»O sea otra oculta causa, no hay del suelo
Quien no esté del secreto deslumbrado:
Solo de la Princesa el sabio abuelo,
Por sus mágicas artes informado,
Alcanzó que la luz del quinto cielo
Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado,
Y de Artildo el saber, que en mi memoria,
Como la he dicho aquí, puso esta historia.»

Así en la gruta la japona bella
La razon á Bernardo da cumplida
De su ausente aficion, y al fenecella,
De un blando sueño se quedó vencida;
Y él, ocupada el alma en entendella,
Con tantas novedades divertida,
De la que el tierno amor hizo su dueño,
Hallar no puede, aunque lo busca, el sueño.

Parécele sentir, ó se le antoja,
Rumor de gente dentro de la cueva,
O sea el pensamiento ó su congoja,
O el blando viento que las hojas mueva:
En pié se pone, y con la limpia hoja
De la vaina desnuda, atienta y prueba
A entrar con lentos pasos sin rüido,
Al tiento de las señas del oido.

Fué al parecer bajando largo trecho,
Cuando dentro se halló de una ancha sala,
De un medio globo de cristal el techo,
Obrado todo de artificio y gala:
El suelo de alabastro y jaspes hecho,
A quien ningun primor humano iguala,
Dos bellas puertas en el muro externo,
La una de marfil, la otra de cuerno.

En cada cual sobre una silla de oro
Sentada una hermosa dama habia;
La de la diestra mano, en su decoro,
Un cielo de virtudes parecia,
Con una poma que el mortal tesoro
Del mundo en su respeto humilde hacia,
Labrada en un carbunco que enviaba
La luz que aquellas cuevas alumbraba.

Estaba la otra á la segunda puerta
Con una taza de oro en las dos manos,
En una bella máscara encubierta
De lascivo mirar y ojos livianos:
De perlas toda y pedrería cubierta,
De lustre, tez y resplandores vanos,
Por trono altivo un pobre cadahalso
De falsas piedras hecho y de oro falso.

Y de la sala en un rincon profundo
Abrirse un ciego pozo parecia,
Por donde de hombres nuevos en el mundo,
Como de hormigas, un monton salia:
Así en Tébas se vió el campo fecundo
Que un tiempo armadas gentes producia,
Cuando de Actéon el prudente abuelo
De serpentinos dientes sembró el suelo.

Mas si era admiracion la nueva fuente
Que hombres en abundante vena cria,
Mayor espanto daba la corriente
Dellos que al trono de oropel subia
A beber de la taza el mosto ardiente,
Con que la enmascarada diosa hacia
Un brindis, de venenos exprimido,
Al incauto escuadron recien nacido.

Jamas de tantas olas asaltadas
Vió el mar del Sur sus carcomidas rocas,
Ni á las vadosas sirtes sobre aguadas
Mas arenas ciñeron y mas focas,
Ni por el fresco abril mas apiñadas
Aves de Africa á España vuelven locas
A cantar los agravios de Tereo,
O á Tracia á oir la música de Orfeo,

Que al sitial van llegando de oro injusto
Gentes de todas marcas y figuras,
De las que el hondo pozo, en brio robusto,
Escupe de sus cárceles oscuras:
(¡Extraño caso!) que en tocando al gusto
Del venenoso jugo las dulzuras,
Todos en fieras se iban convirtiendo
De espantable figura y bulto horrendo.

Quién en leon, en tigre, en oso, en pardo,
En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso;
Quién en feo avestruz, quién en gallardo
Pavon, quién en cabron, quién en raposo.
Uno en lijero ciervo, otro en buey tardo,
Otro en torpe jumento perezoso,
Y en otras espantosas formas fieras
De esfinges, hidras, scilas y quimeras.

Así de Circe el encantado vaso
Un tiempo á Italia dió animales nuevos,
Cuando á pisar las playas del ocaso
De Grecia trajo Ulises cien mancebos,
A quien, en cuerpo horrible y bulto escaso,
El Lacio, entre sus flores y renuevos,
Brutos establos dió y albergue inmundo,
Para escarmiento y confusion del mundo.

Mas sin que nadie en el ajeno daño
Del suyo halle sospechas, todos juntos,
Tras el goloso vino del engaño,
Ciegos renuncian del honor los puntos;
Y hechos en nueva forma y traje extraño
De horribles monstruos ya nuevos trasuntos,
En tropa salen por la ebúrnea puerta
De un fresco viento á la campaña abierta.

Cuál ó cuál de aquel número confuso,
Más que por eleccion por su ventura,
De la trulla saliendo y del abuso
Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,
A la otra puerta, donde el cielo puso
De virtud un crisol y beldad pura,
Por las gradas subia del estrado
De ricas perlas y de luz sembrado.

Y la diosa gentil que allí alumbraba,
De ardiente caridad y amor vestida,
Al venturoso monstruo que llegaba
Volvia la forma y la salud perdida;
Y del lumbroso globo que manaba
La luz que daba claridad y vida,
Sacando al rayo una sutil centella,
Hacia milagros y finezas della.

Los ántes torpes monstruos y quimeras
Hombres los vuelve ya la luz divina;
El contrahecho bulto y sér de fieras
En nueva humana forma y seso inclina;
Y no con las demas sombras lijeras
La aparente beldad desencamina
Su curso; mas por puerta diferente
La senda hurta á la engañosa gente.

Quedó admirado el príncipe de España
De tan extraño y necio encantamento:
Parécele que duerme, y le maraña
Algun confuso humor el pensamiento,
O que con sombras otra vez le engaña
De la sutil Alcina el hueco viento;
Que truecos de tan grandes novedades
No pueden suceder ni ser verdades.

Y en este discurrir de fantasía
Suspenso estaba y divertido acaso,
Deseoso de saber qué se hacia
La caterva de monstruos de aquel vaso,
A qué fin tales formas les vestia,
O adónde van con su imprudente paso;
Cuando la diosa de la poma de oro
Así le dijo en razonar sonoro:

«No temas, oh invictísimo guerrero,
Honra de la española monarquía;
Que en feliz paso y venturoso agüero,
Te trajo el tiempo á la presencia mia:
La diosa Témis, norte verdadero
Del mundo, soy, y la segura guia
Que con prudencia reglo el mortal gusto
Para saber pedir y amar lo justo.

»Del cielo y de la tierra fuí engendrada,
Y por bien de mi madre quedé en ella
En guarda de la luz, que aquí encerrada,
Cual ves, conservo en esta poma bella:
Del que asombra en el Cáucaso robada
De un rayo fué de la mayor estrella,
Para dar vida y almas celestiales
A hombres de barro y bultos materiales.

»Fuí en otro tiempo oráculo del mundo;
Mas ya mi casa y templo está olvidado,
Y yo, huyendo dél, á lo profundo
Desta gruta su altar he retirado;
Y aquí encerrada, desde aquí confundo
Con mi presencia el vulgo desgraciado
Y el ignorante enjambre; que estas cuevas
Y aquella taza dan figuras nuevas.

»Ni creas que es burla y vano fingimiento
Lo que en estos desvanes aparece,
Ciego y sombrío rincon del aposento
En que el hado sus suertes establece;
Que aquí las leyes traza y el aumento
Con que allá el mundo se gobierna y crece:
Esos truecos que ves de hombres en fieras,
Aquí son sombras, mas allá son véras.

»En la luz sola desta poma rica
La discrecion del mundo está en un cero;
Que ella por sí no es nada, y si se aplica
Al seso humano lo hace verdadero:
El cielo al suelo dió, de su botica,
Desta ambrosía un adarme, y casi entero
Se está aquí sin tocar; que al gran rebaño
Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.

»Advierte en esas olas y crecientes,
Manantiales de la vida humana,
Cómo las avenidas de sus gentes
A parar van á aquella dama ufana,
Que en monstruos los convierte diferentes
Con darles en su taza cortesana
De ignorancia y de engaño una bebida,
Que dura su embriaguez lo que la vida.

»Y así impacientes salen de sus manos
A otros nuevos caminos mas aviesos,
Torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,
De desvaríos llenos y de excesos;
Cuál y cuál, por gran dicha, quedan sanos
Con la luz de mi rica poma, y esos
Por estas cuestas suben mal trilladas,
Siguiendo de los ménos las pisadas.

»Tú seguiras tambien ese camino,
Pues ya el cielo te hizo de mi bando,
Y ahora de nuevo ese licor divino
Te irá por donde fueres alumbrando.»
Dijo; y como un aljófar cristalino,
Encendido en la luz de un fuego blando,
Un claro rayo le arrojó á la frente,
Mas que el bello del sol resplandeciente.

Y como con el alba el dia vistoso,
Así quedó de luz acompañado,
Saliendo por la puerta deseoso
De ver lo que allí esconde y guarda el hado:
De un fresco valle el campo deleitoso
De admirables tragedias vió ocupado...
Mas vuelvo al conde Orlando, que dormia
Sobre las flores, y es ya entrado el dia.

ALEGORÍA.

En el templo arruinado de la diosa Témis, que lo es de la sabiduría y discrecion humana, se muestra cuán caidas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcangélica, hecha valerosa amazona, se descubre cuán hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora dél el brazo poderoso que la puede poner en ejecucion; y cómo sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Témis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio; y en el enamorarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuán poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones.

LIBRO DECIMOQUINTO.

ARGUMENTO.

Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo; válе siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el frances ponerle fuego, y el catalan se lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesí levanta con sus conjuros su navío volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡Oh nuevo y dulce sueño! Oh claro indicio
De la armonía que el autor del cielo
En el humano célebre edificio
Por imágen trazó de su modelo!
La gran suma de cosas que al oficio
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,
Aquel no sosegar con su armonía
El reloj de la libre fantasía:

Aquella interior luz que, repartida
En espíritus libres, arde y vuela
Por el celebro, casa de la vida,
En inmortal cuidado y centinela;
La humedad en sus celdas recogida,
Que secretos altísimos revela;
La razon, la memoria, el movimiento
Del inquieto y libre pensamiento:

Buscando de reposo un breve rato,
El dulce sueño hallé, y ahora fuese
La masa de grandezas que aquí trato,
Que al silencio del alma se atreviese,
Ó de la diosa Témis el retrato
Que acabé de pintar, se revolviese
De mi ceñida frente en las cavernas,
De especies llenas y humedades tiernas:

Sea, al fin, sueño, antojo ó fantasía,
En aquel breve rato de reposo
Que el silencio por suyo me tenia
En agüero feliz y hado dichoso,
Una beldad que, como el sol al dia,
Alumbra al mundo, sobre un carro hermoso,
Vi de pomposos grifos, que en sonoro
Aliento gimen en sus yugos de oro.

Y á un altivo collado en que me hallaba
Cogiendo á tiento de sus faldas flores,
Ella, que por las nubes volteaba
Su carroza y caballos voladores,
Las riendas de oro que en su furia brava
Templar suelen del curso los furores,
A mí las vuelve, y «salve el cielo, dijo,
Los nobles pensamientos de tal hijo.

»¡Oh cómo se gastó del primer mundo
El ansia de saber, quedando hecho
Teatro de ignorantes el segundo,
Sin gusto en él ni antojo de provecho!
¿Quién sabe de su alma en lo profundo
Amar á la virtud? Quién tiene el pecho
No lleno de altivez y vanidades,
Mas de hambrienta codicia de verdades?

»Quién no deja llevarse al vuelo extraño
De una ambicion que el ánimo embriaga,
Y vuelto en el sentido, y el tamaño
Coloso hasta su mismo sér se traga?
¿A quién de la avaricia el corto paño
Con humildes propósitos no estraga,
Sujetando de un logro al vil renombre
La soberana majestad del hombre?

»Todo lo mas del mundo el labio puesto
Tiene al engaño en su dorada taza;
¡Loca embriaguez! pues la virtud, tras desto,
Ni hace, ni osa, de sus gustos plaza;
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,
Y del que á sola la virtud se abraza,
Un necio burla, si á un adarme llega
La pobre plata que en su cofre allega.

»Mas tú, ¡oh espíritu noble! que aunque fuerzas
Te falten, no han faltado los deseos
De seguir la virtud, en quien refuerzas
A tu inmortalidad nuevos trofeos,
No vuelvas el pié atras ni el paso tuerzas
Por mas que con locura y devaneos
Los ignorantes griten; que ellos solos
Las musas son del mundo y los Apolos.

»Y porque en feliz curso la jornada
De tu española monarquía acabes,
Y tu heróica grandeza comenzada
De historias llenas y sentencias graves,
Conmigo vén; que estoy determinada
Al vuelo de mi carro y de sus aves
Mostrarte, para luz de tu escritura,
Clara una senda, en estos dias oscura.»

Dijo; y en la carroza, que era hecha
De oro, cristal y rica pedrería,
Subir me manda, y por la via estrecha
La vuelta dió adonde nace el dia:
¡Extraño caso! pero ¿qué aprovecha
Si lo que ahora aquí y entónces via
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado,
El por ocioso, y yo por ocupado?

Vi el cielo, vi la tierra, vi el profundo
Mar con puntas y playas diferentes,
Y entre el primero golfo y el segundo
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,
No sé qué iba sembrando entre las gentes,
O eran perlas ó flores que cogia
Cuando la diosa hácia mí venia.

Mas ahora de la densa nube oscura
Flores sembrase ó fruta, espino ó rosas,
No sé mas de que en dulce paz segura
Mil gentes me miraban cuidadosas;
Uno asombrado de la humilde altura,
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,
Teniendo aquel volar por acïago,
Y á mí por nuevo encantador ó mago.

Otros llamaban vano mi trabajo,
Y el sembrar por el aire desacuerdo;
Yo, caminando por tan noble atajo,
Sin responderles nada hacia del cuerdo;
Si eran perlas de ley ó aljófar bajo
Ya no me acuerdo bien; solo me acuerdo
Que unos al toque las hallaban sanas,
Y que otros las dejaban caer por vanas.

Y yo, encima del aire levantado
Debajo via de mí los altos montes,
Bien que no sin temor, y con cuidado
De que no tenga el mundo dos Faetontes;
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,
Temples mudando, climas y horizontes,
Cerqué la tierra, y con feliz agüero
Me ensayé en este curso al venidero.

Cuando el rüido y voces de la gente
Que al oir mi nueva voz iba llegando,
(¡Oh cielos, qué disgusto!) de repente
Triste me arrebató del sueño blando;
Y volviendo en mi acuerdo, vi presente
Desarmado y á pié al valiente Orlando,
Que en los bostezos y el color difunto,
El tambien despertaba en aquel punto.

En la majada de un pastor serrano,
Al fresco viento le dejé dormido,
Contemplando en el cielo soberano
Las vueltas con que el mundo da ceñido;
Y en el pajizo lecho del villano,
Que aun en verle dormir está encogido,
Temiendo su braveza, entre las flores
El alba le salió de mil colores.

El carro de oro al fin de su camino
Ya con la luz llegaba amortiguada,
Y en el suyo el cansado peregrino,
Del rocío la esclavina aljofarada;
Su gastado bordon de seco pino
De la mano arrojaba fatigada,
Y la presencia del cercano dia
De mil centellas una lumbre hacia:

Cuando el frances caudillo el pobre lecho,
Y el encogido huésped receloso,
Con agradable estilo satisfecho,
En su antiguo dejó y primer reposo,
Y el camino á poblado mas derecho,
Encaminado dél, tomó furioso,
Jurando de vengarse de Garilo,
Aunque se esconda donde nace el Nilo.

Ya el sol por el cenit de oro subia
A la mas alta cumbre de su esfera,
En peso y en nivel poniendo el dia,
Y á su luz dando hermosa rueda entera;
Cuando atajar la senda que traia
Un claro arroyo vió, y en su ribera
Un caballero, que á pasar la siesta
Con sombras le convida la floresta.

Conoció en verlo su caballo el Conde,
Sus armas y el ladron que las traia.
No así manchada tigre salta adonde
El hijo halla que perdido habia,
Ni el rio que entre peñascos se le esconde
Con su furia atajó la en que venia,
Cual la otra orilla, de un lijero salto,
Señor se hizo del lugar mas alto.

Mas no se vió salir al campo raso
Lijera liebre de ventor sentida
Con mas desenvoltura y presto paso
De adonde el miedo la halló escondida;
Ni enjuto galgo en semejante caso
Mostró mas codiciosa arremetida,
Que el uno en el huir sobre el caballo,
Y el otro en el deseo de alcanzallo.

Furia de aceda cólera espolea
Al ofendido Conde; á su enemigo
Temor que el flojo Brilladoro sea
Culpa en su mal, verdugo en su castigo:
Por aquí huye, por allí rodea
Hasta el castillo de un gascon amigo,
Donde al entrar cerró la estrecha puerta;
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.

Llegó Roldan tras él, y en las almenas,
Para mas le aumentar rabia y coraje,
De los consortes de Garilo llenas,
Con duras piedras le hacen hospedaje,
Así llovidas en monton, que apénas
El riesgo fué menor que no el ultraje,
Obligándole en pasos descompuestos
Su persona humillar á mudar puestos.

Brama furioso, y quiere en ira ardiente
Al cobarde escuadron encastillado
Darlo en venganza al deshonor presente,
En fuego de su cólera abrasado:
De un bosque antiguo la encrespada frente
Cien nudosas encinas le ha prestado
Para hacer aquel albergue injusto
Inmortal luminaria de su gusto.

Nunca el que á Polifemo dejó ciego
Para abrasar el Ilïon troyano
Mas pinos tuvo, cuando al campo griego
Leña ofrecia y llamas de su mano;
Ni á tantos cedros juntos puso fuego
Enéas en el fuego italïano,
Cuando al cuerpo de Turno, ya sin vida,
Dejó su patria en garza convertida.

Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto
El y su casa, y de su mueble el daño;
Y á todo trance, el ánimo dispuesto
Tentar quiere, si puede, un nuevo engaño.
Cierto postigo en el castillo habia,
Por donde nadie entraba ni salia:

Por este, en nuevo traje disfrazado,
Con mustio aliento el catalan caudillo
La vuelta dió, al amparo de un collado
Que las espaldas guarda del castillo;
Y en débil paso y rostro desmayado
De miedo, ó de perfumes amarillo,
Dándole otro ladron para el engaño
Un hábito prestado de ermitaño,

De una gruesa maroma un cordon hecho,
Ceñido un saco de grosera sarga,
Unos graves antojos sin provecho,
Y un basto pino en que se agovia y carga;
Prolija barba que al hundido pecho,
Por mas fingida autoridad, se alarga;
Ancho sombrero y cuentas sonadoras,
Y al fingido rezar pausas sonoras.

Así el sagaz Ulises de la cueva
Del cíclope salió disimulado,
Y en piel de oveja con figura nueva
Pasó el astuto griego disfrazado,
Dejando que le tiente y haga prueba
Si es él ó si no es él quien le ha cegado,
Metiéndose atrevido entre los brazos
Que le hicieran, á ver quién es, pedazos.

Era el falso Garilo, en sus acciones,
De astuta inclinacion y ánimo extraño;
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,
Y en fingido embeleco el mismo engaño;
Y tal, que por cumplir sus invenciones
Ni el suyo teme ni el ajeno daño,
Sin mas necesidad ni otra codicia
Que la insaciable sed de su malicia.

Bien que ahora le inclina á lo que hace
El ser de Francia el capitan valiente,
Que en el modo que puede satisface
De su nacion la enemistad presente;
Y aun esto mismo al Conde le deshace
De su justa venganza el fuego ardiente;
Que hay quien diga que en Francia tiene estrella
España, y que él tambien morirá en ella.

Salió el astuto hipócrita al camino,
Y al desabrido Conde en rostro humano,
Fingiendo un abstinente peregrino,
Que besase le dió esclavina y mano:
Besó el noble frances, hombre divino,
En pecho humilde y corazon cristiano;
Y él, «¿A qué fin en plaza tan pequeña
Se arrastra, dijo, y junta tanta leña?»

«A fin de hacer hoguera, dijo el Conde,
El almenaje infiel deste castillo
Con cuantos en su estrecho albergue esconde;
Que un mundo entero no podrá impedillo.»
Tan bravo está el frances, tal le responde,
Que de verle temió, tembló en oillo;
Mas reportado á sus embustes sale;
Que no hay Ulises que en fingir le iguale.

Procuró con razones diferentes
De humildes persuasiones mitigalle
Los pasados enojos y presentes,
Que podrán, si se encienden, abrasalle.
¡Oh lo que pueden rostros aparentes,
Una alma oculta en un fingido talle!
¡Y cuánto importa en la mayor caricia
Que haya al tocarla puntas de malicia!

«Dejad, dijo, señor, vanos antojos
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano;
Que es peligroso caso en los enojos
Vengarse el ofendido de su mano:
Es corto el ver de los humanos ojos,
Y la reportacion camino sano,
Y en ningun caso ó trance conveniente
Que pague ajena culpa el inocente.

»Uno os tiene ofendido en esta casa,
Y otros sin culpa están de su delito;
Si es la razon quien los castigos tasa,
No es justo que este ahora sea infinito:
Bien sé, señor, lo que en vuestra alma pasa;
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;
Mas tambien sé que sois honrado y sabio,
Y á nadie, como tal, haceis agravio.

»De hombres sin culpa una áspera cadena
De aquesta torre está en un desvan ciego:
Mirad cuánto inocente, por la pena
Que uno merece, se tragará el fuego:
Otras trazas buscad; que esta no es buena,
Y lo que en esto os digo es mas que ruego;
Y adios, que el cielo á daros este aviso
Traerme aquí desde mi celda quiso.»

Era el frances católico, y tenia
En pia veneracion los religiosos,
Y el bravo y noble corazon le hacia
No dudar en los casos mas dudosos:
Horrigila hizo en él por esta via
En Babilonia lances peligrosos;
Que es malo de entender un trato doble,
Y fácil de engañar al pecho noble.

Fuése Garilo; el paladin dudoso
Quedó en varios discursos repartido,
Cuando en un palafren de paso airoso
Una dueña tambien parió el ejido:
El dia huyendo en vuelo perezoso,
El sol del horizonte dividido,
Y apuntando por una y otra mata
La llena luna de encendida plata.

Era la astuta dueña prevenida
Del torpe gusto de Garilo esclava,
Que del castillo la sacó instruida
Al encubierto engaño que trazaba:
Llegó al frances, y en pena y voz fingida
Haciendo falsas muestras que lloraba,
«¿Sabeis, dijo, señor, si á un peregrino
Esta senda prestó feliz camino?

»Tiene á su devocion la llave y gente
Deste castillo, cárcel de mi gusto,
Y en una de las suyas al presente
Preso mi esposo está en tormento injusto,
Y en la mano del santo penitente
Mi bien, mi mal, mi gusto y mi disgusto:
Decidme pues, señor, si acaso tengo
Modo de hallar al que buscando vengo.»

«De aquí se apartó ahora, dijo el Conde;
Mas pensarlo hallar será excusado;
Que entre el silencio no sabréis adónde
En sus vigilias estará ocupado;
Mas mirad si sabeis cómo ó por dónde
Yo pueda entrar á este lugar cerrado;
Que, segun él me reveló de paso,
Hará á nuestra importancia mucho al caso.»

«Entrar yo, dijo ella, es fácil cosa;
Que nunca se negó á mujer la entrada;
Mas la vuestra será dificultosa,
De mucho riesgo y poco fruto en nada;
Que la gente de dentro es peligrosa,
A engaños y traiciones enseñada;
Y así será mas fácil á mi llanto
En busca proseguir del monje santo.

»Yo á las espaldas del castillo amigo,
Si por desgracia ya no está cerrado,
Fácil entrada sé por un postigo
De una puerta sin llave ni candado,
Seguro y franco paso á un enemigo
De sabia prevencion y gente armado;
Mas vos solo y sin armas (¡caso fuerte!),
Será ofrecernos ambos á la muerte.»

«Perded ese temor, respondió el Conde,
Y dejadme el secreto paso abierto;
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde
Hoy de dormir excuse en el desierto;
Y si á este riesgo alguno corresponde,
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,
Sea el hacerme este favor de modo
Que corra mi persona el riesgo todo.»

«Señor, dijo la dueña, por mi gusto
Yo no os pusiera en semejante aprieto;
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,
Yo el cuidado os ofrezco y el secreto,
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto
De armas, si hubiere en vuestra entrada efeto:
Ahora idos llegando con recato
Al postigo, y allí aguardadme un rato.

»La oscura sombra de aquella alta torre
Paso os dará seguro que no os vea
La cuidadosa vela, y se nos borre
El concierto, y en daño de ambos sea.»
Dijo; y él con atentos pasos corre
Al fin de la venganza que desea;
Y en tanto que va á dar con el postigo,
Ella se entró con su engañoso amigo.

Púsose al pié del carcomido muro,
La órden siguiendo de la falsa dueña,
Por juzgarse á la sombra mas seguro
Y mas á mano de cualquiera seña;
Cuando de las ventanas por lo oscuro
Sobre él bajó una nube no pequeña
De tierra, piedras, palos, agua, horrura,
Sin que haya á su rigor parte segura.

El huye aquí y allí por no ser visto,
Ni creer que pueda ser caso pensado;
Y por mas que anda á todas partes listo,
Siempre un tiro le alcanza desmandado:
Jamas en otro igual rigor se ha visto,
Ni en tan penosas burlas agraviado;
Ya se arde en ira, ya de la venganza
Reportado le vuelve la esperanza.

Ya mil veces se vió determinado
De hacer todo el castillo una hoguera
Y otras tantas humilde y reportado,
La cólera volvió á enfrenar lijera;
Mas de Bootes ya que el carro helado
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,
La luna en medio el cielo y las estrellas
Lloviendo sueño altísimas y bellas,

Al postigo llegó la falsa dueña,
De un fingido temor toda ocupada,
Y al Conde, que acudió á la sorda seña,
«Señor, la puerta, dijo, está cerrada:
Desgracia ha sido de ambos no pequeña;
La gente está sin duda recatada;
Las velas han doblado en el castillo
Y asegurado el paso á este portillo;

» Pero si todavía estais dispuesto
Al grave riesgo de la oculta entrada,
Cierto artificio de madera enhiesto,
Para al muro subir piedra labrada,
Desta alta torre está al remate puesto:
Yo echaré la maroma, y reforzada,
Al torno daré vueltas por subiros,
Y asi aventuraré á poder serviros. »

Libre el frances caudillo de sospecha,
La falsa astucia llama aguda traza,
Y luego la engañosa dama le echa
La cuerda, y él al cuerpo se la enlaza;
Y tan á gusto ya la burla hecha,
Gran fiesta, grita y alarido se alza,
Comenzando á servirle por el viento
En nueva risa y placentero acento.

Por pardas rejas de altos miradores
Clara copia salió de luminarias,
En manos de atrevidos salteadores
De leyes, vidas y costumbres varias:
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,
Por partes diferentes y contrarias
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento
Salva le hacen, y suben por el viento.

El sin culpa frances, que así ofendido
De un ladron se halla por tan varios modos,
Y que en el aire ahora suspendido,
De risa sirve y ocasion de apodos,
De enojo está y de rabia tan sentido;
Y los contrarios victoriosos todos.
La real persona, ya su riesgo puesta,
Con obras y palabras le hacen fiesta.

Llovida á un tiempo dan sobre él con una
Densa nube de lanzas enastadas,
Y aunque las ménos le hallan, su fortuna
Con duras carnes le valió encantadas:
Por muerto, al blanco rayo de la luna,
Unos le juzgan; y otros, por domadas
Sus fuerzas, cuando por la cuerda arriba
Temieron todos que con alas iba.

Quedara el alto intento conseguido,
A no ir los que le suben aflojando;
Mas Garilo, sintiéndose perdido,
La tirante maroma fué alargando;
Y con este remedio detenido,
El apriesa subiendo, ellos bajando,
Fijo en medio del aire parecia
Que fingia subir y no subia.

Así en el rio Cocito un avariento
Las manos dicen que anda levantadas
Por asirse de un árbol en el viento,
Braceando en vanos golpes y palmadas:
Quiere dar pasto á su apetito hambriento
Con huecas frutas de hollin tiznadas,
Y nunca el vano intento se concluye;
Que si él la fruta sigue, ella le huye.

Así lijero sube el grave Orlando,
Y siendo ya imposible el detenello,
De golpe aflojan el subir, pensando,
Despeñado, una horrible pasta hacello;
Y así de la honda cava al limo blando
Bajó con la maroma por el cuello,
Que estuvo de agua inmunda y lodo lleno;
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno;

Mas fué sin riesgo la feliz caida,
Si bien quedó en el lodo sepultado;
Dióle el hallarse sin su arnes la vida;
Que en turbia lama se ahogara armado;
Y la varia fortuna, condolida
De verle puesto en tan humilde estado,
Volvió pronta á sus ruegos los oidos;
Que es gran levantadora de caidos.

De allí el castillo á la profunda cava
De ancha canal desaguadero hacia,
Que el patio y las cocinas desaguaba,
Y de aseo y reparo las servia;
Por donde puerta halló el señor de Brava
Cuando ménos recelos dél habia;
Y todos, sin temor de lo pasado,
Ya por muerto le tienen, ya enterrado.

El rosicler de Vénus, que en el cielo
Extremo es de ambas luces, daba vida
A las pintadas flores con el hielo
Que en cuajados aljófares llovia,
Restituyendo al soñoliento suelo
El robado color que ántes tenia;
Cuando el frances fué á dar por la pecina
Al sótano y desvan de una cocina,

Lloviendo agua grasienta y negro cieno,
De turbias heces y de hollin tiznado,
Cual se viera de algun horrible seno
Del infierno salir desfigurado;
Mas luego que la luz y aire sereno
El lugar le mostraron deseado,
En su alegre venganza divertido,
Los pasados trabajos dió al olvido.

Y en diestro paso y reforzado aliento,
Y al hombro, en vez de espada, media entena,
De sala en sala y cuadra en cuadra, á tiento
A una llegó de salteadores llena,
Que allí dormidos los dejó el contento
Del vino, el juego y la pasada cena,
Al golpe puestos que traia lijero
De sus perversos dias el postrero.

La mitad despertó en dia aciago,
Y los demas tragó el eterno sueño:
Los que despiertos miran el estrago
Del grueso pino y su tiznado dueño,
Que sea el barquero del Estigio lago
Piensan, que á golpes mata con su leño,
O el Orco oscuro, cobrador terrible
Del triste censo de la muerte horrible.

Asordan roncos gritos el castillo;
Huye el de mas valor acobardado;
Deja medroso el catalan caudillo
Frio de su dueña ya el caliente lado;
Y el presto Conde, de un voraz cuchillo
El diestro vengativo brazo armado,
Tras las memorias de su agravio corre
Cruel de sala en sala y torre en torre:

Bien como el yerto jabalí celoso,
Vengador de las sañas de Diana,
Con los blancos colmillos y el cerdoso
Lomo y los ojos de color de grana,
Siguiendo corre el escuadron medroso
De la florida juventud greciana,
Enturbiando los médanos de arena
Al claro Achéloo en su ribera amena.

A tres doblados seis quitó la vida,
Y otros tantos colgó por las almenas;
Garilo huyó; huyó la fementida
Dueña con otras seis de engaños llenas;
Que ningun caballero fué homicida
De mujeres jamas, malas ni buenas;
Que es frágil gente, y todos sus errores
O son por ignorancia ó por amores.

En esto á toda rienda por el llano
Vió el Conde á su enemigo en Brilladoro:
« Todo el trabajo me ha salido en vano,
Dijo, si libre se me va este moro,
Pues mi vengauza pierdo y mi lozano
Caballo de espumante freno de oro:
Quédese todo así: quiero seguillo;
Que en mas tengo el caballo que el castillo. »

En una sala de su arnes preciado
Las ricas piezas vió de oro grabadas,
Y apriesa dellas, como pudo, armado,
Contando va á Garilo las pisadas:
El como rayo huye acelerado,
Metiendo hierro al bayo en las ijadas;
Que es gran jinete el miedo, y su congoja
Un Roldan le figura en cada hoja.

Así dos partes de las tres del dia
Fué el uno huyendo, el otro dando caza;
Cuando este en una selva se escondia,
Aquel entraba en la escombrada plaza:
Al armado Orion se parecia,
Que al Centauro persigue y amenaza,
Y tras él corre con dorada lanza;
Vuela el caballo, y él jamas le alcanza.

Ya el dia descolgaban al poniente
Las dos balanzas del cenit del cielo,
Cuando de oro un alcázar puesto enfrente
Al medroso Garilo dió consuelo:
Cien torres de cristal resplandeciente
Clara luz dan en torno al rico suelo
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda
En rubias llamas de oro hacen que arda;

De lustroso carmin rojas almenas,
Con hermosos perfiles de oro ufanas,
De claros visos cristalinos llenas
Las anchas claraboyas y ventanas,
Que, bullidas del sol, tocar apénas
La vista dejan sus vislumbres vanas,
Haciendo junto un sin igual tesoro
El oro del castillo y montes de oro.

Fingida tez de hueco encantament
El catalan juzgó el oro que via,
Y pincel de dormido pensamiento
El sabio Conde que tras él venía;
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,
Cuanto mas se acercaban, mas huia
El vano lustre de la rubia masa,
Y se humillaba la soberbia casa.

Así de oro celajes encrespados,
Si el rubio sol se cuelga al occidente,
En roja sangre suelen dar manchados
Los vivos de su luz resplandeciente;
Y al irse el dia, ménos enriscados,
Vuelto en ceniza el rosicler ardiente,
Se hacen de sus puntas mas gallardas
Oscuras teces de unas nubes pardas.

Tal el fingido alcázar, que de fuera
Un dorado teatro componia,
Con tanta torre y tanta vidriera,
Tanto chapitel de oro y pedreria,
Llegando al pié, una choza frágil era
De seca paja que oro parecia:
Las torres y homenaje eran de sueño;
Que es gran pintor de un ademan su dueño.

El sagaz catalan, que allí ha salido
De su imaginacion vana burlado,
Y ántes á guarecerse habia corrido
Al rubio alcázar de aire fabricado,
El caballo dejó, por quien seguido
Con tal teson se vió y con tal cuidado,
Y en la chozuela, si hay lugar adonde,
Se entró á esconder del ofendido Conde.

Lo que ántes montes de oro parecia,
Humildes valles eran de aire llenos,
Que un vistoso celaje les fingia
Los ricos chapiteles por sus senos,
Y de torres de viento componia
Las que campeaban mas y las que ménos;
El dueño de la casa en traje extraño,
Un alquimista que es el mismo engaño,

Vestido de contrarios tornasoles,
Entre aguas y alambiques diferentes,
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles,
Magistrales de ley, pastas ardientes,
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,
Tintas, barnices, lustres aparentes,
Un camaleon por armas, que en el viento
Es uno solo y se trasforma en ciento.

Es su oficio infundir quintas esencias,
Dar nueva forma y hábito á las cosas,
Gastar hacienda y tiempo en experiencias,
Sin provecho las mas, todas costosas;
Fingir quimeras, inventar sapiencias,
Cifrar secretos, disfrazarles glosas,
Y al no afijar Mercurio con la luna,
Dar sin razon querellas de fortuna.

Este es Arnaldo, que en la Flandria conde
Nació, y ya sin estado y patrimonio,
Por hacerse otro Midas vino adonde
Dió en su pobreza al mundo testimonio;
Que siempre á la codicia corresponde
Miseria eterna ó pactos del demonio,
Y los deseos del oro y del infierno
Mas cerca están que el frio y el invierno.

Y así, no atento ya á seguir el curso
A las humanas cosas necesario,
Ni de la alquimia el natural concurso
Por el camino y término ordinario,
A la supersticion volvió el recurso;
Pasó á ser nigromante, de herbolario,
Y con una sortija abria el profundo,
La tierra hacia temblar y arderse el mundo.

Cuando la bella Angélica á Medoro
Desde Francia llevó á la rica China,
Gastó en el largo viaje gran tesoro;
Que es reina amante, y con su amor camina;
Y entre otras la sortija ilustre de oro,
Que á un hombre esconde en sombra peregrina,
A un pescador de Cádiz la dió un dia
Porque les dé su barco y sea su guia.

Dióla en rica señal para obligalle
Con ella, porque un ánimo excelente
Solo su gusto estima, y por compralle
Diera Angélica el reino del Oriente;
Mas fortuna, tomando el gobernalle,
Al salir contra el viento y la corriente
Por la barra del puerto, en un bajío
La quilla desfondó, y rompió el navío.

Salieron derramados por la playa
Marineros á un tiempo y navegantes;
El perdido patron huyó á Vizcaya,
Y el anillo llevó de los amantes;
Deudas le desterraron, y en la raya
De Francia, entre gascones caminantes,
Las gentes de una escuadra foragida
La joya le quitaron y la vida.

De allí, de mano en mano, el rico anillo
A dar á las de Arnaldo fué encubierto,
Cuya humilde chozuela era el castillo
Y puerto á los ladrones de aquel puerto:
Conoció su valor, supo encubrillo,
Compróle á menosprecio, y hecho cierto
Ya en su virtud, famosas experiencias
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.

No solo en invisible sombra esconde
A quien le trae en la boca, mas quien mira
Un rayo de su piedra, para donde
El sol los suyos, al tocarle, gira:
Como quiere se muda, y corresponde
A la verdad tan fácil la mentira,
Que sin trocarse el hombre, en un momento
Es sierpe, es yerba, es flor, es agua, es viento.

La forma que le da la fantasía,
Esa se muestra y esa se figura;
Proteo con este hechizo se vestia
Las varias formas de su cueva oscura:
Contar lo que con él su dueño hacia,
De aquel yermo en la choza mal segura,
De truecos y mudanzas, ménos pena
Seria contar al mar ondas y arena.

El medroso ladron llegó turbado;
Que el Conde ya á caballo le seguia,
Y al confuso alquimista, rodeado
De hornos, crisoles y ceniza fria,
Habiéndole su miedo declarado
La alteracion y riesgo en que venía,
Que le ampare le pide con cautela,
Pues es de los cursantes de su escuela.

El mago, de su anillo un rayo hermoso
Le derramó en el rostro, con que luego
De un remendado gato el bulto airoso
Saltó lanzando por los ojos fuego:
O sea natural ó artificioso,
Propio ó impropio aquel rebozo ciego,
No lo sé; solo sé que la vislumbre
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.

Y por su inclinacion el falaz godo
Tomó entónces prestada esta figura:
Que en tienda de alquimista, por su modo
Todo se muere, trueca y desfigura:
La plata, el oro, la sapiencia, todo,
Al vaciar el crisol, se vuelve horrura;
Y las promesas de mayor cimiento
Torres pintadas con pincel de viento.

Llegó el Conde á la casa del Engaño,
Y recibióle el mago comedido:
El, viendo un hombre en traje tan extraño
Y oficio tan humilde entretenido,
Y no al sagaz ladron hecho ermitaño,
Que en su presencia se ha desparecido,
«Sin duda, dijo, yo estoy encantado,
O es todo sueño lo que me ha pasado.

»¿Decidme vos, señor con mas colores
Que el arco de las nubes, y mas pintas,
Quién sois, qué oficio el vuestro, qué pintores
Compran y gastan tan diversas tintas:
Tantos aceites, aguas y licores,
Tantas bujetas varias y distintas,
¿De qué menester son? ¿A cuál enfermo
Juntas proveen salud en este yermo?

»Uno que en esta choza entró huyendo,
¿Qué se hizo, dónde fué ó está escondido?»
—«Señor, respondió el mago, estoy temiendo
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,
Como que solo vos hableis pudiendo,
Y sea lo demas tiempo perdido;
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio
Si gustais de saber quién soy de espacio.

»Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados
Bajos de mí teneis noticia alguna,
Debajo algunos signos marañados
Rico nací con infeliz fortuna:
A Mercurio combusto en los airados
Rayos del sol, y la inconstante luna
En el noveno ángulo nocturno,
Triste y lóbrega casa de Saturno.

»Gasté en buscar el elixir divino,
Y hacer quintas esencias fabulosas
Para afijar el cielo, y de oro fino,
Como Midas, volver todas las cosas,
Cuanto oro tuve y á mis manos vino.
¡Oh necias esperanzas codiciosas,
Que, haciendo yo cenizas mi tesoro,
De los carbones piense sacar oro!

»Tres lustros, viva salamandria hecho,
Dí fuego sin cesar á un horno ardiente
Para hacer el napelo sin provecho,
Ya en mi vana ambicion resplandeciente;
Cuando, el engaño y el crisol deshecho,
En humo vuelto el círculo aparente,
De mis trazas corrido y apurado,
Por huir de mí dejé casa y estado.

»Y en busca de Tabir, un nuevo engaño,
Segunda vez salí á surcar la tierra,
Y de antojo en antojo y daño en daño,
A los collados vine desta sierra,
Donde por modo y artificio extraño
Algun tesoro incógnito se encierra,
Si ya de la filosofal piedra el tesoro
No es quien convierte aquí hasta el aire en oro.

»Quedé viendo los riscos, admirado,
En oro ardiendo y en beldad divina;
Creí en ellos hallar de mi cuidado
Cumplida la insaciable golosina;
Pero dejóme el aire al fin burlado;
Que el codicioso siempre se imagina
Lleno de montes de oro el pensamiento,
Que al echarles la mano son de viento.

»Salieron á mis ojos destas lomas
Las fingidas riquezas al encuentro;
Y en esta choza de untos y redomas
Un nuevo personaje hallé dentro:
Yo, viéndome entre fuegos y entre gomas,
De mi necia pasion me vi en el centro,
Y al dueño, en el oficio y traje extraño,
En verle conocí que era el Engaño.

»Así de mezclas y colores hecho,
Que en la vista sutil se deshacia,
Vario, mudable, sin lealtad, contrecho,
De alma falaz y astuta hipocresía,
Y el mismo, al fin, que puesto en el estrecho
Que estoy y estaba entónces, me tenia;
Y yo, por engañar al mismo Engaño,
No conocer fingí su bulto extraño.

»A la infeliz sazon que yo llegaba,
En afeitar palabras entendia,
Y hechas de vidrio, así las barnizaba,
Que parecer diamantes las hacia;
Sola la piedra toque las quebraba,
Y como esa en su tienda no la habia,
A los que entraban á comprar entónces,
Aunque eran vidrios, parecian bronces.

»Antiguamente de diamantes era
El trato que en el mundo se vendia,
Por de dentro seguro y por de fuera,
Que cuanto estaba en él se traslucia:
Colgar de un sí de entónces bien pudiera
Uno la suerte de mayor valía;
Mas hoy ya morirá de mil maneras
Quien fiare de palabras lisonjeras.

»Eran diamante, y son de vidrio ahora
Que á cualquiera desden se quiebra y salta,
Y el engaño las pule y las colora,
Y nunca un vulgo que las compre falta:
Tiene la adulacion lengua sonora,
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta
Un corazon, que al mas astuto pecho
Parece natural, y es contrahecho.

»Mas ¿qué mucho que un ánimo aparente
Del que no es noble dé falsa acogida,
Si en lo mejor del mundo la elocuente
Adulacion con gusto es admitida?
No hay sol ni sombra; al gusto mas prudente
La lisonja es suavísima bebida,
Y el corazon mas claro y mas sabido
En cavernas sin luz vive escondido.

»Tambien entónces iba fabricando
Del elixir divino alegres llamas,
Cuyas vislumbres dan de cuando en cuando
Vueltos oro estos montes y sus ramas:
Preguntéle quién era, y él, usando
De los ciegos enredos de sus tramas,
Así me respondió, y así yo atento
De su boca bebí este dulce cuento.

»—Antes que en las esferas presurosas
Del cielo hubiese curso y movimiento,
Ni al sol, luna ni estrellas poderosas
Campo espacioso diese el firmamento;
Cuando esta eterna sucesion de cosas
Se estaba en el divino entendimiento;
Lo que es ahora mundo y clara esfera,
Un caos ciego y confuso entónces era.

»Estaba el fuego, el aire, el agua y tierra
Sin forma de agua, tierra, de aire y fuego;
El aire duro, líquida la tierra,
Enjuta el agua, sin su fuego el fuego;
Pesado el aire; sin pesar la tierra;
Quemando el agua y enfriando el fuego;
Aunque sin aire, fuego, tierra ni agua,
Ni enfriaba el fuego ni quemaba el agua.

»Yo aquí, entre las demas imperfecciones
Del ciego caos, aun sin vivir vivia,
Hasta que el Dios de todas las naciones
La preñez sacó á luz que en él habia;
Y dando á las criaturas ricos dones
Del firme y nuevo sér que las vestia,
A mí, del bien comun desheredado,
Por mas provecho me dejó olvidado.

»Y el rico tiempo de la edad dorada
Ciego y por los desvanes escondido,
Del liviano temor acrecentada
La persona fingí que aun no he tenido:
A lo oscuro engañaba con nonada,
O en eco por los montes convertido,
Las mordidas palabras repetía,
Fingiendo en esto el sér que no tenia.

»Hasta que ya el dios Júpiter, cansado
De reinar con su padre, quiso un dia
Para sí todo el reino; que el dorado
Cetro gózase mal en compañía:
Yo entónces al rey viejo acobardado
Tristes miedos fingí en la fantasía,
Con que huir le hice y dejar solo
El reino al gran rector del alto polo.

»Y el nuevo rey, en pago á mi servicio,
Esta librea me dió diferenciada,
Y que solo de noche use mi oficio
Con arancel y marca señalada;
Mas que no venda por virtud el vicio,
Ni mi tienda abra entre la gente honrada;
Con que el favor templó la mano ingrata
Lo que al mundo duró la edad de plata.

»Mas ya llegando la del bajo cobre,
Medallas dél por de oro las vendia,
Con que rico, perdí el nombre de pobre,
Y en ceros fuí creciendo cada dia;
Que como no hay quien la gabela cobre
De la nueva inventada granjería,
Es facil el mentir, y de importancia
Al mercader hambriento de ganancia.

»Salieron á este tiempo de mi escuela
Ciertos doctores de ambicion cargados,
Que el interes y la honra los desvela,
Y los traen consumidos sus cuidados:
Fingen pena y dolor sin que les duela,
Lágrimas sin llorar bienes pasados;
Su nombre es de filósofos, y el pecho
De hipocresías cautelosas hecho.

»Gozóse al mundo esta doblada gente
Aquel dichoso siglo en que tenia
Tal precio la virtud, que aunque aparente,
El aire aficionaba que traia;
Mas ya el vicio atrevido osadamente,
Despreciando el barniz de hipocresía,
En el mundo ha tomado tal licencia,
Que entra con la virtud en competencia.

»Llegó la última edad de hierro frio,
Y yo al colmo tambien de mi reinado:
Júpiter, viendo el ciego desvarío
Con que el mundo en mi trato está enredado,
Atajar quiso y comedir mi brio,
Y revocarme el privilegio dado:
A la muerte mandó que me buscase,
Y la vida ó las fuerzas me quitase.

»Pudiera mal librarme de sus manos
Si acertara una vez á dar en ellas;
Que al fin todos son términos humanos
Cuantos corren debajo las estrellas:
No quise mirar mas respetos vanos,
Ni dar sin fruto á Júpiter querellas;
Que en graves casos de materia honrosa,
Siempre es la floja dilacion dañosa.

»Del amor tuve fama que era ciego,
Y que á tiento volaba por el mundo:
Aquí está mi remedio, dije luego;
Yo seré en adestrarle amor segundo;
Y si es, cual dicen, superior su fuego
A la muerte, no mal mi intento fundo;
Que á su sombra ampararme he de manera,
Que el golpe que me espanta no me hiera.

»No poco tiempo, á mucho riesgo mio,
En mi demanda anduve desvelado,
Cuando un niño encontré de altivo brio,
Nacido en mis rincones y criado,
Que, con nombre de amor, el señorío
Del mundo sin razon tenia usurpado,
De alegres ojos mas que un lince agudos,
Y que por flechas de oro arroja escudos.

»Pretendióme engañar con mis liciones,
Y es torpe el interes sin favor mio,
Y así pasé el raudal de sus razones,
Como un sediento el de un enjuto rio;
Y tras mi intento el mundo y sus regiones
Con nuevo aliento á desvolver porfío,
Villas, ciudades, cortes y cortijos,
Calles, plazas, rincones y escondrijos.

»Hice al rico interes ancho camino
Lo que ántes era senda mal trillada,
Por donde ya con ciego desatino
La gran corriente va del mundo errada,
Llamando ocio infeliz de hombre sin tino
Hacer por otra senda la jornada;
Que el camino rëal, cursado en todo,
Es interes de un modo ó de otro modo.

»Cansado del rodeo que llevaba,
Sin duda, dije en mí, que voy perdido,
Pues la bonanza busco en la mar brava,
Y en el mundo el amor que nunca ha habido
Cuando un ciego muchacho que volaba,
En tirar con un arco entretenido,
Vi en la pajiza choza de un serrano,
Las flores esperando del verano.

»Voló la fama pregonando luego
Ser el soberbio dios de los amores,
De Vénus y las gracias blando fuego,
Tahur de apetitosos disfavores,
Que á tiento de su arco el golpe ciego
La tierra asombra y siembra de dolores,
Y que es tambien fingido este segundo;
Que el verdadero amor no es deste mundo.

»Y aunque desnudo, ciego y niño alado,
Sacrificarme quise á su servicio;
Que es, al fin, de importancia, bien mirado
En casa de algun dios tener oficio:
Recibióme por ayo y por criado,
Y fuéle de importancia mi ejercicio;
Que para perfeccion del que él usaba
Solo aprender el mio le faltaba.

»No hallé cosa en las suyas desabrida,
Sino es llamar la muerte sus amantes,
Que el nombre, y el temor de su venida,
Mudar cada hora me hacia semblantes;
Mas, como no hay posada así escondida,
Ni almenas tan tejidas de diamantes,
Que contra el brazo basten de la muerte,
Yerro es pensar huir la humana suerte.

»Llegó una tarde, de matar cansada,
Donde en las alas yo de amor vivia,
Y á citar para la última jornada
De parte del gran Júpiter me envia:
Dile una rica cena, y sobornada
De un lleno frasco, miéntras vino el dia
Troqué á las venas de su aljaba estrechas,
Por las rubias de amor, sus negras flechas.

»Y ya con la sutil traza seguro,
Y el mundo en no advertido riesgo puesto,
Con un tiro el amor al reino oscuro
El mancebo enviaba mas dispuesto;
Y de la seca muerte el arco duro
Del viejo helado el carcomido gesto
Alegre en sangre ardiente remozaba,
Y trataba de amar y enamoraba.

»Viera su general rüina el mundo,
Si por volverlo á su primer concierto
Júpiter no me da, en pacto segundo,
Treguas al golpe de la muerte incierto:
Quedó mi estéril pecho ya fecundo,
No inmortal, mas seguro de ser muerto
Miéntras durare el mundo, y los mortales
Dieren al interes cercos iguales.

»Y ya con gusto y ánimo voltario,
Tras una larga anatomía de cosas,
Tal vez me vi pintor, tal herbolario,
Y tal fingido intérprete de hermosas;
Dando, en bruñida tez de un barniz vario,
Del ya pasado abril hurtadas rosas,
Y de mi rico cofre, á la mas casta
Lo que para engañar los ojos basta.

»Ahora en soñada alquimia me entretengo,
Que de mis lazos es el mas tejido,
Y de afeitar lisonjas me mantengo,
En dulce hablar y en ademan fingido:
Desde aquí voy á la ciudad y vengo,
Y un gran mundo me asombra que, perdido,
A peso de oro compra estas hablillas,
No por mas bien que el oropel de oillas.—

»Así el Engaño me contó su historia,
Si algo de historia tiene el cuento extraño;
Que del sabio discurso en la memoria,
Ni todo ello es verdad ni todo engaño:
Esta es al fin, señor, casa notoria
De la fraude del mundo, este es su escaño,
Y yo aquí, por costumbre y ejercicio,
Por heredarle me quedé en su oficio.

»Es ido á la francesa corte ahora,
Rico, á vender su lisonjera fruta;
Que un conde Galalon que en ella mora
Con todo al imperial dosel tributa,
Y en lenguaje atrevido y voz sonora
Es quien todo lo aprueba ó lo refuta,
Y gobernado un rey de un lisonjero,
El reino á un tumbo está del dia postrero.

»Y este, en suma, señor, que habeis oido
Es el breve discurso de mi vida;
Esta la casa donde habeis venido,
Del mundo mas cursada y mas sabida:
El ladron que de vos venía huido,
Su abreviada persona reducida
En este remendado gato puso,
Nudo infeliz á su ánimo confuso.»

Admiró al Conde el vano coronista,
Sospechoso que en todo le engañaba,
Bien que al volver hácia el ladron la vista,
Los blancos dientes vió que arremangaba;
Y sin curar mas dél ni su alquimista,
Tras el caballo fué que le guiaba,
Y Garilo, ido el Conde su enemigo,
Arañar quiso al sospechoso amigo.

Mas fuése á él, y con la vista atenta
La piedra mira y vuelve á su figura,
Y humilde ruega al sabio le dé cuenta
De qué artífice fué tal escultura,
Y por mayor regalo le consienta
Mirar si deja verse su hechura,
Porque en todo contar pueda y en parte,
Della el primor y de su autor el arte.

«Dentro en la fragua en que se forja el dia
Está, respondió Arnaldo, la sagrada
Masa de lumbre con que el cielo cría
Cuanta se ve en sus bóvedas sembrada:
Comun á todos dioses ser solia;
Mas ya, á cargo del hado encomendada,
Por su ajustado peso se reparte,
Y da á su dueño la dichosa parte.

»Traen desta santa luz los celestiales
En la divina frente cierta estrella,
Que impasibles los vuelve de inmortales,
Y toda su deidad les nace della;
Y cuando á ver los términos mortales
De lo alto bajan de su corte bella,
Así en vapor sutil vuela sobre ellos,
Que la vista mortal no alcanza á vellos.

»Con ella se convierte y se transforma
En la figura cada cual que quiere,
Y della los fingidos miembros forma
En que su infatigable aliento ingiere;
Y el cielo en su virtud tambien reforma
Cuanto en el ancho mundo nace y muere,
Y desta lumbre, al fin, á cuanto llega,
Cierta deidad y olor de Dios se pega.

»El antiguo Prometeo esta lumbre
Del escalado cielo hurtó un dia,
Y este anillo labró de una vislumbre
Que del humano sér sobrado habia;
Y cuando allá del Cáucaso en la cumbre,
Conforme el sacrilegio merecia,
Fué por el dios Mercurio aprisionado
Y al insaciable buitre encomendado,

»Hércules le libró de aquel tormento,
Y él en pago le dió el precioso anillo,
El primero en el mundo y de mas cuento
Que pulió lima ni forjó martillo;
Y entre otras ricas joyas el hambriento
Ladron Caco le hurtó de su castillo;
Deste le hubo su padre el dios del fuego,
Que á su querida Vénus le dió luego.

»Vénus despues, al fin, le dió á Cupido;
Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte,
Dél le hube, en cuyo círculo esculpido
De lo criado está la mejor parte:
De una oculta virtud enriquecido,
Que dejo de decir por no cansarte,
Y él por mí te dirá, si coronista
Haces de su primor tu atenta vista.»

Dijo; y mostrando el dedo en que tenia
La sortija, á Garilo dió la mano,
Que del cuento admirado y lo que via,
Ilusion le parece ó sueño vano;
Mas advirtiendo el lance que ofrecia
De la centella el círculo galano,
Que es, en respecto de su gran tesoro,
La plata humilde estaño, y cobre el oro;

Dando una vuelta y otra, sacar pudo
Del dedo el soberano engaste, y luego,
Formando de un dragon el feroz nudo,
Humo lanzando por la boca y fuego,
En torno revolvió el cuerpo membrudo:
El mago huyó, y el que del rey gallego,
Dueño se halló de la presea mas prima
Que de Vulcano abrió la sutil lima.

Quedó el vano alquimista vuelto en humo,
Como otras veces su saber burlado,
Rico el ladron con el precioso grumo
De celestiales luces amasado:
La virtud sabia, el artificio sumo
Del cerco de oro y del que le ha robado,
Yo lo diré otra vez, si no se embebe
En ocasion mas grave el tiempo breve.

Que ahora Malgesí, en el centro oscuro
De su barco rayando en un cuaderno,
A voces pide al carcomido muro
De la pálida muerte medio infierno;
Donde apénas se oyó el acento impuro,
Cuando á porfía pasa el lago Averno
Una oscura legion, que al aire blando
El navío levantó y llevó volando.

Traia el mago á Reinaldos del oriente
A vengar el agravio recibido,
Y porque á Cárlos sin su espada ardiente
Muerto le ve, y su ejército perdido;
Cuando del turbio Egeo el mar potente
De cien navíos el suyo dió ceñido,
A quien mil golpes añadió Morgante,
Que ahora en verse volar paró arrogante.

Seis triángulos de oscuros marineros
El timon rigen y las huecas velas,
Y solo al mago con sus tres guerreros
Del leño ciñen las gurbiadas duelas:
Paró alegre el jayan sus golpes fieros
Viendo quedar del mar las carabelas,
Y él subir esgrimiendo en raudo vuelo,
Vencido el mundo, con su espada al cielo.

Reinaldos y Orimandro, que el gigante
En trato y gusto ven mas reportado,
Con amigable paz le van delante
Todos tres, uno de otro aficionado:
O fué su complexion, ó fué el radiante
Aspecto de astro bien afortunado,
O Malgesí con su apurado infierno,
Que aun todavía rezaba en el cuaderno.

Salió el mago frances de lo escondido
Viendo en conforme amor los tres guerreros,
Y dellos con agrado recibido,
A regir se sentó sus marineros:
El corzo, que por señas ha entendido
Ser aquel quien los lleva así altaneros
Por la region del aire, á él se llega,
Y que le diga dónde va le ruega.

«Señor, le respondió el frances turbado,
Yo á ver enderezaba un nuevo mundo,
Que á hallarse vendrá y á ser ganado
Cuando sus golfos abra el mar profundo:
Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,
Mas mi primer intento haré segundo,
Como yo sepa el vuestro, y á vos solo
De mi nuevo viaje el firme polo.»

«Antes, dijo Morgante, á esas famosas
Regiones nos llevad, que yo os lo pido;
Que quien ver no desea extrañas cosas
Ánimo tiene corto y encogido;
Y si allá hay aventuras peligrosas,
Mostrádmelas con ánimo atrevido;
Que este brazo, á pesar de las estrellas,
Seguro paso os abrirá por ellas.»

Dijo; y contentos del famoso vuelo
Con que su esquife corta el aire blando,
Los anchos mares y el humilde suelo
De lo alto miran irse adelgazando;
Y cuanto mas el curso sube al cielo,
El mundo tanto mas se va abreviando;
Que de su sér fantástico desnudas,
Todas las suyas son cosas menudas.

El mas hinchado monte humilde envia
Su preñez vana; los colosos feos,
Cuya altura las nubes excedia,
Mirados desde arriba son pigmeos:
Ejércitos de hormigas parecia
La mas noble ciudad; sus coliseos,
De balcones cubiertos y de rejas,
Breves castillos de un panal de abejas.

El sabio, en medio de los tres guerreros,
«Mirad, dijo, en el mundo y sus regiones
Cuán breves puntos y pequeños fueros
Las grandezas alcanzan y ambiciones;
¡Qué humildes sus alcázares roqueros!
Qué menudos sus grandes escuadrones!
Qué abreviada parece de lo alto
La grave majestad del rey mas alto!

»¡Sobre qué estrecho y breve fundamento
Estriba y pára la ambicion humana!
¡Por cuán angosto y apretado asiento
El cetro corre y mitra mas ufana!
¡En qué puño de tierra halla el viento
Tan grandes leguas de locura vana!
¡Y por cuán pobres causas y ocasiones
El deseo de mandar mueve cuestiones!

»Suelen los niños en la edad primera,
Con el corto caudal de su talento,
Dar sazon á sus juegos de manera
Que de véras le sirven al contento:
Quién caballos de caña, quién de cera,
Quién libreas de papel, ruedas de viento,
Toros, guerras, hogueras y castillos,
Que con el tiempo son sus cuidadillos.

»Sacan tal vez sus débiles muñecas,
Y allí sus fiestas fingen y sus bodas,
Y aunque de humildes paños cañas huecas,
En gusto vencen la que asombró á Ródas;
A unas ponen estrados, á otras ruecas;
Aquellas sirvan, y á esta sirvan todas;
Esta sea hoy la reina, esta mañana,
Vistan á esta sayal, y á la otra grana.

»Son ensayos del tiempo venidero,
Por donde el mundo corre en curso blando:
Ser caballo de caña ó verdadero,
Va á decir poco á quien lo está mirando;
Ser castillo fingido ó ser roquero,
Los soldados de véras ó burlando,
Las libreas de papel ó rasos llenos,
Todo es un poco mas ó un poco ménos.

»Es el mundo una farsa de opiniones
Que á todos encandila y entretiene,
Y aunque humilde, reparte estimaciones
Conforme el tiempo y la ocasion le viene,
El que hoy es Salomon en sus razones,
Mañana ni le valen ni la tiene;
El que fué ayer gigante, hoy es enano,
Y muere rey el que nació villano.

»¿Quién al hombre no ve en humilde puesto
Ser juguete inconstante de fortuna,
En entremeses y mudanzas puesto,
Viejo en el ataud, niño en la cuna?
¿Un dia con salud, otro indispuesto,
Ya al rincon, ya en el cuerno de la luna,
Ya alegre, ya con triste sobrecejo,
Ya gorgeando, ya tosiendo á viejo?

»Pues si de sus soberbias los blasones
Mas encumbrados mira y altaneros,
Verá del hueco mundo las regiones
Quererse hacer millares y ser ceros;
Iguales caballeros y peones,
De un tamaño los reyes y escuderos,
Solo que la fortuna, por su gana,
A estos presta sayal y á aquellos grana.

»Bien que estos varios juegos de fortuna,
Los graves altibajos de su rueda,
Así los que hay encima de la luna,
Como lo que por nuestro abuso queda,
Todo es traza divina, á quien ninguna
Otra puede llegar por mas que pueda,
Sin quien la hoja del árbol no se mueve,
Ni una gota de mas ó ménos llueve.

»Mas que sean breves y menudos cosas
Cuantas el mundo tiene por trofeos,
¿Quién jamas lo ignoró? Quién sus pomposas
Torres no ve ser nidos de pigmeos?
Y si estas no son voces poderosas
Para desencantar vanos deseos,
Y ver que en su soberbia nube hinchada
Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada;

»Ved esta breve mancha que, torcida,
La forma hace de un dragon hermosa,
Y es de Europa la tierra, en quien ceñida
Del mundo está la parte mas preciosa,
Sana, templada, fértil y florida,
De rubio oro y regalos abundosa,
Honesto trato y nobles calidades,
Villas, pueblos, castillos y ciudades.

»La Sarmacia de Europa es la primera
Que allí de Asia arrincona los mojones,
Y el Hiperbóreo monte una ladera
Voraz carcome dentro en sus regiones;
Donde seis meses tienen noche entera
Los que entre el hielo rompen sus terrones,
Y sin mudar jamas temple ni cielo,
De unas estrellas gozan y de un cielo.

»Allí son los altísimos Rifeos,
Y el Tánais que, en sus faldas nace y crece,
Y sin gozar del mar ni sus deseos,
En la laguna Méotis fenece:
El Bósforo es aquel, y allí los feos
Agatirsos están; aquí parece
El sitio de los sármatas y alanos,
Y allí los masagetas inhumanos.

»La Quersoneso Táurica es aquella,
Que al parricida Oréstes vió asombrado,
Y en el sangriento altar de la doncella,
A su alfanje divino, arrodillado:
Dacia, y el gran Dorisco en medio della,
Allí hace cien mil hombres, con que armado
Quiso Jérjes, escudo por escudo,
Su ejército contar, y apénas pudo.

»Como famoso labrador que, hecha
Su limpia parva en el agosto amigo,
No cuenta grano á grano la cosecha,
Mas á colmadas trojes mide el trigo;
Así en aquel Dorisco, que una estrecha
Celda de aquí parece, el rey que digo
Su ejército midió á teatros llenos,
Sin que cupiese aun en catorce senos.

»El monte Hemo es este, que su altura
Casi nos cierra el paso sobre el viento,
Cuyas cumbres descubren la llanura
Del Egeo mar y el Jonio turbulento;
Y el Ismaro, cubierto de frescura,
Por donde Orfeo derramó su acento,
Y del Pangeo monte la cabeza,
Que al mar oprime, y rompe su braveza.

»Esta que, así arrimada al mediodía,
Una ancha hoja forma de higuera,
Donde del istmo estrecho la porfía
A pesar de dos mares persevera,
Es el Peloponeso, fuente y cria
De las humanas letras; la severa
Corinto aquella, que de sus rüinas
Roma gozó riquezas peregrinas.

»Los Léleges, Teléboes y Curetes
Son los que allí parecen derramados,
Y aquellos los caballos y jinetes
De Acarnania y sus pueblos celebrados;
Y los que entre tus pinos entremetes,
Oh humilde Arcadia, de árboles criados
Son estos, y los otros los mojones
De Pelagios, Parresios, Licaones.

»El Ténaro es aquel que el mar salado
Fuegos del hondo Flegeton vomita,
Y el promontorio Málea señalado,
Que el paso á las erradas naos evita:
El espartano pueblo celebrado
Allí (si aun dura su memoria) habita,
Y estos son los remansos cristalinos
De Erimanto, y de Ménalo los pinos.

»La Pírrea Tesalia, coronada
De señalados montes, es aquella;
El altísimo Olimpo y su nevada
Frente, que toca á la mas alta estrella;
Y de Oeta la cumbre celebrada,
Con el sepulcro de Hércules en ella;
El Osa, de los dioses enemigo,
Y de centauros el establo antigo.

»Aquí es el valle Flegra peñascoso,
Donde la celestial caballería
Peleó con todo un campo monstrüoso,
Que en favor de los Títanes venía;
Donde del gran destrozo belicoso
Las reliquias se gozan todavía,
Y los collados aun se están cubiertos
De blancos huesos de gigantes muertos.

»Este es el alto Pélion que al oriente
Hurta la primer luz de la mañana,
Y de escalon sirvió y altiva puente
En la disforme guerra soberana;
Y aquel rio de cristal resplandeciente
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,
Es el padre de Dafne, el gran Peneo,
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.

»Y aquel pequeño valle, por quien pasa,
De flores coronado y hermosura,
El celebrado Temple, en quien sin tasa
Flora vertió su cuerno de frescura;
Donde en verde jardin y alegre casa
El florido verano siempre dura,
Y Anfriso por allí voltea solo,
Ufano de mudar el nombre á Apolo.

»El turbio Anagro, de aguas hediondas,
Donde lavó el Centauro sus heridas,
Es el que por allí lleva las hondas
Riberas, de veneno ennegrecidas;
Y el claro Anauro, de plateadas ondas,
Sesgo sereno y de olas recogidas,
Que con vapores, nieblas ni rocío
Jamas destempla ni hace el aire frío.

»Esta costa de mar que del Egeo
Al Jonio va á buscar la estrecha puerta,
Y del frio y altísimo Pangeo
Hasta el Acroceranio corre abierta,
Es Acaya y su templo Dodoneo,
Adonde en su inmortal selva, cubierta
De encinas duras, daba un dios potente
Respuestas otros tiempos á la gente.

»La antigua Macedonia y sus collados
Son estos con que el ancho Epiro crece,
A quien dos veces en contrarios hados
Romana sangre sin por qué humedece;
Y aquellos rayos de cristal grabados,
Que otro cristal mayor desaparece,
Sesenta navegables rios y fuentes
Son que al Danubio entregan sus corrientes.

»Y él, cargado de gentes belicosas,
Feroces pueblos, bárbaras naciones,
Por selvas de arboledas deleitosas,
Del mar de Scitia busca los rincones,
Donde por siete puertas anchurosas
En él descarga sus preciosos dones,
Dando en testigo á su feliz entrada
La hermosa Péucen, de ovas coronada.

»Entre estas feracísimas riberas
Y el Adriático mar corre la costa
Del ilírico reino y sus fronteras,
Contrapuestas en playa y luna angosta;
La Albania, la Dalmacia y las laderas
De Liburnia y la Istria, á cuya costa
El azote parió en parto fecundo
De Atila otra Venecia nueva al mundo.

»Debajo aquel celaje y niebla fria
Que del Dantisco mar se va exhalando,
La alta Podalia corre y la Rusia,
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando;
Cracovia, Pomerania y la Dania,
La fria Noruega de continuo helando,
Con otro inmenso y áspero gentío,
De leyes varias y de asiento frio.

»Y aquel celaje azul, que ancho y tendido
Un raso cielo desde aquí parece,
Es el gótico mar, que, allí escondido,
Al polo con sus olas humedece;
De potentosas islas oprimido,
Donde Tile en sus fuegos resplandece,
Y asombra con fantasmas ordinarias
La resaca á sus playas solitarias.

»Las Orcades, pendientes sobre el hielo,
Allí han de estar sembradas y esparcidas,
Y las Ebudas, de un estéril suelo,
Entre nieve acullá y cristal metidas,
Con las que al norte por cenit de cielo
En cuatro euripos tienen repartidas,
Y la hiperbórea, libre gente ociosa
En quieta vida goza y paz sabrosa.

»Mas, ya dejando este intratable cielo
De fria niebla y de rigor vestido,
Y el eje eterno de cristal y hielo
Sobre que se revuelve el mundo unido,
Volved los ojos á aquel fresco suelo
Que ufano extiende allí el cuerno florido,
Y vereis la dichosa y rica tierra
Que el Apenin divide y el mar cierra.»

ALEGORÍA.

Orlando, burlado por tantos modos de Garilo, significa que el descuido y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quisiere ser engañado de traidores. En el alquimista y sus engañosas fábulas se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo; que, si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los ménos por los mas; no obstante que la piedra filosofal ó elixir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables trasformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento sean en su comparacion cortas y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores trasformaciones y maravillas.

En el trueco de las flechas del amor y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años; y cómo, aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.

La conversion de Garilo en gato, dice cuán dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.

Malgesí, que con sus conjuros levanta volando su navío, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de Persia, en Reinaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca sustancia.

LIBRO DECIMOSEXTO.

ARGUMENTO.

Prosigue Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á peticion de Orimaldro un famoso epílogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

Dijo; y templando en vuelo sosegado
Las velas al favor de un fresco viento,
En dia claro y cielo sosegado
Fué descubriendo el italiano asiento;
Y el mundo donde vuelan, asombrado
De su nuevo viaje, ciento á ciento
De las ciudades salen y las villas,
A ver las nunca vistas maravillas.

Puesto ya el pescador su corvo anzuelo
Al engañoso cebo, y levantada
La tembladora caña en alto al cielo,
Con la vista se queda embelesada;
Y el humilde gañan, rompiendo el suelo
Con la yunta de bueyes alquilada,
De tan nuevos portentos asombrado,
A la mancera se quedó arrimado.

No hubo pobre oficial tan codicioso,
Que por verlos no deje su tarea,
Ni rey á quien no asombre el espantoso
Barco que el aire y su region pasea,
Ni villano tan terco y malicioso,
Que con la boca abierta no los vea,
Ni viejo así encogido y encorvado,
Que esta ocasion no le haya enderezado.

Como en tiempo de eclipse el temeroso
Vulgo, en bandos y cuentos repartido,
El enlutado sol mira medroso,
A quien su hermana tiene oscurecido;
Que cualquiera, hecho astrólogo famoso,
Su historia dice, y cuenta lo que ha oido,
Y el natural efecto del planeta
A su traza y su modo lo interpreta:

Así el barco, volando por el viento,
El mundo tiene en bandos alterado,
Y á cada cual, conforme á su talento,
Con mas temor ó ménos asombrado;
Quizá del estrellado firmamento
La argonáutica se ha desencajado,
Y cargada de dioses, va camino
En busca de algun nuevo vellocino.

Otro ménos leido y mas medroso
La barca dice que es del lago Averno,
Que, preñada de mundo mentiroso,
Traslada hombres fingidos al infierno;
O que es la nao sagrada del glorioso
Pedro, barquero celestial y eterno,
Que, huyendo del mundo en feliz vuelo,
Con la fe y la verdad se sube al cielo.

Y ellos, siguiendo el celestial camino,
Del asombrado mundo van gozando,
Cuando el suelo de léjos ven latino
La hermosura del mundo sustentando;
Y prosiguiendo el mágico adivino,
La proa á la Calabria enderezando,
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,
De riscos coronada y de maleza,

»Es el Gárgano altísimo, sagrado
Alcázar del arcángel poderoso
Que al católico ejército fué dado
Por capitan y príncipe glorioso;
Y el pueblo de Diomédes, ya trocado
El nombre en apellido mas dichoso,
Cuyos collados del Salmicio bando
Cuerpos están y sangre regoldando.

»Las ruinas del gran templo de Minerva,
Sus torres y gastados chapiteles,
Allí á pesar del tiempo los conserva
Luceria entre sus bosques y verjeles:
Cilaro baña allí la fresca yerba,
De azucenas manchada y de claveles;
Que él despues, con sus ondas mal seguras,
De tiernas flores vuelve piedras duras.

»El rio Ausida, que con sangre humana
Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,
Es el que allí de hirpinos bosques mana,
Y por la Nursia tuerce sus corrientes;
Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana
Del rey de Epiro y sus vencidas gentes
Muestra al mundo que solo al cielo es dado
Saber el fin que al hombre guarda el hado.

»Aquellos son los muros de Tarento,
Que al mar dan nombre y sombra de contino;
Y Scileo, promontorio turbulento,
Que á Caríbdis y Scila está vecino;
Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento
Que le dió Turno y le quitó su sino,
Cuando, á pesar del fuego, hizo al cielo
Le prestase alas y otorgase el vuelo.

»Aquel euripo estrecho, que parece
A pesar de dos mares abrir paso,
Por donde el regio promontorio crece
Y el Peloro se arroja al mar escaso,
Es el Tirreno angosto, en quien fenece
De la fértil Italia el campo raso,
Y adonde, con bramido temeroso,
Al mar turba Caríbdis su reposo.

»La que allí está á las ondas entregada,
Y fué de tierra firme dividida,
Es la antigua Trinacria, así nombrada
De las tres puntas con que está ceñida:
La que la Libia al astro ve tostada,
En continos bochornos encendida,
Es Lilibeo, aquel el gran Paquino,
Que oye bramar los ciclopes contino.

»El Peloro se llama estotra punta,
Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,
Y en blancos huesos dió y gente difunta,
Nevada de Leucosa el canto agudo;
Y el que los encendidos globos junta
A las altas estrellas, y el membrudo
Encelado entre el bronce y pez derrite,
Y hace que fuegos sin cesar vomite,

»Es el asiento de Etna peñascoso,
De llamas y de nieve incorporado,
Cuyas masas de fuego monstrüoso
El cielo tienen con hollin tiznado;
Y lanzando del vientre caluroso
Derretidos peñascos, y nevado
Con la ceniza el campo aborrecible,
El pecho hierve en hueco estruendo horrible.

»Es fama que de un rayo poderoso,
En aquellas cavernas soterrado,
Está el gigante Encélado espantoso
De todo el monte altísimo cargado,
Del pecho resoplando caluroso
Fuego, humo y azufre requemado;
Y al anhelar del pecho que rehierve,
La tierra tiembla en torno, y el mar hierve.

»Allí tambien están del feo Vulcano
Las fraguas y hornazas encendidas,
Y el cíclope nudoso al aire vano
Roncos estruendos forma y estampidas:
Hiere en los yunques su pesada mano,
Y revuelve las masas encendidas;
Resuena el sordo valle, y por los huecos
Peñascos braman los quebrados ecos.

»Y no léjos de allí, en un prado ameno,
La agradable Aretusa resplandece,
Por quien Alfeo ya en paso sereno
Al mundo su cristal desaparece:
El monte Ibla, de flor y abejas lleno,
Y el rio Pancayo es el que allí parece
Manso, despues que Céres sabiamente
El ruido le enfrenó de su corriente.

»Las islas Eolias, donde el raudo viento
Tiene en sombrías cavernas su morada,
Son las que allí con espumoso asiento
La mar muestran en torno salpicada,
Donde Cáprea sustenta ancho cimiento
A la Tiberia torre celebrada:
Cipara es esta; aquella Enaria angosta,
Y esta Surrento y su apacible costa.

»El rio Numincio, de ondas sosegadas,
Donde el cuerpo de Enéas fué hallado,
Es el que allí, regando las yugadas
Del fértil Lacio, busca el mar salado;
Y Penestre, de almenas levantadas,
Hechas de fuego y pedernal labrado,
Es aquella, y aquellos que allí vistes,
Los Tetrios montes ásperos y tristes.

»La ciudad Aretina y sus pantanos,
Siempre exhalando destemplados vientos;
Y la soberbia Tíbur, cuyos llanos
Gozan los telagónicos asientos:
El sonoroso Sarno, y los ufanos
Cuernos del Iris claro, y los cimientos
Son estos de Minturnia destruida,
Que á Mario en sus lagunas dió la vida.

»Las blancas piedras de Anxur celebradas,
Y los collados que con su agua riega,
Son aquellos, y aquellas las cañadas
Con que al Pontino lago las entrega;
Y los mirtos y encinas consagradas,
Que al sol esconden la florida vega
Del reino de Diana, son aquellos,
Con su gran sacerdote y rey en ellos.

»La fértil Cúmas, con dichoso agüero,
Allí fué de los Cálcidas fundada;
Y aquella es Capua, que un alcon mañero
Nombre le dió y la hizo señalada,
Por donde el rio Volturno va lijero,
Huyendo de su vida regalada,
Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,
Y á César dijo y anunció la muerte.

»Allí sus baños tiene celebrados
La fértil Váyas, de aguas excelentes,
Y los Cimerios pueblos soterrados
Solian allí esconder sus negras gentes:
Los valles son, de olivas coronados,
Del gran Tiburno, los que veis presentes;
Tolfa es aquella, aquellos sus alumbres,
Y este Argentario y sus altivas cumbres.

»Nápoles queda allí y sus altos muros,
Mejor por sus contrarios renovados
Que los hicieron los Calcidias duros
De groseros terrones amasados;
Y de Circe los bosques mal seguros,
De olas antiguamente rodeados,
Y anudados ahora con la tierra,
Ya del mar vencen la importuna guerra.

»Aquí aun se dura el rastro y los señales
De haber vivido allí una rubia diosa,
Circe, hija del sol, que á los mortales
Era á dar nuevos cuerpos poderosa;
La que en varias figuras de animales,
Al toque de su vara milagrosa,
De Ulises convirtió los compañeros
En osos, tigres, puercos y carneros.

»Por allí da tributo al mar Tirreno
El Tiber, de victorias coronado,
Aquel mismo tributo que en su seno
De cincuenta y dos rios ha cobrado;
Adonde en el Tarpeyo monte ameno
Roma su Capitolio vió encumbrado,
Que el mundo gobernó, y hoy, mejorada,
Del vicario de Cristo es gobernada.

»Volved la vista ahora á estotra parte
Del mar de Adria y vertientes de Apenino,
Veréis un templo del furor de Marte
Hecha la ciudad áspera de Urbino,
Y del puerto de Ancona el baluarte
Que Trajano fundó de mármol fino,
Y su Cuméreo puerto, puesto en modo
Que al mar parece que le da del codo.

»Allí está el fértil campo de Loreto,
Bien què ahora ni muy rico ni estimado;
Mas yo veò tiempo ya que será aceto
En el mundo, y su nombre celebrado,
Cuando por modo altísimo y secreto
A él se haya un aposento trasladado,
Que de Judea vino á Esclavonia,
Y en él á Cristo concibió María.

»Allí es Perusia, donde la hambre ayuna
De Antonio estuvo un tiempo apoderada,
Y esta la gran Florencia, que ninguna
Cual ella se vió en flores asentada:
Luca y el promontorio de la Luna,
Y Pisa, por su loza celebrada,
Parma, Módena, Lodi, Alejandría,
Milan, Cremona, Bérgamo y Pavía.»

Haciendo cruces con la mano diestra
Fué señalando el sabio estas ciudades,
Y prosiguiendo, dijo: «Allí se muestra
Rabena ilustre, antigua en mil edades;
Y Felsina-Bolonia, gran maestra
En toda ciencia y todas facultades,
Está allí derramando un mar al mundo
De graves letras y saber profundo.

»Ved á Ferrara puesta en la ribera
De Eridano, y sus ondas espejadas,
Donde Faeton su vida y su carrera
Juntas dejó de un golpe rematadas:
Allí está Mantua y Ándes, la primera
Entre tierras y gentes celebradas,
Donde nació la fuente de quien mana
La alta facundia y la elocuencia humana.

»Por allí pasa Mincio, mas ufano
Que el claro Anfriso por el rey de Delo,
Y en sus principios, como el mar liviano,
Con olas suele amenazar al cielo,
Donde Bérgamo goza asiento llano,
Y Trento parte con los Tuscos suelo;
Y aquel el Rubicon, raya liviana
De la prosperidad y paz romana.

»Las incultas almenas mal labradas
Que allí lava la mar y azota el viento,
Donde unas gentes, del temor guiadas,
A buscar fuéron mas seguro asiento,
Tristes reliquias son despedazadas
Del destrozo de Atila, y su escarmiento
Les hará, sin que el tiempo las consuma,
Ir creciendo en la mar como su espuma.

»Es su nombre Venecia, y sus agüeros
Asi dichosos desde el primer dia,
Que pasará en los siglos venideros
De república el nombre á monarquía:
Destas cumbres los gajos altaneros
Los Alpes son blanqueando nieve fria,
Que al bárbaro furor, con muro estrecho,
La rica Italia apartan sin provecho;

»Donde al pié en sus collados mas vecinos,
De fértil grama y flores coronados,
Ricos pueblos fundaron los taurinos,
Allí desde Liguria trasladados;
Mas mira ahora los montes cristalinos
Que á tu isla Cirno baten los costados,
Rey de Córcega, y la otra su vecina,
Que apénas desde aquí se determina.

»En la una, si la fama no se engaña,
La miel el nombre pierde de sabrosa,
Y en la otra, sin querer, rie y regaña
Al que su yerba prueba venenosa:
La que allí sus mariscos acompaña
Es Egilos, de cabras abundosa,
Y la palmosa liba acá parece,
Rica del hierro que en sus venas crece.

»Entre el puerto de Vénus y el trofeo
De Augusto, y entre el Varo tortuoso
Y el rio Macra, que en feliz rodeo
Del Apenin desciende presuroso,
Correr al austro la Liguria veo,
De áspera tierra y sitio montüoso,
Donde en su costa Jénova parece
Hermoso lirio que entre espinas crece.

»Mas ya aquí se descubren las vistosas
Cumbres del Alpe, y á la diestra mano
Ambas las Alemanias belicosas,
Que el frio Reno las divide en vano:
Las dos ilustres Bélgicas famosas,
Todas llenas de imperio soberano,
De marcas, reinos, títulos, blasones,
Duques, lansgraves, condes y barones.

»Aquellas altas peñas que nevadas
La espuma dan que por sus playas crece,
Las rocas son de Albiones celebradas,
Adonde Anglia sus términos fenece:
Aquellas son sus selvas encantadas;
Merlin allí y su ciencia permanece,
De quien he yo apuntado en mis lecciones
Escolios mil y mil anotaciones.

»Es reino ilustre, rico y belicoso,
De gente afable, humana, y sus banderas
Temor del gran Océano espantoso
Serán en las edades venideras:
¡Oh pueblo muchas veces venturoso,
Si tan cerca á Alemania no tuvieras,
Que criará una Hidra y un Briareo
Que agoten cuantos bienes en tí veo!

»Allí es Brabancia, Flándes, Picardía,
Y aquí Francia, mi patria regalada,
Con su ciudad, de adonde nace el dia
Hasta donde se esconde celebrada:
Allí Garona, allí Secuana envia
Sus peces y agua á la mar salada;
Allí se traga el Ródano á la Sona,
Y aquí parte á Marsella de Narbona.

»Bretaña es esta, aquella es Normandía,
Y estotra la Provenza regalada,
Por donde Druenza su corriente guia;
Y esta Auñon, sobre el Ródano sentada:
Allí es Tolosa, allí Fuenterabía,
Y allí la ardiente cumbre, ahora helada,
Del Pirineo, que en fuegos encendido,
Arroyos sudó de oro derretido.

»Aquellos valles que una niebla fria
Parecen exhalar de humor sangriento,
Cuya espantosa cumbre al sol y al dia
De Francia enlutan con su grueso aliento,
Los Roncesvalles son, en quien solia,
A los aspectos de su cielo atento,
Pronosticar Merlin cierta caida
En la gente del mundo mas temida.

»Los astrónomos puntos de impresiones
Que señaló de burla ó verdaderos,
Ya van en las postreras conjunciones:
Trueque el cielo en mejores sus agüeros,
Y al nuevo imperio en todas ocasiones
Del brio enemigo rinda los aceros,
Y á pesar de los astros engañosos,
Sus lirios de oro salgan victoriosos.

»Ya de aquí se descubren las regiones
De la feliz y belicosa España,
Famoso reino en las demas naciones
Que la tierra encadena y el mar baña;
Cuya grandeza en todas ocasiones,
Si de la fama el crédito no engaña,
Unica ha sido y es en cuanto encierra
De nobleza y valor en paz y en guerra.

»Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,
Y acá Celibre al mar Mediterráneo,
Aragon, Cataluña y Tarragona,
Y el promontorio Vénus Perpiñano:
Allí su puerto guarda Barcelona,
Y allí el famoso Grao valenciano,
Denia, Alicante, Murcia, Cartajena,
Sus costas gozan de riquezas llena...»

«Paso, dijo Orimandro; que el intento
Mayor que me sacó de Persia un dia
Fué ver de España el belicoso asiento
Y asombros del valor que della oia:
Y pues se me ha venido tan á cuento
Y sin buscarlo lo que hallar queria,
Templad las velas y volad despacio;
Que quiero ver de Marte el gran palacio.

»Y pues que vos, por sabio y por vecino,
Podeis darnos razon y luz de todo,
Gobernad el timon y abrid camino
Por este aire benévolo, de modo
Que yo os deba este gusto á que me inclino,
Y el contar su grandeza al reino godo,
Y todos tres gozar en este vuelo
La majestad de tan heróico suelo.»

Dijo: y el frances mágico, ahora sea
Por dar al persa gusto y á Morgante,
Que lo mismo parece que desea
En los halagos del feroz semblante;
O por curiosidad, en que se vea
De su leccion y ciencia lo importante;
Que es gusto al fin mostrarse un hombre sabio,
Y entre reyes mover á tiempo el labio;

Así con blando y sosegado vuelo,
«¿Quién, señor, dijo, en tan pequeño rato
Del real valor deste invencible suelo
Darte podrá, cual pides, un retrato?
Quién de su clima, temple y paralelo,
Fertilidad, riqueza y aparato,
Decir podrá en palabras suficientes
Lo que á España se debe y á sus gentes?

»En lo mejor del habitable mundo,
Como cabeza dél, la asentó el cielo,
Combatida de un crespo mar profundo,
Que por tres partes ciñe el fértil suelo;
No en el clima tercero ni el segundo,
Ni en el sexto ni sétimo, en que el hielo
Con tal rigor sobre sus golfos baja,
Que en rocas de cristal los trepa y cuaja.

»Aquí nunca del Cancro el caluroso
Chele los fuegos llueve que en Egito,
Ni del boreal Cefeo perezoso
El hielo se cayó de hito en hito;
Ni es de suelo tan frio y tan ventoso
Como Francia, ni abraza en su distrito
Los bochornos del monte de Carena,
De incultos riscos llenos y de arena.

»Penetrada con vientos de ambos mares,
Conserva un aire limpio y cielo sano,
Y de riquezas llena singulares,
No hay quien no tenga algunas de su mano:
No todas cosas dan todos lugares,
Ni el mundo es todo cuesta ó todo llano:
La India envia marfil, la Arabia incienso,
Perlas el mar, y á él los rios su censo.

»Seda el Catay, el Alpe da cristales,
Paro alabastro, Candía alegre vino,
Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
Vasos Corinto, el Gánges oro fino,
Jaspes Copto, Penestre pedernales,
Scitia las blandas martas, y el benino
Aire de Tible miel, y Tiro ufana
En sus conchas la púrpura de grana.

»Por todo el mundo, del empíreo cielo
Dones descienden de influencias varias;
Esta grandeza es propia deste suelo,
La otra de aquel, destotra las contrarias;
Aquí extraño calor, acullá hielo,
Cosas raras aquí, y allí ordinarias:
Solo los campos fértiles de España
Ninguna cosa tienen por extraña.

»A la seda de Murcia y de Granada,
De Toledo y Valencia, ¿quién le llega
Cuando el gusano en cama regalada
De frescas hojas de moral se pega,
Y allí encantado, en bóveda cerrada
Al dulce sueño del morir se entrega,
Dejando sus capullos y edificios
En herencia al regalo y á sus vicios?

»Al cristal lusitano y á las martas
Gallegas ¿quién iguala, ó al coral fino
Del catalano golfo, cuando en sartas
Por un cuello se anuda alabastrino?
¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,
Oh España, la hambre del vecino
Bárbaro alarbe ó apartado griego;
Que á todos tu aficion quita el sosiego?

»No engendra Ormuz mas fina pedrería
Que tu Puebla, Moron y Caridemo,
Ni á las turquesas que Zamora cria
Llega el Oriente en su mayor extremo:
A tus jaspes no igualan los que envia
El Paro, el Copto ni el helado Hemo;
Ni á la miel de Bejer y la de Baza
De Júpiter el néctar en su taza.

»Sus búcaros de barros lusitanos
Exceden los de Dódone y Corinto,
Y la loza del pueblo toledano
En color la esmeralda y el jacinto;
Sus vinos al falerno y al greciano,
De Yepes, San Martin, Ocaña y Pinto,
Alanis, Ribadavia, Coca y Toro,
De humana ambrosía celestial tesoro.

»¿Qué pudo repartir al mundo el cielo
Para el provecho humano ó su deleite,
Que le negase á este dichoso suelo,
Y en él no sirva de virtud ó afeite?
Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,
Acá un lagar de vino, allá de aceite;
La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
Y la perdiz burlada del reclamo.

»Si á Cólcos dió valor un vellocino,
Y fama en tantos siglos y naciones,
Por solo un lustre de oro peregrino
Que en sus guedejas daba reflexiones;
¡Cuánto le exceden en precioso y fino
Del extremeño campo los vellones,
Y á las conchas de Tiro y de sus riscos
La grana que se cuaja en sus lentiscos!

»Es toda junta una preciosa pasta
De finos y riquísimos metales,
Que antiguamente pudo, y ahora basta
Los deseos á hartar de los mortales:
Los griegos, los romanos y la vasta
Africa de sedientos arenales,
Con las preciosas sobras de sus venas
Sus flotas vian de riquezas llenas.

»En otras partes la codicia humana
Entra por oro á desvolver la tierra,
Y en hondas grutas con sudor se afana,
Y por sacarlo á luz le hace guerra:
Mas aquí él solo por los riscos mana,
O el arado al pasar lo desentierra,
Y como convidándose á sus gentes,
Los arroyos le manan y las fuentes.

»Que por hijo feliz de un fértil suelo
Y de madre nacido tan fecunda,
Lozano da vislumbres, sin recelo
Que avariento le dé cárcel segunda;
Mas ¿qué bien ó favor ha dado el cielo
A la tierra, que aquí no nazca y cunda,
Y á porfía brotando de sus senos,
Sus campos deje de riquezas llenos?

»Cuanto al sustento y pompa es necesario
Sobre su noble tierra abrió camino;
El rojo trigo, el vino, el jaspe vario,
El lustroso azabache, el mármol fino,
El hierro duro, el cobre su contrario,
El liviano algodon, el blando lino,
El vivo azogue, el soliman y afeite,
Y de Sevilla y Ecija el aceite.

»Su bronce, plata, estaño y sus alumbres
Al mundo dejan bastecido y harto,
Cuyas reventaciones por las cumbres
Los montes vierten con felice parto:
Goza del fino acero las vislumbres,
La rica greña del humilde esparto,
El lustroso alcohol, y el pardo lomo
Que en masas crece de pesado plomo.

»Los montes, de un alegre abril manchados,
De frescas yerbas olorosas llenos,
De laurel verde y cedros encrespados,
Los sombríos bosques tejen mas amenos:
Cárdenos lirios, alelís morados,
Rojos claveles, y en los hondos senos
De sus valles, tomillo y rojo acanto,
El fértil trébol y el romero santo.

»Desto sus campos labran las alfombras
Con que el florido abril los entapiza,
De mas fino color y alegres sombras
Que las que Persia para tí matiza;
Y si destas grandezas no te asombras,
Oye con que de nuevo se autoriza
En los soberbios ánimos valientes
De sus gallardas invencibles gentes.

»¿Quién á un bravo español en osadía
Y atrevido ademan pasó adelante,
O al trato hidalgo y noble cortesía
Igualar pudo en ánimo arrogante?
¿Quién la reportacion y valentía
No ve ser destas gentes semejante
A sus furiosos rios, que en sonoro
Curso llevan cristal envuelto en oro?

»Son de ánimos valientes, atrevidos,
Prestos en los peligros y arrojados,
Francos en amistades; comedidos,
Graves, briosos, nobles, arriscados;
Para trabajos, fuertes y sufridos,
Para nobles, leales y esforzados;
Que la traicion es mancha de cobardes,
Y estos desta nacion propios alardes.

»¿En qué region del mundo sus banderas
No han de dar sombra y asombrar el mundo?
En Persia, Africa, Arabia, y las postreras
Islas que ciñe y bate el mar profundo:
¡Oh venturosa España, si tuvieras
De tus Enéas un Maron segundo,
O á tus nuevos Aquiles un Homero,
Cuán poca envidia hubieran del primero!

»Tus verdades exceden sus ficciones,
Y tu ordinario estilo á sus portentos,
Y en descubrir y hallar nuevas regiones,
A los mas arrojados pensamientos:
En fe y lealtad las bárbaras naciones,
En letras, en virtud y entendimientos
Cuantos la Grecia y el Egipto encierra,
Y en armas todo el resto de la tierra.

»Precióse Roma y tuvo por grandeza
Dar Césares al ancho mundo, en paga
Que al oro, plata, perlas y riqueza
Que le tributa y pecha, satisfaga;
Y arrogante y soberbia en ser cabeza,
Su misma vanagloria le empalaga,
Trayendo en ella por blason altivo:
—Césares doy, si lo demas recibo.—

»España dió al imperio los mejores
Príncipes que ya tuvo en su gobierno,
Y en todas facultades mil autores
De soberana fama y nombre eterno;
Y no solo dió á Roma emperadores,
Mas en los siglos de su parto tierno
Le abrió la zanja, y en feliz agüero
A su muro arrimó el terron primero.

»De nadie mendigó favor humano,
Ni tras de la ambicion y la zozobra
El mundo saqueó en rigor tirano
Por rehacer su falta de otra sobra;
Y así, en blason pondrá su rica mano:
—Nada me falta á mí; todo me sobra;
Todo lo doy; de todo soy barata,
Césares, reyes, reinos, oro y plata.—

»A Roma dió principios venturosos,
Y al que alzó en Asia los troyanos muros,
Y en Galia á mis franceses belicosos
De Mongrana los ánimos mas puros:
No son hablas ni cuentos fabulosos,
Ni va por atenores tan oscuros
Su clara sucesion, que no lo sea
A quien saberla de raiz desea.

»Abuelo de Milon fué Claramonte,
Fundador de la casa de Mongrana,
Puesta del Alpe en un soberbio monte,
Y él de la sangre y sucesion troyana:
De Deifovo nieto, que en Piamonte
Cetro tuvo y corona soberana,
Y fué de Franco Héctor descendiente,
Y todos tres de la española gente.

»Y aun yo, no tan de léjos, otra parte
De español tengo, no de poca estima:
Egilona, mujer de Durandarte
Segundo, fué del rey Vitiza prima:
Desta nació mi abuelo Balisarte,
Que en España vivió, y en la honda sima
Del rico Tajo me crió con gana
Que aprendiese la ciencia toledana.

»Allí secretos alcancé importantes
A los cursos del mundo y su gobierno,
Y en mis alegres años principiantes
Los cercos aprendí del lago Averno;
Mas ¿para qué son cuentos tan distantes
Y la revolucion de un mundo eterno,
Si desde aquí podeis gozar presente
La majestad del reino y de su gente?

»Otros se ocupen en contar las rocas
Del helado Proponto y del Egeo,
Y por sus playas celebrar las focas
Del fingido rebaño de Proteo;
Que yo, á tener cien lenguas y cien bocas,
Juntas las diera á este famoso empleo,
Y mostrara con ellas, aunque humildes,
De tus grandezas las pequeñas tildes.

»Este que ambas provincias belicosas
De España y Francia veis cómo divide,
Y en freno de oro y riendas poderosas
A sus altivos ánimos preside,
Y con sus mismas cumbres deleitosas
Lo que hay de un ancho mar al otro mide;
Un tiempo vió sudando por sus lomas
Arroyos de oro y plata en vez de gomas.

»Subió tan alto el vuelo de su llama,
Que alumbró á España; y de su ardor sonoro,
Para eternas memorias de la fama,
Nuevo nombre compró á diluvios de oro:
El nombre es Pirineo; así se llama
Del fuego que dió al mundo tal tesoro,
Que á los fenices y á su rey Siqueo
Hartar pudo la hambre del deseo.

»Aquella altiva peña es la Collarda,
Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,
Y la otra donde Atlante tuvo en guarda
A Rugero por miedo de la guerra:
Aquella estrecha senda blanca y parda
El real puerto de Andorra, en cuya tierra
Alemania clavó de limpio acero
Una memoria al siglo venidero.

»Guipúzcoa es aquella que los gajos
Del Pirineo con sus pueblos trilla,
Haciendo de enriscados altibajos
Murallas á los reinos de Castilla:
Vidaso corre allí, y por valles bajos
Soberbio al Olearso mar se humilla,
Ufano en dividir con su corriente
De la francesa la española gente.

»Allí, por las montañas de Salinas
Cruzar verás al cristalino Deva,
Y en lo alto de su puerto, entre sabinas,
Una grandeza y maravilla nueva:
De aquella estrecha ermita y sus rüinas,
En humilde vertiente aumenta y ceba
A dos contrarios golfos y arenales,
Aguas con las que lloran sus canales.

»O sea aquí lo mas alto deste mundo,
O el principio de todas las corrientes,
Las unas de Cantabria al mar profundo
El turbio Deva pecha en sus crecientes;
Y las canales del combes segundo,
Que al descubierto sur hacen vertientes,
El rio Cadorra al Ebro las entrega,
Y él al Mediterráneo mar las llega.

»Y así, con tiernos brazos cristalinos
Esta pequeña ermita abraza á España,
Y por diversas sendas y caminos
De humildes ondas la rodea y baña:
Aquellos de Vergara son los pinos
Con que sus edificios acompaña,
Y allí los Mondragones de Arrasate,
Y el pueblo y villa célebre de Oñate.

»Estos dos huecos y ásperos peñascos
Que nos atajan por el aire el vuelo,
De hierro, acero, pinos y carrascos
Así amasados por virtud del cielo,
Son del monte Gorbeya sendos cascos,
Y las dos Babilonias deste suelo;
Y el valle de Arrazola en su frescura
Quien, goza, puesto en medio, tanta altura.

»El rio Urrola de herrerías lleno,
Con mas fraguas que Lípara y Vulcano,
Riega allí el valle de Legaspi ameno,
Y por entre dos pueblos pasa ufano:
Las peñas de Motrico, que en su seno
El mar le cubre y le descubre en vano,
Allí le sirven de mojon y raya,
Y estas son las mimbreras de Zumaya.

»Entre el de Arajes y este helado rio
La antigua villa queda de Guetaria,
Las altas sierras y el asiento frio
De Arracilo y su cumbre en flores varia:
Alava allí y el noble señorío
De Vizcaya, que en costa solitaria
Su helado y crespo mar rodea y baña
La hidalga sangre del valor de España.

»Sus amenas florestas son aquellas,
Y de Bilbao aquel el fértil valle,
A cuyo verde asiento las estrellas
Noble y precioso aumento esperan dalle;
Allí es Durango, y las murallas bellas
De la ciudad de Orduña aquella calle;
Esta es su peña, y la que está adelante
Lequetio, en marineros abundante.

»El que allí da frescura y sombra á un prado
Es el árbol famoso de Garnica,
A oir reales consultas enseñado,
De extranjeros Pelasgos patria rica;
Allí de un pié descalzo, otro calzado,
Sus privilegios jura y ratifica
El que entra á ser señor, y de aquel modo
Cetro absoluto cobra y mando en todo.

»Allí está el gran Bermeo, que en las juntas
Tiene la primer voz, y el cristal claro
De la mar quiebra por las corvas puntas
Que á su ancho puerto sirven de reparo:
Esta es Navarra y sus florestas juntas,
De quien nombre, á pesar del tiempo avaro,
Eterno heredará, y de sus estrellas,
Gentes de invictos pechos y armas bellas.

»O ya sea poblacion de los troyanos,
Y sus naves y arados le dén nombre;
O naciese el que tiene de sus llanos,
Y ahora con su altivez el mundo asombre:
Aquellos son sus valles comarcanos,
Y el que allí tiene de Bastan renombre
Cegó ya el pozo que parió un tesoro
De sangre á Francia, y á Navarra de oro.

»Aquellas son innumerables fuentes
De sal estéril, esponjosa y hueca,
De tal virtud, que aumenta sus crecientes
Cuanto mas crece y es mayor la seca;
Allí nuevas almenas dió á las gentes
En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca
Fortuna, en ala y rueda no pequeña,
Las vistosas almenas de Sansueña.

»Allí es Puentelareina y su ribera
De alegres rojos vinos abundantes;
Aquí Estela, y Tafalla acullá entera
La corva costa corre de levante:
La raya de Aragon es la primera
Que los celtas con ánimo arrogante
Otro tiempo poblaron, y el tebano
Hércules les dió nombre de su mano.

»El que desde Fontible hasta Tortosa
Con toda el agua destos reinos crece,
Y entre fresca arboleda deleitosa,
De aquí una sierpe de cristal parece,
Es el rio Ebro, y su ciudad famosa
Zaragozana la que allí florece,
Y aquella su ancha huerta de Almozara,
Que es quien la suele hacer barata ó cara.

»Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano
Dionisio, y Huesca, donde un dia Sertorio
Hizo academia, y con rigor tirano
Degolló en otro todo su auditorio;
Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,
Y allí, en el Edetano territorio,
Parece el pueblo de Teruel antigo,
Por su cabeza puesto y sano abrigo.

»Tras él, en aquel sitio peñascoso
De Albarracin está la ciudad bella,
Entre riscos metida del lodoso
Turia, y su gran centauro encima della;
Así pendiente, que su cerro umbroso
Al dia la mejor luz carcome y mella:
Allí guia por Tortosa su corriente
El fértil Ebro al rico mar de oriente.

»De aquí hasta Perpiñan, sobre Colibre,
De Cataluña corre el principado;
Que así este suelo belicoso y libre
Fué de Otogerio Catalon llamado;
Y él, sin que á su ancha espada se le libre
Moro que ya le vió una vez airado,
Recobró, en compañía de otros nueve,
Toda esa costa que la mar embebe.

»Aquí está Perpiñan, de adonde el fuego
Del Pirineo asió primer centella,
Y la sima que abrió, y el pozo ciego
Que rubias masas de oro dió á Marsella:
Gerona es la que allí se sigue luego,
Que el César ganó ahora, y puso en ella,
Para adorno á su templo, en bronce y oro
Divinos bultos de inmortal tesoro.

»Empurias, de franceses y españoles
Antigua poblacion de aquella costa,
Allí, entre su arenal y caracoles
Sus anchas ferias tuvo y plaza angosta;
Allí hace Palamós sus tornasoles
De conchas y coral, y allí ensangosta
Su playa el mundo, y acullá la ensancha
La punta de la Luna corva y ancha.

»Estos riscos bellísimos que al cielo
Con tantas puntas alzan la cabeza,
A quien rodean de cristal y hielo
El rio Lobregat y su aspereza,
Feliz reventacion del fértil suelo
Que preñado parió tanta belleza,
Son, entre gajos de encrespadas peñas,
De Monserrate las floridas greñas.

»Allí del santo y célebre Ermitaño
El delito se vió y la vida nueva;
Allí al estupro y homicidio extraño
Secreto albergue fué la oculta cueva;
Allí en lágrimas dió remedio al daño,
Y allí la celestial Princesa, en prueba
Del perdonado yerro, dió la vida
A la muerta, y la habla al homicida.

»Si á las torres y altivos chapiteles
Que allí hacen sombra y peso á Barcelona
Amílcar dió balcones y rejeles,
De Hércules las fundó la real persona;
Y en Monjuí dió altares y laureles
Al padre de los hijos de Latona,
En el lugar que ahora aquella torre
Sus playas mira y su cristal recorre.

»Aquella punta que la mar adentro
De hermosa poblacion rompe cargada,
Y las olas que salen al encuentro
De blanca espuma nos la dan cercada,
Es Tarragona, la cabeza y centro
De su antigua provincia celebrada,
A quien de Armenia dieron pobladores
Las antiguas majadas de pastores.

»El campo de Igualada y de Cervera,
Si es digna de algun crédito la fama,
Del franco pueblo la nobleza entera,
Vuelta tierra, en la suya se derrama;
Que, sin salvarse escuadra ni bandera,
Donde en confusa voz el vulgo llama
La matanza, la flor del reino todo
A las manos murió del valor godo.

»Mas ya dejad esa manchada tierra
Por ver del ancho mar la costa brava
Que á las ricas Astúrias hace guerra
Y en crespas olas sus arenas lava,
Donde el arado el oro desentierra,
O entre sus venas al cruzar se traba;
Tierra en el resto estéril y olvidada,
Y de sola esta hambre y sed buscada.

»Los astíricos celtas por mineros,
Las quebradas buscando de sus riscos,
A sus puertos llegaron los primeros,
Y dieron pueblo y nombre á sus moriscos;
La que entre aquellos rios placenteros
A vueltas crece de hayas y lentiscos
Es Oviedo, y acá en la costa llana
La antigua poblacion de Santillana.

»Aquí está de Monsagro la ancha cueva
Que al santo cofre que de Siria vino,
Por sacro relicario y guarda nueva,
La dió Pelayo y su primado Urbino;
Y acá entre aquellas peñas, la que lleva
A todas en altura la de un pino
Es Covadonga, humilde fortaleza
En que hizo pié de España la braveza.

»Allí los gajos corren de Idubeda
De la llana Navarra hasta Galicia;
Montesdoca es allí, allí la Fresneda,
Y allí Ebro de su fuente se desquicia:
La de Oja en aquel risco estrecho queda,
Y allí su nombre y aguas desperdicia
De la fértil Rioja en las vertientes,
De aire abrigado y belicosas gentes.

»De Orbion el cerro con su muerto lago,
De arboledas cercado resonantes,
Es el que allí, con movimiento vago,
Asombra en su quietud los caminantes,
Y á ver desciende el mauritano estrago
En torno de los muros mas constantes
Que, desde el mar de Calpe á su montaña,
Contra la altiva Roma tuvo España.

»Scipion la destruyó despues que tuvo
Tres lustros de años guerras sin dejallas,
Y contra Italia y su poder mantuvo
Su espada libre y sanas sus murallas,
Gastando en lo que en esto se detuvo
Ochenta mil romanos en batallas,
Y no quedando en ella un hombre sano
De quien triunfar pudiese el africano.

»De aquí se arroja, por Berlanga, Duero,
Y de rosas nevado y de jazmines,
A Osma baña y Gormaz, y en curso entero
De Aranda la ancha vega y sus confines;
Y de rios cargado, mas lijero
Que por el mar Carpacio sus delfines,
Mejorado de pesca, del gran moro
Olid descubre el valle y busca á Toro.

»Allí, entre verdes pámpanos sentada,
Sobre un risco la halla por alfombra,
Llevando su corriente mejorada
Desde Simancas por el aire y sombra;
Toda del rio Pisuerga salpicada
La tierra en torno, y el que mas se nombra
De los vecinos rios, nombre y agua
Juntos á un tiempo en su cristal desagua.

»Con esto llega á Toro, y de allí pasa
A bañar las Turquesas de Zamora;
Riega á Miranda, y por campaña rasa
En Portugal cuanto ha bebido llora:
Aquella es de Galicia, tierra escasa,
La otra abreviada gente, la que mora
Entre el rio Duero y Miño, que á las vueltas
Los bracatos poblaron y los celtas.

»Porto es aquel, á quien los nobles galos
El nombre dieron, y él al reino todo,
Y Miño, quien por bárbaros regalos
Del rojo embije dió la mina y modo;
Galogreba por largos intervalos
Cetro conservó allí hasta el primer godo:
Esta es de Alia la fuente; allí está Lugo,
Que á la de Miño presta el primer jugo.

»Aquellas son del Vierzo las montañas,
Y las sin afeitar puntas bermejas
De sus ricas medulas las entrañas,
Que ya solian dorar las corvas rejas;
Y tú que á Carracedo el suelo bañas,
Y los peces produces con orejas,
Aunque no alcanzo á ver por dónde naces,
La rueda vemos de cristal que haces.

»Lago mas claro y de agua mas corriente,
De jaspeadas truchas abundante,
Es el que Astorga allí le presta fuente,
Y Sanabria en su risco ve triunfante;
Donde á sus frescas olas eminente
Un bello alcázar sube, semejante
Al que á Neptuno entre sus reinos de agua
De Vulcano labró la sutil fragua.

»Esta es Astorga, aquel su río Orbego,
Donde el poder suevo cayó en tierra
A los piés de un rey godo, cuyo fuego
Talando fué cuanto aquel mundo encierra;
Y el que en cristal de blanca espuma ciego
Al Rabanal caroome la ancha sierra
Es Molina, que allí de peña en peña
Por sus ondas quebradas se despeña.

»Ved pues de Miño el cristalino curso
Con que busca la mar, y en su ribera
A Lugo y su muralla, que el concurso
De Roma la labró, y conserva entera;
Y en sus calientes baños el recurso
De la humana salud; que aun persevera
El muro argamasado y ricas termas
De que cargaron sus riberas yermas.

»Adelante está Orense, á quien el griego
Ansiloco, de Turno afable amigo,
Dió cimientos y nombre, y en el fuego
De su ardiente agua consumió el antigo;
Y Ribadavia, la que en dulce entrego
Sus frescas parras da, y por fiel testigo
A Baco; que al licor de su bodega,
El que su taza brinda no le llega.

»Tuy, que los amigos de Diomédes
Fundaron en su orilla al mismo río,
Es aquella, y aquellas las paredes
Del real alcázar y jardin sombrío
Que allí un rey godo con tejidas redes
De flores enramó al templado frio;
Y acá sobre la mar la estéril sierra,
Que el fin la llama el vulgo de la tierra.

»Aquellos ricos y altos chapiteles
Y torres de follajes coronadas,
Del rey Alfonso y sus gallegos fieles
De nuevo en Compostela levantadas,
Arcos son, claraboyas y rejeles
Al gran Patron de España consagradas,
Cuyo cuerpo, en pronóstico dichoso,
Su rey le descubrió en un bosque umbroso.

»La Coruña es aquella y la alta torre
Del encantado y cuidadoso espejo
Que al Brigantino puerto da y socorre
Con tempranos avisos y consejo;
Y en la ancha costa que hácia el norte corre,
El Ferrol y Vibero por parejo
Gozan un fresco mar, cuyas arenas
Azotan los delfines y ballenas.

»Las que dentro del golfo están cercadas
Por todas partes de crecientes ondas,
Las islas Casitérides llamadas,
Del blanco peltre dan masas redondas;
Y sus peñas en él incorporadas
En grutas se abren y cavernas hondas,
Y él, derretido en varios tornasoles,
Por sus hornazas corre á sus crisoles.

»Las dos Castillas, cuya fortaleza
Les dió el famoso nombre que hoy les dura,
Son las que allí, dejando la aspereza
De las montañas, buscan la llanura:
Esta es Segovia, donde la fineza
De Aragne en sus vellones mas se apura;
Y aquella la real puente de Trajano,
Y el Balsahin ó paraíso humano:

»Fundóla el rey Hispan de gente extraña,
Aunque en dichosa y favorable estrella;
Comenzó á tener nombre cuando España,
Corriendo en esto por igual con ella:
Sigüenza es la que allí la vista engaña,
Pareciendo de léjos no tan bella,
Como un tiempo los griegos ó almonides
De muros la vistieron y de vides.

»Aquellos son los montes de Cebreros,
Y Avila la que está en aquella sierra;
La vera de Plasencia y sus linderos
La que en fresco verano allí se encierra:
El río Tórmes aquel, y los agüeros
De Salamanca, en cuya fértil tierra,
De aquel espeso humo rodeado,
Un famoso castillo está encantado.

»Es fábrica de un sabio nigromante,
A honra de un español contrario mio;
Mas ya volved los ojos al levante
A ver de Cuenca el caudaloso rio,
De menudos carrizos abundante,
Plumas á Roma un tiempo, hoy atavío
A sus parleras ondas, cuya arena
De granos de oro va y de espuma llena.

»Allí son las veguillas de sus fuentes,
Y aquí de Cuenca olvida los collados;
Allí el rio se bebe de Cifuentes,
Y acá al Alcarria cruza los costados:
Refuerza los peñascos eminentes
De Zurita, y sus canes celebrados
Los costados le asombran con ladridos,
De ásperos riscos y cristal ceñidos.

»Cargado de arboledas y frescura
Busca de Aranjuez los ricos valles,
Sus collados vistiendo de verdura,
Y de jazmines sus vistosas calles;
Y por entre florida arquitectura
Ufano el curso alarga, con dejalles
A las hayas y alisos el sonoro
Ruido de su cristal y arenas de oro.

»Aquí al hondo raudal del rio potente
Jarama, en verle tal, los suyos lanza,
Dándole, sin las aguas de su fuente,
Las que de Henáres y Tajuña alcanza;
De donde con grandeza suficiente
Soberbio se derriba y abalanza,
Hasta besar con reverencia y miedo
El pié de las murallas de Toledo.

»Por esta cinta de cristal pequeña,
Blanca ceja á las márgenes floridas
Que allí en revuelta van, y en crespa greña
De alegres sombras sin temor vestidas,
El fresco Manzanáres se despeña,
Las sienes de un eterno abril ceñidas,
Cuya urna fértil entre el oro mana
Las mieses de la tierra carpentana.

»Y el pueblo humilde á cuyos piés se eriza
De su fresco licor el tumbo hinchado,
Que de álamos frondosos se entapiza
Sus sombríos sotos y florido prado,
Es Madrid, donde á España profetiza
Con limpia estrella el favorable hado,
Que el tiempo le ha de dar, de su tesoro,
La monarquía del mundo en riendas de oro;

»Cuando aquel fértil monte, ahora inculto,
Haga gemir la ilustre pesadumbre
De un real alcázar, que el soberbio bulto
Al mundo espanto dé, y á España lumbre;
Y en pompa insigne del divino culto
La firme basa estribe en su techumbre,
Y sea, contra el tiempo y la fortuna,
De la romana Iglesia la coluna;

»¡Oh ya al futuro siglo prenda hermosa,
Donde de España y de ambas las Castillas
El rico tiempo, en vuelta presurosa,
Eterno trono labra en tus orillas!
Desta que ha de venir edad dichosa
Mil años goces, goces de sus sillas,
Y aquellas majestades sacrosantas
Que ya contemplo entre tus verdes plantas.

»Aquel globo de luz que de allí envia
Centellas de oro, y como nube roja
Donde ya se escondió el pintor del dia,
Relámpagos de fuego al aire arroja,
Es claustro santo de una imágen pia,
Que de la guerra la mortal congoja
Y el celoso temor del moro airado
De aquel bosque escondió en lo mas guardado.

»Mas ¡oh del cielo sacrosanto ejemplo!
¡Madre del Hijo en todo sin segundo!
Ya en honra de ambos desde aquí contemplo
Un altar de inmortal fuego fecundo,
Donde entre cimbrias de un soberbio templo
Incienso ofrezca lo mejor del mundo,
Y de ella humilde Atocha á la vislumbre
Lámparas de oro dén inmortal lumbre.

»Mas ved de aquellos fértiles rastrojos
Las varias flores de que están manchados,
Que ahora en fe las brotan, á manojos,
De que han de ser por ángeles labrados;
Cuando á la blanca mies sus granos rojos
Del cielo le cultiven los arados,
Y sus terrones siembren de centellas
Rejas que fuéron otro tiempo estrellas.

»Es cierto que arará este fértil llano
Isidro, un labrador, á cuyo celo,
De su milicia y pueblo cortesano,
Yuntas que aren por él prestará el cielo,
Con que así Manzanáres corra ufano,
Que su inmortal corona adore el suelo,
Y él, levantada su gallarda frente,
Al Tajo humille y crezca la corriente;

»Con que en curso feliz, vuelto al poniente,
De Extremadura busca los rincones,
Y en porcelanas de barniz luciente
Talavera le ofrece ricos dones:
Ve de Almaraz la antigua y corva puente;
De Alconeta los arcos, los blasones
De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,
Y él en herencia dió su nombre al rio.

»Aquellos graves y altos edificios,
De torreadas almenas coronados,
Son los que ya con griegos artificios
Dejó el prudente Ulises amasados;
Y de aquella ancha playa los bullicios
Que los cristales muestran encrespados,
La rica puerta al mar y el fértil dejo
Del aurífero Tajo vuelto en tejo.

»Mas ya volved la vista á la otra parte
De aquellos campos de tejido acero,
A quien nombre dará el sangriento Marte
Con timbre ilustre al siglo venidero:
Calatrava y Montiel, en quien, si el arte
De Merlin no se engaña, un rey severo,
Que él allí llama tragadora arpía,
Morirá á manos de su hermano un dia.

»Aquella verde mancha de hermosura
Que allí corre en floridos arcos bella,
Es la que heredó el nombre y la frescura
De las manchadas flores que hay en ella:
Del claro Javalon el agua pura
Allí entre juncia y concha va; y aquella
Es la célebre Oreto, cuyos llanos
Los pueblos ocuparon oretanos.

»En su rastro quedó la antigua ermita
Que ya Roma labró en su puente al rio,
Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,
De conchas lleno va, juncia y rocío:
Allí Almagro nos da su agua exquisita,
Y la Nava el suave licor frio
Que en dulce gusto el agrio que destila
La ijada sana, el bazo desopila.

»De aquel valle amenísimo de peñas,
Ahora humildes chozas de pastores,
Que el claro Javalon las verdes greñas
De rosas viste y de pintadas flores,
Un cisne nacerá de alas pequeñas,
Que, si el tiempo las llega á ser mayores,
La fama hará dellas, por memoria
Del valor vuestro, una inmortal historia.

»Ya en mi esperanza, el tierno fruto veo
De dos mirtos salir parto fecundo,
Y del sol imitando el gran rodeo,
Los golfos desvolver del mar profundo;
Y por colmo á mi altísimo deseo,
Cruzar le veo el viejo y nuevo mundo,
Juntando de ambos, para el grave acento,
Lo de mayor sustancia y fundamento.

»Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas,
Que á Guadiana dan principio y fuente,
Y ellas, con sus molinos y aguas brunas,
Parda harina y lóbrega corriente;
Allí se embeben sin quedar ningunas,
Y haciendo rio á la enterrada gente,
Van largo trecho, por debajo el mundo,
A fundar fuente y manantial segundo.

»Aquí está Guadalupe, allí Trujillo,
Y acá su pueblo en opinion contrario,
Que el hado adverso al celestial caudillo
Pleito á sus campos repartió ordinario:
Los arruinados muros de ladrillo,
Que hizo Roma y deshizo el tiempo vario,
Allí, si aun viva guarda su grandeza,
Mérida los levanta en la cabeza.

»La Paz Augusta es la á quien luego toca
Del rio falaz el curso cristalino,
Y de allí en Portugal, de roca en roca,
Huye al Algarbe y busca el mar vecino:
Allí es Lepe, Ayamonte; allí su boca,
Y el que adelante está Castromarino;
Y aquella estrecha tierra puesta enfrente,
De Portugal la costa del poniente.

»Acá son los Algarbes de Algecira,
Y aquel su rico estrecho celebrado;
Por allí Guadalete en torno gira
Un campo, aunque florido, desdichado;
Y el que en sus trasparentes senos mira
Pinos y olivas de que va cargado,
Regando un fértil mundo hasta Sevilla,
Que á besar de su torre el pié se humilla,

»Primero se llamó Bétis, y ahora
Guadalquivir á su pesar se llama;
Que el moro pueblo que sus campos mora
Creció su nombre y descreció su fama;
Y con la misma infancia que desdora
Su voz, el resto de Castilla infama;
Castilla, cuyo reino y cuyos reyes
Al mundo han de poner y quitar leyes.

»Mas ya volved al reino de Valencia
Los ojos y á sus golfos de levante,
Cuyos bellos jardines en presencia
Son de un mayo inmortal parto abundante:
Esta de su ancho Grao es la excelencia,
Y Guadalabiar el que triunfante
Se arroja al hondo mar que entre sus olas
Rodea á Mallorca de islas españolas.

»De Ibiza y Formentera los pinares
Allí las nubes buscan con su altura,
Y tímidos conejos, que á millares
De sus bosques carcomen la frescura,
En aire, en suelo, en temple singulares;
Y la que al norte está entre niebla oscura
Es donde el cielo, por manera extraña,
Todo el veneno desterró de España.

»Aquel es el rio Júcar, que al contrario
Del Tajo nace de su misma sierra,
Y por torcida senda y curso vario
De Castilla á Valencia se destierra:
Allí en Huélamo nace, aquí, voltario,
A Cuenca dentro de su rosca encierra;
Hace á Alarcon fortísima muralla,
Y por Villena humilde cruza y calla.

»Allí á Alcira rodea, firme llave
Del reino, y el que corre en aquel llano
Es Bairen, que de blanco azúcar sabe
Nevar á tiempo el suelo valenciano:
Los panales de Béjar, que en suave
Golpe de miel convierten el verano,
Aquellos son, y aquellos los tomillos
De que hacen las abejas sus castillos.

»Dióle este rio su nombre al mar Sucrense,
De Sucro, que fué el suyo: allí es Gandía;
Y Denia aquí, en que la nacion focense
El templo tuvo que Efeso tenia;
Y deste pueblo un mágico ateniense
Que el planisferio de Merlin sabía,
Al tiempo venidero dió por nuevas
Que veria dos monarcas en sus cuevas.

»Allí están las dulzuras de Alicante;
Aquella es Murcia, la otra Cartagena,
De Caravana allí la agua abundante
De peces nace destrozados llena:
Lorca y Velez el Rubio están delante,
Huesca y el fértil campo de Purchena;
Y aquellos los Diamantes de Almería,
Que son estrellas cuando nace el dia.

»Allí de Loja la sabrosa fuente
Sale alegrando al mundo; acullá Baza,
De un hondo valle, á su licor caliente
Florida forma y peregrina taza:
Guadix, que á los verjeles del Oriente
En flores vence, tiene allí su plaza,
Con el rio de la vida al muro enjerto,
De almendras todo y de azahar cubierto.

»Allí helados zodiacos invernizos
Sin igual da en dulzura y en grandeza,
Y aquí vinos claretes y mestizos,
Extremos de alegría y fortaleza:
Aquellos son los baños y carrizos
De Alhama, arrebolados de belleza,
Y allí los de Alcuin, mas singulares;
Y aquellos los madroños de Comares.

»Allí están los jardines de Granada,
Y de su Alhambra allí los chapiteles;
Aquella áspera sierra es la Nevada,
Y de sus Alpujarras los verjeles:
Málaga, con su Ajarquía matizada,
Cubierta da la playa de bajeles;
Y aquellas torres que se ven de claro,
De su Alcazaba son y Gibalfaro.

»La que sobre aquel monte se descubre
La ciudad es famosa de Antequera;
Y aquel risco la fuente que la cubre
De agua y fértil cosecha su ribera:
Su gran salina la que allí se encubre,
Y su canal de eterna primavera
La que, cercada allí de Saxifraga
Dando siempre salud, jamas la estraga.

»Allí están los alumbres de Marbella,
Y de su bella mar el firme puerto,
Ronda, y su Guadiaro rio con ella
Es el que cruza por allí encubierto:
La ciudad nueva de Algecira aquella,
Y aquel el paso que Hércules dió abierto
Con su fornida clava á los dos mares,
Y aquellas sus colunas y pilares.

»Allí muestran ahora el fin del mundo;
Mas ya están por el cielo decretadas
A que serán de un Hércules segundo,
Sin segundo á otro mundo trasladadas,
Cuando los golfos deste mar profundo
Mil flotas sobre sí verán sembradas,
Y acometidos de cualquiera barco,
Cual si el mar fuese algun pequeño charco.

»Allí es la antigua Cádiz, en quien hubo
Templos de Alcides, y sus cortas gentes
Pozos labraron que contrarios tuvo
La mar á sus menguantes y crecientes:
Allí sembrado en el sepulcro estuvo,
Que guarda de Gerion los descendientes,
Un árbol que, de humana sangre lleno,
Cubria de triste sombra el valle ameno.

»El otro altivo y descollado risco,
De blanca escarcha de azahar nevado,
Y de encarnadas rosas y lentisco
Y carmesies claveles salpicado,
Que en el reino cristiano y el morisco
Más rico y fértil suelo no hay labrado,
Es Zahara su nombre, y su belleza
Lo último de hermosura y fortaleza.

»El que allí de las rosas de su falda
Entre jazmines se destila y nace,
Y en sus riberas hechas de esmeralda
Una iris bella con sus vueltas hace,
Es el rio Guadalete, y su guirnalda
La que á mayo en sus orlas contrahace,
Adonde dió de la fortuna el codo
El último desden al valor godo.

»Allí ciñe á Jerez y hace frontera
A un muro de diestrísimos ginetes,
Y aquí de Baco y Céres placentera
Sus campos son alfombras y tapetes:
Entapiza sus riscos por de fuera
Mayo con sus floridos gallardetes,
Que al descolgar del abundante agosto
Granos se vuelven de oro y rios de mosto.

»Mas ya estotro rincon que solo queda
Por ver de España, á voces nos convida
Que en él cerremos la gallarda rueda
En que va á su grandeza y pompa unida:
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,
Y de la que con ellas está asida,
El claro Bétis argentada espuma,
Que es primer cera de su inmensa suma.

»Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,
Oh rey Morgante, dió castillo y muro;
Y la que yerta va á la diestra mano,
De árboles llena, breña y monte oscuro,
La alta preñez del monte Mariano,
Estofada de plata y oro puro,
De rojo cobre y bermellon los riscos,
Y de grana nevados sus lentiscos.

»Allí es Linares, que el Parnaso antigo
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro,
El que encima la frente, por su abrigo,
Un castillo labró y forjó de hierro:
El puerto Muradal es el que digo,
Donde, si un punto de Merlin no yerro,
Degollarán mas moros en un dia,
Que á España dé en cien años Berbería.

»Bilches, que fué un jayan, hoy encantado
Encima aquel pináculo parece,
Y el limpio arroyo de cristal nevado,
Que, cual veis, nace allí, y aquí fenece,
Será Guadalimar, que el un costado
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece
Entre una ola y otra, al disimulo,
Las ruinas y destrozos de Castulo.

»Por medio de ambas alza la cabeza
Aquella tierra fértil y florida
Donde se ajusta de Ubeda y Baeza,
Con cadenas de flores, la medida:
Allí cayó por tierra la braveza
De Africa, y la de Roma, agradecida,
Le dió nombre y almenas por sus manos
En los soberbios pueblos oretanos.

»Aquellos riscos que al nacer el dia
La luz le toman y á la aurora el paso,
Y en puntas sus pirámides envia
El que está de los dos al turbio ocaso,
Son donde ya Castaon ser solia,
Y ahora Cazorla está, que en dia escaso
Goza el verano, y su encumbrada breña
Al sol le asombra la dorada greña.

»Aquel cristal, verdura y chapiteles
Que allí coronan de oro una alta cumbre,
De torres, de balcones, de rejeles
Cargada su soberbia pesadumbre,
Son de Jaen las fuentes y verjeles,
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;
Y allí es Andújar, cuya alegre caza
Examina al lebrel de mejor raza.

»La fértil sierra donde el cielo quiso
Por los riscos fundar y ásperas breñas
A los ojos del mundo un paraíso,
Y á Córdoba de sí un retrato y señas,
Es la que allí se engarza de improviso,
Cuyos jardines y floridas greñas,
Entre cedros, olivos y parrales,
Bellos cuadros componen celestiales.

»Es una alegre piña de frescuras,
Florido y concertado ramillete,
Que sin tierra nacido en peñas duras,
Al mundo sirve de inmortal pebete:
Nieva el tierno azahar verdes alturas;
El jazmin aquí un bosque, allí un retrete
De lentisco y retamas, y por ellas
Las rubias cidras y toronjas bellas.

»Allí los persas dieron por sus manos
A su grandeza los primeros muros,
Que despues destruyeron los romanos,
Y abrieron de cimientos mal seguros:
Aquí de Ategua los collados sanos
Guadajos rompe con cristales puros,
Y es la que por allí campea Baena,
De ricos granos y granadas llena.

»Las torres de Santella y Bujalance
Del gran reino de Céres, son aquellas:
Allí á Bétis le da Genil alcance,
Y á Ecija moja las almenas bellas,
Donde en mortal se vió y temido trance
Un escuadron divino de doncellas,
Que por guardarse intactas á su esposo,
La tez mancharon de su rostro hermoso.

»Aquellas son las ruedas sonorosas
De sus azudas, y estas las canales
Por donde en crespas olas espumosas
Los surcos humedecen sus cristales:
Allí Parma y Carmona aguas vistosas
A sus flores encañan y frutales;
Y aquella es la pomposa cañería
Que agua á las plazas de Sevilla envia.

»La famosa ciudad que Alcides quiso
Contra el gusto fundar de un agorero,
Y la que Hispal fundó en hado preciso,
Feliz estrella y venturoso agüero;
Y de su torre el levantado friso,
Que por el aire rompe y vuela entero
A esconder su Giralda en una nube,
Es la que allí alegrando el mundo sube.

»Con cinta de cristal por hemisferio
En dos mitades la divide el rio:
Itálica fué allí, que dió al Imperio
Monarcas en un tiempo y señorío;
Y Utrera en sustancioso refrigerio
De sazonado pan le aumenta el brio,
Y el Ajarafe, rico en mas deleite
Con su verde aceituna y rubio aceite.

»Guadalquivir allí, en vuelta prolija,
Una isla hizo antigua celebrada,
Que á los pintados pueblos de Lebrija
Templo les tuvo y torre levantada;
Donde el bastardo hijo de la hija
Del griego Cadmo la dejó fundada,
Del graverio en el raudal agudo,
De quien el tiempo desmembrarla pudo.

»Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento
En puesto y en valor se hace eminente,
Grave y nunca vencido alojamiento
De una tasada y combatida gente:
Contra el romano ejército sangriento
Campo mantuvo y ánimo valiente
Por largos años, cuya fuerza pudo
De sus espadas defender su escudo.

»Mas desahuciada ya la resistencia
Del muro, sin socorro y sin abrigo,
Y que del largo cerco la inclemencia
La victoria otorgaba al enemigo,
Arrestados de bárbara impaciencia,
Poniendo al mundo en ella por testigo,
Las puertas abren, dejan las murallas
Los que han sobrado á las demas batallas:

»Y en repentina cólera abrasada
La noble sangre de sus firmes pechos,
Las armas toman y una tropa osada
Van contra el enemigo campo hechos,
A morir de una vez, ó dar vengada
La ofensa de sus muros ya deshechos;
Y el arrojado asalto fué de modo,
Que en confuso tropel lo alteró todo:

»Y sin dejar de todos hombre vivo,
Ni ménos que primero no matase,
Su roto campo el general esquivo
Al desierto lugar manda que pase;
Y con asalto nuevo el muro altivo,
Que sin defensa y gente está, se arrase,
Y haga el saco y leyes de la guerra
De la romana hambre cuanto encierra.

»Entran llevados de la sed del oro,
Cuando en la plaza una funesta hoguera,
Ardiendo en ella hallan el tesoro
Que el premio injusto de sus riñas era:
Suben del humo, en rechinar sonoro,
Globos en que la llama reverbera,
Mostrando entre sus olas y bullicio
Las víctimas del nuevo sacrificio.

»Los que ántes por guardar el frágil muro
Entre niños quedaron y mujeres,
Ardiendo hallaron en el humo oscuro
Del fuego que abrasaba sus haberes:
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,
Que eran derramar sangre sus placeres,
Dejaron que, en su cruel intento fijos,
Tras sus padres matasen á sus hijos.

»Asombrado quedó el furor romano
Del no esperado bárbaro suceso,
Y dejándose el pueblo entero y sano,
Huyó, y al huir mandó con bando expreso
Que nadie en sus despojos ponga mano,
Mas que su alcázar y su muro ileso
Al mundo eterno por columna quede
Desta victoria y lo que España puede.»

Así el sabio frances volando abría
Camino por las nubes con su barco,
Que ya por cima el Bétis revolvia
La proa á ver de Océano el gran charco,
Y un nuevo curso comenzar quería
Que al mundo haga con su vuelta un arco,
Y cómo el sol en su carroza bella
Le ciña en torno tras los rastros della.

Cuando de Persia el rey, que en gusto atento
De la sabrosa historia iba colgado,
Y sin perder accion ni movimiento,
En su sabio discurso embelesado,
Alegre al discurrir del dulce viento,
«Señor, le dijo, pues habeis tomado
Por gusto nuestro tan hermosa punta,
Satisfacedme ahora una pregunta.

»He oido que hay dudosas opiniones
De sabios hombres y de cuerda gente,
Que tienen por soñadas invenciones
Los que antípodas llama el vulgo ausente;
Y que de cinco, solas dos regiones
El mundo goza en temple suficiente
De poderse habitar, y el demas suelo,
O lo abrasa el calor ó abruma el hielo.

»Deseo saber si el Orion armado
Dejó tal dia de ceñir su nieve;
Si el frio Bootes tiene el mar cuajado,
O cual los otros él sus ondas mueve;
Si el Sirio Can en llamas abrasado,
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,
Tiene algun temple en su tostada estrella,
O siempre humean los carbones della:

»Dónde este inmenso mar se acaba, y dónde
Sus olas hallan término y ribera;
Adónde el sol, cuando de aquí se esconde,
Con sus dorados rayos reverbera;
Si es de creer que allí la luna ronde
En perpetuo silencio y noche entera,
O el dia le dé lumbre y luz diversa.»
Dijo; y el sabio así respondió al persa:

«Ha estado en opinion y lo está ahora
Si hay otro mundo mas que aquí parece,
O si es gente soñada la que mora
Donde ni el dia crece ni descrece:
Si hay pueblos adelante de la aurora,
Y el sol á otras naciones amanece,
O cuando esconde aquí su luz divina
Es todo soledad cuanto camina:

»Si en el aire la tierra está colgada,
Y por abajo la rodea el cielo;
Si anda la gente en ella trastornada,
Y es posible tenerse en aquel suelo;
Si es region firme ó solo imaginada,
O si el rojo calor ó el blanco hielo
Con su rigor la tienen consumida,
Sin cosa en ella que sustente vida.

»Ya hubo grave opinion que nos dió escrito
Que al ancho mundo en torno le abrazaba
Un vacío de inmenso circüito,
A quien llegando sin pasar pareba,
Y en que podia volar tiempo infinito
Quien se arrojase á su profunda cava,
Sin le hallar eternamente suelo,
Ni él recibir cansancio con su vuelo.

»Otro, que estaba, dijo, sobre Atlante
La columna que al cielo sostenia,
Y que la tierra y mar de allí adelante
Con rojo fuego en su calor hervia;
Y para hacer mas mundo en lo restante
Otras varias quimeras componia
De sombríos centauros y dragones,
Pigmeos menudos, y anchos patagones.

»Son fábulas del vulgo así admitidas,
Que tiene por error verlas dudadas;
De ignorancia engendradas y nacidas,
Y con la larga edad acreditadas;
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas
Las gentes que, detras del mar sentadas,
Aparte hacen su mundo y vida ahora,
Y nuestra noche tienen por aurora.

»Entonces se verá que, aunque colgada
La tierra tenga el aire, está sujeta
A ser de humanos piés toda pisada,
En firme globo de igualdad perfeta;
Y llegará esta edad de oro cargada
El dia que España á hierro y fuego meta
La grave carga que ahora le hace guerra,
Y de una ley y un Dios haga su tierra.

»Entónces sus banderas victoriosas,
Llevando al sol por relumbrante guia,
Tremolando darán sombras vistosas
Donde se acaba y donde nace el dia:
Verán pueblos y gentes monstrüosas,
Y descubriendo cuanto el mar cubria,
Podrán decir que hallaron y vencieron
Mas mundo que otros entender supieron.

»Verán nuevas estrellas en el cielo,
Nuevos árboles, plantas y animales,
Y lleno un abundante y fértil suelo
De ricas pastas, de ásperos metales,
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,
Que con su cebo pesca hombres mortales,
De cuyo gran tesoro sus armadas
Cada año á España volverán cargadas.

»Y porque no se tengan por ficciones
De blanda cama y sueño concebidas,
Y que la tierra tiene otras regiones
A un santo rey guardadas y escondidas,
Quiero, á pesar del hado y sus prisiones,
Romper las nieblas de que están vestidas,
Y hacer ántes de tiempo, si es posible,
Lo que en otro ha de ser claro y visible.

»Y porque en presto aliento y vista aguda
El nuevo mundo os muestre su belleza,
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,
Que no la alcance á ver vuestra grandeza,
La parda raiz desta encantada ruda
Su luz os prestará y su fortaleza,
Y deste verso harán los puntos rojos
Que mas sean que de lince vuestros ojos.»

Dijo; y rumiando en sí de cuando en cuando
De oculta ciencia nombres poderosos,
Obedeciendo el aire, fué aclarando
De su esfera los senos mas nublosos;
Y unos antojos de cristal forjando,
De lunas y de cercos milagrosos,
Así avivó con ellos sus sentidos,
Que pudieran aun ver los no nacidos.

Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo
Con que el veloz navío le seguia,
A dar la nueva al encubierto suelo
De su viaje descendido habia;
Y por su ausencia el enlutado cielo,
Cuajándose de varia pedrería,
A festejar la blanca luna bella
Aquí salia un lucero, allí una estrella.

Y aunque los que contemplan la hermosura
De un limpio cielo juzgan sus estrellas
Vivas centellas que en la noche oscura
La luna rondan que camina entre ellas;
Mas á los que se acercan á su altura,
Así se muestran en grandeza bellas,
Que ya no son estrellas, mas sin cuento
Islas de oro sembradas por el viento.

Es el cielo una masa soberana,
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,
Más que el aire delgada y más liviana,
Sin impresion ni alteracion ninguna,
Por donde vuela el sol cada mañana,
Y las estrellas corren tras la luna,
Como las aves por el fresco viento
En vuelo igual y sesgo movimiento.

Así las islas Cianes moverse
Solian sobre el Bósforo de Tracia,
Y con nuevas riberas extenderse
Hácia el crespo Carambe ó la Sarmacia,
Y sin hundir las olas ni esconderse,
Medir con su inconstante pertinacia
Del un polo y del otro las anchuras,
A sus libres y sueltas aventuras.

Y así tambien por el delgado cielo
Volando vemos ir sus globos de oro,
O bien, como ahora, en sosegado vuelo,
O cual sospechan en cantar sonoro,
Lloviendo en barajado curso al suelo
De sus varias vislumbres el tesoro,
Y midiendo los años y los dias
Con luz ardiente ó con tinieblas frias.

ALEGORÍA.

En este libro, epílogo de las grandezas de España, se muestra que lo importante de la virtud más consiste en las obras que en las palabras, y que el punto de la honra más está en merecerla que no en celebrarla: pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras; al reves de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

ARGUMENTO.

Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del Engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndeselo el leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

Iba el barco tan alto, que pudiera
Aferrar con el áncora en la luna,
Y tomar puerto en ella si quisiera
Ver el mudable reino de fortuna;
Y no allí solo, en sola aquella esfera,
Mas en todas pudiera, de una en una;
Que como islas doradas á porfía,
Que nacian unas de otras parecia.

Así á los que huyendo las riberas
De la bárbara Peucen, si el camino
Toman, dejando el Ponto y sus laderas,
A ver de Quío el regalado vino,
Las Cicladas les van naciendo enteras
Por el golfo á su estrecho mas vecino:
Aquí Scirno, allí Lésbos, allá Amato,
Y el Naxo, puerto de un amante ingrato.

Y por el cielo así, al cubrirse el dia,
Islas se fuéron descubriendo de oro,
La húmeda luna, la montaña fria
De Saturno, y de Vénus el tesoro,
Su lucero amasado de alegría,
De Marte el ronco estrépito sonoro,
Y la mayor fortuna que en su cumbre
Joviales rayos da de alegre lumbre.

El sabio, que en los ángulos del cielo
Tan cerca vió la celestial milicia,
De oir el son de su compuesto vuelo
Y ver sus globos de oro se acudicia;
Y ya perdiendo de la vista el suelo,
Del mundo superior dió así noticia
A aquellos que primero de la tierra
Las pobrezas contó que su orbe encierra.

«¿A quién no admira tu saber profundo,
Oh Arquitecto de amor, Rey soberano,
Si el uno considera y otro mundo,
Divina traza de tu heróica mano;
El dulce contrapuesto amor fecundo
De su engace inmortal, nudo galano
Con que su bien medida arquitectura,
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?

»Este reloj de universal concierto,
En ruedas, cursos y ejes tan medido,
Que al sabio punto del primer acierto
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,
¿A quién no admira y deja descubierto
De su Autor el saber nunca sabido,
Que sér le dió en su idea ántes que fuese,
Ni una esfera tras otra se moviese?

»Allí estrellas labró, allí movimientos,
Cielos, luces, planetas, conjunciones,
Signos, centro, epicíclos, detrimentos,
Puntas, gozos, caida, exaltaciones,
Casas, orbes, apogios, decrementos,
Solsticios, cursos, vueltas, estaciones,
Aspectos, rayos, aujes, deferentes,
Climas, ruedas, esferas y ascendientes.

»El firme engace y armonía de cosas
Tan á plomo y compas encadenadas,
Sin que haya una demas, todas forzosas
A conservar un mundo enderezadas:
En esto con sus vueltas presurosas
A todos tiempos y horas ocupadas,
Produciendo, conforme á sus aspectos,
Una infinita variedad de efectos.

»Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,
Todas las cosas fueran de un tamaño;
O siempre otoño, invierno ó primavera,
O todo plata, cobre, ó todo estaño:
Nada se renovara ni muriera,
Ni en mil edades se acabara un año,
Y el mundo en rueda fuera una pintura
De unos mismos dibujos y figura.

»A este fin el segundo movimiento
Fué á las humanas cosas necesario,
En que hacen debajo el firmamento
Siete ruedas de luz curso contrario;
Y mudando de casas y de asiento,
Un concurso revuelven ordinario,
Con que del suelo las alegres vidas
Unas ganadas van, y otras perdidas.

»Lo que Saturno rompe y menoscaba,
Júpiter lo reforma y consolida;
A Marte templa la aspereza brava
Del sol la antorcha de cristal lucida:
Alegra Vénus, y Mercurio agrava
El bien ó el mal; la Luna, repartida
En mil rostros, ayuda y favorece,
Y así la variedad del mundo crece.

»Estos aspectos, estas mutaciones
De signos y planetas diferentes,
La variedad nos dan de inclinaciones,
Y sucesos del mundo y de sus gentes:
Ciencias, habilidades, gracias, dones,
Pechos villanos, animos valientes,
Fuerza, disposicion, brio y belleza,
Rica abundancia y áspera pobreza.

»Esmáltanse los campos de sus flores,
Brota el jazmin y crece la azucena,
El ámbar nace, y los demas olores
La tierra dejan de perfumes llena:
El hierro, plata, el oro y las mejores
Perlas que dió la mar y vió su arena,
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,
Destas mudanzas toman sus corrientes.

»Y el mundo, al fin, que sin los cielos fuera
Sombrío desierto, claustro tenebroso
Con el invierno es, y ya en la primavera
Verjel florido y campo deleitoso:
¿Quién trazó esta armonía? ¿En qué manera
Su edificio se hizo milagroso?
Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba
El gran saber que su beldad pintaba?

»De lo que fué en los siglos eternales,
Cuando aun no bien el mundo habia nacido,
¿Qué razon se hallará entre los mortales?
¿Quién lo oyó? Quién lo supo? Quién lo vido?
¿En qué cimiento, sobre qué puntales
A la tierra se dió asiento medido?
Al enarcar las bóvedas del cielo,
¿Quién sus cimbrias trazó? Quién dió el modelo?

»¿De qué veta salió la pedrería
Que en ellas desde acá vemos sembrada?
De qué conchuela de oro nació el dia?
¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?
El alba y sus celajes de alegría,
De qué pasta de nácar fué amasada?
¿De qué sutil y soberano aliento
El aire adelgazó, y respiró el viento?

»De qué limpio cristal el agua pura
Su licor destiló fresco y suave?
¿Quién le vistió á la nieve su blancura,
Y sus alientos de volar al ave?
Desta inmortal lazada la hermosura,
¿Qué ojos la vieron dar? Qué sabio sabe
Su duracion, el tiempo que le queda,
Y cuántas vueltas faltan á su rueda?

»Si ya quisiese el brazo soberano,
Que aun lo que ser no tiene le obedece,
Deshacer con la fuerza de su mano
El mundo y cuanto en él crece y descrece,
Y lo visible vuelto en aire vano,
Si huyendo de su sér desaparece,
Porque gusta de hacerlo de otro modo,
Siéndole fácil y posible todo;

»Cuando esta inmensa máquina abreviada
Hubiese á su primer no sér venido,
Y con divinas fuerzas apretada,
A un punto indivisible reducido;
Lo que ahora vive, convertido en nada,
¿A qué nuevo lugar se habria huido?
De nuestras cosas y de nuestro mundo,
¿Quién llevaria las nuevas al segundo?

»Mas ¿dónde va mi pensamiento ahora?...
¡Oh lo que puede un levantar al cielo
Los ojos! que el gran bien que dentro mora
Al mas caido espíritu da vuelo:
Desta mi digresion fué causadora
La luz de su beldad; ante ella apelo;
Y vosotros, oh nuevos linces sabios,
Su hermosura escuchad puesta en mis labios.

»Ved en la cumbre y bóvedas distantes
De la altura del mundo dos centellas,
Que los celos de Juno hicieron ántes
Osos feroces, y el amor estrellas;
Y la rica guirnalda de diamantes
Que de Ariana ciñó las sienes bellas,
Sobre los hombros de oro, por mas fiesta,
De un perezoso carretero puesta.

»El frio dragon que en roscas de oro al polo
Como un rio de estrellas se dilata,
Y Hércules, que sobre él en un pié solo
Su clava esgrime de encendida plata;
La grave lira del sonoro Apolo,
Que en el leon ardiente se remata,
Y sus luces esconde cuando entero
Del mundo se despide el turbio enero.

»Ahora deba á sus cuerdas la armonía
Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,
O el blanco cisne le haga compañía
Tambien en el cantar como en el vuelo;
Que despues que de Aquiles la porfía
Volvió en lijera pluma el blanco pelo,
Con nuevas alas sobre el frio polo
Subió á buscar la cítara de Apolo.

»De Andrómeda la bella el padre anciano
Es aquel rey de la tiznada gente,
Que, rubia estrella hecho, vuela ufano
Del Capricornio en la arrugada frente:
De Casiopea el trono soberano
Sentado en el torcido Cancro ardiente;
Y en el sagaz Perseo la cabeza
Del Gorgon vuelta á su primer belleza.

»Del triángulo son esas las centellas
Que hacen corona al vellocino de oro,
Y Andrómeda desnuda en medio dellas,
Lloviendo aljófar de importuno lloro,
A un peñasco ligada hecho de estrellas,
Dos signos ántes del florido Toro;
Que aun sobre el firmamento levantados,
Los peces nadan por sus piés dorados.

»El monstruo de la sangre de Medusa,
A quien, sobre la clin la mano puesta,
El frio Acuario de verter no excusa
La urna de nieves y cristal compuesta;
Sus cerdas ahora en tempestad difusa
De aguas se lave, ó en carrera presta
Quiera sobre el de aquel tupido hielo
Huirse á mas templado y fértil cielo.

»El delfin que á Arion en sus espaldas
Cargó ya un tiempo y ahora alumbra el mundo,
Y la saeta con las manchas pardas
De la hidra negra y su veneno inmundo:
El águila rëal de uñas bastardas
Que de Troya robó el parto fecundo,
De adonde trasladado á mejor plaza,
De néctar sirvió á Júpiter la taza.

»El Ofiuco soberbio serpentario
Aquel es, y el dragon en oro abierto
Le da en el cuerpo nudo extraordinario,
De estrellas todo y claridad cubierto;
Y entre el Tauro y el Géminis el vario
Eritronio, que es hombre en sierpe engerto,
Con los otros seis signos, cuyo vuelo
Corre por este cóncavo del cielo.

»Mirad tambien del Orion armado,
A esotra parte del contrario mundo,
El ceño horrible, el tahalí dorado
Con que altera y amansa el mar profundo:
El sirio can en llamas abrasado,
Con la luz del primero y del segundo,
Que el cielo alegran, y su fuego ofende
Cuando en mas rayos de oro el sol lo enciende.

»Ved cómo de ambas luces temerosa,
Huyendo la estrellada liebre vuela,
Y del griego Jason la nave hermosa
Que fué del navegar primera escuela:
De Alcides la ancha hidria cavernosa,
Que así su plateada escama hiela,
Que á enfriar puso en su nevada plaza
Ganimédes de Júpiter la taza.

»El negro cuervo, blanco antiguamente
Cuando era paje de Coronis bella,
De llamas de oro allí resplandeciente,
Hecha de luces, da una ardiente pella;
Y el Centauro Quiron, ayo prudente
De Aquiles y Esculapio, vuelto estrella,
Y allí el cruel rey de Arcadia, lobo hecho,
De luces lleva remendado el pecho.

»El ara en otro tiempo ardiendo incienso,
El mudo pez, la incógnita ballena,
El Eridano hermoso, á quien dan censo
De ámbar las arboledas de su arena:
La rueda de Ixion, que en cerco inmenso,
De estrellas, resplandor y luces llena,
Compone un cielo aparte; y el milano
Que volvió rica á Júpiter la mano.»

Así por la ancha máquina del cielo
Notando el sabio iba aspectos varios,
Con prudente midiendo y fértil vuelo
Efectos uniformes y contrarios;
Mas yo, que por tan alto paralelo
Fuera voy de caminos ordinarios,
Al bajo suelo vuelvo: no suceda
Trastornar dos faetones una rueda.

Que en tanto que ellos por region tan nueva
Gozando van del celestial tesoro,
Bernardo en la espantosa oculta cueva
La luz bebiendo está de un rayo de oro,
Que con prudente paso á dar le lleva
De la escondida gruta al mejor poro,
Que le escupió de su profundo entierro
Al pié florido de un vistoso cerro.

Conoció por las señas el Parnaso
De dos puntas que buscan las estrellas,
Y en moderado aliento y grave paso
Subiendo fué por las vertientes dellas:
La senda inculta y el camino escaso
Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,
Y el confuso escuadron que al pié del monte
Horrible hace y bárbaro horizonte.

Los monstruos, digo, que la ebúrnea puerta
De aquellos valles lóbregos vomita,
Cuya escuadra con trápala y reyerta
Cercada va de confusion y grita,
En extraños visajes descubierta
La vana inclinacion á que la incita
El brutal gusto del brebaje extraño
De la dorada taza del Engaño.

Púsose á ver el español guerrero,
De una alta peña, por un breve rato,
De aquel descuadernado vulgo fiero
El tropel ciego y bárbaro rebato:
Las nuevas sendas en que un mundo entero
Sin rienda corre al diferente trato
Que, ahora sea justo, ahora injusto,
A cada cual le trae y pide el gusto.

Iban á dar con ejercicios varios,
Por marañadas sendas y caminos,
(Aun en oficio y opinion contrarios;
Que tambien hay contrarios desatinos)
A un gran palacio, cuyos lacunarios
Y almenajes de lazos peregrinos
De fuera un cielo hacen, y de dentro
Son de desórden y locura el centro.

El meson y hospedaje de la Luna
Este alto alcázar lóbrego se llama,
Hospital de los locos de fortuna
Que á tiento siembra el bien, y el mal derrama,
Donde apénas de mil cabezas una
De los ramos se libra desta rama;
Que en nuestra ínfima esfera y tierra oscura,
¿Quién hay sin senda ó ramo de locura?

De esfinges, hidras, sátiros, briareos,
Faunos, arpias, ciclopes, quimeras,
De centauros, gigantes y pigmeos
Cubiertas van del monte las laderas:
Scilas, Caribdes y otros monstruos feos
De hermafroditas trazas y maneras,
Cada uno por su senda y su camino
Tras su discurso y nuevo desatino.

Una envidiosa Aglauro, convertida
En dura piedra; un Midas avariento,
Que de las mesas de oro sin comida
Ayuno queda y se levanta hambriento;
Un Argos, velador de ajena vida,
Dormido á su importancia y soñoliento;
Una Aragne sutil, que es cuanto toca
Tejer ajenas vidas con la boca.

Un Licaon en lobo, que se traga
La sangre y el honor de su vecino;
Un Calidonio jabalí, que estraga
Cuanto se encuentra y halla de camino;
Atis, un vano amante, que por paga
De su amor queda convertido en pino;
Una obstinada Niobe de peña,
Y una arrogante Antigone en cigüeña.

Un Anteon en ciervo, que sus perros,
Por cazar él á otros, le dan caza;
Un cruel Edipo, que entre duros hierros
Por sus dos hijos la garganta enlaza;
Un ruiseñor cantando ajenos yerros,
Medeas que de sus carnes hacen plaza;
Y mil Prognes de tocas alheñadas,
Que sus hijos ó hijas dan guisadas.

Cadmos aquí y allí vueltos dragones,
Mil Cécropes en jimias burladoras,
Hipómenes y Atlanta hechos leones,
Y en grajas las Pieres burladoras:
Contra mujeres nuevos Pigmaleones,
Y ellas, en habla y músicas sonoras
Sirenas vueltas, ciegan los sentidos,
Que quedan por sus costas destruidos.

Un Proteo, un Vertuno, que se muda
En diferentes formas cada rato,
Y con lisonjas de alcanzar no duda
De la mesa del Rey el mejor plato;
Y otro ménos discreto, que se anuda
Como yedra á un estéril olmo ingrato;
Que en tanto pueblo de malicias lleno,
Bien cabe el asno inútil de Sileno.

Los gigantes, pigmeos contra el cielo,
Y los que, de anchos hongos producidos,
Tan nuevo fingen su linaje al suelo,
Que apénas quieren de hombres ser nacidos,
Mas fuera del humano paralelo
Darse en nuevas fantasmas convertidos,
Con el ropaje que les dió de nuevo
Del dulce engaño el venenoso cebo.

Todas estas fantásticas figuras,
Que en contrahechos bultos de animales
Por las cavernas van saliendo oscuras
Al teatro de las lumbres celestiales,
Del sacro monte puesto en las alturas,
Ajeno contemplaba de sus males
El discreto español, á quien el hado
Igual le dió la luz con el cuidado.

Y sin dar paso atras por el camino,
Que ya se muestra en el subir mas llano,
De un collado á la alegre cumbre vino,
Puesta á la sombra de un laurel lozano,
De donde en un confuso torbellino
Venir sin órden vió un vulgo liviano
Contra el sagrado monte, cuya sierra
Al mundo su mayor tesoro encierra.

Y por la senda que delante tiene,
Correr la posta mira á un caballero
Que á dar el prevenido aviso viene
Del ciego vulgo y campo vocinglero:
«Huid, dice, señor, huid; que conviene:
Huid á lo mas alto, huid lijero;
Que el confuso escuadron del vulgo triste
Al sacro monte sin piedad embiste.»

Y sin mas aguardar, á toda rienda
Volando pasa la montaña arriba,
Sin que el español jóven nada entienda
Del temeroso sobresalto en que iba:
Bien que por ver la desigual contienda
Con que al monte el confuso vulgo arriba,
Entre una hueca polvorienta nube,
Al crespo gajo de un peñasco sube.

De allí acercarse mira á la montaña
El monstruoso rebaño de quimeras,
Que en cuerpos de hombres traen (¡cosa extraña!)
Engertos rostros y ánimos de fieras:
Melancólico sueño que le engaña
Juzga de tantos monstruos las maneras,
Los corvos dientes, los torcidos lomos
Y gruesos labios de testuces romos.

En bayo desbocado frison viene,
Sin firme freno ni compuesta silla,
Un hinchado jayan que el cargo tiene
De capitan de la infeliz cuadrilla;
Y el potro, sin bocado que le enfrene,
Aquí le encumbra y acullá le humilla;
Tras él su gente, que en seguirle en todo
Sabe, y no en mas guardar sin órden modo.

Son todos á un compas cortos de vista,
Causa que nadie venga sin antojos;
Y aunque unos de una, y otros de otra lista,
De grandes lenguas y pequeños ojos;
Que el necio es importuno coronista,
Y cuanto alcanza y sabe por antojos;
Sin armas; que las suyas mas atroces
Son, en vez de razon, confusas voces.

Era, sabed, señor, el gran fracaso
De la canalla bárbara importuna
Que á saquear acometió el Parnaso,
Los necios del meson de la Fortuna,
Que en cuarto aparte, con celebro escaso,
Los rostros adivinan de la luna,
Y ahora de viento las cabezas llenas,
De la gavia han rompido las cadenas.

Salieron todos del convento oculto
A gritos pregonando sus locuras,
Como en la misa suele el pueblo inculto
Con voces espantar las sepulturas;
Y de un ciego escuadron el negro bulto
Mal formadas endechas brama á oscuras,
Inquietando en confusas vocerías
De sus difuntos las cenizas frias.

En ridículos gestos y visajes
La inútil descompuesta escuadra corre;
Unos en huecos y anchos personajes
Su pompa quieren que sus pasos borre:
Otro que su habla sirva de celajes
Que su ignorancia cubra, y él ahorre
Con prevenidos dichos aparentes
La opinion que no alcanza en los oyentes.

Quién al arco de un vano amor fingido
Idolatrando va en unos cabellos;
Quién, con un cerco, piensa, mal medido,
De los cielos saber cuanto hay en ellos;
Quién, hecho un torpe mozo desabrido,
Los otros quiere á golpes deshacellos;
Y quién averiguar con grave celo
Lo que viste el cabron, si es lana ó pelo.

Quién de la barba encrespa la guedeja,
Por hacer más robusta la figura;
Quién se finge leon, siendo de oveja
Un hinchado pulmon de sangre oscura;
Quién, por parecer niña, siendo vieja,
Despliega el rostro y pliega la cintura,
Haciendo en sus historias y entremeses
Los meses dias y los años meses.

Quién, buscando arreboles, desentraña
Las ricas conchas que la Arabia cria;
Quién los de su florido rostro empaña
Comiendo tierra desabrida y fria;
Quién con fingida hipocresía engaña
Al que sin recatarse dél se fia,
Y en el cielo los ojos, con la mano
El corazon le roba al mas cercano.

Admirado dejó al valiente godo
El delirar de la ignorante gente,
Y cuán fuera de término y de modo
De sus locuras iba la corriente;
Cuando en nuevo alarido el campo todo
Del monte dió en las faldas de repente,
Perturbando con ánimos crueles
La agradable quietud de sus laureles.

Cogieron vanamente humildes flores
De las que en el vallar del bosque habia,
Y pudieran los riesgos ser mayores
En daño á la sagrada compañía
De aquel que con dorados resplandores
Rastrando trae tras su carro el dia,
Que á visitar bajaba en la espesura
De Adónis la florida sepultura,

Si el gallardo español al torpe asalto
Con la desnuda espada no hiciera
De la alta peña un atrevido salto,
Que fué del monte la primer barrera;
Cuyo invencible brazo al campo falto
Estrecho freno puso de manera,
Que á fuerza de rigor suspendió el paso
De la hurtada subida del Parnaso.

Y allí esgrimiendo la luciente espada,
A este asombra, á aquel mata, al otro hiere
De tajo, de mandoble y de estocada:
Uno cae, otro huye y otro muere.
Con barba adulterina y alheñada
Un embustero le aguardó, que quiere
En negra tizne y vano pasatiempo
Las canas esconder, y atar el tiempo.

Llevóle de los dos carrillos uno,
La costa haciendo ménos y el trabajo;
Y á otro en su afectado brio importuno
Contrecho le dejó de un altibajo:
A uno de graves pasos, sin ninguno;
A otro el celebro le rompió de un tajo,
Cuya herida exhaló mas vano aliento
Que contra Enéas sopló el señor del viento.

Y él, cercado de incantas sabandijas,
Un importuno enjambre le persigue,
Tal, que en triste esgrimir voces prolijas,
Adonde quiera sin piedad le sigue:
No de Aquerónte las nocturnas hijas,
Cuando del mundo su rigor consigue
Tiránica victoria, mas espanto
Los gritos causan de su horrible llanto.

Ni en mayor confusion andan las cosas
En sus sangrientas manos barajadas,
Que en aquellas escuadras monstrüosas,
De diversas fantasmas amasadas:
El rubio Apolo con sus nueve diosas,
Del súbito alarido alborotadas,
Del monte se voló á la enhiesta cumbre
Que al cielo inciensos da y al mundo lumbre.

Alegre el sacro coro, en honra mira
Del español mancebo las batallas,
Y el brio gallardo en que revuelve y gira
Del limpio acero las turbadas mallas:
El aliento y valor con que retira
De los fingidos monstruos las canallas,
Que huyen dél, como volando sube
Del hueco humo la liviana nube.

Ya el alterado vulgo alharaquiento,
Medroso á la experiencia de la mano
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,
Cayendo iba en los senos de un pantano;
Cuando, arrogante en contrahecho aliento
Más que pluma, el jayan salió liviano
En frison que en menguante luna nueva,
Sin freno, aquí y allí le trae y lleva.

Pensó hundirlo á descompuestas voces
La aplomada figura corpulenta,
Y que él á espantos, y su potro á coces,
En breve dieran de su orgullo cuenta;
Mas ¿de qué fruto son gritos feroces
Si el alma sus corajes no alimenta,
Y al compuesto español medir le agrada
El corte de su lengua al de su espada?

Por ella le envasó una aguda punta,
Y de un diestro reves le abrió un costado,
Con que sin alma la amasada junta
De desconciertos vino al verde prado:
(¡Caso extraño!) la máquina difunta
Apénas midió el suelo arrebolado,
Cuando los monstruos que su campo encierra
Los unos se hacen á los otros guerra.

Bernardo, que de aquella inútil gente
Libre se vió, y desocupado el paso,
Por su primer camino diligente
Buscando va las cumbres del Parnaso;
Cuando del escuadron resplandeciente
Que los cristales guarda de Pegaso,
Rodeado se vió, y que en nueva gloria
El parabien le dan de la victoria.

Y en pago al gran servicio de su mano,
El dios que al rubio sol presta la lumbre,
En nueva pompa y triunfo soberano
Del monte le subió á la excelsa cumbre,
Adonde en medio de un florido llano
Se descubre la ilustre pesadumbre
Del templo heróico de una diosa santa,
Que al tiempo vence y á la muerte espanta.

Las dóricas columnas levantadas
De lustroso cristal y jaspe oscuro,
De cuatro en cuatro en proporcion sentadas,
Cien arcos forman en lugar de muro,
Con otras tantas bóvedas grabadas
En finos lazos de oro y mármol duro,
Adonde en forma esférica se afija
Del edificio la primer cornija.

Sobre ellas, de acroterias levantada,
En compuesta labor y arquitectura,
La fábrica feliz sube cargada
De mas precio, mas gala y mas hechura;
De siete hermosas torres coronada
Que á las nubes igualan en altura,
Con chapiteles de oro, y las almenas
De varios lazos y molduras llenas.

En tres órdenes de arcos va subiendo
El vuelo de la máquina vistosa,
Los relevados altos descreciendo
Cuanto en materia crecen mas preciosa,
Por las últimas bóvedas naciendo
De tres torres la fábrica espaciosa,
Con balcones, andenes y pretiles
En traza varios y en labor sutiles.

Cien brazas suben de alto las primeras
Columnas, las segundas son menores,
Menores y mas ricas las terceras,
De lazos llenas todas y de flores:
Las vetas de almendrado jaspe enteras,
En contrahechos brutescos dan labores
Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,
Que por las cimbrias vuelan de su frente.

En el redondo cerco, que enlosado
De alabastro y de pórfido parece,
Un firme globo en aire fabricado,
Con variedades mil crece y descrece;
Y en otras cien columnas levantado,
De carbuncos un cielo resplandece,
Con una y otra y otra torre, y dellas
Las que mas se levantan son mas bellas.

La postrera de todas, que en altura
A las delgadas nubes se adelanta,
Con luz de su divina arquitectura,
Miéntras mas se contempla mas espanta;
Donde en nuevos primores su escultura
La máquina feliz cierra con cuanta
Beldad y gracia puede en esta parte
Decir la lengua y alcanzar el arte.

De alados hombros, y en la mano un peso
Con que el viento nos pesa de la vida;
Grave en los males, y en el bien sin seso,
Y siempre en ambas partes de partida,
El viejo tiempo, universal proceso
De las edades, carga desabrida,
De giralda servia en esta torre;
Que el tiempo vuela adonde su aire corre.

Y al gran discurso del reloj mudable
Volcando el mundo va de rueda en rueda,
Y tras él la fortuna, que, de instable,
Jamas supo tener la suya queda;
Yendo en carrera y curso irreparable
La corta vida humana, hasta que queda,
Deshilvanando el tiempo lisonjero
Un dia y otro y otro, en el postrero.

De preciosos colores matizadas,
Por las salas y patios anchurosos,
Bellas historias, fábulas preñadas
De doblados centauros belicosos,
Del niño amor empresas regaladas,
De su padre los rayos poderosos,
Con cuanto el mundo oyó, y la fama gira
En sus cien ojos, si con tantos mira.

Los imperios, gobiernos, monarquías
De persas, medos, griegos y romanos,
Su crecer y menguar, y las porfías
De astutos mirmidones y troyanos:
Las sirenas, cíclopes y arpías,
El itacense y sus naufragios vanos;
Niobes, Prognes, Cleópatras, Lucrecias,
Unas crueles, locas, y otras necias.

Aquí Augustos, Pompeyos, Scipiones;
Allí Atilas, Yugurtas y Anibáles,
Crasos, Ciros, Mecencios, Licaones,
Scilas y Marios, Prognes y Tubáles:
Para cada Torcato hay dos Nerones;
Que siempre es poco el bien, muchos los males:
Arcos, torres, pirámides, colosos,
Obras vanas de pechos ambiciosos.

Al fin, cuanto en el mundo ha merecido
En famoso pregon ser celebrado,
Libre de la polilla del olvido
Por privilegio y cédula del hado,
Con eternos buriles esculpido,
O con pincel divino dibujado,
En aquel templo esférico servía
De agradable inmortal tapicería.

Altivos hechos del valor de España
En cuadros de oro daban resplandores,
Cuyos colosos de grandeza extraña
De los mas altos quedan superiores:
Adonde al bronce que la vista engaña
Su rica estatua dió nuevos primores
Con los diestros buriles de la fama,
Que á eterna duracion la suya llama.

«Esta, le dijo Apolo, en nombre eterno
Aquí del tuyo queda consagrada,
A quien tu duro brazo, ahora tierno,
Dejará de grandezas coronada;
Y aunque en tinieblas de un prolijo invierno
Por estos ocho siglos olvidada,
Sin la luz volará que ahora tiene,
Ni esto te entibie ni tu espada enfrene.

»Que apénas de los dos planetas de oro
La magna conjuncion que ayer se hizo
En el frio Sagitario, al pueblo moro
Favorable y su cetro advenedizo,
A España entero volverá el tesoro
Que su infeliz concurso le deshizo,
Cuando segunda vez tu heróico nombre,
Como tu espada ahora, el mundo asombre:

»Digo que cuando el orbe goce desta
Séptima conjuncion las maravillas,
Y España, en su primer grandeza puesta,
De una silla réal haga sus sillas;
De un ramo de laurel desta floresta
En una nacerá de dos Castillas,
A vueltas de otros cisnes, una pluma
Que á tus hechos dará compendio y suma.

»Entónces volverá florido al mundo
Tu nombre con el suyo renovado,
De los senos sacando del profundo
Lo que de ti allí tiene escrito el hado:
Tú serás el primero, él el segundo,
Ambos de un mismo nombre y un cuidado:
Tú en hacer con tu espada maravillas,
Y él con su humilde pluma en escribillas.»

Dijo; y del templo á la famosa fuente
Que abrió en un risco la uña de Pegaso,
En medio el escuadron resplandeciente
Que al mundo luz, y fama da al Parnaso,
Venía Bernardo, cuando á su corriente
El gajo de una peña torció el paso;
Saltóle el agua al rostro, y al rüido
Huyó á esconderse cuanto vió dormido.

Hallóse dentro en la sagrada cueva
Sobre las secas yerbas recostado,
De que poco ántes se hizo cama nueva,
Y á la dama labró un humilde estrado;
Y aunque el sueño huyó, en bastante prueba
De no ser todo sueño lo soñado,
Mojado se halló el rostro del rocío
Que al caliente Morfeo volvió frio.

Y bien que no de la agua del Parnaso,
Era al fin de las ramas y maleza
De que cercado estaba, y Olfa acaso
Las sacudió, al pasar, con la cabeza:
Salió con gusto enflaquecido y laso,
Dejando de la cueva la aspereza,
Y con la dama de la suya al lado
A buscar se dispuso algun poblado.

Por una senda de la selva espesa,
Que al primer paso sin pensar les vino,
A buscar el lugar donde atraviesa,
De comun parecer abren camino;
Y cuando el sol el dia en igual pesa
A un arroyo llegaron cristalino,
Que su frescura entre el calor paria
Deseos de tenerle compañía.

Su alegre sombra y la encalmada siesta
La bella china dieron desmayada,
Y al ruido de la fuente y la floresta
Entre la yerba en sueño sepultada;
Y su jóven, el alma en bandos puesta,
La cabeza en la mano reclinada,
A pesar de cuidados, el florido
Prado á un tiempo tambien le vió dormido.

Mas en tanto que al breve sueño un rato
Del fiel cuidado afloja la memoria
El sucesor del español Viriato,
De su valor retrato y de su gloria,
Quiero por principal, ó por ornato,
Al grave asunto desta heróica historia
Satisfacer á una pequeña duda
Que cobrar podría lengua, aunque está muda.

Yo digo del furor del sueño extraño
Que á Bernardo alteró la fantasía,
¿Si fué mágico embuste, ó ciego engaño
Qué le antojaba ver lo que no vía?
¿Si era fingido ó verdadero el daño
Que en los collados del Parnaso hacia
Aquel monstruoso ejército de gente,
Rendida al golpe de su espada ardiente?

Los mas condenan por fingido el caso,
Vana imaginacion, sombras de viento,
Que sucesos de Musas y Parnaso,
Mas que historia y verdad, parecen cuento:
¿Quién jamas vió la fuente de Pegaso?
Quién de Helicona supo el propio asiento?
Las Musas y su rubio presidente,
Sueños de Homero, ¿quién los hizo gente?

Solo para quedar soñado es bueno
El cuento, dice el émulo envidioso,
Y bien que de alma y de doctrina lleno,
Cansado en lo demas y sospechoso:
Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,
O sea verdadero ó fabuloso:
Lo siguiente es verdad; lo demas quede
A quien con discrecion juzgarlo puede.

De Peñalonga un real sepulcro antigo
Nombre ilustre conserva de Bernardo,
Y el tiempo, de grandezas enemigo,
Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:
Este, por ser de su valor testigo,
Y el bulto verde, pecho tan gallardo,
Y su arnes, de enemiga sangre tinto,
Abrir mandó el invicto Cárlos Quinto.

Abriéronlo, y hallaron hecho tierra
El que ántes era asombro de los hombres,
Porque del que asombró vivo en la guerra,
De que sea polvo tú tambien te asombres:
Al fin, cuanto la antigua tumba encierra
Es eco de los célebres renombres
Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,
Y allí volvió ceniza el de la muerte.

Pasó el César despues que á los famosos
Huesos honra añadió con su presencia;
Y uno de los que en ojos cuidadosos
Del sepulcro notaron la excelencia,
Vió que de aquellos miembros belicosos
La fria ceniza hacia diferencia,
Y á la heróica cabeza levantada
Algo de antigüedad daba almohada.

Metió la mano, y encontró de acero
Un cofre, y retiróla sin sacalle;
Que la golosa hambre del dinero
A solas, si oro es, quiere gozalle:
Volvió de noche, y al que un mundo entero
Temió, no teme ahora de roballe
En su quietud un ánimo avariento
Que lo suele asombrar con aire el viento.

Sacó del tiempo el cofre consumido,
Y dentro dél, en otro rico de oro,
Vió un libro en sus cubiertas repartido
A su hidrópica sed largo tesoro:
Abriólo; y el lenguaje desabrido,
Aunque en estilo y discurrir sonoro,
De Bernardo halló, y desta victoria
En graves versos una heróica historia.

Dióle avariento premio á su trabajo
Del escondido cofre el oro fino,
Y el rico libro, por humilde y bajo,
De mano en mano á las de un sabio vino,
Que un dia á las mias por favor le trajo,
Ó en desden, ó en espíritu adivino
De que en el mío habia atrevimiento
Al arrojado antojo de su cuento.

Tomóle, y de su amor en los engaños
Mi ciega juventud entretenia,
Y notando los nombres y los años,
¿Si habla, dijo, de mí esta profecía?
Glorias tan altas, casos tan extraños,
¿Contar sabrá la humilde pluma mia?
¿Tanto, por dicha, bajarán el vuelo
Los que un tiempo volaron por el cielo?

Y entre el temer y osar, un nuevo aliento
Divino ó natural nació en mi pluma,
Para hacer, conforme á mi talento,
Del grande libro una pequeña suma:
Este es de mi alta historia el fundamento;
Quien no quiera agraviarme, no presuma
Que yo, para su adorno y elegancia,
Cosa le añada ó quite de importancia.

El sueño fué verdad, y eslo sin duda
Ser este el no sabido fundamento
De que un plebeyo vulgo en lengua ruda
Tantos groseros poemas siembre al viento;
Pues para que en fecundo parto acuda
La madura preñez de un pensamiento,
Conviene que el ardiente seso alumbre
De Témis santa la divina lumbre.

Ya en esto, de Bernardo el sueño apénas
Vista y sentidos le dejó encantados,
Cuando unas voces de alboroto llenas,
De quietos los dejaron alterados;
Y del corriente arroyo en las arenas
Una doncella en pasos desmayados
Caida vió, que llena de agonía,
La ardiente boca de un leon huia.

Llegó el rojo animal sobre la fuente,
O cebado en la tímida doncella,
O en insufrible sed la siesta ardiente
Del monte le bajase á beber della:
Dió el español un salto diligente
Con que al chocar de encuentro le atropella,
Y de otro golpe con destreza rara
A un tiempo le destronca y desquijara.

No con mas brío ni pecho mas gallardo,
En lo ancho del Nemeo bosque umbroso,
De Alcumena solia el gran bastardo
Un leon destrozar, rendir un oso;
Ni el que, puesto en los signos por resguardo,
Bochornos llueve al mundo caluroso
Con mas valientes garras mide el cielo,
Que el que muerto envió Bernardo al suelo.

Libre la dama ya del primer llanto
Con que animaba su veloz huida,
Los temores perdió, mas no el espanto
De aquel valor que le amparó la vida;
Y ya desahogado el pecho tanto,
Que aliento dió á la voz enflaquecida,
«¡Oh valiente mancebo! el cielo al modo
De tu brazo te dé la dicha en todo.»

Dijo; y al márgen de la fresca fuente
Con Olfa fué á sentarse, que agradada
De su gallardo talle, en el presente
Sobresalto la vuelve reportada
Y ella, «¡Oh alegre beldad! dichosamente,
Dijo, del mismo Marte acompañada,
Bien es tal hermosura y gracia dina
De ser dueño de joya tan divina.

»Y si lo sois, señora, cual sospecho,
Deste gallardo brazo peregrino,
Decidme, ¿dónde por aquí derecho
Para mi bien tomastes el camino?
Si por ventura vais, como sospecho,
A las fiestas de Acaya, yo adivino
Que Crisalba saldrá del triste aprieto
En que la tiene un bárbaro sugeto.»

Con nuevas rosas refrescando el mayo
De ambas mejillas respondió la dama:
«No sé que sea señora del que trayo,
Ni que él tenga otro dueño que á su fama,
Si ya de un sol el poderoso rayo
No ha hecho á él y á mí siervos de una ama:
De fiestas no sabemos que las haya;
Que el mar, cual veis, nos escupió en la playa.»

Bernardo, ufano en la sagaz respuesta
Que el seso dió de la prudente china,
Adónde ó por qué fin se hace la fiesta
A la doncella pide peregrina:
A quien ella, «Señor, está propuesta
En Milene, ciudad circunvecina,
Donde Gloricia por mayor tesoro
Guarda á Crisalba en un castillo de oro.

«Es Crisalba, hija del señor de Creta,
De su tierra heredera obedecida,
Tierra á quien infeliz virtud secreta
En tristes llantos tiene consumida;
De adonde la Alemana huyó discreta
Con su nieta, que es alma de su vida;
Y la que en Creta es reina por empresa,
De Acaya es, ántes de heredar, duquesa.

»Tiene en Milene corte, y real palacio
De su ancha mar en la espumosa raya,
Donde con grave pompa en largo espacio
Lo mejor de sus golfos atalaya:
Aquí desde el Ligurio al mar Carpacio
Tributa y da su cristalina playa,
Para adorno y regalo de su corte,
Cuanto la Libia encierra, y mira el norte.

»Y aquí de cinco reyes comarcanos
Pedidas fuéron sus alegres bodas:
El rey de Licaonia, el de Romanos,
El de Sicilia; el de Corinto y Ródas;
Pero su padre, con temores vanos,
Viendo en su daño las demandas todas,
Con el acuerdo de su astuta abuela,
Que en el bien de la Infanta se desvela,

»En el real campo de Milene quiere
Alegres justas se hagan, donde acuda
A conquistar mujer, quien la quisiere,
Con lanza que hable y con la lengua muda;
Y que sea la Duquesa de quien fuere
Mas valeroso, sin que quede en duda
Si su padre le dió ó quitó, imprudente,
Esposo mas ó ménos excelente.

»Es nuestro rey Tifeo advenedizo
A estas ardientes islas de aquel suelo
A quien el encubierto norte hizo
Guerra ordinaria de importuno hielo:
Amor le trajo á Creta: allí su hechizo
De su patria olvidar le hizo el cielo,
Y el cetro de gran duque de Colonia
Al de Acaya trocó y de Macedonia.

»Un bárbaro sajon su rico estado
por fuerza de armas usurpó á Gloricia,
Que, de tesoros rica, su hijo amado
Huyó de la tiránica avaricia;
Y por volver al cetro despojado
Solo un yerno magnánimo codicia,
Y á este fin son las fiestas, y á esta fama
Su clarin un entero mundo llama.

»La codicia de joya tan preciosa
Llena le dió de príncipes la tierra;
Que por tal reino y tan gallarda esposa,
¿Quién del suyo no sale y se destierra?
Nunca ganaron mas bizarra diosa
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
Aunque ya con victoria en las estrellas
A la luna escogieran las mas bellas.

»Y sin los reinos que heredando viene,
Le da Gloricia seis castillos de oro,
Que el mundo todo en su caudal no tiene
Junto ni repartido igual tesoro;
Mas ya no hay cosa que su gusto llene;
Todo es luto y temor despues que un moro
Que en Getulia nació, con brio orgulloso
Subió tambien á pretension de esposo.

»Es de alma aceda y desabrido trato,
De miembros y estatura de gigante,
Del vaporoso Encélado un retrato,
En brutal pecho y ánimo arrogante.
Este, en bárbaro estruendo y aparato,
A las fiestas llegó en bajel triunfante,
Y el mismo dia en orgulloso brio
En un cartel fijó este desafio:

»—Que un año justará lanza por lanza
Con cuantos presumieren estorballe
De la bella Crisalba la esperanza,
De que ya goza, de gozar su talle.—
Hoy hace un mes que con feroz pujanza
Su partido defiende, sin que halle
Quien la segunda justa le mantenga,
Y al suelo, del primer chocar, no venga.

»Esto tiene asombrada á la Princesa,
La corte puesta en confusion y espanto;
Que si el bárbaro sale con la empresa
Las tristes fiestas pararán en llanto:
Ayer fué la primer jornada, y esa
Quedó por suya, y hoy será otro tanto,
Y lo mismo tambien será mañana;
Que á un atrevido todo se le allana.

»Yo á una cercana fortaleza puesta
Sobre la mar á prevenir venia,
Para mayor adorno de la fiesta,
Ciertos bajeles que en su puerto habia;
Y al pié de un árbol, por pasar la siesta,
Apénas me incliné, cuando salia
Del bosque este leon, y el monte abajo
A conocer vuestro valor me trajo.»

Así dijo Faustina; y por la senda
Que el bosque para hallar la fuente tiene,
Un caballero vieron que de rienda
Guiando un palafren gallardo viene:
Llegó; y viendo al leonés que, sin contienda,
Al fresco con las damas se entretiene,
«A sazon, dijo, vengo en que fortuna
Hará de dos beldades mia la una.

»Yo traigo palafren, tú no le tienes;
Que aun á tí no te veo con caballo,
Si ya no eres tan bravo, que ahora vienes
A las fiestas de Acaya á procurallo.»
«A la voz, respondió, de tus desdenes,
¿Qué podré yo hacer sino otorgallo?»
Cuando la otra doncella con gran brio
A voces dijo: «El palafren es mio.»

«Yo, señora, le hallé en esta floresta,
Y séase vuestro ahora sin porfia:
Aquí en paz le teneis si estáis dispuesta
De mi gusto á seguir la compañía.»
«A bien poco trabajo está compuesta,
Bernardo dijo, la pasion que ardia:
Vos, señora, mirad si os está á cuento
La gran persona y noble ofrecimiento;

»Que yo á pié ¿cómo puedo defenderos
De un orgulloso pecho así valiente,
Que reforzado en el placer de veros,
Será á un entero campo suficiente?»
Riéronse las dos; y el de los fieros,
Viéndose desdeñar del de la fuente,
Poniendo con furor mano á su espada,
Le envió por respuesta una estocada.

Reparóla Bernardo en el escudo,
Dando paso á la furia del caballo,
Que lo arrojó sobre él con cuanta pudo,
Para de aquel encuentro atropellallo;
Mas, asiendo las riendas por el nudo,
A las ancas saltó, y al despeñallo
De la grabada silla, en lo profundo
Del lago de cristal lo escondió al mundo.

Quedó el valiente, en la caida extraña,
Del golpe y armas ahogado y muerto;
Y la griega doncella, en ver la hazaña,
La vista absorta y el cabello yerto:
La aguda china dijo: «A la gran saña,
Y al vivo fuego del amor despierto,
Para templarlos en su ardiente fragua,
Pues la razon no pudo, pueda el agua.

»Y bien que de la súbita presteza
Dejarme ahora de admirar no puedo,
Ni celebrar la diestra gentileza
Que á la una dió favor y á la otra miedo;
No sé si le dé nombre de grandeza
Desta segunda hazaña á su denuedo;
Porque es golpe inferior, y no empareja
Que el que un leon mató mate una oveja.»

Rieron desto; y ya el leonés queria
A la ciudad partirse á ver la fiesta,
Cuando una tropa vieron que venia
Con un jayan bajando por la cuesta:
Aguardaron por ver lo que seria,
Y viendo al que salió de la floresta
Muerto en la fuente, el espantoso Oronte
De un doloroso grito asombró el monte.

Era Oronte del rey getulio Argante
Vasallo y de su guarda, y el difunto
Querida prenda del feroz gigante,
Y de su condicion vivo trasunto:
Dió en verle muerto un grito resonante,
Y voz, alfanje y golpe todo junto
A la venganza echó; que en rabia loco,
Un mundo para hacerla fuera poco.

Dió escudo el español, y hallando alzada
La visera al jayan, con tan buen tino
Metió una punta, que sacó la espada
De los ojos la luz al mas vecino;
Y pasando al celebro la estocada,
Fuera de sí tras ella al suelo vino,
Y los seis sobre el bravo leon de España,
A quitarle la gloria de su hazaña.

Cinco golpes á un tiempo larga pieza
Traspiés le hicieron dar por un ribazo,
Cuando otro le encontró con tal presteza,
Que ambos del prado fuéron al regazo:
Cayó sobre el jayan, cuya braveza
Así en ansia mortal y estrecho abrazo
Le tuvo, que pudieran, sin soltalle,
O prendelle los suyos ó matalle.

Mas miéntras que el más diestro se detiene
En dejar el caballo, con su daga
El lazo rompe que á su brazo tiene,
Que nuevas pruebas de quien es no haga;
Y al uno de los seis que sobre él viene,
Por mas lijero le libró la paga
En un reves, con que en el suelo lacio
En un pié le dejó porque ande á espacio.

Y entre los otros cinco se revuelve
Con tal desenvoltura y tal desvio,
Que á este amaga, á aquel da y al otro vuelve,
Y al mas brioso le refrena el brio;
Al uno las entrañas le devuelve
De un golpe, y de otro al otro deja frio:
Un caballero entre los seis venia
Que en ninguna deidad ni ley creia;

Hijo de una judía y de un pagano,
Nacido en lo mejor de Palestina,
Que fué un tiempo rabí, y otro cristiano,
Gentil y de la secta sarracina,
Maniqueo, talmudista y arriano,
Y ahora á ninguna religion se inclina,
Creyendo que es para cuidar del suelo
Miembro distante y apartado el cielo.

Este con tal coraje y desatino
Al valiente guerrero perseguia,
Que en el herir y entrar, al torbellino
De sus confusas leyes parecia;
Hasta que al vuelo de un reves le vino
A la espada al leonés, con que le envia
A averiguar despacio en el infierno
Qué secta gasta allá mas fuego eterno.

Murió; y de los guerreros y el gigante
A pocos golpes no quedaron vivos
Sino un cegrí, que le hurtó delante,
Mas que el acero, pasos fugitivos,
Y al que una pierna el golpe penetrante
De la espada le echó de los estribos;
Que, apremiado, contó al valiente godo
De la traicion del falso Argante el modo.

La fuerza de la mar que la doncella
De la Princesa á prevenir venía,
Hecho el jayan aleve dueño della,
A dar aviso al falso rey volvia;
Que por robar á la duquesa bella
Seis mil corvos alfanjes de Turquía
Dentro sembró á traicion, y á dar el corte
En el robo infeliz volvia á la corte.

A Faustina asombró la triste historia
Del que sin la acabar se acaba y muere;
Y á hacer con tiempo la traicion notoria
Partir con alas, si las halla, quiere;
Y el dueño singular de la victoria,
Que el grave riesgo de la Infanta infiere,
Seguilla piensa, y con su invicto brazo
De la oscura traicion romper el lazo.

Vuelan los tres las dos pequeñas millas
Que de la real ciudad nació la fuente,
Y en la plaza, entre nuevas maravillas,
Al rey Argante miran y á su gente,
Y que á sus lanzas, sin poder sufrillas,
Las demas se le dan calladamente,
Cuando á la plaza por la calle opuesta
Un caballero entró á aumentar la fiesta.

Cubierto de enlutada sobrevista,
El caballo, tambien negro, enlutado,
Blanca en la frente una pequeña lista,
De ambas las manos y de un pié calzado,
De hermoso talle y de gallarda vista,
Lozano huello, altivo desenfado,
Hácia Argante se fué, que oyendo estaba
Diferentes las nuevas que esperaba.

Pidióle justa, y él, con el disgusto
De la contraria desabrida nueva,
Furioso respondió: «De mejor gusto
La batalla haria á toda prueba.»
«Así sea,» replicó el valor robusto,
Antes cortés; y una dorada greva
Por gaje le arrojó, y para encontrallo,
Como con alas revolvió el caballo.

Suspendióse la plaza, estuvo quedo
El viento, y en los pechos mas briosos,
O sea de sobresalto ó sea de miedo,
Darse latidos vieron presurosos;
Y partiendo ambos en igual denuedo,
Al chocar los encuentros poderosos,
Sembró, hechas astillas por el aire,
Ambas lanzas la furia y el donaire.

Como dos huecas nubes retocadas
De azul retinto y lóbregos asientos,
Si de contrarios humos amasadas
Las impelen tambien contrarios vientos,
Del cierzo y austro ardiente arrebatadas,
Al encontrarse dejan sus violentos
Vapores, de los rayos y los truenos,
Las vistas ciegas y los aires llenos:

Así del uno y otro caballero
En los firmes encuentros resurtia
El ronco son del relevado acero,
Que el aire de relámpagos cubría:
El de lo negro, en firme y en lijero,
Un morcillo centauro parecia,
Que, sin que nada baste á perturballo,
Nacido va inmudable en su caballo.

Y aunque Argante tambien guardó la silla,
De dos ningun estribo guardar pudo;
Hincó al pasar el bayo una rodilla,
Y su dueño perdió lanza y escudo:
El pueblo, en ver que el bárbaro se humilla,
Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
Y él, corrido del caso no pensado,
De vergüenza quedó y temor turbado.

Bien que blandiendo la desnuda espada
Vuelve buscando alegre á su enemigo,
Que cabe él con la suya levantada,
«Primero, dijo, quiero como amigo
Tu nombre conocer, si á la jornada
Encubrir no te importa lo que digo.»
«Argante, rey de Fez, porque te asombre,
Sabrás, si no lo sabes, que es mi nombre.»

«El tirano, no el rey, dijo el del luto;
Que el verdadero rey tú le mataste,
Y en fe traidora y pecho disoluto,
De su heredera el reino despojaste;
Y pues mi espada el pretendido fruto
De su venida halló, lo dicho baste;
Que de los dos al uno por concierto
Sobre esta causa herede el campo muerto.»

«Como lo pides,» le respondió Argante;
Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
Con solo aquel en opinion bastante
Sus personas dejaron aprobadas;
Y el del luto á su yelmo resonante
De estrellas vió las bóvedas sembradas,
Y asimismo con ellas y su cielo,
En grandes riesgos de venir al suelo.

El tirano de Fez sobre el caballo
Por la plaza fué un rato sin sentido,
Y aunque pudo el del luto degollallo,
Quiso, mas que valiente, comedido,
Que vuelva sobre sí, por no matallo
Como él á su señor mató dormido:
Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
Por el suelo sembrado su tesoro;

Y del tranzado arnes la rubia malla
Que el prado argenta; y su contrario fuerte,
Que, no estimando el fin de la batalla,
Le aguarda sin temor, vió el de la muerte;
Que aun en los pechos bárbaros se halla,
Y él, que la suya irreparable advierte,
«Si es forzoso morir, muera conmigo,
Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo.»

Y llegando al que intrépido le espera,
Sobre él un golpe y otro y otro envia,
Tal, que un medroso ciego el son tuviera
Por de una sonorosa herrería:
La duquesa de Acaya, que ya entera
La encubierta traicion del Rey sabía
De su doncella, y el valor bastante
Del que el leon mató y rindió al gigante;

Pagada de la fama y gentileza
Del que mirando la batalla estaba,
Y de ver deseosa la braveza
Que su doncella de alabar no acaba;
Un caballo que el viento en lijereza
La suya le prestó, y le azota y lava
Mas penachos de perlas en la frente,
Que el alba cuaja sobre el mar de oriente;

Tascando nieve el espumante freno,
De fina plata y clavos de oro herrado,
Rayo á la vista, y al oido trueno,
En el curso veloz y atropellado;
Del fuego que las manos siembran lleno
El precioso aderezo de brocado,
Con sobrevista orlada de cupidos
En llamas de oro y de rubís ceñidos;

Y una lanza tambien grabada de oro
Le envió con la doncella, y á rogalle
Rompa en servicio suyo aquel tesoro
Con el de mayor brio y mejor talle;
Y si de la otra se escapare el moro,
Nadie de aquella ya pueda escapalle,
Ni su traicion le ayude, ni le valga
Mahoma, aunque á ello del infierno salga.

Recibiólo, y en modo cortesano,
Agradeciendo el don, dijo á Faustina:
«Tan heróica merced, y de tal mano,
De un monarca del mundo fuera dina;
Ni hay que temer ya al bárbaro africano,
Pues en notorio descaecer declina,
Y quien ponerle pudo en tal estrecho
No le dará á otra espada de provecho.»

Ni se engañaba el español guerrero;
Que el del luto de suerte le traia,
Que mas de roja sangre que de acero
El fino arnes grabado parecia;
Y él, viendo á su contrario tan entero,
Que aun en sus armas mella no tenia,
A riesgo de morir matando, quiere
Matar á quien le mata, pues que muere.

Cerró con él á ejecutar su intento,
Sin reparar á tiempo un altibajo,
Que en golpe fué cortando tan violento,
Que el brazo del escudo le echó abajo:
Y al ya vencido moro sin aliento,
Al caer del caballo, un diestro tajo
Así á compas corrió su lijereza,
Que arrebató á los hombros la cabeza.

Miró la plaza en suspension notable
Hecho piezas al rey de Berberia,
Que aun no dos horas ántes, espantable,
Los hombres solo con mirar vencia:
Cogió su gente el cuerpo miserable,
Que un destroncado roble parecia,
Y el vencedor con gallardía robusta
En su puesto se puso á esperar justa.

No venía de intento á ver las fiestas,
Sino á vengar á Flérida de Argante;
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
Para hacerlo le dió poder bastante;
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
Sus pretensiones, quiso en lo restante
Probar la gentileza y gallardía
Que en los valientes de aquel reino habia.

Salió el duque de Arcadia valeroso,
El jóven rey de Tébas y Erimanto;
Salió el robusto Ménalo furioso,
Que á todos daba su grandeza espanto:
El jayan Adargusto pavoroso,
Por vengar de su muerto rey el llanto,
Salió tambien; mas uno á uno todos
Al suelo fuéron por diversos modos.

Y sin hacer desden ni movimiento,
Ni reves el caballo ni mudanza,
Diez derribó de los de mas aliento,
Y algunos dellos sin romper la lanza;
Con tanto gusto y general contento,
Como si cada uno su esperanza
Empleada la tuviera por entero
En el brazo y valor del caballero.

Bernardo, aficionado á su destreza,
Quisiérale probar sin enfadalle;
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
Que pedirle mas justa es agravialle;
Mas viendo que mil soles de belleza
Del real balcon le hablan con miralle,
Que en verle sin justar toda la tarde
Le tendrán por remiso ó por cobarde;

Llegando al bravo y singular guerrero,
«Aunque parezca, dijo, desacato
Demandar nueva justa á un caballero,
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato;
Ese heróico valor, que tan entero
Se muestra, es quien nos vende por barato
El pundonor de ser vuestro vencido,
Por el riesgo y dolor de haber caido.

»Y así no os causará, señor, disgusto
Añadiros de nuevo esta victoria,
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
Para usurparos la alcanzada gloria,
Mas por un rato de solaz y gusto,
O altiva presuncion y vanagloria,
De no salir de aquí (decirlo quiero)
Sin probar lanza de tan gran guerrero.»

Dijo; y sin responder á sus razones,
Mas que con una humilde cortesía,
Dieron á un tiempo vuelta los frisones,
Que el mas pesado una ave parecia;
Y con iguales términos y acciones
De gentil apostura y gallardía,
Hundiendo vuelven con furor la tierra
Los dos soberbios rayos de la guerra.

Volaron por el aire las astillas
De las quebradas lanzas, los guerreros
Tan firmes y compuestos en las sillas,
Como si fueran pajas sus aceros:
Ni los ojos pudieron percibillas,
Ni la herida de golpes tan lijeros;
Ellos solos en modo extraordinario
Cada uno se admiró de su contrario.

Toman segundas lanzas escogidas,
Y armándose de nueva fortaleza,
Por el cielo en astillas esparcidas,
Asombros dió á la plaza su braveza:
Procuran otras, y otras mas fornidas,
Y estimando del otro la destreza
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
La tierra hacian temblar hasta su centro.

Seis veces se encontraron, y en seis truenos
La ciudad resonó, cuando el del luto,
Quizá temiendo en algo el ir á ménos,
Sacó la espada y dijo resoluto:
«Esta mejor decir podrá á lo ménos,
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
Cúya ha de ser deste solaz la gloria,
Pues para dos no es harto una victoria.»

El español, si con su honor cumpliera,
De gusto le rindiera la batalla
Por su propia aficion y porque fuera
Contento general el excusalla;
Mas viendo acometerse, sacó fuera
De la vaina la espada, y al sacalla
Dijo: «Por esta juro que contigo
Mas deseo obras de amor que de enemigo.»

Mas el del luto, ó ya por el coraje
De no poder vencer un caballero,
O porque á punto no entendió el lenguaje,
Por respuesta le dió sobre el plumero
Un golpe tal, que hizo que se abaje
Mal de su grado hasta el acion primero;
Que tiene á desenvuelta villanía
Que le hablen sin hacelle cortesía.

Perdió con esto el godo el sufrimiento,
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
Un golpe y otro y otro en firme aliento
Le da, le carga, le redobla y tira;
Y él, dando escudo á su furor violento,
Ni por ellos se aparta ni retira;
Antes así con su rigor revive,
Que dos le da por uno que recibe.

Arde el ciego furor; arden sañudos
En el fuego que escupen los arneses,
Y sin hacer reparo en los escudos
Mil tajos se ejecutan y reveses;
Que el mismo enojo que los tiene mudos,
De compuestos los hace descorteses,
Y no curar de tiempos ni posturas,
Ni otras sin para qué desenvolturas.

Mas á todo rigor por lo mas breve
La muerte se procuran de ordinario,
Tan juntos al herirse, que se bebe
El aliento cada uno del contrario;
Así bravos, que á verlos no se atreve
El vulgo, en gustos y opiniones vario,
Antes en furia popular robusta
Dar treguas quiso á la batalla injusta.

Hirió el del luto al español, de punta,
Por medio de los pechos con tal fuerza,
Que la cabeza con las ancas junta,
El cuerpo le hace con dolor que tuerza;
Y otra tras ella al corazon le apunta
Por debajo del peto, que era fuerza,
A no torcerse sin pensar la espada,
Quedar la injusta brega rematada.

Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
Aunque la sangre que sacó la espada,
Si en lo fino mostró que era de godo,
Mejor lo descubrió en quedar vengada;
Que, aferrando la suya, de tal modo
Le asentó la respuesta en la celada,
Que la plaza asombró, y el ya confuso
Seso que dentro estaba perdió el uso.

No reforzado tiro de bombarda,
De vivo azufre y de salitre lleno,
A quien el fuego en descender mas tarda,
Que él en formar de su estampida el trueno;
Ni respuesta envió en la nube parda
Mas presta, ni del aire el hueco seno,
Al escupir, sonó el rayo encendido
En mas medroso y súbito estallido.

Arrodilló el caballo ambas las manos,
Y caida en las ancas la cabeza,
A su dueño llevó en clamores vanos
Sin tiento por la plaza larga pieza:
Quedaron los del muerto Argante ufanos:
Usar del poder todo no es grandeza;
Y así el jóven no quiso, aunque herido,
Su furia ejecutar en un rendido.

Volvió á la vida, cuando ya por muerto
La plaza le lloraba: vuelve y mira
Cuán cerca della estuvo, y cuán cubierto
De gloria su contrario se retira:
El destrozado escudo sin concierto
De envidia arroja, y de dolor suspira,
Y á la venganza llama al enemigo,
Que antes merece premio que castigo.

Corre á dar muerte el uno, el otro atiende;
En bizarro ademan llegan, y á un punto
Sobre cada uno de los dos desciende
Del contrario rigor el poder junto;
Con que de nuevo así el herir se enciende,
Que de la muerte son vivo trasunto,
Y forzoso llorar al uno muerto,
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.

Tienen al pueblo oscuro deslumbrado
De su herir los relámpagos dudosos;
Que el dia ya su luz se habia llevado
Por esconderla á golpes tan furiosos:
Cada uno del contrario está admirado,
Y el mundo de ambos pechos valerosos;
Y aunque es la igualdad grande, todavía
No es del luto, si la hay, la mejoría.

Pudieran combatir á las vislumbres
De los dorados rayos y centellas,
Que en las grabadas armas la costumbre
Del dar y resurtir volvian estrellas;
Mas del palacio real pomposa lumbre
De infinidad salió de antorchas bellas,
Que, á pesar de la oscura noche fria,
A la plaza volvió de nuevo el dia.

Pareció con las luces mas hermosa
Y de mayor espanto la batalla,
En seis horas de tiempo así dudosa,
Que un punto apénas de ventaja se halla;
Cuando el bravo del luto en rabia airosa
Se arrestó de una vez á rematalla,
Y lanzándose á tiempo á su enemigo,
En duro abrazo le apretó consigo.

Hizo cada uno presa en su contrario,
Y en ella mas vistosa la contienda;
Porque del caracol revuelto y vario
No hay quien la entrada ni salida entienda;
Que al brio de los caballos voluntario
El suyo dejan sin curar la rienda;
Y así en su lucha se asen y se ligan,
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.

Y aunque no por holgados ni lozanos,
Los frisones rifaron á su modo,
Y altas las manos, con relinchos vanos,
Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo,
Y su dueño en las garras de las manos
De la cabeza el fino yelmo al godo,
Que por desencajarle de la silla
No le dejó de aquel vaiven hebilla.

Y dando la victoria por ganada,
Caer le deja, y de su espada afierra,
Cuando en él la hermosura vió extremada,
Que viva en su feliz memoria encierra;
Y en nueva admiracion, la altiva espada
Con furia arroja á la sangrienta tierra,
Y «¡ay triste!» dice; y tras el ay profundo,
«¡Quién podia ser sino la flor del mundo!

»Goza, como mereces, la victoria
Y el rico venturoso premio della;
Que yo doy la ventaja por notoria,
A ti en valor, y en la ventura á ella.»
Dijo; y con arogante vanagloria
El caballo picó y la plaza huella,
Dejando convertido su denuedo
En nueva admiracion el primer miedo.

El valiente español, que en el bastardo
Resonar de la gente y pueblo rudo,
Y con el alboroto y el resguardo
De hacer nueva celada de su escudo,
La oscura voz y el ademan gallardo
De su contrario fiel notar no pudo,
Viéndole ahora salir de la batalla
Como huyendo, está suspenso y calla.

Hasta que ya informado del suceso,
Con nueva admiracion sale á buscallo;
Que tambien juzga por honrado exceso
En corteses virtudes no igualallo:
Quiere saber quién es, y á saber eso
Riendas vuelve y espuelas al caballo,
Por donde al parecer se le figura
Que en sombras vuela de la noche oscura.

Quedó la alegre plaza alborotada
Con la partida y el suceso raro,
Y la cretense infanta mas pagada
Del héroe invicto y su valor preclaro:
La ocasion del partirse oye turbada,
Y en son que busca su favor y amparo
Al pueblo manda que su alcance siga,
Y el peligro en que está sin él le diga.

Y él al cruzar por una angosta calle
Una tropa encontró de caballeros,
Y el uno, que jayan era en el talle,
Previniendo á sus falsos compañeros:
«Por aquí, dijo, es fácil atajalle
Y ver si le defienden sus aceros
A que se quede sin vengar la muerte
De un rey tan desgraciado como fuerte.»

Bien sospechó el leonés que aquella junta
A acometer salia á alguno, aleve,
Y que si en ella le hay, el riesgo apunta
Al leal pecho á quien él la vida debe:
Picó el caballo y al tropel se junta,
Y á la enemiga de la luz se atreve:
No lo echaron de ver, y aunque de paso,
De la intencion traidora entendió el caso.

El jayan Califerno, que el tirano
Argante en Tripol hizo su regente,
Por vengar su debida muerte en vano
La escuadra guia de alevosa gente;
Y á la entrada de un bosque comarcano
Que al pueblo ciñe la almenada frente,
Un caballero vieron que sin miedo,
Por ver que buscan dél, se estuvo quedo.

Conócenle en el brio, y cierra entera
La espada, y al tropel de acometello,
«Muera el traidor, dan voces, muera, muera;
Que al rey de Fez mató sin merecello.»
Mas el altivo aliento, que no fuera
Un mundo poderoso á detenello,
Volvió, aunque sin espada y sin escudo,
De enojo ciego y de coraje mudo.

Y llevando de encuentro por delante
Al que primero halló, sacó Bernardo
Su espada, que á la parte del gigante
Venia haciendo en atencion resguardo,
Diciendo en voz y grito resonante:
«Hacéos afuera, oh espíritu gallardo;
Que yo libre os daré del riesgo nuevo,
O en él la vida perderé que os debo.»

Y con la alegre voz en las estrellas,
Y la tajante espada en Califerno,
Echó de un golpe dos á vista dellas:
Con la mitad se contentó el infierno;
Y asombrando sus golpes y centellas
Al quieto bosque su silencio eterno,
La oscura brega urdieron de manera,
Que ningun vivo sin temor la viera.

El de las negras armas, que ha entendido
De la traicion el riesgo peligroso,
Y se ve de Bernardo socorrido,
Y en el gigante el golpe monstrüoso;
De su mismo suceso inadvertido,
De la ocasion no alcanza el fin dudoso,
Ni cuál sea el que á buscarle los traia
Con el leal mancebo en compañía.

Mas entre estos cuidados, diligente
Así las armas juega, que á lo oscuro
Del marañado bosque el mas valiente
Ni dél está ni su esgrimir seguro;
Que en las espaldas uno, otro en la frente,
Rayos su alfanje da de acero puro,
Y al lado del que allí le da su ayuda
Un mundo entero acometer no duda.

Ya del jayan y veinte caballeros
Solos quedaban ocho, cuando el uno,
Que por entre acebuches y romeros
Al pié cayendo fué de un aceituno,
De su cobarde espada los aceros
A tiempo revolvió tan oportuno,
Que al caballo del luto, aunque lozano,
De las dos le dejó sin la una mano.

Vino caballo y caballero al suelo,
Y por mal de quien fué el tropezon vino;
Que de un diestro reves á todo vuelo
Sin dos piés le dejó y sin ningun tino;
Y á coger otro potro con recelo
Por el bosque se entró, y perdió el camino,
Entrampado en sus árboles de modo,
Que á volver no acertó al valiente godo.

Bien que él así se avino en su refriega,
Que en breve rato no hubo sarracino
Que por la selva oscura ó noche ciega
No abriese, huyendo, á su temor camino:
Solo á los victoriosos dos les niega
Senda para encontrarse su destino;
Que en tanto que con mas atenta oreja
Se busca el uno al otro, mas se aleja.

Y anegados sin guia en la espesura,
De poderse hallar pierden el tino,
Hasta que al descaecer la noche oscura
El dia con sus risueños ojos vino...
Despues diré del otro la ventura,
Y á qué fin le guió su desatino;
Que á Bernardo la luz que al alba guia
En la ciudad le halló cuando salia:

Donde el cansancio y falta de reposo
Que era le dijo de metal humano,
De cuerpo ni divino ni glorioso,
Ni como el de los cielos soberano;
Y á reposar se entró al palacio hermoso,
Que en suave modo y trato cortesano,
Para rehacer su descaecido aliento,
Lo mejor le ofreció de su aposento.

ALEGORÍA.

Malgesí, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud y en adquirir las ciencias humanas; y los monstruos del escuadron de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heróico y célebre premio de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

LIBRO DECIMOCTAVO.

ARGUMENTO.

Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya; ofrécele Glorícia á su nieta en casamiento, y él, enamorado de Arcangélica, su excusa con la prision de sus padres; recibe una carta, y alborotado con ella, trata de partirse. Crisalba hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una extraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Marte, ó sea
Traza de otra deidad mas soberana,
Que desde el celestial balcon otea,
Y el curso rige de la vida humana;
Cuanto de gusto en ella se desea
Al nuestro acude, al parecer sin gana,
El bien medido y su placer por tasa,
Y los enfados como á propia casa.

Dicen que á envidia de la humana suerte,
Los prevenidos dioses en su cielo
Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,
Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:
La vida encadenaron con la muerte,
Penas con glorias, gustos con recelo,
Y la alegría, que de su cosecha
De risa era, quedó de azares hecha.

Y aun si se dieran por medida iguales
Las dos porciones de contrarios vinos,
Pudiéranse beber, y los mortales
De dos sendas abrieran mil caminos;
Mas viene aguado el bien, puros los males,
Tras un acierto veinte desatinos;
Que es varia la librea del engaño,
Y la de la verdad de solo un paño.

Parece nuestro mundo humilde juego
De aquellos que, pisando las estrellas,
Sus tragedias contemplan, y cuán ciego
El hombre, que es su autor, camina en ellas:
Llega á soplar para alumbrarse el fuego,
Y sáltanle á los ojos las centellas;
Va el otro á su ocasion, y no se advierte
Que en la que busca está la de su muerte.

Camina Calíferno, y va fiado,
Para salir con la traicion urdida,
En el que mas vecino lleva al lado,
Y es el primero en le quitar la vida:
Combate el caballero disfrazado,
Y procura matar de una herida
A quien, si ántes de herirle conociera,
La vida por salvar la suya diera.

Salió á buscar el godo, y de hallado,
Sin pensar le perdió: suspira y calla;
Que es siempre lo postrero y mas guardado
Lo que se busca, cuando acaso se halla:
Tambien el ciego bosque era hadado;
La oscura noche y la infeliz batalla,
Y el no saber la tierra, fuéron causa
Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.

Bien creyó el español que volveria
El encubierto amigo á ver la tela
Que por ausencia suya mantenia,
Y de solo su brazo la recela;
Mas ni volvió aquel dia ni otro dia,
Ni la gran voz que de su fama vuela
Le descubrió, ni de su arnes el rayo
El sol volvió á enlutar el campo acayo.

Dieron las nunca vistas maravillas
De sus armas al godo declarado
Por digno sucesor de las dos sillas
De la Acaya y del cretense estado;
Y que ante la Princesa de rodillas,
De inmortales laureles coronado,
El rico premio goce y joya puesta
A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano
Al real dosel el vencedor guerrero,
Donde la Infanta con gallarda mano
La guirnalda y su amor le ofrece entero;
Y él, con bizarro estilo cortesano,
«Señora, dijo, el premio verdadero
Mio será que el lauro se mejore
Donde el mundo le envidie y yo le adore.

»Y vuestra soberana frente sea
Divino templo á su trofeo de gloria,
Para que, como yo pretendo, vea
Mas que los cielos alta mi victoria;
Y á vos, gallarda y celestial idea,
Tambien por premio quede y por memoria
Deste humilde servicio, como es justo,
Entera libertad en vuestro gusto,

»Para elegir con él esposo dino
A vuestro real valor y heróica casa,
Sin que con temerario desatino
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
Él os sea la regla y el camino,
Y de vuestra eleccion la libre basa;
Que vos, que habeis de dar al mundo leyes,
No es bien que las tomeis de ajenos reyes.

«Y si algun descompuesto caballero
Por humilde interes violar quisiere
Desta mi nueva libertad el fuero,
Campo y armas señale, y sea quien fuere;
Que la puerta del gusto no es de acero,
Ni á Pálas Vénus sujetar se quiere;
Antes, sin estimar su escudo y lanza,
Sola y desnuda la victoria alcanza.»

Engrandeció el cretense señorío
Del hidalgo español el noble intento;
Perdió en oirle la Princesa el brio,
Celosa aun de su mismo pensamiento:
No sabe si es amor ó si es desvío
El fin del generoso ofrecimiento;
Que á un empeñado gusto en dulces bienes
La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,
Ahora de uno y luego de otro modo,
De su amoroso pensamiento el punto
Claro descubre al encubierto godo;
Y en fiestas puesto el griego reino junto,
A entretenerle en gusto atiende todo;
Y ella, en cuidosa prevencion atenta,
De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,
El gusto y el placer se dan las manos,
Y en reales mesas espumantes tazas
La alegría hacen y el amor hermanos;
Con que tú, oh niño celestial, enlazas
De la doncella los cuidados vanos,
Y de su ilustre huésped siempre á tiento
De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
De sus mágicos versos, adivina
La masa real y heróica descendencia
Que al mundo en siglos por venir camina
Destas dos sangres, que hoy en diferencia
Tiene el amor, y el cielo determina
Que una se hagan, y su nudo santo
Honra á la fama dé y al suelo espanto.

Un dia así con el valiente godo,
En su real cuadra á solas retirada,
«¡Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
De nuevo mi esperanza veo cifrada!
Si el cielo no hizo diferente en todo
Mi antiguo origen de tu patria amada,
Y ahora ordena que aumentado quede
Con tu real sangre, lo haga como puede.

»Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,
Que el manantial primero de mi gente,
No por camino oculto ni bastardo,
De lo mejor de España trae su fuente,
De Viriato gentil, bello resguardo
De la española libertad potente,
Que en el precioso zamorano asiento
Marte le dió el primer vital aliento.

»Deste procedió Clodio Lusitano,
De espíritu é ingenio peregrino;
Canio deste nació; deste Daciano,
Y deste el bravo capitan Crastino,
De cuya invicta y atrevida mano
La primer lanza abrió rojo camino
Al real de Pompeyo, y fué el primero
Que á César hizo rey de un mundo entero.

»Deste nació Taurino, que Alencastro
Al mundo dió, y al curso del rio Reno
De Colonia los muros de alabastro,
Con pueblo ilustre de riqueza lleno;
Y dejando de sí glorioso rastro,
De príncipes nació en dia sereno
Y en estrella feliz, por sol del mundo
El segundo Alencastro sin segundo.

»Deste gran duque fuí prima y esposa,
Y de los dos, Tifeo, rey de Creta,
Unico hijo, cuya estrella odiosa
La mia á mil desdichas trae sujeta:
Crióse en trato libre y vida ociosa;
Y la fama, que todo lo inquieta,
Con la beldad de una cretense infanta
De su raiz destroncó mi altiva planta.

»Y ya cautivo el libre pensamiento,
Por verla aborreció el paterno estado;
Y no solo olvidó ciudad y asiento,
De la tierna beldad nueva encantado,
Mas de su religion y nacimiento
(¡Notable desventura!) ya olvidado,
De idólatra de amor, gustos livianos
Ser le hicieron tambien de dioses vanos.

»Y aunque en remedio suyo el justo cielo,
Por sano acuerdo del letargo extraño,
De horribles monstruos le ha sembrado el suelo,
Que para su provecho le hacen daño;
Ni vuelve en sí ni al religioso celo,
Ni de su obstinacion deja el engaño;
Antes con nuevos mágicos errores
Los daños crecen cada dia mayores.

»Ha inventado de honesta sangre humana
A un ídolo espantosos sacrificios,
¡Extraña crueldad, ley inhumana
De un corazon sin dios claros indicios!
Y de error en error su alma liviana,
Con los pasados los presentes vicios
Le han hecho dar á una ramera hermosa,
Por serlo, sacro altar y honor de diosa.

»Yo de Colonia huí la acerba muerte
Y las crueles cadenas del tirano,
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
Un reino entónces mas que ahora humano;
Donde Grisalba, que en placer convierte
Cuanto su vista ve y toca su mano,
Con solo el gusto de hallarla pudo
De mi alma conservar el frágil nudo.

»Con ella huyendo del horrible infierno
En que arde el reino y mi obstinado hijo,
Aquí me retiré, y su pecho tierno
Aquí con gusto y gravedad corrijo;
Y de mi ley cristiana el pacto eterno
En mi alma tengo y en la suya fijo,
Deseando desta humilde tierra oscura
Volar con ella á mas constante altura.

»Mi intento á esto trazó las reales fiestas
En que su ánimo muestre el mas lozano,
Porque en tan valerosos hombros puestas
Mis pretensiones, corran de su mano:
La tuya no la sé; las mias son estas:
Cobrar mi antigua patria del tirano
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella,
Léjos de Creta, ver reinando en ella.

»¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo
Ahora para este bien tiene guardado!
No quieras violentar su feliz vuelo;
Cumple su ordenacion y mi cuidado;
Que deste dulce nudo, al patrio suelo
De nuestra España espero que dé el hado
Tal sucesion de príncipes, que sea
De todo lo mejor del mundo idea.»

La prudente Gloricia en este modo
Su ofrecimiento y diligencias hizo,
A quien el firme y generoso godo
Con discretas palabras satisfizo:
Era de su liviana excusa el todo
La injuria con que un rey antojadizo
Puestos tenia sus padres en prisiones,
Su estado en riesgo, su honra en opiniones.

Con esto el jóven por entónces puso
A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
Bien que en sí mismo sin saber, confuso,
Quién el cuidado y suspension le causa:
Admírase tambien que se dispuso
La bella Olfa á le dejar sin causa,
Y sin darle razon de su partida,
Ni se sabe por qué ni adónde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,
La ociosa soledad por compañía,
Dando y tomando cuenta á sus intentos,
Y el medio que en seguirlos tomaria;
Viendo cuál juegan con la mar los vientos
Desde el real mirador estaba un dia,
Cuando un villano vió con una carta,
Que, absorto, de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,
«Señor, le dijo, un caballero andante
Que, de luto vestido, una cuadrilla
A un grave entierro lleva semejante,
Al tiempo de embarcarse en una villa
Que da á un puerto de mar playa inconstante,
Este papel me dió, que en propia mano
Os diese...» Y puesto allí, calló el villano.

Vió que conforme el simple mensajero
Las claras señas da, la carta viene
Del ausente enlutado caballero
Que en cuidadosa suspension le tiene;
Y en gusto deseando mas entero
Lo que el secreto del papel contiene,
De sobresalto lleno y de alegría,
Al desdoblarlo vió que así decia:

«La encubierta princesa de la China,
»Del tiempo perseguida y sus azares,
»A tí, de estirpe al parecer divina,
»En tus proezas y hechos singulares,
»Salud, si el que á deseártela me inclina
»Darla á tí puede, como á mí pesares;
»Porque con ella en años no veloces
»El nuevo gusto en que te empleas goces.

»El cielo sabe, oh jóven soberano,
»A quien la vida tantas veces debo,
»Que despues que por tí en el mar greciano
»A ver volví mi libertad de nuevo,
»Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
»Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
»Que á no ir ciega, cual fuí en mi desafío,
»Nunca contra tu brazo alzara el mio.

»Perdona, oh felicísimo guerrero,
»Si en algo estorbo fuí á tu nuevo gusto,
»Aunque salir con el honor entero
»Jamas dudase tu ánimo robusto;
»Mas por lo que mereces y te quiero,
»Aunque excediendo del estilo justo,
»No sé si ahora diga que me pesa
»De haberme desistido de la empresa.

»No por vana arrogancia de vencerte;
»Que serlo yo de tí tengo por gloria,
»Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,
»Ni acortar con la mia tu memoria;
»Pero quizá de envidia por no verte
»El gran premio gozar de la victoria;
»Que el dolor deste vicio sin provecho,
»¿A qué altiva mujer no escarba el pecho?

»Mas ya que esta intencion es devaneo,
»Tu gusto, que se extienda á los extraños,
»Eterno goces, como yo deseo,
»De azares libre y de temor de engaños;
»Aunque el ver sepultados, cual los veo,
»Dentro en Acaya tus floridos años,
»No sé si ya por lo que á tí se debe,
»Mas que no á envidia, á compasion me mueve.

»A tus felices bodas fuera justo
»Quedarme, y celebrarlas cual conviene;
»Mas en materia de alegría y gusto
»Nadie es posible dar lo que no tiene:
»Yo habia de estar sobrada donde al justo
»El resto en igualdad se anuda y viene,
»Y así esta breve falta tuve en ménos
»Que agüerar con mi mal gustos ajenos.

»Fuéme tambien forzoso dar derecho
»A la infanta de Fez del falso Argante,
»A quien mi real palabra dí de hecho·
»De cobrarle del reino lo importante;
»Y aunque lo mas del caso tengo hecho
»Muerto el tirano, falta lo restante,
»Que me parto á acabar á toda priesa,
»Por la que da en sus causas la Princesa.

»A Olfa, mi dama, si la suerte amiga
»Salva contigo echó en la playa angosta,
»Porque voy sola, manda que me siga
»Del rio de Fez á la vecina costa;
»Y si de allí faltare, á la enemiga
»Francia sin se estorbar tome la posta;
»Que dando el fin que me prometo en estas
»Causas, seré de las francesas fiestas.

»Dejara en tu servicio la doncella,
»Para que lo que yo de mejor gana
»Hiciera en tu servicio y causas, ella
»En amistad hiciese honesta y llana;
»Mas, pues te sobra todo, y yo con ella,
»No te falte por culpa tan liviana
»Conocimiento, en ley y fe de amigo,
»Que estimo tu valor en mas que digo.»

Dejó suspenso al español valiente
El dulce estilo de la aguda carta,
Tan sabia, que de leerla atentamente
Una vez y otra y otra no se harta;
Y al rudo mensajero diligente
Aparte por saber cosas aparta,
Dándole por su parte una cadena
De ricas cifras de diamantes llena.

Dél supo, entre otras pláticas sabrosas,
Que Olfa llegó á la playa el mismo dia
Que su ama por las olas espumosas
Del puerto al mar salió de Berbería;
Y en un presto bajel de alas pomposas,
Que con refresco al real galeon seguia,
En voz que lleva una preciosa espada
Al vengador de Fez, salió embarcada.

Conoció el oro de la rica hoja
Que la infanta arrojó, la hermosa china,
Y entre turbados gustos y congoja
La ciega noche por la hallar camina:
Que la oye en cada rama se le antoja,
Y miéntras busca mas, ménos atina;
Que es tal el peligroso bosque espeso,
Que el tino le hurtó, y pudiera el seso.

Hallóse con el dia en una aldea,
Y dándolo al reposo, dió el siguiente
Al gusto de buscar lo que desea,
Sola de pueblo en pueblo y gente en gente:
Por aquí ataja, por allí rodea,
En rastro de la reina del oriente,
Hasta que llegó, al fin, donde aquel dia
Tomó tras ella de Africa la via.

Bernardo, alborotado el pensamiento
Con la carta y la nueva, habiendo al justo
Trazado el tiempo de uno y otro intento,
Seguir quiere los rastros de su gusto;
Que es fuego amor, y con cualquiera viento
El corazon altera mas robusto,
Y ya impaciente de su ociosa vida
Y sus gustos, ordena la partida.

Y para atravesar el hondo charco
Que tiene el reino de Fortuna en peso,
A toda diligencia aprestó un barco
Que hace gemir las aguas con su peso;
Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
De crespas olas y de aljófar grueso,
La áncora corva en el arena agarra,
Y al primer viento ha de dejar la barra.

Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
De su querido huésped, en quien puso
Amor su gusto y la fortuna el cebo
De las lisonjas que á su honor compuso:
Pierde el color, marchítase el renuevo
Que en su deseo florecia confuso,
Y queda entre recelos sin sosiego,
Ya confiando, y desconfiando luego.

Mas viendo del partir la hora llegada,
Y que ya su licencia sola espera,
Con el dolor el alma traspasada,
Del miedo los recatos echó fuera;
Y en seca lengua al paladar pegada,
La voz quebrada y la congoja entera,
Así habló de la pena los enojos,
Reventando las señas por los ojos.

«¡Oh valor para todos de provecho,
Para mí sola de tormento y daño,
En quien el cielo dió á mí alma hecho
El de toda su gloria á tu tamaño!
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
Siniestro azar la capa del engaño,
¿Cómo es posible que tan presto al viento
La esperanza hayas dado de mi intento?

»¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecia
Con la luz de tu fama en mi memoria,
Que, aunque contaba ménos que yo via,
No era menor que mis deseos su gloria?
¿Cómo, señor, tan presto de la mia
Huérfana quedaré, en queja notoria
De la alegre esperanza que me diste
Cuando, venciendo, tuya me hiciste?

»Goza en tanto á lo ménos del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el tempestuoso mar se muestra manso,
Y en ménos olas su arenal fatiga;
Miéntras que de los rios el remanso
A dar claro tributo al mar prosiga,
Y vayan no tan turbios y abultados,
De ordinarias riberas abrazados.

»Ya por mi mal he visto en suerte loca
Gente á dudosos vientos confiada,
El rigor darla de una oculta roca
Por el áspero mar toda sembrada:
Si tan de léjos mi dolor te toca,
Que por él no merezco alcanzar nada,
Ablande ahora ese tu duro pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

»No te pido la fe del casamiento
Que mi vana altivez me prometia,
Ni que á esa cuenta dejes tu contento
Por el remedio de la pena mia;
Solo que aguardes que te ofrezca el viento
Mas firme soplo y apacible dia:
Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,
Mas breve y corto don pedir pudiera.

»No quiero cansar mas: da la sentencia,
Que ya en tus ojos se conoce clara;
Que si entendiera que esta triste ausencia
Hasta acabar de oirme se alargara,
Por no verme apartar de tu presencia
Eternamente sin cesar hablara,
Quedando así, en las causas que me pones,
Igual tu sinrazon con mis razones.»

Dijo, y dijera mas si la congoja
Mas ánimo le diera y mas aliento;
Mas, vuelta en gualda ya la color roja,
La habla á un tiempo perdió y el movimiento:
Quedó cual de alelí marchita hoja,
Y al español su tierno sentimiento
Anuncia, si no abrevia la partida,
De amor tan fino su lealtad vencida.

Y así en los brazos de Faustina bella
Y otras llorosas damas desmayada,
Que en triste asombro acuden á valella,
La real casa les deja alborotada;
Y el constante mancebo, huyendo della,
En ojos tiernos va y alma obstinada
Al ciego mar, adonde en frágil barca
Que á él solo espera, sin pensar se embarca.

Y dando al viento las latinas velas,
El lijero batel deja la playa;
Que un amor y otro amor sirven de espuelas
Para que huyendo ahora de ambos vaya:
Un amor descubierto sin cautelas,
En vez de encender fuego, le desmaya;
Que siempre el gusto incierto se sublima,
Y lo dado de balde no se estima.

Volvió de su amoroso desacuerdo
La bella Infanta, y al abrir los ojos,
Aunque alterada, con semblante cuerdo
La causa fué á buscar de sus enojos;
Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,
Y el desdeñado espíritu entre abrojos,
Torna á cerrarlos; que sin ver su amante
Tiniebla es todo cuanto ve delante.

Mas ya certificada en su partida
Y en la muerta esperanza de su gloria,
Si el cruel dolor no le acabó la vida,
Fué por darlo mayor con la memoria;
Y entre una y otra pena divertida,
En todas de su muerte ve la historia,
Hasta que, vuelta ya á mejor discurso,
Dió al alma vado y á sus penas curso.

Y recogiendo á lo mejor del pecho
El grave mal que su quietud destruye,
Gozar un rato quiere sin provecho
De ver su huésped por la mar cual huye:
De un rico balcon de oro al antepecho
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,
Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,
No es mucho sea como él el gusto humano.

Vió volar el pequeño barco altivo,
Surcando el mar con todo su tesoro:
«¡Ay, dijo, cruel, cobarde, fugitivo,
Que solo huyes de mí porque te adoro!
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
Verás en estas lágrimas que lloro:
Vuelve, y navega en él á tu contento;
Que mis suspiros servirán de viento.

»Vuelve, y verás el gusto de quererte
Hecho verdugo de mi amarga vida,
Y cuán vecina de mi triste muerte
La vana ocasion fué de tu partida:
Mas no vuelvas, cruel; que en solo verte
El alma, que ya tengo aborrecida,
Por tuya cobrará su aliento y brio,
Para pena mayor y agravio mio.

»Que ese mar, como tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ahora afable, como á mí contrario,
Paso te ofrece y favorable viento,
Yo espero que, volviendo á su ordinario,
Tu barco arroje con furor violento
Sobre algun pardo risco en que fenezca,
Y que en lo duro y cruel se te parezca.

»Mas si solo por ser venganza mia
Olvidare su estilo la fortuna,
Estos suspiros que mi pecho envia
De tí no han de dejar reliquia alguna:
Tu barco anegarán; mas ¡ay porfía
Vana, que á quien mi vista es importuna,
Los suspiros que doy, bien se concluye
Que serán viento en popa, cuando huye!

»Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
Como quiera que son te los envio;
Que en amor verdadero no hay engaño,
Y eslo en su fe por excelencia el mio.»
Así la Infanta dijo; y con el baño
De perlas lleno el rostro de rocío,
Como la luz quedó de la mañana,
Que el sol aun no le dió color de grana.

Y entre tanto la playa lisonjera,
Como si sorda oyera su agonía,
En huecos tumbos se alza de manera
Que sus deseos ya en temor volvia;
Y lo que, si no amara, le vistiera
El vengativo gusto de alegría,
Ya en pálido temor el riesgo mira
Del que ántes anegar queria con ira:

Cuando el barco, en confuso torbellino
De roncas olas, al amigo puerto
Entre peñascos saludando vino,
Ya de los dos el un costado abierto:
Corrió la Infanta al reino cristalino,
Ya el pecho sin recato descubierto,
A recibir el fugitivo rayo
Del sol que á su alma da un florido mayo.

Con roja tez el español valiente
Segunda vez tomó puerto en Acaya,
Si bien, como discreto, alegremente
La furia alaba de la ronca playa:
«No es bien dejar ciudad tan excelente,
Ni que yo huyendo de mi bien me vaya,»
Dijo; y á la Princesa en la ancha plaza
Pide humilde perdon, y ella le abraza.

Y ya en solemne triunfo victoriosa,
Cercada de su pueblo cortesano,
Del alcázar volvió á su cuadra hermosa,
Con su vencido huésped de la mano;
Y con alma en sus gustos recelosa,
Que no es durable juzga el bien humano,
Y al que ahora le dió el viento, busca modos
A conservarle encaminados todos.

Y no hallando ninguno poderoso
Al importante fin que pretendia,
Tierna le pide al jóven valeroso
Hasta Colonia le haga compañía,
Con que su estado cobre ó su reposo,
O juntos ambos bienes en un dia;
Que amor es hijo de un hidalgo trato,
Y la ausencia parió al olvido ingrato.

Fué de Gloricia traza este concierto,
Que de su amada nieta el bien desea,
Y por mil experiencias halla cierto
Cumplido de valor el que allí emplea;
Y aun lo que convirtió al vecino puerto
En raudales de viento la marea,
Artificio tambien fué de la sabia,
Forjado en mezcla de aficion y rabia.

No pudo el español, por mas que quiso,
El cuerpo ahora hurtar á esta demanda:
Encubrió el sentimiento, y con aviso
A la alegre jornada aprestar manda.
No es en sus gustos el amor remiso,
Que con dos alas por los aires anda;
Y así como por ellos, en un punto
Cuanto importó al partir se halló junto.

Un preñado galeon de nuevo lleno
De aparato y riquísimo tesoro,
Que Dédalo labró en un bosque ameno
Lo mas precioso dél de nácar y oro;
Hecho al compas y bordos de su seno
Un mudable jardin, alegre coro
De aves parieras, donde su armonía
Los parabienes da al reir del dia:

Aquí en real pompa á la marea liviana,
Que al huir del sol parió un celaje pardo,
Por la barra salió de espumas cana
Con la Princesa el español gallardo:
Seguia por majestad la capitana,
Mas que para defensa ni resguardo,
Ociosa flota; que el valiente godo
Todo lo ampara, y lo asegura todo.

La crespa mar con un templado viento
Por sus golfos les abre ancho camino:
Dejan á Macedonia á barlovento,
El Jonio estrecho, el cabo de Paquino;
Y volteando del trinacrio asiento
Con viento en popa el yerto mar vecino,
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
Que huye de Italia por llegarse al moro,

Un pequeño batel entre ola y ola
Andar de léjos vieron sobreaguado,
Que ni las velas nadie le enarbola,
Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
Solo de cuando en cuando una vez sola
El viento rasga, y del rumor quebrado
En las letras del eco que resuena,
Mas que palabras manifiesta pena.

Gobierna á vér el real galeon de Creta
El pequeño batel que no se mueve,
Y cuanto mas se acerca, mas perfeta
El viento trae la voz lijera y leve;
Y á todas partes, de la mas secreta
Del leño sale el ay confuso y breve,
Entre un horrible estruendo de cadenas,
De que parecen sus cavernas llenas;

Y en un tapete de oro recostado,
Sobre la corva puente un caballero,
El solo hermoso rostro desarmado,
Vestido lo demas de limpio acero,
De lágrimas cubierto y de cuidado,
Y en el semblante y gravedad severo:
Bernardo, que le vió, perdió el sentido,
De su presencia y suspension herido.

Conoció la beldad que amor le puso
En lo mejor del alma retratada,
Y vió que el que allí va triste y confuso
O es sueño ó su Arcangélica agraviada:
Quiso arrojarse dentro; mas traspuso
La nao de velas y de amor preñada,
Quedándose el batel pequeño en calma,
Que al tierno montañes le robó el alma.

Manda el galeon parar; manda la Infanta,
Sobresaltada en el temor de oillo,
Saber la causa que en presteza tanta
Al mar se arroja su español caudillo;
Cuando al bajel, cuya quietud espanta,
Su barquillo arribó, y de su barquillo
Apénas saltó dentro, que el mar ciego
En crespas olas enrizó el sosiego.

Quedó en mayor espanto que primero,
Habiendo en su combes reconocido
Ser un arnes pintado el caballero
Que la Princesa habia parecido;
Y el son de las cadenas lastimero
O fué imaginacion ó fué fingido,
Y el frágil barco, si tambien no engaña,
El que una noché le sacó de España.

Alteróse la mar, y el raudo viento
La flota al barco le escondió y el dia,
Y él, sin remos ni vela, un pensamiento
En su lijero vuelo parecia:
Perdió el grave español el sufrimiento,
Burlado de su ciega fantasía,
Que un nuevo gusto le pintó en el seno
Del vacío bajel, de engaños lleno.

Teme sin ocasion haber dejado
La cretense beldad; teme y suspira
Por ello ser de sin lealtad notado,
Y su aficion hallar trocada en ira;
Que, aunque no está rendido á su cuidado,
Ni al dulce premio de su amor aspira,
Es efecto de amor propio ó forzado,
Amar de un modo ó de otro el que es amado.

Mas entre los recelos y el disgusto
De hallarse en el batel burlado y solo,
Cuando tocaba en horizonte al justo
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
Cobrando aliento su ánimo robusto,
La noche oscura y encubierto el polo,
A ver se puso la lijera priesa
Con que el golfo su góndola atraviesa.

Juzga de su volar que no anda tanto
De un nuevo amante el pensamiento altivo,
Como ella, envuelta en el confuso manto
De la noche sin luz y el golfo esquivo:
Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
Otro ánimo dejara apénas vivo;
Cuando ya por entre una y otra roca
De un rio profundo le tragó la boca.

Y los prolijos golfos reducidos,
A una angosta canal mira abreviadas
Sus olas, y él y su batel metidos
Entre riberas de árboles copadas;
Por donde de la furia compelidos
Que allí los dió á las ondas sosegadas,
Del cristal de Ebro la barquilla altiva,
Cual rayo sube la corriente arriba.

Salia sembrando aljófares y plata
La blanca aurora por el crespo rio,
Guiando por entre una y otra mata
Sus tiernos soplos al batel vacío;
Cuando en un remolino le arrebata
La densa niebla de un celaje frio
Que de sus lentas ondas se levanta,
Y al dia mas claro con su sombra espanta.

El nacer y el morir la luz del alba
En su presencia todo fué en un punto,
Y de la oscura nube hacerle salva
Con roncos truenos, fuego y rayos junto;
Pasando la pequeña barca salva
Entre las rojas llamas, un trasunto
De la encendida fragua en que al verano
Sus rayos labra á Júpiter Vulcano.

Volaba ardiendo sin quemarse el barco
Sobre el agua que en blando fuego ardia,
Cuando de en medio el encendido charco
De un dragon la escamosa tez nacia,
De las colores que en el cielo el arco
Vestirse suele al trastornarse el dia;
Cuya garganta, aunque escarchada de oro,
Llamas lanzaba en anhelar sonoro.

Así, al cruzar Caron el lago Averno
Con su negra barquilla, le recibe
La abierta boca del horrible infierno,
Del fuego llena que en su vientre vive;
Y entre el oscuro arder del humo eterno,
Que á cada culpa su castigo escribe,
Su leño alija, y la laguna amarga
Al peso gime de la inútil carga.

Y así la fusta en que el valor de España
Entre el fuego y el agua iba rompiendo,
A las gargantas de la sierpe extraña
Bajar se vió con espantoso estruendo:
Tragóle el gran dragon; que una montaña
Es breve hormiga con su bulto horrendo...
Yo no me atrevo á dar tras dél un paso;
Que es irse á despeñar horrible caso.

Seguir ahora el rumbo ilustre quiero
De otro navío que próspero navega,
Y remedar un gusto lisonjero,
Que solo al tiempo del placer se llega;
Y él sobre el aire así vuela altanero,
Que el mundo ya por bajo se le niega,
Y en ver la luna Malgesí tan junta,
Las bolinas viró, y tomó otra punta.

Dióle medroso horror ver, si anochece,
Del cielo trastornarse la techumbre,
Y que lo que de acá luna parece,
Huecas montañas son llenas de lumbre;
Y la argentada tez que mengua y crece
En su resplandeciente pesadumbre,
Es luz del sol, que, como á un limpio espejo,
Ya de un lado le da, ya por parejo.

Sus plateados riscos y montañas,
Lagunas de un cristal que se movia,
Entre cuyas riberas y espadañas
Las sombras viven de la noche fria;
Y aquellas negras cejas y pestañas
Que aquí parecen, desde allí se via
Ser de un jayan el bulto, que tendido
Sobre un blanco arenal vive dormido.

Guarda su sueño en hermosura rara,
Mil perlas ensartando de una en una,
Una blanca mujer, cuya ancha cara,
En viéndola, les dijo ser la luna:
La tez del rostro trasparente y clara,
Cada ojo del compas de una laguna,
La boca un ancho rio, y ella junta
Mayor que el monte Olimpo, falda y punta.

Las riendas de la mar tenia en la mano,
Y de espejo su golfo le servia,
De las flores cercada del verano,
De cuyas perlas su frescor se cria:
Admiróles el mundo soberano
Que así volando por sus hombros guía,
Dando los ojos al humilde suelo,
Medrosos del furor de tanto vuelo.

Juzgan mayor el globo de la tierra
Que el primer resplandor dos treinta veces,
Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,
De un mudable cristal lustrosas teces;
Donde, haciendo del sol los rayos guerra,
Nuevas lumbres producen sus combeses,
Que, de sombras tejidas y reflejos,
Otra luna inferior forman de léjos.

Absortos al placer de andar volando
En medio de ambos climas, ya sin tino,
Ni ven si van subiendo ó si bajando,
Ni de cuál mundo siguen el camino;
Cuando el diestro piloto en curso blando
Cambió el timon, y mareando el lino,
Las bolinas trocó, y humilló el vuelo;
Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.

Fuéron, al fin, á rematar la punta
A los bajos antípodas del mundo,
Pasando en invariable vuelo junta
La oscura inmensidad del mar profundo,
Hasta donde con él se engaza y junta,
Suelto del primer orbe, este segundo
Que hoy á España tributa y da barata
La sangre de sus venas vuelta en plata.

Ven hácia el sur tendidas las regiones
Y el belicoso clima de la tierra,
Que en los ménos altivos corazones
Discordia influye, presuncion y guerra;
Hasta los encubiertos Patagones
Y el largo trecho que sus playas cierra,
Por donde Magallanes, sin contienda,
Del rico oriente halló la inútil senda.

Ven del Brasil los páramos incultos,
Los Andes, el Dorado y los temidos
Desiertos del Dayren, llenos de insultos,
Aunque frescos entónces y floridos:
Del viejo y mozo Potosí los bultos,
De riquezas preñados y hoy paridos,
Y las playas de Chile de oro llenas,
Y ahora mas de sangre que de arena.

La rica tierra y blancos arenales
En que llover no supo el seco cielo,
Y la vecina sierra y sus raudales,
Que en frescos valles dan partido el suelo:
El Cuzco, de los ingas naturales
Silla imperial, y el claro y fértil vuelo
Con que la equinoccial, sembrando brasa,
Por los muros de Quito rompe y pasa.

En Panamá y su costa el nudo estrecho
Que dos contrarios mundos encadena,
Y el hueco monte que, de llamas hecho,
De Nicaragua por las playas suena:
Del valle de Campeche el dulce pecho
Queda de roja miel y abejas llena,
Y los verjeles que el cacao señala
Por el rico Tabasco y Guatemala.

Miran el brazo de cristal que ataja
De Chiapa los desiertos arenales,
Y de Guajaca la florida faja
De regalados temples y frutales:
Las dos ricas Mistecas, alta y baja,
Con sus frescas moreras y nogales,
Las nevadas alturas de Perote,
Y el mar que á vista dél sirve de azote.

Ven entre el fresco Pánico y Guatulco
A Tlascala y el reino Mejicano,
A Mechoacan, Colima y Acapulco,
Del mar del sur el puerto mas cercano:
Los pueblos de Quiseo y Tlajamulco,
Y en sus contornos y florido llano
La abundante laguna de Chapala,
Que al Oceano en profunda anchura iguala.

Miran de Zacatecas la riqueza,
Entónces en sus venas enterrada,
Y otro Méjico al norte, de grandeza
O ya sea verdadera ó sea soñada:
De la sierra de Topia la belleza,
De fina plata y oro incorporada,
Y á Culiacan, que en temple no bien sano
Al mundo crió la flor de su verano.

Los riscos de Chiametla y de Copala,
Y de su rica playa las salinas;
La áspera Guaynamota, que la iguala
En fieras gentes y en preciosas minas;
Los altos montes de Jalisco y Jala,
Llenos de miel sabrosa y de sabinas;
Los jardines del valle de Vanderas,
Y reventando el mar por sus riberas.

El gran volcan de Jala, monstruo horrible
Del mundo y sus asombros el mas vivo,
Que ahora, con su roja luz visible,
De clara antorcha sirve á lo que escribo;
Y á ti, oh soberbio Olimpo inaccesible,
Desta historia feliz rico motivo,
Tambien verian de allí, puestos por tilde
A tu alta frente y tu laguna humilde.

Y aun pienso que si el sabio lo fué en todo,
Entre sus ninfas de cristal veria,
Danzando por las juncias á su modo,
La que me sirve aquí de aliento y guia,
Pues hilando su estambre al valor godo,
La tela entónces inmortal tejia
De los ricos dibujos con que ahora
Felices partos da en mi voz sonora.

Aquí entre sus laureles inmortales,
En fresco temple y agradable frio,
De aquellos pensamientos celestiales
Esta heróica preñez concibió el mio:
Aquí entre verdes juncias y cristales
Manó la humilde fuente deste rio;
De la quietud y paz que aqui se encierra,
Deseos de fama urdieron esta guerra.

Ya desde el aire el mágico adivino,
Lo mismo contemplando que yo ahora,
La vuelta queria dar por donde vino
A encontrar los caballos del aurora;
Cuando el brio atajado y el camino,
Vencido su saber, se vió á deshora
Caer al suelo con su barco y guia,
Y la gente que dentro dél venia.

Sobre los riscos de un volcan ardiente
Que entre Tlascala y Méjico levanta
Al cielo y á su luz el humo y frente,
Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,
Del risco mas fragoso y eminente
Un gajo sube, que entre planta y planta,
Del sabio Tlascalan la cueva horrible,
Si el humo da lugar, vuelve visible.

Era este nigromántico severo,
Corpulento jayan, doblado en ciencia;
Que los roncos bramidos del cerbero
A los suyos prestaban obediencia;
Ni por bárbaro inculto ni por fiero,
De imperfecta amistad, grave en presencia,
El calvo rostro como una ancha adarga,
La hórrida barba espesa, cana y larga.

Ciento y ochenta cursos de su esfera
La lámpara del sol pasado habia,
Despues que al sabio dió la luz primera,
Y él con ella gozó su primer dia,
Y tantos de salud y vida entera
En experiencias mágicas tenia,
Cuyas lecciones y saber profundo
Los círculos parar solian del mundo.

Subia los rios á buscar su fuente,
Y á los ojos el siglo venidero;
A los mas firmes montes dió corriente,
Y cadenas al tiempo mas lijero;
Y temiendo tambien, como prudente,
El segundo morir tras el primero,
Al riesgo hacia de la humana suerte,
De la virtud escudos á la muerte.

Pues este, á quien las luces del ocaso
Los rayos humillaron á su cueva,
Luego que el barco vió en el cielo raso
Seguir en rumbo tal senda tan nueva,
Con firmes signos le detuvo el paso,
Y él, su patron y los que dentro lleva,
Ya de su mago cerco roto el vuelo,
Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.

Mas cuando en los perfumes y centellas
Del ya violado círculo y conjuros,
Y la sombra infeliz que dellos y ellas
Los cursos le aclaró primero oscuros,
Manifiestas halló las causas bellas
Con que volando al aire iban seguros,
Y el cerco hermoso y el diverso mundo
Que en el primero vieron y el segundo;

Con razon admirado y envidioso
Del vuelo ilustre seguidor del dia,
Al ya quebrado barco el mago ocioso
Con rostro vino lleno de alegría;
Y «el cielo, dijo, oh pueblo valeroso,
El fin dichoso os dé como la guia,
Porque el feliz viaje deste modo
Sea, cual vuestro valor, único en todo.

»No tristes vueltas de contrario sino,
Ni aspecto inútil de enemiga estrella,
Al dichoso bajel cortó el camino,
Y su fuerza y virtud dejó sin ella;
Mas nueva traza del saber divino,
Que por los pasos quiso de esta huella,
Cumplidos ya vuestros deseos, mostraros
De un mundo oculto los sucesos raros.

»Y pues la eterna prevencion divina
Vuestra venida á tal sazon dispuso,
Ya el pié dichoso, oh gente peregrina,
En los riscos poned que el cielo os puso;
Que yo, á quien esa misma fuerza inclina
Que en todo os sirva de mi oficio al uso,
Para ello saco á luz grandezas tales,
Que al resto excedan, y aun que os sean iguales.»

Dijo; y el frances sabio, que vencido
Su poder vió de aquel oculto mago,
Roto el lijero barco, y él rendido
A un superior espíritu aciago;
Ya que en voz noble y trato comedido
El roto esquife suelda con halago,
Y en amigo hospedaje los convida,
Y á él y á los suyos da la bienvenida;

Cerrando ahora del primer agravio
La oculta saña en lo interior del pecho;
Que el encubrir la afrenta es de hombre sabio
Cuando no es el vengarla de provecho;
Con rostro alegre y lisonjero labio
Fingidas gracias da al agravio hecho;
Y en real grandeza el mágico á su cueva
Con segura amistad y paz los lleva.

Por las venas sin luz del monte horrible,
Que al turbio cielo escupe ardiente llama,
Una gruta de altura inaccesible
En preñadas cavernas se derrama:
Patente un tiempo fué, mas ya invisible
Toda su majestad guarda la fama;
Adonde el sabio los subió, y tenia
Cuanto de gusto el suyo le pedia:

Hecho á la entrada de un pendiente risco
De un alto mirador el corvo techo,
A quien de alegres rejas rojo aprisco
Alfombras labra al rústico antepecho;
De yedras entoldado y de lentisco,
Donde la vid lozana, trecho á trecho,
De tiernos grumos hace que se cuaje
La red de su tejido ventanaje.

Entrando por la cueva, á quien ninguna
En riqueza igualó ni en aposento,
Tan vecina á la esfera de la luna,
Que por humilde deja á la del viento,
El cristal ven temblar de una laguna
Que es de aquel mundo el mas florido asiento,
Y en sus retretes tales maravillas,
Que allí el verlas pasmó, y aquí el oillas.

Era la hermosa cuadra que en altura
Poner la suya quiso en las estrellas,
No hecha por humana arquitectura,
Sino por la afluencia y virtud dellas:
Dentro, en los huecos de una peña oscura,
A quien dan luz los rayos y centellas
De puntas de diamantes y esmeraldas
Que el cielo le cuajó en su cumbre y faldas,

Vese, del tiempo y la humedad, cubierta
La hueca peña de menudas flores,
En partes jaspeada, en partes muerta,
En sombras una, y otra en resplandores;
Haciendo un todo de hermosura ingerta
Sus diversos metales y colores,
Y esmaltada la tez que los remata
De grumos de oro y escarchada plata.

El natural desórden con que puso
El ciego tiempo estos rasguños bellos,
Como arrojados en monton confuso,
Es el mayor primor y gala en ellos,
Pues tanto sus brutescos descompuso,
Y en tantas formas se enredó por ellos,
Que parece los hizo en competencia
Del artificio de la humana ciencia.

Pues á los capialzados de la sala,
Sembrados de preciosa pedrería,
Ni el oro les faltaba para gala,
Ni crústulas de varia argentería,
Ni azul de verde jaspe, á quien no iguala
El Copto ardiente ni la Scitia fria,
En vez de los doseles y tapices
De huecas sombras, sendas y matices.

Que la alta corpulencia de la piedra,
De diversas riquezas amasada,
La falta suple, y con ganancia medra
Mil hermosuras de que está sembrada;
Que el oro entre lo verde de la yedra,
Y entre lo azul del risco plata helada,
Labores hacen de tan diestra mano,
Que vuelven pobre al artificio humano.

Desta real sala se entra á otras menores,
Menores no en riqueza ni hermosura;
Que de manchados jaspes y labores
Divina hacen y nueva arquitectura;
No todas de cavernas y furores,
Ni brutos senos de la piedra dura;
Que en mucha parte el bárbaro edificio
Al natural juntaba el artificio.

Dejó admirados de la gruta extraña
La no vista belleza á los presentes,
Sus frondosos jardines, con que engaña
Del veloz tiempo el sabio las corrientes;
Y en sillas de oro y áspera montaña,
Del grave estudio cuadros excelentes
Gozan, en que el pincel subió de punto
De un mundo y otro el artificio junto.

Era esta cavernosa cuadra hecha
De un amasado risco de esmeraldas,
Que un fresco mirador arroja y hecha
Del jardin bello á las floridas faldas,
De adonde un cielo ve y un mundo acecha,
La vista al sur, y al norte las espaldas,
Con un rio que, al romper de peña en peña,
En verde juncia y ovas se despeña.

A cuyo ruido el canto de las aves
De altivo sirve y dulce contrapunto,
Y el tiple agudo en los bemoles graves,
Afinándose mas, sube de punto:
Al fin, juncias, bémoles, cantos suaves,
Rio, flores y peñas, todo junto
Entretiene, suspende, alegra, engaña
La vista, el campo, el bosque y la montaña.

Aqui el mago tenia de sus ciencias
El estudio, instrumentos y aparato;
Aqui su anatomía y experiencias
Con vigilancia hacia y con recato;
Aqui de globos varias diferencias,
O por necesidad ó por ornato,
Que en paredes y bóvedas colgaban,
Alegre asombro á quien las vía daban,

En huecos bultos de sombrías figuras
Sus malogradas almas detenidas,
De las regiones lóbregas y oscuras
Por nuevos rumbos mágicos traidas;
Y aunque á la vista son simples pinturas,
Estrechas gozan y espantosas vidas,
Dando al mago, en diversos tiempos juntas,
Sospechosa respuesta á sus preguntas.

Tiene de yerbas, raices y de gomas,
Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,
En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,
Varias sumas de hechizos y quimeras;
De agua del rio Averno dos redomas,
De las tres furias nueve cabelleras,
Hollin del barco de Caron, y entero
Un colmillo y dos uñas del Cerbero.

De pardo lobo ayuno, que enmudece
Los perros con su vista, buche y pelo;
Cabellos de Prosérpina, y el pece
Rémora, que á un navío entume el vuelo;
Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
Al pescador el brazo del anzuelo;
Un grano de alcanfor y otro de helecho,
Y de dos escorpiones cuello y pecho.

Un áspid soñoliento; una escamosa
Piel de serpiente azul, de manchas llena;
Corrupta sangre de mujer celosa;
Mortal cicuta, mágica verbena;
Plumas de salamandria calurosa;
Espuma de doblada anfesibena;
Soga de hombre ahorcado en acebuche;
De arpía las garras, y de un buho el buche.

De la serpiente Emórrois el veneno,
Que despide en sudor la sangre humana;
De la sedienta hidra el cuero lleno
De ponzoña, y del sirio can la lana;
La ala del presto yáculo, que al seno
De la peña se arroja mas cercana;
Dipsas, que al que su tósigo salpica,
La sed hasta la muerte multiplica.

Un corazon de niño, que la hambre
Los huesos enjugó y secó la vida;
De la rueca de Cloto el blando estambre,
A quien del mundo está la hebra asida;
Una cabeza de encantado alambre,
De contrahecha voz y alma fingida;
Los ojos de un dragon, y un basilisco
En sangre de camello berberiscó.

Dientes de cocodrilo y elefante;
Dos buches de avestruz; menstruo de vieja;
De la grulla la piedra vigilante,
Y la electroria húmeda y bermeja;
Del buho el ojo izquierdo penetrante;
El diestro de la aguda comadreja,
Con la piedra de la águila, que dentro
Va con preñados senos á su centro.

Yerba del pito contra el hierro duro,
Ceniza de hombre muerto de algun rayo;
Estéril tierra de sepulcro oscuro;
Dos huesos de abubilla y papagayo;
Yedra cortada de arruinado muro;
Ruda encantada con rocío de mayo;
Pares de un abortivo, y la testera
De unicornio, habaela y de pantera.

Un cuerno de cerasta, que en la arena
Arma, escondida, venenosos lazos;
De la engañosa y lóbrega hiena
Las azules escamas de los brazos,
Con que en las tristes sepulturas suena,
Haciendo los cadáveres pedazos;
De la ave fénix una roja pluma,
Y de una hidra el tósigo en espuma.

Y en mas virtud y adorno de la cueva,
En maga ostentacion y fuerza oculta,
De noble pedrería un cielo lleva
En realces de oro por la peña inculta,
Así en signo observado y luna nueva,
Que de su variedad y luz resulta
Belleza al muro, estimacion al arte,
Y á la mágica ayuda por su parte.

El cristalino Erindro, que humedece
Con su frialdad el aire circunstante,
Y dando siempre lágrimas, parece
De algun ausente gusto tierno amante:
La dura celosía, á quien no empece
El fuego y el celonte penetrante;
El adivino y verde silenite,
Que con la luna en la inquietud compite.

Las castas esmeraldas, el topacio
Contra el vacío tumor de la locura,
El balaj, casa hermosa y real palacio
Del carbunco, y la onix triste y oscura;
La verde orites, que, en pequeño espacio
Bebida, hace abortar la criatura,
Y la andromata de agradables rayas,
Que el mar Bermejo escupe por sus playas.

La roja peridonia, que las manos
Con su disimulada lumbre quema;
La preciosa bezar, que los lozanos
Ciervos del buche crian en la flema;
La ágata, llena de manchados granos;
La encendida amatista, que desflema
De Baco el humo; el záfiro, y á este
El jacinto, salud contra la peste.

La amandrina de agudos resplandores,
De agoreros autora y adivinos;
La acátes, de jardines y de flores
Llena y rasguños de oro peregrinos;
La aquelonia, sembrada de labores;
Los duros inmortales abestinos,
En quien, si el fuego prende sus centellas,
Ni ellos se gastan ni se apagan ellas.

No faltó la pantera, á maravilla
De encontradas colores salpicada,
Ni la que en su celebro la abubilla
A entender da los sueños aplicada;
Ni á tí, Liparis bella, faltó silla,
Que de flecha jamas fuiste hallada;
Ni á tí, Diadocos, que á las noches manas
Vanos asombros y fantasmas vanas.

De este cielo de estrellas amasado
La alta bóveda el suyo componía,
Y un elitrepio en humedad bañado,
Que entoldar suele de tiniebla el día,
Con la que del celebro coronado
Del gallo nace, y de su humor se cría,
A vueltas de diamantes y rubazos,
Que alegres hacen y vistosos lazos.

Y en medio los festones y guirnaldas
Que tejen de grabada enlazadura,
Rojos rubís y alegres esmeraldas,
Como pomposo rey de la hermosura,
Dando centellas de oro y luces gualdas,
Hacia un carbunco, de la sombra oscura
De aquel rico desvan, si sombra habia,
A pesar de la noche, eterno el dia.

Ufano el sabio, que en silencio atentos
La novedad los tiene de su cueva,
Su admirable riqueza y los portentos
Con que los ojos y los gustos ceba,
Por mas recrear sus ánimos sedientos,
Y darles mas que su apetito beba,
Del hueco monte los subió á la cumbre,
Rico inmortal blandon de eterna lumbre.

Pasan á vista de la llama ardiente
Que al cielo de su vientre azul vomita,
Cuyas masas de luz resplandeciente
El bronce en ellas hace se derrita:
Ven las hornazas y el metal luciente
Que hirviendo en las canales huecas grita,
Y entre el humo que al aire pardo tupe,
Torcidos rayos en contorno escupe.

Y ya despues que por revueltas calles
Y oscuros socavones, en la cumbre
Del erizado monte, volvió á dalles
Segunda vez del rubio sol la lumbre,
Una sala se vió llena de entalles,
Tan lleno de oro el suelo y la techumbre,
Que el avariento Midas pudo solo
Labrarla ántes de entrar al rio Pactolo.

De grave y compasada arquitectura,
Aunque por magos círculos movible,
Que en tal aspecto abrieron su figura,
Que en ella un mundo y otro hacen visible,
En luz tan nueva y claridad tan pura,
Que la tierra y el cielo inaccesible,
Lo por venir, pasado y lo presente,
Volar se via por su corva frente.

En firmes arcos sus murallas, hechas
De contrapuestos cóncavos espejos,
Que en cortas luces y saetias estrechas
Nuevas figuras dan, nuevos reflejos;
Y las vislumbres entre sí deshechas,
De vario aspecto y rayos mal parejos,
En las teces ponian ingeniosas
Nueva admirable variedad de cosas.

A este real mirador un fresco llano
De pomposo teatro le servia,
Donde un alegre pueblo en traje ufano
Con placenteros bailes se extendia;
Cuando en suave modo el mago anciano,
Dándoles sillas de oro y pedreria,
Así tuvo, en palabras elocuentes,
De sus labios colgados los oyentes:

«Aunque la alegre suspension que veo
Mis cosas hace de mayor estima,
Pues en tan graves pechos, cual deseo,
Alegre espanto dan y causan grima,
El admirable círculo y rodeo
Con que del nuevo mundo á ver la cima
Llegado habeis, así le excede y pasa,
Que es mi grandeza ya grandeza escasa.

»¿Quién jamas supo dar tan alto vuelo,
Aunque ayudase con su industria y alas
Un hombre antiguo, que en esotro suelo
Haber, dicen, labrado al aire escalas?
Quién por tan alto rumbo y paralelo
Llegarse pudo á las supremas salas,
A oír de las estrellas el lenguaje,
Y ver la inmortal luz de su viaje?

»Tiénese por sospechas que esta lumbre,
Que es de todas las lumbres la primera,
No como el mundo juzga está en la cumbre,
Mas en el fijo centro de la esfera;
Y la demas inmensa muchedumbre
De estrellas rubias, con su rueda entera
En torno rueda dél, y tambien rueda
La tierra, aunque parece estarse queda.

»Que él, como silla y soberano asiento
De los dioses, se está inmudable y fijo,
De cuya eterna luz toma sustento
La suya, y della el mundo regocijo:
Vosotros, que en los páramos del viento
Recodo y vuelo disteis tan prolijo,
Sabréis quizá lo que ahora se desea,
Si se anda el sol, ó el mundo le rodea.

»A los que el cielo han visto, ¿qué grandeza
No les parecerá menuda y corta?
A quien gozó del orbe la belleza,
Ver esta estrecha gruta ¿qué le importa?
De la tierra el caudal todo es pobreza,
Y así la vista, al parecer absorta
En lo que ahora veis, quizá proviene
De la desproporcion que el caso tiene.

»Mas si hay equivalencia ó puede habella
En lo que está por ver y habeis ya visto,
En esta sala está, y ahora por ella
En raudo vuelo pasa y curso listo:
Aquí el gran rayo está de una centella
Que ha de encenderse de la luz de Cristo,
Y á la alegre venida de su aurora,
Aquellas gentes hacen fiesta ahora.

»Grandes cosas sabréis: estadme atentos,
Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva;
Y para que quieteis los pensamientos,
Y mi voz todos juntos se los beba,
Seguro os doy que salvos y contentos
Por un breve camino y senda nueva
Al mundo volveréis de quien salístes,
Y los montes veréis que otra vez vistes.

»Tú, heróico persa, á quien un alma altiva
En tanta duda puso y desconsuelo,
No ya te afijas mas; que sana y viva
A mejor ocasion la guarda el cielo;
Que ni de Creta la beldad esquiva,
Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,
Por otra ocasion nueva ni por esta
La vida acabará que tantas cuesta.

»El tributo cruel que en Creta puso
De un cerco mago el prodigioso cero,
Por quien el ciego reino trae confuso
De un falso dios el nombre lisonjero,
Se alzara de una vez, y el torpe abuso
Del sacrilego altar cayera entero,
Si la heróica beldad que de las aras
Medroso arrebataste le dejaras.

»Hizo el encantamento riguroso
Con tales cercos el sangriento mago,
Que hasta que un rostro llegue así hermoso,
Que de fealdad le falte un corto amago,
Del cruel reino el triste altar odioso
Del mundo y su hermosura será estrago:
Sola Angélica pudo darle el justo,
Libre aquel dia del tributo injusto.

»Mas si el sol pasa desta edad florida,
Por largos siglos durará su llanto;
Que dar del todo una beldad cumplida,
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto;
Con esta regla ha de salir medida:
De treinta nesgas ha de hacer su manto;
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene
La bella reina que de oriente viene.

»En tres facciones cual la blanca nieve,
Y en otras tantas gorda y colorada,
En tres larga tambien, y otras tres breve,
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,
Y ser estrecha en tres la dama debe,
Y en tres ancha, extendida y dilatada,
Pequeña en tres; y si esto no tuviere
En Creta morirá si á Creta fuere.

»El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos
Cual se descubre el sol por la mañana;
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte ménos bella y mas humana;
Como el coral los labios, y con ellos
Las uñas y mejillas como grana;
El cuerpo, manos y el altivo cuello
Largo importará ser si ha de ser bello.

»Los piés, dientes y orejas delicadas,
De breves puntos y perfecta hechura;
Pestañas y caderas dilatadas,
Y anchos pechos de alegre arquitectura;
Y las tres perfecciones mas notadas,
Pequeña boca y breve de cintura,
Con lo demas que amor, justo ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.

»Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean flacas pide la belleza,
Si bien la honestidad, por peligrosas,
A los ojos cubrió su gentileza:
La nariz, las dos pomas deleitosas
Pequeñas, y pequeña la cabeza;
Y los dedos, los labios y cabellos
Delicados serán si han de ser bellos.

»Destos varios engaces de oro juntos
La imágen se hace de beldad perfeta,
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos
El firme encanto desharán de Creta;
Y en la japona reina los trasuntos
Desta medalla pública y secreta
Salud le dieran, si el temor estrecho
No lo estorbara de tu ardiente pecho.

»Y tú, frances, á quien la nueva guerra
De tu patria hará de llanto un lago,
Y en la subida de una inculta sierra
En sus flores de lis sangriento estrago,
Apriesa vuelve á tu enemiga tierra
A dar venganza al agraviado mago;
Que está del sacro imperio el guion alto
De insignes capitanes y armas falto.

»En el Franco-Pomier, donde yo, puso
Su casa un tiempo y su jardin Morgana,
Morgana, ilustre hada que el concurso
Ahora de la riqueza rige humana:
Diosa del interes y de su abuso,
Y del rey Artus halagüeña hermana,
Un castillo encantó y un bosque esquivo,
Donde á su hermano tiene ó muerto ó vivo.

»Y allí en la rica sala del tesoro,
Por nueva injuria á su enemiga Francia,
Los capitanes de mayor decoro
Que del imperio rigen la importancia,
Hechos tiene insensibles bultos de oro;
Que esa es del oro la mayor ganancia,
Y el interes en ánimo avariento
Confuso lazo y ciego encantamento.

»Y así este, aunque desnudo de provecho,
Como mal sin remedio no le alcanza;
Que un hombre avaro, estatua de oro hecho,
No hay de que vuelva á ser quien fué esperanza:
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho
De un muerto cuerpo está la semejanza,
Que suele, con ponérseles delante,
De sueño despertarlos semejante.

»Aquí, pues ves lo que á tu patria importa,
Abrir harás la antigua sepultura,
Y al muerto bulto, que la muerte absorta
Con su voz rompa la lazada oscura;
Que á quien del oro el interes transporta,
La sola muerte cura su locura,
Y aun suele el rumor della á mejor vida
Dar despierta la estatua mas dormida.

»Hay fama que es el poderoso muerto
El anglio rey, que allí en podrida llama
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto
El lóbrego ataud, deja su cama;
Y á su antigua virtud y honor despierto,
Al mas dormido da deseos de fama,
Y el oro hace olvidar; que es tierra el oro,
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

ALEGORÍA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el seguimiento de Arcangélica, significa que el ánimo codicioso del apetito de venganza con ningun partido ni medio se quieta, ni otra satisfaccion tiene por honrosa que aquella que por sí mismo alcanza de quien le ofendió. El gran vuelo del sabio Malgesí ya hemos dicho que es figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llega á la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventuranza prometida al hombre, como á la monarquía española las Indias Occidentales. Por Tlascalan, sabio antiguo que tiene su morada en las cavernas y gruta de un monte, es entendido el apetito de las riquezas que se crian en las entrañas de la tierra; el cual muchas veces es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre contemplativo, que ántes con gran deleite volaba sobre su pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura del mundo y secretos de la naturaleza; al cual la solicitud de las riquezas impide la quietud que tan necesaria es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las Eticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de la cueva de Tlascalan significa la imaginativa, de adonde se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Reinaldos se da para desencantar las estatuas de la sala del tesoro, se muestra cómo sola la muerte, ó su memoria eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su peligroso encantamento.

LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO.

Cuenta el sabio Tlascalan las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Cárlos V. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde, habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así, de lo profundo de su pecho,
El sabio al mundo siembra maravillas,
Y en la gruta retumba el corvo techo,
Y oyen los héroes en doradas sillas,
Que en observado signo y cercos, hecho
De luciente oro márgenes y orillas,
El feliz mirador da en sus viriles
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.

Y él, viendo el siglo por venir patente,
De superiores luces alumbrado,
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente
Del que escuchaba el venidero hado,
Como al rey persa y al frances valiente
De nuevas trazas amasó el cuidado;
Y en su piloto ahora el rostro fijo,
Así siguiendo su discurso dijo:

«Si, cual te dió el antiguo Balisarte
En el frances aguado el valor godo,
Sin mezcla de otro azar supiera darte
De castellana masa el pecho todo,
Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte
A suspender de tu viaje el modo:
Libre pasaras con tu intacto vuelo
O por la humilde tierra ó por el cielo;

»Que la estrella de España en este mundo
En todo es superiora de otra estrella.
Así los cielos, en saber profundo,
Para mas bien lo dispusieron della:
Del rubio oro el feliz parto fecundo,
Y de luciente plata blanca pella,
Ahora recoge, guarda y desentraña,
Para en cambio de fe ofrecello á España.

»Cuando tu patria en nuevas opiniones
La religion verá que ahora profesa,
Y en la fe sospechosa y sus razones,
Muchas confesará que hoy no confiesa,
De España los católicos pendones,
Y el primer papa en ellos por empresa,
En señal que es el agua de su fuente,
A dar luz bajarán á nuestra gente.

»Comprarémos entónces (¡cosa extraña!)
El cielo con la escoria de la tierra,
El desengaño y luz con lo que engaña,
La eterna paz con la mudable guerra:
Darémos plata humilde y oro á España
Por la divina religion que encierra
Como en limpio granero; que es mancilla
Sembrar si no está limpia la semilla.

»Y si deseais á estos ocultos casos
La estampa ver de su mudable idea,
Y los eternos encubiertos pasos
Por donde el cielo su girar voltea;
Si de lo por venir bultos escasos
Ver deseais, y hay vista que los vea,
Oid, héroes de otro mundo, oid; que quiero
Al presente sacar el venidero.

»Al mudable cristal desta laguna,
Del polo helado y su encubierta gente,
Domando en riendas de oro la fortuna,
Otro tiempo bajó un pueblo valiente:
Rindió incultas naciones, que ninguna
Fiel tributo negó á su rey potente,
Y él, en victorias y poder ufano,
Leyes dió al Nuevo Mundo de su mano.

»Y aunque de mar á mar la estrecha tierra
Con armas tiene su furor turbada,
Con quien mas firme enojo y firme guerra
El rigor trae de la ambicion trabada,
Es con la que á las faldas desta sierra,
Ahora en pomposas plumas señalada,
Con ancho baile y músicas celebra
Del ya domado ardor la primer quiebra;

»Es la hidalga nacion que á las vertientes
De Tlascala por mia heredó el cielo,
Y á estas feroces extranjeras gentes
El mas contrario y enemigo suelo;
Y aunque en sangrientas lides diferentes
Victorias les ganó de la honra el celo,
De su teson y aliento belicoso
Nunca hora hemos gozado de reposo.

»Hubiera á su pomposa vanagloria
Sin mí rendido el cuello el pueblo mio,
Y en triste servidumbre, á su victoria
Las riendas diera del vencido brio;
Mas yo, que al siglo por venir notoria
Miro la gran revolucion, confio
Que han de dar las estrellas libre el paso
A la luz de su oriente en vuestro ocaso.

»Y no solo inviolables sus mojones
Hará esto á las edades venideras;
Mas aun los mejicanos escuadrones,
Cuando al mundo asombraren sus banderas,
Y á su tremolar tiemblen las naciones
Que de ambos mares ciñen las riberas,
Y sea de su ambiciosa monarquía
La tierra toda en que se encierra el dia.

»Entónces mi constante pueblo altivo,
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,
La verde juncia en ademan esquivo,
Y el cerco ha de asombrar de su laguna,
Cuando ya llegue al colmo fugitivo
De su prosperidad la llena luna,
Y á un rey sañudo que su cetro tenga,
Del rubio sol á verle un hijo venga.

»Ya allí de un mundo y otro las estrellas
El curso trocarán de su corriente,
Y á los peñascos destas playas bellas
Nueva vendrá y desconocida gente:
Ya veo sus naos llegar; ya veo sobre ellas
Los timbres de oro y armas del oriente;
Ya á sus invictos capitanes veo
De una alta cruz labrar feliz trofeo.

»Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso
Premio á mis ricas esperanzas siento,
Y la gloria del hecho mas famoso
Que caber pudo en cuerdo atrevimiento:
Insigne hazaña de ánimo brioso
Será dar velas al mudable viento,
Y embestir bravo, desde el mar profundo,
Con un tasado campo los de un mundo.

»Barrenar de su flota el frágil leño,
Y allí sacrificarse á su cuidado,
Como quien se hace indubitable dueño
Deste occidental mundo, hecho fué osado:
¡Bella osadía, con campo tan pequeño
Quererse quedar solo y desarmado
En medio de enemigos tan esquivos,
Que se suelen comer los hombres vivos!

»Mas la heróica hazaña, en quien se agota
El largo discurrir del seso humano,
Mayor que armar ni barrenar la flota,
Ni dar asalto al reino mejicano,
Será entre un pueblo inculto y gente ignota,
Con fuerza humilde y desarmada mano,
Su monarca prender, ceñirle hierros,
Y castigar en él fingidos yerros.

»Grande será prender un enemigo
Que, de mortal envidia el pecho lleno,
A estorbarle vendrá, y él por testigo
Le tomará, y por suyo el campo ajeno;
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo
Al mejicano pantanoso cieno
Con bergantines y chalupas puestas
De diez mil hombres en las corvas cuestas;

»Ni otro, ni otro furor, ni todo junto
Desta hazaña iguala el fundamento,
Que las demas con ella caen de punto,
Y ella vencido deja el pensamiento.
Serán las otras suyas contrapunto
De amasados ejércitos sin cuento,
De que saldrán estas montañas llenas
Por ver tal prisionero en sus cadenas;

»Mas humillar con nombre y voz de preso
La imperial majestad, mudarle casa,
Sitiarle guardas, fulminar proceso,
Y en su libre vivir ponerle tasa,
¿Qué huésped se arrojara á tanto exceso
Con suceso feliz, que excede y pasa
A los que en árduos hechos por famosos
El mundo estatuas levantó y colosos?

»Pues deste mis invictos tlascaltecas
Favor serán, y tomarán amparo,
Y á sombra suya oirán sus playas huecas
Mi nombre mas que sus cristales claro:
Y del abrigo destas cumbres secas
Que hoy de muros me sirven y reparo,
Las banderas saldrán, saldrá el castigo
Deste tirano pueblo, mi enemigo.

»Y no tardará el cielo en dar la vuelta
Al eje eterno en que se mueve el hado,
A esta tragedia en lágrimas envuelta
Al teatro salir acostumbrado;
Mas que fortuna, de una vez resuelta,
Alegre á España vuelva el rostro airado,
Y ella dé limpia, con sangrienta guerra,
De las horruras de Africa su tierra.

»De reyes siete cuadros mira el cielo,
Que tras el rico bien desta esperanza
Los rios harán del agraviado suelo
Correr morisca sangre en su venganza.
Al grave Alfonso, cuyo casto celo
A lo temido iguala de su lanza,
Y de los riscos ásperos de Astúrias,
De Francia enfrena y de Africa las furias,

»Sucederá un valiente don Ramiro,
De un santo hebreo valido que en Galicia
Sepulcro oculto tiene, y un suspiro
Suyo le hará soldado en su milicia;
Cuya sangrienta espada inmortal miro
En los ilustres pechos que acaricia
La noble España, dando su denuedo
Honra al cristiano, y al pagano miedo.

»Oirá Clavijo en fiesta milagrosa
El santo voto que al Patron divino
Castilla hará, cuando su espada honrosa
Al campo moro lleve un mar sanguino;
Y luego Ordoño, en lanza belicosa,
Por la Gascuña estrago repentino,
Y en los rendidos páramos de Soria
Y Salamanca eterna su memoria.

»El Magno Alfonso, deste Ordoño hijo,
Entrará al reino, y en sangrientas manos,
Porque no vean su pompa y regocijo,
Los ojos sacará á sus tres hermanos:
Dará de azules peñas cerco fijo
A los deshechos muros zamoranos,
Cuando sus hijos con orgullo altivo
El cetro romperán del padre vivo.

»Hará la inobediencia de García
El reino suyo, y guerra al pueblo moro
Con tasadas victorias, hasta el dia
Que á la muerte avasalle el cetro de oro.
Tendrá Ordoño, que al padre la osadía
Tambien heredará como el tesoro,
Si algo sus hechos ínclitos no humilla
La muerte de los condes de Castilla.

»Como en venganza suya, el cruel hermano
Froila quitará el reino á sus sobrinos,
Y en nobles pechos, con rigor tirano,
Furioso hará sangrientos desatinos:
Desmembrarase el reino castellano,
Y al gobierno pondrá jueces divinos,
Quedándose el sangriento rey, cubierto
De áspera lepra, por sus culpas muerto.

»Seguirle ha Alfonso, de imprudencia ciego;
Y de indiscreto celo arrebatado,
Renunciará en su hermano el cetro, y luego
Le pesará de haberlo renunciado;
Mas Ramiro, hecho rey, aunque por ruego,
Cegarle ha, ya del reino apoderado;
Que no ha menester ojos, luz ni dia
Quien pudo, y no miró lo que hacia.

»Será famoso rey; pondrá en prisiones
A Almanzor y á los hijos de Fruela,
Y en Simanca los bárbaros pendones
En que el poder de Arabia y Libia vuela:
Degollará sus mauros escuadrones,
Y en cuidadosa y vigilante vela
Cuatro lustros verá, y luego el prudente
Ordoño heredará su reino y gente.

»Tendrá sangrientas guerras con su hermano;
Que ha de alterar el reino la codicia;
A Lisboa saqueará su invicta mano,
Y el brio y furia enfrenará á Galicia:
Sucederle ha don Sancho el Gordo, ufano
En gobernar de España la milicia,
Y hará, en ley nueva y público estatuto,
Libres las nobles casas de tributo.

»Volaránle á Castilla el homenaje
De un libre azor las alas y un caballo;
Hará de paz á Córdoba un viaje,
Y alzarse ha rey un sin lealtad vasallo:
Sudará fuego el mar entre un celaje,
Y saldrá un traidor conde á regalallo
Con frutas, de que ya morir le miro,
Y sucederle el niño Don Ramiro.

»Por estos siglos, bárbaros normandos
En Galicia harán gruesas entradas,
Y los moriscos cordobeses bandos,
Del reino en las fronteras descuidadas;
Y con ley nueva y rigurosos mandos,
A las mozarbes gentes bautizadas
Su Dios querrá que dejen ó las vidas,
Ya por su amor ganadas, de perdidas.

»Alzarse ha con Galicia don Bermudo,
Y el descuido del rey será de modo
Que con su muerte, el que él deshacer pudo,
Señor quede absoluto y rey de todo:
Será de alma prudente y seso agudo,
Y en desgracias igual al postrer godo,
Cuyo tierno deleite y gustos vanos
Sin piés le harán, y le atarán las manos.

»Será dueño Almanzor de sus victorias,
Y en costoso aparato y triunfo, dellas,
Del hueco y firme bronce hará memorias,
Que su honra alumbre á su mezquita en ellas:
Suyas serán las trágicas historias
De los Infantes siete, ó siete estrellas
De la sangre de Lara, y la que baña
Del sitiado Leon la alta montaña.

»Sucederle há su hijo Alfonso el Quinto,
Que asombrará de Córdoba los muros,
Y sus reyes, con oro en sangre tinto,
A su ira comprarán breves seguros:
Dará en su corte un bello laberinto
De argamasados mármoles oscuros;
Mas en Viseo una infeliz herida
Quitará al reino el rey, y al rey la vida.

»Vendrá tras él el último Bermudo,
Que, muerto de Carrion en las riberas,
De Castilla y Leon se dará un nudo
Que en mil edades dure venideras:
Matará su cuñado al que no pudo
La ardiente Arabia y sus legiones fieras,
Sentándose Fernando así en la silla
Primera de Leon y de Castilla.

»Será este rey en ánimo y grandeza
Un Pompeyo segundo, y el primero
Que al noble Cid honrare la braveza,
Y arnes le armare de bruñido acero:
Humillarle ha Toledo su cabeza,
Y serle ha de Sevilla el rey, pechero,
Llevando hasta Leon su pueblo moro
Al gran doctor Isidro en andas de oro.

»Florecerá en su alegre edad la santa
Casilda de Toledo, infanta bella;
Mas ya tanta grandeza y dicha tanta
Da á su ambicioso hermano enfado el vella,
Y contra el de Navarra baja cuanta
Marcial potencia tiene y rige en ella,
Sin que halle su pasion otro concierto
Que de heredar el campo al uno muerto.

»Pondrá el rio Ebro el vencedor Fernando
Por lindero á Navarra y á Castilla,
Y del romano imperio al grave mando
Libre, cual lo es, su castellana silla:
Mas ya al general término llegando,
Con poco acuerdo dejará en rencilla
Tres hijos reyes; que es á toda cuenta
La compañía del reinar sangrienta.

»Castilla, del valiente Sancho; y luego
Leon, de Alfonso; y de García, Galicia:
Ninguno el reino gozará en sosiego;
Que es glotona de reinos la codicia:
Huirá á Toledo Alfonso, y del gallego
Aun le enterrará preso la avaricia,
Y Vellido, en el muro zamorano,
Al uno vengará y al otro hermano.

»Volverá el bravo Alfonso del destierro
A ser universal señor de cuanto
Su anciano padre dividió por yerro,
Y juntó en él el uno y otro llanto:
Escalará triunfante el sacro cerro
Que Tajo lava y enriquece tanto,
Dando á su ilustre alcázar, de su mano,
Al castellano Cid por castellano.

»Mas la instable fortuna, en recompensa
De mil victorias, con faltarle en una
Feudo de todas cobrará; que piensa
Que sin estas mudanzas no es fortuna;
Y su santo heredero, en nube densa,
De armas rendido á la africana luna,
De la fuente de Ucles en el desierto
Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.

»Dará una hija á Enrique, hijo segundo
Del conde Lotoringa, hecha duquesa
Del fértil suelo donde el mar profundo
El remate de España lava y besa;
De cuya insigne fuente un rio fecundo
De real sangre tendrá la portuguesa,
Hasta que acabe en Africa, en el dia
Que vuelva á ser de España monarquía.

»A este dichoso siglo venidero
La religion Templaria militante,
De limpio armada y de cristiano acero,
Por luz del mundo nacerá en levante:
Verá el Rey de sus dias el postrero,
Y Alfonso de Aragon vendrá triunfante
Por invicto monarca, que en Castilla,
De cinco, ensalzará sola una silla.

»Será su emperador, será su espada
De España muro, y del morisco espanto,
Y en veintiocho batallas barnizada,
Tantos triunfos tendrá del cielo santo:
Dará á la libre Reina ocasionada
Del rico patrio suelo el rojo manto,
Y tras su libertad, Alfonso el Bravo
Vendrá, aunque sin segundo, á ser Octavo

»De España emperador, cuyos vasallos
El de Aragon serán y el de Navarra,
Y del vándalo Bétis cien caballos
En su carroza real, tropa bizarra:
(¡Suerte humana!) que al tiempo de gozallos
Por cama, en la Fresnada una pizarra
Del muradal rigor dará el camino
El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:

»Cuando tras dél, de Sancho el Deseado
Vida y virtud se volará en deseo,
Pues de un año de reino, y malogrado,
Cortarle el hilo ya la parca veo:
Dejará un tierno niño encomendado
De Castro á la lealtad, y ella el empleo
De su príncipe, reino y señorío,
Salvos conservará del rey su tío.

»A Avila el niño huirá, de Soria;
Que un rico alcázar le tendrá seguro
Hasta cobrar su reino, y con victoria
Libre salir del abulense muro;
Mas de Africa el orgullo y vanagloria
Sus fuerzas veo juntar desde el oscuro
Nacimiento del Nilo, hasta donde
Atlas el dia en su arboleda esconde.

»Y con el aparato Garamante,
Etiope adusto y árabe lijero,
Por Castilla entrará, y saldrá triunfante
De Alárcos todo el mauritano acero:
Bien que en Tolosa el bárbaro pujante,
De las Navas poblado el campo entero
De muertos dejará, cuyos millares
De un ciento y otro ciento serán pares.

»Fundará, porque al mundo se publique,
De las Huelgas de Búrgos la grandeza;
Y allí enterrado el malogrado Enrique,
De España y su valor será cabeza:
Gobernará á prudencia de un Manrique,
Gozará de Malfada la belleza,
Y de un golpe una teja desmentida,
Al caer, malogrará su tierna vida.

»Soldará este dolor Fernando el Santo,
En cuyo reino y siglo venturoso
Ni hambre ni peste habrá, ni azar ni llanto,
Ni guerra en que no salga victorioso:
Córdoba será suya, y será cuanto
Del claro Bétis riega el curso hermoso,
Restituyendo en hombros de cautivos
Del bronce de Almanzor los sones vivos.

»Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla,
Y tributario el reino de Granada,
Y al cetro de Leon y de Castilla
Eterno nudo é inmortal lazada:
Ilustrará con santidad sencilla
Domingo su real sangre y la abrasada
Cueva del monte Alberno y sus espantos;
Que hay tambien siglos que producen santos.

»Llevará á Salamanca, de Palencia,
Las letras que la harán rica y florida:
Seguirle ha su hijo Alfonso, á quien la ciencia
De los astros promete inmortal vida;
Y aunque rey sabio, mucha suficiencia
Suele sin humildad verse perdida;
Que del saber el moderado freno
Al bueno hace mejor y al malo bueno.

»Con hija de un rey santo, en cuyo escudo
Un bello cielo azul tres lirios baña,
En retrógrada estrella, y dia desnudo
De la real majestad, y no de saña,
Con soberana pompa en santo nudo
El príncipe ligar hará de España,
Cuyas dos plantas, por violentas leyes,
Duques darán al mundo en vez de reyes.

»Compondrá el astronómico secreto
De las tablas y leyes del juzgado;
De Roma emperador se verá eleto,
Y de uno y otro cetro despojado;
Que el ambicioso Sancho, sin respeto
Contra el incauto padre rebelado,
Se ha de quedar con la usurpada silla,
Y el despojado rey muerto en Sevilla.

»Alcanzarle han las graves maldiciones
Del sabio rey al hijo inobediente,
Con que en guerras será y en disensiones
De su ambicioso reino la corriente:
Entrará en heredadas turbaciones
Un niño rey, que en ánimo imprudente,
De dos vasallos morirá emplazado,
O por su grave culpa ó su cuidado.

»Quedará niño Alfonso el Justiciero,
Ultimo de los reyes deste nombre,
Y el alterado reino edad de acero
Será en guerra civil que al mundo asombre:
Avila sola con feliz agüero
De leal conservará el primer renombre,
Siendo en su fiel custodia real brinquiño,
Cual ya otra vez lo fué de otro rey niño.

»Al bravo Alboacen, rey de Marruecos,
Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,
Y resonar por los peñascos huecos
Del sordo mar su innumerable gente,
Tal, que aun me asombran los quebrados ecos
Del infiel campo, adonde veo presente
La africana potencia y mortal rabia
Que hay desde el mar Océano al de Arabia.

»Todo este campo bárbaro, amasado
De diversas provincias y escuadrones,
Por vengar un infante malogrado
Blandos dará en su sangre los terrones
De Tarifa; y volcando el rio salado
Destrozados arneses y pendones,
Correrá al mar, y llevará el tributo
De maura sangre y de africano luto.

»Despues ganar en cerco veo prolijo
De la firme Tarifa las almenas,
Y las de Gibraltar constante y fijo
De llanto dejará y de luto llenas:
Entrará al reino su soberbio hijo
Don Pedro, tierno jóven; mas apénas
El real cetro empuñará en la mano,
Cuando descubra su ánimo inhumano.

»Habrá una gran mudanza en las noblezas
Destos crecientes siglos y menguantes,
Alzando unos fantásticas cabezas,
Y humillando otros las que alzaban ántes:
Será un Neron en abrasar grandezas
Y destruir sugetos importantes,
Lavando en sangre sus impuras manos
De parientes, mujer, madre y hermanos.

»Hasta que al fin el cielo, por castigo
De su cruel pecho y corazon tirano,
Abrazado le ponga á su enemigo,
En lucha horrible de uno y otro hermano,
Donde el dichoso Enrique por testigo
Dirá el puñal en su sangrienta mano,
Que ni es ni fué al presente desconcierto
Cain el vivo, porque lo es el muerto.

»Triunfará el fratricida rey afable,
De ánimo ilustre y nobles condiciones,
En vista alegre, en compostura amable,
Y en mercedes magnánimo y razones;
Bien que de la fortuna variable
El fin verá de sus mudables dones;
Que con veneno el cielo soberano
Ya vengar determina al muerto hermano.

»En datiladas flores de un coturno
Berberisco la muerte irá argentada,
Luego que del período de Saturno
La media vuelta dé su edad dorada:
Morirá al fin el Rey; tocará el turno
Del cetro de oro y la diadema amada
Al primer Juan, que, por templado y grave,
La majestad pesada hará suave.

»Pondrá el noble distrito de Vizcaya
En su rëal corona timbre altivo,
Y un rey armenio á su española playa
Del llano Egipto bajará cautivo:
Romperá fiero á Portugal la raya;
Mas volverle ha fortuna el rostro esquivo,
De su ejército haciendo y de su flota
El inmortal blason de Aljubarota.

»Y su temprana muerte á las riberas
Del desgraciado Henáres, á caballo
Con los diestros farfanes, de las fieras
Naciones libias, subirá á buscallo;
Mas ya de su hijo Enrique veo las véras
Que temello harán y respetallo,
Cuando en Búrgos, temblando ante su silla,
La grandeza se arroje de Castilla.

»Y de su alcázar el dorado techo
Tan trocado le veo el rostro humano,
Que en trono de oro ponga al de mas pecho
Temor la ardiente espada de su mano;
Y en el pueblo feliz por Hispal hecho,
En castigos será un nuevo Trajano;
Mas la aleve punzada de un veneno
Junto robará al mundo tanto bueno.

»El segundo don Juan, rey justiciero,
A este sucederá desde la cuna,
Que, como único sol, hará severo
Crecer y descrecer la altiva luna;
Y el cuarto Enrique, nieto del tercero,
Tras él vendrá con desigual fortuna;
Que toda se guardó á su heróica hermana,
Más que el sol bella y que la aurora ufana.

»Yo digo de Isabel, por quien Fernando
El reino de Aragon dará á Castilla,
Y ambos, deshecho ya el morisco bando,
Del todo limpia su española silla;
Y por tan santos medios acribando
El cielo su católica semilla,
Su luz abrirá el alba a nuestra gente,
Y el sol dará en los mundos del poniente.

»Hará volar con soberanos fines
Del ligurio Colon los pensamientos,
Que, mudando los hombres en delfines,
Domará el mar y enfrenará los vientos;
Y llegando á las playas y confines
Que á este incógnito mundo dan cimientos,
Alegres, viendo su encubierta gente,
Della cargados volverán á oriente.

»Veránse entónces las estrellas fijas,
Que, por la rueda de Ixion clavadas,
Al Antártico dan vueltas prolijas
Y con la nieve suben escarchadas;
Y la fortuna y fama, nobles hijas
Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,
De honra y riqueza afeitarán sus teces,
Deidades que se juntan raras veces.

»Volverá á renacer el siglo de oro,
Con el que sudará el suelo fecundo,
Y de sus ricas naves el tesoro
Gemir el golfo hará del mar profundo;
Y estos dioses sin alma, que hoy adoro,
Piedra á ser volverán en nuestro mundo,
Y en el suyo las nuevas maravillas
Nuevos asombros parirá el oillas.

»Ya el prudente Colon, blanca paloma,
Pronóstico de paz á nuestra guerra,
La empresa de añadir á España toma
Del Nuevo Mundo la encubierta tierra:
¡Oh alma siempre feliz, preciosa pompa
De la luz santa que el morir destierra!
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,
Que la aurora ha de ser de nuestro oriente.

»Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,
Y el vasto mar sus crespos golfos rinda,
Para que alumbre de su lustre el vuelo
La gente que ahora con la noche alinda:
Digno fervor de aquel heróico celo
Que á tu alma santos pensamientos brinda,
De dar paso al furor del mar profundo,
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.

»Bien tu valor y autoridad merece
Silla entre reyes y en los cielos silla:
Crezca tu nombre, crezca, cual florece
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;
Que el signo que á tu estrella favorece,
Si á corta sucesion su curso humilla,
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria
El blason crecerá de tu memoria,

»Cuando ya en suspension de largos años,
Vacía de sucesion tu ilustre casa,
De avara ingratitud llore los daños,
Larga en el merecer y en premio escasa,
Pues dando al natural y á los extraños
Las venas que tú hallaste oro sin tasa,
Tu real grandeza te darán ceñida
De un breve estado á la porcion medida.

»Entónces, pues el cielo soberano
Con nuevo crecimiento y gloria nueva
Un príncipe ha de darte de su mano,
Para quien todas sus crecientes lleva;
Si has de ganar un rico mundo ufano;
Si harás que á tu inmortal valor se deba
Cuanto tesoro da y reparte España
Por su invencible gente y por la extraña;

»Si has de domar el mar; si has de ver hecho
De nueva luz el contrapuesto polo;
Si al corto seno de un batel estrecho
Mas oro has de añadir que alumbra Apolo;
Si al gran mundo en que queda el dia deshecho
La ántes cerrada puerta has de abrir solo,
Y dar á Europa la encubierta gente
Que ahora las sombras guarda del poniente;

»Todo es en rica fe de labrar casa
A este gran sucesor de tu grandeza,
En quien fortuna lloverá sin tasa
Los bienes que ántes daba con pereza:
Si en tí la sucesion se cortó escasa,
La corona ducal de su cabeza,
Pródiga de honra, hará en parto fecundo
De eterno curso tu memoria al mundo.

»Este es quien juntará al grabado peso
Del mundo, que adornar tus armas pudo,
De la casa de Córdoba el rey preso,
Y de Toledo el jaquelado escudo,
Las bandas de Aragon, y del suceso
De Orique el real cuartel, precioso nudo,
Con las diez torres que orlan las esquinas
A las invictas portuguesas quinas.

»Destos reales blasones, reservados
A tu creciente esfera, el tiempo envía
El gran premio debido á tus cuidados;
Que otro, inferior á deuda tal sería;
Y en don Nuño Colon resucitados
Los bienes que tu heróico aliento cría,
Será de honra española ardiente fragua,
Gran almirante y duque de Veragua;

»Marques de la encubierta Jamáica,
En preciosas maderas eminente,
De ricos pastos y metales rica,
Si bien de ociosa y descuidada gente;
En cuyos gruesos campos multiplica,
Al mundo por venir, oro luciente,
Que ahora por las riberas de Caguaya
Forma en cercos de luz lustrosa raya.

»Aquí tambien, si el arco de la esfera
Incierta luz no llueve á mi memoria,
El sacro pastoral báculo espera
Al que yo autor espero desta historia:
Allí en sombras de eterna primavera,
Miéntras tu fama al mundo hace notoria,
En esperanzas de mayores bienes
Preciosa mitra ceñirá sus sienes.

»Ya del claro Genil la fértil vega,
De sangre llena y de espantosas lides,
A quien ni Troya, Tébas ni Argos llega,
Ni en sus batallas Héctores ni Alcides;
Entre el cristal que sus arenas riega,
Las rojas cruces de sus bravos cides,
En victoriosas lanzas, por las cumbres
De sus almenas formarán vislumbres;

»Cuando de nuestro mundo las señales
Por timbres campearán de su victoria,
Y de estos encubiertos arenales,
Que al dia hurtan la luz, harán memoria;
Mas no luego en columnas de cristales
Del *plus ultra* á volar saldrá la gloria,
Hasta que de Austria y Ricaredo juntas
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.

»En una bella Juana, ilustre hija
De Isabel y Fernando, ordena el cielo
Union á estas heróicas sangres fija,
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:
Un sol que al mundo dé en vuelta prolija
Lumbre y amor, honor y miedo al suelo,
Y á su ley santa en riendas de oro atilde
Al soberbio aleman y al indio humilde.

»Y así en real pompa de su entrada al mundo
La fortuna feliz ordena el modo,
Que, añadiendo al primero este segundo,
Invicto nazca emperador de todo;
Y sin que espanten ya del mar profundo
Los anchos golfos su estandarte godo,
La vuelta dé por cuanto gira en torno
Del dia la luz, de la fortuna el torno.»

Así el sabio en los senos de su cueva
Los hados por venir descubre á España,
Y en potentes retratos y en voz nueva
El curso teje de su vuelta extraña;
Y en reforzada voz, cuanto da y lleva
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña
Hacer quería presente, y con suave
Vuelta á las suyas destorcer la llave;

Cuando en trueno confuso y rayo ardiente
La máquina gimió del monte horrendo,
Y la gruta capaz, de oro luciente,
Al centro pareció bajar huyendo,
Ahora del mundo la deidad prudente
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo
Diese, agraviada en ver vuelta una masa
De clara luz las sombras de su casa;

O sea, si ya no es esto lo mas cierto,
Que el sabio Malgesí, con nuevo engaño
De oculto signo ó círculo encubierto,
Del aire hiciese el movimiento extraño;
Y dejando al contrario mago muerto,
Libre huyese del pasado daño
Por las cavernas, ó que el monte ciego
Roto se ardiese en invencible fuego.

Como tal vez del rayo la violencia,
Que á la alta torre de un alcázar baja,
Si el duro jaspe en firme resistencia
Su vuelo impide, sus murallas raja,
Hunde los techos de oro sin clemencia,
Los frisos rompe, el mármol desencaja,
Y en ricas sillas de marfil sentados
Los graves reyes, quedan desmayados;

Tal rüído se oyó, tal en un punto
El suelo dió, en terrible terremoto,
Tristes gemidos, resonando junto
El yerto monte y el vecino soto;
Y el súbito estallido, fiel trasunto
De un mundo fué descuadernado y roto,
Cuando el quebrado cielo, en fuego ardiente,
La tierra hará carbon y arder su gente.

Mas ya en esta sazon otra garganta,
En estruendo no ménos resonante,
De un dragon negro, cuyo bulto espanta
Los pardos olmos que le ven delante,
Sobre el cristal de un rio se levanta,
Y vivo en ella traga un noble infante
Que el crespo mar, con nueva maravilla,
Del claro Ebro escupió en la verde orilla.

De los huecos celajes con que Iberia
De Anteon la fuente disfrazó, celosa,
La sierpe vino, cuya horrible arteria
Posada al gran Bernardo dió espantosa;
Y él, reducido á la última miseria,
Al bajar la garganta tenebrosa
Dió en el profundo vientre de la fiera,
Que se tragara una montaña entera.

Pide, al caer medroso, ayuda al cielo,
Que á tanto riesgo sin pensar le trajo,
Cuando de un tumbo y otro un verde suelo
De sus floridos piés halló debajo,
Llenas las rosas de escarchado hielo,
De verdes hojas el torcido gajo,
Y él sin riesgo mayor que la congoja
Con que aun allí estar muerto se le antoja.

Del fresco prado en las floridas faldas,
Labrado de oro, pareció un palacio,
De ricos frisos y molduras gualdas,
A las vislumbres hechas de un topacio;
De diamantes tan lleno y esmeraldas,
Que en el mas pobre y deslucido espacio
Dan sus rubias colores más centellas
Que en su Vía Láctea cuenta las estrellas.

Y al fresco Alpende, de su puerta altiva
Un bárbaro jayan barriendo el suelo,
Con furia trae una beldad cautiva,
Que favor pide, en tanto agravio, al cielo;
Y era la desigual batalla esquiva
De la codicia, y de la dama el celo
De guardar limpia una desnuda espada,
Que en sangre presto se verá manchada.

Hecha dorada presa en los cabellos,
Que el alba no es mas bella cuando nace,
El gallardo español, que en ella y ellos
La injuria vió que el cruel jayan les hace,
Por entre rosas y jazmines bellos
A deshacer se arroja el torpe engace
Que por los dedos del soberbio moro
Hacian las ofendidas hebras de oro.

Sacó su firme espada, que con ella
Vengada y libre ya juzga la dama;
Dejó el jayan la sin piedad doncella,
Y de acero una almádana encarama,
Así horrible, que pone espanto el vella,
Y el silbo mas con que bajando brama
En busca del guerrero, que, si le halla,
Ni ha menester mas paz ni mas batalla.

Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,
Y por ella enterró el martillo un brazo;
Cuando el gallardo jóven, por retorno,
Del fino arnes le desmembró un pedazo:
Da el uno, el otro amaga, y el contorno
Resuena, gime y coge en su regazo
Los peligrosos golpes, cuando el vario
Revolver los desvia del contrario.

Era el bruto jayan gruesa quimera,
De oscura tez y bulto corpulento,
De así hidrópico vientre, que pudiera
Hartar, lleno de plata, á un avariento;
Y en su diestro esgrimir tan ágil era,
Que es con su lijereza plomo el viento,
Y de su clava el aire más furioso
Que el que al Egeo mar turba el reposo.

La bella ninfa, que del bulto grueso
Del jayan libre vió su heróica espada,
Con ella en la una mano, en la otra un peso,
La una á la otra balanza nivelada,
De la batalla el áspero suceso
Mira en rico sitial de oro sentada,
Que en la vecina sala en pedrería
Y finas telas de brocado ardia;

Cuando en iguales golpes los guerreros
Los techos de oro vieron de la sala,
Y en su destreza y revolver lijeros,
De un alentado combatir la gala;
Mas del leonés alfanje los aceros,
A un reves que el de un rayo no le iguala,
Se entraron por la hidrópica barriga
De la sombra fantástica enemiga.

Y abriéndole una puerta, que pudiera
Por ella entrar el mismo que la hizo,
Cuando el grave jayan creyó que diera
En tierra muerto, su vigor rehizo,
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,
Por sangre y negra tez, rubio granizo
De miles doblas de oro, que sin tasa
El suelo hincheron de la alegre casa.

Bastara su agradable golosina
El gusto á ocasionar al mas templado,
Y trocar la batalla por la fina
Y rubia masa del metal preciado;
Mas al que al solo noble honor se inclina,
No las riquezas turban su cuidado;
Que el oro es metal pobre para el hombre
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.

Y así, á solo vencer pone la mira,
Y el oro pisa que en tan poco tiene;
Cuando una extraña novedad le admira,
Que envuelta en el metal precioso viene:
Por donde su corriente alegre gira
Y la dorada sangre se detiene,
Retoñecer se vieron mil espadas,
Por otros tantos brazos levantadas:

Parto infeliz de la preñada tierra,
Hecho en favor del sin lealtad gigante,
Que ya con armas de oro hace guerra
A quien con las de acero no es bastante.
No da tantos renuevos la alta sierra
Que es de Gascuña y Leon muro importante,
Ni tantas flores cuaja en su ladera,
Cuando derrama abril su primavera,

Como del enlosado suelo duro
Espadas floreció la lluvia de oro,
Que en tejido escuadron y denso muro
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:
Nunca el leonés se vió ménos seguro
Ni con tantos contrarios; que el tesoro
Puede, sembrado, mucho, aunque en el pecho
Del avariento muera sin provecho.

Ya en la Morea tal vez los blancos dientes
De una sierpe, en marcial furor sembrados,
Espigas dieron de enemigas gentes,
Y los surcos se armaron de soldados:
Las serpientes, al fin, dieron serpientes,
Y al armado ganan hombres armados;
Mas sembrar oro y espigar rencilla,
Esa es la nunca vista maravilla.

Y el valido jayan contra Bernardo
De tantos brazos, miéntras él su espada
Con todos prueba, sube en paso tardo
Al trono en que la ninfa está sentada,
En traje altivo y ademan gallardo,
De luz vestida y de oro coronada,
Volviendo con su rica espada en cielo,
De aquella escuadra el escondido suelo.

Y él, de unos torpes brazos defendido,
Y de otros levantado á la doncella,
Al suelo humilde de su trono erguido
En comprados favores dió con ella:
Quitóle el peso y manto guarnecido,
Y el rico engaste de la espada bella,
Y fué, segun la saña concebida,
No poco bien dejarla con la vida.

Mas con la nueva espada y nuevo brio,
De las balanzas de oro, una balanza
Hecha dorado escudo al desafio
Y á su victoria da nueva esperanza:
Bien que cerrado el rubio ardiente rio
Del precioso metal, vió la mudanza
Del humano favor, que, en ser comprado,
No dura mas que el oro su cuidado.

Y con las nuevas armas, mas lijero
Y desangrado que ántes, da y recibe
Doblados golpes sobre el terso acero,
Limpio papel donde su enojo escribe:
Anda el combate así trabado y fiero,
Que cada cual parece que revive
Con las heridas de la mano ajena:
Gimen los dos, y el bosque en torno suena.

Siente en su honra el leonés brega tan larga;
Y dando al limpio estoque ambas las manos,
Sobre el bulto fantástico descarga
Un golpe y otro y otro, y todos vanos;
Que un grave peso de oro por adarga
Los gigantes en fuerzas vuelve enanos,
Y el valido de aquí por allí se entra,
Y de una punta al que le ofende encuentra.

No guardó, como pudo, la cabeza
La furia de la punta desmandada;
Mostró sobre ella el jóven su destreza,
Y él en el cuerpo le escondió la espada:
Perdió el herido monstruo la braveza,
Y la hueca cabeza, barrenada,
En viento se exhaló á vista del godo;
Que era aire, como lo es el favor todo.

Tembló la cuadra al revolverse en viento
De la máquina hinchada el bulto oscuro,
Y al aire horribles sombras ciento á ciento
Bramar hicieron del palacio el muro:
Del hinchado odre el soplo turbulento
Que el griego Ulises detenia seguro,
Al huirse así, de tempestades lleno,
Los piélagos dejó del mar Tirreno.

Y Bernardo, entre el humo que el tesoró,
Con negro hollin, enturbia del palacio,
La espada mira que el vencido moro
Sangrienta le escondió en el cuerpo lacio:
Su agudo filo y sus recazos de oro
Medroso saca en detenido espacio,
Su ancha cuchilla, barnizada toda
En fino rosicler de sangre goda.

Vió ser la sangre más y el riesgo ménos,
Cuando el alcázar de oro, puesto á punto,
Con huecos tiros y sonoros truenos
Salva le hizo á su victoria junto;
Y de alegre rumor los aires llenos,
Clarines dan de plata el contrapunto
A una armonía de cítaras suave,
En pausas dulce y consonancias grave.

Huyeron las fantasmas, volvió el dia
A su primer beldad la rica sala:
Bañada en oro y noble pedrería,
En la vista empezó á sembrar su gala,
Que en dorados blasones componía
Un marcial trono que al del cielo iguala,
De esmaltados escudos y de arneses,
Crabadas armas, timbres y paveses.

Era esta sala el fondo de la fuente
Que aquello da á beber que se desea,
Banquetes al gloton, honra al prudente,
Amores al galan, gala á la fea,
Trazas de guerra al capitan valiente,
Armas, triunfo y victoria al que pelea:
Trofeos halló Bernardo; que trofeos
De fama es cuanto abrazan sus deseos.

Y absorto en el bellísimo aposento,
Mira, y no entiende que armas en escudos,
Son, para quien no sabe el fundamento,
Las mas parleras, personajes mudos;
Cuando la dama, á quien violó su asiento
El jayan que por sangre sembró escudos,
Con nuevo adorno entró y con nueva gala,
Como el dia por el mundo, por la sala.

Y haciéndo al victorioso Infante fiesta,
Célebres versos canta á su victoria,
Y en silla de oro al diestro lado puesta,
Así de oscura luz teje su historia:
«¡Oh tú, que en sangre ilustre traes compuesta
Del mundo la nobleza mas notoria,
En quien el valor gótico al de España
Juntar pudo el gran conde de Saldaña:

»Ya con la rica espada que en tu mano
El fino esmalte de tus venas muestra,
En mas agudo filo y temple sano,
Segura queda de impresion siniestra:
El corte, sin defensa al cuerpo humano,
Tu sangre se le dió, y dará tu diestra
El lugar que merece, y todo junto
Venganza á quien la ha puesto en este punto.

»El dios del fuego en su ahumada cueva
Para las armas la forjó de Aquiles;
Las mismas armas que ahora, en honra nueva,
Tu gentil cuerpo adornan con perfiles:
Diólas la hada del tesoro á prueba,
De Argalía á los miembros juveniles;
Argalía, hija del jayan que reina
Donde la aurora sus cabellos peina.

»No le dió entónces la preciosa espada;
Que al observado punto de una estrella,
Para en temple dejarla refinada,
Y sin defensa el filo y golpes della,
En su oriental estadio retirada
Por su gusto asistia una doncella,
Dándole de oro una invencible lanza,
Miéntras la fria virtud del astro alcanza.

»Hizo con ella el alentado chino
Famosos golpes, hasta el triste dia
Que en Francia á un fresco arroyo cristalino
Ferragut le mató, con quien reñia:
Tomó el moro prestado el yelmo fino,
Y cobróla la sombra de Argalía,
Dando el entero arnes por testimonio
En fiel custodia al muerto Telamonio.

»La espada en el jardin de Falerina,
Al tiempo que iba á dar su aspecto el astro,
Orlando con violencia repentina
Quitó á la hada y á la estrella el rastro:
Pasó el fatal concurso la hoja fina;
Quedó imperfecta, el muro de alabastro
Del florido verjel roto, y por ella
Muerto el dragon y presa la doncella.

»Peleó con ella Orlando algunos dias,
Y de Rugero la cobró Morgana,
Que, de su ciencia haciendo anatomías,
A darle el temple halló salirle vana,
Sin honra y sin provecho sus porfías;
Que es rio que pasa la ventura humana,
Y al punto que pasó, si el punto pasa,
No hay brazo humano que le vuelva á casa.

»Solo si al ciego fin de una batalla
Real sangre le bañare el corte y punta,
De aquel primer perdido aspecto halla
Que alcanzará otra vez la virtud junta:
Esto á la hada tocó, y el mejoralla
Al rosicler que en tu costado apunta
De la gótica sangre que acompaña
Las reales venas de la antigua España.

»Al tiempo que se entró por tu costado
Su aspecto hacia la observada estrella,
Con que acabó Morgana su cuidado,
Y victoria cantó por tí y por ella:
A esto en vuelo te trajo apresurado
De los suspiros de Crisalba bella;
Que, á huirse de la espada este planeta,
Tú quedarás sin luz, y ella imperfeta.»

Así al grave leonés la ninfa explica
El curso con que el hado el suyo lleva,
Y atenta á la atencion con que la rica
Tapicería contempla de su cueva,
Su cortés gusto el noble suyo aplica,
Y para darle dél relacion nueva,
Con dulce lengua así dió nuevo lustre
De su real sala al aparato ilustre:

«Cuando Roma trabó guerra consigo,
Que ya al resto del mundo la habia hecho,
Para no reservar ningun amigo
Las armas revolvió á su mismo pecho:
Nadie quedó en la tierra por testigo;
Todos se hicieron cómplices del hecho:
¿Quién libraria á España, si era España
Del romano furor la mejor saña?

»Pompeyo el dueño, César quien queria
Serlo solo, á pesar de las estrellas:
El fiel Petreyo á su cohorte un dia
Las de Afranio juntó, y juntó con ellas
Cuanta nobleza á España enriquecia,
Del rio Segre en las riberas bellas,
Donde al gran César dieron la batalla,
Y el imperio feliz del mundo en dalla.

»Ahogóle el rio Segre ó su fortuna
Dos veces siete cohortes de soldados
De española nobleza, que ninguna
Sintió mas limpia sangre en sus costados;
Y el corriente raudal, vuelto laguna,
Infinitos sorbió timbres dorados
Destos mismos que ahora en esta sala
Adorno dan con su aparato y gala.

»Segre al Cinca los trajo, el Cinca al Ebro,
Ebro á mi cueva, y yo á esta cuadra hermosa,
Adonde en cuadros de marfil celebro
Su noble casta y sucesion famosa:
Estas las armas son con que ahora quiebro
Al tiempo y muerte su arco y flecha airosa;
Y en el árbol precioso de la fama
Esta es para asir dél la mejor rama.

»Muchos linajes destos goza el mundo,
Y hoy su entereza y resplandor se adora;
Otros de aquel tendrán parto fecundo,
Y otros serán de los que son ahora,
Cuál del primer lugar, cuál del segundo;
Que el tiempo ó los humilla ó los mejora:
¿Qué cosa hay en la tierra que no tenga
Crecientes y menguantes, vaya y venga?

»Mas á todos aquí su asiento eterno
Al mundo de una vez señaló el hado,
O sean de bronce duro ó vidrio tierno,
O del primero ó del segundo grado:
Este es su archivo; aquí está su cuaderno,
Y desta oculta cueva el rio sagrado,
Por varios cursos, á la madre España
En sangre antigua de nobleza baña,

»Ahora, de la honra humana oh noble diosa,
Del tiempo y la virtud ilustre hija,
Tu aliento he menester; tu voz preciosa
Me presta y mis acentos regocija,
Porque en rueda feliz y ala pomposa,
El medio mas suave y dulce elija
A un belicoso alarde, en que se apunta
De España la mayor nobleza junta.

»Oyan los nobles de ánimos briosos,
Que no quiero atencion de menor gente;
Que honrosa voz de hechos valerosos
Gusto pide eficaz y ánimo ardiente:
Trate sucesos ménos caudalosos
Y con menores cosas se contente
Quien tiene ménos tomo y ménos suerte,
Y la igualdad dejemos á la muerte.

»Que cuando el hueco son de la trompeta
Al arma, al arma, al arma rimbombando,
El castizo caballo el freno aprieta
Y con sabor le está despedazando,
Eriza el corvo cerro y se inquieta,
Aquí vuelve, y revuelve allí bufando,
Y en su cólera ardiendo, no se halla
Hasta verse engrifado en la batalla;

»Bien así en cualquier cuento generoso
De armas y amor, en gusto y alegría
El ánimo gentil, al son airoso
Alientos cobra y gozo al alma envia,
Sacando fuera al corazon brioso
Lo que la noble sangre dentro cria,
Como yo ahora en los semblantes siento
Del grave pueblo que me escucha atento.

»Mas si en el rico alarde y noble suma
Este blason ó el otro no se encierra,
Nadie á falta lo ponga de mi pluma
Ni de su sangre ni su ilustre tierra;
Mas de su insigne antigüedad presuma
Que no siguió á Petreyo en esta guerra,
Y así no vió sus armas el rio Ebro,
Ni Iberia en él, ni yo en las que celebro.

»¿Qué brazo llega á todo? ¿Quién alcanza
Del cerco lácteo el número de estrellas,
O el honor español, lanza por lanza,
La suma sin faltar á alguna dellas?
Ni esto cabe en humana confianza,
Ni un rayo llega á tantas luces bellas:
Yo solo á la agradable ninfa sigo
Del divino parlar el cuento amigo.

»Y ella en vuelo feliz, al siglo nuevo
Que estaba por venir, arrebatada,
En líneas de oro daba al rubio Febo
La sangre y sucesion aun no engendrada;
Y en agradables voces al mancebo,
Que de divina luz la ve cercada,
Así habló, y así en fatal aliento
Un mundo por venir sembró en el viento;

»Tu primo el gran Gundémaro, que envuelto
Ahora en sus desdichas va engolfado,
Y los tumbos del mar y el tiempo suelto
De uno en otro le llevan despeñado;
Cuando, ya á sus primeras dichas vuelto,
Los montes goce donde fué engendrado,
De oro estas dos calderas jaqueladas
De armiños volará, en argen orladas.

»Entónces, por blason eterno al mundo
De la gótica sangre, tendrá España,
Por el Guzman primero y el segundo,
Honra en Medina y gloria en la montaña;
Y enfrenando de Libia el mar profundo
De enroscadas serpientes la maraña,
Sobre orla de castillos y leones
Tus héroes gozarán ricos tusones.

»Deste escudo ó cuarteles, dos de armiños
En tres bandas, y estotros de panelas,
De cinco en cinco, hará nobles cariños
Guevara al mundo, y á su honor espuelas:
Aquí de Troya los infantes niños
Dieron la primer sangre al que las duelas
De un rico erario romperá en un prado,
De real tesoro ya en sazon cargado.

»De aquel prudente hurto, nombre honroso
De Ladrones tendrán, y del robado
Otro noble apellido valeroso
Mendoza habrá, no ménos estimado;
Que en semejantes trances es forzoso
Que uno sea el Ladron y otro el Hurtado,
Ambos de sangre real, preciosas fuentes
De héroes insignes y ánimos valientes.

»Diez panelas de plata en campo goles
Rayos de luz serán del sol romano,
Que armarán en sangrientos arreboles
Al montañes Mendonio y á su hermano,
Hasta que, sobre verdes tornasoles,
Por la banda y letrero soberano,
Trueque el Salado ese feliz bervete,
Y él se quede á la casa de Cañete.

»De Zúñiga es esta dorada barra,
Que negra á ser vendrá cuando un infante,
Por muerte de su rey, cubra en Navarra
De oscuro luto el timbre rutilante;
Cuya real sangre en sucesion bizarra
Ducal corona hará á Béjar triunfante,
Y á España, de diversos resplandores,
Miranda, Miravel, Manrique y Flores.

»La misma negra banda en campo de oro
De Sandoval será el hectóreo escudo,
En quien el tiempo, del mayor tesoro
De España ha de engazar un firme nudo;
Y dél la fama con clarin sonoro,
Estando el mundo á oirla alegre y mudo,
Grandezas mil le contará, y entre ellas
Mas príncipes que al limpio cielo estrellas.

»En Bureba ganó en un desafío
Rojas, por la defensa de una dama,
Cinco azules estrellas, que en rocío
De oro serán luceros de su fama;
Mas cuando á esta gran banda junte el brio,
Ingerta á un tronco real, su ilustre rama
Sombra á un mundo hará, feliz ventura
Del que hoy durmiere á sombra tan segura.

»Cinco luceros ó cometas bellas
Fonseca en un dorado escudo goza
Del romano Fontello, que con ellas
En Portugal metió triunfal carroza:
Rayo de luz será destas estrellas
El que con sangre ardiente y alma moza
Las paces rompa en Francia, y á Castilla
De Austria traya feliz la imperial silla.

»De la septentrional Penisca bella
Los valientes Bastanes, fundadores
De Baza y de Bastan, la fija estrella
Dejaron entre helados resplandores;
Y á mostrar de su espada la centella,
Al paso de los godos atambores
La tierra atravesando y mar profundo,
A conquistar salieron nuevo mundo.

»Estos, despues que la africana rabia
En lo mejor de España hizo presa,
De triunfos llenos y prudencia sabia,
Del hado por huir la suerte aviesa,
Al Pirineo subieron su alta gavia,
Y de Bastan en la florida mesa
Al real palacio dieron de su nombre
Nobles cimientos y feliz renombre.

»Allí del mauritano brio son freno,
Y ardiente espuela del cristiano brio,
Donde presto harán su valle ameno
De franca sangre caudaloso rio;
Y del vencido bárbaro agareno
Mil ricos presos estandartes fio
Que los blancos escaques de su escudo
Parlera fama dén y blason mudo.

»Aquellos dos castillos y leones
Enriquez son, que han de venir al mundo
De un hermano de un rey, cuyas prisiones
Le pondrán de desdicha en lo profundo:
Del primero serán estos blasones,
Del Infante Fortuna es el segundo,
Entre cuatro leones un castillo,
El campo todo azul, y él amarillo.

»De ortigas estos riscos coronados,
De tres linajes son heróica empresa,
Que, del leonés Fruela derivados,
Real sangre participan de la inglesa;
Y una cifra de extremos coronados
De la anglia Emilia la beldad confiesa,
Y á Bivero, Fajardo y Bahamonte
Por nobles palmas de su excelso monte.

»Del cetro real será sucesor dino,
Y por sola ambicion desheredado,
El que de Cerda el nombre peregrino
Resucitare á su valor pasado:
De Francia y de Castilla lo mas fino
Pondrá en su escudo, y por le haber privado
Del patrio cetro la fortuna escasa,
Duques heredarán la de su casa.

»De azul y blancos veros los barones
De Velasco traeran banderas llenas,
Y de sangre rëal los corazones,
Que en vivo aliento pulsará en sus venas:
Condestables serán, serán tusones
De seis invictos cuellos las cadenas
De una amazona real, parto divino
Que en Bohemia nació y á España vino.

»Harán los siglos de dorada gente
De un marques y de un duque la eminencia,
Que á Italia el uno, el otro en el poniente
Dos mundos colgará de su prudencia.
¿Quién tan sabio será? Quién tan valiente,
Quién de tan vivo ingenio y elocuencia,
Que así como él gobierne cuanto baña
La luz del sol cuando se esconde á España?

»Al insigne apellido de Contreras
Tres azules bastones sobre plata,
Con orla rica de aspas de oro enteras,
Este dosel conserva de escarlata:
Tesoro á las edades venideras
De ilustre sangre, nunca al mundo ingrata
En producir varones excelentes
A todas las memorias de las gentes.

»Dejo de ínclitos héroes larga historia
Que desta real prosapia contar puedo,
De ricos hombres la inmortal memoria,
De España amparo y del contrario miedo:
Dejo tres arzobispos, lustre y gloria
De Valencia, de Méjico y Toledo;
Dejo de Búrgos un obispo santo;
Mas ¿quién en breve tiempo podrá tanto?

»De un rey que en Asia ha de nacer pechero,
Y Tamorlan despues será del mundo,
Vendrá al enfermo Enrique, rey tercero,
Un real presente por el mar profundo;
Donde en la rica suma el mayor cero
Será en nombre y beldad ángel fecundo,
Una nieta del rey claro de Hungria,
Mas bella que la luz que engendra el dia.

»Esta, ayuntada en himeneo santo
Al mejor ramo desta planta ilustre,
Fruto lleno de honor dará por cuanto
El sol con rayos de oro el mundo ilustre;
Y aunque de las medallas deste espanto
Nuevo deleite te causará el lustre,
En tan estrecho tiempo no es posible
Hacer tan larga sucesion visible.

»Un varon solo de su ilustre rama,
Mas que el sol agradable en vista y trato,
Por muestra quedará, en que dé la fama
De sus juntas grandezas un retrato;
Y al secreto gobierno, á que le llama
De un español monarca el rostro grato,
Grave le ofrecerá un saber profundo,
Y Alcides vendrá á ser de un nuevo mundo.

»De la agradable sucesion de Lara
Son sobre plata aquellas dos calderas
Labradas de oro y negro, empresa rara
De Roma á las edades venideras:
Los Manriques pondrán (sangre preclara),
Por la de un rey Alfonso, en sus banderas
Rico timbre, y en él, al dividillo,
Sierpes, calderas, águila y castillo.

»Siete infantes de aquí dará amasados
De su invencible sangre el rey Ramiro,
Y Arabiana en sus traidores prados
De aleve muerte el último suspiro;
Mas de un cuervo andaluz veo ya vengados
Los ocho cuellos que cortados miro,
Y de un su nieto con la honrada saña
Libre la antigua hidalguia de España.

»Serán tres hijos deste pecho altivo
Pomposo triunvirato de Castilla,
Hasta el duro rigor de un hado esquivo
Que á un corto estado su grandeza humilla;
Mas, cuerdo en trazas, y en juzgar mas vivo,
Rodrigo hará, por atajar rencilla,
Suya á Molina, y de su sangre rica
Reinas en Lusitania y en Garnica.

»Y añadiendo á los triunfos de su casa
Sangre real de Navarra y de Castilla,
Cuajará el cielo, de su heróica masa,
De los Manriques la inmortal semilla;
Príncipes raros de valor sin tasa,
A quien el reino del honor se humilla,
Y en corriente feliz el mundo hereda
Grandes duques de Nájera y Maqueda.

»Estas partidas flordelises bellas,
Antigua y real nobleza de Arellano,
Nuevos luceros son de doce estrellas
Que alumbran de Navarra el fértil llano:
Un sol te formará dellos y dellas,
Que á Ucles feliz trairá un pendon romano,
Y el príncipe será de los Cameros,
Y condes de Aguilar sus herederos.

»Estos cuatro preciosos lirios de oro,
De ocho blancos luneles rodeados,
De los Lancienses bélico decoro,
Serán á los Ledesmas trasladados:
Nacerá de Almensar este tesoro,
Y dél mil caballeros señalados,
Y un Men Rodriguez de Sanabria entre ellos,
Que al mundo hara adorar sus lirios bellos.

»Los Várgas y Machucas, que á Sevilla
Con el valor y filos de su espada
Darán ganada la española silla,
Desta fuente tendrán sangre preciada;
Y aun desta á los monarcas de Castilla
Dos secretarios de una edad dorada,
Que en riendas de oro muevan el prudente
Gobierno de los mundos del poniente.

»De aquel castillo, en sangre un real tesoro,
Dávalos gozará en la alegre cuna
De un condestable, que en jaqueles de oro
Su escudo ha de crecer con su fortuna;
Mas los agüeros de un parlero moro
Menguar le harán en la creciente luna,
Que tambien menguará en estando llena;
Que en creciendo la mar, mengua la arena.

»Verse ha, huyendo y pobre (extraño dejo)
El que ha de ser tan rico en breve espacio,
Que el Rey irá á su casa por consejo,
Cuando él no se lo lleve á su palacio:
No es el humano estambre mas parejo;
Así lo hila el tiempo; así el topacio
Del sol la luna en formas mil altera,
Y él cuanto hay debajo de su esfera.

»Mas, de aquel rico escudo el blason hecho
Con dos calderas de oro en campo goles,
De real sangre de Lara hirviendo el pecho,
Verá Herrera en dorados arreboles
Un noble alumno suyo, que á despecho
De falsos envidiosos tornasoles,
Torne el sol claro y el honor estable
Del sin culpa ofendido Condestable.

»Y bien que al generoso pecho ilustre
Del franco amigo mucho se le deba
De la opinion el reparado lustre,
De su lealtad la mas segura prueba,
Sin miedo que otro azar se la deslustre
Ni otra loca fortuna se le atreva,
Serán en sucesion al mundo rara
Los príncipes del Basto y de Pescara

»Aquel nunca vencido leon rapante
Que sobre plata da, barrado en oro,
Al grave hijo de Amon cuartel triunfante,
Y asombro con su vista al campo moro,
Rica empresa será á un pecho arrogante
Que de la fama en el clarin sonoro
Triunfos pondrá de mil moriscas lides,
Y nombre y sangre real en Benavides.

»Estos dos rojos desollados lobos
Que ya en Clavijo, tremolando al viento,
Blason fuéron de Osorio y Villalobos,
A quien dió el español Patron su aliento,
Del voraz tiempo los sutiles robos
Jamas descrecerán su altivo asiento;
Que, agradecida Astorga, flores nuevas
Cada año alegre ofrecerá á sus grevas.

»Las dos calderas de oro jaqueladas
Del valle de Toranios son Pachecos,
Sangres de la romana acrecentadas,
Que á España vino á hacer famosos truecos;
De quien mil sienes ya veo laureadas
De ducales coronas, y en los huecos
Plumeros los invictos resplandores
De sus marqueses, condes y señores.

»Dos negros y ceñidos calderones
El nombre y armas dan de su apellido,
Real prosapia de ínclitos varones,
De ricoshombres timbre esclarecido;
Por quien promete el cielo, de sus dones,
Un príncipe entre todos escogido,
Cuya privanza ha de subir sin tasa
La gloria al colmo de su ilustre casa.

»La negra banda que en dorada lumbre
Medio cuerpo descubre de doncella,
Será de Carvajal rica vislumbre,
Con la real sangre de Leon en ella,
Por quien de Mártos la enriscada cumbre
Plaza enlutada hará su plaza bella
A un emplazado rey; que el justo cielo
No deja agravio sin venganza al suelo.

»Sobre ondas de agua aquellos cisnes bellos,
Que un lirio azul en torno los contempla,
Sendas coronas de oro por los cuellos,
Con que el cruel hado su aspereza templa,
Armas son de Cisneros, ó son ellos
Ya cisnes, cuyo canto le destempla
Los clarines al mauro infiel, de modo
Que á un grito suyo tiembla el campo todo:

»O tengan con la sangre de Lorena
En Leon sus belicosos nacimientos,
O de los monstruos de la selva amena
Alguna sombra de verdad los cuentos,
Ella es nobleza insigne, y casa llena
De antigüedad y heróicos fundamentos,
Cuya es tambien la tarja de amarillo
De aquel leon, girones y castillo.

»Los otros jaquelados tres girones
Que aquella ilústre tarja vuelven rica,
Con rica fruta de ínclitos varones
Este tronco feliz los multiplica:
Sus timbres han de ser reales tusones;
Su nombre en su blason se significa;
Sus príncipes, si el alma no me engaña,
Gloria á Osuna darán y honor á España.

»Tres palillas de plata en campo blao,
Y en torno nueve lunas, de Padilla
Noble empresa componen, y á Bilbao
Sangre real han de dar, y honra á Castilla;
Y á cuatro maestres del sangriento Tao,
Ucles y Calatrava la rodilla;
Y toda España á una beldad que pudo
La dura alma ablandar de un rey sañudo.

»Del soberano imperio del oriente
El César tendrá un hijo que sin miedo
Libre á Toledo ampare y á su gente,
Y dello herede el nombre de Toledo:
Su escudo es el que ves resplandeciente
Con jaqueles de azul y oro, en que puedo
Pronosticar que á España ha de hacer salva
Y ser de sus mejores dias el Alba.

»Aquel, en rosicler grifo lozano
Entre cadenas de oro, es de Peralta
Blason ilustre, cuya sangre y mano
Lo mejor de Navarra y Francia esmalta;
De cuyo real linaje agramontano
Pamplona ha de heredar sucesion alta
De insignes condestables, y uno dellos
Su mitra arrastrará por los cabellos.

»Destas cinco panelas de oro espera
Cobos su ilustre tarja, á quien ya humilla
Su mas florida y rica primavera
El reino de Aragon y de Castilla;
Y así con pluma volará altanera,
Que será al mundo octava maravilla
El que al cesáreo trono del poniente
El pecho ofrezca y voz mas elocuente.

»En boca de dos lobos dos corderos,
De Haro son, los señores de Vizcaya,
Del gran Zuria nobles herederos,
De española nobleza última raya:
Fuente feliz de no violados fueros
Es cuanto encierra su argentada playa,
Y el libre pais de su áspera montaña
El brio hidalgo del honor de España.

»Desta real sangre tomarán corriente
Lodio, Corbera, Cárcamo y Urbina,
Orozco, Avellaneda y el valiente
Hinestrosa; y con vuelta peregrina,
Del nunca firme tiempo la creciente
Reinas y sucesion dará divina
A Navarra, y mil príncipes famosos
Del Carpio á los palacios venturosos.

»Del franco Orlando, que ahora el mundo asombra,
Un rio de sangre real verá este suelo,
Y entre bocinas de oro, la ancha sombra
Que de águilas hará el pomposo vuelo;
Mas hoy un Ponce, que de Leon se nombra,
Los clarines y plumas de ese cielo,
Yerno de un rey, hará sobre escarlata
Bastones de oro y rojo leon en plata.

»De aqui un Maestre de las trabas de oro,
Y un don Manuel Paqui, nuevos Aquiles,
Uno á la vega y otro al campo moro,
De sangre, más que el sol, pondrán perfiles;
Por quien el monstruo del clarin sonoro
Al mundo proezas contará gentiles,
Cuando, al favor de un arrojado guante,
El leon de Cádiz los de Libia espante.

»Este escudo á cuarteles, con seis fajas
De sangre y diez veneras sobre verde,
Son de los Pimentarios las ventajas
Con que de vista Pimentel se pierde;
Y de los graves condes de Barajas
Jaquelados coturnos, que los muerde
Real sangre de Aragon, que ha de hacer dellos
Su rica taza Ganimédes bellos.

»Los dos rojos bastones y honda cueva
Que aquel verde dragon de oro vomita,
Nombre á un rêal linaje y armas lleva,
Si el tiempo mi esperanza no marchita;
A cuya gruta hará que España deba
Más príncipes que estrellas resucita
La muerta luz, y Cadmo hombres valientes
Vió en los arados surcos de sus dientes

»Cuando á Galicia azules fajas de oro
Megía traslade de la Misia fria,
De maestres sembrará un precioso coro
Por toda la marcial caballería;
Donde añada Alcaraz, de un gran tesoro
Que le ha de dár su espada en Berbería,
De escamosas serpientes la confusa
Guedeja de las clines de Medusa.

»Trece estrellas en rubia centinela
Los lirios de oro guardan deste escudo;
Y él, no ménos que el sol, alumbra y vuela
Con marcial calor y rayo agudo:
De Salazar la espada sin cautela
De un pendon cortará á un jayan membrudo,
Cuando dé en Francia; con clarin sonoro,
Su invicto nombre escrito en letras de oro.

»Nieto suyo será el que, en fuerzas dobles,
Robusto natural y años prolijos,
De traviesa tendrá, en mujeres nobles,
Seis veces veinte valerosos hijos;
Y él de otra tanta edad, los duros robles
De sus venablos en el cerco fijos
De Aljecira pondrá, donde, aunque fuerte,
Como hombre al fin se rendirá á la muerte.

»Las cuatro fajas deste roto escudo
Para Montemayor le guardo un dia,
Que al granadino orgullo ha de hacer mudo
De su Alcaudete, y dél la valentía:
La espada que con alas de oro pudo
Volar, llenando el mundo de alegría,
Será de don Manuel, preciosa infancia
De ambos imperios de Castilla y Francia.

»Aquella blanca luna en campo rojo
Armas dará á un linaje y apellido,
De una infanta feliz rico despojo,
Por mayor bien en Aragon nacido:
De aquí fortuna, por su loco antojo,
Un monstruo formará, que, en ser querido
Y desamado, muestre al mundo en vano
Las cortas raices del favor humano.

»Las cinco águilas indas con coronas,
De oro los picos, son los coroneles
De Scipïon, Cornelio, y sus matronas
Consigo, por guardar su honor crueles:
Unas con fuego abrasan sus personas
Por honra; á su limpieza otras mas fieles,
Con astucia prudente á un rey amante
Le estorbaron llevar su error delante.

»Las cuatro fajas que en cuartel dorado
Limpias se ven, de sangre real cubiertas,
Un rëal apellido celebrado
De Córdoba dará en su mano abiertas:
Otro le añadirán aprisionado,
Por las señas mas vivas y mas ciertas
De aquel valor á cuya ardiente espada
Llorará Italia y temblará Granada.

»Del grave Tíber bajará don Mendo
Cinco nobles Andrades á Galicia,
Y uno á dos reyes que en abrazo horrendo
Pondrá del cetro de oro la codicia,
Alzará en la mortal baraja, haciendo
Su suerte el tiempo, el cielo su justicia;
Y él, por barato al reino que se pierde,
Banda volará de oro en campo verde.

»Del valiente Gelasio se derrama,
Por empresa de guerra y timbre mudo,
Este principio de armas, y esta rama
De roeles de oro en acerado escudo:
Ceros de los guarismos de la fama,
Con que aumentar la de su nombre pudo
El jayan á quien Artus los dió en suerte,
Y él á mil nobles casas con su muerte.

»Cual las hermosas Pléyades, que al cielo
La frente vuela del templado toro,
Cuando al invierno su natural hielo
El aire cuaja de importuno lloro;
Tales verá en alegre paralelo
Bustamante sus siete lirios de oro,
Argüello cinco, diez Saltamirano,
Y Roelas seis con veros de su mano.

»A Avila dió otros tantos, de quien puedo
Nuevo blason mostrar resplandeciente
Por armas del dichoso Balbanedo,
De oculta sangre real preciosa fuente:
En Ronda un sucesor de su denuedo
Su pendon volará, y dará á su gente
Siete mas sobre seis, y al pueblo moro
En Gibraltar, por bodas, luto y lloro.

»O sean ocasionados desto en algo
Los roeles de oro en cielo azul sereno,
O el noble escote que pagó un hidalgo
A un real convite de ocasiones lleno;
Con ellos á mil trances de armas salgo,
Con ellos el furor de Arabia enfreno;
Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,
Y llenas lunas del honor de España.

»Del bravo asturian Grijano el Bravo,
Que bravo nombre á su linaje puso,
Es el castillo jaquelado al cabo,
Y al pié, de ondas de plata un mar difuso;
Y el que, de un jayan rey que hizo su esclavo,
Dos ciervas de oro á su cuartel traspuso,
Cervántes, descendiente de Cervino,
Las ganará de un nieto de Mambrino.

»Quitarle ha al ya vencido rey la empresa
Por armas de su casa y apellido,
Y de las ciervas la una el prado besa,
Y en vela la otra está del franco ejido:
Cinco cuervos que en oro hacen la presa,
Y el rubio Apolo los armó en su nido,
En favor de Publícola, á Corvera
Nombre darán, blason y fama entera.

»Es cierto que á un sangriento desafio
De un valiente frances y este romano,
Un cuervo al franco yelmo hizo sombrio,
Y el pulso entorpeció á la diestra mano:
Faltó al uno, y al otro creció el brio;
Venció el favorecido italïano;
Y el cuervo, en fe desta merced no escasa,
Timbre á sus gentes dió y nombre á su casa.

»De aquel castillo, leon y banda verde
En plateado campo con dragantes,
Harán, si el tiempo su volar no pierde,
Los Castillas sus armas como de ántes,
Y con ellas, al mundo que se acuerde
Del rey que mató Enrique, y los infantes
Que aprisionó en Berlanga, y por medida
De sus cadenas dió la de su vida.

»Las jaqueladas barras, que de Alcides
Se precian descender, en sangre envueltas,
Son de Sotomayor; y el que en las lides
Marinas ondas lleva en sangre sueltas,
De los Marines es, cuyos ardides
Mostrarán en la mar y sus revueltas,
Que no es todo ficcion lo que se suena
De haber sido su madre una sirena.

»La primer reina Loba, que en Galicia
La ley siguió de un Dios resucitado,
Sobre un testuz de lobo, á la milicia
Del cielo aquel lucero hurtó dorado;
Y el que hoy al noble pecho le acaricia,
Y con su empresa le hace señalado,
Es Lobera, que en armas y apellido
La clara fuente da en que fué nacido.

»Dos negros lobos en plateado escudo
Hará don Vela, de Aragon infante,
Parlera fama que en lenguaje mudo
El invicto valor de Ayala cante;
Y dando con Salcedo un casto nudo
Del rubio Conde con la hija amante,
Serán al real paves nuevo tesoro
Verdes panelas, sauce y campo de oro.

»Ya desta vela real alegres rayos
De invicta y noble luz gozará España,
Del árabe infeliz tristes desmayos
Y del cristiano pueblo honrada saña:
Brotarán rosas los floridos mayos,
Y deste real engerto la montaña
Más solares de hidalgos sucesores,
Que de abril fuentes ni de mayo flores.

»De aquí el conde Floyan Pereira espera
Un señor en Trastámara que alumbre
Del firme escudo la plateada esfera
Con roja alegre cruz de inmortal lumbre;
Y un condestable portugues que, entera
La sacra insignia, en pompa heróica encumbre
Entre ocho escudos las rëales quinas,
Que en bella orla serán flores divivinas.

»De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,
Gamboa, Marroquin, Barbosa y Monte,
En brio, armas, linaje y fáma eterna,
Mas luz darán que el carro de Faetonte:
De aquí en un rayo desta vela tierna,
Cuando á la bella Munia se confronte,
Del gran Cárlos Martel nieta excelente,
Dos cometas saldrán de Marte ardiente.

»De la una ya en la invicta Soria crece
De inmortal lumbre la segunda vela,
Cuya águila, si en plata resplandece,
Entre lisonjas de fortuna vuela;
Y de la otra á la roja espada crece
Un gran maestre Martel, Marte en su escuela,
Que á su escudo dará, en igual distancia,
Bastones de Aragon, lirios de Francia.

»Destos dos troncos la tercera rama
Vela y Martel serán, despues Valbuena,
Que al castillo Ferral su brazo y fama
La insignia subirá de trabas llena;
Mas la enemiga de quietud, que trama
La humana estambre al pulso de su vena,
Con la potencia de Baeza y Baza,
Rendir le hará la conquistada plaza.

»Y él, ya ofendido del contrario hado,
Sus armas renunciando y su apellido,
A eremítica vida retirado,
Nada parecerá de lo que ha sido:
Aquí, de vanos faustos descartado,
A los firmes del cielo reducido,
Del valle ameno y de su dicha buena,
De Vela el nombre trocará en Valbuena.

»Dará allí su virtud al mundo ejemplo,
Y con favor de un casto rey potente,
De castas almas un sagrado templo
A la Virgen, de amores castos fuente;
Cuya grandeza así crecer contemplo,
Que en la real proteccion, claustro eminente
De cándidos armiños será al suelo,
Que el eco suban de su nombre al cielo.

»Deste santo Hilarion un noble aliento
Sucesor de su casa tendrá vida,
Que á defender la de un delfin atento,
Y hallar la empresa de un tuson perdida,
Por las tinieblas de la noche á tiento,
A su águila dos lirios de oro añida,
Victoriosa guirnalda del tesoro
De los hallados eslabones de oro.

»Hijo suyo será el valiente pecho
Que, con roja florida cruz armado,
Sobre Guadix pondrá á la fama, hecho
De ilustre sangre, el título de honrado;
Y el que á un rey justiciero sin provecho
De Alcaraz el pendon dará bordado,
Y el magnánimo Enrique, en su servicio,
De notario mayor el grave oficio.

»De aquí un yerno de un noble adelantado
Feliz muro será de su frontera,
Otro obispo en Valencia, otro el grabado
Baston ha de regir en Antequera;
Otro, adonde se haga el sol dorado
Cuando en la tierra ya no reverbera,
Del gran sello imperial con la potencia
A Jalisco á fundar irá una audiencia.

»Del noble valle destas limpias flores,
Con rosicleres de Velasco ardientes,
Si bien ya de encubiertos resplandores,
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,
Nueva guirnalda de inmortales loores
Dará el hado á tus hechos excelentes,
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,
Que al mundo asombre con lo que ahora espanta.»

ALEGORÍA.

En las grandes hazañas de Hernando Cortés se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitan español, que intrépido acomete, y sale, á pesar de la fortuna, con lo que intenta.

En el corpulento jayan que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que, preñado de oro, derramaba escudos por sangre, se muestra la fuerza del dinero, y cómo á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia que por otra via no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

LIBRO VIGESIMO.

ARGUMENTO.

Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un rio á don Teudonio y á Garilo presos: póneles en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: háceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfa en un monte llorando un caballero muerto; dale nuevas de Arcangélica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento.

¡Raro suceso! El cielo soberano
Los monstruos trueque en favorable agüero,
Y, como puede, haga de su mano
Feliz el caso que asombró primero:
Al fresco arrimo de un laurel lozano
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,
Como á pedir favor la musa mia,
Tras un prolijo curso llegó un dia.

No es trazada invencion, si bien parece
Obra sutil de pluma artificiosa:
Por donde á un fresco arroyo la orla crece
De verde juncia y grama revoltosa,
Cuando el temprano almendro aun no florece,
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,
A que me ampare fuí del sol que ardia,
Del hojoso troncon la sombra fria.

Allí ocupado en trasuntar al vivo
Mi espíritu á un papel (¡extraño caso!),
De una águila real el vuelo altivo
El silencio rompió del aire raso;
Y de repente dando en lo que escribo
En los duros artejos, el escaso
Borron arrebató, y hácia la esfera
De la agradable luz volvió lijera.

Quedé absorto, y á ver el raudo vuelo
Que dió en mi daño la traidora arpía,
Puesto en pié, mil suspiros doy al cielo,
Que, sordo al parecer, ninguno oía:
Y el sin piedad ladron, con el señuelo
Volando entre las nubes, parecia
Correo de Arabia, que en los aires lleva
De Palestina á Persia alguna nueva.

Seguíle con los piés un rato en vano,
Y cuando mas no pude, con la vista,
Contemplando en sus garras del liviano
Papel la blanca tremolante lista;
Cuando, furiosa en vuelo mas lozano,
A ser de un nuevo mundo coronista,
En mis ojos faltó, y en mí el sentido
Al peregrino caso sucedido.

Y lo que en mil desvelos de cuidado
Mi humilde musa concertado habia,
El rigor de un suceso no pensado,
Viéndolo yo, lo destruyó en un dia:
¡Oh cielos! ¿si el trabajo dilatado
Por tantos años desta historia mia
Ha de desparecer la voladora
Y cruel arpía del tiempo en sola un hora?

¿Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,
O ha de volar sin fin de gente en gente?
¿Si subió el ave mi papel al cielo,
O caer le dejó de impertinente?
¿Quién me dirá este enigma? Este recelo
¿A quién no hace encoger hombros y frente?
El tiempo lo hará claro, y mi motivo
Los sabios, que es el pueblo á quien escribo.

Ni es bien que el frio temor entibie tanto,
Que el noble aliento del valor consuma,
Mas fiar con firme fe del cielo santo,
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;
Que si el ave voraz me hurtó un canto,
El papel se llevó, y dejó la pluma,
Y haciendo en ella próspero el agüero,
Así ahora explicar sus miedos quiero.

Que el águila, que es reina de las aves,
Será mi fama de los tiempos reina,
Que con vuelo inmortal y acentos graves,
De aquí, donde la oscura noche reina,
Hasta donde entre músicas suaves
El alba, de oro sus cabellos peina,
Mis papeles, mis versos, mis razones
Volará de naciones en naciones.

Esto se quede á cargo de la fama,
Que es de los venturosos sabios norte,
Y la que por sus términos los llama,
Y sube á grandes de su casa y corte:
Feliz yerba es la yedra si se enrama
A un muro altivo á quien no alcanza el corte
De la envidia, pues queda, con su altura,
El mas vistoso y ella mas segura.

Pues dando el cielo á mi encogida yedra
Por muro el que lo ha sido y es de España,
Hecha ya basa de tan firme piedra,
Ni agüeros teme ni temor le daña:
Si el buen arrimo da segura medra,
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?
Pare el miedo servil; vuelvo á mi estilo,
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.

En dulce suspension el noble godo
Mirando estaba en el compas pequeño
De aquel bello teatro el rico modo
De su adorno, sus armas y su dueño;
Cuando á un cerrar los ojos huyó todo
Cual blandas sombras de templado sueño,
Y en un campo se halló florido y verde,
A quien de Ebro el cristal las faldas muerde.

Y al dia siguiente, caminando en duda,
Sin conocer la tierra donde estaba,
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda
Que el seguido camino en dos cortaba,
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba
Un lazo al cuello, y en engace doble
Al corvo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros cuatro por testigos,
Y el leonés, viendo el lastimoso paso,
«Teneos, á voces dijo, tené, amigos;
Sepamos la ocasion, suspendé el caso;»
Y por entre alcornoques y quejigos
A toda rienda sale al campo raso,
Cuando ya ellos tambien á toda priesa
El nudo daban á la soga gruesa.

El por llegar á tiempo, ellos por dalle
Muerte sin que haya estorbo que lo impida,
Todos priesa se dan... A mi á dejalle
En esto la que tengo me convida;
Que veo á Orlando en un profundo valle
De ciego monte y áspera salida,
Donde para volver á su camino,
Si el caballo cobró, no cobró el tino.

Dejó la humilde casa del Engaño,
Y aquel, que serlo en ella parecia;
Y el astuto Garilo, con el daño
Que en el robado anillo hecho habia,
Tras el perdido Conde el pais extraño
A ciegas cruza, y al huirse el dia,
Del grave sueño en la quietud profunda,
El caballo le hurtó la vez segunda.

Saltó en la silla, y á la luz menguante
De la fria luna, «¡Oh capitan robusto!
¿Vos sois, le dijo, el príncipe de Anglante
Y el general baston del cetro augusto?
¿Así en desvelo y guarda vigilante
Las reliquias poneis de vuestro gusto?
Quien en el sueño, como vos, se olvida,
Ni su honra tiene en mucho ni su vida.»

Despertó el Conde, y viendo á Brilladoro
Segunda vez en manos de Garilo,
La paciencia perdió, perdió el decoro,
Y de su autoridad el grave estilo;
Y cual vencido garrochado toro
A quien acosa de la gente el hilo,
Los ojos cierra, y con la corva frente
Por los palenques rompe y por la gente;

El impaciente Conde, así en gallardo
Y altivo brio saltó arrogante y fiero,
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,
Ambas deudas cobrara por entero:
Huyó el ladron, y cual lijero pardo
Siguiendo un ciervo, va tambien lijero,
Y al que le huye, su caballo fuerte
Le salva á un tiempo y le condena á muerte.

Aquella noche y el siguiente dia,
Y sin ese otros seis siguió su alcance;
Que á uno el enojo, á otro la alegría,
De uno los empeñaba en otro lance:
Cuando una tarde el catalan que huia,
Temeroso que el rayo no le alcance,
A la ancha entrada de una estrecha puente
A Dudonio encontró y su franca gente.

Volvia de Zaragoza, adonde vino
Por sabio embajador de Carlo-Mano,
A granjear del rey que, por vecino,
Favor ni gente preste al asturiano;
Y viendo el descompuesto desatino
Con que al sudado potro aguija en vano
El medroso jinete, y que él bufando,
A falta de voz, dice que es de Orlando;

Hizo alto el escuadron, cuando él, en medio
De cien franceses puesto de improviso,
Aunque con sus embustes dar remedio
Al impensado aprieto y riesgo quiso,
Faltóle en el brevísimo comedio
Para saber fingir tiempo y aviso,
Y así, ántes de advertirse del suceso,
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.

Llegó tras él el príncipe de Brava,
Que ya tan al estribo le seguia,
Que donde un pie el caballo levantaba,
Los suyos él por le alcanzar ponia:
Mandó al ladron colgar, que era á quien daba
Del sin piedad verdugo la porfia
Espantosa lazada, cuando pudo
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon ni al ofendido Conde,
Que iban ya dentro de la selva espesa,
Y del árbol ninguno le responde,
Listos á darse en lo que hacen priesa:
Visto el rigor, el español por donde
Más breve el paso vió fiero atraviesa
A socorrer el riesgo, que es de modo,
Que á un pié de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,
«Paso, dice, cobardes; que me importa
Saber la causa de esa infame muerte:»
Cuando uno de los cuatro le reporta,
Y en blanda voz: «Señor, le dice, advierte
Que esa lazada al cuello es propia ajorca
De un ladron, y su tálamo la horca;

»Y este, en los de su oficio el mas cursado
Que de Jaca amparó la inculta sierra,
Ya dos veces á Orlando le ha robado
Su caballo y su fino arnes de guerra:
Hale traido ofendido y acosado
Desde su patrio suelo al desta tierra,
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,
Y él ponerle mandó en el primer roble.

»Pudolo hacer el senador romano,
Por ser quien es y porque dello gusta;
Firma es esta sentencia de su mano,
Y basta el serlo para ver que es justa:
Los dos al pié del bosque comarcano
La dan por tal; si te parece injusta,
No van léjos de aquí, ni un mundo es léjos
Para libres volver por sus consejos.»

Así el franco, y así el leonés, llegando
La aguda punta, el lazo cortar quiere:
«Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando
De Roma senador, sea lo que fuere,
El preso es noble y español; y cuando
Esas fingidas culpas cometiere,
No es Francia dueño, Roma es parte extraña
A castigar por sí culpas de España:

»Y sobre esto á la franca gente junta,
Si toda viene, estorbaré esta muerte,»
Dijo; y corriendo la delgada punta,
La lazada cortó del nudo fuerte;
Y el que en cortés respuesta á su pregunta
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,
Al dulce corte de su aguda espada,
Su honra satisfacer quiere agraviada.

Al verdugo feroz manda ejecute
Su oficio, miéntras él el de su saña,
Porque ningun cobarde arnes le impute
Flaqueza al noble suyo en tierra extraña:
Saca su espada, y quiere que conmute
En sangre su primer piedad España;
Y el godo, al noble término obligado,
Ofender no pretende al que no ha errado;

Y así, en la muerta fama de su escudo
Los vivos golpes sin le herir recibe.
Los que al diestro esgrimir del filo agudo
De humilde amparo ven que se apercibe,
Cobarde ánimo cobran, y en menudo
Combate, en su grabado arnes escribe
Feroz cada uno la destreza que usa;
Mas él, de cuatro, á solo el uno excusa.

Que á tres golpes, la falda de la sierra
De los tres heredó cuerpo y acero,
Y el cuarto ya la mal trabada guerra
Paró asombrado, y dijo al caballero:
«¡Oh ilustre parto desta invicta tierra,
De nobleza y virtud un cielo entero!
Quiero estimarle ya, pues me le ofreces,
Un vivir que te debo tantas veces!»

Y como absorto en ver su gallardía,
El caballo volvió á seguir su gente,
Y el godo hácia Garilo, que venía
A le ofrecer la libertad presente;
En cuya peligrosa compañía,
Al pié de un sauce, al márgen de una fuente,
Agradable reposo la espesura
Al luto ofrece de la noche oscura.

El falso catalan, por no negalle
Su premio al beneficio recibido,
Tenerle quiso compañía en el valle;
Que es servirle mostrarse agradecido;
Y por mas á su intento desvelalle
Largos cuentos fingió, y despues dormido,
La rica espada hurtó al siniestro brazo,
Llave sutil del malogrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble godo,
Y hallando al huésped y á su espada ménos,
Vió que es volver por un ladron, en todo
Hacer propios agravios los ajenos:
Sintió el perder sus armas, sintió el modo
De pagarle tan mal deseos tan buenos,
Y que sea de su patria ingrato vicio
Afrentar con desden el beneficio.

Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno,
Agradeció la mano comedida;
Que quien á él la espada, y á otro el heno
Robó, robar tambien pudo su vida:
Volvió, y siguiendo, de disgustos lleno,
La senda ménos agra y mas seguida,
Como en rastro del alba dos luceros,
Parir la selva vió dos caballeros.

Dudon el uno, el otro el conde Orlando,
Que en busca suya y del traidor Garilo,
La siempre amarga envidia devanando
Memorias de dolor, los trae de hilo:
Fué el vencido frances así ensalzando
La libre espada y el compuesto estilo
Del victorioso godo, y la jactancia
De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,
Dueño cada uno del agravio todo,
Sin darse uno á otro parte en los intentos,
En busca entraron del ausente godo:
Corriéronse de ver sus pensamientos,
Al encontrarse heridos por un modo
De una envidia, y que dos tan graves lanzas
A un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,
Cada uno al otro pide el ir delante,
Cuando el florido tumbo de un collado
Les dió, á un muerto escuadron poco distante,
Sin espada y á pié un doncel armado:
Dudan si es él, si bien su real semblante
A quien le mira da, en lenguaje mudo,
Más voces que la fama de su escudo.

Sus tres franceses mira Orlando muertos,
De tan nuevas heridas asombrado;
De los golpes los dos por medio abiertos,
Y sin hombro el tercero y sin costado:
La voz suspensa y los cabellos yertos
El contemplarlos deja al mas osado;
Cuando así el Conde al príncipe de España
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.

«¿Sabréis, señor, sabréis, señor, decirme
Destos tres golpes dónde está la espada,
En alentado pulso y brazo firme
Más que en consejo ni en razon fundada?
¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?»
A quien Bernardo, la visera alzada,
«Señor, le respondió, la espada bella
Ayer fué mia, ahora no sé della;

»Que el mismo á quien dió vida en este valle,
Sin salir dél la hurtó, lleno de engaños;
Que excusar á un ladron la muerte, es dalle
Osada libertad á nuevos daños:
Yo, que hice mal confieso en alargalle
La indigna vida á malgastados años;
Mas fué fuerza volver en mi hazaña
Por la ofendida libertad de España.»

«A estar allí esta mia, dijo Orlando,
La potencia de España no pudiera
De mi decreto suspender el mando,
Ni al ladron estorbar que no muriera:
¿Vos sois alguno de su infame bando,
Pues volvistes por él de esta manera?
Que si es ladron quien hurta, ya se entiende
Que lo será tambien quien lo defiende.»

Reportóse Bernardo, y dijo: «Vienes
Con justo sentimiento alborotado
Del nuevo estrago que presente tienes,
De una injusta ambicion ocasionado:
Ni puedo responder á tus desdenes,
Hasta que Orlando, como lo he jurado,
Perdon á mis piés pida del exceso
De haber tenido un libre español preso.»

Hallóse el sagaz jóven puesto en duda
De cuál fuese Dudonio y cuál el Conde,
Y en esta estratagema quiso aguda
De los dos conocer quién le responde:
Orlando con su lengua tartamuda,
«Yo soy, dijo, á quien buscas; mira adónde
A morir has venido, á serme dado
Dar la muerte á un muchacho desarmado.»

No al brio gallardo de un jinete mozo,
En el alegre orgullo de la caza,
El presto gamo causa mayor gozo,
Que el bosque con sus cuernos despedaza,
Ni al vulgo juvenil mas alborozo
Un presto toro en medio la ancha plaza,
Que á Bernardo causó tener delante
El tan nombrado príncipe de Anglante.

Y así le respondió: «Tienes tan tuya
La fama, invicto Conde, que en su mengua
No sé si tus hazañas atribuya
Más á tu heróico brazo que á tu lengua;
Mas ahora las aumente ó disminuya,
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,
No es todo falso en si lo que pregona,
Segun la majestad de tu persona.

»Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido
En tenerte á mi brazo y voz presente,
Para saber si tienes ó has tenido
Lo que la fama cuenta de valiente,
En lo que dices que ladron he sido,
Como ahora tú, quien lo dijere miente,
Y mentirá tambien quien no confiesa
La ventaja española á la francesa.

»Y porque, á falta de mi arnes entero,
La batalla no excuses deseada,
Al que contigo viene le requiero
El caballo me dé, y preste su espada,
Con que ganando ya la tuya, quiero
Dejar la que me hurtaron mejorada;
Y si de voluntad no me la diere,
Habrá de ser por fuerza, sea quien fuere.»

Dudon, que á los principios la cordura
Del mancebo estimó, su talle y brio,
Ya por loco le tiene, y por locura
Cuanto habla, y su razon por desvario;
Y al agravio de tal desenvoltura
Deja el caballo y toma el desafío;
Y la desnuda espada que apetece
Por la delgada punta se la ofrece.

Puso el brioso español mano á su daga,
Y al frances bravo, que blandiendo tiene
La relumbrante hoja, ántes que haga
Seguro golpe que sus brios enfrene,
Rebatiendo, una punta al pecho amaga,
Y á la vista á compas volando viene
El agudo puñal, que al yelmo fino
Quitó mil luces y á Dudon el tino.

Y ayudando á su nuevo desacuerdo,
Con él cerró á cobrar su acero agudo,
Y en abrazo enemigo más que cuerdo
Hechos fuéron al verde prado un nudo:
El leonés vivo, al franco sin acuerdo,
La daga que á su mano volver pudo,
Ya ciego en su primer ventaja, prueba
A darle lugar nuevo y puerta nueva.

Rompió al grabado yelmo las hebillas,
Y al aire dió la desarmada frente,
Y en sus vencidos pechos de rodillas,
Que vuelva espera en sí el que allí no siente:
Cobró vista el francés; vió maravillas;
Piensa que es sueño lo que ve presente;
Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,
Mudarse todo un hombre extraño caso.

Era Dudon gran duque de Marsella,
De fuertes miembros y ánimo excelente,
De la real Francia y de los bravos della,
De diez, de seis, de cuatro el mas valiente
En comenzar batalla y fenecella;
De colérica espada y brio ardiente:
Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,
Que ni brio ni espada es de provecho.

Así tal vez se vió pino lozano,
Beldad y sombra del vecino otero,
Que á un estallido por el suelo llano
Su duro tronco echó rayo lijero;
Al dar en tierra, el segador cercano,
Que á ampararse á su sombra iba primero,
Suspenso, ni se acerca ni retira;
Mas, asombrado y triste, calla y mira.

«Yo no quiero de tí, dijo Bernardo,
Mas que espada y caballo, con que vea
Este invencible paladin gallardo
Lo que ahora, como yo, tambien desea:
A que con gusto me lo des aguardo,
O la vida con ello; tuya sea
La culpa si por bien no me concedes
Lo que ya defender por mal no puedes.»

Asombró á Orlando el valeroso hecho:
Dudonio, lleno de confuso espanto,
La espada, ya en su mano sin provecho,
Libre dió, y del caballo hizo otro tanto;
Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,
El Conde, puesto por testigo en tanto,
En la batalla se aprestó, en que piensa
Tomar de tantos daños recompensa.

Bien que, atento á las fuerzas del contrario,
Su vivo aliento, su altivez lijera,
El breve asalto, el golpe temerario,
Y del suceso la victoria entera,
Las mudanzas temió del tiempo vario,
Y esta dicen que fué la vez primera
Que al Conde halló el temor, y tuvo á una
Por variable el rostro de fortuna.

La blanca garza á quien de la Noruega
Los prestos sacres siguen por el viento,
Callando sube, y remontada, niega
La vista al mundo, alcance al pensamiento;
Y aunque uno le da, otro le llega,
Otro la sigue, y la encaraman ciento,
Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,
A quejarse comienza desde el cielo.

El mismo impulso al corazon del Conde
En el presente trance dió latidos,
Y sin ver causa ni saber por dónde,
Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,
Y una nueva tibieza corresponde
A los alientos ántes no vencidos,
En esta lid, que le hace entrar en ella
Con pocos alborozos de vencella.

Estaba el Conde en la grandeza dina
De su antigua opinion, de miedo ajena,
Como en el fértil campo parda encina
De antiguos años y despojos llena,
Que ni el viento la mueve, ni le inclina
De los nudosos ramos la cadena;
Antes en medio de los bosques puesta,
A sola ella hacen los pastores fiesta.

Bernardo de otra parte altivo estaba,
Si no de tanto nombre, de mas brio,
Con un bullicio y lozanía que daba
Al de mas fama y opinion desvío:
En vencer solo con destreza brava,
Sin otros medios, puesto el albedrío,
Y en salir con real pecho y osadía
A cuanto la ira y gusto le pedia:

Cual presto rayo que su lumbre ardiente
Por los aires derrama repartido,
El mundo asombra, y de temor la gente,
Dando paso, se humilla al gran rüido;
Y él deslumbrando cruza de repente
El rico alcázar que dejó abatido;
Que ni de antiguo muro hace caso,
Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.

Y él en tanto la silla del caballo
En aire brioso cobra, y le revuelve,
Y al deseo de justar para incitallo
La firme lanza empuña, y feroz vuelve:
Conoce el Conde que es desafiallo,
Y en vengar tanto agravio se resuelve,
Partiendo con tal cólera á buscalle,
Que el bosque hizo temblar, y gimió el valle.

No el monte Olimpo y su vecino el Osa,
Si, arrebatados de contrarios vientos,
Por fuerza de violencia milagrosa
La eterna raiz faltase á sus cimientos,
En medio el Tempe junta más furiosa,
Ni golpes sonarian mas violentos,
Ni del Pelion los riscos al encuentro
Mayor bramido harian en su centro,

Que el hueco valle y montes comarcanos
Al ronco trueno y súbita estampida
Con que los dos guerreros á las manos
De su furia vinieron encendida;
Y habiendo vuelto en átomos livianos
Dos pinos, que aun se estaban con la vida,
Más firmes los contempla el campo raso,
Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.

Asombró cada cual á su enemigo,
Y Dudon lo fué allí de lo que via;
Que al grave caso puesto por testigo,
Que sueña piensa, y que le engaña el dia;
Y aunque con ojos y aficion de amigo
Al Conde acata y mira todavía,
Halla que si hay ventaja ó puede habella
Entre los dos, que el godo está con ella.

Mas ellos, las espadas ya en la mano,
Y su furia y rigor en los escudos,
Con tal priesa se hieren, que hacen vano
El cuidado de golpes tan menudos:
En Flegra, en el combate soberano,
Cuando sobre los titanes membrudos
Llovia Júpiter rayos, sus espantos
Ni fueran en rigor tales ni tantos.

Dió el Conde á su contrario un altibajo
Que á la fama cortó brazo y clarines,
En el grabado escudo, y á él le trajo
A besar del caballo cuello y clines;
Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,
Francia gozara mas sus paladines,
Y aun él quizá tambien de esa manera
Por invencible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto
De la celada, y el valiente godo,
De honor herido y de paciencia falto,
A vengarse ó morir se arrojó todo;
Y puesto en los estribos, dando un salto
Su frison, alcanzó al frances de modo
Que le hizo besar, á un mismo vuelo,
El su caballo, y su caballo al suelo.

Dió un grito don Dudonio del espanto
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo
Cuando vió que el feroz mancebo, en tanto
Que el Conde volvió en sí, parado estuvo;
Que á segundar con otro, ni el encanto
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo
De Almonte, ni su hadada fortaleza,
Libre del riesgo dieran su cabeza.

Mas, ya viendo en su acuerdo el triste estado
En que aquel brazo y su valor le tiene,
Con la afrenta y furor desesperado,
La espada aprieta y á buscarle viene;
Y el español, no ménos arriscado,
Con la suya á dos manos le detiene,
Hasta que en rebatir furioso, á una,
Del hado tientan la última fortuna.

Y vueltos á encenderse en su refriega
Con mas aliento y brios que primero,
Donde uno se retira el otro llega,
Y ninguno al herir llega el postrero:
Uno el escudo hiende, el otro siega,
Cual trigo de sazon, mallas de acero:
Uno da, otro recibe, y ambos juntos
Ni atienden ocasion ni aguardan puntos.

Cual dos fieros centauros, que á las cumbres
De Osa celosos muestran su braveza,
Porque de Deyanira las dos lumbres
Con igual gusto miran su destreza;
De sus duros peñascos las vislumbres
Vueltas centellas giran larga pieza,
Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
De los destrozos de la horrible guerra;

Así la honra francesa y la española,
Celosas de la fama que las mira,
Como el hinchado Egeo entre ola y ola
En fuerzas crece, y se derrama en ira:
Resuena el valle, el aire se arrebola
De las centellas de oro que retira
Del rebatido acero, que el desierto
De rajas tiene y confusion cubierto.

Dió el frances un mandoble en el escudo,
Que de la fama al suelo echó un pedazo,
Y no fué el godo en responderle mudo
Del firme acero con el gran recazo;
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,
A cercen de los dos llevara un brazo;
Mas del hombro y encaje de una greva
Sobre el campo salió una luna nueva.

Y tras él otro y otro le segunda,
Como sobre su yunque el duro Bronte
Cuando en masas de fuego forja y funda
Rayos contra el flamígero Faetonte;
La sima al hondo valle mas profundo
Suena, y los ecos del preñado monte
Hacen un triste son y estruendo horrible,
A solo el duro Marte apetecible.

Ya del dia la mitad la blanda yerba
Del bosque el cruel teson sufrido habia,
Y á ellos entre un palenque de superba
Gente que en busca de Dudon volvia:
Ningun brio allí ni maña se reserva;
Que á la victoria de su gran porfía,
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas,
A brazos hacen de sus fuerzas prueba;
Las manos por los hombros anudadas,
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
Crujen las duras grevas apretadas
Entre el brio de los músculos que ceba
Su furor en la lucha, y los caballos
Ni pueden ya traellos ni llevallos.

Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla
El mas brioso caballo; uno se estaca,
Otro la yerba en caracoles trilla,
Y de su centro las raices saca:
Petos, golas y arneses deshebilla
Del teson duro la mortal resaca,
En un grueso anhelar y aliento vario,
En que cualquiera bebe el del contrario.

Sacó el Conde una daga, y al costado
Arrimarla probó del enemigo;
Mas él, no en tales lances descuidado,
Picó el caballo y le llevó consigo:
Perdió la silla y fué á buscar el prado;
Saltó el godo tras él; que no es amigo
De ventajas; mas viéndose la suya,
Medroso esta Dudon que la concluya.

Y ellos, con nuevos brios y denuedo
Tras su porfía, quieren acaballa;
Y como ya se hieren á pié quedo,
Mayor espanto pone la batalla:
Solos los dos del riesgo están sin miedo;
Que los demas que se hallan á miralla,
Aun desde fuera no se ven seguros
Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,
Si proballe tal vez le cupo en suerte,
Darian soberbios golpes, y al deseo
Diversos modos de hallar la muerte:
Tales los dos en su combate veo,
Y el batir las espadas de tal suerte,
Que como con cien brazos, á un momento
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que, por mirar su gentileza,
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
Tibia su luz, y ardiendo la braveza
De los guerreros vió desde el poniente;
Y contemplando el número y grandeza
De golpes y heridas, juzga y siente
Que era en su batallar mayor el vuelo
De su ira y su furor que el de su cielo.

Y no queriendo ver, de compasivo,
La muerte de los dos ni de ninguno,
Cerró la noche, y con un golpe esquivo
Roldan con su colérico importuno:
No quedó rostro ni semblante vivo,
Ni de los que le vieron pecho alguno
Que no se estremeciese al estallido,
Y el corazon le diese algun latido.

Fué tan cargado el golpe, que sin tino
Traspiés dió por caer el firme godo,
Y á no volver la furia en desatino,
Fuera el segundo vencedor del todo:
Mas erró este postrero el paladino,
Y su contrario se arrestó de modo
Que, arrojando de sí el mellado escudo,
Con su furia llegó hasta donde pudo.

Y á dos manos la espada, el yelmo fino
Al fiero golpe resonó tan hueco,
Que á las grutas del monte y al vecino
Bosque se vió sonar una hora el eco:
Cayó al suelo el famoso paladino,
Vivo, mas sin sentido: ¡extraño trueco
Y vuelta de fortuna! que por junto,
Cuanto en mil años da, lleva en un punto.

Pudo á su voluntad darle la muerte,
O de véras saber si era encantado;
Mas nunca en un rendido un pecho fuerte
Con sangre noble dió golpe sobrado;
Antes, dolido de la adversa suerte
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
Solo el escudo le quitó, en memoria
De que por suya queda la victoria.

Y á don Dudonio dijo : « Este le llevo
Para que el bravo Conde me le pida,
Cuando por bien tuviere que de nuevo
Nuestra batalla quede fenecida. »
Y cual presto nebli, el feroz mancebo,
Ya en la silla, hace que el caballo mida
El campo en tan lozana gallardía,
Como si al fresco hubiera holgado el dia.

Y haciéndole en bizarra contenencia
Salir lijero, al tiempo del sacallo,
« Señor, dijo á Dudon, con tu licencia
Llevo, pues mas no puedo, tu caballo;
Y adios; que ya la luz ha hecho ausencia,
Y yo, que no sé el puesto en que me hallo,
Buscar quiero acogida ántes que llegue
La noche á su rigor y me la niegue. »

Y sin otra respuesta, á lo cerrado
Del bosque tomó el paso mas derecho,
Dejando el campo en suspension callado
Al increible aliento de su pecho,
Celebrando el silencio, el no esperado
Fin, la insigne victoria y raro hecho
Con que á Roldan, de un golpe sin herida,
La fama le quitó, y dejó la vida.

Corrió Dudonio á socorrerle cuando
Del desacuerdo con furor volvia,
Y á su ausente contrario amenazando,
La espada entre los suyos esgrimia :
Quiérenlo sosegar; pero no hallando
Muerto á sus piés al que ántes combatia,
Con un nuevo dolor pierde el sentido;
Que el corazon le da que está vencido.

Y aunque Dudon, lo ménos mal que pudo,
El caso le doró y cubrió la afrenta,
El verse sin contrario y sin escudo,
Le hace mas que el amigo engaño sienta;
Y dando de ansia á la garganta un nudo,
Tal tragedia el honor le representa,
Que, á ser menor de Astolfo el beneficio,
Segunda vez se hallara sin juicio.

Pero á sola una rama que le queda,
Que es morir ó vengarse, echa la mano,
Y sin que nadie detenerlo pueda,
Parte á este fin el senador romano;
Mas cuando la ventura queda fuera,
Es darse priesa caminar en vano;
Que en vano ara la mar quien desde el suelo
Los cursos piensa gobernar del cielo.

Desvolvió, en seguimiento de la saña
Que un infierno labró de su memoria,
Tras su venganza lo mejor de España,
Y tras su pena la perdida gloria,
Dejando del furor que le acompaña
De ilustres hechos una heróica historia,
Que fuera de aparato y alegría,
A poderla aquí hacer suya á la mia.

La ilustre empresa de los arcos de oro
Que en Alárcos ganó, la imágen bella
Que en los floridos campos del tesoro
El rayo le dió vida de una estrella,
Y de Guisando el encantado toro
Con que la tierra aró, sembrando en ella
Las perlas de un laurel, que dieron gente
Más que en Tébas á Cadmo y más valiente;

Y otros insignes hechos, cuya fama
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa;
Mas ni á tan grande voz la mia me llama,
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa :
Ya algun dia el cielo esta menuda rama
Tronco al Parnaso hará de heróica trompa,
En tanto que dé ahora á lo importante
Del grave curso del señor de Anglante,

Que feroz, de aventura en aventura,
De arar cansado el real solar de España,
Sin hallar de la muerte que procura
El rastro, tras que el dulce honor le engaña,
Arrojado del tiempo y la ventura,
Del Pirineo pasó la alta montaña,
Y á su campo llegó el alegre dia
Que el César admitió en su compañía.

De otra parte, despues que el grave peso
De su batalla el vencedor Bernardo
Libre arrojó de sí, y en largo exceso
Vencido dió de Francia al gran bastardo;
Ni mas ufano ni arrogante en eso,
En cortés compostura y paso tardo
Dejó el suspenso campo, y al vecino
Bosque á buscar reposo abrió camino.

Y al salir dél, tras las doradas señas
Que un claro fuego desde léjos hizo,
Al pié de un monte, entre sus crespas greñas,
De una quinta halló el solar pajizo,
Donde en mesas cenó de humildes peñas;
Lo que el cansado espíritu rehizo,
Y al dulce curso de un sabroso sueño,
El de la fria noche fué pequeño.

Informóse otro dia de la tierra,
Y de Leon el camino mas sabido,
Por donde tras el fin que su alma encierra
Algunos dias le llevó seguido;
Cuando al recodo con que el paso cierra
Un claro arroyo al de un collado erguido,
En duros hierros sin piedad ligados,
Con dos presos venir vió diez soldados.

Mas ya del grave conde de Saldaña
Y de Teudonio la áspera cadena,
Que del fuerte castillo en la montaña
De Luna en triste son trágico suena,
A contar de ambos la desgracia extraña
Ambas manos le da y la pluma llena;
Que de un signo infeliz la adversa suerte
A un desdichado sigue hasta la muerte.

Despues que del Rey Casto el pecho esquivo
En oscura prision al Conde puso,
Y el muro de la cárcel vengativo
Al sol de su clemencia le antepuso,
Jamas el reino supo si era vivo
O si habia del vivir perdido el uso,
Dónde ni cómo estaba, ó en cuál sima
El valor se hundió de tanta estima.

Hasta que ya al rëal pecho obstinado
La agradable piedad halló camino,
Y con nuevos servicios obligado
Del notorio valor de su sobrino,
De dar trazó la libertad y estado
Al preso Conde, y á este fin previno,
Para hacer un perdon en los dos primos,
De don Teudonio la prision que vimos.

Mas de don Sancho la enemiga estrella,
Que contra su ventura peleaba,
Al mejor tiempo le dejó sin ella,
Y su luz vuelta de apacible en brava;
Que como los dos héroes, sin temella
Ni saber lo que el casto Rey trazaba
En darle libertad, se hallaron presos,
Y graves del castigo los excesos,

Juntos ya en el torreado alcázar fuerte,
Con la jurada fe y lealtad alzados,
Al sospechoso alcaide dieron muerte,
Y á dos partes de tres de sus soldados;
Cuando sus pechos la contraria suerte,
De mayor brio que prudencia armados,
Un nuevo capitan los dió vencidos
Y á su primer estado reducidos.

Al ofendido Rey vivas pasiones
Nacieron, muerta la piedad primera,
Con protesto que nuevas ocasiones,
Graves servicios de humildad pechera,
De los dos á ninguno las prisiones
Libre el cuello darán hasta que muera;
Y en esto firme el brazo justiciero,
Las cadenas dobló y creció el acero.

Y porque el nuevo mal sea con exceso
Y la larga prision ménos suave,
Llevar á don Teudonio manda preso
Adonde en inmortal cadena acabe,
A cargo de Teudisco, hombre sin seso,
De fantástico brio y zuño grave,
En quien ni alivio tenga ni halle abrigo;
Que un necio nunca fué de nadie amigo.

Con diez de su gallega gente, Ardano
Para Ledesma el preso ilustre guia,
Cuando al pié de un aliso, en medio un llano,
Durmiendo hallaron á Garilo un dia,
Pocos despues que en término villano
Y en maliciosa ingratitud habia
A Bernardo, ya en sueño sepultado,
La rica espada y el caballo hurtado.

Y alegres de la presa, ántes que el sueño
Entera libertad diese al sentido,
Con las manos atras su incauto dueño
En las suyas, sin ver, se halló rendido;
Cuando al claro cristal de un rio pequeño,
Bernardo el escuadron desvanecido
Encontró y los dos presos, cuyos yerros
Hacian mas graves los pesados hierros.

Al uno en grave compostura un todo
De valor encubierto corresponde,
Y que lo ha visto le parece al godo,
Si bien no tiene en la memoria adónde:
Al otro en diferente talle y modo
Conoce que es el que libró del Conde,
Y por la recompensa de librallo
La espada le hurtó y llevó el caballo.

Holgóse de encontrar á su enemigo,
Y no por su caballo ni su espada,
Ni por dar á sus culpas el castigo,
Ni por vengar la ingratitud pasada;
Mas por quitarle, como honrado amigo,
Segunda vez del cuello la lazada,
Y probar si podrá en su pecho fiero
El segundo favor mas que el primero.

Detuvo el brioso paso al firme freno
El potro, al márgen del arroyo escaso,
Y el pequeño escuadron, de altivez lleno,
Por él pasando fué sin hacer caso:
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,
Tan reportado el pecho como el paso,
Cortés y afable, á la arrogante junta,
Dónde y por qué los presos van, pregunta.

«No es de vuestro cuidado ni os importa
Lo que incauto pedis,» respondió Ardano,
Ardano capitan, de vista corta
Y de soberbio corazon villano;
«Mas fácil os será saber si corta
El rigor de mi espada y de mi mano:
Pasad el rio, despejad la arena,
Si no quereis terciar en la cadena.»

«Ahora, replicó el jóven valeroso,
Saber por fuerza quiero lo que os pido;
Que á ser vos noble, el pecho generoso,
Como honrado, os hiciera comedido;»
Y enviando tras la voz un golpe airoso
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido
Al suelo le arrojó; que su ceguera
El resguardo no hizo que debiera.

La escuadra vil, que al capitan difunto
Vió del golpe primero en tal estado,
En confuso tropel y escuadron junto
A darle corre sin sazon vengado:
Que el valeroso godo, que un trasunto
Es del marcial furor cuando está airado,
Más que Vulcano rayos en su fragua,
Armas, sangre y centellas llueve al agua.

A uno el brazo desgarra, al otro el pecho,
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,
Aquel de cuatro brazos deja hecho,
Y aquel del primer golpe sin ninguno:
Cual rojo tigre en acosado estrecho
El tejido escuadron rompe importuno,
Y en las sangrientas garras y en la boca
Cuanto su ardiente rabia encuentra apoca.

De diez, de ocho, de seis, de cuatro altivos
Que el preso defendian generoso,
Muertos los otros á sus golpes vivos,
De dos, perdon le pide el mas brioso,
Y el mas cobarde en pasos fugitivos
Por el vecino bosque huyó medroso,
Y él á dar fué, con su victoria ufano,
Libertad á los presos, de su mano.

Habíale ya en los golpes conocido
Garilo, y en las ricas armas bellas,
Y aunque sin fe, quisiera, de corrido,
Antes morir que en su socorro vellas:
El noble don Teudonio, comedido,
Viéndose en dulce libertad por ellas,
Para rendir las gracias á su dueño
Cualquier término juzga por pequeño.

Del rico yelmo la visera de oro
El noble godo levantó lozano,
Para en su libertad con mas decoro
Al generoso preso dar la mano;
Mas del bello semblante, que el tesoro
Cubria de las armas de Vulcano,
La luz salió, que al gran Teudonio pudo
Del gozo de mirarla volver mudo.

Conoció luego el generoso aliento
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,
Cuando al Rey Casto del traidor intento
De Mahamud libró su fortaleza;
Y como arrebatado del contento
Del no esperado bien y su grandeza,
«¡Oh cielos, dijo, oh pecho, en quien cifrado
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!

»Dadme, ¡oh brazo invencible! en quien unido
El valor godo está, esa invicta mano,
Para que en feudo á vuestro honor debido
Mi propia sangre reverencie ufano:
¡Hijo del mejor padre que ha nacido,
Honra del noble suelo castellano,
Defensa de Leon, leon de España,
Fama del mundo y gloria de Saldaña!

»Si la primer salud y vida os debo,
Cuando en Miduerna vuestro brazo fuerte
Al casto Rey libró del cruel mancebo
Que desde Lugo quiso darle muerte;
La libertad que aquí me dais de nuevo,
Que no os la debo la ocasion me advierte;
Que esto restituir ahora ha sido
Lo mismo que por vos habia perdido.

»Por dar á vuestro ilustre padre ayuda
A recobrar la libertad perdida,
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,
Varia entre favorable y desabrida,
Desta cadena de piedad, desnuda
Mi garganta, cual veis, dejó ceñida,
Y por la venerable suya puesta
Otra de mas rigor y oprobio que esta.»

Así el príncipe godo al noble hijo
Del desgraciado conde de Saldaña
De su gran padre la prision le dijo,
Y el tormento que en ella le acompaña;
Y en larga relacion y hablar prolijo,
De su antiguo discurso la maraña,
De la infanta su madre la clausura,
Y la injusta pasion que en el Rey dura.

Atento al largo discurrir del godo,
En una suspension honrada puesto,
Con prudente sentir lo advierte todo,
Bravo interior, y en lo exterior compuesto,
Trazando en sabia prevencion el modo
A su honor ménos grave y mas modesto,
Con que guiar las enconadas cosas
A mejor fin y á vueltas mas dichosas.

Viénele á la memoria que Proteo
Le prometió, en oscura profecía,
Un preso que alumbrase el gran deseo
Que entónces de saber quién es tenia:
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo
En confusas enigmas le advertia,
Y hallándole tan cierto, se embaraza
En el temor de su última amenaza.

Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda
Contrastar con temores su pujanza;
Y así seguro en sus recelos queda,
Y el alma coronada de esperanza:
La grandeza de casos con que enreda
El tiempo á los dos príncipes no alcanza
A tratar de las causas de Garilo;
Que es humillar sin para qué el estilo;

Que en heróicos propósitos metidos,
A solas los dos godos retirados,
Con nuevas trazas, medios y partidos
Los discursos ordenan comenzados;
Y viendo los cristales encendidos
Del rio ya sin luz amortiguados,
Y la callada sombra que se llega
De los vecinos montes á su vega,

Pasar en su ribera sosegada
La quietud quieren del sabroso sueño,
Ya del grabado arnes la rica espada,
Que ántes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;
En tal aspecto celestial forjada,
Que hace gigante el brio mas pequeño,
Y al pecho humilde apaga el miedo frio,
Y al brioso corazon aumenta el brio.

Mas el falso Garilo, siempre atento
A proseguir su inclinacion traviesa,
De maquinar con libre pensamiento
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;
Que á un malo, cuando lo es de nacimiento,
Raras veces del hecho mal le pesa;
Y en el que ahora intenta sin provecho
El resto echó de su dañado pecho.

Envidioso del jóven excelente,
De la fama que al cielo le subia,
Y del deseo que el Rey, el reino y gente
De verle ya en su ejército tenia,
Con las sombras que á un rey burló imprudente,
Y el cetro de Monzon le quitó un dia,
Su anillo quiso, en ambicioso intento,
El honor usurpar de aquel contento;

Y de su luz al rayo prodigioso,
Del jóven se invistió la hermosura,
Armas, persona, brio, talle airoso,
Habla, trato, ademan, cuerpo y figura;
Y en medio del silencio perezoso
Que el manto llueve de la noche oscura,
Despertando á Teudonio á toda priesa,
Por la selva se entraron mas espesa.

Vistióse el godo el fino arnes de acero,
Que ya de Ardano fué timbre gallardo,
Y llevando el vencido caballero
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,
Huyen del mismo que seguian primero,
Dejan sin guarda al que era su resguardo,
Y por un valle bajan, cuando el dia
Por sus espaldas y árboles subia.

Nuevo Teudonio en el embuste extraño,
Del falso catalan admitió el ruego
De irse y dejar al mismo del engaño,
Que finge que es el que se queda ciego;
Que de la luz del mago anillo el baño
Asi el seso mayor turba el sosiego,
Que cree el godo que va con el que deja,
Y que del mismo con quien va se aleja.

Parece en lo exterior caso inventado,
Con poco de posible y verdadero,
Del rico anillo el prodigioso hado
En alterar su luz un hombre entero;
Mas ¿qué mucho, si el cerco era encantado
En que le fabricó mágico acero,
Y su apremiado espíritu hacia
Las contrahechas sombras que fingia?

Historia es cierta que el sutil Marguto
De un mundo en riesgo fué traidor cuchillo,
Valido en la virtud que el negro luto
Del sombrío Pluton dió al mago anillo:
Engañó al rey Zaidin, de ánimo bruto,
Al avariento Ardan, de oro amarillo,
Y en contrahecho rostro al viejo Elido
El reino le usurpó y dejó corrido.

Urdió la sutil tela del engaño
Que solo al que era noble aparecia,
Cuyas labores verlas en su paño
Ningun bastardo espíritu podia,
Ni el perfil rico del dibujo extraño
Quien de otro padre es hijo que decia:
Tambien dan por embuste desta jimia
Los fingidos napelos de la alquimia.

Con geománticos puntos dejó hecho
Un inmortal engaño en los mortales,
Tal, que te aprueban y te dan el pecho
Mil sabios, ó tenidos ya por tales;
Y con mirar la mano sin provecho,
No hizo en gente vulgar pequeños males:
Al fin él fué de embuste y embeleco,
Con su encantado anillo, al mundo un eco.

Y ahora Garilo, para echar el sello,
Mudado de Bernardo en la figura,
Con Teudonio se fué, y al jóven bello
Durmiendo dejó solo en la espesura:
Que cuando del sol claro el rubio vello
Vistiendo salió el mundo de hermosura,
Los ojos abre, y como á nadie via,
Piensa si está durmiendo todavia.

Mas ya despierto, cuidadoso mira
Entre las flores por Teudonio en vano,
Y en ver que le dejó y se fué, se admira
Dél y su trato al parecer liviano:
Siente la sinrazon, siente y suspira
La poca fe del pueblo castellano,
Pues dos favores que á su gente ha dado,
Ambos de ingratitud se han malogrado.

Y el divertido pensamiento lleno
Del nuevo agravio y del desden presente,
Cuando del alba el argentado seno
Al mundo el sol parió resplandeciente,
A pié, solo y sin guia, el bosque ameno
A cruzar comenzó confusamente,
Buscando á tiento al pueblo mas vecino,
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.

Ya de la selva la áspera maraña
En varias sendas tanteado habia,
Y del sembrado aljófar la campaña
Aun en tiernos relámpagos bullia,
Cuando por el combes de una montaña,
Huyendo hácia donde él salió, volvia
Un sangriento soldado, conocido
Por el que fué aquel dia su vencido.

Suspendió el paso el jóven valeroso,
Y el que huia tambien suspendió el paso,
Y en ver vivo á Bernardo más medroso
Que ántes, absorto al no entendido caso:
«Señor, dijo, si en cuerpo ya glorioso
Destas montañas aun guardais el paso,
Y muerto me quereis vencer, mi intento
Es daros vivo y muerto el vencimiento.

»Mas si, como se ve, del aire vivo
Respirando gozais suave aliento,
Y no estáis, cual yo vi, de un golpe esquivo
Pasado el noble corazon sangriento;
El mas notable engaño, y mas al vivo
Que hasta hoy cegó mortal entendimiento,
Ha pasado por mí, y sospecho y digo
Que tambien por Teudonio, vuestro amigo.

»Antes que el alba arrebolase el dia,
Entre flores dejámos y rocío,
Por órden vuestra, en vuestra compañía,
El sueño y las riberas deste rio;
Y caminando al canto y armonía
Que á la nueva luz daba el bosque umbrío,
Por entre la alameda de una fuente
Nos dió del primer sol el rayo ardiente.

»Y éras él, de un cerrado bosque inculto
Que al diestro lado sin temor quedaba,
Un pequeño escuadron salió que, oculto,
Nuestra muerte en sus árboles guardaba;
Y en sorda tropa y en callado insulto,
A mí, cual veis, y á vos la furia brava
De un venablo cruel travesó el pecho,
O yo, señor, soñé lo dicho y hecho.

»Mas la sangre y rigor desta herida
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)
Si fuese sueño, aun estaria mi vida
En no tan peligroso y triste estado;
Mas ¿qué me canso en cosa tan sabida?
Tras la loma, señor, deste ancho prado
Os veréis muerto vos y á don Teudonio,
Y allí de mi verdad el testimonio.»

Dijo; y el laso espíritu, rendido
De la perdida sangre, cayó muerto,
Como si solo hubiera allí venido
A declarar del caso lo encubierto:
Bernardo, en su extrañeza divertido,
Piensa que está dormido; y si despierto,
Que el tiempo anda con él en las mas varias
Tragedias de sus vueltas ordinarias.

No sabe qué entender de aquel suceso
Con un discurso moderado pueda,
O si perdia con la sangre el seso
El que ya muerto entre las flores queda;
Mas descubriendo, al fin, el bosque espeso,
La clara fuente, el rio y la alameda,
Rastro halló en el llano no pequeño
De no ser todo lo pasado sueño.

Al gran Teudonio, en el confuso estrago
De rotos cuerpos y vencida gente,
De armas ceñido, halló en sangriento lago
De un tejido escuadron resplandeciente,
Que, en batalla infeliz, campo aciago
La honra sustenta de su espada ardiente,
Ya de heridas los músculos cubiertos,
Y el rojo prado de enemigos muertos.

Entre ellos, del luciente hierro agudo
De un lijero venablo atravesado,
Un cuerpo vió que en armas y en escudo
Era dél y las suyas un traslado.
Admiróse del caso; mas no pudo
Por entónces ver mas; que el brazo honrado
Del amigo de sí le sacó, al punto
Que su vida y su herir vió acabar junto.

Las destrozadas armas pieza á pieza
El rigor de los golpes echó al suelo,
Y del abierto pecho la braveza
De un sangriento desmayo el mortal hielo;
De seis agudas puntas la destreza
Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo,
Cuando llegaba en su favor Bernardo,
Cual en campo marsilio suelto pardo.

Quedó, viendo caer el caro amigo,
De un desmayo mortal cubierto el pecho:
Maldice airado su favor mendigo
Y su tarda venida sin provecho;
Y no mas fiero el jonio sin abrigo
Entre escollos levanta el crespo pecho,
Cuando de Acroceraunio la alta roca
Con hueca espuma las estrellas toca,

Que el brazo altivo y el semblante fiero
Del ofendido godo á la canalla
Que de la furia del sangriento acero
Sobró al feroz Teudonio en la batalla;
Ni en mas presteza el cauto marinero
Que entre sus peñas y arenal se halla,
De los riesgos del golfo descubierto,
Huye al abrigo del vecino puerto,

Que las sobras del campo sin aliento
Los filos huyen de la ardiente espada
Del nuevo capitan, que en triste acento
El fin celebra á su infeliz jornada,
Viendo del roto cuerpo el rio sangriento
Que del vivir la fuente dió agotada,
Y al grave caso que trazado habia
La mayor usurpó y la mejor guia.

Mas vuelto á su valor, «El cielo, dice,
Es dueño universal del curso humano:
¿Qué saber hay, si el suyo contradice,
Que en su mayor caudal no salga enano?
Lo que en mí fuere haré, cual siempre hice;
Lo demas quede al peso de su mano;
Que cada vida tiene su corriente,
Y las riendas del tiempo el que es prudente.»

Dijo; y tras esto supo, de un herido,
Ser de aquel triste caso el fundamento
Que el mismo que ántes, de temor huido
De su espada, se entró en la selva á tiento,
El mas cercano pueblo conmovido,
A vengar el pasado atrevimiento
Y recobrar su preso, sacó y puso
En la emboscada su troppel confuso.

Y en hombros de las gentes que al asalto
De la vecina sierra habian venido,
El real cuerpo, de vida y sangre falto,
Mandó al pueblo llevar mas conocido;
Donde en sepulcro ilustre el valor alto
De su linaje muestre esclarecido,
Y de la pira en el silencio mudo
La última hora le dé que ántes no pudo.

Mandó tambien de su retrato al vivo
En un difunto ver la muerta cara;
Vióla, y quedó de nuevo pensativo,
La dudada verdad patente y clara:
Asombróse de verse muerto y vivo
A una misma sazon (¡grandeza rara!);
Que, uno sin vida y otro de asombrado,
Ambos mostraban el color robado.

Cuando de los villanos, que en miralle
Armas y semejanza están con miedo,
Uno que lo vió, acaso por hurtalle,
El mago anillo le sacó del dedo:
Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,
Y quedándose el cuerpo muerto quedo,
La hueca sombra del barniz liviano
Desvanecida huyó en el aire vano.

Cual con la viva luz de Febo ardiente,
Blanco celaje que ántes encubria
Altivo risco, huye, y de repente
Sus pardas greñas manifiesta al dia;
La vana sombra así delgadamente
Que ántes ajenos miembros componia
Del frio difunto y de su embuste extraño,
Al campo descubrió el notorio engaño.

Mas admirado el godo, que primero
El vario cuerpo desangrado mira,
Que contra el golpe del templado acero
No le valió la mágica mentira,
Y sin saber el fundamento entero
De su trasformacion ni á qué fin tira,
Allí se le dejó; y por la espesura
A dar se fué á Teudonio sepultura.

Y en santa devocion y ánimo pio,
A la universal deuda satisfecho,
A la real corte de su casto tio,
De allí, tomó el camino mas derecho;
Cuando un dia por un bosque entró sombrío,
De alisos verdes y laureles hecho,
Que en lo mejor del encubierto valle
Alegre plaza hacian y ancha calle.

Aquí, al amparo de un peinado risco
Que el pié un arroyo de cristal le baña,
Entre la verde grama y el lentisco
La humilde paja vió de una cabaña
De serrano pastor: seguro aprisco
Juzgó la choza el príncipe de España,
Cuando del prado vió en las flores bellas
Sobre un muerto llorando dos doncellas.

Admiróle del sitio la extrañeza,
Y de la nueva compasion llevado,
Conoció de las dos la una belleza,
Y en verla allí y llorar, quedó turbado:
Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
Del cuerpo sustentaba desangrado
De un gallardo mancebo recien muerto,
De sangre todo y de beldad cubierto.

La otra doncella, cuyo sentimiento
La dura roca á compasion movia,
Ya con furiosa voz, ya sin aliento,
A suspenderse en su dolor venía:
Bernardo, hallando en tan extraño asiento
La que en Grecia perdió su compañía,
Cual lijero neblí se arroja al prado,
La visera y el yelmo levantado.

«¡Santo cielo! dijo Olfa conociendo
Al gallardo leonés, ¡qué encuentro extraño!»
Y el nuevo gusto y alegría creciendo,
La pena olvida del ajeno daño:
A pedirle la mano fué corriendo,
Y el bello jóven dice: «¿Si es engaño
Mostrar con ceremonias que me precia
Quien solo me dejó sin causa en Grecia!»

Y al blanco cuello en nudos deleitosos
Afable ciñe los honestos brazos,
Y con mil pensamientos deliciosos
Que esté de aquella selva en los ribazos
La diosa de sus gustos amorosos,
Nuevas le pide de los dulces lazos
En que amor le prendió, y de cualquier modo
De la que es de los dos el dueño en todo.

Cómo ó por dónde en el lugar presente
La piedad ó el rigor la echó del cielo;
Qué tragedia infeliz de hado inclemente
Llorando yace en su sangriento suelo;
Quién un doncel mató tan excelente;
Quién puso en tal beldad tal desconsuelo,
Y dónde su princesa está divina,
Dijo; y le respondió la hermosa china:

«Señor, desde aquel dia que por vella
Salí, sin ver cómo salí, de Acaya,
Siempre con rastro fresco y nuevas della,
De golfo en golfo vine y playa en playa:
De Grecia á Libia, y desde allí á Marbella,
De allí á Toledo, y desde allí á la raya
Deste monte, en que ayer, de lance en lance,
A darle vine al fin dichoso alcance.

»Mostró alegre placer de mi venida,
Y en no saber de ti la vi suspensa,
Y hoy, de un suceso en otro divertida,
Al bosque entró desta arboleda densa;
Adonde al tiempo que llegó perdida,
Sin poderle tener en su defensa,
Mancharon seis villanos caballeros
En esta limpia sangre sus aceros.

»Movida á compasion de la hermosura
Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
En procurar consuelo y sepultura
A mal tan grave me dejó ocupada;
En tanto que ella con su arnes procura
La infame deslealtad dejar vengada
En los cobardes seis, que á toda rienda
La vuelta hurtaron desta estrecha senda.

»La triste causa á esta infeliz desdicha
Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
La enmudecida pena: tú, si á dicha
Templar sabes dolor tan destemplado,
Llega afable, y al alma que entredicha
El sentimiento tiene, darán vado
Tus discretas palabras, y sabrémos
La extraña sinrazon del mal que vemos.»

Dijo; y ambos con blando sentimiento
El suyo templan á la mora bella,
Que en triste son y doloroso acento
Quejas envia á su enemiga estrella,
Pidiéndole si sabe el fundamento
De tal crueldad; á quien, con llantos ella,
Entre desmayos y ansias, sin ver dónde
Ni á quién habla ó pregunta, así responde:

«¡Ay alma noble y bella, que, desnuda
Con tal rigor del rico monte tuyo,
No es mucho que en tu esfera estés en duda
Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
¿De qué provecho, ¡ay triste! de qué ayuda,
De qué recurso es ya lo que rehuyo?
¿O por qué temo hacer triste memoria
Del infeliz suceso de tu historia?

»¿Qué importa ya en el mundo haber nacido
De justa causa ó pensamiento reo,
Si dejar ya no puede de haber sido
(¡Ay cielos, cómo vivo si tal veo!)
Del noble Doriscan hijo querido?
Esposo, vida, luz, alma, deseo,
Nombres mas propios son de tí, mi cielo,
Que el que heredaste de Dedran, tu abuelo.

»En las montañas de Oca fuiste ilustre,
Y á España fueras único heredero,
Si como la fortuna te dió el lustre,
Te diera, pues fué tuyo, el cetro entero:
¡Oh hermoso Dedran! que aun el deslustre
De la muerte no llega á volver fiero
Ese bello semblante, cuya suerte
Mi vida solía ser, y es ya mi muerte.

»¡Oh cruel Zamail, viejo tirano,
De pecho avaro y corazon hambriento!
El santo cielo abrase de su mano
Con rayo ardiente tu ánimo sangriento:
Deste fué Harpalí, mozo liviano,
Hijo de infame y bajo nacimiento,
Y él del reino de Nájera confuso
Bastardo rey, por tiranía intruso.

»Puso el liviano Harpalí los ojos
En mi mal conocida hermosura,
Y ciego en el correr de sus antojos,
Todo su amor paró en mi desventura:
Yo, que siempre dí el alma por despojos
A la beldad desta mortal figura,
Y con nombre de esposo ya gozaba
El bien que cielo y tierra me envidiaba;

»Cansábanme imprudentes pretensiones
De un fantástico bárbaro arrogante,
Que en tiranas y locas presunciones
Se daba á todos gustos por bastante:
Tuvo con mi Dedran varias pasiones
De envidia y celos, que uno para amante,
Y el otro para enfados, ambos fuistes
Los que mas destos géneros tuvistes.

»Fué el suyo siempre azar de nuestro gusto
Y universal enfado de la gente,
Hasta que á su soberbia el cielo justo
La pena dió y castigo suficiente:
Del duro tronco de un moral robusto,
Que hacia del real jardin sombra á la fuente
De mi esposo en la ilustre casa ufana,
Colgado lo halló el sol de una mañana.

»O ya fuese á ofender las nobles canas
De Doriscan en su gallarda hija,
O que con pretensiones mas profanas
Amor el gusto y el deseo le aflija;
Al fin, cuando del cielo en las ventanas
La alegre aurora al mundo regocija,
Colgado apareció de un moral, hecho
A ver muertos amantes sin provecho.

»Nunca se supo de la justa muerte
La causa justa ni la heróica mano,
Por mas que del rey fiero el brazo fuerte
Quiso y trató de averiguarla en vano;
Y aunque unos de una y otros de otra suerte
La atribuyen al cielo soberano,
Siempre el tirano rey tuvo querella
De ser mi amado esposo el autor della.

»A sangre y fuego destruyó la casa
Que ya fué honra y amparo al reino todo;
Y al noble Doriscan, entre la brasa
Que de sus techos de oro andaba a todo,
Prendió á su bella hija, y tan sin tasa
La ira se desmandó y creció de modo,
Que á nadie perdonó; solo mi esposo
Huyó escondido el golpe riguroso.

»Salió huyendo de la patria amada,
Y yo, del fuego que en mi alma ardia,
Tras él, como á mi esfera, arrebatada,
En dulce trueco dí cuanto en mí habia,
Hacienda, vida y honra rematada,
Que todo en él cumplido lo tenia;
Y ¿qué mucho trocar en este modo
Uno por mil, si aquel lo encierra todo?

»De sierra en sierra huyendo y valle en valle,
Dos cuerpos trajo amor á esta ribera,
Donde unos breves dias en gozalle
Ya fué del cielo de mi gusto esfera:
Aquí fortuna á esta florida calle
(¡Quién tal pensara, ay Dios!), porque en flor muera
De su cruel mano, entre el sombrío luto
Mi bien sembró, y la muerte cogió el fruto.

»Dos veces ya los argentados cuernos
Con tibio oro bañó la blanca luna,
Y tantas de la Estigia humos eternos
La hicieron esconder sin lumbre alguna,
Despues que en mirtos y cristales tiernos,
Huyendo los rigores de fortuna,
La vida, que hoy en lágrimas se acaba,
En sabrosa quietud de amor pasaba.

»O en diestras flechas los lijeros gamos
Volviendo alegre presa á nuestro gusto,
O con fingido silbo en los reclamos
Contrahaciendo un dulce engaño al justo;
O ya aliviando los pesados ramos
Del dulce fruto, ó con tirar robusto
Blanco venablo ardiente al bosque umbroso,
Tendiendo al suelo el jabalí cerdoso;

»O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida,
Por premio á mil trabajos, la garganta
Del malogrado esposo, que sin vida
Los ojos que ántes dió regalo, espanta:
De seis verdugos hecho un homicida,
O ya traicion de entre esta inculta planta,
Por vengar de Harpalí la infeliz suerte,
Sin culpa dieron á mi vida muerte.

»¡Ay cielos! ¿que es posible que ya al mundo
No vive?...» Y sin poder pasar delante,
El alma llena de un dolor profundo,
A dejarla de él libre fué bastante;
Y el pecho, que en amar fué sin segundo,
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
Siendo del *vive* el último suspiro
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.

Acudió por valerle la doncella,
Creyendo ser desmayo el de la muerte,
Y, hallándola sin vida, huyó della,
Asombrada de fe y amor tan fuerte:
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
Bernardo y su amorosa compañera
Ambos lloran allí de una manera.

Y al pié del risco, al márgen de la fuente,
En flores dieron pobre sepultura
A los que mereció su fuego ardiente
Sombra piramidal de insigne altura;
Y de la altiva peña en lo eminente
Puso el noble Bernardo esta escritura:
«A dos cuerpos dió amor tierra tan breve:
»Séales él favorable y ella leve.»

Y habiendo toda la siguiente tarde,
Con las tinieblas de la noche fria,
Hecho de su esperanza un rico alarde,
Por si su premio cual quedó volvia;
Viendo que ya en la nueva lámpara arde
De la aurora la luz del tierno dia,
Determina buscar la oculta dama,
O por el rastro suyo ó de su fama.

Algunos dias á términos contrarios,
Llevados de uno en otro desatino,
Por sendas fuéron y caminos varios,
Y á las veces sin senda ni camino;
Cuando uno, por huir senos voltarios
Que un ancho arroyo hace cristalino,
Dos caballeros, al salir de un monte,
La blanca ceja abrió del horizonte.

Juntáronse en el llano, y preguntando
El gallardo español por la que adora,
«Señor, respondió el uno suspirando,
Bien os diré del que buscais ahora
Que pudiera hacer suyo, peleando,
Cuanto hay de adonde estamos á la aurora;
Mas su mismo valor y alma atrevida
Antes de tiempo le quitó la vida.

»En rastro de seis moros caballeros,
De quien habia un agravio recibido,
Dese prado á los árboles postreros,
Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
Pedazos hechos en sus golpes fieros,
Su victoria cantó el laurel florido
Que al fugitivo Tórmes acompaña,
Y él de frio cristal sus troncos baña.

»De allí á ver el castillo de la fama,
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,
Su altivo brio y presuncion le llama,
Con lo que entre su ardiente seno encierra:
Probó del fuego azul la rubia llama;
Tragólo entre su luz; tembló la tierra;
Y enterrado en su báratro profundo,
Hasta hoy le espera en su combés el mundo.

»Tres dias, dudando de la adversa suerte,
Restituido esperámos verle al valle,
Y tantos nos dió lástima su muerte,
Aficionados de la traza y talle;
Mas con mago furor no hay pecho fuerte;
Por demas pienso que es, señor, buscalle:
Si dais fe entera á la verdad que os digo,
Bien desde aquí os podréis volver conmigo.»

«En nada, respondió el discreto godo,
De cuanto me habeis dicho pongo duda;
Que á su valor y al vuestro es creible todo;
Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,
Yo dudo que sea muerto de ese modo,
Lo que tambien vuestro discurso duda;
Que las fingidas sombras del encanto
No llegan mas que á un aparente espanto.

»Son huecos personajes, cuya saña
Asombros forma de amasado viento,
Que solo con temor fingido engaña
Y hace aparente y falso movimiento:
La vista sola con su humo empaña,
El sentido suspende y el aliento,
Y lo demas lo acaba á poca pena
La fortuna del astro á quien se ordena.

»Y así, por ver si en esto me acomodo
En algo á la verdad, con vuestro gusto,
Saber querria deste caso el todo,
O lo que dél tuviéredes por justo;
Que, aunque para probarlo no haya modo,
Ni en mis venas aliento tan robusto,
Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco
En ir allá á buscar el que aquí busco.»

»Señor, dijo el guerrero de la selva,
No léjos del caudal deste ancho rio
Que su florida juncia y grama enselva,
Como por aquel bosque veis florido,
Un pequeño collado hace que vuelva
En rosca de cristal el suyo frio,
Y besándole el pié, sus flores ata
Con blandos grillos de bruñida plata.

»Allí, ó sea del hado, que encubiertos
Al ciego mundo sus secretos tiene,
O que de Clemesin á estos desiertos
Y á su cueva en antigua herencia viene,
Un muro altivo, cuyos gajos yertos
Las huecas nubes el menor sostiene,
Al aire claro y á la luz del mundo
Poco há que en Tórmes lo parió el profundo;

»De cien torres altísimas cargado,
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
Sin otras diez que en cuello levantado
De en medio suben á escalar el cielo;
Mas la que vuela en chapitel dorado
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
Que no hay garza que tanto se abalance,
Ni vista que le alcance á dar alcance.

»De hermosas rejas con balcones de oro
El infinito ventanaje crece,
A quien, si de la luz llega el tesoro,
Con su vivo brillar desaparece:
De vario jaspe y de metal sonoro
El amasado muro resplandece;
De rojo bronce las grabadas puertas,
De corvas puntas aceradas yertas.

»Las altas torres con relieves varios,
De almenas coronadas y molduras,
De real stuco sutil lazos voltarios,
De alegres contrapuestas ligaduras;
Y en colunas de mármoles contrarios,
Huecos globos, bellísimas figuras,
Que en pompa adornan, puestos por niveles,
El peso á los bruñidos chapiteles.

»De noche esta gran máquina, embestida
De claras y encendidas luminarias,
Ardiendo toda en torno, convertida
Se muestra en sombras de colores varias;
Y en diverso matiz de luz ceñida,
Forma en el hueco viento iris contrarias,
Como si su confusa pedrería
El jaspe fuera que la Scitia envia.

»Por las soberbias torres, sus almenas
Bellos cercos componen y guirnaldas,
De varias luces de colores llenas,
Rojas, verdes, de azul, carmin y gualdas,
Contrahaciendo, al brillar luces serenas,
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,
Amatistas, rubís, perlas, diamantes,
Y otras nuevas bellezas semejantes.

»La altiva puerta en quicios resonantes,
Que el limpio muro en firme bronce embebe,
De ardientes llamas da pasos triunfantes
A quien pasarlos sin quemar se atreve;
Por donde invictos ánimos, bastantes
A heróicas obras, se ha tragado en breve
La máquina voraz, y últimamente
Tragó el guerrero que buscais valiente.

»Sobre la mayor torre hueca masa
De rojo fuego en claridad difusa
El aire enciende y el contrario abrasa,
Y en luz eterna la tiniebla excusa,
Cual si del limpio sol la ardiente brasa,
Que alegre hace la sombra mas confusa,
De un peñasco en la cumbre se pusiese,
Donde mejor tocada y vista fuese.

»Esto es lo que de fuera se halla y mira:
Lo que en su oculto seno se describe
¿Quién lo podrá decir, ó á qué fin tira
El gran saber que en sus cavernas vive?
Sobre un padron de bronce, cuya mira
A lo de dentro apunta y apercibe,
Estas palabras y estos versos muertos
En oro están como veréis abiertos:

—Labrado fué, para el mejor del mundo,
Este ardiente castillo, de la fama:
El que se hallare en el lugar segundo
No pruebe entrar por la encendida llama;
Que del tesoro que hay en su profundo,
Por su dueño al mejor del mundo llama,
Como á la rica fuente de quien viene
La nobleza mayor que España tiene.—

»Esto es, señor, lo que al castillo toca,
Que desta sierra le hallaréis vecino;
Pero si á verlo su beldad provoca,
El probarlo parece desatino.»
Dijo; y á ver la celebrada roca
Bernardo alegre prosiguió el camino,
Despues de haberse, en término debido,
Del cortés caballero despedido.

Con nuevos pensamientos que el cuidado
De la princesa del Catay les puso,
Olfa y su caballero, enamorado,
Del encantado bosque entran al uso:
La una medrosa, el otro desvelado;
Cuando sembrando fué el aire difuso
Por sus ojos la máquina hermosa
De alegre bulto y gallardía vistosa.

Las puntas de oro que en diversos trajes
Volando sube el edificio altivo,
Entre huecos y altísimos celajes
Vivos realces parecen del sol vivo:
Crecen los globos, crecen los plumajes,
Y cunde por el aire fugitivo
El real palacio, que á la ilustre cima
De un monte carga da y al mundo grima.

No probara Bernardo la aventura,
Habiendo leido su padron primero,
Si no fuera buscando la hermosura
De quien amor le hizo prisionero;
Que de su noble pecho la cordura
El brio hace humillar mas altanero,
Para que, no por verse que es bastante
A la empresa, se pierda de arrogante.

Mas, del sin fin deseo arrebatado
Que allí en tan varios trances le ha traido,
Por la encendida puerta se entró armado,
De su espada y escudo apercebido;
Donde apenas el quicio ardiente, helado
Con diestro pié pisó, cuando encendido
De rojas llamas de oro largo espacio,
Su contorno gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramar de horrible estruendo,
Cual los demas guerreros recibia;
Mas, todo en nueva hermosura ardiendo,
Vuelto se vió en suavísima armonía;
Que en las doradas bóvedas rompiendo
Los resonantes ecos, parecia
Que el mundo allí, de todas sus regiones
El contento lloviese en varios sones.

Con esta salva, de un florido espacio
Que en siete arcos triunfales se extendia,
Del acerado muro al real palacio
Pasado el singular guerrero habia:
Llegó en música al patio, en que el topacio
De oro ardientes relámpagos bullia,
Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,
Manchando el claro cielo de aire oscuro.

La hueca nube, de su claro seno,
De cruel fuego llovió rojo granizo,
Que el acérado arnes, cual seco heno,
Sobre el real cuerpo le abrasó y deshizo:
Quedó de ciego humo el patio lleno,
Y él sin las armas que Vulcano hizo,
Cuando, entre el humo y el granizo de oro,
Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallara descuidado,
Ponerle á un golpe la victoria en duda;
Mas, en su lijereza confiado,
El encuentro huyó, y con él se anuda:
Firme el toro, resuena en lo enlazado
De la techumbre de oro no desnuda
El grueso aliento, que á la oscura loma
Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORÍA.

En Garilo, que, habiéndole Bernardo librado de la muerte, le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningun beneficio pierde su dañada inclinacion; y en los dos paladines vencidos cómo sabe Dios humillar á los soberbios cuando más confiados y al parecer insuperables van en su ambicion y soberbia. En la muerte de Garilo se ve cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuentra á Olfa llorando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura, se va en seguimiento de Arcangélica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

LIBRO VIGESIMOPRIMO.

ARGUMENTO.

Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el orígen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Orontes y trescientos caballeros de su linaje, que le acompañan para ir á la corte de su tio el rey Casto. Hállanse Morgante y Orimandro en Africa, cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Armonía y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fuéron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,
Al resplandor del fuego que salia
De la encendida masa ó globo de oro
Que en medio el aire de aquel patio ardia,
Del gran Bernardo el anhelar sonoro
El turbio y negro viento ensordecia;
Y al gemir ronco de ambos duros pechos,
El eco suena en los dorados techos.

Hizo firme hincapié la honra de España
En el de una coluna, y revolviendo
Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,
Rodando el uno fué, y ambos cayendo:
El hueco patio de grandeza extraña
La oscura boca abrió de un pozo horrendo,
Que ambos á un tiempo, en observados puntos
De un aspecto infeliz, los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno,
Si algun peñasco horrible se desgaja,
El agua salta, suena el lago Averno,
Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
Suenan los bosques que en silencio eterno
Del mundo guardan la mortal baraja,
Asombrando los árboles vecinos
Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,
Y por la sima oscura y sus taladros
Vomitó el suelo globos encendidos,
Y dió el aire tristísimos baladros,
Truenos confusos, roncos estallidos,
Que el blanco estuco en los sutiles cuadros
Temblar hicieron, y pensar si habia
Llegado el mundo á su última agonía.

Cundió confuso el espantoso estruendo
Por las cavernas y techumbres de oro
Del hueco alcázar, que, del son horrendo,
Temblando el muro está en gemir sonoro;
Y el gallardo español, que, al ir cayendo,
Se dió por muerto, al despeñarle el toro
Al lago oscuro así perdió el sentido,
Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo, en largo rato,
Suspenso al delirar de un dulce sueño,
Que en caricia amorosa y tierno trato,
De un rostro alegre el pecho zabareño
Un noble gusto le vendió barato,
Y de un rico tesoro le hizo dueño,
Trocado en bella dama el fiero toro,
La laguna en cristal, la sima en oro.

No fué todo quimera lo soñado;
Que vuelto en sí de la pasada riña,
No con un toro se halló abrazado,
Mas á una tierna y delicada niña:
Sobre alfombras y telas de brocado,
De aljófar y diamantes cada piña,
En rica cuadra y aposento, hecho
De jaspe el muro y de alabastro el techo,

Cercada de doradas vidrieras,
Que le sirven de bellas luminarias,
Por donde el rosicler de mil maneras
El aire tiñe de vislumbres varias,
Y los rayos y luces verdaderas
Que forman del cristal íris contrarias,
Quebrándose en el oro y pedrería,
Añaden luz á la que saca el dia.

Hurtan sus miradores y ventanas
Suaves olores de un jardín ameno,
Que de rosa y clavel manchas tempranas
De agradables guirnaldas le hacen lleno:
Prende el olmo gentil parras lozanas,
La grama trepa por el verde heno,
La yedra por los muros, y las flores
El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía
Con que alegran los árboles el viento,
Al contrapunto que al romper del dia
La luz al mundo vuelve su contento,
Nueva hermosura da, nueva alegría
Del rico cuarto al agradable asiento,
Con los tiernos redobles que al canario
El ruiseñor alienta el tiple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho
De alegre jaspe y fina arquitectura,
De oro y verde nielado el blanco techo,
Que las estrellas busca con su altura;
Y entre realces de estuco, trecho á trecho,
Primores de pincel y de escultura,
Y en rasguños, bosquejos y perfiles,
Escorzadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo, que, domando un fiero toro,
Se vió en los lances de su agudo cuerno,
Y libre ahora en el regazo de oro
De una tierna beldad de un mirar tierno,
Admirado de hallar gusto y tesoro
Donde encontrar pensó pena é infierno,
Así, con suspension y regocijo
Alegre vuelto, á la doncella dijo:

«Grandes son los milagros desta casa,
Grande el saber que los trazó y los hizo,
Sus techos de oro, su encendida masa,
Su horrible sombra, su áspero granizo;
Mas lo que á todo junto excede y pasa
Y la primera admiracion deshizo,
Es el placer y gusto que retoza
Por esta alegre cuadra y quien la goza.

»Y tú, bulto gentil, luz peregrina,
O seas diosa inmortal ó sombra humana,
Si huele á humano cosa tan divina,
Si es de la tierra luz tan soberana,
Ora de honor mortal ó inmortal dina,
De eterna vida ó de caduca y vana,
Dime, ¿á cuál dios le debo deste templo
El bien que gozo en él y en ti contemplo?

»¿Qué deidad rige, qué virtud alumbra
Estas cuevas y sótanos del mundo,
Cuando les falta el oro que relumbra
Siempre en tus sienes, y ahora en tu profundo?
Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,
Y de valor le da el lugar segundo,
¿De qué esmero de gloria, de qué cielo
Amor le hizo para bien del suelo?»

Dijo el leonés; y la beldad gallarda
Compró unos nuevos bellos arreboles
Que el temor le labró, que le acobarda,
En ambas las mejillas sendos soles:
Al fin, con voz medrosa y lengua tarda,
Haciendo el rostro varios tornasoles,
«Toda, dijo, señor, esta armonía
Es solo un medio á la ganancia mia.

»Hércules hizo esta espantosa cueva,
Y en ella enterró vivo un agorero,
Al sabio Clemesí, que en luna nueva
Via todo junto el mundo venidero;
Cuyas cenizas por bastante prueba
Esta urna guarda de bruñido acero,
Y parte de su espíritu esta sala,
En lo que al tiempo por venir señala.

»Era en los Carpios de Africa nacido,
Y del antiguo origen de su tierra,
Por mayor gloria, el suyo dió añadido
A esta que ahora su sepulcro encierra:
De aquí el Carpio nació, cuyo apellido,
Si el gran saber de Clemesí no yerra,
Será, por las hazañas de tu mano,
Mayor que el Uticense y Africano.

»Prendióle Alcides, y enterróle vivo
Porque en supersticiosa hipocresía,
O con alma envidiosa ó pecho altivo,
Estorbar sus grandezas pretendia;
Y como al claro Bétis fugitivo
A Sevilla usurpó, tambien queria
A Tórmes impedir, con sus conjuros,
De Salamanca los insignes muros.

»Llegando Hércules libio á las riberas
Del fresco Bétis, que en templado cielo
Entre las flores dan fuentes parleras
Blando ruido y cristal al fértil suelo,
Fundar quiso á las gentes venideras
Ciudad que fuese á su valor modelo,
Cuando el astuto y envidioso mago
Con un conjuro lo estorbó aciago.

»Pasó el hijo de Osiris belicoso
Su reino á Italia; Hispal entre tanto,
Con el paterno brio, al pueblo honroso
Felices muros dió y principio santo:
Volvió de Tuscia el capitan famoso,
Y del frio Tórmes en el rico manto
Otro pueblo trazó, y el sabio en vano
Quiso segunda vez irle á la mano.

»Sabia, por su astronómica experiencia
Destos dos sitios en el mundo raros,
Que de aquel en aumentos de excelencia,
Grandeza, majestad y hechos preclaros,
Y deste en letras, santidad y ciencia,
Al mundo, con la luz de ingenios claros,
Nacerian más Hércules y Apolos,
Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

»Y envidioso que Alcides de su mano
En la tierra dejase tal memoria,
La primer poblacion le estorbó ufano,
Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria;
Mas, porque pretendió tambien en vano
La segunda impedir, es firme historia
Que aquí le enterró vivo, y deste agüero
A Salamanca dió nombre primero.

»Es tradicion que en los antiguos años
Que á Clemesí esta cueva tuvo preso,
Sin dar recurso á sus presentes daños
Ni destos montes sacudir el peso,
Puntos en su saber alcanzó extraños,
Labró esta sala real, y en ella impreso
De los futuros siglos un discurso
Que al mundo iguala en duracion su curso.

»De España las grandezas mas notables
Al venidero siglo y al pasado,
De gurbios y pinceles admirables
Es cuanto está en contorno dibujado:
Sus reyes, sus monarcas, sus afables
Príncipes, sangre, majestad, estado,
Graves sucesos, reales sucesiones
De ilustres casas de ínclitos varones;

»Mas donde el sabio mágico dispuso
El punto echar y de su ciencia el resto,
Donde mas fuerza de planetas puso,
Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
Fué en aquel rico espejo, en quien difuso,
Con mágicos carácteres compuesto,
A los ojos dejó un discurso entero
Del mundo que pasó y del venidero.»

Así dijo; y tomando por la mano
Al regalado jóven, se levanta,
Y al fiel cristal, que del tesoro humano
La mas antigua muestra y rica planta,
Con él se va, y en modo cortesano,
«Aquí, dice, señor, se encierra cuanta
Nobleza y sangre ilustre España encierra,
Y de la tuya heredará su tierra.»

Era el valiente artificioso espejo
De medio globo en proporcion ovado,
De alto diez codos, de cristal parejo,
En firme y rica tarja relevado,
Donde el diestro buril del sabio viejo
Excedió al pensamiento mas delgado,
Pues siendo de oro y pedrería gran parte,
A toda la materia vence el arte;

Así en tan nueva perspectiva hecho,
Que salir de su centro parecia
Un movible escuadron, que trecho á trecho
Por el lustroso alinde se extendia:
Y aunque en espacio de compas estrecho,
Puesto en diámetros tales, que hacia
En la mas firme vista la figura
De entera proporcion y hermosura.

Ahora el techo y distancias de la sala
En tal aspecto y reflexion tuviese,
Que cuanto en ella por adorno y gala
El pincel puso, en su cristal se viese;
O el arte allí á lo natural iguala,
O con cercos su artífice fingiese
Bullirse tras la clara vidriera
Encantadas figuras de oro y cera;

En él se vian notables hermosuras,
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,
Y por su limpio seno las figuras,
Aunque muertas, moverse por encanto,
Y en bellos ademanes y posturas
Dar deleite á la vista; y entre tanto
Que Bernardo lo goza desde afuera,
La dama prosiguió desta manera:

«Antes de declarar las maravillas
Que este cristal en su artificio encierra,
Cual en lengua sutil supo decillas
El que me trajo á conocer tu tierra,
Desde las paflagónicas orillas,
Donde nací y me dió la primer guerra,
Con mil dudas y asaltos al deseo,
El gusto de la gloria que poseo;

»Contarte quiero el espantoso enredo
Por donde amor me trajo á conocerte:
Perdone el pundonor; que ya no puedo
Mas encubrir el bien que gozo en verte:
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,
La suerte varia de mi buena suerte
Me tiene aquí esperando tu venida,
Poco ménos que el tercio de mi vida.

»Despues que en los ejércitos troyanos
Fué Pilemon con griegas armas muerto,
Y á Paflagonia llena de tiranos
Los Henetos dejaron sin concierto,
Cuando en Italia dieron por sus manos
A Padua muros y á Venecia puerto,
Un hijo que quedó del rey vencido
En Asia fué por tal obedecido.

»Deste fué nieto Clicio el elocuente,
Que en el boreal Carambe peñascoso
Asombró el mundo y gobernó la gente
Que en torno riega el Háles caudaloso:
De aquí Acriso nació, de aquí Valente,
Y Cenon, deste tronco generoso,
Fué emperador de Grecia, y deudo suyo
Oróntes, que es mi tio y ayo tuyo.

»Sobre las playas que en el Ponto Euxino
Atruena el sonoroso Termodonte,
Y con ruido y curso cristalino
A Farnacia hace muro y horizonte,
De mi padre fué el reino mas vecino,
A quien su infiel hermano Anfimedonte
Mató á traicion, y con injusta guerra
Por rey se alzó de la usurpada tierra.

»Quedé yo sola y niña, al riesgo puesta
De la violenta espada del tirano,
De donde me libró y me puso en esta
Gruta, de Oróntes la prudente mano,
Con firmes esperanzas que, dispuesta
Mi causa por el cielo soberano,
Libradas me traeria el bien de verte
Ricas mejoras de ventura y suerte.

»A este fin me ha traido aquí escondida,
Y en muchas veces que de ti me hablaba,
Dé tu valor, tu sangre y tu venida
El gusto con sus cuentos me endulzaba:
De tu real sucesion la no vencida
Grandeza y real progenie me contaba,
Los héroes que de aquella imágen tuya
Al mundo han de salir por gloria suya.

»Mas, aunque deste espejo soy maestra
Por lo mucho que en él me habló mi tio,
Aquel nuevo escuadron que allí se muestra
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,
Y ocupada de cetro real la diestra,
Es traslado aquel jóven de tu brio;
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,
Hasta que mas probables causas vea.

»De estotra sucesion de sangre ilustre,
Que trae de tantos reyes su corriente,
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,
Como del claro sol el fresco oriente,
Que sin que le carcoma ni deslustre
La polilla del tiempo esa creciente,
Por mil siglos dará su heróica rama
Príncipes dignos de gloriosa fama:

»De esta sí te diré lo que aprendido
Me dió el deleite de prolijos años:
Oye, leonés, el cuento nunca oido
Y los sucesos en grandeza extraños,
De los que el español reino perdido
Librarán de mil riesgos y mil daños,
Y con prudencia y fortaleza entera
A su opinion le volverán primera.

»Aquí verás, y no de industria mia
Fingida historia, mas del justo cielo
Ricos favores que á tu España envia,
Que a sus castigos sirvan de consuelo;
Que aunque hoy está cual ves su monarquía,
Tiempo vendrá que de su santo celo
Gobierno y leyes tomen, en una hora,
Los que el ocaso habitan y la aurora.

»Aquella gran princesa de Colonia,
Que hace á tu imágen dulce acogimiento,
Cuya caricia y tierna ceremonia
A tu causa placer y á mi tormento,
Rayo es de aquel valor que en Macedonia
A Julio César puso atrevimiento
De acometer con pecho furibundo
La empresa que le dió señor del mundo.

»Yo digo de aquel ínclito Crastino,
De Viriato ilustre descendiente,
Por quien tambien despues lo fué Turino,
En lengua y manos bravo y elocuente:
Este en el fiel ejército agripino
Por hijo tuvo un capitan valiente,
Que á Colonia le dió campos seguros,
Y sobre el reino levantó sus muros.

»Destos príncipes fué Astiran caudillo,
Que á los helvecios trajo arrinconados,
Y el que á los hunos defendió el castillo
De rota puerta y muros arruinados;
Y el valiente Alencastro, que un portillo
Libre, solo, guardó á tres mil soldados,
Y su valor y nombre dió en herencia
A esta insigne é ilustre descendencia.

»Deste gran duque es digna sucesora
La que hará alegres tus felices años,
Despues que la francesa y gente mora
De esa espada, á tus piés, llore sus daños;
Cuando tu ingrata patria burladora
A tu padre te niegue, y los extraños
Te ofrezcan cetro de oro y real corona,
Llamados del valor de tu persona.

»Entónces, ya cansada de mudanzas
Y de trazarte agravios y desdenes,
Trocando la fortuna las balanzas,
Con este bien te colmará de bienes;
Y en legítima union, si á verlo alcanzas,
Un dulce nieto te dará en rehenes,
Que a Astúrias volverá tu casa ilustre,
Dando á Flándes envidia, á España lustre.

»Aquel blanco aleman, que resplandece
Cual nuevo Marte en las moriscas lides,
En quien tu sangre y tu valor florece
Con los roeles del gentil Persides,
Si ya no es sueño cuanto aquí parece,
Tu nieto espera ser Nuño Belchides,
Y esta su esposa, hija del que apénas
A Búrgos reformó y vistió de almenas.

»Vesle allí en Peñalonga disfrazado
Con bordon y esclavina de romero,
Que á visitar de Cristo el primo amado
Bajó á Galicia, y quiso ver primero
El claustro en que estará depositado
Tu cuerpo real al siglo venidero,
Dando de una alta fe y nobleza indicios
Su católico voto y sacrificios.

»Aquel que allí le espera para dalle
Su condado y su hija en casamiento,
Y con nudo legítimo obligalle
Que haga en su primera patria asiento,
Es don Diego Porcélos, que en su talle,
En su eleccion y grave entendimiento
Representa un monarca, y en Castilla
El supremo gobierno y primer silla.

»Estos dos, que en braveza y hermosura
A la española vencen y alemana,
En quien tu sangre gótica más pura
Corre que en el oriente la mañana,
Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,
Juez de la real grandeza castellana,
Del conde Hernan Gonzalez digno abuelo,
Luz de Castilla y norte de su cielo.

»Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre
De aquel que lo será de siete infantes
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,
Y la suya á mil riesgos importantes;
Y sin que envidia y muerte les deslustre,
Esta masa de estrellas radiantes
Héroes serán, cuya gallarda saña
Miedo á Libia dará y honor á España.

»Mas ¿qué valor habrá en su monarquía
Que del suyo no tome su creciente?
Qué armas, qué antigüedad, qué hidalguía,
Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?
Querer contar su número sería
Medir á puños de agua la corriente
De Tórmes, de ambos polos las estrellas,
Y los gustos que amor contempla en ellas.

»Que todo aquel vellon, neblina ó velo
De sombras y de luces marañado,
Como en el lácteo círculo del cielo
Los globos de oro de que está amasado,
Serán estrellas del iberio suelo,
Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado:
¿Quién bastará á contar su muchedumbre
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbre?

»Solo hasta aquel mancebo generoso,
Que un Júpiter parece entre sus dioses,
Cuyo ademan gallardo y brio airoso
Temo que á remedar apénas oses;
Aquel que en freno de oro poderoso
Un mundo afable hará, y que tú reboses
En virtud de ser él tu descendiente,
Por las bocas y lenguas de la gente:

»Hasta él y su retrato, donde el arte
Lo vivo excede en majestad y gloria,
En mi discurso irá, por no cansarte,
De tu real sucesion la grave historia;
Donde podrás oir, y yo contarte,
Del mundo lo mas digno de memoria,
De la fama un crisol, de España un muro,
Y de tu sangre el rosicler mas puro.

»No pasaré de allí, porque en los años
Que la luz de este sol naciere al mundo,
Desagraviada España de sus daños,
Ya el siglo de oro gozará segundo;
Y arrojando de sí yugos extraños,
Desde el frances distrito al mas profundo
Volverá á su primera monarquía:
Oye pues lo que Oróntes me decia:

»—Aquel que, niño entre los niños nobles,
Cual perla va entre aljófares menudos,
De cuya fama los acentos dobles
Oirán los sordos y hablarán los mudos,
El que á Junquera de los duros robles
Por trofeos colgará nuevos escudos,
Y á España dará un brazo que en el mundo
Ni en valor tiene ni tendrá segundo;

»Es don Gonzalo, hijo de Rasura,
Y dél el conde Hernan Gonzalez hijo;
Y aquella alegre tierna hermosura,
Del alma y de los ojos regocijo,
Su hermana y tia, de los dos hechura,
De un cielo sabio, permanente y fijo;
Esposa de Lain Calvo, y primer fuente
De reyes sabios y de un Cid valiente.

»Hijo suyo será el que allí parece
Poblando á Peñafiel, y haciendo ufano
El venturoso siglo en que florece
Brazo tan noble, pecho tan cristiano;
Y este que ahora entre las armas crece,
Y con su orgullo menguará el pagano,
Biznieto vendrá á ser del rey Bermudo,
De Africa espada y de Castilla escudo.

»El que de Castro Anzures y de Osorio
Las reales sangres juntará en un peso,
Es fruto del dichoso desposorio
De Ruy Fernandez, y él de tanto seso,
Que el valor será á España mas notorio
Que en aquel siglo gozará, y tras eso
Ayo de un rey y defensor sin miedo
De los muros y alcázar de Toledo.

»Casará con la bella Estefanía,
De sus dos reyes valerosa hermana,
Cuya fértil y alegre compañía
Rica su casa volverá y ufana:
Será en braveza invicto, en cortesía,
De afable condicion, sincera y llana,
Sin doblez, sin cautela ni maraña;
Que un español, si es noble, nunca engaña.

»Dará hecha esta verdad su pecho ufano,
Cuando en Garci Navarro la fortuna
En ciega ambicion haga un golpe vano,
Y otro el saber y fortaleza á una;
Y cuando en lubrical su trato llano
Cautela vuelva el no tener ninguna,
Perdiendo, por su leal trato sincero,
De un conde la prision y un caballero.

»A este el valor, esfuerzo y gentileza
Heredará don Pedro el Castellano,
Que en Jerez, de los hombros la cabeza
Le quitará á un rey moro de su mano;
Y contra todo el brio y la braveza
Del pundonor leonés y el asturiano,
Hará unos baños, y temblar en ellos
Quien se atreviere sin su gusto á vellos.

»Deste será hijo el valeroso infante
Alvar Perez de Castro, cuyo lustre
Segunda vez hará que al mundo espante
De Sandoval en él la sangre ilustre:
Valiente adelantado, que delante
Del suyo no hay valor que no deslustre,
Pues contra todo el campo de Castilla,
De sirgo hará murallas á una villa.

»Ha de ser de la bella Irene esposo,
Que á Mártos librará de un campo armado,
Y él, de Jerez al trance peligroso,
De todos el valor mas declarado,
Formará de Machuca el nombre honroso,
Y á su nobleza un hijo señalado,
A quien un sabio rey su estado entregue
Antes que á edad madura y sazon llegue.

»A dejar de dolor el mundo lleno
Con su temprana muerte, tendrá vida
Don Pedro, que cual flor en valle ameno,
Su juventud se pasará florida;
Cuya falta guiará el curso sereno
Desta real descendencia esclarecida,
A don Fernan Ruiz, segundo hermano
Del príncipe Don Pedro el Castellano.

»Sobrino suyo, hijo del que digo,
Don Gutierrez será, el Descalabrado,
Que á Toroño, del bando su enemigo,
Recobrará, con parte de su estado;
Y el Rey, por deudo ó por afable amigo,
O porque al tronco vuelva tu condado,
Con el aplauso general de España
En nuevo feudo le dará á Saldaña.

»Seguirle ha don Fernando, que en Galicia
Cobrará de su antiguo patrimonio
A Sarria y Lémos, siéndole propicia
La bella Emilia en dulce desposorio;
Despues que muestre en la áspera milicia
De Africa, con bastante testimonio,
Que él de trofeos la ha de hacer más llena
Que el aire y sol de palmas y de arena.

»Deste brio y la sangre de Mendoza
Nacerá un don Estéban para estrago
Del bárbaro feroz que ahora goza
De España el reino y de fortuna el pago;
Y si este siglo de oro se remoza,
Pertiguero mayor de Santiago
Y adelantado se verá en Galicia,
Yerno de un rey y rey de la milicia.

»El que de una bellísima Violante,
Del rey Don Sancho el Bravo hija amada,
Allí es esposo noble y tierno amante,
Y en Parédes la mas temida espada,
Es don Fernando; y el que, al ir delante,
En esfuerzo y braveza no igualada
Queda único, don Pedro, de la guerra
Marte español, si Marte hay en la tierra.

»Tendrá dos hijas reinas valerosas,
Una de Portugal y otra en Castilla;
Y él, por su brazo y fuerzas poderosas,
En Lerma y Peñafiel la primer silla:
Dará en Tarifa heridas espantosas,
En Badajoz asombro y maravilla;
Mas es mortal, y aunque su nombre admira,
Al fin vendrá á morir en Algecira.

»Ya deste orígen tomarán corriente
De Arrayo los dos condes lusitanos;
Aquí los del Villar su noble fuente
Llena de sangre real verán ufanos;
Y aun deste mismo tronco y su creciente
Arboles nacerán tan soberanos,
Que el mundo dellos cuelgue y de su bebilla
La real corona y cetro de Castilla.

»Deste don Pedro es hijo aquel Fernando,
De dos reyes cuñado y de otro yerno,
Que su lealtad primera sustentando,
En Anglia heredará renombre eterno:
La que el mundo tras él está admirando,
Con su brio gallardo y mirar tierno,
Su bella hija Isabel, y aquel su esposo,
Gran conde y condestable poderoso.

»El que allí duque espera ser de Arjona,
Y en Peñafiel tener prision y entierro
Cuando de luto cubra su persona
El mismo rey que le prendió por yerro,
Hijo de los dos es, y esta matrona
(Si de Oróntes los cómputos no yerro)
Doña Beatriz, que en dulce desposorio
Dará su sangre real á la de Osorio.

»El que allí de ambas por igual florece,
Y en la santa conquista de Granada
Entre grabado acero resplandece,
De sangre llena su invencible espada,
Es don Rodrigo; y la que dél parece
Que el brio toma y majestad prestada,
La segunda Beatriz de Osorio y Castro,
Digna de mil estatuas de alabastro.

»Aquel real lusitano es su marido,
Y la beldad que su sitial rodea,
Doce príncipes, fruto enriquecido
De cuanta humana gloria se desea:
Dejo el primero, que será escogido
Para que toda junta suya sea,
Dos prelados de Cuenca y de Sevilla,
Gloria de Portugal, luz de Castilla.

»Aquel comendador mayor de Cristo,
Que aun desde ahora alegra su esperanza,
Las dos bellas duquesas que ya has visto
Allá en Veràgua, aquella está en Braganza:
De cuyo cetro el mando mero mixto
Hasta los mundos por venir alcanza,
Una y otra condesa hermosa y sabia,
Esta en Chanel, aquella en Ribadavia.

»¿Quién bastará á decirte las grandezas
Que el sabio destos príncipes contaba?
¿Los triunfos, las victorias, las proezas
Con que me entretenia y asombraba?
¿Títulos, nombres, señoríos, riquezas
Que este tiempo á su casa amontonaba?
Será ponerme yo á tratarte dellas,
Contar arena al mar, al cielo estrellas.

»Basta, en suma, decirte que el que aumenta
Con el de Andrade su famoso estado,
Y un gran marques de Sarria representa,
De un invencible emperador al lado,
Es don Fernan Rüiz, que en esta cuenta
Bisabuelo es del rayo señalado,
Que allí nos da, con su retrato solo,
Más firme luz que en su carroza Apolo.

»Hijo suyo será el que en gloria nueva
A los timbres añada de su casa
La ilustre sangre de la antigua cueva
Que en profundo valor se abrió sin tasa;
De quien saldrá el que en Nápoles dé prueba
De la prudencia con que á Néctor pasa,
Y á Ulises deja atras en su gobierno,
Y al fiel Acátes en piadoso y tierno.

»Si á esta real masa soberana junta,
De limpia sangre y rosicler de gloria,
El rico Sandoval la suya ayunta,
De imperio digna y de inmortal memoria;
La luz vendrá á nacer, á quien apunta
Lo mas florido de una heróica historia
Que el mundo espera, á quien el nombre suyo
Famoso el mio hará y eterno el tuyo.

»¡Oh heróico pecho, en cuyo real semblante,
No un mundo, mas un cielo resplandece,
Con mas glorias que estrellas carga Atlante
Cuando á su vista el sol desaparece!
Dé priesa el hado á un bien tan importante,
Y el reino que en el rico abril florece
De tu valor, sin que jamas fallezca,
Cual tú en virtud, así en tus honras crezca.

»¿Quién, como tú, á los mundos donde suenas
Saldrá príncipe y sabio todo junto,
Cuando tu real palacio ser de Aténas
Podrá, en graves filósofos, trasunto,
Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas
De honra las letras, y al difícil punto
De la virtud, con tus heróicos pasos,
Subida fácil y caminos rasos?

»Ya veo colgar de tu ánimo prudente
Del occidental orbe el noble peso,
Y en tu grave modestia y sangre ardiente,
De Marte el brio y de Minerva el seso;
De tu espíritu altivo y elocuente
En todas facultades el exceso
Con que así en las materias te adelantas,
Que al sabio admiras y al soberbio espantas.

»Los otros dos que á la una y ótra mano
Su gala dejan de grandezas llena,
Y en lo mejor de un mundo cortesano
La suya en agradable aplauso suena;
El uno ha de ser duque Taurisano,
Honor del lacio campo, en que resuena
Con mil dones de su ánimo excelente,
Amor y asombro á la toscana gente.

»Del tierno bozo el grave lustre apénas
A su rostro dará sombra y decoro,
Cuando de la una de las tres serenas
El reino enfrenará con riendas de oro;
Y de sus reales obras nubes llenas
De honor enhuecará el clarin sonoro
De la parlera fama, cuyas voces
Tu alegre tiempo eternos siglos goces.

»Reducirá con su prudencia sola
A Roma un veneciano arrojamiento,
Cuando en riesgo mayor, entre ola y ola
Amenazar parezca un fin violento;
¡Oh á la tusca nacion, gloria española!
¡Quién pudiera el preñado pensamiento
De tus grandezas darle al mundo entero
Con la pluma en que vences la de Homero!

»El otro que ya allí, en jinete ardiente,
Un español Narciso representa,
Gallardo, brioso, galan, sabio y prudente,
Que ánimo y brio á quien le mira alienta,
Del rico Gélves es conde valiente
Y la suma feliz desta real cuenta,
Y todos gloria del iberio suelo,
Rayos de un claro sol, soles de un cielo.

»Y allí los tres, ardiendo en llamas de oro,
A vista veo del español monarca,
Más floridos que el mes que alumbra el toro,
Hacer todos los gustos de su marca;
Donde tambien la mina del tesoro,
Que tal le dará al mundo, alegre enarca
Los graves ojos, para entrar por ellos
Segunda vez al alma hijos tan bellos.

»Será sabia Minerva del ocaso
Del real palacio el peso que mas pesa;
Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,
A decirte algo desta real princesa,
Desta nueva deidad, que en cielo raso
Da gloria á quien la mira, y deja impresa
En el alma una fe y amor que inclina
Y fuerza á darle honor y honra divina.

»Querida prenda del valor que ahora
Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;
Mas tan gran majestad, tan gran señora,
¿De quién pudiera ser, si no era suya?
Ser la mayor beldad que España adora,
La que mas gracias y primor incluya,
De sangre real del mundo celebrada,
De un gran duque de Lerma hija amada.

»Todo es humilde nombre á su grandeza,
Y la mayor de todas ser esposa
Deste asombro del tiempo, en cuya alteza
La suya halló la esfera en que reposa:
El mundo ofrezca, oh norte de belleza,
Corona eterna á tu cabeza hermosa,
La Arabia incienso, oro el indio adusto,
Los años vida y fama, el cielo gusto.

»Siete siglos y medio está distante
Este sol de tu vista y de su oriente;
Ciento y cincuenta lustros adelante
Vestirá de arreboles el poniente,
Y su grave prudencia firme Atlante
Será de una encubierta y nueva gente
Que allá en la otra region del mundo mora,
Y nuestra noche tiene por aurora.

»Ayudadme, oh bellísimos retratos,
Que, en gurbias de oro por encanto hechos,
Prestais vuestras estatuas por ornatos
Del vario jaspe deste muro y techos:
Celebremos con fiestas y aparatos,
Ya dignos destos dos heróicos pechos,
El bien que en su venida se atesora,
Y en su esperanza alegra desde ahora.»

Dijo la sabia; y en rumor sonoro,
Que al alma sus oficios suspendia,
Con graves arpas cien estatuas de oro
La gloria celebraron de aquel dia:
Quedó absorto Bernardo; ardió el tesoro
Del real palacio en fuegos de alegria:
El castillo tembló, y del nuevo espanto
El mundo al rico peso hizo otro tanto.

Mas luego que en la grave pesadumbre
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,
El resonar del oro en la techumbre,
Y el nuevo asombro con que el bosque gime,
Sosegándose fué, y la clara lumbre
Que en rayos de oro por el aire esgrime,
Ya el vivo resplandor volvió á su seno,
Y dejó el aire en su quietud sereno;

En el uso perfecto del sentido,
De su resplandeciente arnes armado,
El valeroso godo, reducido,
Fuera se halló del término encantado;
Donde, en el mago espejo entretenido,
La corriente feliz contempla al hado,
Y el prevenido vió fruto fecundo
Que de su sangre real espera el mundo.

Huyóse de la máquina presente
El mágico furor desvanecido,
Y el rico alcázar pareció patente,
De fuerte muro natural ceñido,
De arquitectura y fábrica excelente;
No con perfumes bárbaros fingido,
Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro
De firme majestad hacen tesoro.

Por altos patios y anchos corredores
Confusa tropa vió de armada gente,
Que con ilustres títulos y honores
Honrando vienen su ánimo valiente,
Tras la anciana vejez y años mayores
Del grave Oróntes, que en saber prudente
Y en vida allí contemplativa vive,
Y con alegres brazos le recibe.

Tres centurias de ilustres caballeros
Con este ardid juntó el cuidoso anciano,
En sangre godos, en las armas fieros,
Deudos los más del jóven asturiano;
Lanzando otros cualquiera aventureros
Que á probar iban el castillo en vano,
La blanda llama entre su humo extraño,
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.

Estos, con ricas armas en tesoro
De fina pedrería y luz sembradas,
Y espumantes frisones de sonoro
Nevado freno y clines alheñadas,
Hiriendo al viento los jaeces de oro,
Y al timble en presuncion plumas doradas,
Y alzando estrellas por los aires mudos
El vivo centellar de los escudos,

Alegre hacen y noble compañía
Al bello jóven y al prudente mago,
Que de Leon á la corte partió un dia,
De cuantos pudo el ménos aciago,
A ver su casto tio, y si podria
De su nueva presencia el tierno halago
Ser á sus presos padres de provecho,
Y del Rey ablandar el duro pecho.

No sé cuál riguroso signo veda
Causa tan justa; que ninguna ahora
Hallo que, sin notorio agravio, pueda
Ser desta ingrata sinjusticia autora;
Mas á un gran vuelo que por dar me queda,
Al reino voy donde la noche mora,
A buscar los amigos de Morgante,
Que en la gruta dejé de un nigromante.

De Tlascalan en la profunda cueva,
Al confuso rigor de la montaña,
Absortos los tragó por senda nueva
Del pozo ardiente la abertura extraña:
Dando de allí con ellos donde lleva
Sus corrientes la muerte, y donde baña
Con sus torcidas ondas Flegetonte
Las carcomidas grutas de Aqueronte.

Mas luego que por quiebras infernales
La tierra vomitó los tres guerreros
Sobre los africanos arenales,
Como en sus mas pacíficos linderos;
Malgesí, que al hallarse en los umbrales
De su patria cobró nuevos aceros,
Al vivo gusto de tomar venganza
En el contrario bando de Maganza,

Con dos humosos cercos y un conjuro
A Reinaldos llevó en su frágil leño
Al real de Francia, en el silencio oscuro
De la fria madre del templado sueño,
Dejando al campo alarbe más seguro
Los otros dos, que en su bajel pequeño
Del ancho mundo vieron los puntales
Y las playas cruzaron infernales.

Halláronse en un bosque á la marina
Orimandro y Morgante una mañana,
Donde la corva playa cristalina
Huye de la mayor sirte africana;
Y en la costa del mar circunvecina
En un roto batel tropa liviana
De descompuesto vulgo, que á porfía
En confuso monton se combatia.

Mas la Angélica reina de la aurora
El curso vuelve de mi pluma vario,
Que al mar de Alcina, en una fusta mora,
Con otras la robó un cruel corsario
A vista de Orimandro, que la adora;
Y el turbio mar se la escondió, voltario,
Al punto que su luz cerraba el dia,
Y al presto bergantin otro embestia.

Eran todos corsarios que al pillaje
En corso el mar desvuelven cristalino,
Y allí el bárbaro fin de su viaje
El cerúleo color volvió sanguino;
Y fué el firme pelear con tal coraje,
Que, cuando la vecina aurora vino,
Mostró que del rigor de la batalla
Nadie vivo sobró para gozalla.

Solo quedó un mancebo mal herido,
De alegre rostro y grave gallardía,
Y un morábito viejo mal nacido,
De larga barba y flaca hipocresía,
Que, de cobarde, habiéndose escondido
Miéntras el pelear duró, fingia
A Mahoma enviar vanos mensajes
En ridículos gestos y visajes.

Este, hallándose solo y victorioso,
Y ambos bajeles á su riesgo y cuenta,
Viejo atrevido, hipócrita engañoso,
De astucias lleno y de codicia hambrienta,
Saltó al contrario barco, aunque medroso,
Y halló á Angélica en él, que se lamenta,
En compañía de otras dos doncellas,
Como en la de la luna las estrellas.

Lloraban el rigor, la desventura
Del cruel estrago y general destrozo;
Que esta vez la fortuna mal segura
La victoria dejó vacía de gozo;
Y de las tres la de mayor ternura
Su falda daba al desangrado moro,
Enviando de los ojos á la herida
Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.

Era la dama Arminda, hija de Janto,
Príncipe de Corfú y nieto de Alcina,
Y el mancebo, archiduque de Lepanto,
Isla del mismo mar circunvecina:
Criáronse los dos en dulce encanto
En la cretense corte, su vecina,
Donde el trato, la edad y el ejercicio
En producir amor hizo su oficio.

Sacó la hada del cretense infierno
La amada nieta, prenda de alegría,
Dejando dentro dél su amante tierno,
Y á ella fuera del cielo en que vivia,
Y á ambos en soledad y llanto eterno;
Hasta que amor dió traza cómo un dia
Leoncio robase del jardin de Alcina
Su dulce joya de beldad divina.

Tuvo dichosamente conseguido
El amante su fin, su amada bella
Del tierno amor el premio merecido;
Y él á las dos robó que halló con ella;
Mas la que dar no supo bien cumplido,
Retrograda infeliz volvió su estrella,
Y el gusto que en su alma amanecia
Antes se le murió que viese el dia.

El morábito viejo cauteloso,
Que en la fusta saltó, viendo de Arminda
En el regazo el jóven valeroso
Que, ya sin habla, con la muerte alinda,
Temió, aun así mortal, su aire brioso,
Y que si vivo escapa, se le rinda
La una y otra fortuna, y sea de modo
Que él solo quede vencedor de todo.

Y así sobre él furioso se abalanza,
(¡Extraña crueldad!) ¡oh Arminda bella,
Qué golpe tan cruel á la esperanza
Que cuelga el hilo de tu vida en ella!
El limpio boj de la cobarde lanza,
De quien nadie jamas formó querella,
De solas tus desdichas ayudado,
Dar pudo fin á lo que habia empezado.

Y del flaco vivir el tibio aliento,
Que ya se esfuerza y presto se mitiga,
Entre el brazo amoroso y el violento,
Y la agradable mano y la enemiga,
Cual tierna exhalacion la bebió el viento
En el regazo de su amada amiga,
Sabrosa cama y temeroso lecho
A tan suave amor y horrible hecho.

Quedó más que su amigo Arminda muerta,
Y en un punto furiosa, acelerada
La llama del amor, ántes cubierta,
Por los ojos brotó el alma agraviada;
Y cual parda ceraste, ántes cubierta,
Del basto pié del labrador pisada,
Salta, y con lengua de ponzoña muda
Por la garganta en roscas se le anuda;

Así la dama, herida en lo mas tierno,
Contra el cobarde bárbaro enemigo
Furiosa arremetió, vuelto en infierno
El rostro que era gloria de su amigo;
Y no en abrazo regalado y tierno,
Mas en horribles nudos de castigo,
Los ántes tiernos brazos, de ira llena,
Por el infame cuello le encadena.

Dió con el débil descarnado moro
Sobre el duro combes la tierna dama,
Y á bocados, perdido ya el decoro,
Vengar quiere á su amante y á su fama:
Las otras solas dos, que en tierno lloro
De la tragedia cruel creen la trama;
Que en el auto presente, solos cuatro
Los personajes hacen y el teatro;

Viendo el triste suceso y brio furioso
Del nuevo nudo y peligrosa liga,
Con pecho más que de mujer brioso
A la venganza acuden de su amiga;
Y las tres al morábito medroso,
En brega desigual, lucha enemiga,
Miéntras una le tiene, otras le ayudan,
Y en firmes lazos de rigor le anudan.

Creció la rabia, y de las blancas tocas
Duras esposas y cadenas hechas,
Entre firmes lazadas y no pocas
Las mal regidas manos tiene estrechas:
Hállanse en la ocasion, y en furia locas,
Ciegas en ira y en dolor deshechas,
Quieren con su crueldad al enemigo
Mostrar que es de mujeres el castigo.

Y así ligado en la sangrienta plaza
Del destrozado barco, al fiero intento
Sus mujeriles armas desembraza
La de mas reportado sufrimiento:
De sutiles agujas, nueva traza,
Nunca ántes vista al mundo, de tormento,
Sacaron, y en venganza á sus antojos,
Con ellas al morábito los ojos.

Y por las mas cerradas coyunturas
Y partes mas sensibles de la vida,
Del acero sutil las puntas duras
Al alma le entran, sin dejarle herida;
Y en los nervios y blandas ligaduras
Anatomía hacen no aprendida;
Que solo pudo hallar igual tormento
De ofendida mujer el pensamiento.

Así, del tierno hijo en la desgracia,
Hécuba con su pueblo advenedizo
Sobre el avaro monstruo rey de Tracia
Otro castigo semejante hizo:
De las nuestras la loca pertinacia
Al moro miembro á miembro lo deshizo,
Mudándole el tormento en mil maneras;
Que la mujer cruel eslo de véras.

Dos dias que el mar con su bramar sonoro
Tardó en sacar á la africana arena
El triste barco, al desmembrado moro
La vida le duró, el tormento y pena,
Y de las tres el importuno lloro;
Y al tercer dia que con luz serena
Alumbró el mundo y descubrió la costa
Que de las sirtes es canal angosta,

A bordo vieron del bajel perdido
Otro, que, aunque á la playa huyendo viene.
Hallando aquel en calma detenido,
Que ni trae velas ni gobierno tiene,
Por llevarle de encuentro divertido,
En su huir medroso se detiene,
Saltando dentro en brio denodado,
Por nuevo asombro, un caballero armado.

De Trípol para Túnez descendia,
Del fiero rey Geber huyendo en vano
Con la bella Aja, que robado habia,
Ardiendo en sus amores, Artabano;
Y ella, que en torpe amor tambien se ardia,
Al robo la ocasion le dió en la mano;
Y el ofendido rey con gente armada
Tras su honra viene y su opinion robada.

Era Artabano infiel, de alma inquïeta,
Traidor en trato, en nacimiento oscuro,
Mollita en Fez, alcaide en la Goleta,
En fe inconstante, en corazon perjuro;
Y ahora cual lijerísimo cometa
En busca va de su enriscado muro,
Hecho más al deleite que al acero,
Y al sensual amor que al verdadero.

Y encontrando el bajel, que sobreaguado
Las olas traen por faltarle gente,
Dentro saltó, de acero y miedo armado,
O por la muerte huir que ve presente,
O del gusto primero empalagado,
Y ocasionado de otro mas ardiente,
Nacida, aunque de léjos, su centella
De los rayos de Angélica la bella.

Mas sea con este ó con aquel intento,
Sin mas curar de la que trae robada,
Como quien se descanta del tormento
Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,
Al bergantin se arroja; y dando al viento
Vela, lealtad y fe, á la playa amada
La herrada proa y la esperanza guia
Con seis de su alevosa compañía.

Mas no pudo el intento comenzado
Tan á su gusto y salvo efectüarse,
Que del rey ofendido el bando airado
No llegase con él á barloarse:
Quedó rendido y preso el abordado,
Y la instable fortuna al mejorarse
Pasó las damas del bajel pequeño,
Cautivas, del segundo al tercer dueño.

Y presas ya tres veces, y ninguna
Con las últimas armas, un sanjaco
Saltó de Marte á la abordada cuna,
Más que á la guerra, atento al robo y saco:
Vió las tres damas, y cautivo de una
Que en la region nació que venció Baco,
Sin buscar otra presa, ciego en vella,
A su esquife saltó y se fué con ella.

No dió el segundo ayuda al primer viento;
Que era un seco levante el que corria;
Mas, aunque aire contrario al de su intento,
La proa adonde el que sopla quiere guia:
Cazóle á popa, y con furor violento
A la playa le echó, cuando del dia,
Por los albores, la parlera hermana
A entoldallos salia de oro y grana.

A los humildes ranchos de una gente
Que de pescar y de robar vivia,
El barco zabordó en la arena hirviente
Que de las blancas rocas resurtia:
Acudió al saco un escuadron valiente,
Que á la mar á pillar, si hay qué, venia,
Y al frio sanjaco, en su infeliz huida,
La dama le quitaron y la vida.

Saquean el barco, y en deleite y gozo
Por su confusa gente el furor arde;
Matan, sin reservar viejo ni mozo,
Al soldado valiente y al cobarde;
Y entre el confuso bárbaro destrozo,
Solo el alegre rostro, haciendo alarde,
De Angélica se está libre y segura;
Que hasta alarbes respetan la hermosura.

Mas ya que al flaco lecho no ha quedado
Despojo que robar ni hombre con vida,
Y en la sangrienta popa el bulto amado
A ver su rostro y su beldad convida,
El bárbaro escuadron, ocasionado
Del robo, la cruel mano homicida
Vuelta contra su pecho feroz riñe,
Y en sangre propia el barco ajeno tiñe.

Y miéntras del marcial furor la prueba
Teje la ciega lid mas espantosa,
A un gallardo numida en sangre nueva
El tierno amor le presta sangre briosa:
Este, con dos que en su resguardo lleva,
De Medoro robó la altiva esposa,
Y con ella á la selva mas vecina,
Cercado de armas y deseos, camina.

En igual ademan el campo griego
Vió á los fieros verdugos entregada
La bella hija del rey, que el sagaz ruego
De Ulises dió por víctima sagrada,
Y á la orilla del mar, de un monton ciego
De armas, hácia la selva mas guardada,
Así la llevarian, como ahora
Los tres á la oriental emperadora;

Al tiempo que el rey pérsico y Morgante,
De Pluton vomitados en la playa,
Salir la aurora vieron rutilante,
De aljófar llena su florida saya;
Cuya luz les mostró poco distante,
Del bravo mar sobre la corva raya,
Los tres que con la Angélica belleza
Del bosque iban á entrarse en la maleza;

Fué á la playa el jayan; que son sus gustos
Traer siempre las armas en las manos;
Y el persa hácia los tres brazos robustos
Que llevar ve su amada presa ufanos;
Mas cuando en lo mayor de sus disgustos
Sin pensar vió los ojos soberanos
Que dan brio á su amor, vida á su fama,
Y halló tan cerca su perdida dama;

Nunca del codicioso ojos hambrientos,
Al centellar las rubias masas de oro
Que el corvo arado en céspedes sedientos
Al pasar descubrió de un gran tesoro,
Mas prestos en mirar, ni mas atentos
Al ruido vuelven del metal sonoro,
Ni por ellos al alma entró en un punto
Mayor deleite y sobresalto junto,

Que en el alma del persa la divisa
De los primores puso de su dama,
Si bien la priesa con que va le avisa
Del conocido riesgo de su fama;
Y así, sin pedir cuenta ni pesquisa
De quién, dónde ó por qué, feroz derrama
Por la espada sus celos, y su brazo
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.

No era el bárbaro amante tan sin brio,
Ni en su alfanje tan muertos los aceros,
Que no pensase en limpio desafío
Su opinion defender á diez guerreros;
Antes al paso con feroz desvío,
De en medio de sus bravos compañeros
Desnudo sale á defender su fama,
Que es de las dos la mas querida dama.

No le fué al Rey tan fácil la victoria
Con la desnuda gente que acudia,
Que miéntras la ganó perdió su gloria
Y el nuevo gusto que hallado habia:
Ora le fuese oculta, ora notoria
La espada que por ella combatia,
Miéntras duró el reñir, por mas segura,
Huyendo se escondió en una espesura.

Al ántes victorioso rey, vencido
Los rigores dejaron de su estrella,
Seguro de que ya era conocido,
Pues tanto huye su enemiga bella:
Siguiera el rastro, mas el rastro ha sido
En todo tan sin él, y él tan sin ella,
Como el que ántes soñando halló un tesoro
Que al despertar se huyó en la sombra de oro.

El jayan corzo á la contraria parte
Paz acudió á poner ó nueva guerra;
Que, como en raso campo un feroz Marte,
Con todos en monton confuso cierra;
Y en tantos golpes su furor reparte,
Que á aquel, á este y al otro echa por tierra,
Huyendo los demas, como sin tiento
De un feroz toro el vulgo albaraquiento.

Y juntos los guerreros valerosos,
A pié se entraron por la selva espesa,
Con pasos y con ojos cuidadosos,
Aunque á fin vario y diferente empresa:
Morgante á sus recuentros belicosos,
Orimandro buscando á la Princesa,
Sin hallar por los campos en tres dias
Mas que de alarbes pobres rancherías;

Cuando una noche lóbrega sin tino,
El valle que un preñado monte hacia,
De un apartado fuego del camino
Albergue al parecer les ofrecia:
Siguen la luz, y al pié de un crespo encino
Plantado un pabellon vieron que habia,
Y al grueso hogar una abundante cena,
Vacía de gente, y de aparato llena.

Las blancas mesas por las frescas flores,
De picheles cargadas y de tazas,
Sobre grasientas brasas asadores
Humeando llenos de diversas cazas;
Seis jinetes caballos corredores
Paciendo al prado sus mejores plazas,
Y por principio del convite aciago
De fresca sangre un espumoso lago:

Tres armados varones recien muertos,
Las armas y los cuerpos destrozados,
Unos de heridas sin piedad abiertos,
Otros á crueles golpes desmembrados;
Sin hallar de tan varios desconciertos
La victoriosa espada, ni sobrados
Los que al triste marcial campo sangriento
Dueños pudiesen ser del vencimiento.

La cena y el convite placentero
En triste cena trágica mudado;
Las trastornadas tazas, que el postrero
Licor aun no han del todo derramado;
Por las brasas humeando el ciervo entero;
El tierno corderillo medio asado;
Del jabalí el testuz, la espalda entera
Del carnero, y de leche una ternera.

Morgante, alegre con la hallada cena,
Recurso de la hambre que traia,
Sin aguardar mas huéspedes, condena
Por plato suyo cuanto en torno habia:
Siéntase á la abundante mesa, llena
Ya de lo que ántes sobre el fuego habia,
Y sin hacerle salva al compañero,
Por ante se comió un venado entero.

El prudente Orimandro, más atento
A lo que falta allí que á lo que sobra,
Con alma busca próvida el intento
De los fieros autores de tal obra;
Y repartido en mil el pensamiento,
En ninguno quietud segura cobra;
Que un triste de continuo tiene el pecho
Nueva oficina de desgracias hecho.

Parécele que suena en la montaña
Rumor de gente; salta de la mesa,
Y el quebrado eco de la voz extraña
Buscando se entra por la selva espesa;
Y no mucho en su bosque se enmaraña,
Cuando oyó del Catay la gran princesa,
Que al cielo favor pide, y él, herido
De su violencia, el alma dió al oido.

Y en más velocidad que al centro lleva
De un grave cuerpo el peso violentado,
O de prudente mago á la voz nueva
Alma sutil ó espíritu apremiado,
A dar de un risco fué á una oculta cueva,
De adonde el bello bulto destrozado
Sacaban dos alegres caballeros,
Ya con tiernos halagos, ya con fieros.

Quieren, á fuerza de la suya injusta,
Poner en ella el gusto que no tiene,
Mas el celoso amante, á quien la adusta
Cólera hasta privarle el seso viene,
La espada aprieta, y con virtud robusta,
Feroz, ni se embaraza, ni detiene
A darles de sí cuenta ni tomalla,
Ni pedir ni ofrecerles la batalla.

Mas con celeridad arrebatada,
«Afuera, dice, pueblo vil y oscuro,
Indigno de beldad tan acabada,
De fe sin ley y de hábito perjuro;»
Y á no ver con sus lazos enredada
Su hermosa yedra en el infame muro
Que en su honor carga, con la espada fuera
La primer salva y prevencion primera.

Y los dos, á quien más temores causa
El acto infame que el contrario esquivo,
En la primera fuerza hicieron pausa,
Y á la segunda ofrecen pecho altivo.
Quedó de la cuestion libre la causa,
Que miéntras dura, en paso fugitivo
Huyendo á tiento por la selva oscura,
Ni aquí está sin temor ni allí segura.

No fué el combate mucho, que el enojo
Y la razon lo era del persiano;
Y así, aunque en defender su torpe antojo
A los dos puso su ánimo liviano,
A pocos lances, sobre el campo rojo
Con sangre propia firman de su mano
Que del torpe deleite la bebida
O con la honra se escota ó con la vida.

Murieron ambos; que á los golpes fieros
Del persa no hay escudo que resista,
Y él, victorioso ya, con piés lijeros
Su dama busca y con atenta vista;
Mas, aunque vió á los árboles postreros
Parir del bosque en argentada lista
El rubio sol, no vió el de su cuidado;
Que ama ingrata beldad, y es desamado.

Y seguir al amor sin la ventura
Es tropezar continuo en la desgracia:
Otro sus pasos siga ó su locura;
Que yo á Morgante vuelvo y en su gracia:
Al frio silencio de la noche oscura
Quiero á su mesa ver cómo se espacia
En el brindar el mosto; que el gigante
Un mar se beberá que halle delante.

De gruesa vianda lleno el vientre hambriento,
Y del dulce licor ocasionado,
A solo el gusto de su gula atento,
En vino quedó y sueño sepultado,
Hasta que al desacuerdo soñoliento
La luz del dia gastó, y se halló cercado
De la escuadra infeliz, que en triste suerte
De entre las tazas se bebió la muerte.

Admiróle el estrago y ver perdido
Su altivo compañero; y por buscalle
Al entrar en el bosque, oyó rüido
De un triste llanto en el vecino valle:
Siguió la voz, y halló al combés florido
De la salida de una umbrosa calle,
Llorando sobre un muerto caballero,
La preciosa lealtad de un escudero.

Eran los muertos dos, mas solo al uno
Con ternura lloraba el fiel sirviente:
Llegó el jayan; cesó el llanto importuno,
Temiendo que la espada sea valiente
Que con vida de dos dejó á ninguno:
Quiso medroso huir, viendo presente
Tal bulto; mas detúvole el gigante,
Por saber del suceso lo importante.

Y habiéndole mandado le dé cuenta
Qué origen han tenido aquellas muertes,
Quién alcanzó victoria tan sangrienta,
Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes,
Qué se hizo el vencedor, por cúya afrenta
De venganza se dieron tantas suertes,
El siervo humilde al corzo antojadizo,
Temblando, en todo así le satisfizo:

«Larga tragedia, casos lastimosos
Son los que me pedís, señor, que os diga;
Que pechos falsos y hombres engañosos
Así el cielo y su culpa los castiga:
La Arabia dos hermanos belicosos
De oscura sangre dió en virtud mendiga,
Que, arrogantes, soberbios y valientes,
De Maboma se fingen descendientes.

»Fuéron Geber y el poderoso Argante,
A quien, por su traicion y valentía,
La fortuna, en favores abundante,
Reyes, de humilde sangre, hizo un dia:
Este el cetro de Fez rige triunfante,
De Tripol le dió al otro en Berberia
Silla y corona, y hoy la incierta guerra
Triste sepulcro en esta inculta sierra.

»Aja, una mora, á quien la adversa suerte
Para nuevas tragedias echó al mundo,
Reina de Tripol fué, de Origio el Fuerte
Mujer aleve y cruel, de pecho inmundo,
Que dió á su esposo fiel traidora muerte,
Y tras él á Geber cetro segundo,
Subiendo á rey de Tripol el tirano
Por el favor de su alevosa mano.

»No fué el nuevo adulterio en sus antojos
La última liviandad que en ellos hizo;
Que en otros muchos sus risueños ojos
Varios contentos levantó y deshizo,
Hasta que toda, al fin, se dió en despojos
A Artabano, este moro advenedizo
Que ante tus piés, el corazon abierto,
De ese golpe de espada está ahora muerto.

»A su delito igual la justa pena
Le dió la muerte; advierte ahora el sino
Por donde el discurrir del cielo ordena
A cada vida el fin de su camino:
Argante, de ambicion el alma llena,
Casamiento pretende peregrino
En Acaya, y Geber, su incauto hermano,
Para darle favor se ha puesto en vano.

»Querian robar á la cretense infanta
Juntos los dos hermanos de concierto,
Y á esto, con sus bajeles y con cuanta
Gente pudo, Geber salió del puerto;
Mas un frio cierzo con braveza tanta
Barrió del mar Carpacio el seno abierto,
Que el dia que pensó llegar á Acaya
Arribar le forzó á su misma playa.

»Y en tanto que de Tripol el tirano
Por la mar forcejaba contra el viento,
Su casta esposa en brazos de Artabano
La honra vendia por un vil contento;
Y así rindió su corazon liviano,
Que por no mudar gusto, mudó asiento,
Y la patria trocó, el honor y estado,
Por el adulterino ingrato amado.

»Salió con él robada el mismo dia
Que el Rey volvia á su abrigado puerto,
De adversa suerte lleno y de alegría,
A ver la pena de su mal concierto:
Lloró el perdido honor, y al que huia
Con él siguió y prendió, y á este desierto
Vino á morir con su traidora espada;
Que el cielo es justo y no perdona nada.

»Alcanzóle en la mar; prendióle vivo;
Que por más se vengar no le dió muerte,
Y por cobrar, teniéndole cautivo,
De su áspera goleta el risco fuerte:
Guardó la ingrata vida este motivo,
Cuya mano (¡tal es la humana suerte!)
La suya quitó al Rey, que dejó acaso
Su gente en guarda de un estrecho paso.

»Y con el preso, y este incauto moro
Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,
En cuya verde falda un bulto de oro
Ofender vieron con injusta guerra;
Una dama, que el mundo en su tesoro
Otra joya de igual primor no encierra,
En poder de unos bárbaros feroces,
Contra quien daba en su defensa voces.

»Libraron con su fuerza á la que pudo
Con la suya rendir sus torpes ojos,
Y al tirano Geber, suspenso y mudo,
En su gusto sembrar nuevos antojos:
No sé si aquí me engaño; mas no dudo,
Del triste estado destos campos rojos,
Que en lugar de la adúltera queria
Que la nueva reinase en Berberia.

»Este gallardo jóven, cuya muerte
Triste presagio de la mia ha sido,
Y su real nombre Rohamel el Fuerte,
Y de Orgio primo y sucesor querido;
O ya rendido de la misma suerte,
Del bello rostro en llanto consumido,
O que con la ocasion quisiese en ella
Cobrar de un golpe el reino y la doncella;

»Hecho su oculto trato con el preso,
Y de armas prevenido de su mano,
Feliz á los principios el suceso,
Suya fué la virtud y de Artabano:
Matan al rey Geber, matan tras eso
Del rudo pueblo el escuadron villano;
Que él trazando su amor, y ellos su cena,
De nada estaban con temor ni pena.

»Vuelto sangriento lago el aparato
Del banquete real, vió la floresta,
Entre tazas y muertos, un retrato
De los centauros en su horrible fiesta:
Huyó la bella dama con recato
De la turbada mesa descompuesta,
Siguiéndola, cual diestros cazadores,
De la matanza cruel los agresores.

»Desta vecina gruta en las entrañas
Huyendo se escondió, y los dos tras ella
Victoriosos desvuelven las montañas
Al turbio rayo de una oscura estrella;
Cuando, entre ásperos riscos y espadañas,
Su luz la descubrió, cual Diana bella,
Que, al romperse la hueca nube fria,
Hurtando sale la hermosura al dia.

»Mas, ahora al fin de la cruel matanza
Algun furor quedase con la vida,
O el justo cielo diese á la venganza
Del caso atroz tan mísera salida;
Casi triunfando ya de su esperanza,
Y por la frente la ocasion asida,
La vuelta daban de esa gruta oscura
Con la recien hallada hermosura;

»Cuando un soberbio bulto denegrido
Las sombras amasaron desta sierra,
Del ciego infierno á castigar venido
Los aleves destrozos de tal guerra;
Más que de acero, de rigor vestido,
De dos golpes, cual ves, echó por tierra
Las malogradas vidas que en una hora
Vénus triunfantes vió, muertas la aurora.

»De la infeliz tragedia, por testigo,
Yo solo me salvé en la gruta oscura,
Medroso que del cielo al fiel castigo
No habia en el mundo ya parte segura;
Cuando del vientre oscuro cuyo abrigo
El temor me prestó, vi una figura
En horrible anhelar sembrando fuego,
Que este mundo alumbró, y se apagó luego.»

Así el medroso moro al rey Morgante
De su infeliz tragedia acabó el cuento;
Y él, viendo la honda cueva que adelante
Con horrible preñez se traga el viento,
Sintió en su hueco tumbo resonante
Nuevo rumor; y con gallardo aliento,
Sin mas escudriñar causas ni efetos,
Entró á ver de sus senos los secretos.

Tembló el hinchado monte, gimió el valle,
Y vomitó la cueva un fuego horrible;
Huyó el cobarde moro, que á tornalle
El amor de Bohamel no fué posible:
Lo que al corzo le avino abriendo calle
Por el oscuro cóncavo invisible,
Ni aun para dallo ahora en breve suma
Palabras tiene ni lugar mi pluma.

Monstruosas sombras, ásperos portentos,
Preñeces fuéron desta cueva oscura,
Que al estrecho rigor de mis intentos
En tiempo exceden hoy y en coyuntura:
Otra trompa les dé claros acentos,
Basta al contexto y fin desta escritura;
Que el mismo dia salió el corzo triunfante,
El fino arnes vestido de un gigante.

Del esforzado Anteo, que fué hijo
De la fria tierra, está la urna eminente
En la alta gruta de un peñasco fijo,
De un cuajado cristal resplandeciente;
En cuyo seno halló el bulto prolijo
De escamados artejos de serpiente,
Que por arnes el monstruo se vestia,
En perlas anudado y pedreria.

Tuvo á las faldas desta inculta sierra
Con Alcides una áspera batalla;
Alcides, que en los puntos de la guerra
Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;
Y el hijo altivo de la humilde tierra
Así el perdido aliento halló al tocalla,
Que el caer al golpe de la hercúlea clava,
La primer fuerza que perdió le daba.

Hasta que el héroe invicto el cauto pecho
Del suelo levantó, y suspenso en calma,
Los músculos cerró en un nudo estrecho
Que al perezoso cuerpo exhaló el alma,
Dejando al vencedor nuevo derecho
Del libio reino y del honor la palma;
Y á esta cueva, en blason de sus porfias,
Su fino arnes y sus cenizas frias.

Hércules, por trofeo á su victoria,
La limpia clava que forjó Vulcano
Al sepulcro añadió para memoria
Que allí lo abrió su poderosa mano;
Y el corzo rey, en nueva vanagloria,
Vestido el serpentino arnes ufano,
Al salir pareció, la clava al hombro,
Nuevo Alcides del mundo y nuevo asombro.

De un escamado cuero de serpiente,
Que en oro cada escama se cogia,
Cuya ancha boca la arrugada frente
Y áspero cuello del jayan ceñia,
Hecho un feroz dragon resplandeciente,
Dejó la cueva; y el siguiente dia,
Al liso pié de un álamo sombrío,
Un caballero vió al raudal de un rio;

Que á pasar de la ardiente siesta el punto
Y del seco aire la tostada llama
Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto
De la belleza en hábitos de dama;
Mas del campo de Francia el grave asunto
A dar noticia entera de él me llama,
De su gente, sus fiestas, y de cuanto
Al mundo en sus bravezas causa espanto.

ALEGORÍA.

Por Bernardo, que, habiendo visto en los encantamentos del Carpio la clara sucesion de su linaje, no trata mas de buscar á Arcangélica, se muestra que el varon heróico que ántes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplacion y verdadero desengaño de lo por venir, y á enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que ántes le traia distraido, y procura, acompañado de virtudes, volver á la obediencia y jurisdiccion del entendimiento, de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna más que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraida y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubre la crueldad de las mujeres, que, como por la mayor parte les falta prudencia, son crueles por exceso. En la tragedia de Artabano se pinta el lamentable y desdichado fin de un adúltero.

En Morgante, que, habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO.

Memoriza á Carlo-Magno un espantoso sueño; interprétalo Malgesí; Montesinos refuerza con sus razones las del sabio; Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo frances: déjanse por ella las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar della, sobreviene Morgante, que lo estorba; y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago, hasta embarcarse tras ella para España. Orimandro halla á Ariaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.

Ya en este tiempo el bélico aparato
Del frances campo, con marchar sonoro
Al son de los clarines y al rebato
De las trompetas y los lirios de oro,
La fama con las sombras del retrato
De su grandeza, al africano, al moro,
Al montañes, al asturiano, al godo,
Todo lo asombra y lo alborota todo.

Decretóse en Paris que á la importancia
Del frances brio, la imperial persona,
A toda diligencia y toda instancia,
Al campo baje que venció á Girona;
Que allí le siga lo mejor de Francia,
Invicto cerco de su real corona,
Suspendiendo las fiestas para cuando
Con los demas se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses
Con su césar al campo belicoso;
Roldan, por varios trances y reveses,
Buscando el español brazo brioso
Que de él probó y Dudonio los arneses,
Y de ambos salió libre; y victorioso
Reinaldos de haber hecho con su vuelo
Una raya en la mar y otra en el cielo.

Trajo tras sí de Amon el hijo amado
Del muro antiguo las estatuas de oro;
Que la codicia del metal preciado
Con ellas aumentar hizo el tesoro:
Del rey Artus el cuerpo, sepultado
En rica tumba de metal sonoro,
A la ancha puerta de la sala estuvo
Los siglos que su estrella le entretuvo.

De allí el etéreo cuerpo ó sombra humana,
Aun no del todo adelgazado en viento,
Con blando curso por la esfera vana
De aire volaba en débil movimiento;
Cuya fantasma, aunque al mover liviana,
Al sepulcro dió nuevo movimiento,
A la roma figura y breve amago
Que á un cerco oscuro hizo el frances mago.

Al fin, con la sagaz leccion del sabio
Que los mundos gobierna del poniente,
El encantado pueblo el vil resabio
De su metal perdió resplandeciente:
Sembró la fama en placentero labio
La gran resurreccion del pozo ardiente;
Alegróse el rëal, y el campo ufano
Con la vista creció de Carlo-Mano.

Manda otra vez, en honra de su gusto,
Que de nuevo se vistan de alegría
Las resfriadas fiestas, premio injusto
De un deseado malogrado dia:
Crecen al débil pecho y al robusto
Orgullos que la ardiente sangre cría;
Y abre un fresco placer al pensamiento,
La vecina jornada, del contento.

Así tal vez de entre los cuernos de oro
Del Toro alegre, de calor fecundo,
El rubio alegre sol siembra el tesoro
De Flora, y llueve regocijo al mundo:
Crece en las selvas el parlero coro
De las aves sin dueño, el mar profundo
Serena sus riberas, rien sus playas
En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo frances fué el alborozo,
Tal de sus claros héroes la venida,
Tal de sus almas el ardiente gozo,
Que á las ya muertas fiestas dieron vida;
Mas siempre este placer trajo rebozo,
Siempre en estrella se trazó impedida,
Siempre huyendo fué, y de lance en lance,
Nunca á sus trazas dió el contento alcance.

Por la renunciacion de Alfonso el Casto
Se comenzó en los campos de Girona;
De allí, por nuevo azar, mudó su gasto
A Perpiñan del César la corona:
Ya en Paris con rumor confuso y vasto
Le pregonó la fama; hoy le pregona
En Limojes; y al fin, de dia en dia,
Tarde amanecerá el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
Templaba al rojo carro las centellas,
Desguarneciendo al mundo del tesoro
De su luz, y bordándolo de estrellas:
Del yugo ardiente las coyundas de oro,
Las rubias horas y las ninfas bellas
Le desatan, y puestas en contorno,
De majestad le sirven y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano,
Cargadas de encendida pedrería;
Quién la corona; quién el manto ufano
Que el cielo y tierra visten de alegría;
Quién peina á su cabello soberano
La luz de adonde al mundo nace el dia;
Quién le alivia el calor; quién la maraña
De oro en rocíos de olor le templa y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta
Al carro que anda trastornando sinos;
Quién los caballos da; quién los enmanta,
Frenos tascando de diamantes finos;
Quién de los piensos de la ambrosía santa
A sus pesebres da colmos divinos,
Y quién le carga á la encubierta noche
De dulce sueño el enlutado coche.

Apoderóse la quietud callada,
En sesgo vuelo y pasos descuidados,
De la fria tierra sin color, sembrada
De nuevos animales desmayados,
Al sabroso sosiego encomendada
La importuna batalla de cuidados,
Las doradas estrellas, encendidas,
Sus cursos abreviando y nuestras vidas;

Cuando en la sala real, ardiendo en oro,
En blanda pluma y en pomposo lecho,
Al grave César hurtan el tesoro
Del sueño los cuidados de su pecho:
Cércanle el alma; y sin guardar decoro
Al tiempo, á la persona ni al provecho,
En parlero silencio no se halla
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino
Reposo busca en vano de mil modos,
Aquí vuelve y allí, y ningun camino
De paz encuentra, aunque los prueba todos
Que el descuidado sueño en mejor tino
Viene á la humilde plebe que á los godos,
Y siempre goza dél en mayor suma
La seca paja que la blanda pluma.

Tras larga noche, al fin, el dulce frio
Del alba en perezoso y tardo sueño
El rostro le bañó, y con su rocío
La pasada inquietud quedó sin dueño:
Huyeron los cuidados, perdió el brio
Y de la altiva majestad el ceño,
Quedando en el olvido y el semblante
A los demas mortales semejante.

Mas como el gran sentir de un alma grave
Mayor estruendo y máquina revuelve,
De interiores figuras el suave
Sueño, que en la del César ya se envuelve,
Al real tesoro destorció la llave;
Y en pomposo aparato y forma vuelve
Cercado de fantasmas fugitivas,
Que, aunque son muertas, le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía
El pintado Morfeo, en el concurso
De un grave teatro, representa y guía
De nuevas cosas un fatal discurso;
Y en unos valles lóbregos que el dia
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
Por entre pardas grutas y anchas quiebras,
De dragones peinadas y culebras,

Cercado de sus bravos paladines,
En pomposo ademan caza gallarda
Empezar le parece, y que á los fines
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,
A quien de aquellos riscos los confines
Por su defensa tienen y por guarda
De un rico árbol que lleva pomas de oro,
Mejor que Atlante y de mayor tesoro.

Aficionó al frances la nueva fruta
Y la piel roja del leon gallardo;
Y con sus doce príncipes la gruta
Altivo escala, y sube al risco pardo,
De donde cada cual le da y tributa
Al desenvuelto leon un presto dardo,
Que él, victorioso en su escombrada plaza,
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana ni arma entera
Que no destrocen sus valientes garras;
Solo se salva el que lijero afuera,
Saltando del palenque, huye las barras
De sus lanzas: la suya por postrera,
Ya en posturas lanzar quería bizarras,
Confiado de le dar con ella alcance,
En presto golpe y en seguro lance;

Cuando el limpio venablo, en brio certero
Rompiendo el aire, el Rey dormido arroja;
Mas no tan presto el relumbrante acero
Del crespo cerro halló la espalda roja,
Que atras recio tornó, volviendo entero
Al Rey, que huyendo va en mortal congoja
Por no hallar de las suyas arma entera;
Que todas las rompió y tragó la fiera.

Sueña que huye entre quebradas breñas,
Del monstruo horrible que tragó á los doce,
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas
En oscuras fantasmas desconoce;
Cuando en las puntas de unas altas peñas,
Que un cielo hacen que la vista goce,
Sobre columnas de cristal parece
Que una abultada real máquina crece.

De un suntuoso palacio, alto motivo
De arquitectura y mármoles de pario,
Bellas estatuas, donde el bronce vivo
Majestad crece sobre el jaspe vario,
Vuela la pompa, sube el arco altivo
En hombros de oro su alto lacunario,
Cargado de bellísimos despojos,
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Gime la firme tierra con la carga
Del palacio y su inmensa pesadumbre,
Que es, donde ménos el valor se alarga,
Cristal los frisos y oro la techumbre;
Y de hadas allí de vida larga
Una sombría y ciega muchedumbre,
Dando á Demogorgon, que está presente,
Pesadas quejas dél y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto
De las oscuras parcas, de unas quiebras
Salir horrible vió á la furia Aleto
A peinar sobre Francia sus culebras;
De quien llover notó fuego secreto,
Entre sus negras marañadas hebras,
A su infeliz ejército, de modo
Que todo ardia y lo abrasaba todo.

Las demas furias del confuso averno
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
Y al cruel barquero del pasaje eterno,
Por una barca hacer dos largas puentes:
Vió ensancharse los senos del infierno
Para hacerse capaces de mas gentes,
Y que las parcas no podian, unidas,
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura
El fuego ardiente sin pensar le apaga,
Y con los rayos de otra nube oscura
El un incendio al otro incendio traga;
Cuando al Rey del cuidado la apretura
Lo dulce así de su quietud le estraga,
Que el sueño le escondió, y él, sin aliento,
Manos y ojos abrió, y asió del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno
De las medrosas formas que ántes via,
Suspenso mira de la luz el seno
Donde murió su sueño y nació el dia;
Y aunque ve que es el delirar sin freno
Vana obra de inconstante fantasía,
Por mas que de la suya alza la mano,
Sacudir de sí el miedo intenta en vano.

Al fin, de graves causas lleno el pecho,
En la real cuadra, de su altiva gente
Un sabio y noble parlamento hecho,
En silla de oro y en diadema ardiente,
Del sueño prodigioso el nudo estrecho
Que su alma ciñe y su memoria siente,
Largo discurso hace, á quien seguro
Consejo pide y luz en tanto oscuro.

«¿Qué sombras, dijo, en varias impresiones
De nuevo el santo cielo á mi alma envia?
Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones
La noche asombran, y le afean el dia?
Qué llamas, qué sombríos escuadrones,
Qué fiero leon, qué nueva montería
Mis ojos vieron? Deste peso grave
¿Quién á mi pecho hará un rigor suave?»

Dijo; y en varios pareceres puesto,
Del fatal sueño juzga el gran senado
Lo que al olvido puede dar mas presto,
Entre pena menor, menor cuidado;
Que la lisonja pudo, y puede en esto
Así á su gusto interpretar el hado,
Y el curso trastornarle por tal senda,
Que ántes el daño llegue que se entienda.

Mas el mago frances, que está presente,
Del ignorante delirar se admira,
Y cuán sin miedo el lisonjero diente
La verdad muerde y masca la mentira;
Y bien que escucha y calla, advierte y siente
El triste blanco adonde apunta y mira
En su presagio el cielo por entero,
De aquel sueño fatal el triste agüero.

Viendo que los demas, en él va puestos
Los cuidadosos ojos, del semblante
Con que oye los oráculos propuestos
Rastreando van del caso lo importante;
Así al César, por términos modestos,
El hado por venir pone delante,
Y la revolucion de un mundo ambigo
De las estrellas baja al pueblo amigo.

«Prospere el cielo, y como puede, haga
Mi miedo incierto y vana mi sospecha;
Y si es que á no herir tal vez amaga,
En esta deje la experiencia hecha:
Crezca el valor frances; mas si empalaga
Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha
Contra el rigor de inevitables daños,
Dorar lisonjas ni afeitar engaños?

»La ardiente llama de las negras clines
De la discordia que en tu gente ardia,
Dirá de tus soberbios paladines
Presto la furia y la paciencia mia:
El rojo leon que á mas sangrientos fines
Su dulce caza el hado incierto guia,
De dragones cercado y de culebras,
En ciegos valles y en profundas quiebras,

»Es el invicto Leon, reino de España,
De africanos dragones rodeado,
De cuyas garras y atrevida saña
No hay asta entera ni venablo armado
Sino es el tuyo: al tuyo no le daña;
Tú solo volverás; solo á tí el hado
La vuelta otorga en su infeliz desastre:
Los demas, ¡ay de mí!... Mas esto baste.»

Rieron unos, y otros, mas prudentes,
Del sabio ponderaron las razones,
Conforme el gusto y causas diferentes
Con que alargan ó enfrenan sus pasiones;
Hasta que Montesinos, de elocuentes
Palabras y de honradas pretensiones,
Viendo en los de Maganza el regocijo
Con que de Malgesí se burlan, dijo:

«Despues que del traidor Rangorio el brazo
De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,
Y el conde don Grimaldo en el regazo
De la universal madre cayó muerto;
Viuda la mia ya del dulce lazo
Que una traicion deshizo en San Lamberto,
A España huyó, llevando en compañía
A mi hermano y á mí, que aun no vivia.

»Allí se retiró de su violencia,
Y allí yo, en el rigor de una montaña,
A ver salí del cielo la presencia,
Y el primer aire respiré de España:
Allí el nombre me puso la inclemencia
Del peñascoso sitio y tierra extraña;
Allí es mi patria; aunque de Flándes vengo,
De España soy, por español me tengo.

»Es de Fuente Grimaldo la alta sierra
Fúnebre pira á los heróicos huesos
De mis difuntos padres, donde encierra
De un triste fin mil trágicos sucesos.
Cuando en mi sangre real la ingrata tierra
De Francia hizo tiránicos excesos,
Y la enemiga patria parricida
A su antiguo señor dejo sin vida,

»Los perseguidos huesos desterrados,
En sangrienta urna humilde recogidos,
Del español Alfonso acariciados,
En pompa ilustre fuéron recogidos
Con los demas tras ellos arrojados:
Ni ambos ya por nacer ni ambos nacidos;
Que en lo mejor de la española tierra
Mando en la paz nos dió y honra en la guerra.

»Mi hermano don Teobaldo de Guevara,
Del rey navarro y de su hermosa hija
Esposo y yerno, en posesion mas clara
El comenzado domicilio afija:
A mí del Casto la prudencia rara
Por su embajador hizo que me elija
Al César, donde en la ocasion presente
Por razon le granjee ó por pariente.

»Y así, á las importantes que he propuesto
Para que esta jornada se desista,
Lo mucho de ambicion y poco honesto
En que se funda examinada y vista,
Juntando á las demas que ha dicho y puesto
En sabia copia y en prudente lista
Malgesí, los agüeros y el aviso
Que en ellos dar el cielo al César quiso;

»Digo que en celo santo y noble pecho
Dejar se debe el bélico aparato,
O volver de las armas el pertrecho
Contra la gente infiel del pueblo ingrato;
Contra las mauras sierpes, que, á despecho
De la ley santa en infernal retrato,
El español distrito tienen puesto
En daño grave y riesgo manifiesto.

»Y que seguir el curso de las cosas
Es hacer la pasion que ahora las guia
Las enemigas armas poderosas,
Y dar rendida España á Berbería:
Y á las naciones al cristiano odiosas,
Con la nuestra aprobar su tiranía,
Y darse del sin ley pueblo precito
Cómplices en la culpa y el delito.

»El desnudar el alma de ambiciones,
Mostrar la saña y cólera medida,
Y en freno de oro gobernar pasiones,
Dando á las leyes con la suya vida,
Es propio de cesáreos corazones,
Del pecho real la senda mas sabida:
Esto es ser rey, reinar en sí primero,
O sea el reino un lugar ó el mundo entero.

»Mas pensar que el soberbio cetro de oro,
La ardiente mitra y la imperial corona
Tengan su majestad en el tesoro
Más que en el pecho heróico y real persona;
Que sea más rey quien del cristiano ó moro
Mas reinos gana y cetros amontona,
Es tiránico abuso, es desatino,
De la grandeza y majestad indino.

»Y así, al que en parecer contrario fuere
Y en lisonjero labio alzare vientos,
O con varios discursos pretendiere
Negar ó deshacer mis fundamentos,
A uno, á dos y á tres, y á los que hubiere
Desta opinion, yo solo en sus intentos,
Si á ver mi espada y á probarla llegan,
Confesar les haré lo que ahora niegan.»

Dijo; y un sordo murmurar confuso
Se derrama en el grave parlamento,
Que en diferentes opiniones puso
De la resolucion el alto intento:
A unos del bravo paladin compuso
El gallardo ademan y altivo aliento,
Y á otros el dulce razonar severo,
Y á otros del César el soñado agüero.

Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido
Del reto y desafío disfrazado,
Con que, en brio colérico encendido,
Tras sí quiso arrastrar todo el senado,
O por sus mismas causas desabrido,
O de su altivo honor disimulado,
En arrogante tono y voz severa
Al montañes habló desta manera:

«Son de los reyes los intentos altos
Ocultas sendas á la humilde plebe,
Por mas que el seso en temerarios saltos
La inteligencia busque que los mueve;
Y así, en grandeza pródigos ni faltos
La imprudencia inferior juzgarlos debe,
Ni darles tasa, regla, traza ó modo,
Sino adorarlo y admirarlo todo.

»Tú, si á pedir veniste desafío
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,
Por vengar de tu padre el cuerpo frio
Y la agraviada sangre de Sertorio,
Allá al campo aplazado guarda el brio,
Allá pon leyes y te haz notorio;
Mas si acaso del casto rey gallego
Al César traes razon ó humilde ruego,

»Propon el caso, ordena de otra suerte
En inferior estilo tu embajada;
Negocia humilde que su campo fuerte
Por bien de paz suspenda la jornada;
Que la sentencia y el rigor de muerte
Ya contra España y su arrogancia dada,
Se dilate algun tiempo ó trueque el modo,
Si no es posible revocarse todo.

»Mas querer por tu antojo dar medida
A los grandes motivos de la empresa,
Y á tus vanos discursos reducida
Sin mas razon la majestad francesa,
Es loca presuncion, lengua atrevida,
Frivola ostentacion que se atraviesa
Sin fundamento al paso, freno estrecho,
Más que de discrecion, de ambicion hecho.

»Yo ahora desta célebre jornada
Ni apruebo ni repruebo el grave intento;
Que si por una parte está infamada
De ambicioso y liviano fundamento,
Por otra basta darla acreditada
La gran presencia del cesáreo aliento;
Que no habrá guerra injusta si la abona
La grave autoridad de tal persona.

»Y así, de tu discurso al postrer punto,
En que á todos te opones temerario,
Viendo que del imperio el poder junto
Aprueba y sigue el parecer contrario;
Por todos digo que al soberbio asunto
Que á defender te ofreces voluntario,
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza
Al blason de tan bárbara alabanza.

»Y en razon dello, el campo y desafío
Por todos juntos desde ahora aceto;
Que, como general de Francia, es mio,
Y como á tal me toca y hiere el reto.»
Dijo; y del paladin flamenco el brio
Que en España nació, al gallardo efeto
De provocarle el Conde á la batalla,
Brioso pide luego el comenzalla.

Mas el galan y bravo Durandarte,
Contra el rostro feroz del Conde esquivo,
Narciso en cuerpo, y en braveza Marte,
Así se puso en medio, y dijo altivo:
«Cuanto mi primo ha dicho, en todo ó en parte,
O en propia empresa ó general motivo,
Es razon y verdad, y no la dice
Quien esta con pasion le contradice.

»Y porque la batalla que aplazada
Antes de ahora está con Oliveros,
Entrar le impide luego en la estacada
Y poner freno á esos livianos fieros,
Yo estoy aquí, y aquí mi libre espada,
Que con la razon mia y sus aceros
Haré al conde de Brava que confiese
La contraria opinion, aunque le pese.»

Dijo; y el bravo príncipe de Orange
Meridian, de Durandarte hermano,
Aunque ántes no le hablaba, al rico alfanje
Furioso pone la atrevida mano;
Y al del cuartel del rojo escudo afranje,
«Mio es, le dice, el campo; el campo en vano
Procura de otra espada y de otra via
Quien le tiene aplazado con la mia.

»El campo de mi hermano y de mi primo
Yo solo lo haré; yo solo basto
A la vana arrogancia que no estimo,
Ni mi brazo si el suyo no contrasto:
Bien sabe el Conde el imprudente arrimo
Que de Celindos dió el intento casto,
Por no decir tirana alevosía,
Que en la condesa de Irlos pretendia,

»Cuando con loca y bárbara arrogancia,
A sola su pasion y gusto atento,
Fiero juró, á pesar de toda Francia,
De hacer el intentado casamiento:
A esta incauta promesa, á esta jactancia,
Con mi espada he de dar el escarmiento:
Sobre este punto la batalla quiero
Por todos tres, pues la acepté primero.»

Dijo; y el bravo Orlando, ardiendo en ira
Cual marsilio leon que en medio un cerro,
Un venablo de aquí, y de allí una vira,
Un cazador de acá, y de acullá un perro,
Le ciñe, ladra, le amenaza y tira,
Y él pone á todos encrespado el cerro;
Así el Conde feroz con tres compite,
Y este y aquel y el otro campo admite.

«Salid todos, replica; á todos quiero,
Y sacad con vosotros todo el mundo;
Que todo junto, cuando sea de acero,
Lo deshará mi brazo furibundo:
¿Qué parais en segundo ni en primero?
Sed primero los tres, Francia el segundo,
Que á Francia y á los tres, y á todo el resto,
Para matarlo junto estoy dispuesto.»

Así dijo; y Celindos el infante,
A quien Meridian trató de aleve,
«Mio es el campo; ya en cuerpo bastante
De edad me ha puesto, dijo, el tiempo leve:
Con Meridian lo quiero, pues delante
De mí ya el conde Dirlos no se atreve,
Medroso que haga en él mi ardiente rabia
Lo que hacer no pudo la de Arabia.

»Con encogido miedo, temeroso
De la batalla que aplazó conmigo,
Por los desiertos anda receloso,
Sin osarse acercar al campo amigo;
Mas, pues ya se llegó el tiempo dichoso
Que por mí puedo responder, le digo
Que miente quien dijere, dijo y dice
Que yo las nuevas de su muerte hice.

»Y sin esta batalla, con su hermano
Entrar en la segunda quiero luego,
En razon que con término villano
En los amores de Belerma ciego,
Que habiéndome ella á mí dado la mano
Y de sí misma un maridal entrego,
Se alaba que la sirve y que es su amante,
Y que hubo...» Y no pasó mas adelante;

Que el gran Reinaldos con semblante horrendo
El brazo alzó por darle, si alcanzara,
Un libre bofeton; mas, no pudiendo
La mano, el guante le arrojó á la cara;
Y en bélico coraje y furia ardiendo,
Contra él y Durandarte se declara:
A entrambos pide campo, á entrambos dice
Si cada cual por sí no se desdice:

Celindos del infame y torpe enredo
Que contra el conde Dirlos ha inventado,
Y el galan Durandarte del denuedo
Con que se finge de Belerma amado;
Que de pura verdad ó puro miedo
Confiese por quimera su cuidado,
Y á ella mentar en público y secreto
Esposa de su hermano Ricardeto.

Salieron á la parte del Infante
Celindos, don Roldan y don Gaiferos,
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante
Entre las armas barajó los fieros:
Reinaldos dentro en su feroz semblante
Libre se opone á todos los aceros,
Y el bravo Durandarte, al mismo modo,
Por su amada Belerma al mundo todo.

Sin respetar la grave imperial silla
Ni la cesárea majestad en ella,
La pasion arde, crece la rencilla,
Y todo el furor ciego lo atropella:
Cae el honesto respeto, y se amancilla
La debida obediencia con perdella:
Los nobles héroes y el senado santo
Un ciego nudo son de horrible espanto.

Mil lucientes espadas en un punto
Rayos al aire dan y al sol vislumbres,
Cuyos golpes en triste contrapunto
El oro hacen temblar de las techumbres:
Suena en confuso estruendo todo junto,
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,
Sin que el brazo del Rey, que está delante,
Para enfrenar su furia sea bastante:

Reinaldos al valiente Durandarte,
Que á Celindos tiró un revés lijero,
Del rico manto una bordada parte
Al suelo le arrojó de un golpe fiero:
Dobló el frances el cuerpo, y por la parte
Que halló camino el peligroso acero,
Así al hijo de Amon se entró derecho,
Que los dos tercios le escondió en el pecho.

Hizo á soslayo la mortal herida
Golpe sin riesgo, que, á encarnar la espada,
Costara al noble paladin la vida
La injusta brega sin sazon trabada:
Cuando Orlando á sus piés dejó sin vida
Al jóven Meridian de una estocada,
Y el celoso ofendido Durandarte
A Celindos pasó de parte á parte.

Hirió el traidor Anselmo á don Gaiferos,
Dudon al generoso Baldovinos,
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,
Naimo en el hombro izquierdo á Montesinos:
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,
Ni en mas furor mas ciegos desatinos
En su corte vió el César, ni en su gente
Discordia igual ni fuego mas ardiente.

Galalon, que del centro de su gusto
La marañada confusion miraba,
Al lado puesto del monarca augusto,
Calor á la confusa brega daba:
«Pon, dice, oh gran señor, pecho robusto
En prender al traidor señor de Brava,
Y á Reinaldos, que abrió del desacato
La aleve puerta en el primer rebato.»

El grave cetro de la mano arroja
El César, ya de lágrimas cubierto,
Viendo á Roldan, y con mortal congoja
Al príncipe de Orange á sus piés muerto,
Tinta su ardiente espada en sangre roja,
Cabe él Celindos el costado abierto,
Revuelto el campo, y sin hallar camino
Con que atajar su extraño desatino.

Quiso prender el César de su mano
Al hijo de Milon y á Montesinos:
Fué acometer un nuevo error en vano,
Y alterar no pensados desatinos;
Que á defender su senador romano
Salieron los ejércitos latinos,
Que allí á su cuenta vienen y á su mando;
Que es de la Iglesia capitan Orlando.

El soberbio Reinaldos, de otra parte,
A Montesinos defender pretende;
Mas contra todo el campo Durandarte
A su venganza el grave fuego enciende:
Hiere, desmiembra, rompe, quiebra y parte,
Nadie, si no es huyendo, se defiende;
Que en la venganza de su muerto hermano
Cualquier exceso juzga por liviano.

Crece la gente en bandos repartida,
Arde el furor, y el campo sin caudillo,
Sin pendon, sin bandera conocida,
Unos á otros se meten á cuchillo;
Y ya al vulgo la saña reducida,
No hay podello aplacar ni reducillo;
Que sin saber por qué, de mil maneras,
Sin caudillo pelean ni banderas.

Ya la primer discordia apaciguada,
De nuevo otra, sin ver por qué, se enciende;
Aquí la gente corre amontonada,
Acullá en tropas el furor se extiende:
Todo en confusa guerra marañada,
Nadie aun su misma pretension entiende:
Los que dieron principio al civil Marte,
Ya para apaciguarlo no son parte.

El traidor Galalon, que en pompa ufana
Ya el general baston del Rey tenia,
Que para apaciguar la furia insana
Del popular motin dado le habia,
Con la dignidad nueva soberana
Vengar propias pasiones pretendia;
Que quien de la virtud no sigue el bando
Para solo hacer mal pretende el mando.

Así el fingido conde de Pontiero
No el alterado ejército apacigua,
Ni el fuego que el furor vuela altanero
De paz con blandos medios amortigua;
Mas para ocasionar su ánimo fiero
A cruel venganza en su pasion antigua,
La injuria le refresca mas liviana
Que á la real sangre debe de Mongrana.

Y ciego en sus confusos desatinos,
Cercado de diez condes de Maganza,
Para prender al noble Montesinos
Por el revuelto ejército se lanza;
Cuando el hijo de Amon, que en Baldovinos
Iba a tomar de su traicion venganza,
Sin pensar le encontró, y de un altibajo
Al yelmo de oro echó el plumero abajo.

«Bien sabes, dice, oh magances valiente,
Mejor que ahora el corte de mi espada,
Cuando por tu mordaz lengua á tu frente
La divisa le dejó estampada:
Con ella vengué á Orlando mi pariente,
Y a su madre dejé desagraviada,
A quien tú, con embustes peregrinos,
Madre quisiste hacer de Baldovinos.

»Él no vengó, por no poder, su afrenta,
Yo sí, que estoy á estas venganzas hecho
Desde que en juventud, de honor sedienta,
A tu hermano pasé el aleve pecho,
Porque con lengua quiso alharaquienta
De mi madre infamar el casto lecho,
Y haciéndose mi padre á su albedrío,
Desheredarme del valor del mio.

»Mas no quedó la injuria sin castigo;
Que su lengua en la punta de mi lanza
A todo el mundo universal testigo
De su delito fué y de mi venganza:
Degollé á Bertolaje, que conmigo
A probar se atrevió el brio de Maganza,
Y á Naimo y á sus hijos en persona
Vivos los abrasé, y quité á Bayona.

»Tú, maquinante esfera de traiciones,
No sabes mas que en hábito encubierto
Mi estampa dibujar por los cantones,
Cuando la fama finge que soy muerto:
Yo, traidor, no me valgo de ficciones;
Que en tu vil rostro pinto al descubierto
Retratos de quien eres, como ahora
Si aguardas; que es mi espada gran pintora.»

Dijo; y á fenecer lo comenzado
Con paso arremetió y brazo furioso;
Mas el cobarde Conde, amedrentado,
Atras revolvió el suyo presuroso:
En tanto el escuadron alborotado,
Sin órden en su brega ni reposo,
En diferentes bandos repartido,
Con triste suena y bárbaro gemido.

De la horrible discordia el fiero estrago,
Miéntras mas va, con mas rigor crecia,
Hecho de roja sangre el campo un lago,
Que un mar, si hay mar de sangre, parecia;
Cuando de un negro cielo el turbio amago
En densa nube ató el medroso dia,
Derramando de rayos, agua y truenos,
Nuevo diluvio sus preñados senos.

Del turbio cielo la áspera cortina
Ponerles pudo en el herir sosiego;
Su tormenta dió paz á su mohina;
Su agua apagó de la discordia el fuego;
Que á huir del celestial rigor camina
El que se halla en cólera mas ciego:
El sabio Malgesí, con este medio,
Adonde no le habia dió remedio.

Quedó así el frances pueblo destrozado,
Y tan sin gusto el César desabrido,
Por ver del agorero sueño el hado
Tan presto en todo su rigor cumplido,
Muertos de los mejores de su estado
Dos príncipes, y el campo consumido,
Que las fiestas dejó, y por estatuto
El alegre aparato trocó en luto.

Y á concertar los graves desconciertos
Del presente desman ocasionados,
Hacer el sentimiento por los muertos
Debido á su grandeza y sus estados,
Y apagar los rencores descubiertos,
La corriente volvió de sus cuidados,
Y á su lugar la alegre paz perdida,
Sin quien ni el rey ni el reino tienen vida.

Y esto, en prudente traza y fiel recato,
A conveniente ejecucion venido,
Y en su afable amistad y primer trato
El ántes ciego campo reducido,
Y en la sangrienta quiebra del rebato
De nueva gente el escuadron tejido;
Sin sombra del pasado enojo y saña,
Marchar el real clarin convida á España.

No se le concedió contra Oliveros
El campo á Montesinos que pedia,
Por no volver la guerra á los primeros
Riesgos y al fuego en que primero ardia:
La pasion sola de los dos guerreros
En la general paz no entró aquel dia;
Sola esta causa en el silencio mudo
Del conforme placer caber no pudo.

Que de Grimaldo el valeroso hijo,
Cuya sangre hervir su pecho siente,
Vuelto contra el traidor Rangorio, dijo
(El César y su ejército presente):
«No hay término de tiempo tan prolijo,
Que los dias no le abrevien la corriente,
Ni venganza de un ánimo cobarde
Que no sepa llegar, por mas que tarde.

»Yo me parto, Oliveros, á esperarte
A España, adonde vas, y adonde quiero
No seguir de las dos ninguna parte,
Hasta ponerte ante mis piés primero;
Y despues que rescate, con matarte,
Mi vida del dolor en que ahora muero,
Mi libre espada seguirá el partido
De quien mejor la hubiere merecido.»

Dijo; y dando la vuelta en brio gallardo,
Suspenso dejó el campo belicoso,
Y en grave contoneo y paso tardo
Volvió á Navarra el pecho victorioso,
Donde el reto cumplió con el resguardo
A su pacto debido generoso,
No siguiendo en la una ni otra parte
De Francia ni de España el estandarte:

Hasta que en la batalla de la Sierra,
Donde Leon humilló de Francia el brio,
A su aleve contrario en dura guerra
La palabra cumplió y el desafio;
Y dejando el difunto cuerpo en tierra,
El rojo rastro de un sangriento rio
Siguió del caro primo Durandarte,
De una montaña por la inculta parte;

Donde al querido cuerpo desangrado,
Por su mano arrancó, del pecho abierto,
El tierno corazon enamorado,
Antes de vida que de amor desierto,
Que á su amada Belerma el primo amado
Restituir mandó despues de muerto,
Y él, tras el riguroso sacrificio,
De legado leal hizo el oficio.

En tanto el campo, tremolando al viento
Los victoriosos estandartes, llega
Del Pirineo al abrasado asiento,
Y al seno hermoso de una fértil vega,
Donde la nueva fama, ciento á ciento,
Las libres lenguas con fervor despliega,
Sembrando en cuanto España tiene vida
Del enojado campo la venida.

Crece su honor, y en lisonjero labio
Sus antiguas victorias engrandece;
Que piensa que es hacer al rico agravio,
Si el viento con sus cosas no ensordece;
Mas el augusto Rey en pecho sabio
Todo lo mira, y todo le parece
De riesgos lleno, y por si alguno hubiere,
Hacer reseña de sus campos quiere.

Mas mientras el pomposo alarde pasa,
Y el campo crece en aparato y gente,
Y de Gascuña á la campaña rasa
Marchando llega y sus frescuras siente;
A los que en Libia el Cancro ardiente abrasa,
Y el fiero brazo de un jayan valiente,
La portentosa novedad me obliga
Que solo el vuelo de su espada siga.

Despues de las tragedias de Granada,
Que contará en otra sazon mi pluma,
Ferraguto á la Libia fué abrasada,
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;
Cuando Biserta vió de gente armada
En su seco arenal crecer la suma,
Y al ronco son de la española guerra,
Al crespo mar bajar la ardiente tierra.

Suleman, que, por muerte de Agramante,
Del grave imperio el cetro real tenia,
Y en deseos de vengar su alma arrogante
Contra el pueblo frances de nuevo ardia,
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante,
Y de la alta Etiopía á Berberia,
Al pié de su estandarte, en ira y celo,
Lo mejor convocó del libio suelo.

Surgió el gallardo hijo de Lanfusa
Junto a Biserta al desbravar de un rio,
Donde entre un fresco mirto vió reclusa
La perseguida Angélica sin brio:
Triste, acosada, del rigor confusa
Con que de un cruel planeta el desvarío
De un mal en otro mal la arroja y sigue,
Y en mar y en tierra la halla y la persigue.

Y aunque de pena y miedo demudada,
El lugar nuevo y la pasada ausencia
Pudieran en el moro dar trocada
La dama en no pequeña diferencia;
Apénas vió de la beldad amada
El bulto alegre y la imperial presencia,
Cuando en su alma aclaró la luz del fuego
Que en Francia se encendió y le dejó ciego.

Y cual presto neblí, al veloz señuelo
Con que la blanca garza le acodicia,
Los aciones dejó, y se arrojó al suelo
En cortesano término y caricia;
Quiso medrosa huir de su recelo,
Y el ya trocado moro la acaricia,
Dándose á conocer con larga historia,
Si en una ingrata puede haber memoria.

Contóle tanto, al fin, que en brio lozano
Aire le dió de sus pasados gustos,
Y el tiempo alegre que por Francia en vano
Brazos le celebraron tan robustos;
Vió pasada la flor de aquel verano,
Acabados sus gustos y disgustos,
Y otros que dieron ya con sus proezas
Asombro al mundo y fama á sus bellezas:

Muerto el leal Sacripante, el rey Gradaso,
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,
Y del hijo de Amon el fuego escaso,
En quien principio dió su amor primero,
Y el que en el rojo oriente y pardo ocaso
Su amparo fué y galan mas verdadero,
El príncipe de Anglante ya en su acuerdo,
De loco vuelto, como de ántes, cuerdo.

Todo esto á la mudable fantasía
La vista dió del conocido moro,
Y á la dulce memoria el primer dia
Que amor le abrió á las glorias de Medoro;
Cuando en su regalada compañía
Volvió al oriente sus matices de oro:
Causóle soledad, y al largo tiro
De su discurso remató un suspiro.

Y vuelta al moro: «Salvo, dice, sea
Mi honor contigo, oh capitan valiente,
Como en heróico amante, en quien se vea
Que en tu leal pecho amor no fué accidente:
Una honra te encomiendo que desea
La hagas propia, y á mi patria y gente,
Deste país y la aspereza suya,
Cual promete tu fe, me restituya.»

Dijo; y al moro, con su alegre vista,
Del renovado amor la antigua llama
Olvidar le hizo á España y su conquista,
Al rey Marsilio, y de su honor la fama;
Y sin que en darse dude ni resista,
Todo se entrega á la extranjera dama,
Libre persona y salva compañía,
Hasta los reinos donde nace el dia.

Y sin pasar de allí, embarcarse luego
Quiere con la que reina en el Oriente;
Que es amante novel, y el dulce fuego
Ni mas discurso ni razon consiente:
Es inviolable ley de amor un ruego;
El dejar la ocasion lance imprudente,
Y el dilatar en vano su deseo,
Perder el gusto y no gozar su empleo.

En esta nueva traza ó loco antojo
El ciego amante con su dama estaba,
Cuando de un cruel dragon con el despojo,
Sobre el diestro hombro la acerada clava,
Hecho un áspid de Libia pardo y rojo,
Morgante al rio de un peñol bajaba,
Deslumbrando en su luz la vista al moro
Con las escamas y las grevas de oro.

En igual ademan al sabio hermano
De Europa bella, en hórrida serpiente
Al medio convertir el fértil llano
De Acaya vió la escama reluciente;
Y el jayan fiero, en su victoria ufano,
Pasar quiere tambien la siesta ardiente
A la sombra del álamo y al frio
Que el aire sube del profundo rio.

Llegó, y aunque de paz venía, al punto
Que los risueños ojos de la dama
En los suyos tocaron, y un trasunto
De beldad vió en los rayos de su llama,
Lleno de amor y celos todo junto,
En su bárbaro pecho gime y brama;
Que, ahora por propiedad ó por antojos,
Nadie libre quedó si vió sus ojos.

Y vuelto al moro, «esta doncella, dijo,
Quiero yo para mí, y aquesto baste;»
Mas de Lanfusa el arrogante hijo,
Ya enfadado que el bárbaro contraste
Lo sea de su nuevo regocijo,
Y en guerra quiera y disension se gaste,
Del feo dragon en la luciente cresta
La espada á su demanda dió respuesta.

Sintió Morgante el golpe y el estorbo
De conseguir su gusto, y con la clava
Del reforzado alfanje el filo corvo
Resiste y templa con violencia brava:
«Si yo, le dice, tu contento estorbo,
La culpa sea de amor, que mi alma agrava;
Que para mí no hay Dios ni ley ni justo,
Ni mas regla en el mundo que mi gusto.»

Y con otra igual furia que su antojo,
Un golpe y otro y otro dobla y carga;
La ira crece y furor, crece el enojo,
Y al breve gusto la batalla larga:
De la encantada sierpe el fiel despojo
Ceñido hace el jayan segura adarga,
Y al moro antiguo en brega tan confusa
Los reforzados cercos de Lanfusa.

La perseguida Angélica, que el fuego
De la ardiente discordia vió encendido,
Y que entre un riesgo y otro su sosiego
De temor y esperanza está metido,
Sin aguardar el fin confuso y ciego
Que le dé la fortuna del vencido,
Por árboles y matas encubierta,
Escondida se fué, y se entró en Biserta.

Las dos sierpes, que en saña y en figura
De la revuelta lucha y devaneo,
En nudo estrecho y en lazada oscura
Horrible hacen y nuevo caduceo;
Uno el alfanje mueve sin cordura,
Otro la clava en bárbaro rodeo,
Y ciegos de pasion, los varios modos
Que saben de matar, los prueban todos.

El moro, ardiendo en belicosa saña,
Su gloria mira sin pensar perdida,
Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,
Que aun no le ha dado la primer herida;
Y el fiero corzo que á buscalle á España
De Cirno hizo la infeliz salida,
A conocerle allí, ninguna suerte
De encanto le excusara de la muerte;

Que á un fiero golpe de acerada maza,
Que al yelmo ardiente y al escudo fino
De lleno le acertó, á la verde plaza
Cual duro roble destroncado vino:
Cayó, y no se detiene ni embaraza
En ver si es vivo ó muerto el sarracino,
Que, cual leon libio, entre una y otra palma
En busca va de quien le lleva el alma.

Y á vista de los muros de Biserta,
Tras las señas del rastro de su dama,
Furioso descubriendo iba la puerta
Que, en lengua suya, de la Mar se llama;
Cuando de luto y de beldad cubierta,
Entre una divisó y entre otra rama,
En son de presa, una mujer gallarda,
Con diez armados hombres en su guarda.

Sobre un morcillo palafren asoma
De tela de oro negra encubertado,
Y en otro igual una enlutada poma,
Funesta urna infeliz de oro nielado;
Y al verde pié de la pequeña loma,
Con diez riñendo un caballero armado,
Que, en el arnes y en el escudo antigo,
Halló las señas del perdido amigo.

Era el persiano rey, que en seguimiento
De la misma hermosura que él, venía;
Y la que en luto llora su contento,
Su muerta libertad y su alegría,
La bella Arlaja, que el rigor del viento
Y su desgracia allí la arrojó un dia,
Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta
Iba forzada y de dolor cubierta.

Admiró el nuevo luto al rey persiano,
Y por librar á la afligida Infanta,
Con su atrevida espada en medio el llano,
Unos rinde feroz y otros espanta:
A este, al otro y aquel hiere lozano,
Y á todos en braveza se adelanta,
Cuando en su ayuda entró el jayan valiente,
Cual por seco rastrojo rayo ardiente.

Salen en tropa á defender su intento
Los que de afuera en guarda de la dama
Antes eran, notando el firme aliento
Del Rey, fieles notarios de su fama:
Baja en rocío cruel humor sangriento,
Del verde prado á la sedienta grama,
Pagando en muerte el de mayor ventaja
El tierno llanto y suspirar de Arlaja.

Y ella, ya libre del poder tirano,
En la ancha boca de una cueva oscura,
De un fresco mirto entre el verdor lozano
Escondida dejó su hermosura;
Con la urna de oro en la pesada mano,
Que por mayor martirio y mas segura
Consigo la llevó; donde enterrada
Quedó, del miedo y pena desmayada.

En tanto los gallardos dos guerreros
Ningun honrado dejan con la vida;
Que solo el diestro huir sus golpes fieros
Tiene, y no otra defensa, su herida;
Cuando uno que quedó de los postreros,
La honra en cobarde miedo convertida,
Determinó salvar con piés livianos
La vida, que no puede con las manos.

Mas el feroz jayan, que le es camino
Seguir al que le huye á poco trecho,
A un golpe que á traicion le dió, convino
Quedar una espantosa pasta hecho;
Y el rey persiano por el bosque á tino
En busca entró del afligido pecho
De Arlaja, que anegada en tierno llanto,
En lo espeso la halló del mirto santo.

Volvió en su acuerdo la turbada mora,
Y en lagrimosos ojos y voz nueva,
«¡Ay Dios! dijo, ¿mi bien no estaba ahora
Conmigo junto en esta oscura cueva?
Mas ¡ay cruel hado! ¡Suerte burladora!
¡Agüero triste que á morir me lleva!
Ya veo que aquí ó en otra gruta oscura
Nuestro tálamo hará una sepultura.

»Sola una alma nos dió, sola una vida,
Llena de amargo azar la infeliz suerte;
Si está en dos tristes cuerpos repartida,
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:
¡Oh rey valiente! Sangre esclarecida
Del divino Agrican y Ciro el Fuerte,
Así en años y siglos no veloces
El alto fin de tus intentos goces,

»Que por postrer favor y último ruego
Aquí me otorgue ese tu brazo altivo
Que las frias cenizas de aquel fuego,
Que á mi alma dieron luz miéntras fué vivo,
Y á esta urna triste puso un rigor ciego
Por sola culpa de mi hado esquivo,
En un sepulcro gocen de un reposo,
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso.»

Dijo; y en la ansia y la color difunta,
Una y otra y mil veces se desmaya:
El generoso rey, que ya barrunta
El triste golpe que á morir la ensaya,
Entre un consuelo y otro le pregunta
De su amante el suceso, y quién les haya
Perturbado su bien: la bella Arlaja
Así en voz respondió turbada y baja:

«Luego que entre la furia de los vientos
Tu ausencia nos dejó y el gran Bernardo,
Y por los dos confusos elementos
Haciendo fuimos al morir resguardo,
En diez dias, entre montes turbulentos,
De un fiero cierzo el huracan bastardo
Nos arrojó en la playa de Biserta,
En triste estrella y punto descubierta.

»En lugar de Agramante, que en batalla
Murió á los piés del senador romano,
Reina Sulman, que de mi padre Abdalla
Sobrino es, hijo de Sulman, su hermano:
De mi tragedia aquí, para cortalla,
La triste hebra guió el hado inhumano,
Y la fortuna teatro doloroso
De su muerte trazó á mi caro esposo.

»De los peñascos que en la costa brava
Al mar rompen los ásperos espejos,
Nuestro bajel, que en ellos se anegaba,
Flores juzgó los gajos mal parejos,
Y el torpe vulgo, que en la playa andaba
Al robo atento, viéndonos de léjos,
Al despojo corrió en furor de guerra:
Bárbara usanza desta ingrata tierra.

»Fué la asaltada nao en mil excesos
Saqueada de los fieros nasamones,
Y el rey mi esposo y yo traidos presos,
O por despojo ó por preciosos dones:
Sulman, que de los trágicos sucesos
Tenia ya de Valencia relaciones,
Y la muerte que al príncipe mi hermano
Más le dió mi desdicha que otra mano;

»Viéndome en su poder, la culpa mia
¡Ay cielos! en mi malogrado esposo
Vengar quiso el cruel, porque hacia
En dos el fiero golpe mas vistoso:
Quemarle vivo en el siguiente dia
Mandó, y en un retrete tenebroso
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,
Que el dolor le mató ó mi triste ausencia.

»Y el frio cuerpo, en la hoguera roja
Ya en cenizas estériles trocado,
A esta urna triste y mi mortal congoja,
Por tormento mayor, fué encomendado;
Y hoy en funestos hábitos me arroja
Su feliz reino al mio desdichado,
Porque el padre ofendido haga en mi vida
A su antojo venganza mas cumplida.

»A esto, señor, esos soldados fieros
Que tu espada venció, venian conmigo,
Y estos son de mis ansias los postreros
Lances que debo al tiempo, mi enemigo.»
Así en roto gemir, males enteros
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,
Cuando un asombro y maravilla nueva,
Temblando el mirto, se mostró en la cueva.

En la una mano una desnuda espada,
En la otra un claro y relumbrante escudo,
Pálido el rostro, la color turbada,
Gundemaro salió de armas desnudo;
Y viendo al persa con su Arlaja amada,
Suspendió el paso, embelesado y mudo
De hallarla en tal lugar, y el luto triste
Que el cuerpo, al parecer, y el alma viste.

La mora, que le vió, del lago Averno
A llamarla creyó que se volvia,
Y con intrépida alma y amor tierno,
«Ya voy, mi bien, ya voy tras tí, decia:
Solo el no verte tengo por infierno;
Que este cielo será en tu compañia,
Y el muerto corazon en solo verte
Vida tendrá en los reinos de la muerte.»

Dijo; y con brio y ánimo arrojado,
Que el vivo fuego del amor la lleva,
Al brazo alegre de su esposo amado
Ciega se arroja en la profunda cueva:
Quedó el persa del caso embelesado,
El español, con la experiencia nueva
De hallarse en brazos de su dulce amiga,
Ni sabe qué se entienda ni qué diga.

Mas cuando, vueltos del primer espanto,
En estado se ven tan diferente,
Y en la tragedia de su amargo llanto
La accion trocada en el placer presente,
Y que su error ha hecho el cielo santo
Bienes, hijos de un mal solo aparente;
Con nuevo amor y alegres sentimientos
El parabien se dan de sus contentos.

Y el rey persiano con la hermosa Arlaja,
Despues de haber á su leonés contado
Del grave riesgo la mortal baraja
En que el engaño puso su cuidado;
Cómo ahora la fortuna en tal ventaja
Sus favorables brazos ha trocado,
Alegre les pregunta, y de qué suerte
Orígen tuvo su fingida muerte;

Cuando del real alcázar, cuyos muros
Aun daban sombra al bosque comarcano,
Arma oyeron tocar, y con oscuros
Acentos engrosarse el aire vano:
No tienen ya los mirtos por seguros,
Ni el detenerse allí juzgan por sano:
El gallardo Guzman, al caso incierto,
Del fino arnes se armó de un hombre muerto.

Y amparándose mas con la espesura,
De la ciudad se apartan sin provecho,
Miéntras la sombra de la noche oscura
Al mundo entolda su estrellado techo,
Buscando para el mar senda segura;
Mas la lóbrega selva y bosque espeso
Los briosos caballos les enfrena,
Y el cielo esconde y de la mar la arena.

Ya el carro de oro señalaba al cielo
El medio curso de la noche muda,
Y en su quietud mayor el muerto suelo
Al dulce sueño con silencio ayuda;
Cuando entre riscos, breñas y recelo,
De una alta loma la cuchilla aguda
La mar les descubrió, y el ancho puerto,
De sorda grita y confusion cubierto.

Vieron por él en tristes luminarias
La pingüe brea arder de los navíos,
Subiendo al cielo, entre cometas varias
De su humo, en vellon bultos sombríos:
Por la playa correr gentes contrarias,
Tejidas en confusos desvaríos,
Unos por huir del fuego á la agua fria,
Y otros por apagar el que ya ardia.

Los dos guerreros con la hermosa dama,
Validos del favor del aire oscuro,
A un capitan que con su gente y fama
Hacer parece al mar campo seguro,
Del claro incendio y la grasienta llama,
Que alegre hierve en el breado muro,
Quién la sembró, preguntan; y el pagano
Así en estilo respondió villano:

«¿Vosotros por ventura sois nacidos
De las incultas rocas desta sierra,
Que solos ignorais los nunca oidos
Destrozos desta extraña y nueva guerra?
¿O sois, á dicha, en compañía venidos
Del que, en la mar ardiendo y en la tierra,
A sus victorias y obras temerarias
Tan crueles deja y tristes luminarias?

»Daos á prision: sepamos á qué parte
Del mundo vais, quién sois, de qué naciones,
Y si en quitar acaso fuisteis parte
Hoy una infanta á treinta nasamones.»
Dijo; y cuando el leonés, que, hecho un Marte,
Como español escucha sus razones,
Como español tambien en la respuesta,
Más que la lengua fué la espada presta;

La mano que le fué á tomar la rienda
Para della prendelle, le echó al suelo,
Y en fiero asalto y lóbrega contienda,
A unos heridas da y á otros recelo:
La ciega noche una batalla horrenda
Del nuevo hizo y mal fundado celo,
Y el daño hecho en la cobarde gente,
De mayores recelos el presente.

Los dos, por no perder la bella Arlaja,
En defenderla y defenderse atentos,
A unas rocas que el mar de espuma cuaja
Cuando le alteran con soplar los vientos,
A espacio se retiran con ventaja;
Y del áspero risco en los asientos,
Por donde el mar sus ásperas alcobas
De marisco le viste y verdes ovas,

Un barco vieron suelto, y que la gente
Que en él ha de ir se embarca con recato,
Al tiempo que la aurora en el oriente
Labraba en oro el dia su retrato:
Zarpaban ya del ancra el corvo diente
Por hacerse á la mar, cuando el rebato
Sobre ellos arrojó á los dos guerreros,
Ménos seguidos ya y con ménos fieros.

Gundemaro, que halló el batel á punto,
Por medio el crespo mar metió el caballo,
Hasta llegar de su baupres tan junto,
Que á su satisfaccion pudo abordallo;
Cuando en la popa vió el bello trasunto
De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo,
Quitado el yelmo, y dellos conocido,
El dudoso placer salió cumplido.

Supo allí el Rey que Angélica la bella
Huyendo va en lijera fusta á España,
De un jayan espantoso que por ella
Mortandad en Biserta ha hecho extraña;
Donde al persa feroz, para ir á vella,
Con esperanza nueva amor le engaña,
Y ya en un barco todos y un intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.

Preguntó el Rey al noble Floridano
De la huida de Angélica el motivo,
Quién el bulto persigue soberano,
O por qué culpas se le muestra esquivo.
«No es, dijo el español, pecho inhumano,
Arma arrogante ó gusto vengativo;
Quien la sigue es amor; la dulce guerra
Que hacen sus ojos la echan de la tierra.

»¿Quién la sangrienta trápala y rüido
Que ayer por su ocasion se vió en Biserta
Sabrá cuál fué contar, ó cuál ha sido
Del grave daño la ocasion mas cierta?
Despues que, presa en el jardin florido
De Alcina, fué en su ínsula encubierta
La Angélica beldad, y ante tus ojos
De un corsario feliz ricos despojos;

»Y despues que en la mar la noche oscura
Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,
Y al perderse la luz de su hermosura,
La bonanza perdimos y el camino,
Llevados de una en otra desventura,
No vimos mas su bulto peregrino,
Hasta que ayer, tras su fortuna incierta,
Huyendo de un gigante, entró en Biserta;

»Y de allí, en un bajel que en aquel punto
A la vela salia, voló á España,
Cuando el jayan llegó, que era un trasunto
Del ciego infierno en la braveza y saña.
Como toro feroz á un pueblo junto
En barreado coso ó en campaña
Solo arremete, y solo hace calle,
Puebla barreras y despuebla el valle;

»Así él, siguiendo de la bella dama
El fresco rastro, entró en el pueblo moro,
De una serpiente armado, cuya escama
De una en otra se engaza en nudos de oro:
El turbio Egeo, cuando en torno brama
De Aulide al risco con hervir sonoro,
Ni en braveza se muestra tal ni tanta,
Ni mas á quien su furia mira espanta.

»De horrible vista, de cabello yerto,
De secos labios, de sangrientos ojos,
De negro polvo y de sudor cubierto,
En ronco aliento respirando enojos,
Cansado el cuerpo del camino incierto,
Mas no el alma feroz de sus antojos;
Que al fin sabroso donde ufano mira,
Con mil rayos de honor y amor respira;

»Y como no halla á quien siguiendo viene,
Bramando pide á voces la doncella,
Quién, cuándo, cómo, adónde está y la tiene
En guarda oculta, ó sabe nuevas della:
Ni aquí ni allí se pára ni detiene;
Que rabioso por vella y por no vella,
La ardiente clava con furor violento
Uno y otro abaraja, treinta y ciento.

»En la plaza, á la tropa de la gente
Que quiso por su mal tomarle el paso,
Vuelto en el talle y el furor serpiente,
Destrozo hizo horrible y cruel fracaso:
Armas, huesos y carne, pecho y frente
Aplasta, muele, amasa, y no da paso
Que alguna vida mísera no cueste,
Matando al uno, al otro, á aquel y á este.

»A Cardel, de la reina Zaida hermano,
En el herir y en el tañer maestro,
Con un golpe mató, y de otro á Ulïano,
En jugar y en hacer caballos diestro;
Y entre un confuso vulgo el brazo insano,
A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,
Espantosas heridas da y revuelve,
Y mil, por una que recibe, vuelve.

»Cual de Hircania en las ásperas montañas,
Tigre de pecho y lomo remendado,
De dulce sangre hambriento, entre espadañas
La vista asombra del vecino prado;
Huye en tropel confuso á las cabañas
El fiel pastor y el tímido ganado,
Y él, harto de matar, ardiendo en celo,
De sus sangrientas garras lame el pelo;

»Así el jayan la tímida manada
De humildes moros por delante lleva,
La plaza y la ciudad alborotada,
En quien los golpes de su clava ceba:
Acomete la real puerta dorada
Del alcázar, adonde en furia nueva
Haciendo entra en sus guardas y porteros
Espantoso destrozo y golpes fieros.

»Tocan arma en las torres, y el rebato
Suena por la ciudad con ronco estruendo:
Corre la gente en tropa, y con recato
Unos aquí y allí, todos huyendo:
En vista y hechos un cruel retrato
De la furia mayor, dando y sufriendo
Mortales golpes, la mejor adarga
Hace á los suyos el que mas se alarga.

»No en barreado coso toro altivo
Que nunca al corvo yugo ató la frente,
Con más furor se arroja al curso vivo
Con que dél huye la plebeya gente;
Ni del confuso vulgo fugitivo,
De más tiros ni en priesa más ardiente
Le acosan y le pican, que en mil modos
Desde afuera al jayan combaten todos.

»Cien espadas le hieren, y otros tantos
Tiros repara en el valiente escudo;
Y él, sin dar paso atras, rompe por cuantos
Barreras le hacen con su acero agudo:
Lleno el alcázar real de muerte y llantos,
Y el fiero monstruo de piedad desnudo,
Cruel, cuando le falta gente, enclava
Por cimbrias de oro la espantosa clava.

»Del duro mármol las columnas bellas,
Con sus grabados techos de oro abiertos,
Que en ricos cuadros gozan por estrellas
Retratos vivos de sus reyes muertos,
Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas
Caen, de su antigua majestad cubiertos,
Blasones que del tiempo en la cruel llama
Ya fuéron salamandras de la fama.

»Con las torres enteras caen los muros
A sus soberbios piés, y en rabias ciego
Por no hallar á quien busca, en los oscuros
Desvanes siembra del alcázar fuego:
Arde el cedro oloroso, arden los duros
Cuadros de alerce, y al furioso entrego
De la llama, molduras y artesones
Caen en blanca ceniza hechos carbones.

»Creció el viento, y el fuego á las estrellas
En resonantes globos se encarama,
Escupiendo, al subir, vivas centellas,
Que de nuevo al caer crece la llama:
Arden las altas bóvedas, y dellas,
El aire, el fuego á la ciudad derrama,
Abrasando sus rojos torbellinos
Del alcázar real los mas vecinos.

»Entre esta horrible confusion, huyendo
El cruel aspecto del feroz gigante,
El dia fué su luz desvaneciendo,
Dando la del incendio por bastante;
Y él, al mismo teson que entró, saliendo
De la ciudad, al mar llegó triunfante,
Donde fuego tambien sembró en la flota,
Y tomó para España la derrota.

»Puédese presumir que tuvo nueva
De Angélica, y que va en su seguimiento,
O que algun superior furor le lleva
Tras un desesperado fin violento.»
Así el noble español el gusto ceba
De los que en atencion gozan su cuento,
Aunque al Rey el recelo y la sospecha
Mas las cadenas de su amor estrecha.

Y prosiguiendo el noble Floridano,
A Gundemaro pide alegre cuenta
De su prision, y cuándo del tirano
Libre salió con su aficion contenta;
Cómo y por qué le hicieron muerto en vano:
A quien él, viendo que su Arlaja atenta,
Y el Rey lo mismo pide en regocijo,
Así, satisfaciendo á todos, dijo.

ALEGORÍA.

El sueño espantoso de Carlo-Magno significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo frances se muestran los grandes inconvenientes que trae consigo el haber en una república bandos y parcialidades, y cómo este es el mas eficaz desmar para su destruicion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que, estando para gozar de Angélica y seguirla haciéndole compañía hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del rio, que es la vida humana; Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvía de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfrenado antojo, pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y la libra dél, significa que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen y las desgracias se consuelan.

—

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Cuenta Gundémaro el extraño suceso por donde se libró de la prision de Sulman, rey de Biserta; el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

«Es el amor omnipotente y santo,
El leonés prosiguió, en obras divino,
Que en fiestas suele convertir el llanto,
Y de fortuna atar el desatino:
Pues este, que en mis causas pudo tanto,
Tambien en esta pudo abrir camino
Al bien presente, aunque por varios modos,
De sangre y de dolor sembrados todos.

»La reina Zaida, de Sulman esposa,
Por sangre igual ó favorable signo,
De una fuerza rendida poderosa,
A mi rostro volvió el suyo benigno:
De mis desdichas y de mi piadosa,
El del Rey tuvo por castigo indigno
De los yerros de amor, y con su gusto
En vano salió el real decreto injusto.

»Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia
Por el robo y la muerte desgraciada
De mi Arlaja y su hermano, que en Valencia
Más le mató su culpa que mi espada:
Que sea quemado vivo en su presencia,
Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,
Con mis frias cenizas en la mano,
Por mas tormento al reino valenciano.

»La Reina, á quien amor el blando pecho,
O con mi vista ó mi inocencia, pudo
Darlo de compasion humana hecho
Al riesgo de mi vida un noble escudo;
O por hallar los ruegos sin provecho
Con el tirano de piedad desnudo,
O por hacerse dueño por tal via
Del gusto que en el mio pretendia;

»De mi oscura prision fué poderosa
A darme libertad, hecho un contrato
Con el alcaide, y una temerosa
Y no oida invencion por mas recato:
Un moro, que en la edad poco dichosa
Era, y en talle y cuerpo mi retrato,
Dieron en mi lugar á la cadena,
De más agravios que eslabones llena.

»Y luego que en la mísera garganta
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,
A un duro lazo dieron fuerza tanta,
Que le dejó el espíritu desnudo;
Y en una fiera crueldad que espanta,
Muerto y desfigurado el rostro, pudo
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño
En mi provecho hizo y en su daño.

»Creyó la estratagema el rey tirano,
Y la Reina en prision mas amorosa
Algunos dias me entretuvo en vano,
Tras la esperanza de una fe engañosa,
Haciendo los favores de su mano
La triste cárcel ménos rigurosa;
Que cárcel era, y en prision vivia
Quien libertad y gusto no tenia.

»En una torre altísima que vuela
Sobre los muros de un jardin florido,
Que hace al vecino bosque centinela,
Y lo mejor descubre de su ejido,
Con cuidoso recato y fiel cautela
De la piadosa reina entretenido,
Secreto estuve y libre del tirano,
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.

»De la torre al jardin se descendia
Por un secreto paso, en cuyas flores
El amor con sus plumas me escribia
De mi querida esposa los primores:
La reina Zaida aquí tambien venia
A verme, y en su amor y sus favores
Con mas recelos iba y con mas tiento
Cuanto ménos sabia de su intento.

»Hasta que su alma, al fin, quitó el rebozo,
Y haciendo en los regalos diferencia,
Que era en ella mostró de verme el gozo
Ardiente amor y no benevolencia:
Pidió el retorno en mí de su alborozo,
Y el gusto, que no estaba en su presencia,
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias
Desvelando á su antojo las porfias.

»Prometió darme el reino de Biserta
Y á su esposo matar por gusto mio,
Como en Tripol Geber es cosa cierta
Ser rey por semejante desvario:
Mostróme la campaña y mar cubierta
De armada y fiera gente á su albedrío,
Y en belicoso alarde en mi presencia
De su bárbaro imperio la potencia.

»Despues, del campo haré un breve retrato,
Y del primor con que su alarde hizo,
Y adónde apunta el bélico aparato
De aquel soberbio ejército mestizo;
Cuando diga en qué modo y cuán barato
La fortuna estas máquinas deshizo,
Cuando yo en laberinto tan oscuro
Ni puerta podia hallar ni hilo seguro.

»Del real jardin entre una selva inculta,
Del ancho muro en el cimiento grueso,
Una espantosa cueva tiene oculta,
Perdida boca en aquel bosque espeso;
Donde á gozar del fresco que sepulta
En aquella florida cárcel preso,
Mil ratos me entretuve, retirado
En su alegre frescura y mi cuidado.

»Aquí entre verde grama y nuevas flores,
Un dia el dulce sueño en tierno nudo
Mis sentidos ligó, y de sus colores
Un gran tesoro me mostró desnudo:
De subias masas de oro los mejores
Rayos de alegre luz, con que ya pudo
El deseo cautivar que dió, dispierto,
Tristes suspiros por el sueño incierto.

»Pareció que en los senos de la cueva,
Donde durmiendo estaba, le tenia,
Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva
Mi dulce esposa tras de mí venía;
Mas ya despierto, viendo que se lleva
Morfeo entre sus alas mi alegría,
Triste quedé; que en sueño de tal suerte,
Ventura es que el dormido no despierte.

»Pasóse este accidente, olvidé el sueño,
En otros pensamientos divertido;
Mas siempre del tesoro un dulce empeño
De memoria alegraba mi sentido:
Siempre que via de la cueva el ceño,
Que estaba allí me parecia escondido
Aquello mismo que el pincel liviano
En el alma escribió con débil mano.

»Hasta que, al fin, ayer libre y ocioso,
No sé de quién ni cuál furor llevado,
A buscar el tesoro portentoso
Por la cueva me entré tras mi cuidado;
Y de uno en otro paso temeroso,
De la fortuna y del amor guiado,
A otro mundo llegué, y en otro mundo
El bien hallé que gozo sin segundo.»

Así el leonés decia; y al persiano,
Que con graves cuidados examina
Del ejército bárbaro africano
El fin que apunta, el blanco á que camina,
Y qué gente hay en él, el cortesano
Gundemaro, con lengua y voz divina,
Así le da razon, y así trasunta
Del grave alarde la soberbia junta.

«A instancia de Marsilio, que en España
Tiene la silla real de Zaragoza,
Llena de armadas gentes la campaña,
De Biserta sus muros alboroza:
Teme al frances, sospecha que le engaña
En la jornada que hace, y que no goza
Seguridad su reino si el de Asturias
Las suyas junta á las francesas furias.

»Contra esto se previene, y con Abdalla
Y Sulman hecha liga, por Valencia
Meter quieren su gente y reforzalla,
Tal que en Francia no halle resistencia:
Reprimir al frances, y dar batalla
A la Navarra y á la leonés potencia,
Y sacudir de Córdoba con ello
El duro yugo de su altivo cuello.

»Y á todo esto de nuevo se ha juntado
La sucesion del reino granadino:
Por un grave rigor de adverso hado,
Que es de dejarlo en el silencio indino,
Viene á Sulman el rico principado
De la ciudad, que en curso cristalino
El Darro abraza, si es, cual dicen, cierto
Por espantoso modo su rey muerto.

»Suceso es raro, bien que sin recelo
Por verdadero corre en Berbería:
Divinas obras, que el piadoso cielo
Al mundo, de su eterno brazo, envia:
O sea ó no sea así verdad, dirélo
Por las mismas palabras con que un dia
Zaida me lo contó, y á ella, prudente,
Galirtos, que lo vió y se halló presente.

»Galirtos, rey de Alora, que pretende
Serlo tambien del campo granadino,
Y de la árabe sangre real desciende,
Que á Sulman á pedirle ayuda vino,
Por verdad este así dicen que vende
De Estordian el suceso peregrino;
Así su muerte cuenta, y deste modo
El origen tambien del reino todo.

»Por festejar al bravo Ferraguto,
Que á Doralice libertado habia
De la infame prision de un jayan bruto,
Granada en fiestas de placer se ardia:
Alegre el Rey, la Infanta ya sin luto
Del muerto Mandricardo, cuando un dia...
¡Oh humanas vueltas! ¿Quién la inmortal rueda
De los hados hará constante y queda?

»A hacer de su riqueza y reino alarde,
Y á dar al de Aragon su amada infanta,
De la Alhambra con él bajó una tarde
De un real jardin á la florida planta;
Y por donde mas fresco y ménos arde
El sol, y más Generalife espanta,
A gozar fuéron de las flores y aves,
Suave olor y músicas suaves.

»Cuando por arrayanes y laureles,
De un moral descendieron á la sombra,
Donde, de rosas hecha y de claveles,
El suelo les prestó una fresca alfombra,
Que, en blanda murta y blancos mirabeles
Entretejida, su belleza asombra,
Convidando á quedarse por un rato
Al gusto de aquel cielo ó su retrato.

»Y en agradable suspension metidos,
Al ruido de una fuente que murmura,
De los arpados cantos no aprendidos
Que las aves le dan á su hermosura,
Grande rumor se oyó, grandes rüidos
De cajas, grita y voces, que en la altura
Y techos de oro del palacio suena,
Retumba el bosque y el jardin atruena.

»Y entre el ronco atambor y sorda grita
Que en bárbaros sonoros instrumentos
Por la ciudad, en música exquisita,
Acordes dan y cónsonos acentos,
Así la confusion ataja y quita
Su melodía á los parleros vientos,
Que es cuanto suena en rudo desconcierto
De un tupido rumor estruendo incierto.

»Como tal vez debajo el polo helado,
El ismaro soberbio y belicoso
Atruena, en sus banquetes ocupado,
Los collados del Ródope espantoso,
Y entero un jabalí mal sazonado,
Medio crudo, sangriento y asqueroso,
Brutalmente en las manos despedaza,
Y tras él colma la espumante taza;

»Crecen los humos del calor de Baco,
Vuélvese horrible confusion la cena,
Ruedan las tazas, y en el monte opaco
El confuso ruido de armas suena,
Los finos petos del fornido Yaco,
Y la selva de grita y voces llena,
Los ecos quiebran por las duras peñas,
De su imprudente horror bastantes señas:

»Así por la ciudad el son confuso
Se dice que sonó agradablemente:
Ferraguto, ignorante de aquel uso,
La causa preguntó; y el Rey prudente,
A quien en triste suspension le puso
El ruido alegre que formó la gente,
Que, aunque fué en otros gustos de alegría,
En el suyo causó melancolía;

»Así, tras un suspiro, el rostro vuelto
Al bravo Ferragut, dicen que dijo:
—No hay bien que en mil azares no esté envuelto,
Ni mal que en el durar no sea prolijo:
Mil penas en el alma me ha revuelto
Desta música el breve regocijo;
Que siempre la memoria del contento
Es triste soledad al pensamiento.

»Ya un tiempo fué que, aunque en menor fortuna
Gocé mi reino, la quisiera ahora;
Que los gustos son olas de una en una,
Y el pasado placer el que se llora:
Oye, oh valiente: si de parte alguna
Puedes saber lo que tu gusto ignora,
Es de mí solo; estáme pues atento
A cuenta del deleite de mi cuento.

»Sabrás mi antiguo orígen, y la causa
De los alborotados instrumentos,
Con que este rico y noble pueblo aplausa
Ciertos huéspedes suyos mal contentos:
Hará mi gusto por el tuyo pausa;
Y los infaustos sin piedad portentos,
Con su larga espantosa pesadumbre,
La ocasion te diran desta costumbre.

»Contarte he los principios de mi casa,
Y desta gran ciudad que ves presente,
Los caminos por donde tan sin tasa
En nobleza creció y valor de gente:
Quién me trajo á estos riscos, en que pasa
El cristal sobre el oro reluciente,
Cuento es notorio, el mundo su testigo;
Oye, que así pasó como lo digo.

»En la parte que de Africa se inclina
A ver del mar Océano el semblante,
Y de desnudas rocas la marina
Llana le ofrece á su furor delante,
De yertos riscos y árboles se inclina
Sobre los otros montes el de Atlante,
Como columna altísima, que el vuelo
Sustenta de las bóvedas del cielo.

»No se solia empinar tan alto el risco
Miéntras que Atlante fué en aquella costa
Dey del mudable pueblo berberisco,
De tostado arenal y playa angosta;
Mas cuando vió del fiero basilisco
La górgona cabeza hecha aposta
Para criar montañas en la tierra,
Cual hoy está, quedó mudado en sierra.

»Antes sobre los pinos desta cumbre
Solia subir á sustentar el cielo,
Y cargando en los hombros la techumbre,
De estrellas aliviar su curso y vuelo;
Donde Hércules, la inmensa pesadumbre
Sufriendo, hizo tal vez gemir al suelo:
Aquí, vuelto Atlas peña, eternamente
Sus orbes fija en la nevada frente.

»Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,
Despues que hubo cortado la cabeza
A Medusa, trayéndola en la mano,
Deste gran rey llegó á una fortaleza:
Recibióle con término villano,
Medroso que al jardin de su riqueza
Hambriento despojase, y del tesoro
El rico árbol que da manzanas de oro.

»Por tan vil presuncion, hecho peñasco,
Perseo le dejó, y el rico huerto,
De un fuerte muro y diamantino casco
Cercado en torno y de cristal cubierto;
Y allí un rojo dragon, que el gran carrasco,
De las ricas granadas de oro engerto,
Con vigilancia eterna guarde y cele,
Y sin dormir jamas, sus puertas vele.

»Y consagrado el dios que nació en Creta,
De allí quedó el jardin florido de oro,
Con tal virtud y propiedad secreta,
Que no sea el reino mas que su tesoro:
En él toda su dicha esté perfeta,
Su majestad consista en el decoro
Que á su sagrado muro se guardare;
Hasta allí llegue, y en parando, pare.

»Guardóse por mil siglos inviolable
La fiel clausura del jardin sagrado,
Hasta llegar la vuelta inevitable
De los precisos términos del hado;
Y del monstruoso pueblo variable,
De honor el cetro real vino cargado
A Ormindas, que fué ilustre padre mio,
Y alma y reino perdió en un desvario.

»De la bella Zegrilda, á quien el cielo
Igual con la crueldad dió la hermosura,
En los ojos amor labró un anzuelo
Por tropezon del mundo y su cordura:
Mi padre á su vejez vió este señuelo,
Y el fuego, aunque la yesca no es de dura,
En el seco vellon cunde sin tasa,
Y toda una centella la traspasa.

»Dió él en amor, y en desamores ella;
Ella en aborrecer, y él en amalla;
Mil trazas inventó para vencella,
Y ella para no entrar en su batalla:
Miéntras se rinde mas, mas le atropella;
Por demas es correr para alcanzalla;
Que el desamor los llanos vuelve sierra,
Y en gustos encontrados todo es guerra.

»De un moro vil, aunque de tierno bozo,
Preso su pecho fiel tenia la dama:
Sintió el amante viejo el gusto mozo,
Mas ¿qué no alcanzará á saber quien ama?
Lloró celoso el ver que de su gozo
Dueño sea quien de humilde el suyo infama,
Y que ande en competencia y desamado
Un rey con quien no alcanza á ser criado.

»Determinó quitarle con la vida
Al nuevo Adónis el honor de sello;
Mas quien granjea el amor por homicida,
Ciego y léjos está de merecello:
Quedó la dama tierna y ofendida,
Muerto sin ocasion su amante bello,
Aborrecido el Rey, y el reino estrecho
De asombros lleno en tan horrible hecho.

»Mas ya del todo el apetito ciego
Intentar quiere, ó á querer se esfuerza,
Que á apagar ó encender su torpe fuego,
Pues no pudo el amor, pueda la fuerza:
Vióse la dama muerta desde luego;
Que aunque no hay quien al alma haga fuerza,
Y el Rey aun para el cuerpo no la tiene,
Mirar por él y por su honor conviene.

»Y en este noble pensamiento puesta,
Al Rey, que ardiendo ve en amor, le pide
Que, pues ya en darle está su honor dispuesta,
Y el suyo con ardiente gusto mide,
En honra dél una merced honesta
Le haga, que su antiguo enojo olvide,
Y la goce sin él, con tal que sea
En el rico lugar que ella desea.

»El ciego amante, que tuviera á gusto
Y á dicha darle un largo reino entero,
Como lo manda, olvida su disgusto,
Y en semblante de amor trueca el severo;
Y el don, al parecer templado y justo,
Le otorga, y ella, en rostro lisonjero
Tornando alegre con caricia amiga,
Así de nuevo á que lo cumpla obliga.

»—Señor, dijo, yo siento que á mi pecho
El amor de aquel moro, tu enemigo,
Con encantos le hizo tan estrecho
Un mago astuto que trató conmigo:
Contra esto hay cierta yerba de provecho
En este real jardin, que, cual lo digo,
El sabio me lo dijo, y que es bastante
A hacer aborrecer cualquier amante.

»Haz por mí, porque yo por tí me esfuerce
A olvidar lo que ya olvidar querria,
Que en él, al tiempo que su paso tuerce,
De la noche huyendo el blanco dia,
Los dos entremos, para que él refuerce
En nuestro amor con su virtud la mia,
Y me haga que sola de tu gloria
Quede, y no de otro, rastro en mi memoria.

»Y aunque la tierna raiz con que Medea
Al padre de Jason volvió mancebo,
A este jardin alegre hermosea,
Y le sustenta eternamente nuevo,
Con ella yo tambien haré se vea
Tu blanca barba como el rojo Febo;
Si es de creer que su virtud conserva,
Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.

»Darnos ha el árbol de su alegre fruta,
Por tantos siglos ántes no tocada,
Y la de mi honra, entre la yerba enjuta
Del ramo de oro, gozarás doblada:
No es este antojo peticion tan bruta,
Que no me haya de ser por ti otorgada;
Esto has de hacer por mi, señor, si quieres
Mis regalos gozar y sus placeres.

»Mas si gracia me niegas tan menuda,
Tendré este, que amor llamas, por antojo:
Da á lo que pido un sí; no estés en duda;
Que me es verte dudar notable enojo.—
Dijo; y todo el semblante alegre muda
En triste ceño, en blanco el color rojo,
Con el confuso miedo ó con la pena
De la injusta merced de engaños llena.

»De Zegrilda la gracia peregrina
Al Rey bastara, sin llegarle el cebo
De la rejuvenil virtud divina
Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:
Darle el jardin abierto determina,
Y en él buscar el inmortal renuevo;
Que á un bien tan raro y gusto de tal modo
No es mucho precio aventurarlo todo.

»Son la vida y amor, de los trofeos
Humanos las deidades mas pujantes,
Ante quien quedan los demas deseos,
En su comparacion, por no importantes:
¿Qué mucho que ahora hagan devaneos,
Si arrastra cualquier dellos los gigantes,
Y un viejo amante, para un gusto nuevo,
Desee volver, si puede, á ser mancebo?

»Determinó, pues se halla enamorado,
Hacer obras de tal, y darle gusto
A la que el suyo ha puesto en tal estado,
Ahora sea justo, ahora injusto:
Del oculto sagrario reservado
Libre sacó con ánimo robusto
Las llaves, cuyo peso soberano
Jamas ántes cargó otra mortal mano.

»Y porque el hurto al mundo sea invisible,
Entre el mudo silencio y sombra oscura
Los dos amantes al umbral horrible
Llegan, que habia de ser su sepultura:
El muro del jardin tembló inmovible,
Y al resonar la hueca cerradura
De las puertas de bronce, en pavor llenas,
De sus torres llovieron mil almenas.

»El lustroso dragon que, puesto en vela
Al árbol de oro, inmenso tiempo habia
Que, sin ver sueño, estuvo en centinela,
Ya en sabroso sosiego y paz dormia;
Cuando al sordo rumor despierto, vuela
Con negras alas por la abierta via
Que al ciego amante la engañosa dama
A la venganza guia de su fama.

»Y en los los dos estrenando su veneno,
Ambos á un tiempo los dejó sin vida,
Y por el pueblo, ya de asombros lleno,
Espantosa hace y ciega arremetida:
Huyó del viejo Atlante al fértil seno,
Donde su furia, en llamas encendida,
Así lo alto encendió de la montaña,
Que de sombra su humo cubrió á España.

»Madrugó el sol por ver el ciego estrago
Que la desencantada sierpe hizo,
Y en el rey muerto el merecido pago
Que la dama le dió y su amor postizo:
Al jardin se cayó el muro acïago,
Y el novelero vúlgo antojadizo
El oro saqueó, y el rico huerto
El mismo dia quedar se vió desierto.

»Mas aquel Dios que en él por su decoro
Claustro secreto á su deidad tenia,
Los robos castigó, y cobró el tesoro
Con tristes muertes que en crueldad llovia;
Nadie sin religion tocó en el oro
Que á la planta inmortal de luz vestia,
Que, aunque al templo la culpa restituya,
No pague en infeliz morir la suya.

»Hallóse la ciudad de muertos llena,
De horribles sombras y temor los vivos,
El reino despoblado, y yo en la pena
Que podian darme males tan esquivos;
Cuando un sabio alfaquí, en noche serena
Contando al duro cielo los motivos
De sus doradas vueltas, leyó en ellas
El fin á que nos llaman las estrellas.

»Y — Huye, me dijo, de la tierra odiosa,
Que ya aquí el hado el reino y paz te niega,
Y en procurar ciudad mas venturosa
Al viento manso y á la mar te entrega;
Y de esa fruta de oro prodigiosa
Con una busca la espaciosa vega
Del rio que, volcando arenas de oro,
Con el suyo igualare á tu tesoro.

»Allí, al abrir el sol sus rayos bellos,
Sin arar la pondrás en su remanso,
Y hasta que peines nieve por cabellos
Deste azote el rigor hallarás manso;
Allí tendrás alcázares, y en ellos
Reino seguro y próspero descanso,
Sin que la pena y el castigo lleves
Desta culpa comun, si alguno debes.—

»Dijo; y con la dudosa profecía
Habla y alma huyó del cuerpo muerto,
Y yo, entre tantos miedos, otro dia
Con mis gentes bajé al vecino puerto:
Junto á la playa un bosque espeso habia,
De grama todo y de arrayan cubierto,
Adonde con humildes sacrificios
Los dioses intenté de hacer propicios.

»Sentados de la selva en lo mas llano,
Siete lucidas vi abultadas peñas,
Y en la mayor de todas de mi mano
Hacer quise un altar entre las breñas:
De una pesada almádana, lozano,
El peso alcé, y á las primeras señas
De querer hacer golpe el pardo risco,
Temblando comenzó á mostrarse arisco.

»Y una voz, que aun ahora en los cabellos
Su horror siento, sonó, que así me dijo:
—Deja de herir los montes, y á mí en ellos,
Oh tú del ciego Orminda incauto hijo;
Deja el inútil campo, que á los bellos
Del claro Darro harás curso prolijo,
Y en los tiernos cristales de su orilla,
De hermosura la octava maravilla.

»En estas siete peñas, convertidas
Dejó del fiero Gorgon la cabeza,
De Atlas las siete nietas conocidas
Entre los astros con mayor belleza;
Estas sus carnes son endurecidas;
Huye de hacer agravio á su entereza;
Que esta tierra, de hoy más, á tus intentos
Llena de horror está, toda es portentos.—

»Dijo; y como arrojado con las manos
Del riguroso hado, el puerto dejo,
Y con mis temerosos africanos
En cuatro naves por el mar me alejo;
Por donde, entre arrecifes y pantanos,
Siguiendo de los cielos el consejo,
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como
Por favorable agüero, el puerto tomo.

»Y en escuadron formado con mi gente,
Del lugar en que estoy me certifico,
Y ciudad á mi pueblo permanente
De argamasados muros fortifico:
Un año estuve allí, que el inclemente
Rigor del hado, en desventuras rico,
Su crueldad templó, y en trato amigo
La ira disimuló, y cubrió el castigo.

»Mas dió principio á destemplarse el cielo,
Arder el aire y á humear la tierra,
Y en mortal peste el enemigo suelo
Manchó cuanto el humilde pueblo encierra;
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,
En triste estaba y congojosa guerra,
Cuando una sombra, envuelta en sueño vano,
Así en tono me dijo soberano:

»—Las nieves rompe, y deste suelo ardiente
En otro mas templado harán sus nidos
Los que á gozar bajaren de tu gente
Del Genil claro páramos floridos;
Allí el oro que el árbol excelente
Granó, te dará alcázares floridos,
Y la fruta feliz, de hombres preñada,
Parirla sentirás gente granada.—

»Dijo; y yo, temeroso, los portentos
Adoro, y con su luz me determino,
Y por las sierras pasos abro atentos,
Y entre la blanca nieve ancho camino:
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,
Llego, al fin, á este arroyo cristalino,
Y haciendo adoracion debida al cielo,
La tierra abrazo humilde y beso el suelo.

»Y el concurso dejando de los mios
Por la corriente abajo, cuando el alba
De blanco aljófar los escarches frios
Se viste, con que al sol hace la salva;
Sobre este monte, entre sus claros rios,
En la ladera mas desierta y calva,
La luz adoro, y mi granada fijo
Donde ya el cielo tantas veces dijo.

»¡Extraño caso, solo concedido
Al brazo eterno que los mundos rige!
Del sol el rayo apénas vió encendido
Con su luz de oro el que primero dije,
Cuando el preñado globo, revestido
De alegre claridad, no hay quien alije
En él los ojos; que otro sol parece
De hermosura mayor que el que amanece.

»Y como si en sus senos se embebiera
El que por su horizonte iba naciendo,
Para despues parir la luz entera
Se fué esponjado, en proporcion creciendo:
Creció el oro, creció la luz primera,
Y dentro comenzó un sonoro estruendo,
Como entre flores codicioso enjambre
Que del tierno rocío anda con hambre.

»Y ya exhalado en vaporosa nube
El primer resplandor del oro ardiente,
Cual dorado celaje cuando sube
Al descender el sol por el poniente,
En breve rato que mirando estuve
La neblina y vapor resplandeciente,
Con la fuerza del sol fué adelgazando,
Y á irse empezó tras el calor volando.

»Y entre el desvanecerse la neblina
Y por su seno entrar la lumbre bella,
En admirable pompa y luz divina
Criarse esta ciudad pareció en ella:
Su arquitectura y obra peregrina
Entre vislumbres comenzó á movella
Por los ojos la nube que en su vuelo
Subir se via por el aire al cielo.

»Comienzan á mostrarse los cimientos
Que ya el oro amasó de piedra dura,
A traslucirse el muro y los asientos
Deste alcázar real y su hermosura,
Sus bellos ventanajes y aposentos
Y el romper de las torres por su altura,
Las almenas y muros levantados,
Y del humilde vulgo los tejados.

»Y la reciente máquina, que altiva
Con torres y dorados chapiteles,
Al parecer tras de la nube se iba,
Plantada se quedó en estos verjeles;
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,
Llena de hombres, no de ánimos crueles,
Como unos que espigó otra vez la tierra,
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra;

»Mas pueblo sin furor, gente amorosa;
Que la granada amores significa,
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,
En fe mas noble, en condicion mas rica:
Recibióme con pompa suntüosa
La ciudad nueva, y que le sea suplica
Piadoso rey, pues sola en mi persona
Sus muros de oro afijan la corona.

»O fuese impulso natural, ó fuese
La propiedad del oro que fué mio,
O que ya el hado por allí quisiese
Disculpar su pasado desvarío;
La ciudad nueva me pidió le diese
Leyes, como su rey, á mi albedrío,
Y por sus calles en soberbia pompa
Mi nombre hacen que los aires rompa.

»Admiróme de ver la muchedumbre
De nuevas gentes, sin nacer criadas;
Sus palacios y templos, que una cumbre
Del cielo hacen bóvedas doradas;
De mi alcázar la excelsa pesadumbre,
Con las puertas de bronce no forjadas,
Muros, torres, ventanas, miradores,
Majadas poco ántes de pastores.

»Y entre estas maravillas y sobornos
De la fortuna, un nuevo sobresalto
El alma me llenó de los retornos
De que ningun contento vive falto;
Dejé mi primer pueblo en los contornos
Deste collado generoso y alto,
Esperando mi vuelta; ya no hallo
Como en la ciudad nueva aposentallo.

»Guerra se me apareja: ¡oh hado incierto,
Dije entre mí, cuando pensé que habia
El ancla echado en el seguro puerto,
Adonde me arrojó tu misma guia!
Mas entre un bien dudoso y un mal cierto,
La ciudad llamo á la presencia mia,
Donde cuenta le dí de mi congoja,
Y que el remedio en tanta duda escoja;

»O admitiendo en sus muros á mi gente,
O á mí dejándome ir á procuralle
Ciudad, y adonde un pueblo permanente
Pueda, cual me lo manda el cielo, dalle;
Mas todos en tropel, confusamente
Que no la saque piden de aquel valle;
Mas que de su ciudad recien nacida
La mejor parte dé y la mas cumplida.

»Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo
Los de mas peso van y suficiencia,
Pues en ser uno nuevo y otro antigo
Solo, y no en mas, está la diferencia;
Yo, dando al cielo gracias, el amigo
Escuadron busco en presta diligencia,
Que al blando abrigo de una sierra fria
Al reir del alba le dejé aquel dia.

»Mas ¡oh altibajos de la humana vida,
Y cuán inciertos sois al mas prudente!
No mi gente hallé fuerte y fornida,
Mas en vez della otra menuda gente
Que, por las hojas de un moral subida,
Ciudad labraba y pueblo diferente,
De estrechas casas y capullos ricos,
A torno hechos de sus tiernos picos.

»Quién ya del todo alcanza el suyo hecho,
Y quién le va enarcando y dando tumbo;
Quién labra las paredes, quién el techo,
Quién los cimientos, quién por otro rumbo,
Echando los niveles trecho á trecho,
Su casa traza, y quién, por el derrumbo
De algun seco troncon, desesperado,
Por no labrar la suya, está ahorcado.

»Los unos de uno, y otros de otro modo,
Y todos juntos la obra comenzada
Tejiendo apriesa, y revolviendo todo
El fresco ramo donde va enredada,
Siendo la tierra de argamasa y lodo
De la ciudad en aire fabricada:
La virtud que en sus venas fructifica,
El que dellos con mas fervor fabrica.

»Dejáronme asombrado los portentos,
Mi nueva gente y sus menudos nidos,
Cuando del cielo vino por los vientos
Esta divina voz á mis oidos:
—Tambien tú labrarás tus aposentos,
Oh nuevo rey de los recien nacidos,
Que aun tiene sobre ti el jardin derecho,
Por sucesor del que lo dió deshecho.—

»Huí medroso del rigor del hado:
La nueva gente que tras mí venía,
Viendo el largo escuadron que allí, abreviado,
Menudo pueblo en que meterle hacia;
Compasivo del caso no esperado,
Las casas cada cual que mas podia
A las suyas por huéspedes se lleva,
Y con cuidado las regala y ceba.

»Y así desean los nuevos ciudadanos;
Que en el templado aliento de su pecho
Cada florido abril suelen ufanos
Prestarles vida, como ahora han hecho;
Y porque el cielo con temores vanos
Tal vez de su quietud turba el provecho,
Por asombrarles las fantasmas tristes
A tiempos hacen el rumor que oístes.

»En él la vida y medicina puesta
De los asombros destas gentes tiene;
A estos piadosos fines hace fiesta
El que en su casa huéspedes mantiene;
Y este el orígen es del reino y desta
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene;
De lo demas el cielo placentero
Los monstruos trueque en favorable agüero.—

»Así el anciano rey en su discurso
Cuentan que relataba el de su vida,
Y que en suspension triste acabó el curso
Della y ellos: el alma envejecida
En ordinarias penas, al concurso
De estrellas abreviada y reducida
A un punto indivisible, en nuevo modo
Tras sí se fué llevando el cuerpo todo.

»Y encogiendo los miembros tan apriesa,
Que se desbarató la forma humana,
Los blancos hilos de la barba espesa
Seda se hicieron amarilla y cana;
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa
En una hoja del moral liviana,
Se dice que, en gusano convertido,
Por ella comenzó a tejer su nido.

»Causó el asombro desta nueva esquiva
Miedo en el corazon mas confiado;
Que ¿quién hay de los vivos que no viva
A este riesgo sujeto y sentenciado?
¿De qué se engrie el hombre ó en qué estriba?
¿En qué hace pié el soberbio, en qué el hinchado,
Si el tiempo, así á los reyes soberanos
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?

»Alborotóse la ciudad; la gente
Acudió á ver la nueva maravilla;
La bella Doralice, que presente
Al caso está, turbada y amarilla,
El llanto y el dolor con que lo siente
Al de ménos piedad causa mancilla:
Cubrióse ella, el palacio y Ferraguto,
De tristes paños de grosero luto.

»Y de la tierna dama el pecho tierno
Prolijos dias sin salir estuvo
En las tinieblas del dolor paterno;
Que el justo sentimiento la detuvo:
El moro aragones, que al del infierno
Le pareció tan largo llanto, tuvo
Modo para partirse, aunque en la llama
Antes se ardia de la bella dama.

»Mas, como por ventura era su intento
El gusto de un antojo disoluto,
Viendo tan dilatado sentimiento,
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:
Ordena su partida; y dando al viento
Los ajenos suspiros por tributo,
Se va, y deja á los tristes sin alivio;
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.

»Llegó la nueva á la afligida dama,
Con que se comenzó de nuevo el llanto;
Y el suceso, el desman, la muerte llama
De su primer esposo; y el espanto
De su delito, el riesgo de su fama
Y el agravio presente pudo tanto,
Que, en sus lágrimas tiernas consumida,
Llegó á perder tras el honor la vida.

»Sobre el sepulcro de su muerto esposo,
Como á pedir venganza dél ausente,
Lloró sus quejas, y el dolor copioso
De lágrimas sacó larga corriente:
Formóse dellas un estanque hermoso,
Y de sus ojos una alegre fuente,
Donde al tierno cristal que el llanto deja
El vulgo llama ya Fuentelaqueja.

»Esto es lo que á la Reina el rey de Alora
Contaba, y como yo lo aprendí della:
O sea el modo de muerte con que llora
Su rey Granada y su princesa bella,
Fingido ó verdadero, no sé ahora
Lo cierto de su hado ni su estrella:
El ser muerto es lo cierto, y que pretende
Sulman el reino en que el Genil se extiende.

»Y á estas varias empresas, y al deseo
De dar venganza al cuerpo de Agramante,
Cuya cabeza es bárbaro trofeo
Al fuerte escudo del señor de Anglante,
De la abrasada Libia el pueblo feo,
Hecho un confuso ejército, abundante
De altiva pompa, á vista de Biserta
La playa tiene de beldad cubierta.

»Siguen el tremolar de sus banderas
Deste apartado mundo las naciones,
Cuantas en torno habitan sus riberas,
Siembran su arena y vuelcan sus terrones;
De adonde Atlas encumbra las laderas
Hasta donde humean los carbones
De la abrasada Nubia, y del tributo
Del rio Níger al Canopo astuto.

»Cuanto se embebe en la abrasada zona,
Y el flojo suelo de su mundo ardiente
Por sus baldíos campos amontona
En ocio inútil y en mudable gente;
Al clarin de la fama, que pregona
La nueva guerra, en bélico accidente
Sus escuadrones bárbaros concierta,
Y acude por mil partes á Biserta.

»Cual sobre alegres cumbres y florestas
Del monte Tauro van sombríos montones
De pardas grullas, que en concierto puestas,
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,
O cuando, con furor marcial dispuestas,
En bello alarde forman escuadrones
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra
El aire llueve ejércitos de guerra;

»Por tantas partes, en igual concierto;
Africa llega gentes contra España,
Y de la gran Biserta al ancho puerto
Hombres vomita y armas la campaña:
Del abrasado mauro el pueblo incierto
Con el de los luntanas, cuya saña
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo
Acabó de tiznar Faeton el mundo.

»Los numidas sin frenos, abundantes
En dulces palmas y árboles sombríos;
Los ociosos getulios, que de ántes
Ya fuéron de armas y primor vacíos,
Y hoy sin ellas ni frenos espumantes,
Los potros doman de mayores brios;
Los veloces marmáridos, los mazas,
Y el aleo, diestro en sus alegres cazas.

»La gente de Marsilia, que sentada
Sobre el caballo, en cerco le revuelve
Con una diestra vara, y la tostada
Flecha, cual parto, por las ancas vuelve;
A los que Hesperia da fruta dorada
Del árbol que el dragon ardiente envuelve
En sus cerúleas roscas, cuya escama
Los rayos doran de su rubia llama.

»Los de la real ciudad de Taradante,
Y á los que, en los desiertos arenosos
De Zahara, sembró Perseo triunfante
Sus manchados quelidros venenosos,
Que del frio Górgon el feroz semblante,
Despues que en sangre y visos temerosos
De Atlas creció la corpulenta sierra,
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.

»Ni por léjos del tráfago del mundo
El apartado Cénega se excusa,
A quien el Níger da, de olas profundo,
Las ricas armas que pintadas usa;
Y él, con su grueso ejército fecundo,
El aire asorda en trápala confusa
De altivos telgas, de zucingas feos,
Y de bardoas, antiguos sabateos.

»El que en el caudaloso Dara goza
Frescos palmares y aguas desabridas,
Y en pomposos alardes alboroza
Sus barrancosas playas carcomidas;
El que en la humilde Géneva retoza
Tras los lijeros gamos, y ceñidas
Las negras sienes en calor eterno,
Del Niger mide el uno y otro cuerno.

»Los que en Ceu, y sus ásperos desiertos
Y laguna de márgenes floridos,
Anchos campos cultivan, encubiertos
De rojas pieles, de áspides ceñidos;
O en el bárbaro Cinche los inciertos
Y mudables collados, ya cernidos
De los aires, no alcanzan firme asiento;
Que allí, aun hasta los montes muda el viento.

»Los que de Alarde la espantosa sierra
Con increible propiedad encanta,
Y la virtud de sus peñascos cierra
Paso á la voz, y tupe la garganta;
De cuyo estrecho valle y parda tierra
El hijo de Filipo llevó cuanta
Bastó para labrar, del nuevo encanto,
En Asia el real palacio del espanto.

»Ni faltaron los bélicos flecheros
De la ciudad de Bárbara potente,
Que en pieles visten de animales fieros,
Los corpulentos miembros de su gente:
Traen de rojo leon ricos cimeros,
Del remendado tigre la ancha frente,
Del pardo lobo, del cerval y el oso,
Y escamas de serpiente el mas brioso.

»Son estos tantos, que si el raudo viento
Con pestíferos soplos no barriese
La sobrada salud, y en fin violento
De ardiente arena y muerte los cubriese,
Sería la ancha tierra estrecho asiento
De su abundante parto al interese,
Y necesario á su parir fecundo
O hacer de nuevo ó ensanchar el mundo.

»Traen estos en su escuadra por vecinos
El jélofe y el áspero gualata,
Con los tombutos, los benais cetrinos,
Y el duro burno de color mulata,
De la oscura Guinea vuelos finos,
De plumas y brazales de oro y plata,
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe
La luz primera que la aurora llueve.

»Tienen tambien aquí escuadron gallardo
Los que de la Tebaida y fértil Lime
Suave aire respiran, que el bastardo
Bóreas jamas por su arboleda esgrime;
Donde la negra pez y alquitran pardo
En bálsamo precioso y blanco anime
La virtud vuelve de su claro cielo,
Rico manantial de aroma al suelo.

»Del avisimbo el campo vagamundo
Y escuadras del soberbio troglodita,
Que de oscuras cavernas lo profundo
Con intratables ánimos habita:
Estos son los primeros donde al mundo
Ni el oro da riquezas ni las quita,
Y tienen, por mas gusto y mas placeres,
Los hijos en comun y las mujeres.

»Los megavaros, que de pardos toros
Crudos yelmos fabrican y ancho escudo,
Y hacen volar tambien tiros sonoros,
Que á herir llegan con lenguaje mudo:
De su region los bárbaros tesoros
Traen á Biserta en su escuadron membrudo
Y con soberbios ánimos feroces
La tierra hacen temblar y el aire á voces.

»Ni de la alta Etiópia el abisino
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,
Si bien su grave emperador no vino,
Por su diversa ley y extraña tierra:
Rige este rey el cetro de oro fino
De sesenta y dos reinos, en que encierra
Cuanto se extiende, en gente inculta ó sabia,
De su océano oculto al mar de Arabia,

»Los reinos Bernagaes, que al oriente
Del mar Bermejo pescan nácar y oro;
Tigrimaon, que aljófar reluciente
En ricas sartas vende al pueblo moro,
Con otros mundos, que en el cerco ardiente
Que el dia iguala, gozan el tesoro
De una pareja luz, que en llama viva
La vuelta enrosca de su frente altiva.

»Y bien que la ancha faja que divide
El orbe por su imperio se enmaraña,
Ni del todo lo abraza ni le mide,
Ni sus linderos con los suyos baña;
Que el estrellado Cancro no le impide
Su curso belicoso y vuelta extraña,
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza
La uña postrera de su pié, le alcanza.

»Mas cuanto el cielo por señales puso
Del negro humo de su zona ardiente,
Y en abrasados páramos difuso,
Como de balde lo arrojó á la gente;
Todo eso en masa y en monton confuso
A los piés lo humilló del Rey potente,
A cuyo cetro, solo en su gobierno,
Ni el verano le ciñe ni el invierno.

»Pues este, aunque por ser de ley contraria,
Que adora al que murió por darnos vida,
Gente no envió á Biserta la voltaria,
Que anda en sus anchos reinos forajida;
Hecha una tropa en opiniones varia,
Vino al torpe Jafes entretejida,
Que en las altas montañas de la luna
La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.

»De entre sombrías selvas olorosas
De ameno loto y bálsamo preciado,
De jazmines cubiertos y de rosas,
Modo en la guerra de su patria usado,
Los macrobios vi allí, de armas preciosas;
Pueblo hasta en las batallas sosegado,
Con arcos que el mas pobre se remata
En oro rubio ó en luciente plata.

»Estos al sol bendicen si amanece;
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,
Donde en preciado cinamomo crece
La paz de sus compuestos corazones;
Y á los de la isla Méroe, que florece
Del sacro Nilo á los fecundos dones,
Tambien hizo olvidar la nueva guerra
Las dulces cazas de su fértil tierra.

»Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente
Las sombras hurta y les alarga el dia,
Con cuanto el llano Egipto goza y siente
De su oriental Leusipo á Alejandría;
Los que en cien puertas da el muro potente
De la ancha Tébas; cuanto Ménfis cria
Entre excelsas pirámides que el suelo
Hacen gemir, y recelarse al cielo.

»Los que en la rica Arsïone y sus valles,
Y de la Ciene habitan las regiones,
O en Berenice y sus torcidas calles,
De la infiel sirte alcanzan ricos dones;
Los libïarcos, de floridos talles;
Los bravos, aunque pobres, nasamones;
Los psilos, á quien temen las serpientes,
Y el Garamante y sus ociosas gentes.

»Los marcios, de prolijas cabelleras,
De avestruces vestidos y leones;
De las dos Mauritanias las riberas,
De suelta arena llenas y dragones;
De la infeliz Cartago las postreras
Faldas del firme Atlante y sus naciones,
A guerra cruel, en belicosa saña,
Desde Biserta desafian á España.»

Así el sabio español el grave alarde
Que en Africa notó cuenta al persiano,
Miéntras el barco por el golfo, que arde,
Las anchas velas da al austro liviano;
Y sin que á la aferrada proa retarde
Del peligroso mar el golfo cano,
Con huecos tumbos de preñadas olas
Las riberas descubren españolas.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar ejércitos se tarda,
Y del Rey Casto la invencible gente
Sobre Pamplona á la de Francia aguarda;
Del César puesto ya el campo potente
Entre los Pirineos, acobarda
Las armas y naciones extranjeras
Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí, en carro imperial, á quien la esfera
Del suelo adora entre realces de oro,
Gustoso ver pasar su campo espera
Al grave aliento de un clarin sonoro:
Fué de Angelinos la primer bandera,
Y de sus armas el mayor tesoro,
Sobre un frison furioso, á cuyo huello
Los campos tiemblan y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, cuando en Tracia
Su alfanje esgrime, y de su yelmo ardiente,
En quien el sol los rayos de oro espacia,
Rigor influye en su inmudable gente;
Tal el frances, en ademan y gracia,
Delante el campo va resplandeciente,
Haciendo á las feroces gentes guia
Que en torcida corriente el Reno enfria.

Cual en el libio mar olas espesas,
Si el armado Orion las alborota,
En crespos montes de avenidas gruesas
Sobre la playa hierven mas remota;
O cual la roja mancha de traviesas
Espigas, á quien céfiro alborota
En crespas ondas: tales los agudos
Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardin Dardeña, primer voto
En las francesas cortes, le seguia
En caballo alazan, cuyo alboroto
A todo el brioso campo le ponia:
Este de los jaeces de Carloto
Fué grave presidente el triste dia
Que vengar intentó con pecho fuerte
De Baldovinos la alevosa muerte:

Sobre un caballo remendado á mancha,
Que el Albis le crió entre juncia verde,
De cerviz corta y de narices anchas,
Y que en los ojos, al correr, se pierde;
De ricas piedras y grabadas planchas
El sonoro jaez que en oro muerde,
A quien las perlas dan y aljófar grueso
Vislumbres nuevas y soberbio peso:

Fiero enemigo á la nacion hispana,
Con ocho mil sajones representa
El disforme Centauro que en lozana
Rueda en el polo Antártico se sienta,
Con la robusta gente comarcana
Que al mar britano sus resacas cuenta,
Y los diestros venablos mal parejos
Al distante escuadron envia de léjos.

Ni callarán mis versos tu gran fama,
Acompañada de beldad reciente,
Oh ilustre Sansoneto, de la rama
Del soldan de Lamech fruto excelente;
A quien el vulgo por grandeza llama
Del bastardo Angriote descendiente;
Que en la torre Bermeja tu gran padre
A su nieta Ozamir te dió por madre.

Despues que en aventuras importantes
La fama acrecentó de su braveza,
Y en los arcos probó de los amantes
De su amoroso pecho la firmeza;
A tu madre le dió prendas bastantes
De su amor, y ella á ti de su belleza,
Criándote, en las grutas de Angilones
Con sustanciosa leche de leones.

Pues este, no contento con la herencia
Que de la isla materna alcanzar pudo,
Las Fortunadas trajo á la obediencia
Del rojo leon de su rapante escudo;
Y ahora con toda la mayor potencia
De su reino feliz pasa el membrudo
Betancur, que, por deudo y por pariente,
De su casa es caudillo y de su gente.

Urgel de la gran fuerza, en riendas de oro
Tras este un fiel polaco gobernaba,
Con un coloso de metal sonoro,
Timbre y despojo de su invicta clava:
Que cuando el conde Dirlos contra el moro
Alarbe su ancha flota navegaba,
La galeaza suya, de entre todas,
Derrotada arribó á la insigne Ródas.

Y él, deseoso de ver la gran medalla
Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,
De paz entró, y en sola una batalla
Duque y señor salió de tierra y gente;
Mas la que ahora tras él hace muralla
No es la que allí rindió su espada ardiente,
Ni del ducado de Guiayna rico,
Que á su padre Gofredo dió Alarico.

Que el conde Ornulfo título y estado
Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;
Y así, el tercio que allí le abriga el lado,
Es cuanto el narbones Varo contiene:
De Baldovinos, joven malogrado,
Solia esta escuadra ser; ahora le viene
Detras al grave Urgel, y en su reseña
Aun llora los sucesos de Dardeña.

Entró tras deste el bello Ricardeto,
Hijo de Amon, y de Reinaldo hermano,
Que en rostro hermoso y en fingir discreto,
A Flordespina hurtó el fruto temprano;
De quien nació el segundo Sansoneto,
Padre de Arnolt y abuelo de Britano,
De Cleves duque, de Borgoña yerno,
Y de la bella Arnulfa esposo tierno.

Destos á España sucesion gallarda
Del tiempo trajo la inmortal cadencia,
No de sangre encubierta ni bastarda,
Sino de ilustre y clara descendencia:
De aquí de la color de la esmeralda
Arnao sus bandas toma y dependencia,
Y en Méjico y en Búrgos los de Mota
Más nobles son que el sol que el alba brota.

De aquí, en báculo de oro y mitra santa,
Ya Tlascala un obispo goza ilustre
De sus dichosos siglos y de cuanta
Felicidad tendrá el colmado lustre:
El grave tronco desta insigne planta,
A quien tiempo voraz jamas deslustre,
Fué el hijo da Beatriz, tras quien venía
Cuanta braveza la Borgundia cria.

Por donde el grave Sécuana divide
De los belgas y celtas los mojones,
Gente que con la sola espada mide
De amigos y enemigos las razones;
Que á ninguno disculpas da ni pide,
Ni de agravio admitió satisfacciones:
Solo el brazo y su acero es quien sentencia
La mas dificultosa competencia.

Tres mil pasaron destos, más pomposos
Que las aves de Juno en sus plumeros,
Tras de quien los carducios belicosos
Y los helbios siguieron altaneros,
Con los que de Gebena los llorosos
Altos nevados riscos ven enteros,
Gentes agrestes, cuya inculta sierra
Lo importante produce de la guerra.

Las graves canas del feliz Ricarte
Esta serrana escuadra hacian vistosa,
Y él, como anciano y venerable Marte,
En robusta vejez y alma briosa,
De oro orlada llevaba en su estandarte
La puente de Mantible, empresa honrosa
A su primera edad, con que hacia
La gloria florecer de Normandia.

Y bien que no en aquel ardor primero
Que al gigante Galafre descompuso,
Y la sangrienta puente, ya de acero,
De su escudo al cuartel dorado puso;
Mas todavía con su aliento entero,
Que es de la áspera guerra padre el uso,
Por lanza un pino que en las puntas arde,
Gallardo entró por el pomposo alarde.

Siguióle allí el fortísimo Organtino,
De los tabanes real fruto excelente,
Del sabio Malgesí hijo adivino
Y de la reina de la Orcania ardiente:
Esta en nocturnos caractéres vino
A Montalvan mil veces, del oriente,
A probar de sus cercos los efetos,
Y del mago frances ciencia y secretos.

De ambos nació Organtino, que en la ciencia
De sus mágicos padres fué eminente,
Y de su franca sangre, por la herencia,
Como el ser sabio, tuvo el ser valiente:
Este de insuperable suficiencia
Su rico arnés labró resplandeciente,
Templado así al hervir del lago Averno,
Que en su dureza es el diamante tierno.

Mas no te aprovecharon, ¡oh furtivo
Fruto de Montalvan y Orcania bella!
Ni las yerbas tesálicas ni el vivo
Rayo infeliz de tu observada estrella;
Que en una antigua espada el hado esquivo
Su destruicion forjó, y tu muerte en ella;
Que es Balisarda estoque de la muerte,
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.

Llevaba este dos mil tras su estandarte,
De Champaina abundante en rojo trigo,
Con otros tantos más que le dió aparte
De su encubierta madre el sabio amigo:
Tras dél, al huello de un templado Marte,
La fama hecha de su honor testigo,
De Rusellon pasó el duque Gerardo,
Brioso jóven de ánimo gallardo;

Del gran Gui de Borgoña nieto amado,
El que á Murpin mató, mágico moro
Que á Floripes la torre habia escalado
Por hurtarle su rica cinta de oro;
Cuyo real cerco, en pedrería grabado,
Con bello adorno de inmortal tesoro,
Al cuerpo que se anuda da en aumento
Vida y salud, y á los demas sustento.

Sea mágica ficcion, ó astro dichoso
Cuajado en la preciosa margarita,
A todos, como un plato sustancioso,
El pecho alienta y el desmayo quita;
A quien rodea su círculo lumbroso,
Y á quien su rayo da lumbre exquisita,
Todo lo alegra, y de sustento viste
Los secos labios de la hambre triste.

Fué de Floripes esta cinta bella,
Y ella del almirante Balan hija,
Que su real torre defendió con ella
De un asedio cruel y hambre prolija;
Donde Murpin, volando, entró á prendella,
Y ya la joya entre sus dedos fija,
Volver queria á volar, cuando sin vuelo,
Sin cinta y sin cabeza vino al suelo.

Gui de Borgoña le atajó el intento
Con un diestro reves á tiempo dado,
Valiente abuelo del que ahora al viento
Pasa alumbrando con su arnes dorado:
Acompañan sus lados ciento á ciento
Los ricos pueblos del Escalde helado,
Que de Alemania á Bélgica divide
Y el brio soberbio de sus campos mide.

Aquí, del rey de Persia Lamostante
Dos hijos iban de ánimo gallardo,
Que, aficionados al señor de Anglante,
Padre y patria vendieron sin resguardo:
Murió el Rey y del reino lo importante,
Y ahora el bello Clarelo y feo Copardo,
Como un signo de Géminis florido,
Una divisa llevan y un vestido.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos
Angelin y Angelieros, pasó el fiero
Galtier de Maunleon y los lozanos
Avinio, Abonio, Oton y Belenguero:
Pasó el bello Drusian de ojos livianos,
Vestido más de seda que de acero,
Hijo del rey famoso Brasalante,
Brioso jóven, cazador y amante.

De Polisena, hija de Olivéros,
Se profesaba tierno enamorado,
No habida en casto lecho ni en los fueros
Del santo nudo é himeneo sagrado;
Que el paladin la hubo en los primeros
Años de juventud, ocasionado
De una hermosa princesa que vivia
En la torre celosa de Almería.

El ambicioso Galalon, armado
De azules recamadas armas de oro,
Tras estos se seguia, y á su lado
Su bello hijo Salier, lustre y decoro
De todo el rico maganceс estado,
Envidia al campo franco, espanto al moro,
Gran cazador de fieras, y en seguillas
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado,
Todos de una librea y de unos fueros,
De azul, tela de plata y de morado,
Y de las mismas plumas los sombreros,
Semejante al lucero coronado
De las flores de mayo y sus plumeros,
Digno por cierto que le diera el hado
Vida mas larga y padre mas honrado.

Dos van tras deste, de ánimo gallardo,
Don Arnao y Rainer, ambos amantes
De Flordespin, y el uno hijo bastardo
Del gran marques de Güeldres Ballugantes,
Que, jóven tras la caza de un leon pardo,
En las selvas de Ardeña resonantes
Una hada gozó, y en su escondrijo
La dejó madre de Rainer su hijo.

Allí entre breñas se crió, y ahora,
Hecho grave marques de Picardía,
Seis mil vasallos lleva, y por señora
A sola Flordespin; tras quien seguia
Don Casaus, vizconde de Basora
Sobre la Persia y duque de Pavía;
Dudon, Anselmo, Clévès, y Malarte,
En ciencia Apolo y en braveza un Marte.

Este del rey Gerion trae descendencia,
Que con tres cuerpos gobernó en España,
Y en triplicada voz, forma y presencia,
Estado le hizo y majestad extraña:
De tres cetros gozó la preeminencia,
De tres tiaras sus sienes acompaña,
Y de otros tantos cuellos hizo, hambriento,
Hércules su gallardo vencimiento.

Este guiaba los pueblos que al Garona
Las riberas cultivan y la greña,
Tras de quien el marques de Carcasona
Feroz guió su tremolante seña:
Godofre era su nombre, y su persona
De altivo aliento y alma zabareña:
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.

Entre oro, plumas, plata y pedrería,
En dos blancos caballos van, iguales
Al alba de oro el uno, el otro al dia,
Cuando alegrando salen los mortales,
Ballugante y Arloto de Suria:
Bujaforte y Franconio de Hardales
Seguian, este landgrave de Alemaña,
Y del viejo hijo aquel de la montaña.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfaroto, Franconio y Matalista,
Bracamonte el galan, Guido el severo,
El rico Astolfo y el sutil Arista;
Aimo, Hermion, Liofan, Claudio y Galtéro,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este solo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado; este hombre solo
De émulos se libró, y á la cruel guerra
De acedos celos fué encubierto polo:
¡Oh cuánto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combes que alumbra Apolo
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo:

Que Egibardo, de todos los anales,
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recien nacido;
De adonde el tiempo, en cercos desiguales,
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo y no primero,
Y un privado no es todo un reino entéro.

Y si, como es la fama, en el Paquino
Concha de nácar le arrojó del seno,
Y en los campos del reino cristalino
Rocío le concibió del mar Tirreno;
Sin duda fué su origen peregrino
Pronóstico feliz de dichas lleno,
Y el parto de Parténope fecundo,
Sirena cuyo canto encantó el mundo.

Es fama que otro tiempo dieron, canas
De blancos huesos de hombres, sus riberas
En el mar de Sicilia tres hermanas,
Beldades crueles y hermosuras fieras,
Con música encantando y voces vanas
Los capitanes y las naos guerreras
Que de lo mas distante de la tierra
Marte guiaba á la troyana guerra.

Fué esta grave jornada á quien los hados
Amasado quisieron dar el mundo;
Y ellas las que á sus playas los forzados
Navíos traian por el mar profundo:
Solo Ulises con oidos destapados
Pasó el primero, sin tener segundo,
Al son de sus cantares, de quien pudo,
Pues no fué en oirlos sordo, no ser mudo.

Salvó todas sus gentes belicosas
Con cerrarles el paso á las querellas
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,
Y él sus canciones escuchó, y en ellas
Acentos de palabras poderosas
A detener su curso á las estrellas,
Hacer correr los montes, y el violento
Curso enfrenar del alterado viento.

Y aun si la entena en que él se habia ligado
Guardara entónces el primer sentido
Que en su selva la hizo árbol copado,
De alguna antigua ninfa estrecho nido,
Nunca él pasara libre, ni el sagrado
Ilion diera en ceniza convertido;
Mas sus desnudos huesos en la playa
Fuéran, cual los demas, cándida raya.

Tan poderoso fué el hablar gallardo
De aquellos tres portentos de elocuencia;
Señal que de una dellas fué Egibardo
Parto feliz, pues heredó su ciencia,
Con que al César hacia breve ó tardo,
Y en su gobierno aquella diferencia
Que sus gustos pedian, y á ese modo
Del reino lo mejor le seguia todo.

De diez veces quinientos la arrogante
Escuadra daba al sol timbres dorados,
Gente al trabajo con fervor constante,
De fuerzas firme y de ánimos doblados;
En voladoras flechas abundante,
Aljabas de marfil y arcos pintados,
Que al campo arrojan, en crujir sonoro,
Nubes de arpones como lluvia de oro.

Pues de tí, oh noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Balisarte,
Que, de Cárlos Martel en luto triste,
Del reino recibió el real estandarte,
¿Cómo contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, más vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?

Subiste altivo al grave oficio honroso
De don Galfedro, hijo de Ulfano,
Gran duque de Saboya, á quien brioso
Dió injusta muerte el falso conde Gano:
Feliz, á no vivir tan receloso
De su hermosa Olinda, casta en vano,
Pues ella en lo mejor quedó perdida,
Y el alevoso conde sin la vida.

Que el ofendido padre, en la venganza
Del muerto hijo, destruyó su estado,
Mató al Conde y á su única esperanza;
El bello Florambel; mató al culpado
Guasco, mató diez condes de Maganza,
Mató á Olinda, mató á su padre amado,
Mató á dos hijos de su anciano suegro,
Celin el blanco y Alisandro el negro;

El uno en hacer mal á los caballos,
Y otro en justar, insignemente diestros,
Ricos de fama y ricos de vasallos,
Pero de hados por igual siniestros,
Pues pudo un muerto jóven degollallos,
Por mas que fuesen en huir maestros;
A quien sucedió Lanio, que llevaba
Tras sí una escuadra rozagante y brava:

Juzgóse, encima de un overo armado,
Al dorado Orion, cuando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso;
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y escuadron vistoso,
Que en el rio Liger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos ni usan armas nobles,
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes;
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,
Muertes al enemigo desde léjos.

Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirio rey desciende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe extiende,
Guerrera la hizo amor, de tierna dama;
Que en la escuela de amor ¿qué no se aprende?
Y hoy es en la reseña su persona
En beldad Vénus y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su escuadra bella,
Y los que van tras ella, semejantes
A las ardientes lumbres de alegria
Que tras su capitan la noche envia.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las águilas negras campeaba,
A cuyo tremolar tiembla del suelo
Cuanto el mar ciñe y con sus tumbos lava:
Roldan guia este cuartel; Roldan, que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso si entre tanta hazaña fuera
Otra alguna ántes desta la postrera.

Seguia, por general de Francia, el resto
Del campo su estandarte, y á su lado
Reinaldos, Oduardo el duque Arnesto,
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:
A este, con trato no del todo honesto,
Meridiana parió, en el celebrado
Cerco de Montalvan; que en cualquier modo
El trato y la ocasion lo pueden todo.

Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo
Lugar para ello, y fué á su amor posible)
En dos el corazon; dos damas tuvo,
Y en dos repartió el alma indivisible:
A Florisena un tiempo la entretuvo,
A Meridiana dió prenda visible
De su amor, en la misma que ahora se arde
En llamas de oro en el vistoso alarde.

Así el campo pasó, y así en serena
Majestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala ó buena;
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

ALEGORÍA.

En el buen suceso de Gundémaro y Arlaja, se muestra que el cielo es tan justo en sus decretos que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte más que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Ormindas y su dama se dice el castigo que da el cielo al príncipe que, debiendo ser el amparo de la religion, la menosprecia y quebranta; y en el orígen de la ciudad de Granada, que sola la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas, y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda nos dice claro que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, é ir devanando la vida, labrando, como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal, como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La trasformacion de Doralice en fuente significa que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento; y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

LIBRO VIGESIMOCUARTO.

ARGUMENTO.

Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitan el suyo; y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual, entre trágicos sucesos, se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demas Doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra,
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido;
Mas tierra es la que veo, ¡tierra, tierra!
Gracias al cielo, gracias, que ha traido,
Por los peligros que este golfo encierra,
Mi frágil leño al puerto conocido,
Donde, al cumplir el voto, en sus extremos
Al sacro templo cuelgue vela y remos.

Adios, vanos temores, que ya distes
En cobarde escuadron asalto al alma;
Adios, Graus, Caribdis, Scilas tristes,
A quien, de miedo, creí rendir la palma:
Ya al puerto embisto; afuera los que fuistes
A mi viento feliz prolija calma;
Dejadme allá llegar: afuera, afuera;
Que siento el fresco ya de la ribera.

Ya de la fama los clarines siento
Con que le hacen sus devotos fiesta,
Y del altivo templo por el viento
Subir las puntas en dorada cresta:
Ya de sus cisnes al divino acento
La playa rie, y suena la floresta:
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto
De mi barca halle puerto y cumpla el voto.

Ya entre los cuernos del caliente Toro
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,
Abriendo al mundo el celestial tesoro
De nueva y tierna luz, bordaba el suelo;
Y del carro acerado el rayo de oro,
Con que Marte trastorna y mide el cielo,
Sobre los campos dió, y creció la saña
Al frances brio y al furor de España.

El nuevo orgullo del cercano dia,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarin de oro despertó, que hacia
Pomposa salva al rayo del lucero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.

Dejan los mudos lechos, y allí entero
El reposo que en tibia paz dormia;
Y el miserable vulgo, que el entero
Sol no ha de ver del comenzado dia,
En tropa acude y ánimo altanero
A la tienda imperial, donde á porfía
Da priesa, y solicita de la vida
El postrer paso y última partida.

¡Oh soberanas causas! que si el mundo,
A vuestro superior gobierno unido,
Trastornar os agrada, y con profundo
Saber darlo á mejor discurso asido,
Nuestra ignorancia, que es medio segundo,
Nos cargais por primero; y convencido
De error culpable nuestro incauto pecho,
Solo lo que ordenais en todo es hecho.

Acaudillando la orgullosa gente
Que á su cercano fin se precipita,
El falso Galalon á la eminente
Tienda imperial llegó, en aplauso y grita,
Donde, en falaz discurso y limpia frente,
Así al César razona, y necesita
A la cercana muerte que ya el hado
De la fortuna á Francia ha señalado.

«¡Oh invencible Monarca, á quien del suelo
Lo mejor por cabeza y rey adora,
A cuyos firmes hombros dará el cielo
Cuanto hasta el turbio ocaso ve la aurora!
El fin dichoso que en heróico celo
Aquí tus gentes trujo y tiene ahora
Ya llamando á tu puerta, te convida
Al triunfo y la victoria prometida.

»Ya de tu ardiente carro los fogosos
Caballos con relinchos placenteros
Tus enemigos vuelven temerosos,
Y empañan con bufidos sus aceros:
Ya para ser señor de los famosos
Montes de España, y á tus francos fieros
Dar libre el rico saco que en sí encierra,
Sola lo impide esta pequeña sierra.

»Que les mandes marchar te ruegan solo,
Y á su altivo furor quites el freno;
Que en pago te darán, de polo á polo,
Cuanto de tierra y mar abraza el seno:
Verá tus lirios de oro el rubio Apolo
Cuando en el Gánges bebe, y cuando, lleno
De la encendida lumbre que le abrasa,
Tétis le ahoga en su profunda casa.

»Esto el humilde pueblo y los magnates
Que tus dobladas águilas seguimos,
Por los vencidos reinos y combates
Que á tu servicio dieron, te pedimos:
Con solo esto rogamos que rescates
Tu obligacion, si alguna te pusimos,
Y que por la licencia que les dieres
Cobres á España y goces sus placeres.

»¿Quién te detiene el brio? Quién refrena
Del ímpetu frances tu pecho ardiente?
Mira que es remision de culpa llena
En tí el vencer tan tibia y flojamente:
Rompe, señor, del todo, desenfrena
Ese raudal de tu invencible gente;
Acepta el triunfo que te ofrece el hado,
Y ten vergüenza de vencer rogado.

»Venga á justo derecho ó no lo venga
La guerra que hoy fortuna va trazando,
Con tal que yo por capitan te tenga,
Y al romper de tu boca sienta el bando,
Tu gusto es ley, convenga ó no convenga;
Tuyo es el mundo y fué, ¿qué estás dudando?
Un sol hay en el cielo y en la tierra,
Un solo emperador en paz y en guerra.

»Todos, cual ves, esperan que estos pardos
Riscos, que solo impiden tu victoria,
Les mandes escalar, y á los bastardos
Godos quitar la antigua vanagloria;
Que ya llenos sus ánimos gallardos
Del deseo de dejar de sí memoria,
El de mas tibio y mas helado pecho
Está una salamandra de honra hecho.»

Dijo; y el César, ya con las razones
Del lisonjero Conde el alma llena
De hidrópica ambicion, tras sus pendones
Que marche á toda furia el campo ordena:
Rompen trincheas, alzan pabellones,
Tocan las cajas, y el clarin resuena
Por las cóncavas cuevas y los riscos
De gramas entoldados y lentiscos.

Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja,
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja.
Y todo, al fin, por do el incendio pasa,
El monte asombra y su ladera abrasa;

Así al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor sube marchando
Por los riscos, altivos miradores
Del grave Pirineo, el frances bando:
Tiemblan los pinos, gimen los alcores
Debajo el grave peso, y no bastando
A refrenar su furia, el valle escaso
Les da, á no poder mas, humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
A quien del cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro de su trato y uso;
Y por mejor y altísimo trofeo
De paz y eternas treguas, le compuso
Entre las dos naciones que, feroces,
Hoy su sosiego han perturbado á voces:

De las huecas alcobas donde tiene
En estrados de plata reclinada
La grave espalda, que corriendo viene
De la una mar á la otra mar salada;
Al rumor de la gente que detiene,
Su cabeza de encinas coronada
Dicen que alzó entre riscos; y la tierra
Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas
Del frances reino las legiones fieras,
De las lustrosas armas las doradas
Luces, y el tremolar de las banderas;
Las leyes de sus límites quebradas,
Y que, por pretensiones altaneras,
Lo que el cielo apartó en concordia sana,
Juntar pretende la ambicion humana:

«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha rebelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
Por mis revueltas peñas se han sembrado?
¿A qué fin, con tan graves movimientos
De armas, mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?

»¿Qué mas discordia habrá cuando en el cielo
El sol se abrase y queme las estrellas,
Cuando la mar se extienda por el suelo,
Y sus olas levante encima dellas,
Cuando del tiempo el concertado vuelo
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas
Que encadenaban toda esta armonía
Las deshaga y consuma el postrer dia?

»¿Cuando, quebrada la mortal coluna
Que ahora es firme asiento de las cosas,
Tras la enlutada esfera de la luna
Las estrellas se arrojen perezosas;
Y en la mar anegadas de una en una,
Se encienda el aire en llamas espantosas
Que los polos abrasen, y entre tanto
Todo se vuelva á su primer espanto?

»Ni entónces podrá haber mayor revuelta,
Ni mundo mas confuso y alterado,
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
Le pondrá mas suspenso y enlutado:
La tierra veo un mar de sangre vuelta,
El aire de cometas rodeado,
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
Cubierto el sol de un amarillo velo.

»Ya otras veces mis hombros deste peso
Cargado y estas mismas armas tuve;
Mas no tan graves ni de tanto exceso
Como el que ora por cima dellos sube:
O aquí el mundo ha juntado el gran proceso
De sus edades, y esta densa nube
Preñada va de su potencia y saña;
O, cual sentir caduco, el mio se engaña.

»Mas peso y carga de mayores gentes
Nunca de España el belicoso suelo
Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
En un solo escuadron dió aliento el cielo;
Ni cuando á saquear de mis vertientes
Las ricas costras de argentado hielo
La hambre de Fenicia, ni el estrago
Sobre mí vino de la gran Cartago.

»Ni cuando á sus soberbios pensamientos
El fiero hijo de Ismaan alzó pendones,
Cuyos mal reprimidos movimientos
Desmembraron de Siria estas regiones;
Y de Meroan cortando los intentos,
Al reino cordobes dieron blasones
Con que al mundo temblar, y á España hizo
Humillarse á un tirano advenedizo.

»Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea
En Portunio abatió su media luna,
Ni cuando, en riesgo la servil ralea
De esclavos, le embistió guerra importuna;
Ni el cruel desman de otra frances pelea,
Triste ensayo y agüero de fortuna,
A este se iguala, con que altiva intenta
De toda su ambicion tomarle cuenta.

»Mas si el oculto discurrir del hado,
Y de las parcas el estambre y huso,
A la francesa majestad han dado
Su crecimiento hasta este punto incluso;
Si hasta aquí tiene el cielo decretado
Que llegue, y por sus límites le puso
La cumbre que ya sube, y quiere á una
Que della le despeñe la fortuna;

»Yo doy lugar á lo que el cielo ordena,
El paso libre y el camino llano.»
Esto á la gran montaña de años llena
Es fama que le oyó el bosque cercano;
Y el feroz campo, cuyo curso atruena
Los vecinos contornos, llegó ufano
A la alta cumbre, donde, en vista fiera,
El español ejército le espera.

Tembló el brio frances viendo al contrario,
Y de pálido y triste horror cubierto,
Volvió en semblante humilde, el temerario
Con que ántes el vencer tuvo por cierto;
Y ya en mas órden mide y pesa el vario
Brazo de la fortuna sin concierto;
Que hace diversos visos y reflejos
Ver la muerte á los ojos ó de lejos.

En tres gruesas escuadras su potente
Ejército el frances ordena y parte,
El diestro cuerno con la invicta gente
Que arrastró de Girona el estandarte,
Hecha á vencer lombardos, y al valiente
Gradaso y Mandricardo da y reparte,
A cuenta de Reinaldos, que á su lado
Parece un invencible Marte armado.

La segunda, de ricos preciosos llena
Del destrozado campo de Agramante,
Que su fama á la ardiente Libia atruena
El bélico aparato y voz triunfante,
Con mas palmas que nacen en su arena,
Y mas triunfos que alerces cria Atlante,
A tí, fiero Dudon, y á tu braveza
Dió el César por gobierno y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa
De la fama añadió sonoro aliento,
Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa,
Sobre su altar tendrán eterno asiento,
Con el César, que en grave aplauso y pompa
Príncipes le acompañan ciento á ciento,
A cuenta va del gran señor de Anglante,
A un invicto centauro semejante.

Aquí entre otros jayanes, cuyas sienes
Diadema de oro por los yelmos ciñe,
Y á sus vecinos reinos con desdenes
Fortuna á dar tributo y fe constriñe,
Leofante va y Fabúreo por rehenes
De la una y otra Arabia, que les tiñe
De rojo los escudos, donde lleva
Este un cisne, y aquel la luna nueva.

De la otra parte el grave Alfonso empieza
A mover con su ejército asturiano,
En número inferior, mas no en braveza
A ningun pecho ni valor humano:
Por gallardo caudillo y por cabeza
Del Carpio ilustre el dueño soberano,
Cual delante del sol sale el lucero,
Ardiendo en llamas de oro y limpio acero.

Sobre un caballo negro azabachado,
De pequeñas orejas y cabeza,
De un sol blanco en la frente remendado,
Fogosos ojos, llenos de viveza,
Tresalbo, ancho de pecho y levantado,
De corta clin y presta lijereza;
Las hinchadas narices con su aliento
Son espuma al jaez y fuego al viento;

Enaspando las manos de brioso,
La cola entre las piernas escondida,
De concertado freno y paso airoso,
Y á blanda rienda su altivez rendida;
Armado el rico arnes de oro rogoso,
Que ya fué de Vulcano obra escogida,
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
Como el cielo en la luz de sus estrellas.

De blancas plumas un penacho altivo,
Que el aire en crespo tremolar le enreda;
De oro grabado el peto, en que el cautivo
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda;
En el escudo de fortuna al vivo
Hecha pedazos la inconstante rueda,
De perlas, oro y pedrería sembrada,
Y por letra, «No hay otra que mi espada.»

Cual sobre el austro ardiente al pardo moro
El soberbio centauro mide el cielo,
Y en márgen de cristal tiembla el sonoro
Golfo al ver trastornar su raudo vuelo,
Y él, con mallas de plata y peto de oro,
Su estrellada grandeza muestra al suelo:
Tal, en arnes vistoso relumbrante,
Bernardo está á su ejército delante.

Su venerable rey, que la potencia
Del orbe sobre España venir siente,
Y que para tan grave resistencia
Cuanto tiene le importa de valiente;
Mostrando en todo que su real presencia
Es alma invicta á su invencible gente,
De en medio della, con saber profundo,
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo:

«Invictos héroes, que por tantos modos
El tiempo en vuestros pechos examina
El gran caudal que en los soberbios godos
El feliz temple castellano afina,
Hoy, por daros de un golpe juntos todos
Los triunfos de la tierra, determina
Rendir á vuestros piés, por vuestras manos,
Los que en vencerla toda están ufanos,

»Por no poder llevar vuestras espadas
A trastornar los montes del oriente,
Ni á vencer las regiones escarchadas
Del norte, ni de Libia el suelo ardiente;
Los triunfos todos de esas derramadas
Naciones os los trae en esta gente,
Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra
Al pié os la viene á dar desta alta sierra.

»Mas no por verlos en tan grave punto,
De la instable fortuna acariciados,
Su arrogante opinion, vano trasunto
De ambicion loca, os deje acobardados;
Que toda esta altivez y orgullo junto
Ya de vencerlo estáis acostumbrados:
¿Cuándo el furor fantástico de Francia
Contra el brazo español fué de importancia?

»Bien saben que es comprar á cargas de oro
Un dia de treguas y de paz á España,
No huyendo del persa ni del moro,
Sino del catalan coraje y saña,
Cuando Teudio, su rey, vida y tesoro
Al paso les quitó desta montaña,
Habiéndole pagado hasta una huella
A peso de oro de los riscos della.

»Del extremeño Clanio la persona,
Que ya dos veces, con tasada gente,
De la francesa sangre en Carcasona
Arroyos hizo, y sus montañas fuente,
¿Fué mas que español nuestro? A Tarragona,
Cuando de su nobleza lo eminente
Dió montes de sepulcros á igualada,
¿Cuyo fué el brazo? ¿Quién prestó la espada?

»Ni penseis que los siglos han mudado
A estas, como á otras cosas, las corrientes,
Habiendo allí crecido, aquí menguado
Los ánimos y bríos de las gentes:
Los mismos son que fuéron: ya probado
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
Su esfuerzo, sus dorados lirios bellos
Bien saben vuestros brazos deshacellos.

»El bravo orgullo es este que delante
Con fantásticos miedos os asombra;
La causa de la guerra su arrogante
Soberbia, otra aparente y vana sombra:
Ambiciosa codicia es lo restante,
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
Vuestro derecho, oh héroes astorianos,
Es librar nuestro reino de sus manos.

»Quien de su amada patria el tiel regazo,
Donde el dichoso nace, vive y muere,
Y de la nueva esposa al dulce abrazo
Volver sin mancha á su nobleza quiere;
Quien del pequeño hijo el tierno lazo
Tornar al grave cuello pretendiere,
Y no humillar de la cerviz altiva
El libre suyo á sujecion cautiva;

»Con la enemiga sangre derramada
Le importa iluminar la ejecutoria:
Honor perdido ó libertad ganada
Es ganar ó perder esta victoria.
¡Oh intrépido escuadron, á cuya espada
El cielo ofrece semejante gloria!
Librad la invicta patria, y haced vuestra
De un golpe la honra que de aquí se muestra.»

Dijo; y á su discurso el campo altivo
En bélico furor se enciende y arde,
Suena el arnes de Marte vengativo
Fuego ardiente al feroz, hielo al cobarde;
Quién del diestro venablo, quién del vivo
Filo del corvo alfanje hace alarde,
Y quién, blandiendo la nudosa lanza,
Sin moverse, al contrario se abalanza.

En tanto el frances campo el aire impuro,
Lleno de agüeros tristes, mira atento;
El negro valle de un celaje oscuro
En torno le entoldó y espesó el viento:
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,
Sonó de un pardo buho el ronco acento,
Y de tres cuervos un combate fiero
Entre la nube y su enlutado agüero.

Desvaneció la sombra, salió el dia,
Cubierto el sol con un sangriento velo,
Y del norte una alegre compañia
De doce blancos cisnes batió el vuelo;
Cuando un águila altiva, que venia
De hácia el campo español, cubriendo el cielo
En pompa de alas y de artejos bellos,
Con engrifadas garras se entró en ellos.

Mezclóse al escuadron; creció la suma
La reina de las aves, cuyo brio
Hace que el blanco cerco se consuma,
Y que las nubes dén de sangre un rio:
Caen los destrozos de nevada pluma,
Y muertos uno á uno, el aire frio
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.

El César, de tan graves causas lleno,
Su cuidadoso discurrir revuelve;
Mas, ya empeñado el crédito, en sereno
Semblante el alterado pecho vuelve:
Rompe á la altiva majestad el freno;
En ver el fin del hado se resuelve,
Y, fingiendo el placer que no tenia,
Así al campo habló que le seguia:

«¡Oh ya del mundo diestros vencedores!
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros
No hay pechos tan osados, ni furores
Que no os rindan humildes sus aceros;
De adonde en aromáticos olores
Del tierno dia beben los primeros
Rayos de alegre luz, al mas distante
Pueblo á quien da su sombra el viejo Atlante;

»Ya de la gran jornada el postrer dia,
Con tantas diligencias procurado,
Vuestra braveza llama y desafia
Al modo de vencer acostumbrado:
De los gallardos brazos la osadía
Que al mundo hizo temblar, hoy con doblado
Esfuerzo es el mostrarla conveniente
En el vencer esta indomable gente.

»No hay nacion tan remota y apartada
Desde donde la oculta Tile humea,
Hasta el feroz Centauro, que en dorada
Uña en el polo Antártico pasea,
Que al filo agudo de esa invicta espada
Nuevo trofeo de altivez no sea,
Ni desde el indio oculto al mar de oriente,
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente

»Ya pues, para que en carros de leones
Y en triunfo universal goceis la tierra,
A vuestra fama solos los mojones
Resta allanar desta enemiga tierra:
Con esto haceis de todas las naciones
Un reino solo; solo en esta guerra
Está el ser invencibles, ó que el mundo
Aun todavía os dé el lugar segundo.

»Mas ¿para qué en palabras entretengo
El triunfo que tal brio me asegura,
Si lo poco que en ellas me detengo
De corriente le quito á mi ventura?
Esto les doy de vida; hasta aquí vengo
A serles franco rey; gocen segura
Libertad este rato, ya el postrero
Que el hado les otorga y vuestro acero.

»Que, aunque ceñidas de laurel triunfante
Por vuestra espada mis ancianas sienes
Ya vi otras veces, nunca en tan pujante
Gusto, ni en colmo de tan altos bienes;
Ni cuando el fiero campo de Agramante
Me dió en vencidos reyes sus rehenes,
Ni cuando de Gradaso y de Mambrino
Y Almonte el triplicado triunfo vino;

»Ni cuando á Desiderio en Lombardía
Mi tributario hice, ni con tanta
Gloria entré en Roma á recibir un dia
Del sacro imperio la diadema santa;
Que á todos estos actos de alegría
Este los sobrepuja y adelanta:
A esta victoria y triunfo los pasados
Son márgenes de gustos abreviados.

»Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,
La fe me otorgue de ese pecho fiero,
Que contra los rendidos, vuestros dardos
Ni se armen de rigor ni sean de acero:
El que en lijero vuelo ó pasos tardos
Se os rindiere, tendréis por compañero:
Sea vuestro ciudado el que huyere,
O el que por no morir se defendiere.

»De los demas, sin reservar viviente,
La sangre riegue vuestros lirios de oro;
Muera su rey falaz, muera su gente;
Muera el leonés, el árabe y el moro:
¡A ellos! invicta casta, descendiente
Del que á Héctor engendró y á Polidoro;
Que aun ya desde esta altura donde estamos
Por superiores suyos nos contamos!»

Dijo; y en frio silencio amortiguado
Se vió el primer orgullo bullicioso,
De la vecina muerte demudado
El pálido semblante al mas brioso:
Da latidos el pecho al mas osado;
Temen el arrogante y el medroso;
Y entibiar en tal trance los guerreros
Es el peor de todos los agüeros.

Mas no solo temblaron los presentes
De su cercano fin al triste ensayo,
Que no se halló frances entre las gentes
Que entónces no sintiese algun desmayo;
O fuesen de los hados las corrientes,
O de signo infeliz precioso rayo,
Que á las francesas armas poderosas
El curso trastornaba de las cosas.

Todos, al fin, los que en el mundo habia
Por regiones incógnitas sembrados,
Los azares sintieron de aquel dia,
Y los pechos hallaron desmayados:
Los de la Libia cruel, los de la pia
Moscovia; los humildes, los honrados;
El que en Tiro sus púrpuras rescata,
Y el que de solo el ocio en Paris trata.

El César, á vencer acostumbrado,
Se vió tambien suspenso un rato en duda:
Hiere al luciente acero el sol dorado,
Y el aire en sangre y luto se demuda;
Cuando, de la fortuna arrebatado,
El uno y otro ejército se muda
En busca de la muerte, que, aprestada,
Da el postrer filo á su tajante espada.

Vanse acercando; suenan los clarines
Entre las peñas con quebrados ecos,
Y puestos ya en los últimos confines
Del fatal monte y sus peñascos huecos;
Del vario tiempo los dudosos fines,
Y del triste hado los variables truecos
Su orgullo asombran, y al dudoso caso
Suspenso dan el amagado paso.

En tanto la piedad y ambicion juntas
En medio hacen su batalla aparte:
La piedad, viendo en aceradas puntas
De Cárlos y de Alfonso el estandarte,
Que, con doradas cruces, sus conjuntas
Naciones hijas son de un mismo Marte,
De un gremio, de una ley, de un clima y cielo:
No sabe cuál seguir por mejor celo.

Duda cuál de los dos sea su enemigo,
Si el Católico rey, si el rey Cristiano,
Bien que de entrambos, con halago amigo,
Tocar desea de paz la honesta mano:
Ya en esto, puesto el cielo por testigo,
A embestir iba el pecho á Carlo-Mano,
Cuando de la ambicion fué rebatida
De un golpe tal, que la dejó sin vida.

Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,
Ni tiene superior, ni igual consiente,
Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,
Ni guarda fe al amigo ni al pariente:
Todo lo arrasa, á todos blancos tira;
Y ahora, llena del furor presente,
Pasó, por mas victoria de su mano,
El duro corazon á Carlo-Mano.

Y el resto del fantástico semblante
Al justo de un feroz jayan lo entalla,
Y por alma cruel lo da á Morgante,
Que aquel dia ántes vino á la batalla;
Donde, puesto al ejército delante,
Sale ardiendo el primero á comenzalla;
Y acrecentada de ambicion la injuria,
¿Qué rienda bastará contra su furia?

Muévense entrambos campos, semejantes
A dos tejidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrantes,
Y las copadas hayas yelmos finos;
Las ramas sus plumeros tremolantes,
Donde hace el viento bellos remolinos,
Y á las varias centellas del acero,
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos:
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncos y tristísimos acentos:
Suena el acero; asombra su vislumbre,
Y el Pirineo tembló por los cimientos:
Las madres dentro en los vecinos techos
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

Ahora es tiempo, oh sacra Melpomene,
Que en trágico furor vuele mi pluma,
Y tal su belicoso acento suene,
Que ni olvido ni envidia lo consuma;
Antes el mundo así sus versos llene,
Que, aun reducidos á compendio y suma,
Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,
Que quien dellos no hablare no esté vivo.

Cual soberbio centauro que el monte Osa
En veloz curso rompe y atraviesa,
Y entero un pino da á la poderosa
Mano, haciendo de él liviana empresa;
Tiembla la alta montaña cavernosa,
Y él, cual turbio raudal rota la presa,
Hasta arrojarse en el vecino valle,
Por cuanto al paso encuentra hace calle;

Tal Morgante, amor nuevo de la bella
Angélica, á romper la primer lanza
En el campo español vuela con ella,
Y á entrarse por sus puntas se abalanza:
Encontró á Gravelindos de la Estrella,
Quitándole su encuentro la esperanza
De suceder en Lugo á Bahamonte,
Y sus armas trocar por las de Almonte.

Rompió la lanza en él, y con la espada
Furioso se arrojó en el campo hispano,
Abriendo por la gente mas granada
Sangriento estrago su arrogante mano:
De tajo, de reves y de estocada,
Ahuyenta, hiere y mata al mas cercano;
Carga y revuelve su indomable potro,
De aquí y de allí, sobre este, aquel y el otro.

Reinaldos encontró del fiel Carpento
El gripado leon en verde escudo,
Pasando entrambos cual lijero viento,
Este herido en el brazo y aquel mudo;
Mas del feroz Roldan ¿quién el violento
Curso dirá y encuentro que al membrudo
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro,
Tal, que el monte atronó el rumor sonoro?

Fué el navarro á caer desacordado,
Mas, revolviendo con mejor sentido,
Dejó al Conde, que en medio del cerrado
Escuadron ve, de seis á un tiempo herido;
Y á Angelin encontró, que, confiado
De dar muerte á Rainer, volvia, teñido
De fresca sangre el brazo, y un agudo
Trozo de lanza por el roto escudo.

Del golpe que á Roldan causara espanto
O temor, si atendiera su pujanza,
Al conde de Burdeos llegó tanto,
Que pudo dar á su Rainer venganza:
Rasgó el escudo, el brazo, el yelmo y cuanto
Desde el plumero á la escarcela alcanza,
Dando al suelo de un golpe, por entero,
Plumas, armas, caballo y caballero.

Al duque Astolfo, que á vengar venia
La muerte de Angelin, volvió furioso,
Y en gallarda y trabada batería,
Dar principio se vió á un combate hermoso;
Mas tanta era la gente que moria
De un campo y otro, tanto el temeroso
Resonar de los golpes y tormenta,
Que no es posible dar de todos cuenta.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
Gaiferos, Naimo, Oron y Bellenguero,
Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,
El aleman Godrofe, el fiel Rainero,
De todos hecho un escuadron gallardo,
Lanzando rayos de su ardiente acero,
Por el revuelto ejército de España
Rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto;
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increible dejan muerto,
Y entre los vivos un horrible estrago:
Quién el costado, quién el cuerpo abierto,
Sin sentir, de la muerte bebió el trago;
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
Por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos ejércitos difusos,
Sin órden, modo, sin concierto ni arte,
En espantosa trapala, los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte:
En ciegas tropas y en monton confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y á pié, todos á una
Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos ni el prudente
Capitan pueden reducir á modo
La descompuesta confusion de gente,
En que se enreda y enmaraña todo:
Mezclados el cobarde y el valiente,
El español, frances, normando y godo,
El noble y el plebeyo, el alto y bajo,
El que viste armas y el que no las trajo.

Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas;
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horrible rios sangrientos,
Volcando arneses, grevas y celadas
A los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros escuadrones de hombres muertos.

Mézclase en los ejércitos la muerte,
Y mil vidas se lleva de un encuentro,
Que, aunque cada una asida de su suerte,
Todas al fin van á parar á un centro:
Trasio, yendo á herir á Arnesto el fuerte,
Por la espada de Andronio se entró dentro,
Quedando, al descender el golpe incierto,
Libre el vencido, y el contrario muerto.

Llevóle Fanio á Isarco, de una altiva
Herida, la cortés cabeza á vuelo;
Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,
Y ellos bajar, con toda el alma, al suelo:
Rió Sarpelo en ver que medio viva,
Yendo á hablar, le ató la lengua el hielo;
Y á él, por trocar los yelmos, una flecha
Las sienes le cosió y pasó derecha.

Un venablo por medio de los pechos
Iba á Rubin buscando las espaldas,
Cuando otros dos en él dieron derechos,
Y él de aquel monte en las sangrientas faldas;
Y el alma, por tres pasos tan estrechos
A volver rojas las violetas gualdas,
Duda al salir; cuando, de un golpe abierta
La cabeza, le dió bastante puerta.

Cayó tras él Sirinto y Aldigero
Con armas encontradas y sangrientas,
Este gran bebedor y aquel parlero,
Y un golpe los libró de dos afrentas:
De un campo y otro Alcin, aventurero,
Y el capitan Ovando las violentas
Lanzas quebraron, yendo al campo abierto
El uno medio vivo, el otro muerto.

A los piés de Chaquin cayó Sarrento,
Que entre unos riscos de la mar tenia
Mujer é hijos, y en quietud contento,
Con anchas redes de pescar vivia:
Creciéle la ambicion, mudó de intento,
Viniéndose á la guerra, y aquel dia,
De un fiero golpe ya rotos los cascos,
Por la paz suspiró de sus peñascos.

Mas ¿cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente
De tu amorosa vena trocar pudo,
Y de poeta altivo y elocuente,
Te trajo á ser entre las armas mudo?
¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,
Por dulces versos el pesado escudo,
Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
Por el laurel de tus heróicas sienes?

Si querias guerras, con tu musa á solas
Las pudieras cantar, cual ya hiciste
Otro tiempo las armas españolas,
Y de Rodrigo la tragedia triste:
Mira, oh gallardo jóven, que las olas
De antojos con que Apolo el alma embiste,
Otras que no estas son, y que es de otra arte
El poético furor que no el de Marte.

Apénas de oro el escarchado vello
Hacia invisible sombra á tus mejillas,
Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello
De Vénus y de Adónis las mancillas:
No sé por qué dejaste, oh jóven bello,
De cantar las batallas por seguillas;
Que para darnos desta una gran suma,
Más que tu espada nos valia tu pluma.

Mas con deseos de cantar á España
De sus invictos héroes las heridas,
De acero armado y de tu misma saña,
Fuiste al campo á aprenderlas, no de oídas:
Con limpio arnes que el aire en lumbres baña,
Y sobre el yelmo plumas esparcidas,
Que, en lo pomposo y hueco de su rama,
De las alas parecen de la fama.

En el escudo por empresa bella,
Aludiendo al amor en que se funda,
Tu vihuela, sin otra cuerda en ella
Que una prima, y por letra, «Sin segunda:»
Ó sea la luz que te guió tu estrella,
Tu música, tu canto, ó tu profunda
Vena, todo era tal, y de tal modo,
Que á todo junto ajusta, y cuadra á todo.

Deste gallardo y belicoso aliento,
Oh espíritu gentil, acompañado,
A los mayores riesgos mas contento
Entrar te hacia tu ánimo arrojado;
Y matando enemigos ciento á ciento,
Ya cantar tu victoria habias trazado;
Cuando el deseo de alcanzar á Arbante
Al golpe guiar te pudo de Morgante.

Cual fiero leon, si al corto dia de invierno,
Tras larga noche, ayuno se levanta,
Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
O nuevo toro ve entre planta y planta,
A quien aun no ha salido firme el cuerno
Ni á los pechos le cuelga la garganta;
Deja otras ocasiones, y al presente
Las garras tienta, y apercibe el diente:

Tal el gigante al jóven peregrino
Su cruel hado le hizo que revuelva
Con una lanza de un entero pino,
Que ya fué adorno de una inculta selva:
Pasó el dorado escudo, el peto fino,
Y á salir hizo que la punta vuelva
Por las espaldas, y el altivo cuello
Caer dejó al un lado el rostro bello.

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicona,
Que todas juntas déis á mi alma aliento,
Que iguale, si es posible, á la persona
De quien ya quiero comenzar el cuento;
Y no en voz que se muda y desentona
A cualquier paso y con cualquiera viento;
Mas, en estilo de oro y voz de acero,
Vean que es de la verdad la fama un cero.

Y de aquel brazo cuyas maravillas
Asombraron un tiempo las estrellas,
Para que ahora hagan en oillas
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas:
De esas doradas sacrosantas sillas
Bajad á oir mi canto, ¡oh ninfas bellas!
Por cuyas manos el licor se vierte
Que hace dulces engaños á la muerte.

Salió gallardo el príncipe de España
Luego que el frances campo vió deshecho;
Que hasta aquel punto reprimió la saña
Para mejor justificar su hecho;
Y cual hambriento leon, si en la montaña
La aguda hambre que le escarba el pecho,
El tímido rebaño, ya sin gente
Ni pastor, desde léjos balar siente,

Haciendo estrago y riza de mil suertes,
Entra bañando en sangre diente y garras;
Tal el feroz caudillo de los fuertes
Montañeses saltó el palenque y barras;
Y en varios golpes y en diversas muertes
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
Asombrando su espada al campo todo,
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.

Al galan Durandarte, desde léjos,
En ricas plumas y armas señalado,
Pasar vió entre las lumbres y reflejos
Que el sol sacaba de su arnes dorado;
Y al verse en sus clarísimos espejos,
Tan furioso llegó, que á no ir cebado
En dar muerte al frances, si se mirara,
De su misma braveza se espantara.

Mas la gallarda espada al brazo altivo,
Igual en la fineza y la ventura,
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
Que ni bastó reparo ni armadura;
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo
Del costado bajó, donde en segura
Paz su Belerma hermosa está escondida,
Que pudo aquella vez darle la vida.

Traia entre un riquísimo tesoro
Su dama en el escudo retratada,
Con tan nueva hermosura y tal decoro,
Que fuera otra Medusa, bien mirada:
Un Cupido á sus piés labrado de oro,
Sobre su venda dando otra lazada,
Y de diamantes esta cifra bella:
«Medroso de morir si llega á vella.»

Sintió el tierno amador ver dividido
De tal manera su encantado escudo,
Que de la rica imágen de Cupido
Nada dejó á su dama el filo agudo;
Y desto más que del dolor herido,
Con cuanto brio su arrogancia pudo
Tan fiero el brazo alzó, que al derriballe,
El monte hizo temblar y atronó el valle.

La cabeza humilló hasta los arzones
Bernardo á la agraviada hermosura;
Que en el menguado escudo sus facciones
Muestran que aun más se debe á tal figura;
Mas no se iguala el término á los dones;
Que él fué cortés, pero ellos de hechura
Que, al primer golpe que acertó de lleno,
Dió al valiente frances por cama el heno.

Reinaldos, que llegó cuando caia,
Admirado de heridas tan gallardas,
«Valiente español, dijo, este es mi dia
Si, como debes, sin temor me aguardas:
Con esa tuya y con la espada mia,
De roja sangre y de tinieblas pardas
Famosa estatua te dara la suerte
De heróicos hechos y de honrada muerte.»

Dijo; y á un tiempo igual ambos guerreros,
A dos manos, sin guarda ni cubierta,
A buscar su victoria bajan fieros,
El uno á Belisarda, otro á Fusberta:
Esta dobló en las armas sus aceros;
Mas aquella con tal destreza acierta
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
Que todo el cerco de oro al suelo vino.

No le admiró á Reinaldos ver falsado
El encantado acero, que ya pudo
De todo un mundo defenderle armado,
Ni roto el leon barrado de su escudo;
Que lo que entónces le dejó admirado
El golpe fué del español sañudo,
Con quien los de Mambrino y los de Orlando
Golpes de folla son, dados burlando.

Mas no por eso se acobarda un punto;
Que el apetito de honra aumenta el brio;
Antes con uno y otro aliento junto
Rompe, arrogante de furor, un rio:
Parece de los dos vivo el trasunto
De Aquiles y Héctor, cuyo desafio
Dejó sobre los muros de Neptuno,
Despues de gran porfia, muerto al uno.

Hiere Reinaldos al valiente godo
En confusa batalla de mil suertes,
Y él, tras su ofensa, por el mismo modo
Intenta en él mil géneros de muertes:
Todo lo buscan, y lo prueban todo,
Con pechos nobles y con brazos fuertes,
De un golpe y otro, de una y otra herida,
Buscando el fin de la contraria vida.

Por seis partes herido y desangrado
De Montalvan el príncipe se via,
Y su enemigo en todo tan guardado,
Que hecho de un diamante parecia;
Cuando, ya de morir determinado,
El roto leon borrado al suelo envia,
Tomando á su Fusberta con dos manos,
Que hizo temblar los montes comarcanos.

Y al sucesor del conde de Saldaña,
Que cubierto se entró para esperallo,
Dió un golpe, y otro y otro con tal saña,
Que sin sentido le llevó el caballo
Hasta donde al Rey Casto una maraña
De gente, ó por prendello ó por matallo,
Cercaba con el fiero rey Morgante,
Que, solo, á todo junto era bastante.

Mas, aunque herido en el honor le halla
El presente rigor, con pecho entero,
Sin mas volver á la primer batalla,
A guarecer su rey pasó lijero;
Y al gigante feroz, que á rematalla
Iba á todo el rigor de un golpe fiero,
De la una y otra cólera impelido,
El suyo le quitó todo el sentido.

Y al ofendido rey, que en tanto estrecho
Halló sin esperanza de la vida,
Cobrar caballo hizo, y largo trecho
Arredrar dél la gente mal nacida;
Que no hay tan fiero y arrogante pecho
Que ose esperarle la segunda herida,
Si el suyo con deseos de venganza
A hacerla de véras se abalanza.

Y viendo en salvo al Rey: «Señor, le dijo,
No es justo así arriesgar vuestra persona,
Unica y noble basa en que está fijo
De España invicta el cetro y la corona...»
Mas ya á este tiempo de Milon el hijo,
Que enteros campos rinde y amontona,
Huyendo dél un escuadron confuso,
Fin á sus ruegos y razones puso.

¿Quién dirá de una espada tan gallarda
Los golpes y heridas espantosas,
Si ya á mi débil voz y lengua tarda
Tan imposibles son como forzosas?
Pecho de hierro y trueno de lombarda
Se ahogará al tropel de tantas cosas,
Donde en las que hoy obró el señor de Anglante
Mil siglos tiene que la fama cante.

Cual del frio risco ó cavernosa gruta
Donde Eolo encierra los airados vientos,
De un ciego huracan tempestad bruta
Al mar se arroja en soplos turbulentos;
Donde su rabia hórrida ejecuta
Tropa sutil de espíritus violentos,
Que, trastornando el golfo hasta el profundo,
La firme basa hace temblar del mundo;

Saca el turbio Neptuno su tridente,
Y en horrible bramar los amenaza;
Las ricas islas del Egeo potente
Con olas sorbe y golpes despedaza;
Clama Delo á su dios resplandeciente,
Sérifo hunde su pequeña plaza:
Tal del feroz Roldan la altiva y brava
Violencia de una gente en otra andaba.

Hiere, rompe, destroza, desbarata,
Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,
Despedaza, desmiembra, corta, mata
Cuanto delante el campo le presenta;
A este el brazo, al otro le arrebata
La mano, el rostro; y nada le contenta:
Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,
Abolla, rompe, quiebra, corta y talla.

En esta horrible mortandad envuelto
Llegó cuando Bernardo revolvia
Sobre el feroz Morgan, que, habiendo vuelto
De su primer desmayo, parecia
Que entero un mundo, en su furor revuelto,
De su arrogante brazo descendia
Contra el gallardo jóven, que á otra parte,
Si le mira, hará temblar á Marte.

Y empezando los dos nueva batalla,
El Conde, que llegó seguro á vella,
Y á los primeros lances de miralla
Su contrario español conoció en ella;
Alegre de que en tal sazon se halla,
Por cuanto encuentra rompe y atropella,
Gritando: «Afuera, que esta empresa es mia;
Aquesta es mi venganza; este es mi dia.»

Puesto en medio los dos, feroz retira
A una parte á Morgante, y á Bernardo
A dos manos dió un golpe con tal ira,
Que le hizo humillar el brio gallardo;
Mas el corzo colérico, que mira
La grave injuria del frances bastardo,
Que, en menosprecio suyo y su arrogante
Brazo, al de su furor pasó adelante,

Sin mirar si es amigo ó si enemigo,
Sobre él tal tempestad de golpes llueve,
Que el vivir le importó el seguro abrigo
Del encantado yelmo un tiempo breve;
Mas el leonés, que parte, y no testigo,
Quiere ser de aquel campo, lo que debe
Paga á dos manos con la fiera espada,
Que piensa de los dos salir vengada;

Cuando el franco Roldan al jóven fiero
Y á su enemigo, en medio el campo rojo,
«Venid, dice, los dos; que ambos espero
Que muertos me pagueis mejor mi enojo:
A entrambos juntos digo, á entrambos quiero,
Por mi honra al uno, al otro por mi antojo;
Que no se templará tan bien mi saña
Si una muerte con otra no acompaña.»

Dijo; y de aquel y deste rebatido,
Ni sabe á cuál herir, cómo ni dónde;
Que los tres, uno de otro confundido,
Ninguno ve á quién da ni á quién responde:
Tal la discordia en ellos se ha encendido,
Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al Conde,
El Conde á él, y dellos cada uno
Con dos juntos se afirma y con ninguno.

Llegó bravo Reinaldos á este punto,
Y viendo la confusa bateria,
Y al golpe de su espada puesto á punto
El que siguiendo con furor venia,
Con el que en su ofendido pecho junto
Pudo caber á su Fusberta, envia
Sobre el dorado yelmo, que el ruido
Le sacó por un rato de sentido.

Quiso segundar otro, y otro luego;
Mas despertó al primero, y pudo tanto
La nueva sinrazon del furor ciego,
Que dió de dos á Francia el primer llanto;
Y al español coraje tanto fuego,
Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,
Pues hecho dos el yelmo de Mambrino
Con cuanto tenia dentro al suelo vino.

Cayó, y de Montalvan y Claramonte
Toda la gloria junta vino al suelo.
¡Oh del mundo menor breve horizonte,
Vida mortal, tasado paralelo!
Sea á tu gran valor tumba este monte,
Fama el blason, y la capilla el cielo,
Pues, tras tantas grandezas, de su mano
No te dejó otra cosa el tiempo vano.

Cayó tambien con él su leal Bayardo,
O atronado del golpe poderoso,
O que del signo triste el paso tardo
Allí acabó su curso perezoso;
Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
Reinaldos al sepulcro temeroso,
En cuya compañía el fiel caballo
Muerto, nuevo dolor ponia mirallo.

Asombró el golpe los vecinos valles,
Y volvió el mas distante la cabeza;
Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
Y de la herida viendo la fiereza,
«¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
Donde hoy cae del imperio la grandeza!
Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!
¿Cómo tal fin á tal principio has dado?»

Dijo; y ya con la rabia de la muerte,
Por vengar de su primo el triste caso,
Al jayan fiero, cuyo brazo fuerte
Vuelto enemigo le detiene el paso,
Un golpe, y otro y otro de tal suerte
Furioso á un tiempo da, que al campo raso,
Fuera de todo acuerdo el rey Morgante,
A los piés vino del señor de Anglante.

Y sin mas curar de él, por la batalla
Cruel se entra á buscar la espada altiva
De aquel en quien vengar piensa, si le halla,
El muerto primo y la congoja viva:
Ve de léjos lucir su ardiente malla,
Que á cada golpe un capitan derriba,
Y que de uno, el bizarro pecho abierto,
Al prado el duque Astolfo cayó muerto.

Traspasó otro dolor su pecho ardiente,
Y á matarle ó morir sale arrogante,
Cuando en tropa gentil, resplandeciente,
El paso le atajó un gallardo amante;
El bello Ascanio, hijo del valiente
Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante
Volvia de matar por su persona
Cien franceses y un duque de Bayona.

Era el brioso jóven heredero
Del muerto duque y príncipe de Parma,
A quien la seda, mas que el duro acero,
La flor de sus lozanos miembros arma;
Mas, aunque niño y tierno, es altanero,
Y así el brio en su pecho toca al arma,
Que, despreciando el ocio de su tierra,
En busca de su honor vino á la guerra.

De la prudente Emilia, dulce hermana
Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,
Unico alivio y prenda á la temprana
Muerte infeliz de su querido esposo:
Deseo del tierno primo y de honra vana
Al bello Ascanio le quitó el reposo,
Y entre una escuadra de toscana gente
A la guerra le trajo á ser valiente.

De cien mancebos de su edad ceñido,
De armas grabadas y plumeros bellos,
Con ricas sobrevistas de encendido
Carmesí y oro, que alegraba el vellos,
El fresco, altivo jóven, que al florido
Rostro apuntaban los primeros vellos,
En caballo tambien lozano y niño,
De la color de un no manchado armiño,

Hechas de la alheñada clin á trechos
Bellas guedejas encrespadas de oro,
La altiva frente y los fornidos pechos
Llenos de un grave y bárbaro tesoro;
Del precioso jaez los trozos hechos
De varias piedras, que en crujir sonoro
Hacen con orgulloso movimiento
Temblar las plumas y asombrarse el viento.

Sus ricas armas, más que el sol lucientes,
De carbuncos cuajados y diamantes,
De alegres rayos dan fuegos ardientes,
Que los aires abrasan circunstantes:
La celada, de plumas eminentes,
Blancas perlas esgrime por pinjantes,
Sembrado el resto á trechos de follajes,
Alcachofadas piñas y plumajes.

La roja espada de oro guarnecida,
De cristalina pedrería sembrada,
De los bordados tiros detenida,
En rica vaina de marfil grabada;
La varia sobrevista entretejida
Por su celeste azul plata escarchada,
Y en sus bordados, por divina traza,
Del bello Adónis la imprudente caza.

Vianse del fiero jabalí vengados
Entre claveles sus perdidos tiros,
Que si allá fuéron flores de los prados,
Aquí rubís ardientes y zafiros:
Los bellos ojos del amor preñados
De aljófar, y los labios de suspiros,
Y su cárdeno cuerpo entre las flores
Vertiendo sangre y derramando amores,

Con tan bello primor, que sobrepuja
A la verdad la historia dibujada,
Dulces cuidados de la diestra aguja
De su tierna y ausente esposa amada;
La limpia lanza en la dorada cuja,
La vista alegre, el alma enamorada,
Cuyo capote y ceño, si se ira,
Da gusto y regocijo á quien lo mira.

Era el luciente yelmo que traia
De perlas y diamantes estrellado,
Donde un bello zodíaco ceñia
La altiva cresta y el gorjal labrado,
Los signos de diversa pedrería,
Y en el vellon de Cólcos, de un dorado
Topacio hecho un sol, cuyo fecundo
Rayo un nuevo verano abria al mundo.

Mas cuando en el fervor de la batalla
Con su aliento el bruñido acero entibia,
Del grave peso y su dorada talla,
Buscando aire, el cabello crespo alivia;
Y al que delante su ventura halla,
Aunque sea el risco del Peñol de Libia,
De amores vence, y mata con la vista;
Que á ella ó su espada no hay quien se resista.

Traia en el valiente y ancho escudo,
Para mostrar la gloria que profesa,
Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
De Alcides las columnas por empresa;
Y señalando con lenguaje mudo
La hermosura que en su alma vive impresa,
En torno, escrito de rubís: «Si os viera,
»Sobre vuestra belleza las pusiera.»

Agrada á todos su hermosura y brio;
Él solo ni se estima ni se aprecia;
Que con desdenes y áspero desvío
Su blanda condicion quiere hacer recia;
Mas, por bien que en compuesto señorío
Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
Nunca su agrado pierde deleitoso;
Que miéntras mas airado, es mas hermoso.

Vuelven sus enemigos á otra parte
Las lanzas por no herir el rostro bello,
Y él de ese amor se ofende de tal arte,
Que los querria despedazar por ello:
Atiza sus enojos, y reparte
Ira suave entre el placer de vello;
Mas ya de estas sus flores placenteras
Las parcas van hilando las postreras.

¡Oh bello jóven, diestro en el bullicio
De la caza sagaz y sus engaños!
¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio
En lo mejor de tus floridos años?
Aquel ya de tu edad fué propio oficio,
Y tú incapaz de otros mayores daños;
Mas dióte el hado en sangre y hermosura
Mucho de estado, y poco de ventura.

¡Mísero, que fiado en tus engaños
De Marte sigues el clarin sonoro,
Para causar deleite á los extraños,
Y á tu madre infeliz tormento y lloro!
¿Quién volvió azar tus florecientes años,
Y agüero tus grabadas armas de oro?
Rico trofeo, en quien la adversa suerte
Principios dió de gloria, y fin de muerte.

Habia con su gallarda escuadra hecho
Vistosos lances en la franca gente:
Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
De la region gascona el mas valiente:
Mató á Menon, á Galvo, y al contrecho
Esquilo, en dulces versos eminente;
Y á tí, sesgo Foscion, que no supiste
Reir ni llorar, ni estar alegre ó triste.

Pasó en diestro venablo la garganta
A Demedes voraz, gloton hambriento,
Que despues que pasó á su vientre cuanta
Renta dejó de Sergio el testamento,
Se hizo alférez; y al fin por donde tanta
Hacienda entró, tambien entró el violento
Hierro, y fué en el tragar tan bruto y fuerte,
Que, cuando más no halló, tragó la muerte.

Cual cachorro leon de poca prueba
Por los rebaños de Getulia ardientes,
Que ántes la madre le traia á la cueva
Conformes á su edad pastos recientes,
Sintiendo al cuello la guedeja nueva,
Las corvas garras y los limpios dientes,
Corre lozano en torno la campaña,
Y á volver á su cueva no se amaña;

Así el hermoso Ascanio tras su muerte
Por el frances ejército corria,
Y en medio puesto de su escuadra fuerte,
Lucero entre celajes parecia;
Cuando el rigor de la infelice suerte
Al paso le sacó donde venia
Del fiero conde Orlando la pujanza,
A tomar en Bernardo cruel venganza.

Asombróle el furor del valor fiero;
Tembló en ver el denuedo que traia;
Fáltáronle las fuerzas y el entero
Brio que en su alma nueva amanecia:
Vió que la guerra pide más que acero,
Y que no es la imprudencia valentía;
Echa de ver que es niño, y no bastante
Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atras, mas no le deja
La honrada sangre que en las venas tiene;
Teme el ir adelante, y en perpleja
Lucha el miedo y la honra le detiene:
Cúbrele un frio sudor que la guedeja
De oro á llover menudo aljófar viene,
Y en triste agüero una amarilla sombra,
Volando en torno, con temor le asombra.

Cual blanco cisne á su cantar atento,
Si de las frescas juncias del Pó mira
El águila de Júpiter, que al viento
La sombra en torno de sus plumas gira;
No hallando abrigo á su furor violento,
Tiembla, suspende el canto y se retira,
Y en la tierra quisiera entrarse al centro
Por huir de sus uñas al encuentro:

Tal el hermoso jóven, que se halla
Al golpe puesto del frances gallardo,
Sin esperanza cierta en la batalla,
Ni á su espada cruel hallar resguardo;
No viendo ya razon con que excusalla,
De un frio miedo impedido el brazo tardo,
Contra el Conde le alzó, más por defensa
Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
Que, viendo á su querido primo muerto,
Al tierno Adónis y á su bella amante
Que hallara, atropellara sin concierto;
Al romano gentil que vió delante,
De plumas, oro y pedrería cubierto,
Cual hambriento leon que en diente y garra
Tierno cordero á su sabor desgarra;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente
En el bravo español que le ha ofendido,
Hallando sin pensar el inocente
Pecho, dió en él la furia y el bramido:
Retira el paso, oh jóven excelente,
Da lugar á que acuda tu querido
Primo, que ya á valerte con su escudo
La vuelta daba, mas llegar no pudo.

Que con tal furia á Durindana embiste
El Conde sobre Ascanio, que á su acero
Ni el suyo basta ni rigor resiste,
Que escudo y peto rebanó el primero:
Al segundo, anublado en muerte triste
El semblante poco ántes placentero,
Cayó, y sintió al caer, más que su muerte,
La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo, que al morir su primo amado
En la defensa de su amor llegaba,
Con el nuevo dolor quedó atajado
De ver la prenda tal que en tanto amaba:
«¡Oh bello jóven, dijo, malogrado!
Oh enemigo cruel! Oh furia brava!
El poder todo que hay en los humanos
No te podrá dar libre de mis manos.»

Y arremetiendo al Conde, que venia
En igual ademan y brio de dalle,
Un escuadron entero que huia
Al uno y otro les tomó la calle:
Despartió su furor el que traia
El alterado campo; sonó el valle,
Y el alboroto y el tropel de gente
Los hizo dividir forzosamente.

Era esta grita un intrincado enredo
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,
Que en espantable indómito denuedo
Huyendo la llevaba por delante;
Y no con armas, mas con solo el miedo;
Que es el miedo en el vulgo, semejante
Al ruido que en la nube se levanta,
Que, sin herir, con amagar espanta.

Despues que volvió en sí del golpe fiero
Con que le dejó Orlando sin sentido,
Rabioso en ver sus fuerzas y su entero
Brio dos veces en un dia vencido,
Las ricas armas de templado acero
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido
Cuerpo, dando á los campos el tesoro
De la gran sierpe y sus escamas de oro.

Y en impaciencia y voces turbulentas
Bramando, vuelto al cielo, escupe y dice:
«¡Cobardes dioses! si á esas tan contentas
Sillas que os sueña el mundo no desdice
El ser todos locura, y las afrentas
Vengar quereis que ya en mi reino os hice;
Si no sois solo palos y pinturas,
Y tienen de deidad vuestras figuras;

»Bajad todos á mí, ó volved al mundo
Cuantos en él tuvieren nombre y fama:
A Encélado el gigante, que el profundo
Valle de Etna recuece en viva llama;
Los que en Flegra con brio furibundo
Ya os hicieron huir de rama en rama
Del horrible Briareo el bulto leve,
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve;

»Dad á Nembrot por báculo su torre,
Y por soldados cuantos hubo en ella;
Nazca de nuevo Anteo, si se corre
De haber perdido su armadura bella;
Y sin que de su madre aparte y borre
La grave estampa y la torcida huella,
Saque en su ayuda, si á sazon le viene,
Juntos cuantos hermanos tuvo y tiene.

»Saque Jason sus argonautas fieros,
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles
De nuevo multiplique compañeros,
De leones hechos, no de hormigas viles;
Salgan de Troya y Grecia los guerreros;
Salgan Golias, Sanson y los sutiles
Judíos; salgan de Argos y de Tébas
Los crueles campos y sangrientas grevas.

»Salgan Héctor, y Páris, y Troylo,
l fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,
l fuerte Alcides, y el que en sabio estilo
enció de Esfinge el cavernoso monte;
urno, Enéas, Mecencio, Adastro, Egilo,
eseo y la arrogancia de Faetonte,
en su cruel hermandad, que la ira atice,
ómulo y Remo, Eteocle y Polinice.

»Salga mi antigua sombra, Capaneo,
olifemo y los hijos de Vulcano;
por no hacer mas áspero rodeo,
i el disgusto gastar el tiempo en vano,
ajad, cobardes dioses; que no creo
ue hay otro que esta clava de mi mano,
ue si allá sube y como aquí la afierra,
on todo vuestro cielo dará en tierra.»

Así en blasfemas voces contra el cielo
cautas iras y amenazas vierte,
con sola la clava á todo el suelo,
in otras armas, quiere dar la muerte:
ató á Arbel, á Sitarco y á Sartelo,
Eteo el rojo y á Gelon el fuerte,
á los dos primos Menedemo y Janto,
ste diestro en tañer, el otro en canto.

Degolló á Alceste, músico de flauta,
á los dos Sacrisildos arrogantes,
l honesto Epísino, á quien incauta
gila dió su amor seis dias ántes;
entre otros, al fantástico Argonauta,
uyas palabras eran semejantes
los álamos blancos, en el fruto,
así, nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,
omo el fiero Orion sí desarmado
l esgrimir de su acerada clava
irviese el golfo del Proponto helado:
n el cuartel de Argasto peleaba
l gascon Mondevegas, de argentado
rnes y un coronado leon rapante,
andado á escaques de oro por delante.

Sobre este, tras la clava y su arrogancia,
a la muerte bajando iba derecha,
uando Alcin, que con él desde su infancia
e habia criado en amistad estrecha,
an diestro, que á cien pasos de distancia
lavaba á un tierno ruiseñor su flecha,
na á tiempo tiró tan oportuno,
ue el golpe, de dos ojos, quitó el uno.

Pensó hundir el mundo el corzo fiero
on la rabia y dolor de la herida,
arrancando la flecha, y allí entero
l instrumento de la luz perdida,
rioso arremetió contra el flechero
or sacarle ambos ojos con la vida;
uando él, en igual tiento y puntería,
l otro le enclavó, y le escondió el dia.

Bramó el ciego jayan, resonó el valle,
arremetiendo á bulto el torpe Anteo,
l infeliz flechero, que por dalle
as bien no se guardó, cogió al voleo;
cayendo sobre él, para libralle
o bastó de su amigo el fiel deseo;
ue allí á bocados le quitó la vida,
cien dardos la suya al homicida.

Ya en esto la fortuna, que suspensa
eutral estado habia en la victoria,
en una variedad de casos densa
unos y á otros sembraba vanagloria,
queriendo dar á un cabo con la inmensa
áquina de su rueda transitoria,
omenzó á trastornar la vuelta extraña,
rancia á bajar, y á levantarse España.

Está el valle un sangriento lago hecho,
epulcro triste de la flor del mundo,
de sus bravos héroes, trecho á trecho,
aido aquí el primero, allí el segundo:
l campo reducido á tal estrecho,
ue de la muerte el cruel brazo iracundo,
yudada de España y sus aceros,
los dieces quitado habia los ceros.

No quiso la fortuna que tú fueses,
Francia, en el mundo sola la invencible,
Ni tu gloria fijar sin que sintieses
De su pesada mano el golpe horrible;
Y así, despues que puso tus franceses
De su arco en lo mas claro y mas visible,
Coronados de triunfos y blasones
De indómitas y bárbaras naciones;

Despues que á tus banderas humillados
Entrambos polos, y á tus lirios bellos
Humildes parias de honra dan postrados
Cuantos tuvieron ojos para vellos;
Despues que del oriente tus soldados
Los astros asombraron, y tras ellos,
Tan grande como el sol, de playa en playa
De honra abrieron al orbe una ancha raya;

Hoy quiso desnudarte esa grandeza,
Que venía á tus holgados miembros ancha;
Que aun para dalla junta á la braveza
De España le convino echarle ensancha;
Que, como espera hacerla su cabeza,
La tierra hasta sus límites ensancha,
Criando nuevos mundos en que tenga
Majestad que á la suya le convenga.

El grave Emperador, que en la batalla
Entró en su carro de marfil triunfante,
A quien, de petos y dorada malla,
Iban seis mil tudescos por delante,
Gente insigne, y el cargo de mandalla
Al traidor Galalon, que en radiante
Escudo de lisonjas, por mas mengua
Traia esta letra, «Aquí, mas no en la lengua;»

Viendo el campo frances puesto en huida,
Sus bravos paladines destrozados,
Sus nobles capitanes de vencida,
A riesgo su persona y sus estados,
Ya la traidora pretension cumplida
Del bando maganceses y sus privados,
La sangre helada y el cabello yerto,
De pena está, como los suyos, muerto.

Mas con pecho magnánimo la gloria
Ajena encubre y el dolor reprime,
Y ya que no en clarines de victoria,
En órden, porque nadie desanime,
Tocan á retirar; mas la notoria
Ventaja ya de España, en voz sublime
Aclamando victoria, «España, España,»
Ningun frances se libra de su saña.

Está el campo de muertos tan cubierto,
Que el carro no descubre ni halla paso,
Cuyo falcado tiro el pecho abierto
Deja del que al pasar encuentra acaso:
Alguno medio vivo y medio muerto,
Entre el morir y aquel vivir escaso,
Cruel quebranta, y con la rueda altiva
La parte le llevó que tenia viva.

Otro le ve venir, y no pudiendo
El cuerpo desviar sin que le oprima,
El débil cuello abaja al peso horrendo
Que con nuevo dolor le viene encima;
Y él de sus armas con el ronco estruendo
Pone en ver su furor espanto y grima,
Corriendo por las ruedas sangre y sesos
Pingües de las medulas de los huesos.

Llegó en esto á pasar el carro altivo
Por donde el gran Reinaldos muerto estaba;
Quedó el César en verlo tal, que el vivo
Más que el muerto cabe él dolor causaba;
Y sin reparo ya del golpe esquivo,
Huyendo al hado su violencia brava,
Del falso Galalon á toda instancia,
En un caballo salta, y huye á Francia.

El obispo Turpin, que entre el morado
Manto vestia bruñido y limpio acero,
A recoger del campo destrozado
Salió lo que sobró al vencedor fiero:
De plumas y roquete señalado,
Y en el escudo grave un trozo entero
Sobre oro de agradable siempreviva,
Y por letra, «Mi fama,» puesto arriba.

Solo á este dejó España por testigo
Y coronista desta su victoria,
Aunque él con pluma en todo no de amigo
Ya intentó y supo oscurecer su gloria:
Halló á Oliveros muerto por castigo
De su alevoso padre, que, en memoria
Del desafio pasado, en aquel valle
Acabó Montesinos de matalle.

Matóle, y tras su primo Durandarte
Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,
Del monte por la mas cerrada parte
Se entró llorando el grave mal presente:
De Cárlos la diadema, el estandarte,
El triunfal carro y la famosa gente
Hizo heróico trofeo, y dejó España
A Roncesvalles por tan grave hazaña.

Bernardo en tanto, ya que por su mano
Quitó á Rainer y á don Dudon la vida,
Al viejo Neimo, y á Godofre, hermano
De Galvan el bastardo fratricida,
Al fiel Dardin Dardeña, al inhumano
Don Alberto de Fox, y la escogida
Sangre vertió de entrambos los Beltranes,
Hijo y padre famosos capitanes;

A los dos Angelinos, y al prudente
Bibiano, ilustre príncipe en Saboya,
De la famosa sangre descendiente
Que á Héctor derramó la suya en Troya:
Viendo sin órden huir la franca gente
De Roncesvalles por la inculta hoya,
Espuelas á su leal caballo arrima,
Y así á los suyos al alcance anima:

«Aun no está Francia en su altivez rendida
Si esa gente que huye le dejamos,
Que se alabe de haber abierto herida
En los que sin vengarla nos quedamos:
Dirá que la desórden fué fingida,
Y que seguirla de temor no osámos,
Pues le duró, viniendo á nuestra tierra,
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.

»Id pues sin órden en monton confuso,
Y pasad adelante al que ahora huye;
Volvedme hácia España ese difuso
Campo que así el vencer nos disminuye:
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,
Que cuando mas no puede nos destruye,
La victoria y los triunfos vuelve vanos,
Quitando lo mejor de nuestras manos.

»Seguid el roto alcance, y diferente
De lo que ellos pretenden, les hiramos,
No en las espaldas, sino frente á frente,
Con que mayor el vencimiento hagamos:
Si no es honra vencer cobarde gente,
Ya que vencido habeis, no consintamos
Que á los bravos de Francia ya sin vidas
Por cobardes los dén vuestras heridas.»

Dijo; y contra Turpin, que acaudillando
Iba del roto campo el gran destrozo,
Viendo las altas plumas campeando,
El caballo hirió y su pecho el gozo;
Cuando hácia él venir al conde Orlando
Vió, y con gallardo brio y alborozo,
Dejando la primera empresa entera,
Esta segunda escoge por primera.

Cual generoso leon que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar y de hacer daño,
Las garras lame y el sangriento pecho,
Si un dragon ve venir de bulto extraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin y aire brioso
Se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español, viendo de léjos
Lucir las armas del señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante:
Bien que el Marte frances al desafio
No salió con menor aliento y brio.

Antes, en fuego de honra ardiendo el pecho
Y en deseos de venganza, «Oh fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarla igual cuidado vano;
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Si no el agravio, la honra reparada.»

Así dijo; y cual dos dragones fieros,
Que en los marsilios campos, con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles, se arden, y su hervir se siente,
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos:
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras,
Ya hechos rajas, cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado ni la sana
Pasta valerle en la defensa pudo,
Que ya partido en dos, hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada y levantado el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En ménos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda,
Su fuerza y sus virtudes mostró internas;
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su inviolable acero.

Antes, llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él, de ver su arnes roto y él herido,
Quedó, más que del golpe, sin sentido.

La vista absorta y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado;
Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo:
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano
Que sola rige el estrellado coro,
Con los membrudos cíclopes el vano
Aire retumba en eco más sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los caballos,
De las vueltas, vaivenes y reveses,
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos,
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta; que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que más lastima.

Dió el frances á Bernardo una herida
Tan á sazon, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida;
Mas cuando ya volvia á segundalle,
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas;

Y ántes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos:
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el Conde, del rüido
Quedó atronado el uso del sentido.

Queriale ya dejar, y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma, de piadosa:
«Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar mas, oh alma dichosa:
Muere ahora, cruel, muere, homicida;
Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo; y alzando el brazo vengativo,
Al dar sobre él la fiera arma encantada,
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heróica frente y la enemiga espada:
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre; su alma arrebatada
Feroz voló á su esfera, y su gallardo
Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo.

ALEGORÍA.

Las persuasiones de Galalon al César muestran claro cómo á los príncipes hasta de su misma destruccion hacen lisonjas con que paladearles el gusto; y los agüeros que se ven en el aire ántes de la batalla significan las inspiraciones que envia el cielo para despertar la obstinacion de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dormido, rompiendo con la ambicion todos los respetos y temores humanos; y en ser Morgante quien hace esto el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es señal que toda ella procedió de una voluntad desenfrenada y sin luz de entendimiento. En la discordia de Bernardo, Orlando y Morgante, se muestra cómo la soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite compañía; y en la hermosura de Ascanio, lo poco que puede la confianza humana, cuando no viene apoyada en grandes fundamentos de virtud; y en las muertes de Reinaldos y los demas paladines, y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Balisarda, muestra cómo no hay encantamento, armas ni defensa que basten contra la muerte.

FIN DEL BERNARDO POR DON BERNARDO DE VALBUENA.

LA CRISTIADA,

DEL PADRE MAESTRO FRAY DIEGO DE HOJEDA (1),

REGENTE DE LOS ESTUDIOS DE PREDICADORES DE LIMA.

AL EXCELENTISIMO MARQUES DE MONTES CLAROS, VIREY DEL PERU.

La vida de Cristo Señor nuestro, escrita en verso, ofrezco á vuestra excelencia, por el sugeto merecedora de altísima veneracion, y por el estilo antiguamente estimada, y ya (no sé por qué) no tanto. Dedícola á vuestra excelencia, no por su ilustrísima sangre, respetada entre los grandes de España (aunque pudiera esto moverme, pues la sangre de Cristo derramada en la cruz la mas noble merece en su servicio; mas al fin es naturaleza, que no importa por sí sola para la gracia); hágolo por dos razones: la primera, por la sabiduría y gran conocimiento que de buenas letras ha comunicado Dios á vuestra excelencia, que desto deben ampararse los libros que desean con razon perpetuidad; y la segunda, porque quien ha gobernado los dos reinos de las Indias Occidentales, y el archivo de sus tesoros, Sevilla, con tanto acertamiento y prudencia, es justo se le ofrezca por espejo la fundacion y acrecentamiento y premio del reino del Salvador, Rey de reyes verdadero. Y si no es demasía para carta breve añadir causa tercera, el ver á vuestra excelencia tan aficionado á pobres en las primeras provisiones de este reino, y tan recto distribuidor de la justicia en las segundas de Chile, impelió mi deseo para poner en manos de príncipe tan justo y misericordioso la union mas admirable de la justicia y misericordia de Dios. Recíbala vuestra excelencia con el afecto y rostro que suele tener y mostrar á las cosas de mi religion; que con solo esto el libro quedará honrado, y mi órden obligadísima, y servido nuestro Señor, etc.

Fray Diego de Hojeda.

(1) Cuantas diligencias hemos hecho para completar las escasas noticias biográficas que se conservan de este autor, han sido enteramente infructuosas. Tenemos pues que contentarnos con lo que nos dice el señor don Manuel José Quintana al insertar en su *Musa épica* los trozos mas recomendables de *La Cristiada*: que el padre fray Diego de Hojeda fué natural de Sevilla, y regente de los estudios de predicadores de Lima, circunstancia que consta en la portada de su poema. Esto es tambien lo que averiguó don Nicolas Antonio; y Ticknor, en su nueva *Historia de la literatura española*, refiriéndose al mismo origen, asegura que el padre Hojeda fué jóven á Lima, donde escribió su obra, y donde murió siendo superior de un convento de dominicos fundado por él mismo; pero en la *Historia general de Santo Domingo y de su órden de predicadores*, principiada por fray Hernando del Castillo y proseguida por don fray Juan Lopez, obispo de Monópoli, no se hace mencion alguna de nuestro poeta, á no ser que tenga relacion con él la noticia que hallamos en la cuarta parte de dicha historia, de un maestro fray Hernando de Ojea (que el nombre pudo ser equivocacion), «el cual escribió un tomo *de Vita Christi*, y tenia para imprimir otros tomos de diferentes historias». Ni aun en el poema *Lima fundada*, ó *Conquista del Perú*, del doctor don Pedro de Peralta, impreso en Lima el año 1732, en que se habla de varios escritores de aquellas provincias, así eclesiásticos como seglares, hemos hallado especie alguna acerca del autor que nos interesaba. Nuestro buen deseo no ha sido bastante á poder complacer en esta parte á nuestros lectores.

De obras insignificantes por mas de un concepto se han hecho repetidas ediciones, y de *La Cristiada* no existia mas que una, y esta rarísima, hecha en Sevilla, en casa de Diego Perez, el año 1611. Está en 4.°, y aunque algo incorrecta, sobre todo en la parte de puntuacion, es clara y de buenos tipos. Un libro pues de tan difícil adquisicion, y tan apreciable como este por su mérito literario, bien merecia tener cabida en la Biblioteca. Nos complacemos en hacer este obsequio á los amantes de nuestra literatura antigua.

LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
20 OCT 1932
OF OXFORD

LA CRISTIADA.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Cena el Señor con su devota escuela;
Los piés le lava; ordena el Sacramento;
De Júdas el pecado á Juan revela;
Con tres se va y les dice su tormento:
Duermen ellos, y Cristo se desvela,
Y en la tierra se humilla al Padre atento;
Y vestido de ajenas culpas, ora,
Ve su muerte y á Dios, y gime y llora.

Canto al Hijo de Dios, humano, y muerto
Con dolores y afrenta por el hombre.
Musa divina, en su costado abierto
Baña mi lengua y muévela en su nombre,
Porque suene mi voz con tal concierto,
Que, los oidos halagando, asombre
Al rudo y sabio, y el cristiano gusto
Halle provecho en un deleite justo.

Dime tambien los pasos que obediente
Desde el Huerto al Calvario Cristo anduvo,
Preso y juzgado de la fiera gente
Que, viendo á Dios morir, sin miedo estuvo;
Y el edificio de almas eminente
Que, cansado y herido, en peso tuvo;
De ilustres hijos el linaje santo,
Del cielo el gozo y del infierno el llanto.

Tú, gran Marques, en cuyo monte claro
La ciencia tiene su lugar secreto,
La nobleza un espejo en virtud raro,
El Antártico mundo un sol perfeto,
El saber premio, y el estudio amparo,
Y la pluma y pincel digno sugeto:
Oye del Hombre Dios la breve historia,
Infinita en valor, inmensa en gloria.

Verás clavado en cruz al Rey eterno:
Míralo en cruz, y hallarás qué aprendas;
Que es una oculta senda el buen gobierno,
Y en tu cruz quiere que á su cruz atiendas.
Aquí el cielo abrasado, el amor tierno,
De rigor y piedad las varias sendas
Por donde al cielo un príncipe camina,
Te enseñaré con arte y luz divina.

Ya el santo Hijo del supremo Padre,
Que, viendo su infinita hermosura,
Por sacar un concepto que le cuadre,
Con su esencia le infunde su figura,
Nacido habia de una Virgen Madre;
Que madre casta pide y virgen pura
El Hombre Dios, y caminado habia
Su corta edad quien hizo el primer dia;

Ya el sacro tiempo que en la Mente suma
Con dedo eterno estaba señalado,
Batido habia su lijera pluma,
Y por seis lustros, sin cesar, volado,
De la vida de Dios haciendo suma;
Porque quiso con tiempo limitado
Vivir, y con sagaz y oculta traza,
El que la inmensa eternidad abraza;

Ya, predicando su rëal grandeza,
Su adorada persona y sér divino,
Con voz clara á la pérfida rudeza
Y con ejemplo de su fama dino,
Habia de su altísima nobleza
Dado un modelo en gracia peregrino,
Que apareció, cual Hijo de quien era,
De virtud lleno y de verdad entera;

Ya la esperada ley de paz dichosa,
En almas de profetas escondida,
Y con buril de santidad preciosa
Por Dios en sabios pechos esculpida,
Habia dado á la ciudad famosa
En que dió á ciegos luz y á muertos vida;
Y el colegio de apóstoles sagrado
Habia sobre santo amor fundado:

Cuando la Pascua, de misterios llena,
En sombras ántes, pero ya en verdades,
Llena de ansia y quietud, de gloria y pena,
Varias, mas bien unidas propiedades,
Se llegaba, y la noche de la cena
Y aurora de las dulces amistades
Entre Dios y los hombres, en que quiso
Ser Dios manjar del nuevo paraiso.

Entónces el Señor que manda el cielo,
Y franco á sus ministros da la tierra,
Rico de amor y pobre de consuelo
El que en su mano el gozo eterno encierra,
Y ardiendo en aquel santo y limpio celo
Que desde que nació le hizo guerra,
Ordenó con su noble apostolado
Celebrar el Fasé, convite usado.

Era el Fasé la cena del cordero,
Que el mayor Sacramento figuraba,
Y allá en Egipto se comió primero
Cuando el pueblo de Dios cautivo estaba;
Y celebrarlo quiso el verdadero,
Que en él como en imágen se mostraba,
Para dar fin dichoso á la figura
Con su sagrado cuerpo y sangre pura.

Puesta la mesa pues, y el manjar puesto,
Y juntos los discípulos amados,
Y por el órden del Señor dispuesto,
Todos en sus lugares asentados,
Su amor pretende hacerles manifiesto,
Y los labíos de gracia rociados
Muestra, y envuelve en caridad suave
Estas palabras de su pecho grave:

«De comer con vosotros un deseo
Eficaz y ardentísimo he tenido
En esta Pascua, y por mi bien lo veo,
Primero que padezca, ya cumplido:
Este regalo, amigos, este aseo,
De vuestras dulces manos recibido,
No lo tendré otra vez, hasta que llegue
Al reino do glorioso en paz sosiegue.»

Dijo; y mirando á todos igualmente
Con amorosa vista y blandos ojos,
Y un suspiro del alma vehemente
(Señal de pena, sí, mas no de enojos),
Su plática prosigue conveniente,
Y despliega otra vez sus labios rojos,
Miéntras come en su plato el falso amigo
Que ya su apóstol fué y es su enemigo.

«Y uno me ha de entregar, dice, á la muerte,
Uno deste pequeño apostolado;
Mas ¡ay de su infeliz y mala suerte!»
Añadió luego en lágrimas bañado.
Una grande tristeza, un dolor fuerte,
De asombro lleno y de pavor cercado,
A todos los discípulos rodea,
Medrosos de traicion tan grave y fea.

Y cada cual pregunta espavorido:
«¿Soy yo, por desventura, oh buen Maestro?»
Y responde el Señor entristecido,
Y en desdoblar fingidas almas diestro:
«Entregaráme aleve y atrevido,
Del número dichoso y lugar vuestro,
El que conmigo mete aquí la mano,
Y de mi plato ahora come ufano.

»Pero el Hijo del Hombre al fin camina,
omo está de su vida y muerte escrito;
as ¡ay del que su venta determina,
fácil osa tan atroz delito!
y del triste que á Dios el pecho indina,
iguiendo mal su bárbaro apetito!
o haber salido á luz mejor le fuera,
orque en ella su culpa no se viera.»

Sobre tendidos lechos recostados
os nietos de Israel comer solian,
en su seno los hijos regalados
mas caros discípulos tenian.
si estaban por órden asentados
os que en la mesa con Jesus comian,
en su seno el discípulo querido,
ompuesto, acariciado y acogido.

Pedro, que, cual pontífice supremo,
ozaba atento del lugar segundo,
otando en Cristo el admirable extremo
el decir grave y del callar profundo,
Aunque bajeza tal de mi no temo
or mas que corra el tiempo y ruede el mundo,
l apóstol amado y amoroso,
ijo, sabed quién es el alevoso.»

Juan á Cristo pregunta por el triste
ue pretende hacer caso tan feo.
ú en secreto, Señor, lo descubriste
ara satisfacer á su deseo;
ue avergonzar á Júdas no quisiste,
ue era oculto, si bien odioso reo,
u honor guardando al pérfido enemigo,
omo si fuera santo y dulce amigo.

Mas él, herida la feroz conciencia,
estremecido el temeroso pecho,
a de aquella real, sabia presencia,
a de su enorme y temerario hecho,
on velo de fingida reverencia
ela su furia, cubre su despecho,
«¿soy yo?» dice. Ved cómo se esconde;
«tú lo dices», Cristo le responde.

Otro quedara con razon pasmado;
a sangre al corazon se le huyera;
a vista ciega y el color robado,
i hablar ni sentir ni estar pudiera;
as él disimuló desvergonzado;
ue osa mas libre la maldad mas fiera,
alma que vende á Dios, Dios no le asombra,
atrévese en la luz como en la sombra.

Pues acabada la primera cena,
ya el cordero de la ley comido,
risto el mas singular banquete ordena
ue el mundo imaginó, ni el cielo vido:
on pecho sosegado y faz serena,
unque por tal discípulo vendido,
racioso de la mesa se levanta,
otra les apercibe sacrosanta.

Mas ántes quiere con sus propias manos
os piés lavarles con sus manos bellas,
ue adoran los supremos cortesanos,
iéndose indignos de tocar en ellas;
despoja los miembros soberanos,
esplandecientes más que las estrellas,
e su vestido y ropas convivales,
l tiempo usadas de convites tales.

Y sabiendo tambien que el Padre Eterno
n sus preciosas manos puesto habia
el ancho mundo el general gobierno,
del reino inmortal la monarquía,
humilde y amoroso, afable y tierno,
uego en las almas y agua en la bacía
cha, y para lavar los piés, en tierra
e postra el que en un puño el orbe encierra.

Estaban todos en el órden puestos
ue el Señor les trazó, y así ordenados,
on rostros bajos y ánimos honestos
l buen Jesus miraban asombrados:
a su divina voluntad dispuestos,
della misma y dél avergonzados,
e encogian temblando, y Pedro solo
rató de resistir, y ejecutólo.

Llegó pues Cristo, puso en tierra el vaso,
El lienzo apercibió, tendió la diestra,
Y absorto Pedro de tan nuevo caso,
Aun mas no viendo que una simple muestra,
Saltó animoso, dando atras un paso
(Que al osado el amor valiente adiestra),
Y dijo: «¿Para aquesto me buscabas
Tú á mí, Señor? ¿Tú á mí los piés me lavas?»

Cristo, de su discípulo piadoso
El celo ponderando y la defensa,
Grave y sereno, dulce y amoroso
Responde á Pedro, que excusarse piensa:
«En este gran misterio religioso
Lo que yo intento y el amor dispensa
Ahora no lo sabes, y porfias:
Mas sabráslo despues de algunos dias.»

Y Pedro le replica: «Eternamente
No podré permitir que mis piés laves,
¡Oh santo Dios, oh Rey omnipotente,
Que del bien y del mal tienes las llaves!
Que á tu inmenso valor es indecente,
Y á mi vileza indigno (tú lo sabes)
Que á tales piés se humillen tales manos:
¡Manos del mismo Dios á piés humanos!

»Si me dieras lugar, yo los besara,
Y no hiciera mucho, con mi boca,
Con mi boca y las lumbres de mi cara;
Que á tí el honor y á mí el desprecio toca;
Y cuando yo á tus huellas me postrara,
Que á postrarme tu alteza me provoca,
Fuera la nada al mismo sér rendirse,
Y así rendida, al sér perfecto unirse.

»Pero ¿tú á mí, Señor? Mira que abajas
Al hondo abismo tu valor supremo;
Cuando te humillas mas y me agasajas,
De un alto extremo vas á un bajo extremo;
Y si tu afrenta y mi favor no atajas,
Recelo con verdad, con razon temo
Que la naturaleza avergonzada
Se desprecie de ser por tí criada.

»Toma, pues, ¡oh buen Dios! tu vestidura,
Y deja ese lugar para tu siervo;
Honra en esto mi próspera ventura,
Y tus piés me concede ¡oh sacro Verbo!
Lavarlos para mí será dulzura,
Y que lo hagas tú es caso acerbo:
Dámelos, ¡oh Maestro soberano!
Mis piés olvida; ten, Señor, tu mano.»

Aquesto dijo; y mas consideraba
Pedro, elevado en sí y en Dios absorto;
De sí el no sér, de Dios el sér miraba,
Largo en pensar, si bien en hablar corto.
Cristo su buen afecto contemplaba,
Y «á la obediencia y humildad te exhorto,
Añadió; que si no te lavo, amigo,
No has de tener jamas parte conmigo.»

Pedro, que estar en Dios, y no en sí mismo
Queria, cual perfecto y noble amante,
Por anegarse en el inmenso abismo
Del sér y vida y bien mas importante,
Medroso ya, no rehusó el bautismo,
Ni en afecto ni en voz pasó adelante;
Y dijo: «Piés y manos y cabeza
Me dejaré lavar pieza por pieza.»

Y respondió el Señor: «El que está limpio,
Los piés no mas, que puso entre los lodos,
Limpiarse ha menester, y esos yo limpio;
Que vosotros lo estáis, aunque no todos;»
Y esto decia por notar al impio
Que le vendió, y manchó por varios modos
Su alma con pecados diferentes,
Archivo de traiciones insolentes.

Lavó pues con sus manos amorosas
Los piés á Pedro; con aquellas manos
Blancas, suaves, puras y hermosas,
De linda tez y dedos sobrehumanos:
Mostrándose las aguas religiosas,
De blanda espuma sus cristales canos
Argentaban, alegres y festivas,
Emulas de las fuentes de aguas vivas.

Las secas flores que en el vaso estaban,
Tocadas del Señor, reverdecian;
De su beldad beldad participaban,
Y olor de sus olores recibian:
Sus dulces manos con amor besaban
Con las hojas ó labios que fingian,
Todas en ser primeras compitiendo
Con envidia suave y mudo estruendo.

El agua, que en sus palmas venerables
Iba de puro gozo alborozada,
Si no conceptos, voces admirables
Formar quisiera, de ellas regalada;
Y lavando los piés, en agradables
Gotas ó ricas perlas desatada,
Se desdeñaba de tocar el suelo,
Por ser agua que estuvo sobre el cielo.

Así lavó los piés á sus amigos,
Que siempre amó, y al fin mas dulcemente:
Así los hizo de su amor testigos,
De su fe pura y de su celo ardiente:
Regalo que á protervos enemigos
De inexorable pecho y dura frente
En suaves hermanos convirtiera,
Y no amansó de Júdas la alma fiera.

Llegóse pues al pérfido y terrible,
Y las rodillas en la tierra puso,
Y con semblante le miró apacible,
Y los piés en sus manos le compuso:
Con un suspiro le habló sentible,
Mas no quedó el sacrílego confuso;
Y comenzó á lavarle, acariciando
Sus piés con agua limpia y toque blando.

Las bellas manos de Jesus bañadas,
Cual herido del sol cristal, lucian,
Y de aquellos indignos piés tocadas,
Con cierta viva luz resplandecian:
Piedras preciosas en el lodo echadas,
O refulgentes rayos parecian;
Que ni ellas ménos que en la mina valen,
Y ellos del muladar mas limpios salen.

Siempre que se humilló Cristo en la tierra,
Glorioso el Padre lo ensalzó en el cielo:
Nació en Belen, y la vecina sierra
De ángeles vió poblada y rico el suelo;
Hízole Heródes envidiosa guerra,
Y él al Egipto huyó con presto vuelo,
Y al niño Dios los ídolos gigantes
Postraron sus vestidos rozagantes.

Quiso ya el Salvador ser bautizado,
Y rasgó el cielo su maciza cumbre,
Y predicóle Dios por Hijo amado,
Y el Jordan se ciñó de nueva lumbre:
En el yermo y el templo fué tentado,
Y sufriólo con blanda mansedumbre,
Y á servirle bajaron odedientes
Los que beben del bien las puras fuentes.

Púsose agora humilde y amoroso
A los piés deste aleve y fementido,
Y no sé qué de excelso y luminoso
Resplandeció en su rostro esclarecido:
No sé qué de excelente y generoso
El noble cuerpo á Júdas abatido
Y las divinas manos rodeaba,
Cuando con ellas al traidor bañaba.

Como el que atento mira al sol, armado
En el cenit de puntas de diamantes,
La misma luz lo deja deslumbrado,
Justo castigo de ojos arrogantes:
Así de vista y de razon privado
Quedó el fiero á los visos rutilantes
De aquellas manos, y confuso y ciego,
Ausentarse intentó de Cristo luego.

Lavó pues, y besóle dulcemente
Los piés al duro con sus tiernos labios,
Y medio pronunciado un ¡ay! doliente
Despidió, lleno de conceptos sabios;
Y grave, generoso y eminente,
Despreciador de ofensas y de agravios,
Sosegado tomó su vestidura,
Y así habló con singular mesura:

«¿Veis cómo con vosotros he tratado?
Maestro me llamais y Señor vuestro,
Y conveniente nombre me habeis dado;
Que soy Señor de todos y Maestro:
Pues si yo, yo los piés os he lavado,
Maestro siendo, y siendo Señor vuestro,
Tambien debeis lavároslos vosotros
Con humildad los unos á los otros.

»Ejemplo ya os he dado memorable
Para que así hagais como yo he hecho:
El siervo no es mas digno y estimable
Que su propio señor, en buen derecho;
Ni es el embajador mas venerable
Que el rey cuyo es el daño y el provecho:
Si esto entendeis y lo haceis, dichosos
Seréis y eternamente en paz gloriosos.»

Así hizo, y les dijo desta suerte,
Porque entre sí tuvieron competencia
(¡Oh gran flaqueza!) al tiempo de su muerte,
Sobre puntos de honor y precedencia;
Que la ambicion es enemigo fuerte,
Y á fuerza no se rinde de elocuencia,
Hasta que el peso vencedor le humilla
Del vivo ejemplo de humildad sencilla.

Por eso Cristo procuró vencello
Con humildad de Dios, ¡ejemplo extraño!
Y echando della y de su amor el sello,
El peligro impedir, mostrar el daño:
Cortó con este filo el duro cuello
A aquel sabroso y deleznable engaño
Que á su noble y amada compañía,
De viento llena y de ambicion tenia.

Esto acabado, en la segunda mesa
Cuerpo y sangre en sustento y en bebida
Darles quiso, y cumplirles la promesa
Del verdadero vino y pan de vida.
Aquí salió la gracia de represa,
Y Dios hizo mercedes sin medida,
Pues en manjar su cuerpo dió guisado,
Y su sangre en potaje regalado.

En la cena pascual se acostumbraba
Que á la mesa postrera se pusiese
El plato de lechugas que restaba,
Y en sopas hasta el fin se consumiese;
Y un pan, que en los manteles se guardaba,
Despues de todo aquesto se comiese
En partes dividido, y luego el vino
Se diese de uno en otro al mas vecino.

Pues consumido así el manjar primero,
Tomó Cristo en sus manos venerables
Y con semblante amigo el pan entero,
Y dijo estas palabras admirables:
«Tomad: este es mi cuerpo verdadero;
Comeldo, mis discípulos amables.»
¡Oh gran manjar! Aquesto iba diciendo,
Y el sacro pan á todos repartiendo.

Tomó el cáliz tambien de vino aguado,
Y con su boca santa lo bendijo;
Y el rostro en devocion y amor bañado,
Dió gracias á su Padre, y luego dijo:
«Bebed, ¡oh generoso apostolado
Que el mismo Dios encomendó á su Hijo!
Esta es mi sangre, y nuevo testamento,
Que se ha de derramar en mi tormento.»

Estas palabras milagrosas fuéron
De eficacia y virtud tan soberana,
Que el pan y vino al punto convirtieron
En su perfecto cuerpo y sangre humana:
Accidentes no mas permanecieron
En su existencia, con razon ya ufana
Por verse en propios hombros sustentando
Lo que estaba en ajenos descansando.

Así los comulgó divinamente,
Y les dió el sacro y nuevo sacerdocio,
Dignidad alta y órden excelente
Para este raro, excelso y gran negocio.
Mas dime, ¡oh buen Jesus, oh rey clemente!
En éxtasi profundo, en feliz ocio,
Las suaves razones que tuviste
Cuando tal Sacramento al hombre diste.

De la Iglesia, su cara y dulce esposa,
uería por su amor hacer ausencia,
dejóle esta prenda generosa,
en ella por memoria su presencia.
l Padre la partida era forzosa:
rtióse; mas mostró su omnipotencia
uedándose con ella y yendo al Padre,
orque á los dos con solo un hecho cuadre.

Muerte por ella padecer queria,
uerte, de eterna vida inmenso archivo,
dejárselo en guarda pretendia
on la llave sutil de su amor vivo;
orque la gran riqueza que tenia
e fuese atento y eficaz motivo
ra que abriese con la llave de oro,
le robase, amando, su tesoro.

Della tambien queria ser amado
l digno Esposo con amor sincero,
este ordenó suavísimo bocado,
omo hechizo de almas lisonjero,
on tan graves misterios consagrado,
ue fuego, á quien lo come, verdadero,
uego de Dios aplica, y fuego enciende,
ue á Dios lleva, á Dios une, en Dios suspende.

Queria darle de su eterna gloria
na prenda segura y dulce aviso,
esta presea le dejó en memoria,
ue es el fruto y autor del paraiso;
uyo feliz principio y tierna historia
s un dichoso y cierto compromiso
e que á Dios gozará quien lo comiere,
nes en el modo, y no en el sér, difiere.

Queria disponer su testamento,
ue ya estaba á los fines de la vida,
en manda este divino Sacramento
ejó á su esposa; manda esclarecida,
nes se da el testador en alimento
la que triste llora su partida,
en ella alegre al testador recibe:
ivo con él se abraza, y con él vive.

Y manjar sustancial darnos queria
ue el humor de la gracia reparase,
la entereza que gastado habia
quella antigua culpa restaurase:
omo el fruto que vida producia,
uiso tambien que el suyo la causase,
ero eterna, por ser fruto nacido
e Dios, y engerto al mismo Dios unido.

Por esto al fuego de su amor suave
risto nos dió cocido el pan sabroso
ue al mismo Dios contiene, y á Dios sabe,
á Dios nos hace al paladar gustoso:
los, que lo hizo, su dulzura alabe,
el hombre lo reciba temeroso;
ue cuerpo de Dios come y sangre bebe,
on que encienda su sed, su hambre cebe.

A todos comulgó el Eterno Hijo,
al mismo Júdas, ¡oh valor paciente!
de sí franco y liberal le dijo:
Haz lo que haces mas lijeramente.»
n hablar corto y en sentir prolijo
ra este aviso, al fiero conveniente;
as nadie lo entendió, y el endiablado
e levantó á dar fin á su pecado.

Cristo, en saliendo, prosiguió, admirable
de luz lleno y claridad secreta,
quel sermon de vida perdurable,
ápice sabio de amistad discreta,
ue del Señor el nombre venerable
u título le da y honra perfeta;
dicho el himno sacro, levantóse,
los demas con él, y al fin partióse.

Ya el Santo ungido con virtud eterna
e gracia personal y uncion divina,
odo abrasado en caridad interna,
l Huerto sale: á padecer camina
l que la inmensa fábrica gobierna
ue sobre el mundo temporal se empina;
padecer camina, atormentado
e su mismo gravísimo cuidado.

El alma pura, el corazon suave
(Que el sueño dulce de su cara esposa,
A quien ha dado de su amor la llave,
Siempre en vigilia está, jamas reposa)
Agora apénas en su pecho cabe,
Con ansia reventando congojosa:
¡Tanto un pavor y una tristeza extraña
Le asombra el corazon y el pecho baña!

Con tardas huellas va, con paso lento,
De su amor y su pena combatido,
Y su elevado y noble entendimiento
A su pasion y cruz y muerte asido:
La vista baja, el rostro macilento,
De lágrimas el suelo humedecido,
Y el desalado suspirar, dan muestra
Que teme en Dios del mismo Dios la diestra.

La noche oscura con su negro manto
Cubriendo estaba el asombrado cielo,
Que por ver á su Dios resuelto en llanto
Rasgar quisiera el tenebroso velo,
Y vestido de luz, lleno de espanto,
Bajar con humildad profunda al suelo,
A recoger las lágrimas que envia
De aquellos tiernos ojos y alma pia.

La húmeda esfera con preñez oculta
Tempestüoso parto amenazaba,
Y á la dura, infiël, bárbara, inculta
Salén con enemigo horror miraba:
Que al mundo etéreo alguna vez resulta
Un no sé qué de saña y fuerza brava
Para vengar de su Criador la ofensa,
Cuando ménos el hombre en ella piensa.

Con silbo ronco el espantado viento
Al eco tristes voces infundia,
Y el agua con lloroso movimiento
Las piedras que tocaba enternecia:
El valle, á su confusa voz atento,
Suspiros de sus cuevas despedia:
Suspira el valle, duerme el hombre; quiso
El valle al hombre dar un blando aviso.

Del soplo agudo las robustas plantas
Con lastimado golpe sacudidas,
Temblando, de su Dios las huellas santas,
Mustias besar quisieran condolidas:
Tanto respeto, inclinaciones tantas
Mostraban copas y almas abatidas,
Que por ellas juzgara el hombre ingrato
Qué debe al Dios que compra tan barato.

Hombre dormido, advierte que velando
Brama el buey, ladra el perro, el ave pia,
Y á su buen Dios con lástima mirando,
Reverencia la noche y huye el dia,
Y en amigo tropel y unido bando
Se desvela por Dios cuanto Dios cria,
Esfera, nubes, plantas, valle y monte,
Cuevas y arroyo, y todo su horizonte.

Mas ¡oh tú, Mente sacra, antigua ciencia
Que el cerebro enriqueces soberano
De la infinita singular esencia,
Y la ignorancia ves del seso humano!
La inaccesible luz de tu presencia
Templa con generosa y blanda mano,
Y la mina de intentos admirable
Me muestra de aquel pecho inescrutable.

«Hoy, entre sí decia, fin he dado
Al mayor hecho de mi brazo fuerte:
Hoy en divino epílogo he cifrado
Cuanto el mar grande de mi ciencia vierte:
Hoy en manjar al hombre me he guisado,
Y el hombre me procura dar la muerte;
Pero así mi bondad se comunica,
Y junto á su maldad mejor se explica.

»La sustancia del pan en la sustancia
De mi sagrado cuerpo he convertido.
¿Qué mas dulzura? Qué mayor ganancia
Que á Dios comer, á Dios con ella unido?
Mesa de tan espléndida abundancia,
Que es la ciencia del bien, ¿ha conocido
Jamas el hombre vil? Y ¡que pretenda
Así perder tan rica y dulce prenda!

»Dime : naciendo, en fácil compañero
Y en hermano suave al hombre ingrato,
Y, comiendo, en manjar doy verdadero
Mi cuerpo : ¿puede ser mas noble trato?
Cómprame agora el hombre, y por él quiero
Consentir que me vendan tan barato :
¡Que él dé por mí, por mí viles metales,
Y yo le compre á peso de mis males!

»Si hubiera un dios igual á mi grandeza
Y de mi propia esencia diferente,
Que su ilustre inmortal naturaleza
Me diera afable y amorosamente,
Yo Dios ¿no celebrara su franqueza
Y su inmenso magnífico presente?
Pues ¿cómo pierde con el hombre amado
El mismo Dios, si á Dios le ha presentado?

»Pierde tanto, que el pérfido enemigo
Júdas los escuadrones solicita,
Y en faz alegre, de apacible amigo,
Viene á entregarme y á prenderme incita.
¡Oh de mi puro amor fiel testigo!
¿Tan pequeño interes te precipita?
¡Qué mal me vendes! ¡Ay! ¡Tan poco valgo,
Siendo ilustre cual Dios, cual Dios hidalgo!

»Prométeme á los vanos fariseos;
Dame á los sacerdotes envidiosos;
Ofréceme á los torpes saduceos;
Rindeme á los romanos ambiciosos;
Que pues no avergonzaron tus deseos
De Dios las manos, á tus piés lodosos
Sujetas y lavándolos, clavadas
Quizá en la cruz te moverán rasgadas.

»Mas ¡ay! que morirás ántes que muera
Yo, que por ti mi santa vida entrego.
Tente, Júdas amigo, espera, espera;
Que á parar vas en el eterno fuego.
¡Oh terrible dolor! ¡Congoja fiera!
¡Que muera ante mí luz, de vista ciego,
El que á ciegos dió luz y á muertos vida!
Mas él huye la luz que le convida.»

Pensó; y á sus discípulos amados
Dijo con ojos de piedad llorosos :
«Vosotros hoy me dejaréis, turbados,
Entre lanzas de bárbaros furiosos :
Esta noche os veré escandalizados,
De mi daño y el vuestro temerosos;
Que, herido el pastor, las desvalidas
Flacas ovejas quedan esparcidas.»

Pedro, que estaba á su decir atento,
Y con robusto corazon le amaba,
Este pensó entre sí noble ardimiento,
Y osado respondió lo que pensaba :
«Si fuere menester morir contento,
Señor, en esa guerra injusta y brava,
Moriré haciendo de mi esfuerzo alarde;
Mas no te negaré jamas cobarde.»

Y Cristo : «Lo que digo no te espante;
Que cumplido verás lo que te digo:
Cuando segunda vez el gallo cante,
Ya tú me habrás negado, Pedro amigo.
Y todos hoy con ánimo inconstante
Me dejaréis, huyendo á mi enemigo,
A mi enemigo, y en confuso estruendo
Me dejaréis y os volveréis huyendo.

»Mas id; que yo me ofrezco en sacrificio
De holocausto perfecto al Sumo Padre :
Mi nombre es Salvador y hostia mi oficio,
Y al nombre importa que el oficio cuadre.
A este nuevo, gravísimo ejercicio
Obligado en el vientre de mi madre
La vida recibí, y ahora hago
Lo que en él prometí : débolo y pago.

»Siempre estará mi espíritu animoso,
Si bien sigue á la carne su flaqueza,
Y el trance de la muerte riguroso
Temor le pone, cáusale tristeza.»
Dijo; y llegando al Huerto pavoroso,
De sombra armado y lleno de fiereza,
A sus caros discípulos despide,
Y un hora sola de oracion les pide.

Mas ellos ¿de qué suerte recibieron
El dulce ruego del Maestro santo?
Tristes, confusos, con horror fingieron
De árboles, montes, fieras, de su espanto
Vencidos, y cobardes se durmieron;
Que el miedo forma del temor quebranto :
Simon está soñando, Juan no vela,
Diego reposa, y Cristo se desvela.

¡Oh buen Señor! ¡Que siempre han de dejaros
En el mayor peligro las criaturas!
Que en la misma ocasion han de faltaros
Que vos espaldas les haceis seguras!
Daisles para seguiros ojos claros;
Buscan para no ver sombras oscuras :
A grande amor, ingrata recompensa:
De vos el bien, y dellas es la ofensa.

Al primer ángel y á su escuadra odiosa
Diste naturaleza perdurable,
Y al fundar esta masa generosa,
Gracia les infundistes admirable :
Tanta merced, franqueza tan copiosa
¿Era digna de un hecho memorable?
Pues al tercer instante no esperaron;
Que en el segundo contra vos pecaron.

El primer hombre, de reciente tierra
Con vuestro vivo espíritu alentado,
Os hizo en sana paz aleve guerra,
De su vil polvo apénas levantado:
Su alma perfecciones mil encierra;
Su cuerpo está en verjel por Dios sembrado,
Y alcaide al fin de Dios, á Dios ofende
En el mismo castillo que defiende.

Y agora Pedro, piedra ilustre y fuerte
Del celestial católico edificio,
Y el dulce Juan, á quien regalos vierte
De amado el nombre y singular oficio,
Y Diego, á quien de tres le cupo en suerte,
Por vuestra providencia y beneficio,
El gozo del Tabor, agora os dejan :
¿Con qué monstruo los hombres se aconsejan?

Como el anciano padre valeroso,
Cuando la amada hija, en rico lecho
Durmiendo, goza del comun reposo
Que el alma quieta y apacigua el pecho,
Atento vela, y nota cuidadoso
Con graves ojos su mayor provecho,
Procurando hallar marido ilustre
Que dé á la hija honor y al padre lustre;

Así Dios, de mortal carne vestido,
Cuando sueño mortal los miembros flojos
De los hombres derriba en torpe olvido
Y al cuerpo y la razon cierra los ojos;
La faz turbada, el ánimo herido
Con duras puntas de ásperos abrojos,
Por ellos vela en oracion postrado :
¡Oh buen Dios, por dormidos desvelado!

Mas tú, santa Oracion, virtud divina
Que á sacar una imágen verdadera
De tu misma excelencia peregrina
Bajaste al Huerto con veloz carrera;
Y aquella cara de alabanzas dina,
Cual si tu venerable rostro fuera,
Para aprender tu oficio, dibujaste,
¿Qué viste, oh gran virtud, y qué pintaste?

Viste que léjos de sus tres amigos,
Y como de tres partes arrancado,
Fué á lidiar con sus fieros enemigos,
Para vencer en tierra derribado :
Viste que hizo de su afan testigos
A los hombres, por ellos humillado,
En sí mismo tomando los dolores
Dellos, como fiador de pecadores.

Así es verdad; que en su tragedia triste
La figura de todos representa,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldicion, hecha en afrenta :
Vistiósela, y agora no resiste
Ser echado por ella en la tormenta
Cual otro Jónas; ántes le parece
Que ya perdon con ella les merece.

Por eso, cual si fuera miserable
Injusto pecador, se postra en tierra,
Y barre con su rostro venerable
El polvo que á Dios hizo tanta guerra.
La vestidura, pues, abominable
De siete tajas consta, y siete encierra,
Tejidas de pecados, telas varias,
Si bien unidas, entre sí contrarias.

En la primera está la majestosa
Libre *Soberbia*, grave y empinada,
En una silla de marfil preciosa
Con ancha pompa de ambicion sentada:
Corona de oro ciñe su enojosa
Descomedida frente; y su hinchada,
Enhiesta, cruel garganta, collar rico
Para lo que le arrastra el mundo es chico

Allí está Adan, de su gentil denuedo
Y su noble persona envanecido,
Con su bella mujer gozoso y ledo,
Por el trono anhelando mas subido:
Con facil mano toma el fruto acedo
Al linaje por él tan mal nacido.
Cual Dios pretende ser: ¡loca codicia!
Quiere ser Dios, y pierde la justicia.

Allí Nembrod con bárbara pujanza
Habla, discurre, solicita, corre,
Y sus fieros gigantes da esperanza
De acabar contra Dios la excelsa torre:
Procura que á su altiva confianza
Ni la hunda el rigor, ni el mar la borre;
Osado, á fuerza de cocida tierra,
Levanta al cielo y á su nombre guerra.

Abimelec con ambicion proterva
Setenta hermanos mata, y es bastardo:
La bordadura su crueldad conserva,
Aspera faz entre un celaje pardo.
En solo jóven de la muerte acerba
Se escapa, y con espíritu gallardo
El reino de la zarza le propone,
Y profetiza lo que Dios dispone.

Entre luz de relámpagos furiosos,
Nubes negras de soberbias cumbres,
Se ven emperadores orgullosos,
De alma feroz y bárbaras costumbres;
Aparecen Nabucos ambiciosos
En asombradas hórridas vislumbres,
Por inmortales dioses adorados,
Á la muerte y á vicios mil postrados.

Sabelios y Arrios, Mánes y Luteros,
De singular espíritu regidos,
Otros portentos de Alemania fieros
Los cuellos alzan por su mal erguidos:
Profetas se predican verdaderos,
Son de Cristo apóstoles fingidos,
Aun de la santa Iglesia crudos lobos,
Que hacen de almas simples grandes robos.

La insaciable, tenaz, vil *Avaricia*,
El vientre nunca de tragar contento,
De oro cercada, llena de codicia,
Sobre cien bocas, tiende manos ciento:
Con aquellas da paz á la injusticia,
Con estas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene,
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Esta sagaz y pérfida maestra
Al pobre Adan, con lisonjeros ojos,
La refulgente púrpura le muestra,
De victoria infeliz vanos despojos:
Para escondella sin temor le adiestra;
Allí, pintados los matices rojos
Del paño fino entre la tierra parda,
Se ven, y que ella con temblor los guarda.

Sobre llamas tambien de fuego blando,
Que ardiendo, en el dibujo centellean,
Ellas están vapores exhalando,
Nubes de caliente humor humean:
La carne mas sabrosa codiciando,
De Elí los torpes hijos las rodean;
Parios arrojan, sacrificios cogen,
Ántes de tiempo lo mejor escogen.

Con la leccion que sin justicia enseña
La ignorante maestra, mal fundada
Del falso Acab á la hermosa dueña,
Quita á Nabot la viña deseada:
Á su marido la palabra empeña,
Y la palabra y fe mal empeñada
Le cumple; mas allí la comen perros,
Justa venganza de tan brutos yerros.

Treinta dineros que el perverso Júdas
Por la sangre de Dios alegre aceta,
Están pintados, y con lenguas mudas
Allí publican su maldad secreta:
¡Oh buen Dios! ¡Que á pagar por él acudas
Con tu sangre, infinitamente aceta,
Y que él te venda por tan bajo precio!
¡Oh del hombre valor, de Dios desprecio!

Entre oscuras, opacas, negras sombras,
De invernizo rescoldo descubiertas,
Flamencos paños, árabes alfombras
Y arcas se ven con falsedad abiertas.
Tú, avaricia infernal, todo lo asombras:
Allí aparecen, de temor cubiertas,
Manos temblando de ladrones viles,
Á la confusa luz de unos candiles.

Entre lascivos fuegos abrasada
Que llamas bosan de alquitran terrible,
En la tercera parte dibujada
Se muestra la *Lujuria* incorregible:
Su cuello altivo y faz desvergonzada,
Su mano carnicera y vientre horrible
Descubre, y con su torpe y sucia boca
Á la encendida juventud provoca.

Lanzas están los cielos arrojando
De fieras lluvias, de voraces llamas,
Do se ven fuertes hombres anegando,
Y anegando tambien hermosas damas;
Y no ménos en fuegos abrasando,
Porque los fuegos de sus torpes camas
Ahogarse en diluvios merecieron,
Y nefandas cenizas produjeron.

De Siquen el mal príncipe atrevido
Por fuerza á Dina en brazos arrebata,
Y luego, de su culpa arrepentido,
El matrimonio con su padre trata;
Pero el linaje de Jacob temido,
Bravo y celoso de su honor, lo mata:
El mozo muere al fin circuncidado,
Y por donde pecó paga el pecado.

Cuando el Heteo capitan pelea,
Y contra el hijo de Moab se opone,
David lozano el corredor pasea,
Y en Bersabé lascivos ojos pone,
Allí se ve pintado (no se vea
Que tal varon tan gran maldad dispone);
Mas vése el adulterio allí pintado,
Y Urías muerto, pero bien vengado.

Que en una plaza de alevosa gente,
Que en armas jura un príncipe heredero,
Está un labrado pabellon pendiente,
Y en él un jóven ambicioso y fiero:
Es de oro su cabello refulgente,
Y su rebelde corazon de acero:
Absalon es, que con malvada fuerza
Las concubinas de su padre fuerza.

Un sabio catedrático de prima,
Que gozó de riquísimos haberes
Y la ciencia nos dió de mas estima
En sagrados, eternos caractéres,
Alza templos, imágenes sublima,
Por complacer á bárbaras mujeres,
Al demonio Astarot. ¿Quién tal pensara,
Que á Astarot Salomon se arrodillara?

Una alameda de árboles frondosos
Y ricas fuentes de marfil labradas,
Que líquidos cristales caudalosos
Por gargantas escupen descolladas,
Se ve, y en ella jóvenes briosos
Y dueñas de su amor vano prendadas,
Que en bellos cuerpos al oscuro infierno
Bajan, y en torpe fuego al fuego eterno.

Con arrugada frente y secos labios,
Chispas lanzando de sus turbios ojos,
Y de la boca vomitando agravios,
Y con las manos prometiendo enojos,
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la *Ira* cruel, jayana fuerte:
Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Y entre siete mancebos memorables,
Que por su justa ley la vida ofrecen,
De Antíoco las iras espantables
Con asombradas luces resplandecen:
Duras obras, palabras amigables
En odios y esperanzas aparecen;
Pero dejan los nobles macabeos
De sí memoria, de su ley trofeos.

Aquí de limpias brasas mansos juegos,
Y allí de olio ferviente recias llamas,
Acá de cárcel dura nudos ciegos,
Y allá de agudas puntas fieras camas:
Mil Dioclecianos, en el alma ciegos,
A niños tiernos y hermosas damas,
A mozos y decrépitos presentan:
Vence Dios, y los hombres atormentan.

El bárbaro Mahoma, en color bravo
Y matiz pavoroso, está midiendo
Su torpe ley, como ignorante esclavo,
A peso de armas, á razon de estruendo:
Lleva con guerras su furor al cabo,
Y atropellando va, va destruyendo
Cuanto huella su pié, su mano alcanza,
Cual si la te colgara de su lanza.

Tú, conde Julian, aleve amigo,
Que por vengar tu honor mal afrentado
Fuiste azote de Dios, de un rey castigo,
Estás allí entre moros dibujado:
Cruda amistad al pérfido enemigo,
De acero en contra de su ley armado,
Hiciste, y así en llamas infernales
En pintura y verdad pagas tus males.

Una mujer, de incesto abominable
Y cismática sangre concebida,
Del reino de Bretaña miserable
Oprime, y con rigor, la fe creida:
Es mujer, mas en ira memorable,
Si merece memoria la homicida
Cruel de tantos mártires modernos,
Dignos de resplandores siempre eternos.

Una mesa riquísima, de flores
Y diversos manjares adornada,
Cercando están valientes comedores,
De gesto ufano y vida regalada:
Preciosos vinos, árabes olores
A la *Glotona Dueña* rodeada
Tienen, que en los palacios de los reyes
Y en las tabernas pone y quita leyes.

La ley escrita por la santa mano
Del mismo Dios allí se notifica,
Y al verde pié del monte soberano
Moisen la rompe y su rigor publica:
La causa fué del pensamiento vano
Que al rudo buey por sabio Dios predica,
Largo banquete, mesa regalona,
Y de dulce manjar hambre glotona.

Un gran señor á grandes caballeros,
De diversas naciones congregados,
En márgenes de arroyos lisonjeros
Convites les promete nunca dados:
Este y otros soberbios Asüeros
Allí se ven al vivo retratados,
Que ofrecen á su vientre sacrificio,
Como al dios torpe del goloso vicio.

Al desgraciado umbral de un rico avaro
Lázaro el aire con sus quejas mide;
Pero no halla de su mal reparo,
Si bien en la demanda se comide:
Al gloton rico, en fiereza raro,
Solas migajas el mendigo pide,
Y las migajas no le da que quiere:
Rueda el pan, sobra el vino; el pobre muere.

Heliogábalo está con la espumosa,
Horrenda y sucia boca vomitando,
Y la fuerza de Italia poderosa
Gasta con el lascivo y torpe bando:
Come, bebe, no duerme y no reposa,
El vientre de manjares abitando.
¡Oh Rómulos valientes! ¡Numas justos!
¿Fundóse Roma para infames gustos?

Ilustres casas, ínclitas haciendas
Y nobles patrimonios dilatados,
Y en peligrosas y ásperas contiendas
A fuerza de armas y virtud ganados,
Allí aparecen como viles prendas,
Pobres, deshechos, rotos, disipados;
Que de esta fiera los macizos dientes
Los desatan en vinos excelentes.

Y tú, de la magnífica Bretaña,
Enrique, octavo rey, total rüina,
En una selva de grandeza extraña
Pintado estás con arte peregrina:
Gula tercera, acidia te acompaña,
Lujuria á deshonesto amor te inclina,
Sacrílega codicia te rodea,
Ardiente ira en tus ojos centellea.

Sirven de rubias y tendidas hebras
A la *Envidia*, de aspecto formidable,
Ensortijadas, hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable:
Esta los yerros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirable,
Y descubre los mínimos defetos
Que entre alabanzas mil están secretos.

A su lado Cain soberbio ofrece
De espigas vanas desgraciado fruto
A Dios, y el justo Abel gracia merece
Con larga ofrenda y plácido tributo.
Cain su bravo espíritu escandece,
Y su faz cubre de envidioso luto:
Mata el fiero enemigo al buen hermano;
Que la bondad le ofende al inhumano.

Allí Saul por desgajados riscos
Subiendo va con ánimo furioso,
Y en altas breñas y ásperos lentiscos
A su yerno persigue el envidioso:
Búscalo en valles, cércalo en apriscos,
Cual si fuera cordero temeroso:
El canto de las damas le atormenta,
Y porque ellas cantaron, él lamenta.

De Roma los primeros anchos muros,
Con envidiada sangre humedecidos,
Y del tirano Sila mal seguros
Se muestran, y de César oprimidos.
Mil aves matan, hacen mil conjuros
De la patria los padres ofendidos;
Y engáñanse, que envidia los ofende,
Que leyes rompe, y su ambicion defiende.

Vense allí cortesanos veladores
Vivos, mirando con atentos ojos
Por la frente el humor de los señores,
Que ya ofrece amistad, ya causa enojo.
Ajenos daños son propios favores,
Y rosas de otros son dellos abrojos:
¡Oh hija vil de la soberbia osada,
Que te desplace el bien, y el mal te agrada!

El último lugar ocupa ociosa
La tarda *Acidia* en regalado lecho;
Allí entre blandas sábanas reposa,
Puestas las manos en el tierno pecho:
Como en el fuerte quicio la espaciosa
Puerta se vuelve, así por su provecho
Y gusto, en soñolienta y dulce cama,
Se mueve la dormida y gruesa dama.

Junto á su estancia, de bostezos lleno,
Y sobre las rodillas la cabeza,
De cuidados solícitos ajeno,
Ni alza los piés ni el ánimo endereza
El que su diestra no sacó del seno,
Por no sacar del seno su pereza;
Y de hambre murió: ved qué valiente
Para ganar el cielo osadamente.

El otro, á quien el fuego generoso
De caridad perfeta no abrasaba,
Y del pecado el hielo riguroso
El antiguo rescoldo no apagaba;
A quien Dios, de su estómago celoso,
Tibio y acedo en vómitos lanzaba,
Está con la *Pereza* allí sentado;
Que ni encendido está ni resfriado.

Y el que enterró sin causa el gran talento
Que el Rey le dió, pintado allí se via
Triste, flojo, cobarde, soñoliento,
Y enemigo de santa mercancía;
Y de los otros el corrillo exento,
Que estuvieron ociosos todo el dia,
Hasta que el padre á su labor los trujo,
Al vivo se mostraba en el dibujo.

Vense los que á pasar el tiempo salen,
Detenidos en vanos ejercicios,
Y horas que eternidad gloriosa valen,
Consumen sin razon, gastan en vicios;
Y porque sus potencias se regalen
En descansados, fáciles oficios,
Pierden lo que pudiera darles vida
Grande cual la de Dios, con Dios unida.

Allí tambien están los holgazanes
De sangre noble, pero mal gastada,
Que hijos son de bravos capitanes,
Y padres son de vida regalada.
El premio de ilustrísimos afanes
Cogen ellos con mano delicada:
¿Pensastes ¡oh varones excelentes!
Honrar á tan bastardos descendientes?

¿Pensastes que los hechos inmortales
De esos robustos ánimos gentiles
Pararan en las obras desiguales
De cuerpos enfermizos y armas viles?
¿Ganastes bienes para tantos males?
¿Para estas hembras fuistes varoniles?
Sin duda os afrentaran desde el suelo,
Si afrenta padecer pudiera el cielo.

Vosotros, con las armas peleando,
Alcanzastes magníficos blasones,
Y estos, con manos torpes y ocio blando,
En vuestro deshonor cuelgan pendones:
Vosotros, vida y sangre derramando,
Mostrastes invencibles corazones,
Y aquestos, en batallas deliciosas,
Solas victorias buscan amorosas.

Con tan grave y horrenda vestidura
Está el gran Dios que todo el bien encierra,
Tomando en su tragedia la figura
De un todo pecador, postrado en tierra;
¡Oh de inocencia clara fuente pura!
El peso que te hace tanta guerra
Declara al hombre, porque el hombre mire
En tí su pena, y de tu amor se admire.

Es el pecado inestimable ofensa
De aquella Majestad inestimable;
No tiene igual criada recompensa
A su infinita carga intolerable;
Con la misma bondad de Dios inmensa
Encuentra su malicia abominable;
Pesa (¿qué pesará tal injusticia?)
Cuanto Dios en bondad, él en malicia.

Pues si un pecado solo pesa tanto,
De todos juntos la penosa carga
¿Que tanto le pesó al Cordero santo
En la oracion de aquella noche amarga?
Pesóle al Hijo eterno de Dios cuanto
Significar no puede historia larga;
Que, si no fuera Dios, quedara opreso
Del gran tormento de tan grave peso.

Carga que tanto al mismo Dios fatiga,
¿No le fatiga al alma, no la siente?
Ó no la siente el alma, ó es enemiga
De sí, pues que tal carga en sí consiente.
A Dios oprime tanto, que le obliga
A que bese la tierra con la frente,
Diciendo: «Padre, Padre, si es posible,
Pase de mí esta carga tan terrible.

»Hijo soy natural, Hijo engendrado
De tu infinita, singular sustancia;
Mirame como á hijo, y hijo amado,
Que en negocio te hablo de importancia:
El peso que en mis hombros he tomado,
Hace á mis hombros santos repugnancia;
Porque la santidad que es por esencia,
No tiene con pecados conveniencia.»

Así habla, y su Padre no responde,
Aunque la ropa extraña le atormenta,
Y su rostro suavísimo le asconde;
Que pecador al fin se representa.
¿Adónde huyes, Padre Eterno, adónde,
Si de tu gloria el Hijo se alimenta?
Mas no huye de Cristo, del pecado
Huye que en Cristo ve representado.

Si del pecado la espantable sombra,
Y la sombra no mas, en un sugeto
Que es Salvador, y pecador se nombra,
Sin que haya en él pecado ni defeto,
Al Padre Eterno, al mismo Dios asombra,
Y le hace encubrir el dulce afeto
Que tiene al Hijo, y Hijo tan querido,
¡Ay del que está con el pecado asido!

El se levanta pues con tierno celó,
Y en buscar sus discípulos entiende:
Vélos tendidos en el duro suelo,
Durmiendo, y con amor los reprehende:
Vuélvese á la oracion con presto vuelo,
Y en ella triste, á Dios y al hombre atiende,
Y vuelto á la oracion, gimiendo clama,
Y arde en santa, amorosa y viva llama.

Arde y suspira, y una muerte horrible
De bravo aspecto, de osamenta dura,
Cuya fiera presencia y faz terrible
Ser la muerte de Dios se le figura,
Muerte de una grandeza inaccesible,
Giganta de una altísima estatura,
Muerte que ha de pasar se le presenta,
Y con sola su vista le atormenta.

De espinas y de sangre coronada
Celebro y sienes, y cabello y frente,
La venerable cara maltratada
De injurias viles de atrevida gente:
La boca con vinagre aheleada,
Y del cuello un cordel grueso pendiente,
Y otro en las manos, hórridos despojos,
Al alma se le ofrece ante los ojos.

De burladora púrpura vestida,
Y por mofa vestida se le ofrece,
Y una caña por cetro recibida,
Con que el rostro le hieren, aparece:
Es muerte que en la cruz venció á la vida,
Y así la cruz en ella resplandece;
Crucificada viene: ¡oh muerte fiera!
Dios te ve, Dios te teme y Dios te espera.

Trae clavados los piés, y las espaldas
Deshechas con azotes rigurosos,
De sangre llenas las tendidas faldas,
Y á cuestas unos látigos furiosos;
Y el amarillo gesto y manos gualdas,
A los pechos mas bravos y animosos
Pone pavor, y á Cristo se le pone;
Que es la muerte que el Padre le dispone.

«La Muerte soy, le dice, soy la Muerte,
A que tú mismo la garganta diste,
¡Oh de la eterna vida brazo fuerte!
Cuando á carne mortal unido fuiste:
Contigo lucharé, y podré vencerte
En la naturaleza que naciste
Segunda vez de humana y virgen Madre,
Si no en la esencia de tu inmenso Padre.

»Aquí me ves, á tí me represento
Con vil corona y ásperos cordeles,
Con grana infame y singular tormento
De duros clavos y asquerosas hieles:
Cruz tengo sola, y sola te presento
Cruz que abraces y des á tus fiëlés:
Pesada cruz, tú la harás suave,
Pues del gozo de Dios tienes la llave.»

Dijo la Muerte, y con mirar severo,
Más que con dilatada arenga, dijo;
Pintó de sí un retrato verdadero,
Breve en palabras y en accion prolijo:
A su rostro mortal y aspecto fiero
Del Padre Eterno el soberano Hijo
Sudó, tembló, cayó en tierra asombrado;
Que aun Dios teme á la muerte y al pecado.

En el polvo estampó la noble imágen
De su divino cuerpo casi frio;
Bájase Dios porque los hombres bajen
Su gran soberbia, su orgulloso brio.
Los serafines, buen Señor, atajen
Con religioso amor, con dolor pio
De ver á Dios postrado, humildad tanta,
Que enternece la tierra, el cielo espanta.

Humillado está Dios, y no le deja
La muerte, horrenda cual feroz leona:
Repite al Padre la segunda queja,
Y su afliccion y su demanda abona:
La voluntad humana se aconseja
Con su grande pavor, y la persona
Divina rige á la razon humana;
Que es hombre Dios, y como tal se allana.

«¡Que esta cabeza (dice) poderosa,
Donde el seso de Dios está guardado,
Con diadema de espinas rigurosa
Será ceñida, y yo seré afrentado!
Que estos ojos de vista generosa,
Adonde el serafin mas alumbrado
El rayo enciende de sus luces vivas,
Serán oscurecidos con salivas!

»¡Que estas mejillas de perfecta y pura
Y sacra honestidad, y á Dios unidas,
De afrenta descortés, con mano dura,
Y vergonzoso ardor serán teñidas!
Que esta boca de inmensa hermosura,
Donde todas las gracias recogidas
Aprenden á saber, con hiel amarga
El rigor templará de sed tan larga!

»¡Que la barba compuesta, el rostro afable
Del sumo Sacerdote siempre santo,
Y del Rey de los reyes venerable,
Será mesada con desprecio tanto!
Que esta noble garganta y cuello amable,
Por do espira de Dios el grave canto,
Apretada será con soga fiera!
¿Cuello de Dios tan vil injuria espera?

»¡Que estas firmes espaldas que sostienen
Poblados cielos de altas majestades,
Y orbes de eterna gloria en peso tienen,
De azotes sufrirán viles crueldades!
Y ¡que estas francas manos, que mantienen
Aquellas nueve angélicas ciudades
Con pan de vida, me serán atadas,
Y en cruz, y entre ladrones, y enclavadas!

»¡Que este pecho de Dios, pecho florido,
Que es de la esposa regalado lecho,
Será con lanza y con rigor herido!
¿Su amor no basta á mi florido pecho?
¡Que este mi santo cuerpo, concebido
De sangre virginal, será deshecho,
Roto y arpado, y de una cruz pendiente!
¿Y Dios, que me conoce, lo consiente?

»¡Que estos para los hombres piés beninos,
Fundados sobre ilustres basas de oro,
Los han de atravesar clavos indinos!
Bien les guardan los hombres su decoro.
Que de mi sangre cinco mil divinos
Rios corrientes, líquido tesoro,
He de verter en cruz! Barato vale
Lo que tan caro al mismo Dios le sale.

»¿Mi frente es para espinas dolorosas?
Mis ojos y mejillas para agravios?
Mi barba para injurias afrentosas,
Y para amarga hiel mis dulces labios?
¿Para azotes espaldas tan preciosas?
¿Y pecho que es la luz de tantos sabios,
Para lanza cruel? Y manos tales
Y piés para heridas tan mortales?

»¡Y que los hombres por quien tal padezco,
No me han de agradecer este servicio!
Por ellos á tan vil muerte me ofrezco,
¿Y usarán mal de tanto beneficio?
¡Ah mi buen Padre! Yo en morir merezco
Que viva la virtud y muera el vicio
En los hombres: á ellos, si es posible,
Pase el premio, y á mí la muerte horrible.»

Como el jüez á quien humilde clama
El amigo fiador ejecutado,
Que de una parte la razon le llama
A obligarle que pague lo fiado,
Por otra la amistad firme reclama
Y avisa que es ajeno su pecado,
Grave entre la justicia y la clemencia,
Con dilacion suspende la sentencia;

Así el sumo Jüez, el Padre Eterno,
De el estrellado tribunal luciente
En que dispone el general gobierno
Que abraza el mundo estrecha y blandamente,
De su buen Hijo ve el dolor interno,
Y la fianza de la culpa siente,
Y grave con justicia y con clemencia,
El responder suspende y la sentencia.

No responde á su Hijo, y él levanta
El religioso cuerpo de la tierra,
Y busca á los discípulos en tanta
Afliccion y en tan grave y triste guerra.
¿Quién de Dios y del hombre no se espanta?
Al hombre la razon y ojos le cierra
Un largo sueño, á Dios abre los ojos
Pagar del hombre el sueño y los enojos.

Búscalos, pero hállalos durmiendo,
Tristes y absortos con el sueño grave:
No los despierta ni les hace estruendo,
Aunque en el pecho el alma no le cabe:
Hablóles una vez reprehendiendo,
Y otra con tierna voz de amor suave:
Calla; que inspiraciones no admitidas
Aun gracias desmerecen prometidas.

A su Padre se vuelve; atento espera
Dulce consuelo de su Padre amado;
Que al fin la condicion de Dios severa
Se ablanda con el ruego dilatado:
Póstrase la persona verdadera
Que ha hecho cielos, y orbes ha criado,
Y con semblante humilde y religioso,
Sacrificio de sí hace amoroso.

Y estando en la oracion con luz interna,
Ante los ojos de una ciencia clara,
Aquella majestad de Dios eterna
Con vivo resplandor se le declara:
El Rey que cielo y tierra y mar gobierna,
Le muestra su hermosura y limpia cara,
Y en ellas sus grandezas no entendidas,
Y en una perfeccion cien mil unidas.

Aquel entendimiento levantado
Con la divina esencia ve fecundo,
Y en él, como en su causa, retratado
El mundo hecho, y el posible mundo.
De su Dios Padre allí se ve engendrado,
Verbo infinito y de saber profundo,
Y por accion de amor inestimable
Proceder el Espíritu inefable.

Las tres Personas mira y una esencia,
Con solo un sér, con una bondad sola;
La eficaz y suave providencia
Que deste mundo rige la gran bola,
Y la infinita soberana ciencia,
Do la ciencia mas pura se acrisola,
Que lo pasado alcanza y lo presente,
Y lo que puede ser le está patente.

Allí ve la justicia vencedora,
Y la misericordia no vencida:
Esta, que el mundo alegremente adora,
Y aquella, en el infierno conocida;
Y la perfecta caridad, señora
Del bien y el mal y de la muerte y vida,
Y es de sí misma solamente amada
Cuanto merece su bondad sagrada.

La omnipotencia en todo poderosa
Que en hazañas difíciles entiende,
Extendiendo su mano valerosa
A cuanto el mismo sér la mano extiende;
Y aquella inmensidad maravillosa
Que infinitos espacios comprehende,
En una perfeccion indivisible,
Mira Cristo con luz inteligible.

A Dios ve al fin, y ve todo lo bueno;
Que está todo lo bueno recogido
En aquel infinito amable seno,
Y de allí sale al mundo repartido:
Ve pues á Dios de inmensa gloria lleno,
Mas vele de los hombres ofendido.
¡Oh soberano Dios, que aun tus afrentas,
En tí, sin ser manchado, representas!

Las culpas mira que los hombres hacen
Contra la sacra Majestad divina,
Y cuán poco las obras satisfacen
De un hombre puro á su bondad benina:
Pues del que está en pecado no le placen,
Que es mancha, y cunde su torpeza indina,
Y el que mas gracia tiene, nunca iguala;
Que es la culpa infinitamente mala.

¿Qué penas, qué dolor, qué desconsuelo,
Qué ansia, qué congoja, qué agonía,
Ver el intelectivo primer cielo
Tan ofendido, á Cristo causaria?
En vivas llamas de abrasado celo
Su religioso corazon ardia;
Que no merece ménos recompensa
De tal Hijo el amor, de Dios la ofensa.

Porque la caridad que el pecho humano
Abrasaba de Cristo era inefable:
No la puede pintar la ruda mano
Del concepto en pincel mas admirable:
Si bosquejar quisiere será en vano,
Que no es virtud al hombre imaginable;
Es caridad que todo el coro inmenso
De los que aman á Dios le paga censo:

Tan grande, que si el número espacioso
De ángeles y hombres santos se fundiese,
Y el fuego de sus mentes amoroso
En un solo crisol se recogiese,
Y unido ya en el peso riguroso
De la equidad mas recta se pusiese,
Tanto como el de Cristo no pesara;
Que es caridad perfectamente rara.

Pues como aquel famoso ilustre mudo,
Viendo que un vil soldado se atrevia
Con fiera mano y con puñal agudo,
Y al Rey su padre acometer queria,
El lícito dolor sufrir no pudo,
Y el natural silencio con voz pia
Rompió, diciendo: «Tente, ¿á quién maltratas?
¿Al Rey ofendes? ¿A mi padre matas?»

Vió á su Padre ofendido el Hijo amado,
Y estaba con mortal pena suspenso;
Mas rompió del silencio el nudo atado
A la garganta con dolor intenso:
«¡Oh Padre, de los hombres afrentado!
(Dijo mirando aquel valor inmenso)
No agravien mas tu gloria, si es posible;
Pase de mí este cáliz tan horrible.»

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Sube de Cristo la oracion al cielo;
Al Padre llega, y dale su embajada:
Cuenta del Hijo el amoroso celo,
La encarnacion, y vida trabajada:
Pide por esto al Padre algun consuelo,
Y es con Gabriel á Cristo despachada:
Un cuerpo toma el Angel aparente;
Baja al Huerto y se admira sabiamente.

Dijo; y estas gravísimas razones
Tomó en su mano la virtud suave
Que almas consagra, limpia corazones,
Y los retretes de la gloria sabe,
La Oracion, reina ilustre de oraciones,
Que del pecho de Dios tiene la llave;
Y dejando el penoso oscuro suelo,
Camina al espejado alegre cielo.

Con prestas alas, que al lijero viento,
Al fuego volador, al rayo agudo,
A la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atras, va rasgando el aire mudo:
Llega al sutil y espléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor mas abrasada,
Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con veloz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante;
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellísimo semblante;
Que ya mas de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la mas excelsa nube,
Al tribunal subió que agora sube.

Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos piés lijeros
Voltean la gran máquina estrellada;
Estaban, como espíritus guerreros,
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subia,
A su consorte cada cual decia:

«¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Mas el rostro en sudor bañado tiene:
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasion se aflija y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
En igual grado bella y dolorida?

»Es de oro su cabeza refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbra y enamora,
Sus mejillas abril resplandeciente;
En sus labios la misma gracia mora:
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.

»En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien piés lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura:
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura:
¿Si es por dicha oracion de algun profeta?
Si es oracion, es oracion perfeta.

»Oracion es; que los atentos ojos,
Y las tendidas arqueadas cejas,
Y lo demas que lleva por despojos,
Son desta gran virtud señales viejas:
Sin duda puso en tierra los hinojos,
Y á solo Dios pretende dar sus quejas:
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.

»Cual humo de pebete es delicada,
De amarga mirra y de suave incienso,
Y de la especería mas preciada
De que á Belen pagó la Arabia censo:
Mirra fué de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso,
Y de estos aromáticos olores
Ciencia, virtudes, gracias, resplandores.

»Ella dirá quién es, que ya se llega;
Mas la oracion del Verbo soberano,
Que á dura muerte su persona entrega,
Debe ser; que su talle es mas que humano.
Si á mis ojos su ardiente luz no ciega,
He de besalle su divina mano:
Es la oracion de Cristo, eslo sin duda;
Abrasele la puerta, el cielo acuda.»

Dijeron; y la dama generosa
En la ciudad entró de vida eterna,
Y aquella compañía venturosa
La recibió con rostro y alma tierna:
Van con ella á la casa luminosa
Del sumo Emperador que la gobierna,
Y su lugar le dan las dignidades
Mas altas de las nobles potestades.

Pasa de los espíritus menores
El coro excelso y órden admirable,
Y sube á los arcángeles mayores
De ilustre faz, de vista venerable:
Hácenle reverencia, da favores,
Y atras deja el ejército agradable
De las virtudes, y á los potentados
Llega, en fuerzas y gloria sublimados.

Los príncipes supremos la reciben
Con blandos ojos, con humildes frentes,
Y los que en señorío eterno viven
Le postran sus coronas refulgentes:
Los tronos, de su gran valor conciben
Altas empresas, hechos eminentes;
Adóranla los sabios querubines,
Y hónranla los amantes serafines.

Al tribunal llegó del Rey sagrado,
Del sumo Padre, que de inmensa lumbre
Y ardiente resplandor está cercado,
Por siempre eterna, inmemorial costumbre:
Aunque le ve de soles rodeado,
No teme que su vista le deslumbre,
Y su ardimiento valeroso abona
Saber que es oracion de igual persona.

Vídola y respetóla el sacrosanto
Padre, de santidad fuente benina;
Y no es nuevo que Dios pondere tanto
Del Verbo humano la oracion divina,
Que es de oraciones un ejemplo santo
Y original de gracia peregrina:
Mas ántes que la escuche la entretiene;
Que dalle aplauso general conviene.

Mandó llamar á cortes celestiales,
Y juntarse los reyes coronados
Por su gracia, y con dones desiguales
Perfectamente bienaventurados:
A la voz de sus labios inmortales
Temblaron los dos polos encontrados;
Paróse el cielo, retumbó la tierra,
Y el infierno temió segunda guerra.

Despues de aquella singular victoria
Contra Luzbel y su cuadrilla fiera,
Dicen (pero no es fama transitoria,
Sino eterna, inefable y verdadera)
Que varias sillas de distinta gloria
A la milicia de ángeles guerrera
Y victoriosa señaló, en diverso
Lugar, el Hacedor del universo.

Llamados pues con voces resonantes
Que en todo el grande cielo se escucharon,
Los que habitan el norte y sur distantes
Al punto en el alcázar se hallaron;
Y aquellos que las plazas rutilantes
Pisan del alba roja, se aprestaron,
Y vinieron tambien los que el poniente
Hacen con clara luz ilustre oriente.

Los que presiden á los graves reyes,
Y blandas condiciones les inspiran;
Los que ponen al mar y quitan leyes,
Y siempre firmes sus mudanzas miran;
Los que gobiernan religiosas greyes,
Y dulce paz con manso aliento espiran,
Sin dejar sus oficios acudieron,
Y sin pasar por medio allí estuvieron.

Mas ¡oh tú, Gracia eterna, sabia musa,
Que por el cristalino empíreo cielo
Con vivo resplandor estás difusa
En sacras mentes de glorioso celo!
Porque es mi alma en distinguir confusa
Aun conceptos vilísimos del suelo,
Tú ilustra y purifica mis sentidos
Con tus conceptos de tu luz vestidos.

De los grandes palacios inmortales
Donde vive el Señor de los señores,
Píntame las murallas celestiales,
Las anchas puertas y altos corredores;
Y aquellas salas con verdad réales
En materia y en arte y en labores,
Y lo que estaba dibujado en ellas
Con rayos de oro y esplendor de estrellas.

El sumo alcázar para Dios fundado,
Sobre este mundo temporal se encumbra;
Su muro es de diamante jaspeado,
Que sol parece y mas que sol relumbra:
Está de doce puertas rodeado,
Que con luz nueva cada cual alumbra,
Y la mas fuerte y despejada vista
No es posible que á tanto ardor resista.

Los doce tribus de Jacob valientes
Están en los umbrales sobrescritos,
Y en las basas de mármoles lucientes
Doce maestros de cristianos ritos:
La materia es de piedras excelentes,
Y de oro coruscante los escritos:
Ninguna puerta con rigor se cierra,
Porque no hay noche ni se teme guerra.

De este rico metal, cual vidrio puro,
Es la hermosa plaza cristalina,
Y el ancho suelo, como el alto muro,
De ardiente claridad y luz divina:
Por ella un rio de cristal, seguro
De ofensa vil, con blando pié camina;
En urna va de perlas murmurando,
Y el márgen de oro líquido esmaltando.

A la ribera de este ameno rio
Está luciendo el árbol de la vida
Con grave copa y descollado brio,
Que con su olor á eterna edad convida:
Fruta da que jamas dará hastío,
Que es fruta cada mes recien nacida;
El es de oro y sus hojas de esmeraldas,
Y hacen dellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas
Están lindos y alegres corredores,
Y galerías de marfil preciosas,
Bañadas en suaves resplandores:
Divisan desde allí todas las cosas
Aquellos celestiales moradores,
Y lastimales vernos fatigados
En pequeños y míseros cuidados.

La sala del Artífice supremo
Que esta soberbia máquina compuso,
Es de un fino rubí de ardor eterno,
Que en cuadro y forma cóncava dispuso:
De aquí ejercita el general gobierno,
En que dulzura y eficacia puso:
Es la piedra labrada en varios modos,
Y de ciento y cuarenta y cuatro codos.

Por una y otra parte dibujadas
En ella están las ínclitas historias
Del mundo antiguamente celebradas,
Por siempre dignas de felices glorias;
Y aun se conservan hoy depositadas
En cristianas altísimas memorias,
Por su gran prez y su valor ilustre,
Que honra dieron á Dios, y al mundo lustre.

Aquí llegaban ya los cortesanos
Del Rey supremo, y cuando aquí llegaban,
Desde aquellos umbrales soberanos
La escultura magnífica miraban:
Los ojos extendian sobrehumanos,
Que todo en un momento lo alcanzaban,
Y en la gran superficie eterna vian
Esto que las figuras ofrecian.

En un jardin cuyas perpetuas flores
Son carbuncos, jacintos y esmeraldas,
Plata y matiz los pájaros cantores,
Y oro de un rio las alegres faldas;
Entre varias suavísimas colores,
Blancas, verdes, azules, rojas, gualdas,
Está durmiendo Adan un sueño blando,
Y una costilla Dios le va sacando;

Y habiendo hecho de ella una agradable
Y hermosa mujer, se la presenta:
El la recibe, y con el rostro afable
De su beldad y gracia se contenta.
«¡Oh de mi carne y hueso hueso amable,
Y carne que mi espíritu alimenta!
Naciste de varon, serás llamada,
Le dice, varonesa deseada.»

El justo Abel se mira en otra parte
Muerto y en el matiz descolorido,
Que aquel primero y envidioso Marte
Le tiene á sus robustos piés tendido:
A la materia sobrepuja el arte,
Y á la verdad iguala lo esculpido;
Muerto aparece por la dura mano
De su crudo enemigo y fiero hermano.

Cerca de allí, colérico y terrible
Se muestra Dios al fratricida odioso,
Y la sangre de Abel con voz sentible
Clama contra el soberbio y alevoso:
Pintado el matador incorregible
Va huyendo con ímpetu furioso:
¿De qué huyes, Caín, y por qué huyes;
Que á Dios ofendes y tu bien destruyes?

Perlas y aljófar son las aguas vivas
Que representan el Diluvio extraño
Del cielo, que con lanzas vengativas
Al mundo hizo irremediable daño:
Allí se ven las ondas fugitivas
Deslizarse y bajar con dulce engaño
De la nave gentil, que burla dellas
A fuerza de oraciones, no de estrellas.

Poco despues el Iris generoso,
De diversos colores rodeado,
Aplacándose el tiempo borrascoso,
Aparece en el cielo dibujado:
El rico sardio y el rubí precioso
Con el bello crisólito mezclado,
Son figura del arco, no pintura;
Que en eso el Iris de ellos es figura.

Formado de carbuncos refulgentes
Un fuego está de llamas encendidas;
Y el padre ilustre de las muchas gentes,
En él sacrificar quiere mil vidas,
La suya y de sus claros descendientes
En la de Isac, su hijo, prometidas:
Allí el alfanje con valor levanta,
Y aun en dibujo reluciendo, espanta.

Rayo parece que del cielo baja,
Y en los ojos de Isac relampaguea
Amenazando; pero el golpe ataja
Un angel á la fuerte mano hebrea:
Si aprestabas al jóven la mortaja,
Santo Abraham, apréstale librea;
Que ha de ser padre de ínclitos varones,
Temidos de ilustrísimas naciones.

Tambien Jacob, su hijo, allí se muestra
Con dulces vinos y suaves flores,
Y la prudente madre, que le adiestra,
Manjar le da, y con él ricos favores:
Vellosa hace su tratable diestra;
Pieles le viste, fíngele rigores:
La bendicion de Isac con esto gana;
Que la merece el hijo que se humana.

Despues un grueso y lúcido diamante
Pinta del alba roja el blanco paso,
Y la frente un piropo rutilante
Que el oriente pusiera en el ocaso.
Con Dios lucha Jacob mas adelante,
Y el mismo Dios le dice: «Basta, paso;
Suéltame, que ya viene el alba;» pero
Su santa bendicion le da primero.

A Josef en el otro cuadro venden
Sus envidiosos pérfidos hermanos,
Y con la venta desmentir entienden,
Y hacer sus verdaderos sueños vanos;
Y el edificio que arruinar pretenden
Lo fundan y levantan con sus manos:
¡Oh solo sabio Dios! Tu suma ciencia
Se burla de la humana providencia.

Poco despues con grillos rigurosos
Preso se halla en una cárcel dura,
Mas luego con pronósticos dichosos
Y adversos al rey bárbaro asegura;
Y en carro de caballos poderosos
Triunfando va con próspera ventura;
Señor se ve de las provincias bellas,
Y adorado de sol, luna y estrellas.

En un arroyo dulce y apacible
De líquido cristal y plata ondosa,
Toma el pastor y príncipe invencible
Piedras para su honda valerosa:
Parece que se escucha el son terrible
Del arma pastoril y venturosa,
Y el estallido crujidor resuena,
Con que la furia del gigante enfrena.

Entre un rojo matiz hórrida espuma
Con hinchadas vejigas se levanta,
Y ántes que en tierra y lodo se consuma,
Con asco ofende y con bulido espanta:
Luego hácia el infierno se rezuma;
Sangre es de Goliat, y sangre tanta,
Que un mar parece, y es un mar de gloria
Para David, que alcanza la victoria.

Membruda imágen de Sanson el fuerte
Ilustra aquellos ínclitos palacios,
Y con victorias mil en vida y muerte
Ocupa mil anchísimos espacios:
Quien la materia del dibujo advierte,
Advierte que en luz vence á los topacios,
Y en órden y valor de piedras bellas,
Al órden y valor de las estrellas.

Un templo allí se mira bien fundado,
Que se aventaja en todo al verdadero,
Sobre columnas dos edificado,
Do se arrima el indómito guerrero:
De ellas á puras fuerzas abrazado,
Hace caer el edificio entero,
Y con su muerte á sus contrarios mata,
Y aun su venganza juzga por barata.

Contra Jonas parecen levantados
Soberbios mares, turbulentas ondas,
Y rebramar los vientos conjurados
En huecas Scilas, en Caribdis hondas:
Los cielos ¡oh profeta! están airados;
Quilla no puede haber donde te escondas
De tu gran culpa; la infalible pena
Solo el vientre será de una ballena.

Allí el robusto pez con alto lomo,
Atenta y ancha boca, y seno abierto,
Lo espera, y lo recibe y guarda, como
A la alta nave el apacible puerto:
Escollo desasido, grueso plomo
No cae al hondo piélago mas cierto,
Que el Profeta en aquel vientre profundo;
Mas sale al fin, y ve la luz del mundo.

Tendido en tierra está y amortajado,
De una pobre viuda un hijo solo,
Y Eliseo con él se ve ajustado,
Con él se acomodó, y resucitólo:
Una imágen del Verbo es encarnado,
Que al hombre se ajustó, y engrandeciólo:
Los ángeles aquestas y otras vian,
Y ser de Cristo emblemas conocian.

Luego, entrando en la sala venerable
Del sumo Emperador de emperadores,
La superficie vieron admirable,
Con otras mil riquísimas labores:
La encarnacion y vida memorable,
Los trabajos, las armas, los amores
Del Hombre Dios, que están allí grabados,
Y de el Eterno Padre respetados.

Las tarjas de la obra peregrina
Son de otra mas que celestial materia,
Y sospechas de cosa tan divina
Aun no se hallan en la humana feria:
¡Oh cuánto pierde el hombre que se inclina
A la de acá, vilísima miseria!
Hombre, levanta los cansados ojos;
Lidia y vence, y habrás tales despojos.

Estaba aquel gran Padre omnipotente
El sumo trono de su eterno imperio
Llenando, y con su ropa refulgente
El Artico y Antártico hemisferio;
Y á sus piés dibujada ilustremente,
En alto modo y con sutil misterio,
Por la naturaleza curiosa,
Del mundo aquesta fábrica espaciosa.

La tierra estaba informe, oscuro el aire,
Confusa el agua, asida della el fuego:
Fuego y agua mezclados, tierra y aire;
Y aire y tierra en un globo, y agua y fuego:
Sin lugar fuego y agua y tierra y aire;
Y el aire y tierra en cáos, y el agua y fuego;
Fuego y agua riñendo, y aire y tierra,
Con la agua el fuego, el aire con la tierra.

Nació la luz, y con su linda cara
La distincion, la gracia, el armonía;
No fué la luz en darse al mundo avara,
Que hoy divide la noche y hace el dia:
Alegre y bella, rutilante y clara,
Al *hágase* de Dios aparecia;
Y apénas le mandaba que alumbrase,
Cuando salió, sin que jamas faltase.

El globo celestial y corpulento
De grandes orbes y elevadas cumbres,
Con su igual incansable movimiento,
Varias estrellas y distintas lumbres,
Sobre el fogoso rápido elemento
Dando estaba magníficas vislumbres
Del poder sumo de la excelsa mano
Que globo fabricó tan soberano.

El cielo empíreo, trono rutilante,
Y palacio de Dios allí se via
Estable, fijo, claro, radiante,
Que en apacible y santa luz ardia:
De fuego puro o de un rubí flamante,
O de un piropo inmenso parecia,
Llamas lanzando, y entre las centellas
Rayos vivos, no lúcidas estrellas.

Luego estaba el primero ilustre mobile,
Que con lijero paso y propio vuelo
Lleva tras sí todo el concurso noble
De los planetas del sagrado cielo:
De este procede el movimiento doble,
Que aun se percibe desde el bajo suelo,
La distincion, el tiempo, las edades,
Diversos años, varias calidades.

Despues, pintado el cielo cristalino
Con aguas, mas no liquidas, bañaba
El orbe octavo, y con aspecto dino
De admiracion, su antigua faz mostraba:
El firmamento, al parecer divino,
Y las estrellas firmes volteaba,
Templanzas imprimiendo diferentes,
Mudando imperios, variando gentes.

En el octavo círculo voltario
Fijo parece el virginal trofeo,
Y á Géminis volviendo el rostro Acuario,
Hércules bravo, indómito Cefeo,
Bohote el fiero, el crudo Serpentario,
Casiopea, y Andromeda y Perseo,
De relumbrantes luces dibujados,
Y en varias influencias ocupados.

Está en el orbe séptimo, Saturno,
De chicos ojos y pequeña frente,
Rostro largo y espíritu nocturno,
Cejas vellosas y ánimo inclemente,
A quien enfada el resplandor diurno
La claridad suave y luz caliente,
Padre de venenosas pestilencias,
De almas turbias y pérfidas conciencias.

El soberano Júpiter se via
Luego en el sexto círculo admirable;
El aire ponzoñoso desbacia,
Y el viento nos prestaba saludable:
En sus ojos templado ardor tenia,
Cara ilustre y aspecto venerable;
Mostrábase en el punto del oriente,
Do le hizo el Señor omnipotente.

El membrudo, terrible, osado Marte,
Fiera estrella, planeta vengativo,
Que da victorias, y despojos parte,
Y guerras causa con furor esquivo,
Del cielo quinto en la suprema parte
Lanzando estaba en rayos fuego vivo,
Bravo, espantoso, armado, furibundo,
De fuerte pecho y ánimo iracundo.

El hermoso planeta coronado
De encendidos carbuncos refulgentes,
Que raya el monte y fertiliza el prado,
Con luces de pirámides ardientes,
Estaba en otro cielo retratado
Rigiendo sus caballos impacientes,
Que en un dia caminan, por su cuenta,
Siempre trescientos grados y sesenta.

La estrella de la noble Citerea,
A quien el vulgo de la gente vana,
Que el tiempo en deshonesto amor emplea,
Diosa llamó de la belleza humana,
Y con sus piés dorados se pasea
Por la tercera bola soberana;
Bella extendia sus lucientes rayos,
Como en los frescos y serenos mayos.

El maestro del arte generosa
De la ilustre y magnífica elocuencia,
Ocupaba otra esfera luminosa,
Propio lugar de esta divina ciencia:
Sobre ingenios facundos lux copiosa
De gracia, de dulzura, de afluencia,
Por labios finos de oro derramaba,
Y al necio sin su amiga luz dejaba.

La antorcha clara de la noche oscura,
Del rojo sol el cristalino espejo,
Gran presidente y noble hermosura
Del estrellado y lúcido consejo,
Su faz triforme, su inmortal figura
Y su resplandeciente rostro viejo,
Vano mostraba en la celeste esfera
Que á nuestra flaca vista es la primera.

Tambien las cinco zonas perdurables
Que el mundo ciñen invisiblemente,
Y tres fingieron ser inhabitables
Por su frialdad y su calor ardiente
(Que ya los españoles memorables
Han declarado por ficcion patente),
De celestiales piedras ordenadas,
Estaban á los piés de Dios formadas.

Los signos sus figuras descubrian,
Y sus grados al sol firmes tomaban;
Los cuernos del Carnero humedecian,
Y los del bravo Toro calentaban:
Dos Hermanos de un vientre se mecian,
Y al campo su doblada fuerza daban;
A un lado meneábase el Cangrejo,
Y era de estrellas su inmortal pellejo.

El Leon con su greña vedijosa
Quemaba la erizada inculta tierra;
La Vírgen casta de la faz hermosa
Al mundo publicaba estéril guerra;
Libra, que en su balanza rigurosa
Con equidad constante al sol encierra,
Ardiendo estaba, y el Escorpio fiero
Mordia, halagándonos primero.

Despues el enfermizo Sagitario
Nieves lanzaba con furor valiente,
Y el dios fingido, de semblante varío,
Sus cuernos levantaba al sol caliente;
Aguas llovia de su seno Acuario,
Y humedades brotaba de su frente,
Y en los dos Peces el calor mas tibio
Con vapores templaba el campo libio.

Tambien los cuatro poderosos vientos,
En celestial materia dibujados,
Hacian encontrados movimientos
Con sus mismos resuellos encontrados:
Solano de sus claros aposentos
Soplaba al Occidente, y con hinchados
Carrillos el Gallego se ponia;
El Sur al Norte, el Norte al Sur hería.

Las aguas que debajo están del cielo,
Y ántes con las de arriba se mezclaban,
Ocupando el terreno, inculto suelo,
Allí su vientre líquido ensanchaban:
Juntas despues con presuroso vuelo,
En crespas y altas ondas se mostraban,
Lisonjeadas de un favonio blando,
La tierra descubriendo, el mar formando.

A su lado riberas deleitosas,
Fecundas plantas, bien nacidas flores,
Yerbas suaves, matas provechosas,
Mil frutas varias y de mil colores
Daban de sus entrañas generosas,
Cercadas de aromáticos olores,
Cual ricas herbolarias oficinas
De dulces y eficaces medicinas.

De la argentada quebradiza espuma
Aves subir se vian voladoras,
De leves alas y hermosa pluma,
Y voces delicadas y sonoras:
El pez, que no las tiene, no presuma
Alzarse con escamas nadadoras
A la sutil region del aire puro,
Que ni estará en su centro ni seguro.

Así los peces entre azules ondas,
Del cielo etéreo líquidos espejos,
En bajas cuevas y cavernas hondas,
Nadando, se mostraban desde léjos.
No llegarán allá prolijas sondas,
Aunque hacian visos y reflejos
Las escamas y conchas plateadas,
Del sol heridas y del mar lavadas.

Corre el lebrel, la liebre se apresura,
El caballo relincha, el toro brama,
Pace la oveja, el perro la asegura,
La cabra juega y el cabron se inflama:
Huye el cordero y el leon lo apura,
Bala el cabrito y á su madre llama:
Todo aquesto se via dibujado
A los piés del Señor, que lo ha formado.

Hecho el hombre del polvo de la tierra,
Antes que alma tuviese, aparecia:
¿Quién dirá que este polvo ha de ser guerra
Del mismo Dios piadoso que lo cria?
Mas su pesado polvo le destierra
De la patria feliz que allí tenia;
Un jardin era de vitales plantas,
Que, animado, hollaba con sus plantas.

Tambien los mismos ángeles que entraban,
De aquella sabia mano producidos,
Y en el cielo criados, se miraban
En un bello crisólito esculpidos;
Gracias á Dios con reverencia daban
Por verse de su amor favorecidos,
Y de Luzbel ganando la victoria,
Y con su gracia la divina gloria.

Asentados en sillas rutilantes,
Hechas en perfectísimas labores
De topacios, berilos y diamantes,
Envueltos en celestes resplandores,
Ceñianlos guirnaldas coruscantes,
Como á santos y dignos triunfadores;
Pero, si bien en sillas asentados,
Estaban á los piés de Dios postrados.

Juntos en el gravísimo conclave,
Moviendo la severa y blanda vista
Que los ocultos pensamientos sabe,
Y con mirar los ánimos conquista:
Abrió su pecho con dorada llave
El Rey supremo, y su licencia vista,
La Oracion puso en tierra los hinojos
Obedeciendo á los divinos ojos.

Hecha señal, se levantó llorosa,
Mirando al Padre de piedad inmensa:
Limpióse luego con su crin hermosa,
Y al sabio remedó que en algo piensa:
Grave, humilde, rendida y animosa,
En Dios devota y en su amor suspensa,
Puesta en el pecho la siniestra mano,
Habló con baja voz y estilo llano:

«Soy, Señor, de tu Hijo embajadora,
Del Verbo que nació de tus entrañas,
Del Dios que en tu divina esencia mora,
Del mismo hacedor de tus hazañas:
A tí con afligidos labios ora;
Sus voces no te deben ser extrañas;
Que son voces de Dios y de tu Hijo,
Si bien Dios Hombre las habló y las dijo.

»¿Quién á su Hijo natural no escucha,
Y Hijo de infinita gracia lleno,
Y cuando con la fiera muerte lucha,
Limpio de culpa y de pecado ajeno?
Su pena es grave y su congoja es mucha;
El alma no le cabe ya en el seno:
Ovele; que sus méritos presenta
El que de tu sér mismo se alimenta.

»En vientre puro de una Vírgen santa
Tomó cuerpo mortal, carne pasible,
Y en él vivió con obediencia tanta,
Que parece á los hombres imposible.
¿A quién no maravilla, á quién no espanta,
A quién no le será incomprehensible,
Temporal, el eterno; Dios, humano;
El hombre, Dios; humilde, el Soberano?

»Nació despues al riguroso hielo,
En portal destechado, en pobre cama,
En pajas viles, en desnudo suelo,
Este que Padre con razon te llama:
El Rey de gloria, que sustenta el cielo,
Del pecho vírgen de una tierna dama
Rayos de leche recibió suaves:
Si te agradó con ello, tú lo sabes.

»No ignoro que los ángeles cantores,
De tu casa real noble ornamento,
Celebraron con músicos loores
Su nuevo y admirable nacimiento;
Y devotos, benévolos pastores
Le ofrecieron su rústico alimento,
Danzas, bailes, sonajas, tamboriles,
Y almas simples, en juegos pastoriles.

»Bien sé que á Dios la gloria en las alturas
Los convecinos valles resonaron,
Y al hombre paces con verdad seguras
En los cóncavos montes retumbaron;
Y que tres reyes con entrañas puras
Del Niño tierno el grave pié besaron,
Postrando en tierra sus coronas de oro,
Y dándole en ofrenda su tesoro.

»Pero, Señor, sus tiernos pucheritos,
Sus niñas quejas, sus pueriles llantos,
Gracias de aljófar con razon benditos,
Y blandas perlas de sus ojos santos,
¿No son merecimientos infinitos,
Dignos de mil y mil eternos cantos,
De suma gracia, de perpetua gloria,
Y de alcanzar sin muerte la victoria?

»Pues al octavo dia señalado
(Que el tiempo á Dios, el tiempo á Dios se cuenta)
Derramó de su cuerpo delicado
Sangre de Dios, que méritos aumenta,
Sangre deste Cordero figurado,
Que no en figura, en obra se presenta,
Poderosa será, será bastante
A labrar corazones de diamante.

»Contempla, ¡oh sumo Rey! Mas ¿qué te digo?
Lo pasado á tu ciencia está presente;
Ella es de todo universal testigo,
Cual suprema, infalible eternamente,
Y yo postrada en tierra la bendigo;
Pero yo hablo como el alma siente:
Considera al gigante, valeroso
Niño, vertiendo su licor precioso.

»¿Habrá pechos de piedra que no rompa?
¿Cuellos habrá de bronce que no rinda?
Si mi voz fuera tu sagrada trompa,
Cantara esta niñez preciosa y linda:
Tu majestad altísima interrompa,
Y con su distincion sutil prescinda;
El ser tu Hijo sangre de Dios basta:
¿A la muerte tal sangre no contrasta?

»Si se le dió ilustrísimo apellido,
Si de Jesus el grave y dulce nombre,
Con esta primer sangre ¿no ha cumplido
De Salvador el ínclito renombre?
Con una gota sola ha merecido
Salvar al mundo, redimir al hombre;
Que sangre mas hidalga en sér y esencia
No la puede hacer tu omnipotencia.

»Pues presentado en tu divino templo,
Nos dió de su pobreza venerable
Un singular y nunca visto ejemplo,
Y otro la Vírgen de humildad notable.
Si esta pobreza y humildad contemplo,
Me arrebato en un éxtasi admirable:
¡Que con tórtolas Dios se sacrifique,
Y el vientre virginal se purifique!

»Si pretendes, oh Rey, que se te ofrezca
Hostia infinita, que infinita paga
Por su infinita perfeccion merezca,
¿Para qué esperas que la Cruz se haga?
Ya puede ser que el sacrificio crezca
En su valor por una y otra llaga;
Mas crecerá, Señor, en accidente;
Que no puede crecer esencialmente.

»No se me esconde que el Profeta anciano
De gracias rico, rico de favores,
Llegó á su seno, recibió en su mano
Al Niño con magníficos loores,
Y que anunció con pecho soberano
Sus trabajos, sus penas, sus dolores
A su Madre bendita: ya los pasa,
Y sin peso, sin límite y sin tasa.

»Pero, ¿qué digo? ¡ay Dios! Apénas supo
Menear los bracitos amorosos,
Cuando en la tierra de Belen no cupo,
Cercado de cuchillos ambiciosos:
Si largo espacio en referirte ocupo
Su vida y sus trabajos rigurosos,
Perdóname; que casi eternos fuéron,
Pues que desde la cuna le siguieron.

»Desterrado salió de aquel pesebre,
¡Oh Dios, aun de pesebre desterrado!
¿A quién habrá que el corazon no quiebre
Veros en el confuso Egipto echado?
¿Hay entre los gentiles quien celebre
Pecho tan dulce, amor tan abrasado,
Que por dejar vuestro Evangelio escrito,
Huir quisistes al confuso Egito?

»Allí estuvo con bárbaras naciones
Su perseguida Madre conversando;
Mansa oveja con ásperos leones
Sin ofensa y rigor se vió tratando:
¡Oh fieros ambiciosos corazones!
La paloma veloz, de arrullo blando,
Huyó de vuestra furia no vencida,
Y halló entre gavilanes acogida.

»Volvió por despoblados arenales
Despues á la dejada humilde tierra:
Puso en ella las plantas celestiales;
Hizo en ella á Luzbel oculta guerra:
Con Josef, entre pobres oficiales,
(¡Oh cuánto la soberbia humana yerra!)
Dios trabajó, sudó, fué carpintero:
Tanta humildad bendiga el cielo entero.

»¡Ay, qué de veces en la edad pequeña
Una pequeña y fácil cruz formastes,
Y cual liviano y dulce haz de leña
En esos tiernos hombros la llevastes!
El que así niño su palabra empeña,
¡Cuáles serán, mas hombre, sus contrastes,
Cuáles sus penas, cuáles sus dolores,
Ensayado en tan ásperos rigores!

»No pasó de su vida los momentos;
Que es en todo su vida memorable:
Sé que entre sabios, sabios mil intentos
Disputó con prudencia incomparable,
Y se mostró en sutiles argumentos,
Y en profundas respuestas admirable;
Y que perdido, fué despues hallado,
Cual si perderse fuera ser ganado.

»Mas luego conservó silencio santo
Hasta los años de su edad perfeta;
¡Que la palabra eterna calle tanto
Al alma unida del mayor Profeta!
Enmudeció á Luzbel con nuevo espanto,
Que le asombró y agora le inquieta:
En hablar y en callar ha merecido
Ser de tu sacra majestad oido.

»No dejaré de referir, suspensa
Y arrebatada en un profundo abismo
De admiracion, que la persona inmensa
Del Verbo recibió de Juan bautismo:
Si tu divina voluntad dispensa
Siempre con la humildad, el acto mismo
De la humildad mayor ha ejercitado;
Con él dispensa el ser de tí escuchado.

»Entre los publicanos pecadores,
Cual si lo fuera, bautizarse quiso:
Viéronse allí tus ínclitos favores,
El Jordan convirtiendo en paraíso.
Tu voz, entre divinos resplandores,
Que le hicieron rutilante friso,
Sonó, y la singular Paloma eterna
Se vió que cielo y tierra y mar gobierna.

»Allí las aguas del Jordan sagradas
El toque de su cuerpo más que humano
Dejó con su inocencia preparadas
Para el sacro bautismo del cristiano;
Y me atrevo á decir que están lavadas
Con este lavatorio soberano,
Desde que quiso bautizarse en ellas
El purificador de las estrellas.

»Mas ¿quién olvidará de sus ayunos
Las noches largas, los prolijos días?
Túvolos con rigores importunos,
Y al cabo con Satan graves porfías:
No son tiempos aquestos oportunos,
Ni suficientes son las fuerzas mias,
Para significar de su abstinencia
La menor parte, en lumbres de elocuencia;

»Que el rostro, á quien el alba mas luciente
Miró ya colorada y vergonzosa,
Vencida su beldad resplandeciente
De aquel limpio cristal y fresca rosa,
Amarilla mostró su blanca frente,
Y perdido el color su tez hermosa;
Que el dilatado ayuno pudo tanto
En aquel bello rostro y cuerpo santo.

»¡Oh cuántas veces el desierto amigo
Con reverencia, con pavor, con miedo,
De su larga oracion fiel testigo,
Vió la verdad que yo explicar no puedo!
Sin techo, sin amparo, sin abrigo,
El yermo lo acogió, gozoso y ledo
De tener en su bosque á Dios orando,
Y ser quisiera lecho alegre y blando.

»Despues abrió de dos corales finos
Y de mil gracias los rosados labios,
Y descubrió tesoros peregrinos
De ilustres ciencias, de conceptos sabios:
Los Cicerones de alabanza dinos,
Demóstenes, Antonios, Julios, Fabios,
Y la misma razon enmudeciera,
Si su doctrina celestial oyera.

»Y luego en su divino magisterio
Discípulos juntó, movió ciudades,
Hinchó de luz el Artico hemisferio,
Ciego con sus hipócritas deidades:
De tu perfecta ley el sumo imperio,
Fundado á fuerza de ínclitas verdades,
En la tierra extendió gloriosamente
De un pueblo en otro, de una en otra gente.

»¡Qué no sufrió de rigurosos males!
Qué no pasó de agravios insufribles!
Ya con falsas calumnias infernales
Sus milagros fingieron imposibles;
Ya con armas y fuerzas desiguales
Opugnaron sus hechos invencibles;
Ya su nombre amoroso era temido,
Y él por samaritano aborrecido.

»Ya como á hechicero le miraban,
Ya por endemoniado le tenian,
Ya como á publicano le trataban,
Ya por blasfemo y vil le perseguian;
Ya en las tabernas motes le cantaban,
Ya en las calles injurias le decian:
¿Saldrán al fin, saldrán con sus deseos,
Contra tu Hijo Dios los fariseos?

»¿Al Justo prenderán los pecadores,
Y los culpados matarán al Santo?
¿Y en dura cruz y en ásperos dolores
Pondrán á Dios? ¿A Dios? ¡horrendo espanto!
¿Entre infames y viles malhechores,
Al que cubre la tierra con su manto
Celestial y divino, el pueblo duro
Alegremente mirará desnudo?

»¡Ay! ¿Desnudo estará tu Hijo amado,
Que de estrellas el grande firmamento
Viste, y de flores el hermoso prado,
Y de luz el diáfano elemento?
¡Y qué! ¿Tus ojos han de ver colgado,
Lleno de injurias, pobre de ornamento,
De un palo á Cristo? ¿A Dios entre ladrones?
¿Qué fin llevan tan graves intenciones?

»¡Oh, basta, Padre Eterno! Si es posible,
A tu Hijo amantísimo perdona,
Que de tu misma lumbre inaccesible
Por natural herencia se corona:
Con él dispensa en muerte tan horrible,
Pues la suya es igual á tu persona:
De los hombres remite los pecados,
Y los premios les da por él ganados.

»Si quieres que se guarde la justicia,
La justicia se guarda rigurosa,
Pues paga el mismo Dios por la malicia
Del hombre, y Dios con vida trabajosa:
Si Adan tuvo fantástica codicia
De pretender tu cátedra gloriosa,
Por lo que Adan soberbio entónces hizo,
Hoy tu Hijo humillado satisfizo.

»Y si quieres mostrar suma clemencia
Al hombre castigado justamente,
De tu misericordia la eminencia
En el perdon que pido está patente;
Y si es primera y última excelencia
De esta grande virtud alzar la frente
Bella entre las virtudes de tu pecho,
Muéstrala en tan ilustre y noble hecho;

»Que tu Hijo de madre ya engendrado,
Y en un pesebre por tu amor nacido,
Y como pecador circuncidado,
Y con pobres palomas redimido,
Y á Egipto por justicia desterrado,
Y humilde y abstinente y perseguido,
Pide á tí, dulce Padre, que remitas
De su muerte las penas infinitas.»

Dijo; y postrado el húmido semblante,
De polvo y sangre y de sudor cubierto,
Al sacro pié del trono rutilante,
El despacho esperó seguro y cierto;
Mas con pecho fiel y alma constante
Imitando al que oraba desde el Huerto,
Sujeta al blando y eficaz gobierno
Del sumo Emperador, del Padre Eterno.

Tal fingen que la hermosa Policena,
Viendo la griega espada vengativa,
Con rostro venerable y faz serena
A compasion movió la gente argiva;
Mas no fué tanta la piadosa pena,
Que, prosiguiendo la tormenta esquiva,
Para amansalla con tan grave medio,
Su muerte no tomasen por remedio.

Mirando pues de la Oracion divina,
Aquellos mas que ilustres cortesanos,
Postrada la belleza peregrina,
Y llorosos los ojos soberanos,
A piedad justa cada cual se inclina,
Y cogiendo incensarios en las manos,
Ofrecen de aromáticos olores
Pardas nubes y blancos resplandores.

Pero el gran Padre de bondad inmensa,
A quien aplace de su Hijo caro
El santo amor, la caridad intensa,
Y el sacrificio de su muerte raro,
Un rato á la Oracion tuvo suspensa,
Y al fin, con blanda vista y rostro claro,
La levantó por señas, y le dijo
Estas graves palabras de su Hijo:

«De Redentor á la suprema gloria
Mi dulce Hijo fué predestinado;
Por medio señalé de su victoria
Ser muerto en cruz y en ella deshonrado:
Mi voluntad no es de alma transitoria,
Que muda el parecer una vez dado;
Cuando lo decreté tuve presente
El dolor que mi Hijo agora siente.

»Bien sé que es árbol de raiz amarga
La cruz, pero de frutos saludables:
Carga es de culpas, y terrible carga;
Pero será de glorias admirables:
Si no se niega el premio que se alarga,
Premios daré á mi Hijo inestimables
Por la muerte de cruz, y eterna vida
Al que amare la cruz aborrecida.

»Muera; que por su muerte y cruz preciosa
A aquestas nobles sillas despobladas,
Con alas de mi gracia valerosa
Almas han de subir crucificadas:
Derrame pues su sangre generosa;
Que en ella estolas mil serán lavadas,
Que con vivo esplendor y eterno lustre
Han de lucir en esta casa ilustre.»

Dijo; y como á la candida mañana,
Entre pintadas y olorosas flores,
Con lengua placentera y voz ufana
Hacen aplauso pájaros cantores;
Como el céfiro blando y luz temprana
Saludan amorosos ruiseñores
Al rumor manso de agua cristalina,
Que con aljofarado pié camina;

Las palabras de aquella eterna boca
Los príncipes oyeron inmortales,
Y como á todos la respuesta toca,
Todos le cantan himnos celestiales:
La Oracion á entonallos les provoca,
Rendida á los decretos siempre iguales,
Diciendo: «Santo el Padre, el Hijo Santo,
Santo el Amor que al hombre estima tanto.»

»Bendíganle sus obras memorables,
Los grandes orbes y ángeles dichosos,
Y las etéreas aguas admirables
Que están sobre los cielos espaciosos:
Los dos ojos del mundo perdurables,
Las estrellas de rayos luminosos,
Y los siete planetas le bendigan,
Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

»El fuego bravo, el riguroso estío,
El aire puro, el desgarrado viento,
La nieve empedernida, el crudo frio,
La luz bella, el diáfano elemento,
El seco ardor, el húmido rocío,
La pacífica tierra, el mar violento,
Los dias y las noches le bendigan,
Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

»Los peñascos y montes empinados,
Y los campos y vegas extendidas,
Y los bosques y valles dilatados,
Y las yerbas y plantas bien nacidas,
Las fuentes y arroyuelos argentados,
Y las aves y fieras atrevidas,
Y los hombres le digan Santo, Santo,
Santo, en devoto y dulce y grave canto.»

Esta voz pura de alabanza doble
Retumbó en el sagrado empíreo cielo,
Y el sumo Rey del otro mundo, inmoble
Quiso dar á su Hijo algun consuelo;
Y á un sabio nuncio de linaje noble,
De los que con humilde y casto celo
De Luzbel alcanzaron la victoria,
Llama, y así le informa la memoria:

«Vé, Gabriel, á mi Hijo, y con razones
Vivas á la batalla le conforta:
Declárale mis graves intenciones,
Y á seguillas con ánimo le exhorta.
Y tú, espejo de santas oraciones,
Vete; que tu despacho al mundo importa.»
Dijo; y de sus conceptos un abismo
Y un mar de gloria le mostró en sí mismo.

La sagrada cabeza y alma pia
Inclinó la Oracion devotamente,
Y aquella soberana compañía
Le hizo aplauso con humilde frente.
El sabio mensajero la seguia,
Y á entrambos el ejército luciente
Del seráfico reino acompañaba,
Y con ilustre pompa veneraba.

Yendo por la ribera deleitosa
Do está plantado el árbol de la vida,
A la Oracion con gracia religiosa
Hizo una reverencia comedida:
Tambien con murmurante lengua ondosa
El arroyo de plata derretida
Música le entonó de voz suave;
Que cual rio de gloria cantar sabe.

Los muros sus coronas almenadas
Rindieron á los dos legados bellos,
Y humillaron las puertas encumbradas
A su presencia los empíreos cuellos:
Abriéronse, de inmensa luz tocadas,
Y oscurecidas con la lumbre de ellos,
Y despedidos con amor, dejaron
El cielo, y á la tierra caminaron.

Mas Gabriel del aire refulgente
De la region mas pura un cuerpo hace,
Y cércalo de luz resplandeciente,
Que las tinieblas y el horror deshace:
Cuerpo humano de un jóven excelente,
Gallardo y lindo que á la vista aplace;
Mas bañada su angélica belleza
En una grave y señoril tristeza.

Lleva el rojo cabello ensortijado
Del oro fino que el oriente cria,
Y en mil hermosas vueltas encrespado,
Que cada cual relámpagos envia:
De un pedazo del iris coronado,
Del iris, que con fresco humor rocía
El verde valle y la florida cumbre,
Cuando entre nieblas da templada lumbre.

La vergonzosa grana resplandece
En las mejillas de su rostro amable;
Y aljófar de turbada luz parece
El sudor de su frente venerable:
Aspecto de un legado triste ofrece,
Que hace su hermosura mas notable,
Cual invernizo sol en parda nube
Opuesta al tiempo, que al oriente sube.

Prestas alas de plumas aparentes,
De color vario y elegante forma,
Y de vistosas piedras relucientes
Puestas á trechos, en sus hombros forma.
Con la grave embajada convenientes
Ojos, y traje y parecer conforma:
Es morado el vestido rozagante,
Y lagrimoso el juvenil semblante.

Cual de arco tieso bárbara saeta
Arrojada con ímpetu valiente;
Cual apacible, cándida cometa,
Que el aire rasga imperceptiblemente;
Cual sabio entendimiento que decreta
Lo que á su vista clara está evidente;
Así, pero no así, con mayor vuelo
Baja el sagrado embajador del cielo.

Ala no mueve, pluma no menea,
Y las espaldas de las nubes hiende;
Seguille el viento volador desea,
Y en vano el imposible curso emprende:
Déjale de seguir, la vista emplea,
Y á celebrar su lijereza atiende;
Y acierta en conceder justa alabanza
A quien con fuerzas y valor no alcanza.

Cala de arriba el mensajero santo,
Y llega al verde y religioso monte
Adonde está el Cordero sacrosanto,
Y sordo y mudo mira al horizonte:
Paró su luz con imposible espanto
Mas tarde el rubio padre de Faetonte
A la oracion del capitan hebreo,
Que á la de Cristo el celestial correo.

El aire ve de pavorosa niebla
Y de sombra confusa rodeado;
Opaca, triste y hórrida tiniebla
Lo tiene de ancha oscuridad cercado:
De asombro y miedo, y de terror se puebla
El Huerto, ya de espinas coronado:
Detiénese Gabriel, y atento escucha
Y mira á Dios, que con la muerte lucha.

Del cielo puro el cristalino aspeto,
Del espantado arroyo el lento paso,
Del aire mudo el proceder secreto,
Y del manso favonio el soplo escaso,
De aves y fieras el callar discreto,
Y de ver triste á Dios el grave caso,
Como caso tan grave comprehende,
Las plumas y la lengua le suspende.

Apénas hubo por su bien nacido
El Angel, cuando en su tercer instante
Glorioso la divina esencia vido
Con luz que siempre le será constante;
Pues el que á Dios sin velo ha conocido,
Y en él, como en clarísimo diamante
Y espejo vivo, su valor inmenso,
¿No quedará de verle tal suspenso?

Ve al Rey de reyes, Dios omnipotente,
Que en sí mismo los orbes ha fundado,
Y á la suprema intelectiva gente,
Hollando estrellas santas, ha criado:
Vélo aquí por el hombre inobediente
Sobre la tierra con dolor postrado,
Y como quien es Dios y el hombre sabe,
En el cuerpo fingido apénas cabe.

Ve á Dios, á Dios, de quien se maravillan
Los coros de las nueve dignidades,
Y á quien sus cuellos con razon humillan
Las soberbias, terrestres majestades;
Y á cuya voz temblando se arrodillan
Del infierno las fieras potestades:
A Dios postrado ve: ¿qué no hiciera
Quien conoce á Dios bien, si así le viera?

Si no se admira el hombre miserable,
Es que no alcanza su mortal rudeza
La union de los extremos admirable
Que el Angel ve con viva sutileza:
Union del mismo Dios inestimable
Con la tierra y el polvo y la bajeza,
De conocer á Dios y al polvo pende,
Y así, quien no se admira no la entiende.

Levanta, hombre, la vista; al cielo mira,
Y mira esa estrellada pesadumbre;
Y si tan grande fábrica te admira,
El Hacedor te admire de su lumbre:
Vuelve á la tierra, mírala y suspira,
Y suspirando, alcanza una vislumbre
De quién es Dios y tierra, y verás luego
Que el Angel mira bien, y tú estás ciego.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Prueba Gamaliel profundamente
Que Cristo es el Mesías prometido,
En el consejo de la inicua gente,
En que le vende Júdas atrevido:
Gabriel conforta al Hombre omnipotente,
Y él, de su amada escuela despedido,
Recibe del traidor el falso beso;
Vence con una voz, y al fin es preso.

Antes desto los príncipes hebreos,
De su antiguo furor estimulados,
Y los mas pertinaces fariseos
Y escribas, de su envidia provocados,
Con los falsos herejes saduceos
Fuéron á su concilio congregados
Para tratar la muerte prevenida
Del que ora y suda sangre por su vida.

Caifas, sumo pontífice, los llama,
Soberbio, altivo, hinchado y ambicioso;
Que quiere oscurecer la ilustre fama
Del Rey de reyes, santo y poderoso:
Maldice á Cristo, su virtud infama,
De su doctrina y obras envidioso;
Mas ¿qué no hará un pecho donde lidia
Ambicion fiera y desalmada envidia?

En alta silla con pomposa muestra
De larga ropa y seda rutilante
Se ve sentado, y á su mano diestra
Anas, su suegro, al yerno semejante;
Y aunque mas venerable, á la siniestra
Gamaliel está, varon constante,
Y luego en órden y lugar se siguen
Muchos que el nombre de Jesus persiguen.

Solos dos senadores excelentes
De antiguas casas, de ínclitos blasones,
El uno espejo de ánimos prudentes,
Y el otro luz de sabios corazones,
Entre los consultores insolentes
Firmes conservan puras intenciones:
Josef ilustre, y Nicodémus doto,
De Cristo amigo aquel, y este devoto.

Estando así el injusto y mal prelado,
Los turbios ojos con dolor menea,
Muérdese el labio, y por el gran senado
Con el rostro y el alma se pasea:
Ya se finge el hipócrita elevado,
Ya que el cielo en espíritu rodea,
Ya que el honor de Dios le martiriza,
Ya que futuros daños profetiza.

«Sabios (les dice) que la ley perfeta
De Moises penetrais con luz divina,
Y el mas profundo y mas sutil profeta
Con alma veis de magisterio dina,
Y sois doctores de la fe secreta
Que á la clara vision nos encamina;
Aquí nos hemos en consejo unido
A un caso muchas veces referido.

»A Jesus conoceis, que, revolviendo
La tierra en bandos y opiniones varias,
Ha hecho y hace peligroso estruendo,
Bastante á provocar fuerzas contrarias:
Rey se titula, y como á rey sirviendo
Le van las gentes con humildes parias,
Y si no lo impedimos, su persona
Será adorada y le pondrán corona.

»Sus milagros, ¿qué digo? Sus portentos
Tienen al vulgo en partes dividido,
Y siendo á la verdad encantamentos,
Cual probanzas de fe los han creido:
Palmas le ofrecen, póstranle ornamentos,
Danle honor de Mesías prometido:
Hijo de Dios le llaman: ¿qué esperamos?
Que todos nos perdemos si tardamos.

»Infámanos en públicos sermones,
De hipócritas, de falsos, de ambiciosos;
Destruye las antiguas opiniones
De nuestros patriarcas religiosos;
Siguenle atropellados escuadrones
De chicos, grandes, simples y curiosos;
El sube en gloria, en deshonor caemos
Nosotros; pues caidos, ¿qué harémos?

»¿Mirarémosle, tristes, coronado
De verde lauro su feliz cabeza,
Y en palmas de la gente levantado,
De esa vil gente que á adorarle empieza?
¿Y verémos en hombros ensalzado
Al que furiosos tiros endereza
Contra la fama y honra inestimable
Deste sabio consejo venerable?

»Mas veámosle así; pase adelante
Su mala pretension no resistida:
¿Sufrirále el ejército pujante
De Roma, en daño nuestro apercibida?
Fiero, esquivo, soberbio y arrogante,
Toda su fuerza en un tropel unida,
Vendrá su capitan á darnos guerra
Y á quitarnos las armas y la tierra.

»Arrasará los empinados muros,
Batirá los castillos eminentes,
Las altas puertas y cerrojos duros
Con artificios romperá valientes:
Males parecerán estos futuros,
Mas no lo son; que males son presentes,
Presentes, claros, infalibles, ciertos,
Y tanto, que nos juzgo ya por muertos.

»Si somos padres de la patria justos,
Que serlo todos con razon debemos,
Temores del errado pueblo injustos
Por su amor y su bien atropellemos;
Y atropellemos los fingidos gustos
De la falsa quietud que apetecemos,
Por librar á ese vulgo no entendido,
Deste rey, que lo tiene pervertido.

»Prendamos á Jesus, démosle muerte;
Que un hombre importa que por todos muera:
Muera en infame cruz, en baja suerte;
Que muerte tal á un hombre tal espera:
Del cautiverio lastimoso y fuerte
En que el pueblo mezquino persevera
Saldrá.» Feneció aquí el hablar prolijo,
Mas no entendió lo que hablando dijo.

Pidió despues á cada cual su voto
Y sobre el caso atroz libre consejo,
Y con aspecto al parecer devoto
En el cielo fijó su rostro viejo;
Y luego, como el bravo y fiero noto
Mira al campo con negro sobrecejo,
Y tempestades sopla cuando mira,
Así él tiende los ojos y suspira.

Anas al punto, Anas, que deseoso
De hablar y escupir ponzoña estaba,
Comenzó con espíritu furioso
Enemiga oracion, plática brava:
«¿Es posible que el cielo generoso,
Que ántes por gran favor nos anunciaba
Un Mesías en armas señalado,
Y á un Cristo carpintero nos ha dado?

»Si la Escritura Santa profetiza
Un capitan gallardo, un rey valiente;
Si su dichoso imperio solemniza,
Robusto en fuerzas, respetado en gente;
Si sus altas victorias canoniza
Con fama excelsa y voz permaneciente,
¿Cómo será el Mesías prometido
Un hombre nunca armado ni temido?

»David en dulce canto le apercibe
A que se ciña cortadora espada,
Y un brazo en él fortísimo concibe,
Un valor grande y una diestra osada;
Con saetas le avisa que derribe
La gente en varias tropas conjurada:
¿Adónde está la espada, el brazo y diestra,
Saetas y valor que este rey muestra?

»Píntale en otro salmo tan terrible,
Que al cielo asombra y á la tierra espanta,
Y en furia bravo, en fuerzas invencible,
Dobla cervices y ánimos quebranta;
El fuego abrasador, la llama horrible
Le hace escolta y su escuadron le planta;
Grandes abrasa, reyes atropella:
Pues aqueste Jesus, ¿qué reyes huella?

»Mas ¿qué digo? El profeta cortesano
Le dibuja en batalla rigurosa
Entre despojos de la muerte ufano,
Y alegre en un raudal de sangre ondosa:
Bañado rostro, cuello, pecho y mano,
Tinta la vestidura generosa
De Edon viniendo, y con estola rica:
¿Quién de Jesus tanto valor publica?

»Ya sus felices inclitas victorias
Dibuja con metáforas sagradas;
Ya eternas hace sus debidas glorias
Con nuevo estilo y frases nunca usadas;
Ya insignias, ya trofeos, ya memorias,
Ya empresas por el mundo celebradas,
De Cristo, en voz suave, profetiza:
Ved si á Jesus por Cristo solemniza.

»Siempre que Dios con apacibles ojos
El pueblo mira de su amada gente,
Fábula hecho y míseros despojos
Y presa de algun bárbaro insolente,
Y en risa volver quiere sus enojos,
Y el vengativo rostro en blanda frente,
Por defensa nos da grandes varones,
Que asombro ilustre son de altas naciones.

»Estaba en lamentable cautiverio
Sujeto al yugo vil del ciego Egito,
Y del injusto rey al duro imperio
De nuestra gente un número infinito:
Salió de aquel infame vituperio,
Pasó el desierto y áspero distrito,
Entró en la dulce prometida tierra;
Pero ¿qué capitan llevó en la guerra?

»Un bravo Josué, que al sol, armado
De ardientes rayos y fogoso escudo,
Y en carro de invencible luz sentado,
A fuerza de armas detenerlo pudo;
Y al pueblo de gigantes coronado
Dejó de asombro y miedo, sordo y mudo,
Y heló más que encendidos corazones
De innumerables fieros escuadrones.

»Pues contra los altivos filisteos
Nos dió un Sanson de espíritu admirable,
Excelso muro de ánimos hebreos
Y terror de enemigos espantable:
¡Oh fuerte honor de santos nazareos,
Al mundo eternamente memorable!
El nombre claro de inmortal Mesías,
Si no te hubieras muerto, merecías.

»Robusto pecho, corazon ardiente,
Membrudo cuerpo y alma belicosa
Ha de tener el príncipe excelente,
Cristo digno de fama y silla honrosa;
Cual tú, gran capitan, Sanson valiente,
Fuerza del mismo cielo prodigiosa,
Y espanto de la bárbara potencia;
No blanda voz de hipócrita elocuencia.

»Pues cuando aquel Antíoco superbo
Hizo de sangre noble un mar turbado
Esta ciudad, con ánimo protervo
De violar nuestro templo consagrado,
¿Quién su rüina triste y daño acerbo
Impidió con espíritu esforzado?
Quién nos libró de tan horrendos males?
Los Macabeos, á Sanson iguales.

»Estos, en la ciudad nunca vencidos,
Y siempre en el desierto vencedores,
Pocos, de muchos bárbaros temidos,
Fuéron de almas y cuerpos redentores:
Truenos de la verdad esclarecidos,
Rayos de la justicia voladores,
Y del brazo de Dios vigor robusto,
Que mantuvo en su ley al pueblo justo.

»Agora opresos del romano imperio,
Rendido el cuello con dolor vivimos,
Y en largo miserable cautiverio
A su tirana voluntad servimos:
El que deste afrentoso vituperio
Que, forzados al yugo, recibimos,
Nos ha de redimir, será el Mesías;
Pero ¿qué tal, segun las profecías?

»Un nuevo Josué, que al sol romano
A fuerza de armas y virtud detenga;
Un Sanson, que al ejército profano
Batalla en campo con valor mantenga;
Un Júdas, en hazañas soberano,
Que firme el peso de la fe sostenga
En fuertes hombros, cual divino Atlante;
Que solo un Cristo tal es importante.

»Pues concluyendo mi sentencia libre
De enemiga pasion y amor celoso,
Si conviene que agudas lanzas vibre
El Rey ungido, en armas poderoso,
Hasta que vuelva osado el grande Tibre
En mar de humana sangre caudaloso,
Con daño de su ejército temido,
Jesus no puede ser el Rey ungido.

»Que es pacífico, humilde, manso, afable,
De armas desnudo, de riquezas pobre,
Y un varon ha de ser inexpugnable
Quien nuestra libertad perdida cobre;
Fiero, bravo, espantoso y formidable,
Ceñido de robusto y verde roble,
Y que sangre derrame y sangre beba,
Para dar de su imperio ilustre prueba.

»No es el Mesías, no; no es el Mesías:
No es Cristo, no; no es Cristo verdadero:
Gentes engaña, por su mal baldías,
Con dulce arenga el bajo carpintero;
Y si son fuertes las razones mías,
Preso, azotado y puesto en un madero,
Como blasfemo, debe ser el hombre
Que usurpa el reino á Cristo, á Dios el nombre.»

Dijo; y el sumo sacerdote lleno
De aplauso, y de favor la boca y frente,
De gracia el rostro, el alma de veneno,
Y el pecho atroz de espíritu inclemente,
Dulces palabras del amargo seno
Sacó, aprobando en plática insolente
La oracion de su suegro mal fundada,
Y el voto confirmó y sentencia dada.

Pero siguióse en el lugar segundo
Gamaliel, maestro venerable,
Grande en linaje, y en saber profundo,
Y en virtud á los sabios admirable,
Conocido por letras en el mundo,
Y con razon por ellas estimable;
Y comenzó á hablar osadamente
Con grave estilo y ánimo prudente.

«Toda la pena que Jesus merece,
Dijo, si la merece, ha procedido
De que el mundo por Cristo le engrandece,
Y él se predica por el Rey ungido:
Luego si es Rey, si Cristo, mal padece
La opinion de blasfemo que ha tenido,
Y será injusto dalle por sentencia
De muerte infame cruda penitencia.

»Si es el Mesías, debe ser honrado
Con faz humilde y corazon piadoso;
No por blasfemo hereje maltratado
Con dura ofensa y término afrentoso;
Pues hasta aquí no está determinado,
Aun agora en razon está dudoso
Si es el Mesías Rey, si es el Rey Cristo;
Que pruebas mil en su favor se han visto.

»Y ántes que darlas con razon pretenda,
Supongo por seguro fundamento
Que Cristo no ha de ser hombre que atienda
A militar y belicoso intento:
Su guerra, justa y celestial contienda,
Noble orgullo y magnífico ardimiento
Contra el mundo será, contra el pecado
Y el infierno, en su ofensa conjurado.

»Que si Cristo ha de ser hombre divino
Y Dios humano, y hombre y Dios perfeto,
Supremo en ciencia, en vida peregrino,
Y al mismo Eterno Padre igual conceto;
Terreno aplauso no es aplauso dino
De tan subido y singular sugeto,
Ni merecen batallas temporales
Capitan de victorias inmortales.

»Es vil materia la riqueza humana,
Pequeño bien la fama transitoria,
Reino infeliz la dignidad mundana,
De poco vaso la mortal memoria;
Y cuanto abraza la ambicion profana,
Es pobre de valor, falto de gloria,
Para la calidad mas excelente
Del gran Mesías, Rey omnipotente.

»Y esa que el vulgo llama fortaleza,
Ya muchos pecadores la gozaron,
Y de su excelsa cumbre y suma alteza
Presto al infierno con dolor bajaron:
Los Alejandros llenos de fiereza,
Y los Ciros, que el mundo sujetaron,
Ambos fuéron á culpas mil rendidos,
Y por malos, de Dios aborrecidos.

»Pues lo que á pecadores miserables
Tantas veces da Dios liberalmente,
Y á gentiles en vida abominables
Les permite con ánimo paciente,
Ha vendido en promesas inefables
A su pueblo feliz y amada gente:
Bienes que con la muerte se consumen,
¿Tantos profetas anunciar presumen?

»No, padres, no; no, sacerdotes sabios;
No, escribas doctos en la Ley sagrada:
Nunca pronuncien tal discretos labios,
Ni lengua á la verdad acostumbrada;
Que esos al Rey ungido son agravios,
Y ofensa á la Escritura en Dios fundada;
Y en balde han celebrado al gran Mesías
Tantos mil años ha las profecías.

»Riquezas ha de dar, pero inmortales;
Despojos ganará, pero al infierno;
Bienes tendrá, mas bienes celestiales;
Y grande imperio, mas imperio eterno:
Hará á los siete vicios capitales
Guerra invisible en su feliz gobierno,
Y justos premios de divina gloria
Prometerá en el fin de la victoria.

»Redentor ha de ser de pecadores,
Y Salvador ilustre de pecados;
Que para tan magníficos favores
Los tesoros de Dios están guardados:
Por aquí los intérpretes mejores
En la Escritura Santa ejercitados,
Las guerras metafóricas explican
Que los grandes profetas dél predican.

»Pues contra el vicio esgrimirá desnuda
Su fuerte espada y su veloz saeta;
Al vicio enristrará su lanza aguda,
Y su herida en él hará secreta
El riguroso fuego y llama cruda
De fuego celestial, llama perfeta;
Y amor será que abrase corazones,
Las culpas venza, y rinda las pasiones.

»Así Daniel, en apellido ilustre,
El Santo le llamó por excelencia,
El Santo, que dará divino lustre
Al mundo, de justicia y de clemencia;
Y así conviene que á la tierra ilustre
Con sagrada purísima presencia,
El que, santificado á Dios el suelo,
Al hombre llevará glorioso al cielo.

»Sabido pues que el próspero Mesías
Lo ha de ser en virtudes mas que humanas,
Resta entender que ya las profecías
Casi le anuncian con palabras llanas:
Dicen que ha de venir en estos dias,
Y dícenlo en figuras soberanas,
Las cuales propondré, varones graves,
Porque de mi verdad son fuertes claves.

»Cuando estuvo Jacob en mortal lecho,
De nuestros doce príncipes cercado,
Su adverso daño y su feliz provecho
A cada cual dejó profetizado:
Dijo á Ruben con varonil despecho
Que fuese como el agua derramado,
Y abominó el consejo riguroso
De Simon fiero y de Leví ambicioso.

»Pero llegando á Júdas, tronco noble
Del gran Mesías, con aplauso dino
De doble acento y alabanza doble
Le declaró su próspero destino:
—El cetro y mando, dijo, estará inmoble
En tu linaje con favor divino,
Hasta que venga el que promete el cielo,
Por esperanza y bendicion, al suelo.—

»Y hasta agora el ínclito gobierno
De reyes, de jueces, de prelados
Ha vivido en un curso casi eterno
En los nietos de Júdas esforzados;
Pero ya, padres, el Señor moderno
Que á nuestros hijos tiene avasallados,
No es del tribu judáico venerable,
Sino extraño ídumeo detestable.

»Luego Cristo el Mesías ha venido,
Cristo en Jerusalen está presente,
Pues cetro y mando Júdas ha perdido,
Y rige extraño rey la tierra y gente.
¡Oh para nuestra gloria prometido!
Un vivo rayo de tu luz ardiente
Nos da, Hijo de Dios, con que veamos
Quién eres, dónde estás y qué buscamos.

»Con esta memorable profecía
Se conforma Daniel, por Dios eleto,
Para que al tiempo del feliz Mesía
Años señale y número perfeto:
En Babilonia con dolor vivia
De ver al crudo bárbaro, sujeto
El pueblo justo de su gente amada,
Pobre, cautiva, presa y despojada.

»Postróse en oracion, pidiendo al cielo
Con pecho humilde y ánimo piadoso
Vuelta segura y libre al patrio suelo,
Y perdon franco al pueblo temeroso:
Dios sus lágrimas vió, miró su celo,
Oyó su voz y llanto doloroso,
Y á Gabriel envió resplandeciente,
Que así le dijo dulce y blandamente:

»—Santo varon de espíritu sincero,
Ya setenta semanas señaladas
Están para cumplir el curso entero
De las esperas á tu pueblo dadas:
Vendrá sin duda el Cristo verdadero
Estas largas edómadas pasadas,
Y el fin vendrá con él de la malicia,
Y el principio y favor de la justicia.—

»De años son, no de dias, las semanas
Que el ángel dió por término infalible
Para que de las sillas soberanas
Bajase al mundo el príncipe invencible
A darnos gracia y fuerzas mas que humanas
Contra el pecado y muerte aborrecible;
Y sabemos que edómadas setenta
Son años cuatrocientos y noventa.

»Y están pasados: luego el Rey ungido,
El Hombre Dios, el Santo de los santos,
El Emanuel al mundo prometido,
El esperado con humildes llantos
(Si oráculos no engañan), ha venido,
Y con él cierta la salud de tantos
Pobres, mezquinos, tristes pecadores:
Sí, sí; que el cielo llueve ya favores.»

Caifas inquieto y reventando estaba
De ver suspenso el noble y gran Senado,
Y el aplauso y valor con que hablaba
El maestro de doctos respetado:
Salir quisiera, mas su fuerza brava
Reprimió con espíritu doblado;
Que la ciencia y virtud, que no era poca,
Le ató la lengua y le cerró la boca.

Salir quisiera, y aun salir queria,
Ya de tanto callar arrepentido,
Si Júdas, que á vender á Dios venia,
Licencia no pidiera, mal sufrido:
Diósela el que furioso presidia,
Y entró luego el discípulo atrevido,
Y al cabildo espantó con su presencia,
Y suspendió al autor de la licencia.

Este fué de la tierra abominable
Que, roto el yugo, y la vergüenza rota,
Contra la fe de Cristo venerable
Cria blasfemos, renegados brota:
Escarias su patria detestable
Nombre le dió, que es de traidores nota:
¡Oh infiel viborezno cauteloso,
Su vientre no rompieras ponzoñoso!

No hubiera dado al bárbaro Mahoma
Cómitres duros, capitanes fieros,
Que, negando la eterna ley de Roma,
En contra afilan pérfidos aceros;
Mas el que rebelados cuellos doma,
Pechos ablanda y ánimos severos,
El seno ablande de tu patria dura,
O hágale en ti mismo sepultura.

Entró el perverso, y con astucia rara
Compuso el rostro y mesuró los labios,
Bajó los ojos, humilló la cara,
Como confuso ante varones sabios:
Con el manto cubrió la mano avara
Que hizo á si y á Dios y al cielo agravios:
La ropa á lo devoto recogida,
A hablar comenzó con voz fingida.

Y dijo así: «Pontífice sagrado,
Cabildo santo, graves senadores,
Cónclave de maestros congregado
Para dar ciencias y quitar errores:
Yo, con mucha razon desventurado,
Pues no gocé los vivos resplandores
De vuestra clara luz, arrepentido,
A vuestros piés clementes he venido.

»Confieso con dolor, mi mal confieso:
Yo seguí de Jesus las huellas locas
Por senda angosta, por camino avieso,
Por borrascoso mar y agudas rocas:
Fuí de su nueva religion profeso;
¡Oh verdad que á decirte me provocas!
Diréte al fin, verdad: yo te obedezco;
Mas engañado fuí; perdon merezco.

»El es un hombre de quien Dios me libre,
Aunque parece un Abraham perfeto;
Del pequeño Cedron al grande Tibre
No mira el sol jamas igual sugeto:
El cielo en su cabeza rayos vibre;
Su mal vivir al mundo está secreto:
El que todo lo sabe lo descubra;
Que no es razon que tanto mal se encubra.

»Mas porque no me llame el pueblo rudo
Traidor á Dios, aleve á mi Maestro,
Mi boca cerraré, haréme mudo;
Que en revelar pecados no soy diestro:
Solo entended que la justicia pudo,
Y la santa opinion del celo vuestro,
Obligarme a dejar al que seguia
En noche oscura como en claro dia.

»Supe que en este cónclave celoso,
Para su mal y por mi bien juntado,
Con vista clara y ánimo piadoso
De su muerte y mi vida se ha tratado:
Soy, aunque de su secta, religioso,
Y el decreto juzgué por acertado;
Que de tan justos padres el decreto,
Como de tales, ha de ser perfeto.

»Mirará el bien comun, el bien divino
Y universal del pueblo incorregible,
Que, despeñado por su mal camino,
Sigue á Jesus con ímpetu terrible:
Tuve por hecho de la causa dino,
Si no es al ciego vulgo aborrecible,
Que un discípulo suyo le entregase,
Porque vuestra justicia se aclarase.

»Vengo á dárosle preso, yo me ofrezco;
Que en un jardin ahora está seguro:
De veros tan alegres me enternezco,
¡Oh de la santidad espejo y muro!
Y si por trabajar, algo merezco
(Que de serviros con certeza juro),
Mirad cuánto ha de ser, y los romanos
Me dad, y lo pondré vivo en sus manos.»

Dijo el traidor que al mismo Dios inmenso
Puso en venta de precio limitado:
Quedó el bravo Pontífice suspenso,
Y absorto en maravilla el gran Senado:
La novedad causó pavor intenso
Al docto de la Ley mas estimado:
Gamaliel calló, y hablaron luego
Los que abrasó la envidia en triste fuego.

Alabaron su plática, cubierta
De blanda piel de oveja no entendida,
Y su infame codicia y maldad cierta
Fué por virtud y religion tenida:
Privanza le ofrecieron descubierta,
Y gloria á su buen ánimo debida,
Ricos dones y aplauso nunca visto,
Y treinta escudos porque entregue á Cristo.

«Si su propio discípulo lo vende,
De escrúpulo herida la conciencia,
¿Quién su vida infernal no comprehende?
Quién de muerte le impide la sentencia?
Quién nuestro celo y causa no defiende?
Quién da á su yerro nombre de clemencia?
Muera el blasfemo en cruz, muera, decian;
Que su favor los cielos nos envian.»

Esto Caifas hablaba, rebosando
Gozo y envidia por los turbios ojos,
Y aplauso le hacia el mayor bando,
Que seguir profesaba sus antojos:
El gran maestro de Salen, mirando
En su furor patentes sus enojos,
Esperó y dijo, atento y advertido,
Así, aplacado un poco el gran rüido:

«Padres, no es argumento poderoso
A un claro y bien regido entendimiento
Que un discípulo aleve y codicioso
Haya mostrado tan perverso intento;
Antes para un ingenio cuidadoso
Es contrario y fortísimo argumento
Que con certeza prueba su malicia,
Pues le vende llevado de avaricia.

»Si de causas legítimas guiado,
Y diciéndolas todas se moviera,
Pudiera suspender este senado,
Mas resolver la causa no pudiera;
Que un solo acusador apasionado,
Aunque su acusacion patente fuera,
A dar justa sentencia no bastara
Si primero el delito no probara.

»A decir comenzó, mas nunca dijo
Cosa determinada ó caso cierto;
Solo confusamente le maldijo,
Deseándole ver sin culpa muerto:
Yo por razones mi discurso rijo,
Y no voy, padres, por camino incierto;
Un rato me escuchad.» Oyeron luego
Forzados, reprimiendo el furor ciego.

Y prosiguió su plática suave
Gamaliel, diciendo: «Claramente,
Si el tiempo y condicion y alma se sabe
De Cristo, Dios y Rey omnipotente,
A mi discurso quiero echar la clave,
Y ver si por ventura está presente,
Y si hallo en Jesus las profecías
Cumplidas ya del ínclito Mesías.

»Del linaje ha de ser esclarecido
Y antigua casa del real Profeta,
Que por fruto excelente y escogido
Se ha de dar á la planta mas perfeta:
Pues de David Jesus ha procedido,
Viene del rey David por línea reta;
Y así ya la nobleza no le falta,
Y el ser pobre oficial no es digna falta.

»Nacerá en la pequeña y pobre aldea
De Belen, y por él será gloriosa
Más que las otras partes de Judea,
Rica en pueblos y en gentes poderosa:
Dícelo Dios y afírmalo Miquea:
¡Oh eterna luz, verdad maravillosa!
Jesus nació en Belen, tierra de Cristo:
Ya la patria y linaje en él se han visto.

»Y si quereis hacer justa memoria,
Al tiempo de su ilustre nacimiento,
Tres reyes, como á silla de su gloria,
Vinieron á adorar su pobre asiento:
Digna es de cierta relacion la historia,
Y es importante al pretendido intento;
No os canse el escuchar, varones sabios,
Simples palabras de mis rudos labios.

»Los magos del Oriente aqui vinieron
Por el rey de Judea preguntando,
Que una estrella de nuevo lustre vieron
Que los venía con su luz guiando:
A Heródes su demanda propusieron;
Mas él en hospedaje alegre y blando
Los tuvo, y prometióles que sabria
De nosotros la tierra del Mesía.

»Y todos respondimos, consultados,
Que era Belen la patria venerable
Que daban los oráculos sagrados
Al nacimiento deste Rey notable:
Con ello los de Oriente despachados,
Y de su luz regidos admirable,
A Belen caminaron prestamente,
Y de allí se volvieron al Oriente.

»Por esto Heródes, en furor envuelto,
El alma en ira, el corazon en saña,
Como burlado, al fin, quedó resuelto
De mostrar luego su crueldad extraña:
Contra millares de inocentes vuelto,
¡Oh cuánto la ambicion valiente daña!
Mandó en Belen matar los niños todos
Con fieras muertes de diversos modos.

»Jesú entónces á Egipto fué huyendo,
De un ángel incitado amigamente,
Que huir pudo con el poco estruendo
De pobre casa y madre diligente:
Voy, padres de la patria, refiriendo
Cosa cierta y al caso conveniente,
Donde se ve, por tan subida guerra,
Cuál es de Cristo y de Jesus la tierra.

»Tambien dice el profeta de Ecequías
Que alto predicador y gran maestro
De santas ciencias y virtudes pias
Será el glorioso y célebre Rey nuestro:
Segun esta verdad, es el Mesías
(Con razon me parece que lo muestro),
Es el Mesías todo deseable,
Jesú en doctrina y gracia incomparable.

»A fuerza de gravísimas razones
De viva luz y espíritu divino,
Almas enciende, abrasa corazones,
Y otro sér les infunde peregrino:
A las palabras junta las acciones,
Y un rostro de obediencia y amor dino,
Tal, que tiene las gentes elevadas
De su bien mismo y voluntad forzadas.

»Y así, cuando una escuadra valerosa
De suertes varias de soldados fieros
A prender su persona religiosa
Enviastes con ánimos severos;
De romana cohorte belicosa,
Vuelta en manada simple de corderos,
Tornó suspensa, y dijo á nuestra gente:
—Hombre nunca habló tan sabiamente.—

»Pero ¿qué digo? No ha gozado el mundo,
El sol no ha visto, no ha cubierto el cielo
Predicador en ciencia tan profundo,
De alma tan pura y tan ardiente celo;
Ni puede haber á su bondad segundo,
Ni otro tal sustentó jamas el suelo:
Tartamudo es Aaron, tibio es Elías,
Puestos con él, y bárbaro Esaías.

»Tambien Cristo ha de sér un hombre afable,
De mansa condicion y pecho blando:
Pintólo así el Profeta venerable,
Su vida y muerte y gracias dibujando:
Daño no ha de hacer al miserable,
Ni ofensa al enemigo de su bando;
Que ni la caña romperá cascada,
Ni la pavesa matará apagada.

»No va con tan suave mansedumbre,
Alegre y clara, el agua cristalina,
Que ni baja de altiva enhiesta cumbre,
Ni entre peñascos rígidos camina,
Como Jesus, cuya real costumbre
A respeto y honor el alma inclina,
Y cuya noble y señoril blandura
Regala y quieta, amansa y asegura.

»Y si verdad nos dijo Zacarías,
A este pueblo mostrando venturoso
Del Rey de reyes ínclito Mesías
La entrada humilde, el triunfo religioso,
Ya lo vimos cumplido en estos dias
Con asombro de sabios espantoso;
Ya lo vimos cumplido: ¡oh Dios inmenso!
Déte el mundo de fe perpetua censo.

»Dice el Profeta que vendrá triunfando
En un manso pollino el Rey suave,
Y á la grande Sion está avisando
Que dé al suceso alegre aplauso grave:
¿Cuándo vimos cumplido aquesto? Cuándo?
El mas rudo, el mas bárbaro lo sabe:
Ayer, que entró Jesus en un jumento,
Rico de gloria, pobre de ornamento.

»Los niños le entonaban dulcemente
Discretos himnos y sonoros cantos;
Los viejos el espíritu prudente
Daban resuelto en apacibles llantos;
La gente moza, la robusta gente,
Con santas voces y clamores santos,
Ropas y almas y cuerpos le ofrecian,
Corazones y ramos le esparcian.

»La patria y el linaje, al fin, le abona,
Y la grande humildad y noble pecho
Su derecho justísimo pregona:
Désele su justísimo derecho.»
Viendo alabada la inmortal persona,
Caifas saliera en ímpetu deshecho;
Mas reprimióse, y hizo algun rüido
Porque fuese el aplauso interrumpido.

Torció la boca, meneó los labios,
Y en los ojos mostró desabrimiento
Para inquietar á los varones sabios
Que atendian al docto y grave intento:
Las razones teniendo por agravios
Contra su declarado pensamiento,
Tosió al fin, movió el cuerpo, fingió pausa;
Pero Gamaliel siguió su causa.

«Vengamos, dijo, á los milagros ciertos
Que ha de obrar el famoso y grande Cristo,
A ciegos dando luz, y vida á muertos,
Con que la envidia le hará malquisto:
¿Han sido por ventura en Jesú inciertos?
¿Por ventura en Jesus ya no se han visto?
¿Ya no se hán visto en muchedumbre tanta,
Que su número y suerte y modo espanta?

»A su divina voz hablan los mudos,
Los sordos oyen, los tullidos andan,
Los tardos cojos tienen pies agudos,
Los mancos sus helados nervios mandan:
Viejos prudentes son los niños rudos,
Las mismas piedras su dureza ablandan;
Los sepulcros ofrecen sus despojos
Vivos, y viva luz los muertos ojos.

»El agua pura en vino milagroso
A su simple mandato se convierte;
Los grandes peces en el mar ondoso
Buscan la red y entréganse á la muerte:
El desabrido pan es pan sabroso,
Y cinco multiplica de tal suerte,
Que cinco mil personas comen dellos,
Echando á su verdad cinco mil sellos.

»Mas, entre sus prodigios admirables,
Lázaro á nuestra luz resucitado
Oscurece los hechos memorables
Que obró la fe, y el mundo ha celebrado:
Entre las dos hermanas venerables,
Que le habian con lástima llorado,
Llegó Jesú á la antigua sepultura,
Y levantar mandó la piedra dura.

»Con breve llanto por el muerto amigo
Muestras dió de su grave sentimiento;
Mirando estuve lo que agora digo,
Y notando lo estaban otros ciento;
Mas este gran senado es buen testigo
Del espantable caso que le cuento:
Por mis ojos lo vi, muchos lo vimos,
Pues muchos admirados asistimos.

»Lloró, gimió, habló con voz entera,
Llamó al difunto con divino imperio:
—Lázaro, dijo, Lázaro, sal fuera.—
¡Oh estupendo, inefable, alto misterio!
Temblando obedeció la muerte fiera,
Y alzó confusa al muerto el cautiverio;
Y roto el yugo y rota la atadura,
Salió vivo y dejó la sepultura.

»El noble cuerpo ya podrido estaba
Y de horribles gusanos ya cubierto,
Como quien olvidado reposaba,
De cuatro dias, en la tierra, muerto;
Pero á la grande voz que le llamaba,
Del mar de muerte, de la vida al puerto,
No pudo resistir, y alegre y sano
La luz tornó á gozar y aliento humano.

»El hecho veis aquí; hé aquí la historia,
Historia conocida y hecho visto:
¿No es caso digno de la inmensa gloria
De nuestro excelso y admirable Cristo,
Alcanzar de la muerte tal victoria,
Y quedar con la muerte tan bienquisto?
Y alcanzarla mandando, ¿quién lo hiciera
Si virtud mas que humana no tuviera?

»Solo Dios el Señor es de la vida,
Y á solo Dios su presa da la muerte;
Luego Dios es el que mandó á la vida
Que matase de Lázaro la muerte:
Con imperio Jesus le dió la vida;
Con imperio Jesus venció la muerte;
Luego Jesus es Dios, ó Dios le ayuda;
Que no se da la vida sin su ayuda.

»Y pues que se la da, con ella firma
De Jesus la doctrina verdadera:
Así Jesus, como lo hace, afirma,
Ser el divino Rey que el mundo espera:
Dios sus milagros con verdad confirma,
Y así debemos dalle fe sincera:
Sincera y pura se la ofrezco yo.»
Caifas aquí su plática cortó.

Cual grande arroyo, cual aceña ondosa,
A quien detuvo su veloz corriente
Parte de alguna cumbre peñascosa
Desgajada en lo hondo de su fuente,
Que, impedida su fuerza poderosa,
Brama entre sí con ímpetu valiente,
Hasta que, furia y aguas aumentando,
Vence la roca y sale reventando;

Tal el fiero pontífice, oprimido
Del peso ilustre de verdad tan grave,
Inquieto brama, y sufre detenido,
Y al fin en su furor y en sí no cabe:
Enojado, colérico, encendido,
Que ni puede callar ni hablar sabe,
Olas de saña y de ambicion aumenta,
Y sobre la verdad misma revienta.

Al religioso y docto reprehende,
Y su doctrina y plática atropella.
«¿Piensa que la Escritura comprehende
(Le dice), y lo mas claro ignora della?
Enseñarnos la ley de Dios pretende;
Nuestras fundadas opiniones huella:
¿Nosotros, por ventura, no entendemos
Los sagrados profetas que leemos?»

Acontece dos rios caudalosos,
En aguas y corrientes encontrados,
Suspender sus raudales animosos,
Que en fuerza de olas braman igualados;
Y en medio de sus ímpetus furiosos
Y líquidos combates encrespados,
Otro de nuevo al uno dellos viene,
Y vence porque ayuda nueva tiene.

La razon y la envidia en peso estaban
Y con iguales armas combatian;
A la razon, razones amparaban,
Y á la envidia pasiones defendian:
Doctos y apasionados reventaban,
Pero ni estos ni aquellos se vencian;
Júdas llegó y á la razon se opuso,
Y la envidia venció donde se puso.

Determínanse, al fin, que Cristo muera,
Y en cruz, y que lo prendan los romanos.
¿A la vida entregais, oh gente fiera?
Hoy quedarán sin ella vuestras manos.
Mándase, y la canalla lisonjera
Alaba sus decretos inhumanos;
Que á los grandes, los grandes pretensores
Adulaciones venden por favores.

Hablan al presidente, y solicitan
Al capitan y á su cohorte odiosa;
Paga les dan, con premio los irritan,
Y al vulgo fingen causa religiosa:
A sus criados con rigor incitan,
Y á Júdas con la ofrenda generosa:
Andan, corren, no paran, no sosiegan;
Quéjanse, acusan, claman, piden, ruegan.

Mas en tanto, benigno Dios, en tanto
Que de tu muerte el hombre aleve trata,
La sangre de tu cuerpo sacrosanto
Al verde suelo sirve de escarlata.
Ponga al mundo pavor y al cielo espanto
Tu franqueza divina y su alma ingrata:
¡Oh Dios! que por el hombre sangre sudas
Cuando el hombre te compra, y vende Júdas.

Sangre sudaba el Hijo soberano
Que sin trabajo y tiempo el mundo hizo,
Y sembraba de lágrimas el llano,
Perlas con que á su Padre satisfizo;
Y el ángel vía, con el rostro humano
Que para la embajada contrahizo,
Lágrimas y sudor; y al fin decia,
Despierto ya del rapto que tenia:

«Salve, mas que los nobles serafines
Digno de sacrosanta reverencia,
Salve tú, que á los sabios querubines
Infundes inefable oculta ciencia;
Tú, que del mundo los distantes fines
Abrazas con suave providencia,
Salve, y salve, Dios Hombre, que criaste
Los ángeles, y al hombre te humillaste.

»Tu Padre Dios (á cuyo eterno estrado,
Y en esta causa para tí terrible,
La reina de oraciones ha llegado,
Y oró por tí devota y apacible)
Hoy por su embajador me ha despachado:
Soylo; que rehusarlo fué imposible;
Y así vengo á esforzarte, oh varon fuerte,
Al trance duro de la instante muerte.

»Sé que está de infinita gracia lleno
Y de invencible y suma fortaleza
De tu alma preciosa el ancho seno,
Sagrado archivo desta gran riqueza;
Y que es de tu virtud inmensa ajeno
Rastro de miedo, punto de flaqueza,
Y que no has menester favor criado,
Pues vive el mundo en tu favor prestado.

»Y así te propondré ceñidamente
En breve espacio fáciles razones,
Con que animes tu espíritu valiente
Para las ya ofrecidas ocasiones:
Responde pues tu Padre omnipotente
¡Oh gran valor de invictos corazones!
Que has de beber el cáliz desabrido
Que te ha la muerte vista referido.

»Prision infame, rígidos cordeles,
Graves encuentros, fieras bofetadas,
Viles desprecios de ánimos crueles,
Tristes noches de injurias nunca usadas;
Confusion vergonzosa, amargas hieles
En varios casos con dolor tragadas;
Crudos azotes de impiedad horrible,
Espinas, clavos, cruz, muerte infalible.

»Purga es de acibar, purga trabajosa
Para tu paladar y labios tiernos;
Mas medicina al hombre poderosa
Para alcanzar de sí males eternos;
Y tambien, si la bebes, provechosa
Para bienes de gracia sempiternos:
No es mucho pues que amargue así la purga
Que enfermedades incurables purga.

»Si eres tú la cabeza inestimable
Del noble cuerpo de tu Iglesia santa,
En quien está su boca deleitable
Y su pura y dulcísima garganta,
El cáliz desta purga saludable,
Que es de tanto provecho y gloria tanta,
Por tí debe pasar; que al fin los labios
Sienten de la amargura los agravios.

»Siéntanlos; que los miembros afligidos,
Que de tu boca la salud esperan,
Lanzarán los humores detenidos,
Como si ellos la purga recibieran;
Y estarán con amor agradecidos
A tus divinos labios, que pudieran
No probar la bebida, y la gustaron
Por sanar á los miembros que enfermaron.

»Si la tragas, Señor, ¡oh qué de bienes
De especies varias y diversas formas,
Y de las gracias que en tu archivo tienes,
Gozará el cuerpo místico que informas!
Pues ¿qué aguardas, mi Dios, qué te detienes?
¿Por qué con tanto bien no te conformas?
Pero conforme estás, y lo deseas,
Y presto vendrá el tiempo que lo veas.

»Veráslo cierto; y con tu sangre ilustre,
En la cruz por el hombre derramada,
Honor al cielo, y á la tierra lustre,
Y al Padre gloria le darás colmada.
¿Sufrirás pues que el mundo no se ilustre
Tanto con esa purpura sagrada
De tu sangre? ¡Oh buen Dios! no lo permitas;
Que le privas de gracias infinitas.

»Privasle de las fuentes caudalosas
Y ricas minas de tus nobles llagas,
Dulces fuentes y minas generosas
Con que al hombre sustentas y á Dios pagas:
Fuentes y minas de almas religiosas
Son, para que con ellas satisfagas
Su pobreza y su sed: minas y fuentes,
Adoro vuestras minas y corrientes.

»Y de aquellos arroyos inmortales
Que desas vetas, cual de fuentes, manan,
Donde, bañadas de infinitos males,
Almas enfermas al instante sanan;
Y de aquellos tesoros celestiales
Que, limpios ya de sus pecados, ganan
Los hombres, de los siete sacramentos,
Les privas, si no acabas tus intentos.

»Pero si tú les das perfecta cima
¡Oh qué de dulces regalados frutos
Veré en la santa cruz de inmensa estima,
Y tú con ojos los verás enjutos!
¡Qué de gozo que al cielo se sublima
(Rotos ya los antiguos negros lutos
De que al hombre infeliz cubrió el pecado)
La pena de la cruz habrá causado!

»Vírgenes puras como blancos lirios
El árbol cercarán de tu victoria,
Y entre espantosos rígidos martirios,
Varones dignos de inmortal memoria,
Y confesores cual ardientes cirios
Abrasados en celo de tu gloria,
Honrarán tu pasion, frutos suaves,
Y otros crucificados que tú sabes.

»Cíñete pues de osada fortaleza,
Y sal á tus contrarios al camino;
Toma la cruz con suma lijereza
Y con igual valor, Verbo divino.»
El Nuncio de inmortal naturaleza
Acabó; y con espíritu benino
Y tiernos ojos Cristo le despide,
Y él se humilla y se va, y el aire mide.

Y el cuerpo humano que tomó sensible,
Restituye al diáfano elemento,
Y en sustancia gentil, pero invisible,
Se parte al estrellado firmamento;
Y en la cumbre del polo inaccesible
Se pone sin trabajo en un momento,
Y sin pasar por medio, el medio pasa,
Vuelve á Dios, y la vida en gloria pasa.

En esto el Hombre Dios, postrado en tierra,
Al Padre con amor simple obedece,
Y el fin dichoso de la instante guerra
Le encomienda fiël, y en paz le ofrece:
El tedio y el pavor de sí destierra,
Si bien la fortaleza en él no crece;
Que desde niño, como á Dios le dieron
Sumas gracias, que en él jamas crecieron.

Mas ya, de puro amor del hombre ingrato,
Por sus divinos poros sangre vierte:
¡Oh licor para el hombre tan barato,
De Dios comprado al precio de su muerte!
Cria en el hombre duro un pecho grato,
Do puedas, como en balsa, recogerte;
Que es lástima que sangre de Dios viva
En tierra, y no en el alma se reciba.

Sudaba sangre á hilos, y corria
A la tierra la sangre que sudaba:
El cuerpo virginal ¡cuál estaria
Si la tierra de sangre se regaba!
Y el rostro amable ¡qué sudor tendria,
Si el cuerpo tanta sangre derramaba!
Y ¡qué sudor la frente, si el sagrado
Rostro estaba en sudor y afan bañado!

¡Oh mi perfecto Padre, Adan segundo,
Que con sudor de tu hermosa cara
Ganas el pan que da sustento al mundo,
El alma esfuerza, el corazon repara!
Cuando al rostro te miro me confundo
Y tu magnificencia en todo rara
Bendigo, pues tu sangre das vertida
En sudor, y con él me das la vida.

Sudando estás licor maravilloso,
Sangre de Dios en cuerpo venerable,
Como el árbol de bálsamo precioso,
Que suda medicina saludable:
El, cuanto mas herido, es mas copioso
En verter su tesoro inestimable;
Y tú, cuanto en mas partes mas herido,
Das balsamo y tesoro mas cumplido.

Mas ¡ay Jesus! Ay Dios! que mis pecados
Los poros abren de tu carne pura:
Ellos son los cuchillos afilados
En mi mal corazon y piedra dura;
Ellos azotes de impiedad armados,
Corona horrible que tu afan procura,
Clavos agudos y mortales penas
Que desangrando están tus dulces venas.

Ni aquí, Señor, ministros infiëles
Prenden tu lindo cuello y blancas manos
Con fuertes sogas y ásperos cordeles,
Y palabras y hechos inhumanos;
Ni aquí te azotan bárbaros crueles,
Ni te punzan idólatras romanos,
Ni en cruz te clavan gentes vengativas:
Mis culpas son las armas ofensivas.

Sangre suda el Señor, sangre divina;
El cuerpo suda sangre, el rostro santo;
¡Oh tierno amor! Oh caridad benina!
¿A tu mismo principio afliges tanto?
Pero si Cristo suda sangre dina
De suspender el cielo con espanto,
El ánima bendita, que padece,
A quien Dios ofendido se le ofrece,

Como la gruesa nube combatida
De dos contrarios vientos animosos,
Que, de sus fuertes soplos sacudida,
Aprieta en sí los miembros esponjosos,
Y cual entre dos prensas oprimidas
Esgrime golpes de agua caudalosos,
Baña los cerros, y los montes riega,
Tira piedras al campo, al valle anega;

Así de Cristo el alma ocultamente
Entre varios afectos se fatiga,
De las culpas el peso extraño siente,
Y de su Padre el justo amor le instiga:
¡Oh batalla de espíritu valiente,
Que á tanto afan al mismo Dios obliga!
El alma llueve, como nube opresa,
De viva sangre al cuerpo lluvia espesa.

Mas ¡oh Profeta Rey! si aquí llegaras,
Y exprimida esta nube de Dios vieras,
¡Cómo con su licor tu sed hartaras!
Cómo su lluvia de sudor cogieras!
Cómo tus limpios labios regalaras!
Cómo tu pecho y alma enternecieras,
Lamiendo, como ciervo, gota á gota
La sangre que esta nube y fuente brota!

Y tú, santa y hermosa Magdalena,
Que, destrenzados los cabellos rojos,
Encendida en amor, resuelta en pena,
Sus piés besaste con tus lindos ojos:
Vén; que su cara está de sudor llena,
Cual si ya la ofendieran los abrojos:
Con la madeja de oro refulgente
Su rostro enjuga, límpiale su frente.

Y tú, Virgen, y Madre milagrosa
Del Hombre Dios que sangre de Dios suda,
Razon es que tu mano religiosa
A tan devoto sacrificio acuda:
Llega, ¡oh bendita! llega presurosa;
Que tu buen Hijo mil semblantes muda;
Y con la toca que tu frente cubre,
Su rostro aclara, su color descubre.

Mas Cristo de la tierra se levanta,
Y el rostro limpia de sudor bañado;
El grave rostro que al infierno espanta
Vuelve sereno y pone mesurado;
La sangre que le dió congoja tanta
Y el corazon le tuvo así ahogado,
Quiere que no dé pena á sus amigos
Ni esfuerce á sus crueles enemigos.

Y adonde sus discípulos durmiendo
Están llega, y los mira y los contempla;
Que ni del agua sorda el ronco estruendo
El sueño profundísimo les templa,
Ni el tropel de las armas estupendo
Que el alma á Júdas con rigor destempla,
Velar los hace. ¡Oh Cristo! así pensaste,
Y en despertando, aquesto les hablaste:

«Dormid y descansad; que ya la hora
De mi pasion acerba está presente:
Seré entregado á gente pecadora,
¡Mirad á qué piadosa y buena gente!
La traza de un discípulo traidora
Hoy ha de ejecutarse claramente:
Vamos, que ya está cerca el que me entrega;
Con armas viene y con soldados llega.

»Levantáos y abrazadme, ¡oh dulces prendas
Y de mi corazon tiernos pedazos!
Gozadme ajeno de ásperas contiendas,
Ceñidme libres con amigos lazos:
Recibid mis postreras encomiendas,
Tiernos tomad mis últimos abrazos,
Piedra de mi edificio milagroso,
Querido Juan, y Diego valeroso.»

Lloraban los discípulos amados,
Y él, con pecho amoroso y alma fuerte,
Los deja en tristes lágrimas bañados,
Y á presentarse va á la dura muerte:
Al encuentro con piés acelerados
Le sale firme, echada ya la suerte;
Que él al pavor mandó que le turbase,
Y agora que se fuese y le dejase.

Sale pues invencible á campo abierto,
Y al rayo tibio de la luna escasa,
De niebla opaca el aire ve cubierto,
Y mas de polvo que á la niebla pasa:
De enhiestas lanzas coronado el Huerto,
Que cada cual su corazon traspasa;
La luz turbada en los bruñidos hierros
Mira, y descubre de Salén los yerros.

Fiera canalla, ejército insolente,
Por las vislumbres de la noche oscura
Muestra escondida su enojosa frente
En mal distinta y hórrida figura:
Oyese de vulgar confusa gente,
Que ni en peligro está, ni está segura,
El sordo caminar, los pasos mudos,
Topar de lanzas, encontrar de escudos.

Cual manso arroyo por ameno valle
Entre menudas guijas se dilata,
Y murmurando por su antigua calle,
En ellas hiere con su ondosa plata,
Que á su voz no sabréis cuál nombre dalle,
Porque cuando mas piedras arrebata,
El bajo acento y el sutil rüido
Que hace, toca apénas el oido;

Tal viene el escuadron con pasos lentos,
Ronco murmullo y sordos piés marchando,
Envolviendo en el polvo sus intentos,
Su traicion en las nieblas ocultando:
¡Oh noche! tú que viste los portentos
Fieros dese alevoso inícuo bando,
Dime, ¿qué capitan los gobernaba?
Un apóstol de Cristo los guiaba.

¡Oh de la humana vil naturaleza,
Aunque mas llena esté de ricos dones,
Jamas bien conocida, y gran flaqueza
Si la dejan en graves ocasiones!
¡Ah! que es de solo Dios la fortaleza
Que arma nuestros cobardes corazones:
Dios vence; solo Dios, cuando vencemos,
Vence, y el hombre cae cuando caemos.

Pues Júdas, de los rios caudalosos
De la divina gracia alimentado,
Y á los pechos de Cristo generosos
Con leche de su espíritu criado,
Es caudillo de hipócritas furiosos,
Y de homicidas capitan osado,
Y homicidas de Dios, ¡quién tal pensara!
Mas ¿quién estriba en sí, si en sí repara?

Rige la tropa de soldados fieros,
Incítalos al arma detestable,
Su fuego enciende, afila sus aceros,
Y gloria les promete perdurable.
«Prendeldo bien, fortísimos guerreros,
Les dice, que es un monstruo deleznable,
Que sin verlo se irá de entre las manos,
Y nos hará nuestros intentos vanos.

»Bien saben los prudentes fariseos
Y los doctos escribas, que enviados
Engañó mil solícitos correos
Y mas de mil fortísimos soldados:
Frustró sus pretensiones y deseos;
Los nuestros han de ser tambien frustrados;
No, no lo quiera Dios, oid, sabedlo:
A quien yo diere paz, él es; tenedlo.»

Así, la oveja en lobo convertida,
Júdas camina, corre, no sosiega,
La muerte busca en manos de la vida,
Y á la vida inmortal á prender llega:
Espéralo él, que á gracia le convida,
Y ofrécele su luz, mas él se ciega;
Que la vida desprecia y luz no quiere
El que en la noche de sus culpas muere.

Llegó pues Júdas, y con él llegaron
Los príncipes del viejo sacerdocio,
Que de sus manos solas confiaron
El fin terrible de este gran negocio;
Y conforme á su espíritu acertaron;
Que solicita el mal, sacude el ocio,
Sufre el trabajo y vela sin acidia,
La envidia, en contra del que tiene envidia.

El perverso discípulo se atreve
Con torpes labios, con nefanda boca,
Y da beso cruel de paz aleve
A Dios, y el rostro con el suyo toca;
Y porque dulce y tierno amor le cebe,
Con amor dulce y tierno le provoca,
«¡Salve (diciendo), salve, oh buen Maestro!»
¡Ah, traidor, en fingir astuto y diestro!

«Amigo, ¿á qué viniste?» le responde
El Salvador. Si el pobre lo entendiera,
Era como decille: Mira adónde
Vienes, y á quién y á qué maldad tan fiera.
¿Dónde? Al lugar do el mismo Dios se esconde;
¿A quién? Al Verbo Eterno, que te espera
Para darte la vida; ¿á qué? ¡Oh mezquino!
Vienes á dar la muerte al Rey divino.

Y vuelto á la canalla sediciosa
El rostro grave y corazon valiente,
Les habla así con voz maravillosa,
Terrible preguntando mansamente:
«¿A quién buscais?» Y dice temerosa
La tropa de romanos insolente:
«A Jesus Nazareno.» Y Cristo al punto,
«Yo soy,» responde en riguroso punto.

Que rayo fué su aspecto venerable,
La voz trueno, y relámpago la vista;
Rayo, trueno y relámpago admirable,
Tanto, que no hay valor que le resista;
Y así fué tan horrible y espantable
Aspecto y voz y vista apénas vista,
Que luego todos con pavor cayeron
Heridos del asombro que sintieron.

Mas con aquel poder que derribados
Cayeron, los levanta de la tierra
Espavoridos, ciegos, asombrados
De la luz que les hace oculta guerra:
Tórnales á hablar, y preguntados,
(¡Oh cuánto el hombre á Dios la puerta cierra!)
Que á Dios buscan responden; y él les dice:
«Yo soy.» ¡Mirad con qué les contradice!

Y otra vez caen, y levantados luego,
Contra el mismo Señor que los levanta
Parten con ira loca y furor ciego.
Ciegos, locos, parad; ¿quién os encanta?
Mas ¡ay! que al pertinaz no ablanda el ruego,
Ni la amenaza ni el rigor espanta;
Y al que no enfrena Dios, ni Dios le rige,
Ni amor enmienda ni temor corrige.

Pero el Señor, con vista regalada,
Blandos ojos y término apacible,
Serena vista, mas de horror bañada,
En lo secreto del mirar terrible,
Vista de justo celo acompañada,
Que amenaza de Dios ira infalible,
Mirando á Júdas, dice: «¿Así me vendes?
¡Ah! ¿con beso de paz á Cristo prendes?

Al hijo de la Vírgen así entregas?»
No dijo mas. ¡Oh vista poderosa,
Que cuando al alma con dulzura llegas,
La cercas de tu luz maravillosa!
Oh voz, que á nadie tu enseñanza niegas,
Doctrina predicando milagrosa!
Vista, ni á Júdas con tu luz tocaste;
Voz, ni con tu doctrina le enseñaste.

Estaban los discípulos atentos
En torno del Maestro soberano,
Y viendo ya los ímpetus violentos
Del atrevido ejército romano,
Con firmes y justísimos intentos
De amparalle con presta y fuerte mano,
Le dijeron: «Señor, dadnos licencia
Para mostrar aquí vuestra inocencia.

»Fuímos ovejas, mas por vos leones,
Y leones bravísimos serémos,
Pocos, pero de grandes corazones,
Con que por muchos en virtud valemos:
Dejadnos pues; que en tales ocasiones
Con esfuerzo y con gusto morirémos,
Por daros vida; hé aquí dos espadas,
Que en sangre las veréis presto anegadas.»

Pedro, por todos, esto le decia,
Cuando vió que seguro y diligente,
Un siervo del Pontífice venia
A poner en su Dios mano insolente.
En el anciano cuerpo y sangre fria
Amor vivo reinaba y celo ardiente;
Y así, abrasado el pecho generoso,
Contra el siervo salió Pedro animoso.

Saca su alfanje, afírmase advertido
(Que ya supo reñir el viejo en guerra);
Malco, en su mismo daño mal regido,
Contra el buen pescador sin arte cierra;
Pedro, en buena postura recogido,
Atento aguarda, fijo el pié en la tierra;
Y ántes que el siervo llegue arrebatado,
A cercen una oreja le ha cortado.

Y adelante pasara el viejo sabio
En el amor de Dios y en la defensa,
Si Cristo no moviera el dulce labio
Para estorbar de su ofensor la ofensa:
Dícele pues: «No vengues hoy mi agravio,
Y no des mal por mal en recompensa:
Vuelve á su vaina el instrumento fiero;
Que apóstol de Dios eres, no guerrero.»

Y tocando la oreja bien cortada,
Suave al siervo vil la restituye;
Por milagro la deja remediada;
Atento espera y la prision no huye;
Y desta gran piedad ejecutada,
Con dulzura y amor, á Pedro arguye
Que le quiere enseñar como maestro
Al que ha de serlo de paciencia y nuestro.

«¿Y el cáliz que me dió mi Padre amado,
Dice, no quieres, Pedro, que le beba?
Cáliz es de pasion, mas preparado
Bien, pues mezclada vuestra gloria lleva:
Si me importara, hubiérame enviado
Mi Eterno Padre, en manifiesta prueba
De que su Hijo soy, diez escuadrones
De sus fuertes angélicas legiones;

»Mas aquesto conviene.» Y luego mira
Despacio á los pontífices atroces,
Y de su aliento pertinaz se admira,
Porque entiende sus ánimos feroces:
Nota que lanzan furia y bosan ira
Por los ojos y boca y vista y voces;
Y dice: «¿Soy ladron; que así venistes
Armados contra mí entre sombras tristes?

»Pero ya se ha llegado vuestra hora;
Esta es, y el poder de las tinieblas:
Haced, haced á vuestro gusto agora;
La noche os tapa, cúbrenos las nieblas.»
Dijo el Señor á quien el cielo adora,
Y ofende el mundo, envuelto en sus tinieblas,
Que figura tomó de condenado,
A Babel en sus miembros entregado.

Dada pues al romano atrevimiento
Segura permision, libre licencia,
Con faz sañuda y ánimo sangriento
Ejecutan su bárbara insolencia:
Acometen á Cristo en un momento,
Y el último valor de su potencia
En él muestran, atándole crueles
A cuello y manos rígidos cordeles.

Cual masageta ejército furioso,
Ganada en fuerte guerra la victoria,
Bravo, insolente, osado y orgulloso,
En silbos canta su adquirida gloria,
Y á la presa se arroja presuroso,
Haciendo en ella su crueldad notoria;
Así los vencedores, ya vencidos,
Tratan á Dios, soberbios y atrevidos.

Cuál de coces le da, cuál empellones,
Cuál torpe y descortés le desconsuela,
Cuál donaires le dice, cuál baldones,
Cuál sus barbas gravísimas repela,
Cuál le afrenta con duros bofetones,
Cuál con mayores ímpetus anhela
A mayor daño; y el Cordero manso
Calla, sufre y camina sin descanso.

En tanto los discípulos, temiendo
Parte de aquel furor incontrastable,
De la noche ayudados, van huyendo
El mal que cerca ven irreparable;
Que el gozo no pensado, el loco estruendo,
El gran rüido y confusion notable
Del enemigo en su ganada presa,
Les dió lugar á la cobarde empresa.

Todos huyen, y solo Pedro sigue
Del buen Jesus las venerables huellas,
Y la canalla que á su Dios persigue
Le hace á ratos tropezar en ellas:
Pedro el camino con horror prosigue
A la mezquina luz de las estrellas:
Léjos va de Jesus, de su bien léjos;
Mas sus pisadas sigue y sus consejos.

Tambien aquel discípulo querido
Sigue á su amado y único Maestro;
Pero fué descubierto y conocido
De un soldado, en prender astuto y diestro,
Y echóle mano; y él, descabullido,
Hurtándole sagaz el hombro diestro,
El manto le dejó y se fué desnudo;
Que vino así, y así hacerlo pudo.

Era Juan este jóven diligente,
Que, habiéndose en la cena despojado
Las ropas, como usaba antiguamente
El pueblo en ceremonias admirado,
Sabiendo en ella el ánimo inclemente
De Júdas, triste, absorto y olvidado,
No las tomó de nuevo, y siguió á Cristo
Con vestidura convival, no visto.

Huye pues, y los otros: ¡ oh medrosos
Agora, y al principio tan gallardos!
Si fuistes al hablar tan presurosos,
¿Cómo sois al cumplir la fe tan tardos?
Parad, parad, discípulos briosos
Antes, y en la ocasion hijos bastardos:
¿Adónde vais? Adónde vais perdidos,
De vuestro mismo espanto acometidos?

¿Dó vendrá á dar la nave sin piloto?
Sin el pastor, ¿adónde irá el ganado,
Y el escuadron en la batalla roto,
Sin caudillo prudente y esforzado?
Dónde sin el Maestro en ciencia doto,
El tropel de estudiantes no enseñado?
Nave y ganado, y escuadron y escuela
Huye y se aleja, y se apresura y vuela.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Llama Luzbel á su escuadron furioso,
Porque entre dudas mil confuso vive;
Y ante Anas, Cristo, humilde y religioso,
Un bofeton y afrentas mil recibe:
Niega Pedro á Jesus, y él cuidadoso
Le mira, y Pedro un gran dolor concibe.
La mujer de Pilato á Cristo sueña,
Y dícele quién es su casta dueña.

Mas Lucifer en el tartáreo abismo
De horror poblado y de tinieblas lleno,
Donde habita el confuso barbarismo
De verdad falto y de virtud ajeno,
Manda llamar y llama por sí mismo,
Con voz terrible de espantoso trueno,
A nuevas grandes generales cortes
El osado escuadron de sus consortes.

Sonó la voz y retumbó en las hondas
Y ardientes cuevas del opaco infierno,
Y del Leteo las turbadas ondas
Movimiento sintieron casi eterno,
Vueltas haciendo en huracan redondas,
Con que perdió espantado su gobierno
Y timon el solícito Aqueronte:
Tal pavor puso en todo su horizonte.

Estaba el rey feroz del cáos horrendo
En una grave y peligrosa duda:
Quiere pedir consejo al estupendo
Senado, que si elige, no se muda:
El mal suyo, y del hombre el bien temiendo,
Rios de fuego y piedrazufre suda;
Y es que no alcanza con su genio oscuro
Si Cristo es hombre y Dios, ó es hombre puro

Y como de saberlo con certeza
Tanto depende el peso de su estado,
A nuevas cortes junta con presteza
Los grandes de su reino condenado:
El muestra bien su indómita fiereza,
De asombros y tinieblas rodeado,
Sobre un trono de llamas espantable,
Que humo arroja y miedo perdurable.

Una corona de encendido acero
Ciñe su negra y obstinada frente,
Y el cetro, insignia de su mando fiero,
Rige y sacude con despecho ardiente:
Orgulloso y feroz, bravo y severo,
La tropa aguarda de su horrible gente
En la cueva do sierpes ponzoñosas
Ornan suelo y paredes espantosas.

No así el Vesubio monte, reventando,
De espesa humareda cubrió el cielo,
Parda ceniza y fuego vomitando
De la Campania en el tendido suelo;
Ni así hediondas llamas regoldando
Está el hueco abrasado Mongibelo,
Como por boca y ojos el rey fuerte
Del crudo imperio de la eterna muerte.

Al son pues ronco de la estigia trompa,
De varias partes del etéreo mundo,
Con fingido aparato y falsa pompa
Vienen los grandes dioses del profundo:
No es menester que tierra ó mar se rompa
Para que baje el golpe furibundo
De los que afligen cuerpos, y almas ciegan;
Que sin pasar por medio, al punto llegan.

Entran, y cada cual sobre la escama
Menuda y tiesa de un dragon se asienta,
Y cércalo en redondo oscura llama,
De que el dragon se ciñe y se alimenta:
¡Oh de aquel reino abrasadora cama!
Esos feroces prende y atormenta,
Porque no suban á espirar volcanes
En tierra, y en el Ponto huracanes.

Mas tú, gran sol, de cuya inmensa lumbre
Estos cobardes monstruos asombrados
Huyendo van, desde tu santa cumbre
Me recuerda sus nombres ya olvidados:
Bajó, de la soberbia pesadumbre
De los Quirinos templos elevados,
El demonio, que á Júpiter fingia
Sumo rey de la antigua idolatría.

Un rayo agudo en su vibrante mano
Trujo blandiendo centelloso y fiero,
Cual si fuera del Polo soberano
Príncipe natural, Dios verdadero:
Vino tambien el ángel inhumano
Que á las batallas presidió severo,
Y del marcial estruendo tomó el nombre,
Y engañando, espantó furioso al hombre.

De Behemot la piel impenetrable
Llevaba por horrísona armadura,
Y el mástil de un bajel incontrastable
Era su lanza, de eminente altura.
Y del ara de Délfos memorable
Llegó Apolo con roja vestidura,
Y entre fuego que rayos parecia,
Como sol del infierno, así lucia.

Carro fingió de sierpes enroscadas
De ahumado alquitran y llama oscura,
Cuyos silbos las gentes engañadas
Juzgaron por suavísima dulzura.
¡ Oh fábulas de locos inventadas!
¡ Bendito el que encerró vuestra locura
En las hondas tinieblas del abismo,
Y la verdad fundó del Cristianismo!

Otro que al melancólico Saturno,
Mintiendo ancianidad, representaba,
Llegó al palacio de su rey nocturno,
Con ceño enojadizo y frente brava:
Este, huyendo el resplandor diurno,
Del alegre comercio se apartaba
Rabioso, apasionado, vengativo,
Triste demonio, espíritu nocivo.

Y el que adorado en la radiante estrella,
Segunda luna del hermoso cielo,
Como diosa de amor lasciva y bella,
Dejó de Chipre el ancho y verde suelo;
Este inspira el favor y la querella,
El gozo y la tristeza y el recelo,
El bien y el mal desos amantes viles
En que no se engañaron los gentiles.

Y el que imitó y fingió envidiosamente
De la deidad eterna el limpio culto,
Y quiso adoracion de casta gente,
Teniendo el vicio en la virtud oculto,
Cual diosa de las vírgenes clemente,
De Diana tomó el triforme bulto,
Y entró rayando, entre nublados gruesos
De negra luz, relámpagos espesos.

Tambien el diligente mensajero
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en piés, estuvo allí lijero,
Pretendiendo mostrar su antigua ciencia;
Espíritu en los sueños lisonjero,
Gran pintor de fantástica apariencia,
Y fingidor de nuevas mentiroso,
Que el sosiego cortaban mas sabroso.

Y el Apis bruto del brutal Egito,
En figura de vaca celebrado,
Vino, y el otro número infinito
En yerbas y legumbres adorado:
¡Oh loca tierra! Oh bárbaro distrito,
Adonde tanto dios produce el prado,
Siendo Dios por esencia un acto puro,
De nacer libre y de morir seguro!

Y el demonio Astarot, á quien el sabio,
Perdido el claro y juvenil júicio,
Con deshonesto pecho y torpe labio
Ofreció enamorado sacrificio,
Llegó haciendo á la verdad agravio,
Glorioso del sacrílego servicio
Que recibió de un rey tan excelente,
Discreto mozo, y viejo ya imprudente.

Y el otro vil que presidió al becerro
Por Dios tenido y en crisol forjado,
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Israel desatinado,
El oro antiguo convertido en hierro,
Y de buey el aspecto conservado,
Bajó, dando bramidos pavorosos,
Con los dos de Samaria fabulosos.

Ni los dioses en Méjico temidos
De aqueste horrendo cónclave faltaron,
De humana sangre bárbara teñidos,
En que siempre sedientos se empaparon;
Ni del Perú los ídolos fingidos,
Que en lucientes culebras se mostraron;
Ni Eponamon, indómito guerrero,
Mavorte altivo del Arauco fiero.

Juntos ya todos en la oscura sala,
Ni bien puestos en pié, ni bien sentados
(Que órden no sigue aquella tierra mala
Del afligido rey de atormentados,
Porque la pena á su soberbia iguala,
Y confusion es pena de pecados),
Juntos batió Luzbel sus grandes cuernos,
En conceptos así hablando internos:

«Bravo ejército de ángeles briosos,
Que fuistes en el cielo producido,
Aunque, por ser de vuestro honor celosos,
Estáis en hielo y llamas sumergidos:
Si os acordais de aquellos dos dichosos
Instantes en que fuimos detenidos
En la empírea region de luz perfeta,
No os puede ser mi plática secreta.

»Ya sabeis que, cual nobles cortesanos,
De su oficina amando á Dios salimos;
Mas púsonos preceptos inhumanos
En el segundo instante que nos vimos:
Mandonos que, rendido cuello y manos,
Que para nuestra gloria recibimos,
A la tierra adorásemos, unida
A su persona, y de mujer nacida.

»Y que la humanidad poco estimable
De no sé qué Hombre Dios y mortal hombre,
Fuese nuestra cabeza venerable,
Y él de nuestro Señor tuviese nombre:
Juzgámos pues por cosa intolerable
Dar á la tierra tan feliz renombre,
Y resistimos, ángeles osados,
A sus bajos intentos mal fundados.

»Tuvimos con Miguel trabada guerra,
Y con otros espíritus cobardes
Que infames adoraron esa tierra,
Haciendo de humildad viles alardes:
Esta ilustre hazaña nos destierra
A estas eternas tenebrosas tardes,
Siendo lucientes hijos del aurora
Que en nuestra excelsa patria siempre mora.

»Aquí bajámos, pero aquí muriendo,
Por sus dioses el mundo nos respeta.
Mas ¡oh que por mi daño estoy temiendo
Alguna traza de ese Dios secreta!
Oigo un confuso y nuevo y grande estruendo
De un milagroso y singular Profeta;
Y he imaginado, si es el polvo unido
Al Verbo, de la tierra ya nacido.

»Y si lo fuese, ¿qué dolor sería
Mirar al enemigo Dios pujante,
Y nosotros perder la monarquía
Del mundo, á la del cielo semejante?
Mas dejemos el mal que nos vendria,
Y en el caso pasemos adelante,
Y sepamos si el Hijo es encarnado
Que allá por Dios nos fué representado.

»Y parece que sí, porque él me vino
A hablar cuando tuve en la serpiente
Vencido al hombre, y con furor divino
Me maldijo enojosa y bravamente,
Diciendo:—Un parto nuevo y peregrino
De mujer quebrará tu altiva frente,
Y pondré enemistades perdurables
Entre él y tus consejos deleznables.—

»¿Quién pues como Jesus ha procurado
Nuestras hazañas disipar grandiosas?
¿Y quién con tantas véras ha mostrado
Armas contra los vicios poderosas?
¿Quién como este Jesus ha declarado
Artes de perfeccion tan rigurosas?
Y es parto de mujer, de Adan es hijo:
Temo ser este, de quien Dios me dijo.

»Tambien me acuerdo que al anciano abuelo
De Jacob prometió por grandes dones
Un hijo ilustre, en cuyo santo celo
Benditas fuesen todas las naciones;
Que es el Verbo inmortal, de quien recelo
Que ha de sacar las almas de prisiones;
Y entiendo que ha de ser este Profeta,
Por su gran vida y santidad perfeta.

»Pecado venial no se le ha visto,
Imperfeccion en él jamas parece,
Tal ha de ser en excelencias Cristo,
Cual aqueste en virtudes resplandece:
Así lo juzgo, y pésame y resisto;
Mas no puedo vencerme; que me ofrece
Mi entendimiento mil razones vivas,
Con que ardo en llamas de furor esquivas.

»Tambien de vírgen ha de ser nacido
El Hombre Dios que ha de salvar al hombre;
Y su Madre cual vírgen ha vivido
Con pura castidad y santo nombre.
Si no decid: ¿quién de nosotros vido
(¡Oh gran dolor! el mas sutil se asombre),
¿Quién vido en ella sombra ó seña oscura
De alma liviana ó voluntad impura?

»Yo con temor de aquesto la he mirado,
Siempre á sus pasos y á su vida atento,
Y en ella ni sospechas he hallado
Por donde divertir mi pensamiento;
Aunque no puede ser averiguado
Con patente y legítimo argumento,
Pues fué casada con José, su esposo;
Mas él era tambien casto y celoso.

»Dejo al fin estas y otras conjeturas,
Y vengo á la razon mas invencible
(Que no entendemos bien las escrituras,
Si bien temblamos de su voz terrible),
A discursos y trazas voy seguras,
Y supongo, cual es cosa infalible,
Que se compone el hombre con certeza
De la persona y la naturaleza;

»Y que nosotros con verdad sabemos
Cuanto Dios en el mundo ha producido,
Por las especies claras que tenemos,
Y él mismo con su luz nos ha infundido:
Si es ente natural, lo conocemos,
Y esnos secreto solo y escondido
El sobrenatural y soberano;
Con esto mi discurso está en la mano.

»Vemos pues en Jesus distintamente
Su humanidad de bienes adornada;
Mas nunca su persona está patente
A nuestro ingenio y vista delicada:
Luego aquesta persona es eminente
A cualquiera persona ya criada,
O nos la oculta Dios por gran misterio,
Y todo en mal de nuestro sacro imperio.

»Si es persona de Dios, es la persona
De aquel divino Verbo carne hecho:
Sí, que su grande santidad le abona,
Y su noble y excelso y fuerte pecho;
Si, él es, él hollará nuestra corona,
Y deshará nuestro infernal derecho;
Y no serémos dioses adorados,
Sino tristes demonios conjurados.

»Muéveme esta razon, y otra me espanta,
Y es decir él que es hombre y Dios perfeto,
Y confirmar con muchedumbre tanta
De milagros aqueste gran secreto:
El lo dice, y el mundo se lo canta:
¡Ah! presto el mundo le estará sujeto;
Que los milagros son de Dios la firma,
Y falsedad con ellos no se firma.

»Y aquestas hace ilustres maravillas,
No cual hombre santísimo rogando;
Mas con palabras puras y sencillas,
Con sumo imperio, como Dios, mandando;
Y de nuestras humanas pobres sillas,
Do estamos en segura paz reinando,
Nos echa altiva y desgraciadamente,
Cual si fuéramos vil terrena gente.

»Juntándolo pues todo, he colegido
Que debe ser el hombre y Dios terrible
Que para nuestro daño ha descendido
De aquella etérea luz inaccesible:
Muchas veces á aquel me ha parecido,
Y si él es, nuestro mal es infalible.
Decidme qué sentis, dad vuestros votos,
¡Oh sabios! desde el cielo á mí devotos.»

Así habló con su ahumada boca
El crudo rey del asombrado averno;
Y como á cada cual el daño toca,
Rebosa cada cual su enojo interno:
El senado á blasfemias se provoca,
Roncos maitines del rabioso infierno,
Y este y aquel el bravo ingenio informa
Del fiero Lucifer, en esta forma.

Uno las tentaciones del desierto
Y el nuevo y largo ayuno le declara,
Y que dello entendió por caso cierto
Ser Cristo en santidad persona rara;
Otro, el mandar con ánimo despierto,
Y con rëal semblante y fuerza clara,
Y voz sublime, al mar que se aplacase,
Y al fuerte vendabal que se amansase.

Otro, lo que una vez (que no quisiera)
Oyó al supremo Apóstol, cuando dijo
Con pura confesion de fe sincera:
«Protesto que de Dios eres el Hijo.»
Y otro, que á la infructífera higuera
Con la fuerza secó que la maldijo;
Y otros, otras mil cosas admirables
Contaron de sus obras memorables.

Oyólo todo con feroz denuedo
El enemigo del linaje humano,
Y de todo quedó con grande miedo
De que era Cristo el Verbo soberano;
Y de asquerosa llama y humo acedo
Por el hondo volcan del pecho insano
Vomitó rios, que otra vez bastaran
A Sodoma quemar, si en ella entraran.

«Y ora pues, dijo, yo me determino
De saberlo mejor. Id luego todos,
Y notad si es humano ó si es divino
Por estos nuevos y exquisitos modos:
Si del trono de Dios excelso vino
Al cieno vil de esos terrestres lodos,
Probado con deshonra y con violencia
Particular y atroz, tendrá paciencia;

»Que el orar y ayunar es fácil cosa,
Y el enseñar al mundo es arte honrada,
Y el rigor de una vida trabajosa
No es prueba cierta de virtud fundada:
El sufrir una injuria vergonzosa
Con rostro amigo y frente sosegada,
Y padecer por Dios grandes tormentos,
Es muestra en la virtud de altos cimientos.

»Id pues, y por caminos diferentes
Le procurad afrentas nunca vistas,
Graves mofas, oprobrios indecentes,
Duras batallas, asperas conquistas:
Juntad soberbios pechos, insolentes
Manos, y almas guerreras y malquistas,
Y dénle horribles íntimas pasiones
Angeles y hombres, tigres y leones.

»Id presto, furias del Estigio lago,
Id, del reino feroz bravas quimeras,
Dadle de su intencion el justo pago
Con duras obras y palabras fieras:
Id y haced un riguroso estrago,
¡Oh tropas de mi ejército lijeras!
En príncipes, escribas, fariseos,
En griegos, en romanos, en hebreos.

»A los unos envidia mordedora,
Y á los otros soplad soberbia altiva,
Y al vulgo adulador que en Salen mora,
Lisonja infame y abyeccion nociva.»
Al punto aquella horrífica y traidora
Escuadra, de la cárcel vengativa
Salió, á hacer á Dios y al hombre guerra,
Formando un vivo infierno acá en la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,
De fantasmas la poca luz cubrieron,
Con mentiras las almas perturbaron,
De engaños los espíritus hincheron,
Entre la ruda plebe se mezclaron,
Y en la gente mas noble se ingirieron:
Ved qué haria turba apasionada,
De tales vientos contra Dios soplada.

¡Mas oh tú, resplandor maravilloso,
Del padre de las lumbres soberano,
Sobre quien vino el ímpetu furioso
Del ejército de ángeles profano!
Un sentimiento y corazon piadoso
Me comunica de tu propia mano,
Para que sienta y diga, llore y hable
El rigor de tus penas inefable.

Era Anas del colegio preeminente
Que de la Ley juzgaba y del Profeta,
Gran sacerdote, príncipe excelente,
Con sumo imperio y potestad perfeta:
Por eso la canalla inobediente
A Dios, y al mal pontífice sujeta,
Le llevó á Cristo, y con tropel confuso
En este tribunal su exámen puso.

Estaba el Hombre Dios que manda el cielo
Con nudos corredizos maniatado,
Y del fiero escuadron del lacio suelo
Y del judáico pueblo rodeado;
Traido sin piedad al rodopelo,
La barba y el cabello maltratado,
Los ojos en la tierra, y el semblante
Grave y sereno, al Padre semejante.

Y el indigno prelado en silla estaba
Pomposa y alta, esquivo y desdeñoso,
Con faz sañuda y apariencia brava,
En ropa largo, en ánimo ambicioso:
Lisonjera familia le cercaba,
Y vulgo de agradalle deseoso,
Sus hechos aplaudiendo, y sus razones
Con gestos admirando y con acciones.

Pregunta pues al Rey de la divina
Y eterna gloria, deshonrado y preso,
Por su colegio santo y su doctrina
Sagrada, comenzando aquí el proceso:
Respondió el Salvador con voz benina,
Limpia de hinchazon, libre de exceso:
«En el templo comun he predicado,
Y mi doctrina en público enseñado.

»Cualquiera podrá ser della testigo;
A todos llama y todos dirán della.»
¿Quién desta blanda voz de afable amigo
Formar pudiera con razon querella?
Formóla pues un bárbaro enemigo
De la justicia y de la luz en ella,
Que era del mal pontífice criado,
Y de un demonio adulador tentado.

Quiso lisonjear al arrogante
Que mostró en el semblante sentimiento,
Y pretendió vengar solo el semblante,
Y fingir en Jesus atrevimiento:
La diestra armada de acerado guante
Alzó (¡válgame Dios!) en un momento,
Y dió con ella un bofeton á Cristo:
¡Cielos! ¿habeis tan nueva injuria visto?

¡En el rostro de Dios la mano airada
De un hombre vil! ¡Oh crimen espantable!
¿Y míralo la máquina criada,
Y su curso prosigue favorable?
¿En el rostro de Cristo bofetada?
¡De Cristo en aquel rostro venerable!
¿Y ardiendo brama y quéjase el cristiano
Si el viento se le atreve de una mano?

Diosela, y señalados en la cara
Le quedaron los dedos insolentes,
Y Anas, de aquella injuria al mundo rara,
Entre risa y favor mostró los dientes;
Y ménos la pasion disimulara,
Mas el vario sentir de los presentes
Le refrenó; que algunos se rieron,
Y otros devotas lágrimas vertieron.

Serenó Cristo los honestos ojos,
Y al ofensor miró con mansedumbre
Llena de suavidad, libre de enojos,
Y envuelta en mansa y generosa lumbre;
Que, vencido de amor, dió por despojos
Peso y modestia, gracia y dulcedumbre,
Y dijo: «Muestra en qué, si he mal hablado;
Y si bien, ¿por qué así me has afrentado?»

¡Oh de santa humildad ejemplo vivo!
¡Pena tal mi soberbia merecia!
¿Hay hombre ya con esto vengativo?
Hay quien odios mantenga solo un dia?
Dios, de un pecho cruel y un brazo altivo
Sufre tan baja y vil descortesía,
¿Y ara el mar y trastorna cielo y tierra
El polvo, por su honrilla, en cruda guerra?

Examinado pues en esta parte,
Al príncipe Caifas fué remitido
El gran Señor cuya bondad reparto
Paz al turbado, gozo al afligido:
Aquí el infierno todo, toda el arte
Antigua de tentar puso en olvido,
Y exquisitas buscó trazas y enredos
Para dar fin á sus ocultos miedos.

Habia de juntar el gran senado,
Caifas, de los setenta escribas doctos,
Para que fuese Cristo en él juzgado
Como falso profeta, por sus votos,
Y esperó á la mañana alborotado,
Fingiéndole entre sueños, terremotos,
Espantos y fantasmas, la sañuda
Tropa, de cuerpo y no de mal desnuda.

Por esto aquellos bárbaros atroces
Al Señor en el patio detuvieron,
Y con horribles gestos y altas voces
Injurias nunca vistas le hicieron,
Inspirados los ánimos feroces
Para las nuevas trazas en que dieron,
Por las crueles furias infernales;
Que dellas solas fuéron penas tales.

Sabian que trataron de prendello,
Por sér profeta en ciencia peregrino,
Y así quisieron con sus ojos vello,
Probándolo en sus males adivino:
Atáronle una soga al santo cuello,
Y un trapo al rostro con verdad divino,
Y jugando con él, le preguntaba
Quien le ofendia, si le adivinaba.

Y uno, en el rostro que respeta el cielo,
Con torpe y sucia boca le escupia;
Y otro, alzando el lodoso pié del suelo,
En su modesta frente lo imprimia;
Y otro, por mas dolor y desconsuelo,
Con el baston armado le heria;
Y otros con rigurosos pescozones,
Con befas otros, y otros con baldones.

¿Qué nos quejamos, ¡ay! qué nos quejamos,
Mi Dios, si por nosotros padecistes
Tales oprobios? Qué nos querellamos,
Si muladar de nuestras culpas fuistes?
Oh, hacednos, Señor, que lo entendamos,
Pues para el bien del hombre lo sufristes,
O moderad los ímpetus protervos
De cuerpos viles y ánimos superbos.

El sol luciente con lijeros pasos
Se va escondiendo en la region secreta,
Para el sosiego de los miembros lasos,
En el reposo de la noche quieta;
¿Y á vos aun estos bienes son escasos?
¡Oh del bien celestial fuente perfeta!
¡No descansastes en el largo dia,
Ni os abrigastes en la noche fria!

Vuestros cabellos repelados fuéron,
Y trapos vuestros ojos anublaron;
Golpes vuestras mejillas ofendieron,
Y afrentas vuestra cara avergonzaron;
Vuestros labios sedientos estuvieron,
Voces vuestros oidos perturbaron;
Y á vuestras manos ásperos cordeles
Crudos rompieron las delgadas pieles.

Y estando en tan prolija y grave pena
Con manso corazon y rostro amable,
Y la casa de varia gente llena,
Nadie os mostró siquiera vista afable:
¡Oh grande Dios! Oh Majestad serena!
Bendiga el mundo vuestro amor notable,
Pues padecistes por el hombre mismo
Que así os trató, bondad de inmenso abismo.

Cual dura roca con gentil firmeza,
Descollada y altiva, excelsa y fuerte,
Las ondas, que la baten con braveza,
Al propio mar que se las da, las vierte;
Mas con espuma de sutil belleza
Mejoradas y ricas: de esa suerte
Las penas que del hombre recibia
Cristo, al hombre por méritos volvia.

Mas en esta batalla rigurosa,
¿Qué pensaba el Señor omnipotente,
Para templar la fuerza dolorosa
De aquel de afrentas rápido torrente?
Qué meditaba su ánima piadosa
En medio, y apartada de la gente?
Píntemelo su luz contemplativa,
Viva al amor, como al tormento viva.

Allí su clara, infusa, ilustre ciencia,
Le dibujaba con pincel suave
Los grandes frutos de su gran paciencia,
Que retratallos en el alma sabe,
Como en templo de altísima eminencia:
En la suprema dilatada clave
Hombres formó por Cristo despreciados,
Con luces de conceptos bien pintados.

Los santos monjes del inculto Egito,
Del cielo sabios, locos de la tierra,
Los primeros en número infinito,
Estaban al honor haciendo guerra;
Y del mandar hollando el apetito,
Que de la eterna patria nos destierra,
Lucian con bellísimas colores
Graves sombras y ufanos resplandores.

Arsenio, que de Arcadio el magisterio,
Y el palacio dejó del griego altivo,
Del buen Teodosio el soberano imperio
Mirando estaba con desprecio esquivo;
Y el Damasceno, en bajo ministerio,
Por hollar el espíritu nocivo
De la vieja ambicion que le seguia,
Espuertas donde fué señor vendia.

Alexio, entre mil luces dibujado,
Cual imágen de Cristo verdadera,
A vista de su esposa maltratado,
Solo y sufrido estaba en su escalera;
Y otro su imitador, mozo esforzado
Y humilde monje, que en su edad primera
Pobre murió en la casa de su padre,
Desconocido dél y de su madre.

Azotado tambien el gran Macario
Con insolente popular rüido
Por monje infame y torpe fornicario,
Resplandecia en sombras escondido:
Teodoro, en nombre y en sucesos vario
(Pues fué mujer, y por varon tenido),
En hábito de fraile allí se via,
Que semejante falsedad sufria.

Y al buen Domingo, de humildad maestro,
Le echaban los herejes en el lodo,
Y él, en paciencia ejercitado y diestro,
Rostro alegre mostraba y dulce modo;
Y el hombre serafin del cielo nuestro,
De las virtudes un segundo todo,
Entre piedras y vulgo, ardiendo estaba
En Dios, y las injurias despreciaba.

Y destos patriarcas venerables
De las dos celestiales religiones,
Habia en la pintura innumerables,
Hijos de valerosos corazones:
Un Pedro, entre sufridos admirables,
Admirable señor de sus pasiones,
Y un Lüis, rey, con otros Pedros sabios,
Y otros Lüises mil sufriendo agravios.

Mas Enrique Suson, de arnes tranzado,
Sobre un cielo de estrellas parecia,
Desde los piés á la cabeza armado,
Con que inmensos trabajos padecia;
Y un Martin fiero, á su derecho lado,
Que un trapo con los dientes deshacia,
Porque cual trapo vil le deshicieron
Las lenguas que despues le acometieron.

Aqueste tuvo como proprio nombre,
Por premio de su altísima paciencia,
El amado de Dios por sobrenombre,
Nuevo y grande apellido y excelencia:
Las obras conformó con el renombre,
Y al cabo de una extraña penitencia,
No pasó dia sin afrenta y daños,
En muchos, largos y penosos años.

Y así ya le faltaban sus amigos,
Y ya le deshonraban sus parientes;
Ya le daban temor sus enemigos,
Y ya le atropellaban insolentes;
Ya le hacian mal falsos testigos,
Y ya en diversos modos varias gentes;
Ya con tormentas y rigor el cielo;
Y ya con trazas y pasion el suelo.

Y él, á todos intrépido y constante,
Cual amado de Dios, entre colores
Y lumbres, generoso y rutilante,
De sí echaba divinos resplandores;
Y alrededor un título radiante
De letras, si no góticas, mayores,
Le cercaba y decia: «Soy de Cristo
»Retrato, y así al mundo tan malquisto.»

Los Guillermos, humildes y sufridos,
En infusos conceptos se mostraban;
Y los Nolascos, del amor vencidos
De Dios, haciendas y honras despreciaban;
Y los Ignacios, en virtud seguidos,
La Iglesia con su ejemplo edificaban,
Y dibujados en el alma ilustre
De Cristo, recibian santo lustre.

Estos y otros gravísimos varones,
En valiente paciencia memorables,
De injurias y deshonras y baldones
Sed tenian y pechos insaciables,
Por imitar en algo las pasiones
Del Hombre Dios, del todo inimitables;
Y así la ciencia infusa y peregrina
En él los retrató con luz divina.

Y si determinado no estuviera
De no admitir en su rigor consuelo,
Esta hermosa escuadra se lo diera
Con su fuerte paciencia y raro celo;
Pero quiso beber pura y entera
La horrible purga que le daba el cielo,
Para ofrecer en méritos mayores
Por los mismos al Padre sus dolores.

Y así toda la noche en peso estuvo
Afrentas padeciendo vergonzosas,
Y la batalla, sin faltar, mantuvo
A las estigias furias venenosas;
Mas en tanto que el buen Señor sostuvo
Los golpes de sus armas enojosas,
Hombres sufriendo y ángeles pasmando,
Le dió esta guerra el enemigo bando.

Despues que Pedro al insolente mozo
Cortó la oreja con gentil denuedo,
Pobre de esfuerzo y lleno de alborozo,
Siguió á Jesus, y con tristeza y miedo,
Parte por haber hecho aquel destrozo,
Y parte recelando algun enredo
Del mancebo enojado y vengativo,
Que al fin quedara poderoso y vivo.

De léjos al Maestro de la vida
Siguió con piés y pecho desmayado:
Léjos del sol la flor esclarecida
Con la luz pura del oriente amado,
Su gracia pierde y su lindeza olvida,
Porque la hermosea el sol mirado:
De Pedro, ¿que esperamos, pues va léjos,
Si es flor, Cristo su sol, luz sus consejos?

Al patio de Caifas turbado llega,
Donde un poco de fuego ardiendo estaba,
Y que le dejen calentarse ruega,
Que temblando de frio tiritaba:
¡Oh Pedro, tienes ya la vista ciega!
¿Qué te importa el calor, que al fin se acaba,
Si miéntras te va el fuego calentando,
El fuego del amor te va faltando?

Mas llégase, y al fuego se recrea;
Tiende los piés, las manos desentume:
Mira, Pedro, ya tibio no te vea
Quien á esa llama y resplandor te ahume:
El fuego con su ardor le lisonjea,
Y poco á poco ardiendo, le consume,
Como á la cera que la luz derrite
Mas, cuanto mas en su amistad la admite.

Andaba una mozuela revoltosa
Por allí, cual mujer, impertinente,
De saber novedades codiciosa,
Y por su mal portera diligente:
Miró á Pedro con vista ponzoñosa,
Y como á nuestra madre la serpiente,
Le habló trasfundiéndole el veneno
De que su lengua y silbo estaba lleno.

Y díjole atrevida y desenvuelta:
«¿Tú eres de la escuela de aquel hombre?»
Pedro los labios abre y la voz suelta;
Mujer es, Pedro, y sola no te asombre:
Con todo aqueso Pedro da la vuelta
Del bien al mal, y de su propio nombre,
Que es de valor, á la flaqueza infame;
Por tanto Pedro ya Simon se llame.

Simon triste responde y afligido:
«Mujer, yo no conozco tal persona.»
Simon, ¿tan presto pones en olvido
Al Hijo Eterno á quien el Padre abona,
De quién el cielo tiembla estremecido,
A quién el mundo por Señor pregona?
¿A Jesus tu maestro no conoces?
¿Qué has visto en él, que así le desconoces?

¿Tú no le viste en el excelso monte
Del Tabor, empapado en luz divina,
Y oscurecido el carro de Faetonte
Con su belleza y gracia peregrina?
¿Y viste arrebolado el horizonte,
Y el campo vuelto en esmeralda fina,
Los rios en cristal, y el cerro en oro,
Al descubrir su celestial tesoro?

¿No le dijiste que á la cárcel, fuerte
Y preso de su amor y alegre irias,
Y estable y firme la espantosa muerte
Por su dulce amistad abrazarias?
¿Quién tal desmayo en tus entrañas vierte?
¿Con sola una mujer flaca porfias?
¿Qué ejércitos armados te amenazan,
Flechas tiran y hierros desembrazan?

Cual quiso Dios al Faraon protervo
Con mosquitos herir, vencer con ranas,
Y á Goliat el ánimo superbo
Rendir con niñerías, no con canas,
Y al otro, de Nabuco altivo siervo,
Con apariencias de deleite vanas:
Permitió que Simon así cayese
A un soplo fácil, porque humilde fuese.

Y apénas tuvo aquesto respondido,
Cuando un hombre llegó; mujer le basta.
Demonio, ¿por qué sigues al vencido,
Si una moza y portera le contrasta?
Del varon guarda para el mas valido
El fuerte golpe, que una débil asta
Postró á Simon; pero es nuestro adversario
Al mas cobarde mas feroz contrario.

Díjole pues el bravo: «Tú eres dellos.»
Y él respondió: «No soy; hombre, ¿qué quieres?»
Y un hora estuvo conversando entre ellos;
Y otro le dijo: «¿Al fin tú dellos eres?»
Aquí Simon echó todos los sellos;
Aquí perdió, perdido, sus haberes;
Aquí negó y mintió, juró y maldijo-
Se, si trató jamas de Dios al Hijo.

Negando comenzó su mal pecado;
Jurando prosiguió su culpa grave;
Maldijose tercera vez tentado;
Que una maldad con otra unirse sabe:
Abrió la puerta al enemigo osado,
Y no supo cerrarla con la llave,
Huyendo la ocasion con fortaleza,
Y entrósele, y rindióla con presteza.

Segunda vez en esto cantó el gallo,
Y volvió Cristo su amorosa vista
A Simon Pedro, y púsose á mirallo
Con la luz pura que ánimas conquista:
Si mira á Pedro y gusta de alumbrallo
El sol de Dios, ¿habrá quien le resista?
Pedro no resistió, y así advertido,
Salió del fuego, y de otra luz herido.

De palacio y de sí salió llorando,
Y ahora gime, y no lloró primero,
Porque le mira Dios con rostro blando,
Que es el sol de estas lluvias verdadero:
Una vez y otra vez pecó negando
A Cristo, y no fué dél mirado; pero
A la tercera vez le mira y llora:
Veme, oh vista de llanto causadora.

Mírale Cristo, y vánsele los ojos
Por la oveja al pastor que ve perdida,
Y con ellos le habla, y sus enojos,
Aunque ofendido, por cobralla olvida:
Era del lobo atroz muertos despojos,
Y es de Dios presa, y presa ya con vida.
¡Oh Pedro! ¿qué pensaste y qué dijiste
Cuando hablado de sus ojos fuiste?

Puso en tierra la vista, ya importante
Solo para llorar su desatino,
Y su memoria le ofreció al instante
Como su buen Maestro le previno,
Diciendo: «Al tiempo ya que el gallo cante
Segunda vez, oh Pedro, te adivino
Que dos veces y aun tres me habrás negado.»
Y como se acordó, dijo asombrado:

«¿Soy Pedro? ¿Yo soy Pedro? No es posible.
¿Soy yo la piedra en que la Iglesia estriba?
No; que aquella ha de ser piedra inmovible,
Piedra fundamental y piedra viva;
Y yo de un golpe ménos que sentible
Caido estoy: un golpe me derriba
Y la fuerza me quita y el aliento,
¿Cómo he de ser de un mundo el fundamento?

»¿Soy yo el prometedor alabancioso
De una y otra difícil y alta empresa?
Sí soy; que al hombre vano y jactancioso
Es natural faltar en su promesa:
¡Qué fácil es fingirse hazañoso
Cuando el peligro en paz alegre cesa!
¡Y qué cierto caer, al atrevido
Que su esfuerzo y su fuerza no ha medido!

»Mi esfuerzo no medí, caí lijero,
Negué al Señor, ¡oh caso nunca visto!
Negué al sol de la gracia verdadero:
¿Qué gracia ó luz tendré léjos de Cristo?
A la vida negué, ¿cómo no muero?
Mas como muerto en el vivir consisto;
¿Soy Pedro ó soy su sombra desgraciada?
Nada soy; que el pecar me hizo nada.

»¡Oh, qué bien respondí cuando le dije
Al soldado «no soy,» pues ya no era;
Que al sér negando, de mi sér desdije,
Y aun ojalá de solo mi sér fuera!
Al sér de Dios negué y mi sér maldije,
Y el sér aniquilé con que viviera
Hecho Dios por la gracia. ¡Oh loco! Oh loco!
Que tu gran sér perdí por ser tan poco.

»Por temor de perder el sér humano,
El divino perdí, ¡quién tal pensara!
Llorad, ojos de un muerto por su mano
Antes que otro enemigo le matara;
Y mas llorad á un hombre muerto en vano,
Muerto á la vida mas preciosa y cara;
Y sin ganar con esta muerte infame
Vida que importe, sér que sér se llame.

»Porque sin Dios, ¿qué sér, qué vida es algo?
Sin el primero sér, ¿que sér es fuerte?
¡Ay de mí! que soy nada, y nada valgo
Despues de aquesta miserable muerte:
Era hijo de Dios y hijodalgo,
Hijo del sér que sér divino vierte:
Dije «no soy»; negándole, neguéme:
¡Maldito el hombre que tan poco teme!

»¿Que temí una mozuela? ¡oh miedo triste!
¿Una portera vil me descompuso?
¿Junto al brazo de Dios, Pedro, temiste?
¿Y á una mujer? ¡Ah! con razon te acuso:
A la flaqueza misma te rendiste,
Que por lanza y espada, rueca y huso
Gobierna; y á la misma fortaleza
Negaste, por temor desta flaqueza.

»Ya ¿qué no temerá quien temió tanto,
Qué á la misma flaqueza miedo tuvo,
Y ante el mismo poder que causa espanto
Al mismo infierno que sin él estuvo?
Mi enfermo corazon deshecho en llanto,
Que en caso tal tan poco sér mantuvo,
Será símbolo cierto y propio nombre
Del poco sér del corazon del hombre.

»Mas pues amor, y no la fe, te falta,
Que bien sé que la fe no te ha dejado,
¿Qué defecto hallaste en Dios, qué falta,
Alma cobarde, por que le has negado?
Aquella esencia poderosa y alta
Que en pié mantiene todo lo criado,
¿Qué mal te hizo, ó qué bien no te ha hecho,
Que tan presto la echaste de tu pecho?

»El sér te dió vital y generoso:
¿A quien el sér te dió, su sér negaste?
Despues el sér te conservó precioso,
Y en él fundado, en contra dél te armaste:
Llamóte, al fin, con ánimo piadoso;
Hizote su discípulo, que baste;
Y tú, á su leche y á su amor criado,
Como cuervo á los ojos le has saltado;

»A aquellos ojos de divina lumbre,
Que dulces hablan con mirar, callando;
A aquellos soles de la etérea cumbre,
Que las almas regalan abrasando;
A aquellos rayos cuya real costumbre
Es encender el corazon amando,
Y la vaina del cuerpo sin tocalla.
¡Dejar á Dios! ¡Le diste á Dios batalla!

»Llorad pues, ojos, que de aquellos ojos
Mirados fuistes con halagos tiernos;
Llorad, mis pobres ojos, los enojos
Dados á los de Dios ojos eternos:
Tristes ojos, llorad y sed despojos
De dos lluviosos fértiles inviernos;
Que fuerza de aguas en el alma mia
Primavera produzcan de alegría.»

Así lloraba, en lágrimas resuelto,
El buen Simon en Pedro convertido,
Y así ya á Dios por penitencia vuelto
Y en sí, y á Dios por caridad unido,
El mar del alma con razon revuelto,
Por la playa del cuerpo está vertido:
Ya con golpes de lágrimas lo riega,
Y mas lo lava cuanto mas lo anega.

Cual caminante que en la noche oscura,
Sin verlos, grandes riscos ha pasado,
Que al nuevo amanecer de la luz pura
Advierte sus peligros espantado;
Mira y remira la montaña dura,
El hondo valle, el cerro levantado;
Y confuso, no acaba de asombrarse
De ver que los pasó sin despeñarse;

Tal Pedro va mirándose á sí mismo,
Y ve los cerros de su culpa extraña,
Y del infierno el peligroso abismo,
Y del demonio la sutil maraña:
Quédase absorto; dale un parasismo,
Y cuando torna en sí todo lo extraña;
En el muslo se hiere y en la frente,
Del peligro asombrado ya patente.

Y es fama que el correr de los raudales
Tristes y presurosos de su llanto
En sus mejillas hizo dos canales;
Que el dolor de una culpa puede tanto;
Y que siempre con lágrimas iguales
Solemnizó del gallo el ronco canto;
Que fué siempre afirmar con osadía
Lo que una vez negó por cobardía.

Miéntras burlado Cristo no reposa,
Y no reposa Pedro enternecido,
La escuadra del averno temerosa
Su perdicion en ambos casos vido;
Porque atendió con vista cautelosa
Al llanto del discípulo afligido,
Y á los ojos de Dios, ojos tan buenos,
Que á tal ofensa estaban tan serenos.

Rumian tambien de Cristo las grandezas,
Del mundo el venerable acatamiento,
Y en tantas y gravísimas vilezas
El jamas irritado sufrimiento;
Y el excelso valor de sus proezas
En medio de tan grave abatimiento:
Y en todo la quietud modesta y fuerte
Los pasma, y así hablan desta suerte:

«Y si hombre fuera, dicen, si hombre puro,
En tenerse por Dios pecado hubiera,
Y tan firme, tan grave, tan seguro,
Tan sereno y humilde no estuviera:
El daño que esperábamos futuro,
La pena que temiamos postrera,
Vemos que tal valor en tal batalla
En hombres pecadores no se halla.

»Y alguna traza en padecer oculta
Tiene para asolar nuestro gobierno,
Y en viles asperezas la sepulta,
Porque el rey no la entienda del infierno:
Si es traza suya, inmenso mal resulta
Al sacro imperio de Pluton eterno;
Que en su muerte querrá poner la vida
Del hombre, antiguamente destruida.

»No consintamos, ángeles prudentes,
Que muera este Hombre Dios cual hombre injusto,
Estorbemos con ánimos valientes
Aun del morir infame su mal gusto.»
Así hablan los fieros impacientes
Del batallon de espíritus robusto;
Y Lucifer, en todo consultado,
Este engaño salió determinado.

Procuraban los príncipes hebreos
Que Cristo en afrentosa cruz muriese;
Mas cumplir no podian sus deseos,
Sin que Pilatos la sentencia diese:
Fingieron los demonios sus rodeos
Porque á la ejecucion no se viniese,
Temiendo de perder su monarquía
Si por el hombre, Cristo en cruz moria.

Presidente supremo era Pilato
Por el latino imperio instituido,
Y al rudo pueblo su gobierno grato,
Y así de los mayores mas temido:
El gran consejo al buen Señor ingrato,
En semejantes causas detenido,
No sentenciaba á cruz últimamente
Sin determinacion del Presidente.

Pilato era gentil y era casado,
Y por aquí trazó Luzbel su enredo:
A un demonio en fingir ejercitado
Mandó que á su mujer pusiese miedo:
El ángel, en Mercurio trasformado,
Su figura tomó gozoso y ledo,
Mintiendo ser de Júpiter el nuncio,
Que le llevaba un trabajoso anuncio.

Ricas alas formó del aire vano,
Hermoso aspecto y juvenil presencia,
Y un caduceo en la derecha mano,
Y en los labios un rio de elocuencia:
Bello donaire y proceder lozano,
Y ropas cual de noble inteligencia,
Y fantástica luz y rojo pelo,
De oro el calzado y de ave presta el vuelo.

Entra pues en la sala do la dueña
Sola durmiendo está en su blando lecho;
Y entra con arrogancia no pequeña,
Y coruscante faz y altivo pecho:
Muéstrale su poder, luego la enseña,
Y al fin la deja triste y sin provecho;
Efectos de demonio convertido
En ángel mentiroso y dios fingido.

Dicele: «Oh rara y única matrona,
Justa consorte de un varon tan grave,
De cetro digno, y digno de corona,
Y de que el cielo su bondad alabe,
Pues todo el universo la pregona;
De los dioses el cónclave la sabe;
Y yo la estimo y yo la reverencio,
Y vengaré su injuria del silencio.

»Yo soy Mercurio, embajador supremo
Del soberano Júpiter Tonante,
Y de la gran ciudad que fundó Remo
Particular fautor, antiguo amante:
Yo procuro la paz, la guerra temo,
El mal deshago, el bien pongo delante;
Y para el bien y paz soy enviado
De tu familia y tu consorte amado.

»Hoy el concilio de la gente hebrea
A un hombre justo quiere presentalle,
Al cual muerte injustísima desea,
Pues quiere, siendo tal, crucificalle:
Avísale que atento y libre vea
Todo el proceso para sentencialle;
Porque es Hijo de Dios y varon sabio,
Y el cielo mismo vengará su agravio.

»Es Jesus, aquel ínclito profeta
Que prodigios ha hecho innumerables,
Y de Moisen las leyes interpreta
En sermones á todos admirables:
El vulgo, que es sencillo, le respeta,
Y los mayores no le son afables,
Porque sus vicios con certeza entiende,
Y con celo y verdad los reprehende.

»Odio los rige, envidia los provoca
A procuralle baja y cruda muerte;
Y el hombre es tal, que no abrirá su boca,
Herido y afrentado desta suerte:
Solo á su Padre en su pasion invoca,
Y el Padre Dios á su dolor advierte,
Y si bien disimula y sufre y calla,
Mira con sentimiento su batalla.

»Dile pues á Pilatos que lo libre
De la muerte que aguarda rigurosa,
Antes que tronadores rayos vibre
Júpiter con su diestra poderosa.
Yo deseo que torne al patrio Tibre
Tu marido y su casa religiosa;
Y así le doy este importante aviso
Del sumo Rey del alto paraíso.

»Si lo cumpliere vivirá seguro,
En paz alegre, en vida regalada,
Y ceñido del firme y santo muro
Y defensa de Júpiter sagrada;
Si no, guerra infeliz, combate duro,
Deshonra infame y muerte acelerada
Tema por la amenaza que le anuncio
Yo, del gran Dios divino y cierto nuncio.»

Dijo; y el aire disipado y suelto
Del fantástico cuerpo que movia,
Y en invisible espíritu resuelto,
Quedóse allí esperando el nuevo dia,
Y entre la gente de la casa envuelto,
Para alcanzar el fin que pretendia;
Y algo pudo, mas no lo pudo todo;
Que es débil contra Dios su traza y modo.

La dueña pues, del sueño recordada,
Espavorida y con temor despierta,
Y entre asombros y sombras espantada,
Qué hacer no sabe, qué decir no acierta:
Alza la frente, al fin, y así esforzada,
Mueve el pié, deja el lecho, va á la puerta,
Abre, da voces, llama á su familia,
Y amistad con sus dioses reconcilia.

Despertaron las viejas y prudentes
Amas que cerca de su lecho estaban,
Y por saber el caso, diligentes
De la causa y efectos preguntaban:
La dama se quietó, y á las sirvientes
De ménos calidad, que mas instaban,
Mandó salir, y á las de rueca y huso,
De su dios la amenaza les propuso.

Y despues inquirió para su intento
De Jesus la doctrina y calidades,
Y ellas, por dalle en su temor aliento,
Le contaron algunas falsedades;
Que, cual gentiles, sin fiél cimiento
Fábulas envolvieron en verdades,
Fingiendo á Cristo hijo deseado
De un dios hasta aquel tiempo no adorado.

Mas entre todas, una dueña ilustre,
Natural, pero noble, de Samaria,
Mujer de grande peso y mucho lustre,
Aunque seguida de fortuna varia,
Cuya gloria inmortal la fama ilustre,
Ya que á su propio nombre fué contraria,
Hazañas ciertas refirió de Cristo,
Por haberlo en su patria y Salén visto.

Dijo cómo este Príncipe divino,
Solo y sediento, en el brocal de un pozo
Se sentó, caminante y peregrino,
Por dar á un alma triste el sumo gozo;
Mostrando el rostro y ánimo benino,
Y enseñando quién era, sin rebozo,
A una pobre mujer samaritana,
Cual grande Dios, mas con dulzura humana;

Y cómo vino la mujer dichosa,
Y al pozo se llegó bien descuidada,
Y le pidió con plática amorosa
Agua la fuente del vivir sagrada;
Y que ella, zahareña y desdeñosa,
Libre despidió á Cristo y mal mirada;
Y él ofreció con caridad interna
Agua que sube hasta la vida eterna.

Y que, burlando de su rica ofrenda
Ella, porque él acetre no tenia,
Alumbrada despues, la noble prenda
Recibió que él gracioso le ofrecia;
Y de aquella suavísima contienda
Supo, en fin, que Jesus era el Mesía,
Porque le declaró sus cinco bodas,
Y, cual Verbo de Dios, sus culpas todas.

Y mas, que la mujer, ya evangelista,
Al momento á Samaria fué volando,
Hecha de lo que vido coronista,
Y obras y fe de Cristo predicando;
Y al fin que allá la conoció de vista
La misma que lo estaba relatando;
Y que por sus razones se movieron
Muchos á verle, y viéndole creyeron.

Y preguntada la sagaz matrona
Si á las mujeres era Cristo afable,
«Eso, dijo, la fama lo pregona,
Y en prueba diré un caso memorable
Que su infinita santidad abona
Y hace su virtud mas venerable,
Suponiendo que es vírgen excelente,
Limpio, como la luna refulgente.

»Y es la historia, que estando una mañana
En el templo, vinieron los escribas,
Y cierta ley celando poco humana,
Sus entrañas mostraron vengativas:
Trajeron una moza algo liviana,
Cogida en obras no sé qué lascivas,
Y á Jesus le dijeron: —Esta ha sido
Adúltera á la fe de su marido.

»Al punto debe ser apedreada
Por la ley de Moisen: ¿qué dices della? —
El miró á la mujer avergonzada,
Y á los autores de su vil querella;
Y con frente apacible y sosegada,
Que jamas la pasion hizo en él mella,
Bajóse, y señaló en la tierra dura,
Y con el dedo, no sé qué escritura.

»Alzóse luego y dijo:—El que se halla
Sin culpa, la primera piedra arroje;
Parezca el que se atreve á sentencialla,
Hable, acuse y la ropa le despoje:
Venga el que ha pretendido condenalla,
Y en su sangre infeliz las manos moje. —
Calló; y avergonzados de sus males,
Se fuéron de uno en uno los fiscales.»

Deseaba entender qué hubiese escrito,
La dama ilustre y la curiosa gente,
Y satisfizo bien á su apetito
La dueña, y dijo así discretamente:
«Señora, su saber es infinito,
Y sobre nuestras ciencias eminente:
Quizá escribió de cada cual las culpas,
Que á la mujer sirviesen de disculpas;

»La cual se quedó triste, y preguntóle
El buen Jesus: —Mujer, ¿quién te condena?—
Y ella humilde y confusa respondióle:
—Nadie, por tu piedad, me ha dado pena.—
Y él, manso y amoroso, replicóle
Con santa y dulce boca y faz serena:
—Ni yo tampoco. Véte, y mas no peques;
Porque en justicia la piedad no trueques.—»

Quedaron todas con razon movidas
Del casto amor y paternal oficio,
De la pobre mujer enternecidas,
Y admiradas del alto y gran juicio;
Y por verse mas tiempo entretenidas
En tan suave y plácido ejercicio,
Le rogaron que mas les refiriese
Historias del Señor, si mas supiese.

Y ella les dijo: «Contaré gozosa
De Magdalena la mudanza extraña,
Dama en beldad y en discrecion famosa,
Y famosa por esto su hazaña:
Una hermana tenia religiosa,
Que la virtud jamas á nadie daña,
Marta por nombre, que á Jesus seguia
Y sus divinas pláticas oia.

»A Magdalena persuadió lo mismo,
Diciéndole: — Verás un hombre nuevo,
De gloria un sol, de gracias un abismo,
Un varon grave y un gentil mancebo.—
Por aquí comenzó su cristianismo;
Aqueste fué de su aficion el cebo;
Y fué María, que es su propio nombre,
A verle, no por Dios, sino por hombre.

»Oyó un sermon, y oyóselo en tal punto,
Que, de mujer profana y deshonesta,
La hizo de virtudes un trasunto,
Y una imágen de bienes mil compuesta:
Dió á sus deleites y á sus vicios punto,
Devota se mostró, mostróse honesta,
Lloró sus culpas y gimió sus males,
Y dello fuéron los principios tales.

»Supo que estaba el buen Jesus comiendo
En casa de Simon, y toda llena
De lágrimas, dejó su vano estruendo,
Y á declaralle fué su santa pena;
Y un vaso preciosísimo cogiendo
De nardo, caminó con faz serena,
Y triste le buscó, y hallóle luego;
Y así le declaró su casto fuego.

»A sus espaldas y á sus piés se puso,
Y comenzó á lavar sus piés beninos
Con un ardiente amor del cielo infuso,
Y con rios de lágrimas divinos:
Su peinado cabello descompuso,
Haciendo mil prudentes desatinos;
Y volvióla en suavísimas toallas,
Para, en vertiendo lágrimas, limpiallas.

»Vertiólas de sus ojos, y limpiólas
Con sus cabellos y sus blancas manos;
Mas no dió de su amor las muestras solas,
Cual los amantes suelen dar profanos:
Con hechos las juntó, y acompañólas
Con ejemplos de vida más que humanos;
Agora vive y vivirá su fama
Miéntras queme el calor y arda la llama.»

Esto contó la dueña venerable
Y secreta discípula de Cristo,
Y aun mas dijera de su trato afable
Casos que habia en varias partes visto;
Pero fuése la noche irrevocable,
Y andaba por allí Mercurio listo,
Y desató la plática, enojado
De ver que él la ocasion hubiese dado.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Llevan á Cristo al Presidente sabio,
Que de su gran valor se maravilla;
Y al necio rey, por no hacerle agravio,
Lo remite, y Jesus no se le humilla:
Heródes, porque no despliega el labio
El buen Señor, desde su regia silla
Por loco lo desprecia; y Cristo un cielo
Ve de sablos, y toma algun consuelo.

La blanca aurora con su rojo paso,
En nubes escondida, caminaba,
Y los celajes del oriente raso,
De oro confuso y turbia luz bordaba;
Y adivina quizá del triste caso,
Oscurecer quisiera, y alumbraba,
No voluntaria, no, mas obediente
Al que gustó de estar en cruz patente.

El rubio sol, temiendo la carrera,
Escasa daba su hermosa lumbre,
Y discurria por la cuarta esfera,
Ya no por intencion, mas por costumbre;
Y si juntarse con verdad pudiera
En el bajo hemisferio y alta cumbre
Oscuridad y luz, y noche y dia,
Todo, por hacer monstruos, lo haria.

El aire sus alegres arreboles,
De apacible escarlata sonrojados,
Que parecen vistosos tornasoles
De diversos matices retocados,
Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
Que embestirle quisieran abrasados,
Melancólico y turbio se hurtara,
Porque la claridad no le bañara.

Las dulces avecillas voladoras,
Que al rayar de la luz cantan risueñas,
Olvidando las músicas sonoras,
Por su Dios se mostraban zahareñas:
Mudas las lenguas, ántes chirriadoras,
Daban de su dolor bastantes señas;
Que, como naturalmente obedecen
Á Dios, por Dios callando se entristecen.

Los peces, que en el agua trasparente
A la mañana alborozados juegan,
Y la plaza del aire refulgente
De aljófar cubren y de escarcha riegan,
Y remedando al escuadron valiente,
En varias tropas á encontrarse llegan;
Dividian los líquidos cristales,
Mustios por ver á Dios en penas tales.

Las fieras, en los bosques detenidas,
Contra lo que sus almas les dictaban,
Las hondas cuevas de horror vestidas,
Huyendo de la nueva luz, buscaban;
Y allí presas, con rabia enfurecidas,
A su Criador bramando se quejaban,
Y si tuvieran para mas licencia,
Vengaran su pasion y su paciencia.

Solo Caifas, mas que las bestias bruto,
De la aurora no via el paso lento,
La escaseza del sol, del aire el luto,
Y de las aves el callar atento;
Del mar turbado el singular tributo,
De los peces el tardo movimiento,
Y de las bravas fieras los enojos;
Porque la envidia le cegó los ojos.

Airado y diligente con extremo
Al consejo llamó: ¡Quién tal pensara,
Que para sentenciar al Dios supremo
A consejo en la tierra se llamara!
Mas tú, Señor, á quien adoro y temo,
Los fieros consultores me declara
Que pronunciaron á tu brazo fuerte
Sentencia injusta de afrentosa muerte.

Vinieron los soberbios fariseos,
Que sepulcros hermosos parecian,
Y sus obras, palabras y deseos
Al necesario hado atribuian;
Y diez años, los actos himeneos
Renunciando, cual vírgenes vivian;
Y que las almas justas se pasaban
De unos cuerpos en otros afirmaban.

Halláronse en la junta peligrosa
Tambien los saduceos engañados,
Que, duros, con protervia sediciosa
Negaban los espíritus sagrados,
La vida de las ánimas preciosa,
Que en siglos se eterniza dilatados,
Y la resurreccion de los mortales,
Que ha de ser en los cuerpos ya inmortales.

Y fuéron convocados los esenos,
Sin ceremonias, templo y sacrificios,
Y dellos diferentes los sabuenos
En variar las fiestas y ejercicios;
Y discrepantes destos los gortenos,
Aunque todos conformes en los vicios,
Y en no admitir de los Profetas santos
Los sacros libros, que estimaban tantos.

Ni faltaron de allí los dositeos,
Que animales ó peces no tocaban,
Y el dia principal de los hebreos
Con religion ridícula guardaban,
Pues ni mudarse, ni hacer meneos
Varios, del modo y punto donde estaban,
Ni comer en el sábado querian;
Mas las resurrecciones admitian.

Llegaron los baptistas incansables,
Que en otoño, en estío, en primavera
Y en los dias de invierno incomportables,
Se bautizaban, cual si juego fuera,
Y el pescado y las carnes saludables
Juzgaban por comida odiosa y fiera;
Y de Moises los libros excelentes
Despreciaban con celos imprudentes.

Y acudieron, al fin, los herodianos,
Que al mal Heródes, como al Rey ungido
Que anunciaron los libros soberanos,
Adoraban con ánimo rendido:
¡Oh contumaces, pérfidos, profanos!
Si veis el cetro de Judá perdido,
Ved en Jesus las otras profecías,
Y le tendréis por el comun Mesías.

Como los animales ponzoñosos
Se llegan á la lumbre de la vela,
Enamorados no, pero envidiosos,
Para matar la luz que los desvela,
Y vuelven y revuelven presurosos,
Asestando á la ardiente centinela,
Temiendo el resplandor que los descubre
Y buscando el horror que los encubre;

Tal estos nuevos monstruos, enemigos
De Cristo, á ver la inmensa luz se llegan,
No por ser dél ni de su luz amigos;
Que á su divino resplandor se ciegan;
Mas porque son de la verdad testigos,
Y la misma verdad confusos niegan:
Andan por apagar la luz despiertos,
Y por quedar sin luz mas encubiertos.

Entran pues al concilio todos juntos,
Príncipes, sacerdotes y prelados,
Y en dos precisos y notables puntos
Resuelven sus intentos mal fundados;
Que ha habido de Jesus claros barruntos
(Por do están en gravísimos cuidados)
Que es el Hijo de Dios, y que él lo dijo,
Y que muera, por ser de Dios el Hijo.

Mandan que atado á su presencia venga,
Y atado viene á su presencia el Santo:
¿Es posible, es posible que convenga
Que la alteza de Dios se humille tanto?
Eslo. Y entrado, hácele una arenga
Confusa y larga, con pavor y espanto,
Caifas, de mal fingidos mil excesos,
De que pretende fulminar procesos.

Llámanse pues testigos insolentes,
Y dice cada cual sus falsedades,
Unos, que come con diversas gentes,
Y algunas de menores calidades;
Otros, que en el lavarse negligentes
Sus discípulos son, ¡ved qué maldades!
Otros, que en Belcebut saca demonios,
Y no eran convenientes testimonios.

Mas á la postre vienen dos falsarios,
Encaramando un grave mal ejemplo,
Y deponen que ha dicho en tiempos varios:
«Yo desharé de Dios el sacro templo.»
Miéntras vosotros, pérfidos contrarios,
Así mentís, al buen Señor contemplo
Con rostro humilde y mesurada vista,
Que amansa fieras y áspides conquista,

Presas atras las liberales manos,
Y con sogas ceñido el santo cuello:
¿Manos tales á nudos tan profanos
Entrega Dios y da cuello tan bello?
Desquiciense los polos soberanos;
Y si no llora el hombre, tiemble dello;
Que son estas prisiones beneficios,
Y con amor se pagan, no con vicios.

Calla Jesus, ¡oh Verbo inaccesible!
A quien pronuncia el Padre omnipotente,
Y con solo tu lengua inteligible
Declara cuanto supo eternamente:
¿A la de tu criatura voz falible
Callas, y sufres tú manso y paciente?
¿Y mueve el hombre odiosas disensiones
Sin estar acusado y en prisiones?

Pero de un bravo espíritu irritado,
Caifas á la demanda salió ardiendo,
Y acabar el proceso comenzado
Quiso sin tanto judicial estruendo;
Y preguntó á Jesus, alborotado,
Ya su respuesta y gravedad temiendo:
«Y por Dios te conjuro (á voces dijo)
Que digas si de Dios eres el Hijo.»

Cristo le respondió grave y sereno:
«Tú dices la verdad, y aun mas te aviso,
Que el Hombre Dios, de resplandores lleno,
Y en nube orlada de radiante friso,
Y á la del Padre, inmensamente bueno,
Diestra divina, con humano viso
Vendrá sentado; y esto de aquí á poco.»
Quedó Caifas de la respuesta loco.

Y como el labrador mal advertido
Que, pensando asentar la bronca planta
En una alfombra de jardin florido,
Sobre algun áspid, sin saber, la planta,
Que el tosco pié, con brevedad mordido,
Del suelo con aguda voz levanta;
Así Caifas, herido de su envidia,
Salta y grita y declara su perfidia.

Cual triste enfermo que en retrete oscuro
Guardado está del cielo refulgente,
Que si del claro sol un rayo puro
Le enviste y baña con su luz ardiente,
Dél ofendido y della mal seguro,
Huye la claridad resplandeciente,
Los ojos cierra y brama encandilado;
Así gime el pontífice alumbrado.

Cual caminante en noche tenebrosa,
A quien el rayo coge repentino,
Que de léjos la vista temerosa
Le ciega y saca de su paso y tino,
Y aun no tocado de su luz fogosa,
Las fuerzas pierde y pierde su camino;
Así Caifas perdió la excelsa cumbre
De la razon, con este rayo y lumbre.

Y dijo: «Blasfemó: ya habeis oido
Su gran blasfemia: ¿qué son de importancia
Los testigos aquí? Ya es conocido
Y claro su furor y exorbitancia:
¿Qué respondeis, senado esclarecido?
Qué os parece su pérfida jactancia?»
Y pronunciando, al fin, palabras tales,
Los vestidos rompió sacerdotales.

Era costumbre de la hebráica gente
Romper sus vestiduras al instante
Que el nombre de su Dios indignamente
Blasfemaba algun pérfido arrogante;
Y Ecequias, con celo vehemente,
Por no ser en el mal participante,
De Rapsacis oyendo el gran pecado,
Rompió sus vestiduras asombrado.

Y Jeremías tuvo á grande espanto
Que el otro rey sus ropas no rasgase
Viendo echar en el fuego un libro santo,
Por ser cual si de Dios se blasfemase;
Y al vano Heródes castigó Dios tanto
Porque otro sus vestidos desgarrase,
Cuando viese que el vulgo le ofrecia
Honras de la deidad que no tenia.

Mas era al sacerdote prohibido
Por ley divina y justo mandamiento,
El romper en tal caso su vestido,
Aunque viese un gravísimo portento;
Pero Caifas le puso aquí en olvido,
Al daño solo de Jesus atento,
Para solemnizar por gran blasfemia
De Dios la confesion, que él mismo premia.

Y así los mal mirados consultores,
«Digno es de muerte,» al punto respondieron,
Y con voces, con gritos, con clamores,
Confusamente la sentencia dieron;
Y al rostro de divinos resplandores
Con sus horrendas bocas escupieron:
¿Esa es cara, Señor, para escupilla?
¿Cara de quien el sol se maravilla?

¿El rostro que los ángeles gloriosos
Mirando, sus espíritus recrean,
Bocas de fariseos envidiosos
Manchan porque sus luces no se vean?
¿El rostro que á los hombres venturosos
Hará, cuando en el cielo le posean,
Salivas cubren y gargajos tapan,
Y en tales barbas con horror le empapan?

¡Oh sumo Dios, en tí mismo impasible,
Y de infinita gloria rodeado!
Oh Dios inestimable! Oh Dios terrible,
Por mí á tales bajezas humillado!
¡Quién te viera en tu silla inaccesible,
De altas inteligencias adorado,
Y bajara los ojos, y te viera
Hombre escupido de esa gente fiera!

Si el sér de Dios inmenso contemplara,
Y el sucio humor de aquellos torpes labios,
¡Que espantado y atónito quedara
Viendo á tal Dios sufrir tales agravios!
¡Oh Dios! Oh Dios, que ves tu linda cara!
Haz á los rudos hombres hombres sabios,
Porque alcancen al uno y otro extremo
De Dios hombre escupido y Dios supremo.

Era el dia de Pascua venerable,
Y así no habia por su ley licencia
Para la ejecucion abominable,
Aunque se dió de muerte la sentencia;
Y por eso el concilio inexorable,
Escrúpulo fingiendo de conciencia,
Quiso á Pilato proponer la causa
De Cristo, y no hacer en ella pausa.

Y todos juntos, con lijero paso,
Con furia, con tropel, con alboroto,
Cuenta le van á dar del grave caso,
De su antiguo temor el velo roto.
¡Oh sol! en alumbrar te muestra escaso,
Y tú, tierra, levanta un terremoto,
Porque atadas las manos no se vean
Del Dios que ver los ángeles desean.

Mas súfrelo el Señor, y por los hombres
Mismos que injustamente se las atan:
Razon es, sol y tierra, que te asombres
Dél, y dellos tambien, que así le tratan;
O que las calles por do viene alfombres,
Miéntras aquestos fieros le maltratan,
De honestas rosas y de castos lirios,
Agradeciendo en algo sus martirios.

De casa pues del príncipe inclemente
Sacan al buen Jesus con sogas preso,
Y él va con faz serena y dulce frente,
Muestra de amor y aun de amoroso exceso:
Corre admirada y en tropel la gente
A preguntar la causa del proceso,
Y unos heridos de dolor le siguen,
Y otros llenos de envidia le persiguen.

Acontece quemarse alguna casa,
Y al son de la campana apresurado,
Miéntras el fuego con rigor la abrasa,
El vulgo concurrir alborotado:
Uno viene, otro llega y otro pasa,
Y mira cada cual lo mal parado,
Y todos en saber el hecho entienden,
Y pocos el remedio le pretenden.

Todos acuden á mirar á Cristo
En plazas, calles, puertas y ventanas;
Corre confuso el pueblo, y anda listo
El tropel de las gentes comarcanas;
Y ninguno, despues de haberlo visto,
Temiendo aquellas furias inhumanas
De príncipes, escribas, fariseos,
A declarar se atreven sus deseos.

Todos hacen corrillos, tropas hacen,
Y unos la causa de su muerte aprueban,
Otros á las calumnias satisfacen,
Y otros, no mas que por hablar, las prueban;
Otros sus maravillas le deshacen,
Y sus sermones otros le reprueban;
Y todos juntos, y confusos todos,
Y en varias partes y de varios modos.

Lázaro, que en las tropas se hallaba
Ni arrebozado bien ni descubierto,
Que el celo á declararse le obligaba,
Y el temor á tratarse como muerto,
Al principio sagaz disimulaba;
Mas, sabiendo de Cristo el daño cierto,
De su divino espíritu incitado,
Así habló con ánimo esforzado:

«Amigos, ya sabeis por cosa llana
Como fuí muerto y que dejé la vida,
Esta vida mortal y vida vana,
Y á la eterna pasé mal conocida;
Y que si allá mi fe segura y sana
Fué por la verdadera recibida,
Lo debe ser acá, pues el objeto
De la fe allá se ve claro y perfeto.

»Pues el discurso de mi grave historia
Quiero contaros, y veréis, fiéles,
Que es el Autor supremo de la gloria
El que va preso en rígidos cordeles:
No me falta, israelitas, la memoria,
Ni lo que digo lo aprendí en papeles;
Que estando ya en el trance de la muerte,
La verdad entendí de aquesta suerte.

»Tentábame un demonio astuto y fiero
Que á Jesus no adorase por Mesías,
Que era un pobre y humilde carpintero;
Que en esto se resuelven sus porfías:
Yo en su fe soberana estuve entero,
Y firme en las sagradas profecías,
Y encomendéme con devotos labios
A Jesus, y él deshizo mis agravios.

»El nombre santo de Jesus oyendo
Claramente, el demonio fué vencido,
Y con un espantoso y grande estruendo
Me dejó libre y se apartó corrido:
Yo le vi por mis ojos ir huyendo,
Y vi luego un ejército lucido
De ángeles verdaderos, que venían,
Y en sus manos mi alma recibian.

»Despues al tribunal de Dios supremo,
Que un resplandor cercaba pavoroso,
Fuí presentado, y el mayor extremo
Probé de aquel juicio riguroso:
Refiriéndolo estoy agora, y temo
Que es aun solo en memoria temeroso:
Allí me hizo Dios todos mis cargos,
Y esperó con paciencia mis descargos.

»Allí fuéron mis culpas manifiestas,
¡Oh qué de culpas! Oh qué de traiciones!
¡Qué de preguntas! Qué pocas respuestas!
Qué de pecados! Qué pocas razones!
En el eterno memorial vi puestas
De letra clara todas mis acciones;
Ni dije cosa ni formé conceto
Lijero, que me fuese allí secreto.

»Un demonio con furia me acusaba,
Y un ángel con piedad me defendia;
Aquel mi mala vida acriminaba,
Y este mis buenas obras proponja;
Y en esta confusion y guerra brava,
Y en esta grande y última porfia,
Estaba Dios en majestad inmenso,
Como recto jüez, grave y suspenso.

»Miguel tenia en la derecha mano
Con suma rectitud un santo peso,
Y el enemigo del linaje humano
Echó en una balanza mi proceso;
Mas de mi guarda el ángel soberano,
Por dalle mi descargo y contrapeso,
Le puso con segura confianza
Mis bienes en la otra igual balanza.

»Más que mis bienes vi pesar mis males,
La balanza con ellos inclinada,
Y ya temiendo penas infernales,
Mi alma triste se quedó asombrada:
¡Oh qué gemidos daba allí mortales,
De espanto llena, de dolor bañada!
Pero ayudóme el ángel verdadero
Que en vida y muerte fué mi compañero.

»—Y á sus pecados, dijo, la perfeta
Caridad contrapongo y fe admirable
Con que á Jesus trató, sumo Profeta,
Hombre y Dios y tu Hijo venerable;
Y del sudor bendito que respeta
Y adora el cielo, en este favorable
Peso pongo una gota, como en paga
Que por todas sus culpas satisfaga.—

»Al punto el peso varió mi suerte;
Excedió en bien, al mal puso medida,
Y trocó el miedo de la eterna muerte
En esperanza de la eterna vida;
Que acabar pudo mi batalla fuerte
En paz feliz y en gloria conocida,
La gota ilustre del sudor divino
Deste Rey, que á salvar el mundo vino.

»Y en palmas de los ángeles llevado,
Descendí al seno de Abraham dichoso,
Y en él fuí recibido y hospedado
De aquel cónclave de ánimas piadoso:
Allí vide al primero y mas honrado
Padre de los vivientes generoso,
Y á los demas de quien la sacra historia
Hace, por su valor, digna memoria.

»Y alegres los hallé de haber sabido
Que ya el Mesías en el mundo estaba,
Y que para el consuelo era venido
Del limbo, que en sí presto le aguardaba;
Y el gran Bautista, entre ellos detenido,
Ser nuestro buen Jesus certificaba;
Y los ángeles buenos lo decian,
Que á traelles las nuevas descendian.

»¿Qué dirémos, á aquesto, amigos caros?
Dios, y ángeles, y santos, y demonios,
Y la experiencia, y los discursos claros
Dan de nuestra verdad mil testimonios.
¿Serémos pues á la razon avaros?
¿Dejarémos los ricos patrimonios
Perder de las divinas escrituras,
Por no sé qué invenciones mal seguras?

»Pero cuando no hubiese lo que digo,
Por otro modo conocí espantoso
Lo que os propongo cual fiël testigo:
Veldo; que es argumento poderoso:
Mi cuerpo en su mortal y oscuro abrigo
Y en su terreno y último reposo
Estaba, de gusanos ya cubierto;
Que en fin de cuatro dias era muerto.

»Y mi alma, en el limbo descuidada,
Pasaba en felicísimo sosiego
La vida de los justos mas preciada,
Amando á Dios con casto y dulce fuego;
Cuando la voz de Cristo regalada
Con eficaz poder la tocó, y luego,
Del limbo, donde estaba, despedida,
La vi á mi cuerpo en el sepulcro unida.

»Como los otros cenicientos huesos
Bañados del espíritu divino
Fuéron con nervios y ataduras presos,
En carne y piel salieron al camino
Los secos polvos, en humores gruesos
Vueltos por aquel soplo repentino
De Dios, que, vida en ellos espirando,
Iba carnes y huesos enlazando;

»Así la podredumbre en carne vuelta,
Y los gusanos della desasidos,
Y la materia en vivo humor resuelta,
Y los polvos en pieles convertidos,
La trabazon de mi armadura suelta,
Los nervios con vigor fortalecidos,
Y todo yo me vi libre de muerte
A la voz de Jesus gloriosa y fuerte.

»Lleno de horror salí, lleno de espanto:
Abrí los ojos, y miré á la lumbre
De los ojos que Dios estima en tanto,
Claros soles de aquella humana cumbre;
Y vi que habian serenado el llanto,
Efecto de su amor y mansedumbre;
Y no fué poco no morir de nuevo
Al gran regalo de su aspecto nuevo.

»Formo yo pues agora este argumento:
O Cristo es hombre y Dios, ó es hombre solo;
Si es hombre y Dios, y hizo este portento,
Luego en decir quién es no trata dolo,
Y es digno de que el sabio entendimiento,
Desde el que vemos al oculto polo,
Lo adore; mas si no, ¿cómo le aprueba
Dios lo que dice con tan clara prueba?

»Dios es, Dios es, y debe ser creido
Por Dios, y por Mesías adorado,
Pues con su nombre solo fué vencido
De mí el demonio, y yo de mal librado,
Y el sudor de su rostro esclarecido
Por infinita paga fué estimado:
Hombre y Dios es, tenedlo así por cierto,
Hombres; que os habla un hombre vivo y muerto.»

Dijera mas el noble caballero,
Hablando en él su espíritu ferviente;
Mas un grave y celoso compañero
De su peligro le avisó evidente:
Díjole que el senado astuto y fiero
De la envidiosa farisáica gente
Andaba por prendelle, y que callase
Hasta que á mejor tiempo se mostrase.

Hízolo así, partiéndose al instante,
Entre la turba popular secreto,
Cuando llegó un ejército arrogante,
Que le buscaba para el mismo efeto:
Al fin se fué, y aun pareció importante
El vestido encubrir, mudar de aspeto,
Y en la casa esconderse de un amigo,
Que solo fuese de su amor testigo.

En tanto el buen Señor que hizo el cielo
Llegó al comun pretorio de Pilato,
Do los escribas su invidioso celo
Mostraron y su hipócrita y mal trato:
Por no pisar el prohibido suelo
Del palacio fingieron gran recato;
Y atentos, á la puerta se quedaron
Del Prefecto, y en ella le aguardaron.

Que en los dias de Pascua religiosos
Destas casas profanas se abstenian,
Y agora con cuidados ambiciosos,
Por parecer mas santos mas hacian:
Sus ojos, contra el justo cautelosos,
De ponzoña infernal mares vertian;
Que, si bien mesurados y compuestos,
A la misma verdad eran opuestos.

Salió á saber la causa el Presidente
De la venida y la prision de Cristo;
Preguntóla con ánimo prudente,
Y alegróse tambien de haberlo visto:
Luego la hebráica venenosa gente,
Fieros padres del pérfido Anticristo,
Con lenguas atrevidas y veloces
Propusieron su causa á grandes voces.

Decian que engañaba al vulgo necio,
Y que nuevas doctrinas predicaba;
Que el pueblo lo tenia en sumo precio,
Y por supremo Rey lo celebraba;
Que era negocio duro y caso recio
Una traicion disimular tan brava,
Y que se fuese un hombre sin castigo,
De toda la república enemigo.

Como sucede en popular mercado
Furiosa levantarse una pendencia
De uno y otro linaje alborotado
De gente infame y falta de prudencia,
Que en confuso gritar desentonado
Es la prueba mayor de su sentencia;
Así aquellos, de Dios crudos fiscales,
Le acusaban con voces desiguales.

Preso, mas con semblante generoso,
Estaba Cristo, y con serena cara,
Grave, intrépido, excelso, valeroso
En tanta furia y confusion tan rara:
Notó aquel proceder maravilloso
Pilato, y vió con evidencia clara
Muestras de rey en él, y así hablóle
Grandemente admirado, y preguntóle:

«¿Eres, por dicha, el Rey de los judíos?»
Y Cristo: «No es mi reino de la tierra;
Que si lo fuera, los vasallos mios
Me libraran, le dijo, desta guerra:
Ellos mostraron bien sus justos brios
Contra el Senado, que en prenderme yerra;
Mas al fin no es mi reino deste mundo.»
Y aquí calló el saber de Dios profundo.

«¿Luego rey eres?» dijo el Presidente,
Y respondióle Cristo mesurado:
«Tú dices que soy rey de aquesta gente;
Pero yo soy nacido y fui criado
Para dar testimonio conveniente
De la verdad que al mundo he predicado;
Y el que es de la verdad, mi voz escucha;
Que es grande su valor, su fuerza mucha.»

¡Oh sabios de la ley! si aquí os hallastes,
¿Cómo en esta dulcísima mesura,
Y entre tan duros y ásperos contrastes,
En tan sublime y general cordura,
Un ánimo de Dios no penetrastes,
Reprimidor de vuestra gran locura?
Si hombre puro y no Verbo y hombre fuera,
De otra suerte en su causa procediera.

Hablara con rigor en su defensa,
Vuestra notoria envidia publicara,
Descargos diera de su clara ofensa,
Pues ella estaba á la razon tan clara;
Y por hacer su causa, en recompensa
De su daño los vuestros intentara;
Mas en tan grave afan, lo sufrió todo
Con pecho excelso y mas que humano modo.

Era perfecto Dios, y hombre divino,
Y cual hombre nos dió sagrado ejemplo,
Y como Dios mostró su amor benino
En aquel de su alma ilustre templo:
¡Oh Rey en excelencias peregrino!
Sobre un monte de gracia te contemplo,
Do no llegan extrañas impresiones
De las hijas de Adan viles pasiones.

Mas dijo al fin Pilatos: «Yo no hallo
(Hablando á los injustos fariseos)
Cierta razon que obligue á sentenciallo.»
Con lo cual se frustraron sus deseos;
Y así á voces procuran condenallo:
Hácenlo capitan de galileos,
Y que alborota el mundo le replican,
Y envidiosos clamores multiplican.

Hablase una secta levantado
Que al César el tributo le negaba,
Y tuvo su principio ya fundado
En gente galilea, inculta y brava:
Parecióle por esto al mal Senado
Que el proceso de Cristo acriminaba;
Porque en los capitanes deste hecho
Pilato habia grande estrago hecho.

Muchos soldados envió furiosos,
Con un caudillo en proceder astuto,
Que á los autores de la secta odiosos
Cubrieron de mortal y eterno luto,
Pues en los sacrificios religiosos
Con su sangre pagaron el tributo,
Descendiendo protervos á la vida
Que en el fuego infernal está escondida.

Lo mismo pretendió la farisea
Turba feroz; y el Presidente sabio,
Entendiendo que Cristo en Galilea
Abierto habia su elocuente labio,
Y que estaba ya Heródes en Judea
Y en la ciudad, por no hacer agravio
Al buen Jesus, mandó que lo llevasen,
Y al galileo rey lo presentasen.

Sale bramando la enemiga y fiera
Tropa de aquellos bárbaros fiscales,
Y llevan al Señor de una carrera
Do estaba el Rey en sus palacios reales:
Todos priesa le dan, nadie le espera;
Gritanle los ministros infernales;
Y él, preso y acezando y con la carga
De nuestra culpa y pena, el paso alarga.

Aspera soga aprieta su garganta
Hermosa y grave, y corredizo nudo
Esta y aquella mano ilustre y santa
Ciñe y desuella con dolor agudo:
El rostro, á quien el cielo salmos canta,
Con deshonras ofende el pueblo rudo:
Polvo le cubre, y el sudor sangriento
Le tiñe y cansa y quita el sacro aliento.

Oh tú, que así le llevas, hombre duro,
Si no en peñasco, en tigre convertido,
Ya que no subes, por tu ingenio oscuro,
Al sér de Dios el ánimo abatido,
Y el trono de márfil excelso y puro,
Donde habita, de soles mil vestido,
No contemplas, oh bárbaro, siquiera
Advierte y mira ese varon quién era.

Era un predicador inestimable,
Que hablando, las almas suspendia;
Era un profeta de virtud notable,
Que prodigios grandísimos hacia;
Era un hombre de aspecto venerable,
A quien el mas protervo se rendia:
En esto pues repara, esto te rija,
Prenda tus manos, y tus piés corrija.

Pero miéntras camina apresurado
El Señor de los cielos por el hombre,
Pilatos, de sus gracias admirado
(Que no es mucho que á un hombre Dios asombre),
De alguna gente ilustre rodeado,
Trata y pregunta por su vida y nombre;
Su gravedad pondera, y su prudencia
Alaba, y escudriña su conciencia.

Pesa el constante y sosegado pecho
Entre tan bravas y enemigas furias,
Y el corazon, cual le parece, hecho
A sufrir con valor grandes injurias:
«Quién, dice, no defiende su derecho
En cuantas el sol ve romanas curias?
Quién no pide al jüez? Quién no le ruega?
Ó ¿quién razones en su pró no alega?

»¿Quién estorbar su muerte no procura,
Ultimo daño de la vida humana?
Quién su preciosa fama no asegura,
Aunque la funde en apariencia vana?
Quién no estima su próspera ventura,
Y para más gozarla, más no afana?
Quién por su honor y su salud no mira?
Y ¿quién de lo contrario no se admira?

»Este varon ni su salud pretende,
Ni su prez guarda, ni su honor estima,
Ni su fortuna ó su virtud defiende,
Ni la fama que al cielo le sublima;
Y cuando su enemigo mas le ofende,
Más su afrenta y su muerte desestima:
Ni suplica, ni ruega, ni propone;
Solo silencio á su ofensor opone.

»Y ser Hijo de un grande Dios hebreo
Todos afirman: ¡caso inescrutable!
¿Habrá quien satisfaga á mi deseo,
Y algo de su linaje y dél me hable?
Que yo, sin alcanzarlo, casi veo
Alguna historia oculta y admirable
En este nuevo y más que varon sabio,
Que ni su vida precia ni su agravio.»

Así dijo el latino presidente,
Y uno que estaba allí, discreto anciano,
De antiguos senadores descendiente,
Justo heredero del valor romano,
En ciencias claro, en armas excelente,
Y aunque gentil, de trato y pecho llano,
Que Roma lo crió, lo enseñó Aténas,
Y la virtud le dió costumbres buenas;

Poniendo en tierra los atentos ojos,
Y mesurando el señoril semblante,
De gran meditacion claros despojos,
Y anuncios de una plática importante,
No guiando el sentir por sus antojos,
Sino por la razon pura y constante,
Mirando al Presidente, así le dijo,
Y él le escuchó, á su voz atento y fijo:

«Casi tres años há que detenido
Este Jesus me tiene aquí en Judea;
Y á sus hechos ilustres advertido,
He procurado conocer quién sea:
Con certeza y verdad no lo he sabido;
Mas porque su valor grande se crea,
Algunas contaré, de muchas cosas
Que es público haber hecho, milagrosas.

»Y ántes supongo, por comun lenguaje,
Que lo tienen por Hijo verdadero
De un poderoso Dios de alto linaje,
Que del mundo ha de ser Júez severo:
Si es cierto, ¿quién habrá que no se ataje
Y tema algun castigo venidero,
Y tal cual hizo Júpiter tonante
En Licaon soberbio y arrogante?

»Sabemos que, viniendo á ver la tierra,
Y á visitar del mundo las maldades,
Licaon, con aleve y torpe guerra,
Quiso inquirir sus altas propiedades:
¡Oh cuánto el hombre miserable yerra,
Que ofende á las etéreas majestades!
Al convite de Dios, un niño asado
Puso en la mesa: ¡hecho no pensado!

»Júpiter, advirtiendo su locura,
La casa le abrasó con fuego ardiente,
Y en lobo transformado, en la espesura
De un monte lo encerró perpetuamente:
Subióse á la region del cielo pura,
Y consultando á la suprema gente,
Mandó á las nubes que aguas derramasen,
Con que el mundo en diluvios anegasen.

»Así se hizo; que al divino imperio
¿Cuál puede resistir fuerza terrena?
Vídose de aguas lleno el hemisferio,
Y la esfera del aire de aguas llena:
En este caso pues fundo el misterio
De Jesus, que su gente vil condena:
¿No puede ser que venga á visitarnos
Para si le ofendemos anegarnos?

»Si él es Hijo de Dios, ¿qué mucho fuera
Disimular un poco nuestros males,
Y con ira despues terrible y fiera
En el mundo llover daños iguales?
Y si de lluvias no, de otra manera,
Pues, conforme á los hados celestiales,
Al orbe ha de abrasar un triste fuego
Que lo acabe y resuelva en humo ciego.

»Y he visto en él proezas tan extrañas,
Que exceden á las ínclitas memorias
De aquellas ilustrísimas hazañas
Que de los dioses cuentan las historias:
Siguiéndole una vez grandes compañas,
Del buen olor llevadas de sus glorias,
Y faltándoles pan, tuvo cuidado
De hacerles un banquete nunca usado.

»A Filipe, un discípulo querido,
Le preguntó si pan se hallaria
Con que dar de comer al afligido
Pueblo, que ya cansado le seguia;
Y diciéndole, ménos advertido,
Que mucha cantidad no bastaria
De dinero, por ser tanta la gente,
El hizo así un milagro bien patente.

»Estaban cinco panes allí acaso;
Pidiólos, y al momento los bendijo;
Partiólos, y no fué convite escaso
El que dió del supremo Dios el Hijo;
Que en órden puestos en el campo raso,
Del banquete, más dulce que prolijo,
Mas de cinco mil hombres se hartaron,
Y de pan doce espuertas les sobraron.

»¿Hiciera aquesto Júpiter ó Apolo?
Dellos empresa tal no se refiere;
Y que no puede haber en ella dolo
La razon misma natural lo infiere:
Si él es Hijo de Dios, manifestólo;
Que Dios hace prodigios cuando quiere;
Pero en otra hazaña más notable
Se vió mejor su espíritu admirable.

»A cierto desposorio le llamaron,
Y en medio del banquete faltó vino,
Y habiéndolo sabido, le rogaron
Que se mostrase, y con razon, benino:
Excusóse, y al fin le importunaron;
Y avisando al mayor Arquiticlino,
Le dijeron que humilde obedeciese
A cuanto aquel Señor le dispusiese.

»Mandó henchir los vasos de agua pura;
Hinchéronlos, y llenos brevemente,
En vino de suavísima dulzura
Mudó el agua, cual Dios omnipotente:
De Baco en su mas próspera ventura
No vemos que grandeza tal se cuente:
Todos bebieron deste vino ilustre,
Que honró el convite y dió á las bodas lustre.

»Otra vez, predicando en cierta nave,
Al pescador mandó tender las redes,
Y de su buena suerte echar la clave,
Diciéndole: «En mi nombre, echarla puedes.»
Y como con verdad todo lo sabe,
Y hace con amor estas mercedes,
Tantos peces juntó, que reventaba
La red, y por mil partes se rasgaba.

»Algunos pescadores acudieron,
Y preñada del mar la red sacaron,
Y dos pequeñas naves que hincheron,
Peces por las entenas rebosaron:
Todos de asombro y pasmo se cubrieron;
Y uno de los que al hecho se hallaron,
Postrado dijo: «Véte, oh Dios supremo;
Que por ser pecador tu vista temo.»

»Estas y otras perfectas maravillas
Ha obrado, que los dioses soberanos,
Cuando bajaban de sus altas sillas,
Hacer solian por sus propias manos;
Y quise por extenso referillas,
Para que sus prodigios sobrehumanos
Nos enseñen que es hijo de algun padre
Mayor y más subido que su madre.

»Y hanme dicho que algunos arrepticios
(Que así los nombran, y quizá endiosados,
Por los terrenos dioses de los vicios,
Que andan entre nosotros ocultados),
Dieron desta verdad graves indicios,
Siendo por él con brevedad curados,
Y llamándole á voces los demonios
Hijo de Dios, con claros testimonios.

»Mas reñíalos él con grande imperio,
Y que hablasen no les permitia,
Y aquí debe de estar algun misterio
Que quizá de su Hijo el Cielo fia:
¡Plega á Dios que el indigno vituperio,
Que con humilde pecho y alma pia
Sufre, no pare en abrasar el mundo!
Que es el callar de Dios alto y profundo.

»Pero subir mi relacion pretendo
A hechos mas insignes y espantosos,
Con que probar deste varon entiendo
Más que de nuestros dioses poderosos:
Ellos, si bien su estilo comprehendo,
Los hombres en vivir facinerosos
Convertian en formas diferentes,
Castigando sus culpas insolentes.

»Era la correccion de las maldades
Su ocupacion mas cierta y conocida,
Y ninguno curaba enfermedades,
Ni á los muertos volvió jamas la vida;
Mas este Dios, de nuevas calidades
Es y de una piedad esclarecida:
A los enfermos sana, y á la muerte
Quita el poder, y en vida la convierte.

»Un hombre treinta y ocho años habia
Que estaba de un antiguo mal tullido,
Y en su penoso lecho residia,
De afliccion y cansancio consumido:
Casi el humano espíritu vivia
En solo piel y huesos detenido:
A este llegó Jesus, y preguntóle:
—¿Quieres sanar?—y él, triste, respondióle:

»—Hombre no tengo que me favorezca,
Y cuando se revuelve la picina,
De mi grande dolor se compadezca
Y me arroje á probar su medicina:
Nadie á hacerme bien hay que se ofrezca;
Nadie á curar mi mal se determina.—
Oyéndolo Jesus, dijo:—Tu lecho
Toma, y anda.—Y al punto así fué hecho.

»Parece que el aliento de su boca
De la misma salud es el aliento,
Pues á la enfermedad que con él toca,
La desbarata como polvo al viento:
A un espanto admirable me provoca
Cuando sus obras imagino y cuento:
Virtud dicen que sale de sus manos,
Virtud que á los enfermos vuelve sanos.

»Mas ¿qué digo, Señor? Estando ausente
Cura cual si presente se hallara;
Que nunca su virtud omnipotente
En la distancia del lugar repara:
Un capitan de la romana gente
La experiencia probó de aquesto clara,
Pues á un criado le sanó al instante,
Aunque dél se hallaba bien distante.

»¿La muerte pues no huye á su mandado?
Huye cual de la misma vida eterna;
Apénas con sus ojos la ha mirado,
Cuando con solos ellos la gobierna:
La muerte y vida su poder le han dado,
Para que por su gusto las dicierna:
Puede matar al hombre, y no lo mata;
Porque es piadoso y de ayudarle trata.

»A una doncella hija de un hebreo
Que á cierta sinagoga presidia,
En quien puso la muerte su trofeo,
La libró de la muerte el otro dia:
Era del padre el único deseo;
Perdiéndola, su clara luz perdia:
Jesus vino, y hallándola ya muerta,
Como de un sueño se la dió despierta.

»Sin hacer mas que asirla de la mano,
La mandó levantar, y levantóse:
Mirad si su poder es mas que humano,
Y si habrá quien hacerle injurias ose:
Si eres Hijo del Cielo soberano,
Haz que mi alma en tu favor rebose
Ilustres alabanzas de tu nombre,
¡Oh Dios oculto, y mas que mortal hombre!»

Así dijo el filósofo elocuente,
Y estando un poco en el hablar suspenso,
Prosiguió con su plática prudente,
Parto de un gran saber y un celo intenso.
»Y concluyo, decia, finalmente,
Que si es Hijo de Dios, y Dios inmenso,
No debe ser por hombres sentenciado,
Sino con sacrificios venerado.

»Que Juno á los profanos labradores
Que no quisieron con humildes ojos
Respetar sus divinos resplandores,
En ranas transformó, vertiendo enojos;
Y Anteon, de sus perros cazadores
Y de sus dientes fué brutos despojos,
Porque alzaba la vista codiciosa
Al cuerpo santo de la casta diosa.

»Y cuanto mas aqueste varon sabio
Y Hijo de ese Dios no conocido
Disimulare con valor su agravio,
Debe ser con prudencia mas temido;
Que no despliega Dios tan presto el labio
Cuando es de sus criaturas ofendido,
Pues suele castigar con piés de lana,
Mas no con ira y penitencia vana.»

En esto hizo el docto anciano pausa,
A su modo gentílico hablando,
Y con la verdadera y nueva causa
De Cristo viejas fábulas mezclando:
Su discurso gentil asombro causa
Y aficion al discreto amigo bando;
Que siempre dió relámpagos suaves
La luz de Cristo á los ingenios graves.

Y como el natural entendimiento,
Si bien traspasa, no le contradice,
Y la buena razon es fundamento
Que á la verdad primera no desdice;
Un acertado y gran merecimiento
A las altezas que la fe le dice
No sube á solas por su poca fuerza;
Mas á no repugnarlas bien se esfuerza.

Pilatos, de su plática elegante,
Y mas de las historias admirado,
Estaba con propósito constante
Y gustó de no haberle sentenciado;
Y procuró estorbar de allí adelante
Del mal concilio el ánimo dañado,
Hasta que la amistad del César pudo
Romper de la razon el fuerte escudo.

Miéntras aquesto pasa, el poderoso
Hijo de Dios á Hérodes preso llega,
Y alégrase de vello el ambicioso;
Mas con su inmensa luz se ofusca y ciega:
Está el Señor callado y valeroso,
Ni su pro afirma ni su daño niega,
Y están los fariseos enemigos
Presentando ante el Rey falsos testigos.

Y en vestido de grana refulgente,
Y cercado de ilustres caballeros,
Vuelve y revuelve la encrestada frente,
Ya al buen Jesus, ya á los escribas fieros:
Atiende y nota de la inícua gente
Los afectos del alma lisonjeros,
Lisonjeros á sí, y á Dios atroces
Las bravas iras y enojadas voces.

Acúsanle que á toda Galilea
Deja confusa y tiene alborotada,
Porque con esto el rey tirano vea
Su causa con envidia emponzoñada;
Y temeroso de que el vulgo crea
Por el Mesías de la Ley sagrada
A Jesus, le procure dar la muerte
Dura de cruz infame ó de otra suerte.

El Rey, que ver á Cristo deseaba,
Mas por curiosidad que por provecho,
Muchas con gran desden le preguntaba
De las que habia maravillas hecho:
Ya si de la matanza injusta y brava,
Y del sañudo y temerario hecho
De su mal padre, Cristo hubiese sido
La causa, en el portal recien nacido;

Ya si era, por ventura, el admirable
Príncipe que esperaban los hebreos,
Terror de las naciones espantable,
Y de Israel suavísimos deseos;
Ya si era á quien el vulgo variable
Juzgó por digno de ínclitos trofeos,
Y en Salén recibió con larga pompa,
Con aparato nuevo y nueva trompa;

Ya si el Bautista, en el Jordan famoso,
Se hubiese por Mesías predicado,
Y una blanca paloma con gracioso
Remanso en su cabeza reposado;
Y al fin, que si el Profeta milagroso
Era de tantos siglos anunciado,
Que algun prodigio extraño allí hiciese
Le importunaba, para que él creyese.

¡Oh majestad, oh majestad humana,
Que al mismo Dios, al mismo Dios pretendes
Sujetar con desden y alteza vana,
Y cuanto más te elevas, más le ofendes!
Mira que es la potencia soberana
Que en sagrado furor contra tí enciendes,
De infinita grandeza y valor sumo,
Y tú tierra, ceniza, polvo y humo.

Baja, baja el penacho inaccesible
A los hombres, y á Dios hollado suelo;
Mas piensa tu cerviz incorregible
Como gigante conquistar el cielo:
¡Oh qué sandez, qué frenesí terrible
Del fuerte vino de tu ardiente celo!
Borracha estás, y no imaginas, triste,
Que al fin nada serás, cual nada fuiste.

Cristo pues, con silencio venerable,
No responde al tirano mal nacido;
Y él ya muestra la boca y rostro afable,
Ya el rostro y pecho en cólera encendido;
Ya le acaricia plácido y amable,
Ya le amenaza extraño y desabrido;
Ya es de amor, ya es de odio la batalla,
Y á todo el buen Jesus humilde calla.

Mas ¡oh Dios! su callar prudente y sabio
El Rey juzgó por cierta y gran locura,
Y mofó dél con desdeñoso labio,
Tonta fingiendo á la mayor cordura;
Y mandóle poner (¡oh injusto agravio!)
Una blanca y luciente vestidura
Porque burlasen dél, tenido en poco,
Viéndole como rey, pero rey loco.

Y vase luego, y déjalo en las manos
De pajes mil, al gusto aduladores,
Y de otros lisonjeros cortesanos,
Que con injurias compran sus favores:
Agradarle apetecen inhumanos,
Y al que sirven eternos resplandores,
Temblando, de una ropa refulgente
Visten infame y afrentosamente.

Y este le dice una palabra fea,
Y el otro un chiste á su sentir discreto;
Uno mofando dél se regodea,
Y otro se hace loco mas perfeto;
Uno le arroja y otro le acocea;
Y así todos le pierden el respeto:
¡Oh saber infinito! ¡Quién pensara,
Que por locura el mundo te juzgara!

No me admira, Señor, que en un pesebre,
De una doncella nazcas tiritando;
Ni que en tus blandas carnecitas quiebre
Su fuerza el viento, con rigor soplando;
Ni que, circuncidado, te celebre
Sola tu Madre y su Josef, llorando;
Ni que tan presto Heródes te persiga,
Y el destierro y temor te ofenda y siga:

Ni que despues, cual pobre carpintero,
Cojas la azuela y tomes el cepillo;
Ni que á la Vírgen, niño placentero,
La hebra desenvuelvas del ovillo;
Ni que el rostro, cual hombre verdadero,
Con el ayuno pongas amarillo;
Ni que á las almas busques, fatigado
De los trabajos que ellas te han buscado:

Ni que en el huerto sudes, temeroso,
De tu bendita sangre tanta copia;
Ni que te prenda el escuadron furioso
Por quien la sudas, con su mano propia;
Ni que el amigo tiempo de reposo,
Cuando se ocupa el sol en la Etiopía,
Pases tú sin dormir, entre sayones,
Afrentado con duros bofetones:

Ni que en tantos perversos tribunales
Así por criminoso te presenten,
Y duras sogas de tus manos reales
Rasguen la piel, la sangre te revienten;
Ni que hombres tigres con ofensas tales
Tu cuerpo azoten y tu rostro afrenten,
Y espinas te barrenen la cabeza,
Del Hombre Dios la mas ilustre pieza:

Ni que en los hombros, con rigor molidos,
La cruz pesada lleves al Calvario;
Ni que allí te despojen los vestidos,
Y ese rompan divino relicario;
Ni que tus manos y tus piés heridos
Con clavos y dolor extraordinario,
Sufras entre ladrones baja muerte;
Cuanto me admira como loco verte.

Que en todo lo demas hombre perfeto,
Si bien atormentado, parecias,
Y aquí se muda el general conceto
Que de prudente y gran varon tenias.
Dios, que con resplandor vivo y secreto
Al pecho humano santa luz envías,
Della un rayo sutil me comunica,
Y en tu locura tu saber me explica.

El cristiano jamas ha padecido
Baldon que Cristo no lo padeciese
Primero, porque el cáliz desabrido
De la injuria, endulzado lo bebiese;
Ni trabajo ó dolor no ha recibido
Que el buen Jesus mayor no lo sufriese,
Por darnos el camino de la gloria
Cercado de batalla y de victoria.

Ya le llamaron vil samaritano,
Ya hechicero, ya de mal linaje,
Ya pobre, ya soberbio, ya profano,
Ya de ménos católico lenguaje;
Y añaden ¡oh misterio soberano!
Agora á todos ellos este ultraje,
Y por loco frenético le cuentan:
¿De qué te hinchas, polvo, si te afrentan?

Manda el Rey pues llevarlo al Presidente,
Y el Salvador camina poco á poco,
Y álegre va la injusta y fiera gente
De que el vulgo le tenga ya por loco;
Que del prójimo el daño mas potente,
Aunque parezca mas liviano y poco,
Por ser á la deshonra de importancia,
Juzga la triste envidia por ganancia.

Mas para dar el Padre algun consuelo
A su obediente Hijo despreciado,
Con tierno amor y con suave celo
Le quiere abrir su pecho regalado;
Y un extendido y refulgente cielo,
Con infinitas luces dibujado,
Que ha merecido Cristo en su paciencia,
Le muestra, y muestra en él su providencia.

«Y si por loco te desdeña el mundo,
Le dice, y por mi gloria lo padeces,
Innumerables, de saber profundo,
Varones á tu Iglesia le mereces:
En tus afrentas, como en polos, fundo
Este cielo, en que ufano resplandeces
Cual sol divino entre lumbreras bellas,
Dando luz de doctrina á tus estrellas.

»Levanta ¡oh Hijo! pues tus claros ojos,
Oscurecidos con tan nueva injuria,
Y apártalos así de tus enojos,
Y ve de sabios esta ilustre curia,
Que son de tu victoria los despojos,
¡Oh cuerdo vencedor de loca furia!»
Dijo; y Cristo en su Padre vió formado
Un cielo intelectivo y estrellado.

Y en él vió sapientísimos maestros,
Que ilustraron su Iglesia con luz clara,
En ciencias puros, y en tratarlas diestros,
De fama generosa y virtud rara;
Y de la antigua edad y siglos nuestros,
Cuando se compra la verdad más cara,
Muchos grandes varones parecian,
Que aquel místico cielo esclarecian.

Allí estaban los cuatro evangelistas,
Cual sagrados luceros alumbrando,
Del sol eterno sabios coronistas,
Y dél mismo la luz participando;
Y otros de aquella edad graves salmistas,
Que, á Dios en dulces versos alabando,
De Cristo compusieron los cantares
Que hoy la Iglesia recita en sus altares;

Y nació el mártir, digno de memoria,
De tradiciones santas rico archivo;
Envuelto en limpios rayos de su gloria,
Lanzaba un resplandor gracioso y vivo;
Y el gran Dionisio en la feliz victoria
Que alcanzó del prefecto vengativo,
Y escribiendo se vía y reluciendo
En el coro inmortal que iba escribiendo;

Y Atanasio, de herejes arrianos
Cometa infausto, y deste lindo cielo
Grande estrella, de efectos soberanos
Daba al Oriente universal consuelo;
Y Basilio y sus dos sabios hermanos
Ardiendo echaban de purpúreo celo
Relámpagos que en luz al sol vencian,
Y entre sombras de injurias más lucian;

Y el teólogo insigne de Nazancio,
En colores pintado milagrosas,
Enseñaba verdades en Bizancio,
Y afrentas padecia vergonzosas;
Y él, que en destierro y con mortal cansancio,
Perseguido de lenguas envidiosas
Murió, y la boca tuvo de oro fino,
Mostraba allí su resplandor divino;

Y á Cirilo, que al pérfido Nestorio
Contradijo con ánimo valiente,
Uno de egipcios ínclito auditorio
Veneraba, escuchando atentamente;
Y de griegos un docto consistorio,
Como cerco de estrellas refulgente,
Con claridad perfecta despedia
Vivos rayos de sacra teología;

Agustino tambien, inmensa lumbre,
Gran defensor de la divina gracia,
En aquella de sabios alta cumbre
Mostraba su dulzura y eficacia;
Y con su fuerte y general costumbre,
El doctor elocuente de Dalmacia
Que en Belen habitó, contra Pelagio
Le daba su magnífico sufragio;

Y Ambrosio, padre del valor perfeto,
Y asombro de tiranos formidable,
Y á quien Milan guardó sumo respeto,
En ciencia coruscaba perdurable;
Y Gregorio, pontífice discreto,
Sabio, prudente, justo, venerable,
De patricio linaje y santa vida,
Con luz centelleaba esclarecida;

Y los de Pedro dignos sucesores,
Desde su eterna cátedra invencible,
De la fe victoriosos protectores
Con doctrina rayaban infalible;
Y otros de la verdad claros doctores
Centellas de un ardor inteligible
Daban al cielo, con que el cielo ardia,
Y en caridad, no en fuego, se encendia.

Mas ¡oh tú, madre de varones sabios,
Noble academia de sagradas ciencias!
Si no es hacer á tu valor agravios
Y oscurecer tus claras excelencias,
Desplega, ilustre religion, mis labios,
Y de tus generosas influencias,
¡Oh círculo de estrellas rutilante!
Dame, para tu gloria, luz bastante

Tú cual madre á tus pechos me criaste,
Y buena leche de virtud me diste;
Cual academia sabia me enseñaste,
Y en mí tus varias ciencias infundiste;
Como estrellado cielo me alumbraste
De mis tinieblas en la noche triste:
Madre, academia y cielo, dame agora
Para hablar de tí una voz sonora.

Mostró el Padre á su Hijo soberano
En tu claro hemisferio luces bellas,
Tantas, que exceden al ingenio humano
Que en número distinto quiere vellas:
Cual luna sabia, un resplandor ufano
Entre el coro gentil de sus estrellas
Tu fundador, mi Padre, despedia,
Y en ciencia y fuego, en luz y amor ardia.

Y el ángel y doctor maravilloso
Y de la teología verdadera,
Rio de aguas y rayos caudaloso,
Reverberaba en la suprema esfera;
Y el mártir en el púlpito famoso,
Y de la inquisicion basa primera,
De colores y lumbres retocado,
Se mostraba en conceptos dibujado;

Y el de Ferrer clarísimo Vicente,
Terrible anuncio del final juicio,
Como estrella rayaba en el poniente,
Sin voz cumpliendo así su grande oficio;
Y Antonino, con mitra refulgente,
Y al pueblo humilde con verdad propicio,
En la cátedra insigne de Florencia
Lucia en vida y coruscaba en ciencia;

Y el apacible en santidad Jacinto,
Apóstol incansable de Polonia,
Con claro azul y resplandor distinto
Alumbraba á la oscura Babilonia;
Y entre los grandes que en tu cielo pinto,
Alberto, gran decano de Colonia,
Favorecido de la Reina ilustre
Que es de Dios madre, al mundo daba lustre;

Y el alma de las leyes decretales,
Raimundo, espanto y honra de los reyes,
De la gloria mostraba los umbrales
Con sus rayos de luz y santas leyes;
Y Catalina, cuyas huellas reales
Devotas mil y religiosas greyes
Iban siguiendo en obras y doctrina,
Ciencia brotaba infusa y peregrina.

Mas ¿quién podrá contar, oh Madre santa,
De aquellos tus varones generosos
La copia inmensa, que entendida espanta,
Y á los astros excede numerosos?
De tantos sabios muchedumbre tanta
Los conceptos deslumbra mas lustrosos:
Déjolos de nombrar; que es vano intento
Las estrellas contar del firmamento.

Tambien el padre y serafin alado
Y encendido en feliz y eterna llama,
Con su grave academia estaba honrado
De hijos dignos de perpetua fama;
De la Buenaventura acompañado
(Que así el doctor seráfico se llama),
Amores con sus manos escribia,
Y escribiendo, á su escuela arder hacia;

Y tú, padre de insignes agudezas,
Escoto, en argüir jamas vencido,
Meditabas profundas sutilezas,
De rayos cual pirámides ceñido;
Y otros, de la virtud raras proezas,
Y de la ciencia honor esclarecido,
Y deste cielo vivos resplandores,
Se mostraban allí claros doctores;

Y el defensor de la verdad, Egidio,
Del regio patriarca hijo noble,
Que fué al grande Tomas docto presidio,
Y corona ganó de fuerte roble;
Cuya fatiga generosa envidio,
Y ántes imitaré que el tiempo doble
Mi corta edad, si el ocio deseado
Da favor, como suele, á mi cuidado;

Y leones en ánimos robustos,
Y ángeles en ingenio penetrante,
Sabios Orozcos, Villanuevas justos,
Y Guevaras de espíritu constante;
Y otros en letras con razon augustos,
En el cerco se vian coruscante
De la ermitaña religion divina
Que de Agustin defiende la doctrina:

De Nolasco los nobles descendientes;
Y devotos de Cristo imitadores,
Que en varias tierras y diversas gentes
Son de afligidas almas redentores,
Claros en letras, en virtud fervientes,
Y firmes de la fe predicadores
A Zumel, su maestro salmantino,
Doctos cercaban con aplauso diño;

Y la gran religion de muchos sabios
Que tiene de Jesus el dulce nombre,
Contra los que á la fe hacen agravios
Eternizaba su inmortal renombre;
Hoy con mil lenguas habla y con mil labios,
Porque della el saber mismo se asombre;
Y dibujada allí tambien se via
La juventud criando afable y pia:

Finalmente, varones infinitos
Deste cielo gentil, suaves astros,
Cartujos y Bernardos y benitos
Dejaban de su honor lucidos rastros;
Y en lenguas dulces, tersos en escritos
Más que limpios y bellos alabastros,
Con ciencia y con piedad la Iglesia honraban,
Y con su luz allí lo declaraban.

Iba pues Cristo viéndolos atento,
De su virtud y letras agradado,
Y padecia su dolor contento,
Por verse de sus lumbres rodeado;
Y con este subido pensamiento,
Si bien sensible, en éxtasi elevado,
Al palacio llegó del Presidente,
A quien le presentaron nuevamente.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

En oracion la Vírgen recogida,
A Gabriel oye que la sacra historia
De la resurreccion á eterna vida
Le hace con suave voz notoria;
Y en tanto aquella gente fementida
Elige á Barrabas, y al Rey de gloria
Pide la muerte de la cruz terrible
Con lengua osada y pecho incorregible.

Mas, ¡oh tú, Vírgen, que del sol bañada,
Llena de gracia y gracias milagrosas,
Y de la luna estás los piés calzada,
Y ceñida de estrellas luminosas!
¡Oh Musa de los nueve respetada
Coros de inteligencias amorosas!
Espira en mí tu soberano aliento,
Y un alto y dulce y misterioso acento.

Y primero me di, Reina suave,
Madre del Verbo y madre de la vida,
Pues todo lo pasó y todo lo sabe
Tu alma, en solo Dios entretenida:
Cuando la tempestad furiosa y grave,
De su paciencia y tu valor vencida,
Al Hijo se atrevió que tú pariste,
¿Qué pensaste, Señora, ó qué hiciste?

Saca de los certísimos archivos
De tu pecho rëal la antigua historia,
Y escrita me la da en conceptos vivos,
Para hacerla con mi voz notoria:
Que aunque los tiempos vuelen fugitivos,
No se acabe con ellos la memoria
De hecho tal, no solo en prosa honrado,
Mas en heróico verso celebrado.

¿Andabas, por ventura, diligente
Del palacio, cansándote, al pretorio,
Rogando humilde á la envidiosa gente,
Y siguiendo su indigno consistorio?
¿Hacias de tu pena y daño urgente
Al vulgo vil magnífico auditorio,
Perlas vertiendo de tus ojos bellos,
Y el oro dando al sol de tus cabellos?

Estaba en su aposento recogida,
Orando de su Hijo y Dios piadoso
La pasion dada, pero no advertida
Por aquel pueblo en ceguedad famoso:
Sola estaba en su celda y afligida,
Revolviendo en su pecho temeroso
Grandes misterios á su pena iguales,
Y en muda interna voz palabras tales:

«¡Oh tú, Padre de aquel Hijo perfeto,
Que en sí tu esencia y tu bondad encierra,
Y como á tu vital digno conceto
Le adora el cielo, y treme dél la tierra!
¿Por qué sufres que agora esté sujeto,
Si bien mi Hijo, á tan injusta guerra,
Do le ofendan tan mal sus enemigos,
Y tan mal le defiendan sus amigos?

»Hoy su hermoso y apacible cuello
Ciñen cordeles, sogas atormentan;
La barba ilustre y el sutil cabello
Le mesan manos, y uñas ensangrientan;
Hoy su serena frente y rostro bello
Verdugos viles con rigor afrentan;
¿Y tú, Padre, lo ves? ¡Oh Padre amado!
¿Estás del Hijo igual á tí olvidado?

»Tú al Profeta, en el lago inaccesible
De bestias bravas de aguzados dientes,
Cuando más llenas de furor terrible,
Se las volviste mansas y obedientes:
Tú el fuego babilónico invencible
Y armado de relámpagos ardientes,
Cual aura dulce, con amor templaste,
Y á los tres santos niños dél libraste:

»Tú al mancebo David del jayan fiero
Y en armas poderoso defendiste,
Y del otro enemigo más severo,
Suegro suyo, victoria le ofreciste;
Y tú tambien á Jonatas, lijero
Trepando por peñascos mil, subiste
Al glorioso trofeo que no alcanza
El que no funda en tí su confianza:

»Tú haces, cuando quieres, maravillas:
Al sol detienes y su curso enfrenas;
Abres dentro del mar nuevas orillas,
Sus aguas rompes, muestras sus arenas;
De la zarza y del fuego las rencillas
Vuelves en paces de dulzura llenas;
Conviertes los desiertos en jardines,
Y guardas tu jardin con querubines.

»Guarda pues el jardin inestimable
De tu Hijo, y la zarza milagrosa
De su naturaleza venerable
No la abrase esta llama rigurosa;
Y en este mar de penas admirable,
Admirable le muestra y deleitosa
Playa, y del fuerte sol que así le ofende,
Con nube contrapuesta le defiende.»

Dijo; y en los suspiros vehementes
Las lágrimas volaron hasta el cielo,
Y en suspiros y lágrimas ardientes
Subieron sus palabras sin recelo,
A todos los afectos convenientes,
Y del todo el ansioso y presto vuelo;
Y cuanto hizo y pronunció María
Fué para Dios suave melodía.

Oyendo pues el Padre de la gloria
Su llanto y oracion dulce y atento,
Llama á Gabriel y hácele notoria
Su mente inescrutable en un momento:
Infórmale con ella la memoria,
Y luz divina de su grave intento
Le da, y le dice: «Vé á la Vírgen pura,
Y dile, y de mi parte la asegura,

»Que si bien morirá su Hijo amado,
Cual hombre, en una cruz, horrible muerte,
Presto será por mí resucitado
Y subido á feliz y eterna suerte;
Y desde allí gobernará sentado
Su imperio ilustre, poderoso y fuerte:
Vé, y díselo.» Calló, y mostróle al punto
Todo su intento en sí explicado y junto.

Postra Gabriel de su inmortal corona
El oro fino y piedras rutilantes;
Humilla al sumo Padre su persona;
Deja su asiento de orlas radiantes:
Del cielo baja, el aire perfecciona,
Y labra dél sus alas importantes;
Jóven se muestra y forma lindo aspeto,
Mas á tristeza y á dolor sujeto.

El hermoso cabello al hombro suelto
Echa, y despide inmensos rayos de oro,
Y con grave y gentil desden revuelto,
Cortés guarda al oficio su decoro:
Color rosado y amarillo, envuelto
Con el de su beldad rico tesoro,
Tiñen el rostro, á quien la blanca nieve
Aun imitar, vencida, no se atreve.

La ropa de los varios arreboles
Que á la mañana visten el oriente,
Y parecian oscuros tornasoles,
Hizo á su pena y gloria conveniente;
Y las alas pintó de muchos soles
Puestos en el dibujo al occidente,
Que tristeza notaban; mas decian,
No sé cómo, que presto nacerian.

Cual cisne alegre en dulce primavera,
Que, descubriendo el vado deleitoso,
Las frescas aguas y gentil ribera
Del templado Caistro caudaloso,
Levanta el cuello, bate la lijera
Blanca pluma con vuelo presuroso,
Y él mismo su tardanza reprehende
Hasta llegar al puesto que pretende;

O cual en sesgo mar la nave alada
Que con la proa el manso puerto mira,
Del animoso céfiro soplada
Que á sus espaldas fresco aliento espira,
El cristal hiende, rompe la argentada
Ventosa espuma por do el mar suspira,
Y aun á la misma rápida presteza
Juzga por floja y tarda y vil pereza;

Rasgó del aire la region más pura,
Pasó la helada con gentil denuedo,
Y á la tercera dió su hermosura,
En apariencia triste, en verdad ledo:
Suspendió luego en la montaña oscura,
Que vido al hombre y Dios con pena y miedo,
El largo vuelo, y contempló en su mente
Aquel sudor de Cristo vehemente.

Y adoró las reliquias sacrosantas,
Y de sangre de Dios teñido el suelo,
Y veneró las huellas de sus plantas,
Y otra vez comenzó su limpio vuelo;
Y á la ciudad llegó que fué de santas
Almas antiguamente rico cielo,
Y do la Vírgen puesta de rodillas
Estaba, y llenas de agua las mejillas.

Cual finas perlas sobre ardiente grana
Esparcidas á trechos con destreza,
Y como de la cándida mañana
El rocío en la flor de más belleza;
Así vido en la Reina soberana
De la maternidad y la pureza,
El ángel las mejillas milagrosas
Bañadas de sus lágrimas hermosas.

Humilde puso en tierra los hinojos,
Tierno pidió para hablar licencia;
Como afligido se limpió los ojos,
Y los labios abrió con reverencia:
«Cesen, oh Vírgen madre, tus enojos,
De dolor llena, y llena de paciencia,
Que el Padre Eterno y dulce á tí me envía,
Dijo, ¡oh bella y santísima María!

»Al bien del mundo y á tu gozo atiende;
Salvar á aquel, y á tí consuelo darte,
Cual Dios y Padre universal pretende;
Que es Padre en todo y Dios en cualquier parte:
En la corona de la gloria entiende,
Como en mayor riqueza, mejorarte;
Mas has de batallar por la victoria
Que alcanza la corona de la gloria.

»Esfuérzate á sufrir del Hijo amado
La pasion dura, la afrentosa muerte;
Que así lo tiene Dios predestinado,
Y no puede trazarse de otra suerte;
Pero si bien está determinado
Que muera cual varon piadoso y fuerte,
Tambien que resucite en paz gloriosa
Está en la mente sacra y poderosa.

»Y el modo ilustre con que Dios procura
Que esto se haga, referirte quiero,
Porque estés, en oyéndolo, segura,
Aunque la fe te lo enseñó primero:
Apénas romperá la muerte dura
Hoy de la humanidad el hilo entero,
No partiendo la union más que admirable
De Dios al cuerpo y alma venerable;

»Cuando, el cuerpo quedándose en la tierra,
El alma baje al limbo vencedora,
Y al crudo infierno dé piadosa guerra
En pacífico punto y feliz hora:
¡Oh cuánto bien esta bajada encierra!
Pintarla importa por extenso agora,
Porque un rato la máquina suspenda
De tu dolor, miéntras su gloria entiendas.

»Bajará pues el ánima triunfante
Por la victoria de la cruz gozosa,
Y como un sol de gracia rutilante
Bañará el centro de la noche odiosa;
Y quebrará las puertas de diamante,
Y espantará la gente pavorosa
Que funda su ciudad en los horrores
De atormentados y atormentadores.

»Y cual rompe la nube el rayo ardiente,
Y rasga y luce las tinieblas hondas
Con la improvisa llama refulgente
Que ardiendo finge tremolantes ondas,
Y arma y viste su furia vehemente,
Más con lumbres tendidas y redondas
Que le rodean; con mayor espanto
El infierno abrirá tu Hijo santo.

»Así saldrán á ver espavoridos
Quién es el nuevo que á su cárcel llega,
Aquellos escuadrones atrevidos,
A quien obstinacion y asombro ciega;
Mas con lucientes rayos, esparcidos
En torno, acabará la gran refriega,
El vencedor con obras respondiendo
A lo que así estarán ellos diciendo.

»—¿Quién es aqueste bravo que se atreve
A romper nuestras fuertes cerraduras,
Y generosos resplandores llueve
En las tinieblas para siempre oscuras?
¡Que tanto un hombre muerto en cruz se eleve
Que no le espanten las mazmorras duras
De nuestro reino atroz! Si es hombre solo,
No acertó, hizo mal, perdióse, errólo.

»Y si es Dios, de su gloria eterna goce,
No baje acá, no luzca, no nos vea;
Su bienaventuranza se reboce,
Pues aun con ella nuestro mal desea;
Pero si es hombre y Dios, y hombres conoce,
¿Para qué se vistió de su librea,
Y morir quiso en cruz para engañarnos
Y de nuestros cautivos despojarnos?—

»Esto murmurarán las arrogantes
Y fieras tropas contra Dios unidas;
Pero á sus armas y obras importantes
Y á sus piés luego se verán rendidas;
Y él, ceñido de ejércitos pujantes
En virtud, y en escuadras bien regidas
De ángeles santos, con glorioso estruendo
Al limbo llegará resplandeciendo.

»Paréceme que veo, Reina clara,
Llenarse aquel lugar de inmensa lumbre,
A la presencia de tu Hijo cara
Y dulce por su afable mansedumbre;
Mayor que si el planeta la causara
Que dora con su luz la cuarta cumbre,
Y con ella mirando al Rey de gloria,
Ver en ella los santos su victoria.

»Y que Adan viene cual su siervo y padre,
Y Eva tambien con dulces alegrías,
A ti alabando su dichosa madre,
Y recibiendo dél los buenos dias;
Y porque su contento más le cuadre,
Entre sí con suavísimas porfías
Disputando por ser primero en verle
Cada cual, pues lo fué para ofenderle.

»Y que le dicen regaladamente:
—¡Oh eterno bien del mal irremediable!
Y culpa ya feliz y conveniente,
Pues tuvo Redentor tan saludable:
¡Oh bien del mundo, y padre de la gente
Por nos puesta en estado miserable,
Y ya por tí linaje esclarecido,
Seas, cual te gozamos, bien venido!—

»Y que los pobladores de la tierra
En el primer diluvio de las almas,
Y los que en el segundo la gran sierra
De Armenia vieron con alegres calmas,
Y los que en santa y peligrosa guerra
Contra el vicio alcanzaron dignas palmas,
Patriarcas, profetas, capitanes
Gozan el premio allí de sus afanes.

»Y que el Bautista, su perfecto amigo,
Le respeta, le abraza y le venera;
Y como fué de la verdad testigo,
Le da su gloria la verdad primera;
Y al fin, postrado el bárbaro enemigo
Que el hielo vengador y llama fiera
Tiene por cárcel, sale Dios triunfando,
Y en órden lleva su dichoso bando.

»¡Oh cómo allí los ángeles tremolan
En cruz pendientes ricos estandartes,
Y sobre el hondo cáos los enarbolan
Cual verdaderos victoriosos Martes!
¡Cómo luego los aires arrebolan
De color variado en todas partes,
Y en subiendo á la tierra, hacen salva
Con música á la eterna y feliz alba!

»¡Y cómo allí con ínclitos favores
Regalará á sus nobles prisioneros,
Y mostrará en palabras los amores
Que en obras les ha hecho verdaderos!
Cercarlos ha de santos resplandores,
Y ceñírálos de ángeles guerreros,
Y el tiempo aguardará, cuando á la muerte
Vencerá con su vida ilustre y fuerte.

»Apénas pues el alba placentera
Aljófar lloverá en el verde prado,
Y alegre esparcirá la primavera
Sus flores á la luz del sol dorado,
Cuando el sol sacro de la empírea esfera,
Que en el oriente de su Padre amado
Reposa, animará al tercero dia
Su cuerpo, al alba y sol dando alegría.

»Afeado aquel cuerpo más hermoso
Que la tierra sostuvo, el cielo vido,
Estará en el sepulcro tenebroso,
Y en varias partes con rigor herido,
Como el que de un afan tan riguroso
Salió muerto, aunque estaba á Dios unido;
Mas luego que lo informe el alma pura,
Se bañará de inmensa hermosura.

»Suele una parda nube que oscurece
Al sol, y al occidente hace sombra,
Miéntras la gran lumbrera no parece,
Parecer que con luto el aire alfombra;
Pero si el sol en ella resplandece,
Ni ya quita la luz ni al cielo asombra;
Antes, como preñada de mil soles,
Revienta en mil hermosos arreboles.

»Así en entrando el alma refulgente
De Cristo en aquel cuerpo inestimable,
De oscuro lo pondrá resplandeciente
Con luz rara y belleza inimitable:
No hay acá semejanza conveniente
A aquella perfeccion incomparable;
Que es tierra lo de acá, y es más que cielo
El cuerpo que es á Dios ornato y velo.

»Mas ¿qué diré de las heridas bellas
Que en los piés y en las manos y el costado
Conservará, para mostrar con ellas
Su amor divino y corazon llagado?
Ni el terso relucir de las estrellas,
Ni el rayar de la luna plateado,
Ni el cielo empíreo con su llama pura
Es huella de su inmensa hermosura.

»Tal pues, la grande losa penetrando,
Saldrá lleno de ilustres resplandores,
Y gracias y dulzuras desplegando,
Al dia prestará luces y flores;
Y al terrible escuadron y fiero bando
De los muchos soldados veladores
Que le habrán puesto allí los fariseos,
Espantará, admirable en sus trofeos.

»Pero ¡con qué placer las almas pias,
Humildes, le darán dulces abrazos,
Lanzando por sus ojos alegrías,
Y apretándole á sí con firmes lazos!
Tenderán con devotas cortesías
Sus invisibles amorosos brazos,
Cuál por los piés, y cuál por la garganta,
Y cuál por la cintura sacrosanta.

»Y ¡con qué besos tocarán gloriosas
Aquellas de su amor seguras prendas,
Que entónces les serán llagas hermosas,
Y agora son heridas estupendas!
Y ellas, como reliquias victoriosas
Destas que sufren ásperas contiendas,
¡Cuánto se dejarán besar afables!
Cuánto se dejarán gozar amables!

»¡Cómo tambien los ángeles cantores
Los aires llenarán de voces claras,
Previniendo á los dulces ruiseñores
Y venciendo en cantar sus lenguas raras!
Que si le dieron al nacer loores
Cuando le eran las músicas tan caras,
En la resurreccion del cuerpo santo
Más dulce le darán y alegre canto.

»Hé aquí deshechos, Reina, sus trabajos,
Hé aquí su carne ya glorificada,
Que afrentas viles y desprecios bajos
Sufriendo va, del hombre enamorada;
Pero escucha los tiernos agasajos
Que ha de hacer á tí su Madre amada,
Y cómo en mar de gozo ahoga en ellos
La gran tristeza de tus ojos bellos.

»¡Oh Virgen! Estarás entónces llena
De dolor grave, de tormento amargo,
De afan cercada, sumergida en pena,
Y un punto juzgarás por tiempo largo;
Si bien con fuerte pecho y faz serena
Harás al Padre tu amoroso cargo,
Pidiendo que á tu Hijo resucite,
Y su gloria y tu amparo solicite.

»Y cuando esté con mas razon, Señora,
Tu alma triste, oscuro tu aposento,
Antecediendo al paso del aurora
El sol te nacerá de tu contento;
Y con su luz, á quien el cielo adora,
Herirá tu bel rostro macilento,
Y llenará esta cuadra de mil rayos,
De rosas, flores, primaveras, mayos.

»Como la flor de extraña maravilla,
Clicie, se entorna y busca al sol ardiente,
Y cuando se le esconde, se amancilla,
Haciendo así por él otro occidente;
Y abre su faz hermosa y amarilla,
En viendo al sol nacer en el oriente;
Así, en mirando al sol de tu belleza,
Convertirás en gozo la tristeza.

»Vendrá tu Hijo de ángeles cercado,
Y santas almas, en su luz ardiendo,
Su cuerpo ceñirán resucitado
Con regocijo alegre y dulce estruendo:
Al Hijo que miraste ensangrentado,
Le verás fuentes de placer vertiendo:
Diráte:—¡Oh Madre!—y tú dirásle:—¡Oh Hijo!—
Tú en él, y él en tu rostro el rostro fijo.

»Abrazarásle, y él daráte abrazos;
Besaráte, y darásle dulces besos;
Echarásle á su cuello estrechos lazos,
Y él te hará recíprocos excesos:
¡Oh, quién dividirá tan lindos brazos,
A tan gloriosos brazos tambien presos!
Y ¡quién apartará tan limpios labios,
Que sin hablar palabra son tan sabios!

»Sus manos cogerás, ¡oh Vírgen pura!
Y apretaráslas con tus manos bellas;
Y así, admirada de su hermosura,
Tu hermosura mirarás en ellas:
De su costado beberás dulzura,
Y beberás de amor vivas centellas,
Y verás en su alegre y linda cara
Sol, luna, estrellas, cielo, lumbre clara.

»A besar de sus piés las nobles llagas
Te postrarás ante sus piés divinos,
Y allí recibirás gloriosas pagas,
De que tus piés cansados fuéron dinos;
Y porque el apetito satisfagas
De regalarte con sus piés beninos,
No te alzará tan presto el Hijo Eterno,
Y luego te dará el costado tierno.

»Y bañarás en él con la memoria
De la que sangre fué, tus labios rojos,
Y en su dulzura tocarás tu gloria,
Y en su regalo el fin de tus enojos;
Y con tus mismos ojos la victoria
De la muerte verás, viendo sus ojos,
Pues jamas se pondrá para tí el dia,
Miéntras claros te dieren su luz pia.

»Pedirásle, Señora, que se quede,
Que se detenga más, que no se vaya,
Que otra vez torne, pues hacerlo puede,
Y que de tu dolor compasion haya:
Dirásle que quien ama nunca excede,
Aunque en el regalar pase la raya;
Mas ¿qué no le dirás de tus amores?
Y él ¿qué no te dará de sus favores?

»Así estará contigo tiempo largo,
Que á tí parecerá momento breve,
Para endulzar con esto el vino amargo,
Que agora bebes tú porque él lo bebe:
¡Oh del cargo de Adan justo descargo
Y fiél paga de su culpa aleve!
Pasa volando las nocturnas horas,
Y el dia venga de las dos auroras.

»De la que al mundo el sol dará, naciendo,
Y tú al mundo darás, resucitando;
Que si él viniere flores esparciendo,
Tú vendrás gracias de favor sembrando:
Con aquellas el prado estará oliendo,
Y con estas el alma estará amando:
Pasa pues de la cruz las graves horas,
Y el dia venga de las dos auroras.»

Miéntras el ángel habla, el Rey divino,
Llevado al tribunal del Presidente,
Con rostro humilde y traje peregrino,
Y ropa, asiste, blanca y refulgente.
Pilato, viendo el pecho diamantino
De la obstinada y enemiga gente,
Juntando á los pontífices hebreos,
Se opone, así hablando, á sus deseos:

«Causa de peso, culpa de importancia
Ni Heródes la halló ni yo la hallo
En vuestro rey, aunque con grave instancia
Procurais á la muerte condenallo.»
La farisea pérfida arrogancia,
Cierta de que no quiere sentenciallo,
Gritos da, la voz alza, el rostro tuerce,
Porque Pilatos la justicia fuerce.

Mirando el Presidente su denuedo,
Y temiendo su ciega pertinacia,
Muestra con pecho vil injusto miedo
A aquella desmedida contumacia:
Un rato se suspende, estáse quedo;
Que del vulgo apetece al fin la gracia;
Y por otro camino intenta el hecho,
Pensando que le guarda su derecho.

Era costumbre desta gente dura,
En la fiesta mayor que celebraba,
Dar á algun reo libertad segura,
Y el pueblo todo la eleccion trataba;
Y escoger al más digno era ventura,
Pues en manos de vulgo el bien estaba:
Pilato, aprovechándose del uso,
A Barrabas y á Cristo les propuso.

Y habiendo su perversa envidia visto,
«¿Quereis que á Barrabas agora os libre,
O que os libre á Jesus, que llamais Cristo?»
Dijo el prefecto del augusto Tibre;
Y esto hácia por quedar bienquisto
Y sacar al Señor de culpa libre:
¡Oh Dios! ¡Quién de los hombres entendiera
Que Dios con homicidas compitiera!

El Barrabas á un hombre muerto habia,
Y ladron era, y era sedicioso,
Y el pueblo todo sus delitos vía.
¡Oh ejemplo de humildad maravilloso!
¡Que el mismo autor de la inocencia pia,
Y el sol de la justicia poderoso,
Dios, en suertes compita con un hombre
De torpes hechos y de infame nombre!

¿No bastaba, Señor, que aprisionado
Cual reo, te tuviese el mundo en poco,
Y con viles injurias afrentado,
Te hiciese befas, te llamase loco,
Y por las calles sin honor llevado,
Fueses del vulgo novelero el coco,
Sin que en maldad con Barrabas compitas,
¡Oh archivo de virtudes infinitas!

Siempre se van tus penas aumentando,
Y siempre mis ejemplos van creciendo;
Siempre me van tus luces alumbrando,
Y me va mi malicia oscureciendo;
Tú siempre mi provecho procurando,
Y yo siempre mis culpas repitiendo:
Cura mi enfermedad, Médico santo,
Pues por sanarme padeciste tanto.

Como en alguna guerra peligrosa,
Entre la sangre y polvo, hierro y muerte,
Adonde la victoria está dudosa,
Y pendiente de un fil la instable suerte,
El capitan soberbio no reposa,
Y llamas vivas por los ojos vierte,
Y á los soldados con furor anima,
Al cobarde desprecia, al bravo estima;

O como el ambicioso pretendiente
De cátedra de prima deseada,
Cuando la duda y el peligro siente,
La priesa sola y el bullir le agrada,
Humilde ruega, corre diligente,
Y su razon propone bien trazada,
Y á la ingeniosa juventud provoca
Con manos y ojos, con semblante y boca;

Así la farisáica gente aguda
Anda, pretende, solicita, ruega,
Y del pueblo feroz el alma ruda
Con silogismos aparentes ciega;
Porque á su intento pertinaz acuda,
Al más pequeño con amor se llega,
Y le pide y le alaba y le suplica;
Bienes propone y males multiplica.

Entre la turba popular mezclados,
Atraviesan los príncipes hebreos,
Y en trasfundir sus ímpetus dañados
Trabajan los protervos fariseos;
Y en todo los escribas ocupados,
Dan á beber sus pérfidos deseos
Al vulgo, ménos cauto y ambicioso,
Pero tan contumaz y tan furioso.

Preguntándoles pues á quién eligen,
Dicen que á Barrabas el homicida:
Con su eleccion al Presidente afligen,
Viendo el indigno á quien se da la vida;
Y por probar si en algo se corrigen,
A su enmienda con traza les convida;
«Y de Jesus, les dice, ¿qué harémos?»
Y ellos dicen: «Que muera, respondemos.»

«Pues ¿qué mal cometió? Qué culpa tiene?»
Confuso el Presidente les replica.
Y ellos instan: «Hacerlo así conviene,
Y tu causa mejor se justifica.»
Y esta voz penetrando el aire viene,
A Jesus mata, á Cristo crucifica;
Y en todos un espíritu malvado
Le pide puesto en cruz, en cruz clavado.

Quieren á Barrabas, y á Cristo dejan:
Mirad callados, contemplad atentos
A quién se juntan y de quién se alejan;
Qué intentos siguen, huyen de qué intentos:
Defienden á un ladron, de Dios se quejan,
Dos en uno gravísimos portentos.
¡Oh santo Dios! Concédeme tu lumbre
Porque tu misma luz no me deslumbre.

¿Quién eres, buen Señor? Un mar sagrado,
En cuanto Dios, de sumas perfecciones,
Do el bien sobre sí mismo está elevado,
Y es fuente perenal de inmensos dones:
Con tu poder los cielos has criado,
Con tu saber el curso les dispones:
Todo lo haces, todo lo gobiernas,
Sin salir de sus trazas siempre eternas.

Rico eres, si riquezas pretendemos,
Y santo, si virtudes procuramos,
Y sabio, si adquirir ciencias queremos,
Y omnipotente, si valor buscamos,
Y grato, si servicios te hacemos,
Y amigo, si de serlo nos preciamos:
¿Qué no tienes? ¡Y aquesta ciudad necia
En mucho ménos que á un ladron te precia!

Si cual hombre te vemos, tu querida
Humanidad al Verbo soberano
Está con tan perfecto nudo asida,
Que hace al mismo Dios supuesto humano:
Con mil gracias tu alma esclarecida,
Con ciencias mil tu entendimiento ufano,
Tu voluntad colmada de mil bienes
Está; pero, Dios Hombre, ¿qué no tienes?

Y Barrabas ¿quién es? Un hombre oscuro
Y homicida y ladron y sedicioso;
¿Y dale esta ciudad salvo y seguro,
Y á ti el tormento de la cruz ansioso?
Mas ya vengamos á tu pueblo duro,
¡Oh Señor de señores poderoso!
¿Qué no usaste con él de beneficios?
Y esotro ¿qué no usó de maleficios?

A Egipto un mayordomo le llevaste
Porque de hambre vil no pereciese,
Y al mas sublime trono lo ensalzaste
Para que en trojes pan le recogiese:
Con extraños prodigios lo sacaste
Cuando convino que de allí saliese,
En mosquitos el polvo convirtiendo,
Manchando el agua, el aire oscureciendo.

Seiscientos mil gallardos combatientes
Le armaste por los bárbaros desiertos,
Que con tu gran poder fuéron valientes
Para henchir el ancho cáos de muertos;
Y arbolando estandartes eminentes,
Seguros de tu amor, de tu fe ciertos,
Les diste por el mar camino seco,
Y el centro del Jordan dejaste hueco.

Para que ellos pasasen encresparon
Las rojas aguas sus bermejas ondas;
Y helados de cristal muros alzaron,
Y descubrieron sus cavernas hondas;
Mas para los egipcios que anegaron
Vueltas dieron con ímpetu redondas,
Tragando allá en sus vientres carniceros
Armas, carros, caballos, caballeros.

Faltos de pan, lloviste pan sabroso
Que dulzura inefable contenia,
Y la frente de un cerro peñascoso
Les dió, en vez de centellas, agua fria:
De nube un pabellon maravilloso
Los amparaba contra el sol de dia,
Y una columna, cual ardiente vela,
Les hacia de noche centinela.

La prometida tierra cananea
Les limpiaste de bravos enemigos,
Siendo tus mismos ángeles trinchea
De su real, y de tu amor testigos:
Para darles alcázar en Judea,
¿Qué no hiciste de ásperos castigos
En sus contrarios, muros derribando,
Ejércitos venciendo, al sol parando?

Sus calles adornaste de riquezas,
Su templo de ilustrísimas labores,
Y sus anales de ínclitas proezas,
Y á todos de magníficos favores;
Y para echar la clave á tus franquezas,
Naciste de sus padres pecadores;
Y cuando dellos en Belen naciste,
Y criado despues, ¿qué no les diste?

A ciegos vista, á cojos piés lijeros,
Salud á enfermos, á difuntos vida,
De santidad ejemplos verdaderos,
Lumbre de fe y de ciencia esclarecida:
Al fin, de sus oráculos sinceros
Eres la misma gloria prometida;
¿Y el pueblo, ciego á tan ilustre prueba,
Escoge á Barrabas y á ti reprueba?

¡Oh consuelo de justos despreciados!
Que tal sufriste para su consuelo,
Los dignos y del mundo desechados
En tí hallaron de su paz modelo:
De sus honras y bienes despojados,
Acudieron á tí como á su cielo,
Donde las peregrinas impresiones
No llegan de las bárbaras pasiones.

Por tí san Pedro viendo á Simon Mago
Del vulgo celebrado indignamente,
Y él recibiendo tan injusto pago
De la romana, ingrata y ciega gente;
No hizo en ella el merecido estrago,
Sufriéndola con ánimo paciente;
Que en tí como en espejo se miraba,
Y á Barrabas en él consideraba.

Por tí Atanasio, triunfador divino
De la arriana pérfida herejía,
Ya acosado del grande Constantino,
Ya del fiero Constancio, fiera arpía,
Ya de uno y otro cónclave malino,
Que en nombre de concilio le oprimia;
Viendo al Nicomediense celebrado,
Callaba con espíritu esforzado.

Por tí tambien el sabio Nazianceno,
Que levantó en Bizancio tu estandarte,
Y de su estéril bosque un prado ameno
Hizo con dulce modo y sutil arte;
Rico de ciencias, de virtudes lleno,
Del mundo respetado en toda parte,
Sufrió ser del concilio injusto y vario
Depuesto, y puesto en su lugar Netario.

Crisóstomo por tí, sagrado rio
De suave y clarísima elocuencia,
Que el gran verjel de santo regadío
Bañó con aguas de cristiana ciencia,
De la indignada reina el loco brio,
Y el destierro mortal llevó en paciencia,
Por los falsos egipcios condenado,
Y un bárbaro en su silla entronizado.

Jerónimo por tí sufrió animoso
Ver al astuto Juan originista
Recibido del vulgo bullicioso,
Desnudo de valor, falto de vista;
Y al mal Rufino, hereje cauteloso,
Probar la osada y áspera conquista
De su ofensa, alabado en Aquileya
De la imprudente y vil turba plebeya.

Por tí el buen defensor de la fe santa
Por Dióscoro muerto y afrentado,
Con tanto gozo y mansedumbre tanta
Llevó su afrenta y muerte no cansado,
Viendo ser en la Iglesia sacrosanta
Eutiques defendido y aprobado
Por otros fariseos arrogantes,
A los que te acusaron semejantes.

Por tí, Señor, en casos infinitos
Atropellados sin razon los justos,
Y elevados á honores exquisitos
Los pretendientes de sus vanos gustos,
Sufrirán con paciencia los delitos
Y estimacion vulgar de los injustos;
Y conformando al tuyo su desprecio,
Lo tendrán por tu amor en sumo precio.

Así será; y en esto contemplaba
Cristo, en virtud á Barrabas opuesto,
Y á la opinion de aquella ciega y brava
Canalla, en más indigno lugar puesto;
Y despreciado, con valor callaba,
Para darnos un vivo ejemplo en esto
De humildad profundísima; que es mucha
Callar vencido en tan sensible lucha.

Mas en tanto Gabriel su dulce historia
A la Vírgen contaba dulcemente,
Procurando informalle la memoria
De aquel gozo á su pena conveniente;
Y en partes varias la extendida gloria
De su Hijo, y en tiempo diferente,
Iba cortando con suave estilo,
Y así dijo, anudando el roto hilo:

«Como despues de tempestad furiosa,
Habiendo á los desiertos arrojado
La manada de ovejas temerosa
El turbio cielo de agua y fuego armado,
El pastor diligente no reposa,
Recogiendo al aprisco su ganado;
Tal tu Hijo, oh Señora, esclarecido
Su apostolado juntará esparcido.

»Mas como para ungir el cuerpo santo:
Bien de mañana irán las tres Marías,
Irán llenas de lágrimas y espanto,
Vendrán llenas de asombro y alegrías:
Sobre alzar el pesado y duro canto,
Entre sí hablarán tiernas y pías;
Y así hablando, llegarán al huerto,
Buscando al vivo que dejaron muerto.

»Habrá venido un ángel excelente,
Y el mármol del sepulcro levantado,
Y ellas, con el deseo vehemente
De ungir el cuerpo á su Señor amado,
Llegando allá, lo hallarán patente
Y sin piedra, y el ángel asentado
En él, y con dulcísimas señales
De gozo les dirá palabras tales:

»—No os turbeis: ¿qué buscais? ¿Al Nazareno
Jesus muerto en la cruz? Resucitólo
Su Eterno Padre ya de gloria lleno,
Y así veréis que está el sepulcro solo:
Cual lo dijo, pacífico y sereno,
Verdad lo hizo, y lo mostró y cumplióla
Para el bien de los hombres, á quien ama
Con fuego vivo de amorosa llama.

»Mas id volando, y referid lijeras
A Pedro y sus amigos inconstantes
Que fuéron sus palabras verdaderas,
Y serán sus efectos semejantes:
Que le busquen con almas placenteras,
Y se verán del bien participantes
Que él goza, á Galilea caminando,
Donde le gozarán, su amor probando.—

»Que es tu Hijo, Señora, tan afable,
Que, negado de Pedro, no le niega,
Y dejado del hombre miserable,
Por hacello dichoso se le allega:
A Pedro ruega Dios, caso admirable,
Pero verdad que Dios á Pedro ruega;
Con lo cual partirán las tres Marías
A dar á Pedro y Juan los buenos dias.

»¡Oh qué alegres vendrán ellos corriendo
Por ver de su Señor la sepultura!
¡Qué pláticas tan dulces repitiendo
De su amor noble, de su gran ternura!
No la madre que al hijo ve bullendo
Vivo en agua, tanto se apresura
A abrazarle, si muerto lo lloraba
Y echa de ver que zabullido estaba.

»¡Cuál correrá el discípulo querido
Y el amante al sepulcro de la gloria!
El jóven llegará más atrevido,
Pero el viejo más presto á la victoria;
Porque el mozo á la puerta detenido
A contemplar con atencion la historia,
Pedro allá dentro pasará primero;
Que es mayor, aunque Juan es mas lijero.

»La mortaja verán, patente indicio
De que vivo á los muertos ha dejado;
Las mujeres tambien harán su oficio,
Y con ellos vendrán al huerto amado:
Todos se volverán, y su ejercicio
Será tratar del Dios crucificado;
Y sola quedará la Magdalena
Junto al sepulcro, de congoja llena.

»Lágrimas tiernas de dolor ansioso
Junto al sepulcro quedará llorando,
Que algun ladron de muertos codicioso
Le robó á su Señor imaginando:
Ya el huerto mira de árboles umbroso,
Y al árbol de la vida no hallando,
Gime y suspira, y ya con pena inmensa,
En pensar que lo vió queda suspensa.

»Ya riega con su llanto el verde suelo,
Y crecer hace las amigas plantas;
Ya penetrando el aire, sube al cielo
Con tristes voces, con endechas santas:
Ya del sepulcro espera su consuelo,
Y allá camina con lijeras plantas;
Mira y remira, y piensa que sus ojos
Le causan, engañados, sus enojos.

»Jesus dice, y repite el monte hueco
Jesus, y el campo en sus alegres faldas
Lo recoge y lo escribe en lo más seco
Y en lo más verde de sus esmeraldas:
Con lengua de aire le responde el eco,
Y ella entiende que Cristo á sus espaldas
Se nombra, y que el arroyo sesgo y blando
Le está con lengua de cristal hablando.

»Si la liviana hoja se menea,
Que viene su Maestro le parece;
Y si al jardin el viento lisonjea,
La dulce voz del mismo se le ofrece;
Si el sol el verde campo hermosea,
Que dél propio la vista resplandece
Imagina, impaciente y deseosa
De hallar á Jesus en cualquier cosa.

»Cuando ve que le engaña su sentido,
En su Señor amado considera;
Ya que en la mesa de Simon la vido,
Y allí la recibió la vez primera;
Ya que estando en su casa detenido,
Bebia de su boca verdadera
Sus divinas razones, elevada,
De sí ajena y en él arrebatada;

»Ya que del Fariseo malicioso
La defendió con caridad suave;
Ya que de Marta el celo cuidadoso
Alabó y moderó con rostro grave;
Ya que en la cena, ungido y oloroso,
De su mayor defensa echó la clave,
Diciendo regalado y satisfecho
Que el mundo estimaría su buen hecho.

»—Pero vídelo, dice, ¡oh miserable
De mí! vídelo en cruz: ¡quién tal pensara,
Que al Señor de la vida perdurable
Muerto en un palo el mundo le mirara!
¡Y que yo en su tragedia lamentable
Tiñera en sangre de sus piés mi cara!
Teñíla, y aun así quedé con ella,
Y guardé alguna en esta poma bella.

»Mas ¡ay! Sabía que sus piés benditos
an el centro de mis turbios ojos,
que de mis pecados infinitos
orando allí, aliviaba sus enojos;
ra que los dolores exquisitos
su pasion dejaron en despojos
cuerpo solo, ahora yo venía
ungir sus piés, y olores le traía.

»Traíalos, y yo con estas manos,
para su servicio diligentes,
is piés regalaría soberanos
on ungüentos y lágrimas ardientes;
las llagas que hierros inhumanos
usaron de enemigos insolentes,
se las besaría con mi boca;
ne á mí el besar sus piés y ungirlos toca.

»Busquélo y no lo hallo. ¿Roban muertos?
n esta tierra ¿muertos arrebatan?
e Citia en los mas rígidos desiertos
los difuntos sin ofensa tratan;
aquí de los sepulcros ya cubiertos
acan los muertos y otra vez los matan?
ás es que Citia, más que Libia cruda,
sta mi patria, de piedad desnuda.

»¡Oh gente fiera, oh duros enemigos,
ue con el muerto tal rigor usastes!
No dejárades muerto á los amigos
l que vivo en la cruz atormentástes!
No fuéramos tambien dulces testigos
el reposo en que muerto le dejastes,
omo lo fuimos con los ojos tristes
el trabajo en que vivo le pusistes!

»Pero llorad, mis ojos afligidos,
ue no veis á la luz que vista os daba;
lorad, ojos, en agua convertidos,
ues ya se puso el sol que os alumbraba;
vosotros, cabellos esparcidos,
on que yo á mi Señor los piés limpiaba,
ortáos, pues no tocais la excelsa cumbre
e aquellos piés que os dieron gracia y lumbre.

»Mas no: perseverad, los mis cabellos,
ue estáis de la su sangre retocados,
con tan rica púrpura más bellos
ue los del sol bermejos y dorados;
, ojos, vosotros supliréis por ellos
n dos ríos de lágrimas trocados:
Ay! no; porque en sus piés vertistes agua,
ivid, llorad y acrecentad mi fragua.—

»Así estará hablando la hermosa
n alma y cuerpo, ilustre Magdalena,
laciendo de su pena lastimosa
l huerto y monte y valle tener pena:
ual la viuda tórtola amorosa
n seca rama, de tristeza llena,
entada, y al consorte amando muerto,
lace gemir al valle, al monte, al huerto.

»Tu Hijo, oh gran Señora, que mirando
u fe por invisible celosía,
su amor y sus lágrimas honrando,
e querrá dar un rato de alegría,
el huerto el labrador representando;
nte los tiernos ojos de María
e pondrá, y le dirá: —Mujer, ¿qué tienes?
ué lloras, ó qué buscas, ó á qué vienes?—

»Pues ¡oh Señor! pudiéramos á Cristo
ecille, ves su llanto irremediable
orque ya te ha buscado y no te ha visto,
Y eso preguntas con tu boca amable?
iguióte cuando al mundo eras malquisto,
en la cruz vió tu muerte lamentable,
para ungirte con olores viene
ora; y ¿tú le dices qué mal tiene?

»Eres tú la más dulce y rica prenda
el todo de su alma dolorida;
ontigo estuvo en la mortal contienda,
sepultó tu cuerpo ya sin vida;
á ti, llorando, agora se encomienda,
á ti perdiendo, juzga por perdida
a gloria, que está en ti como en rehenes;
dicesle: —Qué lloras, ó qué tienes?—

»Cual la mimosa madre al hijo tierno
Que buscándola va, su rostro esconde,
Y encubriéndole así su amor interno,
Llamada dél y amada, no responde;
Pero, al fin, el espíritu materno
No sufre mucho tiempo estar adonde
El hijo no la goce, y se declara
Mostrándole risueña y dulce cara:

»Tal Cristo esconderá á los ojos pios
De Magdalena su inmortal semblante,
Dejándolos verter copiosos rios
De agua al empíreo cielo semejante;
Mas no durarán mucho sus desvíos,
Que es madre Dios del corazon constante;
Y en el interin nota la respuesta
De la mujer absorta, y es aquesta:

»—Dímelo tú, Señor, si lo llevaste—
(A un hortelano pobre, señor llama);
Y añádele tambien: —Si lo hurtaste,
Declarámelo,— ¡oh grande y viva llama! —
Y prosigue: — Que iré do lo guardaste
Y llevarélo.—¡Oh generosa dama,
Osada y fuerte! dime, ¿si lo hubiera
Cogido el hortelano, así lo diera?

»¿Y no dices á quién, si vivo ó muerto,
O persona ó hacienda, te han robado?
¿Ha de estar, Magdalena, el otro cierto
De lo que á tí, sin verlo, te han quitado?
Al parecer del mundo es desconcierto
El hablar de María desatado;
Pero al gusto de Dios es elocuencia
Que de su amor declara la excelencia.

»Imagina quien ama que le entienden,
Porque su corazon muestra en los ojos,
Y que sin pronunciar le comprehenden,
En mirando, su gloria ó sus enojos:
Piensa que á solo su cuidado atienden,
Cual despues de la guerra á los despojos,
Y que no hay otro mal que los desvele,
Ni en el mundo más bien que los consuele.

»Lo mismo pensará la Magdalena,
Y hablará como quien tal pensare,
Y solo el Salvador le dará pena,
Y gusto quien de Cristo le tratare;
Y de otro bien y de otro mal ajena,
A quien viere ó la viere ó la hablare
Pedirá á su Señor dulce y suave;
Que ni otra cosa quiere ni otra sabe.

»Pero Cristo, cual madre generosa,
Su elevacion notando y su ternura,
Alegre volverá su faz gloriosa,
Claramente mostrando su figura:
—María,— le dirá con voz piadosa;
Y ella, absorta de ver su hermosura,
Responderá: —Maestro,— arrebatada
De sí, y en él y en Dios traselevada.

»Cúbrese el rojo sol del pardo velo,
El viento helado al turbio mar azota,
Su verde ropa deja al triste suelo,
Comenzando el invierno su derrota;
Mas aparece el sol y aclara el cielo,
Cesa el viento, el mar calla, el suelo brota
Su alcatifa de flores lisonjera
En mostrando su faz la primavera.

»A Cristo, sol, la muerte con su invierno
Cubrió, y á Magdalena el viento belado;
Azotó el golfo de su pecho tierno,
Y en su alma secó el verdor pasado:
Aparécele Cristo, sol eterno,
Cesa el viento, y el golfo sosegado
Se ve, y el verde claro de su gloria,
Porque su primavera está notoria

»Finalmente, á los piés de su Maestro
Se arroja, por besárselos, llorando;
Que es ya su corazon astuto y diestro
En buscar de sus piés el centro blando:
No la deja tocar el Señor nuestro
Los piés que ella atrevida va buscando;
Y, — No me toques, le dirá sentido;
Que aun á mi Eterno Padre no he subido;

»Pero vé á mis hermanos diligente;
Di que á mí Padre voy y á vuestro Padre,
A mi Dios y al Dios vuestro omnipotente,
Porque vuestra subida y bien le cuadre.—
Así la dejará suavemente
Tu Hijo, Dios y hombre, oh Vírgen Madre,
Y partiráse de su bien María,
Llena de amor, colmada de alegría.

»Cual suele cristalina vidriëra,
Del sol herida y de su luz bañada,
Como si ya la hermana del sol fuera,
Lanzar por todas partes luz dorada;
Así aquella purísima lumbrera,
De celestiales rayos traspasada,
Por la boca y los ojos y cabellos
Dando irá á todos clara muestra dellos.

»Apóstola de apóstoles divina
Será, que tanto un simple amor merece,
Y vendrá con presteza peregrina
A Salén, do su pena agora crece:
Oh Vírgen, á quien Dios su rostro inclina,
Y á quien el cielo su corona ofrece,
Contempla con qué celo y con qué gloria
Las nuevas llevará de tal victoria.

»Diráles: —Vi al Señor; —y por extenso
Les contará gozosa lo que vido,
Si podrá referir el golpe inmenso
De luz de aquel eterno Sol nacido;
Que pues le pagará el oriente censo,
Aunque de resplandores envestido,
¿Quién para dibujar será bastante
La fuente de mil soles rutilante?

»Pero diráles: —¿Veis el alba roja,
De fúlgidos piropos coronada,
Cuando entre nube y nube luz arroja
Y la tierra esclarece matizada?
Veis cuando el rubio sol su fuerza afloja
Y nos deja mirar su faz rosada?
Pues su costado así resplandecia;
No así, más claridad y ardor tenia.

»¿Veis el camino del octavo cielo
Cuando sus bellas lumbres centellean,
Y cuál con ojos de amoroso celo
Y párpados lucientes pestañean?
Veis desde el raso y descubierto suelo,
Donde permite el aire que se vean,
Sus bordados celajes con espanto?
Pues más hermoso está su cuerpo santo.—

»Dirá; mas con las otras dos Marías
A su Señor verá otra vez glorioso,
Y dél recibirá los buenos dias,
Como alférez del bando religioso;
Do todas, con dulcísimas porfías
Y un competir suave y amoroso,
A besalle los piés bajarán luego,
Y agua vertiendo así, beberán fuego.

»Y dello avisarán á los amados
Discípulos tambien, porque parezcan
En Galilea, do estarán llamados,
Y donde ver á su Señor merezcan;
Y siendo estos misterios acabados,
Para que más en fe y en amor crezcan,
Con claridad será y consuelo visto
De todos en diversas partes Cristo:

»Ya de Pedro cobarde y penitente,
Ya de Cleofas, cual nuevo peregrino,
Ya de todo el Senado juntamente,
Ya de Tomas, aunque de verle indino;
Ya en el monte Tabor, de mucha gente
Unida con espíritu divino;
Y en estas regaladas ocasiones
Les dará, franco, generosos dones.

»Pero tú en especial, ¡oh Reina clara,
Y Emperatriz del mundo soberano!
Cual tierna madre, como esposa cara,
Gozarás de tu Hijo y Dios humano:
¡Oh qué de veces á su linda cara,
A su florido pecho y blanca mano,
Que el cielo apénas, respetando, toca,
Tu rostro llegarás, pondrás tu boca!

»¡Oh qué de veces estarás comiendo,
Y entrará por tus puertas más que afable;
Y su piedad y su dulzura viendo,
Te elevarás en éxtasi admirable!
Y ¡qué dellas, las pláticas oyendo
De aquel archivo en ciencias inefable,
Cual miel suave, de sus bellos labios
Cogerás tierna sus intentos sabios!

»Y ¡qué de veces en tu pobre lecho,
Y rico por tenerte en su regazo,
Te vendrá á ver y te dará su pecho
Abierto, y tú, Señora, un dulce abrazo;
Y partiéndose alegre y satisfecho,
A tu cuello echará su rico lazo,
Y con sus ojos besará tus ojos,
Y tú sus labios con tus labios rojos!

»Y ¡qué de veces, cuando tú le llames
Con voces blandas en su breve ausencia,
Porque en su amor tu espíritu derrames,
Te negará, escondido, su presencia;
Y cuando mas llorosa y triste clames,
Te mostrará en un punto su clemencia,
Y tú, devota y á sus piés postrada,
Oficio harás de sierva regalada!

»Y ¡qué de veces en la noche oscura
Te dará con su vista un claro dia,
Y naciendo en oriente la luz pura,
Y él yéndose, vendrá tu noche fria;
Y porque su regalo poco dura
Te quejarás con dulce melodía,
Y oyéndote llorar, volverá presto
Con blanda risa en tu presencia puesto!

»Y ¡cuántas, conversando afablemente,
Preguntarás llorosa qué sentia
Cuando le vias de la cruz pendiente,
Y él más pendiente de su cruz te via!
Y ¡cuántas él te contará clemente
El gran dolor que, amando, padecia,
Más que sufriendo de la injusta muerte
El afrentoso afan y pena fuerte!

»Y ¡cuántas le dirás que la herida
De su costado tú la recibiste,
Y aunque su pecho penetró sin vida,
Más penetró tu vida y alma triste!
Y ¡cuántas, en su rostro enternecida,
La corona de espinas que le viste,
Viéndola ya de rutilantes flores,
Tus gozos le dirás y tus amores!

»Y ¡cuántas aquella ansia congojosa
Con que le pretendiste sepultura
Le contarás, y la piedad celosa
Del buen Josef en dársela segura!
¡Cuántas, al fin, la pena lastimosa
Con que debajo de la cueva oscura
Enterrado, Señora, le dejaste,
Le tratarás! Y aquesto agora baste.»

Aquí llegó el discreto mensajero,
Cuando la Madre y Vírgen elevada
Regalaba su espíritu sincero
Con la historia del Hijo dibujada;
Y aquí paró el legado verdadero;
Y para la ocasion más apretada
Conservó lo restante en la memoria
De la no sucedida y cierta historia.

Y con la santa Emperatriz del cielo,
Cual cortesano siervo diligente,
Se quedó para dalle algun consuelo,
Si era posible, al caso conveniente;
Que habitaban los ángeles el suelo
Que la Madre del Hombre omnipotente
Pisaba, y vergonzosos la servian,
Y aun por indignos dello se tenian.

—

LIBRO SEPTIMO.

ARGUMENTO.

Ante Pilato el Salvador asiste
Cuando de su mujer oye el mensaje,
Y nota Júdas, temeroso y triste,
Del buen Señor el indecente ultraje;
Y á Satanas, tentado, no resiste,
Y ahórcase; y de aquel traidor linaje
Cristo ve la enemiga descendencia,
Y es mandado azotar con inclemencia.

Mas Pilato el gravísimo semblante
e Cristo y la dulcísima mesura
el bello rostro y ánimo constante
otaba, indicios de una gran cordura;
uando un aviso le llegó importante,
ue él tuvo entónces por feliz ventura,
n el cual su mujer le daba cuenta
el sueño en que temió su mal y afrenta.

«A ese justo, decía, ten respeto;
ue esta noche por él he padecido
n bravo asombro y un horror secreto,
ual jamas entre sueños he tenido.»
ormó con esto dél mayor conceto
ilatos, temeroso y afligido,
procuró librallo de la muerte,
ás firme ya, más valeroso y fuerte.

Y con Heródes hizo nuevas paces,
iendo dellas Jesus el medianero;
ue fuéron sus injurias eficaces
ara este bien de bienes verdadero:
Oh amable Dios! En todo lo que haces,
n pecho blando, un ánimo sincero
uestras: si paces das al enemigo,
Qué no darás gracioso al caro amigo?

Solo Júdas de tanta mansedumbre
o quiso aprovecharse; oh Rey eterno!
asi bajó, de la sagrada cumbre
el Atlante apostólico, al infierno;
asi cerró los ojos á la lumbre
e tu fe soberana y rayo interno,
hizo con las furias alianza,
e asombro lleno, falto de esperanza.

Aqueste, viendo á Cristo condenado
or el concilio pertinaz hebreo,
e espantosas tinieblas rodeado,
n ellas mismas vió su mal deseo:
l cual, de luces hórridas cercado,
omo un vestiglo atroz y monstruo feo,
e le representaba ante los ojos
levando inmensos males por despojos.

Promete más que da nuestro adversario,
búrlanos habiéndonos vencido;
al vicio nos ofrece en rostro vario
el que primero nos pintó lucido:
Júdas fué y á sí mismo contrario,
ara que, de su mal arrepentido,
no por Dios, de Dios desesperase,
ya desesperado, se ahorcase.

Con este grande horror y sombra oscura
n tristeza elevado, en ira envuelto,
rocada de su aspecto la figura,
el ánimo en matarse ya resuelto,
l pára en sí, ni en otro se asegura,
ual mar turbado, el corazon revuelto;
en el dinero, de su daño causa,
lace una lastimosa y grande pausa.

Sácalo afuera y míralo espantado,
vuélvelo por una y otra cara,
dice, en él absorto y asombrado:
¡Oh caso nunca visto, oh culpa rara!
Que á tal persona truje á tal estado!
ue esta moneda me costó tan cara,
sta pota, esta indigna, esta vil tierra:
Qué ella ya en su vientre no me encierra!

»El dinero, ¿quién es? Y ¿quién es Cristo?
El dinero un fingido y blanco lodo;
Cristo el oro mejor que el cielo ha visto,
Y el archivo perfecto del bien todo:
El dinero es el pérfido Anticristo
Opuesto á Dios, si no en sustancia, en modo;
Y Cristo es el que vino á ser maestro
De la verdad, y fuélo, en verdad, nuestro.

»El dinero es el único instrumento
De que usa el mundo y se aprovecha el vicio;
Cristo de la virtud el fundamento
Y de Dios el mas alto beneficio:
El dinero es un hórrido portento
Que tuvo al cáos en su nacer propicio,
Pues pare confusion, causa maldades;
Y Cristo un sol de eternas claridades.

»¿Por esta tierra y polvo congelado
Vendí yo, miserable, al Rey del cielo?
Por este cometí tan gran pecado?
¿En dónde hallaré á mi mal consuelo?
No en el cielo, que el cielo está enojado,
Ni en el suelo, que está bramando el suelo,
Porque vendí al Señor que los sustenta,
Por hambre destos polvos avarienta.

»Darélo de limosna; que me acuerdo
Haber oido á mi Maestro sabio,
Que es el ladron que da limosna, cuerdo,
Y que algo restituye de su agravio:
Mas ¡ay! que en todo con razon me pierdo,
Me ofusco y yerro, me atormento y rabio;
¿Quién tomará dinero tan maldito,
Precio infame de aquel Señor bendito?

»Quiero volver á su principio el daño,
Al mismo que lo dió volverlo quiero:
Mala pascua con él tenga y mal año;
Que tal me lo ha causado su dinero;
Mas, ¡oh locura grande, oh ciego engaño!
¿En pedirselo yo no fuí el primero?
Al fin dárselo importa: allá lo goce;
Mi culpa y su dinero se reboce.»

Llegando á los pontífices con esto,
Que la pascua en el templo celebraban,
Les declaró el espíritu molesto
Y crudos monstruos que le atormentaban.
«Vuestros bienes tomad, llevadlos presto,»
Dijo, avisando que ellos le abrasaban:
Pequé vendiendo por dinero al Justo,
De su inocente sangre precio injusto.

Ellos, pasmados de tan raro ejemplo,
«¿Qué se nos da? dijeron: tú lo vieras.»
Y él vertió las monedas en el templo,
Y admirar hizo á aquellas almas fieras.
¡Oh indignos sacerdotes! Yo os contemplo
Cual furias del infierno carniceras,
Bramando contra el pobre, arrepentido
Desto que contra Dios ha cometido.

Decidme pues: ó Cristo es inocente,
O no: si no, bien mereció en vendello
Júdas; luego, si agora se arrepiente,
Es porque ve que hizo mal en ello.
Es justo y santo clara y justamente;
Y así errastes vosotros en prendello,
Ayudando á su mal con vuestra culpa;
Por donde «tú lo vieras» no es disculpa.

Ni él la juzgó por tal; y así les dijo:
Escuchad, ¡oh pontífices atroces!
Que aunque pudiera, no seré prolijo;
Escuchad, escuchad mis tristes voces:
El varon justo, el soberano Hijo
De Dios, á vuestros ánimos feroces
Entregué yo frenético, no viendo
El furor de esas almas estupendo.

»Si no, decidme, ¡oh padres! ¿quién pensara
Que siéndolo, á tan dura y baja muerte
Vuestra envidia proterva condenara
Al que es del mismo Dios el brazo fuerte?
Notoria es mi maldad, mi culpa es clara,
Y el crimen vuestro de la misma suerte;
Y no os salva decir que yo lo viera,
Si ella es traicion de todas cruda y fiera.

»Aquí mi mal explicaré patente;
Descargaré, hablando, mi conciencia:
Pues entregué sin causa al inocente,
Declararé con ella su inocencia.
Dios, Dios, ¡oh sacerdotes! no consiente,
Con su divina y sabia providencia,
Que muera yo callando las verdades
De sus virtudes y de mis maldades.»

Decir quisiera más; pero envidiosos
Del honor con aplauso á Cristo vuelto,
Le echaron los pontífices furiosos
De su cabildo, ya entre sí revuelto:
El los dejó en el templo cuidadosos;
Y en defender á su Señor resuelto,
Por la ciudad apriesa caminando,
A todos dèsta forma iba hablando:

«El es varon cumplidamente santo;
Siempre le vi hacer obras perfetas,
Que me causaban un devoto espanto,
Aun en partes ocultas y secretas:
Sus palabras, que el mundo estima en tanto,
Puras, humildes, graves y discretas
Eran cuando trataba con nosotros,
Como cuando hablaba entre vosotros.

»En hechos de piedad gastaba el dia,
La noche en oraciones ocupaba;
Ya milagros clarísimos hacia,
Ya tristes y afligidos consolaba;
Ya, humilde, su sermon nos repetia,
Ya, sabio, de su fe nos informaba;
Y en esto y en aquello, en parte y todo,
La sustancia era santa, y santo el modo.

»¡Qué de veces le vi dejar la mesa,
La mesa pobre y el manjar templado,
Y por la calle caminar apriesa
Por socorrer á algun necesitado;
Y acabada una heróica y grande empresa,
Volver con pecho alegre y sosegado,
Y tener por espléndida comida
Favorecer á un ánima afligida!

»¡Qué de veces tambien de noche acaso,
Haciendo él oracion en parte oscura,
Fuí yo con sordos piés, con mudo paso,
Y entré y le vi cercado de luz pura!
Tanta, que el mismo sol era un escaso
Arroyuelo de gracia y hermosura,
Y él una clara fuente inacabable
De extraña luz y de beldad notable.

»¡Qué de veces los ángeles benditos
Ante él se arrodillaron en el suelo,
Y despues con clamores infinitos
En himnos lo ensalzaron hasta el cielo!
Qué de veces con gozos exquisitos,
Dulces, nos dieron este gran consuelo,
Como á Señor mirándolo suave,
Y mandándolos él con frente grave!

»Él no; yo fuí de aqueste mal suceso
La causa: yo y la mísera codicia
Dese dinero comenzó el proceso
De Cristo, y hoy lo acaba mi avaricia.
Quiero contar en público mi exceso,
Y dar al mundo de mi mal noticia:
Todos la sepan; y es de tal manera
De mi antigua pasion la historia entera:

»Por discípulo entré de mi Maestro,
Y fuílo con verdad algunos dias,
Solícito y humilde, simple y diestro
En hacer, buen Jesus, lo que decias;
Y el enemigo del linaje nuestro,
Astuto y envidioso de obras pias,
Asechanzas me puso poco á poco,
En que yo tropecé cual ciego y loco.

»Procurador me hizo de su escuela;
Con esto comencé á tener dinero:
¡Oh mal principio! Andaba con cautela
En el servir, y en el sisar lijero.
Quien este vicio infame no reuela,
En cepo de oro, mas terrible y fiero,
Se halla presto, sin poder salirse;
Porque es fácil entrar, difícil irse.

»Así yo, preso en él de buena gana,
Fuí ladron siempre, y siempre codicioso;
Que no se harta la avaricia humana,
Ni el que la tiene, tiene en sí reposo.
El buen Jesus, por ciencia soberana
Sabidor de mis vicios, cuidadoso,
Una vez me avisaba con dulzura,
Y otras disimulaba con cordura.

»Yo nunca en la virtud aprovechaba;
Que soy á mil miserias inclinado,
Y en esta que refiero caminaba
Cual si tuviera el corazon alado:
Una ocasion y otra ocasion buscaba,
Ratero ladroncillo mal usado;
Y en todo lo precioso que venía
Al colegio, ganancia pretendia.

»Cenó Jesus, ¡oh triste! en una casa,
Y cenando llegó la Magdalena,
Y como nunca fué con él escasa,
Ménos lo quiso ser en esta cena:
Ella en perfecto amor de Dios se abrasa,
Y á mí su amor divino me condena:
De ungüento un vaso derramó precioso
Sobre el cabello de Jesus hermoso.

»Sentílo yo, porque sentí el provecho
Que de venderlo yo sacar pudiera;
Murmuré de su ilustre y santo hecho,
Como si perdicion pródiga fuera:
Cristo, que penetraba mi mal pecho,
No con airado rostro y faz severa,
Sino con blanda voz y alma suave,
Me templó y corrigió, modesto y grave.

»Decia yo que fuera conveniente
Vender aquel ungüento y repartillo
Entre alguna afligida y pobre gente,
Pero no con espíritu sencillo;
Y respondió el Señor manso y clemente,
Como que le pesaba de decillo:
—Pobres siempre tendréis unos á otros,
Mas yo no estaré siempre con vosotros.

»Ungirme esta mujer es obra buena,
Y servicio á mi muerte y sepultura:
A nadie cause su cuidado pena;
Que ella tiene su paga bien segura:
Será el prez y el honor de Magdalena
Esta uncion de sus manos, blanda y pura,
Y en todo el mundo se sabrá la historia
De su piedad, honrando su memoria.—

»Yo rabiaba de cólera y enojos,
Por no haberme en la venta aprovechado;
Y desde allí miré con malos ojos
A Jesus y con pecho emponzoñado:
Hícele guerra, y pretendí en despojos,
No el ungüento en su nombre derramado,
Sino de su persona el precio mismo,
De un abismo cayendo en otro abismo.

»Anoche pues cenámos el cordero,
Y él un sermon nos hizo milagroso,
Y dijo que su cuerpo verdadero
Nos daba por banquete generoso:
Con alma excelsa y corazon entero
Estuvo y con valor maravilloso,
Y nos lavó los piés, aunque sabia
Que de venderlo yo tratado habia.

»Porque en la cena me habló diciendo:
—Haz lo que haces más apresurado.—
Ayer no le entendí; mas hoy lo entiendo,
Que fué poner delante mi pecado:
Sentí un ardor de llamas estupendo
Cuando pasé al estómago el bocado
Que él dijo ser su cuerpo y sangre noble,
Como entre fuego ardiente el seco roble.

»De allí me levanté, y me parecia
Que un demonio en los hombres me llevaba,
Ó que yo en mis entrañas lo tenia,
Segun era mi priesa y furia brava:
Llegué al concilio desta gente pia,
Que no sé con qué cara me negaba:
Las piernas ojalá se me quebraran,
Antes que en su cabildo me pusieran.

»Lo demas que pasó decir no quiero;
ástame en lo que dije haber mentido:
ecibí por mi mal ese dinero;
uélvolo, de mi mal arrepentido:
ecójalo el Senado lisonjero
ue con dulces halagos me ha perdido;
no basta decir: —Tú lo miraras,—
lendo mis culpas y las suyas claras.»

Así como el que bebe mucho vino,
ardiendo se le sube á la cabeza,
stá con un airado desatino,
la razon no acaba si la empieza,
bravo y triste va por el camino,
el paso á varias partes endereza,
suspéndese ya, ya se apresura,
egun el fuerte humor de su locura;

Ó como la feroz sacerdotisa
n el templo de Apolo endemoniada,
ingiéndose divina profetisa,
ndaba en mente y ojos elevada,
a espacio, ya parándose, ya aprisa,
en todo con razon desatinada,
ues llevaba en su pecho furibundo
l insolente rey del cáos profundo;

Tal se fué Júdas, y dejó medrosos
los que allí su plática escucharon,
en busca de los montes cavernosos
oló, donde sus furias le aguijaron:
a fijaba los ojos codiciosos
ue á hambre de dinero le incitaron,
los clavaba atentos en el suelo,
a en sí, ya en sus cuidados, ya en el cielo.

Satanas, el demonio que en la cena
espues entró del sumo Sacramento
n su cuerpo, le daba horrible pena
nuevo y asperísimo tormento;
el alma triste y de pavores llena
e la ofuscaba el infernal portento;
como que él así su mal decia,
stas internas voces le infundia:

«¿Qué haces, miserable, ó qué pretendes?
ué pretendes ó intentas, miserable?
Conoces tu maldad, tu culpa entiendes,
al Señor que ofendiste inexorable?
l al ofensor y al ofendido atiendes,
allarás tu pecado inexcusable,
agotada con él la fuente inmensa
ue la gracia y perdon mana y dispensa.

»A Dios vendiste, no vendiste al hombre,
l hombre solo; á Dios, á Dios vendiste:
ira y penetra de Jesus el nombre,
la culpa verás que cometiste;
para que tu ingenio vil se asombre
vengas á saber lo que hiciste,
uién es Dios y Jesus contempla y nota,
el mal verás de tu conciencia rota.

»Es Dios el mismo bien: ¿qué más se puede
más se debe en tu maldad decirse?
cuanto se imagina Dios excede;
ue no es sugeto Dios para sentirse;
á tu culpa lo mismo le sucede,
así no tiene voz con que exprimirse,
i tan profundo y tan sutil conceto
ue la dibuje con pincel perfeto.

»Del abismo infinito de la nada
ios te sacó, y produjo al sér humano;
lma te dió de bienes adornada,
en tí sopló su aliento soberano:
Cómo ha sido esta dádiva estimada?
or tu maldad la recibiste en vano;
las ¡ojalá que solo en vano fuera,
contra el bienhechor no se volviera!

»Como el cuervo traidor, al dueño amigo,
espues de alimentado, atiende al ojo,
o para ser de su bondad testigo,
ino para llevárselo en despojo;
sí tú, Júdas, pérfido amigo,
iguiendo tu alevoso y fiero antojo,
Dios mirabas, no para estimarle,
ino para vendelle y desprecialle.

»¡Y á Jesus, á Jesus, (¿quién tal juzgara?)
Que te admitió á su noble y santa escuela!
¡Intolerable ofensa, culpa rara,
Que al mismo infierno con razon desvela!
¿Qué hallaste en aquella ilustre cara
Que á los supremos ángeles consuela,
Y en aquella mesura y sér, bastante
A enternecer entrañas de diamante?

»Y en aquellos compuestos ojos bellos
Que están por tí escupidos con salivas;
Y en aquellos gravísimos cabellos
Que hoy han mesado manos vengativas;
Y en aquellos sus labios, en aquellos
Labios ó puertas de corales vivas,
Ya casi muertas, y en su voz, ¿qué viste,
Y en él todo, que así lo aborreciste?

»Bien que no quedarás sin justa pena:
La pena llevarás de tu pecado;
Como tu culpa y la razon ordena,
Serás á eternos males condenado:
¿No te acuerdas que dijo allá en la cena
(Y hablaba contigo lastimado):
—Tuviera por mejor no haber nacido
El que me ha de vender?— Tú le has vendido.

»¿Qué aguardas, oh traidor? ¿Que resucite,
Y del sepulcro salga con victoria,
Y vida y fama, vencedor, te quite,
Y en tu sangre y honor bañe su gloria?
¿Esperas que los ánimos incite
De los que han de saber tu indigna historia
A que lo venguen todos de tí mismo?
No es tanto bajar vivo al hondo abismo.

»El dijo, bien lo sabes, que sería
Preso, azotado, y escupido, y muerto:
Ya se llegó, ya se llegó este dia:
Parte de lo que dijo, sale cierto;
Y saldrálo tambien la profecía
Donde avisó que, habiendo en la cruz muerto,
Volveria á la luz resucitado:
Volverá, y pagarásle tu pecado.

»¿Quién podrá los inmensos resplandores
De aquel rostro mirar con ojos vivos,
Que no le opriman rígidos temblores,
Miedos y asombros tristes y nocivos?
Cuantos agora claman vencedores,
Cobardes, temerosos, fugitivos,
Pedirán á los montes que los hundan,
O en el infierno mismo los confundan.

»Pues no aguardes á ver tan poderoso
Al que tan flaco por tu mal vendiste,
Y en alta dignidad maravilloso
Al que sin ella entre los piés trujiste,
Y rey de todo el mundo venturoso
Al que para prenderlo traza diste:
No será tan horrible ver la muerte
Como ver su temida y buena suerte.»

El crudo Satanas esto decia,
Y aquesto Júdas con dolor pensaba;
El demonio sutil lo proponia,
Y el confuso traidor lo imaginaba:
El perdon de la gracia le escondia
Aquel, y este tambien lo despreciaba;
La culpa sola, y sola la justicia
Pintando con rigor y con malicia.

Desesperado así, dijo el mezquino
Con voz horrenda y ansia intolerable:
«Dejad, mis piés, el infeliz camino;
Acábese mi vida miserable:
No quiero ver á Cristo, rey divino,
En silla ilustre y pompa venerable:
Esta soga me apriete la garganta
Y quíteme el asombro que me espanta.»

Dijo; y tiñóle el rostro desmayado
Una confusa amarillez horrible;
Todo el cabello se le alzó erizado,
Y el cuerpo le cubrió un sudor terrible:
A un tronco de higuera levantado
Se subió, y el espíritu invisible
Le siguió para darla ayuda en ello,
Y echóse una gran soga al triste cuello.

Ató el cordel bruñido al ramo fuerte;
Y contra el cielo y contra sí rabioso,
Suspenderse dejó de aquesta suerte,
Al aire dando el cuerpo contagioso:
Abrazóse con él la fiera muerte;
Y Satanas, contento y presuroso,
Hizo las veces de cruel verdugo,
Poniendo en su cerviz el mortal yugo.

Apénas hubo el alma despedido,
Cuando el aire cercano se alborota;
Y el viento, por el valle sacudido,
Barre el polvo y los árboles azota:
Por medio queda el mísero partido,
Y las entrañas por el medio brota,
Y el suelo apénas sustentallas puede:
Tanto ellas manchan y el cadáver hiede.

Cristo con la sagrada ciencia infusa
Que lo secreto y lo distante mira
Y en su elevado ingenio está difusa,
Duélese en paz, sin novedad se admira:
Dentro en su mente á Satanas acusa;
Por el traidor con lástima suspira
Y gime; que es abismo de paciencia
Y un mar de amor y un cielo de clemencia.

«¡Que de mi escuela presa tal se lleve,
Dice entre sí, aquel lobo carnicero!
Que en mi ganado ya su hambre cebe,
Y mi senado no me deje entero!
¿Él, cuando yo padezco, á furor mueve
Las almas, por quien yo celoso muero?
¡Ah! ¿no bastaba ver á Dios atado,
Para que su cordel fuese quebrado?

»Mas, ¡oh Júdas traidor, Júdas perverso,
Que así ofendiste mi piedad benina!
Falsa opinion y parecer diverso
Sacaste de mi altísima doctrina:
Yo vine á redimir el universo;
Mi pasion á clemencia se encamina;
Mal sentiste de mí, Cain moderno;
Y así te abrasará su fuego eterno.»

Esto pensaba el único Dios Hombre,
Y de Júdas la pérdida sentía;
Que el celo conformando con el nombre,
Salvarle con su sangre pretendía;
Pero en este, á quien dió justo renombre
Su traicion alevosa, otros mil vía
De herejes patriarcas insolentes,
Falsos caudillos de engañadas gentes.

A los nósticos vía deshonestos
Anegados en fuegos detestables,
Y á la cristiana castidad opuestos
Con vicios de lujuria abominables,
Y en nocturnos gravísimos incestos
Las leyes profanando venerables;
Traza del mismo infierno cautelosa,
Para hacer la cristiandad odiosa.

Y á Sabelio tambien desvanecido
Queriendo penetrar con baja ciencia
El increado consistorio unido
En tres personas, pero en una esencia;
Y soberbio, furioso y engreido
Por no sé qué fantástica insolencia,
Negar la distincion que las divide
Y la unidad purísima no impide.

Y al ambicioso y vil Samosateno,
Padre infeliz del mágico Anticristo,
Que, de fe falto, de piedad ajeno,
Por hombre solo predicaba á Cristo,
Por hombre de verdad y gracia lleno,
Mas en pura y mortal persona visto;
Contra el cual un concilio congregado
Por esto le quitaba el obispado.

Y á aquel tambien que al Padre poderoso
Y al paracleto Espíritu que inclina
A amor caritativo y religioso,
Acomodó la Encarnacion divina;
Y el género de muerte doloroso
Y la pasion de inmensa gloria dina
Que sufrió solo el humanado Verbo,
A tres personas aplicó protervo.

Y Arrio, que un hijo natural fingía
De Dios, menor que Dios en la excelencia,
Que ántes del mundo producido había
Dios, pero no de su infinita esencia;
A quien la lumbre del eterno dia,
Y sobre el mundo y tiempo la eminencia
Negaba; mas con ésto su pecado
Le vió Cristo pagar desentrañado.

Y á Macedonio vió, que al Amor santo,
Y por esencia Dios inaccesible,
No quiso dar el religioso canto
Que ofrece y debe á Dios la fe infalible,
Por no admitir que el uno y sacrosanto
Sér de aquella bondad indivisible
Sin distincion se halla en tres personas,
Y que una así merece en tres coronas.

Y al Catafriga y pérfido Montano,
Eunuco torpe, ayunador moderno,
Que enseñó con espíritu profano
Ser del eterno Dios el soplo eterno;
A quien el infeliz Tertuliano,
Aspero en vida, rígido en gobierno,
Siguió, primero insigne y gran maestro
Y en confundir herejes sabio y diestro.

Y á Mánes, padre de almas insípientes,
Por su loca promesa desollado,
Que fingió dos principios diferentes,
El uno al bien, el otro al mal usado;
Y en muchos siglos y en diversas gentes
Fué por sumo Profeta venerado;
Y la pasion de Cristo verdadera
Negó, formando de ella una quimera.

Y á Apolinar, que neciamente dijo
Que la Divinidad inestimable,
Naturaleza del eterno Hijo,
Era el alma de Cristo perdurable;
Y condenado, nunca se desdijo,
Si bien, como culebra deleznable,
Vistiendo nueva piel, se deslizaba;
Mas la antigua y herética ocultaba.

Y á Nestorio, que en Cristo dos supuestos,
Accidental y flacamente unidos
Y á la escritura y tradicion opuestos,
Solemnizó con falsos apellidos;
A quien, saliendo con sus armas prestos
Los griegos y romanos mas lucidos,
Vencieron y probaron que María
En carne al mismo Dios parido había.

Y al Eutiques, no ménos extremado,
Que negó en Cristo dos naturalezas,
Despues que el Verbo eterno fué encarnado,
Pobre manifestando sus riquezas:
¡Oh cuánto yerra el hombre confiado
En sus vanas y torpes agudezas,
Midiendo con su corto pensamiento
El infinito y sumo entendimiento!

Y al que á Cristo, de Dios propio y nativo
Hijo y del Padre altísimo conceto,
Hombre le predicó, Hijo adoptivo;
Que es ser Hijo de Dios, más imperfeto:
Falso maestro y á la fe nocivo,
Y de Nestorio seguidor secreto,
Pues pide la adopcion persona extraña,
Y á Cristo la de Dios siempre acompaña.

Y al otro que los mil años gloriosos
Despues del grande y general jüicio,
Para los hombres en virtud famosos
Inventó por supremo beneficio:
Los cuales en la tierra venturosos
Y libres de cualquier terreno vicio
Habian de vivir en paz segura;
Como si ver á Dios no es mas ventura.

Y al lascivo español Priciliano,
De la nóstica cepa vil sarmiento,
Y en vano poderoso, y docto en vano,
Pues no tomó en sus penas escarmiento;
Que, de buen caballero cortesano,
Lobo se hizo de almas fraudulento,
Y en España infeliz hereslarca,
De hombres carnales sucio patriarca.

Y al otro mal nacido Vigilancio,
Que al virginal espíritu igualaba
Del santo matrimonio el gran cansancio,
Y él de monje la vida profesaba:
Infame justamente Dormitancio,
Como el Dalmata ilustre le llamaba,
Y alma de los apóstatas modernos,
Dignos de arder en fuegos siempre eternos.

Y al que negó á la Vírgen excelente,
Madre de Dios y archivo de pureza
Y del honesto amor cándida fuente,
Su inmaculada y única limpieza:
Contra quien Ildefonso, diligente
Y sabio defensor de su entereza,
Escribió libros de inmortal doctrina,
Y la casulla recibió divina.

Y al que rompió las ínclitas figuras
De los santos en ellas adorados,
Consuelos religiosos de almas puras,
En que ven sus amigos retratados;
Que no adoramos, no, las piedras duras
Y tablas do parecen dibujados;
Sino al santo en la imágen esculpido,
Y á su dibujo con el santo unido.

Y al que negó de la divina gracia
Tú fuiste ¡oh mal Pelagio aborrecible!)
El gran poder y altísima eficacia,
A los pequeños solo inteligible:
Maldiga el bien tu dura pertinacia,
Bestia indomable, fiera incorregible;
¿No puede Dios prestar, para su intento,
Dulzura y eficacia al movimiento?

Y al que fundó la secta luterana,
Monstruo del mundo, parto del infierno,
Que no creyó la libertad humana,
Viéndola él mismo en su infeliz gobierno;
Azote de la diestra soberana,
Despues echado al fuego del infierno:
¡Oh si tu odiosa madre no naciera,
O, ya que mal nació, no te pariera!

Y el que ser producida ántes del hombre
El alma racional dijo protervo,
Y que el varon del saludable nombre
Murió para salvar al ángel siervo,
Y que tiempo vendria que el Dios Hombre
Glorificase al rey del cáos superbo,
Allá verá en su daño el miserable
Cómo es siempre el infierno perdurable.

Y al primer enemigo malicioso
De los siete sagrados sacramentos,
O del más principal y generoso
Que se nos da en divinos alimentos;
Y otro perverso número copioso
De fieros mostruos y hórridos portentos,
Contrarios á su amada Iglesia pia,
Cristo en Júdas con ciencia infusa via.

Vialo, y con dolor al sumo Padre
Favor para su Iglesia demandaba,
Que ha de ser de infinitos hijos madre,
A quien tanto peligro amenazaba:
Al soberano Presidente cuadre
Librarnos siempre de la furia brava
Desta canalla herética insolente,
Pues de la santa Iglesia es Presidente.

Mas cuando aquesto piensa el Rey bezino,
Del infierno la tropa inexorable,
Por un volcan abriéndose camino,
Sale á llevar el alma detestable,
Juzgada ya del tribunal divino
Y condenada al fuego intolerable;
El alma del apóstol avariento,
De injustas almas único escarmiento.

Ciégase el aire de confusa niebla,
Hinchese de cometas abrasados,
De noche ópaca y hórrida tiniebla
Y de grandes pavores erizados:
De fantasmas tambien varias se puebla
Y fantásticos cuerpos desalmados;
Y un horrísono asombro el valle ocupa,
Que ahuyenta el vigor, la sangre chupa.

¡Oh musa! que el temor de Dios inspiras
Representando al alma justas penas,
Y gloriosa en el cielo atenta miras
Las mazmorras de horror y presos llenas:
Tú, que á enseñarnos la verdad aspiras,
Ardiente agora infúndete en mis venas,
Y dame un pavoroso y grave canto
Que en voz dibuje el reino del espanto.

Dime el lugar de aquella cárcel dura,
Sus hondas plazas, fuertes calabozos,
Su rabia, su dolor, su desventura,
Iras, tristezas, miedos, alborozos;
Y de aquel rey de la infernal clausura
Las crueldades y muertes y destrozos
Que hace, sin matar á los culpados,
Entre hielos y llamas ahogados.

Diré dónde llevaron al mezquino
Que al mismo eterno Dios en venta puso,
Si tú me prestas el favor divino
Que en santas almas suele estar difuso:
Debajo deste mundo cristalino
Que Dios con dulce variedad dispuso,
Hay un lugar que sirve á los furores
De atormentados y atormentadores.

Una ciudad que en vivas llamas arde,
Pero sin claridad su ardiente fuego;
Que una perpetua tenebrosa tarde
Hinche sus llamas de un asombro ciego:
La noche sola hace aquí su alarde,
Mas no con blando y general sosiego
Como acá, de mil furias y quimeras
Bravas y oscuridades verdaderas.

Esta fué de los ángeles superbos
La segunda tristísima morada,
Do viven obstinados y protervos
En muerte para siempre dilatada:
Tambien los hombres de su gusto siervos
Tienen aquí su cárcel preparada;
Que si bien fué para demonios hecha,
Para castigo de almas aprovecha.

El suelo está de puntas mil cubierto
De agudo hierro en brasa convertido,
Cual pellejo de erizo armado y yerto,
Y en cada cual un gran dragon asido,
La fiera boca y el gaznate abierto
Para tragar al mísero afligido
Que en su parte le cabe, y vomitarlo
Al punto, y otra vez vivo tragarlo.

Es un hediondo y esponjado cieno
La materia del suelo tenebroso,
De emponzoñadas sabandijas lleno,
Y él tambien por sí mismo ponzoñoso:
Él brota llamas, y ellas dan veneno
Con que se ofusca el aire contagioso,
Do aparecen fantásticas visiones
De orcos, briareos, hidras, geriones.

Las paredes en alto levantadas
Hacen horrenda y pavorosa sombra,
Y unas con otras entre sí pegadas,
Que el verlas solo con espanto asombra:
Tienen los cuerpos y almas apretadas;
Y esto no obstante, en la fogosa alfombra
Están tendidas con mortal angustia,
Corazon afligido y frente mustia.

Ni se ve cielo aquí, ni luz parece,
Mas en vez de apacible y rico techo,
Sobre la vista lúbrica se ofrece
Un grande monte de peñascos hecho,
Que, pendiente en el aire, se estremece
Y amenaza ruina, y cae derecho,
Y de caer no acaba de su cumbre,
Dando extraño temor y pesadumbre.

De aquí tambien, como de cielo, llueve
No fácil agua, mas ponzoña cruda,
Que, bebida, el estómago remueve,
Provoca á bascas, y colores muda;
Y porque más rigor consigo lleve,
Baja con tempestad fiera y aguda
De fuertes rayos, negros torbellinos,
Horribles truenos, bravos remolinos.

Están así las almas tiritando
De miedo triste, de pavor confuso,
Y entre ellas los demonios asombrando
Corren en escuadron largo y difuso;
Y diversas injurias inventando,
Solo el hacerles mal tienen por uso:
Jamas en esta parte hubo contento,
Ni apariencia de bien paró un momento.

En grandes calabozos dividida,
Y llenos todos de sulfúreo fuego,
Está confusamente repartida
La tenebrosa cárcel del rey ciego:
El primero es de gente envanecida,
Soberbia y obstinada al blando ruego,
Que á los pobres y humildes no estimaba,
Y de su honor el ídolo adoraba.

Esta pasa la vida ó ve su muerte
Allí, pisada con desden terrible,
En fortuna infeliz y baja suerte,
Llorando su desprecio aborrecible;
Y juzga por ofensa y daño fuerte
No estar en aquel punto inaccesible
Del honor soberano que tenia,
Cuando alabada en majestad vivia.

Allí moran los ínclitos señores
Que en este mundo fuéron adorados;
Y para ser en dignidad mayores,
Como en ella, crecieron en pecados;
Y injurias, vituperios, deshonores
Siempre los atropellan despreciados:
¡Oh Césares, Pompeyos, Curcios, Fabios,
¿Qué os valió ser tan fuertes y tan sabios?

En el segundo están los avarientos,
Que del oro la espléndida materia
Juzgaron por el dios de sus contentos;
Y así por centro infame de laceria
Estos pasan gravísimos tormentos
En dilatada y última miseria,
Desnudos, tiritando al hielo triste
Que entre rígidas nieves los embiste.

Allí se acuerdan de los breves años
Que en púrpura y holanda se les fuéron,
Y de los ricos y flamencos paños
Que sus paredes con calor vistieron;
Y viendo ya sus miserables daños,
Lloran lo poco que á los pobres dieron:
¡Oh Midas, ¿qué te importa ya el tesoro,
Si al fin se convirtió en pobreza el oro?

En el tercero están hombres lascivos
Que á su carne sirvieron asquerosa,
Y allí de ardientes llamas fuegos vivos
Los encienden con fuerza poderosa:
De duro bronce toros vengativos,
En brasa transformados rigurosa,
Les queman rostro y brazos, pecho y piernas,
En esto edades padeciendo eternas.

Ratos pequeños de infeliz deleite
Con pena extraña en siglos infinitos,
Y el breve gusto de un fingido afeite
Pagan con males ciertos y exquisitos:
Ya en altas tinas de abrasado aceite,
Que encendieron sus mismos apetitos,
Ya en hondas nieves son atormentados:
¡Oh Alcides locamente enamorados!

En la cuarta mazmorra están rugiendo
Hombres airados, rígidos leones,
Sus propias carnes con dolor comiendo,
Y arpando con rigor sus corazones:
Tocan alarma siempre con estruendo,
De rabia llenos, llenos de pasiones,
Bosando contra tí, gran Dios, blasfemias
Porque con ira justa los apremias.

Arrójanles las furias infernales
Largas culebras de ásperas escamas,
Que, rompiendo sus pechos desleales,
En ellos soplan furibundas llamas:
La venganza, principio de mil males,
Y el odio cercan sus ardientes camas:
¡Oh modernos coléricos briareos!
Con tiempo reprimid vuestros deseos.

Los ricos y golosos avarientos,
Y en regalada mesa inexorables,
En la quinta mazmorra están, hambrientos
De los bienes que usaron deleitables;
Y de aguas turbias con razon sedientos
Los que vinos vertieron admirables,
Fuegos beben, no quedan satisfechos,
Boca y lengua abrasados, vientre y pechos.

¡Oh tú, gloton, de Lázaro enemigo!
¿Adónde están las púrpuras y holandas
Que te sirvieron de esplendor y abrigo,
Las dulces mesas y las camas blandas?
Ya eres de todo aquesto vil mendigo,
Agua te niegan, faltante viandas,
Y llamas son tus ropas halagüeñas,
Y tus tiernos regalos, duras peñas.

De ponzoñosas víboras ceñidos
Se mantienen los tristes envidiosos,
En pantanos de nieve sumergidos,
De sus mismos venenos ponzoñosos:
Los corazones ásperos mordidos
Tambien de viboreznos contagiosos,
Aullan como perros lastimados,
De la gloria de Dios apesarados.

Tú, fundador de los soberbios muros
Que amasaste con sangre de tu hermano,
Junto á los otros enemigos duros
Y odiados hijos del feroz Tebano,
Que, por envidia contra sí perjuros,
Unirlos procuraba el fuego en vano,
De tu mismo Criador tienes envidia,
Y tu alma contigo, ardiendo, lidia.

Y á los que la pesada y vil pereza
Movió con flojedad el paso lento,
Entre puntas de acero con fiereza
Trae jugando un ejército violento:
Gimen allí, sacuden su tibieza,
Y el suelo empapan con sudor sangriento,
De su profundo sueño arrepentidos,
Y en la séptima cárcel detenidos.

En estas se reparten siete casas
Los grandes condenados pecadores,
Cubiertos siempre de encendidas brasas
Y llenos de agudísimos dolores;
Pero tú, Júdas, que en maldad traspasas
A los portentos en pecar mayores,
Una cárcel ocupas, donde todos
Los males juntan sus diversos modos.

Que tu, en vender á Dios, soberbio fuiste
Y avaro, pues por precio le entregaste;
Y adulterio del alma cometiste,
Pues al divino Esposo repudiaste;
Y á la pasion airada te rendiste,
Pues con tal brevedad lo ejecutaste;
Y á gula, pues el único alimento
Profanaste del sumo Sacramento.

Y el honor envidiaste religioso
Que hizo al buen Jesus la Magdalena,
Y en alcanzar virtudes perezoso
Fuiste en la escuela de virtudes llena,
Y centro de traidores alevoso;
Y así todo te culpa y te condena,
¡Oh mísero, infeliz, desesperado!
Que fué á la postre tu mayor pecado.

Por eso aquellas furias infernales
En una cárcel nueva le pusieron,
Donde, mezclados en tropel, los males
De todas las mazmorras le siguieron;
Y porque en su maldad no tuvo iguales,
Solo y siempre cercado le tuvieron:
Y así, entre ardor y hielo, noche y niebla,
Le confunden horrores y tinieblas.

Mas en tanto, admirado el Presidente
Del furor contumaz y entera saña
Y cruda envidia de la hebráica gente
Que al popular estrépito acompaña,
Ni se atreve á seguir el fuego ardiente
De aquel ímpetu loco y furia extraña,
Ni á repugnar su bárbaro deseo;
Y un medio escoge grave, odioso y feo.

Manda azotar á Cristo, imaginando
Templar así la rabia poderosa
De aquel perverso y enemigo bando,
Que, contra Dios rugiendo, no reposa.
Ya vas la santa rectitud doblando
Con débil pecho y alma temerosa,
¡Oh Pilatos! Ya tuerces la justicia:
¡Ah! ¿Tanto puede una vulgar malicia?

Tú mismo, ¿no juzgaste su inocencia,
Y en público por tal la confesaste,
Su valor viste, y viste su prudencia,
Y encogiendo los hombros, le admiraste?
Tú mismo, ¿no tuviste reverencia
A aquel divino aspecto que alabaste?
¿Cómo á tanto castigo le condenas,
Si solas culpas dignas son de penas?

Pensó Pilatos que importaba poco
Romper la soga por lo más delgado,
Y el que de un rey tenido fué por loco,
Ser, aunque contra leyes, azotado.
¡Oh mi Dios! tu favor agora invoco,
Agora, que te miro despreciado;
Y tanto, que no juzga al Presidente
Tu afrenta vil por grande inconveniente.

Un corazon devoto, un alma pia
Me presta y un sencillo entendimiento,
Y una amorosa voluntad me envia
Desde tu celestial divino asiento,
Que inflame y gaste la tibieza mia,
Y en mí conciba un alto pensamiento,
Y engendre un singular y nuevo canto
Envuelto en ronca voz y triste llanto.

Pobre consideró Pilato á Cristo,
De condicion humilde y pecho afable,
Y con la turba popular malquisto,
Y más con el Senado inexorable:
No habia de su parte y causa visto
Un defensor siquiera favorable,
Y así entendió que nadie se quejara,
Aunque fuese la injuria enorme y clara.

No Cristo, que su silencio valeroso
Opuso en contra de su grave ofensa,
Y un ánimo en sufrir maravilloso,
Juzgó por ilustrísima defensa;
Ni aquel su apostolado religioso,
Que á su amor dió tan mala recompensa,
Ni sus amigos, que cobardemente
Del peligro huyeron aparente.

Atrevióse por esto á sentenciallo
Por complacer á la canalla fiera
Que á muerte procuraba condenallo,
Cual si la muerte en Dios vida no fuera:
Oh mal juez! ¿No temes azotallo,
Dar pena de culpas tan severa
Al autor inmortal de la justicia,
Porque no hay quien reclame á su malicia?

Pues quejaráse della el mismo cielo,
Cubrirá su faz de negro luto,
Al mundo triste negará el consuelo
De la luz clara, que es su propio fruto:
Quejaráse tambien sentido el suelo,
Á tan grave dolor dará en tributo
Piedras partidas con terrible espanto,
Que así hagan en ronco son su llanto.

Quejaránse las hondas sepulturas,
Pidiendo á los difuntos venerables
Con llaves de horror las cerraduras,
Por do gimen con voces lamentables;
Quejaránse todas las criaturas
Con muestras de su pena memorables,
Pidiendo contra ti la grande afrenta
Del supremo Señor que las sustenta.

Con todo, manda que azotado sea,
Dice al duro pueblo que, azotado,
Allí cumplida libertad desea,
Con el castigo viéndolo enmendado:
Con esto su injusticia colorea,
Complace pretendo al mal Senado.
¿Qué hallaste ¡oh loco! en ese Rey divino,
Digno de veneracion, de enmiendas dino?

¿Los sermones que hace milagrosos,
Que ablandan pechos, justifican almas?
Los prodigios que acaba misteriosos,
Merecedores de perpetuas palmas,
Y que del mar los ímpetus furiosos
Convierte en frescas y apacibles calmas?
¿Que cura enfermos, resucita muertos,
Y multiplica el pan en los desiertos?

¿Dignas de correccion, dignas de enmienda
Son estas obras de su mano santa,
Para que el hombre la verdad aprenda
Que al cielo, de la tierra, lo levanta?
Enmienda, injusto presidente, enmienda,
Con fuerza inclina, con rigor quebranta
El cuello altivo y corazon sañudo
Dese cabildo atroz y pueblo crudo.

Desos de patriarcas homicidas,
Que al Profeta evangélico aserraron,
Y las preciosas y admirables vidas
A Jeremías y Abacuc quitaron;
Y con sus manos, en crueldad teñidas,
Entre el altar y templo degollaron
Al sabio Zacarías porque dijo
Que Cristo era del Padre Eterno el Hijo.

A esos enmienda, y tus acciones rige;
Que te arrojas cobarde á la injusticia:
Tu miedo enfrena y ambicion corrige,
Y osado sigue la virtud patricia:
A defender al mismo Dios dirige
La vara que él te dió de la justicia,
Y enmendar no procures indiscreto
La igualdad suma y el saber perfeto.

Pero mándalo, y hácese al instante:
¿Y Cristo va á sufrir tan grave pena?
¿Dios á ser azotado? Al cielo espante
Humildad tal de amor y asombro llena:
Así fué que la casa rutilante,
Rica de gozo, y de pesar ajena,
Se estremeció, y el Rey omnipotente
Llamó á sus cortes á la empírea gente.

La muestra sola de su digno imperio,
En su divina mente declarada,
Al Artico y Antártico hemisferio
Hizo temblar de la region sagrada;
Y el sol paró su carro al gran misterio,
Y turbóse la luna plateada,
Y el bello coro de la octava cumbre
Con reverencia suspendió su lumbre.

Vinieron los espíritus hermosos
Que el rio beben de la eterna gloria,
Desde el punto que humildes y animosos
A Lucifer ganaron la victoria;
Y á los palacios de su Rey preciosos,
Do vive deste hecho la memoria
En dibujos que de oro se formaron,
Las rodillas devotos inclinaron.

Y el sumo Padre abrió su hondo pecho,
Aun á las sacras mentes escondido;
Que es de Dios propio y singular derecho
El ser solo de sí comprehendido;
Y lo que habia en Cristo el mundo hecho,
En una idea lo mostró esculpido,
Y la injuriosa y grave y triste afrenta
Que en azotarlo como á siervo intenta.

Encogieron sus alas, admirados
Viendo tal, los ardientes serafines,
Y sus ojos cubriendo avergonzados,
Alto asombro ciñó á los querubines:
Los tronos abatieron, espantados,
Al suelo sus guirnaldas de jazmines,
Y las dominaciones excelentes
Olvidaron sus cetros eminentes.

Los grandes principados se hundieron
En un abismo de humildad notable,
Las sumas potestades voces dieron
Con justo celo y ánimo aceptable;
Y las virtudes más virtud pidieron
Para vengar la ofensa intolerable;
Los arcángeles «gloria á Dios» clamaron;
Y «al hombre paz» los ángeles cantaron.

Retumbó el cielo cóncavo al sonido
De la extraña y suave melodía;
Que allí el asombro es luz, gozo el gemido,
El celo paz, y el llanto es alegría:
El Padre pues del Verbo esclarecido,
Junta ya la gloriosa compañía,
Moviendo con amor sus corazones,
Estas dijo gravísimas razones:

«El hombre azota á mi sagrado Verbo,
Por el hombre á la tierra descendido;
Honrad el espectáculo de siervo
Que hacer á mi Hijo he permitido:
El hombre muestra un ánimo protervo,
Y él para el hombre un ánimo rendido:
Id apriesa, y veréislo; y no cansados,
Le dad mil alabanzas humillados.»

Dijo el Eterno Padre y Rey clemente,
Y á cada cual le dibujó en el seno
El consuelo que instaba conveniente
Al Hijo, de mortal congoja lleno;
Y al punto el escuadron resplandeciente
Que alegre huella el cielo más sereno,
Obedeciendo sale por las puertas
Que están siempre á los ángeles abiertas.

Cual suele en el otoño borrascoso,
Cuando azota los árboles el viento,
Bajar en monte oscuro ó valle umbroso
El ejército de hojas macilento;
Que al batir de las ramas presuroso,
Y del cierzo al espíritu violento,
En tierra dan con fuerza, desasidas
De los pezones con que están unidas;

O cual las aves, nuncios del verano
Y de la fraternal fingida pena,
Huyendo, el suelo dejan africano
Con justo miedo de su ardiente arena;
Que en muchedumbre y escuadron lozano
Las frescas flores de la Europa amena
Vencen y buscan, halagando al dia
Con nueva chirriadora melodía;

Tal se descuelga por el aire apr'esa
La gran tropa de espíritus al vuelo,
Que de arreboles una lluvia espesa
Parece, que despide el mejor cielo:
De amar á Dios y de cantar no cesa
En el discurso de su limpio vuelo
La bella escuadra, como á los albores
Del alba roja dulces ruiseñores.

Alaban al que tanto ha padecido
Por el hombre mortal, en carne humana,
Y voz de pena y canto de gemido
Mezclan en su armonía soberana;
Que es suavidad envuelta en un sonido.
Que, causando temor, dulzura mana,
Confesion propia de ángeles prudentes
Que imitan nuestros varios accidentes.

Van á Salén, y á Cristo maniatado
Ven, y los ojos en la tierra puestos,
Los ojos de aquel rostro mesurado,
Graves y con hermosa luz honestos:
Los ojos en que el sol avergonzado
Se mira como en soles dos modestos;
Los ojos que á las almas enamoran,
Y el cielo de lucientes rayos doran.

Ven los ojos en tierra y ven las manos
Apretadas atras; las manos fuertes
Que adoran los empíreos cortesanos,
Y donde están del bien las varias suertes;
Las manos que los ínclitos ancianos
Que huellan vidas y desprecian muertes,
Besan, y rinden sus coronas bellas,
Forjadas de purísimas estrellas.

Ven escupido el rostro venerable,
El rostro de su Dios ven escupido;
Y el cabello de obrizo inestimable,
Enmarañado ven y escarnecido;
Y el cuerpo de belleza incomparable,
De polvo y sangre y de sudor teñido,
Con sogas preso, atado con cordeles
Y cercado de bárbaros crueles.

Venlo, y de verlo así quedan pasmados;
Y dicen: «¿Es aqueste el Rey Eterno;
Que á nosotros, espíritus sagrados,
Mantiene y rige con feliz gobierno;
Por cuyo gran poder fuimos criados,
Con ser sobre los tiempos eviterno,
Y nos produjo en un instante solo,
Hollando el mismo excelso y grande polo?»

Esto y más dicen; y del bajo suelo,
Donde Cristo los mira en el pretorio,
Hacen un asombrado y alto cielo
Y un celestial y angélico auditorio:
Humildes notan con ferviente celo,
Como desde un supremo consistorio,
El mayor espectáculo que han visto
Al santo amor representar de Cristo.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Despacha Lucifer su tropa aguda,
Y al mundo sube el escuadron molesto;
Y Cristo en el pretorio se desnuda,
Y alábanle sus ángeles por esto:
Es azotado con fiereza cruda:
Súfrelo con espíritu modesto;
Y san Miguel, en su alabanza y gloria,
Le canta de los mártires la historia.

Mas Lucifer en el profundo averno
Su mal publica, su dolor pregona,
Entre abrasado estío y crudo invierno,
Donde sustenta su infeliz corona:
Las bravas furias del odioso infierno
Junta, y así confuso les razona,
Lleno de espanto y con pavor terrible,
Y en pensamientos, pero en son horrible.

«Mucho se encubre aqueste Dios humano,
Mucho se encubre, no lo he conocido:
Ya me parece un hombre soberano,
Ya un Dios á mil bajezas abatido:
En vano he trastornado el mundo, en vano
Estorballe la muerte he pretendido:
Si es Dios, parece que morir procura,
Si es hombre, de la vida no se cura.

»Sea quien fuere, claramente vemos,
En lo que habeis con trazas intentado,
Que impedille la muerte no podemos,
Pues todas, todas nos las ha frustrado:
Triste, confuso y entre dos extremos
De su vida y su muerte me ha dejado;
No sé qué me hacer; la muerte quiere:
Muera pues con mil muertes, ya que muere.

»Tomemos dél una mortal venganza;
En él hagamos un furioso estrago;
De quitalle el morir no hay esperanza:
Muera, y de sangre vierta un grande lago.
Cada cual tiña en su dolor su lanza;
Del mal que nos ha hecho lleve el pago.
¡Sus! mis bravos leones; id apriesa
Al mundo en tropa oscura y banda espesa.

»Ejecutad las mas agudas artes
De darle pena, de hacerle daño,
Aunque le cerquen gruesos baluartes
De exquisito favor, de auxilio extraño,
Que Dios se le dará por todas partes;
Mas vosotros, por fuerza ó por engaño,
Mi voluntad cumplid, caminad luego
Como á la esfera propia el veloz fuego.»

Dijo; y los furibundos escuadrones
De espíritus á rabia condenados
Suben á las diáfanas regiones
De los aires, en clara luz bañados,
Y en centurias, cohortes y legiones
Partidos van, sin órden concertados;
Y todos juntos al pretorio llegan,
Y allí alborotan cuerpos, y almas ciegan.

Corren á los pontífices hebreos,
Y mézclanse con ellos de repente,
Y para trasfundilles sus deseos,
Dícenles delicada y vivamente:
«En fin levantará grandes trofeos
De vosotros, ¡oh noble y sabia gente!
Viéndose sano y de prisiones suelto,
Jesus, y á su grandeza y gloria vuelto.

»Será con cuatro azotes castigado,
Y saldrá luego de la cárcel libre,
Y á fe que del pequeño mal curado,
En vuestro daño ardientes rayos vibre:
¿Harále por ventura estar callado
Éste gran senador del vano Tibre?
En saliendo veréis cómo su lengua
Poderoso ejercita en vuestra mengua.

»Ya me parece que arrogante habla,
Asentado en su cátedra pomposa,
Y poco á poco su negocio entabla
En la gente del vulgo temerosa;
Y con su voz devota y dulce habla,
Y con algun milagro ó tal que cosa,
Lenguas se hace al punto en su alabanza
Este poblacho vil que más no alcanza.

«¿Consentiréis que hipócritas os llame,
Y así de la verdad mártir divino?
¿Que honre su escuela, y que la vuestra infame,
Y que todos le dén aplauso indino?
¿Sufriréis que en el templo á voces clame:
—El que quisiere, siga mi camino,
Y la cruz de prision que yo he pasado
Tome luego en sus hombros no esforzado—?

»¿Llevaréis en paciencia que os arguya
Sobre quién es, ó cúyo hijo, Cristo,
Y altivo, en dos palabras os concluya,
Por esto en la república bienquisto,
Y que el más docto de encontrarse huya
Con él, habiendo su agudeza visto,
Y cabizbajo y pensativo quede,
Porque en ciencia le gana, en sér le excede?

»¿Llevaréis en paciencia que, llegando
A preguntalle si ha de dar tributo
El israelita religioso bando
A César, diga con donaire astuto:
—Esta imágen ¿qué está representando?—
Y os cubra el corazon de negro luto,
Infiriendo—Lo que es de César daldo
A César, y lo que es de Dios pagaldo—?

»¿Llevaréis en paciencia que se baje,
Y que escribiendo no sé qué en la tierra,
De vuestra pretension el curso ataje,
Y con polvo no más os haga guerra?
Y que un plebeyo vil, de mal linaje,
Y que su misma patria le destierra,
A tantos nobles sin razon afrente,
Y quitalles la vida y fama intente?

»¿Sufriréis que la fiesta sacrosanta
Profane más curando enfermedades,
Y al tiempo que sin órden la quebranta,
Defienda voluntarias falsedades,
Y con tanto rigor, con fuerza tanta,
Que ofusque las clarísimas verdades,
Y pruebe sin disputa sus intentos
Los hombres comparando á los jumentos?

»¿Consentiréis que el vulgo variable
Sobre los cielos con favor lo empine,
Y a todo este concilio venerable
Con aplausos magníficos indine,
Y otra vez en triunfo incomparable,
Postrándole sus ropas, desatine?
Y si os parece ya que le desprecia,
Mirad que es pueblo rudo y gente necia.

»Ni en mudar bultos la triforme luna,
Ni en turbulento mar veloz galera,
Ni en rodar con presteza la fortuna,
Ni al recio vendabal hoja lijera,
Ni á la corriente de aguas importuna
Delgado junco en húmida ribera
Es tan presto, tan fácil, tan instable,
Como es el vulgo en elegir mudable.

»Muera, muera, pontífices fiéles,
Si no, como intentais, crucificado,
A lo ménos con látigos crueles
Y mortales azotes desangrado:
Romped procesos y dejad papeles;
Ya está, cual importaba, sentenciado
En el castigo; muera en el castigo
Infame, caiga muerto el enemigo.»

Así hablan, callados, los terribles,
Representando inciertas fantasías,
Y arrojan luego víboras horribles
En las entrañas de piedad vacías;
Y ellas, en el moverse imperceptibles,
Emponzoñando van las venas frías;
Entranse en las médulas más secretas,
Y alborotan las partes más quietas.

Llegan al corazon, soplan envidia,
Vomitan ira, y ambicion encienden:
El un afecto con el otro lidia,
Y todos á dañar á Cristo entienden:
Fuera el sosiego va, fuera la acidia;
Con ardiente furor la causa emprenden,
Su gravedad olvidan espaciosa,
Y procúraule muerte presurosa.

Cual suele trompa de París lijera,
De valientes mozuelos azotada,
Que, en rueda juntos, con veloz carrera
Bailando, no la dejan sosegada;
Tal la canalla del averno fiera
Trae á la de Salén alborotada,
De verdugo en verdugo pretendiendo
Que Jesus muera en el castigo horrendo.

Danles dinero y hácenles promesas
Mayores, con que á furia los incitan,
Y ellos, movidos con las mandas gruesas
Y con los dones, más y más se irritan;
Y cual si fueran ínclitas empresas
Matar á Dios, sus fuerzas habilitan,
Azotes buscan, látigos componen,
Y á la feroz hazaña se disponen.

Los demonios tambien ocultamente
A una sed los provocan insaciable
De la sangre del Hombre omnipotente,
Que á su furor se rinde inexorable.
Velos el Padre Eterno y los consiente:
¡Ay Dios! aqueste golpe intolerable
¿Adónde parará si los hebreos
Y gentiles dan fin á sus deseos?

Llegan pues los verdugos cohechados,
Y comienzan con ímpetu furioso
A desnudar los miembros delicados
Del Señor de señores poderoso:
Con modo vil y agravios nunca usados
El vestido le quitan religioso
Y hecho por las manos virginales
De la Reina de reyes inmortales.

Allí le dan crueles empellones
Y le dicen palabras desmedidas;
Ofréndenle con duros bofetones
Y desprecios y burlas atrevidas:
Afrentas buscan, buscan invenciones
Nunca pensadas y jamas oidas,
Con que dalle dolor, causalle pena,
Y el infierno las halla y las ordena.

Todo lo sufre con amor suave,
Y callado, el mansísimo Cordero
Que del supremo bien tiene la llave
Y es de Dios puro el resplandor sincero;
Y con sereno rostro y pecho grave,
Del mismo sér archivo verdadero,
Obedeciendo á la canalla cruda
Que desnudar le manda, se desnuda.

Descubre aquellos brazos admirables
Que de los orbes ciñen la gran rueda,
Y los divinos hombros incansables
Adonde está como en su centro queda;
Y aquellos pechos á la esposa amables,
Do mora la beldad graciosa y leda,
Y las columnas sobre basas de oro,
Fábrica celestial, sumo tesoro.

Bien así cual doncella generosa
Que al limpio estanque da su carne pura,
En el agua se mira vergonzosa
Cuando retrata en ella su figura;
Y si tropa de gente maliciosa
La vido y codició su hermosura,
Torna, con la vergüenza que la mueve,
En grana carmesí la blanca nieve;

Así Cristo, mirándose desnudo
A los ojos de aquella infame gente,
De la vergüenza el sentimiento agudo
No reprimió, y brotó sensiblemente:
Habló con lengua roja el licor mudo
Que comenzó á teñir su blanca frente
Y cuerpo bello de marfil preciado,
Ya con ardiente púrpura ilustrado.

Los ángeles, que á Dios desnudo vieron,
En la tierra temblando se postraron,
Humildes gracias por su amor le dieron,
Y dignas alabanzas le cantaron:
A aquella santa desnudez sirvieron,
Y los divinos miembros adoraron
Con aquestas dulcísimas razones,
Nacidas de admirados corazones:

«Salve tú, que de luz hermosa el cielo
Y de arreboles vistes la mañana,
De flores varias el pintado suelo,
Y de ilustre candor la nieve cana:
Salve, desnudo y general consuelo
Del alma pobre y con su Dios ufana,
Que por vestir al hombre despojado
Desnudas hoy tu cuerpo venerado.

»Los pájaros te dén sacros loores,
De ricas plumas viéndose vestidos;
Y los montes con bellos resplandores,
Mirándose en el alba esclarecidos;
Y los campos de finos mil colores,
Cual de ropas de fiesta revestidos;
Y el mundo que adornaste de tus bienes,
Pues tu cuerpo desnudo al aire tienes.»

Tal los prudentes ángeles decian;
Y mucho más suspensos contemplaban
Cuando á Cristo los pérfidos asian
Y á la columna en peso le llevaban;
En el rostro y el cuerpo le herian,
Y con nuevas injurias le afrentaban:
¡Oh Dios! ¡Cuánto padeces por el hombre,
Que altivo huella tu bendito nombre!

Es cierta fama y tradicion constante
Que era el mármol tan grueso y poderoso,
Que él solo, como entero y firme Atlante,
Despues un templo sustentó espacioso:
Aquí la turba fiera y arrogante
Llevó al humilde celestial Esposo,
Y le ligó con ásperos cordeles;
Mas ¡oh! ¡Tened, tened, brazos crueles!

No reventeis la sangre más ilustre
Que ennobleció jamas hidalgas manos;
Que no son dignos de tan claro lustre
Esos cordeles que apretais, profanos:
Bastará que la cruz al fin se ilustre
Con sus rojos esmaltes soberanos,
Y resplandezca así; mas ¡ay! feroces,
Que no aguardais razon ni escuchais voces.

Llegan á la columna el cuerpo santo,
Y átanle con rigor los brazos nobles,
Y los estiran y adelgazan tanto,
Que á fuerza tal rompieran secos robles:
El humor de las venas sacrosanto
Revienta, y tiñe los cordeles dobles,
Y las manos se hinchan abrasadas,
Y gimen las muñecas apretadas.

La columna salpican venerable
Las gotas finas de la sangre roja,
Que ya con el licor inestimable
Más se enriquece cuanto más se moja;
Pero en ellos la saña inexorable
No se amansa por esto ni se afloja;
Antes le echan al cuello blanco y puro
Otro nuevo cordel más grueso y duro.

Ciñenlo desta suerte al pilar frio,
Y por detras lo añudan desta suerte:
No sé si el alba vierte su rocío
Más apriesa que Cristo sudor vierte:
Suda y levanta el rostro amable y pío,
Y ofrece al Padre Dios su pena fuerte;
Y sin mover los amorosos labios,
Aquesto dijo en pensamientos sabios:

«¡Oh Padre natural y Dios benino,
Por cuyo santo amor bajé á la tierra,
Y mi persona, que es tu sér divino,
Puse ya humana en tan prolija guerra;
Y este cuerpo, de gloria inmensa dino,
Por la que el alma unida al Verbo encierra,
De paz y de consuelo fué privado!
Oye á tu Hijo y hombre así afrentado.

»Y por el hombre, por el hombre fiero,
Que así me afrenta, mi afliccion recibe;
Que por el hombre que la da, la quiero
Padecer, pues con ella el hombre vive:
Azotes de su cruda mano espero,
Y á dármelos sañudo se apercibe:
Aunque son de tu Hijo dura ofensa,
Admitelos, ¡oh Padre! en su defensa.»

Dijo; y ya dos verdugos rigurosos,
De fuertes hombros y robustos pechos,
Dos azotes alzaban espantosos,
De gruesas varas zimbradoras hechos:
Mostrábanlos alegres y furiosos
En los brazos blandiéndolos derechos,
Y á la bendita carne amenazaban,
Y á los divinos miembros se encaraban.

Con bravo son crujieron, sacudidos
De aquellas manos por su mal valientes,
Y llegaron á dar, descomedidos,
En los miembros de Dios resplandecientes:
Parad, parad, verdugos atrevidos,
Parad, parad los brazos insolentes;
Que no es razon que ese castigo infamo
Su furia sobre el mismo Dios derrame.

Si prohibido está que al ciudadano
De Roma se le dé tan baja pena,
¿Cómo darla quereis al soberano
Señor que leyes en el cielo ordena!
¿Es ménos ser el sumo cortesano
De aquella patria de excelencia llena,
Y Rey del mundo, que de Roma un hombre
De nobleza comun, de oscuro nombre?

Mas ¡ay, que baja por el aire apriesa
Sobre el cuerpo de Cristo el fiero azote!
Ay Dios, que llueven, cual de nube espesa,
Golpes en el supremo Sacerdote!
Ay Dios, que de sacar sangre no cesa,
Para que toda en el dolor se agote
La cruel disciplina! Ay Dios amado!
Ay Jesus, por mis culpas azotado!

Yo pequé, mi Señor, y tú padeces;
Yo los delitos hice, y tú los pagas;
Si yo los cometí, tú ¿qué mereces,
Que así te ofenden con sangrientas llagas?
Mas voluntario, tú, mi Dios, te ofreces;
Tú del amor del hombre te embriagas;
Y así, porque le sirva de disculpa,
Quieres llevar la pena de su culpa.

Pues en los miembros del Señor desnudos
Y ceñidos de gruesos cardenales,
Se descargan de nuevo golpes crudos,
Y heridas de nuevo desiguales:
Multiplícanse látigos agudos
Y de puntas armados naturales,
Que rasgan y penetran vivamente
La carne hasta el hueso transparente.

Hierve la sangre y corre apresurada,
Baña el cuerpo de Dios y tiñe el suelo,
Y la tierra con ella consagrada
Competir osa con el mismo cielo:
Parte líquida está, parte cuajada,
Y toda causa horror y da consuelo:
Horror, viendo que sale desta suerte,
Consuelo, porque Dios por mí la vierte.

Añádense heridas á heridas,
Y llagas sobre llagas se renuevan,
Y las espaldas, con rigor molidas,
Más golpes sufren, más tormentos prueban:
Las fuerzas de los fieros desmedidas
Más se desmandan cuanto más se ceban;
Y ni sangre de Dios les satisface,
Ni ver á Dios callar miedo les hace.

Alzan los duros brazos incansables,
Y el fuerte azote por el aire esgrimen,
Y osados, más y más inexorables,
Braman con furia, con braveza gimen:
Rompen de Dios los miembros inculpables,
Y en sus carnes los látigos imprimen,
Y su sangre derraman, sangre dina
De ilustre honor y adoracion divina.

Venid pues, hombres, con devotos pasos
A coger sangre de la eterna vida,
Y vacíos traed y grandes vasos
De amor, de poeda ser bien recogida:
Corred, no tengais ánimos escasos,
Que por el suelo á rodo está vertida;
Sin dinero henchid, llevad sin plata;
Al que quiere se da; ved qué barata.

La sangre, al fin, de Cristo generosa,
Que el linaje fundó de ilustres santos,
Y en aquesta batalla rigurosa
Para el cielo ganó despojos tantos,
Corre por las espaldas presurosa,
Y baja por los miembros sacrosantos
De Cristo, y hinche el suelo, y con interno
Dolor él se la ofrece al Padre Eterno.

Y cuando así padece por los hombres,
Los hombres (si lo son los fariseos)
Dél hacen burla con infames nombres,
Y burlan dél con ademanes feos;
Mas, por su amor, con ínclitos renombres
Le levantan los ángeles trofeos;
Y los demonios viéndolo se admiran,
Y cansados los impíos, se retiran.

Queda Cristo sin fuerza respirando,
Que al un aliento alcanza el otro aliento,
Y pobre ya de anhélito, acerando,
Del resuello le priva el sentimiento:
Aun el aire, ¡oh gran Dios! te va faltando
Para el usado y propio movimiento.
¡Qué más pobreza, oh Rey, qué más pobreza!
Y para el hombre ¡qué mayor riqueza!

¿No bastaba, Señor, haber nacido
En un pesebre solo y despreciado,
Y vivir por los hombres abatido
Cinco lustros, y dellos olvidado,
Y haber tantas ofensas padecido
Por los mismos que así te han agraviado,
Sin que el aire comun te haga falta,
Y el mérito nos des de aquesa falta?

Dícese más (por cierta y grave historia,
Y en archivos sellada verdaderos),
¡Oh sumo Rey de la perfecta gloria!
Que te azotaron seis verdugos fieros;
Pues aqueste no es fama transitoria
De las que en plumas traen vientos lijeros:
¿Qué sentiste, mi Dios, cuando llegaron
Otros dos, y de nuevo te azotaron?

Los primeros con varas espinosas,
Largas, fornidas, recias y crueles
Penetraron tus carnes religiosas
Y desgarraron tus benditas pieles;
Y cuando ménos del dolor reposas,
Se aperciben con ásperos cordeles
Y almas crudas y fieras intenciones,
Otros dos tigres, otros dos leones.

Llegan pues, y del mármol te desatan,
Que estaba el rostro á la columna vuelto,
Y con dichos y hechos le maltratan
Y burlan dél miéntras le tienen suelto;
Y al reves luego y de otra suerte le atan,
Con ánimo en batalle ya resuelto,
El pecho descubriéndole florido,
Sano de azotes, mas de amor herido.

De nuevo aprietan las hidalgas manos
Y para enriquecernos liberales,
Y de nuevo los dedos más que humanos
Sienten más duros y violentos males.
Alzó Cristo los ojos soberanos
Y atravesó los coros celestiales,
Y á su Padre pidió suavemente
Perdon para la inícua y fiera gente.

«Por esta noble sangre, ¡oh Padre mio!
Con mi persona y su valor unida;
Por esta voz cansada que te envio
Apénas de los labios despedida;
Por este de mi rostro sudor frio,
Y por mi caridad jamas vencida
Te suplico, buen Dios, que los perdones,
Y ablandes con amor sus corazones.»

Dijo; mas los verdugos carnicieros
Los látigos con ímpetu vibraron,
Y cerca dél los estallidos fieros,
Crujiendo, el aire cóncavo atronaron;
Y aquí los brazos y ánimos severos
Su fortaleza y su crueldad mostraron,
Uno hiriendo el pecho casto y bello,
Y otro el hombro de Dios y el santo cuello.

Saltó la sangre, y cual collar precioso
De encendidos rubíes adornado,
El cuello y pecho blanco y amoroso
Ornó del Rey de reyes adorado;
Ni el tuson de Borgoña generoso
Ni la cruz del Apóstol esforzado
Honró cuello real y pecho ilustre,
Cuanto su sangre á Cristo le dió lustre.

Levantan otra vez las duras manos,
Y los azotes otra vez sacuden,
Y á los lugares que descubren sanos
Del noble cuerpo, con rigor acuden;
Porque los golpes no les salgan vanos,
Ni ya verdugos nuevos les ayuden,
Los piés afirman y los brazos cargan:
¡Ay qué heridas sin temor descargan!

Cual fingen que los cíclopes valientes
Yunques de hierro en Mongibel golpean
Sobre masas de acero refulgentes
Que, de chispas cercadas, centellean;
O cual nubes de agosto vehementes,
Cuando los secos trigos apedrean,
Congelado granizo apriesa arrojan,
Y mieses, plantas y árboles despojan;

Tal aquellos membrudos y arrogantes,
Con bruñidos cordeles añudados,
A cíclopes y nubes semejantes,
Hieren de Dios los miembros fatigados:
Sus fuerzas muestran con furor pujantes,
Y abren surcos de sangre colorados
En los muslos y piernas, pecho y hombros,
Que horror pone, da miedo, hace asombros.

Todo lo sufre el ánimo invencible
Y cuerpo santo del Señor Eterno,
Y aunque por ser más noble es más sensible,
Calla y sufre con pecho humilde y tierno.
Hombre, por ti aquel Dios inaccesible
Del cielo y de la tierra y del infierno
Lleva esta pena, y esta injuria pasa,
Y este dolor su corazon traspasa.

No te digo, ¡oh cobarde! que padezcas
Semejante pasion, igual trabajo,
Ni que á la muerte por su amor te ofrezcas,
Si eres de ánimo vil, de pecho bajo;
Solo pido, ¡oh cristiano! que agradezcas,
Y será un breve y provechoso atajo,
Su gran pasion, y pienses con gran pausa
Quién la lleva, y por quién y por qué causa.

¿Quién? Levanta los ojos altaneros
Y contempla esos globos celestiales
Cuajados de clarísimos luceros
Que están lloviendo rayos inmortales:
Los polos mira en su firmeza enteros,
Sobre que dan sus vueltas siempre iguales
Orbes tan anchos, tan pesadas bolas:
¿Veslos? Pues Dios los hizo y rige á solas.

Mira por la mañana el sol dorado
Que baña de luz nueva el rojo oriente,
Siguiendo, como alegre desposado,
A la aurora gentil, con paso ardiente:
Ella de flores, y él de luz cercado,
Ella hermosa, y él resplandeciente,
¿Ves lo que agradan con su garbo bello?
Pues el Dios azotado es causa dello.

Mira los arreboles encendidos
Y orlados de bellísimas colores,
Que parecen carmines esparcidos
Sobre cristal de blancos resplandores;
Y en los montes los rayos esculpidos,
Cual puntas de diamantes entre flores:
¿Veslo? Pues el que está en la piedra dura
Es el autor de tanta hermosura.

Mira la tierra con beldad preñada
De cerros altos y sublimes cuestas,
Y en partes, cual parida y descargada,
En valles honda, fértil en florestas,
Que por industria natural sangrada,
Hace sus venas de oro manifiestas
En agua dulce y líquidos cristales:
¿Vesla? Pues Dios le da riquezas tales.

¿Ves que ruge el leon, que el toro brama,
Que pia la perdiz, que el perro late,
Arremete el lebrel, huye la gama,
Y el hombre atiende al desigual combate;
La oveja bala, el corderito mama,
Teme la garza, y el alcon se abate?
Pues el que sufre azotes con paciencia
Crió tan linda y sabia diferencia.

¿Ves levantarse el mar tempestüoso
Y amenazar al cielo con su espuma,
Y hundirse al abismo tenebroso,
Y el aire entapizar de espesa bruma,
Y que, cuando mas bravo y animoso,
Sobre una arena más no se rezuma
Del término sin muros señalado?
Pues enfrénalo el Hombre aquí azotado.

¿Ves en ocultas minas fértil oro,
Y en blancas conchas perlas relucientes,
De tierra aquel, y este del mar tesoro,
Y dioses ambos de diversas gentes?
¿Ves lo que estima el indio y precia el moro
Finos corales, piedras excelentes,
Sedas, paños y plumas? Todo aquesto
Hizo el que ves á la columna puesto.

¿Ves cómo abrasa el fuego, el hielo enfría,
Es fresco el aire, el agua placentera,
El triste invierno da melancolía,
Y placer la florida primavera;
Causa la noche horror, aliento el día,
Aquel ama, este goza, el otro espera?
Pues de todo es autor el que te mira
Ligado al mármol, y por tí suspira.

¿Ves los varios magníficos imperios,
Que acaban unos, y otros se levantan,
Y que, servidos de altos ministerios,
Sus grandes reyes con estruendo espantan?
¿Ves, en fin, los gravísimos misterios
Que oyen los rudos, y los sabios cantan,
De la naturaleza perdurable?
Pues son efectos deste Dios amable.

Y si quieres subir el pensamiento,
Y desde acá mirarlo en su grandeza,
Los ojos tiende por el ancho asiento
De aquella empírea majestad y alteza:
Sus piés mira en el sacro firmamento,
Sobre todos los cielos su cabeza,
Y con sus brazos dos ceñido el orbe,
Sin que á su inmensidad cosa le estorbe.

Mira que nueve coros soberanos
De ángeles puros y almas escogidas,
Postrando pechos y rindiendo manos,
Siempre le alaban con gloriosas vidas;
Y, aunque santos y amigos cortesanos,
Las plumas de sus alas encogidas,
Tiemblan del mismo á quien están amando,
Y el propio amor les hace estar temblando.

Mira que del vacío mas profundo
Y vano de la nada indiferente
Sacó á perfecta luz este gran mundo,
Parto feliz de su divina mente;
Y lo conserva en variedad fecundo,
Y lo gobierna con saber prudente,
Y en su castigo junta y en su gracia,
Poder y amor, dulzura y eficacia.

Y baja atento, y mira en el infierno
El triste horror y universal tiniebla,
La inmensa confusion y fuego eterno,
De que, abrasado en impiedad, se puebla;
Y allí verás lucir su gran gobierno
En la noche inmortal de opaca niebla,
Penando á sus rebeldes enemigos,
Cual premiando en el cielo á sus amigos.

Mira tambien que un solo y vil pecado,
Que se comete y pasa en un momento,
Es con perpetuas llamas castigado,
Y á su maldad no iguala su tormento:
Míralo; y si quedares asombrado,
Desciende el temeroso entendimiento,
Y á este tal Dios á la columna mira,
Y visto allí, verás cuánto te admira.

Detente, y considera qué padece,
Y padeciendo le verás baldones:
¡Ay Dios! El que infinito honor merece,
¿Injurias sufre, sufre bofetones?
Más que á llevarlos con amor se ofrece,
Y por manos de seis fieros sayones
Azotes cinco mil y más recibe:
¿Quién esto ve que espanto no concibe?

Y advierte que por tí, que un hombre triste
Eres y al cieno vil por padre tienes,
Padece Dios; y ahonda en qué consiste
El origen primero de tus bienes:
Es la sangre réal de que naciste
Y la prosapia ilustre de que vienes,
De tí ambiciosamente celebrada,
Tierra y polvo y ceniza y humo y nada.

Crióte Dios, prodújote de aquesto:
No te encarames porque estás criado;
Que eres cuerpo de humores mal compuesto
Y sepulcro de horrores blanqueado,
A la virtud y á la razon opuesto,
Y á tí mismo enemigo declarado;
Y si para gozar de Dios nacido,
De males lleno, en culpas concebido.

Y tú, lo que es peor, acrecentaste
Con tus mismas acciones tu vileza,
Y al no sér del pecado te abajaste;
Que es de la nada la mayor bajeza:
Tal fuiste, y eres tal, y en tal paraste:
Nada, hombre pecador: ¡ve qué nobleza!
¡Y este gran Dios por tí padece tanto!
Pues ¿qué movió su pecho afable y santo?

Interes no; que no puede tenello,
Ni acrecentar su bienaventuranza;
Pues qué, ¿pretende recibir en ello
Más gusto, más contento, más holganza?
No. ¿Pues qué? Echar de su bondad el sello;
Esto procura solo y esto alcanza:
Quiere (¡oh fuente de gracias inmortales!)
Darte sus bienes y tomar tus males.

Infinita bondad, virtud inmensa,
Que males toma para darte bienes;
Aquesta fué su caridad intensa,
Que aquí verás, si luz perfecta tienes:
Paga azotado la comun ofensa,
Y por tu culpa está como en rehenes,
Por librarte, amarrado á la coluna:
Adora pues sus llagas de una en una.

Diles: «Llagas de Dios, bocas divinas,
Lenguas del mismo bien, que con dolores,
Más que con elocuencias peregrinas,
De amor me descubris altos primores;
Frescas rosas, ardientes clavellinas,
Rojos, claros, suaves resplandores
Del sol de gracia y campo de la gloria,
Vuestro olor me haced y luz notoria.

»Llagas ó llamas de sagrado fuego,
Que encendeis corazones amorosos,
Que este abraseis con caridad os ruego,
Y con mil rayos lo alumbreis piadosos:
Frio está, calentaldo; y está ciego,
Esclareced sus ojos tenebrosos
Para que vea lo que amar desea,
Y no rehuse amar lo que en vos vea.»

Hombre, diles así, y atentamente
Las mira, las venera y las halaga;
Que heridas de Padre tan clemente
Y de tal Dios bien piden esta paga:
Adóralas con pura humilde frente;
Véte con piés de amor de llaga en llaga;
Háblale, aguarda y nota qué responde;
Que cada cual tu gracia y gloria esconde.

Mas ¡ay! que los verdugos no cansados
Golpes nuevos le dan, nuevas heridas,
Y los miembros, en púrpura bañados,
Lo están en más sangrientas avenidas:
Salen de madre arroyos dilatados
De aquellas blandas carnes encogidas,
Y anégase la eterna hermosura
En el mar rojo de su sangre pura.

No son ya rosas, no son ya claveles;
Fina escarlata son, ardiente grana,
Que en vez de sus hermosas blancas pieles,
De Dios adornan la belleza humana:
Ropa es que los bárbaros crueles
Rasgaron á Josef, ropa galana
Para la fiesta del Amor divino:
Cual la fiesta, el ornato es peregrino.

Mas ¿quién dijera, ¡oh Dios! que te adornaras,
Y con tanto placer, de tal arreo,
Y vestiduras con razon tan caras
Hubieran sido el fin de tu deseo?
Tú, que ceñido estás de lumbres claras,
Y dellas haces tu menor trofeo,
¿Quieres y precias hoy estar ceñido
De tan vil y tan áspero vestido?

Pero trazólo tu saber grandioso
Por los intentos de tu amor profundos,
Y sufriólo tu pecho generoso,
Bastante á redimir otros mil mundos:
Sufriólo, y con esfuerzo valeroso,
A los terceros como á los segundos
Bravos sayones, que, de saña armados,
Los brazos levantaban obstinados.

Unas llagas estaban descubiertas,
Y otras con el dolor latiendo estaban,
Y otras medio hinchadas, medio abiertas,
Y sangre todas y piedad manaban;
Y así abrieron los ímpios anchas puertas
Que los huesos de par en par mostraban,
Sacudiendo los látigos atroces,
Pesados ántes, pero ya veloces.

Como á noble y odiado caballero
Que á solas cogen ásperos villanos,
Que ni miran razon ni guardan fuero,
Hieren apriesa con robustas manos;
Y el odio y el furor anda lijero
En sus almas y pechos inhumanos
Y en sus ojos y brazos, y se alejan
Cuando por muerto al parecer le dejan;

Tales aquellos últimos hirieron
El cuerpo del Señor atormentado;
Y herido, de nuevo le molieron
Hasta dejarle roto y desangrado:
Padeció Cristo, y ellos se partieron,
Habiéndole del mármol desatado,
Por entender que presto moriria:
¡Agora contemplad cuál quedaria!

Era una sangre todo, era un quebranto,
Sin distincion, sin talle, sin aspeto,
Objeto ya de compasivo espanto,
El que de reverencia era el objeto:
Á horror movia, provocaba á llanto
El mancebo gentil y hombre perfeto,
Que entre millares era el escogido,
Más que por bello ya, por afligido.

Procuró, desatado, en pié ponerse
Y los ojos alzar llorando al cielo;
Sí procuró, mas no pudo tenerse,
Y un golpe de repente dió en el suelo:
Tocó en su sangre, y quiso entretenerse
Con ella y recebir algun consuelo;
Sí quiso, mas los bárbaros á coces
Lo levantaron crudos y feroces.

Y así, ya por la tierra trompicando,
Y ya de los furiosos piés cayendo;
Ya codos y rodillas arrastrando,
Y ya el furor con el sufrir venciendo;
Ya el suelo con sus lágrimas regando,
Y otra vez con su sangre humedeciendo;
Fué á buscar su vestido: ¡oh fuerte caso,
Que tanto á Dios le cuesta dar un paso!

Llegó pues y cogiólo mansamente,
Y alzólo así en las manos entumidas,
Y fuéselo á poner, y el vehemente
Dolor se lo impidió de las heridas:
Sobre una piedra se asentó doliente,
Y lloró algunas lágrimas sentidas,
Con un «¡ay Padre!» apénas pronunciado,
Mas con semblante y ojos declarado.

Vistióse, al fin, la ropa como pudo,
Y con dificultad pudo hacello;
Que era el cansancio, era el dolor agudo
Que el alma atravesaba y cuerpo bello:
Medio vestido pues, medio desnudo,
Levantó un poco el lastimado cuello,
Y los ojos al cielo, y así dijo
Al dulce Padre el amoroso Hijo:

«Esta sangre en el suelo derramada,
Que sangre de Dios es y sangre mia,
De hombres vertida y de sus piés hollada,
Voces á ti de compasion envia:
No pretende, oh mi Padre, ser vengada
Como del justo Abel la sangre pia;
Que la derrama Dios por su criatura,
Y así pide perdon y paz segura.»

Dijo; y vistióse y púsose encogido
Y solo en un rincon: ¡oh Dios perfeto!
Oh Dios arrinconado y conocido
Tanto más cuanto fuiste más secreto!
Alábete la misma luz que vido
El sumo sol á oscuridad sujeto,
Y tus nuncios, que vieron y notaron
Que á la ropa tus llagas se pegaron.

Cual se sabe de aquellos tres amigos
Del rey oriental de Dios amado,
Y humilde y obediente á sus castigos,
Más por traza de Dios que por pecado,
Que, habiendo sido de su mal testigos,
Y viendo el muladar do estaba echado,
Con asombro callaron siete dias,
Explicando en callar sus almas pias;

Tal los amigos ángeles y siervos,
Sintiendo de Jesus el triste llanto
Y los dolores sumamente acerbos,
Se quedaran suspensos del espanto;
Y viendo aquellos ánimos protervos
Y arrinconado á Dios, callaran tanto
Por dalle con silencio digna gloria;
Mas contalle quisieron cierta historia.

Y tomando vihuelas invisibles
En invisibles, pero diestras manos,
Con voces más suaves que sentibles
Le entonan sus conceptos soberanos:
De los muchos varones invencibles,
En fe destos azotes inhumanos,
De Dios, piensan contalle algunos hechos
Y armas, y amores de sus fuertes pechos.

Bien saben que lo sabe, mas pretenden
Entretener y honrar el dolor grave
Con que ha de parir hijos; de que entienden
Componer esta música suave:
A contar el linaje ilustre atienden,
Que en número infinito apénas cabe,
De los mártires santos que murieron
Por seguir la pasion que en Cristo vieron.

Miguel lleva el compas, maestro noble
De la capilla del palacio eterno,
Y con voz dulce y con vihuela doble
Otros ángeles siguen su gobierno:
¡Oh coronados de valiente roble,
Gloria de Dios y asombro del infierno!
Caballeros invictos, animadme,
Y cómo allí os honraron declaradme.

Los que vuestras hazañas refirieron,
¿Por dónde su proemio comenzaron?
¿Qué lumbres de retórica infundieron
En la oracion ligada que cantaron?
¿Con qué afectos á Cristo enternecieron?
¿De qué ardimiento y gloria le bañaron?
Decidmelo; que todo lo supistes
Cuando á gozar de Dios al cielo fuistes.

«Señor, cantó Miguel, Señor, escucha
La historia de los ínclitos varones
Que en fe desta tu nueva y santa lucha
Han de vencer mil bárbaras naciones:
Si es grande tu afliccion, tu pena mucha,
El bien es grande, y muchas las razones
Por qué alegrarte, viendo las hazañas
De los que engendras hoy en tus entrañas.

»Que si pusieres, y pondrás gozoso,
Esa vida mortal por el pecado,
Un linaje verás maravilloso
Y en hijos infinitos dilatado;
Y de Dios el intento cuidadoso
Cumplido en un ejército sagrado
De mártires que sigan tu victoria,
Cúya es aquesta dulce y grave historia.

»Vendrá tiempo, Señor, cuando el primero
Mártir Estéban, defendiendo altivo
El sér de tu persona verdadero,
Le abrase de tu amor un fuego vivo;
Y con alma valiente y pecho entero
Sufra de aqueste pueblo vengativo
Piedras mil, de mil brazos despedidas,
Y con su noble sangre esclarecidas.

»Y él postrado en la tierra, y tú en el cielo
En soberana gloria entronizado,
Le mirarás con amoroso celo,
De resplandor y piedras rodeado;
Y puestas las rodillas en el suelo,
Perdon piadoso, en lágrimas bañado,
Te pedirá para esta cruda gente,
Cual brasa viva de tu fuego ardiente.

»Y habrá sazon que Pedro valeroso,
Y Pablo á tu fe santa convertido;
Aquel, que anoche te negó medroso,
Y este, que contradice tu partido;
El uno con espíritu animoso,
Y el otro con amor jamas vencido,
Mueran en Roma, aquel crucificado
Los piés arriba, y este degollado.

»Y que á los otros diez, en varias partes
Dilatando tu nombre y fe suprema,
Como á piadosos y cristianos Martes,
El mundo huya y el infierno tema;
Y que en el cielo arbolen estandartes,
Habiendo hecho de su fuerza extrema
Prueba inmortal, muriendo por tu gloria,
Y ganando á la muerte la victoria.

»¡Oh buen Señor! paréceme que veo
Al gran Laurencio, de su ardiente llama
Hacer un carro de feliz trofeo
Y un trono excelso y una dulce cama;
Y no cual bajo y temeroso reo,
Sino cual digno de perpetua fama
Gallardo capitan, decir: —Volvedme;
Que bien asado estoy; fieros, comedme.—

»Y que á Vicente predicando miro
Con libre voz y denodado aliento,
Y cuanto más le noto, más admiro
Su frente osada en el feroz tormento:
Ni una querella da, ni da un suspiro,
Aunque le rasga el escorpion violento
Con largas uñas y con garras dobles
El religioso pecho y carnes nobles.

»Y al cristífero Ignacio alegre atiende
Cómo provoca contra sí las fieras,
Porque, su cuerpo sin temor comiendo,
El trigo muelan de las santas eras:
En Roma hace un generoso estruendo,
Vienen á verle con razon lijeras
Varias gentes, y habiéndoles hablado,
Se entrega á ser molido y amasado.

»Y al viejo Policarpo venerable,
De santas canas y divino aspecto,
En su martirio por la fe admirable,
Como á sagrado capitan respecto:
De llamas forma un arco favorable
O un templo insigne y un jardin perfecto
El fuego, por su honor y en su defensa,
Donde acaba la vida sin ofensa.

»Alza los ojos de tu ciencia pura,
Suspende tu dolor, tu pena impide;
Mira de flechas una nube oscura
Que contra Sebastian el aire mide;
Y un robusto escuadron de gente dura
Que aladas puntas de metal despide,
Y al Santo plumas da de amor sincero,
Con que al reino de Dios sube lijero.

»Y á Clemente, pontífice romano,
Sumergido en el mar, y en el mar puesto
De mármol un sepulcro soberano,
Por traza y obra de ángeles compuesto:
De sepultura le privó el tirano,
Y honróle tu divino Padre en esto:
Hablo como si hubiera sucedido,
Por ser tan cierto cual si hubiera sido.

»Junta con este un número increible
De sus claros y dignos sucesores,
Que muestras dieron de ánimo invencible,
Siendo de tu fe sacra defensores;
Y en ella con espíritu inmovible,
Entre manos murieron de traidores,
Por tu nombre y por tu gloria: ¡oh Rey bendito!
Consuélete este número infinito.

»Y otro Clemente mira valeroso
Que cinco lustros padeció martirio,
Coronado de roble victorioso
Y ceñido de casto y fresco lirio:
Renovarále el cuerpo religioso
(En que, deshecho como ilustre cirio,
Volverá á padecer) tu Padre santo,
Porque dé un cuerpo nuevo nuevo espanto.

»Y á Ciriaco atiende, ya cortada
La mano, y en la boca plomo ardiente
Recibiendo, y su carne fatigada
Puesta en llamas de fuego vehemente;
Y en una cueva de pavor cercada,
Donde le reverencia una serpiente,
Y al fin alanceado el firme pecho,
Ir al cielo su espíritu derecho.

»Y á Trifon con agudos escorpiones
Rasgado, y con dos clavos encendidos
Abiertos ya sus piés, y tres sayones
Azotando sus miembros encogidos:
¡Oh archivo de paciencia y de pasiones!
Otros cien mil contempla no rendidos
A la muerte cruel, que en toda parte
Llevan tu cruz y siguen tu estandarte.

»Entre los cuales, dignos de memoria
Diez mil soldados son, ya capitanes,
Que la insignia honrarán de tu victoria,
Y serán tus carísimos Guzmanes:
Estos, hollando la terrena gloria,
Sufriendo injurias, padeciendo afanes,
Y amándote, serán crucificados,
Nobles por tu encomienda y estimados.

»Considera tambien á Hermenegildo,
Príncipe santo de la excelsa España,
Que por su injusto padre Leovigildo
Prision padece indigna y muerte extraña:
¡Oh vos, reyes del cielo! recibidlo;
Que es el primero rey que os acompaña,
Dejando en el martirio el cetro ilustre,
Blason soberbio del humano lustre.

»Mas ¿quién podrá juntar los grandes hechos
De infinitos varones memorables?
Quién los robustos y esforzados pechos
De niños y mujeres admirables?
El que los rayos que al cenit derechos
El sol despide y lanza innumerables
Contare y las estrellas refulgentes,
Contará sus hazañas excelentes.

»Si no, mira la virgen Catarina,
De pocos años, mas de gran prudencia,
Que la rueda de filos peregrina
Quebranta con amor y con paciencia,
Y una escuela de sabios encamina
Al gran Maestro de la eterna ciencia,
Y por sangre da leche, degollada,
Y es en sagrado monte sepultada.

»Y á Cecilia contempla cuidadosa
De guardar su purísima entereza,
Y cual valiente hermana y casta esposa,
A su esposo ceñir de fortaleza;
Y constante, invencible, generosa,
Dar al baño en joyas su belleza,
Y á la espada cruel su lindo cuello,
Y al incorrupto sér su cuerpo bello.

»Y á la pequeña Inés, de miembros santos
Y de alma valerosa, considera,
Deshaciendo los horridos espantos
Del fuego bramador y alta hoguera:
Cubran de rosas, tienen de amarantos,
Con dulce afecto y caridad sincera,
Vírgenes mil su ilustre sepultura,
Que mártir ha de ser y virgen pura.

»Y á Lucía también, cual grande roble,
Columna firme ó roca excelsa y fuerte,
O soberbio castillo ó polo inmoble,
Fija en la tierra por tu amor, advierte;
A quien doble corona y palma doble
La castidad será, y será la muerte,
Olio y resina y fuego y pez venciendo,
Mas al cuchillo el corazon rindiendo.

»Y aquella Margarita refulgente,
Más que oro fino, más que tersa plata,
Más que limpio rubí, topacio ardiente,
Y perla neta en fúlgida escarlata
Estímala; que al fiero Presidente
Con desden mira, con desprecio trata,
Y degollada por tu amor, padece,
Y roja con su sangre resplandece.

»Y la luz de tu ciencia infusa vea
En el potro sin miedo atormentada
A la hermosa virgen Dorotea,
En tu amor altamente confiada;
Que para que Teófilo la crea
Y fuerte muera por tu fe sagrada,
Del jardin de tu gloria verdadero
Le envia frescas rosas en febrero.

»Y cortados los pechos virginales
A Agata considera en cárcel dura,
Y en carbones y tejas desiguales
Arrastrada su carne santa y pura;
Y dar á tus abrazos inmortales
Su ánima bendita en paz segura,
Absorta en oracion, en ti suspensa,
Y trasportada en caridad intensa.

»Y dos Eulalias, una en Barcelona
Y otra en Mérida, ve martirizadas;
Aquella en cruz ganando la corona,
Y esta llamas bebiendo ensangrentadas:
España con alegre voz pregona,
Y eterniza en columnas levantadas
Su constancia y valor con letras de oro,
Y sus reliquias guarda en gran tesoro.

»Rufina santa y Justa valerosa
Se ofrezcan á tus ojos venerables,
Una muriendo en cárcel tenebrosa,
Y otra en dolores della intolerables;
Y ambas de la ciudad maravillosa,
Y reina de ciudades admirables,
Que Bétis besa el pié y abraza el muro,
Gimiendo al rico peso de oro puro.

»Y Ursula no se esconda, pues parece
Clara luna entre lúcidas estrellas,
Que, ardiendo en amor casto, resplandece
Entre once mil castísimas doncellas:
Ella á la muerte sin temor se ofrece,
Y émulas de su fe se ofrecen ellas:
¡Oh cándida beldad, rojos martirios,
Purpúreas rosas entre blancos lirios!

»Pero será imposible referirlas
Todas, ¡oh buen Señor! tú verlas puedes,
Y en tu divina mente repetirlas,
Pues tú les has de hacer tales mercedes:
Solo en bosquejo quise descubrirlas;
Tú, que en sabios conceptos nos excedes,
Acabarás de dar á sus loores
Propias sombras y vivos resplandores.

»Y así miradas, padecer gozoso
El duro trance de la muerte amarga;
Que ha de podrirse el trigo fructuoso
Para brotar la espiga gruesa y larga;
Y si él no muere, el fruto provechoso,
Que cual suave peso y dulce carga
Sobre la tierna caña está inclinado,
Es ántes de nacido malogrado.

»Muere pues, oh buen Dios, muere, y veremos
Bellas espigas de copioso trigo,
Que ocupen cuanto ciñen los extremos
Del mundo, hasta aquí pobre y mendigo;
Y aquellos montes en virtud supremos,
Do gocen de aire puro y sol amigo,
Seguramente trasplantadas sean,
Y asidas con tu amor á tí se vean.»

Cantaba así Miguel, y así cantaban
Con dulce, pero interna melodia,
Los ángeles que á Dios música daban
En aquel lastimoso y triste dia;
Y en tarjas de conceptos dibujaban
Al Verbo de inmortal sabiduria,
Los hechos de los mártires valientes
De varios tiempos y diversas gentes.

A ninguno dejaron escondido
En sombras negras de infeliz pintura,
De cuantos nobles mártires ha habido
En la Iglesia bañados de luz pura;
Y entre ellos con su ingenio esclarecido
Formaron, cual en noble escultura,
¡Oh Madre! las clarísimas hazañas
De los que á Dios parieron tus entrañas.

Pedro allí parecia dibujado,
Y perseguido de asesina gente,
Y con tres aureolas coronado,
De virgen, mártir y doctor prudente;
Y su buen compañero al diestro lado,
Por los mismos herido mortalmente,
Y Conrado Teutónico, el primero
De la Germania inquisidor severo.

Juan desollado, Nicolas cubierto
De piedras, Berengario mal herido,
Boninsino aserrado, y Pablo muerto
Por un bando de herejes fementido;
Y con veinte y seis más, el grave Alberto,
En cruz, por fieros turcos extendido;
Y Poncio, atosigado con veneno,
Pero de gracia y gloria y ciencia lleno.

Y seis predicadores de Tolosa,
Trayendo sus cabezas en las manos,
Y echados treinta y dos en la espumosa
Corriente del Busin por los paganos;
Y noventa en la tierra belicosa
De Hungria, por los tártaros profanos
Alcanzando corona de martirio,
Y triunfantes subiendo al cielo empirio.

Sadoc y otros cuarenta degollados
Y ardiendo en viva fe resplandecian,
Y en Cúmas otros dos atravesados
Con lanzas, por su Dios muertos, se vian;
Y Cerverio y Antonio atropellados,
De herejes mil vencidos, los vencian,
Y quebrado el celebre Paulo estaba,
Y su linaje ilustre así ilustraba.

Cristiano, patriarca venerable
Y espejo de los nobles antioquenos;
Y Guido, de valor inexpugnable,
Muertos por los incultos sarracenos,
Con otros cuatro más de fe admirable,
Su sangre daban, de temor ajenos;
Y Bernardo y Guillermo y Cadereta
A Dios cantaban gloria en paz perfeta.

Y los que en este siglo trabajoso
Santos murieron por la ley romana,
Un escuadron formando victorioso,
Muestra de sí hicieron soberana:
Tú, Renato, maestro valeroso
De ciencia pura y de doctrina sana,
Herido el cuerpo con tenazas fieras,
Manifestabas con verdad quién eras.

Y el prior de Tolosa, Malcaserio,
Con plomo ardiente y hierro atormentado;
Y el buen Guiloto y el feliz Sarberio,
Este preso y aquel precipitado;
Y Picarcio tambien, digno de imperio
Por su valor y espíritu esforzado,
Despues de mil martirios, parecia
De nuevo defender la Iglesia pia.

Todos, al fin, tus hijos obedientes
Y mártires invictos se mostraron,
Con palmas y coronas refulgentes,
Y ántes de ser, á Dios glorificaron:
Los ángeles aquí sus bellas frentes
A su afligido Príncipe humillaron,
Y los demonios tímidos en tanto
Huyeron á los reinos del espanto.

LIBRO NONO.

ARGUMENTO.

A la Impiedad Luzbel da su querella,
Y al mundo sube el monstruo inexorable:
Tratan de Cristo algunos sabios, y ella
Enciende al vulgo en un furor notable:
Las manos de Jesus y frente bella
De cetro y de corona intolerable
Le adornan, y le muestra el Presidente,
Burlado así, á la fiera y cruda gente.

Hay en el centro oscuro del averno
Una casa de estigio mar cercada,
Donde el monstruo mayor del crudo infierno
Perpetua tiene su infeliz morada:
Aquí las ondas con bramido eterno
La region ensordecen condenada,
Y denegrido humo y gruesas nieblas
Ciegas le infunden y hórridas tinieblas.

El edificio de rebelde acero
Sobre una inculta roca se levanta,
Y en su puerta mayor el Cancerbero
Con tres en una voz la noche espanta:
Aleto, hija atroz del Orco fiero,
Que de culebras ciñe su garganta,
Con sus hermanas dos siempre despiertas,
Ocupan las demas guardadas puertas.

Y dentro, en una silla pavorosa,
Que unos dragones forman enroscados,
De dura piel y escama ponzoñosa,
Con sus colas y cuellos enlazados,
Se asienta la Impiedad, madre espantosa
De hijos mil, gravísimos pecados,
Mirando al cielo con torcidos ojos,
Y fulminando contra Dios enojos.

De hierro toda y de furor vestida,
Cien espadas esgrime con cien manos,
Y contra el mismo Sér que nos da vida
Cien dardos vibra, pero todos vanos:
Tiene á sus piés la bárbara homicida
De padres y de hijos y de hermanos,
Cuerpos sin almas, bultos sin cabezas,
Y cien mil corazones hechos piezas.

Repúblicas enteras destrozadas,
Y destrozados ínclitos imperios:
Ellas están entre sus piés holladas.
Y ellos vueltos en viles vituperios:
Conservan las paredes mal grabadas
En duros bronces hórridos misterios
De agravios, que celebra por victorias,
Y hombres impíos fingieron impías glorias.

Los ángeles allí desembrazando
Armas se ven de osados pensamientos,
Y contra Dios banderas tremolando
De vanos y pomposos ardimientos:
Nembrot, su enhiesta torre levantando,
Robusto ultraje de enemigos vientos,
Con arrogante pié por ella sube,
Y atras deja la más soberbia nube.

El impío Faraon al pueblo santo
Con espinosos látigos azota,
Pero con olas venga el mar su llanto,
Cuando él venganza aspira y fuego brota;
Y de sagrado efod y noble manto,
Saul, siguiendo su cruel derrota,
Ochenta y cinco sacerdotes mata,
Y á Nobé, ilustre villa, desbarata.

De Josef los hermanos envidiosos
En una parte con rigor le prenden,
Y en otra le sepultan cautelosos,
Y en otra para Egipto al fin le venden:
De Abimelec setenta valerosos
Hermanos con gemidos se defienden,
Muertos por él en una piedra sola,
Donde sus estandartes enarbola.

Joab, con Amasá luego abrazado,
El puñal saca, y muerto le derriba,
Y el cinto de la sangre rociado
Muestra su mano y alma vengativa;
Y Antioco, de jóvenes cercado
Que desprecian el hierro y llama viva,
Abrasa á los constantes Macabeos,
Por desatar en humo sus deseos.

Diomédes sus caballos apacienta
Con carne humana, pasto al sol horrendo;
Y con muertos los vivos atormenta
Mecencio, cuerpos y almas oprimiendo;
Toros de bronce Fálaris calienta,
Y ellos bramando están, y hombres gimiendo
En sus entrañas, y él feroz lo mira,
Y no se compadece ni se admira.

Los padres que á sus hijos muerte dieron,
Los hijos que á sus padres maltrataron,
Y los que á sus hermanos ofendieron,
Y á sus mujeres sin razon mataron:
Los que traidores á su patria fuéron,
Y los que por mandar la conquistaron;
Y los que á Dios osaron oponerse,
Retratados allí pudieran verse.

Y destos, y de llamas tenebrosas
En verdad y en dibujo rodeada,
Y en lagunas de sangre caudalosas
Hasta los duros pechos anegada;
Y peinando las hebras ponzoñosas
De su frente, de víboras crinada,
Estaba, cuando vino á su aposento
El rey atroz del infernal tormento.

Este advertido habia sagazmente
Del Dios humano los azotes fieros,
Y el pecho ilustre y ánimo paciente
En castigos tan viles y severos;
La poca fuerza de su oscura gente,
Y botos ya y gastados sus aceros
En aquel muro de diamantes fino,
A quien da fortaleza el Sér divino.

Temió de acometer segunda empresa,
Si bien acometerla deseaba;
Mas el odio feroz, que en él no cesa,
De nuevo le encendió la mente brava:
Buscó favor, cobarde, y vino apriesa,
Y aquí pensó hallar lo que buscaba;
Que solamente la Impiedad podia
Acabar contra Dios lo que él pedia.

Llegó pues triste al hórrido palacio,
Y al punto el Cancerbero le dió entrada;
Tembló del hondo abismo el grande espacio
Al estampar la huella mal formada:
Ardió su vista, no como el topacio,
Con vivo resplandor y luz dorada,
Sino como el cometa cuando arroja
Entre humo y vapor su llama roja.

Los dragones y víboras, el cuello,
Al bravo aparecer del Rey terrible
Torcieron y ahogaron, por no vello
En el lago inmortal de sangre horrible;
Mas él las abrasó con el resuello
Primero, en que lanzó fuego invisible,
Y abrasadas, de nuevo renacieron,
Y atentas á su plática estuvieron.

La Impiedad sola con aspecto grave
Y sentada en su trono lo recibe;
Que lo mas hondo de su pecho sabe,
Y ántes que se lo diga lo percibe;
Mas déjale hablar porque la alabe;
Que alguna vez de vanagloria vive,
Y se alimenta, y crece y hincha el seno
Con este soplo de infernal veneno.

Luzbel estremeció su grande frente,
La cabeza inclinando formidable,
Y en el pecho cruel de una serpiente
Puso el pié con despecho incomportable;
Y á la Impiedad miró sentidamente,
Como quien pide ayuda favorable,
Y díjole: « Mi voz un rato escucha;
Que es fuerte mi dolor, mi pena mucha.

»Y débesme atender, pues el primero
Seno do fuiste con valor servida,
Este fué corazon robusto y fiero,
En la batalla contra Dios seguida;
Y por mí solo el escuadron guerrero
Al calor de sus pechos te dió vida;
Y si al fin no saliste con victoria,
De osada y firme te quedó la gloria.

»Y si en todo el infierno estás difusa
En obstinadas almas pertinaces,
Que la ménos proterva más rehusa,
Por tí, tener con Dios amigas paces;
Por mí lo estás, y en la region confusa
De bien y mal, de penas y solaces,
Si algun castillo tienes conquistado,
A mi brazo lo debes esforzado.

»Pues óyeme y escucha; mas ¿qué digo?
¿Solo por Lúcifer te hablo y ruego?
Tu favor pido contra tu enemigo;
Contra Jesus á tu poder me llego:
¿Dónde, si él vence, hallarás abrigo?
Dónde se encenderá oloroso fuego
De incienso y de resina que humee
En honra tuya, si á Jesus se cree?

»Si es aqueste adorado, si es temido
Por Dios piadoso, y hombre y Dios afable,
Como mi reino el tuyo está perdido,
Y perdida tu gloria perdurable:
Luego tus fuerzas para tí te pido,
Y debes ofrecerlas agradable:
Escucha pues atenta, y piensa y traza
Remedio al mal que ya nos amenaza.

»Bien sabes en el punto riguroso
Que he puesto ya su vida casi muerta,
Y que no sé si el Verbo poderoso
Es, que de nuevo por mí mal despierta:
Ser varon santo y hombre valeroso
Que al mismo padecer abre la puerta,
Y sufre sin temor, es cosa llana,
Y yo lo sé y tu diestra soberana.

»Vamos á lo que importa: yo deseo,
Si es hombre puro, que cual hombre muera;
Que como de otros vencedor me veo,
Me veré dél tambien, aunque no quiera;
Y si es Dios, que alcancemos dél trofeo
Con tu brazo atrevido y mano fiera
Por un camino extraño, y es aqueste,
Aunque el honor y el trabajar nos cueste:

»Si es Dios, pretende ser reverenciado
Como Dios por el hombre, y no ha de serlo;
La traza cautelosa que ha tomado
He de impedirle, y bien sabré hacerlo:
Por este medio piensa ser amado,
Y temido en la cruz; yo he de volverlo
Todo al reves para que no consiga
La pretension que tanto le fatiga.

»Haré que con injurias afrentosas,
Jamas vistas y nunca imaginadas,
Esas almas que busca religiosas
Le ofendan sin temor, desvergonzadas:
Las trazas que inventó maravillosas,
Con esto las verémos desatadas;
Que no ha de ser amado ni temido
Un hombre Dios mofado y escupido.

»Tiene el hombre de Dios un admirable,
Y de otros mil, preñado y gran conceto;
Júzgale en su razon por inefable
Y por un mar de todo el bien perfeto,
Digno de reverencia venerable
Y de que el mundo, al fin, le esté sujeto:
Pues para que á Jesus por Dios no precie
El hombre, procuremos le desprecie.

»Que tendrá por escándalo el judío,
Y el griego por locura manifiesta,
Y el bárbaro por necio desvarío,
Hacer á un Dios mofado honrosa fiesta:
Este consejo y parecer es mio,
Y es acertado y grande; solo resta
Fuerza para ponello en obra luego,
Y visto ya, un orgullo y valor ciego.

»Tú, sola tú, que á Dios publicas guerra,
Y con ufano ardor le das batalla
En cielo y en infierno, en mar y en tierra,
Donde su sér y tu valor se halla;
Tú sola, cuyo golpe nunca yerra,
Y deshace la más valiente malla
De virtud y de gracia; tú, señora
Del mal, podrás valerme en él agora.

»Primero, al disponer de mis deseos
Envié de mis vicios los mayores;
La envidia dirigí á los fariseos,
Y aquesta y la ambicion á los señores;
Y el esfuerzo sutil de devaneos
A los del vano vulgo aduladores;
A Pedro el miedo, á Júdas la codicia,
Y á cada cual su antojo y su malicia.

»Y todos como tales han vencido,
Mas no alcanzado toda la victoria,
Y así fortalecer nuestro partido
Conviene, si ha de ser nuestra la gloria:
El prefecto de Roma está rendido,
Y da de compasion señal notoria:
Hemos pues de acabar esta contienda
Y al Hombre Dios, primero que él lo entienda.

»Sal luego, y parte al escuadron romano,
Y en los más fieros ánimos te infunde,
Y aqueste mi concepto soberano
En sus mentes sacrílegas trasfunde:
Mueve su corazon, rige su mano
A cada cual, y su razon confunde;
Y veamos si puede el enemigo
Dios vencerme, llevándote conmigo.»

Dijo; y el monstruo sin hablar revienta,
Y le obedece, y á Salén se parte,
Y con boca blasfema y cara exenta
Y alas negras tremola su estandarte:
Sube al aire, que el rubio sol calienta,
Como la antigüedad finge al dios Marte,
De guerra, de furor, de muerte armada,
Y contra Dios y el hombre emponzoñada.

Llamas lanza de fuego por la boca,
Y de ceniza y humo el cielo viste,
Y cuanto con el pié y la mano toca,
Todo lo quema, nada le resiste:
La humilde planta y la soberbia roca
Se encoge y treme á su presencia triste;
Paró el Jordan, de espanto vuelto en hielo,
Y retemblaron Líbano y Carmelo.

En tanto el Salvador sentado estaba
En tierra, solo, atento y encogido;
La sangre, que al vestido se pegaba,
Le pegaba á las carnes el vestido:
Triste, lágrimas tiernas derramaba,
De amor del hombre y de piedad movido;
Que más en él la caridad podia
Que la ofensa que el hombre le hacia.

Iban muchos á ver el caso nuevo,
Y entrando, se paraban admirados,
Considerando aquel gentil mancebo
Que tuvo á tantos de su voz colgados,
Que los tenia con razon de nuevo
Suspendidos, absortos, elevados
Con el grave silencio y muda lengua,
En tan dura pasion y extraña mengua.

Mirábanle, y mirábanse los sabios,
Volvian á fijar en él los ojos,
Con ellos ponderaban sus agravios,
Y en algo le aliviaban sus enojos:
Uno, al fin, desplegó docto los labios,
Habiendo visto aquellos labios rojos
De Cristo con saliva vil teñidos;
Y dijo así á los otros advertidos:

«¿Quién tal pensara? Locamente sigue
O halaga á los hombres la fortuna;
Ya hasta el mismo infierno los persigue,
Ya los sube á los cuernos de la luna:
Lo que pretende sin razon consigue
En el sepulcro al fin, si no en la cuna:
Ved á Jesus, ayer tan estimado,
Hoy, ¿quién dijera tal? hoy azotado.

»¿Es este aquel, aquel Profeta ilustre
A quien gentes sin número siguieron,
Y dió de su valor tan claro lustre,
Que púrpura y corona le ofrecieron?
Dios, á quien él solemnizo, le ilustre,
Pues los hombres que al cielo le subieron
Así le abaten: ¡oh sucesos varios!
Oh mundo, al fin, compuesto de contrarios!

»Yo caminé con otros al desierto,
A la cadena de su lengua asido,
Y el que vi caso singular y cierto
Os contaré, si no lo habeis oido:
Un milagro patente y descubierto
Hizo, que el pueblo por sus ojos vido;
Y fué que á cinco mil hombres cansados,
Con cinco panes los dejó abastados.

»Alborotóse el vulgo variable,
Y comenzó un murmullo lisonjero,
Como lo aspira el céfiro agradable
Cuando mueve los árboles lijero;
O cual con lengua y paso deleznable
Parla y camina el rio placentero;
Luego el murmullo convirtió en rüido
Claro, y este en aplauso y alarido.

»Y mirándole todos á la cara,
Y viendo aquella grave y dulce frente
Y aquella majestad excelsa y rara,
Para mandar cien mundos conveniente,
En conforme decreto y en voz clara
Por su rey le aclamaron igualmente;
Y si él, como tan sabio, no huyera,
Hoy con el cetro y púrpura se viera.

»Pero escondido, se hurtó burlando
De tantas manos y de tantos ojos;
La corona holló, despreció el mando,
Causa de envidias y raiz de enojos:
El vulgo le siguió siempre aclamando,
Y desta gran victoria los despojos
Azotes son del vulgo mismo necio,
Que ya le tuvo en tan subido precio.

»¡Oh loca, oh loca gente! ¡Ayer corona,
Hoy cordeles, hoy bofas, hoy azotes!
¡Ayer puesta en el cielo su persona,
Hoy entre condenados galeotes!
Cuando el pueblo por sabios nos pregona,
Y aun cuando nos pregonan sacerdotes,
Por lo que en este con dolor probamos,
Pues tan mudables son, no los creamos.»

El sabio dijo así; y otro discreto,
Que á su rostro y palabras atendia,
Adelante llevó su buen concepto,
Y grave prosiguió lo que él decia:
De Cristo encareció el valor perfeto,
Que ya por todo el orbe discurria
En las plumas y lenguas de la fama,
Y en fuego envuelto de preciosa llama.

Y refirió por caso verdadero
Que el rey de Edesa, Abágaro, humildemente
Le envió con su carta un mensajero,
Y este al principio título excelente:
«Al Salvador Jesus, varon sincero
»Y propicio á la santa y noble gente.»
Y que en ella, imprimiendo el alma pia,
Estas dulces razones le escribia:

«Por buenas relaciones he sabido
»Las curas que has obrado milagrosas
»En muchos que á tus manos han venido,
»Enfermos de dolencias peligrosas;
»Y que sin medicinas has podido
»Estas dar sanidades prodigiosas
»A ciegos, cojos, mancos, sordos, mudos,
»Y vida á cuerpos della ya desnudos.

»Y una de dos he colegido de esto:
»O que eres Dios que al suelo descendiste,
»O su Hijo, que, al bien y al mal dispuesto,
»Bajaste á consolar el mundo triste:
»Ruégote pues, Señor, si te es honesto,
»Y á dar salud, como la das, viniste,
»Que á esta tu casa caminar procures,
»Porque de cierta enfermedad me cures.

»Yo tengo una ciudad aquí mediana,
»No llena, cual mereces, de trofeos;
»Mas si la ves con tu presencia ufana,
»Y agora rica, al fin, con tus deseos,
»En ella te tendré de mejor gana
»Que en esa te acarician los hebreos,
»Que me han dicho te quieren dar la muerte,
»De que te aviso y juro defenderte.»

Esto el prudente al sabio refiria,
Y la respuesta del Señor piadoso,
Que así en breves palabras contenia,
Modo grave y estilo sentencioso:
«Abágaro, creiste la fe mia
»Ausente, mas de verme deseoso;
»Serás por ello bienaventurado,
»Pues tan léjos del sol lumbre has hallado.

»Escrito de mí está que han de ofenderme
»Los mismos que de cerca me trataron,
»Y otros con firme pecho han de creerme,
»Que conmigo jamas comunicaron:
»Estos tendrán felicidad sin verme,
»Y esotros perderán la que buscaron
»Mil años ántes, y despues de habida,
»A ella quitarán y á sí la vida.

»Escríbesme que vaya, mas no puedo;
»Que he de cumplir aquí precisamente
»Mi grande obligacion, y así me quedo
»Para dar fin á todo conveniente:
»Acabada, me iré gozoso y ledo
»Al que me despachó Padre clemente;
»Y entónces un apóstol, de mi parte,
»Irá con mi poder para sanarte.»

Esto contaba; y añadió que quiso
Un pintor, por Abágaro enviado,
Del mismo Eterno Rey del paraiso
El rostro dibujar bello y sagrado;
Mas parecióle el refulgente viso,
De tanta luz y resplandor bañado,
Que el pincel se turbó, y perdió la vista
El curioso en dibujos coronista.

Y que Cristo, pidiendo el lienzo, solo,
Y en sus manos tomándolo divinas,
Al rostro lo llegó, y enriqueciólo
Dándole sus facciones peregrinas:
Imprimiólas perfectas, y enviólo
Con palabras á Abágaro benignas,
Y así llevó la carta y el retrato
El mensajero al rey gozoso y grato.

Despues que dijo aquesto el verdadero
Y sabio estimador de cosas tales,
Otro no ménos ínclito y severo
Preciador de hazañas inmortales,
Con graves ojos y semblante entero,
Otras de Cristo empresas celestiales
Les refirió, y entre ellas, por ejemplo,
La que celoso ejecutó en el templo;

Y así dijo: «Si bien muchos notaron
La fortaleza de Jesus ardiente,
Porque muchos á verla se hallaron,
Pues todo el pueblo se halló presente;
No sé si todos bien la ponderaron
Cual mereció su espíritu excelente;
Que estuvo en la cortesa desabrida
Más dulzura que vieron escondida.

»Y quiérola pintar porque se vea,
Y lo que afirmo en ella se pondere,
Pues de nosotros cada cual desea
Penetrar más de lo que el vulgo quiere;
Y el buen principio de la historia sea
(Y aquesto un sabio pecho considere)
Que ha sido siempre humilde y manso el Hombre,
Y dello tuvo y tiene ilustre nombre.

»Esto ya declarado, al templo vino,
Y en él halló las tiendas asentadas
(¡Oh gran dolor! Oh extraño desatino!)
De gruesos mercadantes rodeadas;
Adonde el extranjero y el vecino,
Como en las plazas á la feria usadas,
Comprasen, expendiendo sus tesoros,
Ovejas, codornices, vacas, toros.

»Vídolas, y de verlas afrentado,
Un casi azote de un cordel compuso,
Y el rostro esquivo y el color mudado,
Y un no sé qué de luz por él difuso,
Que al más fuerte dejaba amedrentado,
Con él al pueblo acometió confuso;
Y — Mi casa es de ofrendas y oraciones,
Dijo, y no cueva infame de ladrones. —

»Dicen que cierta majestad notable
Y de divinidad ciertas vislumbres
Se vieron en su rostro venerable,
Y ardieron en sus dos radiantes lumbres;
Y azotada la gente miserable,
Sin alegarle fueros ó costumbres,
Huyendo fué con pavoroso estruendo;
Pero ¡con qué presteza fué huyendo!

»Cual bóreas, cuando sale presuroso
Por los campos del aire cristalinos,
Los otros vientos barre impetüoso,
Y de nubes escombra los caminos;
El que vemos sentado y sin reposo
Lanzó del templo santo á los indinos
Mercaderes, con ánimo invencible,
Y luego estuvo manso y apacible.

»Fué hazaña real y grande empresa,
Y obra de Dios, que un hombre solamente
Ni dejase animal, silla ni mesa,
Ni cosa al trato vil perteneciente;
Y con salir cual rio de represa,
No le saliese alguno de repente
A estorbar, de sus muchos enemigos,
Siendo del hecho y su valor testigos.

»Antes de acometer esta hazaña,
A un ciego de su propio nacimiento,
Con su saliva y con virtud extraña
Y lodo, le dejó sano y contento;
Mas esta generosa y noble saña
A este y otros milagros que no cuento
Excede; que es milagro inaccesible
Ser á tantos un hombre tan terrible.»

Dijo; y bien ponderó lo que miraba
Había, y con razon lo ponderaba,
Y á Cristo léjos contempló asentado,
Que lágrimas devotas derramaba:
Estábalos oyendo apaciguado
El escuadron de aquella gente brava,
Cuando llegó invisible y diligente
La Impiedad á la turba sediciosa.

Y al punto sobre aquellos insolentes
Despreciadores de virtud perfeta,
Sus alas desplegó negras y ardientes,
Y una impiedad les infundió secreta:
Cual Mongibel á soplos vehementes
La tierra, el agua, el aire, el fuego inquieta,
Afectaba turbar la horrenda furia
Al soberbio escuadron y altiva curia.

Ya sobre las cabezas discurriendo,
Ya en los oidos no sé qué espirando,
Ya en los pechos ponzoña trasfundiendo,
Ya en las entrañas fuego derramando,
Ya en los ojos tinieblas esparciendo,
Ya en piés y manos ímpetus causando;
Y al fin, toda en sus almas embebida,
En sí los trasformó con su venida.

Y como el que bebió mortal veneno,
Que se le sube al corazon furioso,
De bascas anda y de congojas lleno,
Sin advertir la causa, impetüoso:
Tal aquel escuadron, de luz ajeno,
Corria por el patio presuroso,
Y sin saber de qué furor llevado,
De la misma Impiedad emponzoñado.

Y porque habian de Jesus oido,
En la conversacion de aquellos sabios,
Que era por ley divina el Rey ungido,
Un imperio le quieren dar de agravios;
Y al punto se levanta un alarido
Que la Impiedad les infundió en los labios,
Y aclámanle por rey de los hebreos;
Mas rey de burla y loco en sus deseos.

Y determinan darle una corona
Que el reino imaginado represente,
Y como á rey adorne su persona,
Y como á rey culpado le atormente;
Y porque el nuevo rey que se corona
Toma de rey el cetro conveniente,
Y púrpura se viste y le festejan,
Cetro y púrpura y fiesta le aparejan.

Y de aquel bravo espíritu incitados,
Van al campo á hacelle la guirnalda,
Y la Impiedad, que los llevó irritados,
Una de espinas les mostró en su falda;
Y díjoles: «Yo sé vuestros cuidados;
Esta os viene á propósito, llevalda.»
Cogiéronla, y de caña le formaron
Un cetro, y una púrpura buscaron.

Y todo junto el escuadron terrible
En ordenada procesion camina,
Y el uno lleva la diadema horrible,
Otro la vestidura peregrina,
Otro de caña fácil y movible
Un cetro que al menor viento se inclina,
Conocida señal, claro misterio
De aquel reino fingido y vano imperio.

Cristo, que los miraba y se dolia,
Y porque se dolia los miraba,
La vista al Padre con amor volvia,
Y por ellos gimiendo al Padre oraba:
Lo que esperaba dellos le ofrecia
Por ellos mismos, como lo esperaba;
Que la de Cristo es caridad divina,
Que el mal convierte en bien del que le indina.

Llegaron á este punto, y con acciones
Y gestos y ademanes diferentes
Le cercaron, cual ínclitos varones,
Con aquellas insignias refulgentes,
Y como en verdaderas elecciones,
Ceremonias hicieron aparentes,
Hincando las rodillas en el suelo,
Y mofando del Rey que manda el cielo.

«Sabemos, le dijeron, que rey eres,
Y á festejar venimos tu persona:
Serémos tus privados si tú quieres;
Que nuestro buen deseo nos abona:
Si favor como á tales nos hicieres,
Hoy te darémos una gran corona,
Gran corona que sirva, con abrojos,
A nosotros de risa, á tí de enojos.

»Y pondrémoste un cetro, mas de caña,
Porque le rijas bien, y ménos pese,
Y cuando estés con mas ardiente saña,
En hiriendo con él, tu saña cese:
La púrpura que á reyes acompaña,
Porque ningun estorbo se atraviese,
A tu reino con gusto te ofrecemos:
Vén y en silla real te jurarémos.»

Esto dicho, le cogen presurosos,
Y le sacan al patio más vecino,
Y con denuedos mil ridiculosos
Despreciándole van por el camino:
Los fieros sacerdotes envidiosos,
Alegres del suceso repentino,
Aplauden la impiedad con grande risa,
Que con su envidia y su soberbia frisa.

Un trono excelso y público tenian
Ya hecho, que con púrpura ilustraron,
Al cual por unas gradas que subian,
A una silla gozosos le llevaron:
Los que en él esperado al Rey habian,
Cuando le vieron luego se postraron
Como que por su rey le celebraban,
Y dél como de loco se burlaban.

Desnudar le mandaron prestamente
De su ropa á las carnes abrazada,
Para que de la grana conveniente
A rey le fuese vestidura dada:
El Señor de los cielos, obediente
Como la humilde oveja trasquilada,
Calla, sufre y padece, y los feroces
Le afrentan, mofan, hieren y dan voces.

Desnúdanle con ímpetu rabioso:
Esperad, hombres fieras; que el vestido
Que arrancais con abrazo riguroso
Y estrecho, al cuerpo está preso y asido:
Templad el movimiento más furioso
Que jamas la impiedad sangrienta vido,
Que pegadas llevais las blandas pieles
A la ropa que así quitais, crueles.

No escuchan, y más ímpios le despojan
De la túnica santa en un momento,
Y al fin del trono con desden la arrojan,
Nadando en risa, llenos de contento;
Mas los hilos de sangre el suelo mojan,
Y las carnes de Dios labra el tormento,
Que, molidas y ya descortezadas,
Están en partes mil acanaladas.

Cristo sufre y padece el dolor fiero
Miéntras el pueblo mofa de su pena,
Y alborotado el escuadron guerrero,
La fiesta del fingido rey ordena:
Por todo el tribunal anda lijero,
Con alegre clamor el aire atruena,
Y asientan al Señor en una silla,
Y burlan dél: ¡extraña maravilla!

De púrpura le visten rutilante,
Y la caña le ofrecen afrentosa,
Y de corona, como á rey triunfante,
Le ciñen la cabeza generosa;
De corona á guirnalda semejante,
Mas no de flores bella y olorosa,
Sino de espinas hórridas compuesta,
Que tormento amenaza y muerte asesta.

¡Oh gran dolor! Entraban las espinas,
Y algunas al entrar se despuntaban;
Otras las sienes de Jesus divinas
Y el sagrado cerebro traspasaban;
Otras con reverencia más beninas
Entre el cuero y la carne se engastaban;
Y otras de más aguda fortaleza
Al hueso se arrimaban con presteza.

Corrian de la frente venerable
Los hilos de la sangre repartida,
Y la vista cegaban agradable
Que á ciegos dió, mirando, luz de vida;
Y la faz á los cielos admirable
De polvo estaba y de sudor teñida;
Y la barba en salivas empapada
Y con reciente sangre, y sangre helada.

Como tenia las hermosas manos
Atadas el mansísimo Cordero,
La sangre que á los ojos soberanos
Bajaba del ornato ilustre y fiero,
Y el polvo que los hombres inhumanos
En su estrépito alzaban placentero
No podia limpiarse, y se quedaba
Ciego el sol que á los justos alumbraba.

Cual suele tropa de muchachos grande
Entre sí levantar un rey fingido,
Que, por juego burlándose, los mande
Como á reino de risa y de rüido;
Y porque con insignias propias aude,
La corona le dan, cetro y vestido
De majestad ridícula, y honrada
Más cuanto fuere más desestimada;

Que cada cual se llega y se le ofrece
Hincando las rodillas en el suelo,
Y al punto se levanta y escarnece
Del para solas burlas reyezuelo;
Y cuando toda junta le obedece,
Con piés y gritos hunde tierra y cielo
La niña escuela, que con risa hace
Al rey, y con más risa lo deshace:

Tal, y peor, aquel furioso bando
Con viles mofas y confuso estruendo
Dieron al buen Señor el triste mando,
Ceremonias ridículas fingiendo,
Ya en tierra las rodillas humillando,
Ya al suelo sus guirnaldas abatiendo,
Ya por rey saludándole invencible;
Mas excediendo en la crueldad horrible.

Que cuando se hincaban de rodillas
El cetro le tomaban de las manos,
Y en frente y rostro, barbas y mejillas
Varios golpes le daban inhumanos;
Y luego, divididos en cuadrillas,
Como á paciente buey crudos alanos,
Le cercaban hiriéndole molestos,
Para solo afligille en órden puestos.

Uno le acometia con baldones,
Otro escupiendo en él torpes salivas,
Otro con afrentosos bofetones,
Y otro injurias haciéndole más vivas;
Otro con deshonrados pescozones,
Y con aplauso á todos los escribas:
Juego terrible á Dios, fiesta pesada
Sufrida por el hombre, y dél causada.

¡Oh dulce y buen Jesus! dime piadoso,
¿Cuál desas penas dos más te atormenta,
De espinas el ornato riguroso,
O de deshonras la cruel afrenta?
Aquel tu cuerpo aflige religioso,
Y esta tu alma de humildad sedienta;
Mas todo es tu dolor, y mi ganancia
Está en el modo, aquel en la sustancia.

Admiróse el profeta señalado
Para sacar de Egipto á los hebreos,
De verte en las espinas ensalzado,
No viendo más en tí que los deseos:
Si te viera de espinas coronado
Y de infames ridículos trofeos,
Y por sus hijos, ¡cuánto se admirara,
Y de haberlos librado se afrentara!

¡Oh Señor! tu discípulo querido
A los monarcas ínclitos del cielo
Ante tí derribar en tierra vido
Grandes coronas con humilde celo;
Y el hombre bajo, al cielo aborrecido,
Te corona de espinas en el suelo,
Y ellos tienen aquí las manos quedas,
Y atadas tú porque ofender no puedas.

Mas ¡oh buen Dios, que espinas señalaste
En penitencia de mis culpas triste,
Y como en estas libre me fiaste,
Aquellas obediente recibiste!
La tierra que magnífico criaste,
Y despues ofendido maldijiste,
Espinas lleva y dellas te corona,
Tu maldicion cumpliendo en tu persona.

Pero si bien de espinas rodeado,
Con ellas me pareces más hermoso;
Que eres lirio de espinas adornado,
Blanco esplendor del Padre luminoso:
Penetren el cerebro delicado
Ellas, y el rostro bañen amoroso
De sangre; que más lindo me pareces
Cuanto por darme lustre más padeces.

Ganaste ¡oh Dios! para tu Padre Eterno,
Con tu corona ilustre, un reino santo;
Fundaste de los hombres el gobierno,
Que te alaba con siempre nuevo canto;
Despojaste de justos el infierno,
Y cubriste á Babel de pena y llanto,
Y criaste gloriosos vencedores,
Y de tu fe valientes defensores.

Que si bien con espinas te ciñeron,
Como á su rey al fin te coronaron;
Y aunque de tu poder mofa hicieron,
Humildes obediencia te juraron;
Bien sé que con las manos te hirieron,
Mas luego las rodillas te hincaron;
Cetro de escarnio y púrpura tuviste,
Pero con ella y él resplandeciste.

Salgan pues de Sion las hijas bellas,
Y á su Rey solemnicen coronado,
Si no de lucidísimas estrellas,
De un círculo de espinas apretado:
Devotas salgan, y verán en ellas
La gloria deste Príncipe jurado,
Mucho mayor que Salomon la tuvo
Cuando de oro de Ofir ceñido estuvo.

Que en estas puntas el amor divino
Entre divina sangre resplandece,
Y en este cetro, un cetro peregrino
Que almas gobierna y almas engrandece;
Y este ornato rëal de aplauso es dino,
Pues la sagrada estola les merece
Con que suben al reino verdadero,
Bañadas en la sangre del Cordero.

Y si la sinagoga inexorable,
Antes su madre, y su madrastra agora,
Al que tanto aguardó Rey venerable,
Por verlo en este traje no le adora;
La Iglesia, cara esposa y hija amable
De Dios, y de mil príncipes señora,
Le recibe y le abraza y le venera
Con fe constante y caridad sincera.

Miéntras aquesto pasa, el Presidente,
De libertar á Cristo deseoso,
Junta en palacio la plebeya gente
Y el convento de ancianos ambicioso;
Y todos van con paso diligente
Y ánimo pertinaz y cauteloso,
Y la impiedad entre ellos invisible,
Su ponzoña infundiéndoles horrible.

Juntos en un teatro, manda luego
Que preso venga Cristo á su presencia,
Y juzga que será bastante ruego
Verle, para moverlos á clemencia;
Pues el Senado, con envidia ciego,
Está haciendo al Príncipe asistencia
En la puerta, y el vulgo mal regido
En una grande plaza recogido.

Trajeron al Señor ante Pilato:
Dióle, y al punto se quedó suspenso,
Contemplando aquel rostro amable y grato
Y con fealdad y con horror inmenso:
La corona miró, miró el ornato,
Y el pesar penetró del alma intenso;
Entristecido del nefario hecho,
Una cierta piedad tocó su pecho.

Y como estaba, quiso al pueblo rudo
Á los fieros pontífices mostrallo
Con la ropa de grana, mas desnudo
Porque mejor pudiesen contemplallo;
Aun moverles pensó á dolor agudo,
Y sobraba razon para pensallo;
Mas la impiedad en ellos infundida
Les impidió la compasion debida.

Salió pues de latinos rodeado,
Y con graves insignias rutilante,
A un alto corredor edificado
Para este y otro caso semejante;
Y el Señor iba á su siniestro lado,
A ablandar fieros áspides bastante:
¡Oh mi Dios! ¡quien dijera cómo fuiste
Y el dolor que afrentado allí sufriste!

Hinchado todo el cuerpo ántes hermoso,
Mas en partes hinchado variamente,
Cual quedó del tormento riguroso,
En señales y en llagas diferente:
El color de las carnes monstrüoso,
Y no ménos el rostro, el pecho y frente;
Aquí blanco, allí verde, allá morado,
Y en otras partes negro y colorado.

En la cabeza la corona extraña,
Y de la vieja púrpura vestido,
Y en las manos la vil infame caña,
Y el cuello de un cordel tosco ceñido:
La vista que de gloria eterna baña
El cielo, en ella misma entretenido,
En tierra puesta, y los cabellos rojos
De sangre llenos, y de horror los ojos.

Cual lo vido el profeta cortesano,
Gran hombre de sufridas aflicciones,
Y maestro en angustias soberano,
Desconocido en talle y en facciones;
Al pueblo así lo presentó inhumano,
Y á aquellos en la faz graves varones,
Y en el hecho arpías carniceras,
Con rostro de mujer y uñas de fieras.

Mostrado pues allí, dijo el Prefecto:
«Hé aquí el hombre, si es tal, que me entregastes:
Hombre le vimos ya, y hombre perfecto;
Mirad lo que es y cómo le tratastes:
Ved este humilde y miserable aspecto,
Y el aspecto gentil que en él borrastes;
Y cual hombres, tened piedad de un hombre
A quien no le ha quedado más que el nombre.

»Hé aquí al hombre sin culpa conocida,
Y castigado con notoria pena;
A punto de morir está su vida,
Su honesta vida y de virtudes llena:
Baste la penitencia recibida
Mayor que á culpas vuestra ley ordena;
Librad al inocente, condenado
A penas rigurosas de culpado.»

Dijo; y á todos un cruel despecho
Corrió por las medulas presto y vivo,
Y contra el mismo natural derecho
Comenzó á murmurar el pueblo esquivo;
Y Anas, hombre de falso y duro pecho,
En pié se levantó bravo y altivo,
Y el mal rostro volviendo al Presidente,
Así habló sagaz y libremente:

«Si tú, oh gobernador, solo pudieras
Las penas remitir al acusado,
Contra quien tantas culpas verdaderas
Tantos buenos testigos han probado,
No importara que luego le absolvieras,
Y á tu cuenta quedara su pecado;
Mas no puedes hacello, ni conviene
Que libre salga quien delitos tiene.

»Mira contra las culpas de uno solo
Junto al Senado, y todo un pueblo unido,
Y no entiendas haber oculto dolo
En tantos que á una voz han concurrido:
Fijos están como el estable polo
En lo que ya celosos te han pedido
Por castigo ejemplar del crímen feo
Dese blasfemo y conocido reo.

»Y no te mueva su hablar suave
Y el mesurado aspecto y faz honesta;
Que en ese humilde rostro encubrir sabe
Su gran traicion, al mundo manifiesta:
Es en el parecer templado y grave,
Y en el hecho y verdad tiros asesta
Con brava furia y con rigor terrible
A la alteza de Dios inaccesible.

»Anda por las provincias cauteloso,
Moviendo pechos, almas inquietando;
Hijo de Dios se finge poderoso,
Con esto varias gentes engañando:
Para los suyos muéstrase piadoso,
Por aumentar con la piedad su bando:
Los malhechores públicos abona,
Y los pecados, como Dios, perdona.

»Si culpas de avarientos publicanos
Y excesos de vilísimas rameras,
Con levantar la voz y alzar las manos
Piensan que Dios perdona tan de véras
Como predican esos hombres vanos
Que fundan sus doctrinas en quimeras,
¿Qué excesos no harán los que se atreven,
Si cual las culpas los perdones beben?

»Por esto solo ha merecido muerte:
La Ley sagrada así lo determina,
Y estar agora en tan humilde suerte
Es del sumo Júez traza divina;
Mas, ¡oh discreto capitan! advierte
Que contra tí sus fuerzas encamina,
Pues rey se llama, y para serlo vela,
Y ejércitos convoca en voz de escuela.

»Descuídate, y verás cómo levanta
Gentes en contra del romano imperio;
Verás con qué artificio las encanta,
Fingiéndoles un nuevo y gran misterio;
Verás con qué furor los tiros planta
Y banderas tremola en vituperio
Del latino poder, si libre sale
Y su mesura hipócrita le vale.

»Mas, poniéndose al mundo por ejemplo
De ilustre celo y vida inimitable,
Promete derribar de Dios el templo
A griegos y latinos admirable.
¡Oh sabio Salomon! yo te contemplo,
Si de Abraham el seno venerable
Te acoge, que en el santo y dulce abrigo
Venganza pides contra tu enemigo.

»Otro vemos Eróstrato perverso,
Que por ganar, odioso, eterna fama,
De la que cada mes rostro diverso
Muestra, el templo quemó con fiera llama:
Si con razon persigue el universo
El nombre deste, y su persona infama,
El que tienes, oh príncipe, á tu lado,
¿No será con justicia condenado?

»Tambien las sacras leyes admitidas
Por nuestros memorables ascendientes,
Con sus dogmas las tiene pervertidas
En la falsa opinion de muchas gentes;
Y estas, de sus antojos convencidas,
Se ofrecen á las suyas obedientes;
Y aun pretende á sus nietos derivarlas,
Y en edades sin fin eternizarlas.

»De aquí nace juntar amigos varios,
Y todos, si lo notas, criminosos,
A Dios traidores, á la ley contrarios,
Y á su patria y sus padres enojosos;
Y así todos le siguen voluntarios,
Y de dalle corona deseosos:
Quítale la de espinas, y si vive,
Armas junta, soldados apercibe.

»¿No sabes que ilustrísimas ciudades
Ménos firmes principios han tenido,
Y con el tiempo, á fuerza de maldades,
En daño de otras muchas han crecido?
No son seguras, no, las amistades
Que á la sombra de rey, y rey ungido
Por Dios, como ellos dicen, se levantan;
Que guerra dan, y al fin victoria cantan.

»De aquí nace tambien que en los sagrados
Dias de fiesta los enfermos cura,
Para tenerlos más acariciados
Con esta obligacion perversa y dura;
Y comer deja sin estar lavados,
A los que solemnizan su locura
Con sucias manos, los manjares limpios,
Porque, usados al mal, se hagan impios.

»Crucifícalo pues ántes que encienda
El templo santo y como rey se trate:
Mátalo tú primero que él pretenda
Darte batalla, y dándola, te mate:
Excusa, ya que puedes, la contienda;
Su orgullo altivo con la muerte abate:
Nuestra causa y la tuya justifica;
Ponlo en un palo, en él lo crucifica.»

Dijo; y cual si de aquella voz sensible
El eco fuera el vulgo lisonjero,
Así con alarido y son terrible
Luego el acento repitió postrero:
«Pónlo en un palo, dale muerte horrible,
Crucifícalo al punto en un madero:
Nuestra causa y la tuya justifica;
Pónlo en un palo, en él lo crucifica.»

Mas el romano y grave presidente
De su primer intento no se muda:
Sabe que la querella vehemente
La fabricó de Anas el alma cruda,
Y que de allí se derivó á la gente
Plebeya, ménos dócil y más ruda;
Y dice: «Para mí no es cosa nueva
La queja vuestra, pero no se prueba.

»Antes es fama que eso le opusistes
Algunas veces, y él, maravilloso
En respuesta y verdad, os dejó tristes,
Soltando ese argumento cauteloso;
Y ser Hijo de Dios, como dijistes,
Afirma con espíritu animoso,
De los profetas vuestros anunciado,
Y dellos y vósotros deseado.

»Y lo qué prueba con razones claras
Confirma con prodigios admirables
Que sobrepujan las empresas raras
De los héroes al mundo memorables;
Y si él descompusiera vuestras aras,
Otras hiciera luego más durables;
Que mejor os dará piedras lucidas
El que de nuevo ha dado tantas vidas.

»Y no es alzar ó revelar ciudades
Predicar su doctrina y ser oido;
Ni es á Roma ofender, decir verdades
Y ser de sus discípulos seguido:
Enfrenad pues las fieras voluntades,
Y el odio desechad que os ha movido;
Y líbrese siquiera de la muerte,
Ya que le veis tratado desta suerte.»

Dijo; mas el Senado le replica,
Y replica tambien la cruda plebe:
«Súbelo al monte, allí lo crucifica;
Pues culpas cometió, las penas lleve.»
Así furias y voces multiplica
La academia y el pueblo á Dios aleve,
Contra el que siente más ver su dureza
Que ver para su muerte tal fiereza.

Acontece venir amenazando
El Po, en aguas y fuerzas caudaloso,
Y los villanos, de su mal temblando,
Oponelle algun muro poderoso;
Y él, sobre las trincheas reventando,
Caminar con denuedo más furioso,
Mieses, plantas, aceñas deshaciendo,
Bravo en olas, bravísimo en estruendo;

Tal, irritado el pueblo incorregible
Con la defensa del júez prudente,
Esforzó más el ímpetu terrible,
Y vencer quiso al mismo Presidente;
Y levantó una voz inteligible,
En ira envuelta y en despecho ardiente,
Diciendo: «Crucifícalo; que importa
Dalle prolija muerte y vida corta.»

«No hallo causa en él,» dice Pilato,
En su razon y parecer constante:
Replican ellos con mayor conato
Y con más fiero y áspero semblante:
«Mira que es hombre de alevosó trato,
Y aunque se muestre humilde, es arrogante;
Que rey pretende ser, rey de Judea,
Y sujetar á la nacion hebrea.

»El que procura tal, es cosa clara
que á César contradice el justo imperio;
el que deja pasar maldad tan rara,
en su descuido encubre algun misterio;
el que advertido y contumaz ampara
al que hace á su amigo vituperio,
no es amigo perfecto; es enemigo,
pues el daño promueve de su amigo.»

Dijeron; y Pilato cuidadoso
á su calumnia quiso dar respuesta,
reprimir su intento malicioso,
la falsedad mostrando manifiesta;
al Señor de los cielos amoroso
la vestidura por escarnio puesta
quita, y segunda vez al pueblo rudo
lo enseña luego como está desnudo.

«Y mirad, dice, á vuestro rey valiente:
Qué armas junta y soldados contra Roma?
Con estas manos atrevidamente
la espada empuña y el escudo toma?
con este pecho y ánimo paciente
ciudades alza y escuadrones doma?
con este infame cetro y vil guirnalda
rendidas gentes mil besan su falda?

»¿Con estos piés en el caballo altivo
sube lijero, y bravo le espolea?
con este corazon, cual fuego vivo,
el afrentado ejército rodea?
con este cuerpo flaco y dejativo
entra robusto y fiero en la pelea?
con estos ojos guarda su estandarte,
asombra el mundo, atemoriza á Marte?

»¿Adónde están las armas recogidas?
En qué tierra encubiertos los soldados?
Adónde las banderas mal tendidas
los grandes tesoros encerrados?
En qué puerto las naves escondidas
aparejos de guerra preparados?
Y dó está de tirano el ardimiento
de Jerusalen el movimiento?

»Todos lo perseguis, aquesto veo,
nadie hallo aquí que le defienda,
pues cuando fuera malo su deseo,
viniera á ser fantástica contienda:
ya os mueve y envidia, segun creo,
importunarme así que yo le ofenda:
vuestro rey mirad, aquí os lo muestro;
Hé de crucificaros al rey vuestro?»

Dijo; y en su demanda contumaces,
le piden otra vez que le dé muerte:
Crucifícalo, dicen pertinaces,
levanta en cruz al rey que nos pervierte:
no queremos con él fingidas paces;
su nombre acaba ya, su sangre vierte;
lávalo en cruz, sin más tardar lo empica;
ponlo en un palo, allí lo crucifica.»

Era costumbre desta odiosa gente
que el malhechor muriese apedreado,
el ladron y homicida solamente
en Roma era por ley crucificado;
como á tal el sabio Presidente
Barrabas habia condenado
la muerte de cruz que merecia,
á Cristo el pueblo injusto la pedia.

¿No bastaba, enemigo, que le dieses
la muerte acerba que tu ley usaba,
sin que al santo Cordero transfirieses
la cruz que á Barrabas se aparejaba?
mas quiso Dios que el instrumento fueses
tú mismo de la muerte que esperaba,
del modo tambien, pues que su vida
puso por un ladron y un homicida.

¡Oh suma inescrutable Providencia!
pensó robar el trono soberano
de Dios y la divina y alta ciencia
el padre necio del linaje humano:
dató á su desgraciada descendencia,
antes de darle vida, con su mano:
la cruz era su pena justamente,
llevóla por él el inocente.

Ves aquí al Hombre Dios, ¡oh Padre Eterno!
Que de tu siervo vil paga el pecado;
La cruz él merecia del infierno,
Y á cruz está tu Hijo sentenciado:
Mírale, ¡oh gran Señor! piadoso y tierno;
Que las penas del hombre le han tratado
De tal manera, que hombre no parece,
Y por tu amor humilde las padece.

Ves aquí al Verbo Dios y Hombre divino,
Que entre los hombres y entre Dios se pone,
Como cristal de roca puro y fino,
Que presta luz á cuanto se interpone:
Por él nos mira, y él será camino
Para que tu clemencia nos abone,
Y por esta sagrada vidriera
Gracia y beldad nos dé pura y sincera.

Ves aquí al Hombre Dios que deseabas
Para satisfacer á nuestra ofensa,
De bondad infinita le buscabas
Que se opusiese á la malicia inmensa,
Y hombre hijo de Adan le procurabas
Porque hiciese humilde recompensa:
Es hombre y Dios, y sumamente bueno,
De justicia y verdad y gracia lleno.

Cual hombre humildemente satisface,
Y por ser Dios se da infinita paga,
Y como archivo de bondad te aplace,
Y como rico en padecer te paga:
La penitencia por el hombre hace,
Si bien el hombre le deshonra y llaga:
Mira ¡oh Padre clemente! al Hijo amado,
Y por su amor perdona al mal criado.

Hé aquí tambien, oh pecador, al hombre
Que con tus mismas culpas afeaste;
Míralo así para que así te asombre
El rostro del pecado que abrazaste:
Tiene de Salvador el hecho y nombre,
Y como á delincuente le trataste;
Si en ti no ves tu culpa, ve tu pena
En él, pues ella sola se condena.

En la divina esencia se te clara
Del vil pecado la fealdad horrible,
Porque allí la hermosura se declara
De aquella majestad inaccesible;
Y si la vista de tu fe repara,
Hombre mortal, en este Dios pasible,
Con penas por tus culpas afeado,
Verás en su belleza tu pecado.

Su rostro mira, y adelante pasa;
Que importa que penetres más adentro:
Contempla, amando, su beldad sin tasa,
Que es del amor y de tu bien el centro:
Cual lince con aguda fe traspasa
De la pared humana el duro encuentro,
Y detrás della mira á Dios pagando
Las penas que mereces tú pecando.

Y verás que una gota solamente
De sangre es de valor inestimable,
Por ser sangre de Dios omnipotente,
Persona dese cuerpo venerable;
Y tanta sangre derramar consiente
Por tu culpa: ¡oh misterio inescrutable!
¿Cuál será del pecado la malicia,
Si por él pide tanto la justicia?

Mira más, que si fué crueldad perversa,
Viendo tal á Jesus la ruda plebe,
Condenalle á la muerte, no es diversa
El ofendelle tú fiero y aleve:
Alma que por la fe con Dios conversa,
Y creyendo ser Dios, á Dios se atreve,
Estando por su culpa tan llagado,
O no conoce á Dios ó á su pecado.

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO.

Que la sangre de Cristo generosa
Sobre ellos caiga piden los hebreos;
Y Cristo mira su ciudad famosa
Asolada, y cumplidos sus deseos;
Y á la Vírgen y Madre valerosa
Cuenta Gabriel de Cristo los trofeos,
Del Espíritu Santo la venida,
Y della al cielo empíreo la subida.

Considéralo todo el Presidente,
De la razon y fuerza combatido,
Y el vario corazon diversamente
En encontradas partes dividido:
Ya el gran furor del vulgo vehemente,
Con pertinacia y falsedad movido,
Ya pondera de Cristo la inocencia,
Y su justicia mira con prudencia.

Como el rayo del sol parte derecho,
Y con aguda luz el agua hiere,
Y salta vivo al encumbrado techo,
Y en el fico arteson puro se ingiere;
Así Pilato, ya por su provecho,
Y ya por su conciencia, vago inquiere
Con vario pensamiento la justicia
De Cristo, y de su gente la malicia.

Cuando Luzbel, sintiendo cuál ondea
Del Presidente el corazon revuelto,
Y que sacar de la prision desea
A Cristo, y de la muerte libre y suelto,
El infierno trastorna, el cáos rodea,
En furor envestido, en saña envuelto;
Y al hórrido Temor despacha osado,
De vencer con su ayuda confiado.

Este monstruo feroz sin alma vive,
Siempre en rígida nieve sumergido,
Falsas quimeras de su mal concibe,
Y tiembla, dellas solas oprimido:
De lo que no será, miedo recibe,
Y anda para estorballo apercibido;
La flojedad le cerca y el espanto,
El mujeril temblor y el niño llanto.

Tropiezos finge á los principios buenos,
Y lo bien comenzado desalienta;
Hace que vaya el vivo ardor á ménos,
Y el desmayado espíritu acrecienta:
Ciega los ojos al mirar serenos,
Y las nubes que tienen les aumenta:
Ceñido está de impenetrable hierro;
Mas rendido á su propio y vano yerro.

A este manda salir el rey cobarde
De su honda caverna, cuidadoso,
Y porque adonde va no llegue tarde,
Alas le da de pájaro medroso;
Y él, sin que más en el infierno aguarde,
Las tinieblas divide presuroso:
Sube á Salén, y vase al Presidente,
Y cércalo invisible y torpemente.

Y alderredor con ímpetu volando,
Le entibia á soplos el ardiente pecho,
Un frio por las venas derramando,
Que va medroso al corazon derecho;
Y las médulas íntimas helando,
Y el antiguo fervor á guerras hecho,
Le eriza los cabellos, y el semblante
Le pone al de la muerte semejante.

El color le robó de las mejillas;
Quedósele la voz entre los labios;
Ya flacas le temblaron las rodillas,
Y el alma le fingió quejas y agravios:
Temió las amenazas y rencillas
De aquellos en mentiras hombres sabios;
Penetró el pueblo agudo su mudanza,
Y cobró de vencelle confianza.

Dió voces, formó quejas, hizo extremos,
Y volvió á repetir: «Luego lo empica;
Otro rey, sino á César, no tenemos;
Al que le contradice crucifica:
Hasta que le des muerte clamarémos.»
Hablan; y el Presidente no replica,
Y déjase rendir, aconsejado
Dellos y del temor, á su pecado.

Como cuando furioso el euro brama,
Y á soplos el turbado mar azota,
Que al cielo ya las ondas encarama,
Ya el abismo con ellas alborota;
El piloto á la chusma osado clama,
Viendo impedir su próspera derrota,
Que con los remos al furor del viento
Su diligencia opongan y su aliento;

Mas conociendo, al fin, que lucha en vano
Contra el euro y el mar embravecido,
Sujeta el corazon, vuelve la mano
Y el timon y la popa, ya rendido:
Déjase al viento, que le lleva insano
Por el ondoso piélago perdido;
Así Pilato resistió primero,
Y rindióse despues al vulgo fiero.

Y en el soberbio tribunal sentado,
Y vuelto á la canalla inexorable,
Dijo con rostro de pavor turbado:
«Rindome á vuestra furia incontrastable:
Caiga sobre vosotros el pecado;
Vosotros condenais al inculpable:
Yo al que por inocente reverencio,
En vuestro nombre, á muerte le sentencio.

»El muera en cruz; pero temed la pena
Que ya á vuestras cabezas amenaza;
Que quien al justo por pasion condena,
Si no la muerte, su temor le abraza;
Y quien tantos delitos encadena,
Con ellos mismos el castigo enlaza,
Y lo lleva arrastrando, al fin, consigo:
Temed pues algun áspero castigo.

»Y yo, dijo (lavándose las manos),
Lavo mis manos de la sangre pura
Deste justo: vosotros, inhumanos,
De su sangre esperad venganza dura.»
Así habló; y al punto los ancianos
Y el pueblo, pertinaz en su locura,
Esto (sin advertir lo que dijeron)
En una voz confusos respondieron:

«Caiga sobre nosotros rigurosa,
Y sobre nuestros hijos se derrame
La sangre deste justo religiosa,
Y si es tal, por venganza eterna clame.»
Apénas se soltó la voz furiosa
De entre los labios á la turba infame,
Cuando á Cristo de lágrimas ardientes
Los ójos le vertieron vivas fuentes.

Triste, llorando con las lumbres puras,
De sangre y de salivas eclipsadas,
Las ciertas y terribles desventuras
En esta maldicion profetizadas,
Presentes las miró, si bien futuras,
En un rayo de luz representadas;
Pero dime ¡oh Señor! cómo las viste,
Y el gran dolor que viéndolas sentiste.

Del alma aquellos ojos adivinos,
Que todo lo alcanzaban vigilantes,
Fijó en los altos muros diamantinos,
Y en las soberbias torres circunstantes:
Miró los edificios peregrinos
De la ciudad, hermosos y arrogantes,
Y los aljibes de agua caudalosos,
Para tiempos de guerra peligrosos.

Y el templo sobre piedras admirables
Consideró á las cumbres levantado,
Y á costa de trabajos memorables
Y de inmenso tesoro edificado:
Notó las ceremonias venerables,
Y el pueblo en adorallas ocupado,
Las aras, holocaustos, sacrificios,
Los sacros ornamentos y ejercicios.

Y el grande alcázar de Sion valiente
l cielo contempló haciendo ultrajes,
en las calles y plazas varia gente
lebeya y de ilustrisimos linajes:
a abundancia en manjares diferente,
diferentes y costosos trajes,
as casas y el poder de los señores,
as cátedras y el sér de los doctores.

Y parecióle que con esto via
ajar del cielo, en vez de sangre, fuego,
on que abrasada la ciudad, se ardia
n proprias iras y batallas luego:
or una parte Juan la perseguia,
e furia y ambicion armado y ciego,
el tirano Simon por otra parte,
remolando en el yermo su estandarte.

Y este despues, á la ciudad llamado
orque del fiero Juan la defendiese,
on ropa tan ilustre disfrazado,
uscar en daño della su interese:
para que su mal determinado
or su sentencia más horrible fuese,
liraba a los celotas inhumanos,
eleando con estos dos tiranos.

Y en viva sangre y en afan inmenso
negada la tierra miserable,
el triste pueblo, de temor suspenso,
o resistir al daño irreparable,
agando siempre con sus vidas censo,
l uno y otro ejército implacable;
al pontífice Anano muerto via,
or su valiente celo y alma pia.

Y en medio desto con dolor miraba
Tito y á su ejército invencible,
ue á la infeliz Jerusalen cercaba
e un vallado y un muro inaccesible;
que solo en tres dias lo acababa,
rodigio á los prudentes increible,
or ser de treinta y ocho y más estados,
en él castillos trece edificados.

Via dentro á la hambre vengadora,
ue brava discurria por la tierra,
se hacia con rigor señora
e cuanto bien el cuerpo y alma encierra,
mataba más hombres en un hora,
ue en meses muchos la prolija guerra;
así abrasado, en caridad lloraba
l Cordero estos males que notaba.

Los mozos ya de hambre consumidos,
os viejos della misma pereciendo,
os ricos por su causa perseguidos,
los pobres á ejércitos muriendo:
os hijos á las madres atrevidos,
uitándoles el pan (crimen horrendo)
e entre los dientes, y las proprias madres
los hambrientos hijos y á los padres.

Y miraba tambien grandes cuadrillas,
de la hambre fieros escuadrones,
ingiendo, por robar, falsas rencillas,
robando, hacer viles traiciones:
razos caidos, frentes amarillas,
uerpos sin carne, rostros sin facciones;
ivos dando á los muertos sepultura,
enterrarlos allí la hambre dura.

Via que eran manjares comestibles
os que huyen los brutos animales,
as boñigas de buey apetecibles
ual si fueran de miel rubios panales,
cosas al estómago insufribles,
a hambre las fingia naturales;
las sobre todo á Cristo le dió pena
na crueldad mirar de espanto llena.

Y era que una mujer al hijo amado,
l hijo que nació de sus entrañas,
hijo pequeñuelo y regalado,
on manos lo mató fieras y extrañas;
la mitad, para comerlo asado
¡Oh hazaña cruel entre hazañas
ás horribles y pérfidas!), al fuego
o puso, y lo comió caliente luego.

Y sintiendo los crudos robadores
De la grosura tierna el humo espeso,
Llegaron como buitres voladores,
Y vieron de la hambre el sumo exceso;
Y aunque de mil crueldades inventores,
Deste quedaban infernal suceso
Pasmados, y á los otros referido,
Un asombro causaba espavorido.

Y muchos de los fieros que allí estaban,
Y de sus miserables descendientes,
Via que la ciudad triste dejaban,
Yéndose á los romanos inclementes:
Que en cruces por el muro los clavaban,
Y eran tantos, que palos suficientes
Faltaban para cruces, y lugares
Para aquellos castigos ejemplares.

Y otros dos mil y más desentrañados
Se le representaban, con luz viva,
Por codiciosos árabes soldados,
Con mano más avara que nociva;
Y cuerpos á millares arrojados,
Por no caber en la ciudad esquiva,
Fuera del muro, en sangre y en vapores
Nadando, entre gusanos y hedores.

Y en fin, á Tito poderoso via,
Que, disponiendo su escuadron valiente,
La torre Antonia con furor batia,
Y la ciudad ganaba felizmente;
Y que un portal del templo se encendia
Por la romana vencedora gente,
Y otro por los hebreos oprimidos,
Para ser con sus llamas defendidos.

Mas, lastimado el corazon piadoso
Del fuerte emperador, mandaba luego
Apagar el incendio peligroso,
Y así paraba el encendido fuego;
Pero ¡ay de Dios castigo milagroso!
Que despues un romano de ira ciego,
Ausente el capitan, fuego lanzaba,
Con que todo el gran templo se abrasaba.

Y ni de Tito el grave mandamiento,
Ni de Israel la osada diligencia,
Ni del vencido pueblo el triste acento,
Ni del santo edilicio la eminencia,
Reprimir el espíritu violento
De bóreas, ni la horrísona potencia
Podia de la llama vengativa,
Que lo volvia todo en brasa viva.

Tambien allí un profeta inobediente
Y falso predicaba al pueblo rudo
Que subiéndose al templo diligente
Se salvaria del castigo crudo;
Y via Cristo caminar la gente
Con temerario pecho y paso agudo,
Y seis mil varios hombres abrasarse
Donde pensaban por su fe salvarse.

Y cuando las paredes elevadas,
Las nubes ultrajaban con centellas,
Y las llamas, en alto levantadas,
Pensaban trasladarse en las estrellas,
Y al cielo vengador encaminadas
Iban del triste pueblo las querellas,
A la puerta oriental sacrificando
Estaba Tito y su latino bando.

Despues los sacerdotes recogidos
En los retretes últimos del templo,
Eran á justa muerte conducidos,
Del castigo de Dios glorioso ejemplo:
¡Oh feroces agora, inadvertidos
Entónces! admirados os contemplo
Buscando la razon de tantos males,
Y son vuestras envidias infernales.

Y via los soldados ir corriendo,
Y la ciudad mezquina saqueando,
Y de oro tanta copia recogiendo,
Que la mitad en precio iba bajando;
Y luego por las calles discurriendo,
Los edificios con furor quemando,
La ciudad en ceniza transformaban
Y piedra sobre piedra no dejaban.

Y de Sion la noble fortaleza,
Que sola le restaba á la victoria,
Hecha ejemplo inmortal de vil flaqueza,
Y abrasada, perder su antigua gloria;
Y del templo infeliz la gran riqueza,
Que puso en cuenta la sagrada historia,
Ser por los sacerdotes entregada,
Y á Roma en cautiverio trasladada.

Y un cuento y cien mil hombres parecian
Muertos en todo el cerco lamentable,
Que unos á hierro y fuego perecian,
Y otros de hambre y sed intolerable;
Y otros noventa mil y más salian
Llorando de la tierra miserable,
Unos para luchar con bestias fieras,
Y otros para morir de otras maneras.

Y despreciados, míseros, cautivos
Via por todo el mundo á los hebreos,
Cual fieros homicidas fugitivos,
Y acobardados cual medrosos reos:
Infames, cabizbajos, pensativos,
Con mal olor y con temblores feos:
Señal que puso Dios al inhumano
Matador del primero y buen hermano.

Y que en el dia de su gran castigo
Hacian lamentable aniversario,
Y el mismo llanto, de su afan testigo,
Compraban con tributo voluntario;
Y al Señor de Salén, ya su enemigo,
Le pagaban: ¡oh censo extraordinario!
¡Que compren su dolor, paguen el suelo
Donde lloran, y no los ciega el cielo!

Esto miraba Cristo, y se dolia
En el alma, que atenta lo miraba,
Y más que la pasion que recibia,
El recibirla de ellos se la daba;
Y con la caridad que en él ardia
Al Padre Eterno por su bien rogaba;
Y alcanzó que les diese las señales
Que pronósticos fuéron de sus males.

Y así via rayar un año entero
Una estrella de luz maravillosa
Sobre la gran ciudad, con rostro fiero
Y con forma de espada rigurosa;
Y un infausto cometa, verdadero
Anuncio de su pérdida espantosa,
Cuya sangrienta crin de fuego ardiente
Guerra pronosticaba vehemente.

Y por el aire tremolar pendones,
Resonar trompas, relinchar caballos,
Correr jinetes, discurrir peones,
Reyes mandar, y obedecer vasallos,
Miraba; y estos bravos esquadrones,
Antes que otros pudiesen estorballos,
Cercar á la ciudad y combatilla
Y ganalla; estupenda maravilla!

Y en el templo sonar distintas voces:
«Vamos presto de aquí, partamos luego.»
Y caminar los ángeles veloces,
Como huyendo el anunciado fuego;
Y via que los ánimos feroces
Del pueblo, á su castigo sordo y ciego,
Ningun prodigio destos entendian,
Y al fin pagaban lo que merecian.

Esto miraba el Salvador piadoso,
Y lo lloraba como rey benino,
Miéntras el vulgo, en condenar furioso,
La maldicion se echó que le convino;
Mas ¡oh linaje con razon odioso!
Que aun hoy padeces el destierro dino
De tu noble ciudad y templo santo,
Suspende tu pasion, templa tu llanto.

Mi voz escucha en lágrimas bañada
Y de amorosa caridad vestida,
Con vivo sentimiento lastimada
Y de tu mismo daño condolida:
Abre la oreja, por tu mal cerrada,
A la palabra que te dió su vida;
Y tu pecado mira y tu castigo,
Y sin despecho atiende á lo que digo.

Penas padeces: luego culpas tienes,
O tus mezquinos padres las tuvieron;
Qué como á la virtud siguen los bienes,
Los males siempre á la maldad siguieron:
O de graves castigos y solenes,
Graves pecados y solemnes fuéron
La causa; porque Dios con gran justicia
Mide el azote y pesa la malicia.

¡Pues qué! ¿tan grave culpa cometiste,
Que castigo tan áspero mereces?
¿Qué, tan pesada ofensa á Dios hiciste,
Por que pena y destierro tal padeces?
Pues ni á Sodoma compañero fuiste,
Ni cual Nembrot el cuello ensoberbeces,
Ni cual Jeroboan forjas becerros,
Ni de Acab haces los aleves yerros.

Pues ¿cómo Dios que tan suave rige
Su pueblo tantas veces perdonado,
Mil años y quinientos más te aflige
Con tan prolijo azote y tan pesado?
Dios como Dios al pecador corrige
Si él deja con la pena su pecado,
Y la mano levanta del castigo
Si quien le ofende quiere ser su amigo.

En algo le ofendiste, y tú no quieres
Verlo y perdon pedille de la ofensa:
Porque la penitencia tú difieres,
Difiere Dios tu daño en recompensa;
Y cuanto así protervo le estuvieres,
Para ti su piedad tendrá suspensa:
Pues dime ¿por qué culpa que tú haces
El te castiga y tú jamas le aplaces?

¿Por qué su ley no guardas venerable?
No, que de serle defensor te precias;
¿Por qué abrazas la usura inexcusable?
No, que ese gran delito menosprecias;
O ¿por qué, como vulgo miserable,
Te aplicas á otras culpas que no aprecias
Ménos? Porque con penas tan severas
Dios no castiga ofensas tan ligeras.

Luego (y síguese bien) has cometido
Y haces otra culpa más terrible,
Que pena con razon ha merecido
Tan grave, tan extraña, tan horrible;
Y es, que á tu mismo Rey por Dios ungido,
Y alto Hijo del Padre inaccesible,
Mataste; y por aqueste gran pecado
Eres con tal azote castigado.

Eres por cierto, y el Señor lo via
Cuando tus más que pérfidos abuelos
La justa maldicion y profecía
Se echaron, que les cumplen hoy los cielos:
Juntos clamaban todos á porfía:
«Sobre nosotros caigan tus recelos;
Pónlo en la cruz, en ella se desangre;
Y á nosotros nos pida Dios su sangre.»

Así fué condenado á muerte dura
Cristo, y por ella Barrabas absuelto;
A Cristo se le dió su vestidura,
Y de la cárcel Barrabas fué suelto:
La plebe y el Senado se apresura,
Y Cristo, el alma y rostro al Padre vuelto
La vida y fama por su honor le ofrece,
Y perdon, si lo quieren, les merece.

Mas Gabriel en tanto, conociendo
Que era ya la sentencia pronunciada,
Y de la Madre el gran dolor temiendo,
De la Madre en su Hijo transportada;
Antes que el son confuso y vago estruendo
Le llegue de la nueva desgraciada,
Quiere misterios dulces referille,
Y al trabajo el remedio prevenille.

Y cuéntalos el ángel por extenso,
Y con las circunstancias más menudas,
Por suspender con este bien inmenso,
Si puede, el mal de penas tan agudas,
Si no templalle aquel dolor intenso
Que las ofensas de su amor, desnudas
Deste reparo, tal podrán causalle:
Comienza pues dulcísimo á hablalle:

«Oye, Señora, el fin maravilloso
Que de tu Hijo y mi Señor la muerte
Ha de tener, y el último reposo
Y honra inmortal de su pasion advierte;
Que importa para el trance riguroso
En que se ha de esmerar tu pecho fuerte,
Prevenir el peligro con destreza,
Y á más punto subir tu fortaleza.

»Pasados los cuarenta alegres dias
En que de su presencia regalada
Gozarán las devotas compañías
De su escuela á trabajos enseñada,
Ceñido en torno de las almas pias
Que rescató de la infernal morada,
Llevará sus discípulos al monte
Que de olivas corona su horizonte.

»Porque de allí querrá subir al cielo
Viéndolo claramente sus amigos,
Para dalles el último consuelo,
De su poder haciéndolos testigos;
Y estando en el dichoso y fértil suelo,
Confusión de sus ciegos enemigos,
Les mostrará su ya gloriosa frente
Bañada en gozo y luz resplandeciente.

»¡Qué regalo será verle amoroso,
En ojos dulces y en palabras tiernas,
Y aquellas manos extender piadoso,
Con las señales de su amor eternas;
Y el costado enseñarles generoso,
Y en sus patentes llamas las internas
Del alma noble y corazon suave
Que del gozo de Dios tiene la llave!

»¡Qué consuelo será verle cercado
De ángeles obedientes y almas bellas!
Tal pimpollo de flores coronado,
Y el lucero lo está de las estrellas;
Y tal viene de luces adornado
El sol, y en sus primeras blandas huellas
El alba pura cuando rosas cria,
Y así el mayo se ciñe de alegría.

»Allí estarás tambien, Madre excelente,
Pues casta vírgen eres siendo madre;
Tu vista de su luz tendrás pendiente,
Porque tu gloria con su gloria cuadre:
Beberás de su vista refulgente,
Donde el sér luce de su Eterno Padre,
Un mar de gozo, y de su voz divina,
Amor, gracia y dulzura peregrina.

»¡Oh cómo allí se quedará suspensa
Tu alma pura de su cuerpo amable,
Y regalada en suavidad inmensa,
Pasará luego al alma venerable;
Y en aquel bien que todo el bien dispensa,
A boca el bien recibirá inefable;
Y sin hablarse, al fin, los corazones
Callando se dirán dulces razones!

»¡Oh cómo de sus brazos enlazada,
Y enlazándole tú con esos brazos,
Serás tú con sus labios regalada,
Y con tus labios él y con tus lazos!
Hijo amoroso y Madre enamorada,
¡Qué se darán de besos y de abrazos,
Cuando el Hijo se va, y la Madre pide
Que la consuele, ya que se despide!

»¡Cómo el sér de tu Hijo soberano
Es singular, y tú, Vírgen, fecunda!
Eres madre por modo sobrehumano,
Y en este hecho no tendrás segunda:
El más vivo discurso será vano,
Y la lengua del ángel más facunda
Atras se queda; solo Hijo y Madre
Luz y voz tienen que á su gozo cuadre.

»Tambien la venturosa Magdalena
Tendrá su tiempo allí de regalarse,
Con triste gloria envuelta en dulce pena
Viendo á su buen Señor de sí apartarse;
Y el alma, de un dolor sabroso llena,
A sus divinos piés querrá postrarse,
Por bañarlos con lágrimas ardientes,
Templadas con suspiros vehementes.

»Y Pedro y Juan, aquel perfecto amante
De Dios, y este del mismo Dios amado,
Con tierno amor se le pondrán delante
A gozar de su rostro deseado;
Y en aquel hermosísimo semblante
El uno y otro absorto y elevado,
Le dirán con los ojos el afecto
De un dulce amado y amador perfecto.

»Y los demas, al fin, santos varones
Y mujeres, en fe y amor iguales,
Mostrarán sus fiéles corazones
En obras y palabras y señales:
Sus tiernas y devotas aficiones
Compensadas verán con otras tales,
De aquel piélago inmenso de dulzura
Y gran mar de infinita hermosura.

»Y estando así, prometerá envialles
Al criador Espíritu divino,
Que vendrá claramente á consolalles,
Envuelto en llamas de un ardor benino;
Y sabrá con su luz manifestalles
Del cielo, donde aspiran, el camino,
Y tambien su magnífica asistencia
Y su eterna y suave providencia.

»Luego con su virtud maravillosa
Se irá del suelo apriesa levantando,
Y la esfera del aire luminosa
De alegres arreboles matizando:
La escuadra de los ángeles hermosa
Festivos himnos le estará cantando,
Y las almas, trofeo de su gloria,
Solemnizando su inmortal historia.

»—Subid, Señor, y el arca se levante
De vuestra santidad con vos al cielo,
El arca bella, carro ya triunfante,
En que hollastes, vencedor, el suelo:
Subid, Señor, y vuestra gloria espante
Al mismo que turbó vuestro consuelo;
Subid, postrados ya los enemigos,—
Le cantarán los ángeles amigos.

»Así caminará suavemente,
Dándoles con su diestra soberana
La bendicion más rica y excelente
Que dió jamas naturaleza humana:
Irá llevando de su faz pendiente,
De aquella faz que gracia y gloria mana,
De sus hijos la noble compañía,
De admiracion pasmados y alegría.

»Tal sacude la pluma y va lijera
El águila mirando al sol más vivo,
Y los polluelos su veloz carrera
Admiran y su vista y cuello altivo;
Y aunque seguirla cada cual quisiera,
Y la madre les da gentil motivo
A que sus alas y sus ojos prueben,
Por faltalles la fuerza no se atreven.

»Mas los ojos clavados en sus ojos
Se quedarán, atentos y elevados,
Y darán al triunfo por despojos
Afectos por los ojos explicados:
No les serán cumplidos sus antojos,
Pero á su tiempo les serán pagados:
Desta manera Cristo irá subiendo,
Y vista y corazones suspendiendo.

»Acontece mostrarse en occidente
El rubio sol con claridad afable,
Y oponerse una nube transparente
Al rayo de su luz infatigable,
Y él esconderse en ella blandamente,
Y ella cobrar una beldad notable:
Así una nube esconderá en su seno
Al sol de rayos y de gloria lleno.

»Y al admirado y suspendido coro
De la escuela de Cristo generosa
Quitará de la vista su tesoro,
De la vista elevada y amorosa;
Y ella se bordará de plata y oro
A la luz deste sol maravillosa,
Y así pondrán los ojos en la nube
Del que glorioso al cielo en ella sube.

»Y estando en ella y él arrebatados,
Rasgarán el diáfano elemento,
Y bajarán dos ángeles sagrados
Con sesgo y apacible movimiento;
Y en vestidos de plata recamados
Espirarán suave y blando aliento,
Y á la suspensa en Dios devota gente
Así dirán amiga y dulcemente:

»—¿Qué mirais, oh varones galileos?
Este Jesus que agora va triunfando
Y al cielo sube rico de trofeos,
Tan rico le veréis despues bajando:
Allí se cumplirán vuestros deseos,
Y agora caminad, piadoso bando,
A Salén, y aguardad al prometido
Amor, del Padre y Hijo producido.—

»Al fin se volverán; mas ¿qué concetos,
¡Oh suma Emperatriz! y qué razones
Pintarán de los ángeles discretos
Las discretas y alegres invenciones?
Sus triunfos allí serán perfetos,
Como lo son agora sus pasiones;
Que sabe Dios pagar, como infinito,
Más de lo que pretende el apetito.

»Músicas, fiestas, regocijos, glorias
Compondrán su feliz recibimiento,
Canciones de sus ínclitas victorias
Resonarán con celestial acento:
Quedarán esculpidas las memorias
De su muerte y su vida y nacimiento,
No en materia sujeta á ciertos fines,
Sino en pechos de eternos serafines.

»Y recibido de su Padre santo
Con tierno amor, en trono esclarecido,
Y siempre oyendo el siempre dulce canto,
Será como merece recibido:
De allí pondrá á los pérfidos espanto,
Del mismo infierno con razon temido,
Y regirá su Iglesia, poderoso
Emperador y amado y bello esposo.

»A los justos dará dulces favores,
Esperanza á los tristes penitentes,
Perdon á los errados pecadores,
Y ofrecerá su fe á diversas gentes:
Presentará á su Padre los dolores
De las llagas que en sí tendrá patentes,
Intercesor fiél, docto abogado,
Y en defender al hombre ejercitado.

»Mas quiérote contar, oh Madre casta,
Del Espíritu Santo la venida,
Si bien para vivir segura basta
Saber ya de tu Hijo la subida:
El gran temor, oh Virgen, que contrasta
La escuela de Jesus hoy afligida,
Será vuelto en osada fortaleza
Y amor de celestial naturaleza.

»Cumplidos pues los más que buenos dias
Por tu Hijo y mi Dios determinados,
La hora de sus grandes alegrías
Los cojerá en un conclave encerrados,
Do en santa caridad sus almas pias,
Cual pebetes en ara consagrados,
Abrasando estarán, y en oraciones
Divinas sus fervientes corazones.

»Unidos estarán, y tú, Señora,
Presidirás al noble consistorio,
Cual prudente y feliz gobernadora,
Y digna de tan ínclito auditorio;
Y en tí, donde la gracia se atesora,
Como en un general propiciatorio,
En vez del que subió glorioso al cielo,
Pondrán los ojos, buscarán consuelo.

»Y estando así, con fuerza vehemente
Un viento soplará maravilloso
Que la casa estremezca de repente
Y un pavor cause blando y amoroso;
Y en lenguas dividido, un fuego ardiente
Bajará sobre el cónclave dichoso,
Y en todos, llenos ya de dulce espanto,
Se asentará el Amor divino y santo.

»Cuando Dios en el monte excelso daba
La verdadera ley al pueblo ingrato,
Furiosa tempestad, tormenta brava
Fué su ilustre y magnífico aparato:
La cumbre en fuego vivo se abrasaba,
Haciendo con sus llamas noble ornato
A la silla de Dios, y horribles truenos
Los aires inquietaban más serenos.

»Así, cuando la ley de eterna gracia
Se imprima en estos pechos más que humanos,
Hará con potentísima eficacia
El mismo Dios prodigios soberanos,
Tanto para vencer la pertinacia
De los que hoy le persiguen inhumanos,
Cuanto para ilustrar con suma gloria
La ley de amor, de Cristo la victoria.

»Vendrá pues el Espíritu divino
Sonando, porque así mejor lo atiendan,
Y con fuerza y espanto repentino,
Porque ser gracia liberal entiendan,
Y en forma de aire, abriéndose camino,
Porque ser el aliento comprehendan
Con que respira el alma y tiene vida
De Dios causada y solo á Dios unida.

»Y en figura de fuego deleitable
Vendrá para encender los corazones,
Y con ardor y soplo infatigable
Llamas criar de santas aficiones,
Dando con viva fe luz admirable
Y ciencia de proféticas visiones,
Y con formas de lenguas diferentes
Las varias lenguas de las muchas gentes.

»Y como al evangélico Profeta
Un serafin purificó los labios,
Y le infundió con caridad perfeta
En el alma fiél concetos sabios,
Y una excelsa virtud le dió secreta
Despreciadora de honras y de agravios;
Esto y más con su fuego luminoso
Hará el divino Espíritu piadoso.

»Daráles un sutil conocimiento
De la alteza de Dios inaccesible,
Y un sobrenatural entendimiento
De aquella hermosura inteligible:
Escribirá su ley en un momento,
Su evangélica ley, ley apacible,
Centro y fin de las santas Escrituras,
Con sabia mano en sus entrañas puras.

»Infundiráles un amor tan vivo,
Que siempre en caridad estén ardiendo,
En su llama suave y fuego activo
Cuanto en la tierra hallen convirtiendo:
De su bien y su mal harán motivo,
El uno y otro en humo resolviendo,
Para encender su amor y amar la gloria
De Dios y despreciar la transitoria.

»De aquí les nacerá una fortaleza
Para vencer del mundo lo más fuerte,
Espantar del infierno la braveza,
Hollar la vida y esperar la muerte:
De aquí una constantísima entereza
De rostro y pecho en alta y baja suerte,
Y un señoril espíritu invencible
A lo más grato y á lo más horrible.

»Y así, los que huyendo temerosos
Hoy han dejado á su Maestro santo,
Saldrán libres entónces y animosos
Poniendo á los que temen fiero espanto;
Y á los que agora cantan victoriosos,
De negro luto y de confuso llanto
La frente cubrirán y faz turbada,
Con verdad cierta, en vez de aguda espada.

»Saldrán luego á las calles predicando
La ley de gracia en lenguas diferentes,
Y Pedro, cual cabeza de su bando,
Con palabras y afectos más ardientes;
Y la verdad, en fin, manifestando,
Convertirán á Dios diversas gentes,
Y almas casi tres mil en solo un dia;
Que présto vence Dios cuando porfía.

»Mas ¿quién dirá, oh Señora, los afectos
)ignos desta venida soberana?
)uédanse atras los labios más discretos,
ii los quieren tratar con lengua humana,
f no puede pintarlos en concetos
/ivos la jerarquía más ufana;
)ue son hechos de Dios inescrutables,
)bras de amor, hazañas inefables.

»Del polvo de la tierra fué criado
:l hombre, y era polvo y tierra informe,
mágen ruda, cuerpo desalmado,
:n todo á su materia vil conforme:
iopló Dios, y su aliento consagrado
:n el barro infundió tosco y disforme
:spíritu inmortal, alma viviente,
:on que el hombre lo fué perfectamente.

»Antes ojos tenía, mas no via;
.engua, pero con ella no hablaba;
'iés, mas andar con ellos no podia;
lanos, pero con ellas nunca obraba;
'estos graves defectos que tenia,
:l ausencia del alma los causaba;
)ue luego vió, y habló, y obró, y anduvo,
:uando dentro del pecho el alma tuvo.

»Será lo mismo en esto que refiero:
:sto hará el Espíritu divino;
'orque es la Iglesia cuerpo verdadero,
i bien cuerpo moral y peregrino:
.ntes que baje aqueste Amor sincero
:n aire presto y fuego repentino,
:omo sin alma está la Iglesia en todo,
i no en sustancia, en apariencia y modo.

»No ve de Cristo agora los misterios,
lo entiende ni predica su grandeza,
'o acude á los sagrados ministerios,
:i los obra y maneja con pureza:
o camina por nuevos hemisferios
on vivos piés de osada lijereza;
'imida está, encerrada y afligida
orque no tiene espíritu de vida.

»Mas en viniendo le dará ojos vivos
en puras fuentes de cristal bañados,
jos de la verdad penetrativos,
de palomas simples, y rasgados;
jos que humillen ánimos altivos,
iéndose dellos sin rigor mirados,
ojos que á Dios con uno solo prenda,
ista de fe que cielos comprehenda.

»Labios tendrá cual encarnados lirios,
ue mirra perfectísima derramen,
lor de gloria y gusto de martiriós,
voces que á la vida eterna llamen;
abios que de los bárbaros asirios
asta los labios griegos siempre clamen,
prediquen la nueva ley de gracia
on alto son y altísima eficacia.

»Manos hechas á torno y de oro fino,
llenas de jacintos admirables,
ue derramando irán por el camino
randes hechos, prodigios memorables;
anos con que el Espíritu benino
e Dios infunda gracias inefables,
dé por ellas el tesoro ilustre
ue ha de causar al mundo eterno lustre.

»Y piés tendrá por una parte agudos
ara llevar su lumbre por la tierra,
con ella enseñar los pechos rudos,
ue ántes le han de hacer prolija guerra;
or otra piés valientes y membrudos,
e la piedra gentil que Paro encierra,
ara estar con valor fijos y estables
nte tronos de reyes formidables.

»Con ellos los apóstoles benditos
'án por todo el mundo diligentes,
destruyendo sus antiguos ritos,
onvertirán á Dios diversas gentes:
endrá la Iglesia hijos infinitos,
su cabeza miembros diferentes,
relados y profetas y doctores,
ártires fuertes, simples confesores.

»Y donde nace el sol y donde muere,
Y desde el polo Antártico á Calisto,
Y en la region que mas temprano hiere,
Y en la que tarde y mal su luz ha visto
(Tanto el hombre su Dios estima y quiere),
El nombre llegará de Jesucristo,
Y alumbrará su fe las almas puras,
Y humillará su cruz las frentes duras.

»Y el reino de tu Hijo poderoso
Por todo el mundo se verá esparcido:
El reinará en el cielo victorioso,
Y en Roma su vicario obedecido;
Y este, miéntras el fuego presuroso
Cerque al aire, y el aire humedecido
Al agua, y agua y tierra estén patentes,
En siglos vivirá permanecientes.

»Que ni de muchas gentes vencedoras
Las fieras armas ni de imperios fuertes,
Las altas majestades triunfadoras
De nuevos mundos y de varias suertes,
Ni del airado infierno las sonoras
Y bravas amenazas de mil muertes
Impedirán la sucesion divina
De sus vicarios y de su doctrina.

»Y este es el reino de David sagrado,
Esta la verdadera monarquía
Que yo te prometí siendo legado,
Y dije que su Padre le daria;
Este el imperio siempre deseado,
Y del nuevo Jacob la casa pia:
Reino de almas, imperio de virtudes,
Casa de eterna paz, nunca te mudes.

»Hé aquí la escuela de tu Hijo santo
Hecha de Dios ejército valiente,
Gloria del cielo, del infierno espanto,
Y deste mundo luz resplandeciente:
—Pues cese aquí, dirás, mi triste llanto;
No esté yo más de mi dolor pendiente;
Súbame el Padre al trono, donde vea
Al Hijo que mi alma ver desea.

»¿Qué bien, qué gozo, qué placer, qué gloria
Tal Madre ha de tener en tal ausencia,
Sino la que le diere su memoria
O la que le causare su presencia?
Ya está ganada la feliz victoria,
Ya el mundo postra á Dios su gran potencia:
¿Para qué vivo yo sin ver mi vida?—
Sabráslo ahora, oh Reina esclarecida.

»Como en ausencia del mayor planeta
Que á los menores da prestada lumbre,
La luna clara en una noche quieta
Alumbra en vez del sol, y es bien que alumbre;
Y cercándola en torno, la respeta
El noble coro de la octava cumbre;
Así, en ausencia de tu Hijo, importa
Que al mundo asistas, mas con vida corta.

»Porque despues que con tu vivo ejemplo
Hayas la santa Iglesia edificado,
Y cual segundo venerable templo
De Dios te hayan los justos adorado
(Que tal, oh Virgen Madre, te contemplo,
Y el cielo como á tal te ha celebrado),
Despues suplicarás á tu amoroso
Hijo que en sí te dé dulce reposo.

»Y él, por henchir aquella ilustre silla
Que en sus hombros sustentan serafines,
Y elevar en eterna maravilla
De tu beldad los sabios querubines,
Oirá tu peticion blanda y sencilla,
Y desde sus magníficos jardines
Te dirá: —Vén, paloma casta y pura,
A gozar de la fruta ya madura.—

»Y yo, Señora, bajaré contento
A darte la gloriosa legacía,
De corona ceñido y ornamento
Que mi placer anuncie y tu alegría;
Y cual sol el diáfano elemento,
Vestiré de luz nueva el claro dia,
Trayéndote una palma de victoria,
Señal triunfante de perfecta gloria.

»¡Oh qué gozo tendrás, qué regocijo,
Qué júbilo, qué gusto, qué consuelo,
Cuando contemples que tu amado Hijo
Ya te quiere llevar consigo al cielo!
Un breve espacio te será prolijo,
Y gran tormento el habitar el suelo;
Mas darás cuenta dello á tus devotos,
Que vendrán á ofrecerte aquí sus votos.

»Y trayendo aromáticos olores,
Bálsamos puros y pebetes finos,
Este aposento llenarán de flores
Y cercarán de ornatos peregrinos:
Blancos cirios con bellos resplandores
Encenderán los aires cristalinos,
Aparejando al sol de eterna vida
La casa de la aurora bien nacida.

»Tu lecho santo ceñirán piadosos,
Pendientes de tus ojos soberanos
Y atentos á tus labios milagrosos,
Los nuevos fidelísimos cristianos:
Suspiros de sus pechos amorosos,
En regalos envueltos sobrehumanos,
Despedirán, y lágrimas ardientes
Que bañen los suspiros vehementes.

»Y tú, con rostro blando y faz serena
Y dulce voz de enternecido pecho,
Consolarás su noble y justa pena
Desde tu virginal y humilde lecho:
Y estando así de inmensa gloria llena,
Y de luz clara el aposento estrecho,
No siendo los apóstoles llamados,
Se hallarán á tu muerte congregados.

»Recibirás en verlos nuevo gozo,
Y ellos contento singular en verte;
Bañaráse tu alma de alborozo,
Y sus almas de un júbilo más fuerte:
Los que han hecho en Babel fiero destrozo
Y han vencido al infierno y á la muerte,
Tristes se afligirán de ver la tuya,
Preciando más tu vida que la suya.

»¡Cuál les dirás allí dulces razones!
¡Cómo les hablarás palabras tiernas!
¡Cuánto regalarás sus corazones,
Victorias prometiéndoles eternas!
Y ellos el sacro aliento y persuasiones
Desas entrañas con verdad maternas
Suspensos beberán y arrebatados
De tu dulzura, y de tu voz colgados.

»Una música en esto deleitable,
Dulce contento y blanda melodía,
Elevará tu rostro venerable
Y mente sacra en gozo y alegría;
Y templado este júbilo admirable,
Y suspendido el canto y armonía,
Mostrará con suavísima clemencia
Tu caro Hijo su inmortal presencia.

»Tal, acabada la tormenta dura,
El cielo da su repentina lumbre,
Y el arco variado con luz pura
Esmalta y dora la nublada cumbre;
Y en camino dudoso y noche oscura
Tal muestra al ojo la sutil vislumbre,
Y luego el rayo de la luna escaso,
Y ella despues, el peligroso paso.

»Pondrás tus ojos en aquellos ojos,
Que dulcemente hablarán callando;
Querras besarlos con tus labios rojos,
Y con mirar los estarás besando:
Esos ojos, al fin, serán despojos
De sus ojos, que en sí te irán mudando,
Y su vista infundiendo en esa vista
Santa guerra, suavísima conquista.

»Cual puro sol en limpia vidriera
Su despejada luz bello trasfunde,
Y ella á su luz, con claridad sincera,
Un no sé qué de más belleza infunde,
Y pasada del sol, se queda entera,
Y en ella envuelto el sol, no se confunde;
Tus ojos en sus ojos trasfundidos
Luz tendrán y darán, no confundidos.

»Estando así tu noble entendimiento
De inmenso resplandor será bañado,
Y á más que celestial conocimiento
De la bondad de Dios arrebatado;
Y deste inimitable pensamiento
Un tan subido amor será causado,
Que á la vida mortal su ardor exceda,
Y sufrillo en mortal cuerpo no pueda.

»Y así ¡oh bendita! morirás gozosa
De mal de amor, de amor del bien herida
De Dios, enfermedad maravillosa
Que le da saludable y dulce vida,
Y fiebre con que Dios en sí reposa,
Y en la fuente del mismo bien nacida;
Que deste mal importará que muera
La que de Dios es Madre verdadera.

»Tu alma noble acogerá en sus brazos
El Verbo concebido en tus entrañas,
Y ella sin cuerpo extenderá sus lazos
Con otras formas de abrazar extrañas;
Y él tambien le dará dulces abrazos
(Oye; que así tu gran dolor engañas):
Tu cuerpo, al fin, se quedará en la tierra,
Feliz si mucho tiempo en sí lo encierra.

»Mas, ungido con bálsamos suaves,
Y con largas obsequias venerado,
Con graves prosas y con himnos graves
Será en Getsemaní luego enterrado:
Angeles santos, cual cantoras aves,
Entre el coro de apóstoles sagrado
Y entre mil otros ínclitos varones,
Al cielo entonarán dulces canciones.

»Y el sepulcro cerrado, ilustre archivo
De tal tesoro, el Cristianismo noble,
Muerto á su pena, y á tu gloria vivo,
En profunda oracion quedará inmoble:
Batiendo pues el tiempo fugitivo
Con pluma infatigable el primer moble,
El dichoso vendrá tercero dia
De siempre eterna y última alegría.

»El alba entónces bordará de flores
El prado y de arreboles el oriente;
Su lengua pulirán los ruiseñores,
Espejarán las aguas su corriente,
El aire se ornará de resplandores,
Y el mismo sol de luz más excelente,
De suavidad la tierra y de consuelo,
Y de inmenso placer y fiesta el cielo.

»En esta pues aurora deleitable
Tu alma pura al cuerpo generoso
Será unida por modo inexplicable,
Y un nuevo sér le infundirá glorioso:
Belleza ilustre, agilidad notable,
Luz que al planeta venza luminoso,
Impasibilidad y sutileza
Sobre toda mortal naturaleza.

»Del sepulcro saldrás resucitada,
¡Oh Virgen! Y los ángeles atentos
En música conforme y regalada
Te tañerán suaves instrumentos;
Y en procesion alegre y concertada
Rasgarán los más puros elementos
Otros muchos, tu fiesta celebrando,
Tu gloria viendo, tu valor cantando.

»Algunos cuerpos tomarán lucidos
Y ropas varias de hermosos trajes,
Y de coronas y beldad ceñidos,
Te servirán de cortesanos pajes:
Otros, en largas tropas divididos,
Haciendo en sana paz bellos ultrajes
Al viento con clarines y banderas,
Batallas formarán, mas no de véras.

»Y otros en carros con verdad triunfantes,
Rompiendo el aire con doradas ruedas,
Irán gallardos, correrán triunfantes,
Oro esparciendo, y arrastrando sedas;
Y otros, al verde mayo semejantes,
Dulces fuentes, alegres alamedas
Fingirán del diáfano elemento,
Que sirvan al camino de ornamento.

»Y tú, Señora, como Reina clara,
Para que el cielo con razon se ilustre,
Con blando rostro y con nobleza rara
Darás á la gran fiesta inmenso lustre;
Mas porque mucha pompa le faltara
Faltando á la sazon tu Hijo ilustre,
Cercado bajará de serafines,
De guirnaldas ceñidos de jazmines.

»A tu presencia llegará gozoso,
Sus tiernos brazos á tu lindo cuello
Echará, de apretarlo deseoso,
Y entónces sin dolor podrá hacello:
Qué nudo, oh Vírgen Madre, tan gracioso,
Para él tan dulce, para tí tan bello!
Qué beso tan recíproco y suave!
El mismo Dios, que lo dará, lo alabe.

»Así, arrimada la derecha mano
En aquel hombro que sustenta el cielo,
Y él siendo tu escudero cortesano,
Con presto irás y manso y limpio vuelo;
Y llegando al alcázar soberano
Do asido á la verdad vive el consuelo,
Abriéndose las puertas de la gloria,
Franca la entrada te será notoria.

»Y del trono á los santos descubierto
Sonará en dulce y apacible canto:
—¿Quién es esta que sube del desierto
Con tanta luz y fiesta y gozo tanto,
Y viene al deleitoso empíreo huerto,
Estribando en su Esposo y Hijo santo,
Como el aurora bella y refulgente,
Como la luna y como el sol luciente? —

»Así estarán los ángeles cantando,
Y tú, las jerarquías excediendo,
Más las mentes sabias elevando,
Y los gloriosos pechos encendiendo:
Ellos, tus nuevas gracias admirando
Y luz de tu belleza recibiendo,
Hincarán sus rodillas en el cielo,
Y postrallas quisieran en el suelo.

»Verán los abrasados serafines
Que les excedes en amor ardiente,
Y entenderán los sabios querubines
Que en ciencia les traspasas excelente;
Y cuantos huellan los distantes fines
Y el medio del alcázar eminente
Do habita Dios, espíritus sagrados,
A tí se humillarán, de tí admirados.

»Serás, en fin, del Padre recibida
Como hija, y del Hijo como madre,
Y del divino Espíritu admitida
Como su Esposa, y hija de tal Padre;
Y porque á Hija y Madre tan querida,
Y á Esposa tal el ornamento cuadre,
Padre y Hijo y Esposo á tu persona
Darán de Reina ilustre igual corona;

»Y corona de estrellas inmortales,
Que ciñan tu cabeza con luz pura,
Y adornando tus sienes virginales,
Aumenten, si es posible, tu hermosura;
Y por chapines á tus piés reales
La antorcha clara de la noche oscura;
Y por vestido el sol: adorno extraño,
Con que no sufrirá la vista engaño.

»Así á la diestra de tu Hijo Eterno,
En trono de suprema reverencia,
La primera serás, en su gobierno,
Intercesora de eficaz potencia:
Respetada en el cielo, en el infierno
Temida, y por tu celo y tu clemencia
Adorada en la tierra de los hombres,
En templos varios, con diversos nombres.

»Desta manera gozarás dichosa
De tu Hijo en suave compañía,
Yo como en el pesebre cuidadosa,
Mezclada con tristeza tu alegría;
Ni ya escondiendo al Niño, temerosa
Del rey tirano y de su atroz porfía;
Ni con pena mirando el falso rito
Del dios brutal del engañado Egito;

»Ni de prudentes lágrimas bañando
El rostro de divina gracia lleno,
Al Niño Dios con lástima buscando,
Que se huyó de tu amoroso seno;
Ni de rodillas junto al lecho blando,
Si bien más de una vez de paja y heno,
Velando en oracion al sueño grave
Del que duerme y lo más oculto sabe;

»Ni viéndole de escribas perseguido,
Ni acosado de injustos fariseos,
Ni, como agora, en cárcel detenido
Para cumplir sus bárbaros deseos;
Que lo verás de arcángeles servido,
Cercado de magníficos trofeos,
En siempre eterna paz y gloria inmensa,
Y á tí en su gloria y en su amor suspensa.»

Hablando estaba el ángel; y dijera
Más si Juan á la puerta no llegara,
Y apresurando su veloz carrera,
La plática suave no cortara:
¡Oh terrible dolor, congoja fiera!
Oh quién los tristes labios le cerrara!
Callad, Juan; mas no puede, porque ha visto
Que á muerte han condenado á Jesucristo.

Devoto siempre Juan, firme y atento
Y animoso y sagaz á todo estuvo:
Nunca dejó al Señor en su tormento;
Llorando su pasion con él anduvo;
Y vido agora el infernal portento,
Vidole sentenciar, y apénas tuvo
Fuerzas para sufrillo; mas cobrólas
Para dar estas nuevas, y al fin diólas.

Y puesto de rodillas en el suelo,
Y el rostro en polvo y en sudor bañado,
La voz cortando á veces con recelo
De un grande mal, y á veces fatigado:
«¡Oh excelsa, dijo, Emperatriz del cielo,
Madre casta del Hijo deseado
De la gente que agora le condena,
Perdona á mi dolor tu justa pena.

»Mas ¿de qué sirve ansiosa detenerte,
¡Oh santa Vírgen! con palabras tales?
Tu dulce Hijo condenado á muerte
Está, y aun de la muerte á los umbrales:
La cruz de Barrabas le cupo en suerte;
Que al fin ha de pagar de Adan los males.»
Oyó, y cubrióse al sentimiento pio
La Madre virginal, de un sudor frio.

Y trocado el color de leche y grana,
Si no en amarillez, en más blancura,
Y en el cielo la vista sobrehumana,
Con dolor dijo, mas en paz segura:
«Tu voluntad se cumpla soberana,
Como de Padre que mi bien procura,
En mí, tu sierva, y en tu Hijo amado,
Dios en penas y en glorias alabado

LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO.

De la vida y sermones variamente
De Cristo el pueblo trata congregado:
Lleva la cruz á cuestas, y la gente
Simple llora su mal profetizado:
En procesion le sigue el excelente
Bando de patriarcas esforzado:
Velo su Madre, y ambos comunican
Su gran dolor; y al fin lo crucifican.

En tanto de Salén el vago y fiero
Vulgo, en diversas tropas dividido,
O ya con rostro falso y lisonjero,
No bien de su pecado arrepentido,
O ya con pecho cándido y sincero,
Por no haber con sus votos concurrido
A la muerte de Cristo presurosa,
De su vida hablaban religiosa.

En plazas, calles, puertas y cantones
Que del Calvario muestran el camino,
Con secretas y varias intenciones
Tratan los más del caso peregrino:
El hecho miden, pesan las razones
Por que matar á un hombre tal convino;
Y refieren sus obras admirables,
Su doctrina y prodigios memorables.

Uno se acuerda y dice cómo estaba
Con fervoroso afecto predicando,
Y que tan gran corona le cercaba
De gente, sus palabras adorando,
Que ni lugar ni espíritu dejaba,
Oyendo el pueblo, y Cristo platicando,
A que el resuello caminar pudiese,
O del atento corazon saliese.

Y que llegó un enfermo ya gastado
De una prolija y grave perlesía,
Y por el techo abierto descolgado,
Apareció con faz doliente y pía:
Pidió salud, y habiéndosela dado,
Confusa la envidiosa compañía
Quedó de los vencidos fariseos,
Declarándoles Cristo sus deseos.

Otro refiere de los diez leprosos
Que, cuando enfermos, á sus piés rendidos
Estuvieron humildes y medrosos,
Y cuando sanos, mal agradecidos;
Y que eran de los tribus generosos
Los nueve á tanto bien desconocidos,
Y el que le dió las gracias extranjero,
Mas de alma pura y corazon sincero.

Otro se acuerda que entre mucha gente
Una mujer enferma y miserable
Tocó su vestidura blandamente,
Y sanó de su mal irremediable;
Y que despues, con devocion ferviente,
Una estatua de mármol admirable,
Agradecida, levantó en memoria
Del caso ilustre y de su eterna historia.

Y muchas desta forma referian
Excelsas obras, milagrosos hechos;
Unos con mal intento las decian,
Y otros con puros y sencillos pechos:
Algunos de su muerte se dolian,
Y otros, á mofas insolentes hechos,
Blasfemando, la cruz le deseaban,
Y el bien en mal, y el mal en bien trocaban.

Otros de sus magníficos sermones
Trataban, admirando su elocuencia,
Ponderando el valor de sus razones
Y engrandeciendo el sér de su prudencia:
Ya el conquistar rebeldes corazones
Y moverlos á justa penitencia,
Ya el conservar los ánimos rendidos
Celebraban con varios apellidos.

Y el uno la parábola piadosa
Contaba del garzon pródigo y vano
Que gastó su hacienda caudalosa
Con gente infame, y en vivir profano;
Y despues de una hambre rigurosa,
Lo recibió en su casa el padre humano,
De estola le adornó, le puso anillo,
Le hizo fiesta y le mató un novillo.

Y otro, la sucedida semejanza
Del que sembró en el campo mucho trigo,
Y en la dichosa mies y en su esperanza
Le echó mala cizaña el enemigo;
Y aunque la yerba vil con más pujanza
Iba creciendo próspera al abrigo
De la buena y copiosa sementera,
Estar segura la dejó y entera.

Y otro, la de aquel padre diligente
Que á su viña llevó trabajadores
Antes que el sol rayase en el oriente
Y despues que al cenit bajó de ardores,
Y cuando arrebolaba el occidente,
Con igualdad pagó á los labradores,
Con igualdad trabajos desiguales,
Mas á nadie quitando sus jornales.

Y otro decia con desden esquivo,
Y con desprecio vil lo repetia:
«El se ha hecho, por cierto, ejemplo vivo
Del trabajo infeliz que nos pedia;
Porque él, con faz serena y cuello altivo,
Cual acertado zahorí, decia:
—El que venir en pos de mí quisiere,
Tome su cruz y sígame do fuere.—»

Y otro: «Bien se cumplió su pensamiento,
Pues, siendo de la tierra levantado,
Lleva consigo, á su dolor atento
Y á su mal, todo el pueblo arrebatado;
Y si es grano de trigo, en su tormento
Está, podrido no, mas quebrantado,
Como entre piedras de molino duras,
Que espigas no podrá brotar maduras.»

Y otro: «Hé aquí la bienaventuranza
Que él mismo puso en la pobreza y llanto;
Ya no le faltará la confianza
De alcanzar este bien que él precia tanto:
Si no es que de la cruz haga mudanza,
Y perdiendo su fin, nos ponga espanto.»
Esto los más hablaban, y los ménos
Aquello, de piedad y asombro llenos.

Cuando la excelsa cruz, noble estandarte,
En fuertes viles hombros sostenida,
Pavorosa se vió por una parte,
Y por otra el que en ella honró á la vida:
Vino el Señor que todo el bien reparte,
La frente en polvo y en sudor teñida,
Débil el cuerpo, el rostro macilento,
Los piés sin fuerza, el pecho sin aliento.

Cubierto de su antigua vestidura,
Y apretado con ásperos cordeles,
Y en la cabeza la guirnalda dura,
Que le ciñeron bárbaros crueles:
Puso la vista generosa y pura
En la cruz, honra ya de los fiéles,
Que era de palo bien pesado y recio,
Y estaba en tierra echada con desprecio.

Y aunque ceñido de feroz canalla,
Y de insolente vulgo rodeado,
Se paró atento y comenzó á miralla,
Y así habló, mirándola callado:
«¿Es este, ¡oh mundo! el campo de batalla
Que me has para la muerte preparado,
Y la mullida cama y blando lecho
Para estos miembros virginales hecho?

»¿Es aquella la ilustre cabecera
Debida á mi cerebro venerable,
En que se ponga la almohada fiera
Desta horrenda corona y espantable?
Aquel madero atravesado ¿espera
(¡Quién tal pensara? ¡Oh caso lamentable!)
Teñirse en sangre de mis manos santas,
Y en el licor el otro de mis plantas?

»¿Aquellos ganchos romperán agudos
Estas espaldas, otra vez molidas?
¿Y entre los huesos toparán desnudos,
Y pasarán sus puntas atrevidas?
¿Y pendientes verán de garfios crudos
Carnes que están al mismo Dios unidas,
Los cielos, y tendrán las manos quedas
Los que voltean sus constantes ruedas?

»¿Así me tratas, hombre? Así me tratas!
De otra manera pienso yo tratarte,
Y en este duro campo más baratas
Dulces victorias mil comunicarte:
Para que tú con más valor combatas
Pretendo en esta cruz ejemplo darte:
Aprende; que la cruz en hombros toma
Tu Dios, y en ella á tu enemigo doma.

»En ella quedará su fuerza injusta
Tan flaca y débil por aquestos brazos,
Que fácil puedas en batalla justa
Echalle al cuello vencedores lazos:
Hasta aquí ha sido su maldad robusta
Porque le has dado tú, cobarde, abrazos;
Ya con mi cruz y con mi sangre fuerte
Y bien armado, le darás la muerte.

»Saldrá huyendo, y se verá vencido
loy de la cruz; y á su señal honrosa,
' á su sombra feliz preso y rendido,
lumillará su frente belicosa:
'ues, hombre, no la pongas en olvido;
:on su virtud te escuda poderosa;
ue porque tengas vida, en ella muero,
a cruz abrazo y en la cruz te espero.»

Dijo; mas ya los bárbaros atroces
recibirla en hombros le obligaban,
con horribles hechos y con voces
lasfemas duramente le trataban;
empellones aquellos, estos coces,
otros golpes sacrílegos le daban;
así el cuerpo inclinó cansado el Hijo
e Dios, y al gran madero entre sí dijo:

«Vén, estandarte de inmortal memoria,
ue has de triunfar del espantado infierno,
siempre digno de alabanza y gloria
undarás en la Iglesia mi gobierno;
en el final jüicio con victoria
iniversal y resplandor eterno
ucirás, y entre nobles compañías
e ilustres santos y en perpetuos días.

»Vén, cruz, donde clavada la serpiente
laldita, al parecer del mundo errado,
la de dar medicina conveniente
l hombre de serpientes mal llagado:
:scudo, vén, del capitan valiente
ue al sol opuesto lo tendrá parado,
o dando luz, pero su luz cubriendo
:on velo oscuro, y á Hai venciendo.

»Vén, del mayor Moisen vara admirable,
ue has de rendir al asombrado Egito,
de otro cautiverio miserable
ueva gente sacar á nuevo rito:
'én, arca al gran diluvio incontrastable,
ue has de salvar un número infinito,
o solas ocho generosas almas,
ando en la tierra paz y en el mar calmas.

»Arbol de vida y árbol de la ciencia
el mismo bien, y palma victoriosa,
e donde cogerá, con más prudencia
ue Eva, el fruto de amor mi bella esposa:
'én; que en tí mi suave providencia
ombra le ha de hacer maravillosa
ara que ya descanse, ya se aliente,
asta que á verme suba claramente.

»Vén, oh sagrada cruz, dame tus brazos;
ue yo te doy con caridad los mios,
te regalo con estrechos lazos,
ara mí fuertes, para el hombre pios;
si á tu amor no bastan mis abrazos,
o te prometo de mi sangre rios,
on que lavada y bella y dulce quedes,
rica, al fin, para ofrecer mercedes.

»Vén; que en tí hallarán los pecadores
e infinita piedad la fuente abierta,
de gracias, dulzuras y favores
os justos franca la dichosa puerta;
alud el mundo, el cielo resplandores,
u triunfo Dios, su vida el hombre cierta:
'én, cruz, y vamos,» dijo; y recibióla
on un beso de paz, y levantóla.

En el hombro la puso, y al momento
e le asentó en el hombro firme y santo,
arrodillar le hizo el gran tormento:
Oh cruz, que al mismo Dios afliges tanto!
as llegó al punto el escuadron violento
añadió mas dolor á su quebranto,
izándolo á crueles bofetones
el suelo, y á puñadas y empellones.

La Caridad, doncella generosa
ue junto á su persona caminaba,
a cruz tomó con fuerza valerosa,
algo alivió lo mucho que pesaba:
s aquesta una dama religiosa
ue á Cristo en su pasion acompañaba;
iene su noble orígen en el cielo,
es extranjera cuando está en el suelo.

Nace de Dios, cual hija regalada,
Y con leche divina se sustenta;
De Dios el pecho es su feliz morada,
Y cuanto más le abraza, más se aumenta:
Por guia de los ángeles fué dada,
Y ella del mismo bien los apacienta;
Dióles contra Luzbel la gran victoria,
Y herederos los hizo de la gloria.

En el empíreo santo es compañera
De la vision que á Dios sin velo mira,
Y de la voluntad pura y sincera
Que allá le goza, nunca se retira;
Y como en este mundo es extranjera,
Por fe á su eterna y dulce patria aspira:
Vive en tinieblas, pero lumbre sigue,
Y claridad alcanza si prosigue.

No hay en el cielo quien le haga guerra,
Y así mora en el cielo sin mudanza,
Y en este su destierro y nuestra tierra
La culpa á combatirla se abalanza;
Y cuando gravemente el alma yerra,
La deja esta virtud sin más tardanza,
Vencida no, mas ella se comide,
Y porque la desprecian se despide.

Al primer hombre se la dió graciosa
El mismo Dios, por grande beneficio,
Y él por una manzana ponzoñosa
La trocó: ciego, errado y mal jüicio:
Ella, que en Dios como en su fin reposa,
Y le tiene á su blando amor propicio,
Pidió al Verbo divino que bajase
Del cielo y de su afrenta la vengase.

Y ¿de qué suerte? Dando al hombre indino
Eterna vida por su eterna muerte;
Que es modo de venganza peregrino;
Mas ella no se venga de otra suerte:
El Verbo pues acometió el camino,
Y hombre se hizo valeroso y fuerte;
Y con esta señora siempre anduvo,
Y ella en la noble empresa le mantuvo.

Acompañólo en el pesebre santo,
Y entre las pajas le guardó el consuelo;
Circuncidado le templó su llanto,
Aunque de sangre vió teñido el suelo:
Para causar á Egipto nuevo espanto,
Con presto lo llevó y alegre vuelo;
Y ella le hizo desplegar sus labios
En tierna edad ante varones sabios.

Por ella en el Jordan el agua pura,
Lavándolo, quedó purificada;
Y en el desierto la abstinencia dura
Enflaqueció su carne delicada;
Y por ella habló con tal dulzura,
Y tuvo gente de su voz colgada,
Más que el frances, de sus cadenas de oro
Al mundo repartiendo su tesoro.

Por ella permitió á los fariseos
Que cual fieras serpientes le cercasen;
Por ella á los herejes saduceos
Que como viles perros le ladrasen;
Por ella, que sus bárbaros deseos
Al cumplimiento de su mal llegasen;
Que si la Caridad no lo hiciera,
¿Qué fuerza á Dios, qué traza á Dios venciera?

Ella la sangre le sacó en el Huerto
Con vivas puntas de amorosa pena,
Y lo mostró, en la sombra descubierto,
A la cohorte de alevosos llena;
Y le tuvo en la noche atroz cubierto
El grave y dulce rostro y luz serena
Y clara de sus ojos soberanos,
Sufriendo injurias mil de infames manos.

Ella hizo que loco pareciese
A los del mundo sabios ignorantes,
Y cinco mil azotes padeciese;
Cosa no vista de los hombres ántes:
Ella, que la corona recibiese
Pavorosa, de puntas penetrantes,
Y que de muerte la sentencia horrible
Aceptase con ánimo apacible.

Y agora que lo ve cansado, arrima
A la pesada cruz el hombro entero,
Alzala bien y pónesela encima,
Y al buen Jesus alivia el gran madero:
¿Quién sobre tu valor hoy se sublima?
¡Oh estandarte de gloria verdadero!
Al hombro vas de Dios, y en las espaldas
De la virtud que pisa á Dios las faldas.

Iba la Caridad, y con voz tierna
A Cristo blandamente le decia:
«Considera, Señor, la vida eterna
Que al hombre causas con tu muerte pia:
Si por amor el alma se gobierna,
Por el amado pierde su alegria,
Cuando su pena le ha de dar la gloria,
Y el ser ella vencida, la victoria.

»Tú por ti mismo al hombre aficionado,
Y por el bien del hombre descendiste,
Para matar, muriendo, su pecado,
Al valle oscuro deste mundo triste,
Y enamorallo en cruz has deseado;
Sobre ti va la cruz que pretendiste:
Muere, ¡oh buen Dios! y en ella le enamora,
Y porque él gane á ti, pierde tú agora.

»Cerca está el fin, camina diligente;
Que más el movimiento se apresura
Si es natural, cercano al conveniente
Y propio centro que su amor procura:
El hacer bien, ¡oh Dios manso y clemente!
Viendo padecer mal á tu criatura,
Es natural á tu bondad divina:
Cerca está el centro, más veloz camina.

»No imprimes huella, no alijeras paso,
Que no aproveche al hombre paso y huella;
Pues no te vayas hoy tan paso á paso;
Que es bien cuanto tu pié sagrado huella:
No tiene tu bondad el pecho escaso,
Ni poco amor jamas se halló en ella;
Anda pues, anda apriesa, y testifica
Que tu gran caridad te crucifica.»

Esto hablaba; y la Impiedad en tanto
El estandarte á Léntulo cogiendo,
Lo tremoló y alzó con fiero espanto,
Y al marchar incitó con bravo estruendo;
Y el ejército así de canto á canto
Se fué por dos hileras disponiendo;
Y la trompeta retumbó sonora,
Y del partir apercibió la hora.

Ya rompen los caballos animosos
Con piés la tierra, el aire con bufidos;
Ya parecen los hierros luminosos,
Y centellean con el sol heridos;
Ya del suelo nublados polvorosos
Al cielo suben con el viento unidos;
Ya camina la gente aborrecible
Al son confuso de la trompa horrible.

Ya en alta voz el pregonero suena:
«Esta es del Presidente la justicia,
Que este hombre á muerte de la cruz condena
Porque ser hijo de su Dios codicia:
Quien hace culpa tal, lleve tal pena,
Y castigo conforme á su malicia.»
¡Oh pregonero infame! ¿A quién baldonas?
Mira que es falsedad cuanto pregonas.

Mejor dirás que al Hijo de Dios vivo
A muerte ha condenado el Padre Eterno,
Por librar della al siervo fugitivo
Que á la puerta ya estaba del infierno;
Y que la Caridad, con pecho esquivo
Y extraño á Dios, y al hombre afable y tierno,
Le lleva á padecer por el pecado
Que el hombre cometió, jamas pagado.

Mejor dirás que era el comun delito
Del hombre contra Dios inestimable,
Y que el linaje con razon maldito
Pagar no pudo culpa tan notable;
Y que para igualar al infinito
Peso de su malicia irremediable,
Infinito valor fué necesario,
Y este da, el que lo tiene, voluntario.

Así dirás mejor; mas no queria
Así decir; y Cristo caminaba,
Y con la cruz que el hombro le oprimia,
A veces en el suelo tropezaba;
Pero ¡ay dolor! que apénas él caia,
Cuando el fiero escuadron lo levantaba
Con injurias, afrentas, risas, voces,
Desprecios, golpes, bofetadas, coces.

Cristo daba en la tierra con el peso
Del gran madero y de tus culpas graves;
Que si bien era aquel pesado y grueso,
Estas no son lijeras y suaves,
Antes le hacen infinito exceso;
Mas porque tú con ellas no te agraves,
Y al centro caigas de pavor y asombros,
Alma, las lleva Dios sobre sus hombros.

No fué mucho que el ángel insolente
El cielo de diez orbes rodeado
Rasgase, por bajar al cáos ardiente,
Arrojándole el peso del pecado;
Ni fué mucho que el hombre inobediente
Cayese al infeliz misero estado,
De aquella noble cima y grande altura;
Que el uno y otro, al fin, era criatura.

Ni es mucho que entre fuego y nieve horrible
Beba en eterna vida eterna muerte,
Clavado en el abismo aborrecible,
Sin poder levantarse á mejor suerte,
El que la majestad inaccesible
Menospreció del Rey piadoso y fuerte;
Que la maldad, como el pecado inmensa,
Pide en pena infinita recompensa.

Mas que el Hijo de Dios, si bien ya humano,
Que esta visible máquina superba
De los tres dedos cuelga de su mano,
Y solo con su aliento la conserva,
Y el invisible reino soberano,
Y el de la gente en blasfemar proterva,
Con su diestra mantiene vencedora,
Al peso caiga del pecado agora;

Eso admira y espanta, y más admira,
Hombre, y espanta que á tan grave carga
Tu alma miserable no suspira,
Y della suspirando se descarga:
Si á ti no te conoces, á Dios mira;
Que cuando della, cual fiador, se encarga,
Tropieza y cae al peso incomportable;
Que aun á Dios es la culpa intolerable.

Tropieza y cae entre los dos ladrones
Que á la muerte tambien le acompañaban,
Aunque libres de tantas aflicciones,
Pues al hombro las cruces no llevaban;
Porque aquellos terribles corazones
Que la afrenta de Cristo procuraban,
A esta penosa carga le obligaron,
Y della á los ladrones descargaron.

Pretendiendo mostrar al vulgo errado,
Con este hecho de impiedad patente,
Que más grave de Cristo era el pecado,
Pues era su castigo diferente:
Diferente y mayor y nunca usado
De otra ninguna extraña y fiera gente;
Que todas en el trance doloroso
El instrumento esconden riguroso.

Y así del buen Jesus la muerte dura
Fué doblado y gravísimo tormento,
Porque la muerte, á la verdad futura,
Presente se la hizo el instrumento;
Mas desde que nació, á la sepultura,
Siempre le trajo en cruz su pensamiento,
Y siempre en ella padeció invisible
Y racional dolor, pero insufrible.

Este, cuando la aurora se reia,
Su corazon en lágrimas bañaba;
Y cuando el sol en el cenit ardia,
En amorosa pena le abrasaba;
Y cuando el Lubrican se despedia,
El alma de tristezas le cercaba;
Y al cubrir de pavor la noche el cielo,
Casto le daba y noble desconsuelo.

Este en la mesa con su dulce madre
Le robaba el placer del sacro pecho,
Y en la oracion, hablando con su Padre,
Siempre le tuvo en tierno amor deshecho:
Tu pensamiento con el suyo cuadre,
Hombre, en tu dura cama ó blando lecho;
Que este dolor piadoso y voluntario
A Dios hurtaba el sueño necesario.

Y este tambien, al despertar ansioso,
En la cruz le clavaba el alma noble;
Este, andando el espíritu celoso,
Al gran madero le fijaba inmoble;
Y este, agora más vivo y animoso,
Con doble fuerza y con tormento doble
Se aflige, de la cruz acompañado.
Oh Dios siempre por mí crucificado!

Dame, Señor, que cuando el alba bella
El cielo azul de blancas nubes orne,
Tu cruz yo abrace, y me deleite en ella,
Y con su ilustre púrpura me adorne;
Y cuando la más linda y clara estrella
A dar su nueva luz al aire torne,
Mi alma halle al árbol de la vida,
Y á tí, su fruto saludable, asida.

Y cuando el sol por la sublime cumbre
En medio esté de su veloz carrera,
La santa luz, con su divina lumbre
Más ardiente que el sol, mi pecho hiera;
Y al tiempo que la noche más se encumbre
Con negras plumas en la cuarta esfera,
Yo á los piés de tu cruz, devoto y sabio,
Tus llagas bese con humilde labio.

Cuando el sueño á los ojos importante
Los cierre, allí tu cruz se me presente,
Y cuando á la vigilia me levante,
Halla tu dulce cruz me represente:
Cuando me vista, vista el rutilante
Ornato de tu cruz resplandeciente,
Me moje, cuando coma, en tu costado
El primero y el último bocado.

Cuando estudie en el arte soberana
De tu cruz, la leccion humilde aprenda;
Y en ese pecho, que dulzura mana,
Su amor sabroso y tierno comprehenda;
Y toda gloria me parezca vana,
Si no es la que en tu cruz ame y pretenda;
Y el mas rico tesoro, gran pobreza,
Y el deleite mayor, suma vileza.

Y ya, mi buen Señor, te mire orando,
Lleno de sangre, y de sudor cubierto;
Y preso del feroz aleve bando,
Con duras sogas en el triste huerto;
Y ante el soberbio tribunal callando,
El rostro á mil injurias descubierto;
Y tenida por loca tu cordura,
Y ya por arrogante tu mesura:

Ya en el pretorio con rigor desnudo,
Con furiosos látigos herido;
Y con aquel ornato infame y crudo,
Frente y cerebro sin piedad ceñido;
Y traspasado con dolor agudo,
En vez de Barrabas escarnecido;
Ya, como agora vas, la cruz al hombro;
Y siendo al cielo, en cruz, divino asombro:

Así te mire yo, Jesus perfeto,
En cruz de compasion crucificado,
Y así tenga de tí piadoso afeto,
Viéndote con la cruz arrodillado.
Pues el altísimo conceto
Del Padre, y hombre y Dios, debilitado
De suerte, que la fiera compañía
Temió que ántes del monte moriría.

Y no compadecidos de su pena,
Mas para darla con mayor exceso
A su buen alma, de cansancio llena,
El grave le aliviaron sacro peso;
Y un gentil alquilaron de Cirena,
Simon llamado, que el madero grueso
En pos al hombro de Jesus llevase,
Lo de suerte que dél le descargase.

Iba despues Simon, Cristo primero,
Y ambos la cruz llevaban sacrosanta,
Sacramento escondido y verdadero,
Que entónces no admiró y agora espanta;
Pues la Iglesia gentil el gran madero
Toma, y sigue á Jesus, que se adelanta:
Misterio bien oculto y ordenado
Por Dios, en honra de su Hijo amado.

Que si tú, infame y vil canalla hebrea,
Ayudar no quisiste al Rey ungido,
No le ha faltado pueblo que desea
Serville, de sus penas condolido:
Pueblo tiene piadoso que le crea,
Antes gentil, y ya de su apellido;
Ya, con su ilustre nombre y soberano
De Cristo, dicho con razon cristiano.

Esto el divino Verbo conocia,
Y en figura á Simon la cruz dejaba
Tomar, como quien claramente via
Que á su Iglesia por él con ella honraba:
Dábala, y en espíritu entendia
Cuando amoroso y tierno se la daba;
Entendia y miraba, caminando,
Con santas cruces un copioso bando.

Mártires vía, vía confesores,
Vírgenes sacras, nobles penitentes,
Humildes siervos, ínclitos señores,
Y todos con su cruz resplandecientes;
Pero los generosos fundadores
De los linajes castos y obedientes
Que su cruz imitaban con sus cruces,
Entre santas los vió hermosas luces.

Mas, ¡oh sagrada musa! eterna ciencia
Que inspiraste admirable y nos inspiras,
Das y alivias la cruz de la obediencia,
Y á sus crucificados siempre miras;
Tú, que gracia y verdad, seso y prudencia
Y amor de Dios con blando aliento espiras,
Dame tu aliento y ábreme tus labios,
Y con mi ruda voz honra tus sabios.

Con su estandarte pues iba el primero
Márcos, virtud de Pedro infatigable,
De santos monjes padre verdadero,
Y de Dios coronista memorable;
Que el instituto rígido y severo,
Grato al cielo, y al mundo intolerable,
Fundó de los esenos divididos
Por desiertos, y en celdas recogidos.

Iba segundo el venerable Antonio,
Claro en linaje, y en saber profundo,
Gloria de Dios y espanto del demonio
Siendo con su devota cruz al mundo:
Despreciaba su rico patrimonio,
Y en yermo estéril un jardin fecundo
De religiosas plantas producia,
Donde infinitas cruces engeria.

Y Pacomio despues, noble soldado
Y mozo ilustre en la milicia humana,
Y á Cristo en la gran Tébas consagrado
Para seguir en paz la fe cristiana,
Llevaba el hombro de una cruz cargado,
Y el alma fuerte con su yugo ufana,
Vivo á Dios, muerto á sí, y al mundo muerto,
Poblador santo del feliz desierto.

Y el gran Basilio, de su cruz suave,
Como desde una cátedra eminente,
Reformando el vivir rígido y grave
De los rústicos monjes del Oriente;
Digno que el cielo su prudencia alabe,
Y la venere el mundo eternamente,
Con religioso paso acompañaba
A Cristo, y docto y santo le imitaba.

Y tú, Padre de un número infinito
De mártires, pontífices, doctores,
Que el sacro antiguo ya olvidado rito
En regla renovaste y en fervores;
Bendito en nombre, y con razon bendito,
Entre puros y eternos resplandores
De aquella infusa y admirable ciencia
Rayabas con la cruz de la obediencia.

Y Romualdo, insigne caballero,
Claro en linaje, y en virtud famoso,
Y por la insignia santa del Madero,
Más que por sangre ilustre, generoso;
Obediente, solícito y sincero,
Y de obedientes capitan celoso,
Con su pesada cruz iba delante
De su Padre, y á Cristo semejante.

Y el melífluo Bernardo, gran maestro
De amor divino y oracion perfeta,
A quien la antigua edad y el siglo nuestro
Ya respetó y siguió, sigue y respeta;
Sabio en la cruz, y en predicarla diestro,
Con dulce estilo y devocion discreta,
Miraba á Cristo, á Cristo enamorado,
Y de su misma leche sustentado.

Bruno tambien su cruz enarbolaba
Fuera de la ciudad en tierra inculta,
Y con divino espíritu fundaba
En hondas cuevas religion oculta;
Y á la vida eremítica juntaba
La monacal mas agradable y culta,
Con traza nueva, en liga santa uniendo
Silencio mudo y religioso estruendo.

Y tú, de Cristo apóstol escogido,
Angel en vida, querubin en ciencia,
De hijos sabios padre esclarecido,
En celo raro, y único en prudencia,
Que fuiste al mundo por su bien nacido
Y dado por espejo de inocencia,
Por luz del cielo, y del infierno asombro,
Ibas, Domingo, con tu cruz al hombro.

Que tú, vivo á la cruz, y en la cruz muerto,
Viviste siempre en Dios y en cruz seguro;
Para la cruz tuviste el pecho abierto,
Y della recibiste ánimo puro;
De la cruz enseñaste el modo cierto,
Y mejor imitaste el paso duro;
Y fué la santa cruz bula cruzada
En tí, su gran Domingo, publicada.

Y aquel humano serafin ardiente,
Archivo santo del amor divino,
De Dios llagado imágen excelente,
De Dios pobre dibujo peregrino;
Excelso capitan de humilde gente,
Guia sagaz del áspero camino
De la perfecta cruz, la cruz llevaba,
Francisco, y sin hablar, la predicaba.

Y el claro sol de buena teología,
Defensor justo y sabio de la gracia,
Que en la mocion que Dios al alma envia
Juntó la suavidad con la eficacia;
A la mente de Cristo se ofrecia,
Con el doctor ilustre de Dalmacia
Enseñando la vida religiosa,
Y la cruz abrazando rigurosa.

Nolasco luego, con afectos vivos
De santa caridad, las nobles huellas
Y pasos de Jesus contemplativos
Miraba en ellos, docto y sabio en ellas;
Y redimiendo con amor cautivos,
Y con fe remediando sus querellas,
Su cruz llevaba y la enseñaba al mundo;
Mas ayudado siempre de Raimundo.

Y el Angel hombre que en el grande cielo
De la sagrada iglesia militante,
El monte excelso del feliz Carmelo
Trasladó con espíritu constante,
Siguiendo la virtud y osando el vuelo
Del que en el carro se elevó triunfante,
Sustentaba su cruz valiente y pio
Con santo esfuerzo y religioso brio.

Y el que á su religion dió el nombre santo
Que á solo Dios se da por excelencia,
Y lo repite el cielo en dulce canto,
Tres Personas loando en una esencia,
Y tres veces diciendo «siempre santo»
A sola una bondad con eminencia,
Al Verbo con su cruz acompañaba,
Y aunque afligido en carne, le adoraba.

Y el capitan de Paula memorable,
Raro ejemplo de extraña penitencia,
Mínimo en su concepto, y admirable
Y soberano en la divina ciencia;
Francisco, en vida y nombre venerable,
En profunda oracion y alta paciencia,
A hijos mil, entre infinitas luces,
Puesta su cruz al hombro, daba cruces.

Y tú que á la virtud envejecida
Con leche dulce y con manjar sabroso
Blandamente le diste nueva vida,
Robusta fuerza y corazon brioso,
Fundando religion esclarecida,
Y conclave de ciencias religioso,
Ignacio, padre y luz de sabia gente,
Abrazabas tu cruz manso y prudente.

Y tú, mujer de esfuerzo soberano
Y excelentes hazañas varoniles,
De divino valor en pecho humano,
Y ánimo invicto en miembros femeniles,
Que al gran Carmelo, hecho humilde llano,
Cumbres diste elevadas y gentiles,
Con tu moderna cruz á Dios seguias,
Teresa, ejemplo santo de almas pias.

Esta pues y otras vírgenes sagradas,
Fundadoras de santas religiones,
De religiosas cruces abrazadas
Y ardiendo en casto amor sus corazones,
Adoraban de Cristo las pisadas,
Ilustre asombro de inclitos varones,
En grave procesion y en luces bellas,
Y en resplandor venciendo las estrellas.

Esto miraba Cristo, y se animaba
Con estos valerosos nazareos,
Y cuanto más en pos de sí miraba,
Tanto más animaba sus deseos;
Y viendo que su cruz los confortaba,
Y que ellos eran de su cruz trofeos,
La llevaba en los hombros ya oprimidos
Y tantas veces con rigor heridos.

Entre los muchos bárbaros atroces
Que duros vian el suceso extraño
Con rostro enjuto y ánimos feroces,
Y mal atentos á su propio daño,
Seguian diligentes y veloces
(Mas la piedad mezclada con engaño)
A Cristo unas mujeres condolidas,
De verle así llorosas y afligidas.

La bella contemplaban tersa frente
Cercada de la fiera y vil guirnalda,
Y el rosicler de aquella faz clemente
Y hermosa, trocado en color gualda;
Teñido en polvo y sangre horriblemente
El rostro y cuerpo, el ornamento y falda;
Flaco en la fuerza, y en el huelgo escaso,
Y con la cruz cayendo á cada paso.

Y acordábanse allí de haberle visto
Y venerado su divino aspeto
Cuando, á la gente popular bien quisto,
Le guardaba Salén sumo respeto:
No que ellas le adorasen como á Cristo
Hijo de Dios y al Padre igual conceto,
Sino como á varon ilustre y grave,
De gran belleza y condicion suave.

Y esto y aquello agora les movia
A sentir por extraña desventura
Y á celebrar con voz doliente y pia
Del amable Señor la muerte dura:
Cada cual pues llorando se afligia,
Y hablando mostraba su ternura
Con varios y apacibles sentimientos,
Parte en razones, parte en pensamientos.

«¿Es este aquel, aquel varon famoso
De todos con el dedo señalado
Por milagro del cielo prodigioso,
En vida y santidad solemnizado?
¿Aquel, aquel profeta valeroso
De grandes y pequeños admirado,
Que trajo de su voz pendiente el mundo
A pura fuerza de saber profundo?

»¿Es este á quien poblados escuadrones
iguiendo en las ciudades y desiertos,
uscaban con devotos corazones,
asi de hambre y de cansancio muertos?
Cuyos altos magníficos sermones,
á los mayores sabios encubiertos,
reñados de sentencias admirables,
ran á los más doctos inefables?

»¿Es este aquel que maravillas tantas
con facilidad tan grande hizo,
ue con solo mover sus manos santas
e la muerte el poder y horror deshizo,
alguna vez, sin levantar las plantas
el lugar donde estaba, satisfizo
l que salud pedia milagrosa,
usente de su vista poderosa?

»¿Es este el que los mares sosegaba,
l infierno, hablando, estremecia,
oz á los mudos con su lengua daba,
á los ciegos la vista y luz volvia;
os demonios, queriendo, ahuyentaba,
á su presencia el mundo conmovia;
¡Quién tal dijera! ¡Oh caso lamentable!)
ste que agora va tan miserable?»

Así algunas matronas excelentes
n virtud, en prudencia y en linaje,
irando á Cristo y de su cruz pendientes,
n tal hablaban varonil lenguaje:
as otras, ménos graves y elocuentes,
ero de más devoto y simple traje,
n voces declaraban sus concetos
esta manera, humildes y discretos.

«¡Ay, mirad qué mancebo tan hermoso
iene con tantos golpes afeado!
y, ved el ornamento riguroso
on que sale de espinas coronado!
y, notad el madero trabajoso
ue sobre el cuerpo débil y azotado
e han puesto! ¡Oh gran dolor! ¡Justa mancilla!
Con el peso tropieza y arrodilla!

»¡Mirad cómo le tiran de la soga,
arrastrando le llevan crudamente!
Ay, qué maldad! ¡Parece que se ahoga,
on la fuerza oprimido de la gente!
Cómo así condenó la sinagoga,
iendo tal, á un varon tan excelente?
si en algo pecó, ¿no le bastara
uerte de cruz á aquella honesta cara?

»¿Y no haberle deshecho con azotes,
afrentado con esta vil corona,
llevar entre infames galeotes
na tan grave y tan gentil persona?
esto mirando van los sacerdotes
on risa y mofa, y esto Dios perdona,
los que deben dar mayor ejemplo,
piedad nos predican en el templo.

»El que le mira tal y así le aflige
lma de hombre no tiene ó pecho humano;
si la tiene, por pasion la rige,
por fiera pasion de tigre hircano;
á quien tanta paciencia no corrige,
rueca y ablanda, más es que inhumano,
más que el duro pedernal terrible,
más que el mismo infierno aborrecible.

»¡Oh desdichado Hijo de María!
¡oh desdichada Madre, si le vieras!
Cuán eficaz dolor traspasaría
sas puras entrañas y sinceras!
Oh para tí aciago y triste dia,
oscura y larga noche la que esperas,
ra lo veas con la luz y vivo,
ra ya muerto y con horror esquivo!

»En esta lamentable desventura,
ue has de mirar con lastimados ojos,
a que te dió suavísima dulzura
briendo al predicar sus labios rojos,
l doble pagarás con pena dura,
con más que gravísimos enojos,
Oh Madre ántes alegre, ya afligida,
ue para muerte tal guardas la vida!»

Así hablaban, su dolor ansioso
Mostrando con palabras imperfetas,
Y el discurso rompiendo congojoso
Con voz oculta y lágrimas secretas;
Cuando el Rey de los cielos poderoso
Llegó, y notó sus almas inquietas
Y en llorarle sin órden ocupadas,
Y si piadosas bien, pero engañadas.

Y levantando el rostro humilde y grave
El autor de el bien á males hecho,
Aquella, que ántes era voz suave,
Les reveló su daño en su provecho;
Y abriendo así con la dorada llave
De su divina ciencia el hondo pecho
De su buen Padre, sabiamente dijo
De la Vírgen y Dios el parto y Hijo:

«¡Oh de Jerusalen hijas piadosas,
Que celebrais con lágrimas ardientes
Mi dura muerte y penas dolorosas,
Nacidas de otras causas eminentes;
No lloreis sobre mí tan cuidadosas;
Llorad sobre vosotras más prudentes,
Y sobre vuestros hijos desgraciados
A grandes justos males condenados!

»Porque tiempo vendrá que se prediquen
Y honren los vientres que jamas parieron,
Y por dichosos con razon publiquen
Los pechos que con leche nunca hirvieron;
Y con tanto furor se multipliquen
Trabajos que otra vez hombres no vieron,
Que aun á los montes digan: —¡Oh vosotros,
Altos montes, caed sobre nosotros!—

»Que si en este madero verde y santo
Se emprende tan veloz y airado fuego,
En él dispuesto á las centellas, ¿cuánto
Se encenderá si no lo atajan luego?
Aquí gastad el lastimoso llanto,
Y el triste encaminad y humilde ruego.»
Así hablaba y esto les decia,
Porque á Jerusalen ardiendo via.

Y ellas su gravedad noble y serena
Notando y sus palabras admirables,
Su natural siguieron, justa pena,
Con voces y gemidos implacables:
Tal la pasion de oculta gloria llena
Celebró con endechas memorables
La gente simple que miraba á Cristo,
Y ántes le habia de otra suerte visto.

Y tú tambien entónces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria:
¡Oh pia osadamente! Oh tú felice,
Que en tanta pena lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano vulto!

Esta mujer en medio de la calle
Salió á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpialle,
Y en lienzo tan fiel quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su orígen vivo,
Y el pecho de la dueña compasivo.

Mas en tanto la Madre casta y pura
Deja su celestial recogimiento,
Y con pena y dolor, peso y cordura,
Trabadas en divino ligamento,
A la calle se va de la Amargura,
Por ver del Hijo amado el vil tormento,
De Juan acompañada y de María,
La Magdalena y otra honesta y pia.

Ansioso el corazon, le da latidos
Agudos en el pecho alborotado,
Y ella de rato en rato unos gemidos
Pequeños, cual de espíritu cansado:
Los ojos lleva de un color teñidos,
Como cuando amanece el sol nublado,
Que da hermosa luz, pero luz triste,
Porque de cierta oscuridad se viste.

Y robada en las cándidas mejillas
La encendida bellísima escarlata,
Mas no que se haya vuelto en amarillas
Flores, sino en bruñida y tersa plata,
Vanle temblando siempre las rodillas,
Como quien teme el fin de lo que trata,
Y se finge en la mente un pavoroso
Suceso de algun caso prodigioso.

Y recogida en un silencio grave,
Va en el sagrado pecho revolviendo
Las cosas de la Iglesia, que ya sabe
Han de ir en siglos varios sucediendo:
Esto y la voluntad de Dios suave,
A quien se humilla y rinde sin estruendo,
De palabras medita excelsamente,
De un dolor traspasada vehemente;

Cuando eleva sus ojos venerables,
Y de mujeres ve un tropel confuso,
Y en los rostros de todas miserables
Un cierto asombro y un dolor difuso:
Conoce por las señas lamentables,
Léjos del rito propio y comun uso,
Que algun portento pavoroso han visto,
Y repara, y acuérdase de Cristo.

Y díceles: «Oh damas generosas,
¿Habeis por esas calles encontrado
Entre el polvo y las armas rigurosas
Un mi Hijo á la muerte condenado?
—¿Qué señales (responden amorosas)
Tiene aqueste tu hijo desgraciado?—
Y la Vírgen acude: «Es mi querido
Blanco y rojo, excelente y escogido.

»Es su linda cabeza de oro fino,
Y oro que nunca tuvo semejante;
Porque es de la sustancia y sér divino,
Y á enamorar al mismo Dios bastante:
Su cabello tambien es peregrino;
Que si bien es hermoso y rutilante,
Es de color de cuervo, y siempre sube,
Cual palma enhiesta, á la postrera nube.

»Sus ojos de paloma refulgente
Lavada en leche pura y agua clara,
Que resplandecen en su blanca frente
Con rara honestidad y alteza rara;
Y cual jardin de flores excelente
Son las mejillas de su linda cara,
Donde cogen las gracias invidiosas
Jazmines, lirios, clavellinas, rosas.

»Son de ardiente coral sus bellos labios,
O de roja azucena extraordinaria,
Que en mirra pura mil conceptos sabios
Envuelven de doctrina ilustre y varia;
Y á aquellas manos ¿quién les hace agravios?
O ¿qué impiedad les puede ser contraria?
Que de oro son, y de oro liberales,
Y llenas de jacintos celestiales.

» Es de limpio marfil su vientre amable,
De sacra honestidad precioso archivo,
Y pretina le ciñe inestimable
De un perfecto zafir de color vivo:
Cual columna de mármol admirable
Despreciador del tiempo vengativo,
Es cada cual de sus hermosas piernas,
Y sobre basas de oro siempre eternas.

»No se levanta el Líbano empinado
Con su frente graciosa y alta cima
Sobre los otros montes elevado,
Haciendo de sus cumbres poca estima,
Cuanto mi Hijo grave y descollado,
Al que entre mil millares se sublima
Excelso y grande, lleva la ventaja,
Y atras lo deja como á cosa baja.

»Ni el cedro en fuertes ramos extendido,
Y amenazando con su copa al cielo,
Tan confiado sube y atrevido
A la esfera mayor su verde pelo,
Sobre los otros árboles erguido,
Mirandolos humildes en el suelo,
Cuanto mi Hijo excede en gentileza
A los demás, y en gracia y en belleza.

»Pues en divina voz ¡no se adelanta!
Es su divina habla milagrosa,
Y más que milagrosa su garganta,
Dulce al oido, y á la vista hermosa:
Cuando platica (¿qué será si canta?)
Suspende en suavidad maravillosa
Los grandes rios y esforzados vientos,
Y los detiene, á su dulzura atentos.

»Es del bien esencial un mar inmenso,
De la bondad sin tasa un hondo abismo,
Y el más perfecto sér le paga censo,
Porque es de todo el sér el centro mismo.»
Así tenia, y con razon, suspenso
En un suave y santo parasismo
De aquellas hijas de Sion el coro
La Vírgen Madre con su boca de oro.

Y ellas, despues que con amor la oyeron,
Y en su notable Hijo repararon,
Estas graves sentencias respondieron,
Con que más su dolor acrecentaron:
«El gran varon que nuestros ojos vieron,
Y á muerte los setentá condenaron,
No va tan bello y tan gracioso agora,
O no es quien vos decis, noble Señora.

»Que ni es tan escogido y tan perfeto;
Antes mirada bien su compostura,
Apénas de hombre le quedó el aspeto,
Cuanto más tan excelsa hermosura;
Y su cabeza de oro, sin respeto
Se la han ceñido de guirnalda dura;
Y con el polvo de que va manchado,
Parece que es de lodo mal formado.

»¿Ojos, decis, que de paloma tiene
Bañada en leche y agua cristalina?
Esa comparacion no le conviene;
Que apénas si lostiene se adivina;
Porque un tan grande arroyo se detiene
En ellos de la sangre que camina
Por la frente apretada con abrojos,
Que las lumbres le ahoga de los ojos.

»No son jardin de flores sus mejillas,
Mas seca y agostada sementera,
Tanto las lleva oscuras y amarillas;
Si fué tál, diferente es de quien era;
Ni vimos en su boca maravillas
Desa elocuencia ilustre y verdadera:
Bien que sus labios son perfectos lirios,
Mas cárdenos á fuerza de martirios.

»Las manos de oro lleva casi muertas,
¿Qué belleza tendrán muertas sus manos?
Y con el frio de la noche yertas,
¿Cuál estarán sus dedos soberanos?
Las carnes de marfil precioso, abiertas
Y rotas con azotes inhumanos,
Llagas rodean, ciñen cardenales,
No zafiros de luces inmortales.

»No son del mármol que produce Paro
Fuertes columnas sus delgadas piernas;
Que á cada paso han menester reparo,
Segun las fuerzas le han faltado internas;
Ni de oro fino ó de otro metal raro
Son sus robustos piés basas eternas;
Que con la cruz tropieza por momentos:
¡Ved cuán flacos y débiles cimientos!

»Ni es como el grande Líbano ensalzado,
Ni altivo como cedro y poderoso;
Que al peso del madero va inclinado,
Y humilde á los demas y temeroso:
Ronca la voz, el pecho levantado,
Corto el aliento, y el hablar ansioso
Lleva, y grueso cordel á la garganta:
¿Qué dulzura tendrá si agora canta?

»Ni mar de bienes pareció á los ojos
Tiernos de las que tristes le mirámos,
Antes amargo piélago de enojos
Y penas, y por eso le dejámos;
Ni le paga tributo ó da despojos
(Como decis) el sér, segun notámos;
Antes como á fiador ó como al centro
Del mal, todos le salen al encuentro.

»Así que, prudentísima Señora,
si es condenado vuestro Hijo á muerte,
so es el que llevan al Calvario agora;
que va, cual informamos, desta suerte;
el vuestro maravilla y enamora,
gracias da, glorias causa y gozos vierte,
es de todos estotro aborrecido:
ved cómo puede ser vuestro querido.»

Dijeron; y escuchó la Vírgen pura
de su Hijo el proceso doloroso,
con grave y dulcísima mesura
se despidió del bando religioso;
mezclada su ilustre compostura
con nuevo sentimiento lastimoso,
se fué á buscar al Hijo deseado,
por aliviar su cruz ó su cuidado.

Camina, y á la vista se le ofrecen
del polvo los nublados que el sol cubren,
de allí á poco relucir parecen
los hierros que en el aire se descubren:
luego los alaridos la enternecen,
aunque las voces claras se le encubren,
piensa que son suspiros y alborotos
de pechos fieros ó ánimos devotos.

Pero despues la sangre ve divina
el rastro que su Hijo va dejando,
por él y por ella se encamina,
sus huellas y licor reverenciando;
al fin llega á la calle más vecina,
donde al Hijo mira tropezando
con el gran peso de la cruz terrible:
Oh de ambos gran dolor, pena insufrible!

Sus ojos fija en él la Madre casta;
su vista en ella pone el Hijo santo:
esta luz en aquella luz se engasta,
este despierta aquel precioso llanto:
mírase el uno y otro: amor, ¿no basta
que con el Hijo Eterno puedas tanto,
sin que á la Madre afijas de manera
que, sin cruz, de la cruz pendiente muera?

Muere la Madre cuando al Hijo mira:
más hace que morir, queda viviendo;
de ver que no muere, más se admira,
porque se ve que viva está muriendo;
el traspasado el corazon suspira;
que el anhelito ansioso recogiendo
el Hijo, le detuvo el que lanzaba
el tiempo que su vida le entregaba.

Mira mesado aquel sutil cabello
que peinó tantas veces por su mano
cuando era tierno infante y niño bello
este Rey del imperio soberano:
conócelo y contémplalo, y de vello
el cruel ornamento cortesano
ceñido y apretado, las beninas
entrañas va envolviendo en las espinas.

El rostro mira y ojos agradables
de sangre llenos y en sudor teñidos,
aquellos dos verjeles admirables
de su faz con salivas ofendidos:
los labios de coral inestimables
en moradas violetas convertidos;
la luz y olor y carmesí conoce
entre la ofensa vil que desconoce.

El cuerpo virginal mira cayendo
entre las piedras con la cruz pesada,
del feroz concurso el bravo estruendo,
la turba en sí misma atropellada,
la voz infame del pregon horrendo,
el gozo de la escuela conjurada;
gozo y voz y gente la atormenta,
todo, al fin, sus penas acrecienta.

Tambien el santo Hijo se afligia;
mas ¿qué buen corazon no se afligiera
de ver así á la Madre honesta y pia,
por Dios y de Dios Madre verdadera?
quisiera pues hablalla, y no podia;
que quiso no poder lo que quisiera;
pero la Madre y Hijo se miraron,
con los ojos y almas se hablaron.

«Basta que yo padezca; ¡oh Madre santa!
Por el linaje ingrato infame muerte,
Sin que tanto dolor y pena tanta
Hiera tu blando pecho y alma fuerte:
Yo solo el trigo soy que se quebranta
Y en la tierra se pudre desta suerte,
Para que nazca sementera ilustre
Que al cielo dé hartura, al mundo lustre.

»Mi sangre sola pagará la ofensa
Que contra su Señor el hombre hizo;
Que es de precio infinito y gracia inmensa,
Y á Dios nunca otra paga satisfizo:
La tuya no se pide en recompensa
De lo que en su linaje Adan deshizo;
Y así, ¿para qué vienes, Madre mia,
Si tu dolor aumenta mi agonía?

»Vuélvete á la oracion, y allí medita
En mi naturaleza inconmutable,
A quien la muerte humana el sér no quita,
Ni desata la vida perdurable:
O con la luz que tienes exquisita
El órden de la Iglesia incomparable
Considera, y descansa en esto agora,
Hasta que venga tu feliz aurora.»

«¿Adónde iré (la Madre le responde),
Si tu me llevas, ¡oh Jesus! la vida?
Si á tu muerte mi muerte corresponde,
Ausente moriré contigo unida;
¿Adónde pues, ¡oh dulce Hijo! adónde
De tí mi alma vivirá partida?
En tu cruz quiero ser crucificada
Y muerta, en tu sepulcro sepultada.

»Vamos, Hijo, y en este pobre manto
La que tú derramares sangre pura
Recibiré, mezclada con mi llanto,
Mi mar acrecentando de amargura;
Y dese ya madero sacrosanto
(Que será para mí grande ventura),
Me cabrá alguna parte de los bienes
Que al mundo das y en él secretos tienes.»

Dijo la Vírgen Madre al casto Hijo,
Resueltas por los ojos las entrañas;
Y aquesto apénas con la vista dijo
Entre las huestes en furor extrañas;
Y cual si fuera su hablar prolijo,
O el dividillos inclitas hazañas,
Los dividieron luego, y caminaron,
Y al monte del suplicio al fin llegaron.

Era elevado el monte y pedregoso;
Iba sin fuerza Cristo y sin aliento;
Con la gran carga y el subir penoso
Derribaba la cruz cada momento;
Y ardiendo el escuadron facineroso
En ira, le aumentaba su tormento
Con nuevas furias, con horribles voces,
Golpes, afrentas, bofetadas, coces.

Pero subió á la cumbre, y puso en tierra
El tremolado altísimo estandarte,
Y en un peñasco de la inculta sierra
Se asentó solo y acercando aparte;
Allí el fin esperaba de la guerra
El que victorias ya en la cruz reparte;
Mas ¿de qué suerte, ¡oh corazon! estaba
Tu Dios, qué guerra tal allí esperaba?

Estaba con la mano en la mejilla
Y con los ojos en la tierra puestos,
Y con el diestro codo en la rodilla,
Y los piés ordenados y compuestos:
De solo verle así, daba mancilla;
Mas los fieros con fieros mil denuestos
De nuevo le afligian desde fuera,
La muerte amenazándole severa.

Uno los duros clavos le mostraba,
Otro el martillo fuerte sacudia,
Otro el grueso madero barrenaba,
Otro la soga y el cordel crujia;
Y Cristo aquello y esto contemplaba,
Y esto y aquello humilde y manso via;
Mas llegaron en tanto dos sayones,
Y dos le dieron crudos bofetones.

Era costumbre dar vino mirrado,
Por templar el horror y pesadumbre
Al triste á muerte acerba condenado,
Y con Cristo guardaron la costumbre:
Vino de mirra, mas con hiel mezclado,
Le ofrecen, y él con grave mansedumbre
Lo toma y prueba, y déjalo al momento;
Que mitigar no quiere su tormento.

Esto debes á Dios, hombre perdido,
Que por deleites andas codicioso;
Que él, por ganarte, no dejó sentido
Sin dolor en su cuerpo generoso:
De espinas su cerebro fué herido,
Sus espaldas y rostro y cuello hermoso
Con azotes y afrentas y cordeles,
Y el gusto agora con amargas hieles.

Los ojos agraviados con salivas,
Y viendo á los rebeldes fariseos,
Y notando á los pérfidos escribas
Alegres con el fin de sus deseos;
Las orejas oyendo vengativas
Torpes blasfemias y baldones feos,
Y el olfato tambien con el horrible
Sucio hedor de aquel lugar terrible.

¿Y tú buscas infames invenciones
Para nadar lascivo en tus deleites,
Y por cebar tus viles aficiones
Falsa belleza finges con afeites?
¡Oh epicúreas paganas confecciones
De aguas y yerbas, ámbares y aceites!
Si es de Cristo el cristiano fiel dibujo,
¿Qué gentil á la santa Iglesia os trujo?

Habiendo pues el buen Jesus probado
Un trago solo del ardiente vino,
Fué de sus vestiduras despojado,
Y del ornato fiero y peregrino;
Y cual árbol quedó descortezado
Su cuerpo, ántes hermoso y cristalino:
¡Oh qué dolor! ¡Quitalle así el vestido
Preso á las carnes, y á la sangre asido!

¿Qué sentiste, Señor, cuando te viste
Roto el cuerpo y en partes mil abierto,
Y mirándote así tu Madre triste,
Y al cielo y tierra y aire descubierto?
Dime, ¡oh noble Jesus! lo que sentiste
En tanto afan de todo el bien desierto;
Que solo tú, mi Dios, decirlo puedes,
Que en el saber y en el sentir excedes.

Mas ¿qué pena y dolor no sentiria,
Si con tanto furor lo desnudaron,
Y la túnica estaba yerta y fria,
Y pegada á las carnes la arrancaron?
¡Oh qué sangre despues no lloveria
De aquel cielo de amor que descombraron!
¡Oh cuál no pasaria helado viento
A un cuerpo tan herido y macilento!

¡Y un cuerpo virginal y un cuerpo noble
Atormentado con fiereza tanta!
Doble fué la crueldad, la pena doble;
Si asombra la crueldad, la pena espanta:
Rasgara un corazon de fuerte roble
Ver tiritando aquella carne santa,
Y ver tan pobre á Dios y tan desnudo,
Tan afrentado y con dolor tan crudo.

Mas luego la canalla licenciosa
Volando vino y le cercó insolente,
Y de nuevo le puso la espantosa
Guirnalda en la herida y bella frente;
Que por otras cien partes rigurosa
Entró y rompió, y sacó sangre caliente;
Hizo y nos dió diversos agujeros,
Arcaduces de gracia verdaderos.

Y al lecho de la cruz ya preparado
Le llevan desde allí, lecho terrible,
Y mándanle acostar, y así acostado,
Manos y piés alarga el Dios pasible;
Y viéndose en el trance deseado,
Y el rostro vuelto y ánimo apacible
Al cielo, y á su Padre orando, dijo
Esto, cual obediente y sabio Hijo:

«Gracias te doy, ¡oh soberano Padre!
Que al último he llegado y gran tormento;
Y porque á tu bondad inmensa cuadre,
Cumplo fiel tu sacro mandamiento:
En las puras entrañas de mi Madre
Lo recibí, y obedecí al momento;
Y hoy lo ejecuto, al fin, con eficacia:
Dale al hombre por él, Señor, tu gracia.»

Dijo; y luego un ministro inexorable
La mano le pidió, la diestra mano,
Y Cristo se la dió con rostro afable,
Y la palma extendió fácil y humano;
Y en ella puso un clavo el detestable,
Feroz, gentil, idólatra profano,
Y alzó el martillo, y con menudo estruendo
Dió y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro,
Rompió nervios, fijóse en el madero;
Y el cuerpo santo, cual batido muro,
A aquella parte se inclinó lijero;
Mas Cristo le ofreció grave y seguro
El otro brazo, y con semblante entero;
Y el sayon lo tomó para clavallo,
Pero no pudo á su lugar llegallo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,
Y hasta ponerle firme y extendido
Donde el otro agujero estaba hecho,
Con fuerza lo estiró y lo tuvo asido:
Desencajó con esto el sacro pecho,
Y tomó un clavo agudo y escogido,
Y atravesó con él la mano santa,
Y con tanta crueldad y furia tanta.

Y de la misma suerte fué tirando
Los piés, que no llegaban al barreno,
Y así, los duros golpes redoblando,
El madero dejó de sangre lleno:
La Vírgen santa, oyéndolo y mirando,
Golpes y sangre recibió en su seno;
Y por este y aquel noble sentido
Lanzaba triste el corazon herido.

¡Oh corazon y pecho de María!
¡Amante corazon y pecho tierno,
Que con amor y con dolor porfía
Y llora, y obedece al Padre Eterno!
Mas, ¡oh tú, pecho helado y alma fria
Con obstinada nieve y hielo interno,
Que no te ablandas con la sangre pura
Que vierte Dios sobre la tierra dura!

¡Sangre de Dios bañado tiene el suelo,
Pecador, y tu pecho no enternece
La blanda lluvia del supremo cielo,
Que antiguas rocas ablandar merece!
¡Oh santo, vengador, ardiente celo!
Si al que con beneficios se endurece
Castigas, cruces da de nuevo el hombre
Contra Dios que le da su sangre y nombre.

Mas, ¡oh Dios derramado y Dios unido
Con sangre, y sangre y Dios y gran tesoro
Encima de la tierra parecido!
Desde aquí con humilde faz te adoro.
¿Donde caminas, español perdido,
Sulcando mares por difícil oro,
Hallado apénas con trabajos graves
Y alas tendidas de aparentes aves?

No pretendas riqueza transitoria;
Que la sangre de Dios tiene cubierto
El gran tesoro de la eterna gloria,
Y tesoro inmortal, seguro y cierto:
Si es digno pues que ocupe tu memoria
Tesoro sobre tierra descubierto,
Sangre de Dios tesoro es excelente,
Y encima de la tierra está patente.

—

LIBRO DUODECIMO.

ARGUMENTO.

Es Cristo en el madero levantado
Cual divino estandarte de victoria:
Enseña y habla, en él crucificado,
Siete palabras de inmortal memoria.
Junta Miguel su ejército sagrado,
Y vengar quiere la maldad notoria
Del mundo ciego: á Cristo, en la cruz muerto,
Le descienden y entierran en el Huerto.

La gran Jerusalen, ciudad divina,
Cara á Dios, y á los hombres admirable,
En medio de la fértil Palestina
Su cabeza levanta venerable.
Ella como señora predomina
En excelencia y gloria perdurable
A las demas que en torno la rodean,
Su falda besan y su honor desean.

Por las rosadas cumbres del oriente
Asia la ciñe y su valor admira,
Y por los hondos valles de occidente
Europa con devota faz la mira:
La seca Libia y Africa la ardiente,
Por donde el sol más caluroso gira,
La cerca, y Citia, Armenia, Persia y Ponto,
Por do el Trion se esconde en Helespouto.

Desta pues gran ciudad poco distante,
En medio está del norte y del ocaso
El verdadero y soberano Atlante
Y el verdadero y celestial Parnaso;
El Calvario, que tuvo á Dios triunfante,
Y en alta cruz desnudo á cielo raso,
Bañado con las fuentes que salieron
Del mismo Dios y llagas suyas fuéron.

Y es cierta fama y tradicion segura
Que el santo padre de la fe sagrada,
Para ofrecer á Isac en hostia pura,
Aquí la mano alzó y vibró la espada;
Y en esta de Jesus viva figura
La muerte vió de Cristo dibujada;
Vídola, y alegróse; porque vido
A Dios, de amor, no de pasion, vencido.

Y es antigua opinion de caso cierto,
Y historia entre los sabios verdadera,
Que en él mandó enterrar despues de muerto
El viejo Adan, su anciana cadavera,
Y donde fué para la cruz abierto
El ya felice hoyo estaba entera;
Que quiso Dios regar con sangre justa
Del primer pecador la frente adusta.

Y en aquel tiempo aquí se ajusticiaban
Los condenados á la muerte odiosa;
Aquí á los caballeros degollaban,
Pena de gente ilustre y generosa:
Aquí á los homicidas obligaban
A padecer en cruz muerte afrentosa,
Y aquí estaba clavado en un madero
Del mismo Dios el Hijo verdadero.

Mas, ¡oh tú, Verbo, que sin voz formada,
Cual divina palabra inteligible,
Dibujas de la máquina criada
Lo hecho, lo futuro y lo posible!
Una devota voz de ti abrasada
Y encendida en tu luz inaccesible
Me da, que muerte en Dios, callando dico
Que palabra de Dios la solemnice.

Tú, que para enseñar la ruda gente
Abriste de tu boca el rico labio,
Y el tesoro escondido eternamente
Comunicaste de tu pecho sabio;
Para decir en forma conveniente
Tu celo, tu pasion, tu amor, tu agravio,
Archivo ilustre de la ciencia de oro,
Dame una parte de tu gran tesoro.

Mas ¿quién dirá la muerte de la vida?
Quién contará la pena de la gloria,
Y la victoria en una cruz vencida,
Y que vencida, lleva la victoria?
Tú, palabra de humana voz vestida,
De tu voz y palabra mi memoria
Viste; que cantar quiero en dulce llanto
Lo que sintiendo llora el mismo canto.

Ya estaba en el madero, inestimable
Por ser lecho de Dios, Cristo enclavado,
Y el cuerpo al mismo cielo venerable
Con desigual rigor descoyuntado:
Cual agua turbia el olio saludable
De Dios vertido y sin temor hollado;
Los huesos desatados parecian,
Y estirados los nervios se veian;

Cuando en alto subieron el hermoso
Arbol con esta ofrenda refulgente,
Y en el hoyo con ímpetu furioso
Lo dejaron caer pesadamente:
Fijóse el estandarte victorioso
En tierra, enarbolado y eminente;
Estremecióse el cuerpo al golpe fiero;
Gimió la peña y retembló el madero.

Abriéronse las llagas de las manos,
De los piés se rasgaron las heridas,
Y los arroyos dellas soberanos
Crecieron con las grandes avenidas;
Y con nuevos dolores inhumanos
De los huesos las carnes desasidas,
No el pecho solo, palpitar se vieron,
Y de la cruz al golpe resurtieron.

Así fué levantada en el desierto
La gran serpiente de metal robusto,
Para el pueblo fiél remedio cierto
Contra el castigo de su culpa justo;
Así alzaban en alto descubierto
El sacrificio grato al sabio gusto
De Dios, y así, de tierra levantado,
Cristo se llevó el mundo en sí elevado.

Mas ¿por qué, oh buen Jesus, morir quisiste
En cruz subido y de la cruz pendiente?
Dime las conveniencias que tuviste,
Si es doctrina el saberlas conveniente;
Y pues tú, vida eterna, padeciste
Muerte tan vil con pecho tan clemente
Y sabio por mi bien y por tu gloria,
Hazme tu ciencia y tu bondad notoria.

Quiso morir en cruz porque no habia
Género de tormento formidable
De más afrenta ni de más porfia,
Ni más terrible en sí ni más durable;
Y con él declararnos pretendia
Su ardiente caridad, su amor afable;
Que quien por el amado así padece,
Su pecho abierto en su pasion le ofrece.

Y en medio quiso de la tierra y cielo
Estar, como agradable sacrificio,
Entre el cielo mediando y entre el suelo;
Que fué su empresa ilustre y noble oficio;
Y uniendo en sacra paz, con santo celo
Y con este bellísimo artificio,
Lo ínfimo y lo sumo á Dios y al hombre,
Del mundo el bien, la gloria de su nombre;

Quiso las enemigas potestades,
Que en el aire quedaron detenidas,
Y poderosas eran en maldades,
A los infiernos arrojar vencidas,
Y reprimir sus fieras majestades,
En que adoradas fuéron y temidas;
Y así, entónces rugiendo los demonios,
De horror daban forzados testimonios.

Quiso tambien, ¡oh pecador! mirarte
De aquel lugar con vista cuidadosa,
Y con hilos de sangre á sí llevarte
Preso en su caridad maravillosa;
Y los tendidos brazos enseñarte,
Y de su ilustre amor la insignia honrosa,
Y esculpido en sus manos siempre verte,
Buscarte con sus piés y detenerte.

Y quiso que tú alzases la cabeza
De cuerpo y alma á su divina cumbre,
Y mirando su cruz pieza por pieza,
Tu vista se aclarase con su lumbre;
Y en el sol que sus rayos endereza
A tí, ya por amor y por costumbre,
Desde la esfera de la cruz ardiente,
Te derritieses dulce y blandamente.

Y darte quiso el corazon suave
En sangre y agua y caridad resuelto,
Y con él de su tierno amor la llave,
Y á ti el costado dulcemente vuelto;
Y así de vida y muerte el duro y grave
Trabajo, con su vida y muerte envuelto,
Vida de cruz, de cruz muerte terrible,
Blando y leve hacerlo y apacible.

Mas ¡oh de los perversos fariseos
Astucia fiera, pertinaz malicia!
Entre dos viles condenados reos
Colgaron al autor de la justicia:
Dos ladrones los ínclitos trofeos
Que daban de su honor clara noticia
Fuéron: ¡Oh santo Dios! ¿Quién sospechara
Que Dios entre ladrones espirara?

¡Entre ladrones Dios, entre ladrones
El que difuso y liberal reparte
Al cielo bienes, á la tierra dones
Con que su gusto cebe y su sed harte!
Mas Lucifer con estas invenciones
El arte de engañar probó, y del arte
Por do engañar al mundo pretendia,
Sabio ladron fué Dios por otra via.

Entre ladrones en la cruz estuvo
Para significar por este medio
Que entre los pecadores siempre anduvo,
Con piedad negociando su remedio;
Y que su Padre el gran furor detuvo
De su saña inmortal, por verle en medio,
Fiador, aunque inocente, del pecado,
Y de la cruz como ladron colgado.

Ordenaron tambien que al occidente,
Cual hombre oscuro y pecador notable,
Tuviese vuelta la sagrada frente,
Figura de su historia lamentable:
Que así dió las espaldas al oriente
Y á la ciudad infausta y miserable,
Y con ello cumplió las profecías
Del Rey santo y del sabio Jeremías.

Aquel dijo que Dios sus blandos ojos
En las gentes pondria occidentales,
Con su vista acabando sus enojos;
Que es la vista de Dios fin de los males;
Y este vido que Dios daba en despojos
Al gran furor de ardientes vendabales
Su pueblo, á quien volvia las espaldas,
Si bien él le tiraba de las faldas.

Casos entónces con verdad cumplidos,
Que allí las gentes alumbradas fuéron,
Y los de Dios ejércitos lucidos
Su lustre y gloria y claridad perdieron:
Estos de Dios están aborrecidos,
Y en el amor aquellos sucedieron;
Unos por las espaldas, no mirados,
Le ven, y otros su faz dél regalados.

De tal manera pues en la cruz puesto,
Se fijó en ella el nombre poderoso
De Jesus en las tres lenguas compuesto,
Y el título de Rey maravilloso,
Aunque por grave culpa y vil denuesto
Notándole de infame y alevoso;
Mas trazó la escritura desta suerte
Dios por mostrar la causa de su muerte.

Que cual perfecto Salvador moria
Por el hombre que así le atormentaba,
Y el nombre de Jesus lo descubria,
Que en el principio y con razon estaba;
Y el Nazareno, porque allí María
Lo concibió, lo mismo declaraba;
Que Nazaret es flor, y él escogido
Pimpollo, de la cruz árbol florido.

Y Rey tambien que en la suprema silla
De la sagrada cruz reina triunfante,
Y de su sangre (extraña maravilla)
La púrpura se viste rutilante;
Y á Lucifer desde su trono humilla,
Firme en sufrir, y en padecer constante,
Y la tirana posesion del suelo
Le quita, y su gran corte sube al cielo.

Y vino á ser, y príncipe jurado
De los judíos era; mas no quiso
El pueblo á pertinacia condenado
Verdadero hacer su compromiso;
Y quedóse por ello desterrado
Del celestial eterno paraíso,
Y del que tuvo acá feliz imperio;
Que este fué de aquel título el misterio.

Mas ellos del honor sacro envidiosos,
Lo quisieran mudar y lo intentaron,
Y á Pilato acudieron querellosos;
Pero el fin pretendido no alcanzaron;
Y así fijos los rótulos honrosos
En la cruz para siempre se quedaron;
Que respondió el jüez, segun su rito:
«Lo que escribí escribí: quédese escrito.»

Jesus en tanto, de la cruz pendiente,
A hablar comenzó: tal cisne puro
Bate la pluma y canta dulcemente
Entre las aguas, de su fin seguro:
Que ni la voz le turba el mal presente;
Antes como si fuera bien futuro,
Con pasos lo celebra de garganta,
Y el Caistro suspende cuando canta:

Y tal padre amoroso en blando lecho,
Si bien cercano á la precisa muerte,
Con noble sangre y con hidalgo pecho
Instruye á su familia excelso y fuerte:
Su daño avisa, nota su provecho,
Grave y piadoso el bien y mal le advierte,
Y más que de sus penas afligido,
De sus varios sucesos condolido.

Aquel pues que ante fieros tribunales
Sabio calló, y aun asombró, callando
Con prudente valor, pechos reales,
Por tu causa en la cruz está hablando:
Oyelo; que dirá palabras tales,
Que dellas quedes con razon temblando;
Mas mira como está; que su tormento
Hace estimar en más su dulce acento.

Estaba en cruz, de espinas coronado:
Si allí arrimaba la cabeza noble,
De rigurosas puntas penetrado,
Doble era su dolor, su pena doble;
Si descansar queria, sustentado
Firme en los clavos y en la cruz inmoble,
Desgarrábase más, y si movia
Los piés ó manos, más rigor sentia.

Si á la cruz se llegaba, la corteza
Della y los reventados gruesos nudos
A lastimar se entraban con fiereza
A los huesos de carne ya desnudos;
Y el ánima tambien de una tristeza
Más grave y de tormentos más agudos
Atravesada estaba, y en cruz viva
De otra pasion oculta y más esquiva.

Que las culpas del mundo innumerables,
Con rigurosas invisibles puntas
Y cual horrendas sombras espantables,
El alma le enclavaban todas juntas:
Si ellas son ¡oh mi Dios! tan formidables,
Y tú en formado ejército las juntas
Contra tí mismo, ¡cuántos clavos fuertes
Tendrá esta cruz y cuántas duras muertes!

La rüina tambien, la gran rüina
De su querido pueblo, y tan querido,
Que ya miraba en él con luz divina,
Como si allí estuviera ya oprimido:
El alma santa de piedad benina,
Y el pecho amable de pasion herido
Le tenia, y en cruz nueva enclavado,
Y dos veces por él crucificado.

Y de su Padre Dios la justa gloria,
Que él procuraba con ardiente celo,
Y por la de este mundo transitoria,
Triste veia hollada por el suelo:
Era otra excelsa cruz ménos notoria
Al vulgo vil, pero admirable al cielo,
Como perfecta cruz de una alma pia,
Y honra del gran madero en que moria.

En estas cruces pues tan graves puesto,
Que pechos quebrantara de diamante,
El crudo pueblo, á todo mal dispuesto,
Le blasfemaba fiero y arrogante;
Que ni su rostro en tanto afan modesto,
Ni en padecer tal pena tan constante,
Ni en tan grande varon tan grande mengua,
Le refrenaban la furiosa lengua.

Así los sacerdotes le afrentaban,
Las perversas cabezas sacudiendo;
Los escribas alegres dél burlaban
Con risa falsa y mofador estruendo;
Los plebeyos donaires le cantaban,
Y estos y aquellos á una voz diciendo:
«Si él es Hijo de Dios, hoy lo verémos;
Descienda de la cruz, y le creerémos.

»En Dios confia: líbrele su Padre
Si como á hijo natural le quiere;
Su libertad con su esperanza cuadre,
Y sino, sus engaños considere:
Contra nosotros como perro ladre
Agora que en la cruz rabiando muere:
¡Ay! que salvó á los otros, y á sí mismo
Salvar no puede deste hondo abismo.

»¿Es este quien derriba el templo santo,
Y en tres dias no más lo reedifica?
El templo que duró en hacerse tanto,
De traza tan gentil y obra tan rica?
Ved quién nos puso en decirlo espanto!
Quién por omnipotente se predica,
Y muere en cruz!» Así lo despreciaban
Aun los que en el camino se paraban.

Y él, padeciendo así, la faz hermosa
Fijó en el cielo y dijo claramente:
«Perdónalos tú, Padre.» ¡Oh voz piadosa,
Y á conquistar infiernos suficiente!
Oh palabra del Verbo generosa!
Oh de aquel cisne música excelente!
Que cuando muere canta dulce y pio
En el de su pasion sangriento rio.

«Perdónalos tú, Padre, porque ignoran
Lo que hacen.» ¡Oh dulces bellos labios,
Que mudos á los simples enamoran,
Y hablando suspenden á los sabios!
Labios que culpas tan horribles doran,
Y así excusan tan pérfidos agravios,
Los cielos, que la estima suya saben,
Y estos que los infaman los alaben.

¿Qué mirra derramais agora dellos,
Cual dijo vuestra esposa honesta y pura?
No hallo mirra en esos labios bellos;
Que es símbolo, ¡oh Señor! de la amargura:
Almíbar hallo celestial en ellos,
Y un mar de gloria, un rio de dulzura,
Y eterno rio de dulzura inmensa
Que el alma tiene en santo amor suspensa.

Cuando los enemigos insolentes
Os crucifican ya crucificado,
Y os hieren con sus lenguas inclementes
El espíritu en cruces mil clavado,
Destilais vos suavísimas corrientes
De ambrosía dulce y néctar regalado:
¡Bendita el alma noble de quien salen,
Y la persona por quien tanto valen!

Si amoroso á los fieros enemigos,
Y á los contrarios hoy tan agradable
Os mostrais, buen Jesus; á los amigos
¡Cuán amigo seréis y cuán amable!
Y si enemigos son de amor testigos,
Y de amor tal, ¿qué pecho tan afable
Y qué amor guardaréis y qué secretos
A los amigos firmes y perfetos?

Rogad por mí, Señor, y á vuestro pecho
Me llegad blandamente, y embriagadme
En ese vino para fuertes hecho,
O con leche, cual niño, sustentadme:
¿Qué amigo me será de más provecho
Y más honra que vos? ¡Oh Rey! tratadme
Cual rey y cual amigo, pues quisistes
Al hombre así tratar que redimistes.

Mas ¡ay dolor! que habiendo así tratado
A aquellas bestias hombres, que las fieras
Hubieran en piedad y amor trocado
Las entrañas selváticas y fieras;
Ellos con alma esquiva y obstinado
Corazon proseguian las severas
Y atroces obras y palabras duras,
En vez destos regalos y ternuras.

Los soldados tambien le blasfemaban;
Sus nobles ropas entre sí partian;
Sobre la principal suertes echaban,
Y lo anunciado por David cumplian;
Y aun de los dos, que en cruces dos estaban
Y por sus culpas graves padecian,
El un ladron, mofando de su pena,
Le dijo así con voz de oprobios llena:

«Si eres tú Cristo Rey, sálvate agora,
Y á nosotros tambien.» ¡Oh loco y ciego!
Salvando el mundo está, si bien lo ignora
El mundo y hace dello burla y juego:
De tu salud y bien el tiempo y hora
Es esta; deja el injurioso ruego,
Y al compañero escucha de tu muerte,
Que así te dice y de tu mal te advierte:

«¿Ni tú temes á Dios, aun condenado?
¡Ay! basta que los otros no le teman:
Reverénciale tú crucificado,
Y no sigas á aquellos que blasfeman,
Y contra el Rey que tienes á tu lado
En ira se arden y en furor se queman;
Que ellos para él perdon que los convida
A penitencia tienen larga vida;

»Y tú no, que con él estás muriendo,
Y le baldonas con tu lengua injusta:
Advierte pues que entrambos padeciendo,
En cruz morimos por sentencia justa;
Mas este nunca hizo mal viviendo,
Y aquí ofendido, á la razon se ajusta,
Y ruega por los mismos ofensores
Que arman de injurias nuevas sus dolores.»

Así dijo, y callando el compañero,
El rostro humilde y ánimo piadoso
Volvió al santo de Dios manso Cordero,
Que atento le escuchaba y amoroso;
Diciéndole: «¡Oh Rey justo y verdadero!
Cuando estés en tu reino poderoso,
Acuérdate de mí, que á tí me ofrezco,
Si tu memoria, ¡oh buen Señor! merezco.»

Esto dijo: ¿quién tal imaginara,
Que con esfuerzo tal dijera tanto
Un hombre tal y en ocasion tan rara?
Y díjolo bañado en tierno llanto:
¡Que al tiempo que la oculta fe causara
A un valiente jayan horrible espanto,
Llamase un hombre vil públicamente
Señor, á Cristo, y Rey omnipotente!

Sagaz ladron de la inmortal riqueza
Que no sintió jamas sutil polilla,
¿Qué majestad, qué pompa, qué grandeza,
Qué ornato viste en él, qué trono y silla,
Que, confesando su réal nobleza
A quien el mismo cielo se arrodilla,
Le pediste favor como vasallo,
Y aun te juzgaste indigno de alcanzallo?

¿Entre qué zarza, pero no punzado,
Como le vió Moises en fuego ardiente,
Le viste tú? De espinas coronado
Está, mas con tormento vehemente:
¡Sobre que adobes de zafir sentado,
Y con inmensa luz resplandeciente
Le miraste? Que en una cruz esquiva
Y en clavos tres su santo cuerpo estriba.

¿En qué pomposo tribunal subido,
Y cercado de ilustres serafines
Que de santo le dan el apellido,
Que unió del mundo los distantes fines?
En qué propiciatorio esclarecido,
Do le miran y admiran querubines,
Le hallaste adorado, pues le viste
Fijo en un palo, lastimado y triste?

Mas ¡oh Dios! ¡Cuánto con tu gracia puede
Una baja y pequeña y vil criatura!
Cuánto á los mismos ángeles excede
Si en ella tu virtud asienta y dura!
Y ¡cuán poco valor se le concede
A la que de sí propria se asegura,
Y sobre sí empinada se levanta
A fijar en el cielo mano y planta!

Estaba de los hombres despreciado
Cristo, y de su discípulo vendido,
Y de Pedro con vil temor negado,
Y puesto en cruz, y en ella aborrecido;
Del pueblo y sacerdotes blasfemado,
Preso por los gentiles y escupido;
¡Y un ladron (mirad quién) por Dios lo estima!
¡Oh gracia catedrática de prima!

Con tu sacra leccion todos aprenden,
Con tu perfecta luz todos atinan,
Con tu gran ciencia todos comprehenden,
Con tu guía feliz todos caminan:
Sin tu leccion los doctos no se entienden,
Y sin tu luz los sabios desatinan,
Y sin tu ciencia yerran los maestros,
Y piérdense en el mar, sin tí, los diestros.

Tú al ladron la riqueza soberana
De la divina cruz le descubriste;
Tú en la humildad, la alteza más que humana
De aquella gran persona le leiste;
Tú los misterios de la fe cristiana
En el devoto pecho le escribiste,
Y por tí, enamorado de su alma,
Cristo le dió de buen ladron la palma.

Y así le dijo: «Por quien soy te juro
Que conmigo en eterno paraiso
Hoy estarás, de mal libre y seguro.»
Muere alegre con este dulce aviso:
Bañóse de un licor honesto y puro,
De tierno llanto el regalado viso
Del ya justo ladron, y hablar quisiera;
Pero calló, y sintió desta manera:

«¡Oh feliz hora! Oh tiempo venturoso,
En el que sentenciado fuí contigo
A sufrir el tormento riguroso
Desta suave cruz, que ya bendigo!
Oh pecado (si puede ser) dichoso,
Que á ser me trajo de tu cruz testigo,
Pues á tu sombra vi la inmensa lumbre
De tu bondad, sin que ella me deslumbre!

»En la de abrojos ínclita corona
Que te ciñe, Señor, tu reino veo,
Y tu vertida sangre me aficiona;
Que ser vertida por mis culpas creo;
Y en tus llagas adoro la persona
De Dios, como fiador, no como reo;
Que, queriendo pagar por mí, padece
Lo que el linaje vil de Adan merece.

»Tal conozco, mi Dios; mas ¿qué ventura
Me trajo á que tus ojos me mirasen,
Y esas llagas ¡oh fuentes de dulzura!
De luz y de dulzura me bañasen,
Y esos brazos de inmensa hermosura,
Si bien por mí estirados, me abrazasen?
¿Qué viste en mí, Señor, qué distinguiste
A mí de aquel? Mas ¿qué digo? Quisiste.»

Pensó; y esto miraba cuidadosa,
Los ojos puestos en el Hijo santo,
La Madre Virgen y la sierva esposa,
Con asombro y horror, con pena y llanto;
Mas de una fortaleza milagrosa
Armado el invencible pecho, tanto,
Que ni el dolor á la razon vencia,
Ni al dolor la razon freno ponía.

Miraba triste el cuerpo desangrado,
Que tan lindo parió, y crió tan bello,
Y de su casta leche sustentado,
Se alegró veces mil de solo vello;
Y entre espinas miraba enmarañado
El que ella ensortijó rubio cabello
Cuando al niño Jesus peinaba llena
De gozo, como agora está de pena.

La faz miraba, aquella faz doliente
Que tantas veces á su rostro amable
Llegó, y la dulce boca y limpia frente
Que besó tierna y abrazó agradable;
Y el mirar grave y el hablar prudente,
Y aquel florido pecho y siempre afable
Contemplaba; mas ¡ay! que lo hallaba
Otro en la cruz, del que ella contemplaba.

Miraba (y era su dolor terrible)
Al Hombre Dios en cruz y entre ladrones;
Y al que, de luz vestido inaccesible,
Reina en la gloria, lleno de aflicciones;
Y en desigual pasion y muerte horrible,
Con mofa y juego, afrentas y baldones,
En tierra despreciado al Rey del cielo,
Que por salvar el mundo vino al suelo.

Esto miraba y desto se dolia,
De amor herida y en dolor suspensa:
¡Gran dolor y amor grande de María,
Inmenso afan y caridad inmensa!
Quien tanto amaba ¡cuánto sentiria
En su amado y su Hijo tal ofensa,
Y siendo el Hijo Dios, y ella tal Madre,
Y de Hijo que acá no tuvo padre!

Amor de hijo es el amor más vivo,
Y si es único el hijo, es más interno,
Y si es hermoso y bueno, es excesivo:
¿Pues qué será el de Hijo tal y eterno?
Y el dolor de su mal es compasivo
Más, cuanto el gozo de su bien más tierno,
Y más fuerte el amor. ¡Ay Virgen pura!
¡Cuál fué tu compasion y tu ternura!

Hubo en la Madre Virgen tres amores:
El natural de madre, el adquirido
Con el trato de Cristo y sus favores,
Y el de la caridad más encendido;
Y así, su corazon con tres dolores,
Y todos en el grado más subido
Que imaginar se puede, traspasado
Fué; mas tuvo paciencia en igual grado.

¡Oh cuántas veces levantó los ojos
Para ver á su Hijo, y al momento,
Por no dar pena y recibir enojos,
Los bajó triste y no siguió su intento!
Y ¡cuántas quiso abrir sus labios rojos,
Y la voz muerta, helado el pensamiento,
Y ella en su gran dolor se quedó absorta,
Liberal en sentir, y en hablar corta!

Así estaba, y estaba Juan con ella,
Mirando al Hijo y viendo así á la Madre
Traselevada en él, pendiente della,
Y al fin atento del Eterno Padre;
Y la hermosa en cuerpo, en alma bella,
Ya porque una beldad con otra cuadre,
Allí tambien á Cristo y á María
Dolorosa miraba y tierna via.

Cuando el Señor miró á su Madre, y dijo
En cruz de compasion interna puesto:
«Mujer, presente tienes á tu Hijo,»
Señalando al discípulo modesto;
Y á Juan, que en Cristo el alma y rostro fijo
Tenia, y alma y corazon dispuesto
A su obediencia, dijo: «Esa es agora
Tu madre, madre ya quien fué señora.»

Y desde entónces como á madre nueva
Y su antigua señora venerable
Juan la amó y respetó, haciendo prueba
De su respeto y de su amor notable;
Y los firmes propósitos renueva
Por este beneficio inestimable,
Que le quedó estampado en la memoria,
De servir á los dos en pena y gloria.

Habiendo pues tan grandes cosas hecho
Rey del cielo en cruz menospreciado,
n ella, como en blando y rico lecho,
grave testamento ya ordenado;
ó una fuerte voz del hondo pecho,
su buen Padre dijo lastimado:
Por qué á tu Hijo ¡oh Dios! desamparaste,
l consuelo en tal muerte le quitaste?»

'or los pecados ¡oh mi Dios! del mundo
or mis culpas, Hombre verdadero,
gran consejo y con saber profundo
dejó vuestro Padre en mal tan fiero;
n él yo mi derecho ilustre fundo
odo el bien; que todo el bien espero
ese mal de pena tan terrible
sufris, Hombre y Dios por mí pasible.

in tanto los alados escuadrones
andan gloriosos por el ancho cielo,
de aquellas altísimas regiones
sin mezcla de afan vive el consuelo,
su Rey Dios miraban las pasiones
le causaba el morador del suelo,
nbre, por quien Dios Hombre padecia;
n ira se encendieron justa y pia.

¡Que á nuestro Dios así atormente el hombre!
el hombre á nuestro Dios así atormente,
l cielo de mirallo no se asombre,
aga que él se asombre y escarmiente;
abiendo el mismo Dios tomado nombre
Salvador, y oficio conveniente
nombre sacrosanto que él se puso,
un palo colgado esté y confuso!

¡Al arma, al arma! basta lo sufrido:
más, no más,» exclaman dando voces,
lamando al ejército lucido
los ángeles fuertes y veloces;
liguel, capitan esclarecido,
ntra los insolentes y feroces
son demonios y eran serafines,
ndó tocar al arma sus clarines.

l punto pues las trompas resonaron,
s cielos al son estremecieron,
el aire espantosas retumbaron,
s hondos abismos removieron;
su voz obedientes se aprestaron
ángeles, que en partes mil la oyeron,
que rigen los orbes, y en la tierra
cáos, por defendernos, hacen guerra.

ual palomas que en pastos diferentes
aban por el campo entretenidas,
as nubes con truenos vehementes
mieses amenazan, encogidas
an los pastos, vuelan diligentes,
las torres acuden conocidas,
ocupando al punto el verde suelo,
zándose con pluma osada al cielo;

cual dulces abejas ocupadas
despuntar melifluas bellas flores,
villano sagaz alborotadas
onco son de agrestes atambores,
arten á su rey medio cargadas,
ndo al fresco prado sus olores,
esurosas van á las colmenas,
de cuidado que de flores llenas;

como los espíritus vitales
todo el cuerpo humano repartidos,
upando los miembros principales,
os en varias partes divididos,
n sus ministerios naturales
pensos de sus obras, y atraidos
breve tiempo al corazon doliente,
aflige algun súbito accidente:

l los nobles espíritus, oyendo
esonante trompa que los llama,
onocido el belicoso estruendo,
elo suben como ardiente llama;
que estaba cada cual haciendo
á la voz que en guerra los inflama,
uden á Miguel, y él los compone
batalla justa que dispone.

Aquellos cortesanos celestiales,
Y de otra suerte ilustres caballeros,
No se visten de cuerpos materiales,
Ni son, cuando los forman, verdaderos;
Mas hácenlos algunas veces tales,
De los aires más puros y sinceros,
Que asombran ó regalan variamente,
Segun es á su efecto conveniente.

Agora pues que al mundo miserable
Nueva guerra amenazan espantosa,
Todos de la materia más durable
Fingen cuerpos con arte milagrosa;
Y aspecto les infunden admirable
Envuelto en cierta luz maravillosa,
Que deslumbra mirada, y estremece
La vista y corazon á quien se ofrece.

Y por vestirse de armas importantes
A su justa venganza y digna guerra,
A las atarazanas rutilantes
Van, do el celo de Dios armas encierra:
Arneses allí lucen de diamantes,
Que no crió jamas ni vió la tierra;
Y escudos cuelgan de otro acero fino,
Que para sí forjó el poder divino.

Allí penachos tremolando al viento,
Que bravo sopla y espantable suena,
Penden, y el sonador hueco instrumento
Que el aire con horrible voz atruena;
Allí el valor está y el ardimiento,
El mal de culpa no, mas el de pena,
Aunque la permision tambien se halla
Bien, con que al pertinaz da Dios batalla.

Y allí se ven las armas ofensivas
Que esgrimió la justicia soberana
Cuando excelsa holló frentes altivas
De fin perverso y pretension profana;
Y las armas no ménos defensivas
De que el humilde con razon se ufana,
Que en amparo vibró de los pequeños
La que deshace justa indignos ceños.

Y allí el tremendo y hórrido tridente
Que tuvo el mundo en lluvias anegado,
Del rico y grande techo está pendiente,
Bravo instrumento del furor sagrado;
Y allí de fuego vivo el rayo ardiente,
Que otros mil escupió, jamas cansado,
Contra la torre de Nembrot superba,
Agudo y coruscante se conserva.

Y allí viven las llamas vengadoras
Que las torpes ciudades abrasaron,
Y las plagas de Egipto triunfadoras
Que horror y asombro y confusion causaron;
Y allí las tempestades tronadoras
Que á Jonas en el piélago lanzaron,
Y los carros de fuego que ceñian
Los montes, y á Eliseo defendian.

Y allí los instrumentos invisibles
Que arman guerras, infunden pestilencias,
Y sacuden con ímpetus sensibles
Las asombradas pérfidas conciencias;
Y al fin, todas las armas invencibles
Que imperios, majestades y potencias
Han deshecho, se ven allí colgadas
Y al intento de Dios aparejadas.

Allí pues se vistieron de lucidas
Armas todos los ángeles dichosos,
Y para el grande hecho apercibidas
Manos llevaron y hombros poderosos:
Aquellas con espadas encendidas,
Y aquestos con arneses luminosos;
Y en nueve ilustres órdenes compuestos,
Más que gallardos van, pero modestos.

Suenan tambores, vuelan estandartes
Por el campo del cielo cristalino;
Marchan cual sacros verdaderos Martes
Por el de estrellas celestial camino:
Gimen los polos, tiemblan en mil partes
Los orbes santos, y los más vecinos
Elementos al grande peso tremen,
Y los infiernos nuevo espanto temen.

Llegan á Dios, que en trono venerable
De majestad inmensa está sentado,
Y la misericordia favorable
Al mundo tiene á su derecho lado,
Y al siniestro la excelsa y formidable
Justicia con su estoque desvainado,
Y ambas en pié, haciendo reverencia
A las personas tres en una esencia.

Todos pues los magníficos guerreros
Al soberano Padre se humillaron,
Y á su trono postrados los aceros,
Devotos las cabezas inclinaron;
Y Miguel, capitan de los primeros,
Que «Quién es como Dios» apellidaron,
Una rodilla sola, á fuer de guerra,
En el cielo hincó, si no en la tierra.

Estaba del robusto arnes ceñido
Con que á Luzbel ganó la gran victoria,
Y de la espada con que al ángel vido
El rey David postrar su vanagloria,
La misma que al soberbio y fementido
Senaquerib por su maldad notoria
Asombró, degollando de sus gentes
Ciento y ochenta y cinco mil valientes.

Y en el escudo de inmortal diamante
Que muchos reinos defender podia,
Sutilmente, á sí mismo semejante,
El mismo dibujado parecia;
Y á sus piés aquel fiero y arrogante
Que ángel fué, y es dragon, preso tenía,
Que en un jóven hermoso comenzaba
Su imágen, y en serpiente se acababa.

Desta manera pues dijo humillado:
«Padre y Señor, tu Hijo verdadero,
Si bien cual hombre, está crucificado
Por hombres, como ves, en un madero;
Y el cielo, en noble ardor desto abrasado,
Pretende castigar hecho tan fiero
Si tú le das licencia; y así viene
A tí, y las armas en la mano tiene.

»Dánosla pues, Señor, y el impio mundo
Sacrílego á su Dios acabarémos,
O sacando las aguas del profundo,
Que ahoguen, como ciñen sus extremos,
O ardiendo en fuego vivo el suelo inmundo
Que huellan los atroces y blasfemos,
O sacudiendo con furor la tierra,
O haciéndoles en cuerpos mortal guerra.»

Dijo, esperó; y al punto la Justicia,
Provocada por Dios, habló celosa:
«Por la primera original malicia
Muerte mereció el mundo rigurosa,
Y tuvo, en fin, á tu bondad propicia
Y á tu misericordia generosa,
Y no se aprovechó perverso, tanto,
Que en lluvias le anegaste y en espanto;

»Mas ocho conservándole almas puras
Que sus grandes rüinas restaurasen,
Y con el arco, tu señal, seguras
De otras lluvias, las tierras habitasen:
Las que destas nacieron gentes duras,
Antes que tu palabra y fe faltasen,
Torre fundaron empinada y fuerte
Dó librarse pudiesen de agua y muerte.

»Derribaste su torre, y esparcidas
Por varias partes de la tierra, exentas,
Y en diferentes lenguas divididas,
A falsos dioses han estado atentas:
De sus raices con verdad podridas,
Que, por ser tú quien eres, alimentas,
Sacaste un Abraham, excelso padre
Destos, y á Sara, ilustre y santa madre.

»Hicístelos tu pueblo, y no por eso
Te obedecieron como pueblo justo;
Disteles santa ley con pacto expreso,
Y siguieron, dejándola, su gusto:
Para cerrar del todo su proceso
A tu Hijo enviaste, Rey augusto,
Que les hiciese bien, y está en un palo:
¿Puede ser ya más que esto el mundo malo?

»Con razon pide tu Justicia santa,
Y suplica Miguel que á más no aguardes:
Su orgullo rinde, su furor quebranta;
Pues ellos lo merecen, tú no tardes:
Tu ejército animoso se adelanta,
De su celó y virtud haciendo alardes;
Déjale ¡oh grande Dios! que los castigue
O á conocer su culpa los obligue.»

Dijo; y la Misericordia blandamente
Y en breve comenzó, por Dios mandada:
«Todo aquello es verdad, Padre clemente;
Con razon tu justicia está irritada;
Pero tambien está con la presente
Ofrenda de tu Hijo, bien pagada;
Que si el mundo en su muerte culpas hace,
Él más que peca el mundo satisface.

»Y así debe quedarse el mundo entero;
Porque si el hombre al Hombre Dios da muerte,
El Hombre Dios, muriendo en un madero
Por sus culpas, te paga desta suerte;
Y más que te desplace el acto fiero
Del matador, te agrada el acto fuerte
De tu Hijo en perder manso la vida
Por el hombre, su siervo y su homicida.»

Habló; y el Padre, en la justicia recto,
Y en la misericordia siempre amable,
Dijo á Miguel: «Vuestro celoso afecto
Y muestra ¡oh capitan! me es agradable;
Mas el que pretendeis último efecto
No ha sido á mi bondad tan aceptable,
Porque impide á mi sabia providencia
Esta union de justicia y de clemencia.

»Es gran justicia demandar terrible
Por infinita culpa inmensa paga;
Pero es clemencia igual dar apacible
Al Hijo, que por ella satisfaga;
Y aquesta union reluce convenible.
En que él llagado esté por quien le llaga,
Y yo le dé piadoso, y justiciero
Le permita que muera en un madero.

»Mas sepa el mundo que mi Verbo santo,
Su Hacedor, está en la cruz muriendo,
Y sépalo con justo y nuevo espanto,
Grandes prodigios de su horror sintiendo.»
Dijo á Miguel el Padre sacrosanto,
Y abrió su hondo pecho así diciendo;
Y lo que le mandó le mostró él mismo
En sí, de bien perfecto inmenso abismo.

Y el capitan, obedeciendo, al punto
Desbarató su ejército glorioso,
Que estaba de diversas partes junto,
Y despachólo á todas cuidadoso:
Unos se hallaron en Salén á punto
Para la muerte del Señor piadoso,
Y en el mar otros, y otros en la tierra
Para hacelle justa y blanda guerra.

Estaba el sol entónces coronado
De largas puntas de diamantes finos,
Y en medio de su curso levantado,
Los montes abrasaba palestinos:
Miguel, viendo á su Dios crucificado,
Desnudo ante los bárbaros indinos,
Con hidalga vergüenza y noble celo
Bajó del cielo empíreo al cuarto cielo.

Y á los fuertes caballos rutilantes,
Que echaban fuego por las bocas de oro,
Las ruedas volteando coruscantes
Que dan al mundo nuevo el gran tesoro,
Los encendidos frenos radiantes,
Sin guardar al planeta más decoro,
Asió con la una mano valerosa,
Y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
Al sol, que con mil ojos le miraba,
Y fulminando por la vista enojos,
El fin de sus intentos aguardaba:
Abriendo pues Miguel sus labios rojos,
Con voz le dijo resonante y brava,
Increpando al planeta excelsamente
Porque daba su luz resplandeciente:

«¿Es posible, inmortal noble criatura,
Que miras á tu Dios en cruz desnudo,
Y ofreces luz á aquella gente dura
Que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
Con razon fiero y con verdad sañudo:
Desate el mundo así sus gruesas nieblas,
Y á su Criador conozca en tus tinieblas.»

Dijo; y el sol, avergonzado luego,
Sus rayos en sí propio recogidos,
Negó su bella lumbre al mundo ciego,
Por dejar á los hombres confundidos:
Espantóse el romano, admiró al griego,
Ambos en esta ciencia esclarecidos,
Ver un eclipse tal; y el crudo hebreo
Se quedó pertinaz en su deseo.

¡Oh Dios! cuando tu luz no resplandece,
Ni la luz sirve, ni aprovecha el dia
Para que el hombre ciego no tropiece
Y ciego se despeñe en su porfía;
Ni el quitalle la luz más luz le ofrece;
Que quien bañado en luz la luz no via,
¿Qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.

Bajó Miguel despues triste al Calvario
Con su escuadron de ardientes serafines,
Do temblaba Luzbel, su gran contrario,
Con otro que lo fué de querubines;
Y estuvó allí asistiendo al santuario
De Dios con sus trompetas y clarines,
Tambores destemplados y banderas,
Y otros mil instrumentos y armas fieras.

Miéntras esto pasaba, el Rey sagrado,
Ardiendo el corazon, secas las venas,
Y por las cuatro llagas desangrado,
Fuentes de nuestra gloria y de sus penas;
Con sed del cuerpo y almas abrasado,
Pero con luces claras y serenas,
«Sed tengo,» dijo; y con feroz denuedo
Uno á beber le dió vinagre acedo.

¡Esponja de vinagre á Dios, que muere,
Y muriendo la pide! ¡Oh tigre hircano!
¡Agua le niega á Dios (cuando la quiere,
Y su sangre le da) el linaje humano?
Mas ¿qué mucho, si él mismo así le hiere
Los pies y el pecho y una y otra mano?
Oh Dios por todas partes afligido
Por el hombre, y por él de amor herido!

Habiendo pues probado el Rey eterno
La esponja de vinagre, dijo al punto,
Y dijolo con paz y gozo interno,
Por haber ya venido al postrer punto:
«Acabóse.» Y con rostro humilde y tierno,
Grave en aspecto y en color difunto,
Mirando al cielo y á su Padre santo,
Quiso dar fin á su divino canto.

Mas como el padre en cuyo sér consiste
El bien de su familia generosa,
Cuando él se muere, con cuidado asiste
Ella junta á su muerte dolorosa;
Atenta mira, y considera triste,
Pendiente de su faz y temerosa
De su fin, á sus nuevos movimientos
Y á sus más delicados sentimientos;

O cual sucede cuando en noche oscura
Algun cometa infausto se aparece
Con fiero aspecto y hórrida figura,
Que más terrible por instantes crece;
Espantada la gente y mal segura
Del daño que futuro resplandece
En su cola y su crin, quedar suspensa
De su casi amenaza y furia inmensa:

Tal á su Padre Dios, que ya queria,
No en lecho, en cruz morir, notando estaba
El asombrado mundo, que le via
Los varios sentimientos que mostraba;
Un grande y nunca visto mal temia
Del prodigio espantoso que miraba,
La muerte recelando, desta suerte,
En la que á Dios se daba horrible muerte.

Pues los gloriosos ángeles atentos
Y de la boca de su Dios colgados,
Sus alas desplegaban á los vientos,
Más en horror que en ellas elevados:
Los demonios, con rostros macilentos
Y con ojos y pechos asombrados,
Dudosos aguardaban y encogidos,
Callando en sí, de miedo, sus gemidos.

La tierra, que á los fieros insolentes
Sustentaba, sudando al grave peso
Y gimiendo con ansias vehementes,
Comprimida esperaba el gran suceso:
Mudó el mar sus menguantes y crecientes
Soberbias, detenidas al exceso
Singular del espanto jamas visto;
Servia con un sordo pasmo á Cristo.

Los cuatro vientos en sus hondas cuevas,
Como apretada esponja en fuerte mano,
Pedian oprimidos fuerzas nuevas,
Dejando sin su aliento el verde llano;
Y el fuego helado daba ilustres pruebas
De temor y obediencia al Dios humano,
Y el sol, sin luz mirándose, temia
Que, en muriendo su Dios, él moriria:

Cuando llegó la muerte, de sagrada
Estola revestida y de admirable
Y santo resplandor y luz bañada,
Y al mismo Dios, con ser quien es, amable,
Pero humilde, llegó y arrodillada,
Y pidiendo á la vida inconmutable
Licencia para entrar; y recibida,
Al Hombre Dios entró y quitó la vida.

Así murió diciendo: «¡Oh Padre mio!
En tus manos mi espíritu encomiendo.»
Y con tan grande fuerza y tanto brio,
Voz tan alta y gemido tan tremendo,
Que mostró bien su eterno señorío
Sobre la propia muerte así muriendo;
Y el alma despidió y dejó suave
La cabeza inclinada al pecho grave.

Cual repentino y espantoso trueno
Toca el oido, y hiere juntamente
La vista perspicaz de lleno en lleno,
Y aun ántes, el relámpago luciente,
Y abrasa la cabeza y arde el seno
Del hombre al mismo punto el rayo ardiente,
Sin que prevenga el último desmayo
Que el trueno da, el relámpago y el rayo:

Tal de Cristo la voz maravillosa
Cual trueno, y cual relámpago su vista,
Y como rayo el alma poderosa,
Sin encontrar poder que le resista,
Hiere de la canalla pavorosa,
Y hiriéndola acaba la conquista,
Oidos, ojos y cabeza y seno,
Sin ver rayo, relámpago ni trueno.

Y Lucifer, volviendo las espaldas,
Huye con sus vencidos escuadrones:
Iba Miguel pisándole las faldas
Con parte de sus ínclitas legiones:
Estos ya van ceñidos de guirnaldas,
Y tremolando alegres sus pendones;
Y esotros, los cabellos erizados,
Cobardes, confundidos y asombrados.

Cual las nocturnas aves mas pequeñas,
Al cebo de la sangre detenidas,
En viendo de la aurora las risueñas
Sienes en blanca y pura luz teñidas,
El aire dejan y á las rotas peñas
Acuden, deslumbradas y corridas
Quizá de verse, procurando, á oscuras,
Do asconderse agujeros y roturas;

Así huyen aquellos infernales
Espíritus con miedo, recelando
Del sacro sol los rayos celestiales,
Y su infelice oscuridad buscando;
Y tras ellos Miguel, con inmortales
Fuerzas y su bendito y noble bando,
Siguen su alcance bravos y lijeros
A fuer de victoriosos caballeros.

Y blandiendo una gruesa y dura lanza
De dos hierros que limpios centellean,
Muestra el ángel gallardo su pujanza
En los que pertinaces aun bravean;
Y como á los soberbios más venganza
Es decirles quién son, porque se vean
Les va diciendo: «Caminad, mezquinos,
Al cáos, de inficionar el aire indinos.

»Id confusos, bramando, al fuego eterno,
A donde os despeñó vuestra malicia;
Y muriendo, vivid en el infierno,
Verdugos fieros de la gran justicia;
Que ya en la Cruz perdisteis el gobierno
Del mundo; ya la intrépida milicia
Del Dios crucificado os abandona,
Y él os juzga, os condena y aprisiona.

»Ni en Délfos engañeis al mundo ciego,
Ni oráculos finjais en otra parte,
Ni al romano ambicioso y fácil griego
Representeis á Júpiter ó Marte:
Allá, malditos, entre hielo y fuego,
Asombro y noche, vuestra sed se harte,
Vuestra insaciable sed del mal ajeno;
Allá bebed y allá escupid veneno.»

Hablando así Miguel, acompañaba
Al ánima de Cristo al Verbo unida
Con una tropa de su gente brava,
Para grandes hazañas escogida;
Y otra, que cerca de la cruz estaba,
La dejó en el Calvario entretenida,
Porque con pompa funeral y espanto
Invisible sirviese al cuerpo santo.

Los ángeles tambien que en tierra y cielo,
Aire y mar esperaban obedientes,
En muriendo su Dios, con vivo celo
Efectos mil hicieron diferentes:
Uno del templo antiguo el sacro velo
Presto rompió con fuerzas vehementes
En dos partes, de arriba hasta abajo,
Con sentimiento más que con trabajo.

Y por la fortaleza valerosa
Y virtud de los otros admirable,
Se estremeció la tierra temerosa,
Con furor sacudiéndose espantable;
Y el mar pasó la raya rigurosa
Que Dios le puso, y bravo y formidable,
Con los bramidos atronaba el cielo,
Y con las ondas azotaba el suelo.

Los vientos de sus cóncavos y oscuros
Calabozos rugiendo se arrojaron,
Y levantadas torres y altos muros
Y enhiestos graves montes derribaron:
Unos con otros los peñascos duros,
Y las menudas piedras se encontraron,
Y á golpes sacudidas se partieron:
Tanto la muerte de su Dios sintieron.

Y los archivos con verdad fiëles,
Que guardan en depósito á los muertos,
Sin ser á sus tesoros infiëles,
Se mostraron al caso atroz abiertos;
Y el capitan de aquellos cien crueles
Que cercaban la cruz, y otros, despiertos
De su sueño mortal, con voz doliente
A Dios glorificaban claramente.

«El era justo, Hijo de Dios era,»
Aclamaban en lágrimas deshechos:
«¡Ay! ¿quién usó con él maldad tan fiera?»
Proseguian, hiriéndose los pechos;
Y otros á la ciudad más que severa,
De los terribles á matanzas hechos
De profetas y santos, se volvian,
Y las mismas palabras repetian.

Seguid, seguid los miseros lamentos;
Alzad, alzad las penitentes voces;
Que aun no se han declarado los intentos
De Dios contra esos ánimos feroces:
Tiempo vendrá cuando veréis portentos
Que os amenacen, pérfidos atroces,
Y se cumplan horribles y estupendos,
Si no con tantos ímpetus y estruendos.

Mas ¡oh tú, pecador! ves aquí ¡oh triste!
Muerto á tu Dios por tí y en cruz difunto,
Y mira que tú mismo le pusiste
Con tus pecados en tan recio punto:
Haz penitencia desto que hiciste,
Pues todo el universo armado y junto
Ponerlo no pudiera en cruz clavado,
Sino él, de amor y de tu culpa armado.

Murió Dios; pero tú, gentil, advierte
Que en la naturaleza inaccesible
De Dios no padeció la cruda muerte
Y viles penas; que eso no es posible:
Sufrió la cruz y agravios manso y fuerte
En la carne que á si juntó, pasible,
Y por ser hombre y Dios ya una persona,
De Dios lo que del hombre se pregona.

En un peral está un manzano engerto;
Como peral, produce fértil peras,
Y cual fértil manzano, está cubierto
Y lleno de manzanas verdaderas:
Vive Dios como Dios, y en la cruz muerto
Cual hombre está, porque á tus culpas muera
Tú, que le ves; y Dios muere afligido,
Por ser Dios Hombre á cuerpo y alma unido.

Estaba pues así cuando llegaron,
Y á los ladrones que con él estaban
Los verdugos las piernas les quebraron,
Porque los sacerdotes lo mandaban;
Y á Cristo para el mismo fin miraron,
Y al tiempo que los crudos le miraban
Vieron que ya era muerto; mas hicieron
Otra crueldad mayor que la que vieron.

A Longinos, en cuyo seno duro
La impiedad se quedó depositada,
Ordenaron que al pecho santo y puro
Diese con mano fiera una lanzada:
Dióla y rompió con ella el sacro muro
Que el alma excelsa tuvo en sí guardada,
Y el costado le abrió, fuente de vida,
Y agua y sangre salió por la herida.

Y los siete divinos sacramentos
Della manaron, celestial tesoro,
Y de la gracia nobles instrumentos
Que hoy á la Iglesia dan fuerza y decoro:
Pues ¡oh hartura de ánimos sedientos!
Llaga y fuente de gloria, yo te adoro,
Te bendígo y te alabo: estáme abierta
Siempre, de Dios y el bien camino y puerta.

Al fin, siendo ya tarde, un caballero,
Josef llamado, que al Señor seguia,
A Pilato con ánimo sincero
Entró y con singular y alta osadia;
Y el cuerpo del mansísimo Cordero
Que, muerto, el mundo como Dios regia,
Le pidió; y preguntando si era muerto,
Lo concedió, sabiéndolo de cierto.

Fué Josef con aquesto al gran Calvario,
Donde halló á la Virgen Soberana
Y á sus devotos junto al relicario
Que encierra al mismo Dios en carne humana:
Llegó y apercibió lo necesario
Ya con ternura y caridad cristiana,
Cuando vino el gravísimo maestro
En ciencia claro, en enseñarla diestro;

Nicodémus, que cien libras preciosas
De mirra y aloes trajo consigo,
Y adornando primero las piadosas
Llagas del buen Señor y dulce amigo,
Con pecho humilde y manos religiosas,
Y tierno llanto, de su amor testigo,
De la cruz alta á Cristo descendieron
Y en lugar conveniente le pusieron.

La Madre, que vió cerca al Hijo amado,
Con lágrimas, con vista y con razones
Pidió que ántes de verlo sepultado
Le dejasen gozar de sus pasiones:
Gozo con llanto y con dolor mezclado,
Pero debido á tristes corazones,
Que más se quietan cuando más se cansan,
Y su mismo dolor creciendo amansan.

Los dos varones dársele temian,
tambien de quitársele dudaban:
u vehemente pena conocian,
por no la aumentar no se la daban;
la razon por otra parte vian
e más dolor, si al fin se le quitaban:
enció pues la razon, como era justo,
este le concedieron triste gusto.

Y ya en su virginal regazo puesto,
omenzó á remirar el cuerpo santo
on ojos graves y ánimo compuesto,
ero con digno y valeroso espanto;
el bello contempló rostro modesto
on tanta ofensa y con desprecio tanto
erido, y parecia que en su cara
e trasfundia aquella ofensa rara.

Y viendo la corona, sus espinas
e iban el corazon atravesando,
aquellas luces, de respeto dinas,
e abrasaban, su injuria contemplando:
os corales y perlas peregrinas
e boca y labios, su beldad notando
ntigua y ya su pálida tristeza,
ambien le marchitaban su belleza.

Consideraba aquellos lindos brazos,
allí se le ahogaba el alma entre ellos,
i bien le fuéron siempre amigos lazos,
risiones dulces y collares bellos:
eñíalos con tiernos mil abrazos,
las el retorno le faltaba dellos;
esta visible mortandad penosa
e helaba sangre y alma y faz hermosa.

A las manos llegaba, y con sus manos
ocaba las heridas blandamente,
sin sentir los hierros inhumanos,
tro dolor sentia vehemente:
iraba aquellos miembros soberanos
el cuerpo más que el sol resplandeciente;
le quedaban los distintos huesos
azotes crudos en el alma impresos.

Vino al fin á la llaga del costado,
la preciosa llaga descubierta,
ara mirar el corazon sagrado
omo por ancha y venerable puerta:
iólo y dejólo en lágrimas bañado,
otra llaga en el suyo vido abierta;
laga espiritual y llaga viva,
e la llaga del muerto compasiva.

Así la gran pasion del santo Hijo
on agudo buril de tierno afeto
obra cansada de dolor prolijo
n su amor esculpió y en su conceto;
estas razones generosas dijo,
e alma tan fuerte dino y sabio efeto:
¡Que ame Dios tanto al hombre, que le ofrezca
u mismo Hijo que por él padezca!

»¡Y que llegue á tal punto la malicia
el hombre, que á su Dios así atormente;
que pida esta pena la justicia
e Dios en el fiador y el inocente!

Y que vuestra piedad fué tan propicia
Al hombre, ¡oh Hijo! que de cruz pendiente
Muriésedes por él y dél maldito!
Alábeos cielo y tierra, ¡oh Dios bendito!»

Esto decia, pero mas pensaba;
Y la triste y hermosa Magdalena,
Que los piés del Señor besando estaba,
Así le dijo, de congoja llena:
«En estos ¡oh Maestro! yo arrojaba
Mi bien, mi mal y mi consuelo y pena,
Y mi mal en mi bien se convertia,
Y mi pena en consuelo y alegría.

»En estos piés mi vida pecadora
Dejé resucitada á vida nueva;
En estos, que mi alma triste adora,
Vi de vuestra bondad la mayor prueba;
En estos, do la vida se atesora
Y do muerta la vida, se renueva,
Para mi hermano la pedí animosa,
Y la alcancé y la vi tierna y gozosa.

»De Marta en estos piés me defendiste,
Y vuestra ciencia en ellos me enseñaste;
De vuestra voz colgada me tuviste,
Y á vuestro cielo atenta me elevaste;
Mas, ¡oh divinos piés! ¿qué no hiciste
Con esta pecadora que sanaste,
Dejándola tocar con sus cabellos
Los piés de Dios y ser honrada dellos?

»¿Adónde verterán, mis piés amados,
Adónde verterán agua mis ojos?
¿Y á qué piés mis ungüentos regalados
Daré, como vencida, por despojos?
Y cuáles otros piés, de mí abrazados,
Me quitarán suaves mis enojos?
¿Qué otros piés besará mi triste boca,
Sino estos piés que con sus labios toca?»

Juan, que miraba á su Señor atento,
Dijo: «¡Oh si el sueño en que me vi dormido,
En ese pecho ya roto y sangriento,
El sueño de la muerte hubiera sido!
No hubiera padecido el gran tormento
Que viendo á Hijo y Madre he padecido.»
Dijera más; que más decir queria;
Y atajóle la noble compañía.

Josef y Nicodémus, que pidiendo
A la piadosa Madre el Hijo santo,
Y sus miembros purísimos ungiendo,
De un blanco lo cubrieron limpio manto;
Y su pompa los ángeles siguiendo,
Y todos con devoto y mudo espanto
Al huerto fuéron donde en peña dura
Estaba de Josef la sepultura.

Llegando allí con reverente aspeto,
Manos humildes y almas temerosas,
Y lágrimas nacidas de respeto
Y compasion suaves y copiosas;
A Dios, que á muerte quiso estar sujeto,
Entre dos enterraron blancas losas;
Y cuando estos misterios acabaron,
Tristes en el sepulcro le dejaron.

FIN DE LA CRISTIADA, POR FRAY DIEGO DE HOJEDA.

HISTORIA

DEL MONSERRATE,

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

DEL CAPITAN CRISTOBAL DE VIRUÉS (1).

PROLOGO.

Las dos partes con que la poesía llega á su perfecto punto (segun nos enseñan los dos exce-
ıtes maestros della, Aristóteles y Horacio) son dulzura y utilidad, y a estas se ha de atender
cualquier cosa que en verso se escribiere; pero más particularmente y con mayor cuidado
liligencia se han de procurar en aquella principal poesía llamada *épica* ó *heróica*, que es la
e debajo de una accion forma un poema, cual es la *Eneida* de Virgilio. Queriendo pues yo
cer una obra en este género de poesía, tomando por accion la milagrosa aparicion de la
ágen de Nuestra Señora de Monserrate y fundacion de su santa casa, parecióme que las dos
meras partes no podian faltarme de parte del sugeto; y así determiné de emplear en él el
ento que Dios fué servido de comunicarme, por cuya gracia he salido con el libro presente.
celo que he tenido ha sido bueno, y con él he usado de la invencion poética en la parte que
ha permitido la historia como humana, que es en lo que toca al ermitaño Garin, procu-
ıdo pintar en él un heróico y verdadero cristiano, con varias digresiones y ejemplos que,
ı alterar la historia, miren á aquellos fines principales ya dichos, de provecho y gusto. En la
rte deste poema que trata de la sagrada imágen (guardando el respeto y decoro debido á
sa de tanta calidad y tan divina) no ha llegado la poesía á más de decir la verdad de la his-
ia, con solo el ornamento que el verso pide, como se verá en el canto XVIII y en el último:
cual, aunque decirlo Garin como en profecía es invencion poética, es lo que dice pura ver-
d. Esto he querido advertir, porque se entienda que en tratar la santa historia que tomé por
cion y fundamento de mi poema he tenido consideracion cristiana cuanta me ha sido posible,
como en la poesía atencion á las dos partes que dije, de dulzura y utilidad. Si al debido fin
todo esto hubiere llegado mi libro, la gloria sea á Dios, y si no, recíbase mi voluntad (2).

1) Don Alonso de Virués, excelente médico y humanista valenciano, que floreció hácia la mitad del siglo XVI, tuvo
ıtro hijos, tres de ellos varones, llamados Cristóbal, Jerónimo y Francisco. Este fué eclesiástico y beneficiado
la iglesia metropolitana de Valencia; el segundo médico, como su padre; y militar el primero: todos ellos muy
ıocidos en su tiempo, no solo como personas distinguidas en sus respectivas facultades, sino como poetas aven-
ıdos. Tuvo tambien don Alonso una hija, que se llamó Jerónima Agustina, y que parece fué muy perita en la
gua latina: raro ejemplo de conformidad intelectual en los individuos de una familia.
Tratándose de CRISTÓBAL DE VIRUÉS, autor del poema titulado *Historia del Monserrate*, que es quien nos interesa,
sabe únicamente, como lo asegura Ticknor, que nació en 1550; que sirvió de soldado en Italia, y principalmente
el Milanesado; que llegó á capitan en premio de sus hazañas, y que peleó con gran denuedo en la batalla de Le-
ıto, victoria á que concurrieron y que celebraron despues varios ingenios de aquellos tiempos. Fué tambien poeta
co y dramático, autor de las tragedias *La gran Semíramis, La cruel Casandra, Atila furioso, La infelice Marcela,*
Elisa Dido; y el primero, segun Lope de Vega, que redujo á tres jornadas las composiciones teatrales; pero hay
mplos de esta innovacion anteriores á VIRUÉS, pues en 1553 se vió ya usada por Francisco de Avendaño.
La primera edicion del *Monserrate* es de Madrid: se imprimió en casa de Querino Gerardo el año de 1588, y no
de 87, como afirman don Vicente Jimeno y Nicolas Antonio. Se repitió en 1601; en Milan por Gratiadio Ferrioli
1602; en Madrid otra vez, por Alonso Martin, en 1609; y por último, en el mismo punto el año 1805, por don
ıriel de Sancha.
La edicion de Milan, hecha por el mismo autor, es una refundicion de la primitiva, y así se equivocan los que
en que en nada se diferencian. Hay en aquella gran número de octavas añadidas, otras completamente alteradas;
suma, tal multitud de variantes, que nos ha sido imposible ponerlas de manifiesto en esta impresion, á no do-
r el número de páginas que comprende el *Monserrate;* inconveniente, ademas, que no compensa el mérito ni
ı la curiosidad del texto antiguo, vicioso casi siempre, oscuro y desaliñado.
Para esta nueva impresion nos hemos valido de la de Sancha, en la cual debemos confesar que hemos hallado
nbien no pocas alteraciones respecto aun á la edicion de Milan, que, como dejamos insinuado, es la más cabal
orrecta; mas en atencion á que la mayor parte de dichas variantes en nada desvirtúan los pensamientos de VIRUÉS,
olo consisten en trasmutaciones de palabras, casi siempre con el objeto de evitar la asonancia que se advertia
tre los versos de una misma octava, hemos resuelto seguirlas, excepto en los casos en que padecian el sentido,
integridad ó el espíritu del original, sacrificados á la observancia exagerada de la eufonía.
No hemos podido haber á las manos las ediciones de 1601 y 1609; pero siendo la primera, copia de la de 1588, y
segunda, de la refundida, hubiera sido infructuoso el nuevo cotejo entre todas ellas.
2) Omitimos aquí unas cuantas líneas con que concluye el prólogo de la primera edicion de este poema, porque
riéndose meramente á la ortografía que en ella se empleaba, ninguna importancia tienen para nosotros.

HISTORIA DEL MONSERRATE.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Mueve á Garin á fuego y sangre guerra
El comun enemigo riguroso,
Y al Conde trae á su aserrada sierra
Con su doliente hija lastimoso:
Del cuerpo de la dama desencierra
A Satan el bendito religioso,
Y con él, encendiendo ardiente llama,
Sin poderlo excusar, queda la dama.

La excelsa causa del honor divino
Que causa á Monserrate excelsa gloria,
Y aquel gran penitente y peregrino
De poema dignísimo y de historia,
Del cual allí por celestial camino
Hace la fama singular memoria,
Vuelvo á cantar, habiendo alzado el punto
Al grave tono y dulce contrapunto.

Tú, santa musa, que por premio ofreces
Divina laureola de tu mano
Al mismo que tú dotas y enriqueces
Por tu gracia de intento soberano,
Pues por la misma ilustras y engrandeces
Con divino favor estilo humano,
Tú levanta mi voz ahora tanto,
Que heróico sea mi segundo canto.

Y adorna tú con el primor del arte
El admirable principal intento,
Cuanto conviene de su dulce parte
Ser adornado el alto heróico acento:
Lo uno y lo otro es gracia que reparte
A su eleccion tu favorable aliento;
Lo uno y lo otro ¡oh santa musa! imploro
A gloria eterna del eterno coro.

Y vos, excelso rey, en quien el cielo
Nos muestra con tan ciertas esperanzas
Aquel valor del padre y del abuelo
Que no cabe en humanas alabanzas;
Cuando el gobierno universal del suelo
Suspendeis en justísimas balanzas
Con santos ocios de que el alma usa,
Volved á oir el canto de mi musa.

Por el alto supuesto de que canta,
Y por su melodía sonorosa,
Al gusto de vuestra alma se levanta
Con proporcion entre las dos gozosa,
Pues música divina, heróica y santa,
Como en su centro natural, reposa
En heróico, divino y santo gusto,
A gran intento y gran concento justo.

Al peso inmenso de la real diadema
Este alivio entre algunos se interponga,
Con ese gusto de virtud extrema,
Cuando en sus santos ocios se componga,
Para volver en majestad suprema
Adonde el cielo os guie y os disponga
A ser señor de su divina Astrea,
De cuanto ciñe el mar y el sol rodea.

Y no ménos que tanto el mundo espere
Del gran nieto del César invencible,
Del gran hijo del rey por quien se infiere,
Virtud en vos en grado incomprehensible;
La cual, cuando en su punto pareciere,
Puesta ha de estar en punto inaccesible
A humano canto; mas mi musa ahora
Al de su monte grata audiencia implora.

Revuelto habia el tiempo presuroso
Ocho siglos y medio desde el dia
Que el humanado Redentor piadoso
Salió del sacro claustro de María,
Cuando el valiente don Jofré Velloso,
Libre del frances feudo poseia
El condado y ciudad de Barcelona,
Por el valor y sér de su persona.

En cuyo tiempo en Monserrate estaba
Garin el ermitaño recogido,
Donde con aspereza ejercitaba
En santidad su espíritu encendido;
Y tanto en ella el gran varon ganaba,
Que el ángel comunero y confundido,
Teniendo su virtud por propia injuria,
Le movió guerra con inmensa furia.

Y resuelto en hacella á todo trance
El príncipe furioso del infierno,
Acrecentando va de lance en lance
Su eterna rabia y su rencor eterno;
Y dándole el dolor furioso alcance,
Con horror nuevo del horrible averno
Y alteracion del más confuso abismo,
Desta suerte el cruel dijo á sí mismo:

«¡Que pueda el hombre contra mí ya tanto!
Que tan enflaquecida esté mi fuerza,
Que á tan cobarde miedo y vil espanto
Y á tanta mengua el hombre ya me fuerza!
Que yo he de ser el del eterno llanto!
Que el hombre tan de véras ya se esfuerza
Con la gracia y favor de aquel Cordero
Que fué y es para mí leon tan fiero!

»¡Que una vil criatura, torpe y llena
De desventuras y de imperfecciones,
Que anda afanando de una en otra pena
Tras mil varias miserias y pasiones,
Ha de heredar aquella estancia amena
Que tiene asiento sobre los triones,
Aquella dulce y rica patria mia,
Llena de eterno gozo y alegría!

»¡Y yo, en ella criado, en ella puesto
Por lustre y ornamento á su grandeza,
No de materia baja y vil compuesto,
Sino de tan rëal naturaleza,
Eternamente de mi bien depuesto,
Privado de mi próspera riqueza,
He de sufrir el gran rigor del cielo,
Sin que haya para mí jamas consuelo!

»No será así; que aun no está en mí perdido
Aquel valor y espíritu primero
Con que, en ardiente cólera encendido,
Al alto trono me mostré tan fiero;
Y aunque quedó mi brazo enflaquecido,
No dejó de quedar mi sér entero
Para poder hacer sangrienta guerra,
Ya que no al cielo, á toda la ancha tierra.

»Y así ha de ser miéntras el cielo diere
Sus influjos al hombre favorables;
Y si él cual padre le favoreciere
Con regalos y dones tan amables,
Yo, no habrá cosa, en cuanto el mundo fuere,
Que con ingratitudes detestables
No procure que el hombre corresponda,
Con que á mi saña su dolor responda.

»¡Que un vil ermitañuelo que no sabe
Si hay más mundo que un monte y una cueva,
Donde duerme en el heno, y do le sabe
A maná el fruto que la sierra lleva,
Tanto contente á Dios, tanto le alabe,
De virtud haga tan heróica prueba,
Que eterno gozo tenga; y yo, que tanto
Sé y puedo, he de tener eterno llanto!

»Pero ¿qué estoy mi pena acrecentando
Con la gloria, el contento y el sosiego
De que este monje vil está gozando,
Leña añadiendo á mi encendido fuego?
Qué sirve estar gimiendo y reventando
Con mortal inmortal desasosiego
En la ponderacion de la esperanza
Y de la gloria que este monje alcanza?

»Consuelo ó sombra de consuelo busque
Mi potencia y mi furia vengativa,
Sin que la pena y el dolor me ofusque
La soberana inteligencia altiva:
Ya que no vendimió gloria, rebusque
Las sombras della mi virtud nativa:
Tenga en batalla en su vital palestra
Al hombre siempre mi potente diestra.»

Desta suerte á sí mismo se provoca
El fiero rey del tártaro tremendo;
Así su mal con brava envidia toca,
El rico bien del pobre monje viendo:
Sus ministros fortísimos convoca,
Y en su extremo espantable, airado, horrendo,
Con furores bravísimos altera
El inmenso escuadron de gente fiera.

Y á dos de los rebeldes capitanes,
Los más crueles, bravos y furiosos,
Plíticos en mortíferos afanes,
Probados en mil trances peligrosos,
Con soberbias palabras y ademanes
Impone sus intentos maliciosos,
Diciéndoles con voz turbada y fuerte,
Ardiendo en ira y rabia, desta suerte:

«Valientes capitanes, que á mi lado,
Desde la gran jornada temerosa,
Habeis con tanto esfuerzo militado,
Que espanta vuestra mano belicosa;
Ese valor y espíritu indignado,
Esa astucia sutil y artificiosa,
Ahora quiero que la vea el hombre
Para que más nuestro poder le asombre.

»Anda por el camino verdadero
Que al hombre á nuestras altas sillas lleva,
Uno, nuestro enemigo bravo y fiero,
Haciendo en santidad divina prueba:
Este, soldados valerosos, quiero
Que venga á mi infernal eterna cueva,
Despecho del cielo que le guia,
Con tanta infamia y tanta pena mia.

»Quien emprendió la guerra contra el alto
Empireo cielo con tan fuerte pecho,
No ha de tenelle de valor más alto
Contra un vil hombre de vil polvo hecho?
Alcáncese un asalto á otro asalto:
No haya defensa en él, no haya pertrecho
Que de cimiento no se desmantele;
Todo se bata, se destruya y vuele.

»Tengo, no sé por qué, un temor oculto,
Que me atormenta como el fuego eterno,
El grande y enriscado monte inculto
Donde habita este monje en tal gobierno;
Aunque en vencelle yo no dificulto,
El modo facilísimo discierno,
Temo, como si viese en tal victoria
De pena aumento en mí, y en él de gloria.

»Pero padezca cuanto mi adversario
Cielo me da con vengativo intento,
Este monte, no ménos que el Calvario
Que el Carmelo, cáuseme tormento;
Que eternamente yo he de ser contrario
Tambien al hombre, sin cesar momento,
Mal verá ahora con su inmenso daño
En el temido monte este ermitaño.

»Volad á Monserrate, mis leones,
Empréndase Garin, que libre y suelto
Está de nuestras ásperas prisiones,
En las de su esperanza y gozo envuelto:
Ya me entendeis, ya veis mis intenciones,
Ya conoceis en lo que estoy resuelto:
No he menester deciros más; volando
Partid, poned por obra lo que mando.»

Tembló por largo espácio el gran profundo,
Y pararon Cocito y Flegetonte
Al soberbio mandar, fiero, iracundo,
Del bravo rey del reino de Aqueronte;
Y en aquel punto acá en el claro mundo
Se estremeció más de una sierra y monte,
Y el soberano de la luz ministro
Se vió turbado desde el Tajo al Istro.

Visto pues ya lo que su rey les manda,
Con furia horrenda parten al momento
Los dos á dar principio á la demanda
Que es tan á gusto de su mal intento:
Garin, el enemigo se os desmanda:
Poned en órden vuestro alojamiento;
Fortificad la mal segura tierra;
Que á sangre y fuego se os hará la guerra.

Fuego que encienda en vuestro flaco pecho
Llamas abrasadoras sensüales,
Sangre inocente derramada á hecho
Por vuestras fieras furias desleales;
Guerra mortal que os traiga al fuerte estrecho
De eternas destrucciones infernales;
Batalla á todo trance, á toda muerte,
Presenta el enemigo armado y fuerte.

Estaba el religioso en una cueva,
Que aun hoy se llama de su mismo nombre,
Haciendo de su cuerpo y alma prueba
De casi más que humano y mortal hombre:
En solo Dios allí sus gustos ceba;
No hay contento sin Dios que no le asombre:
Oraciones, cilicios y abstinencia
Regalan su limpísima conciencia.

Pero los dos sus enemigos fieros,
Que ya emprendieran su mortal viaje,
Con piés apresurados y lijeros
Llegaron en un punto á su paraje:
Diferentes tomaron los senderos,
Y diferente el hábito y lenguaje:
A Barcelona el uno va invisible;
Al monte el otro llega y va visible.

En forma y traje de ermitaño anciano,
Blanco el cabello, y barba blanca y larga,
A Monserrate llega aquel tirano,
Vestido de grosera y vieja sarga;
Y con plática dulce y rostro humano,
Fingiendo la inhumana voz y amarga,
Como si allí á Garin acaso viera,
Se le presenta y habla en tal manera:

«Si, como pareceis, sois ermitaño,
Y no divino espíritu escondido
En esa humanidad y en ese paño
Humilde y pobre de que estais vestido,
Vuestra mano me dad y el desengaño,
Diciendo la ocasion que os ha traido
Por este monte, donde á nadie he visto
En muchos há que en él asisto.»

Admirado Garin de lo que oia,
Responde al enemigo simulado:
«La razon misma que decis podria
Deciros yo muy cierta, padre amado;
Pues desde que la santa compañía
Por quien en este monte en este estado
Vivi, faltó, jamas hasta ahora supe
Que hubiese en él quien como yo se ocupe.

»Desde que al cielo el alma santa, á cuya
Virtud divina debo yo esta vida,
Subió dichosa á convertir la suya
En la eterna, de gloria enriquecida,
Hasta este punto la persona tuya,
Otra jamas he visto, y que traída
Por el cielo ella sea estimo y tengo,
Con que á cobrar la ya perdida vengo.»

Finge notable admiracion el fiero
Y cruel enemigo, y junto muestra
Gran contento en hallar tal compañero,
Y dale con amor la mano diestra,
Diciendo: «Vuestra vida, padre, espero
Que me será tan singular maestra
Para mi pretension y firme intento,
Que consiga su fin mi pensamiento.»

Con la humildad á su virtud aneja
Le responde Garin: «Antes yo creo
Que aquella perfeccion que se me aleja
Tanto cuanto alcanzalla yo deseo,
Si en lo exterior el alma ver se deja,
En vos, padre carísimo, la veo,
Y por vuestra bendita compañía
Podrá ser alcanzalla yo algun dia.»

Estas y otras razones se dijeron,
Con que la compañía confirmaron;
En sus dos cuevas ambos estuvieron,
Y sus secretos se comunicaron:
Desde aquel dia cada dia se vieron,
Y mil cosas santísimas trataron,
Tratadas por el uno santamente,
Por el otro rabiando en saña ardiente.

Cerca de donde el buen Garin estaba
Tenia el enemigo en una altura
Una pequeña cueva en que habitaba,
Que el nombre de Satan aun hoy le dura;
Mas miéntras esto así despacio andaba,
El otro compañero se apresura,
El otro, que, cumpliendo su viaje,
Fué á Barcelona sin fingido traje.

Este, del cuerpo de una dama bella
Se apoderó con presurosa furia:
Hija es del conde don Jofré, y doncella,
Y á él el fiero, como á ella, injuria:
Fué conjurado, y respondió que della
Jamas saldrá ni cesará su injuria
Si Garin no lo manda; y que en su cueva
Nueve dias estar la dama deba.

Dice quién es Garin, y dice dónde
Tiene su habitacion. Pártese al punto
Con la doliente dama el triste Conde,
Ella en tormento y él casi difunto:
Hallan la cueva, y que en su centro esconde
Al que es de santidad vivo trasunto;
Póstrasele delante el Conde en verle,
Sin que Garin pudiese detenerle.

Y con los ojos hechos fuentes, dice:
«No os espanteis si destos ojos hago
Rios, pues las ofensas que á Dios hice
Hacen en l'alma de amargura un lago;
Y ellas son causa de que martirice
Esta niña inocente el fiero drago,
El infernal dragon que el cuerpo á ella
Y el alma á mí, cual veis, nos atropella.

»Que sea del cielo paternal castigo
Siéntolo así, bendito padre, y veo
Que el justo Dios, que al hombre es tan amigo,
Y que es solo salvarle su deseo,
Permite que este pérfido enemigo
Haga en nosotros de su saña empleo
Para ganancia nuestra: así del pio
Divino amor yo firmemente fio.

»Y así, cual padre de misericordia,
Consuela mi mortal desasosiego,
Por este mismo padre de discordia
Que ardiendo veis en tan airado fuego;
Pues venimos con él en tal concordia,
Que á vuestro mandamiento saldrá luego
Del afligido cuerpo de mi hija,
Sin que más la atormente ni la aflija.

»Por esto vine aquí, por esto os pido
Que os dolais desta moza lastimada.»
Así el Conde rogaba, y condolido,
Con alma en caridad toda abrasada,
Garin postrado, el vuelo más subido
Levanta, en su oracion de punto alzada,
La cual apénas el varon concluye,
Cuando Satan de la doncella huye.

Huye el demonio, y huye juntamente
La tristeza, el dolor, la pena, el llanto
Del ya contento Conde y de su gente,
Huyendo de la dama el fiero espanto;
La cual revuelve con serena frente
Los bellos ojos que espantaban tanto,
Y al padre y los demas y al monte mira,
Y de todo y de verse así se admira.

No maravilló más la extraña vista
A Lázaro, el dichoso muerto, visto
Que, trasladado de una en otra lista
Por quien el hecho tuvo tan previsto,
Sin que el infierno ó muerte le resista,
Al mundo vuelve á la alta voz de Cristo,
De lo que á la doncella maravilla
El ver en sí la misma maravilla.

Y no con mayor gozo las hermanas
Al hermano ya vivo acariciaron,
Y las gentes incrédulas profanas
No con mayor admiracion quedaron
De ver salir las carnes vivas sanas,
Que cuatro dias ántes enterraron;
Que es del padre la dama acariciada,
Y que toda su gente está admirada.

Y vuelto el Conde al pio Garin, llorando
Le dice: «Padre, pues lo más hicistes,
Vence del todo al enemigo bando
Con el valor que ahora le vencistes;
Porque nos dijo aquel tirano, cuando
Puestos nos tuvo en el dolor que vistes,
Que, aunque como ha salido ya, saliese
Cuando á vuestra obediencia aquí viniese,

»Con más furor sin duda volveria
A dar á esta afligida jóven pena,
Si en esta santa cueva no tenia
En vuestra compañía una novena.»
El buen Garin, que atento aquello oia,
Con voz de amargo sentimiento llena,
Y con cristiana alteracion responde
No convenirle aquello á él ni al Conde.

Y esfuerza aquesto con fervor, haciendo
Mil razones vivísimas y urgentes,
Con gran prudencia y santidad poniendo
Mil graves causas, mil inconvenientes;
Con ejemplos notables concluyendo
Sus argumentos firmes y prudentes;
Pero, aunque mas se esfuerce y más arguya,
La ajena voluntad fuerza á la suya.

Porque, demas del encendido ruego
Del afligido Conde, el triste llanto,
El bravo miedo, el gran desasosiego
De la triste doncella pueden tanto,
Que vino bien en ello; y así luego,
Condescendiendo el ermitaño santo,
Quedó en su pobre cueva la doncella;
Donde solo Garin queda con ella.

A Monistrol, un pueblo situado
Al pié del alto monte floreciente,
De la cueva una legua desviado
Hácia la parte del dorado oriente,
Bajó contento el Conde y consolado
De haber dado remedio al daño urgente,
Con sus criados y sus compañías,
Para esperar allí los nueve dias.

Y cada dia desde allí enviaba
Criados con regalos y comida,
De quien sabia cuánto ella gustaba
De aquella santa solitaria vida;
A los cuales Garin importunaba,
Su mortal guerra ya reconocida,
Que llevasen al padre la doncella;
Lo cual rehusaban ellos y él y ella.

El tiempo ahora ¡oh buen Garin! os fuerza
A mostraros soldado valeroso,
Para valer contra la brava fuerza
Del enemigo fiero y poderoso:
Mirad que ya con la ocasion se esfuerza,
Y juntamente es fuerte y cauteloso:
Prevenid vuestras armas y defensas
Para que se resistan sus ofensas.

Anchos fosos abrir, cerrar portillos,
Reconocer traveses y cortinas,
Levantar puentes y calar rastrillos,
Cuidoso prevenir secretas minas,
Municionar del alma los castillos,
Plataformas en ella alzar divinas,
Caballeros trazar, poner reparos,
Conviene ahora para aseguraros.

Y aunque veo que destas defensivas
revenciones os vais apercibiendo
on las trazas más finas y mas vivas,
ue estáis en vuestro espíritu escogiendo;
as armas enemigas ofensivas
on dañosas, en modo tan horrendo,
ue de sus furias pocos se defienden,
i, como á vos ahora, los emprenden.

Vos, Garin, encendeis la ilustre dama
contemplar la celestial riqueza;
en vos el enemigo enciende llama
ue os arda y deje en mísera pobreza:
os le mostrais el bien del que bien ama
el bien eterno la inmortal belleza;
el enemigo á vos amar os hace
sa mortal belleza que os aplace.

Era la vírgen tierna y delicada
n ángel en aviso y hermosura;
as gracias la tenian adornada,
dellas era una rëal hechura:
os dos hermanos que con luz amada
latean y doran la estrellada altura,
ada cual con la faz serena y bella,
énos hermosos son que la doncella.

De quince á diez y seis años tenia
a bellísima dama generosa,
enriquecidos de una gallardía
ierna, suave, blanda y amorosa:
olo con el mirar, rendir podia
l furor de una tigre rigurosa,
l de un cruel determinado asalto,
l del airado mar cuando más alto.

Si la gran perfeccion, si la luz viva
e sus ojos, mejillas, boca y frente,
aquella gracia angélica y altiva
e que sabía usar perfectamente,
ubiera visto el gran pintor que iba
uscando lo perfecto y lo excelente,
o deseara más hermosa idea
ara pintar la linda Citerea.

Su gran beldad á toda humana vista
dmiracion dulcísima causaba;
ué su alta gracia con espanto vista,
spanto que en mil gustos se anegaba.
u excelso aviso, general conquista
izo de cuantas almas regalaba,
ormando en cuerpo y alma un paraíso,
ran beldad, alta gracia, excelso aviso.

Fué, al fin, en hermosura aventajada
cuantas en su tiempo en todo el suelo
l alma de más dones adornada
ausar pudieran celestial consuelo:
laturaleza, de su fuerza armada,
imitacion de la beldad del cielo
a de la generosa dama hizo,
allí de su poder se satisfizo.

No es maravilla pues que Garin quede
encido por Satan en la batalla,
i, demas de lo mucho que obra y puede,
al ocasion para su intento halla:
i al valiente varon en fuerza excede
en este trance rinde y avasalla,
o es de espantar; que á fuerza de belleza
esiste mal nuestra mortal flaqueza.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Por el poder del apetito ciego,
Rendido todo al infernal engaño,
Roba la castidad, roba el sosiego
A la noble doncella el ermitaño;
Y mal aconsejado, dando al fuego
Más leña, y añadiendo daño á daño,
Mata á la dama, y á este punto entiende
Que es el que le aconseja quien le ofende.

Cual en un campo seco los rastrojos
Entra abrasando la furiosa llama,
Cuando ocupan las eras los manojos,
Y las hojas se secan en su rama;
Así la luz de los divinos ojos
Y la belleza de la linda dama
Entra en el pecho de Garin, talando
La santidad y su divino bando.

Conoce el afligido el fuego ardiente,
Y procura con ánimo esforzado
Evitar tan mortal inconveniente
Y destruir tan infernal cuidado:
Hace discursos el varon prudente,
Y viéndose confuso y apretado,
Determinado de pedir consejo,
Su pasion dice al ermitaño viejo.

A quien la causa, su pasion descubre;
Con quien su mal procura, se aconseja;
Llega el cordero al lobo, que se cubre
Y disimula con la piel de oveja;
Y él, contento de oir, el daño encubre
Arcando á veces la una y otra ceja,
Como maravillándose y sintiendo
Aquel caso tristísimo y horrendo.

Dice Garin su lástima y congoja,
Ora con faz de amarillez teñida
Por el dolor, ora de empacho roja,
Con baja voz en lágrimas rompida;
Y mostrando tambien que se congoja
El traidor de su pena dolorida,
Encubriendo mejor lo que en sí esconde,
Así á Garin con blanda voz responde:

«No solo; oh padre! no ha de dar tormento
Esa pasion que vuestro pecho aflige,
Sino consolacion, gozo y contento,
Considerando quién la ordena y rige:
Los que el Señor para su excelso asiento
Con su infinita providencia elige,
Siempre quiere que sean apurados
En semejantes penas y cuidados;

»Y que muestren la santa fortaleza
De que han de estar armados los varones
Que desean gozar la eterna alteza
Entre los celestiales escuadrones:
Así que, padre, no mostreis tibieza,
Como la muestran ya vuestras razones;
Sino seguid con ánimo la empresa,
Pues en su peso el mérito se pesa.

»Bien veis cuán grande ejemplo y testimonio
Nos son de lo que digo, padre amado,
Hilario, Paulo, Juan, Macario, Antonio,
De fortaleza cada cual dechado:
Resistid á la fuerza del demonio;
No dejeis el camino comenzado;
Apurad vuestro espíritu en la llama
Que causa la presencia de esa dama.

»No conviene que sea tan cobarde
Quien sirve á Dios, que del peligro huya;
Es menester que al enemigo aguarde,
Pues ha de ser en honra eterna suya:
Si el alma ahora en ese fuego arde,
Con valor su templanza restituya;
Y así mereceréis por la victoria,
Como varon perfecto, mayor gloria.»

¡Oh fiera brava de veneno llena,
Monstruo cruel, perverso y pernicioso,
Que con la voz y rostro de sirena
Encantas al más sabio y valeroso!
¡Simulacion traidora, que condena
Tu trato doble, infame y alevoso,
A que valga el doméstico enemigo
Lo que el tesoro del leal amigo!

¡Oh tirana absoluta de las cortes,
Adonde no hay Proteo que te iguale
En variar de trazas y de cortes,
Segun las formas del que puede y vale;
Tomando alturas mil, mudando nortes
A cada viento que reinando sale
Por los profundos golfos espantables,
Solo á tí y tus secuaces navegables!

Si en el excelso trato cortesano
Tú no mezclases tu mortal cicuta,
Y en dulce estilo gravemente llano
A la verdad dejases resoluta,
¡Ay cuánta de Jacob trocada mano
Viéramos, bendicion dando absoluta
A quien más justamente le tocase,
Sin que simulacion se lo estorbase!

Pues cuanto en la milicia heróica y alta,
Donde honor y valor tienen su punto,
Donde sublima, donde fama exalta
Las cosas con excelso contrapunto,
¡Cuánto tú contrapuntas! ¡Cuánta falta
Por tí se tiene, y cuánta sobra! Y junto
¡Cuánto daño y rüina, varios puestos
Trocados por tu mano y contrapuestos!

Lobo voraz, airada tigre horrible
En traje de cordero y de ovejuela;
Zángano ponzoñoso, aborrecible,
En hábito y susurro de abejuela;
Grande miseria, daño muy terrible,
Caso que en l'alma al justo es justo duela:
¡Que el trato fiel que la amistad requiere
La infiel simulacion así adultere!

La infiel simulacion, por cuyas sobras
Pobre y desnuda vas, filosofía,
Por ser el trato de tus justas obras
El que verdad, el que modestia cria;
Donde salvarte debes tú, zozobras,
Y ella se salva do morir debria:
Tanto daña á tu sabio y fiel intento
Su bárbaro y su infiel atrevimiento.

Podrá guardarse fácilmente el hombre
De quien tuviere manifiestamente
De su adversario título y renombre,
Aunque sea fortísimo y valiente;
Pero de aquel amigo que en tal nombre
Envuelve esta mortífera serpiente,
No se puede guardar; que el fiero daño
Viene cual aquí vino al ermitaño.

El cual vuelve engañado así á su cueva,
Con un grande propósito encendido
De emplear su virtud con fuerza nueva
Hasta ver su mortal deseo rendido;
Mas este buen propósito que lleva
Presto fué con su fuego consumido,
Con su fuego cruel, con aquel fuego
Que consume la vida y el sosiego.

Recibióle la dama generosa,
Mostrando en el cristal resplandeciente
En los dos soles, y en la fresca rosa
(Helado asiento del amor ardiente),
Que sin consuelo, triste y temerosa
Habia estado miéntras dél ausente,
Esto diciendo con tan dulce acento,
Que por oirla se paraba el viento.

Como suele salir la blanca aurora
Del negro albergue de la noche oscura,
Vertiendo con los ojos que enamora,
Dignos bien de tal luz, luz del sol pura:
Así salia la gentil señora
De aquella cueva tenebrosa y dura,
Esparciendo la luz de aquellos ojos,
Dignos de mil trofeos y despojos.

No tan presto sus luces se encontraron
Con las que de los ojos dél salieron,
Cuando el intento principal borraron
Y el propósito santo consumieron:
Ambos alegres en la cueva entraron,
Y entre varias razones estuvieron
Hasta que, ya cansado y anhelante,
Eton pasó del mauritano Atlante.

Ya mostraba la luz cualquier estrella
Que le reparte la febea mano,
Ya la casta Lucina blanca y bella
Hacia su curso tras su rubio hermano;
Plateaba su clara y fria centella
El monte, el mar, la playa, el valle, el llano,
Y esparciendo venía ya Morfeo
Las descuidadas aguas de Leteo;

Cuando Garin, rendido ya y postrado
Al enemigo riguroso y fuerte,
El sér de la razon preso y atado
En ásperas cadenas de la muerte,
Del alma tan amada ya olvidado,
Como cosa de poco precio y suerte,
De hombre, y tan bueno, se convierte en fiera.
Cual si Medea ó Circe le prendiera.

Y á la noble doncella, que esperando
Está de oir lo que él decir solia,
Con ambiguas palabras murmurando,
Confusa y atajada la tenia;
Y con furioso atrevimiento osando,
Ya sus honestas tocas componia,
Ya llegaba á las ropas, ya impaciente
Daba licencia al suspirar ardiente.

Ya las madejas de oro le tocaba,
Temblándole las manos temerosas,
Y en las delgadas hebras se enlazaba
Como en fuertes cadenas poderosas;
Ya con ménos temor acariciaba
Las tiernas azucenas y las rosas,
Y entre la no tocada nieve fria
Como en ardiente fragua se encendia.

Ya entre las suyas toma aquellas manos
Blancas, largas, suaves, delicadas,
Que vencieran leones inhumanos,
Mortíferas serpientes enconadas;
Y en estos actos viles y profanos
Se vieron las mejillas matizadas
De un fino rosicler, con que encendiera
La más helada salamandra y fiera.

Volvia los ojos la doncella honesta,
Triste, turbada, atónita y confusa,
Como si preguntara, ¿qué obra es esta
Tan nueva ¡oh padre! que tu mano usa?
Y aunque él la entiende, no le da respuesta;
Que bien conoce que no tiene excusa;
Ni desiste del acto torpe y ciego,
Rendido al sensual furioso fuego.

No solo no le ataja con mirarle
Con castos ojos la gentil doncella;
Mas ántes sirve para acrecentarle
Con fuerza nueva la mortal centella:
Siente aquellos espíritus entrarle,
Que salen de la una y otra estrella,
Al tierno corazon, donde esforzados,
Aumentan los deseos y cuidados.

Ya el carro de la noche, gobernado
Por el silencio y por el sueño, habia
De su viaje la mitad andado
Por la estrellada relumbrante via,
Cuando Garin, en llamas abrasado,
La luz pequeña que en la cueva ardia
Mató; porque sin duda al que mal hace
La luz no le apetece ni le aplace.

Viendo tras tantas novedades esta,
La doncella temblando se arrincona
Hácia una parte de la cueva, y puesta
Entre mil dudas, entre sí razona;
Pero Garin, toda razon pospuesta,
Violó su castísima persona,
Ni en él ni en ella habiendo resistencia,
Rotas las armas ya de la conciencia.

¡Oh más que vidrio frágil suerte nuestra,
Con qué facilidad te precipitas!
Oh furia, que, diabólica maestra,
A tan mortales obras nos incitas!
Oh carne poderosa, brava y diestra
Con armas que tú misma inhabilitas?
¿Quién, sino tú, causar pudiera tanto
En un varon tan escogido y santo?

¿Qué poderosas fuerzas de leones
No fuerzas con las tuyas invencibles?
Qué entrañas de diamante y corazones
Son á tus sentimientos resistibles?
¿De quién no cuentas tú en cien mil blasones
Triunfos, á no ser vistos, increibles?
¿Quién tanto á Anibal en Italia daña?
Quién perder hace al gran Rodrigo á España?

¿Quién al que á tantos bravos filisteos
Hizo con la quijada mil pedazos,
Dando al fiel pueblo célebres trofeos
De mil infieles poderosos brazos,
Trae rendido á gustos y deseos
De tan falsos y míseros abrazos,
Que de alma y cuerpo vista y vida quita,
Y en desesperacion le precipita?

¿Quién al que á Dios en corazon conforme
Tan santo fué, tan valeroso y fuerte,
Fuerza á adulterio y á homicidio enorme,
Con solo dél dejar desnuda verte?
A quien, para que desto se reforme,
Particular aviso se lo advierte
Con alto ejemplo de notable espanto;
Que es menester contra tus fuerzas tanto.

Y ¿quién al hijo de este, que advertido
Tanto lloró con penitencia tanta,
Tan sabio y poderoso, y tan querido
De la divina mano eterna y santa,
Le tuvo entre los ídolos metido
Con ceguedad y error que al mundo espanta,
Sino tú, carne, que con tu flaqueza
Triunfas de humana ciencia y fortaleza?

Apénas el estupro cometido
Garin habia, cuando en son horrendo
Movió la confusion tal alarido,
Y el arrepentimiento tal estruendo;
Que la razon turbando y el sentido,
Y el alma y corazon estremeciendo,
Le acongojaron con dolor tan fuerte,
Que estuvo casi para darse muerte.

En su forma terrible y espantosa
La confusion se le mostró delante,
Y con turbada vista y rigurosa,
Cual la del lince fuerte y penetrante,
El arrepentimiento en faz llorosa
Le mostró del pecado aquel semblante
Lleno de espanto y de terror, y lleno
De cruel y mortífero veneno.

En reñida batalla brava y fiera
Con estos poderosos combatientes
Garin quedó tal, que mover pudiera
A compasion leones y serpientes:
De pena el alma un mar amargo era,
Y de amargo dolor los ojos fuentes,
Y de congoja el corazon cuitado
Un fuego vivo, riguroso, airado.

Mas ¿quién la pena de la dama bella
Podrá decir y la congoja brava?
Era una larga fuente cada estrella,
Que los claveles y el jazmin regaba:
Lloraba el mismo amor allí con ella,
La castidad con ella allí lloraba,
Y las gracias lloraban juntamente
En sus ojos, mejillas, boca y frente.

El blanco pecho con rigor hería,
Guedejas se arrancaba de oro fino,
Las delicadas manos se mordia,
Arañábase el rostro cristalino;
Y con la voz que al viento suspendia
Con triste lloro y suspirar contino,
Llamaba en su favor la triste dama
La muerte, que no viene á quien la llama.

La muerte, que no viene á quien la llama,
Llama llorando en voz amarga y triste,
Triste tanto, que el llanto que derrama,
Derrama el alma que en su cuerpo asiste:
Asiste el duelo ardiendo en viva llama,
Llama que la vergüenza enciende. ¿Oiste,
Oiste, amor, que lloras con su llanto,
Llanto que te forzase á llorar tanto?

Así estuvieron hasta que en la cumbre
De la montaña vieron que la aurora
Doraba con los rayos de su lumbre
Los esmaltes riquísimos de Flora;
Y entónces con turbada pesadumbre
Salió el contrito mísero, que llora
Su triste culpa y la espantosa pena
A que le precipita y le condena.

¿Adónde vas, Garin? Tente, no vayas;
Guárdate de mayor inconveniente:
No te ciegue el dolor; mira no cayas
En otro rio de mayor corriente:
Guarda que cuando aconsejado te hayas
Con la cruel mortífera serpiente
Que tú tienes por santo compañero,
No sea otro mayor despeñadero.

Va Garin por consuelo al falso viejo,
Queda la dama en desconsuelo horrible;
Él busca quien le pueda dar consejo,
Ella no puede dalle al mal terrible:
Mira su culpa él, como en espejo,
En la faz del pecado aborrecible;
Ella mira su bien, mira su gozo
Caido todo en un profundo pozo.

A la cueva del falso monje llega
Con tal congoja y pena el monje pobre,
Que con el llanto que su rostro riega
Muestra cuánto el dolor le aflija y sobre;
Y pudo tanto la cruel refriega
De los sentidos, que postrado sobre
La dura peña, como peña dura
Quedó, perdida la vital figura.

Haciendo muestra de piadoso amigo,
Con diligencia corre á socorrerle
El pérfido, sagaz, impío enemigo,
Siendo solo su intento el ofenderle;
Y vuelto en sí, y á él Garin: «Yo os digo,
Dice, padre, que ha sido el defenderle
Al alma su partida deseada
Grande piedad con impiedad mezclada.

»Que aunque ella gana en no partirse ahora
Con culpa digna de tan gran tormento,
Es de suerte la pena que en mí mora,
Que le diera el partirse algun contento.»
Así dice Garin; y gime y llora
Con tan amargo y grande sentimiento,
Que, no pudiendo ser, casi parece
Que su enemigo dél se compadece.

Al fin con triste voz que se rompia
Con mil sollozos donde toma forma,
De lo que el falso viejo bien sabia
Con grande empacho y gran dolor le informa;
Y cuando el caso ya escuchado habia,
Como quien gran dificultad reforma
Que está profundamente imaginando,
Así muestra el traidor estar pensando.

Puesta la barba sobre el pecho estaba,
En el báculo el cuerpo reclinado;
Ya los ojos abria, ya enarcaba
Ambas las cejas, el color mudado;
Mas mostrando el cruel, al fin, que daba
Verdadero remedio á su cuidado,
Con animosa voz al monje dice
Que no se aflija ni se martirice.

Que acuda luego á remediar el daño,
Antes que sea mayor y más le ofenda;
Que aunque es tan grave el caso y tan extraño,
Si presto se procura, tendrá enmienda:
Que le parece que use algun engaño
Para que su flaqueza no se entienda,
Pues los casos injustos el discreto
Suele desagravar con el secreto.

Y que pues la pasion que ahora manda
A la razon y al buen discurso, impide
Poder él escoger lo que demanda,
Y su consejo en aquel caso pide;
Que le parece, pues tan léjos anda
Del remedio que al mal se cuadra y mide,
Que mate aquella dama y que la entierre,
Y que él de la montaña se destierre.

Turbóse oyendo aquello el afligido,
Y replicó mil cosas en contrario;
Mas con otras cien mil fué persuadido
Por el fuerte astutísimo adversario;
Y aunque de varias dudas combatido,
Teniendo á aquel traidor por un Hilario,
En hacer lo que dice se resuelve,
Y á su cueva tristísimo se vuelve.

Olvidado del todo de sí mismo
Con la pasion que en las entrañas ceba,
Haciendo ya un confuso silogismo
Y un discurso de horror, llega á su cueva:
Llama siempre un abismo á otro abismo,
Y un daño en mil nos precipita, y lleva
El pecado tras sí, como cadena,
Mil eslabones de tormento y pena.

Halló á la triste dama de tal suerte,
Y tanto la aterró con su presencia,
Que para recibir la fiera muerte
Hizo poca ó ninguna resistencia.
¡Ay alma ya rendida! Ay furia fuerte!
¡Oh terrible rotura de conciencia!
Oh corazon al de Satan conforme!
¿Así intentais un caso tan enorme?

Atónita la dama y vergonzosa,
De la cueva en la parte más interna
Se arrinconó, sin duda deseosa
De esconderse en hondísima caverna;
Y allí la mano injusta y rigurosa
Que el infernal furor rige y gobierna
Llego con un cuchillo no afilado
Para tan fiero y tan atroz pecado.

Deten, Garin, la mano; no te arrojes
A maldad tan enorme y atrevida:
Mira bien, desdichado, cuán mal coges
El fruto de las obras de tu vida:
No dividas, cruel, no desalojes
Esa alma de esa carne su querida:
Acude á Dios: ¿qué olvido te enajena
De su clemencia de dulzura llena?

Al fin, del infernal poder vencido,
El fiero monje va á la dama bella,
Y el cuchillo mortal apercibido
Pasa por la garganta tierna della:
Cayó el hermoso cuerpo, ya rendido
A la fiera que todo lo atropella;
Y el alma, de su amado albergue fuera,
A su fatal lugar voló lijera.

Cual tierna rosa al asomar del dia,
Cuando, de fino rosicler pintada,
Sus hojas con fragancia desparcia,
Que fué de su materno pié cortada,
Y con los rayos que el planeta envia,
Siendo en la tierra al cielo abierto echada,
Se marchita, y lo blanco y rojo y verde,
El olor, la belleza y gracia pierde;

Así el cuchillo y la inhumana mano
Que en la garganta su furor probaron,
Perdida su frescura y su verano,
A la dama bellísima dejaron;
Así aquel cuerpo y rostro más que humano,
Donde tanto las gracias se esmeraron,
Quedó, perdida la belleza y gracia
Dignas del canto del cantor de Tracia.

¡Oh miserable y lastimosa muerte!
Oh furor infernal! Oh mano airada!
¿Cómo pudiste, cómo, di, atreverte
A tal crueldad tan fieramente usada?
Antes tú misma habias de ponerte
A ser con el mortal cuchillo asada
En un fuego cual tú bravo y furioso,
Como la del romano valeroso.

El claro sol se oscureció al instante
Que con un ¡ay! rindió la dama el alma;
Mil visiones Garin vió allí delante,
Mil gritos dar, batiendo palma á palma:
En mil truenos el cielo resonante
Trocó la dulce y apacible calma;
El alto monte fué vaiveneado,
De un súbito temblor arrebatado.

En lo más hondo de otra cueva oscura,
Para esconder el bello cuerpo frio,
En un momento abrió una sepultura
El triste monje, aunque sin fuerza y brio;
Y allí enterrado, parte y se apresura
Hácia la cueva de su amigo pio,
Adonde el pobre, en vez del ermitaño,
Vió de que era demonio el desengaño.

Con risa y con el dedo señalando
Recibe el monje falso al verdadero,
En su contento y ademan mostrando
Ser su enemigo poderoso y fiero:
Llegó de pena al postrer punto cuando
Su daño vió Garin tan por entero;
Y así, cayó en el suelo sin sentido,
Casi del todo al gran dolor rendido.

Quisiérale ayudar á dalle muerte
Con mayor obra el áspero enemigo,
Aunque de aquel desmayo largo y fuerte
Piensa llevarse el alma ya consigo;
Pero tuvo Garin más buena suerte;
Fuéle más pio el cielo y más amigo,
Pues vuelto en sí del parasismo, pudo
Hacer contra la muerte eterna escudo.

Alzase mejorado y fervoroso,
Y con el enemigo al punto cierra,
Armado de la cruz, arnes dichoso
Que al fiero engañador vence y destierra;
Y con esto animado y temeroso,
En lo más intricado de la sierra
Al momento emboscandose, se esconde,
Puesto en huir del injuriado Conde.

Con tristes rayos el que alegra el mundo
Volando por su esfera se subia,
Dando causa á Garin de horror profundo
Con que aumente su pena y su agonía,
Viendo que el sol mostrándose iracundo,
Con priesa tal las horas ya traia
Que visitada suele ser la dama
Con los regalos de quien tanto la ama.

Vuela el sol, vuela el monje; el uno al curso
De su veloz carrera acostumbrada,
El otro á procurar mejor recurso
Que el de su inicua y falsa camarada:
No el temor á Garin quita el discurso,
Antes le aviva; y de la sierra amada
Toma seguro puesto y oportuno,
Antes que venga á ver la dama alguno.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Conociendo sus culpas, al remedio
Garin aspira con fervor divino;
Y orando al cielo por el justo medio
Que repare su injusto desatino,
De tierra y mar piensa poner en medio
Gran trecho, ya trazado un gran camino:
Huye del monte; á Rosas llega, y junto
Con Alberto y su armada parte al punto.

Despues que el enemigo bravo y fuerte
Del incauto Garin hubo triunfado,
Y en las gruesas cadenas de la muerte
Revuelto le dejó y aprisionado,
Aquel divino espíritu que advierte
Al alma, de quien es por guardia dado,
Cuanto conviene á su esencial gobierno,
Dijo á Garin en su secreto interno:

«Vencido quedas por el enemigo;
Pecaste lastimosa y gravemente;
Mira la ofensa, tiembla del castigo;
Goza, Garin, de la ocasion presente:
Repara en las razones que te digo;
Llora y haz penitencia suficiente:
No tienes ante el justo Dios disculpa;
Parte luego á purgar tu grave culpa.»

Oyó la voz el alma arrepentida,
Que, de fiero dolor arrebatada,
Casi no daba al triste cuerpo vida,
Dél en su confusion enajenada;
Y al son divino y dulce resentida,
Aunque de mil pasiones aquejada,
Al cuerpo anima, y lo que oyó revuelve,
Y á tomar el consejo se resuelve.

La fria noche, el aire, el cielo y tierra,
Confuso en sombra lóbrega encerraba,
Y con tristeza en la fragosa sierra
Los árboles el viento meneaba:
La cueva que el leon ardiente encierra,
De sus roncos rugidos resonaba;
Las sordas aguas triste son hacian,
Y las del rio y las del mar se oian;

Cuando temblando sale el ermitaño
Del secreto escondrijo, y como mira
Aquel horror nocturno tan extraño,
Con mayor miedo dentro se retira;
Pero resuelto en remediar su daño,
Como su buen espíritu le inspira,
Vuelve á salir, y en el oscuro cielo
Puestos los ojos, póstrase en el suelo.

Y con voz dolorosa y triste dice:
«Pequé, Señor, en tu rëal presencia;
Sé, mi Dios, que la ofensa que te hice,
De infierno digna, indigna es de clemencia:
Veo cuán al contrario satisfice
A mi debido amor y continencia:
Mi iniquidad conozco, y mi pecado
Contra mí fieramente veo armado.

»Es clara y conocida la justicia
Que contra mí, justísimo Rey, tienes,
Por mi grave abundancia de malicia
Y por mi ingratitud á tantos bienes;
Pero, Dios de la angélica milicia,
Si severo jüez al hombre vienes,
Si á la piedad permites apartarse,
¿Quién ante tí podrá justificarse?

»Yo no solo, Señor, no justifico
Esta alma mia, ilustre imágen tuya,
Pero mi grave culpa te publico,
Puesto que en tu saber ella se incluya:
Sé que no hay parte en todo el cerco oblico
Del mundo, adonde de tus ojos huya:
Conozco que á mi grave y fiera culpa
No hay cosa que le pueda ser disculpa.

»Y así, mi Dios, no de justicia pido
El favor á tu mano omnipotente;
El de piedad que tanto me ha valido
Invoco ahora con afecto ardiente:
Desta, mi Dios, sea yo favorecido
En peligro y en daño tan urgente:
Desta la absolucion, Señor, imploro,
Con que borre las culpas por quien lloro.

»Tú, Dios, que eres verdad pura, infinita,
Y que tanto de oirla y verla gustas,
Ves que solo mi lengua se ejercita
En culparme ante tí de obras injustas;
Y que ni un punto de mis culpas quita
Con excusas que sé que no son justas,
De inclinacion y de la culpa y pena
Original, destas miserias llena.

»Que tú, Señor, que de tu oculta ciencia
Con cierta luz el alma me alumbraste,
Dando á mi voluntad libre potencia
Que á resistir al enemigo baste,
Me muestras, pues no tuve resistencia,
Que no es razon que yo palabras gaste
En injustas excusas y disculpas;
Que seria aumentar mis graves culpas.

»Misericordia simplemente pido
Con corazon contrito y humillado:
No le desprecies; dale grato oido,
Cual suele dalle el padre al hijo amado;
Y cuanto en mí el pecado ha destruido
Vuelva á ser por tu mano edificado:
Borra mi iniquidad y mi desgracia;
Vuélveme la alegria de tu gracia.

»Vuelve, Señor, tu tan piadosa cara
A mí, tu redimida criatura,
Y con la fuerte mano que me ampara
Dame al perseverar fuerza segura;
Y darte he yo con penitencia rara,
Con suspiros y llanto de amargura,
Con dolor que mi espíritu renueve,
Lo que un contrito corazon te debe.»

Así Garin oró; y al punto un fuego
Sintió que dulcemente le encendia
El pecho, que en mortal desasosiego
La fiera ofensa con terror tenia,
Y que en él al temor helado y ciego
Con un ardor suave consumia,
Poniéndole animado ya de suerte
Que emprenda á defenderse de la muerte.

Y esfuerzo nuevo con fervor haciendo,
Vuelto en sí, reportado y animoso,
Hácia la mar el rostro revolviendo,
Baja por aquel monte fatigoso;
Y el áspero camino prosiguiendo,
Llegó con el silencio tenebroso
Adonde con el llano se termina
El alto monte, enfrente á la marina.

Entónces con mayor cuidado y priesa
Los bien guiados pasos apresura:
Campos, valles y arroyos atraviesa,
Por malezas, por bosques y espesura:
Del presuroso caminar no cesa
Miéntras la noche lóbrega le dura;
Y siempre vuelto el rostro al alto oriente,
Teniendo la marina por de frente.

Abria ya las puertas de levante
La blanca aurora á la diurna lumbre,
Y poco á poco le salia delante
Guiando como tiene de costumbre:
Doraba ya más alta y más radiante
Del alto monte la enriscada cumbre,
Y el sol ya poco á poco descubria
El claro rostro, dulce autor del dia;

Cuando Garin el paso apresurado
Detuvo, de ser visto receloso,
Y en intrincadas matas emboscado
Estuvo el dia largo y enojoso,
De yerbas y agua siendo alimentado
Y de triste y brevísimo reposo,
Y de oracion y lágrimas ardientes,
Con que los ojos convertia en fuentes.

Y á veces, vuelto el rostro al monte amigo,
Decia con fervor divino y santo:
«No dejaré el camino que ya sigo,
Aunque lo estorbe el reino del espanto.
Adios, mi dulce albergue y caro abrigo;
Adios, fértiles peñas, donde tanto
Consuelo tuvo quien, sin él ahora,
Tan justamente gime, afana y llora.

»Adios, ameno y rico Monserrate,
Cuya sublime altura á la del cielo
Hará que se transporte y se arrebate
El alma que gozare su consuelo;
Donde puede subirse de quilate
De la contemplacion el largo vuelo,
Y regalarse entre esas piedras duras
Con sus divinos gustos y dulzuras;

»Donde yo, miserable, poseia
Tan sosegada y apacible calma;
Donde cuanto trataba y cuanto via
Era colmado bien de cuerpo y alma;
Donde de gloria celestial tenia
Parte tan grande en esta frágil palma;
En quien, como no mérita, no cupo,
Ni conocella ni tenella supo.

»Pero si desde que nací he tenido
Esta admirable bienaventuranza,
Sin que haya en parte alguna padecido
La ordinaria del mundo malandanza,
Fuera como no ser de Adan nacido
Si no tuviera de tal bien mudanza,
Pues á infalible y á mortal fatiga
Forzosamente el serlo nos obliga.

»Y así, pues es la general carrera
De los hijos de Adan fatiga y muerte,
No por pasalla yo en su furia entera
Siento perder aquella dulce suerte;
Es lo que siento, que mi culpa fiera
Tan alto bien destruya de tal suerte;
Es que por culpa tan atroz y extraña
Pierda yo mi dulcísima montaña.

»¡Oh peñas, más preciosas que diamantes,
Que zafiros, jacintos y topacios!
Oh plantas bellas, fértiles, fragantes,
Que adornais con tal regla sus espacios!
Oh cuevas, más hermosas y abundantes
Que rëales riquísimos palacios!
Oh monte, para mí parte del cielo,
En su santo y dulcísimo consuelo!

»No me espereis, no os veré más: mi ofensa
De vos me aparta miserablemente;
Y será della en parte recompensa
El haber de vivir de vos ausente.
¡Quiera el alto Señor que lo dispensa,
Que, á gloria suya, deste mal presente
Eterno bien suceda, eterna gloria,
Ganando al enemigo la victoria!

»Que si en este furioso trance he sido
Roto y desbaratado, espero y creo
Que con victoria quedaré y valido,
Si llego á pelear como deseo:
De mi Rey seré luego socorrido
Si segun mi propósito peleo,
Yendo á pedir favor á su Vicario
Contra mi fiero y áspero contrario.

»Proseguiré con el favor divino,
Que al santo intento nunca desampara,
Este mi comenzado ya camino,
Que en Roma en mi intencion llorando pára;
Que desde aquí con viva fe adivino,
Pues la piedad la contricion ampara,
Que he de ser amparado de tal suerte,
Que á mi enemigo no valdrá ser fuerte.

»Como yo, como debo, le demande
Al Capitan supremo de la tierra
Favor, socorro, amparo en este grande
Trance mortal de rigurosa guerra;
Por más que mi enemigo se desmande
Con el poder que en su impía mano encierra,
De mano tan piadosa cuan potente
Espera el lauro mi humillada frente.»

Así decia, cuando el sol ya daba
En las espaldas del infiel Atlante,
Y con templados rayos perfilaba
Las nubecillas que tenia delante;
Y él, que la oscura noche deseaba,
Sin que haya en ella cosa que le espante,
Levántase, y en paso presuroso
Convierte el cansadísimo reposo.

Toda la noche sin parar anduvo,
Y ya que el alba se mostró en oriente,
Pasada Barcelona, se detuvo
Entre las altas yerbas de una fuente;
Donde escondido poco rato estuvo;
Porque aquel dia con el sol ardiente,
Y despues con las sombras tenebrosas
Caminando, llegó el siguiente á Rosas.

A Rosas, villa ilustre y grande puerto,
Llegó Garin pasado mediodía,
Del nuevo caminar cansado, muerto,
Y más de la mortal nueva agonía:
Halló él allí que el general Alberto
Su armada ya para partir tenia,
La bandera de leva al viento suelta,
Toda la gente en embarcarse envuelta.

Era de la gran Nápoles la armada
Que con tormenta habia allí aportado;
Y ya de su naufragio reparada,
El tiempo adverso en próspero trocado,
Queria dar la vuelta deseada
Con diligencia al patrio puerto amado;
Y así, puesta señal ya de partida,
Se embarcaba la gente apercibida.

A vista pues del puerto y de la villa
Se detuvo Garin, mirando atento
El acudir las gentes á la orilla,
Todas al parecer con un intento:
La novedad le causa maravilla
Y un receloso y cauto pensamiento,
Siendo la vez primera que galeras
Ver se le ofrece y gentes extranjeras;

Aunque el varon prudente, por lectura
Y relacion de quien le fué maestro,
Que en santidad, en juicio y escritura,
Y en las cosas del mundo fué muy diestro,
Con claro entendimiento y conjetura
Hizo luego jüicio no siniestro,
Y en Rosas entra, y con industria grande
No hay cosa que al seguro no demande.

Y viendo ya que le faltaba el dia,
Cierto y asegurado bien de véras
De las personas que en la armada habia,
Dónde van y quién llevan las galeras;
Del gran peligro y daño que temia
Seguro con mil pruebas verdaderas
Salió, aunque con recato y gran prudencia,
Poniendo en embarcarse diligencia.

Y lleno de dulcísimo consuelo,
A la marina llega presuroso,
Con esperanza en el clemente cielo
De gozar del pasaje venturoso;
Y ya que quiere con humilde celo
Procurar de su intento el fin dichoso,
Conoció entre la gente que iba al puerto,
En el respeto, al general Alberto.

Llégase á él con santa confianza,
Y dícele humillado: «El ser quien eres,
Señor, de tu favor me da esperanza,
Y muy cual tú será el que á mí me dieres.»
Alzóle Alberto, y dijo: «En lo que alcanza
Mi mano, alcanzarás lo que quisieres,
Pues el rostro y el hábito asegura
Que el complacerte me será ventura.»

«Sé, señor, replicó Garin, que partes
Para Nápoles hoy con esta armada;
Y aunque de merecer hay pocas partes
En mi persona mísera y cuitada,
Pues que tu gracia en todos aquí partes,
No me ha de ser ahora á mí negada.
Es á Roma por fuerza mi viaje:
Manda, señor, que tenga yo pasaje.»

Con rostro alegre el General la mano
Entónces á Garin tomó, diciendo
Con amigable voz y trato humano,
Y al esquife el camino prosiguiendo:
«Bien fácil es lo que pedis y llano;
Vuestra necesidad y intento entiendo:
Venid, padre, conmigo á mi galera,
Que solo á mí para levarse espera.»

Al esquife, que, á tierra ya acostado,
Aguarda al General, llegan contentos;
Y allí, de los que viene acompañado
Despedido con gratos cumplimientos,
Fué en hombros de dos moros levantado
Y puesto del batel en los asientos,
Que estaban adornados hasta el suelo
De alfombras ricas de pintado pelo.

Garin luego tras él, y luego el resto
De la gente se embarca diligente:
Calan los alieres remos presto,
Vuelan los barcos con la alegre gente,
Desocupan la orilla, mudan puesto;
Y vuelta cada cual la aguda frente,
Da la popa á la escala de galera,
Que ya dada á la banda los espera.

Apénas pone el pié en la escala Alberto,
Cuando con altos gritos sonorosos
Y con dulces clarines á concierto
Le saludan alegres y gozosos:
Quedó por largo espacio el ancho puerto
Con los acentos últimos gustosos,
Que los llevó por él con voz sonora
Eco, de los desiertos moradora.

El planeta más rico y más lumbroso,
De arreboladas nubes despejado,
Habia en el Océano espacioso
Sus claros rayos ya somorgujado;
Y la noche, no el manto tenebroso,
Sino puesto se habia el estrellado,
De dulces esperanzas ciertas lleno
De ser el tiempo próspero y sereno;

Cuando, sentado el General prudente
En su popa rëal, rica y hermosa,
Con quince capitanes y la gente
Contina suya, ilustre y valerosa,
Le sirvieron la cena, rëalmente
Servida y ordenada y suntüosa,
En la cual dió el general cristiano
Asiento al monje á su derecha mano.

Bien que lo rehusó Garin, modesto,
Humilde, sabio, sobrio y vergonzoso,
Pero por fuerza el señalado puesto
Con obediencia ocupa el religioso:
Fué bien notada su bondad en esto,
Y su encogido trato y virtuoso,
Y dió muestra evidente en la comida
De ser varon de continente vida.

Acabada la cena regalada,
Dió por último postre della Alberto
El órden general de la jornada
Con discreto propósito y concierto;
Y allí, en breve consulta señalada
La hora de levarse de aquel puerto,
Todos del General se despidieron,
Y á sus galeras y á sus puestos fuéron.

El con los de su popa solamente,
Cuyo número ya Garin aumenta,
En su rëal quedó, donde la gente
Ya del amado sueño se alimenta:
Manda dar á Garin lugar decente
En el escandelar, porque no sienta
Tanto las pesadumbres de galera,
Como sin este cómodo sintiera.

Retíranse, al fin, todos entre tanto
Que el partir esperado se dilata,
Al silencio entregando todo cuanto
El activo rumor ordena y trata,
Rindiéndose al suave y dulce encanto
Que en olvido las almas arrebata,
Quedando solamente en pié y despiertos
Los de la guardia, con cuidado alertos.

Así estuvieron hasta que tocado
En la mitad de su camino habia
La noche, y de la guardia el señalado
Cuarto segundo ya rendir se via;
Que entónces, en un tono levantado,
Que en vuelo por el aire se esparcia,
Un alegre clarin con voz sonora
De la partida señaló la hora.

En dulce calma está la mar quieta,
Que ni á ella ni al aire mueve el viento:
La gente al blando sueño está sujeta,
Sin hacer un pequeño movimiento:
Tan solamente el plático trompeta
Esparce por el aire el alto aliento,
Dando con vario son alegre nueva
De aquella alegre y deseada leva.

Como del centro de la mar salido,
Y del cóncavo cerco de la esfera,
Así sonaba en el atento oido
El alto son de aquella voz primera:
Oyóse, el gran silencio entretenido,
La pausa del primer aliento entera;
Mas esta el hombre apénas acababa,
Y para la segunda respiraba:

Cuando, como si el carro tenebroso,
Cual el de Faeton roto y abierto,
Con ímpetu y estruendo riguroso
A dar viniera en aquel ancho puerto,
Un rumor se levanta presuroso,
Y en un momento cada cual alerto
Atiende á su faena diligente
Y á lo que manda el cómitre prudente.

Abaten, zarpan en un punto y cian,
De tierra el cabo ya desamarrado;
Del puerto salen ya, ya se desvian
Del que á las veces es tan deseado:
Sostan la boga, la galera avian,
Tras la rëal el curso enderezado,
Que por guia de todo vigilante,
El fanal encendido, va delante.

Al céfiro esperado desplegaron
Las velas del trinquete los proeles,
Y sin que las hinchese, navegaron
Bogando algunas millas á cuarteles;
Pero ya que en el alto golfo entraron,
Avivando el favonio los pineles,
El cómitre silbando luego ordena
Levar los remos y amainar la entena.

Afrenillada ya la palamenta,
Viene la entena abajo con rüido;
La espiga en un momento se le aumenta,
Y en un punto el bastardo está tendido:
Iza la chusma, alegre ya y contenta
Del viento á su descanso que ha venido;
Sube la entena y llega á dar al tope;
Va la galera más que de galope.

Con aquel fresco embate navegaron
Hasta que, viendo de Titon la esposa,
Alegres y devotos saludaron
Al Hacedor de aquella luz hermosa;
Y en acabando la oracion, calaron
Remos, con que saltó la agua espumosa
Del apacible golfo sosegado,
Ya del hermoso sol iluminado.

El son agudo de la campanilla
Del breve sueño al buen Garin despierta,
Y escucha con atenta maravilla
Lo que se trata ya sobre cubierta:
El cuerpo y alma el ermitaño humilla,
Y á la santa oracion abre la puerta,
Alzado de las tablas donde estaba,
Y no del traspontin que le esperaba.

En éxtasis divino arrebatado,
Los ojos vueltos y las manos puestas,
Está el contrito monje transportado
En divinas demandas y respuestas:
El rostro y pecho con fervor bañado
En lágrimas ardientes, ya dispuestas
A recibir favor de amor eterno
Para prevalecer contra el infierno.

Con un suspiro de dulzura lleno
De aquel santo consuelo se levanta;
Las lágrimas enjuga al rostro y seno,
Y compone la voz en la garganta:
Sube del aire lóbrego al sereno,
Tanta virtud mostrando y bondad tanta,
Que, en viéndole subir, toda la gente
Se le humilla y ofrece juntamente.

Llévanle á popa, donde la nobleza
Le acoge y acaricia y honra tanto,
Como si se tuviera gran certeza
De que era el afligido Garin santo;
Y ellos con caridad y con llaneza
Bendecidos y honrados fuéron cuanto
Por el discreto monje convenia,
Usando humilde y santa cortesía.

Y retirado luego en un asiento
De un corredor, que por defuera daba
Maravillosa gracia al ornamento
De la soberbia popa extraña y brava,
Dió, rezando las horas, alimento
Al alma, que de aquello alimentaba;
Recogiéndose allí de la manera
Que si solo en un páramo estuviera.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

El alto golfo de Leon navega
Garin, y en tablas de inmortal memoria
Ve de romana gente y persa y griega
Victorias dignas de notable historia;
Y de la Santa Liga allí se alega
Aquella sin igual naval victoria:
Tras esto al General Garin da cuenta
De sí, con que su angustia y pena aumenta.

Hecho el santo ejercicio acostumbrado
En el mismo lugar entretenido,
Garin contempla el golfo sosegado,
Al claro sol en plata convertido,
Y el resplandor alegre tremolado
Dulcemente le tiene divertido:
Luego la vista donde está convierte,
Y allí más se entretiene y se divierte.

Mira de la rêal popa sublime
Puesto en su punto el arte y la riqueza;
Los ojos, en pié puesto, en ella imprime,
Y admira la riquísima belleza;
Pero la vista un poco más reprime,
Para ver con más gusto y entereza,
Parte por parte, de la gran hechura
La milagrosa traza y compostura.

La materia es marfil, ébano y oro,
De la rêal y artificiosa popa:
En la ancha basa está historiado el toro
Que pasa el mar Cretense con Europa:
De la dama el espanto, el miedo, el lloro
Y el movimiento del cabello y ropa
Exprime lo esculpido, de manera
Que mostrar más lo vivo no pudiera.

Desde la bella basa que restriba
En el suelo de flores matizado
Del corredor, hasta el bandil de arriba,
Que en forma de cornisa está labrado,
Hay cuatro dioses Términos, que arriba,
Cada cual con el brazo levantado,
A dar por pié la mano á las primeras
Ménsulas que sustentan las tijeras.

De los hermosos Términos, ornados
De trofeos marítimos infieles,
Están los tres vacíos empleados
En el arte bellísimo de Apéles:
Muestran estos tres cuadros señalados
Cuanto pueden mostrarnos los pinceles,
Representando en su color diversa
Tres batallas navales del gran Persa.

En el cuadro primero se mostraba
Negroponte, del mar Egeo ceñida,
Que de galeras bárbaras estaba
Confusa y fieramente circuida;
Y por la angosta parte que miraba
A la costa de Grecia, la reñida,
La fiera, la sangrienta, la espantosa
Batalla, de ambas partes peligrosa.

Jérjes, con casi mil y cuatrocientas
Galeras, con Temístocles pelea,
Que, dél acometido, con quinientas
La griega industria y el poder emplea;
Pero la noche, envuelta en las violentas
Tinieblas, la victoria que desea
Cada cual de los dos, aquí les quita,
Con pérdida de todos infinita.

En la segunda tabla otra batalla,
Allí en el mismo mar de Negroponte,
Se muestra tan sangrienta, que al miralla
Se vía turbar la luz del horizonte;
En la cual la famosa griega malla
Fué retirada al Artemisio monte,
Donde á los jonios escribió el famoso
Temístocles su exceso vergonzoso.

En el tercero cuadro el gran Corinto,
La isla Salamina al istmo enfrente,
El espumoso mar en sangre tinto
Y lleno de la infiel soberbia gente:
Un intrincado y fiero laberinto
Que allí formaba el infernal tridente,
Del número de fustas excesivo,
Representaba lo pintado vivo.

Tan vivamente el arte los sentidos
De cada cosa allí representaba,
Que no la vista, pero los oídos
Con espanto dulcísimo engañaba:
Parece que se oían los rüidos
Que aquella belicosa gente brava
Mostraba en el pintado movimiento,
Cual si gozara de vital aliento.

Aquí los fieros persas y atenienses,
Y acullá los corintos y sus jonios;
Allá los bravos medos y focenses,
Y allí los partos y lacedemonios:
Acá los negros indios y tricenses,
Y allá los pilios y los paflagonios,
Vierten sangre, dan fuego, desbaratan,
Rompen, abren, destrozan, mueren, matan.

Aquí se vía una mujer famosa,
En favor del confuso persa armada,
Tan valiente y tan brava cuan hermosa,
Y más que todo aquesto, apasionada;
La gran reina de Caria, que amorosa,
Tras tener en su cuerpo sepultada
De su muerto marido la ceniza,
Con el vano sepulcro le eterniza.

Esta tambien con los del fiero bando
Del roto persa, vergonzosamente,
Al viento y mar la vela y remo dando,
Huye de la furiosa griega gente;
Y aquel consejo á todos acordando
Que á Jérjes dió de plática y prudente,
Mostró, con gloria de su sexo y nombre,
Ser digna en todo de inmortal renombre.

Su galera, de muchas perseguida,
La pintura vivísima mostraba,
Con la vela mayor llena y tendida,
Y con la presta boga que volaba:
Fué más que todas las demas seguida,
Dándole caza porfiada y brava
Cada cual, aspirando á la promesa
Que Aténas hizo por tan rica presa.

Mas, aunque no alcanzaron esta gloria,
Que fuera la mayor con que pudiera
Ilustrar de los griegos la memoria
La fama, de sus cosas pregonera;
En lo demas se vía la victoria
Pintada de su parte de manera,
Que á hierro y agua, y fuego y fuga, rota
Quedó del persa la soberbia flota.

Ya que de la siniestra banda habia
Visto Garin la obra delicada,
Y aquella grande historia que él sabía
Tan vivamente allí representada;
Por donde el ancho corredor hacia
A la espaciosa timonera entrada,
Pasó á gozar en la derecha parte
De lo que ya le prometía el arte.

Mira por el mismo órden compartida
La obra, y en la basa de escultura,
Medusa bella, por el mar traida,
De un gran caballo á su placer segura:
Muéstrase más alegre y atrevida
Que Europa y con más gracia y hermosura;
Todo lo cual le fué dañoso tanto,
Que en fealdad se convirtió y espanto.

A los tres cuadros de pintura luego
Alza la vista, y en el uno mira
De dos armadas encendido un fuego
Y un bélico furor que al mundo admira,
Y un caudillo de amor turbado y ciego,
Y otro abrasado en vengativa ira:
Es Marco Antonio el torpe, y el airado
El grande Octaviano, su cuñado.

Entre las dos armadas, mil galeras,
Casi en iguales partes repartidas,
Daban al aire claro las banderas
De las romanas gentes divididas;
Y en el fértil Epiro, en las laderas
Del Accio promontorio al mar tendidas,
Los dos campos están de los romanos,
Vueltos al mar, las armas en las manos.

Solo representaba lo pintado
En este primer cuadro, presentada
La batalla del uno y otro lado,
En órden puesta la una y otra armada:
En la segunda tabla ya trabado
Se via el gran conflicto, con la airada
Furia que suele en estos trances tales
Emplear sus rigores infernales.

Allí se vian llamas encendidas,
Que llegaban furiosas á su esfera;
Allí en el aire denso suspendidas
Nubes de vista tenebrosa y fiera;
Allí de astadas armas impelidas
El daño se mostraba de manera,
Que el mar, de muertos lleno, está revuelto,
Y en espumosa y negra sangre vuelto.

Pero ¿quién el furor que las espadas
Muestran allí podrá decir, al punto
Que se ven las galeras abordadas,
Y el confuso tropel de armados junto,
No solo por los vivos gobernadas,
Que aun dañan en las manos del difunto,
Hallando en ellas mil varones fuertes,
Por varios casos mil, mil varias muertes?

Pone la vista, al fin, en el tercero
Cuadro de la pintura artificiosa,
Y mira el fin de aquel conflicto fiero
Con la rota de Antonio lastimosa;
De Antonio, que, de honor rompiendo el fuero,
Huye, no de prision ó muerte honrosa,
Sino por ver huir desto á Cleopatra,
En quien el torpe idólatra idolatra.

Y de la Reina aquí el bajel se via
Con la purpúrea vela desplegada,
Que, aunque era tarde ya, se descubria,
Por ser de las demas diferenciada:
Demas que la sagaz mujer hacia,
En medio de la fuga acelerada,
Alzar de cuando en cuando un fuego para
Que su querido Antonio la atinara.

Era de ver allí la fuga della
Del presto seguimiento dél, causado
De la fuerte de amor viva centella
En que el lascivo amante está abrasado:
Infame fuga y trágica, que en ella
Herido Antonio, muere desangrado
Al pecho de Cleopatra, y ella muere
Del áspid con que el pecho airado hiere.

Echa á fondo y abrasa cuanto topa
El grande Augusto en su mayor ventura,
Que el ser de Asia y de Africa y de Europa
Monarca, esta victoria le asegura:
Al fin, llegaba de la bella popa
Todo lo de pincel y de escultura
En su perfecto punto, en cualquier parte
De las que se requieren en el arte.

Pero, si cuan pintor, fuera adivino
El que pintó la popa suntuosa,
El arte y el ingenio peregrino,
La mano sutil y artificiosa,
El elevado espíritu divino
Que empleó en la labor maravillosa,
Sin duda lo empleara en otra historia
Para ganar eterna fama y gloria.

En la marina misma allí pintada
Del Egeo revuelto y espumoso,
Pintara aquella célebre jornada,
Aquel gran vencimiento milagroso,
Donde mostró la dulce paz amada
Un rayo de su rostro tan hermoso,
Don Pedro y Diego y Marco, y la florida
Gente del mundo en santa liga unida;

Donde por Pio Quinto y por Venecia,
Y por Felipe, el gran don Juan, su hermano,
Breve consuelo á la afligida Grecia,
Y espanto del imperio del tirano,
De la infelice gente que desprecia
El nombre felicísimo cristiano,
Tuvo tantos marítimos trofeos,
Que pudieron cuadrar con sus deseos.

¡Oh pio! oh santo! oh singular prelado!
Lleno de celo paternal divino,
Vuestro alto intento en viva fe fundado
Abrió al poder cristiano este camino,
Para ver su estandarte enarbolado
En la grande ciudad de Constantino,
Y librar el Sepulcro y Santa Tierra
Del cautiverio injusto y larga guerra;

Teniendo á vuestro intento el aparejo,
Cual en el mundo desear se pudo,
Con el gran Rey, de reyes claro espejo,
Y de la Iglesia diamantino escudo;
Cuyo gobierno y sér, celo y consejo,
Y cuya gran prudencia yo no dudo
Que fué claro milagro con que quiso
Darnos Dios de su ciencia claro aviso.

Llore la santa Madre militante
Con su sacro rëal cuerpo difunto,
Y cante en gozo eterno la triunfante
Con la alma santa que llegó á su punto:
Llore la triste tierra, el cielo cante,
Donde muriendo, goze y pena junto
Dió el gran Felipe, á quien de eterna gloria
Será, como de justo, la memoria.

Y no ménos, pontífice famoso,
Tuvistes aparejo para el hecho
En el libre senado poderoso,
Conforme en intencion á vuestro pecho;
Y en aquel fuerte jóven belicoso,
Que general, en general provecho
Del Cristianismo, fué de la jornada,
Digna de ser por única estimada;

Digna de que las plumas cuyo vuelo
Pasa las altas cumbres de Helicona,
La esparzan con la fama en todo el suelo,
Y la coronen de inmortal corona.
¡Oh si á mi pluma concediera el cielo
En esto lo que en vella á mi persona!
Oh si así como vi la gran batalla,
Supiera describilla yo y cantalla!

Al fin, si aquel pintor aventajado
Que mostró procurar por su arte y gloria,
Fuera en adivinar tan extremado
Como en pintar y en escoger historia;
En el sangriento mar allí pintado
No diera aquella célebre memoria
A los furores bárbaros y ciegos
De persas, de romanos y de griegos.

No mostrara su espíritu ingenioso
Los hechos, aunque grandes, de gentiles;
Del gran don Juan el hecho milagroso
Mostrara con sus manos tan sutiles;
Y no en cuatro ó en seis artificioso
Retratara los Héctores y Aquiles,
Sino en todos pudiera retratarlos,
Y en muchos mucho más aventajarlos.

Pues es muy cierto que, aunque igual no fuera
La famosa batalla de este dia,
En número ó en fuerzas, á cualquiera
De las cuatro que allí pintado habia,
¿Cuál furia dellas igualar pudiera
A la infernal de tanta artillería,
De tanto fiero y tempestuoso rayo,
Del celestial tan infernal ensayo?

Arcabuces, mosquetes, esmeriles,
Pedreros y cañones reforzados
(Por martirio de espíritus viriles,
Por los de infierno y su volcan forjados,
Con que suelen matar soldados viles
Los que apénas mirar serian osados),
No usaron las gentílicas armadas,
Y así no pueden sernos igualadas.

Cuanto más, que demas destas no iguales
Armas, dellos no usadas, espantosas,
De doscientas y diez galeras reales
Y de seis galeazas poderosas
Fué nuestra armada; y los varones, cuales
Suelen hallarse en cosas tan famosas,
Fuéron veintiocho mil, seis de Alemaña,
Doce de Italia, y los demas de España.

Y fué la fiera armada de Otomano
De doscientas galeras sobre treinta,
Y sesenta de aquellas que al tirano
Suelen servir á costa suya y cuenta,
Galeotas, que el mar Mediterrano
Corren con tanto daño y tanta afrenta;
Y en naciones y en armas diferentes,
Fuéron treinta y seis mil sus combatientes.

De los cuales la suerte allí trocaron
Más de diez mil con doce mil cristianos,
Que en deseada libertad quedaron,
Dejando aquellos hierros inhumanos;
Que este gran bien que entónces alcanzaron
Nuestras cristianas vencedoras manos,
Es bien con quien en igualdad no cabe
La victoria mayor que el mundo sabe.

Por todo, al fin, desta naval victoria
Es sin igual el triunfo y preferido
A cuantos tiene el mundo en su memoria,
Y la Iglesia Católica ha tenido;
Para el gran vencedor de eterna gloria,
Y de eterno terror para el vencido:
Obra, al fin, de la paz divina amiga.
¡Oh si siempre duraras, Santa Liga!

Y ya que no duraste, ¡oh Liga Santa!
Como durar pudieras hasta ahora,
¡Oh si cual fértil arraigada planta
En el jardin de la divina Flora,
Volvieses á brotar ahora tanta
Flor de eterna virtud producidora,
Que al nuevo excelso rey hicieses della
Corona de victoria la más bella!

¡Si de Sión con da rëal conquista
Hiciese á mi gran rey sacro diadema
La santa paz del Cristianismo, vista
En un divino presupuesto y tema,
Despues que á la insolencia calvinista,
Herética, cismática y blasfema,
Su primer golpe echase en el profundo
Mar de su error sacrílego y inmundo!

Despues que los agudos filos nuevos
De su espada mi rey pruebe, cortando
Duras raíces y ásperos renuevos
Del sedicioso, infiel, pérfido bando,
Con aquellos primeros dulces cebos
El gusto de altos triunfos incitando,
¡Oh santa paz! potente en santa guerra,
Dale tú el triunfo de la Santa Tierra.

Vaya á tomar la posesion Felipe
De su Jerusalen sagrada, y della
Aquel injusto posesor disipe,
Indigno tanto de reinar en ella;
Que despues, cual corriente de Aganipe,
Tras victoria de todas la más bella,
Africa toda, toda Tracia, todo
El ancho mundo vencerá á su modo.

Así sea, señor, así el divino
Os lo conceda, cuanto á su alta gloria
Sea conveniente, en su rëal camino
No discrepando un punto la memoria:
Así seais, en modo peregrino,
De poema dignísimo y de historia;
Así la santa paz, en santa liga,
Santísimos efectos os consiga.

Pero miéntras Garin de la galera
La belleza riquísima miraba,
Ella con viento próspero lijera
El sosegado golfo atras dejaba;
Y al tiempo ya que la mayor lumbrera
En la mitad de su camino estaba,
Mostrando alegre y claro el horizonte,
Descubre de Marsella el alto monte.

Con alegre rumor los marineros
Su cumbre con el dedo señalaban,
Y á Garin y á los otros pasajeros
Como nube entre nubes le mostraban,
Y al favorable viento los lijeros
Bajeles con el arte apresuraban,
Ora con el timon, ya con la escota,
Tomada para el puerto la derrota.

El General subió á la popa en esto,
Y el contento creció; el rumor cesando,
Garin se le humilló sabio y modesto,
El á Garin notablemente honrando;
A quien en su alto y reservado puesto,
Ya las mesas alzadas retirando,
Como admirado de su sér notable,
Le dice así con dulce voz y afable:

«Dais, padre, de bondad y de prudencia
Tan grandes muestras, que me habeis forrado
A que quiera saber de cierta ciencia
El nombre vuestro, el hábito y estado;
Y así con toda salva y reverencia
Os pido aquí, en secreto retirado,
Satisfagais en esto á mi deseo,
Si en ello cosa injusta no deseo.»

Con baja voz, humilde y grave, dando
Un severo y tristísimo suspiro,
Garin al General responde: «Cuando
Tu grandeza, señor, contemplo y miro,
Ese término llano, afable y blando
Que usas conmigo, cual divino admiro,
Por ver en tí la clara ilustre lumbre
De heróica alteza y santa mansedumbre.

»Pedir tú así, señor, es mandamiento
Que por mí debe ser obedecido;
Y así el hábito y nombre y nacimiento,
Y cuanto puede ser de mí sabido,
Por tu satisfaccion y tu contento,
Como es á tu grandeza y sér debido,
Con llaneza diré y verdad sencilla,
Y no sin darte alguna maravilla.

»Cerca de donde Lobregate ameno
Mezcla sus aguas con el mar profundo,
De bellezas riquísimas tan lleno,
Que á ningun rio debe ser segundo,
Tiene dos islas en su dulce seno,
Adonde da la que enriquece el mundo
Todo lo de más gusto y alegría
Que en los jardines más curiosos cria:

»En una de las cuales retirado
Vivia un hombre santa y dulcemente,
A quien fuí yo del mar por hijo dado,
Siéndome el cielo próspero y clemente:
Oirás, señor, un caso señalado,
Reveládome á mí por el prudente
Viejo que me crió de la manera
Que si su verdadero hijo fuera.

»Contábame que, estando atento un dia
Mirando cómo el mar bravo y furioso,
Con un levante que le revolvia
Con porfiado soplo y riguroso,
Sus altas olas con furor rompia
En su preciso límite arenoso,
Atronando la playa que alterada
Estaba, negra, triste y despoblada;

»Vió llegar fluctúando á la ribera,
Allí muy cerca de donde él estaba,
Una ancha y hermosísima venera
Que por cosa admirable celebraba;
La cual, como si alguno la rigiera
En el rigor de la tormenta brava,
Los golpes de las olas esquivando
Del bravo mar, la tierra iba ganando.

»Y al fin llegada y puesta en salvamento
Donde al soberbio mar la tierra enfrena,
Un niño echó con admirable tiento
Fuera del agua en la mojada arena;
Y luego del reflujo y mar violento
Sorbida fué de arena y agua llena,
Quedando yo, que el niño era, tendido,
Sin pulso, sin aliento y sin sentido.

»El viejo, que mirando atentamente
Estuvo siempre aquella maravilla,
Con presurosos pasos diligente
A ver lo que era yo, llega á la orilla,
Y visto, me levanta, y con ardiente
Celo de caridad á su casilla
Me lleva, y con remedios principales
Vuélveme los espíritus vitales.

»Tenia yo de edad un año, cuando
Fui por este camino así admirable
A ser hijo del viejo venerando,
En cristiandad y en discrecion notable;
El cual, como estuviese vacilando
Con discurso confuso y variable
Acerca de mi nombre y nacimiento,
Y de aquel prodigioso acaecimiento;

»Sucedió que quitándome el vestido,
Del tempestuoso mar todo mojado,
En un pequeño reliquiario asido
Un cordon, y con fuerza desatado,
Fué causa que se abriese, y de escondido,
Manifiesto quedó un papel doblado,
Que era una oracion hecha en mi ruego,
De quien mi nombre supo el viejo luego.

»Supo que Juan Garin mi nombre era,
Y así me llamó siempre el sabio anciano:
Criéme allí desde esta edad primera
Hasta seis años con su industria y mano;
Al cabo de los cuales la ribera
Del mar dejó, la isla, el rio y llano,
Y subióse conmigo á Monserrate,
De cuyo asiento gustarás que trate.»

Hizo aquí pausa el sabio religioso,
Como para querer tomar aliento,
Y al mismo punto un tono lastimoso
El hilo rompe de su dulce cuento:
«¡Hombre á la mar!» dice el proel cuidoso:
«¡Hombre á la mar!» replica en un momento
La chusma; y como el cómitre le ordena,
De golpe amaina la cruzada entena.

Luego por una banda apriesa boga,
Y por la otra á toda furia cia,
Y la galera al triste que se ahoga
Vuelve veloz por la sulcada via;
Y no con vara, ó pica, ó remo, ó soga
El socorro prestísimo le envia,
Sino con la barqueta y marineros,
Que al mar se arrojan diestros y lijeros

Sacan, al fin, al pasajero pobre,
Que de bisoño y mal considerado
Al mar cayó, por confiarse sobre
Un filarete en sueño descuidado;
Y para que el aliento y vida cobre
Se atiende con piedad y con cuidado,
Volviendo la galera ya á su curso,
Y las demas que guardan su discurso.

CANTO V.

ARGUMENTO.

Pinta el discreto monje á Monserrate
Con todos sus regalos celestiales:
Su cuento acaba sin perder quilate
En callar sus secretos principales:
Llega á Marsella, y siente cual le trate
La guerra de las furias infernales,
Yendo á ver el sagrado monumento
De Magdalena, con devoto intento.

Garin, que lastimado y condolido
Del triste que pasó el peligro fiero,
Porque en el alma fuese socorrido,
Fué á velle con cuidado verdadero;
Dejándole ya vuelto en su sentido,
Con el esfuerzo y ánimo primero,
Vuelto al ilustre Alberto y á su intento,
Así prosigue el comenzado cuento:

«Monserrate, señor, la alta montaña
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña
Que he referido ya sumariamente,
Está situada en la felice España,
Casi en el medio de la noble gente
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre;

»De quien hácia poniente está distante
Siete leguas, y doce á tramontana
Tiene los Pirineos, y delante
Al mediodía la marina llana;
Por donde, cuando sale de levante
La clara luz de quien el dia mana,
Los rayos de oro que en el agua altera,
En el hermoso monte reverbera.

»Cuatro leguas ocupa de la sierra
El ancho asiento al rededor medido;
Y el grande rio que en el mar se encierra
Allí donde yo fuí del mar traido,
Fertiliza del pié la verde tierra,
De las aguas del monte enriquecido,
Que son muchas, muy claras y agradables,
Dulces, suaves, frias, saludables.

»La belleza, la gala y compostura
De toda la montaña es admirable;
La varia y hermosísima espesura
No puede ser más linda y agradable:
La eterna y fertilísima verdura
Es en extremo dulce y deleitable;
Hasta los riscos ásperos y yertos
Están de flores y árboles cubiertos:

»Los riscos, cuyas cimas hasta el cielo
En forma de pirámides subidas,
Bastan á divertir y dar consuelo
A las más tristes almas y afligidas;
Que, ora cubiertas de importuno hielo,
Ora se muestren verdes y floridas,
Solo el órden y traza de su asiento,
Cuanto es de admiracion, es de contento.

»Ni en los famosos tempes de Tesalia,
En la mayor riqueza del Peneo,
Ni donde más las ninfas de Castalia
Enriquece el arroyo Pegaseo,
Ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,
Ni en lo mejor del Arabe ó Sabeo,
Algun lugar con Monserrate igualo
En belleza admirable y en regalo.

»Cual famosa ciudad puesta en la raya
Del enemigo reino poderoso,
Donde mil torres y atalayas haya
Sobre un asiento altísimo y hermoso,
Y que entre el cerco, torre y atalaya
Se muestre el alto templo suntuoso,
La casa principal, los capiteles,
Las almenas, las cruces y pineles;

»Así parece desde léjos vista
La sierra, porque están los riscos puestos
Con tal concierto, que uno de otro dista
Casi á nivel en el altura y puestos:
Engañan al jüicio y á la vista,
Que parece por arte estar dispuestos,
Y por entre ellos ver con varias luces
Templos, almenas, capiteles, cruces.

»Están las peñas como si aserradas
O partidas á mano hubiesen sido,
Ménos ó más en partes levantadas,
Segun ménos ó más hayan crecido;
Y de vellas la gente así cortadas,
Y el monte en tantas partes dividido,
Fué Mont Serrat en catalan llamado,
Que es lo mismo decir monte aserrado.

»Pero la universal lengua de España,
De Mont Serrat llamóle Monserrate,
Y así se ha de llamar esta montaña
Por cualquier que en tal lengua della trate:
Fuera otra cosa afectacion extraña,
Y quitar á la lengua su quilate,
Pues es en ella propio ya tal nombre,
Y así es razon, señor, que yo la nombre;

»Aunque es mejor nombralla un paraiso,
Segun es la alegría y el consuelo
De que dotar del monte el aire quiso
El liberal y favorable cielo:
Gozo divino, celestial aviso,
Lleno de sacra luz, claro desvelo,
Influye el rico clima eternamente
Del fértil y alto monte al aire ambiente.

»Y á las innumerables plantas bellas
Influye varios y abundantes frutos,
De que con liberales manos ellas
Al hombre en todo tiempo dén tributos;
Y á las yerbas las flores como estrellas
Hasta en los secos riscos más enjutos,
De quien el viento ofrezca á los sentidos
Los ámbares y almizques mas subidos.

»De fieras y aves ¿quién pintar podria
La multitud, belleza y mansedumbre?
De sus voces y cantos y armonía
¿Quién referir el gusto en su costumbre?
Hacen al hombre amiga compañía,
Cual si razon humana las alumbre,
Con gusto que el espíritu levanta
Al Hacedor de maravilla tanta.

»Y así las espesuras espantosas,
Las fieras y aves, plantas, frutos, flores,
Las altas sendas, ásperas, fragosas,
La regalada suavidad de olores,
Las oscuras cavernas temerosas,
Y del aire los claros resplandores,
Se conforman de suerte en dar contento,
Que no desea más el pensamiento.

»Y el ver desde amenísimos lugares
Que tiene á cada paso la montaña,
Mil sierras, mil llanuras, mil lugares,
Los altos montes término de España;
Y aun las fértiles Islas Baleares
Se pueden ver, tal es su altura extraña,
Que están dentro del mar doscientas millas,
En frente de las íberas orillas.

»Es un regalo, un gozo, una belleza,
Y un entretenimiento tan gustoso,
Que levanta el espíritu á la alteza
Del deseado celestial reposo:
Al fin, allí extremó naturaleza
Todo lo más suave y más hermoso,
Y todo lo que más mueve y aviva
La santa soledad contemplativa.

»Allí fué pues, señor, donde el discreto
Viejo conmigo se subió escondido;
Aquel puesto mas áspero y secreto,
Por mas á su propósito escogido;
Y allí de mi niñez el ya inquieto
Bullicio fué en sus obras convertido,
Siéndome el sabio anciano juntamente
Dulce padre y maestro diligente.

»Tal le gocé veinte años en aquella
Vida llena de gusto y de consuelo,
Solo aspirando y procurando en ella,
Con eficaz deseo y santo celo,
La vida eterna que en la patria bella
Al hombre ofrece el Hacedor del cielo;
A la cual él subió con gozo y canto,
Quedando solo yo con pena y llanto.

»Y así como quedé, perseverando
En aquella dulzura solitaria,
Otros veinte años he vivido, obrando
La vida al cuerpo y alma ya ordinaria:
Hasta que al fin de tanto tiempo, cuando
Era aquella quietud más necesaria,
Por suceso importante me es forzoso
Hacer este viaje trabajoso.»

Aquí dió fin al cuento de su vida
El afligido monje sabiamente,
Y mostró de su pena dolorida
Lo que él quiso encubrir como prudente;
Y al punto la galera, que traida
Era del fresco y próspero poniente,
De Marsella tomó el seguro puerto
Con grande salva y singular concierto.

Ya estaba en l'alta puerta de levante
La noche á la salida aparejada,
Y ya pasado el ancho mar de Atlante,
El dia apresuraba su jornada;
Cuando Garin, en devocion constante,
Con licencia difícilmente dada,
Fué á visitar el santo monumento
De aquella dama del precioso ungüento.

Todo encendido en el divino ejemplo
De aquella pecadora tan gran santa,
Quiere ver el sepulcro, cueva y templo
Donde ella hizo penitencia tanta:
Para allá parte, y dice: «Si contemplo
Lo que un contrito espíritu levanta
La penitencia y oracion contina,
Ellas repararán mi gran ruina.

»Si en vos, dichosa Magdalena, miro
El primer nombre deslustrado y feo,
Y el segundo lustroso y lindo admiro,
Que ser trocado en penitencia veo;
Con justa causa á penitencia aspiro,
Con gran razon la busco y la deseo,
Animado, aunque indigno y miserable,
Con vuestro santo ejemplo memorable.

»Aquel santo Señor por mí enclavado
En alta cruz delante á vuestros ojos;
Aquel que vistes vos resucitado,
Lleno de mil trofeos y despojos,
Siendo de mí como de vos amado,
El reparo será de mis enojos:
En él espero yo con vuestro ejemplo,
Aunque inmérito tanto me contemplo.»

Diciendo así, el andar apresuraba
El contrito animado penitente,
Cuando ya el sol del todo se encerraba
En el mar de las Indias de Occidente,
Y de la parte donde él iba, estaba
En medio del camino justamente;
Cuando con grave horror oyó un gemido
Cerca de sí, lloroso y dolorido.

Y vuelto el rostro á la siniestra mano,
Entre una espesa y áspera maleza
Vió abierto un corto paso, fácil, llano,
Aunque lleno de espanto y de tristeza:
Hizo allí fuerza el apetito humano
De investigar las cosas de extrañeza,
Y así volvió, aunque á espacio y receloso,
El paso al paso triste y temeroso.

Guióle á aquella parte donde oia
La voz llorosa que á su son le lleva,
Una pequeña lámpara que ardia
Al fin del paso en una angosta cueva:
A la puerta llegó, y no bien ponia
Los piés en ella, cuando en forma nueva
Y en tono triste, humilde, afable y blando,
Así la voz sonó siempre llorando:

«¡Oh tú que con divino y santo celo
Y con alma contrita y dolorida
Procuras el reparo y el consuelo
De tu pesada y mísera caida!
Quéjate del rigor bravo del cielo,
Duélete de tu amarga y triste vida,
Blasfema y aborrece el ser criado
Para tan miserable y triste estado.

»¿Adónde vas, cuidoso peregrino,
Mil mares y mil tierras travesando,
Piedad, favor y gracia en el divino
Juez rigurosísimo esperando?
Vuélvete, ó pára aquí de tu camino,
Que en vano vas; ¡oh triste! agonizando:
Yo lo sé, no lo dudes, yo te aviso:
No hay silla para tí en el paraiso.

»Y porque creas lo que digo, advierte:
De España vienes; Juan Garin te llamas;
Con torpe estupro y con injusta muerte
De una doncella mísera te infamas;
En el infierno con tormento fuerte
Tu asiento tienes entre eternas llamas:
Con lástima de prójimo y con duelo
Sentencia irrevocable te revelo.

»La cual, si me ha mandado que te diga
El Juez, que es solo quien saberla puede,
Es porque se repare tu fatiga
Miéntras la mortal vida te concede,
Dándote la fortuna siempre amiga
Miéntras contigo en este mundo ruede;
Y alcances esto por tus buenas obras,
Ya que el infierno por las malas cobras.

»No te congojes, pues, ni así afanado
Andes en tu esperada penitencia:
Huye de Roma, donde tu pecado
Se sabe ya con presta diligencia:
El mismo Conde, fiero y lastimado,
Acusa tu sacrílega insolencia,
Hallado el cuerpo do la ve patente,
Y cuanto es justo la exagera y siente.

»Y para que mejor; oh Garin! creas
Que no ha de sèr tu culpa perdonada,
Y el gran rigor del Juez del cielo veas,
Como si vieses su sangrienta espada;
Yo triste ahora entre las almas feas,
En la pena más fiera y lastimada,
Eternamente lloro, gimo y peno,
Habiendo sido en alto grado bueno.»

Aquí cesó la triste voz, y al llanto
Primero se volvió con ronco acento:
El monje queda cual si un fuerte encanto
Le atara el corazon y el pensamiento:
El fiero horror, el infernal espanto,
Ni da á la vista paso ni al aliento,
Ni deja al alma la espantosa pena
Discurso ni razon ni cosa buena.

Cual estatua de piedra el monje estaba,
Sin movimiento y sin color, pasmado;
Cuando la luz pequeña que alumbraba
El aposento triste y asombrado,
Con una furia temerosa y brava,
De un turbion repentino arrebatado,
En humo espeso y negro fué resuelta,
Y en él se fué la triste cueva envuelta.

Solo Garin quedó en el campo abierto,
Del espanto primero conmovido,
Con el segundo bravo desconcierto
Del repentino desigual ruido;
Y junto á un grande pozo y al desierto
Camino que á la cueva le ha traido
Se vió Garin, y casi estuvo dentro,
Con la intencion, de aquel profundo centro.

Pero ya que el confuso desvarío
A la flaqueza humana sojuzgaba,
Y faltando del alma el santo brio,
A punto ya de ser rendida estaba;
Sin que supiese él cómo, el albedrío
De aquel peligro el paso retiraba
Al asombrado y flaco peregrino
A mano diestra por el buen camino.

Y como si de un ímpetu de viento
Contra su voluntad fuera llevado,
O si algun repentino encendimiento
Le siguiera con vuelo acelerado,
Vuelve á seguir el comenzado intento
Con prestos piés por el camino usado;
Y en breve tiempo llega al templo santo,
Y allí renueva su angustioso llanto.

Póstrase ante el altar de Magdalena
Con presuroso respirar rendido,
Al presto movimiento y á la pena
Que con tanta congoja le han traido;
Y sin poder hablar, y sin que apena
Se pueda aprovechar de algun sentido,
Pasmado se quedó, como si fuera
Voto ofrecido allí de tabla ó cera.

Así gran rato está; pero ya cuando
Se vino poco á poco recogiendo
El espíritu pobre, que volando
Andaba ya de su mortal huyendo;
Cual de profundo sueño despertando,
Rios de amargas lágrimas vertiendo,
Con sollozar tristísimo y amargo
Vuelve Garin de aquel desmayo largo;

Y dice con llorosa voz, salida
De un ronco pecho convertido en hielo:
«¿Quién trocó la esperanza de mi vida
En tan desesperado desconsuelo?
¿Qué mar, qué tierra podrá dar cabida
A quien así la niega el justo cielo?
¿Adónde iré ó qué haré, cuitado,
Tan miserablemente condenado?

»¿Es esta la dulcísima esperanza
Que con tanto cuidado me traia
A santa penitencia, y que en bonanza
El alto mar de mi dolor tenia?
Es esta aquella bienaventuranza
Que mi santo viaje prometia,
Yendo á los piés del Sumo Sacerdote
A demandar el saludable azote?

»Que cuanto la tremenda voz y horrible
De mí me ha dicho sea verdad sin duda,
En cuanto á quién yo soy y á la terrible
Culpa que de la gracia me desnuda,
Conozco ser verdad cierta, infalible;
Queda mi lengua contra ella muda;
Mas que á mi llanto falte en Dios clemencia
Tengo por dudosísima sentencia.

»Y así dudoso en esto, y no dudoso
En que Dios puede al pecador cuitado
Más perdonalle con amor piadoso,
Que pecar él con corazon trocado;
Teniendo de mi parte el congojoso
Dolor de haber en su camino errado,
¿Cómo puedo creer la irrevocable
Sentencia que esta voz dijo espantable?

»Pero ¿qué voz osar pudiera tanto,
Que con tanta certeza pronunciara
De parte del Jüez tan justo y santo
Sentencia tal, definitiva y clara?
En todo veo un mar de inmenso llanto;
Todo en dolor, en pena todo pára,
O sea el llanto que el perdon merezca,
O el que por tal sentencia se padezca.

»Y así, por tan intrínsecos cuidados,
Con miedo horrible, con temor horrendo,
Con dolores vivísimos, causados
De asombro tan atroz, tan estupendo,
Llorad sin descansar, ojos cansados;
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo;
Formad un mar inmenso en mí de pena,
Y la culpa anegad que me condena.»

Así lloraba, así su pena amarga
Con dolores vivísimos sentia,
Miéntras la noche triste, al triste larga,
El usado camino proseguia:
Al fin, juntado á la pesada carga
De tormentos que tanto le afligia,
Un sueño pesadísimo rindióle
Y el alma á sus fantasmas entrególe.

El triste sueño, grave y congojoso
Le trabó los sentidos trabajados,
Y al afligido espíritu cuidoso
Dejó solo en las penas y cuidados:
Allí del fuerte trance riguroso
Confusamente vió representados
Los pasados tristísimos horrores,
Los peligros, las penas y temores.

Y particularmente el sueño vano
Le representa aquel oscuro centro,
Aquel profundo pozo que en el llano
Al triste fué tan peligroso encuentro;
Y que le arroja con horrenda mano
Uno vestido de ermitaño dentro,
El cual era en el hábito el del monte,
Y en las manos y cara un Aqueronte.

Pero ya, cuando la amorosa estrella
Recogia su luz resplandeciente,
Y la rosada aurora, alegre y bella,
Salia por las puertas del oriente,
La vió en sueño salir, y á par con ella,
Pero más adornado y más luciente,
Un jóven vió salir, y que guiaba
Hácia el ardiente pozo donde estaba.

Dos alas hermosísimas batia
El bello jóven en el largo vuelo
Con que lijeramente descendia
Por el abierto iluminado cielo:
Severo el lindo rostro sí traia,
Mas echaba mil rayos de consuelo;
Y al afligido y mísero llegado,
Así le dice en tono sosegado:

«Levanta, no desmayes, persevera,
Esfuerza, no te rindas, cobra aliento;
Vuelve mas animado á la carrera;
Confía, y sigue tu primer intento.
Ya ves que vengo de la excelsa esfera,
Donde podrás tener eterno asiento;
No creas las pasadas ilusiones;
Dios oye los contritos corazones.»

No dijo más, sino alargó la mano,
Y al cabello la echó del que dormia,
Y del gran pozo por un paso llano
Tras sí le trae allí donde yacia;
Y luego el mensajero soberano
Vuelve lijero á la alta gerarquía:
Con el alma Garin le sigue alerto,
Entrar le ve, y hállase despierto.

Temblando, y el cabello espeluzado,
Se vió despierto ante el altar tendido:
Estuvo un rato así; pero animado
Y al discurso y razon restituido,
Siéntese internamente consolado
De un divino consuelo no entendido:
Tiernas lágrimas riegan sus mejillas,
Y dice así, lloroso y de rodillas:

«¿Qué hielo riguroso diamantino
Hará, Padre piadoso, resistencia
Al fuerte rayo de ese sol divino
De tu inefable altísima clemencia?
Animas á este pobre peregrino
A que prosiga y haga penitencia;
Abresle de tu gracia la ancha puerta;
Quieres, Señor, que viva y se convierta.

»Yo lo conozco verdaderamente:
Era ángel tuyo el que he visto yo ahora
Salir y entrar en el umbroso oriente
Por las doradas puertas de la aurora:
Ya siente el fuego de tu amor clemente
Esta alma tuya, que sus culpas llora,
Y se apercibe en tu servicio y nombre
A dar al traste con el viejo hombre.»

Así se consolaba, confirmado
En la verdad de la vision divina:
Desta suerte se anima, ya esforzado
Con aquella preciosa medicina:
En esto del oficio acostumbrado
La santa hora del alba se avecina,
Y entraron luego al santo ministerio
Los cultores del sacro monasterio.

Gimiendo siempre, siempre en tierno llanto
Pasó las horas del divino oficio,
Mostrando valerosamente cuánto
Vuelve ya á confiar de su ejercicio:
El que gobierna el monasterio santo,
Llegado al fin el alto sacrificio,
A Garin llega, y con amor le ofrece
Todo lo que conoce que merece.

Era Garin de aspecto venerable,
Aguileña nariz, enjuta cara,
Alegre vista, gravemente afable
Con humildad y con modestia rara;
Blanco, rubio, dispuesto y de agradable
Compostura, que daba muestra clara,
En amable apariencia, ser persona
Que de nobleza y cristiandad se abona.

Y así el monje prudente conociendo,
Luego en viendo á Garin, que merecia,
En su notable aspecto y reverendo,
Cumplida y amigable cortesía;
Hospedaje carísimo ofreciendo
Con palabras discretas de alegría,
Su voluntad, su celda y mesa ofrece,
Y él la caricia acepta y la agradece.

Van á la celda á entretenerse hasta
Que se llega la hora de la mesa,
Dando cuenta de sí la que le basta
A quien sus cosas con prudencia pesa;
Que almacen de palabras no se gasta
Adonde es dellas la razon turquesa,
Porque las saca solamente al justo
Con la verdad, con el provecho y gusto.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

Pinta la sacrosanta Eucaristía,
Y la alta concepcion inmaculada
Y la asuncion triunfante de María,
Y Magdalena á penitencia dada,
Y Agueda, que á la gloria el alma envia;
Y es la grande Judit aquí pintada:
Juntando sus dulcísimos primores
Pluma y pincel en versos y colores.

Era el sabio frances discretamente
Curioso, y lo mostraba su aposento:
Gozaba de las musas el ardiente
Fervor y afecto de divino aliento:
Con el arte de Apéles excelente
Adornada en igual compartimiento
La celda está, y entre el color diverso
Altos relieves de divino verso.

Enfrente de la puerta la pintura
Muestra á la vista con belleza y arte
El pan de ángeles santo, en la figura
Que el alto amor al hombre le reparte;
Y en un gran carro de triunfal hechura,
Cual los que ofrece el victorioso Marte,
Aunque de su soberbia no adornado,
En alto asiento de oro era llevado.

No feroces caballos saltadores
Tiran el carro con soberbia huella;
No muestran ruedas y armas los rumores
Ir levantando á la mas alta estrella;
No trofeos de humanos vencedores
Hacen la pompa más vistosa y bella;
Y no cautivos hombres esforzados
Van al divino carro encadenados.

Mansos corderos sosegadamente
Con paso humilde el santo carro tiran;
Suave són parece que se siente,
Con que los ojos al oido admiran:
Los trofeos del brazo omnipotente
Son tales, que á rendir el mundo aspiran,
Y los aprisionados, prisioneros
Del hombre, son los enemigos fieros.

Cinco eran estos en disforme traje:
Uno desnudo, en todo extremo feo;
Otro adornado de humanal linaje,
Con varias formas de pomposo arreo;
Otro revuelto en femenil ropaje,
Todo manando sensual recreo;
Otro en forma de bestia torpe y bruta;
Otro de huesos armadura enjuta.

Estos en sus prisiones diamantinas
Vienen detras al sacro carro atados;
Otras figuras raras y divinas
Ornan las anchas ruedas y los lados:
Cuatro bultos están en las esquinas
Con majestad altísima asentados,
Que son hombre, leon, águila y toro;
La fe es cochero en rico asiento de oro.

Pero como el frances discreto habia
Juntamente pintado el aposento
Para emplear tambien su poesía
Con celestial espíritu y aliento,
En este primer cuadro parecia,
Por admirable traza y ornamento,
El verso lleno de artificio y ciencia,
De quien es tal la altísima sentencia:

«El que no cabe en el inmenso cielo,
Y en breve humanidad cupo encubierto;
El que viste nacido en heno al hielo,
Y en cruz despues tras mil tormentos muerto;
El que, en manjar de celestial consuelo
Se da á las almas por su bien, cubierto,
Es triunfador del enemigo fuerte,
Del mundo y carne, del pecado y muerte.»

La dulzura del verso regalado,
La gala que en sus términos comparte,
Y el artificio bien considerado
Con que el alto concepto se reparte,
Fué el epigrama por Garin loado;
Y vuelto el rostro á la derecha parte,
Mira de la divina Virgen pura
La limpia concepcion puesta en figura.

Una doncella en perfeccion hermosa,
Del claro sol vestida y adornada,
Se muestra en la pintura artificiosa,
De doce estrellas de oro coronada;
Y una sierpe mortífera enconosa,
Abierta la cabeza y quebrantada,
Se ve tendida estar sin fuerza alguna
Ante sus piés, que estriban en la luna.

Al rededor de la figura santa,
Mostrando sus virtudes y loores,
Aquí un árbol se muestra, allí una planta,
Y allá un cerrado huerto con mil flores;
Allá un lucero, acá una fuente, y tanta
Diversidad de gracias y favores,
Cuanto el verso dulcísimo mostraba,
Que así la alta pintura declaraba:

«Alegre dia dió este sol hermoso,
Huyó la noche de esta luna llena,
Aseguró este norte el mar dudoso,
Con esta fuente fué la tierra amena:
Echó la muerte al centro tenebroso
La luz que al mundo dió esta luz serena,
Al tiempo que llegó el cumplido tiempo;
Que al tiempo se entregó el Señor del tiempo.»

Desta suerte los versos sonorosos
Muestran la virginal sacra pintura,
Juntando en sus secretos misteriosos
Heróica alteza y cordial dulzura:
Dos cosas que los mas artificiosos,
En la mas elevada compostura
Procuran con acorde melodía,
Para llegar al fin de la poesía;

Dos cosas en que fundan sus poemas
Los que la heróica gravedad imitan,
Con dulce voz cantando obras supremas
De ejemplos graves que á virtud incitan;
Y estos, para alcanzar nobles diademas
De eterno lauro, en todo se habilitan;
Pues si á lo dulce lo útil fuere junto,
En todo se tendrá el debido punto.

Vuelven la vista á la pared que enfrente
Está de la segunda que han mirado,
Donde ven el clarísimo oriente
De luz divina todo iluminado;
Y en él la puerta altísima patente,
Toda adornada de uno y otro lado
De los santos ministros celestiales
Y de sus cortesanos principales.

Estaban divididos en hileras
Aquellos admirables escuadrones;
Al aire tremolaban mil banderas,
Mil heróicos trofeos y pendones:
Mostraban ser suavemente fieras
Altas trompetas y marciales sones
Que en la boca, en las manos y á los lados
Traian puestos músicos alados.

Víase por entre estas maravillas,
Por este alarde altísimo triunfante,
Ser levantada á las más altas sillas
La humilde amada del excelso amante:
Ponen, por donde pasa, las rodillas
Cuantos la ven, en viéndola delante:
Al brazo de su Hijo va apoyada
La Virgen Madre, como tal honrada.

No hay pluma que al pincel artificioso
Pueda igualar en la sutil pintura;
Tan altamente muestra aquel glorioso
Y sacro triunfo de la Virgen pura:
Aquí del rico verso numeroso
La bien compuesta y fácil escritura,
Con el usado gusto y gallardía
Esto en breves razones contenia:

«La paloma sin hiel, la rëal ave
Que con sus soles mira al sol de hito;
La pertrechada y bella y rica nave
Que al mundo trajo el blanco pan bendito;
La que en su claustro con virginea llave
Tuvo y guardó encerrado al Infinito,
Paga á la muerte temporal tributo,
Y coge de la vida eterno fruto.»

Admirado Garin de la belleza
De la sutil pintura delicada,
Y de la majestad y sutileza
De la alta rima dulce y regalada;
Con devota y dulcísima terneza
Vuelve la vista alegre y consolada
Hácia la puerta, y á su diestra parte
Descubre otra riqueza de aquel arte.

De la santa patrona de la ermita
La penitencia el cuarto cuadro muestra:
Estaba la apostólica bendita,
De penitentes única maestra,
Con lágrimas mostrando la infinita
Constancia en la asperísima palestra;
Que así llamo la cueva peñascosa
Adonde ella quedó tan victoriosa.

No allí rubio color del oro fino
Mostraba el hermosísimo cabello,
Ni aquella tez de lustre diamantino
Se vía en las mejillas, frente y cuello;
Y no el color rosado peregrino
Hacia el tierno y dulce labio bello,
Ni en los hermosos ojos parecia
La luz que tantas almas encendia.

Encarnizados, tiernos y sumidos
Se ven los ojos, blandos y llorosos;
Cárdenos, levantados, denegridos
Están los labios, secos y escabrosos:
Es la tez de morados esparcidos
Con mortales colores espantosos;
Y color ceniciento y negro envuelto
Muestra el cabello, corto ya y revuelto.

Sobre la rigurosa peña dura
Está la Santa puesta de rodillas,
Regando en la santísima amargura
Con rios de los ojos las mejillas;
Y parecia en la sutil pintura,
Que, absorta en las divinas maravillas,
Decía el santo corazon contrito
Esto que estaba ante sus piés escrito:

«A tí, Señor, que con pasion tan fuerte
Esta alma inobediente redimiste,
A tí se humilla y llama y se convierte,
Con inmenso dolor turbada y triste:
Tú, que para trocar su amarga muerte
En dulce vida, al suelo descendiste,
Tú la recibe; á tí, Señor, la entrego;
Que es para verte tarde para luego.»

Desta suerte parece rëalmente
Que la muda pintura está diciendo;
Espíritu tan alto y tan vehemente
Le fué el pintor rarísimo imprimiendo:
Arrebatada de Garin la mente,
Con dulce y leve vuelo, fué leyendo
Los santos versos, y con llanto amargo
Volvió despues de aquel consuelo largo.

Van luego á ver el postrer cuadro, puesto
A la parte siniestra de la puerta,
Y descubren, en viéndole, un recuesto
De una grande montaña seca y yerta,
Y un tirano bravísimo dispuesto
A dar á un pueblo una doncella muerta:
El monte es Mongibelo, y el tirano
El cruel y torpísimo Quinciano.

La virgen santa, delicada y bella,
Es Agueda, y Catania el pueblo injusto:
Muéstrase del tirano la querella
Ser por no haber querido dalle gusto:
Vian de la bellísima doncella
Aquel cuerpo castísimo y augusto,
Con lastimosa muestra ensangrentado
Del tierno pecho con rigor cortado.

Y aunque de aquella tan cruel herida,
Y de duros azotes otras tales,
Está la virgen con rigor herida
Por mil furiosas manos infernales,
Su celestial belleza aun no perdida
Daba de sí mil rayos celestiales;
Todo lo cual moviera un tigre hircano,
Y el verso más, que dice así al tirano:

«Corta, tirano torpe, el tierno pecho
Con duro hierro en tu furor templado;
Haz que en sangre y en lágrimas deshecho
Quede este casto cuerpo delicado:
Pon esa virgen en el fiero estrecho
De cruel muerte, á que la has ya entregado:
Muestra en su mayor punto tu venganza;
Que ella muriendo la victoria alcanza.»

Así el cuadro postrero de pintura
Que la celda bellísima adornaba,
Aquel cruel martirio que asegura
Del fuego de Etna, al catanes mostraba:
La gala, el artificio y la dulzura
De la pluma y pincel Garin loaba,
Y con admiracion, gozo y contento
Acabaron de ver el aposento.

Y por ancha ventana, que de puerta
Para salir á un corredor servia,
El cual lindo jardin y bella huerta
Y montañas y mares descubria,
Ambos salieron, donde no desierta
En parte alguna la pared se via,
Sino adornada de otra sacra historia,
Digna de eterna y singular memoria.

De aquella dama tan hermosa cuanto
De santidad y de valor dotada,
Que la fiera cabeza que fué espanto
De tanto pueblo y tanta gente armada
Metió en Betulia, á quien libró del llanto
A que estaba del todo ya entregada,
La historia ilustra el corredor hermoso,
Por el mismo pincel artificioso.

Holoférnes se via en campo puesto,
De innumerable ejército seguido,
Grandes provincias discurrir, dispuesto
A que por dios su rey fuese tenido;
Y en este injusto y vano presupuesto
El juicio anegado y pervertido,
Se via pervertir pueblos potentes
Y anegarlos en sangre de inocentes.

Los montes de Ange, de altas fuerzas llenos,
Llanos se vian á su fuerza brava:
El Eufrates pasado, en sus amenos
Pueblos Mesopotamia le mostraba:
Desde Sicilia al mar los anchos senos
De páramos y valles ocupaba,
Sangre humana por todo y fuego horrendo
El inhumano idólatra vertiendo.

A los campos dulcísimos desciende
Del ameno Damasco á la cosecha,
Y mieses, viñas y árboles enciende,
Tala y destruye y por el suelo echa:
Destruir, asolar, hundir pretende;
Con él lástima ó ruego no aprovecha;
Temor infunde con su horrible guerra
Sobre cuantos habitan la ancha tierra.

Y el consejo de Aquior menospreciado,
Echándole de sí afrentosamente,
Se acerca al pueblo de Israel amado,
Sin temor de su Dios omnipotente;
Y amenazando al mundo con su airado
Hierro cruel y con su fuego ardiente,
Ea ancha tierra cubriendo cual langosta,
Llega á Betulia por su sierra angosta.

Cerco espantoso al triste pueblo pone,
Los valles y los montes ocupando;
Sobre las fuentes guardias mil dispone,
El agua importantísima quitando:
Así traza la empresa y la compone,
A la sed la victoria encomendando:
Salen los de Betulia, en arma puestos,
A defender fortificados puestos.

Pero la sed es enemigo fuerte,
A quien la humana fuerza no resiste:
Presente tiene inevitable muerte
El pueblo fiel, ó cautiverio triste:
A su Dios, Dios de ejércitos, convierte
Su espíritu, y cilicio y saco viste:
A su príncipe Ocía acude y culpa,
Y él del remedio trata, y se disculpa.

Pero entre estos efectos diferentes
Que el pincel sutilísimo mostraba,
De inmensa multitud de armadas gentes
Y de aparatos de la guerra brava,
Y de pasos tomados y de fuentes
Que el cruel defendia y agotaba,
Una dama bellísima se via
Que de Betulia á pelear salia.

A pelear Judit y á vencer sale;
Así es cierto, aunque en ella no parece
Arnes de acero y oro, que honra y vale
Al noble y fuerte que á vencer se ofrece:
De otro, á quien no hay alguno que se iguale,
Viene armada la dama, y resplandece
Santa virtud, heróica, incontrastable,
Invencible belleza incomparable.

Divina compostura jamas vista,
Celestial aire, soberana gala,
Que corazones y ánimos conquista
Y con santas victorias se señala:
Iman divino de la humana vista,
Por donde al alma gloria ofrece, y dala
Cuanto beldad humana daria puede,
Y cuanto al alma en tierra se concede.

De piedras preciosísimas con oro,
Con esmaltes y perlas variadas,
Ropas de seda y plata que un tesoro
Muestran valer, traia matizadas:
Alto diadema con rëal decoro,
Anillos y collares y arracadas
Le adornan con bellísimas parejas
Cabeza, manos, pecho, cuello, orejas.

Al alma santa de virtud ornada,
Que ser hermosa en perfeccion desea,
Cuerpo de perfeccion tan señalada
Divinamente adorna y hermosea;
Y al cuerpo de beldad tan acabada
Haciendo vistosísima librea,
Fortuna la riqueza inmensa ofrece
Que en el alto ornamento resplandece.

Los poderosos bienes de fortuna,
Sobre los altos bienes naturales,
Levantan sobre el cerco de la luna
Los pensamientos y ánimos mortales:
No ve á la gran Judit persona alguna
Que con mil bendiciones celestiales
No alabe al Hacedor, que en tal hechura
Mostró su omnipotencia y su figura.

Y el Señor, que llevaba al hecho grande
La santa y hermosísima señora,
Le infunde gracia, ó hable ó mire ó ande,
Con virtud que almas rinde y enamora;
Porque, aunque en componerse se desmande
La viuda tan curiosamente ahora,
Pende de alta virtud heróica y pura,
No de otra causa, aquella compostura.

Y así el Señor le da que cuantos ojos
Contemplen su belleza y ornamento
Le rindan vasallaje y dén despojos,
Sujetándole el alma y pensamiento:
Destierra, por do pasa, los enojos;
Da, donde llega, celestial contento:
La puerta Ocías manda se le abra;
Sale sola Judit con su fiel Abra.

Admirados mirándola, y al cielo
Los ojos y las manos levantando
Los de Betulia quedan, su consuelo
Por medio de Judit sola esperando:
Muestra el pincel el santo afecto y celo
Con que parece estaria encomendando
El clero, el pueblo y las hebreas madres
Al alto Dios de sus antiguos padres.

Mas adelante, al fin, la heróica dama
Se muestra descendida ya del monte,
Al tiempo que del sol la viva llama
Comenzaba á ilustrar el horizonte,
Del fresco y rico aljófar que derrama
La alegre mensajera de Argifonte
Sembrado el hermosísimo cabello,
Que el cielo parecia componello.

Por los exploradores parecia
Presa Judit, y luego en la ancha tienda
Del príncipe Holoférnes se ofrecia
Cual admirable, rica y rara ofrenda:
La inmensa admiracion que en él ponia
El arte muestra, y hace que se entienda
Ser al momento preso de su vista,
Sin que en él haya cosa que resista.

Víase entralla en su real tesoro,
Al fiel eunuco Vagao entregada,
Do parece en castísimo decoro
Ser y en su gusto y religion guardada:
Luego entre vasos de altas joyas y oro
Grande cena se muestra, y ser sacada
La santa dama, más que nunca linda,
Do el encendido príncipe la brinda.

El Príncipe, encendido y abrasado
En dos ardientes fuegos infernales:
Amor el uno, amor, el engendrado
De torpes apetitos sensuales;
El otro el vino, el vino, en vicio usado,
Que causa tantos, tan infames males:
A injusto amante el justo incendio vino,
Y á quien quitaba el agua abrasa el vino.

Tras esto, el caso heróico, el alto hecho
Subidamente al vivo parecia,
Do con su espada el bárbaro, en su lecho
Durmiendo, á manos de Judit moria,
Cortada la cabeza, que en estrecho
Zurron la diestra y fiel Abra ponia,
En tanto que la heróica dama, donde
El cuerpo yace, entre el dosel le esconde.

Ya fuera de la grande tienda, y fuera
De los alojamientos caminando,
Cual si á rezar, como solia, fuera,
Se ven las dos que el valle van girando;
Y á la puerta llegada donde espera
Betulia, de su vuelta ya dudando,
Desde algo léjos á la guardia alerta
Muestra decir Judit: «Abrid la puerta.»

Cercada de su pueblo ya gozoso,
Puesta en alto con grande luminaria,
La fuerte diestra en modo victorioso
Alzando la cabeza temeraria,
El hecho cuenta, y da el ardid famoso
Para vencer la gente infiel contraria,
Dando gracias, loor, honor y gloria
Al gran Dador de aquella gran victoria.

Mostraba en otra parte la pintura,
El cielo arrebolado ya y sereno,
Descubrir el adorno y hermosura
Del monte fértil y del valle ameno,
Y la admirable forma y compostura
Del campo militar, de espanto lleno
Cuando en tu muro; oh pueblo fiel! discierncs
Colgada la cabeza de Holoférnes.

Y desde él, con altísimos clarines
Arma tocando en levantado grito,
Hasta los aledaños y confines
Llegas de aquel ejército infinito,
Donde cumplido ves con tristes fines
Del pensamiento de Judit bendito
El fin alegre de su excelsa gloria,
Poniéndote en las manos la victoria.

Esta se vía retratada tanto,
Que á quien la mira atentamente infunde
Horror y asombro tal, grima y espanto,
Que turba los sentidos y confunde:
Muerte cruel en su profundo llanto,
Sin quedar hombre, el fiero bando hunde,
En mar de sangre el campo infiel convierte,
Y en altos montes de hombres muertos muerte.

Y aquí era el fin de la sutil pintura
Que en los dos lados de la puerta estaba,
Sobre la cual se vía la figura
De Judit, y debajo se mostraba
Que un epígrama en dulce compostura
La bendecia y la solemnizaba,
Y al alto Dios omnipotente en ella,
Cual obra de su mano rica y bella:

«Tú, de Jerusalen gloria y consuelo,
Tú, de Israel altísima alegría,
Tú, honor de nuestro pueblo, cuyo celo
Hizo viril tu pecho y osadía;
Porque tu castidad en su alto vuelo
Te tuvo siempre el alma santa y pia,
Te confortó la mano omnipotente
Y serás bendecida eternamente.»

Y casi al mismo punto que acabaron
De ver la alta pintura delicada,
Diligentes ministros allí entraron
Con la comida sobria y regalada:
A la naturaleza recrearon
Con ella y con la siesta reposada:
Del templo y su cultor Garin tras esto
Se despidió, y partió con paso presto.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

De Provenza, de Génova y Toscana
Pasa la armada á su placer la costa,
Hasta que ya metida en la romana
Temida playa, al puerto ya se acosta;
Pero la contrapuesta tramontana
Estorba en él tomar segura posta,
Y al mar arroja al monje la tormenta,
Por quien solo se causa y se acrecienta.

Por el mismo camino trabajoso
Que pasó en noche oscura el ermitaño,
En dia claro vuelve, receloso
Aun casi del pasado fiero engaño:
Recibióle en galera el generoso
General, dando con aplauso extraño,
Como sabio señor, debida muestra
De amar la alta virtud que Garin muestra.

Aquella noche, cuando el estrellado
Nocturno carro á la mitad estaba
De su lácteo camino, que empedrado
De lucientes estrellas se mostraba,
La fuerte escuadra, tras el són usado
Que el sonoro clarin al aire daba,
El fuerte ferro zarpa, el puerto deja,
Y con próspero tiempo dél se aleja.

Un blando y fresco viento de poniente
Hinche las velas de la alegre armada,
Con que volando regaladamente
Va por el agua blanca y sosegada:
Sale el dorado sol del alto oriente
Tras la alba de mil flores adornada,
Y con su luz se ve á la diestra mano
El mar inmenso, claro, alegre y llano.

Alegre vista el piélago espacioso,
Cuando manso, se ofrece al navegante;
Pero triste es al ver y temeroso
Cuando revuelto, fiero y resonante:
Ahora al claro rayo del hermoso
Planeta que asomaba por levante,
Alegre vista le es en su derrota
A la napolitana ilustre flota.

La cual ya á la siniestra va dejando
A la noble Provenza largo trecho,
Y á Niza y Villafranca, y acercando
A Génova se va con viento hecho;
Del cual el sabio general gozando,
Lleva el viaje próspero derecho
Por el seguro mar claro y abierto,
Sin tomar en Liguria playa ó puerto.

El viento dura, y dél no se recela
Aquella noche ni se tiene injuria;
La fuerte escuadra dulcemente vuela
Por el alegre golfo de Liguria:
Alta la entena, llena la ancha vela,
Sulca al amanecer el mar de Etruria,
Por parte donde claro se divisa
El fértil Arno y la estudiosa Pisa.

No calma el viento con el sol; la luna,
A la tarde saliendo, calma el viento;
Pero sin ser enojo de fortuna
Vuelve luego más largo y más violento;
Y á Montenegro y á Liorna y Luna
Deja la armada atras, y de su intento
No cesa, ni al venir del nuevo dia
Cesa tampoco el viento y larga via.

Descubre al claro sol la alegre armada.
Siempre con la bonanza favorable,
La ribera de Sena regalada
Y Pomblin en metales admirable:
Hace dichosamente su jornada;
No siente la fortuna variable;
Mas ¡ay fortuna! entónces más os temo
Cuando en favorecer haceis extremo.

Hasta la playa del romano Tibre
El dulce tiempo, al fin, la armada lleva,
Libre del tempestoso mar y libre
De sentir contra sí fortuna nueva;
Mas cuanto el riguroso azote vibre
Cuando dél hace señalada prueba,
Y en cuanto en hacer bien se mide y cuadra,
Allí le muestra á la contenta escuadra.

Mas ¿á qué llamo yo fortuna en esta
Mudanza que en el mar y el viento ahora
Sus furores fortísimos apresta,
Y se ofrece bravísima á deshora?
Es ira, es furia del infierno puesta
Contra Garin con saña matadora,
Para estorbar con áspero rodeo
El fin de su santísimo deseo.

A vista estaban ya de la ancha boca
Del fértil, espumoso y sacro rio,
Y el remo ya sus turbias aguas toca
Con gozo inmenso y con inmenso brio;
Cuando con furia arrebatada y loca
Y con un repentino desvarío
Al mar se arroja inesperadamente
El seco y frio bóreas inclemente.

Desciende con tal furia y tal rüido
Del Artico hemisferio el fiero viento,
Alza tanto el bravísimo bramido
Del alto mar, revuelto en un momento,
Causa tal rechinar y tal gemido
En el seco bajel hasta el cimiento,
Que la esperanza y el color de vida
Llevó á la gente en su veloz corrida.

Lleva al primer encuentro riguroso
Los árboles y velas del trinquete,
Y revuelto, soberbio y espantoso
Arrebata tendal y tendalete:
Vista su furia, el cómitre cuidoso
Con fiero imperio fuertes remos mete;
Tomar el puerto con su fuerza tienta,
Y proejar contra el soberbio intenta.

Estaba el puerto de Ostia tan vecino,
El remedio del mal tan cerca estaba,
Que, á ser ménos furioso y repentino
El fiero viento en su soberbia brava,
Le tomara en tres horas de camino,
Segun la fuerte gente proejaba;
Mas fué del viento tal la airada fuerza,
Que en vano en esto el cómitre se esfuerza.

Vuelven al fin las proas, ya rendidos
A las contrarias ondas rigurosas,
Dando á sus altos montes impelidos
Las popas, de aquel daño recelosas;
Y al que impele estos montes dan tendidos
Los cortos treos, y con presurosas
Y hábiles manos hacen todo cuanto
Hacer conviene al peligroso espanto.

La inútil gente va sota cubierta,
Sintiendo en ir allá pena infinita,
Y en el escotillon ó angosta puerta,
El paso al agua el calafate quita;
Ni cantareta, ni rehendija abierta
Deja que el paso al respirar permita:
Allí quedan los tristes sepultados,
De mil varios rumores atronados.

Quiere el cómitre diestro á diestra mano
Tomar tierra á pesar del bravo viento,
Orzado ya el timon; mas es en vano
Este su conveniente pensamiento:
Crece el soberbio bóreas inhumano,
Con soplo tan veloz y tan violento,
Que si orcear el cómitre procura,
Es dar consigo en la mortal hondura.

Por no anegarse, al fin, en popa toma
Al bravo viento el triste marinero;
Y á tiempo bueno fué, que veis do asoma
Más fuerte y largo, más furioso y fiero:
Ya en el golfo bravísimo de Roma
Dobla cruel el ímpetu primero,
Y de sus aguas hasta el horizonte
Va levantando monte sobre monte.

Por puntos va creciendo el espantoso
Y soberbio soplar de tramontana,
Cuando en el alto golfo peligroso
Los tiene la fortuna ya inhumana;
Y va subiendo el bravo mar furioso
Hasta la luz de donde el dia mana,
Ante la cual, con su violenta priesa
El viento mil nublados atraviesa.

Hasta la noche los trabaja solo,
Con rigurosa y áspera porfía,
El fiero viento del cercano polo,
Con bravo soplo opuesto á mediodía;
Mas cuando ya la clara luz de Apolo
Al ocaso turbada descendia,
Saltan, á su furor y rabia iguales,
Sus dos ministros y colaterales.

El furioso aquilon y el bravo coro
Al espantoso bóreas se juntaron,
Al tiempo que en poniente el carro de oro
Los caballos del sol somorgujaron;
Y de suerte la armada al suelo moro
Los tres airados soplos aguijaron,
Que va ménos furiosa la saeta
Y más espacio el volador cometa.

Pudiera con alguno destos vientos
Tomar para las islas la derrota,
Y alcanzar de salvarse sus intentos,
Con fuerza y arte, la afligida flota;
Pero fuéron tan fuertes, tan violentos,
Que ni vale timon ni sirve escota
Para volver en la furiosa via
La proa, ya encarada á Berbería.

Demas que tras la noche temerosa
Y el nuevo asalto de maestre y griego,
Vino una nube espesa y tenebrosa,
Abierta á ratos de espantoso fuego,
Que aumentó la tormenta peligrosa,
Y dejó el mundo horriblemente ciego,
Confundiendo en mil truenos y rüidos
Al experto piloto los sentidos.

Y bien que á la escondida luz atento,
En la brújula y carta está mirando
El variar ó el porfiar del viento
Y adónde su rigor los va arrojando,
Y con sus conselleres, con gran tiento,
Está varios remedios consultando;
Por más que los intente, no aprovecha
En tormenta tan áspera y deshecha.

¿Quién el rumor del alto mar furioso
Podrá explicar, y el fuego y el rüido
Del encendido rayo presuroso
Y de su ronco trueno suspendido?
Quién podrá retratar el riguroso
Soplar del raudo viento embravecido?
Y ¿quién, entre terror y asombro tanto,
Del ardiente relámpago el espanto?

Y ¿quién dirá la grima y sobresalto
Que en los humanos ánimos infunde
Ver al flaco bajel subir tan alto,
Que entre las negras nubes se confunde,
Y que de allí con tan horrendo salto
En el profundo piélago se hunde?
¡Oh corazon de piedra, oh duro acero,
Tú que sulcaste el fiero mar primero!

Que te fiaste con un frágil pino
De tentar el furor del viento airado,
Y de enfrenar el ímpetu marino
Cuando está más de rabia y furia armado:
¡Oh duro corazon diamantino!
¿Qué temerás, si con la muerte al lado,
Entre el fiero temor de tantas cosas,
Te fiaste á las aguas tempestuosas?

La capitana, que al volver la prora,
En el furor primero fué postrera,
En padecer la mayor furia ahora,
Aunque va tras de todas, es primera;
Y aunque la causa en realidad se ignora
De ser mayor el mal de esta galera,
Garin parece que la descubria
Cuando, gimiendo en medio dél, decia:

«Echenme al mar, como otro Jonas, luego,
Que por mí se levanta esta tormenta,
Si quieren ver el mar puesto en sosiego,
Y reparar esta mortal afrenta:
Apague esta agua de mi torpe fuego
Aquel ardor que el alma me atormenta;
Que no ménos conviene que tanta agua
Para apagar aquella ardiente fragua.

»No ménos que ancho mar de inmensa altura,
De amargas aguas con furor movidas,
Debe y puede apagar fuego que apura
Y pone en riesgo tal eternas vidas:
Formen pues mar inmenso de amargura
Lágrimas de suspiros conmovidas,
En el alma infeliz que fué un compendio,
Con fuego tal, del infernal incendio.

»Estas movidas aguas espantosas
Y estos vientos airados y revueltos,
Que entre tan bravo horror de obras dañosas
Tienen cuerpos y espíritus envueltos;
Sus fieras semejanzas temerosas,
Sus aspectos á asombro y grima vueltos,
Si tales por mí están en el abismo,
De mi grave dolor forman lo mismo.

»Horror, asombro, pasmo, grima, espanto
En mi afligido corazon imprime
La horrible vista deste mar, que tanto
Estos bajeles con su furia oprime;
Solo por el dolor intenso y llanto
De aquel fuego infernal á que rendíme,
Que irreparable me le representa
En modos mil esta mortal tormenta.

»¿Qué reparo ha de haber á culpas tales,
Muriendo aquí tan sin satisfacellas?
Qué esfuerzo en los espíritus vitales
Para advertillas bien y componellas?
¿Quién diligencias hacer puede y cuáles
Entre tal confusion y tanta dellas?
¿Con qué piensa esta gente miserable
Contrastar este mar incontrastable?

»¿Quién diligencias para el alma puede
Hacer aquí como convenga al alma,
Si apenas hay quien satisfecho quede
De que las hace en muy tranquila calma?
Mas, aunque así tanto contrario vede
Al alma aquí la deseada palma,
Con inmenso dolor y intenso lloro
Tu infinita piedad, mi Dios, imploro.»

En un rincon de la ancha popa estaba
Con baja voz diciendo el peregrino
Tales lamentaciones, con la brava
Y triste angustia del rigor marino;
Cuando del mar, que por el cielo andaba,
Un alto inmenso golpe repentino
Pasó de popa á proa la galera,
Y al monje se llevó en su furia fiera.

Estaba casi el triste sin sentido,
En su congoja atónito y turbado,
Ni á parte alguna con la mano asido,
Ni en tabla ó soga ó hierro asegurado;
Y así fué fácilmente el afligido
De la galera al bravo mar sacado;
Al bravo y alto mar, que de sí mismo
Le abrió para tragarle un ancho abismo.

¡Oh peligros crueles, rigurosos,
Que en tantas formas el linaje humano
Perseguis con rigores tan furiosos,
Con tan pesada y tan violenta mano!
Oh fieros enemigos poderosos,
Que el gran rencor del infernal tirano
Mostrais con sus fortísimos aceros!
¿Quién podrá resistiros y venceros?

La humana débil fuerza, enflaquecida
Con mil culpas enormes detestables,
De tan fuertes contrarios combatida,
¿Qué vencimientos puede dar notables?
¡En tan pequeño término de vida
Tantas cosas tan varias y espantables,
Tantos peligros y temores, tantos
Sobresaltos bravísimos y espantos!

Hombre, ¿qué sientes, qué te ensoberbece?
¿Hay miseria, por dicha, hay desventura
En que cada momento no tropiece,
Y aun caya, tu torpísima locura?
Lo que este siglo engañador te ofrece,
¿No ves que es amarguísima dulzura?
Vuelve los ojos, mira el claro cielo;
No te engañen las máscaras del suelo.

Las lisonjas, los cargos, la riqueza,
Los regalos, los gustos, las dulzuras,
Los linajes, las gracias, la belleza,
Los descansos, las prósperas venturas,
No te engolfen, mezquino, en la braveza
De su revuelto mar de desventuras,
Porque no embista por tu mal gobierno
Tu rota barca en rocas del infierno.

¿No te escarmientan, dí, tantos castigos
De la mano justísima enviados,
Los prósperos sucesos de enemigos,
La perdicion de reinos y de estados,
Las pérdidas de deudos y de amigos,
Los continuos tormentos y cuidados,
Tu descontento eterno y tus ofensas?
¡Oh ciego! Oh vano! Oh mísero! ¿En qué piensas?

Si un Garin, que con llanto tan vehemente
Sus culpas llora tan arrepentido,
Tan lleno de dolor y amor ardiente,
Ves de tantos trabajos afligido;
¿A qué levantas tú la altiva frente?
A qué te muestras ensoberbecido?
Templa ese brío, humíllate, y convierte
El alma á Dios con miedo de la muerte.

Trino Señor, que con amor tan grande
Amas mi alma, humilde te suplico
Le des favor con que en tus sendas ande,
Porque la lleven á su asiento rico:
Haz, poderoso Rey, que rija y mande
En ella la razon; que á mí me aplico,
A mí me digo lo que al hombre digo,
Contemplando tu premio y tu castigo.

Y mirando la altísima clemencia,
Dulce Señor, que con Garin usaste,
Pues, á pesar de la infernal potencia,
De en medio de mil muertes le sacaste,
¿Qué no puede, Señor, tu omnipotencia?
Al sordo, airado y bravo mar mandaste
Que, libre de la muerte, diese sobre
Otra galera con el monje pobre.

Y obedeciendo el mar tu mandamiento,
Una gran parte dél, furiosa y alta,
Con Garin casi muerto, en un momento
Sobre otra fusta fluctuante salta;
Y con pequeño golpe y movimiento
Allí le deja, y riguroso asalta
Otro bajel, y desde proa á popa
Rompe y abate cuanto encuentra y topa.

Como incitado del humor adusto,
Suele representar sueño pesado
Triste vision, que con cuchillo injusto
Separa el alma de su cuerpo amado;
Y tras aquel gravísimo disgusto
Despierta el hombre ansioso y congojado,
Con duda (tal fué el sueño triste y fiero)
Si fué caso soñado ó verdadero;

Así queda Garin, del riguroso
Trago cruel de amarga muerte lleno,
Triste, turbado, atónito y ansioso,
Casi del todo de sí mismo ajeno:
Un rio por la boca echa furioso
Del mar que tiene en el hinchado seno,
Tras mil arcadas y ásperos rigores
De crueles tormentos y dolores.

El cuitado Garin, al fin, tendido
En el batel quedó, que siempre estaba
En su lugar y á su barbeta asido,
Con la gente ordinaria que alojaba;
Y allí, desconsolado y afligido,
Con Dios su flaco espíritu esforzaba;
Y en tanto la asperísima tormenta
La brava furia y fiero espanto aumenta.

Ya la segunda noche temerosa
Las negras sombras sobre el mar tendia,
Despues que la tormenta rigurosa
Las frágiles galeras combatia;
Y más fiera, revuelta y tenebrosa,
Que la que precedió al segundo dia,
Sus espantos gravísimos ofrece,
Con que la confusion terrible crece.

Más truenos, más relámpagos, más viento,
Mayor escuridad, mayor ruido,
Más cansancio, más pena, más tormento,
Y mayor turbacion, grita y gemido,
La fiera noche con rigor violento
Consigo trajo al cómitre afligido,
Cuyo mandar, ó sea silbando ó sea
En voz, no llega al fin que se desea.

No se muda jamas un solo punto
El septentrional viento espantoso,
Y con sus dos colaterales junto,
Siempre alterando más el mar furioso,
Al triste pueblo, casi ya difunto
En la esperanza de alcanzar reposo,
Lleva derecho por el alto lago,
A dar donde ya fué la gran Cartago.

Cuando de nubes lóbregas y escuras
Salia el tardo sol todo cubierto,
A los tristes por tantas desventuras
Dando del tercer dia aviso cierto,
Descubren los pilotos las alturas
De los montes que dan seguro puerto
En medio de Biserta, y del collado
Que Dido vió á su gusto edificado.

Usan allí toda la fuerza y arte
Los marineros tristes y cansados
Para guiar las proas á la parte
Que ofrece el puerto alivio á sus cuidados:
La galera que lleva el estandarte,
A pesar de los vientos enojados,
Ya el puerto toma, y de la estrecha boca
Las no tan removidas aguas toca.

Otras ocho tras ella, una á una,
Al puerto, aunque enemigo, deseado,
Las echa, ya clemente, la importuna
Furia del alto mar y viento airado:
Solo sintió el rigor de la fortuna
La galera en que el monje habia quedado,
O fuese caso, ó furia del infierno,
Para gloria mayor del Rey eterno.

En unas peñas que á la misma boca
Del puerto estaban embistió el navío,
Llevado del furor con que provoca
El viento á irremediable desvarío;
Y en una apénas con la quilla toca,
Apénas da sobre el cruel bajío,
Cuando, cual si de frágil vidrio fuera,
Quedó rota y perdida la galera.

Allí se vió la lástima en su punto,
Allí la muerte rigurosa y brava
Se vió fiera traer consigo junto
Todo lo que en el mundo más la agrava:
Allá muriendo uno, acá difunto
Otro de un fiero golpe se mostraba,
Otro sobre un madero allí forceja,
Y contra el bravo viento y mar proeja.

Los míseros esclavos y forzados,
A los ramales de cadena asidos,
Tristemente se vian anegados,
Del fiero mar acá y allá traidos:
Los diestros marineros esforzados,
Con propios piés y manos impelidos,
Triunfan del bravo mar osadamente,
Pero no de la muerte más potente.

Las tablas, los pedazos de maderos,
Y los troncones de árboles y entenas
Sacaban á los fuertes marineros
Con fiero golpe el alma por las venas:
Ya los últimos tocan los primeros,
Y aquellos, casi ya secas arenas,
Cuando una recia tabla ó viga gruesa
Con mortal golpe entre ellos se atraviesa.

Estos, que en las faenas se intrincaron,
Y el capitan de la galera junto,
Como los que cadenas anegaron,
Pasaron deste mal al mayor punto;
Que otros al bien allí que no esperaron
Se vian pasar en un instante ó punto,
Aunque causando en todo en varios modos
Varios tormentos la tormenta á todos.

Los infantes que lleva esta galera,
Y el alférez que en ella los regia,
Allí tambien siguiendo su bandera,
Muestran su obligacion y valentía:
El alférez, nadando, en tal manera
Valor les dió con ella en su agonía,
Que victoriosos desta brava guerra,
A pesar de la mar tomaron tierra.

Pero al triste Garin, desta segunda
Mortal congoja, ¿quién le saca y libra?
Quién le solivia porque no se hunda?
Cómo en el agua ó aire el cuerpo libra?
Quién á su ruego y oracion segunda,
Y en su favor alguna fuerza vibra?
¡Oh poderoso Dios! vuestra clemencia
Le oye y le libra, y muestra su potencia.

Dije que en el batel estaba el triste
Despues de aquel primer peligro extraño;
Ahora pues que la galera embiste
En el bajío con tan grande daño,
En el pequeño esquife se resiste
Aquel peligro, mas con desengaño
De ser fuerza del cielo manifiesta
Contra el infierno por el monje puesta.

En seco dió, más de seis pasos fuera
Del riguroso mar, la corta barca,
Quitando al triste monje de la fiera
Y brava mano de la airada parca:
Vueltos los ojos él á la alta esfera,
Sin hablar rinde al celestial Monarca,
Con el contrito corazon cuitado,
Las gracias á que está tan obligado.

Y ya con más esfuerzo y más consuelo
Tras la contemplacion humilde y santa,
Besando con mil lágrimas el suelo,
Asienta en él la una y otra planta,
Y al puerto va con otros que del cielo
Alcanzaron, cual él, ventura tanta,
Que del naufragio mísero escapasen
Y tan grande peligro contrastasen.

Fué recibido en la real galera
Con gran gozo de todos; pero Alberto,
De quien con tierno amor llorado era,
Dió dél allí más claro indicio y cierto:
Quiso saber del todo la manera
De haber llegado á salvamento al puerto,
Habiendo sido ante él arrebatado
Del alto mar, y al centro dél llevado.

A todo satisfizo el ermitaño,
Alabando al Señor, cuya clemencia
Mostró en el fiero irreparable daño
Su infinita piedad y omnipotencia:
Admiró al General el caso extraño
Y á todos; y con santa reverencia,
Por tan nuevo suceso y admirable,
A Garin tienen por varon notable.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Salta en Portofarin la gente en tierra
Por agua y leña, tras la gran fortuna,
Y un bárbaro cosario en fiera guerra
Con poder y arrogancia la importuna;
Mas el poder y la arrogancia atierra
La virtud y razon, hechas á una
En la mano dichosa del valiente
Florel, venido misteriosamente.

Despues que Alberto con Garin, gozoso,
Un espacio pequeño se entretiene,
Donde trabaja el cómitre cuidoso,
Con diligencia cuidadoso viene,
Y del seguro puerto y espacioso
Hace tomar la posta que conviene,
Y dar órden tras esto que la gente
Del trabajo asperísimo se aliente.

Estaba el sol en la mitad del cielo
Cuando la armada en este punto estaba,
Y despejado el africano suelo
De gente mora al General mostraba;
El cual con vigilante aviso y celo
Ya el órden conveniente consultaba
Para saltar en tierra, y que la armada
Fuese del daño inmenso reparada.

Para lo cual, habiendo sido tanto
El daño general de los bajeles,
Y faltándoles agua y leña y cuanto
Hacen faltar tormentas tan crueles;
Siendo forzoso despalmar, si tanto
Lugar le dan los bárbaros infieles,
Resuélvese en sacar la gente armada,
Y que esté en escuadron fortificada.

Y aunque desde galera descubria
Los montes y los valles y laderas,
En tierra manda echar experta espía
Que lo mire y advierta más de véras:
Luego manda aprestar la infantería
Que tiene repartida en las galeras,
Que es su guardia ordinaria, mil soldados
Por cinco capitanes gobernados.

Es sobrino de Alberto el uno, Almonte
del Pó llamado, fuerte y valeroso;
El otro el florentin Alcimedonte,
Y de Palermo el bravo Sinforoso;
Los otros dos de Nápoles, Oronte,
Y Filadelfo, jóven generoso,
A quien Marte y Apolo, en gloria suma,
Daban ora la espada, ora la pluma.

Estos cinco famosos capitanes
Sacan su gente plática y briosa,
Algo aliviada ya de los afanes
De la brava tormenta peligrosa:
Ya tienden las banderas los galanes
Alféreces, la caja belicosa
Ya á recoger á toda priesa suena,
Aunque la toca el atambor apena.

Con bajo són, las cajas destempladas,
Recogen la feroz gente de guerra,
Por no alterar con altas algaradas
La sosegada gente de la tierra:
De las agudas proas acostadas,
A la falda más llana de una sierra
Sale la armada gente ya, por anchas,
Para aquel menester, capaces planchas.

Alberto era el primero que salia,
Y tras él sale su sobrino Almonte,
A quien sigue una brava compañía
De gente agreste del Vesubo monte:
Al mismo tiempo en tierra la ponia,
Con gente de Salerno, Alcimedonte,
Y con napolitanos, Sinforoso,
Y Oronte, y Filadelfo valeroso.

Es sargento mayor Ulisio fuerte,
Un varon de valor discreto lleno,
Descendiente del hijo de Laerte,
Y en nada á su mayor menor ni ajeno:
Este, para que en órden se concierte
La gente, visto del infiel terreno
El llano, el monte, el valle y las laderas,
Ordena, traza y forma las hileras.

Hace tres escuadrones de la gente,
Guarnecidos de diestros tiradores,
Mostrando cada cual en la ancha frente
Largas picas de armados contendores:
Marchan luego con paso diligente
Para el bosque á la sorda, sin rumores:
Tras ellos sigue chusma de los fieles
Con hachas y barriles y cordeles.

Estaba el sol en medio del camino
De la mitad postrera de su via,
Cuando se vió la gente en el vecino
Bosque, donde agua y leña pretendia;
Y ya el robusto roble y alto pino
Con recio golpe la segur heria,
Y de altos pozos que en el campo estaban,
A sacar agua dulce comenzaban;

Cuando, como si hubiera allí sembrados
Por Cadmo dientes de la sierpe airada,
Una gran banda de árabes armados
Apareció con súbita algarada,
Y de flechas y dardos arrojados
Les dió una carga súbita y pesada,
Entrando con tropel bárbaro y fiero,
Aunque muy fuerte, el escuadron primero.

No dejó de alterar á nuestra gente
El no esperado acometer furioso,
Aunque Alberto y Almonte osadamente
Mostraron bien su esfuerzo generoso:
El sargento mayor, diestro y prudente,
Al segundo escuadron manda animoso
Que entre al socorro del primero, y manda
Que corte el otro la enemiga banda.

De doscientos soldados de galera
Y los doscientos del Vesubo monte,
Nuestro fuerte escuadron primero era,
Adonde van el General y Almonte;
Y todo, aquella gente airada y fiera,
Salida, al parecer, de Flegetonte,
Le descompone, rompe y desbarata,
Y á más de cien soldados hiere y mata.

Alcimedonte y Filadelfo tienen
El escuadron segundo con su gente,
Los cuales, animosos, contravienen
Al furor de la bárbara corriente,
Cuyo soberbio arremeter detienen,
Mostrando cada cual honradamente
La fuerza que conviene y la prudencia
Para tan peligrosa resistencia.

Por otra parte Oronte y Sinforoso,
Como mandó el sargento, acometieron
Arremetiendo al escuadron furioso
Por el lado más cómodo que vieron;
Y con esto su fuego belicoso
De tal manera todos encendieron,
Que suben de sus llamas las centellas
Hasta al que las reparte á las estrellas.

Un moro armado de luciente malla
Casi desde los piés hasta la frente,
Es el que pone en la cruel batalla
El primero de todos fuego ardiente:
Rompe y abate todo cuanto halla,
Cual grande y furiosísima creciente,
Con un pesado alfanje damasquino,
Contra quien no hay acero fuerte ó fino.

Llámase el fiero moro Tulipante,
Nacido entre leones y criado,
De miembros y estatura de gigante,
De corazon más que de tigre airado:
Robusto y fuerte, bravo y arrogante,
Sagaz y diestro, suelto y alentado,
Ladron furioso en tierra y temerario,
Y en mar astuto y singular cosario.

Este abre calle á su escuadron, y pasa
Por el del general á pura fuerza;
Este con raudo curso le traspasa,
Sin que por nadie le detenga ó tuerza;
Este á su gente de valor escasa
Con sus obras bravísimas esfuerza;
Este mata á Leandro y á Timbreo,
Y al jóven Claudio y viejo Clodoveo;

Cuatro soldados que ornamento y gloria
De Taranto, su patria ilustre, fuéron;
Donde con lastimosa y triste historia
Segunda vez por muerte tal nacieron,
Quedando en larga vida la memoria
Del valor con que á ella se ofrecieron,
Viéndola irreparable, irremisible,
En el acero deste monstruo horrible;

El cual al valeroso Sigismundo,
Primo de Filadelfo y su sargento,
Priva de un golpe de la luz del mundo,
Y de otro al noble Mucio de Agrigento;
Con lo cual causa con dolor profundo
En Filadelfo tanto sentimiento,
Que á él, ardiendo en cólera, se arroja,
Puesta de punta la templada hoja;

Y fué con tanta fuerza y tanta suerte,
Que por la fina malla el hierro entrado,
Quedó en el atrevido pecho fuerte
Hasta el tercio postrero sepultado:
Sintió el moro la furia de la muerte,
Que al corazon le habia ya llegado,
Y alza el alfanje; pero al mismo punto
Cayó ante el fuerte capitan difunto;

El cual, sabroso de esto, y encendido
Del enojo de ver su primo muerto,
Pasa adelante con valor subido
A socorrer al general Alberto:
Sigue su gente, y es tambien seguido
De Alcimedonte, el florentin experto
Que á Bósforo mató y á Sarmacante,
Miéntras él al soberbio Tulipante.

Y aunque de Abenzain, de Yarba y Fraso,
Con sus tres compañías contrapuestos,
Se defendia el peligroso paso,
En pretension de mejorar de puestos,
Fué de los tres contra los dos escaso
El valor de los ánimos dispuestos,
Pues á sus manos mueren, y su gento
El puesto y paso gana honradamente;

Su gente, entre la cual dos caballeros
De aquel heróico antiguo honor romano,
Valerosos soldados verdaderos
Se muestran contra el émulo africano:
César, cuyos fortísimos aceros
Del César parecian soberano,
Y Pompeyo, que imita al gran Pompeyo
En deseos de triunfos del Tarpeyo;

César, que á Lesbo, á Parto, á Turbo, á Olito,
En pretension del paso de aquel suelo,
El espantoso paso de Cocito
Hace pasar en presuroso vuelo;
Y Pompeyo, que á Franio, á Tolomito,
Al grande Audalla, al espantoso Orbelo,
Las almas saca por sangrientas puertas,
Que las dejan al paso estrecho abiertas.

Llegan, al fin, adonde con Almonte
El General valiente detenia
La furia de la gente que del monte
Por entre el bosque al llano descendia;
Y allí, con Sinforoso y con Oronte,
Gran resistencia el gran valor hacia,
Habiendo por el lado ya el sargento
Rompido el escuadron á su contento.

Alberto y su sobrino Almonte, en tanto
Resistiendo la furia horrible y brava,
Cada cual, con inmenso horror y espanto
Del atrevido moro, peleaba:
Alberto al fuerte capitan Leofanto,
Que alcaide en Túnez fué de la Alcazaba,
De un reves la cabeza le derriba,
Y en dos de un tajo se la parte á Liba.

A Ismen mató de una estocada, y junto,
De otra muerto, sobre él echó á Creonte;
A Nicandro y Perilo al mismo punto
Mató, y á Nicoran y á Musco, Almonte;
A Celebin en su escuadron difunto
Dejó, y á Celetin y á Torvo, Oronte;
Sinforoso á Dalmuz, á Zen y Abdella,
A Nico y Tracio y Nicanor degüella.

Y aquí el noble y discreto Serafino,
Eterno honor del águila famosa,
Y Fulvio de Sulmona, y Antonino
De Capua, y Vitantonio de Venosa,
A Lanco, Ormuz, Obir, Zerbin, Folino,
Faon, Jafer, Aluz, Pafin, famosa
Y heróicamente peleando, embisten,
Y el gran furor detienen y resisten.

Un hora ó más habia que duraba
El combatir furioso y porfiado,
Cuando á la gente sarracena brava
Un socorro le vino reforzado;
El cual á la cristiana que ganaba
Gran parte ya del campo, por un lado
Entrando á toda furia, descompuso,
Y en retirada á paso largo puso.

Más eran de tres mil los que primero
Acometieron nuestros escuadrones,
Y de otros tantos era este postrero
Bravo tropel de bárbaros varones;
A cuyo acometer soberbio y fiero
Quedaron los cristianos corazones
Llenos de espanto; pero no de suerte
Que haya quien vuelva el rostro al moro fuerte

Con valor admirable peleando,
Y aquella brava furia resistiendo,
Se iban ya para el monte retirando,
Bajar á la marina no pudiendo;
Pero los fieros bárbaros, tomando
Todos los pasos, fuéronlos trayendo
Al ancho llano, donde á todos lados
En rueda los tenian ya cercados.

Reconocida aquí la adversa suerte,
El valeroso ejército cristiano,
No pretendiendo más de honrada muerte,
Hinche de sangre bárbara aquel llano:
No hay pluma ó lengua que á decir acierte
Lo que allí hizo la cristiana mano;
Pero la multitud de gente perra
Ya ya ganaba la sangrienta guerra.

Que demas de tenellos circuidos,
Y de ser tantos más los africanos,
Y de estar tan cansados ya y heridos
Los bravos y fortísimos cristianos;
Ya los forzados míseros rendidos
Atadas tienen las robustas manos,
Y al buen Garin con ellos juntamente
Tiene ya preso la furiosa gente.

Al buen Garin, por cuya causa el fiero
Infernal enemigo suyo habia
Traido al bravo moro bandolero
A revolver allí mortal porfia:
Atado el triste monje y prisionero,
Tiernas y amargas lágrimas vertia,
Pidiendo á Dios algun piadoso medio
Para el bien de su campo y su remedio.

¡Oh Señor clementísimo, amoroso!
¡En cuántos modos á tu pueblo amado
Muestras el tierno corazon piadoso
De dulcísimo padre regalado!
Si permites que á trance peligroso
Sea por sus deméritos llegado,
Tu amor y celo más allí le muestras,
Y en tu divina voluntad le adiestras.

En el peligro extremo de las vidas,
De los feroces árabes cercados,
Las generosas almas no rendidas,
Estaban los fortísimos soldados;
Cuando por las furiosas y homicidas
Armas de aquellos bárbaros airados
Un robusto mancebo entró desnudo,
Con una espada sola y un escudo.

Con sola una camisa cobijaba
Los fortísimos miembros el cristiano,
Que entre la gente mora se mostraba
Como leon entre escuadron villano:
Era tan alto, que sobrepujaba
Al más alto de todos una mano,
Y era conforme á la admirable altura
La trabazon del cuerpo y compostura.

Mas en las bravas fuerzas y destreza,
En ánimo, en valor y en osadía,
A la disposicion y á la belleza
Con ventaja grandísima excedia:
Era un milagro de naturaleza
Aventajado á cuanto engendra y cria,
Como se podrá ver ahora en parte,
Todo empleado de mi musa el arte.

Al primer moro en quien probó la espada
Partió desde la frente á la cintura;
Del cuerpo la cabeza destroncada
Rodando á otro echó por la llanura;
Al traves de otra fiera cuchillada
Otro, partido tiende en la verdura;
A otro los dos muslos le cercena;
Y juntos, de una punta á dos barrena.

De un corte era la espada y tunecina,
Aunque derecha y larga á lo cristiano;
Tan segura de temple y fuerte y fina,
Cual la del Teucro que forjó Vulcano;
Y no ménos que espada diamantina
Conviene á tan robusta y fuerte mano,
Para sufrir los golpes espantosos
Con que entra por los árabes furiosos.

Hácese larga plaza el jóven fuerte;
No hay quien resista, no hay quien rostro haga;
Súbita furia de repente muerte
Es de su espada la más corta llaga:
Ni ciencia de Esculapio habrá que acierte
A curar sus heridas, ni arte maga;
Todas van de mortal congoja llenas
Hasta agotar la sangre de las venas.

Revuelve los airados ojos, vista
Con poca resistencia de aquel lado,
Y ve matar á Sergio y á Batista,
Un viejo alférez y su abanderado:
Pone en el bravo matador la vista,
Que es un valiente moro señalado,
Y á él se arroja, derribando á Brino,
Zaide, á Mir y al capitan Fandino.

Espera el bravo bárbaro arrogante,
Con la fuerte rodela recogido,
Espera el golpe que el antiguo Atlante
En dos montes hubiera dividido:
El escudo cortó, brazo y turbante,
Y el cuerpo de anchas mallas circuido
En dos medios partió, y la fiera espada
Quedó en el suelo un palmo sepultada.

Saca la espada, y pasa presuroso
Donde ve una cruel pendencia
Que tienen Filadelfo y Sinforoso,
Más de mil haciendo resistencia:
Entra por ellos con rigor furioso,
Lleno de valor y de inclemencia,
Cuerpos y piernas, brazos y cabezas,
Volando envia por el aire en piezas.

Adonde están los dos valientes llega,
Hiriendo y derribando á todos lados,
Y de manera enciende allí la brega,
Que van los moros ya desbaratados:
Crece la furiosísima refriega,
Y llega tras los bárbaros airados,
Adonde un moro capitan valiente,
Con gran valor hace parar su gente.

Con treinta bravos moros se acompaña
El capitan valiente y señalado,
Y todos juntos con furiosa saña
Acometen al jóven esforzado,
El cual no pierde un pié de la campaña
Ni un punto de su espíritu extremado;
Antes se arroja entre la escuadra fuerte,
Llevando en la sangrienta espada muerte.

Lo mismo Filadelfo y Sinforoso
Con encendido corazon hicieron,
Y entre el tropel soberbio y riguroso
Con denodado esfuerzo se metieron:
Cúpole á Filadelfo el valeroso
Arabe capitan, y allí vinieron
A batalla cruel de solo á solo,
Que duró tanto cuanto al dia Apolo.

Sinforoso, siguiendo al fiero mozo,
Hace á su ejemplo pruebas varoniles,
Con miserable pérdida y destrozo
De aquellas atrevidas gentes viles;
Cuya grita, alarido y alborozo
Aumenta nuevo esfuerzo al nuevo Aquiles,
Con el cual hace innumerables pruebas
Espantables, fortísimas y nuevas.

El General estaba con Almonte
Cuando el bravo rencuentro en esto estaba,
Y con su mejor gente y con Oronte
En peligroso y fuerte trance andaba;
Al cual el valeroso Alcimedonte,
Trayendo el resto de la gente brava,
Acude á socorrer con el sargento,
O á ver con él el último tormento.

En este punto aquí tambien llegaron
Los nueve capitanes que en el puerto
En las nueve galeras se quedaron
Cuando dellas salió el prudente Alberto;
Que, habiendo visto el caso, procuraron
Dejar la armada en el mejor concierto,
Y partir luego con intento honroso
De verse en aquel trance peligroso.

De la nobleza de la gran Sirena
Son todos los valientes capitanes:
Sus nombres son Ricardo de Lorena,
Florante de Altamor, Fadrique Danes,
Alardo, Olindo, Anselmo de Ravena,
Uberto, Guido y Telamon de Alfanes:
Faltaba el buen Tancredo, que en la fiera
Tormenta se perdió con su galera.

Desembarcaron asimismo, junto
Con estos capitanes señalados,
Cien pasajeros que en tan fuerte punto
No quieren de flaqueza ser notados,
Conociendo de honor el claro punto
A que todos estaban obligados:
Son españoles, y la fama antigua
De solos dos los nombres averigua.

Cardona, capitan grande y famoso,
De heróicos capitanes descendiente,
Cuyo apellido y grado suntüoso
Por todo el orbe resonar se siente;
Y Aragon de Segorbe el valeroso,
De reyes de Aragon claro pariente,
Amigos de amistad inseparable,
De voluntad, de amor y fe inviolable;

Son los dos que la fama aclara y nombra
Por excelso valor entre los ciento,
Cuyos nombres dejó en oscura sombra,
Como es estilo de su corto aliento;
Pero de todos el valor asombra
Al insolente bárbaro sangriento,
Que al grande Alberto sus designios turba
Con la braveza de su infame turba.

Juntos pues todos ya con el valiente
Alcimedonte y con Ulisio, llegan
Donde combate el General prudente,
Matando á cuantos el camino niegan:
Crece con ellos la raudal corriente
Con que los secos páramos se riegan
De sangre mora, aunque tambien mezclada
Con la valiente sangre bautizada.

Allí acudió tambien el jóven fiero
Que por el campo todo penetraba,
Mil veces más airado que primero,
Por dos ó tres heridas con que estaba:
Llegó de los cristianos el postrero
Adonde el grande Alberto peleaba;
Pero no fué tan tarde su venida,
Que á mil no fuese muerte y á mil vida.

Estaba el sol muy cerca de encerrarse
En el profundo golfo de poniente,
Cuando el rencuentro vino allí á trabarse
Tan porfiada y rigurosamente,
Viniendo en breve término á juntarse
Toda la nuestra y la contraria gente,
Como dándose priesa á la victoria,
Antes que deje el sol sin luz su gloria.

Era el caudillo de la gente mora
Un viejo capitan bravo y osado,
Hecho á correr desde la clara aurora
Hasta el hercúleo Calpe el mar airado:
Sus bajeles perdió, y andaba ahora
Con aquel pueblo acá y allá arrojado,
Haciendo por las bárbaras marinas
Mil insultos, asaltos y rapinas.

En dos bandas traia repartida
El moro experto aquella gente fiera;
Por un sobrino suyo era regida
La una, y él regia la primera:
La que de su pariente era traida
Es la que en la batalla entró postrera:
Ceilan se llama el viejo, el mozo Armeno,
De gracia, de valor y de amor lleno.

Este es quien queda en singular batalla
Con Filadelfo, capitan famoso,
Y es quien en la de dulce amor se halla
Con Lijerea, de quien es esposo;
Con Lijerea, que, cual él, de malla
Ornado el cuerpo varonil hermoso,
Suele entrar en revueltos escuadrones
Y rendir valentísimos varones.

No entró en este bravísimo rencuentro
La bella mora, por haber quedado
Del alto bosque en el secreto centro,
Adonde estaba su aduar plantado;
Ni lo pudo saber ella allá dentro,
Habiendo sido tan arrebatado,
Por suceder inesperadamente,
En viendo todos la ocasion presente.

Esta suerte de gente, al fin, los fieros
Arabes eran, que al famoso Alberto
Probaron los fortísimos aceros
Cuando descanso pretendió en el puerto;
De quien con sus valientes caballeros
No se escapara de cautivo ó muerto,
Si Dios á tan buen punto no enviara
Aquel fuerte varon que le amparara.

El cual, en el mayor conflicto ahora,
Junto ya con Alberto y con su gente,
De la que en el mercban de Arabia adora
Vierte la sangre miserablemente:
Ya vuelve el rostro la canalla mora;
Ya no hay quien mire la cristiana frente:
Sigue el alcance aquel feroz mancebo
Hasta que se escondió la luz de Febo.

La chusma que prendida en sus cordeles
Estuvo grande rato ya cautiva,
Y el monje, digno que un famoso Apéles
Le pinte y un Virgilio le describa,
De poder de los bárbaros crueles
Fuéron sacados por la gente altiva
Que por el jóven de inmortal memoria
Tuvo del enemigo la victoria.

A retirar entónces manda Alberto
Que apriesa toquen los marciales sones,
Y así del peligroso desconcierto
Se retiraron luego sus varones;
De quien el viejo Ulisio, como experto,
Vuelve luego á formar sus escuadrones,
Visto que el roto bárbaro arrogante
Su campo forma poco dél distante.

Alberto queda al pié de la montaña,
Y allí pone su ejército en defensa,
Y entre él y el puerto, el moro en la campaña,
Determinado de vengar la ofensa;
Y cada cual con diligencia extraña
Las cosas en su ejército dispensa
Por el órden que entiende que en el hecho
Le serán de mas cómodo y provecho.

No hay quien se quite ni una sola malla;
No hay quien repose, ni aun el mas herido;
Cada cual, de la suerte que se halla,
Puesto está en arma con atento oido:
No hay reparo, trinchera ni muralla;
Ha de estar el soldado apercibido
Para que el primer arma que sonare
Cale la pica, ó la saeta encare.

CANTO IX.

ARGUMENTO.

De sí da cuenta el gran don Diego, y junto
De la victoria que el Leon sagrado
Tuvo del fiero moro, que en mal punto
Fué á querer perturbar su santo Estado:
La guerra sigue, y casi ya difunto,
Cautivo viene Armeno desdichado,
Por Filadelfo al campo fiel traido,
De su valor y su virtud movido.

Así ya puestos de una y otra parte,
El General, en todo cuidadoso,
Manda buscar aquel su nuevo Marte,
Aquel fuerte mancebo milagroso:
Hallanle, y viene ante él ya puesto de arte
Que no esté por desnudo vergonzoso:
De un bárbaro despojo en noble suerte
Viene armado y vestido el jóven fuerte.

Y de esta suerte al General llegado,
Que, de los capitanes de galera
Y de Garin y de otros rodeado,
Con deseo grandísimo le espera,
Con rostro grave, alegre y sosegado
Les hace cortesía de manera
Que todos conocieron ser persona
En todo digna de rêal corona.

El valeroso General prudente,
Visto el rêal respeto y la prudencia,
Le abraza con amor estrechamente
Y con gran cortesía y reverencia:
Hizo lo mismo aquella noble gente,
Ofreciéndole todos obediencia
Como á señor y como á quien debian
La vida y libertad que poseian.

Tras esto y tras curalle dos heridas
Que en un muslo y un brazo habia sacado,
Y haber con las mochilas proveidas
A la naturaleza restaurado;
A las partes del mozo esclarecidas
El General discreto aficionado,
Con razones dulcísimas le obliga
A que su nombre y calidad les diga.

«Y particularmente la venida
Milagrosa, señor, le dice, cuenta,
Que ha sido á tantos libertad y vida
Y que tanto tu honor y gloria aumenta:
De tu patria del cielo engrandecida,
Pues un varon le dió de tanta cuenta;
Y de tu nombre, al fin, haz satisfechos
A los que ya lo estamos de tus hechos.»

El fuerte jóven con el rostro humano,
Agradecido al noble tratamiento,
Mostrando ser no solo cortesano,
Pero señor del cortesano asiento,
Con dulce estilo gravemente llano
Responde : « Cumpliré tu mandamiento :
Soy don Diegó Florel : nací en Castilla,
Sucesor, aunque indigno, de su silla.»

Cardona y Aragon, que el nombre oyeron,
Puesta la vista más atentamente,
Al heróico varon reconocieron
De ambos deudo, aunque en modo diferente :
Alegres, dél á conocer se dieron ;
Alegre él los conoce, y la valiente
Mano las de ambos toma ; y sosegado
Así prosigue el cuento comenzado :

«Por varios casos y por gran deseo
De ver del mundo las heróicas cosas,
Salí de España, donde no hay empleo
Por ahora de empresas generosas;
Y despues de larguísimo rodeo
Del mar y sus carreras tan dudosas,
A Roma, al fin, llegué, y en coyuntura
Cual pudiera pedir á la ventura.

»No es posible que sepas el gran hecho
Del santo Leon Cuarto, pues te hallo
Con estos moros puesto en este estrecho ;
Y así, será justísimo contallo;
Que de admirable regocijo el pecho
Tendrá cualquiera lleno al escuchallo ;
Y mas en tí será tal regocijo,
Cual de la Iglesia tan ilustre hijo.»

Responde Alberto : «De la Iglesia santa
Soy y de su pastor hijo obediente,
Y de su gozo ha de caberme tanta
Parte cual es á un hijo conveniente ;
Y así, señor, suplícote con cuanta
Cortesía te debo, el excelente
Hecho que dices digas por extenso ;
Que heróico ya y altísimo le pienso.»

«Sabá, rey africano valeroso,
Don Diego dice, con su armada grande,
Como tan arrogante y victorioso
Por las costas de Italia y Grecia ande,
Confiado, por verse poderoso,
De que nadie en su daño se desmande,
El puerto de Ostia de improviso toma,
Determinando destruir á Roma.

»El gran prelado valeroso y santo,
Teniendo aviso del peligro urgente,
Depuesto el sacro venerable manto,
Corre á las armas valerosamente ;
Y con presteza singular, en tanto
Que el campo forma la enemiga gente,
Él con la suya, de la Santa Tierra
Sale animoso á la sangrienta guerra.

»Yo, que ofrecido al gran Leon habia,
Como en tal ocasion era obligado,
Mi persona, con gozo y alegría
De haber á punto tal allí llegado,
Con la gente tambien que le seguia
Salí tras el santísimo prelado,
El cual, guiado de virtud divina,
Con gran presteza para el mar camina.

»Ya el moro con formados escuadrones,
Talando todo el campo, apresuraba
La multitud inmensa de ladrones
Con que tan atrevido y bravo andaba;
Cuando el santo Leon con sus leones
Al sacrílego lobo se acercaba
Tanto ya, que en un ancho y largo llano
Se descubrió el ejército africano.

»Descubiertas las bárbaras banderas,
El valeroso y gran caudillo nuestro
Da primero á las armas verdaderas,
Como en ellas tan plático y tan diestro.
-Rinda, Señor, aquellas gentes fieras,
Con lágrimas decia, el pueblo vuestro ;
El pueblo que os confiesa y que os adora
Rinda, Señor, aquella gente mora.

»No permita, mi Dios, vuestra clemencia
Que este contrito y fiel pueblo romano
Sea con tan sacrílega insolencia
Vencido del soberbio infiel tirano :
Muestre en nuestro favor vuestra potencia
La fuerza inmensa de su diestra mano,
Pues veis, Señor, lo que á su santa gloria
Y de su Iglesia importa esta victoria.

»De ese divino trono sempiterno,
Que con tres luces resplandece en una,
Mandando con altísimo gobierno
A la naturaleza y la fortuna,
Salga favor de dulce padre tierno
Contra esta gente bárbara importuna
Que con tanta soberbia y saña intenta
Hacer á vuestros hijos tanta afrenta.—

»Así oró, regando las mejillas
Con eficaces lágrimas ardientes,
Puesto con todo el campo de rodillas
En forma de contritos penitentes;
Y luego con palabras que al oillas
Los ojos convertiamos en fuentes,
A la cercana gloria nos incita,
Nos mueve, nos anima y habilita,

»Diciendo :—¡Oh valentísimos varones,
Acostumbrados por virtud nativa
A sujetar las bárbaras naciones
En cuanto el sol reparte su luz viva!
Si deseais en vuestras posesiones
Gozar de ilustre palma y dulce oliva,
No hay camino más cierto que domando
El fiero orgullo deste inicuo bando.

»Mirad, mirad que es pueblo de Maboma
El que se atreve con armada mano
A la triunfante vencedora Roma
Y á su pueblo ya bueno, ya cristiano :
Contra quien siempre le ha vencido toma
Las armas el infiel pueblo africano,
Y contra Cristo; pues mirad si en esto
Conviene echar de nuestra fuerza el resto.—

»Así diciendo al pueblo, que ya habia
Por órden suya en Roma confesado,
Con poderosa mano bendecia,
Todo en alegres lágrimas bañado ;
Y allí de nuestra santa Madre pia
Abre el tesoro á su gobierno dado,
Con indulgencias, con absoluciones
Y con mil largas gracias y perdones.

»Estaban ya muy cerca los réales
Del libio rey cuando el romano Papa
Las armas de su imperio celestiales
Desta suerte descubre y desatapa :
Tras lo cual las segundas materiales
Muestra, dejando la tiara y capa,
Y descubriendo la persona santa
Cubierta del arnes hasta la planta.

»Como cuando á la luz del claro dia
Suele quitar alguna nube parte
De los ardientes rayos de alegría
Que por el orbe anchísimo reparte,
Si aquella de repente se desvia
Con el furor de un bravo viento aparte,
El radiante sol se nos ofrece,
Que con mas clara lumbre resplandece ;

»Así de nuestra Iglesia el sol luciente,
Dejando el sacro manto religioso,
Al nuevo aparecer resplandeciente
Del limpio arnes fortísimo y lustroso,
Divinos rayos repentinamente
Con resplandor despide milagroso
Del claro electro y de la santa cara,
Con viva lumbre más ardiente y clara.

»Y junto con el rayo repentino
Del rostro y del arnes, al mismo instante
Ante el sagrado capitan divino
Fué vista una doncella relumbrante,
Que su redondo escudo diamantino
Con fuerte brazo le tenia delante,
Animándole al hecho señalado
Con rostro alegre grave y confiado.

»Y luego el santo Príncipe famoso
—Arma, arma,— dice, y arma el campo suena;
El clarin alto, el atambor furioso
Con fiero alarma cielo y tierra atruena;
Y al enemigo campo poderoso,
Que en aquella presteza piensa apena,
Con ordenada furia, en varios modos
Nos arrojamos al instante todos.

»Creciente que de altísimas montañas,
Trayendo piedras y árboles, descienda;
Rio que en vegas, valles y campañas
Con avenida súbita se extienda;
Rayo que las fortísimas entrañas
Del Apenino ó Pirineo encienda;
Temblor de tierra que revuelva el centro,
No pueden compararse al fiero encuentro.

»Juzgo que fuéron muertos y heridos
Más de diez mil en el encuentro airado
De los soberbios moros atrevidos,
Que en mal punto incitaron al prelado:
Luego por todas partes embestidos,
Y el conflicto del todo ya trabado,
Con brava obstinacion la gente mora
Hizo furiosamente rostro un hora;

»Al cabo de la cual, ya no pudiendo
Resistir al ejército cristiano,
A la mar se vinieron retrayendo,
Con prestos piés desamparando el llano:
Entónces, la victoria prosiguiendo,
Siguió el alcance el capitan romano
Hasta el mar, que en mar rojo convertia
La inmensa sangre que el infiel vertia.

»Allí yo (pues me mandas que te diga
Cómo fué mi venida aquí á tal punto),
Siguiendo la vencida y enemiga
Gente con el sagrado Leon junto,
Viendo que en un batel, con gran fatiga
Y con color y rostro de difunto,
De las manos Sabá se nos escapa,
Y que á voces lo dice el santo Papa;

»Del caballo me arrojo al mar, y á nado
Sigo el batel donde iba el moro fiero,
Y alcánzole, que habia ya llegado
Sobre un bajel fortísimo y lijero:
Subo tras él y hago lo que armado
Tiene en obligacion un caballero;
Y fué mi buena suerte de manera,
Que rendí en breve espacio la galera.

»Y como tuve alguna resistencia,
Aunque para prender al Rey ponia
Con gran cuidado toda diligencia,
Miéntras con sus soldados combatia
Se desapareció de mi presencia,
Y en un bajel lijero que tenia,
Veo despues que por el agua vuela
Con largos remos y con ancha vela.

»Corria una furiosa tramontana,
Que en espuma tenia convertida,
Con prestas y altas olas, la romana
Exenta playa, con razon temida:
Yo, que en aquella cólera, de gana,
Por prender aquel rey diera la vida,
Con los cristianos de galera junto
Hago vela, y volando parto al punto.

»Pongo la proa por la misma via
Que lleva la lijera galeota,
Y doyle brava caza todo el dia,
No perdiéndole un punto la derrota;
Mas, ya que el sol sus rayos escondia,
El viento creció tanto, que la escota
Y los amantes y el timon rompiendo,
Vine á quedar en un peligro horrendo.

»Los pláticos cristianos, que en galera
Habian sido mucho tiempo esclavos,
Acá y allá con jarcias y madera,
Con remos, con estacas y con clavos,
Hicieron en el arte de manera,
Que por entónces á los vientos bravos
Se pudo resistir, aunque en mil modos
Ya nos amenazaban muerte á todos

»Tres dias desta suerte contrastámos
La brava furia á nuestro daño intenta,
Y hoy todos ya del todo confiámos
Salir con bien de la mortal tormenta,
Que á tres ó cuatro leguas allegámos
De tierra, cada cual haciendo cuenta
Que la pisaba ya, cuando el navío
Nos hizo mil pedazos un bajío.

»Estaba yo en la popa asido á un remo
Que en cierto modo de timon servia,
Cuando vi el triste y miserable extremo
A que el grande peligro nos traia:
Fué favor (ello es cierto así) supremo,
Que para tanto en mi valor no habia;
Quítome los vestidos en un punto,
Y salto al mar con aquel remo junto.

»Desde el cruel bajío peligroso
Hasta el mojado pié de esta montaña
Nadando vine por el mar furioso,
Con pena á cualquier otra pena extraña:
Besé la tierra cuando el pié gozoso
En ella puse, y luego la campaña
Con gente armada se me ofrece, y luego
Conozco el sér del belicoso fuego.

»Y con dolor inmenso de que el fiero
Infiel al fiel tuviese tal ventaja,
Asiendo de las armas que primero
Se me ofrecieron, vine á la baraja....»
Apénas á este punto el caballero
Llega, cuando el gran cuento le baraja
Un «¡arma!» viva, que á la estable sierra
Hizo casi mover á brava guerra.

A la primera voz los caballeros
Saltan en pié, y acuden á la parte
De donde comenzaron los primeros
Gritos del alto estrépito de Marte:
El sargento mayor sus sabios fueros
Con diligencia próvida reparte,
Y puesto en arma con atento oido,
Ver no pudiendo, atiende al gran rüido.

Así pues con las armas aprestadas,
Alerta estando la animosa gente,
Por las tinieblas lóbregas cerradas
Metiendo paz viene un varon prudente:
«Repórtense las armas alteradas,
Viene diciendo en alta voz vehemente:
Amigo, amigo soy; hágase pausa
Al gran rumor que mi venida causa.»

Su nombre en alta voz así diciendo
Mil veces por el campo repetia:
El sabio General, reconociendo
La amiga voz, á aseguralle envia;
Y todo el campo en su quietud volviendo,
Seguro paso al valeroso abria,
Al valeroso Filadelfo amado,
Ya por muerto en su ejército llorado.

Viene el valiente mozo generoso
En paz y en guerra extremamente bueno,
Cansado por un peso victorioso
Que trae puesto al noble y fuerte seno:
Es el bravo caudillo valeroso
Sobrino de Ceilan, llamado Armeno:
Aquel con quien ya dije que quedaba
Trabado en singular batalla brava.

El moro viene en una sien herido
De una gran cuchillada, y el cristiano
Desde los hombros á los piés teñido
De su sangre, que riega todo el llano:
Estaba sin aliento y sin sentido
Por la vertida sangre el africano,
Cuando ya el capitan para curarle
Adonde Alberto está viene á dejarle.

Luego al són eficaz de sacros versos
Fué la corriente sangre restañada,
Y el alma de mortales y diversos
Espantos fué á sosiego revocada,
Y de sucesos de la guerra adversos
Con amiga esperanza consolada;
Que es la que sobrelleva adversidades
En las almas de heróicas calidades.

¡Oh alivio de la vida de este mundo,
Cuyo nombre más pio y justo es muerte;
Dulce esperanza de valor profundo,
Contigo el sufrimiento se concierte;
Que en tí con él la mortal vida fundo!
Oh vital muerte trabajosa y fuerte
De este engañoso temporal infierno,
Donde eres tú tan celestial gobierno!

¡Gobierno celestial, santa esperanza,
Acompañada á santo sufrimiento!
Cuál hay del mundo fiera malandanza
Que del alma te arranque de cimiento?
Cuál tú nos pintas bienaventuranza
Que fuera sea del empíreo asiento?
¿Y cuál consuelo y bien en él no calas
Con el excelso vuelo de tus alas?

Ya pues que el sabio Armeno fué curado,
Despues que en su sentido le volvieron,
Y su daño y peligro reparado
De la manera que mejor pudieron,
Del capitan valiente y señalado
La causa de traelle así supieron,
La cual fué al grande Alberto tan gustosa,
Cuanto al discreto Filadelfo honrosa;

De quien en breve así fué referida:
«Como cayese ese caudillo fuerte,
La fuerza con la sangre ya perdida,
Yendo sobre él, me dijo desta suerte:
—Vencido habeis; pero si dar la vida
Quereis á quien habeis traido á muerte,
Haced, fuerte soldado, de manera,
Si ser pudiere, que cristiano muera. —

»No dijo más el valeroso Armeno,
Y yo le dije que por él haria,
Visto el buen fin de aquel su intento bueno,
Todo lo que á cristiano le debia:
Entónces replicó, de gozo lleno,
En medio del desmayo y su agonía:
—Yo sé que no hay camino en este suelo
Sino la ley de Cristo para el cielo.

»Que cuando mi dichosa suerte quiso
Que fuese esclavo en la ciudad sagrada,
Adonde está del alto paraíso
La santa llave al viejo apóstol dada,
Tuve de la cristiana fe el aviso
Que gobierna la gente bautizada,
Y junto con las lenguas de cristianos
Supe sus sacros cultos soberanos.

»Y siendo mi intencion y mi deseo
Renacer en el agua del bautismo,
Me trajo de uno en otro devaneo
El fiero rey del espantoso abismo,
Hasta que libre ya tras gran rodeo
Me volvió al africano barbarismo
Y al poder de mi tio y de esta gente,
Enemiga de paz naturalmente.—

»Con esto se quedó sin movimiento,
Y yo lleno de lástima y de pena;
Mas conociendo que el vital aliento
Aun no faltaba, puesto que era á pena,
Con el recato que yo pude y tiento
Le levanté de la sangrienta arena,
Y como ya se ha visto, le he traido,
De mi promesa y su deseo movido.»

Apénas fin al cuento aquí ponia
Discretamente el capitan famoso,
Cuando Garin, que atento estado habia
Al referir del caso misterioso,
Al grande Alberto, lleno de alegría,
Dijo, cual verdadero religioso:
«Con tu licencia yo de Armeno quiero
Ser para cuerpo y alma el enfermero.»

Holgóse el General; pero mostrando
Valor de heróico príncipe perfeto,
A Filadelfo cuanto puede honrando,
Así dice con término discreto:
»En eso, padre mio, yo no mando;
A Filadelfo Armeno está sujeto,
Pues en tan buena guerra le ha ganado;
Y así, pedidle á él lo demandado.»

Filadelfo, el honor reconociendo
Que á su valor su general hacia,
Discretamente fué correspondiendo
Con alta y generosa cortesía:
De manera que todos concediendo
Al buen Garin la peticion tan pia,
El se amparó del moro caballero
Con celo de cristiano verdadero.

Mas entre tanto que en el campo nuestro
En tales modos Marte ha sucedido,
El injuriado moro, del siniestro
Suceso en brava cólera encendido,
Como valiente capitan y diestro,
No reposaba en descuidado olvido;
Sino con cuidadosa diligencia
Descubre allí su plática experiencia.

Y sabida la nueva lastimosa
De la prision de su sobrino Armeno,
De dolor bravo y de pasion furiosa
El irascible y fuerte pecho lleno,
Con diligencia á su querida esposa
Despacha un hombre en elocuencia bueno,
Para que con discreto y cuerdo aviso
Del triste caso sepa darle aviso;

Y para que la mueva y solicite
A que venga al ejército volando,
Y á que á su hermano, como suele, incite,
Con los valientes moros de su bando,
A que venga á gozar de aquel convite,
Que con victoria les está esperando;
Y sobre todo manda que encarezca
Que vengan todos ántes que amanezca.

El bravo capitan Abenagonte,
De la famosa Lijerea hermano,
Con cien caballos, de Biserta el monte
Habita, y corre la marina y llano;
De quien por todo el clima y horizonte
Que ilustra el suelo bárbaro africano
La veloz fama esparce y cuenta hechos
Que dan envidia á mil valientes pechos.

Este es de quien la veloz fama cuenta
Aquella maravilla señalada
De aquel dragon que tuvo en tanta afrenta
A Biserta, su pátria regalada;
El cual tenía por tributo y renta,
Para comida suya dedicada,
Una doncella noble cada dia,
Que por concierto el pueblo le ofrecia.

Es caso en toda la Africa sabido
Que, destruyendo este dragon la tierra,
Y no habiendo el poder della podido
Jamas vencerle con sangrienta guerra,
Vino por cierto oráculo á partido
De dar de las familias que en sí encierra
Más nobles, una moza la más bella,
Cada dia al dragon para comella.

Cupo la suerte á Rosa, ilustre dama,
Dama de Abenagonte más querida
Que el alma propia, y á quien ella ama,
Con casto y justo amor, más que á su vida:
Ardiendo en él de amor la viva llama,
Su vida á muerte tal viendo ofrecida,
En lugar della, el bravo moro y fuerte
A la fiera se ofrece y á la muerte.

Salió, sin que supiese dél alguno,
Al mismo tiempo que de oscuro bosque
El hambriento dragon salia ayuno
Al pasto con quien él despues se embosque;
Y animoso y valiente y oportuno,
Antes que el largo cuello desenrosque,
Bate las piernas el veloz ginete,
Y por frente al dragon fiero arremete.

Y con tal suerte, y tal destreza, y tanta
Fuerza al dragon la larga lanza arroja
Por medio de la boca y la garganta,
Que en medio el corazon el hierro aloja:
Si el alto silbo, si el mirar espanta,
O si la sangre con que el suelo moja
Y la espuma mortífera que vierte
Amenazaban en tal muerte, muerte,

Juzgar podráse con saberse solo
Que fué este drago de la misma raza
Que el Piton cruelísimo de Apolo,
Del mismo daño y de la misma traza:
Abenagonte, al fin, así matólo;
A quien su dama por su esposo abraza
En digno premio del famoso hecho
Y del amor que lo inspiró en su pecho.

Pero el moro que el triste aviso lleva.
Donde está Lijerea llega, y dalo,
Haciendo de su ingenio y lengua prueba
En hablar con afecto y con regalo,
De tal manera, que consuele y mueva
A todos tanto, que sin intervalo
De turbacion ó triste sentimiento
Ceilan consiga su prudente intento.

Y así sucede como pretendia;
Que apénas el aviso Timbro ha dado,
Cuando en són alto ya el clarin heria
El aire triste, lóbrego y turbado:
¡«A caballo, á caballo!» referia
El sonoroso arambre apresurado;
Y luego «¡al estandarte, al estandarte!»
Y el socorro tras esto apriesa parte.

CANTO X.

ARGUMENTO.

Llega en socorro el bravo Abenagonte
Y Lijerea lastimada y fiera,
Cuyo llorar enterneciera un monte,
Si capaz de sentille un monte fuera:
Dan al claro ilustrar del horizonte
Fiero principio al daño que se espera,
Mostrando alto valor de fuertes manos
Y nobles pechos, moros y cristianos.

Ya que marchando á toda furia viene
La bella mora con su fuerte hermano,
La pasion tierna que en el pecho tiene
Del casto amor, dulcísimo tirano,
Con poderosa fuerza contraviene
Al enojo mortal que en el cristiano
Pide rigurosísima venganza,
Y muere ya por emplear la lanza.

Y no para estorbar esto se opone
El amor al enojo en Lijerea;
Porque ántes más la mueve y la dispone
A la fiera venganza que desea:
Para lo que sus fuertes fuerzas pone
Amor, que la gobierna y señorea,
Es para que su blando sentimiento
Se vea más que el vengativo intento.

Y así la bella mora, ya rendida
Al fiero mal que el corazon le parte,
Entre la furia airada y encendida
Del iracundo proceder de Marte,
Y entre el ronco rumor de la movida
Selva por donde sigue el estandarte,
Hechos dos rios los hermosos ojos,
Así mueven la lengua sus enojos:

«¿Tanto os parece que durado habia,
Envidiosa fortuna de mi estado,
El regalo, el contento y la alegría
De Lijerea con su esposo amado?
¿O tanto os enfadaba y ofendia
Su valor, de mil glorias adornado,
Que para mi mortal congoja y duelo
Puesto le habeis en tanto desconsuelo?

»El pecho ilustre de virtudes lleno,
Para mí tan amable y amoroso,
Que mi alma por él de mi enajeno,
Y en él le doy dulcísimo reposo,
¿Es posible, querido y dulce Armeno,
Es posible, querido y dulce esposo,
Que está rendido á voluntad ajena,
Y atado y puesto en áspera cadena?

»Y ¿es posible, ¡ay de mí! que la valiente
Y diestra mano, tan acostumbrada
A conseguir victoria eternamente,
Y para mí tan blanda y regalada,
La tiene esa enemiga infame gente
Con duro hierro y fuerte lazo atada,
Y que quizá en su rostro esos villanos
Ponen ¡no plega á Dios! sus viles manos?

»¿Que Armeno está, que Armeno está cautivo,
Y Lijerea no le libra y venga?
¿No venga y libra? Aunque aquel hado esquivo,
Cual vino contra él, contra mí venga,
Haré, si en mí vigor tres horas vivo,
Que el que mi bien cautivo tiene, tenga
Paga cruel, subida de quilate,
Por venganza justísima y rescate.»

Así la bella dama dolorida
Sus quejas esparcia por el viento,
Con lastimosa y triste voz salida
Del corazon á fuerza de tormento;
Así la viva llama en él prendida
Descubre el amoroso encendimiento,
Miéntras con prestos piés la selva espesa
Por lóbregos caminos atraviesa.

Pero ya cuando se llegó la hora
Que abrió las puertas del dorado oriente,
Y por ellas salió la bella aurora
Ante el hermoso sol resplandeciente;
La apasionada valerosa mora,
Toda encendida en cólera impaciente,
Del bosque ya saliendo al ancho llano,
Gran trecho se adelanta de su hermano.

Ya el sol los dos ejércitos mostraba
Muy cerca, y ya la mora arremetia,
Cual acosada tigre ardiente y brava,
A nuestro campo, que delante via;
Cuando Ceilan, que al paso la esperaba,
Con blando ruego en él la detenia,
No permitiendo el temerario hecho,
Quietando un tanto el fuerte y tierno pecho.

Cual soberbio lebrel acostumbrado
A pardos y osos, tigres y leones,
Que un bravo toro mira rodeado
De gente con agudos garrochones,
Y en encendida cólera abrasado,
Al dueño y al bozal y á las prisiones
Contra su voluntad está obediente,
Aunque fogoso, airado y impaciente;

Tal la valiente mora, acostumbrada
A emprender famosísimas hazañas,
Y á rendir por su lanza y por su espada
Mil fieras gentes bárbaras y extrañas,
Viendo tan cerca aquella gente armada
Que le tiene al que tiene en las entrañas,
Ardiendo en ira, está obediente al ruego,
Aunque impaciente, brava y sin sosiego.

Pero ya cuando Abenagonte llega
Al escuadron con su jineta banda,
Las banderas el campo infiel despliega,
Y que marche Ceilan apriesa manda;
Que marche á dar principio á la refriega
Que con ardiente cólera demanda
Del sabio Armeno la valiente esposa,
De sangrienta venganza deseosa;

La cual y el bravo Alí vienen delante
Con su hermano y caudillo Abenagonte;
Tras ellos van el grande mago Atlante,
Medoro, Cloridano y Rodomonte,
Abenzoar, Hamida, Zeit y Organte,
Hazen, Hamet, Muley y Telefonte,
Getulo, Coraben, Pertan y Audalla,
Y tras estos la bárbara canalla.

Venia Abenagonte en un overo
Rico curiosamente y albeñado,
Revuelto y hollador, presto y lijero,
De corazon robusto y alentado:
Hermosos son caballo y caballero,
Y fuertes tanto, que al más alto grado
Parece que ambos llegan de belleza,
De gala y gallardía y fortaleza.

Era el jaez de seda roja y oro,
Con estribos y hebillas de atangia;
Y como muy galan y fuerte moro,
Una marlota carmesí traía,
Que, segun su belleza, un gran tesoro
Con el tocado y capellar valía;
Trae la espada tunecí y la lanza
Larga cuarenta palmos, á su usanza.

Un moro de estatura de gigante,
Puesto á su estribo, le traía una adarga
Bordada con mil perlas de Levante,
Ancha en debida proporcion y larga;
En cuyo campo un gran leon rapante
Está pintado, que la garra alarga
Al alto fruto de una fértil palma,
Con bravo aspecto en que descubre el alma.

Viene la dolorida Lijerea
En un caballo blanco mosqueado,
Que con agilidad salta y voltea
Delante al diestro y al siniestro lado;
Con un bravo jaez de su librea,
Que es terciopelo azul, todo sembrado
De estrellas de oro fino al propio, cuales
Son las claras estrellas celestiales.

Parece así vestida al mismo cielo,
Cuando forma en la noche un claro dia
La blanca hermana del señor de Delo,
A quien su lindo rostro parecia:
Calmaba el mar, paraba el sol, y el vuelo
El más furioso viento suspendia
Por contemplar su rostro milagroso,
Y condolerse viéndole lloroso.

Una lanza jineta blandeaba
Con la valiente diestra, y con la izquierda
La rienda y la ancha adarga gobernaba,
Sin que de fuerte y diestra un punto pierda:
Un alfanje del hombro le colgaba,
Que del famoso capitan se acuerda,
Abuelo suyo, Cidi Abenchapela,
Que al mauro dió del Alcorán la escuela.

De verde y plata viene Alí su hermano,
En un castaño oscuro, fuerte y grande,
Estrellado, cuatralbo y rabicano,
En extremo galan, ó corra ó ande:
Una asta gruesa y corta trae en la mano,
Que no hay quien mejor que él la rija y mande,
Con una adarga cuyo campo es cielo,
Y en medio del pintado á Mongibelo.

Medoro, que es del capitan sobrino,
Viene vestido de brocado pardo,
En un caballo rucio tunecino,
Cual si fuera andaluz lindo y gallardo:
Lanza jineta de ancho hierro y fino,
Y adarga cuyo campo un suelto pardo
Atado muestra en hierros inhumanos,
El fuerte jóven trae en ambas manos.

En un caballo negro como endrina,
Con los ojos ardientes como llama,
De español padre y madre tunecina
Nacido, más lijero que una gama,
Atlante, el grande astrólogo, camina,
Y al capitan á grandes voces llama,
Diciendole: «Señor, sigue esta suerte
Con ánimo seguro, osado y fuerte;

»Que mirando en el cielo atentamente,
Y alzando una figura judiciaria,
He visto que tu fuerte brazo y gente
Vencerá esta canalla temeraria:
Toda la esfera en tu favor consiente;
No hay cosa en ella que te sea contraria:
Vamos; que en fe de lo que digo, quiero
Ser en acometerlos yo el primero.»

Pone piernas tras esto apriesa, y parte
El rocin lijerísimo volando,
Sin aguardar trompeta ni estandarte,
El daño del desórden despreciando;
Y da principio al espantoso Marte,
Que, ya sangriento y fiero, amenazando
Saña cruel, venganza horrible y brava,
En ambas partes riguroso estaba.

Venía ya tambien bajando en esto
El católico campo al campo llano,
Por el prudente y viejo Ulisio puesto
En forma cuadra, en batallon romano;
Y Alberto con espíritu dispuesto
A ganar el renombre de africano,
Hecho ya al cielo su debido ruego,
Viene delante con el gran don Diego.

Y á los amigos dos consigo tiene
El sabio Alberto con don Diego junto,
Dando á los tres el puesto que conviene
A sus quilates de tan alto punto;
Del heróico valor que en sí contiene
Mostrando en sí y en ellos un trasunto
Digno de que le guarde por ejemplo
La eternidad en su famoso templo.

Venía Alberto con un peto á prueba,
Morrion, gola y espaldar armado,
Espada y daga y una gruesa y nueva
Pica de un fresno altísimo tostado:
Un paje la rodela fuerte lleva,
En cuyo campo de oro está grabado
Un unicornio que con la alta frente
Mueve las aguas de una dulce fuente.

Por las armas y aspecto venerable,
Venerable por canas y presencia,
Se muestra el grande Alberto, y sin que él hable
Persuade con altísima elocuencia:
Su ejemplo de valor raro, admirable,
Visto en heróica y célebre apariencia,
Mueve más los honrados corazones,
Que pudieran mover mil Cicerones.

Y no ménos persuade y mueve y fuerza
Al escuadron que honor heróico inflama
El Florel valeroso, con la fuerza
De ejemplos de valor de eterna fama,
Y sus parientes dos; y así se esfuerza,
Ardiendo de valor en viva llama,
Por estos solos tres, de la manera
Que si en favor mil Césares tuviera.

Puesto se habia el castellano fuerte
Un fino coselete de un soldado
A quien la brava y rigurosa muerte
En la primer batalla lo ha quitado:
La fina espada tunecí que vierte
La sangre de su gente, tiene al lado,
Y á la robusta y fuerte diestra aplica
Una larga, derecha y gruesa pica.

Y desta misma suerte armados vienen
Todos los capitanes ya nombrados,
Que sus puestos delante en órden tienen
Con los cuatro varones señalados:
Las hileras despues en sí contienen,
Segun sus grados y armas, los soldados,
Y en medio, cual su espíritu y aliento,
Van las banderas ondeando al viento;

Y las cajas ante ellas, con el fiero
Rumor de Marte, que aire y tierra atruena,
Que infunde aquel espíritu severo
Que á muerte furiosísima condena,
Que estremece, que asombra, que el entero
Juicio ofusca, que arma y guerra suena,
Que las iras fortísimas provoca
Del corazon armígero que toca.

Así viene el ejército pequeño
Del pueblo fiel, á recibir el grande
Del pueblo infiel; que con airado ceño
No hay mal en su intencion que no le mande;
Así viene obediente al sabio dueño,
Sin que del órden nadie se desmande,
El cristiano escuadron; así la ofensa
Tener vengada en breve espacio piensa.

Llegaba en esto el indiscreto Atlante
Con su rocin, que el suelo apénas toca,
Cuando el Florel, haciéndose adelante,
Fuerte se opone á aquella furia loca:
A su santo don Diego; el nigromante
En alta voz á su profeta invoca;
Y vióse bien la diferencia luego
Del pérfido Mahoma al santo Diego.

El fuerte cuento de la pica asienta
En tierra, y firma la una y otra planta
El español gallardo, y se presenta
Al que tan confiado se adelanta:
Fuera bien que mirara en esta afrenta
El moro mago con su ciencia tanta;
Pero ¿qué digo? ya revuelto habia
Toda la judiciaria astrología.

Y habiendo en ella á su sabor hallado
Lo contrario que allí le ha sucedido,
Por eso arremetió tan confiado,
Mostrándose valiente y atrevido:
Mas mostróle don Diego atravesado
En la pica fortísima y tendido
Gran trecho del caballo cuya silla
Ya ocupa el caballero de Castilla.

No bien habia el sabio judiciario
Visto tan á su costa la experiencia
De lo que daña un hecho temerario
Y de lo que es incierta aquella ciencia,
Cuando el bravo español, con su ordinario
Espíritu y valor y diligencia,
Y con gallarda lijereza y brio,
Alegre salta en el rocin vacío.

No pudo contenerse el generoso,
Habiendo visto la veloz carrera
Y el menudo tropel bravo y furioso,
A no ver del caballo prueba entera,
Y á no mostrar tambien cuán valeroso,
Cuán fuerte y diestro caballero él era,
Y cuán ejercitado en la campaña
Con los jinetes pláticos de España.

Ya en esto llega el escuadron jinete,
Y con grande tropel y alto alarido
Nuestro pequeño ejército acomete,
De quien es bravamente recibido:
Al gran don Diego el bravo Alí arremete,
Visto lo que de Atlante ha sucedido,
Pensando en él hacer lo que solia
En mil valientes que vencido habia.

Mas sucedióle adversa allí la suerte,
Que siempre le fué amiga y favorable,
Aunque en extremo fuese osado y fuerte
Y en destreza y espíritu notable;
Porque la espada en quien la brava muerte
Airada se mostraba y espantable,
De un tajo brazo y lanza le echa al suelo,
Y la cabeza de un reves en vuelo.

Abenagonte y Lijerea, viendo
La miserable suerte del hermano,
En ira y rabia y en dolor ardiendo,
Furiosos arremeten al cristiano:
Fué de los dos el fiero encuentro horrendo,
Tal, que el veloz rocin cayó en el llano;
Pero queda el diestrísimo don Diego
En pié y ardiendo en vengativo fuego.

A los dos vuelve como tigre fiero,
Y aunque fué el revolver en un instante,
Ya no los halla el bravo caballero;
Que volando pasaron adelante;
Y entre ellos y él un escuadron entero
Así se opuso, que la bella amante
Y el bravo Abenagonte, aunque quisieron
Volver al español, jamas pudieron.

Mas pensando acabar de su venganza
Lo que quedaba, aquel gigante moro
Que para que la adarga lleve ó lanza
Le estima Abenagonte en un tesoro,
Con fuerza inmensa y con bestial pujanza,
Cual acosado grande y bravo toro,
A don Diego se arroja, ardiendo en ira,
Y mil golpes bravísimos le tira.

Con la adarga del amo en el siniestro
Robusto brazo el gran gigante vino;
Gobierna el desmedido brazo diestro
Un ancho y fuerte alfanje damasquino:
Cual con broquel y espada un hombre diestro,
Así se aviene el bravo tunecino
Con el alfanje largo de una braza
Y con la adarga anchísima que embraza.

En tanto ya los bravos escuadrones
A toda furia vienen á las manos,
Las cuales muestran bien las intenciones
De fieros enemigos inhumanos:
Batalla de fortísimos leones
Contra tigres bravísimos hircanos
No se pudiera ver más rigurosa,
Más fiera, más trabada y espantosa.

Allí caen caballo y caballero
Atravesados de una larga pica;
Acullá muere el diestro ballestero
Miéntras la jara á la ballesta aplica;
Acá un ginete temerario y fiero
Contra cien contrapuestas picas pica;
Aquí, miéntras el otro el arco flecha,
Atravesarse siente de una flecha.

Pero donde el furor mas riguroso,
El ronco, airado y confundido grito
Del bélico rumor, fiero, espantoso,
Levanta en són del infernal Cocito,
Es donde el grande Alberto valeroso
Sustenta igual el desigual conflito,
Puesto con sus infantes coseletes
Al furor de los bárbaros jinetes.

Allí de aquellos capitanes fuertes
Y del valor y honor de sus soldados,
Se vian famosas y gallardas suertes
De varones destrísimos y osados;
Allí la muerte con airadas muertes
A los soberbios moros confiados
Les muestra cuánto daño trae consigo
El estimar en poco al enemigo.

Allí de los amigos generosos
Cardona y Aragon famosamente
Son llevados los moros sediciosos
Por el rigor de la mortal corriente;
Y allí los pasajeros valerosos,
A imitacion de la guerrera gente,
Mil vidas quitan, muertes mil desprecian
Por el honor que en alto punto precian.

Bien que donde la brava Lijerea
Con Hazen, con Medoro y con Audalla,
Con Guido, Olindo y Telamon pelea,
Diferente de aquí va la batalla;
Que aunque no llega al fin que ella desea,
Rompe dichosa la cristiana malla,
Entrando el escuadron á viva fuerza:
Amor la anima, amor su brazo esfuerza.

Ni ménos donde el fuerte Abenagonte,
Organte, Zeit, Abenzoar, Hamida,
Con Anselmo y Ricardo y con Oronte
Combaten, van los moros de vencida;
Antes si por Florante y por Almonte
No fuera aquella parte socorrida,
Por ella hubiera al campo fiel hallado
Dichosa entrada el fuerte moro osado.

Que allí un robusto moro combatia
Con infernal furor, saña y braveza,
Que el fuerte Abdeluzema se decia
Por su maravillosa fortaleza;
A quien Almonte el campo defendia
Con singular valor, brio y destreza,
Aunque de Rodomonte y Cloridano
Guardado estaba de una y otra mano.

Y allí el famoso tirador de arco,
Robusto cuanto diestro y arrogante,
Cuñado de Ceilan, llamado Zarco,
De nacion turco, en fuerzas un gigante,
Mató al suave músico Aristarco,
Griego en linaje de la fértil Zante,
Cuya voz, que á la lira concertaba,
Las almas suspendia y encantaba.

Y allí con Benamir, español moro
Que andaba foragido de Valencia,
Su dulce patria, que en continuo lloro
Vive por ella en su forzosa ausencia,
Y era entre estos tenido en gran decoro
Por su valor, jüicio y experiencia,
Tienen los nuestros resistencia fuerte
Y puesta la victoria en alta suerte.

Y allí tambien el espantable Alfardo,
En fealdad y en fuerzas monstruo fiero,
Mató al valiente alférez Belisardo,
Y á Guido Baldo, noble caballero,
De quien el famosísimo Ricardo,
Hermano suyo y único heredero,
Vengó la injusta muerte dolorida
Privando al feo monstruo de la vida;

Y matando tras él al gran Calibio,
Hechicero famoso y herbolario,
Y á un bravo capitan de nacion libio,
Primo de Tulipante, dicho Alario;
Y metiendo el sangriento estoque tibio
Por el pecho á Zacinto, gran cosario,
Y matando al bastardo Amirhabena,
Hijo del rey de Fez y de Aridena;

De Aridena, mujer de Sabá, aquella
Que el viejo rey de Fez á su alcazaba
Se la llevó miéntras el padre della
Por mujer gozosísima le daba,
Haciendo á un tiempo al padre, á él y á ella
Agravio tal y sinrazon tan brava,
Que produjo en Sabá el más bravo hecho
Que jamas emprendió bárbaro pecho.

Tomó Sabá aquel caso de tal suerte,
Y fué tal su congoja y sentimiento,
Que con su corazon soberbio y fuerte
Y con su temerario pensamiento,
Sin temer el peligro de la muerte,
Ni otro alguno, si le hay, mayor tormento,
Determinó con rigurosa furia
Cobrar su dama y vindicar su injuria.

Para lo cual en una noche oscura,
El solo, sin ayuda de su gente,
Hecha una eficacísima mistura
Para dar fuego repentinamente,
Con tan grande artificio y tal ventura
Le puso á la alcazaba del pariente,
Que la furiosa y repentina llama
Le abrió el palacio y le entregó la dama.

Perdió el de Fez mujeres, joyas y oro;
Perdió el castillo rico y admirable;
Fué espanto eterno de su tierra y lloro
El no entendido caso memorable;
Y el mozuelo Saba con el tesoro
A su amoroso pecho inestimable
Huyó, mudando el nombre, el trato y traje,
Y disfrazando el rostro y el lenguaje.

Lloróse por quemada en Fez la mora
Con las que se quemaron réalmente,
Y al que causó la llama vengadora
Por quemado lloró tambien la gente;
Y en especial el triste rey los llora
Con afectos de amante y de pariente:
Tan fuera de pensar el triste estuvo
El engaño bravísimo que hubo.

A Túnez Sabá vino, y heredando,
Hizo claro el engaño al viejo tio,
El cual, la atroz injuria blasfemando,
Quiso vengar el loco desvario;
Mas el bravo Sabá fiero, mostrando
Su soberbio valor y ardiente brio,
De modo el caso al tio zahirióle,
Que en perpetuo silencio sepultóle.

Parió del viejo rey la moza dama
A Amirhabena, aquel que ahora muere,
A quien libró al nacer de ardiente llama,
Donde Sabá que muera al punto quiere:
Allí la madre, que cual madre le ama,
Le dió dos vidas, y á un su fiel requiere
Que el niño crie, y él hasta este punto
Aquí le tuvo, donde fué difunto.

Mas el terror furioso que acompaña
Con fiera amarillez á Marte ardiente,
Cuando en su punto la sangrienta saña
Muestra su bravo espíritu inclemente,
Discurre con don Diego la campaña
Con tan horrenda y espantable frente,
Que no hay quien no revuelva dél la suya,
Y por no verle á toda furia huya.

No espanto tal al marinero triste
El flaco pecho le convierte en hielo,
Cuando en la mar el que al gobierno asiste
Con el timon es arrojado en vuelo,
Y la galera sin remedio embiste
En peñas levantadas hasta el cielo;
Cual es el miedo que esta gente tiene
De aquel terror que con don Diego viene.

Habia, con la brava resistencia
De aquel gigante, tanto acrecentado
El enojo y la saña y la impaciencia
En el pecho á vencer acostumbrado,
Que no don Diego, sino la inclemencia
Entónces era el español airado,
Haciendo pruebas con su brazo fuerte,
Cuales las hace la espantosa muerte.

Fué la batalla que con Alimauro
Tuvo (que así llamaban al gigante)
Tal, que el teatro del famoso Escauro,
En el tiempo de Roma más triunfante,
A ninguna dió palma ó roble ó lauro
Que ser le pueda igual ni semejante,
Ni entre las suyas el turbado Janto
Alguna vió que se extremase tanto.

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Alcanza Alberto por Florel victoria
Del temerario bárbaro africano,
Con su doliente fin, lleno de gloria
Para el valor del escuadron cristiano:
Trágicos casos dignos de memoria
Traen muerte y amor con fiera mano,
Que de ordinario en lo mejor se emplea,
A Filadelfo, Armeno y Lijerea.

Como tal vez del cielo airado suele
En seco campo con rigor violento
Fuego caer, que prenda en él y vuele
Con el furor de algun airado viento,
Sin que al villano mísero, á quien duele
Con mortal ansia el fiero encendimiento,
Le dé lugar que mies ó fruto guarde
De la alta llama que le enciende y arde;

Así don Diego, riguroso, airado,
En colérico fuego convertido,
El escuadron más fuerte donde ha entrado
En vuelo lleva roto ya y vencido;
Sin que al bravo Ceilan, que con cuidado
Mira por él su campo destruido,
Le dé lugar alguno á que provea
Cosa que en su reparo y órden sea.

Y así el valiente moro belicoso,
Ya sin remedio ni esperanza alguna,
Blasfemando colérico y furioso
Del cielo y de Mahoma y de la luna,
Al valiente español, que victorioso
Con su valor seguia su fortuna,
Se arroja airado con intento ardiente
De matalle, ó morir honradamente.

En tanto los demas, con furia horrible,
Como fuertes varones peleaban,
Y en varias formas con rigor terrible
El fiero espanto bélico mostraban;
Y en su más alto punto la irascible
Saña del bravo Marte levantaban,
Haciendo cosas dignas que la gloria
Haga en el tiempo eterna su memoria.

La brava y hermosísima africana,
Despues de haber el campo discurrido
Y con grande valor sangre cristiana
Dichosamente acá y allá vertido,
La furia airada que con sangre humana
El serpentino crin trae teñido
Con fiero asombro y grima de la tierra,
Cuyo espantable y triste nombre es guerra;

Hizo que con el sabio y valeroso
Capitan Filadelfo se topase,
Aquel cuyo valor su amado esposo
Causó que en su poder preso quedase:
El la acomete airado y envidioso
De que tan victoriosa por él pase,
No pensando que fuese tierna dama,
Sino fuerte varon de excelsa fama.

Ella se vuelve á él, visto su intento,
Y el caballo cansado, al dar la vuelta,
Sin piernas y sin manos y sin tiento
Deja á la dama entre la arena envuelta;
Pero la bella mora en un momento,
En extremo animosa y fuerte y suelta,
Con la espada en la mano en pié se halla,
Y viene airada á la cruel batalla.

Su hermano en esto con el grande Alberto,
A pié tambien y cuerpo á cuerpo, muestra
En un duelo peligroso, incierto,
La brava fuerza de su fuerte diestra;
Mas la sagacidad del viejo experto
Y la grande prudencia que le adiestra
Resiste aquel furor, mostrando un claro
Ejemplo de valor notable y raro.

Aragon y Cardona, inseparables,
Mil almas de mil cuerpos separando,
Con sangrientas espadas espantables
Hinchen de espanto el enemigo bando:
Invencibles los dos é incontrastables,
Venciendo á todos van y contrastando:
Con este par ¡oh fama! no compares
Aquellos tus famosos Doce Pares.

Y así como en valor sin par señales
Este par soberano y peregrino,
Muevas tus lenguas mil y tus mil alas
En mostrar de amistad su sér divino;
De amistad verdadera, que á tan malas
Penas hallamos huella en su camino,
En este siglo lleno de perfidia,
Donde es reina cruel la infame envidia.

Fuéron estos dos fuertes caballeros
En la ley de amistad tan señalados,
Que por ella, entre tantos pasajeros
En el oscuro olvido sepultados,
Son en esta jornada dos luceros
Del claro sol de fama iluminados,
Ante la cual hallar no pueda excusa
La pérfida amistad que el mundo hoy usa.

Fundaron en razon esta ley santa
De su amistad, y con verdad sincera
Altamente ilustraron la de cuanta
Virtud le da su calidad entera:
Virtudes digo; que si ahora espanta
No haber fiel amistad ni verdadera,
Es porque en vicios mil tiene la mira,
Y sin razon se funda y con mentira.

Mil claras sinrazones, mil mentiras,
De que abundan los hijos de los hombres,
Y mil vicios ¡oh mundo! en que te airas,
Quitan de alta amistad claros renombres;
Pero tú, ingratitud, que al mundo tiras
Mil monstruos del infierno con que asombres;
Tú, de quien todo bien volando huye,
Eres quien más santa amistad destruye.

Tú, fiera ingratitud, que del ingrato
Enemigo comun eres amiga,
Y del divino verdadero trato
De amistad santa pérfida enemiga,
Causas que con infame desacato,
Por la misma razon que á ser le obliga
Un hombre de otro amigo fiel y justo,
Enemigo le sea infiel y injusto.

Pero ¿dónde me lleva y me trasporta
La infame ingratitud con sus dolores,
Por la ocasion que da á mi lengua corta
La amistad santa destos dos señores,
Cuyo excelso valor á Alberto importa
En los airados bélicos furores
De la batalla en que se ve la vida
De célebre victoria enriquecida?

Aragon de un reves al mauro Lancho,
Capitan valeroso y señalado,
Los dos brazos cortó, que en alto un ancho
Y fino alfanje habian levantado:
La rodela dejó el paje en el rancho
Adonde estuvo su aduar plantado
Aquella noche; que si la trujera,
No poco en este golpe le valiera.

Pero, aunque en este golpe aprovechara
Al fuerte capitan el fuerte escudo,
De otros mil fieros golpes no escapara,
Con que Aragon matar á muchos pudo:
Zarante, nieto de la reina Zara,
Se entró rabiando por el hierro agudo
Que de punta Aragon al pecho fuerte
Le ofreció, envuelto en rigurosa muerte.

De otra punta cual esta á Sacripante
Al mismo tiempo allí mató Cardona;
Y de un reves cortó por medio á Argante,
Y el un brazo de un tajo á Maratona;
Maratona, que en fuerza era un gigante,
Y un muy pequeño enano en la persona,
Monstruo notable, contrahecho y feo,
Que afirmaba en blason ser rey pigmeo.

Bravo era el monstruo, y más lo queda ahora
Con el brazo cortado, y encendido
En braveza y en ira vengadora;
Mas poco le ha durado y le ha valido;
Que la veloz espada matadora,
Cardona, reportado y prevenido,
Al corazon indómito le apunta,
Y á las espaldas hace ver la punta.

Aquí tambien Uberto, Olindo y Dánes
Matan á Yárbas, á Selin y á Zerta,
Que habian sido, cual ellos, capitanes
En galeras de Argel y de Biserta:
Caramamin, que al capitan Alfánes
Deja en un muslo larga llaga abierta,
Queda por él sin la espantosa vida
De insolente ladron, fiero homicida.

Telamon, cual aquel bravo de Troya,
Tambien aquí furiosa y bravamente
Peleó con la bárbara Lancroya,
Mujer monstruosa, fiera y insolente,
Tenida entre estos bárbaros por joya
Venida desde el último oriente
A ser allí, cual ellos, salteadora
Furiosa, cruelísima y traidora.

Matóla el fuerte Telamon, y Guido
A su lado mató al soberbio Zaide,
Desta fiera mujer falso marido
Y del gran Caruan traidor alcaide:
Florante aquí fué de Selin herido,
Y él mató en recompensa al Albenzaide,
Moro galan, en Túnez señalado,
Y al Merlin, por gran mágico estimado.

Y en este fuerte y riguroso punto
Los españoles pasajeros tanto
Mostraron el valor nativo junto
Al diestro proceder, que fué un espanto:
Excelso y sonoroso contrapunto
Fuéron al valeroso heróico canto
De los demas en la armonía y arte
De la sublime música de Marte.

Y por ellos decir solia Alberto,
Cuando desta batalla se trataba,
Que de cautivo con su gente ó muerto
Sin duda le libró la gente brava:
Su término, su honor y su concierto
Con grande admiracion siempre alababa;
Y con obras mostrándose, les hizo
Honor despues que al suyo satisfizo.

Ya dos horas habia que duraba
La batalla bravísima y sangrienta,
Cuando en confuso y fiero punto estaba
Más incierta, más brava y más violenta;
Y de la misma suerte se mostraba
Que el alto mar en áspera tormenta,
Cuando á veces las ondas tempestuosas
Vencidas van, y vuelven victoriosas.

Ya el campo infiel con ímpetu retira
Al católico ejército animoso;
Ya el campo fiel revuelve, ardiendo en ira,
Sobre el bárbaro ejército orgulloso;
Y así cada cual dellos fiero aspira
Al fin tan deseado victorioso,
En pretension del cual prestos llegaban
A muchos los que ménos deseaban.

Hamet, Muley, Pertan y Telefonte,
Getulo, Coraben, Hacen y Audalla,
Hácia la parte donde está en el monte
La chusma fiel, con quien Garin se halla,
Con Anselmo, con Guido y con Oronte
Traban rigurosísima batalla,
De mil moros los unos ayudados,
Los otros de los míseros forzados.

Y aquí sin duda todos perecieran
A manos de los bárbaros furiosos,
Si por el sabio Ulisio no tuvieran
Socorro los cristianos valerosos;
Y aun en cien otras partes padecieran
Trances infortunados y afrentosos,
Si el campo no tuviera por sargento
Un varon de tal sangre y tal talento.

Trajo consigo á Telamon y Alardo,
A Alcimedonte y á Fadrique Dánes,
A Uberto, á Sinforoso y á Ricardo,
Valientes marineros capitanes;
Y él, más que todos plático y gallardo
En los sangrientos bélicos afanes,
El primero acomete el moro bando,
Victoria en alta voz apellidando.

Jamas tan léjos della habia estado
Como entónces lo estaba el campo nuestro;
Mas el prudente y fuerte viejo osado,
En aquel menester sabio maestro,
Por ardid toma el nombre mejorado;
Y á tiempo fué tan próspero y tan diestro,
Que, saliendo de allí la voz amada,
Por el campo voló luego esforzada.

Y adonde con Ceilan está don Diego
En sangrienta porfía, alegre llega,
Y allí, aumentando el encendido fuego,
Las alas lijerísimas desplega;
Y no tomando punto de sosiego,
Parte de allí, no ya confusa y ciega,
Sino evidente y clara en tono fuerte,
Diciendo de Ceilan la cierta muerte.

Por diez heridas al furioso moro
Sacó don Diego el alma rigurosa,
Que, blasfemando del celeste coro,
Huyó á la eterna cárcel tenebrosa:
Luego en un tono altísimo y sonoro,
Con dulce voz clarísima y famosa,
La gloria el nombre del Florel en vuelo
Levantó por el aire alegre al cielo.

Terror, espanto, miedo, pasmo, muerte
Infunde en el infiel pueblo africano
La alegre voz que la dichosa suerte
Divulga del ejército cristiano,
El cual en puro esfuerzo se convierte
Al triste fin del árabe inhumano;
Y así los unos huyen temerosos,
Y los otros los siguen victoriosos.

No puede Abenagonte socorrellos,
Que á manos del famoso Alberto muere;
Ni amparo, ayuda ni favor de aquellos
Valientes caballeros nadie espere;
Que en este punto no hay alguno dellos
Que de la vida ya no desespere:
Sola la linda mora en la batalla
Con Filadelfo al parangon se halla.

Mas poco más duraron los valientes
Dignos de eterna y alta poesía,
Por quien vivan en bocas de las gentes
Miéntras el sol causare al mundo el dia;
Que ambos, vertiendo lastimosas fuentes,
Dieron á un punto fin á su porfía,
A la tierra los cuerpos entregando,
Sin sangre ya y sin fuerza agonizando.

Amor, que tanto tiempo habia vivido
En el hermoso pecho de la mora,
Más regalado y más entretenido
Que en todo cuanto habita y enamora,
Turbado, sin consuelo y afligido,
Apaga el fuego, el arco rompe, y llora
Con sentimiento tan amargo y fuerte,
Que parar hace y suspender la muerte.

El fiero brazo y el cuchillo alzado,
Quedó la feroz muerte suspendida,
Oyendo el lamentar desconsolado
Que el amor hace por aquella vida;
Y sin calar el golpe acelerado
Pasó adelante casi enternecida,
Volviendo á Filadelfo el cuerpo en hielo,
Y abriendo al alma puerta para el cielo.

En tanto pues que deja Lijerea
La muerte, de su muerte lastimada,
Y en el vencido ejército se emplea
Más furiosa que nunca y más airada,
La triste dama, en quien amor desea
Alargar su dulcísima morada,
Animada del niño blando y fuerte,
Así se queja de la brava muerte:

«¡Obras son tuyas, furia aborrecible,
Espanto eterno de la humana gente!
Hazañas son de tu furor terrible,
Muerte cruel, fierísima, inclemente,
Representarte airada y invencible,
Cuando tu brava y espantable frente
Triste sea, más temerosa y fiera
A quien ni te desea ni te espera.

»¿Este fin tiene, este suceso alcanza
Aquel gozo de amor que al alma mia
En su gozosa bienaventuranza
Largos años de gloria prometia?
¿Aquella sin igual rica esperanza
De juventud, nobleza y gallardía
Paró en tan pobre y desigual tormento?
¡Ay cuántas esperanzas lleva el viento!

»¿Y desta suerte, dulce esposo mio,
Más que mi vida y que mi alma amado,
Remedió vuestra lástima y desvío
El fiero golpe que os señala el hado?
Si este sangriento y encendido rio
Que mana ¡ay triste! de mi pecho helado
Os diera libertad á vos y vida,
Consuelo fuera mi mortal partida.

»Mas esto á vuestra amada Lijerea,
Que muriendo os contempla y os adora,
Y más que nunca os llama y os desea,
Querido Armeno, en su postrera hora,
Es lo que duele más, es lo que emplea
Su fuerza más terrible y matadora;
Que ella sin vos se parte muerta, y vivo
Sin ella vos quedais, triste, cautivo.

»¡Amargo trago, amargo trance y fuerte!
¡Aspero y lastimoso apartamiento!
¡Fiero y bravo rigor de adversa suerte!
¡Insufrible dolor, cruel tormento!
¡Oh sangre sin valor! Oh vana muerte!
Oh cuántas esperanzas lleva el viento!
Ni ya de Armeno gozo, ni su vida
Es con mi sangre y muerte socorrida.

»Esto me mata, desto solo muero;
Y es más mortal herida y penetrante
Que esta del brazo de ese caballero
Que en mi venganza muerto veo delante;
Mas ¡ay de mí cuitada! que no espero
Que á la una la otra se adelante:
Juntas las dos el cuerpo y alma cercan
Y apriesa la mortal congoja acercan.»

Esta postrer palabra apénas fuera
Salió de aquellas perlas orientales,
Rompida de un sollozo que pudiera
Enternecer las furias infernales,
Cuando la muerte acelerada y fiera,
Con presurosos pasos desiguales
Por allí vuelta, con veloz corrida
De Lijerea se llevó la vida.

En esto, á toda furia, á toda priesa
Vuelve la frente ya la gente mora,
Quién á la selva lóbrega y espesa,
Y quién á la montaña defensora;
Mas á cuál en la fuga se atraviesa
Cierta y aguda jara voladora,
Y á cuál con mejor suerte, aunque no buena,
Fuertes cordeles ó áspera cadena.

Quinientos de las manos se escaparon
De la sangrienta muerte encarnizada,
De los seis mil ladrones que causaron
La peligrosa y súbita jornada;
Mas todos, sin valerles piés, quedaron
En manos de la gente bautizada,
Que venció aquella bárbara braveza
Con cristiana prudencia y fortaleza.

De los cristianos no faltaron ciento,
Aunque todos allí sangre vertieron;
Mas atóles las llagas el contento
Que de la gran victoria recibieron;
Y alegres del dichoso vencimiento,
Repararon su armada y proveyeron
Del agua y leña que con sangre y vidas
Se compró de las gentes descreidas.

Hecha la provision y despojado
El miserable y triste campo muerto,
De su pillaje cada cual cargado,
Alegre vuelve al deseado puerto;
Y del buen Filadelfo malogrado
No se olvidó su general Alberto;
Que le estimaba cuanto conocia
Su discrecion, su sangre y valentía.

Garin tomó á su cargo el sepultarle
Con la pompa mayor que allí se pudo,
Y Alberto fué el primero á levantarle,
Ya puesto sobre un ancho y fuerte escudo;
Y cual estaba armado, sin quitarle
Alguna pieza ni el estoque agudo,
Garin guiando y veinte capellanes,
Le llevan Guido, Olindo, Oronte y Dánes.

Una cruz rica en alto levantada
Lleva el pio Garin, delante puesto
De la fúnebre pompa, encaminada
Hácia la mar, al cabo de un recuesto;
Donde, al reposo eterno encomendada
El alma, y el sepulcro ya dispuesto
En una peña junto al mar sagrado,
El cuerpo ilustre fué depositado.

Tambien los demas cuerpos se enterraron
Que de entre los revueltos africanos
Con piedad dolorosa retiraron
Los que eran en milicia sus hermanos:
Hecho lo cual, apriesa se embarcaron,
Y con robustas y maestras manos
Fué reparado el daño peligroso
Del pasado naufragio riguroso.

Y los heridos asimismo en tanto
Se repararon algo; solamente
Armeno acrecentó con pena y llanto
Su no mortal herida y su accidente:
¡Oh cuánto, amor, tu ardiente llama, oh cuánto
Y en cuántas formas tu rigor se siente!
Sin duda Armeno de su mal curara
Si tanto tu furor no le apretara.

Curara Armeno si tuviera cura
La pasion amorosa cuando llega
A privar la razon y la cordura,
Y al alma triste el uso dellas niega;
Y cristiano y en próspera ventura,
Léjos de su africana gente ciega,
Viviera con el gozo y el consuelo
Que tiene acá quien solo aspira al cielo.

A la réal galera, donde estaba
Con Armeno Garin, llegó un soldado,
Trayendo de la mora linda y brava
El vestido de estrellas adornado;
El alfanje del hombro le colgaba,
De los brazos las ropas, y el tocado
Que á la curiosidad misma excedia,
De las manos; y alegre así decia:

«Bien puede haber ganado plata y oro
Otro en esta jornada peligrosa,
O cautivado algun valiente moro,
O habido alguna joya muy preciosa;
Mas cosa que, sin serlo, en un tesoro
Es digna de estimarse por hermosa
Yo la he ganado; y si esto no es creido,
Mírese este bellísimo vestido.»

Diciendo así delante del cuitado
Y triste Armeno en manos de otros pone
La almalafa, la aljuba y el tocado
Que con diversos lazos se dispone:
Quién, de mariota y capellar ornado,
Piensa, miéntras se mira y se compone
El azul estrellado terciopelo,
Que está vestido de un sereno cielo;

Quién el alfanje saca, y la fineza,
Haciendo alguna prueba en él, admira;
Quién la labor alaba, la riqueza;
Quién solamente con codicia mira;
Quién quisiera comprarle, y la pobreza
Con helado despecho le retira;
Y así, al fin, todos todo lo alababan,
Y al dueño engrandecian y envidiaban.

Tambien Armeno, en hielo convertido,
Atónito, confuso, embelesado,
Está mirando el trágico vestido,
Cual si estuviera en piedra trasformado;
Mas siendo de aquel pasmo conmovido
Al triste preguntar de aquel soldado,
Que le dice si sabe cúyo habia
Sido el rico pillaje que traia:

«El alma os lo podrá decir, responde
El pobre Armeno con la voz turbada,
Si sale, como yo deseo, de donde
Está tan bravamente atormentada;
Si á mi triste deseo corresponde
Fortuna contra mí siempre indignada;
Si ya dolido de mi mal el cielo,
Me quiere con la muerte dar consuelo.

»¡Oh tristes ropas, cuando Dios queria
Alegres á mis ojos lastimados,
Cuando con vos, oh bien del alma mia,
Pasaba dulces dias regalados!
¡Ay Lijerea, gloria y alegría
Y dulce fin de todos mis cuidados!
¿Cuál inhumana furia, brava y dura,
Os le dió á vos tan lleno de amargura?

»Sin duda que á traicion os dió la muerte
Quien os quitó, mi rico bien, la vida,
Pues ni el rostro os valió ni el brazo fuerte
Contra el traidor, cruel, fiero homicida;
Que vos en él trocárades la suerte
Si fuérades á vista acometida;
O si él en el hermoso rostro os viera,
Antes os adorara que ofendiera.

»No, no pudiera ser tan valeroso
Soldado alguno, que de bueno á bueno
Rindiera vuestro brazo poderoso,
De mil victorias admirables lleno;
Ni hubiera corazon tan escabroso
Ni tan lleno de colera y veneno,
Que vuestros ojos no le enternecieran
Y en dulce mansedumbre le volvieran.

»Muerta, al fin, sois, y sois sin duda muerta
A traicion, mi dulce esposa amada:
Cada cual destas cosas es muy cierta,
Más de lo que quisiera está probada;
Y así ya solo resta que la abierta
Senda por vos sea por mí pisada;
Que os siga yo, mi Lijerea, en esta
Triste jornada solo ahora resta.

¡Oh vos, dueño cruel de ese vestido,
Si sois el que matastes á mi esposa,
Y esto que habeis ahora de mí oido
Por mi bien os enciende en ira honrosa;
Dadme la muerte ya que ha merecido
Mi lengua apasionada y licenciosa;
Dadme la muerte, que es el justo medio
Para vuestra venganza y mi remedio.

Aquí se le quedó súbitamente
La voz á Armeno en la garganta asida;
Y la muerte veloz, fiera, inclemente,
Con el vestido trágico venida,
Desenlazando al mísero doliente
El nudo estrecho de la amada vida,
Le dejó el cuerpo convertido en hielo,
Con los ojos y manos hácia el cielo.

Garin, su cuidosísimo enfermero,
Que junto á él estaba, apercibiendo
Santas razones con que aquel mal fiero
A fácil cura fuese reduciendo;
La postrera congoja, el postrimero
Trago cruel que le apretaba viendo,
Acude presto, y diligente aplica
Al pobre enfermo toda su botica;

Y fué á tal tiempo, que aunque el cuerpo helado
No pudo ser de muerte defendido,
Antes de ser el nudo desatado,
Fué el espíritu tanto entretenido,
Que el pío Garin con celestial cuidado,
En su perfecto acuerdo y su sentido,
Al alma vida dió con la agua pura,
Despues con llanto al cuerpo sepultura.

CANTO XII.

ARGUMENTO.

Deja el puerto africano Alberto, y parte
Para Italia con viento favorable,
Y della alegre toma aquella parte
Que es la grande Parténope admirable,
De donde el buen Garin, aunque se aparta
Con diligencia y con fervor notable
Para ir á Roma como le conviene,
Su adversario el camino le detiene.

La armada en tanto ya aprestada, solo
Aguarda que el rigor de la corriente
Que causa el porfiar del bravo Eolo,
Aplaque su mortal ira inclemente,
Y que el revuelto mar de polo á polo
Muestre serena la turbada frente,
Para volver por su camino incierto,
De infiel y extraño, á fiel y propio puerto.

Al tardo aparecer del cuarto dia
Que en órden aguardando está la armada
Próspero tiempo y viento de alegría
Para la dulce Italia deseada,
Calmó el soberbio soplo que tenía
Toda la costa de Africa atronada,
Y della, cuando el sol faltó del cielo,
Un viento salta con lijero vuelo.

El contrapuesto viento favorable,
A la corriente indómita contraria
Venciendo, vuelve el alto mar tratable
Con la mudanza entre ellos ordinaria:
Queda el soberbio piélago espantable
Manso al volver de la fortuna varia;
En bonanza se ofrece, y al esfuerzo
Del ábrego quedó rendido el cierzo.

Alegre entónces el famoso Alberto,
Cuando la noche, á la mitad subida
De su camino sosegado y cierto,
La prima guardia tuvo ya rendida;
Manda dejar el africano puerto
Con la cierta señal de la partida,
Cuyo alto son apénas fué escuchado,
Cuando el puerto se vió desocupado.

Salen al ancho mar, y al largo viento
Las velas dan con gozo y esperanza;
Ofrece el tiempo al general contento
El viento en popa, y la alta mar bonanza:
Huye la tierra infiel, y el firme intento
De alcanzar la que espera el fiel alcanza:
Vuela la armada como su deseo,
Y toma el promontorio Lilibeo.

Tres veces saludaron la ribera
De la fértil Sicilia alegremente,
Y tres veces alegre la parlera
Eco los fines replicar se siente:
Ya queda atras el puerto y la ladera
De Trápana, que el alto descendiente
De Cápis, con su nombre y su ceniza,
Por el único Tíiro eterniza.

Persevera en su vuelo el africano
Viento, y pasa la escuadra italiana
Mirando alegre á la derecha mano
La floreciente isla Siciliana;
Y á la siniestra, de Eolo y Vulcano
Las siete, donde viento y fuego mana,
Lípara, Hiera, Estróngila, Ericusa,
Erónima, Didima y Fenicusa.

No cesa el fresco y dulce viento moro,
Ni Alberto amaina la cruzada entena,
Hasta que, junto casi ya á Peloro,
La voz airada de Caribdi suena;
Y Cila, amenazando eterno lloro,
Revuelve el faro, y cielo y tierra atruena:
Aquí á media asta amaina, y del estrecho
Pasa el bravo reflujo, un Argos hecho.

Vuelve á dar la ancha vela al largo viento,
Pasado el removido mar Sicano,
Y ve á la diestra Agrópoli y Cilento
Y la espumosa boca de Brandano,
Salerno, Malfi, Masa, y de Sorrento
El deleitoso aunque pequeño llano:
Aquí al anochecer el viento el vuelo
Volvió cansado á su africano suelo.

Con los remos suplió la fuerza humana
La falta del soplar de travesía,
Abriendo por la mar quieta y llana
Segura senda en la derecha vía;
Y al claro aparecer de la mañana,
El que la guardia en el carcer hacia
Descubre á Capri, y luego en voz gozosa,
«Nápoles, dice, Nápoles famosa.»

Ausente madre de su hijo amado
Que anda con Marte en furias repentinas,
Y largos dias y años le ha esperado
Con suspiros y lágrimas continas,
Y siente que le dan del bien llegado
El parabien y nuevas sus vecinas,
No con mayor consuelo y regocijo
Gozosa y presta acude á ver el hijo;

Que á la alta y dulce voz del marinero
Acudieron á ver la amada tierra
Los tristes trabajados del mar fiero
Y de la brava y peligrosa guerra;
Y con gusto y contento verdadero
Están mirando la más alta sierra,
Y luego el monte ménos alto, y luego
El llano donde esperan su sosiego.

Ya cerca al fin, á ménos de una milla
La fuerte escuadra el manso mar navega,
Y descubriendo va en la amiga orilla
La inmensa gente que á esperalla llega;
Y gozosa y alegre á maravilla,
Las banderas y flámulas despliega,
Las tapieras, los ricos tendaletes,
Las banderolas y los gallardetes.

Y con vistosa muestra así adornada,
Y en forma de batalla en órden puesta,
A la querida tierra deseada
Se va acercando con alegre fiesta:
Suena la caja con furor tocada;
Dale el alto clarin dulce respuesta,
Y acompañando el marcial sonido,
Alza la humana voz dulce alarido.

Con el aplauso mismo recibida
Es de la tierra la contenta gente,
Y en el muelle seguro recogida,
Al mar arroja el corvo y fuerte diente;
Y demas dél, con cabo en tierra asida
Pone la armada más seguramente;
Luego con el batel que nadar hace
Del todo á su deseo satisface.

Alberto sale en tierra acompañado
De toda la nobleza de su armada,
Trayendo al diestro y al siniestro lado,
Con honra merecida, aventajada,
Al buen Garin, de todos estimado
Por su vida ejemplar ya muy notada,
Y al famoso don Diego, su querido,
Por nuevo Marte en general tenido,

Y á los dos valerosos y notables
Amigos, de quien tanto él muestra serlo,
Cuanto ellos con sus obras memorables
Llegan perfectamente á merecerlo:
En medio destos hombres admirables,
Lleno de excelsa majestad al verlo,
Alberto sale, y llega así contento
Donde le aguarda gran recibimiento.

Es la estacion del General famoso,
Primero que otra alguna, al templo santo,
A dar debidas gracias del dichoso
Fin del viaje deseado tanto:
De allí á palacio, y luego más gozoso
Al suyo va, donde con dulce llanto
Su familia le espera de la suerte
Que Penélope al hijo de Laerte.

A los cuatro españoles sus queridos
Lleva consigo Alberto á su posada,
Deseando tenellos divertidos
En aquella su patria regalada:
Alentando sus ánimos traidos
Por la trabajosísima jornada
Quedan los dos amigos y don Diego;
Pero Garin quiso partirse luego.

No fué posible detenelle un hora
Más de las que tardó la noche fria
A dar lugar que la siguiente aurora,
Con claros rayos llenos de alegria,
Mostrase el rostro que ilumina y dora
Cuanto en la fértil madre el cielo cria,
Y abriese al rubio Febo radiante
Las clarísimas puertas de levante.

Parte el gozoso monje, al fin, por tierra,
Solo y á pié, para la sacra Roma:
No fuerte bestia en que pasar la sierra
Acepta ni dinero alguno toma;
Ni en la bizaza acostumbrada encierra
Las cosas prevenidas de que coma:
¡Oh pobreza de espíritu subida,
Cómo de todo estás bien proveida!

Riquísima pobreza, tus tesoros
Solo aquel que los goza los estima,
No el que goza del mundo pompas y oros,
Si la ambicion con ellos le lastima:
¡Dichoso el que en grandezas y en decoros
Desta humilde pobreza se sublima!
No el ambicioso, aunque el haber le sobre:
Rico es aquel, mísero es este y pobre.

Si contento no estás, si satisfecho
El estado que tienes no te tiene;
Si levantado, si alterado el pecho
La alma con tus haberes no se aviene;
Si el corazon te aprieta, si en estrecho
Te pone lo que ménos te conviene;
¿Qué es el no contentarte con tu suerte?
Miserable mortal; tu vida es muerte.

¡Miserable mortal, martirizado
De ambicion, fuerte furia del infierno,
Que sin cesar acá y allá arrojado
Lleva tu pensamiento en vuelo eterno,
Jamas de tí contento ni pagado,
Satisfecho jamas de tu gobierno,
Siempre de tí quejoso, imaginando
El modo siempre, siempre el cómo y cuándo!

¡Oh dulce paz, quietud, gozo, consuelo
Del alma do te acoges y regalas,
Del alma, á quien para elevarse al cielo
Das de águila réal ojos y alas;
Libre de afectos míseros del suelo,
Pobreza que al Perú más rico igualas,
De la fiera ambicion destruidora,
Y en ella de mil monstros vencedora!

Dame que, así como tus bienes veo,
Sepa dellos gozar como el prudente
Garin, con el espíritu y deseo
De pobre peregrino y penitente;
Dame que, sacudiendo el devaneo
Con que ambicion turbando va la mente,
Tu razon sosegada el alma rija,
Y solo lo que el cielo elije elija.

Cuando de nuestro cielo el sol faltando
A la nocturna sombra se le entrega,
Y así como él se va en poniente entrando,
Ella sus alas lóbregas desplega,
Con su santo deseo, apresurando
El contrito Garin el paso, llega,
No con poco deseo de posada,
A una en todo extremo regalada.

Habia, sin pensarlo, el monje errado
El camino derecho que llevaba,
Y por un ancho del siniestro lado
Confiado y contento caminaba,
Hasta dar en un valle que, adornado
De un alto monte que le rodeaba,
Aquel albergue vió maravilloso,
Y á él se fué con paso presuroso.

Desde que vió la casa y su lindeza
Se le ofreció el camino llano y lleno
De lo más lindo que naturaleza
Pone á la tierra en el fecundo seno:
El alma le robó con su belleza
A Garin por la vista el valle ameno,
Imprimiéndole en ella un cierto aviso
Que entraba en el terrestre paraiso.

Vía selvas umbrosas, verdes prados,
Jardines curiosísimos, hermosos,
De mil vivos colores matizados,
De mil frutos y flores abundosos;
Altas mieses con granos sazonados,
Anchos viñedos, largos y espaciosos,
Bosques, dehesas, sotos, granjerías,
Torres, cercados, casas y alquerías.

Y via bellas fuentes que cristales
Deshechos como nieve parecian,
Que con sonoros y altos manantiales
Del monte por mil partes descendian,
Y las mieses y plantas y frutales
Del admirable valle enriquecian,
Por todo él alegrísimo riendo,
Sus corrientes dulcísimas torciendo.

Iban, despues de haber todo el hermoso
Valle fertilizado y discurrido,
A dar á un lago claro y espacioso
De jazmines y rosas circuido,
El cual en medio tiene el suntuoso
Palacio, en mil columnas sostenido:
Centro del valle es la laguna bella,
Y el hermoso palacio es centro della.

Por cuatro bien labradas y anchas puentes,
Que van á dar á cuatro grandes puertas
Que á todos de ordinario están patentes,
Y como propias, á cualquiera abiertas,
Se entra en la casa; y por las mansas fuentes
Del lago tambien tiene entradas ciertas
En muchos barcos, que por todas partes
Pescando van con industriosas artes.

Todo esto va Garin mirando mientra
La escasa luz del sol se lo consiente;
Pero ya, al fin, casi en un punto él entra
En la ancha casa y Febo en occidente;
Y luego en la primera puerta encuentra
Un huésped, aunque viejo, diligente
Tanto, que en todo lo que disponia,
La misma diligencia parecia.

Era lo que en el valle habia mirado
Y en la grande laguna el monje pobre,
Con lo que dentro via comparado,
Como oro fino á bajo peltre ó cobre:
Contempla el gran palacio sustentado
(¡Extraña y admirable cosa!) sobre
Altas columnas, no de mármol pario,
Sino de vidrio quebradizo y vario.

Bien que no solo el monje no juzgara
Ser frágil vidrio las columnas bellas;
Mas, creyendo jurar verdad, jurara
Diamante ser la ménos fuerte dellas;
Y de tal fortaleza la estimara
Cual las dos que sustentan las estrellas:
Tanto podia en el palacio extraño
Del diligente huésped el engaño.

Como quien á la nieve está mirando
Desde cerca en un alto ventisquero
Gran rato, cuando el sol reverberando
Hace con ella fuerte resistero,
Que del todo la vista disgregando,
Queda sin su valor y sér primero,
Sin que ver pueda lo que mira atento,
Ni tener dello algun conocimiento;

De la misma manera deslumbrado,
En poniendo los piés en los umbrales
De aquel hermoso albergue, frecuentado
De mil famosas gentes principales,
Quedó Garin, y con el viejo al lado,
Que le acaricia con palabras tales
Que le obliga á que tome muy despacio
Gracioso alojamiento en su palacio.

En una pieza grande y rica mete
El huésped á Garin con rostro afable,
Donde una cena (ántes un gran banquete)
Le ofrece cual á un príncipe notable;
Y como tal, en un réal retrete
Una cama cual tálamo admirable:
Cena Garin templadamente, en tanto,
Con gusto grande y no pequeño espanto.

Satisfecho ya el monje con la cena,
El viejo dice: «Miéntras llega la hora
De reposar, serálo, huésped, buena
De entretenerte entre Pomona y Flora;
Que al claro rayo de la luna llena,
Mejor que á los del sol, podrás ahora
Gozar un rato de un jardin curioso,
De cuanto el mundo puede dar copioso.»

Tómale por la mano así diciendo,
Y Garin se levanta alegremente,
Y á su huésped afable va siguiendo
Por entre grande multitud de gente;
Toda la cual parece estar riendo
Con tan serena y sosegada frente,
Que el jüicio á Garin se le confunde,
Y aquella extraña risa en él se infunde.

Al medio de la casa á cielo abierto
Llegan, al fin, por donde una ancha puerta
Les da seguro paso, siempre abierto,
Para la grande y regalada huerta:
«Aquí (el viejo astutísimo y experto
Dice á Garin) el ánimo despierta
Para gozar de todas estas cosas
Que ahora se te ofrecen milagrosas.»

La luna llena en el sereno cielo
Con la prestada luz resplandecia
Tanto, que del hermoso y fértil suelo
Las cosas y colores descubria:
Plata pura llevaba un arroyuelo
Que por la primer calle discurria
De aquel jardin, y en su pintada orilla
Oro era la flor, si era amarilla;

Si era encarnada, era amatiste fina;
Rubí, si roja parecia al verla;
Si azul, rico zafir de nueva mina,
Y si era blanca, diamante ó perla;
Y por lo que se ve se determina
Cualquier dellas llegándose á cogerla,
Y aunque son tales las extrañas flores,
Tienen sus suavísimos olores.

De verdes jaspes, tersos, trasparentes
Los troncos y las ramas parecian,
En mil árboles varios, eminentes,
Que las iguales calles dividian;
Cuyas hermosas hojas excelentes
De esmeraldas color y sér tenian,
Y los diversos frutos que producen,
Como en el cielo las estrellas, lucen.

De varia luz alegres rayos claros
Despiden los hermosos frutos, tales,
Que á lo admirable de sus visos raros
No hay visos que les puedan ser iguales:
Apacibles, dulcísimos y caros,
Maravillosos, sobrenaturales,
Y de tal fuerza en su agradable vista,
Que tiraniza á toda humana vista.

Admirado Garin de la extrañeza
Del único jardin, pasa gozando
De su rara y riquísima belleza,
Las nunca vistas cosas admirando;
Y en unas la bellísima riqueza,
La novedad en otras contemplando,
Va bebiendo de todas el veneno,
Casi del todo de sí mismo ajeno.

Espiraba un olor de mil olores
Regalados, preciosos y suaves;
Oíanse esfogar los ruiseñores
Con voz aguda sus dolores graves;
Vianse andar gozando fruto y flores
Otras, aunque nocturnas, lindas aves:
Sentíase tras esto una armonía
Que el cielo y elementos suspendia.

Para donde la música sonaba
Vuelve Garin la vista y el oido;
Y á la sonora voz, que se acordaba
Al suave y dulcísimo sonido,
Sin resistencia alguna apresuraba
Los mal guiados piés tras el sentido,
Metiéndose con paso apresurado
En un enredo crético intrincado.

La dulce lira y dulce voz oia
Más cerca cada paso, y no por eso
Al músico agradable ver podia
Por el hermoso laberinto espeso;
Y por la misma privacion hacia
Siempre mayor el comenzado exceso,
Con más deseo el músico buscando,
Y más adentro en la maleza entrando.

Al centro del enredo ya llegado,
En un prado se vió maravilloso,
De rosales espesos rodeado,
Con cierto desconcierto artificioso;
Y en un redondo estanque bien labrado
Puesto en medio del prado deleitoso,
Al claro rayo de la luna llena
Descubrió una bellísima sirena.

De la cintura arriba se mostraba
Compuesta de una linda vestidura
De carmesí encendido, que adornaba
El pecho y brazos con sutil hechura:
El dorado cabello, que igualaba
Al sol en resplandor y en hermosura,
Parte atado tenia y parte suelto,
Parte entre perlas y rubís revuelto.

Las manos, que á la nieve no tocada
Exceden en blancura milagrosa,
Al blando pecho tienen arrimada
La vihuela dulcísima y hermosa:
Cantó siempre, aunque vió que era mirada,
Fingiendo de no verlo la engañosa,
Y del sonoro artificioso canto
Fué tal desde aquel punto el falso encanto.

«¿Quién tan esquivo, quién tan inhumano
Consigo mismo es, con vano intento,
Que del suave y dulce amor humano
Huya el gusto y el gozo y el contento?
Al nemeo leon, al tigre hircano
Ablanda el regalado sentimiento
Del natural amor de la criatura,
Lleno de suavísima dulzura.

»¿Y hombre ha de haber que dél se aparte y huya
Siéndose á sí cruel, duro y arisco,
Y que á sus calidades atribuya
Las del áspid mortal y basilisco?
Quien estas da al amor, será la suya
De un yerto yermo aborrecido risco,
Lleno de eterna sombra y triste luto,
Que ni produce flor ni espera fruto.

»No tienes tú, bellísima Diana,
Que ahora al suelo das tu luz hermosa,
Esta opinion tan bárbara y profana,
Aun con ser tú de castidad la diosa;
Pues como venga el sol á la mañana,
Irás á la morada peñascosa
De Endimion, tu pastorcillo, donde
Con dulce amor te goza y corresponde.

»Y no tu padre altísimo Tonante,
En cielo y tierra, infierno y mar potente,
Desprecia del amor el importante
Fuego, que enciende tan gustosamente;
Pues en él, cuando fué de Egina amante,
Se convirtió con viva llama ardiente,
Como en la torre por la griega, en oro,
Y por la de Fenicia en Tiro, en toro.

»Es amor un deseo regalado
De gozar la belleza que enamora,
En quien vive el amante trasformado,
Y con quien siempre entretenido mora,
Y á quien, como á su cielo deseado,
Dulcemente contempla, ama y adora;
Y es su fin cumplimiento del deseo,
Todo lleno de gozo y de recreo.»

Aquí dió fin al engañoso acento
La falsa y hermosísima sirena,
Dejando juntamente el instrumento,
Llena de engaño y de lascivia llena;
Y luego por el líquido elemento
Calar dejóse á la profunda arena,
Primero habiendo con lascivo juego
Hecho del agua del estanque un fuego.

Cual de profundo sueño recordado
Fué Garin por el huésped, al decirle
Que era ya hora de dejar el prado,
Y en reposada cama convertirle:
No le responde el monje embelesado,
Sino luego dispónese á seguirle:
Guíale el viejo por más corta via,
Adonde ya la cama le atendia.

Déjale solo, porque así lo quiere
Garin, el huésped en el aposento;
La puerta el monje solo ya requiere,
Y ciérrala con llave á su contento:
La cama mira y el retrete inquiere,
Y divertido en el oido acento
Y en lo demas de aquella casa, al sueño
Hizo, en la blanda cama, de sí dueño.

Ya que el retrato vivo de la muerte
Al monje en el primer sueño entretuvo,
Y en la profundidad del ocio inerte
Los trabados sentidos le detuvo;
Aquel que su remedio y bien le advierte
Desde que en guardia y proteccion le hubo,
Permite el Rey de la admirable esfera
Que le dé su favor de esta manera.

Muéstrase en sueño el soberano nuncio,
Cual cuando en el altar de Magdalena
Le dió aquel dulce y regalado anuncio
Que fué remedio de su angustia y pena,
Y dícele: «Garin, yo te denuncio
Eterna muerte en inmortal cadena,
Si con ménos descuido y más recelo
No adviertes lo que siempre te revelo.

»¿En regalada cama, descuidado,
Fuera de tu costumbre, duermes? Vela;
Que estás de mil peligros rodeado,
Y en ellos tu enemigo se desvela:
No estés al torpe sueño así entregado;
Haz sobre tí cuidosa centinela;
Para volver á tu camino esfuerza,
Y para resistir la infernal fuerza.

»Advierte atentamente lo que digo,
Que en parte estás donde, si no lo advierte,
Quedarás preso por el enemigo
En esa cárcel llena de sus muertes:
Prepárate á vencerle; que contigo
Siempre yo asistiré con armas fuertes:
Alerta pues, no más descuido: alerta;
Que el enemigo llama ya á la puerta.»

CANTO XIII.

ARGUMENTO.

Ilusion, tentacion, peligro y duelo
Garin padece en la fingida casa,
De donde sale con favor del cielo
Todo encendido en vergonzosa brasa:
Vuelve al camino lleno de consuelo
Con el fervor que el corazon le abrasa;
Mas halla estorbo lleno de dolores,
Prendiéndole crueles saltcadores.

Apénas dijo la razon postrera
El ángel santo, el vuelo revolviendo
Con gravedad á la más alta esfera,
El aire escuro con su luz abriendo;
Cuando al retrete llega por de fuera
El viejo huésped, tal rumor haciendo,
Que del triste Garin huyó al momento
El torpe sueño cual lijero viento.

Abre el monje los ojos y recoge
Apriesa los sentidos derramados,
Y en el alma con ellos luego acoge
Los nuevos pensamientos y cuidados,
Y por entre ellos al deseo descoge
Largas alas en vuelos regalados:
Allí la casa mira, allí le suena
Al oido la voz de la sirena.

Estaba así suspenso y pensativo
El sueño y las visiones cotejando,
Así ya en uno con razon esquivo,
Y ya sin ella en otro dulce y blando;
Cuando, cual suele poco á poco el vivo
Rayo del sol salir iluminando
Con claros y dorados resplandores,
De los fértiles campos los colores;

Así la pieza, en que Garin tenia
La cama nunca dél acostumbrada,
De un admirable inusitado dia
Poco á poco quedó toda ilustrada:
Del pecho el corazon se le salia,
La voz tenia en la garganta atada,
Mirando atento aquella luz extraña,
Y espera y teme, y piensa que se engaña.

Mas otra maravilla mayor luego
De esta primera le dejó olvidado,
Con más temor, con más desasosiego,
Con mayor turbacion, miedo y cuidado,
Que fué ver, tras el dulce y claro fuego
Con que el rico retrete fué alumbrado,
A su lado, en su cama, una doncella
Como la misma hermosura bella.

En el rico trenzado artificioso
Y el extraño atavio, parecia
A la sirena que en el deleitoso
Estanque aquella noche visto habia;
Mas en el rostro y el mirar gracioso,
En el rëal donaire y gallardia,
Aquella muestra ser que de su sierra
Con corazon contrito le destierra.

De aquella dama á quien la injusta muerte
Dió con tanta crueldad su injusta mano,
Garin el rostro y la belleza advierte,
No en la imaginacion ó sueño vano,
Sino en formado cuerpo, de la suerte
Que es junto con el alma el cuerpo humano,
Tan retratada al vivo, que el ser muerta
Tiene entónces Garin por cosa incierta.

Y con debido miedo recelando
De vision en tal forma aparecida,
Al alto cielo en su favor llamando,
Della se aparta con veloz huida;
Y ella la voz entónces desatando,
Así con sus venenos le convida:
«¿De quién, mi gloria, quieres alejarte?
De quién quieres huirte y esquivarte?

»No soy yo sierpe ponzoñosa y fiera
Que usar quiera en tu daño su veneno;
No soy Aleto yo, no soy Megera,
Ni tengo su mirar de espanto lleno:
Mujer soy, y mujer que amando espera
En tí, que de mí amor estás ajeno,
Sin razon siendo de tu propio gusto
Fiero enemigo y matador injusto.

»Esto que yo te ofrezco y tu desprecias,
Otro con ansia inmensa lo desea,
Y en procurar lo que en tan poco aprecias
El cuerpo y alma con fervor emplea.
Cruel, si de gozarte no te precias
Con quien solo en gozarte se recrea,
Y te aprecia y te estima en sumo grado,
¿En qué fundas tu gusto y tu cuidado?

»Vuélvete á mí, regálate en mi pecho,
Donde el amor te tiene puesto vivo,
Que está tanto en sus lágrimas deshecho
Cuanto te muestras tú al amor esquivo:
No fué tu corazon de mármol hecho,
Aunque tan duro y frio y tan altivo:
Vuelve á lo ménos á mirar ahora
A quien como á su ídolo te adora.»

Aquí paró la lengua ponzoñosa,
Y en vez della, las manos atrevidas
Quisieron emplear la rigurosa
Fuerza que rinde y doma tantas vidas;
Pero de la estacada peligrosa
Huye Garin, y evita las heridas
De aquella combatiente dama bella,
Y huye por vencer con ansia della.

El huye victorioso, y ella sigue,
Vencida su porfía comenzada;
Y no ya con las manos le persigue
Ni con la lengua de dulzura armada:
Para que su dureza se mitigue
Otra arma toma más aventajada:
Vierten sus ojos cristalinas lluvias,
Y sus manos arrancan hebras rubias.

Pudiera el rico aljófar trasparente
Que por la nieve y púrpura corria,
Y la enojada mano que impaciente
El cabello bellísimo rompia,
Y el suspirar tiernísimo y ardiente
Con que el lascivo lloro interrumpia,
Hacer piadosa la implacable muerte,
Y dar vencido lo más bravo y fuerte.

Pero derrama en la infecunda arena
En vano su mortífera semilla,
Y queda, al fin del blando ruego, llena
De excesivo dolor y maravilla:
El llanto enjuga, el rostro ya serena,
Ya no suspira, ya no se amancilla;
Sino brava, colérica y furiosa,
Hacerle fieras amenazas osa:

Que no le dejará salir le jura,
Si con su voluntad no condesciende,
De aquel retrete, que en prision oscura
Convertirá si en cólera se enciende;
Donde estará en eterna desventura
Si más su dura obstinacion la ofende;
Que entienda que en aquella casa grande
No hay quien contra lo que ella manda mande.

Ni por aquí tampoco en el valiente
Halla para vencelle entrada cierta;
Que siempre victorioso y diligente
Huye, buscando acá y allá la puerta;
Y aunque es ya tal su turbacion vehemente,
Que con la parte donde está no acierta,
Sigue su retirada victoriosa
Por triunfar de la dama poderosa.

Tigre á quien haya el cazador experto
Del ponzoñoso albergue saqueado
Algun hijuelo, y otro alguno muerto
En su sangre revuelto haya dejado,
No tanto con su airado desconcierto
Muestra el furioso pecho lastimado,
Cuanto aquella el dolor que la lastima
De ver cuán poco el buen Garin la estima.

Y así, con un furioso y bravo ceño,
Los ojos en dos fuegos convertidos,
Vencida por el monje zahareño,
Huye dando tristísimos aullidos:
Garin entónces, no rindiendo al sueño
Con el descuido de ántes los sentidos,
Sino despierto y de rodillas puesto,
Dice, parando en mil suspiros, esto:

«Mis fuerzas, ¡oh clemente Rey eterno!
Y mi deseo os es patente y claro:
Este quiere, Señor, vuestro gobierno,
Y han menester aquellas vuestro amparo:
Sin esto llevará de mí el infierno
Lo que os costó, Señor, á vos tan caro;
Pues ¡oh mi Dios! vuestra clemencia sea
Quien de amparo y gobierno me provea.»

La nocturna tiniebla que asombraba
Lo que ilumina el sol resplandeciente,
Ya con lijeras alas se acercaba
A las oscuras puertas de poniente,
Y al horizonte en su lugar dejaba
Al que siguiendo va perpetuamente,
A cuya luz al avisar del alba
Hacen las aves sonorosa salva;

Cuando salió Garin más consolado
A buscar para irse cierta via:
Salas y patios deja apresurado,
Y á las salidas de la casa guia:
Ya cuatro vueltas casi en vuelo ha dado,
Y de las cuatro puentes que tenia
Para entrar en la casa la laguna,
Para salir hallar no puede alguna.

Ni en toda la ribera aborrecida
Ve cosa en que pasar el lago pueda,
Sino una barca rota y destruida
Que encima apénas de las aguas queda:
Pasmado allí, no viendo otra salida
En cuanto el espacioso extraño rueda,
En otro más revuelto de sí mismo
Está Garin hasta el más hondo abismo.

Un piélago revuelto le es el pecho
Con todo cuanto mira y cuanto infiere,
Presuponiendo que de aquel estrecho
Salir, y luego, en todo caso quiere:
Por parecerle temerario hecho
Fiarse en aquel frágil barco, inquiere
Otra vez y otra toda la ancha costa
Del grande estanque, á su deseo angosta.

Mas viendo, al fin de grande rato, que era
Excusado esperar otro camino
Para pasar la alta laguna y fiera,
Que era, revuelta, un lago camarino,
Con viva fe encendida y verdadera
Entra animoso en el abierto pino,
La amarra suelta, y con aliento extremo
Cala con arte el uno y otro remo.

Gimió de popa á proa la barquilla
Al peso del varon determinado;
Rechinaron costillas, borde y quilla;
Hizo mucha agua de uno y otro lado:
Garin, con faz mudada y amarilla,
Mas con entero corazon y osado,
Sigue animoso su viaje, abriendo
Con presurosa boga el lago horrendo.

A la mitad de la laguna estaba
Con su corta barquilla peligrosa,
Y anhelando y cansado apresuraba
Todavía la boga fatigosa;
Cuando saltó con furia presta y brava
Una borrasca súbita, espantosa,
Que revolviendo el lago, al lago averno
Le iguala, abriendo en él bocas de infierno.

No pueden contra la áspera tormenta
La frágil barca ni la débil fuerza
Del triste monje, aunque mil artes tienta
Y en mil modos con ánimo se esfuerza;
Que el batel, del rigor que le atormenta,
A dar á fondo el gran furor le fuerza,
Y Garin, de los remos desasido,
Queda en las altas aguas sumergido

Sacude recio la una y otra pierna,
Tendiendo á un tiempo el uno y otro brazo,
Hallándose con ansia tan interna
Del alto lago en el cruel regazo:
Las ropas y el temor que le gobierna
Le son mortal estorbo y embarazo;
Y así el bravo combate de las ondas
Ya le sorbía en sus cavernas hondas.

Cuando el viento calmó y la lucha fiera
De las revueltas aguas espantosas,
Y á un tiempo el triste monje en la ribera
Firmó las flacas plantas temerosas,
Esfuerza entónces, y del todo fuera
Sale de aquellas ondas peligrosas,
Y está en lo enjuto apénas, cuando advierte
Que lago y casa en humo se convierte.

Espántale el suceso temeroso,
Y huye del lugar aborrecible
Con paso apresurado y codicioso,
Aunque turbado del temor terrible:
El valle que ántes era tan hermoso
Es monte ahora casi inaccesible,
En todo el cual sola una senda yerta
Halla Garin para subir abierta.

No duda de emprender la alta subida
Por la difícil y enriscada senda,
Para volver en su afanada vida
Con más valor la mal regida rienda;
Porque tiene esperanza que, subida
La excelsa cumbre, podrá ser que entienda
Adonde se perdió el primer camino,
Cuando al valle y laguna y casa vino.

Sube, al fin: ¿quién dirá con qué fatiga,
Con cuánto afan, cansancio y desconsuelo?
El mojado vestido le fatiga,
Pesando, y convirtiendo el cuerpo en hielo:
Esle naturaleza allí enemiga,
Con hambre y sed pidiendo su consuelo:
El esfuerzo le falta, y le parece
Que la aspereza del camino crece.

Pero el fuerte varon, fuerza sacando
De la cruel necesidad urgente,
Y con firme propósito aspirando
Al remedio esencial de su accidente,
Aunque con tanta lástima afanando,
Sigue la senda valerosamente,
Tanto, que aun con la febea lumbre
Llegó del yerto monte á la alta cumbre.

Descubre, allá llegado, un ancho llano
Alegre y lleno de infinitas flores,
Que muestra un templadísimo verano
Y espira suavísimos olores,
Y en medio un fuerte alcázar soberano,
Que con la luz del sol da resplandores
Tan llenos de dulcísimo consuelo,
Que alegran y enriquecen tierra y cielo.

El tormento, el cansancio y la tristeza
Huyó del afanado peregrino
Al punto que la excelsa fortaleza
Tan cerca descubrió de su camino:
Apresura los piés por la belleza
Del admirable llano, que divino
Llamar se puede, pues del cielo tiene
Cuanto para este nombre le conviene.

Llega, al fin, al alcázar, y á la entrada
Halla una bella dama generosa,
De ricas vestiduras adornada,
Cual principal señora y valerosa:
Está de un hombre grave acompañada,
Y de dos dueñas que á cualquiera cosa
De su servicio acuden diligentes,
Como ministros fieles y prudentes.

No bien hubo pisado los umbrales
Del soberano alcázar, y humillado
A la dama y sus gentes principales
Con el debido acatamiento honrado,
Cuando con mil consuelos celestiales
Fué dellos recibido y hospedado,
Haciéndole el regalo y cortesía
Que en todo el suelo desear podia.

A un aposento alegre le llevaron,
Donde cómoda cama le pusieron;
El vestido mojado le mudaron,
Y sobriamente refeccion le dieron;
En reposado sueño le dejaron,
Como necesitado dél le vieron,
Hasta que al asomar del sol luciente
Le recordaron amorosamente.

Ya las ropas enjutas y compuestas
El peregrino alegre y consolado
Halla junto á la cama, á punto puestas,
Y otro cualquier regalo aparejado;
Y la dama y las dueñas ve dispuestas,
Y el hombre, á regalarle con cuidado,
Así en cuanto requiere el hospedaje,
Como en cuanto conviene á su viaje.

Para el cual desde allí gozoso toma
El camino que va derechamente
A la alta, invicta y santa madre Roma,
Alegre fin de su deseo ardiente:
Pasa con prestos piés la verde loma
Del alto monte rico y floreciente;
Su viaje larguísimo prosigue,
Y el derecho camino apriesa sigue.

Tuvo, cuando quedó en tiniebla el suelo
Por la ausencia del sol, buena posada,
De donde, alegre, al aclararse el cielo,
Salió á seguir su próspera jornada;
Y cuando ya llegó el señor de Delo
Al fin de su carrera acostumbrada,
El de la suya el presto pié detuvo
Donde tambien buen hospedaje tuvo.

Sale la aurora, de su blanca mano
Pintadas flores derramando y rosas,
Con viva luz volviendo al monte y llano
Sus colores vivísimas, hermosas:
Huye la blanca luna del hermano,
Vuelan á dar las sombras tenebrosas
Al antípoda nuestro noche fria,
Miéntras Febo á nosotros nos da dia.

Y á este tiempo vuelve el cuidadoso
Garin á su camino apresurado,
Más contento que nunca y animoso,
Más alegre que nunca y más confiado.
¡Oh estado de los hombres lastimoso!
Mas ¿á qué llamo yo en el hombre estado?
¿Qué cosa tiene en este mundo el hombre
Que con razon pueda tener tal nombre?

Si es un pasar su corta y frágil vida
Triste, de descontento en descontento;
Si es un andar de afanes combatida,
Sin que en la tierra tenga ó halle asiento;
Si es un volar, en siendo poseida,
Para su fin lijera como el viento:
No hay en el suelo estado ni hay holganza,
Si no es que sea estado la mudanza.

Y es así que el estado invariable
En sola la mudanza en él consiste:
Posee perpetuo estado miserable
De variedad, de afan, el hombre triste;
El grado más subido y estimable
Varia miseria le circuye y viste:
Mil martirios de espanto el rico y alto
Tiene, y ¿cuáles no tiene el bajo y falto?

¡Oh césares supremos ¡ Oh monarcas!
Oh potentados de la tierra grandes!
Oh rico que te ves llenas las arcas
De cuanto á la codicia le demandes!
Oh pobrecillo tú, que unas abarcas
Apenas tienes con que arando andes!
Cada cual en su estado y suerte, ¡cuántos
Martirios padeceis, penas y espantos!

¡Oh pura vanidad de vanidades,
Viendo que los estados de este mundo
Son pura variedad de variedades,
De desventuras y de error inmundo!
¡No conocer las claras ceguedades
Que á despeñar nos llevan al profundo!
¡Ay! que si conocemos, pero el daño
Es el dejar vencernos de su engaño.

Cuando llegaba con su clara lumbre
El amoroso padre de Faetonte
Al alto punto de la excelsa cumbre
Que parte en su mitad nuestro horizonte,
Vió de gente Garin gran muchedumbre
Al camino calar de un alto monte
Que un laberinto era en espesura,
Y un infierno en espanto y desventura.

De ballestas, venablos y lanzones
La confusa canalla viene armada,
Siguiendo á paso largo á dos varones
O monstruos fieros, de quien es guiada;
Los cuales, cual hicieran dos leones
A mansa res, medrosa y desmandada,
Así á Garin á un tiempo se arrojaron
Cuando ya en el camino le alcanzaron.

Y con su mismo ceñidor las manos
Atras le ataron rigurosamente,
Y soberbios, airados y inhumanos,
Al triste entregan á su infame gente:
Corren fieros tras esto los cercanos
Caminos todos, hasta que en poniente
El sol abrió las puertas de alegría,
Por donde lleva al nuevo indio el dia.

Entónces por el alto monte espeso
Coléricos se emboscan y encaraman;
Y el dia, airados por el mal suceso,
Enormemente maldiciendo, infaman:
Tiénenle por tristísimo y avieso,
Y blasfemando dél, así le llaman,
Por no haber hecho presa más notable,
Que aquel inútil hombre miserable.

Llegan, al fin, en una gran quebrada,
A una boca estrecha y peligrosa
De una caverna de árboles cercada,
Escondida, enriscada y escabrosa:
Entran en la alta cueva, y arrimada
Una peña á la puerta tenebrosa,
Que con hierros fortísimos la cierra,
Pasan á las entrañas de la sierra.

Casi en el medio el fiero monte tiene
Un ancho descubierto, á cuya altura,
Si no es la que en el aire se sostiene,
Llegar no puede alguna criatura;
Por el cual á la grande cueva viene
Tanta luz, que le quita el ser escura;
Y la tiene en dos partes dividida
Y en cien grandes cavernas repartida.

Un lestrigon, Forminolo llamado,
Es señor de la cueva peñascosa,
De Antifates y Lamio derivado
En Formia, que hoy es Nola deleitosa;
Al cual, en corazon duro y airado,
Y alma inhumana, brava y desdeñosa,
Jamas monstro ha tenido el ancho mundo
Que de gran trecho no le sea segundo.

Ni antropófago alguno tan enorme
Hubo jamas en sus antecesores;
Ni Sicilia ciclópe tan disforme
Tuvo entre sus indómitos mayores;
Ni pudo ser á este cruel conforme
En fuerzas y en soberbias y en rigores
Alguno de los hijos de la tierra
Que al trono celestial movieron guerra.

De carne humana el inhumano horrible
El vientre insaciable se saciaba;
Fieras de espanto y de furor terrible
Con sus robustas manos halagaba;
Las sierpes de veneno aborrecible
Como queridas hijas regalaba,
Y alimentadas de lo que él comia,
A su plato en su mesa las tenia.

Cárceles oscurísimas y fieras
Llenas tenia de cautiva gente
Que prendian sus gentes carniceras
En los caminos ordinariamente:
Seis escuadras tenia siempre enteras
Consigo en la ancha cueva el inclemente,
Que cada cual era de cien ladrones,
Todos de su linaje, lestrigones.

Los cuales no jamas en otra cosa
Ocupaban las noches y los dias,
Que en correr la montaña peligrosa
Y los vecinos pueblos y alquerías:
Hambrienta escuadra, fiera y asquerosa,
De robadoras y hórridas arpías
Nunca tal se arrojó á poblada mesa,
Cual estos fieros á cualquiera presa.

De mil gallardos jóvenes lozanos,
De mil hermosas mozas delicadas,
Tenian los ladrones inhumanos
Las cárceles tristísimas pobladas;
Y de otros mil varones que las manos
Pusieron con valor á las espadas
En su defensa, el monte, sus laderas
Poblaban espantosas calaveras.

Para el sangriento plato que ordinario
El soberbio Forminolo tenia,
Con el perverso, abominable y vario
Tropel de fieras que con él comia,
De tierna juventud aquel nefario
Y triste robo con rigor hacia
Su gente, y ella para sí la tierra
Tala, destruye, abrasa, asuela, atierra.

CANTO XIV.

ARGUMENTO.

A las fieras que comen carne humana
Es el pobre Garin por pasto puesto;
Pero fuerza del cielo soberana
Le libra deste mal tan manifiesto;
En tanto que á la infiel gente inhumana
Asalta gente fiel el fuerte puesto,
Con tan airada y tan sangrienta guerra
Que se estremece á su furor la sierra.

Llorando la espantosa desventura
A que sus graves culpas le han traido,
Teniendo siempre de la muerte dura
Presente el amarguísimo gemido,
Garin estaba en la mazmorra oscura
Adonde el primer dia fué metido:
Ya treinta habia cuando el monstro fiero
A ver llegó su triste prisionero.

El soberbio Forminolo espantoso,
Que visitar sus cárceles usaba
Cada vez que la luna el espacioso
Cielo con lleno rostro le mostraba,
A la prision del monje doloroso
Llegó con gente que le acompañaba,
Y uno que va mostrándole el camino,
Trayendo ante él un encendido pino.

De cien tiernos mancebos que allí habia
Escogió diez el monstruo abominable,
Tomando el que mejor le parecia
Para su fiero plato detestable;
Los cuales á otra cárcel los hacia
Pasar, aunque mejor, más espantable,
Donde por órden muertos y guisados,
A su mesa despues eran llevados.

Así en las otras cárceles dezmaba
Tristes mozos y mozas doloridas,
Y á la nueva prision los apartaba
Cada mes, ordenando sus comidas;
Y de otros que comellos no gustaba
Con las sangrientas fieras sus queridas,
Otras mil que tenia aprisionadas
Eran bastantemente alimentadas.

Señalaba tambien el monstruo á estos,
Y eran luego los míseros sacados,
Y en otra cárcel más terrible puestos
Hasta ser á las fieras entregados:
Vivos, y de sus ropas mal compuestos,
Cuales estaban estos desdichados,
A las fieras los fieros los echaban;
No como á los primeros los guisaban.

El triste monje, el misero romero,
Por trabajos tan ásperos traido,
El buen Garin, retrato verdadero
De aquel varon paciente en Hus nacido,
Fué nombrado, con otros, el primero
Por aquel fiero monstruo descreido,
De toda humana piedad esquivo,
Para ser de las fieras pasto vivo.

El cuarto dia por el claro oriente
Con piés apresurados asomaba,
Despues que la cruel muerte inclemente
En la segunda cárcel aguardaba;
Cuando al cuitado, la perdida gente
Que las hambrientas fieras ministraba,
Metió en un fuerte torno que asentado
Estaba en la pared de un gran cercado.

Confusamente sierpes y panteras,
Dragos y grifos, tigres y leones,
Manticoras, crocutas y otras fieras,
Varias en fuerzas y armas y naciones,
Son en aquel cercado prisioneras
De los más fieros que ellas lestrigones,
Solamente por gusto allí criadas
De ser de humana carne sustentadas.

Puesto pues en el torno de la muerte
El misero Garin, ya della cierto,
De rodillas en él, con pecho fuerte
Y con fervor de fe vivo y despierto,
Al alto Dios sus lágrimas convierte,
Y con cristiano y varonil concierto
Dice llorando, así miéntras el torno
Para darle á las fieras anda en torno:

«Vos, mi Dios, mi refugio y mi consuelo,
A quien nada se encubre ó disimula,
Sabeis bien mi intencion, sabeis mi celo
Y el dolor que me aqueja y me atribula;
Si en este afan, martirio y desconsuelo
Conviene que se limpie, adorne y pula
Mi alma para entrar en vuestras bodas,
No queden penas; vengan luego todas.

»Vos, trino Dios, eterno, omnipotente,
Que, como al grande Pablo, del mar fiero
Ya me librastes milagrosamente
Con clemencia de padre verdadero;
Podeis librarme ahora del presente
Peligro, en que tan triste muerte espero,
Como al humilde Daniel: de suerte
Que es vuestra voluntad mi vida ó muerte.

»Y así, Señor, con ella yo de hecho
Mi voluntad conformo aquí gozoso;
Solo por la piedad de vuestro pecho,
Solo, Señor, solo pediros oso
Que pase alegre este mortal estrecho
Al ancho mar del inmortal reposo
El alma, triste ahora y dolorida,
Y cuanto puede y debe arrepentida.»

Así Garin decia; y entre tanto
Le puso el fuerte torno, removido,
En el cercado de terror y espanto
Sepulcro de hombres, y de fieras nido:
Cesó la voz, cesó el amargo llanto,
En mayor sentimiento convertido,
En el punto que vió las carniceras,
Crueles, grandes y espantables fieras.

En esto en la ancha cueva un espantoso
Ruido de armas y de voces suena,
Tal, que parece el monte cavernoso
Al alto cielo cuando airado truena:
Eco en son ronco, bravo y presuroso,
Responde acá y allá, y alto resuena,
Diciendo en voz distinta, airada y fiera:
«Arma, arma, arma; muera, muera, muera.»

Al ancho descubierto de la cueva,
Que mil pasos en cuadro rodeaba,
Por todas partes el rüido lleva
La cruel gente enojadiza y brava:
Quién con fuerte coraza armado á prueba,
Apretando un venablo allá llegaba;
Quién con ballesta, quién con un escudo
Y una ancha espada corre allá desnudo.

A un lado del gran patio mal seguro,
En fuerte punto á pura fuerza entrado,
Teniendo por espalda el fuerte muro,
El paso de la puerta ya ganado,
Con un arnes más que la noche oscuro
Y un pequeño escuadron fuerte y osado,
Un valiente mancebo recogido
Es el que causa y mueve el gran rüido.

Ganó la primer puerta y la segunda,
Y el patio ahora fiero poseia,
Donde la grita, estruendo y baraunda
Toda la sierra retiñir hacia;
La cual desde la parte más profunda
Apriesa allí su brava gente envia,
Para que se socorra aquella parte
Que está ofendida del rigor de Marte.

De la manera que naturaleza,
Cuando le ofenden parte muy sensible,
Envia humor sangriento con presteza,
Para ayudarla en cuanto le es posible;
Así en aquella súbita braveza,
La cueva con sangriento humor terrible
La parte ayuda que ofendida siente,
Viniendo en vuelo allí toda su gente.

Ya el jóven, más osado y valeroso,
Y más rendido á la amorosa llama,
Que bien aconsejado y venturoso,
Apresurando el hado que le llama;
Y su escuadron, no ménos deseoso
Que su caudillo de gloriosa fama,
Como generosísimos leones
Reciben á los bravos lestrigones.

¿Qué batalla se vió jamas cual esta?
¿Dónde la furia del sangriento Marte
Llegó por sus bravezas á ser puesta
En tan airada y rigurosa parte?
Jamas hallarse pudo tan dispuesta
La cruel ira que el rencor reparte,
Para tomar aquello todo junto
Que la puede poner en mayor punto.

Jamas con tal rigor y enojo tanto
Se peleó sobre el pesado cerco
Donde en sangre trocó el agua del Janto
El cruel griego porfiado y terco;
Ni cuando influye su mayor espanto
El fiero Marte desde su alto cerco
Se muestra tan furioso y tan airado,
Cual se mostraba allí el menor soldado.

El valeroso caballero que era
Caudillo de la fuerte compañía,
Metido en medio de la gente fiera
Con generoso esfuerzo y osadía,
Mata de un golpe al capitan Quimera,
Así llamado porque descendia
Del espantoso cuadriforme monte
Que tanta fama da á Belerofonte.

Mata tras este al medio toro Trinco,
Y junto á él al medio lobo Sigre,
Monstruo veloz que á él se fué de un brinco,
Cual si no hubiera cosa en que peligre:
Cinco pesados golpes le dan cinco
Monstruos horrendos, hijos de una tigre;
A los cuales, volviendo el varon fuerte,
Con otros cinco golpes les dió muerte.

A Bronte, despues destos, de una punta
El corazon indómito barrena;
Con Glauco luego riguroso junta,
Y el brazo de la espada le cercena:
La gran cabeza á un fuerte casco junta
A divorcio del cuerpo le condena
Al gigante Ariston, el cual, cayendo,
Mató á Filanto con el peso horrendo.

Corta de un tajo el muslo diestro á Lampo,
Y de un reves las manos á Trimulco;
Parte el hinchado estómago á Melampo,
Y en dos medios el rostro á Libifulco:
Rompe, al fin, y abre en el infame campo
Con la furiosa espada un ancho sulco,
Por donde sigue en ira y muerte envuelto
Su pequeño escuadron bravo y resuelto.

Junta con el bravísimo Esterope,
Que ve cubierto de una piel de drago;
Y como no hay acero en que se tope,
Hace la espada en él mortal estrago:
Cae rabiando el áspero ciclópe,
Más cruel que el más duro antropofágo;
Y arañando y mordiendo, aulla y gime,
Y dientes y uñas en la peña esgrime.

A Formio, que de un peto sin la gola
Se habia armado en aquel punto triste,
Tú desde un alto, amarga madre Nola,
Atravesarle la garganta viste:
Luego la espada el capitan arbola,
Y mata de un reves al loco Alpiste;
Y tras él siega el blanco cuello á Runco,
Como delgada vara ó tierno junco.

Pero la fiera y lastimada madre,
Que al hijo vió matar de aquella suerte,
Como que no haya cosa que le cuadre,
Sino venganza ya en el mundo, ó muerte,
Cual perro que, rabiando y sin que ladre,
Suele embestir con furia brava y fuerte,
Así callando con furor terrible
Al patio salta la mujer horrible.

No hay hombre entre la bárbara caterva
Que á esta mujer en fuerza aventajase;
Y en ligereza, á tigre ó pardo ó cierva
Jamas quiso alcanzar que no alcanzase;
Y en ánimo y en ánima proterva
Si hay hombre ni animal que la igualase:
Una furia infernal era encarnada,
Y como tal, al patio sale armada.

A dos manos un tronco de una encina,
La mitad hecho brasa y encendido,
Trae la furiosa Nola, y se avecina
Al fuerte caballero sin rüido;
Y á su salvo el pesado tronco inclina,
Con ánimo gozoso, enfurecido,
A la cabeza con tal fuerza y vuelo,
Que como muerto le tendió en el suelo.

Y entónces, con un grito airado y triste,
Como rabiando y cual vengada en parte,
«A mis manos, traidor, dijo, moriste;
Pero faltame aun despedazarte:
El corazon que en ese pecho asiste
De he de comer; no solo he de matarte.»
Así decia en son horrendo y ronco,
Y alzaba en alto el encendido tronco.

Cuando dos camaradas del valiente
Capitan, que á su lado peleaban,
Ambos á un tiempo valerosamente
Fuertes escudos al reparo alzaban;
Sobre quien descargó la encina ardiente;
Y aunque ambos del gran golpe arrodillaban,
Diestros los dos, á un tiempo de dos puntas
Las espadas en ella arrojan juntas.

Y ambas al ancho vientre que dió vida
Al que ahora le es causa de la muerte,
Hallaron cierta entrada y acogida
Por donde al corazon el golpe acierte;
Al cual llegando la mujer caida,
Con gemido mortal, horrible y fuerte,
Sobre el caido capitan, le causa
Que vuelva en sí del mal que ella fué causa.

En sí vuelve el valiente caballero,
Y viéndose en el suelo, al punto salta
En pié, mil veces que ántes más ligero,
Para enmendar aquella quiebra y falta;
Que tal la estima el ánimo severo,
Juzgando como tal la heróica y alta
Obligacion de aquel honor que debe
Más blanco ser que no tocada nieve.

A Farra, poderoso ladron bravo;
A Canino, tan perro como el nombre;
A Forcolino, renegado esclavo;
A Leon, más leon hambriento que hombre;
Al insolente sedicioso Flavo;
A Orbuz, traidor de singular renombre,
Con varios golpes diestros, bravos, fuertes,
Dió varias, bravas y espantables muertes.

No ménos que el caudillo valeroso
Sus valientes soldados peleaban,
Pues ya con largo paso y victorioso
Gran parte de la plaza granjeaban,
Y en un hervíente lago y espumoso
Con la sangre inhumana la tornaban;
Aunque eran los feroces lestrigones
Seis tantos que los ínclitos varones.

Pero sin duda la cruel pendencia
Fuera dichosamente definida,
Aunque fuera mayor la resistencia
De aquella brava gente mal nacida,
Si del caudillo la fatal sentencia
Pudiera ser trocada ó diferida
Siquiera el breve término de un hora
Por la muerte, furiosa ejecutora.

La cual en una jara enarbolada,
Envuelta y escondida y presurosa,
Por entre el morrion y gola entrada,
Fué á quitarle la vida valerosa;
Y en la tierna garganta atravesada,
Con prestas alas, brava y rigurosa,
Se llevó el alma en riguroso vuelo,
Volviendo el cuerpo valeroso en hielo.

Alzaron alaridos victoriosos,
Viendo al valiente capitan caido,
Aquellos bravos monstruos espantosos,
Y cobraron el ánimo perdido;
Y aunque los fuertes mozos generosos
Con gran valor sustentan su partido,
No pueden contrastar á la corriente
De la súbita bárbara creciente.

Y tanto más que en este punto amargo,
El terrible Formínolo, indignado
De haber visto cuán poco en su descargo,
A su opinion, su gente ha peleado,
Entraba ya en el patio á paso largo,
Desde la planta á la cabeza armado
De fuertes planchas de templado acero,
Con una maza que era un roble entero.

Rayo parece el bravo monstruo horrendo,
Que entre espesos relámpagos y truenos
En tormenta deshecha va rompiendo
Negros nublados de temores llenos;
Y acrecentando el espantoso estruendo,
Muestra quemar del mar los anchos senos,
Hundir el cielo, destruir la tierra,
Y al infierno doblar la eterna guerra.

Mata del primer golpe á Federico,
Un soldado romano, fuerte y noble,
Metiéndole el templado peto rico
En las entrañas con el duro roble;
A Paulo, boloñes, y á Genserico
Muertos tras él derriba de un mandoble;
Y á Sulpicio de Arezo los dos brazos
Hace de un golpe escaso mil pedazos.

Cuatro nobles mancebos naturales
De la grande Parténope famosa,
Viendo las bravas fuerzas desiguales
Del fiero monstruo, y lo que puede y osa,
En intencion, en fuerza y celo iguales,
Con heróica virtud maravillosa
Juntos se arrojan, bravos y furiosos,
Y danle á un tiempo golpes rigurosos.

Cual jabalí valiente y enojado,
De cuatro nuevos perros circuido,
Que al uno deja el pecho atravesado,
Y al otro por el vientre dividido,
Y otro á sus piés derriba degollado,
Y al otro tiende casi en dos partido;
Tal el valiente monstruo á golpes fieros
Hizo de aquellos cuatro caballeros.

Claudio, Leandro, Marco y Trimegisto
Los nombres eran de estos valerosos,
Dignos que del Antártico á Calisto
Suenen sus apellidos generosos;
Los cuales eran Pino, Muso, Almisto,
Y Sancio de los Sículos famosos,
Cuya mano en la lira y en la espada
Con espanto era vista y escuchada.

Cayó un helado pasmo temeroso
En los valientes mozos que quedaban,
Viendo del monstruo airado y espantoso
Lo que el enojo y fuerza amenazaban;
Y aquel ardiente brío generoso
Con que tan vivamente peleaban
Se convirtió en temor terrible y fuerte
De la presente inevitable muerte.

Y á la voz infernal y rostro horrendo
Con que el bravo Formínolo iracundo
Amenazando sigue el estupendo
Estrago de su brazo furibundo,
Las frentes á la puerta revolviendo,
Nadie queriendo ser allí segundo,
Procuran la salida temerosa
Por la infelice entrada tenebrosa.

Pero como es estrecha y mal pulida,
Aunque la desdichada escuadra estaba
A número tan corto reducida,
Que de veinte soldados no pasaba;
La maza de Formínolo regida
A los míseros últimos llegaba,
Haciendo dellos con su fuerza fiera
Cual si de vidrio el más armado fuera.

La mitad de los veinte desta suerte
Por el pesado tronco endurecido
Recibieron amarga y presta muerte,
Muy á gusto del monstruo embravecido:
Los otros diez, con más dichosa suerte,
Salvos salieron del enorme nido,
Y por las altas peñas se arrojaron,
Y al camino rëal juntos llegaron.

Donde, por singular alto misterio
De quien gobierna y rige el cielo y tierra
Con aquel poderoso magisterio
Que sola su divina mente encierra,
Hallaron quien del fiero cementerio,
De donde huyen con tan triste guerra,
Desenterró los míseros cautivos
Que en él morian sepultados vivos.

Y quien de su caudillo generoso
Y de sus compañeros desdichados
Hizo justa venganza, á su famoso
Nombre dando renombres señalados:
Es don Diego Florel el valeroso,
A quien hallan los míseros soldados
En el camino, y danle en breve cuenta
Del monstruo, del caudillo y de su afrenta.

Las armas pide el español valiente:
«Armas,» airado dice; y en un punto,
Ya puesto á pié, recibe de su gente
El fuerte arnes que allí le trae junto;
Y animoso y colérico y ardiente,
En un momento puesto todo á punto,
A los diez dice que uno dellos sea
Guia por quien la fiera cueva vea.

Pudo la fama allí del varon fuerte
Tanto en los diez soldados valerosos,
Que ya sin miedo de la airada muerte,
Todos se ofrecen bravos y animosos;
Y probando con ánimo su suerte
Segunda vez, con pasos presurosos
Guiando van al fuerte caballero
A la alta cueva del ciclope fiero;

A cuya boca, que un pequeño llano
Tiene delante de árboles cercado,
Hallaron á Formínolo inhumano
A su roble fortísimo arrimado.
«¡Muera!» en voz alta dice el castellano:
«¡Muera!» replica su escuadron osado;
Y como furiosísimos leones
Se arrojan á los bravos lestrigones.

La plaza era pequeña, de manera
Que aquellos diez valientes no tenian
Contra sí entónces de la gente fiera
Más de otros tantos, porque no cabian;
Y el espantable lestrigon, que espera
Hacer lo que sus fuerzas ya solian,
De solo á solo á singular batalla
Ahora ya con el Florel se halla.

De suerte que su bárbara esperanza
No le sucederá como imagina;
Sino en vez della, altísima venganza
De la mano justísima divina;
De la cual, cuanto más es la tardanza,
Tanto es mayor la fuerte disciplina;
Que asiste en ella, por igual concordia,
Con la justicia la misericordia.

El primer golpe fué el del gran don Diego,
Que á la soberbia frente amenazando,
Sacó del morrion repente fuego,
Y al lestrigon dejó vaiveneando;
Mas afirmase el monstruo al punto, y luego
La persona y la maza levantando,
Un golpe cala que en su fantasía
Muerto á sus piés al español tendia.

Y tal fuera el suceso del pesado
Y fuerte golpe, si don Diego, diestro,
Mudando piés hácia el siniestro lado,
No le dejara en tierra al lado diestro;
Y al mismo tiempo extremamente osado,
Y extremamente plático maestro,
Al alto lestrigon fiero se junta
Con una brava y rigurosa punta.

No fué la furiosísima estocada
Por donde el caballero pretendia;
Pero tampoco fué del todo errada,
Pues el gran brazo al peto le cosia:
Ser la rabia del monstruo comparada
A cosa alguna que la tierra cria,
Con palabras pensando exagerarla,
Será muchos quilates amenguarla.

Las hermanas crinadas de serpientes,
Furiosas hijas de la noche triste,
Cuando en su pecho en daño de las gentes
En el punto mayor su saña asiste,
Jamas pondrán sus furias inclementes
En el punto de furia en que consiste
Aquel pecho del monstruo enfurecido,
En un ardiente infierno convertido.

Cala otra vez la ya empinada maza;
Mata al fuerte español si el golpe acierta:
Corta es, y embarazada está la plaza;
La vida importa la destreza cierta:
Nada desto á don Diego le embaraza,
Antes le aviva más y le despierta;
Y así se guarda de este golpe fiero
De la manera que esquivó el primero.

Fuego y humo y mortífero veneno
Por los ojos y boca el monstruo arroja;
No sabe qué partido le sea bueno;
No atina qué arma ó qué remedio escoja:
En esto ya el Florel, de industria lleno,
Tiñe otra vez la cortadora hoja,
Haciéndole en un muslo gran herida,
La ancha escarcela por mitad partida.

No pudo más la cólera impaciente
Del bravo lestrigon sufrir la pena
Que en las heridas y en el alma siente;
Y alzando en alto la nudosa entena,
Con la ancha cara como brasa ardiente,
Y de espuma mortal la boca llena,
Representando allí la misma ira,
Al valiente don Diego se la tira.

Fué favor singular del alto cielo
No acertarle la maza rigurosa,
Que como jara de ballesta en vuelo
Salió de aquella mano poderosa:
Erró á don Diego, pero no en el suelo
Dió sin dañar la encina temerosa;
Que á cuatro lestrigones dió la muerte,
Y á Jenofonte de Verona el fuerte.

Casi en un punto fué el echar la maza
Y cerrar con don Diego el monstruo artero;
Mas él, haciendo con la espada plaza,
De sí le alarga con acuerdo entero,
Y luego el ancho escudo desembraza
Por añadir más fuerza al fuerte acero,
Y alza á dos manos la furiosa espada,
Y cala una espantosa cuchillada;

La cual en medio de la frente fuera,
Mas echándola atras el monstruo airado,
Cebó en el fuerte peto de manera,
Que en dos partes por medio fué cortado:
Dobló el golpe el Florel á la testera,
Al cual el gran cuchillo atormentado
Saltó en cuatro pedazos dividido,
El monte respondiendo al gran rüido.

Y al mismo punto el lestrigon horrendo
Aturdido midió la dura tierra
Con aquel fiero cuerpo que, queriendo,
Hacer pudiera á todo el mundo guerra:
Hizo temblar el desigual estruendo
De la caida toda la ancha sierra,
Cual si un terrible y bravo terremoto
Pusiera el mundo todo en alboroto.

Va sobre el fiero lestrigon vencido
El fuerte caballero victorioso,
Alegre y bravo; y el puñal buido,
Arma en tal punto de valor precioso,
Por cuatro veces le dejó metido
En el soberbio corazon furioso:
Huyó al eterno abismo el alma en vuelo,
Con su ausencia alegrando tierra y cielo.

CANTO XV.

ARGUMENTO.

Es de la muerte el pio Garin librado
Por el Florel, que en la mortal caverna
Al detestable lestrigon la ha dado,
Haciendo su valor su fama eterna:
Vuelve el monje al camino, y anegado
Casi es de una borrasca; mas su interna
Virtud le ayuda, y al romano suelo
Llega, y avisa dello al Papa el cielo.

En tanto que el Florel famoso estuvo
En tal batalla con el monstruo envuelto,
Su pequeño escuadron propicio tuvo
Al fuerte Marte ya á su bando vuelto;
Y en la pequeña plaza se entretuvo
Con la soberbia multitud revuelto
De aquella enorme gente, cuyos brazos
Hace el temor ahora mil pedazos.

Atónito el infame bando queda
Al temor que la muerte le dispensa;
No hay mano que regir la espada pueda,
Ni en la espada hay aceros ya ni ofensa:
A cualquier brazo el torpe miedo veda
El escudo subir á la defensa;
Suspenso cada cual á su caudillo
Mirando está, pasmado y amarillo.

Ni para procurar, huyendo, vida
Les concede el helado espanto aliento,
Y así la muerte del Florel traida
Airada emplea su cruel tormento:
No quedó de la gente mal nacida
Quien esquivase el triste fin violento
De su caudillo: todos perecieron,
Y en muerte como en vida le siguieron.

Hecha pues la venganza rigurosa
En aquella infernal infame gente,
Con sus nueve soldados la espantosa
Cueva discurre el español valiente;
Y abriendo aquí una cárcel tenebrosa,
Y otra prision haciendo allí patente,
Fuéron todos los presos libertados,
Que en la gran cueva estaban sepultados.

Toda la cual habiendo discurrido,
Al patio con los presos ya salian,
Cuando hallaron otro triste nido,
Donde muchas mujeres se dolian:
Sube el Florel, de los demas seguido,
Por unas gradas que á la estancia guian;
Las puertas rompen, y entran en la fiera
Cárcel, que clara y espaciosa era.

Estaba en alto esta prision, y habia
En el un cuadro della una ventana
Que al cercado mortífero salia
De las fieras que comen carne humana;
Donde la Providencia eterna guia
Al Florel con su mano soberana
Para que al buen Garin, su amigo, vea,
Y vida á un tiempo y libertad le sea.

No bien á la ventana el varon fuerte
La cabeza asomó, reconociendo
Lo que en aquella casa de la muerte
Con espanto y horror van descubriendo,
Que del pobre Garin la extraña suerte
En que le puso el lestrigon horrendo
Se le ofreció á la vista, que turbada
Quedó, en dolor inmenso embelesada.

Mira al monje carísimo entregado
A la parte del torno que entregaba
Los miserables hombres al airado
Tropel de fieras que el corral cerraba:
En éxtasis divino arrebatado
El ermitaño parecia que estaba,
Las rodillas hincadas en el suelo
Y los ojos clavados en el cielo.

Los leones, los tigres, las panteras,
Los osos, dragos, grifos y serpientes,
Y todas las demas sangrientas fieras
Que en aquel gran cercado están presentes,
Hambrientas y coléricas y fieras,
Con espantoso rechinar de dientes,
Y el monte con aullidos atronando,
Al contrito Garin andan mirando.

Y no hay alguna ¡oh gran Padre divino!
Que llegar ose á la comida puesta
En el gran torno, donde de contino
Les era en tanta multitud dispuesta:
Visto pues el amado peregrino,
El gran Florel á le salvar se apresta,
Y no sabiendo otra más cierta via,
Saltar por la ventana ya queria.

Pero los prisioneros le dijeron
Del torno y de la parte donde daba,
Al cual corriendo todos acudieron,
Siguiendo al español que los llevaba:
En breve espacio con el torno dieron,
Y roto el hierro que le aseguraba,
Danle la vuelta, y libran al cuitado
Que tanto tiempo en tal martirio ha estado.

Desde el amanecer hasta aquel punto,
Que pasado de Atlante el sol se via
A la ancha puerta de poniente junto,
Llevándose consigo apriesa el dia,
Estuvo allí Garin vivo y difunto
En la espantosa muerte que temia,
Pasando aquel tormento riguroso:
Favor del cielo, raro y milagroso.

No de otra suerte el ermitaño queda,
Cuando le deja en parte ya segura
Del fuerte torno la voluble rueda,
Llena de espanto y miedo y amargura,
Que un hombre á quien el cielo le conceda
Salir con vida de la sepultura;
Y así elevado está sin movimiento
Y sin poder articular acento.

Pero ya vuelto en sí, al Florel famoso,
Con agradecimiento y alabanza,
Sublima y pone en el lugar glorioso
Que sola la virtud heroica alcanza;
Y luego el uno y otro victorioso
Al patio van de la cruel matanza,
Donde ya las mujeres habian ido
Y alzaban amarguísimo alarido.

De aquellas que en el último aposento
Halló la mano del Florel famosa,
Levanta aquel tristísimo lamento
Una mujer que muestra ser hermosa:
El dorado cabello suelto al viento
Arrancaba con mano rigurosa,
Puesta sobre el caudillo de la gente,
Que entró la cueva temerariamente.

Severo el español y disgustado,
Como que el triste llanto le ofendia,
La causa dél pregunta, y un soldado
De aquellos nueve, que con él venía,
Con un suspiro del amor causado
Que á su infelice capitan tenia,
Los ojos arrasados, desta suerte
Al gran don Diego de aquel caso advierte:

«Es Almonte, señor, aquel difunto,
Tu amigo regalado y verdadero,
Sobrino del famoso Alberto, y junto
El que le habia de ser solo heredero:
Si llegó de valor al alto punto
El pobre malogrado caballero,
Ya tú, señor, lo sabes; solo ahora
Diré por qué y quién es la que así llora.

»Ismeria, aquella moza dolorida
Que el llanto hace sobre el cuerpo helado,
Fué del famoso Almonte tan querida,
Siendo su amor por ella tan pagado,
Que parecía de una sola vida
El fin, el pensamiento y el cuidado
Que á los dos regalaba ó afligia,
Y en las demas acciones los regía.

»Miéntras Almonte anduvo con su tio
En las galeras todo este verano,
Ella quedó, vuelta de llanto un rio,
En un lugar pequeño aquí cercano;
El cual, por cierto enojo ú desvarío,
Destruir quiso el lestrigon tirano:
Destruyóle, y robó las damas bellas,
Y á la infelice y triste Ismeria entre ellas.

»Lo cual sabido por Almonte cuando
A Nápoles volvieron las galeras,
Con insufrible alteracion mostrando
Del falso amor las furias lastimeras,
La muerte al lestrigon amenazando,
Mal informado de sus fuerzas fieras,
De la ciudad partió secretamente
Con sesenta soldados de su gente.

»Aquella furia, del amor nacida
Y del frio temor alimentada,
Que es bravo infierno á la afanada vida
Del triste pecho donde fué criada;
Aquella matadora embravecida
De todo el bien con que su padre agrada;
Aquella peste, aquella ardiente llama
Que el mundo, á quien abrasa, celos llama;

»Aquella pudo tanto en el valiente
Y desdichado Almonte, que al momento
Que supo de su Ismeria el inclemente
Rigor de su amarguísimo tormento,
Partió, como ya dije, con su gente,
De su materno dulce alojamiento,
Siguiendo su tristísima fortuna,
Sin que él supiese entónces cosa alguna.

»Con infelice suerte, al fin, salimos,
Aunque principios prósperos llevámos;
Porque cuando en la cueva nos metimos
Tras cien ladrones que al subir hallámos,
Con las muertes que á ellos y otros dimos,
Dos puertas y este patio les ganámos,
Adonde el amarguísimo suceso
Está, cual ves, bien claramente expreso.»

Así le dijo Hipólito de Aricia,
Que así llamaban á este buen soldado,
Cual al buen Virbio, que por la malicia
De su torpe madrastra fué arrastrado:
Quedó el eterno honor de la milicia,
Don Diego, extremamente lastimado:
Sabido de su amigo el triste cuento,
Al cuerpo va con tierno sentimiento.

Adonde ya Garin, visto el furioso
Llanto de aquella moza lastimada,
Habia con espíritu piadoso
Llegado á socorrer su pena airada;
Y con afecto santo y fervoroso,
Y con santa elocuencia aventajada,
Sabido el fin del capitan valiente,
Así á la dama dice brevemente:

«La amorosa pasion no pueda tanto,
Hermosa dama, en vuestro tierno pecho,
Que ponga con su triste duelo y llanto
Al alma pobre en miserable estrecho:
Conviértase ese amor profano en santo;
Aspire ese dolor á más provecho;
Pues si deja de ser el amor impío,
Podrá el dolor el corazon dar limpio.

»No presta sobre el muerto ya haceros
Fuentes de amargas lágrimas los ojos,
Sino para perder vuestros aceros
Y dar al enemigo los despojos:
De ese mismo dolor debeis valeros
Para que en paz se vuelvan los enojos
Que al santo amor vuestra alma á dar se atreve,
Dando al humano lo que á él se debe.

»Ea pues, ya no cosa indigna humana
Cause ese llanto, ese dolor y pena;
Rinda la eterna parte y soberana
En vos á la mortal, flaca y terrena:
Temed al Juez de cuya mano mana,
Con su potencia de justicia llena,
Irrevocable altísima sentencia
Contra quien es ingrato á su clemencia.

»¿Así sois grata á la divina mano
De esa belleza que afeais llorando,
Que por vano dolor de amor humano,
Divino amor y eterno echeis en bando?
Paso abierto teneis, fácil y llano,
Para ganar lo ya perdido, cuando
Convirtais el dolor que os precipita
En el que penas infernales quita.

»Gozad desta ocasion que Dios piadoso
Con tanto amor en vuestras manos pone;
Mirad que quiere ver si el amoroso
Corazon vuestro á amarle se dispone:
Temed, temed de verle rigoroso;
Gozad de la clemencia que interpone
A la justicia merecida tanto
De vuestro injusto amor y injusto llanto.

»Temed la eterna pena del infierno,
Que granjeais con tantas de este mundo;
Amad la gloria del amor eterno,
Bien empleando vuestro amor profundo:
Claro ingenio y júicio en vos discierno;
En él la persuasion mayor yo fundo:
Pues tanto amar sabeis, no en ciego engaño
Vuestro amor empleeis con tanto daño.

»Ese amor y ese ingenio que contemplo
Tan subidos de punto en vos, conviene
Se aprovechen ahora del ejemplo
Que en dama como vos cada cual tiene:
De Magdalena el amoroso templo
Doy por ejemplo, y cuanto en sí contiene
Este cual la piedad divina dióla,
Os represento ante los ojos solo.

»Ahora, pues es tiempo y coyuntura
Para gozar de estos divinos dones,
Trocad ahora en celestial dulzura
El amargo dolor de esas pasiones:
Con mil otros ejemplos de escritura
Podria reforzar mis persuasiones;
Pero no más en cosa tan sabida:
Quede con esto Ismeria persuadida.»

Con espíritu tal de tal sugeto
El buen Garin hizo á la triste Ismeria
Este breve sermon santo y discreto,
Para remedio á su mortal miseria;
Que penetrando en su inmortal secreto,
Le descubrió lo que en aquella feria
De pérdida tenia y de ganancia,
Aclarando las sombras de ignorancia.

Y así con admirable alivio, luego,
Del difunto querido retirada,
Dando al cuitado corazon sosiego,
Y algun consuelo al alma apasionada,
Condescendió con lo que el gran don Diego
Ordenó de la mísera jornada,
Que fué llevar él mismo al jóven muerto
A la presencia de su tio Alberto.

Y que ella juntamente con él fuese
A la ciudad, donde con honra eterna
En obediencia santa convirtiese
La vana libertad que la gobierna;
Adonde granjear mejor pudiese,
Con el dolor de aquella pena interna,
Gloria que fuese ejemplo, cual de santa,
A quien el sensual encanto encanta.

Esto se concertó y se puso á punto
Por obra, y el Florel excelso y claro
Acompañó tristísimo al difunto,
De virtud dando un alto ejemplo y raro:
No va Garin con este llanto junto,
Hecho del rico tiempo sabio avaro;
Vuelve cuidoso á su camino santo,
Tanto estorbado, y deseado tanto.

A Nápoles llegó el Florel famoso
Con el difunto en breve tiempo, pero
Ismeria no; que su dolor rabioso
Le dió la muerte en el lugar primero:
Fué el suceso más triste y lastimoso
Que vió jamas la luz del hemisfero:
Mirando un dia el frio cuerpo amado,
El de la triste moza quedó helado.

Amor causó esta triste desventura;
Pero ¿por qué la fiera causa desto
Se ha de llamar amor, sino locura,
Sino infernal tormento manifiesto?
Si cual se pone en la mortal criatura,
En el eterno Criador es puesto,
Amor será; pero desotra suerte
Es furia airada y es eterna muerte.

En el mismo lugar fué sepultada
La sin ventura Ismeria, donde habia
Sido ántes por Formínolo robada
En infelice y en aciago dia:
Al fin, al grande Alberto ya dejada
La malograda prenda que traia,
El buen don Diego su licencia toma,
Y por la posta vuelve á ir á Roma.

De la cual el alegre peregrino,
Con gusto celestial, con gozo inmenso,
Apresurando siempre su camino
Con su fervor y su deseo intenso,
Causando en su enemigo el desatino
Y el dolor que es de envidia horrible censo,
Ya pocas millas léjos se hallaba,
Y á más andar, á ella se acercaba.

No pudo el rey de la tartárea corte,
Del buen Garin bravísimo enemigo,
Sufrir el ver que tanto ya se acorte
El fin al monje de su intento amigo;
Y yendo airado en un momento al norte,
Al aquilon de eterno desabrigo
De sus furias cavernas saca en vuelo,
Haciendo estremecer al ancho suelo.

Granizo y piedra á un tiempo, y agua y truenos
Y rayos, que uno á otro se alcanzaban;
Relámpagos de horror y espanto llenos,
Con priesa y furia repentina y brava,
El aquilon de los hinchados senos
Con ímpetu fierísimo arrojaba,
Haciendo al aire y fuego y agua y tierra,
Y al cuitado Garin airada guerra.

Grandes nublados, tristes y espantosos,
El dar su luz al mundo al sol vedaron,
Y sus alegres rayos luminosos
En tinieblas negrísimas trocaron:
Las aguas de los llanos espaciosos
A los altos collados se igualaron,
Llevándose sus súbitas corrientes
Plantas, ganados, casas, peñas, gentes.

¿Qué turbacion, qué miedo, qué desmayo
Fué el tuyo, oh buen Garin, cuando esto viste?
¿Cómo á la piedra, al agua, al fiero rayo,
Santo varon, entónces resististe?
¿De qué manera este infernal ensayo,
Cristiano pacientísimo, venciste?
Dilo tú; que á mi lengua en tus loores
Fáltanle los retóricos colores.

En un barranco de profunda altura,
Que entre dos cerros raudo al mar corria,
Y de árboles y peñas y espesura
Hasta las cumbres lleno descendia,
Se vió Garin cuando en tiniebla oscura
La borrasca trocó la luz del dia,
Sin humano remedio sumergido
Furiosamente del raudal traido.

¡Oh fe bastante á que el más alto monte
Por tu virtud se mude de su asiento,
Y á detener la luz del horizonte
Y remover el firme firmamento!
Oh fe merecedora que remonte
La palabra de Dios el ornamento
De sus altas palabras elegantes,
Loando al capitan de cien infantes!

¡Oh capitan el mas famoso y claro
Que tuvo el vencedor romano suelo,
Pues tuviste por término tan raro
La disciplina militar del cielo!
¡Soldado á los soldados tan preclaro,
Que á la luz de tu fe y tu honor y celo,
Contento cada cual con su estipendio,
De valor y virtud será un compendio!

Que no ménos un alto ejemplo labra,
Y libertad en disciplina muda:
Por el camino que el capitan abra
Seguirán los soldados: ¿quién lo duda?
¡Oh gran centurion! con tu palabra,
La de Dios viendo cuán propicia acuda,
Tal bien el alma del soldado cobre,
Que éntre el Señor en su morada pobre.

Y tu gran fe mirando, pues miralla
Tanto se precia en límites humanos,
Que ni le impide mar, foso ó muralla,
Fuegos y aceros, fieros y inhumanos,
Halle con ella el bien que Garin halla
Valiéndole sus rayos soberanos,
Porque en medio del agua repentina
Ardia en él su viva luz divina.

El mismo curso arrebatado y fiero
Del hinchado barranco riguroso
Sacó al contrito monje al verdadero
Puesto de su camino trabajoso:
Los piés en él firmó, y el hemisfero
Al punto se mostró claro y hermoso,
De las oscuras nubes despejado,
A su cárcel el viento retirado.

Quedó en la cuesta de un collado ameno
El trabajado peregrino cuando
El cielo se mostró claro y sereno,
Y la fiera borrasca fué calmando;
Desde donde, de gozo inmenso lleno,
Lágrimas amorosas derramando,
Descubrió la ciudad santa, señora
Del mundo, á quien así postrado adora:

«¡Oh dulce fin de mi deseo ardiente,
Sacra morada de la santa Esposa
Del Príncipe glorioso omnipotente,
Más que toda la tierra venturosa!
A tí se postra humilde y reverente
Esta alma fatigada y congojosa,
Por camino tan largo á tí venida
Para volver al de la eterna vida.

»Acógeme, santísima morada,
Aunque indigno, en tu seno generoso;
Sea esta alma afligida consolada
En tu regazo maternal piadoso;
Da lugar á que sea ya escuchada
Del que es en cielo y tierra poderoso,
Para que de su mano disciplina
Reciba santa y santa medicina.»

Así dijo; y regando las mejillas
Vuelve á seguir la santa romería,
Que al buen romero ya de pocas millas
Por entónces alegre se ofrecia.
¡Oh excelsas y secretas maravillas!
¿Quién hay que entienda vuestra oculta vía?
Fin este del trabajo aquí parece,
Y por principio de mayor se ofrece.

Fin del trabajo inmenso que trabaja
Al buen Garin, este parece ahora,
Y es principio de aquel que se aventaja
En virtud de perdon merecedora,
En aquella virtud con que se ataja
La muerte eternamente matadora,
Haciendo el cuerpo en penitencia cuanto
Le pide el alma en su contrito llanto.

Trabajo al corazon le causa inmenso
Al buen Garin, y el alma le atormenta
Aquel deseo de perdon intenso,
Y aquel dolor de su mortal afrenta,
Y no menor que le recibe, pienso
De lo que él piensa en dar su errada cuenta;
Pero el mayor que pide su conciencia
Es el dalla, y pagar con penitencia.

Entra pues el romero en la gran Roma,
En regaladas lágrimas deshecho,
Y el camino más corto apriesa toma
Que al gran palacio sacro va derecho:
El cual ya viendo que de cerca asoma,
Saltos el corazon le da en el pecho,
De mil hielos y fuegos rodeado,
Ya triste, ya medroso, ya animado.

Y primero que llegue al aposento
Del Pontífice sumo de la tierra,
Para esforzar el ánimo y aliento
Al victorioso fin de aquella guerra,
Entra devoto al sacro alojamiento
Que á quien no cabe en todo el orbe encierra,
En la capilla del Apóstol sacro
Que fué allí con sus lágrimas lavacro.

Y allí en breve oracion calificada
Con amor y esperanza y fe encendida,
Para poder hacer la deseada
Confesion de las culpas de su vida,
Pide al Señor la gracia que aprestada
Está para cualquiera que la pida,
Teniendo como debe la conciencia
Del todo aparejada á penitencia.

Cosa admirable he de decir, mas cierta
En un varon cual el Leon sagrado,
Y por Garin, que ya del todo abierta
Tenia el alma al esencial cuidado:
El monje apénas de la sacra puerta
Hubo el umbral con devocion pasado,
Y al gran Pedro en su altar favor pidiendo
Está contritas lágrimas vertiendo;

Cuando el Sumo Pontífice del suelo,
Que en su retrete retirado estaba,
Mirando atentamente el alto cielo
Al claro resplandor que le alumbraba,
Vió abrir el aire con lijero vuelo
Un pelicano bello, y que llegaba
Al capitel del templo, donde via
Que un hijo enfermo y flaco le atendia.

Y llegado el pelícano amoroso
Adonde el hijo estaba agonizando,
El tierno pecho abriéndose piadoso,
Y sobre él de su sangre derramando,
Vió que se levantó sano y gozoso,
Y que tras él el hijo fué volando,
Hasta que, entre la luz del sol envueltos,
En ella pareció quedar resueltos.

Admiró la vision al gran prelado;
Mas fué la admiracion breve, que al punto
Supo en revelacion ser lo mirado
Del bien del buen Garin vivo trasunto:
Así de su venida fué avisado
Y de las tristes causas de ella, y junto
De lo que él hacer debe; y ya entre tanto
El pio monje deja el templo santo,

Y pasa de palacio la ancha puerta,
Patio, escalera, corredor y sala,
Hallando con dichosa suerte abierta
La que al retrete del gran Padre iguala:
Llega con esperanza alegre y cierta;
Entrada pide, y dulcemente dala
Quien á cargo la tiene, ya primero
Brevemente informado del romero.

CANTO XVI.

ARGUMENTO.

Las culpas que le agravan la conciencia
Garin confiesa al Papa enteramente,
Y la alta absolucion y penitencia
Recibe humilde el santo penitente:
Llega del gran Prelado á la presencia
Con santo amor el español valiente,
Y al mismo tiempo de Sabá es sabido
El alegre naufragio dolorido.

¡Oh musa! tú las lágrimas y el llanto,
Tú la voz y el juntar de palma á palma
Aquí me dicta; que este varon santo
Gran tormenta corrió en aquella calma;
Y juntamente, pues entiendes cuánto
Para su bien lo ha menester mi alma,
Haz que no sola el raro caso diga,
Sino que en él al penitente siga.

Ante el sacro Leon, Cuarto en el nombre,
Cual el primero en celo y en prudencia,
Que daba resplandor mayor que de hombre
Con divina y santísima presencia,
Llega el buen monje, digno de renombre
Miéntras tuviere el mundo su existencia;
Y el pecho derribado por el suelo,
Adora humilde al que abre y cierra el cielo.

Como la santa amante venturosa
Estaba ante los piés de su querido
Con alma convertida y faz llorosa,
La mejor parte habiendo ya escogido;
Y como la clemencia generosa
Del gran Señor á redimir venido
Estaba oyendo el congojoso llanto,
A sus oidos sonoroso canto;

Así el contrito monje, á los piés puesto
Del gran teniente de aquel Rey eterno,
El corazon, á su salud dispuesto,
El llanto vierte con dolor interno;
Y así tambien en su sagrado puesto
El gran Leon de celestial gobierno
Oyendo está mansísimo y clemente
El lloro del contrito penitente;

El cual el monje reprimiendo en parte
Con su nativa singular prudencia,
Ya convertido en un cristiano Marte
Al valor del que tiene en su presencia,
Sin dejar de decir la menor parte,
Purga y limpia su alma y su conciencia,
No se olvidando ni una circunstancia
Que fuese para el caso de importancia.

Oyóle el sacro Príncipe del suelo
Con oidos de padre tan piadoso,
Y tras dalle santísimo consuelo
Con santo afecto dulce y amoroso,
Todo inflamado en un fervor del cielo,
Dice al ya confesado religioso
Que el dia siguiente á su presencia vuelva
Por penitencia y para que él le absuelva.

Con esto el monje á un monasterio santo
Se fué á esperar el venidero dia;
Y el Pontífice sacro, visto cuánto
Mirar en aquel caso convenia,
Al alto cielo lo consulta en tanto
Que el señalado término venia;
De donde el órden tuvo expresamente
Que habia de dar al santo penitente.

Ya el tardo sol con claros rayos de oro
Los montes y la mar iluminaba,
Ilustrando del campo aquel tesoro
Que el rocío del alba aljofaraba;
Y Filomena al lamentar sonoro
El aire suspendia y regalaba,
Alternando sus quejas tan suaves
Con todas las demas diurnas aves:

Cuando del sueño breve interrumpido
Y de la noche larga y enojosa
El buen Garin del todo desasido
Con alma consolada y cuidadosa,
Para mejor hallarse apercibido
A la clemente absolucion preciosa
Y á recibir la santa penitencia,
Descargo principal de la conciencia;

Con las rodillas puestas en el suelo
Y el alma al alto empíreo levantada,
Está pidiendo su favor al cielo
Con la santa oracion acostumbrada;
La cual con suavísimo consuelo
Siendo en un hora á dulce fin llegada,
Vuelve por el entero cumplimiento
De su importante pretension y intento.

Hasta que al sol ya cerca del poniente
Las horas de la tarde le servian,
Y las nocturnas en el alto oriente
El estrellado carro apercibian,
No tuvo tiempo el santo penitente
(Tantos tan graves casos le impedian)
Para acabar lo que en su bien quedaba,
Aunque su santidad lo deseaba.

Pero lugar habiendo entónces, luego
Entró Garin; y acaso fué á tal punto,
Que entró en la sacra cámara don Diego
Casi con él, sin intervalo, junto:
El gran Florel es el que entró, aquel fuego
De heróico y alto honor, aquel trasunto
Del mayor griego y del mayor romano,
Del grande macedon y pio troyano.

Despues que el muerto Almonte dió á su tio,
Ya con cuidado de volver á España,
Sin detenelle caudaloso rio,
Fragosa senda ó áspera montaña;
Probando de una y otra posta el brio,
Y aun el de quien le sigue y acompaña,
Vino á tomar con amoroso celo
La bendicion del gran rector del suelo.

Fué por el sacro príncipe acogido
El español con tanto regocijo,
Cual suele ser del padre recibido
Tras larga ausencia el deseado hijo.
«Tanto, dice el Prelado esclarecido,
Me alegro, me consuelo y regocijo
¡Oh valeroso caballero! en veros,
Que es imposible el cuánto encareceros.

»Y no sea tenido á maravilla
Este mi regocijo y mi contento,
Pues fuistes vos de la romana silla
En aquel gran peligro tal sustento;
Y seréis de la célebre Castilla
Honor y gloria, lustre y ornamento,
Con que á mil reinos pueda aventajarse;
Que no ménos de vos debe esperarse.

»No ménos de esa excelsa sangre goda
Que os levanta el espíritu á la cumbre,
Donde muestra el valor heróico toda
La grande luz de su admirable lumbre,
Debe esperar quien mide y acomoda
El discurso á la clara certidumbre
Que por vuestros abuelos, como ejemplo
En vos y en vuestros nietos yo contemplo;

»De los cuales (y aquí el Pastor divino
Mostró el rostro encendido y relumbrante)
Tal valor, tal grandeza me imagino
Y me parece aquí tener delante,
Que serán un escudo diamantino
Desta su santa Madre militante,
Contra las armas fieras y crueles
De poderosos bárbaros infieles.

»Y no han de serle solamente escudo
Para guardalla de enemiga ofensa,
Sino cuchillo juntamente agudo
Ejecutor de su justicia inmensa:
Por esto solo el buen Pelayo pudo,
Con tan pequeñas fuerzas y defensa,
Valerse allá en las ásperas Astúrias
Contra las bravas africanas furias.

»Por esto solo, tras hazañas tales,
Que admirarán las venideras gentes,
Hechas con mil favores celestiales
Por todos vuestros claros descendientes;
Concordantes en méritos iguales
Los dos famosos nombres florecientes
De godos y Austria, en santo ayuntamiento
Serán con suerte de perpetuo aumento.

»Por esto solo un invencible Cárlos,
Emperador de la romana silla,
Sublimes triunfos de quien suele darlos
Tendrá con infinita maravilla;
Monstruos fieros domando, que domarlos
Al cielo y al infierno maravilla;
Monstruos horrendos, que querrán á saco
Poner el mundo, idolatrando en Baco.

»Monstruos que de las furias y las iras
De aquel ídolo torpe conmovidos,
Tendrán en un abismo de mentiras
Sus almas y sus cuerpos sumergidos;
Monstruos sordos, cual áspid, á las liras
Que regalan católicos oidos,
A la virtud del todo el rostro vuelto,
Del todo el freno para el vicio suelto.

»¡Oh Cárlos dichosísimo, oh dichosos
Los que militaréis en su milicia,
Siguiéndole en sus hechos tan famosos,
Cuanto llenos de honor y de justicia!
Será gran vencedor de sediciosos,
Gran domador de envidia y de malicia,
Justo castigador de injustos crueles,
Fiel triunfador de bárbaros infieles.

»Y en suma será digno de ser padre
Del monarca de España poderoso,
Hijo querido de esta santa Madre,
Como el más obediente y religioso:
No habrá en el mundo á quien ser rey le cuadre
Con mil quilates (afirmarlo oso)
Como al gran rey Felipe, del gran Cárlo
Hijo, cual puede el suelo desearlo.

»Felipe, que en razon del gran gobierno
De estado y religion y fe y potencia,
Será el mayor en quien el brazo eterno
Ha de mostrar su inmensa providencia;
Y su caro Felipe, que el paterno
Valor tendrá cual infalible herencia;
A quien en tierna edad, reino en el suelo
Dejando, al reino subirá del cielo.

»Pacífico monarca de la España
Y de otros reinos mil y señoríos,
Su dulce hijo dejará en campaña,
Opuesto á infieles sediciosos brios,
Con ira santa y con divina saña
Haciendo en la alma heróicos desafíos
A los contrarios de esta su gran Madre,
No ménos que su excelso invicto padre.

»Y de Austria una preciosa Margarita
Le dejará por compañía divina,
La cual desposará mano bendita
De un papa á quien Ferrara se destina,
En aquella ciudad con su infinita
Gloria, cual de ocasion tan peregrina,
Y con gozo de Italia, su distancia
Atravesando y de la mar de Francia.

»Y con divino altísimo consuelo
Y gozo en general de España toda,
Y en especial del valenciano suelo,
Donde será la suntüosa boda;
Suelo favorecido por el cielo
En grato sér á vuestra sangre goda,
Y con razon, porque tendrá Valencia
En aquel tiempo altísima excelencia.

»Largos años colmados de mil glorias
Tendrán Felipe y Margarita juntos,
Altas empresas, célebres victorias,
Hazañas famosísimas y asuntos:
Veráse en mil auténticas historias
Con eternos de honor divinos puntos;
Que ellos y cuantos fueren de Austria y godos
Serán fuerte católico en mil modos.

»En vuestra sangre, en vuestros nietos fundo
De la Iglesia el amparo y el consuelo,
Siendo ella la que mande todo el mundo
Con poder y saber dado del cielo;
Mas si el poder con el saber profundo,
Con afecto piadoso y santo celo,
Por la fe y religion se arma y se auna,
¿Puede faltar felicidad alguna?

»Esto al fin baste; y vos, varon notable,
Apresurad el viaje comenzado;
Volved gozoso á vuestra patria amable,
Que os aguarda cual hijo regalado:
Dad principio al intento inestimable
Que en vuestra alma real está guardado,
De emprender cosas dignas que la gloria
Las eternice en su inmortal memoria.

»Que con ellas el cielo generoso
Permitirá, discreto caballero,
Conforme á vuestro intento valeroso,
Que seais en mil glorias el primero;
Y con esto, en el nombre poderoso
Del alto Rey del lúcido hemisfero,
Volved alegre á vuestra patria ilustre,
De quien seréis un sol de eterno lustre.

»Y yo con tierno afecto al cielo pido
Que esto así sea en su servicio y nombre,
Pues él honra aquel suelo esclarecido
Con el valor heróico de tal hombre;
Y que viva en su vuelo más subido
La fama, dando celestial renombre
A vuestras cosas, de quien yo me obligo
Ser siempre favorable y grato amigo.»

Puso el Florel humilde por el suelo,
Al oir esto, el rostro y manos, dando
La adoracion debida al que del cielo
Tiene en la tierra el poderoso mando;
Y con inmenso y celestial consuelo
Partió del gran pontífice, llorando;
El cual tambien, cual padre de amor lleno,
Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y ya partido el español valiente,
El gran doctor de autoridad divina
Vuelve el afable rostro á aquel doliente
Que espera saludable medicina;
El cual, postrado ante él con llanto ardiente,
La pide y solicita y la avecina;
Mas por entónces otro caso impide
Lo que Garin con este afecto pide.

Llega del gran prelado á la presencia,
En aquel punto con Garin estando,
Un cardenal de santa reverencia
Un cautivo cristiano apadrinando;
Y en el aspecto grave y apariencia
Alegría dulcísima mostrando,
Albricias pide á su prelado divo
De la nueva que trae aquel cautivo.

Las cuales el pastor divino manda
Conformes á su sér, y juntamente
Al cautivo cristiano afable manda
Que la nueva que trae él mismo cuente;
Y él dice así: «Santo señor, quien anda
Con el término aun de aquella gente
Que cautivo me tuvo, la elocuencia
Le ha de faltar debida en tu presencia;

»Mas aunque esto es así, tu mandamiento
Haré, señor, como mejor pudiere;
Y ya que no adornare yo mi cuento,
Será llana verdad lo que dijere:
Es la nueva de gozo y de contento
Que este tu siervo trae y decir quiere;
Que Sabá, tu enemigo y nuestro, queda
Al fondo ya de la inconstante rueda.

»Milagroso suceso, y que sin duda
Ha sido por tus méritos, ¡oh santo
Y divino pastor! con quien se escuda
La santa Madre, á quien amparas tanto.
Cuando el cosario rey con su desnuda
Gente, que al cristianismo puso espanto,
De tus manos huyó roto y vencido,
Por el romano mar embravecido,

»El agua y viento en tu favor pusieron
Su fuerza en acabar la del tirano,
Y su armada fortísima embistieron
Con rigurosa vengadora mano:
Los bárbaros bajeles esparcieron
Por el revuelto mar siciliano,
Y en varias peñas de la mar batidas
Hicieron sacrificio de mil vidas.

»Cuál á la costa de Sicilia arroja
La tramontana con su fuerza entera,
En parte donde el mar airado moja
Altos peñascos de áspera ribera;
Y cuál adonde es fama que se aloja
Vulcano fiero con su gente fiera,
En parte que los mares rigurosos
Rompen en los bajíos engañosos;

»Y á cuál sepulta el mar en su alto centro
Con bravos y furiosos remolinos,
Hecho fiero señor del todo dentro
Con el favor de raudos torbellinos;
Y á cuál, con un encuentro y otro encuentro,
En medio del rigor de sus caminos,
Acá y allá le vuelve y le revuelve,
Y al fin en mil pedazos le resuelve.

»Desta suerte los bárbaros bajeles
Fuéron del fiero viento destrozados,
Y así fuéron los míseros infieles
Del espantoso y bravo mar tragados;
Y así tambien á mil cautivos fieles
Con la tormenta fuéron acabados
Los ásperos tormentos del pesado
Yugo del cautiverio desdichado.

»El rey Sabá, que, en una galeota
Huyendo, de la playa habia salido,
Por el derecho viento la derrota,
Diestro, tomó de su africano nido;
Y aunque en mil partes destruida y rota,
Dichosamente fué el infiel traido
A dar á la canal del ancho lago
Que está en medio de Túnez y Cartago;

»Mas fué de suerte, que en la playa brava
Dió el bajel al traves en un bajío,
Antes harto de entrar adonde entraba
El mar en el estaño por su rio;
Donde la triste gente, que pensaba
Haber dado á la muerte ya desvío,
Viéndola entónces ya tan manifiesta,
Quedó en sus manos más que nunca puesta.

»Uno de los esclavos que tenia
El bajel era yo, y en aquel punto
La libertad estuvo y vida mia,
Cuando pensaba yo quedar difunto:
Sabá, que en el peligro horrendo vía
De fiera muerte en l'alma ya un trasunto,
Lleno de horror y asombro, á mí se vuelve
Miéntras la arena su bajel envuelve.

»Estaba yo junto á la popa suelto
Cuando embistió el navío en el arena;
Y á mí, cobrando espíritu, el rey vuelto,
Con voz de un confiado esfuerzo llena,
Dice: —Matías, si del mar revuelto
Me ayudas á salir libre de pena,
La amada libertad desde aquí tienes,
Y parte, como hermano, de mis bienes.—

»Yo, que en nadar, señor, toda mi vida
He sido extremamente ejercitado,
Al dulce són de la promesa oida
Al moro prometí lo demandado;
Y con él junto al agua embravecida
Al punto me arrojé todo animado
De alcanzar libertad, vida y hacienda,
Valiendo al Rey en la mortal contienda.

»Puestos los ojos en la deseada
Tierra donde esperaba mi ventura,
Y el alma bien de véras levantada
Con ruego humilde á la celeste altura,
Con robusta destreza ejercitada,
Al Rey, que su salud tambien procura
Solo con ayudarse y no impedirme,
Pasé desde el bajío á tierra firme.

»Y por ella conmigo mano á mano
Para Túnez se va, solo seguido
De algunos que tambien del mar al llano
Salir como nosotros han podido.
Era de ver el bárbaro africano,
Perdido habiendo lo que habia perdido,
Ir sosegado y grave, y ni gozoso
Mostrarse, ni tampoco doloroso.

»Del naufragio tristísimo la pena,
Y de salvar la vida la alegría,
Ni llena el alma de dolor, ni llena
De contento mostrarla ya podia:
Al fin, así por la mojada arena
Fuimos con la turbada luz del dia
A Túnez, donde el moro tristemente
Fué recibido de su casa y gente.

»Y allí, cumpliendo la palabra dada
En aquel su mortal desasosiego,
Me dió la libertad tan deseada
Con el primer pasaje, que fué luego;
Y juntamente para la jornada
Hasta verme en España en mi sosiego:
En tanto tuvo el moro agradecido
El habelle ayudado yo y valido.

»Este es, padre santísimo, el suceso
Del moro rey que vuestra sacra mano
Con su valor hizo volver avieso
El intento sacrílego y profano
Que con solemne juramento expreso
Hizo á su pueblo bárbaro africano,
De destruir esta sagrada tierra
A sangre y fuego con airada guerra.

»Y yo solo á decillo aquí he venido,
Como soy, sacro príncipe, obligado,
Despues de haberlo en voto así ofrecido
Cuando salí del bravo mar á nado;
Y ahora, humilde y reverente, pido
En albricias, señor, de lo contado,
La santa bendicion y alto consuelo
De esa mano que cierra y abre el cielo.»

Estas albricias y otras generosas
A Matías le dió el Pastor divino,
Y con lágrimas santas y gozosas
Al cardenal mandó que con él vino,
Que con solemnes fiestas y piadosas
Luego de aquella nueva al Uno y Trino
Dé el pueblo gracias con efectos cuales
Se deben á favores celestiales.

Y tras esto, á Garin vuelve amoroso
El sacro rostro lleno de alegría,
De su largo esperar ya cuidadoso,
Cual padre que su pena le dolia;
Y con afecto paternal piadoso
Y palabras de altísima armonía,
Todo inspirado de divina ciencia,
Al monje impone así la penitencia:

«Habiendo al alto cielo consultado,
Garin, vuestro negocio de importancia,
Con la solicitud, celo y cuidado
Que me pidió vuestra cristiana instancia;
Sé que el clemente Dios, aparejado
A dar su mano siempre á la constancia
Que en los buenos propósitos se emplea,
Quiere que lo que oiréis sin falta sea.

»Para que vuestras culpas criminales
Os perdone, Garin, el Rey eterno,
Y goceis los asientos celestiales
De aquel que los posee en el infierno;
Como andan los terrestres animales
A cuatro piés, por natural gobierno,
Así habeis de ir desde esta santa tierra
Hasta vuestra morada en vuestra sierra.

»Digo que á cuatro piés á Monserrate
Volver habeis desde esta casa, donde
Ordena Dios que vuestro bien se trate
Con el que á su clemencia corresponde;
Y no habeis de perder de aquel quilate
Aunque cual fiera os cace Jotré conde,
Hasta que un niño de tres meses sea
Quien otra cosa os mande y os provea.

»Esta es la voluntad de Dios piadoso,
Y aquella penitencia saludable
Que vos pedistes con dolor ansioso
En vuestra santa confesion loable:
Sed en ella prudente y animoso,
Y del poder altísimo inefable
Fiad; que dél tendréis favor, de suerte
Que venzais al infierno y á la muerte.»

Así dijo el gran Príncipe del suelo;
Y aceptando Garin la penitencia,
La santa absolucion le dió y consuelo
Con paternal amor, celo y clemencia;
Con lo cual lleno del favor del cielo,
Parte de su santísima presencia,
Animado el contrito penitente
Con alta fe vivísima y ardiente.

CANTO XVII.

ARGUMENTO.

Sale de Roma el penitente raro,
Su rara penitencia comenzando,
La cual prosigue con valor preclaro,
Toda la Italia y Francia atravesando:
Llega á su monte deseado y caro,
Donde el alegre fin della esperando,
Cual fiera en la aspereza dél se esconde,
Y cual fiera es cazado por el Conde.

¿Qué canto, ó lengua ó pluma habrá que diga,
Oh Garin, valeroso peregrino,
El trabajo, el tormento y la fatiga
Que pasaste en el áspero camino?
Tu santidad y la razon obliga
A engrandecer tu pecho diamantino;
Pero ¿cómo podré llegar á tanto
Yo con mi débil pluma y lengua y canto?

Si es trabajo excesivo al caminante
El caminar acomodadamente
En un caballo que ande de portante
Con prestos piés y con alegre frente;
Si la blanda litera y si el triunfante
Carro de cuatro ruedas excelente
Cansan, como se alargue la jornada,
No mas de á conocer nueva posada;

Y si el marchar á pié dicen que es muerte,
Y lo es casi en efecto, aunque más sea
El que camina acostumbrado y fuerte,
Y aliento y fuerza y juventud posea:
¡Bendito monje! si esto así se advierte,
¿Qué juzgará quien considere y vea
Que vais á cuatro piés y de rodillas,
Por camino de más de dos mil millas;

Y que habeis de pasar Alpes subidas
Al cielo con tan áspera espesura,
Y compañas de sierras, y encendidas,
Sin reparo, sin sombra y sin verdura;
Y corrientes hinchadas y crecidas
De raudal fiero y de espantosa altura;
Y helados y altos Pirineos fragosos,
Y otros cien mil peligros rigurosos?

Juzgar podrá, varon de eterna fama,
Quien esto considere sabiamente,
Que ardia en vos con encendida llama
La virtud de perfecto penitente;
Y que el divino Amor, que á sí nos llama,
Os abrasaba el sabio pecho ardiente
Con deseos vivísimos de aquella
Patria del alma, inmensamente bella.

Y juntamente podrá ver los fuertes
Varones de la Iglesia primitiva,
Que ofrecian los cuerpos á mil muertes
Por ver las almas llenas de fe viva:
Trocadas ¡oh gran Dios! están las suertes
En esta edad á la virtud esquiva;
Más blandura en la Iglesia y más terneza,
Y en los cristianos ménos fortaleza.

Sale pues de la reina de la tierra
El buen Garin de la manera impuesta,
Las manos baja, el pecho y rostro atierra,
Y al viaje asperísimo se apresta:
Ni espeso bosque, ni enriscada sierra,
Ni ardiente llano, ni nevada cuesta,
Las rodillas levántanle del suelo:
Tanto en él puede el alto amor del cielo.

Solo para tomar algun sustento
Entraba el santo monje en los poblados,
Yéndose al general alojamiento
De los enfermos y necesitados;
Con quien, tomado mísero alimento,
Sin dar algun lugar á mas cuidados,
Al único esencial en que se via,
Con alto aliento y ánimo volvia.

Así la gran Toscana regalada
Pasó el gran peregrino y penitente;
Así pasó la Lombardía helada
Y sus rios de altísima corriente;
Así la cumbre al cielo levantada
De los Alpes subió el varon paciente,
Y desta suerte de la noble Francia
Atravesó la anchísima distancia.

Desta manera el alto Pirineo
Pasó Garin, regando las mejillas
Por ver desde él el fin de su deseo
En aquel caminar de tantas millas;
Y al fin así, tras largo y gran rodeo,
Le volvieron sus manos y rodillas
A su querido Monserrate, donde,
Como fiera emboscándose, se esconde.

Habia del zodiaco pasado
Siete veces el sol las doce estancias,
Y el campo siete veces habia dado
Al diestro agricultor ricas ganancias,
Despues que el triste monje trabajado
Pasó las asperísimas distancias
Que desde Roma á Monserrate habia,
Y allí su penitencia proseguia;

Cuando el valiente don Jofré velloso,
Padre de aquella dama lastimada,
Por quien hace el contrito religioso
Esta su penitencia señalada;
Con gente de su estado poderoso,
La mas ilustre y mas á sí llegada,
Vino á cazar al alto monte mismo
Que ántes le fué de pena un hondo abismo.

Que cuando ni á Garin ni á la doncella
Halló el cuitado padre, que esperaba
Vella sana, contenta, alegre y bella,
Sin la infernal pasion que le aquejaba;
Fué su congoja tal, que encarecella
Solo se puede con lo que le amaba,
Y el tierno amor en esto se colija
De un amoroso padre á dulce hija.

Fué la congoja tal, fué tal la pena,
El asombro fué tal, tal fué la grima,
Que al triste Conde, el alma de amor llena,
Caso tan portentoso le lastima:
Tan fieramente al corazon le suena,
Por tan horrendo y tan atroz le estima,
Que no tuvo el consuelo en él abierta,
Por tiempo largo, ni una estrecha puerta.

Duró muy largo tiempo el gran tormento
Del suceso tristísimo espantoso,
En su punto mostrando el sentimiento
Que era razon de mal tan lastimoso:
Haciendo juntamente en un momento,
Así en todo el condado populoso,
Como en la fragosísima montaña,
Para buscarla diligencia extraña.

¿Qué maleza, qué bosque, qué espesura
Dejó de ser reconocida y vista?
¿En qué caverna lóbrega y oscura
No penetró su lastimada vista?
¿Qué escondrijo de fieras y de horrura,
Donde el peligro en fiero espanto asista,
Hubo, que al triste Conde le faltase
Para que no buscado le quedase?

Pero como jamas halló vestigio
El padre lastimado y dolorido,
Teniendo por tristísimo prodigio
El espantoso caso sucedido,
Con temor del poder del reino estigio
Estuvo largo tiempo recogido,
Dando muestras con claros sentimientos
Del dolor de sus tristes pensamientos.

Mas ya que el tiempo con su leve curso
Mitigó en parte su congoja y duelo,
Y abrió la puerta al varonil discurso
Por donde entrar pudiese algun consuelo,
Acudió el triste Conde al gran recurso
Que tienen los prudentes en el suelo,
Que es la razon, con que se cuadra y mide
El hombre á todo lo que el cielo pide.

Y con ella conforme en esto, dando
Lugar decente á lícitos contentos,
Anda en guerra de paz, ya ejercitando
Caballos y armas, galas y ornamentos;
Ya en corto barco el largo mar sulcando
Por la ribera, estando en paz los vientos;
Ya persiguiendo tímidos venados,
Y ya acosando jabalís osados.

Ya en curiosos riquísimos jardines
Gozando sus bellezas milagrosas,
De azahares, mosquetas y jazmines,
De clavellinas, alhelíes y rosas,
De fuentes y arroyuelos que confines
Son á calles y plazas deleitosas,
A quien mil parras y árboles defienden
Al sol los rayos cuando más se encienden.

Ya en saraos hechos á ocasion de bodas
De la nobleza de su ilustre corte,
Donde el contento humano muestra todas
Las galas de su fiesta y su deporte;
Donde tú, gusto humano, te acomodas
Tan á tu talle, á tu medida y corte,
Entre el regalo de las bellas damas,
Dulce y eterna yesca de tus llamas.

Ya músicas oyendo concertadas
De dulces instrumentos sonorosos,
De peregrinas voces acordadas
En altos modos casi milagrosos;
Ya historias escuchando celebradas
De sucesos altísimos famosos;
Ya con heróicas poesías el alma
Teniendo en celestial divina calma.

Pues como en estos ejercicios varios
Su pensamiento el Conde divirtiese,
Y de los más gustosos y ordinarios
El de la caza de los montes fuese;
Llevando de aparatos necesarios
Cuanto en la caza desear pudiese,
A Monserrate, como dije, un dia
Llegó, para cazar, de montería.

Y habiendo prevenido mil senderos
Con cautelosos lazos y paranzas,
Y puestos los solícitos monteros
En encubiertos puestos y asechanzas;
Con los diestros lebreles y rastreros
Buscando de las fieras las estanzas,
Hallaron una en una angosta cueva,
En todo á todos admirable y nueva.

Forma de hombre tenia, bien mirada
La extraña fiera, en lo que ser podia
Con atencion y discrecion juzgada,
Aunque en la tierra á cuatro piés yacia;
De un vello espeso y largo cobijada
Con gran monstruosidad la piel tenia,
Que, revuelto, encrespado y descompuesto,
Hacia fiero el cuerpo y bravo el gesto.

Espantados los perros, aullando,
Sin abocar la fiera se quedaron;
Confusos los monteros, recelando,
Calados los venablos, se pararon;
Y pláticos la fiera rodeando,
Al Conde y caballeros convocaron,
Con furor esparciendo por el viento
Con los sonantes cuernos el aliento.

Acude el Conde y su gallarda gente
A la parte que el alto són guiaba;
Y mirada la fiera atentamente
Y el miedo y mansedumbre que mostraba,
Cierran con ella algunos frente á frente,
Y sin que se mostrase ó fuerte ó brava,
Con extraño contento y maravilla
De la cueva la sacan de trailla.

¡Oh misterioso Dios! El ermitaño
Que sigue humilde vuestra santa traza,
Y en recompensa del pasado daño
Su cruz de penitencia alegre abraza,
Es esta fiera que, con tanto engaño,
En tan monstruosa forma el Conde caza;
Forma en que con el tiempo y su vestido
La penitencia el cuerpo ha convertido.

Pudo tanto en el pobre penitente
La desnudez, el tiempo y la aspereza,
Que, vista de los piés hasta la frente
Su trabajada terrenal corteza,
Era de la que fué tan diferente,
Que nadie, aunque tuviera gran certeza
De ser Garin el que cual fiera estaba,
Dejara de pensar que se engañaba.

¡Bendito y santo monje! ¿qué sentia
Esa alma heróica, de prudencia llena,
Cuando al velloso cuello te ponia
El diestro cazador dura cadena?
¿Por qué sabios discursos discurria
Para sentir consuelo en vez de pena?
¿Qué acuerdo hizo, envuelto en dulce llanto,
De las palabras del Prelado santo?

«Este, diria, es fin de la aspereza
Que pasa mi mortal terrena parte,
Y principio muy lleno de certeza
Del bien que á la divina se reparte:
Aumente pues aquí la fortaleza
Su esfuerzo, su valor, su industria y arte;
Que este es principio y fin, en dulce liga,
De gozo eterno y temporal fatiga.

»Este es el alto punto en que consiste
La perfeccion desta importante obra;
Si aquí en su esfuerzo la virtud asiste,
Todas sus fuerzas para siempre cobra:
Si la perseverancia aquí resiste
Y en este mar ahora no zozobra,
Todo será despues seguro puerto
Hasta llegar al deseado y cierto.

»Pero del gran Pastor la alta promesa
Que la memoria por sin duda ofrece,
Al alma mia que este caso pesa
En la balanza de lo que merece;
Aunque es de peso tal lo que le pesa
De lo que el cuerpo mísero padece,
Esfuerce la virtud perseverante
Con ánimo y espíritu constante.

»Y sea la razon divina en esta
Fuerte batalla vencedora fuerte,
Pues ella tiene de su parte puesta
La alta victoria en tan heróica suerte:
Con ella pues el alma esté dispuesta
A padecer del cuerpo cualquier muerte
Por evitar la suya, y estar firme
En que la gran promesa se confirme.

»¡Oh fuerzas de dulcísima esperanza,
Que soleis resistir á las mayores
Con que el comun fuerte enemigo alcanza
Victorias de mil grandes defensores!
Vea el bravo ofensor su brazo y lanza
Rotos en vuestros célebres valores;
Espada y mano inútiles contemple
En vuestro acero de divino temple.»

Tales razones la razon divina
Por el alma del monje dilataba,
Con que al santo valor de elefantina
Fuerza con encendido ardor armaba;
Y l'alta eterna gloria en la vecina
Humilde y temporal pena mostraba,
Con vivo resplandor y clara lumbre,
Llena de milagrosa certidumbre.

Acordábase el monje valeroso
De lo que el gran Leon le habia impuesto,
Que aunque del conde don Jofré Velloso
En aquel punto y trance fuese puesto,
No dejase, valiente y animoso
De proseguir su firme presupuesto,
Hasta que milagrosamente diese
El niño el órden que tener debiese.

Y aunque de verse puesto en tal estado
Ante quien ofendió tan gravemente,
El valeroso pecho alborotado
Con recelo, temor y angustia siente;
En las santas palabras confiado
Del sagrado Pontífice prudente,
Se anima, y vence aquel terror y miedo
Con esforzado espíritu y denuedo.

Y el engaño notable conociendo
En que está el Conde y los demas, pensando
Que es bestia fiera ó monstruo, no advirtiendo
Ser hombre lo que atentos van mirando;
Todo su aviso y discrecion poniendo,
Así al engaño se anda acomodando,
Que en todo el proceder de sus acciones
Les confirme sus falsas opiniones.

No fia al aire de ninguna suerte
La voz humana el sabio monje pobre,
Aunque el dolor de la cadena fuerte
O de otro algun pesar le aqueje y sobre:
Da á entender que no entiende y que no advierte
El bien ó el daño que con él se obre;
Pace la yerba, cébase en el suelo;
No vuelve nunca el rostro á ver el cielo.

Desta suerte contento y engañado
Va el Conde con aquel por quien habia
Cien veces la montaña rodeado,
Y cuantas en su estado poseia:
No con fin de tenelle aprisionado
De la suerte que entónces le tenia,
Sino de demandarle estrecha cuenta
De su querida hija y de su afrenta.

Secretos son de la alta Providencia
Que en su fuerza sustenta y rige el mundo,
A que llegar no puede humana ciencia,
Aunque investigue el cielo y el profundo:
No es esto estrella ó hado ó contingencia,
Ni es el poder del disponer segundo
Que la esférica máquina gobierna,
Sino divina Providencia eterna.

Que sin que los pecados cometiera
Que cometió Garin con la doncella,
Ser santo perfectísimo pudiera
Con gozo y gloria de la patria bella;
Y sin venir á ser monstruosa fiera
Llegar pudiera al dulce fin de aquella
Trabajosa carrera en que se via
Por la que ántes gozoso proseguia.

Mas es de Providencia inmensa eterna
Altísimo secreto misterioso
El proceder divino que gobierna
Lo que cria su brazo poderoso;
El cual, aunque ni sepa ni discierna
El humano juicio tenebroso,
No es falta, pues cualquiera en l'alma sabe
Lo que le importa cuanto en ella cabe.

Porque lo que saber al hombre importe,
Aquel ángel que tanto al hombre importa,
Por órden del gran Rey de la alta corte,
Con alto advertimiento traza y corta;
Y de cuanto conviene que le exhorte,
Con amoroso espíritu le exhorta;
Pero de sus sucesos el camino
Es reservado al disponer divino.

¿Quién pensara jamas, si al monje viera
En su querido Monserrate puesto
Con tan extraña vida y tan austera,
En la limpia conciencia tan compuesto,
Que el triste habia de ser en tal manera
Derribado del santo presupuesto,
Y despues por tal término y tal via
Llegar al fuerte punto en que se via?

No hay asiento seguro, no hay estado
Ni cosa cierta sino la mudanza
En este mundo, en guerra siempre armado,
Do verdadera paz jamas se alcanza;
Donde, ora en alto y poderoso grado
Llenos de valerosa confianza,
Ora en mil varios y diversos puestos,
Los míseros mortales estén puestos.

En cualquier parte se levantan vientos
Que dan á sus intentos por la proa,
Donde quiera hay tormentas y tormentos;
Cada cual tiene un hueso donde roa:
La carraca mayor de pensamientos
Se vuelve en breve la menor canoa
Que traza la caduca humana ciencia
Y dispone la eterna Providencia.

Ya pues el Conde, tras haber cazado
La fiera que por única estimaba,
Y las demas del monte fatigado,
Sin dejar parte en su aspereza brava;
Divertido á su gusto, y regalado
En aquello que tanto le agradaba,
A Barcelona se volvió contento,
Donde tenia el principal asiento.

Y por grandeza y gusto, el monstruo manda
En palacio poner cómodamente,
No en aposento alegre y cama blanda,
No en trato de hombre, y de hombre tan prudente,
Sino en la parte donde trata y anda
Con frecuencia mayor la comun gente,
Junto á una estancia grande y bella, donde
Cien hermosos caballos tiene el Conde.

Que en esto á maravilla era curioso;
Y así para armas, de napolitanos
Y de frisones, y para el airoso
Y ágil jinete, turcos y africanos;
Como para que muestre el valeroso
Caballero sus hechos soberanos,
Tiene el lindo andaluz y el de Castilla,
Reyes de todos, á una y otra silla.

Al fin, allí, con fin que el pueblo todo
Del monstruo goce, que se ponga ordena
El Conde donde al frio, al agua y lodo
En un rincon se puso á la cadena;
Adonde todos llegan, y á su modo
Cada cual le atormenta y le da pena
Con tan varias maneras de disgustos,
Cuanto de quien los da los varios gustos.

Cuál le da á su pesar duros abrazos
Por mostrar bestialmente valentía,
Y le atormenta y hace mil pedazos
Con su vana y torpísima porfía;
Cuál le levanta el rostro, el pecho y brazos,
Haciendo dél curiosa anatomía;
Cuál le derrama un golpe de agua encima;
Cuál con golpes de palos le lastima.

Quién por bestia le tiene; quién por hombre;
Quién dice ser de aquella especie ó desta;
Quién le llama de aquel, quién deste nombre;
Quién le pregunta, y fuerza á la respuesta;
Quién le amenaza, y gusta que se asombre,
Y le aqueja y le aflige y le molesta,
Dándole pesadumbre, angustia y pena,
Con piés y manos, piedras y cadena.

Cuál con viles manjares le convida,
Y porque coma le amenaza y grita;
Cuál, viéndole gustar de la comida,
Por gustar dél, se la arrebata y quita;
Y al fin, cual es y cuanta la movida
Gente que á ver la novedad incita,
Tales y tantos son los movimientos
Que al triste monje dan duros tormentos.

Pero, cual alto monte, cuyo asiento
Al furioso batir del mar airado
Y al soberbio soplar del bravo viento
Está firme, en su peso asegurado;
Tal al contino desigual tormento
Del novelero vulgo porfiado,
Que le congoja y atormenta tanto,
Está en su intento firme el monje santo.

Y aunque el prolijo y enojoso dia
Pasa desta manera el afligido,
Y para el sueño de la noche fria
Con áspero cansancio va rendido;
No restaura con él esta porfia,
Que del todo le deja enflaquecido,
Por emplearse con ardiente celo
En ofrecer su penitencia al cielo.

Entónces es cuando discreto aplica,
Mostrando su santísima paciencia,
Aquello todo con que multiplica
El valor á su estrecha penitencia:
Allí la ilustra, allí la vuelve rica,
Allí le da finísima excelencia
Con lustrosos matices y colores
De alegres sentimientos y dolores.

¡Qué esperanza, qué fé, qué amor divino!
Qué constancia tan puesta en su fineza!
Qué saber tan excelso y peregrino!
Qué humildad y obediencia y fortaleza!
Qué corazon, qué pecho diamantino,
Lleno de heróica y celestial nobleza!
Qué desprecio tan célebre del suelo!
Qué deseo tan íntimo del cielo!

El que la sed del oro le atormenta,
Y el que la hambre del mandar le mata;
El que los torpes vicios alimenta,
Y el que santas virtudes desbarata;
El que regalos de Epicuro inventa,
Y el que cual Heliogábalo se trata,
¿Qué confusion tendrán, qué corrimientos,
Si al heróico Garin miran atentos?

CANTO XVIII.

ARGUMENTO.

De este poema el principal intento
Aquí el arte descubre, descubriendo
El celestial favor que dió y contento
El virginal retrato apareciendo,
Y de su misterioso alojamiento
El notable principio describiendo,
Pintando la divina maravilla
El verso heróico en puridad sencilla.

El punto se descubre ya y la clave
¡Oh musa! donde estriba y donde funda
Nuestro canto la música suave,
Delicada, difícil y profunda;
Pues para que lo dulce con lo grave
No se altere, se afee y se confunda,
Sino que en alta consonancia junto
Se llegue al deseado firme punto,

Comenzad vos, divina musa, el canto
En tono más sublime y sonoroso;
Dad más favor á lo que ahora canto,
Levantando mi espíritu gozoso:
Soltad la rica vena heróica tanto,
Que dure el raudo curso presuroso
Hasta dar en el mar de gracia y gloria,
Adonde se eternice su memoria.

A vos, Reina santísima del suelo,
De su gran Redentor madre piadosa;
A vos, divina Emperatriz del cielo,
Del Espíritu Santo amada esposa;
A vos, amparo y luz, guia y consuelo
Desta alma indigna que llamaros osa;
A vos invoco, á vos, Señora mia,
Pido consuelo y luz, amparo y guia

Para que en vuestra gloria y alabanza
Pueda llegar mi corta voz y aliento
Al entonado punto donde alcanza
Mi generoso y alto pensamiento:
El ser vos mi firmísima esperanza
Excuse mi arrojado atrevimiento,
Pues tal valor por ella el alma cobra,
Que emprenderá cualquier difícil obra.

Miéntras el penitente monje santo
n su admirable penitencia estaba,
ausando al bravo infierno triste espanto,
alegre al que en el mundo le miraba;
l tesoro santísimo que tanto
nriquece el lugar que le guardaba,
ué descubierto en una sacra mina
on milagrosa luz clara y divina.

Aquel sacro retrato milagroso
e la Reina de la alta jerarquía,
ue al alto Monserrate venturoso
a luz mayor que la del sol al dia,
n este tiempo célebre y dichoso
ue Garin su paciencia enriquecia,
ichosamente pareció, del arte
ue cantará mi musa en esta parte.

Entre muchos pastores que el ganado
n la fértil montaña apacentaban,
onde al ardiente tiempo y al helado
xtremos templadísimos hallaban,
siete pastorcillos que del lado
el claro oriente en la montaña andaban,
l alto Dios omnipotente quiso
ar de este rico don alegre aviso.

Como al aparecer vuestro en la tierra,
uando, mi Redentor, del alto cielo
inisteis á trocar en paz la guerra
el miserable habitador del suelo;
n la áspera montaña y yerta sierra,
ntre el ganado y entre escarcha y hielo,
los simples pastores avisastes,
á ellos los primeros os mostrastes;

Así al aparecer maravilloso
el virginal retrato venerable,
ue al mundo dais con pecho generoso
or inmenso tesoro inestimable,
uereis, Señor, con órden misterioso,
ue en aquella montaña memorable
imples pastores los primeros sean
ue con favor altísimo le vean.

Abrióles la infinita Omnipotencia
los siete zagales venturosos
a humana vista, y con divina ciencia
lostróles sus secretos misteriosos:
lizoles ver en corporal presencia
os divinos espíritus gozosos
ue en la corte de eternos moradores
obles ministros son y embajadores.

Angeles los dichosos niños vieron
el cielo descender en escuadrones,
por divina ciencia conocieron
er con alto misterio sus visiones;
sabios ya y prudentes, atendieron,
on altos y elevados corazones,
l discurso admirable y fin del vuelo
e aquel hermoso ejército del cielo.

Los ángeles santísimos bajaban,
aquellos simples pastorcillos vian
a clarísima luz con que ilustraban
l celestial camino que traian;
los divinos cantos que cantaban,
tónitos los niños los oian,
las dulces finales que el sonoro
lonte formaba del celeste coro.

Vian venir los gozos y contentos
or guias de las gentes celestiales,
las gracias tañer en instrumentos
uales jamas oyeron los mortales,
formar suavísimos concentos
as ángelicas voces inmortales;
llegando del cielo al monte santo,
oblar en él el son, el gozo y canto.

En una angosta cueva mal pulida
ian entrar la ilustre y santa gente,
uyo alto asiento y áspera subida
s á la parte del dorado oriente;
allí en forma admirable recogida,
a recogido el sol en occidente,
e aquel pequeño y escabroso suelo
ormaba un grande y regalado cielo.

¿Quién explicar podrá la alta armonía,
El canto dulce, alegre y sonoroso,
La inmensa suavidad y melodía,
El divino concento artificioso,
La dulzura, el consuelo, la alegría,
El regalo, el contento milagroso
Que sentian los rústicos zagales,
Las músicas oyendo celestiales?

Para que de los orbes soberanos
El órden se encarezca y la belleza,
Basta decir que es obra de las manos
Del gran Maestro de naturaleza;
Y así de los divinos cortesanos,
Para decir la gracia y la fineza,
Basta tambien decir que son al corte
De las grandezas de su eterna corte.

Basta decir que los que el alto canto
Entonan en la cueva peñascosa
Con la admirable música que tanto
La simple gente tiene allí gozosa,
Son los que dicen «Santo, Santo, Santo»
Con incansable voz dulce y sabrosa,
En la alta eterna gloria, á la presencia
De la divina sempiterna Esencia.

Al fin, esta vision gloriosa, siendo
Muchos sábados vista y admirada
De aquellos simples niños, y atendiendo
A cosa tan divina y señalada,
A Monistrol, su humilde pueblo, yendo,
Con elocuencia por el cielo dada
Contaron á sus padres lo que vieron,
Y á que lo viesen ellos los movieron.

Van los padres á ver la vision santa,
Y venla de la suerte que sus hijos,
Con tanta luz, con alegría tanta,
Con tantos y tan dulces regocijos;
Y no ménos que á ellos les espanta
Ver que éntre en los estrechos escondrijos
De la escabrosa cueva aquella gente
Tan regalada, rica y excelente.

Y admirados del caso misterioso,
Y en él algunos dias empleados,
Notando dél el órden milagroso,
Vuelven á su lugar apresurados;
Y con afecto santo y fervoroso
Del alto Dios movidos, inspirados,
Dan al ministro de su iglesia aviso
De la rara vision del paraiso.

Hacer el cura quiere la experiencia
Antes que crea cosa tan extraña,
Sabiendo de la rústica inocencia
Cuán fácilmente en el creer se engaña:
El lo quiere saber de cierta ciencia,
Y cuidadoso sube á la montaña
Un sábado al partir del claro dia,
Los pastores sirviéndole de guia.

No bien el sol se derribó al poniente,
Dejando oscuro el Artico hemisfero,
Cuando el rector y la aldeana gente
Que de la cueva pisan el sendero,
Otro sol más hermoso y más luciente,
Más alegre y gozoso y verdadero,
Descender vieron por el horizonte
Al fértil, rico y venturoso monte.

Aquella luz divina que fué vista
Por los simples zagales y pastores,
Aquella el cura ve, vuelta la vista
A sus claros y alegres resplandores;
Los cuales hacen que se adorne y vista
De alegres ropas de admirables flores
La felice montaña, y que se ilustre
El aire oscuro con sereno lustre.

Y aquella sonorosa melodía
Que los otros oyeron en la cueva,
En los oidos al rector hería
Con la admirable suavidad y nueva:
Ya la silvestre gente dado habia
De lo que le contó bastante prueba,
Pues con su relacion tan justa viene
La alta vision que ante los ojos tiene.

Hasta que á la mitad de su camino
Llegó la dulce noche sosegada,
Se oyó el cantar del escuadron divino
En la cueva del cielo regalada;
Y entónces por el aire cristalino
Se volvió á su santísima morada,
Dejando al cura el alma y pensamiento
Lleno de admiracion y de contento.

Y advirtiendo al altísimo misterio
Que la vision santísima mostraba,
Y á lo que del excelso eterno imperio
En su parte inmortal se le inspiraba;
Y mirando al divino ministerio
En que él en Monistrol se ejercitaba,
Del monte descendió determinado
De dar cuenta del caso á su prelado.

Un ardiente deseo no entendido
Que á publicar la santa maravilla
Suavemente le llevaba asido
En amorosa celestial trailla,
Con un gozo tan dulce y tan subido,
Que el alma le consuela y maravilla,
Hace al cura que en esto se resuelva,
Y que del santo monte apriesa vuelva.

A Manresa, ciudad allí cercana,
Que era entónces cabeza de obispado,
Llega el rector discreto á la mañana
A contar la vision á su prelado,
Con quien no siendo la embajada vana,
Tambien, cual los demas, de Dios tocado,
Ordena, sin que el caso se dilate,
De subir en persona á Monserrate.

Quiere ver la divina maravilla
De que le da su sacerdote nueva
El Obispo prudente, y conferilla
En cuanto importe con bastante prueba:
No quiere contentarse con oilla;
Quiere inquirir la causa y ver la cueva;
Y en esto ya resuelto, con su gente
Parte el Obispo el sábado siguiente.

Vos, mi Dios, que á Felipe en un momento
Llevastes por extraña y larga via
Al coche do el eunuco egipcio atento
Con gran deseo de entender leia,
Para que en vuestro nombre á su contento
Le declarase la alta profecía,
Y le diese en las aguas del camino
El sacramento que él pidió divino;

Vos mismo sois el que al Obispo ahora,
Y á la gente que alegre le acompaña,
Con voluntad de hecho ejecutora
Llevais á la santísima montaña,
Para que llegue la dichosa hora
En que de la escabrosa cueva extraña
Sea sacado aquel retrato santo
Tan celebrado del celeste canto.

Para que de la santa mina sea
Sacado aquel riquisimo tesoro
Que á la tierra enriquece y hermosea,
Como su original al alto coro;
En quien halla descanso quien desea
El verdadero inestimable oro
Con que se dota el alma generosa
Que quiere ser del alto Rey esposa.

Deje ya de estimar la madre tierra
Sus fértiles entrañas abundosas
Por lo que en ellas cria y lo que encierra,
Y lo que da con manos generosas;
Solo se estime porque en esta sierra,
Entre sus duras peñas escabrosas
Tuvo guardado este tesoro santo,
Que es para enriquecer á tantos tanto.

A la hora que el sol, pasado Atlante,
Para el ocaso el dia apresuraba,
Y de las nubes que tenia delante
Los extremos de oro iluminaba,
El pastor de Manresa vigilante,
Con los demas de quien se acompañaba,
Llegó del monte al sitio más dispuesto
Para lo que traia presupuesto.

Y cuando ya la noche oscura y fria
Estaba con sus sombras en oriente,
Y contenta y alegre, se ponia
El vestido más claro y trasparente;
Cuando el fiel pueblo de la Ave María
La devota señal y alegre siente,
Hé aquí que asoma la vision divina,
Y á la sagrada cueva el vuelo inclina.

El aire ve de rayos de oro lleno
El Prelado, que atento al cielo mira,
Cuyo divino resplandor sereno
Con luces hermosísimas le admira:
Del grande abismo en el más hondo seno
La nocturna tiniebla se retira,
Como sol resplandece la ancha sierra,
Y en sus entrañas la alta luz se encierra.

En la pequeña cueva acostumbrada
Entra la santa luz resplandeciente,
Donde, en el mismo punto que es llegada,
El alto canto angelical se siente:
Música tan suave y concertada,
Armonía tan dulce y excelente
Son, que con tal regalo y gusto suene
No tiene igual en cuanto el mundo tiene.

No puede, en cuanto tiene de consuelo
El ancho mundo y de gozosa suerte,
Cosa igualar á la que en dulce cielo
La cueva benditísima convierte;
Pero, ¿cómo podrá tener el suelo,
Aunque todo se junte y se concierte,
Cosa que iguale á la que allí se oia,
Si era del cielo y era por María?

Habia con su vuelo acostumbrado
La sosegada noche venturosa
De su alto curso á la mitad llegado,
Más alegre que nunca y más hermosa;
Cuando el divino canto regalado
Cesó en la sacra cueva peñascosa,
Y el alto coro envuelto en su alta lumbre
Volvió gozoso á la celeste cumbre.

Quedó en tiniebla oscura todo el suelo
Para los ojos que la luz seguian,
No tanto por estar sin luz el cielo,
Cuanto por causa de la que perdian;
Mas, aunque el carecer de aquel consuelo
De la vision angélica sentian,
Y la perdida inmensa luz causaba
Que en sombra cualquier otra se trocaba;

Una regaladísima esperanza,
Llena de mil gozosos pensamientos,
Daba á sus almas celestial holganza
Entre mil alegrías y contentos:
Creian con divina confianza
Los misterios altísimos, atentos
Que en la cueva del cielo regalada
Alta ventura habia de ser hallada.

Y no fué esta esperanza alegre cuales
Las tristes son del mundo lisonjero,
Que paran sus altísimas señales
En un hondo y cruel despeñadero;
Pero el fin de favores celestiales
Es bueno, es cierto, es rico, es verdadero,
Y el que en la tierra tiene fundamento,
Es sueño, es aire, es humo, es sombra, es viento.

Llegó la noche célebre y famosa
A las oscuras puertas de poniente
Con su alegre familia, que gozosa
La acompañaba regaladamente;
Y pareció más que jamas hermosa
La blanca aurora en el dorado oriente,
Vertiendo ante la clara luz del dia
Contento y gozo, gloria y alegría.

Y el sacro Obispo, con deseo ansioso
De investigar cuanto posible fuese
La causa por que el cielo tan piadoso
Aquella cueva así favoreciese,
Mandó que con cuidado presuroso
La difícil subida se inquiriese,
Poniéndose él tras diligentes guias
Por las fragosas y intrincadas vias.

Y así con esperanza alegre y cierta,
Llevados de su pia y santa instancia,
Fuéron á dar á la pequeña puerta
De la sagrada y venerable estancia:
Los ámbares y almizcles que concierta
La humana industria para dar fragancia;
Los dulces y suavísimos olores
Más estimados de las bellas flores,

Y todo lo que en esto más regala
Y más consuela en toda la ancha tierra,
Al olor comparándose que exhala
De aquella rica parte de la sierra,
Es como si á la luz del Sol se iguala
La de la luna cuando el tiempo encierra
En pardas nubes su turbada cara,
Y la del sol serena muestra y clara.

Entra con santo miedo y reverencia
El prelado, ya cierto de que habia
En la cueva de altísima excelencia
Cosa que á las humanas excedia:
¡Oh eterna y soberana Omnipotencia!
Un sagrado retrato de María
Halla el Obispo venturoso dentro
De aquel bendito y venerable centro.

Un divino tesoro que enriquece
Devotas almas de inmortal riqueza,
A la vista al Obispo se le ofrece
En aquella dulcísima aspereza;
Una imágen hermosa que parece
Obra divina de sublime alteza,
Mira el Prelado en la alta cueva, atento,
Lleno de celestial gozo y contento.

Es cual de venerable dama anciana
La sacra imágen que el prelado mira,
Cuya santa belleza soberana,
Dando consuelo celestial, admira:
Su perfeccion ser más que de obra humana
Con señales altísimas inspira,
Pues junto con beldad suave, espanta
Su gravedad y reverencia santa.

Es el color de su divina cara
Moreno, mas hermoso á maravilla,
Tanto, que ante él la luz del sol más clara
Es oscura, turbada y amarilla;
Y al fin, su perficion y forma rara
No es posible en su punto describilla,
Sino diciendo que es conforme cuanto
Ser puede á la del Hijo sacrosanto.

Del cual en las rodillas santas tiene,
Con maternal afecto acariciado,
El hermoso retrato, que conviene
En todo con su imágen, cotejado:
Con la siniestra mano le sostiene,
Puesta en el hombro izquierdo del amado,
Y al diestro lado la derecha asoma,
Como que alguna cosa en ella toma.

Tal es la sacra imágen que en la cueva
Hallada fué con celestial consuelo,
Por órden milagrosa, excelsa y nueva,
Dada en favor á todo el ancho suelo;
De la cual, viendo cuán de veras deba
Poner en venerarla afecto y celo,
El Obispo resuélvese en llevarla
A su iglesia, y en ella colocarla.

Resuelto pues en el consejo santo,
Manda que de Manresa al punto venga
Su clerecía, el pueblo y todo cuanto
A tan alegre fiesta más convenga:
Así se cumple luego, y entre tanto
Hace que todo el tiempo se entretenga
Dando en la cueva á Dios dulces clamores,
Con himnos, salmos, gracias y loores.

Con dulce voz, alegre y alto aliento,
La veloz fama, diestra embajadora,
Guiada del consuelo y del contento
Que las cristianas almas enamora,
Con las lijeras alas hiere el viento,
Y con la voz altísima y sonora,
Y á los pueblos del pié de la montaña
Cuenta la excelsa maravilla extraña.

Acuden gentes de una y otra parte
Al dulce són de la famosa nueva,
Y adoran, quién de cerca, y quién de aparte,
El gran tesoro de la rica cueva:
No hay pendon ni bandera ni estandarte;
No hay cosa de contento antigua ó nueva;
No hay música de paz ó són de guerra
Que no se traiga á la bendita sierra.

Y no hay cruz ni reliquia ni ornamento
En todos los lugares convecinos
Que, mostrando el altísimo contento,
No adorne del gran monte los caminos;
Los cuales para el santo y pio intento,
Con robustas encinas y altos pinos,
Con piedras y con otros materiales,
Son vueltos llanos, fáciles y iguales.

Ya el pueblo junto, y ya la clerecía
Con la devota pompa en órden puesta,
Y ya la sacra imágen de María
Para la santa traslacion dispuesta,
Hinchendo el alto monte de armonía,
Bajando van en procesion la cuesta,
Puestos en dos hileras con mil luces,
Siguiendo á los pendones y á las cruces.

Lleva el Obispo el celestial tesoro
Dentro de un palio entre la noble gente:
Divino canto altísimo y sonoro
Alza su clero ante él suavemente;
Y el alto monte otro apacible coro
En mil partes, al fin, formar se siente,
Repitiendo con dulce melodía
Ya el nombre de Jesus, ya el de María.

A vos, omnipotente Padre Eterno,
Y á vos, Hijo divino, igual al Padre,
Y á vos, que de ambos procedeis coeterno,
Y á vos, oh Virgen, de Dios Hombre madre,
Con alto son, y con el gozo interno
Que más al que desea el alma cuadre,
Alzan debidas gracias y loores
Los músicos, el clero y los cantores.

Y así en órden conforme procediendo,
Para bajar por más segura via,
Fué la devota procesion subiendo
Por donde el mejor paso se ofrecia:
¡Divina cosa y admirable! Siendo
Llegada la alta imágen de María
Al lugar donde ahora está, repente,
Sin poderse mover paró la gente.

Pára la gente sin saber la causa,
Y sin poder hacer que el movimiento
Sirva á la libre voluntad que causa
Su diferente accion á su contento:
Milagrosa conocen ser la pausa,
No interviniendo humano impedimento
Que así á todos les fuerce en un instante
A no poder pasar más adelante.

Estuviera confusa y temerosa
La gente con el caso señalado,
Si el sagrado pastor con voz gozosa,
Por el Eterno altísimo inspirado,
No dijera la causa misteriosa
De haberse de tal suerte allí parado,
Diciendo: «En este sitio, en este puesto
Este sacro tesoro ha de ser puesto.

«Aquí quiere el Eterno omnipotente
Que este retrato de su Madre y nuestra
Se quede en un lugar sacro y decente,
Hecho con el poder y industria vuestra:
Esto es lo que el pararnos de repente
Indubitadamente enseña y muestra.
Ea pues, á la obra: [illegible] yo quiero
En emplearme en ella ser primero.»

Así diciendo, en un altar formado
De sus pontificales ornamentos
Pone el santo tesoro encomendado,
Miéntras se da principio á sus intentos;
Y al punto el pueblo alegre, ya tornado
A la accion corporal y movimientos,
A l'alta obra se ofrece y se dedica,
Y cada cual á su labor se aplica.

Quién con el sabio Obispo el sitio traza
De la iglesia y capilla y monasterio;
Quién de la puntual fábrica y traza
Cuidoso toma el cargo y magisterio;
Y la gozosa gente alegre abraza
Lo que este ordena ó manda con imperio,
O cosa fácil sea, ó sea cosa
Cuanto pudiera ser dificultosa.

Tiene este de la obra ya la planta
Que la intencion del arquitecto encierra,
Por donde, aunque es la diferencia tanta
De lo que se ha de obrar, nada se yerra:
Cuál corta una cantera y la levanta,
Cuál árboles altísimos atierra,
Cuál zanjas y cuál fuentes abre, y cuáles
Traen mil diferentes materiales.

Todo fué aquí tambien maravilloso,
Pues muy en breve vieron hecho tanto,
Que al pueblo y al Pontífice gozoso
Causó notable admiracion y espanto;
Y así, del monasterio venturoso
Y del afortunado templo santo,
Por momentos la obra fué acabada,
Y en ella la alta imágen colocada.

Quedó en el monasterio aquel discreto
Cura de Monistrol y alguna gente,
A quien tocó en el íntimo secreto
Con más fervor la mano omnipotente,
Hasta que se pusiese por efeto
El santo culto más cumplidamente
Con religiosos dignos de aquel puesto
A vida perfectísima dispuesto.

Este era del Obispo el santo intento;
Pero Dios ¡oh bendita y santa sierra!
Más lustre te guardaba y ornamento,
Y más renombre en cuanto el aire encierra:
Santo era del Obispo el pensamiento
Y de los moradores de su tierra;
Mas lo que Dios de tí tiene ordenado
Es divino favor en sumo grado.

Al fin, esta divina y rica suerte,
Este raro suceso milagroso
Pasó, para bien nuestro, desta suerte
En este santo monte venturoso;
Miéntras, en su virtud constante y fuerte,
En Barcelona el santo religioso
Con la alta perfeccion de la paciencia
Pasa su memorable penitencia.

CANTO XIX.

ARGUMENTO.

De su admirable penitencia al punto
Llega el fuerte Garin, y al monte vuelve
A trasladar el cuerpo que difunto
A su entender oscura tierra envuelve:
Hallan la dama viva y bella, y junto
Santa, pues con el padre se resuelve
A quedar en la santa casa nueva,
Que tan santo principio y nuevo lleva.

Con su dulce familia el regocijo
Por Barcelona desplegaba el vuelo,
Desterrando al pesar, al escondrijo
Más oscuro y más íntimo del suelo,
A causa de haber dado al Conde un hijo
Por singular favor y gracia el cielo,
Que de sus canas el regalo fuese
Y en el ilustre estado sucediese.

En cañas, toros, justas y torneos,
Galas, saraos, divisas y ornamentos,
Caballos, armas, máscaras y arreos,
En altas obras de altos pensamientos,
Y en todos los demas nobles empleos
De los ilustres lícitos contentos,
Ocupa el regocijo en Barcelona
Cualquier estado y suerte de persona.

No hay señor, no hay hidalgo ó caballero
Que no se muestre en lo que más confía,
O ya representando un Marte fiero
Con generoso esfuerzo y gallardía,
O ya, depuesto el relumbrante acero,
Mostrando general cortesanía
En gala, en ademan, en gracia y aire,
En dulzura, en regalo y en donaire.

El mismo Conde alegre y consolado
Sus nobles cortesanos acompaña,
O sea en sala, ó sea en estacado,
O sea en plaza ó calle ó en campaña;
Y diestro y animoso y temorado,
Ya doma al toro la furiosa saña,
Ya gana el prez en el torneo ó justa,
Ya en las follas las armas barausta.

Ya en aparatos de altas invenciones
Con grandeza rêal y pompa hechas,
Ya en varios casos de altas ocasiones
Que dan las sendas de virtud estrechas,
Deja los valerosos corazones
Y las heróicas almas satisfechas,
Poniendo el rêal término en su silla
Con amable admirable maravilla.

Y ya entre mil blanduras y mil galas,
Conversable, apacible y cortesano,
Con las servidas damas en las salas
Convierte en blanda la robusta mano,
Dando mayor lugar á que sus alas
Desplegue y trate el regocijo humano,
Y toda la contenta compañía
Que le ministra y acompaña y guía.

Y al fin, por dulce fin de estos contentos,
Que fuéron tales, que dobló la fama
Todos los sonorosos instrumentos
Con que por la ancha tierra se derrama,
Consigo á sus rêales aposentos
A los varones de su estado llama,
Y en su mesa rêal con ellos junto
Quiere en las nobles fiestas hacer punto.

Vinieron los barones de su estado,
Y fué el banquete rico y suntüoso,
De todas las grandezas adornado
Que adornarle pudiera un rey famoso;
Adonde no faltó quien, acordado
Al instrumento y son artificioso,
Con dulce pecho y voz, quiebro y garganta,
Cantase cómo fué Narciso planta.

Y cómo con menguada voz su pena
Muestra Eco, y de su amado el devaneo;
Cómo Ariadna en la desierta arena
Llama llorando al pérfido Teseo;
Cómo Vénus del cielo se enajena
Por ser solo su Adónis su recreo;
Cómo Alcides mató y por qué al Centauro,
Y cómo fué vencido el Minotauro.

Y cómo del clarísimo planeta
Huyó volando Dáfnes infelice;
Cómo sacaba el músico poeta
De la cárcel eterna á su Euridice;
Cómo en la noche lóbrega y secreta
Alcion vió anegado á su Ceice;
Cómo se coronó Baco de yedra,
Y cómo Aglaura fué mudada en piedra.

Con tales cosas, del rêal banquete
El regalo el cantor acrecentaba,
Y cuanto con la música promete,
El regocijo largamente daba;
Cuando allí fué sacado de un retrete
El que las fiestas célebres causaba,
Traido para gozo de su padre
Por su segunda regalada madre:

El dulce hijo que al Jofré famoso
Dió con tal gozo el favorable cielo,
Por quien su fuerte pueblo generoso
Estaba en regocijo y en consuelo,
Traido al pecho dulce y amoroso
De que alimenta el tierno corpezuelo,
Adonde estaba el padre entró, ilustrando
Cuanto con los ojuelos va mirando.

Y apénas la ama con el tierno infante
a la mesa del Conde habia llegado,
Cuando el monje, en su cruz fuerte y constante,
Entra en la sala á su cadena atado:
Mandó el Conde traelle allí delante,
Habiendo en la comida dél tratado,
Bien fuera de entender que le inspiraba
El cielo á él lo que él allí mandaba.

¡Oh infinita de Dios sabiduría,
Por cuán secretas sendas y admirables
Tu sempiterna omnipotencia guia
Sus excelsas hazañas memorables!
Oh felice cristiana monarquía!
Qué divinos favores tan amables
Recibes de la mano omnipotente
De tu gran Dios dulcísimo y clemente!

Pero ¿qué no ha de dar al Cristianismo
De gracias y favores celestiales,
Quien con tan alto amor se dió á sí mismo
Con manos en tal grado liberales?
Oh ceguedad, oh confusion, oh abismo
De ingratitud de míseros mortales!
Dádivas recibidas en tal suma,
Que el olvido en el alma las consuma!

¡Oh ingratitud de humanos corazones,
O por fiera dureza de diamante,
O por fragilidad que en tus pasiones
Tan varias te mantiene tan constante!
Cuán admirables y divinos dones
Desprecias como cosa no importante,
Miserable mortal, por las miserias
En que tienes tus tratos y tus ferias!

Ambicion de grandezas y de estados
De esta caduca y momentánea vida,
Cuyos vanos peligrosos grados
Se sube por tan áspera subida,
Es la que en tu memoria da cuidados
Que la traen de afanes combatida,
Con olvido total y con desprecio
De aquellos bienes de tan alto precio.

Codicia insaciable de riquezas
Solo para que el cuerpo se recree
Con sensuales vicios y torpezas
En que cuanto hay en la ancha tierra emplee;
Envidias y pasiones y asperezas
Con que se postre á quien virtud posee,
Como si fuese oprobio vil del suelo,
Siendo el regalo y el honor del cielo.

Indómita soberbia y arrogancia,
De estos vicios horrendos producida,
Sentada en la bárbara ignorancia
De mentira cubierta y revestida,
Es lo que en l'alma tiene cierta estancia,
Della es la virtud desposeida;
Así el pecar es su más cierto trato,
O con desprecio ó con olvido ingrato.

¡Padre piadoso, Dios, que solo quieres
Notar al hombre, por tu gracia pura,
De los grandes riquísimos haberes
Con que enriqueces tu gloriosa altura!
Humilde te suplica, por quien eres,
Esta, Señor, tu amada criatura
Que tan ingrata así en pecar se emplea,
Que otro Garin en penitencia sea.

El cual, como ya dije, habia llegado
Adonde el Conde y los demas habian
Con la comida suntüosa dado
A las fiestas el fin que pretendian;
Y siendo el santo monstruo contemplado
Por los señores que le circuian,
Y sobre él varias cosas discurriendo,
Su especie y calidades inquiriendo;

¡Milagroso suceso! El tierno infante
Que el ama en su regazo sostenia,
Con clara voz y angélico semblante,
Vuelto á la fiera lleno de alegría,
Dijo: «Dios quiere ya que se levante,
Garin, tu rostro al sér que ántes tenia;
Que ya tu penitencia es acabada,
Y tu culpa del todo perdonada.»

Y el pequeñito niño apénas hubo
Estas altas palabras declarado,
Con que en admiracion inmensa tuvo
Aquel ilustre pueblo allí juntado,
Cuando Garin el rostro alzó, y sostuvo
En los dos piés el cuerpo fatigado,
Y con humilde y santa reverencia
Llegó del Conde á la rëal presencia.

Y con palabras cuyo afecto un monte
Mover pudiera de su firme asiento,
Y convertir el reino de Aqueronte
A blando y amoroso sentimiento,
Puestos los ojos en el horizonte,
Y en su esperanza el alto pensamiento,
Al Conde dijo así sucintamente,
Toda su corte y casa allí presente:

«Yo soy, príncipe sabio y valeroso,
Aquel que á Dios y á tí con grave ofensa
Di causa de emplear el poderoso
Rigor que con justicia se dispensa:
Yo soy Garin, y si nombrarme oso,
Es para dar debida recompensa
De mis grandes pecados, de la suerte
Que tu ofendida calidad concierte.

»Aquí me tienes ante tu presencia;
Puedes satisfacerte á tu contento,
O sea con rigor ó con clemencia,
Mi vida ó muerte es ya tu mandamiento;
Y á las dos cosas yo con obediencia
Doy, como debo, aquí consentimiento,
Pidiendo arrepentido y humillado
Perdon á Dios y á tí de lo pasado.»

No dice más el santo monje, y queda
Como elevado y de rodillas puesto:
La admiracion del todo al Conde veda
Poderle responder á lo propuesto;
Pero, ya reportado y vuelto en rueda
El admirado rostro, aunque compuesto,
Dice el sabio señor de Barcelona:
«Tambien perdono yo á quien Dios perdona.»

«Alzáos, oh santo monje, alzáos del suelo;
Que aunque tan gravemente me ofendistes,
Pues con tan gran favor y amor del cielo
Perdon de vuestras culpas merecistes,
Yo tambien os perdono y os consuelo,
Y de lo que en mi daño cometistes
En recompensa solo aquí se elija
Que me digais adónde está mi hija.»

Con el mayor decoro que ser pudo
Dijo el caso Garin, no claramente,
Sino cubierto de un honroso escudo
Para todas las partes más decente:
Oyólo el Conde; y que esté ya desnudo
El santo penitente no consiente:
Manda que luego se le dé vestido;
Y al punto de ermitaño fué vestido.

Y deja el Conde allí determinado
De partir luego para el monte santo,
A sacar dél el cuerpo sepultado
De la hija que quiso y lloró tanto;
Y tambien para ver el celebrado
Retrato de la Vírgen, que ya el canto
De la fama veloz le divulgaba,
Y á irle á ver las gentes incitaba.

Ya en aquella comarca venturosa,
Con dulce son de altísimo consuelo,
Canta la fama la maravillosa
Merced que goza del piadoso cielo,
Con mil en que la mano poderosa
Del alto Dios muestra el gustoso celo
De que se pidan por la imágen santa
Que la fama veloz divulga y canta.

Toda movida la provincia tiene
Ya de la fama el canto de alegría,
Con voz que en la devota oreja suene
Celestial consonancia y armonía,
Por quien con santo afecto y celo viene
Ante el sacro retrato de María,
A pedir al Señor de los señores
Gracias, mercedes, dones y favores.

Parte pues con Garin y con su gente
Para el bendito Monserrate el Conde,
Y al deseo de todos igualmente
La presta diligencia corresponde:
Al lugar llegan donde la inocente
Dama venturosísima se esconde:
Mira el sitio Garin en la espesura,
Y señala despues la sepultura.

Abren por la señal la dura tierra
Diestros sirvientes con robustas manos,
No pretendiendo más en lo que encierra
De un cuerpo ya comido de gusanos,
Para que se traslade de la sierra
Al honroso lugar de sus ancianos,
Y allí cual los demas se deposite
Hasta que al gran jüicio resucite.

Mas ¡oh gran Dios, en todo poderoso!
No cuerpo allí es hallado desta suerte,
Sino vivo, fresquísimo y hermoso,
Libre de las señales de la muerte;
Cuyo alto rostro con mirar gracioso
Al dulcísimo padre se convierte,
Y cuyos piés á él se van, y cuyas
Manos al padre toman de las suyas.

Levante aquí el humano entendimiento
Las alas lijerísimas en vuelo
A la contemplacion del sentimiento
Que causaría aquel favor del cielo:
Considérese el gozo y el contento,
La inmensa admiracion y alto consuelo
Del padre y hija y de Garin triunfante,
Y de la atenta gente circunstante.

Ofuscada del gozo inmenso queda
A cada cual el alma allí y la mente;
La extraña admiracion á todos veda
Otra accion que miralla atentamente:
Que ojos ó lengua alguno mover pueda
La nueva maravilla no consiente,
En mar de gloria cada cual el alma
Tiene gozosa en admirable calma.

¿Qué se le puede preguntar á aquella
Señora ilustre de sí misma ahora?
¿O qué á cualquier pregunta podrá ella
Responder á la gente que la adora?
De claro aljófar la una y otra estrella
Hinche de gozo, con el padre llora,
Que con abrazo de dulzura lleno
Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y con palabras llenas de dulzura
Dice la dama, llena de contento:
«Merced, á que de humana criatura
Ni llega merecer ni entendimiento;
Favor, á gloria de la Vírgen pura
Y de su sin igual merecimiento;
Gracia, que del mar dellas se deriva,
Es lo que veis en mí viéndome viva.»

Una señal sacó la dama ilustre
Que adornaba el suceso milagroso,
Que fué una raya de encendido lustre
En el cuello blanquísimo y hermoso,
Como en él puesta para que se ilustre
Su blancura por modo artificioso;
Y era la parte tierna y delicada
Por donde fué la dama degollada.

Todo era admiracion de la espantosa
Obra divina del poder eterno
De aquel Señor que con su voz piadosa
Nos llama siempre con amor tan tierno;
Y todo era triunfar de la envidiosa
Sierpe cruel del espantoso infierno
Aquel buen monje, en paga y recompensa
De la pasada lastimosa ofensa.

¡Qué gozo, qué consuelo, qué alegría
Con este triunfo altísimo y victoria
El pio Garin en l'alma sentiría,
Teniendo en lo pasado la memoria!
¡Y qué dolor y pena causaría
A su fiero adversario con su gloria,
Viendo vencer con triunfo tan subido
Al que él pensó del todo haber vencido!

En pena eterna y en dolor redunda
El triunfo de Garin, gozo y consuelo,
Del infernal poder, con que confunda
Su inícua saña el pio y justo cielo:
Dobló su llanto y su pasion profunda
El príncipe de eterno desconsuelo,
Victoría el santo monje dél teniendo,
Y su temido monte en gloria viendo.

Van, al fin, todos, tras haber pasado
De gozo y de consuelo un dulce rato,
Al templo santo donde está el sagrado
De la Vírgen santísima retrato;
El cual adora cada cual postrado
Con tierno corazon y ánimo grato,
Y de véras allí se regocija
El monje, el Conde y la dichosa hija.

Y ya que en tal consuelo entretenidos
Algunos breves dias estuvieron,
Y los tuvo aquel gozo divertidos,
Como el más grande que jamas sintieron:
Ya que para partirse apercibidos
Y á punto el Conde y los demas se vieron,
La sabia dama al padre sabio y fuerte
Descubre su alto intento desta suerte:

«Bien fuera digna de castigo eterno,
Dulce padre y señor, si no mirara
A la merced presente con interno
Celo de gratitud, siendo tan rara;
Fuera culpa bien digna del infierno
Si desta obligacion yo me olvidara,
Y por volverme á Dios no pospusiera
Cuanto del mundo desear pudiera.

»Que aunque puedo, volviendo á Barcelona,
En compañía de mi madre y vuestra
Emplear sabiamente mi persona
En lo que el cielo en nuestro bien nos muestra,
Más en la religion se perfecciona
La alta virtud del sumo bien maestra,
Con quien, segun la obligacion que tiene,
La alma cristiana su vivir ordene.

»Todo es aquí suceso milagroso,
Mi vida, vuestro gozo, el admirable
Perdon de este bendito religioso,
Y esta sagrada imágen tan notable:
Todo pues en su modo misterioso
Nos persuade la intencion loable
Que á mí en l'alma me escribe de su letra
Quien sus cosas más íntimas penetra.

»Digo, porque declare bien mi intento,
Que con licencia vuestra yo querría
Quedar, señor, en este santo asiento
Con religiosa y santa compañía;
Que en este punto su acontecimiento
Es gran ventura, es grande suerte mía,
Y es gran señal que quiere Dios que sea
Esto que tanto mi alma ya desea.

»Y es razon que la vida que poseo
Por tan notable y rara maravilla,
Escoja por dichoso y rico empleo
El quedar á servir esta capilla;
Y por débido voto y por trofeo
Se dedique á la Vírgen sin mancilla,
Pues por su gracia y mano valedora
Con tal merced yo la poseo ahora.

»Aquí podrán devotas religiosas
Ofrecerse conmigo en santa vida,
A quien hace estas obras milagrosas
Con que á su amor nos mueve y nos convida:
Sean por vos miradas estas cosas
Y la justicia de que soy movida,
Y dad, señor, con sentimiento justo
A mi loable y santo intento gusto.»

Así mostró la generosa dama,
Con sus palabras llenas de elocuencia,
El santo amor y celo que le inflama
El alma con altísima prudencia:
Tras lo cual, tiernas lágrimas derrama,
Del santo afecto efecto y apariencia,
Las cuales eran en su rostro, al verlas,
Entre rosas al sol, cristal y perlas.

No ménos se admiró en la hija amada
El padre contentísimo con esto,
Y la gente que alegre y admirada
Oia atenta su deseo honesto;
De lo que su alma fué maravillada,
Y las de los demas en todo el resto,
Y así con alto sentimiento el Conde
En todo con la dama corresponde.

Dice que su intencion se cumpla y sea
Luego de la manera que ha ordenado,
Y manda que al momento se provea
Cuanto conviene al caso señalado:
Detiénese allí más, y luego emplea,
Con lo que está en la casa fabricado,
Gasto mayor con trazas más costosas,
Y habitacion conforme á religiosas.

Las cuales fuéron como las que ahora
Habitan en San Pedro en Barcelona,
Del órden santo con que ilustra y dora
El gran Benito su inmortal corona;
Y dellas fué cabeza la señora,
Que lo pudiera ser en Elicona,
Pues supo la mayor ciencia del suelo
Perfectamente, que es ganar el cielo.

La dama ilustre que escogió ofrecerse
A Dios en el convento milagroso,
Sin confiarse ni desvanecerse
En el mundo y el padre poderoso,
A ser cabeza quiso disponerse
En aquel monasterio misterioso,
De muchas que con ella estar quisieron,
Y su santo propósito siguieron.

Ya pues que el santo monasterio estaba
Cual a tan alto intento convenia,
Y el sacro culto en él se comenzaba
Con principios de altísima alegría;
Y viendo el Conde ya que en él quedaba
Su santa hija en santa compañía,
Y que no tiene en cosa alguna falta
De las de su intencion divina y alta;

Determinó dejarla en el deporte
De su devota soledad amada,
Y dar la vuelta con su casa y corte,
A su noble ciudad regocijada;
Y dado en todo ya el debido corte,
Fué para la partida señalada
Por hora aquella en que del sacro oficio
Se da fin al santísimo ejercicio.

Ya el claro sol por el abierto oriente,
Lleno de luz, alegre se levanta,
Y ya el devoto Conde con su gente
Ante la imágen milagrosa y santa
Oye el divino oficio atentamente,
Que el religioso coro oficia y canta
Con voz al celestial concento unida,
El dia señalado á la partida.

Y ya el divino oficio habia llegado
Al fin alegre de su excelso canto,
Cuando el pio Garin, todo inflamado
En divino fervor y celo santo,
De un lustre celestial iluminado,
Con que causaba á quien le via espanto,
La lengua elocuentísima desata,
Y de altas cosas memorables trata.

CANTO XX.

ARGUMENTO.

Los divinos sucesos y grandezas
Del sacro milagroso monasterio,
Las heróicas hazañas y proezas
Que en él ha obrado el celestial imperio,
Las excelsas santísimas altezas
A que ha llegado su alto ministerio,
La musa da á Garin que contar pueda,
Y la gran devocion fundada queda.

Puesto del templo en la sublime parte
Al divino Evangelio dedicada,
Usando en el principio santo el arte
Que se acostumbra en la leccion sagrada,
Con el fervor que el cielo le reparte
En l'alma de sus gracias regalada,
Así dice Garin con alto aliento
Al Conde, que oye con su pueblo atento:

«No puedo ¡oh gran señor! en modo alguno
Dejar de publicar lo que me inspira
Este extraño fervor en mí importuno
Que así conmigo á todos os admira:
En este tiempo alegre y oportuno
Que quien así mueve mi pecho mira,
Quiere que diga yo á su santa gloria
Cosas dignas de altísima memoria.

»Oidme pues, oidme atentamente
Lo que han de oir y ver otras edades,
Que á mi lengua se ofrece y á mi mente
Con altas y lustrosas claridades:
Es la intencion de mi sermon presente
Deciros las divinas calidades
Que con divino y admirable ejemplo
Ha de tener este sagrado templo.

»Tú, Rey eterno, que mi pecho inflamas
De la luz clara de este templo santo
Que ha de encender en tus divinas llamas
Innumerables corazones tanto;
Los que con estas maravillas llamas,
De tu luz queden alumbrados cuanto
Conviene ahora, para que veamos
Las grandezas del templo que fundamos.

»Y tú, Reina santísima del cielo,
Causa destas grandezas milagrosas,
Miéntras predico las que en todo el suelo
Han de ser predicadas y famosas,
Tú favorece el justo y santo celo
De celebrar tus memorables cosas,
Y el arte aclara en los oyentes todos
De este sermon y sus piadosos modos.

»Tu divino retrato milagroso,
Vírgen, luz de las vírgenes prudentes,
Causa de este convento religioso
Y de sus altos dones preminentes,
Ha de ser el más célebre y famoso
De cuantos tengan las cristianas gentes,
Y aquel por quien hará en tu santo nombre
Infinitos favores Dios al hombre.

»No habrá nacion en todo lo habitado
Do desta santa imágen no se trate;
No asiento alguno se verá ilustrado
Con monasterio de mayor quilate;
No verá el sol lugar más celebrado
Que el felice y bendito Monserrate;
Y no habrá invocacion en todo el suelo
Por quien mayores gracias haga el cielo.

»Como fecunda planta en buen terreno,
De diestro agricultor bien cultivada,
Que al buen principio, de esperanza lleno,
Corresponde con suerte mejorada;
Así ha de ser en este monte ameno
Esta divina casa en él plantada,
Que su alto agricultor hará que sea
Más que deste principio se desea.

»Que quien aquí más altamente vuele
En desear su venturoso aumento,
Terrero quedará, cual siempre suele
El humano deseo y pensamiento;
Y por mucho que en esto se desvele,
Llegar no puede al elevado asiento
En que visiblemente yo contemplo
Que ha de estar esta casa y este templo.

»Y no más de cien años les concede
Dios á santas mujeres esta estancia,
No porque en ellas, aunque el tiempo ruede,
Ha de faltar altísima constancia,
Que ántes el bien que á la virtud sucede
Tendrá con ellas gran perseverancia;
Sino porque traerán aquí varones
Por justísimas causas y razones.

»Será tanto el concurso de la gente
Que aquí vendrá de todo el ancho suelo
Á visitar devota y santamente
Esta imágen de altísimo consuelo,
Que ni será bastante ni decente,
Ni fuera de peligros y recelo,
El atender las religiosas santas
A la hospitalidad de gentes tantas.

»Un Borrel, sucesor en este estado,
Con celo santo y discrecion cristiana,
Su conveniente intento autorizado
Por la silla apostólica romana,
Dejará este convento trasplantado
En su ciudad con honra soberana;
Y en vez de las castísimas doncellas,
Monjes pondrá del órden mismo que ellas.

»Pues cuanto desde entónces adelante
Ha de ir creciendo la grandeza santa
Desta casa rëal, desta importante,
Divina, excelsa y milagrosa planta,
No hay lengua humana á lo decir bastante;
Porque ha de ser de maravilla tanta,
Que los que entónces llegarán á vella
Aun apénas podrán comprehendella.

»Una perpetua fama en todo nueva
Criará el cielo en este tiempo solo,
Para que en honra de esta casa nueva
Cuantos vivientes mira el claro Apolo,
De las riquezas que en sus ondas lleva
El Indo, el Tajo, el Hemo y el Pactolo,
Y de la luz de la febea llama,
Se ha de adornar esta gloriosa fama.

»Y á par del tiempo ha de durar creciendo
Por puntos siempre en voz y en hermosura,
De este templo santísimo poniendo
El dulce nombre en la mayor altura;
Maravillas rarísimas diciendo
Llenas de celestial gozo y dulzura,
Ricas gracias y altísimos favores
Siempre más milagrosos y mayores.

»Ciudades moverá, moverá estados
A venir á pisar estos umbrales,
Trayendo á sus señores y prelados
Con deseos y afectos celestiales;
Y todos en amor santo abrasados,
Con poderosas manos liberales
Ofrecerán aquí famosos dones
De rentas, joyas, oro y posesiones.

»Y esto será con muy mayor instancia,
Con más fervor, más celo y más frecuencia,
Cuando pongan aquí santa observancia
Dos reyes de católica excelencia;
Los cuales en divina coligancia,
Viviendo con altísima prudencia,
En honra de sus hechos señalados
Serán Reyes Católicos llamados.

»Vendrá á ser desto el lustre y ornamento
De esta bendita casa en sumo grado;
Crecerá el sitio, crecerá el convento,
Con mil comodidades mejorado:
Para todos será el alojamiento
Alegre y apacible y regalado;
Y asimismo tambien para el divino
Retrato santo en modo peregrino.

»Que cuanto ser pudiere esta capilla
En aquel tiempo se verá ilustrada,
Dando á la imágen más costosa silla
Con fábrica rëal acrecentada:
De mano de la misma maravilla
Mostrará ser la obra señalada
En devocion, en lustre y en decoro,
Y en la belleza del retablo de oro.

»Y tomando de mí, aunque indigno pobre,
Principio aquí la vida de ermitaños,
Será que tanto lustre y tanta cobre
Perfeccion santa ya en aquellos años,
Que este monte será donde zozobre
La infernal rabia y sus eternos daños,
Y donde el celestial divino aviso
Dé á sus cultores dulce paraíso.

»Catorce humildes celdas repartidas
Por este santo monte venturoso
Poseerán los monjes que las vidas
Ofrecerán al singular reposo;
Donde en contemplacion entretenidas
Las almas con regalos de su esposo,
Convertirán este dichoso suelo
En dulce parte para sí del cielo.

»Que con el órden y la compostura
De sus celdas y templos y ejercicios,
Y el asiento y la vista y hermosura,
Y todos los humanos beneficios,
Y el alto acuerdo de la eterna altura,
Y el olvido total de humanos vicios,
No será en ellos ménos que una gloria
Este monte de célebre memoria.

»Pues cuanto los benditos religiosos
En estos sacros claustros encerrados
Han de ilustrar con hechos virtuosos
Estos santos y fértiles collados,
Y con los rayos, más que el sol lustrosos,
De sus divinos bienes y cuidados
Han de dar luz á cuanto el aire rueda,
No hay lengua humana que decirlo pueda.

»De ordinario serán más de setenta
Estos benditos monjes recogidos,
Todos hombres de letras y de cuenta,
Famosos en la tierra y escogidos;
Y donados habrá más de noventa,
Todos en vida activa entretenidos
Con huéspedes y pobres ordinarios,
Y en otros ministerios necesarios.

»Y demas de estos ínclitos varones,
De religiosos hábitos ornados,
Serán en otras mil ocupaciones
Otros doscientos hombres ocupados;
Sin los que á varias partes y naciones
Serán por las limosnas enviados,
Con los regalos de la cofradía
Que aquí ha de haber en honra de María.

»La cual ha de tener por sus cofrades
Todos los potentados que en la tierra
Seguirán las santísimas verdades
Del que en el suelo el cielo abre y cierra;
El cual de las mayores calidades
Que su poder universal encierra,
Ha de dotar la cofradía ilustre
Que será deste monte eterno lustre.

»Pero ¿qué voz, qué espíritu y aliento
Las memorias dirá de las mercedes
Que adornarán de este rëal convento
Las columnas, los techos y paredes?
No podrás ver ¡oh sol! tal ornamento
En cuanto ver de todo el mundo puedes,
Como el que aquí pondrán fieles devotos,
Con presentes, con dádivas y votos.

»El enfermo llegado al postrer punto,
Y la alumbrada, el de parir llegado,
Con su mortaja el que ya fué difunto,
La madre con el hijo ya anegado,
En estos claustros serán vistos, junto
Con mil que, ó en desierto ó en poblado,
Por mil traidoras manos enemigas
Tuvieron mil peligros, mil fatigas.

»Aquí de aquel mancebo á quien convino
Que, de su propia patria siempre ausente,
En la comun de corte el desatino
Comun siguiese en su veloz corriente,
Y esta alta invocacion le abrió el camino
A la salud del alma conveniente,
La oferta se verá de cortesano,
No ingrato ni soberbio ni tirano.

»Aquí de aquel varon á quien en suerte
Cupo el seguir al espantoso Marte,
En vida que es una perpetua muerte,
Sin que en cosa de vida alcance parte,
Y tuvo esta alta devocion de suerte,
Que vino á ser de su milicia el arte,
Las armas se verán con gozo y gloria
Rendidas en señal de gran victoria.

»Aquí del preso y del cautivo rota
La doblada cadena será vista;
Aquí la nave que enemiga flota
O tormenta bravísima resista;
Aquí el bajel que en áspera derrota
En altas peñas ó en bajíos embista,
Pintados se verán en las tablillas
Que son memorias de estas maravillas.

»Y aunque estas gozosísimas señales
Serán ya más que yo decir podria,
Al tiempo que los dones celestiales
Comience á repartir la cofradía;
Cuando sus altas fuerzas principales
Alcance la española monarquía,
Tendrá esta maravilla un admirable
Punto de aumento, excelso y memorable.

»Que así como será favorecida
Entónces esta casa milagrosa
Por los reyes de aquella edad florida,
Que serán condes de esta tierra honrosa;
Así tambien del cielo enriquecida
Con mano liberal maravillosa
Será esta santa iglesia entónces tanto,
Que vendrá á ser un celestial espanto.

»Cuando el sacro Felipe poderoso
Será monarca de lo que es España,
Y digno por su sér maravilloso
De mandar cuanto el mar circuye y baña,
Llegará este convento milagroso
Y el nombre de esta célebre montaña
Al rico sér de celestial fineza
Y al colmo de su altísima grandeza.

»Habránse visto ya milagros tantos
Por esta invocacion santa en el suelo,
Y estarán ya los religiosos santos
Con fama tal por su divino celo,
Tendrán tal bien y tal remedio cuantos
Aquí vinieren por favor del cielo,
Que entónces en el mundo no habrá cosa
Mas celebrada, excelsa y milagrosa.

»Monserrate será la maravilla
Mayor del mundo en aquel tiempo bueno
Que por Felipe á la española silla
La mayor suerte albergará en su seno:
Esta casa, este templo, esta capilla
Y este retrato de alta gloria lleno,
Entónces echarán rayos mayores
De milagrosas gracias y favores.

»¿Qué será ver en aquel tiempo tanto
Concurso aquí de peregrinas gentes?
Qué, oir el incesable y dulce canto
Del sacro oficio en horas diferentes?
Qué será ver honrado el templo santo
De riquezas al tiempo suficientes?
Qué, las luces eternas colocadas
En oro y plata y joyas estimadas?

»¿Qué será ver labrar un rico templo,
Que en aquel tiempo emprenderá el convento,
El cual ya desde aquí miro y contemplo
Ser obra de riquísimo ornamento?
Bien mostrará tener el alto ejemplo
De la que entónces con divino intento
Hará aquel sabio rey de eterna fama
En las faldas del alto Guadarrama.

»¿Qué será ver el órden y aparato
Para hospedar pontífices y reyes,
Y el ordinario y abundante plato
Que aquí darán á innumerables greyes?
Qué, contemplar el celestial ornato,
Las órdenes, preceptos y las leyes
Con que lo humano y lo divino junto,
Aquí pondrán en su perfecto punto?

»Bien se echará de ver en esta parte
Que tendrá entónces la española tierra
En su favor al poderoso Marte
Que en este altar en blanco arnes se encierra;
Y que siguiendo siempre su estandarte,
Militará Felipe en justa guerra
Contra los fieros del contrario bando,
Mil hidras y mil monstruos sujetando.

»El cual, vencido habiendo monstruos tales
Con excelso valor, divino y santo,
Llamado ya á los reinos celestiales
Con gozo dellos, regocijo y canto;
Vencido de accidentes corporales,
Que causarán al mundo inmenso espanto,
En ellos por un Job siendo estimado,
Para siempre á reinar será llevado.

»Y no ménos entónces será claro
El gran favor del cielo poderoso,
En aumento y en honra y en amparo
De nuestra España y de su rey famoso,
En darle un sucesor que en el preclaro
Nombre y en el valor maravilloso
Sea retrato de su padre, tanto,
Que cause en tierna edad gozoso espanto.

»Hará con la esperanza solamente
En aquel tiempo el jóven rey Felipe,
Que tan de véras la española gente
Del gran favor del cielo participe,
Que el coro de virtudes excelente
Que gusta de las aguas de Aganipe
Tendrá más dulce albergue en nuestra España,
Que en cuanto el sol rodea y el mar baña.

»Y juntamente dos infantas bellas,
Dignas hermanas de este rey glorioso,
Entónces mostrarán vivas centellas
De su gran rey, cual de su sol lumbroso,
Siendo las dos clarísimas estrellas
Que ilustren aquel siglo venturoso,
Dando Isabel á Flándes luz divina,
Y al Piamonte, aunque breve, Catalina.

»Y no será en España solamente
La buena suerte entónces; que yo creo,
Segun lo que mi alma nota y siente
Del sumo bien que en este templo veo,
Que en cuanto alumbra el sol resplandeciente
Verá cumplido el fiel su fiel deseo,
Viendo tener á cuanto mire Apolo
Solo un pastor en un aprisco solo.

»Y así se ha de creer que cuando sea
La alta felicidad de este convento,
Cuanto ahora en el mundo se desea
Ha de llegar á su lugar y asiento:
¡Dichoso el hombre que lo alcance y vea,
Y gozar sepa de aquel gran contento,
Y no ménos dichosos los que en esta
Iglesia celebramos esta fiesta!

»No es ménos buena nuestra alegre suerte
Que la que en este caso declaramos,
Pues el clemente cielo nos advierte
Del rico bien del templo que fundamos;
Y más, si vale para que se acierte
El camino real á que aspiramos,
A cuya causa Dios nos la declara
Con dulce amor y maravilla rara.

»Y esto aquí se contemple, esto se sienta,
Y á esto cada cual el alma encare,
Pues tanto más ha de quedar contenta,
Cuanto más desta suerte aquí repare:
Por esto Dios su sacro culto aumenta,
Y ha de aumentar miéntras el sol no pare,
En este santo monte, con eterno
Dolor y espanto del oscuro infierno.

»Por esto aquí su sacra Madre amada,
Por medio de su imágen milagrosa,
Ha de ser sumamente venerada
Y ha de mostrar su mano poderosa;
Y por esto ha de ser tan frecuentada
Esta fértil montaña venturosa
En todo tiempo, y mucho más el dia
Del santo nacimiento de María.

»¡Oh Vírgen soberana! ¿qué pinceles,
Qué matices, qué esmaltes, qué colores,
Qué Zéuxis, qué Timántes ó qué Apeles
Bastarán á pintar vuestros loores?
O ¿qué cuenta podrán contar los fieles
Que aquí recibirán vuestros favores
Este bendito dia, dedicado
Por el mayor de vuestro templo amado?

»En este dia, que esta sacra puerta,
Llena de gozo y de dulzura tierna,
Estará, como siempre, franca, abierta,
Representando la réal eterna,
Se verá por notada cuenta cierta,
Que la experiencia larga la discierna,
De cinco á seis mil almas ser entrada,
Dándoles hospedaje y dulce entrada.

»Que puesto que vendrán por todo el curso
Del año innumerables peregrinos,
Mas tal será este dia su concurso,
Que ocuparán el monte y los caminos:
Pues ¡oh gran Dios! si hago aquí discurso
De los grandes favores y divinos
Que en dia tal con tu clemencia tanta
Harás aquí por esta imágen santa;

»Antes que pueda la más breve parte
Con presteza decir sucintamente,
El claro sol que el dia nos reparte
Le llevará consigo al occidente:
Todo sirva, Señor, para agradarte,
Todo tu culto y religion aumente,
Pues todo, tú, gran Dios de eterno nombre,
Quieres que sea para bien del hombre.

»En suma, digo, ¡oh Conde poderoso
Y pueblo ilustre á mi sermon atento!
Que en este Santo templo venturoso
Y en este felicísimo convento,
Y por este retrato milagroso
Y su alta invocacion y llamamiento,
En cuerpo y alma sus devotos todos
Alcanzarán favor en varios modos.

»Los cuitados enfermos de accidentes
A las humanas ciencias incurables,
Con lástimas y afanes diferentes,
Con lisiones y penas espantables,
Sumamente afligidos y dolientes,
Tristes en todo extremo y miserables,
Si aquí la devocion los encamina,
Del cielo alcanzarán la medicina.

»Los desterrados pobres y afligidos,
Del cruel mundo acá y allá arrojados;
Los dél, como no suyos, perseguidos,
Con su envidia y malicia atormentados;
Los hombres libres, sueltos, distraidos,
Y en humanas miserias engolfados,
Aquí viniendo, altísimo consuelo,
Gracias y dones hallarán del cielo.

»Los que el soberbio espíritu ambicioso
Traen revuelto en vanos pensamientos,
Cual suelen del hinchado mar dudoso
Las aguas revolver soberbios vientos,
Aquí, si con afecto fervoroso,
Para no zozobrar con sus intentos,
Piden gobierno cual conviene al alma,
Hallarán puerto de segura calma.

»Al fin, aquí de todos cuantos males
El misero mortal teme y padece,
Que cuántos sean en el mundo y cuáles
En la alma y cuerpo á cada cual parece,
Si con santos afectos celestiales
A la Vírgen santísima se ofrece,
Poniendo esta alta invocacion por medio,
En cuerpo y alma alcanzará remedio.

»¡Vírgen piadosa, que de la afligida
Alma sois dulce puerto de consuelo!
Vírgen gloriosa, que á la humana vida
Para la eterna, puerta sois del cielo!
Vírgen hermosa, que, del sol vestida,
Luz sois que alumbra todo el ancho suelo!
Aquí los penitentes peregrinos
Estos dones tendrán por vos divinos.

»¡Santa, sabia, graciosa, honesta y bella,
Ilustre y hermosísima María,
De aqueste tempestuoso mar estrella
En la dulce region de la alegría!
Vos nos llevad con vuestra gracia á ella,
Siéndonos norte de infalible guia
La invocacion de este retrato vuestro,
Inmenso bien, de vuestra mano, nuestro.

»Vuestra bendita imágen, colocada
Con tal favor de esa divina mano
En esta excelsa sierra dedicada
A ser del cielo ya camino llano,
Con viva fe y espíritu invocada
En las miserias del linaje humano,
Será el refugio suyo y el gobierno,
El gozo temporal y el bien eterno.

»Ea pues, no haya alguno que no sea
Devoto de esta imágen sumamente,
Desta sagrada imágen, por quien crea
Tener favor del alto Omnipotente,
Tal, que en esta mortal fiera pelea,
Que perpetua en el mundo el hombre siente,
Ganará al enemigo la victoria,
Y triunfo alcanzará de eterna gloria.»

Aquí dió fin el santo religioso
Al sermon santamente predicado,
Y al Conde y á su pueblo venturoso
Dejó en amor santísimo abrasado;
El cual consoladísimo y gozoso,
El tiempo de partirse ya llegado,
Se despidió con tierno sentimiento
Del templo y de su hija y del convento.

Garin tambien, y en la bendita sierra
Volvió á tomar su solitaria estancia;
Y la señora á quien el claustro encierra
Quedó con las demas en su observancia;
Y aquella sacra imágen que en la tierra
Para el favor del cielo y su importancia
Nos es tesoro de tan gran quilate,
Así fué colocada en Monserrate.

FIN DEL MONSERRATE, POR CRISTOBAL DE VIRUES.

LA MOSQUEA.

POETICA INVENTIVA, EN OCTAVA RIMA,

COMPUESTA

POR JOSE DE VILLAVICIOSA (1).

A PEDRO DE RAVAGO, REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE CUENCA.

Cuando á persuasion de amigos propuse dar á los moldes este trabajuelo, se me pusieron por delante los inconvenientes que tiene el escribir y sacar en público cualquier obra; y aunque se me ofrecieron razones que lo parecian para poner temor, tambien hubo más poderosas causas para animarme y aun obligarme á sacarle á luz, pues al vulgo no hay que satisfacerle, y ha de correr con él esta pequeña flor, por la cuenta que los arraigados y fundados cedros de los libros graves y sentenciosos. Y el ser sujeto humilde hace la obra de más estimacion, si fuere acertada, y no ser yo el primero que usa de este artificio, pues los antiguos poetas griegos y latinos dieron el intento y motivo para esta imitacion; y cuando este fuera camino nunca trillado, no por eso de ménos estima. Y últimamente, si no hubiera más razon de haber escogido á vuesa merced por amparo suyo, bastara para poder caminar seguro; pues cuando el mordaz no se acobarde, respetando su grandeza de ánimo y valor heredado de sus mayores en el valle de Cabuerniga, uno de los más principales de la montaña, adonde está la antigua casa y conocido solar de su nobleza, por lo ménos le enfrenará la liberalidad y largueza de

(1) «Fué el doctor don José de Villaviciosa alto y grueso de cuerpo, bien proporcionado, el rostro sereno y despejado, los ojos vivos y negros, y la nariz mediana y algo redonda. Fué hombre honesto y virtuoso, y de una conducta cual correspondia á la gravedad de su estado y ocupaciones.» Este retrato hace del autor de *La Mosquea*, en el prólogo de su edicion, don Antonio de Sancha, y dice ser conforme al original de cuerpo entero que se remitió á Madrid para sacar con toda exactitud el que iba á la frente de la obra.

Las demas noticias de este autor que se dan en el citado prólogo, y que fuéron recogidas con mucho esmero y diligencia por don Nicolas Rodriguez Laso, secretario del obispo de Cuenca, satisfacen completamente nuestra curiosidad. Nació en Sigüenza el año 1589; pero se trasladó de tierna edad á Cuenca con sus padres Bartolomé de Villaviciosa y María Martinez de Azañon: esta, natural de Fuente de la Encina y de familia noble, como su esposo. Allí se crió nuestro poeta con sus hermanos Bartolomé y Francisco: el primero, secretario que fué del Santo Oficio de Cuenca; y el segundo, nuncio en el de Toledo; y con su hermana doña María, que, andando el tiempo, paró en abadesa del monasterio de Franciscas de la misma ciudad de Toledo.

En Cuenca pues comenzó y prosiguió sus estudios con tanto aprovechamiento, que habiendo tomado la borla de doctor en jurisprudencia, y la práctica de leyes en Madrid, fué nombrado relator del consejo general de la Inquisicion en 1622. Tuvo particular aficion al Santo Oficio, y la justificó en una cláusula de su testamento, confesando que él y sus antepasados le eran deudores de cuanto poseian, y encargando á sus parientes venideros que fuesen los más respetuosos servidores y criados de aquella institucion. Imposible parece que un ministerio tan severo, y hasta tan tétrico, como el del Santo Oficio, se avinierà con el carácter travieso y burlon que muestra el autor de *La Mosquea*.

En 1638 obtuvo la plaza de inquisidor de la ciudad y reino de Murcia, juntamente con el arcedianato de Alcor, dignidad de la catedral de Palencia. En 6 de junio de 1644 pasó de inquisidor á Cuenca, donde disfrutaba un canonicato, y cuatro años despues logró el arcedianato de Moya, beneficios que resignó más adelante en favor de dos parientes. Fué primer señor de Reillo, villa distante cinco leguas de Cuenca, cuyo estado agregó, con otras muchas haciendas, al vínculo y mayorazgo que poseia, mandando que sus sucesores usasen del apellido de Villaviciosa y de la divisa y armas de su linaje, si bien pudiendo anteponer á aquel el patronímico de Rodriguez, propio de su familia. En el mismo pueblo fundó una buena casa, construyó una fuente, y dispensó toda clase de beneficios á sus moradores. Falleció el 28 de octubre de 1658, á los setenta años de edad próximamente. Enterróle el cabildo de Cuenca entre los dos coros de la catedral, y fuéron trasladados sus huesos, como lo dejó ordenado, á su capilla mayor de Reillo, al lado del Evangelio, cubriendo su sepultura una lápida de mármol con un epitafio latino que él mismo se habia compuesto. No se conserva ningun otro escrito suyo, aunque debió ejercitarse mucho en la versificacion un poeta que manejaba la lengua con tanta facilidad y maestría.

El Pedro de Ravago, á quien va dedicado el poema, era, como ántes se dice, regidor perpetuo de Cuenca, y poseia un lavadero de lanas cerca del riachuelo llamado Moscas, que nace en la vega de Fuentes, distante tres leguas de la misma ciudad: pormenores de que hacemos mérito para mejor inteligencia de uno ó dos pasajes de *La Mosquea*.

Imprimióse esta la primera vez en Cuenca, por Domingo de la Iglesia, el año 1615, en 12.°, y no con tanta incorreccion como otros libros de su tiempo; bien que esto es ménos extraño, en atencion á que fué el mismo autor quien la dió á la estampa.

La segunda edicion es de Madrid, dada á luz en 1732 por Juan Perez, librero de la real Academia Española, á quien la dedicó, é impresa por la viuda de Francisco del Hierro, impresor que fué de la misma academia. Está tambien hecha con esmero.

La tercera y última es de don Antonio de Sancha, Madrid, 1777.

vuesa merced y término tan apacible, que no le aventaja nadie, pues ninguno tiene á tantos obligados, con tan buenas y liberales obras: díganlo esto no solo los ciudadanos de la dichosa Cuenca (por serlo vuesa merced suyo y de su gobierno), sino cuantos sus letras, palabras y obras conocen. Yo confieso que el don es humilde, y atrevimiento dedicarle á quien justamente pudieran las obras de Virgilio; mas no le tuviera, si él mismo no me animara en su Mosquito, haciendo el mismo plato á Augusto César con aquellos versos:

Lusimus, Octavi, gracili modulante Thalia
Atque ut Araneoli tenuem formavimus orsum, etc.

Reciba vuesa merced este de la manera que nuestro poeta latino ofrece el suyo á su Emperador, como cosa de entretenimiento y juego, y por primicias de mi pequeño estudio, ocupado en continuos pleitos desde el principio de los años de mi juventud; que animado con el favor de vuesa merced espero adelantarme, ofreciendo ahora con el deseo lo que Virgilio en el mismo lugar, diciendo:

Posterius graviore sono tibi Musa loquetur;
Nostra dabunt cum securos mihi tempora fructus.

PROLOGO AL LECTOR.

DÉCIMAS.

Si del prólogo el intento,
Como enseña el orador,
Es disponer al censor
Más benévolo y atento,
Publiquen mi pensamiento
Versos llenos de humildad,
Pues cuando sea novedad,
Bien pueden las dos tal vez
Ponerle al crítico juez
Excusas de humanidad.

Bien sé el peligro en que estoy,
Cuando al maldiciente vulgo
Pobres conceptos divulgo,
Y á censurar se los doy;
Y bien sé que el dia de hoy
Es grave y pesada cruz
Hacerte, lector, el buz,
Cuando dicen tus censuras
Que anduvo á tiento y á oscuras
Quien tal libro saca á luz.

Pero si valiere excusa,
Permite que te la dé,
Aunque en prólogo no sé
Si se recibe y se usa:
Pues ¿qué carrasqueña musa
No ha tenido por regalos
Los tributos que da á palos,
Y opilados versos trujo?
Pues que las vemos con flujo,
Y mayor cuanto más malos.

No cito autores inciertos;
Como en mil libros verás,
Ni ciertos, porque los más
O todos ellos son muertos;
Porque no fueran aciertos
Tan hinchadas presunciones
En semejantes acciones;
Y se me tuviera á error,
Sin ser notario ó cursor,
Ocuparme en citaciones.

Objetos serán forzosos,
Cuando en su eleccion repares,
Que no le adornan lugares
Magníficos y grandiosos:
Pues demas de ser costosos
De traer por los caminos
Los lugares peregrinos,
Puesto que es autoridad,
Siento la incomodidad
Que se hiciera á los vecinos.

Quien disimular no sabe,
Dirá que hurté cual ladron
Las gracias al Macarron,
Y al de su patria lo grave:
Pues demas que ellos sin llave
Dejaron y sin custodia
La razon de su prosodia,
Mírense los libros tales,
Y si se hallaren cabales,
Que canten la palinodia.

Y si, lo que en sus lenguajes
Ellos dijeron, publico
En el tuyo, que es tan rico
De retóricos ambajes,
No merezco que me ultrajes,
Pues no hay bárbaro tan vil
Que no juzgue por sutil
Lo que de su lengua es mengua,
Y yo á lo ménos mi lengua
No la trocara por mil.

Si el estilo no fué tal,
Como es cierto que pudiera
Si mi entendimiento fuera
A mi voluntad igual,
Recíbase por caudal
Desta falta aquella sobra;
Que si con ello se cobra
Lo que á mi ingenio le falta,
Yo te aseguro por alta
Y por perfecta mi obra.

Y si va á decir verdades,
No tacharás las que miras,
Ni con capas de mentiras
Paliadas moralidades;
Mas si á verle te persuades,
Hallarás, cuando le veas,
Que en leccion el tiempo empleas
Segura de todo error;
Pues no puede ser mayor
Que si lo que dice creas.

Fué la *Hormiga* en la batalla
La que llevó lo mejor:
No por ser más su valor
Que el que en la *Mosca* se halla,
Sino porque quise honralla;
Porque á mí se me antojó,
Más que por lo que ella obró,
Y porque es razon al fin,
Que lo que le dió Merlin
Eso le bendiga yo.

Si no quieres, no te obligo
A que le acabes de ver,
Pues no soy juez para hacer
En tu voluntad castigo;
Y habiendo de ser conmigo,
Como con otros, cruel,
Serás á mi intento fiel,
Cuando mi libro no vieres;
Pues miéntras ménos leyeres,
Dirás ménos males dél.

Por lo ménos de mi intento
Puedes tener certidumbre,
Que no fué dar pesadumbre
Con lo que fué mi contento;
Y como entretenimiento
Fué para mí *La Mosquea*,
Ojalá que acepta sea,
Sin que murmures su canto;
Que yo ofrezco hacer al tanto
Siempre que las tuyas vea.

LA MOSQUEA.

CANTO PRIMERO.

Las provocadas furias del infierno,
Sembrando rabia y ponzoñosa espuma,
El odio horrible y el rencor interno,
El sumo estrago y mortandad sin suma,
Las agotadas aguas del averno
Por soldados alados y sin pluma,
Los fieros encontrados reinos canto
Que el imperio poblaron del espanto.

Grandes fuéron los ímpetus civiles
De la soberbia Roma en la Farsalia,
Por quien se baña en sangre de gentiles
El espacioso campo de Tesalia;
Grande la mortandad cuando entró Aquiles
(Desdicha que resulta en bien de Italia)
Con el hinchado monstruo y aparente
Que tuvo en Troya cámaras de gente.

Mas no hay estrago ni furor sangriento
Que al que prometo, tenga semejante;
Que es comparar el átomo del viento
Al alto Olimpo y encumbrado Atlante:
Entónces del sagrado firmamento
La máquina de estrellas rutilante,
Por no ver en la tierra tantos males,
Escondieron sus luces celestiales.

El rubio dios en la ocasion quisiera,
Por no mirar tan áspera fortuna,
Que á sus hermosos rayos se opusiera
Llena de claridad la ingrata luna:
Ella tambien quisiera que en su esfera
No diera el claro Febo luz alguna,
O que la tierra en medio se plantara
De la cara del sol y de su cara.

Cuatro cometas sus disformes colas
Por el aire mostraron encendidas,
Que eran bastantes para dar luz solas
A las partes del mundo divididas:
Quiso el viento esconderse entre las olas,
Que fuéron de su furia combatidas,
Y el mar, que brama y con furor se enoja,
Con ímpetu soberbio las arroja.

La tierra, que en sus hijos temerosa
El mal futuro siente y prefigura,
En su inmóbil asiento no reposa
Ni con su fijo centro se asegura:
Saca del pecho, airada y presurosa,
Suspiros que la luz vuelven oscura,
Y con ansias sin número y extrañas
Ofrece á los vivientes sus entrañas.

Si papeles antiguos y escrituras
El crédito merecen no pequeño,
Hoy se despiertan las verdades puras
Del profundo letargo y duro sueño:
De las prisiones del olvido oscuras
Hoy á la luz de la verdad enseño
La historia, á quien le dió principio y fin
La pluma arzobispal de don Turpin.

Demas que en los auténticos anales
De los archivos de la gran Mosquea,
Por testimonios consta originales,
Que están escritos en la lengua hebrea,
Las evidentes muestras y señales
De que esta historia verdadera sea:
La cual está en la piel de un piojo escrita,
De lengua hebrea vuelta en la mosquita.

Si al bélico furor de mi semblante
El angélico tuyo ¡oh musa! mira,
Antes que con la cólera quebrante
Las dulcisonas cuerdas de tu lira,
Inspírame animosa, y de delante
Los instrumentos músicos retira,
Y vengan por ahora tus favores
Al son de las trompetas y atambores.

Si á que no salgan mis intentos vanos
El serte consagrados te provoca,
Y en las hermosas palmas de tus manos
Ofreces agua á mi sedienta boca,
Ensancha tus favores soberanos;
Que es la sed mucha, pero el agua poca:
Y pues me ves entre armas y entre chuzos,
Déjame en la Castalia echar á bruzos.

Ya la voz por salir del pecho brama:
Pluma, si desta vez volais lijera,
Mereceis que en las alas de la fama
Por hecho tal vuestro valor se ingiera:
Hoy, tinta, á vuestro paso se derrama
La más trágica historia y verdadera:
No temais que se borre vuestra pinta,
Que habia de estar con sangre en vez de tinta.

Y vos, cuaderno, que en lenguaje oscuro
Tendréis y en tiernas hojas de papeles,
Lo que fuera mejor que en mármol duro
Esculpiera el divino Praxitéles,
Dichoso viviréis; que os aseguro
De lenguas malas y ánimos crueles;
Si no por vuestra historia, única y rara,
Por el claro Mecénas que os ampara.

Hay en la Pullia una ciudad antigua,
La mejor entre todas las mejores,
Cuyo famoso nombre se averigua
Tenerle de sus mismos fundadores:
Estos fuéron, segun que se atestigua,
De la carne mortal propagadores,
De aquella gente que, en lugar de barca,
Del Diluvio escaparon en el arca.

Estos varones, que la tierra vieron
De bullicio mortal desocupada,
En el temple más fértil escogieron
Para sus vidas la mejor morada:
Alegres este sitio previnieron,
Adonde, como en cosa señalada,
Patentes vieron el primero dia
Prodigios de su grande monarquía.

Hicieron (porque en todo la figura
Desta ciudad su perfeccion tuviese,
Y en traza, aspecto, longitud y anchura
De todo el orbe maravilla fuese)
Que á la cerviz más indomable y dura
De dos bestias el yugo se pusiese,
Y cuanto así de sol á sol arasen,
De la ciudad por sitio señalasen.

Dos animales de fiereza extraña
El indómito cuello sujetaron,
Y con fuerza increible á la campaña
En círculo redondo el sulco echaron:
Estos son los primeros que con maña
El uso y trato del aradro hallaron,
Tomando, como propios inventores
Del mismo aradro, el nombre de aradores.

Aran las bestias dos el curso entero
Que tarda el sol miéntras su luz divina
A los mortales muestra, y va lijero
A la estancia de Tétis cristalina:
¿Quién duda que las listas de aquel cuero,
Por cuya astucia y traza peregrina
Tuvo orígen Cartago, no abrazaron
Cuanto las bestias sin parar sulcaron?

Dispuestos á la obra los varones,
El espacio tantean de la tierra,
Reparos señalando y torreones
Para seguridad en paz y en guerra:
Cuál para hacer quebranto en los terrones
El asta dura del legon afierra,
Cuál el pico acerado al hombro carga,
Y cuál el monte de allanar se encarga.

Ya se ve la caterva dividida,
Y á todas partes el rumor se siente;
Mas ¡oh milagro! Oh cosa nunca oida!
¡Prodigio raro y confusion patente!
La inculta tierra apénas se vió herida
De los primeros golpes del bidente,
Cuando á la gente que al sudor se aplica,
Su gran felicidad les pronostica.

De los primeros golpes al encuentro
Se les descubre una profunda sima
Que, al parecer, llegaba al mismo centro
Desdè la boca que mostraba encima:
La oscuridad densisima de adentro
Era cosa que puso espanto y grima
Al corazon más bravo y más valiente
De la prosapia de la mosca gente.

Júntase toda la caterva aprisa
Para que determinen lo que importa;
Que algun agüero ó novedad avisa
La boca que á la chusma tiene absorta:
Cuál para consultar la Pitonisa
Al pueblo ambiguo en la ocasion exhorta,
Y cuál que el santo oráculo de Delo
Remueva y quite de la duda el velo.

Al fin fué entre ellos tal la diferencia,
Que no se halló cabeza de mosquito
Que no diferenciase en su sentencia,
Siendo un cónclave inmenso y infinito;
Que de allí tuvo sér y dependencia
El dicho grave y ántes inaudito,
Que tantos pareceres diferentes
Tiene un concilio, como tiene gentes.

Y como uno con otro no concuerda,
Entre tantos arbitrios y consejos,
Al fin eligen, como gente cuerda,
Seguir el órden de los padres viejos:
Resuélvese por ellos y se acuerda
Que dos soldados en valor parejos
Bajen al centro sin mostrar temores
A ser en la tiniebla exploradores.

Al punto dos fortísimos moscones,
Que llamarlos fortísimos merecen,
Los escondrijos, rimas y rincones
De aquella sima averiguar se ofrecen:
De la posteridad destos varones
Son los que en ciertos tiempos se aparecen,
Que salen con rúido y grandes fieros
A escudriñar resquicios y agujeros.

Y porque temen no suceda acaso
Que la oscuridad lóbrega y interna
Pueda estorbar á su camino el paso,
Sin ver lo que se esconde en la caverna;
Para tan árduo y tan difícil caso
Quisieran prevenirse de lanterna,
Y apénas dudan el difícil medio,
Cuando hallaron presente su remedio.

La lucérniga vino, bestia fiera,
Y de prestarles su favor intenta,
Y á servir de lanterna y compañera
Con los fuertes moscones se presenta:
Mejor que de pez negra ó blanca cera,
Una hacha de luz grande representa,
La cual tiene en las noches encendida,
Y en sus cuartos postreros escondida.

No sé de qué materia ó por cuál arte
La viva llama en tal lugar enciende,
Que, siendo de su cuerpo última parte,
No la consume el tiempo ni la ofende:
Tal vez parece que de allí se aparte,
Y el cómo ni lo vemos ni se entiende,
Sino es que el hacha de su fuego esconde
Por la puerta trasera, no sé dónde.

Del carbúnco se dice, y cosa es cierta
(Maravilla notable en tal viviente)
Que tiene un ojo solo con su puerta
En medio del espacio de su frente:
Si esta de noche se descubre abierta,
Echa una luz de sí resplandeciente,
Tan clara, tan hermosa y rutilante,
Que suele prestar luz al caminante.

Mas si acaso á su vista hermosa y clara
Él, codicioso de usurparla, llega,
En aquel mismo punto (¡astucia rara!)
La luz que daba, prestamente niega:
Echa sobre la vista el antipara,
Y el párpado vecino al otro pega,
Y desta suerte el ojo claro tapa
Y del ardid de quien le acecha escapa.

A la naturaleza es contingente
Que á dos tal propiedad les comunique,
Y el ojo que al carbunco dió en la frente,
En la cola de estotro se le aplique;
Y pues de aquí no nace inconveniente,
Fundado va en razon que se publique
Que es lo que en la lucérniga reluce,
Ojo puesto al reves que luz produce.

Esta abrió el ojo para tanta empresa,
O sea que el hacha de su luz previno,
Con cuyo norte por la niebla espesa
Toman los dos soldados el camino:
Muchos los juzgan desdichada presa
De algun infame monstruo y peregrino
Que, por hijo espantable de la tierra,
En sus entrañas cóncavas le encierra.

El pié pusieron en la boca oscura
Los dos, armados de su furia y saña;
Que un ánimo sin par los asegura
Y un singular valor los acompaña:
Cada uno dellos á sus dioses jura,
Si acaso allí se esconde alguna araña,
De quitarle la piel, y por ejemplo
Colgarla en la portada de su templo.

Bajan, y en tanto cesa el edificio,
Y la chusma con ánimos devotos
A Júpiter suplican sea propicio,
Poniendo medios de aceptables votos:
Un solemne hecatombe y sacrificio
De animales no vistos y remotos
Le ofrecen, y con lágrimas internas
De diez fieras tarántolas las piernas.

De las abejas un enjambre entero
Lo mismo al mismo dios le suplicaron
Por el licor purísimo y primero
Con que ellas su niñez paladearon;
Y le prometen, si con buen agüero
Responde al edificio que intentaron,
Dar á sus fuegos sacros y divinos
De un zángano holgazan los intestinos.

Ya culpaba la gente la tardanza
Por siniestra señal de su fortuna,
Y la súbita y vil desconfianza
De todos juntos se apodera á una:
Ya de su buena dicha á la esperanza
No le ha quedado abierta puerta alguna;
Y ya rompiendo de vergüenza el velo,
Blasfemias acumulan contra el cielo;

Cuando dentro en la boca temeraria
Suena como de léjos un rúido,
Que á los deseos de la gente varia
Hace fuerza que acerquen el oido:
Ya la lucernigable luminaria
Les parece que ofrece á su sentido
Ciertas vislumbres que entre sombra negra
La vista con sus ánimos alegra.

La triste boca de la luz avara
Toda la gente tímida rodea,
Y en la vislumbre y el rumor repara
Hasta certificarse de quién sea;
Pero ya el paje de hacha la luz clara
Del ojo que en la cola le hermosea,
Descubre, y el que más se certifica
Albricias pide y la ocasion publica.

Oyese de la gente el alborozo,
Y con los gritos el placer resuena,
Y con la causa de su nuevo gozo
Destierran de sus ánimos la pena:
Miran la boca del horrendo pozo
De hermosa claridad y lumbre llena;
Vuelven, y como en ello más se afirman,
Los gozos se les doblan y confirman.

Ya se divisa por la puerta franca,
Del paje de hacha el formidable cuerno,
Que ya con la luz pura de su anca
Muestra la altura del espacio interno:
Ya de un fuerte moscon miran la zanca
En la profunda gruta del infierno,
Y á poco espacio el compañero empieza
A descubrir patente la cabeza.

Un espacioso bulto descubierto
Entre las bocas dos se manifiesta,
Por donde el pueblo presumió por cierto
Agüeros tristes y señal funesta;
Pero llegando ya los dos al puerto
Tan deseado, por la oscura cuesta,
Que era el gran dios Demorgogon pensaron
Lo que del centro lóbrego sacaron.

Llega el suspenso vulgo, y ven asida
Del uno y otro fuerte compañero
Una vil calavera carcomida,
Cabeza de animal antiguo y fiero:
Esta los dos hallaron escondida
En la concavidad del agujero,
Y segun su total fisionomía
Calavera de vaca parecia.

Salen cubiertos de mortal fatiga,
Y el duro peso de la carga dejan,
Y entre el grave dolor que les instiga,
Más de la hambre y de la sed se quejan:
Todos los menudillos de una hormiga
Al instante á los tres les aparejan,
Dando con ellos y el licor tudesco
A sus cansados cuerpos un refresco.

Despues de honradamente recibidos,
Fuéron con gran largueza regalados,
Al género mosquino preferidos,
Y entre todas sus gentes señalados:
Los fatigados cuerpos bien bebidos
Se quedaron en sueño sepultados,
Y miéntras reposando los dejamos,
A ver la calavera nos volvamos.

El incrédulo vulgo no se espante
Que su fiereza encumbre demasiado;
Porque no era de bestia semejante
A la vaca doméstica del prado:
Es de las que los campos adelante
Caminan en ejército formado,
A quien, por su fiereza tan extraña,
Vacas de San Anton las llama España.

Mas ya el discreto su argumento saca
De grande fuerza y de profundo fondo,
Pues no se pudo ver si era de vaca
O cabeza de buey el hueso mondo;
Pero su fuerza el silogismo aplaca
Con sola esta razon que le respondo,
Que á mí no me está bien en traducciones
Contradecir antiguas tradiciones.

Con esto satisfago al que es discreto;
Y volviendo á la historia verdadera,
De la sima sacaron en efeto
Esta terrible y grande calavera:
En averiguaciones no me meto
Si era de buey silvestre ó de quién era;
Mas sé que de esta vaca la cabeza
Fué el antiguo blason de su nobleza.

Solamente en saber se dificulta
Si á bueno ó mal agüero se atribuye,
Y con Apolo en Délfos se consulta
Si el bien ó el mal la calavera arguye:
Por boca del oráculo resulta,
Con que toda la duda se concluye,
Que no cese el estruendo y aparato;
Que el edificio á Jupiter es grato.

La buena nueva al corazon confuso
Fuerza mayor y nuevo aliento envia,
Y de las venas el temor recluso
Con la respuesta alegre se desvia:
Veloces alas al deseo les puso,
Y tan grande valor en ellos cria,
Que nuevas fuerzas la caterva cobra,
Y se vuelve solícita á la obra.

Hierve, y en todos el comun acuerdo
Al fin dichoso los inspira y lleva,
Sin que alguno se muestre entre ellos lerdo;
Que van de su valor haciendo prueba:
El bravo intento, el pensamiento cuerdo
Con tanta fuerza los varones ceba,
Que á nadie entónces el trabajo exenta,
Y el bien comun sus ánimos alienta.

El bizarro oficial las alas suelta
De hermoso tornasol y terciopelo,
Y vuelve, con la cara en polvo envuelta,
Cargado y con sus piés trillando el suelo:
Dan muchas veces una y otra vuelta,
Con el trabajo ejercitando el vuelo
Que ha de poner los piés de sus personas
Sobre tiaras, mitras y coronas.

Del continuo trabajo y ejercicio
En poco tiempo vieron el provecho,
Y consumado el ínclito edificio
Con perfeccion desde el cimiento al techo,
Descansan todos del penoso oficio,
Y levantando el trabajado pecho,
El fruto alegre de sus obras miran,
Y ellos en él se gozan y se admiran.

El celebrado nombre la obra rara
De la terrible máquina hermosea,
En cuya voz abiertamente y clara
La fama dice lo que la obra sea:
¿Qué Babilonia ó Troya se compara
Al nombre singular de la Mosquea?
Que este es el que le dió su fama altiva,
Que de sus fundadores se deriva.

Por serle Roma en todo parecida
A tanta maravilla, á tal grandeza,
Entre todas ha sido y es tenida
Por señora del mundo y por cabeza;
Y autores hay, si no es cosa fingida,
Que afirman con razones y certeza
Que al cimiento primero de su cerca
No faltaron moscones allí cerca.

Muy bien teneis ¡oh moscas! merecida
Opinion que á la vida corresponda,
Y que el alma del cuerpo dividida
En el seno de Baco esté y se esconda:
Bien es que á muerte, que es mas propia vida,
Se le dedique y ponga urna redonda,
Y que al cuerpo incorrupto le sustente
Cuba de san Martin ó san Clemente.

Razon es que á las moscas aproveche
Ser desta gran ciudad los fundadores,
Sin que á la muerte su linaje peche
El tributo con ansias y dolores;
Sino que en dulce miel y blanca leche
Ungidas, con purísimos licores
En el trance fatal tengan la paga
Que á vida tan heróica satisfaga.

Y no tan solamente fundadora
Fué en la Pullia la mosca, pues tenemos
Infinitas provincias en que ahora
Su nombre antiguo y poblaciones vemos:
No hay parte de las muchas que el sol dora,
Por más oculta, sin que en sus extremos
No tengamos certísimas señales
Que allí poblaron estos animales.

La ciudad Mosca en la Moscovia, el rio
Mosco, del moscovita no encubierto;
El otro á quien le llaman el Mosquio,
Y el Mosco, en el Arabia hermoso puerto;
El Mosco, al septentrion helado y frio,
Pueblo al cándido scita descubierto,
Y en los tiempos antiguos tributario
A la suma potencia del rey Dário.

¿Quién no tiene por llano y evidente
Que allí sus nombres propios les dejaron,
Para memoria de la mosca gente,
Las moscas que estas partes habitaron?
Quién duda que á la rápida corriente
Donde sus secos labios refrescaron,
El nombre de su nombre le pusieron,
Como á los otros pueblos se le dieron?

Y mi segunda patria y sin segunda
Diga si su campaña menosprecia,
Entre las dulces aguas de que abunda
Con leves cursos y corriente recia;
La que sus campos fértiles fecunda,
El salado cristal que tanto precia
Del rio Moscas, grande en el provecho,
Que á Júcar paga el caudaloso pecho.

Con lento paso por su vega amena
Los espaciosos campos fertiliza,
Y su hermosa ribera colma y llena
De mil frutos sabrosos y hortaliza:
El nombre pierde en la dorada arena
Del Júcar, donde bravo se desliza,
Y él le recibe entre sus aguas muchas,
Y le abraza, colmándole de truchas.

La madre alegre del sagrado Júcar,
Que en ella el Moscas su corriente vierte,
A sus saladas aguas en azúcar
Con la dichosa mezcla le convierte:
Hecho de perlas caudaloso Fúcar,
Con el amigo parte desta suerte,
Alegre en que sus ondas acompaña
Moscas, fertilizando su campaña.

Parte de Júcar la corriente ufana
Porque este con la suya la hace rica,
Y tanta gloria por el mundo gana,
Que tan solo su nombre se publica:
Tiene la fama de lavar la lana
Júcar; mas la verdad nos certifica
Que suele el Moscas arrancar las sacas,
Y no dejar, por donde pasa, estacas.

Bien sabe quien ampara mis renglones,
Porque le cuesta cara la experiencia,
Que ha visto, acumulados los vellones,
Llevarlos su raudal sin resistencia:
Los finos y estribados floretones
Que ensaca el español para Florencia,
Mil veces lleva, y deja en mil temores
Al dueño, lavadero y lavadores.

Al fin, no hay cosa en que la mosca trate,
O tenga de ser suya conjetura,
Sin que el valor descubra y el quilate
Por señal evidente de su hechura:
Al Moscas tiene Cuenca por remate
Y adorno principal de su hermosura,
Que con limpios cristales y salados
Le da mejor los frutos sazonados.

Y á no apretarme tan forzoso embargo,
Dijera muchas cosas que me ofrece
El patrio Moscas, porque está á mi cargo
El ponderar lo mucho que merece:
Quiero abreviar con el intento largo;
Que es bien que á la Mosquea me enderece;
Que es largo vuelo para tierna pluma,
Y me fuerza que el canto se resuma.

Esta la gran Mosquea se intitula,
Por la bondad de Júpiter tan rica,
Que lo que en su distrito se acumula
A ninguna ciudad se comunica;
Y aunque al torpe ejercicio de la gula
Su gran fertilidad atrae y aplica,
La belicosa gente desta tierra
Continuo se ejercita en hacer guerra.

Su fértil, rica y espaciosa vega,
Que tantas frutas y tan dulces brota,
El mar vecino mansamente riega
Si alguna vez el viento le alborota:
Hasta las puertas se avecina y llega,
Y blandamente su muralla azota:
Este se llama el Cimico, que asombra,
Por lo que huele á chinche, á quien le nombra.

Es por extremo fértil y abundante
Del maná soberano de Aristeo,
Y no tiene otra alguna semejante
En el licor de Baco y de Liceo;
Y esto se causa por estar distante,
Segun afirma el sabio Ptolomeo,
En medio grado, ó casi, de su polo;
Pueblo en altura y en ventura solo.

Nunca la fiera madre al hijo tierno,
Como otras suelen, á sus pechos cria;
Porque en saliendo del lugar materno,
Al punto de su vista le desvia:
Al cálido verano, al frio invierno,
A tierras remotísimas le envia
Porque al trabajo y al sudor se aplique,
Y á que por sí se valga, vuele y pique.

Poca gente se ocupa ni entretiene
En esta tierra en vicio ni regalo,
Ni yo tampoco afirmo que no tiene,
En tanta multitud, de bueno y malo;
Que nunca un pueblo á ser perfecto viene,
Ni grado igual á todos les señalo;
Que entre abejas solícitas y fieles
Tambien habitan zánganos crueles

Hay hermosos y bravos animales,
A quien llaman avispas y abejones,
Que á las abejas hurtan los panales,
Siendo flojos y tímidos moscones;
Mas ellas suelen contra aquellos tales
Desenvainar agudos aguijones,
Con cuyas puntas el sabroso almíbar
Se les convierte en un amargo acíbar.

De allí les quedó el nombre á cierta gente
Que piensan siempre remediar su hambre,
Rindiendo, por lo hermoso y lo valiente,
La miel ajena y el ajeno enjambre;
Y suele ser así, que se consiente
Que estos se vistan del ajeno estambre,
Y quien lo hila, lo trabaja y suda
Suele á la vista parecer desnuda.

Mas ya dirán que del intento salgo,
Y del primer propósito me mudo;
Que de lengua satírica me valgo,
La reprension tomando por escudo:
Perdone algun moscon, si ha dicho algo
Con que le ofenda mi talento rudo;
Que por la pena que me da su enojo,
Dejo los versos, y la pluma arrojo.

CANTO II.

Quinientas veces, para dar la vuelta
Que tantos siglos há que la acostumbra,
La rienda tuvo á sus caballos suelta
El rubicundo dios que nos alumbra:
La nube entónces que, en el aire envuelta,
A los astros parece que se encumbra,
Rompe, y la niebla que su luz impide,
Y del cuerpo del aire la divide.

Alegre los umbrales de su casa
Y sublimes columnas de oro fino
Deja, y volando con su coche, pasa
A la casa del signo más vecino:
Allí los cuernos del Carnero abrasa
Cubierto del dorado vellocino,
Y sale á recibirle caballero
El hijo de Atamante en el Carnero.

Pasa adelante el sol, y el sitio deja,
Y á nuevo albergue sus caballos guia,
Y desta casa cuanto más se aleja,
Va enriqueciendo con su luz el dia:
Ya avisa que su entrada se apareja
Con nuevas ciertas de la luz que envia,
Y en los umbrales á su huésped topa,
Que sale á recibirle con Europa.

No pudo el sol disimular la risa
iendo á la hermosa dama caballera
n los lomos del Toro, y vuela aprisa
or el largo camino de su esfera:
alieron á la luz que los avisa,
estidos de una alegre primavera,
os dos hermanos de la griega Helena,
e varias flores la cabeza llena.

Despues que estos mancebos le contarón
'orque el sol nunca baja hasta el infierno)
o que ellos vieron cuando allá bajaron
avegando las ondas del averno;
uego Flegon y Etonte comenzaron
sentir de las riendas el gobierno;
el Cáncer fiero, que abrasar se siente,
presura sus zancas lerdamente.

Con este tuvo el sol alegre fiesta,
orque le preguntó que si sabia
e la batalla incrédula y funesta
ue tuvo Alcides con la hidra un dia:
o quiso darle el animal respuesta,
iendo que con malicia lo decia:
asa adelante el sol, y en este punto
ira á un Leon á sus caballos junto.

Cada uno dellos al instante quiso,
iendo su talle horrible y su figura,
ue sintiese la bestia de improviso
l golpazo cruel de su herradura:
efrénalos el sol con lento riso,
iciendo: «No temais su catadura;
ue ya experimentó su furia brava
. lo que sabe de Hércules la clava.»

El benigno lector tenga paciencia,
cuya correccion estoy sujeto;
no juzgue poética licencia
i extrañas flores en la historia meto:
ino que soy estrecho de conciencia
n la escritura histórica, y prometo
ue lee en su lengua la verdad que imita
a traduccion retórica mosquita.

Camina el sol, y caminando, aclara
l increible espacio que pasea;
u vista extiende luminosa y clara,
con ella los cielos hermosea:
lira en el paso la divina cara
on que le alberga la doncella Astrea;
lefrena á los caballos su codicia,
detiénese el sol á la justicia.

La casa deja y estacion devota,
á más andar apresta su viaje;
los caballos con furor azota,
incitales á cólera el ultraje:
ara la casa toman la derrota,
onde se les apresta el hospedaje,
ue es desde donde el sol su luz envia,
gual haciendo con la noche el dia.

Al forzoso camino se apercibe,
desde allí apresura la partida,
uando alegre en su casa le recibe
el soberbio Orion el homicida:
l punto mismo que entra el sol, revive
n el opuesto la mortal herida,
entónces Febo al matador halaga,
orque al soberbio dió la justa paga.

Pasa adelante con el carro ardiente,
á la posada de Quiron camina,
uando el Centauro los caballos siente,
ndicio de que Apolo se avecina:
onra el semicaballo al dios presente,
nventor de su arco y medicina,
el sol con sus caballos se conforma,
tras dejando su biforme forma.

Apénas desta casa el sol se muda,
uando en sus lentos rayos se calienta
el dios semicabron la faz cornuda
ue la industria del miedo representa:
asa volando; que la furia cruda
el riguroso hielo al sol ahuyenta,
le fuerza á que luego se desvie
orque la nieve su calor no enfrie.

Por montañas de nieve y crudo hielo
Hace Febo que el carro se enderece
Por la parte más cerca, donde el cielo
Con nuevo albergue y estacion parece:
Sale á su encuentro un feminil mozuelo,
Y de agua fria un cántaro le ofrece;
Que son en aquel tiempo las mercedes
Con que al huésped recibe Ganimédes.

Con más velocidad que suele el viento,
Febo en el caminar se precipita,
Sin que sea parte el don y ofrecimiento
De qué la nieve su calor derrita:
Visita en la distancia de un momento
Las aguas puras donde el pez habita,
En memoria trayéndole las linfas
El espanto de Vénus y las ninfas.

Aquí se pone el término y la meta
Donde el largo camino se resuelve;
Mas nunca el sol en un lugar se quieta;
Que allí las riendas, sin parar, revuelve:
Torna en el mismo instante el gran planeta,
Y á ver los cuernos del Carnero vuelve;
Y en esto se ocupó quinientas veces,
Volviendo del Carnero hasta los Peces.

En suma, hizo quinientos movimientos
El sol por el camino de su esfera,
No trato de los rápidos violentos
Con que el primero moble el curso altera;
Y despues destos círculos quinientos,
Desde que vió la fundacion primera
De la grande Mosquea, vió su daño,
Dando la vuelta en el siguiente año.

Sucedió en la suprema monarquía
De la Mosquea, un rey que, aunque valiente,
La suma de riquezas que tenia
Su pecho afeminaron fácilmente;
Porque es veneno la riqueza, y cria
En los ocultos pechos de la gente
Cierta hinchazon de presuncion, adonde
La mal nacida vanidad se esconde.

Desta soberbia vanidad preñada,
Deste monte, que serlo representa,
Nace su semejante, que es la nada,
Un escarnio, raton y vil afrenta;
Pero de la virtud arrinconada,
Que parece que della no hacen cuenta,
Nacen los montes, parto extraordinario
Y al de soberbia y vanidad contrario.

Este entre sí decia: «¿Qué te falta,
Digno rey de las moscas, si lo eres
De cuanto el cuerno de la luna esmalta,
Sin que las vueltas de fortuna esperes?
En tí se ve la dignidad más alta
Colmada de los gustos y placeres,
Sin temer los menguantes de la luna
Ni las vueltas contrarias de fortuna.

»Tú tienes lleno el mundo de vasallos,
Y todos hijos dela gran Mosquea,
Que en diferentes suertes de caballos
El más pobre de todos se pasea;
Y no me alargo mucho en alaballos,
Pues no hay alguno que tan pobre sea,
Que no sea rico por la tierra extraña,
Más que los genoveses por España.

»¿Qué príncipe, qué rey ni qué monarca
Puede tener, por mucho que le sobre,
Cuanta riqueza en todo el mundo abarca
De todos mis vasallos el más pobre?
Si es porque á los tales en el arca
Les sobra la moneda, plata ó cobre,
Mayor de mis vasallos es la fama,
Pues el dinero ya mosca se llama.

»Pues si son de los bienes que produce
La madre tierra, ¿cuál se les escapa?
¿Cuál á su paladar no se reduce,
O cuál se les encubre ó se les tapa?
¿Qué oculta mesa no se les trasluce,
Y aunque se siente á ella el Rey ó el Papa,
Siempre la mosca su derecha ocupa,
Y ella de todo la sustancia chupa.

»¿Qué rico mercader ó trapacista
Hay en el mundo, que contrate ó venda
Sin que el testigo mosca por su vista
Note los malos tratos de su tienda?
¿Qué honra con sécreto se conquista
Sin que ella no lo sepa ni lo entienda?
¿Qué asalto hay, qué encuentro, qué batalla
Donde la fuerte mosca no se halla?

»Siempre está en los registros y aduanas,
Y siempre es quien preside en los escaños;
En Florencia la rica trata en lanas,
En la ciudad de Lóndres trata en paños:
A Africa tambien pasa con granas,
Con caballos á reinos que, aunque extraños,
No hay en los puertos guarda que la impida
Ni le haga tuertos, ni derechos pida.

»En Africa, en España, en Alemania,
En el Arabia, en Tiro y en Sidonia,
En Francia, en Flándes, en Mesopotamia,
En la Pullia, en la Austria y en Sajonia,
En Lidia, en Libia, en Persia y en Hircania,
En Grecia, Trapisonda y Macedonia,
En Vallecas, en Meco y la Zarzuela,
La mosca en todas estas partes vuela.

»¿Qué diré de la India, adonde envia
Febo con grande fuerza sus calores?
Las moscas son sus hijas, pues las cria
Y las engendra solo en sus ardores;
La provincia tambien de Andalucía
Es donde se producen las mejores,
Y es por tener el temple muy caliente,
En moscas y caballos excelente.

»Solo la mosca el septentrion helado
Muy raras veces en su vida pasa,
No porque tenga espacio limitado
Ni el largo vuelo suyo tenga tasa;
Sino que es sitio estéril, mal templado,
Que nunca el sol sus términos abrasa,
Y danle del invierno en la aspereza
Vaguidos importunos de cabeza.

»Ningun amante con igual destreza
En servir á su dama se señala:
¡Con cuánta gallardía y gentileza
Alegres vueltas hace por su sala!
¡Con cuánto desenfado y sutileza
Le muestra el tornasol de una y otra ala!
¡Qué galan y cortés la dama toca,
Su amor le dice, y bésala en la boca!

»Ni tampoco ha faltado quien escriba
Que ella fué de la música inventora,
Y que este mismo nombre se deriva
Del propio que la mosca tiene ahora;
Y cualquiera que entrambos los perciba,
En la cuenta dará luego á la hora,
Pues casi entrambos una cosa anuncian
Si en la lengua latina se pronuncian.

»Y este símil es propio y importante
Y para prueba desto de provecho,
Porque siempre la cosa semejante
Por prueba se recibe en el derecho:
Demas que la razon está delante
Con que cualquiera quede satisfecho,
Pues si música en síncopa le nombres,
No se quitan tajada los dos nombres.

»¡Con qué sonora voz, con qué zumbido
Las alas de su música concierta!
Con que del dubio arriba referido
Nos muestra la verdad patente y cierta:
La vez que el dulce són llega al oido,
Al más metido en sueño le despierta,
Y algunas tambien hace de manera
Que le oiga el que no quiere, aunque no quiera.

»¡Oh dichoso animal, y más dichoso
Yo, pues que vengo á ser en tiempos tales
Temido, respetado y poderoso
Rey de tan singulares animales!
Mas ¿de qué sirve ser tan venturoso,
Si no conoce el mundo en las señales
Que puedo darle, cómo soy más rico
Que cuanto con palabras le publico?»

Con este pensamiento y devaneo
Andaba el necio rey de la Mosquea,
Cuando le vino un singular deseo
Porque su majestad el mundo vea:
Dice que quiere ver en un torneo
El caballero que mejor campea,
Y si es de sangre real y lo merece,
Una hija suya natural le ofrece.

Publícanse unas cortes generales
Por bocas de clarines y trompetas;
Resuenan chirimías y atabales,
Alborotando las personas quietas:
Despachan á provincias principales
Al pié de cuatrocientas estafetas,
Y todas caballeras en langostas,
Porque estas son del Rey lijeras postas.

Estas son unas bestias regaladas
Que prestamente por el aire vuelan,
Y encarecen á ratos las cebadas,
Y aun en los mismos campos las asuelan:
En estas alimañas no domadas
Salen los mensajeros, y revelan
El intento del Rey á sus vasallos,
Y aperciben sus armas y caballos.

¡Qué de vestidos de admirable tela
Salen á luz, que quien los ve se espanta!
¡Qué de caterva que á la corte vuela,
Y á ver las ricas fiestas se adelanta!
¡Qué bravos corazones amartela
La fama de hermosura de la Infanta!
¡Qué máquina de fuertes caballeros
Van entrando en la corte aventureros!

Era tanta la gente que venía,
Que aunque era la ciudad un grande espacio,
De piés de forasteros no cabia,
Ni de reyes extraños el palacio:
Túvolos juntos en su sala un dia
El Rey, que quiso darles muy despacio
El órden del torneo, el modo y traza
De entrar en él y de ocupar la plaza.

Mas ¿qué bien tiene el mundo, pues no tiene
De bien pequeñas muestras y señales,
Cuando se ve que acompañado viene
Con infinito número de males?
¿Qué bien envuelto en mal no se contiene,
Ni qué bien hay sin mal en los mortales?
Al fin, no hay bien que apénas se parezca,
Sin que á la vista el alguacil se ofrezca.

En una rica y espaciosa silla
Que entre las piezas del tesoro oculto
Era la más heróica maravilla,
Estaba el Rey con agradable vulto:
Calló de los moscones la gavilla;
Mas levantóse fuera un gran tumulto
Que á cólera y enojo al Rey provoca,
Dejando sus razones en su boca.

Por entre espesas puntas de alabardas
Entró una mosca como rayo fiero,
Sin que pudiese alguna de las guardas
Su paso detener con el acero:
Mueve las alas con el ansia tardas,
Y mira entre uno y otro caballero,
Y en conociendo al Rey el vuelo afloja,
Las alas junta y á sus piés se arroja.

Delante el consistorio se presenta
La fatigada mosca semiviva,
Dando señal con la color sangrienta
De fortuna contraria y suerte esquiva:
Quisiera dar del triste caso cuenta,
Mas fáltale el vigor y la saliva;
Y al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
La mosca macho desta suerte empieza:

«En vano, oh rey Sanguileon (este era
Del poderoso rey el propio nombre),
Juntas caballería forastera
Porque de ver tu majestad se asombre:
Mejor fuera mil veces, mejor fuera
De valiente cobrar rico renombre,
Acudiendo á las véras, como debes,
Sin que en las burlas tus vasallos pruebes.

»En vano ¡oh pobre Rey! el cetro tienes,
en vano rey el mundo te pregona;
n vano ciñe tu cabeza y sienes
el imperio más alto la corona;
n vano llenó el cielo de mil bienes
u descuidada y pérfida persona;
n vano riges el mayor imperio,
ues ha de ser mayor tu vituperio;

»En vano, rey, de vestiduras reales
dornas tu persona y la compones;
n vano, rey, acompañado sales
cazar de las habas los pulgones;
n vano á visitar los hospitales
or tu persona propia te dispones;
n vano, rey abominable, chupas
as regaladas costras de las pupas;

»En vano pides el mejor sustento,
sobre todos de gastar procuras
l licor, que en los ojos del jumento
on los hocicos de tu rostro apuras;
n vano el rocin flaco y macilento
e sustenta en sus mismas mataduras;
n vano gustas de besar las llagas
el pobre enfermo y de lamer sus bragas;

»En vano, necio rey, el gusto aplicas
las cosas sabrosas y suaves;
n vano en tus deleites comunicas,
el mal de tu república no sabes;
n vano andas cursando las boticas
catando las purgas y jarabes;
n vano tienes gusto en los pebetes,
con ellos en cámaras te metes.

»Deja la mesa espléndida, y olvida
l ser en tales tiempos Epicuro,
perdona tambien en la comida
anto beber alegre de lo puro:
ey, en peligro extraño está tu vida;
or el dios grande de las moscas juro
ue si no se apercibe tu persona,
ue le corre peligro á tu corona.

»Acuérdate del rey Sardanapalo,
ue con ejemplo tal es bien te arguya;
ira los torpes vicios y el regalo
n qué pararon con la vida suya:
on la deste insolente y torpe igualo
Oh rey Sanguileon! la vida tuya;
si en ella le imitas desta suerte,
Qué mucho que le imites en la muerte?

»Si en el caballo alguna vez subia,
e daban infinitos sobresaltos,
á una parte y á otra se caia
e la bestia, espantándole los saltos:
levaba una lucida compañia
e lacayos disformes y tan altos
omo gigantes, que por breves puntos,
orque no se cayese, le iban juntos.

»Ocupaba la silla de tal traza,
ue daba muestra de su gran vileza;
esábale en el cuerpo la coraza,
machucaba el yelmo su cabeza:
unca aferraron la pesada maza
us manos llenas de una vil flaqueza,
sobre el bulto del arzon cargado,
todos se mostraba corcovado.

»Mas cuando de improvisos atambores
yó el taparatan que á guerra suena,
lli fuéron los últimos temores,
on que él á muerte infame se condena:
lli fuéron las ansias y dolores;
por castigo y merecida pena,
lli su muerte, en nada parecida
l descuido y torpeza de su vida.

»La misma suerte por la tuya corre,
lena de mil infamias mujeriles,
ues haces que ella con afrenta borre
el rey asirio las hazañas viles:
u caida república socorre
ntes que con la muerte le asimiles,
abras camino con tu propia lanza
ara que salga el alma por tu panza.

»Mas ya asaltarme de las ansias siento
Que dan al cuerpo el último combate,
Pues se me va pegando y hace asiento
La voz en el camino del gaznate;
Y ántes que falte á mi pulmon aliento,
Tu mal es importante que relate;
Y por si no me deja el parasismo,
Escucha tus desgracias en guarismo.

»El rey que rige la canalla hormiga,
Con todo su poder de naturales,
Anda en tu daño haciendo bando y liga
Con todos tus contrarios capitales:
Este es el fiero azote que castiga
El singular valor de tus leales;
El enemigo por tus tierras baja;
Guarda tus reinos, y su orgullo ataja.

»Siete mil moscas (muérome en decillo)
Fuéron cautivas de enemigo exceso,
Sus gargantas pasadas á cuchillo
Tras un contrario bélico suceso:
Al Ranifuga, nuestro gran caudillo,
En cárceles oscuras tiene preso,
Aunque tengo entendido del rey fiero
Que ya le habrá anudado el tragadero.

»Yo sola viva me escapé entre tantas,
Por obra del milagro y diligencia,
Porque no acompañase sus gargantas
La mia en la mortífera experiencia:
Apresuré los vuelos y las plantas
Para poder llegar á tu presencia;
Y así salí de entre el tumulto ciego
Con calzas que tomé de Villadiego.

»Siete heridas saqué de la refriega,
Todas mortales, y que alguna pienso
Que hasta el oculto corazon me llega,
Pues que me acaba su dolor inmenso;
Mas ya mi lengua al paladar se pega;
No puedo más contarte por extenso;
Que ya el alma sus pasos encamina
Al reino de Pluton y Proserpina.»

Dijo; y al punto el varonil soldado
Mostró la cara pálida y difunta,
Y las alas del uno y otro lado,
Con el ansia postrera, ciñe y junta:
Todos los miembros del varon alado
Se tienden en presencia de la junta,
Y estirando la una y otra zanca,
El alma noble de su cuerpo arranca.

Apénas el aliento se le priva
Y el feudo inexcusable el jóven paga,
Dejando el alma de vivir cautiva
En la prision que con su ausencia estraga,
Cuando bajó volando desde arriba
Un ave grande que el cadáver traga,
Que se entendió al principio que fué aquella
Que á Ganimédes convirtió en estrella.

Despues por cosa cierta se imagina
Que el ave de tan suma lijereza,
Que al cuerpo de la mosca se avecina,
Llevándola en los aires con presteza,
Que fué sin duda alguna golondrina,
A quien suele mover naturaleza
A trasladar las moscas de improviso
Dentro en su buche, que es su paraiso.

Corre la voz por la ciudad, y al punto
Que á los oidos de la gente llega,
Al palacio se parte el pueblo junto,
Y en multitud sin órden se congrega:
Llora la madre al hijo ya difunto,
Y al llanto con tan gran rigor se entrega,
Que no fué tal el lamentable lloro
De Hécuba sobre el muerto Polidoro.

Levanta el grito la afligida turba,
Que á compasion y lástima provoca;
Tanto interno suspiro al aire turba,
Y el eco del lamento al polo toca:
El corazon más fuerte se perturba;
No hay matrona que no se vuelva loca,
Y desgreñando de oro las madejas,
Las dan al viento, adonde van sus quejas.

No fué tal el tumulto del romano
Cuando, juntando el conjurado acero,
Acompañado de traidora mano,
Bruto mató su emperador primero:
No fué tal tras la fuga del troyano
De la nueva Cartago el llanto fiero,
Cuando á su reina con dolor miraba
Que en dos fuegos terribles se abrasaba.

El pensativo rey de la Mosquea
Con la desdicha y nueva repentina
Pierde el jüicio, porque en él se vea
Cuánto una pesadumbre desatina:
Furioso por la sala se pasea,
Hasta que fué á encontrar con una esquina,
Adonde dió á entender con tal suceso
Que no está loco quien descubre el seso.

Llevan al lecho al miserable dueño
De tanta inmensidad y monarquía,
Que reposando en el profundo sueño
De la muerte en su gesto parecia:
Todos mostraron lacrimoso el ceño
Con los tristes sucesos de aquel dia,
Y ántes de ver salir la luz del otro
Cada uno pica en su caballo ó potro.

Solo me pesa de la infanta niña,
Que con tales estorbos no se casa,
Y mal su casamiento se le aliña
Cuando esto pasa por su padre y casa;
Mas no le faltará con quien se ciña,
Si la desdicha y el furor se pasa;
Que no es razon que olviden prendas tales
Las luces de las teas maritales.

Quede su doncellez y su hermosura
Depositada, en tanto que Himeneo
Quien sus partes merezca le procura
A medida del gusto y su deseo:
Guarde su flor hermosa en la clausura;
Que no ha de ser el hado inicuo y reo
Tan cruel esta vez, que en un convento
La deje sin marido y casamiento.

Allí la mosca, mísera doncella,
Gran tiempo estuvo desde aquella hora
Que puso estorbos su envidiosa estrella
A ser de un reino de un moscon señora;
Y autores hay que afirman que fué ella
De las nueces moscadas inventora,
De lo cual es famosa conjetura
El nombre mismo de la nuez, que aun dura.

Pero en cosas de duda no me meto;
Bien pudo ser que la invencion hallase,
Y á uso de convento, con secreto,
Algun moscon devoto regalase:
Lo que es más cierto y que pasó en efeto,
Es que en un monasterio se quedase
Miéntras duró la guerra, que fué causa
De hacer en el torneo y canto pausa.

CANTO III.

En la region del aire trasparente,
Por donde el bien y el mal se precipita
Desde los astros á la humana gente
Que en el valle de lágrimas habita,
Hay un lugar supremo y preeminente
Que nunca de los hombres se visita,
Aunque se ve patente en esta casa
Cualquier suceso que en las suyas pasa.

Tanto la cumbre altísima se empina,
Que con igual distancia y propio grado
A las partes del mundo se avecina,
Y dellas dista por nivel formado:
Los aledaños son con quien confina
El ante y retro, el uno y otro lado,
Las cuatro partes de la inmóbil traza,
Y el cielo que en su círculo la abraza.

Es esta casa de infinitas puertas,
Por donde por instantes y momentos
De las cosas fingidas y las ciertas
Entran cargados los veloces vientos:
Allí reviven las hazañas muertas,
Y de los más ocultos pensamientos
Se ve la multitud de conjeturas
Que se publican por verdades puras.

Es de fino metal por cada parte
La escala, el techo, el pavimento y muro,
Lleno de conchas que la industria y arte
Revueltas fabricó de bronce duro:
Allá la misma voz que aquí se parte,
Hiere y retumba con su acento puro,
Y cuanto acá el secreto comunica,
Allá públicamente se publica.

No hay silencio jamas en su distrito,
Ni con tan grande acento la voz suena,
Que se espante la gente con el grito,
Que suele dar, á quien le escucha, pena:
Allí el susurro y murmurar quedito
Se escucha como cuando léjos truena,
O como siente al mar, cuando se altera,
El que distante está de la ribera.

Pasando el aire su carrera larga,
Viene á esta venta, y en llegando, deja
De novedades la lijera carga,
Y de la casa con furor se aleja;
Porque apénas del peso se descarga,
Cuando para otra carga se apareja:
Carga y llega volando, y en el punto
Vuelve por otra que dejaba á punto.

A quien primero á descubrir se empieza
Lo que de sí se trata y se razona,
Es á la grave y principal nobleza,
Que es de la fama la primer persona:
Esta despues torciendo la cabeza,
En secreto el secreto le pregona
Al allegado, aquel á su pariente,
Y así el secreto viene á ser patente.

Este en su causa con el otro habla,
Reparando la gente en sus acciones,
Y si el negocio bien ó mal se entabla
Parece que lo dicen sus pasiones:
Este publica la inaudita habla
Porque oyó solamente dos razones,
Y allí con sombra de verdad se mira
Junta la persuasion con la mentira.

Este volando la escalera baja,
Aquel la sube de sudor cubierto,
Otro la tierra por el mar ataja,
Y otro de prisa se avecina al puerto:
Allí lo que es mentira más se cuaja;
Allí se disminuye lo más cierto;
Allí lo mucho en nada se deshace,
Y lo que es nada, mucho más se hace.

En esta confusion, en este encanto
Una mujer horrible señorea,
Que ve desde su estrado todo cuanto
En el mundo es posible que se vea:
Es la cubierta y el lijero manto
Con que su vano y monstruo cuerpo arrea,
Plumas veloces con que el orbe gira,
Párpados de cien ojos con que mira.

Por otra tanta multitud de orejas
Novedades sin número percibe,
Y por cien bocas á su cuerpo anejas
Publica lo que en ellas se recibe:
La confusion de nuevas y de viejas
Al mundo resucita y las revive
El monstruo alado, á quien el mundo llama
La vocinglera y voladora fama.

Este es el monstruo que la madre tierra
Produjo cuando Júpiter con ira
A Encélado y Ceó furioso atierra,
Por cuyas bocas el volcan respira:
A la verdad desnuda le hace guerra
Con esta bestia rica de mentira,
Que á veces muestra que la rata pare
El monte que al Olimpo se compare.

Este lijero mal que tanto vuela;
ste veloz recuero de embelecos;
sta que tantos ánimos desvela,
chando al aire sus acentos huecos;
sta que siempre habla y siempre vela;
sta que escucha los secretos ecos;
sta mujer, que al serlo se le pega
l nombre de habladora y andariega;

Esta que los cerebros embaúca,
con mentiras á la gente espanta;
sta sin sér, que la razon trabuca
los sentidos fácilmente encanta;
sta llena de nuevas y caduca;
sta emplumada y tan feroz giganta,
ue nace de la tierra y se endereza
encubrir en las nubes su cabeza;

Esta, segun en la mosquea crónica
firma la dulzura celebérrima
e la musa Comina macarrónica,
el Cocayo Merlin patrona acérrima,
alió, no como afirma la Marónica
onfiada en sus vuelos, cual paupérrima,
n un caballo cándido y aligero,
ue daba envidia á los del carro astrígero.

Salió la veloz fama caballera
n un caballo símil y conforme
aquel por quien perdió la vil Quimera
u monstruosa figura multiforme;
ero si en él mató la bestia fiera
u dueño, estotro efecto es muy disforme,
ues nace de la fama el monstruo fuerte,
quien Belerofonte dió la muerte.

Ser la ocasion legítima y urgente,
or ser verdad lo que el mensaje encierra,
e fuerza á que en persona prestamente
arta volando de una en otra tierra;
desde el suelo de la mosca gente
hasta aquel donde el hielo las destierra,
su caballo los ijares pica,
del mísero rey el mal publica.

Los límites dejó de la Mosquea,
en su caballo por el mundo trota,
por todas las partes trompetea
n són que á los vivientes alborota:
n los confines largos de Guinea,
hasta la tierra incógnita y remota
e llenan las cabezas de la nueva,
in saber quién la trae ni quién la lleva.

Desde la excelsa cumbre de Rifeo
a voz á toda Scitia se encamina,
saltando en el monte Pirineo,
España con la nueva se avecina:
a avisa desde Ménalo y Linceo
a Arcadia, y á la Galia Transalpina
esde el Alpe, y en solo una semana
legó á la vista de la gran Tabana.

A esta insigne provincia el nombre viene
or la famosa y noble descendencia
e quien la habita y le conserva y tiene
or título de antigua y por herencia:
a Tábana se llama, que contiene
ábanos de grandísima excelencia;
ue siempre en las ciudades se coligen
el nombre sus principios y su orígen.

Entre esta gente se mezcló la diosa
legre y con la triste nueva ufana,
al palacio se parte á do reposa
l poderoso rey de la Tabana:
ste tenia entónces por esposa
el rey Sanguileon la bella hermana,
ue afirman que era su hermosura tanta,
ue corria parejas con la infanta.

Entró la fama en su palacio, y viendo
anta gente ocupada en el servicio
el poderoso rey, entre el estruendo
mpezó la parlera á hacer su oficio:
on un lento susurro fué esparciendo
el hormiga soberbio el maleficio
ontra el mosca monarca, que afligido
el pesar que tomó, perdió el sentido.

Oyó el Matacaballo, que así era
Del tabanesco rey la propia gracia,
La novedad que el corazon le altera,
Sintiendo del cuñado la desgracia:
No sabe si sea falsa ó verdadera;
Mas viendo que por puntos más se espacia,
Da crédito á la nueva porque es mala,
Que en la verdad la buena no le iguala.

Amaba mucho y con amor fraterno
Al rey Sanguileon, por quien le avisa
Sobresaltado el corazon interno
Que tiene dél necesidad precisa:
Manda luego á la gente del gobierno
Que su partida se apresure aprisa;
Que se aperciban postas y caballos,
En que camine el Rey y sus vasallos.

Manda que su recámara se apreste
Con la pompa mayor que hacerse pueda,
Que ha de ver su cuñado, aunque le cueste
Una suma terrible de moneda:
Si está en peligro, es justo que le preste
Su favor; y si es muerto, el reino hereda;
Y así, es razon que á ver al Rey acuda,
O á serlo él, ó á dar al reino ayuda.

Tráenle el caballo al Rey, que yo aseguro,
Segun la lijereza de su paso,
Que pudiera dejar el nombre oscuro
Al famoso Bucéfalo y Pegaso:
Pónenle luego al punto el freno duro;
Y el Rey, que aprisa se apresura al caso,
En la silla se puso desde el suelo
De un salto, ó por mejor decir, de un vuelo.

Era el caballo de admirable brio,
De la especie de aquellos que sustenta
La primavera, y que en el seco estío
El cielo tiene de sus vidas cuenta:
En fin, era de aquellos que el rocío
Con su frescura engorda y alimenta,
De fuertes miembros y color morcillos,
Casta maravillosa, el nombre grillos.

Estos tan fuertes son como camellos,
Y muestran con certísimas señales
Ser de toda la tierra, solo ellos,
Los mas nobles y bellos animales:
Naturaleza les firmó los sellos,
Que es un escudo á modo de armas reales,
Dándoles, como á bestias de más tomo,
Caparazon bordado sobre el lomo.

Tras estos animales van feroces
Otros sin proporcion más temerarios,
Para el camino fuertes y veloces,
Y para más que son los dromedarios:
Estos caminan con estruendo y voces,
Y son de leves águilas contrarios,
Y tanto alguno dellos ha podido,
Que le ha echado sus pájaros del nido.

Treinta alimañas destas con su carga
Conciertan la recámara vistosa,
Manifestando en la jornada larga
La suma de riquezas poderosa:
Si alguna bestia acaso se descarga
De la gran pesadumbre ponderosa,
Tanto con manos y con piés se ayuda,
Que la carga arrastrando léjos muda.

Destos es el sustento y la comida
La paja y la cebada; mas primero
La arroja de su cuerpo digerida,
El macho ó el jumento de arriero:
Con esto pasan su contenta vida
Ejercitando su volar lijero,
Y á tales bestias dadas á trabajos
Las llaman en Castilla escarabajos.

Esta caterva de las negras pieles
Lleva música siempre que camina,
Que sonajas parece ó cascabeles:
¡Dichoso el animal que á tal se inclina!
En breve á los soberbios chapiteles
De la grande Mosquea se avecina,
Y del Rey los caballos con sus saltos
Se avecinaron á los muros altos.

En un cortijo el Rey halló una mosca
Que contó del cuñado el caso extraño,
Y como labrador, con lengua tosca
Le publicó su pérdida y su daño:
Levanta al cielo el Rey la vista fosca,
Y arrima á ella un delicado paño,
Y con dolor las lágrimas enjuga
Que la muerte causó del Ranifuga.

Al tabanesco le advirtió el villano
Que solo sabia el Rey que estaba preso,
Porque entendiendo que era muerto, es llano
Que con el gran dolor perdiera el seso;
Y que hasta estar de la cabeza sano,
No le manifestaban el suceso
Del Ranifuga y su llorada suerte,
Por no dar con la nueva al Rey la muerte.

«¡Oh miserable jóven, más valiente
Que fué contra los dárdanos Aquiles,
Ulises sagacísimo y prudente
Contra la red de las arañas viles;
Más que Tideo entre micena gente
En corazon y fuerzas varoniles,
Atlante de la máquina mosquea,
Que toda con tu muerte titubea!

»¿Qué fuerza de astro pésimo, ó influjo
Entre las de los orbes celestiales,
Sin tener de ti lástima, te trujo
A padecer tan insufribles males?
¿Quién de tu vida el término redujo
A solos cinco lustros no cabales?
¿Cuál en efecto pudo ser la estrella,
Que sin piedad tus años atropella?

»¿Fué entre los astros el ardiente Sirio
Quien, de cólera lleno y furia loca,
Te quiso dar el último martirio
Vomitando veneno por su boca?
Fué la saeta que en color de lirio
Vuelve la rosa que en su hierro toca?
Fué el arco del hemonio Sagitario,
O el Escorpion en uñas temerario?

»¿Cuál dellos fué el autor de tanto crímen,
Merecedor y digno muchas veces
De que en su sacro consistorio intimen
Delito tal los soberanos jueces?
Digno de que por astro no le estimen;
Antes, trocando de su honor las veces,
Del celestial asiento le derriben,
Y luego del divino sér le priven.»

Esto iba hablando el Rey por el camino,
Y muchas veces repetir solia:
«Pronóstico fuí cierto y adivino
De que el Rey mi cuñado padecia.»
Mas ya que á la ciudad se vió vecino,
Un mensajero al mosca rey envia
A darle por consuelo y embajada
Del tábano cuñado la llegada.

Entran por la ciudad de la Mosquea,
Y el nuncio al rey Sanguileon avisa
Como el cuñado tábano se apea
Y del bajo zaguan la tierra pisa:
El triste Rey, que tanto lo desea,
Salir quiso á las puertas en camisa,
Y al fin, en pié no pudo recibillo,
Que lo estorbó el dolor del colodrillo.

Estaba el pobre Rey acompañado
De mil duques y condes, que al momento
A recibir al rey recien llegado
Salieron con mil muestras de contento:
Tambien de la ciudad llegó el senado
A hacerle un singular recibimiento,
Y no hubo mosca, al fin, que en su venida
Aliento no cobrase y nueva vida.

En el zaguan se apea del palacio,
Cercado de gravísimos moscones,
Y entre ellos fué subiendo muy despacio
Los anchos y vistosos escalones:
Iban delante dél, haciendo espacio,
De su guarda lucidos escuadrones,
Diciendo con mil vueltas de cabeza:
«¡Plaza á su majestad! Plaza á su alteza!»

Habiendo ya subido la escalera,
Que bien tenia más de ochenta gradas,
A la cámara llega, adonde espera
El Rey, que cerca siente las pisadas:
Toda la chusma que iba delantera
Dejó pasar las gentes más granadas,
Y las guardas que afuera se quedaron
Las puertas de la cámara ocuparon.

En la cámara el Rey y senadores
Entraron para hacer la real visita;
Que el gusto destos reyes y señores
La cámara apetece y solicita,
Llena de mil pastillas y de olores,
Como cámara adonde el Rey habita,
Y aun que tenia el Sanguileon, hay fama,
Cama en cámara, y cámara en la cama.

Entra el de la Tabana, y ve en el lecho
Al que con su presencia un poco alivia,
Que apénas puede su cansado pecho
Darle la bien venida con voz tibia:
Quisiera darle algun abrazo estrecho,
Y con tanto trabajo se solivia,
Que afirman que al pequeño movimiento
Soltó un suspiro en voz de sentimiento.

Abrazados se vieron grande pieza,
Mirándolos la gente con espanto,
Vueltos los ojos con la gran terneza
En triste mar de lágrimas y llanto:
No pudo sustentarse la cabeza
Del rey enfermo con el gran quebranto,
Y con amor habiéndose abrazado,
Dijo el cuñado rey al rey cuñado:

«Rey de las moscas, aunque no déis parte
De vuestro mal suceso á los amigos,
Soy sabedor del rigoroso Marte,
Feliz á vuestros grandes enemigos;
Mas no hayais miedo que de vos me aparte
Sin dejar á los vuestros por testigos
De que vengar propongo vuestras penas,
Vertiendo sangre de enemigas venas.

»Un moscon labrador, que en un cortijo
Encontré en el camino esta mañana,
Vuestra desgracia y grande mal me dijo,
Y la causa tambien de donde mana:
Solo por veros triste más me aflijo;
Que bien sabe la reina vuestra hermana
Que juré de no verme en su regazo
Sin dejaros vengado por mi brazo.

»Por la cabeza de mi esposa amada
(Jura que al cumplimiento me apareja),
Que he de emplear los filos de mi espada
En venganza no más de vuestra queja;
Y de los cuerpos la menor tajada
De los contrarios ha de ser la oreja,
Y no perdonaré vidas contrarias
Si cien doncellas no me dan en parias.

»Juntaré de mi reino luego al punto
Un número de tábanos gallardo,
Que si se pone á vuestras moscas junto,
Del enemigo la venganza aguardo:
Si vuestra gente con mi gente junto,
Veréis cuál las contrarias acobardo,
Trayendo en nuestras lanzas por proezas
De sus fuertes cabezas las cabezas.

»Saldrá toda mi gente en órden puesta,
Unos terciando la soberbia pica,
Otros armando el arco y la ballesta
Que al contrario la muerte pronostica:
Saldrá otra gente fuerte, que á la opuesta
Con tal furor y rabia hiere y pica,
Que en cualquier parte que su rostro planta,
La deja emponzoñada y la levanta.

»Todos estos que he dicho son infantes,
Y los demas restantes caballeros,
Que en ancas de soberbios elefantes
Al claro sol descubren los aceros:
Naves en cantidad tengo bastantes,
Y no pequeña suma de dineros;
Si el ánimo no os falta, todo sobra,
Pues ¿quién con tanta ayuda no le cobra?

»Nosotros, á quien dió naturaleza
El nombre incomparable de varones,
Tenemos de mostrar la fortaleza
Que encierran nuestros bravos corazones:
Si somos la columna y la cabeza
Que sustentamos nuestras dos naciones,
No es bien que las cabezas desfallezcan,
No se mueran los miembros y perezcan.

»Si la brava Tomíris, mujer fuerte,
Que por serlo me espanto y más me admiro,
La desgracia llorara y cruda muerte
Que á su querida prenda dió el rey Ciro,
¿Vengara el hijo amado desta suerte?
¡Pudiera con la fuerza de un suspiro
Incluir la cabeza del rey fiero
En el sangriento cóncavo del cuero?

»Si cuando con ardid el griego Ulises
Levantó en Troya la soberbia llama,
El hijo entónces del anciano Anquises
No pretendiera eternizar su fama,
¿Diérale Italia el nombre en sus paises,
Con que Indigete dios se nombra y llama?
¿Gozara acaso el amistad de Acátes,
O trasladara á Italia los penates?

»Pues ¿qué hizo el gallardo semideo
Cuando de Troya se abrasaba el muro?
No buscó entre las sombras de Morfeo
Para esconderse algun lugar oscuro;
Mil almas dió á las barcas del Leteo,
Y viéndose en peligro mal seguro,
Su mujer, hijo y padre lleno de años
Sacó de los argólicos engaños.

»Hizo el fuerte troyano lo que pudo
Contra las asechanzas de la diosa,
Que quiso hacer pedazos el escudo
De la virtud, con obras de envidiosa:
Pasó de la desgracia el punto crudo,
Y de Turno la fuerza belicosa,
Y tras tantos trabajos á ser vino
Yerno del poderoso rey Latino.

»Murió reinando, y Citerea, su madre,
Desde su casa del tercero cielo,
Que viese la virtud rogó á su padre
Del nieto muerto en el hesperio suelo:
Júpiter dijo: —Es justo que me cuadre
Que varon tan heróico dé tal vuelo,
Que á tu cuidado y diligencia toque
Que entre divinos astros se coloque.—

»Y luego Vénus, viendo el beneficio
Que el soberano Júpiter le hacia,
Y el semblante de Juno más propicio
Que en las cosas de Troya estar solia,
Descendió, y en las ondas del Numicio
A Enéas lavó la mancha que tenia
Del sér de hombre mortal, y al fin, con ella
Al cielo le subió, donde es estrella.

»Baste el haberos puesto por delante
La vida y el ejemplo del troyano,
Que yo imagino que ha de ser bastante
A daros fuerzas y dejaros sano:
Sedle, cuñado, en todo semejante;
Que nunca la virtud se queda en vano;
Que con ella podréis hacer de modo
Que en estrella os convierta á vos y todo.

»¿No son del cielo estrella el leon fiero,
El águila, el caballo, la serpiente,
El escorpion, las vacas, el carnero,
La cabra y toro de cornuda frente,
El cuervo del dios Febo mensajero,
La liebre con el perro pestilente,
Las osas, peces y otros animales,
Que ahora son estrellas celestiales?

»Pues ¿por dónde pensais que estos subieron
A ser del firmamento habitadores?
Por la virtud tan rara que tuvieron
Y por ser en su especie los mejores:
Muchas de aquellas vidas se perdieron
A manos de enemigos vencedores;
Pero el lugar que su virtud merece,
La misma entre los astros les ofrece.

»A aquella gente tal la virtud propia
En el lugar los puso donde habita
De las estrellas la divina copia,
Al parecer de todos infinita:
No os parezca, cuñado, cosa impropia
Que tengais vuestra silla entre ellos sita;
Que bien podeis cobrar renombre eterno
Que en el cielo os coloque junto al cuerno.

»Bien sabeis, senadores, que los reyes
Por natural derecho son forzados
A la defensa de las propias greyes,
Matando á quien altera sus estados:
Bien habréis visto en términos las leyes,
Y las entenderéis como letrados;
Y bien pudiera yo alegar mis textos;
Que tambien he cursado los digestos.

»Supuesta pues esta verdad, no resta
Sino que todo mosca se prevenga;
Si el enemigo contra vos se apresta,
Salgámosle al camino ántes que venga:
Pensad, cuñado, ahora la respuesta,
Pues entendido habeis mi larga arenga,
Que propone de honor vuestro provecho,
Si la mano meteis en vuestro pecho.»

Dijo; y cansado el tábano valiente
Por haber pronunciado por la boca
Tantas razones, que en el alma siente,
Y el corazon á echarlas le provoca,
Pasó una vez por la anchurosa frente
El dedo; pero al punto que la toca,
Sacudió los sudores de aquel rato,
Que sacó con el dedo garabato.

Era el diablo del tábano discreto,
Y en la gente pusieron sus razones
Un esfuerzo y un ánimo secreto,
Que abrasó sus helados corazones:
Tuvieron á su rey grande respeto
Los circunstantes duques y moscones;
Porque, si no, sin duda en aquel punto
La guerra publicara el pueblo junto.

Callaron; pero el Rey á los intentos
Del gran Matacaballo conocia
Que eran correspondientes pensamientos
Los que cada moscon le descubria;
Y esforzando los débiles acentos
De la flaqueza grande que tenia,
Con el nuevo vigor movió su labio,
Y así habló el Rey al tabanesco sabio:

«Abrazadme, cuñado ilustre y caro,
Otra vez abrazadme; que os prometo
Que os trujeron los dioses por reparo
De mi persona y reino, que os sujeto:
Abrazadme otra vez, milagro raro,
Pues tanto puede vuestro hablar discreto,
Que ha obrado en nuestros pechos maravillas,
Alegrando las muertas pajarillas.

»Tratad y disponed á vuestro gusto,
Pues todo corre ya por vuestra cuenta;
Que á ser vuestro soldado bien me ajusto,
Pues ya os compete á vos vengar mi afrenta:
Formad un grande ejército y robusto;
Páguense los soldados de mi renta,
Del tributo que tengo dentro en Braga
Y en la grande provincia de Biznaga.

»Dénles adelantadas cien raciones
Libradas en las pagas del servicio,
Y alójense en mi reino y sus mojones
Miéntras no van al militar oficio;
Y de cuanto me pagan los valones
Tambien les hago gracia y beneficio;
Y en las penas de cámara me agrada
Que tengan otra paga adelantada.

»El Ranifuga en las prisiones llora
Maldiciendo en nosotros la tardanza,
Y en él la chusma hormígena traidora
Toma de nuestros hechos la venganza:
Todo mi reino unánime le adora,
Que es de mi sucesion viva esperanza;
Y aunque sabeis muy bien que es mi bastardo,
Con la corona y cetro verle aguardo.

»Bien se os acuerda el funeral estrago
Que en el alcázar público divulga
Su fama, cuando hizo el grande lago
De la sangre rebelde de la pulga;
A seis mil desta gente dió su pago:
Mirad qué bien que nuestra tierra espulga,
S n valerles las alas ni su vuelo,
Ni el favor de su rey el Caganielo.

»¿A quién no se le acuerda cuando él solo,
Cargado de riquísimos despojos,
Mostró el cútico campo al claro Apolo,
Bañado en sangre de enemigos piojos?
Bien sabeis que del uno al otro polo
Se ven los campos por su espada rojos
Con sangre vil de la canalla aleve,
Y sediento, la chupa y se la bebe.

»Pues si su claro nombre se os acuerda;
Si, como lo mostrais, le sois devotos;
Si el amor os revive y os recuerda
Los corazones en su ausencia botos,
¿Podréis sufrir acaso que se pierda
En reinos enemigos y remotos
Un capitan, que nunca se perdiera
Jérjes si con su campo le tuviera?

»Yo juro por la leche en que mi abuelo
Pasó anegado á la region averna,
De no cortarme de la barba el pelo,
Ni del vil ganapan picar la pierna,
Ni de nadar jamas donde el buñuelo
El orbe baña de su masa tierna,
Ni lamer el dulzor de las postemas,
Ni del viejo decrépito las flemas;

»Hasta que al fiero rey de la canalla,
Ya que á ser su enemigo me apercibo,
Haya vencido en singular batalla,
O dado muerte ó cautivado vivo;
Y si por suerte en mi poder se halla,
Para que acabe con su orgullo altivo
Haré que tenga su vivir remate,
Apretando el verdugo su gaznate:

»Y á la caterva infame que le sigue
Sin temer el rigor de mi potencia,
Y mis soldados con furor persigue
Con demasiado orgullo y insolencia,
S'n que haya causa alguna que me obligue
A ejercitar en ellos mi clemencia,
De darles tan terrible escurribanda,
Como su atroz delito lo demanda.

»Pongan á punto mis lijeras fustas,
Vengan en órden mis veloces barcos,
En que mis bravas gentes y robustas
Pasen seguros los salados charcos,
Y descarguen sus cóleras adustas
Nubes de flechas de sus corvos arcos
Contra la vil canalla que emprisiona
La piedra que engastaba en mi corona.

»Pónganles luego freno á las langostas,
Y despáchense aprisa mensajeros,
Que en cursos breves de lijeras postas
Vayan y vuelvan prestos y lijeros:
Corran volando las marinas costas;
Dénles matalotajes y dineros,
Y á los reyes, amigos y parientes,
Les enseñen mis cartas y patentes.

»Al punto las chicharras se adelanten
A dar de mis intentos la noticia,
Y sin cesar, con sus trompetas canten:
—¡Guerra, guerra!— con ánimo y codicia:
No cesen hasta tanto que levanten
De los montes la gente á la milicia,
Desde que pinta á Céres el agosto
Hasta que Baco dé maduro el mosto.

»Publíquese que vengan las galeras
Por el Címico mar, adonde aguardo
Con mis gentes las suyas forasteras,
Y tambien las del tábano gallardo:
Que dejaré las címicas riberas
Sin más mostrarme en la partida tardo,
Cuando del fiero Cancro el sol se aleja,
Al Leon calentando la guedeja.

»Este es mi parecer: ved qué os parece,
Caballeros valientes, que se haga;
Mirad si alguna duda se os ofrece,
Porque luego se mire y satisfaga:
Al bien comun el gusto se enderece;
Que el propio á veces al comun estraga:
Todos juntos decid en mi presencia
Lo que más os dictare la conciencia.»

Calló; y la turba, levantando el grito,
«Hágase, dijo, lo que el Rey ordena;
Suenen los ecos del soberbio pito,
Con que á la chusma el cómitre condena.»
Volvióse el tabanesco á su distrito;
Estotro olvida la cobrada pena;
Los senadores á su casa envia,
Al punto que yo salgo de la mia.

CANTO IV.

Cuando el alto solsticio se resuelve,
Y el término más largo el sol concluye;
Cuando por puntos semejantes vuelve,
Y de su luz las horas disminuye;
Cuando las riendas al Leon revuelve,
Y del zancudo Cancro aprisa huye;
Y cuando aguarda el Perro al sol bizarro
Para embestir con él y con su carro;

Cuando el hambriento labrador se tuesta
Al fuego riguroso que resiste,
Y en el campo solícito se acuesta,
Y de basto sayal se adorna y viste;
Cuando á la diosa Céres hace fiesta,
Y Pomona se ve marchita y triste
Por falta de las aguas que apetece,
Que el villano en sus parvas aborrece;

Cuando alivia, cantando con voz ronca,
El trabajo que tanto le fatiga,
Y á dos manos, colérico, destronca
La caña rubia con la llena espiga;
Cuando, seca de sed, la tierra bronca
Aguarda el tiempo que el calor mitiga,
Y suda el labrador bañado en agua,
Matando en vino su insaciable fragua;

Cuando, á Ceó y Tifeo semejante,
Montes soberbios acumula y junta,
Y la terrible torre del gigante
Levanta, contra el cielo haciendo punta;
Cuando, porque no quiten de delante
Su cosecha las aguas que barrunta,
Va temeroso, y arrogante empina
De secos haces la soberbia hacina;

Cuando alegre acarrea sobre el haza
Los frutos que ella misma multiplica,
Y presuroso los extiende, y traza
La era vistosa, de despojos rica;
Cuando los pares con el yugo abraza,
Y para el ministerio el trillo aplica,
Y con una vistosa escaramuza
De la espiga los granos desmenuza;

Cuando del lado de la parva roja
La caterva gozosa que la mira,
Con toscos palos la cosecha arroja,
Y á los cielos parece que la tira;
Cuando se mueve el aire, y porque coja
El fruto limpio, con amor respira,
Y aparte deja en un monton el grano,
Y en otro de la paja el cuerpo vano;

Cuando de Céres mira el fruto rojo,
Y da gracias al cielo, que le plugo
De conservarle libre su despojo
De las mudanzas del comun verdugo,
Cuando no da lugar á que el gorgojo
Le quite en su poder al grano el jugo,
Y liberal el fruto distribuye,
Y el cúmulo soberbio disminuye;

Cuando avisa la voz de la campana,
' acude luego por su diezmo el cura;
Cuando en la tercia del concejo mana
o que en el labrador tan poco dura;
Cuando al que le visita y no le sana,
e paga porque dice que le cura;
Cuando las rentas el señor le pide,
' de la triste parva se las mide;

Cuando del poco grano que le sobra,
Con tantas ansias y sudor ganado,
l logrero cruel la deuda cobra
Por paga del dinero adelantado;
Cuando, lleno de cuitas y zozobra,
lira la parva parva el desdichado,
Que tanto por instantes se desmiembra,
Que le viene á faltar para la siembra;

Al fin, cuando de toda su cosecha
ola la paja en sus umbrales mete,
' los terrones fértiles barbecha
ara el tiempo que el fruto le promete;
ntónces denodado el sulco echa
l marinero al mar, y ya el grumete
visa que divisa las galeras
vista de las cimicas riberas.

Ya las trompetas con soberbio grito
e los montes y cuevas levantaron
e soldados un número infinito,
ue en ayuda del Mosca se juntaron:
a las lijeras postas el distrito
e todo el orbe universal pisaron,
rayendo las langostas y chicharras
ermosas compañías y bizarras.

El rey Sanguileon y el tabanesco,
ue vieron tanto número de naves,
ue por el mar las trujo el viento fresco
ás lijeras que en él vuelan las aves,
ieron á los soldados un refresco,
á los navíos con la carga graves,
esaferran el áncora, que estorba
ue atras se deje la ribera corva.

Con setecientas máquinas disformes
ompe las ondas la vistosa armada,
ue lleva con los ánimos conformes
l bravo orgullo de la gente alada:
nfinitas catervas multiformes
ulcan en ella la region salada,
dmirando las ninfas que los miran,
medrosas de verlos, se retiran.

Pasa la turba indómita contenta,
el grito del placer al cielo toca,
el viento alegre el pecho les alienta,
ue á la dura venganza se provoca:
o temen del camino la tormenta,
scollo ó calma ó peligrosa roca;
ue con gritos de gozo el aire hienden,
el mar hinchado con el remo ofenden.

Hacen las muchas olas resistencia
los navíos de que el mar se viste,
eprimiendo con furia la violencia
on que la fuerte máquina le embiste:
lace el viento á las olas competencia,
como el mar sus soplos no resiste,
ompe soberbio el cristalino paso
on leves cursos el lijero vaso.

Con órden grande y singular concierto
a caminando la vistosa flota,
in ver la tierra del vecino puerto,
or alta mar tomando la derrota:
iguiendo van al marinero experto,
ue á la opuesta ribera más remota,
studiando en la piedra y en el norte,
e busca el puerto á do la flota aporte.

Con dos agudos cuernos hace punta
a poderosa armada, y se recoge
n un remate solo, á do se junta
' de los cuernos el cimiento coge:
si la valerosa y grande junta
a sin temor que el ancho mar se enoje;
ue aun piensan, si se enoja, que su fuerza
asta para que el mar de intento tuerza.

Como estrimonias grullas por el viento
Van caminando, de la misma suerte
Sulca, rompiendo el húmido elemento,
La grande armada belicosa y fuerte:
Siguiendo van un mismo movimiento,
Sin que el órden alguna desconcierte;
De modo que se viera en el armada
La letra pitagórica pintada.

Van á fuerza de remos delanteras
En el cuerno derecho de la armada
Ochenta famosísimas galeras
De gente por sus obras celebrada:
Aquí navegan las catervas fieras
De la estirpe soberbia no domada,
A quien el mundo cénzalos les puso
Por nombre derivado de su abuso.

Estos cuando caminan significan
Su natural fiereza en el zumbido,
Y con él con gran ímpetu publican
La mitad de sus nombres al oido:
Cuando estas gentes sus contrarios pican,
Penetra su dolor hasta el sentido,
Y destos es el más feroz tormento
Que reciben los ojos del jumento.

El rey Asinicedo los mantiene,
En quien tambien nos muestra con certeza
El nombre suyo, que principio tiene
De semejante origen y proeza:
Este soberbio con sus gentes viene
En galeras de suma lijereza,
Hechas con arte y con industrias bravas
De las recias cortezas de las habas.

En estas fuertes máquinas encierra
Los varones en fuerzas singulares,
Instrumentos seguros que la tierra
Produjo á fin de navegar los mares:
Despojos son ganados en la guerra
Que tuvo en la region de los habares,
Donde murieron veinte mil pulgones,
Dándoles el despojo á sus varones.

Tras estos vienen en la misma banda
Ciento y veinte navíos de alto borde,
Y el rey soberbio que los rige y manda,
Con el mosca y el tábano concorde:
Deste, si es la verdad el rumor que anda,
El fuerte Asinicedo es hijo borde,
Habido en una mosca labradora,
De la provincia legañil señora.

Este vino á la guerra y desafío
Con un millon de fuertes mirmiliones,
Soldados todos de robusto brio,
Bravos y foragidos valentones:
Estos en las calores del estío
Se juntan en copiosos escuadrones,
Y á los que entónces por los montes pasan
Más que las fuerzas del calor abrasan.

Es el asilo y estacion segura
Desta caterva que crueldad profesa,
La cueva umbrosa, lóbrega y oscura,
El intrincado monte y selva espesa:
Destos la más pequeña picadura
Deja en los hombres la señal impresa:
En fin, son foragidos bandoleros,
Desnudos de piedad, y no de aceros.

Tras las gentes del rey Asinicedo
Siguen á su caudillo que los trujo,
El cual tiene por nombre el rey Mirpredo,
Que es de la ira y la crueldad dibujo;
Varon de grandes fuerzas y denuedo,
De gesto temerario, aunque magrujo,
Y que suele comerse, aunque esté cruda,
Entera la asadura de una aluda.

Trujo estas fieras gentes á su costa,
Por ver en ellos admirables pruebas,
Desde que dió la vuelta la langosta,
Y las chicharras las sangrientas nuevas
Estos entraron la marina costa
Olvidando sus montes y sus cuevas
En ciento y veinte rígidos navíos,
Sin temor de tormentas y bajíos.

Tiene el soberbio rey el nombre impuesto
Contrario totalmente al de un hormiga,
De quien ha sido siempre y es opuesto
Con odiosa jactancia y enemiga;
Y así las naves en que va dispuesto
A dar favor á la mosquina liga,
Son de aquella materia en que el contrario
Mil veces se libró de su adversario.

Dice un autor que nuestra historia toca,
Que habia en un monte de terrible altura
Una cueva profunda con su boca,
Por do se entraba á la estacion oscura:
Era á manera de peñasco ó roca,
Habitacion fortísima y segura
Donde un hormiga, capitan valiente,
Se aseguraba con su poca gente.

Desta roca se sabe con certeza
Que era una grande nuez vana y podrida,
Cuya puerta y entrada la corteza
Mostraba en sus arrugas escondida:
De aquella inexpugnable fortaleza
Toma el único nombre y se apellida
El capitan que con su gente poca
Se encastillaba en esta fuerte roca.

De Mirmix ó Mirmiz, que entónces era
Su nombre propio, desechó una parte,
Y tomando la sílaba primera,
Con las dos de su roca las comparte,
Y hecha de entrambas la diccion entera,
Mirnuca viene á ser la entera parte;
Que este es el nombre con que aquel se llama,
Tomado del antiguo y de su fama.

Desde Mirnuca fuerte y temerario,
Forzado de la estrella que le inclina,
Este moscon fué émulo y contrario,
Y amigo de su muerte y su rüina;
Y viendo el apellido extraordinario,
Y á que en la contra suya se encamina,
Quiso llamarse el Rey y sus varones,
Uno Mirpredo, y otros Mirmiliones.

Y porque venga su total miseria
De donde nace su soberbia vana,
Y sea principio de su vil laceria
El que lo fué de su locura insana,
Las naves ordenó de la materia
De donde su contrario el nombre gana,
Y va sulcando el centro de los peces
En ciento y veinte cáscaras de nueces.

Con cien banderas el segundo cuerno
La vista con los ánimos alegra,
Que todas van debajo del gobierno
De uno de aquellos por quien tiembla Flegra:
No se ve del profundo del infierno
En la region más formidable y negra,
Furia infernal con serpentina rosca,
Como este diablo en forma de una mosca.

El rey Sicaboron, á cuyo mando
Está la grande Buta en la Tartaria,
Viene las fieras ondas navegando
Contra la gente al mosca rey contraria:
Este juntó, á la voz de solo un bando,
Una caterva fuerte y temeraria
De foragidos de admirable talle,
Hijos de Buta y Barriliense valle.

Quinientos mil y más mosquinos lleva
En una valerosa infantería,
Que tienen hecha de sus fuerzas prueba
En cuanto el valle Barriliense cria:
Es gente tal, que se sustenta y ceba
En sangre de enemiga compañía;
Y porque tanto el vino le parece,
Por eso esta canalla le apetece.

Lleva el fiero inhumano á la milicia
Una soberbia multitud de abejas,
Que sirven de ministros de justicia
A quien no corre en su crueldad parejas:
Si no es algun mosquino de codicia,
Y su defecto llega á sus orejas,
Luego le manda echar a estos moscones,
Que es tanto como echarle á los leones.

Son las abejas una estirpe fiera,
Por cuya cola nace y se derrite
La dulce miel y provechosa cera,
Obra que no tiene arte que la imite:
Guardan estas su fruto de manera,
Que no hay quien se le robe ó se le quite;
Porque si alguno llega y no repara,
Su atrevimiento se verá en su cara.

Porque en la cola llevan escondida
Una afilada y cortadora espada,
Con que en los hombres dejan, con la herida,
La parte donde llega emponzoñada;
Y aunque ellas pierden (¡gran rigor!) la vida
Al tirar de la rígida estocada,
A trueco del dolor con que lastiman,
De su vida la pérdida no estiman.

Al hijo de la madre Citerea,
Con ir armado de su hermosa lumbre
Y del arco y carcaj que señorea
Hasta los dioses en su excelsa cumbre,
Porque la gran crueldad destas se vea,
Se atrevieron á darle pesadumbre;
Y como el niño tierno iba desnudo,
Contra el fiero aguijon no tuvo escudo.

Volvió Cupido con su madre, y dijo
De aquellas avecillas la locura,
A quien con grande cólera maldijo
Vénus, viendo picada su criatura;
Y volviendo la madre, dijo al hijo:
«No te espante su grande picadura;
Que tú eres niño, y si á picar te aplicas,
Harto mayores picaduras picas.»

Y como era la diosa tan discreta,
No quiso que la paga y la venganza
A aquellos instrumentos se cometa
Con que la ciencia del amor se alcanza;
Antes quiso que el arco y la saeta
No tenga en ellas fuerza ni pujanza,
Y que esto solo por castigo lleven
Porque los gustos del amor no prueben.

Y como gente, en fin, en quien nò cabe
Blanda piedad, ni ménos lleva escrita
En el pecho la ley de amor suave,
Ni su obstinado corazon visita;
Como bárbara gente que no sabe
De clemencia ni en ella se ejercita;
Por eso los escoge el rey tirano
Por instrumento crudo y inhumano.

Tambien las lleva porque son extrañas
Para un ardid y provechoso intento
Contra las trazas y traidoras mañas
De las arañas: ¡raro pensamiento!
Porque estas romperán de las arañas,
Con su lijero vuelo y movimiento,
Las delicadas redes con que enlazan
Las tristes moscas que en la guerra cazan.

Y porque tiene en ellas conocida
Su natural fiereza temeraria,
Pues que no hacen estima de su vida
Por hacer mal y daño en la contraria:
Para ser riguroso arañicida
Lleva esta chusma entre la gente varia,
Y porque en sangre de enemigos tiñan
Sus fuertes aguijones cuando riñan.

No ha habido, como el tártaro, persona
Con tan grande rigor sanguinolenta
En cuanto abraza la habitable zona,
Y la tierra en su círculo sustenta:
Tan disforme crueldad no se pregona
Ni de tirano bárbaro se cuenta,
Ni tan temido fué de galeote,
Cómitre calabres con el azote.

Movió su natural traidor y aleve
El buen Sanguileon, si es que se muda
Una costumbre vil, y si se mueve
Un mal sugeto á dar á un bueno ayuda;
Mas ya que á darle su favor se atreve,
Tengo por infalible y por sin duda
Que su naturaleza es quien le incita,
Que á guerra y disension le precipita.

En cien medias fortísimas cortesas
De la fruta que el duro roble cria,
Embarca las indómitas cabezas,
De quien él es cabeza, guarda y guia:
En estas largas y anchurosas piezas
Camina la vistosa infantería;
Y el rey caudillo de esta gente astuta
Marcha en un capirote desta fruta.

Tras el tártaro rey y sus secuaces
Un número sin número se halla
De soldados valientes y vivaces
De sangre de la hormigena canalla:
En naves anchurosas y capaces,
Pasan á la mortífera batalla,
Que de cáscaras fuertes el arte hizo
De la fruta que cubre el fiero erizo.

Sobre estas grandes máquinas tremolan
Cien estandartes altos y eminentes,
Y infinitas insignias se enarbolan,
Que se juntaron de remotas gentes:
Las aguas hermosean y arrebolan
Los visos de colores diferentes,
Que fiesta á su venganza solemnizan,
Y por esto los aires entapizan.

El rey Sanguileon las aguas hiende,
Acompañado de ánimos feroces,
Y en órden puestas sus galeras tiende,
Que son como sus ímpetus veloces:
Con leños fuertes al cristal ofende,
Y al aire manso con soberbias voces,
Y al fiero grito de la turba inmensa
Túrbase el mar, y el aire se condensa.

Es del soberbio rey lugarteniente
Una mosca fortísima española,
Que ha volado su nombre, de valiente,
A los extremos de la humana bola:
Para dos mil de la contraria gente
Era bastante y suficiente sola,
Por ser cursada en temerarias lides
Y saber de la guerra los ardides.

Del cargo de la gran caballería
Le hizo el Rey merced y beneficio,
Porque su vida siempre ocupa y cria,
Desde la tierna edad, á su ejercicio:
En el fiero calor del mediodía
Hacer mal á los potros es su oficio,
Y bien le sienten el rocin ó yegua
Cuando corren carreras de una legua.

Esta, tan conocida por la fama,
Que sus hechos magnánimos pregona,
Por su patria certísima se llama
La mosca excelentísima de Arjona:
Esta la sangre del rocin derrama,
Y aquella parte adonde llega, encona,
Sacando de su hocico una gran trompa,
Con que sus cueros á las bestias rompa.

De aquella trompa sale una navaja
Tan sutil, que con ella en un momento
Con rabia inmensa y rigurosa saja
Las carnes del rocin y del jumento:
Chupar la sangre que en el lomo cuaja
Es de su vida el principal sustento;
Y con tanto rigor las bestias trata,
Que no pára hasta el punto que las mata.

Otra mosca cruelísima, manchega,
La gente de á pié rige y acompaña,
Que en guerra furibunda y en refriega
Continua se ejercita en la campaña:
Toda la Mancha, con su llana vega,
Está sujeta á su rigor y saña,
Y al peregrino que sus tierras pasa,
Vivo le come, le persigue y asa.

Tan denodada por los campos sale
Cuando la aprieta la locura hambrienta,
Que no hay furia infernal que se le iguale;
Porque á la misma rabia representa:
Contra el furor de su aguijon no vale
Reparo alguno; porque á do se asienta,
Entremete la punta penetrante,
Punta de más dureza que diamante.

No hay resistencia en la guardada pierna
Contra el fiero bocado y picadura,
Porque es defensa contra el daño tierna
El arma que parece ser más dura:
A la escondida parte y más interna
Llegar la punta con furor procura,
Tanto, que fuerza, si en picar aprieta,
A danzar cabriola ó zapateta.

Aquí el siniestro cuerno se remata,
Que en igual proporcion mira al derecho,
Cuyos remates largos une y ata,
Cerrando el paso entre los dos estrecho,
Una galera fuerte, adonde bata
El agua y haga al batidero pecho,
Haciendo con la fuerza de sus remos
Hermoso medio entre los dos extremos.

Esta es la principal y capitana,
A quien siguen por órden y en hilera
Ciento y cincuenta vasos, donde ufana
Va caminando la fiereza fiera:
Allí la gente de la gran Tabana,
Postrera en órden, y en valor primera,
Rompiendo va las aguas, y allí envia
Sus tercios la soberbia Andalucía.

En caballos lijeros lleva á punto
Tres veces cien mil tábanos gallardos;
Cien mil piqueros lleva, y á estos junto
Otro número igual de agudos dardos;
Cien mil bocas de fuego, á cuyo punto
Salen veloces de los cuerpos tardos
Mil almas sin defensa del almete;
Que no la tiene el tiro de un mosquete.

Este mosquete es arma que declara
Ser por su nombre de la mosca hechura,
Que rayos velocísimos dispara
Llenos de fuego, por su boca oscura:
Ninguna malla su furor repara,
Ni hay resistencia al ímpetu segura;
Arma en efecto fiera y enemiga,
Que la mosca inventó contra la hormiga.

En todos son seiscientos mil soldados
Los que el tábano rey furioso embarca,
Que, de instrumentos bélicos cargados,
Van en ayuda del moscon monarca:
Esta legion de tábanos alados
Que el largo espacio de su reino abarca,
Arma de picas, dardos y arcabuces,
Y los tercios de moscas andaluces.

El avellano, el pino y la noguera
Le dieron los costosos materiales
Para poder juntar tanta galera
En los cerúleos címicos cristales:
Por ellos sulca la caterva fiera
En setecientas máquinas cabales,
Llevando entre los remos y las velas
Barcos, bateles, fustas, carabelas.

No ha visto nunca el suelo cristalino
Armada tan vistosa en siglos largos,
Desde que del dorado vellocino
Dió el robador el marinero de Argos:
El número de gente que allí vino,
Los trajes, las naciones y los cargos,
Si tuviera cien lenguas y cien bocas,
Fueran para contarlo todas pocas.

Tres dias cantando por el mar caminan,
Facilitando el viento su viaje;
Aire contrario ó calma no imaginan
Que les estorbe el próximo paraje:
Ya que á la orilla corva se avecinan,
Contempla entónces el mosquil linaje,
Y el són de las trompetas y clarines
Meten en la estacion de los delfines.

Pero del mar parece que en la orilla,
Contra la luna, que la tierra esmalta,
Sube una vaporosa nubecilla,
Que se va condensando y volando alta:
Huyendo van los peces en cuadrilla;
El delfin manso por las aguas salta;
Caen los cometas con sus largas colas,
Y el somorgujo danza entre las olas.

En las galeras las aristas mete
El viento, y de la tierra las arroja:
Temo que al mar su habitacion inquiete,
Si la señal de su furor no afloja:
Trepando por el cáñamo el grumete,
El lino contra el ímpetu recoja;
Y tú, sabia Terpsicore, me escondas,
Viendo el peligro sin temer las ondas.

—

CANTO V.

Entre las islas de la Eolia, adonde
El Dios herrero su metal congela
Y la fragua y los ciclopes esconde,
Forjando el arma que al gigante asuela;
Un monte con la punta corresponde
A tanta altura, que su cumbre vuela
A hacer vecina su soberbia cima
Del orbe de la luna, que está encima.

Tiene el alto pináculo en su extremo
Con mil cerrojos de diamante puro
La puerta fuerte, que con serlo, temo
Los que se encierran en su centro oscuro:
La especie del soberbio Polifemo
Le puso por reparo bien seguro
Contra los presos, cuya voz se escucha,
Sin ver entre ellos la soberbia lucha.

Allí la grande multitud de vientos
Que al orbe por sus cuatro partes giran,
Están en los oscuros aposentos,
Y por salir á ver la luz suspiran:
En la dura prision están atentos
Si les abren la puerta, y todos miran
Si se pueden salir por los resquicios,
Probando á veces quebrantar los quicios.

No produce esta parte algun viviente,
Ni yerba verde su distrito seco;
Que solo vive allí la presa gente
Y de las voces y el abullido el eco:
Es de la fiera cárcel presidente,
Que rige el antro tenebroso y hueco,
Eolo, que manda en el oscuro espacio,
Y tiene en él su cóncavo palacio.

El en los escondidos aposentos
Es quien pone en prisiones y en cadena
Las furibundas fuerzas de los vientos,
Y sus veloces ímpetus refrena:
El rige los soberbios movimientos
Del Aquilon lijero, que serena
El cielo; y echa de la oscura gruta
Al Austro tenebroso que le enluta.

Allí se encierra el Euro ó el Levante,
Que al rayo occidental se contrapone;
Al Céfiro, su opuesto semejante,
Cuando á pisar las aguas se dispone;
Pero si algunas veces por delante
Contrasto de otro viento se le opone,
En cólera se enciende y se alborota,
Y con sus alas la marina azota.

Allí el hijo del Africa, Garbino,
Está encerrado con su aliento tierno,
Al Lebeche, su padre, tan vecino,
Que hereda á veces el furor paterno:
Cuando este ve las ondas imagino
Que su fuerza acompaña el mismo infierno;
Y porque de blandura no se precia,
Pisa Garbino el polvo de Venecia;

Pero si acaso siente algun contrasto
De fuerza alguna de contrario viento,
Tiende las alas por el ponto vasto,
Las olas levantando al firmamento:
No deja entónces en las naves trasto
Que no le arroje al húmido elemento,
Sembrando fiero con sus furias bravas
De cana espuma voladoras babas.

Allí la rigurosa Tramontana
Vive luchando, y por salir forcejea;
Que es como viento y cual mujer liviana,
Cosa por estas causas á ella aneja:
Esta es quien lleva por el cielo ufana
La escoba, con la cual le limpia y deja
Exento de la nube que le ofende,
Y con soplos sus lámparas enciende.

Esta al Bóreas helado engendra y cria
Por obra abominable de adulterio
Con el fiero Aquilon, y nos le envia
A que hiera y maltrate el hemisferio:
Este es el aire que la tierra enfria,
Trayendo para el crudo ministerio
Rayos de hielo que á la tierra arroja,
Con que de su hermosura le despoja.

Allí del Austro enfermo la figura
Pálida y amarilla se detiene,
Que cargado de peste y desventura
Sale á la tierra cuando á verla viene:
Cuando este sale de la gruta oscura,
Y con veloces alas se previene,
Visita con el ímpetu primero
La habitacion horrenda de Cerbero.

A la morada del trifauce pasa,
Y luchando con él el fiero aliento
Del cabezudo monstruo, le traspasa,
Emponzoñado al riguroso viento:
Despues en la infernal y horrible casa
Donde tienen su lóbrego aposento
Las tres Furias, colérico se mete,
Dándoles él su pecho por retrete.

En una nube negra se revuelve
De espesos y mortíferos humores,
Que del Estigio lago se resuelve,
Al aire levantando sus vapores:
Despues, lleno de rabia, al mundo vuelve
Cargado de diabólicos furores,
Con que á las naves el camino estorba,
Haciendo al mar soberbio que las sorba.

No solamente al piélago molesta
Cuando la gente que le habita espanta,
Mas á la tierra con su soplo apesta,
Y la robusta juventud quebranta:
Mil pésimos olores manifiesta,
Y de ocultas secretas los levanta,
Y á españoles gallardos á montones
De la Francia los suele hacer varones.

Cuando este de la tierra en sazon mira
Los frutos, sin clemencia los asuela
Con las pedradas que de arriba tira
Y las fuertes pelotas que congela:
Es tan soberbio su furor y ira,
Que lleva mil demonios cuando vuela,
Y no se amansará si no le quita
El conjuro la cruz y agua bendita.

Deste traidor el labrador reniega,
Pues son todas sus obras en su daño;
Y cuando llueve, en un instante anega
El trabajo y sudor de todo el año:
A tanta inmensidad su furia llega,
Y es tan terrible su furor extraño,
Que, no contento con sus grandes robos,
Suele arrojarnos encendidos globos.

Cuando este sopla con su furia loca,
No sigue el comun órden ni manera
De los vientos, que lanzan por la boca,
Narices y ojos el aliento afuera:
Si á soplar furibundo se provoca
Por la puerta pestífera trasera,
Como fiero demonio el viento rompe,
Y sopla el aire, y la salud corrompe.

Y así el rüido que en el aire suena,
Con que á la gente tímida amenaza,
Cuando pensamos que en las nubes truena
O que el cielo se hunde y despedaza,
Es inventiva para darnos pena
Y deste vil demonio sutil traza;
Porque no es otra cosa, si se mira,
Sino el rüido con que el soplo tira.

Y no es gran maravilla que moleste
Por donde quiera que su soplo pasa;
Que viento tan corrupto como este
No es mucho para el mal no tener tasa;
Y de aquí se tomó el llamarse peste
La enfermedad que no perdona casa,
Porque este nombre *peste* es derivado
Del rüido del aire verberado.

Allí el Céfiro manso, que restaura
El ánimo perdido al marinero,
Tiene presas las alas con que el aura
Esparce por las ondas placentero:
Allí se oprime la violencia caura,
Y tiene preso su volar lijero
Favonio, que, con Céfiro abrazado,
Ocupan solos de la cueva un lado.

Allí en efecto la caterva encierra
De los vientos el dios que los corrige,
Y desde allí los unos da á la tierra,
Otros al reino que Neptuno rige:
Otros entre ellos con perpetua guerra
En la caverna con rigor aflige,
Y alguna vez los ve con tal denuedo,
Que, aunque él es su señor, les tiene miedo.

Quiso en efecto el dios que los gobierna
Que á recrearse cierta vez saliesen
De aquella oscura y lóbrega caverna,
Y que las ondas de Neptuno viesen;
Y ántes de abrir la habitacion interna,
Y que ellos sus furores previniesen,
Eolo, que sus ímpetus aplaca,
De aquella cueva la cabeza saca.

Por el espacio de cristal rodea
La vista, y mira al uno y otro lado,
Y cuanto con sus ojos señorea,
De remo y vela vió desocupado:
No habian entónces de la gran Mosquea
Las espaciosas máquinas llegado,
Y vuelto al puesto de su gente fiera,
A los vientos habló desta manera:

«Monstruos alados de mi grande imperio,
Con quien el orbe universal conquisto,
Salid del riguroso cautiverio
A ver el golfo que tranquilo he visto:
Ocupe cada viento el hemisferio
Por donde con su vuelo al mundo embisto;
Que quiero ver de todos las hazañas:
Presurosos salid á correr cañas.

»Quédese en casa Céfiro, que es tierno,
Y temo, si se mezcla en vuestra furia,
Si no os refrena y rige mi gobierno,
Que su niñez padezca alguna injuria.»
Dijo, y abrió; y cual suele del infierno
Salir rabiando serpentina furia,
Por cuatro partes de la horrenda boca
Salió bramando la progenie loca.

Ocuparon los vientos sus lugares,
Y á correr cañas con furor acuden,
Y á la par con denuedos singulares
Encuentros rigurosos se sacuden
No dejan cosa en los tranquilos mares
Que no la ensoberbezcan y la muden,
Y dando por el Címico carreras,
Hallaron de las moscas las galeras.

Como la gruesa armada se interpuso
Al paso de los ímpetus veloces
De los soberbios vientos, allí el uso
Mostraron de sus ánimos atroces:
Ya el marinero allí se ve confuso,
Y temor manifiesta con las voces
Toda la turba, que turbada toda,
A procurar remedio se acomoda.

Solo el Sicaboron no se alborota,
Cuando á la gente el miedo sobresalta,
Y dando esfuerzo á la medrosa flota,
De popa en popa por las naves salta:
«Gente, dice, sin ánimo, idiota,
¿Por qué el valor sin ocasion os falta?
Canalla femenil y espantadiza,
¿Quién vuestro corazon atemoriza?

»¿A los vientos temeis, sin hacer cuenta
Que los contrarios mismos que os temblaron
Dirán á vuestros hijos por afrenta
Que los vientos á soplos os mataron?
No temais que os anegue la tormenta,
Cuando contra nosotros conjuraron
Las ondas, ni que el mar se ensoberbece;
Que todo es aire cuanto mal se ofrece.»

Saltando aprisa va de barca en barca,
De batel en batel, de fusta en fusta
El asombro soberbio de la Parca,
Que contra su rigor furioso justa:
Los vientos, viendo al tártaro monarca,
Armados de su cólera robusta,
Parten furiosos á vengar su injuria
Contra la fuerte roca de su furia.

En un fiero huracan los vientos llegan
Pensando hacer al pobre Rey andrajos;
Su vista horrible con su soplo ciegan,
Escupiendo rabiosos espumajos:
El fiero Rey, que ve que en él se entregan,
Saca la fuerte espada echando tajos;
Que quiere con reveses y estocadas
Los vientos retirar á cuchilladas.

Furioso juega el cortador acero,
Mas poco allí su maña y fuerza importa;
Que contra el viento temerario y fiero
Ni valen golpes, ni su espada corta:
Pasa furioso el huracan lijero;
Queda la chusma de su furia absorta;
El agua salta fiera y ofendida,
Del aire bravo y de la espada herida.

Ya de la armada los soberbios cuernos
Cercanos van á ver los de la luna,
Y del mar en los cóncavos internos
Luego los precipita la fortuna:
Ya están las naves faltas de gobiernos,
Y el fondo dellas es una laguna
Del agua dulce de la negra nube
Y la del mar, que por el borde sube.

Ya con la fuerza del soberbio grito
Se aumenta entre la gente el alboroto;
Ni el pobre galeote entiende al pito,
Ni los soldados oyen al piloto:
Ya se juzga el ejército precito,
La vela sin entena, el timon roto,
Los remos despreciados sin la sarta,
Y el marinero triste sin la carta.

Apercibense á dar otra carrera,
Llegando á combatir los vientos juntos,
Con que no dejen nave ni galera,
Ni vivos cuerpos sin quedar difuntos:
Soltó por su pestífera trasera
Primero el Austro tres ó quatro puntos,
Dejando con la fuerza de sus truenos
A los soldados de sentido ajenos.

Parte el padre Lebeche y el Garbino,
Bóreas, el Aquilon y Tramontana,
Y sálenles al medio del camino
De esotros vientos la caterva insana:
Quebranta el bravo orgullo repentino
Las galeras del rey de la Tabana,
Desbarata las naves de Mirpredo,
Y hiende las del rey Asinicedo.

Solo el orgullo denodado aguarda
El del valle feroz de los barriles,
Que con violencia tal no se acobarda,
Que es un Héctor troyano, un griego Aquiles:
«Canalla, al viento dice, vil, bastarda,
Ejercitada siempre en obras viles,
Heridos volveréis á vuestra gruta
Por el espada del señor de Buta.»

A todas partes con furor esgrime,
Vomitando blasfemias por la boca,
Y cuando más el huracan le oprime,
Más á cólera y rabia se provoca:
No queda cosa, al fin, que no lastime
Del fiero viento la soberbia loca;
Mas este con mil votos y reniegos
Vomita contra el aire vivos fuegos.

Aquí y allí camina dando saltos,
Y con la ronca voz furioso anima
A los caudillos del esfuerzo faltos,
Poniendo con su vista horror y grima:
Ya la gente vencida en los asaltos,
Una della se cae, otra se arrima;
Mas él con vista y ánimo que espanta
A los unos esfuerza, á otros levanta.

Furioso pasa de una en otra banda
Cuando las olas más se ensoberbecen;
Por todas partes con esfuerzo anda
Animando las gentes que perecen:
Allí bogar á los remeros manda,
Y ellos su mandamiento no obedecen;
Mas á aquel que en hacerlo dificulta,
Entre las fieras ondas le sepulta.

Si acaso algun villano galeote
Venía á su obediencia con tardanza,
Nunca él encomendaba al fiero azote
Del cómitre soberbio la venganza;
Porque solia dejar de solo un bote,
Cuando el baston jugaba con pujanza,
Seis piojos galeotes sin cabeza:
¿A quién no espantará tanta fiereza?

No lleva en la cabeza yelmo duro,
Ni cosa que del agua le defienda;
Que por ver el ejército seguro,
Ni agua teme ni viento que le ofenda:
Armado de su acero limpio y puro,
En la ventisca funeral contienda
Se ceba, y tira por las partes varias
Estocadas de puño temerarias.

Ve que el viento pestífero enmaraña
De largas jarcias la enredada cuerda,
Sin saber en tal caso darse maña
La triste gente, con el miedo lerda:
Saca su espada el tártaro, y con saña,
Porque allí tanta chusma no se pierda,
Un tajo tira entre la turba absorta,
Que nueve cuerdas de las jarcias corta.

Mas ¡ay! que en vano su valor esfuerza,
Sin que su industria y maña le aproveche,
Si hace la fuerza de los vientos fuerza
A que el más animoso se despeche:
¿A quien no hará que el pensamiento tuerza
El furibundo soplo del Lebeche,
Y cuando aprisa va contra Favonio
El Euro, cual colérico demonio?

La helada y cana cabellera eriza
La madre vil de Bóreas arrogante,
Y por las naves pasa haciendo riza,
Sin que deje timon que no quebrante:
El Euro de su puesto se desliza;
Lebeche se le pone por delante;
Favonio, por su parte, y el Garbino
Furiosos le salieron al camino.

El Austro sale al Aquilon opuesto,
Y entre la gente con furor se mete,
Sembrando rabia por su oscuro gesto,
Y fuego por la cola, cual cohete:
Echando entónces de su furia el resto,
Furioso á las galeras arremete;
La turba al punto de los otros llega,
Y trábase más fuerte la refriega.

Ya es la victoria del Lebeche, y luego
La fiera Tramontana se la quita;
Ya el Austro se la lleva echando fuego,
Y con sus truenos la victoria grita:
Ya sale por la parte del Gallego,
Quien le enoja y á cólera le incita;
Ya Garbino la lleva, y al momento
Es la victoria y palma de otro viento.

La furia crece, y crece la violencia;
Y viendo entónces el total fracaso,
Y que no tiene alguna resistencia
Contra los vientos el lijero vaso,
De los cielos imploran la clemencia
Las miserables gentes, y en tal caso
Las rodillas bajaron, y las manos
Alzaron á los dioses soberanos.

Confiesan que á venganza se provoca
Su dios, porque en su templo cometieron
Mil sacrilegios con audacia loca,
Por quien tales castigos merecieron:
Juran allí de no poner la boca
Donde los sacerdotes la pusieron,
Ni chupar de la lámpara el aceite,
Ni besar á las damas con afeite.

Y si el divino Júpiter les saca
Libres á tierra de peligros tales,
Y de los vientos el orgullo aplaca,
Y templa de las aguas los raudales,
En beneficio de la gente flaca
Prometen visitar los hospitales,
Y en recompensa y por debidas pagas
Curar los pobres y lamer sus llagas.

El rey Sanguileon á Dios promete,
Viendo la cara de la muerte al ojo,
Porque el orgullo de los vientos quiete,
Y él su rigor mitigue y justo enojo,
Que envuelto en aromático pebete
Le pondrá en sacrificio un gordo piojo,
De cuya piel hará, si desta escapa,
Para su estatua una bordada capa.

El tabanesco rey promete y jura,
Mirando al fiero mar, que muchas veces
En su centro les abre sepultura
Para hacerlos sustento de los peces,
Si de peligro tal les asegura,
Recibiendo benévolo sus preces,
De darle en sacrificios peregrinos
De una pulga los grandes intestinos.

El rey Mirpredo entre el tumulto ciego
A Júpiter promete un gran servicio,
Si por su peticion y justo ruego
Se muestra en el peligro más propicio:
Jura de dar á su divino fuego
¡Honroso y estimable sacrificio!
Dos aradores, cuya carne herede
El sacerdote, con que rico quede.

El poderoso rey Asinicedo,
Que ve con cuánta fuerza le amenaza
Del Lebeche y el Bóreas el denuedo,
Y el temor que sus ánimos abraza,
Si les destierra Júpiter el miedo,
Le ofrece por despojos de su caza
Cuatro pulgones que la gente admiren
Y que las riendas de su coche tiren.

Solo el Sicaboron no ofrece votos,
Antes los echa con dos mil reniegos,
Blasfemando los ánimos devotos
Que ofrecen parias á los santos fuegos:
»Gente, dice, comun, de ingenios botos,
No useis llorando mujeriles ruegos,
Cuando podréis vosotros con la fuerza
Que la fortuna sus intentos tuerza.»

Llegó la vil blasfemia á las orejas
De los vientos, y viendo el menosprecio,
Dispónense á correr unas parejas,
Dando la palma al volador mas recio:
Arqueó el Austro fiero las dos cejas,
Y con ojos de fuego en el rey necio,
Colérico, encaró la vista torva,
Alborotando al mar porque le sorba.

Sobre una negra nube el viento pasa
Lleno de rabia y de mortal congoja,
Y apercibiendo allí la helada masa,
La envuelve luego con la lumbre roja:
Llena la nube de sulfúrea brasa,
Las fuertes balas junto al fuego arroja,
Y cuando ve que en piedra se resuelve,
De concha entónces con furor se vuelve.

Los fuelles pestilentes apercibe,
Sobresaltando el viento de repente
La lumbre, porque en ella se recibe
La furia de su soplo pestilente:
Sañudo enciende entónces y revive
Entre las balas la materia ardiente,
Y en aquel mismo punto arroja y fragua
Rayos, centellas, truenos, piedras y agua.

La nube, herida con la fuerza extraña,
Se rompe y echa de sus negros senos
De durísimas piedras la montaña,
Infierno de relámpagos y truenos:
En las galeras descargó la saña,
Y en los navíos de soldados llenos
Arrojó tantas piedras desde arriba,
Que las velas dejó como una criba.

Con los terribles ímpetus desgaja
Los anchurosos lienzos de las naves,
Y cual suele en la arista ó leve paja,
Hace tambien en los maderos graves:
A muchas gentes el vivir ataja
La pesada caida de las trabes,
Que la terrible fuerza desencasa
De las naves por donde el Austro pasa.

Llegan los otros al instante mismo,
Y entre la gente mísera descargan
De las ondas del mar un fiero abismo,
Y de las aguas que las nubes cargan:
Las gentes del soberbio tabanismo
Unas con otras con temor se adargan,
Anegando la furia repentina
La turba mirmiliona y la mosquina.

El caballero tártaro, que mira
Con cuánta fuerza hiere y amenaza
El fiero viento, que pedradas tira
Y galeras y naves despedaza,
Colérico y sañudo se retira,
Y con el cuerpo de un timon se abraza;
Que sin reparo el triste no se atreve
A resistir que el viento no le lleve.

Los fuertes brazos denodado cruza,
Y al grueso leño con esfuerzo traba,
Miéntras la rigurosa escaramuza
De los vientos coléricos se acaba:
Mil almas en el piélago zampuza
El Austro fiero con su furia brava,
Y con la fosca vista y torvo ceño
Presuroso arremete contra el leño.

Por todas partes el soberbio pino
De muchos vientos el furor rodea,
Con cuyo sobresalto repentino
El árbol temerario titubea:
El Lebeche furioso sobrevino,
Que el árbol alto de su altura apea,
Y al fin fué tal del viento la codicia,
Que el timon de su sitio se desquicia.

Con la grande caida el árbol bronco
Tocó las aguas con su altiva cima,
Echando al Rey, asido por el tronco,
Del borde de la nave por encima:
Sacando entónces el acento ronco,
El barriliense la caterva anima,
Y puesto como pudo en una tabla,
Contra los cielos mil injurias habla.

Camina el denodado caballero
Caballero en la tabla que su vida
Entónces guarda del peligro fiero,
Sin ser entre las ondas sumergida:
Desnudo lleva el cortador acero,
Que vengar le compete la caida;
Y mirando las nubes con mil quejas,
Mil veces puso el dedo entre las cejas.

Fué tanto el grito de la pobre gente,
O fuese el golpe del timon caido,
O las blasfemias con que el insolente
Tártaro altera el mar con su rüido,
Que hasta en su alcoba el dios Neptuno siente
Que su hermoso cristal es ofendido,
Y saliendo á mirar sus claras linfas,
Oyó el lamento de sus bellas ninfas.

Abrió entónces colérico la puerta,
Cuando miró en su umbral el dios marino
A Anfitrite de espanto medio muerta,
Y pálido el color de Tétis y Ino:
Huyendo vino aprisa Melicerta,
Y Glauco temeroso aprisa vino;
Los piés movió turbada Panopea,
Y Dóris con la ninfa Galatea.

«¿Quién diablos, dijo con la vista torva,
Vuestro sosiego sin temor perturba?
Quién el camino por el mar estorba,
Y mis cristales con audacia turba?
Abrase el mar porque al instante sorba
Entre sus ondas la atrevida turba;
Dadme al momento el heridor tridente,
Daré fin á su término insolente.»

«Señor, dijo un triton, estos garbinos
Que Eolo en su cueva oscura rige,
Han dado al traste hoy con los mosquínos,
Por cuya causa su nacion se aflige;
Y si acaso en favor de tus marinos
Tu fuerza sus orgullos no corrige,
Nadie estará seguro de sus sañas,
Y cada dia vendrán á correr cañas.

»¿Cómo será posible que tus gentes
Puedan vivir en tu servicio gordos,
Si en favor de traidores delincuentes
Tus oidos permites que estén sordos?
¿En tu palacio alguna vez no sientes
Los recios y fortísimos bohordos
Que tira el Austro cuando al mar asalta,
Con que tus bellas ninfas sobresalta?

»No ha quedado galera á quien no haya
Dado con sus carreras un mal rato,
Deshecho á mil navíos en la playa
Con repentino estrépito y rebato:
Manda, señor, que un mensajero vaya,
Y á Eolo reprenda su mal trato,
Y aun castigue la pérfida insolencia
De perturbar el mar sin tu licencia.»

«Yo lo jurara que los vientos eran,
Dijo Neptuno, los que tal estrago
Han hecho por el mar y los que alteran
De mis cristales el hermoso lago:
Dadme el tridente, los soplones mueran;
Por mi cabeza juramento hago
Que se han de ver sus cóleras difuntas
A fuerza del rigor de mis tres puntas.

»Pero no será justo que se diga
Que una canalla que en cadenas mora,
Al dios que rige el mar inmenso obliga
A castigar su cólera traidora:
Otro mejor camino es bien que siga;
Que este mi sér y calidad desdora:
Mejor será enviar quien en mi nombre
Su atrevimiento riña y fuerza asombre.

»Rompa las aguas un triton volando,
Y déle á Eolo de mi enojo nueva,
Al cual le notifique que le mando
Que emprisione los vientos en su cueva;
Y que otra vez de véras ni burlando
A darles suelta por el mar se atreva,
Si no quiere que yo... Mas basta esto:
El triton se despache, y vuelva presto.»

La cabeza bajó el triton lijero
En señal de obediencia, y sin tardanza
Sobre un delfin se planta, y caballero
Va por el mar, y entre sus olas danza:
Saca en la orilla el cuerno mensajero,
Y soplando por él con gran pujanza,
Relata su embajada, y al momento
Vuelve el delfin las ancas al dios viento.

El dios Eolo, entónces lleno de ira,
Suspenso estuvo con la nueva un rato,
Y á la cueva enojado se retira
Porque se cumpla el imperial mandato:
Con rabia grande los cerrojos tira,
Y el Céfiro saliendo hermoso y grato,
Poniéndose á su dios y rey delante,
Le trocó la tristeza en buen semblante.

Que, como cuando el dios omnipotente
La tierra con los rayos amenaza,
Si Ganimédes con su hermosa frente
Hace á su dios de su hermosura plaza;
Si á Júpiter le lleva por presente
Del mosto celestial la llena taza,
Al dios altitonante desenoja,
Y el furor de su cólera le afloja;

Así cuando el furor y rabia crece
En el dios que los vientos emprisiona,
Si allí el humilde Céfiro parece
Con su divino talle y su persona,
Si ricos besos á su dios le ofrece,
Y él bebe el aura dulce y regalona,
Desecha el vulto y el aspecto triste,
Y de hermosura y resplandor se viste.

«Corre al mar, dijo al Céfiro, y al punto
Tus vuelos por el Címico derrama,
Y de los vientos al estruendo junto
A mi mandado y obediencia llama:
Apacigua las aguas, que barrunto
Que el mar herido por los aires brama;
Tambien quedito al dios Neptuno llega,
Y su furor y cólera sosiega.»

Sale á hacer el mandado, y no discrepa
La ejecucion un punto del intento,
Y en la region acelerada trepa
Con lento y agradable movimiento:
Busca sus compañeros porque sepa
La intencion de su rey cualquiera viento;
Llega á Neptuno y su furor amansa,
Y con su vista el fiero mar descansa.

Rinde tranquilo el cristalino paso
A las sin forma naves y galeras,
Que dudan tras el mísero fracaso
La entrada por las próximas riberas:
Muéstrase el cielo sin las nubes raso,
Y amedrentadas las naciones fieras,
Las manos juntas para el cielo empinan,
Y á la corva ribera se avecinan.

Las primeras galeras que llegaron
Fuéron de las cortezas singulares
Que los soldados cénzalos quitaron
A la pulgona gente en los habares:
En el arena el áncora aferraron,
Si puede ser que al áncora compares,
Lector, el garabato en la corteza
Que á las habas les dió naturaleza.

No hubo en los demas algun soldado,
Aunque cansado de tan dura guerra,
Que aguardase á salir del mar salado,
Porque el esquife le pusiese en tierra;
Que unos salieron con presteza á nado,
Miéntras en tierra el áncora se afierra;
Otros echando por el aire el vuelo,
Pisaron presto el arenoso suelo.

El rey Sicaboron solo y remoto
Algun peligro temo que padezca,
Y sin nave, sin gente y sin piloto
Pesaráme en el alma que perezca:
Ruéguele á la fortuna algun devoto
Que á mi musa con vida se le ofrezca,
Porque el suceso de su mal le cuente,
Y ella lo mismo á la curiosa gente.

CANTO VI.

¿Quién puede ser quien á mi musa admira,
Y con su vista su hermosura espanta?
¿Qué cosa nueva por el golfo mira,
Que las treguas del ocio le quebranta?
¿Qué oculta fuerza sin templar la lira,
A que cante la fuerza, y versos canta?
¿Quién mi pesada mano facilita
Para escribir lo que su voz me dita?

¿Qué Meguera infernal las aguas hiende,
Y dando en ellas temerarias coces,
Con piés y manos su cristal ofende
Y al cielo con la fuerza de sus voces?
¿Qué temerario monstruo el aire enciende
Con fuego de sus ojos, tan atroces,
Que en humo el agua convertida sube,
Resuelto su vapor en negra nube?

¿Es por ventura el monstruo horrendo y feo
Que nadando á la orilla se endereza,
El que contra las hijas de Cefeo
Envió de las diosas la dureza?
Mas no; que el valentísimo Perseo
Ya triunfó de su indómita cabeza,
Despues que la saxífica Gorgonia
Cortó con le escudo de Tritonia.

Mas ya descubre su presencia bruta,
Y si su misma forma representa,
El es, sin duda, el tártaro de Buta,
Que escapa del peligro y la tormenta:
Desde las aguas á la tierra enjuta
En cólera encendido se presenta,
Y con sus hechos á mi musa obliga,
Sin detenerse, á que en cantar prosiga.

Salió este rey del Címico salado,
Lleno de rabia, cólera y enojo,
Dividiendo las aguas cual pescado,
Pesado con la fuerza del remojo:
Cuando, dejando de la orilla el vado,
Al rayo caluroso del dios rojo,
Flemático descansa de la fuga
Del mar, y el agua que le oprime enjuga.

No se le acuerda de rendirle gracias
A la piedad del cielo, que le trujo
Libre de las tormentas y desgracias
Del mar, que padecía de aguas flujo;
Mas de blasfemias en su sér reacias
Una soberbia multitud produjo,
Y ántes, en vez de compungirse, peca,
Y allí las gracias en pecados trueca.

Con rabia inmensa blasfemando, jura
De derribar de las divinas salas
Al Dios que rige la suprema altura,
Y de amansarle la soberbia á Pálas;
De apoderarse en la region oscura
Del dios Pluton, y de cortar las alas
A Mercurio, y de hacer que á todos ellos
Apriete Marte los altivos cuellos.

No ha de quedar en el Olimpo diosa
A quien con sus rigores no persiga,
Si no es que el ruego de la más hermosa
A dar de mano á su crueldad obliga:
La casta diosa, que ha de ser su esposa
Dice, y que Juno servirá de amiga,
Y Vénus de su ejército ramera,
Y la madre Cibéles de tercera.

Estas razones y otras tales dijo,
Injuriando con ellas á los cielos,
Y en ellos siempre el rostro horrible fijo,
Como en única causa de sus duelos:
Y ya tras el pasado mal prolijo,
Dar quiso al viento sus enjutos vuelos,
Cuando otro encuentro peligroso encuentra,
Y de Caribdis en los sirtes entra.

Vió caminar por la cercana orilla,
Y que en su contra se venía derecha,
Una estantigua flaca y amarilla,
A la humana figura contrahecha:
Al tártaro el aspecto maravilla,
Aunque imagina entónces y sospecha
Que contra su valor el miedo traza
Esta inventiva para darle caza.

Eran todos sus miembros carcomidos,
Marchitos, tristes, sin color y yertos,
De la pobreza y desnudez vestidos,
En ansia vivos, en aspecto muertos;
En dos cavernas lóbregas metidos
Los ojos, y los huesos descubiertos,
Las cuerdas encogidas, y las venas
Vacías de sangre, y de flaqueza llenas.

Miró la bestia al Rey, y el Rey miróla,
Y apénas pudo detener la risa,
Viendo su forma revejida y sola
Con cuánta flema las arenas pisa:
«Hola», le dijo al Rey; y el Rey á él «hola»,
Que le responde sin temor le avisa,
Cuando á ver lo que quiere se previene,
Saliéndole al camino por do viene.

Apresuró el lijero movimiento
Al barriliense rey pequeño espacio,
Y la figura con su paso lento
Puso delante dél su vulto lacio:
Demonio, el Rey le dijo, macilento,
Si demonios caminan tan despacio,
Y si ya que en el paso no lo eres,
Demonio en la figura, ¿qué me quieres?

»¿Eres, di, por ventura, vil fantasma,
O alguna falsa y hechicera bruja
Que con fuerza de uncion ó cataplasma
Ara su frente y la sustancia estruja?
Porque no soy persona que se pasma
De verte tan decrépita y magruja,
Si lo hiciera si fueras un vestiglo
Venido al nuestro desde el otro siglo.

»¿Eres de alguna mosca el alma en pena,
Que en forma triste y en aspecto flaco,
Sin el cuerpo insepulto en el arena,
Penando vives por el aire opaco?
Que si por esta causa te condena
A destierro de gloria el justo Eaco,
Por el dios grande de las moscas juro
De igualarte en la suerte á Palinuro.»

Dijo; y entónces el transido bulto,
Apartando del rostro macilento
El cano y raro crin suelto y inculto,
Así sacó el debilitado aliento:
No tengo mi cadáver insepulto,
Ni soy alma que habito por el viento;
Que ántes de cuerpos y almas soy estrago,
Y el alma quito al cuerpo, y le deshago.

»No soy fantasma, bruja ni estantigua,
Como á tus ojos dices que parezco;
Porque más que esas cosas soy antigua,
Y en mi vejez la informacion ofrezco:
Mi proceder decrépito averigua
El efecto tan duro que apetezco;
Es mi madre la gula, el tiempo padre,
Y soy de insultos y trabajos madre.

»Yo soy aquella que primeramente
Fui por órden de aquel que así lo quiso,
Quien al padre primero de la gente
Tenté cuando salió del paraiso:
Yo soy por quien le dijo al delincuente,
Saliendo á su destierro tan preciso,
Que yo le haria mil veces que sudase,
Porque de mis rigores se librase.

»Yo soy aquella que de casa en casa
A los mortales míseros visito
Tres veces cada dia, y pongo tasa
En lo que morirán si se lo quito:
Yo soy aquella de virtud escasa,
Porque soy quien la estrago y la marchito;
Y soy quien hizo que Eresicton fuese
El mismo que á sí mismo se comiese.

»Yo soy aquella que de ley carezco,
Cuya frásis latina se tradujo
En decir en Castilla que parezco
Cara de hereje con mi sér magrujo:
Soy la que los manjares encarezco,
Y sin ser quien los gasto, soy quien trujo
El mundo á tal extremo, que al materno
Diente he dado á comer el hijo tierno.

»Yo soy, en suma, un perro de hortelano,
De todos los vivientes enemiga,
Que para mí ninguna cosa gano
Cuando del bien ajeno soy mendiga:
Yo soy aquella que el pequeño grano
Vedo á la boca de la astuta hormiga;
Y siendo quien que coman no consiento,
Soy quien de ayuno y hambre me sustento.

»Allá en un monte de la Scitia extrema
Tengo mi casa sola, oscura y triste,
Donde con fuerza el aquilon requema
La tierra, que de yerba aun no se viste;
Adonde el rayo del calor no quema,
Por el hielo cruel que le resiste:
Allí habito, teniendo con quien trate
Solo al temor, que allí los dientes bate.

»Desde allí solamente á verte vengo,
Por si eres tan valiente como dice
La fama tuya, á quien envidia tengo,
Y quiero ver si tu valor desdice:
La Hambre soy, que hacer en tí prevengo
Lo que en el pecho de Eresicton hice:
Aquí sabrás quién soy, y yo quién eres,
Si no viene en tu ayuda Baco y Céres.»

Dijo; y furiosa, el magro vulto llega,
Y al Rey soberbio con audacia toca;
El rostro hambriento con el suyo pega,
Respirando veneno por la boca:
El iracundo Tártaro reniega
Viendo la furia temeraria y loca,
Y buscando confuso los aceros,
La hambre cruda se los dió más fieros.

Lucha con el soldado, y de repente
Desaparece el monstruo en la ribera,
Pensando en aquel trance el Rey valiente
Que en tenues auras se voló la fiera;
Pero al instante en lo interior la siente
Que de sus fuertes miembros se apodera,
Y juzga que se entró por el estrecho
De su gaznate á dar mal rato al pecho.

No sale por la Libia leon hambriento
Con bramidos tan altos y feroces,
Dejando atras al más lijero viento
La fuerza de sus ímpetus veloces,
Como salió con denodado intento
Hiriendo al cielo con soberbias voces,
Traspasando los aires cual cometa
Este moscon, á quien el hambre inquieta.

No encuentra en todo el campo quien le lleve
A su ejército, ó dél le traiga nueva;
Los secos vientos presuroso hebe,
Y el corazon hambriento en ellos ceba:
Vuela un espacio largo en curso breve;
Por esta parte y la contraria prueba,
Y mirando por todas desde léjos,
De un chapitel le dieron los reflejos.

En él la vista denodado encara,
Y ser remate de una torre mira,
Y como el perro, á quien suspende y pára
El aire de la prisa con que gira,
Del viento al fresco aliento se repara,
Y tras el rastro de la caza tira;
Así estotro repara á ver la torre,
Y vista, al punto allá se parte y corre.

Paróse en la mitad del campo raso,
Por ver si por la parte donde iba,
Para saber para la torre el paso,
Hallaba rastro de persona viva:
No pudo ver alguna, pero acaso
Humo miró subir la torre arriba,
Y apénas esto vió, cuando al momento
Se puso bien cercano del cimiento.

Por entre el humo negro se divisa
Una encendida y temeraria hoguera,
Y gente junto á ella, que con prisa
Solía cruzar solícita y lijera:
Quiso hacer en secreto la pesquisa
Y mirar, sin ser visto desde afuera,
La verdad del suceso, y para el caso
El cuerpo guarda, y apresura el paso.

Y á poco espacio por las dos ventanas
De sus narices anchas entró un viento,
Dándole ¡gran ventura! nuevas sanas
Al triste corazon y pensamiento;
Que allí sin duda sus hambrientas ganas,
El cansancio pasado y el tormento
Que la fiera en su estómago le causa,
Tendrán límite cierto y pondrán pausa.

Alegran los espíritus vitales
El buen olor que por el aire vino,
Y aparta luego con premisas tales
De sus sentidos el furor mohino:
Despues por los desiertos arenales
Torciendo su camino sin camino,
Sin que alguno pudiese ver por dónde,
Llega á la torre, y sin temor se esconde.

Era esta torre desde donde acecha
El rey Sicaboron cuanto allí pasa,
Por obra insigne, de una pieza hecha
Sin mezcla de betunes y argamasa:
La punta sube desde el pié derecha,
Cuya cumbre sin par las nubes pasa,
De manera que vieran en su altura
De otro Nembrod soberbio la locura.

Del chapitel la punta se divisa
Con tanta altura, que sin duda creo
Que no puso pirámide Artemisa
Tan grande á su difunto Mausoleo:
La negra sombra de su altura pisa
De tierra muchos pasos en rodeo,
Obra al fin que la madre comun pudo
Hacer, adonde el arte quedó mudo.

Mas ya el curioso por saber codicia
Qué torre es esta ó qué milagro raro,
Obra mejor que la soberbia Egicia,
Más admirable que el ingenio faro:
Sepa, si no ha llegado á su noticia,
Que esta, con quien alguna no comparo,
Era un hongo terrible y estupendo,
De la preñada tierra parto horrendo.

A sombra de su altísima techumbre
Cuatro pulgas armadas razonando
Vió, que entre brasas de infinita lumbre
Una liendre montés iban asando:
No le dieron las armas pesadumbre
Al Rey, que el espectáculo mirando
Se alegra, y entre el grande regocijo
Oyó á un soldado pulga que así dijo:

«Ya sabe nuestro ejército por cierto,
Que el rey Sicaboron, comun padrastro
De nuestras fuertes gentes, es ya muerto,
Gracias al cielo y al propicio astro:
No ha sido por los suyos descubierto,
Ni dél por ningun modo se halla rastro;
Y si él en nuestra contra no se halla,
Vencerá el gran Mirnuca la batalla.»

«Eso nunca será miéntras yo viva,
Dijo el tártaro rey entre sus dientes,
Si del vital aliento no me priva
La enemiga comun de los vivientes:
Aparejáos, canalla vengativa,
Porque habréis menester el ser valientes;
Que llega cerca del redil el lobo,
Que piensa hacer en vuestra presa robo.»

Salió á sus ojos el varon dispuesto
Con denuedo feroz, mostrando á todos
Los cuatro juntos el transido gesto
Y el cuerpo estropeado de mil modos:
Ellos, su vulto viendo tan funesto,
Estábanle con risa echando apodos:
«¿Qué demonio el infierno nos envia,
O qué vestiglo ó comedora harpía?»

Oyelo todo el Rey y disimula,
Y á llegar cortesmente se comide,
Y dice: «Caballeros, si estimula
Lástima vuestro pecho del que pide,
Si el que es pobre y hambriento tiene bula
Para que donde hallare se convide,
Pues para solos cuatro asais tal bestia,
Que os la ayude á comer no os dé molestia.»

«Hidalgo, que en lo flaco y estrujado
Nos muestra ser hidalga su persona,
¿Qué ballena del mar le ha vomitado?
Dijo una pulga entónces socarrona:
Diga, ¿quién las mejillas le ha chupado,
O cómo así trae hecha la mamona?
Pase adelante presto, si no espera
Que como estotra liendre asado muera.

»Bien sabe, amigo, que de asar vivimos,
Porque este solamente es nuestro oficio,
Y que no estando asando, nos morimos;
Que es nuestra vida ajeno perjüicio;
Y pues sin ser asado, permitimos
Que libre pase, estime el beneficio,
Y sepa que se engaña si hace cuenta
Que es la campaña bodegon ó venta.»

La sangre helada, con la furia hambrienta
En cólera se enciende, y el enojo
Al furibundo tártaro atormenta,
Por ver su acero en sangre aleve rojo:
«Hoy, gente vil, me pagaréis la afrenta,
Dijo, si de las vidas os despojo,
Y que me déis hará la fuerza mia
Lo que no pudo hacer la cortesía.»

Saca desnudo el cortador acero,
Que ha sido en sus fortunas y trabajos
Por la tierra y el mar su compañero,
Temblando mar y tierra de sus tajos:
«Salid, dice, canalla, porque quiero
Vuestra carne villana hacer tasajos,
Y con ella y la liendre que se asa
Desterrar esta hambre de mi casa.

»No me da pesadumbre que seais cuatro,
Porque sois para mí pequeña presa;
Que tengo lleno el infernal baratro
De gente fementida como esa:
De que no pueda verse en un teatro
Mi gran valor y vuestro fin me pesa,
Aunque bien sabe el mundo que á millares
Suelen matar las pulgas mis pulgares.»

Levántase al instante la caterva,
Y á los furiosos golpes se apercibe,
Temiendo á tiempo tal la verde yerba
Que con la sangre de verdor se prive:
Batalla tan horrenda y tan acerba
No la han visto en el mundo, ni se escribe,
Desde que juntan gentes enemigas
Contra las fuertes moscas las hormigas.

Visten al punto los siniestros brazos
De recios y finísimos escudos,
Reparo, si le tienen los golpazos
De los aceros limpios y desnudos:
Rompe el Sicaboron los fuertes lazos
De los almetes con los golpes crudos,
Y al cielo y á la tierra pone grima
De las pulgas y el tártaro la esgrima.

Todo soldado con valor se adarga,
Y con furor colérico acomete;
Pero el Rey con su espada los alarga,
Cuando por ellos sin temor se mete:
Sobre la gente misera descarga
Golpes, sin que resista capacete,
Y los cuatro con saltos se le acercan,
Y por las cuatro partes al Rey cercan.

A la serpiente víbora semeja
Entre fieros leones africanos,
Que por picarlos y escapar forceja
De entre las gritas de sus piés y manos;
Al jarameño toro, á cuya oreja
Acuden á cebarse los alanos;
Al jabalí cerdoso, que en los cerros
Matando se defiende de los perros.

Entre la fiera turba que rodea
Su vulto, al de la ira semejante,
Con la espada furioso se mosquea,
Jugando de ella como de un montante:
Lijero á todas partes se menea;
Ya retira la pulga de delante,
Ya espanta la de atras, y denodado
Ahuyenta la del uno y otro lado.

Seis pasos una pulga se retira,
Atento el bravo Rey á ver su ensayo,
Y ve que un dardo pasador le tira,
Que le causara el último desmayo:
Húvele el cuerpo el Rey, que el dardo mira,
Y déjale que pase como un rayo:
Pasa, y al paso que de allí se aleja,
Llega su espada á la contraria oreja.

Dale al instante tan terrible bote,
Que del aliento y el vivir le priva,
Y la oreja con medio del cocote,
Matizando la yerba, le derriba:
Sintieron los soldados el azote,
Encendidos en cólera más viva,
Mirando con el golpe repentino
El ángulo cuadrante vuelto en trino.

Viéndose entónces del soldado faltos,
Los tres pulgas coléricos reniegan,
Y al tártaro furioso con sus saltos
Rabiando se avecinan y se llegan,
Y descargando los aceros altos,
Golpes al aire rigurosos pegan;
Y el fiero Rey, probando arremetidas,
Con la muerte amenaza sus tres vidas.

Acércanse los tres, pero no tanto
Que al tártaro le toquen á la ropa;
Que tienen ya experiencia del quebranto
Que hace en las armas que su espada topa:
Tan fuertes golpes no se han visto en cuanto
Da sombra de la torre la alta copa,
Ni en cuanto el sol con sus caballos corre,
Que es poco más que sombra hace la torre.

Miéntras tiene el jayan los dos delante,
Y entre ellos lleno de furor se envuelve,
Luego contra la espada del gigante,
Brotando enojos, el tercero vuelve:
Tírale un cortapiés, pero al instante
El pecho fuerte el tártaro revuelve,
Y ántes que pueda herirle el bravo tajo,
Salta, y pasa la espada por debajo.

Su nombre allí el soldado pulga ensalza,
Si con el fuerte tajo no le yerra;
Y si el Rey tan lijero no se alza,
Diera fin con el suyo á aquella guerra:
Echale entónces á la pulga calza,
Que levantar le hizo de la tierra
Más de diez piés bien largos, aunque sean
De aquellas pulgas que con él pelean.

Valióle la lijera cabriola
El escapar de la mortal herida;
Que cortarle pudiera aquella sola
Con las piernas el hilo de la vida:
Entónces el rey tártaro enarbola
El brazo, y con su cólera ofendida
Hizo con un reves lo que no hizo
De tajo el pobre pulga, á quien deshizo.

Ya con estas son dos las que caminan
A dar la nueva á la region oscura,
Cuando las dos restantes determinan
Poner fin miserable á su locura:
Contra el fiero pagano se avecinan,
Y la que estaba en parte más segura,
En su cabeza un golpe dió de llano,
Que en el taller le oyeron de Vulcano.

Quedó el soberbio tártaro aturdido
Con la fuerza del golpe temerario,
Que pareció tocarle en el oido
Más campanas que tiene un campanario:
De su vista al diabólico sentido
Se le ofrecieron ¡caso extraordinario!
Tal número de estrellas, que Zoroastro
No conoció de noche tanto astro.

Cayó, mas fué de suerte la caida,
Que subió más de punto su impaciencia,
Y con la vista en cólera encendida
Se levanta á la fuerte competencia:
Fué como cuando sale más herida
Y suele hallar mayor la resistencia;
Que más entónces se levanta y bota,
Sacudida con fuerza, la pelota.

«Gentes infames, dijo, gentes viles,
Hoy quedaréis sin vida en la batalla,
Aunque estuviera como la de Aquiles
Invulnerable vuestra fuerte malla;
Que del valle el señor de los barriles
Como otro Páris en contrario se halla;
Hoy moriréis, villanos, gente astuta,
A las manos del tártaro de Buta.»

Apénas el del valle Barriliense
Con apellidos tales se les nombra,
Cuando no queda pulga que no piense
Que la muerte en el tártaro la asombra:
Pídenle que el enojo recompense
Con que solo le dejen á la sombra,
Y allí la liendre que se asaba dejen,
Porque él los deje que de allí se alejen.

No repara el jayan en sus razones,
Ni pudo, estando en cólera metido,
De las pulgas oir las peticiones,
Ni en sus ofertas aceptar partido:
Quisieran excusarse los varones
Pulguinos con no haberle conocido;
Mas él á sus excusas y á sus quejas
Hace ¡oh crueldad! de mercader orejas.

Las pulgas con piedad al Rey arguyen,
Mas no sacan provecho deste lance;
Y al fin, como pudieron huir concluyen
Para escapar del riguroso trance:
Con las alas del miedo los dos huyen;
Sigue el maldito tártaro el alcance,
Y acércaseles presto el monstruo fiero,
Que más que el miedo mismo era lijero.

Ya en las pisadas sienten que se acerca
Como lijera bala de escopeta;
Que su obstinada rabia y furia terca
Ni á la humildad ni á la piedad respeta:
Tírale una estocada á la más cerca,
Y por la espalda hasta la cruz le espeta
La espada, que sacó la punta dura
Envuelta en las entrañas y asadura.

En tanto que el pagano rey de Buta
En el cuerpo pulguino miserable
Con demasiada cólera ejecuta
El acto furibundo y execrable,
Con saltos largos la restante astuta,
Huyendo del peligro inevitable,
Sin dejar de sus pasos las señales,
Huyó por los desiertos arenales.

Vuelve fiero la vista, y por la playa
Ni el campo el otro pulga se divisa,
Y pésale en extremo que se haya
Escapado el contrario tan aprisa;
Mas porque ya la hambre le desmaya,
Vuelve á la liendre que para él se guisa,
Y al punto descubrió la excelsa cumbre
Del chapitel, la torre, el humo y lumbre.

Llega el pagano, y de la misma traza
Que el leon que, saliendo de su cueva,
Presa hicieron las suyas en la caza,
Y en las carnes colérico se ceba:
Así á la grande bestia despedaza,
Y arreo el cuerpo de la liendre lleva,
De manera que el tártaro en un punto
Se comió carne y huesos todo junto.

Despues que de la hambre el mal prolijo
Y el bélico furor hubo pasado,
Y entró en su ayuno cuerpo el regocijo,
Junto y revuelto con estotro asado;
«Vencite, bestia temeraria, dijo,
Vencite, bulto triste y estrujado;
Con una bestia muerta quedas muerta,
Entraste, y sales por la misma puerta.

Salió la hambre de su cuerpo y casa,
Y apénas este ya vencido sale,
Cuando otro el pecho con furor le abrasa,
Que tanto como el otro puede y vale:
La fiera sed sus hígados traspasa,
Que apénas hay tormento que le iguale;
Que sed, desnudez y hambre son los ciertos
Enemigos del cuerpo descubiertos.

Pero no duró tanto su tormento;
Porque el libero padre siempre franco
Quiso aplacarle su furor sediento
Al que era entónces de la sed estanco.
Extendió su lijero movimiento
El moscon, y halló un grano de uva blanco,
Del cual chupando el regalado zumo,
Subió á los ojos el alegre humo.

El dulce humor con el aliento trujo
La sed, haciendo de su pecho fuga,
Y falto de licor quedó el orujo,
Como cuando el lagar su bulto arruga:
El tártaro á la sombra se retrujo,
Y allí el sudor de su cansancio enjuga,
Miéntras la fuerza del calor que abrasa,
Pasa, y la del licor chupado pasa.

Allí, por permision del padre Baco
Y por el grande beneficio y obra
Que obró en el cuerpo tan sediento y flaco,
El jaez de la uva el nombre cobra;
Y es conclusion que de premisas saco,
Que para buena conjetura sobra
Ver que sustenta el nombre, y que se llama
La especie de uva, moscatel por fama.

¿Quién duda que haya nombre que no tenga
Derivacion alguna ó fundamento,
Para dar á entender que le convenga
Su nombre mismo por algun intento?
Pues ¿qué origen tendrá, de donde venga
Con tanta propiedad ni tan á cuento,
Para que llamen moscatel la fruta
Que dió la vida al gran moscon de Buta?

No habia dormido el varonil soldado,
Y apoderado dél el dios Lieo,
A las ninfas del campo encomendado
Le dejan y en los brazos de Morfeo:
Pues que, rendido ya el varon alado,
Entre las matas reposar le veo;
Miéntras el campo de la hormiga enseño,
Diosas de aquel lugar, guardadle el sueño.

CANTO VII.

Despues que en los vivientes la insolencia
Llegó á su punto, y á los hombres puso
En tan terrible extremo y diferencia,
Que el cielo en su maldad se vió confuso;
Despues que pronunciaron la sentencia
Los dioses contra el mundo, y se propuso
Que el fuego, al fin, de ejecutarla deje,
Respecto al cielo y á su inmóbil eje;

Despues que se concluye en la revista,
Que á Neptuno el estrago se cometa,
Y que la tierra de sus aguas vista,
Y con ellas la deje pura y neta;
Despues de esta intencion sabida y vista
Por el dios del tridente, que sujeta
De las ondas del mar los fuertes brios,
Y las aguas reparte entre los rios;

Despues que todos levantando espuma
Sus arenas y límites rompieron,
Y los vapores con que al aire ahuma
La tierra su region oscurecieron;
Despues que, fieros, la mojada pluma
De sus alas los vientos sacudieron,
Y el cielo, que á las gentes miró ingratas,
Cerró su luz y abrió sus cataratas;

Despues que á nuestra máquina sepulta
El agua dentro en su profundo seno,
Y á Pirra libre y Deucalion oculta,
Par, entre tantos malos, solo bueno;
Despues que del oráculo resulta
Modo de verse el mundo de almas lleno,
Y el iris vieron, que á los dos saluda,
Indicio que la guerra en paz se muda;

Al fin, despues que Júpiter divino
Tomó venganza del mortal linaje,
Por causa de que andando peregrino,
Viendo la tierra en diferente traje,
Al palacio del rey de Arcadia vino,
Y viendo la maldad de su hospedaje,
Quiso que hiciese el agua al mundo robo,
Y el Rey quedase convertido en lobo;

Quedó la tierra llena de pantanos
Con el agua corrupta detenida;
Que estanque de culebras y gusanos
Era la tierra entónces parecida:
Inficionó el vapor los aires sanos,
Sin perdonar en su region la vida
Aun á las aves, que en mitad del vuelo
Bajar se vieron muertas para el suelo.

Entre otras bestias que la madre tierra,
Fecunda en aquel tiempo de inmundicia,
Produjo, fué una sola en quien encierra
De su seno el veneno y la malicia:
Con ella quiso hacer sangrienta guerra
De la celosa Juno la codicia,
De que á Latona el parto le estorbase,
Porque á luz las dos luces no sacase.

Pero despues que allá en la isla Ortigia
No tuvo el parto de Latona estorbo,
Y pudo Febo con la flecha frigia
Vibrar, como valiente, el arco corvo,
Luego salió contra la bestia Estigia,
Y encarando la flecha al bulto torvo,
Piton quedó vencido y por el suelo,
Satisfecho y vengado el dios de Delo.

Y como de la sangre gigantea
Que derramó en la tierra el rayo ardiente,
Del jimio imitador la estirpe fea
Vino á ser sucesora y descendiente;
Y como de la sangre medusea
Aquel que abrió la cabalina fuente,
Y nació de simiente de Vulcano
Aquel semidragon medio hombre humano;

Así tambien de aquella sangre hirviendo,
O por mejor decir, de la ponzoña
Que derramó en la tierra el monstruo horrendo,
Con que el campo y sus yerbas emponzoña,
La tierra, nuevos partos previniendo,
Con su calor el mal humor retoña,
Y dél nacieron bestias semejantes
A la que mató Febo poco ántes.

La sangre mala de la bestia fiera
En nuevas formas su furor trasforma,
Y la malicia allí de la primera,
Si no en el bulto, en la crueldad se forma:
De aquella especie de animales era
La multitud de la cornuda forma,
Que fuéron convertidos en varones,
Y por esto llamados mirmidones.

Destos fué, y por su origen, de quien dijo
El bravo Enéas, cuando allá en Cartago
Quiso Elisa saber el mal prolijo
De Troya, y de sus gentes el estrago:
«Mándasme que el dolor con que me aflijo,
Y en su memoria ¡oh reina! me deshago,
Te cuente, caso que ablandar pudiera
Del duro Mirmidon la estirpe fiera.»

Al fin, de aquella sangre resucita,
Como parto segundo de la tierra,
La que en fiereza á la Piton imita,
Y hace á las moscas la sangrienta guerra:
En las entrañas de la tierra habita,
Donde este monstruo bandolero encierra
Lo que á los tristes labradores roba,
Y allí lo guarda en la secreta alcoba.

Cuando á robar por los caminos salen,
Espesos trillan una senda angosta,
Industria natural con que se valen
Porque se logre del sudor la costa:
Tienen agudos dientes con que talen,
Y como espesa nube de langosta,
Los trigos en las hazas disminuyen,
Y con las cargas á sus cuevas huyen.

Allí están los graneros escondidos,
Que la turba ladrona de mies llena,
Porque los halle el tiempo apercibidos
Cuando de hielo y nieve el suelo llena:
Entónces en la tierra están metidos
Hasta que muestra el sol su luz serena,
Y el grano hurtado, que húmedo revuelven,
Al sol lo enjugan y á la troj lo vuelven.

Si acaso alguna vez alguna destas
Con otra bestia encuentra de más tomo,
El hormiga feroz la carga á cuestas,
Y á su cueva la lleva sobre el lomo:
Otras veces por llanos y por cuestas
La caza suben con denuedo, y como
Con las vacas de Alcides hizo Caco,
Hace este pueblo, que pobló al de Eaco.

Hace en la cola con los dientes presa,
Y dando pasos hácia atras camina,
Llevando asida con la boca y presa
La caza, y á su cueva la avecina:
Sale al instante la caterva espesa
Viendo la presa junto á sí vecina,
Y ayudan á su hormiga, que así vino
Con el falso pisar por el camino.

A tanto llegó destas su locura,
Que hay de una dellas testimonio cierto
Que quiso hacer su cueva sepultura
Del espacioso cuerpo de un buey muerto;
Y no pudiendo á su caverna oscura
Llevarle, sin mirar su desconcierto,
Dicen que dijo al buey la hormiga loca:
«O estás asido ó es mi fuerza poca.»

Y aunque es verdad que fué soberbio intento
Este que ahora de contar acabo,
Pondero el atrevido pensamiento,
Y por ser de una hormiga, más le alabo;
Que no tuvo pequeño fundamento,
Señales ciertas de su pecho bravo,
Para que destas el adagio diga
Que suele á veces ser leon la hormiga.

Esta caterva, desde el mismo instante
Que de la sangre concebidas fuéron,
Contra las moscas desde allí adelante
El rencor y la ira concibieron:
La causa desto y la razon bastante
Los doctos coronistas no escribieron,
Y todos andan en el caso á oscuras,
Buscando la verdad por conjeturas.

Tú, que el principio y fin de nuestra historia,
Divina musa, sabes y te acuerdas,
Y con tu eficacísima memoria
Al són la cantas de tus dulces cuerdas:
Hazme la causa del rencor notoria,
Pues sus tristes sucesos me recuerdas;
Y permite que ponga en esta lista
Lo que olvidó el antiguo coronista.

Despues que aquel mortífero veneno
Del monstruo serpentino recibido
Fué de la madre tierra, y en su seno
Nuevas formas de bestias concebido;
Ya que estuvo el cruor de calor lleno,
Y de la sangre y el materno nido
Tuvo la bestia hormiga el nacimiento
Y con él su color sanguinolento;

Entónces cuando de la sangre mala
Recibe en sus entrañas copia harta
La tierra, y en su seno se recala,
Y del humor pestífero se harta;
Cuando la fuerza del calor exhala
Lo más sutil, al paso que lo aparta,
La sangre en las entrañas recibida
De la tierra retoña en nueva vida.

El cruor venenoso se endurece,
Y dél la turba hormígena se cria,
Y de su aumento por instantes crece
En la tierra, su madre, la porfía;
Mas luego el aire el enemigo ofrece,
Porque la hormiga desde el mismo dia
Que de la sangre la engendró la tierra,
Tenga enemigos con quien tenga guerra.

Que no sé qué se tienen estas gentes,
Progenie mal nacida serpentina,
Que apénas en el mundo son vivientes,
Cuando su muerte ó guerra traen vecina:
Dígalo Cadmo, que sembró los dientes
De aquel dragon que en Tébas arrüina,
De quien nacieron hombres que en un punto
Tuvieron vida y muerte todo junto.

Digo que entónces, como el buitre suele,
Que en medio de su curso y movimiento,
El cuerpo muerto, aunque distante, huele,
Siguiendo el vuelo tras su olfato hambriento;
Como le fuerza el natural que vuele
A aquella parte que le enseña el viento,
Y habiendo hallado lo que hambriento busca,
En la carne colérico se ofusca;

Así la mosca, al buitre semejante,
Cuando las alas por el viento mueve,
La carne muerta y el hedor distante
Le manifiesta el aire, en que se cebe.
Al fin, llegaron en aquel instante
De aladas moscas un enjambre leve,
Que á sus hambrientas ganas les convida
La carne muerta del Piton podrida.

En su cadáver mísero se ceban,
Y sedientas despues, le desocupan,
Y buscando lugar adonde beban,
El sucio lago de la sangre ocupan:
Allí, para matar la sed que llevan,
De la embebida sangre el zumo chupan,
Poniendo con la fuerza de sus sorbos
Al nacimiento de la hormiga estorbos.

Quedó la tierra al producir suspensa,
Y la caterva del podrido lago
Vengar quisiera la atrevida ofensa,
Haciendo á esotros vomitar el trago;
Pero la madre tierra, en recompensa
De aquella falta, y por debido pago,
Le dió á la hormiga providencia en dote,
Y á la mosca la gula por azote.

Al fin, desde aquel punto, instante y hora
Que de las moscas la progenie aleve
De la sangre corrupta engendradora
Del hormiga feroz el humor bebe;
Desde aquel tiempo acá en los pechos mora
El rencor enemigo, que los mueve
A que en guerras campales se ejerciten,
Y unas con otras el vivir se quiten.

Pero nunca se vió tan en su punto
El furor en los bandos enemigos,
Ni el aparato de la guerra á punto
Para hacer acerbísimos castigos,
Como esta vez, que tiene el poder junto
El rey Sanguileon, de sus amigos,
Y el magno Granestor, rey de la hormiga,
Tambien trae hecha con los suyos liga.

Ya en otras diferentes ocasiones
El rey Sanguileon de la Mosquea
Habia sacado al campo sus pendones
Contrarios á la hormígena ralea:
Ya del rey Granestor los escuadrones
Mil veces en la horrísona pelea
Más sangre de las moscas derramaron,
Que sus abuelos del Piton chuparon.

En la refriega última ántes desta,
Que los fuertes ejércitos tuvieron,
Fué la mayor matanza y más funesta
Que humanos ojos de las moscas vieron:
Siete mil de la gente más dispuesta
A manos del hormiga se perdieron,
Sin que dos escapasen con la fuga
A contar la prision del Ranifuga.

Ya el formígena rey tenia sospecha
De las parcialidades y la liga
Que con la alada chusma tenia hecha
El que bebió la sangre de la hormiga:
Ya sabe que en su contra va derecha
La gente de las suyas enemiga;
Y como aquel que su crueldad barrunta,
Juntó de gentes otra tanta junta.

Despachó por la tierra cien aladas,
Que son las estafetas con que envía
A pedir á los reyes sus ayudas,
Sujetos á su imperio y monarquía:
Las bestias más feroces y más crudas,
En cuanto el orbe de la tierra cria,
Con armas de notable diferencia
Se pusieron al punto en su presencia.

Con quinientas mil pulgas se presenta
Su vengativo rey el Caganielo,
Que allí donde su ejército se asienta,
Cubre de negro luto el ancho suelo:
Es gente belicosa, que atormenta
Sin humanos respetos y sin duelo;
Que tercia al hombro la soberbia pica,
Y emponzoña la parte adonde pica.

Es turba astuta, en los ardides sabia,
Que suele entrarse por lo más estrecho
A dar mal rato y á morder con rabia,
Con que nos muestra bien la de su pecho:
No deja parte alguna que no agravia,
Sin haber resistencia de provecho,
Pues sin reparo en lo interior se siente
La fuerte mordedura de su diente.

Es gente negra más que de Etiópia,
Y para el ejercicio de la guerra
Más que las otras conveniente y propia
Por la sin par ferocidad que encierra:
Trujo el rey Caganielo tanta copia
De tan solas dos partes de su tierra,
Una la fértil Pullía, y la vecina
Selva á quien todos llaman la Canina.

Llegaron ante el Rey, tras los primeros,
De gentes fieras la legion segunda
En monstruos temerarios caballeros,
Con estrépito grande y baraunda:
Con sus piojos sacrílegos y fieros;
En quien la hormiga la victoria funda,
El fuerte Fifolgel salió á campaña,
Despoblando sus sierras y montaña.

Entre los nueve valles que en Astúrias
A las gentes de España recogieron,
Cuando haciendo á Castilla mil injurias
Los sarracenos de Africa vinieron:
Hay uno del cual dicen que estas furias
Que trae el fuerte Fifolgel salieron;
Que el valle Cabezon sin duda cria
Tan hidalga y feroz caballería.

Otros sacó de la Morena Sierra,
De aspecto temerario, aunque magrujo,
Que como jabalis aquella tierra
Gayados y feroces los produjo:
Los montañeses y estos á la guerra
El Fifolgel, su gran caudillo, trujo,
Por ser gente soberbia y inhumana,
Bestias que beben de la sangre humana.

¡Oh cuánto se alegró con su venida
El magno Granestor y el pueblo junto,
Viendo en su ayuda gente tan lucida,
De la fiereza y el rigor trasunto!
Mandóles alojar y dar comida,
Y al Fifolgel que los tuviese á punto;
Que ya los tenia el Rey por guerreadores
Al mismo paso que eran comedores.

Tras estos la gallarda infantería
De belicosa gente se descubre,
Que el rey hinchado de Letiria envía,
Provincia que el mar Cimico la encubre:
Oféndese la luz del claro dia
Con la nube del polvo que al sol cubre,
Que con pisadas de la gente tanta
Hasta llegar al cielo se levanta.

Del nombre heróico de estas gentes viene
El suyo al de Chinchon y su condado,
Y de este mismo origen tambien tiene
El mar Cimico el suyo dirivado;
Y el parecer que diferente suene
Cimico de Chinchon, averiguado,
Muestra al que el símil de los dos no alcance,
Ser el uno latin y otro romance.

El valiente Putrífola á su cargo,
Y como de su rey lugarteniente,
Trae de las chinches el estruendo largo,
Que son medio millon de opuesta gente;
Y por estar su rey con cierto embargo,
No puede hallarse al combatir presente;
Porque á no estar tan gordo, es muy sin duda
Que en persona al hormiga diera ayuda.

El Granestor agradeció la excusa,
Y al Putrífola dijo: «Bien parece
Que vuestro rey servirme no rehusa,
Pues que tal capitan en vos me ofrece:
La liberalidad grande que usa,
Muy grande premio á su lealtad merece:
Estése allá metido en sus resquicios;
Que yo agradezco mucho sus servicios.

»Pero ¿no me diréis qué espesa nube
Es aquella que el aire deja oscuro?
¿No veis que el polvo hasta los cielos sube,
Con que el miedo á mis gentes no aseguro?
Mas basta que al que por contrario tuve,
Es nuestro amigo el fuerte Mosquifuro,
Que con la multitud de sus arañas
A eternizarse viene con hazañas.

»El sea venido muy en hora buena,
Pues mi ejército grande y esperanza
De felices sucesos colma y llena,
Segun tengo en sus obras confianza:
Ya no me puede dar là guerra pena,
Pues que mi campo tal soldado alcanza,
Que desde que nos vive nuestro genio
No se ha visto jamas mejor ingenio.

»Es este Mosquifuro un gran maestro
En forjar estacadas y reparos,
Con todo extremo de excelencia diestro
Entre los más famosos y más raros:
Este pondrá defensa al campo nuestro,
Con que todos podréis aseguraros;
Que harán sus fuertes redes, aunque vengan
Las avispas, que presas se detengan.

»Bien nos muestra su ingenio su figura,
Pues alzando y bajando la cabeza,
Parece que tantea cuanta altura
Se incluye en la muralla ó fortaleza:
No vive mosca de su ardid segura;
Que tiene en estas cosas tal destreza,
Que por murallas unos lienzos traza,
En cuyas redes con ardid las caza.

»Há muchos años que es de mi consejo,
Y puede darle en casos de milicia;
Que es, en efecto, gran soldado viejo,
Y en máquinas de guerra de codicia:
Es alguacil de moscas, nombre anejo,
Porque fiero las prende y ajusticia,
Y todas tiemblan de su barba anciana,
Que al muro nombre dió de barbacana.»

Calló, y llegando el Mosquifuro, puso
De la zanca derecha la rodilla
En la tierra, y humilde le propuso
La gente valerosa que acaudilla:
Mostró el rey Granestor su noble uso
De estimar el valor que se le humilla,
Y agradeció cortés á la zancuda
Caterva la venida á darle ayuda.

Y cuando vió la multitud diversa
De arañas, chinches, pulgas y de piojos,
En mayor cantidad que la que al persa
Hizo bañar en lágrimas sus ojos,
Bien entendió que de la gente adversa
Triunfara y de sus vidas y despojos,
Caminando su ejército seguro
Con el gran Fifolgel y Mosquifuro.

Y porque se consiga el bravo intento,
Mandó que con cuidado y diligencia
Dos aludes le traigan al momento
Al valiente Mirnuca á su presencia:
«Tiene el Mirnuca grande entendimiento,
Dijo el Rey, y es notable su experiencia
Y su gobierno en casos de milicia,
Como nos da su nombre la noticia.

»Muy bien sabeis que se sustenta y ceba
En sangre de enemigos mirmiliones,
Y hizo con ellos de sus fuerzas prueba
En muchas importantes ocasiones:
Digalo de la nuez la oscura cueva,
De donde iban saliendo sus varones,
Que siempre en una y otra escaramuza
Dieron al mirmilion en caperuza.

»Mis senadores al instante vengan
Y fuertes capitanes; porque quiero
Que de caudillo bravo se prevengan,
Para que todo tenga el fin que espero:
El Fifolgel y Caganielo tengan
Mis lados, que uno y otro caballero
Son honor de la Pullia y flor de España,
De la selva Canina y la montaña.

»El Putrífola venga, y no se olvide
Nuestro gran Mosquifuro, que previene
Las fuerzas nuestras, y las otras mide
Con el ingenio que en la guerra tiene:
Cualquiera diligencia el caso pide,
Especialmente si en contrario viene
El demonio del valle Barriliense,
Que no hay quien ser humana mosca piense.

»Aquí llegó una pulga, no há dos dias,
Con tres heridas, todas tres mortales,
Dando por nuevas á las gentes mias
Del pagano de Buta las señales;
Y dijo que, cual suelen las arpias,
Salió por los desiertos arenales,
Y tres mató de cuatro, y que una fiera,
Sin duda á medio asar, se comió entera.

»Ved pues ahora si este diablo llega,
Que demonio es sin duda su persona,
Y viene en nuestra ofensa la manchega
Con la gente andaluz y la de Arjona;
Si el tábano tambien su espada juega,
Y sus lanzas la turba mirmiliona,
Importa mucho un capitan valiente;
Que es belicosa la contraria gente.»

El valiente Mirnuca llegó á punto
Que en la presencia de su rey estaba
El consejo de guerra en órden junto,
Y solo su persona se aguardaba:
Admiró á los extraños el trasunto
De la fiereza que representaba,
Y diéronle lugar de los mejores,
Puesto entre dos barbados senadores.

Callaron todos un pequeño espacio,
Y el Rey, teniendo tiesa la cabeza,
Los ojos revolviendo muy despacio,
Al Mirnuca feroz los endereza:
Suspendióse la gente de palacio,
Y el Granestor á destoserse empieza,
Y dando muestra al comenzar prolijo,
Abrió la boca, y al Mirnuca dijo:

«Mirnuca capitan, el ser notoria
La valentía dese fuerte pecho,
Que me revoca y trae á la memoria
Los servicios que siempre me habeis hecho;
Considerando pues la fama y gloria
Que ganastos estando en el estrecho
De aquel presidio de la fuerte roca,
Sustentándola en pié con gente poca;

»Ahora que con tantos caballeros
Saldrán los escuadrones peleando,
Capitan general pretendo haceros
Contra el orgullo del contrario bando:
Empuñad el baston sin deteneros,
Que cumpliendo, Mirnuca, lo que os mando,
Demas de que verán lo que os estimo,
Me tendré por servido, hormiga primo.»

El cargo el capitan cortés rehusa,
Y dice al Granestor y su senado
Que ya á sus fuerzas la vejez excusa
De administrar oficio tan pesado;
Que quien puede tenerle sin excusa,
Cargo de tanta cuenta y tan honrado,
Son, sin haberlos tales en el suelo,
El Putrífola, el Piojo y Caganielo.

Todos con infinitas sumisiones
Al hormiga discreto le agradecen
Las corteses palabras y razones,
Y por soldados suyos se le ofrecen;
Y al Granestor responden los varones
Que ellos honra tan grande no merecen,
Y arguyen al Mirnuca que es muy justo
Que reciba el baston y dé al Rey gusto.

Aceptó el gran Mirnuca, sin embargo
De las fuertes excusas que propuso,
De general el poderoso cargo,
Y al fin á ejercitarle se dispuso:
Sonó la voz por el estruendo largo
Y gentes del ejército confuso,
Que con sus voces la primera avivan,
Diciendo: «¡El Rey y el gran Mirnuca vivan!»

Entónces llamó el Rey sus comisarios,
Ministros, contadores y llaveros,
Para que de los públicos erarios
Sacasen grande suma de dineros:
Sabe que para fin de sus contrarios,
No hay quien ponga los ánimos y aceros
En los fuertes soldados, ni los haga
Tan prontos á la lid, como la paga.

Mandóles ¡oh gallardo entendimiento,
Y cuánto en Flándes fueras importante!
Que á todos los soldados al momento
Una paga cumplida se adelante;
Y si para cumplir su mandamiento
La plata del erario no es bastante,
Que desocupen todos los graneros,
Y el trigo vendan para hacer dineros.

La liberalidad agradecieron
El Fifolgel y sus soldados piojos,
Y ellos solos la paga no quisieron;
Que el nombre al parecer les daba enojos:
Responden todos que á servir vinieron
Al Rey sin interes ni por despojos,
Y esto de darles paga mal les suena,
Por ser cosa que suele darles pena.

Diéronse por el campo mil pregones
En alta voz de bestias vocingleras,
Que mandaba el Mirnuca á las naciones
De la feroz hormiga y forasteras,
Que sacasen al campo sus pendones
Y pusiesen por órden sus hileras,
Porque á la voz de la trompeta y parche
La gente de á caballo y á pié marche.

Ya va marchando la feroz caterva,
Moviendo al són del atambor el paso,
Dejando con los piés, de verde hierba
El suelo ántes cubierto, entónces raso:
Ya al hado inícuo y á la suerte acerba,
A contraria fortuna y infeliz caso
Lleva tan grande máquina sujeta
El aire de la caja y la trompeta.

Pero ¿qué temeraria muchedumbre
Vecino el suelo del hormiga pisa,
Que el polvo sube á la suprema cumbre,
Y quien lo causa se avecina aprisa?
¿Quién le perturba al sol su hermosa lumbre?
O ¿qué fiera caterva se divisa
Que al sol y al suelo su camino cubre,
Y entre nubes de polvo se descubre?

Mas ya el rüido manifiesta cierto
Que ya á la vista el enemigo tiene
El un campo y el otro descubierto,
Y que uno va á buscarle y otro viene:
Trace, que es tiempo, el capitan experto
Lo que más á su ejército conviene;
Que yo me voy, miéntras lo ordena y traza,
A ver las calles y cursar la plaza.

CANTO VIII.

Pasó la fuerza del soberbio grito,
Envuelto el aire suyo en polvo seco,
Sobre las tristes ondas del Cocito,
Dando en peñascos del infierno el eco:
El padre del ejército precito
En su palacio tenebroso y hueco
Le oyó, y tambien cuando la causa supo,
Grande fué el gozo que en su pecho cupo.

Alegre dijo á un diablo pequeñuelo,
Su paje, por ventura: «Al viento vano
Tiende, demonio, tu lijero vuelo,
Y busca por los aires á Vulcano:
A Lipara camina; que recelo
Que allí los rayos fragua que mi hermano
A los gigantes atrevidos tira,
Cuando rebeldes sus intentos mira.

»Dile que al fuerte Estérope al instante
Deje, que importa, de su fragua el cargo,
Sin que excusa ni causa sea bastante
Para poner á su venida embargo;
Porque á todo el infierno es importante
La suma brevedad, la cual le encargo:
Que se disponga, y baje al punto mismo
A ver mis entresuelos del abismo.»

No aguardó el diablo chico á que su intento
Diga Pluton dos veces; que á la una
Atras dejó su lijereza al viento,
Y allá se puso sin tardanza alguna:
Hallóle, y quiso luego el pensamiento
Decirle de Pluton; y como á una
Sonaba tanto estrépito y martillo,
Ni el diablo pudo hablar ni el otro oíllo.

Sacóle afuera, y dijo que le llama
De prisa el dios Pluton, que luego venga,
Y encomiende sus obras, fragua y llama,
Sin que excusa le dé que le detenga:
Oyó el mensaje el negro herrero, y brama
Porque la pierna coja entónces tenga,
De manera que no pueda tan presto
Ver de su rey el formidable gesto.

Pero luego, sin más inconvenientes,
Con el martillo que tenia en la mano,
Tenazas y los otros adherentes,
Tomó el camino con el diablo enano:
No quiso despedirse de sus gentes;
Que sabe bien el infernal Vulcano
Que tiene dél necesidad precisa
Pluton cuando le llama con tal prisa.

Y obedeciendo en todo el dios herrero,
Pasó, disimulando la congoja
De no darle lugar á ser lijero
La falta grande de su pierna floja;
Y acompañando al diablo mensajero,
Arrastrando llegó su zanca coja
Donde con una y otra reverencia
Habló á Pluton y su infernal presencia.

«¿Qué es lo que el rey de la region oscura,
Dijo Vulcano, manda en su servicio?
¿No está la cárcel infernal segura
De algun enorme daño ó maleficio?
¿Mete Febo por dicha su luz pura
En el infierno por algun resquicio?
¿O qué nueva invencion es la que traza,
En que le dé su ayuda mi tenaza?»

«Ninguno, habló Pluton, mi reino altera
Sin que tema el castigo con su daño,
Y nunca Febo por su cuarta esfera
Ha visto el reino de su luz extraño;
Nadie quebrantará mi cárcel fiera,
Que miéntras ocuparen el escaño
Minos el fuerte, Eaco y Radamanto,
No le alcance la pena del quebranto.

»Mas he querido que en persona vengas,
Viendo lo mucho que de tí confio,
Para que parte de contento tengas
En las cosas que son del gusto mio;
Y quiero con tu industria que prevengas
La barca grande de Aqueronte el rio,
Que como ya há que sirve tantos años,
Temo de su vejez algunos daños.

»A las riberas de Aqueronte parte,
Donde el viejo Caron continuo habita,
Que es quien las almas desde la otra parte
En su barca al infierno precipita:
En su seguridad emplea tu arte,
Sus junturas y cóncavos visita,
Y á sus resquicios pon remedio en suma,
Si por ellos el agua se trazuma.

»Esto es lo principal que se te encarga;
Volando á sus riberas te avecina,
Y manda que te lleven una carga
De clavos, pez, estopas y resina:
Adoba el seno de la barca larga
Adonde tanta máquina camina;
Que han de pasar por ella tantas gentes,
Que al número no igualen los vivientes.

»Dale al barquero las saludes mias,
Y dile que me importa en todo caso
Que vele en mi servicio por seis dias,
Trillando aprisa del infierno el paso:
Que por las ondas de Aqueronte frias
Revuelva y torne su lijero vaso;
Que muchas almas de los cuerpos muertos
Han de pisar los infernales puertos.

»Y que si se cansare, como temo
Más de su edad que de su buen intento,
Y no pudiere al uno y otro remo
Apresurar el lento movimiento,
Que al llegar de las aguas al extremo,
Del cansancio me avise, que al momento
Haré que al nuevo ministerio acuda
La turba graficana á darle ayuda.

»Despues te parte, y al infierno adentro
Por entre sombras lóbregas te mete,
Hasta llegar adonde junto al centro
Se esconde de las furias el retrete:
En viéndote llegar saldrá al momento,
Erizando el cerástico copete,
La furia Alecto con el torvo zuño,
Apretando serpientes en el puño.

»Di que de sus furores se revistan
Ella y sus dos hermanas, y que luego
En mi presencia todas tres asistan,
Sembrando por sus ojos vivo fuego;
Porque conviene que con él embistan
Un ejército loco y otro ciego,
De rabia entrambos, de codicia impresa,
Que los harán de los demonios presa.

»Por entre nieblas de sulfúrea brasa
De las fieras Euménides prolijas
Deja el albergue oscuro, y á ver pasa
Del Erebo y la Noche las tres hijas:
Cercada está su tenebrosa casa
De infinitas y fieras sabandijas,
Y ellas cortando las vitales hebras
Entre víboras pardas y culebras.

»Di que las sombras de su albergue dejen,
Y á verme al mismo punto se apercibau,
Y los crudos aceros aparejen
Con que á la gente de la vida privan;
Y que me importa que de aquí se alejen,
Porque han de hacer que en el infierno vivan
Un infinito de almas que sus filos
Han de enviar á los tenáreos silos.

»Y si el acero que el vivir impide,
Con que la fiera Parca parte y corta
El estambre vital, y le divide
Del cuerpo, y al infierno le trasporta,
Si más agudo acaso el filo pide,
Que se le dé tu industria y arte importa,
Y así en tu muela su rigor afila,
Y corte al paso que Laquésis hila.

»Entra despues por el espacio bruno,
Y de uno en otro lóbrego aposento
Llama á todos los diablos, sin que alguno
No sienta el ronco són de tu instrumento:
Di al ejército negro y importuno
Que á mi palacio vengan al momento,
Aunque de atormentar las almas dejen;
Que harto tiempo les queda en que se quejen.»

Dijo el padre infernal; y al mismo instante
Que el labio cierra, vuela el mensajero
Por el camino lóbrego adelante;
Que, aunque perniquebrado, va lijero
Llega en los aires donde el navegante
Caron habita, el infernal barquero,
Y visita el espacio de su barca,
Alecto y las tiseras de la Parca.

Baja á las salas y al profundo interno,
Y arrima con dos manos á su boca
El vil remate del revuelto cuerno,
Y llamando a los diablos, con él toca:
Sintió la voz el temerario infierno
Con que la turbamulta se convoca,
Y van á ver su rey y señor sumo,
Envueltos entre niebla negra y humo.

Vino de todos ellos el primero
El consumido y pálido Marmota
En un perro soberbio caballero,
Con cuya larga cola el anca azota:
Libicoco tras él llegó lijero,
Que llamas vivas por los ojos brota,
Diciendo en voces de espantables truenos:
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

Sobre un cabron el fiero Barbariza
Por el camino del infierno trepa,
Que en barba y cuernos de su faz mestiza
La del cabron que lleva no discrepa:
Síguele el furibundo Dragoniza
Con gesto y zancas de espantable Nepa,
Y tras ellos el fuerte Malabranca,
Con uña larga, más que el Nepa zanca.

Rompiendo van el lóbrego camino
Con alas de murciégalos lijeros,
Los dos demonios Tarater y Alquino,
Atropellando por llegar primeros:
Tras ellos luego denodado vino
Malatasca el hinchado echando fieros,
Llevando de culebras el copete,
Y en la trasera el fuego de un cobete.

Trillan el reino del Estige y Dite
El soberbio Acaron y Rubicano,
Con hachas encendidas de alquebrite,
Que entrambos llevan en la diestra mano;
Y hediendo á algun pestífero mefite,
Sigue las dos antorchas Graficano,
Y luego el espantable Estizaferro
Con su gesto infernal, mascando hierro.

Retumba en los profundos calabozos
La voz del cuerno horrenda, y se despuebla
El sótano infernal y oscuros pozos
Que la caterva de los diablos puebla:
Cesaron los aullidos y sollozos
De las almas, en tanto que entre niebla
Densísima y espeso torbellino
La endemoniada gente va al camino.

El gesto que al infierno atemoriza
Saca furioso, y la tricorne frente,
Y el tuerto garabato con que atiza
Los vivos fuegos á la presa gente,
El fiero Satanas, que la ceniza
Que el bulto le cubrió de llama ardiente,
De su cuerpo fantástico sacude,
Y á ver el rostro de Pluton acude.

Saca el dragon Behemot los encendidos
Ojos que al mismo infierno representan,
Y por la boca horrisonos bramidos
Que á los demonios con su furia ahuyentan:
Las voces, el furor y los aullidos
Los perversos espíritus aumentan,
Que el ronco cuerno de Vulcano saca
Con grito triste de la sombra opaca.

«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»
Salian diciendo de los cuartos bajos
Los demonios, de fuego y rabia llenos,
De condenadas almas espantajos:
Salió sembrando acónitos venenos,
Envueltos en cerúleos espumajos,
El fiero Belial, bestia sin yugo,
De pecadoras ánimas verdugo.

Belzebut, con su cara horrenda y fea,
Y con la horca en forma de bidente,
Del fuego de la oscura chimenea
Tambien salió con la endiablada gente;
Y sacando la voz estentoréa
Que en su silla infernal Pluton la siente,
Dijo á los diablos de la luz ajenos:
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

Con cuernos de carnero en su cabeza
Y de culebras pardas la pretina,
Sale Astarot, y á caminar empieza
Donde el furor diabólico camina:
Con gritos causadores de tristeza
Va entre la chusma mísera y mezquina,
Diciendo en voz de lamentables trenos:
«¿Qué quiere el rey de los tartáreos senos?»

La ensortijada cola desenrosca
La bestia con sus silbos importuna;
El fiero Leviatan, serpiente tosca
Criada en la mortífera laguna,
Echa veneno por su vista fosca,
Más que la sombra del infierno bruna,
Sacando de su boca la lengüeta
En heridora forma de saeta.

Farfarelo, Folleto y Sulfoneo
Tambien salieron como furia loca,
Cubriendo el rostro abominable y feo
El humo que les sale por la boca:
El homicida y bárbaro Asmodeo,
A la tercera vez que el cuerno toca
Vulcano, sale como herida furia,
Castigando de un jimio la lujuria.

Sale á la voz tambien tras todos ellos,
Con más horrenda y monstrua catadura,
El que entre los espíritus más bellos
Tenia aventajada la hermosura;
Erizados sacando los cabellos,
Rubios un tiempo más que lumbre pura,
Que ahora son de abrasadora lumbre
De tormento perpetuo y pesadumbre;

El príncipe Luzbel, que el nombre solo
Le quedó de la gloria que tenia,
Cuando de más altura que del polo
Le derribó su pérfida osadía;
El padre, al fin, de la mentira y dolo,
Con su lucida en fuegos compañía,
A voz del cuerno triste que los llama,
Salen vestidos de su eterna llama.

Lleva el soberbio príncipe una escuadra
De infernales ministros de la muerte,
Con el trifauce, que á su lado ladra
Y por tres bocas la ponzoña vierte:
Con él salieron de la oscura cuadra
Minos, Eaco y Radamanto fuerte,
Que los tres jueces son de ajenas faltas,
Con cuernos altos y con varas altas.

Pero ningunos cuernos más espantan
Que aquellos grandes del cretense Minos,
Que sobre los más altos se levantan,
Y tras de ser más largos, son más finos:
Estos, si las historias verdad cantan
De Dédalo y sus hechos peregrinos,
La adúltera Pasifae se los puso,
Cuernos del toro de su horrendo abuso.

En forma de diabólicos disfraces
Tras el Príncipe salen mil quimeras,
Mil Celenos inmundas y voraces,
Mil Scilas y Caribdis vocingleras,
Mil esfinges burladoras y falaces,
Fieras sin forma, y multiformes fieras,
Gorgonas, Polifemos, Geriones,
Sirenas, faunos, hidras y pitones.

La diabólica chusma llega, y pára
En viendo el trono de infernal respeto,
Y del rico Pluton la negra cara,
A quien el duro infierno está sujeto:
El fiero conciliábulo repara
A ver del Rey el tremebundo aspeto,
Que daba muestras, no de enojo y pena,
Gran novedad y del infierno ajena;

Hórrida majestad, fiereza grave,
Severidad diabólica le adorna;
Y siendo tal, disimular no sabe
Lo que en ménos rigor su furia torna:
Mira la sala, que de piés no cabe,
Y sin usar de gravedad la sorna,
Sacó la ronca voz de su garganta,
Voz con que á veces el infierno espanta.

«Ahora sí, demonios, que publico
Mi riqueza sin suma y mi ganancia;
Ahora sí podréis llamarme rico,
Que lleno de almas la infernal estancia:
Ya de mi buena dicha os certifico,
Y ahora importará la vigilancia
Vuestra, apretando los tartáreos senos,
Que se han de ver, amigos, de almas llenos.

»Hoy, que el cénzalo, hormiga, mosca y chinche,
Tábano, piojo, mirmilion y araña,
Los calabozos infernales hinche
De almas de cuerpos muertos en campaña,
Bien es que cada diablo parta y trinche
Sus estancias y cuartos, y con maña
Sus aposentos lóbregos dispongan,
Y en nueva pena al nuevo huésped pongan.

»Comision nueva doy á mis tres jueces
Que el sótano infernal desembaracen,
Y para caso tal tengan mis veces,
Las causas oigan y las penas tracen;
Y mando á los espíritus soeces,
Si lo que mandan ellos tres no hacen,
Que en vil destierro del infierno penen,
Y en diez años de celos les condenen.

»Todo diablo feroz se muestre listo,
Y á cada uno se le dé su cargo,
Porque tiene de ver lo que no ha visto
Desde el principio de su tiempo largo:
Al uno y otro pueblo que conquisto,
En sus senos reciban; que me encargo
De darle al diablo que mejor lo haga,
Del negro infierno lo mejor por paga.

»Y para que no tenga por disculpa
El no tener qué hacer en tanta hacienda,
Y del pecado, negligencia y culpa,
De ignorancia la excusa no pretenda;
En su memoria mi razon esculpa,
Sin que se excuse alguno que no entienda
Y sepa el órden que le doy que siga,
Para que con mi intento se prosiga.

»Rubicano y Alquino en el arena
Del rápido Aqueronte estén atentos,
Cuando Caronte trae la barca llena
A poblar los oscuros aposentos;
Y ellos las almas á la dura pena
Remitirán con ímpetus violentos;
Y Barbariza y Graficano quiero
Que ayuden al decrépito barquero.

»Las locas furias con estruendo pasen
A vuelo, no aguardando el de la barca,
Y en vivo fuego de rencor abrasen
Al mosquino y hormígeno monarca:
Sus pechos emponzoñen y traspasen,
Y prevengan de modo que la Parca,
Solo en pasando los agudos filos,
Deje cortados los vitales hilos.

»Al Cancerbero horrible se cometa;
Porque esto no es razon que se le quite,
Pues es perro trifauce, que arremeta,
Y al natural del perro en esto imite;
Y por su angosto trigaznate meta
Al reino oscuro del soberbio Dite
Todas las almas de las moscas muertas,
Siendo sus bocas del infierno puertas.

»Perezca allí la gula de su pecho,
Y aquel torpe vivir á sus anchuras
Halle angosto camino en el estrecho
Del can, pena debida á sus locuras:
Esta es sentencia justa y de derecho,
Y á su rigor conformes desventuras
Paguen los besos que á las damas dieron
Cuando atrevidas sin vergüenza fuéron.

»Vaya Astarot, y en las hormigas haga
Aquello mismo que con ellas hace
El oso montañes, que se las traga
Siempre que hambriento por los montes pace:
Su estómago de hormigas satisfaga,
Pues él dellas jamas se satisface,
Siendo un vientre ministro de justicia
Del otro que lo fué de la avaricia.

»Que no es bien que esta vil se ensoberbezca,
Y descubiertamente al mundo diga
Que gusta mucho que en hurtar padezca,
Cuando huelga la mosca su enemiga:
Perezca, digo, este animal, perezca;
La suerte de la mosca haya la hormiga:
A las dos por extremos las condeno,
Pues solo el medio entre los dos es bueno.

»Las lujuriosas pulgas Asmodeo
En las oscuras cárceles esconda,
Y él á su vicio abominable y feo
Con iguales castigos corresponda:
De la caterva pullícina arreo,
Inquieta, lujuriosa y hedionda,
Del índice y el pólice en sus yemas
Tengan castigo sus soberbias temas.

»Del fiero Leviatan será el camino
El hondo espacio que su vientre tiene,
Por donde se entre el género mosquino
Que á ver las penas del infierno viene:
Esta caterva que al olor del vino
En los cóncavos frescos se entretiene,
Del fiero Leviatan el vientre tenga,
Porque no siempre en fresco se entretenga.

»La plaga cenzalina, que persigue
Con inaudito género de enojos
A los mortales que en los campos sigue,
Entrando sin temor por boca y ojos,
Dragoniza sus ímpetus mitigue,
Y al tiempo que se abrieren los cerrojos
De la infernal y temeraria puerta,
Allí se plante con su boca abierta.

»Tenga correspondencia y semejanza
La pena á su delito cometido,
Y echen de ver que con igual balanza
Justo castigo á su pecado mido:
Dragoniza ejecute la venganza
Del grande atrevimiento que han tenido,
Y dentro de su estómago se metan:
Será la última vez que tal cometan.

»El hinchado Behemot, la bestia fiera,
A la caterva de la chinche inmunda
Prevenga del infierno una caldera,
La que fuere más cóncava y profunda:
En ella su asquerosa vista muera,
Y entre sus aguas infernales se hunda,
Y allí su mal hedor bullendo acabe,
O del hedor pestífero se lave.

»En poder de Behemot el hedor purgue,
Si el diablo de su hedor no se desdeña,
Y Tarater de la caldera burgue
Los fuegos, y Folleto traiga leña:
El infierno Acaron furioso expurgue,
Porque si alguna chinche, aunque pequeña,
Entre los diablos mal oliendo queda,
No habrá demonio que sufrirla pueda.

»Las almas de los crudos mirmiliones,
Que hasta en sus camas á la gente inquietan,
Levantando en las carnes los chichones
Que por chupar la sangre las aprietan;
Esta caterva infame de ladrones
En los últimos cóncavos se metan,
Teniendo á Belial por carcelero,
Que no les deje abierto un agujero.

»El fiero Satanas en las entrañas
Lóbregas del infierno, donde habita,
Meta de las indómitas arañas
La caterva zancuda y infinita;
Y para sus diabólicas marañas
Haga á la chusma bélica y maldita
Que nuevas redes con las suyas tracen,
Porque con ellas nuevas almas cacen.

»Al cruel Malabranca se cometan
Los piojos, fruta vil de galeotes,
Y especial los sacrílegos que inquietan
Hasta los eclesiásticos cocotes:
Destos que las cabezas no respetan
Aun de los mismos sumos sacerdotes,
Malabranca, juntando uña con uña,
Las anchas pieles de sus cuerpos bruña.

»Belzebut el furioso, que consiente,
Sin que por ello se desdeñe y brame,
Llamarse padre desta sucia gente,
Y que la mosca infame se lo llame,
Allá en sus calabozos atormente
A su albedrío el tabanismo infame,
Y su soberbia indómita castigue,
Sin que el llamarle padre á amor le obligue.

»A Lucifer tambien se le reserva,
Del despojo sin par que se reparte,
De melífluas abejas la caterva,
Que es entre todas provechosa parte;
Y aquí castigará con pena acerba
El modo extraño y el oculto arte
De que sola sus fábricas fabrique
Sin que el cómo á las gentes comunique.

»Y lo que con castigo riguroso
Es más justo que paguen bestias tales,
Sin que con ellas pueda ser piadoso
Alguno de los monstruos infernales,
Es porque viendo su panal sabroso
Tan grato al paladar de los mortales,
En cuanto con su maña hacer pudieron,
En asco su dulzura convirtieron.

»Antes del tiempo antiguo de Aristeo
Formaban estas, no en oculto vaso,
Patente á todos el panal hibleo,
De amargo más que de dulzura escaso:
Bien pudiera, á medida del deseo,
El oso, si le hubiera á cado paso,
Entónces libre, remediar su hambre,
Sin dar la muerte al labrador enjambre.

»Marchitaban entónces los colores
A la hermosura que el romero arroja,
Atrevidas chupando de las flores
El oloroso jugo y de su hoja;
Y dellas los purísimos licores
De la miel estimable, dulce y roja,
Con su boca la abeja iba labrando,
Artificiosos cóncavos forjando.

»Era patente la hermosura bella
Del sabroso panal á cuanta gente
Habia en el mundo; y envidiosa ella,
Pesándole que fuese tan patente,
A la deidad divina se querella
Del sumo altitonante omnipotente,
Que no consienta que los hombres tomen
Su dulce miel, que sin trabajo comen.

»Oyó en el cielo el lamentable ruego
El Dios que el orbe universal compuso,
Y fuéles tan benévolo, que luego
Defensa y casa á los enjambres puso:
Sacó de un alcornoque un vaso ciego
Para el melífluo ministerio y uso,
Donde la abeja sus panales guarde
Del ladron, á quien hiera y acobarde.

»Y por defensa del licor suave,
Y para que ninguno se le atreva
A robar lo que sola labrar sabe,
Con que las bocas á los dioses ceba,
Dióle ¡don singular! la espada al ave,
Que dentro de su cola oculta lleva,
Con que estocadas á las gentes tira,
Y del secreto cóncavo retira.

»Siempre el divino Júpiter propicio
Se mostró á las abejas, en memoria
Del alimento en su niñez, indicio
Y pronóstico claro de su gloria;
Mas despues en humano beneficio
Forma y manera reveló notoria
Al arcadio Aristeo, que el primero
Fué, desde aquellos tiempos, colmenero.

»El fué el primero que á la humana gente
Les enseñó, para coger el fruto,
El modo y lugar propio y conveniente
Donde pueda labrar el pueblo astuto:
Desde aquel tiempo antiguo hasta el presente
Han llevado los hombres el tributo
Por arte y maña de la abeja escasa,
Por tasa dando lo que dió sin tasa.

»Llegaron al instante á las orejas
De la madre comun, naturaleza,
De todos los cuadrúpedos las quejas,
En llanto envueltas y mortal tristeza:
De escasas acusaron las abejas,
Pues lo que ella les dió con tal largueza
Para que fuese principal sustento,
No es ya para la boca del jumento.

»De allí el refran se derivó, sin duda,
Que está tan extendido por España,
Y la madre comun suspensa y muda
Quedó á las quejas, y encendida en saña;
Entónces ella con enojo muda
Contra la astucia y cautelosa maña
De las abejas los efectos varios,
Haciendo ser á su intencion contrarios.

»Trocó en su espada cortadora y fuerte
Los temerarios filos, de manera
Que quien pensó con ella dar la muerte,
Hace con ella que ella misma muera;
Y contra el vaso donde esconde y vierte
La dulce miel en cóncavos de cera,
Produjo el oso entre otros animales,
Muerte suya y ladron de sus panales.

»Mirad con tales cosas si hecho tiene
Esta, de sus licores avarienta,
Causas por donde eternamente pene,
Y igual castigo su avaricia sienta;
Y á ser mayor su gran delito viene;
Que no con esto solo se contenta,
Pues con fin de que el hombre no comiera
Su licor, le vertió por la trasera.

»A la crueldad de Lucifer se deje
Dar á tan malas gentes el castigo,
Que yo aseguraré que no se queje
Que no venga su agravio el enemigo;
Y otros crudos tormentos apareje,
Porque tambien ha de llevar consigo,
Donde ejecute su furor y saña,
Los tercios fuertes que pròduce España.

»La soberbia de Arjona y la manchega
Ejercitada gente en hacer robos,
Cuyas crueldades el rocin reniega,
Causa de sus carreras y corcovos,
A su furor indómito se entrega
Con los hambrientos y feroces lobos
Que en su provincia calorosa cria
Murcia con la soberbia Andalucía.

»Y pues los diablos principales tienen
Repartida entre sí tan grande hacienda,
Y tales Indias al infierno vienen,
Vaya cada demonio por su senda:
Mis jueces integérrimos condenen
Al diablo chico ó grande que no entienda
En algo del loable ministerio
De llenar de esta gente el negro imperio.

»Y si para negocios semejantes
Algun demonio grande no se siente
Con aliento ni fuerzas tan bastantes,
Ni con denuedo al caso competente,
Diablos tiene el infierno extravagantes;
Llamen para el efecto desta gente,
Que apénas lo sabrán, cuando sin duda
Todos vendrán á ser diablos de ayuda.

»A Aqueronte, que el agua trasparente
Desde su cueva oscura señorea,
Y de hojas negras la arrugada frente
Con espacioso círculo rodea,
Farfarelo con paso diligente,
Y con palabras cual requiere, sea
El que á notificarle se despache,
No altere sus cristales de azabache.

»Que no saquen sus ninfas la cabeza,
Nadando por su negro y ancho lago,
Si quieren ver su etíope belleza
Libre y segura de atrevido estrago:
Que por sus tristes ondas se endereza
Gente al infierno, que darán el pago
A cualquier ninfa, sin estar segura
De lujurioso beso ó picadura.»

Aquí subiendo de la voz un punto,
Pluton á los espíritus feroces
Dijo: «Ya, turba bárbara, barrunto
Que en la memoria vuestra van mis voces:
Ea pues, potencia del infierno junto,
Cuidado en prevenir; partid veloces,
Demonios de los lóbregos abismos;
Idos vosotros con vosotros mismos.»

Esto el padre infernal dijo; y atentos
Los soberbios demonios escucharon,
Y con la alegre novedad contentos,
Señales ciertas de placer mostraron;
Y apénas puso fin á los acentos
Pluton, cuando los suyos comenzaron
Diciendo que se hará ni más ni ménos
Que quiere el rey de los tartáreos senos.

Al punto Eaco, Radamanto y Mínos
Dejaron los plutónicos umbrales,
Y luego del infierno los caminos
Trillaron los ministros infernales;
Pero ya los cabellos serpentinos
Meguera va arrancando, y las fatales
Tiseras saca ya la Parca fiera:
Alto á ver el estrago desde afuera.

CANTO IX.

Entre las cosas que el celeste espacio
Encierra de más obra y maravilla,
Es la ciudad, metrópoli y palacio,
Adonde tiene Júpiter su silla;
Adonde el tiempo vuela tan despacio,
Que ajena voluntad su paso humilla,
Y de sus tiempos deja solamente,
Sin futuro y pretérito, el presente.

Allí donde los años no envejecen
Las cosas que los dioses produjeron;
Porque siempre perpetuas permanecen
En el feliz estado que les dieron:
Allí las bellas cuadras resplandecen
Del edificio grande que emprendieron,
Adonde consumieron dos deidades
El oro y plata de sus dos edades.

Saturno en tiempo de la edad de oro,
Cuando tuvo sujeto á su servicio
El reino celestial, gastó un tesoro
En comenzar el ínclito edificio;
Pero despues que al paternal decoro
Júpiter se atrevió, su maleficio
De condenar al padre á vil destierro
Trujo la edad de plata y la de hierro.

Entónces los finísimos metales,
Aunque no tales ni de tanta estima
Como el primero, fuéron materiales
Para la obra de los cielos prima:
Las rocas le ofrecieron sus cristales;
Dióle el Oriente su riqueza opima
En finas piedras, y las suyas Paro,
Y el artífice Creta en obras raro.

Dédalo dió la traza, y mil maestros
Entre infinitos dellos hacian raya,
Por ser los más famosos y más diestros
Entre cuantos se hallaron en Vizcaya:
Que desto dotó Júpiter los nuestros
De Europa, pues no hay parte donde vaya
Su ingenio, que no cobre nombre rico,
Ya que no por su lengua, por su pico.

Con estos el artífice de Creta
Tanta solicitud en la obra puso,
Que en poco tiempo la dejó perfeta,
Y de su ingenio á Júpiter confuso:
Allí el palacio del mayor planeta
Con tan grande artificio se dispuso,
Que el Corinto edificio allí echó el resto,
El jonio, tosco, dórico y compuesto.

Sobre columnas dos de plata fina,
Y de oro puro capitel y basa,
La portada soberbia y peregrina
Se funda de la hermosa y grande casa:
Cada columna su largura empina
A quince codos, y de quince pasa
Con basa y capitel, guardando en todo
Módulos justos de arquitecto modo.

De la portada en la soberbia altura,
De bronce duro se divisa y mira
Del dios altitonante la figura,
Cuando los rayos á la tierra tira:
Es tan al natural su propia hechura,
Representando su furor y ira,
Que si alguno la mira, en su semblante
Se ve patente el miedo del gigante.

Dos carbuncos disparan rayos puros
De vivo fuego por sus grandes ojos,
Que puesto parangon, quedan oscuros
Del alumbrante sol los rayos rojos:
El fuerte brazo que dejó seguros
De ser del Serpentígena despojos
A los dioses santísimos, empina,
Que vivo el rayo al parecer fulmina.

Portada en suma de la casa adonde
Júpiter tiene su morada y silla,
A cuya traza su hermosura esconde
Del mundo la más alta maravilla;
A quien, porque en la traza corresponde
La casa de los reyes de Castilla
Del nombrado Escurial, la fama alaba,
Y llama, y bien, la maravilla octava.

Tanto la altura de la tierra dista,
Que si no es con grandísimo trabajo,
Si allí pudiera haberle, humana vista
No viera el alto desde el suelo bajo;
Porque no hay vista humana que resista
La viva lumbre que de arriba abajo
Echa de sí continua el edificio
Por cornija, arquitrabe y frontispicio.

De hermoso jaspe las paredes bellas
En cuatro torres fuertes se rematan
De pórfido, que junto á las estrellas
Del chapitel las puntas se dilatan:
Cien ventanas se miran, que por ellas
Los dioses graves, que las causas tratan
De los mortales, miran y tantean
De cúyas causas los efectos sean.

Por el espacio del zaguan se pasa,
Y desde él (es larguísimo) se mira
El pórtico ó el patio de la casa,
Obra que al arte y la riqueza admira:
Allí el tesoro y el valor sin tasa
Cifrado está, donde la barra tira
De su saber el crético arquitecto,
Y el cantábrico artífice perfecto.

Entre columnas jónicas que á trechos
Hermosos arcos sobre sí sustentan,
Se ven artificiosos antepechos
De blancas piedras que al cristal afrentan:
Suben los sustentáculos derechos,
En cuyas cumbres y remate asientan
Arcos, que dan envidia al de los cielos
Sus hermosas volutas y listelos.

Las basas, capiteles, pedestales,
Listas, abacos, óvolos y frisos
Son de mil vistosísimos metales,
Que hacen diversos y agradables visos:
Las porporciones por extremo iguales,
Los vivos siendo en las columnas lisos,
Insertos delicados collarinos,
Coronas, regoletos y tondinos.

De piedras finas de alabastro fuerte
El milagroso patio el suelo enlosa,
Juntas con tal primor y de tal suerte,
Que no parece sino de una losa:
En medio de este sus cristales vierte
Una hermosa perenne caudalosa,
Echando por seis caños á porfía
El soberano néctar y ambrosía.

En este patio la divina gente
Los unos con los otros se pasean,
Hasta que baja el dios omnipotente,
En cuya alegre vista se recrean:
Pasan de cuadra en cuadra diferente,
Cuyas paredes altas hermosean
Telas que para adorno de las salas
Las recamó con sus doncellas Pálas.

Allí la biblioteca tiene abiertas,
Dando á quien quiere para ver la entrada,
De bronce duro las labradas puertas,
Riqueza entre los dioses celebrada:
Los libros con cadenas y cubiertas
De plata al parecer sobredorada,
Adonde tienen por memoria escritas
De los héroes hazañas infinitas.

Allí está la basílica, que es sala
De suprema hermosura y excelencia,
Que á la estrellada fábrica se iguala,
Y tiene con sus luces competencia:
Estos son los estados que señala
Júpiter á los dioses de su audiencia,
Obra que deja á quien la mira absorto,
Donde el primor y el arte queda corto.

Arrímanse á la sala diez escaños
Que el desnudo Piracmon forjó y hizo
Con primores magníficos y extraños,
Y todos de oro sólido y macizo:
Allí los hados y futuros daños
Y cuanto la fortuna hizo y deshizo,
Júpiter á los dioses les publica
Desde su excelso trono y silla rica.

Esta admirable y milagrosa pieza
Está en cabeza de uno y otro coro,
Como adonde se sienta la cabeza
A quien los dioses miran con decoro:
Presentósela el dios de la riqueza,
Por ser de más estima que el tesoro
Que en sus venas riquísimas encierra
De todo el Potosí la madre tierra.

Su precio y su valor es inaudito,
Por ser toda diamantes que á Vulcano
Trabajo le costaron infinito,
Habiendo de labrarlos por su mano:
Si no es á pura sangre de cabrito,
Labrar estos diamantes es en vano,
Y faltando de sangre grande copia,
Vulcano los labró con sangre propia.

En esta sala á Júpiter visitan
Los soberanos dioses cada día,
Que su regalo y gusto solicitan,
Siendo servirle su mayor porfía:
Todos por rey y por señor le gritan;
Y agradeciendo el dios su cortesía,
Con amor los recibe, y en la sala
Acaricia á los dioses y regala.

Allí los dioses á tratar se juntan,
Y Júpiter sus dudas satisface,
Por sus antigüedades le preguntan,
Y él solo á todos respondiendo apiace;
Y si algunos entre ellos se repuntan,
Y enojo ó ira de sus pechos nace,
Júpiter tiene de juzgar el cargo,
Y ejecuta sentencias sin embargo.

No se le da á ninguno en su presencia
Deidad, porque tan sola su persona
Es del cielo la suma omnipotencia
Que el cetro rige y la imperial corona:
Él fulmina, castiga y da sentencia,
Prohibe, manda, suelta y emprisiona,
Y alguna vez de la deidad les priva,
Y hace al rebelde que en destierro viva.

Y si acaso los dioses, de ira llenos,
No le temen, á rabia se provoca,
Y furibundo manda que los truenos
Al cielo alteren con su furia loca:
Que rompan los relámpagos sus senos,
Y volcanadas echen por la boca
De vivo fuego, y con el miedo quieta,
La caterva de dioses á él sujeta.

Pero luego ellos mismos dan la traza
Cómo el furor de Júpiter se aplaque,
Y que el rayo detenga que amenaza
En las alturas un soberbio baque:
A Ganimédes hacen que la taza
Llena de mosto celestial le saque;
Y en viendo al muchachuelo el dios y al vino,
Deja el enojo y el furor mohino.

Estando pues, como era de ordinario,
Toda la turba que el Olimpo encierra,
En el patio, un ruido temerario
A los cielos subió desde la tierra:
Sobresaltóse allí el concurso vario
De los dioses, temiendo alguna guerra;
Y escapa aprisa el celestial concilio,
Implorando de Júpiter auxilio.

Temerosos deshacen los corrillos;
Y procurando de llegar primero,
Vuela cualquiera dios, aunque con grillos
Que pone el mucho miedo, aunque es lijero:
Los dioses que espantados y amarillos
Y amedrentados vió Jupiter fiero,
Con grande enojo que le traigan pide
El furibundo rayo y el ejide.

«¿Quién, dijo entónces, el Olimpo altera
Sin temor de mis fuerzas y mi rayo?
Quién, celícolas santos, en mi esfera
Pudo meter el miedo y el desmayo?
Muera el villano, el atrevido muera,
Pague la pena su inaudito ensayo:
Por la laguna Estigia, si me enojo,
Que le ha de consumir mi fuego rojo.

»¿Son por ventura los gigantes estos
Que causan vuestro miedo repentino,
Como los otros en el centro puestos
Del alto Pelion, Osa y Paquino?
Que si los espectáculos funestos
Y el fiero rayo que sobre ellos vino
Su soberbio furor no atemoriza,
Hoy se verán resueltos en ceniza.

»Pero ¿qué es esto, que improvisamente
El escabel del cielo titubea?
Dadme, dioses, aprisa el rayo ardiente,
Aterraré la estirpe gigantea:
Armese toda la divina gente,
Muera la vil canalla, sea quien sea,
Pues contra nuestra fuerza será en vano
La del fiero Tifonte ó Centimano.

»Con el escudo y la gorgonia embista
Contra el contrario estrépito Belona;
Muestre su tirso Baco en la conquista,
Y el arco suyo el hijo de Latona;
El bravo Alcides denodado vista
Sus fuertes miembros de la piel leona,
Y empuñe la soberbia Molorquea,
Y Marte desenvaine la Romfea.»

Un dios entónces á los otros dijo,
Mirando en ellos el terrible espanto:
«Cese el débil temor vano y prolijo,
Y de las diosas el medroso llanto:
Mejor será que su elocuente hijo
Envie sin tardar Júpiter santo,
Y allá sepa quién es la fiera turba
Que el sosiego á los dioses les perturba.»

Júpiter dijo: «Está muy bien que vaya;
Y haga en nuestro servicio en hora buena
El hijo hermoso de la bella Maya
Lo que el divino consistorio ordena;
Y porque contra su deidad no haya
Cosa mortal que pueda darle pena,
Si la defensa grave no rehusa,
Llévese la cabeza de Medusa.

»Los céfiros, Mercurio, al punto llama,
Y cálzate al instante los talares,
Y en sus lijeros vuelos te derrama;
Parte y visita los terrestres lares:
Mira en Trinacria si el gigante brama,
Y por todas sus partes y lugares
Si es el temor de nuestros dioses mira
El fuego por su boca que respira.

»Y ántes que dejes los sulfúreos montes,
Y para dar la vuelta á las alturas,
Con tus lijeras plumas te remontes
A la region de las estrellas puras;
A Piracmon, Estéropes y Bróntes,
Que en las fraguas están del Etna oscuras,
Di que á forjarme rayos se dén prisa;
Que de ellos hay necesidad precisa.»

»Toda la tierra sin parar circunda,
Y en su redondo círculo examina
Quién levanta el tumulto y baraunda
Que atemoriza la region divina:
Repara en qué su atrevimiento funda,
Que ha de causarles su total rüina;
Que si no son gigantes, es sin duda
Gente más que ellos rigurosa y cruda.

»Mira si son ejércitos de Francia
Temidos por el ímpetu primero,
O si sale de Italia la arrogancia
Llevando el viento su parlar lijero:
Repara si es la esguízara jactancia,
O los gascones en aspecto fiero,
O si tudescos, gente dada al jarro,
Flamenco astuto ó español bizarro.»

Los alados talones mueve aprisa
El mensajero que del cielo parte;
Los aires mansos denodado pisa,
Revolviendo la vista á cada parte:
Todo cuanto en la tierra se divisa
Seguro vió del riguroso Marte,
Oprimida la fuerza de Tifeo,
Y presos los cien brazos de Briareo.

Del tiznado Piracmon vió desnudos
Los miembros, nuevos rayos fabricando
De temple duros y de punta agudos,
Castigo justo del soberbio bando:
Los ecos del marcial acento mudos,
Las gentes las cabezas coronando
De verde oliva, de la paz despojos,
Y las puertas de Jano con cerrojos.

Las alas libres por el aire suelta
Con cara alegre y espaciosa sorna;
Los vuelos tiende para dar la vuelta
Al sexto cielo, que su padre adorna;
Y apénas sube, cuando mira envuelta
La címica ribera en fuego, y torna,
Y mira entónces lo que no habia visto;
Admírase de verlo, y vuelve listo.

Ante el divino claustro se presenta
Con gran fatiga el mensajero alado,
Que en su pecho parece que revienta
Con tanta prisa el corazon cansado:
Pídele luego Júpiter la cuenta
Del caso para donde fué enviado,
Qué ha visto, qué ha notado, cómo y dónde:
Calla el que se la pide, y él responde:

«Bajé á la tierra, visité la altura
De los Sículos montes, cuyos senos
Sirven de cárcel fiera y sepultura
De monstruos vivos, de soberbia llenos:
Del cojo herrero vi la fragua oscura,
Y vi con aires y espantables truenos
De sus fuelles y horrísonos martillos
Forjar de aleves vidas los cuchillos.

»El Océano inmenso vi tranquilo,
Sin bullicio de guerra ni alboroto,
Y desde el márgen del etiope Nilo
Hasta de Tule el límite remoto:
Vi por el mundo el acerado filo
En las entrañas de la vaina boto,
Hasta que vi en las címicas riberas
Lucir acero y tremolar banderas.

»En las sutiles auras encubierto
Un campo largo á la redonda giro,
Y cuanto campo miro descubierto,
De dos campos cubierto atento miro;
Y estando ya de lo que quise cierto,
Mis vuelos de la máquina retiro,
Para contaros cosas tan extrañas,
Que las tendréis sin duda por patrañas.

»Del rey Sanguileon la gente cruda
En órden, que era un número infinito,
Vi, y junto á ella para darle ayuda
El mirmilion, el tábano y mosquito:
En su contra la araña vi zancuda,
La chinche, pulga y piojo, que el distrito
Dejaron de su tierra, haciendo liga
Por dar favor al Granestor hormiga.

»Cada uno lleva una caterva inmensa
De gente armada, indómita y gallarda,
Que no hay en todos ellos quien no piensa
Que la victoria para sí se guarda:
Quedó en su vista mi deidad suspensa,
Mi doctilocua lengua muda y tarda,
De manera que casi no me atrevo
A dar principio á lo que vi de nuevo.

»Iba pisando el arenoso puerto
La gente mosca, y con furor marchando,
Cuando á la vista vieron descubierto
Todo el estruendo del contrario bando:
Dejaron todo el ancho mar cubierto
De naves sueltas sin patron nadando,
Que pudieran mejor que las de Enéas
Ser convertidas en marinas deas.

»Y luego al mismo punto que se vieron
Las fieras gentes de los dos caudillos,
Con truenos espantables salva hicieron,
Que pudo el reino del espanto oillos:
Allí los campos sin parar corrieron
Para tener reparo, á dos castillos,
Puestos el uno y otro frente á frente
Para la gente hormiga y mosca gente.

»Ya que las fuerzas fuéron descubiertas
De tanto infante armígero y ginete,
Corre el Sanguileon, y por cien puertas
Del un castillo sus soldados mete:
El Granestor tambien, que miró abiertas
Las del otro que entrada le promete,
Apresurando las veloces plantas,
A los suyos metió por otras tantas.

»Tremolaban al aire cien banderas
Sobre sus torreones poderosos,
Abiertas por los muros mil saeteras,
Y la tierra con mil profundos fosos:
Allí metieron las naciones fieras
Sus fuertes escuadrones belicosos,
Y aunque eran infinitas cantidades,
Eran los dos castillos dos ciudades.

»Estos asilos dos ó fortalezas,
Que dentro de sus muros contenian
Tantas estancias y anchurosas piezas,
Donde tantos ejércitos cabian,
Eran fuertes bestiones, ó cabezas
De tales, porque serlo parecian;
Y eran, segun por las señales hallo,
Calaveras de vaca y un caballo.

»En la de vaca el fuerte Mosquifuro,
Con sus trazas, enredos y marañas
Cerró las puertas, y dejó seguro
En él su campo de enemigas mañas;
Y luego para fuerza y antemuro
Un bestion fabricaron las arañas,
Que fieros mosquetazos resistia
Y balas de contraria artillería.

»Cien piojos hay las noches y los dias,
Que, sobre el muro altísimo velando,
Están las enemigas compañías
Del rey Sanguileon atalayando:
Cien pulgas andan siempre por espías,
Viendo las trazas del contrario bando,
Y cuando el mosca su intencion divulga,
Lo divulga á su rey tambien la pulga.

»De las abejas los ingenios raros
Tambien hicieron admirable hacienda
De estacadas, bestiones y reparos,
Donde la chusma alada se defienda:
Vense los unos y los otros claros,
Máquinas fabricando en la contienda,
Saliendo á veces á probar sus brios,
A verse en mil campales desafíos.

»Están sobre los altos torreones
Donde la mosca con su gente habita,
Doscientas atalayas mirmiliones
Viendo lo que el hormiga solicita;
Y estos á los amigos escuadrones
Están diciendo con perpetua grita:
¡Al arma, amigos, arma, alerta, alerta!
Que sale el Mosquifuro por la puerta.—

»Despues de varios trances y sucesos,
En que á veces se vieron peleando,
Y ya los unos y los otros, presos
Iban llevando del contrario bando,
Llegóse á los ejércitos, espesos
De soberbia canalla, el tiempo, y cuando
Hubieron de salir de la muralla
A dar en campo raso la batalla,

»Por un millon de puertas y aberturas,
Resquicios, hendeduras y agujeros,
Salen armados de sus armas duras
Los capitanes y soldados fieros:
Su luz perdieran las estrellas puras,
Puestas en parangon con los aceros,
Que tanto desde léjos relucian,
Que émulos de sus luces parecian.

»Del castillo salió, si bien me acuerdo,
Del rey Sanguileon la gente fiera,
Al campo raso, por el ojo izquierdo
Del soberbio bestion ó calavera:
Ya que con paso más veloz que lerdo
Esta inhumana chusma se vió fuera,
Por el ojo derecho con su gente
Salió volando el tábano valiente.

»Por las partes adonde las orejas
En la cabeza fijas estuvieron,
Por una y otra al campo á las parejas
Dos soberbios ejércitos salieron:
Con la manchega mosca las abejas
Con temerario estrépito vinieron,
Y con estruendo la de Arjona guia
Los tercios de la fuerte Andalucía.

»Por donde las narices y la boca
La bestia caballar un tiempo tuvo,
Salió tanto mosquito, que era poca
La plaga dellos que en Egipto hubo:
Cuando toda la chusma el Rey convoca
Sobre su campo, entre las auras subo,
Llevado al fin del natural deseo,
Y desde el aire cuanto trazan veo.

»Al rey Sanguileon miré entre todos,
Cuyo retrato está en mi mente escrito,
Porque era bien más alto cuatro codos
De los suyos, que el más galan mosquito:
Solicitando trazas, dando modos
Andaba entre el ejército infinito,
Plantando hileras de escuadrones largos,
Banderas reformando, y dando cargos.

»De negras armas iba el Rey cubierto,
Que se las puso por señal de luto
Por su gran Ranifuga, que era muerto,
Y el llanto de sus ojos aun no enjuto:
Su campo ordena el capitan experto
Con un esfuerzo de romano Bruto;
Que si el otro vengó á Lucrecia casta,
Estotro venga al casto de su casta.

»Negra corteza de garbanzo dura
Le dió (¡gran peso!) el espaldar y peto,
Arma contra los ímpetus segura,
Metal á ofensa alguna no sujeto:
Negra color y natural pintura
Con que daba á entender el rey discreto
Que, muerto el Ranifuga, no se alegra
Con cosa alegre su ventura negra.

»Sobre la temeraria y real cabeza
El negro yelmo por insignia triste
Lleva (¡terrible globo!), de la pieza
Que al cañamon de su dureza viste:
Cubierto desta lóbrega corteza,
Reparo firme que el furor resiste,
Sale mostrando al mundo que cubierto
Le trae de luto el Ranifuga muerto.

»Sobre el caparazon de un negro grillo,
Que de gordo parece que revienta,
El triste Rey, el mísero caudillo,
El cuerpo armado á la venganza asienta:
Furioso los ijares del morcillo
Pica, cuyo color nos representa
Por el sin vida Ranifuga el llanto,
Y de sus enemigos el espanto.

»Un negro jabalí le dió la lanza
De entre sus negras cerdas la más fuerte,
En quien tiene fundada la venganza
Del Ranifuga y de su triste muerte:
Doce brazadas su largura alcanza,
Firme esperanza de su buena suerte;
Que lo será sin duda cuando venga
Tal, que vengado al Ranifuga tenga.

»En la derecha mano el asta larga
Furioso empuña de la aguda cerda,
Y embraza fuerte la espaciosa adarga
Negra tambien en la forzuda izquierda;
En cuantas armas sobre el cuerpo carga,
La muerte tan atroz se le recuerda
Del Ranifuga mosca, cuya historia
Las negras armas traen á su memoria.

»El rey Matacaballo en diferentes
Escuadras pone su caterva fiera
De tábanos expertos y valientes,
De quien hazañas de valor espera:
El era el gran caudillo destas gentes,
Asombro fiero del contrario, y era
El que quitó la espada á su enemigo,
Que es la que en las batallas trae consigo.

»Este fué desde niño aficionado
Al ejercicio militar, de suerte
Que con cuantos sus fuerzas ha probado,
Han probado con él su misma muerte:
Tal vez de un abejon desafiado
Fué cuerpo á cuerpo el tabanesco fuerte,
En cuyo desafío hizo de modo,
Que se dió á conocer al mundo todo.

»Saliéronse los dos á la campaña,
Que siempre en ella el tábano pelea;
Y el astuto abejon (astucia extraña,
Digna deste lugar, porque se crea)
Llevaba oculta con cautela y maña,
En el remate de su cola fea,
Una espada finísima desnuda,
De filo cortador y punta aguda.

»Y cuando cara á cara arremetia,
Al mismo punto, al revolver del anca,
Con lijereza súbita salia
La arma sutil por entre zanca y zanca:
El tábano feroz, que nunca via
Indicio del acero ó punta blanca,
Sudaba gotas de mortal congoja,
No viendo el filo con que el tajo arroja.

»Pero una vez el tábano, que atento
Estuvo á la revuelta de la cola,
En la mitad del leve movimiento
De aquella espada vió la punta sola:
Quedó con esto su valor contento,
Y los brazos con ánimo enarbola,
Para cuando el contrario le acometa
Guardarle la estudiada contratreta.

»El abejon de revolver no tarda,
Y hácia el tábano fuerte se encamina;
El tábano feroz no se acobarda,
Aunque ve al abejon que se avecina;
El abejon, que mira que le aguarda,
Al tábano amenaza su ruina;
Pero el tábano astuto, que le entiende,
Al abejon entre sus brazos prende.

»El abejon y el tábano los brazos
Furiosos cruzan con rigor que espanta;
El abejon al tábano los lazos
Le aprieta por la indómita garganta;
Al abejon el tábano pedazos
Quiere hacerle, y por medio le quebranta,
Y el abejon y el tábano, uno y otro
Son de uno y otro atormentable potro.

»Tanto la fuerza tabanesca pudo,
Contraria á la abejonía, que en efeto
La fiera bestia del acero agudo
Murió en los brazos del rigor y aprieto:
Dejó de vida al abejon desnudo,
Sacando por despojos de este reto
El tábano la espada que se ciñe,
Con cuyos filos las batallas riñe.

»El alma triste el abejon vomita,
Que ya sus brazos con la fuerza floja
De la garganta tabanesca quita,
Pereciendo entre rabias y congoja;
Y el que á Anteon contra Hércules imita
Tampoco entónces pudo, que la hoja
Vomitó por atras su triste ojo,
Haciéndola del tábano despojo.

»Espada y hoja propiamente y sola,
De cuya traza y filos imagino
Que el nombre que le dan á la española
Espada, de hoja, de este origen vino:
Era la aguda espada que en su cola
Llevaba el abejon, hoja de espino,
Cuyos filos y hechura dieron nombre
A la hoja que ciñe al lado el hombre.

»Quedó el Matacaballo muy honrado
Con tal victoria, y desde allí adelante
Cobró reputacion de gran soldado,
Y para empresas graves importante:
La espada cortadora dió á su lado,
Que la trasera honró del arrogante
Héctor moscon, que al rey de la Tabana
Como á Aquiles rindió la Durindana.

»Con ella el gran caudillo la órden traza
De formar sus hileras y escuadrones,
Haciendo siempre para el paso plaza
Sus tábanos jinetes y peones:
Si acaso con los filos amenaza
A los suyos, se tienden á montones,
Porque solia llevarse, caso feo,
Seis tábanos y siete de un boleo.

»Grande es el miedo que en los suyos pone
Cuando les muestra la desnuda espada,
Y con industria el escuadron compone,
Sin que soldado le replique en nada:
A la contraria multitud opone
La caterva de tábanos granada,
Cubriendo todo el campo de jinetes,
Arcos, ballestas, dardos y mosquetes.

»La turba de los cénzalos crueles
El rey Asinicedo tiene á cargo,
Formando lucidísimos cuarteles
De fuertes gentes y de espacio largo:
Es gente que en los bélicos tropeles,
Aunque no muestren armas, sin embargo
Son los que más á los contrarios dañan,
Porque con no mostrarlas los engañan.

»Son gentes magras y de fuertes nervios,
De complexion robusta y bravo talle,
Monstruos sin ley, en el picar protervos,
Sin que en su corazon piedad se halle:
Gente criada entre silvestres cuervos,
En monte despoblado ó inculto valle,
Y que imitando al cuervo, solo intenta
Sacar los ojos al que le sustenta.

»Y aun tengo conjeturas y recelo
Que esta fama rüin que el cuervo tiene,
Los cénzalos la causan cuando el pelo
Del cuervo nuevo á disfrazarle viene;
Porque huyendo los padres, luego el cielo,
Que de los pollos cuida, los mantiene
Destos mosquitos, que á los cuervos hacen
Ser semejantes al manjar que pacen.

»Es esta fiera turba cenzalina
De condicion tan bárbara y extraña,
Que va cantando siempre que camina,
Y canta más cuando es mayor su saña:
Gente que á guerra y disension se inclina,
Y que tiene por patria la campaña,
Adonde con la fuerza de sus dientes
Quita las vidas á las chinches gentes.

»En un pulgon hinchado caballero
Va el rey caudillo desta gente brava,
Vestido el cuerpo, en vez de fino acero,
Del orbe duro que cubrió una haba:
Este caballo y armas el rey fiero
En defensa sacó, porque se alaba
Que por despojos de valor los hubo
Cuando allá en los habares guerra tuvo.

»Esto mirando me quedé suspenso,
Cuando en el eje de los cielos toca,
Atronando la tierra, un grito inmenso,
Que confieso que á miedo me provoca:
Que al alto Olimpo desencasa pienso
Del gigante feroz la furia loca,
A quien no pude hallar entre la tierra,
O que el divino Júpiter le atierra.

»Fué tanto entónces de mi pecho el miedo
Y el tremor improviso y sobresalto,
Que sin poder volar me estuve quedo,
De la virtud de mis talares falto:
Revuelvo mi cabeza como puedo
Por el lugar de entre las auras alto,
El campo miro de la hormiga, y veo
Lo que, aunque ví, tal es, que no lo creo.

»Por medio del ejército contrario
Pasó esgrimiendo el cortador acero
Un moscon furibundo y temerario,
Más que las furias del infierno fiero:
Siguióle del hormiga el campo vario;
Pero él, valiente y por igual lijero,
De entre sus uñas y sus armas sale,
Y de su fuerza y de sus piés se vale.

»Sale huyendo del campo del hormiga,
Y hácia el real de la mosca los piés mueve,
Y para que su alcance se consiga,
Espesas gentes el contrario llueve:
Viendo el Sanguileon á la enemiga
Turba tan cerca, saca en tiempo breve
De sus moscas un número sin cuento
Que á los otros retiren al momento.

»No sigue el bando del estruendo alado
La medrosa caterva que retiran,
Que recibiendo entre ellos al soldado,
De tal hazaña y su valor se admiran:
Estaba de correr desfigurado
De tal manera, que aunque más le miran,
Ninguno se halla que conozca ó piense
Que es el señor del valle Barriliense.

»Pero despues que por el habla y señas
Del tártaro el aspecto conocieron,
Allí fuéron las fiestas no pequeñas,
Y los sumos contentos allí fuéron:
Allí rimbomban de las altas peñas
Los ecos que al acento respondieron
De la alada caterva, que en voz viva
Entonaron el victor hasta arriba.

—«Sea bien venido, al tártaro decía
El rey Sanguileon de la Mosquea,
La luz de la mosquil caballería,
Adonde Marte su furor emplea:
La defensa de nuestra monarquía,
La parca de la hormígena ralea,
El que con verle de mi rostro enjuga
Las lágrimas que causa el Ranifuga.

»¡Oh capitan, firmísima esperanza
De la fortuna de la gente nuestra!
¿Qué prolija prision ó qué tardanza
Ha tenido cautiva vuestra diestra?
Qué tormento ó qué súbita bonanza
Os trae del mar y á vuestra gente os muestra;
Que todos os llorábamos con pena
Que en vos no se cebase la ballena?—

»No sé si el rey moscon le dió respuesta,
Mas al un rey miré del otro asido,
Y á la turba mosquina haciendo fiesta,
Todo en memoria del recien venido;
Y entre esta gente y la contraria opuesta
Salió hiriendo los aires un bramido,
Que ninguno de tantos oirle pudo
Sino era yo, del sér mortal desnudo.

»En el un campo y otro ví que andaba
Zurciendo la solícita Meguera,
Que rabias, iras y rencor sembraba,
La fiera furia entre la gente fiera;
Y viendo que con prisa se acercaba,
Sin que me viese retiréme afuera,
Temiendo del mirar de la mal quista,
Que no me emponzoñase con su vista.

»Los talares con ánimo prevengo.
Y de su vista á más volar me aparto,
Y á no verla sin duda me detengo,
Hasta ver de la guerra el fiero parto.
Esto, deidades, á contaros vengo,
Y dejo ahora de contaros harto
Que el miedo mio relatar no osa;
No se nos sobresalte alguna diosa.»

Esto al concilio de los dioses dijo
En la esfera de Júpiter Cilenio,
Quedando absortos con su hablar prolijo,
Más de la novedad que de su ingenio:
Calló de Maya el elocuente hijo;
Y de los dioses el divino genio,
Como la nueva á espanto le provoca,
Arqueó las cejas y frunció la boca.

Júpiter dijo desde el trono alto
A los dioses sus súbditos: «Confieso
Que me causa la nueva sobresalto,
Y el grande miedo me ha tenido preso:
No se asomen á ver el fiero asalto
Los dioses celestiales; que el suceso
Temo que les provoque á alguna pena,
Cosa sin duda á su deidad ajena.

»Quédese el mundo de tinieblas lleno
Miéntras que pasa tanta desventura;
No ponga Febo á sus caballos freno,
Ni el carro saque de su lumbre pura;
Estése en tanto de su luz ajeno,
Y todo el tiempo que la guerra dura,
A las puertas del cielo echen la llave,
Y no las abran sin que el daño acabe.

»Delia la plata de su faz redonda,
Con cuya hermosa luz al mundo alegra,
Miéntras pasa furor tan grave, esconda,
Y sin ser vista de la noche negra,
En ninguna manera corresponda
Con luz; que el mundo todo es otro Flegra;
Ni en forma ya de tajador se ofrezca,
Ni rebanada de melon parezca.»

Dijo; y de la basílica el espacio
Desocupan los dioses al momento,
Y pasan por las salas del palacio
Con más veloz que tardo movimiento:
Sola mi torpe pluma va despacio;
Mas ya contra la flema y vuelo lento
La desgreñada Euménide la mira,
Y para entrar, con furia se retira.

CANTO X.

Despues que tuvo el tártaro pagano
Toda la chusma moscatel absorta,
Relatando sus hechos, que al romano
La fama dejan de los suyos corta;
Alegre el rey Sanguileon y ufano,
Como aquel que conoce cuánto importa
Un capitan que, tras el ser valiente,
En órden ponga la bisoña gente;

Convoca las indómitas cabezas,
Caudillos fuertes de su gente brava,
Y repite los hechos y proezas
Que el que las hizo de contar acaba;
Y visto en sus hazañas las certezas
Del gran valor que el tártaro mostraba,
Por general publican que se elija,
Que se le dé el baston, y el campo rija.

Parte á su tienda el rey de la Mosquea,
De una espesa caterva acompañado;
Porque en la tienda suele esta ralea
Sustentar un ejército alojado:
En la tienda del tártaro se apea,
Que estaba de moscones rodeado,
Los cuales, viendo su señor presente,
Se levantan y danle en que se asiente.

«Moscon Sicaboron, á vos se os debe,
Dijo, de general el nombre y cargo;
A vos, que sin temor del Austro aleve,
Del mar nadastes el espacio largo;
A vos, á cuya fuerza no se atreve
La hambre á derribar, pues sin embargo
De la suya, á tres pulgas muerte distes,
Y la liendre que asaban os comistes;

»A vos, que por en medio del estruendo
De los contrarios con furor pasastes,
Y el acero con ánimo esgrimiendo,
La vida de sus manos escapastes;
A vos, primo, esta vez hacer pretendo,
Porque con gran valor lo granjeastes,
General y cabeza de mi gente:
El baston recibid, moscon pariente.»

El rey de la Mosquea cerró el labio,
Cuando el Sicaboron el suyo arrima
Al dorado baston, diciendo: «Agravio
Haceis á dignidad de tanta estima.»
Era el Sicaboron mosquino sabio,
Aunque terrible y fiero por su clima,
Y en lo que es elocuencia y cortesía
Pocos como él en todo el campo había.

El cargo acepta el capitan valiente,
Y manda, sin que un punto se dilate,
Que se arme toda la robusta gente
Y se aperciban al mortal combate:
Vuela por todo el campo diligente
La voz que afuera echó por su gaznate
El general soberbio, que el primero
Viste las armas y el doblado acero.

De una uña de hombre el cuerpo viste,
Que al más duro metal su fuerza iguala,
Arma cruel, para los piojos triste,
Que su muerte á los míseros señala:
Reparo temerario que resiste
El fiero golpe de arrojada bala,
Carga que si del tártaro no fuera,
No hubiera quien vestírsela pudiera.

Pero, ¿qué grito súbito resuena
Del polo en la convexa superficie
Con más furor que cuando el Austro truena,
Que parece que el cielo se desquicie?
Arriba sube con furor la arena;
¿Quién puede haber que al cielo maleficie?
Que el polvo denso más que espesa nube,
Contrario á Febo y á sus rayos sube.

«¡Aparta, aparta, plaza, plaza, paso!»
¿Por quién dará la gente tales voces?
Mas ya descubren manifiesto el caso
Los miembros caballares y feroces:
El famoso Bucéfalo, el Pegaso,
El animal veloz entre veloces,
El lijero Babieca, el gran Bayardo,
Y el más que todos sin compas gallardo;

El caballo leal del rey de Buta,
Haciendo cabriolas y corvetas,
Con piés y manos el arena enjuta
Arroja á la region de los cometas:
Con no le haber domado maña astuta,
El por causas ocultas y secretas,
Como el otro Bucéfalo, al Rey fiero
Humilde se le muestra cual cordero.

Grillo tambien se llama, no de aquellos
Morcillos del gran rey de la Mosquea,
Que, aunque ellos son más gordos y más bellos
Que la casta de estotros y ralea,
Éstos alzando los altivos cuellos
Tanto suelen saltar, que no hay quien crea
Que el salto suyo pueda ser tan alto,
Que setecientas pulgas pase un salto.

Y llamarse esta bestia Grillo tiene
No pequeño misterio, y se responde
Que el nombre suyo derivado viene
Del símil que á los grillos corresponde;
Que como el que los presos piés contiene
Dentro en los grillos, á la parte adonde
Parte, de libertad estando falto,
No llega presto, si no apresta el salto.

Así del grillo el nombre se deriva
Al que con tanta fuerza y lijereza,
A poder de los saltos, hácia arriba
Camina con tan súbita presteza;
Mas ya el discreto en la razon estriba,
Y no le satisface la agudeza
Que, siendo el grillo obstáculo del vuelo,
Le usurpe el nombre aquel que salta al cielo.

Porque la duda grande aquí se acabe,
Respondo, si figuras de retórica
El que en el caso duda entiende y sabe,
Y si es versado en la leccion histórica;
Que aun en historia cual la nuestra grave
Hay figura, y en práctica y teórica,
Por lo cual á la cosa el nombre damos
Contrario á los efectos que le hallamos.

De la madre Cibéles los varones,
Sus sacerdotes frigios, se llamaron
Gallos, siendo castrados y capones,
Que para el ministerio se castraron:
Tambien con este nombre de pelones
La gente de Castilla motejaron
A los sin pelo; frásis que hasta hoy dura,
Que impuso la retórica figura.

Y esta razon sin duda es concluyente,
Y el símil verdadero con que arguyo,
Claro muestra el orígen, y patente
Principio singular del nombre suyo;
Y porque no parezca impertinente
Cuestion de nombre, con decir concluyo
Que como uno pelon y el otro gallo,
Grillo se llama nuestro gran caballo.

En este el rey Sicaboron cabalga,
Temblando al golpe de sus piés la tierra;
Que en él no teme el tártaro aunque salga
Toda la chusma que el infierno encierra;
Y porque ménos la defensa valga,
A la contraria gente de la guerra,
La adarga embraza y asta larga empuña;
Que armas tan fuertes son como la uña.

Una reseca costra que en el lomo
Gran tiempo tuvo algun rocin matado,
Y el sol la puso dura, adonde el plomo
No tiene fuerza, en balas arrojado,
Embraza el fuerte Barriliense, y como
Soldado en el valor aventajado,
De su lanza cruelísima se encarga,
De horrendo peso y sin medida larga.

Mira de los soberbios mirmiliones,
En órden puestos por su rey Mirpredo,
Los bravos y lucidos escuadrones
Que al infierno pudieran causar miedo:
Armados miró el Rey á sus varones
De ricas armas y con tal denuedo,
Que ya á los mirmidones y Mirnuca
Se le antoja que el ímpetu trabuca.

De una ala de murciégalo vestido
Va de piés á cabeza el Rey, y lleva
La visera fortísima que ha sido
De los golpazos del Mirnuca prueba:
Es arma valerosa que ha sufrido
Furibundos encuentros; arma nueva
Del orbe, en cuyo cóncavo se encierra
El mijo, fruto de la estéril tierra.

De lo que el Barriliense hizo el escudo,
Estotros hacen petos y espaldares,
Por ser efecto de su rostro crudo,
Estrago de los miembros caballares:
La dura punta del acero agudo,
Probada en estas armas singulares,
No tiene fuerza, porque allí se queda,
Sin que pasar la de la castra pueda.

No canto aquí las armas por extenso
De tanta gente y de caudillo tanto,
Porque metiera á los mirones, pienso,
En mar de confusion y cáos de espanto;
Porque, como el ejército era inmenso,
Tambien inmenso habia de ser mi canto,
Y eran pocas cien lenguas, bocas ciento,
La voz de hierro y infatigable aliento.

¡Qué de marqueses, duques, condestables,
Capitanes, alféreces, sargentos!
Qué de trajes diversos y admirables
Se ofrecen á la vista por momentos!
Qué diferentes trazas, qué variables
Se ven de los magnates los intentos!
Qué lenguas de naciones infinitas,
Tábanas, mirmilionas y mosquitas!

Nunca tan grande máquina mantuvo
Dentro ni fuera de sus muros Roma,
Ni en la casa de Meca nunca tuvo
Tal variedad el hueso de Mahoma:
La Babilonia que en la torre estuvo,
Donde se originó todo idioma,
Con esta de las moscas comparada,
Todo es, sin duda alguna, poco ó nada.

No cuento en las banderas y estandartes
Insignias, hieroglíficos y empresas,
Ni los pendones que por todas partes
Estaban tremolando en astas gruesas;
Las municiones, tiros, baluartes,
Las grandes amenazas y promesas,
Los atambores, pífanos y cuernos,
Y el són que alborotara á los infiernos.

Cansada fuera de escribir mi pluma,
Y mi cabeza por igual causada,
Cuando quisiera alguna breve suma
De todo el campo proponer cifrada;
Pero lo que es más justo que resuma,
Por ser cosa entre todas celebrada,
Es la oracion que estando todo á punto
Hizo el tártaro rey al pueblo junto.

Mal año en la catónica elocuencia,
Cuando el del valle Barriliense aboga;
Que solo él en la oratoria ciencia
El nombre á los retóricos deroga:
Si de los senadores en presencia
El se vistiese la cerúlea toga,
Presumo, Ciceron, que el nombre tuyo
El tártaro cascase con el suyo.

Si lengua y fuerzas por igual tuviera,
Como el Sicaboron, el que fué tipo
En la ateniense escuela, nunca fuera
Señor de Grecia el macedon Filipo;
Y no me alargo, que si Atenas viera
El que en palabras y obras anticipo,
Es cierto que Demóstenes y Esquines
Se quedaran absortos matachines.

«Ya, quirites moscones, dijo, llega
El rico y venturoso tiempo cuando
Se ha de mostrar en la marcial refriega
La virtud interior de nuestro bando:
Ya el nombre singular que el ocio os niega
Cobrar podréis ahora peleando,
Dejando siempre vuestra fama viva
Si el hado inicuo de la vida os priva.

»Ya el corazon, amigos, me revela
Que en las parleras lenguas de la fama
Por todo el mundo vuestro nombre vuela,
Y con título heróico se derrama:
Ya de su cola los cañones pela;
¿A quién tal gloria el corazon no inflama?
Porque quiere con ellos vuestras glorias
Escribir para siempre en las memorias.

»Ya miro que en el cielo os aperciben
Escaños ricos y lugar eterno,
Adonde con los héroes que allá viven
Participeis del celestial gobierno:
Ya vuestros nombres inéditos se escriben
De la caterva heróica en el cuaderno,
Y al són de los marciales atambores,
Recibis de los dioses los honores.

»Esta gloria, quirites, es debida
A los famosos por divina suerte,
Por paga eterna de la heróica vida
Que tuvo fin con su gloriosa muerte:
Pues ¿en qué pecho la virtud dormida
Estará, que á la fama no despierte
De premio tal, que la virtud le pone
Al que á seguir sus pasos se dispone?

»La justicia teneis de vuestra parte,
Y á la razon con ella, y es sin duda
Que en contra destas nunca el fuerte Marte
Presta favor ni con su fuerza ayuda:
Todo mosquito con valor descarte
El vil temor y á la razon acuda;
Que no tendrá fortuna tanta fuerza,
Que los intentos de justicia tuerza.

»¿No se estaba en sus cámaras metido
El rey Sanguileon, y entre pebetes,
Cuando llegó el soldado mal herido
Penetrando sus íntimos retretes?
El fiero hormiga, el Granestor ha sido
Quien con cien mil peones y jinetes,
Siete mil moscas á traicion vencidas,
Hizo que diesen al rigor las vidas.

»Al Ranifuga le apretó el gaznate,
Y dicen que por todas las paredes
Las moscas presas en aquel combate
Se ven del Mosquifuro entre las redes:
Pues ¿es razon que nuestras gentes mate
Este tirano vil, este Diomédes,
Que en sus caballerizas, de sus potros
Dice que cebo hemos de ser nosotros?

»Ya veis que nuestras fuerzas por momentos
Los retos del Putrifola aniquilan,
En que reta el licor que los jumentos
Por su vista á menudo nos destilan:
Pues aquellos pestíferos hambrientos,
Y unas arañas femeniles que hilan
Como mujeres débiles, ¿se atreven
A resistirnos sin que el pago lleven?

»¿Cuál será aquel valiente caballero,
Más fuerte y más privado entre los mios,
Que en nuestro nombre rete el flaco acero
Y fuerza poca en los contrarios brios?
Si vuelve victorioso, como espero,
Por premios de tan grandes desafios,
De la hija del rey de la Mosquea
Hará su padre que marido sea.»

Calló; y las gentes con temor se miran,
Con el miedo temblándoles la barba,
Y todos de la empresa se retiran,
Aunque en sus pechos el amor escarba:
Por la infanta sus ánimos suspiran,
Mas solo al caso sin temor se engarba
El fuerte Asinicedo, que habia sido
De los virotes del Machin herido.

»Yo, dijo entónces, de salir prometo,
Buen rey, si se me cumple la promesa;
Que no dudaré yo por tal sugeto
Que solo emprenda tan heroica empresa:
Contra la vil canalla echaré el reto,
Y llevando en mi mano un asta gruesa,
La arrojaré en su ejército con brio,
Dándoles á entender el desafio.»

Grande contento el tábano y mosquito
Con la razon del Cénzalo tuvieron,
Y para asegurarle en el camino,
De fortísimas armas le vistieron:
Dióle el Matacaballo el yelmo fino,
Y el rey Sicaboron la lanza, y vieron
Al mancebo gallardo, que en un punto
Se puso al campo del hormiga junto.

No estaba del contrario media milla,
Si tres mil pasos hacen una entera:
Tres mil, digo, de un piojo; y así trilla
Todo el espacio en sola una carrera;
Y en llegando al ejército, en la orilla
Levantando del rostro la visera,
Que era un profundo cóncavo de mijo,
La voz alzando, á los contrarios dijo:

«Caballeros jinetes y peones,
Que hechos en nuestra contra engrudo ó liga,
Venis acompañando los pendones
Que al campo saca el Granestor hormiga:
Mis palabras oid, pulgas varones,
Que hembras entiendo que es mejor os diga;
Oid, chinches y arañas, mis despachos,
Ora os tenga por hembras ó por machos.

»Yo, un soldado mosquito, cuyo nombre,
Miéntras os digo mi embajada, callo,
Porque miéntras os hablo no os asombre,
Que por esta razon quiero excusallo:
Si no es que acaso, sin que yo me nombre,
Conoceis en mis armas y caballo
El fiero estrago de pulgona gente,
Y por renombre al Cénzalo valiente;

»A tí, el hormiga, pulga, chinche ó piojo,
Que con más que sobrado atrevimiento
Dijiste que retabas el despojo
Con que el rocin nos sirve y el jumento:
A tí, el araña, que aunque en fuerzas flojo,
A traicion con tu raro entendimiento
Traidores tiros con engaños labras,
Con que nuestros mosquitos descalabras;

»(Prestad á mi retórica el oido
Pero no imagineis que así la llamo
Porque con dulce método os convido,
Cuando por daros cruda muerte bramo:
Retórica la llamo, que ha tenido
Origen deste reto, con que infamo
Vuestro nombre; y saliendo desta fuente,
Retórica la llamo propiamente.)

»Reto el primero al Granestor, y luego
Reto al Mirnuca en el lugar segundo,
Pues con las armas de Sinon, el griego
La muerte dieron á la flor del mundo:
Reto el granero tenebroso y ciego
En cuyo seno cóncavo y profundo
El trigo encierran que á las eras quitan;
Y reto el modo con que á Caco imitan.

»Reto los granos y tambien las pajas
Que avarientas guardais por todo el año
De vuestras trojes en las partes bajas,
Sin que conozca de la lluvia el daño:
Reto del pan cocido las migajas
Que, presurosas, con cuidado extraño
A vuestra oscura cueva llevais puestas,
Cual ganapanes en efecto, á cuestas.

»A los piojos sacrílegos y fieros
Reto, y al Fifolgel, su gran cabeza;
Que cabeza de piojos bandoleros
No es, á mi parecer, de envidia pieza:
Sus matadores íntimos aceros
Reto; no los que cubren su fiereza,
Sino aquellos de la hambre matadores,
Por ser ellos tan grandes comedores.

»Reto los cuernos y la punta aguda
Que cada piojo en su cabeza muestra;
Que en efecto juntó gente cornuda
El Granestor hormiga en contra nuestra:
Sus ocho pies les reto; que, sin duda,
Para huyendo escapar la vida vuestra
Bien habréis menester, piojos hambrientos,
Volver los ocho pies en ochocientos.

»Al Caganielo pulga y sus secnaces
Reto, y tambien sus atrevidas bocas
De sangre chupadoras y vivaces,
Fiereza suma en sus presencias pocas:
Reto sus dientes fieros y mordaces,
Los saltos altos y sus furias locas;
Bestias en fin que el polvo de la tierra
Produjo al mundo para hacerle guerra.

»Reto la chusma de Letiria sucia
Y al capitan Putrifola hediondo,
Y de uno y otros la presencia lucia
De su asqueroso círculo redondo:
Reto de todos la medrosa astucia
De recogerse en el resquicio hondo;
Y el agujero en que se aprietan reto,
Y de ponerlos juro en más aprieto.

»Reto los ocho piés del Mosquifuro,
Y las redes que en daño nuestro traza,
Y de pasar con mi caballo juro
Por ellas, para ver cómo se enlaza:
Las pelotas le reto que del muro
Arroja, con que á todos amenaza:
Reto sus miembros y sus barbas blancas,
Y de su gente vil las ocho zancas.

»A todo vuestro bando en su presencia
Yo, de mi campo y rey legado y nuncio,
De vuestra desventura la sentencia,
Sin que aproveche apelacion, pronuncio:
Hoy castigo tendrá vuestra insolencia,
Muriendo en la batalla que os anuncio,
Y en señal que con ella os amenazo,
La lanza recibid que os da mi brazo.»

El brazo entónces denodado extiende,
Atras lo vuelve y luego lo adelanta,
Y con el asta larga el aire hiende:
¡Oh amor inmenso por la bella infanta!
La chusma, que ve el ímpetu, no entiende
Que tuviera mosquito fuerza tanta,
Que el asta como rígida saeta
Por las contrarias suyas entremeta.

Pues decir era el asta como quiera:
Yo puedo asegurar que hiciera harto
Cualquier soldado que valiente fuera,
Si meneara de la lanza un cuarto:
Un árbol alto y temerario era,
Entero leño de un soberbio esparto,
Que, como si no fuera de algun peso,
En medio la arrojó del campo espeso.

Causó en el campo del hormiga asombro,
Porque ignoraban que animal humano
Pudiera echar tan grave carga al hombro,
Ni abarcar tan gran leño con la mano;
Y prosigue el mosquito: «Yo me nombro
El crudo azote del pulgon villano;
Llámome, si ántes no os moris de miedo,
El cenzalino rey Asinicedo.»

Dijo; y volviendo de la bestia el anca,
Les muestra á los retados el cocote,
Y el caballo pulgon furioso arranca
Del campo al punto con lijero trote:
¡Oh qué de tierra que el caballo atranca!
Virtud del ceguezuelo del virote,
Que encarándole el arco de hito en hito,
Traspasó el corazon del rey mosquito.

Al punto el Mosquifuro le dispara
Desde el campo relámpagos y truenos,
Tiros soberbios á su cuerpo encara,
De fuego vivo y pestilencia llenos:
Si el lijero caballo no llevara,
Que era el mejor del campo entre los buenos,
Los retos del mosquito yo aseguro
Que vengara el ardid del Mosquifuro.

Del campo el fuerte Cénzalo se aleja,
Y de la fuerza de sus golpes crudos
El buen caballo alijero se queja,
Con los ijares de la piel desnudos:
Dice el mosquito que á los otros deja
De puro espanto de su reto mudos,
A batalla campal desafiados,
Y hasta los mismos tuétanos retados.

Entraron las hormigas en consulta
Con la pulga y araña, chinche y piojo;
Que ya la rabia de su pecho oculta
Patente muestran y el rencor y enojo:
Al fin de un largo cónclave resulta
Que al esparcir sus hebras el dios rojo
Tengan su gente en órden en campaña
La pulga, chinche, piojo, hormiga, araña.

Voló luego la voz, dejando absorta
La furiosa caterva, á quien avisa
Que en breve tiempo y en distancia corta
Todo hormiga soldado se arme aprisa:
«Mucho, dijo el Mirnuca, mucho importa
En tal necesidad y tan precisa
Que al punto nuestro campo al enemigo
Y al retador blasfemo dé el castigo.

»El Mosquifuro con los suyos tenga
Su lugar en el muro, y sus enredos
Y cavilosas maquinas prevenga
Contra los mirmiliónicos denuedos:
El Fifolgel con sus escuadras venga,
Y los del Caganielo se estén quedos
Hasta que dén la seña desde el muro
Las piezas que dispara el Mosquifuro.

»A nuestro magno Granestor se encarga
Una escuadra feroz de gente hormiga,
Todos con armas dobles y asta larga,
Que repriman la cólera enemiga:
Cubriendo el pecho de espaciosa adarga,
Luego mi escuadra sus pendones siga,
Y tras ella el famoso Caganielo
Con gente de la Pullia enlute el suelo.»

Esto dijo el Mirnuca; y al instante
Que los soldados su razon oyeron,
A dar órden y traza en lo importante,
Y armarse para el caso se partieron:
De fino acero, hermoso y rutilante
Los varoniles miembros revistieron,
Y el corazon de rabia, de manera
Que palpitaba por salir afuera.

Armase el Granestor y al campo sale
Vestido del terrible y fuerte globo
Que al trigo cubre, porque el rey se vale
De armas en que sus fuerzas hacen robo:
No hay dura punta que su peto cale,
Ni hay en los montes de la Arcadia lobo
Hambriento que la oveja así persiga,
Como á las moscas este rey hormiga.

Aunque era viejo el Granestor, tenia
De una robusta juventud asomo,
Que más en su vejez resplandecia,
Aunque era engaste de diamante en plomo;
Porque, con ser decrépito, solia
Cargar alguna vez sobre su lomo
Un entero y pesado grano de haba,
Y en su caverna lóbrega lo entraba.

Una espiga de trigo le dió el asta,
Que á las demas excede en agudeza,
Contra la cual y su rigor no basta
El peto de más sólida corteza:
Con esta lanza y su valor contrasta
Del contrario enemigo la fiereza,
Haciéndose temer el fuerte hormiga
A poder de los botes de su espiga.

De la piel de un gusano el Mosquifuro
Soberbio armado va de punta en verde,
Por ser reparo tan terrible y duro,
Que nunca falta ni su fuerza pierde;
Y aunque iba sin las armas bien seguro,
Quiere que en los cien piés se le recuerde
Aun á Júpiter santo y soberano
El miedo que le puso Centimano.

Lleva la piel vestida de manera,
Desde la zanca larga hasta la cara,
Y todos los cien piés saliendo afuera,
Que aun á los dioses pienso que espantara:
Ninguno su figura y talle viera,
Que en viéndole al momento no juzgara
Que su semblante temerario y feo
No era la misma forma de Briareo.

Con una escama de animal marino
Armado el fuerte cuerpo y temerario,
El general de los hormigas vino
Amenazando el traje á su contrario:
Más reluciente que de acero fino
Era el lucido peto extraordinario,
Por ser arma vistosa y peregrina
La escama que vistió de la sardina.

Una redonda escama cubre el pecho,
Otra la espalda contrapuesta cubre,
Otra le dió el escudo de provecho
Que brazo y mano con su anchura encubre:
En el brazo fortísimo derecho
El asta temeraria se descubre,
Que el mismo pez marino de su lomo
Le dió la lanza de terrible tomo.

La espina raspa por su lanza enristra;
Y aunque del lomo de la bestia horrenda
Con el soberbio brazo la administra,
Sin que su peso y gravedad le ofenda;
La punta aguda para herir registra,
Porque piensa el hormiga en la contienda
Espetar en su lanza, por la punta,
Del fuerte mirmilion la hueste junta.

¡Oh quién hubiera visto por sus ojos
Sobre una gran langosta caballero
Al Fifolgel, caudillo de los piojos,
Que iba delante dellos el primero!
Reventando de cólera y enojos,
A su caballo alijero lijero
Con el freno los ímpetus refrena,
Que al cielo arroja la menuda arena.

El Putrifola chinche con dos alas
De gente fuerte de Letiria infantes,
Todos cargados de veloces balas,
De las más duras armas penetrantes,
Sale, y cubiertos de bizarras galas,
Se llegan á ocupar su puesto, y ántes
Llega el Mirnuca, y con prudencia entabla
El escuadron, á quien esfuerza y habla.

¡Quién ponderar pudiera las razones
Que el general Mirnuca les decia,
Alentando los flacos corazones,
Y el ánimo que en ellos infundia!
En sus lenguas hablaba á las naciones,
Porque todas sin duda las sabia,
La arañil, hormiguesa y la piojesca,
La chinchona, letírica y pulguesca.

Era el Mirnuca capitan muy diestro,
No como otros que al campo apénas salen
Cuando quieren que á diestro y á siniestro
Todas las fuerzas del contrario talen:
Maduramente, como gran maestro,
Mira los escuadrones cómo salen,
Y en partes convenientes los aplica,
Y ardides y invenciones les fabrica.

¡Oh cuál andaban ya las furias locas
Dando por los ejércitos carreras,
Llevando abiertas sus terribles bocas
Vomitadoras de ponzoñas fieras!
Los corazones débiles en rocas
Convirtiéndose van, y ellas lijeras,
Sembrando mil pestíferos venenos,
Dejan los campos de furores llenos.

Sus cabellos cerásticos desmiembra
Tisifone la fiera, que con ira
Por el mosquino ejército los siembra,
Y á todas partes con soberbia tira:
Por el estruendo varonil la hembra
Rabiando pasa y vomitando gira,
Sin dejar parte en cuanto el campo ocupa
Donde fuego no vierta y rabia escupa.

Una serpiente víbora le arrima
Al rey Sanguileon al diestro lado,
Que á la venganza su furor le anima
Del muerto Ranifuga no vengado:
La memoria de nuevo le lastima,
Llegando á sus entrañas el bocado
Con que la mala víbora le aqueja,
Más que el alano al toro por la oreja.

La furia Alecto con la misma saña
Furiosa arranca su encrespada greña,
Y arroja con furor por la campaña
Los monstruosos cabellos que desgreña:
Los corazones rigurosa ensaña,
Y en ellos mismos dibujado enseña
La afrenta y el agravio cometido,
Las muchas muertes y el honor perdido.

Al Cagañielo pulga representa
Del Ranifuga mosca la osadía,
Cuando el púlico alcázar vió su afrenta,
Tinto en la sangre de su gente un dia:
Al Fifolgel castiga y atormenta,
Recordándole aquella tiranía,
Cuando en el campo cútico murieron
Los piojos que á la pulga ayuda dieron.

La endiablada Meguera á las hormigas
Les trae á la memoria el grande estrago
Que hicieron las canallas enemigas
Cuando chuparon de la sangre el lago:
Que nunca en tantas bélicas fatigas
Ellas se vieran si en el dia aciago
La nube de las moscas no llegara
Y la sangre pitónica chupara.

En lo interior del ánimo predica,
Y á los sentidos de la hormiga gente
Mil figuras diabólicas aplica,
Incitadoras de furor ardiente:
El suceso feroz les pronostica,
Y aquí y allí volando diligente,
Royendo fuertes corazones, pasa,
Y en colérico fuego los abrasa.

«Mirad, secretamente les pregona,
Que sois sangre sin par de aquella bestia
Que al soberano parto de Latona
Pudo causar temor y dar molestia:
Pues si esto, hormigas, vuestra fuerza abona,
Solo podrá servir vuestra modestia,
Si os haceis miel, de que la mosca os coma;
Que ya el camino para hacerlo toma.»

Ya del infame tósigo y veneno
Por las fieras hermanas esparcido,
El un campo y el otro estaba lleno
Y á la campal batalla apercibido:
Ya vomitaron del furioso seno
El rencor que del reino del olvido
Las tres sembraron, que en los pechos fuertes
De la chusma produjo horrendas muertes.

Ya las chicharras con estruendo y grita
Están las duras erres redoblando,
Y la caterva bélica infinita
Los soberbios escudos embrazando:
La voz á los sonípedes incita,
Y por salir furiosos relinchando,
Espuma vierten y los frenos muerden,
Y con la alteracion el órden pierden.

¡Ay, ay, hormigas! De tan fiera Erine
¿Quién habrá de vosotras que se esconda?
¿Quién que la tierra con sus uñas mine
Sin que el hado comun le corresponda?
Mas ¿á qué parte iréis donde no atine
Némesis la soberbia con la honda
Que ya á su dedo con rigor enlaza,
Con que la muerte á todos amenaza?

Ya el enemigo que salgais aguarda;
Ya avisan las chicharras la salida;
Ya soplan las Euménides porque arda
La llama en vuestros pechos encendida:
Solamente mi pluma se acobarda;
Sin entrar en batalla va vencida;
Pero démosle un corte; que con tanto
Saldrá lijera y perderá el espanto.

CANTO XI.

Polimnia, tú que tus virgíneas sienes
Del incorrupto lauro, eterna gloria
Del sacro Febo, coronadas tienes,
Que eternizan en tí fama y memoria:
Si á dar ayuda á quien te invoca vienes,
Presto tendrá dichoso fin la historia
A quien con tu favor principio diste,
Porque sus trances y remates viste.

Si acaso inspira tu memoria eterna,
Y fuerza prestas á la flaca mia,
Que en este mar inmenso se gobierna
Por tu espíritu manso que la guia;
Si en un estrago tal la sed interna
Que el vil temor en sus entrañas cria,
El aura dulce de tu aliento apaga,
Avivando mi voz, que el miedo estraga;

¡Qué de sucesos varios y inauditos
El alma me estimula que prometa,
Por histórica pluma nunca escritos,
Ni por voz modulados de poeta!
Qué de golpes horrendos, infinitos,
Que obligaron al délfico planeta
A cerrar las cortinas de su coche,
Dejando al mundo en tenebrosa noche!

Al principio, Libétride, en mi idea,
Que el concepto confuso me enseñaste
Desde el principio que de la Mosquea
La formacion y círculo notaste,
En tus manos el agua, hermosa dea,
Favores soberanos me enviaste,
Y fué tan poca, que, contando estragos,
Se me acabó el licor á pocos tragos.

Mas ya que á cosas grandes me adelanto,
Y tan cercano de la vista tengo
El sumo miedo y el mayor espanto,
Y que casi temblando á cantar vengo;
Para que más feliz prosiga el canto,
Musa, mayores ruegos te prevengo;
Que si su fuerza á tu deidad inclina,
Saldrá mi voz alegre y más ladina.

No pido de Aganipe ni Sebeto
Para mis cantos el cristal del agua,
Ni la que tuvo del caballo efeto,
Que la alta cumbre del Helicon desagua;
Que aunque pudieran en cualquier aprieto
Matar el fuego de mi ardiente fragua,
Y especial este en que mi pecho teme
Que envuelto en fuego bélico se queme;

Pero porque el valor y esfuerzo sobre
Cuando más en la horrísona pelea
Me sobresalte el miedo, y fuerzas cobro,
Donde la tuya sin igual se vea;
Al que, de aliento y de conceptos pobre,
Implora tus favores y desea,
Con mayores ventajas los aplica,
Y tus gracias reparte y comunica.

¿Es posible que no tiene el Piério
Ni el alto Citerou adonde quepa
Para un necesitado ministerio
La fructífera parra y fértil cepa?...
Es posible á quien tanto el hemisferio
De vuestros montes sacrosantos trepa,
Que en su círculo y máquina redónda
Esta divina planta se le esconda?

Y si á tu vista se descubre acaso,
Y del licor que largamente arroja
Desde la excelsa cumbre del Parnaso,
Favorecer mis ruegos se te antoja;
Si dél me ofreces el colmado vaso,
Y mis livianos su licor remoja,
Presto verás lo que en acentos obro,
Las grandes fuerzas y el vigor que cobro.

Verás, hermosa ninfa, cómo saco
La voz alegre al canto que pretendo,
Y de módulos lleno el aire opaco,
Con que mi acento en su region extiendo:
El vivo aliento de mi pecho flaco
Saldrá, y verás que el furibundo estruendo
De la bélica fuerza que describo
No sale un punto del orígen vivo.

Si el sacro humor en mi interior destila,
Verás al mismo instante, ninfa sabia,
Cómo al entendimiento despabila
De la ignorancia que su luz agravia;
Verás, como miraste á la Sibila,
Mi pecho lleno de inaudita rabia,
Y el divino furor de la Cumea
En los visajes de mi cara fea.

Mas ya los truenos con su grito avisan
A mis sentidos que la chusma llega,
Y unos con otros los contrarios pisan,
Dando principio á la sin par refriega:
Ya acelerados los caballos pisan,
Y la vista del cielo el polvo niega,
Y ya en los altos y profundos centros
Retumban los intrépidos encuentros.

La espuela el fuerte Asinicedo arrima
Al lijero pulgon, que al punto vuela;
Miralo el crudo Fifolgel, y anima
Su caballo langosta con la espuela:
Si el soberbio mosquito pone grima,
La sangre el piojo á quien le mira hiela;
Sigue al valiente Cénzalo su gente,
Y su caterva al montañes valiente.

Resuena el grito en el altivo polo
Que tanta gente desde el suelo envia;
Túrbase entónces la region de Eolo
Con tan súbita y grande vocería:
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió su cara, oscureciendo el dia,
Y al són de las trompetas y atambores
La tierra se espantó con mil temblores.

Parten á darse los primeros botes
De las lanzas los fuertes caballeros,
Cercanos ya por los lijeros trotes
De sus bravos caballos y lijeros:
Llegan diciéndose injuriosos motes;
Y para herirse los caudillos fieros,
En los estribos con furor se plantan,
Y airados de la silla se levantan.

Baja su lanza el capitan mosquito,
Que era de un caracol el cuerno largo,
Y el Fifolgel la suya de hito en hito
Le encara, y pone á su carrera embargo:
Navegara las ondas del Cocito
El rey mosquito, que en el trance amargo,
Si acaso de la silla no se arroja,
El piojo de la vida le despoja.

Del pobre Asinicedo dió tal vuelo
El asta, en mil pedazos dividida,
Que á parecer la luna por su cielo,
Muy bien pudiera ser de alguno herida;
Pero la tiesa lanza, que en el suelo
Al mosquito tendió casi sin vida,
Por ser de una cigarra tanca fuerte,
Era más propia para dar la muerte.

Volando pasa el temerario piojo,
Y á la cénzala gente airado mira,
Y envuelto en rabia, cólera y enojo,
Por todas partes espantado gira:
El campo deja con la sangre rojo,
Que vierte de los cénzalos su ira,
Y semivivo el rey Asinicedo,
Entre muertos mosquitos se está quedo.

Mézclanse con los unos los contrarios,
Y todos juntos con furor se pegan
Golpes tan sin piedad y temerarios,
Que los ecos sin duda al polo llegan:
Los unos y otros con lamentos varios
De los adversos ímpetus reniegan,
Y al cielo vuela, y desde el suelo sube
De las quebradas lanzas una nube.

Cuando desde su puesto el rey Mirpredo
Los cénzalos miró desbaratados,
Y en tierra á su bastardo Asinicedo,
Y del piojo los golpes tan pesados,
No sufrió su valor estarse quedo;
Y animando la voz á sus soldados,
Contra el gran Fifolgel furioso arranca,
Sin temor de su fuerte lancizanca.

Caballero en un zángano acomete;
Y del Mirnuca su partida vista,
Gente furiosa con los piojos mete,
Que el furor mirmiliónico resista:
Sobre un alado y largo caballete
Manda á la pulga que furiosa embista,
Y el caballo sin par, alzando el vuelo,
Lleva sobre su lomo al Caganielo.

Es este caballete única y sola
Bestia sin otra alguna semejante,
Con alas altas y poblada cola,
Presencia y cuello erguido y arrogante:
Su lanza sobre el zángano enarbola,
Contra la pulga puesta por delante,
El Mirmilion; pero la pulga al punto
Su lanza pone con su brazo á punto.

Arrima el brazo á su derecho seno
El fuerte Mirmilion, y el asta aplica,
Y con la punta de un soberbio heno
El lado diestro al Caganielo pica:
El pulga endemoniado, de ira lleno,
Sus grandes fuerzas al moscon publica,
Rompiendo desde el pecho hasta el coturno
El ala del murciélago nocturno.

Era la de la pulga tanta lana,
Contra cuyo remate no se halla
Reparo ni defensa peregrina,
Acero duro ni templada malla:
De un cardo corredor era la espina
Con cuya aguda punta en la batalla
Dejara sin remedio traspasado
Cualquiera cuerpo de moscon armado.

Pasa la fuerte pulga como un rayo,
Pensando que dejaba medio muerto
Al Mirmilion; y á no darle al soslayo,
Que le dejara sin la vida es cierto:
No siente entónces el moscon desmayo;
Que en el campo de piojos más cubierto
Abre camino, y la caterva aparta,
Y los que no, en su lanza los ensarta.

Ya las pulgas y fuertes mirmiliones,
Los cénzalos y piojos tienen juntos
Sus cuatro valerosos escuadrones,
Que la muerte se dan por breves puntos:
Ya se miran de cuerpos los montones,
Piojos, pulgas y cénzalos difuntos,
Y otros en sangre de sus cuerpos mismos
Nadando con mortales parasismos.

¡Qué de jinetes sin caballos huellan
La tierra, mal heridos los pobretes!
Qué de caballos sueltos que atropellan
Los míseros soldados sin jinetes!
Qué multitud de sesos que se estrellan,
Sin reparo de duros capacetes!
Qué máquinas tambien de mallas duras
Son de los que las visten sepulturas!

Como la gente de la Pullia vino,
Y al bravo Mirmilion en la carrera
Salieron, estorbándole el camino,
Porque llegar al piojo no pudiera,
El montañes gallardo sobrevino
Espoleando su langosta fiera;
Y cuando vió la cigarrina zanca,
Volvió la bestia zángana su anca.

Si el Mirpredo la rienda no revuelve
Tras el encuentro de la pulga, es llano
Que entre los muertos míseros le envuelve
El gran rigor del Fifolgel insano:
Deja de perseguirle el Piojo y vuelve,
Porque no se le pase el tiempo en vano,
Y de cénzala turba y mirmiliona
Un cúmulo de gentes amontona.

Todo lo mira el tábano; y airado,
Viendo la extraña mortandad y riza,
De su ejército fuerte por un lado
Colérico y sañudo se desliza
De su tábana gente acompañado,
Con su agudo talon la yegua atiza,
La cual, echando fuego por los ojos,
Furiosa arremetió contra los piojos.

Cinco cabezas se llevó de un tajo
De grandes piojos el soberbio Marte,
Abriendo senda, aunque con gran trabajo,
Los muchos muertos que dejaba aparte:
De una sola estocada uñas abajo
Siete pulgas pasó de parte á parte,
Y cual si fueran cuentas de rosario,
Las ensartó en su filo temerario.

«Aguarda, va diciendo, piojo infame,
Aguarda, Fifolgel, aguarda, piojo;
Que quiero que tu sangre vil derrame
Hoja que fué del abejon despojo:
Aguarda, si no temes que te llame,
Para que mire con tu sangre rojo
El campo donde vuelas por la posta
Sobre el lomo veloz de tu langosta.»

Oyó el soberbio montañes las voces
Con que el tábano asombra la campaña,
Y vuelve á su caballo los veloces
Vuelos, y en sangre el acicate baña:
«Mal, le responde, bárbaro, conoces
El singular valor de la montaña:
Presente tienes al que infame nombras,
Que ha de enviarte á las eternas sombras.»

Arrímale la zanca de cigarra
Al espantable tabanesco pecho,
Que con lucidas armas y bizarra
Presencia se partió contra él derecho:
El fortísimo peto le desgarra,
Que era con arte y con primores hecho,
En mil encuentros bélicos probado,
Y de un negro vistoso pavonado.

De un negro escarábajo la piel dura
El cuerpo grande al capitan rodea,
Que todo el pecho cubre y la cintura,
Sin que miembro sin armas se le vea:
Viste su endemoniada catadura
De la cerviz abominable y fea
Del monstruo mismo que al moscon le visto
De negras armas y figura triste.

Tanto temor el tábano inhumano
Sembraba con las armas que vestia,
Como puso en las gentes el tebano
Cuando la piel leona se cubria:
Si le vieran á pié, tengo por llano,
Segun lo que á Tirintio parecia,
Que por Hércules mosca le tuvieran,
Y de espanto de verle se murieran.

Y no se alabará de una lanzada
Que dió en su peto el Fifolgel valiente,
Pues le pagó en lo mismo la peonada,
Y en lo que más el fuerte piojo siente:
Alza su hoja y cortadora espada,
Que agravio sin venganza no consiente,
Y un tajo sacudió tan sin remedio,
Que su escudo partió de medio á medio.

Pareció que no era de una pupa
Una pesada y defensiva plancha
De las que el piojo en la cabeza chupa,
Tan larga y ponderosa como ancha:
La carrera de estorbos desocupa
El tabanesco, y con su espada ensancha,
Para pasar su gente echando chispas,
Caballeros en rígidas avispas.

Entre las pulgas míseras se lanza
Con su gran capitan el tabanismo,
Y en ellas van haciendo tal matanza,
Que el campo vuelven de su sangre abismo:
Cuando el rey Caganielo á ver alcanza
La tropa tabanesca, al punto mismo
La rienda larga al caballete suelta,
Y del tropel huyendo, dió la vuelta.

Sigue á la pulga el tábano, y el piojo
Al tábano persigue, corre y llega,
Y allí desquita su pasado enojo
Del escudo quebrado en la refriega:
Mira la yegua avispa de mal ojo,
Y un golpe con tan gran rigor le pega,
Que le vino á pasar una y otra anca
La punta de su fuerte lancizanca.

Bien corrió el Fifolgel una gran legua
Con tal lanzada, pues, con ella ufano,
Cortó los vuelos á la hermosa yegua
Que sustentaba al tábano inhumano;
Mas ya quebranta la impensada tregua
El aturdido Cénzalo, que en vano
Fué sin duda ninguna su caida,
Pues de entre muertos sale con la vida.

El fuerte Asinicedo resucita,
Y á la pulguina gente más cercana
Piernas y brazos les desmiembra y quita,
Y el suelo sangre de enemigos mana:
Multiplican los míseros la grita,
Oyelo el bravo rey de la tabana,
Y parte como un César, y desnuda
Su espada espino, al rey mosquito ayuda.

Mueve el Mirnuca sus escuadras luego
Que vió que las del tártaro salian,
Y la chusma letiria, echando fuego,
Mil encendidas balas les envian:
Contrarias al estrépito manchego,
Cólericas las chinches se desvian
De su primero sitio, y bien armadas
Les siguen las hormigas las pisadas.

Viendo el Sicaboron los fuertes hechos
De los grandes moscones, y que vienen
Contra sus fuerzas con furor derechos
Cuantos soldados los contrarios tienen,
Anima entónces los hambrientos pechos
De sus crudos mosquinos, y previenen
Con rabia inmensa sus agudos dientes
Para morder los piojos insolentes.

Manda que la manchega y la de Arjona,
Y los tercios tambien de Andalucía
Lleguen adonde el tábano amontona
Cuantos la Pullia y la montaña cria;
Porque el mismo rey tártaro en persona,
En rompiendo la fuerte infantería,
Entrará con seiscientos caballeros
Enseñando á los piojos sus aceros.

Saca su trompa la de Arjona, y de ella
Furiosa desenvaina la navaja,
Y como rayo rígido ó centella
La de la Mancha con su gente baja:
La soberbia andaluz, hecha una pella,
Por ser primera en el romper trabaja,
Y el tártaro, tras ellas encubierto,
Viene siguiendo el bélico concierto.

¡Qué tajos temerarios y reveses
Furiosos tiran, con que al mundo espantan!
Qué acerados escudos y paveses
A fuerza de los golpes se quebrantan!
Qué caterva de piojos montañeses
A poblar el infierno se adelantan!
Qué máquina de pulgas acompaña
Los que al infierno van de la montaña!

Rompe primero la andaluz caterva
Con la atrevida gente de la Mancha;
Llegan adonde con la espada acerba
El tábano feroz su espacio ensancha:
Cuando contra la indómita y proterva
Gente del piojo vió favor, su ancha
Entónces con mayor esfuerzo esgrime,
Porque viéndole el Cénzalo se anime.

Sale el fuerte Putrifola al momento;
Y con tanta soberbia y furia llega,
Que derribando va de ciento en ciento
Los infantes que lleva la manchega:
El Fifolgel, con su favor contento,
Su lanza entónces con esfuerzo juega,
Y á las parejas el temido pulga
Sus fuerzas con sus ímpetus divulga.

Cuando vió el Barriliense la osadía
Que con socorro de la chinche gente
El atrevido montañes tenia,
Y de la pulga el ánimo insolente,
Anima su feroz caballería;
Y rompiendo furioso de repente,
Hizo al caballo grillo que en un vuelo
Le viese el Fifolgel y Caganielo.

¿No has visto alguna vez, lector benino
(No te ofenda mi rústico idioma),
La multitud de aves que al camino
Sale el agosto á procurar que coma?
No has visto, digo, el miedo repentino
Con que se ahuyentan si el azor asoma,
Y con temores de perder la vida,
Vomitan por las colas la comida?

Pues de aquel modo, de la misma suerte,
Cuando la pulga y piojo se encarnizan,
Dando á la turba tábana la muerte,
Y con rabia mayor se encolerizan;
Cuando el tártaro ven armado y fuerte
De la uña del hombre, se deslizan,
Y unos de espanto quedan medio muertos,
Otros escapan de temor cubiertos.

Volando pasa en su caballo grillo,
Que con bocados y furiosas coces
Va matando más pulgas que el caudillo
Con lanzadas mortíferas y atroces:
Retíranse los piojos al castillo,
Y al tábano y al Cénzalo da voces
El tártaro, que al suyo se recojan,
Y ellos entónces mucho más se enojan.

Póneseles con ánimo delante,
Forzando á los dos reyes que le miren,
Y dales á entender que es importante
Que al castillo al momento se retiren:
Pártense los soldados al instante,
Antes que lleguen, y las chinches tiren
Las fuertes balas con que fuego pegan,
Que está mirando el tártaro que llegan.

Retirada más linda ni á tal punto
Historia verdadera no pregona
En cuantas ha tenido el furor junto,
El soberbio Gradivo con Belona:
Sin duda fuera el tábano difunto,
Y sin vida la cénzala persona,
O ya que entrambos estuvieran vivos,
Fueran del Mosquifuro dos cautivos.

Era sin duda el tártaro mosquino,
Tras ser de tanta fuerza y tan valiente,
De las cosas futuras adivino,
Pues previno peligro tan patente:
Apénas se retiran, cuando vino
El Mosquifuro araña con su gente,
Que en sola una rociada mil soldados
Se llevó entre sus telas enredados.

No quiso el rey Sanguileon quedarse
(Como suelen decir) en la ventana
Mirando al toro; que ántes de vengarse,
Miéntras le agravian más, muestra más gana:
A las abejas manda adelantarse
Para que con su fuerza más que humana
Rompan, si acaso tiene el Mosquifuro
Con sus redes el campo mal seguro.

Y apretando las piernas al morcillo,
Y la mano á su lanza temeraria,
Arranca con su gente el gran caudillo,
La muerte amenazando á la contraria:
Guarda, canalla hormígena, el cuchillo
De tu vida, soberbia extraordinaria
De la turba letírica y araña;
Guarda; que va la muerte y su guadaña.

Corre la gente loca y furibunda,
Y al sitio adonde se combate llega,
Como el hinchado Moscas, cuando inunda
De la encumbrada Cuenca la ancha vega
Tala el campo su fuerza y baraunda,
Con cuanto encuentra su furor anega,
El estruendo del Júcar fortalece,
Su caudal se mejora y furia crece.

Crece en el bando moscatel confuso
El furor y la ira; que la gente
Del rey Sanguileon en ellos puso
Animo fiero y proceder valiente:
Ya la soberbia y el rencor incluso
Que estimulaba el corazon ardiente,
Llamas vomita del oculto seno
De vil furor y abrasador veneno.

No tardó el Granestor, que al mismo paso
Que el rey mosca salió; luego al momento
Los ijares lastima á su Pegaso,
Y va partiendo con su curso el viento:
De hormigas va cubriendo el campo raso,
Que no hay para contarlas suma ó cuento,
Mostrando á los contrarios sus adargas,
Sus fuertes yelmos y sus lanzas largas.

No se descuelga por su madre angosta,
Con la turbia color sanguinolenta,
Con más lijero curso que de posta,
Cuando á los vientos su carrera afrenta,
De los cerros que el tiempo seco agosta,
El arroyo veloz de la pimienta,
Con cuyas aguas sucias Huécar loco
Al coronado Júcar tiene en poco;

Como esta gente, que á la guerra y lucha
Caballeros fortísimos y infantes
Corren, bañando con la sangre mucha
El suelo que se vió sediento antes:
En el centro del Erebo se escucha
La voz de los heridos y matantes,
Y saltan los espíritus alertos,
Aguardando las almas de los muertos.

¡Qué de vitales hebras que se cortan
En el verano de la vida, en verde!
Qué de términos largos que se acortan,
Y qué de chusma del vivir se pierde!
Qué de almas al infierno se trasportan!
Qué de caterva altiva el suelo muerde!
Y entre piés de caballos ¡qué caterva
Los astros miran de la suerte acerba!

Cubierta está la tierra de cabezas,
Hígados, asaduras y pulmones,
Brazos, coradas, piernas y otras piezas
Quitadas á los míseros varones:
¡Qué de astutos ardides, qué proezas
Es necesario, fama, que pregones!
Porque si no eres tú con tantas lenguas,
¿Quién con una podrá, sin caer en menguas?

¿Quién creerá de los hombres que una guerra
Si de muchos soldados, no gigantes,
Aunque de horrendos monstruos de la tierra,
En fiereza á los otros semejantes,
Que hasta en la cuadra celestial que encierra
El planeta mejor de los errantes,
Metiese el grito del furor prolijo,
Convirtiendo en temor su regocijo?

Estando el sacro Júpiter comiendo
Muy opíparamente, alegre y lauta,
Riendo; que sin duda estaba haciendo
Gestos la diosa Música en su flauta;
La divina caterva (caso horrendo,
Que aun hasta allí no fué la guerra cauta)
Brazos y piernas de moscones vieron
Que en la mesa beatífica cayeron.

Cesar les hizo la comida y risa,
Y aun á fe que mudaron los colores
Algunas diosas, y con harta prisa
Sintieron de las tripas los dolores:
Hubo tambien necesidad precisa,
Por causa de los pésimos olores,
De que aplicasen perfumados paños
De las narices santas á los caños.

Una cabeza de soberbio piojo
Hizo quitar del mirador del cielo
Al dador de la luz, que le dió antojo
De ver por entre dos nubes el suelo:
Porque apénas mirando de medio ojo
La tierra estuvo el dios, cuando en un vuelo,
Si no se aparta, la piojil cabeza
Maculara con sangre su belleza.

De la Pullia y Montaña fueran pocos
Los que escapar pudieran, ó ninguno,
Si no huyeran; que á todos como á locos
Les diera muerte el tártaro uno á uno:
Solo en su contra queda haciendo cocos
El Mosquifuro astuto y importuno,
Que arremetiendo por sus gentes gruesas
Mil almas lleva entre sus redes presas.

Mas ¿quién pudiera al paso del deseo
Llevar por el papel la torpe pluma,
Y de las cosas que á montones veo,
Cifrar aquí con distincion la suma?
Allí el estruendo de Letiria feo
Con el ancho paves y lanza abruma
El Mirmilion, que há tiempo ya que calla,
Porque obra más que dice en la batalla.

Con la vista al Putrífola amenaza,
Que del tártaro astuto se retira,
Pero el chinche valiente al punto traza
La muerte ó el asombro al que le mira:
Dispárale dos granos de mostaza,
Que son las balas que encendidas tira,
Llenas de fuego artificial; mas luego
Abre camino el Mirmilion al fuego.

Aparta á un lado el zángano, y no aguarda
Que las balas le toquen á la ropa;
Que aunque fuera de acero, hará que arda
Tan grande fuego cual si fuera estopa:
Pasan como de tiro de bombarda,
Y con la chusma mirmiliona topa
El un globo y el otro, y los dos juntos
Dejaron veinte míseros difuntos.

Allí la raspilanza de Mirnuca
Entre todas las otras resplandece,
Que con terribles ímpetus trabuca
Todo cuanto delante se le ofrece:
Allí con más rigor la flor caduca
De la dispuesta juventud perece;
Que aunque el Mirnuca es viejo, son sus años
Ministros fieros de mayores daños.

El grande Barriliense le acomete:
Aquí sí que se escuchan golpes raros;
Que el eco cada cual del suyo mete
En los retretes de la luz avaros:
El uno y otro general jinete
Furiosos aperciben los reparos;
Este la costra del rocin matado,
Y aquel la dura escama del pescado.

La raspa y lanza con soberbia abaja
La hormiga contra el tártaro, y sañuda,
Los piés aprieta, y con furor ultraja
Los ijares hinchados de su aluda:
Su caballo veloz de más ventaja
Hace el pagano tártaro que acuda,
Y en la mano derecha atierra el asta,
Que no es la del Mirnuca mejor casta.

Un gato montañes de su bigote
Le dió la lanza al tártaro pagano,
A cuya fuerza y tremebundo bote
No hay escudo seguro ó peto sano:
Pónelos juntos el lijero trote,
Y arrímanse las puntas; pero en vano
Esta á la escama del pescado llega,
Y la otra á la uña se le pega.

Pasa el Mirnuca adonde la de Arjona
Su fuerza grande y de los suyos presta
A la fiera caterva mirmiliona
Entre la chinche y Mosquifuro puesta:
Mil almas en sus redes aprisiona
El araña, y con máquinas molesta
El Putrífola chinche; que sus balas
Siempre á los mirmiliones fuéron malas.

Pero de todas la mejor hazaña
Fué la del rey Sanguileon, que viendo
Que se iba de sus gentes la campaña
Por el araña vil disminuyendo,
Furioso arremetió contra la araña,
Yendo delante el furibundo estruendo
De las abejas, que la red espesa
Quebrantaron, quitándole la presa.

Hizo el fuerte Mirnuca grandes pruebas
Contra el famoso Mirmilion mosquito,
Del estrago llevándole las nuevas
Al rey Sanguileon el triste grito:
No visitaran sus oscuras cuevas,
Ni vieran de sus montes el distrito
Los mirmiliones otra vez, si acaso
El rey Sanguileon no alarga el paso.

La simiente del cáñamo se cala
Sobre la real indómita cabeza,
Y va sobre el morcillo, que la bala
No hiende el viento con mayor presteza:
Llega al Mirnuca, que soberbio tala
Del bravo Mirmilion la fortaleza,
Y arrímale el agudo porcipelo,
Y échale de la silla por el suelo.

Dió el general hormiga tal caida,
Y fué el rüido de sus armas tanto,
Que fué por el ejército extendida
Su desdicha cruel, pena y quebranto:
La tierra temerosa, que ofendida
Se vió del golpe que le puso espanto,
Se estremeció de suerte, que la tierra
Pensó que el gran Mirnuca le hacia guerra.

La gente de su ejército mirando
Su general en tierra, temerosos
Ya iban á la fuga los piés dando,
Para esto hasta aquel punto perezosos:
El Granestor mirólo, que matando
Estuvo en muchos trances peligrosos
Infinitas catervas, á despecho
Del tártaro feroz y de su pecho.

Pero viendo cubiertos los caminos
De hormigas que iban con temor huyendo,
Perdónales la vida á los mosquinos,
Que la estaban con él ántes perdiendo:
Tras ellos corre, y díceles: «Mezquinos,
¿Adónde vais sin vuestro honor corriendo?
¿Quién os ahuyenta, cuando un monte dejo
De muertos, y de sangre un mar bermejo?

»¿Tan presto, temerosos, se os olvida
La pitónica sangre que sorbieron,
Donde la estirpe vuestra disminuida
Por estos viles, vuestros padres vieron?
Pues ¿dónde caminais, sin ser vertida
Más sangre de sus cuerpos, que bebieron
Del lago del Piton, origen claro
Que ha dado al mundo vuestro ingenio raro?

»Volved sobre vosotros y sobre ellos,
Y con esfuerzo sacudid el yugo
Que oprime cada dia vuestros cuellos,
Dándoos la guerra por mortal verdugo:
Que hoy echaréis del gran valor los sellos,
Si estos que chupan el ajeno jugo,
Las vidas pierden por las fuerzas vuestras,
Que pusieron estorbo á tantas nuestras.

»Seguidme á mí, que vuestro rey me llamo,
Y me veréis, soldados, cómo entro,
Y con mis armas su bullicio infamo,
Dando sus almas al profundo centro:
Veréis dellos la sangre que derramo,
Y con mi lanza aguda en este encuentro
Cuántos nudos les corto de las vidas,
Con que las partes dos están unidas.

»Veréis con cuánta fuerza descalabro
La cabeza del vulgo cenzalino,
Y en el cuerpo del tártaro rey abro,
Para sacarle el alma, real camino:
Veréis, si me seguis, cómo los labro
De fuego, con el fuerte y repentino
Que acompaña mi furia, con que abraso
El ejército vil por donde paso.»

No le dejó la cólera amarilla,
Que bien el rostro la color mostraba,
Que acabe entónces su razon, y trilla
El camino que al campo le guiaba:
Como una furia va sobre la silla
Del animal hermoso, que enseñaba
Por su cola la luz que en la Mosquea
Halló de vaca la cabeza fea.

Con estos dichos y palabras tales
Todos los flacos ánimos se encienden;
Que pueden mucho persuasiones reales
Cuando á los suyos reducir pretenden:
Dejan la fuga los vasallos leales,
Y por en medio del contrario hienden,
Rompen, destrozan, cortan, hieren, matan,
Atropellan, sojuzgan, desbaratan.

¡Qué de moscones fuertes prenden vivos,
Metiéndolos en cárceles oscuras!
Qué de hormigas feroces van cautivos
Y los esconden en prisiones duras!
Qué bravos mirmiliones vengativos
Padecen impensadas desventuras!
Qué de chinches, de máquinas cargadas,
Viven á muerte infame condenadas!

Ya no hay lugar en todo el campo adonde
Se pueda pelear; que la matanza
La superficie de la tierra esconde:
¡Oh fiera inclinacion á la venganza!
El pequeño lugar que corresponde
Al agudo remate de una lanza
No se hallará de campo descubierto
Sin sangre roja ó enemigo muerto.

Ya los caballos el rigor no sienten
De la dorada espuela ó acicate,
Y solo sirve de que allí revienten
Cuando el fijar cansado se les bate:
Ya los fieros soldados no consienten
Que dure más el bélico combate,
Cuando no sufre el cuerpo la acerada
Malla, ni el brazo la sangrienta espada.

Como los galgos que la lengua estiran,
Y con la fuerza del cansancio anhelan,
Que aunque la liebre por los campos miran,
No la persiguen ni tras ella vuelan:
Entre la sombra y matas se retiran,
Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
La fatiga sus miembros embaraza,
Sin que se atrevan á seguir la caza;

Rinde á la fiera gente la fatiga,
Y se apodera de sus fuerzas ántes
Que los sujete y rinda la enemiga
Espada de contrarios arrogantes:
No se ve hormiga que á la mosca siga,
Ni chinche que las balas penetrantes
Tire al mosquito, ni caballo ó yegua
Que ya no ponga á sus carreras tregua.

Vuélvese el cielo décimo entre tanto
Que duraron los bélicos furores,
Precipitando tras su mobile cuanto
Se encierra en las esferas inferiores:
Tendió la noche su medroso manto
Por el largo Océano, y los temblores
No la dejaron que en el manto ingiera
La plata hermosa de la octava esfera.

Ya al galope Flegon, Eoo y Etonte,
Y el rígido Piroo bajan las frentes,
Y del Címico mar el horizonte
Dejan, y en triste luto á los vivientes:
Ya el sol dejaba al más altivo monte
Privado de sus rayos, que aunque ausentes
A ver el furor bélico estuvieron,
Por entre espesas nubes su luz dieron.

Cuatro caballos pálidos tirando
Iban el coche de la diosa negra,
Y temor el gigante acompañando,
Más temido que fuéron los de Flegra,
Por sus pasos el sueño iba sembrando
Lo que al cansado labrador alegra,
Pues no tiene su vida mejor dueño
Que cuando vive sepultado en sueño.

Con la lóbrega noche fué Morfeo,
Trajes mudando y lenguas diferentes,
Y Fabetor, más vario que Proteo,
Trasformándose en aves y serpientes:
Mostrando fué el temor su rostro feo,
Entorpeciendo las mortales gentes,
Tomando por ministro para el caso
Las espantables formas de Fantaso.

Cierra la noche de la luz las puertas,
Y el sitio adonde se batalla mide,
Y á las catervas de cansancio muertas
La guerra por entónces les impide:
Las unas y otras, con temor despiertas,
Treguas ponen entre ellas, y despide
La noche el fuego y bélico aparato,
Hasta que toque el alba otro rebato.

Saben los retirados los conciertos,
Y quitando á sus fuertes los cerrojos,
Sacan dos mil lucérnigas, que abiertos
De sus cuartos traseros traen los ojos:
Buscan las moscas sus soldados muertos
Entre la turba, el Fifolgel sus piojos,
La pulga sus catervas, y la araña
Los pocos muertos suyos en campaña.

Entierran las hormigas sus difuntos,
Dándoles en el campo sepultura,
Y cuentan los minutos y los puntos
Con que pasando va la noche oscura:
Pártense los cansados todos juntos,
Miéntras de su sosiego el tiempo dura,
A gozar de las treguas, y entre tanto
Descansan de la guerra, y yo del canto.

—

CANTO XII.

Al son del arma despertó la aurora,
Temerosa dejando sus umbrales,
Vertiendo, en vez de lágrimas que llora,
Las perlas de sus ojos orientales:
La santa luz del sol, que el mundo adora,
Anunciaba á los míseros mortales,
Renovando á sus cuerpos el quebranto,
Y ella á sí misma por Memnon el llanto.

A la cuadra del sol las horas bellas
Fuéron con lento y perezoso paso,
Quitándoles la luz á las estrellas,
Ó haciéndosela dar con rayo escaso;
Y despertando á Febo la una de ellas,
Eunomia, diputada para el caso,
Contando la salida de la aurora,
Hizo salir al sol la bella hora.

La noche negra con su vista escapa,
Y al paso que su manto va cogiendo,
Tienden las nubes de humedad la capa,
Al sol que va su cara descubriendo:
Con ella á los mortales su luz tapa,
Miéntras sobre el ejército corriendo
Pasa, y cubierto del espeso muro;
Que en guerra tal no vive el sol seguro.

Las moscas atalayas que velando
Toda la noche lóbrega estuvieron,
Estaban á los suyos espantando,
Los sucesos contándoles que vieron:
Muchas aves nocturnas que volando
Andaban por los aires, conocieron
Los agoreros tristes, que en sus voces
Juzgaban á los hados por atroces.

Tras la corneja el buho veces varias
Por las sombras se vieron, y las suertes
Se mostraron esquivas y contrarias,
Amenazando con infames muertes:
Si alguna vez las altas luminarias
Dejaron verse, sus efectos fuertes
Al uno y otro campo descubrian,
Tales, que de enemigos parecian.

Echaron los astrólogos juicios
Por las constelaciones de los astros,
De malévolos todos dando indicios
Conjeturables y siniestros rastros:
Ningunos ¡gran dolor! fuéron propicios;
Todos dieron señales de padrastros;
Con la desnuda espada el rey Cefeo,
Y con la vil Gorgonia el gran Perseo.

Los miembros del dragon Hesperio oprime
Tirintio valeroso, que la maza
Otra vez con denuedo y fuerza esgrime,
Y con muerte segunda le amenaza:
Desde su trono Júpiter sublime
El rayo ardiente, de Vulcano traza,
Colérico arrojó con truenos altos,
A la tierra causando sobresaltos.

Dando aullidos y voces el mochuelo,
Pasó por el ejército con queja
De la triste señal que daba el cielo
De que infinitas muertes apareja:
A la siniestra mano echó su vuelo,
Graznando tristemente, la corneja,
Y el cuervo dijo la desgracia en vano
Cuando echó el vuelo á la derecha mano.

¡Oh entendimiento bárbaro y siniestro
De la hormígena turba y la mosquina,
Cuya desgracia lamentable muestro
Por ser la más notable y peregrina!
¿No os predijo volando el daño vuestro,
Vuestra desgracia y mísera ruina,
La trasformada en ave Nictimene,
Si esta más que las otras la previene?

Cuando las liendres en honor matastes
del dios armipotente, ¡oferta rara!
Y el futuro suceso examinastes,
Poniendo humor sabeo ante su ara,
Entónces, ciega turba, ¿no mirastes
La muestra cierta, indubitable y clara,
Que os dieron de sucesos tan crueles
De las liendres los nervios y las hieles?

Cuando á cien piojos cruda muerte distes
Para aplacar las iras celestiales,
Y un hecatombe tan solemne hicistes,
Que ha habido pocos en el mundo iguales,
Entónces, gente bárbara, ¿no vistes
Las muestras evidentes y señales
Que dieron de los piojos los menudos,
De que os amenazaban golpes crudos?

Cuando á surcar el címico viaje
Salistes, ¿no probastes uno á uno
El tratamiento malo y hospedaje
Que os hicieron las ondas de Neptuno?
¿Del leveche no vistes el coraje,
Y del austro soberbio y importuno
Los pestíferos truenos y las balas,
Del mal que os cerca ya señales malas?

¿No sois testigos que infinitas veces
A vuestros capitanes y magnates
Del mar robaron temerarios peces,
Dándoles sepultura en sus gaznates?
Las címicas riberas ¿no son jueces,
Tras las recias tormentas y combates,
Que en la orilla á infinitos compañeros
Vuestros tragaron pájaros rateros?

Pues si vistes los astros de los cielos,
A Eolo y Neptuno conjurados,
Y amenazándoos la ruina y duelos
La fuerza inevitable de los hados;
Si el cuervo y la corneja con sus vuelos
Lo mismo os anunciaron, desdichados,
Con tantas suertes de señales malas,
¿Cómo no revolvisteis vuestras alas?

¿No le fuera mejor al miserable
Sanguileon, que dentro de sus muros
Huyera del peligro inevitable,
Gustando dulces y catando puros,
Que no sufrir del hado inexorable
Las iras tristes y los golpes duros,
Y estarse, por no ver tantos trabajos,
Chupando los decrépitos gargajos?

¡Oh barrilíense rey, oh rey de Buta!
Oh tártaro sin par! mejor te fuera
Que no salieras á la arena enjuta
Ni pisaras la címica ribera:
El Mosquifuro con su maña astuta
Darte la muerte entre su red espera,
Y vengar en tu cuerpo la matanza
Que hizo en los suyos tu caballo y lanza.

Mas ¿para qué me pudro y me deshago
Llorando ajenos duelos, si con esto
Al dudoso lector no satisfago,
Ni cumplo por mi parte lo propuesto?
Lleven de su locura el justo pago,
Pues contra el cielo, á su intencion opuesto,
Sola su voluntad quieren que baste
Para que la del hado se contraste.

Ya del negro garbanzo la corteza
Al cuerpo el rey Sanguileon arrima,
Y cubre con soberbia su cabeza
Del yelmicañamon, arma de estima:
Ya salta con furor y lijereza
Sobre el bravo morcillo, y puesto encima,
El asta jabalina empuña, y brama
Por buscar al Mirnuca y ver su escama.

Ya de la piel del negro escarabajo
Sus miembros cubre el tábano, y la espada
Colérico registra, á cuyo tajo
Se esconde la Tizona y la Colada:
En solo un salto, sin algun trabajo,
La silla singular sintió ocupada
La avispa; que era el tábano lijero,
Y pica de jinete y caballero.

Sobre un caballo de la misma casta,
Que no discrepa del pulgon perdido,
Cuya lealtad y lijereza basta
A poner á Bucéfalo en olvido,
Sale el cénzalo rey, y lleva el asta,
Que de otro caracol el cuerno ha sido,
Y de las recias habas las cortezas,
Por armas y blason de sus proezas.

Del nocturno murciégalo se viste
La ala el crudo Mirmilion, y sale,
Aunque á la vista en el aspecto triste,
Con furor que no hay diablo que le iguale:
Sobre el lomo de un zángano se embiste,
Que tanto como el otro valió, vale,
Por ser caballo de la misma casta;
Que esto y no más para alaballe basta.

Ya el tártaro se viste de la uña,
Para que á los sacrílegos crueles
De la montaña les castigue, y bruña
En su lisura sus horrendas pieles:
Ya del gato montes el asta empuña
Y el escudo fortísimo, armas fieles,
En cuya ofensa y resistencia funda
Humillar la contraria baraunda:

Ya las escamas del Mirnuca fiero
Desde su campo al otro resplandecen,
Que hechura hermosa de templado acero
A quien las mira con la luz parecen:
Sobre la yegua del volar lijero
Sus miembros valerosos ya se ofrecen,
Y la lanza del lomo del pescado
Coge en la mano y se la arrima al lado.

Ya de la piel del arador se cubre
El Caganielo, y sobre el lomo alto
Del largo caballete se descubre,
Porque en la silla se plantó de un salto:
Con el escudo fuerte el pecho encubre,
Y de paciencia, y no de esfuerzo, falto,
Pide la lanza el pulga foragido,
Por sus botes indómitos temido.

Ya el montañes á su langosta larga,
De cólera insufrible y rabia lleno,
El grave peso de sus miembros carga,
Y acomoda en la mano el duro freno:
Ya con la pupa sin temor se adarga,
Y escupiendo espumajos de veneno,
La zanca fuerte de Cigarra aserra,
Con que piensa dar fin á tanta guerra.

Ya las lanzas de espiga aprisa abarca
Del Granestor soberbio la cuadrilla,
Y armado ya el hormígena monarca,
Sube en la bestia y su dorada silla:
Ya el chinche fiero, de las moscas parca,
Las pelotas enciende con que humilla
Al Mirmilion temido y arrogante;
Que estos los rayos son de aquel gigante.

Ya por el campo las bombardas suenan
Que tira el Mosquifuro, y los oidos
De los soldados con temor atruenan,
Dejándolos sus voces aturdidos:
Ya los fuertes sonípedes condenan
Ser por los duros frenos detenidos,
Y el hierro muerden, las narices hinchan,
A los truenos responden, y relinchan.

Ya los incitadores instrumentos
En los ecos del campo dan sus voces,
Y rompen por los altos elementos,
Y al cielo suben prestos y veloces:
Temiendo titubean los asientos
De los dioses de allá, y en las atroces
Tinieblas del imperio del espanto
Tambien de las chicharras se oyó el canto.

Parten á un tiempo moscas y mosquinos,
Cenzalinos, abejas, mirmiliones,
Tábanos y andaluces, en los finos
Aceros enristrando sus lanzones:
Resisten sus orgullos repentinos
En juntos y formados escuadrones,
Pulgas, chinches, hormígenas y arañas,
Con brio igual y cóleras tamañas.

El bando alado de la mosca fuerte
Salió con un furor tan temerario,
Que no hay aquí comparacion que acierte
A asimilar su brio extraordinario:
Con más furor que cuando hinchado vierte
Por mi segunda patria el tenero Acnario
El cántaro colmado, y por sus cuestas
Bajan las aguas con estruendo prestas;

Con más sin duda estruendo, espanto y risa,
Por caminos y partes diferentes,
Toda la alada turba se desliza,
Amenazando las contrarias gentes:
Allí del corazon el fuego atiza
La enemiga feroz de los vivientes,
La Euménide solícita Meguera,
En la caterva que á la chusma espera.

La pulga encuentra al rey Asinicedo,
Y el Fífolgel al tabanesco espera;
Topa al chinche Putrífola el Mirpredo,
Y el tártaro al Mirnuca en la carrera:
El Granestor reprime su denuedo
Al rey Sanguileon, y desde afuera
El Mosquifuro, que la guerra mira,
Mil culebrinas desde el muro tira.

Trábase la batalla, matan, mueren
Del un campo y el otro los soldados;
Hieren al Fífolgel; las pulgas hieren
A los que fuéron para herirle osados:
Ya no hay hormigas que al mosquino esperen;
Ya vuelven los mosquinos retirados;
Ya la gran multitud el Cénzalo huye;
Ya el tábano cruel la disminuye.

Vuelve la rienda al largo caballete
El Caganielo, y desde léjos viólo
El Cénzalo gallardo, y arremete
A verse en campo con el pulga solo:
Aprieta los talones el jinete
Al lijero pulgon, y refrenólo
Cuando le vió tan cerca, que bien pudo
Desafiarle para el trance crudo.

«Pulga soberbia, dijo, pulga fuerte,
Conmigo eres en campal batalla;
Que há muchos años que procuro verte,
Y probar el valor que en tí se halla:
¡Qué dichosa y feliz será tu suerte!
Tanto, que no procurarán vengalla
Si á la Infanta restada en su convento
Tu cabeza en sus manos le presento.

No le dió el Caganielo la respuesta,
Porque á sus armas le comete el dalla;
Y el asta aguda de su cardo apresta,
Para que hable por él miéntras él calla:
La cornígera suya á punto puesta
El Cénzalo llevaba á la batalla;
Este la espuela á su pulgon arrima,
Y al caballete largo aquel lastima.

¡Oh qué soberbios botes y qué guerra
Entre la pulga y Cénzalo se traba,
Pues uno de la vida se destierra,
Y otro de haber vencido no se alaba!
Mordiendo queda el Cénzalo la tierra;
Que ya la vida al pobre se le acaba:
¡Oh miserable infanta, y cómo siento
Ver cuán mal se te logra el casamiento!

Era la lanza de la pulga aguda,
Pues del orbe del haba no hizo caso,
Y por armas tan bélicas no duda
Hallar al pecho del mosquito paso:
Fué su lanzada tan terrible y cruda,
Que, pasándole el cuerpo, dió al ocaso
Con la vida del Cénzalo, que habia
Llegado al hilo de su mediodía.

Muerto queda el mosquito; mas no puede
Decir la pulga que se queda viva,
Pues el tiempo llegó en que muerta quede,
Perdida el arma suya defensiva:
No tiene escudo que al contrario vede
Que no ejecute en él su fuerza esquiva;
Deshízosele el Cénzalo famoso,
Aunque era un hongo fuerte y espacioso.

Al largo caballete dió una herida
Que su cuerpo bestial tendió en el suelo,
Dejándole sin vuelos y sin vida,
No con poco dolor del Caganielo;
Mas el pulgon leal, viendo perdida
La vida de su dueño, alzando el vuelo,
Por los campos corrió, donde tendido
Al Putrifola halló muy mal herido.

Pero la chinche, alzando la cabeza,
De tierra el pecho con dolor levanta,
Y al fin sacando fuerzas de flaqueza,
Puso en el suelo la una y otra planta:
Al caballo los pasos endereza,
El pié siniestro en el estribo planta,
Sobre el arzon la mano, y así puesto,
Echó para subir su fuerza el resto.

¿Adónde subes, chinche sin ventura?
Atrevido Faeton, ¿á qué te pones?
¿Al caballo del sol (¡gentil locura!)
Te atreves á arrimarle los talones?
Pues mataráte si tu intento dura
En tan locas y vanas presunciones:
¿No sabes que era el Cénzalo mancebo
Dese Flegon, incomparable Febo?

Apénas sube el general letirio,
Cuando el pulgon indómito se ensaña,
Dando á la chinche el último martirio,
Arrojando su cuerpo á la campaña:
De su cárdeno pecho en humor tirio
El miserable capitan se baña;
Huye el pulgon caballo, y no consiente
Que otro sobre él, muerto su rey, se siente.

El pulga, viendo que dejaba muerto
El capitan de gente cenzalina,
Con el yelmo de mijo va cubierto
Del mosquito, á quien hiere y arrúina:
A pié llega al ejército encubierto,
Y hácia un tábano grande se encamina,
Al cual le dió tal golpe con su lanza,
Que le hizo dar el alma por la panza.

Viólo el Matacaballo y no consiente
De la atrevida pulga la proeza;
Y volviendo las riendas prestamente,
Para el tabanicida se endereza:
Alza la espada el tábano impaciente,
Y dale sobre el yelmo en la cabeza
Un tan horrendo y singular golpazo,
Que le partió por medio el espinazo.

No le fué de provecho al Caganielo
De mijo el yelmo, ni la piel vestida
De la bestia arador, pues en el suelo
Con sus armas se queda y sin la vida.
¡Pero qué grito súbito hasta el cielo
Volando sube, que la voz herida
A los astros altísimos se queja,
Y entre los ecos sus acentos deja?

¿Si es el Sicaboron? Mas no; el Mirpredo
Es sin alguna duda, que agoniza
Contra el fuerte Mirnuca y su denuedo,
Cuyos golpes el aire solemniza:
De alguna gran desgracia tengo miedo;
Porque si el Mirmilion se encoleriza,
Es un fiero demonio, y hará harto
La hormiga si se libra de su esparto.

¡Oh qué terribles golpes se sacuden,
Tales que á todas las catervas fuerzan
A que del sitio sin tardar se muden,
Y los intentos comenzados tuerzan!
Todos á dar favor al suyo acuden,
Y por no ser los últimos se esfuerzan,
Y allí la lid entre los dos se acaba,
Y otra entre todas más feroz se traba.

Suena el rüido y espantoso estruendo
Entre los campos dos de tal manera,
Como cuando entre llamas está hirviendo
El agua y hortaliza en la caldera;
Que como el hierro al fuego está impidiendo
El derecho camino de su esfera,
Las hojas bullen y las olas brotan,
Y en su cóncavo espacio se alborotan;

Así sucede allí ni más ni ménos:
Que como á centro suyo, á la venganza
Acuden los soldados, de ira llenos,
Haciendo unos en otros gran matanza:
De allí levantan temerarios truenos,
Y la fuerza del grito al polo alcanza;
Que más pierde el soberbio la paciencia,
Si hay más en el contrario resistencia.

Entre la gente el Granestor acecha
Al rey Sanguileon; parte y camina
Contra el mosca feroz con la derecha
Lanza, que al cielo su largura empina:
Con su escudo la mosca se pertrecha;
Y enristrando la fuerte jabalina,
Al Granestor la muerte le anticipa,
Metiendo el porcipelo por su tripa.

Salió del triste rey el alma pobre
Al lago Estigio con su horrenda muerte,
Otro dejando, que hasta el mar salobre
Llega, de sangre que su cuerpo vierte;
Y porque el campo de las moscas cobre
Nuevo vigor, sobre su lanza fuerte
La cabeza del mísero levanta,
Con cuya empresa la victoria canta.

Apénas por el campo se divisa
El tremendo espectáculo y funesto,
Cuando un temor y mortandad precisa
Oprime de la hormiga al largo resto:
El grito triste al Mosquifuro avisa;
Baja por la muralla y llega presto,
Y asombrando con voces la campaña,
Anima á los hormigas el araña.

«¿De qué, dice, temeis, progenie loca,
Cuando más la firmeza es necesaria?
¿En qué dudais, cuando mejor os toca
Privar de vida la virtud contraria?
¿Quién vuestras fuerzas con furor apoca?
¿Qué locura soberbia y temeraria
La fuerza en vuestros ánimos ahuyenta,
Sin poneros delante vuestra afrenta?

»Ya llega mi zancuda compañía,
Con cuyas balas en espacio breve
Castigaré la grande alevosía
Dese enemigo mosca, dese aleve:
Veréis, si acompañais la gente mia,
Cómo su sangre mal nacida bebe:
Tiendan las redes, las salidas tapen;
Que aun los tábanos mismos no se escapen.»

¡Qué golpes sin piedad que se están dando
El Mirnuca y el rey de la Mosquea,
Que están solos aparte peleando,
Sin que la gente sus rigores vea!
En tanto que el araña predicando
A las hormigas, su temor afea,
¡Oh qué soberbios tajos y reveses
Que en los yelmos se dan y en los pavesos!

Ya en infinitas piezas el escudo
Del general Mirnuca está deshecho,
Y ya el Sanguileon muestra desnudo
Sin la corteza de garbanzo el pecho:
¡Oh qué golpazo tan horrendo y crudo
Contra el hormiga fuerte va derecho!
Y ¡oh qué porrazo extraño que el Mirnuca
Le arroja, con que el yelmo le machuca!

Sí el yelmicañamon no le resiste,
Tengo por cosa indubitable y cierta
Que la persona de la mosca triste
Quedara entónces con el golpe muerta;
Mas ya el araña con su gente embiste,
Dejando en sangre y mortandad cubierta
La tierra, adonde el Mirmilion procura
Resistir de la araña la locura.

Con una y otra rígida pelota
Al Mirpredo feroz persiguen tanto,
Que la ala de murciégalo está rota,
Que es de su cuerpo el acerado manto:
Sobre el zángano fuerte huyendo trota,
Metiendo entre la turba horror y espanto,
Y arrójale un letírico vasallo
Un globo, y mata al zángano caballo.

Cayó, y el Rey tras él; y al mismo punto,
Sin que más de la silla se levante,
Con sus zancas el pueblo arañil junto
Al Mirmilion prendieron arrogante:
El Mosquifuro le dejó difunto,
Porque, como iba solo más delante,
Al punto que al Mirpredo tuvo preso,
El cocote le hirió, y sorbióle el seso.

No sufrió más la mirmiliona turba
El furor que sus gentes disminuye;
Todo mosquito con temor se turba,
Y muerto su caudillo, huir concluye:
El paso el Mosquifuro les perturba,
Porque por todas partes donde huye,
La trampa encuentra el Mirmilion, y queda
En la prision, sin que escaparse pueda.

Infinitos mosquitos llevan presos;
No queda Mirmilion que no perece
Entre los hilos de la red espesos,
Que es lazo que la muerte les ofrece:
No parece quien vengue los sucesos;
El furor sobrepuja, el grito crece;
Oyenlo el fuerte tábano y mosquino,
Y parten como fiero torbellino.

El Mosquifuro sus pisadas siente;
Vuélvese al punto con presteza rara,
Y como rayo abrasador y ardiente,
Un grano de mostaza le dispara:
No llega el fuego al tábano valiente;
Pero pasando el humo por su cara,
Por las narices se subió, y al punto
Le dejó de un volcan hecho trasunto.

Entra como un desesperado entre ellos,
Y por espesas puntas se abalanza,
Cortando piernas y segando cuellos;
Que es grande su valor y su pujanza:
Empiezan la batalla estos y aquellos,
Haciendo unos en otros tal matanza,
Que parece que intentan que no quede
Gente en el mundo que su especie herede.

¡Oh cómo muestra el tábano su esfuerzo,
Contra la araña astuta haciendo hazañas,
Que no parece sino al viento cierzo
Contra las flacas y lijeras cañas!
Pero al Sicaboron la pluma tuerzo,
Que va corriendo echando las entrañas
Tras las pulgas y piojos que retira,
Que todos van huyendo de su ira.

Sin caballo va el tártaro, que deja
El suyo sin el alma en el arena,
Y por esto del tábano se aleja,
Para que lleve, quien le hirió, la pena;
Pero ya la venganza le apareja,
Pues á muerte tan mísera condena
A los piojos y pulgas, que el cuchillo
Pudieron ser de su caballo grillo.

Y como suele el fuego que se enciende
Del árbol de la selva en una rama,
Y de una en otra su furor extiende,
Y con mayores fuerzas se derrama;
Con los soplos del Africo se enciende,
Y al cielo encumbra su abrasante llama,
Y por las arboledas abre paso,
Al umbroso lugar dejando raso;

Así tras gente bélica infinita
El tártaro feroz matando pasa;
Del caballo la pérdida le incita
A vomitar el fuego que le abrasa:
Llamas inmensas de furor vomita,
Que la campaña va dejando rasa
De la caterva infame montañesa,
Que á su castillo se retira espesa.

Como escuadra de cabras á quien sigue
El lobo robador, así la gente
Moviendo va los piés; que los persigue
Como leon el tártaro valiente:
Temiendo van que el lobo los castigue,
Que ya para cebarse muestra el diente:
¿Qué digo lobo? Al diablo semejante
De atras, huye la chusma de adelante.

Chinches, piojos y pulgas á porfía
Ellos mismos se van atropellando,
Oyendo el alto grito y vocería
De aquellos que iba el tártaro matando;
Y al paso que sentian que venía,
Iba el temor sus pasos alargando:
¡Oh miserable chusma! ¡Qué vecina
Llegando va vuestra total rüina!

Antes de entrar el levantado muro
Del presidio de aquella gran cabeza
De la vaca, que el fuerte Mosquifuro
Escogió por asilo y fortaleza,
Estaba un foso hondísimo y oscuro,
Que en aquel sitio abrió naturaleza
Por boca de la tierra, con que ruega
Que el cielo le dé el agua que le niega.

No hubiera pulga que, aunque más lijera,
A dar un tranco al temerario foso
Con sus lijeros saltos se atreviera,
Por ser trance terrible y peligroso:
Tan grande salto, si le diera, fuera,
Que desde allí al infierno tenebroso
Saltara sin dudar la pulga loca
Por aquella anchurosa y honda boca.

Una soberbia trabe de centeno
Hace el oficio de anchurosa puente,
Por donde, sin temor del hondo seno,
Pase al castillo la atrevida gente:
Iba el camino de catervas lleno,
Y tras ellas el tártaro impaciente,
Haciéndoles á todos ser forzoso
Pasar al puente ó descender al foso.

De piés se llena la anchurosa trabe,
Y al espacio la gente sobrepuja;
Sobre ella tanta máquina no cabe,
Y por pasar de presto, se arrempuja:
El de Buta volando como un ave,
A quien la rabia el corazon estruja,
Pasa; y viendo los otros que se acerca,
Su muerte miran que se llega cerca.

Al fin el Barriliense fué tan presto
Cercano de la puente, que en llegando,
Por no ver los contrarios su mal gesto,
Se fuéron en el foso sepultando:
Estaba el espectáculo funesto
El mosquino cruel considerando,
Abrasado en furor, porque quisiera
Que á sus manos la máquina muriera.

Más de un millon en la profunda grieta
De la tierra quedaron sepultados;
Mas no por eso el tártaro se quieta
Ni deja de seguir los desdichados:
El puente pasa la caterva inquieta,
De miedo más que de valor cargados,
Y al castillo cabeza de la vaca,
Camina á más correr la gente flaca.

Sigue el alcance el Barriliense, y tanto
Cercano á los contrarios parecia,
Que á muchos dellos les rindió el espanto
Que sus débiles ánimos cubria:
Dobla la gente fugitiva el llanto;
Resuena el alarido y vocería;
Llenase el campo de inauditas quejas,
Y dan del Mosquifuro en las orejas.

Revuelve entónces la cabeza, y mira
Tanta caterva por los campos muerta,
Y los golpazos que el de Buta tira,
Cercano del castillo y de su puerta:
El araña varon, que, lleno de ira,
La vista tiene en lo que pasa alerta,
Mira el Sicaboron que los alcanza,
Y en el castillo sin temor se lanza.

Deja cercado el campo sutilmente
De redes más sutiles que fué aquella
En que Vulcano al dios armipotente
Prendió en los brazos de su Vénus bella;
Y partiendo más presto y diligente
Que baja por los aires la centella,
Vuela, y tras él la máquina zancada,
A dar al chinche, pulga y piojo ayuda.

Escucha el grito, y sin temor repara
En cuanto puede el daño, y presuroso
El y los suyos con astucia rara
Se aprovechan del arte caviloso:
Espesos lazos por las puertas pára,
Y hace al castillo sin salida coso,
Adonde como toro de Jarama
El Barriliense endemoniado brama.

Era el enredo de la red espeso,
Y fuerte tanto, que era necesario
Quedar en él el Barriliense preso,
O matar el ejército contrario;
Y para asegurar el buen suceso,
La araña con su ingenio extraordinario,
Por sus maromas, que esta es su costumbre,
Bajaron sin trabajo y pesadumbre.

Entre tanto el Mirnuca al pobre y triste
Sanguileon, por entre espesas puntas
De armas contrarias, denodado embiste,
Hasta mostrarse las presencias juntas:
El infierno en los pechos se reviste,
Pareciendo sus caras más difuntas
Que vivas; que las coleras fervientes
Pusieron blancas sus morenas frentes.

Ponen á punto la una y otra lanza,
Y cuando en la carrera ya empareja
Con el mosca el hormiga, sin tardanza
La muerte el uno al otro le apareja:
En el yelmo al hormiga el mosca alcanza,
De suerte que pasando por la oreja
El lancipelo, le llevó un pedazo,
Sin que el yelmo sirviese de embarazo.

El general hormiga, quebrantado
Viendo el yelmo sin par, y que la herida
Fué de manera que del diestro lado
Llevó su media oreja dividida,
Revuelve furibundo y denodado
A quitarle el orgullo con la vida,
Y quitósela, al fin, su lanza espina,
Sin valerle al moscon la jabalina.

Por medio á medio del contrario peto
Pasó la lanciraspa sin reparo,
Que no pudo tenerle en tanto aprieto
De la corteza negra el temple raro:
Cayó el Sanguileon, cayó en efeto,
Mirando todo el campo el hecho claro
Del Mirnuca; que él solo entre su gente
Pudiera dar la muerte al rey valiente.

Luego el hormiga la victoria canta,
Y el tabanesco su desdicha llora,
Y la caterva, tras miseria tanta,
Viendo que la fortuna se empeora,
Con temor el ejército levanta
Convocando los suyos, que á la hora,
Viendo la vida de su rey perdida,
Todos encargan á los piés la vida.

Parte del campo la caterva rota,
Y por la parte al parecer segura
Toma toda la chusma la derrota,
Huyendo el golpe de la suerte dura:
Todo el mosquino bando aprisa trota
Maldiciendo la suerte sin ventura,
Y miran tras el mísero fracaso
De espesas redes ocupado el paso.

Mas este no fué grande inconveniente
Tras la gran mortandad de la refriega;
Porque luego llegó la andaluz gente
Con la mosca de Arjona y la manchega:
Rompen las telas fuertes prestamente,
Y el tabano tambien tras ellas llega,
Que cortó con su espada sin trabajo
Bien treinta cuerdas de la red de un tajo.

Así escapó la mísera caterva
Del Mosquifuro astuto y de sus lazos,
Del arma del Mirnuca cruel y acerba,
Y de la muerte y de sus fuertes brazos:
La fuga de la muerte les reserva,
Que aunque están de la guerra hechos pedazos,
Animales á huir el miedo fuerte;
Que tiene grande esfuerzo el de la muerte.

Retumban los acordes instrumentos
Del victorioso hormiga, en que publica
A los celestes orbes y elementos
Contra las moscas la victoria rica:
A todos sus soldados ya contentos
El opimo despojo les aplica,
Y ellos, alegres, su valor pregonan,
Y el víctor todos hasta el cielo entonan.

Solo el moscon Sicaboron, cercado
De enemiga canalla en el castillo,
Está de matar gentes fatigado,
Sin costra escudo y sin caballo grillo:
El cuerpo con rigor estropeado,
Agonizando el mísero caudillo,
Por muchas partes rota el arma fiera,
Sin penacho ni forma la cimera.

Baja volando el diablo Mosquifuro
Con su gente inventora de cautelas,
Dejando del castillo el ancho muro
Todo cercado de sutiles telas;
Y al Barriliense dice mal seguro:
«En vano en la defensa te desvelas,
Pues no valdrá tu ardid ni tu pujanza,
Tus armas uña ni bigote lanza.

»Conviénete, infeliz, que al punto mueras,
O en mi poder á la prision te entregues;
Escoge lo que más á gusto quieras
De lo que te propongo á que te allegues;
Si no es que como loco acaso esperas
Que con tu sangre mal nacida riegues
La tierra adonde estás: á prision date,
Si no es que más estimas que te mate.»

«No temo vuestros fieros, gente bruta,
Que no tengo temor ni me acobardo,
Responde á todos el señor de Buta,
Que solo vuestros ímpetus aguardo.»
Y contra la caterva vil y astuta
Revolviéndose el tártaro gallardo,
Dando á sus vidas miserables fines,
Al jabalí parece entre mastines.

A un rincon el magnánimo se arrima,
Porque era parte al parecer más buena,
Y saca de la vaina la hoja fina,
Que á tres pulgas dejó sobre la arena:
A quien le mira pone espanto y grima,
Y á muerte á quien se llega le condena,
Cuya sentencia está con sangre roja
Escrita en el acero de su hoja.

El Mosquifuro por prenderle llega
Algo más cerca que las otras gentes,
Y el tártaro, zis zas, le arroja y pega
Un golpe y otro por cabeza y dientes:
Con tanta fuerza por el pecho entrega
La espada, que en dos partes diferentes
Se quedó de la araña el cuerpo fiero,
Y dividido en medios el entero.

Levanta la zancuda compañía
El grito viendo muerta su cabeza,
A cuya inopinada vocería
La hormiga gente á alborotarse empieza:
Los fuertes pasos el Mirnuca guía
Hácia la bien cercada fortaleza;
El foso pasa por el puente, y halla
Sin entrada ni puerta la muralla.

Con piés y manos por el muro arriba
Va gateando un número infinito,
Por ver qué furia del placer les priva,
Y en la zancuda gente causa el grito:
Sube arriba la turba vengativa
A castigar del mísero el delito,
Y ven de gente muerta una montaña,
Y partido por medio el rey araña.

Del tremendo espectáculo se admiran,
Y jugando la espada temeraria,
Entre gran multitud de arañas miran
Al pagano de Buta en la Tartaria:
Apénas bien le ven, cuando le tiran
Por partes mil la máquina contraria
Mil trabes gruesas de encendidas pajas,
Queriendo hacer al tártaro migajas.

Nubes de piedras, y de tierra cargas
Del muro llueven, que al moscon sepultan,
Y entre las brasas de las trabes largas
El cuerpo vivo del de Buta ocultan:
Con tantas pruebas para el triste amargas,
Que de la tierra salga dificultan;
Mas el moscon ¡prodigio nunca visto!
De entre la tierra y trabes salió listo.

Tira tras ellos, y ellos la fiereza
Del colérico tártaro temiendo,
Vuelven con ansia espaldas y cabeza,
De los golpazos que les tira huyendo;
Mas él con nunca vista lijereza
La miserable chusma va siguiendo,
Y brotando veneno por los ojos,
Brazos de chinches corta y piés de piojos.

Cien heridas el tártaro tenia,
Todas mortales, y por cada una
Un arroyo de sangre le corria,
Que hicieron á sus piés una laguna;
Y aunque por tantas bocas le salia
El alma noble, no hubo hormiga alguna
Que á ponérsele junto se atreviese,
Sin que su muerte más cercana viese.

Su poco á poco á la muralla llega,
Y al contrario mostrándole la cara,
La espalda fuerte con el muro pega,
Y con él se recoge y se repara:
El Mirnuca colérico reniega,
Viendo virtud en el jayan tan rara,
Que á tanto pulga, piojo, chinche, hormiga,
Siendo un solo moscon, así persiga.

Por la muralla el general acude
Sobre la parte adonde el mosca fuerte
Golpes extraños con furor sacude,
Y rabia y sangre blasfemando vierte;
Y para que más presto á darle ayude
La ya cercana inevitable muerte,
Una invencion diabólica ejecuta
Contra el esfuerzo del señor de Buta.

Manda que luego al punto cien soldados
De varonil esfuerzo el paso alarguen,
Y de los fuertes tormos más pesados
Uno, el mayor, sobre sus hombros carguen,
Para que, siendo todos avisados,
Desde el alto del muro le descarguen
Adonde, sin que valga el fuerte casco,
Venza el pesado golpe del peñasco.

Cien hormigas varones al instante
Parten lijeros más que el mismo viento,
Y afierran una máquina bastante
A despreciar las fuerzas de otros ciento:
Pónenle al bravo general delante
Un grano de haba, tal para su intento,
Que no tuviera á mucha maravilla
Que hiciera á treinta tártaros tortilla.

Ponen por línea recta el fuerte grano
Los soldados valientes con destreza,
De suerte que del tártaro pagano
Amenazaba la sin par cabeza;
Y haciendo señas con la diestra mano
El general diabólico, la pieza
Disparan por mandado del Mirnuca,
Y dánle al pobre tártaro en la nuca

El globo apénas la caterva arroja,
Cuando oprimido del soberbio peso,
Se vió nadando entre la sangre roja
De la cabeza del de Buta el seso:
De vida al miserable le despoja,
Y este fué el espectáculo y suceso
Del odio horrible y el rencor interno
Que provocó las furias del infierno.

FIN DE LA MOSQUEA, DE VILLAVICIOSA.

INDICE.

Pág.

ADVERTENCIA. v

LA ARAUCANA.

Canto primero. — El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata, en suma, de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar. 4

Canto ii. — Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron. 7

Canto iii. — Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro. 12

Canto iv. — Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada, con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura. . . 17

Canto v. — Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalican, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fuéron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos. 22

Canto vi. — Prosigue la comenzada batalla, con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo. 24

Canto vii. — Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion. 27

Canto viii. — Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cauten. 30

Canto ix. — Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No há efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla. 34

Canto x. — Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias. 39

Canto xi. — Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, ántes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla. 42

Canto xii. — Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú. 47

Canto xiii. — Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran, guiado por un indio, viene sobre Lautaro. 53

Pág.

Canto xiv. — Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra. 54

Canto xv. — En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fuéron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron. 57

Canto xvi. — En este canto se acaba la tormenta; contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion y isla de Taicaguano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó. 61

Canto xvii. — Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin. 63

Canto xviii. — Da el rey Don Felipe el asalto á San Quintin; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles. 69

Canto xix. — Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos. 73

Canto xx. — Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia. . . . 75

Canto xxi. — Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra; llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente. 79

Canto xxii. — Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso. 82

Canto xxiii. — Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia. 85

Canto xxiv. — Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochalí. 89

Canto xxv. — Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia. 95

Canto xxvi. — Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fitou. 99

Canto xxvii. — Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase tambien cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura. 101

Canto xxviii. — Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retíranse alegres, aunque desbaratados. 104

Canto xxix. — Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente. . . 108

Canto xxx. — Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los es-

pañoles. 111
Canto xxxi. — Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado; habla con Caupolican cautelosamente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo. 114
Canto xxxii. — Arremeten los araucanos el fuerte, son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido. 116
Canto xxxiii. — Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta; cuenta cómo fundó á Cartago, y la causa por que se mató; tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican. 121
Canto xxxiv. — Habla Caupolican á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal. . . 125
Canto xxxv. — Entran los españoles en demanda de la nueva tierra; sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos. 129
Canto xxxvi. — Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. 131
Canto xxxvii. — En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar más sus armas. 134

EL BERNARDO.

Libro primero. — Describe este primer libro los estados de España y Francia, los alborotos de la guerra, el gran viaje de la hada Alcina á los palacios de Morgana, la prision del conde de Saldaña y de don Tendonio, el cual da cuenta al Conde de su linaje y antigua privanza con el rey Casto, y cómo el tirano Manuces se apoderó del reino de Leon, y por negociacion suya el emperador Carlo-Magno envió con don Gaiferos un gran socorro de gente, que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosia y su amante, y la hermosa arquitectura de los palacios de Morgana. 143
Libro segundo. — Cuenta Alcina á Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vió en la cueva de los Hados; y para darle entera relacion de la persona de Bernardo, que las ha de dar vengadas de Orlando y los demas paladines, refiere el origen de los godos en España, de cuyo linaje él desciende. Morgana, agradada de la relacion del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Pintase la casa de la Fama, y la que hay de la venida del frances. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del Desengaño; y la ninfa, en un lienzo de su labor, en profecía le muestra algunos valerosos capitanes de España. 155
Libro tercero. — Ferraguto, envidioso de las alabanzas de Bernardo, se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso doncel que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el Conde. Trátase de las fiestas de Francia y del consejo de guerra del César, donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Oróntes robó á Bernardo. 166
Libro quarto. — Deja Oróntes, por su ciencia, á Malgesí colgado de un árbol, donde, cayéndosele el libro de sus conjuros, un demonio con la fuerza dellos saca algunas legiones del infierno para destruir á España, y su ángel custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecucion de los moros ha dado al cielo, promete á España un nuevo mundo en premio á su católica religion. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente, llega á bordo de un galeon, donde halla presa á Angélica la bella; y habiéndose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de la China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire. . 176
Libro quinto. — Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia; libra tambien á Anchalí, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucef, tio de Galiana, y por relacion se enamora della; y al márgen de una fuente ve en sueños su hermosura y la de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el consejo de guerra del rey Casto. 187
Libro sexto. — Cuenta Garilo una fábula á Orlando y á los suyos, á fin de divertirlos, preguntándoles cuál sea el don mayor de la fortuna. Descubre Bernardo, desde el navío persiano, una fresca isla, donde lleva á Orimandro para curarle; halla en ella á Gundémaro, un noble español, que, despues de curar al Rey sus heridas, hace á Bernardo una agradable relacion de sus infortunios. 196
Libro séptimo. — Prosigue Gundémaro su historia, y acáhase en un extraño encantamiento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda, donde le sucede una extraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabí, rey de Pamplona. 207
Libro octavo. — Describese quién fué Arieta, la cual presenta el caballo Clarion á Rangorio porque le vengue de Ferraguto, á quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España á Sansueña, haciendo una gallarda reseña á vista de sus muros. Sale Cardiloro á reconocerlos; ve sin ser visto á Florinda, enamórase della, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedon, compañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Cardiloro, como lo trazó, roba á Florinda, y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos, donde le matan, y á ella sin conocer la llevan presa á la tienda de su esposo. 219
Libro nono. — Argildos, creyendo que Florinda es muerta ó robada, se quiere matar de pena; y ella, sospechando ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo, siguiendo una cierva, encuentra á Angélica en las uñas de un dragon; síguela por las oscuridades de una cueva, y hállase enredado en un extraño encantamento, donde Proteo le descubre quién son sus padres. Arieta pide á Galiana justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata y quita el escudo, y por las armas dél es tenido por frances y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo; oyen en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él. 234
Libro décimo. — Ferragut, perdido por unas selvas, halla un castillo, donde le sucedió un sabroso encantamento; quiere despeñarle el caballo Clarion, y él le deja, y llega á pié á una fortaleza, donde da muerte al jayan Bramante, y libra á Doralice y al rey su padre, y á Galirtos, los cuales hacen compañía á la Infanta hasta Granada. Y Galirtos, por entretenimiento del camino, cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite. 245
Libro undécimo. — Roban segunda vez unos corsarios á Angélica á vista de Orimandro, que en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento; y habiéndola perdido de vista, hace grandes sentimientos, y cuenta su vida y linaje, y la ocasion por donde Angélica vino á su poder. Orlando, con la ocasion de la pregunta de Garilo, cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura. 255
Libro duodécimo. — Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor; reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual, refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura. 265
Libro décimotercio. — Describese el gran aparato de las fiestas de Francia, la ferocidad de Morgante, rey de Córcega, y las bravezas que hizo con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de corsarios, donde libra de prision á Arcangélica la bella, princesa del Catay; y enamorado de su hermosura, la pierde en una gran tormenta, de donde él se escapa nadando sobre una entena. 276
Libro décimocuarto. — Sale Bernardo, arrojado de la tormenta, á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte; tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia y el engaño. 286
Libro décimoquinto. — Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo; vale siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el frances ponerle fuego, y el catalan se lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesí levanta con sus conjuros su navío volando por el viento, llevando dentro de él á Reinaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermo-

sura de Europa. 295
Libro décimosexto. — Prosigue Malgesí su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á peticion de Orimandro un famoso epílogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española. 305
Libro décimoséptimo. — Prosigue Malgesí su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del Engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndeselo el leonés, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un leon y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido. . . . 315
Libro décimoctavo. — Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya; ofrécele Gloricia á su nieta en casamiento; y él, enamorado de Arcangélica, se excusa con la prision de sus padres; recibe una carta, y alborotado con ella, trata de partirse. Crisalbo hace gran sentimiento, y por no apartarse dél, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una extraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias Occidentales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo y muestra las maravillas de su cueva. 326
Libro décimonono. — Cuenta el sabio Tlascalan las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesion de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Cárlos V. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde, habiendo acabado un artificioso encantamento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España. 336
Libro vigésimo. — Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro dia á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un rio á don Teudonio y á Garilo presos: pónelos en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: háceles Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Olfa en un monte llorando un caballero muerto; dale nuevas de Arcangélica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento. 347
Libro vigésimoprimo. — Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el orígen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Oróntes y trescientos caballeros de su linaje, que le acompañan para ir á la corte de su tio el rey Casto. Hállanse Morgante y Orimandro en Africa: cuéntanse las desgracias de Angélica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artábano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fuéron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Livia, y con ellas la clava de Hércules. 358
Libro vigésimosegundo. — Atemoriza á Carlo-Magno un espantoso sueño; interprétalo Malgesí; Montesinos refuerza con sus razones las del sabio; Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo frances: déjanse por ella las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en Africa, á la ribera de un rio, con Angélica; y estando para gozar della, sobreviene Morgante, que lo estorba; y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago, hasta embarcarse tras ella para España. Orimandro halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura. 369
Libro vigésimotercio. — Cuenta Gundémaro el extraño suceso por donde se libró de la prision de Sulman, rey de Biserta; el artificioso orígen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia. 378
Libro vigésimocuarto. — Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitan el suyo; y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual, entre trágicos sucesos, se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demas Doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles. 388

LA CRISTIADA.

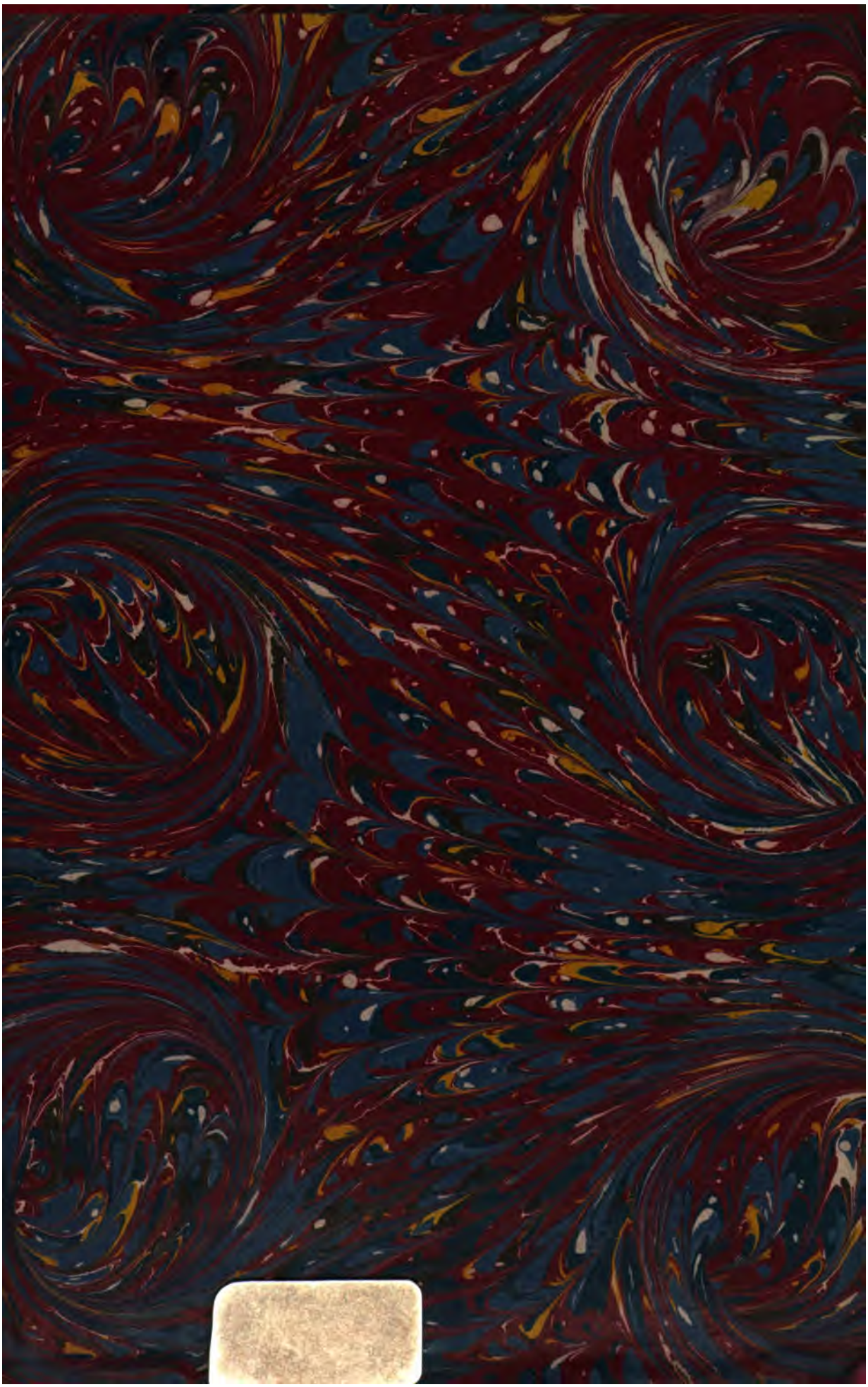
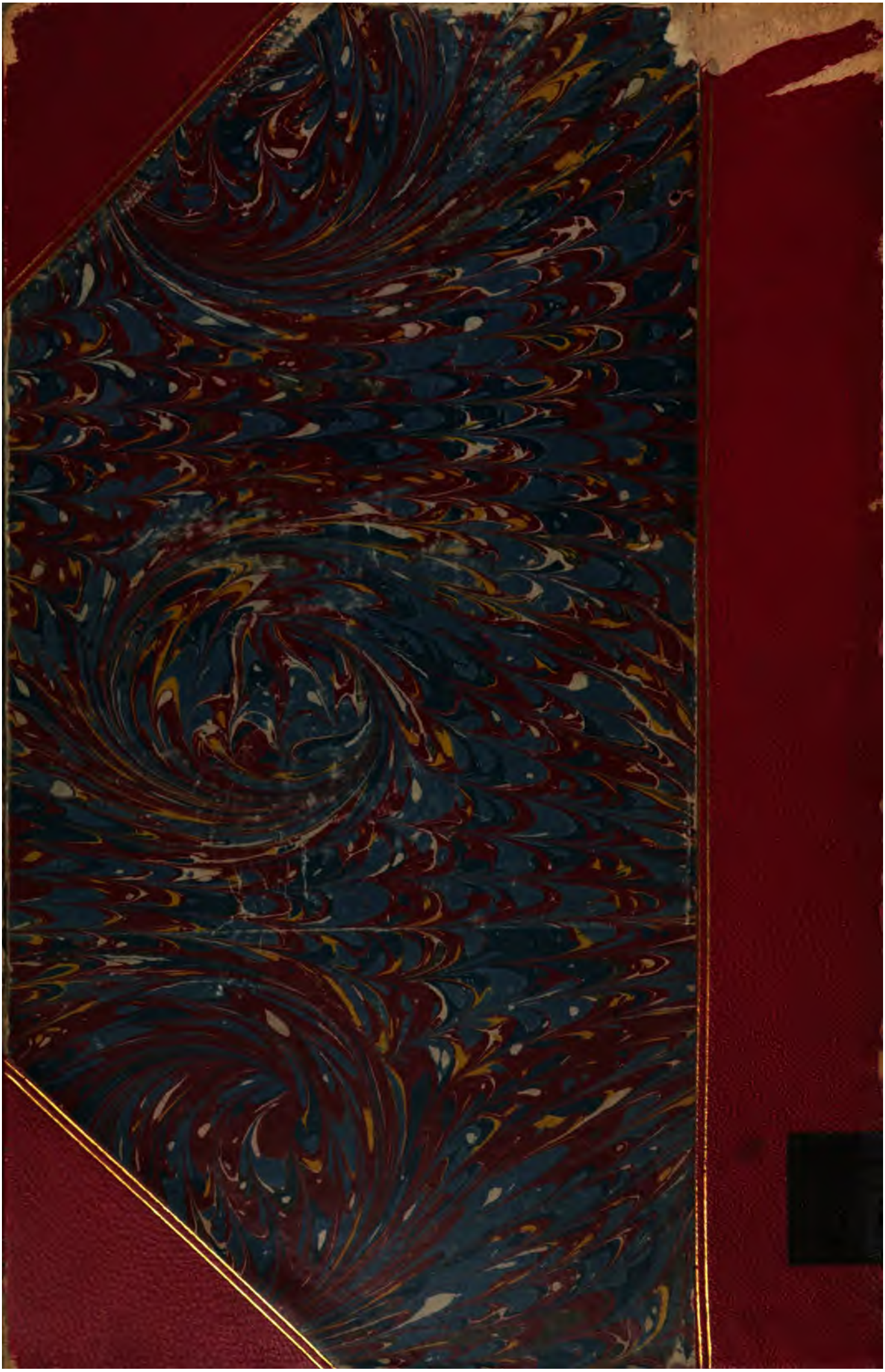
Libro primero. — Ultima cena de Jesus con sus discípulos. Lávales los piés. Instituye el sacramento de la Eucaristía. Ora en el huerto miéntras duermen los Apóstoles, y aparece vestido de una túnica en que se representan los pecados de los hombres. 402
Libro segundo. — Personificacion de la oracion de Cristo, que sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo. Baja el arcángel Gabriel á consolar á Jesus por mandato del Padre Eterno. 411
Libro tercero. — Caifas llama á consejo á los Escribas y Fariseos. Gamaliel defiende á Cristo, probando que es el prometido Mesías. Acúsale Judas. Confórtale el arcángel Gabriel. Despídese de sus discípulos, y le prenden. 419
Libro cuarto. — Conciliábulo y pintura de los espíritus infernales convocados por Lucifer. Comparece Cristo ante Anás, y recibe mil afrentas. Niega Pedro á su Maestro. Vision de la mujer de Pilato. 423
Libro quinto. — Jesus en presencia de Caifas. Refiere Lázaro su muerte y resurreccion. Conducen á Cristo al tribunal de Pilato, y despues á la presencia de Heródes. Represéntale al Señor la serie de los doctores de su Iglesia. 436
Libro sexto. — Desciende del cielo el arcángel Gabriel á consolar á la Vírgen María, vaticinándole la gloriosa resurreccion de su Hijo. Entre tanto el pueblo, congregado en el tribunal de Pilato, pide que muera Jesus en lugar de Barrabás. 445
Libro séptimo. — Remordimientos de Judas, que á sí propio se da muerte. Píntanse las mansiones infernales, adonde va su alma. Jesus es sentenciado á azotes. . . 453
Libro octavo. — Los espíritus infernales incitan á los hombres contra su Redentor. Cristo, desnudo y atado á una columna, padece el tormento de los azotes. Los coros celestiales le cantan alabanzas, y el príncipe Miguel le refiere la historia de los mártires. 460
Libro nono. — Pintura de la impiedad, y de su habitacion en el infierno. Luzbel se sirve de ella para encender los ánimos en Jerusalen. Pilato muestra á Jesus al pueblo, y este pide que sea crucificado. 463
Libro décimo. — Cristo condenado á muerte. El pueblo desprecia su sangre, y se atrae la maldicion del cielo. El arcángel Gabriel predice á la Vírgen María los trofeos de Cristo, su ascension gloriosa, la venida del Espíritu Santo, y su feliz coronacion en el cielo. . . . 473
Libro undécimo. — El pueblo de Jerusalen discurre varamente sobre la vida y doctrina de Cristo. Va el Señor con la cruz á cuestas camino del Calvario. Confórtale la idea de los innumerables santos que seguirán su ejemplo. Encuéntrase con su divina Madre. Su llegada al Calvario. Su crucifixion. 483
Libro duodécimo. — Elevan á Jesus en la cruz. Palabras que pronunció en sus últimos momentos. El arcángel Miguel junta sus huestes, y quiere vengar la maldad de los hombres. Prodigios que precedieron y acompañaron á la muerte del Salvador. Espira. Descendimiento de la cruz, y entierro del Santo Cuerpo. 493

HISTORIA DEL MONSERRATE.

Canto primero. — Satanas, envidioso de la santidad del ermitaño Garin, le mueve terrible guerra. El conde de Barcelona, don Jofré, lleva á su hija á la sierra. Librala Garin del espíritu infernal de que estaba poseida. Obstínase su padre en dejarla en compañía del ermitaño. . 504
Canto ii. — Rendido Garin á los engaños del infierno y á la hermosura de la doncella, abusa de su inocencia. Para encubrir su crímen, la mata, y conoce quién ha sido su consejero. 507
Canto iii. — Arrepentido de sus culpas, y rogando al cielo que le inspire el medio de repararlas, resuelve encaminarse á Roma. Huye del monte; llega á Rosas, y se embarca en la escuadra del general Alberto 510
Canto iv. — Navegando la armada el golfo de Leon, contempla Garin las victorias representadas en la popa de su galera, y principalmente la conseguida por la Santa Liga en el golfo de Lepanto. En seguida refiere al General la historia de su vida. 514
Canto v. — Prosiguiendo su relacion, describe las dulzuras de Monserrate, omitiendo la causa de sus presentes desventuras. Llega á Marsella; visita el monumento de la Magdalena. Temores y consuelos que allí experimenta. Acógele un monje con cariñoso agrado. 517
Canto vi. — Muéstrale el monje diversidad de pinturas de asuntos graves y devotos, con que de su diestra mano habia adornado su celda. 520
Canto vii. — Pasa la armada las costas de Provenza, de Génova y Toscana, y vecina ya al puerto de Ostia, se mueve una espantosa tormenta, de que, estando ya á punto de perecer, se salva Garin milagrosamente. . . 523
Canto viii. — Tocan las naves de Alberto en la costa de Africa. Manda desembarcar á su gente, y son de pronto acometidos por una tropa de bárbaros. Derrotados los cristianos, y prisionero Garin con otros muchos, deben su victoria y salvacion al repentino auxilio del valiente

don Diego Florel. 527
Canto ix. — Da cuenta de sí el valeroso don Diego, y de la victoria alcanzada sobre el moro por el pontífice Leon IV. Prosigue la batalla entre Alberto y los enemigos. Llega prisionero Armeno al campo cristiano. . . 530
Canto x. — Acuden al socorro de Armeno su esposa Ligerea y Abenagonte, y trábase encarnizada pelea entre moros y cristianos. 534
Canto xi. — Triunfa la armada cristiana por el heróico esfuerzo de Florel. Mueren lastimosamente, con otros muchos, Filadelfo, Armeno y Ligerea. 537
Canto xii. — Abandona Alberto con sus naves la costa africana, y parte para Italia; llegando sin mas contratiempo á Nápoles. Garin, despidiéndose de él, solo y á pié, se encamina á Roma; mas su enemigo le sale al camino con nuevas tentaciones.. 541
Canto xiii. — Superior á los halagos y asechanzas del demonio, arrostra Garin nuevos peligros; y cuando más en salvo se creia, cae en manos de unos salteadores. . 544
Canto xiv. — Cautivo por los lestrigones, y condenado á ser pasto de las fieras, debe otra vez su salvacion en un nuevo combate al invencible aliento de don Diego Florel. 547
Canto xv. — Libertad de Garin, y desdichado suceso de la bella Ismeria. Prosigue el devoto monje su peregrinacion, y es asaltado de una furiosa tormenta. Entra por fin en Roma, donde el Sumo Pontífice tiene revelacion de su llegada.. 551
Canto xvi. — Confiesa sus culpas al Pontífice. Llega á Roma don Diego Florel, y recibe la bendicion del Papa. Noticia de la derrota de Sabá. Absolucion y penitencia de Garin. 554
Canto xvii. — Regresa á España el penitente ermitaño, atravesando de rodillas toda la Italia y Francia. Llega á Monserrate, y es cazado como una fiera por el conde don Jofré. 557
Canto xviii. — Anúnciase con mil prodigios, y se halla por último en las asperezas de Monserrate la efigie de la Virgen María, á quien resuelven edificar un templo.. . . 560
Canto xix. — Cumplida por Garin su penitencia, y realizado el milagro que habia de poner fin á sus penas, se descubre al Conde, y obtiene su perdon. Desentierran á la hija del mismo Conde, y la encuentran viva. Resuelve esta acabar sus dias en el nuevo monasterio, y su padre se lo concede. 564
Canto xx. — Garin refiere al Conde y á sus demas oyentes la historia futura de aquella santa casa, y profetiza sus grandezas y los innumerables beneficios que dispensará el cielo por la intercesion de la Virgen de Monserrate. 567

LA MOSQUEA.

Canto primero. — Origen, fundacion y asiento de la gran Mosquea. Dos valerosos moscones bajan á explorar una sima descubierta en aquel terreno. Sacan de ella una antigua calavera de un fiero animal, y con general alegria se prosigue y termina la obra de la poblacion.. . . . 573
Canto ii. — Dase cuenta del reinado de Sanguileon, de la soberbia de este, y de cómo manda celebrar un gran torneo, ofreciendo al caballero vencedor una hija suya natural. Al ir á celebrarse las fiestas, llega una mosca herida y medio difunta, y refiere á Sanguileon la victoria del rey de las hormigas, y la derrota, prision y degüello de siete mil moscas, con su caudillo Ranifuga; con que se truecan en lamentos los esperados regocijos.. . 576
Canto iii. — Pintura de la Fama, que lleva las nuevas de lo acaecido al rey de la Tabana, Matacaballo, cuñado de Sanguileon. Encamínase el primero á los estados del segundo, y por sus consejos, resuelve este declarar la guerra á su enemigo. 60
Canto iv. — Acuden en ayuda del rey Sanguileon y del Tabanesco, con multitud de gentes, los reyes Asinicedo, Mirpredo y Sicaboron. Dase la lugartenencia del rey y el mando de la caballería á la famosa Mosca de Arjona, y á la Manchega el cargo de los peones. Puestas en órden las haces, se embarcan y dan á la vela en cuantioso número de bajeles. 591
Canto v. — Descúbrese la cárcel de los vientos. Salen estos á espaciarse, con licencia de su dios Eolo, y topando con las escuadras mosquinas, las ponen en grave riesgo. Neptuno envia un mensaje á Eolo, y este, por medio de Zéfiro, manda á los suyos que se recojan. . 592
Canto vi. — Libre el feroz Sicaboron del naufragio que habia corrido, se encuentra con la Hambre, y queda vencido de ella. Disputa á cuatro pulgas que estaban asando una liendre montés tan rica presa, y despues de una porfiada y terrible batalla, en que triunfa, logra saciar su apetito, y se entrega al sueño. 595
Canto vii. — Nacimiento de los Mirmidones ú Hormigas. Su rencor y guerras contra las Moscas. Su rey Granestor, noticioso de los aprestos de su enemigo, junta tambien ejércitos numerosos, y llama en su auxilio al rey Caganielo y á sus otros aliados. Incorpóranse á él con sus legiones Fifolgel, Putrifola, y Mosquifuro, capitan de las arañas, ingeniero sagaz y experto. Celébrase un consejo, y es nombrado capitan general Mirnuca. Avanzan las huestes hormigenas, y pónense á la vista de las del enemigo. 596
Canto viii. — Pluton, por medio de Vulcano, manda á Caronte componer y aderezar su barca para las muchas almas que han de pasar en ella, de resultas de la próxima batalla. Reune ademas á los habitadores y ministros infernales, y prescribe á cada cual el oficio que ha de desempeñar en el recibimiento que se prepara. 599
Canto ix. — Descripcion del palacio de Júpiter en el Olimpo. El estrépito que mueven los ejércitos beligerantes atemoriza al padre de los dioses, y manda á Mercurio á la tierra para averiguar el caso. Obedece el alado mensajero, y vuelve al cielo á dar cuenta de su embajada, refiriendo la disposicion de unas y otras armas, la fama de los combatientes y la inesperada llegada de Sicaboron. 601
Canto x. — Nombran á Sicaboron general de la Mosquea. Arenga que dirige á sus huestes. Reto que Asinicedo hace á los enemigos. Consulta en el campo hormigeno. Las Furias encienden los ánimos á la pelea. 609
Canto xi. — Principiase la batalla, sostenida con furioso teson por ambas partes, y sin ventaja notable por ninguna. Los caudillos de uno y otro bando dan muestras de sus brios en repetidos encuentros. Las hormigas ven caido á su general, y comienzan á huir; pero el Granestor, saliéndoles al encuentro, los anima y hace volver al combate, hasta que la noche suspende la lid y separa entrambos campos.. 613
Canto xii. — Renuévase la batalla con el alba. Funestos agüeros notados por las atalayas de la Mosquea. Pierden las vidas muchos de los hormigenas y de sus contrarios. Asinicedo sucumbe á los golpes de Caganielo, y este á manos de Matacaballo. Perece tambien el rey Granestor, traspasado por la lanza de su rival Sanguileon, y poco despues Mirpredo; pero á pesar del heroismo de Sicaboron, sufre la misma suerte Sanguileon combatiendo cuerpo á cuerpo con Mirnuca. Perdido ya su rey, desalientan los vencedores. Sicaboron ejecuta mil proezas, pero encerrado en la fortaleza de las Hormigas, acaba con él la astucia de Mirnuca, de que se sigue la derrota completa de la Mosquea. 617

FIN DEL INDICE.